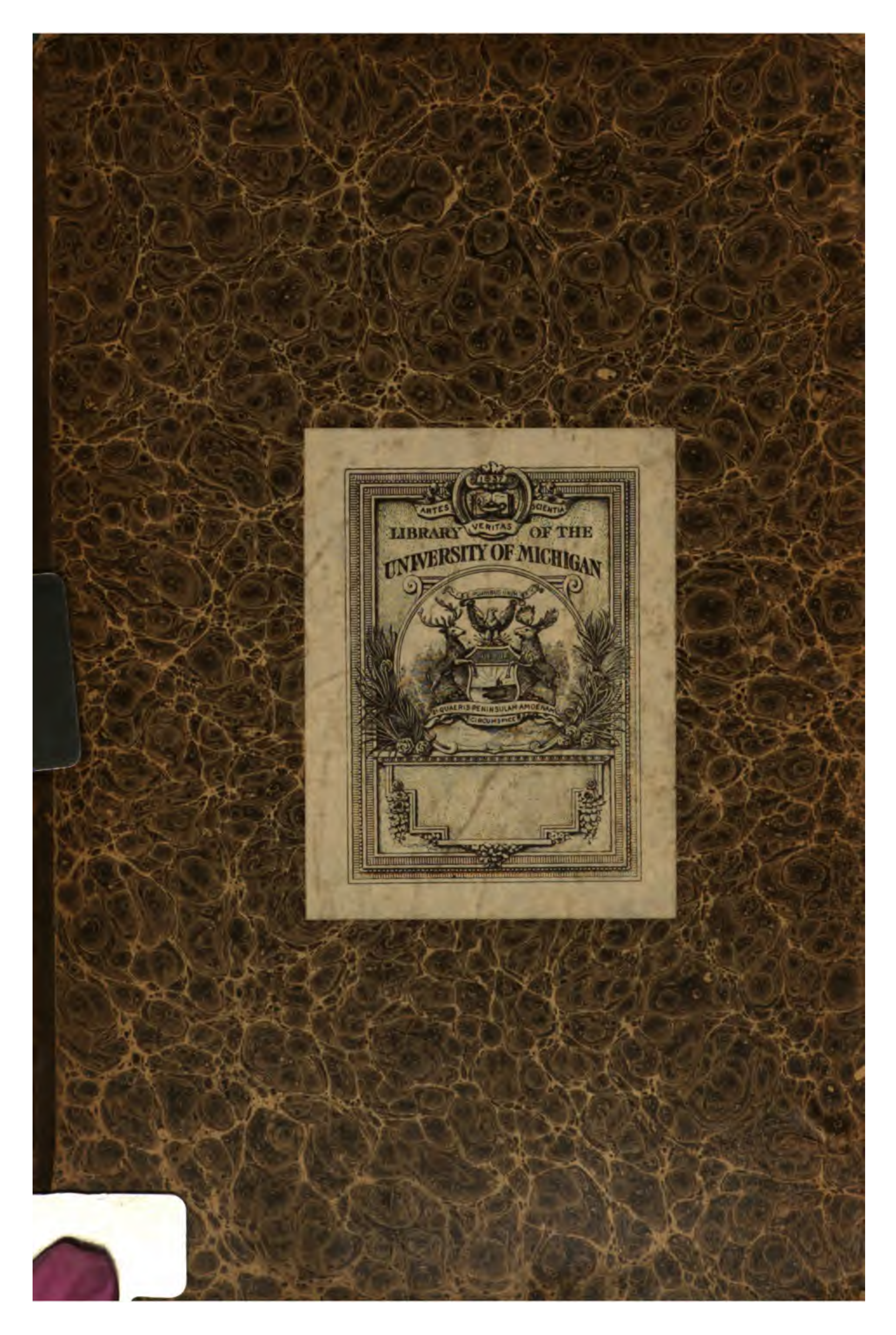
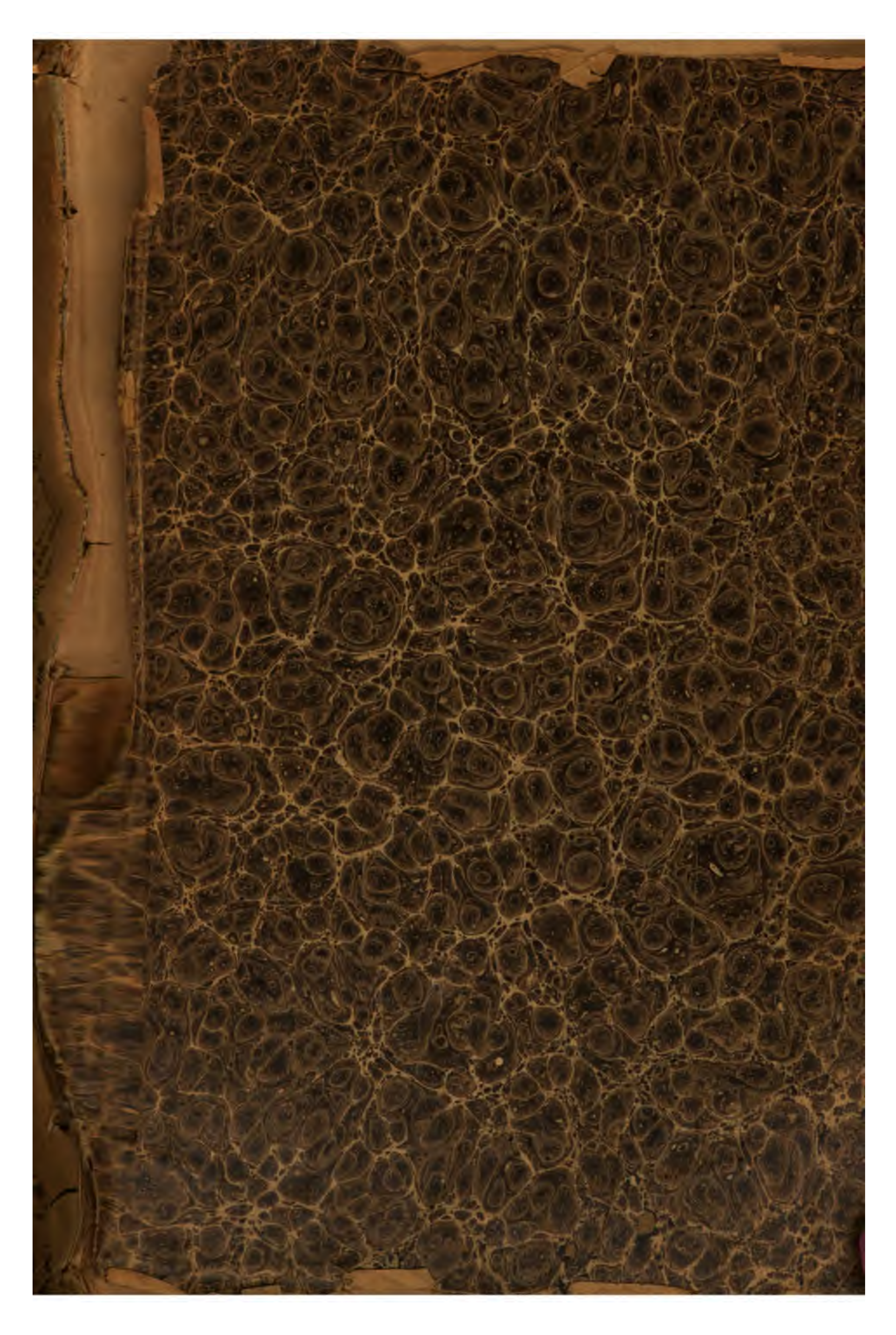


1837
ARTES
VERITAS
SCIENTIA
LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF MICHIGAN
SI QUAERIS PENINSULAM AMOENAM
CIRCUMSPICE



BIBLIOTECA

DE

AUTORES ESPAÑOLES.

(TOMO XLV DE LA COLECCION.)

BIBLIOTECA

DE

AUTORES ESPAÑOLES,

DESDE LA FORMACION DEL LENGUAJE HASTA NUESTROS DIAS.

DRAMATICOS CONTEMPORANEOS DE LOPE DE VEGA,

Coleccion escogida y ordenada

CON UN DISCURSO, APUNTES BIOGRÁFICOS Y CRÍTICOS DE LOS AUTORES,
NOTICIAS BIBLIOGRÁFICAS Y CATÁLOGOS.

POR DON RAMON DE MESONERO ROMANOS.

TOMO SEGUNDO.



MADRID,
M. RIVADENEYRA—EDITOR.
ADMINISTRACION: MADERA BAJA, NÚM. 8.

1881.

IMPRENTA, ESTEREOTIPIA Y GALVANOPLASTIA DE ARIBAU Y COMPAÑÍA (SUCESORES DE RIVADENEYRA),
IMPRESORES DE CÁMARA DE S. M.— Calle del Duque de Osuna núm. 3.

APUNTES BIOGRAFICOS Y CRITICOS

DE LOS

AUTORES COMPRENDIDOS EN ESTE TOMO.

Valiéndome de las indicaciones explícitas de Miguel de Cervántes (1), Lope de Vega (2), Agustin de Rojas (3) y el canónigo Navarro (4), pude en el tomo anterior bosquejar el cuadro (hoy completamente desconocido) del teatro español en la primera época de Lope, desde que, por los años 1588, en que, muy mozo aun, empezó aquel gran genio á excitar el aplauso y la admiracion general, hasta que, segun la feliz expresion del mismo Cervántes, *se alzó con el cetro de la monarquía cómica*, en los primeros del siglo xvii. Cúpome entonces la suerte de exhumar y dar á conocer las bellas producciones de los mas inmediatos contemporáneos y secuaces del gran padre de nuestra escena, que, subyugados y eclipsados por el vivísimo resplandor de aquel astro luminoso, han permanecido injustamente olvidados durante casi tres siglos, y yacian en la mas completa oscuridad. Guillen de Castro, Tárrega, Aguilar, Miguel Sanchez, Boil, Poyo, Gaspar de Avila y los demás que figuraron, no sin gloria, en aquel período, al lado del gran Lope, y cuyas apreciables producciones forman el tomo primero de esta coleccion, me habrán dado la razon, en el ánimo de los lectores, de la justicia con que procuré aprovechar esta ocasion de rehabilitar su memoria, estudiando, escogiendo y dando á conocer sus olvidadas creaciones, é impidiendo con su reproduccion que lleguen á perderse del todo, como ha sucedido ya con las de algunos.

Pero la vida dramática de Lope, y su imperio absoluto sobre la escena patria, se prolongaron aun durante el primer tercio del siglo xvii hasta su muerte, acaecida en 1635. Despues de aquel primer período que entonces tracé, y en el que, al lado del jóven maestro, y *ayudándole* (como dice Cervántes) *á llevar aquella gran máquina*, aparecen principalmente los autores valencianos y andaluces, comenzó otro, cuando, atraidos todos á la corte, formaron en derredor suyo la gran pléyade de satélites de aquel planeta esplendente. Este segundo cuadro, diverso absolutamente en accion, episodios y figuras, aunque unido á aquel por la comun designacion de *contemporáneos de Lope de Vega*, es el que hoy me cumple trazar.

Por fortuna, para bosquejarle con bastante exactitud, nos queda un testimonio fehaciente del mas notable acaso y digno de estimacion de aquellos infatigables escritores: el doctor Juan Perez de Montalvan, ardiente, fiel y apasionado secuaz del gran maestro, y cuya mision, desde que nació en 1602 hasta que le siguió tempranamente á la tumba, no fué otra, puede decirse, que beber su aliento, alimentar su inteligencia en su admiracion y rebosar entusiasmo hácia sus obras; imitarle, aplaudirle, glorificarle y servirle acaso de para-rayos contra las nubes de la envidia, que, no osando lanzar sus despiadados tiros contra la altísima fortaleza del gran Lope, descargaban su furor en el indefenso pecho del jóven panegirista.

Este, pues, en el extraño é incoherente libro que tituló *El Para-todos*, y dió á la estampa en 1632, añadió, por via de *apéndice*, un curioso *Indice de los varones ilustres matritenses*, y luego otro de los que, no siéndolo, *escribian por entonces comedias en Castilla solamente*, y de uno y otro aparece el espléndido cuadro de nuestro teatro en aquel período, trazado por mano competente, y hoy tanto mas apreciable, cuanto que no tenemos otro dato mejor para conocerle. Hé aquí por su

(1) *Viaje al Parnaso y Prólogo de sus comedias.*
(2) *Laurel de Apolo.*
(3) *Viaje entretenido.*
(4) *Discurso en favor de las comedias.*

órden la lista de los escritores dramáticos, extractada de la general de madrileños, y la de los que, no siéndolo, escribian tambien para el teatro :

ALONSO DE SALAS BARBADILLO.
DON AGUSTIN COLLADO.
ALFONSO DE VATRES.
MAESTRO ALFONSO ALFARO.
DON ANTONIO COELLO.
DON ANTONIO DE HERRERA.
DON ANTONIO DE HUERTA.
DON ALVARO CUBILLO DE ARAGON.
DON ALONSO DEL CASTILLO SOLORZANO.
DON ALONSO DE REINOSO.
DON ANTONIO HURTADO DE MENDOZA.
DOCTOR DON ANTONIO MIRA DE MESCUA.
ANTONIO ORTIZ.
DON ANTONIO SOLÍS Y RIVADENEYRA.
DON ANTONIO IBARRA.
BLAS DE MESA.
EL CONDE DE LA CORUÑA.
EL CONDE DE SIRUELA.
EL CONDE DE LA ROCA.
DON DIEGO TOVAR.
DON DIEGO COLLAZOS.
DON DIEGO MOGICA.
DON DIEGO DE VILLEGAS.
DON DIEGO JIMENEZ ENCISO.
DON ESTÉBAN DE PRADO.
DON FRANCISCO DE QUEVEDO VILLEGAS.
FRANCISCO SUAREZ.
EL LICENCIADO FELIPE BERNARDO DEL CASTILLO.
DON FERNANDO DE LUDEÑA.
DON FRANCISCO DE LA CERDA.
LICENCIADO FRANCISCO GUTIERREZ CADAGUA.
DON FRANCISCO DE ROJAS ZORRILLA.
DOCTOR FELIPE GODINEZ.
DON FERNANDO DE LARRÚA.
FRANCISCO LOPEZ DE ZÁRATE.
DON FRANCISCO MIRACLES.
DON GABRIEL BOCÁNGEL.
MAESTRO FR. GABRIEL TELLEZ (TIRSO DE MOLINA).
DON GASPAR DEL ARCO.
DOCTOR DON JERÓNIMO FERNANDEZ MONTERO.
DON JERÓNIMO VILLAIZAN Y GARCÉS.
DON GABRIEL DEL CORRAL.
LICENCIADO GABRIEL DE ROA.
JERÓNIMO DE LA FUENTE.
DON JACINTO DE HERRERA.
DON JORGE DE TOVAR.
MAESTRO JOSÉ CISNEROS.
DON JOSÉ PELLICER Y TOVAR.
JUAN DELGADO.
JUAN DE PIÑA.
DOCTOR JUAN PEREZ DE MONTALVAN.
DOCTOR JUAN PEREZ DE LA PORTA Y CORTÉS.
DON JUAN DE TAPIA.
MAESTRO JOSÉ DE VALDIVIESO.
DON JUAN RUIZ DE ALARCON.
DON JUAN DE BENAVIDES.
FREY LOPE FÉLIX DE VEGA CARPIO.
LUIS BELMONTE BERMUDEZ.
LICENCIADO LUIS DE BENAVENTE.
LUIS VELEZ DE GUEVARA.
DON LOPE DE LIAÑO.
MANUEL LOPEZ.
DOÑA MARÍA DE ZAYAS.
EL MARQUÉS DE JAVALQUINTO.
DOCTOR DON PEDRO DE LA BARRERA.
DON PEDRO CALDERON DE LA BARCA.
DON PEDRO DE MENDOZA.
DON PEDRO MEXÍA DE TOVAR.
DON PEDRO VARGAS Y MACHUCA.
DON PEDRO MENDEZ DE LOYOLA.
EL PRÍNCIPE DE ESQUILACHE.
DON RODRIGO DE HERRERA (*madrileño*).
DON RODRIGO DE HERRERA (*portugués*).
DON SEBASTIAN FRANCISCO DE MEDRANO.

Son, pues, setenta y cuatro los autores dramáticos citados por Montalvan en 1632, á que pudiéranse añadir algunos mas, valencianos y aragoneses, tales como don Antonio Folch de Cardona, marqués de Castelnuovo, Marco Antonio Orti, el abad Alonso Maluendas, Vicente Esquerdo, el maestro Juan Cabezas, don Diego Muget de Solís (que publicó un tomo de comedias en Bruséclas, 1625), y otros, que escribieron fuera de Madrid y que aquel no tuvo presentes (1). Pero en cambio, hay que descontar de aquellos setenta y cuatro, muchos, como los condes de la Coruña, de la Roca y de Siruela, el marqués de Javalquinto, el príncipe de Esquilache, don Diego Tovar, don Diego Collazos, don Estéban de Prado, Quevedo, Bernardo del Castillo, La Cerda, Cadagua, Del Arco, Fernandez Montero, Pellicer, Cisneros, Tapia, doña María Zayas y otros, hasta el número de treinta y cinco, que solo por el testimonio del mismo Montalvan sabemos que *habian escrito, que estaban escribiendo, y hasta que pensaban escribir alguna comedia*, sin que haya llegado hasta nosotros ni siquiera noticia de sus títulos.

Separarémos despues (por no formar parte de nuestro objeto, y estar cumplidamente lleno en otros tomos de esta coleccion) los nombres de los cinco primeros dramáticos que figuran tambien en aquella lista, á saber : Lope, Tirso, Alarcon, Rojas y Calderon (Moreto no podia sonar en 1632,

(1) Véase el catálogo que damos á continuacion

por tener entonces solo catorce años de edad); y descargados igualmente Cubillo y Solís, que, aunque citados ya por Montalvan, como que empezaban á darse á conocer, forman mas bien parte de otro período y escuela, el de los *posteriores á Lope* y secuaces de Calderon (que será objeto de los dos tomos siguientes), así como tambien el maestro Valdivieso, que solo escribió autos sacramentales, y el licenciado Luis de Benavente, que se dedicó exclusivamente á escribir entremeses, géneros ambos que por su especialidad quedan fuera de esta coleccion, tendrémos, pues, segregados por estas razones cuarenta y cinco autores. Entre los restantes (cuyas obras conocemos), no parecen, por su escaso mérito, dignas de reproducirse en esta ocasion las de Blas de Mesa, Gabriel del Corral, Francisco Lopez de Zárate, maestro Gabriel Roa, Jerónimo la Fuente, Juan de Benavides, don Lope de Llaño, don Agustin Collado, Alonso de Vatres, maestro Alfonso Alfaro, don Antonio Herrera, don Diego Mogica, don Antonio Huerta, don Gabriel Bocángel, Juan Delgado y los demás que no cita Montalvan, adoptando solo, para formar esta selecta coleccion, aquellos autores mas sobresalientes, cuyas mejores producciones, noticias biográficas y juicios críticos van á continuacion, y son los siguientes:

EL DOCTOR DON ANTONIO MIRA DE MESCUA.
LUIS VELEZ DE GUEVARA.
DOCTOR FELIPE GODINEZ.
DON DIEGO JIMENEZ ENCISO.
DON RODRIGO HERRERA.
DON JACINTO DE HERRERA.
LUIS BELMONTE BERMUDEZ.
ALONSO JERÓNIMO DE SALAS BARBADILLO.
ALONSO DEL CASTILLO SOLORZANO.
DON JERÓNIMO VILLAIZAN.
DON ANTONIO COELLO.
DON ANTONIO DE MENDOZA.
DOCTOR JUAN PEREZ DE MONTALVAN.

EL DOCTOR MIRA DE MESCUA.

Escasísimas son las noticias biográficas que hân llegado hasta nosotros del DOCTOR DON ANTONIO MIRA DE MESCUA ó DE AMESCUA, uno de los primeros poetas líricos y dramáticos de aquella época, y están reducidas á saber que fué natural de Guadix, presbítero y arcediano de su santa iglesia, habiendo nacido hácia 1570; que, protegido del célebre don Pedro Fernandez de Castro, conde de Lémus (Mecénas de Cervántes), y siendo virey de Nápoles en 1610, le llevó á su lado con Lupercio Argensola y otros insignes escritores para formar parte de su poética corte. Regresado luego á su patria, fué nombrado capellan de los Reyes de Granada, y posteriormente capellan de honor de Felipe IV, en Madrid, adonde murió el mismo año 1635, en que falleció Lope de Vega.

Este, el mismo Cervántes, Montalvan, Agustin de Rojas y don Nicolás Antonio, que le consagraron especiales y entusiastas elogios en diversas partes de sus obras, nos dejan ignorar absolutamente mas circunstancias particulares de su vida; y tampoco Suarez, en su *Historia de Guadix y de Baza*, añade cosa alguna relativa á la existencia material de aquel insigne poeta. Pero nos quedan sus obras, y aunque no todas ni reunidas en coleccion (1), son suficientes para conservarle, como poeta lírico y dramático, en el puesto distinguido que sus ilustres contemporáneos le concedieron. Bajo el primer aspecto, bastaria solo citar aquí aquella célebre y bellísima cancion que, segun la opinion del eminente crítico Quintana, no tiene igual en nuestra lengua, y que envidiaria el mismo Garcilaso, que empieza:

Ufano, alegre, altivo, enamorado;

y que no se reproduce aquí por ser tan conocida, como una de las joyas mas preciadas de nuestro poético tesoro; y bajo el aspecto dramático, las cinco comedias que van escogidas para esta coleccion, tituladas: *La rueda de la fortuna*, *Galan valiente y discreto*, *No hay dicha ni desdicha hasta la muerte*, *Obligar contra su sangre*, y *La Fénix de Salamanca*; en donde, á par que el genio y talento lírico, que sin duda predominaba en este arrogante poeta, descuellan tambien el estudio, el buen gusto y delicado ingenio del autor dramático. Todavía hubieran podido añadirse á aquellas (si los

(1) Don Nicolás Antonio dice que se publicaron sus comedias en tomos ó partes, pero creo que no es exacto. Solo tengo noticia de un tomo (que pudo ser primera parte), y contiene las siguientes: *La hija de Cárlos V*, *Vida y muerte de san Lázaro*, *El rico avariento*, *Lo que puede una sospecha*, *El esclavo del demonio*, *El conde Alarcos*, *El hombre de mayor fama*, *El negro del mejor amo*, *Las lises de Francia*, *Los carboneros de Francia*, *Desgracias del rey don Alfonso el Casto*, *Obligar contra su sangre*.

límites de esta coleccion lo permitieran) otras apreciables comedias, que demuestran la sagacidad y vivo ingenio del DOCTOR MIRA DE MESCUA; como, por ejemplo, *Amor, ingenio y mujer*, ó *La tercera de sí misma* (falsamente atribuida á Calderon) (1), las de *El conde Alarcos*, *El palacio confuso*, *El rico avariento*, *Lo que puede una sospecha*, *El galan secreto*, *El esclavo del demonio*, y alguna otra, notables, ya por la grande originalidad de la invencion, ya por el artificio de la intriga, ya, en fin, por la gala y gracejo del estilo. Muchos de aquellos argumentos, inventados indudablemente por MIRA DE MESCUA, y adoptados, y acaso mejor desenvueltos despues por sus mas insignes sucesores, quedaron como olvidados en el repertorio de aquel, para lucir con nuevo brillo en el de sus atrevidos imitadores, sin que por eso deba negarse á su inventor el justo tributo de estimacion y de respeto.

En prueba de estas aserciones, que no dudo estampar aquí, citaré la célebre comedia, titulada *Caer para levantar*, escrita por Moreto, Cáncer y Matos Fragoso, que no es otra cosa que una servil refundicion de la de *El esclavo del demonio*, de MIRA DE MESCUA; y tanto, que no me ha parecido conveniente reproducirla aquí, por hallarse ya publicada en el tomo de Moreto de esta BIBLIOTECA.— Otras usurpaciones hizo tambien este á nuestro DOCTOR, como solia hacerlo á Lope, Guillen de Castro, Tirso y demás predecesores; y el mismo Calderon (que tambien tuvo presente aquella comedia al escribir la de la *Devocion de la Cruz*), tomó por pauta, en la que tituló *En esta vida todo es verdad y todo es mentira*, la de *La rueda de la fortuna*, de MIRA DE MESCUA, precediendo en ello al gran Corneille, que indudablemente la siguió en su *Heraclius*, mas bien que á la de Calderon. Este mismo dramaturgo, en *La dama duende*, *El mágico prodigioso*, *El escondido y la tapada*, y otras de su admirable repertorio, da bien á conocer que estaba inspirado por *La Fénix de Salamanca*, *El ermitaño galan*, *El galan secreto* y otras del DOCTOR MIRA DE MESCUA. Alarcon remedó tambien, en el *Exámen de maridos*, la preciosa de MESCUA titulada *Galan, valiente y discreto*; la de *La tercera de sí misma* y *La Fénix de Salamanca* sirvieron tambien á los Figueroas ó Moreto (sea de quien fuere) para la de *Todo es enredos amor*, y al autor del *Gil Blas* para la aventura de doña Aurora de Guzman; y el mismo Corneille, antes citado, confiesa que tuvo intencion de fundir su *Don Sancho de Aragon* en el molde de *El palacio confuso*, de MIRA DE MESCUA, que él atribuye ligeramente á Lope de Vega.

De todas estas y demás producciones dramáticas de nuestro autor pudieran citarse grandes bellezas al lado de frecuentes y lamentables extravíos; trozos y escenas llenas de pasion, de verdad y de fuerza cómica, y otros envueltos en aquella nube de hipérboles y metáforas del gusto gongorino ó del estilo apellidado *culto*, á que todos los poetas rendian tan frecuentemente vasallaje, sin perjuicio de burlarse de él á su sabor (2). En la eleccion y artificio de los argumentos y en la pintura de los caractéres se conoce indudablemente la influencia, ó mas bien la tiranía del mismo

(1) Creo que ambos títulos se refieren á una sola comedia. Con el de *La tercera de sí misma* está impresa en la parte VIII de la coleccion de varios. El MS. existe en la biblioteca del señor duque de Osuna. En ella, al final de la primera jornada, dice la dama, Lucrecia, duquesa de Amalfi:

El Duque me ha de querer,
Aunque desprecios escucho;
Que al fin, al fin, pueden mucho
Amor, ingenio y mujer.

Y al final de la misma jornada:

Tenga el buen fin que pretendo
El amor aborreciendo
Y *tercera de sí misma.*

Por último, ya cerca del final de la comedia dice Lucrecia:

César soy y César fuí;
Amor, ingenio y mujer
Han tenido tal poder,
Que soy *tercera de mí*
Misma.

Aquí se ve claramente que es una sola comedia con estos dos títulos.

(2) Véase con qué donaire y agudeza satirizaba este mal gusto el discreto Gaspar de Avila (uno de los autores contemporáneos, á quien dimos á conocer en el tomo anterior), en su linda comedia titulada *El familiar sin demonio*, en cuyo acto tercero pone en boca del gracioso lo siguiente:

MARTIN.

Yo, por mis grandes pecados,
Una comedia compuse
(Que soy poeta), en que puse
Muchos pasos ajustados
A la verdad; y aquel dia
Fué, para mi perdicion,
Silba de varia leccion
La cruel mosquetería;
Pero de suerte sentí
El verme ya condenado
A cencerro destemplado,
Que al demonio me ofrecí.
Aparecióseme y dijo:
«No temas; contigo estoy,
Y poeta tambien soy;»
Y fué tanto el regocijo
De verme ya consolado,
Que una comedia empecé,
Y despues que la acerté,
Ando siempre endemoniado.

ANTONIO.

La primer copla me di.

MARTIN.

Quisiera...

ANTONIO.

Por vida mia.

MARTIN.

Era en Polonia, y decia
En un monte un alfaquí: «Céfiro penetrante en tus candores,
Que al armígero son de las ideas,
Clasificando sirios esplendores,
En tus coluros íntimos aleas;
Si en florecientes piras y clamores,
Por la region turquí te bamboleas,
Inspira, clamorea, mundifica,
Taladra, reconcentra y multiplica.»

ANTONIO.

¡Valentísimo capricho
De versos, heróico y breve!

MARTIN.

Pues el demonio me lleve
Si yo sé lo que me he dicho.
Ni tú, ni el pueblo, ni yo
No lo habemos entendido;
Pero celebra en el ruido
Lo que piensa que entendió.
Que, como es todo follaje,
Estampido y batahola,
Sin que haya al rodar la bola
Quien la tenga ni la ataje,
El que menos lo comprende,
Mas procura celebrar,
Solamente por no dar
A entender que no lo entiende.
Y en este estilo perverso,
De lo crespo y lo aturdido,
Pasa á sombras del sonido
Toda chilindrina en verso.

Lope y su escuela; y ciertamente que no se concibe tan opuesto maridaje entre la verdad y la estrambótica exageracion, entre el buen sentido y el gusto depravado; pero es lo cierto que existe y existió en este y los demás autores de nuestro antiguo teatro, autorizados por el ejemplo de su colosal modelo, y disculpados siempre con el grande argumento de los aplausos insensatos de la plebe. Llenaria muchas páginas si, queriendo probar aquella contradiccion en la ocasion presente, y tratando de uno de los poetas mas celebrados en su tiempo, me complaciese en citar caractéres exagerados ó falsos, escenas inverosímiles y extravagantes, trozos de estilo hinchado y campanudo, bufonadas groseras y chavacanas, que oscurecen y afean hasta sus mejores comedias; pero prefiero optar por alguno de aquellos momentos felices en que se descubre al poeta fácil, natural y cadencioso, al ingenio sutil y peregrino. La casualidad me trae por ejemplo á la mano la extraña comedia titulada *El pleito del diablo con el cura de Madridejos*, escrita por él, juntamente con Velez de Guevara y Coello, y que no es mas que la historia de una pobre muchacha á quien se supone endemoniada, y los conjuros y exorcismos hechos para librarla; en cuya jornada tercera (que es la de Mira de Mescua) se leen estas preciosas quintillas en boca de un pastor:

LORENZO.

Deja espantos y temores,
Catalina; ¿qué te falta?
Que en alas de mis amores
Iré á la sierra mas alta
Por metales ó por flores.
¿Quieres que trepando vaya,
Por los brazos de esa haya
Y baje de sus pimpollos
De una tórtola los pollos
A que jueguen en tu saya?
¿Quieres que descienda á un rio,
Hijo de un risco de Cuenca,
Y en él mi valiente brio
No deje anguila ni tenca,
Ni pez argentado y frio,
Que no venga á palpitar
Sobre esta yerba y á dar
Un salto y otro del suelo,
Pensando que coge vuelo
Para arrojarse á la mar?
¿Quieres que á ese girasol
Bajen las aves pintadas
Que vuelan én caracol,
Y parecen, remontadas,
Que son átomos del sol?
Si quieres que en este prado
Se mezclen arroyos bellos
De leche y humor cuajado,
Exprimiré alegre en ellos
Las ubres de mi ganado.
Si quieres ver el enero
Hecho octubre placentero,
Viertan mis cubas su mosto;
Y si quieres verle agosto,
Desataré mi granero.

Ciertamente que este trozo, puramente lírico, no es el mas propio de la comedia; pero es tan bello, que en todas ocasiones debió sonar bien á los oídos de un público español. Como este abundan otros en las obras dramáticas de Mira de Mescua, y muy principalmente en los autos sacramentales ó alegóricos, en que podia ostentarse mas bien el gran poeta lírico. A veces el estilo dramático ocupa tambien su lugar propio, y ofrece escenas y diálogos animados, ó cuadros llenos del chiste y naturalidad característicos de Talía; sirva de ejemplo el siguiente, tomado al acaso, de la comedia titulada *La Fénix de Salamanca:*

GALCERAN.
¿Dónde tomaste posada?
SOLANO.
Junto al Cármen.
GALCERAN.
¿Preveniste
La cena?
SOLANO.
Sí.
GALCERAN.
¿Qué trajiste?
SOLANO.
Un capon, una empanada,
Dos perdices...
GALCERAN.
Bien las como.
SOLANO.
Medio cabrito extremado,
Dos gazapos...
GALCERAN.
¡Regalado
Plato!
SOLANO.
¡Tiene tanto lomo!
Un jigote de carnero...
GALCERAN.
Si está manido, no es malo.
SOLANO.
Un jamon.
GALCERAN.
¡Gentil regalo!
Has hecho buen despensero.
SOLANO.
De clarete y moscatel
Tres azumbres; que sin vino
Está en la mesa el tocino
Como cautivo en Argel.
GALCERAN.
¡Ya tengo bien qué cenar!
SOLANO.
¿Que es buena cena?
GALCERAN.
¡Extremada!
SOLANO.
Pues vén, la verás pintada,
Que no hay mas que desear,
En esta calle primera;
Que parece que el pintor
Dió á los gazapos sabor,
Y sazon á la ternera.
¿No me dirás, por tu vida,
Qué bolson diste á Solano
Para que te tenga ufano
Mesa y cama prevenida?
GALCERAN.
Luego ¿no tienes dineros?
SOLANO.
¿De qué los he de tener,
Galceran, si desde ayer
Estamos los dos en cueros?
GALCERAN.
¿No te dí trescientos reales
En Valencia?
SOLANO.
No lo niego;
Mas oye la cuenta, y luego
Podrás ver si están cabales.
(*Saca un papel.*)
«Cuenta de lo que Solano
Ha gastado en el camino.»
GALCERAN.
Y dila tambien del vino.
SOLANO.
A fe que está en buena mano; etc.

Esta comedia es toda ella muy agradable por la intriga ingeniosa y dramática, y sus escenas llenas de interés y poesía. La de *Galan, valiente y discreto* es, á mi juicio, una de las mas bellas comedias del antiguo teatro, y está toda ella escrita con una cordura y gusto que solo acertaron despues Alarcon y Moreto; y las otras dos de *No hay dicha ni desdicha hasta la muerte* y *Obligar contra su sangre* son dramas interesantes y bien escritos. Basta con ellos, y con las citas que quedan hechas, para despertar en los aficionados el deseo de conocer y estudiar á este autor notable. Por fortuna pueden hacerlo en la mayor parte de sus obras dramáticas, que, aunque no reunidas en coleccion, se han conservado y reproducido sueltas, ó en la famosa, aunque rarísima, de las *Comedias escogidas de los mejores ingenios*, publicada desde 1652 á 1704, en que hay hasta diez y ocho de este autor.

LUIS VELEZ DE GUEVARA.

Nació en la ciudad de Écija, en enero de 1570, y concluida su carrera literaria en la universidad de Sevilla, vino muy jóven á Madrid, donde, ejerciendo su profesion de abogado, alcanzó pronto un gran aprecio y fama en el foro por su sagacidad, elocuencia y gracejo, y entre los literatos por la viva agudeza de su ingenio, la correccion y facilidad con que manejaba nuestra hermosa lengua, así en prosa como en verso. Su carácter era tan festivo, que aun en medio de los negocios mas graves no podia dejar de chancearse, con lo cual atraia á los tribunales donde abogaba un auditorio numeroso. Cuéntase que en una ocasion salvó la vida á un criminal que defendia, excitando la risa en los jueces con una chanzoneta que dejó deslizar en medio de una exhortacion patética con que trataba de captar la benevolencia en favor de su cliente. Obtenida la sentencia, mas favorable de lo que podia esperar, apeló de ella el fiscal y obtuvo su reforma, saliendo el reo condenado á la pena capital y el abogado á una multa de consideracion. Para librarse de ella se puso á pleitear con el fiscal y los jueces, y consiguió que el rey don Felipe IV tomase personalmente conocimiento de una causa tan singular. Con este motivo se presentó Guevara á su majestad con tal desenfado, y le representó el caso de una manera tan cómica, que el Rey no pudo menos de echarse á reir; con lo cual consiguió, no solamente que se le perdonase la multa, sino que á su cliente, que se hallaba condenado á muerte en revista, se le conmutara aquella pena con la de presidio.

De resultas de este suceso, tomó el Rey tal aficion á Guevara, que no podia pasar sin él, pues que gustaba mucho de su instruccion, chistes y agudeza; y conociendo que concurrian en él todas las dotes de un buen poeta dramático, le instó á que escribiese las comedias que por aquel tiempo se representaron en los teatros de la corte. Y como este monarca, segun se cree, las escribia tambien y hacia representar en su palacio, escogió á Luis Velez de Guevara para que le censurase las suyas, siendo de presumir que recibiesen correcciones y mejoras de una mano tan maestra como la de Guevara, á quien el Monarca honró mas adelante con el empleo de ugier.

Pasó, pues, Velez de Guevara su vida en Madrid, gozando constantemente el favor del Monarca, de los duques de Veraguas, y conde de Saldaña, de quien fué secretario; la amistad de todos los célebres contemporáneos y el aplauso público. Era hombre de carácter suave, afable y caritativo; pero, como no se ha dado al hombre poseer á la vez todas las virtudes, ni estar exento de algunos vicios ó defectos, achácanle á nuestro poeta el haber sido excesivamente apasionado al bello sexo; pasion de que ni la edad ni las enfermedades pudieron corregirle jamás. Todavía se repiten entre nosotros algunos de sus dichos graciosos y satíricos con este motivo, que han pasado á ser proverbiales.

Estuvo casado desde muy jóven con doña Ursula Bravo de Laguna, de quien tuvo un hijo, llamado don Juan, que fué oidor de la audiencia de Sevilla, poeta tambien y autor de varias comedias, que suelen confundirse con las del padre. Murió, en fin, este en Madrid, á los setenta y cuatro años de edad, con gran sentimiento de toda la corte, segun se lee en los *Avisos históricos*, de Pellicer, que consigna este suceso en estos términos:

Madrid, 15 de noviembre de 1644.—El juéves pasado murió Luis Velez de Guevara, natural de Écija, ugier de cámara de su majestad, bien conocido *por mas de cuatrocientas comedias que ha escrito*, y por su gran ingenio, agudos y repetidos dichos, y ser uno de los mejores cortesanos de España. Murió de setenta y cuatro años de edad; dejó por testamentarios á los señores conde de Lémus y duque de Veraguas, á cuyo servicio está don Juan Velez, su hijo. Depositaron el cuerpo en el monasterio de doña María de Aragon, en la capilla de los señores duques de Veraguas, haciéndosele por sus méritos esta honra. Ayer se hicieron las honras en la misma iglesia, con la propia grandeza que si fuera título, asistiendo cuantos grandes señores y caballeros hay en la corte. Y se han hecho á su muerte y á su ingenio muchos epitafios, que creo se imprimirán en libro particular, como el de Lope de Vega y Juan Perez de Montalvan.

Su piadoso y discreto hijo, don Juan, celebró su memoria en un elegante soneto, que prueba bien que era digno heredero de aquel poético ingenio, y dice así:

Luz en que se encendió la vital mia,
De cuya llama soy originado,
Bien que en la vida solo te he imitado,
Que el alma fuera en mí vana porfía;
Si eres el sol de nuestra poesía,
Viva mas que él tu aplauso eternizado,
Y pues un vivir solo es limitado,
No te estreches al término de un dia.
Hoy junta en el deleite la enseñanza
Tu ingenio, á quien el tiempo no consuma,
Pues tambien viene á ser aplauso suyo;
Y sufra la modestia esta alabanza
A quien, por parecer mas hijo tuyo,
Quisiera ser un rasgo de tu pluma.

Grande, en efecto, inmensa debió ser la popularidad y la importancia de Velez de Guevara como poeta dramático, que le valió los elogios de sus contemporáneos mas insignes, desde Cervántes, que celebra *el rumbo, el tropel, el boato, la grandeza de sus comedias*, y le consagra, en su *Viaje al Parnaso*, estos tercetos, que demuestran además el aprecio personal en que le tuvo:

Este, que es escogido entre millares,
De Guevara Luis Velez es el bravo,
Que se puede llamar quita-pesares.
Es poeta gigante, en quien alabo
El verso numeroso, el peregrino
Ingenio, si un Guaton nos pinta ó un Dabo.
. . . .
Topé á Luis Velez, lustre y alegría
Y discrecion del trato cortesano,
Y abracéle en la calle á mediodía.

Y Lope de Vega, que decia de él, en el *Laurel de Apolo*:

Ni en Écija dejara
El florido Luis Velez de Guevara
De ser su nuevo Apolo;
Que pudo darle solo
Y solo en sus escritos,
Con flores de conceptos infinitos,
Lo que los tres que faltan;
Así sus versos de oro
Con blando estilo la materia esmaltan.

Hasta el mismo Calderon (porque en su larga carrera dramática alcanzó Luis Velez á figurar en los diversos períodos de nuestra escena) le ensalza y encomia en diversas ocasiones como una de las lumbreras de nuestro Parnaso; Montalvan, en su *Para-todos*, habla de su fecundidad, que le permitió alternar con el gran Lope en el diario alimento de la escena, y asegura tambien que llegó á escribir *mas de cuatrocientas comedias* (si bien hoy no se conocen escasamente una quinta parte de ellas); *y todas*, añade, *de pensamientos sutiles, arrojamientos poéticos y versos excelentísimos y bizarros, en que no admite comparacion su valiente espíritu.* Verdad es que de esta apasionada crítica haya mucho que rebajar, atendida la natural propension á esta clase de exageraciones de parte del panegirista Montalvan.

El teatro, empero, de Luis Velez de Guevara reune dotes muy apreciables, que la crítica moderna no debe seguramente desdeñar ni pasar por alto; y habráseme de perdonar, por lo tanto,

que me detenga algo mas que de ordinario en estas ligeras indicaciones, para defender la memoria de un autor que no ha sido, á mi ver, bastante estudiado, ni juzgado con imparcialidad.

La mayor parte, en efecto, de las comedias de GUEVARA pertenecen al drama apellidado entonces *de ruido ó de cuerpo* (1); tratan argumentos é intervienen en ellos personajes históricos y elevados, vidas y hechos esforzados de los héroes y de los santos, y expresado todo con el mayor lujo de entonacion y accesorios de efecto en la escena, especialmente codiciados por el público de aquella época. *Mas pesa el Rey que la sangre*, que tiene por objeto pintar la heróica hazaña de Guzman el Bueno en Tarifa; *La restauracion de España, ó El alba y el sol*, que trata del levantamiento de Pelayo en Covadonga; *El Ollero de Ocaña*, que se refiere á la ruidosa minoría del rey don Alfonso el Octavo; *El valor no tiene edad, ó Sanson de Extremadura*, que es la relacion de los hechos heróicos de Diego García de Paredes; *Los amotinados de Flándes; La conquista de Oran*, y otras muchas, tomadas de nuestra historia patria; *La nueva ira de Dios y Tamorlan de Persia; Atila, azote de Dios, ó la silla de San Pedro; El cerco de Roma por el rey Desiderio; El príncipe esclavo, ó Escanderbech; La duquesa de Sajonia;* y sobre todo, el interesante y verdaderamente trágico drama *Reinar despues de morir, ó Doña Inés de Castro*, formados de episodios mas ó menos ciertos de las historias extrañas, respiran por todas partes el vigor, la arrogante entonacion y valentía del poeta fácil, del autor inspirado y audaz. En todas ellas, y al lado de bellezas y primores poéticos, de caractéres bien trazados y de escenas de seguro y calculado efecto, hay tambien (fuerza es confesarlo) enorme desarreglo, disparates increibles, abuso, en fin, de la misma fecundidad y soltura del ingenio.

Esta demasía del talento, este desenfado de la imaginacion poética, era, por otro lado, tan comun á todos los escritores de aquella época, estaban tan autorizados con el funesto ejemplo y las incomprensibles contradicciones del genio de Lope, que no hay razon para culpar especialmente á LUIS VELEZ, antes bien hay que admirar que en varias (aunque contadas) ocasiones se pudiera arrancar á aquel vértigo de audacia y de exageracion, y se dejara conducir tranquilamente por su recta inspiracion y el discreto sendero que le dictaban sin duda su razon y su ingenio.

La crítica moderna, mas ilustrada y justa que la de sus contemporáneos, cuando pretende y tiene realmente derecho á juzgar con mayor severidad á los autores precedentes, tiene tambien la obligacion de conocerlos y estudiarlos; pero en esta, como en otras ocasiones, no ha procedido así, sino que, escogiendo con estudiada predileccion entre nuestros dramaturgos aquellos que ha calificado por *de primer órden*, ha solido desdeñar completamente á los demás, que no creyó deber colocar en tal categoría, ó los ha calificado sin estudiarlos y conocerlos debidamente. En el discurso que precede al tomo anterior dije que Guillen de Castro, por ejemplo, solo era conocido por *Las mocedades del Cid*, Tárrega por *La enemiga favorable*, Aguilar por *El mercader amante*, y otros muchos por ninguna; hoy añadiré que á Mira de Mescua se le cita solo como poeta lírico, y gracias si se hace mencion de él como dramático por su bellísima comedia *Galan valiente y discreto*, así como á VELEZ DE GUEVARA solo se le hace gracia por la de *Reinar despues de morir*.

Véase en qué términos se explica acerca de él el eminente crítico don Alberto Lista, cuyos juicios, tan discretos y acertados respecto de nuestros primeros dramáticos, no me parecen tan justos ni fundados respecto de otros. Verdad es que empieza por confesar que conoce pocas comedias de VELEZ; pero por eso mismo es mas extraño que le condene en términos tan absolutos.

«Su manera de dirigir la fábula, dice, y su versificacion anuncian que aun no habia dominado la escena española el genio de Calderon cuando escribió VELEZ DE GUEVARA. Parece, pues, que debe colocársele entre Lope de Vega y el primer dramático del siglo XVII, y contemporáneo de Tirso, de Mira de Mescua y de Montalvan. Es muy inferior al primero en la sal cómica y en la descripcion de caractéres, al segundo en la versificacion, y al tercero en el arte de dirigir la accion, aunque acaso se le iguala en lo hinchado de la frase y en la exageracion de los afectos. Pocos vestigios se ven en GUEVARA de las mejoras que hizo Lope en èl arte dramático. Mas bien parece imitador de las comedias de Virués, Cervántes y otros antecesores del padre de nuestro teatro, que de la gracia y fiel representacion de las pasiones humanas, que, á pesar de sus defectos, admiramos en los dramas de este. Casi todas sus fábulas son ó se fingen tomadas de la historia. Figuran en ellas Tamorlan, Escanderbech,

(1) «Dos caminos tendréis por donde enderezar los pagos cómicos en materia de trazas. Al uno llaman comedias *de cuerpo*, al otro *de ingenio ó de capa y espada*. En las de cuerpo, que, sin las de reyes de Hungría ó de príncipes de Transilvania, suelen ser de vidas de santos, intervienen varias tramoyas y apariencias.» (Suarez de Figueroa. *El Pasajero*.)

el rey Desiderio, Atila, Roldan, Bernardo del Carpio, cuyos caractéres desfigura, dando á estos héroes el lenguaje de los rufianes y baladrones. Gusta mucho de la bambolla y del aparato teatral, como Virués, é introduce, como él, personajes alegóricos. Su versificacion, generalmente hablando, ó es rastrera ó gongorina, su estilo débil y desmayado, excepto cuando quiere poner en boca de sus personajes alguna expresion desatinada y altisonante. Rara vez se notan en él intenciones poéticas, y menos aun combinaciones profundas. Sus recursos dramáticos son por lo comun muy limitados. Sin embargo, debe confesarse que tiene cierta especie de mérito, y consiste en no despojar á la accion, cuando ella por sí excita los sentimientos comunes de la humanidad, del interés que la pertenece. A este mérito, y á él solo, debió VELEZ la celebridad que sus comedias tuvieron, y que ha conservado hasta nuestros dias la de *Reinar despues de morir*, repetidísima en nuestros teatros. Era menester carecer absolutamente de juicio para que el carácter de la desgraciada *Inés de Castro* dejase de conmover dolorosamente, y VELEZ, si bien su gusto era pésimo, no estaba desprovisto de talento.

Esta es la amarga censura que hace el señor Lista de LUIS VELEZ; este todo el elogio de la comedia de *Doña Inés de Castro;* de este drama realmente inspirado, en que, muy superior GUEVARA, venció á sus dos predecesores Jerónimo Bermudez y Mejía de la Cerda; de este drama, cuyos caractéres están tan bien bosquejados, el efecto escénico tan sábiamente conducido, la poesía impregnada de un perfume tan melancólico y tierno, que, si no hubiera quedado mas obra suya, bastaria ella sola para colocarle en un lugar muy distinguido entre nuestros buenos autores. Cita despues de paso alguna otra comedia que supone suya; pero con tan poco acierto como la de *Los celos hasta los cielos, y desdichada Estefanía* (que hay razones para creer que no es suya, y sí de Lope de Vega, en cuyo tomo XII está impresa); *La romera de Santiago* (que es notoriamente de Tirso de Molina, y está en la coleccion de sus obras), y *La duquesa de Sajonia* (que es, á mi ver, de su hijo don Juan, refundida con el mismo argumento, accion y personajes, y solo con variedad en la expresion, de la de *La obligacion á las mujeres*); la del *Marqués del Basto*, tambien atribuida con fundamento á su hijo; y se deja en el tintero (porque sin duda no las conocia ó tenia á la vista) las de *Mas pesa el Rey que la sangre* y *El Ollero de Ocaña*, dos interesantísimos dramas, fundados en hechos y personajes históricos de nuestra patria, llenos de entonacion heróica y caballeresca, de bellezas poéticas y de interés dramático, y casi exentos de las extravagancias de que tan plagados están nuestros autores, y Lope mas que ninguno. Apenas cita *Los hijos de la Barbuda*, notable comedia, en que VELEZ desplegó toda la poesía de nuestro idioma patrio, imitándole con gracia y valentía hasta en su antigua rudeza; *El diablo está en Cantillana*, gracioso é interesante drama, fundado en una de las aventuras del rey don Pedro; y sobre todo, calla absolutamente la preciosa comedia de *La Luna de la Sierra* (que tambien tengo la satisfaccion de exhumar hoy, pues es tal su rareza, que apenas queda ya ejemplar alguno) (1). Seguro estoy de que si hubiera alcanzado á ver esta comedia el bondadoso, ilustrado y justo don Alberto Lista, hubiera modificado su juicio acerca de GUEVARA; y hallando en ella evidentemente el modelo, y no como quiera en embrion, sino perfectamente bosquejado, que, á mi ver, sirvió evidentemente á Rojas para su drama inmortal de *García del Castañar*, hubiera convenido en que no era un poeta vulgar ni adocenado, no un escritor comun ni digno de desden, sino antes bien uno de nuestros buenos ingenios dramáticos, original ó inventor, como Lope, Castro, Tárrega y Mira de Mescua, de la mayor parte de los argumentos, que, tratados despues y sin duda mejorados por Alarcon, Rojas, Calderon, Moreto, Cubillo, Matos y Diamante, formaron principalmente la reputacion de estos, despojando á aquellos de la parte de gloria que legítimamente les correspondia.

¿Qué diria, por ejemplo, el señor Lista si hubiera leido *La Niña de Gomez Arias*, comedia de VELEZ DE GUEVARA (de que tampoco debió tener noticia), y cuyo argumento, accion, personajes, y hasta trozos y escenas enteras *plagió* Calderon? Pues, para que se vea si es ó no exagerado este aserto, y para que puedan compararse uno y otro drama, haré aquí una rápida reseña de su argumento, y trasladaré una escena, la principal de esta comedia generalmente desconocida.

(1) Está en el libro titulado *Flor de las doce mejores comedias*, Madrid, 1652, que comprende las siguientes: *La Luna de la Sierra*, de LUIS VELEZ DE GUEVARA; *No hay amor donde hay agravio*, de don Antonio de Mendoza; *Los empeños del mentir*, del mismo; *Celos no ofenden al sol*, de don Antonio Enriquez Gomez; *No hay bien sin ajeno daño*, de don Antonio Sigler de Huerta; *El pleito que tuvo el diablo con el cura de Madridejos*, de tres ingenios; *Competidores y amigos*, de Huerta; *El familiar sin demonio*, de Gaspar de Avila; *El Señor de Noches buenas*, de Cubillo; *Castigar por defender*, burlesca, de Herrera; *A gran daño gran remedio*, de Villaizan.

LA NIÑA DE GOMEZ ARIAS, *comedia por* LUIS VELEZ DE GUEVARA.

Hablan en ella las personas siguientes:

GOMEZ ARIAS.	QUITERIA.	SANCHO.	LA NIÑA.
DON JUAN.	DON PEDRO.	DOÑA GRACIA.	UN CORREGIDOR.
BELTRAN.	DON LUIS.	LAUREANO, *viejo*.	EL CONDE DE SADUD.
DOÑA MARÍA.	ADAMUZ.	ABENJAFAR.	LA REINA DOÑA ISABEL.
DOÑA FRANCISCA.	PERICO.	CELIN.	

En el primer acto la escena es en el paseo de Córdoba, y Gomez Arias cuenta á don Juan que el motivo de haberse visto obligado á dejar á Granada fué una pendencia que en ella tuvo. Salen en esto al paseo doña Gracia y doña María, hermanas respectivas de don Juan y de Gomez Arias, y ellos las galantean, y obligan á don Pedro y don Luis, que las siguen, á retirarse. Gomez Arias, enamorado de doña Gracia, da un billete al criado Perico, para que se lo entregue, y doña María otro para don Juan. Esto ocasiona una escena muy cómica en el acto de entregar los billetes el criado, con que concluye el acto. En el segundo hay otra, altamente inverosímil, en que Gomez Arias, citado por doña Gracia á su jardin, hace que su hermano don Juan le guarde las espaldas mientras le burla y se escapa con ella, en tanto que doña María, hermana de Gomez Arias, repite la escena con don Luis, pensando que es don Juan, á quien tenia citado. Descúbrese todo, y don Juan parte en persecucion de don Gomez y de Gracia, y á vengar la afrenta de su casa. Aparecen luego este y doña Gracia en el monte con el criado Perico, y tiene lugar la famosa escena en que Gomez Arias, cansado de la Niña doña Gracia, la vende al moro alcaide de Benamejí, para deshacerse de ella. Esta escena, toda en endechas, es en estos términos:

DOÑA GRACIA.

Señor Gomez Arias,
De cuerpo gentil,
Ojos matadores,
Que saben fingir,
Palabras de azúcar,
Y principio y fin
De los pensamientos
Que viven en mí;
¿Qué tristeza es esta,
Que apenas salís
De gozar mis brazos,
Cuando os miro ansí?
Qué se han hecho tantas
Finezas que vi,
Que fueron hechizos
Con que me rendí?
Habladme, miradme,
Mi bien. ¿Qué decís?
Porque de sospechas
Me vendré á morir.
Señor Gomez Arias,
Duélete de mí,
Que soy niña y muchacha,
Y nunca en tal me vi.

GOMEZ.

Doña Gracia, amor,
Antes de rendir
La empresa que intenta,
Ansioso del fin,
Para sacar de ella
Efecto feliz,
Fingidas palabras
Toma por ardid;
Y luego que llega
Su gusto á cumplir,
Con la posesion
Se acaba el fingir.
Corrió el desengaño
El velo sutil,
Y lo mas costoso
Se descubre allí.
Todo cansa luego;
Que no hay cosa allí,
En siendo gozada,
Que no acabe ansí.
Que el hombre que llega
Mas, Gracia, á sentir,
Desmaya en gozando,
Porque tocó el fin.
Si de ser tu esposo
Palabra te dí,
Cúmplala el deseo,
Que mintió por mí;
Que no hay quien primero
Dude el dar el sí,
Y muy pocos saben
Hacer y decir.
Demás, que yo soy
Pobre para tí,
Noble y desdichado,
Y un soldado, al fin.

DOÑA GRACIA.

¿Estos desengaños
Te he venido á oir,
Despues que, engañada,
El alma te dí?
Si es por hacer prueba
De lo que hay en mí,
Sin las que están hechas,
¿Hay mas que añadir?
Vertiendo estoy almas,
Que podrán decir,
Dueño de mis ojos,
Que muero por tí;
Y cuando no quieras
De veras cumplir
De esposo la fe
Que te merecí,
Yo seré tu esclava;
Que quiero servir
Mas á tus criadas
Que verme sin tí.
Hierramé esta cara,
Ponme aquí y allí
Clavo y S, y luego
Podrás escribir:
Soy de Gomez Arias;
Que mejor que allí,
Amor en el alma
Lo supo esculpir.
Para esclava tuya,
Mi gloria, nací;
Véndeme...

GOMEZ.

A eso vengo
A Benamejí.

DOÑA GRACIA.

¿Qué dices, mi bien?

GOMEZ.

Que si no es así,
Ni puedo dejarte
Ni puedo vivir.—
Haz, Pedro, una seña
De paz desde ahí,
Con un lienzo blanco,
Al moro.

DOÑA GRACIA.

¡Ay de mí!

PERICO.

¿Qué es esto que intentas?
Dime, ¿estás en tí?

GOMEZ.

Haz lo que te mando,
Si no quieres ir
Volando á ese foso.

PERICO.

De ser volatin
El callar me escape;
Ves el lienzo ahí.
(*Hace la seña, con un lienzo blanco, al Moro.*)

DOÑA GRACIA

¡Mi vida! ¿qué culpa
Grave cometí,
Que merezca pena
Que es mas que morir?
Pues daros el alma
¿Fué agravio, que así
La tratais agora,
Sin mas advertir
Mi honor ni mi amor?
¿No mirais que os dí
De entrambos las llaves?
No hablais? ¿Qué decís?
Señor Gomez Arias,
Duélete de mí,
Que soy niña y muchacha,
Y nunca en tal me vi.
(*Suena un clarin.*)

PERICO.

Dos bizarros moros,
Al son de un clarin,
En dos yeguas salen
De Benamejí,
Adargas y lanzas
Embrazan, y allí
Se apean ahora.
(*Salen Abenjafar y Celin, moros.*)

GOMEZ.
Yo quiero salir
Al paso.

DOÑA GRACIA.
¡Mal haya
La mujer ruin
Que fia en los hombres
Que saben mentir!

GOMEZ.
Seais bien venidos.

DOÑA GRACIA.
¡Cielo!

ABEN.
Alaquivir
Os guarde, cristianos;
Pues ¿á qué venis?
A qué fin por señas
Plática pedis?

GOMEZ.
¿Quién eres, si acaso
Se puede decir?

ABEN.
Abenjafar soy,
Gomel y Zegrí,
Por Granada alcaide
En Benamejí;
Que habiéndole dado
Mas sangre al Genil
Vuestra que agua lleva
El Guadalquivir,
Cuyo alfanje corvo
Y lanza fezí
Con vuestros maestres
Mil veces medí,
Mas que de su sitio
Quiso presumir
Que podrá mi gente,
No diez, sino mil
Años al cristiano
Poder resistir.

GOMEZ.
Del valor que tienes,
Valiente Zegrí,
Las muestras que vemos
No pueden mentir;
Demás que en la vega
De Granada oí
Tu nombre, sirviendo
A mi rey allí.
Desdichas me llevan
Muy léjos de allí;
Que en Córdoba noble
Por mi mal nací.
Soy pobre, y es fuerza,
Para no morir,
Imaginar trazas
Que tengan buen fin.
Mira si me quieres
Comprar...

DOÑA GRACIA.
¡Ay de mí!

GOMEZ.
Aquesta cristiana.

ABEN.
(*Ap.* Es un sol, Celin.)
¿Qué pides por ella?
Tal beldad no vi.

GOMEZ.
Trescientos cequíes.

ABEN.
Celin, dale mil.

GOMEZ.
El valor no puede
Tu pecho encubrir;
Otros tantos años
Llegues á vivir.

ABEN.
No lloreis, cristiana;
Que tendréis en mí
Un esclavo dueño,
Que os sabrá servir.
(*Dale Celin el dinero á Gomez Arias.*)

DOÑA GRACIA.
¡Ah, mi bien! ¡Señor!

CELIN.
No falta un cequí.

DOÑA GRACIA.
Pues no sois de piedra,
Escuchadme, oid;
Que me llevan presa
A Benamejí.
Señor Gomez Arias,
Duélete de mí,
Que soy niña y muchacha,
Y nunca en tal me vi.

GOMEZ.
Esto es hecho, Gracia;
No hay sino seguir
Tu dueño.

ABEN. (*Ap.*)
No he visto
Cristiano tan vil.

DOÑA GRACIA.
Ruego á Dios, ingrato,
Pues tratas ansí
Fe tan bien nacida,
Amor tan gentil,
Que á lanzadas mueras,
Queriendo huir,
De un infame moro,
Bajo y baladí.
Mi hermano te mate,
Yéndote á partir;
Pero no podrá;
Que vives en mí.

ABEN.
Hermosa cristiana,
Vamos.

DOÑA GRACIA.
Ya que fuí
Desdichada en todo,
Y que hasta morir
No he de verte mas
Ni has de verme á mí,
Y por mi desdicha
Desde hoy te perdí,
Un abrazo solo
Te quiero pedir,
Y á mi padre luego
Puedes escribir
Que quedo cautiva
En Benamejí,
Porque mi rescate
Pueda apercibir,
Si es que vive, y yo
No me muero aquí.

GOMEZ.
Dios te guarde, Alcaide,
Valiente Zegrí.

ABEN.
Véte con Alá.—
Cristiana, venid.

DOÑA GRACIA.
Señor Gomez Arias,
Duélete de mí,
Que me llevan presa
A Benamejí.
(*Vase Gracia y Abenjafar.*)

PERICO.
Aunque me dés muerte
Colérico aquí
Mil veces, no puedo
Dejar de decir
Lo mal que lo haces,
Que eres malandrin,
Júdas inhumano
De este serafin.
Y cuando la tierra
Esto guarde en sí
Como en otro tiempo,
Lo dirá el rocin.

GOMEZ.
No pretendas, Pedro,
Conmigo venir.—
¡Ah, Celin!

CELIN. (*Sale.*)
¿Qué quieres?

GOMEZ.
Cómprame, Celin,
Este cristianillo.

PERICO.
Pues ¿véndesme á mí?

GOMEZ.
¿No lo ves?

PERICO.
Yo soy
Cristiano, y nací
De padres cristianos,
Y no he de sufrir
Que en tierra de moros
Me vendas así.

CELIN.
¿Qué quieres por él?
Que, por ser sutil,
Comprártele quiero.

PERICO.
¿Sabes tú si á mí
Me está bien venderme?

GOMEZ.
Dame por él...

CELIN.
Di.

GOMEZ.
Cincuenta cequíes.

CELIN.
Pues veslos aquí.

PERICO.
¿Cincuenta no mas?
¿Soy yo tan ruin?
¿Desta suerte pagas
Lo que te serví?
¡Alcahuetes todos,
Escarmentá en mí,
Mirad en qué paran
Podenco y perdiz!

CELIN.
Vamos, cristianillo.

PERICO.
Moreno, venid;
Que habeis de soñarme
En Benamejí.
«Señor Gomez Arias,
Duélete de mí,
Que soy niño y muchacho,
Y nunca en tal me vi.»

Luego que Gomez Arias queda solo, salen unos bandoleros con máscaras, que pretenden robarle, hasta que, seducidos por sus palabras y bizarría, se ponen á sus órdenes y le hacen su capitan. Aquí aparecen su hermana doña María, huyendo de su engañador don Luis, y descubiertos por Gomez y los bandoleros, se la llevan, y obligan á don Luis á que la dé la mano de esposo y se precipite luego de una peña.

En el acto tercero aparece el padre de Gracia, á quien entrega un criado una carta de esta, diciéndole su cuita, y que acuda á rescatarla á Benamejí. En esto hacen alcalde de la nobleza de Córdoba al mismo padre, y viene la reina doña Isabel, que oyendo su desgracia, dispone ir en persona á atacar á Benamejí y salvar á Gracia. Vuelven luego á aparecer los salteadores con doña María, y luego su amante don Juan, el hermano de Gracia, que cae tambien en sus manos; por último, los cuadrilleros y el Alcalde, padre de Gracia, que los vencen y hieren á Gomez, asaltan á Benamejí y libran á Gracia, condenando á muerte á Gomez y doña María, hasta que, á ruegos de Gracia y Arias, de don Juan y doña María, la Reina les concede el perdon y su mano respectiva.

Como se desprende de esta rápida reseña, el gran Calderon no tuvo escrúpulo en tomar á VELEZ, para la composicion de su drama, no solo el argumento íntegro, y por cierto descabellado, los principales y odiosos personajes, el corte y marcha estrambótica de la accion, sino que les hizo decir lo mismo en idénticas situaciones, y hasta producirse en los propios versos.

Señor Gomez Arias,
Duélete de mí,
No me dejes presa
En Benamejí.

¡Extraño modo de despojar á un autor viviente, que sin duda debia estar tolerado por la costumbre, cuando no se desdeñó de seguirla hasta el mismo Calderon!

Tambien VELEZ DE GUEVARA pretendió, ó pudo pretender, imitar, aunque menos servilmente, el estilo peculiar de Tirso (porque este, aunque contemporáneo suyo, no imitó jamás á nadie) en *La montañesa de Astúrias*, *La serrana de la Vera*, y *El amor en vizcaino y Los celos en francés*, comedias que en el fondo de su accion, situaciones, caractéres y lenguaje de los personajes siguen el desenfado, atrevimiento y maligno estilo del célebre Mercenario. En otras, como *El caballero del Sol*, *La hermosa Raquel*, *El espejo del mundo*, etc., imitó evidentemente la ternura y poética entonacion de Lope, como puede verse en este trozo, tomado al acaso de la primera :

Dando luz Jacinta al dia,
Preso con su mano hermosa
En una cesta curiosa
Un pajarito traia.
Reja de cristal hacia
Con la mano á la prision;
Yo llegué en esta ocasion
Y dije : *Hermosa Jacinta,*
Tan venturoso me pinta
Mi loca imaginacion.
No sé si escuchallo pudo,
Porque el amor mas perfeto,
Cuando es hijo del respeto,
Es menos ciego que mudo;
Mas como en mi fe no dudo,
Loco á Jacinta seguí,
Y escrito en sus ojos vi
Con letras de estrellas puras :
Las aves no están seguras,
Celio, en el viento, de mí.
Apartó en esto la mano,
Y el pájaro, sin razon,
Quiso dejar la prision;
Pero fué su intento vano.
Irracional y villano,
Dije, *con bien tan subido*
Entenderte no has sabido;
Trocar conmigo procura :
O dame tú tu ventura,
O toma tú mi sentido.

Seria larga, aunque muy grata tarea la de entresacar y reproducir aquí trozos igualmente bellos algunos, es verdad, demasiado líricos y extraños al lenguaje dramático y apasionado; cuáles graves, severos y sentenciosos; cuáles tiernos; cuáles, en fin, altamente cómicos y agudos. Baste para ello recomendar al lector en el primer sentido toda ó casi toda la comedia de *La Luna de la Sierra* y la de *Reinar despues de morir;* en el segundo la de *Los amotinados de Flándes;* y por último, como muestra del gracejo y chiste natural de VELEZ, el precioso cuento que pone en boca del gracioso en el primer acto del *Ollero de Ocaña.*

Habia un cierto lugar,
Tan incierto, que aun apenas
Sus vecinos le sabian;
Su planta era en las riberas
De un rio, corto de talle,
Porque á su lugar parezca;
Sus vecinos, por ser trece,
Los contaba por docena,
Y una maestra de niñas,
Que eran trece y la maestra.
Dicen que fué antiguamente
Colonia romana ó griega,
Y agora, por sus pecados,
Es española agujeta.
Pero con el buen olor
De aquella rancia nobleza,
Eligen sus magistrados,
Con poder sobre las peñas.
Llegó de año nuevo el dia,
Donde los cargos se truecan,
Porque todo era postizo;
Y el zapatero, ojo alerta,
En sabiendo la eleccion,
Cogió las hormas, con priesa
Notable, en una barquilla,
Que servia de muleta
Al pueblo, y se fué agua abajo,
Y á poco mas de una legua
Dió fondo en otro lugar,
Casi de las proprias señas,
Si bien no tan opulento,
Por ser poblacion mas nueva;
Y así, tenia en la torre,
Por campanas, dos cigüeñas.
Admirándose la plebe
(Que era entonces dia de feria)
De ver al Críspin sacar
La pedestal herramienta,
Le preguntaron á coros,
Y no con poca sospecha,
La causa de su mudanza;
Mas él, con la voz serena,
Les dijo : «Señores mios,
Oigan, que la causa es esta.
Ya sabrán vuesas mercedes

De *ab initio* y *ante saecula*,
Que en mi lugar ó mi haca
(Que no vengo para fiestas;
Y diré mal de mi padre,
En desarmando la tienda),
Ya saben que sus vecinos,
Por enfermedad secreta,
No llegan al catorceno.
Pues hoy, por costumbre vieja,
Hubo eleccion de justicia
(Plega á Dios que en él se envuelva).
Pues, como se está el lugar
Siempre en sus trece, y es mengua
En república tan noble
No hacer la eleccion entera,
Repartieron, como digo,
Los oficios por cabezas.
Dos alcaldes ordinarios
(Ya saben sus preeminencias),
Uno de los hijosdalgo
Y otro de la villanesca;
¿Hácia dónde está esta gente?
Pero yo pienso que cuentan
Por villanas á las cabras,
Hidalgas á las ovejas.
Luego un alguacil mayor,
Con que tenemos tres piezas;
Juez de testamentos, cuatro;
Luego un recetor de penas
De cámara, que son cinco,
Aunque de pujo revientan.
Cuatro regidores, nueve,
Que rigen cuatro carretas;
El escribano y alcaide
De la cárcel, que está en jerga,
Y su poco de verdugo,
Cumplen doce, y ellos eran,
Conmigo, trece. Pues digo
A los que saben de cuenta,
Si los doce son justicia,
Y yo me he quedado fuera,
¿En quién la han de ejecutar,
Si no es en mí? La madera
De mis hormas me acompañe,
Que no he de vivir en tierra
De tantos justos pastores,
Que ahorcarán una estrella.
Y es mejor ser con desdicha
Jonás de aquella ballena,
Arca de aqueste diluvio
Y Lot de aquella humareda.»

En lo que sí convendré, porque es absolutamente una verdad, es en que Velez de Guevara, que sabia inventar un argumento, desplegarle y conducirle diestramente en la escena, era por manera irresoluto, débil y poco acertado en los desenlaces, quitando al fin de la accion todo el interés producido por ella, ó debilitándola con acomodos y cortes improvisados, que destruyen el efecto de los primeros actos. Así vemos que en *La Luna de la Sierra*, en vez de matar el marido al maestre de Calatrava, cuando conoce que no es el Príncipe el que pretende seducir á su mujer, como García del Castañar á don Mendo cuando sabe que no es el Rey, se contenta con hacer alejar al Maestre y prometer la Reina su castigo; en *Gomez Arias*, en vez de hacer morir á este desalmado, como Calderon, le reconcilia y hace casar con su víctima; en *El Diablo está en Cantillana* se contradice el carácter y la obstinacion del rey don Pedro; en *La montañesa de Astúrias*, y otras, encaminadas todas á una necesaria catástrofe, todo queda al fin acomodado de cualquier modo, y enervado el interés escénico y hasta la moralidad de la fábula. No procedian así Calderon, Rojas y Ruiz de Alarcon, que sabian terminar fatalmente sus grandes creaciones, y por eso son inmortales *El médico de su honra*, *García del Castañar*, *El tejedor de Segovia* y otras de su repertorio.

La gloria literaria de Velez de Guevara no estuvo ni está cifrada solamente en sus comedias, sino que ha llegado hasta nosotros, unida tambien á otra de sus discretas obras, en que supo demostrar su espíritu de observacion, la gracia y decoro de su crítica, y manejar la prosa con igual perfeccion y donosura que la poética lira. Hablamos de la discreta novela titulada *El Diablo Cojuelo, verdades soñadas de la otra vida*, que traducida libremente despues (aunque ciertamente no oscurecida) por Lesage en su *Diable Boiteaux*, ha quedado hace dos siglos como tipo de esta clase de descripcion crítico-filosófica de las costumbres sociales, y dado lugar á inmensas imitaciones mas ó menos cómicas y célebres. Esta lucida obrita fué publicada por Velez de Guevara en un tomo en 8.° (impreso en Madrid, en 1641, en la imprenta del Reino), y despues ha tenido varias reimpresiones, siendo la última que conocemos la que con diligente esmero mandó hacer el señor don Joaquin María Ferrer en Paris, en 1828, ilustrándola con un discreto prólogo, en que reunió cuidadosamente mucha parte de las noticias y tradiciones relativas á la vida y carácter de Velez de Guevara, que quedan expuestas al principio de estos apuntes.

EL DOCTOR FELIPE GODINEZ.

Por aquella época escribió tambien para el teatro el doctor Felipe Godinez, á quien ya anuncia Cervántes en su *Viaje al Parnaso*:

Este que tiene, como mes de mayo,
Florido ingenio, y que comienza ahora
A hacer de sus comedias nuevo ensayo,
Godinez es. . . . .

Y Montalvan, refiriéndose á él en su *Para-todos*, dice «que tiene grandísima facilidad, conoci-

miento y sutileza para este género de poesía, particularmente en las comedias divinas, porque entonces tiene mas lugar de valerse de su ciencia, erudicion y doctrina».

Efectivamente, la mayor parte de las que se conservan de este autor pertenecen al género religioso. Los argumentos están tomados de la Sagrada Escritura, como *Las lágrimas de David*, *El divino Isaac*, *Aman y Mardoqueo, ó la horca para su dueño*, y *Los trabajos de Job*; ó son de las vidas de los santos, como *San Mateo en Etiopía*, *Ludovico el piadoso* y *La milagrosa eleccion*; ó son autos, como *La Virgen de Guadalupe*, *El provecho para el hombre*, etc. En todos estos dramas está bastante bien desenvuelto el argumento, con arreglo á su índole respectiva, señaladamente en el de *Aman y Mardoqueo* ó *La reina Ester*, que es la obra dramática mas conocida de Godinez. En ella hay trozos de bella poesía, pensamientos elevados y cierta entonacion bíblica muy marcada. Como muestra de la elevacion de los pensamientos y de la versificacion de este drama, véase el siguiente trozo:

Delante del rey Asuero
Preguntó Aman á Solon
Si podia haber (pues él era,
Despues del Rey, el mayor)
Otro mas dichoso que él.
«Mas dichoso, respondió
El filósofo, fué Teba,
Que fué gran despreciador
De los bienes de la tierra.—
Despues de este, replicó
El mismo Aman, ¿quién ha sido
El mas dichoso? — Otros dos
(Dijo Solon), que dejaron,
No solo la posesion,
Sino el afecto á esos bienes.»
Y Aman dijo: «¿Y no soy yo
Dichoso tambien?» Entonces
Solon, alzando la voz,
Dijo: «Poderoso eres
Y rico, dichoso no;
Que hasta el término en que pára
Esta carrera veloz
Del vivir, nadie hay dichoso,
Y tú, Aman, aun vives hoy.»

En la que lleva el extraño título *O el fraile ha de ser ladron ó el ladron ha de ser fraile*, y no es otra cosa que un episodio de la vida de san Francisco de Asís, pone en boca de este santo la siguiente parábola:

Cierto labrador cogia
Mucho trigo; y otro, á quien
Le acudia menos bien,
Con la envidia que tenia,
Le puso pleito, en que dijo
Que no daban la mitad,
Aunque eran de igual bondad,
Las tierras de su cortijo;
Y que lindando las unas
Con las otras, sin encanto
Era imposible que tanto
Distasen ambas fortunas;
Y así, que aquel labrador
Con sus hoces esquilmaba
Todo el campo, y malograba
A las demás su labor.
Fué á su casa sin tardanza
El acusado hechicero,
Y trajo todo su apero
Y gente de su labranza.
Y en fin, por dejar conclusa
La demanda de una vez,
«Vea, vea (dijo al juez)
Este apero quien me acusa.
Valientes bueyes de arada
Traigo, buen ganado, rejas
Que rompen bien, y sin quejas
Familia, bien sustentada,
Que trabaja bien conmigo
Porque á su tiempo les pago;
Son hechizos que yo hago
Para coger mucho trigo.»

En el auto de *La Virgen de Guadalupe* se halla el epigrama siguiente:

¿Ves dos mujeres que lavan,
Cuando una sábana tuercen,
Que torciendo á un tiempo entrambas,
Cada una de su parte,
La suelen dejar sin agua?
Pues así son los letrados,
Que al cabo de la jornada,
Ayudando uno á una parte
Y otro á la parte contraria,
Como á sábanas los dejan,
Torcidas y sin sustancia.

Por último, la titulada *Aun de noche alumbra el sol* es una de las pocas de Godinez que no se ocupan en asuntos religiosos, y que, por la facilidad y propiedad de la intriga, la economía de la accion, desprovista de todo accesorio ajeno ni extravagante, la belleza de los caractéres y correccion del estilo, me parece sin disputa la mejor de este poeta, y una de las buenas de nuestro teatro, y como tal, la he escogido para esta coleccion. En ella pone en boca del gracioso este cuento, lleno de donaire y agudeza:

Era un cura, gran tahur,
Pero tan poco devoto,
Que por jugar no rezaba.
El Obispo, escrupuloso,
Supo el caso; llamó al cura,
Y díjole con enojo:
«¿Qué es esto? ¿Cómo no reza?»
Y el cura sin alboroto
Respondió: «Señor ilustre,
Yo he probado con anteojos,
Y no veo.» Aquí el Obispo
Replicó luego: «Pues ¿cómo
Ve á jugar, y no á rezar?»
Y él respondió presuroso:
«Hágame á mí cada letra
Usía como el as de oros,
Y leeré el libro del rezo
Como el de cuarenta y ocho.»

DON DIEGO JIMENEZ ENCISO.

Poco, poquísimo sabemos de este discreto poeta, sino que fué andaluz, caballero del hábito de Santiago y veinticuatro de la ciudad de Sevilla, y que es uno de los autores citados con mas cariño por Cervántes, Lope y Montalvan. Este, hablando de sus comedias, dice: «No ha menester mas elogios en esta parte que su nombre, y decir que escribió *Los Médicis de Florencia*, que ha sido pauta y ejemplar para todas las comedias grandes (1). Efectivamente, aunque posterior á esta, produjo casi una docena mas, su título principal para el aplauso público y el aprecio de la posteridad debió consistir en ella, y no ciertamente porque merezca la calificacion absoluta de Montalvan, sino por lo interesante del argumento, el tono elevado que en toda ella reina, la cordura y sensatez con que está conducida la intriga, la rotundez y sonoridad de los versos, gran parte endecasílabos, y cierta pretension, en fin, á la regularidad y entonacion de la tragedia clásica, que dan á conocer los buenos estudios de Jimenez Enciso, muy extraños en aquellos tiempos. Pudiera citarse tambien de él otra comedia, notable bajo mas de un aspecto, la de *El príncipe don Cárlos*, en la cual están retratados este y su padre Felipe II con colores bastante diversos de los que solian prestarle los poetas cortesanos del tiempo de su nieto.

DON RODRIGO DE HERRERA.

Lope de Vega, en su *Laurel de Apolo*, dice, hablando de los poetas del Manzanares, los siguientes versos:

La roja insignia del patron de España
Adorna dos Herreras
(Florida emulacion de tus riberas),
Dignos entrambos de tan alta hazaña;
Si á don Rodrigo tienes,
A ser mas propiamente Mántua vienes;
Pues tendrás á Virgilio tan perfeto,
Que te podrás llamar Mincio ó Sebeto;
Y si tienes tambien á don Antonio,
Serás el Tibre, y él tu dulce Ausonio.

Y mas adelante añade:

Don Rodrigo de Herrera, lusitano
(Fatal es este nombre á los poetas,
Como lo muestra Herrera, sevillano,
Y los dos que con rimas tan perfetas
De tus riberas son corona y gloria),
Merece consagrar á su memoria
Este laurel que intentas,
Pues tiene tan atentas
Las musas castellanas...

Cervántes tambien hace mencion, en el *Viaje al Parnaso*, de todos estos poetas Herreras, y además de otros dos, don Pedro y don Juan Antonio, y Montalvan confirma la existencia de los dos Rodrigos, madrileño el uno, portugués el otro, además de la del don Antonio; caballero del hábito de Santiago (de quien dice tener acabadas tres ó cuatro comedias, que no han llegado á nosotros), y de otro *don Jacinto de Herrera y Sotomayor*, tambien madrileño y autor celebrado, de quien hablaré mas adelante.

La cuestion del momento se limita á saber cuáles de las comedias impresas con el nombre de *don Rodrigo de Herrera* pertenecen al portugués, que, segun Montalvan, «escribió muchas, que así en lo sazonado como en la parte de la invencion se han hecho lugar por sí en la estimacion de todos,» ó al madrileño, á quien apellida «poeta de grande espíritu, galante y conceptuoso, que escribe con mucha cordura y acierto, y tiene acabada una comedia de valientes versos».

De este dice el laborioso y discreto Alvarez Baena, en sus *Biografías matritenses*, que se llamó don Rodrigo de Herrera y Rivera, y que fué hijo del primer marqués de Auñon, habido en doña Inés Ponce y Villarroel, señora muy calificada, por lo que su padre, no pudiéndole dejar el mayorazgo principal de su casa, le fundó otro nuevo, y le hizo contraer matrimonio con su prima hermana, doña María, sucesora de la casa. Fué caballero del hábito de Santiago, poeta muy celebrado, de

(1) Sin duda á ella debió el que mucho tiempo despues le designase Candamo como el inventor de las comedias de *capa y espada*.

grande espíritu, galante y conceptuoso; escribió muchos versos en certámenes y otras funciones de su tiempo, y varias comedias. Las que cita Baena son las de *El voto de Santiago y batalla de Clavijo*, *El primer templo de España* y *El segundo obispo de Avila*. Además corren impresas bajo el mismo nombre de don Rodrigo Herrera otras varias, como *Castigar por defender*, séria, y otra burlesca del mismo título; *El mayor triunfo de Julio César*, *La fe no ha menester armas ó venida del inglés á Cádiz*, y *Del cielo viene el buen rey*. Estas dos últimas son las mas conocidas y que merecen serlo, y especialmente la última, *Del cielo viene el buen rey* (que es la escogida para nuestra coleccion), es realmente notable por lo atrevido de su argumento fantástico, la profundidad de la idea, correccion y rotundez de los versos; pero no me atreveré á decidir la cuestion de si esta ó alguna de las otras pertenecen con certeza al Herrera madrileño ó al portugués, de quien no tengo noticia alguna.

DON JACINTO DE HERRERA.

De don Jacinto de Herrera y Sotomayor, de quien va en esta coleccion la linda comedia *Duelo de honor y amistad*, dice Montalvan que fué madrileño, apellidándole «poeta galante, lucido, misterioso y felicísimo ingenio», y añade que, «fuera de los muchos versos que tiene escritos y las famosas comedias con que ha honrado los teatros, publicó en estancias la entrada primera que hizo su majestad en Madrid, despues de muerto Felipe III el Piadoso, su padre; un itinerario historial de la jornada que hizo la majestad de Felipe IV á Andalucía; y tiene para imprimir un poema de cuatrocientas estancias, que llama *El Jason*, que cuantos le han visto aseguran ser de las mayores cosas que están escritas en nuestra lengua.»

Nada mas puedo decir de él, ni he hallado tampoco comedia suya mas que la ya citada y que va en este tomo; esta, sin embargo, por su correccion, delicadeza de su argumento, gusto y lucidez de su estilo, da bien á conocer la práctica y la instruccion que debia tener el autor en el arte dramático, y que no seria esta, ni con mucho, la única obra apreciable que produjese.

SALAS BARBADILLO.

Alonso Jerónimo de Salas Barbadillo nació en Madrid por los años 1586, poco mas ó menos, y fué hijo del licenciado Diego de Salas Barbadillo, agente de Indias, y de María de Porras, su mujer, que vivian en casas propias, en el barrio de la Morería, parroquia de San Andrés. Sábese que fué criado del Rey, porque así se apellida en todas sus obras; mas se ignora en qué categoría, si bien es de suponer que seria en escala muy subalterna y con muy desgraciada suerte, si hemos de atender á las repetidas quejas que hace de ella en varias de sus obras, y de que, segun sus biógrafos, fué al cabo víctima, muriendo, jóven aun, en 1630, con sentimiento de cuantos conocian su virtud é ingenio.

Fué principalmente célebre en nuestra república literaria como autor de novelas y otros libros de recreacion (de que traen una larga lista don Nicolás Antonio y Alvarez Baena), y de que aun quedan algunos, aunque rarísimos, que he visto; tales son: *La ingeniosa Elena, hija de Celestina*, *El caballero puntual*, *Don Diego de Noche*, *La estafeta del dios Momo*, *El sagaz Estacio*, *Las coronas del Parnaso y plato de las musas* y las *Bodas de la incasable mal casada*. En ellos insertó varias comedias, que nunca se han reimpreso por separado, y se han hecho, por lo tanto, rarisimas. Titúlanse: *Galan tramposo y pobre*, *Victoria de España y Francia* (1), *Prodigios de amor* (2), *El gallardo Escarraman* (3), *La escuela de Celestina ó el hidalgo presumido* (4), *La*

(1) En el libro titulado *Coronas del Parnaso y plato de las musas*.

(2) En la segunda parte de *El caballero puntual*.

(3) En *El sutil cordobés Pedro de Urdemalas*.

(4) Creo que es la única suelta.

sábia Flora mal sabidilla, comedia en prosa (1), y varios entremeses á quienes él llama *comedias al estilo antiguo*, y titula: *El caballero bailarin, Doña Ventosa, El padrastro y las hijastras, El Prado de Madrid y baile de la Capona*. Tambien escribió un poema heróico á nuestra Señora de Atocha, titulado *La patrona de Madrid restituida*, y un tomo de poesías líricas.

De las obras dramáticas de este autor, paréceme la mejor la que lleva el título de *Galan tramposo y pobre*, impresa en el citado libro de las *Coronas del Parnaso* en 1635, despues de la muerte del autor, y á costa de la hermandad de libreros del reino (2). En la dedicatoria que dejó escrita aquel de esta comedia al licenciado Butron dice: *Le ofrezco esta comedia, verdaderamente Terenciana, en que procuré observar del arte antiguo todo aquello que no fuese áspero ni desapacible para el siglo que corre*. Tiene con efecto bastante regularidad y buen estilo, aunque poco artificio y vigor, y no supone en Salas Barbadillo tantas dotes dramáticas como le asisten en sus obras líricas y en sus ingeniosas novelas. En unas y otras, sin embargo, es muy de estimar la pureza y correccion del lenguaje, exento por lo general de afectacion y descuido. Á esta dote sin duda, á su laboriosidad y carácter personal debió los exagerados elogios de Lope de Vega, de Montalvan y de Nicolás Antonio. El primero, aludiendo á este florido ingenio, y además á sus desgracias personales, de que ya queda hecha mencion, consignó estos sentidos versos en su *Laurel de Apolo:*

Si á Salas Barbadilo se atreviera
Mi indigna voz, que por tu gusto canta,
Ó la sonora cándida garganta
De los cisnes tuviera
Que el verde márgen que el Caistro bebe
Cubren de pura nieve,
Yo te pintara un hombre
Que ha puesto con su nombre
Temor á las estrellas;
A quien quitaron ellas
Que no pudiese oir sus alabanzas:
Tales son de los tiempos las mudanzas;
Porque si las oyera,
No fuera humilde cuando mas lo fuera.
¡Oh fortuna, de ingenios breve llama,
Pues no le dais Mecénas, dadle fama!

DON ALONSO DEL CASTILLO SOLORZANO.

Tambien este autor (cuya patria nos dejan ignorar los biógrafos, aunque sospecho que pudo ser un pueblo de la provincia de Cuenca) es mas conocido como escritor de novelas y otros libros de recreacion que como autor dramático. Bajo el primer carácter, en efecto, fué tan fecundo, que publicó muchos tomos, y aun hoy son conocidas y merecen aprecio *La Garduña de Sevilla, Las tardes entretenidas, Las fiestas del jardin, Las noches del placer honesto, Las arpías de Madrid y coche de las estafas, Los donaires del Parnaso, La huerta de Valencia* y otros varios, si bien son tan raros, que con gran dificultad pueden alcanzarse á ver.

En estos libros, y en el titulado *Alivios de Casandra* (no citado por Nicolás Antonio), insertó, entre las diversas novelas, cuentos, diálogos y composiciones poéticas, algunas, por cierto muy bellas, que les componen, hasta ocho ó nueve comedias, con los títulos siguientes: *La torre de Florisbella, La victoria de Norlingen y el infante en Alemania, La fantasma de Valencia, La casa confusa, El mayorazgo Figura, El marqués del Cigarral*, y alguna otra, y en todas ellas dejó consignada la aptitud y peculiares dotes que para este género poseia. Como prueba de ello, llamaré la atencion del lector hácia las dos últimas comedias citadas, y que van en este tomo, tituladas *El mayorazgo Figura* y *El marqués del Cigarral;* caractéres y cuadros perfectamente dramáticos, desenvueltos, á mi ver, con una maestría y correccion, que nada tienen que envidiar en el género apellidado *figuron* á las posteriores de Rojas, Moreto, Leiva, Zamora y Cañizares, y son muy superiores á las farsas de Molière, quien sin duda le tuvo muy presente, como podriamos probar, en alguna de ellas. Scarron tradujo la del *Marqués del Cigarral*, bajo el título de *Don Japhet d'Armenie*. Tambien fué atribuida á Moreto por algunos impresores; pero está entre las obras, muy anteriores, de Castillo Solorzano, y además es imposible desconocer su estilo.

De la vida y circunstancias de este fecundo y apreciable escritor apenas sabemos sino que fué algun tiempo secretario del virey de Valencia don Pedro Fajardo, marqués de los Velez; pero su

(1) En el libro de *La incasable mal casada*.

(2) Esta comedia anda impresa tambien suelta, con los títulos de *El tramposo con las damas y castigo merecido*, y falsamente atribuida á Cubillo.

suerte en general debió ser muy desdichada, segun se infiere de algunos pasajes de sus escritos y de estos delicados versos que le consagra Lope de Vega:

Las gracias en la cuna
De su dichosa infancia
Tan risueñas vinieron,
Que á DON ALONSO DEL CASTILLO dieron
Mas gracia que fortuna,
Y que premio, elegancia;
Que tiene repugnancia
Tal vez con la virtud; pero, si miras
Sus libros, sus papeles (superiores
A cuantos hoy de aquel estilo admiras),
Llenos de tantas elegantes flores
Como la copia de su fértil genio
Con prodigioso ingenio
Por el mundo derrama,
No le envidies mas premio que su fama,
Ni laureles mayores
Que de su pluma la dorada copia,
Pues la virtud es premio de sí propia.

LUIS BELMONTE BERMUDEZ.

Con LUIS BERMUDEZ BELMONTE, poeta famoso en el primer tercio del siglo XVII, sucede lo que con don Guillem de Castro, que nadie hablaria hoy de ellos, ni serian apenas conocidos, á no ser por una de sus producciones dramáticas, que salvando el transcurso de los tiempos y las alteraciones del gusto, han llegado hasta nuestros dias, envueltas en una gran popularidad y como muestras únicas del talento de sus autores.

En el artículo que consagré en el tomo anterior á Guillem de Castro, llamaba la atencion de los eruditos hácia el desconocido repertorio del autor de las *Mocedades del Cid;* hoy me cumple consignar igual deber respecto del no menos raro y descuidado de BERMUDEZ BELMONTE, á cuya festiva y discreta pluma se atribuye con fundamento el drama, tan popular aun hoy en nuestra escena, que lleva por título *El mayor contrario amigo y Diablo predicador.*

La ingratitud y el desden que parecen haber pesado especialmente sobre la memoria de este autor, no solo ha hecho rarísimos los ejemplares de la mayor parte de sus piezas dramáticas, hasta el punto de que solo hoy conocemos una media docena de ellas, sino que aun la ya citada, tan repetida y llena de aplausos, le ha sido disputada, y atribuida unas veces á un N. Bermudez (que era el segundo apellido de BELMONTE), otras á don Francisco de Villegas (1) ó á un padre Damian Cornejo (que no sabemos quién era ni si existió), otras á don Francisco Malaspina (que escribió otra con el mismo título), y las mas, en las numerosas reimpresiones que de ella se han hecho, ha salido anónima bajo el epígrafe de *un ingenio de esta corte.* Sin embargo de todó, la opinion general, fundada en razones dignas de crédito, la coloca hoy indisputablemente entre las comedias de BELMONTE, del discreto escritor de quien decia Montalvan «que habia continuado muchos años el escribirlas y acertarlas (que en él todo es uno), siendo en las veras heróico y en las burlas sazonadísimo».

Sin duda lo atrevido del argumento de la comedia de *El Diablo predicador*, y el desenfado y libertad de alguno de los caractéres en ella trazados, dieron causa á BELMONTE para encubrirse en el anónimo, previendo tal vez la prohibicion ó censura que dos siglos despues habia de sufrir; pero es lo cierto que durante el siglo XVII y el XVIII nadie descubrió en ella intenciones solapadas

(1) En la biblioteca del excelentísimo señor duque de Osuna y del Infantado existen tres MS. de esta comedia, copias sin duda destinadas á un teatro, pues en ellas se lee: «Es de Alejandro Bautista, galan de la compañía, estando en la ciudad de Zaragoza, en 26 del año 1635.» Se la da solo el título de *El mayor contrario amigo*, y se dice ser *de don Francisco Villegas.* Tiene una de estas copias la censura de fray Lúcas de Torres, en Toledo, á 28 de setiembre de 1635, en que dice: «He leido esta comedia, y me parece que no contiene cosa alguna contra nuestra santa fe y buenas costumbres. Así lo siento, *salvo meliori.*»

La otra comedia de don Francisco Malaspina, que lleva ambos títulos, anda impresa con ellos; parece posterior, y una imitacion de la de BELMONTE en el argumento, aunque son distintos los personajes, y carece de la gracia é importancia de la primera. Las personas son las siguientes: César, galan; Cárlos, idem; fray Alberto; Marforio, donado; Roberto, criado; Rosaura, dama; Flora, criada; Lucifer, Astarot, un ángel, un labrador, músicos, dos bandoleros y cuatro pobres; y empieza Luzbel diciendo:

¡Ah de ese centro oscuro
Horrores escondidos! etc.;

imitando tambien á la introduccion de BELMONTE.

ni objeto pecaminoso, antes bien era mirada bajo el aspecto de una comedia religiosa, una especie de auto sacramental, en que se encerraba nada menos que el apoteósis de la órden de San Francisco y de la caridad cristiana; todo el público aplaudia el original pensamiento del demonio, convertido por la voluntad divina en fraile predicador y catequista; todo el mundo simpatizaba con la donosa y grotesca figura del lego *fray Antolin*, sin sospechar que pudiera envolver la mas mínima intencion de ridiculizar con sus acciones y su estilo cómico la misma veneranda institucion que el autor se proponia enaltecer. Pero vinieron tiempos en que la suspicacia intolerante de ciertas clases, entonces prepotentes, se apercibió de la malicia que debia envolver sin duda aquella epigramática figura, y la comedia fué prohibida y el pobre Antolin señalado con el anatema que nunca habia soñado merecer. Su popularidad, sin embargo, fué en aumento á pesar de esta prohibicion, y tal vez á causa de ella; y cuando la actual generacion le ha vuelto á ver aparecer en la escena con su rústico desaliño, con sus chistosas salidas, sus instintos carnales y su franca locuacidad, le ha recibido con toda la simpatía que aun en los sugetos menos dignos suele excitar una persecucion infundada.

No entraré en el análisis de esta señalada produccion, ni tampoco ofreceré muestras de su estilo, porque, siendo tan generalmente conocida, seria trabajo excusado, y sí solo diré que su original pensamiento y su atrevido desempeño dan derecho á Belmonte para ocupar un puesto entre los notables escritores de nuestro teatro, y me han impulsado mas de una vez á buscar en las demás obras de su pluma nuevas pruebas de su original invencion, su ingenio y su festivo estilo.

Por desgracia mis investigaciones han sido infructuosas para obtener el conjunto de su rarísimo repertorio, y solo por las comedias tituladas *El príncipe villano*, *La renegada de Valladolid*, *Afanador el de Utrera* y *El príncipe perseguido*, únicas que he alcanzado á ver, podré juzgar hasta qué punto fué merecida la fama de Belmonte en sus dias, y hasta dónde parece justo el olvido en que despues vino á caer. Igualmente se deduce de este exámen comparativo cuál es el verdadero género á que su musa era inclinada, y en él habré de juzgarle, desentendiéndome de las cualidades negativas que le supongo para los otros.

La comedia, por ejemplo, que lleva por título *El príncipe villano*, y que por su argumento y estilo pertenece al género heróico, demuestra claramente que no era por aquel camino por donde la pluma de Belmonte era llamada á marchar con desembarazo. Su oscura y complicada accion, sus amanerados caractéres, su estilo hinchado é hiperbólico, distan seguramente mucho de tener el valor que los mismos viciados modelos que sin duda se propuso imitar, y no merece ciertamente los honores del análisis y de la crítica; y si he de juzgar por ella, supongo que lo mismo sucederá con los dramas de iguales pretensiones de *El gran Jorge de Castrioto*, *Los trabajos de Ulises*, *Las siete estrellas de Francia*, *El triunvirato de Roma*, etc. Pero en el de *La renegada de Valladolid* (comedia que envuelve un pensamiento religioso en un argumento mundano) se reconoce mucho ingenio, originalidad y filosofía, hay maestría en la pintura de los caractéres y grande analogía entre ellos y su estilo con los del *Diablo predicador*. Por último, en la del *Príncipe perseguido* (cuya segunda jornada pertenece, á mi ver, al autor de aquella célebre comedia) se revela tan á las claras el genio cómico y epigramático de Belmonte, *lo sazonado de sus burlas* (segun la expresion de Montalvan), que hay motivos para creer que en el resto de las comedias que hoy no conocemos campearia de preferencia la gracia y el donaire que engalanan las ya citadas, y de que tampoco está exenta la de *Afanador el de Utrera*, aunque mucho mas débilmente.

Aun en la primera ya citada de *El príncipe villano*, entre el oscuro laberinto de sus escenas y el alambicado estilo de sus pensamientos, despunta el sazonado chiste de su autor en boca del gracioso *Perejil*, como cuando prorumpe en el breve y discreto cuento ó epigrama siguiente:

Robáronle á Anton Llorente
Su pollino; él con desvelo
Hizo plegarías al cielo,
Mas humilde que impaciente;
Pero viendo que el que aguarda
Alcanza su gusto tibio,
Vino á tomar por alivio
Consolarse con la albarda.

Aun es mas donairoso y decidor el criado *Naranjo*, en *La renegada de Valladolid*, de quien se puede decir, como de fray Antolin, que ocupa toda la escena y cautiva constantemente la atencion y la risa del espectador, desde que sale la primera vez, diciendo:

Yo, mi señor capitan
(Si el traje no lo embaraza),
Quisiera sentar la plaza,
Aunque fuera en la del pan; etc.

Pero de sus muchos chistes y continuado gracejo, solo quiero reproducir un cuento, que es sin duda de los mejores puestos en boca de nuestros graciosos; dice así:

Pleiteaban ciertos curas
De San Miguel y Santa Ana,
Probando el uno y el otro
La antigüedad de su casa.
Y el de San Miguel, un dia
Que acaso se paseaba
Por el corral de la iglesia,
Descubrió, mohosa y parda,
Una losa y ciertas letras,
Que gastó tiempo en limpiarlas.
Dicen: *Por aquí se lim;*
Partió como un rayo á casa
Del Obispo, y dijo á voces:
«Mi justicia está muy llana,
Ilustrísimo señor;
Esta piedra era la entrada
De alguna cueva por donde
El moro Selim bajaba
Para guardar los despojos
En la pérdida de España.»
Quedó confuso el Obispo;
Pero el cura de Santa Ana,
Que estaba presente, dijo:
«Vamos á ver dónde estaba
Esa piedra tan morisca,
Que tan castellano habla.»
Fuéronse los dos, y entrando
Á la misma parte, hallan
Rompida otra media losa,
Y que juntándolas ambas,
Dicen: *Por aquí se lim-pian*
Las letrinas de esta casa.

Donde se vuelve á hallar, en fin, el ingenio travieso, el donoso estilo del creador del lego Antolin, es en la amena pintura de la vida frailesca que campea en la jornada segunda de *El príncipe perseguido*, comedia en que BELMONTE trabajó con Martinez y Moreto, y que corre impresa con el anónimo de *tres ingenios*. Hé aquí esta graciosa escena entre el príncipe de Moscovia, Demetrio, y el criado Pepino, ocultos y disfrazados de religiosos:

PEPINO.
Padre, este cuarto al momento
Manda barrer el Guardian;
Que diz que esperando están
A un príncipe en el convento.

DEMETRIO.
Déme la escoba, fray Pablo.

PEPINO.
Tome la escoba, fray Pedro.

DEMETRIO.
Esto á mi grandeza medro.

PEPINO.
¿No se rie de esto el diablo?

DEMETRIO.
¿De qué quieres que se ria?
¿De ver que es á mi persona
Tan fácil esta corona,
Y me desvela la mia?

PEPINO.
Dices bien; que es purgatorio
Toda dicha comparada
Á la de un fraile, cifrada
Desde el coro al refitorio.
Tras gastar aquí á pasajes
La mañana en parabienes
De antífonas y de amenes,
Que hacen mas hambre que pajes;
Sin cuidar de otras marañas,
Cada cual su paso inclina
Al olor de una cocina,
Que penetra las entrañas.
Entra al refitorio, y mira
Mesa puesta sin afan,
Servilleta, fruta, pan,
Un tazon que ámbar respira;
Mandando el refitolero
Diez legos arremangados,
Cuatro gatos diputados,
Con mas lomos que un carnero;
Va andando la tabla llena,
Y pone cada varon
Las manos en su racion
Y los ojos en la ajena.
Luego empiezan los cuchillos
En los platos la armonía,
Y la fuerte ferrería
De mascar á dos carrillos.
Solo se oyen, placenteros,
Chiqui chaques de quijadas;
Que hay runfla de dentelladas
Que parecen caldereros;
Y entre el sonoro ejercicio
Que al bajar y subir crecen
Tantas manos, que parecen
Los cazos del artificio,
Prorumpe un fraile: «A obediencia
Nos obliga este instituto;»
Y al son de aquel estatuto
Hacen todos penitencia.
Luego andan dos frailecillos,
Llevando con manos diestras
Candeales en unas cestas,
Molletes en los carrillos;
Dos legos á jarrear,
Vertiendo sangre, de hinchadas
Las caras, como tajadas
De carnero á medio asar;
Comen, y de dos en dos,
Á quien se lo da alabando,
Salen tosiendo y rezando
En honra y gloria de Dios.

DEMETRIO.
¡Cómo luego tu ignorancia
Fué á la materialidad,
Pues entre tanta abundancia,
Puso la felicidad
En la menor importancia!
¿Hay vida de tanta suerte
Como esta, en que á la partida
Vuelve el rostro el varon fuerte,
Y se encuentra con la muerte,
Sin que le asuste la vida?
¿Sirven de mas á un señor
Los reinos y los estados,
Que al buscarlos, de sudor,
Al tenerlos, de cuidados,
Y al perderlos, de dolor?
Nadie se compare, pues,
Á quien vive en este estado;
Pues aunque pobres los ves,
Están mirando á sus piés
Todo lo que han despreciado.

Véase con qué delicado ingenio y piadosa intencion opone el autor esta bella réplica del Príncipe á la satírica pintura del gracioso, como para borrar la impresion que sin duda podria haber

causado en el ánimo del espectador; que es el mismo sistema que sigue BELMONTE en *El Diablo Predicador*, donde, á vueltas de los festivos y atrevidos arranques del lego, coloca siempre, como para servirle de correctivo, las ideas mas elevadas de religion y de sana moral; las únicas, sin duda, que animaban á este y los demás autores que, con mas ó menos desenfado, trataron estos asuntos en nuestro antiguo teatro.

DON JERONIMO DE VILLAIZAN.

El LICENCIADO DON JERÓNIMO DE VILLAIZAN Y GARCÉS, abogado de los reales consejos, nacido en Madrid en 1604, hijo de don Diego Villaizan, boticario, compartió, como poeta y discreto autor dramático, los aplausos y la fama que disfrutaba en los tribunales como elocuente abogado; fama y aplausos sin duda exagerados, y que no debian ser muy del agrado de algunos de los escritores contemporáneos, á juzgar por una composicion satírica que se lee en las obras de don Antonio Hurtado de Mendoza, quien, amostazado sin duda al ver que todas las comedias de mérito que se representaban se decia que eran de aquel, prorumpe en estos irónicos versos, y otros no menos malos, que suprimo por la brevedad:

¿Quién mató al Comendador?
Fuente Ovejuna, es error;
¿Qué comedias de primor
Se las quitan á su autor,
Y á su nombre se las dan?
VILLAIZAN.
¿Quién hizo y quién hace cargas
Á los poetas amargas,
Y quién, sin darnos descargas,
Comedias que en dudas largas
Ni las conoce Galvan?
VILLAIZAN.
¿Quién ganó á Jerusalen?
Quién fué pastor á Belen?
Quién será Matusalen?
Quién ha sido el otro, y quién
Es el pecado de Adan?
VILLAIZAN.
¿Quién es Pedro de Urdemalas?
Quién Birimbao con sus galas?
Quién las comadres Ayalas,
Y quién don José de Salas,
Pellicer y Montalvan?
VILLAIZAN.

¿Quién es aquel encubierto,
Templando al primer concierto,
Que hereda la que no ha muerto,
Y quién, pues todo es incierto,
Metió la peste en Milán?
VILLAIZAN.
¿Quién es el que satisfecho
Mete la mano en su pecho,
Y con torcido derecho
Hace lo que nadie ha hecho
Y lo que todos harán?
VILLAIZAN.
¿Quién gana siempre la rifa?
Quién inventó la engañifa?
Quién es gorda y es jarifa?
Quién ejecutó en Tarifa
La hazaña del gran Guzman?
VILLAIZAN.
¿Quién juega la carambola?
Quién venció la Cirinola?
Quién fué del francés mamola?
Quién es la gloria española
Que adquirió el Gran Capitan?
VILLAIZAN.

¿Quién, destrozando banderas
En navíos y galeras,
Dominó naciones fieras,
Y quién ganó las Terceras
Sin don Alvaro Bazan?
VILLAIZAN.
¿Quién, haciendo hazañas sumas,
Que aun no caben en las plumas,
Mundo rompiendo y espumas,
Fué de treinta Motezumas
El mismo Cortés-Fernan?
VILLAIZAN.
¿Quién es *poeta de ayuda*?
Quién mas sábio que la ruda?
Quién arrope lo que suda?
Quién la prodigiosa duda
En que los hombres están?
VILLAIZAN (1).
¿Quién pensó la gran tragedia?
Quién escribió en hora y media
Esa perpétua comedia?
Quién nuestra paciencia asedia?
Quién hizo el perpetuan?
VILLAIZAN.

Lope de Vega y Montalvan, por el contrario, se esmeran en dedicarle aquellos enfáticos elogios de costumbre, que nada en verdad prueban, por lo mucho que los prodigaban. Además, en una memoria dirigida á Carlos II, en defensa de la comedia, se da á entender que VILLAIZAN era el autor favorito de Felipe IV, el cual asistia incógnito á la representacion de sus comedias en el teatro de la Cruz, entrando en él por la habitacion de este (podria ser en la plazuela del Angel), que guiaba derecho al aposento de su majestad. La posteridad ciertamente no ha justificado esta preferencia, colocando á VILLAIZAN, como poeta dramático, en un punto muy secundario; verdad es que de las muchas comedias que se supone compuso, solo han llegado hasta nuestros dias escasamente media docena, y de esas apenas pueden recomendarse por la regularidad en los planes, hábil pintura de caractéres y facilidad en el estilo y versificacion, las tituladas *Ofender con las finezas* y *Sufrir mas por querer mas*. Ambas van escogidas en nuestra coleccion, no pudiendo

(1) Alude acaso á la opinion que se tenia de que VILLAIZAN era uno de los poetas que ayudaban á Felipe IV en las piezas que escribia.

menos de llamar la atencion del lector sobre el plan discreto, la correccion y armonía de la frase en ambas, que encierran primores de estilo tales como estos:

DON JUAN.
Yo vi á Leonor, ya lo sé;
Tuve celos, ya lo vi;
En este jardin la hallé;
Lloró, no me enternecí;
Rogóme, y la desprecié;
Porque amor es niño, y tiene
Desigualdades, y ya
Su modo de obrar previene,
Que ni ofende aunque se va,
Ni obliga cuando se viene.

LIRON.
Y pues ¿qué tiene que ver
Ser niño amor con tener
Celos de Leonor, que llora,
Con venir á verla ahora,
Y con despreciarla ayer?

DON JUAN.
Aquel llorarla perdida,
Y no quererla rogado,
Irse y pensar que se olvida,
Volver y estar confiado,
Y buscarla despedida,
Todo es amor; amor es
Como un niño en todo, pues
Si algo le quitan, se enoja;
Llora; dánselo, y lo arroja
Colérico; mas despues
Que se fué quien le enojó,
Luego que solo se vió
Y el llanto empezó á enjugar,
Él propio viene á buscar
Lo mismo que despreció.
Así á un amante le quitan
Con los celos el amor,
Los celos al llanto incitan;
Y cuando con el favor
Acallarle solicitan,
Celoso, enojado y ciego,
Desprecia el llanto y el ruego;
Pero ¿qué viene á importar
El huir y el despreciar,
Si vuelve rogando luego?

Y como el que un vaso tiene
Lleno de un licor sabroso,
Si echan de otro venenoso
Cantidad menor, se viene
A apoderar el veneno
De todo el licor, de modo
Que el vaso es veneno todo
Y está de ponzoña lleno;
Así el pecho, aunque se vió
Lleno de amor, alimento
Dulce de su pensamiento,
Luego que en él se mezcló
El veneno de los celos,
Creciendo su tiranía,
Cuanto fué dulce alegría
Volvió en amargos desvelos.

De las muestras citadas se deduce el claro ingenio y gusto delicado de DON JERÓNIMO DE VILLAIZAN, siendo, por lo tanto, de lamentar que la desidia de los impresores nos haya dejado tan pocas muestras de su fecunda musa.

DON ANTONIO COELLO.

DON ANTONIO COELLO (á quien Huerta y otros cataloguistas llaman equivocadamente don Luis) fué natural de Madrid, hijo de Juan Coello Arias y de doña Melchora de Ochoa, domésticos del duque de Alburquerque, y sirvió bajo sus órdenes con el grado de capitan de infantería, mereciendo ser honrado por su majestad con el hábito de Santiago y el nombramiento de ministro de la real junta de la Casa Aposento. Murió en Madrid, y en la casa del mismo duque, calle de la Almudena, frente á las Consistoriales, en 20 de octubre de 1652, siendo sepultado en el convento de la Victoria (1).

Fué un poeta muy distinguido y celebrado en su tiempo, mereciendo la mas estrecha amistad de Lope de Vega (que le dedica un pomposo elogio); de Montalvan, que decia de él que, *con sus pocos años desmentia sus muchos aciertos, y que empezaba por donde otros habian acabado;* de Calderon y de Solís, en cuya colaboracion escribió la comedia de *El pastor Fido*, siendo suya la segunda jornada, acaso la mejor de la misma; y finalmente, del mismo Monarca, á quien suele atribuirse (no sabré decir con qué fundamento) la comedia que corre impresa con el nombre de COELLO y lleva por título *El conde de Sex, ó Dar la vida por su dama.* Esta comedia, que indudablemente es una misma (aunque con estos dos títulos), fué impresa, que sepamos, por primera vez con solo el primero, y anónima, en la parte XXXI de la coleccion primitiva de varios, titulada *la antigua ó de afuera*, para distinguirla de la otra publicada en Madrid de 1652 á 1704; y posteriormente, ya con el nombre de COELLO, en el libro titulado *Mejor de los mejores* (que es la parte VI de esta última coleccion), en Madrid, en 1653, de donde se han hecho despues las reimpresiones sueltas que corren de ella. Repito que ignoro el fundamento de la noticia, generalmente recibida, de ser esta comedia obra del rey don Felipe IV, como lo indican los señores Jovellanos, García Parra, Huerta, Ochoa, Ticknor y otros, fundados solo, al parecer, en la tradicion

(1) Tuvo tambien un hermano capitan, llamado don Juan, que escribió una comedia, titulada *El robo de as sabinas*, y ambos hermanos escribieron juntos la de *Yerros de naturaleza y aciertos de fortuna*, si hemos de creer al MS. original, con la censura, que se conserva en la biblioteca del excelentísimo señor duque de Osuna.

general; pero me inclino á que no sea cierto, porque, cotejado el estilo y corte de dicha comedia con otras de COELLO, y señaladamente con las que trabajó en compañía de Rojas y Guevara, como *El privilegio de las mujeres*, *El catalan Serrallonga*, y *La Baltasara*, se encuentran muchos puntos de analogía y semejanza; pudiera muy bien ser que el Rey tuviese tambien parte en esta (pues se sabe que COELLO casi nunca trabajó solo, y aun tambien que fué uno de los ingenios que ayudaban á su majestad en las comedias que escribia) (1); pero no hay, á mi ver, razon alguna para despojarle á aquel de la parte principal que debió tener en la del *Conde de Essex*. Muéveme tambien á esta conviccion la circunstancia de hallar en la biblioteca del señor duque de Osuna un manuscrito de dicha comedia, preparado para la imprenta, y designado expresamente por de DON ANTONIO COELLO, con esta censura de don Francisco de Avellaneda: «He visto esta comedia del *Conde de Sex* con todo cuidado, por ser caso de Inglaterra, y quitados unos versos que van anotados en la primera jornada, que tocan en la armada que el señor Felipe II aprestó contra aquel reino, noticia que no es bien que se toque, y una redondilla de la segunda jornada, de los validos, en todo lo demás el autor supo granjearse la aprobacion de vuestra majestad.» Pero este manuscrito y esta censura llevan la fecha de 11 de agosto de 1661, y ya he dicho que la comedia estaba ya impresa en 1638 y 1652. Del rarísimo ejemplar que poseo de la parte XXXI *antigua* reproduzco esta comedia en la presente coleccion; en ella están conservados los versos que queria suprimir el censor Avellaneda, y son aquellos que empiezan:

Todo, Blanca, lo he sabido, etc.;

y además hay considerables diferencias y trozos nuevos, que no se encuentran en las demás ediciones conocidas.

Prescindiendo del supuesto augusto orígen que plugo darla á los críticos, la hacen muy apreciable el interesante argumento, la belleza de los caractéres, especialmente el del conde Roberto de Evreux, y la noble entonacion y poético colorido del diálogo. El señor Gil y Zárate señala justamente la dramática escena del acto tercero (que despues ha sido imitada ó copiada tantas veces en los dramas modernos), cuando la Reina, perdidamente enamorada del Conde, aunque creyéndose ofendida de él, va á verle á la cárcel y le entrega la llave para que huya del suplicio á que ella misma le condena como soberana; merced que rehusa el Conde por no confesarse culpado ó declarar la verdad acusando á su dama, que es la verdadera criminal; y arroja la llave al Támesis, entregando al suplicio su inocente cabeza.

DON ANTONIO HURTADO DE MENDOZA.

DON ANTONIO HURTADO DE MENDOZA, nacido, segun parece, á fines del siglo XVI, en un lugar de las montañas de Búrgos, é hijo de muy noble casa, fué caballero comendador de Zurita en la órden de Calatrava, secretario de cámara y de justicia del rey don Felipe IV, y del consejo de la suprema Inquisicion. Su gran talento y erudicion y su rica vena poética, unidos á lo ilustre de su cuna, le colocaron en tan brillante posicion en la esplendorosa corte del Buen-Retiro, que por muchos años compartió con Lope, Calderon, Quevedo y otros ingenios privilegiados, el favor del Monarca, el aplauso de la corte y la estimacion del público. Conociasele por el dictado de *el Discreto de palacio*, ó como decia Góngora, *el Aseado lego*, y casi todas sus obras líricas y cómicas, escritas expresamente, demuestran que aquel primer título equivalia al de *poeta de cámara*, con que fué largo tiempo considerado.

Indudablemente aparecen de dichas obras la excelente disposicion de HURTADO DE MENDOZA para la poesía, su abundosa vena, su elevada entonacion y su variado estudio; pero dejóse arrastrar mucho mas de lo que convenia por aquella exageracion y amaneramiento propios de la es-

(1) Se atribuye al Rey, no solo esta, sino la de *Don Enrique el Doliente*, aunque, segun el MS. de la biblioteca de Osuna, fué de *seis ingenios* que designa, á saber: Zabaleta, Martinez, Rosete, Villaviciosa, Cáncer y Moreto. Mas probabilidad hay de que sea de Felipe IV otra comedia, ó mas bien larguísimo entremés, que tambien se le atribuye y se titula *Lo que pasa en un torno de monjas*, que vale ciertamente poco.

cuela gongorina, de aquella sutileza de conceptos, de aquel discreteo de la frase, que, rayando muchas veces en lo incomprensible y tenebroso, era y es siempre ridículo á los ojos de la razon y de la crítica sensata. Esta desdichada manía, que alcanzó á todos ó casi todos los grandes ingenios de la época, á pesar de que todos la censuraban, tuvo en MENDOZA tan ferviente servidor, que apenas una ú otra de sus composiciones, especialmente líricas, pueden hoy leerse, y ni aun leidas, pueden comprenderse sus altisonantes conceptos, por mucho que halague al oído su armoniosa entonacion. Francamente lo repito, no puedo llegar á comprender qué público y qué gusto eran aquellos, que se entusiasmaban con tales primores, que comprendian tales laberintos, que simpatizaban con tan misteriosas imágenes, retruécanos y figuras. Lo cierto es que, hoy por hoy, no los acertamos siquiera á descifrar, y que ni aun nos tomariamos el trabajo de leerlos, si sus autores no hubiesen dejado otras obras, en que brilla despejado su talento, su inspiracion y su estudio.

De las obras líricas de MENDOZA, nada mas debo decir sino que, á pesar de aquellos esenciales desvaríos, y tal vez á causa de ellos, fueron calificadas (como dice la portada de las mismas, impresas primero en su vida, y posteriormente reunidas con sus comedias) de *suave, divino aliento de aquel canoro cisne, el mas pulido, mas aseado y mas cortesano cultor de las musas castellanas*, y en cuanto á sus piezas dramáticas, ya Montalvan habia dicho en su *Para-todos* que «DON ANTONIO DE MENDOZA era, si no el primero, de los primeros en esta clase de ejercicio, como lo confirman tantos aplausos repetidos en los teatros».

Prescindiendo, pues, de aquellas, cumple á mi objeto presente examinar y apreciar los títulos de MENDOZA como poeta dramático, y colocarle en el que le corresponde entre el sublimado asiento á que le elevó en vida la adulacion cortesana, y el absoluto olvido á que le relegó luego la posteridad.

Una docena escasa de comedias son las que forman todo el repertorio de este autor, y al menos en esta economía (que en diversos pasajes de ellas hizo constar) dió á entender su prudencia y la timidez con que dejaba la lira para revestir la peligrosa máscara de Talía. No podia, sin embargo, desprenderse de su elevada entonacion y lírico estilo, y como, por otro lado, las escribia para ser representadas en los teatros del Buen-Retiro y de Aranjuez, ante aquella corte ceremoniosa, culta y académica, tomaba ocasion de cualquier asunto, de cualquier situacion, de cualquier parlamento, para soltar el torrente de su abundosa vena, para dar rienda á la elevada fantasía, y colocar en boca de sus personajes una coleccion de odas y endechas, silvas, sonetos, quintillas y estrambotes, que faltaban las mas veces á la verdad, entorpecian la accion y ofuscaban los caractéres, pero sin duda eran el estilo único y propio que debia resonar bajo aquellos dorados artesones. Especialmente en la comedia titulada *Querer por solo querer* (inmensa composicion, que ocupa nada menos que ochenta páginas de impresion, y consta de unos seis mil y cuatrocientos versos), representada por las *meninas* de la Reina en el palacio de Aranjuez, con ocasion de una gran fiesta á los cumpleaños de su majestad, encerró MENDOZA un tomo entero de poesías varias, á vueltas de un argumento fantástico y caballeresco, con sus gigantes y enanos corrientes, sus princesas Zelidauras y príncipes cautivos, Cupidos y endriagos. Especie de menestra muy á proposito para merecer el anatema del cura y el barbero de Cervántes, pero muy del caso tambien para lucir la pompa de la corte, las gracias y talentos de las damas de palacio, y lo augusto y magnífico de la solemnidad. El mismo autor lo manifiesta así en el acto segundo de la misma comedia, lamentándose de que las meninas de palacio le pedian:

Un concepto en cada verso,
Un desden en cada copla,
Y á cada plana un soneto,

Y á la verdad que no puede dejar de compadecerse á aquellas ilustres damas, que tuvieron que aprender y recitar tan espléndido repertorio de sutilezas, y á aquel augusto auditorio, que hubo de sufrir su representacion las cinco ó seis horas mortales que, por un cálculo prudente, debió durar.

Pudiéranse citar infinitos trozos de dicha comedia como acabadas muestras del estilo alambicado, del gusto que se apellidaba *cortesano*, y algunas de verdadero mérito poético, como las sonoras octavas puestas en boca de la princesa Claridiana; pero preferimos optar por una sola,

que con mas claridad y tersura encierra un pensamiento noble y filosófico. Consiste en un bello soneto, que dice de este modo:

Amable soledad, muda alegría,
Que ni escarmientos ves ni ofensas lloras;
Segunda habitacion de las auroras;
De la verdad primera compañía;
Tarde buscada paz del alma mia,
Que la vana inquietud del mundo ignoras,
Donde no la ambicion turba las horas,
Y entero nace para un hombre el dia;
¡Dichosa tú, que nunca das venganza,
Ni de palacio ves con propio daño
La ofendida verdad de la mudanza,
La sabrosa mentira del engaño,
La dulce enfermedad de la esperanza
Ni la amarga salud del desengaño!

La comedia titulada *Mas merece quien mas ama* es tambien heróica, de príncipes Felisardos y princesas Fidelindas, y escrita igualmente en el estilo que podrémos llamar *de dia de fiesta* para MENDOZA. Pero en medio de sus laberintos y primores, hay un gracioso bufon, que la echa de crítico literario, y en cuya boca pone el autor una sátira de estas mismas comedias altisonantes. Verdad es que á renglon seguido halla él mismo su disculpa en los consabidos descargos de Lope y con su mismo ejemplo, á saber, el gusto del público y la abundancia de su vena poética.

Un poeta celebrado
Y en todo el mundo excelente,
Viéndose ordinariamente
De otro ingenio murmurado
De que, siguiendo á un galan,
En traje de hombre vestia
Tanta infanta cada dia,
Le dijo: «Señor don Juan,
Si vuesarced satisfecho,
De mis comedias murmura,
Cuando con gloria y ventura
Nuevecientas haya hecho,
Verá que es cosa de risa
El arte, y sordo á su nombre,
Las sacará en traje de hombre,
Y aun otro dia *en camisa*.
Dar gusto al pueblo es lo justo;
Que allí es necio el que imagina
Que nadie busca doctrina,
Sino desenfado y gusto.

A pesar de la atrevida decision que expresa MENDOZA en los cuatro últimos versos, y á pesar de su compromiso oficial para el surtido de héroes y princesas al palacio real, tenia demasiado talento para no ensayarse tambien en otro género mas importante y propio de la comedia: el género de costumbres, ó de *capa y espada*, como entonces se llamaba; y no solo lo hizo, sino que, á mi entender, con notable acierto en las comedias de *Cada loco con su tema ó el montañés indiano*, *Los empeños del mentir*, y sobre todo, en la notabilísima por mas de una razon, titulada *El marido hace mujer y el trato muda costumbre*.

Estas tres comedias, que son las que se recomiendan mas entre las de MENDOZA bajo el aspecto puramente dramático, son pues las que he escogido para esta coleccion. La del *Indiano montañés, ó Cada loco con su tema*, consiste en una fábula muy agradable, con regular intriga y caractéres no tan bien desenvueltos como lo fueron despues, fácil y sonoro estilo. La de *Los empeños del mentir* acaso pueda ser la misma que escribió, en union con Quevedo, en solo un dia, para ser representada, como lo fué, con grande aparato en los jardines del conde de Monterey, en el Prado de Madrid, formando parte de la fiesta con que obsequió á sus majestades el conde-duque de Olivares la noche de San Juan de 1631 (1), y llevaba por título *Quien mas miente medra mas*. Es una discreta comedia de carácter, tan arreglada y metódica, que pudiera colocarse entre las buenas de Moreto; y por último, en la de *El marido hace mujer y el trato muda costumbre* es donde luce en todo su esplendor la filosofía, el buen gusto é ingenio dramático de este notable autor.

Muchos años hace que, prendado de la oportunidad y filosofía del argumento que forma la accion de esta preciosa comedia, del ingenioso artificio, de la verdad y energía de los caractéres en ella desplegados, y hasta de la pureza, sobriedad y correccion de su estilo, emprendí atrevidamente su refundicion, con el objeto de poderla presentar en la pública escena con aquellas condiciones de forma que el rigorismo clásico exigia por entonces. No es de este lugar el explicar las razones por qué no llegó á representarse entonces ni despues, ni el original de MENDOZA ni la refundicion. Tampoco parece del caso entrar á encarecer el escaso mérito de mi trabajo, ni tampoco queda ya espacio su-

(1) Véase la relacion de dicha fiesta, que inserta Pellicer en su *Tratado histórico sobre el origen de la comedia*.

ficiente para hacer de la bella creacion de MENDOZA el análisis que reclama. Unicamente diré que la razon principal que, además de su mérito intrínseco, me movió á darla á la escena, fué un sentimiento de patriótico orgullo, por creer haber hallado en ella el modelo que tuvo presente el gran Molière cuando escribió su celebrada pieza titulada *L'Ecole des maris*, y el deseo de revindicar para nuestro antiguo teatro la gloria de la originalidad de tan excelente drama.

Su incomparable traductor, nuestro célebre Moratin, en el discreto prólogo que escribió para colocar al frente de su traduccion, indica que dicha comedia era una imitacion hecha por Molière de *La discreta enamorada*, de Lope, y á decir verdad, no sé cómo Moratin acogió esta idea, pudiendo comparar ambas comedias, y ver que solo en la escena cuarta del acto segundo, en que doña Rosita se vale del conducto de su mismo tutor para corresponderse con su amante de una manera tan ingeniosa, es en la que Molière pudo haber tenido presente otra escena semejante de la de Lope.

Pero donde se puede sospechar con mas fundamento que halló aquel maestro el verdadero modelo de su comedia, es en la que ahora me ocupa de nuestro MENDOZA, *El marido hace mujer y el trato muda costumbre*, pues en ella, no solo es idéntico el argumento, destinado á probar que la templanza y el cariño pueden mas con la mujer que el rigor y los celos, sino que está tambien presentado del mismo modo, con el ejemplo de dos hermanos de opuestos caractéres, con casi idénticas situaciones, con la misma economía de accion, con las propias ideas y razonamientos, y hasta con la coincidencia del nombre de una de las damas. Si tuviera el espacio necesario para ello, probaria hasta la evidencia, con la comparacion de ambas comedias, que el gran Molière para escribir la suya tuvo á la vista la española, siendo esta otra de las ocasiones en que buscó en el inmenso arsenal de nuestro teatro armas bien templadas para lucir su ingenio y bizarría, como en el *Festin de Pierre*, *La princesse Elide* y *Les femmes savantes*, que no son mas que imitaciones mas ó menos felices de *El convidado de piedra*, de Tirso, *El desden con el desden*, de Moreto, y *No hay burlas con el amor*, de Calderon.

Por último, y aun en el caso de suponer que Molière (tan aficionado y conocedor de la literatura española contemporánea) ignorase la existencia de la comedia de MENDOZA, nadie podria, sin embargo, negar á este la prioridad en haber trazado un argumento tan altamente cómico y moral, pues que dicha comedia fué representada en el palacio de Madrid en febrero de 1643, y la de Molière no apareció hasta diez y ocho años despues, estrenándose la noche del 12 de junio de 1661, en casa del superintendente de Hacienda, Fouquet, con motivo de una fiesta que consagró este ministro á la reina de Inglaterra.

EL DOCTOR JUAN PEREZ DE MONTALVAN.

Cierran este cuadro de los contemporáneos del gran Lope de Vega las obras dramáticas del mas feliz de sus imitadores, del mas afectuoso de sus discípulos y amigos, del mas entusiasta de sus admiradores y panegiristas: el DOCTOR JUAN PEREZ DE MONTALVAN.

Este ingenioso y estudiosísimo autor nació en Madrid en 1602; fué hijo de Alonso Perez de Montalvan, librero del Rey; siguió sus estudios en la universidad de Alcalá, hasta graduarse de doctor en teología, y ordenarse de sacerdote á la edad de veinte y tres años. Fué notario apostólico de la Inquisicion, y ejerció otros cargos en su estado, lo cual no le impidió para seguir su irresistible vocacion poética y sus estudios literarios, que le hicieron producir desde la edad de trece años muchas obras apreciables, asi en prosa como en verso; tales son: *Las novelas ejemplares* (Madrid, 1624), *El Orfeo en castellano* (Id., id.), *Vida y purgatorio de san Patricio* (Madrid, 1627), *El para-todos*, libro de instruccion y entretenimiento (1632), *La fama póstuma de Lope de Vega* (1636), y unas *sesenta* comedias y autos sacramentales, cuyas partes ó tomos I y II se imprimieron únicamente despues de la muerte del autor en 1639 (1), además de otras varias obras, que quedaron inéditas.

Agotadas las fuerzas intelectuales de este desdichado autor con tan continuo estudio y esfuerzo,

(1) *Parte primera. — Parte segunda de las comedias del doctor Juan Perez de Montalvan.* — Alcalá, 1639, 1641 — Comprenden veinte y cuatro.

fué asaltado de una enfermedad de cabeza, que llegó á rayar en frenesí, de cuyas resultas falleció en Madrid, á los treinta y seis años de edad, el 25 de junio de 1638, siendo enterrado en la parroquia de San Miguel (que hoy no existe).

Como el objeto de las presentes líneas sea únicamente el tratar de MONTALVAN como poeta dramático, prescindiré de entrar en análisis y consideraciones sobre sus demás obras literarias, ya citadas, que merecieron en su tiempo tan entusiasta acogida, que de alguna de ellas, por ejemplo la del *Para-todos*, pudiera citar hasta nueve ediciones hechas en pocos años. No las creo por cierto dignas de tanta popularidad, pero mucho menos aun del encono ó aversion que hácia la persona del presbítero MONTALVAN produjeron ellas y sus triunfos dramáticos entre varios escritorzuelos anónimos, que exhalaron sus bílis en necios y envenenados epigramas, de los cuales ha conservado alguno la tradicion.

El doctor tú te lo pones,
El Montalvan no le tienes;
Con que, quitándote el don,
Vienes á quedar Juan Perez.

Hé aquí una muestra de las falsas é injustas sátiras lanzadas en su tiempo contra el virtuoso. ilustrado y cortés autor, que en todas sus obras respira honradez, ingenio y mansedumbre, y á quien parece quererse rebajar con el grande argumento de que *no tenia don*, que por cierto no usó jamás, como pudiera hacerlo sin vanidad ni superchería, quien habia recibido la nobleza con el grado de doctor y su carácter sacerdotal.

No fueron solos estos oscuros libelistas los encarnizados enemigos de MONTALVAN, sino que á la cabeza de ellos figuró indignamente el mordaz y orgulloso Quevedo, quien en distintas ocasiones se complació en lanzar sus envenenadas saetas contra el presbítero MONTALVAN; tal como en el inícuo papel titulado *La Perinola*, escrito contra su *Para-todos*, ó en *La carta consolatoria*, sarcástica, dirigida al mismo con ocasion de haberle silbado una comedia; ó cuando, hallándose ambos en el estudio de don Diego Velazquez mirando un cuadro de san Jerónimo, pintado por este, y prorumpiendo MONTALVAN en el principio de esta quintilla:

Los ángeles á porfía
Al Santo azotes le dan
Porque á Ciceron leia.

interrumpió Quevedo para terminarla, diciendo:

¡Cuerpo de Dios, qué seria
Si leyera á Montalvan!

Pero todas estas y otras miserables diatribas dirigidas contra el laborioso é inofensivo escritor, que respondia á ellas con panegíricos exagerados de sus mismos enemigos (entre ellos el propio Quevedo), no fueron bastantes para amenguar en lo mas mínimo su grande reputacion y el favor del público hácia sus escritos y obras teatrales, que llegó á un punto, que acaso ningun autor, incluso el mismo Lope, obtuvo en vida. La comedia titulada *No hay vida como la honra* mereció ser representada simultáneamente en los dos teatros de Madrid durante muchísimos dias consecutivos; otro tanto acaeció con la de *La mas constante mujer* y la de *Un castigo en dos venganzas*. Estas y otras varias comedias de MONTALVAN se han sostenido siempre en nuestra escena, á pesar del trascurso del tiempo, y aun en nuestros dias hemos visto representar con igual gusto y aplauso *La toquera vizcaina*, *La doncella de labor* (aunque refundida y estropeada honrada y clásicamente con el título de *Marica la del puchero*), *El mariscal de Biron*, *Los amantes de Teruel* y otras de este fecundo poeta. Vengóle tambien en vida de aquellas apasionadas críticas la sincera y paternal amistad del gran Lope de Vega, de Calderon, Pellicer, Valdivieso y otros muchos insignes escritores de su tiempo, la proteccion del Rey y de los principales magnates de la corte, y hasta mereció (segun él mismo dice en su *Para-todos*) que un comerciante de la ciudad de Lima, llamado Tomás Gutierrez de Cisneros, sin ser deudo suyo ni haberle visto nunca, solamente por inclinacion á sus escritos, le confiriese una capellanía y pension para ordenarse. Por último, á su muerte, acaecida desgraciadamente, como queda dicho, á la temprana edad de treinta y seis años, fué acompañado á la tumba con un sentimiento general, y su amigo el licenciado don Pedro Grande de Tena recogió en un libro impreso en 1639 con el título de

Lágrimas panegíricas á la temprana muerte del doctor Juan Perez de Montalvan, los sentidos versos de todos los poetas contemporáneos (excepto el implacable Quevedo); y el sapientísimo don José Pellicer, sugeto bien conocido por su vasta erudicion y sano juicio, le consagró un elogio ó análisis panegírico de sus obras, especialmente dramáticas, sumamente curioso y erudito, aunque bastante exagerado, concluyendo con estas palabras: «Este fué el DOCTOR JUAN PEREZ DE MONTALVAN, habiendo yo hecho juicio de sus escritos, ni lisonjero ni afectado. Véanse sus obras, y hallaráse ajustado este retrato al original. Fué entendido, modesto, apacible, cortés y blando. Sus escritos están respirando erudicion, y sus libros doctrina. De nadie dijo mal, alabó á todos. Nació en el regazo de las musas, como de Hesiodo y de Sidonio se cuenta. Caliope le dió la inventiva en la poética, Clio la noticia de la historia, Melpomene la disposicion elegíaca, Euterpe la infalibilidad matemática, Erato lo festivo, Tersícore lo ingenioso de las artes, Urania el conocimiento de los cielos, Talía lo bucólico, y Polimnia lo lírico. Dejó en su muerte lástima y deseo, y aun la envidia le lloró.»

La crítica moderna, mas imparcial, coloca á MONTALVAN igualmente distante de estos encomiásticos elogios que de las injustas diatribas de sus contrarios; y su teatro (por fortuna conservado íntegro, y mas conocido y estudiado que el de sus demás contemporáneos) le da acaso el primer puesto entre nuestros autores dramáticos de *segundo órden*. Su carácter mas determinado, como poeta cómico, es el de imitador fiel y el mas feliz de Lope de Vega, no solamente en la combinacion de la fabula y la pintura de los caractéres, sino hasta en la expresion y en el estilo, en términos que muchas de sus comedias parecen escritas por aquel. Algo menos de espontaneidad y un poco mas de juicio y de gusto en el tejido dramático del argumento, dan, sin embargo, á las comedias de MONTALVAN precio mayor sobre muchas de las de su colosal y descuidado modelo, y hacen sospechar en él diversas convicciones y gusto dramático, que le obligaban, sin embargo, á ahogar la profunda sumision y el entusiasmo que profesaba á la persona de su maestro.—*Cumplir con su obligacion* (que, segun él mismo dice, es la segunda que compuso en sus primeros años), *La doncella de labor* (que él mismo en su dedicatoria aprecia por *la mas ingeniosa y alineada de cuantas habia escrito*), *La mas constante mujer*, *No hay vida como la honra*, *La toquera vizcaína* (en cuyo argumento y caractéres puede creerse que tuvo mas bien intencion de imitar la manera de Tirso), *Como padre y como rey*, *Ser prudente y ser sufrido* (que son las siete escogidas para esta coleccion), están exentas por lo general de aquellas extravagancias, desatinos y hasta monstruosidades que Lope autorizaba con su ejemplo; sus argumentos y caractéres son, por lo general, nobles y decorosos, su estilo fácil, poético, correcto y animado.—Otro tanto pudiera decirse, con ligeras excepciones, de la de *Los Amantes de Teruel* (en la que, sin embargo, siguió *demasiado servilmente* la de Tirso de Molina). La del *Mariscal de Biron*, las de *Un castigo en dos venganzas*, *Los desprecios en quien ama*, *Gravedad en Villaverde*, *Lo que son juicios del cielo*, *La mujer de Peribañez*, *El segundo Séneca de España*, *La ventura en el engaño*, y otras, que en su mayor parte contienen grandes bellezas dramáticas al lado de imperdonables descuidos; así como en otras muchas en que se proponia seguir (tal vez, repito, contra sus convicciones) el gusto extravagante de la época y el atrevido ingenio de su modelo, alcanzaba, por desgracia, su objeto de no dejarle atrás en desenfreno y demasía. Los autos del *Polifemo*, *El Escanderbek*, *El divino portugués san Antonio de Padua*, *La gitana de Ménfis*, *El hijo del serafin*, y otros varios; las comedias de *Don Florisel de Niquea*, *Amor, privanza y castigo*, *La monja alférez*, *Los templarios*, *El nazareno Sanson*, y otras, nada dejarian que desear en su tiempo en cuanto á desatinos y exageraciones á un público amamantado con ellos; así como hoy se caen de las manos al considerar á qué extremo de obediencia ciega, de abdicacion de su propio juicio se sujetaban ingenios tan felices, hombres tan entendidos y discretos como MONTALVAN.

Los artificios de sus comedias, en general, son muy ingeniosos, y están complicados y desenvueltos con gran destreza; los caractéres, especialmente el de los galanes, nobles, pundonorosos y simpáticos; en los de las damas se inclina mas bien á la desenvoltura de Tirso que á la elevacion y ternura de las de Lope; su estilo es por lo regular fuerte, sentencioso, epigramático y lleno de correccion y de chiste cómico; y con excepcion de Tirso de Molina y de Moreto, acaso de ningun otro autor de nuestro teatro pudieran extractarse tantos trozos bellísimos de elocucion, tantos pensamientos elevados, tiernos ó satíricos, encerrados en versos correctos, inspirados y llenos de la mas bella poesía. Sirvan de ejemplo en tan diversos géneros los que tomarémos al acaso en varias de sus comedias, y en los cuales se admira unas veces toda la facilidad, toda la ternura de

Lope, en otras, toda la incisiva energía de Alarcon, toda la *vis cómica* de Moreto, ó toda la picaresca intencion de Tirso.

Si el alma un cristal tuviera
(Como cierto dios queria),
Menos traiciones hubiera,
Pues cada cual temeria
Que su infamia se supiera.
No hubiera en el mundo engaños,
Cautelas, juicios extraños,
Traiciones, falsos testigos,
Ni con máscara de amigos
Hubiera secretos daños.
No hubiera malas ausencias
Ni encontradas voluntades
Por opuestas diferencias,
Ni hubiera en las amistades
Injustas correspondencias.
No hubiera amigos fingidos,
Que el bien ajeno los mata,
De su envidia persuadidos;
No hubiera mujer ingrata
Á servicios recibidos.
No hubiera en hombres discretos
Malas palabras y afrentas,
Quizá por falsos concetos,
Ni hubiera muertes violentas
Por intereses secretos.
No ofreciera un gran señor
Su casa á amigo traidor;
Que aun suele el mas verdadero
Ser por ventura el primero
Que hace tiro en el honor.
No hubiera libres intentos
De mujeres principales
De mas altos pensamientos,
Ni en los hombres desiguales
Cupieran atrevimientos.
Y en efecto, cada cual
Fuera cortés y leal,
Fuera amigo y noble fuera,
Porque la lengua siquiera
Correspondiera al cristal.

Alabómele tanto,
Unas veces con risa, otras con llanto,
Clavela, enamorada,
Que su alabanza me sirvió de espada,
Pues aun antes de verle
Pude tener amagos de quererle;
Al fin, ella me hizo
Que le quisiese bien; que no hay hechizo
Tan fuerte ni apretado
Como tener otra mujer al lado
Que, inclinada á su nombre,
Á todas horas diga bien de un hombre.
. . . .
Luego por la experiencia
Conocí que era amor mi diligencia;
Que cuando las mujeres
En vestidos, tocados y alfileres
Tal cuidado ponemos,
Ó queremos querer, ó ya queremos.

Salgo á buscar á mi pastora bella,
Que, esquiva y desdeñosa como ella,
En nada de mi amor se satisface;
Mas, si la quiero bien, ¿qué mucho hace?
Que en viéndose queridas las mujeres,
En pesares nos pagan los placeres;
Y así, para obligallas,
Echar por el atajo es despreciallas;
Porque tal vez se vence un pecho ingrato,
Mas que con el amor, con el mal trato.

Hilaba el sol, hilaba Porcia un dia,
Y el lino venturoso que tocaba,
Tal vez entre las manos se nevaba,
Y tal entre la boca se teñia.
Y como, en fin, es yerba que se cria
Con agua y sol, y Porcia le mojaba,
Tan gozoso, tan fuera de sí estaba,
Que no faltó quien dijo que crecia.
Al hilo entonces, que aun la luz conserva
Del clavel que tocó, dije atrevido:
«Si á tu nombre esa gloria se reserva,
»Truécala por mi ser, si eres servido;
Que mas quiero tu dicha, siendo yerba,
Que ser quien soy, habiéndola perdido.»

Todo esto es Lope de Vega puro, y prueba bien hasta donde llevó nuestro poeta la feliz imitacion de su modelo. Pero si queremos sorprenderle en uno de aquellos momentos preciosos en que acertaba á competir con Tirso ó con Moreto en la rapidez y viveza del diálogo, leamos el siguiente entre un galan vergonzoso y una princesa, su enamorada:

DON JUAN.
¿Señora mia?
CAMILA.
¿Qué haceis?
DON JUAN.
Cierto negocio traia
En que hablar á useñoría.
CAMILA.
Aquí estoy. ¿Qué me quereis?
DON JUAN.
Mucho pudiera decir.
CAMILA.
Yo tambien tengo que hablaros.
DON JUAN.
Vuestro soy.
CAMILA.
A preguntaros
Vengo, para no mentir,
Si teneis amor.
DON JUAN.
¿Yo?
CAMILA.
Vos.
La verdad: ¿quién os inquieta?
MENDOZA. (*Ap.*)
Él cabe está de apaleta;
Tírale, cuerpo de Dios.
DON JUAN.
No vivo tan descuidado,
Que no tenga á quién querer.
CAMILA.
Venturosa es la mujer.
DON JUAN.
Sí, mas yo muy desgraciado.
CAMILA.
Su ventura colegí,
Porque á vos os mereció.
DON JUAN.
Y mi poca suerte yo,
Porque no la merecí.
CAMILA.
¿Conózcola yo?
DON JUAN
Sí, á fe.
CAMILA.
¿Es mi prima?

c

DON JUAN.
No, por Dios.
CAMILA.
¿Es hermosa?
DON JUAN.
Como vos.
CAMILA.
¿Quiéreos bien?
DON JUAN.
Eso no sé.
CAMILA.
¿Qué aguardais?
DON JUAN.
A declararme.
CAMILA.
¿No lo habeis hecho?
DON JUAN.
No puedo.
CAMILA.
¿Es falta de amor?
DON JUAN.
Es miedo.
CAMILA.
¿Qué os detiene?
DON JUAN.
El despeñarme.
CAMILA.
¿Por qué?
DON JUAN.
Porque tarde llegó.
CAMILA.
¿Quiere ya bien?
DON JUAN.
¡Ay de mí!
CAMILA.
¿Qué decis?
DON JUAN.
Pienso que sí.
CAMILA.
Aborrecerla.
DON JUAN.
Estoy ciego.
CAMILA.
¿Tiene dueño?
DON JUAN.
Ya le espera.
CAMILA.
¿Es fácil?
DON JUAN.
Es principal.
CAMILA.
Y ¿quién sois vos?
DON JUAN.
Soy su igual.
CAMILA.
Pues ¿qué os falta?
DON JUAN.
Que me quiera.
CAMILA.
¿Es mi amiga?
DON JUAN.
Os quiere bien.
CAMILA.
¿Suelo verla?
DON JUAN.
Cada dia.
CAMILA.
Decidme quién es.
DON JUAN.
Querria...
CAMILA.
Pues ¿qué temeis?
DON JUAN.
Su desden.
CAMILA.
¿Qué os hará?
DON JUAN.
Se ofenderá.
CAMILA.
En fin, ¿decis que hoy la vi?
DON JUAN.
En vuestro espejo.
CAMILA.
¿Yo?
DON JUAN.
Sí.
CAMILA.
Luego ¿soy yo?
DON JUAN.
Claro está.

O bien, trasladado á otro terreno, el satírico y chistoso, señalaré alguna de las infinitas relaciones puestas en boca de los graciosos:

Menga, yo no fuí nacido
En signo de pelear,
Y fuera de esto, el bullicio
De la ciudad me ofendia,
Y el ver por tantos caminos
Las usuras y los logros,
Engaños y ladronicios
Con que los grandes chupando
Les van la sangre á los chicos,
Escondiéndoles el pan
Para subirles el trigo;
Y de mas á mas el ver
Que un hombre, aunque sea bienquisto,
En cuanto hace y no hace,
Por este ó aquel camino,
Ha de verse murmurado;
Porque, si un hombre está rico,
Dicen que ha sido ladron
Para venir á adquirillo;
Si es pobre, que es para poco,
Pues que medrar no ha sabido;
Si se casa, que es un necio,
Pues no conoce el peligro;
Si no se casa, que tiene
De secreto algunos vicios;
Si es cortés, que es zalamero
En el modo y en estilo;
Y si no, desvergonzado,
Grosero y desvanecido;
Si no presta, que es un piojo;
Si presta, que es un perdido;
Si se enamora, que es mozo;
Si se guarda, que es ministro;
Si se viste mal, que es puerco;
Si se viste bien, que es ninfo;
Si habla, que es charlatan;
Si calla, que es vizcaíno;
Si es pequeño, que es enano;
Si es grande, que es desvaido;
Si es blanco, que es infusion;
Si es moreno, que es un indio;
Si es valiente, que rufian;
Si es mudo, que es bien sufrido;
Si es alegre, que es bufon;
Si es triste, que es dejativo;
Si es infeliz, que es menguado,
Y si dichoso, judío;
Si vive mucho, que es hombre
Sin género de sentido,
Y si se muere en agraz
(Porque Dios así lo quiso),
Que de necio se murió;
Si trata de recogido
Y se confiesa á menudo,
Que es hipócrita, y si el mismo
No se confiesa en un año,
Que es un hereje precito;
De suerte que no hay ninguno,
Bueno, malo, grande, chico,
Alto, bajo, blanco, negro,
Triste, alegre, puerco, limpio,
Vivo, muerto, mozo, viejo,
Rico, dichoso ó mendigo,
Que se escape en esta vida
De vecinas y vecinos.

Ó vieras como yo vi,
El otro dia en un templo,
Con grandes voces y gritos
Que los ponia en el cielo,
Delante un san Sebastian
Así lamentarse un yerno:
«Glorioso san Sebastian,
Santo cabal y perfecto,
Mi alma como la tuya,
Como tu cuerpo mi suegro.
»¿Todas las flechas á vos?
¡Qué poca razon tuvieron!
Suegros habia en el mundo

Y habia casamenteros.
»Yo, que todos los dolores
Paso con un suegro eterno,
Que de él me querais librar,
Como á santo, os pido y ruego.
»Como dolor de costado,
Suegro de costado tengo,
Y con un suegro continuo
Seis años há que adolezco.
»Todo de suegro me voy,
Porque tengo pujamientos,
Y me ha dado suegro lluvia;
Restañadme, Santo, luego.
»No hago sino rascarme,
Que me pica todo el cuerpo;
Que tengo suegro perruno,
Como la sarna del perro.
»Me sabe á suegro y vinagre
Cuanto como y cuanto ceno;
Suegro hay por ante el comer,
Y al comer, por postre, suegro.
»Al que le duele la muela
El sacársela es remedio,
¡Y á mí, que el suegro me duele,
No me dan este consuelo!
»Si quisieran conmutarme
Este mal á otro tormento,
Yo tomara de lanzadas
A diez por suegro sin miedo.
»Suegra pascua le dé Dios
Al que de suegro me ha puesto,
Y plegue á Dios que se vea
Tan yerno como me veo.
»No hay cosa que se le iguale,
Todas son cosas de viento,
Con el llamar *mi señor*
A lo mismo que aborrezco.
»Los suegros se vuelven lanzas,
No queda yerno con yerno;
A suegro y sangre va todo,
Y todo á suegro y á ellos.
»Libradme, pues, santo mio,
De tantos ensuegramientos;
Muera yo de unas tercianas,
Y no de este parentesco.»

Pudiera añadir á estos infinidad de trozos igualmente chistosos y propios de la comedia; pero seria interminable y llegaria á ser cansado este discurso; basten los ya estampados para llamar la atencion de los lectores hácia los muchos puestos en boca de los graciosos *Monzon* en la comedia *La Doncella de labor*, *Seron* en *La mas constante mujer*, *Camacho* en la de *Los Amantes de Teruel*, y *Clarin* en la de *Olimpa y Vireno*. MONTALVAN, pues, por la agudeza de su ingenio, por lo halagüeño de sus argumentos, por el gracejo y donaire de su estilo, fué muy digno de compartir con Lope y con Tirso el laurel escénico, y aun hoy, despues de dos siglos, hay que reconocerle aquellas apreciables dotes, que hacen grata y respetable su memoria.

Hasta aquí las noticias biográficas que he podido adquirir, y los apuntes críticos con que he creido deber acompañarlas, de los autores comprendidos en este tomo, que, con el anterior, completan el largo *período de Lope de Vega*, desde 1588 á 1635. De los otros escritores mas subalternos de aquel mismo período, que figuran en el *Catálogo* que va á continuacion, pero que por su escaso mérito no parecen dignos de concurrir con sus obras á esta escogida coleccion, poco ó nada pudiera decir, ni tampoco añadiria, con lo que dijera, interés alguno á estos apuntes.

Pero al lado del gran astro de nuestra escena, y brillando con luces propias, y no reflejadas del mismo, como lo hicieron todos sus contemporáneos, aparecen dos sugetos de tan alta importancia y nombradía, que si bien por ella misma están, puede decirse, fuera de nuestro cuadro (reducido á los límites del teatro apellidado de segundo órden), y han merecido ya su lugar propio y especial en esta BIBLIOTECA (1), pareceria, sin embargo, sobrada omision y descuido callar afectadamente sus clarísimos nombres, y prescindir de sus obras admirables en estas anotaciones histórico-críticas de aquel período dramático; y aun á riesgo de no decir nada nuevo, ni aun tan bien como supo hacerlo al frente de sus respectivas colecciones la erudita, discreta y sazonada pluma del señor Hartzenbusch, no puedo soltar la débil mia sin ceder al deseo de consagrar algunas breves líneas á aquellas dos colosales figuras dramáticas, rivales del gran *Lope*, que, si no en fecundidad y desenfado, le igualaron en talento y originalidad, y le excedieron en gusto é intencion dramática, en gracejo y correccion de estilo.

EL MAESTRO TIRSO DE MOLINA.

La suerte que en el concepto público ha cabido, segun la diversidad de los tiempos, al rico y admirable repertorio dramático del maestro Tirso de Molina, es una de las mas raras y contradictorias de que ofrece ejemplo nuestra literatura. Acogido con inequívocas muestras de entusiasmo á su aparicion en la escena, en la que, sin embargo, tenia que luchar con la formidable competencia del gran *Fénix de los ingenios*, el inagotable Lope de Vega, y mas tarde con la de Calde-

(1) Tomos v y xx, *Comedias escogidas* del maestro Tirso de Molina y de don Juan Ruiz de Alarcon, colectadas por don Juan Eugenio Hartzenbusch.

ron, Moreto, Rojas, Alarcon y otros ciento, todavía el genio inmenso y atrevido de Tirso halló recursos propios, medios infinitos de colocarse á tan grande altura, que, á no haber mediado la prodigiosa fecundidad y el irresistible prestigio de Lope, la pública opinion le hubiera colocado en el primero y mas señalado lugar de nuestra escena patria. — Conocidas son generalmente las dotes especiales que distinguen á este grande ingenio de todos ó de casi todos nuestros autores dramáticos; su peregrina invencion, su chiste y agudeza, su fácil y sonora elocucion, y la riqueza y variedad de su expresion y estilo; y tanto por aquella razon, como por no dar á estas líneas mayor espacio del conveniente, omito por ahora engolfarme en aquel grato análisis, ó mas bien en aquel obligado panegírico. Baste á nuestro propósito decir que las comedias del maestro Tirso de Molina obtuvieron en vida suya, no solo el aplauso y entusiasmo popular, sino la especial acogida y el apasionado encomio de los grandes ingenios contemporáneos, que en las aprobaciones que dieron de aquellas para la impresion, en los prefacios de algunas de sus obras y en la dedicatoria que hicieron de las propias al gran Maestro, se deshacen á elogios de su ingenio y fantasía (1).

Todos aquellos encomios, todo aquel favor público que en la primera mitad del siglo XVII y en vida suya obtuvo el ingenioso y picaresco Tirso de Molina, fueron desapareciendo ó eclipsándose desde que, escondido su autor en la austeridad de un cláustro, renunció á su poético nombre adoptivo, para presentarse en el púlpito, en la cátedra y en obras de erudicion y de historia eclesiástica con el verdadero del reverendísimo padre maestro fray Gabriel Tellez, presentado, definidor y coronista de la órden de la Merced calzada, redencion de cautivos.

Coincidió con este voluntario retiro, y sin duda contribuyó grandemente á aquel injusto abandono de la opinion pública, la aparicion en la escena de la mágica musa de Calderon de la Barca, que dando á sus argumentos mas complicado artificio, retratando caractéres altamente simpáticos y originales, y ostentando en su mágico estilo todas las galas de la imaginacion española, subyugó completamente el gustó del público, y arrancó á Lope de Vega la palma de padre y creador de la verdadera comedia nacional.—Sin embargo, preciso es confesar que el mismo Calderon y todos los demás ingenios aprovecharon muchas veces, harto ilícitamente, la primitiva invencion, riqueza y variedad de Tirso, para imitar y copiar al severo religioso, que procuraba olvidar con trabajos ascéticos y con obras de penitencia las *trescientas comedias* que, segun su testimonio, habia escrito en sus años juveniles, y en las cuales, si de algo tenia que arrepentirse, era sin duda alguna de exceso de malicia y sobrado colorido de liviandad.—Calderon, adoptando el pensamiento de *El celoso prudente*, de Tirso, y mejorándolo sin duda en su excelente comedia *A secreto agravio secreta venganza*, y en la de *Los cabellos de Absalon* la de *La venganza de Tamar;* Moreto, robándole *La villana de Vallecas*, *La ventura con el nombre*, *El Rey don Pedro en Madrid* y otras, en *La ocasion hace al ladron*, *El parecido* y *El rico hombre de Alcalá;* Montalvan, imitando, ó mas bien refundiendo *Los amantes de Teruel*, de Tirso, y Matos *La firmeza en la hermosura*, con el título de *Ver y creer*, y *La eleccion por la virtud* con el de *El hijo de la piedra;* Velez de Guevara la *Romera de Santiago*, *La Montañesa de Astúrias* y otras; Zárate la de *Palabras y plumas* en *Quien habla mas obra menos;* Monroy *El Aquiles* en *El caballero dama;* Zamora y otros, nacionales y extranjeros, adoptando la famosa creacion de *El burlador de Sevilla y Convidado de piedra*, no solo parece que se conjuraron todos á desposeer de su legítimo caudal al padre Tellez, sino que mejorando las mas veces el artificio de sus argumentos, hicieron olvidar su primitivo autor, que es lo que, segun decia Voltaire, equivale á robar y matar.

Y tanto lo consiguieron, que en el trascurso de casi dos siglos apareció el respetable nombre de Tirso de Molina envuelto en la mas densa niebla, y sus obras dramáticas absolutamente desterradas de la escena y aun desconocidas de los críticos eruditos.—De las circunstancias de su vida solo llegó á estamparse la presuncion de que fué natural de Madrid (así lo afirman Montalvan en su *Para-todos*, Baena en sus *Hijos ilustres de esta villa*, y se infiere además claramente de su propio testimonio), y que pudo nacer hácia 1570; que escribió en su primera edad (segun su sobrino, don Francisco Lúcas Avila, editor de sus obras) hasta cuatrocientas comedias, y que hácia 1620 ó antes profesó en la órden religiosa de la Merced calzada, en la cual fué presentado y maestro en teología, predicador

(1) Véanse los que le tributa Lope de Vega en el prefacio de la obra de Tirso titulada *Los cigarrales de Toledo*, y los versos que le consignó en su *Laurel de Apolo*, así como la dedicatoria que le hace de su comedia titulada *Lo fingido verdadero;* igualmente la expresiva aprobacion de Calderon, estampada al frente de la quinta parte de las comedias de Tirso, y las entusiastas expresiones con que Montalvan le califica en su *Para-todos*, al colocarle entre los grandes ingenios matritenses.

de mucha fama, coronista general de la misma, definidor de Castilla la Vieja, y por último, que en 29 de setiembre de 1645 fué elegido comendador del convento de Soria, donde se cree que murió en febrero de 1648.—De sus celebradas obras dramáticas (cuyo número queda arriba dicho), solo han llegado hasta nosotros los cinco tomos ó partes publicadas en vida del autor por su sobrino, desde 1616 á 1636, las cuales contienen cincuenta y nueve comedias, y los entremeses, que con las tres comprendidas en el libro titulado *Los cigarrales de Toledo*, y otras, impresas sueltas ó en la *Coleccion de varios*, conocida por *Las partes*, componen un total de setenta y ocho á ochenta comedias, que son las que se expresan en el *Catálogo* que va á continuacion. — Tambien se encuentra, aunque raro, el citado libro de *Los cigarrales*, y otro de novelas y de versos con el título de *Deleitar aprovechando;* la historia ó *Crónica de la órden de la Merced*, que tambien escribió, y se conservaba manuscrita en la biblioteca del convento de Madrid, ahora en la de la Real Academia de la Historia.—En dicho convento debian obrar tambien otros escritos y noticias del padre Tellez; pero supe entonces que el reverendísimo padre Martinez, general que fué de dicha órden hácia 1828, y posteriormente obispo de Málaga, tenia escritos unos apuntes de la vida de aquel insigne autor, y sin duda recogió al efecto todos los datos que pudo haber á la mano. — Con la muerte del padre Martinez todo se perdió despues, así como se habian perdido antes, en tiempo de la invasion francesa, los que debieron existir en el convento de Soria, los restos mortales y el retrato del padre Comendador.

De todos modos, y sea por la causa que se quiera, es lo cierto que el nombre y la memoria de Tirso y de sus obras permaneció mas de siglo y medio en tan completo olvido, que en vano se buscarian unidos á él trazas de popularidad, y ni aun siquiera de conocimiento de parte de los eruditos y críticos mas autorizados. Luzan, Montiano, Nasarre, los dos Moratines, Signorelli, Andrés, Butervek, Sismondi y todos los demás que han escrito de la historia de nuestro teatro en todo el pasado siglo y principios del actual, apenas le nombran, y se supone que le desconocieron completamente.—Huerta no comprendió una siquiera de sus comedias en su coleccion escogida del teatro español, y el público, en fin, que asistia al teatro y que sabia de memoria las relaciones del *Tetrarca* y de *La vida es sueño*, de Calderon; del *Desden* y del *Rico hombre*, de Moreto; del *García del Castañar*, de Rojas; de *La toquera vizcaina*, de Montalvan; de las *Mocedades del Cid*, de Guillem de Castro; del *Dómine Lúcas* y *El hechizado por fuerza*, de Cañizares y Zamora, y que aplaudia con frenesí *El triunfo del Ave María* y los abortos dramáticos de Valladares, Zabala y Comella, ignoraba que entre aquellos primeros maestros de nuestro teatro existia otro que podia marchar á par de ellos, si no á su frente; que al través de aquellas magníficas joyas de nuestro Parnaso yacian injustamente olvidadas otras, no menos acreedoras á su favor, como *El vergonzoso en palacio*, *Marta la piadosa*, *Por el sótano y el torno*, *La villana de Vallecas* y *La gallega Mari-Hernandez*.

El sábio literato don Dionisio Solís fué, puede decirse, el que descubrió y reveló al público, á principios de este siglo, aquel ignorado tesoro. Retocando con maestría, hácia 1819, aquellas y otras muchas producciones de Tirso de Molina, y dándolas á la escena, donde por fortuna cayeron en manos de actores tan inteligentes como la Antera Baus y la Josefa Virg, Juan Carretero y Pedro Cubas, produjo en el concepto público una reaccion asombrosa en pro de aquel hasta entonces desdeñado autor.—El rey Fernando VII, asistiendo con una predileccion marcada á sus comedias, y especialmente á la de *Don Gil de las calzas verdes*, contribuyó, sin saberlo, á aquella solemne reparacion; y posteriormente los eruditos y celosos escritores don Agustin Duran, don Javier de Búrgos, don Alberto Lista y don Juan Eugenio Hartzenbusch, con muy apreciables trabajos (especialmente este último en las dos colecciones de *comedias escogidas de Tirso*, hechas en estos últimos años bajo su exquisita diligencia), han analizado y discutido concienzuda y discretamente el gran mérito de tan insigne autor, y por resultado de aquellos trabajos (á que con nuestra notoria inferioridad tuvimos el gusto de asociarnos), y á consecuencia de aquella solemne reparacion en nuestra escena, la fama de Tirso de Molina está hoy sólidamente asegurada, y su ilustre nombre colocado en nuestro Parnaso á par de los de Lope y Calderon (1).

(1) En 1826 el autor de estos apuntes y coleccion refundió é hizo representar las comedias de *Amar por señas*, *La dama del olivar* y *Ventura te dé Dios, hijo*, de Tirso; en 1837 leyó un discurso crítico sobre este autor en el Ateneo de Madrid, y en 1848 publicó un libro titulado *Tirso de Molina, cuentos, fábulas, descripciones, diálogos, máximas y apotegmas, epigramas y dichos agudos, escogidos en sus obras*, con un discurso crítico, por don Ramon Mesonero Romanos.

DON JUAN RUIZ DE ALARCON.

Don Juan Ruiz de Alarcon y Mendoza, uno de los seis grandes nombres del teatro del siglo XVII, á pesar del relevante mérito de sus composiciones dramáticas, y acaso por su misma correccion y filosofía, que hoy las enaltecen á los ojos de la crítica sensata, no alcanzó de sus contemporáneos gran favor y simpatía, antes bien fué víctima de un encono tan profundo como inmerecido, segun lo demuestran los infinitos epigramas y sátiras de todos los poetas de la época contra Ruiz de Alarcon, que aun se conservan para mayor gloria suya y descrédito de sus émulos. Acaso sus sucesores le hubieran continuado en tan injusto olvido ó apreciacion, á no ser por el gran Corneille, que, imitando, ó mas bien traduciendo, la preciosa comedia de *La verdad sospechosa* (*Le Menteur*), reveló á los críticos españoles y extranjeros, entre ellos el mismo Voltaire, la importancia y valor de nuestro Ruiz de Alarcon como autor filósofo, ingenioso y correcto.

De todas estas dotes características suyas hizo alarde este autor singular, en contraposicion á los grandes extravíos de sus contemporáneos y rivales. Todas sus comedias respiran una intencion moral (cosa tan rara entre nuestros primeros dramáticos), todas se distinguen por una admirable economía y sencillez en la accion, sin dejar por eso de ser en extremo interesantes; y todas van engalanadas con una pureza tal del lenguaje, con una correccion tan esmerada del estilo, que en este punto ninguno le aventaja, y pocos, muy pocos, y en contadas ocasiones, le igualan.

Dos partes ó tomos se publicaron de Alarcon, la primera en Madrid en 1628, y la segunda en Barcelona en 1634. En el prólogo de esta última se queja el autor de que algunas de sus producciones habian sido atribuidas á otros autores, y lo expresa con una sencillez y mansedumbre dignas de la mayor alabanza. «Sabed (dice al lector) que las ocho comedias de mi primera parte y las doce de esta segunda son todas mias, aunque algunas han sido plumas de otras cornejas, como son: *El tejedor de Segovia*, *La verdad sospechosa*, *El exámen de maridos*, y otras que andan impresas por de otros dueños; culpa de los impresores, que les dan los que les parece, no de los autores á quien les han atribuido, *cuyo mayor descuido luce mas que mi mayor cuidado*; y así, he querido declarar esto *mas por su honra que por la mia; que no es justo que padezca su fama notas de ignorancia*, etc.» — Es á cuanto puede llegar la modestia en boca del autor de aquellas tres admirables comedias de *Las paredes oyen*, *Ganar amigos* y *La prueba de las promesas*, que el señor Lista no duda en comparar á las mejores obras de Terencio.

«Las comedias de Alarcon (dice aquel eminente poeta y crítico) son todas originales, ya en cuanto á los argumentos, ya en cuanto á las situaciones. Leyendo á Moreto nos acordamos de Lope y de Tirso, aunque mejorados; Calderon se copió muchas veces á sí mismo; Alarcon no copia á nadie ni se repite. Sus situaciones son siempre nuevas, lo que parecia imposible despues de las mil ochocientas comedias de Lope de Vega. Sus recursos dramáticos están bien graduados y en proporcion con las situaciones; su diálogo es vivo, interesante, lleno de gracias y de respuestas inesperadas en las situaciones cómicas y de emociones terribles en las trágicas.» Y en otra parte dice: «Calderon le excedió en la fuerza poética y en el arte de anudar y desenlazar la accion, Lope en la ternura, Tirso en la malignidad, Moreto en la sal cómica, Rojas en las situaciones trágicas. A todos los demás es superior en estas dotes, y á los colosos que van nombrados, en la correccion sostenida de la frase. El gusto de Alarcon estaba mas exento de vicios, aunque su ingenio no fuese tan fecundo en bellezas.»

A pesar de tan singular mérito, Alarcon fué envuelto en la proscripcion injusta y apasionada que el siglo XVIII, bajo la enseña de la escuela clásica, lanzó contra todo nuestro teatro nacional. —Y es lo singular que mientras aquella misma intolerante escuela aplaudia con entusiasmo y señalaba como la primera produccion cómica del teatro francés *Le Menteur*, de Corneille, y que nuestros serviles traductores la vestian á la española en ridículos traslados, unos y otros ignoraban, ó afectaban ignorar, el original, confesado por el mismo Corneille, de aquella admirable pieza *La verdad sospechosa*, de nuestro Alarcon.

Los actuales críticos, mas justos ó mas instruidos, han rehabilitado en el concepto público la memoria de este y otros de nuestros insignes autores del siglo XVII, y colocado su nombre en el mismo templo y á la misma altura que los de Lope, Calderon, Tirso, Rojas y Moreto.—Las mejores comedias de Alarcon han vuelto á brillar en la escena y á recibir el homenaje de aplauso que

tan bien merecen, la prensa ha vuelto á reproducirlas, y la crítica á analizarlas con mas justicia por cierto que sus ingratos contemporáneos.

Por fortuna de la gloria nacional, se ha salvado el precioso tesoro de su repertorio, y podido reimprimirse en nuestra BIBLIOTECA, íntegro, á causa de su número, limitado comparativamente con los de los demás padres de la escena española (1).

No sucede lo mismo con las noticias biográficas del distinguido Alarcon, pues la incuria de sus contemporáneos y su propia modestia nos han dejado tan á oscuras de ellas, que solo hallamos en las escasas líneas que le consagra don Nicolás Antonio que nació en Méjico, aunque oriundo de España; en comprobacion de lo cual, el señor Ochoa, en su *Tesoro del teatro español*, impreso en Paris en 1838, añade una cita de Baltasar Medina, en su *Crónica de la provincia de San Diego de Méjico, de religiosos descalzos de san Francisco*, impresa en aquella capital en 1682, en cuyo fólio 251 dice positivamente «que Alarcon nació en Tasco ó Tachco, provincia de Méjico, de una familia oriunda de la pequeña villa de Alarcon, provincia y obispado de Cuenca, partido de San Clemente. Probablemente (y esto es una presuncion mia) seria de la misma familia del virtuoso sacerdote don Juan Pacheco de Alarcon, que fué hijo de don Juan Ruiz de Alarcon y Mendoza y de doña María de Peñalosa, señores de Buenache, en la misma provincia de Cuenca, y fundó en 1609 el convento de religiosas mercenarias, que aun lleva su nombre, en Madrid, calles de Valverde y de la Puebla. Acaso nuestro poeta seria hijo suyo, pues se sabe que estuvo casado antes de ser sacerdote, y que murió en 1616, siendo enterrado en el mismo convento de su fundacion.—De esta manera explicamos la absoluta identidad de nombres, apellidos y oriundez del señor de Buenache con el autor don Juan Ruiz de Alarcon y Mendoza, que hoy nos ocupa. Por lo demás, solo sabemos de su vida que fué abogado y relator del consejo de Indias; que tan privilegiada como fué su alma en dotes de ilustracion y virtud, fué desairada su persona, raquítica y corcovada, que los insulsos é infames epigramas de sus contemporáneos hicieron célebre; por último, que falleció en 4 de agosto de 1639, en Madrid, en la calle de las Urosas, siendo enterrado, como Lope de Vega, en la parroquia de San Sebastian.

Aunque don Pedro Calderon, que nació en el primer año del siglo XVII, empezó á escribir muy jóven para el teatro, y alcanzó todavía una parte del período de Lope, aparece, sin embargo, á la cabeza de otro distinto, especialmente desde que á la muerte de este, en 1635, empuñó su dignísimo sucesor el cetro de la escena patria, y modificando con su gran talento el carácter y estilo que aquel la imprimiera, logró avasallar por otros caminos el gusto del público durante todo el resto del gran siglo. A su lado figuraron en primera línea don Francisco de Rojas y don Agustin Moreto, y, aunque algo mas apartados, una multitud de autores muy apreciables y dignos, como Solís, Cubillo, Matos, Leiva, Monroy, Cáncer, Villaviciosa, Martinez, Figueroa, Zárate, Hoz y Mota, Calleja, Diamante, Salazar y otros muchos hasta Cándamo, Zamora y Cañizares, últimos destellos de aquel sol luminoso. Este período *calderoniano* es el que, con el título de *Dramáticos posteriores á Lope de Vega*, me propongo trazar en los dos tomos siguientes.

R. DE M. R.

RECTIFICACION.—Mi conciencia literaria me obliga á hacer aquí una rectificacion. Tratando mas arriba de Belmonte Bermudez y de la comedia titulada *El príncipe perseguido*, atribuí á este su segunda jornada, y por consecuencia el interesante trozo que de ella trasladé, en que he creido descubrir siempre el gusto y frase del autor del *Diablo predicador*; pero posteriormente, é impreso ya aquel pliego, he tenido que renunciar á dicha creencia, por haber tropezado en la biblioteca del excelentísimo señor duque de Osuna (precioso depósito donde ha de acudir todo el que intente investigar la historia de nuestro teatro) con el original autógrafo de dicha comedia, con las censuras para su impresion. En él está escrita *la primera jornada* de mano del mismo Bermudez, la segunda *de letra de Moreto*, y la tercera de don Antonio Martinez. Es pues de Moreto, y no de Belmonte, la donosa pintura de la vida frailesca:

Dices bien, que es purgatorio, etc.

(1) Véase el tomo XX.

CATÁLOGO CRONOLÓGICO

DE LOS AUTORES DRAMÁTICOS DESDE LOPE DE VEGA Á CAÑIZARES,

Y ALFABÉTICO

DE LAS COMEDIAS DE CADA UNO.

INTRODUCCION.

Segun ofrecí en el *Discurso* que precede al tomo anterior, he formado el presente *Catálogo* del teatro antiguo, apellidado del siglo XVII, por autores ó repertorios, guardando en su colocacion, en cuanto es posible, el órden cronológico. Su primera parte, comprensiva del período correspondiente á *Lope de Vega y sus contemporáneos* hasta 1635, en que falleció, va á continuacion; la segunda parte, ó sea los autores *posteriores á Lope*, desde Calderon hasta Cañizares (1740), irá en el tomo siguiente, primero de los dedicados á ellos, y tercero de esta coleccion. Para el cuarto y último de ella preparo el *Catálogo general, por títulos de comedias*, de todo el teatro antiguo comprendido en ambos períodos.

Para formar estos catálogos (trabajo muy enojoso, difícil y sin gloria alguna) he tenido á la vista y cotejado escrupulosamente todos los anteriores, impresos y manuscritos, que existen, ó por lo menos, que han llegado á mi noticia; he procurado rectificar con esmero su contenido, aumentarlos considerablemente por un lado, con presencia de los muchos datos, libros y bibliotecas que conozco (inclusa mi abundosa coleccion, que cuenta por lo menos las dos terceras partes de las comedias comprendidas en ellos); descartarlos por otro de las que propiamente no pertenecieron á aquella época ni escuela dramática; expresar y hacer referencias de los distintos títulos con que muchas de ellas aparecen como diversas, no siendo mas que una, é investigar hasta donde me ha sido posible cuál pertenece á cada autor y cuál le fué falsamente atribuida por los impresores y libreros. Todo ello en cuanto lo permiten ya el trascurso del tiempo y el descuido y ligereza de los que me precedieron en este ímprobo trabajo. Esto no obsta para reconocer que este (tal cual sea) es hijo legítimo de los suyos, y que no hubiera podido nunca hacerle si aquellos y la crítica moderna no me hubieran facilitado el camino. Dichos catálogos generales, que he tenido á la vista, son los siguientes:

1.° Índice formado por don Juan Isidro Fajardo en 1716, que se conserva inédito y MS., en fólio, en la Biblioteca Nacional (cuya copia exacta poseo, hecha, *confrontada y firmada* por el célebre bibliófilo don Bartolomé José Gallardo). Denomínase *Títulos de todas las comedias que en verso español y portugués se han impreso hasta el año de* 1716; *están recogidas por una curiosidad diligente, que ha procurado reconocer todos los libros y bibliotecas donde se ha podido hallar la noticia, y si faltaren algunas comedias, será por no haberlas hallado en ellas.*

2.° *Índice general alfabético de todos los títulos de comedias escritas por varios autores antiguos y modernos, y de los autos sacramentales y alegóricos*, etc., por los herederos de Francisco Medel del Castillo, mercader de libros; impreso y publicado en Madrid, 1735, en un tomo en 4.° (hoy muy raro).

3.° *Catálogo alfabético de las comedias, tragedias, autos, zarzuelas, entremeses y otras obras correspondientes al teatro español*, por don Vicente García de la Huerta; un tomo en 8.°, impreso en 1785 (hoy ya escaso).

4.° *Catálogo de piezas dramáticas publicadas en España durante el siglo* XVII, *y autores que las escribieron*. El original de este catálogo, escrito todo de mano de su autor, don Leandro Fer-

nandez de Moratin, existe inédito, en fólio, con otros manuscritos suyos, en la Biblioteca Nacional, habiendo yo sacado una copia exacta de él, para tenerla á la vista, en 1857.

5.° *Lista de las obras dramáticas de los autores valencianos*, que inserta don Luis Lamarca en su opúsculo titulado *El teatro de Valencia*, impreso en aquella ciudad en 1840.

6.° *Los catálogos de comedias* que se hallaban venales en las librerías de Sancha, Bailo y viuda de Quiroga, etc.; impresos en los primeros años del siglo actual.

7.° Otro *Índice ó catálogo general de piezas dramáticas antiguas y modernas, originales y traducidas, desde el principio de nuestro teatro hasta estos años últimos* (1851), que tenia para su uso don Joaquin Arteaga, aficionado curioso, y hoy existe MS., en un tomo en fólio muy voluminoso, en la misma Biblioteca Nacional.

De todos estos catálogos, apreciables sin duda, pero que adolecen respectivamente de graves defectos é inconvenientes, diré lo que me parece.

El primero en el órden de antigüedad (el mas apreciable por esto y por la circunstancia de comprender la noticia del lugar de impresion de cada comedia y de la coleccion ó libro en que puede hallarse) tiene tambien la ventaja de concluir precisamente donde puede decirse que concluyó tambien el teatro antiguo (1716), y no comprender, por lo tanto, mas que el período que debe. Está redactado por el erudito y laborioso don Juan Isidro Fajardo, conocido en la república literaria por diversos escritos (entre otros, por la *Historia de Felipe III*, publicada con el nombre de don Juan Yañez), el cual para formarle tuvo sin duda á la vista los muchos libros y colecciones que cita; pero, como la aficion á estas investigaciones literarias no estaba tan adelantada como en el dia, se dejó absolutamente llevar de las aseveraciones de los impresores y libreros del siglo XVII, señaló como de Lope, Calderon, Alarcon, Tirso, Moreto, Montalvan y demás autores principales, todas las comedias que á aquellos plugo adjudicarles (sin tener presentes las quejas, protestas y reclamaciones con que ellos mismos rechazaron muchas en su tiempo), les despojó de otras notoriamente suyas, para señalarlas como anónimas ó de diversas procedencias, y siguió, en fin, en un todo las absurdas apreciaciones de los editores de Madrid, Valencia, Barcelona, Zaragoza, etc., que, ganosos de interés material, y poco escrupulosos respecto á la fama de los autores mas favoritos del público, hicieron granjería de sus nombres, imprimiendo con ellos todas las comedias que les venian á la mano, ya sueltas, ya en colecciones mas ó menos indigestas y extravagantes; alterando, duplicando no menos extrañamente sus títulos, y sin cuidar para nada de la correccion del texto. Por último, como Fajardo fué, puede decirse, el primero que se dedicó á esta ingrata tarea, su catálogo es tan escaso, que apenas comprende *la mitad* de las comedias impresas y que ya entonces pudieron serle conocidas, y además en su redaccion material descuidó tambien seguir rigorosamente el órden alfabético, con lo que produce gran confusion y desagrado.

El segundo de los catálogos citados, ó sea el de los herederos del librero Medel, impreso en 1735, es mas abundante que el de Fajardo, pero adolece de los mismos errores de autores y títulos y de las propias faltas ortográficas; mas nadie podria negarles sin injusticia á aquellos libreros que cuando publicaron, fiados en sus propias fuerzas y guiados únicamente por su práctica mercantil, aquel curioso catálogo, echaron, acaso sin saberlo, la base y cimientos sobre que necesariamente habian de reposar todos los de esta materia que se intentaran despues.

Don Vicente García de la Huerta ya lo confesó así, aunque con notable ingratitud é injusticia, pues aprovechando y utilizando absolutamente dicho trabajo, publicó su catálogo en 1785; en su introduccion manifiesta que no conociendo el de Fajardo, lo formaba sobre el de los herederos de Medel; pero, exagerando los defectos de este (que luego traslada íntegros), dice que *le aumenta considerablemente*, le rectifica y corrige; mas es lo cierto que, cotejado uno y otro, se ve que el arrogante y orgulloso literato Huerta se hizo una pura ilusion en cuanto al aumento, pues á no ser las piezas del teatro moderno (empezando por las suyas), que indebidamente incluyó en él, no añadió ninguna de las del antiguo repertorio que no señalase ya Medel, y en cuanto á los errores de este, los sigue paso á paso en los títulos, en las repeticiones, en la designacion apócrifa de autores, y hasta en las faltas ortográficas, añadiendo él otras por su parte, tal como la de escribir *Hespaña* y *Hespañoles* y otras. Sin embargo, este catálogo, que, además de todos aquellos inconvenientes, tiene el capital de mezclar indistintamente ambos repertorios, antiguo y moderno, es el único hoy conocido y el que ha servido de *cicerone* á todos los estudiosos de la historia de nuestro teatro.

El índice formado por Moratin, que se conserva inédito (y del que no tuve noticia hasta el año próximo anterior), está tambien calcado absolutamente sobre el de Huerta, único que acaso tuvo á la vista su ilustrado autor, por haberlo escrito ya en Francia durante su emigracion; si bien está hecho con método diferente y por autores, con objeto de llenar el gran vacío que el mismo Moratin parecia haber dejado de intento entre sus dos trabajos anteriores análogos, el primero, que tituló *Orígenes del teatro español*, desde Juan de la Encina hasta Lope de Vega; y el segundo, inserto al frente de sus obras literarias, y que se compone de una lista de los autores y comedias durante el siglo XVIII y parte del actual. Pero, además de que, repito, siguió demasiado confiadamente las equivocadas apreciaciones de Huerta y los libreros en cuanto á los títulos y repertorio de cada autor, no añadió otros que pudo conocer, no rectificó las repetidas con diversos títulos, y tuvo la extraña idea de mezclar con los de las comedias los de los bailes, loas, entremeses y demás atribuidos á cada uno, con que hizo mas confuso este trabajo, poco digno por cierto de su buen gusto y conciencia literaria. Sin embargo, su conocimiento me hubiera ahorrado mucho trabajo cuando, hace algunos años, emprendí formar este catálogo, que en gran parte publiqué en 1851, 1852 y 1853. (Véase *Semanario pintoresco español* de dichos años.)

La copiosa lista formada por el señor Arteaga seria muy apreciable por su abundancia y buen método alfabético, si no comprendiera tambien las piezas modernas, originales y traducidas, hasta los presentes dias, que, por su índole, forma y época, forman repertorio especial.

Sobre la base de todos estos catálogos, cotejándolos unos con otros, rectificándolos y aumentándolos con los nuevos datos, hijos de la erudicion y de la crítica moderna; dándoles un órden cronológico, en lo posible, por autores ó repertorios, y contrayéndoles, en fin, á la verdadera época del teatro español, que inauguró, puede decirse, Lope de Vega en la penúltima década del siglo XVI, y que espiró en manos de Cañizares bien entrado ya el XVIII, creo prestar un servicio á las letras, atreviéndome á presentar este imperfecto trabajo. Si no completo (porque esto lo hace ya imposible el trascurso del tiempo y su misma inmensidad), no dudo asegurar es superior en copia, exactitud y buen órden á los anteriores, y da una idea aproximada del inmenso repertorio del teatro del siglo XVII, tan diverso en su índole y forma del primitivo y rudo desde Juan de la Encina hasta Cervántes, que describió Moratin en sus *Orígenes*, como del bastardo y chanflon de los Comellas y Zabalas, que enterró el mismo Inarco Celenio en los primeros años del actual; cuando, guiado por las rígidas prescripciones del arte clásico y del gusto moderno, por las doctrinas y ejemplos de los Luzanes, Montianos, Iriartes y el mismo Moratin padre, se apoderó de nuestra escena el ilustre autor del *Sí de las niñas* y de *La Mojigata*, y despojando á la musa cómica de la casaca y peluca francesa del gran Molière, la vistió airosamente (segun su gráfica expresion) *de basquiña y mantilla*, como ya en su tiempo lo hicieron *de capa y espada* nuestros insignes dramáticos; la regeneró, nacionalizó y llevó á su mas alto grado de esplendor y simpatía, fundando el teatro español del siglo XIX, que, si no en originalidad, grandeza poética y halagüeña lozanía, aventaja sin duda alguna en gusto dramático, juicio y filosofía al de Lope y Calderon.

R. DE M. R.

CATALOGO CRONOLÓGICO

DE LOS AUTORES DRAMÁTICOS, Y ALFABÉTICO DE LAS COMEDIAS DE CADA UNO.

PARTE PRIMERA.

DESDE LOPE DE VEGA Á CALDERON (1588-1635).

Frey Lope de Vega Carpio (1).

Abanillo.
Abderite.
Abindarraez y Narvaez.—Remedio en la desdicha.
Acero de Madrid.
Acertar errando.—Embajador fingido.
Achaques de honor.
Achaque quieren las cosas.
Acreedores del hombre (*auto*).
Adónis y Vénus.
Adúltera perdonada (*auto*).
Adversa fortuna del infante don Fernando de Portugal.
Africano cruel.
Agraviado leal.—Firmeza en la desdicha.
Agravio dichoso.—Locura por la honra.
Alcalde de Madrid.
Alcalde mayor.
Alcázar de Consuegra.
Alfonso el Afortunado.
Almenas de Toro.
Al pasar el arroyo.
Allá darás, rayo.
Amante agradecido.
Amante al uso.—Ilustre fregona.
Amantes sin amor.
Amar como se ha de amar.
Amar por burla.
Amar por ver amar.—Perro del Hortelano.
Amar, servir y esperar.
Amar sin saber á quién.
Amatilde.
Amazonas.—Mujeres sin hombres.
Amete de Toledo.
Amigo hasta la muerte.
Amigo por fuerza.
Amigos enojados.—Amistad mas verdadera.
Amistad pagada.

(1) La fecundidad asombrosa del padre de nuestra escena, *Lope de Vega Carpio*, produjo tan considerable número de obras dramáticas, que, no solo perjudicó á su misma perfeccion, sino que no pudieron ser todas impresas, razon por la cual no ha llegado hasta nosotros ni siquiera noticia de la mayor parte de ellas. Aunque rebajemos mucho del cálculo de Montalvan, que afirma fueron *mil ochocientas comedias* y *cuatrocientos autos sacramentales* las obras dramáticas de Lope; todavía sabemos por confesion del mismo en diversas partes de sus escritos, que desde la edad de once años hasta la de setenta llevaba escritas *mil y quinientas comedias*, sin contar los autos sacramentales, y el prodigioso número de obras en verso y prosa que todo el mundo conoce.

La mayor parte, sin embargo, de las piezas de teatro que brotaban casi diariamente de la pluma de aquel prodigio de naturaleza, se perdieron en las carteras de los comediantes, sin alcanzar los honores de la imprenta y sin que su mismo autor supiera darse razon de ellas. Al frente de la obra titulada *El peregrino en su patria*, impresa en 1604, insertó una lista de las que recordaba, y que ascendian hasta entonces á unas doscientas setenta, aunque varias están repetidas. Mas adelante, en 1621, en el prefacio de la parte XXII de sus comedias asegura que llevaba escritas *mil setenta*, y por último, en 1632, al final de *La moza de cántaro*, dice expresamente que era ya *mil y quinientas* el número de ellas.

Durante muchos años, los libreros de Madrid, Valencia, Barcelona, Zaragoza, Lisboa, Nápoles, Ambéres y BruséIas estuvieron en plena posesion de especular con el nombre de Lope, publicando, ya sueltas, ya en tomos, infinidad de comedias, unas en efecto suyas, otras atribuidas falsamente, y todas sin su noticia y con la mayor incorreccion, de que se quejó repetidas veces, y señaladamente en el prefacio ó prólogo á dicha obra *El peregrino*, hasta que, amostazado de tanto desman hecho á su fama é intereses, empezó él mismo á publicar la coleccion de sus comedias, dando á luz la primera parte ó tomo en Madrid ó Valencia (1604), y continuó publicando hasta su muerte, en estos términos: Parte primera, Madrid, 1604, reimpresa en el mismo año en Valencia, Zaragoza, y en 1609 en Valladolid y Ambéres. — Parte II, Madrid, Valladolid, 1611. — Parte III, Barcelona, Bruséłas, 1611. (La verdadera parte III, que debió imprimirse en Madrid en 1613, se perdió, y se ha sustituido en las colecciones por otra, titulada *Parte tercera de comedias de Lope de Vega y otros autores*, en que solo hay dos de este, la de la *Noche toledana* y la del *Santo negro Rosambuco*, siendo todas las demás de autores que vivian, y van con sus nombres al frente, segun mas por menor expresé en *el discurso y nota que encabeza el tomo anterior de esta coleccion.*)—Parte IV, Madrid, Pamplona, 1614. —Parte V. Debió imprimirse en 1615, y se perdió tambien, sustituyéndola por otra titulada *Flor de las comedias de España de diferentes autores*, parte V, recopilada por Francisco Lúcas Avila, Madrid, 1615, y Barcelona, 1616. En este tomo no hay de Lope mas que la primera comedia, titulada *El ejemplo de desdichas y prueba de la paciencia*. Las demás son de otros autores, con sus nombres al frente, segun expresé tambien en dicho discurso del tomo anterior.— Parte VI, Madrid, 1616.—Parte VII, id., 1617.—Parte VIII, id., 1617.—Parte IX, id., 1617.—Parte X, id., 1618.—Parte XI, id., 1618. — Parte XII, id., 1619. — Parte XIII, id., 1620. —Parte XIV, id., 1620. — Parte XV, id., 1621. — Parte XVI, id., 1622.—Parte XVII, id., 1622.—Parte XVIII, id., 1623.—Parte XIX, id., 1623.—Parte XX, id., 1625.—Parte XXI, id., 1635. —Parte XXII, id., 1635.—Otra parte XXII distinta, Zaragoza, 1630.—Parte XXIII, Madrid, 1638.—Parte XXIV, id., 1639.— Otra parte XXIV distinta, Zaragoza, 1632. — Otra parte XXIV, id., Barcelona, 1641.— Parte XXV, Zaragoza, 1647. — Parte XXVI, id., 1645. — Parte XXVII, Barcelona, 1633. — Parte XXVIII, Zaragoza, 1639.

Generalmente solo se consideran auténticas y forman coleccion las veinte y cinco partes publicadas en Madrid,

Amistad y obligacion.—Lucha de amor y amistad.
Amor bandolero.
Amor constante.—Verdadero amor.
Amor con vista. (*MS. autógrafo, en la biblioteca del excelentísimo señor duque de Osuna.*)
Amor desatinado.
Amor enamorado.
Amores de Cárlos.—Palacios de Galiana.
Amores de Narciso.
Amor invencionero.—Burlas veras.
Amor, pleito y desafío. (Es la misma que Ganar amigos, de *Alarcon.*)
Amor premiado.—Poder vencido.
Amor secreto hasta celos.
Amor soldado.
Angélica en el Catay.
Animal de Hungría.
Animal profeta, san Julian.—Dichoso parricida. (Creo sea de *Mira de Mescua.*)
Antonio Roca.
Anzuelo de Fenisa.
Araúco domado.
Arcadia.
Arenal de Sevilla.
Argelan, rey de Alcalá.—Padrino desposado.
Argel fingido y renegado de amor.
Aristea.—Tragedia de Aristea.
Arminda celosa.
Arrogante español.—Caballero del Milagro.
Asalto de Mastrique.
Ascendencia de los maestres de Santiago.—Sol parado.
Asturianas famosas.
Atalanta.
Aventuras de don Juan de Alarcos.
Aventuras del hombre (*auto*).
Audiencias del rey don Pedro.
Ave María y Rosario de nuestra Señora (*auto*).
Ausente en el lugar.

Balahan y Josafat.—Dos soldados de Cristo.
Baldovinos y Carloto.—Marqués de Mántua.
Bandos de Sena.
Bárbaro gallardo.
Basilea.
Bastardo Mudarra.—Siete infantes de Lara.
Batalla de dos.
Batalla de Lepanto ó batalla naval.
Batalla del honor. (*MS. autógrafo, señor Olózaga*)
Batuecas del duque de Alba.
Bautismo del rey de Marruecos.—Tragedia del rey don Sebastian.
Belardo furioso.
Bella Andromeda.
Bella Aurora.
Bella gitana.
Bella malmaridada.
Benavides.
Biezmas.
Bizarrías de Belisa.—Melindres de Belisa.
Blason de los Chaves de Villalva.
Boba discreta.—Dama boba.
Boba para los otros y discreta para sí.
Bobo del colegio.
Boda entre dos maridos.
Bohemia convertida.—Hijo piadoso.
Bosque amoroso.
Brasil restituido. (*MS., señor Duran.*)
Buen agradecimiento.
Buena guarda.—Encomienda bien guardada. (*MS. autógrafo, señor marqués de Pidal.*)
Buen vecino.
Burgalesa de Lerma.
Burlas veras.—Amor invencionero.
Burlas de amor.
Burlas y enredos de Benito.
Burla vengada.—Niña de plata.—Cortés galan.

Caballero de Illescas.
Caballero de Olmedo.
Caballero del Milagro.—Arrogante español.
Caballero mudo.
Caballero de San Juan.—Pérdida honrosa.
Caballero del Sacramento.
Cadena.
Campana de Aragon.
Cantares (*auto*).
Capellan de la Virgen, san Ildefonso.
Capitan Belisario.—Ejemplo de mayor desdicha. (Creo sea de *Mira de Mescua.*)
Capitan Diego de Paredes.
Capitan Juan de Urbina.
Capuchino escocés y condesa perseguida.
Carbajales.—Inocente sangre.
Carbonera.
Cárcel de amor (*auto*).
Cardenal de Belen.—San Jerónimo.
Cárlos el perseguido.—Perseguido.
Cárlos V en Francia. (*MS. autógrafo, señor Olózaga.*)
Casamiento dos veces.
Casamiento en la muerte.—Hechos de Bernardo del Carpio.
Casamiento por Cristo.—Santa Justa.
Casta Penélope.—Penélope.
Castelvíes y Monsalves.
Castigo del discreto.
Castigo sin venganza.—Cuando Lope quiere, quiere.
Castros y Andradas.—Desdichas de Estefanía.
Catalan valeroso.—Gallardo catalan.
Cautivo coronado.—Leon apostólico.
Cautivos de Argel.
Celos de Carrizales. (Segunda parte del Celoso extremeño.)
Celoso de sí mismo.—Los Jacintos.
Celoso extremeño.
Celos satisfechos.
Celos de Rodamonte.
Celos sin ocasion.
Cerco de Madrid.
Cerco de Oran.
Cerco de Santa Fe.—Hazaña de Garcilaso de la Vega.
Cerco de Toledo.
Cerco de Túnez por Cárlos V.
Cerco de Viena.
Cierto por lo dudoso.—Mujer firme.
Circe angélica.
Cirujano.
Comendador de Ocaña.—Peribañez.
Comendadores de Córdoba.—Honor desagraviado.
Cómo se engañan los ojos.—Nadie fie en lo que ve.—Engaño en el anillo.
Cómo se vengan los nobles.
Competencia engañada.

y el tomo de *La vega del Parnaso*, póstumo; y por apócrifas, extravagantes ó pegadizas, las de Zaragoza y Barcelona, si bien en ellas hay muchas comedias notoriamente de Lope y de las veinte y cinco partes de Madrid hay que rebajar las dos ya dichas III y V, que sin duda se perdieron absolutamente, y fueron sustituidas por otros tomos de varios. Equivocacion grosera que autorizó don Nicolás Antonio en la lista que insertó de dicha coleccion, y que, sin embargo, es comun á todos los ejemplares que existen de ella, ó por lo menos á los que conozco. Estos son: el de la Biblioteca Nacional (falto de un tomo), el de la Academia Española (incompleto), el de la Universidad Central y el del señor don Agustin Duran en Madrid, y el de la biblioteca arzobispal de Toledo.

Fuera de esta rarísima coleccion, que comprende unas trescientas (aunque se incorpore á ella el tomo titulado *Vega del Parnaso*, impreso en Madrid en 1637, que contiene ocho comedias), hay de Lope otras varias en las dos abundosas colecciones de *diferentes autores*, una llamada la *antigua* ó de fuera de Madrid, impresa en Zaragoza, Barcelona, Alcalá y otras ciudades desde 1616 á 1652, y que se supone constar de cuarenta y cuatro partes ó tomos (aunque no han llegado á nuestros dias mas que siete ú ocho), y la otra *Coleccion de comedias escogidas de los mejores ingenios de España*, publicada en Madrid desde 1652 á 1704, que comprende cuarenta y ocho partes ó tomos, y de que son tambien muy contados los ejemplares que existen completos.

De todas estas colecciones, de los tomos sueltos publicados tambien en el mismo siglo XVII con diferentes títulos, de las muchas sueltas, impresas y manuscritas, que se hallan en las bibliotecas públicas y particulares de Madrid, y de los índices ó catálogos generales de que queda hablado ya, he llegado á señalar unas setecientas comedias que pueden atribuirse confiadamente á Lope; suprimiendo de paso otras muchas, impresas bajo su nombre y notoriamente apócrifas, y tomando en cuenta los títulos repetidos, que señalo con referencias entre sí en todas las que he podido haber á las manos ó averiguar su duplicidad. Aun despues de todo, creo que habrá muchas inexactitudes que corregir, mucho que descartar, y sobre todo, mucho que añadir al colosal y desconocido repertorio del gran Lope; trabajo que aun puede decirse que está por hacer, y que por fortuna, acaso llegue pronto á verse realizado por la erudita, discreta y laboriosa investigacion del señor don Juan Eugenio Hartzenbusch, en el tomo IV de la coleccion escogida de aquel insigne ingenio, que trabaja para esta BIBLIOTECA.

Firmeza en la desdicha. — Agraviado leal.
Flores de don Juan.—Rico y pobre trocados.
Hijo de sí mismo.
Hijo piadoso.—Bohemia convertida.
Hijo sin padre.
Hijo venturoso.
Historia de Mazagatos.—Mazagatos.
Historia de Tobías.
Hombre de bien.
Hombre por su palabra.
Honor contra la fuerza. — Industrias contra el poder.
Honor desagraviado.—Comendadores de Córdoba.
Honor en el agravio.— Libertad en la traicion.
Honrado con su sangre.
Honrado hermano.—Horacios.
Honrado perseguido.
Honra por la mujer.
Humildad y la soberbia.

Ilustre fregona.—Amante al uso.
Imperial de Oton.
Imperial Toledo.
Imperio por fuerza.
Inclinacion natural.
Infanta desesperada.
Infanta Gridonia.—Cielo de amor vengado.
Infanta labradora.
Infante don Fernando de Portugal.
Ingratitud vengada.
Ingrato.
Ingrato arrepentido.
Inocente Laura. — Traiciones de Ricardo.
Inocente sangre.—Carbajales.
Intencion castigada.
Isla del Sol (*auto*). (*MS. autógrafo, biblioteca de Osuna.*)

Jardin de amor.
Jardin de Vargas.—Gata de Mari-Ramos.
Jorge toledano.
Juan de Dios y Anton Martin. — San Juan de Dios.
Judía de Toledo.—Paces de los reyes.
Juez de su misma causa.
Jueces de Castilla.
Jueces de Ferrara.
Juventud de san Isidro.

Laberinto de amor. — Prueba de los ingenios.
Laberinto de Creta.
Labrador del Tórmes.—Lo que puede un agravio.
Labrador venturoso.
Lacayo fingido.
Lágrimas de David (*auto*).
Lanza por lanza, la de Luis de Almansa.
Laura perseguida.
Lazarillo de Tórmes.
Leal criado.
Lealtad, amor y amistad.
Lealtad en el agravio.
Lealtad en la traicion. — Honor en el agravio.
Leon apostólico. — Cautivo coronado.
Ley ejecutada.
Libertad de Castilla. — Conde Fernan Gonzalez.
Libertad de san Isidro. (Debe ser la Juventud de san Isidro.)
Limpieza no manchada. — Santa Brígida.
Lo cierto por lo dudoso.—Mujer firme.
Loco por fuerza.
Locos de Valencia.—Hospital de locos.
Locos por el cielo.
Locura por la honra. — Agravio dichoso.
Lo fingido verdadero. — Mayor representante san Ginés. (No creo sea suya.)
Lo que está determinado.
Lo que ha de ser.
Lo que hay que fiar del mundo.
Lo que pasa en una tarde. (*MS. autógrafo, biblioteca de Osuna.*)
Lo que pasa en una venta.
Lo que puede un agravio.— Labrador del Tórmes.
Lucinda perseguida.

Llave de la honra.
Llegar en ocasion.

Madre de la mejor. (Creo sea un auto de *Valdivieso*.)
Maestro de danzar.
Magdalena.—Mejor enamorada.
Mal casada.
Maldito de su padre. — Valiente bandolero.
Mal pagador en pajas.
Margarita preciosa (*auto*).
Marido mas firme. —Euridice y Orfeo.
Mármol de Felisardo.
Marqués de las Navas.
Marqués del Valle.
Marqués de Mántua. — Baldovinos y Carloto.
Mártir de Florencia.
Mártires de Madrid. (Creo es de *Mira de Mescua*.)
Mas galan portugués.—Duque de Berganza.
Mas mal hay en la aldehuela que se suena.—Gran prior de Castilla.—Hijo de la Molinera.
Mas pueden celos que amor. — Dama comendadora.
Mas valeis vos, Antona, que la corte toda.—Duquesa de Bretaña.
Mas vale salto de mata que ruego de buenos.
Matrona constante.—Matrona ilustre.
Mayorazgo dudoso.
Mayor corona.
Mayor de los reyes.
Mayor desgracia de Cárlos V.—Hechicera de Argel.
Mayor dicha en el monte.
Mayordomo de la duquesa de Amalfi.
Mayor hazaña de Alejandro Magno.
Mayor imposible.
Mayor prodigio.
Mayor Rey de los reyes.
Mayor victoria.
Mayor virtud de un rey.
Médico enamorado.
Mejor alcalde el Rey. — Tirano de Galicia.
Mejor enamorada.—Magdalena.
Mejor maestro el tiempo.
Mejor mozo de España.
Mejor representante San Ginés. — Lo fingido verdadero. (Creo es de *Moreto* y *Cancer*.)
Melindres de Belisa.—Bizarrías de Belisa.
Mentiroso.
Mérito en la templanza.—Ventura por el sueño.
Merced en el castigo.
Meson de la corte.
Milagro por los celos. — Don Alvaro de Luna.
Milagros del desprecio.
Mirad á quién alabais.
Misacantano (*auto*).
Mocedades de Roldan.
Mocedades de Bernardo del Carpio.
Molino.
Mónstruo de amor.
Mónstruo de la fortuna.—Reina Juana. —Marido bien ahorcado.
Monteros de Espinosa.
Montes de Gelboé.—David perseguido.
Moza de cántaro.
Mudable.
Mudanzas de la fortuna.—Sucesos de don Beltran de Aragon.
Muerte del Maestre.
Muertos vivos.
Muerto vencedor.
Mujeres sin hombres.—Amazonas.
Mujer firme.—Lo cierto por lo dudoso.
Muza furioso.—Prision de Muza.

Nacimiento de Cristo.
Nacimiento del alba.
Nacimiento de Urson y Valentin.—Hijos del rey de Francia.
Natividad de nuestra Señora (*auto*).
Nadie fie en lo que ve, porque se engañan los ojos.—Engaño en el anillo.
Nadie se conoce.
Nardo Antonio, bandolero.
Naufragio prodigioso de don Manuel de Sousa.—Príncipe trocado.
Necedad del discreto.
Neron cruel.—Roma abrasada.
Niña de plata.—Burla vengada.— Cortés galan.
Niñeces del padre Rojas. (*MS. autógrafo, biblioteca de Osuna.*)
Niñez de san Isidro.
Niño diablo.
Niño inocente de la Guardia.
Niño pastor (*auto*).
Nobles como han de ser.
Noche de San Juan.
Noche toledana.
Nombre de Jesus (*auto*).
No son todos ruiseñores.
Novios de Hornachuelos.
Nuestra Señora de la Candelaria. — Guanches de Tenerife (*auto*).
Nueva victoria de don Gonzalo de Córdoba. (*MS. autógrafo, biblioteca de Osuna.*)
Nueva victoria del marqués de Santa Cruz.
Nuevo-Mundo descubierto por Colon.
Nuevo mundo en Castilla. — Descubrimiento de las Batuecas.
Nunca mucho costó poco.
Nuevo oriente del sol (*auto*).

Obediencia laureada. — Primer Cárlos de Hungría.
Oveja perdida (*auto*).
Obras son amores.
Ocasion perdida.
Octava maravilla.
Once mil vírgenes.—Santa Ursula.
Otomano famoso.
Oracios.

Paces de los reyes.—Judía de Toledo.
Padres engañados.
Padrino desposado.—Argelan, rey de Alcalá.
Paje de la Reina.
Palabra mal cumplida.
Palacios de Galiana.—Amores de Cárlos.
Paloma de Toledo.
Pan y el palo (*auto*).

Pastoral de Jacinto. — Pastoral de Albania.
Pastoral de la siega.
Pastor ingrato (*auto*).—Pastor lobo.
Pastor Fido.
Pastoral de los celos.
Pastoral encantada.
Pedro carbonero.
Pedro de Urdemalas.
Peligros de la ausencia.
Peraltas.
Perdición de España. — Cevallos, su descendencia.
Pérdida honrosa. — Caballero de San Juan.
Peregrina.
Peribañez.—Comendador de Ocaña.
Perro del hortelano. — Amar por ver amar.
Perseguido.
Piadoso aragonés. (*MS. autógrafo, biblioteca de Osuna.*)
Piadoso veneciano.
Piedad ejecutada. — Pimenteles y Quiñones.
Pleito por la honra.—Valor de Fernandico.
Pleitos de Inglaterra.
Pobre mas poderoso. — San Juan de Dios.
Pobreza estimada. — Riqueza mal nacida.
Pobreza no es vileza.
Pobrezas de Reinaldos.
Poder vencido. — Amor premiado.
Poder en el discreto. (*MS. autógrafo, biblioteca de Osuna.*)
Ponces de Barcelona.—Jardin de amor.
Porceles de Murcia.
Porfía hasta el temor.
Porfiando vence amor.
Porfiar hasta morir. (Creo es la de *Rosete.*)
Por la puente, Juana.
Portuguesa.—Dicha del forastero.
Postrer godo de España.
Prados de Leon.
Premio de la hermosura.
Premio del bien hablar.
Premio en la misma pena.—Merced en el castigo.—Dichoso en Zaragoza.
Primera informacion.
Primer Cárlos de Hungría.—Obediencia laureada.
Primer culpa del hombre. — Creacion del mundo.
Primer Fajardo.—Fajardos.
Primer Médicis.—Quinta de Florencia.
Primer rey de Castilla.
Primer rey de Persia, Ciro. — Contra valor no hay desdicha.
Príncipe carbonero.
Príncipe despeñado.
Príncipe don Cárlos.
Príncipe Escanderbec. — Gran Jorge Castrioto. (Creo es de *Belmonte.*)
Príncipe ignorante.
Príncipe inocente.
Príncipe melancólico.
Príncipe perfecto (1.ª y 2.ª *parte*). (*MS. autógrafo, biblioteca de Osuna.*)
Prisiones de Adan (*auto*).
Prision sin culpa.
Privanza del hombre.
Prodigio de Etiopía.— Santa Teodora.
Prodigio de la India.—San Josafat.
Profetisa Casandra.
Prudencia en el castigo.
Prueba de los amigos. (*MS. autógrafo, señor Olózaga.*)
Prueba de los ingenios.—Laberinto de amor.
Prueba de la paciencia.—Ejemplo de casadas.
Psiquis y Cupido.
Puente de Mantible
Puente del mundo (*auto*).

Quando Lope quiere, quiere.—Castigo sin venganza.
Querer la propia desdicha.
Querer mas y sufrir menos.
Quien ama no haga fieros.
Quien bien ama tarde olvida.
Quien todo lo quiere todo lo pierde.
Quien mas no puede.
Quinta de Florencia.—Primer Médicis.
Quinas de Portugal. (Creo es de *Tirso.*)

Ramirez de Arellano.
Ramilletes de Madrid. — Dos estrellas trocadas.
Rayo del cielo.
Rey Wamba.
Rey de Frigia.
Rey don Pedro en Madrid.—Infanzon de Illescas. (Creo es de *Tirso* y *Claramonte.*)
Rey don Ramiro.—Ultimo godo.
Rey don Sebastian.—Príncipe de Marruecos.
Rey fingido.—Amores de Sancho.
Rey sin reino.
Reina de Lésbos.
Reina doña María.
Reina Juana de Nápoles.—Marido bien ahorcado.
Reina loca.
Remedio en la desdicha. — Abindarraez y Narvaez.
Renegado fingido.—Argel de amor.
Resistencia honrada. — Condesa Matilde.
Rico avariento. (Creo es la de *Mira de Mescua.*)
Rico y pobre trocados. — Flores de don Juan.
Riqueza mal nacida. — Pobreza estimada
Roberto.
Robo de Dina.
Roma abrasada.— Crueldades de Neron.
Rómulo y Remo.
Roncesvalles.
Rufian Castrucho.
Ruiseñor de Sevilla.
Rústico del cielo. — Santo hermano Francisco.

Saber por no saber. — San Julian de Alcalá.
Saber puede dañar.
Salteador agradecido.
San Adriano y Natalia.
San Agustin.—Divino africano.
San Andrés carmelita.
San Antonio de Padua.—Divino portugués. (Creo es de *Montalvan.*)
San Basilio el Magno. — Gran columna fogosa.
San Benito Palermo. — Santo negro Rosambuco.
San Diego de Alcalá.
San Jerónimo— Cardenal de Belen.
San Ildefonso.—Capellan de la Vírgen.
San Isidro de Madrid.
San Josafat.—Prodigio de la India.
San Julian.— Animal profeta.— Dichoso parricida. (No creo sea suya.)
San Julian de Cuenca.
San Julian y santa Basilisa.—Amantes no vencidos.
San Martin.
San Nicolás de Tolentino. — Santo de los milagros.
San Pablo.—Vaso de eleccion.
San Pedro Nolasco.
San Roque.
San Segundo de Avila.
Santa Brígida. — Limpieza no manchada.
Santa Casilda.
Santa Justa. — Casamiento con Cristo.
Santa Liga.—Batalla naval.
Santa Inquisicion (*auto*). (Creo es de *Mira de Mescua.*)
Santa Polonia.
Santa Teodora. — Prodigio de Etiopía.
Santa Teresa de Jesus.
Santa Ursula y once mil vírgines.
Santiago el verde.
San Tirso de España.
Santo de los milagros. — San Nicolás de Tolentino.
Santo Negro Rosambuco.—San Benito de Palermo.
Santo Tomás de Aquino.
Sarracinos y Aliatares.
Sastre del campillo. (Creo es la de *Belmonte, cuyo MS. autógrafo está en la biblioteca de Osuna.*)
Secretario de sí mismo.
Secreto bien guardado.
Selva confusa.
Selvas y bosques de amor.
Sembrar en buena tierra.
Semíramis.
Serrana de Búrgos.
Serrana de la Vera. (Creo es la de *Velez de Guevara.*)
Serrana del Tórmes.
Servir á buenos.
Servir á señor discreto.
Servir con mala estrella.
Siega (*auto*).—Pastoral de la Siega.
Sierra de Espadan.
Sierras de Guadalupe.
Siete infantes de Lara. — Bastardo Mudarra.
Si no vieran las mujeres.
Sin secreto no hay amor.
Siquis y Cupido.
Soberbia abatida.—Humildad y la soberbia.
Soldado amante.
Sol parado. — Ascendencia de los maestres de Santiago.
Sortija del olvido.
Sucesos de don Beltran de Aragon. — Mudanzas de la fortuna.
Sueños hay que verdades son.— Trabajos de Jacob.
Sueños de los reyes.—Carboneros.
Sufrimiento del honor.
Sufrimiento premiado.

Tan bien hagas cuanto pagues.
Tambien se engaña la vista.—Nadie fie en lo que ve.
Tellos de Menéses. — Valor, lealtad y ventura (*dos partes*).
Templo de Salomon.
Testigo contra sí.
Testimonio vengado.
Tirano de Galicia. — Mejor alcalde el Rey.
Tirano castigado.
Toison del cielo (*auto*).
Toledano vengado.
Toma de Alora.
Toma de Longo por el marqués de Santa Cruz.

Tonto de la aldea.
Torneos de Aragon.
Torneos de Valencia.
Torre de Hércules.
Trabajos de Jacob. — Sueños hay que verdades son.
Tragedia del rey don Sebastian.—Bautismo del príncipe de Marruecos.
Tragedia de Aristea. — Aristea.
Traicion bien acertada.
Traiciones de Ricardo. — Inocente Laura.
Tres diamantes.
Triunfo de la limosna (*auto*).
Triunfo de la lealtad.
Triunfo de la Iglesia (*auto*).
Triunfos de la humildad y daños de la soberbia.
Triunfos de Octaviano.
Turco en Viena.

Ultimo godo.— Rey don Rodrigo.
Urson y Valentin. — Hijos del rey de Francia.

Valeriana.
Valiente bandolero. — Maldito de su padre.
Valiente Céspedes.
Valiente Juan de Heredia.
Valor de Fernandico. — Pleito por la honra.
Valor de las mujeres.
Valor de Malta.
Valor, fortuna y lealtad. — Tellos de Menéses (*dos partes*).
Vaquero de Moraña.
Vargas de Castilla.
Varona castellana (*catalana*).
Vaso de eleccion.—San Pablo.
Vellocino de oro.
Venganza de Gaiferos.
Vengadora de las mujeres.
Venganza venturosa.
Ventura de la fea.
Ventura en la desgracia.
Ventura por el sueño. — Mérito en la templanza.
Ventura sin buscarla.
Veneno saludable.

Verdadero amante. — Amor constante. (Es la primera comedia que escribió *Lope*, á los once años.)
Ver y no creer.
Viaje del hombre (*auto*).
Victoria de la honra.
Victoria del honor.
Vida y muerte del Cid.—Noble Martin Pelaez.
Villana de Getafe.
Villanesca.
Villano en su rincon.
Villano prodigioso.—A un tiempo rey y vasallo.
Virtud, pobreza y mujer.
Viuda, casada y doncella.
Viuda valenciana.
Vizcaina.
Wamba.
Vuelta de Egipto (*auto*).

Yerros por amor.

Zegríes y Abencerrajes.

El doctor Alfonso Ramon.

Español entre todas las naciones.—Clérigo agradecido.
Santo sin nacer y mártir sin morir.—San Ramon.
Sitio de Mons por el duque de Alba.
Tres mujeres en una.

Miguel Sanchez (*el Divino*).

Guarda cuidadosa.

El canónigo Francisco Tárrega (1).

Cerco de Pavía.
Cerco de Rodas.
Duquesa constante.
Enemiga favorable.
Esposo fingido.
Fundacion de la órden de la Merced.
Gallarda Irene.
Perseguida Amaltea.
Prado de Valencia.
Príncipe constante.
Sangre leal de los montañeses de Navarra.
Suertes trocadas y torneo venturoso.

Gaspar de Aguilar.

Amantes de Cartago.
Fuerza del interés.
Gitana melancólica.
Gran patriarca don Juan de Ribera.
Mercader amante.
No son los recelos celos.
Nuera humilde, ó la nueva humildad.

(1) De los autores valencianos existe, aunque rarísimo, algun ejemplar (véase nuestra introduccion al tomo anterior) en dos tomos ó partes, titulados, la primera *Doce comedias de cuatro poetas naturales de Valencia*, 1608, y Barcelona, 1609; y la segunda, *Norte de la poesía española, ilustrado del sol de doce comedias, que forman segunda parte de Laureados poetas valencianos.*—Valencia, 1616.—Ambos tomos contienen nueve comedias de Tárrega, siete de Aguilar, dos de Guillem de Castro, cuatro de Ricardo del Turia, una de Boil y otra de Beneito.

Suerte sin esperanza.
Venganza honrosa.

Ricardo del Turia

Belígera española.
Burladora burlada.
Fe pagada.
Vida y muerte de san Vicente.

Don Guillem de Castro y Belvis (2).

Amor constante.
Allá van leyes do quieren reyes.
Caballero bobo.
Conde Alarcos.
Conde de Irlos.
Cuánto se estima el honor.
Curioso impertinente.
Degollacion de san Juan Bautista.
Desengaño dichoso.
Dido y Enéas.
Don Quijote de la Mancha.
Donde no está su dueño, está su duelo.
Dudoso en la venganza.
Enamorado mudo.
Enemigos hermanos.
Engañarse engañando.
Fuerza de la costumbre.
Fuerza de la sangre.
Humildad soberbia.
Ingratitud por amor. (*Autógrafo, biblioteca de Osuna.*)
Justicia en la piedad.
Manzana de la discordia y robo de Elena. (Con *Mira de Mescua.*)
Maravillas de Babilonia.
Mal casados de Valencia.
Mejor esposo san José.
Mocedades del Cid (1.ª y 2.ª *parte*).
Nacimiento de Montesinos.
Narciso en su opinion.
Nieto de su padre.
Pagar en propia moneda.
Perfecto caballero.
Piedad en la justicia.
Pretender con pobreza.
Prodigio de los montes y mártir del cielo.—Santa Bárbara.

(2) De Guillem de Castro hay dos partes ó tomos, Valencia, 1621, 1625, que comprenden veinte y cuatro comedias.

Progne y Filomena.
Quien malas mañas ha.
Quien no se aventura.
Tragedia por los celos. (*MS. autógrafo, biblioteca de Osuna.*)
Verdad averiguada y engañoso casamiento.
Vicio en los extremos.

Don Cárlos Boil.

Marido asegurado.
Pastor de Menandra.

Miguel Beneito

Hijo obediente.

Licenciado Juan Grajales.

Adversa fortuna del caballero del Espíritu Santo.
Bastardo de Ceuta.
Próspera fortuna del caballero del Espíritu Santo.

Damian Salustrio del Poyo.

Adversa fortuna de Ruy Lopez Dávalos.
Premio de las letras por el rey don Felipe II.
Privanza y caida de don Alvaro de Luna.
Próspera fortuna de Ruy Lopez Dávalos.

Licenciado Mejía de la Cerda.

Doña Inés de Castro (*tragedia*).

Andrés de Claramonte.

Ataud para el vivo y tálamo para el muerto. (*MS. autógrafo, biblioteca de Osuna.*)
Católica princesa Leopolda.
De Alcalá á Madrid.
Deste agua no beberé.
De lo vivo á lo pintado.

De los méritos de amor el silencio es el mejor.
Dote del Rosario (*auto*).
Favores de la Virgen (*auto*).
Gran rey de los desiertos, san Onofre.
Honrado con su sangre.
Horno de Babilonia.
Infelice Dorotea.
Inobediente, ó la ciudad sin Dios.
Infante de Aragon.
Jura de Baltasar.
Mayor Rey de los reyes.
Púsoseme el sol, salióme la luna, santa Teodora.
Rey don Pedro en Madrid.—Infanzon de Illescas. (Creo es de *Tirso*.)
Rigor y la inocencia.
Tau de san Anton.
Valiente negro en Flándes.

Gaspar de Avila.

Dicha por malos medios.
Familiar sin demonio.
Fullerias de amor. (*MS., señor Duran.*)
Gobernador prudente.
Gran Séneca de España, Felipe II.
Iris de las pendencias.
Respeto en el ausencia.
Sentencia sin firma.
Servir sin lisonja. — Familiar sin demonio.
Todo cabe en lo posible.
Valeroso español y primero de su casa.
Venga lo que viniere.

Juan Quirós, jurado de Toledo.

Famosa Toledana. (*MS. autógrafo, biblioteca de Osuna.*)

Licenciado Justiniano (Lúcas).

Los ojos del cielo, santa Lucía. (*MS. autógrafo, biblioteca de Osuna.*)

Cristóbal de Mesa.

Pompeyo (*tragedia*).

Licenciado Gaspar de Mesa.

El Bruto ateniense (*auto de 1602*). (*En la biblioteca de Osuna.*)

Miguel Sanchez Vidal.

La isla bárbara. (*MS. autógrafo, biblioteca de Osuna.*)

Hurtado de Velarde.

Los siete infantes de Lara (*tragedia*).

Alonso Morales.

Conde loco.

Doctor Mira de Mescua.

Adúltera virtuosa, santa María Egipciaca.
Adversa fortuna de don Bernardo Cabrera.
Amor, ingenio y mujer. — Tercera de sí misma. (*MS. autógrafo, biblioteca de Osuna.*)
Amparo de los hombres.
Arpa de David.
Animal profeta. (*MS., biblioteca de Osuna.*)
Caballero sin nombre.
Carboneros de Francia, y reina Sevilla.
Casa del Taur. (*MS., biblioteca de Osuna.*)
Circe y Polifemo. (Con *Montalvan* y *Calderon*.)
Clavo de Joel. (*MS., señor Duran.*)
Conde Alarcos.
Confusion de Hungría.
Cuatro milagros de amor.
Desgracias del rey don Alonso el Casto.
Ermitaño galan y mesonera del cielo.
Esclavo del demonio.
Examinarse de rey. (*MS. en la Biblioteca Nacional.*)
Exemplo de la desdicha y capitan Belisario. (*MS. autógrafo, biblioteca de Osuna.*)
Fénix de Salamanca.
Fe de Hungría (*auto*).
Galan, valiente y discreto.
Galan secreto.
Hija de Cárlos V.
Hombre de mayor fama.
Hero y Leandro.
Inquisicion (*auto*).
Jura del príncipe de Astúrias (*auto*). (*MS., biblioteca de Osuna.*)
Lises de Francia.
Lo que puede el oir misa.
Lo que puede una sospecha.
Lo que toca al valor, y príncipe de Orange.
Mayor soberbia humana de Nabucodonosor.
Marqués de las Navas.
Mas vale fingir que amar.
Mártires del Japon (*auto*).
Mártires de Madrid (*auto*).
Monte de piedad (*auto*).
Negro del mejor amo.—San Benito de Palermo.
No hay burlas con las mujeres.
No hay reinar como vivir.
No hay dicha ni desdicha hasta la muerte.
Nuestra Señora de los Remedios (*auto*).
Obligar contra su sangre.
Pastor lobo (*auto*).
Palacio confuso.
Pedro Telonario (*auto*).
Primer conde de Flándes. (*MS., biblioteca de Osuna.*)
Prodigios de la vara, y conquista de Israel.
Príncipe de la Paz y trasformaciones de Celia (*auto*).
Rico avariento.—San Lázaro.
Ronda y visita de la cárcel (*auto*).
Rueda de la Fortuna.
Sol á media noche y estrellas á mediodía.
Tercera de sí misma.—Amor, ingenio y mujer.
Vida y muerte de la monja de Portugal.

Tirso de Molina (1).

Alvaro de Luna (1.ª y 2.ª *parte*).
Amar por señas.
Amar por razon de estado.
Amantes de Teruel.
Amor y amistad.
Amor médico.
Amar por arte mayor.
Amor y celos hacen discretos.
Amazonas de las Indias. — Hazañas de los Pizarros (2.ª *parte*).
Antona García.
Aquiles.
Arbol del mejor fruto.
Averígüelo Vargas.
Burlador de Sevilla — Convidado de piedra.
Balcones de Madrid.
Caballero de Gracia.
Castigo del pensé qué.—El que fuere bobo no camine.
Cautela contra cautela.
Celosa de sí misma.
Celoso prudente.
Celos con celos se curan.
Cobarde mas valiente.
Cómo han de ser los amigos.
Condenado por desconfiado.
Condesa bandolera—Ninfa del cielo.
Conquista de Valencia por el Cid.
Dama del Olivar. — Lorenza la de Estercuel.
Desde Toledo á Madrid.
Del enemigo el consejo.
Don Gil de las calzas verdes.
Doña Beatriz de Silva.—Favorecer á todos y amar á ninguno.
Eleccion por la virtud.—San Pio V.
En Madrid y en una casa. (Atribuida á *Rojas*.)
Esto sí que es negociar.
Escarmientos para el cuerdo.
Fingida Arcadia.
Firmeza en la hermosura.
Honroso atrevimiento.
Huerta de Juan Fernandez.
Joya de las montañas.—Señora Orosia.
Lealtad contra la envidia. Tercera parte de Hazañas de los Pizarros.
Lagos de san Vicente.
Mari-Hernandez la gallega.
Marta la piadosa.
Mayor desengaño.
Mejor espigadera.
Melancólico.
Mujer que manda en casa.
Mujer por fuerza.
No hay peor sordo que el que no quiere oir.
Palabras y plumas.
Peña de Francia.
Pretendiente al revés.
Privar contra su gusto.
Por el sótano y el torno.
Prudencia en la mujer.
Quien calla otorga. Segunda parte del Castigo del pensé qué.
Quien habló pagó.
Quien no cae no se levanta.
Quien da luego da dos veces.
Quinas de Portugal.
Reina de los reyes.
República al revés.
Rey don Pedro en Madrid ó el Infanzon de Illescas. (Se cree de *Tirso*, aunque el *MS. de la biblioteca de Osuna* la atribuye á *Claramonte*.)
Romera de Santiago.
Santa Juana (1.ª, 2.ª y 3.ª *parte*). (*MS. autógrafo, en la biblioteca de Osuna.*)
Santo y sastre.
Siempre ayuda la verdad.
Tanto es lo de mas como lo de menos.
Todo es dar en una cosa. Primera parte de Hazañas de los Pizarros.
Venganza de Tamar.

(1) De Tirso existen en coleccion cinco partes ó tomos, Madrid, 1627 á 1636, que comprenden sesenta comedias, y además tres en la obra titulada *Cigarrales de Toledo*.

Ventura con el nombre.
Ventura te dé Dios, hijo.
Vergonzoso en palacio.
Vida y muerte de Heródes.
Villana de la Sagra.
Villana de Vallecas.

Luis Velez de Guevara.

Abadesa del cielo (*auto*).
Aguila del agua y batalla naval de Lepanto.
A lo que obliga el ser rey.
Agravios perdonados (*dos partes*).
Amor en vizcaino y los celos en francés. —Torneos de Navarra.
Amotinados de Flándes.
Asombro de Turquía, y valiente toledano Francisco de Ribera.
Atila, azote de Dios.—La silla de san Pedro.
Amor hace prodigios. —Celos hacen estrellas.
Baltasara. (Con *Coello y Rojas.*)
Caballero del Sol.
Catalan Serrallonga. (Con *Rojas* y *Coello.*)
Celos son bien y ventura.
Celos hacen estrellas. —Amor hace prodigios.
Cerco del Peñon.
Cerco de Roma por el rey Desiderio.
Corte del demonio.
Conquista de Oran. — Gran cardenal de España.
Correr por amor fortuna.
Cristianísima Lis. —Azote de la herejía.
Creacion del mundo.
Cumplir dos obligaciones.—Duquesa de Sajonia.
Diablo está en Cantillana.
Diego García de Paredes. —El valor no tiene edad.
Espejo del mundo.
Hermosura de Raquel (1.ª *y* 2.ª *parte*).
Hijos de la Barbuda.
Juliano Apóstata.
Lo que piensas hago.
Luna de la Sierra.
Mas pesa el Rey que la sangre.—Honor de los Guzmanes.
Mesa redonda (*auto*).
Montañesa de Astúrias.
Niña de Gomez Arias.
Nueva ira de Dios.—Tamorlan de Persia.
Obligacion á las mujeres. (Es casi igual á la de Cumplir dos obligaciones.)
Ollero de Ocaña.
Pleito del diablo con el cura de Madridejos. (Con *Rojas* y *Mira de Mescua.*)
Privilegio de las mujeres. (Con *Rojas y Coello.*)
Príncipe esclavo, ó Escánderbek (1.ª *y* 2.ª *parte*).
Rey en su imaginacion. (*MS. autógrafo, señor Duran.*)
Rey muerto.
Reinar despues de morir, Doña Inés de Castro.
Restauracion de España.—El Alba y el Sol.
Rosa de Alejandría, santa Catalina.
Serrana de la Vera. (*MS. autógrafo, biblioteca de Osuna.*)
Santa Susana.
Si el caballo vos han muerto.
Tambien la afrenta es veneno. (Con *Coello* y *Rojas.*)
Tambien tiene el sol menguante, como la luna creciente.
Tres edades del mundo.
Tres portentos de Dios, y príncipe de la Iglesia.
Verdugo de Málaga.
Virtudes vencen señales. —Negro rey bandolero.

Maestro José Valdivieso (1).

Autos.

Amistad en el peligro.
Angel de la Guarda.
Arbol de la vida.
Cautiva libre.
Entre dia y noche.
Escuela divina.
Ferias del alma.
Fénix de amor.
Flor de lis de Francia.
Hijo pródigo.
Hombre encantado.
Hospital de locos.
Loco cuerdo, san Simeon.
Locos de Toledo.
Locura.
Nacimiento de la mejor.—Madre de la mejor.
Nacimiento de Cristo.
No le arriendo la ganancia.
Peregrino del cielo.
Serrana de la Vera.
Síquis y Cupido.
Villano en su rincon.

Luis Belmonte Bermudez.

Acierto en el engaño, y robador de su honra.
Afanador el de Utrera.
Aun tiempo rey y vasallo. (Con *otros.*)
Amor y honor. —Respeto, honor y valor.
Casarse sin hablarse.
Conde de Fuentes en Lisboa.
Darles con la entretenida.
Desposado por fuerza.—Olvidar amando.
Diablo predicador.—Mayor contrario amigo.
En riesgos luce el amor
Fiar en Dios.
Fiestas de los mártires (*auto*)
Fuerza de la razon.
Gran Jorge Castrioto.
Hazañas de don García de Mendoza.
Hortelano de Tordesillas.
Legado mártir—San Pedro.
Mejor testigo el muerto. (Con *Calderon* y *otro.*)
Mejor tutor es Dios. (Con *Calderon* y *otro.*)
Renegada de Valladolid.
Robador de su honra. —Acierto en el engaño.
Sancha la Bermeja.
Sastre del Campillo. (*MS. autógrafo, biblioteca de Osuna.*)
Satisfecho. (*MS. autógrafo, biblioteca de Osuna.*)
Siete estrellas de Francia—San Bruno. (*MS. autógrafo, biblioteca de Osuna.*)
Trabajos de Ulíses.
Tres señores del mundo, y triunvirato de Roma.

(1) Del maestro Valdivieso existe un tomo ó parte, titulado *Doce autos sacramentales y dos comedias divinas del maestro José de Valdivieso*, Toledo, 1622.

Marco Antonio Orti.

Amistad contra el amor.
Deuda bien satisfecha.
Vírgen de los Desamparados de Valencia.

Don Rodrigo de Herrera.

Batalla de Clavijo.—Voto de Santiago.
Castigar por defender.
Del cielo viene el buen rey.
Fe no ha menester armas, y venida del inglés á Cádiz.
Primer templo de España.
Segundo obispo de Avila.

Doctor Felipe Godinez.

Acertar de tres la una.
Adquirir para reinar.—Glorias de Isabela.
Aun de noche alumbra el sol.
Basta intentarlo.
Cautelas son amistades.— Lo que merece un soldado.
De buen moro buen cristiano.
Divino Isaac (*auto*).
Horca para su dueño.—Aman y Mardoqueo.—Reina Ester.
Ha de ser lo que Dios quiera.
Lágrimas de David. — Rey mas arrepentido.
Ludovico el Piadoso.
Milagrosa eleccion.
O el fraile ha de ser ladron, ó el ladron ha de ser fraile.
Paciencia en los trabajos.—Trabajos de Job y prueba de la paciencia.
Premio de la limosna (*auto*).
Primer condenado.
Provecho para el hombre.
San Mateo en Etiopía.
Soberbio calabrés.
Soldado del cielo, san Sebastian.
Virgen de Guadalupe.

Don Diego Jimenez Enciso.

Celos en el caballo.
Encubierto.
Engañar para reinar.
Mayor hazaña de Cárlos V.
Médicis de Florencia.
Príncipe don Cárlos.
Quien calla otorga.
Santa Margarita.
Valiente sevillano.—Pedro Lobon (1.ª *y* 2.ª *parte*).

Blas de Mesa.

Cada uno con su igual.

Don Antonio Folch de Cardona

Dido y Eneas.
Marina la porquera.
Mas es el servir que el reinar.
Lo mejor es lo mejor.
Mas heróico silencio.
Obrar contra su intencion.
No siempre mienten señales.
Pragmática de amor.
Vencer el fuego es vencer.

Alonso de Vatres.

Venganzas hay si hay injurias.

Don Juan de Jáuregui (1).

El retraido.

Don Alonso Jerónimo de Salas Barbadillo (2).

Escuela de Celestina. — Hidalgo presumido.
Gaian tramposo y pobre.
Gallardo Escarraman.
La sábia Flora mal sabidilla.
Prodigios de amor.
Victoria de España y Francia.

Don Luis de Góngora y Argote (3).

Doctor carlino.
Fábula venatoria.
Firmezas de Isabela.

Maestro Alfonso Alfaro.

Aristomenes Mesenio.
Hombre de Portugal.
Vírgen de la Soledad.
Vírgen de la Salceda.

Don Alonso del Castillo Solorzano (4).

Agravio satisfecho.
Fantasma de Valencia.
Fuego dado del cielo (*auto*).
Marqués del Cigarral.
Mayorazgo Figura.
Victoria de Norlingen y el infante de Alemania.
Torre de Florisbella.

Don Antonio de Huerta.

Cinco blancas de Juan de Espera-en-Dios.
Competidores y amigos.
No hay bien sin ajeno daño.

Don Agustin Collado.

Jerusalen restaurada, y gran sepulcro de Cristo.

Don Pedro Fernandez de Castro, conde de Lémus.

Casa confusa.

Don Juan de la Peña.

Arca de Peralvillo.

Hipólito Vergara (5).

Defensor de la Vírgen, san Fernando.

(1) Está en sus obras poéticas.
(2) En sus novelas, cuentos y otros libros de recreacion.
(3) En sus obras líricas.
(4) En sus libros de novelas, cuentos y poesías.
(5) En el libro de la vida del santo rey don Fernando.

Don Bernardo Machado.

Cerco de Dio.—La pastora Alfreda.

Don Juan de Silva.

Locura cuerda.
Lo que puede la aprension.
Mocedades del duque de Osuna.
Violencias del amor.

Vicente Esquerdo.

Fuerte, animoso, sagaz y valiente Martin Lopez Ayvá.
Ilustre fregona.
Marte y Vénus en Paris.
Mina de amor.
Toledana en Madrid.

Jacinto Alonso Maluendas.

Magdalena.
San Luis Beltran.
Santo Tomás de Villanueva.
Sitio de Tortosa.

Don Juan Ruiz de Alarcon (6).

Amistad castigada.
Anticristo.
Crueldad por el honor.
Cueva de Salamanca.
La culpa busca la pena.
Desdichado en fingir.
Dueño de las estrellas.
Empeños de un engaño.
Exámen de maridos.—Antes que te cases mira lo que haces.
Favores del mundo. — Ganar perdiendo.
Ganar amigos.— Lo que mucho vale mucho cuesta.
Industria y la suerte.
Manganilla de Melilla (*mágia*).
Mudarse por mejorarse.—Dejar dicha por mas dicha.
No hay mal que por bien no venga.— Don Domingo de don Blas.
Paredes oyen.
Pechos privilegiados. — Nunca mucho costó poco.
Prueba de las promesas.
Quién engaña mas á quién.
Quien mal anda mal acaba.
Semejante á sí mismo.
Tejedor de Segovia (*dos partes*).
Todo es ventura.
Verdad sospechosa.

Don Antonio Herrera.

Las doncellas de Madrid.

Don Jacinto Herrera.

Duelo de honor y amistad.

Don Diego Mogica.

Demonio en la mujer.—Rey ángel de Sicilia.
Ofensa y venganza en el retrato.

(6) De Alarcon hay en coleccion dos partes, Madrid, 1628, Barcelona, 1634, que comprenden veinte comedias.

Juan Delgado.

Cómo se engañan los celos.
Prodigio de Polonia.—San Jacinto.

Don Gabriel Bocángel.

El emperador fingido.
Nuevo olimpo.

Don Jerónimo Lafuente.

Engañar con la verdad.
Mejor flor de constancia, santa Catalina.
Veneno en la guirnalda y triaca en la fuente.

Don Diego Muget y Solis (7).

Cazador mas dichoso.
Como ha de ser el valiente.
Ermitaño seglar.
Firme lealtad.
Generoso en España.
Igualdad en los sugetos.
Venganza de la duquesa de Amalfi.
Triunfos de amor y fortuna.

Don Juan de Benavides.

Loca, cuerda, enamorada. — Acertar donde hay error.
Apolo y Dafne.
Conquista de Almería. — Nuestra Señora del Mar.
Marte español.

Licenciado Gabriel de Roa.

Arriesgarse por amor.
Batalla del amor (*auto*).
Esclavo del mas impropio dueño.
Fénix de Tesalia.
Premiar al liberal por rescatar su fortuna.

Francisco Lopez de Zárate.

Hércules furente (*tragedia*).
Galiota del conde de Niebla.

Don Sebastian Francisco de Medrano.

Nombre para la tierra y vida para el cielo.
Venganzas de amor.

Pedro Garcia Carnero.

Fuente de las virtudes.

Don Gabriel del Corral.

La trompeta del juicio.

(7) La parte de comedias de Muget y Solis fué impresa en Bruséias, 1626.

Don Andrés Alarcon y Rojas.

La hechicera.

Don Alonso de Osuna.

El pronóstico de Cádiz.
Fingir la propia verdad.
Milagros del Serafin.

Don Antonio de Mendoza (1).

Cada loco con su tema.—El indiano montañés.
Celos sin saber de quién.
Celestina.
Don Juan de Espina en Milan.
Empeños del mentir.
Marido hace mujer y trato muda costumbre.
Mas merece quien mas ama.
No hay amor donde hay agravio.
Querer por solo querer.
Quien mas miente, medra mas.
Riesgos que tiene un coche.
Sucesos prodigiosos de don Pedro Guerrero.

Don Antonio Coello.

Adúltera castigada.
Amiga mas verdadera, y Vírgen del Rosario (*auto*).
Arcadia fingida.
Arbol de mejor fruto.
Baltasara. (Con *Rojas* y *Guevara.*)
Catalan Serrallonga. (Con *Rojas* y *Guevara.*)
Cárcel del mundo (*auto*).
Dar la vida por su dama.—El conde de Sex. (Atribuida á *Felipe IV.*)
Dicho y hecho.
Dos Fernandos de Austria.
Escuela de la fortuna.—Esclavo de la fortuna.
Lo que pasa en una noche.—Empeño de seis horas.
Lo que puede la porfía.
Peor es urgallo.
Por el esfuerzo la dicha.
Privilegio de las mujeres. (Con *Rojas* y *Velez.*)
Yerros de naturaleza y aciertos de la fortuna. (Con su hermano *don Juan.*) (*MS., biblioteca de Osuna.*)

Don Juan Coello Arias.

Robo de las sabinas.

Luis Quiñones de Benavente.

Loas y Entremeses.

Don Lope Liaño.

Bernardo del Carpio en Francia.

Matías de los Reyes.

Agravio agradecido.
Dar al tiempo lo que es suyo.

(1) Hay un tomo de obras líricas y cómicas de Mendoza, que comprende seis comedias.

De mentira sacar verdad.
Enredos del diablo.
Qué dirán, y donaires de Pedro Corchelo. (Atribuida á *Lope.*)
Vida y rapto de Elías.

Don Juan ó don Francisco de Villegas.

Buen caballero maestre de Calatrava.
Cómo nació san Francisco.
Cuerdos hacen escarmientos.
Culpa mas provechosa.
Despreciada querida.
Enéas de la Vírgen y primer rey de Navarra.
Lealtad contra la ley.
Lisonjear en palacio.
Lo que puede la crianza.
Lo que pueden los engaños.
Lucidoro aragonés.
Marido de su hermana y mentirosa verdad.
Mas piadoso troyano.
Morica garrida y hermanos amantes.
Padre de su enemigo.
Portugués mas heróico.
Venganza y el amor.

Don Jerónimo de Villaizan.

A gran daño gran remedio.
Mas valiera callarlo que no decirlo.
Ofender con las finezas.
Sufrir mas por querer mas.
Venga lo que viniere.
Quinta de Sicilia. (Creo es de *Martinez.*)
San Agustin.
Transformaciones de amor.

Francisco Suarez.

Lucero de Verona, san Pedro Mártir.

Don Francisco la Cerda.

Universidad de amor.

Maestro Juan Cabezas (2).

Engañar para casarse.
Empeños que hace amor.
Galan y esclavo uno mismo.
Galan bobo.
Matar por celos su dama.
Morir á un tiempo y vivir.
No hay castigo contra amor.
Parto de las montañas.
Pretensor de su madre.
Príncipes de Tesalia.
Querer por hacer querer.
Reina mas desdichada.
Tambien hay amor sin celos.

Doctor Juan Perez de Montalvan (3).

Aborrecer lo que quiere.
A lo hecho no hay remedio, y príncipe de los montes.
Amantes de Teruel.

(2) La parte impresa en Zaragoza, 16...
(3) De Montalvan hay dos partes, impresas, la primera en Alcalá, 1638, y la segunda en Madrid, 1639, y reimpresas en Valencia en 1652. Comprenden ambas veinte y cuatro comedias.

Amor es naturaleza.
Amor, privanza y castigo, y fortunas de Seyano.
Amor, lealtad y amistad.
Caballero del Febo (*auto*).
Cardenal de Moron.
Celoso estremeño. (Creo es la de *Lope.*)
Centinela de honor.
Cómo se guarda el honor.
Como amante y como honrada.
Como padre y como rey.
Cuerdos hay que parecen locos.
Cumplir con su obligacion.
De un castigo dos venganzas.
Defensor de la fe y príncipe prodigioso.
Desdicha venturosa.
Deshonra honrosa.
Desprecios en quien ama.
Dichoso en Zaragoza. (No creo es suya.)
Divino portugués san Antonio de Padua (*auto*).
Doncella de labor.—Marica la del puchero.
Don Florisel de Niquea.—Para con todos hermanos.
Dos jueces de Israel.
Empeños que se ofrecen.
Escanderbek (*auto*).
Fin mas desgraciado.
Ganancia por la mano.
Gitana de Ménfis.—Santa María Egipciaca (*auto*).
Gitanilla de Madrid.
Gravedad en Villaverde.
Hijo del Serafin, san Pedro Alcántara (*auto*).
Hijos de la fortuna.—Tergenes y Clariquea.
La Lindona de Galicia.
Lo que son juicios del cielo.
Lucha de amor y amistad.
Mariscal de Biron.
Mas constante mujer.
Mas puede amor que la muerte.
Monja Alférez.
Morir y disimular.
Mudanza en el amor.
Mujer de Peribañez.
Natividad del Señor (*auto*).
Nazareno Sanson.
No hay vida como la honra.
Obrar bien, que Dios es Dios.
Olimpa y Vireno.
Palmerin de Oliva.—Encantadora Lucinda.
Pedro Urdemalas.
Polifemo (*auto*).
Por el mal vecino el bien.
Premio de la humildad.
Príncipe peregrino y prodigio en Dinamarca.
Puerta macarena (1.ª y 2.ª *parte*).
Remedio, industria y valor.
Reinar para morir.
Rigor de la inocencia.
San Juan Capistrano (*auto*).
Santo Domingo el Soriano (*auto*).
Segundo Séneca de España.—Príncipe don Cárlos.
Sentencia contra sí.—Húngaro mas valiente.
Señor don Juan de Austria.
Ser prudente y ser sufrido.
Templarios.
Toquera vizcaina.
Valiente mas dichoso.—Don Pedro Girart.
Valor perseguido y traicion vengada.
Ventura en el engaño.
Un gusto trae mil disgustos.

OTROS AUTORES DE AQUEL PERÍODO CUYAS COMEDIAS SE IGNORAN.

El conde de la Coruña.
Don Estéban de Prado.
Don Diego Tovar.
El conde de Siruela.
Don Diego Collazos.
Don Gaspar del Arco.
Licenciado Felipe Bernardo del Castillo.
Don Jorge Tovar.
Don Francisco Gutierrez Cadagua.
Don Fernando Ludeña.
Don Francisco de Quevedo Villegas.
Licenciado Jerónimo Fernandez Montero.
Maestro José Cisneros.
Don Pedro de la Barrera.
Príncipe de Esquilache.
Marqués de Javalquinto.
Manuel Lopez.
Doña María de Zayas.
Don Juan de la Porta Cortés.
Don José Pellicer y Tovar.
Don Pedro de Mendoza.
Don Pedro Vargas y Machuca.
Don Pedro Mesía de Tovar.
Don Antonio Ibarra.
Don Fernando Larrúa.
Don Francisco Miracles.
Don Diego de Villegas.
El conde de la Roca.
Don Alonso Reinoso.
Marcelo Diaz de Calle-Cerrada.
Gregorio Lopez Madera.
Don Alonso de Rozas.
Don Andrés Tamayo.
Don Diego de Vera Ordoñez.
Don Juan de Tapia.

Al final de la segunda parte de este *Catálogo* (que irá en el tomo siguiente) se colocarán las comedias publicadas anónimas, *de uno ó mas ingenios*, cuyos verdaderos nombres no haya podido averiguar.—En ellas no es posible aventurarse á seguir un órden cronológico, y por eso no se señalan aquí las que pudieron corresponder á este período, que comprende solo hasta 1635, prefiriendo hacerlo de todas y por el órden puramente alfabético al final del *Catálogo*.

COMEDIA FAMOSA

DE

LA RUEDA DE LA FORTUNA,

COMPUESTA

POR EL DOCTOR MIRA DE MÉSCUA.

LOA.

HALA DE ECHAR MUJER, Y EN HÁBITO DE LABRADORA.

Perdióse en un monte un rey,
Andando á caza una tarde
Con la mejor de su gente,
Duques, príncipes y grandes;
El sol hasta mediodía
Abrasó con rayos tales,
Que el mundo á Faeton, su hijo,
Temió otra vez arrogante;
Pero revolviendo el tiempo
Y levantándose el aire,
Se cubrió el cielo de nieblas
Y amenazó tempestades.
Huyó á la choza el pastor,
A la venta el caminante,
Y amainaron los pilotos
Todo el lienzo de las naves;
Díjole al Rey un montero
Que al pié de aquellos pinares
Estaba una casería,
En tal ocasion bastante;
Bajaron por unas peñas
Entre mirtos y arrayanes,
Guiándoles el rumor
Que remolinaba el aire;
Vieron que en un manso arroyo
Se bañaban los umbrales
De un mal labrado cortijo,
Con unos olmos delante;
Apeóse el Rey, y entrando,
Primero que se sentase,
Quiso ver el dueño y huéspeda,
Y como en su casa, honrarle.
Supo el labrador apenas
Que las personas reales
Ocupaban su aposento,
Cuando en hielo se deshace.
Entró su pobre familia
A decirle que no aguarde,
Pues le quiere ver el Rey,
A que el mismo Rey le hable;
Tiembla el labrador de nuevo,
Mira el sayo miserable,
Las abarcas y las pieles,
Y de vergüenza no sale;
El pobre cortijo mira,
Como vigüela sin trastes,
Hecho de pajas el techo
Sobre unos viejos pilares;
Llamó á su mujer, y dice:
«Mujer, á huéspedes tales,
Si no es el alma, no tengo
Casa ni mesa que darles;
Salid y decilde al Rey
Que no es mucho me acobarde
Ver su persona real
En mis pajizos portales:
Que coma en la voluntad,
Que es mesa que á Dios aplace,
Y duerma en el buen deseo,
Que no tengo mas que darle;
Que vos, como sois mujer,
Pues no hay cosa que no alcancen,
Hallaréis gracia en sus ojos,
Y al fin podréis disculparme.»
Dicen que entró la mujer
Muy temerosa á hablarle,
Por la obligacion que tienen
De cuanto el marido mande;
Y el Rey, muy agradecido
A su vergüenza notable,
Cenó y durmió mas contento
Que entre holandas y cambrayes.
Yo pienso, senado ilustre,
Que es esto muy semejante
De lo que hoy pasa á Riquelme
Con este humilde hospedaje.
En cada cual miro un rey,
Un César, un Alejandre;
Su pobre familia mira,
Que es la que á serviros trae.
Si no salió el labrador
Teniendo á su rey delante,
Quien ve tantos ¿qué ha de hacer,
Sino lo que veis que hace?
Mandóme, como mujer,
Que saliese á disculpalle;
Fué la obediencia forzosa,
Aunque rústico el lenguaje.
No os ofrece grandes salas,
Llenas de pinturas graves
De celebradas comedias
Por autores arrogantes;
No os ofrece ricas mesas,
Llenas de gusto y donaire,
Sino voluntad humilde,
Que es la que con reyes vale;
Perdonad al labrador,
Pues hoy en su casa entrasteis,
Porque me agradezca á mí
Las mercedes que hoy alcance;
Oid la pobre familia,
Ya los labradores salen,
Mientras que vuelvo á la corte,
Bésoos los piés, Dios os guarde.

BAILE CURIOSO Y GRAVE.

Cuando desde Aragon vino la Infanta
A casar con don Juan, rey de Castilla,
Las fiestas que se hicieron en Sevilla
No las olvida el tiempo, y hoy las canta.

Despues que los castellanos
Hicieron muestra gallarda
Con máscaras y sortijas,
Toros y juegos de cañas,
Mantener quiso un torneo,
En servicio de su dama,
Un gallardo aragonés,
De los Pardos de la casta;
Airoso terció la pica,
Furioso juega la lanza,
Dando con destreza y brio
Los cinco golpes de espada.
Con la gloria de aquel dia
Ganó de su gloria el alma,
La cual, venida la noche,
Le admite dentro en su casa;
Con amorosas razones
Consiguen sus esperanzas,
Y ella, abrazándole, dice,
Al despedirlos el alba:
«Mirad por mi fama,
Caballero aragonés.
—Por tus amores, Señora,
Cuanto me mandes haré.
»Mas ¿cómo la ha de guardar
Quien á sí guardar no pudo?
—Con solo saber callar
Que la guardeis no lo dudo.
—Seré como piedra mudo,
Y eterna fe guardaré;
Por tus amores, Señora,
Cuanto me mandes haré.»
En un corrillo otro dia,
Sin nombrar partes, se alaba,
Y un adivino celoso
Dió cuenta dello á su dama;
Sus blancas manos torcia,
Sus delgadas tocas rasga,
Y llamado á su presencia,
Con este desden le trata:
«Alabásteisos, caballero,
Gentil hombre aragonés;
No os alabaréis otra vez.
»Alabásteisos en Sevilla
Que teníades linda amiga,
Gentil hombre aragonés;
No os alabaréis otra vez.»
Sin admitirle disculpa,
Que se ausente della manda,
Y él jura de no volver
Hasta volver en su gracia.
El tiempo gastó la ira;
Mas, como el amor no gasta,
La dama llora su ausente,
El retrato que miraba,
Y la dama le demanda:
«Y mi bien, ¿cuándo vendréis?»
Y finge que le responde:
«Lindo amor, no me aguardeis;
»Que si de mi partida
Fué causa un disfavor,
Si no cesa el rigor,
Yo no volveré en mi vida;
Yo quedo arrepentida,
Y mi bien, ¿cuándo vendréis?»
Y finge que le responde:
«Lindo amor, no me aguardeis.»
En hábito de romero
Un pajecillo despacha
Para que dé en Zaragoza
Al caballero una carta.
Cuando llegó el pajecillo,
Al salir de la posada
Encontróle el caballero,
Desta manera le habla:
«Romerico, tú, que vienes
Donde mi señora está,
Di, ¿qué nuevas hay allá?
»—Estáse la gentil dama
A sombras de una alameda
Dando suspiros al aire,
Y á su fortuna mil quejas;
Dióme que os diese esta carta
De su mano y de su letra,
Que al escribirla, sus ojos
Llenan el papel de perlas;
Y díjome de palabra
Que á Sevilla deis la vuelta,
Adónde seréis su esposo
En haz y en paz de la Iglesia.»
Con el amor y el deseo,
Como con ligeras alas,
Vuelve el galan á Sevilla,
Y así le dice á su dama:
«A ser vuestro vengo,
Querida esposa.
—Dulce esposo mio,
Vení en buen hora.
»—Tras fieros desdenes,
Que la vida acortan
Y al amor pudieran
Negar la victoria,
A ser vuestro vengo,
Querida esposa.
—Dulce esposo mio,
Vení en buen hora.»

LA RUEDA DE LA FORTUNA.

PERSONAS.

EL EMPERADOR MAURICIO.
LA EMPERATRIZ AURELIANA, *su mujer.*
FILIPO, *capitan general.*
LEONCIO, *capitan general.*
LA INFANTA TEODOLINDA.
EL PRINCIPE TEODOSIO.
MITILENE, *dama.*
CÓSROES, *caballero.*
HERACLIANO, *villanos.*
HERÁCLIO, *villanos.*
UN LIMOSNERO. *villanos.*
FÓCAS, *villano robusto.*
DOS CAPITANES.
MÚSICOS.
CRIADOS.
GENTE DE LA MILICIA DE ACOMPAÑAMIENTO.

ACTO PRIMERO.

Salen en órden los que pudieren, con algunos despojos y banderas, y á la postre FILIPO.

FILIPO.

Invicto César famoso,
Cuya mano poderosa
Temen la blanca Alemania
Y la abrasada Etiopía;
Tú, que en los hombros sustentas
El África, Asia, Europa,
Volando tu nombre eterno
En las águilas de Roma;
Tú, que ceñida la frente
Con esa inmortal corona,
Al polo del otro mundo
Quieres llegar con tus obras;
Ya que del Ártico helado
Hasta la tórrida zona
Pagan tributo á tu imperio,
Sal á ver nuestras victorias.
Triunfando, Señor, venimos
A la gran Constantinopla,
De los fieros esclavonios
Que de Misia huyendo tornan.
Restaurado queda el reino;
Tus empresas prodigiosas,
Que son espanto del mundo,
Piden guirnaldas de gloria.
Sube á los muros soberbios,
Que de estrellas se coronan,
Porque sus altas almenas
La triforme luna tocan.
Verás tu ejército ufano,
Con la gente vitoriosa,
Que con bárbaros despojos
Los gallardos brazos honran;
Verás la region del aire,
Que la entapizan y adornan
Las enemigas banderas,
Que tus soldados tremolan.
Verás que en cadenas de oro
Cuatro mil cautivos lloran
La pérdida desdichada
De su libertad preciosa.
Treinta mil hombres me diste,
Treinta y tres mil traigo agora;
Que á precio de mil cristianos
Solo he comprado esta pompa.
Veinte mil dejo sin almas,
Y otros con vida tan poca,
Que está esperando la muerte
Á solo que abran las bocas.
Ya la fama bachillera
Tocó en el aire la trompa,
Ya publicando en el mundo
Esta jornada famosa.
Temblando están de tu imperio
Los Alpes, Nervia, Borgoña,
Galia, Germania, Bretaña,
La Tropobania y Moscovia,
La fiera invencible Scitia,
La Tartalia belicosa,
La inculta y áspera Armenia,
La celebrada Polonia;
Ya de todas las naciones
Mas bárbaras y remotas
Tributo te ofrecen unas,
Y treguas te piden otras.
Los indios vienen con oro,
Los sámios vienen con rosas,
Los tirios con carmesí,
Los alarbes con aromas,
Los citas con algodones,
Los egipcios con aljófar,
Los corintos con sus vasos,
Los fenicios con sus conchas.
Cada nacion en tributo
Te da las riquezas propias,
Porque las crezca el valor
En tu mano poderosa.
Todos repiten tu nombre,
Todos tu fama pregonan,
Con mas lenguas que tenia
La confusa Babilonia.
Sírvete de ver la entrada
De tu gente victoriosa;
Porque los ojos del Rey
Con mirar solo dan honra.
Remunera con palabras
Sus hazañas vitoriosas;
Que aun en boca de los reyes
Son necesarias lisonjas.
Mostrándote agradecido,
Podrá una palabra sola
Mas que el tesoro guardado
En tus doradas alcobas.
Descubre en público el rostro,
Que á las gentes aficiona;
Porque será ver tu cara
El triunfo de mi victoria.
No me premian majestades,
Ni plata me galardona;
Solo quiero la presencia
Que tantos reyes adoran.
Solamente con tocar
La púrpura de tu bola
Dejaré de todo punto
A mi fortuna invidiosa.
Mi inclinacion es servirte,
Premios no me correspondan,
Porque la virtud se mueve
Con el premio de sí sola.
Deja besarte los piés,
Y tus sumilleres corran
Esa cortina, que cubre
Tu majestad grandiosa.

Corren una cortina, y está en un tribunal, en la grada alta, EL EMPERADOR MAURICIO, *y en otra baja* EL PRÍNCIPE TEODOSIO, *su hijo, y* LA INFANTA TEODOLINDA, *su hija, y* DOS CRIADOS *en pié, bajo las gradas.*

EMPERADOR.

Hoy, capitan vencedor,
Corona en tus sienes vea
El sol de su resplandor;
Tu misma victoria sea
El premio de tu valor.
Hacerte inmortal procuro,
Y harán tu nombre seguro
Desde el Bétis al Idáspes
Columnas de varios jaspes
Y estatuas de bronce duro.
Todas tus empresas ricas
Pondré en aceradas planchas,
Pues que mi fama publicas,
Mi temido imperio ensanchas,
Mis tesoros multiplicas.
Si á los bárbaros enojas
Y tu espada en sangre mojas,
Un laurel he de ponerte
Que ni el tiempo ni la muerte
Puedan marchitar sus hojas.

FILIPO.

Solo, Señor, me aficiona

(*Llega á besar el pié al Emperador.*)

Besar tus piés; que ellos solos
Enriquecen mi persona.

EMPERADOR.

Cuanto abarcan los dos polos
Te diera, con mi corona.

INFANTA.

Capitan gallardo y bravo.
(*Ap.* Bien vera, cuando le alabo,
Que en amarle me anticipo.)

PRÍNCIPE.

Es muy gallardo Filipo.

INFANTA.

Es gran varon.

FILIPO.

Soy tu esclavo.

INFANTA.

Por tan dichosa venida
En albricias vuelvo á darte
De mi alma y de mi vida
Aquella pequeña parte
Que me quedó á la partida.

Tocan cajas destempladas y trompa ronca, y arrastrando un estandarte, salen en órden LEONCIO, *detrás, de luto, armado, y lleva en la cabeza una corona de ciprés y un baston quebrado, y* MITILENE, *de cautiva.*

LEONCIO.

Ronca la trompa bastarda,
Destemplado el atambor,
Vestido el cuerpo de luto,
Y de ánimo el corazon;
Arrastrando el estandarte,
Que ufano en alto se vió,
Con solo aquesta cautiva,
Aunque de extraño valor,
El pecho lleno de heridas,
Porque nunca atrás volvió,
Coronado de ciprés,
Hecho piezas el baston;
Si son ceremonias tristes,
¡Oh famoso Emperador!
Usadas del que es vencido,
Ya verás cuál vengo yo.
Nunca tu ejército viera
El levantado pendon
De los persas vitoriosos
Tan á costa de mi honor;
Nunca yo volviera vivo,
Pluguiera al eterno Dios
Que entre mi sangre vertida
Diera el alma á su Criador;
Pero quiso mi desdicha
Librarme en esta ocasion
De la pena de la muerte,
Para dármela mayor.
Nunca logró sus deseos
Quien desdichado nació;
Que aun la muerte le aborrece,
Si el vivir le da dolor.
Una sintiera muriendo,
Y viviendo siento dos:
La pérdida de tu gente
Y de mi noble opinion.
Mi vida solo llorara;
Mas ay, que llorando estoy
Un ejército de vida,
Que el fiero persa quitó.
Llegué un desdichado dia,
Cuando está el dorado sol,
Entre los cuernos del Toro,
Cobrando fuerza y calor.
Mil prodigios, mil agüeros
Nos causaron confusion:
En un funesto ciprés
La corneja nos cantó;
Tembló la preñada tierra,
De lástima ó de temor;
Los montes se estremecieron,
Sonó en el aire una voz,
Mostróse el sol encendido
De un encarnado arrebol,
Sudaron las naves sangre,
Y llovieron el sudor.
Antes de dar la batalla
Cuyo fin cantando voy,
Infinitos buitres vimos
Cortar el aire veloz;
Acobardóse la gente,
Porque la imaginacion
Puede mas que la verdad,
Cuando tiene aprehension;
Animéla dando voces,
Pero no me aprovechó;
Que no hay fuerza en las razones,
Que dé al cobarde valor;
Y aunque puede al desmayado
Animar la exhortacion,
Y el ejemplo puede tanto,
Que á veces es vencedor;
Si el temor es general,
Tímida la inclinacion,
La fortuna adversa cierta
Y el enemigo mayor,
No animarán las palabras;
Que en guerras jamás suplió
Faltas de fuertes Aquiles
Un Ulises orador.
Acometimos primero,
Porque esta aceleracion
Es parte de la victoria,
Si hay igual competidor.
El nuestro fué desigual,
En número nos venció;
Cien mil personas juntaron
De su bárbara nacion.
A los principios fué nuestra
La victoria; mas, Señor,
La fortuna tiene siempre
Mudable la condicion;
Vueltas de ruedas veloces,
Humo negro, tierna flor,
Blanca sombra, débil caña,
Cosas inconstantes son.
No hay cosa firme y estable;
Lo que cuerpo vivo es hoy
Mañana es cadáver frio;
Todo va en declinacion.
La melancólica noche,
Triste para mí, cubrió
Los horizontes del mundo
Con su negro pabellon;
No descubrió el sol hermoso
Su lucido aparador
De estrellas, porque entre nubes
La alegre luz se escondió.
Cosro, el primer jefe persa
Que desde el fuerte español
Hasta el antípoda oculto
Eterna fama ganó,
Sobrevino de repente,
Y vimos mas confusion
En el ejército nuestro
Que en la torre de Nembrot.
Derramada y fugitiva,
Nuestra gente el alma dió,
De pena y de rabia, al punto
Que pronunció esta razon;
Digo al fin que, desmayada
Nuestra gente, del rumor
Que hicieron, nuevo son,
En tropel desordenado,
Nuestro ejército huyó,
Cogiendo los enemigos
De copete la ocasion.
¡Ay pérdida desdichada!
Ay cielo santo! Ay rigor
De la mudable fortuna
Y de la parca feroz!
Infinitas muertes dieron
Sin engaño ni traicion;
Que yo alabo al enemigo,
Porque invidio su valor.
Entre los persas andaba
Como un antiguo Sanson,
Y como soy desdichado,
Nadie á matarme acertó.
Hasta la tienda real
Pude entrar; que el escuadron
De guarda, con la vitoria
Seguro, se descuidó.
En ella estaba esta dama,
Que á la lumbre de un farol
Se ligaba dos heridas
Que en pecho y brazo sacó.
Llegué á asirla, defendióse,
Y aunque mas se defendió,
Anquises fué de estos hombros,
Medea de este Jason;
Por causar algun enojo
Al príncipe vencedor
La he cautivado, y traido
Con no pequeña aficion;
Vencido vengo del persa,
Pero de mí mismo no,
Pues no he llegado á su mano,
Aunque la tenga aficion.
Esta es la trágica historia;
No tengo la culpa yo.
Sucesos son de la guerra;
Mátame ó dame perdon.

EMPERADOR.

¿Cómo es posible que he oido
Razones de hombre que viene
Infamemente vencido?
¡Qué poca vergüenza tiene
El que cobarde ha nacido!
¿Vivo delante de mí
Has atrevido á ponerte?
Cobarde, bárbaro, di,
¿Para todos hubo muerte,
Y la faltó para ti?
Cómo la muerte inconstante,
En mi ejército arrogante,
Habléndote de encontrar
A ti en el primer lugar,
Te dejó, y pasó adelante?
Sentimiento natural,
Cuando de otro está vencido,
Tiene cualquier animal;
Mas tú, que no lo has tenido,
No eres hombre natural.
Justo de hoy mas ha de ser
Qué á tu honrado proceder
Parca de la patria nombres,
Pues que truecas cien mil hombres
Por una flaca mujer.
La deshonra y vituperio
Tu corazon idolatra;
Basta que en nuestro hemisferio
Ha nacido otra Cleopatra
Para asolar el imperio.
No es razon que así esté armado
Un capitan que ha huido,
Ni ese pecho afeminado
De acero esté guarnecido,
Pues de miedo está aforrado.
Del lado le sea quitada
La espada, siempre envainada,
Que hombre por mujeres trueca;
Hile ya con una rueca,
Pues no riñe con espada.
(Vanle desarmando, como va diciendo.)
Atarle tambien conviene
Las manos, porque sagaz
Huyendo del persa viene;
No tenga mano en la paz,
Si en la guerra no la tiene.
Y ya que en él está mal
Ser capitan general,
Tú, Filipo, lo has de ser.

INFANTA.

Muy bien sabrá defender
Tu corona imperial.

PRÍNCIPE.

El soldado vitorioso
Qué á su rey hace famoso,
Es razon que premio aguarde;
Que el castigo del cobarde
Le hace mas animoso.

FILIPO.

Poderoso Emperador,
Casos de fortuna han sido;
Y así, no ha de estar, Señor,
Desconfiado el vencido
Ni seguro el vencedor.
No hay en el mundo igualdad,
Ni estado en seguridad;
Espera quien desconfia;
Que á la noche sigue el dia,
Bonanza á la tempestad.
Los estados son violentos;
Y ansí, con estas memorias

Los humanos pensamientos
Esperan grandes vitorias
Tras de grandes vencimientos.
Tal afrenta no le dés;
Que, segun el mundo es
Inconstante, adverso y vario,
Hoy le venció su contrario
Para que él venza despues.

LEONCIO.

Gran César, en quien confio
Antes que mi afrenta mandes,
Considera el caso mio
En los ejércitos grandes
De Jérjes y de Darío.
Los sucesos semejantes
De tu memoria no borres;
Verás soberbios gigantes
Con máquinas y con torres
En espaldas de elefantes;
Alcazares torreados,
Chapiteles levantados,
Que, perdiéndose de vista,
Sus pirámides conquista
Los rayos del sol dorados.
Escuadras podrás hallar,
Que, cubriendo el ancho suelo,
Se pudieran comparar
A las estrellas del cielo
O á las arenas del mar;
Y estando en pompa dichosa,
Las derriba y pone en tierra,
O la fortuna, invidiosa,
Ve el suceso de la guerra,
Trágica, triste y dudosa.

EMPERADOR.

No á la fortuna atribuyas
Las que son flaquezas tuyas.

LEONCIO.

¿Por qué, Señor, tanta infamia?

EMPERADOR.

Porque mueras y no huyas.
(*Atanle las manos atrás, y pónenle una rueca.*)
Vayan las cajas delante,
Y esté ansí en la plaza un dia
Para que el vulgo inconstante
Destierre su cobardía
Con castigo semejante.

LEONCIO.

Cielos, cuyo amparo sigo,
Sed testigos y jueces
De la afrenta que ha tenido
El que venció tantas veces
Por una vez que es vencido.
(*Comienzan á mirar con cuidado á Mitilene el emperador Mauricio, Teodosio, príncipe, y Filipo.*)
Bien es que venganza os pida,
Cielos, un alma ofendida;
Atropos tengo de ser;
Que es de hilar y torcer
El estambre de mi vida.
Plega Dios que revelada
Esté la tierra en que reinas,
Y los filos de tu espada
La blanca nieve que peinas
En sangre dejen bañada.
Hoy se acaben tus sucesos,
Castigando tus excesos,
Aunque el mundo forme aprisa
Los túmulos de Artemisa
Para sepultar tus huesos.
¡Ay famosa Mitilene!
No te estima como yo
El que en tan poco le tiene
Al hombre que te venció.
(*Vanse los que pudieren, en órden y con el estandarte arrastrando; llevan á Leoncio, tocando cajas.*)

MITILENE.

Volver por tí me conviene.—
No es ley ni bien que deshonres
Lo que honrado debe ser;
Vencedor es, no te asombres,
Porque hay en Persia mujer
De mas valor que mil hombres;
Y yo, que á este agravio salgo,
Mas que mil persianos valgo,
Pues si trae mil veces mil
Por un ejército vil,
Mira tú si ganas algo.
Y el príncipe que ha vencido
Tu ejército acobardado,
Tanto el vencer ha sentido,
Que diera lo que ha ganado
Por solo lo que ha perdido,
Y aun te diera su corona,
Porque estima mi persona;
Que tan bien el arco flecho,
Aunque no he cortado el pecho,
Como bárbara amazona.
Tu capitan es valiente,
Atrevido con valor,
Y reportado prudente;
Que esta es la virtud mayor
Para quien gobierna gente.
Si vencedor no escapó,
La fortuna lo ordenó,
Dudosa, adversa y esquiva.

EMPERADOR.

Agora digo, cautiva,
Que mi capitan venció.

MITILENE.

El que vitoria ha tenido
Salga á probar mi valor;
Y así verás cómo ha sido
Mas fuerte que el vencedor
El mismo que me ha vencido.

EMPERADOR.

(*Ap.* Su hermosura es celestial,
Mi apetito natural,
Y en cosas de inclinacion
Tiene fuerza la ocasion.)
Sálte afuera, general.

PRÍNCIPE.

(*Ap.* O le ha cobrado aficion,
O con celosos enojos
Quiere doblar mi pasion.
Dándole está por los ojos
A beber el corazon.)
Filipo, el Emperador
Manda que salgas.

FILIPO. (*Ap.*)

Amor,
¡Qué veneno me estás dando!

PRÍNCIPE.

¿No has oido lo que mando?

FILIPO.

¿Qué me mandas?

INFANTA. (*Ap.*)

¡Ah traidor!
¿Divertido en mi presencia,
Contemplando otra mujer?

FILIPO. (*Ap.*)

¡Ay amor, con qué violencia
Muestras en mí tu poder!

PRÍNCIPE.

Filipo, ¿tanta licencia?

FILIPO.

A servirte estoy dispuesto. (*Vase.*)

EMPERADOR.

Tú, Teodosio, sal tambien,
Y todos lugar me déu.—
Ah Príncipe, salte fuera.—
¿Ya estáis vos de esa manera?
Parecido os habrá bien,
César.

PRÍNCIPE.

Señora, ¿me llamas?

EMPERADOR.

Yo soy quien llamo.

PRÍNCIPE.

¿Qué quieres?

EMPERADOR.

Que ansí no mires las damas.

PRÍNCIPE.

Agrádanme las mujeres,
Y esta mas.

EMPERADOR.

¡Qué fácil amas!
Repórtate y salte afuera
A enfrenar esos intentos.

PRÍNCIPE.

¡Ay persiana! ¡quién tuviera
Mas almas que pensamientos,
Y en tu altar las ofreciera! (*Vase.*)

EMPERADOR.

Ya, cautiva, en quien confio,
Es tan grande tu poder,
Que aunque el tiempo es como rio,
Que atrás no puede volver,
Hoy has vuelto atrás el mio.
Con tus partes mas que humanas
Las fuerzas del alma ganas,
Tus ojos me dan pasion,
Porque hacen refraccion
En la nieve de mis canas.
Con amorosa inquietud
Siento un honrado temor
De fénix en mi virtud,
Que, abrasándome en tu amor,
Ha vuelto á la juventud.

MITILENE.

Esa nueva alteracion,
Que tu vieja edad pretende,
Merece mi correccion,
Pues si mi rostro la enciende,
La templa mi condicion.
Persiana soy.

EMPERADOR.

Yo el monarca
Que el orbe esférico abarca,
Y en el ancho mar es mio
Desde el mas veloz navío
Hasta la mas débil barca.
El mundo de polo á polo
Tendrás, si no eres ingrata;
Oro te dará el Pactolo,
Los franceses montes plata,
Arabia su fénix solo.
Mal fin en mis reinos haya
Si en las faldas de tu saya
No me parece que miro.
En conchas del mar de Tiro,
Los olores de Pancaya.
El alarbe que hoy sujeto,
Ciñendo corvado alfanje,
Dará el bálsamo perfeto,
Sus blancas perlas el Gange,
Sus panales el Himeto,
El elefante marfil,
La ballena ámbar sutil,
Sciptia verdes esmeraldas,
Y para hacerte guirnaldas,
Todo el año se hará abril.

MITILENE.

Si tu sacra majestad,
Porque su cautiva vivo,
Muestra en mí su potestad,
El cuerpo tengo cautivo,
Pero no la voluntad.
Nunca lascivos amores
Me enseñaron mis mayores;

De una pica me enamoro,
No de perlas, plata y oro,
Guirnaldas, bálsamo y flores.

EMPERADOR.

¿Quién eres?

MITILENE.

Una persiana
Que en los ejércitos vengo.

INFANTA.

Pues ¿quién te ha hecho inhumana?

MITILENE.

Mi noble sangre; que tengo
Odio á la nacion romana.

INFANTA.

¿Qué romano fué atrevido
A ofender tanta belleza?

Sale EL PRÍNCIPE TEODOSIO.

MITILENE.

De ningun hombre lo he sido;
Mi misma naturaleza,
La inclinacion me ha traido
Su memoria y su valor.

PRÍNCIPE.

De la memoria no aparto.
(*Ap.* Perdone el Emperador;
Que está mi pecho de parto,
Y ha de nacer este amor.)
El ejército desea
Ver tu rostro.

EMPERADOR.

Cuando sea
Tiempo saldré.

PRÍNCIPE.

Mi pasion
No pide esa dilacion.

EMPERADOR.

Lugar daré á que me vea;
Véte, César.

PRÍNCIPE. (*Ap.*)

Es violento
El irme en esta ocasion,
Porque la gloria que siento,
Rémora es del corazon,
Que pára su movimiento.
¡Ay mi persiana gallarda!
Como el alma tiempo aguarda
Para hablarte, desespera,
Porque aun el alma que espera
Ofende cuando se tarda. (*Vase.*)

Sale FILIPO, *por otra puerta.*

FILIPO.

Aunque la maten mis celos,
Vuelvo ya determinado
A ver los rayos ¡oh cielos!
Del sol que Persia ha criado
Entre sus montes y hielos.

INFANTA.

Otra vez la torna á ver.
¿Qué hago, que no persigo
Su vida? Pues la mujer
Es el mayor enemigo
Cuando da en aborrecer.
(*Pónese delante de Mitilene el príncipe Teodosio, y Filipo habla con el Emperador, mirando á Mitilene.*
No la tiene de mirar;
Luna soy, que he de eclipsar
Este sol para sus ojos.

FILIPO.

¿Dónde pondré los despojos
Desta guerra?

INFANTA.

¿No hay lugar
Para tratarlo despues?

FILIPO.

Los gallardetes no cuelgo
Hasta que bese tus piés.
(*Ap.* ¡Ay cautiva!)

INFANTA.

Yo me huelgo,
Ingrato, que no la ves.

FILIPO.

Como entre nubes parecen
Unos pedazos de cielos,
Que en mis ojos resplandecen.

INFANTA.

Muriendo estoy destos celos;
No la has de ver.

FILIPO.

Me escurecen
Tus brazos, mi sol divino.
(*Hace ademanes de cubrilla la Infanta, y él porfía por vella.*)

MAURICIO.

Mientras que lo determino,
Rige la gente.

INFANTA.

Traidor,
Mal disimulas tu amor.

FILIPO.

¡Ay, qué rostro peregrino
Sobre mis hombros estriba! (*Vase.*)

MAURICIO.

El poder de tierra y mar
Todo es tuyo: haces reciba
Tu alma, que á cautivar
Veniste, no á ser cautiva.
Daba el mar, si me regalas,
El nácar de sus espumas,
Y el fénix rosadas alas
Para que sirvan tus plumas
De penachos en sus galas.
Teodolinda, favorece
Mi causa, pues entristece.—
Quite el jardin tus enojos,
Y en él harán estos ojos
Lo que el sol cuando amanece.

INFANTA.

Servirte y obedecerte
Mi pecho humilde desea.

Sale EL PRÍNCIPE TEODOSIO, *con una daga en la mano.*

PRÍNCIPE.

Si impidiere mi mal fuerte,
Aunque mas mi padre sea,
Le tengo de dar la muerte;
Aunque no lo debe ser,
Ni me parió su mujer;
Que, segun los aborrezco,
Hijo de tigre parezco,
O fuí trocado al nacer.

MITILENE.

Que soy muy dichosa digo.
(*Vanse las dos de la mano.*)

PRÍNCIPE.

Adentro van; yo las sigo. (*Vase.*)

MAURICIO.

Esta es la gloria primera
Que dió al hombre su enemigo.
¿Otra vez Teodosio aquí?
No son presunciones buenas,
Y pues siempre que lo vi
Se me han helado las venas,
Ninguna sangre le di.
No es mi hijo, y si lo es,
Me aborrece; muera pues,
No contradiga mi gusto;
Que quien quiere mi disgusto,
Querrá mi muerte despues.

Sale HERACLIANO, *con un gaban y báculo, y* HERÁCLIO, *de villano.*

HERACLIANO.

Heráclio, ¿qué te parece
La corte y esta arrogancia?

HERÁCLIO.

Que no es hombre de importancia
Quien la corte no merece.

HERACLIANO.

Muchos hay que, retirados,
Buscaron la soledad.

HERÁCLIO.

Cansóles la voluntad
El peso de los cuidados.
Esta pompa y edificio,
Las damas, la bizarría,
El trato, la policía,
El órden de los oficios,
Mueven mas mi corazon
Que el ganado, caza y sierra.

HERACLIANO.

¿Te agradan cosas de guerra?

HERÁCLIO.

Es mi propia inclinacion;
Yo confieso que en el yermo,
Aunque mas el perro ladra,
Mejor que en la dicha cuadra
Entre mis ovejas duermo.
Como las gobierno y domo
Cuando mis silbos las llaman,
Sus tiernas ubres derraman
La blanca leche que como.
Dame la fuente y el rio,
Entre plata y cristal tierno,
Leche por agua el invierno,
Nieve pura en el estío;
Los campos, con su quietud,
Mis espíritus levantan,
Las dulces aves me cantan;
Todo es gusto y aun salud.
Mas la trompa, el atambor,
La gente, la urbanidad,
La corte, la majestad
De un rey, de un emperador,
Mas me inclina y mas me alegra.

HERACLIANO.

Todo me cansó una vez,
Cuando nevó la vejez
Copos en la barba negra.
La Emperatriz ha salido,
Despachando al limosnero.
Es un ángel.

HERÁCLIO.

Verla quiero.

Sale LA EMPERATRIZ AURELIANA, *sin galas, dando dineros al* LIMOSNERO.

EMPERATRIZ.

Pocos pobres han venido.

LIMOSNERO.

Nos manda el Emperador
No darles, y me recelo.

EMPERATRIZ.

Si es la limosna en el cielo
Como en el suelo el favor,
¿La niega?

LIMOSNERO.

Y á todo vicio
De la mujer ni el vasallo
No es decillo ni escuchallo;

Fe y alma tiene Mauricio.
Da limosna. (*Vase enojado.*)

HERACLIANO.

Pues la mano
Nunca merecí, los piés
Será razon que me dés.

EMPERATRIZ.

¡Oh famoso Heracliano!

HERACLIANO.

Perdone tu majéstad;
Que con el traje que tengo
En la montaña le tengo,
Y apoyo mi urbanidad.

EMPERATRIZ.

¿Traes á Heráclio?

HERACLIANO.

Sí, Señora;
Sin él no puedo venir.

EMPERATRIZ.

¿Es este?

HERACLIANO.

Y podrás decir
Que ves un Héctor agora.
En las cortes de los reyes
No hay mancebo mas bizarro;
El movimiento de un carro,
Detiene, con cuatro bueyes.
Tan ligero corre y salta,
Que alguna vez ha alcanzado
Al corzuelo remendado
Por la montaña mas alta.
Es una cuartana fria
Del leon bravo y furioso,
Es un vaguido del oso,
Del lobo melancolía;
Porque al lobo, oso y leon
Los acobarda y destierra;
Y sobre todo, á la guerra
Tiene extraña inclinacion.

HERÁCLIO. (*Ap.*)

Sin duda tratan de mí;
La Emperatriz me ha mirado,
¿Si me querrá hacer soldado?
En signo alegre nací.
No sé qué deidad me inclina
A respetar su presencia
Con amor y reverencia,
Como á una cosa divina.
Inquietos están mis brazos
Para llegar á abrazalla.
Heráclio, bárbaro, calla,
¿Tú á la Emperatriz abrazos?
Para quitarse mejor
Lo que mi pecho desea,
Me retiro, y aunque sea
Silla del Emperador,
Me siento. (*Siéntase en el tribunal.*)

HERACLIANO.

Yo he deseado
Que este galardon me dés
Solo en decirme quién es
Heráclio, á quien he criado;
Que, como tu majestad
Me lo envió tan pequeño,
Discurro, imagino y sueño,
Y no doy en la verdad.
(*Quédase dormido Heráclio en la silla.*)

EMPERATRIZ.

Yo descubriré quién es;
Sírvame tu corazon
Agora con atencion,
Y con secreto despues.
Desposéme, como sabes,
Siendo césar, con Mauricio,
Que ya es monarca del mundo
Desde el Austro al polo frio.
Mi esposo y mi emperador
Mostróme amor al principio,
Y aborrecióme despues;
Hombre al fin, y amor del siglo.
Pero, como son la paz
De los casados los hijos,
Pedí al cielo me los diese
Y soñé extraños prodigios.
¡Ay cielos, ay rigor, ay cruel castigo!
Cumpla estos sueños Dios solo conmigo.
Durmiendo, á mi parecer,
Temblaban los edificios
De la gran Constantinopla,
Corriendo de sangre rios.
Dentro del mar y en la tierra
Sonaban grandes gemidos,
Hasta los pájaros daban
Articulados suspiros.
Entre arreboles de sangre
El sol estaba escondido,
Era un crepúsculo el dia,
La noche un escuro abismo.
Yo, confusa y temerosa,
No de mi propio peligro,
Iba al templo, y admirada
De los secretos juicios,
Hallábalo profanado
De bárbaros enemigos;
Que es el castigo mayor
Que da Dios al cristianismo.
Entre estas calamidades
Un trágico caso he visto,
Que el corazon me suspende
Las veces que lo imagino.
¡Ay cielos! etc.
Un traidor, aunque cobarde,
De humildes padres nacido,
Ya en el ejército nuestro,
Vanaglorioso y altivo,
Del gran imperio triunfaba,
Pasando en él á cuchillo
A mis hijos, á mi esposo
Y á este cuello triste mio.
Dábanos Dios esta muerte
Por los pecados y vicios
Del Emperador, mi esposo.
¡Triste caso, á estar cumplido!
¡Ay cielos! etc.
Aunque es verdad que los sueños
No tienen de ser creidos,
Por ser confusas especies
De aquellas cosas que oimos,
Cuando son malos se temen,
Porque suelen ser avisos
De Dios, que en sus obras tienen
Investigables caminos.
Todos los casos adversos
Parece que traen consigo
Mas crédito y certidumbre
Que los sucesos propicios.
¡Ay cielos! etc.
Al fin, tras de muchos sueños,
De la manera que digo,
Parí á Heráclio; desde entonces
Le has tenido á tu servicio.
A tu casa le llevaron,
Y en su lugar puse un niño,
Hijo de una esclava escita
Y de un esclavo fenicio;
Fué la culpa de esconderlo,
Porque suceda en mis hijos
El imperio si se escapa
Del riguroso martirio.
¡Ay cielos, ay rigor, ay cruel castigo!
Cumpla estos sueños Dios solo conmigo.
Sospecho que ya se cumple
El influjo destos signos,
Porque ya el Emperador
Su conciencia ha destruido.
Aunque ya viejo, es cruel,
Es avariento y lascivo,
Y aun á la fe de cristiano
Le va corriendo peligro.
Mas ¡ay de mí, cómo juzgo
Defetos de mi marido!
Yo he mentido, Heracliano;
Júzguele Dios, que le hizo.

HERACLIANO.

¡Sueños extraños! Inquieta
Estarás con el temor.

HERÁCLIO. (*Entre sueños*)

Pues que soy emperador,
El ejército acometa.
Heráclio soy, viva Cristo,
Con su cruz he de vencer;
Ya se puede acometer,
Buenos presagios he visto.
Emperador del Oriente
Y del Occidente soy,
Vengando la muerte estoy
De una cordera inocente.

HERACLIANO.

Dormido habla consigo.—
Despierta, Heráclio, despierta.

HERÁCLIO.

Capitan, cierra la puerta;
No se escape el enemigo.

HERACLIANO.

¿Quién en palacio y de dia
De espacio á dormir se pone?

HERÁCLIO. (*Despierta y bájase del trono.*)

Tu majestad me perdone
Mi necia descortesía;
Porque, como allá dormimos
Sin respeto ni atencion,
No mudamos condicion
Cuando á la corte venimos.

EMPERATRIZ.

¿Qué soñabas?

HERÁCLIO.

Niñerías,
Imposibles confusiones,
Que causan las ilusiones
Del sueño y sus fantasías.
Cosas que ni pueden ser;
Sueños, al fin, mal formados
De casos imaginados.

EMPERATRIZ.

Yo los tengo de saber.

HERÁCLIO.

Soñaba que emperador
Era de toda la tierra,
Y que estaba en una guerra
Y escapaba vencedor;
Mil disparates.

HERACLIANO.

Seria
Cómo te asentaste mal
En esa silla imperial
Y te dormiste.

Salen EL PRÍNCIPE TEODOSIO, *con una daga desnuda y asido de* MITILENE, *y ella con otra.*

PRÍNCIPE.

Porfía,
Y verás de tu hermosura
El cristal ensangrentado
Si estás á mis ruegos dura;
Que un amor demasiado
Suele parar en locura.
Siento, despues que te vi,
Un letargo, un frenesí,
Y he de curar mal tan fuerte
Con tu amor ó con tu muerte,
Que hay dos extremos en mí;
Elige pues lo mejor,
Que en tu mano está.

MITILENE.
No quiero
Ni mi muerte ni tu amor.

PRÍNCIPE.
Pues ¿qué?

MITILENE.
Que pruebes primero
Si hay en tus brazos valor.

PRÍNCIPE.
Son tus ojos muy humanos,
Y fáciles mis antojos.

MITILENE.
(*Ap.* Por los cielos soberanos,
Que si muere por mis ojos,
Que ha de morir por mis manos.)
Humane el pecho; que en él,
Si el fuego de amor no mata,
Le entraré esta daga.

PRÍNCIPE.
Infiel,
Premia mi amor.

MITILENE.
Soy ingrata.

PRÍNCIPE.
Dame vida.

MITILENE.
Soy cruel.

PRÍNCIPE.
Sosiégate.

MITILENE.
Soy un mar.

PRÍNCIPE.
¿No me quieres ver ni hablar?

MITILENE.
Soy basilisco y sirena,
Que con ver y hablar doy pena.

PRÍNCIPE.
Dámela, que al fin es dar;
Dénme pena tus enojos,
Tu vista y tus labios rojos,
Mas tú no hablaras ni vieras
Si la ponzoña tuvieras
En la boca y en los ojos.

EMPERATRIZ.
¿Qué es aquesto? ¿En mi presencia
Solicitándola estás
Sin recato y con violencia?

PRÍNCIPE.
¿Qué mujer tuvo jamás
Verdadera resistencia?
Si es violencia ó voluntad,
Desacato ó liviandad,
Deje de darme consejos.

EMPERATRIZ.
Si los padres y los viejos
Tienen esa autoridad,
¿No la puedo yo tener,
Que tu propia madre soy?

PRÍNCIPE.
Mi gusto tengo de hacer.
(*Tira de Mitilene.*)

MITILENE.
Mira que yo un monte soy,
Que no me podrás mover;
Pues ofenderme deseas,
Aunque mas príncipe seas,
Vive el cielo, que te mate.

EMPERATRIZ.
Teodosio, tal disparate...
(*Porfía el Príncipe de llevarse á Mitilene, y defiéndela la Emperatriz.*)

PRÍNCIPE.
Ni me hables ni me veas.

EMPERATRIZ.
¿Hay tan ciega obstinacion?
Tus apetitos reporta.

PRÍNCIPE.
Yo sigo mi inclinacion.

EMPERATRIZ.
Déjala.

PRÍNCIPE.
Daréte.

EMPERATRIZ.
Corta.

PRÍNCIPE.
Toma pues; un bofeton
Dejaré en tu rostro escrito,
Que mi voluntad confirmes,
Y no impidas mi apetito.

HERÁCLIO.
¡Ejes del cielo, estad firmes
A tan bárbaro delito!
Estrellado firmamento,
Planetas que vueltas dais
Con el rapto movimiento,
Montes, casas, no os caigais,
Con tan extraño portento;
Ángeles santos y buenos,
¿Cómo no nos dais desmayos?
Nubes en aires serenos,
¿Cómo no os rompeis con rayos
Ni nos asombrais con truenos?
¿Cómo tú, tierra pesada,
Que, de metales preñada,
Nombre de madre mereces,
No tiemblas ni te estremeces
Viendo una madre agraviada?
Vosotros, ojos, que atentos
Contemplastes tal mujer,
Llorad, haced sentimientos,
Pues no los quieren hacer
El sol ni los elementos.
A tener razon, lo hicieran;
Sosiega ya, corazon,
¿Qué movimientos te alteran?
Que siento aquel bofeton
Mas que si á mí me lo dieran.
Mano infame, mano ingrata,
Mano que muerde rabiosa
Al dueño que bien la trata,
Y víbora ponzoñosa,
Que á su misma madre mata;
Buho que aborrece el dia,
Y con hambrientos antojos
Matar sus padres porfía,
Cuervo que saca los ojos
A la madre que le cria;
Toma la espada, inhumano,
Bárbaro mas que cristiano;
Pues que piedad no te enseña
Con los padres la cigüeña,
Apréndela de un villano.
(*Llévale adentro á palos.*)

PRÍNCIPE.
Este villano ¿qué intenta?

HERÁCLIO.
Darte muerte.

PRÍNCIPE.
¡Ah de mi guarda!

HERÁCLIO.
Ira soy de Dios sangrienta,
Porque el castigo no tarda
A quien sus padres afrenta.

EMPERATRIZ.
Hecho pedazos te vea
Brevemente, aunque esto sea
Con la muerte de los dos;
Pero no, que ofende á Dios
Quien mal á nadie desea.

HERACLIANO.
¿No sabrá el Emperador
Tanta infamia, tanta mengua?

EMPERATRIZ.
Callarlo será mejor.

MITILENE.
Inmóvil tengo la lengua,
De cólera y de dolor.

Sale HERÁCLIO.

HERÁCLIO.
Haz que le dén muerte dura.

EMPERATRIZ.
No importa; que fué locura.

HERACLIANO.
Gusano de seda fuiste,
Que en tus entrañas trujiste
Tu muerte y tu sepultura;
Eres muro y planta altiva,
Que en tus brazos has criado
La hiedra que te derriba.

EMPERATRIZ.
Di que soy quien ha engendrado
Ese amor y esa fe viva.

HERÁCLIO.
En venganza y desagravio
No has meneado los labios;
Con tu paciencia me aflijo.

EMPERATRIZ.
¡Qué bien pareces mi hijo
En el sentir mis agravios!
Para quitar la ocasion
A un loco, será razon
Que se lleve Heracliano
A la persiana.

HERACLIANO.
Yo gano
Un dichoso galardon.

MITILENE.
Venirme mas bien no pudo,
Porque allí las piernas quiebre
Al jabalí colmilludo,
Corra la tímida liebre,
Saque del agua el pez mudo;
Seguiré la veloz gama,
El otoño, cuando brama,
Hasta que caiga herida,
En la yerba guarnecida
Con la sangre que derrama;
Daré á las aves ligeras
Ya prision y ya rescate.

HERÁCLIO.
Cuando no sigas las fieras,
Aquí tienes quien las mate,
Como sus servicios quieras;
Las montañas de su altura
Destilarán agua pura,
Si á honrarlas tus ojos van,
Y en su cristal dejarán
Los rayos de tu hermosura.

EMPERATRIZ.
Idos luego á las montañas;
Que es peligroso el palacio.

HERÁCLIO.
Son bárbaras sus hazañas.

EMPERATRIZ.
¡Quién te volviera despacio
Otra vez á sus entrañas!

MITILENE.
Ya por los montes suspiro.

HERACLIANO.
De tu modestia me admiro.

EMPERATRIZ.
Toma, Heráclio.
(*Dale una sortija, y él bésale la mano*)

HERÁCLIO.
Eres muy franca.
(*Ap.* Esta emperatriz me arranca
El alma cuando la miro.)

ACTO SEGUNDO.

Salen FILIPO Y LA INFANTA TEODOLINDA.

INFANTA.

Como el tiempo antiguo y fuerte
Los edificios deshace,
Y la vida del que nace
La pálida y triste muerte,
Y como la vanidad
Consume cualquier riqueza,
Y la cobarde pobreza
Estraga la calidad,
Ansí, Filipo, el ausencia
Es la muerte del amor.

FILIPO.

Antes lo hace mayor
Cuando es breve.

INFANTA.

En la apariencia;
Fuiste ausente y olvidaste.

FILIPO.

Por tus ojos ó mis cielos,
Que esas sospechas y hielos
Con el amor engendraste.

Salen EL PRÍNCIPE TEODOSIO Y LA EMPERATRIZ AURELIANA.

PRÍNCIPE.

Madre injusta, tigre hircana,
Quítame el ser que me diste,
Ó vuélveme á mi persiana.

EMPERATRIZ.

Hijo, si fui tigre fiera,
No te podré querer mal,
Porque no hay otro animal
Que mas á sus hijos quiera;
Mas tu mano cruel y avara
Tornarse á entrar pretendió
Al vientre de quien salió,
Y quiso entrar por la cara;
Hijo, enmendarte procura,
De ofenderme no te cuadre;
Que Dios respetó á su madre,
Con ser Dios.

PRÍNCIPE.

¡Gentil locura!
¿Por qué me tiene abscondida
La que al amor de amor mata,
La que es bella como ingrata,
La que es alma desta vida,
La que es honra, luz y palma
De mi honrado pensamiento,
La que es rapto movimiento
De los cielos de mi alma?
Por qué ha ligado y deshecho
Los ojos que luz me daban,
Y centro donde paraban
Los suspiros de mi pecho?
Vuélvame la persa, ó muera,
Aunque muramos los dos.

EMPERATRIZ.

Considera pues que hay Dios,
Y que es justo considera;
Si el deleite humano es sueño,
Y el desenfrenado amor
Es un caballo traidor
Que arrastra á su mismo dueño,
Resista tanta flaqueza
La memoria del infierno;
Si es hijo el nombre mas tierno
Que nos dió naturaleza,
Hijo, hijo regalado, (*De rodillas.*)
Tenme respeto y temor;
Que en el vientre del amor
Muchas veces te he engendrado.
Contigo fui liberal,
Colunas mis brazos fueron;
En peso un tiempo tuvieron
Ese edificio mortal.
Hijo de mi corazon,
Pues no te pido que seas
Con tus padres otro Enéas,
Huye de ser Absalon.

INFANTA.

Tu majestad, ¿para qué
Arrodillada se ha visto
A mi hermano? Solo Cristo
Mejor que su madre fué,
Solo de virgen podia
Arrodillarse á sus piés.—
Y tú, Teodosio, ¿no ves
Que esta es nueva tiranía?
¿No has visto que no conoce
La paternal reverencia?

PRÍNCIPE.

¿Quién me dió tanta paciencia?

EMPERATRIZ.

Tambien él la reconoce.

PRÍNCIPE.

Algun demonio me ha hecho
Que os aborrezca, y me incita

FILIPO.

César y príncipe, quita
Esa cólera del pecho;
La Emperatriz, mi señora
Y vuestra, demás de ser
Madre, emperatriz, mujer,
Como su ídolo te adora;
Por cuatro razones debes
Su respeto y reverencia.

PRÍNCIPE.

¿Quién te dió tanta licencia,
Que á mi persona te atreves?

FILIPO.

El ver que de buena gana
Me has hecho siempre merced.

PRÍNCIPE.

Hidrópico soy, mi sed
Es beber la sangre humana;
La tuya derramaré,
Si aconsejas desa suerte.

FILIPO.

Si te sirves con mi muerte,
Mi espada propia daré.
(*Dale su espada.*)
Saca con ella, Señor,
Vida y alma racional
Del vasallo mas leal
Que ha tenido emperador;
Mas mi palabra te empeño
Que, aunque le falte razon,
No cometerá traicion
Por no volverse á su dueño.
A tu voluntad ofrezco
Este cuello y esta espada.

PRÍNCIPE.

¡Oh, quién la viera empleada
En las vidas que aborrezco!

Sale EL EMPERADOR, Y UN CRIADO *con él.*

EMPERADOR.

No me da mi rabia espacio,
Porque en cólera me enciendo,
Y con un rayo pretendo
Asolar ese palacio.
¿Cómo el cuerpo desta casa,
Que vida y alma no tiene,
Faltándole Mitilene,
No se deshace y abrasa?
Cómo no das esta vez
Muerte á aquesta que ha escondido
El claro sol que ha salido
Al alba de mi vejez?
Dame, falsa, dame, ingrata,
Una cautiva que adoro;
Guarneceré con su oro
Esos cabellos de plata.
Su cristal hermoso trae,
Trae su alabastro, importuna,
Porque sirva de coluna
A esta vida que se cae.
Dame el alma que deseo,
Dame mi espejo infiel;
Porque si me miro en él,
De menos edad me veo.
Hipócrita, ¿dónde tienes
El ídolo de mi amor?
(*Arrástrala de los cabellos.*)

EMPERATRIZ.

Espera, aguarda, Señor;
Lleno de cólera vienes.

EMPERADOR.

Este cabello villano
Por fuerza te arrancaré.

EMPERATRIZ.

A la montaña se fué
En casa de Heracliano.
No entendí darte disgusto;
Perdona, no estés con ira;
Que ofendes á Dios, y mira
Que es riguroso, aunque justo.

EMPERADOR.

¿Qué dices y reprehendes?
Hipócrita, sal de aquí;
No estés delante de mí,
Que me enojas y me ofendes.

INFANTA.

Amor, si remedio esperas,
A seguir su sol disponte,
Que ya se puso en el monte,
Porque es refran de las fieras.

FILIPO.

Con la razon que tenia,
Viendo el mal que ausente estaba,
Mi corazon palpitaba;
Pero yo no lo entendia.

EMPERADOR.

Filipo, partirte puedes
Por mi cautiva gallarda;
Serás el águila parda
De mi bello Ganimédes.
Alba serás del sol mio
Que traerás sus rayos de oro;
Serás mi claro Pecloro,
Argos serás de otra Io;
Para su venida empiedra
De granates los caminos,
Viste los montes y pinos
De arrayan y verde hiedra;
Alumbren la noche negra,
Cuando niegan luz los cielos,
Volcanes y Mongibelos;
Tiren paveses tu coche,
Como pintan al de Juno;
Y al fénix que arriba tiene
Trajera al de Mitilene,
A no ser el fénix uno.
Al Príncipe te anticipo,
César te hago de Roma,
Mi púrpura propia toma;
Tú Alejandro, soy Filipo.

Sale LA EMPERATRIZ AURELIANA, *con una carta del Padre Santo.*

EMPERATRIZ.

Nuestro santo pontífice Gregorio,
Que ahora en Roma está con gran pe-
[ligro,

Señor, ha despachado dos legados
Con esta carta para ti, recibe
El recado que traen, si eres servido.

EMPERADOR.

¿Ya no sabe Gregorio que aborrezco
Sus cosas? ¿Para qué cartas me envia?
Déjeme el Papa ya.

FILIPO.

La carta leo.

(*Lee.*) «Gregorio, obispo de Roma, »siervo de los siervos de Dios; á ti, Mauricio, emperador de Oriente y Occidente, salud y gracia y bendicion apostólica: Hijo en Cristo, la Sede Apostólica y la Iglesia, en estas partes occidentales y reinos de Italia muy perseguida de infieles, principalmente en la ciudad de Roma, que está cercada de lombardos, y yo dentro, sin poderla favorecer, si Dios por su divina misericordia no la ampara de parte suya; encarecidamente pido favor, y hástele representar el peligro al defensor de la Iglesia, para que acudas con su ejército. Dios sea en vuestra gracia, amén. Fecha en Roma, en las calendas de mayo del año de mil trescientos y tres.»

EMPERADOR.

Imposible ha de ser darle socorro;
Sus trabajos padezca, si los tiene;
Vuélvase el portador, y déle aviso
Del mucho desamor que al Papa tengo.

EMPERATRIZ.

Señor, mire tu grandeza
Que un cuerpo son los cristianos,
Y no es bien que estén las manos
Contrarias de la cabeza.
Cuerpo es la Iglesia, Señor,
Y sufrirá muchos males
Si los miembros principales
No le prestan el favor.
Cuerpo el Papa, y el Rey es
Brazos deste cuerpo misto,
La cabeza solo es Cristo,
Y los demás somos piés.
Si al cuello no dan favor
Los brazos con fortaleza,
Enojarse ha la cabeza,
Y los piés peligrarán.
Como el Papa por su oficio,
De la Iglesia eres coluna;
Pues si de dos falta una,
¿No se caerá el edificio?
Dios con ella se desposa,
Tu brazo su escudo es;
Repara los golpes pues,
Porque no dén en su esposa.
Su mano da el cortesano
Cuando cae una mujer;
La Iglesia quiere caer,
Dale, Emperador, la mano.

EMPERADOR.

Hipócrita, mal nacida,
No me cansen tus sermones;
Vive el cielo, que en prisiones
Tienes de acabar la vida;
Llevadla luego á una torre.

INFANTA.

¡Señor!

EMPERADOR.

No mas me prediques
Ni á mis órdenes repliques.—
Llévala tú.

CRIADO.

¡Señor!

EMPERADOR.

Corre;
Que padezca y sufra es justo,
Pues no me tiene aficion,
La que niega mi opinion
Y contradice mi gusto.
(*Llevan á la Emperatriz y suena ruido.*)
¡Válame Dios, qué ruido!
¡Qué extraño temblor de tierra!

FILIPO.

Será la gente de guerra,
Que algun motin ha movido;
Ponte, Señor, tras de mí,
Porque, estando desta suerte,
Descargue el golpe la muerte
En mis hombros, y no en tí.
Cuando no fuere á la vista
De tus ojos de provecho,
Un muro será mi pecho,
Que el ejército resista.

(*Torna á sonar.*)

EMPERADOR.

No es tierra: que son, creo,
Batallas de hombres armados,
En el aire congelados;
¿No los veis?

FILIPO.

No los veo.

EMPERADOR.

¿No veis el cielo teñido
Con la sangre que se vierte?
¿No veis la pálida muerte?

FILIPO.

Sólamente oigo el ruido.

Sale FÓCAS, *con una espada.*

EMPERADOR.

¿Veis una persona airada,
Que me mira con rigor?

FÓCAS.

Mauricio, el Emperador,
Morirá con esta espada.

EMPERADOR.

¿Viste en el aire pasar,
Con una espada de fuego,
Un mónstruo?

FILIPO.

Sí, Señor.

EMPERADOR.

Luego
Mi muerte no ha de tardar.
¿Oístelo?

FILIPO.

Sí, lo oí.

EMPERADOR.

¿Vístelo?

FILIPO.

Tambien.

EMPERADOR. (*Siéntase.*)

No son
Casos de imaginacion.
¡Ay, infelice de mí!
Mi sangre está hecha hielos,
El alma empieza á temer;
Nadie se puede esconder
Del castigo de los cielos.
Viva el hombre con recelos
De la justicia divina,
Que á los soberbios derriba,
Solo al humilde levanta;
Al fin es justicia santa,
Que ni tuerce ni declina.
Desde el Austro al polo frio
Llegan con ancho hemisferio
Los límites de mi imperio.
Dios hizo el mundo, y es mio;
Mas es mundo, en él no fio.
Volver quiero el pensamiento
A Dios, que es el pensamiento
Donde el alma ha de estribar.
David soy; quiero llorar
Sin suspender mi tormento.

CRIADO.

En sueño y melancolía
Está; á solas le dejemos.

FILIPO.

Cosas prodigiosas vemos
En este trágico dia.

(*Vanse.*)

Queda durmiendo EL EMPERADOR, *y sale* FÓCAS, *como la vision, con una espada, y se la pone al pecho.*

EMPERADOR.

Rey ni emperador se escapa
De padecer mal tan fuerte.

FÓCAS.

Fócas te ha de dar la muerte,
Porque aborreces al Papa.

EMPERADOR.

¡Que me matan, que me matan!
Filipo, socorre, ayuda;
Con una espada desnuda
Mi vida vieja desata.
¡Que me muero, que me muero!
¡Ay Jesus! dame la mano;
Que me mata aquí un villano.

Sale FILIPO.

¡Ay, qué tribunal espero!

FILIPO.

El Emperador da voces.—
¡Ay Señor, Señor! ¿qué tienes?

EMPERADOR.

Filipo, á buen tiempo vienes.
¿Esas sombras no conoces?
Saca, Filipo, la espada;
Líbrame destas visiones.

FILIPO.

Si son imaginaciones.

EMPERADOR.

¿Los que me dan muerte airada?
Dales, Filipo.

(*Saca la espada Filipo.*)

FILIPO.

No veo
Quien te ofende.

EMPERADOR.

Aquí á este lado;
Dales, Filipo.

FILIPO.

Admirado
Estoy y verles deseo.

EMPERADOR.

Filipo, aquí se vinieron;
Castiga su atrevimiento.

FILIPO.

Ya les doy, y nada siento.

EMPERADOR.

Déjalos, que ya se fueron.
¡Ay! Dios justo es mi Dios bueno;
¿Conocerás un villano,
Que Fócas se ha de llamar
(¡Dichoso caso lozano!),
Bajo de cuerpo y moreno?

FILIPO.

Buscaréle bien.

EMPERADOR.

Advierte
Que aquí me lo has de traer;
Porque este tiene de ser
El que me ha de dar la muerte.
Dios me quiere castigar

Y mi pecho lo desea,
Como en esta vida sea.
Favor al Papa he de dar;
La Emperatriz es muy santa,
Ella será intercesora
Con el justo Juez, que ahora
Con su sentencia me espanta.

Salen HERÁCLIO Y MÚSICOS.

HERÁCLIO.

Esta es la fuente que tiene
Por guijas cristal y perlas,
Porque cuando á cazar viene
Llegue á coger y beberlas
La gallarda Mitilene.
Cuando aquí está calurosa,
Bebiendo su agua dichosa,
Le doy voces y le aviso
No muera como Narciso,
Viendo su imágen dichosa.

MÚSICO 1.°

Delante se nos ofrece.

MÚSICO 2.°

Vénus en Chipre parece.

HERÁCLIO.

Hacelde una alegre salva,
Sed ruiseñores del alba
Que á mis ojos amanece.

MÚSICOS.

Héla por dó viene la cazadora,
Que cautiva y prende
En red amorosa.

Sale MITILENE, *con arco y flechas.*

Del monte desciende
Mas linda y hermosa
Que el sol cuando sale
Siguiendo el aurora;
A la fuente viene,
Que corre invidiosa
De ojos y labios
Que sus aguas doran.
Fieras y hombres mata
La cazadora,
Que cautiva y prende
En red amorosa.

HERÁCLIO.

Me pareces, decendiendo,
Si verdad quieres que trate,
Al sol que se va poniendo,
Garza que al suelo se abate
Y alba que viene riendo;
Tu tardanza, por mi mal,
La fuente está murmurando
Entre dientes de cristal,
Entendiendo está y brindando
Esos labios de coral;
Hizo que á tus movimientos
Tenga mis ojos atentos
Por poderteme ofrecer;
Sangre quisiera tener,
Como tengo pensamientos.

MITILENE.

¿Son honrados?

HERÁCLIO.

Bien nacidos,
Y como en creer no tardan,
Salen del alma atrevidos,
Llegan á ti y se acobardan,
Y vuelven arrepentidos.
Despues que entre fieras tratan,
Tus manos matan las fieras,
Nuestras vidas arrebatan,
Y á mi tus ojos me matan,
Que son del sol sus esferas.

MITILENE.

¿Cómo estás tan cortesano?

HERÁCLIO.

Con amor teme el tirano,
Oye el sordo y habla el mudo,
Calla el loco, entiende el rudo,
Y es político el villano.

MITILENE.

Yo en el grado que te quiero,
A ninguno quise bien.

HERÁCLIO.

Dulce amor, ¿qué mas espero?
Dadme alegre parabien
Deste favor lisonjero.

MÚSICO 1.°

¿Cómo de caza te ha ido?

MITILENE.

A tiempo has interrompido
Su plática regalada;
En la espesura intricada
Un ciervo dejo herido;
Entre robles se escondia,
Paciendo tomillos tiernos,
Y como el cuerpo cubria,
Mostrando un árbol de cuernos,
Roble seco parecia;
Movióse en espacio breve,
Ansi dije: «Lo que veo
Ciervo es que pace ó bebe;
Porque aquí no canta Orfeo,
El que los árboles mueve.»
Disparéle satisfecha
Una jara tan derecha,
Que al medroso ciervo dió,
Y por el monte abajó
Mas ligero que una flecha;
Por hondas bocas iguales
Sangre y espuma vertia,
Y ansi dejaba señales,
Que la tierra parecia
Copos de nieve y corales;
Corrió al fin tan diligente,
Que llegó á una clara fuente,
Y allí bebiendo y bañando,
Se está ahora desangrando
Para morir dulcemente.

HERÁCLIO.

Eres hermosa Diana,
Eres el márgen florido
Desta fuentecilla ufana
Por las veces que has bebido
Su cristal. (*Echase y canta.*)

MITILENE.

De buena gana.

HERÁCLIO. (*Canta.*)

Con la música y ruido
Del agua blanda, mi dueño
Dulcemente se ha dormido,
Y su rostro con el sueño
Rosado está y encendido;
Al valle quiero bajar
Por rosas para enramar
Sus cabellos y sus faldas.

MÚSICOS.

Vamos todos por guirnaldas,
Dejémosla reposar.

(*Vanse.*)

Queda durmiendo MITILENE, *y sale* LEONCIO, *todo vestido de pieles.*

LEONCIO.

Puede la música tanto,
Que como alicornio vengo
De una cueva que aquí tengo,
Húmeda ya con mi llanto.
Castigóme el cielo santo
Con afrenta amarga y dura;
Mas hoy en esta espesura
Ha suspendido mi pena
Esta voz, que fué sirena
Del mar de mi desventura.
A vencer los persas fui,
Y en los cuernos de la luna
La Rueda de la fortuna
Me subió, pero caí;
Y en una plaza me vi
Con una rueca en el lado;
Y ansi, viéndome afrentado,
A los montes me subí
Y aquel amor me ha faltado.
¿Qué ninfa por agua viene
A esta fuente clara y pura,
Que sueño á su márgen tiene?
O esta es la misma hermosura,
O es la bella Mitilene.
¡Oh dulcísima ocasion
Del estado en que me veo!
¿Si es ella? Si es ilusion?
Si es imágen del deseo
Que está en la imaginacion?
El corazon se ha alterado,
Como á su dueño ha mirado.
Ella es, yo la despierto;
Mas no querrá á un hombre muerto,
Que tal es un afrentado.
Despierta no me ha querido,
¿Y ansi he de abrazarla yo
Ahora que se ha dormido?
Tente, apetito, eso no;
Que es amor descomedido.
Entre estos lentiscos quiero
Mirarla con aficion,
Y seré el hombre primero
Que se venció en la ocasion,
Teniendo amor verdadero.

Sale EL PRÍNCIPE TEODOSIO, *con* DOS CRIADOS.

PRÍNCIPE.

Bosques oscuros, que tan peregrinos
Merecian los célebres pinceles
De Timántes, de Céusis y de Apéles,
Tenidos en el mundo por divinos;
Cuyos frondosos y elevados pinos,
Verdes hayas, lentiscos y laureles,
Cipreses imitais los chapiteles,
Y os mirais en arroyos cristalinos;
Si de sombra servis á mi enemiga
Cuando viene á las fiestas con despojos
De las fieras que mata en la espesura,
Decidme dónde está, porque la siga,
Si acaso de las hojas haceis ojos
Para mirar despacio su hermosura.

CRIADO.

Sin ser destos montes planta,
Yo podré decirte della;
Mírala allí.

PRÍNCIPE.

Imágen bella
De la gloria bella y santa,
Luciendo va como viento
Entre enebros y lentiscos,
Que en verla me dan tormento.
Atad pues á la cruel
Que claramente me mata,
Mas hermosa y mas ingrata
Que fué otro tiempo el laurel.
(*Llegan y átanla, y él toma el arco.*)

MITILENE.

¿Qué es aquesto?

PRÍNCIPE.

Una aficion.

MITILENE.

¿Quién me ató?

PRÍNCIPE.

Quien te ha adorado,
Un príncipe apasionado.

MITILENE.

Mejor dirás tu pasion. —
Traidores, viles, villanos,
¿Qué intentais? Qué pretendeis?
Del miedo que me teneis
Os picó atarme las manos.
Fantasmas del blando sueño
En que he estado divertida,
¿Qué quereis?

PRÍNCIPE.

Hallar mi vida.

MITILENE.

¿Quién te la quita?

PRÍNCIPE.

Mi dueño,
Yo te dí mi libertad
Y ahora me has de querer,
Y por fuerza he de vencer
Tu rebelde voluntad.

MITILENE.

¿Cómo has de poder forzarla,
Pues aun no la fuerza Dios?

PRÍNCIPE.

Dándote muerte.—Los dos
De un árbol podeis atarla;
Con sus flechas ha de ser
Muerta, si mi gusto niega.
(*Atanla.*)

LEONCIO. (*Ap.*)

Yo quiero ver dónde llega
El valor desta mujer.

MITILENE.

Bárbaro, que nombre cobras
De traidor en pensamientos,
En el alma, en los intentos,
En palabras y en las obras.
Plega Dios que te diviertan
El alma eternos pesares,
Y las flores que pisares
En serpientes se conviertan.
Sígate un oso herido,
Para que mas bravo sea,
Una tigre que no vea
Los hijuelos que ha parido;
Un toro agarrocheado
Encuentres, y un elefante
Que tenga siempre delante
Un áspid recien pisado.
Fieros leones encuentres,
Que salgan de la cuartana,
Porque con rabia inhumana
Te sepulten en sus vientres.
Haz desatarme, traidor,
Y nuestras fuerzas probemos.

PRÍNCIPE.

En mi pecho hay dos extremos:
Que aborrezco y tengo amor.
Si en la parte que te adoro
No me dan tus ojos guerra,
De las peñas de la tierra
Sacaré la plata y oro.
De las entrañas saladas
Del mar, que sorbe las vidas,
Sacaré perlas asidas
De conchas tornasoladas.
Tuyas serán, tu mi dama
Mientras con rayos eternos
Dore al toro el sol los cuernos
Y al pez argente la escama.
Pero si te muestras fuerte,
Del extraño amor que siento
Saldrá el aborrecimiento,
Procurándote la muerte.

MITILENE.

Rompe mi pecho, traidor,
Y un pelícano seré,
Que con él sustentaré
Mis hijos, que es el honor;
Tira, acaba, tira.

PRÍNCIPE.

Advierte
Que en este mortal estrecho,
Lo que hay de la flecha al pecho
Hay de la vida á la muerte.

MITILENE.

Y lo que hay del suelo al cielo
Habrá de mis pensamientos
Á tus cobardes intentos.

PRÍNCIPE.

Que me ha de vencer recelo,
Y demudar la conciencia;
Que, pues presume de fuerte,
Menospreciando la muerte,
Tema su misma vergüenza.

MITILENE.

Leona es mi honra, villanos,
Que ligada se defiende,
Y con los dientes ofende,
Si está herida en las manos.
Perro seré que, guardando
Este honrado proceder,
Cuando no pueda morder
Llamaré gente ladrando.
Montes, aves, plantas, fieras,
Tened en esta ocasion
Alma, piedad y razon.

LEONCIO.

Sí tendrán, porque no mueras.

CRIADO 1.°

Las hojas vienen hablando
A amparar esta mujer.

CRIADO 2.°

Huye, Señor.

PRÍNCIPE.

Descender
Quisiera al valle volando.
(*Vanse el Príncipe y los criados.*)

MITILENE.

¿Qué fiera, qué labrador,
Qué deidad ha pretendido
Mi defensa? Ángel ha sido
De la guarda de mi honor.

Sale FILIPO, *mirando un retrato.*

FILIPO.

Mientras yo descanso un rato,
Pregunta por algun hombre
A quien llamen de ese nombre
Y parezca á ese retrato.
¡Qué espectáculo divino
No es la gloria que deseo!
En un espejo me veo,
Mirando lo que imagino.—
Dulce juez y testigo
De mi amorosa pasion,
¿Qué es aquesto?

MITILENE.

Una traicion
Que usó el Príncipe conmigo.
Desátame, General.

FILIPO.

Con mi amor, esta ocasion
Ha de perder la opinion
De cortesano y leal.
¡En qué peligro me veo!
Los cielos me están mirando,
Y aquí me va despeñando
El caballo del deseo:
La buena ocasion es fuerza,
Gozarla quiero por fuerza;
Pero no, que soy honrado.
Yo la voy á desatar.

MITILENE.

¿No me desatas?

Sale LEONCIO, *y escóndese.*

LEONCIO.

Ya tengo,
Cuando á desatalla vengo,
Otro caso que mirar.

FILIPO.

La ocasion es poderosa;
Hace al cobarde cruel,
Ladron hace al hombre fiel,
A la verdad mentirosa;
Traidor hace al que es leal,
Lascivo al mas continente,
Riguroso al que es clemente,
Y corto al que es liberal.
¡Cuántos hombres han estado
En esta resolucion,
Y una pequeña ocasion
Ciegos los ha derribado!
Mitilene, tu hermosura
Sirva á esta planta de hiedra,
Y tú del todo eres piedra,
Estando inmóvil y dura;
Desde el punto que te vi
Te adoré; como soldado,
En las batallas que he dado
Nunca la ocasion perdí;
Si ves que te doy la muerte,
¿Has de dejarte gozar?

MITILENE.

Mil muertes pienso pasar.

FILIPO.

Una mujer es tan fuerte,
Que la vida aventurado
Por su honra, no es razon
Que venza una tentacion
Al que quiere ser honrado;
Noble soy y temo á Dios,
Honra quiero, y Dios es gloria.
(*Desátala.*)

LEONCIO.

¡Ay Filipo, esa vitoria
Hemos ganado los dos!

MITILENE.

Buscando voy deseosa
Uno que me dió la vida.
Luego vuelvo.

FILIPO.

Esa vida
Es honrada y animosa.

LEONCIO.

Solo queda el amistad
Que me ha tenido; consiente
Que agora salga, y le cuente
Mi extrema necesidad.
Como afrentado he vivido
En los montes retirado,
Me siento necesitado
De dineros y vestido;
De pasar me determino
A los persas; y así, salgo
A pedir que me dé algo
Para ponerme en camino.
Pero dudo, y no estoy cierto
Si con este nuevo estado
La condicion ha trocado;
Mejor es llegar cubierto.
Vergüenza y desdicha están
En el que á pedir comienza,
Y es mas desdicha y vergüenza
Si pidiendo no le dan.—
Caballero, si hay piedad (*Llega.*)
En los capitanes fuertes,
Mi vida está entre dos muertes,
Agravio y necesidad,
Y como vos fui soldado
Y tuve riqueza alguna,
Pero la adversa fortuna,
Soberbia, me ha derribado;
Rico pensaba morir,

Y ya vivo pobremente,
Si no soy como la fuente,
Que baja para subir.
Otro es ya lo que yo fuí,
Lo que fueron otros soy;
Mandé en el mundo, y ya estoy
Sin poder mandarme á mí.
Envidiáronme el estado,
Mas ya es mayor en la gente
La lástima del presente
Que la invidia del pasado;
Dí otro tiempo y no pedí,
No era pobre aunque mas diera,
Y ahora rico estuviera
Con lo menos que yo dí;
Fué mi estado como un sueño,
Que gozándolo soñé,
Y perdido, desperté,
Y halléle en otro dueño;
Fué arcaduz, siendo mio,
Lleno en la rueda subió,
Y en otro el agua se vió,
Y así he bajado vacío.
Hoy me obliga á que te pida
Limosna; así tu privanza
No padezca la mudanza
De mi desdichada vida.

FILIPO.

Tú has mostrado en el cubrir
El rostro que noble has sido,
Porque siempre al bien nacido
Causa vergüenza el pedir;
Quien viendo al necesitado,
A dalle no se comide,
Y al que con vergüenza pide,
Aunque lo pida prestado,
Noble no se ha de llamar;
Y así, será caso cierto
Que tú has de pedir cubierto
Y que yo tengo de dar;
Yo en la corte voy subiendo,
Mas con miedo de vivir,
Porque he encontrado al subir
Otro que viene cayendo.
Lo que con favor se gana,
Decir no se puede estado,
Sino dinero prestado,
Que es de otro dueño mañana;
Y así, el mio te daria,
Mas tanto dél desconfio,
Es tan comun, que hoy es mio,
Y tuyo será otro dia;
Un grande amigo se vió
En mi peso, en mi privanza;
Bajó al mundo su balanza,
Y así en otra subí yo;
Procura pues remediarte
Con esos pobres despojos;
Mas te diera, y aun los ojos
Sus lágrimas quieren darte,
El corazon su piedad,
Los brazos un lazo estrecho,
Su misma vida mi pecho,
Y el alma su voluntad;
Mas ya que en adversidades
A ejemplo imitas muy bien,
Imítalo aquí tambien
En recebir voluntades.
Y al irte así no te asombres;
Que el corazon me has quebrado
En verte tan desdichado,
Que has menester otros hombres.

LEONCIO.

Es pedir mal tan airado,
Que, despues de haber pedido,
Y con haber recibido,
Tiemblo de haberlo pasado.

Sale MITILENE, *y Leoncio se cubre.*

MITILENE.

Si no hay causa que lo impida,
Honra y luz de los mortales,
Yo te pido agradecida
Esas manos liberales,
Que saben dar una vida:
Mas tu venida me honró
Que el padre que me engendró,
Porque si yo la perdiera,
Mayor mi deshonra fuera
Que la honra que él me dió;
Y si saberla guardar
Mas es que darnos la honra,
Padre te puedo llamar,
Que en guardarme vida y honra,
Hoy me vuelves á engendrar;
¿Quién eres?

LEONCIO.

Dos fuí, y soy uno.

MITILENE.

Extraña naturaleza,
Dos hombres asido en uno.

LEONCIO.

Dos fuí, mas yo y mi riqueza,
Ya soy pobre y soy ninguno.

MITILENE.

¿Tanto has sentido el perder,
Que pierdes tambien el ser?

LEONCIO.

Sí; que en haberla perdido,
Tan otro soy del que he sido,
Que no me has de conocer.

MITILENE.

¿Qué es tu riqueza perdida?

LEONCIO.

Vida y honra.

MITILENE.

¡Gran deshonra!
¿Quién fué causa?

LEONCIO.

Tu venida;
Por ella perdí mi honra,
Quizá mi hacienda y mi vida.

MITILENE.

Si te la puedo volver,
Como sin deshonra sea,
Pídeme.

LEONCIO.

Podrás hacer
Lo que mi pecho desea,
Sin ganar y sin perder.

MITILENE.

Harélo pues, pero advierte
Que tengo de conocerte.

LEONCIO.

Cuando ya vivir me sienta.

MITILENE.

¿No vives?

LEONCIO.

No; que una afrenta
Es mayor mal que la muerte;
Entonces te pediré.

MITILENE.

Esta será desde ahora
Prenda y fe. *(Dale una sortija.)*

LEONCIO.

Estará esa fe
En el alma, que te adora.

Salen HERACLIANO Y HERÁCLIO, *y* LOS MÚSICOS, *cantando.*

MÚSICOS.

El alba en las flores
Su aljófar vierte
Para la cabeza
De Mitilene.

HERACLIANO.

Todos guirnaldas te hacen
De flores no cultivadas,
Amapolas encarnadas
Entre los trigos se nacen;
Romero que en las montañas
Flor celícalo nos deja,
De quien saca miel la abeja
Y ponzoña las arañas;
Flor de gallomba amarilla,
Toronjil y trébol tierno,
Que nos quita la polilla;
Poleo, con que las garzas
Suelen purgarse en las selvas.

HERÁCLIO.

Flores son, pero ningunas
Tan finas como mi amor.

MITILENE.

Por esas flores pudieras
Hallarme ya de otra suerte.

HERÁCLIO.

¿De qué modo?

MITILENE.

Con la muerte.

HERÁCLIO.

¿Siguiéronte algunas fieras?

MITILENE.

Mas que fieras, un traidor,
Que me ha ligado durmiendo;
Pero á no volver huyendo,
Él probara mi valor.

HERACLIANO.

Es tanto su atrevimiento,
Que ya este viejo desea
Saber quién tu origen sea.

MITILENE.

Contarélo, estáme atento.
Yo, famoso Heracliano,
Nací en el reino de Persia,
Y el cielo me dió aquel nombre,
La desdicha y la nobleza;
Gozó el Rey una serrana,
Enamorándose della;
Que es el Rey como la muerte,
Que no tiene resistencia.
En cinta quedó aquel dia,
Y ojalá el cielo le diera
La esterilidad de Sara,
Aunque entonces no era vieja.
Cumpliéronse nueve meses,
Llegó mi parto, y mi estrella
Me sacó al mundo, llorando
Sus desdichas y miserias.
Nací pues y fuí criada
Entre los montes y sierras,
Y ansí á la guerra y la caza
Me inclinó naturaleza.
Cazando el Príncipe un dia,
Con el calor de una siesta,
Llegó á la sombra de un pino
Y me vió durmiendo en ella;
Desperté sin conocelle,
Me avergoncé en su presencia;
Que naturalmente todos
A sus príncipes respetan.
La majestad de los reyes
Es tan grande y tan severa,
Que aunque no los conozcamos,
Nos provoca reverencia;
Pero la sangre real,
Que da vida á nuestras venas,
Nos dió la aficion entonces
Con una amistad estrecha.
Nunca fué el Príncipe á caza,
Que yo á su lado no fuera,
Ni sin tenerme presente
Descansó en la verde yerba.
Al fin llevóme á la corte;
Fuí sin gusto, porque en ella

Anda la verdad vestida
Con máscara de vergüenza;
Despues en su compañía
Iba tambien á las guerras,
Y mas de cuatro naciones
De solo mi nombre tiemblan.
Creció nuestro mútuo amor
Cuando supimos quién era,
Y apartónos la fortuna,
Con sus mudanzas adversas.
El desdichado Leoncio,
Que ahora llora su afrenta,
Desterrado del imperio,
Llegó una noche á mi tienda;
Defendíme de sus brazos,
Pero vine sin defensa
Por dos livianas heridas,
Y fuí en las suyas presa;
Nunca el Príncipe, mi hermano,
Me vió, porque las tinieblas
De la noche lo impidian,
Y el ser su victoria cierta;
Pero despues no ha sabido
De mí; que, si lo supiera,
Mi libertad procurara
A costa de su cabeza.

HERÁCLIO.

Detente, no digas mas;
Calle, Señora, tu lengua,
Porque me llevas el alma,
A tus razones atenta.
Nunca el Rey enamorado
Tu dichosa madre viera,
Nunca gozara aquel dia
Su recatada belleza,
Nunca tuviera ocasion
De gozarla, nunca fuera
Tan generoso y fecundo,
Para que tú no nacieras;
Nunca el Príncipe cazara,
Nunca llevarte quisiera
A la guerra ni á la corte,
Nunca al imperio viniera;
Y ya que todo fué así,
Para darme mayor pena,
Nunca te vieran mis ojos,
Que en vano tu luz desean.
Pluguiera al eterno cielo
Que humildes padres te diera
El generoso principio
Que tiene ya tu grandeza;
Fuera un villano tu padre,
Tu patria una pobre aldea,
Tu sangre como la mia,
Porque yo te mereciera;
Que ya un tosco labrador
No es posible que merezca
Mirar el rostro divino
De una gallarda princesa.
¡Esperanzas mal logradas!
¡Imaginaciones muertas!
¡Aficion desengañada!
¡Loco amor, alma indiscreta!
Pero si los propios hechos
Suelen suplir la nobleza,
Que á los que nacen humildes
La naturaleza niegan,
A los ejércitos voy,
Y por el Dios que gobierna
Un mundo, cuatro elementos,
Once cielos y una Iglesia,
Que en las ásperas montañas
No has de verme hasta que tenga
Ganadas por estas manos
Honra propia y fama eterna.
Mis hazañas han de darme
Lo que á tí naturaleza,
Y acaso querrás entonces
Que tus favores merezca. (*Vase.*)

MITILENE.

Escucha, Heráclio, detente.

HERACLIANO.

Hijo, aguarda... oye... espera...
Una vez determinado,
Difícil será su vuelta.
¡Ah sangre no conocida!
¡Cómo te inflamas y alteras
Con la bizarra memoria
De generosas empresas!
Algun dia querrá el cielo...

MITILENE.

¿No es labrador?

HERACLIANO.

Sí; que siembra
Esperanzas de un imperio,
Y ha de coger fruto dellas.
(*Vanse.*)

Salen EL EMPERADOR MAURICIO Y UN CRIADO.

CRIADO.

La Emperatriz, mi señora,
Viene á verte.

MAURICIO.

Norabuena;
Que si ha llegado mi hora,
Culpas que esperan tal pena
Piden tal intercesora. (*Siéntase.*)

Sale LA EMPERATRIZ AURELIANA.

EMPERATRIZ.

Llámame tu majestad;
Y así, he venido, Señor,
A tu voz con humildad,
Con paciencia á tu rigor
Y con gusto á tu piedad;
Bien puedes ser riguroso,
Que tanto como piadoso,
Te he de querer y estimar.

EMPERADOR.

Hoy ha empezado á temblar
Mi corazon animoso.
Devota, santa, piadosa,
Pacífica, religiosa,
Discreta, humilde, obediente,
Mártir que sufre paciente
Mi condicion rigurosa,
Ruega á Dios, pues es tu amigo,
Que en la muerte que me invía
Se resuelva mi castigo;
Ampárame, santa mia,
Yo mismo fuí mi enemigo;
Ave soy que no he volado
Porque, del cebo engañado,
En la red del mundo dí;
Pez he sido que me así
Del anzuelo del pecado;
Nave del mundo es mi pecho,
Que de vicios se cargó;
Mas ya llegando al estrecho,
Mis pensamientos y yo
Pedazos nos hemos hecho.
Arbol he sido lozano,
Que en flores pasé el verano,
Pero el invierno ha venido,
Y sin fruto me ha cogido,
Que tal es un mal cristiano.
Ha sido con propiedad
Primavera mi vejez,
Otoño mi mocedad;
Y así, será mi vejez
El invierno de mi edad;
Virgen he sido dormida,
Que, sintiendo la venida
Del esposo, desperté,
Y sin aceite hallé
La lámpara de mi vida.
Préstame lo que has guardado,
Virgen cuerda, mujer fuerte;
Que ya mi esposo ha llamado
A las puertas de la muerte
Y temo verle enojado.

Levántase, y salen FILIPO Y FÓCAS, *labrador.*

FILIPO.

Con diligencias no pocas,
Entre los montes y rocas
Un labrador he hallado
Con las señas que me has dado
Y con el nombre de Fócas.

EMPERADOR.

Este es el mismo villano
Que yo soñaba, este viene
A ser conmigo inhumano.
¡Qué extraño aspecto que tiene!
¡Cómo parece tirano!
Tiemblo de haberle mirado;
Este será mi cuchillo.

FILIPO.

Con su muerte estás guardado.

EMPERADOR.

¿Cómo podré yo impedillo,
Si Dios lo ha determinado?

FILIPO.

Es cobarde.

EMPERADOR.

Si es cobarde,
Será razon que se guarde
Dél el valiente y el fiel,
Porque siempre el que es cobarde
Es traidor, y así es cruel;
Mas yo no me he de guardar;
Mis culpas quiero pagar,
Y á mi Dios tendré contento,
Regalando el instrumento
Con que me ha de castigar.—
¿Quién eres?

FÓCAS.

Un mónstruo fuí.

EMPERADOR.

¿Y tus padres?

FÓCAS.

Mi fortuna
Y el mar, porque en él nací,
Y una barca fué mi cuna
Hasta que á tierra salí;
Un pescador me sacó,
Y como á mí me crió
Con palmas y verdes ovas
Y leche de mansas lobas,
Soy melancólico yo;
Con esta melancolía
Me suele dar un furor,
Que imagino cada dia
Que mato al Emperador;
Esta locura es la mia.
Salí, criéme y crecí,
Entre estos montes viví,
En tus palacios estoy;
Yo mismo no sé quién soy,
Quién he de ser ni quién fuí.

EMPERADOR.

Este prodigio se note.

FILIPO.

Mátalo, ten confianza;
Tu sangre no se alborote.

EMPERADOR.

Mira que es mala crianza
Quitarle á Dios el azote.

FILIPO.

Si es, al contrario, mentira,
Cualquier suceso soñado
En él se convierta.

EMPERADOR.

Mira
Que tengo á Dios enojado,
Y será darle mas ira.

FILIPO.

La defensa es natural,
Y hasta el bruto irracional
Quiere conservar la vida.

EMPERADOR.

Mata pues á mi homicida...
Pero no, que es mayor mal.
Si he de pagar desta suerte
Mis pecados, ¿no es mejor
Que los pague con la muerte?

FILIPO.

Dios perdona al pecador.

EMPERADOR.

Mátalo... Mas oye, advierte:
Si Dios me ha de castigar,
Y yo le quiebro esta vara,
¿Otra le puede faltar?

FILIPO.

Claro está, no faltará.

EMPERADOR.

Pues no le quiero matar.

FILIPO.

Quizá Dios te ha perdonado.

EMPERADOR.

Dale la muerte... Detente;
¿No será mayor pecado
Matar un hombre inocente,
En sueños solo culpado?
Si el sueño ha de ser mentira,
Darle la muerte es verdad.
Viva pues.

FILIPO.

Temo, Señor,
Tus sueños.

EMPERADOR.

Tambien los temo;
Dale muerte.

FÓCAS.

¿Qué rigor,
Qué mal, qué agravio, qué extremo
Cometió este labrador?

EMPERADOR.

Déjalo, bien dice... Espera,
No me niegue Dios su luz;
Darle un abrazo quisiera
Por abrazarme á la cruz
Donde Dios quiere que muera.—
Llégate á mí, labrador,
Llégate, que ya es amor
La amenaza de matarte;
Llega, que quiero abrazarte.

FÓCAS.

Pues ¿cómo á mí, gran Señor?

EMPERADOR.

Tus brazos un lazo son
De mi vida muy estrecho;
¡Ay Dios, qué extraña pasion!
Un gran mal siento en el pecho,
Que me abrasa el corazon;
Si á ser mi muerte has venido,
Con el temor que he tenido
Vencer mi muerte pretendo;
¿Quién no la teme muriendo,
Que en viviendo la ha temido?
Como un hombre de importancia,
Regalado ambos á dos;
Perdónete tu ignorancia.

FÓCAS.

¿Qué es aquesto?

EMPERATRIZ.

Déle Dios
Su don de perseverancia.
(*Vase Fócas.*)

EMPERADOR.

Figura que, pasando el tiempo, engaña,
Flor que marchita el caluroso estío,
Ampolla hecha en el agua ya por frio,
Correo de la muerte, débil caña;
Sombra que hace tela de una araña,
Ave ligera, despeñado rio,
Hoja del árbol y veloz navío
Que navega este mar á tierra extraña;
Un punto indivisible, un breve sueño,
Corrido sueño y muerte prolongada
Es la vida del hombre desabrida.
¡Miserable de mí! si es tan pequeño
El curso de mi edad, que es casi nada,
¿Por qué pasé tan mal tan corta vida?

ACTO TERCERO.

Sale un ejército de SOLDADOS *en órden de guerra, y el parche tocando delante, detrás* DOS CAPITANES.

CAPITAN 1.°

Rimbombe el son del sonoroso parche,
Publicando el motin que se ha movido.

CAPITAN 2.°

El ejército quiere que elijamos
Emperador que ampare nuestra Iglesia.

CAPITAN 1.°

Desnúdese la púrpura Mauricio,
Y muera en su vejez su infame vicio.

Tocan cajas, y sale LEONCIO, *vestido de pieles, con la rueca.*

LEONCIO.

Romanos, capitanes del ejército,
Los que siempre mostrasteis vuestros ánimos
En casos de fortuna adversa ó próspera;
Soldados valerosos, que el imperio
Teneis en vuestros hombros, conservándole
Contra las fuerzas de naciones varias,
Mirad de la fortuna el espectáculo,
Que á las entrañas de los montes ásperos
Enternecer podrá, causando lástimas;
Contemplad la ruina y la miseria
De un hombre què se vido en los Elíseos,
Y resbalando por los aires lóbregos,
Al abismo bajó, profundo y cóncavo;
Estimado me he visto entre los césares,
Que solo me faltó vestir la púrpura,
Y agora entre las bestias mas selváticas,
Alimentos me dan silvestres árboles;
Leoncio soy, si duran las reliquias
Deste nombre infelice en las memorias;
Miradme, si podeis no dando lágrimas;
Contemplad de mi vida el caso trágico.
Yo fui el que vencí los medos y árabes,
Yo puse el yugo en la cerviz indómita
De los partos feroces y los vándalos,
Y del imperio dilaté los límites;
Un segundo Jason del mar Océano
Me llamaron á mí los fuertes húngaros,
Y vosotros, un Hércules católico,
Que al mundo daba vueltas, hecho un émulo
Del sol, que vueltas da por los dos trópicos;
Mas ya despues que el número infinito
De los persas venció nuestros ejércitos,
Lloro mi afrenta triste y melancólica
Veis aquí el prémio de mis nobles méritos.
Este es el triunfo raro y honorífico,
(*Saca la rueca.*)
Este es el galardon que dan los príncipes;
A aqueste corazon, que con espíritu
Pensaba de imitar á los etíopes,
Con esta débil rueca se vió en público.
Capitanes invictos y magnánimos,
¿Qué premios esperais de un rey colérico?
Agravio es vuestro, y yo muero llorándolo;
Si aunque el mundo venzais del Austro al Ártico,
Y de nuevo ceñis á los antípodas,
Discrepando una vez de casos prósperos,
Mi afrenta habeis de ver en vuestros ánimos;
¿No os lastima mi mal? No os causa cólera?
No altera vuestra sangre esta ignominia?
No lloran vuestros ojos, apiadándose?
No late el corazon sus alas próvidas?
En vuestros pechos fuertes, ya tan fáciles,
Si ya el Emperador es otro Cómodo,
E imita con sus vicios á Heliogábalo,
¿Qué esperais, capitanes, defendiéndole?
Elegid, elegid otro pacífico,
Justiciero, clemente, afable y próspero;
Mauricio en el gobierno está decrépito,
Aunque en la vida sigue á los soberbios;
Mírenme todos ya, compadeciéndose,
Vestido de unas pieles, como sátiro,
Huyendo de las gentes mas que un bárbaro.
Eximid, eximid nuestra república
Del tirano poder de aqueste sátrapa,
Que á Roma desampara y al Pontífice.
¡Viva la gloria del eterno Artífice!

CAPITAN 1.°

¡Viva Leoncio, désele el imperio,
La púrpura se vista!

TODOS.

¡Viva, viva!

CAPITAN 2.°

Mauricio es avariento y no nos paga;
Un soldado queremos que gobierne
El imperio de Oriente.

TODOS.

¡Viva, viva!

LEONCIO.

Ejército romano, yo no pido
Que cargueis esa máquina en mis hombros;
No soy Hércules yo, no soy Atlante,
Que sufra tanto peso en mis espaldas.

TODOS.

A Leoncio queremos.

CAPITAN 1.°

El ejército
Da voces eligiéndote; corona
Tus sienes de laurel, púrpura viste.
(*Pónenle una corona de laurel, y levántanle en hombros.*)

LEONCIO.

¿En efecto el ejército me elige?

TODOS.

Sí.

LEONCIO.

¿Soy emperador?

TODOS.

¡Viva Leoncio!

LEONCIO.

Pues que ya de comun consentimiento
El imperio me dais, y yo lo aceto,
Lo primero que mando es, que Leon- [cio
No viva ya afrentado, y á mi cargo
Tomo su agravio y honra su persona
Por leal al imperio le declaro;
Y pues no tuvo culpa en ser vencido,
Baston de general le restituyo;
¿Venis en ello?

CAPITAN 2.°

Siendo tú Leoncio,
Y siendo emperador, venga tu agravio.

LEONCIO.

No es bien que emperador y alto mo- [narca
Satisfaga el agravio de Leoncio,
Y ya que general honrado vivo,
El imperio y la púrpura renuncio,
Porque el mundo no entienda que pre- [tendo
Riqueza ni interés, sino el bien públi- [co;
Otro elija el ejército, y rotulen
Mi nombre, pues venció mi ánimo al- [tivo.

(*Quítase la corona.*)

CAPITAN 1.°

¿Quién lo ha de ser?

SOLDADO 1.°

Justino.

CAPITAN 1.°

Es muy cobarde.

SOLDADO 2.°

Filipo es general.

CAPITAN 1.°

No querrá serlo.

CAPITAN 2.°

Germano Quinto sea.

SOLDADO 2.°

Es avariento.

CAPITAN 2.°

Persio Cuarto.

SOLDADO 2.°

Es loco.

LEONCIO.

Demetrio.

CAPITAN 1.°

Es muy cruel.

SOLDADO 1.°

Liberio.

SOLDADO 2.°

Es viejo.

LEONCIO.

Tómense votos, llámese á consejo.

(*Tocan cajas, y viene una águila volando, y trae una espada en los piés, y déjala caer en el tablado.*)

¿Quién ha visto prodigio semejante?
Un águila caudal entre las uñas
Una espada se lleva.

LEONCIO.

Ya la deja
En medio del ejército, y ligera,
La lóbrega region del aire corta,
Oponiéndose al sol con ojos firmes.
La espada milagrosa levantemos.

CAPITAN 2.°

Letras de oro en el pomo de la espada
Están grabadas.

LEONCIO.

Y dicen...

CAPITAN 2.°

Tenla y reina solo un dia.

LEONCIO.

¡Temeroso portento! La cuchilla
¿Qué tal es?

CAPITAN 1.°

En la vaina está aforrada;
Que mi fuerza no basta á desasilla.

CAPITAN 2.°

Pruebo á sacarla yo; ¡difícil caso!

LEONCIO.

Dámela á mí tambien; es imposible.—
Capitanes, ya entiendo este prodigio;
Esta espada se cuelgue deste árbol,
Y todos los soldados, uno á uno,
A quitarle la vaina lleguen luego,
Y aquel que desnudarla mereciere,
Es el dueño, sin duda, á quien el cielo
Esas letras escribe, y quien conviene
Que el imperio gobierne.

CAPITAN 1.°

Bien has dicho.
Pongámosla en los ramos deste árbol,
Y á recoger se toque porque lleguen
Los soldados al campo no vencido.

(*Tocan caja y cuelgan la espada.*)

¡Oh fortuna mudable! Ayuda ahora
Aqueste corazon, brazos y pecho,
¡Mal haya mi desdicha! no la arranca.

SOLDADO 1.°

Brazos y manos, yo seré Cósros,
Un Cébola he de ser, y he de quemaros
Si no la desnudais. ¡Ah, voto á Cristo!

SOLDADO 2.°

Hoy pienso renegar de mi fortuna
Si no la desenvaino. ¡Voto al cielo,
Que es arrancar un monte! Hoy reniego
Mil veces de mí mismo y de la espada.

CAPITAN 2.°

Aguila parda, que en tus uñas negras
Diste la espada, si eres algun diablo,
Vuelve por mí si no la desenvaino;
Mas ya puedes volver, que soy un puto.

Sale FÓCAS, *desnudo*, *con un cordel.*

FÓCAS.

¡Inconstante fortuna, cielo airado!
¿Qué pretendes haber de un miserable,
Que en el mundo no cabe su desdicha?
¡Soberbio mar! ¿Por qué no me ane- [gaste
En las hinchadas olas que criaban
Tus espumas azules y salobres,
Cuando de tí nací, como otra Vénus?
¡Fieras del monte! ¿Cómo me negas- [tes
El funesto sepulcro en las entrañas,
Cuando leche me distes desabrida?
Nunca sintiera tanto la miseria
En que ahora he venido, y no me viera
Aborrecido del linaje humano.
Árboles verdes, sustentad mi cuerpo;
Tú, lazo estrecho, aprieta mi garganta;
Ciega el órgano ya por donde espira
El pulgon deste cuerpo desdichado.

(*Pone el cordel en la rama, y échasele al pescuezo.*)

CAPITAN 1.°

¡Oh bárbaro sin fe! Esperad, ¿qué in- [tentas?

FÓCAS.

Dar desdichado fin á mis desdichas,
Rematar una vida lastimosa,
Que aborrecen los hombres y los cielos.

CAPITAN 2.°

¿Por qué pierdes ahora la paciencia?

FÓCAS.

Porque naciendo, no conozco padres;
Porque viviendo, nunca tengo gusto;
Porque estando en los montes con po- [breza,
El pasado bochorno del estío
Y la nevada escarcha del enero,
A los palacios de Mauricio vine,
Y siendo de su mano regalado,
El Príncipe, invidiando mi desdicha,
Aun los pobres sayales me ha quitado,
Y me escapé, huyendo de la muerte.

LEONCIO.

Dinos tu nombre.

FÓCAS.

Yo me llamo Fócas.

LEONCIO.

Un hombre que nació tan infelice,
Algun suceso no pensado espera;
Llégate á desnudar aquella espada.

SOLDADO 1.° (*Ap.*)

¡Un bárbaro que está desesperado,
Y que casi le quitan de la horca,
Tambien ha de probar y entrar en suer- [te!

(*Desenvaina la espada, y suena dentro un trueno.*)

LEONCIO.

¡Válgame el cielo, qué prodigio extra- [ño!
¡Fócas emperador!

CAPITAN 1.°

El cielo quiere
Que emperador tengamos prodigioso.

SOLDADO 1.°

¡Fócas, víctor!

CAPITAN 2.°

Corónense sus sienes
Del precioso laurel que Roma estima.

SOLDADO 1.°

¡Víctor es Fócas!

(*Levántanle en hombros.*)

TODOS.

¡Viva, viva Fócas!

FÓCAS.

Soldados, capitanes valerosos,
¿Burlais de mí?

CAPITAN 1.°

No, tuyo es el imperio:
De púrpura te viste, y con diadema
Adorna la cabeza, que es del mundo;
De la silla quitemos á Mauricio.
Fócas la ocupe, y acometa el campo
A los muros que honró Constantinopla.

FÓCAS.

¡Cielos eternos! ¿Cómo teneis juntos
Los extremos mayores deste mundo?
¡Ah rueda de fortuna variable,
Vueltas extrañas das! Tente, fortuna.
¿Emperador soy ya?

TODOS.

Sí; ¡viva Fócas!

FÓCAS.

Mauricio ¿no lo es?

TODOS.

¡Muera Mauricio!

FÓCAS.

Ya aceto; acometamos al palacio,
Porque quiero emprender la monar- [quía,
Aunque me dure solo un breve dia.

(*Llévanle en hombros los soldados.*)

LEONCIO.

Aunque á Mauricio persigo,
Me desmaya y desatina
Su riguroso castigo;
Que al bien nacido lastima
El daño de su enemigo.
Dejar pienso descuidado
El ejército alterado;
Que todo lo que es mal hecho,
Aunque venga en su provecho,
Le aborrece el que es honrado

Sale HERACLIO.

HERÁCLIO.

¿Quién gobierna en el real?

LEONCIO.

Yo; ¿hete parecido mal?

HERÁCLIO.

Tu persona, no tus pieles;
En ejércitos crueles
Una fiera es general.

LEONCIO.

¿Qué quieres?

HERÁCLIO.

Ser alistado.

LEONCIO.

¿Cansóte el ser labrador?

HERÁCLIO.

Siento en mí un ánimo honrado,
Y aspiro á mas.

LEONCIO.

Es valor;
Sígueme, nuevo soldado.

(*Vanse.*)

Salen EL EMPERADOR MAURICIO Y EL PRÍNCIPE TEODOSIO.

PRÍNCIPE.

De emperador inhumano,
Y no de padre piadoso,
Es tu amor.

EMPERADOR.

Es cortesano;
No vivas tan invidioso
De Filipo y de un villano,
Porque dar algun favor
A un soldado, á un labrador,
Es premio y es regocijo;
No por eso para el hijo
Me ha de faltar el amor.
Mis regalos no merecen
Tu perversa condicion,
Pues cuando el hijo parece
Que sigue su inclinacion,
Aun el padre le aborrece.

PRÍNCIPE.

¿Yo soy tu hijo?

EMPERADOR.

Te crio
Por tal, y en tu madre fio;
Si la Emperatriz no fuera
Tu propia madre, creyera
Que no eras tú hijo mio;
Ella es santa y te parió;
Pero á tu padre pareces,
Porque soy muy malo yo.

PRÍNCIPE.

Un hijo al fin aborreces
Que siempre te aborreció.

EMPERADOR.

¿Me aborreces?

PRÍNCIPE.

Sí, y desea
Mi corazon...

EMPERADOR.

¿Qué?

PRÍNCIPE.

Tener
Tu mismo imperio.

EMPERADOR.

Ansí sea;
Pero si malo has de ser,
Hecho pedazos te vea.

(*Tocan á rebato.*)

Sale FILIPO, *alborotado.*

FILIPO.

César invicto, tu peligro nota,
Que eres hombre, aunque rey; teme la [muerte;
Que el ejército infame se alborota,
Y el vulgo novelero ha de ofenderte,
Perdida la vergüenza, y la fe rota;
¿Quién puede resistillos? Huye, ad-
Que el animoso prevenido tarde [vierte
Hace al valiente tímido, cobarde.
El confuso tropel desordenado
Al que tiene tu voz derriba y mata;
El erario comun ha despojado,
Que es prodigio el amor de ajena plata.
Con cólera y furor desenfrenado
Alcázares derriba y desbarata.
En efecto, Señor, sus viles bocas
Callan tu nombre y apellidan Fócas.
El vulgo, como toro, en voz del Papa,
Te viene á cometer; no son eternos
Los reyes; si no es Dios, nadie se es- [capa;
Sacude por los hombros los gobiernos.
El mundo universal sirve de capa.
Has dejado el imperio entre los cuernos;
Correr podrás sin carga tan pesada;
Que el mas dulce reinar es tener vida.

EMPERADOR.

Ampara al que te engendró,
Templa esas entrañas fieras.

PRÍNCIPE.

Fénix seré César yo;
Que he menester que tú mueras
Porque empiece á vivir yo.

EMPERADOR.

Hijo, en tu amparo me fundo.

PRÍNCIPE.

Soy un Hércules segundo,
Tú viejo Atlante, y por eso
Te quiero quitar el peso
De la máquina del mundo;
Sin duda el vulgo desea
Que emperador venga á ser.

EMPERADOR.

Plega al cielo que ansí sea;
Pero si malo has de ser,
Hecho pedazos te vea.—
Filipo, pues me tuviste
Siempre, como noble, amor,
El ejército resiste.

FILIPO.

Escóndete ya, Señor;
Que tus palacios embiste.

(*Vase el Emperador, y tocan al arma.*)

Salen á la puerta ALGUNOS SOLDADOS, *y Filipo los detiene.*

¡Pueblo ciego y atrevido!
¿No veis que traicion ha sido?

SOLDADO 1.°

La libertad se desea.

FILIPO.

El Rey, aunque malo sea,
Ha de ser obedecido;
¿Por qué la espada se toma
Contra nuestro emperador?

SOLDADO 2.°

Porque con tributo toma
La gente, y no dió favor
Al pontífice de Roma.

FILIPO.

Ya la dió, volvéos atrás.

Sale EL EMPERADOR, *y retírales.*

Señor, ¿adónde te vas?

EMPERADOR.

Aunque huyendo ansí me fuí,
Confuso me vuelvo atrás;
Que no advierto ni serás... (*Vase.*)

SOLDADO 1.°

Prenderle tenemos.

FILIPO.

Antes
Con sangre habeis de ablandar
Esos pechos de diamantes.

SOLDADO 2.°

Serviráno sde incitar;
Que somos como elefantes.

FILIPO.

Tente, ejército cruel:
Que he de morir antes que él.—
Huye; ¿no ves lo que pasa?

Retíralos, y sale EL EMPERADOR MAURICIO.

EMPERADOR.

¿Es laberinto mi casa,
Que no acierto á salir dél?
Huyo, y me vuelvo turbado
Al mismo puesto; ¡ay de mí,
Pecador y desdichado! (*Vase.*)

FILIPO.

Soldados, vengo yo ansí
Porque es de Dios solo el dado;
Y aquel rigor y malicia
Con máscara de justicia
Os ha cubierto los ojos;
Quebrad en estos despojos
(*Vales dando la capa y la ropilla, una cadena, las sortijas y la bolsa.*)
La cólera y la codicia;
Templad, templad vuestros pechos.
Saquen estos eslabones
Lumbre de fe en vuestros pechos.—

Torna á salir EL EMPERADOR MAURICIO.

¿En el peligro te pones?
Escóndete en este estrecho;
Húye, Señor, de palacio
Mientras que yo los regracio.—
Tomad, Tomad.

SOLDADO 2.°

Vuelta al juego.

(*Vanse los soldados con las prendas.*)

EMPERADOR.

Huí de prisa, mas luego
Aquí me vuelvo despacio;
La majestad ofendida
De mi Dios me causa asombros.

FILIPO.

Sube en mi espalda atrevida;
Que Atlante serán mis ojos
De los cielos de tu vida;
Aunque me huelles y pises
A la parte que ir deseas,
Será con que me avises
Que soy católico Enéas
De un viejo y cristiano Anquises;
Tu libertad así fundo,
Huyendo irémos los dos,
Pues soy Cristóbal segundo,
Y tú pareces á Dios,
Porque pesas mas que un mundo;
Mover no puedo la planta;
(*Prueba andar con él á cuestas, y no puede.*)
¡Quién fuera agora Atalanta
O Dédalo en el andar!

EMPERADOR.

A quien Dios quiere humillar,
En vano el hombre levanta.

FILIPO.

Montes sustento pesados,
Y el dejarte me lastima
Entre bárbaros soldados.

EMPERADOR.

Bien dices; que traes encima
El monte de mis pecados.
Poco importa tu servicio,
Si la mudable fortuna
Me derriba, si es su oficio,
Y no basta una coluna
Para tan bajo edificio.
¿Qué confusos sobresaltos
Son estos? De mal tan fuerte
No estamos los reyes faltos;
Que es como el rayo la muerte,
Que rompe edificios altos.—

Salen LA EMPERATRIZ AURELIANA Y LA INFANTA TEODOLINDA.

¡Ay hija amada! Quisiera
Que el ejército tuviera
Benignidad de elefante,
Para ponerte delante,
Como inocente cordera;
Mas el lobo hace la presa
En el cordero mejor.—
Llévalas, Filipo, apriesa,
Y vivan por tu valor
La Emperatriz y Princesa.

EMPERATRIZ.

Huyamos, aunque primero,
Por si vives y yo muero,
Digo, Señor, que, temiendo
El caso que estamos viendo,
Aguardando tu heredero,
A Teodosio no parí;
Heráclio es él que he parido,
Que está en los montes; y ansí,
Porque sea conocido,
Tu sortija real le dí,
Y Heracliano le cria.
Perdona, y guárdete Dios.

EMPERADOR.

Extrañas nuevas me invia;
Procurad vida á los dos,
Y mejor que fué la mia.

EMPERATRIZ.

Véte, Señor, á esconder.

(*Abraza la emperatriz Aureliana al emperador Mauricio.*)

EMPERADOR.

No es posible lo que dices;
Soy árbol que en mal nacer
Eché en el mundo raíces,
Y no me puedo mover;
Rama deste tronco viejo,
¿Cómo tus brazos no toco?

(*Abraza á la hija.*)

INFANTA.

Abrazos y alma pretendo
Darte, siempre agradecida.

EMPERADOR.

Los brazos estáis haciendo
Puntales, porque es mi vida
Pared que se está cayendo.—
Llévalas, Filipo, luego;
Que en lágrimas las anego.

FILIPO.

Salgamos á las montañas.

INFANTA.

Bañando van mis entrañas
Montes de nieve y de fuego.

EMPERADOR.

La muerte habeis de temer,
Que es toro que está en la plaza,
Y yo la capa he de ser,
Que mientras me despedaza,
En cobro os podeis poner.

(*Vanse.*)

Sale FÓCAS, *y* LOS CAPITANES *y* SOLDADOS, Y EL PRÍNCIPE TEODOSIO, *y tocan cajas.*

CAPITAN 1.°

Todo el palacio rendido
Tienes ya

FÓCAS.

Verme deseo
De la púrpura vestido,
Ya que en la rueda me veo
De la fortuna subido.

CAPITAN 2.°

¿Cómo Mauricio no muere?

SOLDADO 1.°

Deja esa ropa; que quiere
Vestirla el Emperador.

EMPERADOR.

Si la merece mejor,
Dios le guarde y le prospere;
Cabeza he sido de Europa,
Mas á quitármela viene
El ejército de tropa,
Y hombre que cuerpo no tiene,
Bien podrá pasar sin ropa.

SOLDADO 2.°

Déjanos, Señor, ponerte
Esta ropa.

PRÍNCIPE.

¡Feliz suerte!

EMPERADOR.

Pues venis á desnudarme,
Bien cerca estoy de acostarme
En la cama de la muerte.

FÓCAS.

Para quitar la ocasion
De que se me atrevan otros,
Acabe la pretension
De aqueste, y á cuatro potros
Le ligad.

PRÍNCIPE.

Sucesos son
Y admiracion de soldados;
Pero los cielos pretenden
Que mueran despedazados
Hijos que la madre ofenden,
Soberbios y mal criados.

FÓCAS.

Pues que el imperio procura,
Désele esta muerte dura;
Que estando ansí dividido
Todo el reino y adquirido,
Vendrá á ser su sepultura.

EMPERADOR.

Hijo, si mueres, advierte
Que á Dios lágrimas le dés;
Que quien muere desta suerte,
Cisne desta márgen es,
Que da música á la muerte.

PRÍNCIPE.

Si sus obsequias cantando
Muere el cisne, yo hombre soy,
Que nace y muere llorando.

FÓCAS.

Mi tapete has de ser hoy,
Porque quiero pisar blando.
No quiero alfombra ninguna;
Que en tu vejez importuna
Quiero que estriben mis piés,
En señal de que esta es
La Rueda de la fortuna.

EMPERADOR.

Soberbio en tu trono estuve,
Y Dios, que es investigable,
Hoy me derriba y te sube.
¡Antídoto saludable
De la soberbia que tuve!
Un soberbio emperador
Tenga la pena y molestia
De Nabucodonosor;
Que es bien que padezca bestia
El hombre que es pecador.

(*Échase á los piés de Fócas.*)

FÓCAS.

Si un Alejandro esculpido
El mundo en el pié ha tenido,
A ser mas eterno vengo;
Que el mundo en las manos tengo,
Y á los piés quien le ha regido.
¡Oh tragedia nunca oida!
¡Fortuna descomedida!
¡Confusion de Babilonia!
Basta ya esta cerimonia;
Quitalde la vieja vida,
Atravesalde en el pecho
Esta. (*Dale la espada.*)

EMPERADOR.

Labrador bizarro,
¿Por qué tanto mal me has hecho?
Pero, como soy de barro,
Fácilmente me has deshecho;
Con regalos, con terneza
Tu extraña naturaleza
Traté, bien podrás decillo;
Mas ¡ay! que afilé el cuchillo
Para cortar mi cabeza.

FÓCAS.

Tén paciencia; Dios lo ordena
Por sus secretos juicios.

EMPERADOR.

Su madre, de gracia llena,
Alcance dél que mis vicios
Se purguen con esta pena.

HERÁCLIO. (*Ap.*)

Su muerte está recelando
Mi triste imaginacion;
Los ojos están llorando,
Pulsando está el corazon,
Los brazos están temblando.
¿Qué es aquesto? ¿Ajeno mal
Me lastima desta suerte?
¿O es el temor natural
Con que acobarda la muerte
El ánima racional?

SOLDADO 2.°

¿Cómo lloras tú, criatura?

HERÁCLIO.

El no llorar ni gemir
Mirando una sepultura
O viendo un hombre morir,
No es valor, sino locura.

FÓCAS.

Con un aplauso pomposo
Publicad que soy del suelo
Emperador prodigioso,
Y si espada me da el cielo,
Conviene ser religioso.

(*Sacan al emperador Mauricio, atravesado con la espada.*)

SOLDADO 2.°

Ya está el pecho atravesado.

FÓCAS.

Muera, solo porque sea
Hasta en morir desgraciado,
Y solo su muerte vea
Ese villano ó soldado.

(*Vanse, y quedan el emperador Mauricio y Heráclio.*)

EMPERADOR.

Gracias á Dios podré dar,
Pues debiéndote esta muerte,
Hayas venido á cobrar,
Porque no hay dolor mas fuerte
Que es deber y no pagar;

Vida á censo le he pedido,
Porque mas que pobre he sido;
Mas, pues eres liberal
Y te pago el principal,
Hazme suelta en lo corrido;
Y si quieres ser pagado
Por entero, dame luz
Para buscarlo prestado
En el banco de la cruz,
Donde estoy acreditado.

HERÁCLIO.

Viendo su sangre vertida,
Y con lastimosas penas
La que a mi cuerpo da vida,
Siento alteradas las venas,
Aunque no soy su homicida.

EMPERADOR.

¿Qué es aquesto, muerte airada,
Que, siendo tú tan impía,
Asombras imaginada,
Y con verte cada dia
Te tenemos olvidada?
Eres cierta, eres dudosa,
Soberbia, fuerte, animosa,
Al mismo Dios atrevida,
Y el que viviendo lo olvida,
Te halla mas peligrosa.

HERÁCLIO.

Señor, á vuestra flaqueza
Sirva de ánimo mi pecho,
De consuelo mi tristeza,
Mis brazos sirvan de lecho,
De almohada mi cabeza;
En tal ansia y agonía
Tened en mí compañía;
No murais solo, Señor;
Que es la desdicha mayor
Que Dios en la muerte envia.

EMPERADOR.

Yo quisiera agradecerte
Este favor que me has dado;
¿Quién eres, que en solo verte,
Parece que me has dorado
La píldora de la muerte?
Compadécete de mí,
Que soy viejo, y mozo fuí,
Y una residencia espero;
Que he sido rey, aunque muero
Tan pobre como nací.
¿Quién eres?

HERÁCLIO.

Soy un villano
Labrador.

EMPERADOR.

Cualquier cristiano
Un labrador de Dios es,
Y las obras son la miés,
Una es paja y otra es grano;
¿Cuál tendré de aquestas dos?
Paja podrá decir Roma.

HERÁCLIO.

Tambien tendréis grano vos,
En que pique la paloma
Del espíritu de Dios.

EMPERADOR.

Dime ya tu nombre, hermano.

HERÁCLIO.

Heráclio.

EMPERADOR.

¿Quién te crió?

HERÁCLIO.

El famoso Heracliano.

EMPERADOR.

¡Válgame Dios! ¿quién te dió
La sortija desta mano?

HERÁCLIO.

La Emperatriz, mi señora.

EMPERADOR.

Calla, Heráclio, calla; ahora
El alma me ha desmayado
Este gusto demasiado. (*Desmáyase.*)

HERÁCLIO.

¡Qué tiernamente que llora!
Y para mas lastimarme,
Quedó del hablar ya falto.

EMPERADOR.

Viendo la muerte tardar,
Ha llamado al sobresalto
Para acabar de matarme.
¿Qué dices, Heráclio? Calla,
Porque breve vida siento;
La muerte quiere quitalla,
Y la defiende el contento,
Y están los dos en batalla.
¿Tú eres Heráclio?

HERÁCLIO.

Yo soy.

EMPERADOR.

¿Que así á conocerte vengo?
Mi Heraclio, muy pobre estoy,
Un hora de vida tengo,
En albricias te la doy;
Y ¿he de morir? No me aflijo;
Abrázame.

HERÁCLIO.

¡Qué aficion!

EMPERADOR.

Tú sin duda eres mi hijo,
Que lo dice el corazon
Con último regocijo;
Como en mi pecho te pones,
Y juntos los corazones,
De sentir sus movimientos,
Conozco tus pensamientos
Y sé tus inclinaciones;
¿No sientes que eres mi hijo?

HERÁCLIO.

Muéstraslo, á mi parecer,
En morir con regocijo,
Y yo lo doy á entender.

EMPERADOR.

¿Tu sangre, Heráclio, no siente
La alteracion de mi pecho,
Viendo su imágen presente?
Dame ya un abrazo estrecho
Para morir dulcemente.
La muerte me martiriza;
Que en desdichas fénix soy,
Y en tí mi fe se eterniza,
Porque has venido á ser hoy
Gusano de mi ceniza.
Por librarte y defenderte
Entre montes te han criado;
Vive encubierto, y advierte
Que aborrezcas el pecado,
Que fué causa de mi muerte.
Si el imperio pretendieres
Y la púrpura vistieres,
Ampara como á cristiano
Al pontífice romano
Cuando en peligro le vieres;
Que es la llave que abrir sabe
El arca en que Cristo cabe;
Y así, guardarla conviene,
Porque, si guardarnos tiene,
¿Cómo puede abrir la llave?
Nunca tengas olvidada
La muerte y eterno abismo,
Pues tu principio es de nada,
Y has de volver á ese mismo
En el fin de la jornada.
El mundo es mar que anegando
Anda aquel que á Dios no halla;
No peques pues, y en pecando,
La penitencia es la tabla
En que has de salir nadando.
Toma siempre el buen consejo,
Honra al clérigo y al viejo,
Reparte á pobres tus bienes,
Y por si soberbia tienes,
Pobre y humilde te dejo;
Castiga al que lo merece,
No pongas mucho tributo;
Que mas en Dios resplandece.
Infeliz puedes llamarme,
Y en la desdicha imitarme,
Que un mundo te pude dar
Ayer, y hoy has de buscar
Limosna para enterrarme.

HERÁCLIO.

Señor, bendicion te pido,
Ya que en la voz y en el tacto
Por Jacob me has conocido.

EMPERADOR.

Dios te bendiga.

HERÁCLIO.

Aquí estoy
Para un pecho endurecido.

EMPERADOR.

Abrázame ya; que entiendo
Que con el grave dolor
El alma se va saliendo. —
En vuestras manos, Señor,
Este espíritu encomiendo.

(*Abrázanse, y queda muerto el emperador Mauricio, y tocan dentro flautas ó la música que hubiere.*)

HERÁCLIO.

¡Ay años bien fenecidos!
¡Cuerpo helado y sin sentidos!
Voces te he de dar; perdona,
Que pienso, como leona,
Resucitarte á bramidos.
Dísteme el ser de criatura,
Y yo quisiera pagarte;
Mas es tal mi desventura,
Que lo mas que puedo darte
Es la pobre sepultura.

(*Vase, llevando el cuerpo.*)

Sale MITILENE Y HERACLIANO.

HERACLIANO.

¡Gran mal!

MITILENE.

¿Si es nueva dudosa?

HERACLIANO.

La fama de nuevas malas
Tiene ligeras las alas,
Y es la del bien perezosa.

MITILENE.

Llegarémos á los muros.

HERACLIANO.

Como padre y como viejo,
Ni lo mando ni aconsejo;
Que no estarémos seguros.

Salen FILIPO, LA INFANTA TEODOLINDA Y LA EMPERATRIZ AURELIANA.

FILIPO.

¿Vienes cansada?

INFANTA.

De suerte,
Que me ha faltado el aliento.

EMPERATRIZ.

Y yo mil desmayos siento.

FILIPO.

¿Son de hambre?

EMPERATRIZ.

Son de muerte.

INFANTA.
Filipo, ¿dónde nos llevas?
Que pasar de aquí es gran yerro.
FILIPO.
En la falda deste cerro
Hay, Señora, algunas cuevas;
En ellas podeis estar
Recatadas y escondidas,
Para conservar las vidas,
Que el mundo os quiere quitar.
HERACLIANO.
¡Oh, mi Señora!
INFANTA.
Los cielos
A Mitilene han traido,
Porque matarme han querido
Con hambre, temor y celos.
HERACLIANO.
¿Dónde vas?
EMPERATRIZ.
Voy temiendo
El ejército alterado,
¿Y mi Heráclio...?
HERACLIANO.
A ser soldado
Se me ha venido huyendo;
Que sigue su inclinacion.
MITILENE.
Dame tus manos.
EMPERATRIZ.
Los brazos
Te he de dar.
FILIPO.
Y serán lazos
De mi amorosa prision;
Bien os podeis esconder
De una escuadra desmandada.
EMPERATRIZ.
Filipo, voy desmayada.
(*Vanse todos, menos Filipo.*)
FILIPO.
Yo buscaré de comer;
No sé si acertado sea
Ir por ello á la ciudad;
No, porque es temeridad,
Mejor será alguna aldea;
Pero ¿cómo, si he quedado
Sin dinero ni vestidos,
Que todo lo he repartido
En el motin? ¡cielo airado!
¿Qué mudanza es la que miro?
En un hora tanto mal:
Ya Alejandro liberal,
Ya mas pobre que Buiro.

Salen LEONCIO *y* DOS SOLDADOS.

LEONCIO.
Que me aflige el alma, os digo,
Y no es de hombre el corazon
Que no tiene compasion
Viendo muerto á su enemigo.
FILIPO.
Leoncio, mi amigo, viene,
Baston trae de general,
No dudo que en el real
Sus cargos antiguos tiene;
Tal estoy, y á tiempo viene
Que puede ser liberal;
Pero mil vueltas ha dado
En su estado, y yo no sé
Si el amistad y la fe
Se mudan con el estado.
Quiero llegar embozado,
Porque el que pide importuna,
Y no hay miseria ninguna
A que ya puede venir,
Pues la mayor es pedir
A *Rueda de la fortuna.*—
Caballero, mi esperanza
Es teatro en quien me fundo
Represente su mudanza,
Yo el personaje segundo
De la comedia *Privanza;*
Yo representé un leal,
Luego un capitan triunfando,
Y despues un general,
Y ya estoy representando
Un pobre á lo natural;
Fuí leal porque serví,
Vencí por llegar á tiempo,
Y triunfé porque vencí,
Y en un minuto de tiempo
Muy rico y pobre me vi;
Representé un vencedor
En la jornada primera,
Y aquesta, que es la postrera,
Represente lo peor;
Si muero desta caida,
Será mi vida tragedia
En desgracia fenecida;
¡Quiera Dios hacer comedia
Del discurso de mi vida!
Hoy tengo á quien sustentar;
Aunque es justo el recebir,
Tanto en el dar suelo hallar,
Que, con ser muerte el pedir,
Vengo á pedir para dar;
Dió siempre y jamás pidió
La familia que alimento;
Y así, soy cigüeña yo,
Que quiero darle sustento
Al mismo que me le dió;
Y si es pedir un estrecho
Que la sangre hace sudar,
Un pelícano me ha hecho,
Pues que quiero alimentar
Con la sangre de mi pecho;
Como el mundo es un tablero,
En que no hay persona alguna
Que no juegue y sea tercero,
El naipe, que es la fortuna,
Me dijo muy bien primero.
Pude al principio ganar;
No me quise levantar,
Perdí todo el resto junto,
Y estoy esperando punto
Para poderme esquitar.
LEONCIO.
Mucho tu desdicha siento;
Que en el teatro violento
Deste mundo y sus locuras
Hice tus mismas figuras,
Que yo tambien represento.
Jugué, ganaba, perdí,
Otro mi resto ganó,
Mas barato le pedí;
Y ansí, con lo que me dió,
Al juego otra vez volví;
Suertes he empezado á hacer,
Aunque, temiendo perder
El naipe de la fortuna,
No quise parar á una,
Que emperador pude ser;
Quiséme al fin levantar,
Y en barato te he de dar
Lo mismo que recibí,
Cuando otra vez lo pedí
Para volverme á jugar;
Yo recibí buena obra,
Y Dios me la dió en empeño;
Pagar quiero, tú la cobra,
Porque el hombre pobre es dueño
De lo que al rico le sobra.
Aunque nos parecen dadas
Las limosnas, son prestadas;
Como arcaduces vivimos,
Que damos y recibimos,
Y andan las suertes trocadas.
(*Ap.* Este tiene calidad,
Y á Filipo me parece;
Saber tengo si es verdad;
Que una industria se me ofrece
Para probar su lealtad) (*Vase.*)
FILIPO.
Las prendas mismas me ha dado
Que en las montañas dí yo,
A él fué sin duda el soldado
Que limosna le dí yo,
O mejor diré, prestado;
En todo lo he de imitar,
En el dar y en el recibir,
En el subir y bajar;
Él me ha enseñado á pedir,
Y yo le he enseñado á dar.

Salen HERACLIANO, LA EMPERATRIZ AURELIANA Y LA INFANTA TEODOLINDA.

Llamar quiero á Heracliano,
Que vaya á comprar comida.
HERACLIANO.
Mejor estás escondida;
No salgas, que es muy temprano.
FILIPO.
¡Ah, Señora! ¿Dónde vais?
¿No advertis que no es cordura,
Siendo secreta y segura
Esta cueva donde estáis?
MITILENE.
Viéndola en tantos temores,
De su lado no me aparto.
EMPERATRIZ.
Soy como mujer de parto,
Que me inquietan los dolores.
INFANTA.
Yo consuelo sus enojos
Llorando; que al alma vuelvo
La razon, y la resuelvo
En lágrimas de mis ojos.

Salen LEONCIO, *con* SOLDADOS *con alabardas.*

LEONCIO.
¿Venis ya bien advertidos?
SOLDADO 1.°
Sí, Señor.
LEONCIO.
Yo he de esperar,
Y el suceso he de mirar
Entre estos sauces crecidos.
SOLDADO 2.°
Filipo, el Emperador
Tu vida y honra perdona,
Y has de elegir la persona
Que quisieres.
HERACLIANO.
Gran error
Fué salirnos de las cuevas.
SOLDADO 2.°
Escoge pues, si ha de ser
Vida de alguna mujer
Desas que contigo llevas.
FILIPO.
Y cuando yo haya elegido,
¿Han de morir las demás?
SOLDADO 2.°
Sin cabezas las verás.
FILIPO.
¡Oh, qué riguroso ha sido!
Pero desta vez procuro
Defenderlas con mi muerte.

SOLDADO 2.°

No es posible defenderte;
Somos muchos, somos ciento;
Mira la que has de elegir;
Que esta es *Rueda de fortuna.*

FILIPO.

¡Que ha de vivir sola una,
Y las dos han de morir!
Confuso el alma me tiene;
Que la una es mi señora,
Otra me estima y adora,
Y yo adoro á Mitilene.
¡Oh qué extraña confusion!
¿Cuál dellas he de elegir?
Mejor me será morir
Que llegar á esta eleccion.

MITILENE.

Filipo, ¿qué te suspendes,
Pues que con armas estamos?

FILIPO.

No es cierto lo que pretendes;
La obligacion natural
Por la Emperatriz alega;
Por Mitilene me ruega
El amor, que es liberal;
Humano agradecimiento,
Defender quiero á la Infanta,
Que nunca de mí levanta
Los ojos del pensamiento.
Aquí mis ojos están
Como inciertos peregrinos
Que han hallado tres caminos,
Sin saber adónde van;
De mi confusion me admiro,
¿Qué he de hacer? Dios me resuelva;
No sé á qué parte me vuelva
Cuando á todas tres las miro.

INFANTA.

Si en el alma que te adora
Hay fuerza alguna que cuadre,
Filipo, yo tengo madre,
Y advierte que es tu señora.
La Emperatriz tenga vida,
Y tú, que en su amparo vienes,
Has de elegirla, si tienes
Honra y alma agradecida.
Muera yo, y mi madre viva;
¿Qué dudas en la eleccion?
Si no es que alguna aficion
Del ser racional te priva.

FILIPO.

Dices, Señora, verdad.
Su vida libre ha de ser;
Viva, porque ha de vencer
A la aficion la lealtad;
Mas ¿podré librar á dos,
Aunque yo venga á morir?

SOLDADO 2.°

¿Dos vidas, dice, elegis?
Haz tu gusto.

FILIPO.

¡Santo Dios!
Otra confusion me viene,
Que á la razon tiene presa,
Y no quiero á la Princesa
Porque quiero á Mitilene;
Si la Princesa me adora,
Mitilene me aborrece;
¿Cuál vida destas merece
Que muera por ella ahora?
De ambas estoy obligado,
Sin inclinarme á ninguna,
Agradecido con una,
Y con otra enamorado;
Y ¡qué dudosa carrera!
Qué confuso mar inquieto,
Donde el hombre mas discreto
Casi anegado se viera!
Los ojos y el corazon
Mitilene me arrebata,
Hallo luego el alma ingrata
Y me llamo á la razon;
Yo me voy determinando,
Y por solo agradecer,
He de morir y perder
A la que estoy adorando;
Y á Mitilene gallarda
Me resuelvo en lo mejor,
Y aunque me niega el amor,
La ingratitud me acobarda.
Viva la Infanta, y perdona;
Que contigo he de morir.

MITILENE.

Has acertado á elegir,
Como noble.

LEONCIO.

Una corona
Merecerá tu lealtad,
Y la vida que yo tengo
Es de todas, y ansí vengo
Humilde á tu majestad;
Mauricio es muerto, mas tanto
Su muerte se ha de estimar,
Que se puede celebrar,
Pues que murió siendo santo.
Tras la noche del morir
Salió el alma con el alba,
Riyóse el cielo, y con salva
Dios le salió á recebir.
Mártir ha sido, y prometo
Que en mí no ha caido culpa;
Que el ejército disculpa
Mi buen celo.

EMPERATRIZ.

¿Que en efeto
El Emperador murió?
¡Ay extraña desventura!
¿Cómo podré estar sigura?

LEONCIO.

Sí podrás, viviendo yo;
Moriré en vuestra defensa.

EMPERATRIZ.

Mis prodigios se cumplieron;
Secretos misterios fueron
De la Majestad inmensa.

Sale CÓSROES, *caballero.*

CÓSROES.

Soldados y capitanes
Del ejército romano,
Los que sujetais al mundo
Desde el Antártico al Austro,
Los que bárbaras naciones
Estáis siempre conquistando;
Egipcios, tártaros, medos,
Calibes y garamantos,
Y otros godos, indios negros,
Alarbes, persas y partos,
Masejetes y argatisos,
Citas, armenios y francos;
Los que teneis todo el orbe
Lleno de vuestros soldados,
De los campos Aberinos
Hasta los Elíseos campos;
Pues sois señores del mundo,
Eligiendo con aplauso
Emperadores de Oriente,
Y del Ocidente echarlos;
Escuchadme, yo soy perso,
Y vengo desafiando
A Leoncio, general;
Del ejército gallardo
De Persia vino vencido;
Que la fuerza de mis brazos
No pudieron resistir
El poderoso contrario.
Robónos el sol hermoso
Del ejército persiano,
Que el príncipe de aquel reino
Aquiles fué de sus rayos.
La gallarda Mitilene
A los persas ha faltado,
Y á la pérdida no iguala
La vitoria que alcanzaron;
Restitúyanos la dama
Que ya el orbe ha eternizado,
Y yo quiero conquistalla
Cuerpo á cuerpo, salga al campo;
Si no aceta el desafío,
Délla á rescate, que traigo
Valor y precio por ella,
Que un reino no vale tanto:
Doce caballos famosos,
Que en Lidia los engendraron
En doce tártaras yeguas
Los vientos desenfrenados;
Bozales de plata y oro,
Mas no jaeces bordados,
Que en sus espaldas desnudas
Suben los persas bizarros;
Diez mil romanos cautivos,
Que cuando fué desdichado
Perdió su adversa fortuna,
Aunque su valor mostraron;
Traigo púrpura de Tiro,
Telas de Persia y Damasco,
Y vuestros Césares muertos
Traigo vivos de alabastro;
Entrégueme la cautiva
Que sol en Persia llamamos,
Reciba el rico rescate
O salga desafiado.

MITILENE.

Déjame á mí responder.—
Oye, persa temerario,
Que al general desafías,
Siendo un cruel estebano;
Si á Mitilene ha traido,
Venciólo como soldado,
Y como noble, le hizo
Que no recibiese agravio;
Si Persia tanto la estima,
Estimada está aquí en tanto,
Que es miserable el rescate
Que pródigo estás llamando;
No se aceta el desafío,
Porque el general romano,
Si no es con príncipe ó rey,
No puede salir al campo.

CÓSROES.

Pues yo, que le desafío,
Bien puedo desafiallo,
Que soy el príncipe persa.

MITILENE.

¡Gran Señor, querido hermano,
El alma triste me alegras,
Y ya te esperan mis brazos!

CÓSROES.

¡Oh famosa Mitilene,
Voy á dejar el caballo. (*Vase.*)

Salen LOS CAPITANES *tras* HERÁCLIO.

CAPITAN 2.°

Muera, muera, capitanes,
El atrevido villano
Que á Fócas ha dado muerte,
Y ya le lleva arrastrando.

CAPITAN 1.°

Si se esconde en esos montes
Se ha de librar, y es gallardo,
Que el ánimo y el temor
Son alas y vuelan tanto.

(*Súbese Heráclio á un montecillo.*)

LEONCIO.

¿Qué es esto que pretendeis?

CAPITAN 2.º

Dar á un mozo temerario
Mil muertes.

LEONCIO.

¿Qué ha cometido?

CAPITAN 2.º

Un delito extraordinario:
En el palacio imperial
Pudo entrar, y con un lazo
Puesto en el cuello de Fócas,
Salió del mismo palacio;
Muerte le dió, y su fortuna
Lugar y ocasion le ha dado
Para escaparse ligero
Del rigor de nuestras manos.

HERÁCLIO.

Soldados y capitanes
Que el orbe habeis conquistado,
¿No es deshonra que os gobierne
Un hombre desesperado,
Un bárbaro en las costumbres,
Mónstruo en las obras y trato,
Enemigo riguroso
De nuestro linaje humano?
Que le dí muerte confieso,
Porque con ella he vengado
La de Mauricio, mi padre;
Su hijo soy, no os dé espanto.
Hasta aquí viví encubierto
En casa de Heracliano;
La madre teneis presente
Deste corazon hidalgo;
Por propria naturaleza
Al imperio soy llamado.
Vida quiero, no el imperio,
Que es miserable teatro.

HERACLIANO.

Ejército valeroso,
La verdad os dice Heráclio;
La Emperatriz, mi señora,
Le ha tenido disfrazado,
Temiendo de la fortuna
Aquestos sucesos varios,
Que en su infeliz nacimiento
Los cielos pronosticaron.
Verdadero césar nuestro
Es sin duda, y está claro
Que la sangre generosa
Venga al padre desdichado.

(*Híncanse de rodillas al ejército la emperatriz Aureliana y la infanta Teodolinda.*)

EMPERATRIZ.

Si con los hombres piadosos
Pueden las mujeres algo,
Y lágrimas enternecen
Los corazones de mármol,
Una huérfana y viuda
Ahora os piden llorando
Piedad y vida de un hijo
Y de un infeliz hermano.
A mi esposo me quitasteis,
Que ya el cielo está pisando,
Pues que pagó con su muerte
Sus descuidos y pecados.
Ejército riguroso,
Capitanes y soldados,
Sargentos y centuriones,
General, maestre de campo,
Heráclio es mi propio hijo;
Sed clementes, sed humanos.

VOCES. (*Dentro.*)

¡Viva Heráclio! Viva Heráclio!

LEONCIO.

Entre el aire suenan voces.

VOCES. (*Dentro.*)

¡Viva Heráclio! Viva Heráclio!

LEONCIO.

Si ya su nombre celebran
Con voces los cielos santos,
Heráclio es emperador.

CAPITAN 1.º

¡Viva Heráclio!

CAPITAN 2.º

¡Viva Heráclio!

(*Desciende Heráclio del monte al tablado.*)

LEONCIO.

El rey no fué que de Fócas
Estaba pronosticado;
Rija Heráclio nuestro imperio.
¡Viva Heráclio!

TODOS.

¡Viva Heráclio!

(*Corónanle.*)

Sale CÓSROES.

CÓSROES.

Mi gallarda Mitilene,
¿Dónde estás? Dame tus brazos.

MITILENE.

Estoy, príncipe famoso,
Tu venida deseando.

CÓSROES.

¿Quién es el emperador?

MITILENE.

El que ahora han coronado.

CÓSROES.

Dale al príncipe de Persia
Las manos.

HERÁCLIO.

Felice caso;
Los brazos tengo de darte,
Y á Mitilene la mano
De esposo.

LEONCIO

No puede ser,
Porque la suya me ha dado.

MITILENE.

Leoncio, ¿qué estáis diciendo?

LEONCIO.

Con esta sortija hablo.
Por ella me prometiste,
Entre esos altos peñascos,
Cuando una vez te dí vida,
Que pidiese; ya ha llegado
El tiempo á la condicion;
Que no pierdes, y yo gano.

MITILENE.

¿Tu fuiste? ¡Válgame el cielo!
Obligada estoy y callo;
Digo que sí.

LEONCIO.

Pues ahora
Serás esposa de Heráclio;
Vencerme quiero á mí mismo.
Él es señor, yo criado,
Y él merece solamente
Ser tu esposo.

EMPERATRIZ.

¡Leal vasallo!—
Filipo, dale á la Infanta
La mano, pues has ganado
La honra que has de gozar.

FILIPO.

Dasme honor.

INFANTA.

Vivas mil años;
Y la historia prodigiosa
Aquí tiene fin, Senado,
No *La Rueda de fortuna*,
Porque siempre está rodando.

COMEDIA FAMOSA

TITULADA

GALAN, VALIENTE Y DISCRETO,

DEL DOCTOR MIRA DE MÉSCUA.

PERSONAS.

LA DUQUESA DE MÁNTUA.
PORCIA.
ELISA.
DON FADRIQUE.
RAMON.
DUQUE DE FERRARA.
DUQUE DE PARMA.
DUQUE DE URBINO.
FLORES.
UN MAESTRO.
DAMAS.—MÚSICOS.

JORNADA PRIMERA.

Salen LA DUQUESA Y PORCIA.

PORCIA.

Despues que murió tu hermano,
El silencio y la tristeza
Dan sombras á la belleza
De ese rostro soberano.
¿Cuando á Mántua has heredado
Vives con melancolía?

DUQUESA.

Sí; que es grande la porfía
De un desvelo y un cuidado.

PORCIA.

Dime, ¿qué cuidado fuerza
Tu desvelo y tu pesar?

DUQUESA.

El no inclinarme á casar,
Y haberlo de hacer por fuerza.

PORCIA.

Mudable es la inclinacion.

DUQUESA.

Hombres y bodas me ofenden;
Son muchos los que pretenden,
Y temo errar la eleccion.

Sale ELISA.

ELISA.

Un loquillo de buen gusto
Llevan á Florencia, y fuera
Quien algun placer te diera.

DUQUESA.

Cualquier loco me da susto;
Que pienso cada momento
Que se enfurece.

ELISA.

Imagino
Que es loco por un camino,
Que te puede dar contento;
Jugar sabe al ajedrez,
Y jugar contigo puede.

DUQUESA.

Si no es furioso, se quede.

PORCIA.

Ya habrá quien alguna vez
Te divierta.

DUQUESA.

Si el casarse
Es un vivir con morirse,
¿Por qué muerte ha de decirse
Aquello que es cautivarse?
Mal mi cuidado se olvida,
Porque es una accion incierta,
Que se yerra ó que se acierta
Por el tiempo de la vida.
El errar en otra accion
Disculpa suele tener;
Y así, en esta es menester
Mas cuidado que eleccion.

Sale FLORES, *de loco.*

FLORES.

Guarde Dios la buena gente,
Y guarde tambien la mala,
Por si hay della en esta sala;
Pero mi malicia miente,
Que entre damas tan hermosas
Cosa mala no se halló.
Pardiez, que á ser Páris yo,
Fuérades las tres las diosas.

DUQUESA.

La manzana ¿á quién se diera?

FLORES.

Para quitarme de dudas,
Si Páris las vió desnudas,
Ropa fuera, ropa fuera.

DUQUESA.

¿Cómo te llamas?

FLORES.

¿Quién vió
Tan necia pregunta? Di.
Otros me llaman á mí;
Que no he de llamarme yo.

DUQUESA.

Tu nombre pregunto, amigo.

FLORES.

¿Quién es un santo varon
Con esclavina y bordon,
Que trae un perro consigo
Con un pan, sin que le asombre
El verle una llaga aquí?

DUQUESA.

San Roque.

FLORES.

¿San Roque?

DUQUESA.

Sí.

FLORES.

Luego ¿ya sabeis mi nombre?

DUQUESA.

Y ¿de dónde eres?

FLORES.

No soy;
De la tierra solo he sido,
Pues de la tierra he salido,
Y á ella caminando voy.

PORCIA.

Sentencioso quiere ser.

ELISA.

Diz que es poeta, Señora;
Y sin sentidos un hora
Se está para componer
Sus metros.

DUQUESA.

Loco discreto,
Hazme unos versos á mí.

FLORES.

Siéntome pues, porque así
Quiero pensar un soneto.

PORCIA.

¿Si vino de Parma ayer?

DUQUESA.

Sí.

PORCIA.

Tres potentados son.

DUQUESA.

Don Fadrique de Aragon
Tambien viene á pretender.

PORCIA.
¿Quién es ese caballero?
DUQUESA.
Pobre, pero celebrado;
Noble, pero despreciado.
PORCIA.
¡Oh, qué malo es ese perro!
DUQUESA.
Deudo dicen que es cercano
Del rey de Nápoles, sol
De Italia.
PORCIA.
Medio español
Y medio napolitano,
Presumido y codicioso,
Tu estado pretenderá.
DUQUESA.
Hacer imagino ya
Un exámen riguroso
De todos mis pretendientes;
Ese loco ¿nos ha oido?
ELISA.
Él está muy divertido,
Y rumiando allá entre dientes
Sus consonantes.
DUQUESA.
Despeje.
FLORES.
Consonantes hay á boca,
Toca, loca, emboca, choca...
PORCIA.
¿Qué importará que le deje,
Si es loco y se divirtió?
DUQUESA.
Dices bien; que no embaraza.
FLORES.
Plaza, taza, calabaza,
Coroza, ¡coroza no!
DUQUESA.
Digo, Porcia, que me ofende
Ver que mis estados sean
Lo que estos hombres desean;
Pues ninguno me pretende
A mí por mí solamente.
Cuando mi hermano vivia,
¿Cómo entonces no tenia
Amante ni pretendiente?
Ello es codicia, y no amor,
Lo que á estos cuatro ha traido;
Imaginar que yo he sido
La deseada es error.
Una industria percibí:
Caprichosa quiero ser,
Si he de examinar y ver
Quién me quiere á mí por mí,
Y no por el grande estado.
PORCIA.
Dificultoso será,
Pues cada cual mostrará
Que ha venido enamorado;
Servir y galantear
Es fácil al que enamora,
Y muchas veces, Señora,
Vale mas fingir que amar;
¿Quién penetra la intencion,
Y cuáles ojos discretos
Son linces de los secretos
Que están en el corazon?
DUQUESA.
Porcia, muy posible es todo;
Humano lince he de ser,
Yo lo tengo de saber;
Escucha, sabrás el modo.
Las dos en grave clausura
Cerradas siempre nos vimos,
Y como dicen, vivimos
En hermosa sepultura.
Nadie me vió en la ciudad;
Si mis criados prevengo,
Logrado el capricho tengo
Con mucha facilidad.
Piense cualquiera que hoy
Ser mi pretensor profesa,
Que eres, Porcia, la Duquesa,
Y que yo la Porcia soy.
El papel de Serafina
Has de hacer cuando nos vean
Esos que á Mántua desean;
Y si alguno se me inclina
Como á Porcia y como á pobre,
Será amante verdadero,
Y tendrá el lugar primero,
Aunque hacienda no le sobre,
En aquesta pretension.
PORCIA.
¿Podrá estar secreto?
DUQUESA.
Sí,
Porque los hombres que á mí
Me conocen pocos son,
Y no saliendo de casa,
Con cuidado vivirémos,
Y mas, que nos parecemos
Algo las dos.
PORCIA.
¿Y si pasa
De nosotras el secreto?
DUQUESA.
Cuando esto se haya sabido,
Como dicen, ¿qué hay perdido,
Sino solo este conceto
Que formé? Pero verás
Cómo lo he de conseguir.
PORCIA.
Desde hoy empiezo á fingir.
DUQUESA.
Mas he pensado; oye mas:
Podré en cualquier ocasion
Que ellos se junten aquí,
Ser yo mas dueño de mí
Siendo la conversacion
Contigo; escuchando yo,
Podré mirar con efeto
Cuál es mas cuerdo y discreto.
Hasta ahora no se vió
Condicion como la mia;
El que inclinarme quisiere
Sea solo el que tuviere
Gala, ingenio y cortesía;
Con eminencia galan
Quiero que el amante sea,
Y en él la virtud se vea
Que en los diamantes, que están
Cuando brutos deslucidos,
Como piedras ordinarias,
Y visos de luces varias
Exhalan cuando pulidos.
Tambien le quiero valiente;
Que el ánimo y corazon
Dicen quién es el varon
Que debe ser eminente.
Con estas dos calidades
Satisfechos y advertidos
Quedan los ojos y oidos;
Pero si el ingenio añades,
Cesará el conocimiento
De mi noble inclinacion,
Pues será la discrecion
La luz del entendimiento.
PORCIA.
Y ¿cómo ha de ser, me di,
Que esa noticia tengamos?
DUQUESA.
Quiero que un festin hagamos
En casa esta noche; así,
Cogiéndolos sin pensar,
Cuál es mas galan verémos;
Que para los dos extremos
Que faltan, habrá lugar.
FLORES.
El soneto acabé; plaza,
Que mi musa no está loca;
«A la Duquesa alabará mi boca,
Si el cielo me la libra de mordaza.»
DUQUESA.
En verso medido empieza.—
Id delante y proseguid.
PORCIA.
Elisa y Porcia, venid.
DUQUESA.
Vaya al jardin vuestra alteza.
FLORES.
«¿Quién vió pálida flor de calabaza
Trepando por las puntas de una roca?»
DUQUESA.
Basta; ¡qué! ¿es verso?
PORCIA.
Agudeza
Es propia de locos.
DUQUESA.
Id
Vos delante, y proseguid.
PORCIA.
Vaya al jardin vuestra alteza.
(*Vanse.*)

Salen EL DUQUE DE URBINO, EL DE FÉRRARA Y EL DE PARMA.

FERRARA.
Hermosa es Mántua.
PARMA.
Es empeño,
De quien la fama ha salido.
URBINO.
Mi iman poderoso ha sido
La hermosura de su dueño;
Ella me trae solamente.
FERRARA.
¿La habeis visto?
URBINO.
Nunca.
FERRARA.
¿Pues?
URBINO.
Tan grande su fama es,
Que si en cuatro partes miente,
Le ha de quedar hermosura,
Para ser la mas hermosa
Vénus que tiñó la rosa
De carmin y sangre pura;
No ha sido en la antigüedad
Tan celebrada; de modo
Que, aunque no la imite en todo,
Será inmensa su beldad.
Las cosas grandes no pueden
Ser pintadas como son,
Porque á su misma opinion
Las mismas cosas se exceden.
Un ciego ver deseaba
El hermoso rosicler
Del sol, y para saber,
A todos lo preguntaba.
Cuál le pintaba y decia
Que era un orbe de luz varia,
Y singular luminaria,
Padre y principio del dia;
Cuál le figuraba que era
Una luz con movimiento,
Que á faltar conocimiento,
Por Dios adorada fuera.
Vió despues el arrebol
Celeste con regocijo;

«Nadie supo pintar, dijo,
Cómo es el sol, sino el sol.»
Así, cuando contemplemos
La hermosura y sol divino
De la Duquesa, imagino
Que admirándola, dirémos:
«¡Oh Vénus hermosa! Oh dama
Nacida de otras espumas!
Mudas lenguas, cortas plumas
Han sido las de la fama.
De la elocuencia y del arte
Poco encarecida fuiste;
Sola tú misma supiste
Describirte y alabarte.»

FERRARA.

Vos, señor duque de Urbino,
Ya tendréis noticia della;
Yo alabaré su luz bella
Por diferente camino.
Un hombre que deseaba
Casarse en otra ciudad,
Si no con curiosidad,
Con afecto preguntaba
A cuantos de allá venian
Si era discreta y hermosa
La que eligió por esposa,
Y todos le respondian:
«Señor, no la conocemos.»
Y esto, que pudo templar
Su amor, le vino aumentar
Con singulares extremos,
Diciendo: «Si no es hermosa,
Para que el gusto la gocé,
Mujer que nadie conoce
Es honesta y virtuosa.»
Esto me sucede á mí:
Si es hermosa he preguntado,
Y ninguno la ha alabado,
Todos dicen: «No la vi.»
Y yo á tanta novedad,
Digo, admirado: «Mujer
Que no se ha dejado ver,
Mucho tiene de deidad.»

PARMA.

Duque de Ferrara, ó sea
Malicia ó atrevimiento,
Yo saco deste argumento,
Por consecuencia, que es fea.
La luz no puede encubrir
Visos de púrpura y nieve,
Que aun en átomo tan breve
Suele brillar y lucir.
Confieso mi desvarío,
Ni dudando ni creyendo;
Por otra razon pretendo:
Su estado cae junto al mio.
Soy amante en apariencia
Y vuestro competidor;
Lo que me falta de amor
Me sobra de conveniencia.

URBINO.

Confesando esta verdad
El de Parma, nos confiesa,
Sin ofender la Duquesa,
Que es mucha nuestra amistad.
Y así, pues amor honesto
Celos ni envidia no admite,
Cada cual se solicite
Su dicha, sin que por esto
El que mas acepto fuere
Tenga emulacion alguna;
Dé el amor ó la fortuna
Esta dicha á quien quisiere.

FERRARA.

Sin dar envidias al sol,
Sus rayos son de rubís.

PARMA.

Y los dos ¿qué me decís
Del arrogante español,
Que, sin hacienda ni estado,
A título de pariente
Del rey don Alonso, intente
Lo que habemos deseado?

URBINO.

Casi solo se ha venido;
Y así, en nuestros galanteos,
En festines y torneos
Ha de quedar deslucido.

PARMA.

Pues, amigos, torneemos
Y la sortija corramos,
Justas y máscara hagamos,
Deslucido le dejemos.

FERRARA.

Él viene, y querrá tratarse
Con nosotros igualmente.

URBINO.

Por ahora es conveniente
Sufrir y disimularse;
Pero estando en la presencia
De la hermosa Serafina,
Sufrirlo no determina
Mi cordura y mi paciencia.

FERRARA.

Lleve desaires iguales
A la soberbia que tiene.

PARMA.

Aquí á propósito viene
Hablar por impersonales.

Salen DON FADRIQUE Y RAMON, *criado*.

DON FADRIQUE.

Guarde Dios á vuecelencias
Con salud y larga vida.

URBINO.

Guarde al señor don Fadrique.

PARMA.

¿Quién dudará que le obligan
Venir á Mántua retratos
De la hermosa Serafina?

DON FADRIQUE.

Bien puede dudarlo el Duque,
Porque no tengo noticia
Que haya retrato ninguno
De beldad tan exquisita.
Y si dicen que á Alejandro
Retratarle no podia
Sino Apéles, ¿qué pincel
A los perfiles y líneas
Desta deidad se atreviera,
Sin temblar en la osadía,
La mano al lienzo arrimada,
Y sin turbarse la vista
A los rayos de sus ojos,
Mayormente si se imitan
En dos cosas con el arte,
Agua y luz? Cosa es sabida
Que los vivos y excelentes
Objetos turban y olvidan
Nuestros sentidos; el sol,
Cuando llega al mediodía,
¿Qué ojos de águilas y linces
Hay que á sus rayos resistan?
Cuando por las siete bocas
El Nilo se precipita,
Sordos deja á los que moran
En las riberas vecinas.
La nieve, que en los Tifeos
Está en el tálamo antigua,
El tacto humano entorpece;
La oriental especería
Y los aromas suaves
Que la Arabia fructifica,
El olfato alteran siempre
A quien por ella camina.
El néctar dulce que labra,
Chupando flores en Hibla,
La abejuela, estraga el gusto.
Siendo esto así, ¿quién podria
Retratar rayos de luz,
Mirando nieve tan viva,
Atendiendo, resistiendo
Los aromas que respiran,
Las razones que pronuncian
De elocuencia peregrina?
Quién un objeto tan alto
Reducir pudo á medida
Y proporcion con el arte,
Copiando luz tan divina?

URBINO.

¡Oh, qué afectado discurso!

PARMA.

Dejémosle que prosiga
Con su escudero.

FERRARA.

El señor
Don Fadrique se publica
Enamorado y leido.

PARMA.

Bien dijimos que venia
Con pretensiones á Mántua.

(*Vanse los duques.*)

DON FADRIQUE.

Discretos son, si adivinan
Eso los señores duques.

RAMON.

Estos, con celosa envidia,
Te han hablado descortés.

DON FADRIQUE.

Con igual descortesía
Serán tratados de mí.

Sale FLORES, *de galan gracioso.*

FLORES.

Hallaros solos es dicha.

DON FADRIQUE.

Seas, Flores, bien venido;
¿Qué tenemos?

FLORES.

Que la vida
He de dar en tu servicio.
Salió bien la industria mia;
Fingíme loco, y mandóme
Que en su casa y corte asista;
Y así, de sus esperanzas
Tengo de ser una espía.
Advierte en breves palabras
Que á Porcia manda que finja
Ser la Duquesa, porque ella
Fingirse quiere su prima,
Para ver si de esta suerte
A su hermosura se inclinan.

DON FADRIQUE.

¿Es hermosa?

FLORES.

El mismo sol,
Es la aurora, y es el dia,
Es la tarde, y no es la noche;
Mujer es que encapricha.
Esta noche hay un sarao,
Y en ella Porcia fingida
Quiere examinar cuál es
El mas galan; no se vista
Aquel pájaro que dicen
Que nace de sus cenizas
Mas galan que tú, Señor;
Vén pues, y al abril imita.
Duque de Mántua has de ser;
Alerta, mira que sirvas
A la que se llama Porcia;
Advierte que es Serafina,
No enamores la Duquesa.

DON FADRIQUE.
Si me industrias, si me avisas
De lo que pasa en palacio,
La Duquesa ha de ser mia.

FLORES.
Será tuya la mas bella
Que los campos vieron, ninfa;
A mi sayo jironado
Y á mi ignorancia fingida
Me vuelvo; véte con Dios,
Pues de mi ingenio te fias.
(*Vanse.*)

Sale LA DUQUESA.

DUQUESA.
Este jardin ameno,
De flores, plantas y de frutas lleno,
El cielo nos retrata;
Ese estanque de plata,
El cielo es cristalino;
Las ruedas de esa azuda, que es camino
Del agua artificioso,
Son móviles primeros;
Las rosas son luceros
Del firmamento hermoso;
Las otras flores bellas,
El numeroso ejército de estrellas;
El girasol, que mira
Al poniente una vez, y otra al levante;
El sol, que el cielo gira,
Y la luna menguante,
O ya de su luz llena
La cándida azucena;
Estrellas, luna, sol, fuentes y flores,
Todo me enseña amores,
Y yo sola me hallo
Sin saber qué es amor ni desealIo.
Esa hiedra se enlaza,
Y el tronco de los álamos abraza;
Allí la flor de clicie pena amando,
Y á Apolo va buscando;
Trepar quiere la murta por la parra,
Y amando la violeta la pizarra,
Besándola ha nacido;
Allí canta en su nido
El ruiseñor amores;
Allí rayos del sol aman las flores;
Allí las fuentes quiebran
Su cristal, y celebran
La jornada que hoy hacen
Al mar, adonde nacen,
Y á quien enamoradas,
Se vuelven despeñadas;
La flor de clicie, murta, yerba y flores,
Todo me enseña amores;
Y yo sola me hallo
Sin saber qué es amor ni desealIo.

Sale PORCIA.

PORCIA.
¿Sola vuestra alteza?

DUQUESA.
Sí,
Aunque no estoy sola, digo,
Las veces que estoy conmigo.

PORCIA.
Un sábio lo dijo así:
Ya están los competidores
Avisados, y vendrán.

DUQUESA.
Di, Porcia, ¿qué fingirán?
¿Que vienen muertos de amores?

PORCIA.
¿Dónde ha de ser el festin?

DUQUESA.
Paréceme que es mejor
En aquese cenador,
Palacio deste jardin.

Sale FLORES, *de loco.*

FLORES.
Alerta, madama mia;
Que hay marranos en campaña.

DUQUESA.
Todo es temas con España.—
Mira, Roque, yo querria
Que me digas la ocasion
De quererlos mal.

FLORES.
Diréla:
Yo anduve con una muela,
Cantarillo y carreton;
«Amolar cuchi,» decia,
Y con esto eché sin cuenta
A perder cuanta herramienta
En la pobre España habia.
De un lugar á otro pasaba,
Y un español encontré,
Gallego pienso que fué,
Pues descalzo caminaba.
Con un rio nos topamos,
Y él, que sin botas venia,
Dijo que me pasaria,
Como en la venta bebamos
A mi costa; yo acepté,
Y estando en medio del rio,
Me dijo el caballo mio:
«Monsiur;» respondile: «¿Qué?»
Replicóme: «Di, ¿cuál es,
Sin mentir ni estar medroso,
Cuál es rey mas poderoso,
El español ó el francés?»
Yo respondí con temor:
«Tu rey tiene mas poder;»
Y dejandome caer,
Me dijo: «¿A tu rey traidor?»
Escapeme medio ahogado,
Y cuantos así me vian,
Me tiraban y decian:
«Gabacho, pollo mojado.»

DUQUESA.
Ya no me espanto que tengan
Enojado á Roque así.—
Porcia, traigan luz aquí.

PORCIA.
¿Vendrán los músicos?

DUQUESA.
Vengan.
(*Vanse la Duquesa y Porcia.*)

FLORES.
Héme aquí loco en juicio,
Muy falso y muy socarron,
Como muchos que lo son
Por holgar y andar al vicio.
En las cortes y palacios
Usan muchos desta treta.
Uno haciéndose poeta,
Y borrando cartapacios,
Si no de Apolo, de Baco,
Hace versos de horizontes,
Ecos, relaciones, montes,
Y no es loco, que es bellaco.
Otro insulso majadero
Cargado de hábitos hay,
Tan sin donaire, que tray
En la boca al mismo enero.
Otro que anda todo el dia
Lleno de ócio y de pereza,
La capilla en la cabeza,
Con circunstancias de espía.
Otro locuras fingia,
Y á sus bodas convidaba,
Diciendo que se casaba
Con cierta señora; un dia
Con docientos le amagaron,
Y á su seso se volvió;
Mas la música salió,
Y los tres duques llegaron.

Sale EL DUQUE DE URBINO.

URBINO.
Bello jardin, tu belleza,
Aunque irracional y muda,
Remedando está sin duda
La hermosura de su alteza;
Que al pintar naturaleza
Sus divinos resplandores,
La tabla de los colores
Y pinceles arrojó,
Y con esto derramó
Nieve y jazmin sobre flores.

Sale EL DUQUE DE FERRARA.

FERRARA.
Cristal, que un mármol pequeño
Estás siempre retratando,
Bien sé que estás envidiando
La hermosura de tu dueño;
Porque el alba, con el ceño
De ver su rostro excedido,
Y que Serafina ha sido
Mas hermosa, ella lo siente;
Y así, forman esta fuente
Las lágrimas que ha vertido.

Sale EL DUQUE DE PARMA.

PARMA.
Murtas, que en Chipre habeis sido
De Vénus verde guirnalda,
Remedando á la esmeralda,
Que su color no ha perdido;
Si la madre de Cupido
Hallasteis allá envidiosa,
Aquí estaréis mas hermosa,
Pues hallaréis mas divina
La planta de Serafina
Que el cabello de la Diosa.

Sale DON FADRIQUE.

DON FADRIQUE.
Murtas, rosas y cristales,
En quien ese jardin llueve
Copos y aromas de nieve,
Si sois rasgos y señales
De los rayos celestiales
De vuestro dueño, hermosas
Son las sombras tenebrosas,
¿Que será la luz divina?
Sombra sois de Serafina,
Cristales, murtas y rosas.

FLORES.
Majaderos cortesanos
Los cuatro me pareceis,
Pues todos cuatro quereis
Ser duquesos mantuanos,
Y á uno solo dirán sí;
Par diez, si duquesa fuera,
Bien sé yo quién escogiera.

URBINO.
¿A quién, loco?

FLORES.
Cuerdo, á mí.

Salen DAMAS, PORCIA, LA DUQUESA Y UN MAESTRO, *y siéntase Porcia en una silla, y los tres duques en un banco, y cantan.*

MÚSICOS.
Al festin de la hermosa duquesa
De Mántua gentil

Los galanes vienen apriesa;
Cada cual servirla profesa,
Galan como abril.

FLORES.

Escoged, señora Duca,
Linda como almoradux,
Duco que pueda ser dux
De Venecia, y aun de Luca.
Y si acaso le quereis
Hombre robusto, voz gruesa,
Escoged aquel, Duquesa,
Que publica le quereis.
A este el sí se ha de decir;
Pero si quereis enano
Al duquino mantuano,
Aqueste habeis de elegir.
Con el español no hablo,
Que, aunque es galan como el sol,
Es en efecto español,
Y me parece al diablo.
Urbino. Parma, Ferrara,
Esta la Duquesa es,
Merece un delfin francés,
Grande estado, linda cara.
Esta es Porcia, y no dichosa,
Pobre, mas dama perfeta,
Que, sin ser fea, es discreta,
Y sin ser necia, es hermosa.
Y advertid, amantes nuevos,
Que esta, ni dueña ni dama,
Yo no sé cómo se llama;
Sé que se sorbe cien huevos,
Como quien hace una trova;
Y esta que se llama Elisa
Tiene una cara de risa,
Ni sé si de alegre ó boba.
Yo soy loco destas donias,
Y este que empieza á barbar
Es maestro de danzar,
Y tambien de ceremonias.
Y para decirlo en suma,
Estos mentecatos son
Ruiseñores de cancion,
Con barbas en vez de pluma.—
Agora, Roque, sentáos,
Porque el festin ha de ser.

PORCIA.

Diga lo que se ha de hacer
El maestro de saraos.

DON FADRIQUE. (*Ap.*)

La falsa Porcia promete
Con su hermosura rigores;
Advertido anduvo Flores.

MAESTRO.

Traiga un paje un ramillete.

PORCIA.

Dad, maestro, aquestas flores.

MAESTRO.

A quien yo las llegue á dar,
Una dama ha de danzar;
Pero la dama, señores,
Danza una vez.

URBINO.

Siendo así,
Las flores habeis de dar.

FERRARA.

El festin he de empezar.

DON FADRIQUE.

Dadme el ramillete á mí.

MAESTRO.

A una cuestion les provoco,
Y no me atrevo, Señora;
Dad vos las flores agora.

PORCIA.

Dé el ramillete este loco
A quien le quisiere dar;
Cesará la competencia,
Y tengan los tres paciencia.

URBINO.

Volvámonos á sentar.

FLORES.

A mí las flores me dan,
Y loco en darlas seré;
¿A quién, á quién las daré?
Dóyselas al mas galan.
(*Dáselas á Fadrique.*)

DUQUESA.

¿Cómo, di, si es español,
El ramillete le diste?

FLORES.

Luego ¿no entendeis el chiste?
Porque le peguen los tres.

DON FADRIQUE.

No atribuya vuestra alteza
Lo que hiciere á grosería;
Yo confieso que venia
Adorando esa belleza;
Pero amor, naturaleza
Segunda, mi inclinacion
Forzó con tanta pasion
Despues que otra dama vi,
Que, estando fuera de mí,
No supe hacer la eleccion.
Amor, deidad poderosa,
En mí su fuerza mostró;
Una cosa pensé yo,
Y el amor hizo otra cosa.
Ir suele á coger la rosa
Un galan en el jardin,
Y encontrándose el jazmin,
Sus cándidas flores coge,
Sin que la rosa se enoje,
Pues se queda rosa en fin.
Adorando las estrellas,
Muchos hay que al sol negaron,
Las estrellas envidiaron
Entre tantas luces bellas;
Sois el sol, alba son ellas,
Y alba la que mi alma adora;
Perdonadme, gran Señora,
Si se atreve un español
A negar flores al sol
Por dárselas al aurora.
Porcia tome el verde ramo,
Haciéndole celestial,
Y recíbalo en señal
De qué su amante me llamo;
Del alma la riqueza amo,
Las del mundo son extremos,
Que españoles no queremos.
Si la inclinacion bajé,
Danzar el alta no sé;
Porcia, la baja dancemos.
(*Danzan los dos, y cantan los músicos.*)

MÚSICOS.

Al festin de la hermosa duquesa
De Mántua gentil
Los galanes vienen apriesa,
Cada cual servilla profesa,
Galan como abril.

DUQUESA.

Su alteza es dueño y juez;
Dé ella el ramillete, diga
Que el festin otro prosiga.

PORCIA.

Délas Roquillo otra vez.

FLORES.

Duquesa, esos son errores
Mayores que mi locura;
¿Soy yo mayo por ventura,
Para andarme dando flores?
A ninguno mas se dén;
Ya no es fiesta, pues empieza
Otra dama, y no su alteza.

URBINO.

Este loco ha dicho bien;
Porque su alteza debia
Ser suplicada primero.

PORCIA.

Basta, ningun caballero
Salga á la defensa mia,
Que me enojaré; y agora
Cese el festin.

DON FADRIQUE.

Del error
De mi no pasado amor
Ya os pedí perdon, Señora.

(*Vanse, y queda la Duquesa la postrera, y Flores.*)

FLORES.

Señora Porcia, escuchad:
Al español que está fuera
Una burla hacer quisiera;
No os vais tan presto, esperad.

DUQUESA.

¿Aun el enojo te dura?

FLORES.

Ce, español, ce, que te llama
Aquí fuera cierta dama,
Con mas dicha que hermosura.
Vén, español, me dirás
Unos requiebros aquí.—
¡Ay, qué viene tras de mí!
Yo me escondo aquí detrás.

Sale DON FADRIQUE, *y Flores se esconde detrás de la Duquesa.*

DON FADRIQUE.

¿Quién me llamó? Ya he notado
Que voz de un ángel ha sido;
¡Oh quién fuera el escogido!
Porcia, como fuí llamado,
Con gusto vengo y forzado;
Que si el fuego artificial
Va en forma piramidal
A su elemento, así yo
Busco la voz que llamó
Como á centro natural.

DUQUESA.

No fuí...

DON FADRIQUE.

Si muero yo,
A ese *no*, en rigor extraño,
Máteme tu dulce engaño,
No me desengañes, no.
Quien cosa alegre gozó
En el sueño (¡pasion fuerte!),
Que es ensayo de la muerte,
Disgusto suele tener,
Con ser soñado el placer,
De que alguno le despierte.
Un enfermo deliraba,
Y grande rey se fingia;
Imperios y monarquía
En su locura gozaba;
Sanó, y alegre no andaba,
Diciendo: «Gracias no doy
A quien me da salud hoy,
Pues era rey soberano,
Enfermo, y estando sano,
Un hombre ordinario soy.»
Soñé que me habias llamado,
Y en mi altiva fantasía,
Pudo causarme alegría
Este bien, aunque soñado;
Deliré, sol me he juzgado
Que llamó á la hermosa aurora;
Si este sueño mi alma adora,
Y esta locura que veis,
Señora, no me saneis:
No me desperteis, Señora.

DUQUESA.
Este loco os ha llamado.—
Véte de ahí.

(*Vase Flores.*)

DON FADRIQUE.
Loco fuera
Quien á la voz no viniera
De un loco, que me ha tornado
Cuerdo á mí, pues digo osado
Que hallé en este jardin verde
Quien mis delirios acuerde,
Si los otros locos son,
Porque solo está en razon
Quien por vos el seso pierde.

DUQUESA.
Amante de Serafina
Habeis venido, Señor;
No es de buen gusto el amor
Que á otra hermosura os inclina.
¿Quién deja la clavelina
Por el pálido alhelí?
Quién menosprecia el rubí
Por la morada amatista?
Sea vuestro amor con vista,
No esté vendado por mí.
Vos pobre, yo sin estado,
Serémos sin duda alguna
Delirios de la fortuna,
Risa y fábula del hado;
Festejad, enamorado,
La belleza singular
De Serafina; mudar
Objeto no es de prudente:
¿Quién se admira de una fuente,
Viendo el piélago del mar?

DON FADRIQUE.
No os lo niega mi osadía,
Ni mi locura lo crea;
Amor pompas no desea.
Si yo soy vuestro, y vos mía,
Ricos fuéramos los dos,
Yo de amor, vos de hermosura,
Vos de luz, yo de ventura;
Hazlo, amor, pues eres dios.
Si fuente os habeis llamado,
Permitid que sin aviso
Me mire, como Narciso,
En vos, de mí enamorado;
Que estando en vos transformado,
Ya no soy yo, sino vos,
Y estuviéramos los dos,
Yo Narciso, si vos fuente,
Viéndonos eternamente;
Hazlo, amor, pues eres dios.

DUQUESA.
Daros licencia no quiero.

DON FADRIQUE.
¿Palabras tan rigurosas?

DUQUESA.
Sí, que me faltan dos cosas,
Que he de examinar primero.

DON FADRIQUE.
Siendo así, la vida espero.

DUQUESA.
Son difíciles las dos.

DON FADRIQUE.
Y vencidas, ¿querréis vos?

DUQUESA.
¿Qué he de querer?

DON FADRIQUE.
¿Qué? Querer.

DUQUESA.
¿Podrá ser?

DON FADRIQUE.
Sí puede ser.
Hazlo, amor, pues eres dios.

JORNADA SEGUNDA.

Salen PORCIA y LA DUQUESA.

PORCIA.
¿Amas, Señora?

DUQUESA.
Esa fué
Inútil curiosidad;
Dueño de mi voluntad
Eternamente seré.

PORCIA.
Si el español se te inclina,
Y viste que es mas galan,
Tus efectos estarán
Movidos.

DUQUESA.
Hoy, Serafina,
Cuatro cosas, es verdad,
Quise examinar y ver,
Y agora para querer
Tengo andada la mitad.
Mas soy tan dueña de mí,
Que he de vencerme y no amar;
Del amor he de triunfar.
No quiero amor.

PORCIA.
Siendo así,
Dame para amar licencia.

DUQUESA.
Amor sin licencia viene.

PORCIA.
Tu respeto me detiene.

DUQUESA.
Ama, pero con prudencia;
No deslustres mi figura,
Pues Serafina me llamo;
Ya que saben que no amo,
No sepan que ama mi hechura;
Pero ¿á quién te has inclinado?

PORCIA.
A don Fadrique, Señora,
Que me desprecia y te adora,
Y eso mismo me ha obligado.

DUQUESA.
¡Qué mujeril condicion!
Mira, Porcia: yo quisiera
Que tu voluntad tuviera
Ese amor ó inclinacion
A uno de esos duques, pues
Todos te muestran amores,
Siendo tan ricos señores;
Don Fadrique es pobre, aunque es
De ilustre genealogía.

PORCIA.
No importa, obligada estoy,
Si ama á Porcia y Porcia soy.

DUQUESA.
¡Extraña sofistería!
¿Ama el nombre ó la persona?

PORCIA.
Paréceme que te pesa.

DUQUESA.
Porcia, gran malicia es esa;
Pero en efecto me abona
Permitirte que ames; ama,
Mira, inquiere y favorece,
Con la atencion que merece
La obligacion de una dama.

PORCIA.
Esto consigo lo trae
Mi decoro y advertencia,
Pues amo con tu licencia.—
¡Hola!

Sale FLORES.

FLORES.
¿Señora?

PORCIA.
¿Quién hay
En la antecámara?

FLORES.
Está
Un hombre, que no quisiera
Verle jamás allá fuera.

DUQUESA.
Su loca tema será.

FLORES.
Pues Porcia, de mí enfadada,
Porcia males me desea,
Plegue á Dios que yo te vea
Con el español casada,
Que es la mayor maldicion.

DUQUESA.
¿Está don Fadrique ahí?

FLORES.
¿Fadri... quién?

DUQUESA.
Fadrique.

FLORES.
Sí,
Porque es-pera de Aragon.

PORCIA.
Dile que entre.

FLORES.
¿Al alfeñique?
Entrad, buen hombre; que yo
No sé vuestro nombre, no;
Solo sé que acaba en ique.

Sale DON FADRIQUE.

DON FADRIQUE.
Si me manda vuestra alteza
En qué le sirva, seré
Tan dichoso, que tendré
Por imperio, por grandeza,
Por noble timbre y blason
De mis armas, de servilla
Con este y esta cuchilla,
Rayo que fué de Aragon.

PORCIA. (*Ap.*)
Embarazada me veo;
¿Cómo diré mi cuidado?

DUQUESA. (*Ap.*)
Parece que me ha pesado.
Eso no; grave trofeo
Yo misma he de ser de mí.
Corazon, no sintais pena,
Ame Porcia norabuena;
Vámonos, alma, de aquí. (*Vase.*)

DON FADRIQUE. (*Ap.*)
¡Ay, que se va la Duquesa!
¿Si el verme la da pesar?
Mas, pues me volvió á mirar,
Sin duda que no le pesa.

PORCIA. (*Ap.*)
O este fausto, ó la grandeza
Que fingida represento,
No le dan atrevimiento,
O no ve en mí la belleza
De Serafina cruel,
Si ha sido mi inclinacion;
Mas dígale mi pasion
Al descuido este papel.

DON FADRIQUE.
Ya que no me habeis honrado,
Mandándome, mi señora,
Licencia me dad agora
Para volver desdichado.

PORCIA. (*Ap.*)
Pienso que no me ha entendido,
O que el papel no miró.)
Ese papel se cayó.

DON FADRIQUE.
A mí no se me ha caido.

PORCIA.
Levantadle.

DON FADRIQUE.
No es fineza,
Y desacato se llama.—
Señoras, ¿hay una dama
Que dé un papel á su alteza?

Sale LA DUQUESA.

DUQUESA.
Sí daré; yo estoy aquí.

PORCIA.
Poco tu cuidado tarda.

DUQUESA.
Señora, si estoy de guarda,
Fuerza es que me toque á mí.

PORCIA. (*Ap. á la Duquesa.*)
Señora, si estás queriendo,
¿Para qué me permitiste
Amar?

DUQUESA. (*Ap. á Porcia.*)
¿Yo querer? Yo amar?
Te engañas, vuélvome á entrar;
Mentiste, Porcia, mentiste. (*Vase.*)

DON FADRIQUE. (*Ap.*)
¿Qué serán estas salidas
De Serafina? Sospecho
Que proceden de su pecho.

PORCIA.
¿Cómo os va en Mántua?

DON FADRIQUE.
Señora,
¿Cómo me puede ir á mí
En una tierra en quien vi
Dos cielos juntos agora,
Aunque el uno se encubrió
Agora de mi presencia?

PORCIA.
No os doy para eso licencia,
Hablando conmigo.

DON FADRIQUE.
Yo
Pienso que sentís enojos
De aquel mi pasado error.

PORCIA.
Si en los labios hay rigor,
Piedades hay en los ojos.

Sale LA DUQUESA.

DUQUESA. (*Ap.*)
Allá dentro no sosiego;
Sin saber de qué me aflijo
Pienso que por mí se dijo
«Gustoso desasosiego».

DON FADRIQUE.
Ya podré decir, Señora,
Que el cielo sin nubes vi,
Y al sol, fénix de rubí,
Entre perlas del aurora.

PORCIA.
(*Ap.* Ya pienso que me ha entendido
Y me quiere. ¡Ay infelice!
Por Serafina lo dice.
No pensé que habia salido.)
¿Qué quereis, Porcia?

DUQUESA.
Pretendo,
Y bien, que sola no estés.

PORCIA.
Necio advertimiento es,
Pero ya tu intento entiendo.

DUQUESA.
Vén á escribir.

PORCIA.
Luego iré.

DUQUESA.
(*Ap.* Si la llamo y la porfío,
Se sabe el engaño mio;
¿Qué he de hacer? La sufriré.)
¿Para qué estás porfiando,
Si ves que ya no te quiere?

PORCIA.
Yo sé que por mí se muere,
Aunque tú lo estés negando.

DUQUESA.
El papel no alzó.

PORCIA.
Fué necio,
O no le vió.

DUQUESA
Fué desprecio,
O si no, míralo agora.
(*Deja caer un guante.*)

DON FADRIQUE.
(*Ap.* O con cuidado ó acaso
Cayó un guante de mi cielo,
Por dar estrellas al suelo,
Yéndose el sol á su ocaso;
Alzarlo quiero atrevido.)
Este guante se os cayó.

DUQUESA.
¿Quereis que le tome yo?
Vos mismo habeis advertido
Que no es decente primor
Llegar á prendas de dama.

DON FADRIQUE. (*Ap.*)
Ella se ha enojado ó ama.

DUQUESA.
Favor es, y no es favor.
(*Vanse la Duquesa y Porcia.*)

DON FADRIQUE.
Corazon, buenos quedamos,
Sin saber si es mal ó bien,
Si fué favor ó desden;
El ingenio discurramos.
Ella no ha querido el guante,
Porque á mi mano llegó;
Luego ¿á mí me despreció?
Luego ¿en vano soy su amante?
Ella guante no ha querido
Por dejarme á mí con él;
Luego ¿no ha sido cruel?
Luego ¿estoy favorecido?
Ambos argumentos son,
Que están en balanza igual,
No espero el bien, dudo el mal;
¡Oh bárbara confusion!
¿No dijera, airada y fiera,
Que allí el guante no queria,
Si á mí me favorecia?
No dijera... Sí dijera.
¿No dejara, antes tomara,
El guante, ofendida allí,
Si me despreciara á mí?
No dejara... Sí dejara.
La duda se queda en pié,
Confuso esté mi albedrío;
Ya temo, ya desconfío.
Mujer ó monstro, ¿qué haré?
Aquel emblema eminente
Del fauno, que convidó
Al hombre y manjar le dió,
Uno helado, otro caliente,
Viene á propósito; estaba
El fauno considerando
Que el manjar que estaba helando,
Con soplos lo calentaba
El hombre; y tambien notó,
Aunque bárbaro imprudente,
Que el manjar que era caliente
Con sus soplos enfrió.
«Véte, le dijo, al momento;
Que no quiero compañía
Con quien calienta y enfria
Con solo su mismo aliento.»
Lo mismo diré, aunque amante:
Véte, mujer singular,
Porque no quiero adorar
A quien da en un mismo guante
Calor de bien celestial,
Hielos de mortal desden,
Guante que parece bien,
Guante que parece mal.

Sale FLORES.

FLORES.
¿Qué tenemos? ¿Hay mohina?

DON FADRIQUE.
¡Qué esfinges los hombres amen!

FLORES.
Esta noche hay otro exámen:
Saber quiere Serafina
Quién es mas cuerdo y discreto;
En aqueste cenador
Hay conclusiones de amor;
Vén prevenido en efeto,
Que sepas mas que el diablo,
No hables á tiento ni á bulto,
No hables afectado y culto,
No me juegues de vocablo;
No hables apriesa ni espacio,
Dí valimiento, desaire,
De buen gusto, de buen aire;
Que es lenguaje de palacio.
Dí antonomasia, bien suena,
Dí crepúsculos del dia,
Habla con antipatía,
Dí perífrasis; ¡qué buena!
Dí versos claros y graves;
Aunque no importa saber
Sino embustes, para hacer
Que entiendan todos que sabes;
Véte, Señor, á estudiar.

DON FADRIQUE.
Flores, no hay arte en efeto
Para parecer discreto,
Si no es el serio, ó callar.

FLORES.
Mucho hablar de locos es,
Y de bobos callar mucho;
Véte, pues; que un avechucho
Ha salido de los tres.

DON FADRIQUE.
Flores, mira, bueno fuera
Que leyera este papel. (*Vase.*)

FLORES.
Yo haré que responda á él,
Aunque responder no quiera.

Sale EL DUQUE DE URBINO.

Bien vengas, duque de Urbino;
Vuestro nombre es muy felice,
Porque quien Urbino dice,
Por fuerza pronuncia vino.

URBINO.
Si tórtola en verde ramo
Arrulla, y cada gemido
Alma irracional ha sido,
Que está diciendo «yo amo»;
Si á la música y reclamo,
Que de su consorte alcanza,
Rayo de pluma se lanza,
Ama, y espera favor,

¡Teniendo yo mas amor,
Tengo menos esperanza!
Si la leona mas fiera
En los ásperos desiertos
Pare sus hijuelos muertos,
Y darles la vida espera
Bramando, de la manera
Que su bruto amor alcanza;
Si espera tener mudanza
En sus ansias y dolor,
¡Teniendo yo mas amor,
Tengo menos esperanza!

FLORES.

¿Qué estais glosando entre vos?

URBINO.

Roque, valerme podeis.

FLORES.

¿Cómo de un loco os valeis?

URBINO.

Como lo somos los dos;
Cuerdo serás si me traes
Deste papel la respuesta,
Y otra tendrás como aquesta.

FLORES.

¿Nada de contado dais?
Como pagais el traer,
Pagad tambien el llevar,
Porque son simple es fiar,
Y embustero el prometer.

URBINO.

Bien has dicho, Roque, toma;
Haz que lea este papel.

(*Dale una cadena.*)

FLORES.

Para que responda á él;
Idos luego, porque asoma
Otro moro en la estacada.
Cadena al cuello me puso;
Mi locura será el uso,
Si es locura aprovechada. (*Vase.*)

Sale EL DUQUE DE FERRARA.

FERRARA.

El tiempo todo lo cria,
Todo el tiempo lo deshace;
El sol hermoso renace,
Y despues fenece el dia.
Rayos Júpiter envía;
El semblante negro y fiero
Del aire pasa ligero;
Sale el íris de color,
Y solamente en mi amor
Ni hay mudanza, ni la espero.

FLORES.

¿Qué hay, duque de Ferrara?

FERRARA.

(*Ap.* Si este loco un papel diera
A la Duquesa, ya fuera
Quien mi temor consolara.)
¿Sabrás hacer que este lea
La Duquesa?

FLORES.

Sí sabré;
Pero no se le daré.

FERRARA.

Si le das, habrá presea,
Y aun otros premios mayores,
Si respuesta, Roque, ves.

FLORES.

Mirad, hay oficios tres
En España de señores,
Y á mí se me han olvidado;
Referidlos al instante.

FERRARA.

Pienso que son almirante,
Condestable, adelantado;
Estos tres pienso que sí.

FLORES.

Agrádame este postrero;
Con ese oficio le quiero.

FERRARA.

Un diamante y un rubí,
Que son de Ceilan, dirán
Mi amor y mi estimacion.

FLORES.

¿No son vuestros?

FERRARA.

Mios son.

FLORES.

Dice que son de Ceilan.
Yo tendré cuidado; adios.

FERRARA.

Mira, Roque, que le lea.

FLORES.

Parma viene; no nos vea
Hablar á solas los dos. (*Vase.*)

Sale EL DUQUE DE PARMA.

PARMA.

Tal vez fácil instrumento,
Que nunca se imaginó,
Dificultades venció,
Pudo mas que el agua y viento;
En el húmedo elemento
La nave mas impelida,
De un pequeño pez asida,
Suspensa en su cuerpo está;
Quizá este necio será
Instrumento de mi vida.—
Roque, ¿sabrás (no lo dudo)
Decirle bienes de mí
A la Duquesa?

FLORES.

¿Yo? Sí;
Que en efecto no soy mudo.

PARMA.

Mira que me has de alabar
A mí mas en su presencia.

FLORES.

Pues ¿no tienes mas prudencia?
¿De un loco te has de fiar?
Haz cuenta que ya lo digo;
Pero solo no diré
Que eres liberal.

PARMA.

¿Por qué?

FLORES.

Porque no lo eres conmigo.

PARMA.

Diamantes hay.

FLORES.

No los quiero,
Porque las piedras parecen,
Si los hombres amanecen
Cuerdos una vez. Dinero
Es el punto y es el centro
Donde va todo á parar.

PARMA.

Esta bolsa has de tomar.

(*Dale una bolsa.*)

FLORES.

¿Qué caballos corren dentro?
¿Rucios, bayos ó castaños?

PARMA.

La diferencia no ignoro;
Bayos son, pues que son oro.

FLORES.

Guárdete el cielo mil años,
Y á la Duquesa tambien,
Porque si tu amor la agarra,
Habrá una duquesa Sarra
Y un duque Matusalen. (*Vase.*)

Salen LOS DUQUES DE URBINO Y DE FERRARA.

URBINO.

Como á centro natural,
A este palacio venimos.

PARMA.

De esa suerte bien veréis
Que estoy en el centro mio.

FERRARA.

Don Fadrique no le pierde.

PARMA.

Cortés fué, pues no ha querido
Competencias con nosotros.

URBINO.

Blasonando á Mántua vino,
Que adoraba la Duquesa;
Mas sucedióle lo mismo
Que á silvestre mariposa
Que á una rosa pone sitio,
Cercándola alrededor,
Para beberle el rocío
Del alba, menudo aljófar
En aquel carmesí vivo;
Y luego viene á sentarse
En la malva y el espino,
O en otra yerba mas vil.

FERRARA.

Si es arrogante y no rico,
Ame á Porcia, que es tan pobre,
Ó de vano perdió el juicio,
Y enamore una criada.

PARMA.

Para verle deslucido,
Pues que caballo no tiene,
Corramos mañana, amigos,
Sortija.

FERRARA.

Él viene ya;
Corrámosla, bien has dicho.

Sale DON FADRIQUE.

DON FADRIQUE.

Señores duques, si un tiempo
Competidores nos vimos,
Ya les dejo el campo solo;
De la pretension desisto
De la Duquesa.

URBINO.

Bien hace;
Porque este es mejor camino
Para no quedar burlado
De su esperanza.

FERRARA.

Y bien hizo;
Que aunque es Porcia una criada,
Que habrá de estar en servicio
De uno de nosotros, tiene
Buena cara, hermoso brio.

DON FADRIQUE.

La Porcía que adoro yo,
Y la dama que yo sirvo,
Los dos imperios del orbe,
Por quienes ha merecido,
Ni en discrecion, ni en belleza,
Ni en la sangre, ni en aviso
La iguala dama ninguna;
Y con los tres no compito,
Porque son mis pensamientos
Los orbes, los epiciclos
Por donde van los planetas
Siguiendo el cabello rizo
Del sol.

URBINO.

Por muchos respetos,
A la Duquesa debidos,
Esto no ha de reducirse
A duelo ni desafío;
Mantened vos una justa
En ese célebre circo,
Sustentando esa opinion.

DON FADRIQUE.

Sí mantendré.

FERRARA.

Pues, Urbino,
Vamos; que para mañana
Esta fiesta real publico.

(Vanse Urbino y Ferrara.)

DON FADRIQUE.

La cólera me ha cegado,
No sé lo que he prometido;
Que, como estoy en desgracia
Del rey Alonso, mi tio,
Ni caballos ni dineros
Tengo ahora. ¡Ah desvaríos
De la fortuna cruel!
¡Que los montes y el abismo
De las aguas encerradas
Tengan tesoros tan ricos,
Y el hombre viva anhelando
Con hidrópicos designios,
Sediento de sus entrañas;
Y que el humano artificio,
De los cóncavos del mar,
De las bóvedas y riscos,
De los montes, sus tesoros
Saque á la luz de los siglos;
Y que luego la fortuna
Los reparta á su albedrío,
Siendo loca y miserable
Con los varones mas ricos!

Sale FLORES.

FLORES.

Aun no he dado tu papel.
Tristeza en tu aspecto miro;
¿Qué tienes? Di.

DON FADRIQUE.

Que una justa
En este célebre circo
He de mantener, siendo,
Por lo que tú sabes, Iro,
El pobre mas celebrado
De los poetas antiguos.

FLORES.

¿Tú, siendo mi dueño? No.
¿Tú pobre mientras yo vivo?
Te has engañado, Señor;
Esta cadena, un bolsillo
Y dos sortijas te entrego,
De valor tan excesivo,
Que puedes comprar libreas
Y caballos: estos mismos
Que te motejan de pobre,
Esto te han contribuido
Porque compitas con ellos;
Gasta bien y sal lucido,
Que mas han de dar, si puedo.

DON FADRIQUE.

Eres, Flores, un prodigio
De lealtad; eres las flores
Sobre quien llueve el rocío
La aurora, brindando aljófar,
Porque en los prados floridos
Beba en cálices de rosas
Las lágrimas que ha vertido.

FLORES.

Soy español, y esto basta,
Porque con lealtad te sirvo
Tanta, que, con ser criado,
No soy, Señor, tu enemigo.

(Vanse.)

Sale PORCIA Y LA DUQUESA.

PORCIA.

Pues sola te puedo hablar,
Mil quejas pretendo darte.

DUQUESA.

Dilas; que quiero escucharte.

PORCIA.

¿Habrá quien pueda parar
Un caballo en la carrera,
Águila que va ligera
O delfin que corta el mar?
Pues di, ¿cómo será bueno
Que tú detener pretendas
Caballo que va sin riendas
Y que no sabe de freno;
Ni al águila mas suprema,
Que, volando caudalosa,
Hecha del sol mariposa,
Las alas en él se quema;
Ni al delfin, ave sin plumas,
Que en los piélagos del Norte
No habrá rayo que así corte
Montes de nieve y espumas?
Si es amor águila, en fin,
Que alas tiene y es veloz;
Si es un caballo feroz,
Si es un ligero delfin
Que nada en llanto y en fuego,
¿Por qué amar me permitiste,
Y en el centro me pusiste,
Para detenerme luego?

DUQUESA.

Escucha, Porcia: ¿qué rio
En sus principios no es fuente,
Que se pasa fácilmente?
¿Qué árbol, pompa del estío,
Y majestad singular
Que en la campaña se ve,
En sus principios no fué
Vara fácil de arrancar?
Amor, como planta, crece,
Árbol copioso y sombrío;
Amor crece como rio,
Abismo del mar parece;
Pero en su principio honesto
Es fuente breve y escasa,
Que fácilmente se pasa,
Vara que se arranca presto.
Impedir quise tu mal,
Vitorias de amor enseño,
Cuando es un árbol pequeño,
Cuando es un breve cristal.

Sale FLORES, *con tres papeles.*

FLORES.

Señoras muy principales,
Roque el secretario viene,
Y aquí las consultas tiene;
Despachemos memoriales.
Solos estamos los tres.
Despachemos; estos dos
Son, Duquesa, para vos,
Y este para Porcia es.

PORCIA.

¿Papeles me traes á mí?

FLORES.

Dejad, Duquesa, quereros
De esos duques majaderos.

PORCIA.

Responderélos así:
Porcia, rompe ese papel.

DUQUESA.

Sin verle, ¿no es tiranía?

PORCIA.

Rómpele, por vida mia.

(Rómpele los dos papeles.)

DUQUESA.

¿No he de responder á él?
(Lee.) «Amo sin ser entendido,
»Gimo sin ser escuchado,
»Lloro sin ser consolado,
»Muero sin ser socorrido.»

FLORES.

¡Qué lastimado que ama!

DUQUESA.

¿Quién le escribió?

FLORES.

Esa basura;
Ese que es el mas figura,
Que no sé cómo se llama.

DUQUESA.

Bien cantada ha de sonar
La letra.

PORCIA.

¿Respondes?

DUQUESA.

No;
Dos versos añado yo
Para poderlos cantar. *(Escribe.)*

FLORES.

Hola, músicos, ¿no veis
Que entran los duques y es hora?

Salen LOS CUATRO *y* MÚSICOS, *y siéntanse.*

DUQUESA.

La Duquesa, mi señora,
Manda que esto le canteis.

FLORES.

Sin cuatro amantes tan fieles
No podemos tener fiesta.
A mis duques la respuesta
Darán aquestos papeles;
Y á ti, español, la darán
Los músicos.

PORCIA.

Deseosas
De saber algunas cosas
Todas mis damas están.

URBINO.

Discurramos bien ó mal,
Proponed.

PORCIA.

Si una mujer
Sola hubiese de tener
Una cosa buena, ¿cuál
Mas conveniente seria?

URBINO.

Si le da naturaleza
Ilustre sangre y nobleza,
La parte mayor tendria;
Que lo noble y generoso
Da estimacion y ventura,
Aunque no tenga hermosura
Y aunque le falte lo hermoso.

FERRARA.

¿Qué imperio, qué nacion fiera
La hermosura no ha vencido?
Si hermosa hubiera nacido,
Reinos é imperios tuviera;
Todo lo sabe vencer
Una belleza preciosa;
Sin ser noble, siendo hermosa,
Feliz fuera esa mujer.

DON FADRIQUE.

¿El hombre no tiene puesto
En la honestidad su honor,
Pues puede ser gran señor,

Gran varon, sin ser honesto,
Porque tiene que apelar
A virtud y bizarría,
Discrecion y valentía,
U otra virtud singular?
Siempre el hombre será honrado
Si afrenta no ha recibido;
La mujer así no ha sido;
Que solo tiene librado
Su honor en honestidad;
De suerte que si á una dama
Le faltase buena fama,
¿Qué le importa la beldad,
Ni el ser en todo perfeta,
Ni la humana discrecion?
Con tener buena opinion,
Es noble, hermosa y discreta.

FLORES.

Enamoróme el conceto.
Vítor, vítor le dijera,
Pardiez, si español no fuera;
Él es galan y discreto.

MÚSICOS. (*Cantan.*)

Amo sin ser entendido,
Gimo sin ser escuchado,
Lloro sin ser consolado,
Muero sin ser conocido.
Ame, gima, llore y muera
Quien vida y favor espera.

PORCIA.

¿Cuál amante elegirá
Una mujer, si es prudente?
¿El mas galan ó valiente
O discreto?

URBINO.

Claro está
Que al valiente elegiria,
Que la estimacion segura
Da á la mujer la hermosura,
Y al hombre la valentía.
La delicada belleza
Hace á la mujer mujer,
Y al hombre hace hombre el tener
Espíritu y fortaleza.

FERRARA.

Galan, amante y felice
Se confunden; no se llama
El valiente de la dama,
Sino que el galan se dice,
Por ser virtud de mas peso;
Y así, en los festines dan
El premio al que es mas galan
Las mismas damas por eso.

PARMA.

Si galas estimacion
Con el dios de amor tuvieran,
Sus alas del fénix fueran,
Y sus plumas del pavon.
Desnudo amor y con alas,
Solo en sus flechas se fia;
Luego ¿quiere valentía?
Luego ¿amor no quiere galas?

FERRARA.

Alas de colores tiene.

URBINO.

Por las flechas es temido;
Que las alas son su olvido.

FLORES.

Luego ¿lo errará el que viene?

DON FADRIQUE.

La discrecion es union
De todas virtudes; que es
Cuerdo, prudente y cortés
El que tiene discrecion.
Si en él virtud de prudente
Y de cortesano están,
Sabrá á tiempo ser galan,
Sabrá á tiempo ser valiente.
Si es valentía, en efeto,
Guardar la vida y honor,
¿Quién ha de saber mejor
Ser valiente que el discreto?
Principalmente, Señora,
Que la gala pertenece
A la edad, y esta florece
Como en el tiempo la hora.
A la fuerte juventud
Es dada la valentía,
Y en la vejez se resfria
Esta gallarda virtud.
El hombre jóven se engaña,
Si en verdes años se fia.
¡Oh, qué bien que lo decia
Un gran poeta de España
En un soneto, que advierte
Que pasa la vida así
Como rosa y alhelí!

DUQUESA.

¿Cómo dice?

DON FADRIQUE.

De esta suerte:
Flores que fueron pompa y alegría,
Despertando al albor de la mañana,
A la tarde serán lástima vana,
Muriendo á manos de la noche fria.
Aquel carmin que al cielo desafia,
Iris listado de oro, nieve y grana,
Será escarmiento de la vida humana;
¡Tanto comprehende el término de un [dia!
A florecer las rosas madrugaron,
Y para envejecerse florecieron;
Cuna y sepulcro en un boton hallaron.
Tales los hombres sus fortunas vie- [ron:
En un dia nacieron y espiraron,
Que, pasados los siglos, horas fueron.

FLORES.

Aunque soy loco en palacio,
Cuerdo otras veces he sido;
Y así, una cosa he leido
En las obras de Bocacio,
Que quiero experimentar.—
Duquesa, una flor me dé
Del cabello.

PORCIA.

¿Para qué?

FLORES.

A Urbino se la he de dar.— (*Dásela.*)
Tomad—¿Quién tiene una banda?

PARMA.

No la traigo.

FERRARA.

Fué mi olvido.

FLORES.

Al español se la pido;
Haced lo que Roque manda.

DON FADRIQUE.

Tómala pues. (*Dale una banda.*)

FLORES.

Tomad vos,
Doña Porcia, mi señora,
Sin escrúpulos, y agora
Disputen cuál de los dos
Es el mas favorecido.

FERRARA.

Ninguno, pues son favores
Dados de locos errores.

URBINO.

Ninguno favor ha sido,
Pues la dama no los da.

FERRARA.

Supóngase si los diera.

URBINO.

Mas favorecido fuera
Si en mi mano propia está
Lo que en su cabello estuvo.

DON FADRIQUE.

Mio es el mayor trofeo,
Si en manos de Porcia veo
Banda que mi pecho tuvo.

URBINO.

Esta rosa es favor, pues
Diré que fué luz del dia.

DON FADRIQUE.

Y la banda que fué mia,
Pero ya de Porcia es.

URBINO.

Favores las damas dan,
Y el favor le trae quien ama.

DON FADRIQUE.

¿No es mas que tenga la dama
Prenda alguna del galan?

URBINO.

Desde hoy me empiezo á esforzar.

DON FADRIQUE.

Desde hoy empiezo á vivir.

URBINO.

Gloria ha sido el recibir.

DON FADRIQUE.

Mas glorioso ha sido el dar.

PORCIA.

Prendas á quien adoró
Da el sugeto que es amado.

DON FADRIQUE.

Luego ¿soy galanteado,
Pues que doy las prendas yo?

PORCIA.

(*Ap.* ¡Celos exhalan mis ojos!
Si la ocasion tengo asida
De ser duquesa fingida,
Templar tengo mis enojos.)
Gran enfado he recibido;
No entres, loco, mas aquí;
¿Qué flor no fenece así?
¿Qué flor engaño no ha sido?—
Tomad vuestra banda vos.—
Idos, duques, en buen hora.

DUQUESA.

Muy terrible estás, Señora.

FERRARA.

Sin favor quedan los dos.

(*Vanse todos, menos la Duquesa y don Fadrique.*)

DUQUESA.

¿Ah, español?

DON FADRIQUE.

¡Oh, qué alegría!
Vueseñoría ¿qué manda?

DUQUESA.

Que no os pongais esa banda,
Proponiendo que fué mia;
Sin voluntad la tenia,
Que no fué antojo liviano
Tomarla de vuestra mano;
Rompedla, como la flor
De la Duquesa.

DON FADRIQUE.

Señora,
Si es que pretendeis ahora
Que no parezca favor
Trayéndola, ¿no es mejor
Que os la vuelva? No lo digo
Porque así favor consigo,
Sino porque claro está
Que mas segura estará
De mí con vos que conmigo.

Tomadla, Señora mia,
Rómpala vuestra belleza;
Que así lo hizo su alteza
Con la flor que no queria.
Banda que fué luz del dia
En vuestra mano, un instante
No ha de ser estrella errante,
Pasando del soberano
Oriente de vuestra mano
A la sombra de un amante.

DUQUESA.

¿Otra vez en mi poder?
Hacedla pedazos vos.

DON FADRIQUE.

Partámosla entre los dos,
Que es lo mismo que romper;
Y no la podré traer,
Señora, si está partida,
Y á mi vida parecida,
Cuando entero no lo digo;
Que el alma no está conmigo,
Cuando vos me dais la vida.

DUQUESA.

Por romperla lo consiento.

DON FADRIQUE.

El alma y el cuerpo son
Un compuesto y una union
De una vida y un aliento,
Pues vida sin alma siento,
Porque ella y mi voluntad
Están en vuestra deidad,
Sin partirme ni morir.
(*Saca la daga y pártela, y cada uno se queda con su parte.*)
Esta banda ha de vivir
En virtud de esta mitad.

DUQUESA.

Flores y sombra ligera
Vuestras esperanzas son.

DON FADRIQUE.

¿No decís en la cancion:
«Ame, gima, llore y muera
Quien vida y favor espera»?

DUQUESA.

Quien espera, dije yo;
Pero no quien no esperó.

DON FADRIQUE.

¿Que esperar no he de poder?

DUQUESA.

Falta un exámen que ver.

DON FADRIQUE.

Y ¿esperaré entonces?

DUQUESA.

No.

DON FADRIQUE.

Ese *no* mi muerte ha sido;
¿Que esperar has de negar?

DUQUESA.

Sí; que quien dice esperar,
Dice no haber conseguido.

DON FADRIQUE.

Luego ¿ya dicha he tenido?

DUQUESA.

Aun esperar no os consiente
Mi rigor.

DON FADRIQUE. (*Ap.*)

Amor, detente,
Pues tantas dudas nos dan.

DUQUESA. (*Ap.*)

Él es discreto y galan;
Quiera amor que sea valiente.

JORNADA TERCERA.

Salen RAMON y FLORES.

FLORES.

Pues de Nápoles llegaste
En dia de tanta fiesta,
Ramon, todas esas voces
Que has escuchado, celebran
Vitorias de don Fadrique,
Mantener en una tela,
Que es una justa; y mandó,
Caprichosa, la Duquesa
Que torneo de á caballo
Fuese, y no justa.

RAMON.

¿Qué intenta
La Duquesa en tal rigor?

FLORES.

Quiso que á peligro vieran
Sus vidas los caballeros
Que la sirven y festejan,
Por examinar cuál es
Mas valiente; es una tema
En que ha dado esta mujer,
Aunque locura parezca,
Que ha de ser quien es su amante
Valiente por excelencia,
Ya que en otras calidades
Los ha probado.

RAMON.

No cuentan
De mujer ninguna tal.

FLORES.

Es con todo extremo bella
Y fantástica; diez dias
Há que encubre su grandeza,
Fingiéndose Porcia, y pueden
Su cuidado y diligencia
Disimular y fingir
Sin que esos duques lo entiendan.
Ella sale, Ramon; véte,
Y no te vea su alteza.

(*Vase Ramon.*)

Sale LA DUQUESA.

DUQUESA.

¿Que hay, Roquillo?

FLORES.

¿Qué ha de haber?
Mucho pesar y tristeza
De que ese español soberbio
A mis tres amigos venza.
¡Que no quiera la fortuna
Derribar tanta soberbia
Española! Que no hubiese
Un gigante de gran fuerza,
De algun libro desatado
De caballerías necias,
Que, descomunal y bravo,
Su pan de perro le diera!
¿Habeis visto algun cohete
Andar cruzando la tierra,
Aquí y allí sin parar,
Hasta que cruje ó revienta?
Así andaba aquel matante,
De uno en otro con presteza
Dando golpes, que era ver
(¡Ah, Porcia, cuánto me pesa!)
Cuatrocientas herrerías;
Un juego de bolos era;
El español los birlaba,
Pues tambien birló al que llega.

(*Vase.*)

Sale EL DUQUE DE URBINO.

URBINO.

¡Oh, Porcia! Oh, señora mia!
En hora dichosa y buena
Te veo, donde podré
Suplicar que favorezcas
Mi pretension; Porcia ilustre,
Seis mil ducados de renta
Ofrezco para tu dote,
Si dispones que yo sea
Duque de Mántua y esposo
De aquella ingrata belleza
De Serafina.

Sale DON FADRIQUE.

DUQUESA.

Señor,
Haré por vos cuanto pueda.

URBINO.

Desde el punto que te vi,
Porcia hermosa, dije: «Aquesta
Ilustre sangre contiene,
Y parece hermosa piedra
Engastada en metal pobre.»
¿Quién, mi señora, te viera,
Que no conociera luego
El ánimo, la grandeza
De tu pecho generoso?
Al sí que me has dado, es fuerza
Que, alegre y agradecido,
Tu esclavo perpétuo sea.
¡Qué mal pueden encubrirse,
Cuando pulsan las estrellas
Sus visos y resplandores!

DUQUESA.

Véte, Duque, en hora buena;
Que tu dama será tuya.

URBINO.

Tuya mi vida y hacienda. (*Vase.*)

DON FADRIQUE. (*Ap.*)

Fortuna adversa, ¿qué es esto?
«Luego conocí quién eras;
¡Qué mal pueden encubrirse,
Cuando pulsan las estrellas
Sus visos y resplandores!»
Amor, ó muerte ó paciencia.

DUQUESA.

Don Fadrique, ¿estáis cansado
Del torneo?

DON FADRIQUE. (*Ap.*)

¡Que no muera
Quien oye tales razones!
«El sí que me has dado, es fuerza
Que, alegre y agradecido,
Tu esclavo perpétuo sea.»
Serafina elige al Duque,
Ella le dijo quién era;
Mi desengaño ha llegado,
Pero mi muerte no llega;
Porque, si el morir es dicha,
La vida ha de ser eterna.

DUQUESA.

Don Fadrique de Aragon,
¿Qué suspension es aquesta?

DON FADRIQUE. (*Ap.*)

«Y tu dama será tuya,
Tuya mi vida y hacienda.»
Yo la vi, yo lo escuché;
Amor, ó muerte ó paciencia.

DUQUESA.

Ya parece frenesí.—
Despierta, español, despierta.

DON FADRIQUE.

Bien has dicho, si fué sueño
Mi esperanza lisonjera.

DUQUESA.
¿Qué te divierte?
DON FADRIQUE.
El oirte.
DUQUESA.
¿Qué te suspende?
DON FADRIQUE.
Mis quejas.
DUQUESA.
¿Qué has oido?
DON FADRIQUE.
Mis desdichas.
DUQUESA.
¿Qué tienes?
DON FADRIQUE.
No sé qué tenga.
DUQUESA.
¿Qué te aflige?
DON FADRIQUE.
¿Qué? La vida.
DUQUESA.
Y ¿qué sientes?
DON FADRIQUE.
No perderla.
DUQUESA.
¿Qué dices?
DON FADRIQUE.
No sé qué digo.
DUQUESA.
No te entiendo.
DON FADRIQUE.
Ni me entiendas;
Por eso pido al amor
Que me dé muerte ó paciencia.
DUQUESA.
Yo no asistí en el torneo;
En él estuvo su alteza
Tras de verdes celosías,
Pero yo he estado indispuesta.
DON FADRIQUE.
¿Aun esto mas? ¿Eso falta?
¿Sabes, di, cómo sustenta
Este brazo que yo sirvo
La mas celestial belleza
Deste mundo?
DUQUESA.
Así lo has dicho
En el cartel.
DON FADRIQUE.
Pues si es esta
La causa deste torneo,
No honralle con tu presencia
¿No fué cruel tiranía?
Y si lo viste y lo niegas,
¿No es sequedad mas cruel?
DUQUESA.
Cuenta, don Fadrique, cuenta
El suceso del torneo,
Para que yo te agradezca
El mantenello y contallo.
DON FADRIQUE.
(*Ap.* Disimularé mi pena
Hasta mayor ocasion.)
Escucha, y es bien que adviertas
Que la cólera me obliga
A contalle sin modestia.
Llegó el dia del torneo,
Y un cartel...
DUQUESA.
Detente, espera;
Pues ¿qué cólera es la tuya?
DON FADRIQUE.
¿No quieres tú que la tenga,
Si veo que diste un sí
Al duque de Urbino?
DUQUESA.
Es necia
Esa presuncion, Fadrique,
Y á palabras tan groseras
No doy yo satisfaccion.
(*Hace que se va.*)
DON FADRIQUE.
Espera, Señora, espera.
DUQUESA.
Vuelvo por solo escuchar
Esa relacion; empieza.
DON FADRIQUE. (*Ap.*)
Yo no entiendo esta mujer.
DUQUESA.
Refiere, ó voyme.
DON FADRIQUE.
Está atenta.
Murmurando de mí porque servia
Dama de la Duquesa, y yo enojado,
Respondí que en beldad y bizarría
Ninguna deste mundo la ha igualado;
Y que tanta verdad defendería
Con valor en campaña ó en poblado.
A la plaza salí, gallardo y fiero,
Con nombre del Dudoso Caballero.
Y cuando...
DUQUESA.
Esperad un poco;
Primero es razon que sepa
Por qué os llamais el Dudoso.
DON FADRIQUE.
Pues ¿hay mas dudas que tenga
Un amante desdichado?
Siempre confuso me dejas
Con acciones á dos visos:
Ya me das de amar licencia,
Ya matas mi confianza,
Ya la licencia me niegas,
Ya me dejas con un guante;
Enojo en los labios muestras,
Piedad en los ojos tienes;
Ya la banda me desprecias,
Ya la admites, ya la rasgas,
Ya te quedas con la media.
Eres, en fin, parecida
á la que llamaron hiena,
Animal tan enemigo
Del hombre, que con cautela
Vuestra voz finge, y suspende
El caminante, que piensa
Que es afligida mujer.
Sigue la voz de la fiera,
Da en sus garras, halla muerte,
Y ella, furiosa y sedienta,
Vase á una fuente á beber,
Y al ver su rostro se acuerda
Que mató á su semejanza;
Y allí con lágrimas tiernas
Llora el mismo que mató.
De donde dijo un poeta,
De aquellos que las auroras
Tienen á sus musas gratas: [ras?
«Si me quieres matar, ¿por qué me llo-
Y si me has de llorar, ¿por qué me ma-
[tas?»
DUQUESA.
El ignorante halla dudas
Donde no las hay. ¿Piensas
Que has tenido viso alguno
De favor? Bien claras muestras
Te di siempre de no amar;
Y pues en vano te quejas,
Quéjate contigo mismo.
(*Ap.* ¡Qué cruel estoy!)
(*Hace que se va.*)
DON FADRIQUE.
Espera,
Ya me matas. (*Ap.* ¡Oh, qué Circe!)
DUQUESA.
Refiere, ó voyme.
DON FADRIQUE.
Está atenta.
De la batalla ó fiesta llegó el dia;
Era cada balcon florido mayo,
Vieron primero la persona mia
Sobre los hombros de un hermoso bayo.
Pisó el circo gentil con bizarría
Aquel hijo del Bétis y de un rayo,
Haciendo, como diestro en los torneos,
Corvetas una vez, otra escarceos.
Caminando á la tienda de campaña,
No cesaban las cajas y clarines,
Las damas repitieron: «Viva España:»
Y aun me vertieron cándidos jazmines.
Una sirena, cuya voz engaña,
Llevada sobre el mar de dos delfines,
Mi empresa fué; la letra: «En esta calma
Me lleva amor para anegarme el alma.»
Pero si me abraso en celos
Y mi corazon revienta
Con agravios declarados,
¿Cómo desata la lengua
Palabras disimuladas,
Si dijiste al Duque, fiera,
Que no te ves en la fuente
Por no convertirte en cera?
¡Ah piedad! queda contigo,
Que con una cruel te quedas;
Que yo no puedo contar,
Cuando agravios me atormentan,
Acciones que no agradeces;
Tú me matas.
DUQUESA.
Oye, espera;
El Duque me dijo aquí
Que por él intercediera
Con la Duquesa, que hiciese
Por su amor la diligencia;
Sí, le dije; y este sí
Escuchaste.
DON FADRIQUE.
No pretendas
Dar color á mis recelos.
DUQUESA.
Engáñaste, y si supiera
Que de mí se imaginara
La mas mínima sospecha,
No diera satisfaccion
A palabras tan groseras.
DON FADRIQUE.
No hay quien te entienda, mujer;
Prosigo desta manera.
Salió á la plaza Urbino, fué el primero;
Una selva de plumas ha sacado
De color verde, y nácar el cimero;
Cuando el viento sutil las ha bondeado,
Ya parece un abril, ya son enero;
Un árbol pareció que está nevado.
Hondas eran del mar las varias plumas,
Pues mezcladas se ven olas y espumas.
Con señas á batalla me provoca,
Un duelo de dos tigres se dibuja,
Ya para el curso la trompeta toca,
Ya sacamos las lanzas de la cuja;
Ya acometemos, y con furia loca
No hay asta que no rompa y que no cru-
Tocaron los pedazos las regiones [ja;
Del fuego, descendiendo hechos car-
[bones.
Los brazos á la espada el duelo fian;
Tanto los yelmos combatieron ellas,
Que fraguas de Vulcano parecian,
Y relámpagos eran las estrellas;
Como nocturnas sombras no se vian,
El vulgo se admiró de ver estrellas;
Mi contrario quedó tan sin sentido,
Que ni bien era muerto ni dormido.
Ya esperaba en el puesto el de Ferrara,

Que el íris se vistió de su librea;
Corrimos, y el caballo le arrojara
Si al arzon no se asiera; titubea,
Ya cae y ya no cae, ya sí, no pára
El caballo, y él libre se pasea,
Pues su dueño perdió sentido y freno,
Cuando mi lanza fué rayo sin trueno.
Aquí el de Parma me provoca al duelo,
La fuerte lanza puesta ya en el ristre;
Exhalaciones fuimos, que en el cielo
No hay vista perspicaz que nos registre.
Su caballo se vió correr en pelo,
Sin silla, sin señor que le administre;
Porque en tierra cayó, y medir pudiera
La que habrá menester cuando se mue-
[ra.
Entrando van despues aventureros
Por mostrar su valor ganando fama,
Ya con las lanzas, ya con los aceros,
Aqueste me acomete, aquel me llama;
Yo, invocando el favor de dos luceros,
Que son los bellos ojos de mi dama,
Feroz en los estribos me levanto,
Matando unos de envidia, otros de es-
[panto.
Todo es aplauso, todo alegres voces,
Crece la admiracion, la noche llega,
Aquellos con valor, estos feroces,
Todos me embisten, invencion fué
[griega;
Corren ligeros, sombras son veloces,
Aquel repara, el otro no sosiega,
Discurro sin parar, cólera tengo,
Muchos me cercan, el agravio vengo.
Las damas dicen paz, el sol se puso,
Suena *España* una voz, otra *Vitoria*,
Pasmó la noble, el vulgo va confuso,
Salgo sin mí, tú estás en mi memoria;
Dichas prevengo, de infeliz me acuso,
Hallóme mi pesar, perdí mi gloria;
Tuyo en efeto soy, y mis deseos
Servirán á tus plantas de trofeos.

DUQUESA.

Debo estar agradecida.

DON FADRIQUE.

Y ¿cuándo lo mostrarás,
Si hoy un favor no me das?

DUQUESA.

Basta no estar ofendida.

DON FADRIQUE.

¿De qué?

DUQUESA.

De que me han contado
Que un guante rompiste mio.

DON FADRIQUE.

Dueño fué de mi albedrío,
Mirad si está bien guardado;
Pero si este se cayó,
Favor no es vuestro, Señora;
Dadme algun favor ahora,
En que vea claro yo,
Sin los visos de engañado,
Que dais premio á tanta fe.

DUQUESA.

Hoy un favor os daré.

DON FADRIQUE.

¿Aun no estoy examinado
De todo punto? Yo sí
Que me pudiera quejar
De vos, de ver olvidar
La media banda que os dí.

DUQUESA.

Si es esta, ¿qué pretendeis
De favores lisonjeros?

DON FADRIQUE.

Vivir, para agradeceros
Que esa banda no olvideis.

DUQUESA.

No, no me juzgueis amante.

DON FADRIQUE.

¿Qué quereis con tantos fieros?

DUQUESA.

Vivir para agradeceros
Que no olvideis ese guante.

(*Vanse.*)

Salen FLORES *y* RAMON.

FLORES.

Licencia esta noche ha dado
Su alteza de hacer terrero
A cualquiera caballero.

RAMON.

¿Don Fadrique está avisado?

FLORES.

Vé tú, y avísale presto;
Que yo me quiero quedar
Ocupando este lugar,
Porque nadie llegue al puesto.

Salen arriba PORCIA *y* ELISA.

PORCIA.

Elisa, por tu consejo
Hago esfuerzos, y me inclino
Desde hoy al duque de Urbino;
La española aficion dejo.
Para olvidarle ¿qué haré,
Cuando su amor me detiene?

ELISA.

Piensa qué defectos tiene;
Di males dél.

PORCIA.

Sí diré.

ELISA.

¡Oh, si te viese duquesa!

PORCIA.

Con esperanzas estoy,
Y aunque fingida lo soy,
De serlo así no me pesa.
Canta alguna cosa, amiga.

ELISA.

¿Qué letra quieres que cante?

PORCIA.

Una que mi mal espante;
Una que engaños me diga.

ELISA. (*Canta.*)

Esperanzas lisonjeras,
Que solo tormento dais
Mientras vivis y pasais,
Como verdes primaveras.

Sale LA DUQUESA *en lo alto.*

DUQUESA.

Porcia, ¿música sin mí?

PORCIA.

¿Que no es vuestra, mi señora?

ELISA.

A cantar empecé ahora.

DUQUESA.

¿Ha venido alguno?

PORCIA.

Sí.

DUQUESA.

¿Qué caballero ha llegado?

ELISA.

¿Quién mi música oyó?

FLORES.

Yo.

ELISA.

Pues ¿tu voz se oyó?

FLORES.

No, no,
Porque yo canto endiablado.
El duque de Urbino vino;
Si halla en su clamor amor,
Será el disfavor favor,
Y su desatino tino;
Que enamorado estoy hoy.

ELISA.

¡Qué lenguaje, ó barbarismo!

FLORES.

Soy el eco de mí mismo,
Ya he dicho que Urbino soy;
No me han de ocupar el puesto
Tres duques, como de ases.

PORCIA.

Hoy temí que te cansases;
Galan saliste y dispuesto,
Y aun estábamos las dos
En las rejas de estas salas,
Alabando tantas galas
Con gusto.

FLORES.

Mas, juro á Dios...

PORCIA.

Bien la empresa no se via;
Decídnosla.

FLORES.

Fué extremada:
Una pandorga pintada,
Y así la letra decia:
«Amor no quiere pandorgas;
Mas ¿qué se nos da á los dos,
Si yo no soy el pandorgo,
Ni sois la pándorga vos?»

PORCIA.

¡Qué mal mote!

FLORES.

Es misterioso.

PORCIA.

La empresa del de Ferrara
Quisiera saber.

FLORES.

Admira:
Un hombre pintó, que mira
Si es la noche oscura ó clara;
La ventana cerró, y á eso
Las alacenas abria,
Y así la letra decia:
«Obscura está, y huele á queso.»

ELISA.

¿Corria buen temporal?

FLORES.

Para ratones, Señora.

Sale DON FADRIQUE.

DON FADRIQUE. (*Ap.*)

Pensaba yo que no era hora,
Y tardé, pensando mal.
Ocupado está el terrero;
Flores es quien lo ocupó.

FLORES.

No sé quién es quien llegó;
Mi amo es, llamarle quiero.

DUQUESA.

La del español queremos.

FLORES.

Entre sus plumas y galas
Pintó un fénix con sus alas,
Quemándose los extremos.

PORCIA.

¿Por letra?

FLORES.

Bruto amó á Porcia;
Pero yo, español astuto,
Amo á Porcia y no soy bruto.

PORCIA.

Aun las mejores son esas.

FLORES.

Tal es el españolete.

DON FADRIQUE.

(*Ap.* Sin duda es él.) Flores, véte.

FLORES.

Fáltanme dos mil empresas.
Otro en su empresa ha pintado
Un doctor con su orinal,
Y un mercader que el caudal
En bayetas ha empleado;
Era el mercader poeta,
Y la letra de primor:
«Ando tras este doctor
Para vender mi bayeta.»

DON FADRIQUE.

Véte, loco.

FLORES.

Ya me voy. (*Vase.*)

Salen LOS TRES DUQUES.

FERRARA.

El lugar nos han tomado.

URBINO.

Pena de quien ha tardado.

PARMA.

Breve será, si es dichoso.

FERRARA.

¿Quién es?

DON FADRIQUE.

¿Y quién lo pregunta?

FERRARA.

Es el duque de Ferrara.

DON FADRIQUE.

Don Fadrique el que está aquí.

FERRARA.

Si nos impedis la entrada
A estos jardines, adonde
Cae la luz de esa ventana,
No seréis cortés, si viendo,
Cuando la Duquesa aguarda,
Que hable Porcia, y no su alteza.

DON FADRIQUE.

No há mucho que en la estacada
He dicho, y he sustentado
En esa pública plaza,
Que á la dama que yo sirvo
Ninguna del mundo iguala;
Y querer que deje el puesto
Es volver á la demanda.

URBINO.

Luego ¿vos imaginais
Que el salir de fiesta y gala
A la calle en un caballo,
Correr dos ó tres lanzadas
Es una gran valentía,
Y que reñir en campaña
De veras, será lo propio?

DON FADRIQUE.

Sé que puse aquí las plantas
Para no volver atrás.

PORCIA.

Sin duda que le maltratan,
Si tú no bajas, Señora.

DUQUESA.

Mira, Porcia, que te engañas.

ELISA.

No engaña, señora mia;
Que no es vencer en campaña
Ser mas diestro en pelear.

DUQUESA.

¿Tú tienes desconfianza
De don Fadrique?

PORCIA.

Sí tengo,
Porque son verdades claras
Las que esos señores dicen.

DUQUESA.

Ya me teneis despechada
Las dos, y los tres cobardes
Que allí blasonan me agravian;
Sea locura ó capricho,
Yo os veré desengañadas. —
Caballeros, ¿á quien digo?
Del que ese lienzo nos traiga
(*Arroja un lenzuelo.*)
La Duquesa ó yo serémos.

PORCIA.

Eso es beber sangre humana;
Entrañas tienes de tigre.

PARMA.

Será del duque de Parma.

URBINO.

Será del duque de Urbino.

FERRARA.

No, sino del de Ferrara.

DON FADRIQUE.

¿A quién digo, caballeros?
Determinen ya quién gana
Esa vitoria de lienzo,
Porque despues de ganalla,
Me la dé el que la tuviere.

URBINO.

¡Qué soberbia!

FERRARA.

¡Qué arrogancia!

DUQUESA.

Con la rabia que me dieron
Vuestras villanas palabras,
No supe lo que me hice.

PORCIA.

Baja á remediarlo, baja.

(*Vanse la Duquesa y Porcia.*)

DON FADRIQUE.

Con modestia lo pedía,
Pero si soberbia llaman
Pedirlo del uno, ahora
A todos es la demanda.
Dénme el lienzo, caballeros.

URBINO.

Ya no son esas palabras
Nacidas de bizarría,
Sino de soberbia, y tanta,
Que á ser cobardía llega;
Que aun es accion temeraria.
Reñir con uno no quiere
Quien á tres juntos agravia,
Si es forzoso que los tres
No riñamos con ventaja.

DON FADRIQUE.

Buen remedio: si los dos
Dan el lienzo al uno, llana
Queda la cuestion conmigo.

FERRARA.

¡Arrogancia temeraria!
Escucha, Duque de Urbino,
¿No adviertes y no reparas
Que si es Porcia quien le echó,
Es prenda de una criada,
Y no te toca el tenerla?

URBINO.

Bien está advertido, basta,
Quiero darte aqueste gusto;
Si esa prenda es de tu dama,
Tómala, alienta con ella,
Cobra nueva vida, alcanza
Ese favor que deseas;
Porque sea mas hazaña
Mataréte, y ese lienzo
Te servirá de mortaja.

DON FADRIQUE.

¿El lienzo al fin me entregais?

URBINO.

Sí, porque es de una criada,
Y no es prenda de mi dueño.

DON FADRIQUE.

El lienzo que te acobarda
Me da á mí tanto valor,
Que es reñir con gran ventaja;
Ya estamos tantos á tantos,
Desocupen la campaña.
(*Acuchíllalos.*)

Salen LAS DAMAS.

PORCIA.

Baste, baste, caballeros.
¿En mis jardines espadas?

DUQUESA.

Es un rayo don Fadrique,
Dueño mis ojos le llaman,
Ya mi desden se acabó,
La corriente de mis ansias
Se ha desatado; ¡ay de mí!
Él es dueño de mi alma.

Sale DON FADRIQUE, *con el lienzo y la espada desnuda.*

DON FADRIQUE.

Si este lienzo es el favor
Que me teneis ofrecido,
De vos no lo he recibido,
Que lo ganó mi valor.
Si banda fué del amor,
Amor verá que es despecho
Haber de mis riesgos hecho
Vuestros livianos antojos;
Si hay piedad en esos ojos,
¿Cómo hay tigres en el pecho?
Cuatro vidas arriesgais;
Mal, Señora, me quereis;
Costosa experiencia haceis,
Pues así me aventurais.
Tomad el favor que dais;
Llamarle favor no es bien,
Desden sí, y rigor tambien;
Y así, aunque el lienzo he ganado,
Vengo á ser el desdichado,
Pues gozo vuestro desden.
En Castilla sucedió
Que una dama arrojó un guante,
En presencia de su amante,
A unos leones; entró
El galan, y le sacó,
Y luego, á su dama infiel,
Le dió en el rostro con él;
Agravios no haré tan claros,
Pero tengo de imitaros
En ser conmigo cruel.
Quedad, Señora, con Dios;
Que yo me voy ofendido
De mí, por agradecido,
Por ser ingrata, de vos;
Mal estarémos los dos
En dos extremos tan raros;
Quiero ausentarme y dejaros,
Perderme quiero y perderos,
Quiero morir de no veros,
Cuando vivo de adoraros.
El alma, en vos divertida,
Goza con dichosa suerte
Vida que parece muerte,
Muerte que parece vida;
Y si es la gloria fingida
Y es la pena verdadera,
Mas vale que ausente muera

Donde el morir es morir;
Sin duda que no es vivir
El vivir desta manera.

(*Hace que se va.*)

DUQUESA.

Don Fadrique, espera, aguarda;
Yo te confieso mi error.
No fué no tenerte amor,
Esperanza fué gallarda
De que tu espada te guarda.
Cuando la ocasion te dí,
Vitoria me prometí,
Nunca recelé tu muerte,
Porque vide que el perderte
Era mas perderme á mí.
Si á la dama castellana
Dió su amante un bofeton,
Tienes la mesma razon,
Borre tu mano la grana
De mi rostro; y si villana
Tu mano pareceria,
Defendiéndome este dia
Amante tan soberano,
Señor, no te falte mano;
Aquí tienes esta mia.

Salen LOS TRES DUQUES.

Aunque á los tres descontente,
Mi capricho logro así,
Pues á un amante la dí
Galan, discreto y valiente.
Amor niño finge y miente,
Yo, Duque, soy Serafina;
Que así mi amor determina
Quien me quiere y aborrece;
Mántua á vuestros piés la ofrece.

DON FADRIQUE.

Mas quiero esa luz divina.

FERRARA.

Vive Dios, que mereceis
Por este agravio, esta injuria,
Que á Mántua abrase mi furia.

DUQUESA.

Grande enemigo teneis.

URBINO.

Ferrara, no os enojeis
De lo que á mí me tocó.

DON FADRIQUE.

¿Qué bárbaro se atrevió
Así delante su alteza,
Arriesgando su cabeza?

PARMA.

¿Quién dará ese riesgo?

DON FADRIQUE.

Yo.

Sale FLORES.

FLORES.

Y yo el cuchillo daré
Agora que hay ocasiones
De dejar estos jirones
Quien loco en su seso fué.
¿No me preguntan por qué
Juana Flores fué mi madre?
No hay locura que me cuadre;
Confieso que cuerdo estoy
Mientras no digo que soy
El Rey, el Papa ó Dios Padre.

URBINO.

Yo adoré, no me ha pesado.

DUQUESA.

Yo tengo dueño, en efeto,
Galan, valiente y discreto.

PARMA.

Yo el premio de enamorado.

DON FADRIQUE.

Yo el pago de mi cuidado.

FERRARA.

Yo, aunque en Mántua mas blasonen,
Hallo partes que me abonen.

DUQUESA.

Y yo la dichosa fuí.

FLORES.

La comedia acaba aquí;
Vuesas mercedes perdonen.

COMEDIA FAMOSA

TITULADA

NO HAY DICHA NI DESDICHA HASTA LA MUERTE,

DEL DOCTOR MIRA DE MÉSCUA.

PERSONAS.

EL REY DON GARCÍA.
EL REY DON ORDOÑO.
DON DIEGO PORCELOS.
DON VELA.
MONGANA, *gracioso.*
CARRASCO.
LA REINA DOÑA VIOLANTE.
DOÑA LEONOR.
ISABELA.
MARCELA.
BRIANDA, *esclava.*
UN CRIADO.
UNA ESPÍA.
SOLDADOS.
MÚSICOS.

JORNADA PRIMERA.

Tocan al arma, y salen con rodelas y espadas desnudas PORCELOS Y DON VELA, MONGANA Y CARRASCO.

DON VELA.

Pienso que al arma han tocado.

PORCELOS.

Las huestes de don García
Tocan arma noche y dia.

DON VELA.

Querrán tener desvelado
El real de don Ordoño.

PORCELOS.

Bien prevenidos están.

DON VELA.

Paces ó treguas harán
Los rigores del otoño.

PORCELOS.

Ya que en Castilla nacimos,
Y ha sido nuestra intencion
Servir al rey de Leon,
Pues hijos segundos fuimos
En nuestras casas, es bien
Que en nuestra grande amistad,
Coronada de lealtad,
Segundo nombre nos dén
De Piládes y de Oréstes.

DON VELA.

Ya nos vieron semejantes
Desde que fuimos infantes;
No digas, no manifiestes
Con palabras el amor,
Que, unido en lazos estrechos,
Un alma informa en dos pechos,
Una vida y un valor.

PORCELOS.

Pues las estrellas y Dios
(Que sin él no hay astro alguno)
En amor nos hacen uno,
Con privilegio de dos,
No nos perdamos, no erremos,
Don Vela, nuestra venida;
Dividamos esta vida,
Que con un alma tenemos.
Don Ordoño y don García
Hijos legítimos son
De Ordoño, rey de Leon,
Y pretenden este dia
Ambos el reino, y alegan,
Don García que es mayor,
Don Ordoño que al traidor
Las cristianas leyes niegan
La corona, y que él lo fué
Contra sus padres; de modo
Que el derecho de ambos todo
Puesto en las armas se ve.
Y si ahora quiere Dios
Que muerto quede ó vencido
El que hubiéremos servido,
Perdidos somos los dos;
Porque, siendo como digo,
Es cierto que su favor
No ha de dar el vencedor
A quien sirvió á su enemigo.

DON VELA.

Ordenad, don Diego, vos
Lo que habeis de hacer de mí.

PORCELOS.

Mi parecer es que aquí
Nos dividamos los dos.
Con arte se ha de ayudar
A la fortuna y la suerte;
Que aun siendo fatal la muerte,
Tal vez se suele excusar
Con el ingenio y discurso.
No nos perdamos los dos;
Al un rey serviréis vos,
Y yo al otro, y así el curso
De la rueda de fortuna
Contrastar y detener
Podrémos, pues suele hacer
Las mudanzas de la luna.
Si venciere vuestro dueño,
Vos me ayudaréis despues;
Mi amigo sois, y no es
Este consuelo pequeño.
Si acaso venciere el mio,
Para ser vuestro nací;
Fiaros podeis de mí,
Como yo de vos me fio;
Y así con ingenio humano
Amor nos ha dividido,
Porque, estando uno caido,
El otro le dé la mano.

DON VELA.

Bien decís; que la amistad,
Para mas satisfaccion,
En la misma division
Nos da perpétua unidad.
Al hombre naturaleza
Los brazos ha dividido,
Para que, el uno perdido,
Otro ampare la cabeza.
El capitan que es prudente,
Mezclando fuerzas con artes,
Por no arriesgarse, en dos partes
Suele dividir su gente.
Contra la suerte importuna
En esto hallamos remedio,
Pues cogerémos en medio
La rueda de la fortuna;
Y á su correr y volar
Con el paso presuroso,
Como acostumbra, es forzoso
Que en el uno ha de parar.

PORCELOS.

¿A qué rey quereis servir?
Vuestra eleccion es la mia.

DON VELA.

Yo serviré á don García.

PORCELOS.

Yo á don Ordoño; y decir
Pudiera en esta ocasion
Que mayor dicha me fuera
Que vuestro dueño venciera,
Porque mas satisfaccion
Tengo de vos que de mí;
Y venciendo don García,
Pendiera la dicha mia

De vuestra mano; y así,
Mas segura la tuviera
Que si la adquiriera yo.
Aunque ya digo que no;
Porque si dichoso fuera
Con Ordoño, claro está
Que, si un alma en los dos vive,
Ni es infeliz quien recibe
Ni es mas dichoso el que da.

DON VELA.

Ya vuestros brazos espero.

PORCELOS.

De su amorosa pasion
Ha saltado el corazon
A recibirlos primero.

MONGANA.

Pues vemos estas finezas,
¿Quiere que los dos seamos
Dos monos de nuestros amos?

CARRASCO.

Y aun monas de las cabezas.

MONGANA.

Carrasco, mucho te quiero;
Cuanto tuviere, por Dios,
Que ha de ser comun de dos,
Excepto moza y dinero.

CARRASCO.

Al cobrar nuestro salario,
Vino y tabaco serán
Tan de ambos, que no sabrán
Cuál es dueño propietario.
No ha de haber cosa partida
Entre los dos; de tal suerte,
Que engañemos á la muerte
Cuando se engulla una vida.

MONGANA.

Voto á los rayos de Apolo,
Que si pendencias tenemos,
Tan uno los dos serémos,
Que has de reñirlas tú solo;
Y mientras riñas, bebiendo
Estaré, para que asombre
Que esté en dos partes un hombre,
Bebiendo á un tiempo y riñendo.

CARRASCO.

El valor se ha de ver hoy.

MONGANA.

Si el valiente por guardar
Su pellejo ha de matar,
Carrasco, valiente soy,
Pues cuando guardo la vida,
Mato la sed.

PORCELOS.

Bien está,
Camino el tiempo abrirá;
Cada ejército convida
A que mostremos los dos
Nuestra ilustre sangre en ellos.

DON VELA.

Adios, don Diego Porcelos.

PORCELOS.

Amigo don Vela, adios.

MONGANA.

Sin cumplimientos ni ruegos
Nos irémos dos mosquitos.

CARRASCO.

Adios, honra de coritos.

MONGANA.

Adios, honor de gallegos.
(*Vanse don Vela y Mongana.*)

CARRASCO.

Pienso, Señor, que has errado
En haber hecho eleccion
De Ordoño; rey de Leon
Es García; desterrado
Ordoño estaba en Galicia,
A quitarle el reino viene,
Difícil es, porque tiene
El mayor mayor justicia.

PORCELOS.

Carrasco, de mí nació
El dividirnos; no fuera
Puesto en razon que eligiera
Lo que es mas seguro yo.
Cuanto mas que nunca sabe
El hombre el mejor camino
De la dicha, porque vino
Siempre acaso. No se alabe
De que el camino eligió
Dichoso persona alguna;
Que está buena la fortuna
Donde menos se pensó.

CARRASCO.

Aquí viene Ordoño.

PORCELOS.

Quiero
Ofrecerle mi persona,
Y déle Dios la corona
De un católico hemisferio.

Tocan cajas, y sale EL REY DON ORDOÑO *y* SOLDADOS.

REY.

¿Qué me aconsejais?

SOLDADO 1.°

Señor,
Que la batalla no dés,
Porque su ejército es
En las fuerzas superior;
Mas gente y mejor armada
Es la suya; mi consejo
Es retirarse.

REY.

Eres viejo;
Tienes ya la sangre helada.

SOLDADO 1.°

No me culpes si perdieres
Tu gente en esa maleza.

PORCELOS.

Déme los piés vuestra alteza.

REY.

Dime, soldado, ¿quién eres?

PORCELOS.

Don Diego Porcelos soy,
Un hidalgo de Castilla,
Que á tu servicio real
Viene ofreciendo la vida.
Cuando es razon que en campaña
Los castellanos te sirvan,
No es justo que se excusase
Mi generosa familia.
Este nombre, este apellido,
De española sangre antigua,
Fénix es en mí; yo solo,
Sin que nadie me compita,
Soy Porcelos; y así, quiero
Que nazca de mis cenizas
Segunda vez este nombre,
Y en España eterno viva.
Si yo en tu servicio mancho
Esta famosa cuchilla,
Mezclando púrpura humana
En las ondas cristalinas
De ese rio; si á tus piés
Dichosamente derriba,
Como un halcon bien templado,
La varia plumajería
De su hueste y los leones
Coronados, que iluminan
Con los rayos de sus ojos
Las banderas enemigas,
¿Qué mas gloria para mí?
Vive el cielo, que me inclinan
Sus estrellas á servirte;
Y aunque es eleccion la mia,
Parece que la arrebatan
Con una fuerza divina.
Ya en las guerras de Navarra,
Ya en las fronteras moriscas,
Negué al ócio, y dí experiencia
A mi hidalga bizarría.
Si á quien soy correspondí,
Ajenas lenguas lo digan,
Aunque no se alaba aquel
Que informa de su justicia.
Esto he dicho porque alegre
Vuestra majestad reciba
Los deseos que mi alma
Le consagra y le dedica,
Y tambien porque he mirado
El real de don García
Con atencion, y aunque ahora
Tiene gente mas lucida,
Como el nuestro, aunque menor,
Dentro de un hora le embista,
Segura está la victoria,
Si va la caballería
En frente del escuadron,
Y allí el bagaje camina.
Es la razon porque el aire
Nuestra ayuda solicita,
Que en las espaldas nos da
Tan fuerte, que las encinas
De esas montañas arranca;
Y siendo razon precisa
Que en los ojos les dé el polvo,
¿Quién duda, quién desconfía
Del vencimiento? Pues ciegos,
No ha de haber quien nos resista.
Demás de que, siendo ahora,
Como vemos, mediodía,
Ganamos el sol, pues queda
Sobre las mas altas líneas
Del Auge, á nuestras espaldas,
Y es fuerza que si declina,
Crezca el viento, y los caballos,
Partos del Andalucía,
Como son estas campañas
Tierra blanda y arenisca,
Y las lluvias le han faltado,
Formarán nubes que impidan
Al ejército contrario
Animo, fuerzas y vista.
Y si en esto, gran señor,
Natural filosofía
Tiene crédito, yo he visto
Que vuelan buitres por cima
De su ejército graznando,
Presagios de su ruina,
Pues dicen los naturales
Que mortandad adivinan.
Ea pues, insigne Ordoño,
Rey hasta aquí de Galicia,
A quien el cielo y las aves
Nuestros reinos pronostican,
Manda que toquen al arma;
Y ahora, que no imaginan
Los contrarios que has de darles
La batalla, porque miran
Tus fuerzas muy inferiores,
A Fabio Máximo imita,
Que con el arte y la industria
Abismos acometía
De escuadrones y de tropas.
Las victorias que publica
Mas celebradas la fama
Son aquellas que se quitan
Al ejército mayor.
Sirva, Señor, mi venida
De trompeta, porque soy
Rayo que Júpiter vibra,
Furor que el cielo desata,
Flecha que Marte fulmina,
Prodigio que el mar aborta,

Bomba que el fuego fabrica,
Cuartana deste leon,
Timbre y blason de Castilla;
Y lo que mas soy, Señor,
Soldado de tu milicia.

REY.

Vive Dios, que no me dieran
Mas ánimo y alegría
Las lanzas de los romanos,
Las flechas de los scitas.
Dame esos brazos, Porcelos.

SOLDADO 1.°

Ahora llega una espía
Del ejército contrario.

Sale UNA ESPÍA.

REY.

¿Qué hay de nuevo?

ESPÍA.

Que dos hijas
Del rey de Navarra vienen:
Violante con don García
Se viene á casar, Leonor
La acompaña; y tanto fian
De su victoria, que el Rey
Quiere que en su tienda misma
Las reciban, sin que pasen
A Leon; y de Castilla
Un gran soldado ha venido,
Que con razones incita
A que nos ganen el puesto;
Don Vela se llama.

PORCELOS.

Brillan
En sus armas, envidiosos,
Los rayos del sol.

REY.

Embista
Nuestro ejército primero
Al arma, y la infantería
Siga á los caballos.

PORCELOS.

Cierra,
Pues la ocasion nos anima.

(*Entranse sacando las espadas, y queda solo Carrasco.*)

CARRASCO.

Estando llena de moros
España, ¿no es gran desdicha
Ver ejércitos cristianos
Manchar con su sangre misma
Las campañas? Ya acometen;
Todo es confusion y grita,
Todo es horror: unos y otros
A Santiago apellidan.
Entrar quiero en la batalla,
Aunque el alma me lastima
Ver, en conflicto tan grande,
Que todos tengamos crisma.

(*Dase la batalla con órden, y saliendo de dos en dos los que hablan.*)

Salen DON GARCÍA Y EL REY.

DON GARCÍA.

¿Cómo á tu hermano mayor
El reino le tiranizas?

REY.

Para vengar á mi padre,
A quien tú en su misma vida
Heredaste con violencia.

DON GARCÍA.

Eres traidor.

REY.

Es mentira;
Soy venganza de los cielos.

DON GARCÍA.

En vano, Ordoño, porfías.

(*Vanse los dos.*)

Salen MONGANA Y CARRASCO.

MONGANA.

Mongana soy, buen Carrasco;
¿Cómo de veras me tiras?

CARRASCO.

No te conozco; pelea.

MONGANA.

¿Cómo quieres tú que riña
Con mis amigos?

CARRASCO.

Contrarios
Somos ya; riñe, gallina.

MONGANA.

Ojalá que yo lo fuera,
Pues siéndolo, volaria.

CARRASCO.

Riñe, liebre.

MONGANA.

Si lo fuera,
Correr pudiera. ¿No miras
A don Vela, mi señor,
Que mata, asuela y derriba?

CARRASCO.

¿Por qué no miras tambien
A Porcelos, que es la grima
De tu gente?

MONGANA.

Vuelve el rostro,
Verás que vienen aprisa
Marchando mil elefantes
Con sus castillos encima.

CARRASCO. (*Vuelve el rostro.*)

¿Por dónde?

MONGANA.

Por el infierno.

CARRASCO.

¡Ah cobarde! allá caminas.

(*Vase uno tras de otro.*)

Sale DON DIEGO PORCELOS, *acuchillando á* DON GARCÍA.

PORCELOS.

Cuando todos van huyendo
De mi valor y mi furia,
¿Tú me aguardas? Ya es injuria
De la fama que pretendo.

DON GARCÍA.

Verás quién es don García,
Alma y fuerzas de Leon.

PORCELOS.

Bien merecerá perdon,
Señor, quien no os conocia;
De vos retiro la espada,
Que, siendo de buena ley,
Cortar no sabe en un rey,
Porque es majestad sagrada.

DON GARCÍA.

No atribuyas á respeto
Lo que fué temor; pelea.

PORCELOS.

¿Hay respeto que no sea
Temor tambien? Yo prometo
Que miro en ti una deidad
Tan oculta y superior,
Que, animándome el valor,
Me acobarda la lealtad.

DON GARCÍA.

Hombre que á Ordoño sirvió
¿No ha venido contra mí?

PORCELOS.

Contra tus soldados, sí;
Contra tu persona, no.

CARRASCO.

Pues aquí viene un soldado,
Con quien habrás menester
Tu valor; dale á entender
Quién eres.

Sale DON VELA, *buscando á don García.*

DON VELA.

Iré á tu lado.

DON GARCÍA.

A animar iré mi gente;
Si ese vences, he vencido. (*Vase.*)

PORCELOS.

Si en su lugar has venido,
Menester has ser valiente.

DON VELA.

Ya lo sentirás.

PORCELOS.

¡Don Vela!

DON VELA.

¡Don Diego!

PORCELOS.

Pésame, á fe,
De encontrarte aquí.

DON VELA.

¿Por qué?

PORCELOS.

Porque mi brazo recela
Ofenderte, y la amistad
Ha de estar con el honor
En el lugar inferior,
Y el honor es la lealtad.

DON VELA.

A nuestros reyes servimos;
Amigos somos, ¿qué harémos?

PORCELOS.

La obligacion que tenemos:
Morir, porque á eso venimos.

DON VELA.

Será reñir contra mí.

PORCELOS.

Yo pareceré soldado
O loco ó desesperado,
Que se da la muerte á sí;
No podemos excusallo.
¡Viva mi rey!

DON VELA.

¡Viva el mio!

PORCELOS.

¡Oh vasallo de gran brio!

DON VELA.

¡Oh valor de gran vasallo!

PORCELOS.

En dividirnos erramos.

DON VELA.

Encontrarnos fué desdicha.

PORCELOS.

¡Qué mal buscamos la dicha!

DON VELA.

Pues muramos.

PORCELOS.

Pues muramos.
¿Estás, don Vela, cansado?

DON VELA.

Cuidado tengo de ti.

PORCELOS.

Mas mi amigo eres así;
Que te quiero muy honrado.

DON VELA.
Casi por rendirme estoy.
PORCELOS.
Eso no harémos jamás;
Tú, porque en mí pecho estás;
Yo, porque tú imágen soy.
DON VELA.
Si nuestra la causa fuera,
Rendirme yo fuera léy.
PORCELOS.
Pues que sirves á tu rey,
Amigo, tu amigo muera.
DON VELA.
¿Quién ha visto tal crueldad?
Contra tí son los aceros.
PORCELOS.
Dios y el Rey son los primeros;
Despues entra la amistad.
DON VELA.
Si morimos, fama y gloria
Serán dos triunfos pequeños.
PORCELOS.
El honor de nuestros dueños
Consiste en nuestra victoria.
DON VELA.
Pues, amigo, á pelear
Hasta morir ó vencer.
PORCELOS.
Si me matas, vengo á ser
Mas tu amigo.
(*Tocan cajas.*)
DON VELA.
A retirar
Han tocado.
PORCELOS.
Ya los dos,
Sin ser traidores, podemos
Retirarnos.
DON VELA.
Retirémonos.
PORCELOS.
Pues adios, amigo.
DON VELA.
Adios.
(*Vanse los dos.*)

Salen EL REY Y DON GARCÍA, *vencido;* CARRASCO Y MONGANA.

REY.
Tus esperanzas vencí;
Rinde el ánimo tambien,
O daréte muerte.
DON GARCÍA.
¿A quién
He de dar la espada?
REY.
A mí.

Salen DON VELA Y PORCELOS.

DON VELA.
A tu lado estoy, Señor;
Que quiero morir contigo.
DON GARCÍA.
Ya no es tiempo, Vela amigo,
Sino de mostrar valor
Con la paciencia; venció
Quien menos razon tenia.
Ya soy solo don García,
Vencido y preso; rey, no.
REY.
Rinde, soldado, la espada.
DON VELA.
Cuando mi rey la ha rendido,
Honra mia es ser vencido,
La defensa es excusada;
Dos fuertes cuchillas ves,
Oh vencedor soberano:
La de mi rey en tu mano,
La del vasallo á tus piés.
REY.
Levanta esa espada, Conde.
PORCELOS.
¿Quién ese nombre merece?
REY.
Solo el que á Marte parece
Y á su sangre corresponde.
PORCELOS.
Título es nuevo en España.
REY.
Nuevo es tambien tu valor.
PORCELOS.
Los piés te beso, Señor.
REY.
Tuya es la victoria, hazaña
Digna de Porcelos es;
Nuevas honras darte quiero:
Tambien es tu prisionero
Ese soldado.
PORCELOS.
Tus piés
Otra vez humilde beso.
Mil siglos te guarde Dios,
Y así serémos los dos,
Tú mi dueño y yo tu preso.
MONGANA.
Este título de conde
¿Qué significa?
CARRASCO.
No sé.
MONGANA.
Conde, sin decir de qué,
Honras son de viento.
CARRASCO.
Y ¿dónde
Piensas que estás?
MONGANA.
Donde acabo
La vida, y llantos escucho.
CARRASCO.
No te desconsueles mucho;
Que, en efecto, eres mi esclavo.

Sale UN SOLDADO.

SOLDADO.
La que reina de Leon
Vino á ser, llega á mediar
Vuestras discordias.
DON GARCÍA.
Y á dar
A mis ojos mas pasion.

Salen LA REINA Y DOÑA LEONOR, *de camino, y* ACOMPAÑAMIENTO.

REINA.
Reyes famosos, ¿cuando á bodas vengo,
Hallo batallas entre dos hermanos?
Los tálamos dichosos que yo tengo,
¿Son tumbas y sepulcros de cristianos?
Cuando los labios con amor prevengo
Para besar alegre vuestras manos,
Debiendo estar unidas y trabadas,
¿En vuestra misma sangre están manchadas?
Envaine la razon vuestra cuchilla,
Corónense de paz vuestros deseos,
Y desterrad los moros de Castilla,
Si con sed anhelais de mas trofeos,
Que dilatando van desde Sevilla
Su imperio hasta los altos Pirineos,
Rompiendo con orgullo y prez bizarra
Las antiguas cadenas de Navarra.
(*Ap.* Ni sé cuál es Ordoño ni García;
Mas ya conozco al uno en la tristeza,
Y al otro he conocido en la alegría;
Afectos que nos dió naturaleza,
Con que las almas hablen cada dia.)
Ea, Señor, aliéntese su alteza;
No ha de enseñar el que es varon constante
A la adversa fortuna mal semblante.
No estar alegre aquí fuera locura,
Corto valor será mostrarse triste;
Un rostro has de mostrar y una figura
Al bien y al mal, si generoso fuiste.
Considera, Señor, cuán poco dura
La dicha de los hombres; montes viste
Que columnas del cielo han parecido,
Y las olas del mar los han sorbido.
Para morir con vos y para amaros,
O viviendo ó muriendo, habré venido;
Del amor conyugal ejemplos raros
Serémos, á pesar de humano olvido;
Vuestra sombra seré, y acompañaros
Pretendo, aunque este reino habeis perdido.
No me desposo yo con la corona;
¿Qué reino como el alma y la persona?—
Y á tí, cruel y bárbaro ambicioso,
Que pretendes reinar tiranamente,
¿No hay un rayo del cielo poderoso
Que fulmine ese pecho ó le escarmiente?
¿De qué sirve que estés vanaglorioso,
Si ves que la fortuna es loca y miente?
Seguridad promete, y nos engaña;
Hablen aquí los términos de España.
No llegues á triunfar de la victoria;
Las garras del leon que tiranizas,
Deshaciendo tu pompa y vanagloria,
Con roja sangre y pálidas cenizas
En los anales borren la memoria
De tu renombre, y las espumas rizas
Del mar del Sur en piélagos crueles
Dén fúnebre pasaje á tus bajeles.
REY.
¡Conde!
PORCELOS.
¿Qué manda tu alteza?
REY.
Vive Dios, que causa amor
Este singular valor,
Esta celestial belleza.
PORCELOS.
En Navarra la serví
De menino, y á mi ver,
No hay mas perfecta mujer.
REY.
¡Deidades son las que vi!
DON GARCÍA.
Señora, infelice ha sido
Vuestro valor soberano,
Pues que viene á dar la mano
A un hombre preso y rendido.
A ser reina de Leon
Salisteis de vuestra casa;
Ya habeis visto lo que pasa.
Vueltas de fortuna son.
REINA.
No han de decir en Castilla
Que fuí vana y ambiciosa;
Señor, yo soy vuestra esposa.
DON GARCÍA.
¡Oh valor! Oh maravilla
De las mujeres!
(*Va á darla la mano.*)

REY.

Detente;
Porque con tu misma espada
La mano darás manchada
De tu misma sangre.—Ardiente
Es ya, Conde, mi pasion;
Díselo luego á Violante.
Su esposo seré y su amante;
Postra á sus piés un leon.

PORCELOS.

Señora, si vuestra alteza
Para ser de un rey venia,
No ha de ser de don García,
Que será vana fineza.
Dulce cosa es el reinar;
Hija de un rey no ha de ser
Vasalla de otro, y tener
Dueño que preso ha de estar
Mientras viva. ¿Habrá ninguna
Que desestime el valor,
Que aborrezca al vencedor
Y desprecie la fortuna?

REINA.

Don Diego, ¿tú me aconsejas
Tal mudanza y eleccion?

PORCELOS.

Si por un rey de Leon
Un hombre vencido dejas,
Será mudanza bizarra.—
Ayúdame á persuadir,
Bella Leonor.

DOÑA LEONOR.

(*Ap.* Y á sentir
Otra vez lo que en Navarra.
¡Ay don Diego! Ay cruel amor!
Huyendo para olvidar,
He venido á tropezar
Otra vez en tu rigor.)
Señora, ¿Ordoño no es
Mas galan y mas valiente?

REINA.

Y ¿que tú tan fácilmente
Esos consejos me dés?

DON GARCÍA.

¿No te ha bastado, tirano,
Hacer traidora invasion
En el reino de Leon,
Sino querer dar la mano
A Violante, y ver perdida
Pompa de un rey y un amante?
Sin el reino y sin Violante,
¿Para qué quiero la vida?
Salgamos á desafío
Los dos; determine el duelo
Esta causa, ya que el cielo
Se muestra contrario mio.

REY.

A salir no está obligado
Con su preso un rey así.

DON GARCÍA.

Salga don Vela por mí;
Señala tú otro soldado.

REY.

Salga Porcelos.

DON VELA.

Mi rey,
(*Dan la espada á don Vela.*)
Aunque el reino haya perdido,
El rey legítimo ha sido
Por naturaleza y ley;
Y es cierto que si la mano
Violante á mi rey le da,
Mujer de un rey se dirá,
Y no esposa de un tirano.

PORCELOS.

Cuando la naturaleza
Da los reinos eminentes,
El derecho de las gentes
Da el imperio y la grandeza.
En las armas consistió;
Y así, es rey mas celebrado
El que reino ha conquistado
Que aquel que reino heredó.

DON VELA.

Esa fué sofistería
Del ingenio; que no hubiera
En el mundo, si eso fuera,
Ni traicion ni tiranía.

PORCELOS.

Si el vasallo con malicia
Se opone á rey soberano,
Decirse debe tirano,
No el que emprende con justicia.

DON VELA.

Y el pretender la mujer
Tras el reino, á su pesar,
¿Cómo se podrá llamar?

PORCELOS.

Accidente del poder.

DON VELA.

Y ¿no es violencia?

PORCELOS.

Aun no ha dado
La mano.

DON VELA.

Ya hay resistencia.

PORCELOS.

¿Cómo puede haber violencia,
Mejorándola de estado?

DON VELA.

Yo lo contradigo.

PORCELOS.

Aquí
Lo estoy defendiendo yo.
(*Empuñan las espadas.*)

DON VELA.

Y ¿no es injusticia?

PORCELOS.

No.

DON VELA.

Luego ¿tiene razon?

PORCELOS.

Sí.

DON VELA.

Pues así espero la palma.
(*Riñen.*)

PORCELOS.

Esa á mí me está debida.

DON VELA.

¡Ay amigo de mi vida!

PORCELOS.

¡Ay amigo de mi alma!
(*Pónense en medio la Reina y doña Leonor.*)

REINA.

Y esta ¿es accion generosa?

DOÑA LEONOR.

(*Ap.* Mi antiguo amor no consiente
Un suceso indiferente
Y una victoria dudosa.)
Esperad, suspended luego
Las armas; que en esto es
Don García descortés
Y poco bizarro, ciego
De su pasion. Di, García,
No querer que reina sea
La que servirte desea
¿Es amor? Es bizarría?
¿Preso y vencido, pretendes
Mujer de tanto valor?
Las leyes rompes de amor,
La razon de amor ofendes;
Amar es querer el bien
De lo amado, aunque haya sido
Con daño propio.

DON GARCÍA.

Vencido
Soy de tu razon tambien;
Dueño no se ha de llamar
De la divina Violante,
Ni merece ser su amante
Un hombre particular; (*De rodillas.*)
Yo suplico á vuestra alteza
Que, pues á ser reina vino,
Siga la ley del destino
Esa singular belleza.

REINA.

A nadie fuerza esa ley;
No esté así, que en mi opinion
Tiene mas estimacion
Nacer rey que morir rey;
Porque sin duda ninguna
Superior es la grandeza
Que da la naturaleza
A la que da la fortuna.

PORCELOS.

¿Qué determinas, Señora?

REINA.

Dudo y temo.

PORCELOS.

¿Qué es dudar?
Qué es temer?

REINA.

Es conservar
Mi opinion.

PORCELOS.

¿Piérdese ahora?

REINA.

¿Yo ambiciosa?

PORCELOS.

¿No es peor...

REINA.

¿Qué? Prosigue.

PORCELOS.

Que se diga
Que es amor el que te obliga?

REINA.

No, siendo honesto el amor.

PORCELOS.

Y la ambicion ¿no es defecto
En la que es sangre real?

REINA.

Defecto fué natural.

PORCELOS.

Luego ¿llamaráse afecto?

REINA.

¿Qué importa que afecto sea?

PORCELOS.

Ser mas lícito.

REINA.

¿Por qué?

PORCELOS.

Porque es propio.

REINA.

Impropio fué.

PORCELOS.

¿Cuándo?

REINA.

Cuando lo desea.

PORCELOS.

Ya es valor.

REINA.

¿Cómo valor?

PORCELOS.
¿No es valor noble deseo?
REINA.
Un reino es breve trofeo.
PORCELOS.
¿Para quién?
REINA.
Para el amor.
PORCELOS.
Luego ¿amaste?
REINA.
Al que tenia
Por dueño sí, que conviene.
PORCELOS.
Muda objeto; ¿qué mas tiene
Ordoño que don García?
REINA.
El haber sido primero.
PORCELOS.
Como rey le imaginaste.
REINA.
Es verdad.
PORCELOS.
Pues ¿rey hallaste?
REINA.
Dices bien; pero...
PORCELOS.
No hay pero;
Reina has de ser de Leon.
REINA.
Ya me tienes convencida.
PORCELOS.
Déte el cielo larga vida.
(*Están los reyes desviados, y ellos en medio.*)
REY.
¿Quién la venció?
PORCELOS.
La razon;
Ya es tuya aquella hermosura.
REY.
Y tú, don Diego, has de ser
El juez y chanciller
De mis reinos.
PORCELOS.
Soy tu hechura.
REY.
Hasta ahora no vencí,
Porque el fin de la victoria
Es el triunfo y es la gloria,
Y esa, Violante, está en ti.
REINA.
Ya, Señor, que esto ha de ser,
En mi mano hallaréis vos
Fe y amor. ¡Válgame Dios!
¿Esto es casarse, ó caer?
(*Al darle la mano, cae.*)
DOÑA LEONOR.
¡Mal agüero!
PORCELOS.
Es error vano;
No hay agüeros.
REY.
Esto ha sido,
Que mis brazos ha pedido
Su amor al darte la mano;
Y de aquella sujecion
Que has tenido, te levanto,
Con el matrimonio santo,
A ser dueño de Leon.
REINA.
¡Ay Leonor, cómo he temblado!
DOÑA LEONOR.
¿Cuándo tú sueles temer?
REY.
Cuando gano esta mujer,
Este reino, este soldado,
Para mí es felice dia.
DON GARCÍA.
Por tí solo, amigo, siento
En mi desdicha tormento.
DON VELA.
Tu mal siente el alma mia.
DOÑA LEONOR.
Aun vive mi voluntad.
PORCELOS.
Tuyo soy y tuyo fuí.
DON VELA.
Don Diego, acordáos de mí.
PORCELOS.
Sagrada fué mi amistad.
DON VELA.
Y desdichada mi suerte.
PORCELOS.
Ningun sábio se ha llamado
Dichoso ni desdichado
Hasta que llega la muerte.

JORNADA SEGUNDA.

Salen EL REY Y PORCELOS.

REY.
Despues que el reino poseo
Con imperio singular,
Por tenerte mas qué dar,
Tener mas reinos deseo;
Que, como vives en mí,
Una misma cosa fuera
Que para mí los tuviera,
Ó tenerlos para ti.
PORCELOS.
A tantas obligaciones
Responda por mí el silencio,
Tu esclavitud reverencio,
Hierros en el alma pones;
Mas, ya que estás generoso,
Una merced me has de hacer,
Para que yo pueda ser
De todo punto dichoso.
Sírvate don Vela, que es
El mas noble caballero
De Castilla.
REY.
Consejero
Sois de mi estado, Marqués.
PORCELOS.
Títulos has inventado
Para darme: ¿partiré
Con él, gran señor?
REY.
A fe
Que me dan mucho cuidado
Los moros de Andalucía.
PORCELOS.
Ya que servirte no quieres
De don Vela, si le hicieres
Algunas mercedes, fia
Que serán agradecidas
De los castellanos luego.
REY.
Búrgos es vuestra, don Diego.
PORCELOS.
Déte edades repetidas
El cielo, que ha coronado
De dicha á tu majestad;
Pero, Señor, la amistad
Me obliga á ser porfiado;
(*Vase entrando el Rey, y tras él Porcelos.*)
Vuélvase libre á su tierra
Don Vela, y preso no esté
Un hombre ilustre, que fué
Rayo fatal en la guerra.
REY.
Volver quiero para dar
Satisfaccion al deseo,
Con que anhelando te veo
Por vencer y porfiar;
Don Vela ¿es muy noble?
PORCELOS.
Sí
REY.
¿Con qué amor y bizarría
El que sirvió á don García
Me podrá servir á mí?
Siendo noble, claro está
Que, viendo preso á su rey,
No me ha de servir con ley;
Siempre á su dueño tendrá
Mas inclinacion, y dalle
La libertad no conviene;
Que si amor á su rey tiene,
Ha de procurar sacalle
De la prision en que está,
Como noble y de valor;
Y así, don Diego, es mejor
Que esté preso; bastará
Que tú contigo le tengas
Con su homenaje en Leon.
Tu casa es noble prision;
Si anda libre, no prevengas
Mas honra, mas libertad,
Si en mi servicio reparas;
Que hasta tocar en mis aras
Ha de llegar tu amistad. (*Vase.*)
PORCELOS.
Entre dos imanes sigo
La luz de un norte pequeño;
Entre el gusto de mi dueño
Y el provecho de mi amigo
Partido está el corazon,
Y vivo estando partido,
Porque milagros han sido
De amistad y obligacion.

Sale DON VELA.

DON VELA.
Amigo y señor, ¿podré
Dar á mi mismo cuidado
Parabien de qué ha llegado
Mi libertad?
PORCELOS.
No lo sé.
DON VELA.
¿Por qué no, siendo los dos
Un cuidado y un tormento?
PORCELOS.
Con el grave sentimiento,
Ni sé de mí ni de vos;
Sé á lo menos estos dias
Mis fortunas tan siniestras;
Mis mercedes serán vuestras,
Y vuestras prisiones mias.
DON VELA.
Pues ya, amigo, no pretendo
Libertad; otra prision
Padece mi corazon.
PORCELOS.
Declárate; no te entiendo.
DON VELA.
Leonor hermosa es su dueño,

Y ojalá que César fuera,
Aunque es el mundo pequeño,
Para que imperios la diera.
Preso, pobre y desdichado,
¿Quién dijera que podia
Tener tan alta osadía?
Parece que te has turbado.
Si amas, don Diego, al momento
Abrasaré mis antojos,
Negaré luz á mis ojos,
Borraré mi pensamiento.

PORCELOS.

No, amigo; pero sentí
Que ames imposibles.

DON VELA.

Hoy
Solo en esto feliz soy;
Favores tengo.

PORCELOS. (*Ap.*)

¡Ay de mí!

DON VELA.

Pienso que mi amor te inquieta.

PORCELOS.

No; el favor me maravilla.

DON VELA.

¿Conoces una esclavilla
Que, por hermosa y discreta,
Es el gusto de Leonor?

PORCELOS.

Sí la conozco.

DON VELA.

Ella ha sido
La que un papel me ha traido.

PORCELOS.

Eso es ya mas que favor.

DON VELA.

Ella sale, yo me voy;
No piense que he contado
Este amoroso cuidado,
Viendo que tu amigo soy. (*Vase.*)

PORCELOS.

¿A quién habrán sucedido
A un mismo tiempo dos muertes?
Vela, troquemos las suertes:
Sea yo el favorecido
De Leonor, y tú del Rey.
Amé á Leonor, yo pensaba
Que amado tambien estaba;
Olvidar debo, que es ley
De la amistad; declaró
Su amor y dicha conmigo,
Fué primero, soy su amigo,
Mi lengua y ojos selló;
Mas, si ya tiene favores,
¿Cómo Leonor me ha engañado?
Pene y calle mi cuidado
Con celos y con rigores.

Salen DOÑA LEONOR Y BRIANDA, *esclava.*

BRIANDA.

Señora, el Conde está aquí.

DOÑA LEONOR.

Bien al alma lo decia
Una secreta alegría
Que antes de verle sentí.—
¿Don Diego mio?

PORCELOS.

Ese nombre
Ya es indigno de tus labios;
No injuries, no, con agravios
Merecimientos de un hombre.
(*Ap.* ¿Qué digo? A don Vela ofendo
Si su secreto publico;
Si mis celos significo,
Tambien su agravio pretendo.
¿Qué he de hacer? Solo callar;
¿Qué he de hacer? Solo sentir;
¿Qué he de hacer? Solo morir;
Sentir, morir y callar,
Cosas son que han menester
Fortaleza y discrecion.)

DOÑA LEONOR.

¿Qué accidente, qué pasion
Te divierte del placer
Que en mi presencia tenias?

PORCELOS.

Siempre estuve en tu presencia
Con respeto y reverencia.

DOÑA LEONOR.

¿Cuándo, don Diego, solias
Hablar tú con sequedad?
Tú no me llamabas dueño?
¿Cómo me miras con ceño?
¿Es mudanza? Es gravedad?

PORCELOS.

Es desdicha y es respeto,
Es ley y es obligacion.
(*Ap.* ¡Ah fuerza de mi pasion!
Ah fuerza de mi secreto!)

DOÑA LEONOR.

¿Respeto y desdicha han sido
Los que causan tu mudanza?

PORCELOS.

No hay amor sin esperanza;
Donde hubo amor hay olvido.

DOÑA LEONOR.

¡Qué lenguaje tan grosero
Y tan extraño de ti!

PORCELOS.

(*Ap.* Perdido dentro de mí,
Como en un desierto, muero;
Por via de dar consejo,
Con la amistad cumpliré,
Con los celos y mi fe,
Ni lo digo ni me quejo.)
(*Sale la Reina á la puerta, oyéndolo.*)
Señora, no he merecido
El bien y favor pasado.
Mejórate de cuidado,
Perdóname si, atrevido,
Te doy consejo. En Leon
Hay varones singulares,
Que abrasen en tus altares
Víctimas del corazon.
Estima alguno, por quien
De la mejora del gusto,
De lo acertado y lo justo
Te vengo á dar parabien.
Vela atenta en tu cuidado,
Velá bien en tu deseo,
Vela en tu mejor empleo.
(*Ap.* Ya lo he dicho y lo he callado.)
(*Vase.*)

DOÑA LEONOR.

¿Qué dices?

BRIANDA. (*Ap.*)

Culpas son mias;
Amores y engaños son
De mi mala condicion.

DOÑA LEONOR.

Ingrato, esas villanías
Bien merecidas están
De aquella que favorece
Hombre que no lo merece.
¿Agradecimientos dan
Los hombres desta manera
A quien los ama y adora?

BRIANDA.

La Reina está aquí, Señora.

DOÑA LEONOR.

Para que callando muera.

Sale LA REINA

REINA.

Esto importa remediar.—
Entra, Brianda, á pedir
Recado para escribir.

BRIANDA. (*Ap.*)

Miedo tengo, y no pesar,
De lo hecho; amo á don Vela,
Y así, en nombre de Leonor,
Le engaño con el favor.
El amor todo es cautela. (*Vase.*)

REINA.

Quisiera no haber oido
Los enojos con que estás,
Aunque nunca oyera mas,
Aunque perdiera un sentido;
Que mejor le hubiera sido
A quien oyó la sirena,
Nacer sordo, si en la arena
El alma deja en despojos.
¿De qué nos sirven los ojos,
Si es el ver para mas pena?
¿Tú confiesas que has amado,
Y tú favores confiesas?
¿Son propias acciones esas
De quien la sangre ha heredado
De reyes, que han coronado
Sus escudos de leones?
¿Cuándo á villanas pasiones
Se abatió cual mariposa
El águila caudalosa,
Coronada de blasones?
Leonor, Leonor, aunque sea
Honesto el amor, lo debe
Cubrir con montes de nieve
La que ser buena desea.
Si el Conde te galantea,
Consentirlo tú, y callar,
Por favor pudo bastar;
Pero amor, quejas y agravios,
Ni al corazon ni á los labios
Los debe el alma fiar.

DOÑA LEONOR.

Negarte lo que has oido
Fuera loco atrevimiento;
Amé en Navarra.

REINA.

Ya siento
El disgusto repetido,
Que negarlo hubiera sido
Respeto y virtud mas clara,
Y negándose, repara
Lo que á saberse comienza;
Que es ramo de desvergüenza
El confesar cara á cara.

Sale BRIANDA, *con recado de escribir.*

BRIANDA.

Aquí está la escribanía.

REINA.

Déjala en ese bufete,
Porque quiero escribir; véte.

BRIANDA. (*Ap.*)

¡Oh si ya volase el dia
Para hablar con esperanza
Al que mi amor engañó!
Cautivo está como yo;
Amor da la semejanza. (*Vase.*)

REINA.

Lo que yo dictare escribe;
Quiero enmendar tus errores,
Borrar quiero los favores
Que el Conde de tí recibe.

DOÑA LEONOR.

Un error tan acertado
Difícil es de enmendar,

Y mal se pueden borrar
Favores que amor ha dado.

REINA.

Consultar se debe el modo
De escribir este papel.

DOÑA LEONOR.

Y plega á Dios que con él
No vengas á errarlo todo.

Sale EL REY *á la puerta.*

REY.

La Reina está con Leonor,
Escribir querrá á Navarra;
¡Ah mujer cuerda y bizarra,
Dulce objeto de mi amor!
Desde aquí pienso mirarte,
Rayos tus ojos serán;
Desde aquí soy tu galan,
A hurto pienso adorarte.
Una cadena y rubí,
Que el rey de Toledo, Azar,
Me envió, te vengo á dar;
¿Qué imperio no es para tí?

DOÑA LEONOR.

¿Haslo ya pensado?

REINA.

Sí.

REY.

Al rey su padre responde.

REINA.

«Conde Porcelos...»

REY.

¿Al Conde
Escribe la Reina? ¿Si
Algo le querrá mandar?

DOÑA LEONOR.

Porcelos.

REINA.

»Si te he estimado...

REY.

Discretamente le ha honrado;
Ella me querrá imitar.

DOÑA LEONOR.

Amado.

REINA.

De esa razon
Tu loca pasion colijo;
Amado tu boca dijo,
Lo que está en el corazon.
Estimado dije.

DOÑA LEONOR.

Así
Va escrito.

REY.

Bien lo advirtió,
Aun el eco la ofendió.
¡Qué honestidad!

REINA.

Por aquí
Este papel no va bueno;
Otro toma.

REY.

¡Qué atajada
Se ve la mujer honrada,
Escribiendo á un hombre ajeno!
Todo es recato y temor,
Todo es pesar y medir
La razon que ha de escribir,
Porque no parezca amor.

REINA.

«Conde don Diego Porcelos...

REY.

Dejarla quiero... Mas no,
Que quizá es cosa que yo
A su instancia he de hacer.

DOÑA LEONOR.

Celos.

REINA.

»No niego que te he estimado,
»Y que favores te dí.

REY.

¡Dios me valga! ¿Estoy en mí?
¡Oh necio desconfiado!
Los reyes ¿no favorecen?
De estos favores habló,
Claro está.

DOÑA LEONOR.

Di.

REINA.

»Pero yo
»Siempre te amé.

REY.

Aquí padecen
Ilusiones mis oidos,
Engaños mi entendimiento,
Mi corazon desaliento,
Miedo y horror mis sentidos.
¿Cómo es esto? ¿Yo dudar?
Yo temer? Mas ¡qué imprudencia!
¿Por qué no tengo paciencia
Para atender y escuchar?

DOÑA LEONOR.

Amé.

REINA.

»Con sola intencion
»De no pasar adelante.

REY.

¿Qué es lo qué escucho?

REINA.

»Y tú, amante
»Atrevido, ¿aun en Leon
»Pretendes mas mis favores?

REY.

Pasos á mi muerte doy,
Herido de un rayo estoy,
Aspides piso entre flores.

REINA.

»Ama en otra parte pues;
»No me mires ni me escribas.

REY.

Ya son injurias mas vivas,
Parasismo fatal es
El que siento; pero mienten
Mis oidos, ilusiones
Son de equívocas razones,
Mienten mis ojos, no alienten
Contra mí mortales flechas.
Vive Dios, que estoy corrido
De que hayan en mí cabido
Sombras de viles sospechas.
El Conde fué mi trofeo,
La Reina es ángel divino,
Miento yo si lo imagino,
Mataréme si lo creo. (*Vase.*)

DOÑA LEONOR.

Acabemos ya, Señora;
Que atormentándome estás.

REINA.

No quiero que escribas mas;
Quédese el papel ahora;
Peor será que tu letra
Llegue á sus manos; y así,
Tú misma te enmienda á tí
Con mi ejemplo; mal penetra
Su corazon quien no sabe
Disimular sus pasiones,
Y dirigir sus acciones
A virtud con rostro grave.
Los libros de devocion
De noche me has de leer;
Borrar quiero y deshacer
Esa fácil impresion
De tus afectos.

DOÑA LEONOR.

Señora...

REINA.

No repliques, sangre mia
No tendrás si bizarria
No muestras al Conde ahora
En desprecios; si cruel
No rompes amantes lazos,
Yo misma te haré pedazos,
Mas que he hecho á ese papel.
(*Rompe el papel.*)
No puedo, no, consentillo;
Soy esquiva y singular.

DOÑA LEONOR.

¿Tanto delito es amar?

REINA.

Tanto delito es decillo.
(*Vanse.*)

Sale CARRASCO Y MONGANA.

CARRASCO.

¿Cómo no me ve, Mongana?
Una vez de cuando en cuando
Véame; que yo le mando
Un vestido.

MONGANA.

Esta villana
Fortunilla me ha cansado;
¡Qué grosera es y qué necia!
¡Cuántos méritos desprecia!
Cuántos sin partes ha honrado!

CARRASCO.

Envidia, envidia comun
Es tal queja y tal razon
De los que bribones son.

MONGANA.

No se acaba el mundo aun.

CARRASCO.

¿Qué es aun?

MONGANA.

¿Aun no podemos
Hablar bien los pobres?

CARRASCO.

No.

MONGANA.

Solo está este parque, y yo
Estoy picado; juguemos,
Carrasco, y la gravedad
Quédese á un lado esta tarde.

CARRASCO.

Juguemos, aunque me aguarde
El Rey.

MONGANA.

¿Quién?

CARRASCO.

Su majestad.

MONGANA.

Pícara dicha importuna,
¿Esto veo, y sin remedio?
¿Qué he de ver con ojo y medio,
Sino tuertos de fortuna?

CARRASCO.

Tiende tu capa en el suelo.

MONGANA.

¿Es porque está mas raida?
Héla aquí que está tendida,
Y en efecto me consuelo;
Que hace calor.

CARRASCO.

¿Qué caudal
Alcanza Mongana?

MONGANA.
Aquí
Sacaré cuanto hay en mí.
(*Alza por el naipe.*)

CARRASCO.
Y sacará un hospital;
Ahora bien, el naipe es mio,
Páre, Mongana.

MONGANA.
Esta espada, (*Quítasela.*)
Como el sombrero, me enfada.

CARRASCO.
Pues perderá, yo lo fio.

MONGANA.
¿Dicha hasta aquí se promete?
A dos y dos.

CARRASCO.
Cobarde es;
Sota y rey.

MONGANA.
Una, dos, tres,
¡Ay! cuatro, cinco, seis, siete;
Doblé mi parte.

CARRASCO.
¿Y celebra
De esa manera el ganar?
¿Cómo tengo de jugar,
Si así un rosario me enebra
De pintas?

(*Arroja Carrasco los naipes, y mientras Mongana los coge, le lleva el dinero, la capa, espada y sombrero.*)

MONGANA.
No regañemos,
Ni arroje el naipe, soez;
Yo los cogeré esta vez,
Y con paciencia juguemos.
¿Por una suerte los muerde,
Y gruñe mas que un lechon?
Naipes, tened compasion
De un desdichado que pierde
Eternamente; mi parte
Dejé doblada, un real
Era todo mi caudal,
Dos he de hallar; de este arte
Pudiera medrar. ¿Qué? qué?
¿Espada, capa y sombrero,
Mi dinero y su dinero?
¡Ah Carrasco! Él se me fué
Con todo, demonio, caco.—
¡Ah señores! por mi amor,
¿Hay quien me enseñe una flor
Para ganar á un bellaco?
¿Que sea yo tan pobrete
Y bestia tan desmañada,
Que no sepa la puñada,
La uñada ni el panderete?

Sale DON VELA.

DON VELA.
Acaba ya de llegar,
Noche, de la luz trofeo,
Y agradéceme el deseo,
Pues te sé lisonjear.
En este parque te espero,
Como quien te desafia;
Sepulten la luz del dia
Los mares de este hemisfero.

MONGANA.
Mi amo es este, ¿qué he de hacer?
Que parezco jugador
De pelota ó nadador;
El juicio he de perder,
Al agua me he de arrojar;
¡Oh, qué buena está y templada!
Fu fu; lindamente nada
Quien nada sabe ganar;
(*Nada en el tablado.*)
A la garganta me llega;
No nada un cisne mejor.

DON VELA.
¿Estás loco?

MONGANA.
Sí, Señor,
Y aun borracho; hombre que juega
Sin ramillete de flores
No es hombre de habilidad
Pégasme la adversidad;
Que solo dan los señores
Su desdicha á los criados;
Véte, pésia mi linaje,
De Leon.

DON VELA.
¿Y el homenaje?

MONGANA.
¿Adónde mas desdichado
Que aquí?

DON VELA.
No me has de llamar
Infeliz de esa manera.
En palacio hay quien me quiera;
Ya anochece, y he de hablar
A cierta dama.

MONGANA.
¿Quién es?

DON VELA.
No lo has de saber.

MONGANA.
Reviento
Por saberlo, y aun lo cuento
Desde ahora.

DON VELA.
Toma pues
Tu capa.

MONGANA.
¿Qué capa?

DON VELA.
Espero,
Dulce amor, en la estacada.—
Toma tu espada.

MONGANA.
¿Qué espada?

DON VELA.
Cúbrete.

MONGANA.
¿Con qué sombrero?

DON VELA.
¿Jugaste?

MONGANA.
Y están perdidos.
Di quién es la dama ya;
Alguna dueña será
Viuda de siete maridos.

DON VELA.
Pues, necio, infame, decid:
¿La espada se ha de jugar?
¿Cómo habeis de acompañar?

MONGANA.
Con piedras, como David. (*Vase.*)

Sale PORCELOS.

PORCELOS.
Vientos que moveis las flores
De este parque sin sosiego,
Templad ahora mi fuego,
Y llevadme los rigores
Del pensamiento; templad,
Y haced que apacibles sean
Tres cosas que en mí pelean:
Celos, amor y amistad.

DON VELA.
¿Es don Diego?

PORCELOS.
Amigo mio,
Es el que vuestro ha de ser;
El aura vengo á coger
Deste parque hermoso y frio.

DON VELA.
Yo, amigo, vengo á esperar
La noche que va llegando;
Amando estoy y esperando.
A Leonor tengo de hablar,
Porque así me lo mandó
En este papel; no sé
Si á leerlo acertaré,
Como la luz se ausentó.

PORCELOS.
Distintamente se ven
Las letras; en hielos ardo.

DON VELA.
«Aquesta noche os aguardo.»

PORCELOS.
Considera, amigo, bien
Que esta no es su letra. (*Ap.* Y yo
Penas del alma desato.)

DON VELA.
Quizá para mas recato
La letra disimuló.

PORCELOS.
Pudo ser. (*Ap.* Vuelva mi pena
A afligirme el corazon.)

DON VELA.
Ya que está de confusion
Y sombras la noche llena,
Amigo Conde, perdona,
Este puesto guardarás.

PORCELOS.
No te negaré jamás
Vida, caudal y persona.
¿A qué de cosas me obligo
De dudas y de tormento?
Y solo siento que siento
Los amores de mi amigo.

Sale EL REY *por otro lado.*

REY.
Ni el corazon en mi pecho,
Ni yo en mi casa he cabido;
A los campos he salido
A dar voces á despecho
De mi recato y decoro;
Oiga la noche mi llanto.
¿Que un hombre que estimo tanto
Y una mujer que yo adoro
Puedan ofenderme? Error
Será de mi fantasía,
Y la Reina notaria
Aquel papel á Leonor
Para el Conde, que quizá
La sirve y la galantea;
Esto fué, y aunque no sea,
Me he de vencer y será.

Asómase BRIANDA *á la ventana.*

PORCELOS.
Ya abrieron esa ventana;
Leonor será.

DON VELA.
Llego pues.

REY.
Aquí hay gente; galan es
De alguna dama.

PORCELOS.

Inhumana
Es la fortuna conmigo,
Que ha dado piés de pavon
A mi bizarra ambicion
En la vida de un amigo.

DON VELA.

¿Es Leonor la que á la aurora
Ha anticipado?

BRIANDA.

Leonor
Es la que os habla, Señor,
Y Leonor la que os adora.

REY.

Leonor pienso que nombró.

PORCELOS.

¿Adora dijo? ¡Ay de mí!
Si no es que bien no entendí,
Ella en efecto olvidó.

REY.

Oir quisiera si es ella.

DON VELA.

Mí Leonor, si os he obligado,
Diré que no me ha olvidado
De todo punto mi estrella.

REY.

Mi Leonor dijo sin duda;
¡Oh, si fuese este don Diego!
Dame, noche, tu sosiego,
Habla por mí, noche muda.

BRIANDA.

Don Vela, testigos son
Los cielos de mis favores.

REY.

¿Don Vela ha dicho? ¡Ah rigores
De mi pena y confusion!

PORCELOS.

Un hombre está allí parado,
A reconocerle voy;
Que yo mismo amparo soy
De mi injuria y mi cuidado.—
Caballero, en cortesía
Pedirle y rogarle quiero
Que desocupe el terrero.

REY.

Cierta es la desdicha mia;
Que no es quien habla á Leonor
Porcelos, antes le guarda
Las espaldas. ¡Ah bastarda
Naturaleza de amor!
Quiérole bien y me ofende;
Mataréle.

PORCELOS.

Caballero,
Pues otro llegó primero,
Váyase, si no pretende...

REY.

Él es, no quiere á Leonor;
Y pues á él otro acompaña,
Aquí hay traicion, no me engaña
Mi sospecha; lo mejor
Es retirarme y pensar
Bien mis dudas y sospechas.—
Agravio, deten las flechas,
Afloja el arco al pesar. (*Vase.*)

BRIANDA.

Don Vela, como es temprano,
Anda gente en el terrero;
Mas tarde otra noche os quiero. (*Vase.*)

DON VELA.

Adios, ángel soberano.

PORCELOS.

Mal hice en no conocer
Quién era; que un poderoso
Fuerza es que tenga envidioso.
Mi enemigo puede ser;
Sígole. (*Vase.*)

Sale MONGANA, *con un asador, embozado, con una rodela, y una cazuela por sombrero.*

DON VELA.

¿Quién vá? Quién es?

MONGANA.

Un fiel criado que tienes.

DON VELA.

¿Cómo de esa suerte vienes?

MONGANA.

Vengo del modo que ves
A guardarte las espaldas,
Por si te buscan traidores;
¿Qué te han dado?

DON VELA.

Mil favores.

MONGANA.

Mas valieran esmeraldas
Y aun cuartos; yo lo primero
Que en las cocinas topé
Me vestí, porque no sé
De espada, capa y sombrero.

DON VELA.

Esa es gracia necia y fria.

MONGANA.

¿Yo gracejo para mí?
Si no me vistes así,
Te he de acompañar de dia;
¿Quién es la dama tan blanda,
Que quiere á un pobre?

DON VELA.

Es un cielo. (*Vase.*)

MONGANA.

Bien lo mereces; sabrélo,
Aunque muera en la demanda. (*Vase.*)

Sale EL REY, *y sacan luces.*

REY.

Poned las luces ahí,
Y dejadme solo; estoy
Tan fuera de mí, que soy
Una sombra del que fuí.
¿De qué me sirve reinar,
Si mi poder es tan breve,
Que el agravio se me atreve
Como hombre particular?
Y en medio deste tormento,
Lo que mas he de sentir
Es el no poder decir
A ninguno lo que siento.
¡Hola!

Sale PORCELOS.

PORCELOS.

¿Señor?

REY.

¿Conde, amigo?

PORCELOS.

No me honreis así, Señor.

REY.

(*Ap.* ¿Vos contra mí? Vos traidor?
Yo me engaño, sombra ha sido;
¿Contra mí atrevido vos,
Levantándoos yo del suelo?
Mas ¿qué mucho, si en el cielo
Sucedió lo mismo á Dios?
¿Contra mí mi propia hechura?
No puede ser; ¿contra mí
Hombre á quien el ser le dí?
No puede ser, es locura.
Vencerme tengo, y en vez
De matarle, le daré
Esta cadena, que fué
Hermoso labor de Fez.)
Dos joyas me han presentado:
Esta, don Diego, es la una;
Con vos parto.

PORCELOS.

A mi fortuna
Estaré mas obligado.

REY.

Decid al merecimiento
Y á mi amor.

PORCELOS.

Prendas de esclavo
Son las cadenas.

REY.

Alabo
La humildad y el rendimiento.
Don Diego, dime verdad,
¿Amas?

PORCELOS.

Señor, galanteo,
Doy prisiones al deseo
Y enfreno la voluntad;
Que amaba podré decir,
Y mi dama está cruel;
Muerte me ha dado un papel,
Fuerza es no amar y sentir;
Un papel, que hoy he leido,
Aunque no era de su letra,
Vida y alma me penetra.

REY.

(*Ap.* ¡Qué escucho! Estoy sin sentido.)
Si de su letra no fué,
¿Cómo recibes pasiones?

PORCELOS.

Eran suyas las razones.

REY.

(*Ap.* Mis dudas averigüé.
Un papel, que hoy he leido,
Aunque no era de su letra,
Vida y alma me penetra.
Ello está bien entendido:
La letra fué de Leonor,
De la Reina las razones;
¿Qué quiero mas prevenciones?
Disimulemos, rigor.)
Conde, casaros deseo;
Leonor, mi prima, ha de ser,
Si gustais, vuestra mujer.

PORCELOS.

(*Ap.* ¡En gran turbacion me veo!
Decir quisiera de sí;
En medio don Vela está,
Y si favores le da,
Me ofendo tambien á mí.)
Si gustara yo, Señor,
Y ahora estoy de tal arte,
Que... Mas no.

REY.

Si en otra parte
Teneis, don Diego, el amor,
No os casaréis; no os turbeis.

PORCELOS.

Amo, y para no agraviar
A un amigo, el olvidar
Es forzoso.

REY.

Bien haceis,
Y bien claro habeis hablado;
Idos, y pensadlo bien.

PORCELOS.

Vida los cielos te dén.

REY.

No os caseis, no vais turbado.

(*Vase Porcelos muy turbado.*)

Sale LA REINA.

REINA.

Rey, señor y dueño mio,
Veros mis ojos desean;
No os he visto en todo el dia,
Que es un siglo en vuestra ausencia.

REY.

Mucho me huelgo de veros.
(*Ap.* Quiero juntar esta puerta,
Y tomar resolucion
En el golfo de mis penas.)

REINA. (*Ap.*)

Con inquietud está el Rey.

REY.

¿Violante?

REINA.

¿No decis reina?

REY.

(*Ap.* ¡Qué cruel es el agravio!
Con dolor no hay elocuencia.)
Breves razones, Señora:
A Navarra es bien te vuelvas;
Luego has de partirte. (*Ap.* Tente,
No te descubras mas, lengua.)

REINA.

Mal que nunca se previno,
Hiere, Señor, con mas fuerza;
Amagos teneis de rayo:
Da la muerte y despues truena.
Mudanzas tan de repente,
Solo el tiempo las hiciera;
Solo el mar, varon insigne,
Varios semblantes nos muestra.
¿Vos con ceño? Vos callando?
Vos con profunda tristeza?
Vos decirme que me vaya?
¿Qué novedades son estas?
Si es que os canso, dueño mio,
Por humilde esclava vuestra
Podeis dejarme en palacio,
Si no por esposa y reina.
¿Cuándo al can que se ha criado,
Aunque mas inútil sea,
Se echa de casa, Señor?
Mi amor y lealtad merezcan
Los privilegios de un bruto.
Si alguna mortal belleza
Os da cuidado y amor,
Bien sé, y estoy satisfecha
De que no os amará tanto,
Aunque mayor dicha tenga;
Pues ser ingrato por ser
Amante no es excelencia
En hombre particular,
Cuanto mas en la grandeza
De un rey, semejante á Dios,
Que con justicia gobierna
Reino, acciones y vasallos.
Ea, Señor, resistencia,
Resistencia á las pasiones;
Como han estado secretas
Hasta ahora, proseguid
Con el silencio y modestia;
Hija soy de un rey famoso,
De antiguos reyes soy nieta,
No desmerezca por mí;
¿Qué dirán algunas lenguas
De que á modo de repudio
Así á mi padre me vuelva
Baldonada y ofendida?
Eso no, Dios no lo quiera,
O al menos sepa la causa
Por qué, Señor, me destierran
Vuestros ojos de su luz;
Que sin vos todo es tinieblas.
(*Vuelve el Rey la espalda.*)
¿Por qué, por qué, Señor mio?
¿Aun no merezco respuesta?
Morir sin saber de qué,
Mal es que no se consuela.
Pues, vive Dios, que he de ser
En las llamas desta vela,
Como Cébola el romano;
Abrasar tengo con ella
(*Toma una bujía, y quiere quemar la mano.*)
Esta mano, ó la ocasion
De mis desdichas y penas
Tengo de saber de vos,
Porque consolada muera;
Ya que lástima no os doy,
Horror os daré, que pueda
Sacar piedad de ese pecho,
Mejor diré de esa piedra.

REY.

Si los ojos abrasaras,
Como la mano... (*Deja la vela.*)

REINA.

No es esa
Palabra de un rey cristiano;
No es hijo de la prudencia
Lo que esa razon promete.
Vive el cielo, que de estrellas
Se corona, y son los ojos
De esa luminosa esfera,
Que mis pensamientos son
De mas gallarda pureza
Que sus altos rosicleres.
En llegando á tal ofensa,
No hay humildad, no hay amor,
No hay recato, no hay paciencia;
Tigre soy, haré pedazos
Cuanto encuentre. Vuestra alteza
Enmiende y borre lo dicho,
Advirtiendo que á la lengua
Con candados de marfil
Encerró naturaleza,
Como fiero animal, pues
Si se desata y se suelta,
Con heridas incurables
En las honras hace presa;
Animal es prodigioso,
Su velocidad detenga,
Enfrene su curso leve,
Hable con tiento, y proceda
Mas advertido y mas cuerdo;
Porque las palabras nuestras
Son rios que atrás no vuelven,
Si no es con infamia y mengua,
Diciendo que hemos mentido.
Mis ojos con evidencia
Símbolos son del recato,
La nieve, las azucenas,
Los rayos del sol no han sido
Jeroglíficos ó empresas
De la virtud, como ellos.
Los que imaginan y piensan
Lo contrario son traidores;
¿Qué mucho que me enfurezca,
Considerando y sintiendo
Los misterios que en sí encierran
Palabras que son caballos
Preñados de gente griega?
¡Si los ojos abrasaras
Como la mano! Revienta
Mi pecho cólera y fuego,
Es un Mongibelo, un Etna.
Por los cielos soberanos,
Que con esa espada diera
Muerte á esta vida infelice,
A no saber que se alegra
Vuestra alteza con mi daño,
Y aun con esa espada mesma
Le diera muerte, á no ver
Que es accion villana y fea;
Que es sacrilegio atreverse
A aquella deidad inmensa
De los reyes. Ya me oyeron;
Disimulo pues, y en esta
Confusion yo desperté;
Halléme, Señor, sin fuerzas,
Y sin sueño tan pesado.
¡Qué alegre está quien despierta
De ilusiones y fantasmas!

REY.

Violante ha estado muy cuerda
Disimulando; con esto
Encubramos las sospechas.

Sale DOÑA LEONOR.

DOÑA LEONOR.

A las voces he venido,
Sin saber la ocasion...

REY.

Esta
Es piedra contra los sueños
(*Dala una sortija.*)
Tomadla pues, y no crean
Mas en ellos vuestros ojos.

REINA.

Por disimular la aceptan
Mis manos.

REY.

Y yo os la doy
Por hacer mas experiencias.

JORNADA TERCERA.

Sale PORCELOS, DON VELA y MONGANA.

PORCELOS.

¿Al fin murió don García
En las prisiones?

DON VELA.

Así
Me viene á faltar á mí
La esperanza que tenia;
Solo ese resquicio abrió
A mi dicha la fortuna.
Ya no hay esperanza alguna.

MONGANA.

Buen ventanazo nos dió.

PORCELOS.

Si la potencia divina
Es quien la fortuna mueve,
Desconfiar no se debe,
Pues, donde no se imagina...

MONGANA.

Eso dicen de la liebre,
Donde no piensan saltó,
Pero de la dicha, no.

DON VELA.

Bárbaro, harás que te quiebre
La boca.

PORCELOS.

Gusto de oillo;
Dejadle.

DON VELA.

Vete de ahí,
O calla, Mongana.

MONGANA.

Aquí
Trovaré aquel estribillo:
«¡Oh terribles agravios,
Mátanme de hambre y ciérranme los labios!»

DON VELA.

Nunca hablaste sin dar pena.

MONGANA.

Como de esas tú me das

PORCELOS.

¿Con necesidad estás?

Toma, amigo, ésta cadena.

MONGANA.

Muy bien se la puedes dar,
Anímale, que es cobarde;
Las cuatro son de la tarde,
Y podemos comulgar;
Como están mis tripas anchas
A estas horas, así viva,
Que puedo vender saliva;
¿Hay quien quiera sacar manchas?

PORCELOS.

Aunque es dádiva del Rey,
¿En quién mejor empleada?

DON VELA.

La merced es excusada.

PORCELOS.

Tomarla tienes.

DON VELA.

Si es ley
Obedecer, tuyo he sido.
¡Ah pícaro!

MONGANA.

¡Qué regalo!
No fué el estribillo malo;
La cadena le ha valido.

PORCELOS.

Digo, pues, que la desdicha
Es vivir desconfiando,
Nadie sabe en qué ni cuándo
Le ha de venir la desdicha.
¡Cuántos en lo que tuvieron
Por dichas, la muerte hallaron!
¡Cuántos, cuando no pensaron,
Ricos y alegres se vieron!
Don Vela, mientras vivimos
No hay buena ni mala suerte,
Hasta que llega la muerte,
Que es el fin á que nacimos.
Morir bien y á la vejez
Es la dicha verdadera;
Y así, el hombre, hasta que muera,
No puede, no, ser juez
De su mala ó buena suerte.
Vivir es dicha; al morir
La dicha se ha de advertir,
Si es mala ó buena la muerte.
Quien muere bien es dichoso,
Quien muere mal, desdichado.
Un astrólogo afamado
(Aunque siempre fuí dudoso
De la judiciaria yo)
Me dijo (el cielo lo impida)
«Que seré dichoso en vida,
Y no en la muerte.

DON VELA.

Mintió:
Ni te acuerdes ni lo creas;
Eres varon singular,
Y así, el cielo te ha de dar
Aun mas vida que deseas.

PORCELOS.

Será así para los dos;
Astrólogos no creí.
Vivir bien me toca á mí,
Lo demás le toca á Dios;
Que, como yo haya vivido
Bien creyendo y bien obrando,
Muera yo del modo y cuando
El cielo fuere servido.
Voyme á ver al Rey. *(Vase.)*

DON VELA.

Adios.

MONGANA.

Ya podrás hacer retablos;
El Señor de los diablos
Sea bendito, que los dos
Quedamos solos, toquemos
Ese divino metal,
Tras quien va todo animal,
Espejo en quien todos vemos
Nuestras hermosas acciones.
¡Oh cadena humana y bella,
Si fueran los de Marsella
Tus gallardos eslabones!
Pienso que falsa has de ser,
Porque, habiéndote tocado
La mano de un desdichado,
Alquimia te has de volver.

DON VELA.

Véte pues en hora buena;
Que á una persona deseo
Hablar, y viene.

MONGANA.

Y aun creo
Que has de darle la cadena;
Déjate de esos amores,
Pagar podemos así,
Que han de llover sobre mí
Tus cansados acreedores;
Y me habrá de suceder
(Temiéndolo estoy por puntos)
Lo que á tres ciegos, que juntos
Rezaban para comer.
Dijo al uno una tapada:
«Tome ese escudo, Tomé,
Y repártalo.» Y se fué,
No dejando á Tomé nada.
Regocijados deste arte,
Los ciegos se concomieron,
Y sus partes le pidieron:
«Tomé, mi parte, mi parte.»
Él juraba á Jesucristo,
Y ninguno le creia;
Y hubo ciego que decia:
«Sí, se lo dió, yo lo he visto.»
Sin mas ni mas intervalos,
Confundido en los dos modos,
Andaban á palos todos,
Y se molieron á palos.

DON VELA.

Véte ya.

MONGANA.

Dime quién es
La tal dama.

DON VELA.

Bestia, véte.

MONGANA.

¿Es mondonga del retrete?
Sépalo, y muera despues. *(Vase.)*

Sale BRIANDA.

BRIANDA.

Ví á don Vela, y he venido,
Como blanca mariposa,
Siguiendo la luz hermosa,
Que su cuna y tumba ha sido.—
¿Señor don Vela?

DON VELA.

Brianda,
Aurora de mi consuelo,
Iris sacro de mi cielo,
Mensajera por quien anda
Comunicándose el bien
De mi vida y de mi amor.
Dime, ¿cómo está Leonor?

BRIANDA.

Buena, y amando tambien.

DON VELA.

Dale esta cadena, y ruega
(Dale la cadena.)
Que la acepte, y en su pecho
La vea yo, satisfecho
De que favor no me niega;
Por la extraordinaria hechura,
Ya que no por el valor,
Digna ha sido de Leonor.

BRIANDA.

Luego la daré.

DON VELA

Procura
Hacer mis partes.

BRIANDA.

Es cierto.

DON VELA.

¡Quién te diera un gran tesoro! *(Vase.)*

BRIANDA.

En las finezas del oro
De mi amor está encubierto;
Disculpada es mi malicia,
Remedio á mi amor prevengo,
Y ya se verá que tengo
Mayor amor que codicia;
La cadena la he de dar.

Sale DOÑA LEONOR.

DOÑA LEONOR.

¿Brianda?

BRIANDA.

Señora mia,
¿Cómo te va de alegría?
Cómo te va de pesar?

DOÑA LEONOR.

De todo tengo, aunque son,
Entre mis quejas y amores,
Las horas tristes mayores.

BRIANDA.

Así dice una cancion:
«¡Oh si volasen las horas del pesar,
Como las del placer suelen volar!»
Esta ha de estarte muy bien;
Ponte al cuello esta cadena.

DOÑA LEONOR.

¿Quién te la ha dado? Que es buena.

BRIANDA.

No me preguntes de quién.

DOÑA LEONOR.

¡Ay, si de don Diego fuera!
No te quiero examinar.

BRIANDA. *(Ap.)*

Don Vela se ha de engañar,
Si la cadena la ve;
Tambien en deuda me está
De que me voy, porque viene.

DOÑA LEONOR.

¿Qué mujer tu agrado tiene?
Discretamente te vas.
(Vase Brianda.)

Sale PORCELOS.

PORCELOS.

Aquí me encuentro á Leonor,
Y con dos afectos lucho;
Mucho es mi respeto, y mucho
Es en en el alma el amor.
¿Llegaré? Tengo temor
De ofender á la amistad.
¿Callaré? Será crueldad
No explicar mis propios daños.
¿Hablaré? Diráme engaños.
¿Huiré? Tengo voluntad.

DOÑA LEONOR.

Conde, pasad adelante.
¿Qué temeis ni qué dudais?
¿Suspenso al verme quedais?
¿Sois acaso aquel amante
Que prometió del diamante
La firmeza y resplandores,
Lo fino de los colores
De la rosa, hija del mayo,

La fortaleza del rayo
Y el amor de los amores?

PORCELOS.

Y ¿sois vos la que ha jurado
Ser ejemplo de amistad,
Ser lealtad de la lealtad,
Ser cuidado del cuidado,
Ser amada del amado,
Ser olvido del olvido,
Ser el ser que firme ha sido,
Ser muerte de la esperanza,
Ser vida de la mudanza?

DOÑA LEONOR.

Si lo juré, lo he cumplido.

PORCELOS.

Mucho lo dudo, Leonor.

DOÑA LEONOR.

Mucho lo afirmo, don Diego.
No juzga de luz el ciego,
Ni el cobarde de valor;
Como en vos faltó el amor,
Mirais como por antojos
De color verdes y rojos,
Cuantos objetos se ofrecen,
Rojos y verdes parecen,
Y está el color en los ojos.

PORCELOS.

Tener mas crédito y fe
El hombre que estima y ama,
Con lo que dice la dama
Que con lo mismo que ve,
No es fineza, engaño fué,
Yerro del entendimiento,
O es la fe del cumplimiento;
Pero yo, que estoy en mí,
Si es de creer lo que vi,
He de sentir lo que siento.
Si á mí tu pecho me adora,
Eres traidora á mi amigo,
Y si á él adoras, conmigo
Eres otra vez traidora.
Mira quién eres, Señora,
Pues que traidora has de ser,
Con querer ó no querer;
Y si á los dos favoreces,
Eres traidora dos veces;
Eres mónstruo, y no mujer.
Excusado es el decir
Tu ingratitud y mi pena;
Hable por mí esa cadena,
Que acabas de recibir.
Por mi amigo he de sentir,
Si á su amor ingrata fueres;
Mira quién soy y quién eres,
Mira los males que espero;
Que si no me quieres muero,
Y moriré si me quieres.

DOÑA LEONOR.

Todo es enigmas y encanto,
Para mas confusion mia;
Que ni entiendo tu alegría,
Ni comprehendo tu llanto;
De tus razones me espanto,
No las penetro; y así,
En mí misma me perdí;
Que en lenguaje tan sucinto
Me formas un laberinto,
Porque no sepa de mí.

PORCELOS.

Huyo esa voz de sirena,
Tapándome los oidos.

DOÑA LEONOR.

Véte, piedra sin sentidos.

PORCELOS.

Si soy piedra, esa cadena
Tiene eslabones y ordena
Amor que hiriéndome están,
Para que arroje un volcan
Y un abismo de centellas.

DOÑA LEONOR.

¿Para que me abrasen ellas?

PORCELOS.

Eres nieve; no podrán.

DOÑA LEONOR.

Eres ingrato.

PORCELOS.

Tú infiel.

DOÑA LEONOR.

Tú falso.

PORCELOS.

Tú fementida.

DOÑA LEONOR.

Mientes, Conde, por tu vida.

PORCELOS.

Cadena, parque y papel
Son testigos.

DOÑA LEONOR.

¡Ah cruel!
¡Tanto engaño, tanto enredo!

A la puerta DON VELA, *y escucha.*

PORCELOS.

Déjame, Leonor.

DOÑA LEONOR.

No puedo.

PORCELOS.

Libre soy.

DOÑA LEONOR.

Y esclava soy.

PORCELOS.

¡Cómo, si rabiando voy!

DOÑA LEONOR.

¡Cómo, si llorando quedo!
(*Ásele de la capa.*)

PORCELOS.

Suelta la capa.

DOÑA LEONOR.

La palma
He de alcanzar.

PORCELOS.

No podrás.

DOÑA LEONOR.

¿No vale tu capa mas
Que un alma? Suéltame el alma.

PORCELOS.

Engaña el mar con su calma,
Y tú con esa dulzura.

DOÑA LEONOR.

¿Cuándo engaña fe tan pura?

PORCELOS.

Si finge amor.

DOÑA LEONOR.

Es error;
Mas bien dices, no es amor
El que llega á ser locura.
(*Vase Porcelos sin ver á don Vela.*)

DON VELA.

¿Esto escucho, y vivo estoy?
¿Esto he visto, y tengo vida?
Villana, falsa, homicida,
Tirana del ser que soy,
Pues vida me dabas, hoy
Desestimas tu belleza,
Tu recato, tu nobleza
Y el alma que yo te dí;
¿Cómo te lleva tras sí
Tu misma naturaleza?
¿Desta suerte, desta suerte
Se premia mi inmenso amor?
Eres símbolo, Leonor,
Del engaño y de la muerte.

DOÑA LEONOR.

Hombre, ¿quién eres? Advierte
Con quién hablas; que, á mi ver,
Vienes loco.

DON VELA.

Puede ser;
Que locos hace una pena.
(*Ap.* ¡Que trayendo mi cadena
Esto diga una mujer!)
Si amor á don Diego tienes,
¿Cómo me engañas á mí?

DOÑA LEONOR.

Loco, ¿qué dices?

DON VELA.

Que vi
En tí amor, en él desdenes.

DOÑA LEONOR.

Hombre ú demonio, ¿á qué vienes?

DON VELA.

A ver tus muchos engaños.

DOÑA LEONOR.

¡Qué sucesos tan extraños!

DON VELA.

Los que con el alma toco.

DOÑA LEONOR.

¡Hola! Echad de aquí este loco.

DON VELA.

¿Locuras son desengaños?

DOÑA LEONOR.

Haréte matar.

DON VELA.

Ya muero
A manos de tus rigores.

DOÑA LEONOR.

¿Qué dices?

DON VELA.

De los favores
Que me diste desespero.

DOÑA LEONOR.

Hombre, véte.

DON VELA.

Oye, áspid fiero.

DOÑA LEONOR.

¿Quién eres?

DON VELA.

Quien te ha adorado.

DOÑA LEONOR.

Y ¿quién soy?

DON VELA.

Quien me ha engañado

DOÑA LEONOR.

¿Yo te vi?

DON VELA.

Ni me has de ver.

DOÑA LEONOR.

¡Qué desdichada mujer!

DON VELA.

Yo sí que soy desdichado.
(*Vase cada uno por su puerta.*)

Sale MONGANA.

MONGANA.

Viéndome desaliñado,
Pobre, mal vestido y roto,
¿Quién dirá que soy devoto
De saber lo que ha pasado?
Por saber quién es la dama
De don Vela, mi señor,
Conde Claros con amor,
Saltos diera de la cama.
A costa de que un soldado
De la guarda me despoje,

Con sus barbazas de hereje,
Hasta el jardin he llegado;
Por Dios, que la Reina sale;
¡Qué santa mujer! Qué hermosa!
De las flores es la rosa,
Mas que toda España vale.

Sale LA REINA.

REINA.

¡Hola! Avisad á las damas
Que á los jardines me voy;
Si melancólica estoy,
Hagan pálidas retamas,
Hagan flores y jazmines
Lo que el discurso no ha hecho;
Mas si el mal está en el pecho,
No hay remedio en los jardines. (*Vase.*)

MONGANA.

La Reina es cosa sagrada;
Della no puedo saber
Quién es aquesta mujer
Tan servida y recatada.

Van saliendo LAS DAMAS, *con bandas, hablando.*

A esta he de llegar primero;
Ingeniosa es mi cautela.—
Criado soy de don Vela.

(*Hace reverencia.*)

DOÑA LEONOR.

Pues ¿qué importa, majadero?

MONGANA.

No sois vos, pues respondeis
Tan á secas.

DOÑA LEONOR.

Anda, Isabela. (*Vase.*)

Sale ISABELA, *dama.*

MONGANA.

Criado soy de don Vela.

ISABELA.

Muy buena alhaja teneis. (*Vase.*)

MONGANA.

Tambien me responde mal.

Sale MARCELA, *dama.*

Esta se llama Marcela.—
Criado soy de don Vela.

MARCELA.

Servis á lindo hospital.

MONGANA.

Esta tampoco ha de ser.

Sale BRIANDA.

Una esclavilla bufona
Sale tambien, y es persona
A quien he de acometer.

BRIANDA.

¡Qué aprisa la Reina va!
Aun á las damas no espera.

MONGANA.

Mas ¿si aquesta galga fuera?
Pero presto se sabrá.—
Criado soy de don Vela,
Mi Señora.

BRIANDA.

Huelgo, á fe,
De conoceros.

MONGANA.

Ya sé
(Todo el tiempo lo revela)
Que le dais muchos favores.

BRIANDA.

Luego ¿ya me ha conocido?

MONGANA.

¿Qué? Muy bien, y agradecido
Está suspirando amores.

BRIANDA.

Este rubí le has de dar
En albricias; ¿que ha gustado
Que yo le quiera?

MONGANA.

Doblado
Dice que ahora ha de amar.

BRIANDA.

Buenas nuevas te dé Dios,
Eso mis ojos desean;
Voyme, porque no nos vean
Solos hablando á los dos.
La sortija es extremada,
Tráigala desde hoy por mí.
(*Ap.* A la Reina la cogí.
Esclava y enamorada,
¿Qué no ha de hurtar?) (*Vase.*)

MONGANA.

¡Dos mil cruces
Me hago! La perrengue ha sido;
Lindamente lo he sabido,
Y por lindos arcaduces.
¡Oh cuánto necio blasona
Que dama de partes tiene,
Y es, cuando á saber se viene,
Un punto mas que fregona!
Don Vela y don Diego son.

Sale DON VELA *y* PORCELOS.

DON VELA.

Esto, amigo, me ha pasado.

PORCELOS.

De todo estoy admirado.

MONGANA.

Déte mas admiracion
El que sé quién es tu dama.

DON VELA.

¿Qué dices, loco?

PORCELOS.

Que yerra
Tu gusto amando á una perra;
Una galga es quien te llama
Suyo.

DON VELA.

Y ¿cómo lo has sabido?

MONGANA.

Ella me lo dijo á mí,
Y te envia este rubí;
Piensa que la has conocido
Y que la quieres.

PORCELOS.

Don Vela,
Eso es sin duda, Brianda
En estos enredos anda,
Suya ha sido la cautela.
No era letra de Leonor,
Y aun siempre yo sospech
Que la voz suya no fué.

DON VELA.

¡Habrá desdicha mayor!
Echó la fortuna el sello
En perseguirme y burlar.

MONGANA.

El rubí puedes tomar.

DON VELA.

Ni he de tomarlo ni vello.
A la bufona embustera
Se le vuelve.

MONGANA.

Sí, mañana.

PORCELOS.

Toma esta bolsa, Mongana,
Por ese rubí; y no quiera
Caer en la necedad
De volverlo.

MONGANA.

No caeré.

PORCELOS.

Esto se gaste, que fué
Atreverse mi amistad,
Y en habiéndose gastado,
Tú me avisarás despues.

DON VELA.

A quien desdichado es,
No hay consuelo, ni aun soñado.

PORCELOS.

En mí he vuelto, corazon;
Dame albricias, alma mia;
Toma, toma mi alegría,
Dame, dame tu pasion.
Alentad, ojos, deseos,
Alentad, no siendo extraños;
No me mateis, desengaños,
Con el placer, detenéos.

MONGANA.

En estos jardines anda
Ya la Reina.

PORCELOS.

Verdad es;
Retirémonos los tres.

DON VELA.

¡Que me engañase Brianda!

(*Vanse.*)

Sale LA REINA *y* DOÑA LEONOR.

REINA.

Desnudó el invierno frio
Estas ramas del jazmin,
Monarca deste jardin;
Y las albas del estío,
Llorando en él su rocío,
Restauraron su belleza,
Y la arrugada corteza
Vió su pompa natural;
Y siendo yo racional,
¿Es eterna mi tristeza?
Esta fuente casi helada,
La estacion del tiempo fria,
Calla con melancolía,
En sí misma aprisionada;
Vino mayo, y desatada
Corrió con mas ligereza,
Dando al aire con belleza
Martinetes de cristal;
Y siendo yo racional,
¿Es eterna mi tristeza?
El pajarillo, que muerde
Esos ramos y esas flores,
Cuando copia los colores
De su pluma el campo verde,
La voz rompe, el color pierde
Que infundió naturaleza
En su viudez, y así empieza
Su música accidental;
Y siendo yo racional,
¿Es eterna mi tristeza?

DOÑA LEONOR.

Señora, la causa di
De tus tristezas.

REINA.

No sé.

DOÑA LEONOR.

¿No ha de haber remedio?

REINA.

¿En qué?

DOÑA LEONOR.

¿Quieres que te canten?

REINA.

Sí.

DOÑA LEONOR.

Siéntate pues, y la pena
Acaso divertirás.

REINA.

Ya no podrá ser jamás.

DOÑA LEONOR.

Ponte al cuello esta cadena,
Que es de labor africana,
Y no se ha visto en Leon
Tan curiosa perfeccion.

REINA.

Cualquier medicina es vana.
Leonor, el Rey se ha cansado
De mí, enfadado me mira,
Aragon le ofrece á Elvira;
Y mi pecho enamorado,
Como no tiene otro estudio
Sino amar con impaciencia,
Siente mas del Rey la ausencia
Que la afrenta del repudio.

DOÑA LEONOR.

Será engaño.—Cantad.

REINA.

Crece
Mi mal si música das;
Que al alegre alegra mas,
Y al triste mas le entristece.

MÚSICOS. (*Cantan.*)

Celosa está y ofendida
La gran reina de Cartago,
Porque ha sentido la ausencia
De aquel piadoso troyano.
Llorando al fuego se arroja,
Y las llamas se aumentaron,
Porque lágrimas de amor
Volcanes son, y no llanto.

REINA.

Hizo bien.—Encended fuego;
Que si en desdichas me abraso,
Quiero juntar en mi muerte
Fuego á fuego, rayo á rayo,
Pena á pena, furia á furia;
Pues los cielos me negaron
Vida á vida, amor á amor,
Gloria á gloria, labio á labio.

DOÑA LEONOR.

¿Qué accidente es este tuyo?

Sale EL REY, Y UN CRIADO *con un retrato, que le da al Rey.*

CRIADO.

Este es, Señor, el retrato
Que me pediste de Elvira;
De Zaragoza le traigo. (*Vase.*)

REY.

Tú me has servido muy bien.
Quiero mirarla despacio,
Porque ha de ser de mis penas
El alivio y el reparo;
Si mis sospechas no mueren,
Si son ciertos mis agravios,
Sostitucion será hermosa
De aquella que estoy mirando.
¡Cuánto, cuánto mas gallarda
Es Violante que esta? Cuánto
Es aquel ángel (¡qué temo!)
Mas hermoso y mas bizarro?
Sombra es esta de aquel sol,
Nube es esta de aquel rayo;
Pero ¿qué importa mi amor,
Si el honor está temblando?

MÚSICOS. (*Cantan.*)

El mar llora dos ejemplos
De amantes, Ero y Leandro,
Unidos en una muerte,
En una fe y en un mármol.

REINA.

Dichosos aquellos dos,
Que fenecieron amando,
Si eran honestas sus vidas,
Si eran sus amores castos.
Dejadme arrojar á mí
Sobre los duros peñascos
De ese parque; mas ¿qué importa,
Si no he de encontrar los brazos
De mi esposo?

REY.

Las tristezas
De la Reina van pasando
Adelante cada dia,
Y yo no me satisfago
De mis dudas; déme el cielo
La muerte ó el desengaño;
Pero junto lo estoy viendo,
En su cuello estoy mirando
Desengaño y muerte. ¡Ah cielo!
Lo que te pedí me has dado.
¿No es aquella mi cadena?
Sin vergüenza y sin recato
La trae al cuello, diciendo
Que se la dió un hombre falso.
Ea, á sentir me retiro;
Ea, ya á morir me aparto;
Ea, acabemos con esto,
Muramos, honor, muramos. (*Vase.*)

BRIANDA.

Mirando te ha estado el Rey
Entre esas flores y ramos,
Y se le cayó en el suelo
Un retrato de la mano.

REINA.

Dámele acá; dame luego
Ese veneno ó letargo,
En que duermen mis sentidos.—
Idos todos, retiráos.

DOÑA LEONOR.

¡Que niegue el Rey á esta fe
Deudas de amor!

BRIANDA.

¿Qué intervalos
Son estos? (*Vase.*)

DOÑA LEONOR.

No los entiendo;
El seso le va faltando. (*Vase.*)

(*Quédase la Reina hablando con el retrato.*)

REINA.

Elvira, entremos en cuenta
Las dos ahora, y sepamos,
Yo tu bien, y tú mi mal,
Yo tu dicha, y tú mi agravio.
Mas hermosa eres que yo,
No lo niego; pero ¿cuándo
No es la hermosura infeliz?
Ejemplos tenemos raros.
Naturaleza y fortuna
Usan efectos contrarios;
Al dar belleza, al dar dicha,
Las dos nos truecan las manos.

(*El Rey á la puerta, escuchando.*)

Elvira, escarmienta en mí,
Que me he visto en el estado
Que has de tener, y has de verte
En el que yo estoy llorando.
Dichosa tú, que tendrás,
Cuando lleguen los trabajos
De tu espíritu, consuelo
En lo que á mí me ha pasado.
Hallarás en mí un ejemplo
De fe, de amor, de recato,
Desdichas y mas desdichas,
Unas tengo, otras aguardo.
Mira, Elvira, que al Rey quieras;
Solo anhelen tus cuidados
Por amarle como yo,
Pero no podrá ser tanto.
Mas ¿cómo tengo paciencia
Para mirarte de espacio,
Y para darte consejos
Contra mí, que en celos ardo,
Contra mí, que llamas hielo?
Pensamientos soberanos,
Deseos no conocidos
Y amores nunca estimados,
Plega al cielo que yo vea
Al dueño deste traslado,
Con los áspides que ahora
El alma me están chupando;
Plegue al cielo que yo goce
Las quejas y desengaños
Que tendrá.

Sale EL REY.

REY.

¿Qué es esto?

REINA.

Nada;
Tomad allá ese retrato. (*Vase.*)

REY.

Cuando á buscalle venia,
Sospechas y dudas hallo,
Que me contrastan de modo
Que suelen vientos contrarios
Impelir y detener
Un bajel, que zozobrando
Se ve en ondas de zafir,
Se ve en montes de alabastro.
Vi la cadena, y oí
Palabras que eran regalos
Del amor mas verdadero,
Del corazon mas humano.
¿Preguntaré quién la dió?
¿He de andar averiguando,
Como hombre vil, las injurias?
No han de salir de los labios.

Sale PORCELOS.

PORCELOS.

Horas há que no te he visto;
Dame, gran señor, la mano;
Que el dia que no la beso,
Estoy tan desazonado,
Que de nada tengo gusto.

REY.

Llega, don Diego, á mis brazos.

PORCELOS.

Sin la mano, no hay favor
Que me satisfaga.

REY.

Extraños
Son tus modos de obligar;
(*Ap.* Pero ¿qué he visto? ¡Qué vaso
De veneno estoy bebiendo!
En el rubí que le he dado
A la Reina, mis dos joyas,
Como amantes, se han trocado;
¿Qué mas desengaños quiero?
Bastan, honor, estos cargos;
Por agraviado me doy,
Cuando bastó sospecharlo.)
Don Diego, venid conmigo.

PORCELOS.

Siempre seguiré tus pasos.

REY.

A las doce de la noche
En este parque os aguardo.

(*Vanse.*)

Salen al balcon DOÑA LEONOR Y BRIANDA, *esclava.*

DOÑA LEONOR.

Brianda, en este balcon,
Ya que la noche ha venido,
Espero restituido
A mi pecho el corazon.
Hablarme quiere don Diego,
Repetir querrá sus quejas;
Y así, he venido á estas rejas
Con algun desasosiego.
Darle pretendo un favor,
Si viene como solia;
Vé á traer, Brianda mia,
Una banda de color.

BRIANDA.

Huélgome mucho que estés
Alegre; tambien lo estoy,
Pero por la banda voy,
Yo te lo diré despues. (*Vase.*)

DOÑA LEONOR.

Vengas, oh noche, en buen hora;
Si amor me da tus favores,
Tus estrellas serán flores,
Tu obscuridad será aurora.

Salen PORCELOS Y CARRASCO.

PORCELOS.

Carrasco, vuélvete á casa.

CARRASCO.

¿Cómo te puedo dejar?

PORCELOS.

Solo esta noche he de andar,
No has de saber lo que pasa;
Mira que me enojaré
Si no te vas.

CARRASCO.

Tuyo soy.
(*Ap.* Aunque finjo que me voy,
En este parque podré
Esperar; que soy leal,
Y aun puedo estar reposando,
Porque él suele estar hablando
Una noche natural.
Aquí me tiendo, y él hable
Cuanto le venga á la boca.)
(*Pónese un lienzo en la cara, y la capa por almohada, y duerme.*)

DOÑA LEONOR.

¿Quién á nuestras rejas toca?

PORCELOS.

(*Ap.* Ella respondió; ¡notable
Es su cuidado!) Leonor,
¿Quién se pudiera atrever
A estas rejas, á no ser
Animado de tu amor?

DOÑA LEONOR.

¡Ay Conde! Gracias al cielo,
Que mas apacible vienes.

PORCELOS.

Razon de culparme tienes.

DOÑA LEONOR.

Habla paso.

PORCELOS.

No hay recelo
Ya en mi amor; que el Rey me dijo
Que tú mi dueño has de ser.

DOÑA LEONOR.

¡Oh, qué dichosa mujer!

PORCELOS.

¡Oh, qué inmenso regocijo!

Sale MONGANA.

MONGANA.

Siguiendo voy y acechando
A este bellacon; que muero
Por vengarme. Como un cuero
Está durmiendo y roncando.
Ya una burla le prevengo;
Que, como aprendo á escribir,
Mi tintero ha de venir
Siempre aquí. Si dél me vengo,
Seré un famoso varon;
Aunque esto será barato,
Con que cuelguen mi retrato
En alguna procesion.
Tinta le echo en las dos manos,
Pues las tiene tan tendidas;
(*Échale tinta.*)
¡Oh! véalas yo mordidas
De dos valientes alanos.

PORCELOS.

¿Tal, Señora, has de decir?
Darásme gran desconsuelo.
¿Tú temores? Vive el cielo,
Que de amante he de morir.

DOÑA LEONOR.

Y yo, Conde, he de quererte
Hasta que deje de ser,
Y aun mi amor ha de exceder
Los términos de la muerte.
(*Pica Mongana á Carrasco con una paja en la cara, y él se tiñe al refregarse con las manos.*)

MONGANA.

Vos mismo seréis, Carrasco,
Quien la burla os haga así;
¿Pica la mosca? Eso sí,
Eso será untar el casco.
¡Oh, si un áspid le picara!
No está otra mano segura;
Déte el cielo la ventura
Como te pones la cara.
Él se pone negro y fiero;
Borracho debe de estar,
Pues no acierta á despertar.
Espada, capa y sombrero
Cobré ya.—No ha de dormir
(*Quitaselo.*)
Quien tiene enemigos, loco.—
Otra vez le pico y toco,
Acábese de teñir. (*Vase.*)

PORCELOS.

¿Cómo he de irme sin señal
De tan verdadero amor?
Cómo he de irme sin favor
Que hacerme pueda inmortal?

DOÑA LEONOR.

No os iréis; dame esa banda
Azul, que el alma me alegra;
¡Ay! que la arrojé, y es negra;
¡Oh, qué necia estás, Brianda!
(*Arroja la banda.*)

PORCELOS.

¿Qué importa el negro color?
Ningun agüero me muestra;
Que en el haber sido vuestra,
Está, Señora, el favor.

DOÑA LEONOR.

Adios, Conde, hasta mañana,
Que volvais á ser el dia
De mi luz y mi alegría. (*Vase.*)

PORCELOS.

Vos el alba soberana.—
¡Oh banda, cuánto he estimado
Teneros por prenda hermosa
De la que ha de ser mi esposa!
Vuestro color no ha turbado
Mi esperanza y mi alegría,
Que la noche negra y fea
El amante la desea
Mas que el rosicler del dia.
¿Quién es? ¿Qué gente?

CARRASCO.

Ninguna
Hay; que sin espada estoy.

PORCELOS.

¿Quién eres, hombre?

CARRASCO

¿Quién soy?
¿No conoce haciendo luna?

PORCELOS.

¿Eres sombra ó mónstruo feo?

CARRASCO.

Pues que no me ha conocido,
Quiero callar.

PORCELOS.

Negro ha sido
Esta noche cuanto veo.

CARRASCO.

Él me mandó que me fuese;
No quiero enojarle mas. (*Vase.*)

PORCELOS.

¿Cómo callando te vas?
Pero ¿qué recelo es ese,
Corazon? Negro seria,
Que estaba durmiendo aquí;
Nunca en agüeros creí,
Dios es quien todo lo guia,
Porque el mundo engaña y miente;
Bien es que algunas señales
Han precedido á los males,
Pero todo es accidente.
Muerte y vida Dios la da;
No hay potencia humana cierta;
Las doce son, y la puerta
Siento abrir; el Rey será.

Sale EL REY.

REY.

¿Es el Conde?

PORCELOS.

Sí, Señor.

REY.

¿Venis solo?

PORCELOS.

Solo vengo.

REY.

Esperad un rato. (*Vase.*)

PORCELOS.

Tengo
Un linaje de temor:
Que no entiendo para qué
Solo á estas horas y aquí
Me quiere el Rey; pero á mí
¿Qué me importa? No lo sé,
Ni es bien sabello; esperar
Me toca y obedecer.
(*Siéntase en una silla.*)
Misterio el Rey ha de ser,
Que no se ha de escudriñar;
Pero esta melancolía,
Este cuidado y temor,
Que serán de nuestro humor,
No se han de hacer profecía;
Que han de ser afectos vanos,
Pasiones de ánimo errantes,
Porque nunca están constantes
Los pensamientos humanos.
El Rey me mira estos dias
Con semblante diferente;
Luego causa suficiente
Tienen mis melancolías.

Si mi dicha se ha cansado,
Cosas ordinarias son,
Que tienen declinacion
Las que llegan á su estado.
Enemigos ni envidiosos
No tengo; vanos temores,
Dejadme; que ni hay traidores
En palacio ni hay quejosos.
Yo sirvo bien, vivo bien;
Justo es el Rey, yo leal;
Pues ¿por qué recelo mal?
Si es amago, si es vaiven
De la fortuna, ¿qué importa?
Cánsese, injurias ofrezca,
Como yo no las merezca;
La vida mas larga, corta
Parece cuando el morir
Llega; con pálido ceño
La tristeza engendra sueño,
Seguro podré dormir. (*Duérmese.*)

Sale EL REY.

REY.

Pasos son de un desdichado
Estos que doy, pues deseo
Tener piedad, y me veo
A ser cruel obligado.
Tan obediente y leal
Siempre el Conde me ha servido,
Que, aunque me juzgo ofendido,
No le puedo querer mal.
Descuidado se durmió,
Mucho hay aquí que decir;
¿Seguro puede dormir
Quien á un rey ofende? No.
Ilusiones son y antojos
Mis sospechas; la traicion
Dicen que es como el leon,
Que no cierra bien los ojos.
Este duerme descuidado,
Sin recelo, sin temor;
¿Cómo puede ser traidor
Un corazon sosegado?
Casi temo, yo lo dejo;
Pero si son vehementes
Los indicios, piedad, ¿mientes?
Con razon me ofendo y quejo,
Conde amigo; si por dicha
Eres leal, recto soy;
Cuando la muerte te doy,
Quéjate de tu desdicha.
(*Quítale la espada, y al mismo tiempo le da de puñaladas, y él se defiende con la silla.*)

PORCELOS.

¡Válgame Dios! ¿Quién da muerte
A un inocente?

REY.

Un rey justo,
Que te mata con disgusto,
Y es tan contraria mi suerte,
Que es fuerza.

PORCELOS.

Señor, Señor,
Ten piedad, no te ofendí;
¿Tú mismo me matas?

REY.

Sí,
Y en esto se ve mi amor;
Que no quiero que ninguno
Sepa que traidor has sido
Y que yo estoy ofendido.
Aunque vivo queda el uno
De dos que saben lo cierto,
Singular testigo es,
Y yo moriré despues,
De pena de haberte muerto.

PORCELOS.

Mi señor, ya siento mas,
En ánsias tan infelices,
Las palabras que me dices
Que la muerte que me das.
¿Traidor don Diego Porcelos?
No puede ser; desdichado
Eso sí, pues levantado
Se vió en los cielos, y dellos
Tú me has dejado caer,
Para desdicha mayor.
¿En qué te ofendí, Señor?
Vive Dios, que él ha de ser
Quien descubra mi lealtad,
Quien me dé al morir paciencia,
Quien ampare mi inocencia,
Pues es la misma verdad.
Tener espada quisiera
Para rendirla á tus piés,
No por defenderme, que es,
Cuando tú gustas que muera,
La defensa una traicion;
Culpado debo de estar,
Pues tú me quieres matar,
Siendo tan recto varon.
Culpado seré sin duda,
Pero no sé en qué, Señor;
¿Cómo, dime, tanto amor
En tanto rigor se muda?
Por ser tu hechura (¡ay de mí!)
Lástima darte pudiera
Verme deshacer. ¡Quién fuera
Pobre hidalgo como fuí!
Tres cosas son las que hoy
Te encomiendo, si te obligo:
Mi honor, mi cuerpo, mi amigo,
Porque el alma á Dios la doy.
Y muriendo desta suerte,
Mi dicha no tuvo efeto;
¡Qué proverbio tan discreto!
Que no hay dicha hasta la muerte.
(*Cae junto al paño, y tápale con él.*)

REY.

¡Ah leyes del mundo! Ah sábios!
¿Cómo no enmendais las leyes,
Pues es forzoso á los reyes
Vengar así sus agravios?
Mas ¿qué he de hacer? Yo lo hice
Porque esté secreto así;
¡Ah miserable de tí!
Ah venturoso infelice!
No ha de haber ojos que crean
Que yo le quise matar;
Prevenidos han de estar
Los que importa que le vean.
Hola.

Salen LA REINA, DOÑA LEONOR Y BRIANDA, *con luz.*

DOÑA LEONOR.

¿Qué quieres, Señor?
Rumor de espadas sentí.

REINA.

Señor, ¿vos estáis así?
Vos ministro del rigor?
¿Para esto me habeis mandado
Venir aquí?

REY.

Mirad luego...
(Aquí se turba) á don Diego...

DOÑA LEONOR.

¡Ay corazon desdichado!
Ay mi esposo! Ay dueño mio!
Ay caballero leal!
¿Quién te ha dado muerte tal?

REY.

¿Qué dices?

DOÑA LEONOR.

De mi albedrío
Era el dueño, y yo del suyo;
A mi esposo me han quitado.

REY.

Luego ¿él te quiso?

REINA.

Ha mostrado
Gran flaqueza el pecho tuyo.
Si cuando yo te noté
Aquel papel, se le diera,
Tu amor ocasion no hubiera
De la flaqueza que ve
El Rey en tí; ¿tú, Leonor,
Has de decir que has tenido
Amor? Si piedad ha sido,
¿Por qué le llamas amor?
Lástima decir podrias
De lástimas; pero no,
Que si muerte el Rey le dió,
Fueran las lágrimas pias
Injustas; el Rey lo ha hecho,
Justicia debió de ser;
Él es rey y tú mujer,
Ten valor, sosiega el pecho.
Esta cadena me has dado,
Que á tí el Conde te la dió;
No quiero cadena yo
De un hombre tan desdichado
O tan traidor; toma pues
Tu cadena; y vos, Señor,
Oid aparte, y Leonor,
Por osada y descortés,
No me tendrá si me escucha.
¿Vos cruel y vos tirano?
Vos matais por vuestra mano?
Esa indignidad es mucha.
¿No podíades mandar
Que lo matasen, si habia
Hecho alguna alevosía?
Y ¿qué delito fué amar
A Leonor, para dar muerte
A un hombre que os ha servido
Con tal amor, y que ha sido
De un leon bramido fuerte?
Ea, Señor, ¿qué dirán
Las historias de Castilla,
Si vuestra misma cuchilla
Corta los cuellos que están
Sirviéndoos con tal cuidado?

REY.

Señora, ¿qué es de un rubí
Que en prendas de amor os dí?

REINA.

Esa esclavilla le ha hurtado,
Y ella dirá á quién le dió.

REY.

Dilo.

BRIANDA.

Señor, la verdad
Es que tuve voluntad
A don Vela, y me engañó
El diablo, y se le dí.

REY.

Válgame Dios, y ¡qué extraños
Son del hombre los engaños!
(¡Ay infelice de mí!)
¿Que di la muerte á un amigo?
Mi error á furia provoca;
Tu eres reina, á tí te toca
Darme un ejemplar castigo.
Toma esa espada, da muerte
A un homicida cruel
Del vasallo mas fiel.
No viva, no, desa suerte
Hombre que para vengar
Sus sospechas no inquirió
La verdad, y se engañó.

REINA.

Yo mi vida os he de dar,
No la muerte.

REY.

Entre don Vela,
A quien llamar he mandado.

Sale DON VELA.

Ya no serás desdichado,
Si es que el cielo te consuela.
A ese varon heredaste,
Sus títulos y su renta,
Sus oficios, y á mi cuenta
Quedais siempre, porque amaste
Al que mató esta cuchilla;
A fe que han de hacer mencion
De Ordoño, rey de Leon,
Los anales de Castilla.

REINA.

Don Vela ha de dar la mano
A Leonor, pues es trasunto
Del infelice difunto,
A quien, no el rigor tirano,
Sino su misma desdicha,
Dió la muerte

DON VELA.

Yo no sé
Cómo he vivir, si hallé
Mayor desdicha en la dicha.

REY.

Tú has mejorado la suerte.

DON VELA.

Murió un hombre sin segundo,
Y así se ve que en el mundo
No hay dicha ni desdicha hasta la muerte.

COMEDIA FAMOSA

TITULADA

OBLIGAR CONTRA SU SANGRE,

DEL DOCTOR MIRA DE MÉSCUA.

PERSONAS.

DON LOPE DE ESTRADA.	DON NUÑO DE CASTRO.	COSTANZA, *criada.*	ANDRADA, *criado.*
DON GARCÍA VELAZQUEZ.	DOÑA SANCHA.	LAIN.	UN ESCUDERO.
	DOÑA ELVIRA.	UN JUSTICIA MAYOR.	UN CRIADO.

JORNADA PRIMERA.

Salen DON NUÑO Y DON LOPE, *viejo.*

DON NUÑO.

Ya, don Lope de Estrada, hemos llega-
A este frondoso sitio, hermoseado [do
De esta undosa corriente,
Que rio á su fin corre, y nace fuente;
Cuyo curso, impidiendo al sol ardores,
Cinta de plata, ciñe esa ribera,
Y abismo de cristal, riega esas flores.

DON LOPE.

¿Qué tiene que ver eso con llamarme,
Y aquí solo traerme?
¿Es para que riñamos?

DON NUÑO.

Perdonarme
El cansancio podeis; que, si atreverme
A sacaros aquí solo he querido,
Es, don Lope de Estrada, porque oido
A mis razones déis un rato atento;
Que las vuestras conmigo, en ocasio-
[nes,
Mas parecen agravios que razones.

DON LOPE.

Fué el consejo que os dí de fiel amigo.
El mal que en el Rey siento es de vasallo
Tan leal, que no hallo
Quien excederme pueda, [ceda.
Si no es que aquí yo mismo á mí me ex-

DON NUÑO.

Confieso esa verdad; mas ya que sigo
La queja á que me habeis ocasionado,
Respondedme, don Lope, mas templa-
¿Qué culpa tengo yo de los retiros [do.
De Alfonso, nuestro rey? Qué culpa ten-
[go
De que lamente á voces, con suspiros,
De la bella Raquel la infausta suerte?
¿Fui cómplice atrevido yo en su muerte?

DON LOPE.

Don Nuño, las acciones del Monarca
Y de los que en oficios colocados
Son como reyes casi venerados,
Cuando efectos no son de tiranía,
No las ha de impedir ciega osadía,
Ni murmurarlas; porque en esta parte
El que murmura de su rey con arte,
Con gusto, con cuidado,
Aunque premio no tenga el merecerlo,
O ama el que es traidor, ó quiere serlo.
Alfonso amor tenia;
Vos y vuestros parientes (¡qué osadía!),
Con ánimo traidor (¡qué infame he-
[cho!),
Rompistes de Raquel el blanco pecho,
Pudiendo, como nobles castellanos,
Depuestos los aceros de las manos,
Con blandas quejas y piadosos ruegos,
Vencer de Alfonso los ardores ciegos.
Dejárasle gozar lo que queria;
Que un dia llama á voces á otro dia,
Y suele en la delicia mas ufana
Lo que hoy parece bien cansar mañana.
Y cuando el rostro un rey atento entre-
A sus vasallos, y á la voz no niega [ga
De sus piadosas quejas los oidos,
Débese permitir que los sentidos
Gocen tal vez delicias,
Deleites ó caricias,
Pues para obedecer de amor las leyes,
Hombres como nosotros son los reyes.

DON NUÑO.

No niego esas verdades;
Pero, con descompuestas libertades,
Hacerme vos culpado
En lo que yo, don Lope, no he pecado,
Es querer, si se mira,
Que haga su efecto contra vos la ira.

DON LOPE. [teis.

Culpado fuisteis vos, un traidor fuis-
Tome el acero, aunque en mi débil ma-
Venganza de esta afrenta. [no,

DON NUÑO.

Ya me pesa, por Dios; fué desvarío.

DON LOPE.

Aun tengo fuerzas, no me falta brio.

DON NUÑO.

¿Qué pretendeis?

DON LOPE.

Mataros

DON NUÑO.

Quisiera, arrepentido, reportaros.

DON LOPE.

Si no reñis, os mataré.

DON NUÑO. (*Ap.*)

Furioso
Le tiene ya la injuria, y animoso
Quiere vengarse. Defenderme intento;
Que, en todas ocasiones,
Ha sido la defensa acuerdo sábio,
Pues no hay que asegurarse del agra-

DON LOPE. [vio.

Flacas las fuerzas de mi brazo siento.

(*Entran riñendo, retirándose don Lope.*)

DON NUÑO.

No á tan justos pesares me ocasiones;
No midas mas tu acero con el mio.

DON LOPE. (*Dentro.*)

Muerto soy.

Sale DON NUÑO, *con la espada en la mano.*

DON NUÑO.

¡Ay de mi loco brio!
Ciego y precipitado,
Ya difunto cadáver le he dejado.
Retirarme pretendo,
Porque me sigue gente, á lo que entien-
No buscaba su muerte; [do.
Efectos son de mi infelice suerte.

(*Vase.*)

Salen DOÑA SANCHA Y LAIN, Y COSTANZA Y DON GARCÍA.

DON GARCÍA.

Sancha, tus cosas no entiendo;
Yo vivo y muero quejoso,
Pues si en tu favor reposo,
En tus desdenes me enciendo.

A un mismo tiempo que miras
Mi firme verdad dichosa,
Mi voz escuchas piadosa,
Y tirana te retiras.
¿Cómo puedes, Sancha mia,
Permitir, si en tu beldad
Halló lugar la piedad,
Que le halle la tiranía?

DOÑA SANCHA.

¿Yo tirana? Aquí llegaste,
Perdido por la maleza
De esa encumbrada aspereza,
Y albergue en mi casa hallaste.
Referísteme tu historia,
Que de la guerra venias
De Cuenca, y que en pocos dias
Se consiguió la victoria;
Que á Búrgos, donde se encierra
El padre que te dió ser,
Las treguas ibas á hacer
Del cansancio de la guerra.
Porque el Rey, algo obligado
De un fiero accidente loco,
Dejó á Toledo há muy poco,
Y á Búrgos se ha retirado;
Que una hermana, en fin, te dió
El cielo, hermosa beldad,
Que desde su tierna edad
En las Huelgas se crió,
Porque la faltó su madre;
Que del convento ha salido
Ahora, porque ha venido
Con Alfonso el rey tu padre.
Y porque mas amparada
De mí tu nobleza vieras,
Me referiste que eras
Garci-Velazquez de Estrada.
Yo, que tu nombre escuché,
Sin ver que un hermano tengo
En Búrgos, á quien prevengo
La obediencia, que entregué
Con voluntad mas que humana,
Atropellé, firme en ella,
Los recatos de doncella
Con los respetos de hermana;
Y aunque en parte recelosa,
Por las razones que ves,
Quise admitirte cortés
Y aposentarte piadosa.
Mira pues qué tiranía
Cabe en aquesta verdad;
O ha sido error mi piedad,
O es culpa mi cortesía.

DON GARCÍA.

¿No dices mas?

DOÑA SANCHA.

Pues ¿qué ha habido,
Que á mí el decirlo me impida?

DON GARCÍA.

Lo que callas de encogida,
Yo lo diré de atrevido.
La primera vez que oiste
Mi amoroso pensamiento,
Culpaste mi atrevimiento,
Pero no me despediste.
Segunda vez llegué osado,
Aunque temí tu disgusto,
Y escuchásteme con gusto,
Mirásteme con agrado.
Y un dia, que los favores
Del mirar y del oir
Pude, Sancha, conseguir,
Saliste á coger las flores
Deste músico arroyuelo,
Cuya voz nace halagüeña
En la boca de esa peña,
Y muere en tumba de hielo.
Mi mano aquí bulliciosa,
Porque gloria distribuya,
Andaba tras de la tuya,
Como abeja tras la rosa.
Tú, que con vergüenza aprisa
Tejes púrpura en tu cielo,
Cubriste á la mano un velo,
Y descubriste la risa.
Dudó la ignorancia mia
Si era la risa en tu intento
Pesar de mi atrevimiento
O burla de mi osadía.
Mas mi afecto soberano
Me dijo, porque porfie:
«Jamás boca que se rie,
Suele negar una mano.»
Su nieve, y así el sosiego
Como le usurpo al sentido,
Con mis labios, atrevido,
Quise ver si era de fuego.
Vilo; y en esta porfía,
Desvanecido y ufano,
Ni retirabas tu mano,
Ni te enojaba la mia;
Y así, con esta violencia...

DOÑA SANCHA.

No prosigas.

DON GARCÍA.

Callaré.

LAIN.

Mi Costanza, siempre fué
Discreta y sábia advertencia
No estorbar al que llegó
A la ocasion que desea;
Como yo los piés menea,
Y harás lo mismo que yo.
Sígueme, aunque no te cuadre,
Pues sabes que tuyo soy.

COSTANZA.

Por no estorbarlos me voy;
Que esto aprendí de mi madre.

(*Vanse Costanza y Lain.*)

DOÑA SANCHA.

Ya estamos solos ahora;
Que refieras te permito
Lo demás, Garci-Velazquez,
Que en tu empeño has conseguido.

DON GARCÍA.

¿No has dicho que has de ser mia?

DOÑA SANCHA.

Es verdad que yo lo he dicho;
Pero en la distancia que hay
Del pronunciarlo al cumplirlo,
Temo (¡ay de mí!) que has de ser
Como el amante fingido,
Que huyendo estragos de Troya,
Por los undosos zafiros
Le condujo hasta Cartago
Leve leño y blando lino.

DON GARCÍA.

Pues ¿temes que imite á Enéas?

DOÑA SANCHA.

Eso temo y eso miro;
¿Sabes lo que obró inconstante?

DON GARCÍA.

Huésped fué de Elisa Dido,
Vencióse de su belleza,
Perdió sin alma el juicio,
Palabra la dió de esposo,
Gozóla, y despues, vencido
De la ingratitud, huyó.

DOÑA SANCHA.

¡Oh cruel! Oh fementido!
¿Que huyó despues de gozarla?

DON GARCÍA.

Hasta hoy ha merecido
Por eso nombre de ingrato.

DOÑA SANCHA.

Yo lo creo; ya me inclino
A resistir tus intentos.
Véte, por Dios; yo te pido
Que te vayas y me dejes.

DON GARCÍA.

¿Qué dices, Sancha? Qué has dicho?

DOÑA SANCHA.

Que te vayas, don García.

DON GARCÍA.

Pues lo que el troyano hizo,
¿Quieres que mi amor lo pague?

DOÑA SANCHA.

Hombre fué, y hombre has nacido;
Pues bástame aquel ejemplo
Para temer el peligro.

DON GARCÍA.

El mármol será inconstante
Con mi pecho, el bronce...

DOÑA SANCHA.

Digo
Que no quiero ser despojo
De las llamas y el cuchillo.
Véte, ó por Dios, que la vida
Me quite.

DON GARCÍA.

Tanto la estimo,
Que solo porque la tengas,
Voy á perder el sentido.

(*Hace que se va.*)

DOÑA SANCHA.

Pero con discurso poco
Pronuncio lo que has oido.
Error ha sido culpable;
Porque, atento al beneficio,
Sabrás vivir obligado;
Porque hasta ahora no he visto
Señas en mí de otra Elisa,
Ni en tus palabras indicios
Para temerte otro Enéas,
Falso amante y fugitivo.
Mi huésped eres, estáte.
(*Ap.* No sé dónde muero ó vivo.
Quiérole, y mi daño temo;
Temo el daño, y me retiro;
Vase, y mátame su ausencia;
Pues, cielos, ¿por qué lo envio,
Si no he de vivir sin él?)

DON GARCÍA.

Hallarás en tus desvíos
La sinrazon de intentarlos
O el pesar de consentirlos.

DOÑA SANCHA.

No puedo mas; que luchando
Están los discursos mios,
Con valor para vencer,
Con temor por ser vencidos.
La verdad es que te quiero;
Ya lo dije, ya está dicho;
Pero cuando considero
El mayor daño, reprimo
Mis afectos, y quisiera,
Antes de haberme rendido
A su fuerza, ser un mármol,
Depósito helado y frio;
Porque pienso que ha de darme
Bastante ocasion mi olvido,
No digo para quitarme
La vida, que no es castigo
En quien llega á aborrecer,
Que muera lo que ha querido,
Sino para...; mas no quiero,
Aunque lo siento, decirlo.
Entiende lo que quisieres;
Que ni pongo con juicio
En mi accion lo que ejercí,
Ni en mi boca lo que digo.

DON GARCÍA.

¿Qué temes, Sancha? Qué temes,

Si tan ilustre has nacido?
Dame, besaré tu mano.
(*Dale la mano.*)

DOÑA SANCHA.

Mal mis intentos reprimo.
Déjame, por Dios; que tienes
En las palabras hechizos.
(*Ap.* Y yo no sé lo que tengo;
Que estos lances consentidos
Llegan siempre á ser estragos
Del honor mas defendido.)

DON GARCÍA.

Que seré tu esposo juro,
Que seré tu esposo afirmo;
Lo que mal quisiere goce,
Huya de mí lo que sigo,
Viva lo que padeciere,
Muera siempre lo que vivo,
Si tu esposo no me vieren,
Sancha, los presentes siglos.
¿Quieres mas?

DOÑA SANCHA.

Que te recojas.

DON GARCÍA.

Mal podré, si me desvío
De tus ojos.

DOÑA SANCHA.

¿No podrás?

DON GARCÍA.

En tí mis glorias confirmo.

DOÑA SANCHA.

Por allí se va á tu cuarto,
Y por esta puerta al mio.

DON GARCÍA.

Iré siguiendo tus pasos.

DOÑA SANCHA.

Ya te he enseñado el camino;
Lo demás tú lo verás,
Si en la ocasion no has temido. (*Vase.*)

DON GARCÍA.

Loco voy, amor; á voces
Tu hermoso imperio publico;
Déjame la vida, pues
Tu despojo es mi juicio.
(*Vase tras ella.*)

Salen LAIN *y* COSTANZA, *con una luz, y pónenla en un bufete.*

LAIN.

¿Dónde, Costanza, vas con tanta prisa?

COSTANZA.

A poner esta luz sobre un bufete.

LAIN.

A los bobos con eso, á quien lo ignora;
No quiere luz, Costanza, la señora.

COSTANZA.

¿Qué es lo que dices? Malicioso eres.

LAIN.

Mejor se hallan sin luz muchas muje- [res.

COSTANZA.

Calla ahora, Lain, y en este suelo
Nos sentemos los dos, porque parlando
Divirtamos la noche.

LAIN.

¿Estás burlando?
Pues si estas noches todas que han pa- [sado
No he asistido, Costanza, yo á tu lado,
¿Por qué este suelo enladrillado quie- [res
Que ahora sea colchon de mi descanso?

COSTANZA.

Tengo miedo, Lain, porque de noche,
En forma de gigantes y dragones,
Inquietan esta sala mil visiones.
(*Quiere levantarse, y detiénelo Costanza.*)

LAIN.

Mil vi; ¡qué linda cosa, por mi vida!
A buen puerto á ser huéspedes llega- [mos;
Llamar quiero á mi dueño; que nos va- [mos.

COSTANZA.

Repórtate; no el miedo te alborote.

LAIN.

Tengo gota coral, y si no excuso
Estos lances, Costanza, aunque te [asombres,
No me podrán tener juntos diez hom- [bres.

COSTANZA.

Aquella luz se muere.

LAIN.

¡Ay de mí triste!

COSTANZA.

Cielos, ¿qué es esto? El alma se aniqui- [la;
Mira que está espirando, despavila.

LAIN.

Voy; que sin luz la vida se me acaba.
Ya despavilo. Peor está que estaba.
(*Mata la luz.*)

COSTANZA.

¿Qué es lo que has hecho?

LAIN.

¿No lo ves? La vela
Se cansó de ser sola centinela;
Desdichas mias son.

COSTANZA.

¡Linda osadía!
¿Yo á escuras con un hombre?

LAIN.

¡Oh fiera arpía!
¿Engáñasme, y ahora melindricos?
Este es encanto que mi mal señala;
Llena está de gigantes esta sala.
¿Adónde estás, mujer?
(*Anda á buscarla.*)

COSTANZA.

No has de saberlo.

LAIN.

Al viento ya te habrás encomendado;
Que eres bruja sin duda.

COSTANZA.

Oye, ruin hombre;
Hable mas bien, ó haréle que se asom- [bre.

LAIN.

Harto asombrado estoy, y mas oyendo
Tu voz en tantas partes; aquí hablas,
Allí respondes, hácia allá preguntas;
Deten el golpe, mira que me apuntas.

COSTANZA.

¿Que apunto yo?

LAIN.

¡Qué formidable seña!
Un gigante en la mano ase una peña,
Y con amagos fieros de homicida,
Me quiere trasladar á la otra vida.
¡Jesus!

COSTANZA.

¿Qué fué?

LAIN.

La peña me ha tirado,
Y si no huyo el golpe con presteza,
Me despoja de sesos la cabeza.

COSTANZA.

Ahora bien entiendes mis razones;
Mas no cuando te pido me dés algo.

LAIN.

Con eso mas de mi paciencia salgo;
¿Qué quieres que te dé porque me sa- [ques
Del peligro en que estoy?

COSTANZA.

Lo que tuvieres.

LAIN.

No tengo, vive Dios, un real tan solo;
Pero si tu piedad libre me escapa,
Te daré este sombrero y esta capa.

COSTANZA.

Arroja.

LAIN.

Veslo ahí.
(*Arrójale el sombrero y la capa, y hace Costanza que abre una ventana.*)

COSTANZA.

Ahora, amigo,
Abriendo esta ventana, porque Apolo
Con su luz ilumina ya los campos,
Conocerás, pues ya decirlo puedo,
Que el enredo fué mio, y tuyo el miedo.
(*Vase.*)

LAIN.

Ya es de dia, por Dios; esta picaña
Me ha engañado, y como no le he dado
Un tan solo cuatrin, ni darle espero,
Me ha quitado mi capa y mi sombrero.

Sale DON GARCÍA.

DON GARCÍA.

¡Lain!

LAIN.

Pues, Señor, ¿qué es esto?

DON GARCÍA.

Felicidades que puso
El amor en quien indigno
Se constituyó por suyo.
Vamos de aquí; ¡presto, presto!

LAIN.

¿Qué dices?

DON GARCÍA.

Que luego á Búrgos
Partamos; porque esta tarde
Sancha, que así lo dispuso
Con mañosa discrecion,
Tambien se parte; lo uno,
Porque, si en las soledades
Tanto tiempo nos ven juntos,
Conspirará la malicia
Armas contra nuestros gustos;
Y tambien porque se impida
Que sepa su hermano Nuño
El hospedaje, á quien yo
Tantas dichas atribuyo;
Que en Búrgos, ella en su casa,
Yo en la mia, sin que alguno
Lo entienda, para gozarnos,
Es bastante disimulo.

LAIN.

Aguarda, Señor, aguarda.
Luego ¿jugóse, pregunto,
La pieza mas importante?
¿Con el silencio nocturno
Rindióse Troya?

DON GARCÍA.

Rindióse.

LAIN.

En aqueso finca; ¡oh punto!
¡Qué dicha!

DON GARCÍA.

Con el respeto
Que en mi adoracion infundo,
Lain, has de hablar de Sancha.

LAIN.

¿Anduvo el amor desnudo?

¿Quedó calvo de desdenes?
¿Quedó velloso de gustos?
¿Hubo despojo de enaguas,
Desabrigo de coturnos?
¿Examinóse el agrado?
¿Explicóse lo venusto?
¿Durmiéronse los temores?
¿Extinguiéronse los sustos?
¿Veneróse el bello encanto?
¿Admiróse el blando bulto?
¿Qué hubo, en fin?

DON GARCÍA.

Eres un necio,
Bárbaro, ignorante, rudo,
Si imaginas que las dichas
Me han de robar el discurs ·;
En las deidades á quien
La veneracion dió culto
Lo que se alcanza se debe
Presumir que ser no pudo.
Basta que sepas, Lain,
Que en el fuego que me cupo
De los incendios que Sancha
De sus dos soles compuso,
Donde, batiendo las alas,
Llegué á ser vivo trasunto
Del ave que en sus aromas
Desperdicia sus orgullos,
Tantos alientos me infunde,
Que dellos con mayor triunfo,
A pesar de las cenizas,
Renace fénix segundo.

LAIN.

Aguarda, mi rey; dejando
Eso de Fénix, ¿qué hubo
En lo de prision eterna,
En lo de rendirse al yugo?
Di, ¿juraste de marido?

DON GARCÍA.

Juré, en fin, de serlo suyo.

LAIN.

Fuego del cielo consuma
A quien tiene tan mal gusto;
¡Qué! ¿marido te he de ver?
Mas no importa; es de futuro,
Y es siempre el jurar de serlo,
Para llegar, el consumo
Tomar á cambio en las Indias,
Y dar libranza en el turco.

DON GARCÍA.

Esposo he de ser de Sancha.

LAIN.

¿Quién te dice que no juzgo
Que á mí me ha de estar mejor
El maridaje que escucho?
Andallo, eso sí; habrá fiesta,
Que habrá librea no dudo;
Juzgarán los que me vieren,
Si juzgarán, que me cubro
De alguna capa y sombrero,
Segun lo que salto y bullo.

DON GARCÍA.

Vén, partamos; porque es tarde.

LAIN.

Otro poquito; presumo
Que estoy sin sombrero y capa.

DON GARCÍA.

¿Y la tuya?

LAIN.

Ese es un punto
Muy delicado.

DON GARCÍA.

¡Qué flema!

LAIN.

Vive Dios, que no me burlo.

DON GARCÍA.

Acaba.

LAIN.

¿Cómo que acabe?
O eres sordo, ó yo soy mudo;
¿He de ir desta manera
En un rocinante zurdo,
Hecho títere con alma?

DON GARCÍA.

Cúbrete.

LAIN.

Tomadle el pulso.

Sale DOÑA SANCHA.

DOÑA SANCHA.

Señor, ¿ya os vais?

DON GARCÍA.

Tú me has dado
Orden, mi bien, y licencia.

DOÑA SANCHA.

Quisiera fuera obediencia,
Mi señor, mas no cuidado;
Que quien con tal brevedad
Se parte y me deja, siento
Que muestra arrepentimiento
O arguye infidelidad.

DON GARCÍA.

Sancha, voy tan abrasado,
Tan ciego, loco y rendido,
Que vivo de agradecido
Y muero de enamorado.
Y aunque así mi vida ignoro,
Con las dichas que merezco,
No sé si lo que agradezco
Es menos que lo que adoro.
Fuera de que, si esta tarde,
Mi bien, á Búrgos te vas,
Allá mas despacio harás
De mis finezas alarde.

(*Llaman.*)

DOÑA SANCHA.

Aguarda; ¿qué golpes son
Aquellos?

DON NUÑO. (*Dentro.*)

¡Costanza!—¡Andrada!

DOÑA SANCHA.

Nuño es quien llama.

Sale COSTANZA.

COSTANZA.

Turbada
Salgo.

DOÑA SANCHA.

¡Terrible ocasion!

COSTANZA.

De turbaciones acorta;
Busca remedio.

DOÑA SANCHA.

Es en vano.
¿Qué es esto?

Sale ANDRADA.

ANDRADA.

Nuño, tu hermano.

DOÑA SANCHA.

¡Ay de mí!

DON GARCÍA.

Tu vida importa.

LAIN.

Esto á mi suerte atribuyo.

DOÑA SANCHA.

¡Qué suceso tan impío!
En ese aposento mio,
Que mejor le diré tuyo,
Te esconde con tu criado.

DON GARCÍA.

Mirar por tu honor quisiera.

DOÑA SANCHA.

Yo cerraré por defuera.

(*Ciérralos Sancha, y vuelve á llamar don Nuño.*)

ANDRADA.

Priesa trae de algun cuidado;
Indicios da su porfía.

DOÑA SANCHA.

Y tú, en entrando mi hermano,
Andrada, saca á ese llano
Los caballos de García,
Con cuidado y sin sentirse;
Que, cuando en sosiego manso
Nuño se entregue al descanso,
Podrá salir y partirse.

ANDRADA.

Voy. (*Vase.*)

DOÑA SANCHA.

¡Quién tal desdicha vió!
Abre aprisa.

COSTANZA.

Es excusado,
Porque mi señor ha entrado;
Que Andrada pienso que abrió.

Sale DON NUÑO.

DON NUÑO.

Cierren las puertas; ninguna,
Costanza, sin llave quede.

DOÑA SANCHA.

Hermano, señor, ¿qué es esto?
(*Ap.* ¡Oh, qué demudado viene!
Un hielo cubre mis venas.)
¿Era tiempo que vinieses
A ver á tu hermana y ver
Esta casa, que parece,
Al pié de ese verde monte,
Que la ciñe y no la ofende,
Digno edificio de Alfonso?
Tuya, Nuño, será siempre,
Que para eso la heredé
De Íñigo Tello Menéses,
Nuestro tio; mas ¡ay triste!
¿Cómo pregunto? ¿No atiendes
A mis razones, hermano?

DON NUÑO.

El honor, Sancha, que á veces...

DOÑA SANCHA. (*Ap.*)

Por honor comienza (¡ay cielos!);
Él sabe mi amor, y quiere,
Despues de habérmelo dicho,
Vengar su agravio en mi muerte.
¿Dónde iré?

DON NUÑO.

Pues ¿aun no sabes
Mi pena, y así te vence
La turbacion? Oye, escucha.

DOÑA SANCHA.

Dilo, acaba, si no quieres
Que la dilacion me ofenda;
Dime presto lo que tienes.

DON NUÑO.

Una desdicha, que ayer
Me obligó, Sancha, á esconderme,
Y cuando mas con la noche
Seguro paso me ofrecen
Las sombras, que me permiten
Que no las tema y las huelle,

Seis leguas, que hay hasta aquí
Desde Búrgos...

DOÑA SANCHA. (*Ap.*)

Ya parece
Que se desahoga el alma.

DON NUÑO.

Corrí en un hijo del Bétis;
Porque, aunque en tantos pesares
Debida atencion me niegues,
O mis desaciertos culpes,
O mis errores condenes,
Como noble, me recojas;
Como sábia, me aconsejes;
Como prudente, me animes,
Y cómo hermana, me alientes.

DOÑA SANCHA.

La vida es tuya; prosigue.

DON NUÑO.

Ya sabes los accidentes
Que en Toledo resultaron,
Sancha hermana, de la muerte
De Raquel.

DOÑA SANCHA.

Nadie lo ignora;
Pero si al caso presente,
Que tú le llamas desdicha,
Importa para saberse
(*Ap.* Todo lo escucha García),
Referirlo, hermano, puedes.

DON NUÑO.

En Toledo, imperial solio,
Donde undoso el Tajo vierte
Cristal, que sus basas lame,
Oro, que su pié guarnece,
En cuyo espacio no hay
Edificio que no apueste
A duracion con el tiempo,
Y con el rayo á lo fuerte;
Aqui, pues, lo inevitable
Del hado infeliz consiente
Que á Raquel, bella judía,
Su imperio Alfonso rindiese.
Muchos en el Rey culpaban
El injusto error, al verle
Rendido á una hebrea quien
Rindió tantos moros reyes;
Por parecerlos que estaba
Tan fuera de sí, que á veces
A los despachos negaba
Las horas mas competentes.
«¡Muera Raquel!» dicen, cuando
Don Lope de Estrada quiere
Evitar resoluciones
Con el consejo prudentes,
Y á mí y á cuantos conmigo
A la ejecucion se ofrecen
Dijo: «Aunque Alfonso en Castilla,
Nuestro rey, mas se divierte
En el cariñoso halago
Que en la voz del pretendiente,
Su espíritu generoso
Cuerdas enmiendas promete;
Y así, pues sois desta causa,
Como yo, todos jueces,
No el furor pueda en vosotros
Lo que la prudencia puede.»
Con gusto escuché á don Lope;
Mas los demás, en quien siempre
Fué firme el intento, así
Le respondieron, rebeldes:
«Para que heróicas hazañas
Haga Alfonso, y le venere
La admiracion ó le admire
Noble atencion elocuente;
Para que, en fin, consigamos
Que la posteridad muestre
Su imágen en duro bronce
Y su nombre en mármol breve,
No es justo disimular
El afecto donde vierten
Soberbios montes de fuego,
Mares de cenizas breves.»
Y así, cuando, ausente Alfonso,
Diestro cazador, previene
A ciervos del monte flechas,
Y á garzas del viento redes,
De Raquel llegan al lecho,
Adonde, como otras veces,
Su sol, dormido en su ocaso,
Negaba luz á su oriente,
Y cuales hambrientos lobos,
Que de las dormidas reses,
A pesar del que las guarda,
La sangre intrépidos beben;
Así, pues, los conjurados
El pecho hermoso, inocente,
De la descuidada hebrea
Rompieron inobedientes.
Volvió el Rey, y cuando el rostro
Ver de su dama pretende,
Halló pálido cadáver
La blanca animada nieve.
Miró el desmayado bulto,
Y en su distancia una fuente,
Que en humor sangriento rojo
Va deshojando claveles.
Los cabellos que le dieron
Madejas de oro luciente,
Duro plomo derretido,
Bañado en sangre, le ofrecen.
Loco y sin vida, á sus labios
Le arroja el fiero accidente,
Solo por ver si los suyos
Algun aliento les deben.
Mas, como no respiraron,
Y advirtió que los que albergue
Fueron del nácar mas puro
Cárdenos lirios embeben,
Tanto su sudor le biela,
Tanto su amor le suspende,
Que le creyeron estatua
Los que por rey le obedecen.
Pero volvió en sí, juzgando
Que, aunque el sentir es á veces
Entendimiento, el valor
Es mas ingenio en los reyes.
Pártese á Búrgos, por ver
Si podrá olvidar, ausente,
Lo que en su aliento fué vida,
Lo que en su memoria es muerte;
Pero la imaginacion
Tanto daba en ofenderle,
Que viendo un dia en su cuarto
Don Lope al Rey poco alegre
Y retirado, me dijo:
«Señor Nuño, no padece
Culpas de atrevido quien
A las experiencias cree;
Si dejaran vuestros deudos
Y vos de mi voz vencerse,
Faltaran nubes que ahora
Este sol entristeciesen.»
Callé, y una vez que al campo
Fuimos los dos, procuréle
Quejoso desengañarle,
Y cortés satisfacerle.
Díjele, en fin: «Ya sabeis,
Señor don Lope, que siempre
Son vuestros nobles consejos
En mí obediencias corteses,
Y que por ellos el rostro
Negué al error, que rebeldes
En Raquel, contra el rey nuestro,
Los castellanos cometen.—
No negasteis. Traidor fuisteis,»
Replicó el viejo impaciente.
Yo, como á la sangre mia
Aquella palabra ofende,
Viles infamias la impone,
Porque no sé qué se tiene
La traicion, que aun los que ignoran
Lo que es honor, la aborrecen.
Enmudecido, del rostro
Perdido el color, ausente
La razon, ciego el discurso,
Sin mí mismo llegué á verme.
Armado de nube de iras,
Tanto, que en espacio breve
Los amagos de la vista
Los sentí rayos ardientes,
Desenvolví las palabras,
Respondiéndole que miente;
Y desnudando el acero,
Vengar su agravio pretende.
Mas como cobra un mentís
El honor que allí se pierde,
Procuré con mil perdones
Obligarle y detenerle.
Porfió á querer herirme,
Y yo, como el defenderme
Me toca en fin, y de brios
Sus muchos años carecen,
Ya por hado ó por desdicha,
Ya por destreza ó por suerte,
Mi punta en su anciano pecho
Abrió camino á la muerte...
Quedé...

DON GARCÍA. (*Llama á la puerta.*)

Abre, Nuño.

DOÑA SANCHA.

¡Ay de mí!

DON NUÑO.

¿Quién da golpes?

DOÑA SANCHA.

Hoy se pierden
Mi vida y mi honor, Costanza.
Mira si es gente que viene
Siguiendo á Nuño.

COSTANZA.

Ya voy.—
¡Oh, lo que el ingenio puede! (*Vase.*)

DOÑA SANCHA.

Sin vida estoy; ¡qué desdicha!
Quisiera impedir no oyese
García lo que dispongo;
Aquí el valor me conviene.

DON NUÑO.

¿Quién puede ser el que llama?

DOÑA SANCHA.

Desde esta pieza, que tiene
Una ventana á ese cuarto,
Lo verás conmigo; vénte.

(*Tirando dél, lo muda á la otra parte del tablado.*)

DON NUÑO.

Aparta, veré quién es.

DOÑA SANCHA.

Aguarda, hermano, detente;
No te arrojes al peligro.

DON NUÑO.

¿Quién puede ser?

Sale COSTANZA.

COSTANZA.

Mucha gente,
Que indignada solicita
O tu prision ó tu muerte;
Y como cerrar mandaste
Las puertas, es evidente
Que una espaciosa ventana,
Señor, que esa pieza tiene,
No muy alta, les ha dado
Lugar para que subiesen.

DON GARCÍA. (*Vuelve á llamar.*)

Abre, ó romperé la puerta.

DON NUÑO.
Esta espada ha de valerme.
DOÑA SANCHA.
Mejor remedio á tu vida
Tu hermana Sancha previene;
Sal por una puerta falsa,
Que mira á ese monte, y véte;
Sube en tu caballo apriesa,
Y por las sendas mas breves
Te vuelve á Búrgos, pensando
Que, pues te juzgan ausente,
Nadie en él te buscará;
Que de mí seguro puedes
Partir, pues sabré seguirte
Y aun del riesgo defenderte.
Ea, vuela; ese Pegaso
Anima tan velozmente,
Que sus batidos ijares
Tu diligencia confiesen.
DON NUÑO.
Bien has dicho; Dios te guarde. (*Vase.*)
COSTANZA.
Buena fué la industria.
DOÑA SANCHA.
¿Fuése?
COSTANZA.
Miraréla. (*Vase.*)
DON GARCÍA. (*Dentro.*)
¡Ah Nuño infame!
No tu vil traicion recuerde
Miedos en tí, que me impidan
Vengar la manchada nieve
De las canas de mi padre;
Abre, traidor; abre, aleve,
O baré las puertas pedazos.
(*Abre doña Sancha.*)

Salen DON GARCÍA Y LAIN.

DOÑA SANCHA.
Ya está abierto; ¿qué pretendes?
DON GARCÍA.
¿Dónde está Nuño?
DOÑA SANCHA.
A Búrgos
Se partió: si no lo crees,
Por tuya tienes la casa.
DON GARCÍA.
¿Que esto tus engaños pueden?
Temió mi valor tu hermano.
DOÑA SANCHA.
Quien nació Castro no temé.
DON GARCÍA.
Saca los caballos presto;
Que he de seguirle.
LAIN.
Conviene
El seguirle; mas repara...
DON GARCÍA.
Acaba.
LAIN.
Ya te obedece;
El ir sin capa y sombrero
Es lo que mas me entristece. (*Vase.*)
DON GARCÍA.
Vengaré, viven los cielos,
Mi agravio.
DOÑA SANCHA.
¿Que así me deje
Quien á ser de mi albedrío
Fiero robador se atreve?
Que así las glorias de amante
Ingrato bárbaro niegue,
Y acciones tan vengativas
Contra mi sangre recuerde?
¿Qué es esto, Garci-Velazquez?
Qué es esto? ¿Ahora previenes
Falsedades que te infamen,
Desprecios que me atormenten,
Descréditos que te culpen,
Libertades que me afrenten?
¿Este es el bien que gozaste,
Las finezas que me debes,
Las dichas que mereciste,
Los favores que posees?
Vuelve, esposo; no permitas,
Señor, que mis gozos breves
Justa desesperacion
Los ultraje y los desprecie.
Mira...
DON GARCÍA.
Sancha, no son buenas
Esas lágrimas que viertes
Para quien ve que á su padre
Violenta mano le hiere;
Para un hijo, que ayer vió
Sus canas pompa de nieve,
Y hoy de un sepulcro de mármol
Cenizas las juzga leves.
La obligacion que me corre
Nadie la conoce y siente
Mejor que yo mismo, Sancha.
Yo sé lo que me conviene;
No ignoro lo que te debo,
No niego lo que mereces,
No desmayo en la palabra,
No huyo lo que pretendes;
Pero aquí mi muerto padre
Me dice á voces que quiere
Que helado bulto le estime,
Que cadáver le venere,
Que ruina le obedezca,
Que polvo le reverencie,
Que á la venganza me anime,
Que la aclame, que la aceche,
Que la investigue animoso,
Que la ejecute valiente;
Y así, tus voces en mí
Será imposible que esfuercen
Lástima que las escuche
O piedad que las despeñe.
Los cielos, Sancha, te guarden;
Queda adios, que no consiente
Mas dilacion un agravio
Ni mas tardanza una muerte.
DOÑA SANCHA.
Aguarda, espera, no huyas;
Oye, escucha, mira, advierte.
A pesar de mis desdichas.
¡Que estos rigores ordene
La fortuna! Buena quedo,
Mi robado honor padece,
El ladron huye tirano;
Mi hermano la culpa tiene.
García quiere vengarse,
Ya temo que he de perderle.
Pues acabadme, pesares;
Acabadme, porque quede,
Si estrago de lo que soy,
Lástima de lo que fuere.

JORNADA SEGUNDA.

Salen EL JUSTICIA *y* MUCHOS CRIADOS, *acuchillando á* DON NUÑO, *y él retirándose, y el Justicia no saca la espada.*

DON NUÑO.
Yo no he de darme á prision,
Don Pedro, aunque me mateis;
Porque es mas segura cosa
El no dejarme prender.
JUSTICIA.
Don Nuño, que os he avisado
Que estos lances excuseis,
No lo ignorais, y que siempre
Vuestro amigo he sido fiel;
Mas si vos, poco advertido,
Delante de mí os poneis,
No puedo excusar, don Nuño,
Las órdenes de mi rey.
DON NUÑO.
¿Qué órden os ha dado Alfonso?
JUSTICIA.
Que os mate ó prenda.
DON NUÑO.
Es cruel.
¿Así se mata en Castilla
Un Castro?
JUSTICIA.
Podrálo hacer
Quien, como yo, nació Lara,
Si no se deja prender.
DON NUÑO.
Señor Justicia mayor,
Si de ese modo ha de ser,
Deste pretendo librarme.
JUSTICIA.
¡Muera! ¡Prendedle!
DON NUÑO.
No haréis;
Porque son rayos de acero
Cuantos movimientos veis.
(*Mételé á cuchilladas.*)

Sale DOÑA ELVIRA.

DOÑA ELVIRA.
Voces en la calle siento,
Y aun parece que tropel
De gente acuchilla un hombre,
Y que él, animoso, á hacer
Llega desprecio de todos.
¿Quién será? Que conocer
No le puedo, porque yo
De tan poca edad á ser
Del convento de las Huelgas
Tierno depósito entré,
Que á nadie apenas conozco
Mucho le aprietan; mas él
Huye el riesgo, y prevenido
Socorro pide á los piés,
Por habérsele quebrado
La espada (¡ay desdicha infiel!).
Temí no fuera mi hermano;
Que, como por la cruel
Mano de un fiero alevoso
Murió mi padre, el que fué,
Si hoy sombra en bóveda triste,
Rayo en la campaña ayer,
Pienso que á mi hermano llegan
A herirle el pecho tambien;
Que quien nació como yo,
Seguir con violencia ve
A la voz de la corneja
Lo funesto del ciprés.

Sale DON NUÑO, *alborotado, sin espada.*

DON NUÑO.
¡Señora!
DOÑA ELVIRA.
¡Ay de mí!
DON NUÑO.
Escuchad.

DOÑA ELVIRA.

¿Cómo?

DON NUÑO.

El temor suspended;
Porque el Justicia mayor
Con rigor y con poder
Me obliga à que me retire
De una rigurosa ley,
Y en mi seguimiento viene,
Porque órden tiene, del Rey
Firmada, para llevarme
Preso al castillo de Uclés.
Vióme ahora y lo intentó;
Yo, viendo el peligro infiel,
Defensa á la espada pido,
Y faltóme, como veis;
Quise ampararme en la casa
Que yo primero encontré.
(*Ap.* Mas si no me engaño, aquí
Vive don Diego Porcel;
Su esposa es esta sin duda,
Mejor la hablaré despues.)
Ya sé, Señora, quién sois,
Y quién vuestro dueño es.
Noble nací, no con dicha;
Halle en vos consuelo fiel;
Así vuestro hermoso rostro,
Que admirado el mundo ve,
Del agosto de los años
Viva triunfando el clavel.

DOÑA ELVIRA.

Ya iguala vuestro cuidado
Al mio; piedad cortés
Será hacer que os tenga oculto
El aposento que veis.
Palabra os doy de ampararos;
Bien podeis entrar en él,
Acabad.

DON NUÑO.

Vos me dais vida. (*Entrase.*)

DOÑA ELVIRA.

Atenta guarda seré,
Si no bastante defensa,
Hasta que lo venga á ser
Mi hermano, y llevarle pueda
Donde mas seguro esté.

Sale DON GARCÍA.

DON GARCÍA.

Sola, hermana, y divertida,
Sin dar al tiempo atencion;
Mas si es imaginacion
De aquella sangre vertida
De nuestro padre, es debida
La tristeza al accidente
El callar al mal presente;
Porque siempre alivio halla
La desdicha que se calla
En el dolor que se siente.

DOÑA ELVIRA.

Deja, Señor, un momento,
Si es que yo puedo entre tanto
Dejar mi forzoso llanto,
Tu debido sentimiento;
Que ahora el rigor violento
De la justicia huyó
Un caballero, y se entró
A pedir sagrado aquí;
Halle, hermano, amparo en tí,
Pues en mi piedad halló.
En esa sala que ves
Se esconde; llamarle quiero.

DON GARCÍA.

¡Justa accion!

DOÑA ELVIRA.

¡Ah caballero!
Salid afuera.

Sale DON NUÑO.

DON NUÑO.

Despues
Que obligado... (¡ay de mí!)

DON GARCÍA.

¿Es
Sueño ó verdad lo que miro?
Verdad es; pero la admiro,
Y crédito no la doy.

DON NUÑO.

¡Oh, qué infelice que soy!
Pues cuando á sagrado aspiro,
Y es forzoso que presuma
Que le hallo en un amigo,
Me conduce á mi enemigo
El hado fatal en suma.

DON GARCÍA.

Huyendo montes de espuma,
Solicita peregrina
Puerto la nave, y vecina
Al abrigo que procura,
Se ve, cuando mas segura,
Ser de un huracan ruina;
Así tú, que á lo inhumano
De una prision te negaste,
Cuando sin ella te hallaste,
Miras tu muerte en mi mano.
Destrozo sangriento vano
Serás hoy de mi cuchilla,
Y pues eres navecilla,
Que abrigo al puerto le debe,
Seré huracan que te lleve
A ser estrago en la orilla.

DOÑA ELVIRA.

¿Que este es Nuño?

DON GARCÍA.

El que atrevido
Nuestra sangre derramó.

DOÑA ELVIRA.

Pues ¿cómo de mí fió
La vida, que he defendido?
Mas si tan atento ha sido,
Noblemente confiado,
Consulta á lo que obligado
Vive en tu sangre el valor.

DON GARCÍA.

A matarle.

DOÑA ELVIRA.

No es error
La venganza en tu cuidado,
Ni que muerte á Nuño dés;
Mas si cuando de su pecho
La confianza que ha hecho
Acerado escudo es,
Reserva el castigo pues
Para mejor ocasion;
Que ahora, en la prevencion,
De cualquier sangriento estrago
Será mas culpa el amago
Que despues la ejecucion.
Lo ingrato que en tí acredito
Es voz de esa confianza,
Porque deja tu venganza
Muchas señas de delito.
Ventajas mil te permito
Para borrar tu inquietud;
Obra con solicitud,
Porque la ofensa que ultraja
Se ha de vengar con ventaja,
Mas no con ingratitud.

DON GARCÍA.

(*Ap.* ¡Oh cuánto mi agravio siento!
Oh qué dudoso me hallo!
Si escucho á mi hermana, callo;
Si miro á Nuño, me aliento.
¿Qué haré, si al golpe violento
Se arroja ciego el sentido?
Templarme en lo prevenido;
Porque es mas noble cuidado
Estimar lo confiado
Que castigar lo atrevido.
Y aunque con justo ardimiento
Solicito la venganza,
Pone en mí la confianza
Leyes de agradecimiento.)
¿Qué te hizo el flaco aliento
De un anciano, en que se via
La espada, cuando reñia,
Para impedir el suceso,
Que mas á su mismo peso
Que á la mano obedecia?
De un caduco sin vigor,
De quien, aunque en mármol yace,
De sus cenizas renace
A despertar mi dolor.
¿Qué hazaña fué, qué valor,
Matar con ciega osadía
A quien cuando mas fingia
Esfuerzo que le alentaba,
De puro viejo, dejaba
De vivir lo que vivia?
Ahora entre sombras nombra,
Aunque cadáver las mide,
Tu ciego error, y despide
Una voz en cada sombra.
A mí me anima, no asombra,
Mira cuál es lo inhumano
De tu accion, pues ya gusano,
Por la boca de la herida,
Culpa su voz despedida
La violencia de tu mano.

DON NUÑO.

Castigo de un noble pecho,
Que casi llega á informarle,
Es el correrse y pesarle
De aquello mismo que ha hecho;
Y así, remite el despecho
Con que ver quieres vengado
A tu padre, bulto helado;
Que á mí, al pesar remitido,
Lo que tengo de corrido
Me sobra de castigado.
Y tan falto de razones
Me deja tu proceder,
Que callo por no poder
Igualarte en las acciones;
Y tantas obligaciones
Hoy en mi afecto declaras,
Que si á tí, pues lo reparas,
Confiado te he vencido,
Yo, de puro agradecido,
Quisiera que me mataras.—
Y á vos, Señora, que daros
Mil gracias quisiera, veo
Que solo puede el deseo
Con el silencio alabaros.
No imperio, para borraros,
Tenga el tiempo, esa beldad;
Halle en la posteridad
Culto elevado, y asombre
En mármoles vuestro nombre,
Y en ecos vuestra piedad.

(*Hace que se va.*)

DOÑA ELVIRA.

¿Fuése?

DON GARCÍA.

Mal seguro va.—
Señor don Nuño, advertid.

DON NUÑO.

¿Qué es lo que mandais?

DON GARCÍA.

Oid.

DON NUÑO.

El gusto obediencia os da.

DON GARCÍA.

Mejor vuestra mano está
De una espada acompañada;
Porque si alguno lograda
Vuestra prision quiere ver,
Mal os podréis defender,
Si os falta, Nuño, la espada.
Tomad esta; que interés
Me corre en que la admitais,
Pues quiero que os defendais,
Para mataros, despues.
Yo os la doy, aunque no es
Sin riesgo, pues si os la dejo,
Y advertido os aconsejo
Que eviteis algun destrozo,
Aunque me veis que soy mozo,
Me mataréis como á viejo.

DON NUÑO.

A esta liberalidad
Siempre he de vivir atento;
Tanto, que mi rendimiento
Se halle en mi voluntad.
Huella en la presente edad
Las mas altivas cervices,
Pero en acciones felices,
Con que tanto satisfaces,
Si obligas con lo que haces,
No ofendas con lo que dices. (*Vase.*)

DON GARCÍA.

¡Válgame Dios!

DOÑA ELVIRA.

¿Qué te ofende?
Igual á tu sentimiento
Es el mio; á tus cuidados,
Los que mortales padezco;
Busca ahora tu venganza.

DON GARCÍA.

¿Permitesme que del riesgo
Deje ausentar al contrario,
Y ahora me alientas? Veo
Que es necia tanta piedad,
Donde el agravio no es menos.

DOÑA ELVIRA.

La que ha tenido bastante
Materia es para que el tiempo
La guarde en labrados jaspes;
No te pese del afecto
Piadoso, porque pisar
El blando humillado cuello,
Herir á la confianza,
Ultrajar el rendimiento,
No diera honor á la herida,
Sino vil infamia al hecho;
Y no te valgas ahora
De decir que mis consejos
Son los que á tu brazo el golpe
De la venganza impidieron;
Que los ánimos heróicos
Libran con bastante acuerdo
La ejecucion á la mano,
Y á la prudencia el acierto.
Desta te has valido ahora,
Para lo demás esfuerzo
Te dió tu sangre; investiga,
Busca ocasiones, atento,
En que á la tormenta suya
Concedas seguro puerto;
Y si te faltaren manos
Y ánimo con que el deseo
Logres, yo, que hija soy
De aquel que, en polvo deshecho,
Llanto debe á tu memoria,
Te daré para el efecto
Un ánimo en cada voz
Y una mano en cada aliento. (*Vase.*)

Sale LAIN.

LAIN.

Pensativo estaba el Cid...
Y no mas, aquí me quedo;
Porque mi amo lo está en Búrgos,
Y el Cid lo estaba en San Pedro.

DON GARCÍA.

¡Lain!

LAIN.

¡Señor!

DON GARCÍA.

Tu lealtad,
Tu diligencia y secreto
Hoy mi venganza aseguran.

LAIN.

No el secreto será menos
Que la lealtad con que vivo.

DON GARCÍA.

La vida te va en tenerlo.

LAIN.

Al caso vamos, por Cristo.

DON GARCÍA.

Di, ¿qué forma ó qué remedio
Tendré, Lain, para dar
Muerte á mi enemigo fiero?

LAIN.

Eso ha menester espacio.

DON GARCÍA.

¿Qué espacio?

LAIN.

Pues ¿mucho es? Menos
Es parecer de un letrado,
Y mira catorce textos,
Que dar la muerte á un cristiano.

DON GARCÍA.

¡Ay de mí! Buen consejero
Hallo en mis locas desdichas.
Véte, por Dios.

LAIN.

¿Es buñuelo?
Déjemelo usted pensar,
Que yo lo diré bien presto;
Mas ya voy cerca sin duda.
Ve aquí el modo, yo le tengo:
Yo me he de fingir al punto
Un embajador, que vengo
De Suecia; tú has de ser
Mi porta-brazos, y luego
Despues que al Rey mi embajada
Se la haya dado en secreto,
Iré á visitar las damas;
Y cuando á mirar el bello
Rostro yo llegue de Sancha,
Y los dos solos estemos,
A Nuño irás, que aguardando
Estará para el efecto,
Y con tu daga, animoso,
Romperás su duro pecho.
Y si Sancha se turbare,
Diré: «Dama, detenéos;
Que esto que mirais es cosa
Que allá usamos los suecos,
Y mas los grandes señores;
Porque siempre nos comemos
Un caballero en gigote.»

DON GARCÍA.

No hay insufrible tormento,
En los que mas siente un alma,
Como el de escuchar á un necio.
Véte, por Dios, no me mates;
Véte, y déjame.

LAIN.

No puedo;
Hasta aquí burlas han sido;
Pero ya que el sentimiento
Con que vives se traslada
A ser dolor en mi pecho,
Vive Dios, que has de vengarte.

DON GARCÍA.

¿Hablas de veras?

LAIN.

¿Diréle?
Sí, que le importa á mi amo;
Mas no, que el castigo temo.
Jura que no has de enojarte.

DON GARCÍA.

¿Que jure? Pues tú ¿qué has hecho?

LAIN.

En fin, tú me has de jurar
Que podré decir sin riesgo
De tu enojo y de mi vida
Una cosa; en el remedio
De tu venganza consiste.

DON GARCÍA.

Si eso ha de ser, yo te ofrezco
Mi palabra por quien soy;
Así mi brazo y mi acero
Felices logren la herida
Que solicitan atentos,
Para que por ella Nuño
Vierta el suspiro postrero,
No he de enojarme.

LAIN.

Pues digo
Que soy de Costanza dueño.

DON GARCÍA.

¿Qué dices?

LAIN.

Que si te enojas,
Romperás el juramento,
Y cesará la maraña.

DON GARCÍA.

Admiro tu atrevimiento;
Pues ¿qué dicha se me sigue
A mí de tu amor?

LAIN.

Si entro
De noche á ver á Costanza,
Si hasta su cámara llego,
Si las llaves de la puerta
Ella guarda en su aposento,
¿Qué mas dicha ha de seguirte?
Entiéndeme, pues te entiendo;
¿Qué quieres? Tu criado soy,
Lealtad guardo, valor tengo.

DON GARCÍA.

Pues di, ¿cómo á entrar te atreves
En casa de Nuño?

LAIN.

Eso
Con mucha facilidad.

DON GARCÍA.

Mal me resisto; ¿y el riesgo?

LAIN.

No me ha sucedido mal.

DON GARCÍA.

¿Si te ve Nuño?

LAIN.

Eso temo.

DON GARCÍA.

¿Sancha?

LAIN.

Esa sí me ha visto.

DON GARCÍA.

¿Qué dice Sancha?

LAIN.

Es un cielo;
Siente y llora tu mudanza.

DON GARCÍA.

¡Ah Sancha, cuánto en mi pecho,
Para no acabarme, vive
Desatado el sufrimiento,
A lo que tu amor me llama,
A lo que tu hermano ha hecho!
Ojalá antes que en tus brazos
Me viera, y que hallara en ellos
Primer aliento á mi vida,
Segunda vida á mi aliento,
Que en las reñidas batallas
De los moriscos encuentros
Corvo alfanje hiciera entonces
Que de mis hombros el cuello
Bajara á pedir sepulcro,
A la campaña, sangriento.

LAIN.

¡Qué triste estás! Anímate.

DON GARCÍA.

¡Ah Lain, qué poco esfuerzo
Vive en mí para esta empresa
Cuando de Sancha me acuerdo!
Mas dime, ¿cómo dispones
Mi justa venganza?

LAIN.

Pienso
Que habrá impedimento poco;
Mas deja que á disponerlo
La solicitud mañosa
Llegue de mi tosco ingenio;
Que, cuando en obscura noche
De los sentidos el sueño
Mas apoderado viva,
Sin duda te verás dentro
De casa de tu enemigo.

DON GARCÍA.

¡Qué escucho, piadosos cielos!
Lain, si por tí mi brazo
Consigue este heróico hecho,
Cuanto valgo, cuanto fuere,
Cuanto espíritu poseo,
Y cuantas vidas me infunda
El ver cadáver el cuerpo
De mi enemigo, que en mí
Serán gloriosos trofeos,
Verás que, á tí agradecido,
Por víctimas las ofrezco.

LAIN.

¿Soy yo deidad?

DON GARCÍA.

Eres ángel,
Y serás de hoy mas un cielo;
Dame esos brazos.

LAIN.

Por Dios,
Que te apartes; que te temo.

DON GARCÍA.

¿Eso dices? Si me guias
A conseguir mis deseos,
Todo mi caudal es tuyo,
Como á mi vida te quiero.

LAIN.

¡Jesus, Jesus! ¿Quién tal dice?
Que me abraso, que me quemo.
Si te acuerdas de Virgilio,
Cuando en églogas diciendo
Formosum Pastor estaba,
Mira que un lacayo feo
Soy, con alba y sin narices,
Barbado á lo nazareno,
Con el color de mortaja,
Y tan redondo de cuerpo,
Que soy pipote con alma.

DON GARCÍA.

¡Oh qué gustoso me aliento!
Animo, Garci-Velazquez,
Pues llevais para este empeño
Un rayo en la blanca espada,
Un agravio en el esfuerzo,
Un dolor vivo en el alma,
Y un muerto padre en el pecho. (*Vase.*)

LAIN.

Animo, Lain; que ya
Cobra su juicio entero
Don García, y aunque os vistes
En peligro no pequeño,
Sois Lain, y habeis de hacer
Como quien viene de buenos. (*Vase.*)

Salen COSTANZA Y DOÑA SANCHA, *alborotadas.*

COSTANZA.

¡Señora, Señora!

DOÑA SANCHA.

¡Ay triste!
¿Qué tienes?

COSTANZA.

Con grande priesa
Andrada en casa entró ahora,
Y dijo que una pendencia
Mi señor habia tenido
Con el Justicia, y que della
Resultó encontrarse luego,
Dentro de su casa mesma,
Con don García, y que juntos,
Segun él se teme, es fuerza
Que se hayan dado la muerte.

DOÑA SANCHA.

¿Hay mas tormentos? ¡Que tenga
Tanto sufrimiento el alma!
Que al imperio no se venza
De la desdicha, y se humille
Tristemente á su inclemencia!
¿Para qué quiero la vida?

Sale DON NUÑO.

DON NUÑO.

Costanza, solos nos deja,
Y entra una luz.

DOÑA SANCHA.

¡Ya no siento
Caliente sangre en las venas!

COSTANZA.

La luz tienes aquí.

DOÑA SANCHA.

Véte.

COSTANZA.

Voyme; en la calle me espera
Lain; al punto que le deje
En mi aposento, las puertas
Cerraré, como otras veces. (*Vase.*)

DOÑA SANCHA.

(*Ap.* ¡Ay de mí! Sin duda queda
Muerto mi esposo; que el rostro,
La turbacion, la tristeza
Con que Nuño entra en su casa,
Me ofrecen bastantes señas.)
¡Muerta soy!

DON NUÑO.

¿Qué tienes, Sancha?
Qué causa te desalienta?

DOÑA SANCHA.

Dijéronme que tuviste
La vida ahora tan cerca
De la muerte, que de solo
Verte á mis ojos, es fuerza
Que me mate la alegría,
Como á otros matan las penas;
Mas ¿cómo vienes tan triste?

DON NUÑO.

No sé qué te diga.

DOÑA SANCHA.

Cierta
Es la desdicha que temo;
No lo niegues pues.

DON NUÑO.

Quisiera...

DOÑA SANCHA.

¿Quitaste la vida (¡ay cielos!)
A García?

DON NUÑO.

Bueno queda.

DOÑA SANCHA.

Acaba, pues, de arrojar
Esa voz; que me atormenta
Aun pensar la dilacion,
Nuño, que has tenido en ella.
(*Ap.* Eso sí, pase el tormento;
Huid del alma, tristezas;
Buscad albergue, pesares;
Gustos, contentos, no hay fuerza
De los pasados enojos
Que vuestro poder no venzan.
Loca estoy; ¡mi amante vive!)

DON NUÑO.

Pues ¿cómo tan descompuesta
Te tiene ese nuevo gozo?

DOÑA SANCHA.

Hermano, porque si hubieras
Muerto al hijo, como al padre,
Sobraran con inclemencia
Para nosotros palabras
Injuriosas en las lenguas,
Rencor en los corazones,
Y faltara quien nos diera
Descanso á nuestro cuidado,
Y á nuestras voces orejas.
¿Bueno está, vive García?

DON NUÑO.

Hice, hermana, resistencia
Al Justicia mayor, que anda
Con órden del Rey expresa
Para prenderme; me ha dicho
Que en mi casa me esté, y sea
De manera, que me niegue
A sus ojos, porque es fuerza,
Si llega á verme, que el órden
Que el Rey le ha dado obedezca.
En fin, hermana, faltóme
La cuchilla en la pendencia,
Entré á esconderme en la casa,
Sin que ninguno me viera,
De Diego Porcel, y viendo
Una hermosa dama en ella,
Y entendiendo ser su esposa,
Le pedí favor, y atenta
A su sangre, me le ofrece;
Juzgó entonces ella mesma
Que yo la habia conocido;
Porque has de saber que esta
Dama que digo es la hermana
De García, que en las Huelgas,
Convento que edificó
Nuestro Alfonso con grandeza,
Ha vivido, porque en él
Entró desde edad muy tierna;
Y á esta casa, que don Diego,
Por retirarse á su aldea,
Dejó, se mudó García
Con su hermana, por la pena
De vivir la que la sangre
De su muerto padre riega.
En fin, no me conoció.
Escondióme; cuando entra

Garci-Velazquez de Estrada,
Y queriendo con violencia
Ejecutar su venganza,
Detuvo el golpe ella mesma,
Dándole á entender, hermana,
Que, pues yo con diligencia
De las manos del Justicia
Me acogí á las suyas, era
Descrédito de su sangre
Faltarme sagrado en ellas.
Redújose mi enemigo,
Y no solo su nobleza
Para salir de su casa
Libres me dejó las puertas,
Mas para venir me dió
En esta espada defensa.
Mira si es justo el afecto
De mi penosa tristeza,
Pues maté al padre de quien
Hoy con acciones tan nuevas
Y tan heróicas me obliga
A que mi error encarezca,
A que su agravio y mi culpa
Arrepentido lo sienta.

DOÑA SANCHA.

Y ¿en qué quedaste con él?

DON NUÑO.

En que ahora con mas fuerza,
Con mas cuidado, con mas
Solícita diligencia,
Dice que me ha de buscar.

DOÑA SANCHA.

Dime, por tu vida, ¿que ella
Fué quien te libró del riesgo?

DON NUÑO.

Fué mi amparo, y quien discreta
Quiso que igualase entonces
Su piedad á su belleza.
A Elvira debo la vida.

DOÑA SANCHA.

Bien está, no te entristezcas;
Que para consuelo tuyo
Lo que he escuchado me alienta;
Ya es hora de recogerte.

DON NUÑO.

Lo mismo hacer puedes.

DOÑA SANCHA.

Entra.

DON NUÑO.

¡Ay don Lope, quién al mundo
Volverte vivo pudiera! (*Vase.*)

DOÑA SANCHA.

García suspende el golpe
Cuando halla en su casa mesma
A Nuño, pero su enojo
Ni le olvida ni le deja;
Y doña Elvira, esta fué
Mas prudente y mas discreta,
Mas cuerda en lo ejecutivo,
Mas piadosa en la defensa,
Pues ella escucha mis voces;
Que quien supo á la clemencia
Dar lugar en la venganza,
Ofrecerá mas atenta
Noble remedio á mi agravio
O dulce alivio á mi queja. (*Vase.*)

Sale DON GARCÍA.

DON GARCÍA.

Cual en la noche obscura
Tras de la oveja tímida se arroja
Lobo cruel, que hambriento la despoja
De la vida; así yo buscando vengo
A Nuño, mi enemigo.
Tomo esta luz por ver si en lo que sigo
Me lleva su esplendor sin embarazo.

Toma la luz, y al entrar, sale DOÑA SANCHA.

DOÑA SANCHA.

Dejo á mi hermano... ¡Ay triste!

DON GARCÍA.

¿Qué te asombra?

DOÑA SANCHA.

¿Eres vana ilusion? ¿Quién eres, som- [bra?

DON GARCÍA.

Sombra de lo que fui.

DOÑA SANCHA.

¡Qué falso engaño! [lo?
Yo sí que soy la sombra; ¿quieres ver-
Pues mira, si es que puedo merecerlo,
En tu inconstancia mi infeliz empleo,
En tu injusta mudanza mi deseo,
En tus locos desprecios mis temores,
En tus falsas promesas mis errores,
Sin que en tanta ruina
A mis ojos vecina
Una esperanza vea,
Ni aliento alguno crea,
Sino solo tormentos,
Agravios, escarmientos,
Engaños, impaciencias,
Deshonores, violencias,
Penas, infamia, llanto;
Y así verás, saliendo de este encanto,
Que yo, afligida, triste, cuidadosa,
Sin honor, impaciente, temerosa,
Sin vista, sin aliento, desdeñada,
Sin la vida, sin cuerpo, despreciada,
Llego á ser, viendo tu tirano olvido,
Sombra de lo que soy y lo que he sido.

DON GARCÍA.

Un aliento, una vida, un alma hallo,
Que en ti mi voz inspira,
Y aunque mi amor por ofendido callo,
No en mi memoria el bien gozado espira,
Pues al favor de mi pasada gloria,
Yo, Sancha, he de ser tuyo; soberano
Dueño mio serás, pero primero
He de tomar venganza de tu hermano.
(*Va á entrar, y detiénele doña Sancha.*)

DOÑA SANCHA.

¿Cómo? ¿Qué dices? ¡Oh qué trance fie- [ro!
Señor, mi bien, espera;
¡Qué turbacion! ¿Resolucion tan fiera,
Cuando me ves aquí, sigues furioso?
¿Eres tú quien dichoso,
Quien rendido en mis brazos,
Formó con tierno afecto dulces lazos,
Quien la azucena cándida fragante
Al jardin de mi honor robó triunfante,
Donde, bellezas dilatando, era
Adorno casto de su misma esfera?
García, esposo, mira
Cuán poco el alma en mi temor respira,
Límites pon al vengativo intento,
Verás mi rendimiento,
Que si antes amoroso
Trofeo de tu ruego fué glorioso,
Hoy en desdichas tantas
Será despojo humilde de tus plantas.

DON GARCÍA. (*Ap.*)

¡Oh, qué desdicha! Qué infelice suerte
Es la mia! pues cuando
Con ánimo mas fuerte
Riesgos mayores vengo atropellando,
Y á la venganza aspiro,
Me suspenden las lágrimas que miro;
No son lágrimas, no, ni pueden serlo,
Júzguenlo cuantos merecieren verlo;
Líquidas perlas son, que la corriente
Dichosa anima de una y otra fuente,
Que en sus ojos formó naturaleza,
Naciendo de aquel risco de belleza.
¡Oh, qué beldad! Qué luz! Qué hermosa
Qué cielo soberano! [estrella!
Mal rayo abrase la violenta mano
De Nuño, pues por ella,
Por su sangriento y bárbaro destrozo,
Glorias que gozar puedo no las gozo.

DOÑA SANCHA.

Mi señor, ¿qué respondes á mi ruego?

DON GARCÍA.

Que soy de nieve y que me abraso en
Y á tu llanto quisiera, [fuego,
Aunque me ves de bronce, ser de cera.
Perdona, Sancha hermosa,
No impidas mi osadía;
Que Nuño ha de morir.

(*Va á entrar, y detiénele enojada, poniéndose á la puerta.*)

DOÑA SANCHA.

¡Qué villanía
Qué accion tan afrentosa!
Justamente se infama [ma.
Quien no es cortés al ruego de una da-
No permitió de Elvira la advertencia
Impulsos en tu casa á la violencia,
Y ¿en la mia resistes mi porfía?
¿Cuándo la sangre, dime, ha merecido
Mas que las voces de un amor rendido?
Pues, don García, advierte, [muerte;
Que de mi hermano no has de ver la
Y si con el rigor que en ti conoces
Grosero porfiares, daré voces.
Criados hay en casa,
Cerca tengo parientes;
Mas yo, que basto sola, y que no escasa
En ánimo he nacido, con los dientes,
Con la furia que ves en mis enojos,
Con el fuego que sale de mis ojos,
Y á fenecer mi vida se adelanta,
Dividiré en pedazos tu garganta.
Entra, acaba; ¿qué aguardas?
Qué esperas? Qué te tardas?
A mis brazos te entrega;
Que si la muerte buscas de mi herma-
Has de pasar por ellos, [no
Y puede ser, si con violencia llega
Mis brazos á vencellos
En bárbara porfía,
Que sean los tuyos sepultura mia.

DON GARCÍA.

(*Ap.* Sin duda que me enseña
A ser de su materia alguna peña,
O alguna fiera horrible
Su espantosa crueldad en mí atesora,
Pues no me vence Sancha cuando llora.
Poca alabanza á mi piedad procuro;
El jaspe, el bronce duro
Al buril obedecen,
¡Y yo, que en mi nobleza resplandecen
Los hechos que heredé de mis mayo-
He de poner á lágrimas rigores, [res,
A lágrimas de quien por sí merezco!)
Déjame, Sancha, ir; yo te obedezco;
Ni seguiré á tu hermano,
Ni á la venganza animaré la mano,
Ni á ti quiero escucharte,
Ni verte ni hablarte,
Ni á mí tampoco verme,
Ni vivir ni alentarme ni entenderme;
Sino desesperado,
Sin juicio, sin alma, desdichado,
Pedir al horizonte,
O el mas altivo y empinado monte
Albergue me dé oculto,
Donde á pálido bulto
La vida se traslade sin aliento,
Donde, siendo de fieras alimento,
Ni aun queden señas pocas
De quien con ansias locas
De la justa venganza se ha olvidado.

Que pide un padre en un sepulcro hela-
Y en mortales enojos [do,
Ha obedecido al llanto de tus ojos.
(*Vase.*)

DOÑA SANCHA.

Aguarda, escucha, tente.—
¡Qué furioso que parte!
Pero no importa ya, si á ver presente
Una esperanza llego
Que partirse obligado de mi ruego;
Mas ¡ay de mí! que temo el ausentarse.
Pues ¿no bastaba ¡ay cielos!
Mi esposo retirarse
De mi amor, de mi voz, de mis desvelos,
Tanto tiempo, tirano,
Procurando la muerte de mi hermano;
Sino ahora, que veo
Casi ya conseguido mi deseo,
Decirme que me deja,
Que sin alma se aleja,
Solo por no ofenderme;
Que ya no quiere verme,
Que huye de mis ojos,
Que muere en sus enojos,
Que va á desesperarse,
Que á la gruta de un monte ha de en-
Que vive sin aliento, [tregarse,
Que de las fieras ha de ser sustento?
Y ¿que esto escuche cuando mas rendi-
[da?
¡O acaben ya los cielos con mi vida,
O fálteme en el mal que en mí se emplea,
Tierra que pise, claridad que vea!

JORNADA TERCERA.

Sale LAIN, *huyendo de* DON GARCÍA, *que le sigue con la daga desnuda.*

LAIN.

Jesus!

DON GARCÍA.

No te han de valer
Las voces.

LAIN.

Si me alboroto
De ver desnuda una daga,
¿Qué te espantas?

DON GARCÍA.

No hay estorbo
Para que tu fin no llegue.

LAIN.

Voces doy.

DON GARCÍA.

Mas me provoco.

LAIN.

¡Que me matan sin mi gusto!

DON GARCÍA.

¡Ah traidor!

LAIN.

Oyeme cómo
Fué lo que causa tu ira.

DON GARCÍA.

¿Qué he de hacer, si veo que solo
Me hallé en casa de don Nuño?

LAIN.

Repito el suceso todo:
Costanza me abrió la puerta,
Subí arriba, los piés pongo
En su aposento; ella dijo,
Como otras veces: «Forzoso
Es desnudar á mis amos;
Ya vuelvo, aguárdame un poco.»
Yo, que me vi centinela
De aquella torre, me asomo
Para ver si alguno habia
Que me sirviese de estorbo.
Bajo la escalera, llego
A la puerta, reconozco
Que no hay un alma; y así,
Quité con tiento el cerrojo.
Entraste arriba, subimos,
Y dijísteme animoso:
«Lain, vigilante guarda
Del puesto que ves te nombro;
Si alguno á impedir subiere
El hecho á mi mano heróico,
Pon de tu acero á su espalda
La punta, y al pecho el pomo.»
Y apenas mi puesto guardo,
Cuando ciertos pasos oigo,
Que, desmintiendo las selvas,
Me parecieron de corcho.
Dije: «Esta es dueña; ¿qué haré?
Si me ve, perdidos somos.»
Y así, porque no me viese,
Ni yo descubrir tampoco
En su tumba una mortaja,
Ni un *ab initio* en su rostro,
O por si era dueña enana,
Dueña en vísperas de hongo,
Cimenterio de poquito,
Y *requiem aeternam* romo,
Me retiré, y cuando pienso
Que seguro me arrincono,
Caí por un agujero
O infierno, tan frio y hondo,
Que si llamas no brotaba,
Respiraba helados soplos;
Su altura eran dos estados,
Mejor lo dirán los lomos
Y el sentido, pues del golpe
Quedé sin uno y sin otro.
Busco la puerta, y en vez
De hallarla, un clavo topo,
Que, sin jugar á la polla,
Les dió á mis narices bolo.
Voy tentando las paredes,
Y la mano en parte toco,
Que ni sé si fué culebra,
Si lagarto ó si demonio
El que me dió tal bocado
Con dientes tan ponzoñosos,
Que haber servido pudieran
Al fiero dragon de Cólcos;
Mas viéndome sin remedio,
Los inconvenientes todos
Junto, y digo: «Si doy voces,
Oirálo Nuño, y su enojo
Vengará en mí; si adelante
Paso, encontraré algun hoyo,
Donde me sepulte vivo.»
Y así, por remedio escojo
Sentarme y estarme quedo;
Casi dos dias del modo
Que ves estuve gimiendo,
Con que tal figura tomo,
Que en esqueleto con vida
Desmayado me transformo,
Hasta que entrar á Costanza
Vi por un postigo angosto,
Que yo, de temor, no hallé,
Y entonces despedí ansioso
Tan flaca voz, que por flaca
Pudieran llevarla en hombros.
De su vestido me así,
Y ella, que, volviendo el rostro,
Vió en mí una cara de muerto,
Dió voces, llamó socorro.
Conocióme, á Sancha avisa,
Y como aliento no gozo,
Las dos al desmayo mio
Dieron pistos de bizcochos.
En fin, Sancha me regala,
Presto mis alientos cobro,
Porque con pechugas de aves
Dulcemente les soborno.
Así estuve, así me vi;
Ahora, ya que te informo,
Conocerás que merezco
Mas tu piedad que tu enojo.

DON GARCÍA.

Todos son enredos tuyos.

LAIN.

¿Que esto escucho y no me torno
Yerno? ¿Es enredo la cara
Con que á lástima provoco?
¿Dos dedos menos el pico
De la nariz, que á ser romo
Se pasó, de puntiagudo?
¿El dolor con que pregono
Desconcertada la espalda?
Si esto es enredo, á ser novio
Antes me iré que sufrirte.

DON GARCÍA.

No hallo remedio á mi ahogo,
Pues cuando entre negras sombras
Mil dificultades rompo,
Y á la garganta de Nuño
Casi la cuchilla pongo,
Sale Sancha y me detiene,
Al golpe sirve de estorbo,
Si no la escucho se enoja,
Voces da si no respondo;
Llora, y el llanto parece
Que van vertiendo sus ojos
Perlas, que, como claveles,
Llueve la aurora en su rostro,
O que á la púrpura el cielo
Cubre de nevados copos.
Pues mi fiero dolor sea
Mi muerte, pues cuidadoso,
Ni á Nuño en su casa mato,
Ni á Sancha en mis brazos gozo.
(*Vase.*)

LAIN.

Furioso parte mi amo;
Mucho temo lo furioso.
Pues yo me iré muy á espacio;
Porque cuando borrascoso
Anda el juicio del amo,
Y el entendimiento es corto,
Puede de un golpe á un criado
Ciclope hacerle de un ojo;
Y así, para no ponerme
En lances tan peligrosos,
Mejor que el andar apriesa,
Será el andar poco á poco. (*Vase.*)

Salen DOÑA SANCHA Y COSTANZA *con mantos*, *y* UN ESCUDERO.

DOÑA SANCHA.

Todo está como asombrado;
Tan gran soledad me admira.

COSTANZA.

¿Dónde Elvira estará?

DOÑA SANCHA.

Mira
Si parece algun criado.

ESCUDERO.

Yo llamo y no me han oido;
Ni un jazminillo hay que ladre.
(*Llame.*)

DOÑA SANCHA.

En fin, es casa sin padre,
Triste albergue sin marido.

COSTANZA.

¿No tiene á su hermano?

DOÑA SANCHA.

Es lano

Que ocupa, con ser honroso,
Mas la sombra de un esposo
Que la vista de un hermano.

ESCUDERO.

Vuelvo á llamar. (*Llama.*)

COSTANZA.

Pasos oigo.

(*Vanse Costanza y el escudero.*)

Sale DOÑA ELVIRA.

DOÑA ELVIRA.

¿Quién es quien da tantos golpes?
¿No hay un criado ahí afuera?
¿Qué es esto?

DOÑA SANCHA.

No te alborotes;
Doña Sancha soy de Castro.—
Dejadnos solos.

DOÑA ELVIRA.

¿Tú pones,
Doña Sancha, el pié en mi casa?

DOÑA SANCHA.

No temas ni te congojes.

DOÑA ELVIRA.

Jamás conocí el temor.

DOÑA SANCHA.

Pues si no, ahora conoce
Que, si el intento piadoso
Permites que no se logre
A que he venido, en Castilla
Nuestros bandos tan disformes
Se verán, que han de correr
Arroyos de sangre noble,
Mas que al mar hundosos rios
De plata encrespada corren;
Y así, para que el intento
Con que vengo sepas, oye:
Cuando dió á tu padre muerte
Mi hermano, rompiendo el órden
Del respeto y cortesía
Que la ancianidad se pone,
Que lo sentí, sabe el cielo,
Con tanto extremo, que entonces
A números apostaban
Las lágrimas con las voces;
Porque, en fin, dispuso Nuño,
Para que yo me congoje,
Dos aciertos, que á sus ojos
Los culpa quien los conoce;
Por error le califico
Contra mi sangre, que un jóven
Manchara, poco advertido,
En la senectud su estoque.
Esto es verdad; pero ya
¿Qué remedio habrá que cobre
Sangre de un cadáver frio,
Que helado mármol recoge?
Qué victorias, qué trofeos,
Qué generosos blasones
Adquiere quien obstinado
Rige venganzas atroces?
Qué asalto emprende animoso?
Qué enarbolados pendones
Sigue? Qué contrarios rinde?
Qué enemigo escuadron rompe?
Ojalá que hallar pudiera
Vida en las llamas don Lope;
Que yo en incendio voraz
Fuera destrozado roble,
Para que, viendo mi pecho
De piedad efectos nobles,
Fénix, si no á sus cenizas,
Renunciara en mis ardores;
Y no juzgues que temor
La accion que miras dispone,
Ni que para hablarte, Elvira,
Mi hermano me ha dado órden,
Pues sé que si á su noticia
Mis culpas llegaran torpes,
Que dividiera mi cuello
De un puñal al fiero golpe.
En fin, es una desdicha
Quien loca me descompone,
Y quien mis quejas alienta
Un vil desprecio de un hombre.
¡Oh, pluguiera á Dios que antes
Que á manos de la desórden
Que ahora culpo, borradas
Viera mis obligaciones,
Que alto risco, desgajado
Del mas empinado monte,
Que aguda flecha veloz,
Que bruta fiera del bosque
Me acabara, y de la cueva,
Que no permite que more,
Sus horrores alma fueran,
Mis ojos habitadores!
Tu hermano, en fin, doña Elvira,
Tu hermano, el dolor depone
Al aliento; ¡qué vergüenza!
Suspéndenme los temores,
Las palabras detenidas
Frio sudor las encoge,
Y helado el pecho, despide
Por tales respiraciones.
¡Ah, mal haya la mujer
Que loca ejecuta acciones,
Que las calla por injustas,
O las niega si las oye!
Tu hermano, cual otro Enéas,
Huésped ingrato, una noche
Robó al jardin de mi honor
Las mas estimadas flores;
De prevenidas cautelas
Guarneció sus intenciones,
Obrólas en mi ruina,
Gozólas en mis errores.
Llegó perdido á mi quinta,
Hospedéle, porque el nombre
Me dijo, rogóme amante,
Pero tirano engañóme;
Ahora olvidado niega
Su palabra y mis favores;
Glorias que gozó dichoso,
Bárbaro las desconoce.
De ilustre fama por cierto,
De honroso timbre compone
Su cabeza, estos serán
Sus laureles vencedores.
Un Estrada ¿es bien que, injusto,
Precisas leyes derogue,
Y que á deudas tan debidas
Paguen tan viles rigores?
¿Un noble ha de permitir
Que engaños le deshonoren,
Que la cautela le injurie,
Que la falsedad le nombre,
Que una mujer se desprecie,
Que unos ojos tristes lloren,
Que un espíritu suspire,
Que un alma alientos ignore?
Estas sí que son afrentas,
Estos delitos enormes,
Estas sí que son desdichas,
Estas sí que son traiciones,
Que no una muerte. El herir,
El matar, es en los hombres
Una violencia, una furia,
Un colérico desórden;
Pero engañar una dama
Es accion que reconoce
La villanía, es querer
Que la infamia le deshonre.
Las promesas que se hacen,
Las palabras que se ponen,
No ha de haber ley que las venza,
No ha de haber quien las revoque.
¿Con doña Sancha de Castro,
Conmigo tratos tan dobles,
Con quien por sangre y por lustre
Los mas remotos conocen?
Rabio solo de pensarlo;
Temo que el dolor me robe
El sentimiento, ó que de este
La cólera me despoje.
Si no mirara que es fuerza,
Para evitar disensiones,
Que de mis brazos tu hermano
Su pecho inconstante adorne,
Cuanto miro, cuanto veo,
Cuanto en sí contiene el orbe.
Viera su fin lastimoso
En mis ardientes furores.
Mas no es tiempo que á los gustos
Los alborotos estorben,
Ni de que á las paces pongan
Impedimento las voces;
No es bien que mas don García
Modos vengativos obre,
Ni que mi agravio le culpe,
Ni que tu enojo le apoye;
Recuerden las amistades,
Dulce parentesco logren;
En la piedra del olvido
Sepúltense los rencores.
Así de metal luciente
Tus blancas sienes corones,
Y al imperio de tus plantas
Soberbios rayos se postren;
Así á los orbes la fama
De tu beldad les informe,
Así sus ecos escuchen,
Así tus huellas adoren;
Así el nevado jazmin
De tu frente no despoje
El tiempo, ni de tus labios
El purpúreo clavel tronque,
Que dispongas luego, Elvira,
Que contigo se despose
Mi hermano, y que yo en el tuyo
Promesas cumplidas goce;
Habrá con esto pinceles
Para que tu cielo copien,
Para eternizarte mármol
Y para adorarte bronce.

DOÑA ELVIRA.

A responderte no acierto.
Pésame, Sancha, de ver
Que así te ofenda el poder
De un culpable desacierto.
Si con mi vida pudiera
Que tu honor se restaurara,
A las llamas la entregara,
Al cuchillo la ofreciera;
Porque, logrando cuidados,
Los campos (¡qué maravilla!)
No se vieran en Castilla
De nuestra sangre bañados;
Mas, como no hay quien impida
Tu no vencido dolor,
Sancha, el remedio mejor
Será la sangre vertida.

DOÑA SANCHA.

¿Así te burlas de mí?
¿Esa respuesta me das?

DOÑA ELVIRA.

Yo no me burlo jamás;
Las burlas viven en tí,
Pues con parecer liviano
Quieres en tal desconcierto
Que olvide á mi padre muerto,
Y me case con tu hermano.

DOÑA SANCHA.

Ea, baste; que atrevidas
Palabras y tan pesadas
Son malas para escuchadas,
Peores para sufridas;
Cuando con vil entereza
Mas le desprecie mi mano,

Soy Castro y tengo un hermano,
Y el tuyo tiene cabeza.

DOÑA ELVIRA.

De esa respuesta enfadada,
En tu necio enojo arguyo
Que falta cabeza al tuyo,
Pues no la tiene cortada.

DOÑA SANCHA.

¡Qué necia estás! De la mano
De Nuño saldrá el castigo.

DOÑA ELVIRA.

Bien podrá; porque contigo
No se ha de casar mi hermano.

DOÑA SANCHA.

Voyme, que el verte me enfada;
Porque aun verme no mereces.

DOÑA ELVIRA.

Puedo honrarte cuantas veces...

Sale DON GARCÍA.

DON GARCÍA.

¿Qué es esto, Elvira?

DOÑA ELVIRA.

No es nada.

DON GARCÍA.

Dilo, acaba.

DOÑA SANCHA.

Bien mi fama
Restauro y mi honor perdido.

DON GARCÍA.

Dime, Elvira, lo que ha sido

DOÑA ELVIRA.

Pregúntaselo á tu dama.

DOÑA SANCHA.

Bien dices; verá mejor
García, aunque no se venza,
En tu voz la desvergüenza
Y en mi respuesta el dolor.
Su dama (¡ah cielos!) me llama
Tu osadía, y yo, que ser
Mas bien de Alfonso mujer
Pudiera que no su dama,
Muero en rabiosas fatigas,
Porque, aunque sé conocerlo,
No me ofende tanto el serlo
Como que tú me lo digas.
Desto es honra el ofenderse,
Pues la afrenta ha de advertirse
Que consiste en el decirse
Mucho mas que en el hacerse.
Buena quedo, bien honrada,
A dos agravios rendida,
De un desprecio despedida
Y de un engaño afrentada.
Ya, en fin, no hay medio que cuadre
A los que miran mas sábios;
Yo padezco dos agravios,
Vosotros muerte de un padre.
Ver podeis cuál es mayor
Afrenta y mas conocida:
O que se pierda una vida,
O que se infame un honor.
Mas el verlo y el decirlo
Lo mostrará, sin dudarlo,
Brazo que sabrá vengarlo,
Y hecho que sabe sentirlo.
Rayo que sin resistencia
Os abrase he de ser luego,
Sin que se aplaque en el fuego
Ni se temple en la violencia;
Cueva que al dia os oculte
Seré entre sombras temidas,
O á pesar de vuestras vidas,
Duro mármol que os sepulte.
Esto he de ser; mi valor
A vengar desde hoy empieza
Un desprecio en la nobleza
Y una afrenta en el honor. (*Vase.*)

DON GARCÍA.

Doña Elvira, Nuño, el dia
Que á tu amparo se entregó,
Fiel seguridad halló
En tu piedad y la mia;
Vida le dió tu porfía;
Y ahora, que á Sancha ves
Casi humillada á tus piés,
Tú, que con tu enojo luchas,
Ni agradecida la escuchas,
Ni la respondes cortés.
A mas dudas me provoca
Ver, cuando el acero empuño,
Que estás cuerda para Nuño,
Y para Sancha estás loca.
Términos villanos toca
En tí la razon ya ciega,
Pues cuando el valor se niega,
Mas obedecer pretende
A las iras del que ofende
Que á las voces del que ruega.
No digo que tú admitieras
De Sancha el ruego amoroso,
Ni que pecho generoso
Liberal le concedieras,
Pero que le agradecieras
Mas cortés la voluntad;
Porque es mayor calidad
Que halle con seguro abrigo
El ruego del enemigo
Valimiento en la piedad.
Aunque el sufrir es bajeza
De uno la descortesía,
El tenerla yo, sería
Falta de mayor nobleza;
Y así, el ver que á tu grandeza
La cortesía no esmalta,
Me ofende, porque mas alta
Generosidad previene
El dársela á quien la tiene
Que el pedirla á quien le falta.

DOÑA ELVIRA.

Si de Sancha no admití
El ruego, y le desprecié
Ciega y enojada, fué
Por el dolor que hay en mí;
Mas, con el pesar que á tí
Estos desprecios te dan,
Que ya prefiriendo están
Contra tu opinion colijo
A los aciertos de hijo
Las piedades de galan.
Mas gloria tengo adquirida
En dar á Nuño sagrado,
Que tú, porque te ha pesado
De dejarle con la vida.
Este pesar homicida
Es de la accion de tu pecho;
Porque en quien mal satisfecho,
Lo liberal no le aplace,
Quita el ser bien el que hace
El pesar de haberle hecho.
Si yo descortés he sido,
Soy hija y siento mi agravio;
Mas tú, amante y poco sábio,
Eres cobarde y rendido.
De mi padre el pecho herido
Pide venganza bastante;
Y así, en voz tan importante
Es mejor, aunque te aflija,
El ser descortés por hija
Que cobarde por amante.
García, ya basta; ea,
Niega á lascivos placeres
Los aciertos de quien eres,
En la venganza te emplea;
O si no, porque se vea
Cuánto mi dolor en vano
Persuade á un vil hermano,
Vive Dios, en mí ofendido,
Que lo que tú no has sabido,
Lo sepa vengar mi mano. (*Vase.*)

DON GARCÍA.

Sancha sin honor me llama.
Quien me engendró quiere ser
Vengado. ¿He de obedecer
A mi padre ó á mi dama?
Pero la deuda me infama,
Mi ignorancia es conocida,
Pues con razon advertida
Parece, en cualquier cuidado,
Mas bien un padre vengado
Que una dama obedecida.
Sí; pero cualquiera afrenta
En mujer, suelen sentirla,
Vengarla y aun recibirla
Los extraños por su cuenta;
Pues si esto es así, ¿qué intenta
El discurso? Ya eternizo
En mí á Sancha, hermoso hechizo
Porque la afrenta impaciente,
Si la venga el que la siente,
La deshaga el que la hizo.
Pues ¿qué aguardo? Ya es mi esposa
Sancha; y ¿qué dirá Castilla?
Dirá que el alma se humilla,
De don Nuño temerosa.
¡Ay honor! (¡qué fuerte cosa!)
El qué dirán me fatiga,
Pues lo que á esta voz obliga,
Para que mas satisfaga,
Es razon que no se haga
Solo porque no se diga.
Perdona, Sancha, perdona;
Que si tu queja me culpa,
La obligacion me disculpa,
Cuando el rigor me ocasiona;
Y pues la atencion pregona
Intentos que restituyo
Al ánimo, en quien concluyo
La satisfaccion que elijo,
En haciendo como hijo,
Haré despues como tuyo. (*Vase.*)

Sale UN CRIADO, *con un papel, y* LAIN, *deteniéndole.*

LAIN.

Aguárdese un poco, aguarde.

CRIADO.

Quiero á don García hablar.

LAIN.

Primero le he de avisar.
Aguárdese; que no es tarde.

CRIADO.

Importa darle un recado,
Y con brevedad no poca.

LAIN.

A mí solo entrar me toca,
Porque nací su criado;
Los que no lo son, no dan
Voces ni se entran aprisa.
¿Qué sabe si está en camisa
O como su padre Adan?
¿No hay mas de con tal violenci*a*
Entrome allá?

CRIADO.

Bueno está.

LAIN.

No está bueno ni estará;
Que no ha de entrar sin licencia.
Que se retire le pido,
No mi enojo quiera ver;
Que esto no lo puede hacer
Sino es un entremetido.
Sálgase.

CRIADO.

No es acertado,
Estando aquí, que me salga.

Sale DON GARCÍA.

DON GARCÍA.

¿Qué es eso?

LAIN.

No hay quien se valga
Con este necio criado;
Porque tiene en el furor,
Con quien licencioso llama,
Para entrar hasta la cama,
Resábios de embajador.

CRIADO.

Nuño, mi señor, me dió
Para vos este papel.

DON GARCÍA.

¿Qué puede querer? Mas él
Diga lo que dudo yo.

(*Lee.*) «He sabido que vos y vuestra hermana publicais, muy en mi daño, lo que pasó en vuestra casa, y que los miedos de vuestra resolucion me retiran de vuestros ojos; y así, os aguardo esta tarde en Miraflores, con espada y capa, para que mas bien podais conseguir vuestra venganza, ó yo desmienta el descrédito en que me habeis puesto.—*Nuño de Castro.*»

Nuño será obedecido;
Id con Dios.

CRIADO.

Quedad con él. (*Vase.*)

LAIN.

Malo, por Cristo; ¡papel
De desafío! ¡Perdido
Soy!

DON GARCÍA.

Vén conmigo, Lain,
Y pon silencio en tu boca.

LAIN.

¿Qué he de hacer? Callar me toca;
Si no, llegara mi fin.

(*Vanse.*)

Salen DON NUÑO Y EL MISMO CRIADO, *dándole un papel.*

DON NUÑO.

¿Qué dices? ¿Papel á mí?

CRIADO.

Digo, Señor, que un criado
Me lo dió de don García
Para ponerlo en tus manos;
En él verás si es verdad.

DON NUÑO.

Sus letras me dan cuidado;
Dice así; dejo al valor
Lo que pudiera el engaño,
Pues en la venganza es justa
Mas la industria que las manos:
(*Lee.*) «A las seis en Miraflores,
»Nuño, esta tarde os aguardo,
»Solo, con espada y capa,
»Porque animosos veamos,
»Vos sin riesgo vuestra vida,
»O yo mi padre vengado.»
Esto es ya reputacion;
Con la tardanza me agravio;
Mas los cielos, don García,
Saben de mi afecto cuánto
Me pesará de reñir
Con quien así me ha obligado.
Si tú lo quieres, no puedo,
Aunque lo sienta, excusarlo;
Porque estos lances precisos,
Que al honor importan tanto,
Ejecutados parecen
Mas bien que considerados.
Ya es hora; quédate en casa. (*Vase.*)

CRIADO.

Con el órden que me ha dado
Doña Sancha ya he cumplido;
Los fines disponga el hado
De manera, que dichosa
Límite ponga á su agravio. (*Vase.*)

Sale DON GARCÍA, *solo.*

DON GARCÍA.

Valor en el Castro arguyo,
Pues ha querido buscar
Pecho en mí, donde acertar
Pueda, como yo en el suyo.
En el puesto estoy; mejor
Es adelantarme en esto;
Que llegar antes al puesto
Es crédito del valor;
Pero me quiero advertir
Que, ya que estoy esperando,
Sea solo imaginando
Que al enemigo he de herir;
Que quien piensa inadvertido
Que el otro le ha de vencer,
En la ocasion se ha de ver
Muy cerca de ser vencido.—
Gente he sentido, sin duda
Es Nuño de Castro.

Sale DON NUÑO.

DON NUÑO.

(*Ap.* Llego
Corrido de que García
Se haya adelantado al puesto;
Pero no importa, si yo
No tardo conforme al tiempo.)
Pocas veces se ha dejado
(*A don García.*)
De ver que correspondiendo
Vive el valor á la sangre.

DON GARCÍA.

Con las armas lo verémos.

Al meter mano, sale DOÑA SANCHA, *con espada ceñida y una pistola.*

DOÑA SANCHA.

Aguarda; que llega Sancha.
Suspended el movimiento
De las armas, porque oigais
Lo que ofendida he dispuesto.

DON NUÑO.

¿Qué es lo que intentas? Aparta.

DOÑA SANCHA.

Vive Dios, que paso el pecho
Del que mi voz no escuchare.

DON GARCÍA. (*Ap.*)

Mas que á Nuño, á Sancha temo.

DOÑA SANCHA.

Los papeles que llegaron
Hoy á los dos, del ingenio
Mio traza fué, adbitrada
Para juntarnos y vernos
Donde todos, animosos,
El perdido honor cobremos.—
García, sin padre estás;
No te inquietes, porque luego
Tiempo habrá para que dés
A la venganza el esfuerzo.—
Hermano, el honor te falta;
Esto sí es desdicha, esto
Fenecer á la violencia
Del mas penetrante acero;
Mas, como el que le robó
Está presente, no pierdo
Para restaurarle el brio,
A quien valiente obedezco.—
Garci-Velazquez de Estrada,
Escoge, antes que pasemos
Adelante, lo que quieres:
Ser mi esposo, ó que tu cuerpo,
Sin vida, ocupacion sea
Lastimosa deste suelo;
Y no pienses que, aunque armado
Un escuadron de mis deudos
En lo umbroso de aquel sitio,
Que álamos adornan, dejo,
Me he de amparar de sus armas,
Me he de valer de su imperio
Para castigar tus culpas;
Para vengar los desprecios
De doña Elvira, tu hermana.
Atiende á lo que pretendo;
Porque antes que despidas
El no por la boca, fiero,
El plomo de esta pistola
Te habrá robado el aliento.

DON GARCÍA.

Traicion, Sancha, ha sido tuya,
Pues con tus parientes mesmos
Me obligas á que me case.

DON NUÑO.

Señor don García, el tiempo
Que há que falta vuestro padre,
Siempre habeis andado atento,
Procurando vigilante
Vuestra venganza en mi pecho;
Siendo así, ahora me toca
Cobrar el honor que pierdo.

DOÑA SANCHA.

Aparta, Nuño, pues yo,
Que he venido á disponerlo,
Sé que sabré conseguirlo.—
En la dilacion hay riesgo;
García, di, ¿qué respondes?

DON GARCÍA.

Que me mates, que este pecho
Dividas; verás en él
Fieramente combatiendo
A la fe con que te adoro,
Y al amor con que venero
De mi padre las cenizas.

DOÑA SANCHA.

¡Ah García! ya te entiendo;
Ya el sí dices, aunque callas.
Claro está que tus afectos
Arrojan el sí, que el alma
Nunca ha tenido encubierto.
Mas no lo prosigas, calla;
Que, aunque tú, inhumano y fiero,
Miraste mal por mi honor
Y despreciaste mis ruegos,
Yo ahora, mas generosa,
Mirar por el tuyo quiero,
Solo porque no publique
La voz durable del tiempo
Que de temor dijo sí
Un tan noble caballero;
Y así, para conseguir
Lo que ingeniosa pretendo,
Basta que lo diga el alma,
Y que lo calle el deseo.—
Parientes, ya don García
Dice á voces que es mi dueño.—
(*Hace que habla adentro.*)
Ya eres mi esposo. Pues mira
Cuánto te estimo, que quiero,
Por serlo, que hoy á tu padre
Vengues en mi hermano mesmo.
Bien puedes reñir, acaba;
Y no imagines que tengo
Parientes que le defiendan,
Que fué solo fingimiento,

Para obligarte á que dieras
Feliz logro á mi deseo.
Ea, acaba á tu enemigo,
Sin embarazos te ofrezco,
Fenece ya con su vida;
Pero aguarda, que mas presto
Haré que llegue la muerte
Con esta bala á su pecho.

(Pónese al lado de don García, y apunta á don Nuño.)

DON NUÑO.

¿Qué es lo que haces, doña Sancha?

DOÑA SANCHA.

Matarte.

DON NUÑO.

¿Mi fin sangriento
Busca quien nació mi hermana?
¿Contra mí rigor tan fiero?

DOÑA SANCHA.

Sí; porque es mas un marido,
Y un hermano mucho menos,
Y antes que aquí con el tuyo
Mida su brillante acero,
Por no mirarle en peligro,
Quiero excusarle del riesgo.

DON GARCÍA.

A mujer que tanto sabe,
Dificultades venciendo,
Obligar contra su sangre,
Fuera villano y grosero
Quien no la diera y rindiera
Nobles agradecimientos.—
Nuño, por Sancha te estimo,
Por ella reñir no puedo
Contigo; tu hermano soy.

DON NUÑO.

Yo tu amigo verdadero.

Salen LAIN Y ANDRADA.

LAIN.

Gracias á quien lo ha hecho todo.
¿Sancha con boca de fuego?
Ballesta y lanzon habia
Solamente en aquel tiempo;
Mas la ballesta se deja
Para cuando Alfonso el Sexto
Tome juramento al Cid.

DON GARCÍA.

Siempre, cuando los discretos
Disponen los fines, hallan
Tan acordados aciertos.
A Nuño daré mi hermana.

DON NUÑO.

Glorias con ella poseo.

LAIN.

Yo la llevaré las nuevas
Deste feliz casamiento,
Por excusar, advertido,
Que murmure algun discreto,
Si á casarse por el aire
Vino volando á este puesto.

DOÑA SANCHA.

Costanza, Lain, es tuya.

LAIN.

No será, porque no quiero.

DOÑA SANCHA.

¿Así la desprecias?

LAIN.

Sí;
No te espantes, porque temo,
Aunque me ves hombre ahora,
Transformaciones de ciervo.

DON GARCÍA.

Si no ha sabido, señores,
Por su ignorancia, el ingenio
Obligar contra su sangre,
Castigo será el ser necio.

COMEDIA FAMOSA

TITULADA

LA FÉNIX DE SALAMANCA,

POR

EL DOCTOR MIRA DE MÉSCUA.

PERSONAS.

DON GARCERAN, *caballero.*
CONDE HORACIO.
DON BELTRAN.
DON JUAN.
DOÑA MENCÍA.
LEONOR.
ALEJANDRA, *dama.*
LEONARDO, *criado.*
SOLANO, *lacayo.*
RIVERA.
OLIVERA.
CAMILO.
RUGERO.
DON TELLO.
VILLENA.
FÚNES.
UN CORREO.
UN CRIADO.

JORNADA PRIMERA.

Sale DOÑA MENCÍA, *con vestido largo y hábito de san Juan*, Y LEONOR, *su criada, como capigorron.*

LEONOR.

¡Qué! ¿no estás desengañada?

DOÑA MENCÍA.

Es invencible mi amor;
No me fatigues, Leonor.

LEONOR.

Tu locura es extremada.
Sin duda, doña Mencía,
Segun estas cosas van,
Que ha de ser don Garceran
Tu perdicion y la mia.
Seis meses há que saliste
De Salamanca tras él,
Y sin hallar rastro de él,
Hasta Valencia corriste;
Y ¿agora quieres que esté
En Madrid? ¡qué desatino!

DOÑA MENCÍA.

¡Ay dulce amiga! camino
Tras los pasos de mi fe.

LEONOR.

Pues ¿no has mil veces jurado
No tenerte obligacion?

DOÑA MENCÍA.

Es verdad.

LEONOR.

¿Qué es tu intencion?
Qué te da pena y cuidado?
Si te olvidó, ¿no es costumbre
De los hombres olvidar?
Si no tienes que llorar,
¿Qué te ha de dar pesadumbre?

DOÑA MENCÍA.

¡Ay amiga! mi inquietud
No tanto la causa amor,
Cuanto el áspero rigor
De su fiera ingratitud.
La noche que se partió
Aquel cruel, mil amores
Me dijo, que fueron flores,
Que su ausencia marchitó.
Y aquella extraña mudanza
Y no pensada partida
Me trae y lleva perdida
Tras una vana esperanza.

LEONOR.

Pues advierte que este traje
Tu pretension no asegura;
Medio mas fácil procura,
No afrentes á tu linaje.

DOÑA MENCÍA.

No hay, Leonor, dificultad,
De ese temor te retira;
Que en la corte no se mira
Con tanta curiosidad.
Criado del gran Prior,
Que vine esta primavera,
He dicho que soy.

LEONOR.

Quimera
De tu loco y ciego amor.

DOÑA MENCÍA.

Pues ¿quién ha de reparar
Que soy mujer?

LEONOR.

Tu hermosura
Lo dirá y mi desventura.

DOÑA MENCÍA.

(*Ap.* Aquesta me ha de acabar.)
Pues ¿no asegura á los dos
Esta cruz y esta sotana?

LEONOR.

Sí, Señora, que cristiana
Soy, por la gracia de Dios;
Mas hay diablos alguaciles
Que no se espantan de cruces,
Que ven mas entre dos luces
Que los linces mas sutiles;
Que, aunque te llames don Cárlos,
Y yo Jaramillo el mudo,
No es fácil desengañarlos;
Que no ha de ser tu recato
Tan grande, que alguna vez
No te miren á la nuez
Y á los puntos del zapato,
Y echen de ver que eres macha,
Y por la hebra el ovillo
Saquen, y de Jaramillo
Descubran tambien su tacha.
Y en tal traje, esa cruz blanca
No es la que te ha de salvar,
Aunque te quieras llamar
La Fénix de Salamanca;
Que á la visita primera,
Sin tener duelo y clemencia,
Un alcalde nos sentencia
A hilar en una galera.
Tú, si algun tropiezo das,
Como viuda varonil,
Volveráste á tu monjil,
Entera como te estás.
Pero ¡ay de mí! mal pecado
Si su cólera desfoga
La sala, y quiebra la soga
Por mí, como mas delgado.
Mira que aquellos señores
Sacan de la faltriquera
Destierro, azotes, galera,
Y aun dicen que son favores.
Huyamos de la ocasion,
Comámonos dos capones,
Lo que han de comer soplones;
Vámonos con bendicion,
Porque yo querria llegar
A tálamo que bien cuadre,
Si por ventura mi padre
Me pretendiere casar.

DOÑA MENCÍA.

¡Qué terribles desatinos
Estás diciendo!

LEONOR.
Señora,
Todo sucede en un hora
Por posadas y caminos.

Sale á la ventana ALEJANDRA Y LEONARDO.

LEONARDO.
Mi señora, ¿no es gallardo
Don Cárlos, nuestro vecino?

LEONOR.
Que nos miran imagino.

ALEJANDRA.
Tienes buen gusto, Leonardo;
¡Qué bien que pisa y qué airoso!
Qué bien hecho es, qué galan!

LEONOR.
Señora, mirando están.

DOÑA MENCÍA.
Calla, y miren.

ALEJANDRA.
¡Qué gracioso!
¿Sabes quién es?

LEONARDO.
Caballero,
Y del Piamonte.

LEONOR.
Repara
Que te miran.

ALEJANDRA.
Gentil cara.

LEONOR.
Háblale, que estás grosero.

ALEJANDRA.
Hombre será principal.

LEONARDO.
El hábito lo confirma,
Y tu buen gusto me afirma
Que no te parece mal.

ALEJANDRA.
Es así, mas aunque fuera
Un ángel, lo que poseo
En tanto estimo, que feo
Y tosco me pareciera;
Porque no hay comparacion,
Si está de por medio el Conde.

LEONARDO.
Y él tambien te corresponde
Con igual comparacion.

ALEJANDRA.
¿Ha venido el coche?

LEONARDO.
Sí.

DOÑA MENCÍA.
Si respondiera que no,
Al sol le pidiera yo
Prestado el suyo.

LEONOR.
Eso sí.
Muy bien empiezas, Señor;
Habla con argentería.

ALEJANDRA.
El coche del sol seria
Para mi grande favor.

DOÑA MENCÍA.
¿Quereisle? Que cuando el sol
Prestado no me lo diera,
En medio de su carrera
Se le quitara.

ALEJANDRA.
Español
Y bizarro encarecer.

DOÑA MENCÍA.
Que tambien los extranjeros
Tenemos nuestros aceros.

ALEJANDRA.
Muy bien se os echa de ver;
Mas fuera temeridad
Meteros en tanto aprieto.

DOÑA MENCÍA.
Vence tan alto sugeto
La mayor dificultad.

LEONARDO.
Mira que es tarde, Señora.

DOÑA MENCÍA.
¿Dónde vais?

ALEJANDRA.
Al campo salgo.

DOÑA MENCÍA.
En vos veo, á fe de hidalgo,
Lo que del campo enamora,
Y agraviaisos si decis
Que salis al campo.

ALEJANDRA.
¿En qué?

DOÑA MENCÍA.
Alejandra, ¿no se ve
Que fuera de vos salis?
Porque las perlas hermosas
Que el alba vierte en las flores,
Y matizados colores
De sus mejillas de rosas,
Viento sutil y amoroso,
Fuentes, que risa y cristal
Vierten por el arenal
Argentado y espacioso;
Todo lo ve quien repara
En tan divina pintura,
Que del campo en la hermosura
Es copia de vuestra cara;
Y así, no teneis, por Dios,
A qué salir ni á qué iros,
Que no hay para divertiros
Mas que miraros á vos.

LEONARDO.
A fe, que es gallardo mozo;
¡Qué bien que cerró el conceto!

ALEJANDRA.
¡Qué vecino tan discreto!

LEONARDO.
¿Qué hará si le crece el bozo?

ALEJANDRA.
Deseo con mas espacio,
Señor don Cárlos, gozar
De vuestro pico.

LEONARDO.
Picar
Quereis en el pobre Horacio.

DOÑA MENCÍA.
Cuando fuéredes servida;
Que cerca está la posada.

ALEJANDRA.
Adios.

DOÑA MENCÍA.
Ella va picada.

LEONOR.
Tú ¿cómo quedas?

DOÑA MENCÍA.
Perdida.

Salen DON BELTRAN Y DON JUAN.

DON BELTRAN.
Este don Cárlos, don Juan,
¿Es fraile ó es caballero?

LEONOR.
No hagas la calle terrero;
Que viene allí el Capitan.

DON JUAN.
Caballero y principal,
Segun estoy informado,
Que pasa á Malta, y criado
Del gran Prior

(*Hablan al oido Leonor y doña Mencía.*)

LEONOR.
No hagas tal,
Que es el viejo mal sufrido
Y se pica de valiente;
Del pié te mira á la frente.

DOÑA MENCÍA.
Vamos; que me han conocido.

(*Vanse todos, menos don Beltran y don Juan.*)

DON BELTRAN.
Hablarle quiero.

DON JUAN.
Seria,
Si no hay otro fundamento,
Notable deslumbramiento;
Sosegáos, por vida mia.

DON BELTRAN.
¿Qué fundamento mayor
Quereis, don Juan, que encontralle
Cada dia en esta calle?

DON JUAN.
No hay sin celos firme amor.
Si el encontrar cada dia
A don Cárlos os enfada,
¿Qué he de hacer, si su posada
Tiene enfrente de la mia?
Celos tuvisteis ayer
Del conde Horacio, y cuidado
Hoy, Capitan, os ha dado
Don Cárlos; puedo temer
Que tambien de mí mañana
Tendréis sospecha y temor.
Con tantos celos y amor
Os adorará mi hermana.

DON BELTRAN.
Mientras que la posesion
No tiene el galan que ama,
Señor don Juan, de su dama,
No halla alivio su pasion.
Y así, en tanto que no sea
Alejandra mi mujer,
No dejaré de tener
Celos de quien la pasea.

DON JUAN.
Nadie, don Beltran, festeja
Su calle ni su ventana,
Ni á ningun hombre mi hermana
Silla ha dado ni ha hecho reja;
Que su honrado nacimiento,
Recato y honestidad,
Refrena la libertad
Y acobarda el pensamiento;
Porque no hubiera señor,
Por grave y rico que fuera,
Que á raya no le tuviera
Su honestidad y valor.
Y es demasiado reñir,
Si sale en coche, ó si no,
Dónde va, quién se le dió,
Y del bien y el mal gruñir;
Mas creo que brevemente
Vendrá la dispensacion,
Con que vuestro corazon
Se asegure fácilmente,
Y una vez que estéis casado,
Como dueño de mi hermana,
Tapiad la puerta y ventana,
No la dejeis ir al Prado;
No salga, en silla ó en coche,

A ver madre, abuela ó tia,
Tenedla en prensa de dia,
Y en una estufa de noche;
Y como tio y cuñado,
Capitan, me perdonad;
Que el amor y la amistad
Esta licencia me han dado;
Y si os quereis divertir
Y gozar del fresco un rato,
Vamos al Prado.

DON BELTRAN.

¡Qué ingrato
Tanto amor me ha de salir!

DON JUAN.

¿No venis? (*Vase.*)

DON BELTRAN.

Ya voy tras vos.
Ponéos á caballo luego;
Mas este celoso fuego
Tengo de apagar, por Dios;
Que, quitada la ocasion,
Menos el daño amenaza;
Ya se me ofrece una traza,
Pondréla en ejecucion;
Que, si puedo, aquesta noche
Ha de dejar la posada
Don Cárlos desocupada,
Aunque yo vele y trasnoche;
Pues el huésped es conocido,
Y el dinero poderoso,
Y un hombre, si está celoso,
Hará lo que un ofendido. (*Vase.*)

Salen DON GARCERAN *y* SOLANO, *de camino.*

DON GARCERAN.

¿Dónde tomaste posada?

SOLANO.

Junto al Cármen.

DON GARCERAN.

¿Preveniste
La cena?

SOLANO.

Sí.

DON GARCERAN.

¿Qué trujiste?

SOLANO.

Un capon, una empanada,
Dos perdices...

DON GARCERAN.

Bien las como.

SOLANO.

Medio cabrito extremado,
Dos gazapos...

DON GARCERAN.

Regalado
Plato.

SOLANO.

¡Tienen tanto lomo!
Un gigote de carnero...

DON GARCERAN.

Si está manido, no es malo.

SOLANO.

Un jamon...

DON GARCERAN.

Gentil regalo;
Has hecho buen despensero.

SOLANO.

De clarete y moscatel
Tres azumbres; que sin vino
Está en la mesa el tocino
Como cautivo en Argel.

DON GARCERAN.

Yo tengo bien qué cenar.

SOLANO.

¿Que es buena cena?

DON GARCERAN.

Extremada.

SOLANO.

Pues vén, la verás pintada,
Que no hay mas que desear,
En esta calle primera;
Que parece que el pintor
Dió á los gazapos primor,
Y sazon á la ternera.
¿Nó me dirás, por tu vida,
Qué bolson diste á Solano
Para que te tenga, ufano,
Mesa y cama prevenida?

DON GARCERAN.

Luego ¿no tienes dineros?

SOLANO.

¿De qué los he de tener,
Garceran, si desde ayer
Estamos los dos en cueros?

DON GARCERAN.

¿No te dí trescientos reales
En Valencia?

SOLANO.

No lo niego;
Mas oye la cuenta, y luego
Podrás ver si están cabales.
(*Saca un papel.*)
«Cuenta de lo que Solano
Ha gastado en el camino.»

DON GARCERAN.

Y dala tambien del vino.

SOLANO.

A fe que está en buena mano;
Sesenta reales gasté
En la maleta y cojin;
Por dos mulas di á Machin
Noventa, y me vine á pié.
Ves, ahi tienes la mitad;
Item veinte que perdiste,
Y dos que á una moza diste,
Que tuvo necesidad.
Ciento en comida y posada
Desde Valencia hasta aquí,
Diez y ocho que bebí
De vino en esta jornada.
¿Cuántos faltan, si has contado,
Para los trescientos?

DON GARCERAN.

Treinta.

SOLANO.

¿Justos?

DON GARCERAN.

Justos.

SOLANO.

En la cuenta
Estoy, por Dios, engañado;
Que treinta menos cuartillo
Al huésped di de señal,
Mas, por falta de orinal,
Me acuerdo, compré un jarrillo,
Y con aquesta partida
Están los treinta cabales;
Mira tus trescientos reales,
Y la cuenta concluida.

DON GARCERAN.

Toma, vende esta cadena.

SOLANO.

Del dinero ¿qué has de hacer?

DON GARCERAN.

Mientras negocio, comer.

SOLANO.

¿Comer dices? Bien me suena;
Mas, gastada, ayunarémos
Al traspaso cada dia
Señor, ¿qué estrella te guia,
Que tan mal viaje traemos?
Qué pretendes?

DON GARCERAN.

Irme á Flándes
Con un entretenimiento,
Y entre tanto hacer asiento
Con uno de aquestos grandes.

SOLANO.

¡Qué! ¿quieres servir?

DON GARCERAN.

Solano,
El que no sirve no medra;
De un olmo quiero ser hiedra
Para que me dé la mano.
Con el de Pastrana ó Feria
Pienso tratallo mañana.

SOLANO.

Con el de Feria ó Pastrana
Repararás tu miseria;
Que, como grandes señores,
No harán las cosas pequeñas.
Apostaré que te sueñas
General, con sus favores.

DON GARCERAN.

Mal estás con el servir.

SOLANO.

Pues ¿no quieres que esté mal?
Servir, Señor, á su igual,
Es, don Garceran, vivir,
Y no á un señor soberano,
Que has de estar delante de él
Como el ángel san Gabriel,
Con el sombrero en la mano;
Y si llama, con mas olas
Ha de ser que tiene el mar.
Sin servir puedes pasar;
Andate, Señor, á solas,
Y si no, vuelve los ojos
A aquella Fénix divina.
Deja la corte, camina,
Concilia tantos enojos,
Da la vuelta á Salamanca,
Que allí está doña Mencía;
Ya conoces su hidalguía,
Voluntad segura y franca.
Viudo estás, no hay qué temer;
Resuélvete, Garceran;
Que allí esperándote están
Con hacienda y con mujer.
Mas cuando della me acuerdo,
Y de tu fiera mudanza,
Mi imaginada esperanza,
Como los sentidos, pierdo.

DON GARCERAN.

Dices bien, que fué rigor,
Mas no lo pude excusar;
Que dejarla fué estimar,
Como era justo, su honor.

SOLANO.

Pues decirle á la partida:
«Quedad con Dios,» ¿qué importaba?

DON GARCERAN.

Deja esa materia, acaba.—
¡Ay ausente de mi vida!

SOLANO.

¿Hay intervalos, Señor?
¿Qué discurres ó qué sientes?

DON GARCERAN.

Memoria, no me atormentes
Con tan extraño rigor.

SOLANO.

¿Date la viuda cuidado?

DON GARCERAN.

Y aun acabarme podria.

SOLANO.

¡Necedad! Toma alegría;
Mira este famoso Prado,
Esta mezcla de colores
En jardines diferentes,
Bullir y saltar las fuentes,
Reir y alegrar las flores.
Los varios coches que en tropa
Discurren por la alameda,
Que, hiriendo el viento en la seda,
Caminan con viento en popa;
Las damas que á los estribos,
Con su donaire español,
Salen, dando luz al sol,
Como á su galan cautivos;
Esta confusion, que espanta,
Y esta grandeza, que admira,
De tanta verdad mentira,
Que se celebra y se canta;
De tanto amor sin amor,
De tanta gente perdida,
De tanta bárbara vida,
De tanto gentil señor;
De tanto á pié caballero
Que se ve y se disimula,
De tanto bonete y mula,
De tanto mulo y sombrero;
De tanto ciego con vista,
De tanto malo buen hombre,
De tanto sábio sin nombre,
De tanto loco alquimista;
De tanto ingenio abatido,
De tanto necio encumbrado,
De tanto ingrato, olvidado
Del favor que ha recibido;
De tanta dama pelota,
De tanto galan pelote,
Que se viste y come á escote
De lo que la pobre escota.

DON GARCERAN.

¿Has de hablar hasta mañana?

SOLANO.

Mucho la ocasion provoca;
Por Dios, que me iba de boca,
Y hablaba de buena gana.

DON GARCERAN.

Retírate aquí, Solano;
Verémos pasar la gente.

Salen EL CONDE HORACIO, ALEJANDRA Y RUGERO.

HORACIO.

Fresco está el Prado.

ALEJANDRA.

Excelente.

HORACIO.

Lindo sitio.

DON GARCERAN.

Y linda mano,
Gentil mujer.

SOLANO.

Por mi fe,
Que es buena ropa.

HORACIO.

Rugero,
Avisarás al cochero
Que dé la vuelta.

RUGERO.

Sí haré. (*Vase.*)

ALEJANDRA.

Entrarme en él es mejor;
Que apearme ha sido exceso,
Y temo algun ruin suceso.
Hacelde llegar, Señor;
No quiera mi desventura
Traer por aquí á mi hermano.

DON GARCERAN.

Gallarda mujer, Solano.

SOLANO.

¿Hay ya nueva picadura?
¿Hirióte con ballestilla
El dios ciego y herrador?

HORACIO.

Mi bien, aqueste temor
Con razon me maravilla;
¿Tan poco mi fe te debe,
Que un flaco temor te impide?

ALEJANDRA.

¿Flaco te parece? Mide
Con mi amor tu gusto breve;
Verás, Conde, si es razon
Que tema, como mujer,
Lo que puede suceder
En semejante ocasion.
Don Beltran anda celoso,
Don Juan no sospecha en vano,
Y si es el uno mi hermano,
El otro se llama esposo.
No quieras paguen mis ojos
Lo que han de sentir perderte.
¡Ay Dios, qué trance tan fuerte!
¡Qué ciertos son mis enojos!
Muerta soy, Conde.

HORACIO.

¿Qué viste?

ALEJANDRA.

A mi hermano y don Beltran.

HORACIO.

¡Bravo temor! ¿Dónde están?

ALEJANDRA.

Hácia acá vienen; ¡ay triste!
Perdida soy; negra noche,
Apresura tu carrera.
¡Ay Dios! si el coche viniera.

Sale RUGERO.

Aquí está, Alejandra, el coche.

HORACIO.

Repórtate.

ALEJANDRA.

No es posible;
Que temo ser conocida.

HORACIO.

Toma el coche.

ALEJANDRA.

Estoy perdida. (*Vase.*)

HORACIO.

Y de cobarde, terrible.

SOLANO.

Ya toma el coche.

DON GARCERAN.

Turbada
Parece que va; cayó.

SOLANO.

¡No estuviera cerca yo!
¡Bien vestida está y calzada!

GARCERAN.

¿Qué viste?

SOLANO.

Lo que encender
Pudiera un mármol: manteo
Que lo guarneció el deseo,
Que no hay mas que encarecer;
Algo de la media y pié,
Que, con un zapato justo,
Parece que brinda al gusto
Para descalzarle, á fe.
Mas parecióme tener
Una falta, y no lo es;
Que tener grandes los piés
Es sobra en una mujer.

HORACIO.

En qué extraña confusion
Estoy metido, pues veo
A riesgo lo que deseo,
Y en la mano la ocasion.
Si voy con ella, destruyo
Su opinion; y si me quedo,
A ley de quien soy, no puedo
Excusar lo que rehuso.
Si el coche ven, por las pías
Han de conocer su dueño;
En grave ocasion me empeño,
Desdichas son estas mias.
¡Qué solo que me han dejado
Mis criados! Ni un amigo
De los que comen conmigo
No descubro en todo el Prado;
Pero allí está de camino
Un hombre, á lo que parece;
Que en él el cielo me ofrece
Todo mi bien imagino.—
¿Caballero?

SOLANO.

¿A quién, Señor,
Llamais?

HORACIO.

A los dos.

SOLANO.

Decí:
«¡Ah caballeros!» que así
Os responderán mejor.

DON GARCERAN.

¿No callarás, majadero?—
¿Qué manda vuestra mercé?

HORACIO.

En vuestro talle se ve
Que sois noble caballero.

DON GARCERAN.

Si importa serlo, Señor,
Para serviros, yo he sido
Desgraciado, aunque he tenido,
Siendo humilde, algun valor;
Y si con él puedo y valgo,
Me podeis, Señor, mandar,
Y de mí os asegurar
Como del mejor hidalgo.

HORACIO.

De que lo sois, muestra clara
Me da vuestra gentileza,
Porque se ve la nobleza
En el lenguaje y la cara;
Pero, porque cierta dama
De prendas y de valor,
Con la tardanza, su honor
Se aventura y se disfama,
No quiero el tiempo gastar
En ofrecimientos vanos;
Que con términos mas llanos
La merced pienso pagar.
Solo os suplico, entre tanto
Que pongo á salvo aquel coche,
Si ya no quiere la noche
Encubrirle con su manto,
Detengais dos caballeros
Que por aquí han de pasar,
Sin que deis, Señor, lugar
A desnudar los aceros.
El uno es mozo y galan,
Y el otro, aunque cano y viejo,
Es su brio y su despejo
De un valiente capitan.
Plumas trae negras y espada
Guarnecida de atauxía;
Si errais las señas, sería
Perderme en esta jornada.

DON GARCERAN.

No teneis mas que informarme.
Seguid el coche, Señor;
Que en ocasiones de honor

Sé muy bien aventurarme.
Las señas son conocidas;
Bien podeis, Señor, partir;
Que aquí están para os servir
Dos espadas y dos vidas.

HORACIO.

Bésoos las manos mil veces.—
Cielos amigos, seréis
De aquesta amistad jueces. (*Vase.*)

DON GARCERAN.

¿Donde vas tú?

SOLANO.

A detener
Las mulas en que venimos,
Aunque al paso que trajimos,
Postas serán menester.

DON GARCERAN.

¿Para qué son postas, loco?

SOLANO.

Mal discurres, Garceran.

DON GARCERAN.

Presto vaguidos te dan.

SOLANO.

Siempre me estimas en poco;
Mas hazme un placer, Señor,
De admitir lo que imagino;
Que el consejo tras el vino
No suele ser el peor.
Sin saber quién es el hombre
Que de aquí partió ligero,
Sin informarte primero
De su calidad y nombre,
Te has empeñado á estorbar
A dos hombres este paso;
Ves aquí que paso á paso
Llegan y quieren pasar;
¿Qué has de hacer, si su porfía
Fuese tan grande, en rigor,
Que juzgasen por temor
Hablarles con cortesía?
¿No es lance, no es ocasion
Para venir á las manos,
Si son los dos cortesanos,
Y tú de buena opinion?
Pues si reñimos, ¿hay vidas
Para este acero sangriento?
Y en tal caso es de momento
Tener postas prevenidas.

DON GARCERAN.

Has discurrido, Solano,
Con el temor, altamente;
Siempre el cobarde es prudente.

SOLANO.

Como el atrevido insano.

DON GARCERAN.

No tienes que prevenir
Ni de qué tener temor;
Que el cielo lo hará mejor
Que tú lo sepas pedir.
Y si los dos que recelas
Acertaren á pasar,
Huir podrás sin matar,
Pues no te faltan espuelas
Que yo tengo de acudir
A quien estoy obligado;
Que la palabra que he dado,
Fué de esperar, no de huir.
Y cuando hacer bien se ofrece,
Sin saber á quién se hace,
Es lo que mas satisface,
Que aquello mas se agradece.

SOLANO.

Bien dices; mas digo mal,
Sin saber si cena á oscuras
Este por quien te aventuras,
O con un cirio pascual;
Si es merced ó tú ni vos,
Señoría ó excelencia,
Por quien se pueda en conciencia
Reñir y matar á dos;
Que seria gran desastre
Ser este tal hidalgote
Un escudero guisote
O por gran ventura un sastre.

DON GARCERAN.

Sin duda que es caballero.

SOLANO.

¿Caballero? ¿En qué lo vistes?

DON GARCERAN.

¿Los guantes de ámbar no olistes?

SOLANO.

¿No podria ser guantero?

DON GARCERAN.

Espera; que aquestos son.

SOLANO.

Tentemos la de Bilbao;
Aunque estuviera en el Grao
Mejor que en esta ocasion.

Salen DON BELTRAN Y DON JUAN.

DON JUAN.

No ha de encubrirles la noche
La libertad de los dos.

DON BELTRAN.

Aguijemos; que, por Dios,
Que van juntos en el coche.

DON JUAN.

¿No tomarémos razon
Si han pasado por aquí?

DON BELTRAN.

¿Qué hay que tomar? Yo los vi.

DON JUAN.

Ciega mucho la pasion;
Informémonos primero.

DON BELTRAN.

¡Qué flema teneis extraña!
¡Oh! ¡Nunca viniera á España!
Informáos pues.

DON JUAN.

Caballero,
¿Há rato que estáis aquí?

DON GARCERAN.

Toda esta tarde.

DON JUAN.

¿Ha pasado
Por aquí un coche encarnado?

DON GARCERAN.

Un coche no, coches sí.

DON BELTRAN.

De este tiran cuatro pias,
Que gobiernan dos cocheros.

SOLANO.

¿Llevan libreas?

DON JUAN.

Vaqueros
Azules.

SOLANO.

Habrá diez dias
Que ese coche vi en Valencia,
Y en él al Virey, por Dios.

DON BELTRAN.

No hablan, lacayo, con vos.

SOLANO.

Lacayo con reverencia.

DON JUAN.

No seais hablador, hermano;
Que no venimos de humor.

DON GARCERAN.

Este es un loco, Señor. —
¿Que no has de callar, Solano?—
Aunque he visto con cuidado
Y admiracion juntamente
Aqueste Prado excelente
Y los coches que han pasado,
No he visto por él pasar,
Ni atravesar la carrera,
El que decis; yo quisiera...

DON BELTRAN.

Que no hay que nos informar;
Que por aquí fué, y la vuelta
Tomó hácia Atocha, don Juan.

SOLANO. (*Ap.*)

¿Don tenemos?

DON JUAN.

Don Beltran...

SOLANO.

¿Otro don mas? Que hay revuelta...

DON JUAN.

Seguidme.

DON GARCERAN.

Será cansaros;
Mas si buscarle os importa,
Por otra senda mas corta
Que vais, he de suplicaros;
Que allí delante, un amigo
Está hablando con su dama,
Y importa mucho á su fama
No tener ningun testigo.
Hacedlo, por vida mia,
Que en la corte á un forastero
Hacer suele el caballero
Amistad y cortesía.

DON BELTRAN.

Ya fuera mucho trabajo
Y notable desatino
Dejar el cierto camino
Por buscar incierto atajo;
Que para quien va de prisa
Es demasiado rodeo.

DON GARCERAN.

No hay duda, sino que creo
Que la ocasion es precisa;
Mas córreme á mí mayor
Obligacion y cuidado,
Si un amigo me ha dejado
Encomendado su honor.
Halle esta vez á los dos
Gentileza y cortesía,
Porque, si pasais, seria
Descomponerme; por Dios,
Que la mujer es honrada
Y el amigo conocido,
Y por ventura habrá sido
Forzosa la retirada.

DON BELTRAN.

Impórtanos conocer
Quién va en aquel coche.

DON GARCERAN.

A mí
Que no paseis por aquí.

DON BELTRAN.

¿Cómo no?

DON GARCERAN.

Aquesto ha de ser.
(*Meten mano.*)

SOLANO.

Antes que acuda al reclamo
Del chas, chas, alguna gente,
Guardaré, como valiente,
Las espaldas de mi amo.

Salen DOÑA MENCÍA Y LEONOR, *que se ponen al lado de Garceran.*

LEONOR.

Cuchilladas son; acude.

DOÑA MENCÍA.

Parécenme forasteros:
Aguija.—Paz, caballeros,
Paz digo, y nadie se mude.

DON BELTRAN.

Retirémonos, don Juan.

DOÑA MENCÍA.

Mucha merced me haréis.
(*Ap.* Ojos, ¿qué es esto que veis?
¿No es este don Garceran?
No es este el ingrato? ¡Cielos!)

SOLANO.

Yo he andado como un leon.

DOÑA MENCÍA.

(*Ap.* Saber quiero la cuestion,
Y ¡ay de mí, si fué por celos!)
¿Por qué ha sido la pendencia,
Podrémos saber, hidalgo?
Que aventurar lo que valgo
Obliga vuestra presencia.

DON GARCERAN.

Agradezco ese favor
Como venido del cielo;
Que pocas veces da el suelo
Tanta hermosura y valor.
Pero si gustais saber
La causa de esta cuestion,
Fué cumplir mi obligacion
Y amparar una mujer.

DOÑA MENCÍA.

Bien ha sucedido. Aquí
Me esperad; que no es razon,
Si aquesa fué la ocasion,
Se quede el negocio así.

DON GARCERAN.

Aquí os espero.

DOÑA MENCÍA. (*Ap.*)

Leonor,
No te apartes de su lado. (*Vase.*)

LEONOR.

¿Importa?

DOÑA MENCÍA.

Ser mi cuidado
Y mi tormento mayor.

Sale EL CONDE HORACIO.

HORACIO.

Llegué tarde.

SOLANO.

La tormenta,
Gracias á Dios que ha pasado.

HORACIO.

¡Oh! ¡Nunca ciñera al lado
Espada que así me afrenta!
¿Qué ha sido aquesto, Señor?

DON GARCERAN.

Lo que no pude excusar.

HORACIO.

¿A quién tengo de pagar
Tanta merced y favor?

SOLANO.

A mí, y es bien que celebres
Mi valor; que los hidalgos
Corrieron, como los galgos
Suelen correr tras las liebres.

DON GARCERAN.

Óyete, loco, no afrentes
Sus espadas sin respeto;
Que anduvieron, os prometo,
Bizarros como valientes.

HORACIO.

En todo sois extremado
Con superior excelencia;
Que el valor y la prudencia
Veo en vos en igual grado.
Decidme, si sois servido,
Vuestro nombre y calidad;
Que una perfecta amistad
En veros me he prometido;
Que con hacienda y persona
Os he de servir, Señor;
Halle en vos este favor
El Conde Horacio Colona.

DON GARCERAN.

Perdone vueseñoría
Si en algo he andado grosero;
Que erré, como forastero.

HORACIO.

Sois la misma cortesía.

SOLANO.

Vueseñoría perdone
Mi mala imaginacion,
Y tambien, con el perdon,
Alguna gracia me done;
Que, si va á decir verdad,
Creí que era en el olor
Portugués perfumador
O hombre de esta calidad.

DON GARCERAN.

Conozca vueseñoría
A Solano, mi criado,
Por un hombre en quien no ha entrado
Pesar ni melancolía.

Sale DOÑA MENCÍA.

DOÑA MENCÍA.

Esto está hecho, Señor;
La mano me dad de amigo
De aquellos hidalgos.

DON GARCERAN.

Digo
Que les soy su servidor.

SOLANO.

Luego ¿matarlos yo puedo
Si los encuentro?

DOÑA MENCÍA.

Tambien
Me dad la vuestra.

SOLANO.

Está bien.

DON GARCERAN.

Valiente estás.

SOLANO.

Todo es miedo.

HORACIO.

Decidme, y no os divirtais,
Lo que os tengo suplicado.

DOÑA MENCÍA.

Si es secreto, aquí apartado
Estaré.

HORACIO.

Muy bien estáis.
Débole vida y honor
A este noble caballero,
Soy agradecido, y quiero
Saber de quién soy deudor.

DOÑA MENCÍA.

El Conde pide razon,
Y que el propio gusto tengo
Os prometo, y os prevengo
Mayor ó igual atencion.

DON GARCERAN.

Haré lo que me pedis;
Que obligacion es forzosa,
Si vida tan prodigiosa
Con piedad y gusto ois.
Mi nombre es don Garceran
Cavanillas y Torrellas,
Apellidos de mis padres,
Don Vicente y doña Greida.
Segundo fuí de mi casa,
Y como el amor heredan
Los segundos de los padres,
Y los mayores la hacienda,
Mientras que vivieron fuí
El alivio de sus penas,
El querido mayorazgo,
Su alma y su vida mesma.
En medio de sus regalos
Y mi mocedad inquieta,
Vino á Valencia una dama,
Con sus padres, desde Huesca.
Gente de mediano estado,
Que entre las demás, plebeya
Y la patricia, tenia
Buen lugar por su llaneza.
Víla, parecióme bien,
Visité su casa, améla
Tanto, que creció el amor
Hasta casarme con ella.
Sentidos mis padres de ello,
Retiráronse á una aldea,
Donde acabaron sus dias
De vejez y de tristeza.
Quedé sin ellos, cargado
De obligaciones y deudas,
Con un enemigo hermano,
Con una mujer á cuestas;
Encontrado con mis deudos,
Con los suyos en contienda,
Porque les pido y se excusan,
Porque les hablo y me niegan;
Hasta que, de lastimados,
Mis deudos mi vida ordenan,
Mis alimentos componen
Y mis trampillas conciertan.
Quisieron que prosiguiese
En la ocupacion primera;
Que acabase mis estudios,
Cosa para mí bien récia;
Que, graduado, podria,
Con mi calidad y letras,
Su majestad ocuparme
En una de sus audiencias.
Resolverme fué forzoso,
Y dejando en órden puesta
Mi casa, y á mi mujer
Recogida en Santa Tecla,
Partí para Salamanca,
Y dándome alguna priesa,
Llegué, dia de San Lúcas,
A aquella insigne academia;
Tomé casa y compañía,
Que me la hicieron muy buena
Dos caballeros hermanos,
Naturales de Plasencia.
Empecé á estudiar con gana,
Y mis trabajos lucieran,
Si el catedrático amor
De ostentacion no leyera
La materia de *Arte amandi*,
Tan llena de sutilezas,
Que hube menester pasante
Para mejor entendella.
Ofrecióse la ocasion,
Y un dia que á San Estéban
Salí...

DOÑA MENCÍA.

¡Ay de mí! Leonor,
Que aquí mi historia comienza.

LEONOR.

¿Qué historia ó qué calabaza?

DOÑA MENCÍA.

Luego ¿no has estado atenta
A lo que dice este ingrato?

LEONOR.

Sí he estado, y soy una bestia.
¿Garceran es este?

DOÑA MENCÍA.

Sí,
Calla.

LEONOR.

Callará mi lengua,
Pues por un hombre casado
Andamos de venta en venta.

DOÑA MENCÍA.

¿Qué quieres? No lo sabia.

HORACIO.

Pensamientos no os diviertan;
Pasá adelante.

DOÑA MENCÍA.

Señor,
No os quedeis en San Estéban.

DON GARCERAN.

Digo que vi una mujer,
Viuda, hermosa y bella
Mas que el sol y que los cielos;
Mas no quiero encarecella,
Que todo será afilar
La espada que me degüella,
Y despertar la memoria
Que me aflige y atormenta.
Solo diré que venia
En un coche con dos dueñas,
Tocada de honestidad
Y vestida de vergüenza.
Apeóse y oyó misa,
Y aquel rato que en la iglesia
Estuvo, me vi en la gloria,
Gozando de su presencia.
Volvió á ponerse en su coche,
Y yo, que estaba á la puerta,
Al pasar, todo turbado,
La hice una reverencia.
Miróme, y hizo lo mismo;
Fuése, y dejóme en tinieblas,
Naciendo de aquestas vistas
Mi cuidado y su querella.
Hasta llegar á su casa
La seguí, supe quién era,
Con que se aumentó el deseo
De mi temeraria empresa;
Que fué casada esta dama
Con un tal don Saavedra,
Que de un choque de un caballo
Murió, entrando en unas fiestas;
Y tan principal señora,
Que de Guzman y Fonseca
Tenia la mejor sangre,
Y mas de seis mil de renta.
Con estas partes divinas,
Otras le dió el cielo, anejas
A su mucha calidad,
Tanto, que, por excelencia,
Como á otra Sáfos un tiempo
La llamó el milagro Grecia,
La Fénix de Salamanca
Llamaban todos á esta.
Procuré hablarla y servir
Mujer de partes tan bellas,
Sin que pasase mi amor
Los límites de quien era.
Dióme el tiempo la ocasion,
La ocasion su corta greña;
Asíla, y entré en su casa;
Con mi término agradéla.
Querer decir sus favores
Será contar las estrellas.

DOÑA MENCÍA. (*Ap.*)

¡Ay de mí, si este villano
Se atreve á mi fama honesta;
Que si de lo que no hizo
Se alaba, esta daga fiera
Le sacará el corazon.
Y haré que rabiando muera!

DON GARCERAN.

Mas pongo al cielo testigo
Que fué con tanta limpieza,
Que no la toqué una mano.

DOÑA MENCÍA. (*Ap.*)

¡Ay Garceran! bien pudieras...
Hoy mi vida te consagro,
Y mil, si tantas tuviera;
Y ¿qué mujer no da el alma
A un hombre de buena lengua?

DON GARCERAN.

Creció con el largo trato
Nuestro amor, de tal manera,
Que era mi alma una Troya,
Y la suya otra Aquileya.
Por mancebo me tenia,
Y persuadirse pudiera;
Que casados estudiantes
Muy pocas veces se encuentran.
Enternecióme su engaño,
Y lastimóme la afrenta
Que de ofendella y burlalla
A su honor venir pudiera;
Y así, resuelto á morir
A las manos de la ausencia,
Que no á ofender el cabello
Mas corto de su cabeza,
A la ocasion di de mano,
Vencí mi propia flaqueza,
Dejé libros, cartapacios,
Amigos, ciudad y escuelas;
Y sin hablarla palabra
Ni escribir solo una letra,
Solo con este criado
A mi casa di la vuelta.
Turbóse mi fiero hermano,
Cayó mi mujer enferma;
Que aparecerse así, acaso
Sangre y corazon altera.
Sintió en mis ojos la causa,
Y crecieron las sospechas
De mi amor, su enfermedad,
Y acabó con su carrera.
Lloré su muerte temprana;
Que no hay vida tan entera,
Que no la consuman celos
Y que no la acaben penas.
Viudo, quise partirme
A Salamanca, y lo hiciera,
Que la fe me aseguraba
De aquella adorada prenda,
Si un amigo con quien tuve
Alguna correspondencia,
Que trataba de casarse,
Por cierto no me escribiera.
Di crédito á sus razones;
Que si se muda en presencia
La mujer sin ocasion,
Ausente ¿qué hará? Y con ella
Al fin mudé parecer;
Y partiendo de Valencia,
A aquesta corte he venido
A pretender por la guerra,
Para que en Italia ó Flándes,
Si se rompieren las treguas,
Acabe con mis desdichas
Una pistola francesa.

HORACIO.

Suspenso me habeis tenido,
Garceran, y entre las cosas
Que he oido maravillosas,
Ninguna me ha parecido
Tan digna de admiracion
Como, amando y siendo amado,
Dejar un hidalgo honrado
Perder tan buena ocasion;
Porque pocos, os prometo,
Tuvieran tanta cordura;
Que siempre el que ama procura
Que llegue su amor á efeto.

DOÑA MENCÍA.

Anduvo don Garceran
Como honrado caballero.

HORACIO.

No hay negaros lo primero;
Pero él hizo mal galan.

DOÑA MENCÍA.

Peor fuera ofender la fama
De tan principal mujer.

HORACIO.

La ocasion no ha de perder,
Señor don Cárlos, quien ama;
Y quédese comenzada
La cuestion para otro dia;
Que de Garceran querria
Saber si tiene posada.

DON GARCERAN.

Sí, Señor; que mi criado
La tiene ya prevenida.

HORACIO.

La mia os tengo ofrecida,
Si de ella no estáis prendado;
Que caballos y dinero
Tendréis á vuestro servicio.

DON GARCERAN.

Serviros, Señor, codicio,
Que es el premio verdadero;
Mas vino en mi compañía
Un caballero, y los dos
Posamos juntos.

HORACIO.

Sin vos
Voy descontento, á fe mia;
Pero aguardaréos mañana
A comer.

DON GARCERAN.

Iré á recibir
Merced.

HORACIO.

Bien sabréis cumplir.—
Tú tambien.

SOLANO.

De buena gana.

(*Vase el Conde Horacio.*)

DOÑA MENCÍA.

Por ganarme por la mano
El Conde, no os he ofrecido
Lo que él mismo...

DON GARCERAN.

Agradecido
Os estoy.

SOLANO.

Y está Solano.

DON GARCERAN.

Yo os juro, á fe de quien soy,
Que he estimado conoceros
Tanto, que solo con veros,
Mirando mi bien estoy;
Que sois del original
Mas bello que formó el cielo
Perfectísimo modelo
Y retrato natural;
Y no os pese parecer
A aquella Fénix divina;
Que beldad mas peregrina
No alcanza humana mujer.

DOÑA MENCÍA.

Antes me quiero estimar
En mas de lo que hasta aquí,
Pues habeis hallado en mí
Cosa que os pueda agradar;
Y si estriba en mi presencia

Parte de vuestro contento,
No haré, os juro, ni un momento
De vuestros ojos ausencia.

Sale RIVERA.

RIVERA.

¿Señor don Cárlos?

DOÑA MENCÍA.

Rivera,
¿Hay en qué os pueda servir?

RIVERA.

Véngoos. Señor, á pedir
Una cosa harto ligera
Para vos, que para mí
Es, don Cárlos, bien pesada;
Que vos hallaréis posada
Mucho mejor que os la dí;
Pero tal huésped, seria
Toparle grande aventura.

DOÑA MENCÍA.

Pues ¿quién quitarme procura
Mi posada?

RIVERA.

Dicha es mia.
Por el Rey está tomada
Para cierto embajador,
Y aquesta noche, Señor,
Ha de estar desocupada;
Que ya la ropa han traido.

DOÑA MENCÍA.

Y ¿la mia?

RIVERA.

En mi aposento
La metí. En el alma siento
No haberos mejor servido;
Pero volveréis, que presto
Se irá aqueste embajador;
Que me debeis mucho amor,
Y habeis de pagarme en esto.

DOÑA MENCÍA.

De diferente manera
Lo siento; que es gran ganancia
Tener huésped de importancia.

RIVERA.

No, por vida de Rivera.

DOÑA MENCÍA.

Vé tú, y búscame posada,
Jaramillo, y acomoda
La ropa.

DON GARCERAN.

Llévenla toda
A la que tengo tomada;
Que allí cerca de la mia
Os armarán una cama.

DOÑA MENCÍA.

Por ventura tendréis dama,
Y no querrá compañía.

DON GARCERAN.

No la tengo, por mi vida.

DOÑA MENCÍA.

Pues con esa condicion
La aceptaré.

LEONOR.

¿Qué invencion
Es esta? Que vas perdida.

DOÑA MENCÍA.

Antes me pienso ganar,
Leonor, por este camino.

LEONOR.

Yo seré mal adivino,
Si no hubiere que llorar.

DON GARCERAN.

Venid; sabréis mi posada.

SOLANO.

¿Es Jaramillo voacé?

LEONOR.

Yo soy.

SOLANO.

La mano me dé
Por amigo y camarada;
Que la cama es buena y ancha,
Limpia la ropa y el hombre,
Que por la cara y el nombre
Yo haré que metan ensancha;
Que de ese nombre un pariente
Tengo en Alcalá, y honrado,
Que goza, á fe de soldado,
Libros y vino excelente.

LEONOR.

Toco, y haga buen provecho
Lo que hubiéredes bebido.

SOLANO.

Es el capon escogido.

LEONOR.

Adios, Rivera.

(*Vanse todos, menos Rivera.*)

RIVERA.

Esto es hecho,
Que de esta suerte asegura
El Capitan sus recelos;
Que con dineros y celos,
No hay cosa que esté segura.

JORNADA SEGUNDA.

Salen SOLANO y LEONOR.

LEONOR.

Bien has comido, Solano.

SOLANO.

Y bebido, Jaramillo;
Que el clarete y el tintillo
Andaban de mano en mano;
Pero, por Dios, que no estabas
Despacio, á mi parecer,
Si despues de bien comer,
Los huesos mondos chupabas.

LEONOR.

Todos comimos, Solano;
Pero en el beber me diste
Quince y falta...

SOLANO.

Bien dijiste;
Mas soy montañés, hermano,
Y como la tierra es fria,
En naciendo nos dan vino,
Y con esto y con tocino
Medra el muchacho y se cria;
Y así, aunque beba del santo,
Que es lo que alborota mas,
Borracho no me verás,
Alegre sí tanto cuanto.

LEONOR.

Luego ¿no lo estás, Solano?

SOLANO.

Algo siento en la cabeza,
Mas remedio esta flaqueza
Con acostarme temprano;
Pero si duermo tan mal
Como anoche, en cuatro dias
Las tristes lágrimas mias
En piedras harán señal.

LEONOR.

El nuevo huésped lo haria;
Mala noche te habré dado.

SOLANO.

¡Qué! ya estoy acostumbrado
A dormir con compañía.
Mas no sé yo qué sentí,
Que estuve muy inquieto
Aunque si guardo secreto
Tú me dirás...

LEONOR. (*Ap.*)

¡Ay de mí!
Si sabe que soy mujer,
Perdida soy.

SOLANO.

No te alteres

LEONOR.

¿Yo? ¿De qué? (*Ap.* ¡Pobres mujeres!)

SOLANO.

No hay que negar.

LEONOR.

¿Qué he de hacer?

SOLANO.

(*Ap.* Verdad es lo que sospecho.)
De hoy mas podrá Jaramillo
Buscar amo.

LEONOR. (*Ap.*)

¡Que un ovillo
Me hiciese tan sin provecho!

SOLANO.

Que no es delito, Señor,
Que por muchos buenos pasa
Que el remedio tiene en casa
Y la unturilla mejor;
Que una sarna se repara
Con mucha facilidad.

LEONOR.

¿Yo sarna?

SOLANO.

¿Y es calidad
Mentir en cosa tan clara?

LEONOR.

En mi vida la he tenido.
¿Hay tan fiero pensamiento?

SOLANO.

Luego ¿yo soy el que miento?
Muestra. (*Mírale las manos.*) Mal he presumido;
Limpio estás.

LEONOR.

Y ¿era, Solano,
Aqueste el secreto?

SOLANO.

Sí.
¿De qué te ries?

LEONOR.

De mí;
Suelta, déjame la mano.

SOLANO.

Déjola; mas, Jaramillo,
Si no es sarna, yo soy muerto;
Que algun contagio encubierto
Debe de ser, no hay sufrillo;
Porque cuando te acostaste
Cierto olorcillo me diste,
Con que el alma me encendiste
Y las entrañas me helaste;
Y tras esto, un comezon,
Un fuego vivo, una llama,
Que ni yo cabia en la cama,
Ni en el cuerpo el corazon;
Y si acaso me extendia
Y con los piés te tocaba,
Un no sé qué me picaba
Que como pulga mordia;
Y con aquesta inquietud
Tuve noche toledana.
Jaramillo, una manzana
Es mi vida y mi salud;
Si eres, como soy tu amigo,
Di la verdad, no la niegues;

Que no es razon que me pegues
Peste por dormir contigo.
¿Qué tienes?

LEONOR.

¿Qué he de tener?
¿Hay tan extraña locura?

SOLANO.

Pues responderme procura
A este picar y comer.

LEONOR.

Bien presto estás respondido.
Solano, el vino es calor,
Y tanto, cuanto es mejor,
Tiene de fuego escondido.
Tú bebes mucho entre dia,
Y lo mejor, ¿no ha de estar,
Cuando te vas á acostar,
Helada la sangre y fria?
Deja tú, pues, de beber,
Y dormirás sosegado;
Que de ser tú destemplado
Nace el picar y el comer.

SOLANO.

No me dejas satisfecho;
Que otras veces he bebido
Mas que ayer, y no he sentido
Comezon tan sin provecho.
Mas esta noche sabrémos
Si me quita el sueño el vino.

LEONOR. (*Ap.*)

Que este sospecha, imagino,
Que soy mujer.

SOLANO.

¿Qué tenemos?
A fe que no estéis entero,
Pues que tanto os recatais,
Ni que conmigo durmais
Si no os registro primero.

(*Vanse.*)

Salen EL CONDE HORACIO, DON GARCERAN, RUGERO Y DOÑA MENCÍA.

HORACIO.

Pónganos de presto el coche,
Rugero, y ten prevenida
Mas temprano y mas cumplida
La cena, y no á media noche.

DON GARCERAN.

Si de esta suerte tratais,
Señor, á los convidados,
Si os parecieren pesados,
De serlo la causa dais;
Que fué tanta la abundancia
De los manjares preciosos,
Que á los festines famosos
Exceden de Italia y Francia;
Que parece que á porfía
Vertian cada momento
En la mesa el mar y el viento,
Pescado y volatería.

HORACIO.

Garceran, siempre á mi mesa
Se sirve un buen ordinario,
Y alabar no es necesario
Su abundancia, que me pesa;
Que aquesta ha sido comida
Como para cuatro amigos,
Que para los enemigos
Se adereza mas cumplida;
Que un extranjero granjea
Con esto las voluntades
Para sus necesidades,
Ya que otra cosa no sea.

SOLANO.

Mas ¡qué bien que te acudieron
Los que te comen un lado,
Aquel dia que en el Prado
En estrecho te pusieron!
Cree que no hay que esperar
De aquestos comelitones,
Que de ellos y somajones
Hay muy poco que fiar;
Porque saben acudir
Con mucha mas aficion
Al doblon que á la ocasion,
A comer que no á reñir.

HORACIO.

Digo que estás excelente,
Y con la cuestion del Prado,
Has, Solano, despertado
Mi descuido impertinente;
Que el papel que me escribió
El Capitan no he leido.

DON GARCERAN.

Extraño descuido ha sido.

SOLANO.

Pues ¿quién comiendo leyó?
Que papeles que se envian
Estando el hombre sentado
A comer, piden prestado,
Si acaso no desafian;
Que, como es hora tan cierta,
Pegan luego, y es mejor,
Mientras comieres, Señor,
Mandar que cierren la puerta;
Que tal papel puede ser
El que te dieren comiendo,
Que te relaje, leyendo,
El deleite del comer.

(*Lee el Conde Horacio para sí.*)

DON GARCERAN.

Elocuente estás.

SOLANO.

El vino
Habla como un Ciceron.

DOÑA MENCÍA.

¿Qué os escribe?

HORACIO.

Celos son.

DON GARCERAN.

Parece que estáis mohino.

HORACIO.

¿Qué hora será?

DON GARCERAN.

¿Qué es aquesto?
¿Quién os perturba y altera?

HORACIO.

Saber cuántas son quisiera.

SOLANO.

Las quince darán bien presto.

DON GARCERAN.

¿Qué os escribe el Capitan?

HORACIO.

Bravatas con cortesía;
Creo que me desafia.
Leedle, don Garceran.

DON GARCERAN. (*Lee.*)

«Sentimientos con sombra de agra»vios piden satisfaccion como si lo fue»ran; que á no procurarlo, ni yo fue»ra quien soy, ni Alejandra quien es; »pues por tio y marido, tengo obliga»cion á solicitar. Con uno de mis ami»gos aguardo á usía en el campillo de »Doña María de Aragon, á las dos, don»de, si razones no satisfacieren mi que»ja, habré de remitilla á las armas.— »De la posada.— *Don Beltran.*»

HORACIO.

¿Qué os parece?

DON GARCERAN.

Que es el viejo
Bizarro, que teme y ama,
Que quiere ser de su dama
Galan, marido y espejo;
Que asegureis su temor,
Que es soldado y caballero,
Cumpliendo, Conde, primero
Con vos y con vuestro honor,
Y con tiempo prevenir
El suceso y compañía;
Y pues son dos, de la mia
Os podeis, Conde, servir.

DOÑA MENCÍA.

¡Ay de mí! (*Ap.* ¡Con qué temores
Lucha mi imaginacion!)
Mas cuerda resolucion
Se puede tomar, señores;
Que si reñis, es la dama
La que aquí viene á perder,
Si no tiene la mujer
Mas que perder que su fama;
Que dirá, sin resistencia,
El fiero vulgo atrevido
Que por Alejandra ha sido
Esta celosa pendencia;
Y el olor, si bien se advierte,
De una mocedad sabida
Se imprime tanto en la vida,
Que aun no le borra la muerte.

HORACIO.

Don Cárlos, son excelentes
Vuestras discretas razones,
Muchas mis obligaciones,
Justos los inconvenientes;
Que estimo á Alejandra, y quiero
Su honor tanto como el mio;
Mas rehusar el desafío
Es mengua de un caballero.
Pues ¿qué medio podeis dar
Que asegure este temor?
Porque si acudo al amor,
La honra ha de peligrar.

DOÑA MENCÍA.

Cumplir podeis fácilmente,
Conde, con entrambas cosas;
Que ni son dificultosas
Ni tienen inconvenientes.
A las dos ha de aguardar
El Capitan; si es pasada
La hora determinada,
Llegar tarde no es llegar;
Y si el papel con cuidado
Leistes, no os desafia,
Antes se queja, y seria
El responderle acertado;
Mas ha de ser de tal suerte,
Que de lo que está sentido
No os deis vos por entendido.

DON GARCERAN.

Muy bien don Cárlos advierte.

DOÑA MENCÍA.

Aquesto, don Garceran,
Es lo que importa; que pasa
El dia, y se va á su casa
A cenar el Capitan;
Cena, acuéstase temprano,
Y á la mañana despierta
Con resolucion mas cierta
Y con parecer mas sano.
Levántase y oye misa,
Ve á Alejandra, y sus enojos
Olvida, viendo sus ojos;
Sus celos, viendo su risa.
Y Alejandra de su parte
Ablandará sus rigores;
Que Vénus con los favores
Templó la fuerza de Marte.

HORACIO.

Aunque dicen que el consejo
Mas seguro ha de tener
Tres cosas, porque ha de ser
De amigo, de sábio y viejo,
El vuestro, don Cárlos, sigo;
Porque de las tres, las dos
Están nacidas en vos,
Que sois prudente y amigo.
Y si es mejor responder
Que no ver al Capitan,
Hagámoslo, Garceran.

DON GARCERAN.

Mas que escribir se ha de hacer.

HORACIO.

Pues ¿hay en qué reparar?

DON GARCERAN.

Algo he pensado; escribid.

HORACIO.

A mi aposento venid.—
Vos, Señor, á visitar
Podeis ir, mientras escribo,
A Alejandra, estos enojos;
Mirad si sienten sus ojos
Que es el alma con quien vivo.

(Vanse todos, menos doña Mencía y Leonor.)

DOÑA MENCÍA.

Diréle de vuestro amor
Mil imposibles.

LEONOR.

¿Es hora
Que te pueda hablar, Señora?

DOÑA MENCÍA.

Ni aun agora lo es, Leonor;
Que aquestas cosas de Horacio
Hacen me olvide de tí,
Que para saber de mí
No me dan siquiera espacio;
Que preguntarte deseo
Cómo te va con Solano.

LEONOR.

Con buen gigante villano
Con pocas fuerzas peleo.

DOÑA MENCÍA.

¿Tan presto tanta flaqueza?

LEONOR.

Pues veste con él, Señora,
No una noche, sino un hora,
Verémos tu fortaleza.

DOÑA MENCÍA.

¿Por ventura ha sospechado
Que eres mujer?

LEONOR.

Desventura
Fuera saber por ventura
Lo que yo tanto he guardado.

DOÑA MENCÍA.

Pues ¿qué hay, Leonor, que te asom-
[bre?

LEONOR.

Lo que se puede temer;
Conocerme por mujer,
Y echar de ver que soy hombre.
Y porque con tiempo trates
Del remedio por rodeos,
Me ha dicho, no sus deseos,
Sino algunos disparates;
Y por eso es mi temor
Mas grande que el que parece;
Que si la ocasion se ofrece,
¿Qué hará la pobre Leonor?

DOÑA MENCÍA.

Alquila una cama luego;
Pero mira que es mas sano
Asegurar á Solano,
No se encienda mas el fuego.
Deja pasar unos dias,
Y despues de asegurado,
Muda cama y deja el lado,
Que hace tus flaquezas mias.

LEONOR.

Yo lo haré; mas por tu cuenta
Y por la de Garceran
Correrá si algun desman
Sucede.

DOÑA MENCÍA.

Ponlo á mi cuenta;
Y agora aquí has de esperar
A que acaben de escribir,
Y á don Garceran seguir,
Y de él no te has de apartar;
Que es belicoso, y entiendo
Que han de salir á buscar
Al Capitan, y atajar
Este disgusto pretendo.
Y si pasare adelante,
Leonor mia, como el viento,
Me avisarás al momento.

LEONOR.

No habrá rayo semejante.

(Vanse.)

Salen DON JUAN, ALEJANDRA, LEONARDO *y* OTROS.

DON JUAN.

Dejadnos solos; la puerta
Lleve Leonardo tras sí.

ALEJANDRA.

No importa, déjala así.

LEONARDO.

¿Cierro, ó dejaréla abierta?

DON JUAN.

Cierra, acaba.

(Vase Leonardo.)

ALEJANDRA.

Y la ventana;
¿Quedarémonos á oscuras?

DON JUAN.

Para reñir tus locuras
Lo hiciera de buena gana;
Que es tanta tu liviandad,
Que verte sin luz gustara,
Porque, no viendo tu cara,
Te hablara con libertad;
Mas, pues tantas atropellas,
Alejandra, sin sentillas,
La vara para decillas
Tendré que tú para hacellas.
Dime, mujer mas ligera
Que tu vano y ciego amor,
¿Quién, sino tú, con su honor
Tan pródiga y loca fuera?
No entiendo tus desvaríos;
Dí, atrevida, lo que intentas,
Porque la memoria afrentas
De tus padres y los mios.
¿Tú con el Conde en un coche,
Y á vista de tanta gente,
Te paseas libremente,
Y tan cerca de la noche?
¿Qué puedes tú pretender,
Sino tu infamia, del Conde?
Pero por tí me responde
Ser mujer y ruin mujer.
¡Y que estés ya tan perdida
Que le quieras por galan,
Afrentando al Capitan
Y quitándome la vida!
Vuelve en tí; con mas cuidado
Tu vida traza y ordena;
Que la mujer, cuando es buena,
Es un reloj concertado;
Que el móvil y el fundamento
De esta admirable invencion
Es la medida razon
Y asentado entendimiento.
Son las ruedas los sentidos,
Que con tardos movimientos
Detienen los pensamientos,
Cuando pasan de atrevidos.
Las pesas son el nivel
Con que el bien ó mal obrar
Se ha de medir y pesar,
Como en un peso fiel.
El índice que señala
La hora los ojos son,
Que dicen del corazon
Si la tuvo buena ó mala.
Es el volante el temor,
Y aquel contino pensar
Que ha de correr sin parar
Hasta la muerte el honor.
Despertador, la memoria
De quién es y á quién se ofende,
Cuando deslustrar pretende
De sus mayores la gloria.
Es la campana su fama,
Que si no la tiene buena,
Por mas que la cubran, suena
Y entre todos se derrama.
Es relojero el cuidado,
Que á no tenerle, ha de estar
Alborotado el lugar,
Y el reloj desconcertado.
Y si de tí no le tienes,
Siendo á tu honor importante,
Del reloj un semejante
A ser propiamente vienes.
Y así, instrumentos pesados
Por fuerza vendréis á ser;
Que el reloj y la mujer
Suenan mal desconcertados.

ALEJANDRA.

¡Jesus, y qué gracia, hermano,
Tienes para predicar!
¡Qué lenguaje para orar!
¡Qué accion! ¡Qué sacar de mano!
Que, segun has ponderado
Mis liviandades y errores,
Son mis delitos mayores
Que el mas horrendo pecado.
¿Yo hablé al Conde, yo, don Juan,
Con tanta desenvoltura?
Sueños serán, por ventura,
Tuyos ó del Capitan.
Cuanto mas, que si salí
Ayer al campo, ¿en qué erré
Contra la empeñada fe
Que á mi tio distes y dí?
Que si tan leve ocasion
Pudiera descomponer
La honra de una mujer,
Buena andaba la opinion.
Si han de andar tan concertadas
Como el reloj, á fe mia
Que en la corte cada dia
Oyeras mil badajadas.
Y si así tu lengua infama
Su sangre, ¿qué hará la ajena?
Mujer ninguna habrá buena
Ni honesta, ni limpia fama.

DON JUAN.

¿Es agravio con rigor
Reprender tu liviandad?

ALEJANDRA.

Fuérzasme la voluntad,
Que es el agravio mayor.
Casasme, y al yugo pones
Dos novillos desiguales;
Mal las partes principales
Del matrimonio compones.
Y tan desigual partido,
¿Cómo quieres que me cuadre,
Si á quien puede ser mi padre

Esté me das por marido?
Mas no me tienes amor;
Que, á tenérmele, del Conde
Fuera mujer.

DON JUAN.

No se esconde
El amor ni el desamor.
Dime, ¿no es tu tio un hombre
Rico, principal y honrado,
Que por noble y por soldado
Es respetado su nombre,
Y que le harán del Consejo
Por sus servicios mañana?
Pues ¿qué te cansa, liviana?

ALEJANDRA.

Ser á mi disgusto y viejo.

DON JUAN.

¿El ser viejo? Pues despacio
Alejandra, y sin pasion
El cuidado y ojos pon
En la persona de Horacio.
Verás mil imperfecciones
Desde la planta á la frente,
Que ni es galan ni es valiente,
Ni luce en las ocasiones,
Ni tiene mas calidad
Que tu tio, ni es mejor,
Ni es de mas fuerza ó valor
En su boca la verdad;
Y un hombre tan á disgusto
De la corte, que la enfada.
Si esto es así, ¿qué te agrada?

ALEJANDRA.

Ser mozo y ser de mi gusto.

DON JUAN.

¡Oh, infame! (*Saca la daga.*)

ALEJANDRA.

¡Jesus! detente;
¡Daga para mí, Señor!
Envaina; que el resplandor
Me matará de repente.

Salen LEONARDO Y OLIVERA.

OLIVERA.

¿Señor don Juan?

DON JUAN.

Olivera,
¿Viene el capitan, mi tio?

OLIVERA.

No, Señor.

DON JUAN.

Tu desvarío
Castigar, loca, quisiera;
Mas no faltará ocasion;
¿Dónde queda?

OLIVERA.

Escucha aparte;
Que hoy reina sin duda Marte.

LEONARDO.

Quejas del Capitan son.

ALEJANDRA.

¡Ay Leonardo! en grande aprieto
Me ha puesto don Juan.

LEONARDO.

¿Por qué?

DON JUAN.

¿Qué me dices?

OLIVERA.

Lo que sé;
Y la verdad, en efecto,
Que yo le llevé el papel.

DON JUAN.

¿Con quién salió el Capitan?

OLIVERA.

Con l alférez Guzman,

DON JUAN.

Buen amigo tiene en él.
Por ti, Alejandra, por ti
Anda la corte revuelta.

ALEJANDRA.

¿Por mí?

DON JUAN.

Calla, desenvuelta.—
Vén, Olivera, tras mí. (*Vase.*)

ALEJANDRA.

¡Ay de mí, Leonardo amigo,
Detenle, que va enojado.

LEONARDO.

Si haré, mas será excusado;
Que está don Juan mal conmigo. (*Vase.*)

ALEJANDRA.

¡Qué de espinas, amor, entre las flores
De tus deleites tienes escondidas,
Y qué de dias y horas desabridas
En el breve placer de tus favores!
¡Qué de pesares siembras entre amores
De glorias y esperanzas prometidas,
Y qué de sobresaltos en las vidas
Que asegurar pudieran sus temores!
Si eres tan falso, amor, que divertidos
Nos llegamos á tí, ¿qué dulce engaño
Es este, con que, amor, nos traes perdidos?
Mas ¡ay de mí! que, conociendo el daño,
Juzgamos por tan cuerdos los sentidos,
Que tenemos por loco el desengaño.

Sale LEONARDO.

LEONARDO.

No le he podido alcanzar;
Que con los piés parecia
Que volaba, y no corria.

ALEJANDRA.

Bien te sabes disculpar.

Salen VILLENA Y FÚNES, *trayendo el uno un vestido de mujer y manto, y el otro unos chapines con virillas de plata.*

LEONARDO.

Aquí están Villena y Fúnes.

ALEJANDRA.

Platero y sastre han venido;
A mal tiempo es el vestido.

FÚNES.

¿Y el manto?

ALEJANDRA.

El manteo.

FÚNES.

El lúnes.

ALEJANDRA.

Póngale en ese bufete,
Y venga por la mañana;
Que agora no tengo gana
De probármele.

FÚNES.

El ribete
Advierta vuesamerced
Que se me debe, y la seda;
La cuenta á Leonardo queda. (*Vase.*)

ALEJANDRA.

Acaben ya; déjenme,
Señor Villena; el cuidado
Estimo, que va curioso
El joyel, como precioso,
Y el san Jacinto extremado.

VILLENA.

Aquestas cosas no son
De las que cuidado dan,
Porque al señor Capitan
Tengo mucha obligacion.
Pidióme se le buscasen
Estas joyuelas tambien,
Y si te parecen bien,
Que en tu poder se quedasen.

ALEJANDRA.

Y ¿qué son?

VILLENA.

Apretadores
De diamantes.

ALEJANDRA.

Serán caros.

VILLENA.

Tienen fondo y son muy claros
Y de lindos resplandores.

ALEJANDRA.

No me contentan en nada,
Como venga por sus manos.

VILLENA.

Casar viejos cortesanos
Con mozas, triste jornada.
Al fin, ¿no contentan?

ALEJANDRA.

No;
Véalos el Capitan,
Quizá le contentarán.

VILLENA.

No haré tal desórden yo,
Si habiéndomelas pedido
Horacio, no se las diera.

ALEJANDRA.

Del Conde las recibiera,
Como fuera mi marido.

VILLENA.

Es gran cosa hombre de estado
Y mozo.

ALEJANDRA.

No me dé pena.
Y ¿mis chapines, Villena?

VILLENA.

Aquí los trae mi criado.

ALEJANDRA.

Muestra. ¡Qué angostas virillas!

VILLENA.

No se usan mas de dos dedos.

ALEJANDRA.

Echan á perder los ruedos;
Ya me cansan.

VILLENA.

Pues hundillas.

LEONARDO.

Hoy no estás de buen humor.

ALEJANDRA.

Estoy, Leonardo, perdida;
Cánsame mi propia vida.

LEONARDO.

¿Qué tienes?

ALEJANDRA.

Miedo y amor.

VILLENA.

No quiero daros disgusto.

ALEJANDRA.

Toma, guarda esos chapines.
(*Ponen los chapines con el vestido sobre la mesa.*)

VILLENA.

No prometen buenos fines
Bodas con tan poco gusto. (*Vase.*)

ALEJANDRA.

¿Fuése Villena?

LEONARDO.

Ya es ido.

ALEJANDRA.

¡Qué oficiales tan pesados!
Con ellos y mis cuidados
Se cansará el mas sufrido.

LEONARDO.

Don Cárlos viene, Señora.

Sale DOÑA MENCÍA.

DOÑA MENCÍA.

¿Bella Alejandra?

ALEJANDRA.

Mis males
No son, Leonardo, mortales
Pues mi suerte se mejora.

DOÑA MENCÍA.

¿En qué puedo yo serviros?

ALEJANDRA.

Tomá esta silla, y sabréis
Mi dolor, pues conoceis
La causa de mis suspiros.—
Y tú con atentos ojos
Mira desde ese balcon
Quién entra ó sale.

LEONARDO.

Ocasion
Es para nuevos enojos. (*Vase.*)

DOÑA MENCÍA.

Quisiera con mas espacio
Y con mas gusto escucharos;
Que sabeis tan bien quejaros
Como atormentar á Horacio.

ALEJANDRA.

Si supiésedes, Señor,
Lo que por él ha pasado,
En mas hubiera estimado
El Conde mi fe y amor;
Que el cuchillo á la garganta
Puedo decir que he tenido,
Que de un hermano atrevido
Fué crueldad fiereza tanta.

DOÑA MENCÍA.

Tanto rigor no es posible,
Si no es con grande ocasion;
Que sin ella la pasion
No hace á un hombre tan terrible.

ALEJANDRA.

¿Qué mayor que la pasada,
Y conocer que á su tio
Trato con tanto desvío,
Y estuve tan apretada?

DOÑA MENCÍA.

Pues de aquesos disfavores,
Asperezas y desvíos
Nacen otros desvaríos,
Y por ventura mayores.
Sabed que ha desafiado
Hoy el Capitan al Conde.

ALEJANDRA.

Siempre, Señor, corresponde
Con el temor el cuidado.
Este suceso temí;
Que mi corazon leal
Pronosticó tanto mal.

DOÑA MENCÍA.

No os alboroteis; oí,
Que por hoy está seguro
Que ningun desman suceda.

ALEJANDRA.

¿Quién hay que atajarlo pueda?

DOÑA MENCÍA.

Yo, Alejandra, lo procuro,
Y con el mismo cuidado
Un principal caballero.

ALEJANDRA.

¿Quién es?

DOÑA MENCÍA.

Aquel forastero,
Tan valiente como honrado,
Que por el Conde y por vos
Puso en peligro su vida.

ALEJANDRA.

De amistad tan conocida
Somos deudores los dos.
Deséolo conocer
Por lo que de su persona
Me ha dicho Horacio Colona

DOÑA MENCÍA.

Sábelo muy bien hacer;
Él os vendrá á visitar.

ALEJANDRA.

Decidme, Señor, ¿mi tio
Fué quien hizo el desafío?

DOÑA MENCÍA.

Y el que habeis de regalar.

ALEJANDRA.

¿De qué suerte, si es el Conde
El dueño de mis sentidos?

Sale LEONARDO.

LEONARDO.

Señora, somos perdidos.

ALEJANDRA.

¿Qué dices? Habla, responde.

LEONARDO.

Que con don Juan, mi señor,
Viene el capitan.

ALEJANDRA.

¡Ay triste!
¿Qué pecho humano resiste
Nuevas de tanto dolor?
Que si aquí os halla don Juan,
Temo alguna desventura,
Y mayor me la asegura
La furia del Capitan.

DOÑA MENCÍA.

¿Llegan cerca?

LEONARDO.

En esa esquina
Están parados hablando.

DOÑA MENCÍA.

Una traza estoy pensando.

ALEJANDRA.

Yo mi muerte.

DOÑA MENCÍA.

Es peregrina.
Dadme de presto un vestido
De los vuestros; que ya he estado
Otra vez tan apretado,
Y esta traza me ha valido;
Que la cara, talle y brio
No lo han de echar á perder;
Que yo haré que por mujer
Me tengan tu hermano y tio.

ALEJANDRA.

Pues vele aquí; que parece
Le tenia prevenido
Para este efecto.

DOÑA MENCÍA

Nacido
Me vendrá.

LEONARDO.

A vestirse empiece;
Que yo á la puerta estaré,
Y avisaré con cuidado.

ALEJANDRA.

¿Hay tal? El talle es pintado.

DOÑA MENCÍA.

¿Parezco bien?

ALEJANDRA.

Bien, á fe.

DOÑA MENCÍA.

Yo soy muy lindo y bien hecho.

ALEJANDRA.

¡Qué buenas piernas y piés!

DOÑA MENCÍA.

Esto para tí no es
Ni de gusto ni provecho.
Esconde aquestos despojos,
Pues con estos me renuevo.

ALEJANDRA. (*Ap.*)

¡Ay Dios, qué gentil mancebo
Tras él se me van los ojos.

DOÑA MENCÍA.

¿Hay chapines?

ALEJANDRA

Sí.

DOÑA MENCÍA.

Pues muestre.

ALEJANDRA.

¿Caerás con ellos?

DOÑA MENCÍA.

No haré;
Que tiento da al que no ve,
La necesidad, maestra.
¿Ando bien?

ALEJANDRA.

Tiénesme loca;
De tu destreza me espanto;
¿Quieres toca?

DOÑA MENCÍA.

No; que el manto
Me podrá servir de toca.
¿Puede alguno, por ventura,
Juzgarme por hombre?

ALEJANDRA.

No,
Porque el cielo igual te dió
El ingenio y la hermosura.
¡Qué bien te está el traje!

LEONARDO.

Aviso;
Que suben ya la escalera.

ALEJANDRA.

Oigo.

LEONARDO.

¡Jesus!

ALEJANDRA.

¿Qué te altera?

LEONARDO.

Ver un ángel de improviso,
Que el hábito y el semblante
Al mas tentado provoca.

ALEJANDRA.

Leonardo, sella la boca
Con este rico diamante.
(*Dale una sortija.*)

LEONARDO.

No hablaré mas que una piedra.
¿Hay mas graciosa invencion?

Salen DON BELTRAN Y DON JUAN.

DON JUAN.

Dar lugar á la pasion,
Y en tal caso ¿qué le medra
Dejaldo, si sois servido;
Que estas son cosas pesadas

DON BELTRAN.

Con darle dos cuchilladas
Estuviera concluido.

ALEJANDRA.

Hermano, tio y señor,
¿Hoy sin verme? ¿Qué es aquesto?
Tanto descuido tan presto,
Señal es de poco amor;
Que á no haberme divertido
Con esta dama, mi amiga,
La soledad enemiga
Mucho la hubiera sentido.

DON BELTRAN.

Alejandra, si entendiera
Que divertirte podia,
Todas las horas del dia
Te regalara y sirviera;
Pero, como estoy tan cierto
Que mi vista te da enojos,
Y que en mí pones los ojos
Como en un cadáver muerto,
Retirome, porque veo
Que te doy disgusto en verte,
Privándome de esta suerte
De aquello que mas deseo.

DOÑA MENCÍA.

Ella me ha dicho, os prometo,
De vos dos mil excelencias.

DON BELTRAN.

Que todas son apariencias.

DOÑA MENCÍA.

Todo es amor y respeto.

ALEJANDRA.

Siempre he sido desgraciada
Con mi tio; estoy corrida
De ver que no sea creida
Cuando estoy menos culpada.

DON JUAN.

Leonardo, ¿no echas de ver
Cuán trocada está mi hermana?

LEONARDO.

De la noche á la mañana
No hay firmeza en la mujer.

DOÑA MENCÍA.

Terrible desconfianza.

DON BELTRAN.

Efectos son del amor.

DON JUAN.

Leonardo, ¡ay de mí!

LEONARDO.

¿Señor?

DON JUAN.

Mira qué nueva mudanza.—
¿Sabes quién es, por tu vida,
Aquesta hermosa mujer?

LEONARDO.

Bien, á fe.

DON JUAN.

(*Ap.* ¡Tan presto arder!
Tan presto el alma rendida!)
¿No respondes?

LEONARDO.

Una amiga
De tu hermana. (*Ap.* ¿Hay tal suceso?)

DON JUAN.

¡Ay, Leonardo! pierdo el seso.

LEONARDO.

¿Qué tienes?

DON JUAN.

Amor lo diga.
Y ¿sabes cómo se llama?

LEONARDO.

No lo sé. (*Ap.* ¡Gracioso loco!)

DON JUAN.

¿Ni dónde vive?

LEONARDO.

Tampoco.

DON JUAN.

Tanto mas crece mi llama.

DON BELTRAN.

Digo que vivo engañado,
Y en albricias del favor,
Los quilates de mi amor
Prueba en la fe que te he dado.

LEONARDO.

¡Qué! ¿te has ofendido?

DON JUAN.

Mira.
Leonardo, aquella mujer,
Y podrás echar de ver
Lo que suspende y admira.
Mira en sus ojos dos soles,
Que despiden claros rayos,
Y en sus mejillas dos mayos
Con nativos resplandores.
Mira en su boca cifrado
Un paraiso terreno,
Y mira un cielo sereno
En toda junta pintado.

LEONARDO.

¿Hay tan extraño accidente?
Señor, vuelve en tí, ¿qué es eso?
Que todo es de carne y hueso,
Ojos, mejillas y frente.
Quiérote desengañar;
Mas será echarlo á perder.

DON BELTRAN.

Quiero, sobrina, creer
Lo que pudiera dudar.

Sale OLIVERA.

OLIVERA.

Un criado quiere hablarte,
Del conde Horacio.

DON BELTRAN.

Olivera,
Dile que ya salgo fuera.—
Don Juan, escucha á esta parte.

ALEJANDRA.

¿De quién ha sido el recado,
Que se dió con tal secreto?

DON BELTRAN.

De un amigo, te prometo.

ALEJANDRA.

¿Amigo, y tan recatado?

DON JUAN.

Decis bien; ya no se excusa,
Como el recado primero.

ALEJANDRA.

¿Dónde vais?

DON JUAN.

Un caballero
Nos aguarda.

(*Vanse todos, menos doña Mencía y Alejandra.*)

ALEJANDRA.

Estoy confusa.—
Don Cárlos, el corazon
Me dice que es el recado
Del conde Horacio,

DOÑA MENCÍA.

Cuidado
Me da tu imaginacion;
Pero de él saldré bien presto.
Ayúdame á desnudar.

ALEJANDRA.

Mira que vuelven á entrar.

DOÑA MENCÍA.

¿Jaramillo?

Sale LEONOR.

LEONOR.

¿Qué es aquesto?
Señor, ¿qué invencion, qué traje
Es aqueste, qué vestido?

DOÑA MENCÍA.

Despues sabrás lo que ha sido.

ALEJANDRA.

Don Cárlos, ¿es vuestro el paje?

DOÑA MENCÍA.

Mio es, y de él sabrémos
Aquello que recelamos,
Porque tanto cuanto amamos
Viene á ser lo que tememos.
¿Dónde queda Garceran,
Jaramillo?

LEONOR.

Con Horacio
Le dejo junto á palacio,
Esperando al Capitan,
Que para darle un recado
Le salió á buscar Rugero.

ALEJANDRA.

Mi temor fué verdadero.

DOÑA MENCÍA.

Y con causa mi cuidado.

ALEJANDRA.

Vestíos luego al momento,
Y procurad atajar
El daño, no deis lugar
A algun suceso sangriento
No llegue su desvarío
A hacerle tan lastimoso,
Que pierda en el Conde esposo,
Y en los dos, hermano y tio.

DOÑA MENCÍA.

Mucho mas que tu temor
Es, Alejandra, mi pena;
Pero aquesta traza ordena
Para tu remedio amor.
Toma un manto, y no te asombres
Si acaso milagros vieres;
Que amor hace hombres mujeres,
Como hace mujeres hombres.
Que de esta suerte tapadas,
Y sin otra compañía,
En tu firme amor confía
Que hará mas que sus espadas.
En hacerlo no aventuras
Tu honor, ni el caso es liviano,
Si del Conde y de tu hermano
El sosiego y bien procuras.

ALEJANDRA.

¿Qué no haré por redimir
Vida que tanto me cuesta?

LEONOR.

Señor, buena anda la fiesta.

DOÑA MENCÍA.

¿Cómo acertaré á salir?

Salen HORACIO, DON GARCERAN Y SOLANO.

DON GARCERAN.

Aquí podemos, Señor,
Esperar al Capitan.

HORACIO.

Ha sido, don Garceran,
La resolucion mejor.

DON GARCERAN.

Hablarle es mas acertado,
Porque escribe el mas prudente,
Sin pensar, pesadamente,
Si acierta á estar enojado.
Y aquesta opinion es mia;
Que no hay arma tan cruel
Que hiera como un papel
Escrito con demasía.

HORACIO.

Segun se tarda Rugero,
No ha dado con él.

SOLANO.

Por Dios
Que si salen mas de dos,
He de reñir el postrero.
Ya vienen los bravoneles.

DON GARCERAN.

¿Son ellos, Conde?

HORACIO.

Ellos son.

SOLANO.

Señores, anden á un son
Espadas y cascabeles.

Salen DON BELTRAN Y DON JUAN.

¡Qué brava salva se han hecho
Con los sombreros! Si calva
Tuviera alguno, la salva
No le hiciera buen provecho.

HORACIO.

Aquí, señor Capitan,
Me ha traido un papel vuestro,
Si no puntual, con gana
De serviros y de serlo.
Bien podeis con libertad
Decirme qué es vuestro intento,
Que de lo que aquí pasare
Seguro estará el secreto;
Que con atentas orejas
Escucharé, como reo,
El cargo, que pongo en duda
Podais con justicia hacerlo.

DON BELTRAN.

Señor Conde, el cargo es justo,
Y si, como justo, recto
Fuera el juez, condenado
Estábades en derecho.
Ya sabeis mi calidad,
Y tambien el parentesco
Que tengo con Alejandra,
Y mi pretension tras eso,
Y que es su hermano don Juan
Tan honrado caballero,
Que es digno que se le guarde
Justo y debido respeto.
Pues siendo así, vos, Señor,
Con músicas y paseos
Haceis pública la causa
Y evidentes los efectos;
Que á pié, á caballo y en coche,
Como si fuera terrero
La calle de los Preciados,
Os preciais de ser molesto;
Y que una tarde en el Prado,
A vista de todo el pueblo,
A su pesar y disgusto,
Fuistes su coche siguiendo;
Y tras esto, tan pesado,
Tan atrevido y tan necio,
Que al paso de sus caballos
Iba caminando el vuestro.
Todas estas cosas, Conde,
Me han dicho, y yo las sospecho,
Y sospechas informadas
Hacen el caso mas cierto.
Y porque entendais que agravios
No consienten ni consiento,
Sus deudos como su sangre,
Ni yo como esposo y deudo,
A este lugar para hablaros
Os llamé, donde pretendo,
O acabar con mis cuidados,
O asegurar mis recelos;
Que si á costa de mi honor
Vuelan vuestros pensamientos
Las alas les quebraré,
Como á locos y soberbios.

HORACIO.

Otras veces, Capitan,
Mas reportado y mas cuerdo
Pienso que me habeis hablado
Y sobre este caso mesmo.
Pero agora echo de ver
Que está vuestro entendimiento
Con la pasion, deslumbrado,
Y el discurso poco menos.
Y que lo estáis, cosa es llana,
Pues no veis que es un ejemplo
De honestidad Alejandra,
Como de hermosura un cielo.
Que limpiamente la he hablado
Algunas veces, confieso;
Y si es culpa que me carga,
Yo, Capitan, me condeno.
Mas puédoos asegurar
Que de su recato honesto
Nadie podrá murmurar,
Vive Dios, sino mintiendo.
Y quien la infama y mormura
Sois los dos, pues falsos sueños,
Locas imaginaciones,
Admitis por casos ciertos.
Mengua es de hombres principales
Tener de una mujer celos,
Si es la mas segura guarda
Ni pedillos ni tenellos;
Y así, Capitan, de hoy mas,
De tan flacos fundamentos
No levanteis edificio
Que os venga á servir de entierro.

DON JUAN.

Conde, el Capitan, mi tio,
No es de los hombres plebeyos
Con quien se pueda tratar
Con tan desigual imperio;
Ni yo, siendo su sobrino,
Lo he de consentir. Tratemos
Lo que importa, que palabras
No son de ningun efecto;
Que él se queja con razon,
Y con la misma me quejo,
Como mas interesado
En su daño ó su provecho.

DON GARCERAN.

¿Qué quejas, qué sinrazones,
Qué agravios, qué sentimientos
Son estos, si son mayores
Los del Conde que los vuestros?
Si andais de noche y de dia
Por todo el barrio inquiriendo
Si pasó por vuestra calle,
A qué hora y á qué tiempo;
Si habló Alejandra, si acaso
Por avisarla habló récio,
Enfrente de su ventana,
Al lacayo ó al cochero;
Diligencias excusadas,
Impertinentes desvelos,
Que no sirven para mas
Que infamarla y ofenderos.
Y de vos, Señor, me espanto
Que, consultando al espejo,
No echeis de ver que han pasado
Por vos ya sesenta inviernos;
Y es vergüenza que se diga
Que un hombre de canas lleno
Ande acuchillando esquinas
Cuando ha de darnos consejos.
Dejad ya, por vida mia,
Amorosos devaneos,
Valentías de soldado
Y locuras de mancebo.
Y si habeis de andar, Señor,
Cada dia en estos pleitos,
Acabarlos de una vez
Es el mas fácil remedio;
Que ya en el Prado perdí
En otra ocasion el miedo
Al herir de esas espadas
Y al brio de aquesos pechos.

DON BELTRAN.

¿Sois vos aquel gentil hombre
Con quien el pasado encuentro
Tuvimos don Juan y yo?

DON GARCERAN.

El mismo soy.

DON BELTRAN.

(*Ap.* Ya reviento,
Ya son mis celos mayores,
Y mis temores mas ciertos;
Que este fué quien hizo espaldas
A mi afrenta y vituperio.)
Sobrino, el Conde sin duda
Nos ha ofendido.

Salen DOÑA MENCÍA Y ALEJANDRA, *cubiertas con mantos*, *y* LEONOR, *detrás*, *en hábito de hombre.*

ALEJANDRA.

Agüijemos;
Que dan voces.

SOLANO.

Vive Dios,
Que es el Capitan acedo.
Temor tengo que ha de haber
Algun diluvio sangriento;
Si de esta escapo, ermitaño
Tengo de ser ó ventero.

DON JUAN.

Pues ¿qué aguarda un ofendido?
Meted mano.

ALEJANDRA.

Caballeros,
(*Descúbrense.*)
Mirad quién teneis delante.

DON JUAN.

Alejandra, ¿qué es aquesto?

HORACIO.

¿Don Cárlos?

DON GARCERAN.

¿Doña Mencía,
Señora?...

DOÑA MENCÍA.

Paso, estáis ciego;
¿No me conoceis?

DON GARCERAN.

¡Ay triste!
Perdonad, que estoy sin seso;
Que, como dentro del alma
Traigo, don Cárlos, impreso
Aquel fénix de hermosura,
Y sois su retrato bello,
Toda el alma se alborota
Cuando de repente os veo,
Y mas en aqueste traje;
Que en solo verle ardo y tiemblo.—
¿Qué os parece de esto, Conde?

HORACIO.

Tiéneme el caso suspenso.

DOÑA MENCÍA.

Aquesto, Conde, ha de ser
Vuestro principal remedio;
Disimulad, que despues
Veréis si fué de momento
Aquesta transformacion.

DON GARCERAN.

Es admirable su ingenio.

DON BELTRAN.

¿Qué es esto, Alejandra ingrata?
¿Vienes á darme veneno
Con tu vista, y encender
Mas mi cólera y mi fuego?

ALEJANDRA.

No vengo sino á excusar,
Tio y señor, lo que temo,
Que es mi honor el que padece,
Y yo soy la que mas pierdo.
No quiera mi suerte avara
Que pierda con el suceso
Hermano que tanto amo
Y tio que tanto quiero.

DON BELTRAN.

¿Tú me quieres?

DON JUAN.

¿Tú me estimas?

DOÑA MENCÍA.

Señor Capitan, dejemos
Las cosas que traen consigo
Desengaños verdaderos,
Y sed amigo del Conde.

DON BELTRAN.

¿Yo amigo?

DOÑA MENCÍA.

Sí; yo os lo ruego.—
Y á vos, Señor, os suplico
Que me seais buen tercero.

DON JUAN.

¿Cómo podré disponer
De voluntad que no tengo,
Que, si es vuestra, ya no es mia?

DOÑA MENCÍA.

No respondo á quien no entiendo.

DON JUAN.

Pues reparad en mis ojos,
Que ellos dirán lo que siento;
Que, como lenguas del alma,
A voces lo están diciendo.

DOÑA MENCÍA.

Bien está, ya os he entendido;
Este negocio acabemos,
Sosegad á vuestro tio;
Que despues nos hablarémos.

DON JUAN.

Ya veis, Señor, á mi hermana
Y á esta dama de por medio;
De la una el llanto obliga,
Como de la otra el ruego.
Lo forzoso, voluntario
Se ha de hacer; al Conde hablemos,
Sin admitir mas descargo
Que la confesion que ha hecho.

DON BELTRAN.

Haréle por daros gusto.

DOÑA MENCÍA.

Ha de ser con juramento
Que confirme esta amistad.

DON JUAN.

Eso será lo de menos.

DON BELTRAN.

Como el Conde de su parte
No dé ocasion, yo la aceto.

HORACIO.

De mí, señor Capitan,
Podeis estar satisfecho.

DON BELTRAN.

Pues con esa condicion
Ser vuestro amigo prometo.—
Y en vuestras hermosas manos
Hago homenaje de serlo.
(Da las manos á Mencía.)

DOÑA MENCÍA.

Vos, Alejandra, lo mismo
Pedid al Conde.

HORACIO. *(Ap.)*

¿Qué es esto,
Querida Alejandra mia?

ALEJANDRA.

Fuerza de amor.

HORACIO.

Yo lo creo.

ALEJANDRA.

Dadme la mano. ¿Jurais,
Conde, como caballero,
De ser su amigo?

HORACIO.

Sí juro.
(Ap. Como jureis vos primero
De ser mi esposa.)

ALEJANDRA.

Sí juro.

DOÑA MENCÍA.

Pues hágaos muy buen provecho,
Como malo al Capitan,
Si os pusiere impedimento.

ALEJANDRA. *(Ap.)*

No lo entienda; habla, Señor,
Mas bajo, y á lo que os debo
No añadais obligaciones.

DOÑA MENCÍA. *(Ap.)*

De serviros yo las tengo,
Como servidor del Conde.

ALEJANDRA.

Señores, aquesto es hecho.

HORACIO.

Adios, señor Capitan. *(Vase.)*

DON BELTRAN.

Guárdeos, señor Conde, el cielo.

DOÑA MENCÍA.

Dad la mano á vuestro tio;
Que yo á vuestro hermano quiero
Hacer aqueste favor.

DON JUAN.

Por él, Señora, os las beso.
(Vanse todos, menos Solano.)

SOLANO.

Jaramillo, este tu amo
Debe de ser hechicero,
Escolar ó nigromante;
Porque aquellos embelecos
Y aquestas transformaciones,
¿Quién las hace sino aquellos
Que andan de viga en viga
Y vuelan de techo en techo?
Y si es así, Jaramillo,
Dile que yo se lo ruego,
Que no me convierta en ganso,
Sino en vino de Alaejos.

JORNADA TERCERA.

Salen DOÑA MENCÍA, DON GARCERAN, LEONOR *y* SOLANO.

DON GARCERAN.

Bien salió el disfraz, don Cárlos.

DOÑA MENCÍA.

Enamorarse don Juan
Ha sido, don Garceran,
Mucho mejor que engañarlos.
¿Qué ha dicho el Conde?

DON GARCERAN.

Está loco
De placer.

DOÑA MENCÍA.

Y con razon;
Que tener la posesion
De quien bien quiere no es poco.
Y pues sus cosas amor
Las ha puesto en tal estado,
Las vuestras me dan cuidado,
Y veros sin él mayor.
Vos quereis bien, vos amais,
Y tan principal mujer
Ausente no puede ser,
Pues presente la olvidais;
Que quien tiene amor constante,
Aunque lo amado esté ausente,
En todo tiempo presente
Lo ha de juzgar el amante;
Y así, pienso que perdida
Teneis la memoria de ella.

DON GARCERAN.

¡Ay, don Cárlos! vive en ella,
Que quien ama tarde olvida;
Que las cenizas están
De aquel incendio calientes,
Y aquellos dias presentes,
Que malas noches me dan.

DOÑA MENCÍA.

No sé cómo concertar
Tanto arder, penar, sufrir,
Con no la ver ni escribir,
Ni alguna disculpa dar;
Que si como vos la amara,
Fueran como mis deseos
Las cartas y los correos
Que escribiera y despachara.

DON GARCERAN.

Pues ¿quién tendrá atrevimiento
De escribir á una mujer
Tan principal, sin temer
Su ira y su sentimiento?
Que si cuando me partí
De Salamanca lo hiciera,
No dudara ni temiera
Escribirla desde aquí.
Pero quien usó con ella
Tan desigual cortesía,
Escribiéndola, seria
Hacer mayor su querella.

DOÑA MENCÍA.

No teneis qué reparar
Ni qué dudar ni temer;
Que quien bien supo querer,
Tarde y mal sabe olvidar.
Escribilda este ordinario;
Yo tambien escribiré
A persona que le dé
Las cartas, si es necesario.
Que cuando tenga entendida
La ocasion de vuestra ausencia,
Hallaréis sin resistencia
Dulce y alegre acogida.

DON GARCERAN.

Escribámosla en buen hora,
Y ha de ser entre los dos.

DOÑA MENCÍA.

Mejor lo haréis solo vos.

DON GARCERAN.

Teme el alma, que la adora.

LEONOR.

¿No ves la conversacion
De nuestros amos, Solano?

SOLANO.

Si no murmuran, hermano,
Tratan nuestra perdicion;
Que estos pelones listados
Descansan con nuestras penas,
Y son pebres de sus cenas
Decir mal de sus criados.

DON GARCERAN.

Saca aquí fuera, Solano,
El recado de escribir.

(*Va Solano por el recado de escribir*)

DOÑA MENCÍA.

Tú, Jaramillo, acudir
Puedes al correo temprano,
Y buscarásme quien parta
A Salamanca á las veinte,
Porque traiga brevemente
Respuesta de aquesta carta.
Pero no vayas, detente,
Que hablar quiero yo á Morales;
Que piden despachos tales
Mas solícito expediente.

Sale SOLANO, *con el recado de escribir*

SOLANO.

Aquí tienes el recado
De escribir y de contar,
De mentir y de engañar,
De notar y ser notado.
¿Falta otra cosa?

DON GARCERAN.

Poner
Este bufete á este lado.

SOLANO.

(*Ap.* Todo lo quiere pintado
Quien no tiene que comer.)
¿Está bien? (*Pone el bufete.*)

DON GARCERAN.

Llega otra silla.

SOLANO.

Y aun dos he llegado. ¿Hay mas?
Que si como mandas das,
Serás señor de Tobilla.

DOÑA MENCÍA.

No os divierta aqueste loco;
Empieza á escribir.

DON GARCERAN.

Solano,
Calla.

DOÑA MENCÍA.

Sosegad la mano,
Sin borrones, poco á poco.

DON GARCERAN.

Diréla mi soledad
Y la larga pena mia,
Pintaré mi cobardía
Y mi firme voluntad,
Mis suspiros y mi llanto,
Con que me abraso y me anego.

DOÑA MENCÍA. (*Ap.*)

¿Qué es esto, amor? ¡Tanto fuego,
Y en mi pecho hielo tanto!
Pero conviene á mi honor
Hacer de su fe experiencia;
Que es justa la resistencia,
Aunque firme sea su amor.

SOLANO.

Jaramillo, ¿no penetras
Lo que escriben?

LEONOR.

Ni es posible.

SOLANO.

Para mí no hay imposible.

LEONOR.

Pues ¿qué es lo que escriben?

SOLANO.

Letras,
Y juntas harán razones,
Y las razones dirán
Que pide don Garceran
Prestados ciertos doblones;
Que yo imagino que al Conde
Escribe mi pobre amo,
Porque siempre á este reclamo
Hidalgamente responde.

LEONOR.

Diferente pensamiento
Es el mio; que escribir
Tan conformes es decir
Que tenemos casamiento.

SOLANO.

Pues ¿quién se quiere casar?

LEONOR.

Don Garceran, ó me engaño.

SOLANO.

Librea de fino paño
No se podrá despintar.
¿Quién es la novia?

LEONOR.

Una dama
De Salamanca.

SOLANO.

Es famosa,
Si es una viuda hermosa
Que allí celebra la fama.

LEONOR.

Ella será; no hay prudencia
Donde hay voluntad y amor.

DOÑA MENCÍA.

Bien escrita está, Señor.
Cerradla y tened paciencia;
Que yo la despacharé
Con otra mia esta tarde,
Y el lúnes, á lo mas tarde,
Respuesta de ella tendré.

GARCERAN.

Ya está cerrada.

DOÑA MENCÍA.

Rogad
A quien teneis por patron
Que llegue á buena ocasion,
Y venga con brevedad.

DON GARCERAN.

Tomad la carta, que en ella
Libro todo mi tesoro;
Que si á los ojos que adoro
Llega, nací en buena estrella.

DOÑA MENCÍA.

¿Dónde me esperais?

DON GARCERAN.

En casa
Del conde Horacio os aguardo.

DOÑA MENCÍA.

Adios.

DON GARCERAN.

Vuela, tiempo tardo.

SOLANO.

Tardo es el tiempo, él se casa.

Salen DON JUAN Y DON BELTRAN.

DON BELTRAN.

Aquesta dispensacion
Me trae, don Juan, desabrido.

DON JUAN.

¿De Roma no ha respondido
El curial?

DON BELTRAN.

Solo un renglon,
Dos meses há, y remití
Por cada letra cien reales;
Que para dar á curiales
No hay plata en el Potosí.
Dicen procura favor
Con el cardenal Colona.

DON JUAN.

Para tan grave persona
En la corte está el mejor;
El conde Horacio es sobrino
Del Cardenal, y en la mano
Le tenemos.

DON BELTRAN.

No está llano,
Don Juan, aquese camino.

DON JUAN.

Llano estará, si es el Conde
Vuestro amigo declarado.

DON BELTRAN.

Amigo reconciliado
Mal y nunca corresponde;
No le hablaré, aunque la vida
Me importe; que si en el pecho
Costumbre el rencor ha hecho,
Con dificultad se olvida:
Que mis celosos temores
Batallan siempre conmigo,
Porque con capa de amigo
Suelen, don Juan, ser mayores.

DON JUAN.

Terrible sois.

DON BELTRAN.

Ya lo veo;
Pero yo me enmendaré.

Sale OLIVERA.

OLIVERA.

Gracias á Dios, que te hallé.

DON BELTRAN.

Yo se las doy, que te veo.
¿Hay algo de nuevo?

OLIVERA.

Sí,
De Roma el despacho.

DON BELTRAN.

Albricias
Tendrás, como las codicias,
Si traen carta para mí.—
¿Teneis qué hacer?

DON JUAN.

Sí, Señor.

DON BELTRAN.

Pues yo me llego al correo. (*Vase.*)

DON JUAN.

Con extraño hombre peleo,
Todo es celos y temor;
Pésame de haberle dado
A mi hermana por mujer,
Porque juntos han de ser
Un ejército encontrado;
Que ¿cuándo paz han tenido
La paloma y el milano,
Mujer moza y viejo cano,
En un lecho y en un nido?

Salen ALEJANDRA Y LEONOR.

ALEJANDRA.

¿Fuése el Capitan, mi tio?

DON JUAN.

Ya se fué.

ALEJANDRA.

¿Vendrá tan presto?

DON JUAN.

No lo sé.

ALEJANDRA.

Don Juan, ¿qué es esto?
¿Con tu hermana ese desvío?
Alza los ojos, ¿qué tienes?
Qué te da pena y cuidado?
¿Hase tu dama enojado?
¿Date celos ó desdenes?

DON JUAN.

No he sido tan venturoso,
Hermana, que haya llegado
Siquiera á ser desdichado,
Cuanto mas á estar dichoso;
Pues decirme no has querido
Quién es ni cómo se llama
Aquella hermosa dama
Que me trae desvanecido.
Hermana de perlas y oro,
Si mi tormento te obliga,
Dime qué mujer, qué amiga,
Es aquel ángel que adoro.
¿En qué zona, en qué lugar
Asiste tan apartado,
Que el deseo ni el cuidado
No la han podido encontrar?

ALEJANDRA.

Tiéneme muy obligada,
Don Juan, para que te diga
Quién es aquella mi amiga,
Tan hermosa y retirada.

DON JUAN.

Representarme no quieras
Las cosas que dan pesar;
Que yo te sabré obligar
Con mas gusto y con mas veras.

ALEJANDRA.

¿Has de reñirme?

DON JUAN.

No haré.

ALEJANDRA.

¿Ni darme pena?

DON JUAN.

Tampoco.

ALEJANDRA.

¿Ni mas daguita?

DON JUAN.

Fui loco.

ALEJANDRA.

¿Ni amenazarme?

DON JUAN.

¿Por qué?

ALEJANDRA.

Y si en el Prado algun dia
Me llegase el Conde á hablar,
¿Tiénesle de acuchillar?

DON JUAN.

Gran disparate seria.

ALEJANDRA.

Y si por la calle pasa
Y me asomase al balcon,
¿Ha de haber reprension?

DON JUAN.

Aunque le metas en casa;
Y no me apures, que harás
Que me infame mi locura;
Que yo fio en tu cordura
Que todo lo excusarás.
¿Quién es? Dilo, hermana bella.

ALEJANDRA.

No podré con claridad;
Que en un dia de amistad
¿Qué te podré decir de ella?
Que aun su nombre, te prometo,
Don Juan, que se me ha olvidado;
Pero della y de su estado
Te informa, como discreto,
De don Cárlos, porque él sabe,
Como Garceran, quién es,
Y haráslo por interés.
Es la mujer mas suave,
Mas cuerda y entretenida,
Mas agradable y graciosa,
Mas dulce y mas amorosa
Que he conocido en mi vida.
Y dejóme tan prendada,
Que visitarla quisiera,
Y aquesta tarde lo hiciera,
A saber de su posada.

DON JUAN.

Pues voyle, Alejandra, á hablar;
Que trazar con él querria
Que pueda en tu compañía
Verla, hablarla y visitar. *(Vase.)*

Sale LEONARDO.

ALEJANDRA.

Leonardo, ¿no es extremada
La locura de un hermano?

LEONARDO.

Desengañarle temprano
Es cosa mas acertada;
Que amor y pasion tan fuerte
Pueden quitarle el juicio;
Que el demasiado ejercicio
De la fantasía es muerte.

ALEJANDRA.

Estáme bien que don Juan
Trabe amistad con los dos.

LEONARDO.

A él le está mal, por Dios,
Y peor al Capitan.
Ya entiendo tu pensamiento,
Y el fin á que corresponde;
Que la amistad con el Conde
Apoyas.

ALEJANDRA.

Ese es mi intento;
Porque el Capitan, Leonardo,
Me cansa con su porfía.

LEONARDO.

Pues para aquel triste dia
Que te desposes te aguardo.

ALEJANDRA.

¿Yo desposar con mi tio?
¡Jesus! Leonardo, primero
Me mataré.

LEONARDO.

Intento fiero.
En Dios, Señora, confio;
Porque en la dispensacion
Tenia dificultad,
Y es mucha la autoridad
Del Conde en esta ocasion.

ALEJANDRA.

Es verdad, pero el temor
Enflaquece mi esperanza,
Porque es la desconfianza
Hija bastarda de amor;
Hablar al Conde quisiera.

LEONARDO.

Iréle á buscar, si quieres.

ALEJANDRA.

¡Ay mi Leonardo! Tú eres
Mi remedio; parte... Espera.

Sale RUGERO.

ALEJANDRA.

Rugero, seas bien venido.
¿Y el Conde?

RUGERO.

Queda en la calle.

ALEJANDRA.

Di que se apee; que hablalle
Deseo.

LEONARDO.

Intento atrevido.

RUGERO.

Voyle á avisar. *(Vase.)*

LEONARDO.

Rematada,
Señora, estás; vuelve en tí,
No quieras se acabe aquí
La tragedia comenzada.
¿No te escarmienta el aprieto
En que te viste, pasado?
Háblale, mas con cuidado;
Tenle amor, mas con secreto.
Teme á tu hermano mayor
Y á las canas de tu tio,
Tu peligro, si no el mio,
Mi vida, si no tu honor.
No pienses que el Conde es Cárlos,
Que se puede disfrazar,
Fingir ni disimular,
Ni has de volver á engañarlos.

ALEJANDRA.

Que no hay temor que me impida;
Que quien tan de veras ama
Atropella con su fama,
Con honor, hacienda y vida;
Y no estés tan temeroso;
Que cuando venga don Juan
Y mi tio el Capitan
Hallaránme con mi esposo.

Sale EL CONDE HORACIO.

HORACIO.

Mi bien, ¿tan grande favor
Con tantos inconvenientes?

ALEJANDRA.

Señales son evidentes,
Conde, de mi firme amor
Y del peligro presente,
Que es la causa que me obliga
A que despacio te diga
Lo que el alma sufre y siente.

LEONARDO.

Si ha de ir la conversacion
Tan despacio, considera
Que en esta sala primera
No estáis bien.

ALEJANDRA.

Tienes razon.

HORACIO.

Eres, Leonardo, discreto.

ALEJANDRA.

En la pieza de mi estrado
Nos entremos; ten cuidado.

LEONARDO.

Y yo ¿qué tendré?

ALEJANDRA.

Secreto.

Salen DON GARCERAN Y SOLANO.

DON GARCERAN.

¿Que yo me caso, Solano?

SOLANO.

Y ¿fuera gran maravilla
Estar ingerto en Castilla
Un naranjo valenciano?

DON GARCERAN.

Y ¿que es con doña Mencía?

SOLANO.
Así me lo dió á entender
Jaramillo.

DON GARCERAN.
Puede ser;
Mas no es tal la suerte mia.
¿Halo soñado?

SOLANO.
No sueña,
Porque no duerme jamás.

DON GARCERAN
¿Cómo vive?

SOLANO.
Bueno estás;
Vivirá mas que una dueña,
Es encantado; experiencia
He hecho de esta verdad
Por tener necesidad
De asegurar mi conciencia;
Que no sé qué he sospechado
Despues que duerme conmigo
Y de un cristiano y amigo
Sospechar mal es pecado.

DON GARCERAN.
¿Qué sospechas?

SOLANO.
Lo que temo:
Que es hermofrodito.

DON GARCERAN.
Extraño
Juicio.

SOLANO.
Pues no es extraño;
Que es hermofrodito ó memo.

DON GARCERAN.
¿Qué dices?

SOLANO.
Buena es la risa.

DON GARCERAN.
Necias imaginaciones.

SOLANO.
Si se acuesta con calzones,
Y se cose la camisa,
Y se viste con estrellas,
Y se entra en la cama á escuras,
¿Son muestras estas seguras
Para presumir bien dellas?

DON GARCERAN.
Pues ¿quieres tú condenar
Lo que es recato y limpieza?
¡Bueno estás de la cabeza!

SOLANO.
Muy malo debo de estar;
Pues juro á Dios que el coserse,
Madrugar y recatarse,
No dormir y retirarse,
Y en la cama recogerse,
Que tiene algun fundamento,
Y mayor que el que barrunto;
Pero ya he dado en el punto,
O no tengo entendimiento;
Y es, don Garceran, forzoso
Que una de dos ha de ser:
Que es Jaramillo mujer,
Y si no mujer, potroso.

DON GARCERAN.
Entrambas cosas, Solano,
Son posibles. Mas ¿qué has hecho,
Pues que no te has satisfecho,
Estando del pié á la mano?

SOLANO.
Pregúntale á mi cuidado
Lo que de noche procuro,
Mas mientras mas me aseguro,
Le hallo menos descuidado.
Yo finjo si él disimula,
Y déjole asegurar,
Mas si le vuelvo á palpar,
Vuelve el anca como mula.

DON GARCERAN.
Tú traes terrible contienda;
Pero por eso no dejes
La empresa, aunque mas le aquejes,
Y él se resista y defienda;
Que si es mujer, de su engaño
Otro se infiere mayor,
Porque sus trazas amor
Guia por camino extraño.

Salen HORACIO y RUGERO.

HORACIO.
¿En qué me puedo emplear,
Que me esté tan bien, Rugero?

RUGERO.
Mira lo que haces primero.

HORACIO.
Que no tengo que mirar;
Es Alejandra hermosa,
Rica, honesta, limpia, afable,
Discreta, dulce, agradable,
Cuerda, sábia y virtuosa;
Y quiérola tanto, en suma,
Que á don Juan se la pidiera,
Aunque en las malvas naciera,
Como Vénus en la espuma.

SOLANO.
El Conde, don Garceran.

DON GARCERAN.
¡Oh Señor! Seais bien venido.
¿Qué buen viento os ha traido?

HORACIO.
Salí á buscar á don Juan.

DON GARCERAN.
¿Qué le quereis?

HORACIO.
Consultar
Con él cierto parecer.

Salen DOÑA MENCÍA y LEONOR.

DOÑA MENCÍA.
¿Es hora ya de comer,
Solano?

SOLANO.
Y aun de cenar.

DOÑA MENCÍA.
¿Qué hace tu amo?

SOLANO.
¿Estás ciego?
¿No le ves entretenido
Con el Conde?

DOÑA MENCÍA. (*Ap. á Leonor.*)
¿Hasme entendido?

LEONOR. (*Ap. á doña Mencía.*)
Sí, Señor.

DOÑA MENCÍA. (*Ap. á Leonor.*)
Pues parte luego.
(*Vase Leonor.*)

DOÑA MENCÍA.
¿Podré, señores, terciar
En esta conversacion?

DON GARCERAN.
Llegais á buena ocasion;
Que ahora se empezó á entablar.

DOÑA MENCÍA.
Y ¿qué es el juego?

HORACIO.
De damas.

DOÑA MENCÍA.
Y ¿qué se juega?

HORACIO.
Favores.

DOÑA MENCÍA.
Miron soy, no tengo amores,
Ni son para mí sus llamas;
Jugad los dos en buen hora,
Qué yo miro desde afuera.

DON GARCERAN.
Por daros gusto lo hiciera,
Mas hállome pobre agora.

DOÑA MENCÍA.
Pues tened firme esperanza
Que presto caudal tendréis,
Con quien perdais y ganeis,
Con quien tanto bien alcanza.

HORACIO.
Mas pobre soy en mi estado
Que en el suyo Garceran,
Si alimentos no me dan,
Por verme tan empeñado;
Que Alejandra en este punto
Al juego de bien amar
Me ha acabado de ganar
Cuerpo y alma, todo junto;
Y como la cantidad
Es infinita en rehenes,
Como mas seguros bienes,
Le dejo mi libertad.

DON GARCERAN.
Tales pérdidas, Señor,
Por ganancias las tened;
Mas quien os cogió en la red
Era gentil cazador.

HORACIO.
¿Qué mas redes que razones
Dichas con labios suaves?
Ni qué cazador, que graves
Y fuertes obligaciones?
Resuelto estoy, Garceran,
A casarme, mas quisiera
Ordenallo de manera
Que lo supiera don Juan.

DON GARCERAN.
Antes soy de parecer
Que no lo sepa, si es llano
Que ha de procurar su hermano
La boda descomponer;
Que si está su fe empeñada,
Y la hermana prometida,
Antes perderá la vida
Que romper la fe jurada;
Y en tal caso es acertado
Meteros en posesion,
Que si la dispensacion
Llega, os hallaréis burlado.

HORACIO.
Vendrá con dificultad;
Porque de Roma he sabido
Que con ellos no ha querido
Dispensar su santidad.

DOÑA MENCÍA.
Que dispense ó no, Señor,
Yo me ofrezco á daros llano,
Como á la hermana, al hermano.
No os embarace el temor;
Que don Juan, agradecido,
Se me muestra hoy mi galan.

HORACIO.
Ya me ha dicho Garceran
Lo que pasa.

DOÑA MENCÍA.
Está perdido;
Hoy en la calle me habló,
Y con el alma en la boca
Me dijo su pasion loca.

DON GARCERAN.
¿Tanto el disfraz le picó?
DOÑA MENCÍA.
Y picará cada dia,
Si es Alejandra instrumento
De que dure su tormento,
Pues á mis manos le envia;
Porque sin duda don Juan
Le ha pedido que le diga
Quién era aquella su amiga
Que sosegó al Capitan,
Y habrále dicho que yo
La conozco, y el cuitado
Por ella me ha preguntado.
DON GARCERAN.
¿Desengañástele?
DOÑA MENCÍA.
No;
Antes dije ser verdad
Que muy bien la conocia;
Díjele dónde vivia,
Nombre, estado y calidad,
Y cómo habia enviudado,
Que hizo menos su tormento;
Porque ya en su pensamiento
Se representa casado.
DON GARCERAN.
¡Graciosa burla! Decí,
¿Quién dijiste que era?
DOÑA MENCÍA.
Extraño
Os parecerá el engaño:
Todas las partes le dí
De aquella doña Mencía
Que vos olvidais ausente.
DON GARCERAN.
Mi fe agraviais; que presente
Está en la memoria mia.
Conde, don Cárlos intenta,
Con tan ingeniosos modos,
Si no burlarnos á todos,
Meternos en una afrenta.
DOÑA MENCÍA.
Mejor lo podeis decir
Cuando veais lo que pasa;
Que esta, dije, era su casa,
Y hoy á verme ha de venir.
DON GARCERAN.
Segun eso, habrá de haber
Segunda transformacion.
DOÑA MENCÍA.
Y aun tercera.
SOLANO.
Aquestos son
Deseos de ser mujer.
DOÑA MENCÍA.
Monjil y tocas he hecho
Prevenir á Jaramillo.
SOLANO.
Que quiere este monacillo
Darme un buen dia sospecho.
HORACIO.
Pesada burla ha de ser.
DOÑA MENCÍA.
Y ¿no se la hacen mayor
Hoy al Capitan, Señor,
Si le quitais la mujer?
SOLANO.
De estas burlas, por Solano,
Pocas ó ninguna; arredro
El casarme, si esto medro.

Sale LEONOR Y UN CORREO.

LEONOR.
No os deis tanta prisa, hermano.

CORREO.
Vengo cansado, y deseo
Descansar siquiera un rato.
LEONOR.
El caminar no es buen trato.
CORREO.
Ni vida la del correo.
DOÑA MENCÍA.
¿Qué hombre es ese, Jaramillo?
LEONOR.
El peon que despachaste.
DOÑA MENCÍA.
Pues, bachiller, ¿qué pensaste
Primero para decillo? —
Seais, hermano, bien venido.
DON GARCERAN.
Solano, dale un doblon
De albricias á este peon,
Para beber.
CORREO.
Ya he bebido.
SOLANO.
Pues yo no, y á vuestra cuenta
Me beberé la mitad.
DON GARCERAN.
Dale dos.
HORACIO.
La brevedad
Lo merece.
DON GARCERAN.
Dale treinta.
DOÑA MENCÍA.
¿Traeis cartas?
CORREO.
Este pliego.
DON GARCERAN.
Abridle presto, Señor.
DOÑA MENCÍA.
Sosegáos.
DON GARCERAN.
¿Quién, con temor,
Tiene, don Cárlos, sosiego?
DOÑA MENCÍA.
¿Sabeis si estaba don Tello
De camino?
CORREO.
Antes que yo
De Salamanca partió.
DOÑA MENCÍA.
No ha llegado.
CORREO.
Detenello
Pudo cierta viuda hermosa,
Que á esta corte ha de venir.
DON GARCERAN.
¿No sabeis á qué?
CORREO.
A vivir.
DON GARCERAN.
¿Vistela?
CORREO.
Vila; es famosa, —
Y algo en la fisonomía
Le pareceis, Señor, vos.
DOÑA MENCÍA.
Bien, á fe.
DON GARCERAN.
(*Ap.* Conde, por Dios,
Que es esta doña Mencía.)
¿Abristeis el pliego?

DOÑA MENCÍA.
Sí. —
Idos en buen hora, amigo.—
Tú le despacha.
CORREO.
¿Qué digo?
¿Qué es del doblon?
SOLANO.
Vesle aquí.
(*Vase el Correo.*)
DOÑA MENCÍA. (*Lee.*)
«A don Garceran.»
DON GARCERAN.
¿A quién.
DOÑA MENCÍA
A vos dice.
DON GARCERAN.
No lo creo;
Que á los tristes el deseo
Les da por brújula el bien.
(*Toma la carta.*)
HORACIO.
Abridla, no seais pesado.
Leed sin desconfianza;
Que en brazos de la esperanza
Muchos, sin vos, se han librado
DON GARCERAN.
Abierta está.
HORACIO.
Leed.
DON GARCERAN.
Ya leo.
DOÑA MENCÍA.
No he visto amor tan cobarde.
DON GARCERAN.
¡Ay, don Cárlos! Dios os guarde
De veros como me veo,
Tras tantos meses de olvido.
(*Lee.*) «Cruel fugitivo Enéas,
»Con el gusto que deseas
»Recibió tu carta Dido;
»Que no pudo la crueldad
»De tu rigurosa ausencia
»Descomponer la asistencia
»De mi firme voluntad.
»Que me has tenido quejosa
»Puedo decir con razon,
»Mas ya aprueba la ocasion,
»Y digo que fué piadosa;
»Y así, estimando tu fe,
»Admitiré tus disculpas;
»Que culpas que excusan culpas
»Mal condenarlas podré;
»Que tu mudanza, en rigor,
»Hace en mí mayor efeto;
»Que en lo que en tí fué respeto,
»En mí viene á ser amor.
»Este me lleva tras tí,
»Y porque estoy de partida,
»Ten lástima de mi vida
»Por la que tengo de tí;
»Que hasta verte, alegre dia
»Ni hora sin tí ver espero.
»De Salamanca, á primero
»De mayo.—*Doña Mencía.*»
DOÑA MENCÍA.
¿Qué os parece? ¿Estáis contento?
DON GARCERAN.
Y tan loca de placer
El alma, que á encarecer
No lo acierta el sentimiento.
Carta de consuelos llena
Y privilegio rodado,
Por donde estoy excusado
De la merecida pena;

Carta que en el mar incierto
De mi continuo penar
Sois carta de marear,
Que me encaminais al puerto;
Carta de pago y remate
De todas cuentas pasadas,
En su memoria olvidadas,
Para que sus dudas trate;
Carta ejecutoria mia,
Tan en mi favor ganada,
Que al alma sirve de honrada
Y generosa hidalguía;
Carta mia, real decreto,
En donde vienen librados
Los frutos de mis cuidados,
Premio de mi amor perfeto.
Bendigo, carta, la mano
Hermosa que te escribió,
La lengua que te dictó,
El estilo soberano;
El papel, la tinta, pluma,
Apacibles instrumentos,
Que, tocados, mis tormentos
Deshiciste como espuma;
Bendigo...

DOÑA MENCÍA.

Don Garceran,
¿Sobre qué pueblo bendito,
Ciudad, provincia ó distrito
Tantas bendiciones van?

HORACIO.

Finezas, don Cárlos, son
De su amor.

SOLANO.

Y su locura,
Pues quita el oficio al cura,
Y incurre en excomunion.

DON GARCERAN.

Bien me tratais.

DOÑA MENCÍA.

¿Quereis ver
Lo que me escriben á mí?

DON GARCERAN.

La sustancia referí.

DOÑA MENCÍA.

La carta podeis leer;
Que me dicen es, como ves,
Con el cuidado que dieron
Las cartas que se abrieron.

DON GARCERAN.

Y este don Tello ¿quién es?

DOÑA MENCÍA.

Un honrado caballero,
Con quien en su mocedad
Tuvo mi padre amistad
En Saboya, y hoy le espero

LEONOR.

¿No sabes que ha de venir
Don Juan?

DOÑA MENCÍA.

Ya lo sé.

LEONOR.

¿Qué esperas?

HORACIO.

En fin, ¿que quereis de veras
Burlalle?

DOÑA MENCÍA.

Y como á vestir
Me voy, esperadme un rato;
Que de estas burlas que veis
Los dos conocer podréis
Si son veras las que trato.

(*Vanse doña Mencía y Leonor.*)

HORACIO.

Es don Cárlos extremado,

DON GARCERAN.

Y de un ingenio excelente,
Y de verle tan prudente
Y tan mozo me he admirado.
Débole, Conde, la vida;
Que él ha sido mi remedio,
Pues por andar de por medio
No está en penas consumida.
Por él de doña Mencía
Veré aquel cielo sereno,
Y veré mi pecho lleno
De contento y de alegría.

HORACIO.

¿No pensais hacer, si viene,
Alguna demostracion?

SOLANO.

Librea habrá de invencion.

DON GARCERAN.

¿Qué ha de hacer el que no tiene?

SOLANO.

Si te tienes de casar,
No se excusa; hazla del paño
Que en las caras traen ogaño
Las damas de este lugar;
Con guarnicion de un castillo,
Si no la quieres de espada;
Gala al fin no muy usada,
Mas es de acero y martillo.
Los herreruelos suizos,
Que nunca parecen mal,
Con cuellos de Portugal,
Que un moro los hará chicos;
Y echarásles pasamanos
De corredor ó escalera,
Con botones en hilera,
Que asientan los cirujanos.
Sus bandas de arcabuceros
Y ligas de venecianos,
Con que saldrán mas ufanos
Que Durandarte y Gaiferos.
Jubones, al parecer,
Del verdugo de la villa,
Que los corta á maravilla,
Tan cortos, que es un placer.
Y porque presto se estragan
Los sombreros, acomoda
Sus cabezas á tu moda,
De gorras que nunca pagan.
Y así, de balde vestidos,
Tus pajes y tus lacayos
Saldrán como papagayos
Y como pascua floridos.

DON GARCERAN.

Tienes buen gusto, Solano;
La invencion me ha satisfecho.

SOLANO.

Es librea de provecho
Y de invierno y de verano.

HORACIO.

Gracia has tenido.—Dinero
No os ha de faltar; vestid
Cuatro ó seis pajes, lucid,
Tratáos como caballero;
Que con una letra mia
Os dará mi mercader
Lo que fuere menester;
Que él me presta y él me fia.

SOLANO.

¿Qué fia? ¿Sobre qué prenda?

HORACIO.

¿Aquesto te da cuidado?

SOLANO.

No sin causa me le ha dado.

HORACIO.

Fíame sobre mi hacienda.

SOLANO.

¿Administratela?

HORACIO.

Sí.

SOLANO.

Lastimosa perdicion.

DON GARCERAN.

Arbitrios, Solano, son
De ahorrar.

SOLANO.

Y de gastar, dí,
Y de mayores empeños;
Que estos administradores
Son de la hacienda señores,
Y verdugos de sus dueños;
Y peor si es mercader,
Que dulcemente degüella
Y fieramente desuella
Al tiempo del menester.
Y si llegais á sacar
Paño ó seda, sin reparo
Lo peor y lo mas caro
Te han de venir siempre á dar;
Y así desmedra tu hacienda
Por donde piensas que gana,
Y el otro rica y ufana
Tiene su bolsa y su tienda.
Mas acertar no se excusa,
Garceran, lo que te ofrece,
Pero no se lo agradece;
Que dicen que no se usa.
Y mete con la librea
Vestidos para ti y todo,
Y vestiráste á lo godo,
Que es gala que mas campea.
Calceta medio botarga,
Jubon con punta de armar,
Ferreruelo al carcañar
Y la ropilla ancha y larga;
Sombrero sobre la frente,
Corto y sin pegar el cuello,
Peinado y largo el cabello,
Justo y voz á lo doliente.

DON GARCERAN.

No me descontenta el traje.

SOLANO.

Toda la gente de humor,
Con punta y collar de honor,
Entre escuderete y paje;
Gente, al fin, de media suela,
En la corte entreverada,
Como tocino de ijada,
Ni bien trucha ni truchuela.

DON GARCERAN.

Pues ya me parece mal
Que este hábito trajera
Un gran señor; le siguiera
Como premática real,
Pero de gente ordinaria,
Ni por imaginacion;
Porque tiene la eleccion
Civil, disconforme y varia.

Salen DOÑA MENCÍA, *en hábito de viuda,* Y LEONOR.

DOÑA MENCÍA.

Dime si salgo bien puesta.

LEONOR.

Tú te lo sabes; el alba
Pareces cuando despierta
Y á las puertas del sol llama.

HORACIO.

Volved, Garceran, los ojos;
Veréis, entre nubes blancas,
Prodigiosos resplandores
Y maravillas extrañas.

DON GARCERAN.

Muerto soy, Conde, á traicion;
Que quien con la vista mata,

Con un rayo poderoso
Me ha muerto por las espaldas.
Doña Mencía, señora
De mi libertad esclava,
Reina de mis pensamientos,
Natural, que no bastarda,
¿Es posible que te veo?
Es posible que me amas?
Mas no puede ser posible,
Porque me escuchas y callas.

SOLANO.

¿Y es, don Garceran, posible
Que un hombre con tantas barbas
No echa de ver que es don Cárlos,
Y no mujer, con quien habla?

DOÑA MENCÍA.

Vive Dios, don Garceran,
Si no os reportais, que haga
Un disparate con vos.

DON GARCERAN.

¡Cómo, Señora, tan brava,
Tan fiera para conmigo!

DOÑA MENCÍA.

¡Cómo tan fiera! ya pasa
Aquesta descortesía
A ser injuria pesada.—
Jaramillo, dame presto
Mi espada; que á cuchilladas
Le haré saber si soy hombre
O mujer cobarde ú flaca.

HORACIO.

Sosegáos; don Garceran,
¿Qué ideas son esas vanas?
¿No echais de ver que es don Cárlos,
Y que es el mismo que trata
Vuestro descanso y el mio,
Aunque está con tocas largas?

DON GARCERAN.

Ya lo veo, Conde amigo;
Pero camino no halla
Mi confuso entendimiento
Para salir desta calma.

HORACIO.

Vos le hallaréis, no os dé pena.

SOLANO.

Don Juan viene.

HORACIO.

Y Alejandra,
Si no me engaño, Rugero.

SOLANO.

¿Qué enigmas son estas varias?

Salen DON JUAN, ALEJANDRA Y LEONARDO.

DOÑA MENCÍA.

¡Señora Alejandra!

ALEJANDRA.

Amiga,
¿Qué lastimosa desgracia,
Qué desdicha ha sido aquesta?
¿Hoy viuda y ayer casada?

DON JUAN.

Si se ofreciere ocasion,
Y aunque no se ofrezca, trata
Con ella de mi remedio.

DOÑA MENCÍA.

¿Qué os diré, don Juan?

ALEJANDRA.

Nonada;
Habla á Garceran y al Conde;
Que yo le diré tus ansias.

DOÑA MENCÍA.

Hablad mas quedo.

DON GARCERAN.

¿Solano?

SOLANO.

¿Señor?

DON GARCERAN.

Mira bien, repara
¿No es esta doña Mencía?

SOLANO.

¿Todavía estás en babia?
Digo que se le parece
Como un huevo á una castaña.

DON GARCERAN.

No son, sino sus facciones.

SOLANO.

No, Señor, sino contrarias;
Y hay la misma diferencia
Que entre la silla y la albarda

DON GARCERAN.

¿Qué dices? ¿Estás borracho?

SOLANO.

Y tú ¿qué estás? Calabaza.

HORACIO.

¿No es graciosa la pendencia?
Garceran, ¿es de importancia
Que sea agora ó no sea
Don Cárlos?

SOLANO.

¡Locura extraña.

ALEJANDRA.

Cuando sepa la verdad
Don Juan, no importará nada.
Decidle, Cárlos, que el Conde
Es mi esposo y que se cansa
Si piensa que de su tio
He de ser mujer forzada.
Yo sé romperá por vos
Con promesas y palabras;
Que inconvenientes mayores
Quien tiene amor desbarata.

DOÑA MENCÍA.

Llamadle.

ALEJANDRA.

Hermano, don Juan,
Llégate mas cerca, acaba.

DON JUAN.

¿Quién mira al sol, sin temer
Los rayos que le amenazan?

HORACIO.

¿No os divierte, Garceran,
El ver allí lo que pasa?
A don Cárlos dice amores
Don Juan.

DON GARCERAN.

Con ellos me abrasa

HORACIO.

¿Teneis celos?

DON GARCERAN.

Celos tengo,
Celos, Conde, celos, rabia.

Sale DON BELTRAN

DON BELTRAN.

Señor don Juan, ¿qué es aquesto?
¿Vos aquí, y con Alejandra?
¿Con mis propios enemigos
Tanto gusto, amistad tanta?

DON JUAN.

No os alboroteis, Señor,
Hasta que sepais la causa;
Que á darle el pésame vino
A esta señora mi hermana;
Que ha enviudado, como veis;
Y en semejantes desgracias
Han de ocurrir las amigas,
Como es justo, á consolarlas.

DON BELTRAN.

Y ¿quién es esta señora?

DON JUAN.

Aquella bizarra dama
Que os compuso con el Conde
Cuando la cuestion pasada.
Pienso que será mi esposa;
Que desde aquel dia el alma
Le rendí, y ella es, Señor,
El cuerpo donde descansa.

DON BELTRAN.

¿Es principal?

DON JUAN.

Partes tiene
Divinas; de Salamanca
Es natural.

Sale DON TELLO Y UN CRIADO.

CRIADO.

Aquí vive;
Esta es, Señor, su posada.

DON TELLO.

Avisa, Medrano; espera,
Que esta es mi sobrina. —*Abraza Doña Mencía, á don Tello.*

DOÑA MENCÍA.

Tio, de muy buena gana.

DON GARCERAN.

¿Qué es esto que estoy mirando?
¿Doña Mencía se llama,
Caballero, esta señora,
Y no don Cárlos?

DON TELLO.

¡Qué gracia!

HORACIO.

¿Qué decis, Señor? ¿Mujer
Es el que hablais?

DON TELLO.

¿Esta casa
Es de locos ó de cuerdos?
Sobrina, ¿es torre encantada?
¿Qué es lo que estos caballeros
Ponen en duda?

DOÑA MENCÍA.

Mas larga
Relacion pide, Señor,
Su admiracion.

SOLANO.

¡Inventara
Satanás mayor embuste!
Pero ¿qué ingenios se igualan
Al de mujeres? qué enredos,
Ni quién como ellas los traza?

DOÑA MENCÍA.

Despues os diré, Señor,
Mi historia en breves palabras.
Baste, Señor, por agora
Que me hallais, si no casada,
Concertada por lo menos,
Con un hombre en quien se hallan
Gentileza y gallardía,
Lealtad, amor, fe, constancia;
Y solo vuestra venida
Aguardé, porque me honrara
La generosa presencia
Y respeto de tus canas.

DON TELLO.

Y ¿quién es el caballero,
Señora, con quien te casas.

DOÑA MENCÍA.

El señor don Garceran.

DON GARCERAN.

¿Qué hombre mortal alcanza
Tanto bien? Dame tus brazos.

DOÑA MENCÍA.

Y el alma, Señor, con ellos.

DON GARCERAN.

Y vos, don Tello, esas plantas,
Por la merced que recibo
De aquesas manos hidalgas.

DON TELLO.

Con el amor que Mencía
Os doy mis brazos.

DON JUAN.

Hermana,
¿Qué es esto que estoy mirando?

ALEJANDRA.

Pues ¿de qué, don Juan, te espantas?
Efectos son del amor.

DOÑA MENCÍA.

Háblame, bella Alejandra.

ALEJANDRA.

Agora con mas razon.

DOÑA MENCÍA.

Jaramillo, ¿por qué callas?

LEONOR.

¿He de hablar sin ocasion?

DON TELLO.

¿Es tu criado?

DOÑA MENCÍA.

Y criada.

DON TELLO.

Esta es Leonor.

LEONOR.

Sí, Señor;
Leonor soy y vuestra esclava.

SOLANO.

¡Cómo! ¿Tambien Jaramillo
Era mujer? ¡Que en mi cuadra
La haya tenido dos meses,
Y no haya sabido nada!
Señor don Cárlos primero,
Y doña Mencía, octava
Maravilla, mas famosa
Que no las siete nombradas,
Pues dos meses de aposento
Tuve con aquesta ingrata
Con nombre de Jaramillo,
Haz se quede en mi posada
Con nombre de mi mujer,
Porque así me desagravia.

DOÑA MENCÍA.

Quisiera darte á Leonor,
Solano, mas no le agrada
A Leonor tu casamiento.

SOLANO.

¿No? Pues fraile soy sin falta.

Sale CAMILO.

CAMILO.

¿Señor Capitan?

DON BELTRAN.

Don Juan,
La dispensacion sin falta
Os trae el señor Camilo.

CAMILO.

No ha querido mi desgracia;
Antes os vengo á decir
Que su santidad el Papa
No ha querido dispensar,
Porque...

DON BELTRAN.

No digais las causas,
Basta decir que no quiso;
Que en tales casos no basta
Ser el curial diligente.
No nací para Alejandra.

DOÑA MENCÍA.

Pues por el Conde suplico
Al señor don Juan su hermana
Le dé por mujer, y á vos
Tengais por bien que se haga.

DON BELTRAN.

Yo, Señora, se lo ruego;
Que mi sobrina levanta
Su nombre con su grandeza,
Y yo intereso su gracia.

HORACIO.

Bésoos las manos, Señor,
Por tan generosa hazaña.

DON JUAN.

Pues el Capitan, mi tio,
Tan fácilmente se allana,
Alejandra es vuestra, Conde,
Y ella sola es la que gana;
Que el que pierde aquí soy yo,
Pues burló mis esperanzas
Y mi amor doña Mencía;
Pero escogió como sábia.

DON GARCERAN.

Paciencia, señor don Juan;
Que burlas, y mas de damas,
Podeis tener por favores;
Y pues la noche está en casa,
Y la cena prevenida,
No hay sino á placer gozalla.

DON BELTRAN.

Es el consejo de amigo.

DON GARCERAN.

Perdon, Senado, se aguarda,
Y demos con esto fin
Al Fénix de Salamanca.

COMEDIA FAMOSA

TITULADA

MAS PESA EL REY QUE LA SANGRE, Y BLASON DE LOS GUZMANES,

COMPUESTA

POR LUIS VELEZ DE GUEVARA.

PERSONAS.

EL REY DON SANCHO.	DON NUÑO.	EL MAESTRE.	COSTANILLA.
EL INFANTE.	DON JUAN RAMIRO.	ABEN JACOB.	UN AYO.
DON ALONSO DE GUZMAN.	DOÑA MARÍA.	ALIATAR.	UN ATAMBOR.
DON PEDRO, *su hijo*	ELVIRA, *criada.*	JAFER.	CRIADOS.—MOROS.

JORNADA PRIMERA.

(Suena ruido y grita, cajas y trompetas.)

Salen COSTANILLA, *con unas astas*, Y ALIATAR, *moro.*

COSTANILLA.

Moro, mas preguntador
Que un señor en su lugar
Acabando de heredar,
Cuando no da en cazador,
¿Qué es lo que quieres de mí?

ALIATAR.

Saber la causa, cristiano,
De tan gran fiesta.

COSTANILLA.

Africano,
Por verme libre de tí,
No habrá cosa que no intente.

ALIATAR.

Alá te guarde.

COSTANILLA.

Si es Dios,
Bien habrá para los dos.
Escúchame atentamente:
Don Sancho, rey de Castilla
Y de Leon, por la gracia
(Como dicen comunmente)
De Dios y su buena maña,
Y á quien, por ser valeroso,
El Bravo en Castilla llaman,
Siendo mayores los hechos,
Aunque es tan grande su fama;
Hijo del Décimo Alfonso,
Emperador de Alemania,
En regocijo de haber
Puesto á sus reales plantas
La gran ciudad de Sevilla,
Que por los Cerdas estaba;
Este Cairo español, esta
Babilonia castellana,
Este ejército de almenas
Este escándalo de casas;
Esta, adonde, segun dice
El refran, por comun patria
Le dió, á quien Dios quiso bien,
De comer; esta, no octava
Maravilla, al fin, sino
Primera de todas cuantas
Hoy está arrullando el tiempo,
Y ayer pregonó la fama;
A quien el Guadalquivir,
Profundo foso de plata,
Viene estrecho para espejo,
Y se lo deja á Triana;
En cuyo cristal de mundos
Muchas selvas se trasladan,
Desde su torre del Oro
Hasta su puente de tablas.
(Perdóneme la oracion,
Aunque la alargue de zancas
Este paréntesis, que es
Debido á las soberanas
Grandezas de tan insigne
Poblacion, de tan bizarra
Ciudad, que, á pesar de siglos,
Blason hermoso es de España.)
Al fin, don Sancho, en alegres
Muestras de empresa tan alta,
Se deja lisonjear
De las fiestas que le trazan
Los hidalgos de Castilla;
Y don Enrique, á esta causa,
Su hermano, que solicita
Su amistad por causas tantas,
De aquella nave que trujo
El lienzo en lugar del agua,
Con la grandeza que has visto
Con la nobleza y la gala,
Sale, llevando los ojos
De los hombres y las damas
A mantener un torneo
En el campo del Alcázar.
Todos los aventureros
Son Haros, Castros y Laras,
Ricos hombres de Castilla,
Aunque entre ellos se señala
El bravo don Pedro Alonso
De Guzman, que es á quien guarda,
Leal cuanto cuidadoso,
Un noble leon las espaldas;
Que en una ocasion que tuvo
Con los moros, entre tantas
Con que á España inmortaliza
Su heróica sangre Guzmana,
No pudiéndole rendir,
Estando á pié, con la espada
No mas en la mano, haciendo
Mas riza que en una plaza
Hace agarrochado un toro
De Tarifa ó de Jarama,
Que no hay valor que se atreva
A desjarretalle, y sacan
Lebreles y armas de fuego,
Que son diligencias vanas
Contra su indómita furia;
Desta suerte, de una jaula
Arrojándole esta fiera,
En vez de poner las garras
En sus entrañas sangrientas,
Se vino humilde á sus plantas
Por celestial influencia,
Virtud ó secreta causa
De su pecho, y desde entonces
Sigue doméstica y mansa
Sus pasos, tanto, que todos
El caballero le llaman
Del Leon, pero es leon
De los caballeros hasta
En tener de disfavores
Del Rey mil veces cuartana;
Que, con haberle servido
A él y á su padre en tantas
Ocasiones, no le han hecho
Una merced señalada
De cuantas están haciendo
Cada dia á tantos mandrias,
A tantos zurdos y necios;
Condicion pintiparada
De la infame fortuneja,
A los méritos contraria.
Solamente la ha tenido
En casarse: que esta basta
Mas que todas, pues merece
Por dichosa prenda amada
A la gran doña María

Coronel, la sevillana
De mas valor y hermosura
Que tuvo la edad pasada,
Ni la presente conoce;
De seis villas mayorazga,
Y juntamente con ellas,
De cuatrocientas mil gracias;
De cuyo dulce consorcio
Nació esta perla con alma,
Con quien son todas berruecos,
Aunque entren las de Cleopatra;
Mas de tal concha es rocío
Y lágrimas de tal nácar,
Luceros de tal aurora
Y hermoso sol de tal alba.
Hágale Dios tan dichoso
Como merecen tan altas
Partes de sangre y belleza
Y de valerosa infancia.
Pero, volviendo al torneo,
La que de la nube armada
Bajó, madama Sol es,
Una francesa gallarda,
Que desde que en Francia estuvo
Enrique, vino de Francia,
Siguiéndole como estrella,
A su valor inclinada.
Es competidora suya
Marfisa, noble africana,
Que tambien viene al torneo,
De celos y amor armada;
Que hoy se ha deshojado el libro,
En el sevillano alcázar,
Del caballero del Febo,
Si no de Amadís de Gaula.
Yo me llamo Costanilla,
Escudero de la casa
Del gran don Alonso Perez
De Guzman, honor de España,
Y este apellido tomé
De haber nacido en la plaza
De la Costanilla mesma;
Que mi madre, que Dios haya,
Una noche me parió
A sombras de una mulata,
Que administraba abadejo,
Revestida de cuajada.
Sirvo á Guzman, desde diez
Años, con fe tan extraña,
Que no le trocara hoy
Por el Rey ni por el Papa.
Del leon que antes he dicho,
Tan amigo y camarada,
Que comemos á una mesa,
Dormimos en una cama;
Aconséjome con él
Para cosas de importancia,
Y sé la lengua leoncina
Mejor que la castellana.
No hay entre los dos, al fin,
Cosa partida, y es tanta
La amistad, que, á tener hijas,
Con la mayor le casara;
Porque es leon muy de bien,
De honrado término y casta,
Y á tener nietos leones,
Fuera nobleza de Albania.
Esta es mi historia y la ajena,
Con todas las circunstancias
Que á un preguntador responde
Un hablador de ventaja.
(*Tocan.*)
Las cajas señal han hecho
De la folla, y estas astas
Han de servir á mi dueño,
Que á estas horas en la talla
Es un Roldan paladin,
Un don Urgel de la Maza,
Un Hércules, un Sanson,
Un Galafre, una montaña,
Un Bernardo, un Cid, un Marte,
Un diablo en Cantillana.
Mahoma quede contigo,
Y san Dios conmigo vaya. (*Vase.*)

ALIATAR.

Yo llegó á ocasion extraña,
Si Alá mis intentos guia,
Y si la fortuna mia
A mi valor acompaña.
Hoy de tí, invencible España,
El África ha de triunfar
Por el brazo de Aliatar,
Que esta empresa á cargo toma,
Y en servicio de Mahoma
Mi nombre he de eternizar.
Ya parece que la fiesta
Ha dado fin, y las cajas
Compiten á hacerse rajas,
De las astas en respuesta.—
Sancho, ¿qué valor te presta
Alá, cuando el mundo admira
Armado desde Algecira
Aben Jacob Almanzor,
Que á lances de ocio y amor
Tu arrogancia se retira?
(*Vanse.*)

Salen LOS TORNEANTES, *con sombreros de plumas*, Y EL MAESTRE, *de barba; y luego*, EL REY.

REY.

Confieso que no he visto,
Infante, mayor fiesta, y que bienquisto
Pudiera en ella solo
Hacerme desde un polo al otro polo,
Cuanto mas en Castilla,
Vuestro heróico valor, que á cada astilla
Pegó una estrella, Infante,
O fué cometa de su sol brillante;
Cada ardiente reflejo
Despreció ser de su zafir espejo;
Las astas, las espadas,
Cometas de sus dueños fulminadas,
Nadaron por espumas
De piélagos de arneses y de plumas,
Y fué el lance postrero
Tormenta de relámpagos de acero.
En efeto, el torneo
El término ha pasado del deseo,
Y tuvo de excelente
Acabar con el dia juntamente;
Que, en muriéndose el dia,
Cadáver es del sol la noche fria.

INFANTE.

Sevilla, que está ufana
De ser de la grandeza castellana
Heróica, impírea esfera,
Del Bétis alegrando la ribera,
Y tanto al cielo imita,
Que el dia en luminarias resucita,
Y tantas siendo, apenas
Coronan tu cabeza sus almenas;
Que al valor de tu pecho
Aun la del mundo fuera aplauso estrecho.

REY.

Despues del nuevo modo
Y generoso celo con que todo
Lo habeis esclarecido,
Infante, de Sevilla estoy servido;
Sevilla me ha obligado,
Y estoy de su grandeza enamorado;
No vi ciudad mas bella;
Solo pudiera un rey ser rey con ella,
Y grande rey seria,
Porque Sevilla sola es monarquía.

INFANTE.

Por mí y por ella os beso
La mano.

REY.

Con los brazos te confieso,
Enrique, que quisiera
Ponerte con el sol.

INFANTE.

En esa esfera
Fijar tu nombre aguardo,
Aunque mas soberano, mas gallardo,
En tí vivir presume;
Que lo inmortal el tiempo no consume.
Todos besarte ahora
La mano aguardan.

REY.

Lleguen en buen hora;
Que estoy con razon vano
De tener en el suelo castellano
Tan grandes, tan leales
Vasallos, que pudieran, siendo tales,
Sin ser de amor empeño,
Ser cada cual de un nuevo mundo dueño.

MAESTRE.

Guarde Dios á vuestra alteza,
Pues con favores tan altos,
Con tan heróicas mercedes,
Honra tan grandes vasallos.

REY.

Don Rodrigo de Mendoza,
Maestre de Santiago,
Primo mio, con vos solo
Puede ser don Sancho el Bravo
Manso rey; y así, desde hoy,
Por mi interés propio, os hago
De la tenencia merced
De Tarifa, y en los años
Vuestros, seréis mas defensa
Que su muro, celebrado
De los romanos y godos,
Contra el soberbio africano
Aben Jacob Almanzor,
Que con número tan raro
De alarbes desde Algecira
La amenaza, procurando,
Como Tarif otra vez,
De quien el nombre ha tomado,
Ganar á España por ella;
Que, aunque de tantos soldados
Hoy la tengo guarnecida,
Importará en todo caso
Vuestra persona, Maestre.

MAESTRE.

Puesto que privilegiado
Mi mucha edad me tenia,
Os beso otra vez la mano
Por la merced que me haceis;
Que el que nació tan honrado
Vasallo como yo, tiene
Obligacion, por vasallo,
Para servir á su rey,
A levantarse del mármol
De su sepulcro.

REY.

En efeto,
Don Rodrigo, sois Hurtado
Y Mendoza.

MAESTRE.

Soy, Señor,
Siendo quien soy, vuestro esclavo

DON ALONSO.

Yo soy, Señor, don Alonso
Perez de Guzman.

REY.

Ya sé
Quién sois.

DON ALONSO.

Este es mi retrato
Y mi heredero, don Pedro
Alonso, de quien aguardo
En vuestro servicio heróicas
Proezas.

REY.

Bien está.

DON ALONSO.

¡Extraño
Despego! ¡Raro desvío!
¡Gran desden!

DON PEDRO.

Muy mesurado,
Padre, nos recibe el Rey,
Y confieso que es agravio
Para sentirlo los dos
En mucho extremo, pues cuando
A tantos hace favores,
Y mercedes hace á tantos,
Tan secamente á los dos
Nos responde. ¿Hay otro hidalgo
De mejor sangre en Castilla
Que vos, ni tiene otro brazo
Mas valeroso que el vuestro,
Ni otro acero mas bizarro?
No puede en muchos imperios
Ni en tantos mundos hallarlos,
¡Vive Dios!

DON ALONSO.

Pedro, en el rey
Examinar el vasallo
No puede los pensamientos;
Que ya tendrá de tratarnos
Desta suerte causa el Rey,
Que nosotros no alcanzamos;
Que se usan siempre traidores
En las cortes y palacios,
Que de desacreditar
Viven méritos honrados;
Y no es mucho que conmigo
Hayan tambien encontrado,
Que he podido dar envidia
A mas de algun cortesano,
Que es cobarde y lisonjero.
De mi fe, que no he faltado
A quien soy; lo demás corra,
Pues que le toma á su cargo,
Por cuenta de la fortuna;
No es culpa ser desdichado.

REY.

¿Quién, Maestre, al fin ha sido,
Pues del torneo os nombraron
Por juez, el que mejor,
Despues del Infante, ha andado?

MAESTRE.

Todos concuerdan, Señor,
Si no he de lisonjearos,
Que fué don Alonso Perez
El que ha andado mas bizarro.

REY.

Maestre, ¿qué don Alonso
Perez? Que en Castilla hay tantos
Dese apellido, que dudo
A quién se debe ese aplauso.

MAESTRE.

A don Alonso, Señor,
Perez de Guzman le han dado
Lugar segundo.

DON ALONSO.

Y primero
A muchos que, blasonando,
Aun no han ganado un bonete
Al fronterizo africano;
Y yo tengo de banderas
Y de alfanjes de Damasco,
De adargas y tablachinas,
El gran templo sevillano
Vestido, como el abril
De hojas y flores los campos.

REY.

De vuestra soberbia, Perez
De Guzman, estoy cansado
Muchos dias há, y sentido
Mucho mas de vuestro trato;
Que, para hablaros así,
Este lance he deseado,
Porque delante de todos
Os quisé hacer este agravio.

DON ALONSO.

Palabras de un rey, Señor,
Con enojo, no agraviaron,
Pero pueden ser veneno.
Yo no imagino, no alcanzo
Que os pueda haber deservido
Despues que os besé la mano
Por mi rey, y se entregó
Sevilla, que de sus altos
Muros hoy laurel os teje,
Que goceis por largos años.

REY.

Bien me basta para ofensa,
Y me sobra para enfado,
Saber de vos que seguisteis
Contra mí la voz del bando
De mis sobrinos, haciendo
Que Sevilla tiempo tanto
Se obstinase á mi poder.

DON ALONSO.

Los Laras, Haros y Castros
Hicieron lo mismo, el tiempo
Que no se desengañaron
Del derecho que tenian
Los hijos de vuestro hermano;
Pero, despues que del vuestro
Los dias nos informaron,
La mano os besamos todos
Por nuestro rey soberano.
En la plaza de Sevilla,
Con el debido aparato,
Levanté el pendon por vos,
El alcázar entregándoos
Y la ciudad ese dia
Que los nobles ciudadanos
Por mi homenaje os hicieron;
Y en mil fiestas he mostrado
Los deseos de serviros;
Pero, pues sois tan ingrato,
Que, en vez de hacerme mercedes,
Me haceis públicos agravios,
Yo me desnaturalizo
De vos, pidiéndoos el plazo
Que los fueros de Castilla
Dan á todos los vasallos
Para salir destos reinos,
Cuando por iguales casos
Lo mismo que yo ejecutan;
Que no habrá rey tan extraño,
De quien no espere mercedes
De mas gloriosos aplausos.

REY.

Desde luego os lo concedo;
Y aunque son los señalados
Del término treinta dias,
Esta misma noche os mando
Que no durmais en Sevilla,
Triana ni San Bernardo;
O por vida de la Reina
Y del príncipe Fernando,
Mi hijo, que la cabeza
Os ponga á los piés.

DON ALONSO.

Yo parto
Luego, con la brevedad
Que vuestra alteza ha mandado,
Contento de obedecerle,
De servirle mal pagado,
Y algun dia echará menos
Esta espada y este brazo.—
Vamos, Pedro.

DON PEDRO.

Ya voy, padre,
Siguiéndoos, ya que imitaros
No pueda, y saben los cielos
Que voy por ojos y labios
Escupiendo basiliscos.

MAESTRE.

Señores, acompañando
Salgamos á don Alonso
Perez de Guzman, pues cuantos
Hay en la sala y en Castilla,
Ricos hombres y hijosdalgo,
Todos somos deudos suyos
Por su mujer y su hermano.

DON ALONSO.

No, caballeros; yo llevo
Lo que me basta en los años
Tiernos de don Pedro Alfonso,
Mi hijo y mi mayorazgo,
Y en ese leon, que siempre
Me sigue, domesticado,
Guardándome las espaldas
De fingidos cortesanos,
De palaciegos traidores,
De lisonjeros ingratos,
De dueños desconocidos,
De amigos y deudos falsos.

MAESTRE.

Señores, vamos con él,
Pues es nuestra sangre.

TODOS.

Vamos

(*Vanse.*)

REY.

Todos tras él han salido.
¡Notable resolucion!

INFANTE.

En Castilla y en Leon
Esta costumbre han seguido
Cuando sale desterrado
De la presencia del Rey
Un noble.

REY.

No es justa ley,
Y todos me han indignado.

INFANTE.

Ese consuelo, Señor,
Se le concede al que va
De su rey ausente, y da
De don Alonso el valor
Ocasion para mayores
Demostraciones con él;
Que es el vasallo mas fiel,
Y por sus antecesores
No debe nada á los reyes
De Castilla y de Leon,
Y de tan grande opinion,
Que tienen fuerza de leyes
En Castilla sus deseos;
Y á ser lenguas sus almenas,
No podrán contar apenas
Los africanos trofeos
Con que viene cada dia
De las fronteras, despues
De ser...

REY.

Basta, Enrique; que es
Muy cansada grosería
Hablar de un hombre tan bien,
Con quien estoy yo tan mal.

INFANTE.

Señor, si yo en caso igual
No llego á templaros, ¿quién
Lo ha de intentar?

REY.

Yo sé, Infante,
Vuestros intentos.

INFANTE.

Los mios

Son de rendirle albedríos
A vuestros piés.

REY.

Adelante;
Que en vos he experimentado,
En mayores estrechezas,
Mas lisonjas que finezas.

INFANTE.

Vuestra alteza se ha engañado.

REY.

Vos, infante Enrique, vos
Me habeis engañado á mí
Muchas veces.

INFANTE.

Siempre fuí
Leal.

REY.

Mientes, ¡vive Dios!

INFANTE.

Vive Dios, que he dicho tanta
Verdad como vos.

(*Saca la daga el Rey.*)

Sale ALIATAR.

REY.

Villano,
Puesta en la daga la mano,
Y con desvergüenza tanta,
Pedazos te haré con esta,
Sacaréte el corazon.

ALIATAR. (*Ap.*)

Yo entro en notable ocasion.

INFANTE.

Irme te doy por respuesta,
Ya que quiso hacerte el cielo
Mi rey. (*Vase.*)

REY.

Véte, ó vive Dios...

ALIATAR. (*Ap.*)

Uno se fué de los dos.

REY.

¿Quién es?

ALIATAR. (*Ap.*)

Que es el Rey, recelo,
Este.

REY.

Un moro se entró acá.

ALIATAR. (*Ap.*)

El Rey es, por los retratos
Que he visto.

REY.

¡Oh hermanos ingratos!

ALIATAR. (*Ap.*)

El Rey es; ¡válgame Alá!
¡Qué espantosa vista tiene
Con el acero desnudo
En la mano! Apenas dudo
Si estoy con alma.

REY.

¿Quién viene,
Moro, en tu pecho, que así,
Sin avisarme, has pisado
Estas salas?

ALIATAR. (*Ap.*)

¡Que me he helado!
Mármol soy, y Aliatar fuí.

REY.

¿No respondes?

ALIATAR.

Ten, Señor,
El brazo, baja el acero;
Que yo, cuando...

REY.

Primero
He de saber...

ALIATAR. (*Ap.*)

¡Qué temor
Este cristiano ha infundido
Tan notable en mí, que apenas
Siento con sangre las venas,
Pulsa con alma el sentido!

REY.

Moro, tu intento me dí;
Que esa turbacion...

ALIATAR.

Yo sé
Que lo sabes; de Alá fué
Permision venir así
A tus manos, que él te ha hecho
De mis intentos sin duda
Revelacion, y desnuda
Me has visto el alma en el pecho.
Yo confieso que venia,
De Aben Jacob enviado,
A matarte, confiado
En la heróica valentía
Deste brazo, que Mahoma
Ha hecho contra el cristiano,
Tantas veces africano
Azote; pero Alá toma
A su cargo tu defensa
De suerte en esta ocasion,
Que aun con la imaginacion
No he podido hacerte ofensa.
Esta fué de entrarme así
La causa, porque las puertas
Hallé de tu cuarto abiertas,
Y apenas te encontré aquí
Con el acero en la mano,
Cuando me faltó el valor,
Estátua me hizo el temor,
Y hombre quise ser en vano.
A tus piés estoy rendido;
Si de tus manos merezco
La muerte, el pecho te ofrezco,
Nunca de nadie vencido.
Rómpele, pues no te puedo
Resistir; que el verte airado
En el delito me ha helado,
Y me ha encantado en el miedo;
Como en su mayor raudal
Apresurado arroyuelo
Nace de plata, y con hielo
Muere senda de cristal,
Tu vista pone en cadena
Las almas; que mi furor
Se ha rompido en el valor,
Como el mar en el arena.

REY.

Levanta, pierde el temor;
Que yo en rendidos no mancho
Mi acero, que soy don Sancho,
Y el Bravo me llama el suelo
Castellano, y no merece
Brazo que á mí se atrevió
Que le dé la muerte yo;
Tu valor te favorece,
Tu ardimiento te acredita,
Tu temeridad te abona,
Tu confesion te perdona,
Tu temor lo solicita.
Porque nos dé, en conclusion,
A los dos fama este dia,
A tí tan grande osadía,
Y á mí tan nuevo perdon.
La vuelta no te resisto;
Libre este suceso cuenta,
Y á Aben Jacob representa
Solamente lo que has visto.
Retrátale mi semblante
Y el valor que en mí te admire
Y díle que de Algecira
El ejército levante,
Y que al Africa se vuelva,
En fe desta relacion,
Antes que su remision
Con mi vida lo resuelva;
Que entonces no le concedo
Lo que hoy; que, aunque en la vencida
Fuga le dejé la vida,
No le perdonaré el miedo.
Y en rehenes y en señal
Desta palabra, le envio
(Empeño del valor mio)
Este desnudo puñal,
Con que me hallaste en la mano,
Que de la vaina saqué
Para castigar la fe
Mal segura de un hermano;
Que hay que temer tanto en mí,
Y en él tanto que dudar,
Que aun armas le quiero dar
Y añadir número en tí.
Porque en llegándole á ver,
Me dé, aunque apele al huir,
Mas aceros que rendir
Y mas hombres que vencer.
Toma.

ALIATAR.

Muestra.

REY.

Véte agora
En paz.

ALIATAR.

Alá, soberano
Monarca, te haga cristiano
Rey del ocaso al aurora.

REY.

¿No te vas?

ALIATAR.

Ya, ya me voy.

REY.

¿Qué aguardas?

ALIATAR.

Mas ancho mundo;
Que en tí, oh Mahoma segundo,
Viendo prodigios estoy.

(*Vanse.*)

Salen DOÑA MARÍA, DON ALONSO Y DON PEDRO.

DOÑA MARÍA.

¿Qué es esto, mi bien? El dia
De la mas lucida fiesta
Que vió Castilla, despues
Que reinan reyes en ella,
En que vos habeis andado
El mas bizarro, aunque, atenta
La envidia, os desacredite
Con la lisonja la ausencia;
Cuando los hombres publican,
Cuando las damas confiesan
Que les llevastes los ojos,
Sin perdonar las estrellas;
Cuando me habeis parecido
Mejor, aunque me pudieran
Dar celos las atenciones
De tanta airosa belleza
Sevillana, que parece
Que sobre las plumas vuestras
Llovió el amor corazones,
Granizó abril primaveras;
Y en fin, ¿en tanta alegría
Venis con tanta tristeza,
Con desabrimiento tanto,
Pidiendo botas y espuelas,
Con diversiones tan raras,
Con suspensiones tan nuevas?
¿Qué traeis, esposo amado?

DON ALONSO.
¡Ay doña María! Ay prenda
Amada! Ay esposa mia!

DOÑA MARÍA.
Hablad, mi bien; que á la lengua,
Que es mia, como los ojos,
No es bien que menos le deba,
Pues ellos me están hablando
Mil confusiones de penas,
Y ella puede disfrazallas,
Y avara, lo regatea.—
Pedro amigo, ¿qué ocasion
Trae vuestro padre, que pueda
Obligalle á que no dé
Parte á vuestra madre della?
Decídmela vos.

DON PEDRO.
Señora,
Bastante es la que le fuerza
A enmudecer.

DOÑA MARÍA.
Ah señor,
Ah esposo, no os enmudezca
Mi desdicha, pues mi amor
Os merece mas finezas.
¿Qué teneis?

DON ALONSO.
Voy á morir
Esta noche, sin que pueda
Tener remedio mi vida,
Tener mi muerte defensa.

DOÑA MARÍA.
¿De qué suerte, esposo amado?

DON ALONSO.
Si he de hacer de vos ausencia,
¿No es muerte, de vos partir,
Pues que vivimos á medias
Con un alma vos y yo?

DOÑA MARÍA.
¿Partiros de mí?

DON ALONSO.
Por fuerza;
Que servir á un rey ingrato —
Obliga á estas inclemencias.
Hoy me desnaturalizo
De Castilla, por ofensas—
Que me ha hecho el Rey delante
De cuanta goda nobleza
Salió del torneo, y quiere
Que luego, esta noche mesma,
Salga de Sevilla y salga
De mí. Ved, esposa, si esta
Es causa para sentilla.

DOÑA MARÍA.
Dejad que os responda á ella
Con las palabras del alma,
Que son lágrimas que encierran
Conceptos de sangre muda,
De quien el silencio es lengua.
Siempre temí, tras de tantas
Felicidades y buenas
Fortunas, pension alguna,
Que no hay quien viva sin ella;
Y esta, despues de la muerte,
Es la mayor que pudiera
Pagar mi amor á la envidia.

DON ALONSO.
Mi bien, mi valor os deba
Esfuerzos para alentarme;
Yo voy con el alma vuestra,
Y vos quedais con la mia,
Y para retrato os queda
Pedro en mi ausencia, Señora,
Que tambien es alma vuestra.
No hay sino tener valor;
Que Algecira está muy cerca,
Adonde voy á servir
A Aben Jacob en la guerra,
No contra cristiano rey,
Porque eso á mi sangre fuera
Inexorable delito;
Y aunque don Sancho me ofenda
Con tantas demostraciones,
Voy á obligalle, con muestras
De quien soy, á Aben Jacob
Que las alarbes banderas
Contra sus contrarios reyes
Moros al Africa vuelva,
Y allí servílle, ganando
Famas, glorias y riquezas,
Siempre Guzman, siempre Bueno,
Hasta que don Sancho crea
Que lo soy, y en su servicio
Importante le parezca.
Yo daré presto por vos
Secretamente la vuelta,
Con la decencia que es justo;
Y entre tanto, el alma os lleva
Por alma suya, dejando
La mia por alma vuestra.

Sale COSTANILLA.

COSTANILLA.
Señor, ya están los caballos,
Como mandaste, á la puerta
Del jardin; y si no he visto
Mal, por esas cuadras entra
El infante don Enrique
Ahora.

Sale EL INFANTE.

INFANTE.
Desta manera
Me obliga vuestro valor,
Guzman el Bueno, á que venga
A vuestra casa.

DON ALONSO.
Señor,
Siempre debí á vuestra alteza
Grandes favores.

INFANTE.
Yo vengo
En persona á daros priesa
Para salir de Sevilla;
Porque esta noche, en defensa
Vuestra, tuve con el Rey
Un encuentro, en que pudiera
Arriesgar honor y vida,
Y huyendo de su fiereza,
Determino á Portugal
Pasarme, aunque me detenga
En Sevilla algunos dias,
Retirándome á las Cuevas
Primero, porque me importa
Esperar una respuesta
Del rey de Aragon.

DON ALONSO.
Infante,
Siempre de vuestra grandeza
Recibí grandes favores,
Y otro aguardo que á este exceda.

INFANTE.
Pues no andeis corto conmigo.

DON ALONSO.
Ya sabeis cómo es muy deuda
Del de Portugal, Enrique,
Doña María, y su alteza
Este parentesco estima
Tanto, que á Pedro desea
Criar en su casa. Hacednos
Merced de que efecto tenga
Esto; llevadle con vos,
Para que en edad tan tierna
Vaya mas acomodado,
Y con mas crédito pueda
Ir su persona á las plantas
De don Dionís.

INFANTE.
Esa prenda,
Guzman, me acreditará
A mí con el Rey, y en esta
Ocasion es para mí
La lisonja, la fineza
Que mas estimo.

DON ALONSO.
Mil años
Vuestra alteza favorezca
Sus esclavos.

INFANTE.
Guárdeos Dios,
Doña María.

DON ALONSO.
¿Qué esperas,
Pedro? Bésale la mano
Al Infante; ¡llega, llega!

INFANTE.
Mas cerca teneis los brazos.
Yo avisaré cuando sea
Tiempo de que Pedro parta
Conmigo. Nada os detenga
Mas, don Alonso, y salios
De Sevilla con presteza;
Que está enojado don Sancho
Por la ocasión de los Cerdas,
Y no sin causa le llama
Castilla el Bravo; no sea
La remision de partiros
Causa de alguna tragedia.
Y adios; que yo á la Cartuja
Tambien me retiro. (Vas

DON ALONSO.
Él sea
En vuestro favor, Enrique.—
Ea, Señora, esta ausencia
Es forzoso ejecutar
Mas presto que yo quisiera.
Dadme los brazos, y adios;
Valor mostrad y prudencia;
Que no tengo que encargaros
Las obligaciones vuestras,
Y adios.—Pedro, adios, y el cielo
Permita que á veros vuelva,
Como deseo.

DON PEDRO.
Él os traiga
Como esta casa desea,
Y como yo he menester.

DOÑA MARÍA.
En tan desdichada ausencia,
Valor de mi pecho noble,
Guardadme, para la vuelta
De don Alonso, la vida.

COSTANILLA.
Ya está con botas y espuelas
Nuestro camarada.

DON ALONSO.
¿Quién?

COSTANILLA.
El leon.

DON ALONSO.
Nunca tus veras
Son otras.

DOÑA MARÍA.
Quedo sin vida.

DON PEDRO.
Sentir, no llorar, quisiera,
Y no parece valor.

DON ALONSO.
En dos partes se me queda

El corazon dividido.—
Vamos, Costanilla.

COSTANILLA.

Buena
Vuelta nos dé Dios á España,
Aunque de garrucha sea.
(*Vanse.*)

JORNADA SEGUNDA.

Salen ABEN JACOB y ALIATAR

ALIATAR.

Es un retrato, en efeto,
De Alá, con el mundo airado,
Cuando bajara abrasado
A dar el postrer decreto.
En él el cielo cifró,
Todo junto, cuanto en ser
Humano pudo caber;
Y al fin, él me acobardó
De suerte, cuando le vi
Con este acero en la mano,
Que de sus rayos humanos
Pájaro nocturno fui.
El temor me granjeó
El perdon de mi osadía,
Y con esta arma me envia
Para que te diga yo
Que en rehenes te la da
De que ha de acabar con todo
El cristiano poder godo
Sobre Algecira, si ya
El ejército africano
Antes de alzar no resuelves,
Y al Africa no te vuelves;
Que, si le esperas, en vano
Despues podrás apelar
A escaparte con tu gente,
Porque el miedo solamente
De morir te ha de matar.

ABEN.

Basta, cobarde; no quieras
Que de tus infames labios
Mas vilezas, mas agravios
Contra las sacras banderas
De las africanas lunas
Escuche, ardiendo en furor,
Aben Jacob Almanzor,
Que las cristianas fortunas
Tantas veces ha tenido
Entre sus plantas, y está
Rigiendo, en lugar de Alá,
El imperio no vencido
De las dos Africas, para
Poner el mundo á mis piés,
Y España es poco interés,
Ni la romana tiara
De su cristiano alfaquí;
Y ese que pintas tan bravo,
Llevándole por mi esclavo,
Verá el valor que hay en mí;
Que he de volver á pasar
Mis escuadrones ufanos
Sobre espaldas de cristianos
El estrecho á Gibraltar.
Y este acero que has traido
En rehenes, instrumento
Será de tu fin sangriento.
Mide, Aliatar fementido,
La tierra con la garganta,
Besa con los viles labios,
Que han hecho tantos agravios
A la ley de Meca santa,
Esa arena, que ha de ser,
Con ese acero cristiano,
Mancha del nombre africano,
Púrpura vil.—¿Qué hay, Jafer?

Sale JAFER.

JAFER.

De dos rayos andaluces,
Dos cristianos caballeros,
Y en el traje y los aceros,
Que traen doradas cruces,
Lo muestran, quieren los piés
Besarte. ¿Entrarán?

ABEN.

Parece
Emblema la que me ofrece
Tu relacion. Entren pues;
Que sobre estas almohadas,
Donde siempre audiencia doy,
Esperándolos estoy.

JAFER.

¿Mandas que entren sin espadas?

ABEN.

Jafer, entren como vienen;
Que Aben Jacob Almanzor
No le da el mundo temor.—
Estas treguas entretienen
Tu muerte, vil Aliatar,
Para tormento mas fiero;
Que de la mano el acero
Cristiano no he de dejar.

Salen DON ALONSO y COSTANILLA.

JAFER.

Ya llegan.

DON ALONSO.

Sálvete el cielo,
Aben Jacob.

ABEN.

Venga Alá
Con vosotros; levantá
Agora los dos del suelo.

DON ALONSO.

El cielo tu vida aumente.

ABEN.

Decid, ¿á qué habeis venido?

COSTANILLA.

¡Qué largo está y qué tendido!

DON ALONSO.

Escúchame atentamente:
Yo soy don Alonso Perez,
Moro, de Guzman; mi nombre
Es este, y es sol de España
Celebrado en los mayores;
Desta gran casa soy hijo,
De cuyos progenitores
Heróicos y no vencidos
Nací en efeto, y tan pobre,
Que fué menester valerme
Con altas resoluciones,
Para ganar de comer,
Deste acero, haciendo el nombre
De Alfonso el Décimo eterno
Contra los moros pendones
En Sevilla, y deseoso
De ver de mí sucesores,
Casé con doña María
Coronel, que en sangre y dote
De la persona y hacienda
Hacen caso los mayores;
Casamiento que envidiaron
Hijosdalgo y ricos hombres;
Ser de Sevilla, por ella,
Alférez mayor tocóme,
Mayor alguacil y alcaide
De su alcázar y su torre;
Don Sancho el Bravo (que reine
En Castilla en paz, y goce
Su corona largos años)
Tuvo por competidores
A los hijos de su hermano,
Luego que murió en los monjes
De las Cuevas de Sevilla
Su padre Alfonso, y entonces
De sus sobrinos seguimos
Muchos generosos hombres
De Castilla y de Leon
La voz, hasta que, conformes
Las partes, se dió á don Sancho
La obediencia que disponen
Los homenajes reales,
Haciendo á todos favores
Y mercedes; mas conmigo
Tan cruel, tan desconforme,
Que públicamente un dia,
Despues de un torneo, adonde
Mostré en las burlas de Marte
Veras del galan Adónis.
Matarme intentó al veneno
De descompuestas razones;
Que en un rey palabras de ira
Sirven de desnudo estoque;
Y entre muerto y ofendido,
Dando en el rostro pregones,
El carmin, de la vergüenza,
Velo que la sangre noble
Al alma, que á los cristales
Del cuerpo entonces se opone
Al reparo de la ofensa,
Como está desnuda, corre;
No teniendo otro, del Rey
Me destierro en altas voces,
Y me desnaturalizo
De su vasallo, y conforme
El fuero de España, pido
Que el plazo mismo me otorguen
Que á los demás se concede,
Cuando estas satisfacciones
Toman de injurias reales,
Ya que el valor no conoce
De un vasallo otra ninguna
Con un rey, para que tome
Resolucion de salir
De sus reinos, y sin órden
Me niega el plazo, y me manda
Que no esté un hora en la corte,
Pena de la vida. Parto
De Sevilla, con un hombre
En mi servicio, no mas,
Que cortésmente socorre
Un pecho hidalgo; con ese,
Y con que me reconoce
Por dueño, vengo á tus plantas
A ofrecer la sangre noble
Que tengo en servicio tuyo,
Y á tu poder y á tu nombre,
Mas que á otro príncipe, estoy
Inclinado, porque cobres
Conmigo un vasallo nuevo,
Y un soldado de quien logres
Los triunfos que á tu valor
Y á tu imperio corresponden;
Pero ha de ser, si me admites,
Con aquestas condiciones:
Lo primero, Aben Jacob,
Que mi valor te propone,
Es que no has de hacer al rey
Cristiano guerra, ni adonde
Daño á los suyos se hiciere.
La segunda, que te tornes
Al Africa, levantando
Tus valientes escuadrones
De Algecira. La tercera,
Que han de respetar el nombre
De mi rey, en las palabras
Y en las imaginaciones,
Los tuyos; que, aunque agraviado
Vengo de sus disfavores,
Los nobles han de cumplir

Siempre sus obligaciones;
Que son ofensas de reyes,
De los vasallos crisoles.
La cuarta y última, en fin,
Es, Aben Jacob, que sobre
Mi ley no has de argumentar
Conmigo, ni hacerme en órden
A la tuya, en su desprecio,
Ociosas comparaciones;
Que has de permitirme hacer
Lo que á cristiano me toque
Públicamente, y en todas
Las marciales ocasiones,
Que al español Patron nuestro,
Que vuestras lunas conocen,
He de apellidar, diciendo
Al son de los atambores:
«Cierra España y Santiago,»
Que es voz que da corazones.
Con las condiciones dichas,
Como católico y noble,
Te juro sobre la cruz
Desta espada, en arreboles
Africanos tantas veces
Teñida, desde que jóven
Puso el abril en mis labios
Las tiernas premisas flores,
De servirte con lealtad,
Y hacer que al Africa asombre,
Y á las dos Asias con ella,
Tu blason, cuando tremolen
Otra vez los tafetanes
De Jérges, que vió Oloróntes,
Contra tu imperio, rindiendo
Cuantos rebeldes se oponen
Jeques á la majestad
Cesárea tuya, aunque broten
Las arenas africanas
Contra ti piélagos de hombres,
No igualando á la firmeza
De mi palabra ese monte,
Que presume eternidades
Con los celestes faroles;
Ni aquel escollo, que al mar
Por homenajes se expone
De la tierra, esa columna
Que está con el cielo al tope,
Ese que aspira á gigante,
Ese que se alienta á torre,
Ese que se mienta acero,
Y ese que se obstina bronce;
Pues soy don Alonso-Perez
Claros de Guzman, y pone
El cielo en mi pecho cuanto
Repartió entre muchos orbes.

ABEN.

Cristiano, por Alá, que eres
El primero á quien conoce
Inclinacion mi albedrío,
Virtud de constelaciones
Secretas; llégate y dame
Los brazos.

DON ALONSO.

Los tuyos honren
Mi pecho, heróico monarca
Del Africa.

ABEN.

Desde hoy corre
Tu valor por cuenta mia,
Y desde hoy tu sangre noble,
Guzman, te hace de mi pecho
Dueño, con tantos honores,
Que admiren el mundo; dame
La mano, que no hay quien goce
Este favor, si no son
Solo nuestros sucesores
O la principal de todas
Nuestras mujeres, y cobre
Por tí vida ese cobarde,
Que estaba aguardando el golpe
Deste acero, que en mi mano
Está obstinando rigores,
Que tu venida ha templado.

(*Habrá estado Aliatar hasta ahora tendido en el suelo.*)

DON ALONSO.

Tan grandes demostraciones
Me harán tu esclavo.

ABEN.

Guzman,
De tu rey es, no te asombre,
Prenda este acero.

DON ALONSO.

¿Qué dices?

ABEN.

Despacio sabrás el órden
Con que vino á mi poder.
Tómale, y no te alborotes;
Que quiero que la primera
Presea que mis favores
Te dan, sea de tu rey,
Porque sus estimaciones
Le vinieron en el grado
Que tú publicas á voces.

DON ALONSO.

Mil veces la beso, y pongo
Sobre mi cabeza y sobre
Mi honra y vida, Aben Jacob,
Y la guardaré, en tu nombre
Y en el suyo, lo que el cielo
Me dejare vivir, y honre
Ahora el derecho lado
Mio hasta que yo la torne
A su poder.

COSTANILLA.

Vuestra real
Morería me perdone,
Y me dé á besar sus manos,
Sus plantas ó sus talones,
Y conozca á Costanilla,
Que ha sido escudero al trote
Del tal Guzman, y os espera,
Si no es alzarse á mayores
Con la fama y la fortuna,
Volviendo á verme en la torre
Del Oro de mi lugar,
Como volvió Lanzarote
Cuando de Bretaña vino.

DON ALONSO.

Estas no son ocasiones,
Costanilla, para burlas.

COSTANILLA.

¿Espero yo que le informes
Dos horas á Aben Jacob,
O Aben Esaú, y me pones
Límite en que mis deseos
Sepan los Aben Jacobes?
Todos venimos de Adan.

ABEN.

Guzman, ya de mis acciones
Eres alma, y porque creas
Que esta verdad corresponde
A la experiencia, principio
Quiero dar luego. — ¿Jafer?

JAFER.

Señor.

ABEN.

Haz que á marchar toque
El campo, y desde Algecira,
Para que se embarque, tome
La vuelta del mar; que allí
Trescientas fustas, que ponen
En confusion á los vientos
Arrogantes, porque asombre
A España, nos servirán
De puente al Africa.

DON ALONSO.

Sople
Tu fortuna hasta el imperio
Del Asia.

ABEN.

Desde hoy el nombre,
Guzman, de mi general
Goza.

DON ALONSO.

Con tantos favores,
A tu corona vendrán
Estrechos los horizontes.

JAFER.

Ya los parches y metales,
Para obedecer el órden
Que me has dado, se previenen.
(*Vase.*)

ABEN.

Danos, Jafer, dos bastones;
Que el Guzman y yo igualmente
A la campaña salobre
Del mar capitanearémos
Los armados escuadrones.

Sale JAFER.

JAFER.

Aquí están.

ABEN.

Muestra, Jafer,
Y haz que esotro el Guzman honre

DON ALONSO.

Sobre el cielo me levantas.
Toca ahora á marchar.

COSTANILLA.

Oye,
Señor leon, á su tierra
Vamos; no hay sino dar órden
De pagar el hospedaje
De España; que los leones
Honrados siempre proceden
Como quien son.

DON ALONSO.

Con el órden
Pueden hacer la señal
Los clarines y atambores.

Tocan y vanse; sale DOÑA MARÍA *y* DON PEDRO, *de camino, y* EL AYO.

DOÑA MARÍA.

Esta carta habeis de dar
A don Dionis; Pedro mio,
Rey de Portugal y tio
Vuestro; llegadle á besar
La real mano á su alteza
Con don Enrique el infante,
Y hasta que el Rey os levante
Con los brazos, que es fineza
Al parentesco debida,
No os habeis de levantar,
Ni cubriros sin mandar
Que lo hagais; y á esto, por vida
De vuestro padre, que estéis
Con atencion desde ahora,
Porque no os tengan...

DON PEDRO.

Señora
En mí un retrato veréis
De los dos, porque deseo
Ser un cristal de los dos.

DOÑA MARÍA.

Guárdeos muchos años Dios;
Que en vos su retrato veo.
Partid-os luego, y volved
A darme otra vez los brazos,
Y adios.

DON PEDRO.

Adios.

DOÑA MARÍA.

A pedazos
El alma se me va; haced,
Pedro, lo que os he encargado.

DON PEDRO.

Yo voy, Señora, advertido. (*Vase.*)

DOÑA MARÍA.

Pues guárdeos Dios; sin sentido
Mi corazon ha quedado,
Pues se han partido de mí
Dos almas; mi vida cese.—
¿Elvira?

Sale ELVIRA.

ELVIRA.

Señora.

DOÑA MARÍA.

¿Fuése
Pedro?

ELVIRA.

Ya partió de aquí.

DOÑA MARÍA.

Dame una silla, y al punto
Trae aquí papel y tinta;
Escribiré á don Alonso,
Si es que el dolor no me priva
De sentido.
(*Saca Elvira recado de escribir.*)

ELVIRA.

Ya está aquí.

DOÑA MARÍA.

Cierra esa puerta, y avisa
Que nadie entre donde estoy.

ELVIRA.

Ya voy. (*Vase.*)

DOÑA MARÍA.

Véte; adios, Elvira.—
¿Con qué palabras podrán
Expresar las ansias mias
De dos ausencias tan grandes
Los sentimientos que privan,
Para podellos copiar,
De razon, al alma mia?
Don Alonso de Guzman,
Dueño y señor de mi vida,
Despues que anegada en llanto,
Despues que vuelta en cenizas,
De mis suspiros al fuego,
Me dejó aquella partida,
La de Pedro me ha dejado...
¡Ay de mí!

Sale EL REY.

REY.

Doña María,
No os alboroteis.

DOÑA MARÍA.

Señor,
Señor, ¿un rey de Castilla
A estas horas en mi casa?

REY.

A vuestra casa me obliga
Venir Enrique á estas horas,
Porque, demás de una espía
Que tengo de sus intentos,
Sé que en ella se retira
Por sagrado de mi enojo;
Y como nadie podia
Atreverse en vuestra casa
A intentar esta pesquisa,
Vengo yo mismo en persona.

DOÑA MARÍA.

Bien pudiera por mí misma
Excusallo vuestra alteza,
Cuando las injustas iras
Con mi esposo os obligaran
Con tan nuevas osadías;
Que esta casa solamente
Es sagrado que publica
Veneraciones de reyes,
No de infantes de Castilla,
De vuestra esfera huyendo;
Que aquí ni aun el sol porfía
Entrar, mi marido ausente,
Que se desnaturaliza
De vos por vuestros agravios;
Que á Pedro, que es sangre mia,
Alma de mis pensamientos
Y alivio de mis desdichas,
No le he querido tener
En ella, porque los dias
Que estoy de mi dueño ausente,
No quiere alivio mi vida.

REY.

Con vuestro valor compite
Vuestra beldad peregrina;
Mayor sois que vuestra fama,
Puesto que ella me decia
De vuestra hermosura extremos;
Que toda sois maravillas;
Y por vida de Fernando,
Si vuestros ojos me miran
Con menos desdenes, rayos
Que toda el alma fulminan
De un rey, aunque ella mas
De soles nos acreditan,
Que á don Alonso, á don Pedro,
Que á vuestra heróica familia...

DOÑA MARÍA.

Vive Dios, si vuestra alteza
Con palabras tan indignas
De quien soy pasa adelante,
Y lo que en ofensa mia
Pasos ha dado, no vuelve
Atrás con la misma prisa,
Que á entrar los encaminó
La vil sangre fementida
De algun forzado enemigo,
De quien las honras se fian
En las mas ilustres casas,
Que dé un ejemplo á Sevilla
Y á España, que el mundo asombre,
Y abra ese balcon y diga
A voces que es un tirano,
Y un rey que desacredita
Las casas de sus vasallos,
Tan nobles como la mia;
Que cuando, para agraviarme,
Me juzgueis sin compañía,
No penseis que estoy tan sola,
Que no estoy conmigo misma.
Esa es la puerta del cuarto
Por donde entrastes; que pisan
Estos ladrillos los reyes
Viniendo á honrar muy de dia
De sus dueños los blasones,
Que sus Coroneles pisan,
Con los que orlan los escudos
De los reyes de Castilla;
Y pues tan desalumbrado
Venis á que os dé noticia
De quién soy esta experiencia,
Quiero con esta bujía,
Dándoos luz, salir delante
De vos.

REY.

¡Mujer no vencida!

DOÑA MARÍA.

Venid.

REY.

¡Invencible pecho!

DOÑA MARÍA.

Aquesta es doña María
Coronel, don Sancho el Bravo,
Nueva Evádnes en Sevilla.
(*Entrale alumbrando con la bujía.*)

Sale DON ALONSO, *armado con pet... espaldar y gola, y una rodela de ace... ro á las espaldas, y* EL LEON Y CO(S)TANILLA, *armado á lo gracioso.*

DON ALONSO.

Deja ahora, Costanilla,
Los caballos arrendados.

COSTANILLA.

Mejor será que en los prados
Se entretengan desta orilla,
Que las playas africanas
Guarnecen y lisonjean,
O ruego á Dios que te vean,
En las que miro cristianas,
De esotra parte del mar
Estos desterrados piés,
Aunque demos al través
En Tarifa ó Gibraltar.

DON ALONSO.

Eso llegará algun dia;
Que bien me tienen sin mí
Las soledades aquí
De Pedro y doña María.

COSTANILLA.

Dios se lo perdone al rey
Don Sancho y á sus bravezas,
Que te obliga á hacer finezas
Con otro de ajena ley,
Y á mí á comer alcuzcuz
Y cabra, habiendo en Sevilla
Lenguados, que á Costanilla
Le hicieran agora el buz,
Y una cola, con perdon,
De bacallao, que á un cristiano
Vuelve emperador romano.

DON ALONSO.

¿Vino el leon?

COSTANILLA.

El leon
¿Cuando deja de venir?
Cuándo en la posada espera?
Aquí está, que aunque yo quiera
No me dejará mentir;
Pero, ¿cuándo has de decirme,
Pues has callado hasta aquí,
A qué venimos así?

DON ALONSO.

Bien puedes atento oirme.
Aben Jacob Almanzor,
Pagano rey, á quien sirvo
Con las finezas que sabes
Y con la lealtad que has visto;
Como bárbaro sin fe,
Como poderoso impío,
Mudable como señor
Y cobarde como rico,
Mal seguro de mi pecho,
Con quien el cristal no es limpio,
Porque son de mis entrañas
Viriles los hechos mios;
O por envidias secretas
De encubiertos enemigos,
O por lo que en mis agravios
Don Sancho el Bravo le ha escrito,
De los favores pasados
Tanto se extraña conmigo,
Que sé que intenta mi muerte
Con manifiestos indicios;
Mas, como estoy del comun
Aplauso favorecido
En Africa, no se atreve
A declarar sus designios,
Por no desacreditarse
De justo, de agradecido,
Con la atencion de sus reinos,
De quien estoy tan bienquisto;

Y así, debajo el pretexto
De mis valerosos brios,
O me aventure ó me arriesgue
A los mas árduos peligros,
Y hoy me pone en el mayor
Que á mi pecho no vencido
Ha podido dar cuidado
Despues que fama conquisto.
Ya sabrás que en estos campos,
Por aborto ó por prodigio
Del infierno, para asombro
De los venideros siglos,
Vive una sierpe tan fiera
Y un mónstruo tan peregrino,
Que hace verdad las mentiras
De los contextos antiguos;
De tan horrible grandeza,
Que no es gentilhombre un risco
De su estatura, y parece
Que se mueve un monte vivo.
Condensa con el aliento
Nubes en el aire frio,
Que llueven de muertas aves
Venenosos torbellinos;
De una vez se pace un valle,
Entero se bebe un rio,
Y es una red barredera
De cabañas y de apriscos;
De su insaciable furor,
Destos pueblos convecinos,
Como si de carne fueran,
Le tiemblan los edificios.
Cortáronle estas arenas
Al gigante basilisco,
De chamelotes escamas,
Un verdinegro vestido.
Dos alas dicen que tiene,
Al modo del hipogrifo,
Que, aunque no vuela con ellas,
Son de las plantas cuchillo.
Tanto con la sombra empaña
Al sol en medio el estío,
Que le debe á cada paso
Cada rayo un parasismo.
En fin, este orco africano,
Este fiton sarracino,
Sin los ganados y fieras,
Tantos hombres se ha comido,
Que si pudieran estar
Dentro de su vientre vivos,
A estas horas no tuviera
Marruecos tantos vecinos.
A matar ese portento,
Este horror, este vestigio,
Me ha obligado Aben Jacob,
Y á este efecto venimos.
Entre los tres ha de ser
La empresa; lo que al leoncillo
Le toca, yo sé que puede
Fiárselo Alcides mismo.
Lo demás á nuestras manos
Tenemos de remitillo;
No hay sino tener valor,
Pues españoles nacimos.

COSTANILLA.

Pienso, si no estoy borracho,
Que sueñas, por Jesucristo,
O te has levantado acaso
Hoy con algun tabardillo.
Tabardillo es, juro á Dios;
No hay sino que el frontispicio
Te rapen luego, y te pongan
Contra sierpes defensivos.

DON ALONSO.

Aquí no aprovechan ya
Las burlas, sino los brios
De un resuelto corazon.

COSTANILLA.

¿Qué dices?

DON ALONSO.

Esto que digo,
Y esto que ha de ser.

COSTANILLA.

¿Estás
Endiablado? ¿Quién te ha dicho
Que resuelto para sierpes
El corazon he tenido?
Estoy, el dia del Córpus,
Con todos mis diez sentidos
Temblando de la tarasca,
Sin veneno ni colmillos,
Hecha de lienzo pintado
Y alfajías, porque he sido,
Para contigo y con Dios,
Siempre medroso de mio;
Y ¿una sierpe de las señas
Que has pintado y que no has visto,
Quieres que embista? Eso no.

DON ALONSO.

Eso sí, estando conmigo;
Que soy español y noble,
Y su testa he prometido
A Aben Jacob, cuando fuese
Del dragon infernal mismo.

COSTANILLA.

¿Fuiste con san Jorge acaso
A la escuela cuando niño?
¿Tienes ensalmos de apelo?
¿Criástete en algun libro
De caballerías?

DON ALONSO.

Oye;
(*Dentro ruido.*)
Que pienso que á los relinchos
De los caballos, la sierpe
Se abate.

COSTANILLA.

¡Extraño ruido!
Parece que esa montaña
Se viene abajo. ¿Silbitos?
Mosquetero de comedia
Habeis sido, voto á Cristo.

DON ALONSO.

Ea, animal generoso,
De los brutos no vencido.
Rey, esta fiera es vasallo
Rebelde á tu señorío
Irracional; obedezca
Hoy el directo dominio
Que debe á la majestad
Del imperio campesino;
Que otro leon á tu lado
Va en mí, á eternizar contigo
Su nombre, á pesar del tiempo,
De la envidia y del olvido.
Santiago, cierra España. (*Vase.*)

COSTANILLA.

Cierra España, y Jesucristo
Vaya conmigo tambien;
Que voy á los intestinos
Desta bestia á ser Jonás
De las musas, y me pinto
Entre el hígado y el bazo,
Hecho ermitaño del limbo. (*Vase.*)

Salen ABEN JACOB *y* MOROS, *con adargas.*

ABEN.

Salgamos á ver el fin
Deste cristiano enemigo,
De entre este escuadron de robles;
Que hoy de su pecho fingido
En esta sierpe me venga
Mahoma. Estad, como digo,
Todos atentos, guardando
Mi persona deste olimpo
Con alma, que escupe un mar
De veneno en cada silbo.

ALIATAR.

Ya parece que el leon
Que le ayuda, mal herido
Se rinde, y el acero,
En vano manchado y tinto
En la ponzoña del mónstruo,
Que corre á su precipicio,
Prueba á esgrimir.

JAFER.

Ya parece
Que entre sus piés ha caido.

ABEN.

Sepulcro le da de escamas,
Arrojándosele el tibio
Torreon encima agora,
A pesar de sus arbitrios.
Pero agora de la fiera,
Que sale un golfo imagino
De sangre, inundando el prado,
Midiendo el fiero vestigio
Con las espaldas la grama;
Y el cristiano no vencido
Con el acero cruzado
Le derriba el cuello altivo.

COSTANILLA.

Victoria por don Alonso
Perez de Guzman.

ABEN.

¡Qué miro
Y qué escucho juntamente!
¿Hay mas extraño prodigio?
Lleno de tierra y de sangre
Lleno de saña y de brio,
Llega el cristiano arrogante.
¡Mahoma, que has permitido
Este pesar á mis ojos!

Sale DON ALONSO, *con la rodela y espada llena de sangre*, Y COSTANILLA, *con la cabeza de la sierpe.*

DON ALONSO.

Esta, Aben Jacob, que ha sido
Aliento de mis hazañas,
Y hoy de todos mis servicios,
Ingrato dueño, es la fiera
Cabeza del mas temido
Mónstruo que en estas arenas
Abortó el sol y el abismo.
A pesar de su fiereza,
Ya mi palabra he cumplido,
Como has visto con los ojos,
Atalayas y testigos
De tan invencible empresa
Y de tantos triunfos ricos,
Como Túnez, Fez y Argel
Lo confiesan, y rendidos
Hoy á tus piés por mi brazo,
Son del imperio morisco
Nuevos heróicos despojos.
Mas, pues á ver has venido
Mi muerte, desconfiado
De mi acero, y al peligro
Deste animal arriesgaste
La opinion que ha conseguido
Un hombre como yo, asombro
De tus fieros enemigos
Y del mundo, pues no cabe
Dentro dél el valor mio;
Quédate con los que tienes
En mi ofensa á los oidos,
Lisonjeros y cobardes,
Alarbes y advenedizos;
Que no quiero servir rey
Cruel, desagradecido,
Fácil, mudable, tirano,
Que me trueca por castigos
Las mercedes, y las hónras
Por afrentosos suplicios;

Que cuando me falte leño
Que al español patrio nido
Me vuelva, sobre los hombros
Salobres dese mar mismo,
Pues es de España, pondrá
En salvo este brazo altivo. (*Vase.*)

COSTANILLA.

Y el de Costanilla, perros,
Pues su motilon he sido.

ABEN.

Matadlos.

TODOS.

Mueran.

COSTANILLA.

A ellos,
A ellos, leon amigo;
Que no es malo, á falta de olla,
Un jamon de un galgo frio.
(*Vanse.*)

JORNADA TERCERA.

Sale DON ALONSO, DOÑA MARÍA Y COSTANILLA.

DON ALONSO.

Al fin, en esta fiesta, como digo,
De una pequeña roca confiada, [go,
Que, siendo para un pez estrecho abri-
Contra un lebeque le pidió posada,
Me arrojo, y á pesar de mi enemigo,
Cortándole los cabos con la espada,
Tan veloz á la fuga me provoca,
Que imagino que me llevé la roca.
Los remos luego entre los dos asimos,
Y para que pasase á la carrera,
Cuando no fueran alas, piés le dimos
Al lagostin pintado de madera;
Con la furia que al mar acometimos,
Perdimos al leon en la ribera,
Si de su ingratitud no fué cuidado,
Hasta tomar en el bajel sagrado.
Era un alarbe pescador el dueño,
Que, de tan nuevos huéspedes seguro,
Cuidado y redes, con el mar y el sueño,
Reparte el africano Palinuro;
Arco la plaza fué, flecha fué el leño,
Por remos plumas tiro al cristal puro,
Y como el sol dorando estaba el dia,
Blanco de aquella apuesta parecia.
El pescador alarbe, que despierto
Otros remeros vió volando el pino,
Que soñaba pensando, y lo mas cierto
Que loco imaginaba un desatino,
Probó á dar voces al vecino puerto,
Y hallólo todo campo cristalino,
Porque, si el sueño es muerte, el trueco
[alabo
De estar con vida ó esperarse esclavo.
El leon, porque solo en la ribera,
Huyendo vió que el berberisco buco
Sorda navaja de las olas era,
Como á esgajar el mutacen ó el luco,
Donde Africa le dió solar de fiera,
Feroz al mar se disparó trabuco,
Y marino hipogrifo de otro Astolfo,
A espumas y á bramidos creció el golfo.
Entonces el escollo fugitivo
Remos amaina, y aguardar procura
Al leño irracional el bajel vivo,
Que en velas de guedejas se asegura;
Cuando el piélago sordo al bruto altivo
Le dió en lugar de puerto sepultura;
Que, como sordo en fin, el mar violento
Del animal equivocó el intento.
La luz comun temblando al sueño esca-
Anticipó el horror la sombra fria, [so,
Y con los privilegios del ocaso
Violó la noche términos del dia;
Y en el rendido, en el preñado vaso
Beberse el golfo el aquilon queria,
Y delincuente sobre el mar profundo,
Sopló la luz y á escuras dejó el mundo.
El golfo ciego, y de caduco, cano,
De la fusta por báculo se asia,
Inútil lastre siendo el africano,
Con mi Acátes rendido en la crujía;
Ya con un remo en la siniestra mano,
A César con Amíclas parecia,
Hasta que en una isleta, que el mar moja
Como resaca el viento nos arroja.
Era, mirado bien despues, un risco,
Que descollado sobre el mar estaba,
Salvaje que, vestido de marisco,
Con él eternidades apostaba;
De aqueste pues marítimo obelisco,
De tantas flechas de cristal aljaba,
El soplo de los vientos inhumanos
Siete dias nos hizo ciudadanos;
Hasta que, levantando el mar bandera
De paz, en una calma plateada,
Tan blanda, tan suave y lisonjera,
Que abriendo la fustilla á la jornada,
Descubriendo de España la ribera
A tres auroras desta madrugada,
Y aunque el leño llegó casi en pedazos,
Tomé puerto en Tarifa y en tus brazos.

DOÑA MARÍA.

No pudo mas el deseo
Estar ausente de vos;
Que, como anima á los dos
Sola el alma que en vos veo,
No quise mas diferir
Partir á buscar mi vida,
Que, entre los dos dividida,
Ni era morir ni vivir.
Así á Tarifa venia
A buscar embarcacion,
Buscando, como es razon,
Vuestra dulce compañía.
Doy al cielo soberano
Gracias de haberos hallado
Antes de haberme embarcado.

COSTANILLA.

¿Es posible que en cristiano
País ponemos los piés,
Y que se acabó el trabajo
Inmenso de mar abajo,
Y mar arriba despues?
¿Que haya sido con encuentro
Tan dichoso? Loco estoy,
Pienso que soñando voy.
¡Oh España, del mundo centro!
Volveré á besar mil veces
Esa arena deseada,
La tierra es linda posada,
Quédese el mar á los peces.
Mal haya quien inventó
Fustas en que el mar correr,
Sino mulas de alquiler,
En quien Adan caminó.

DOÑA MARÍA.

No sé tal de la Escritura.

COSTANILLA.

Yo sí, que fuí sacristan,
Y me reveló de Adan
Grandes secretos el cura.

DOÑA MARÍA.

¡Qué de veces te envidié,
Costanilla, porque andabas
Con don Alonso!

COSTANILLA.

Envidiabas
Sin entendello; que á fe,
Que si de la sierpe el dia
Con él me vieras al lado,
Que me hubieras envidiado
Muy poco, señora mia.

DON ALONSO.

Mucho siento que el Maestre,
El invencible Mendoza,
Tan vecino esté á la muerte.

DOÑA MARÍA.

La vejez y los cuidados
Desta plaza, que defiende
Tan cerca de Berbería,
En este trance le tiene;
Que está sin gente Tarifa,
Y aunque inexpugnable, puede
Mucho número de moros,
Como se dice que viene
Con Aben Jacob agora,
Darle cuidado, y previene
Este recelo, pidiendo
Al Rey socorro de gente;
Y se entiende que en persona
Guarnecer don Sancho quiere
Este presidio, y le aguardan
Ya por momentos que llegue.

DON ALONSO.

Tráigale Dios con la vida;
Que á estas fronteras conviene,
Y han menester sus vasallos;
Que, aunque sé que me aborrece,
Es mi natural señor,
Y esto mi lealtad le debe;
Que no dudo que otra vez,
Airado contra mí, intente
Aben Jacob la conquista
De España, aunque inútilmente,
Teniendo rey tan heróico
Y vasallos tan valientes.

COSTANILLA.

Para coluna de un mundo
Basta ese brazo valiente,
Ese acero no vencido.

DON ALONSO.

Pero, volviendo al pariente
Que entregué á Enrique, Señora,
Que es justo que dél me acuerde,
Y que como de tal hijo
Las nuevas saber desee,
¿Qué tenemos dél?

DOÑA MARÍA.

Señor,
No quiso á Enrique acogelle
En Portugal don Dionís,
Temiendo mal no ponerse
Con don Sancho, y á la raya,
Segun Pedro brevemente
Escribió, envió á intimalle
Este desengaño, y fuése
Al Africa despechado;
Y Pedro, que copia siempre
Vuestras finezas, no quiso
Dejalle, pensando verse
Quizá con su padre allá,
Aunque lo estorbó la suerte,
Porque yo primero os goce
En España.

DON ALONSO.

Extrañamente
Lo siento; pero de Enrique
Confio que sabrá hacelle
Merced, como á mí hasta agora,
Y amparalle y defendelle.

DOÑA MARÍA.

Hágale dichoso Dios,
Y dé la vida que puede.

DON ALONSO.

Entremos en el castillo,
Pues decis que ya el Maestre,
De enfermedad de sus años,
Está cercano á la muerte.

Tocan cajas, y salen DON ENRIQUE, *con baston,* Y DON PEDRO, *en cuerpo,* Y ABEN JACOB, *con baston, y* MOROS.

ABEN.

Ea, bastardos leños,
De todo junto ese elemento dueños,
Del mar paladiones,
Abortad africanos escuadrones;
Darán vuestras proeces
Escándalo abrasado hasta los peces,
Selvas á estas riberas
De plumas, de jinetas, de banderas,
Y vuestras medias lunas,
Acreditando prósperas fortunas
Y cristianos recelos,
Nuevos cielos añaden á los cielos;
Y presuman los montes
Que les quiero colgar los horizontes
De rojos tafetanes, [nes.
Porque á verme triunfar salgan gala-

INFANTE.

Tus triunfos asegura
De abril tanta florida arquitectura;
Que á un tiempo tres esferas
Vistes de tres armadas primaveras.

ABEN.

Todo eso, heróico Enrique,
Como á los piés de Amir Abomenique,
Mi hijo y mi heredero,
Viene á los tuyos, y ponerte espero
A esos mismos á España,
Y contra Sancho el Bravo, si acompaña
Mahoma el brazo suyo,
Hermano ingrato y enemigo tuyo,
Siendo de Alá castigo,
Repetiré la historia de Rodrigo.
Infórmate, Aliatar, de las espias
Que estas campañas corren estos dias;
Antes de mi llegada,
Sabe de quién Tarifa es gobernada,
Y juntamente sabe
Qué gente dentro de milicia cabe.

DON PEDRO.

Hasta aquí, Enrique, he venido
Siguiéndote, con la fe
Que has visto; mas ya que sé
El intento que has traido
Contra tu hermano, ofendido
De sus sinrazones, quiero
Cumplir como caballero
A lo que estoy obligado;
Que soy de un padre engendrado
De quien ser retrato espero.
Pensé en Africa alcanzalle,
Y así al Africa seguí
Tus pasos, adonde oí
Mas causa para imitalle.
Mi centro es, voy á buscalle,
Que es el natural que sigo;
Tú eres del rey enemigo,
Y aunque á su ofensa me niegue,
Es imposible que llegue
Al centro yendo contigo.
Dame licencia; que quiero
Volverme á mi casa, adonde
Mi padre, que corresponde
A su valor con su acero,
Por retrato verdadero
Suyo, el que copió tendrá,
Y enternecido dirá,
Cuando en sus brazos esté:
«Pecho que guarda esta fe,
Con sangre Guzmana está.»

INFANTE.

Don Pedro Alfonso, yo sigo
El pretexto de mi agravio;
Hijo soy de Alfonso el Sábio,
Como Sancho mi enemigo.
Ya Castilla fué testigo
De mis finezas con él;
Mas, pues bárbaro y cruel,
Ingrato conmigo ha sido,
Lo que me usurpa le pido;
Que tambien soy rey como él.
No son los que intento yo
Alevosos desatinos,
Y en los Cerdas, mis sobrinos,
El mismo ejemplo me dió,
Y Adan no le repartió
A Castilla mas que á mí.
Hijo de Alfonso nací,
Y él no nació su heredero;
Ser rey de Castilla quiero,
Pues hijo de su rey fuí.
Dél vuestro padre agraviado,
Se desnaturalizó,
Y al Africa se pasó,
Adonde ha desobligado
A Aben Jacob, que le ha honrado,
Y á su rey ha deservido.

DON PEDRO.

Mi padre ha correspondido
A Aben Jacob y á su rey,
A su patria y á su ley,
Con la lealtad que ha debido;
Y quien dijere otra cosa
En Africa y en España,
Siempre diré que se engaña;
Que su espada valerosa
Tanto ensalzó, victoriosa,
De Africa el blason pagano
Con el nombre castellano,
Que puede con mas razon
Llamarse, como Scipion,
Hoy el Guzman Africano;
Sin dejar de hacer jamás
Por su rey tantas finezas,
Que le han sobrado proezas
Para muchos reyes mas,
Y estas presto las verás
Tú y Aben Jacob y yo.
Con esta que me ciñó
Lo defenderé entre tanto,
Dando en esta edad espanto
Al mundo, á mi padre no,
Que sabe que he de cumplir
Con mi sangre desta suerte,
Invencible hasta la muerte,
Si el valor pudo morir.

INFANTE.

¿Qué es esto?

DON PEDRO.

Hacer y decir
Lo que debo á Dios y al Rey,
A mi padre y á mi ley.

INFANTE.

Estoy de cólera ciego.—
Quitadle la espada luego.

(*Empuñan todos las espadas.*)

ABEN.

Celin, Aliatar, Muley.

ALIATAR.

Tu arrogancia es excusada,
Cristiano; el acero venga.

DON PEDRO.

Todo el mundo se detenga;
Que no he de rendir la espada
Menos que en sangre bañada
Africana; que me altera
Poco todo un campo.

INFANTE.

Afuera;
Dejadme llegar á mí.

DON PEDRO.

Al mundo no temo ansí.

INFANTE.

Dadme, don Pedro, el acero,
Porque con él templar quiero
A Aben Jacob.

DON PEDRO.

Vesle aquí;
Que menos que á tu persona
No rindiera en este lance
Acero del lado mio
Y que me ciñó mi padre.

INFANTE.

Celin y Jafer, agora
Preso á mi tienda llevadle,
Y quede Jimen Jimenez,
Ayo suyo, por su alcaide;
Que esto, aunque rigor parece,
Por ahora es importante.

(*Llevan á don Pedro preso.*)

JAFER.

Yo vengo de las espías,
Señor, como me mandaste,
Informado.

ABEN.

Y ¿qué has sabido?

JAFER.

Que el anciano venerable
Mendoza murió en Tarifa,
Y que es de sus homenajes
Por don Sancho alcaide...

ABEN.

¿Quién?

JAFER.

El que quieres que hoy se llame
Tu enemigo, don Alonso
Perez de Guzman.

ABEN.

¿Las paces
Hizo con el Rey tan presto?
¿De los agravios de antes
Sancho está tan satisfecho,
Que de una plaza tan grande
Le da la tenencia?

INFANTE.

El Rey,
Aben Jacob, es mudable.

ABEN.

En las manos me le pone
Alá para castigalle.
¿Qué gente de guarda dicen
Que tiene?

JAFER.

Poca, aunque parte
Un capitan por alguna,
Que tiene en los aduares,
Alojada, de Sevilla
Don Sancho el Bravo, y esparce
Nuevas, diciendo que viene
El Rey en persona á dalle
Socorro, y que está tan cerca,
Que le aguardan esta tarde.

ABEN.

Tarde llegará, aunque llegue;
Porque muchas horas antes
Rendida hallará á Tarifa.—
Escalas al muro.

TODOS.

Al muro.

ABEN.

Toca al arma.

TODOS.

Al arma.

ABEN.

Baje
Segunda vez á mis piés
España el cuello arrogante.

(*Vanse.*)

Salen al muro DON ALONSO, DON NUÑO Y COSTANILLA.

DON ALONSO.

En vano el asalto intentan
Los escuadrones alarbes:
Que son muros de sus muros
Estos pechos de diamantes.

DON NUÑO.

Allegándose infinitos,
En el foso dél combaten;
Se retiran.

COSTANILLA.

Antes quieren
Hacer con que el campo pase.

DON ALONSO.

Será para el otro mundo
Todos, teniendo delante
Estos corazones.

DON NUÑO.

Tocan,
Señor, clarines y parches
A recogerse.

COSTANILLA.

El perrito
Que agora del foso sale
Gateando, vive Dios,
Que le he conocido sastre
En Marruecos; aquel es
Buñolero, aquel peraile,
Boticario aquel que huye,
Que le han dado sus jarabes
Cámaras de miedo agora;
Aquel que lleva el alfanje
Desnudo, y va de su yegua,
Que se le va, en los alcances,
Si mal no me acuerdo, hacia
Junto al alcazaba zaques;
Aquel cojo borceguíes,
Y aquel jibado alpargates;
Aquel moro tuerto era
Maulero de capellares,
Cabra pesaba aquel zurdo,
Aquel calvo, por las calles
Higos y pasas vendia;
Todos son canalla infame.

DON ALONSO.

Por el campo atentamente
Discurro, y aunque el Infante,
Que contra su hermano viene
En este ejército alarbe
Con Aben Jacob, dos veces
He descubierto, señales
De que con él venga Pedro
No he visto; sospechas grandes
Me dan sus ciegos intentos,
Demás de sus vanidades;
Al fin, miedos y recelos
Propios del amor de un padre.
El cielo, como piadoso,
Con la vista desengañe
Mis intentos.

DON NUÑO.

Otra vez
Marchan las bárbaras haces
Hácia la muralla, y dellas
A pedir plática sale,
Con un atambor no mas,
Un moro.

DON ALONSO.

Será mensaje
De Aben Jacob Almanzor,
En partidos, en desaires,
En amenazas envuelto.

ABEN.

Cuando esto, Enrique, no baste,
Apelarémos al medio
Postrero.

DON NUÑO.

Ya llega al márgen
Del foso el embajador.

DON ALONSO.

Y yo á esta almena á escuchalle.

ALIATAR, *con* UN ATAMBOR, *hace señal al muro.*

ALIATAR.

Llamad al Alcaide.

DON ALONSO.

Aquí,
Moro, te aguarda el Alcaide;
¿Qué quieres?

ALIATAR.

Cidí Guzman,
Alá-Quibir te acompañe,
Y á los tuyos juntamente.

DON ALONSO.

Cid Aliatar, Dios te guarde.

ALIATAR.

Aben Jacob, mi señor,
Rey de Fez y Tarudante,
Y de Marruecos y toda
El Africa junta, grande
Miramamolin, conmigo
Te saluda.

DON ALONSO.

El cielo ampare
Su imperio.

ALIATAR.

Y te pide luego,
Rogándote de su parte
Con la paz, que la tenencia
Desta plaza inexpugnable,
Que á tu cargo tienes hoy,
Se la entregues, y te pases
A su servicio otra vez;
Que, despues de perdonarte
Los agravios que le has hecho,
De Oran, de Ceuta y de Tánger
Te hará jeque; que le importa
Esta fuerza, pues es fácil
Que, ella rendida, despues...

DON ALONSO.

No pases mas adelante.
Aliatar, vuélvete y di
A Aben Jacob que si sabe
Que soy yo quien de Tarifa
Es gobernador y alcaide,
Y sabe el valor que tengo,
Y le conoce el infante
Don Enrique, ¿cómo intenta
Temeridad semejante?
Que si cuando le serví,
De las fuerzas y ciudades
Que me confió, y que yo
Le gané á precio de sangre
Tan buena, á sus enemigos
Rendí una almena, cobarde,
Ni desleal á la fe
Que siempre juré guardalle
Mientras le sirviese, cuando
El tirano en tantos trances
De afrenta y muerte me puso;
De cuyos riesgos triunfante,
Me admiró siempre la envidia
De todos sus capitanes.
Que pues hay docientos mil
Moros, langostas alarbes,
Que cubren los campos, bien
Podrá rendir, sin rogarme,
Con ellos estas almenas,
Que son asombro del aire.
Que lo intente, y verá cómo,
Aunque un siglo las asalten,
Le responden estos pechos,
Que son ricos homenajes;
Que si, como hoy esperamos,
Nos llega el socorro tarde
Que Sevilla nos envia,
Por no dejar sin él antes
Desamparada á Tarifa,
Y contra vuestros alfanjes
Salgo á correr la campaña
Con los castellanos Martes,
No tienen para huir
Aben Jacob y el Infante
Tierra ni mar en el mundo,
Cuando adargas y turbantes,
Lunas y astas se volvieran
Mundos de tierras y mares.

ALIATAR.

Con esa respuesta vuelvo.

DON ALONSO.

Ya tardas.

ALIATAR.

¡Valor notable!—
Atambor, toca la vuelta
Del campo.

COSTANILLA.

No va el mensaje,
Si Aben Jacob es podenco
De la costa que se sabe,
Oliendo bien.

ABEN.

¿Qué tenemos,
Aliatar?

ALIATAR.

Para indignarte,
Soberbias obstinaciones
Dese cristiano arrogante.

ABEN.

Ya yo conozco este perro,
Y no es menester tratalle
Cortésmente.—Hágase, Enrique,
Lo que resolvimos antes.

INFANTE.

Retiráos mientras yo llego.—
¡Ah, Perez de Guzman!

DON ALONSO.

Hable
Vuestra alteza.

INFANTE.

¿Conoceis
Esta prenda?

Sacan á DON PEDRO, *en cuerpo, atadas las manos y vendado el rostro.*

DON ALONSO.

Si es mi sangre,
¿No he de conocella, Enrique?
Aunque pudiera extrañarme
Verle desta suerte. ¿Adónde
Llevais maniatado, Infante,
Ese cordero inocente,
Que aun apenas balar sabe?

INFANTE.

Al sacrificio, Guzman,
Si no tratas de entregarme
A Tarifa antes que el sol
A los antípodas baje;
Que estoy con Aben Jacob
Empeñado en esto, y vame
El honor.

DON ALONSO.

¿Dite á mi hijo,
Enrique, para tratalle
Deste modo? ¿Tus enojos
Con el Rey quieres que pague
Esa cándida paloma,
A cuyo pecho se abaten
Tantos moriscos halcones,
Deseosos de cebarse
En esas entrañas mias,

Llenas de tan noble sangre?
¿Tú, que amparalle debias,
Al mismo paso que honralle,
Eres su enemigo, Enrique?

INFANTE.

No son, Guzman, estos lances
Para poder reducirme;
O, como te he dicho, dame
A Tarifa, ó en la garganta
Verás desta amada imágen
Tuya entorchar el cuchillo
Africano, sin que baste
El mundo á estorbarlo. Mira
Qué resuelves.

DON ALONSO.

¡Bravo trance
Entre el amor y el honor,
Que ambos á dos se combaten!
¿Qué harémos, amor; qué haremos,
Honor, que para tan grande
Duda, sentenciarse pueda
En favor de entrambas partes?
Pongamos en dos balanzas,
Aquí el Rey, aquí la sangre,
Y llévese la victoria
De las dos quien mas pesare.
En la de mi sangre pongo
La de Pedro, y admirables
Partes, la edad, lo entendido,
Lo cortés, lo cuerdo, el arte,
El ser mi heredero, el ser
En la casa de sus padres
Solo, la inocencia suya,
Su valor inimitable,
La lástima de su muerte,
Y de su vida el rescate.
No hay mas que poner, pues mas
En su balanza no cabe.
Pongo en la del Rey ahora,
En primer lugar, las grandes
Obligaciones que tiene
Un vasallo de mis partes,
La lealtad de mis mayores,
La mia, el pleito homenaje
Que en las manos del Maestre
Hice, nombrándome alcaide
De Tarifa, esta ocasion
Del Rey los mismos ultrajes,
Mis quejas, que ha de ser esto
Lo que hoy ha de acreditarme
Mas con el mundo, el saber
Vencer la piedad de padre;
Llegará el fin del valor
A hacer el mayor exámen
La fama eterna, que espera
El valor de los Guzmanes.
Mucho esta balanza pesa.
Amor, amor, perdonadme;
Que entre la sangre y el Rey,
Mas pesa el Rey que la sangre.

DON PEDRO.

Apenas alzar los ojos
Me atrevo á los de mi padre,
Ni sacar la voz del pecho,
Afrentado de mirarme
Desta suerte; yo he tenido
La culpa, pues del Infante
Fié mi espada y mi honor.

DON ALONSO.

Mi silencio no os espante,
Enrique, que hasta aquí ha sido
Una suspension notable,
Que ha causado la crueldad
Vuestra en el pecho de un padre;
Y así, pues estáis resuelto
A ejecutalle, yo, Infante,
A no estorballo, rindiéndoos
A Tarifa, si arriesgase,
No un hijo, sino mas hijos
Que tiene gotas de sangre
Este brazo no vencido,
El que me poneis delante.
Porque para la sangrienta
Ejecucion, ya que os falte
Piedad, no os falte el acero,
Este, que para tan grande
Ocasion, no sin misterio
De mi valor admirable,
Vino á mi poder, del Rey,
Porque tan bien le emplease,
Os le arrojo y veisle ahí;
Y si en el campo faltase
Quien lo ejecute, tambien
Yo bajaré á ejecutalle;
Que en mí no ha de desmentir
Flaqueza de amor cobarde;
Que soy don Alonso Perez
De Guzman el Bueno.

DON PEDRO.

Padre,
Padre, escuche.

DON ALONSO.

Ya no es
Tiempo, Pedro, de llamarme
Con ese nombre, que obliga
A terneza los diamantes.
Pedro, vos habeis de ser
Mi padre de aquí adelante,
Pues vos habeis de dar vida
A mis hechos inmortales
Con vuestra invencible muerte.
Nada, Pedro, os acobarde,
Morid como caballero;
Que aunque ha de derramarse
En vuestra sangre la mia,
Mas pesa el Rey que la sangre.

DON PEDRO.

Padre y señor, no penseis
Que con el nombre de padre
Quise enterneceros, no,
Como muchacho y cobarde;
Llamaros fué solamente,
Porque nada os sobresalte,
Para deciros que voy
Contento, entre estos alarbes,
A morir por Dios, por vos,
Por el Rey y por mi madre;
Que es mi patria España al fin,
Que cuando de vuestra parte,
Que es imposible otra cosa,
Vuestras quejas intentasen,
Vertiera mi sangre yo
En ocasion semejante,
Cuando en mí solo estuviera
Toda la de los Guzmanes,
Y la del mundo y mil mundos
En mí solo se cifrase;
Que entre mi sangre y el Rey,
Mas pesa el Rey que la sangre.

DON ALONSO.

Don Pedro Alonso, eso es ser
Mi hijo; el brazo arrogante
Del africano al suplicio
Con remision no os aguarde.

DON PEDRO.

Adios.

DON ALONSO.

Adios, hasta vernos
En el cielo.

ABEN.

Retiradle,
Y alza, Aliatar, este cerco,
Porque la sangre derrame
Dese vil cristiano.

DON PEDRO.

Moros,
No ha de haber muerte que espante
Mi pecho, que, con la fe
Que profeso, en este trance
Morir esaré invencible,
Como tierno leonés Marte,
Como de mi rey vasallo,
Como hijo de tal padre,
Como cristiano y Guzman,
Como caballero y mártir.

Métenle, y sale DON ALONSO, *con la rodela á las espaldas, quitándosela* COSTANILLA, Y DOÑA MARÍA.

DOÑA MARÍA.

Seais, Señor, bien llegado;
¿En qué el asalto paró?

DON ALONSO.

Aben Jacob lo intentó,
Y despues, desengañado
De la resistencia nuestra,
Se retiró, haciendo extremos
El bárbaro.

DOÑA MARÍA.

¿Qué tenemos
De Pedro?

DON ALONSO.

El Infante muestra
Que le estima, y brevemente
Pienso que lo hemos de ver;
Que lo excusa hasta poder
Hacello sin que acreciente
En Aben Jacob alguna
Sospecha en esta ocasion,
Pues viene, aunque sin razon,
Ayudando á la fortuna.

DOÑA MARÍA.

Con vida le traiga el cielo
A nuestros ojos.

DON ALONSO.

Señora,
Sí hará; comamos ahora,
Si os parece.

COSTANILLA. (*Ap.*)

No vió el suelo
Mayor valor.

DOÑA MARÍA.

Ya está aquí
(*Sacan la mesa.*)
La mesa.

DON ALONSO.

Sillas llegad
Y entre la vianda.

DOÑA MARÍA.

Andad
Por ella.

COSTANILLA. (*Ap.*)

¿Quién mostró así
Constancia, habiendo dejado
Su hijo en lance tan fiero?

DON ALONSO.

Veros hoy contenta espero.—
(*Voces y algazara dentro.*)
¿Qué es esto que habrá causado
Tan peregrino alboroto?
Dadme la rodela luego;
Que deste desasosiego
Tan peregrino, que han roto
Los moros algun portillo
En la muralla sospecho,
Y quiero que por mi pecho
Entren. (*Vase.*)

DOÑA MARÍA.

Heróico caudillo,
Tus pisadas seguiré.—
Dadme otra rodela á mí;
Que, pues Coronel nací,
De su valor lo seré. (*Vase*

Sale DON ALONSO, *con la espada desnuda*, Y COSTANILLA.

COSTANILLA.

No pases mas adelante;
Que el postigo que han abierto
No es en el muro, y es cierto
Que ya no será importante
Para el que ha hecho el acero
Que esgrime tu heróica mano;
Porque ya el golpe africano
Tu Isac rindió á su cordero
La vida, y Aben Jacob,
Desesperado, recelo
Que alcanza el sitio; déte el cielo
Las salvaguardias de Job,
En la constancia paciencia;
Que hoy á Dios has imitado
En haber sacrificado
Tu hijo.

DON ALONSO.

A su providencia,
Con el debido decoro,
Gracias le rinde mi fe;
Que, vive Dios, que cuidé
Que entraba la villa el moro.
Volvámonos á acabar
De comer.—¡Oh Pálas nueva!
¿Dónde tu valor te lleva?

Sále DOÑA MARÍA, *con espada y rodela.*

DOÑA MARÍA.

A seguirte y á imitar
El tuyo. ¿Qué ha sucedido?

DON ALONSO.

El moro, desconfiado
Del cerco, el campo ha alzado.

DOÑA MARÍA.

Gran cosa; y Pedro ¿ha venido?

DON ALONSO.

Por la vista, á mi pesar,
Se ha exhalado el corazon.

DOÑA MARÍA.

Y ¿aquestas lágrimas?

DON ALONSO.

Son
Las que habeis vos de llorar;
Que tanto á la fe debeis
De lo que pretendo amaros,
Que hasta el llanto quiero daros,
Porque á mi costa lloreis.

DOÑA MARÍA.

Luego ¿Pedro es muerto?

DON ALONSO.

Yo
A la muerte...

DOÑA MARÍA.

¿Qué? ¡Ay de mí!

DON ALONSO.

Por Tarifa le ofrecí;
Que el moro me amenazó
Con él si no la rendia,
Y para que mas seguro
Lo intentase, desde el muro
Le eché el puñal que traia,
Porque mi lealtad pregone
El sol; ya ha rendido ahora
Pedro á la inclemencia mora
La vida.

DOÑA MARÍA.

Dios le perdone;
Y si su vida ha importado
A la obligacion que os llama,
Mas vive Pedro en la fama,
Que su muerte ha eternizado;
Que aunque en mí intente el dolor,
Por madre, extremo violento,
No se atreve el sentimiento,
De vergüenza del valor.

DON ALONSO.

El mio afrenta.

DOÑA MARÍA.

Salgamos
Ahora á dar al blason
De Guzman, como es razon,
Sepulcro.

DON ALONSO.

¡Gran mujer!

DOÑA MARÍA.

Vamos.
(*Vanse.*)

Sale DON JUAN RAMIREZ, *con e. guion de Castilla, y* SOLDADOS; *y luego* EL REY, *con baston de general, y descubren un pálio negro, y* DON PEDRO, *degollado y el puñal hincado junto á él, lleno de sangre; y luego salgan* DON ALONSO Y DOÑA MARÍA, *con luto, arrastrando estandartes.*

DON ALONSO.

Este es el presente, invicto
Don Sancho, que nuestros pechos
Guardan en esta ocasion
Para tu recibimiento.
Don Pedro Alfonso, mi hijo,
Dirá, entre su sangre envuelto,
Que ha sabido ser leal
Su padre en dichos y en hechos
A su rey; y este puñal,
En su garganta sangriento,
Que á Aben Jacob enviaste,
Y á mi poder trujo el cielo
Para ser hoy por mi mano
El valeroso instrumento
De su muerte y de mi fama,
Contra la envidia y el tiempo;
Que desta suerte, Señor,
De las quejas que tenemos
Satisfaccion han tomado,
Haciendo su nombre eterno
Los vasallos como yo.

REY.

Que sois el mejor, confieso,
Que á Rey ha besado mano,
Y este ha sido el mayor hecho
Que ha celebrado la historia
De romanos y de griegos;
Y cumpliendo con algunas
De las finezas que os debo,
Estas mercedes os hago,
Y diga en el privilegio:
Por cuanto vos don Alonso
Perez de Guzman *el Bueno*
Imitastes á Abrahan
Con mas invencible esfuerzo,
Él en el dicho no mas,
Y vos en el dicho y hecho,
De una vez sacrificado
A Dios y á mí el hijo vuestro
De Niebla os hago señor,
De Sanlúcar y del Puerto
De Santa María, Palos,
Huelva, Sidonia y Trigueros.
Y á la gran doña María
Coronel le doy, sin esto,
A Olivares y al Algaba
Para chapines; y el cielo
Os guarde en su compañía,
Que es de matronas ejemplo;
Y con aquesto, en Tarifa
Entremos á honrar el cuerpo
De don Pedro Alfonso.

TODOS.

Y tenga
Fin con tan alto suceso
El *Blason de los Guzmanes*,
En cuyos heróicos pechos
Mas pesa el Rey que la sangre,
Y perdonad nuestros yerros.

COMEDIA FAMOSA

TITULADA

REINAR DESPUES DE MORIR,

DE LUIS VELEZ DE GUEVARA.

PERSONAS.

EL REY DON ALONSO DE PORTUGAL.
EL PRÍNCIPE DON PEDRO.
BRITO, *criado.*
DOÑA BLANCA, *infanta de Navarra.*
DOÑA INÉS DE CASTRO, *dama.*
ELVIRA, *criada.*
VIOLANTE, *criada.*
EL CONDESTABLE DE PORTUGAL.
NUÑO DE ALMEIDA.
EGAS COELLO.
ALBAR GONZALEZ.
ALONSO, DIONÍS, } *niños.*
MÚSICOS.—CAZADORES
ACOMPAÑAMIENTO.

JORNADA PRIMERA.

Salen MÚSICOS *cantando*, EL PRÍNCIPE *vistiéndose*, Y EL CONDESTABLE.

MÚSICOS. (*Cantan.*)

Soles, pues sois tan hermosos,
No arrojeis rayos soberbios
A quien vive en vuestra luz,
Contento en tan alto empleo.

PRÍNCIPE.

La capa.

MÚSICO 1.°

El Príncipe sale.

MÚSICO 2.°

Prosigamos.

PRÍNCIPE.

El sombrero.

MÚSICOS. (*Cantan.*)

Vuestra benigna influencia
Mitigue airados incendios,
Pues el raudal de mi llanto
Es poca agua á tanto fuego.

PRÍNCIPE.

¡Ay, Inés, alma de cuanto
Peno, lloro, gimo y siento!—
Proseguid, cantad.

MÚSICO 1.°

Digamos
Otra letra y tono nuevo.

MÚSICOS. (*Cantan.*)

Pastores de Manzanares,
Yo me muero por Inés,
Cortesana en el aseo,
Labradora en guardar fe.

PRÍNCIPE.

Parece que á mi cuidado
Esa letra quiso hacer,
Lisonjeándome el alma,
Eterna en mi pecho á Inés.
Volved, volved, por mi vida;
A repetir otra vez
Aquesa letra; cantad,
Que me ha parecido bien.

MÚSICOS. (*Cantan.*)

Pastores de Manzanares, etc.

PRÍNCIPE.

Pues los pastores publican
Que tanta hermosura ven
En la deidad de mi amante,
Con justa causa diré
Que en perderme, fui dichoso,
Por tan soberano bien.
Siempre que llega al Mondego,
Parece que solo al ver
A mi Inés bella, las aves
Quisieran besar su pié.
Las plantas, de su deidad
Reciben fruto; no hay mes
Que en viéndola no sea mayo,
No hay flor que á su rosicler
No tribute vasallaje.
Si aquesto es verdad, si es
Dueña de aves y plantas,
Y de todo cuanto ve
El cielo en la tierra hermosa,
No la lisonjeo en ser
Tambien yo su esclavo, amor;
Pues á mi Inés me humillé,
Pues me rendí á su hermosura,
A voces confesaré,
Diciendo con toda el alma,
A los que amante me ven:
«Pastores de Manzanares,
Yo me muero por Inés,
Cortesana en el aseo,
Labradora en guardar fe.»

Sale BRITO, *de camino.*

BRITO.

Déle vuestra alteza á Brito,
Príncipe, á besar sus piés.

PRÍNCIPE.

Brito, seais bien venido;
¿Cómo dejais á mi bien?

BRITO.

Déjame alentar un poco,
Y luego te lo diré;
Que aun no pienso que he llegado;
Que un rocin de Lucifer,
Que el portugués llama *posta*,
Que *gibao* llama el francés,
Bridon el napolitano,
Y algunas veces *confier*,
De tan altos pensamientos,
Que en subiendo encima dél,
Anda á coces con el sol,
Y á cabezadas despues,
Me trae sin tripas, que todas
Se me han subido á la nuez
A hacer gárgaras con ellas,
Sin lo que toca al borrén;
Que viene haciéndose ruedas
De salmon.

PRÍNCIPE.

Calla, no dés
Suspension á mi cuidado;
Sino, dime, ¿cómo fué
Tu viaje? Cuenta, Brito;
Que ya deseo saber
Nuevas de mi hermosa prenda.
Habla, Brito.

BRITO.

Bueno á fe;
Para contarlo, quedemos
Solos los dos.

PRÍNCIPE.

Dices bien.—
Condestable, despejad,
Y á esos músicos les dén,
Cuando no por forasteros,
Porque han celebrado á Inés,
Mil escudos.

CONDESTABLE.

Despejad.

PRÍNCIPE.
Id con Dios.
MÚSICO 1.°
El cielo dé
A vuestra alteza, Señor,
Un siglo de vida, amén.
PRÍNCIPE.
Id con Dios.
MÚSICO 1.°
¡Qué gran valor!
MÚSICO 2.°
¡Qué cordura!
MÚSICO 1.°
Octavio, vén;
No es señor quien señor nace,
Sino quien lo sabe ser.
(Vanse los músicos y el Condestable.)
PRÍNCIPE.
Ya, Brito, quedamos solos;
Dime, ¿cómo queda Inés?
Cómo la dejaste, Brito?
Responde presto.
BRITO.
A perder
El sentido cada instante
Que entre tus brazos no esté.
PRÍNCIPE.
¿Y Alonso y Dionís?
BRITO.
El uno
Es jazmin y otro clavel,
Y cada cual es retrato
De los dos.
PRÍNCIPE
Has dicho bien;
Prosigue, prosigue, Brito.
BRITO.
Oye y te la pintaré,
Si de tanta beldad puede
Ser una lengua pincel.
Llegué á Coimbra apenas
Ayer, cuando el blason de sus almenas
A un tiempo hicieron salva
Los músicos de cámara del alba,
El sol y luego el dia,
Y primero que todos, mi alegría.
Guié los pasos luego
A la quinta, Narciso de Mondego,
Que guarda en dulce empeño
La beldad soberana de tu dueño,
Cuando, dando al aurora
Celos el sol, parece que enamora
El oriente divino
De Inés, sol para el sol mas peregrino.
Que aun no he llegado creo;
Piso el umbral, y en el zaguan me apeo;
Que gustan los amantes
Que les vayan contando por instantes,
Por puntos, por momentos,
Las dichas de sus altos pensamientos:
Que brevemente dichas,
No les parece que parecen dichas.
Al fin al cuarto llego,
Alborozado, sin aliento, y luego
A las cerradas puertas,
Solo á tu amor eternamente abiertas.
Dos veces toco en vano,
Que en este oriente aun era muy tem-
Si bien tu hermoso dueño, [prano;
Rendida á su cuidado mas que al sueño,
Voces dió á las criadas,
Menos de mi venida alborozadas.
Perdóneme Violante,
A quien mas debe el sueño que su
Mas yo, como es mi vida, [amante;
La quiero bien dormida y bien vestida,
Esté ausente y presente,
Porque mi amor es menos penitente

PRÍNCIPE.
Pasa, Brito, adelante,
Y con mi amor no mezcles á Violante,
Ni burles en mis veras;
Que espero nuevas de mi bien.
BRITO.
Esperas
Las que siempre procuro
Yo traerte, vive Dios. Al fin el muro,
El oriente dorado
De aquel sol, de aquel cielo franquea-
Sin reparo ninguno [do,
Corro los aposentos uno á uno,
Y no paro hasta donde
Está la esfera que tu sol esconde.
Su amor me desalumbra,
Y sin la permision que se acostumbra,
Verla y hablarla trato;
Que el alborozo precedió al recato.
Entro, al fin, sin sentido,
Y en el dorado tálamo, que ha sido
Teatro venturoso
Mas de tu amor que del comun reposo,
Amaneciendo entonces,
Y enamorando mármoles y bronces,
Los ojos en estrellas,
En nieve y nácar las mejillas bellas,
En claveles la boca,
La frente y manos en cristal de roca,
En rayos los cabellos,
Entre Alfonso y Dionís, tus hijos bellos,
Asidos á porfía
(Por maternal terneza ó compañía),
El cuello de alabastro,
Deidad admiro á doña Inés de Castro,
Aurora en carne humana,
Tiriciado abril con la mañana,
Todo un cielo abreviado,
Y al sol de dos luceros abrazado.
Quedé tierno y dudoso;
Que, como de aquel árbol generoso
Tan hermoso pendian,
Racimos de diamantes parecian;
Ella, amor ostentando,
Aunque de honestidad indicios dando,
A la nieve divina
De púrpura corriendo otra cortina;
Que de tales mujeres
Siempre son los recatos sumilleres;
Mas encendida aurora
Sobre las almohadas se encorpora,
Y ya, como embarazos,
Deja á Dionís y Alfonso de los brazos,
Que, de sentido ajenos,
Favores y ternezas no echan menos;
Tanto en tan dulce empeño
Pueden los pocos años con el sueño.
Y con ansia infinita,
Antes que una palabra me permita
Ni besarla una mano
(Recato portugués ó castellano),
Me dijo: «¿Cómo dejas
A Pedro, Brito?» Y con celosas quejas
Prosiguió, mas hermosa
Que lo está una mujer que está celosa,
Porque han dado los celos
Hasta el color que visten á los cielos,
Tu tardanza culpando
En Santaren con doña Blanca, cuando
Tu padre la ha traido
Para tu esposa.
PRÍNCIPE.
Perderé el sentido,
Brito, si Inés no fia
Todo su amor á toda el alma mia.
Primero verá el cielo
Su vecindad de estrellas en el suelo,
Verá la noche fria
Que puede competir al claro dia,
Que falte la firmeza
Con que adoro á Inés,

BRITO.
Oiga tu alteza;
Basta, basta, no ofusques
Mi relacion, ni imposibles busques
Mal guisados, ni modos,
Que yo los doy por recibidos todos;
Y lo mismo hará el dueño
Por quien te has puesto en semejante
Al fin escucha atento. [empeño.
PRÍNCIPE.
Prosigue.
BRITO.
Como digo de mi cuento...
PRÍNCIPE.
Acaba.
BRITO.
Vén conmigo.
La tal Inés, en la ocasion que digo,
Finezas y ansias junta,
Y entre falsa y celosa me pregunta:
«Dime, Brito, ¿es bizarra
Doña Blanca, la infanta de Navarra,
De Pedro nueva empresa,
Que viene á ser de Portugal princesa?»
Yo la respondo entonces,
Haciéndome de pencas y de gonces:
«Aunque Blanca no es fea,
Es contigo muy poca su tarea;
Moneda mal segura,
Que no puede correr con tu hermosura,
Y si intenta igualarse
Contigo, muy de noche ha de pasarse.
En esto despertaron
Dionís y Alonso, y juntos preguntaron
A una voz por su padre;
Enternecióse, oyéndolos, la madre,
O fuese amor ó celos,
Tocó á anegar en lágrimas dos cielos;
Y en lluvias tan extrañas,
Sartas de perlas hizo las pestañas,
Que en sus luces hermosas,
De perlas se volvian mariposas;
Y abrasándose en ellas,
Granizaron los párpados estrellas;
Y viendo contra el dia,
Que abajo tanto cielo se venia,
Calmando sus recelos,
Dile tu carta y serenó sus cielos.
Cedióse á su alegría,
Convaleció de su tristeza el dia,
Quedó el sol sin nublado,
Porque de aquel desprecio aljofarado
Al último suspiro
Mucho cristal obró para zafiro.
Tomó el pliego y besóle,
Y tres ó cuatro veces repasóle
Con señas diferentes,
Que es costumbre de espías y de ausen-
Pidió la escribanía, [tes.
Volvió otra vez á perturbarse el dia,
Los cielos se cubrieron,
A la tinta las lágrimas suplieron;
Y mientras escribia,
Un alma en cada lágrima cabia,
Siendo en tantos renglones
Las almas muchas mas que las razones.
Cerró llorando el pliego,
Sellóle, despachóme, y partí luego
Otra vez por la posta, [ta;
Pareciéndome el mundo senda angos-
Y con el «fuera, aparta»,
Entré por Santaren, y esta es su carta.
PRÍNCIPE.
Levanta, Brito, del suelo;
Que solo tú puedes dar
Tal alivio á mi pesar,
Tal fin á mi desconsuelo.
Toma esta cadena, Brito,
En tanto que á besar llego
Las letras de aqueste pliego,
Que Inés con el llanto ha escrito.

BRITO.
Besa muy enhorabuena,
Mientras que, tomada á peso,
Primero yo tambien peso
Las letras desta cadena.
El Rey.

PRÍNCIPE.
¿Mi padre?

BRITO.
Señor,
El mismo.

PRÍNCIPE.
Guardaré el pliego
De Inés.

BRITO.
Y yo á guardar iré
Mi cadena, que es mejor.

Sale EL REY DON ALONSO.

REY.
¿Príncipe?

PRÍNCIPE.
Señor.

REY.
¿Qué haceis?

PRÍNCIPE.
¿Vos aquí?

REY.
No hay que admiraros
De que venga yo á buscaros,
Pedro, pues vos no lo haceis.
Yo os quisiera hablar despacio.

PRÍNCIPE. (*Ap.*)
Hoy corre mi amor fortuna.

REY.
¿Quién sois vos?

BRITO.
Señor, soy una
Sabandija de palacio.

REY.
¿De qué al Príncipe servis?

BRITO.
De mozo fidalgo.

REY.
Bien.
¿De camino estáis tambien?

BRITO.
Soy su maza.

REY.
¿Qué decis?

BRITO.
Que voy siempre con su alteza
Adonde quiera que va.

REY.
Y aun donde no va.

BRITO.
Esa es ya
Maliciosa sutileza.

REY.
Algo desembarado
Sois.

BRITO.
Sí, Señor poderoso;
Que en palacio al vergonzoso
Siempre el refran ha culpado.

REY.
¿Cómo os llamais?

BRITO.
Brito.

REY.
¿Vos
Sois Brito? Ya quién sois sé;
Sois hombre de mucha fe.

BRITO.
Eso sí, Señor, par Dios,
Porque con ella he servido
A su alteza, como ya
De mí satisfecho está.

PRÍNCIPE.
Es Brito muy entendido;
Con razon le estimo y quiero,
Téngole notable amor.

REY.
Para que le hagais favor
No habrá menester tercero;
Que en esto debe tener
Gran maña y agilidad.

BRITO.
Mintió á vuestra majestad
Quien fué de ese parecer;
Que á su alteza no le han dado
Tan pocas partes los cielos,
Que haya menester anzuelos
En el ardid del criado.
No me ha menester á mí
Para ninguna faccion,
Porque los méritos son
Siempre terceros de sí.
Y cuando en alguna se halle
Dificultosa de obrar,
No ha de ir, ni es justo, á buscar
Alcahuetes á la calle;
Porque el Príncipe es humano,
Y alguna vez se enamora,
Aunque á esta plaza hasta ahora
No le he tomado una mano.
Vuestra majestad real
Perdone esas baratijas,
Porque hasta en las sabandijas
La defensa es natural.
Y adios; que contra cautelas
De palacio asisto en mí,
Que estoy indecente así
Con botas y con espuelas. (*Vase.*)

REY.
Pedro, los que hemos nacido
Padres y reyes, tambien
Hemos de mirar el bien
Comun mas que el nuestro.

PRÍNCIPE.
Ha sido,
Padre y señor, atencion
Debida á esa majestad;
¿Qué me mandais?

REY.
Escuchad,
Veréis que tengo razon.
Yo os he casado en Navarra
Con la Infanta, que Dios guarde,
Y en Lisboa á vuestras bodas
Se han hecho fiestas, y tales,
Que todos nuestros fidalgos
Procuraron señalarse,
Dando muestras con su afecto
De ser nobles y leales.
Despues que llegó la Infanta,
He reparado que sale
A vuestro rostro un disgusto,
Que os divierte de lo afable,
Os retira de lo alegre;
Y solo pueden llevarse
Aquestos extremos, Pedro,
Donde hay mucho amor de padre.
Doña Blanca disimula,
Y aunque la causa no sabe,
Piensa que sin duda es ella
Causa de vuestros pesares.
Hacedme gusto de verla
Con amoroso semblante;
Príncipe, desenojadla,
Que es vuestra esposa; no halle,
Cuando con vos tanto gana,
El perderse en el ganarse.
Yo os lo ruego como amigo,
Os lo pido como padre,
Os lo mando como rey,
No déis lugar á enojarme.
Ella viene; aquí os quedad;
Prudente sois, esto baste. (*Vase*)

PRÍNCIPE.
¡Ay Inés, cómo por tí,
Loco, rendido y amante,
Ni admito la correccion,
Ni hay ventura que me cuadre!

Sale LA INFANTA.

INFANTA.
Guarde Dios á vuestra alteza.

PRÍNCIPE.
¿Señora?

INFANTA.
¿Príncipe?

PRÍNCIPE.
Dadme
La mano á besar.

INFANTA.
Señor,
Detenéos; que no es galante
Accion que beseis mi mano,
Cuando advierto que no sale
Ese cortesano afecto
De marido ni de amante.
Yo, Señor, soy vuestra esposa;
Y debeis considerarme
Reina ya de Portugal,
Si fuí de Navarra infanta.

PRÍNCIPE.
(*Ap.* Eso no, viviendo Inés.)
Señora, solo un instante
Os suplico que me deis
Audiencia; sentáos y hable
El alma, que muda ha estado
Hasta poder declararse.

INFANTA.
Decid.

PRÍNCIPE.
Atended.

INFANTA.
Ya oigo.
Pasad, Príncipe, adelante.

PRÍNCIPE.
Casé, Señora, en Castilla
(Obedeciendo á mi padre)
Primera vez con su infanta,
Que en globos de estrellas yace.
Tuve desta dulce union
Un hijo, y puesto que sabe
Vuestra alteza estos principios,
Paso á lo mas importante.
Cuando mi difunta esposa
Vino conmigo á casarse,
Pasó á Portugal con ella
Una dama suya, un ángel,
Una deidad, todo un cielo;
Perdóneme que la alabe
Vuestra alteza en su presencia,
Que, informada de sus partes,
Importa, porque disculpe
Osadas temeridades,
Cuando advertida conozca
La causa de efectos tales.
Era al fin (por acabar
La pintura desta imágen,
El retrato deste sol,
Deste archivo de deidades)
Doña Inés de Castro Coello
De Garza, que con su padre
Pasó á servir á la Reina,
Mejor dijera á matarme;
Y aunque siempre su hermosura
Fué una misma, ni un instante
Me atreví, Señora, á verla
Con pensamientos de amante;

Que á sola mi esposa entonces
Rendí de amor vasallaje,
Hasta que, cruel, la Parca
Le cortó el vital estambre.
Muerta mi esposa, trató
Casarme otra vez mi padre
Con vuestra alteza, Señora,
Que el cielo mil siglos guarde,
Sin que este segundo intento
Conmigo comunicase;
Yerro que es fuerza que ahora
Vuestro decoro le pague,
Y le sienta yo, por ser
Vuestra alteza á quien se hace
La ofensa; que el sentimiento
No será bien que me falte
A tiempo que por mi causa
Padeceis tantos desaires.
(*Ap.* Confusa, hasta ver el fin,
Será fuerza que se halle.)
Muerta, Señora, ya mi esposa amada,
Querida tanto como fué llorada,
Pasados muchos dias de tormento,
Difunto el gusto y vivo el sentimiento,
En un jardin, al declinar el dia,
Mis imaginaciones divertia,
Mirando cuadros y admirando flores,
Archivos de hermosuras y de olores.
Al doblar una punta de claveles
Desta hermosa pintura los pinceles,
Al pasar por un monte de azucenas,
Que mirar su blancura pude apenas,
Porque la candidez de su hermosura
La vista me robó con la blancura;
Y en una fuente hermosa,
Que tenia el remate de un rosa,
Para su adorno un Fénix de alabastro,
Vi á doña Inés de Castro,
Que al márgen de la fuente
Se miraba en el agua atentamente;
Y olvidado de mí, viendo mi muerte
En su deidad, la dije desta suerte:
«Nunca pensé que pudiera,
Muerta mi esposa, querer
En mi vida otra mujer,
Ni que otro cuidado hubiera
Con que el dolor divirtiera
De mi pena y mi dolor;
Pero ya he visto en rigor,
Advirtiendo tu deidad,
Que aquello fué voluntad,
Y aquesto solo es amor.
¿Cómo puede ser (¡ay cielos!)
Que en mi casa haya tenido
El mismo amor escondido,
Sin que remontase el vuelo
A su atencion mi desvelo?
Cómo este bien ignoré?
Cómo ciego no miré?
Cómo en esta luz hermosa
No fui incauta mariposa,
Y cómo no te adoré?»
Hice este discurso apenas,
Cuando á mirarme volvió
El rostro, y entonces yo
Puse silencio á mis penas;
Heladas todas las venas,
Quedé, mirándola, helado;
Ella, el aliento turbado,
Quiso hablar, hablar no pudo,
Quedó suspensa, y yo mudo,
En su imágen transformado.
El alma á verla salió
Por la puerta de los ojos,
Y á sus plantas, por despojos,
Las potencias le ofreció;
El corazon se rindió
Solo con llegar á ver
Esta divina mujer,
Y ella, viéndome rendido
Y en su hermosura perdido,
Pagó con agradecer.
Desde este instante, Señora,
Desde aqueste punto, Infanta,
Hicimos tan dulce union,
Reciprocando las almas,
Que girasol de su luz,
Atento á sus muchas gracias,
Vivo en ella tan unido
Debajo de la palabra
Y fe de esposo, que amor,
Cuando perdido se halla,
Para poderle cobrar,
Se busca entre nuestras ansias.
En una quinta que está
Cerca del Mondego pasa
Ausencias inexcusables,
Solamente acompañada
A ratos de mi firmeza,
Y siempre de su esperanza.
Tenemos de aqueste logro
De Cupido, desta llama
Del ciego dios, dos infantes,
Dos pimpollos y dos ramas,
Tan bellos, que es ver dos soles
Mirar sus hermosas caras.
Querémonos tan conformes,
Son tan unas nuestras almas,
Que á un arroyo ó fuentecilla,
Adonde algunas mañanas
Sale á recibirme Inés,
Todos los de la comarca
Llaman, por lisonjearnos,
El Penedo de las ansias.
En fin, Señora, mi amor
Es tan grande, que no hay planta
Que para amar no me imite,
No hay árbol que con las ramas
Esté tan unido, como
Lo estoy con mi esposa amada.
Y aunque parezca desaire
A vuestra alteza contarla
Aqueste empleo, he advertido
Que es mejor, para obligarla,
Cuando engañada se advierte,
Decirlo y desengañarla;
Pues cuando de Portugal
No sea reina, en Alemania,
En Castilla y Aragon
Hay príncipes, que estimaran
Saber aquesta ventura,
Que habeis juzgado á desgracia;
Y porque me espera Inés,
Y culpará mi esperanza,
Dadme licencia, Señora,
Que á verme en su cielo vaya,
Pues bien es que asista el cuerpo
Allá donde tengo el alma. (*Vase.*)

INFANTA.

¿Han sucedido á mujer
Como yo tales desaires?
¿Cómo es posible que viva
Quien ha oido semejante
Injuria? Al arma, venganza,
Despida el pecho volcanes
Hasta quedar satisfecha;
Muera conmigo quien hace
Que á una infanta de Navarra
El decoro la profanen;
Que una mujer celosa y agraviada,
Sola consigo mismo es comparada;
Que si la aflige amor y acosan celos,
Aun seguros no están della los cielos.
(*Vase.*)

Sale DOÑA INÉS, *en traje de caza, con escopeta*, Y VIOLANTE, *criada.*

VIOLANTE.

¿No estás cansada, Señora?

DOÑA INÉS.

Sí, Violante, y triste estoy;
Hácia el Mondego me voy,
Que el sol el ocaso dora;
Y antes que sea mas tarde,
Pues Pedro no viene, quiero
Retirarme.

VIOLANTE.

Siempre espero
Que hagas de tu gusto alarde,
Sin cuidados amorosos.

DOÑA INÉS.

Violante, no puede ser;
Que en la que llega á querer
No hay instantes mas gustosos
Que los que da á su cuidado;
¿Qué será no haber venido
Mi Pedro?

VIOLANTE.

Le habrá tenido
El Rey, su padre, ocupado;
Desecha ya la tristeza
Que te aflige.

DOÑA INÉS.

No te asombre;
Que, aunque Pedro es rey, es hombre,
Y temo olvidos.

VIOLANTE.

Su alteza
Solo en tí vive, Señora,
Sólo tu amor le desvela.

DOÑA INÉS.

Como el pensamiento vuela,
Hizo este discurso ahora.
Violante, advierte mi pena;
Que no temo sin razon,
Ni esta profunda pasion
Es bien que la juzgue ajena;
El Príncipe, mi señor,
Aunque amante le he advertido,
Se ve, Violante, querido,
Y esto aumenta mi temor;
Advierto que está delante,
Contrastando mi fortuna,
Una hermosa Vénus, una
Blanca, de Navarra infanta;
Su padre quiere casarle,
Aunque casado se ve,
Y puede ser que mi fe
Llegue, Violante, á causarle;
Mira tú si mi fortuna
Infelice puede ser,
Que á la mas cuerda mujer
Se la doy de dos la una;
Toma esa escopeta allá,
Ya que esta la quinta es.

VIOLANTE.

Descansa, Señora, pues.

DOÑA INÉS.

Todo disgusto me da.

VIOLANTE.

¿Quieres, Señora, que cante,
Para divertir tu pena,
Una letrilla muy buena,
Que te alegre?

DOÑA INÉS.

Sí, Violante;
Canta, y no por alegrar
Mi pena te lo consiento,
Sino porque á mi tormento
Quisiera un rato aliviar.

VIOLANTE. (*Canta.*)

Saudade miña,
¿Cando vos veria?
Diga el pensamiento,
Pues solo él lo siente,
Adorando ausente,
Lo que de vos siento;
Mi pena y tormento
Se trueque en contento
Con dulce porfía.

DOÑA INÉS Y VIOLANTE.

Saudade miña.
¿Cando vos veria?

VIOLANTE. (*Canta.*)

Miña saudade,
Caro siñor meu,
¿A quién diré eu
Tamaña verdade?
La miña vontade
Cuidadosa persuade
De noite y de dia;
Saudade miña,
¿Cando vos veria?

VIOLANTE.

Parece que se ha dormido,
Y con paso diligente
Vuelve atrás la hermosa fuente
Todo el curso suspendido;
Dejarla quiero al beleño
Deste descanso, entre tanto
Que da treguas á su llanto.
Arboles, guardadla el sueño. (*Vase.*)

Salen EL PRÍNCIPE Y BRITO.

PRÍNCIPE.

Gracias á Dios, Brito amigo,
Que he salido á ver mi bien;
¿Quién fué mas dichoso? Quién
Pudo igualarse conmigo?
¿Posible es, Brito, que estoy
Donde pueda ver mi esposa,
Entre cuya llama hermosa
Simple mariposa soy?

BRITO.

Tan posible, que llegamos
A la quinta, que está enfrente
Del Mondego.

PRÍNCIPE.

Aguarda, tente.

BRITO.

¿Has visto algo entre los ramos?

PRÍNCIPE.

¿No ves á Inés celestial,
Que aquí á la vista se ofrece?

BRITO.

Que está dormida parece
Al márgen de aquel cristal
Que la fuente vierte; calla,
No la despiertes, Señor.

PRÍNCIPE.

Díselo, Brito, á mi amor.

BRITO.

Luego ¿quieres despertalla?

PRÍNCIPE.

Quiero, Brito, y no quisiera
Impedirla el descansar.

BRITO.

Será lástima inquietar
Su sosiego.

DOÑA INÉS. (*Soñando.*)

Tente, espera.

PRÍNCIPE.

Parece que habla.

BRITO.

Estará,
Señor, entre sueño hablando.

PRÍNCIPE.

¿Qué estará mi bien soñando?

BRITO.

Contigo el sueño será.

DOÑA INÉS. (*Vuelve á hablar como soñando.*)

Que me mata; tente, aguarda.—
¡Alonso, Dionís, Violante?

PRÍNCIPE.

Deja, Brito, que adelante
Pase, porque ya se tarda
Mi deseo en ver despierto
Mi bello sol.

BRITO.

Llega pues;
Pero despertar á Inés
Será grande desacierto.

DOÑA INÉS.

No me maten tus rigores;
¿Por qué me quitas la vida,
Pedro, Pedro de mi vida?
Esposo, mi bien.

PRÍNCIPE.

Amores,
Mucho he debido al pesar
Que en tí ha ocasionado el sueño,
Pues te trajo, hermoso dueño,
En mi pecho á descansar.

DOÑA INÉS.

Pedro, Señor, dueño amado.

PRÍNCIPE.

¿Qué tienes, Inés?

DOÑA INÉS. (*Despierta.*)

Soñaba
Que la vida me quitaba...

PRÍNCIPE.

¿Quién?

DOÑA INÉS.

Un leon coronado,
Y que á mis hijos (¡ay cielos!)
De mis brazos ajenaba,
Y airado los entregaba
(Aun no cesa mi recelo)
A dos brutos, que inhumanos
Los apartaron de mí.

PRÍNCIPE.

¿Eso, Inés, soñaste?

DOÑA INÉS.

Sí.

PRÍNCIPE.

Fueron tus recelos vanos;
Desecha, Inés, el dolor,
Cóbrate mas valerosa;
Si bien estás mas hermosa
Con el susto y el temor.

DOÑA INÉS.

¿Eres mio?

PRÍNCIPE.

Tuyo soy.

DOÑA INÉS.

Y tuya mi fe será.

BRITO.

¿Adónde Violante está?
A pedirla celos voy. (*Vase.*)

DOÑA INÉS.

Nunca como hoy, dueño mio,
Temí de mi amor mudanzas,
No porque de tí no fio,
Sino por ser desdichada;
Apenas de nuestra quinta
Salí á caza esta mañana,
Cuando vi una tortolilla
Que entre los chopos lloraba
Su amante esposo perdido;
Yo, de verla lastimada,
Llegué á temer que mi suerte
No me trajese á imitarla;
Vi luego que de una vid
Un olmo galan se enlaza,
Y envidiosa de sus dichas,
Tambien se me turbó el alma,
Pues un tronco bruto goza
Posesion mas bien lograda,
Y yo apenas gozo el bien,
Cuando todo el bien me falta;
Y como en la tortolilla
He visto mas declaradas
Mis sospechas temerosas,
Siendo yo tan desdichada,
¿Qué mucho, Pedro, que tema
Llegar á imitar sus ansias?

PRÍNCIPE.

Inés, si el sol en la tierra,
Como produce las plantas,
Infundiera en cada flor
Una deidad, y llegara
A reducir las bellezas
Con las de tu hermosa cara
(Que es la mayor, dueño mio)
En otra mujer, palabra
Te doy que, siendo yo tuyo,
En mi corazon no hallara
Ni un cortesano cariño,
Ni una amorosa palabra,
Ni un pequeño ofrecimiento,
Ni un afecto en que mostrara
Atomos de la aficion
Con que te adoro; que tanta
Fuerza tiene tu hermosura
Desde que está retratada
En mi pecho, que tu nombre
Tiene por objeto el alma;
Alonso y Dionís ¿adónde
Están?

Sale ALONSO, *niño.*

ALONSO.

¿Padre?

PRÍNCIPE.

Prenda amada,
¿Y vuestro hermano?

ALONSO.

Señor,
Ahora merendando estaba;
¿Quieres que vaya á llamarle?

PRÍNCIPE.

Sí, mi vida.

DOÑA INÉS.

Espera, aguarda.

Salen BRITO Y VIOLANTE, *alborotados.*

BRITO.

Señor, Señor, oye.

PRÍNCIPE.

Brito,
¿Qué dices?

VIOLANTE.

¿Señora?

DOÑA INÉS.

Cielos,
¿Qué es esto? Dilo, Violante.

VIOLANTE.

Dilo, Brito; que no puedo.

PRÍNCIPE.

¿De qué os turbais? Hablad.

BRITO.

Por la orilla del Mondego,
Y el camino de la quinta,
Tres coches han descubierto,
Y del Rey parecen.

DOÑA INÉS.

¿Hay
Mas desdicha?

PRÍNCIPE.

Vé en un vuelo,
Y reconoce quién es.

BRITO.

Ya yo he visto, aunque de léjos,
Que el Rey y la Infanta vienen,
Alvar Gonzalez con ellos,
Y Egas Coello.

PRÍNCIPE.
Ambos son
Dos traidores encubiertos.

VIOLANTE.
Ya llegan.

DOÑA INÉS.
Pues yo me voy
A retirar.

PRÍNCIPE.
Deteneos,
Señora; que estando yo
Con vos, no hay que temer riesgo.

Salen EL REY Y LA INFANTA, ALVAR GONZALEZ, EGAS COELLO *y* ACOMPAÑAMIENTO.

REY.
Aquesta es la quinta; entrad.—
¿Pedro?

PRÍNCIPE.
Señor, ¿qué es aquesto?

INFANTA.
Ahora empieza mi venganza.

DOÑA INÉS.
Ahora empiezan mis celos.

REY.
Ahora empieza mi castigo.

PRÍNCIPE.
Ahora empieza mi tormento.

ALVAR.
Ahora se enoja el Rey.

EGAS.
Ahora la echa del reino.

VIOLANTE.
Ahora te echan á galeras.

BRITO.
Ahora te dan docientos,
Por alcahueta, Violante.

VIOLANTE.
Miente y calla.

BRITO.
Callo y miento.

REY.
No sé cómo reportarme.
En fin, príncipe don Pedro,
¿Ocasionais á que haga
Vuestro padre estos excesos
De salir, para buscaros
Fuera de la corte?

DOÑA INÉS.
¡Cielos!
Temiendo estoy su rigor;
Pero, con todo, yo llego.—
Déme vuestra majestad
A besar su mano.

REY.
¿El cielo
Mayor belleza ha formado?
De mirarla me estremezco.—
¿Cómo os llamais?

DOÑA INÉS.
Doña Inés
De Castro.

REY.
Alzáos del suelo.

DOÑA INÉS.
Quien á vuestros piés se ve,
Goza, Señor, de su centro,
Pues en ellos...

REY.
Levantad.

DOÑA INÉS.
Toda mi ventura tengo.

REY.
¡Qué honestidad! ¡qué cordura!
¿Quién es este caballero?

PRÍNCIPE.
Un deudo cercano mio.

REY.
Tambien vendrá á ser mi deudo;
Muy lindo es.—¿Cómo os llamais?

ALONSO.
Alonso, al servicio vuestro.

REY.
Por vuestro abuelo será.

DOÑA INÉS.
Tiene muy honrado abuelo.

REY.
Y muy hermosa y muy noble
Madre.

INFANTA.
¡Qué ha sido esto, cielos!

REY.
Vamos.

INFANTA.
¡A esto el Rey me trae!
Perderé el entendimiento.

REY.
Venid, Infanta.

EGAS.
Señor,
Ved que para vuestro reino
Este inconveniente es grande.

ALVAR.
Y con este impedimento
De doña Inés, doña Blanca
No logrará su deseo
De casar en Portugal.

REY.
Ya lo he mirado, Egas Coello;
Mas no es ocasion ahora
De salir de tanto empeño.

ALONSO.
Dadme la mano, Señor,
Y la bendicion.

REY.
¡Qué bueno!
¡Hay mas gracioso muchacho!

INFANTA.
Mis desdichas voy sintiendo.

REY.
Adios, doña Inés.

DOÑA INÉS.
Señor,
Guarde mil años el cielo
A vuestra real majestad,
Para mi señor y dueño
De mi albedrío.

REY.
¡Inés!
¡Cuánto con el alma siento
No poder aquí, aunque quiera,
Mostrar lo mucho que os quiero!

BRITO.
Violante, adios; que me voy.

VIOLANTE.
Brito, adios; que lo deseo.

PRÍNCIPE.
Adios, Inés de mi vida.

DOÑA INÉS.
Adios, adorado dueño.

PRÍNCIPE.
¡Muerto voy!

DOÑA INÉS.
¡Yo voy sin alma!

PRÍNCIPE.
¡Qué desdicha!

DOÑA INÉS.
¡Qué tormento!

JORNADA SEGUNDA.

Salen LA INFANTA Y ELVIRA, *criada.*

INFANTA.
Esta es ya resolucion;
No me aconsejes, Elvira.

ELVIRA.
Infanta, señora, mira
Que aventuras tu opinion.

INFANTA.
Aunque lo advierto, no ignoro
Tambien que en desprecio tal,
Una mujer principal
Atropella su decoro;
Deja ya de aconsejarme,
Y repara que, agraviada,
Ofendida y despreciada,
He de morir ó vengarme;
A muchas han sucedido
Desprecios de voluntad,
Mas no de la calidad
Que yo los he padecido;
Bien que Inés es muy bizarra,
Y aunque hermosa llegue a verse,
No es justo llegue á oponerse
A una infanta de Navarra;
Que compitiendo las dos,
Aunque es grande su belleza,
Para igualar mi grandeza
Es poco el sol, vive Dios.

ELVIRA.
El Rey sale.

INFANTA.
Pues, Elvira,
Déjame sola; que ahora
He de hablar claro.

ELVIRA.
Señora...

INFANTA.
Obedece, calla y mira.

ELVIRA.
Ya me voy, y ruego al cielo
Que se acabe tu cuidado.

INFANTA.
El agravio declarado
No admite ningun consuelo.

Sale EL REY, *solo.*

REY.
Dejadme solo, Coello;
Que á solas pretendo hablarla.
Quisiera desenojarla.

INFANTA.
(*Ap.* Pues me ofrece su cabello
La ocasion, quiero lograr
Mi intento.) ¿Señor?

REY.
¿Infanta?

INFANTA.
¿Tanto favor? ¿Merced tanta?
¿Que vos me vengais á honrar?
¡Gran ventura!

REY.
Blanca hermosa,
Tanto os estimo y venero,
Tanto, bella Infanta, os quiero,
Que fuera dificultosa
La accion que para serviros
No emprendiera; y este afeto,

Hijo de vuestro respeto,
Me obliga siempre asistiros
Con un modo afecto, y tal,
Que en lo discreta y bizarra,
Dudo si sois en Navarra
Nacida ó en Portugal.

INFANTA.

Con tanto favor tratais
Mi fe, que ciega os adora,
Que confusa el alma ignora
El modo con que me honrais;
Pero advierte mi cuidado,
Viendo estos extremos dos,
Que me habeis querido vos
Hablar como despojado,
Y advertido del rigor
Que el Príncipe usa conmigo,
Como su padre y su amigo,
Me mostrais en vos su amor.

REY.

¿En qué estaba divertida,
Hija mia, vuestra alteza?

INFANTA.

Solo en pensar la presteza,
Gran señor, de mi partida.

REY.

¿Cómo con tal brevedad,
Infanta, os quereis partir?

INFANTA.

Eso le quiero decir;
Oiga vuestra majestad:
Por concierto de mi hermano,
Y vuestro (mudôs pesares,
Hoy hable la estimacion,
Los demás afectos callen),
A este mar de Portugal,
De nuestros navarros mares,
En una ciudad de leños,
En una escuadra volante
De delfines. que volaba
A competencia del aire,
Llegué, Señor (¡ay de mi!),
Un lúnes, para mí mártes,
Que en el dueño, y no en el dia,
Se contienen los azares;
Fué tan próspero y feliz
Este deseado viaje,
Que parece que anunciaban
Tan venturosas señales
Presagios de la desdicha
Que ahora llega á àtormentarme;
Salió vuestra majestad
A recibirme y honrarme
Con su persona y amor,
Que son afectos de padre;
Y cuando al Príncipe (¡ay cielos!)
Esperaba, para darle,
Entre la mano de esposa,
Tiernos requiebros de amante,
Posesion del albedrío,
Uniendo las voluntades,
Supe que quedó en Lisboa,
Sin que su cuidado pase
Siquiera á saber con quién
Su alteza espera casarse;
Este cuidado, ú descuido
Cuidadoso, fueron parte
Para empezar (¡qué desdicha!)
Toda el alma á alborotarse,
Y á temer lo que lloré
Dentro de pocos instantes.
Cuatro veces murió el sol
En los brazos de la tarde,
Por cuya muerte la noche
Vistió lutos funerales,
Primero que de su cuarto
Fuese al mio á visitarme;
Si fué agravio á mi decoro,
Júzguelo quien amar sabe.
Al fin vuestra majestad
Fué á visitarle una tarde;
Lo que le mandó, no sé,
Mas bien puedo asegurarme
Que en defender mi justicia
Seria todo de mi parte;
Al fin me vió, y los empeños
Que tuve solo un instante
Que le di audiencia, no es bien
Que mi lengua los relate;
Bástame, siendo quien soy,
Que los sepa y que los calle;
Que, á no ser dentro de mí
Tan bizarra y tan galante,
¿Cómo pudiera pasar
Por el tropel de desaires
Que me han sucedido? Cómo,
Sin que abortara volcanes,
Que en cenizas convirtiera
A quien intentó agraviarme
Atrevido y poco atento?
Vamos, Señor, adelante,
Y perdonad que los celos
Lleguen á precipitarme,
Y el corazon á los labios
Se asome para quejarse.
Pasadas muchas injurias,
Que es bien que en silencio pase,
A una quinta del Mondego
Fuí, porque vos me llevasteis,
A volver mas despreciada
Que me habia mirado antes,
Pues se siente mas la ofensa
Cuando delante se hace
De quien, mirando el desprecio,
Llegará á vanagloriarse;
Esto, Señor, que parece
Que es sentimiento que hace
Mi persona en exterior,
Segun os muestra el semblante,
No es sino que así he querido
De mi suceso informarle,
Porque sepa que no ignoro
Lo que vuestra alteza sabe;
Que, á no ser así, es sin duda
Que no pasara el desaire
De ir á requebrar los nietos,
Cuando me ofreció vengarme;
Y á no ser así tambien,
¿Cómo pudiera llevarse
Que doña Inés compitiera
(Aunque son muchas sus partes)
Conmigo? Que no lo hermoso
Igualar puede á lo grande.
Decid al Príncipe vos,
No como rey, como padre,
Que sus empeños disculpo;
Que ha acertado al emplearse
En quien tan bien le merece,
Y que mire, cuando agravie,
Que no todas, como yo,
Podrán desapasionarse.
Este pliego es á mi hermano,
Donde le pido que trate
De enviar por mí, sin que sepa
Lo que ha podido obligarme;
Que no es bien que le dé cuenta
De semejantes desaires.
Con mi partida, Señor,
Pongo fin á mis pesares,
Principio al gusto de Inés,
Y medio para que trate
Don Pedro su casamiento,
Sin que yo pueda estorbarle;
Que, aunque ya lo está en secreto,
Como llegó á declararme,
Parece que aumenta el gusto
Saber que todos lo saben.
Adios, Señor; no me tenga
Tu majestad ni me trate
Jamás sino de partirme;
Porque seria obligarme
A que haga, por detenerme,
Lo que no por despreciarme;
Que, aunque ahora soy prudente,
No sé, en llegando á enojarme,
Si me valdrá la prudencia
Para no precipitarme.
No detenérme es cordura;
A mi cuarto voy, que es tarde.
No hay, Señor, de qué advertirme;
Que, pues llegué á declararme,
Todo lo habré ya mirado
(¡Voy muriendo!); el cielo os guarde.

REY.

Oye, Infanta.

INFANTA.

Alonso invicto,
Vuestra majestad no mande
Que un instante me detenga,
O vive Dios, que á esos mares,
Parténope desdichada,
Me arroje para anegarme. (*Vase.*)

REY.

¿Alvar Gonzalez, Coello?

Salen LOS DOS.

ALVAR.

¿Señor?

REY.

Partid al instante,
Y detened á la Infanta.

ALVAR.

Ya voy. (*Vase.*)

EGAS.

El Príncipe sale.

REY.

No sé cómo de mi enojo
Ahora podrá librarse.
¡Qué así me empeñe mi hijo!
Irme quiero sin hablarle;
Que si le hablo, sospecho
Que no podré reportarme.

Sale EL PRÍNCIPE, *solo.*

PRÍNCIPE.

Señor, ¿vuestra majestad
Conmigo airado el semblante?
¿La espalda volveis, Señor,
A vuestra hechura?

REY.

Dejadme,
No me hableis; que estoy cansado
De ver vuestros disparates.
Príncipe, no me veais;
Egas Coello, aquesta tarde,
De Santaren al castillo
Le llevad preso, allí pague
Inobediencias que han sido
Causa de males tan grandes.

EGAS.

¡Qué príncipe tan prudente!

PRÍNCIPE.

Pues yo, Señor, ¿por qué?

REY.

Baste;
Ahora veréis si es mejor
Obedecer ó enojarme. (*Vase.*)

PRÍNCIPE.

En fin, Coello, ¿que voy
Preso á Santaren?

EGAS.

Así
Lo manda su alteza; á mí,
Que noble criado soy,
Me toca el obedecer.

PRÍNCIPE.

¿Sois vos mi alcaide?

EGAS.

El cuidado
Y el guardaros ha fiado
A mi noble proceder
Y á sola la lealtad mia;
Y así, es forzoso el hacerlo.

PRÍNCIPE.

Si ahora anochece, Coello,
Mañana será otro dia.

EGAS.

En cualquier aurora es
Mi lealtad muy de español.

PRÍNCIPE.

Mil cosas fomenta el sol,
Que las deshace despues.

EGAS.

Yo sé que llego á servir
Con fe, Señor, verdadera;
Y así, muera cuando muera,
Como os sirva con morir.

PRÍNCIPE.

Creo que pena os ha dado
El verme que preso voy.

EGAS.

Sé que vuestro esclavo soy,
Y que solo mi cuidado
Os sirve dias y noches,
Como criado de ley.

PRÍNCIPE.

Coello, sirvamos al Rey;
Id á prevenir los coches.
(*Vase Egas Coello.*)

Sale BRITO.

¿Qué hay, Brito? Qué te parece
De estrella tan importuna?

BRITO.

Desto nos da la fortuna
Cada dia que amanece.

PRÍNCIPE.

¡Qué doloroso trasunto!
¡Muerto estoy! ¡Estoy perdido!

BRITO.

Solo Belerma ha vivido
Con el corazon difunto.

PRÍNCIPE.

Parte, Brito, dile á Inés...
¿Así te vas?
(*Hace Brito que se va.*)

BRITO.

¿Por qué no?

PRÍNCIPE.

¿Qué le dirás?

BRITO.

¿Qué sé yo?
Ya te lo diré despues.
Quisiera, Señor, ponerme
En la iglesia de San Juan,
Porque esperezos me dan
De que el Rey ha de prenderme.

PRÍNCIPE.

¿Y eso temes, Brito? Véte;
Mas ¿por qué te ha de prender?

BRITO.

Fácil es de conocer:
Porque he sido tu alcahuete;
Y en ocasion semejante
Llegara á sentir de veras
Ir á bogar á galeras,
Como me dijo Violante.

PRÍNCIPE.

Brito, vé á la esposa mia,
Y dila que pierdo el seso
Hasta que la vea.

BRITO.

Y tras eso,
¿Cómo el Rey preso te envia?

PRÍNCIPE.

Pues si preso me queria,
¿Para qué dos veces preso?
Que á explicar mi sentimiento
No basto, y si á eso te obligo,
Di todo lo que te digo,
Pues no cabe en lo que siento.

BRITO.

Diréle que partes ciego
Por su amor, lo que la adoras,
Lo que suspiras y lloras
Cuando te abrasa su fuego.

PRÍNCIPE.

A mucho te has obligado;
Que el mal á que estoy rendido
Bien cabe en lo padecido,
Mas no cabe en lo explicado.
Dila que el Rey inhumano...
Oye, Brito, y no la aflijas,
Y aquellas dos perlas, hijas
De aquel nácar castellano...

BRITO.

No te enternezcas, Señor;
Mira que llorando estás.

PRÍNCIPE.

¡Ay, Brito! no puedo mas.

BRITO.

¿Adónde está tu valor?
Préndate el Rey, que el proceso
Podrás romper algun dia.

PRÍNCIPE.

Mas si preso me queria,
¿Para qué dos veces preso?
(*Vanse.*)

Salen DOÑA INÉS Y VIOLANTE.

VIOLANTE.

¿Acabaste ya el papel?

DOÑA INÉS.

No.

VIOLANTE.

Pues ¿cómo?

DOÑA INÉS.

He reparado
Que no cabrá mi cuidado
Ni mis finezas en él.

VIOLANTE.

¿Leiste la glosa?

DOÑA INÉS.

Sí,
Y es tal, que pude llegar,
Cuando la miré, á pensar
Que se escribió para mí.

VIOLANTE.

¿Sábesla ya?

DOÑA INÉS.

Ya la sé.

VIOLANTE.

¿Toda?

DOÑA INÉS.

Nada hay que te espante;
Mientras estuve, Violante,
En mi cuarto, la estudié.

VIOLANTE.

¿Quieres decirla, Señora?

DOÑA INÉS.

Sí, Violante, aquesta es;
Atiende.

VIOLANTE.

Ya escucho.

DOÑA INÉS.

Pues
No te diviertas ahora.
Mi vida, aunque sea pasion,
No querria yo perdella,
Por no perder la ocasion
Que tengo de estar sin ella.
Dichoso y favorecido
Me vi, Nise, en un instante,
Y luego pasé de amante
A extremo de aborrecido;
Mas, aunque airado Cupido
La flecha trocó en arpon,
No pudo ser ocasion
Para desear mi muerte;
Que he de querer, por quererte,
Mi vida, aunque sea pasion.
El alma con que vivia
Se fué á tí, cuando pensaba
Que en mi pecho la hospedaba,
Como tuya, siendo mia,
Y aunque la pérdida via,
Sin formar de amor querella,
Contento me vi sin ella;
Mas, á no ser en despojos,
Nise, de tus bellos ojos,
No querria yo perdella.
Gobierno del hombre han sido
Voluntad y entendimiento,
Con que, á la razon atento,
Mientras hombre fuí, he vivido;
Pero, despues que Cupido
Puso en tí mi inclinacion,
Puede tanto mi pasion,
Que jamás, bella mujer,
No te quisiera perder,
Por no perder la ocasion.
Cautivo y sin libertad
Vivo despues que te vi,
Y aunque viví en mí sin mí,
Rendido á tu voluntad,
Esperé de tí piedad;
Pero, despues que á mi estrella
Tu imperio, Nise, atropella,
Es tan contraria mi altura,
Que ella misma me asegura
Que tengo de estar sin ella.

Sale BRITO.

BRITO.

Esconde, Inés, si es posible,
Que no será fácil, de estos
Peligrosos dulces ojos
Los hermosos rayos negros;
Esconde, por vida tuya,
La canícula, lo fresco,
Lo florido, lo nevado,
Lo apacible, lo severo,
Lo buscado, lo temido,
Lo jugueton, lo compuesto,
Lo alegre, lo mesurado,
Lo lindo, lo mas que bello
De esa cara; que un nublado
No le ha de faltar á un cielo
Donde hay tantas pesadumbres.

DOÑA INÉS.

¿Qué dices?

BRITO.

Véte de presto;
Que viene la Infanta acá.

DOÑA INÉS.

¿La Infanta acá?

BRITO.

Pretendiendo
Hallar en esa ribera,
Por no perder el trofeo,
Una garza que del aire
Hoy ha derribado, entiendo
Que ha de llegar.

DOÑA INÉS.

Oye, Brito,
¿Garza?

BRITO.

Sí.

DOÑA INÉS.

Y ¿ella la ha muerto?

BRITO.

Sí, ella ha sido; que á volar
Con un escuadron soberbio
De pájaros salió armada.

DOÑA INÉS.

Escuadron seria de celos,
Pues vino á matarme á mí.

BRITO.

En un alazan soberbio,
Con la rienda en una mano,
Y en la otra mano uno dellos,
La vieras como una Pálas
O la borracha de Vénus.

DOÑA INÉS.

¡Válgame Dios! ¿qué he de hacer?
Quiero retirarme, quiero
Que no me vea; mas no,
Sin duda es mejor acuerdo
Esperarla y ver si pueden
Cortesanos cumplimientos
Obligarla.

BRITO.

Dices bien.

DOÑA INÉS.

Dime ahora de mi dueño,
¿Cómo le dejaste, Brito?
¿Tiene el príncipe don Pedro
Salud?

BRITO.

Aunque de su parte
Solo á visitarte vengo,
Para que sepas, Señora,
Lo que pasa allá de nuevo,
No es posible; solo digo
Por ahora que te puedo
Asegurar que esta noche
Vendrá á verte.

DOÑA INÉS.

¿Cierto?

BRITO.

Cierto.

DOÑA INÉS.

Dime, Brito, ¿qué hay
De la Infanta?

BRITO.

Que la veo
Ya junto á tí.

DOÑA INÉS.

En hora mala
Venga á estorbar mis intentos.

Salen LA INFANTA, ALVAR GONZALEZ, EGAS COELLO *y* CAZADORES.

INFANTA.

Mucho he sentido perderla.

ALVAR.

Remontó, Señora, el vuelo
Tanto, que ha sido imposible
El hallarla.

INFANTA.

El aire creo
Que en sí la habrá transformado
Para volar mas ligero,
Pues della, envidioso, pudo
Tomar ligereza.

DOÑA INÉS.

El cielo
Dé á vuestra alteza, Señora,
La vida que yo deseo.

INFANTA.

No me estuviera muy bien;
Inés, levantad del suelo;
¿Vos aquí?

DOÑA INÉS.

Si esta ventura
De hablaros, Señora, y veros,
Por estar aquí, he ganado,
Decir sin lisonja puedo
Que solo he sido dichosa
Aqueste instante que os veo.

INFANTA.

¿Cómo estáis?

DOÑA INÉS.

Para serviros,
Como mi señora y dueño.

INFANTA.

(*Ap*. Parece que esta muy triste;
¿Si ha sabido que á don Pedro
Le prendió el Rey? Es sin duda;
Pues amor, examinemos
Si podeis vivir en mí;
Que, aunque muerto ya os contemplo,
Para llegarlo á creer
Falta el último remedio.)
Triste estáis.

DOÑA INÉS.

¡Señora! ¿Yo?

INFANTA.

No os aflijais; que os prometo
Que me holgara de poder
Daros, doña Inés, consuelo.
El Príncipe en asistiros
Nunca pudo ser eterno,
Siempre ha menester casarse;
Ya lo está conmigo.

DOÑA INÉS.

¡Cielos!
¿Qué decís?

INFANTA.

Que á Santaren,
Como ya sabréis, fué preso,
Y saldrá para que así,
En un dichoso himeneo,
Junte dos almas, que vos
Habeis dividido.

DOÑA INÉS. (*Ap.*)

Esto
No se puede ya llevar;
Que, fuera de ser desprecio,
Son celos; nadie ha vivido
Cuerda en llegando á tenerlos.
Responderla quiero.

INFANTA.

Inés,
Suspended un poco el vuelo
Con que altiva habeis volado;
Reducíos á vuestro centro
Y sirvaos de correccion,
De aviso y de claro ejemplo,
Que una blanca garza, hija
De la hermosura y del viento,
Voló esta tarde, y altiva,
Cuando ya llegaba al cielo,
La despedazó en sus garras
Un gerifalte soberbio,
Enfadado de mirar
Que á su coronado ceño,
Desvanecida, intentase
Competir; esto os advierto,
Inés, no mas que de paso;
¿Ya me entenderéis?

DOÑA INÉS. (*Ap.*)

No puedo
Callar ya.

ALVAR.

Mucho la Infanta
Se ha declarado.

EGAS.

Yo temo
Alguna desdicha aquí.

DOÑA INÉS.

Infanta, con el respeto
Que á tanta soberanía
Se debe, deciros quiero
Que no ajeis de mi nobleza
Lo encumbrado con ejemplos.
Yo soy doña Inés de Castro
Coello de Garza, y me veo,
Si vos de Navarra infanta,
Reina de aqueste hemisferio
De Portugal, y casada
Con el príncipe don Pedro
Estoy primero que vos;
Mirad si mi casamiento
Será, Infanta, preferido,
Siendo conmigo hoy primero.
No penseis, Señora, no
Que es profanar el respeto,
Que debo hablaros así,
Sino responder que intento
Desempeñar á mi esposo,
Pues si él asiste en mi pecho,
Con él hablais, no conmigo;
Y puesto que soy él, debo,
Si hablais como doña Blanca,
Responder como don Pedro.

INFANTA.

Inés, ¿cómo os olvidais
Que la que cayó del cielo
Era garza?

DOÑA INÉS.

Y tambien blanca,
Segun vos dijisteis.

INFANTA.

Bueno;
¿Vos me respondeis á mí
Equívocos desacuerdos?

DOÑA INÉS.

Mal he hecho yo, Señora.

ALVAR.

¿Que así perdiese el respeto
Á tanta soberanía?

DOÑA INÉS.

¡Si dice (válgame el cielo)
Que era blanca!

INFANTA.

Bien está,
Retiráos.

DOÑA INÉS.

Amor, ¿qué es esto?

EGAS.

El Rey viene ya.

INFANTA.

Mi enojo
Quiero reprimir.

DOÑA INÉS.

Yo entro
Temerosa y afligida.
Vamos, Violante; que espero
Hallar en Dionís y Alonso
Á mi pena algun consuelo.

(*Vanse Inés y Violante.*)

Sale EL REY *y* ACOMPAÑAMIENTO.

REY.

Lograr no pensé el hallaros.

BRITO.

Voy á decir á don Pedro
Todo cuanto ha sucedido. (*Vase.*)

REY.

Hija, Infanta, ¿qué es aquesto?
¿Cómo ha pasado la tarde
Vuestra alteza en el empleo
De la caza?

INFANTA.

Gran señor,
En la falda de este cerro,
Que la guarnece de plata

n cristalino arroyuelo,
Descubrimos una garza;
Y aunque al remontar el vuelo
Perdió la vida, volvió
A vivir, Señor, de nuevo;
Que no tengo con la garza
Ni jurisdicion ni empleo,
Despues que una garza á mí
Con viles celos me ha muerto.

REY.

No os entiendo.

INFANTA.

¡Ay gran señor!
Pues bien podeis entenderlo;
Que no es la enigma difícil
Ni es el engaño encubierto.
Doña Inés ahora acaba
De decirme que don Pedro
El príncipe es ya su esposo;
Y aunque él lo dijo primero,
No lo creí, por juzgar
Que pudiera ser incierto;
Mas despues que doña Inés,
Sin decoro y sin respeto,
Se atrevió á decirlo aquí,
Ha sido fuerza creerlo.

REY.

¿Que la modestia de Inés,
Virtud y recogimiento,
Pudo atreverse á perder
La veneracion que os tengo?
Vive Dios, Alvar Gonzalez,
Que el Príncipe, loco y ciego,
Ha de ocasionarme á dar
Con su muerte un escarmiento
Tan grande, que á Portugal
Sirva de futuro ejemplo.
Yo remediaré esta injuria.

INFANTA.

Señor, el mejor remedio
Es el no buscarle, pues
Desde este instante os prometo
Olvidar; que solo olvido
Puede ser, si bien lo advierto,
Medio para que se acabe
Mi enojo, Señor, y el vuestro.

REY.

¿Qué os parece, Alvar Gonzalez?

ALVAR.

Señor, si ya todo el reino
Espera con alegría
Este feliz casamiento,
Será grande inconveniente
(Así, gran señor, lo entiendo)
Que no llegue á ejecutarse;
Y así, fuera buen acuerdo
Apartar á doña Inés
De Portugal.

REY.

¿Cómo puedo,
Si está casada?

ALVAR.

Señor,
Cuando aquese impedimento,
Que es el mayor, no se pueda
Remediar...

REY.

Dadme consejo.

ALVAR.

Me parece que la vida
De Inés...

REY.

¿Qué decis?

ALVAR.

Entiendo...

REY.

Declaraos; ¿por qué temeis?
Acabad.

ALVAR.

Tengo por cierto
Que peligrara.

REY.

¿Por qué?

ALVAR.

Señor, porque en solo eso
Consistia el que pudiese
Gozar la Infanta á don Pedro.

INFANTA.

Eso no; que mis agravios,
Aunque ofendida los siento,
No han de pasar a poder
Conmigo mas que yo puedo.
Viva mil siglos Inés;
Que, si hoy por ella padezco,
No es culpada en mis desdichas;
Yo sí, pues yo las merezco.

REY.

Vamos á mirar mejor
Lo que se ha de hacer en esto.

ALVAR.

¿A la ciudad?

REY.

No; que estoy
Cansado y algo indispuesto.
Vamos a la casería
(Alvar Gonzalez) de Coello.

INFANTA.

¿Está cerca?

ALVAR.

Sí, Señora.

REY.

Disponed, piadoso cielo,
Modo para consolarme;
Que si aquesto dura, temo
Que me han de acabar la vida
Pesares y sentimientos.

INFANTA.

Vamos, Señor.

REY.

Vamos, hija.

INFANTA.

¡Qué valor!

REY.

¡Qué entendimiento!

INFANTA.

¡Qué prudencia!

REY.

¡Qué cordura!
Dadme la mano; que quiero
Ser vuestro escudero yo.

INFANTA.

Tanto favor agradezco.

REY.

¡Quién viera de aquesta suerte,
Blanca hermosa, á vos y á Pedro!
(*Vanse.*)

Salen DOÑA INÉS Y EL PRÍNCIPE DON PEDRO.

DOÑA INÉS.

Digo que no me aseguro.

PRÍNCIPE.

¿Posible es que no conoces
Que es imposible engañar,
Inés, tus hermosos soles?
Cese el disgusto, bien mio,
Y acábense los rigores;
No me mates con desdenes,
Basta matarme de amores.
¿Tú enojada? Tú tan triste?
¿Cómo puede ser que borren
Nublados de tu disgusto
Tus hermosos esplendores?
Habla, Inés, dime tu pena;
¿Por qué, mi bien, no respondes?
Mas vale, si he de morir,
Que me refieran tus voces
La causa por qué me matas;
No es bien que, sintiendo el golpe,
Cuando no ignoro el morir,
El por qué, mi bien, ignore.

DOÑA INÉS.

Señor, esposo, mi vida,
Dueño mio, Pedro.

PRÍNCIPE.

Ahorre
Tu lengua, Inés, epítetos,
Y dime ya quien te pone
A tí en tales desconsuelos
Y á mí en tantas confusiones.

DOÑA INÉS.

Tu padre...

PRÍNCIPE.

Dilo.

DOÑA INÉS.

Pretende...

PRÍNCIPE.

Prosigue, mi bien.

DOÑA INÉS.

Dispone...

PRÍNCIPE.

¿Qué te turbas?

DOÑA INÉS.

Que te cases.

PRÍNCIPE.

Si aquesos son tus temores,
Inadvertida has andado,
Pues sabes que en todo el orbe
No he de tener otro dueño.

DOÑA INÉS.

Aunque miro tus acciones,
Esposo y señor, dispuestas
A hacerme tantos favores,
Es bien adviertas que ya
La fortuna cruel dispone
Que te pierda, dueño mio,
Y que de tus brazos goce
La Infanta, que te previene
Tu padre para consorte;
Y puesto que no es posible
Que seas mio, ni que logre
Mas finezas en tus brazos,
Será fuerza que me otorgues,
Pedro, dueño de mi alma,
Piadosas intercesiones,
Para que el Rey, de mi vida
La vital hebra no corte.
Con tus hijos viviré
En lo áspero de los montes,
Compañera de las fieras,
Y con gemidos feroces
Pediré justicia al cielo,
Pues que no la hallé en los hombres,
De quien de tan dulce lazo
Aparta dos corazones.
Mis hijos y yo, Señor,
Con tiernas exclamaciones,
Huérfanos y sin abrigo,
Darémos ejemplo al orbe
De los peligros que pasa
Y á cuantas penas se expone
Quien, sin ver inconvenientes
Se casa loca de amores.
Por lo que un tiempo me quiso,
Señor, es bien que me otorgue
Esta merced; no padezca
Quien fué vuestra, los rigores
De una injusticia, mi bien;
Que mármoles hay y bronces
Que harán vuestra fama eterna.
Ahora es tiempo de que note
La mayor fineza en vos;

Mostrad, mostrad los blasones
De vuestra heróica piedad,
Para que conozca el orbe
Que si matarme el Rey ha pretendido,
Me habeis, querido dueño, defendido
Con valiente osadía y fe constante,
Por mujer, por esposa y por amante.

PRÍNCIPE.

No creyera, bella Inés,
Que jamás desconfiaras
De la fe con que te adoro.
Alza del suelo, levanta,
Enjuga los bellos ojos;
Que las perlas que derramas
Parecen mal en la tierra;
En tus nácares las guarda,
Que no hay en el mundo quien
Se atreva, esposa, á comprarlas.
Si mi padre la cerviz
Me derribara á sus plantas;
Si la Infanta, que aborrezco,
La vida, Inés, me quitara,
Porque mi padre contento
Quedase y ella vengada,
No solo fuera su esposo,
Pero yo de mi garganta
Derribara la cabeza
Primero que me obligara
A decir sí; que te adoro
De tal suerte, prenda amada,
Que sin tí no quiero vida.

DOÑA INÉS.

¿Cumpliréisme esa palabra?

PRÍNCIPE.

Digo mil veces que sí.

DOÑA INÉS.

Pues ya mi temor se acaba;
Y ¿cómo habeis quebrantado
La prision?

PRÍNCIPE.

Esta mañana
A Egas Coello le pedí
Me dejase que llegara
A verte; y aunque es traidor,
Temiendo que me enojara,
No me impidió.

DOÑA INÉS.

Pues, Señor,
Volved antes que las guardas
Os echen menos; que es tarde,
Y volvedme á ver mañana.

PRÍNCIPE.

Adios, Inés.

DOÑA INÉS.

Adios, Pedro;
No me olvides.

PRÍNCIPE.

Excusada
Está, esposa, esa advertencia.

DOÑA INÉS.

¿Si vuestro padre os lo manda?

PRÍNCIPE.

No puede tener mi padre
Jurisdicion en mi alma.

DOÑA INÉS.

¿Y si la Infanta porfía?

PRÍNCIPE.

Aunque porfíe la Infanta.

DOÑA INÉS.

¿Y si el reino se conjura?

PRÍNCIPE.

Aunque en crueles iras arda.

DOÑA INÉS.

¿Tanta firmeza?

PRÍNCIPE.

Soy monte.

DOÑA INÉS.

¿Tanto amor?

PRÍNCIPE.

Solo le iguala
El tuyo.

DOÑA INÉS.

¿Tanto valor?

PRÍNCIPE.

Nadie en valor me aventaja.

DOÑA INÉS.

¿Tan grande fe?

PRÍNCIPE.

Sí; que, ciego
A tus luces soberanas,
No es menester que te vea
Para que te adore.

DOÑA INÉS.

Basta;
Ea, adios, mi bien.

PRÍNCIPE.

Adios.
¡Quién contigo se quedara!

DOÑA INÉS.

¡Quién se partiera contigo!
¡Muerta quedo!

PRÍNCIPE.

¡Voy sin alma!

DOÑA INÉS.

Adios, adorado esposo.

PRÍNCIPE.

Adios, esposa adorada.
(*Vanse.*)

JORNADA TERCERA.

Dicen dentro CAZADORES.

UNO.

Tó, tó, por acá; acudid
Aprisa al sabueso, aprisa.

OTRO.

Al valle, al valle, á la fuente;
No se escape; arriba, arriba;
No se nos vaya.

BRITO. (*Dentro.*)

Estos son
Cazadores de Coimbra.

UNO.

Subid al monte, subid.

OTRO.

Huyendo va la corcilla
Hácia la fuente; acudid.

Sale EL PRÍNCIPE Y BRITO.

PRÍNCIPE.

¡Ay doña Inés de mi vida!
Parecióme que, acosada,
Mal llagada y perseguida,
Hácia la fuente llegaba.

BRITO.

¿Quién, Señor?

PRÍNCIPE.

Mi Inés divina.

BRITO.

¿Otro agüerito tenemos?

PRÍNCIPE.

Sin duda fué fantasía;
Porque, á ser verdad, es cierto
Que mi esposa no se iria,
Brito, á arrojar á la fuente,
Sino á las lágrimas mias.

BRITO.

De Santaren has venido,
Y ya estamos de la quinta
Una legua poco mas;
Presto la verás muy fina
Entre tus brazos.

PRÍNCIPE.

¡Ay cielos!

BRITO.

Y ahora ¿por qué suspiras?

PRÍNCIPE.

Porque no llego á sus brazos.

BRITO.

Todo eso es hazañería.

PRÍNCIPE.

Di, Brito, que este es deseo
De gozar la peregrina
Deidad de Inés, que es tan grande,
Que solo pudo á ella misma
Igualarse...

BRITO.

Así es verdad.

PRÍNCIPE.

Todas las flores de envidia
Suelen quedar...

BRITO.

¿De qué suerte?

PRÍNCIPE.

O agostadas ó marchitas:
La rosa, reina de todas,
Mirando á mi Inés un dia,
Quedó, corrida de verla,
Pálida y envejecida;
El clavel, Brito, agostado,
Cuando miró en sus mejillas
Mas viva púrpura envuelta
En sangre de Vénus fina.
Díjome un bello jazmin:
«Jamás, Príncipe, permitas
Que tu Inés vea las flores;
Porque en viéndolas, corridas,
No se atreven á crecer,
Y tras sí propias perdidas,
Siendo maravillas todas,
Dejan de ser maravillas.

BRITO.

Cuando te ha hablado el jazmin,
¿Que te ha dicho esas mentiras?
Ten seso y vamos al caso.

PRÍNCIPE.

Advierte, pues; yo queria,
Porque ninguno me viese,
No llegar hasta la quinta;
Y para el caso, esta carta
De Santaren traigo escrita,
Porque desde aquí la lleves;
Y otra tambien prevenida
Traigo para el Condestable;
Llévalas pues.

BRITO.

Y ¿me envias
Con estas cartas á mí?

PRÍNCIPE.

Pues ¿á quién jamás se fia
Mi pecho, sino es á tí?
Parte, acaba.

BRITO.

Y si por dicha
Me encontrase Alvar Gonzalez
Y Egas Coello, que privan
Con el Rey tu padre ahora,
Y hecha general visita
De todas las faltriqueras,
Viesen las cartas, y vistas,
Me mandasen ahorcar;

Pregunto, Señor, ¿seria
Buen viaje el que habia hecho?

PRÍNCIPE.

No temas, porque te anima
Mi valor.

BRITO.

¡Qué linda flema!
Si estoy ahorcado por dicha
Una vez, ¿de qué provecho
Lo que me ofreceis seria
Para mí? ¿Podrá valerme
Tu valor en la otra vida?

PRÍNCIPE.

Brito, llevarlas es fuerza.

BRITO.

Pues ¿por qué causa á la vista
De la quinta te detienes?

PRÍNCIPE.

Porque mi padre en la quinta
Me dicen que está de Coello,
Que á cazar vino estos dias,
Y no quiero que me vea.

BRITO.

Y si prosiguen la enigma
De la garza estos dos sacres,
Que la prision solicitan
De Inés; pregunto, Señor,
¿Qué hará el Príncipe?

PRÍNCIPE.

¿Por dicha,
Aquesos sacres villanos
Se atreverán á mi vida?
Porque, guardada mi garza
Y alentada de sí misma,
Aunque con tornos la cerquen,
Aunque airados la persigan,
Remontará tanto el vuelo,
Que la perderán de vista.
Y los sacres altaneros,
Cuando vean que examina
Por las campañas del aire
Toda la region vacía,
Cansados de remontarse,
En mirándola vecina
Del cielo, que es centro suyo,
Y en él á Inés esculpida,
Si la buscan garza errante,
La hallarán estrella fija.

BRITO.

Lindamente la has volado;
Di ya lo que determinas.

PRÍNCIPE.

Que partas, Brito, al Mondego;
Que yo te espero en la quinta,
Que está de allá media legua,
Y una legua de Coimbra.

BRITO.

Allí estarás escondido
Mientras yo aviso á la ninfa
Mas hermosa de la tierra.

PRÍNCIPE.

Sí, Brito, allí determina
Mi amor quedarte esperando;
Allí la esperanza mia,
Hasta que te vuelva á ver,
De un cabello estará asida;
Allí mi amor, mal hallado,
Aguardará que le digas
Si puede llegar á ver
El objeto que le anima;
Allí, Brito, viviré,
Si es que puede ser que viva
Quien tiene, como yo tengo,
En otra parte la vida.

BRITO.

Allí puedes esperar
A que luego allí te diga
Lo que allí ha pasado allí;
Que has dicho una retahila
De allies, para cansar
Con allies á una tia;
¡Cuerpo de Dios, con tu allí!

PRÍNCIPE.

Dila muchas cosas, dila
Que las niñas de mis ojos,
En su memoria perdidas,
Si bien como niñas lloran,
Sienten tambien como niñas.

BRITO.

¡Viva el príncipe don Pedro!

PRÍNCIPE.

Di que Inés, mi dueño, viva.

BRITO.

¡Qué amor tan de Portugal!

PRÍNCIPE.

¡Qué beldad tan de Castilla! *Vase.)*

Salen en lo alto DOÑA INÉS Y VIOLANTE, *con almohadillas.*

DOÑA INÉS.

¿Qué hora es?

VIOLANTE.

Las tres han dado.

DOÑA INÉS.

Trae, Violante, la almohadilla.

VIOLANTE.

Aquí está ya.

DOÑA INÉS.

Pues sentadas,
Esto que falta del dia
Estemos en el balcon.
¡Ay de mí!

VIOLANTE.

¿Por qué suspiras?

DOÑA INÉS.

Porque desde ayer estoy
Sin el alma que me anima.

VIOLANTE.

¿Cantaré?

DOÑA INÉS.

Canta, Violante;
Divierte las penas mias.

VIOLANTE. *(Canta.)*

Es verdad que yo la vi
En el campo entre las flores,
Cuando Celia dijo así:
«¡Ay, que me muero de amores!
¡Tengan lástima de mí!»

DOÑA INÉS.

Aguarda, espera, Violante,
Deja ahora de cantar;
Que temo alguna desdicha,
Que no podré remediar.

VIOLANTE.

¿Qué tienes, señora mia?
¿Hay algun nuevo pesar?

DOÑA INÉS.

Por los campos del Mondego
Caballeros vi asomar,
Y segun he reparado,
Se van acercando acá.
Armada gente los sigue;
¡Válgame Dios! ¿qué será?
¿A quién irán á prender?
Que aunque puedo imaginar
Que el rigor es contra mí,
Me hace llegarlo á dudar
Que son para una mujer
Muchas armas las que traen.

VIOLANTE.

Jesus, Señora, ¿eso dices?

DOÑA INÉS.

Violante, no puede mas
Mi temor; pero volvamos
A la labor, que será
Inadvertida prudencia
Pronosticarme yo el mal.

Salen EL REY, ALVAR GONZALEZ, EGAS COELLO *y* GENTE.

REY.

Mucho lo he sentido, Coello.

ALVAR.

Señor, vuestra majestad,
Por sosegar todo el reino,
No lo ha podido excusar.

EGAS.

Señor, aunque del rigor
Que quereis ejecutar,
Parezca que en nuestro afecto
Haya alguna voluntad,
Sabe Dios que con el alma
La quisiéramos librar;
Pero todo el reino pide
Su vida, y es fuerza dar,
Por quitar inconvenientes,
A doña Inés...

REY.

Ea, callad.
¡Válgame Dios Trino y Uno!
¿Que así se ha de sosegar
El reino? A fe de quien soy,
Que quisiera mas dejar
La dilatada corona
Que tengo de Portugal,
Que no ejecutar, severo,
De Inés tan grande crueldad.
Llamad, pues, á doña Inés.

COELLO.

Puesta en el balcon está,
Haciendo labor.

REY.

Coello,
¿Visteis tan grande beldad?
¿Que he de tratar con rigor
A quien toda la piedad
Quisiera mostrar?

ALVAR.

Señor,
Si severo no os mostrais,
Peligra vuestra corona.

REY.

Alvar Gonzalez, callad;
Dejadme que me enternezca,
Si luego me he de mostrar
Riguroso y justiciero
Con su inocente beldad.—
¡Ay, Inés, cómo, ignorante
Desta batalla campal,
Es poco acero la aguja
Para defenderte ya!—
Llamadla, pues.

ALVAR.

¿Doña Inés?
Mirad que su majestad
Manda que al punto bajeis.

REY.

¿Hay mas extraña maldad?

DOÑA INÉS.

Ponerme á los piés del Rey
Será subir, no bajar.
(Quítanse del balcon.)

ALVAR.

Ya viene.

REY.

No sé por dónde
La pudiera ¡ay Dios! librar
Deste rigor, desta pena;
Mas, por Dios, que he de intentar
Todos los medios posibles.

Egas Coello, mirad
Que yo no soy parte en esto,
Y si es que se puede hallar
Modo para que no muera,
Se busque.

EGAS.

Llego á ignorar
El modo.

ALVAR.

Yo no le hallo.

REY.

Pues si no le hallais, callad,
Y á nada me repliqueis.

Salen DOÑA INÉS, LOS NIÑOS Y VIOLANTE.

DOÑA INÉS.

Vuestra majestad real
Me dé sus plantas, Señor;
Dionis, Alonso, llegad,
Y besad la mano al Rey.

REY. (*Ap.*)

Qué peregrina beldad!
¡Válgate Dios por mujer!
¿Quién te trujo á Portugal?

DOÑA INÉS.

¿No me respondeis, Señor?

REY.

Doña Inés, no es tiempo ya
Sino de mostrarme airado,
Porque vos la causa dais
Para alborotarse el reino,
Con intentaros casar
Con el Príncipe; mas esto
Es fácil de remediar
Con probar que el matrimonio
No se pudo hacer.

DOÑA INÉS.

Mirad...

REY.

Inés, no os turbeis, que es cierto;
Vos no os pudisteis casar,
Siendo mi deuda, con Pedro
Sin dispensacion.

DOÑA INÉS.

Verdad
Es, Señor, lo que decis;
Mas antes de efectuar
El matrimonio se trajo
La dispensacion.

REY.

Callad,
Noramala para vos,
Doña Inés, que os despeñais;
Pues si es como vos decis,
Será fuerza que murais.

DOÑA INÉS.

De manera, gran Señor,
Que cuando vos confesais
Que soy deuda vuestra, y yo,
Atenta á mi calidad,
Ostentando pundonores,
Negada á la liviandad,
Para casar con don Pedro
La dispensa tuve ya,
¿Mandais que muera ¡ay de mí!
A manos desta crueldad?
Luego ¿el haber sido buena
Quereis, Señor, castigar?

REY.

Tambien el hombre en naciendo
Parece, si le mirais
De piés y manos atado,
Reo de desdichas ya,
Y no cometió mas culpa
Que nacer para llorar.
Vos nacisteis muy hermosa,
Esa culpa teneis mas.
(*Ap.* No sé, vive Dios, qué hacerme.)

EGAS.

Señor, vuestra majestad
No se enternezca.

ALVAR.

Señor,
No mostreis ahora piedad;
Mirad que aventurais mucho.

REY.

Callad, amigos, callad;
Pues no puedo remedialla,
Dejádmela consolar.
¡Doña Inés, hija, Inés mia!

DOÑA INÉS.

¿Estoy perdonada ya?

REY.

No, sino que quiero yo
Que sintamos este mal
Ambos á dos, pues no puedo
Librarte.

DOÑA INÉS.

¿Hay desdicha igual?
¿Por qué, Señor, tal rigor?

REY.

Porque todo el reino está
Conjurado contra vos.

DOÑA INÉS.

Dionis, Alonso, llegad,
Suplicad á vuestro abuelo
Que me quiera perdonar.

REY.

No hay remedio.

ALONSO.

¡Abuelo mio!

DIONÍS.

¿No ve á mi madre llorar?
Pues ¿por qué no la perdona?

REY.

(*Ap.* Apenas puedo ya hablar.)
Inés, que mueras es fuerza;
Y aunque la muerte sintais,
Sabe Dios, aunque yo viva,
Quién ha de sentirlo mas.

DOÑA INÉS.

No siento, Señor, no siento
Esa desdicha presente,
Sino porque Pedro, ausente,
Tendrá mayor sentimiento;
Antes viene á ser contento
En mí esta suerte homicida;
Que perder por él la vida
No ha sido nada, Señor;
Porque há mucho que mi amor
Se la tenia ofrecida.
Y cuando tu majestad
Quiera quitarme la vida,
La daré por bien perdida;
Que en mí viene á ser piedad
Lo que parece crueldad;
Si bien, en viendo mi muerte
Y mi desdichada suerte,
Morirá tambien mi esposo,
Pues este rigor forzoso
No será en él menos fuerte.
De parte os poneis, Señor,
De Blanca, que al bien excede,
Y ayudar á quien mas puede
Es flaqueza, no es valor.
Si el cielo dió á Pedro amor,
Y á mí, porque mas dichosa
Mereciese ser su esposa,
Belleza, del tan amada,
No me hagais vos desdichada
Porque me hizo Dios hermosa.
Sed piadoso, sed humano;
¿Cuál hombre, por lo cortés,
Vió una mujer á sus piés,
Que no la diese una mano?
Atributo es soberano
De los reyes la clemencia;
Tenga pues en mi sentencia
Piedad vuestra majestad,
Mirando mi poca edad
Y mirando mi inocencia.
No os digo tales afectos,
Aunque es mi dolor tan fijo,
Por mujer de vuestro hijo,
Por madre de vuestros nietos,
Sino porque hay dos sugetos,
Que, muerto el uno, ambos mueren;
Pues si dos liras pusieren
Sin disonancia ninguna,
Herida sola la una,
Suena estotra que no hieren.
¿Nunca, di, llegaste á ver
Una nube, que hasta el cielo
Sube, amenazando el suelo,
Y entre el dudar y el temer,
Irse á otra parte á verter,
Cesando la confusion,
Y no en su misma region?
Pues en Pedro esto ha de ser;
Siendo nubes en su ser,
Son llanto en mi corazon.
¿No oiste de un delincuente,
Que, por temor del castigo,
Llevando un niño consigo,
Subió á una torre eminente,
Y que por el inocente
Daba sustento forzoso
A entrambos el juez piadoso?
Pues yo á mi Pedro me así,
Dadme vos la vida á mí,
Porque no muera mi esposo.

REY.

Doña Inés, ya no hay remedio;
Fuerza ha de ser que murais;
Dadme mis nietos, y adios.

DOÑA INÉS.

¿A mis hijos me quitais?
Rey don Alfonso, Señor,
¿Por qué me quereis quitar
La vida de tantas veces?
Advertid, Señor, mirad
Que el corazon á pedazos
Dividido me arrancais.

REY.

Llevadlos, Alvar Gonzalez.

DOÑA INÉS.

Hijos mios, ¿dónde vais?
Dónde vais sin vuestra madre?
¿Falta en los hombres piedad?
¿Adónde vais, luces mias?
¿Cómo que así me dejais
En el mayor desconsuelo
En manos de la crueldad?

ALONSO.

Consuélate, madre mia,
Y á Dios te puedes quedar;
Que vamos con nuestro abuelo,
Y no querrá hacernos mal.

DOÑA INÉS.

¿Posible es, Señor, rey mio,
Padre, que así me cerrais
La puerta para el perdon?
¿Que no llegueis á mirar
Que soy vuestra humilde esclava?
¿La vida quereis quitar
A quien rendida teneis?
Mirad, Alfonso, mirad
Que, aunque os llevais á mis hijos,
Y aunque su abuelo seais,
Sin el amor de la madre
No se han de poder criar.
Ahora, Señor, ahora

Es el tiempo de mostrar
El mucho poder que tiene
Vuestra real majestad.
¿Qué me respondeis, rey mio?

REY.

Doña Inés, no puedo hallar
Modo para remediaros,
Y es mi desventura tal,
Que tengo ahora, aunque rey,
Limitada potestad.—
Alvar Gonzalez, Coello,
Con doña Inés os quedad;
Que no quiero ver su muerte.

DOÑA INÉS.

¿Cómo, Señor? ¿Vos os vais,
Y á Alvar Gonzalez y á Coello
Inhumanos me entregais?—
Hijos, hijos de mi vida.—
Dejádmelos abrazar.—
Alfonso, mi vida, hijo,
Dionís, amores, tornad,
Tornad á ver vuestra madre.—
Pedro mio, ¿dónde estás,
Que así te olvidas de mí?
¿Posible es que en tanto mal
Me falte tu vista, esposo?
¡Quién te pudiera avisar
Del peligro en que, afligida,
Doña Inés, tu esposa, está!

REY.

Venid conmigo, infelices
Infantes de Portugal.—
¡Oh nunca, cielos, llegara
La sentencia á pronunciar,
Pues si Inés pierde la vida,
Yo tambien me voy mortal.

(*Vase con los niños.*)

DOÑA INÉS.

¿Que al fin no tengo remedio?
Pues rey Alonso, escuchad:
Apelo de aquí al supremo
Y divino tribunal,
Adonde de tu injusticia
La causa se ha de juzgar.

(*Vanse.*)

Sale EL PRÍNCIPE, *con una caña en la mano.*

PRÍNCIPE.

Cansado de esperar en esta quinta,
Donde Amaltea á sus abriles pinta
Con diversos colores,
Vistosos colores de arrayan y flores,
Sin temer el empeño, [dueño;
Me he acercado por ver mi hermoso
A esta caña arrimado,
Que por humilde solo la he estimado,
Pues al verla me ofrece
Que en lo humilde á mi esposa se parece,
Entré por el jardin, sin que me viera
El jardinero; paso la escalera, [do,
Y sin que nadie en casa haya encontra-
He llegado á la sala del estrado.
¿Hola, Violante, Inés, Brito, criados?
¿Nadie responde? Pero ¿qué enlutados
A la vista se ofrecen?
El Condestable y Nuño me parecen.

Salen EL CONDESTABLE Y NUÑO, *con lutos.*

CONDESTABLE.

¡Válgame Dios!

NUÑO.

El Príncipe es sin duda.

CONDESTABLE.

Yerta tengo la voz, la lengua muda.

PRÍNCIPE. [nuevo?

Condestable, ¿qué es esto? Qué hay de

CONDESTABLE.

Decídlo, Nuño, vos.

NUÑO.

Yo no me atrevo.

PRÍNCIPE.

Decidme, ¿qué os motiva á dudas tantas?

CONDESTABLE.

Dénos su majestad sus reales plantas.

PRÍNCIPE.

Mi padre ¿es muerto ya?

CONDESTABLE.

Señor, la Parca
Cortó la vida al ínclito monarca.

PRÍNCIPE.

Pues ¿adónde murió?

CONDESTABLE.

En la quinta ha sido
De Egas Coello, porque habia venido
Su majestad á caza, y de repente
Le sobrevino el último accidente
De su vida, y de suerte nos quedamos,
Que, con haberlo visto, lo dudamos.

PRÍNCIPE.

Aunque con justo llanto
Deba sentir haber perdido tanto,
Mi mayor sentimiento
Es no haberme llamado
Para verle morir; mas, pues el hado
Dispuso ¡adversa suerte!
Que no llegase al tiempo de su muerte,
En sus honras verán hoy sus vasallos
En cuanto en el dolor llega á pagallos,
Excediendo á la pena desta nueva
Todo el dolor y pena que yo deba.
Y pues mi Inés divina es tan hermosa,
Mi muy amada esposa,
Ya que alegre y contenta
Hoy su grandeza en Portugal ostenta,
Todo en aqueste dia,
Si hasta aquí fué pesar, será alegría.
Llamad á mi Inés bella.

CONDESTABLE.

¡Qué desdicha!

PRÍNCIPE.

No se dilate, Nuño, aquesta dicha.
Llamad, llamad al punto á mi ángel

CONDESTABLE. [bello.

Sepa tu majestad que Egas Coello
Y Alvar Gonzalez á Castilla han ido.

PRÍNCIPE.

Sin duda mis enojos han temido;
Alcanzadlos, que quiero
Ser piadoso, no airado y justiciero;
Y á los piés de mi Inés luego postrados,
De mí y la Reina quedarán honrados.

NUÑO.

¡Oh desdichada suerte!

CONDESTABLE.

Hoy recelo del Príncipe la muerte.

(*Vanse Nuño y el Condestable.*)

PRÍNCIPE.

¿Que ha llegado ya el dia
En que pueda decir que Inés es mia,
Que alegre y que gustosa
Reinará ya conmigo Inés hermosa?
Y Portugal será en mi casamiento
Todo fiestas, saraos y contento.
En público saldré con ella al lado;
Un vestido bordado [no,
De estrellas la hice hacer, siendo adivi-
Porque conozcan, siendo Inés divina,
Que cuando la prefiero,
Si ellas estrellas son, ella es lucero.
¡Oh, cómo ya se tarda! [aguarda!
¡Qué pension siente quien amante
¿Cómo hablarme no viene?
Mayores sentimientos me previene.
A buscarla entraré; que tengo celos
De que á verme no salgan sus dos cielos.

UNA VOZ. (*Canta.*)

¿Dónde vas, el caballero?
¿Dónde vas, triste de ti?
Que la tu querida esposa
Muerta es, que yo la vi.
Las señas que ella tenia
Bien te las sabré decir:
Su garganta es de alabastro,
Y sus manos de marfil.

PRÍNCIPE.

Aguarda, voz funesta,
Da á mis recelos y temor respuesta;
Aguarda, espera, tente.

Sale LA INFANTA, *de luto, y le detiene.*

INFANTA.

Espera tú, Señor; que brevemente
A tu real majestad decirle quiero
Lo que cantó, llorando, el jardinero.
Con el Rey, mi señor (que muerto yace
Por cuya muerte todo el reino hace
Tan justo sentimiento),
A divertir un rato el pensamiento
Salí á caza una tarde,
Haciendo á mi valor vistoso alarde;
Llegué á esa quinta, donde yace muer-
Este dolor advierto, [to;
¡Oh cielo! Oh pena airada!
Hallé una flor hermosa, pero ajada;
Quitando ¡oh dura pena!
La fragancia á una cándida azucena,
Dejando el golpe airado
Un hermoso clavel desfigurado,
Trocando con airado desconsuelo
Una nube de fuego en duro hielo;
Y en fin, muestre valor hoy tu grande-
A quitar hoy al mundo la belleza, [za,
Provocándole á ello
Alvar Gonzalez y el traidor Coello.
Con dos golpes airados
Arroyos de coral vi desatados
De una garganta tan hermosa y bella,
Que mi lengua no puede encarecella,
Pues su tersa blancura
Dechado fué de toda la hermosura.
Parece que no entiendes
Por las señas quién es, ó que pretendes
Quedar, de sentimiento,
Por basa de su infausto monumento;
Mas, para que no ignores
Quién padeció estos bárbaros rigores,
Yo te diré quién es, estadme atento;
Que de sangre sembrando sentimiento,
Sabrás que es mármol ya, ya es frio hie-
Murió tu bella Inés. [lo.

PRÍNCIPE.

¡Válgame el cielo!

(*Desmáyase.*)

INFANTA.

Del pesar que ha tomado [do.—
El nuevo rey, ¡ay Dios! se ha desmaya-
¿Caballeros, fidalgos, hola, gente?

Sale EL CONDESTABLE *y* CRIADOS.

CONDESTABLE.

¿Qué manda vuestra alteza?

INFANTA.

Un accidente
Al Rey le ha dado; remediadle al punto,
Pues temo es ya difunto;
Que yo, compadecida
De que la hermosa Inés perdió la vida
Y de aqueste espectáculo sangriento,
En las alas del viento,

Lastimada y amante,
A Navarra me parto en este instante.
(*Vase.*)

CONDESTABLE.

El Rey está desmayado.—
Rey de Portugal, Señor,
Cese, cese ya el dolor
Que el sentido os ha quitado.
Si vuestra esposa ha faltado,
No falteis vos; id severo,
Riguroso, airado y fiero,
Contra quien os ofendió;
Quien amante os advirtió,
Os admire justiciero.

PRÍNCIPE. (*Volviendo en sí.*)

Si Inés hermosa murió,
¿No fué por quererme? Sí.
¿Muriera mi Inés aquí
Si no me quisiera? No.
Luego la causa soy yo
De la pena que le han dado.
¿Cómo, Pedro desdichado,
Si Ines murió, vivo quedas?
Cómo es posible que puedas,
No morir de tu cuidado?
En fin, Inés, ¿por mi ha sido,
Por mí, que ciego te adoro
(De cólera y pena lloro),
La muerte que has padecido
Sin haberla merecido?
¿Cuál fué la mano cruel
Que de mi inocente Abel
(A pesar de mi sosiego),
Bárbaro, atrevido y ciego,
Cortó el hermoso clavel?
¿Qué me detengo? Yo voy,
Voy á ver mi hermoso bien.
¿Quién, cielos divinos, quién
Me ha olvidado de quien soy?
¿Cómo reportado estoy?
Aguarda, Inés celestial;
Que tambien estoy mortal.
No te partas sin tu esposo;
Que me dejarás quejoso
Si no partimos el mal.

CONDESTABLE.

¿Dónde vas, Señor?

PRÍNCIPE.

A ver
A mi doña Inés hermosa,
A mi difunta, á mi esposa,
A la que reina ha de ser.

CONDESTABLE.

Mirad que podeis perder
La vida, Señor.

PRÍNCIPE.

Callad,
Dejad que la vea, dejad
Que en sus brazos llegue á verme;
Que no hago nada en perderme,
Perdida ya su deidad.

Sale NUÑO.

NUÑO.

Ya á Alvar Gonzalez y Coello
Presos trajeron, Señor.

PRÍNCIPE.

Mostrar quiero mi rigor
En los dos.—¡Ay angel bello!
Quisiera poder hacello
En estos dos inhumanos,
Matándolos con mis manos.—
Sin que mi piedad inciten,
Por las espaldas les quiten
Los corazones villanos;
Y para mayor tormento,
Procuren, si puede ser,
Que los dos los puedan ver
Antes que les falte aliento.
Y luego, para escarmiento,
Con dos crueles arpones,
Entre horror y confusiones,
Queden mil pedazos hechos;
¡Así pudiera en sus pechos
Haber muchos corazones!
Veamos ahora á Inés.

CONDESTABLE.

Gran señor, no la veais;
Mirad que así aventurais
La vida; vedla despues.

PRÍNCIPE.

¿Por qué lástima teneis
De mi vida, si estoy muerto?
Verla quiero, pues advierto
Que no puede ser mayor
Mi tormento y mi dolor.

CONDESTABLE.

Ya, gran señor, está abierto.

(*Descubren á doña Inés muerta, sobre unas almohadas.*)

PRÍNCIPE.

¿Posible es que hubo homicida
Fiero, cruel y tirano,
Que con sacrílega mano
Osó quitarte la vida?
¿Cómo es posible, ¡ay de mí!
Cómo, cómo puede ser
Que quien á mí me dió el ser,
Te diese la muerte á ti?
Por su cuello ¡pena fiera!
Corre la púrpura helada,
En claveles desatada.
¡Ay doña Inés! ¿Quién pudiera
Detener ese raudal,
Dar vida á ese hermoso sol,
Dar aliento á ese arrebol
Y soldar ese cristal!
¡Ay mano! ya sin recelo
Ser alabastro pudieras,
Que hasta ahora no lo eras,
Porque te faltaba el hielo.
Ya faltó tu hermoso abril;
Si bien piensa mi cuidado,
Inés, que te has trasformado
En estatua de marfil.
Si la vida te faltó,
Tampoco, Inés, tengo vida,
Pues mi hermosa luz perdida,
No estoy menos muerto yo.
Nuño de Almeida, á Violante
De mi parte la decid
Que os entregue una corona,
Que yo á mi esposa la di
Cuando me casé, en señal
De que reinaria feliz,
Si viviera.

NUÑO.

Voy por ella. (*Vase.*)

PRÍNCIPE.

Vos, Condestable, advertid
Que os encargueis del entierro,
Llevándola desde aquí
A Alcobaza con gran pompa,
Honrándome en ella á mí;
Y porque yo gusto de ello,
El camino haréis cubrir
De antorchas blancas, que envidie
El estrellado zafir,
Todas diez y siete leguas;
Que tambien lo hiciera así
Si, como son diez y siete,
Fueran diez y siete mil.
(*Vase el Condestable.*)

Sale NUÑO, *con la corona, y besa la mano á doña Inés.*

NUÑO.

Esta es la corona de oro.

PRÍNCIPE.

De otra manera entendí
Que fuera Inés coronada;
Mas, pues no lo conseguí,
En la muerte se corone.—
Todos los que estáis aquí
Besad la difunta mano
De mi muerto serafin;
Yo mismo seré el rey de armas.
Silencio, silencio, oid:
Esta es la Inés laureada,
Esta es la reina infeliz
Que mereció en Portugal
Reinar despues de morir.

Sale EL CONDESTABLE.

CONDESTABLE.

Murieron los dos, á quien
Espalda y pecho hice abrir

PRÍNCIPE.

Retirad el cuerpo hermoso
Mientras que voy á sentir
Mi desdicha.—¡Ay bella Inés!
Ya no hay gusto para mí;
Que, faltándome tu sol,
¿Cómo es posible vivir?
Vamos á morir, sentidos;
Amor, vamos á sentir. (*Vase.*)

CONDESTABLE.

Esta es la Inés laureada,
Con que el poeta da fin
A su tragedia, en quien pudo
Reinar despues de morir.

COMEDIA FAMOSA

DE

LOS HIJOS DE LA BARBUDA,

COMPUESTA

por **LUIS VELEZ DE GUEVARA.**

PERSONAS.

DOÑA BLANCA DE GUEVARA, *que es la Barbuda.*
RAMIRO, ORDOÑO, *sus hijos.*
DON GARCÍA, *rey de Navarra.*
URRACA SANCHEZ, *su hermana.*
DOÑA MARGARITA, *reina de Francia.*
ROBERTO, *su tio.*
MARSILIO, *rey de Zaragoza.*
CELIDORO, *general de Marsilio.*
SANCHO, *labrador, gracioso.*
MUDARRA, *escudero viejo.*
DON OLFOS, *infante.*
JIMEN, *caballero.*
SANTIAGO APÓSTOL.
UN FIDALGO.
UN VIEJO FRANCÉS.
UN TAMBOR.
DOS PADRINOS.
CUATRO FRANCESES.
OTROS CABALLEROS FRANCESES.
ALGUNOS MOROS DE ACOMPAÑAMIENTO.
MÚSICOS.—GUARDAS.

ACTO PRIMERO.

Hacen ruido dentro, y dice EL REY DE NAVARRA.

REY.

Atravesá el cercado.

INFANTE.

¡Ah caballeros!
Por aquí

JIMEN.

Por aquí.

REY.

Del monte á brio
Acudan los lebreles y monteros.

JIMEN.

El Rey dejó el caballo.

Salen EL REY Y EL INFANTE DON OLFOS, JIMEN *y* LOS DEMÁS, *á lo antiguo, y por otra parte* SANCHO, *labrador*

REY.

En el sombrío
Robredo el jabalí se me ha escapado.

SANCHO.

Lleve el diabro, amen, tanto jodío;
¿Non dejarán facer al home honrado
Cuando dormiendo finca; no á quien di-[go?
Cuiden de salir luego del cercado.

REY.

Aqueste labrador fabla conmigo.

INFANTE.

Non conoce á la vuesa señoría,
O es algun home sándio.

JIMEN.

Fabla, amigo,
Con mas mesura.

SANCHO.

¡Arre allá! ¿No via
Que es montiña vedada?

JIMEN.

Ved, hermano,
Que es el rey de Navarra, don García.

SANCHO.

Pues ¿qué? De ella os salid.

INFANTE.

¡Sándio villano!

SANCHO.

¿Ha de enforcarme el Rey por her mi [oficio?
Además que mentis.

INFANTE.

El home es llano,
Y cuida que no hace perjuicio;
Perdona su sandez.

SANCHO.

Si atrás me fago,
Non fablarán, á mi pesar, de vicio;
¿Qué digo? Arre allá, salgan del pago.

INFANTE.

¡Ah labrador desaguisado!

SANCHO.

Ahuera,
Non les dé con la honda un Santiago;
Non me cuiden meter en la mollera
Qu'es el Rey, con marañas y falsias,
Que yo ya me humillara si lo viera;
Yo guardo aquestas cercas como mias,
Que son de la mi dueña; salid ende.

REY.

Saladas son del terco las porfías;
A non saber cuán poco se le entiende,
Le mandara enforcar, Olfos infante.

INFANTE.

Un home poco doecho non ofende.

SANCHO.

Yo desembrazo, ó pasen adelante.

REY.

Matalde.

SANCHO.

Non lo fablo tan de veras.
Guarzones, refrená tan mal talante,
Que non so moro yo.

REY.

Dejalde.

JIMEN.

Hoy vieras,
A non fablar el Rey, muy mala guisa
De la tu vida, y bien pagado fueras.

SANCHO.

De qu'es aqueste el Rey este me avisa;
Irme quiero.

REY.

¡Ah gañan! Volvé, ¿qué digo?
Esperá, non vos vais tan apriesa.

SANCHO

Él ha cuidado darme otro castigo;
Perdona mi sandez, que non sabia
Que su mercé era el Rey, Dios es testi-[go.

REY.

¿De quién es este monte y casería
Que este cercado y este arroyo cierra?

SANCHO.

De una dueña de grande fidalguía,
Que llaman *la Barbuda* en esta tierra,
Siendo su nombre Blanca de Guevara,
De los Ladrones que Navarra encierra;
Que despues que enviudó de Ortun de
[Lara,
Con dos hijos que tiene barraganes,
Que mellizos nos dió su sangre rara,
Vive entre esos robredos y arrayanes,
Sin que jamás se miembre de Pamplo-
En su facienda y entre sus gañanes. [na

REY.

¿Qué defeto se halla en su persona,
Que la llaman Barbuda?

SANCHO.

Soldemente
Lo que sus huerzas y valor abona,
Qu'es un bozo que tuvo eternamente
Sobre el labro de arriba, señal rara
De grande seso y corazon valiente;
No ha nacido en la casa de Guevara
Fembra tan aguisada ni tan fuerte,
Ya de mas fermosa talle y cara, [te;
Ni nunca jamás pavor tuvo á la muer-
Que parece que el cielo que la fizo,
Al facerla varon, trocó la suerte;
Jamás el llanto al pecho satisfizo
Que le dió su valor, que non debiera,
Que es fembra, si no un home muy cas-
[tizo.
¿Podré escurrirme abora, con la vuesa
Licencia?

REY.

Espera un poco.

SANCHO.

Fasta agora
La forca me amenaza con la fuesa.
¿Qué faré?

REY.

Di, gañan, la tu señora
¿Dónde finca al presente?

SANCHO.

En caza creo;
Que es además muy grande cazadora.

REY.

Olfos, de verla á fe me da deseo.

SANCHO.

Escorriréme.

REY.

Guarda la mesnada
Que ves en mi compaña.

SANCHO.

Ya la veo.

REY.

¿Podráse aquesta siesta acalorada
Albergar en su casa?

SANCHO.

Asaz, Señore; [da;
Que del mundo muy bien está abasta-
Porque son suyas deste alrededore
Todos aquestos valles y dehesas,
Desde aquesta montaña á aquel alcore;
Habrá para las garzas y las presas
De los vuesos lebreles carne y pane,
Llenos los fornos siempre y las artesas;
Para el fambriento y acabado afane
De los vuesos monteros, carne y vino,
Y buena voluntad, que á todo gane.
Perdona mi sandez y desatino,
Que á la vuesamerced no conocia;
Que non fuera en las obras tan mezqui-

REY. [no.

Parte ya, y dile de la parte mia
A la tu dueña que esta siesta quiere
Aquí fincar el reye don García;
Y mientras en cenit el sol firiere,
Pasar con la mi gente en la su casa,
Si á la voluntad suya le pluguiere.

SANCHO.

Como un falcon iré.

INFANTE.

La siesta pasa
En esta apuesta y rica casería; [sa.
Que tan alto va el sol, que el suelo abra-

REY.

Esto ¿qué finca de la corte mia?

INFANTE.

Algunas doce millas.

REY.

Cuido vella
Antes que el sol al mundo apague el dia,
Y salga en él la enamorada estrella.

Sale MUDARRA.

MUDARRA.

Doña Blanca de Guevara,
Barbuda por sobrenombre,
Viuda de Ortun de Lara,
Gran fidalgo é rico home,
De abolengo y sangre rara,
Qu'es la mi dueña, me envia
A la vuesa señoría;
A decirle en lo que tiene
Esta merced, y que viene
A mostrar su fidalguía.
Que por fincar aguardando
Sus dos fijos, non está
Ya los vuesos piés besando,
Y cuido que viene ya,
Porque les finca fablando.
Que, como llegar procura
A facerle la mesura
A la vuesa señoría,
Les dotrina fidalguía,
Porque Dios les dé ventura.
Ya finca ante vuesos ojos;
Guárdevos Dios verdadero
De traiciones y de antojos.

REY.

Guárdevos Dios, escodero.

Sale LA BARBUDA, *con* SUS HIJOS, *á lo antiguo.*

BARBUDA.

Fincarédes los finojos
En el mismo suelo llano,
En llegando en antes dél,
Que es vueso rey soberano;
É por demuesa mas fiel,
Le besarédes la mano;
Y en antes que le besédes
La su mano, agora tres
Acatamientos farédes.

REY.

Fermosa, don Olfos, es.

BARBUDA.

Llegad, y non vos turbédes;
Faced la primer mesura
Conmigo, de aquesta guisa;
Erguid siempre la estatura.

INFANTE.

Lo que facen les avisa.

REY.

¡Qué divinal fermosura!

BARBUDA.

Sea la segunda aquí.

RAMIRO.

La gorra el Rey se ha quitado.

BARBUDA.

Fáceme mesura á mí;
Que á las fembras es usado
Acatar reyes ansí.
Non cuideis, Ramiro, vos
Qu'es la mesura á los dos,
Porqu'es home diferente,
Y la face soldemente
A los prestes y á Dios.
Faced el acatamiento
Postrero y fincad de hinojos;
Arredradvos un momento
De mí, non abrais los ojos,
Sino solo el pensamiento;
Y fincá aquí hasta tanto
Que vos mande el Rey erguir.

ORDOÑO.

Cuido que adoro algun santo.

RAMIRO.

¿Qué le habemos de decir?

BARBUDA.

Yo le fablaré entre tanto.—
A la vuesa señoría
Pido la mano y los piés,
Con mis fijos.

REY.

Dueña mia,
Erguidvos. (*Ap.* Como el sol es.)

INFANTE.

Menos quema el sol del dia.

BARBUDA.

Señor, la mano donad
A Ordoñuelo y á Ramiro,
Mis fijos ambos.

REY.

Tomad,
Fidalgos, qu'en dambos miro
Vuestro pecho de lealtad.

BARBUDA.

Erguidvos del suelo agora,
Faced otro acatamiento
Al erguirvos.

RAMIRO.

En buena hora.

BARBUDA.

Habeisme dado contento,
Válgavos nuesa Señora.

REY.

El vueso traje me admira,
Doña Blanca de Guevara.

BARBUDA.

Quien ya la corte non mira,
Sinon la campiña, avara
De lisonjas y mentira,
Non ha menester, Señore,
Otro traje qu'el villano;
Conserva mas el honore
Que non aquel cortesano,
Lleno d'enfado y primore;
Este es el traje primero
De los montañeses nobles,
Que siempre vestir espero.
Además qu'entre estos robles
Es agraciado y ligero;
Ansí el venado que vuela
Pude seguir y alcanzar,
Cuando el pavor le espolea;
Fuera de que, cuido andar
Como mi madre y mi agüela.

REY.

¿Cómo non ceñís espadas
A los vuesos fijos, dueña?

BARBUDA.

Non las verán empuñadas
Fasta non ser tan pequeña
La su edad, y en las mesnadas
De la vuesa señoría
Fincaren, como fidalgos,
Mostrando su valentía,
Y en pos de moriscos galgos
Esta prez de su hidalguía;
Que non es justa razon
Que se ciñan los aceros

Sin la vuesa bendicion.
Armándolos caballeros,
Mas cedo garzones son.

REY.

Ya tienen edad cumplida;
Armallos, la dueña honrada,
Cuido.

BARBUDA.

Para otra venida
Lo dejad, por vuestra vida;
Tendrán mas membruda edad,
Y ahora. Señor, yantad,
Que los yantares esperan,
Que magüer quisier que hueran
Como la mi voluntad,
Que en la mi casa non quiero
Que los vuesos guisadores
Fagan de yantar; qu'espero
Daros yantares mejores,
Costando menos dinero.
Las mis dueñas han dejado
Por esto la su labor.
Y estará bien sazonado;
Que fembras guisan mejor
Que el hombre mas aguisado:
Darvos he, como confio,
Principios de leche y fruta
De aqueste vergel sombrío,
A duras penas enjuta
Del aljófar del rocío;
Un ganso vos daré luego
Con la salsa, que le cuadre
Mejor qu'el pernil gallego,
Y del vientre de su madre
Traer un cabrito al fuego;
Dorado con salmorejo
Algun gazapo ó conejo
Que se venga á las narices;
Y non vos daré perdices,
Que para invierno las dejo.
Donarvos podré un pichon,
Y algun pollo con agraz,
Y una olla, en conclusion,
Que la estimo mas en paz
Que cuantos yantares son;
Que esta fincaba guisada
Para el nueso menester,
De todo bien abastada;
Y si mas quereis comer,
No faltará una empanada
Sazonada á lo aldeano,
Como se hacen aquí,
Mas de gusto cortesano,
Del lomo de un jabalí
Que maté ayer por mi mano;
Buen pan, al fin, y reciente,
Candeal de aqueste dia,
Tan blanco, que solamente
De la blanca nieve fria
Desdiga el estar caliente.
Habrá por postre garrida
Fruta de sarten y algunas
Uvas, y con nuesa vida,
Deseo por aceitunas,
Con que asenteis la comida.

REY.

Desta dueña ¿qué decís?

INFANTE.

Que mas non ficiera el preste
De Pamplona ó de Paris.

REY.

A fe, Olfos, que le cueste
Mas de cien maravedís.—
En pago desto, por Dios,
Que á los vuestros fijos dos
Tengo de llevar conmigo.

BARBUDA.

Si habeis jurado, non digo
Al, que os reproche á vos.
Vayan de muy buen talante
Sírvan-os de aquí adelante,
Pues es de Navarra ley
Servir el fidalgo al Rey.

REY.

Ya tienen edad bastante.

BARBUDA.

Llegad, fijos, y besad
La mano á su señoría
Por esta merced; llegad.

ORDOÑO.

En la vuesa compañía,
Reye, que la Trinidad
Guarde mil eras y remos.

REY.

Fidalgos de prez.

RAMIRO.

Los dos
Servirvos procurarémos.

REY.

Guárdevos, fidalgos, Dios.—
Ea á yantar; ¿qué facemos?
Olfos yantará conmigo
Y doña Blanca.

BARBUDA.

Señor,
A facerlo no me obligo;
Yantad al vueso sabor,
Y buena pro os faga.

REY.

Digo
Que se faga vuestro gusto.

BARBUDA.

Non yanto yo con los homes.

REY.

Es, doña Blanca, muy justo.

BARBUDA.

Non es mal querer los homes,
Sinon á mi estado injusto;
Que á una dueña que el velado
Como el mio le ha faltado,
En mas lóbrego lugar
Sola tiene de yantar,
O le será mal contado.
Perdonad el no poder
Recibir ese favor
Por enviudar la mujer.

REY.

Quiero todo vueso honor,
E mas non cuido querer.

MUDARRA.

Ya los yantares están
En la tabla aparejados.

REY.

El olor farta que dan.

BARBUDA.

Entre los vuesos criados
Mis fijos os servirán;
Descubridvos los capotes.

(*Toma las capas Mudarra.*)

REY.

Blanca, adios, hasta despues.
(¡Ay amor, non me alborotes!)

BARBUDA.

Beso vuesos reales piés.

REY.

Algunos sabrosos motes
De amor quiero que me cante,
Mientras como en su discante,
El mi meloso cantore.

INFANTE.

A los dos dará sabore.

BARBUDA.

Id, fijos.

REY.

Venid, Infante.

BARBUDA.

Escuchad, Mudarra, un poco.

MUDARRA.

Mandad á la vuesa pro,
Que lo faré al punto yo.
(*Ap.* Finco en tanta gente loco.)

BARBUDA.

Ataviadvos, Mudarra,
Y lo mejor que ser pueda,
De vuesa gorra de seda
Y la calza mas bizarra;
Del mas enlocido sayo
Que á vos el veros conhorte,
Porque habeis de ir á la corte,
De mis dos fijos por ayo.
Y á Sancho, el que en la montiña
Ha guardado hasta agora,
Dejando luego á la hora
El traje de la campiña,
Por ser garzon de fieldad,
Le pondréis un atavío
De los que el velado mio
(Haya buen siglo), escuchad,
En su desposorio dió
A los pajes de librea,
Y ved, Mudarra, que sea
El que mas allí enloció.
Que finca en el mi almacen
Aquesta librea toda,
Con las mis ropas de boda
A buen recado tambien;
Faced, Mudarra, esto cedo.

MUDARRA.

Yo faré el vueso mandado,
Y cedo estará á recado;
Porque, magüer que no puedo
Por la mi gota escorrer
Como quisiera, y faré
Cuanto fuere en la mia fe,
Sin pavor podrédes ir;
Que, si Dios me da su ayuda,
Han de ser (magüer soy viejo)
De toda Navarra espejo
Los fijos de la Barbuda.

BARBUDA.

Dios á las sus fechorías
Done buena man derecha;
Que sin él non aprovecha
Humana fuerza en los dias.
Cuido que cantan; amén
Que le tengo d'escochar,
Veamos si es el cantar
De sotil metro tambien;
Que cuando metro y tonada
Se aunan en una pieza
Con pareja sutileza,
Es una cosa agraciada;
Mas si es del rey cantador,
Tendrá sutiles cantares,
Y le farán los yantares,
Con el cantar, mas sabor.

MÚSICOS. (*Cantan dentro.*)

Conde Claros, con amores
Non pudiera reposare,
Apriesa pide el vestido,
Apriesa pide el calzare;
Presto está su camarero
Para habérselo de dare;
Que quien adama non duerme
Y mas cuando celos haye;
Salto diera de la cama,
Que parece un gavilane;
Que es con amores el lecho
Mármol duro y lid campale

BARBUDA.

¡Qué sotil qu'es la cancion!
Non la quisiera perder
Por todo el preciado haber
De los que en Navarra son.

MÚSICOS. (*Cantan.*)
Las calzas se pone el Conde
Apriesa, y non de vagare;
Que amores de blanca niña
Llamándole apriesa estane.

Sale SANCHO, *con vestido gracioso, con gorra y capa, y dice.*

SANCHO.
Y yo quisiera saber
Estas cómo han de fincar;
Que en tan estrecho lugar
Non sé cómo he de caber.
Emparedado me han puesto,
Y en dos embudos metido;
Contra el Rey ¿qué he cometido,
Que ansi me finca? ¿Qu'es esto?
Calzas, calzas convas dos,
Que ya el mi letigio veis,
Por la virtud que teneis
Y vos ha donado Dios,
Que me digais de qué guisa
Os tengo de ataviar;
Que non vos puedo pasar
A cubrirme la camisa.

BARBUDA.
Este es Sancho; apuesto viene
De la librea.

SANCHO.
¡Ay de mí,
Que la mi dueña está aquí!

BARBUDA.
¿Oh Sancho?

SANCHO.
Non sé qué tiene,
La mi señora, este traje,
Que atavialle no puedo,
Nin me cuido partir cedo,
Nin soy bueno para paje.

BARBUDA.
¡Oh mal mañoso garzon!
¿Eso habédes de decir?
Cedo habédes de partir,
Magüer que digais de non;
Que vos faré si vos cojo...
(*Tómale del brazo, y cíensele las calzas.*)

SANCHO.
¿Qué me habédes de facer?

BARBUDA.
Menuzos en mi poder;
Vos non sabeis, si me enojo...

SANCHO.
Basta, fincado de mí,
Que finco un brazo tollido.

BARBUDA.
¿Non me habédes conocido?
Ah villano, finca aquí.

SANCHO.
Déjame, non me desfagas.

BARBUDA.
¿De cuándo acá, el mal garzon,
Non acatais mi razon?
Agora subid ahí,
Y ponedvos la bujeta,
Que en ellas finca cosella.

SANCHO.
¿Dónde?

BARBUDA.
Del sayo prendella;
Polidvos esa coleta,
Ponedvos bien el capote,
Llevalde al uso y erguido,
Que non fuera tan lucido
Si fuera de chamelote;
Poned derecho el plumaje
En vuestra gorra velluda.

SANCHO.
Hoy el diabro y la Barbuda
Por huerza me hacen paje.

Sale MUDARRA.

MUDARRA.
Ya el Rey fincó de yantar.

BARBUDA.
¿Que ha yantado me decis?
Mudarra, apuesto venis.

MUDARRA.
Lo que pude ataviar.

BARBUDA.
¿Ha yantado asaz el Rey?

MUDARRA.
Y asaz tambien la su gente
Con el Reye juntamente,
La vuesa fidalga grey;
Como dueña de valía
Y la mejor de Navarra
Habeis comprido.

BARBUDA.
Mudarra,
Deuda es de la fidalguía.

Sale EL REY *y* LOS DEMÁS.

REY.
Los yantares han fincado,
Por mi fe, muy á sabor.

BARBUDA.
Faceisme merced, Señor.

REY.
Dueña, vos me habeis honrado.

BARBUDA.
Cedo vos quereis partir.

REY.
Sí, que Urraca, la mi hermana,
Me aguarda de buena gana,
Y esto le cuido decir;
Fablaré con ella asaz
De la vuestra fidalguía.

BARBUDA.
A la vuesa señoría
Beso los piés.

REY.
Fincá en paz,
Y acordavos de mí, Blanca;
¿Quen me dió el mi corazon?
Llevo la vuestra faicion
Adonde el alma me arranca;
Que non sé, á fe, qué cosquillas
Los vuestros ojos me han fecho,
Fechiceros en el pecho
Con amorosas mancillas.

BARBUDA.
Non cuido lo que decis,
Nin lo cuidaré jamás.

REY.
¿Ingrata sois además?

BARBUDA.
Ya es tarde; ¿vos no partis?

REY.
Aquí finco, si me parto,
Dueña, con vuesa persona.

BARBUDA.
Si hoy vádes para Pamplona,
Non tenédes tiempo farto.

REY.
¿Non me querédes cuidar,
Blanca, en el mi afan amargo?

BARBUDA.
A mis fijos vos encargo,
Y Dios vos deje lograr.

REY.
Non cuido qu'el pedernal
Tenga tan duro talante.

BARBUDA.
Fijos, fincá aquí delante,
Que Dios vos libre de mal.

RAMIRO.
A la vuesa bendicion,
La nuesa madre, esperamos.

ORDOÑO.
Aquí humillados fincamos.

BARBUDA.
Dios vos rija el corazon.
Solas tres cosas vos quiero
Decir en antes que os vádes,
Consejos de que os valgádes
En la corte: lo primero
Es de non sufrir alguno
Baldon al honor molesto;
Lo segundo, despues desto,
De non decillo á ninguno;
Lo tercero, en que jamás
En mentira tropecédes;
Que con esto y las mercedes
Del Rey irédes á mas,
Y serédes ambos dos
Prez de vuesa fidalguía,
Y alcáncevos, con la mia,
La bendicion de mi Dios;
Besad la mano y partid
Con el Rey, nueso señor,
Y dónevos Dios honor
En la paz como en la lid.

RAMIRO.
La fe de mi parte os doy,
La nuesa señora y madre,
De qu'el nome de mi padre
Non manche el non ser quien soy.

ORDOÑO.
Yo de mi parte tambien.

BARBUDA.
El mi querido Ordoñuelo,
Guárdevos un siglo el cielo
Y la Trinidad, amén.—
Tened, Mudarra, cuidado
Contino de su enseñanza,
Que vos dé Dios buena danza,
Y enviarédes por recado
Para los sus menesteres;
Y ende con el Rey partid.

SANCHO.
A este paje bendecid,
Prez de todas las mujeres;
Que voy con farto pavor
A la corte.

BARBUDA.
El Rey se va.

SANCHO.
¿Aun un dedo no habrá
Para mí?

REY.
Sino de amor,
Vámonos.

INFANTE.
¡Gran fermosura!

REY.
Veré si ausencia me aplaca.

BARBUDA.
A la mi señora Urraca
Faced por mí una mesura,
Y adios.

REY.
Adios.—Voy finado.

SANCHO.
Adios, prado, adios, montiña,
Adios, manso arroyo brando,

Adios, el vergel y azuda,
Que non sé si os podré ver;
Que me llevan á perder
Los fijos de la Barbuda.
(*Vanse.*)

Sale URRACA Y MARSILIO, *rey moro, pintando en un retrato que trae.*

URRACA.

¿Qué demandas, moro fiero,
Que como sombra me sigues?
¿Quién te ha donado osadía
Para que mis cuadras pises?
¿Non tienes pavor, el moro,
De las mis guardas, que asisten
Honrando la mi persona
Y al Rey que en Navarra vive?
Si porque falta García,
Mi hermano, en casa, toviste
Ardidoso el corazon,
Y pisas mis cuadras libre,
Cuida que Urraca, su hermana,
Es fembra que si se finque
De mal talante, te faga
Que tengas ventura triste;
Ay, si te ven mis fidalgos
Y sus fuertes adalides,
Non es mucho qu'en menuzos
Vuelvas adonde saliste;
Sal, moro, de las mis salas,
Cedo, enantes que me obligues
A que te done la muerte.

MARSILIO. (*Pintando.*)

¡Oh soberanos matices,
Oh nácar, oh nieve, oh perlas!
¿Cómo podrá ser posible
Al arte con fuerza humana
Obligar á que os imite?

URRACA.

Moro ¿qué faces? Responde,
O véte, y aquí non finques;
Que si vienen mis porteros,
En triste sino naciste.

MARSILIO. (*Pinta.*)

Bellos ojos, soles graves.

URRACA.

Cuido que pintas.

MARSILIO.

No dicen
Tambien los ojos del cielo.

URRACA.

Suspenso calla y prosigue,
Sin saber por dónde ha entrado,
Cual si fincara invesible;
Le he topado en el mi cuarto,
Subiendo de los jardines;
Maravilla me parece;
¿Qué faré? Non es melindre,
Que, si va á decir verdad,
Pavor le tengo terrible.

MARSILIO.

No temas, hermosa Infanta,
Pues que solo con que mires
Puedes abrasar la tierra,
Que nada tu luz resiste;
Por fama de tu belleza
Marsilio abrasado vive,
Rey de Zaragoza noble,
Que con ella se te rinde;
Y ansí dos de los cristianos
Cautivos que dentro sirven
En sus baños cada dia
Las alabanzas que dicen,
Tan grandes, que quiere amor
Como es rey tan invencible,
Por fama abrasalle el alma,
Y atropellando imposibles,
Determina á don García,
Tu hermano, Infanta, pedirte,
A cuya embajada sola
Ayer á Navarra vine;
Encargóme de su parte
Que cuando fuese posible
Procurase verte, Urraca;
Y yo promesa le hice.
Y que por tener tu imágen
Menos confusa que vive
En su pecho retratada,
Por no haber visto el orígen,
Un retrato le llevase
Con que en su verdad se afirme,
Prometiéndome una hermana
Con un millon de cequíes;
Y jurando de ponelle
Dentro en su mezquita insigne
Junto á Mahoma, engastado
En balajes y amatistes,
Para que todos los moros
A adoralle se arrodillen,
Y como á su Alá respeten,
Enciensen y sacrifiquen.
Llegué á Pamplona, buscando
Mas ocasion convenible
Para este intento entre tanto
Que viene tu hermano; dije
A un moro, qu'es tu hortelano
De tus reales jardines,
De los que se cautivaron
Cuando al de Leon venciste,
Mi pensamiento, vencido
De dádivas que no piden,
Ni posibles que no alcancen;
Por un testigo que sirve
Para bajar á ese bosque,
Que el sol arroyuelos ciñen,
Escondido pude estar,
Y entre unas murtas y mimbres
Me aconsejó que aguardase,
Diciendo que á los jardines
Sola bajabas las tardes;
Y aguardé como me dice,
Cuando á poco espacio veo
Que los arroyos se rien,
Que los ruiseñores cantan
Motetes mas apacibles;
Que vierte el aurora perlas,
Que el abril los campos viste,
Tejiéndole al sol guirnaldas
De claveles y alhelíes;
Y fué, que al jardin bajabas,
Dando á los campos abriles,
Risa á las aguas, motetes
A los ruiseñores tristes,
Guirnaldas al sol, y rayos
Que le abrasen y le eclipsen,
Perlas al alba, y aliento
Al ámbar y á los jardines.
Quedé admirado de verte;
Mas ¿qué mucho que me admire
Sin merecer solo el cielo
De que su manto no pises?
Un rato estuve suspenso,
Como á quien la noche embiste
Alguna vez de repente,
Que está sin vista, aunque mire.
Pero despues que los ojos
La luz de espacio aperciben,
Ven la luz y quien la lleva;
Y viéndola, ciego quise
Hurtarte con el pincel
Esa belleza imposible.
El artificio á mis ojos,
Ningunos entonces libres,
Entre tanto que robaban
Tu blancura los jazmines,
Y el carmesí de tus labios,
Los claveles carmesíes,
Entre la murta y laureles
A Vénus me pareciste,
Cuando con Cupido andaba
Por los jardines de Chipre,
O cuando sale á llamar
Al alba que se le rie.
Con dientes de estrellas tantas,
En el carro de los cisnes,
Al alabar el bosquejo
Del retrato, te partiste.
Y yo, como miré el sol,
Tras tus bellos ojos vine;
Seguí tus pasos, sin verme
Seguro deste imposible,
Por retratarte y mirarte,
Hasta que á verme volviste.
La novedad te admiró;
Pero dejar de seguirte
Sin acabar el retrato,
Ni pude, Urraca, ni quise;
Que, como soy noble, Infanta,
Es razon que determine
Cumplir mi palabra al Rey,
Ya que fué al mio y le dije.
Y ansí, sin temer al mundo
Y á cuantos cristianos ciñen
Acero cruzado al lado,
Lo que he prometido hice.
Y como á nobles y á reyes,
Porque en algo se ejerciten,
Un oficio les enseñan,
Como siempre ociosos viven;
La pintura me enseñaron,
Con que ha querido que pinte
Amor, para el cielo un sol,
Para los hombres un tigre,
Un cielo para la tierra,
Para el fuego un imposible,
Para el mar una sirena,
Un veneno para el alma,
Para el sentido una esfinge,
Y para Marsilio un mónstruo
Tan bello como terrible.

URRACA.

Válasme nuestra Señora;
Moro, ¡qué dello has fablado!

MARSILIO.

Si te pintara el cuidado
Del que por fama te adora,
Fuera imposible acabar
En la eternidad del alma,
Que cualquier sentido calma
Cuando le llega á pintar;
Siendo en los locos bosquejos
De sus colores obscuras,
Sombras todas las venturas,
Y las esperanzas léjos.

URRACA.

La vuesa mandadería
No tendrá el Moro sazon;
Que los que cristianos son
Non precian la morería.
En balde habédes venido;
Conténteos el retrato,
Que vos cuesta tan barato,
Fincando tan atrevido,
Y volvedvos noramala;
Ved que vos faré prender.

MARSILIO.

No tiene España poder
Para echarme de la sala;
Y perdona no guardarte
En esto solo el decoro.

Suena ruido, como que llega EL REY, *y dicen dentro.*

REY.

Avisa á la Infanta.

URRACA.

Moro,
Ponedvos de aquella parte;

Que cuido que viene el Rey,
Y yo en peligro me véo.

MARSILIO.

No importa; hablalle deseo.

Sale JIMEN.

URRACA.

¡Oh Jimen, home de ley!

JIMEN.

Ya el vueso hermano ha llegado.

URRACA.

Él finque muy bien venido.

JIMEN.

¿Qué moro es este atrevido,
Que en el vueso cuarto ha entrado?

URRACA.

Un mandadero que viene
Para mi hermano.

JIMEN.

¿Ansí?

URRACA.

Ya entra; espérale aquí.

JIMEN.

Sañudo talante tiene.

Entra EL REY, EL INFANTE DON OLFOS, Y RAMIRO Y ORDOÑO, *sin espadas y con gorras en las manos*, Y MUDARRA Y SANCHO.

Ya llega el Rey, mi señor.

URRACA.

Muy bienvenido seádes,
García.

REY.

¿Cómo fincádes,
Urraca?

URRACA.

Al vueso favor.
¿Venides bueno, el mi hermano?

REY.

Para faceros merced.—
Llegá, mesura faced,
É demandáde la mano
A Urraca, la Infanta vuesa,
Fidalgos.

RAMIRO.

Es gran razon.

URRACA.

¿Quién estos garzones son?

REY.

Ya de la mesnada nuesa,

(*Ramiro y Ordoño se arrodillan, y Urraca les hace señal que se levanten, y prosigue el Rey:*)

A quien donar cuido ayuda;
De la casa de Guevara
Y de la antigua de Lara,
Y fijos de la Barbuda,
Una dueña y rica fembra
Fermosa además, por Dios,
Que en esta ocasion de vos
Muy luengamente se liembra
Y vos face la mesura,
En cuya casa he pasado
El calor, y me ha donado
De yantar, que en la espesura
De su montiña cercada,
Yendo en pos de un jabalí,
Viniendo á Pamplona, di
De caza con mi mesnada.

URRACA.

Garzones apuestos son.

REY.

Faced que nuesas doncellas
Dellos se sirvan.

URRACA.

Con ellas
Fablarán á su sazon,
E cuando fiestas hobiere
Sus posaderos tendrán,
E á servir se fallarán
Cuando yo yantar quisiere.

REY.

¿Qué face este moro aquí?

URRACA.

El rey Marsilio le envia
Con una mandadería.

REY.

Llegad, moro, en ante mí.—
Allegadvos, posaderas.—
Sentadvos, Urraca, vos
En par de mí; quiera Dios
Que sea por bien.

(*Llegan sillas, y hace Marsilio acatamiento.*)

MARSILIO.

¿Qué esperas,
Que no me mandas sentar?

REY.

Posad-os, moro, en buen hora;
Que no me membraba agora.

MARSILIO.

Don García, ¿podré hablar?
Marsilio, famoso rey
De la insigne Zaragoza,
Saludes muchas envia,
Don García, á tu persona;
Y dice que, enamorado
Por fama, aunque ha andado corta,
En alabar la belleza
Que de tu hermana pregona;
Porque á veces el amor,
Que su fuerza poderosa
Hacen de las alabanzas
Ojos por donde enamora;
A Urraca Sanchez te pide,
Por mí, para dulce esposa,
Ofreciéndote á Celima,
Su hermana, en cambio destotra.
Y con ella, en Aragon
Diez villas las mas hermosas
Que tú señalar quisieres,
Siendo en tu corte las bodas,
Y jurando eternamente
Amistad con tu corona,
Y dándote cada un año,
Por feudo y párias forzosas,
Cien yeguas de Andalucía,
De diferente piel todas,
Y cada cual un retrato
De la soberbia española;
Cien alfanjes berberiscos,
Veinte jacerinas cotas,
Cien adargas de Marruecos,
Cien lanzas y treinta alfombras,
Las veinte de seda y lana,
Las diez de plata y aljófar,
Labradas por turcas manos
De una de Constantinopla;
Y que de veinte mujeres
Que tiene Marsilio y goza,
Solamente será Urraca
El dueño, reina y señora.
A esto vengo solamente;
Mira que á Navarra importa
La amistad del rey Marsilio.
Tu respuesta espero ahora.

REY.

Dile á tu rey, mandadero,
Que finco á la su persona
Tenudo además, por cierto,
Por los bienes que me otorga;
Mas que los reyes que son
En Navarra jamás donan
Sus hermanas nin sus fijas
A gente pagana y mora.
Además, que Urraca Sanchez,
Mi hermana, quiere ser monja,
Y á ser casada, non cuida
Ir con moro á Zaragoza.
Esto podrédes fablalle.

MARSILIO.

No está sigura Pamplona.
¡Ay de su furia, García!
Tú la verás como Troya.
Peligro corre esta vez
Tu cabeza y tu corona;
Porque á una voz de Marsilio
Temblará Navarra toda.

(*Lléganse Ramiro y Ordoño, cada uno á su lado de la silla, y dice Ramiro:*)

RAMIRO.

Can ladrador, muy mas quedo;
Que vos metiera en la boca,
A no fincar aquí el Rey,
Lo que á los canes afoga.

ORDOÑO.

Galgo, fincad mas espacio,
Y acatad nuesas personas;
Non vos meta en la trailla.

MARSILIO.

Sois para mí todos sombras.

REY.

Non fableis mas, mandadero;
Partidvos de la mi casa.

MARSILIO.

Para daros muerte importa.

INFANTE.

¿Quieres, Señor, que le mate?

JIMEN.

¿Gustas que muera?

MARSILIO.

Ya hablan
Muchos delante del Rey
Que me dén la muerte ahora.
Quien se atreviera á tener
Fuera de aquí esta victoria,
Sígame, alzando ese guante;
Que al rio espero.

TODOS.

En buena hora.

(*Vase, y echa un guante en el suelo, y llegan todos á cogelle, y tómanle y rómpenle los dos hermanos.*)

ORDOÑO.

Suelta, Ramiro; ¿ahora dél?

RAMIRO.

Deja, Ordoño.

ORDOÑO.

A mí me toca.

RAMIRO.

Yo le he ganado primero;
Deja.

ORDOÑO.

Cuida, que me enojas.

RAMIRO.

Si aquí non fincara el Rey...

ORDOÑO.

A non fincar su persona...

RAMIRO.

¿Qué ficieras?

ORDOÑO.

Te matara.

RAMIRO.

Suelta.

ORDOÑO.

Fasta que se rompa.

RAMIRO.

Esta mitad me es asaz.

ORDOÑO.

Con esta mitad me sobra
Para buscarle primero.

RAMIRO.

Yo fincaré con la gloria.

REY.

Ah, garzones, volved ende,
Volved.

RAMIRO.

A vuesa corona
Habemos de obedecer.

ORDOÑO.

A vuesa voz nos volvemos.

REY.

Non salgádes de palacio;
Que non es usada cosa
Dar al mandadero muerte,
Porque non face deshonra.
Mas digádesme. ¿con qué
Lidiar cuidabais agora,
Non fincando con espadas?

RAMIRO.

Con las manos, con la boca.

ORDOÑO.

¿Faltará á un roble un renuevo?

RAMIRO.

El mi rey, en tales cosas
Mas hace el ánimo y saña
Que la espada que mas corta.

REY.

Dambos sois buenos fidalgos.

RAMIRO.

Ser tus vasallos nos honra.

REY.

Yo vos faré caballeros,
Porque luzgan vuesas obras.—
Vamos, Urraca.

Sale UN FIDALGO.

FIDALGO.

Cuido
Qu'es el rey de Zaragoza
Este que por mandadero
Fabló á la vuesa persona.

REY.

¿Quién vos lo fabla, fidalgo?

FIDALGO.

De los moros de Pamplona,
Con cien moros de á caballo,
Le han visto partir que asombra;
De esa alameda escondidos
Le aguardaban, y pregonan
Esto los sus adalides.

REY.

Non temo las sus zozobras;
Fidalgos tengo, que bastan
Contra la morisma toda.

(*Entranse, y quedan los fijos de la Barbuda, Jimen y el Infante.*)

JIMEN.

Líbreme de las sus manos
La Virgen, nuesa Señora,

INFANTE.

Fidalgos, cuando fincaren
Con el Rey tales personas
Como nos, vos non tengádes
Ardid á las tales cosas;
Que, á ser dambos caballeros
Armados, fuera esto agora
Reprochado en otra guisa.

JIMEN.

Atended que vos non cojan
En otro que tal mis manos.

MUDARRA.

Fablad bien en la mal hora;
Que si les faltan espadas,
Aquí finca esta mohosa.

SANCHO.

Y yo finco aquí tambien
Con mis calzas y mi gorra.

INFANTE.

Quitadvos dende.

SANCHO.

Quitadvos;
Non vos despachurre. ¡Hola!

RAMIRO.

Nota, Ordoñ, cómo fincamos.

ORDOÑO.

Ambos fincamos sin honra.

RAMIRO.

Por los evangelios cuatro,
De non facer otra cosa,
En fincando caballero,
Sinon vengar mi deshonra.

ORDOÑO.

Lo propio á los cielos juro.

SANCHO.

Si alguna espada hay de sobra,
Yo fincaré á vuestro lado,
Y daré muerte á Mahoma.

ACTO SEGUNDO.

Sale DON GARCÍA, *rey de Navarra.*

REY.

Amor, fijo de madre mal nacido
E de un martillador, el dios ferrero,
Pues es mi corazon un posadero,
¿Por qué me faces, di, tan mal partido?
De tus coyundas fasta agora erguido
Finco mi cuello libre y altanero,
E agora fino con rigor mas fiero
Que si un volcan tuviera en el sentido.
Agro-dulce eres, carrasqueño y [brando.
E como el aire, estás sin peso y tomo;
Eres fantasma que se ve y se esconde.
Un no sé qué, que viene no sé cuán- [do,
Abura non sé qué, ve no sé cómo,
Mata non sé con qué ni sé por dónde.

Sale MUDARRA.

MUDARRA.

De un vueso macero he sido,
Señor, llamado.

REY.

Es verdad;
Con vos quiero en poridad
Fablar, que habédes venido
En ocasion farto buena.

MUDARRA.

Señor... ¿Qué me querrá el Rey?
Un fidalgo soy de ley,
E mi reale está llena
De honradas fechorías
Que mis pasados han fecho,
Que legaron al mi pecho
Prez de muchas fidalguías;
Que vueso padre y abuelo
(Que buen siglo hayan, amén)
Pudieran decir mas bien,
Y todo el navarro suelo,
Qu'esta costilla sin par,
Que finca ya á cama afin,
Tiene sangre por ollin
De moros de allende el mar.

REY.

De la vuestra fidalguía
Finco acontentado asaz;
Yo vos quiero para paz,
Mudarra, en la cuita mia,
Non para lides vos quiero.

MUDARRA.

Pues mandá al vueso sabor.

REY.

¿Habédes tenido amor?
Digádesme, el escodero;
¿Habédes querido bien?

MUDARRA.

Non es home, don García,
Quien non finca en garzonía
Cuando barragan tambien;
Y fablando en poridad
Con vos desto, el mio señor,
Mas canas me ha puesto amor
Que non la mi luenga edad.
A duras penas tenia
Cuarenta años, bien pequeña
Edad, cuando fice dueña
Una fembra, don García,
Que me costó amargas penas,
Tristes cuitas, negro afan,
Ser tan mozo barragan,
Fincando en tierras ajenas.
Mas ¿non me diréis qué ha sido
La causa desta llamada,
O qué fembra vos agrada,
Por quien fincais sin sentido?
Que yo, de la parte vuesa,
Le sabré fablar razones,
Que convierta los baldones
En amorosa denuesa.
¿A quién tenédes amor?

REY.

Por la vuesa doña Blanca
El ánima se me arranca.

MUDARRA.

¡Válgame nueso Señor!

REY.

¿De qué fincais amarrido?

MUDARRA.

Del vueso mal pensamiento;
Por el santo monumento
Qu'en San Mamés finca erguido
En el juéves de la Cena,
Qu'es mover un pedernal,
Una sierra, otro que tal
A la vuesa cuita y pena;
Qu'es fembra la dueña mia
Que vos yantará los ojos,
Si fablais vuestros antojos,
De la vuesa altanería.
¿Cuidádes que la Barbuda
Fembra es, Señor, por ahí?

REY.

Por eso, escodero, aquí
He menester vuesa ayuda;
Y á fe que si le llevádes

De mi parte este papel,
Que va el mi amor dentro dél,
Luengas mercedes tengádes;
Que rico home vos faré
De los ricos de Navarra.

MUDARRA.

Fidalgo soy y Mudarra,
Bésovos el vueso pié;
Por vos faré cuanto sea
En mi poder.

REY.

Escochad,
Este papel la llevad,
E cuando Blanca vos vea,
De mi parte le dirédes
Cómo finco por su amor;
Que me faga mas favor,
E que la faré mercedes;
Que por la su fermosura
Finco tan sándio.

MUDARRA.

Fablad.

REY.

Que busco la soledad,
Cuidando en la mi ventura,
Y que finco con pavor,
Si non cuida ser clemente,
De que he de yacer doliente
A la muerte del su amor.
Y este sartal de granates
Le endonad con esta perla,
Qu'endespues de guarnecerla
De oro de veinte quilates,
Que aquesto tome en señal
Del amor que me desvela;
Que fué en verdad de mi agüela,
Doña Jimena, el sartal;
Que á doña Elvira, mi madre,
Para sus bodas donó
Cuando el mi padre honoró,
Mi agüelo al Cide y su padre.
Dirédes cómo sus fijos
Caballeros fincan ya,
Por quien hoy Pamplona está
Con colgados regocijos,
Y que finco con cuidado
De facerles mas merced.
El su talante atended;
Que yo cuido disfrazado,
Con Olfos y con Jimen,
Vestido á troche y á moche,
Fincar allá aquesta noche
Con el mi cantor tambien,
Porque diga algun cantar
Que le obligue á enternecer,
Que con esto podrá ser
Su corazon domeñar;
Que quizá por su feniestra
Un poco podré fablalla;
Que no será, si algo calla,
Lleno de dicha siniestra;
Y véte cedo; que viene
Urraca, la infanta.

MUDARRA.

Adios.

REY.

Fablá á los hermanos dos,
E decildes que conviene
Al mi servicio que vádes
A facer á Valdiceña
De su armadura reseña,
Y que cedo vos partádes;
Y en la mi trotonería
Faced vos dén un troton,
Y partid con la acension,
Que finca poco del dia.

MUDARRA.

Escudero fui de honor,
Cojo de manos y piés,
Y me ha fecho el interés
Ligero como un azor. (*Vase.*)

REY.

Quiero recebir á Urraca,
Que con mis fidalgos viene;
Non sé en qué se detiene.
Allí parece que saca
Un infanzon la cochilla,
Y otro tras dél; son sin duda
Los fijos de la Barbuda,
Que non será maravilla;
Con Olfos y con Jimen
Es la enemiga trabada.
Mal finca Urraca acatada,
E mis palacios tambien.

Salgan huyendo EL INFANTE, JIMEN *y* OTROS DOS, *y tras dellos* ORDOÑO, RAMIRO Y URRACA, *deteniéndolos, y* LAS GUARDAS.

ORDOÑO.

Finen, Ramiro, los dos.

RAMIRO.

E todos cuantos con ellos
Cuidaren de defendellos,
Si non los defiende Dios.

URRACA.

Ramiro, Ordoño, fincad;
Detenedvos en mal hora.

ORDOÑO.

La nuesa reina y señora,
Non es tiempo, perdonad.

REY.

¿Qu'es esto? ¿En mis salas pasa
Un desaguisado igual?

RAMIRO.

La vuesa presencia real
Pone á nuesas sañas tasa;
Que á non fincar de por medio
Vos ó Dios en tal lugar,
Para dejar de fincar
Non les fincara remedio.

INFANTE.

¿Fabládes delante el Rey?

SANCHO.

Aquí en fuera fablarémos;
Que los fidalgos podemos.

RAMIRO.

Sancho, finca como es ley.

REY.

¿Por qué ha sido la ocasion?

RAMIRO.

Yo vos la diré sumada:
A la vuesa hermana amada
Cuantos infanzones son
Aquí fincaban delante,
Por honorar la corona,
Sirviendo á la su persona.
E don Olfos, el infante,
E Jimen non ponen duda
De fincar los mas cercanos,
Cual si fincaran sin manos
Los fijos de la Barbuda.
E como aquesto miramos,
Tanta saña recebimos,
Que á dos coces que les dimos,
De sus puestos les quitamos.
Ficiéronse atrás, que en ellos
Non suelen ser maravillas,
Y sacando las cochillas,
Dimos fasta aquí tras de ellos;
Que, como de ver tal dia
Deseaban en efeto,
No les guardaron respeto
A la vuesa señoría,

URRACA.

Non mengua de la verdad
Un pelo.

REY.

Dad las espadas,
Ordoño é Ramiro; é dadas,
A una torre los llevad.

SANCHO.

Porque non fablen de mí,
Escorrirme determino.

REY.

Tambien el paje.

SANCHO.

¡Ay mezquino!
Con mala fada nací.

REY.

E vos, Olfos é Jimen,
Venid conmigo; que tengo
Que fablar.

SANCHO.

Al punto vengo,
Por la fe de home de bien.

RAMIRO.

Sancho, finca junto á nos;
Non salgas del nueso lado.

SANCHO.

Non finco de muy buen grado,
Así me perdone Dios.

REY.

Guardas, ¿ende non facédes
Lo que vos mando?

RAMIRO.

Non sé
Si podrán facerlo, á fe.

REY.

¿Qué cuidais? ¿A qué atendédes?
Las espadas les quitad.

ORDOÑO.

Y si nos non se las damos,
¿Cómo ha de ser?

SANCHO.

Hoy fincamos
En gran peligro.

REY.

Llegad.

ORDOÑO.

Ninguno tenga osadía
A llegar, si non pretende
Fincar aquí.

RAMIRO.

Apartad ende
E perdonad, rey García;
Que con el acatamiento
Que vos debemos é damos,
Libres esta vez cuidamos
Salir del vueso aposento;
Que, pues dona mas ayuda
A los dos vueso poder,
No se han de dejar prender
Los fijos de la Barbuda.
E cuando aquesto que fablo
Demandarlo algunos quieran,
Los dos en el campo esperan.

UNA GUARDA.

Demándevoslo el diablo.

ORDOÑO.

Esto es darle al honor
La venganza de un ultraje.

SANCHO.

Lo mesmo dice el su paje,
Y lo cumplirá mejor.

REY.

Seguildos; salgan tras dellos
Todos mis maceros.

URRACA.

Son
De altanero corazon.

REY.

Si non podédes prendellos,
Mataldos.

URRACA.

Dejaldos ir;
Que á tan valientes garzones
Non son buenos galardones.

REY.

Non les querádes sufrir,
Urraca, sus demasías;
Non fableis mas adelante.

URRACA.

Fidalgos deste talante
Son de las mesnadas mias.

REY.

Idvos, Urraca, con Dios,
Porque non fableis mas deso.

URRACA.

Las vuesas manos vos beso.

REY.

Yo fincaré con los dos.

URRACA.

¡Oh, quién pudiera librarlos,
O quién donallos pudiera,
Para escapallos siquiera
Del Rey, doblas y caballos!
¡Oh, quién les pudiera dar
Fasta el mismo corazon!

INFANTE.

Estas altaneces son
Las que se han de castigar.

JIMEN.

Yo vos juro que non fué
De su sándia altanería
Otra cosa, don García,
Ocasion, causa ó por qué,
Si non las mercedes vuesas,
Fechas con tal brevedad.

REY.

Non fué por mi voluntad,
Si he dado tales denuesas;
Finco, Olfos y Jimen,
Por la su madre perdido,
E por aquesto he querido
Facer á sus fijos bien.

INFANTE.

Pues con aquesta ocasion,
Si vos sabédes trazar,
Podrédes su amor gozar;
Que si sus dos fijos son
En prision, non pongo duda
Que, cuando de amor non fuera,
Por obligarvos siquiera,
Lo ha de sacar la Barbuda.
Prendeldos, y á buen recado
En la prision los tendrédes,
E á peligro los pondrédes,
Porque seádes rogado
De la Barbuda, y podrédes
Facer lo faga por vos
Al vueso sabor.

REY.

Por Dios,
Olfos, que en mi pro fablédes;
Farélo de aquesa guisa,
Y esta noche los dos quiero
Que vamos al su terrero
Conmigo, é cuando la risa
Del alba empiece, podrémos,
Sin que nos tope persona,
Fincar de vuelta en Pamplona;
Que trotones llevarémos
Que fagan esta jornada
Mas aína que pudieran
Si alcotanes todos fueran;
Que ya fincará avisada,
Porque con el su escodero
Se lo he enviado á fablar;
Y allá podrémos llevar
El mi cantor, porque quiero
Que cante á mi remembranza
La mas polida cancion
Que tenga en esta ocasion;
E pues la noche se lanza,
Llena de paños de luto,
Sobre la tierra, cuidemos
En partir.

JIMEN.

Partir podrémos,
E cuida que saques fruto.
Además que cualquier fembra,
Rogada de un rey, fará
Lo que demandares.

REY.

Ya
De sus lumbreras se cembra
El azul vergel del cielo;
Bien podrémos aguijar
Nuesa jornada, é llegar
A ver el mi amor.

INFANTE.

El suelo
Cuido revolver y dar
Venganza al mi honor con esto,
Y despues el su denuesto
Por Navarra publicar,
Pues en faciéndolo el Rey,
Lo hemos de saber los dos.

JIMEN.

Cuido beberles, por Dios,
La sangre.

INFANTE.

Es muy justa ley.

REY.

¿Qué fablábades los dos?

INFANTE.

Es, Señor, en la vuesa pro;
Gozarás á Blanca.

REY.

Y yo,
Olfos, fineme despues.
(*Vanse.*)

Salen RAMIRO Y ORDOÑO.

RAMIRO.

Finquense los trotones arredrados,
Ordoño, fasta tanto que haya nuevas
De Sanchuelo.

ORDOÑO.

Ramiro, ¿non venia
A la par de nosotros? ¿Qué se ha fecho?

RAMIRO.

Cuido que le han pescado.

ORDOÑO.

Non es home que deje de guardarse;
No le tengas pavor de guisa alguna.

RAMIRO.

Atiende un poco, hermano.

ORDOÑO.

Gente suena, á mi ver.

RAMIRO.

Pues finca, Ordoño,
A guisa de lidiar; que cuido en antes
Finar aquí que non donarme preso.

ORDOÑO.

Otro que tal será tu hermano Ordoño.

Sale SANCHO, *con un lienzo de dinero.*

SANCHO.

Non sé por dónde voy nin dónde finco
Qu'en lobreguez tamaña non se puede
Divisar el camino; ellos agora
Fincan de aquí dos leguas arredrados.

RAMIRO.

Pára mientes, Ordoño, si este es home.

ORDOÑO.

Home parece.

SANCHO.

¡Válgame san Pedro!
Homes fincan aquí.

ORDOÑO.

¿Quién va?

SANCHO.

¡Oh mezquino!

ORDOÑO.

¿Quién va?

RAMIRO.

¿Non fabla?

SANCHO.

Non; que finco mudo
De pavor y además finco oliscado.

RAMIRO.

¡Sanchuelo!

SANCHO.

El mio señor Ramiro,
Donadme vuesos piés dos mil vegadas;
Que me finco con vos recien parido.

RAMIRO.

¿Qué te has fecho?

SANCHO.

Viniendo en pos d'entrambos,
Arredrado finqué de los trotones,
Por non poder calcorrear á guisa
De vuesa furia, cuando de los muros
Del palacio del Rey me llamó Urraca,
E donándome en este mocadero
Algunas joyas suyas de valía,
Que yo vos las donase me ha mandado
Y que con ellas vos partais al punto;
Que el Rey cuida faceros un denuesto
Si vos coge á las manos; non vos cale
Sinon partidvos cedo, porque el Rey
Non venga contra vusco de consuno.
E á Ordoño, en poridad me dijo Urraca,
Que le tiene talante y buen querencia,
E que finca en su pecho figurado.
Ved qué se ha de facer; que los merinos
E maceros del Rey fincan buscándoos.

RAMIRO.

Ea, Ordoño, perdamos á Navarra;
Quizá en tierras sujetas á otros reyes
Nos farán mas merced qu'el nueso pro-
[prio;
Que nadie fué profeta en la su tierra.

ORDOÑO.

Fablas, Ramiro, bien; vamos, Ramiro;
Finquese España adios, vamos á Fran-
[cia.

RAMIRO.

Mas solo un parecer en antes quiero.

ORDOÑO.

¿Cuál es?

RAMIRO.

Non vamos ambos de consuno,
Sinon que cada cual su senda siga
A dar con la aventura que topare,
Y el primero que finque con alguna
Faga pleito homenaje, so la pena
De alevoso á su sangre, de que cedo
Llame al otro; y partamos estas joyas
Para el nueso viaje.

ORDOÑO.

En la buen hora;
Védes aquí, Ramiro, la mitade.

SANCHO.

E yo ¿con quién he de ir? O ¿de qué gui- [sa
Me han de partir entrambos, si non [quieren
Facer conmigo como Salomone
Fizo con aquel fijo de dos madres?

RAMIRO.

Yo donaré una traza con que agora
Ninguno de los dos finque quejoso,
Magüer con él non vaya; por los ojos
Se ponga aqueste mocador Sanchuelo,
Y al que primero de los dos donare
Un abrazo, con aquese finque.

ORDOÑO.

Fágase ansí.—Venid acá, Sanchuelo,
Ponedvos este mocador en somo
De los vuesos ojos.

SANCHO.

Non quisiera
Abrazar con la nariz y todo
Algun robre de aquestos.

ORDOÑO.

Vaya luego
La nuesa prueba; idvos arredrando,
E vendrédes despues hácia nosotros.

SANCHO.

A la gallina ciega desta guisa
Jugaban los garzones en mi aldea.
(*Ap.* ¡Si aquí fincara algun pozo ahora!)
Dios me depare aquí buena man dre- [cha.

ORDOÑO.

Venid agora, Sancho.

RAMIRO.

Non fablédes;
Que vendrá por la fabla á vos, Ordoño.

SANCHO.

¡Válgame san Tobías, que fué ciego!
Desta vegada voy.

ORDOÑO.

Ramiro ha sido
El de la suerte; buena pro le haga.

SANCHO.

Quitadme pues el mocadero.

RAMIRO.

Daca,
E partamos de aquí cedo; qu'es tarde.

SANCHO.

Non cuidé ver mas en la mi vida.

RAMIRO.

Ea, Ordoño, á facer el homenaje.

ORDOÑO. (*Entre las manos de Ramiro.*)
Juro á los cuatro santos Evangelios
E á la sangre que tengo de Guevara,
Clara juntamente, que si tengo
Ventura alguna en tierras extranjeras,
Que sea de Ramiro la mitade.

RAMIRO.

Lo proprio juro yo sobre esas manos.

SANCHO.

E yo, entre las de entrambos, juro é fa- [blo
Lo mesmo de mi parte.

RAMIRO.

Adios con esto,
Ordoño hermano.

ORDOÑO.

Dadme un abrazo,
E dévos Dios muy buena man derecha.

RAMIRO.

Lo mesmo faga á vos; membráos, her- [mano,
En las lides é trances que tuviéredes,
Despues de Dios é de su Madre santa,
Del apóstol Santiago, patron nueso,
A quien España toda acata tanto,
Que dicen que le ven los que le invocan
En las sus lides y en sus trances todos;
E su favor nos donará; que somos
Tenudos á facello por navarros,
E por sus caballeros juntamente.

ORDOÑO.

Ese será de mi de aquí adelante
El nome que apellide.

RAMIRO.

Adios, hermano
Ordoño.

ORDOÑO.

Sancho, fincate adios.

SANCHO.

Adios, Ordoño;
Que unas ancas me fincan de un troton,
Que ha de facer que las verdades fable,
Qu'enantes que yo á Francia llegue, [cuido
Amancillado dellas, ir fenchido,
Al revés de los otros infanzones,
Do nunca me da el sol, de lamparones.

(*Vanse.*)

Salen LA BARBUDA Y MUDARRA.

BARBUDA.

En fin, los mis fijos dos
Fincan caballeros ya;
Denuesa de quien es da
El Rey, ayúdele Dios.

MUDARRA.

Vos fincádes muy tenuda,
La mi dueña, al su mandado;
E á fe que me dió un recado,
Despues desto, la Barbuda,
Para vos, en que denuesa
Mas talante é voluntad,
E si va á decir verdad,
Asaz le atañe á la vuesa
Agraciada fermosura.

BARBUDA.

Que fableis, el escodero,
Mas claro conmigo quiero,
Ansí Dios vos dé ventura;
Que non entiendo, por Dios,
Lo que fabládes agora.

MUDARRA.

La mi dueña é mi señora,
¿Solos fincamos los dos?

BARBUDA.

Ya lo veo.

MUDARRA.

Pues atended.

BARBUDA.

Fablad.

MUDARRA.

El Reye vos tiene
Buen talante, y aquí viene,
Para faceros merced,
Con un papel que os envia,
Este sartal que vos dona,
Que de la mesma persona
De su madre á don García
Le fincó en el testamento;
De granates finos es,
Con su perla, quien despues
Vos face prometimiento
D'engastonárvosla en oro;
Que fablando en poridad,
Por la santa Trinidad,
Que vos dé todo un tesoro,
Si le queredes facer
Favor á la su demanda.
Mostradvos, Blanca, mas branda;
Que un rey tiene gran poder,
E vos puede engastonar
En oro y en plata ansí.
Rico home me face á mí,
Si os domeña mi fablar;
Non pierda yo aqueste haber,
Nin vos este bien perdádes;
Que pagar las voluntades
Non es nuevo en la mujer.
E finca esta noche aquí,
A darvos con su cantor
Una música al albor;
Doledvos dél y de mí.
¿Non tomádes el sartal?
Non tomádes el papel?
Mostradvos branda con él,
Non fagádes ende ál.

BARBUDA.

Callad, el mal escodero;
Que os faré, si mas fabládes,
La cabeza en dos mitades.

MUDARRA.

Mezquino de mí, aquí muero.

BARBUDA.

¿De cuándo acá, el mal fidalgo,
Con sartal é con billete,
Vos han fecho mi alcahuete
Promesas de ningun algo?
¿Vos sois, Mudarra, nacido
En solares de Navarra?
Vos del primero Mudarra
Decendés, el mal nacido?
Vos con estas fechorías
Venis de la corte á mí?
Estoy por facer... (*Asele de la mano.*)

MUDARRA.

Aquí
Fincan hoy todos mis dias.

BARBUDA.

Non sé qué castigo en vos
Pudiera facer al fin,
Viejo sándio, home ruin,
Mal dicho seais de Dios.
Estoy por darvos azotes,
Que reventédes con ellos,
Por mesarvos los cabellos
E pelarvos los bigotes.
¿A una fembra como yo...

MUDARRA.

Tened, la dueña garrida,
Cuita á mi mezquina vida.
(*Ap.* El demoño me afució.)

MÚSICO. (*Canta dentro.*)
Fonte frida, fonte frida,
Fonte frida con amor,
Todas las avecillas
Cantan cuando nace el sol.
Allí canta la calandria,
Allí canta el ruiseñor,
Allí canta el silguerillo
Y el chamariz parlador.
Si non fué la tortolilla,
Que nunca cantara, non,
Nin reposa en rama verde,
Nin pisa yerba nin flor.

BARBUDA.

Este es el Rey, é sin duda
Hoy pienso vengar mi honra.—
Dadme, escodero roin,
El vueso capote vos,
E tomá vos su pavés,
E de las espadas dos
Que fincan con él perdidas,
Donadme la que es mejor;
E venid en pos de mí,
Faciendo buen corazon.
(*Pónese la capa de Mudarra y vanse.*)

Sale LE REY, EL INFANTE DON OL- FOS, JIMEN Y EL MÚSICO.

MUDARRA. (*Ap.*)
¿Dónde me lleva esta dueña?
El demonio me afució.

MÚSICO. (*Canta.*)

Nin reposa en rama verde,
Nin pisa yerba nin flor,
Porque á la su compañía
La muerte se la llevó.
Matósela un ballestero;
Dios le dé mal galardon,
No acierte á cosa que tire
Con la jara á su favor,
E todo lo que yantare,
Que le faga mala pro,
Porque apartó dos quereres
Que hubo juntado el amor.

Sale LA BARBUDA, *con capa y espada, y* MUDARRA, *con una rodela, y pasan reconociendo.*

BARBUDA.

Non cantádes de amor mas;
Que vos quebraré, el cantor,
El discante en la cabeza.

MÚSICO.

¡Válgame nueso Señor!

BARBUDA.

Que á la puerta de mi casa
Non lo consentiré, non;
Que despertais á quien duerme,
Y dirán que os tiene amor.

MÚSICO.

¡Con qué sandeces venides!
Andadvos, home, con Dios;
Que non sabeis por quién canto.

BARBUDA.

Farto mejor que non vos;
E lo que al albor cantádes,
Lo habédes de plañir vos.
(*Dale un espaldarazo.*)

MÚSICO.

Que me ha tordido, ¡ay de mí!

REY.

¿Quién dona al mi cantador?

BARBUDA.

Una persona que pudo;
Que si aquí vuelve otro albor,
He de atordilles el alma
A el y á cuantos con él son.
¿Non saben qu'es de mi dueña,
La Barbuda, este quiñon,
Y este castillo además?
Y en todo este alrededor
Non ha de osar requestar
Home rico ni infanzon
Cosa que á Blanca le ataña
En el pelo de su honor.

MUDARRA. (*Ap.*)

Aguardando algun desman
Y temblando de pavor,
Con el mi pavés cubierto,
Como galápago estoy.

REY.

Si eres garzon de su casa,
Vete con la paz de Dios;
Que por serlo solamente
Te donamos el perdon.

BARBUDA.

Non me iré yo desa guisa,
Antes vos irédes vos;
Que magüer fueseis el Rey,
Aquí non fincaréis hoy.

INFANTE.

Matemos este villano.

BARBUDA.

Mentides como traidor
Vos é cuantos con vos fincan,
Del Rey abajo.

MUDARRA.

Non voy
A guisa para lidiar;
Que finco de mal olor.
Aguardarle en su retrete
Cuido que será mejor.

JIMEN.

Home del demoño, tente.

BARBUDA.

Non es ya buena sazon;
Que finco lleno de saña,
Y he de matarvos, por Dios.

INFANTE.

Home, mira qu'es el Rey.

BARBUDA.

Buena burla es, por quien soy;
¿Aquí habia de fincar
El Reye, nueso señor?
Nos vos valdrá esa mentira.

JIMEN.

Fablá, Señor, fablá vos.

REY.

El Rey es; home, detente

BARBUDA.

Ya vos conozco en la voz.
Perdonad mi desacato,
Asaz es esto por hoy;
E fincadvos norabuena,
Que si sois el Reye, sois
Tenudo á honorar las gentes
Que vuesos vasallos son.
Non vos engañe ninguno,
Nin cuideis que podréis vos,
Con todo el vueso poder,
De aquesta dueña de pro,
Que vive en este castillo,
Ver la sombra de un favor;
Que non el honor conquistan
Nin dádivas nin cancion;
Y arredradvos deste puesto,
Que si lo sabe, vos doy
Palabra de que á Pamplona
Volédes como un falcon. (*Vase.*)

REY.

Parece sombra; parece,
Olfos, fantasma ó vision.
¿Habédes visto jamás
En home tanto furor?

JIMEN.

Santiguados nos envia.

REY.

Non es este corazon
De menos que la Barbuda,
Non puede ser otro, non;
Vamos á Pamplona aprisa,
Que ya el blanco resplandor
De la alborada da nuevas
Que non finca luengo el sol.

MÚSICO.

Aquí aguardan los trotones.

REY.

¿Cómo vais, el mi cantor?

MÚSICO.

Atordido todavía
Del golpe que m'endonó.

REY.

Guareceréis en Pamplona.

MÚSICO.

Non tornaré á cantar yo
En parte que la Barbuda
Pueda escocharme mi voz.

Tocan á marchar, y salen MOROS Y CELIDORO, *general, y llevan en la bandera el retrato de* DOÑA URRACA, *y detrás* MARSILIO, *rey moro.*

MARSILIO.

El Ebro arriba marchen las hileras
De los fuertes infantes y caballos;
Irán, narcisos, viendo sus riberas;
Que si Mahoma sale á contemplallos,
La traza me ha de dar para mi esposa,
O ha de quedar Navarra sin vasallos;
Que le miro en su esfera luminosa,
Por partir tan viciosa y tan bizarra,
Salir á ver mi gente belicosa,
Gran descendiente de la antigua Sarra,
Por quien los sarracenos apellidan,
Estos serán sus rayos en Navarra;
Por bocas hechas en sus pechos pidan
La gloria general de mi deseo,
Aunque Castilla y Francia me lo impidan;
Que si alcanzo, Profeta, este trofeo,
Encensaré tu hueso en Meca santo
Con pastillas de alárabe y sabeo,
Verá el sol el retrato que levanto
En mi bien, en fe de aquesta impresa,
Con sus rayos y su luz espanto;
Esa es la infanta de Navarra, y esa
Ha de ser ó mi muerte ó mi ventura,
Mirad si mi valor poco interesa;
Que si Alejandro conquistar procura
Al mundo por hacerse sin segundo,
¿No vale mas que el mundo esta hermosura?
Porque si es cielo su rostro, en razon fundo
Que vengo á ser, si gano su belleza,
Mayor que si ganase á todo el mundo.
Toquen las cajas, y á marchar empieza
Valiente Celidoro, que tus manos
No me aseguran poco.

CELIDORO.

Tu grandeza
Me anima, sol de reyes africanos,
Marsilio invicto, para que sea hombre,
De mí todo el valor de los cristianos;
Que en Aragon ninguno de tu nombre
Ha dejado de ser rayo de España,
Y cada cual al mundo inmortal hombre.
Y no era menester para esta hazaña
Intervenir, Marsilio, tu persona;
Que bastaba el valor que me acompaña.
Tú verás cómo pongo la corona
De Navarra en tus piés, si no te entrega
Esa belleza que tu amor pregona,
O costará lo que la hermosa griega
Costó al troyano, el inspugnable muro,
Que ya al castigo de tus manos llega.

MARSILIO.

O gozarla ó morir en él procuro;
Bajen, marchen á trozos las hileras,
Y no volver al Ebro jamás juro
Sin traer este sol á sus riberas.
(*Vanse.*)

Sale RAMIRO Y SANCHO, *y luego* UN FRANCÉS.

RAMIRO.

A Dios gracias, que miramos
Las murallas de Paris.

SANCHO.

Ramiro, buenos andamos,
Gastando maravedís;
Que ya non sé qué gastar;
¿Qué hemos de facer agora,
En gastándose el dinero?

RAMIRO.

¿Eso plañes á tal hora?

SANCHO.

Mal hubiese el caballero,
Como el otro de Zamora,
Que á padecer estos males
Va, como los dos mesquinos,
Por esos andurriales,
De noche por los caminos,
De dia por los jarales;
Que, como finó el troton,
A pata hemos caminado,
Y los que no hechos non son
Llevan esto de mal grado.
¡Oh mal hayas el troton!
Que magüer que de contino,
De las ancas yo despues
Las sentí, que en el camino
Son mejor que propios piés
Ancas de cualquier rocino.
Llena de guerras está,
Francia; ¿qué hemos de facer?

RAMIRO.

A esto venimos acá.

SANCHO.

Pues yo me cuido volver
A Navarra.

RAMIRO.

¿Cómo ya?

SANCHO.

Poco á poco, con los piés;
Que no quiero lides yo.
Dóname licencia pues,
E hágate buena pro,
Ramiro, el país francés;
Que á la fe que Ordoño ha fecho
Lo que yo quiero facer,
Y del su saber sospecho.

RAMIRO.

Non puede Ordoño tener,
Sancho, tan menguado pecho;
Yo sé que no fincará
Sin mí, apurando el valor
Que la su sangre le da.

SANCHO.

Fágale muy buen sabor;
Que yo non fincaré acá,
Nin cuido entrar en París.
Donadme, si vos servís,
Para poderme tornar,
Catorce maravedís.

RAMIRO.

Ya fincas, Sancho, molesto.

SANCHO.

Non quiero verme perdido;
Que eres todo valentías
E todo sándios extremos,
En caminos é hosterías,
Que ya los dos parecemos
Libro de caballerías.
Si non te dan la pimienta,
Tan cedo tiras un plato
E alborotas la venta,
Sin que finque fasta un gato
A quien non le tomes cuenta;
E quieres que los franceses
Entiendan tu razonar
Con tajos y con reveses.

RAMIRO.

Eso fué en solo un lugar,
Una vegada.

SANCHO.

Si fueses
De talante reportado,
Fuera...

RAMIRO.

Si tu culta es esa,
Yo te fago la promesa,
Y atiende, non seas pesado,
Que ha sonado un atambor,
E una trompeta tambien.

SANCHO.

Este ha sido el mi pavor.

RAMIRO.

Non suena cosa mas bien;
Aquí viene un lidiador,
Quiero fablarle é saber
A qué tocan.

FRANCÉS.

Ya el contrario,
Seguro que ha de vencer,
Marchar quiere; necesario
Será el irlo á entretener.

RAMIRO.

Fagádesme merced, si en la mesura
De las lides se face, de decirme
Qué trompetas son estas y atambores.

FRANCÉS.

¿Sois español?

RAMIRO.

Al grado vueso, amigo.

FRANCÉS.

Bien se os echa de ver en la lengua y [talle,
Y en no saber tambien estas civiles
Guerras de Francia. (*Ap.* ¡Qué buen [talle tiene!)

RAMIRO.

Magüer que muchas cosas he esco- [chado,
Narradme la ocasion.

FRANCÉS.

Cárlos Capeto,
Rey de Francia, murió sin heredero,
Aunque dejó á madama Margarita,
Mas hermosa qu'el sol, su hija legítima;
Y como á Francia no la heredan hem- [bras,
Pretende un tio suyo apoderarse,
Teniendo á Lenguadoc y á la Gascuña
De su parte, de Francia, y aunque el [Papa
Moderarlo ha querido, es imposible,
Y ansí revuelta vive Francia toda,
Y está París por Margarita agora,
Con la mayor Bretaña y Delfinado,
Y por Roberto lo demás, que aqueste
Es el nombre del tio, que por causa
D'excusar muertes entre naturales,
En guerras tan odiosas, determina,
Teniendo en su poder á un extranjero,
El hombre mas valiente que se halla
En Francia ni en Europa por concier- [to,
Que se remita á dos espadas solas
La justicia del reino, y Margarita
Condescendió por evitar mas muertes
Co.. Roberto, su tio, y desta suerte
Determinada de poner el caso
En menos tiempo en manos de la suerte;
Y el plazo es hoy, y no hay ningun solda- [do
Que se atreva á salir al desafío;
Que algunos que pudieran, están todos
Estropeados y mal heridos deste,
Que en el último encuentro que se tuvo,
Parecia rayo con la espada y lanza;
Y los demás, sabiendo la experiencia,
No quieren ver su muerte y su deshon- [ra;
Y para aqueste efeto solamente
Tocan el atambor y la trompeta.
Afligida y confusa, Margarita
A Roberto me envia porque el plazo
Alargue un dia mas.

RAMIRO.

¡Caso notable!
Pues volved, y decilde á Margarita
Que un español navarro y caballero,
De la casa de Lara é de Guevara,
Que ha por nome Ramiro, non consiente
Que vádes á decir eso á Roberto,
E que cuido tomar esa demanda.

FRANCÉS.

Eres la redencion de Margarita;
No eres hombre, eres ángel humano.
Espero albricias grandes.

RAMIRO.

La estacada
¿Dónde finca, francés?

FRANCÉS.

En este llano.

RAMIRO.

Pues hazme armar, francés, y di á la [Reina
Que non cuide tener pavor alguno;
Que hoy fincará por mi reina de Francia,
O en la estacada fincarémos ambos.

FRANCÉS.

(*Ap.* Si este español no es arrogante, [el cielo
Le envió para bien de Margarita.)
Vamos, fuerte español.

RAMIRO.

Francés, camina.—
Hoy, Sancho, he de probar el valor mio,
Y el aventura mia juntamente.

SANCHO.

Por el mio mal conocí sin duda
Los fijos de la Barbuda.

(*Vanse.*)

Salen por dos partes los campos de LOS FRANCESES, LA REINA DOÑA MARGARITA *y* ROBERTO.

REINA.

El cielo sin duda alguna
Mi necesidad miró.

ROBERTO.

Mi justicia el cielo vió,
Pues me ayuda la fortuna.

REINA.

Ya mi esperanza confia
De hacerme dueño de Francia.

ROBERTO.

Hoy la francesa arrogancia
Domará la suerte mia.

REINA.

Hoy un español mi honor
Solo quiere restaurar.

ROBERTO.

Hoy imposible es pensar
Que otro saldrá vencedor.

REINA.

Hoy verá el suelo francés
Mas seguro su país.

ROBERTO.

Hoy he de entrar en Paris
Con Margarita á mis piés.

Salen los dos combatientes RAMIRO *y* ORDOÑO, *con sus* PADRINOS.

REINA.

Bizarro talle, extremado
Aspecto y demostracion.

ROBERTO.

Los cuerpos iguales son,
Y el ánimo diferente.

REINA.

Aquí presto se verá.

ROBERTO.

Claro está que se ha de ver,
Y sé quién ha de vencer.

REINA.

Alguno se engañará.

PADRINO 1.°

Iguales son las espadas.

PADRINO 2.°

Como lo demás tambien.

ROBERTO.
Luego en estando que estén
Las rodelas embrazadas
Para pelear, podrémos
Dejallos.

PADRINO 1.°
Sea en buen hora;
Vámonos.

PADRINO 2.°
Ya es tiempo agora
De que reñir les dejemos.

SANCHO.
Y tambien cuido mirar
De lo mas luengo que pueda;
Algun mal no me suceda
Que yo tenga que curar.

RAMIRO.
Hoy mi enemigo desfago.

ORDOÑO.
Hoy desfago mi enemigo.

RAMIRO.
Santiago finque conmigo.

ORDOÑO.
Finque conmigo Santiago.

RAMIRO.
Espera.

ORDOÑO.
Aguarda.

RAMIRO.
¿Qué es esto,
Ordoño?

ORDOÑO.
¿Ramiro hermano?

RAMIRO.
Dóname tus brazos.

ORDOÑO.
Llano
Está el mi pecho con esto;
¿Que desta suerte, Ramiro,
Nos vengamos á encontrar,
Y en un tan lueño lugar?

REINA.
¿Qué veo?

ROBERTO.
¿Qué es lo que miro?
En vez de darse la muerte
Se dan entrambos los brazos.

REINA.
En amigables abrazos
Truecan el enojo fuerte.

ROBERTO.
¿Si se conocen y son
De una nacion los dos? ¡Cielo!

REINA.
Que son sin duda recelo
Entrambos de una nacion.

ORDOÑO.
Fincando en este lugar,
¿Ya qué cuidamos facer?

RAMIRO.
Ya no puede menos ser,
Sinon que hemos lidiar;
Porque ambos hemos donado
Las nuesas palabras ya,
E quien la palabra da,
Finca á cumplirla obligado;
En nusco aquesta vegada
Fuera dos reyes han fecho.

ROBERTO.
Alguna traicion sospecho.

RAMIRO.
Ya estamos en la estacada;
Face, Ordoño, en esta parte,
Que nos mira Francia toda,
Y lidia.

ORDOÑO.
Pues acomoda
Tus armas, navarro fuerte,
Y que non somos faz cuenta
Hermanos, sinon dos furias,
Y non fagamos injurias
En nuesa palabra.

RAMIRO.
Intenta.

ORDOÑO.
Guárdate, mi hermano, ya.

RAMIRO.
¿Yo? Guardadvos vos á vos;
Que á mí me guardará Dios,
Que por ambos juntos va.

ROBERTO.
Otra vez se han embestido,
Usanza debe de ser
De su nacion; yo he de ver
A Francia como he querido.

MARSILIO.
Ambos se han arrodillado
A las fuertes cuchilladas
De las valientes espadas.

RAMIRO.
Irgámonos.

ORDOÑO.
De buen grado

ROBERTO.
En pié se han vuelto á poner;
Valiente es el enemigo.

RAMIRO.
Non cuidara que conmigo
Teson pudieras tener.

ORDOÑO.
Lo mesmo cuidaba yo,
Ramiro.

RAMIRO.
Lidiemos pues,
Qu'está mirando el francés,
Que nuestro furor pasmó;
Ordoño, ferido estás.

ORDOÑO.
Tú lo estás tambien, Ramiro.

RAMIRO.
¿Qué habemos de facer?

ORDOÑO.
¿Podrémosnos facer mas?

RAMIRO.
Pues uno de ambos importa
Que se afinoje rendido.

ORDOÑO.
Non me parece partido
Bueno para mí, pues corta,
Ramiro, tanto mi espada
Como la vuesa.

RAMIRO.
Es ansí;
Mas ha de importar aquí
Facerlo tú esta vegada
Por excusar mas rigor;
Porque sé que solicita
Mas justicia Margarita,
E por tu hermano mayor.

ORDOÑO.
Aquí non hay menorías.

RAMIRO.
Mira que puedo con esto
Fincar, Ordoño, en gran puesto
Para vuesas fechorías;
Y tú no, pues que non puedes
Desposarte con Roberto,
Cuando mas al descubierto
Te quiera facer mercedes;
E yo sí con Margarita,
Si saco de la estacada
Vencedora la mí espada,
Qu'es lo que non facilita.

ROBERTO.
De su plática me admiro.

ORDOÑO.
Magüer non es justa ley,
Solamente por verte rey
Se puede facer, Ramiro;
Y eso de muy mal talante.

RAMIRO.
Pues volvamos á lidiar.

ORDOÑO.
Non sé cómo he de acertar
Con tantos homes delante;
Farto vergonzadamente
He fecho tu voluntad.

(*Vuelven á tocar y á pelear, y cae en el suelo Ordoño.*)

ROBERTO.
Extraña temeridad
De la fortuna inclemente.

REINA.
Darme el cielo solicita
Lo que es mio, hoy, Roberto.

ROBERTO.
Estoy, de coraje, muerto.

VOCES. (*Dentro.*)
Victoria por Margarita.

ROBERTO.
Esta es traicion. ¡Al arma! (*Vas*

REINA.
Verá mi acero tu cuello.

RAMIRO.
Tus nobles franceses arma,
Y no temas, Margarita.

REINA.
La vida, español, te debo,
Y el honor.

RAMIRO.
Con este nuevo
Soldado, que vos imita,
Y este infanzon que he vencido,
Y que por guerra he fincado
Conmigo, perdé cuidado
De que verédes rendido
Al vueso enemigo cedo.

VOCES. (*Dentro.*)
¡Viva Roberto!

RAMIRO.
A Paris
Vos recogé.

VOCES. (*Dentro.*)
A San Dionís.

RAMIRO.
Yo vos ganaré, si puedo,
A Francia, teniendo al lado
Este vencido que védes;
Que despues cosas verédes
Que vos darán grande agrado;
Y agora fincad á Dios,
Que vamos á pelear.

VOCES. (*Dentro.*)
¡Al arma!

REINA.
Yo voy á dar
Orden en Paris. (*Vase.*)

RAMIRO.
Los dos
Farémos en tanto estrago
En ellos con vuesa gente.

VOCES. (*Dentro.*)
San Dionís, al puente, al puente.

RAMIRO.
Santiago.

ORDOÑO.

Santiago,
Que ese nos dará ayuda
En este trance y afan.
Franceses, mirad que van
Los fijos de la Barbuda.

ACTO TERCERO.

Sale SANCHO, *vestido de pelegrino, á lo gracioso.*

SANCHO.

Otra vegada te veo,
Paris, famosa ciudad,
Magüer con necesidad,
Escarmientos de un deseo,
Que fué el que á España pugnó
De llevarme por fuir,
De entre lides non morir,
E mas lid fallé allá yo;
Huí del fuego y dí en las brasas,
Fallando en Navarra agora
De gente de Aragon mora
Llenas las cristianas casas;
Porque su reye Marsilio,
Por vengar el su denuesto,
En necesidad la ha puesto,
Sin entrarle humano auxilio,
E vuelvo con nuevo afan,
Rodeando el mundo entero,
En figura de romero;
No me conozca Galvan.
Dios te defienda, Navarra,
Porque no hay homes que basten
Ni fuerzas que la contrasten
A esta canalla de Sarra;
En Paris fallar espero
Nuevas de mis amos dos,
Si non fincan ya con Dios
En su reino verdadero;
Mas, segun soy acuitado
De ventura, será cierto
El haber entrambos muerto,
Porque el bien me hará menguado.
La ciudad está de fiestas,
E por las plazas é calles
Homes de aguisados talles
E fembras asaz compuestas
A las dos mil maravillas,
Cruzan á pié y á caballo.
Por Dios que he de demandallo;
Que tan dispuestas cuadrillas
Apellidan grande fiesta.
Dos homes vienen aquí.

Salen DOS FRANCESES.

FRANCÉS 1.°

En toda mi vida vi
En Paris tan grande fiesta.

FRANCÉS 2.°

Como en Margarita adora,
Da á los pesares de mano.

SANCHO.

¿Señores?

FRANCÉS 1.°

Perdoná, hermano.

(*Vanse los franceses.*)

SANCHO.

Non pido limosna agora.—
Fuéronse sin atender;
Priesa de las fiestas tienen.
Por esotra parte vienen
Otros dos.

Salen OTROS DOS FRANCESES.

FRANCÉS 3.°

Si se ha de ver,
Por acá será mejor.

FRANCÉS 4.°

Es lugar mas conveniente;
Que allí hay junta mucha gente.

SANCHO.

Al paso salgo.— ¿Señor?

FRANCÉS 3.°

Perdoná; que no hay qué daros.

(*Vanse los franceses.*)

SANCHO.

Todos cuidan que les pido
Limosna; finco aborrido.
¿Cómo podré encubertaros,
Pobreza ó necesidad,
En cualquier cosa molesta?
Que aun para darme respuesta
Me faceis mala amistad.

(*Suena ruido dentro, y dicen, sin salir fuera:*)

VOCES. (*Dentro.*)

Por acá.

SANCHO.

Toda Paris
Por ésta plaza atraviesa.

VOCES. (*Dentro.*)

Aprisa.

OTROS.

Por aquí, aprisa.

SANCHO.

Ya salen de San Dionís;
Nadie non ha de pasar
Sin darme cuenta.

VOCES. (*Dentro.*)

Andad pues.

Sale un venerable VIEJO, *francés, y abrázase Sancho dél.*

SANCHO.

Por la veracruz, francés,
Que me habédes de escuchar,
E me he de agarrar de vos
Fasta saber lo que quiero.

VIEJO.

¿Quién eres, hombre?

SANCHO.

Un romero,
Que va pidiendo por Dios,
E quiero de vos saber
Estas fiestas por qué son;
Que otros en esta sazon
Non me han querido atender,
Porque entré agora en Paris.

VIEJO.

Y ¿de dónde eres?

SANCHO.

De España.

VIEJO.

Bien, español, desengaña
Tu atrevimiento en Paris;
Y agora en Francia es razon
Que en todo contento os demos,
Pues los dueños que tenemos
Hijos de esa tierra son;
A cuyo noble ardimiento
Debe nuestra libertad,
Si va á decir la verdad.

SANCHO.

¿De qué guisa?

VIEJO.

Estáme atento.
Estando Francia partida
En dos enemigos bandos
Por Margarita y Roberto,
Pretensores del Estado;
Margarita, por ser hija
De aquel valeroso Cárlos
Que le llamaron Capeto,
Como su ascendiente Magno,
Y Roberto...

SANCHO.

Ya he sabido
Antes, francés, este caso,
E cómo dos homes buenos,
Españoles y navarros,
Hermanos, sin conocerse,
Salieron á verse al campo,
En que fincó vencedor
El mayor de los hermanos;
Que en ese tiempo á Navarra
Me torné por los trabajos
De tantas lides civiles,
Que no me daban agrado,
Por muchos inconvenientes.

VIEJO.

Esos, la parte ayudando
De Margarita, siguieron
A Roberto en trances tantos,
Con el valor mas notable
Que españoles han mostrado,
Que en breves dias las plantas
De Margarita besaron
Los rebeldes enemigos
Con la muerte del tirano.
Agradecida la Reina
A tantas hazañas, mano
Dió de su esposa á Ramiro,
El mayor de los hermanos,
Y hoy en San Dionís se casan
Con el mayor aparato
Que ha visto jamás Paris
Con otros reyes pasados;
Porque Francia adora en ellos,
Viendo que han sido sus brazos
Su libertad y remedio
En el peligro mas árduo.
No hay señor ni grande en Francia
Que con excesivos gastos
No muestren lo que les deben
En libreas y en criados;
Está cifrado en la iglesia
De San Dionís todo cuanto
Hay de hermoso y noble en Francia,
Del Rin á sus Alpes altos;
Y es el comun regocijo
De suerte, que de Palacio
A San Dionís, todo es: «¡Vivan
Nuestros reyes muchos años!»
Ya la música parece
Que da señal que acabaron
La misa y las ceremonias,
Y salen del templo santo.

Tocan chirimías y salen CABALLEROS FRANCESES DE ACOMPAÑAMIENTO, Y RAMIRO Y ORDOÑO, *á lo francés*, LA REINA DOÑA MARGARITA *en medio, y diga, al salir, Ordoño:*

ORDOÑO.

Las carrozas.

CABALLERO 1.°

Plaza.

RAMIRO.

Ya
Llegó á su punto el deseo,
Como imposible lo creo,

Aunque con el bien está.
Tal es, Margarita bella,
Vuestra divina hermosura,
Que no creo mi ventura,
Estando gozando della.

REINA.

¡Qué Durandarte francés
En lengua y ternura estáis!

RAMIRO.

De adonde vos sois me dais
Naturaleza, pues es
Proverbio muy recibido,
De que siempre suele ser
La tierra de la mujer
La patria de su marido;
Y ya que no es natural
Vuestra hermosura del suelo,
Pues sois cielo y sois del cielo,
Mi patria es mas principal.

SANCHO.

Sueño, ¡qué es esto que miro!
¡En qué grandeza que va!
Arrepiso finco ya
De haber dejado á Ramiro;
Llegar á fablalles quiero,
Magüer que no me podrán
Conocer, como á Galvan,
En figura de romero.

ORDOÑO.

Ya la carroza real
Aguarda.

(*Llega Sancho de rodillas.*)

SANCHO.

Prez del francés,
Donáme los vuesos piés.

RAMIRO.

¿Eres español?

SANCHO.

¡Hay tal!
¿Non conoceis á Sanchuelo,
Vueso paje?

RAMIRO.

¿Sancho, fijo?

SANCHO.

¿Non me dais un abracijo?

RAMIRO.

Irguete, Sancho, del suelo.

SANCHO.

La fabla mudado habédes
Con el oficio del rey,
Como de guardas é grey;
Tan encumbrado vos védes.
Ya no me faréis favores
A guisa de los primeros,
Ya con solos caballeros
Fablaréis vuesos favores.

RAMIRO.

Tambien os faré mercedes,
Magüer que vuesa tornada,
Sancho, non merece nada;
Pero ¿cómo vos volvédes?

SANCHO.

Finca Pamplona cercada
Del moro de Zaragoza,
E por Navarra destroza
Cuanto topa con la espada.

RAMIRO.

¡Válgame nueso Señor!

ORDOÑO.

¡Válgame la Trenidad!

RAMIRO.

¿Fabládes, Sancho, verdad?

SANCHO.

Con farta cuita y dolor.

Sale LA BARBUDA *por enfrente del tablado, á caballo, con una lanza en la mano.*

BARBUDA.

¡Ah, fijos de la Barbuda,
Los que, armados caballeros,
En el altar de Santiago
Habeis homenaje fecho,
Jurando, como vasallos
E como fidalgos buenos,
De defensar vuesa ley,
Vueso reye é vuesos deudos,
Vuesa patria, vuesa sangre,
Vecinos é forasteros;
Los que decides que sois
De nobles y leales pechos,
E de la casa de Lara,
E Guevara por lo menos;
Los que habeis ganado á Francia
Por la voluntad del cielo,
E gozando su corona,
Además fincais soberbios;
Doña Blanca de Guevara,
Fija del conde don Pedro
De Oñate, é la vuesa madre,
Los vuesos descuidos viendo,
Con la licencia debida,
A Margarita y aquellos
Que vos van acompañando
Vos viene á facer un rieto;
Riétovos, como traidores
E cobardes caballeros,
El pan, la carne y el vino,
E todos cuatro elementos,
La tierra que vos sustenta,
Si vos calentare el fuego,
El agua que os da bebida,
El aire que vos da aliento,
Las armas é los vestidos,
Festines, justas, torneos,
Vuesos cuerpos, vuesas almas,
Los sentidos todos vuesos,
Vuesas obras y palabras,
Vuesos mismos pensamientos,
El sol que os da luz, é fasta
Las sombras de vuesos cuerpos;
Y además de estar rietados,
Finqueis mal dichos si dentro
De tres horas non salides
Del homenaje soberbio
De Paris, para ayudar
Con vuesos brazos y aceros
Al vueso rey don García,
Y otro que tal despues desto
A la vuesa infanta Urraca;
Que el rey de Aragon, Marsilio,
Con veinte mil moros cerca
A Pamplona, deshaciendo
Con sus morismas escuadras
Las demás villas é pueblos;
Que las gentes que han podido,
A Vizcaya se fuyeron.
A esto fincádes tenudos,
Salí en su defendimiento.
Llevad escuadras de Francia,
Pasad apriesa los puertos,
Sepa el moro de Aragon
Que tiene gente el Rey vueso
Para echarle de Navarra,
Con Mahoma, á los infiernos;
Olvidad sus malandanzas,
Porque en tal sazon no es tiempo
Que se miembren los fidalgos
De tuertos que el Rey ha fecho;
Además que non empecen
En los vasallos los tuertos;
Que la lealtad se ha de ver
En los mayores denuestos;
Que yo de la mesma guisa
Pudiera facer lo mesmo,
E acudo cual fijadalgo
A la obligacion que tengo.
¿Qué facédes? qué cuidádes?
Enlazad las armas cedo;
Que á esto solo de Navarra
Fasta la gran Paris vengo.

RAMIRO.

Aguardá, madre y señora.

ORDOÑO.

Señora, aguardá.

BARBUDA.

Non puedo.

RAMIRO.

Fíncate en Paris agora,
Fasta que nos aliñemos.

BARBUDA.

Non puedo dentro en sus muros
Fincar, porque es juramento
Fecho al apóstol Santiago;
Fuera de Paris espero.
Tres horas os doy de plazo,
E si non salis tan presto,
Con el rieto que vos fago,
Seais maldichos del cielo.

(*Revuelve el caballo y vase.*)

RAMIRO.

Ordoño, al arma, partamos
A Navarra.

ORDOÑO.

Ya en el pecho
El corazon me da saltos
Por verme, Ramiro, en ella;
Tenudos somos á dalle,
Por el nueso juramento
E por fidalgos, ayuda
Al nueso rey; non tardemos,
Non nos empezca, pasando
El prazo que nos da el rieto,
La maldicion de mi madre.

RAMIRO.

Ea, franceses, aquellos
Que habeis sido en mis conquistas
Tan valientes caballeros,
Vamos á Navarra todos,
Todos á mi rey libremos.
Restaure Francia Navarra,
Como restauró su reino;
Volved las galas de bodas
En arneses y en aceros.
Franceses, á España, á España.

FRANCÉS 2.°

Tras de vosotros irémos
A ganar la casa santa.

REINA.

Yo tambien digo lo mesmo;
Vamos donde vos aguarda,
Mostrando su noble pecho,
Doña Blanca, mi señora.

SANCHO.

Vamos, y finquen los perros.

(*Vanse.*)

Salen MARSILIO, *rey moro*, Y CELIDORO.

MARSILIO.

Pues tanto han aguardado, Celidoro,
En cumplir mi promesa, determino
Rendir al corvo alfanje y brazo moro
Desta ciudad el muro cristalino;
Las lunas blancas, las aristas de oro,
En honor del imperio sarracino,
Abrasarán, poniendo mis fortunas,

En vez de las aristas, medias lunas.
Hoy á mis plantas rendiré á Pamplona,
Y gozaré por fuerza de su infanta,
No como compañera en mi corona,
Que con Navarra agora se levanta;
Que, puesto que merezca su persona
En la insigne Aragon grandeza tanta,
Será mi amiga infame á su despecho,
Por vengar el agravio que me ha hecho.
—Ordena los infantes y caballos,
Que hoy el último asalto darles quiero;
Y para mas á mi furor llevallos, [tero,
Dése un pregon en todo el campo en-
De que á fuego y á sangre los vasallos
De mi enemigo rey pasar espero,
Y que doy saco abierto y libres manos
A todos mis valientes africanos.
Perezcan todos, sarracinos fuertes,
Teatro sea aquesta vez Pamplona
De dos contrarias y enemigas suertes,
La de Navarra y la de mi corona;
Todo será tragedia, sangre y muertes;
Que hoy á ninguno mi furor perdona;
Y entre la mortandad de tanta gente,
Reverencien á Urraca solamente.
Y cuando de la furia ó del provecho
Fuereis llevados de su vista acaso,
Mirad que vive dentro de mi pecho,
Y en sus soles bellísimos me abraso;
Ese sagrado solo amor ha hecho
Contra la pena del rigor que pago:
Urraca es mi Mahoma, y es su casa
Y su mezquita el alma que me abrasa.

CELIDORO.

A cumplir tu mandado voy, Marsilio,
Ejecuta tu gusto, y lo que goza [xilio;
Pamplona, sin que tenga humano au-
Lleva á que mire al Ebro en Zaragoza.
La fama apreste otro español Virgilio,
Pues hoy tu gente toda la destroza,
Y así en Pamplona como en Troya es-
[criba
Segunda historia, que sin muerte viva.

(*Vase Celidoro, y queda el rey Marsilio solo.*)

MARSILIO.

Hola muralla fuerte de Pamplona,
Que parte á vos, Marsilio, enamorado,
Para ceñir su sien de la corona,
Que tiene vuestro muro coronado;
Ya vuestra muerte y su rigor pregona,
Ved que a vuestras almenas parte ai-
[rado;
Que solo con el fuego de sus ojos,
Cenizas han de ser vuestros despojos.

Sale UN MORO.

MORO.

Agora llegan dos embajadores
De tu contrario don García, y piden
Que licencia les dén para hablarte.

MARSILIO.

Ya vienen á mal tiempo; si pretenden
Que mi furor se vuelva atrás, decildes
Que se vuelvan al punto.

MORO.

Yo imagino
Que procuran rendirte la ciudad.

MARSILIO. [cia,

Decildes que entren á mi real presen-
Que quiero ver lo que me quieren.
(*Vase el Moro, y prosigue Marsilio:*)
Sin duda que ha temido don García
El castigo cruel que se le acerca.

Salen EL INFANTE DON OLFOS Y JIMEN, *por embajadores, y* MOROS, *con ellos.*

INFANTE.

Donad los vuesos piés á estos fidalgos.

MARSILIO.

Decid á qué venis, arrodillados,
Que á todos los navarros desta suerte
He jurado escuchar, por el desprecio
De vueso rey.

INFANTE.

Non somos los navarros
Fidalgos homes que eso consentimos;
Además, Olfos y Jimen erguidos
Vos hemos de fablar, non de otra
[suerte.

MARSILIO.

Decid vuesa embajada de ese modo.

JIMEN.

¿Asiento no nos dan, como escostum-
A los embajadores? [bre

MARSILIO.

No lo uso,
Y por eso os escucho en pié, navarros;
No me repliqueis mas.

INFANTE.

Dice García,
Nueso señor y rey, que por no verse
En tan misero estado con los suyos,
Que te dará, Marsilio, lo que pides,
Si le aguardas dos dias solamente;
Porque aguarda respuesta de Castilla,
Con quien ha consultado este negocio.

MARSILIO. [tende

Ya os entiendo, navarros, que pre-
Con eso entretenerme don García,
Para que en ese tiempo de Castilla
Y de Leon pueda tener socorro.—
Prendeldos por aquesto, y juntamente
Por este desacato á mi persona;
Que no pienso á García respondelle.

INFANTE.

Eso es contra los fueros y las leyes
De nobres mandaderos.

JIMEN.

Non se face
Esto como es razon.

MARSILIO.

Prendeldos, digo.

INFANTE.

Non faceis como rey.

MARSILIO.

Llevaldos presos,
(*Llévanlos presos los moros.*)
Y de sus embajadas la respuesta
Sea poner al muro las escalas,
Sacando los aceros excelentes;
Al arma, moros de Aragon valientes.
(*Vase.*)

Salen CELIDORO Y UN TAMBOR.

CELIDORO.

Echese el bando al rededor del muro,
Porque su muerte sepan los navarros;
Que aquesto es intimalles la sentencia.

TAMBOR.

Marsilio, rey de Zaragoza y cuanto
El Ebro baña y ven los altos montes
De Jaca, de su seta escudo, y rayo
Del cielo y de Mahoma, descendiente
De la casa de Fez y de Marruecos,
Hace saber á todos sus soldados
Cómo hoy asalta el muro de Pamplona,
Pasando á sangre y fuego á cuantos vi-
[ven
Dentro dél con el nombre de navarros,
Y dando libre saco en sus haciendas.
Mándase apregonar, porque á noticia
De todos venga. (*Toca la caja.*)

CELIDORO.

Ya de mi hado creo
Que derribar sus almenas veo.
(*Vanse.*)

Asómase á la muralla EL REY DON GARCÍA Y URRACA SANCHEZ.

REY.

¿Escuchastes el pregon,
Urraca?

URRACA.

Ya le escuché.

REY.

Hoy se ha de mostrar la fe
De los que navarros son;
Magüer que dentro en Pamplona
Ya tan pocos han fincado,
Que tan solo está guardado
El muro de mi persona.

URRACA.

E ¿de mí cuenta non faces
Mas que de mis adalides?
Mejor soy para las lides,
Rey, que non para las paces.
Verédesme, rey García,
Esta vegada en la lid,
Como nueso abuelo el Cid,
Por vuesa vida y la mia.

REY.

De vueso pecho y valor,
Urraca, tengo cuidado;
Que sois un vivo traslado
Del Cide, nueso señor.
Ya conozco vueso pecho,
Que me guarde Dios, amén;
Mas don Olfos y Jimen,
Decidme ¿qué se habrán hecho,
Que non parecen? El pregon
Ha llegado á su mesnada,
Urraca, con mi embajada,
Si non fincan en prision,
Por no hacerme mas denuesto.

URRACA.

Dios descubra la verdad.

REY.

Ya se llega á la ciudad
La morisma, y mudan puesto
Para facer el asalto,
Que tanto el moro desea.
Dios con musco, Urraca, sea.

URRACA.

Non vos done sobresalto;
Que por el Dios en que adoro,
Que desde aqueste lugar
Tengo de despachurrar
A todo este campo moro.
(*Tocan las cajas.*)

Salen LOS MOROS *que pudieren con escalas*, Y MARSILIO Y CELIDORO.

MARSILIO.

Ea, al asalto, soldados;
Estas escalas ligad
Al muro, y en él mostrad
Cómo sois rayos airados.
¡Al arma pues!

REY.

Solamente
Marsilio está sin mas grey;
En él, Urraca, y su rey
En contra de nuesa gente,
Cuido que basta asaz
Con toda la morería.

(*Habla Marsilio con el rey don García.*)

MARSILIO.

Verás hoy el fin, García,
De tú furia pertinaz;
Aunque pienso que ponerme
En ocasion semejante
Esa belleza delante,
Es porque no acierte á verme.
Hoy gozaré su hermosura,
A pesar de su rigor,
Dando esta vez el valor
Las veces á la locura.
A tus dos embajadores
Tengo presos y cautivos,
Y agradeced que están vivos;
Mas morirán, no lo ignores;
Que no quiero mas contigo
Concierto, treguas ni paces.

REY.

Como rey bárbaro faces.

MARSILIO.

Ves cercano tu castigo;
Pero si quieres huir
Hoy de mi furia inhumana,
Abrázate con tu hermana,
Y dejarás de morir.

REY.

Sube, verás cómo bajas,
En subiendo á duras penas,
Al foso de las almenas,
Can ladrador, fecho rajas.

URRACA.

Sube, bárbaro, ¿qué esperas?
Con tu gente sarracina.

MARSILIO.

Solo tú, Urraca divina,
Hoy resistirme pudieras.
Y ansí, si en aqueste estado
Me la quieres dar, García,
Volveré la furia mia
Atrás, rio arrebatado,
Cuyo curso es imposible
Detener en su furor;
Que solamente el amor
Lo pudiera hacer posible.

REY.

Cuando la mi voluntad
De dártela, moro, fuera,
Mucho antes te la diera
De aquesta necesidad;
E si te mandé decir
Que te cuidaba aguardar
De aquí en dos dias, fué dar
Espacio para venir
De Castilla algun socorro;
Porque al fin cualquier ardid
Es permetido en la lid;
Mas á esta sazon me corro
Que cuides que he de facer,
Por verme ansí, de pavor
Ofensa, el moro, á mi honor;
Que la vida he de perder,
Que semejante rencilla
Pone en mis blasones hoy;
E cuida, moro, que soy
Nieto del Cid de Castilla,
Que muerto vos santiguaba,
E que soy navarro excedo.

MARSILIO.

Ya escucharos mas no puedo.
¿A qué mi furia aguardaba,
Sabiendo vuestra locura?—
Tocad al arma y subid,
Pese á la sangre del Cid;
Que he de gozar su hermosura.

(*Tocan las cajas y arriman las escalas, y suena dentro grita y voces de guerra, desnudando las espadas, y empiezan á subir los moros.*)

MARSILIO.

Al arma, soldados.

REY.

Dios
No desampara jamás.

URRACA.

Sube, can, y fallarás
A todo el mundo en los dos.

Salen RAMIRO, ORDOÑO Y LA BARBUDA, *con el ejército de Francia, y dan tras de los moros á cuchilladas.*

RAMIRO.

¡Santiago, Francia, España!

ORDOÑO.

¡Francia, Francia! España cierra.

BARBUDA.

¡Santiago, guerra, guerra!

CELIDORO.

Señor, vuelve á la campaña;
Porque con Francia y su ayuda
Cubren los rayos del dia,
En favor de don García,
Los fijos de la Barbuda.
Conozcan tu brazo fuerte
Y tu fortuna bizarra.

MARSILIO.

Acabará con Navarra
Francia otra vez desa suerte.

BARBUDA.

Ea, fijos, faced un lago
De su sangre en la campaña.

RAMIRO.

¡Santiago, Francia, España!

ORDOÑO.

¡Francia, España, Santiago!

(*Arremeten unos contra otros, dándose de cuchilladas, y tocan las cajas, y los españoles y franceses retiran adentro los moros.*)

URRACA.

Santiago van diciendo
Los fijos de la Barbuda,
Los que ganaron á Francia
Y la tuvieron por suya;
Aquellos dos, que parecen
Con aquellas blancas plumas
Sobre franceses sombreros,
Que en Navarra no se usan.
¡Qué bravamente que fieren
Y á los moros desmenuzan!
Sus espadas son dos rayos
Que al sol le ciegan desnudas.
¡Qué bien la su madre, Blanca,
Los anima y los afucia!
¡Oh, qué bien lidia con ellos
Entre la morisma chusma!
Yo vos dono la palabra,
García, que vuesa cuita
Tenga remedio con esto,

REY.

Del cielo vino esta ayuda;
Vamos, Urraca, á esperallos;
Que ya parece que anuncian
La victoria que deseo.

URRACA.

Venzan amor, como cuidan,
La Trinidad los ampare,
E á los contrarios destruya,
Que hoy restauran la Navarra
Los fijos de la Barbuda.

(*Vanse.*)

Salen MARSILIO, *como espantado, y* MOROS, *con las espadas desnudas.*

MARSILIO.

¡Oh Mahoma! ¿qu'es aquesto?—
Celidoro, aguarda, escucha;
¿No has mirado por el aire,
Con una espada desnuda,
En un caballo, á un cristiano,
Que con las armas alumbra
Mas que el sol, y sobre el pecho
Otra espada roja cruza?

CELIDORO.

Ya le he visto en su hipogrifo
Hacer en tu campo injuria,
Atropellando con él
Cabezas que en sangre surcan.

MARSILIO.

¿No le ves venir ahora,
Esgrimiendo como pluma
La espada? Huyamos, que viene,
Y da espanto su figura.

Salen MOROS, *retirándose de* LA BARBUDA, *y hay batalla fuera, y con ella sus dos hijos* ORDOÑO Y RAMIRO, *y aparece arriba, en un caballo,* SANTIAGO, *con una espada desnuda.*

BARBUDA.

¡Santiago, Santiago!

SANTIAGO.

Navarros, ese os ayuda.
No temais, con esta espada,
A la contraria fortuna.

MARSILIO.

Detente, cristiano Alá,
Que tus armas nos deslumbran.

RAMIRO.

¡Santiago, Santiago!

SANTIAGO.

Navarros, ese os ayuda.
(*Métenlos á cuchilladas, y síguenlos*)

Salen EL REY DON GARCÍA Y URRACA, *y diga* RAMIRO *dentro:*

RAMIRO.

¡Victoria, Francia, victoria;
Victoria, Navarra!

REY.

Suban
Las gracias desta merced
Al cielo; que debe muchas
Navarra.

URRACA.

A los que le llaman
Non desfavorece nunca
El que en somo de once cielos
Del menor gusano cuida.

REY.

Abranse todas las puertas
De Pamplona, pues seguras
Fincan con tan gran victoria;
Cántese nuestra ventura.

Sale UN FIDALGO.

FIDALGO.

Con la virtud y despojos,
É con toda Francia junta,
Entran por Pamplona ya
Los fijos de la Barbuda.
Y ella, como es adalid
Desta impresa y de otras muchas,
Guia el triunfo.

REY.

Urraca, vamos
A verla, que es cosa justa
Honrar la su fidalguía.

FIDALGO.

Ya tu salida se excusa;
Que las ordinarias cajas
Su buena venida anuncian.

Salen RAMIRO, ORDOÑO Y LA BARBUDA, *y* LOS DEMÁS *que salieron de socorro*, CON EL REY MARSILIO, *preso*, Y CELIDORO.

BARBUDA.

Donadnos la vuesa mano.

REY.

Erguidvos, sol, prez é luna
De la casa de Guevara,
Que hoy de mas con vos se ilustra.
É vos, Ordoño é Ramiro,
Dadme los brazos; que en fucia
De vuesos brazos non finca
Navarra en mala ventura.

RAMIRO.

Santiago vos ha dado
La victoria.

REY.

É vuesa industria.

ORDOÑO.

Para serviros, buen Rey,
Non hemos de menguar nunca.

RAMIRO.

A vos, la señora Urraca,
Facemos nueva mesura.

URRACA.

Dios vos guarde, los fidalgos,
Que amparastes nuestras cuitas.

ORDOÑO.

Ya vos lo debemos esto.

URRACA.

E además, Ordoño, mucha
Voluntad que yo vos tengo.

ORDOÑO.

Dévos Dios buena ventura.

RAMIRO.

Ya son Olfos y Jimen
Libres. Rey de las obscuras
Prisiones, con otros muchos
Que allá estaban.

REY.

Non hay duda,
Sino que sois los fidalgos
De más prez.

SANCHO.

Pero ¿á mi ayuda
No me endonádes las gracias,
El Rey?

RAMIRO.

Es home de burlas,
Es el nueso paje Sancho.

SANCHO.

El vueso dicho me atufa;
Por la santa veracruz,
Que he lidiado un hora justa,
Como el Cid sobre Babieca,
Contra los moros de Fúcar.

REY.

Blanca, por vuestro valor
E la vuesa hermosura,
Habédes de ser mi esposa,
E reina en Navarra, é suya
De Ordoño de Lara, Urraca,
Pues Ramiro su ventura
Halló en Francia.

BARBUDA.

En nueso reino
Vivádes edades muchas;
Al vueso mandado estoy.

REY.

De la vuesa casa ilustran
Nuevas reinas de Navarra.

ORDOÑO.

E yo vos fago mesura
Por el bien que me facédes.

URRACA.

Y todo mi pavor fuya,
Pues alcancé mi deseo.

SANCHO.

Porque non finque en ayunas,
Veladme á mí con Marsilio,
Que aquí finca como Júdas.

RAMIRO.

Por estrenas destas bodas
Me le donad, con la junta
De los moros principales.

REY.

Prendas son, Ramiro, tuyas;
Faz dellos á tu buen grado.

RAMIRO.

Libertad les doy segura,
Con que torne á Zaragoza;
Haciendo homenaje y jura
Feudataria á tu corona.

MARSILIO.

Son aquí las párias justas;
Yo las juro y las prometo.

RAMIRO.

Yo á gozar de mi fortuna
Volveré á Francia.

SANCHO.

E yo ¿cómo
Fincaré en tal desventura?
¿Iré contigo?

RAMIRO.

Conmigo
Irás; presto te atribulas;
A Francia quiero llevarte.

SANCHO.

Como en ancas no me subas
De un troton como el pasado,
Vamos á ver sus monsiuras.

REY.

Ansí á Navarra y á Francia,
De la esclavitud mas dura
Que han tenido, libertaron
Los fijos de la Barbuda.

COMEDIA FAMOSA

TITULADA

EL OLLERO DE OCAÑA,

DE LUIS VELEZ DE GUEVARA.

PERSONAS.

DON SANCHO ANZÚRES.	BLANCA.	DON NUÑO.	UN ALCAIDE.
MENDO.	ELVIRA.	EL REY.	UN CRIADO.
PAYO DE LARA.	MARTIN.	FORTUN.	ACOMPAÑAMIENTO.

JORNADA PRIMERA.

Sale DON SANCHO ANZÚRES Y MENDO.

MENDO.

Hoy has de perder el seso.

DON SANCHO.

Pues si me vengo á casar
A mi gusto, ¿no he de dar,
Mendo, en tan feliz suceso,
Muestras del mayor exceso
Que ha visto ingenio perdido?
Que solo haber conocido
Que mi venturosa suerte
Se ha de acabar con la muerte,
Pudo cobrarme el sentido.
Si doña Blanca de Lara
Es mujer tan principal,
Que en sangre noble es igual
A la mas ilustre y clara;
Si naturaleza avara
En viéndola enmudeció,
¿Por qué no he de pensar yo
Que viva la ha de guardar,
Para volver á imitar
Lo mismo que ella le dió?

MENDO.

Ya sale, y Payo de Lara,
Tu suegro, con sus amigos
Y deudos.

DON SANCHO.

A ser testigos
De un bien que el sol envidiara.
¡Ay Mendo! advierte, repara
En su divino poder,
Pues yo he llegado á temer,
Por ser el mas alto empleo
Que alcanza humano deseo,
Dudas de que pueda ser.

MENDO.

Elvira, su hermana, viene,
Dama bizarra y hermosa.

DON SANCHO.

¿Qué flor, en viendo á la rosa,
Gala ni hermosura tiene?
Luz y resplandor contiene
El sol, y con su favor
Luce la estrella menor,
Pero en distancia tan bella,
Una es sol y otra es estrella,
Y entrambas dan resplandor.

Salen PAYO DE LARA, BLANCA Y ELVIRA, *y* ACOMPAÑAMIENTO.

BLANCA.

Muerta, Elvira, me has de ver
En llegando á dar la mano.

ELVIRA.

No te cases.

BLANCA.

Es en vano,
Porque debo obedecer
A quien no puedo perder
El respeto y la obediencia.
¡Oh fiera y mortal sentencia!

PAYO.

Sancho Anzúres, este dia
Libró el cielo mi alegría,
Dando mis años licencia,
Porque con disfraz hurtado
De la alegre juventud,
Renace en mí la virtud
Del mozo mas alentado;
Pero, si miro un traslado
En vos, del alma que os doy,
Y como en espejo estoy,
Viendo en Blanca mi alegría,
Mis años son deste dia,
Sancho, pues comienzan hoy

DON SANCHO.

Señora, si el ofreceros
El alma darme pudiera
Mas calidad, presumiera
Que llegaba á mereceros;
Porque son tan verdaderos
Los afectos de mi amor,
Que, á ser gentil, sin temor
Pensara, en fuego deshecho,
Que estaba infusa en mi pecho
La inteligencia mayor.

BLANCA.

Con vuestro ingenio sutil
Me quereis mostrar, Señor,
Que teneis en vuestro amor
Mas de galan que gentil;
No pinta el templado abril
Mas bien su hermoso dosel
Que vos vuestro afecto fiel,
Y con tal gusto, que siento
Que os tomais todo el contento
Para dejarme sin él.

ELVIRA.

¡Qué bien que le da á entender
Su poco gusto mi hermana!
Pero su esperanza es vana,
Y mi desdicha ha de ser.
En amar y aborrecer
Vive trocada la suerte;
Que en mis ojos Sancho advierte
Una aficion conocida,
Y viene á ofrecer la vida
A quien le diera la muerte.

PAYO.

Don Sancho, las condiciones
De nuestro contrato son.

DON SANCHO.

Ya yo sé mi obligacion,
Fundada en justas razones;
Aunque hay varias opinione
En Castilla, mas yo siento
Que me toque el juramento
Que hizo mi padre al Rey.

PAYO.

Sí; que es derecho y es ley
Cumplirle su testamento.

DON SANCHO.

Ya sé que el difunto Sancho
Dejó al príncipe heredero
Tan niño, que fué forzoso
Darle tutor en el reino;

Dejo los pesados lances
Del rey de Leon soberbio,
Que pretendió la tutela,
Por hermano del rey muerto;
En cuya bárbara guerra
Los castellanos hicieron
Que el fiero leonés comprase
Con sangre sus escarmientos;
Pero mientras se templa
Su furor, aquel mancebo
Bizarro, aquel que á la fama
Da mas blason en sus templos,
Aquel don Nuño Almegir,
Que del ambicioso fuego
Leonés sacó al niño Alfonso,
Y con su manto cubierto,
En un español Pegaso
Lo llevó á su patrio suelo,
Cobrando Avila aquel dia
Blasones que envidia el tiempo;
Aunque ahora (falsas nuevas
Serán sin duda) entre hierros
Moriscos rindió la vida,
Que esta fama hay en Toledo
Despues que tuvo esperanzas
De Leon y fué creciendo
El niño rey, los oidos
Que escuchaban lisonjeros
Admitieron mas licencia,
Que en el paternal decreto
Concedió Sancho á sus años,
Pues en el último acuerdo
Mandó que hasta que tuviese
Quince años, de su reino
No tomase posesion,
Y que los alcaides puestos
Por el difunto don Sancho
No le entregasen los pueblos,
Haciendo á fuer de Castilla
Pleitesía y juramento.
A vos y don Pedro Anzúres,
Mi padre, dejó á Toledo
En tenencia el Rey; murió
Mi padre, y yo, que le heredo
La futura sucesion,
Por la obligacion que tengo,
Hago aquí el mismo homenaje,
Como español caballero:
Que hasta que el rey Alfonso
(Pues es castellano fuero)
Tenga quince años y un dia,
De no admitir en Toledo
Ni su persona real
Ni provision ni decreto
Suyo, respondiendo siempre
Con humilde acatamiento
Y protesto los agravios,
Y que de la fuerza apelo
Para él mismo, y de morir
Por cumplir el testamento
De su padre; pero en cuanto
Al vasallaje que debo,
Como á mi rey natural,
Juro tambien y prometo
De servirle en paz y en guerra
Con mis amigos y deudos,
Con armas y con caballos,
Con provision y dineros
Contra el bárbaro Almanzor,
Rey de Córdoba, poniendo
Sobre el coronado alcázar
Y en las torres de Toledo
Los católicos pendones
De Alfonso, porque los tiempos
Digan que ofrezco la vida
A quien las puertas le cierro.

PAYO.

Dadme, don Sancho, los brazos;
Que en vuestro favor sustento
Para Alfonso contra Alfonso
Este pedazo de cielo.
Esta ceremonia sola
Faltaba para ofreceros
La dichosa posesion
De Blanca, y quieran los cielos
Que goce el gusto Castilla
Que yo á mis años les niego.—
Dáos las manos.

BLANCA. (*Ap.*)

¡Ay don Nuño!
Cuando el mundo está diciendo
A voces hazañas tuyas,
¿Dejas el mejor empleo
De tu alma en mano ajena?
Si no es que las nuevas fueron
Ciertas de que en Calatrava
Rendiste el valiente pecho
A los cordobeses moros.

DON SANCHO.

¿Podrá la fortuna, el tiempo
Ni la envidia, cuando sean
Contrarios de mis deseos,
Quitarme este bien?

MENDO.

Señor,
Aun no es tuyo.

DON SANCHO.

Calla, Mendo;
Que en posesion tan vecina,
Dudo que se ponga en medio
Ni aun la muerte.

MARTIN. (*Dentro, haciendo ruido.*)

Yo he de entrar.

PAYO.

Mirad quién es.

MENDO.

Un correo.

PAYO.

Pues no le negueis la entrada.

Sale MARTIN, *con alforjas y botas, como correo.*

MARTIN.

Mejórense de porteros,
O vive Dios, que las cartas
Se las dé al primer flamenco
Que pasare por la calle.

PAYO.

¿No veis que es órden que tengo
Dada en casa?

MARTIN.

Pues si es órden,
Guárdenla pará un convento;
En la puerta de Visagra
Mas de treinta ballesteros
Me tentaron, y aun querian
Espulgarme los gregüescos,
¿Y aun aquí no estoy seguro?
¿Traigo algun moro encubierto
Para ganar la ciudad?
Pues ¿qué me están deteniendo
Ballesteros ni criados?

PAYO.

Para otra vez, os prometo
Que no os detengan.

MARTIN.

A otra
Sabré lo que hay en Toledo,
Y ataré siempre las cartas
A la cola de un vencejo,
Y él vendrá á pedir el porte;
Mira á quién dice este pliego.

PAYO.

«A don Sancho Anzúres,» dice.—
Tomad.

MARTIN.

Traigo comision
Para dársela yo mesmo;
Porque tambien los correos
Somos personas de órden.

DON SANCHO.

Mostrad pues.

MARTIN.

Sosiegue el pecho:
¿Vuesarcé es don Sancho Anzúres?

DON SANCHO.

Sí, yo soy.

MARTIN.

Mírese en ello.

DON SANCHO.

Siendo yo, ¿qué hay que mirar?

MARTIN.

Déme un fiador.

DON SANCHO.

Majadero,
Si la carta es para mí,
¿Qué me pedis?

MARTIN.

Yo me entiendo;
El fiador de las albricias
Le pido.

DON SANCHO.

Yo las prometo;
¿De dónde viene esta carta?

MARTIN.

¿Tambien vuesarced es de esos?
Civilidad; pues ¿la fecha
No lo dirá? El majadero
Que, dando el reloj, pregunta
Las cuántas son, es lo mesmo.

DON SANCHO.

En el dia mas dichoso
Que vió en su discurso el tiempo,
Que alentó glorias humanas,
Que vió premiados deseos,
¿Qué me puede suceder,
Que no sean dichas? Correo
Que viene pidiendo albricias,
Claro está que algun suceso
Dichoso me está aguardando;
Que, aunque á las glorias que espero
En la posesion de Blanca
No puede llegar contento
Que las iguale, serán
Adorno ilustre á lo menos.—
¡Oh carta! Feliz presagio
De mi bien, tus letras beso,
Embebido en mi alegría.

BLANCA. (*Ap.*)

No ofrece minuto el tiempo
Que no sea un parto engañoso
De la esperanza que engendro;
Mas es aborto infeliz,
Pues ante mis ojos veo
La tirana posesion
Del que me ofrecen por dueño.

DON SANCHO.

¿Tan ciegos están mis ojos,
Tan rudo mi entendimiento,
Que en estas letras que junto
No incurren algun veneno?
Si no es que el mismo placer,
Con galan advertimiento,
Se me ha disfrazado ahora,
Para que lo compre á precio
De tan mortales avisos.
Otra vez las letras leo.

(*Lee.*) «Don Sancho, advertid que la »mujer que pretendeis para casaros »se ha visto en otros brazos, y debe »la posesion que esperais, á otro »dueño.»

PAYO.

Blanca, don Sancho ha perdido

El color, haciendo extremos
De turbacion y de enojo.

BLANCA. (*Ap.*)

Serán tristes sentimientos
De la muerte que me aguarda.

(*Mira don Sancho á Martin.*)

MARTIN.

¡Qué cortesano y discreto
Es don Sancho! Apostaré
Que me mira con intento
De ver si me viene bien
(Que es el gusto gran ropero)
Alguno de sus vestidos.

DON SANCHO.

Mi muerte voy prosiguiendo.

(*Lee.*) «Y si estos avisos no sirven »de desengaño, y ciego en vuestro »amor, proseguis en vuestros deseos, »dando la mano á doña Blanca, no fal»tará en Castilla quien manche su tá»lamo con sangre vuestra.»

Hombre, ¿quién te dió esta carta?

MARTIN.

Las albricias se me han vuelto
Patas arriba.

PAYO.

Don Sancho,
¿Qué teneis?

DON SANCHO.

Siento en el pecho
Un monte vertiendo llamas.—
Cierra esa puerta.

MARTIN.

Tenéos,
Obedientes cerradores,
Por Dios; que estos instrumentos
Ya no tocan á vestir,
Sino á desnudar.

ELVIRA.

¡Qué inquieto
Está tu esposo! ¿Qué tiene?

PAYO.

Hijo, de tan nuevo exceso
Dadme cuenta, si es posible.

DON SANCHO.

Razon os dará mas presto
Esta carta.

MENDO.

Ya he cerrado
Las puertas.

MARTIN.

¿A un correo
Que viene pidiendo albricias
Cierran la puerta? Esto es hecho;
Yo apuesto, y pierdo, doblado
Que son albricias de perro.

PAYO.

¡Válgame Dios! En mi honor,
Que tan á costa sustento
Con mi sangre, ¿hay mancha ahora,
Siendo de Castilla espejo?
Poco durará mi vida.

DON SANCHO.

Hombre.

MARTIN.

Y muy hombre.

DON SANCHO.

Si luego
No me dices la verdad,
Morirás en el tormento
Mayor que inventó la ira.

MARTIN.

Pues digo, juro y prometo,
Por el siglo de los siglos,
De todos los que asistieron
Al Diluvio, de decir
La verdad, como la siento
Yo en el corazon sencillo.

DON SANCHO.

Dímela pues.

MARTIN.

«Padre nuestro,
Que estás en los cielos.» Esta,
Aunque esté de enojo ciego,
No dirá que no es verdad;
Esta sé y esta confieso.

DON SANCHO.

Otra es la que te pregunto.

MARTIN.

Si es mas desta, será el Credo.
En malos infiernos arda
El español ó tudesco
Que inventó cartas misivas.

PAYO.

Sancho, escuchadme primero
Que se haga mayor exámen.

MARTIN.

¿Por una carta este aprieto?
¿Que escriba mil pesadumbres
Un hombre desde Toledo
Al Cairo, y el portador,
Hijo de puta, muy hueco,
Lleve cuatrocientos palos
En seis renglones y medio?

DON SANCHO.

Mi discurso no está ahora
Para volar pensamientos
Sobre disculpas tan vanas;
Lo que toco y lo que advierto,
Es lo que á voces me pide,
Por ser quien soy, el remedio;
Sosiégate, no te turbes.

MARTIN.

Yo fuera el dichoso.

DON SANCHO.

El yerro
No le has cometido tú;
Libertad tiene un correo
De entrar á dar unas cartas
En propio y ajeno reino.
¿Quién te dió el pliego?

MARTIN.

Mi amo,
Diego Bellido, el ollero
De Toledo.

DON SANCHO.

¿Qué me dices?
Mayor daño es el que temo;
¿No es aquel de quien España
Refiere bárbaros hechos,
Con voz de atroces delitos?

MARTIN.

El mismo.

DON SANCHO.

¿Y está ya quieto
En Ocaña?

MARTIN.

Está ya un santo;
El juéves le desmintieron,
Y no respondió palabra.
Lo que mas hizo, en cogiendo
Solos los desmentidores,
Fué matar al uno dellos
Y subirse al campanario.

DON SANCHO.

Y ¿sabes quién es el muerto?

MARTIN.

Sí, Señor; Martin Anzúres.

DON SANCHO.

Mi primo es, viven los cielos.
Señor, el entrarme importa
Hoy en Ocaña.—Deseos,
No os malogre la tardanza.

PAYO.

Pues ¿no temeis vuestro riesgo,
Cayendo en manos del Rey?

DON SANCHO.

¿Y no importa el honor vuestro
Mas que mi vida, Señor?
Yo he de salir de Toledo
A matar este villano,
Que, desatando venenos
De la lengua y de la pluma,
Es un basilisco fiero
Contra las honras y vidas;
No antepongais á mi pecho
Templadas prudencias vuestras.
Porque he de salir si encuentro
En el campo, no soldados
De Alfonso, sino soberbios
Almanzores y Tarifes,
Con mas escuadras que dieron
Nombre á Jérges.

PAYO.

Pues estáis
Tan ciegamente resuelto
Al peligro que os aguarda,
Quiero prevenir primero
Que salgais, sueltas espías,
Que os avisen, en volviendo,
Si está el camino seguro.

DON SANCHO.

En el valor de mi pecho
Llevo la seguridad.

PAYO.

En buena opinion has puesto,
Blanca, el honor de mi casa.

BLANCA.

¿Qué decis, que no os entiendo,
Señor?

PAYO.

Que tu liviandad
Ha puesto en mi lengua freno,
Para sentirla callando,
Para callarla muriendo. (*Vase.*)

BLANCA. (*Ap.*)

Fortuna feliz, si vienes
A estorbar mi casamiento,
No sea con la pension
De tan dañado secreto.

DON SANCHO.

Mendo, preven dos caballos;
Que has de ir conmigo.

MENDO.

Dos vientos,
En sus imágenes brutas,
Verás con alas de fuego.

BLANCA.

¿Don Sancho?

DON SANCHO.

¿Qué me mandais?

BLANCA.

Pues ¿yo tambien os merezco
El disgusto que os han dado,
Que respondeis tan soberbio,
Que casi vais animando
Descortesías?

DON SANCHO.

Respetos
Las llamad, cuando pudiera
Con tanta causa perderlos,
Que viera el sol mis enojos
Dirigidos á ofenderos.

BLANCA.

¿Qué decis?

DON SANCHO.

Que vos...

BLANCA.
Decid.
DON SANCHO.
Sois vos...
BLANCA.
¿Qué soy?
DON SANCHO.
El sugeto
De mi dolor.
BLANCA.
¿De qué suerte?
DON SANCHO.
Dejadme.
BLANCA.
Esperad.
DON SANCHO.
No puedo.
BLANCA.
¿Por qué?
DON SANCHO.
Porque estoy corrido.
BLANCA.
¿De qué?
DON SANCHO.
De mi loco empeño.
BLANCA.
Y ¿por qué ha sido?
DON SANCHO.
Por vos.
BLANCA.
¿Qué arresgastes?
DON SANCHO.
El empleo
Del alma.
BLANCA.
Y ¿no merecia
Ser su sagrado mi pecho?
DON SANCHO.
A ser ella la primera,
Bien decis.
BLANCA.
¡Qué escucho, cielos!
¿Vos presumis...
DON SANCHO.
Y aun afirmo
Que fué mal perdido el tiempo
Que en vos la puse.
BLANCA.
¿Por qué?
Pero advertid el respeto
Con que en España me miran.
DON SANCHO.
Pues abran puerta al silencio
Las quejas y los agravios.
BLANCA.
Mirad que quiero saberlos.
DON SANCHO.
¿Cómo podréis encubrirlos,
Siendo vos la causa dellos?
BLANCA.
Es enigma entretenida,
Que en la carta os escribieron.
DON SANCHO.
A lo menos me avisaron
Que ciñeron vuestro cuello
Otros brazos.
BLANCA.
(*Ap.* Cruel don Nuño,
¿Tú revelaste el secreto
De conquistados favores,
Siendo favores honestos?)
Y ¿qué pretendeis ahora?
DON SANCHO.
Que vos me deis el consejo
Que he de tomar.

BLANCA.
Pues, don Sancho,
Creed que solo un remedio
Podrá ser en tanto agravio,
Que os libreis del mal concepto
Que contra mi honor tuvisteis,
Y es, teñir el blanco acero
En la sangre del villano
Que vos creeis, como necio;
Y si decis que es bajeza
Igualar su nacimiento
Villano con vuestra sangre,
Matándole cuerpo á cuerpo,
Estáis, don Sancho, engañado:
Que en lo que ahora habeis hecho,
Pareceis imágen suya,
Y aun presumo que le ofendo;
Y ansi, podeis sin excusa
De ocasion, nobleza y tiempo,
Reñir con él, y mirad
Que no desprecieis, soberbio,
Al contrario que buscais
Por villano; porque entiendo
Que sabrá tambien mataros
El que se puso á ofenderos.
DON SANCHO.
Advertido y obediente
Voy, Señora; pero el premio
De la venganza que busco
¿Cuál ha de ser?
MARTIN. (*Ap.*)
¡Pobre Ollero!
DON SANCHO.
Dilatad, cielo, las horas;
Quizá me darán remedio.
BLANCA.
Tambien os dará la mano
La misma que os dió el consejo.
(*Vanse.*)

Sale DON NUÑO, *vestido de labrador.*

DON NUÑO.
Al mar, del Abrego herido,
Puedo mi vida igualar,
Que es un proceloso mar,
De mis fortunas vencido;
Acosado y perseguido,
Hallo el descanso en morir;
Llegan tan sin prevenir
Las ocasiones, que he hallado
Que obligan á un desdichado
A no podellas sufrir.
¡Ah Blanca! Norte eclipsado
De mi entendimiento ciego,
Cuando á tu vista me llego
Huye tu luz mi cuidado;
En un piélago abrasado
Siento ya, ingrata, anegarme,
Y porque puedo vengarme,
Mientras puedo respirar,
Te has dado prisa á casar
Para acabar de matarme;
Ay Dios, que ya llega tarde
La diligencia mayor;
Ríndase el alma al dolor, (*Siéntase.*)
Pues vive en pecho cobarde;
Sus luces recoja y guarde
El sol, que en púrpura enciende
El hacha, porque se ofende
Que ya sus líneas señale;
Que, aunque para todos sale,
Para dichosos se entiende.

Sale MARTIN.

MARTIN.
El alba cariampollada
Salió despeñando al miedo,
Y despertando en Toledo
Platillos de naranjada.
De mi noturna jornada
Cuenta estrecha pienso dar
A quien me hizo caminar
Con priesa y miedo excesiva;
Mas, como no haya misiva,
Todo se puede llevar.
Esta cruz ¡qué linda seña!
Me ha dicho en esta campaña
Que me falta para Ocaña
Una legua harto pequeña;
Pero el bosquecillo enseña,
Y sin miedo imaginado,
Que en él tiene sepultado
Ermitaños cimarrones,
Y pienso que está de nones
El hombrecillo sentado.
Añagaza es, bien lo veo;
Cogido me han, como lobo,
En la trampa; lindo robo
Harán á un pobre correo.
DON NUÑO.
Si no me engaña el deseo,
Este es Martin, que no impide
Sombra el sol, que el cielo mide.—
Martin, mi voz no te asombre.
MARTIN.
Ladron que me sabe el nombre,
Hasta la camisa pide.
DON NUÑO.
Llega, no tengas temor;
Que yo soy.
MARTIN.
(*Ap.* Este es mi amo.)
Ladron, si eres el reclamo
Deste escuadron salteador,
Pide el oculto favor
De quien te arroja al camino;
Que soy Hércules divino,
Si tú, ladron, eres Caco,
Y aun para matarte, Baco
Me dió un montante de vino.
DON NUÑO.
Alegre vienes.
MARTIN.
Afuera,
Que soy hombre temerario;
Pero contra un incensario
¿Quién dudara y quién temiera?
Oh Señor, saber quisiera
Quién te ha puesto en libertad.
DON NUÑO.
Deidad es la oscuridad
De la noche, que ella pudo
Dar en el silencio mudo
Nombre á una temeridad;
Mas ¿qué sentencia has traido?
MARTIN.
Mi diligencia sabrás;
Si me tardo un año mas,
Hallo á Blanca con marido.
DON NUÑO.
Seas mil veces bien venido;
Siéntate, Martin; ¡ah cielos,
Testigos de mis desvelos
Tan justos! ¿Al fin le diste
La carta?
MARTIN.
Y muy cari-triste,
Armó borrasca de celos;
Hizo aprestar un caballo
Para venirte á buscar.
DON NUÑO.
Dichoso será el lugar
En que yo pueda encontrallo.
MARTIN.
No es menester deseallo;
Que, sin que nadie lo impida,
Aprestó ya su partida.

DON NUÑO.
¿Que tan venturoso fuí?
Como venga por aquí,
Te doy de albricias la vida.

MARTIN.
No te estuviera muy mal:
Que en esos verdes espacios,
Márgenes de aquestos bosques,
En voladores caballos,
Hoy los monteros del Rey,
Que se entretienen cazando,
Por divertir el enojo
Que le ha causado don Sancho
Y Payo Nuño de Lara,
Porque los dos le han cerrado
De la famosa Toledo
Las puertas, y son agravios
Que los lleva mal el Rey;
Y si viene tu contrario
A verse contigo, es fácil
Mandar prenderlo ó matarlo
El Rey, pues don Sancho viene
No mas de con un criado,
Ciego de sus mismos celos,
Pues se arroja á averiguarlos
Contigo, hasta que le digas
A quién dió Blanca los brazos;
Y si le pescan el cuerpo,
Te excusarán el trabajo
De reñir con él, que es noble
Al fin, tú un pobre villano
Impertinente, pues quieres,
Sin señalarte salario,
Remediar daños ajenos
A costa de tu descanso;
Tambien lo digo por mí,
Que, la sotana ahorcando
De gorron de Salamanca,
Por no sé qué puñetazos
Que le dí con una daga
A un hombre, perdí el trabajo
De mis honrosos estudios;
Há que te sirvo dos años,
Y siempre andamos á monte
Con la manta y vidriado
A cuestas.

DON NUÑO.
Calla, Martin;
Que el tiempo es el desengaño
De la ignorancia en que vivo.

DON SANCHO. (*Dentro.*)
Mendo, ten ese caballo.
(*Levántase Martin.*)

MARTIN.
Ya está en campaña Oliveros.
Vive Dios, que me han hurtado
La sangre; don Sancho es este.
No se le niegue; bizarro
Viene y con valiente brio
Español.

DON NUÑO.
¿Que llegó el plazo,
Cielos, del bien que deseo?

Sale DON SANCHO.

DON SANCHO.
¿Veniste tan mal premiado,
Que no vinieras conmigo?
Pero basta ser villano
Para que el temor te ausente.
A las ancas del caballo
Te he de llevar hasta Ocaña;
Mas será atadas las manos,
Por pagar tu villanía.

MARTIN.
Haga cuenta que me ataron,
Y que hemos llegado ya,
Porque el que mira es mi amo.

DON SANCHO.
¿Eres tú Diego Bellido,
El Ollero?

DON NUÑO.
Muy de espacio
Os haré la informacion;
Bien podréis ir preguntando
Lo demás: que yo respondo
Que soy el Ollero.

DON SANCHO.
¡Bravo
Orgullo! ¿y á quién mataste
En Ocaña?

DON NUÑO.
Es cuento largo.

Sale EL REY, *que será niño*, Y FORTUN.

FORTUN.
Vuestra alteza se detenga,
Porque he visto dos milagros
Juntos, á don Sancho Anzúres,
Y aquel famoso villano,
Diego Bellido el Ollero.

REY.
Y llego á ver en entrambos
Cumplido el mayor deseo.
Vendrá sin duda don Sancho
A valerse del favor
De un hombre tan celebrado
Por su valor en España;
Quiero, Fortun, escucharlos
Mientras los monteros llegan.

FORTUN.
Si no se escapa volando,
Quedará don Sancho preso.

DON NUÑO.
Ya os digo que desacatos
Contra mi rey natural,
Me muero por castigarlos.

REY.
Escucha.

DON NUÑO.
Y vuestro primo,
Martin Anzúres Hidalgo
(Como Castilla pregona),
Pudiera enfrenar los labios
En cosas que al Rey se ofende;
Que hay en España villano
Que, en tocándole á su rey,
Subirá á hacer pedazos
Al mismo sol, voto á Dios.

REY.
¡Bizarro valor!

MARTIN. (*Ap.*)
Burláos
Con el tal ollero.

DON NUÑO.
Dijo,
Oyéndole hombres honrados
(Y bastaba estar yo entre ellos),
Que hasta no sé cuántos años
Era mal hecho entregarle
A Toledo á un rey muchacho.
Yo le respondí que Alfonso,
Que viva por siglos largos,
De catorce años, tenia,
Para regir sus vasallos,
Ingenio y capacidad
Mejor que vos y que Payo
De Lara, porque los reyes
Ganan el comun aplauso,
Aunque niños, con los ojos,
Y que merece el agravio
De no entregarle á Toledo
Castigo ejemplar; notaron
Todos mi resolucion,
Y Anzúres, soberbio y vano,
A otras cosas que le dije
Me desmintió, no á su salvo;
Que, antes que los que escuchaban
Llegasen á remediarlo,
Tenia dos estocadas
Por los pechos, y tomando
Iglesia, me defendí
Desde la torre, tirando
Las peñas que le servian
De sustento al campanario.

MARTIN.
Pues ¿no le dije en Toledo
Que es mi amo un echa-cantos?

DON NUÑO.
La hambre, al fin, enemiga
Comun, y los varios casos
Que destinan mi fortuna,
De la torre me sacaron
Entre luces y entre sombras
De los rayos mal formados
Del alba, alegre, par Dios,
De ir á Toledo á informaros,
Mas bien que con cartas muertas,
Con voces vivas; cansancio
Y desesperada pena
De las desdichas que traigo
Tan sobre mis hombros siempre,
A suspender me obligaron
El camino y la intencion.
Esta es la verdad; si acaso
Fuera de vuestros designios,
Que tambien podréis juntarlos
A esta nueva relacion,
Quereis por deudo, don Sancho
Vengar al difunto Anzúres,
Lugar os ofrece el campo
Para vuestras bizarrías;
Y no penseis que es agravio
De vuestra nobleza ilustre
Ver vuestro acero manchado
En sangre de quien os busca,
Con opinion de villano.

REY.
¿Ha habido esfuerzo mayor?
Si este no fuera villano,
Hiciera su nombre eterno.

DON SANCHO.
Pues las órdenes que traigo
Son de matarte: que en tí
Ha de morir el agravio
De tu lengua y de tu pluma;
Y para que veas que pago
El valor de que te precias,
He de hacer contigo campo,
Igualando las personas
Y las armas.

DON NUÑO.
Con los brazos
Os pagara este favor,
A estar conformes entrambos.

DON SANCHO.
¿Qué armas tienes?

DON NUÑO.
Esta espada
Y broquel, y desarmado
El pecho.

DON SANCHO.
Yo una rodela
Traigo al arzon del caballo,
Pero vestida una cota;
Y advierte que es, si la traigo,
Por el riesgo del camino;
Porque para tí, yo basto
Para quitarte mil vidas.

DON NUÑO.
Con una podré pagaros.

MARTIN.
De Medina viene el aire,
En verdad.

DON SANCHO.

Pues desarmados
Hemos de reñir, la cota
Será menos embarazo.

DON NUÑO.

No, no os desabrigueis;
Que habréis venido sudando,
Con la priesa del camino;
Demás, que aunque fuesen rayos
Los aceros desta cota,
Tengo pujanza en el brazo
Para juntar los extremos,
Si alguna punta os alcanzo.

DON SANCHO.

(*Ap.* No he visto mayor valor
En hombre; ¡qué poco caso
Hace de verse conmigo!)
Mendo, quita del caballo
La rodela.

(*Vase don Sancho.*)

FORTUN.

Aquí está el Rey.

DON NUÑO.

Oh Señor, dejad mis labios
Honrados en vuestras plantas.

REY.

Por ser tu delito honrado,
Le perdono; pero ahora,
Pues te ha venido á las manos
Ocasion en que á tu rey
Puedas servir en el caso
Mas importante, has de hacer
Con Sancho Anzúres campo,
Entreniéndote en él
Hasta llegar mis criados,
Para que prenderle puedan.

DON NUÑO.

¿Y si llegase á matarlo?

MARTIN.

Pan y mejoría.

REY.

Estuviera
Seguro del embarazo
Que siente en él mi deseo.
A Toledo me han cerrado
Payo y Sancho, tan soberbios,
Que no podré sujetarlos
Si no es con esta prision.
Demás, que yo no me llamo
Rey si me falta Toledo,
Porque en Toledo cifraron
Los cielos grandezas mias.

DON NUÑO.

Si en esto hubiera librado
Vuestra alteza la corona
Del Asia, con el romano
Imperio... Don Sancho viene;
Encubríos en esos ramos,
Señor; veréis la batalla
Mas bizarra que en teatros
De Roma admiró el valor.

REY.

Fortun, con priesa y cuidado
Vé á recoger los monteros,
Porque todos á caballo
Cerquen la salida al bosque.

(*Encúbrese el Rey entre los ramos.*)

FORTUN.

Presa es segura.

DON NUÑO.

¿Hasta cuándo,
Fortuna enemiga mia,
Irás con tan fuertes lazos
Eslabonando peligros?

Sale DON SANCHO, *con rodela y la cota en la mano, y échala en el suelo.*

DON SANCHO.

Esta es la ventaja.

DON NUÑO.

Hidalgo,
¡Valor!

DON SANCHO.

Ahora bien puedes
Librar tu vida en las manos;
Que he de llevarte á Toledo
Preso ó muerto.

DON NUÑO.

Corto plazo
Tomaste para una empresa
Que un ejército africano
Dudara en él conseguirla.

DON SANCHO.

Pues hoy bastará un don Sancho.

(*Pelean los dos.*)

DON NUÑO. (*Ap.*)

¡Bravo aliento! Es noble en fin,
Y riñe con celos.

DON SANCHO. (*Ap.*)

¡Tanto
Me dura un villano, cielos!
No vi esfuerzo mas bizarro
En hombre; ya pongo duda
En la promesa.

DON NUÑO.

De espacio;
Que bien tenemos que hacer.

DON SANCHO. (*Ap.*)

Vive Dios, que me ha admirado
El sosiego con que riñe.

DON NUÑO. (*Ap.*)

No está mas firme un peñasco.
Si fuera otra pretension,
Pienso que dejara el campo
Con honradas condiciones.

REY. (*Ap.*)

Buen caballero es don Sancho,
Pero el villano me admira.

FORTUN. (*Dentro.*)

Hácia el bosque los caballos,
Por acá; no se nos vaya.

DON SANCHO.

¿Qué es esto, cielos airados?

DON NUÑO.

Vuestro peligro el mayor;
Ya os han cerrado los pasos
Monteros del Rey, que manda,
O prenderos ó mataros.
Mas no permitan los cielos
Que cuando vos, tan hidalgo
Y cortés, dejais la cota
Por ventaja, peleando
Con tanto valor, os mate
Con mas ventaja un villano,
De la que trajisteis vos.
Subid en vuestro caballo
Con la priesa que el peligro
Os pide; que el tiempo es largo
Para volvernos á ver.

DON SANCHO.

Corrido voy, y obligado
A pagar esta amistad.

DON NUÑO.

Presto veréis al villano
De Ocaña dentro en Toledo,
Para acabar nuestro campo.

(*Vase don Sancho.*)

Sale el REY.

REY.

Hombre, ¿qué has hecho?

DON NUÑO.

En mi vida
Pude con injusto trato
Acabar hazaña honrosa.

REY.

Pues ¿no ves que me has quitado,
En su prision ó su muerte,
Mi mas seguro descanso?

DON NUÑO.

¿Está en Africa Toledo?
¿Son scitas, persas ó partos
Los que la guardan, Señor?
¿No son tus mismos vasallos
Tan leales como el mundo
Conoce? Pues ¿qué cuidado
Te da el de Lara y Anzúres?
Apenas verán los rastros
De tus huellas en Toledo,
Cuando con dichoso aplauso
Te coronen; yo lo digo
Y sustentaré.

REY.

En tus manos
Estriba el bien que perdí.
Pero ahora yo no alcanzo
Cómo he de entrar en Toledo,
Porque prevenir soldados,
Y contra vasallos mios,
No es hecho de rey cristiano.

DON NUÑO.

Pues si tus ojos han sido
Jueces del valor bizarro
Que dentro en mi pecho vive,
Fia de mi espada y brazo
(Cuando me falte la industria),
Claro Alfonso, tu descanso.
Vamos, Señor, á Toledo;
Que con el disfraz que trazo...

MARTIN.

Encamisada tenemos.

DON NUÑO.

En su alcázar, coronado
De almenas, has de comer
Mañana.

MARTIN.

¿El Ollero es barro?

REY.

En la fama de tus hechos
Va seguro y confiado
Alfonso; de tí me fio;
Que pues diste á tu contrario
Libertad por no prenderlo
Con ventaja, caso es llano
Que guardarás á tu Rey.—
Apercebidme caballos.

DON NUÑO.

A Toledo, gran señor.
Si en el Danubio un villano
Dió paso á César, ¿qué mucho
Que con aliento gallardo
Dé paso á su Rey ahora
Otro villano en el Tajo?

(*Vanse.*)

JORNADA SEGUNDA

Sale DON SANCHO, *solo.*

DON SANCHO.

Blanca á que mate me envia
Al que su honor ofendió,

Y vuelvo vencido yo
De su mesma cortesía.
Busquéle arrogante y fiero,
Y echando la suerte en vano,
Hallé en el traje un villano,
Y en el trato un caballero.
Y entre furiosos desvelos,
Descubren las ansias mias
Villano con cortesías
Y caballero con celos.
Esta es Elvira. ¡Oh tirana
Fuerza de mortal ensayo!
Ya la temo como á rayo
Del bello sol de su hermana.

Sale ELVIRA.

ELVIRA.

Don Sancho, seais bien venido.
Muy bien habréis despachado;
Que haber sin riesgo llegado,
Clara informacion ha sido.

DON SANCHO.

Por Blanca se aventuró
Mi vida, aunque no era mia;
Yo hice lo que debia,
Mas no lo que me encargó.
¿Cómo llegaré á sus ojos,
Sin que enojados me vean,
Cuando en mi pecho pelean
Las causas de sus enojos?
¡Ay Elvira! Tú podrás
Sola templar los rigores
De Blanca.

ELVIRA.

En vuestros amores,
Sancho, no tendré jamás
Tan buena dicha, que sea
Parte en el bien que esperais.

DON SANCHO.

Pues ¿por qué?

ELVIRA.

Porque no estáis
Donde vuestro amor desea.
Ocupais pocas memorias
De mi hermana. (*Ap.* ¡Airados cielos!)
¿Por qué con injustos celos
Haceis mis penas notorias
Al alma y á mi tercera
Del mismo bien que pretendo?

DON SANCHO.

De lo que dices me ofendo.
Si Blanca me aborreciera,
En la voz y en el semblante
Lo hubiera dado á entender.
No poderla obedecer,
Causó el suceso inconstante
Mi fortuna, y luego aun no
Sabe Blanca mi venida.

ELVIRA.

Pues yo sé que está ofendida,
Y que su gusto forzó,
Aunque llegó, al parecer,
Contenta á daros la mano.

DON SANCHO.

¿Qué dices?

ELVIRA.

Que ha sido en vano
Porfiar y pretender.

DON SANCHO.

¿No me quiere Blanca?

ELVIRA.

No.

DON SANCHO.

Pues ¿de quién lo sabes?

ELVIRA.

Della.
Será imposible vencella;
Su pecho me declaró.
Y dice que antes el sol,
Hecho segundo Faetonte,
Servirá de basa á un monte
Del hemisferio español,
Y que la caliente pira
De oloroso calambuco,
Adónde el Fénix caduco,
Para renacer, espira,
Que, en vez de cenizas pardas,
Engendra fenicios vuelos,
Dará ardientes Mongibelos
Y basiliscos por guardas;
Y de sus ardientes bocas,
A quien la envidia se atreve,
Saldrán piélagos de nieve,
Que el fuego convierte en rocas;
Y el mar, abollando espumas,
Sin hacerle el viento señas,
Hará parecer las peñas
Cisnes de erizadas plumas;
Y primero en su rigor
Hallará la muerte olvido,
Que llegue á ser su marido
Hombre á quien no tiene amor.

DON SANCHO.

¿Qué mas bien puede pintar
Ella misma su desden?

ELVIRA.

Pues ella viene, de quien
Os podeis, Sancho, informar.

Sale BLANCA, *mirando en un retrato.*

DON SANCHO.

Divertida en un retrato
Viene; ¡qué rigor tan nuevo!
Venenos ardientes pruebo,
Que por las venas dilato.
¿Blanca otro amor? ¿Es posible?
¿Y que burla mi deseo?
Ya sus imposibles creo,
Viendo el mayor imposible.

BLANCA.

Ingrato dueño mio,
¡Con qué mortal licencia
Estás bebiendo olvidos en mi ausencia!
Si vives cuando el alma que te envio
Le hace mayor fuerza á mi albedrío,
¿Que inmóvil roca hubiera,
A quien el Tajo á solas
Besa con labios de risueñas olas,
Que mis quejas oyera
Sin ablandarse, si diamante fuera?
Los tiernos ruiseñores,
A mis quejas atentos,
Enternecen con lástima los vientos,
Y desprecian el bosque, selva y flores,
Llorando ausencias y cantando amores.

DON SANCHO.

Fuego influyen estrellas;
Cobarde es la paciencia.
Déme el celoso ardor noble licencia,
Y quede entre justísimas querellas,
Despojo fiero de sus manos bellas.—
¿Señora?

BLANCA.

Seais bien llegado,
Señor don Sancho, á Toledo.

DON SANCHO.

Ya templó mi furia el miedo,
Como el soberbio criado,
Que delante del señor,
El respeto le enmudece.

BLANCA.

Vuestra vitoria me ofrece
Vuestro natural valor;
Excusado es preguntar
Si á aquel villano matastes.
Decid, Señor, si le hallastes,
Que es lo que puede dudar
Mi dicha; que en la venganza
De mi honor, estando á cuenta
Vuestra, el valor me presenta
Tan colmada la esperanza,
Que yo en esta breve ausencia,
Por lo que me prometistes,
Solo en saber que salistes
Hice la duda evidencia;
Tanto, que podeis quitar,
Yendo á defenderme á mí,
A César lo del vencí,
Dejando el ver y el llegar.
Pues el alma, acreditando
El bien que en vos comprehendo,
Sé que le vencisteis viendo,
Y le matastes llegando.

DON SANCHO.

Mas que César prometí,
Pero en el vencí falté,
Señora, porque llegué
Y vi, pero no vencí.
Hallé en el campo un villano,
Que su culpa confesó.

BLANCA.

¿Matástesle?

DON SANCHO.

Blanca, no.

BLANCA.

¿Mas que hay valor soberano,
Aplicado al enemigo?
Mas que referis historias
De las antiguas memorias,
Cuando se perdió Rodrigo,
Y que el montañés Pelayo
Fuera con él un cordero,
Y que el portugués vaquero,
Que fué para Roma un rayo,
Fuera cobarde con él?

DON SANCHO.

Si todo os lo decís vos...

BLANCA.

Y que ansí me ayude Dios,
Que estoy ya de parte dél;
Porque un hombre que ha tenido
Tanto aliento y bizarría,
Mejor que vos merecia
El nombre de mi marido.

DON SANCHO.

¡Qué presto faltó la fe
En cuya virtud vivia
Mi amor, pues le respondia
El vuestro! Mas ya se ve
La falta de vuestro amor
En el desden que mostrais.
¡Qué presto mudada estáis!

BLANCA.

¿Quién os lo ha dicho, Señor?

DON SANCHO.

Elvira pudo advertir
Cuánto mi amor se engañó.

BLANCA.

Pues ¿qué culpa os tengo yo,
Si ella lo quiere decir?

DON SANCHO.

Y ese retrato ¿no aumenta
Mi sospecha acreditada?

BLANCA.

La curiosidad me agrada;
Huélgome que tengais cuenta
Con mis acciones, sin ser
Hasta ahora dueño mio.
El retrato, es desvarío
Pensar que os ha de ofender;
Que entre unos sueltos papeles
De mi padre pude ahora
Verle, y lo que me enamora
Es la fuerza en los pinceles,
Con que la valiente mano

De otro Lisipo español
Da envidia á Marte y al sol,
Por valiente y cortesano;
Armado en blanco se pinta,
Con tan alta admiracion,
Que me roba la intencion,
Teniendo el alma sucinta
Y abreviada en el pequeño
Espacio de líneas breves,
Que descubren rayos leves,
Con tanta vida, que el sueño
Deste dormido pincel
Exhala en rayo armados
Espíritus abrasados,
Que me transforman en él.
Mas, para que echeis de ver
Que no quiero disgustaros,
Quiero el retrato mostraros,
Para que podais perder
Tan anticipados celos
Como ahora me pedis,
Y si el veneno encubris
Con disfrazados desvelos,
Y quereis borrar los sábios
Rayos desta muerta vida,
Fácil remedio os convida
A templar vuestros agravios;
Presto los podréis borrar,
Pero bañando la mano
En la sangre del villano
Que dejasteis de matar.

DON SANCHO.

Oid, Señora, por Dios.

BLANCA.

¿Paréceos dificultoso
El remedio?

DON SANCHO.

No es piadoso.

BLANCA.

Yo no os quiero monje á vos.

DON SANCHO.

Mostradme el retrato pues;
Sabré lo que he de borrar.

BLANCA.

Sabed primero matar;
Que el borrar será despues.

ELVIRA.

¿Qué te importa que le vea?

BLANCA. (*Muéstrale el retrato.*)

Nada por cierto; advertid
Que se parece al del Cid,
Cuando en la primer pelea,
Mozo, valiente y gallardo,
Dió luces de mayor fama.

DON SANCHO.

Y ¿sabeis cómo se llama?
(*Ap.* En mayores fuegos ardo,
Cielos; que he visto mi muerte.)

BLANCA.

Aquí no hay escrito nombre
Ni la edad; parece un hombre,
Por lo que el pincel advierte,
De valor tan soberano.
Que, á darle vida los cielos,
Con él os matara á celos,
Sin que estuviera en mi mano.
Y pues en la vuestra estriba,
Perdeldos, si los teneis,
Y el remedio no olvideis
Con venganza ejecutiva.
Y advertid que, aunque os parece
Blanda materia, es tan fino
Diamante, que es el camino
Que de ablandarle se ofrece
Mas fácil para borrar
Lo que os da celos en vano,
La sangre de aquel villano
Que dejasteis de matar. (*Vase.*)

DON SANCHO.

¡Cielos! ¿qué ilusion me engaña,
Y qué letargo cruel,
Que el rostro de aquel pincel
Es del villano de Ocaña?
Blanca, en mis locos desvelos,
A este, que es mi ofensor,
Lo fui á matar por tu honor,
Mas ahora por mis celos. (*Vase.*)

Sale MARTIN Y DON NUÑO.

MARTIN.

¿Hubiera loco en Toledo
Ni en Murcia que cometiera
Hazaña tan escabrosa?
Dime, Señor, lo que ordenas.

DON NUÑO.

Solo que calles, Martin,
Porque viene el Rey tan cerca,
Que escuchará tus locuras.

MARTIN.

Aquí tienes mi obediencia
De generoso lebrel;
Aunque hay opinion que aprieta
Tanto la hambre, que obliga
A lo que el hombre no piensa.
Mas dime, así Dios te guarde:
Si diligente navegas
Al golfo de tus desdichas,
Y es de quien mas te recelas
Toledo, ¿cómo prometes
A Alfonso (cuando le cercan
Torres, muros, armas, hombres)
La entrada, si se la niegan
A los átomos del sol,
Y le envian á las huertas
A madurar los membrillos,
Que es una gentil conseja?
¡Al niño Rey le disfrazas,
Siendo una luz que penetra
La obscuridad mas oculta?
¿Solo quieres que se atreva
A entrar donde le resisten
Las toledanas ballestas,
Que, tirando al ojo, dicen
Que da la punta en la ceja?
A Toledo hemos llegado;
Mira que dicen las viejas:
«Periculis en la mar,
Periculis en la tierra.»
Señor, almenas y encinas,
Yo estoy siempre mal con ellas;
Pero es entrada de rey,
¿Qué milagro si las cuelgan?

DON NUÑO.

Calla, Martin; que me matas.

MARTIN.

No me espanto; que ya llegas
Tan perdigado, que pienso
Que te matará un trompeta,
Si vive junto á tu casa;
Los jueces de tu sentencia
Son las dos partes contrarias;
Sin remedio te condenan,
Que eres reo universal
Y en cualquiera parte pecas.
¿No tomaras el consejo
De un zapatero, que afrenta
Los Diógenes sesudos,
Que hallaron con su prudencia
Su santa comodidad?

DON NUÑO.

Si en diciéndolo me dejas
Y callas, te escucharé.

MARTIN.

Oye, como te arrepientas.—
Habia un cierto lugar,
Tan incierto, que aun apenas
Sus vecinos le sabian;
Su planta era en las riberas
De un rio corto de talle,
Porque á su lugar parezca;
Sus vecinos, por ser trece,
Los contaban por docena,
Y una maestra de niñas,
Que eran trece y la maestra.
Dicen que fué antiguamente
Colonia romana ó griega,
Y agora, por sus pecados,
Es española agujeta.
Pero con el buen olor
Y aquella rancia nobleza,
Eligen sus magistrados,
Con poder sobre las penas.
Llegó de año nuevo el dia,
Donde los cargos se truecan,
Porque todo era postizo;
Y el zapatero, ojo alerta,
En sabiendo la eleccion,
Cogió las hormas, con priesa
Notable, en una barquilla,
Que servia de muleta
Al pueblo, y se fué agua abajo
Y á poco mas de una legua
Dió fondo en otro lugar,
Casi de las proprias señas,
Si bien no tan opulento,
Por ser poblacion mas nueva;
Y así, tenia en la torre,
Por campanas, dos cigüeñas.
Admirándose la plebe,
Que era entonces dia de feria,
De ver al Crispin sacar
La pedestal herramienta,
Le preguntaron á coros,
Y no con poca sospecha,
La causa de su mudanza;
Mas él, con la voz serena,
Les dijo: «Señores mios,
Oigan, que la causa es esta.
Ya sabrán vuesas mercedes
De *ab initio* y *ante saecula*,
Que en mi lugar o mi baca
(Que no vengo para fiestas;
Y diré mal de mi padre,
En desarmando la tienda),
Ya saben que sus vecinos,
Por enfermedad secreta,
No llegan al catorceno.
Pues hoy, por costumbre vieja,
Hubo eleccion de justicia,
Plega á Dios que en él se envuelva.
Pues, como se está el lugar
Siempre en sus trece, y es mengua
En república tan noble
No hacer la eleccion entera,
Repartieron, como digo,
Los oficios por cabezas:
Dos alcaldes ordinarios
(Ya saben sus preeminencias),
Uno de los hijosdalgo
Y otro de la villanesca,
¿Hacia dónde está esta gente?
Pero yo pienso que cuentan
Por villanas á las cabras,
Hidalgas á las ovejas.
Luego un alguacil mayor,
Con que tenemos tres piezas;
Juez de testamentos, cuatro;
Luego un recetor de penas
De cámara, que son cinco,
Aunque de pujo revientan.
Cuatro regidores, nueve,
Que rigen cuatro carretas;
El escribano y alcaide
De la cárcel, que está en jerga
Y su poco de verdugo,
Cumplen doce, y ellos eran,
Conmigo, trece. Pues digo

Á los que saben de cuenta,
Si los doce son justicia,
Y yo me he quedado fuera,
¿En quién la han de ejecutar,
Si no es en mí? La madera
De mis hormas me acompañe,
Que no he de vivir en tierra
De tantos justos pastores,
Que ahorcarán una estrella.
Y es mejor ser con desdicha
Jonás de aquella ballena,
Arca de aqueste diluvio
Y Lot de aquella humareda.»
Dijo el zapatero: y yo
Digo que toda esta tierra
Es justicia contra tí;
Serás cuerdo si la dejas.
El otro lió las hormas;
Liemos las ollas nuestras
Y llevémoslas á Egipto;
Que allá no compran cazuelas.

DON NUÑO.

Discursivo estás, Martin;
Ingenio tienes.

MARTIN.

Espera;
Que estamos junto á los muros.

DON NUÑO.

Y han salido por la puerta
De Visagra algunas guardas.

MARTIN.

Á mi zapatero apela
Antes que lleguen.

DON NUÑO.

¡Oh Alfonso!
Muera yo, como te vea
En Toledo coronado.—
¿Sabes ya?

MARTIN.

No me encarezcas
Lo que he de hacer; prevenido
Vengo de razones hechas,
Para engañar diez gitanos.

DON NUÑO.

Señor, esperad; que llega
Nuestro intento á ejecutarse.
(*Vanse.*)

Sale DON SANCHO, *con dos guardas.*

DON SANCHO.

La vigilancia despierta
De los cien ojos que fingen
Del pastor fábulas griegas
Es menester que os presente
El peligro en la advertencia.
Mal aconsejado el Rey,
Está de Toledo cerca;
Yo me escapé de sus manos,
Dicha de mi buena estrella.
Por armas es imposible
Rendir las valientes fuerzas
Del muro; querrá valerse
De ardides y estratagemas
Para ganaros la entrada.
Advertid que en su defensa
Está mi vida, y me importa
(Para apurar las sospechas
De un caso honroso) dejar
Mañana á Toledo, y fuera
Hoy mi partida, á no hacerse
En San Roman las obsequias
Del difunto rey don Sancho,
Que Toledo las celebra
Con aparato piadoso,
Porque es legítima deuda.
Cuidado, amigos, velad;
No por vosotros se pierda
Mi acreditada opinion.

GUARDA 1.°

Si los que la entrada intentan,
Don Sancho, no fueran hombres,
Átomos sutiles fueran
Del sol que miras, en vano,
Con armas ó con cautelas
De griegos, podrán medir
Los umbrales destas puertas.

GUARDA 2.°

No dará paso en la entrada
Criatura que alientos tenga
Para formar voz humana;
Ni edad ni sexo reserva
Nuestra vigilante guarda,
Nuestra cuerda diligencia.
Seguro puedes hacer
Del muerto rey las obsequias,
Dando á caducas cenizas,
Señor, memorias eternas;
Que á nuestro cuidado solo
Dejar la guarda pudieras.

DON SANCHO.

Esta que os toca os encargo;
Que en las demás ya se ordena
El mismo cuidado y guarda.
Adios, amigos, alerta. (*Vase.*)

GUARDA 2.°

Miedos son de los alcaides,
Porque de Alfonso es quimera
Presumir que se arroje
A tal peligro.

MARTIN. (*Dentro.*)

¿Tropiezas,
Burro de cien mil demonios?
¿Piensas que es carga de leña,
Que no importa cuando caigas?
Mira que son ollas nuevas,
Burro infame; ¡ya cayó!
La tierra volvió á su tierra,
Y el barro volvió á su barro.

(*Suena ruido como que se quiebran ollas.*)

Salen EL REY, DON NUÑO Y MARTIN.

DON NUÑO.

¿Cayó el burro?

MARTIN.

Y la cosecha
Se perdió estando espigada;
Ya todas las ollas quedan
Mercaderes á quien falta
Toda su correspondencia.

DON NUÑO.

¿Qué dices?

MARTIN.

Que ya han quebrado
Todas.

DON NUÑO.

¡Malos años tengas
Y mal San Juan! Pues, sobrino,
Si viste que era tu hacienda,
¿No le ayudaras al burro?

REY.

Si yo estuviera mas cerca,
No cayera el asno, tio.

GUARDA 2.°

¿Qué es esto?

DON NUÑO.

Mas me valiera
Que en Ocaña te quedaras,
Y á Toledo no vinieras,
Para dejarme perdido.

GUARDA 2.°

¡Pobre ollero! bien emplea
Su caudal.—Decid, buen hombre...

DON NUÑO.

Déjeme, Señor, y tenga
Lástima de mi desdicha;
Muy bien volveré á mi tierra,
Perdido el pobre caudal

MARTIN.

Señor, dijo una hornera
Que á la entrada se hacian
Los panes tuertos; no quieras
Que, por lo menos, volvamos
Bizcos.

GUARDA 1.°

¿Cuántas ollas eran,
Buen hombre?

MARTIN.

¿Quereis pagallas?
Porque os harémos la cuenta
Y os las darémos baratas,
Aunque perdamos en ellas.

DON NUÑO.

¡Que esto me haya sucedido
Por este rapaz! La priesa
Con que anoche me decia
Que á Toledo le trujera.
Pues no la has de ver, par Dios,
Que no he de entrar, aunque quieran
Los guardas.

GUARDA 2.°

Pues ¿no la ha visto?

DON NUÑO.

No, Señor; que es la primera
Vez que le saco á volar;
Quiere ver la santa iglesia,
Porque yo le he encarecido
Que es una valiente pieza;
Y pues me quebró las ollas,
Y ya no puedo hacer venta,
Le quiero dar por castigo
Que sin ver la iglesia vuelva.

GUARDA 2.°

No teneis razon, hermano;
Que, si tropezó la bestia,
No tiene culpa el muchacho.

DON NUÑO.

Mas sabe de lo que piensan;
No ha de entrar.

REY.

Pues sí he de entrar,
Si estos señores me dejan.

GUARDA 2.°

Sí dejamos.

DON NUÑO.

Plega á Dios
Que una desgracia os suceda
Si le dejareis entrar.

MARTIN.

No será de las pequeñas.
Si para ver á Toledo
Lo trajimos, no parezca
Que castigais al muchacho
Por lo que el jumento peca;
Y pues los honrados guardas
(Y plega á Dios que lo sean
Del sepulcro el Juéves Santo)
Nos dan para entrar licencia,
Han de ver si se ha quebrado
Tambien la bota; que en ella
Traemos agua de Yépes.

GUARDA 1.°

Hermano, á todos nos pesa
Del mal suceso; tened,
Pues es forzoso, paciencia.

DON NUÑO.

Por la piedad que han tenido,
Quisiera...

GUARDA 1.°

¿Qué?

DON NUÑO.

Dalles cuenta
De lo que el Rey...

GUARDA 2.°

Di, prosigue.

DON NUÑO.

Esperen un poco y beban.

MARTIN.

Por Dios, que viene bailando
En la bota.

GUARDA 1.°

¡Cosa nueva!
¿El vino baila?

MARTIN.

¿Ahora saben
Que le prometió á la cepa
De su madre no casarse,
Y que, por la continencia
Y la puridad que guarda,
Baila on la cuba y se alegra?
Y si acaso el tabernero
Lo casa, se desmadeja,
Que no parece que es él.
El que comenzare tenga.

DON NUÑO.

Echales vino.

MARTIN.

Echarán;
Y á fe, que si lo trajera
De Madrid la dicha bota,
Amenazara esta tierra
Con un gentil aguacero;
Porque allá cada taberna
Es un diluvio.

GUARDA 1.°

¡Buen vino!

MARTIN.

Es vino de dos orejas.

GUARDA 2.°

No tiene adobo ninguno.

GUARDA 1.°

No le echaron cal.

MARTIN.

Ni arena.

DON NUÑO.

Muy buen provecho les haga.

GUARDA 1.°

Por Dios, que han de ir á la iglesia
A ver las honras del Rey.

DON NUÑO.

Pues ¿adónde las celebran?

GUARDA 2.°

En San Roman.

DON NUÑO.

¡Ah sobrino!
No te has de olvidar, ten cuenta,
Que dicen que se ha juntado
En San Roman la nobleza
De Toledo.

REY.

Vamos, tio,
Antes que acaben la fiesta.

DON NUÑO.

Déjame dar un aviso
De mucha importancia.—Adviertan,
Y lo sé de buena parte,
Que tienen al Rey muy cerca,
Y dicen que disfrazado
Ha de entrar, y que le esperan
En su alcázar á comer.

GUARDA 1.°

¡Válgame el cielo! ¿Qué estrella,
Para nosotros dichosa,
Te guió, porque nos dieras
Aviso tan importante?
Entra, amigo; que quisiera
Ser tan poderoso agora,
Que vieras la recompensa
Igual á tu beneficio.—
El rastrillo se prevenga,
En entrando estos villanos.

GUARDA 2.°

No quiera el cielo que sea
Tan infeliz nuestra suerte,
Que por nuestra puerta venga.

DON NUÑO.

Cerralda bien, por si acaso;
Que hay engaños y hay cautelas.—
Entra, sobrino; que es tarde,
Y estarán en las acequias
Del Rey.

REY.

Dichosa venida,
Tio.

DON NUÑO.

Queden norabuena,
Honrados guardas.

GUARDA 1.°

El cielo
Con salud á Ocaña os vuelva.

MARTIN.

Y ¿qué hemos de hacer del asno?
Pero con él se entretengan,
Porque haya una guarda mas;
Que poca es la diferencia.

(*Entran.*)

Salen DON SANCHO Y PAYO, BLANCA Y ELVIRA.

BLANCA.

No os juzgaba yo en Toledo.
Si pensais tocar mi mano
Sin que mateis al villano,
Daros desengaño puedo
De que imposible ha de ser.

DON SANCHO.

Por la ocupacion del dia,
Guardé la venganza mia
Y la vuestra, por poder
Ejecutarla mejor
Mañana.

BLANCA.

Disculpa ha sido
Bastante; pero advertido
Quiero que os deje mi honor
Que no puedo blasonar
De la sangre que me alienta,
Si en el mundo hay quien me afrenta
Cuando me llego á casar.
La ofensa de lengua ó pluma
Siempre se advierte y se admira;
No importa que sea mentira,
Que basta que se presuma;
Que los blasones que son
De mas alta calidad,
Tanto como la verdad,
Los sustenta la opinion;
Y así, vos podréis en vano
Presumir que os puedo honrar,
Si, llegándoos á casar,
Queda con lengua un villano.

PAYO.

Blanca, aunque es mi proprio honor
El que defiendes, quisiera
Que don Sancho no pusiera
Tan á riesgo su valor,
Ya que la suerte dichosa
Le pudo otra vez librar.

Sale MENDO.

MENDO.

Ya es hora de comenzar
Los oficios con piadosa
Memoria del Rey, que tiene
Dios en otra mejor vida.

ELVIRA.

Entremos.

DON SANCHO.

Bien prevenida,
Con la guarda que conviene,
Está la ciudad; las puertas
Vieron diligencias mias.

PAYO.

El descuido en tales dias
Hace las desdichas ciertas;
Pero donde está el cuidado
Vuestro, no hará falta el mio

BLANCA.

Que he de ver por vos confio,
Sancho, mi honor restaurado.

(*Van á entrar, y suena música de trompetas y atabales, y vanse Blanca y Elvira.*)

PAYO.

¿Qué es esto? ¿Música alegre
De trompetas en la torre,
Cuando celebramos honras
De rey muerto? ¿Qué desórden
Dió causa á esta novedad?

DON SANCHO.

De la torre nos dan voces.

Aparece en lo alto, en una torre, EL REY NIÑO, *armado*, Y DON NUÑO, *con estandarte en la mano, con las armas de Castilla*, Y MARTIN.

DON NUÑO.

Oid, oid, ciudadanos
De Toledo, cuyo nombre
En sus anales el tiempo
Por leales antepone
A los mejores vasallos
Que vió el mundo, el sol conoce;
Vuestro rey teneis presente,
Para que aquí le corone
La lealtad que le debeis,
Y él, agradecido, os honre.—
¡Viva Alfonso! ¡Alfonso viva!
Sin que ambiciones lo estorben;
¡Viva Alfonso! (*Tremola el estandarte.*)

VOCES. (*Dentro.*)

¡Viva el Rey,
Pues de nuestros corazones
Es el dueño!

GUARDA.

¡Alfonso viva!
Y mueran las opiniones
Que la posesion le impiden.

PAYO.

Perdido soy; los rigores
Del Rey teme ya mi vida.

DON SANCHO.

Siempre á los humildes oyen
Los reyes; con la obediencia
Y la lealtad nos socorre
La necesidad presente.

PAYO.

¡Alfonso viva! y corone
Toledo su augusta frente
Con mil triunfantes blasones

REY.

A tu industria debo el dia
Mas dichoso que los hombres
Vieron en humanas glorias.

DON NUÑO.

¿Ves cómo todos conocen
Que eres su rey, y te esperan

Tan leales y conformes,
Que es Toledo solo un cuerpo
Y una voz?

REY.

Será tu nombre
Famoso al mundo.

DON NUÑO.

Señor,
Si he merecido favores
Vuestros, la merced mayor...

REY.

Pide; que es justo que logres
Tan heróica hazaña.

DON NUÑO.

A Sancho
Anzúres, Señor...

REY.

No toques
Al perdon de quien merece
Mi castigo.

DON NUÑO.

Pues revoque
La sentencia tu piedad,
O perderé los favores
Que de tu gracia recibo.
Payo y Sancho son los hombres
Que en España te han servido
Mas bien; que las intenciones
Suyas han sido leales,
Cumpliendo el legado y órden
Que dejó tu padre.

REY.

A tí
Deben el perdon.

PAYO.

Temores
De un rey enojado están
Amenazándome á voces.

MARTIN.

A mí, señores alcaides;
¿Cómo no olieron el poste?
Las guardas se les cayeron,
Malas cerraduras ponen;
Pero es la llave maestra
El Rey, que las abre y rompe.
Los culpados se confiesen;
Que hemos de ir dando garrote
Hasta que toquen á vísperas,
Y son ahora las once.

(*Vanse todos, menos Payo y don Sancho.*)

Salen BLANCA y ELVIRA.

PAYO.

Hijas, vosotras podeis,
Por mujeres, en quien pone
Siempre la piedad los ojos,
Aplacar al Rey.

BLANCA.

No borres
Tu valor con tal flaqueza;
Que, aunque á sus plantas te postres,
Como deuda natural,
Has de mostrar los blasones
De tu sangre en el valor,
Que tanto España conoce.
Lleguemos á recebir
A Alfonso.

ELVIRA.

Las turbaciones,
Señor, arguyen delitos,
Y no es bien que los apoyes
Con el miedo en la presencia
Del Rey.

Sale MENDO.

MENDO.

Señor, no te asombres.
Aquel villano, el ollero,
Que junto á Ocaña, en el bosque
Riñó contigo...

DON SANCHO.

Prosigue.

MENDO.

He visto aquí.

DON SANCHO.

El que en la torre
Tremolaba el estandarte,
Aclamando el Rey á voces,
Es sin duda; que el asombro
Trujo al alma turbaciones
Para enajenar la vista.

BLANCA.

Pues si los cielos conocen
Mi ofensa, y porque la pague
Le han traido, no perdones
Su infame vida, don Sancho.

PAYO.

Si le vimos en la torre
Con Alfonso, claro está
Que, entre los demás leones,
Trujo al villano por guarda.—
No le ofendas ni le toques,
Anzúres.

BLANCA.

¿Caducos años
Ha de haber para que borre
Mi honor con villanas lenguas?
Padre, ¿la vida antepones
A mi honor? No eres mi padre,
Pues quieres con miedos torpes
Vivir afrentado.

PAYO.

Espera.

BLANCA.

Mi resolucion conoces.—
Sancho, si mi amor estimas,
Junta la guarda que importe,
Y por restaurar mi honor,
Prende á ese villano. (*Vase.*)

PAYO.

En bronces
Viva tu heróico valor.—
Sancho, el temor me perdone
Del Rey; sin honra no debe
Guardar la vida el que es noble;
Cóbrala, pues la pretendes. (*Vase.*)

MENDO.

Señor, no faltarán hombres
Que le maten.

Sale DON NUÑO.

DON NUÑO.

Sancho Anzúres,
Cumple tus obligaciones;
Sangre y valor te acompaña,
El lugar señala adonde
Podamos ir á matarnos;
Porque es mandato y es órden
Del que con dichosos lazos
Gozó de Blanca favores;
Y me manda expresamente,
Porque tus disignios borre,
Que con mi riesgo te mate,
Que no con viles traiciones.

DON SANCHO. (*Ap.*)

¿Hay mas apretado lance?
¿Hubo imposibles mayores
Entre deudas conocidas
Y entre celosas pasiones?
La amistad con que me obliga
Los celos la descomponen,
Y es el mismo que me ofende
Villano, naciendo noble,
Porque el retrato publica
Que á su imágen corresponde.
¿Qué he de hacer en tantas dudas,
Cielos?

DON NUÑO.

¿Cómo no respondes?

DON SANCHO. (*Ap.*)

Digo, ¿mataréle? No;
Que es infamia de mi nombre.
Pues ¿la promesa de Blanca
Y mi amor, que es cielo inmóvil,
Adonde su imágen vive?
Muera pues, y no se asombre
Quien supiere que á un villano
Le rompa las excepciones
De la amistad que le debo.
Pero ¿qué dirán los hombres
De tan grande alevosía?
¿He de dar informaciones
Al vulgo de que mi amor,
Que imperio no reconoce,
Es quien le mató?

DON NUÑO.

¿Qué dices?

DON SANCHO.

Que hasta que pasen tres soles
No puedo reñir contigo.

DON NUÑO.

¿Por qué?

DON SANCHO.

No me apures, hombre.

DON NUÑO.

Pues ¿dentro en Toledo temes,
Donde es fuerza que te sobre,
Con el poder, el valor?

DON SANCHO.

Aun no sabes mis temores
De qué proceden. (*Ap.* ¡Ah celos!)
Ya me estáis diciendo á voces
Que mi venganza permita
Para que mis dichas logre.—
Oh villano disfrazado,
Nunca me diera en el bosque
La vida tu hidalgo trato,
Que tantos lazos me pone,
Y con su ejemplo me enseña
A cumplir obligaciones.—
Ea, perdonen mis celos,
Blanca y mi amor me perdone;
Pero si al rostro le miro,
Vuelve con nuevo desórden
A abrasarme el mismo fuego
Que cuando, en vivos colores,
Vi su retrato en las manos
De Blanca; finezas nobles
De una pagada amistad,
Hoy tomo vuestras liciones,
Para decir que mi honor
Os sigue, porque os conoce.
(*Vuélvese.*)

DON NUÑO.

Pues ¿cómo el rostro me vuelves?

DON SANCHO.

Porque te importa.

DON NUÑO.

No formes
Tan cautelosas quimeras.

DON SANCHO.

Véte en paz.

DON NUÑO.

¿Con qué temores
Me amenazas?

DON SANCHO.

Con la muerte

DON NUÑO.
¿Qué dices?
DON SANCHO.
Que te socorre
Una amistad.
DON NUÑO.
¿Hay traicion?
DON SANCHO.
Sí la hubiera, á no ser noble.
DON NUÑO.
¿Quién la intenta?
DON SANCHO.
Mis criados.
DON NUÑO.
¿Por qué?
DON SANCHO.
Porque tienen órden.
DON NUÑO.
¿De quién?
DON SANCHO.
Del poder que temo.
DON NUÑO.
¿Es mujer?
DON SANCHO.
Y con rigores
De fiera.
DON NUÑO.
¡Oh enemiga mia!
Y ¿cómo no te dispones
A matarme?
DON SANCHO.
Soy quien soy.
DON NUÑO.
¿Qué pretendes?
DON SANCHO.
Que no ignores
Que te pago.
DON NUÑO.
Yo confieso
Tan justas obligaciones;
Pero no sé á quién pagallas.
DON SANCHO.
Pues ¿no me ves?
DON NUÑO.
Ya veo un hombre
Que me vuelve las espaldas;
Y el alma, aunque reconoce
La deuda, no viendo al dueño,
Puede negarla.
DON SANCHO.
Dispones
Mal tu causa.
DON NUÑO.
Vuelve el rostro,
Y veré quién me socorre
En el peligro.
DON SANCHO.
No puedo.
DON NUÑO.
¿Por qué?
DON SANCHO.
Porque los que me oyen
Te han de matar si te miro,
Pues verán iras feroces
En mis ojos contra tí.
DON NUÑO.
Queda en paz.
DON SANCHO.
La vida logres
Hasta que vuelvas á verme.
DON NUÑO.
Si veré, como te importe;
Que van luchando conmigo
Extremos y oposiciones.
DON SANCHO.
Por villano irás contento,
Y agradecido, por noble.
(*Vanse.*)

JORNADA TERCERA.

Sale MARTIN, *solo.*

MARTIN.
Déme el dolor de tan injusta muerte
La voz que impide el pensamiento mio;
Que à la rudeza de mi corta suerte
Puro lenguaje y lágrimas le fio.
La desdicha mayor que el sol advierte,
La historia mas cruel que escucha el [rio,
Se ha de ver hoy, aunque en el mundo [solas,
Dando sombras al sol, llanto á las olas.
¡Que en pecho de mujer caber pudiera,
Sin que la ablande la piedad ni el ruego,
La bárbara crueldad que España espe- [ra!
¡Ira fatal del vengativo fuego!
Brutos peñascos desta gran ribera,
No tan sin seso á vuestra márgen llego
A pediros piedad; que solo os pido
La durable atencion de vuestro oido.
Despues que Alfonso, con ardid extra- [ño,
Vuestra ciudad pisó con reales plantas,
Y Toledo, en virtud del nuevo engaño,
Huyó la frente á pesadumbres tantas,
Humilde, con alegre desengaño,
De oliva y de laurel (señales santas
De vitoria y de paz) vistió sus muros,
Con la presencia de su rey seguros.
Mostróse grato el Rey, y por los ruegos
De mi señor perdona á Sancho y Payo.
¡Ojalá fuera desatando fuegos
Tu piedad, español, vibrando un rayo,
Pues gobernados por motivos griegos,
De una mujer permiten el ensayo
De la muerte mas fiera y mas tirana
Que pudo ejecutar venganza humana!
Fuése el Rey á Escalona, y en su ausen- [cia,
Dejó por jueces y gobernadores
A los dos, que han firmado la sentencia;
Que ya el perdon se paga con rigores.
Blanca manda prenderle, y la licencia
El temor esforzó de ejecutores.
Que, libre ya por Sancho, le siguieron
Y en numerosa escuadra acometieron.
Rindióse en fin, porque lo hizo el dia,
Y cargaron sobre él, de fuerza armados,
Despues de haber dejado en la porfía
Su claro esfuerzo y su valor vengados.
Blanca, que en fuego de vengarse ardia,
Porque se queja que dejó infamados
Blasones de su honor, ¡oh trance fuer- [te!
Escribió la sentencia de su muerte.
Y llega su crueldad á tan forzoso
Extremo de inclemencia, que á la orilla
Sale del Tajo á ver el lastimoso
Suceso, que á los orbes maravilla;
De vosotros, con golpe temeroso
(No limpio acero de feroz cuchilla),
Despeñado caerá al centro mas bajo,
Porque le sirva de sepulcro el Tajo.

Salen PAYO, DON SANCHO Y BLANCA, ELVIRA *y* UN CRIADO.

BLANCA.
Padre, mi nuevo rigor
No engendra el feroz deseo;
Que si yo morir le veo,
Son impulsos de mi honor.
El alma siente el dolor
De ver á un hombre matar;
Bien lo quisiera excusar;
Mas llegarlo á permitir,
Es porque en verle morir
Remedio el verme infamar.
Muchos que culpados son,
Y merecen mas crueldad,
Llegan á alcanzar piedad
En la misma ejecucion.
Suele tener compasion
El que ejecuta y lo escrito
Rompe, y del mortal conflito
Nos libra tan poco sábio,
Que deja lengua al agravio
Y desvergüenza al delito;
Y así, en los muertos despojos
De mi villano ofensor,
La parte ha sido el honor
Y los testigos los ojos.
Deje estos peñascos rojos
Quien bajamente me infama,
Quien tigre feroz me llama;
Advierta, siendo homicida,
Que de su difunta vida
Ha de renacer mi fama.
PAYO.
Muera el bárbaro villano,
Hija, pues tu honor estriba
En su muerte; mas no escriba
El tiempo caduco y vano
Que hay en un hecho inhumano
Asistencia de mujer.
Mata, pues tienes poder,
Pero no asistas; que excedes
A Busiris y á Diomédes,
Que al fin mataron sin ver.
El mas tirano enemigo,
Sediento de sangre ajena,
Inventor fué de la pena,
Pero no asistió al castigo.
Basta para fiel testigo
El pueblo que á verle llega.
DON SANCHO.
Aun la misma muerte ruega,
Mostrando alguna piedad.
BLANCA.
No me tiene voluntad
Quien este gusto me niega.
ELVIRA.
Solo podia estribar
Mi amor, que sin fruto espera,
En que el villano no muera,
Que es el que puede estorbar
El poder Sancho casar
Con mi hermana; mas mi suerte
Que mis desdichas advierte
En mi amorosa pasion,
Hará del mismo perdon
Los verdugos de mi muerte. —
¡Oh amor, qué piadoso estás!
Pero es mi interés tu empleo,
Pues la vida le deseo
Á quien no he visto jamás.
MARTIN.
Oh Blanca, alegre estarás;
Que entre el plebeyo gentío
Viene ya, perdiendo el brio,
La vida que temes tanto,
Para eternizar con llanto
Los cristales deste rio.
¡Plega á los sagrados cielos,
Oh toledana sirena,
Que cantes en esta arena,
Siendo el instrumento celos
Y que entre líquidos hielos
Destas rompidas esferas,

Con plumas y alas ligeras,
Tu forma en cisne mudando,
Mueras por vivir cantando,
Y que en cantando, te mueras!

Sale por arriba DON NUÑO, *atadas las manos, y todos los que pudieren salir con él.*

DON NUÑO.

Lo que enemigos soberbios
Y feroces africanos,
Conjuraciones y envidias,
Traiciones y amigos falsos,
Celos, crueldades, injurias,
No han podido en largos plazos,
¿Puede una mujer? ¡Ah cielos!
¿De qué invencibles peñascos
Formastes el corazon
Desta fiera, que, animando
La flaqueza femenil,
Viene con alegres pasos
A verme morir? ¿Que pueda
Su aborrecimiento tanto,
Que, aun casándose, no quiere
Que padeciendo y penando
Viva, por no darme tiempo
Para llorar mis agravios?
Vive pues, roca invencible,
Puesta en el mar de mi llanto,
Blason destos pardos montes,
Que, de tu furor armados,
Su misma yerba aborrecen,
Para preciarse de ingratos;
Vive pues; que yo en las aras
Destos cristales turbados
Daré la sangre que espera,
Para que el mar lusitano
Vaya publicando á voces
Que en las riberas del Tajo
Hay llorando cocodrilos,
Y hay basiliscos mirando.
(*Mira Blanca hácia arriba, y reconócele y túrbase.*)

BLANCA. (*Ap.*)

Los cielos conmigo sean;
¿Qué ven mis ojos turbados?
¿Qué mágica me conduce
Sobre los montes tesalios?
¿Qué Colcos me da sus yerbas?
¿Qué Calipso sus encantos?
Este ¿no es don Nuño? ¡Cielos!
¿Qué me detengo? ¿Qué aguardo,
Que no restauro su vida,
Aunque con nuevos agravios
Padezca mi honor en lenguas
De mi padre y de don Sancho?

DON NUÑO.

¿Qué aguardais, ministros fieros
De mi muerte? Si el espacio
Mas breve es eternidad,
Obedecelda.

BLANCA.

Esperáos,
Hombres, detened el curso
De mi rigor.

MARTIN.

¿Qué milagro
Es este? Aquí hay manganilla.
¡Ah, Señor! no hagamos caso
De la suspension; caer
Es lo importante; ya has dado
Lástima, no la resfries.
Dijo un discreto azotado,
Llevándole ya el perdon,
Teniendo la espalda en blanco,
Que todo el negocio estaba
Hasta subir en el asno.
Ya estás á vista del pueblo;
Lágrimas ni ruegos vanos
No te detengan.

BLANCA.

Bajalde;
Que para cierto descargo
Su declaracion importa.

MARTIN.

Si importa, subo y desato.

DON SANCHO.

Ya la piedad de su muerte
Forma mayores agravios,
Ya con duplicados celos
Nuevas injurias aguardo;
¿Si Blanca le ha conocido?
¿Si es el mismo del retrato?
Que si es él, yo soy el muerto.

BLANCA.

¿A qué aguardais? Desataldo.

DON NUÑO.

Martin, déjame morir.

MARTIN.

Pues vé á morir allá bajo
En buena conversacion.

DON NUÑO.

No es piedad la que ha mostrado
El pecho desta mujer.

MARTIN.

Señor, hágase el milagro,
Y mas que lo haga mi abuela.

DON SANCHO.

Las rosas se le mudaron
Y el rostro á Blanca; en los ojos
Le ofrece el alma al villano.

ELVIRA.

Luces descubre mi amor
Del bien que espero.

BLANCA.

Apartáos;
Que me importa hablarle á solas.

PAYO.

Admiro tan nuevos casos.
¡Cómo nos enseña el tiempo!

DON NUÑO.

¿Por qué desatas los lazos
De la muerte? ¿Es, por ventura,
Porque en el pequeño espacio
Desta cruel suspension,
Sienta la muerte que aguardo
Con mas inmenso dolor?

MARTIN.

¡Qué atento está el secretario!

BLANCA.

¿Don Nuño?

DON NUÑO.

Enemiga mia,
¿Qué te han hecho los extraños
Sucesos de mis desdichas,
En tu servicio empleados,
Que de fiscales te sirven?
¿Para qué rigores tantos
Tus crueldades ejecutan?
¿Tan grandes son los agravios
Del amor con que te adoro,
Que merecen castigarlos?
¿Con casarte no bastara?
¿Matarme...

BLANCA.

¡Ay Nuño!

DON NUÑO.

¿Este pago
Merece mi amor, ingrata?

BLANCA.

Advierte, mi bien...

DON NUÑO.

¡Qué en vano
Te disculpas, cuando muero
Por no ver llegar tus brazos
A otro cuello!

BLANCA.

Si me escuchas,
Verás de mis desengaños
Mi amor y verdad tan nobles,
Que no has de poder borrarlos
Del corazon donde viven.
Si á mis oidos llegaron
Nuevas de tu muerte, Nuño,
Y dijeron que un villano
Me infamaba, presumí
Que tú le habias revelado
Nuestros secretos amores;
Y porque mi honor manchado
Restaurase su opinion...

DON NUÑO.

¡Ah falsa!

BLANCA.

Escucha.

DON NUÑO.

¿Qué engaños
Trazas para mas tormento?
Bien dices que soy villano,
Pero no para creerte;
Mira que te está esperando
Tu esposo, y bien te merece,
Porque es muy galan don Sancho,
Agradecido y valiente;
Pero si en tu pecho ingrato
Pueden algo ruegos mios,
Te suplico que la mano
No le dés hasta que yo
Haga estas peñas del Tajo
Rojo monumento mio.

BLANCA.

No hay alma que baste á tanto,
Mi bien, que escucharte pueda;
Mira que le das mal pago
A la fe mas invencible,
Al respeto mas hidalgo
Que ven los ojos del cielo;
Advierte que mi descanso
Está cifrado en tu vida.

DON NUÑO.

Pues poco podrás gozarlo,
Porque he de morir.

DON SANCHO.

¡Oh celos!
¿Qué aguardais? Comunicando
Se están las almas.—Señora,
Adonde hay testigos tantos,
Mucha liviandad parece
Que le pidas tan de espacio
Cuenta á un villano, que pudo
Manchar tu opinion.

BLANCA.

Dejaldo;
Que es cierta declaracion
Hecha en el último paso,
Que importa á mi honor saberla.

MARTIN.

Es un dicho del diablo;
No le acabará en seis horas.

DON SANCHO.

Dure mientras yo me abraso.

BLANCA.

¿Qué determinas, Señor?

DON NUÑO.

Morir.

MARTIN.

Y es lo mas barato.

BLANCA.

Mira...

DON NUÑO.

Ya no hay que mirar;
Que está ya desesperado
El sufrimiento.

BLANCA.

¿No bastan
Disculpas?

DON NUÑO.
No; que llegaron
Tarde.

BLANCA.
Pues no te reduces,
Hemos de morir entrambos;
La mano le quiero dar,
En tu presencia, á don Sancho.

DON NUÑO.
No, mi bien; traza otra muerte.

MARTIN.
Por Dios, que se fué al atajo.
No es nada bobo el mancebo.

BLANCA.
¿Qué intentas?

DON NUÑO.
Pedir mil años
De vida al cielo, Señora,
Para gastarla adorando
Tus ojos.

DON SANCHO.
¡Tiernos se miran,
Cielos!

MARTIN.
Ya va declarando.

BLANCA.
Trazaré tu libertad;
Que no faltarán engaños
Para desvelar sospechas.

DON NUÑO.
Nuño es ya tu humilde esclavo.

BLANCA.
Y Blanca quien te conoce
Por señor.

DON NUÑO.
A este criado
Podrás descubrirte, Blanca.

BLANCA.
Será importante.—Llevaldo
A la prision, que el tormento
Le hará, aunque mas obstinado,
Que confiese quién fué el dueño
De la carta; que un villano
Que jamás supo mi nombre
No pudo, con temerario
Atrevimiento, escribir,
Con testimonio tan falso,
Manchas de mi limpio honor.—
(*Llevan á Nuño.*)
¿Y eres tú su leal criado?

MARTIN.
Para lo que le cumpliere.
(*Ap.* Aquí me rompen los cascos,
Y pago los de las ollas.)

BLANCA.
Dime...

MARTIN.
Sí juro.

BLANCA.
En cerrando
La noche...

MARTIN.
¿Noche, y cerrada?

BLANCA.
Me has de ver con el recato
Que pide el suceso mio,
Y llevarás á tu amo
Unas joyas y órden mio,
Para que se libre.

MARTIN.
Andallo,
Pavitas; ¿mas que el Ollero,
Ha de amanecer jurado
De Toledo?

PAYO.
Voy contento,
Hija, de ver que templaron
Tus enojos su aspereza.

BLANCA.
Cuidado con el villano.

DON SANCHO.
¿No basta que tú le tengas?

BLANCA.
¿Qué dices?

DON SANCHO.
Que se aplacaron
Tus iras, y que le guardas
La vida.

BLANCA.
Si ha declarado
Que no tiene culpa, ¿quieres
Que muera, Sancho?

DON SANCHO.
En el campo
Le verás muerto á tus ojos.

BLANCA.
Pues ¿fáltanle al otro manos?

DON SANCHO.
¿Ya tú le defiendes?

BLANCA.
Veo
Que tiene razon, don Sancho.
(*Vanse.*)

Salen EL ALCAIDE Y DON NUÑO.

ALCAIDE.
Puedes creer que en mi vida
Tuve contento mayor;
Aplacaráse el rigor
De Blanca con la venida
Del Rey, que entrará mañana,
Para honrar el casamiento
De Sancho y Blanca, y su intento
Mudará con mas humana
Piedad.

DON NUÑO.
Y ¿se casarán
Mañana?

ALCAIDE.
Solo se espera
A Alfonso; mucho quisiera,
Porque es Sancho el mas galan
Caballero que en España
Luce en la campaña armado,
Que en el término aplazado
Le vieras en la campaña,
Segun castellano fuero,
Esperar si hay quien impida
Su casamiento; convida
La fama del caballero
A ver su dichosa suerte.

DON NUÑO.
Pues ¿quién se la ha de estorbar?

ALCAIDE.
Nadie se ha de aventurar,
Teniendo cierta la muerte.
Pero Toledo murmura
Que Blanca ofreció primero
La mano á otro caballero,
Y que puede, por ventura,
Con poder y con amigos,
Estorbar el casamiento.
Y así, con bizarro aliento,
Siendo jueces y testigos
Alfonso y Toledo, quiere,
De sol á sol, sustentar
Sancho que puede casar
Con Blanca, y si acaso hubiere
Quien lo impida, peleando
Morir ó vencer.

DON NUÑO.
No habrá;
Cierta su vitoria está.

ALCAIDE.
Todos lo están deseando;
Pero tambien hay quien diga
Que si don Nuño viniera,
Que el casamiento impidiera.
Entre la hueste enemiga,
Asaltando á Calatrava,
Dicen que murió; no ha habido
Castellano tan temido.
Todas las veces que entraba
En la batalla vencia;
Despues del fuerte Bernardo,
No ha habido hombre mas gallardo
Ni valiente; bien podia
Don Sancho dejar la empresa,
Si con don Nuño lidiara.

DON NUÑO.
Y don Sancho le matara
Castilla, del moro presa,
¿A quién debe las memorias
Y laureles vencedores?
Don Sancho es de los mejores
Caballeros que en historias
Nuestras conserva la fama
En hojas del tiempo.

ALCAIDE.
¿Dél
Dices bien, si con cruel
Sentencia tu vida infama,
Y condenándote á muerte,
Es ejemplo de crueldad?

DON NUÑO.
Eso tiene la verdad,
Que el enemigo la advierte.

Sale MARTIN.

MARTIN.
Señor, no sé á lo que vengo,
Ni aun lo que traigo no sé.
Sancho...

DON NUÑO.
Prosigue.

MARTIN.
Sí haré;
Que ya la prosa prevengo.
Al tiempo que me arrojaba
En casa de Blanca...

DON NUÑO.
Di.

MARTIN.
Me dió un papel para tí,
Y que solo me encargaba
La priesa, y este tambien
Para el Alcaide; tomad.
(*Dale á cada uno el suyo.*)

DON NUÑO.
No será mi libertad.

ALCAIDE.
Junto os ha venido el bien;
Libre estáis, órden expreso
Es de don Sancho; estimad
Su generosa piedad.

MARTIN.
¿Hubo mas feliz suceso?
Mira lo que á tí te escribe;
Que, por Dios, que es buen amigo.

DON NUÑO.
¡Que en pecho de mi enemigo
Piedad y clemencia vive!
(*Lee.*) «Orden envio al Alcaide de
»darte libertad; con ella, si eres ca-
»ballero, y con disfraz de villano pre-
»tendes á Blanca, puedes salir ma-
»ñana al campo de la Vega á estorbar
»con las armas mi casamiento, por-
»que te cueste la vida ó ganarme la
»vitoria. El Rey, que por horas espe-

» ramos, será el juez, y juntamente el
» padrino de las bodas del que saliere
» vencedor. — *Don Sancho.*»
Amigo, páguete el cielo
La amistad que he hallado en tí;
Poco valgo, pero en mí,
Con cuidadoso desvelo,
Tendrás una voluntad
Agradecida de suerte,
Que ni el tiempo ni la muerte
Me olviden de tu amistad.

ALCAIDE.

De don Sancho la recibes,
Y de mí la ejecucion.
Véte en paz. (*Vase.*)

DON NUÑO.

En tu prision,
Celio, otra vez me recibes. —
Martin, la mayor hazaña
Que escribe el tiempo has de ver.

MARTIN.

¿Cómo?

DON NUÑO.

Hoy has de conocer
Al que serviste en Ocaña.
(*Vanse.*)

Salen MENDO Y FORTUN.

MENDO.

Ruego al cielo que no sean
Desdichadas estas bodas.

FORTUN.

Segura tiene don Sancho
Por las armas la vitoria;
Demás, que no hay en Castilla
Quien á su intento se oponga.
Gozará sin duda alguna
De la posesion dichosa.

MENDO.

En un mismo grado asisten
La ventura y la deshonra;
En su valor se ha librado
Su buena suerte.

FORTUN.

¿Pregona
El mundo vitorias suyas,
Y pones dudas ahora
De la que tiene tan cierta?
(*Tocan trompetas y cajas.*)

MENDO.

Al son de marciales trompas
Viene ya Alfonso á ocupar
El régio asiento.

FORTUN.

Las honras
Dan con la vista los reyes.

MENDO.

Entre escuadras numerosas
De las guardas de Castilla,
Que le cercan y coronan,
Llega el generoso Alfonso.

VOCES. (*Dentro.*)
Plaza, plaza; afuera, afuera.

FORTUN.

Quedara Roma envidiosa,
Si á esta palestra asistiera.

MENDO.

¿Qué debe Toledo á Roma,
Si es corte de Alfonso?

FORTUN.

Él entra
Con majestad suntuosa.
(*Tocan cajas y trompetas.*)

Sale EL REY, *y siéntase en un trono;* DON SANCHO, PAYO *y* ACOMPAÑAMIENTO.

DON SANCHO.

Invicto Alfonso, pues eres
Sol de España, á quien coronan
Rayos del mayor planeta,
Hoy, á la usanza española,
Vengo, no á pedir mercedes
Por las hazañas heróicas
De mis pasados, que dieron
A castellanas historias
Tanto lustre, ni las mias,
Por quien tiene tu corona
Tanto aumento; solo pido
Tu justicia en tan honrosa
Pretension. Payo de Lara,
Que me apadrina y me honra,
A doña Blanca, su hija,
Me prometió por esposa.
Ella le obedece en todo,
Pero vive temerosa
De una carta que escribió
Un villano, y que pregona
Que tiene otro dueño Blanca;
De que, ofendida y quejosa,
Está pidiendo venganza,
Y que sustente las horas
Que seña'a el castellano
Fuero, hasta que el sol se ponga;
Que no hay sugeto en Castilla
Que pueda impedir mis bodas?
Y que en espirando el sol,
Como ninguno se oponga,
Seré su dichoso dueño.
Lo que te suplico ahora,
Gran señor, es, que si hubiere
Quien ofrezca su persona
A la batalla, que olvides
Tu clemencia generosa,
Dejando que en esta vega
Manche el uno en sangre roja
La yerba que la guarnece,
Porque no ha de ser esposa
Blanca de ningun hidalgo
De Castilla, si blasona
El competidor que vive,
Favores que la deshonran.

REY.

Siento que os aventureis;
Que estimo vuestra persona,
Don Sancho; pero fiad
En vuestra suerte dichosa,
Que no ha de haber en Castilla
Quien vuestro valor conozca,
Que á disgustaros se atreva.

DON SANCHO.

Ya vuestro favor pregona
Mis dichas.

PAYO.

Hijo, el valor
Ha de restaurar mi honra.
(*Tocan un clarin.*)
Ya la trompeta señala
Que viene á impedir las bodas
El que dió aviso al villano.

MENDO.

Marciales galas le adornan.

FORTUN.

Mujer parece en el traje.

MENDO.

¡Oh, qué gallarda y airosa
Se muestra!

FORTUN.

Nueva Camila
Parece, en la selva Ausonia,
Armada contra el latino
Escuadron.

PAYO.

La misma diosa
De las batallas la envidia.

MENDO.

Las plumas blancas y rojas
En rayos de oro es un monte
Que su cabeza coronan.
Persia y Tiro le prestaron,
Para hacerla mas hermosa,
Púrpura y telas de oro,
Que sobre la yerba arroja.
(*Tocan cajas y trompetas.*)

Sale BLANCA *por el palenque*, *y* ELVIRA, *que la apadrina.*

BLANCA.

Alfonso, rey de Castilla,
Cuyas armas vencedoras
Tiembla el bárbaro africano,
Yo soy Blanca, la que llora,
Entre mal perdidos bienes,
Las ausencias lastimosas
Del que el alma reconoce
Por dueño, cuyas memorias
Mis pesares eternizan;
Y así, en el plazo y las horas
Que vuestra ley determina,
Aventurando mi propria
Vida, he venido á impedir,
Si la muerte no lo estorba,
Mi casamiento yo misma,
Porque sin vergüenza y nota
De infamia no puede ser
Sancho mi esposo; y pregona
La fama y mis proprios ojos
Que el que entre confusas sombras
Del temor de vuestro enojo,
Disfrazando su persona,
Encubrió Castilla, es vivo,
Don Nuño Almejir, que en hojas
De eternidades escribe
Las hazañas mas honrosas,
Los servicios mas leales
Que han dado régias coronas,
Y es mi esposo.

REY.

¿Dónde está
Don Nuño?
(*Tocan cajas.*)

Sale DON NUÑO; *armado.*

DON NUÑO.

A vuestras heróicas
Plantas rinde humilde el cuello
Quien de la furia ambiciosa
Del rey leonés, vuestro tio,
Con hazaña tan honrosa,
Que la está aclamando el tiempo
Para futuras memorias,
Os libró, y quien en las guerras
Os sirvió con las vitorias
Que reconoce Castilla
Y que los alarbes lloran;
A cercar á Calatrava,
Que Almanzor, por su persona,
Defendió con mas escuadras
Que vió en sus márgenes Troya,
Enviastes por caudillo
De las castellanas tropas
A Mendo de Benavides,
Gran soldado, y que se apoya
Su fama en sus proprios hechos;
Donde yo, con generosa
Humildad (cuando pudiera
Mas bien gobernar á Europa
Que Augusto en su triunvirato),
Os serví con mi persona,
Como soldado sencillo.
Los moros, con las vitorias

Tan recientes, ofendian
Con palabras afrentosas
Desde el muro á nuestro campo,
Y al son de bárbaras trompas,
A escaramuzar salian,
Volviendo siempre con honra.
Un dia, al romper del alba,
Nuestras tiendas alborota
Abenjusef, un sobrino
De Almanzor, y con injuriosas
Palabras le pidió campo
Al General, donde todas
Las escuadras castellanas
Le oyeron, y por lisonja
De los vientos, á las tiendas
La lanza y jineta arroja,
Saliendo á un bosque á esperarle.
Yo entonces, con cautelosa
Bizarría, armado en blanco,
Sin dar de mi ausencia nota,
Salí al frondoso palenque,
Donde con soberbia pompa
De su misma vanidad
Estaba el moro, y con pocas
Palabras le dí á entender
Que era el general. No asombra
El récio viento las selvas,
Desnudándole las hojas
Con mayor furia, que el moro,
Con la esperada vitoria,
Revolvió la yegua, y yo,
Con presteza caudalosa,
Ajustándome al caballo,
Le esperé; fueron dos rocas
Las que el encuentro sintieron;
Pero el moro, entre congojas
Mortales, abierto el pecho,
Falseado el ante y la cota,
Barrió con mil paramentos
De oro las yerbas rojas,
Donde el alma desatada,
Voló á las oscuras sombras.
Huyeron luego seis moros,
Que guardaran su persona,
Si bien pude aprisionar
Al uno, que desta gloria
Dió la nueva á nuestro campo.
Mendo, con alma envidiosa,
Supo que yo con su nombre
Fingido acabé la heróica
Empresa que me eterniza,
Y por ofender mis glorias
Me dijo: «Mucho me ofendo
Que la opinion tan notoria
Al mundo de hazañas mias
Aventureis vos ahora,
Valiéndoos del nombre mio,
Donde la suerte dichosa,
Que dicha fué, y no valor,
Pudo trocarse, dudosa
Por lo menos, y dejarme
Con la infamia y la deshonra
De haberme vencido un moro.»
Mas yo, Señor, con la poca
Prudencia que da una afrenta,
Le dije: «Por ser notorias
De aquel moro las hazañas,
Y serle tan fácil cosa
El mataros, y que al campo,
Por ser general, le importa
Vuestra vida, quise daros
Sin peligro la vitoria;
Que á salir vos, estuviera,
En mi opinion, muy dudosa.»
Ciego de furioso enojo,
Mendo, dejando las postas
Y guardas, sacó la espada,
Y embrazando la lustrosa
Rodela, bizarro y diestro
Me acometió. Nueva historia
Pide esta batalla, Alfonso;
Mas ya sabeis que las rojas
Trenzas del sol descubrieron
En la campaña arenosa
Muerto al General; yo luego,
Con vergüenza lastimosa,
Mirando la ofensa vuestra,
Y sin caudillo la heróica
Empresa de Calatrava,
Aborrecido de todas
Las castellanas banderas,
Y mi muerte tan forzosa,
En desgracia de mi rey,
Puse el pecho, antes que rompan
Luces del alba dormida,
Coronada de oro y rosas,
Al mas bruto atrevimiento
Que honró con laureles Roma.
Tomé una escala, y al muro,
Entre fugitivas sombras
De la noche, la arrimé,
Y diciendo: «No perdonan
Reyes tan graves delitos;
Muera quien quita la honrosa
Opinion del rey que sirve;»
Y llamando entre animosas
Voces al patron de España,
Trepé al muro, á cuyas sordas
Voces despertando al sol,
Me vió revuelto en las tropas
De los turbados alarbes,
Que al son de trompetas roncas
Avisaron nuestro campo,
Que, con envidia gloriosa
De verme lidiando solo,
Poniendo escalas, se arrojan,
Animados con mi ejemplo,
A proseguir la vitoria.
Ganóse al fin Calatrava;
Pero yo, con vergonzosa
Pena del enojo vuestro,
Perdí con razon las glorias,
Por no padecer las penas
Que en vuestro enojo se apoyan.
Con el disfraz de villano
Emprendí tan espantosas
Hazañas, que han merecido
La gracia que os pido ahora.
Retiréme al fin á Ocaña,
Porque con alma amorosa
Confieso á Blanca por dueño,
Si la muerte no lo estorba.
Mis amorosos disignios
En vuestra presencia heróica,
Será por armas, Señor,
Blanca mi adorada esposa.

PAYO.

Con admiraciones pagan
Los sentidos tan dudosas
Noticias.

BLANCA.

Su vida temo.

MARTIN.

Ya no hay que temer.

REY.

Memorias
Dejará tu nombre eternas.
Yo te perdono, aunque cobras
Con tu vida un enemigo,
Y en pretension amorosa,
En valor y en calidad
Te iguala.

DON SANCHO.

Fuera costosa
La experiencia de su enojo,
Cuando á don Nuño le sobran
Tanto amor como justicia,
Y en su peregrina historia
Se confiesa por su dueño
Doña Blanca. No es tan corta
Mi capacidad, Señor,
Cuando los celos lo estorban,
Que pretenda mano ajena;
Pero, pues á todos honra
Vuestra presencia, querria,
Señor, que fuese mi esposa
Su hermana Elvira, que estimo,
Por sus prendas generosas,
El amor que me ha mostrado.

REY.

Y seré de entrambas bodas
Hoy el padrino.

DON SANCHO.

Don Nuño,
Ya nuestra amistad pregonan
Mis brazos y el parentesco.—
Blanca, merecida esposa
De Nuño, dalde la mano.

BLANCA.

Para que queden memorias
De mis dichas, contra el tiempo,
En mármoles que no borran,
Con inmortales requiebros
Mi mano tienes muy pronta,
Y el alma tambien con ella.

Sale ELVIRA.

MARTIN.

Aquí está Elvira.

REY.

Bien cobras
Tu amor, Elvira, á don Sancho.

ELVIRA.

Claro está, cuando me abona
Vuestra mano, podré dar
La mia á Sancho; que ahora,
En licenciosos arrullos,
Soy de su luz mariposa.

DON SANCHO.

Yo, Elvira, estoy tan contento,
Que la fama con notoria
Solicitud pregonara
Lo que mi pecho atesora;
Pero esta mano es testigo,
Con lo cual verás gustosa
Si pago cuidados tuyos,
Si te quito tus congojas.
(*Dale la mano don Sancho á Elvira.*)

MARTIN.

Y yo ¿acaso soy fantasma?
¿No hay alguna motilona,
Aunque haya estado en Galicia,
Como no despunte en gorda?

DON NUÑO.

Premiado saldrás, Martin,
Dando á su famosa historia
Fin *El Ollero de Ocaña*,
Si nuestras faltas perdonan.

COMEDIA FAMOSA

TITULADA

EL DIABLO ESTÁ EN CANTILLANA,

COMPUESTA

POR LUIS VELEZ DE GUEVARA.

PERSONAS.

EL REY DON PEDRO.
LOPE SOTELO.
PERAFAN DE RIBERA, *viejo.*
DON SANCHO.
DON GARCÍA.
DON ÁLVARO.
RODRIGO, *gracioso.*
CARRASCA, ZALAMEA, *alcaldes.*
DOÑA MARÍA DE PADILLA.
DOÑA ESPERANZA.
DON JUAN DE RIBERA.
LEONOR, *criada.*
CRIADOS.
ACOMPAÑAMIENTO.

JORNADA PRIMERA.

Salen EL REY DON PEDRO, LOPE SOTELO, DON SANCHO, DON GARCÍA Y DON ÁLVARO, *todos de noche.*

REY.
Ninguno quede conmigo,
Sino es don Lope Sotelo.
(*Vanse.*)
LOPE. (*Ap.*)
Algo de nuevo recelo.
REY.
¿Lope?
LOPE.
¿Señor?
REY.
¿Sois mi amigo?
LOPE.
Esclavo de vuestra alteza
Apenas merezco ser.
REY.
Don Lope, yo he menester...
LOPE.
¿Qué, Señor?
REY.
Vuestra cabeza.
LOPE.
¿Mi cabeza?
REY.
No os turbeis;
Que en vuestros hombros la quiero,
Porque desta suerte espero
Que mejor me serviréis;
Que mejor brazo y espada
De Galicia no ha salido,
Honrando contra el olvido
Vuestra dulce patria amada,
Y la cristiana cuchilla
Contra el moro eternizando...
Pero, esto aparte dejando,
¿Cómo dejais á Sevilla?
LOPE.
Buena, Señor, y quejosa
De que la favorezcais
Mucho menos que estimais
Su fábrica generosa.
Y aquel rio, en quien mirando
Su vistosa majestad,
Es Narciso la ciudad;
Pues sin razon despreciando
La maravilla africana
Del alcázar que vivis,
Los veranos os venis
A pasar á Cantillana.
Aunque os puede disculpar
Esta casa de placer,
Que llegan á enriquecer
Guadalquivir y Viar,
Esos caudalosos rios,
En cuyo sitio dichoso
Vuestro abuelo generoso
Trasladó el cielo los brios
Del alarbe sevillano,
Habiendo vencido ya;
Porque á propósito está
Para pasar el verano.
Pero, con todo, Sevilla
Siente vuestra ausencia ansí.
REY.
¿Cómo estas noches, decí,
Don Lope, está la Almenilla?
LOPE.
Llena de barcos y gente.
REY.
¡Bravas damas!
LOPE.
Muchas hay
Entre estopilla y cambray;
Mas, pobre del que esté ausente,
Con la mas firme mujer,
Aunque su amor mas le importe.
REY.
Esa es ya plaga de corte.
LOPE.
Líbreme Dios de querer
Mujer ninguna que tenga
El amor por granjería.
REY.
Andar desnudo solía
En tiempo de Bras y Menga,
Mas ya le quieren vestido
Y lleno de oro las damas;
Perdonen las castas famas
De Penélope y de Dido.
LOPE.
Han dado en tal desatino.
REY.
¿Y la niña sábia?
LOPE.
Está
En el Candilejo ya.
REY.
Algo vendréis del camino,
Aunque es tan corto, cansado,
Y es razon que descanseis,
Pues vuestra posada veis,
Donde hablando hemos llegado.
LOPE.
Volveré con vuestra alteza.
REY.
No teneis á qué volver;
Que aquí es donde he menester,
Don Lope, vuestra cabeza.
LOPE.
Pues vuestra alteza comience
A mandarme.
REY.
De vos fio
Que me sirvais.

LOPE.

¿Qué albedrío.
Qué imposible el Rey no vence?
Porque es dueño soberano.

REY.

En esa palabra espero
Que haréis como caballero.

LOPE.

Esta espada y esta mano,
Esta sangre y este pecho
A vuestro servicio están.

REY.

Vuestro huésped Perafan,
Don Lope, segun sospecho,
Tiene una hija, y se llama
Doña Esperanza, tan bella,
Tan cuerda y sábia doncella,
Que es espejo de la fama.
Sé que la teneis amor,
Y que ella no os quiere mal,
Y que, por seros igual
En la sangre y el valor,
Pretendeis casar con ella.
Esto ha de cesar aquí,
Porque habeis de hacer por mí,
Don Lope, mas que por ella.
Y no solo esto ha de ser,
Porque no me cause en vano,
Que del cristal de su mano
Un papel tengo de ver,
En que admita mis deseos;
Que los reyes es razon
Que gocen la posesion
De tan divinos empleos.
De suerte que venga á hacer
Toda la voluntad mia,
Sin que de doña María,
Ni el cielo, si puede ser,
Venga á entenderse jamás;
Que lo que á hacer os obligo
Se suele por un amigo
Ofrecer, y un rey es mas.

LOPE.

Señor, mire vuestra alteza...

REY.

No hay que replicarme ya,
Y advertid que en esto os va
No menos que la cabeza. (*Vase.*)

LOPE.

¿Inventó la tiranía
Mas riguroso tormento,
Ni vió humano entendimiento
Desdicha como la mia?
¿Que Dionisio atormentó
Con celos, mal de que muero,
Que á Neron, por ser mas fiero
Tormento, se le olvidó?
¡Ah poder! ¿Tanto has de ser,
Que llegues al albedrío,
Siendo imperio y señorío,
Que al cielo negó el poder?
Vive Dios, que aunque me dé
Mil veces la muerte injusta,
Que no he de hacer lo que gusta,
De mi honor contra la fe;
Que mayor rey es amor,
Y le debo mas decoro
Mientras á Esperanza adoro;
Que la vida y el honor
Son para ocasiones tales.
Piérdase todo primero
Que yo pierda el bien que espero
De sus ojos celestiales.
En un laberinto he entrado,
Que no podré salir dél,
Porque don Pedro es cruel,
Mozo, rey y enamorado,
Y yo su vasallo soy.
¡Ah Rey! Pero con la ley
Del amor, no hay rey, no hay rey;
Si hay rey, si hay rey. ¡Loco estoy!

Sale RODRIGO, *de camino.*

RODRIGO. (*Cantando.*)

¡Ay! que desde Vienes
A Cantillana
Hay una legüecita
De tierra llana.
Cantando y medio dormido,
He llegado á la posada
Con bota y sin camarada;
Notable milagro ha sido.
¡Qué bien debió de picar,
Despues que en aquella venta
Me dejó haciendo la cuenta,
Pues no le pude alcanzar,
Don Lope! Yo apostaré
Que descansa, porque agora
Todos duermen en Zamora,
Sino es quien camina á pié.
¿Qué hará á estas horas Leonor,
Mientras vela mi cuidado?—
¿Quién va?
(*Va á entrar, y encuentra á don Lope.*)

LOPE.

Un hombre desdichado.

RODRIGO.

¿Es don Lope, mi señor?
Mosca de celos tenemos,
Respingo habrá temerario.

LOPE.

Quien tiene un rey por contrario
Hará mayores extremos.

RODRIGO.

¿Un rey? Guarda fuera, y mas
Esta buena pieza.

LOPE.

Aquí
Estoy, Rodrigo, sin mí.
Adios, adios.

RODRIGO.

¿Dónde vas?

LOPE.

No sé, por Dios, dónde voy.
¡Ah Rey! Pero con la ley
Del amor, no hay rey, no hay rey;
Si hay rey, si hay rey. ¡Loco estoy!
(*Vase.*)

RODRIGO.

¡Oh enamorado don Lope!
Cual no se ha visto jamás,
Loco y temerario vas
Tras tu cuidado al galope;
De doña Esperanza son
Celos, que es discreta y bella,
Y querrá por dicha hacella
El Rey doña Posesion.
En la posada se ha entrado
Por un postigo que halló
Abierto, si no bajó,
Pienso, á abrirle algun criado.
Y si no me engaño, á fe,
Mi Leonor sale.

Sale LEONOR.

LEONOR.

¡Oh lacayo
De mi vida! Como un rayo,
Oyendo tu voz, bajé.
A don Lope, tu señor,
Encontré cuando bajaba,
Pero no sé qué llevaba,
Que no me habló.

RODRIGO.

Está, Leonor,
Con no sé qué achaque nuevo,
Que en Cantillana le ha dado,
Que le tiene con cuidado.

LEONOR.

¿Toca en celos?

RODRIGO.

No me atrevo
Que en eso hablemos, si á tanto
Ha llegado su rigor;
Que de secreto, Leonor,
Me precio.

LEONOR.

Pues entre tanto
Dame esos brazos, Rodrigo.

RODRIGO.

Leonor mia, aquí los tienes.

LEONOR.

¿Cómo de Sevilla vienes?

RODRIGO.

Celoso, Dios me es testigo.

LEONOR.

Igual me tienes tú á mí
El tiempo que te has tardado.

RODRIGO.

Vive Dios, que no he mirado
Un manto, pensando en tí,
Y que hemos sido cartujos
Yo y don Lope, mi señor.
Dame tú cuenta, Leonor
(Si no es meterme en dibujos),
De lo que por acá pasa.
¿Hay por los ninfos del Rey,
Siendo los dos mula y buey,
Portal de Belen mi casa?
¿Mírate algun lindo tierno?
¿Da en hablarte muy despacio
Algun tonto de palacio
Por el estilo moderno?
¿Desvanécete algun paje
De excelencia ó señoría?
¿Llévate la cortesía
Los ojos tras el buen traje?
¿Hace de noche terrero
Algun barbado tiplon?
¿Hay cintica? Hay favoron
De cabellito en sombrero?
¿Hate algun bravo pedido
Celos de mí, á lo cruel,
Y en pepitoria ó pastel
Mis narices te ha ofrecido?
Que aunque hayas muerto en agraz
Mis favores de este modo,
Yo te absolveré de todo;
Que soy celoso de paz.
¿Lloras?

LEONOR.

¿No quieres que llore,
Viéndome tan mal pagada?

RODRIGO.

Pasada por agua, amada
Leonor, querrás que te adore,
Siendo de mi corazon
Idolo huevo no mas,
Porque esas perlas que estás
Vertiendo, del alba son,
Y han de hacerle falta agora,
Que á llamar al sol comienza,
Colorada de vergüenza,
De ver que eres tú su aurora.

LEONOR.

Entra, que es tarde, y te espera
La cama mullida ya.

RODRIGO.

¿Y cenar?

LEONOR.

No faltará;
Que aquí está tu despensera.

RODRIGO.
Mira que tiene un mal nombre
Desde Júdas.

LEONOR.
Yo confieso
Que tienes razon, mas eso
Es porque Júdas fué hombre.

RODRIGO.
Si mujer hubiera sido,
Yo sé de su desenfado
Que ni se hubiera aborcado
Ni se hubiera arrepentido.
En esto no hay poner dudas,
Ni querellas ofender,
Aunque en besar y vender
Cualquiera mujer es Júdas.

LEONOR.
De parte de todas mientes.

RODRIGO.
¡Qué azucarado mentís!
A ámbar huele y sabe á anís
Cuanto pasa por tus dientes.

LEONOR.
Entrate, loco, á acostar;
Que está la casa dormida.

RODRIGO.
Vamos, Leonor de mi vida.

LEONOR.
Vén Rodrigo de Vivar.
(*Vanse.*)

Salen DOÑA MARÍA DE PADILLA Y DON ÁLVARO.

DOÑA MARÍA.
¿A quién llevó el Rey, decí,
Don Alvaro, en compañía?

DON ÁLVARO.
A don Sancho, á don García,
A don Gutierre y á mí
Y á don Tibalte; imagino
Que en Cantillana encontró
A don Lope, que llegó
Esta noche de camino.

DOÑA MARÍA.
Pues ¿cómo le habeis dejado?

DON ÁLVARO.
Quísose quedar con él
A solas.

DOÑA MARÍA.
Quizá por él
Nuevas cosas se han trazado,
Y fué á Sevilla á ese efeto,
Y con respuesta ha venido,
Por haberle parecido
Al Rey hombre mas secreto.

DON ÁLVARO.
Don Lope es cuerdo, y sabrá
Huir de dar, como es justo,
A vuestra alteza disgusto.

DOÑA MARÍA.
Don Álvaro, claro está
Que yo me burlo. —¿Quién es?

DON ÁLVARO.
Su privado don García.

Sale DON GARCÍA.

DOÑA MARÍA.
¿Y el Rey?

DON GARCÍA.
El Rey ya venia.

DOÑA MARÍA.
¿Dónde le dejaste, pues?

DON GARCÍA.
Con don Lope se quedó;
Que quiso con él hablar.

DOÑA MARÍA.
¡Qué repentino privar!

DON GARCÍA.
Que trujo, imagino yo,
Negocios de estado y guerra
De importancia, que tratar
Con el Rey.

DOÑA MARÍA.
No hay que dudar,
Esto algun secreto encierra;
Que no puede menos ser
Privanza tan repentina.

DON GARCÍA.
Don Lope es persona dina
De alcanzar y merecer
Cualquier favor de su alteza,
Por su ingenio y su valor.

DOÑA MARÍA.
¿Digo yo menos, Señor?
¿Qué me quebrais la cabeza?

DON GARCÍA.
Vuestra alteza me perdone,
Que enojarla no pensé;
Que esto en don Lope se ve,
Cuando yo no lo pregone;
Que mas bienquisto criado
No tiene en su casa el Rey,
Y esto es cumplir con la ley
De amigo.

DOÑA MARÍA.
Ya estáis cansado.

DON GARCÍA.
Vuestro humilde esclavo soy.

DOÑA MARÍA.
Basta.

DON ÁLVARO. (*Ap.*)
No puede llevar
Ver á don Lope alabar.

DON GARCÍA.
El Rey viene.

DOÑA MARÍA.
Y yo me voy.

Al irse doña María, sale EL REY, *y detiénela.*

REY.
¿Qué es esto, señora mia?
¿Porque yo vengo os vais vos?
No huyais de mí; que, por Dios,
Que es faltar el sol al dia
Faltando vuestra belleza.
Deteneos, no os escondais;
Que no es bien que os encubrais
Cuando á amanecer empieza;
Mirad que ocaso me haceis.

DOÑA MARÍA.
Licencia me habeis de dar;
Que quiero daros lugar
Para que á don Lope hableis. (*Vase.*)

REY.
Celos son. Culpa he tenido
En no avisar los criados;
Pero, ciego en sus cuidados,
¿Qué amante fué prevenido?
Divertir es menester
Agora á doña María,
Porque, celosa, podia
Venirlo todo á entender;
Y su ciega condicion,
Celosa en extremo, temo,
Porque la quiero en extremo;
Que, aunque con loca aficion
A Esperanza solicito,
Suya es el alma en rigor,
Porque una cosa es amor,
Y otra cosa es apetito;
Y la amorosa porfía
En los dos es desigual,
Que Esperanza es temporal,
Y eterna doña María.
Mayor gusto solicito
De sus celosos desvelos;
Que entrarse á dormir con celos
Es comer con apetito. (*Vase.*)

Sale PERAFAN DE RIBERA, *viejo*, Y DON LOPE.

PERAFAN.
Seais, señor don Lope, bien venido,
Que debisteis llegar poco cansado,
Pues menos que soleis habeis dormido
¿Cómo venis?

LOPE.
Con no sé qué cuidado,
Que á los hombres no faltan cada dia,
Que me tiene confuso y desvelado.

PERAFAN.
Si es falta de dinero, no querria
Que anduvieseis tan poco cortesano,
Que no os sirvieseis de la hacienda mia;
Que, á fe de caballero y cortesano,
Y amigo vuestro, en fin, y por la vida
De Esperanza y de don Juan, su hermano,
Que de Granada vuelva á la medida
Que piden mis deseos, que no hay cosa
Que yo os pueda negar, de vos pedida.
No es lisonja, por Dios, sino forzosa
Obligacion, que debe á la nobleza
La sangre de mi pecho generosa.

LOPE.
Estimo, como debo, la largueza
De vuestro noble y generoso pecho,
Mas no es falta de hacienda mi tristeza;
Que ya estoy de quien sois tan satisfecho,
Que, á ser de esa ocasion, hoy excusara
Las ofertas, Señor, que me habeis hecho.
En ocasion mas superior repara.

PERAFAN.
Amor debe de ser; que en la edad vuestra,
Naturaleza misma lo declara,
Que hasta en los brutos es comun maestra,
Y enseña á amar las fieras y las plantas,
Como con la experiencia nos lo muestra.
Sois mozo, sois galan, y teneis tantas
Partes, que mereceis rendir con ellas
Hasta las luces de los cielos santas.
Serviréis dama de palacio: estrellas
Del imperio, inmortal á los zafiros,
Emulacion de imágenes mas bellas;
Adonde son aromas los suspiros,
Holocausto las lágrimas, y donde
Con sola voluntad podré serviros;
Que aunque el caso á mi edad no corresponde,
Os iré á hacer espaldas al terrero;
Que á ningun trance la vejez me esconde.
Yo volveré á ceñir el limpio acero,
Que ociosamente vive, descuidado
De aquella fama que ganó primero.
Bien me podeis fiar, don Lope, el lado;
Que yo os prometo dar tan buena cuenta,
Que volvais con mis años disculpado.

LOPE.
Bien en vuestro valor me representa
La sangre que teneis mayores brios,
Y el favor que me haceis tomo á mi cuenta.
¿Cómo estáis de salud?

PERAFAN.

Como los rios,
Que dan tributo al mar, camino agora,
Con los achaques ordinarios mios;
Pero para serviros.

LOPE.

Mi señora
Doña Esperanza ¿cómo está?

PERAFAN.

Dormida,
Pero siempre muy vuestra servidora.

LOPE.

Déle el cielo salud y larga vida,
Y tenga aquel empleo que merece
Su virtud y nobleza conocida.

PERAFAN.

Pero que sale á veros me parece;
Que la ha obligado á madrugar el gusto
Que el alborozo con razon la ofrece
De la venida vuestra.

LOPE.

Y es muy justo,
Si paga como debe mi deseo.

PERAFAN.

De los extremos de Esperanza gusto,
Que en acudir á vuestras cosas veo.
Pluguiera á Dios se hiciera el hospedaje,
Pero vos vais tras mas dichoso empleo;
Y aquí es razon que este discurso ataje.

Sale DOÑA ESPERANZA.

DOÑA ESPERANZA.

Vos seais tan bien llegado,
Señor don Lope, á esta casa,
Como de límite pasa
El haberos deseado.
¿Cómo venis?

LOPE.

¿Cómo puedo
Venir con ese favor,
Que á vuestro raro valor
Obligado siempre quedo?
Ya sé que salud teneis.

DOÑA ESPERANZA.

Con ella os pienso servir,
Y no quiero recebir
Esta merced que me haceis,
En pié, que es justo de espacio
Que los huéspedes gocemos
De vos, y no que dejemos
Que siempre os goce el palacio.
Alcance un poco la villa,
Señor don Lope, de vos.

LOPE.

Soy vuestro esclavo, por Dios.

(*Siéntanse.*)

DOÑA ESPERANZA.

¿Cómo os fué, pues, en Sevilla?
Que á gusto hayais negociado
Deseo, como es razon.

LOPE.

Cumplí con la obligacion
De caballero y soldado;
Y tuve tan buen suceso,
Que me he tardado seis dias,
Y pudieran las porfías
Llegar á mayor exceso;
Porque era materia odiosa
De puertos y de lugares,
Y en cosas particulares
Suele ser dificultosa.

DOÑA ESPERANZA.

¿Habeis visto muchas damas?
Que las sevillanas son
Bizarras.

LOPE.

Y con razon,
De las amorosas llamas
Esferas pudieran ser,
Por la limpieza y el brio;
Pero el pensamiento mio
No está para echar de ver
Beldad ninguna, ocupado
En mas divina porfía.

DOÑA ESPERANZA.

¡Qué amorosa hipocresía!
¡Qué fineza y qué cuidado!

LOPE.

Pésame que me tengais
Por falso.

DOÑA ESPERANZA.

Los hombres son
De una misma condicion.

LOPE.

Mal lo entendeis, si juzgais
A todos de una manera.

DOÑA ESPERANZA.

¿Quién ausente firme ha sido?

LOPE.

Quien con firmeza ha querido.

DOÑA ESPERANZA.

Ya no hay quien tan firme quiera.

LOPE.

Confieso que eso es verdad,
Porque no tiene segundo
Mi firme amor en el mundo.

DOÑA ESPERANZA.

Que haya segundo dejad,
Pues es tan grande, señor
Don Lope, el mundo.

PERAFAN.

¿Tú quieres
Defender á las mujeres,
Que no sabes qué es amor?
Para quien lo entiende deja,
Esperancica, estas cosas,
Que en materias amorosas
Yerra el que mas aconseja;
Que amor es filosofía
De celos, temor y ausencia,
Que ha menester experiencia.

DOÑA ESPERANZA. (*Ap.*)

Y ¿qué mayor que la mia?

PERAFAN.

Aunque esto, que es natural
A la mas ruda mujer,
Se enseña sin aprender,
Y mas si les está mal;
Que por eso como fieras
Son de los hombres tratadas,
En tenerlas encerradas,
Cubiertas de vidrieras,
De rejas y celosías;
Y dijo, á mi parecer,
Muy bien cierto bachiller,
De aquestas filosofías,
Que esto del amor, que á pocos
Tener con gusto consiente
Jamás, era solamente
Para muchachos y locos.
Perdone el señor don Lope,
Si ha parecido osadía;
Que en tan larga cofradía
No hay cuerdo que no se tope;
Que tambien acá hemos sido
De los muchachos y locos;
Que se han escapado pocos
Desta guerra con sentido.
Pero, esto aparte dejando,
¿Cómo está Sevilla?

LOPE.

Buena,
Y de mil grandezas llena.

DOÑA ESPERANZA.

Siempre vivo deseando
Ver su grandeza romana,
Porque desde que nací,
Jamás del muro salí,
Don Lope, de Cantillana;
De que contra el tiempo ingrato
Tanto cuentan, que quisiera
De su fábrica y ribera
Tener siquiera un retrato.

LOPE.

Si os satisfaceis agora
Con el de un tosco pincel,
Que es mi relacion, con él
Podré serviros, Señora.

DOÑA ESPERANZA.

Haréisme merced notable.

PERAFAN.

Y á todos.

LOPE.

Pues atencion,
Y escuchad la relacion
De su fábrica admirable.

PERAFAN.

Mirad que si me durmiere,
Que me habeis de perdonar.

LOPE.

(*Ap.* No sé cómo puedo hablar.)
Haced lo que gusto os diere;
Que de cualquiera manera
Recibo merced de vos.
(*Ap.* Reventando estoy, por Dios.)

PERAFAN.

Mirad que Esperanza espera.

DOÑA ESPERANZA.

Y de suerte, que imagino
Que la he de tener presente.

LOPE.

Escuchadme atentamente;
Que serviros determino.
Hércules, hijo de Alceo
(A quien las claras hazañas
De tantos Hércules quieren
Que le atribuya la fama),
Viniendo con las columnas
(Que por *Non plus ultra* estaban
Donde se acaba la tierra
Y comienza el mar de España)
A las riberas del rio
Guadalquivir (africana
Diccion, que quiere decir
Qui-viri grande, y rio *Guádal*),
Que llamaron los antiguos
Bétis, Bética llamada,
Por él, toda la provincia,
Desde el rio Guadiana,
Que hoy se llama Andalucía,
Corrompido de Vandalia,
Nombre antiguo, porque fué
De Vándalos habitada;
Viendo su apacible sitio,
Y agradecido á las aguas
Del padre de tantos rios,
Que al mar mayor feudo pagan,
A Sevilla edificó,
Cuya fábrica gallarda,
Por Hispalo, un hijo suyo,
Hispalis fue dél llamada.
Coronóla Julio César
Despues de fuertes murallas,
Por reina de las ciudades
Y por colonia romana;
Aunque, segun Estrabon,
Fué antes que Roma fundada
Cien lustros, que, á nuestra cuenta,

De quinientos años pasan.
En varios tiempos despues
La ilustraron gentes varias,
Godos, vándalos, suevos,
Hunnos, citas, garamantas,
Hasta que vino á poder,
Por Rodrigo y por la Caba,
Con la tragedia española,
De la nacion africana.
Poco á poco corrompieron
Naciones y gentes varias
De Hispalis el nombre antiguo,
Y del tiempo las mudanzas.
Hispilia á llamarse vino,
Y luego los del Arabia
La llamaron Isvilia,
Y en la lengua castellana
Sevilla, creciendo siempre
Sus grandezas con su fama;
Y llamando á su conquista
El brazo y la invicta espada
Del santo rey don Fernando
(El mayor héroe y monarca
Que tuvo jamás la Europa),
Debajo su invicta planta
Puso sus soberbios muros,
Con Garci Perez de Vargas;
Desde entonces de los reyes
De Castilla es corte, á causa
De ser la ciudad mas noble,
Mas rica, insigne y bizarra;
Tan populosa, que, haciendo
Montes de soberbias casas,
Impedir quiso que el Bétis
Tributase al mar de España;
Y él, rompiendo por enmedio,
Parece que agora aparta
De la una parte á Sevilla,
De la otra parte á Triana;
Cuyos edificios bellos
Se presentan la batalla,
Y á no estar en medio el rio,
Pienso que escaramuzaran;
Mas para hablarse en las treguas
Hay una puente de tablas,
Sobre trece barcos puesta,
Y á cadenas amarrada,
Por donde se comunican
A esta Babilonia tantas
Mercaderías, que al peso
De los cielos no descansa;
La orilla arriba del rio
Está la Cartuja santa,
Que, con preciarse de mudos,
Vive á la lengua del agua;
Tan suntuoso edificio,
Que mientras sus monjes callan,
Hablan las piedras por ellos
Con las lenguas de su fama;
Desde la torre del Oro,
Por insigne celebrada,
A quien sirve el sordo Bétis
De limpio espejo de plata,
Hasta esta famosa puente,
Por el rio se trasladan
Dos selvas de árboles secos,
Donde las hojas son jarcias,
Desde donde el año todo
Compiten con otras tantas,
Que al zafiro de los cielos
Son dos cielos de esmeraldas;
Aunque dentro de sus muros
La primavera se halla
Tan bien, que ha jurado ser
De Sevilla ciudadana;
Entre cuyos edificios
Al blanco enero acompañan
Abril, vestido de verde,
Y el sol, bordado de nácar.
Veinte y tres mil casas tiene,
Y es del agua la abundancia
Tan grande, que pienso que hay
Tantas fuentes como casas;
Tan hidrópica es su sed,
O su vecindad es tanta,
Que un rio entero se bebe,
Sin que al mar le alcance nada;
Que es el dulce Guadaira,
Que el muro á Sevilla asalta,
Por los caños de Carmona,
Con cristalinas escalas,
Cuyas aguas, porque nunca
A pagar tributo salgan
Al mar, dentro de sus muros
Las hace Sevilla hidalgas.
Su iglesia mayor, que fué
Mezquita alarbe y musáica,
Labor en fábrica ilustre,
A la de Efeso aventaja,
Cuya gran torre parece,
Por artificiosa y alta,
O pasadizo del cielo,
O que es del sol atalaya.
Cuando pintar quiso Ovidio
Del sol la luciente casa,
Con columnas de Epiropos
Pintó su famoso alcázar,
En cuyos estanques frios,
Desde la noche hasta el alba,
Se aconsejan las estrellas
Y se enamoran las plantas,
Y donde cisnes y peces,
Cambiando plumas y escamas,
Hacen con flores y murtas
Tornasoles de las aguas;
Sin mil edificios bellos,
Que son gigantes sin alma,
Que, á competencia del cielo,
Sobre el viento se levantan.
Tiene Sevilla en efeto
Trece puertas, once plazas,
Mil calles, docientos templos,
Que á la antigüedad espantan;
Es fértil, alegre y rica,
Insigne en letras y en armas,
Y no ha menester la corte
Para ser del mundo patria;
Y por remate de todo,
En la perdicion de España
Dió nobleza á las Astúrias,
A Galicia y á Vizcaya,
Un san Isidro á Leon,
Una imágen soberana
A Guadalupe, al martirio
Dos valerosas hermanas,
Que fueron Justa y Rufina,
Y á las arrianas armas
Un príncipe Hermenegildo,
Columna de la fe santa,
(*Duérmese el viejo.*)
Y un Laureano, que, haciendo
Sus manos fuente de plata,
Llevó su misma cabeza
A la tirana venganza;
El mejor emperador
A Roma, y envidia á Mántua,
Un Silio Itálico, Homero
Español con justa causa.
Todo le sobra á Sevilla,
Que es la maravilla octava;
Mas, faltando tu belleza,
Todo á Sevilla le falta.

DOÑA ESPERANZA.

De mi padre al sueño puedo
Agradecer esa extraña
Lisonja.

LOPE.

Pluguiera al cielo
Fuera lisonja, Esperanza,
Que no hiciera...

DOÑA ESPERANZA.

No prosigas.

LOPE.

Eso mismo el Rey me manda.

DOÑA ESPERANZA.

¿Qué es lo que dices?

LOPE.

No sé.

DOÑA ESPERANZA.

¿Qué tienes?

LOPE.

Estoy sin alma.

DOÑA ESPERANZA.

Mi bien, ¿qué te ha sucedido?

LOPE.

Quererte el Rey, Esperanza.

DOÑA ESPERANZA.

¿El Rey?

LOPE.

Y me manda al fin
Que desde hoy te deje.

DOÑA ESPERANZA.

Aguarda;
Pues ¿sabe el Rey que te quiero?

LOPE.

Nunca un malicioso falta,
Lince de los pensamientos,
Que penetra cuanto pasa.
Tú has dado sin duda al Rey,
En esta ausencia, Esperanza,
Ocasion para tenerla,
Que eres mujer, y eso basta;
Mal haya quien de mujer
Confía prendas tan altas
Como el gusto y el honor
Y la voluntad, mal haya.

DOÑA ESPERANZA.

Basta, don Lope; no intentes,
Por disculpa á tus mudanzas,
A costa de ofensas mias;
Que por puerta ni ventana
No he dado ocasion al Rey,
Ni al mismo sol que intentara
Darte celos, por mi honor,
Por mi sangre y la palabra
Que tienes de que he de ser
Tu esposa, que esta bastara.
Miente el Rey si te lo ha dicho,
El mundo y todos se engañan.

LOPE.

No puede mentir el Rey;
Perdona, Esperanza amada,
Que él me ha dicho que te ha visto,
Mas la parte no declara;
Bien puede ser de la tuya
Que no le hayas dado causa
Para intentar tus favores.
Él en efeto me manda
Que te deje de querer,
Siendo imposible, Esperanza,
Y no solo que te deje,
Sino que contigo haga
Que le quieras, y me obliga,
Con notables amenazas
Del honor y de la vida,
Que de tu mano le traiga
Un papel, para que sirva
De testigo á mis palabras.
Con esta merced anoche
Me recibió, cuando al alba
Pude con lágrimas tristes,
Si no imitar, apiadarla;
Lo que faltó de allí al dia,
Con mis celos, con mis ansias,
La cama y el pecho mio,
Hice campo de batalla.

DOÑA ESPERANZA.

¿Qué importa que quiera el Rey,
Si no es dueño de las almas?

LOPE.
¡Ay, mi Esperanza perdida!
DOÑA ESPERANZA.
Mi padre despierta; aparta.
PERAFAN. (*Despierta.*)
Dormíme, y cumplí, por Dios,
Lindamente mi palabra;
¿En qué va mi relacion?
LOPE.
En este punto se acaba.

Sale RODRIGO.

RODRIGO.
Dame tus manos.
DOÑA ESPERANZA.
Rodrigo,
Seas bien venido.
RODRIGO.
Estaba
Por besarte los chapines
Mil veces, honra de España,
A ser casta cortesía.
PERAFAN.
¿Ya, Rodrigo, no nos hablas?
RODRIGO.
Hablar y servir por cierto;
Dame tus manos.
PERAFAN.
Levanta;
¿Cómo dejas á Sevilla?
RODRIGO.
Como siempre, buena y brava;
Dime un filo en el corral
De los Olmos, y una mandria
Tuvo no sé qué conmigo
Sobre si pasa ó no pasa;
Llevó una mojada á cuenta,
Siguióme la gurullada,
No pude tomar iglesia
Ni embajador, y en las ancas
De la mula de un dotor
Me escapé con linda gracia.
PERAFAN.
¿En las ancas de la mula
De un dotor?
RODRIGO.
Pues dime, ¿hay casa
De embajador, hay iglesia,
Hay torre, hay tierra del Papa,
De mayores preeminencias?
Pues hay médico que acaba
De matar cuarenta enfermos,
Y no hay quien le pida nada,
En poniéndose en la silla.
Pues lo mismo es en las ancas;
Que el platicante mas zurdo,
En asiendo la gualdrapa,
Aunque mate, es como asirse
De una iglesia á las aldabas.
Hay aqueste privilegio
En las mulas dotoradas,
Desde el portal de Belen.
PERAFAN.
¡Notable humor!

Sale LEONOR.

LEONOR.
¡Gran privanza!
PERAFAN.
¿Qué es eso, Leonor?
LEONOR.
El Rey
Se apea de un coche en casa,
Y dicen que viene á ver
Al señor don Lope.
PERAFAN.
¡Extraña
Merced y raro favor!
LOPE. (*Ap.*)
Ya empiezan mis celos.
VOCES. (*Dentro.*)
¡Plaza!

Sale EL REY, *con* ACOMPAÑAMIENTO.

REY.
Por decirme que indispuesto
Os sentis, y que en la cama
Estabais, don Lope, quise
Veniros á ver.
LOPE.
Las plantas
Reales de vuestra alteza
Mil veces beso.
REY.
En el alma
Estimo el hallaros bueno.
PERAFAN.
En honrar, Señor, posada
Tan corta, imitais á Dios,
Siendo esta.
REY.
(*Ap.* ¡Belleza rara!)
Vuestra casa, Perafan,
Puede pasar por alcázar;
Levantad. ¿Es hija vuestra?
PERAFAN.
Sí, Señor, y vuestra esclava.
REY.
No teneis hijo?
PERAFAN.
Señor,
En la guerra de Granada
Sirviendo está á vuestra alteza,
Imitando á las hazañas
De sus pasados; bien supo
Vuestro padre (que Dios haya),
En lo de las Algeciras,
Si fué cobarde mi espada.
REY.
Ya, Perafan de Ribera,
Sé quién sois; doña Esperanza
Estuviera (¡gran belleza!)
Mejor en palacio.
LOPE. (*Ap.*)
El alma
Se me sale á cada vuelta
Del Rey y á cada palabra.
PERAFAN.
Vuestra alteza me perdone;
Que soy solo, y en mi casa
No hay quien mire por mi hacienda,
Sino Esperancica.
REY.
Basta.
PERAFAN.
Juan está ahí, en quien podeis
Hacer merced á esta casa,
Pues por sangre y por servicios...
REY.
No está la paga olvidada.
(*Ap.* ¡Qué honestidad! qué hermosura!
Apenas los ojos alza;
Vive Dios, que me ha causado
Miedo y respeto.)
LOPE. (*Ap.*)
¡Qué extraña
Ocasion de celos, cielos!
REY.
(*Ap.* A su fama se adelanta
De su retrato tambien.)
Adios, Perafan.
LOPE.
Hoy trata
Mi muerte, Esperanza, el Rey.
DOÑA ESPERANZA.
Ten de quien soy confianza,
Y no receles.
LOPE.
Advierte...
REY.
¿No venis?
LOPE.
Sí, Señor.
(*Vanse todos, menos Leonor y Rodrigo.*)
LEONOR.
¿No me hablas?
RODRIGO.
Yo me acordaré de vos,
Leonor.
LEONOR.
¡Qué extraña mudanza!
RODRIGO.
Voy muy grave con el Rey,
Y pienso que por tu ama,
Desde esta noche ha de andar
El Diablo en Cantillana.

JORNADA SEGUNDA.

Salen DOÑA ESPERANZA Y LOPE.

LOPE.
Esto me importa la vida;
Al Rey tienes de escribir.
DOÑA ESPERANZA.
Es obligarme á morir.
LOPE.
Tu fe tengo conocida,
Y lo que te pido sé
Que tiene dificultad
Para con tu voluntad,
Que tan firme siempre fué;
Pero en aquesta ocasion
Haz cuenta, Esperanza mia,
Que excusas mi muerte.
DOÑA ESPERANZA.
El dia
Que mayor obligacion
Me has de deber, ha de ser
Este.
LOPE.
No tiene lugar
La vida para pagar
Las que te llego á deber;
Que el Rey está enamorado,
Y no hay burlarse con él,
Que es resuelto y es cruel,
Y esta palabra le he dado.
Tú, como cuerda, sabrás
Con su amoroso desvelo
Contemporizar; que el cielo,
Que no ha negado jamás
Remedio á toda desdicha,
Contra este mónstruo importuno
Vendrá á descubrir alguno
Entre tanto en nuestra dicha,
Con que tenga nuestro amor
El dulce fin que desea.

DOÑA ESPERANZA.
Alto, como gustas sea;
Pero ¿no fuera mejor
Escribir de ajena mano,
Porque mi letra á la suya
No llegue?

LOPE.
Ha visto la tuya,
Y será intentarlo en vano.

DOÑA ESPERANZA.
¿Cómo?

LOPE.
Obligóme á mostrarle,
Como este engaño penetra,
En una carta tu letra,
Y aunque quisiera engañarle,
Ni tuve lugar ni pude;
Al fin, la ha visto, Esperanza;
Que el poder de un Rey alcanza
Los pensamientos que mide;
Los suyos del tiempo espero,
Y de tu ingenio divino.

DOÑA ESPERANZA.
Darte gusto determino.

LOPE.
Aquí pienso que hay tintero,
Pluma y papel.
(*Llegan recado de escribir.*)

DOÑA ESPERANZA.
No pudieras
Pedirme, don Lope, cosa
De hacer mas dificultosa.

LOPE.
Escribe, mi bien, ¿qué esperas?
Mira que me aguarda el Rey.

DOÑA ESPERANZA.
Ya tomo la pluma, y voy
A escribir, y en mí no estoy,
Porque voy contra la ley
De nuestro amor.

LOPE.
Es verdad.

DOÑA ESPERANZA.
No dan, despues de los celos,
Mayor infierno los cielos
Que escribir sin voluntad.

LOPE.
Vaya, pues esto ha de ser;
Di arriba: «Señor.»

DOÑA ESPERANZA.
«Señor.» (*Escribe.*)

LOPE.
«Vuestro grande amor.»

DOÑA ESPERANZA.
«Amor.»

LOPE.
«Don Lope me dió á entender.»

DOÑA ESPERANZA.
«A entender.»

LOPE.
«Y agradecida.»

DOÑA ESPERANZA.
«Agradecida.»

LOPE.
«Pagarlo intentar pudiera.»

DOÑA ESPERANZA.
«Pudiera.»

LOPE.
«Si le estuviera.»

DOÑA ESPERANZA.
«Estuviera.»

LOPE.
Pon lo demás, por tu vida;
Que yo estoy perdiendo el seso.
Esto mas te deba yo.

DOÑA ESPERANZA.
Haré lo que gustas.

LOPE.
¿Vió
Mas nuevo y raro suceso
La tierra, desde que amor
Tantas historias admira?
Escribe, mi bien, y mira
Que entretengas, sin rigor
De desden ni desengaño,
Con las razones al Rey;
¿Hay mas rigurosa ley
Que esté mi vida en mi daño?

DOÑA ESPERANZA.
Ya acabé; ¿quiéresle ver?

LOPE.
Ciérralo; que si está lleno
Ese vaso de veneno,
Sin verle le he de beber.

DOÑA ESPERANZA.
¿Ha de ir con cubierta?

LOPE.
Sí;
Que es para el Rey, y el primero.

DOÑA ESPERANZA.
Segundo escribir no espero.

LOPE.
Séllale tambien; que ahí,
Esperanza, el sello está.
Y pluguiera á Dios que fuera
De suerte, que no le hubiera.

DOÑA ESPERANZA.
Yo he hecho, don Lope, ya
Tu gusto.

LOPE.
Nunca fué nuevo
En tí, mi bien.

DOÑA ESPERANZA.
Toma. (*Dale el papel.*)

LOPE.
Adios.

DOÑA ESPERANZA.
Adios. (*Vase.*)

LOPE.
¡Ay papel! en vos
Mi vida y mi muerte llevo. (*Vase.*)

Sale EL REY DON PEDRO, DON GARCÍA, DON ÁLVARO *y* CRIADOS

REY.
Confusa imaginacion,
Que los sentidos despiertas,
Para la guerra del alma
Hagamos un poco treguas;
Divirtámonos un poco;
Que no es razon que sin ellas
De una vez se pierda todo,
Que es muy de casa la guerra;
Rey soy, y tengo poder,
Cuando el mundo lo impidiera,
Para gozar de Esperanza;
Tratemos de otra materia:
¿Qué hay de nuevo en Cantillana?

DON GARCÍA.
Hay una cosa bien nueva,
Que trae, Señor, el lugar
Sin seso.

REY.
¿De qué manera?

DON GARCÍA.
Dicen que de pocas noches
Acá, que á las doce y media,
Mucha gente de la villa,
Como tan tarde se acuestan,
Por ser verano, ha encontrado,
Arrastrando una cadena
Y dando tristes gemidos,
Una fantasma tan fiera,
Que á la casa de la villa
Mas altá con la cabeza
Iguala y aun sobrepuja,
Y por esta causa mesma
Hay mil enfermos de espanto.

REY.
Siempre tuve por quimera,
Don García, estas fantasmas.

DON ÁLVARO.
Bien puede ser que lo sea.

REY.
Estas suelen siempre ser
Fábulas de las aldeas;
Que es la ignorancia inventora,
Y amiga de cosas nuevas;
Acuérdome que decia,
Hablando en esta materia,
Un hombre de muy buen gusto
Y no menos experiencia,
Que tres cosas en su vida
No supo jamás lo que eran
Ni dió crédito, que son,
Leguas, duendes y doncellas.

DON ÁLVARO.
Esto dicen muchos, y hay
Criados de vuestra alteza
Que tambien la han encontrado.

REY.
Mentirán, por vida vuestra.

DON GARCÍA.
Don Lope me contó anoche
Que ha escuchado las cadenas
Y los gemidos, saliendo
De palacio.

REY.
Si él lo cuenta,
Verdad debe de decir.

DON GARCÍA.
Y él de sí mismo confiesa
Que no se atrevió á esperarla.

REY.
Pues en don Lope no es mengua
De valor, pues de su espada
Sabemos tantas proezas.

DON ÁLVARO.
Don Lope viene, Señor.

REY.
Venga muy enhorabuena.

Sale LOPE.

¿Qué nuevas tenemos, Lope?

LOPE.
¿Qué nuevas, Señor? Muy buenas.

REY.
¿Hay papel?

LOPE.
Y á vuestro gusto.

REY.
¿Que albricias no me pidieras?
Porque te diera á Sevilla.

LOPE.
Basta tu gusto por ellas.

REY.
Idos, y dejadnos solos.

DON ÁLVARO.
En entrando con su alteza
Don Lope, todos sobramos.

DON GARCÍA.

¿Qué se puede hacer? Paciencia.

(*Vanse todos, menos el Rey y Lope.*)

LOPE.

Toma, Señor, el papel. (*Dásele.*)

REY.

Mil veces, don Lope, deja
Que le bese y que le adore.

LOPE. (*Ap.*)

Y á mí que de celos muera.

REY.

(*Lee.*) «Señor, vuestro grande amor...»
Pues dando crédito empieza
A mi amor, de pagar son
Las muestras mas verdaderas.
(*Lee.*) «Don Lope me dió á entender...»

LOPE. (*Ap.*)

No iguala nada á mi pena.

REY.

(*Lee.*) «Y agradecida...»

LOPE.

Estoy loco.

REY.

(*Lee.*) «Pagarle intentar pudiera,
»Si le estuviera á mi honor,
»A mi sangre, á mi nobleza
»Tan bien, como ser esposa
»De don Lope, que este os lleva;
»Yo le adoro, y ha de ser
»Solo él mi dueño en la tierra,
»A pesar del mundo todo;
»No se canse vuestra alteza.—
»*Doña Esperanza*, mujer
»De don Lope.»

(*Vuelve á mirar á Lope.*)

LOPE.

El Rey se altera,
Y me ha mirado enojado,
Si no me engaño.

REY.

¿Que tenga
Tal atrevimiento un hombre,
Un vasallo, que en mi ofensa
Cosa intente semejante,
Y con esta desvergüenza
Traiga á mi mano un papel,
Con mas que puntos y letras,
Soberbias y desengaños?

LOPE.

¿Qué confusion es aquesta?
¿Qué ha escrito Esperanza allí,
Que aquí me tiene sin ella?

(*Vase el Rey á Lope, empuñada la espada.*)

Parece que el Rey se viene
A mí con la mano puesta
En la espada.

REY.

Vive Dios,
Que estoy, villano...

LOPE.

Detenga
Vuestra alteza su furor;
Mire, escuche, espere, advierta
Que yo, que nunca...

REY.

¡Traidor!

LOPE.

Repórtese vuestra alteza,
Y tráteme bien, que soy...

REY.

¿Quién sois?

LOPE.

Una hechura vuestra.

REY.

Yo os volveré al primer nada.

Sale DOÑA MARÍA.

DOÑA MARÍA.

Señor, ¿qué voces son estas?
¿Vos con don Lope enojado?
Parece imposible.

LOPE. (*Ap.*)

Apenas
Tengo sangre en que la vida
Estribe; ¡ah causa secreta!
¡Que en los reyes pueda tanto!

DOÑA MARÍA.

Colérico estáis.

REY.

Es fuerza,
Por lo que debo á un suceso
Que despues sabréis.

LOPE. (*Ap.*)

Cabeza,
Temblando estáis en los hombros;
Veneno mezcló en las letras
Esperanza para el Rey,
Porque yo á sus manos muera.

REY.

¿Don Lope?

LOPE.

¿Señor?

REY.

Besad
Luego la mano á su alteza;
Y prevenid la partida,
Que importa vuestra presencia
A mi hermano don Enrique
En aquesta justa empresa
Que intenta contra Archidona;
Y en ocasiones como estas,
A vuestro valor la paz
Le está mal, habiendo guerra.

DOÑA MARÍA.

El Rey como es justo os honra;
Que allá la persona vuestra
Le podrá servir mejor.

LOPE.

Déme la mano tu alteza.

DOÑA MARÍA.

Dios os traiga con vitoria.

LOPE.

Los piés de vuestras altezas
Mil veces beso.

(*Éntrase doña María.*)

Vuelve LOPE.

REY.

Advertid
Que no habeis de estar apenas
Dos horas en Cantillana,
Sin ver ventana ni puerta
De doña Esperanza, ó ved
Si os estorba la cabeza.

LOPE.

¡Ah vano amor! ya quedarás contento,
Si de verme dichoso estabas triste,
Pues solo una esperanza que me diste,
Pluguiera á Dios se la llevara el viento.
Llévate mi celoso pensamiento
Allá, con los sentidos que ofendiste;
Que á quien penas con lágrimas resiste,
Es alivio faltarle entendimiento.
O quítame á lo menos la memoria,
Como las esperanzas de mis dichas
En una solamente me has quitado.
No se me acuerde la pasada gloria;
Que no hay mayor desdicha en las des-[dichas
Que haber sido dichoso un desdichado.

(*Vase.*)

Sale DOÑA ESPERANZA *y* LEONOR.

DOÑA ESPERANZA.

¡Ay Leonor, mucho se tarda
Don Lope; culpa he tenido
En haber con el Rey sido
Tan resuelta.

LEONOR.

Espera, aguarda;
Eso que miras agora,
¿No fuera razon de estado
De amor haberlo mirado
Primero?

DOÑA ESPERANZA.

Quien ciega adora,
En nada, Leonor, repara.

LEONOR.

Pues ten agora valor.

DOÑA ESPERANZA.

Cuando le muestra el amor,
Que es muy poco es señal clara,
¡Ay! No puedo sosegar.

LEONOR.

¡Qué temerosa mujer!

DOÑA ESPERANZA.

Pues me permites querer,
Permíteme recelar.

LEONOR.

Recela, mas no de suerte
Que venga á ser el recelo
Tu muerte.

DOÑA ESPERANZA.

Ya no es consuelo
Defenderme de la muerte.
Vuelve á abrir esa ventana;
Que parece que escuché
A don Lope.

LEONOR.

Ilusion fué;
Pero no ha sido tan vana;
Que pienso que ha entrado acá
Rodrigo.

Sale RODRIGO, *muy triste.*

DOÑA ESPERANZA.

Rodrigo mio,
¿Y don Lope? Mudo y frio
Te quedas. Responde ya;
¿Queda en palacio?

RODRIGO.

Señora,
Si no te dice el semblante...

DOÑA ESPERANZA.

Tente, tente, no prosigas;
Que si es desdicha, no es tarde.

RODRIGO.

Lo que me mandas haré.

DOÑA ESPERANZA.

¡Ay Rodrigo, si acertases
A decir que está don Lope
Libre y vivo!

RODRIGO.

Dios le guarde;
Que vivo y libre camina,
Aunque sin acompañarle
Ningun criado.

DOÑA ESPERANZA.
¿Qué dices?
RODRIGO.
Si me permites que hable,
Dirélo; mas temo luego,
Al comenzar, que me atajes
Con una corma en los dientes
Y una horca en los gaznates.
DOÑA ESPERANZA.
Ya que me has asegurado
Que está libre y vivo, dame
Relacion de su camino.
RODRIGO.
Escúchame sin turbarme.
DOÑA ESPERANZA.
Di, Rodrigo.
RODRIGO.
Yo venia,
Como acostumbro, á buscarle
A palacio, cuando veo
Que por sus umbrales sale,
Haciendo extremos de loco
Y arrojando de coraje
Suspiros y espuma al viento:
Cuando á los mismos umbrales
Llegan dos postas, y en una,
Que le pusieron delante,
Sin tocar pié en el estribo,
Subió al fuste por el aire.
Dile voces y seguile;
Cuando él, con razones tales,
Me volvió á hablar, ajustando
Al freno los alacranes:
«Rodrigo, queda con Dios;
Que en desdichas semejantes
Tú ni ninguno en el mundo
No quiero que me acompañen.
Y dile al dueño que adoro
Que, pues que pretendió darme
La muerte con su papel,
Ni me llore ni me aguarde;
Que, aunque estoy agradecido
A su amor, por otra parte
Me ha condenado á destierro
Desengaño tan notable;
Que sea, como promete,
Siempre, en su papel, constante,
Ya que no me deja el Rey
Que la vea ni la hable.
A la empresa de Archidona
Me envía, donde matarme
Podrán los celos primero
Que los moriscos alfanjes.»
Con esto, el caballo pica...
DOÑA ESPERANZA.
No prosigas ni te alargues
En excusadas pinturas,
Ya que no lo son mis males.—
¡Ay, Leonor!
LEONOR.
¡Señora mia!
DOÑA ESPERANZA.
¡Cómo no recelé en balde!
Porque siempre en sus desdichas
Son profetas los amantes.
¡Mal hayan, Leonor, mis manos,
Pues que no tuvieron arte
Para engañar, siendo cosa
En las mujeres tan fácil!
Quemara un rayo la pluma,
O para la muerte darme,
Despues de haberlas escrito,
Fuera cada letra un áspid.
Ténganme lástima todas
Las que de firmeza saben;
Porque no sienten de ausencia
Las fáciles y mudables.
Loca estoy.
LEONOR.
Señora, espera.
RODRIGO.
Señora, escucha.
DOÑA ESPERANZA.
Ya es tarde.
No hay que excuchar ni advertir,
Dejadme hacer disparates;
Que es desdicha notable
Morir de firme una mujer amante.
Plegue á Dios, Rey, que te dé
Muerte un villano, un alarbe,
Y cuando falte un Bellido,
Que don Enrique te mate.
Plegue á Dios que no te herede
Tu hijo, y entre tu sangre
Revuelto tu cuerpo veas,
Y como villano acabes.—
Y tú, dueño de mis ojos,
Que vas imitando al aire,
Vuélveme el alma ó permite
Que te siga y que te alcance;
Porque, cuando á detenerte
Mis pensamientos no basten,
El fuego de mis suspiros
Es posible que te abrase;
Que yo, haciendo dellos alas,
Tambien partiré á buscarte,
Como amante salamandra,
Que nunca del fuego sale.
Espera, mi bien, espera;
No te alejes, no te apartes,
Y estima en menos la vida.
LEONOR.
¡Señora!
RODRIGO.
Escucha.
DOÑA ESPERANZA.
Dejadme;
Que es desdicha notable
Morir por firme una mujer constante.
(*Vase.*)
RODRIGO.
Pues queda su amante aquí,
Señora Leonor, aguarde;
Que há dias que no la veo,
Y está un poquito intratable.
Ya sabe que no me voy,
Y cómo he quedado, sabe,
Sin amo, y que he menester
Que vuestra merced me ampare.
Aunque me falte don Lope,
Su clemencia no me falte,
Pues sobre el vino y perniles
Tiene el poder y las llaves.
Mira que está mi remedio
En tus manos celestiales.
LEONOR.
«Yo me acordaré, Rodrigo,
De vos.»
RODRIGO.
Si ha sido vengarte
Por el mismo estilo, vive
El cielo, que no te alabes
De este desden, si á rebato
Toco de ausencia esta tarde.
LEONOR.
¡Qué poco pienso llorar,
Si aqueso que dices haces!
Porque un médico me ha dicho
Que son las lágrimas sangre,
Y á mí cualquiera sangría
Llega á punto de enterrarme,
Cuanto mas siendo en los ojos;
Dios mil años me los guarde.
RODRIGO.
Luego ¿no te deberán
Mis amorosos pesares
Lo que á Esperanza don Lope?
LEONOR.
Rodrigo, no todas hacen
En el mundo esos extremos;
Porque dicen las comadres
Que suceden mil desdichas
De firmezas semejantes.
Líbreme Dios de ser necia.
¡Jesus, Jesus!
RODRIGO.
Persignarte
Con esta daga quisiera,
Porque mejor te admirases,
Fregona ingerta en doncella,
Doncella de Dios lo sabe,
Mula gallega, en efeto. (*Va á darla.*)
LEONOR.
Tate, Abrahan, tate, tate;
Que es desdicha notable
Morir sin gana, á manos de un salvaje.
(*Vase.*)
RODRIGO.
Bien te has vengado, enemiga.
Plegue á Dios que mueras antes
Que lo que en amor me debes
En viles celos me pagues.
Plegue á Dios que cuando friegues,
Plegue á Dios que cuando laves,
El jabon y el estropajo
Que á toda sobra te falte.
Plegue á Dios que cuanto guises
Se te caiga del aluahafe,
Y cuando tengas mas gusto,
Te yerre un vestido un sastre;
Que yo me diera la muerte
Con esta daga mudable,
Para vengarme de tí,
Si no pensara matarme;
Que es desdicha notable
Que quede España sin Rodrigo Hernandez.
(*Vase.*)

Salen EL REY Y DOÑA MARÍA, *de caza.*

REY.
Sirva de hermoso esmalte á la belleza
Deste apacible sitio la esmeralda,
Y esa de plantas áspera maleza,
Salvaje por el pecho y por la espalda.
Mira ese arroyo, que á bajar empieza
Desde ese risco hasta esa verde falda,
Qué de racimos de cristal de roca,
Que desperdicia cuando al valle toca.
Mírale luego, al son de los amores
De tantas aves, cómo se dilata,
Ya haciendo pasamanos de las flores,
Ya entre las yerbas víbora de plata.
Todo convida, amor inspira olores.
¡Dichoso el que estas soledades trata
Sin pena, ociosamente descuidado,
Libre de la ambicion y del cuidado!
¡Oh grande imperio de quietud! Oh vida
La mas sabrosa, dulce y regalada,
De pocos en el mundo conocida,
De muchos, sin buscarte, deseada!
Hoy tu apacible sitio me convida,
Mas que del fiero jabalí la armada,
A apacentar la vista en tu hermosura,
Adonde siempre la esperanza dura.
DOÑA MARÍA.
El nombre de Esperanza há muchos dias
Que anda valido en vos, y me han contado
Que os cuesta algun cuidado y aun porfías
Una esperanza de otro verde prado,

Y estas deben de ser melancolías
Que quereis divertir de enamorado;
Que sois muy tierno vos.

REY.

Como los cielos,
Os vestís siempre de color de celos;
Que ha hecho amor en vos naturaleza
La costumbre ordinaria de pedillos,
Aunque á ofender llegais vuestra be- [lleza
Solo en imaginallos.

DOÑA MARÍA.

Divertillos
Con eso procurais.

Sale DON GARCÍA.

DON GARCÍA.

Ya la aspereza
Desta montaña, á quien sirvió de grillos
Este arroyuelo en el invierno helado,
Ya en plata fugitiva desatado,
El cerdoso animal penetra agora,
Acosado de perros y monteros,
Porque desde la risa del aurora
Le han seguido valientes y ligeros.
Primero que la noche encubridora,
Hecha pavon soberbio de luceros,
Baje, podeis seguirle con ventaja, [ja.
Porque al cristal de aquella fuente ba-

REY.

Vamos, Diana desta verde selva,
Porque Vénus por vos tome venganza,
Cuando á los ojos de su Adónis vuelva,
Del campo flor con inmortal mudanza.

DOÑA MARÍA.

La montería al valle se revuelva.

REY.

¡Don García!

DON GARCÍA.

¡Señor!

REY.

¿Qué hay de Esperanza?

DON GARCÍA.

Habléla.

REY.

Y ¿qué responde?

DON GARCÍA.

No despide.

REY.

¿Podré perderme?

DON GARCÍA.

Sí.

REY.

Caballos pide,
Y mira no me pierdas, don García;
Que contigo he de hacer esta jornada,
Podráse asegurar doña María,
Porque ha dado en andar desconfiada.

DOÑA MARÍA.

Por aquí suena ya la montería.
(*Suena ruido de caza.*)

DON GARCÍA.

La traza de la caza fué extremada.

REY.

¡Oh, quién viera premiar tantas fine- [zas!

DON GARCÍA.

Caballo y palafren á sus altezas.
(*Vanse.*)

Salen LEONOR Y PERAFAN.

PERAFAN.

¿Adónde está retirada
Esperancica, Leonor?

LEONOR.

En su aposento, Señor.

PERAFAN.

¿Qué tiene?

LEONOR.

No tiene nada.

PERAFAN.

Pues ¿qué novedad es esta,
Si suele salirme al paso?
¿Siéntese indispuesta acaso?

LEONOR.

Triste sí, mas no indispuesta.

PERAFAN.

¿Triste? Sin duda que ha sido
La ocasion deste rigor
Que con don Lope, Leonor,
En desterrarle ha tenido
Sin mas ocasion el Rey
Que su misma voluntad;
Que es cobarde la crueldad,
Y á ninguno guarda ley.
¿Quién le vió ayer comenzar
A privar, que no dijera
Que aquesto imposible fuera?
Ocasion debió de dar,
Puesto que me parecía
Don Lope buen caballero.
Llama á Esperanza; que quiero,
Porque acostarme querria,
Darle primero unas nuevas
De su hermano.

Sale DOÑA ESPERANZA.

DOÑA ESPERANZA.

Cuando oí
Tu voz, á verte salí.

PERAFAN.

Mal dice Leonor que llevas
Este destierro, Esperanza,
De don Lope.

DOÑA ESPERANZA.

Señor, sí;
Que, como posaba aquí,
Tambien el pesar me alcanza;
Que el trato del hospedaje
Siempre engendra voluntad.

PERAFAN.

Y yo le tengo amistad;
Mas no hay quien el gusto ataje
De un rey mancebo, y quizá
Con una punta de celos.
Estos son necios desvelos;
Lo que él quisiere será.
En mi casa estoy seguro,
Sin ninguna pretension,
Sin envidia ni ambicion;
Que solo vivir procuro.
A ese muchacho quisiera,
Pues es tan hombre de bien,
Y lo merece tan bien,
Que el Rey mercedes le hiciera;
Que yo no pretendo mas.

DOÑA ESPERANZA.

¿Qué has sabido de mi hermano?

PERAFAN.

Que antes que pase el verano
Vendrá á verme.

DOÑA ESPERANZA.

Tú me das
Muy buenas nuevas. (*Ap.* ¡Ay, Dios!
¡Cuánto esforzarme procuro!)

PERAFAN.

Hizo treguas con el muro
Granadino ya por dos
Meses Enrique, y levanta
El sitio, y contra Archidona
Marcha tambien en persona,
A conquistarla, con tanta
Resolucion, que la villa
No se le resistirá
Una semana, y dará
Luego la vuelta á Sevilla.

DOÑA ESPERANZA.

Tráigale con bien el cielo.

PERAFAN.

Bien puede ser que perdon
Alcance en esta ocasion
Del Rey don Lope Sotelo,
Cuando la guerra se acabe,
Si ha sido leve el disgusto.

DOÑA ESPERANZA. (*Ap.*)

Nunca el amor es tan justo,
Que perdonar celos sabe.

PERAFAN.

Esto me escribe tu hermano.

DOÑA ESPERANZA.

¿Recogerte determinas?

PERAFAN.

Los viejos somos gallinas
En acostarnos temprano;
Y así, recogerme quiero.
Recógete tú.

DOÑA ESPERANZA.

Sí haré.
Dios te guarde.

PERAFAN.

Dios te dé
Buen sueño. (*Vase.*)

DOÑA ESPERANZA.

El mortal espero.

LEONOR.

La esperanza eres peor
Que se puede imaginar,
Pues te pones á esperar
Cosa tan mala.

DOÑA ESPERANZA.

¡Ay, Leonor!
¡Qué poco sabe tu pecho
De amorosa voluntad!

LEONOR.

Ella es mucha necedad,
Y hay muy pocas que la han hecho.

DOÑA ESPERANZA.

Soy de aquesta condicion;
¿Qué quieres?

LEONOR.

Que al uso seas,
Si ser discreta deseas,
Y vivir, en conclusion.
Mira tú en lo que han parado
Esas que firmes han sido,
Si fábulas no han mentido
Y autores se han engañado.
Tisbe murió con la espada
De Píramo; Ero tambien
A Leandro hizo sarten,
Y murió en él estrellada;
Y otras muchas, que el amor
Las trujo al último exceso.

DOÑA ESPERANZA.

Y ¿no dejaron con eso
Eterna fama, Leonor?

LEONOR.

¿De famas hablas agora?
¡Qué amor tan gentil profesas!

DOÑA ESPERANZA.

Nunca de cansarme dejas.

LEONOR.

Tengo lástima, Señora

A tus años, y quisiera
Que como era justa ley,
Que no te tuviera el Rey
Por aldeana y grosera;
Que en eso consistiria
De tu don Lope el remedio
Mas que en otro humano medio.
¿Qué dijiste á don García?

DOÑA ESPERANZA.
Ni bien ni mal.

LEONOR.
La tibieza
Es el estado peor.
¿Vendrá el Rey?

DOÑA ESPERANZA.
No sé, Leonor.
(*Suenan guitarras.*)

LEONOR.
Música en la calle empieza.

DOÑA ESPERANZA.
Será el Rey: que don García
Me previno esta mañana.

LEONOR.
Ponte un poco á la ventana,
Por tu vida y por la mia.

DOÑA ESPERANZA.
No tengo gusto, antes quiero
Recostarme en este estrado.

LEONOR.
En gentil grosera has dado.

DOÑA ESPERANZA.
Desta suerte vivo y muero.

MÚSICOS. (*Cantan dentro.*)
Los negros soles de Albania
Estaba adorando Tirsi,
Tan avaros, que al del cielo
Niegan la luz que les piden.

DOÑA ESPERANZA.
¡Qué músicos tan cansados!

LEONOR.
¿No te agradan? ¿Es posible
Que, cantando desta suerte,
Estas voces no te obliguen,
Cuando no viniera el Rey
A favorecerlas?

DOÑA ESPERANZA.
Viven
Muy léjos las alegrías
De mis pensamientos tristes.

MÚSICOS. (*Vuelven á cantar.*)
Por hermosa y por soberbia
Es amiga de imposibles,
Y con ser sol destos campos,
Es sombra de quien la sigue;
Mas ¡ay del triste,
Que quiere el cielo que en el viento fie!
(*Duérmese doña Esperanza.*)

LEONOR.
Durmióse; que solamente
Así ha querido rendirse.
Quiero dejar que descanse
Esta firmeza invencible. (*Vase.*)

DOÑA ESPERANZA. (*Habla en sueños.*)
Seais, dueño de mis ojos,
Bien venido; que os partisteis
Con el alma, y me dejasteis
Sin mí, y con vos siempre firme.
Dadme los brazos, mi bien,
Y como hiedra, ceñidme;
Que soy vuestra. ¿Qué es aquesto?

Sale DON LOPE, *y levántase doña Esperanza.*

¿Qué causas, mi bien, te impiden?
¿Vos conmigo desdeñoso?
Vos enojado? Vos triste?
¿Celoso estáis? Esperad,
No os vais, escuchad, oídme;
Iré tras vos dando voces.
¡Ah, mi bien!
(*Vase á entrar por donde está don Lope, y encuentra con él.*)

DON LOPE.
¿Qué empresa sigues,
Esperanza, deste modo?

DOÑA ESPERANZA. (*Despierta.*)
¡Ay! ¿Quién eres?

DON LOPE.
Yo soy.

DOÑA ESPERANZA.
¿Finge
Esto el sueño todavía,
O eres sombra que te vistes
Del original que adoro?

DON LOPE.
Si duermes, despierta, y ciñe,
Mi vida, esos dulces lazos
A quien te adora tan firme
Como tú misma.

DOÑA ESPERANZA.
¿Qué es esto,
Mi bien?

DON LOPE.
Venir á servirte,
Venir á verte, á adorarte.

DOÑA ESPERANZA.
Señor, parece imposible.
¿Por dónde entraste?

DON LOPE.
Por ese
Balcon, que de oriente sirve
A tus ojos cuando quieres
Dar á los campos abriles;
Que, como ladron de casa,
Por aquella parte vine
Que asegura el sordo Bétis,
Que duerme entre juncia y mimbres;
Que con la fama y recelo
Desta fantasma que dicen,
No hay envidioso que escuche,
Ni malicioso que mire.

DOÑA ESPERANZA.
Con música en esta calle
Al Rey encontrar pudiste.

DON LOPE.
Primero se fueron todos.

DOÑA ESPERANZA.
Don García me persigue
Por el Rey.

DON LOPE.
Será mandado.
Es fuerza que determines
Ir entreteniendo al Rey,
Que importa á los dos; resiste
A tu misma condicion;
Que haber escrito tan libre
Y con tantos desengaños,
Como pienso que escribiste,
Pudo ser causa, Esperanza,
De mi muerte; hasta que miren
Los cielos nuestros deseos
Con mas venturosos fines;
Que todo al poder del tiempo
Viene á mudarse y rendirse,
Y mas en el que es mudable,
Viendo la empresa imposible.
Tú á sus ruegos, Esperanza,
Siempre cortés y difícil,
Sin darle jamás favores,
Es bien que contemporices;
Que es, en efeto, absoluto
Dueño de todo, y consisten
Nuestras dos vidas en eso.
Puesto que llego á pedirte
La cosa mas peligrosa
Que á las mujeres se pide;
Mas, conociendo tu pecho,
No es razon que desconfíe.

DOÑA ESPERANZA.
Con eso solo me ofendes.

DON LOPE.
Perdona si te ofendiste:
Que quien ama confiado
O es necio ú está muy libre.
Todas las noches vendré,
Y adios; que el alba se rie,
Si no me engaño, Esperanza;
Que ya despiertos lo dicen
Los gallos de Cantillana,
Y no quiero que al partirme
Me encuentren sus labradores;
Que los villanos son linces.
Y fálteme la tierra, el agua, el vien- [to,
La luz del sol, que cuanto vive alcanza,
Y de mis enemigos la venganza, [to;
El propio honor, el mismo entendimien-
El ánimo á la sangre, el nacimiento,
En mis desdichas esperar mudanza,
Y deberte, Esperanza, la esperanza,
Que es el mas apretado juramento;
Fálteme Dios en la postrera suerte
Que hay del vivir humano al postrer [sueño,
Cuando á este trance su clemencia [pida,
Si tuviere poder la misma muerte
Para quitarme, regalado dueño,
El amor que te tengo, con la vida.

DOÑA ESPERANZA.
Pues primero será la noche dia, [no,
Y niebla el sol, verano el cano invier-
La guerra paz, lo temporal eterno,
Disgusto el bien, pesar el alegría;
Volverá el tiempo atrás, y en la por- [fia
De la fortuna varia habrá gobierno,
Pena en la gloria y calma en el infierno,
Que deje de adorarte el alma mia;
Que no podrán mudarme deste in- [tento
El Rey ni el sol, si lo que ve me ofrece,
Que por tí todo lo desprecio y piso;
Que la mujer, aunque es igual al
Si sale firme, espíritu parece [viento,
En no volver atrás en lo que quiso.

JORNADA TERCERA.

Salen todos los que pudieren, armados graciosamente, y RODRIGO, *de sacristan;* CARRASCA, *alcalde labrador, y* ZALAMEA, *vejete alcalde, y sacan caja de guerra.*

ZALAMEA.
Hagan alto las hileras
En aquesta encrucijada,
Que es por donde salir suele
Este demonio ó fantasma.
La frente del escuadron
Nos toca á mí y á Carrasca,
Por el oficio, en efeto,
De alcaldes de Cantillana.

El Sacristan esté á punto
Con el guisopo y el agua,
Para en oyendo el ruido...

RODRIGO.

Por las aleluyas santas,
Por los kiries y responsos,
Que tengo de zampuzarla
En el caldero, aunque venga
En figura de tarasca.
Mal conocen los señores
Alcaldes la temeraria
Virtud del sacristan nuevo,
El valor y las palabras.
Conjuros sé, con que puedo
Arrojar esta fantasma
Al Rollo de Écija. Miren
Adónde quieren que vaya.

CARRASCA.

Mira, el Rollo, sacristan,
No la ha menester; echadla
A Vienes, que hay una legua,
Cuando aguas y lodos haya;
Que, par Dios, si entonces ella
La legua que he dicho pasa
Viva, que no ha de quedar
En un mes para fantasma.

ZALAMEA.

Harto mejor será, Alcalde,
Que llegue allá descansada,
Porque sepan los de Vienes
Que hay valor en Cantillana
Para hacerles mal.

CARRASCA.

Decid,
Zalamea, ¿cuándo falta
Para eso, cuanto y mas donde
Hay tan bellacas entrañas
Como en nosotros?

ZALAMEA.

Decidlo
Por vos, compadre Carrasca;
Que, á pesar de todo el mundo,
Yo las tengo muy hidalgas.

CARRASCA.

¡Qué hambrientas que las tendréis!

ZALAMEA.

¿Qué quereis? ¿Han de estar hartas
De pan, ajos y cebollas,
Como las vuestras, Carrasca?

CARRASCA.

Por eso bien que las vuestras,
Por no parecer villanas,
Nunca han comido tocino.

ZALAMEA.

Mentis por medio la barba.

CARRASCA.

Y vos por esotra media.

ZALAMEA.

¡Villano!

CARRASCA.

¡Hidalgo sin branca!

ZALAMEA.

¿Eso es falta?

CARRASCA.

Pues ¿hay cosa
Que á todos haga mas falta?

ZALAMEA.

A mi no; que mi nobleza,
Tan conocida, me basta.

CARRASCA.

Si descendeis de Longinos,
Claro está.

ZALAMEA.

Por la Giralda
De la torre de Sevilla,
De un papaco, que la vara
Os la rompa en la cabeza.

CARRASCA.

No se os debe de dar nada
De la crisma que hay en ella.

RODRIGO.

Ea, señores, no vaya
Esto á mayor rompimiento.

CARRASCA.

Agradeced, Martin Gala,
Al Sacristan; que yo os diera
A entender...

RODRIGO.

Digo que basta.

CARRASCA.

Baste muy enhorabuena.

RODRIGO.

Si no, sea en hora mala.

CARRASCA.

El Sacristan nos perdone;
Que tiene razon.

RODRIGO.

No falta
Sino perderme el respeto.
¿No saben que en esta causa
Traigo las veces del Cura,
Y su bonete y sotana,
Y puedo descomulgarlos,
Como quien no dice nada,
Y casarlos siete veces,
Si se me antoja?

ZALAMEA.

Esa es mala
Burla, por Dios.

RODRIGO.

No me enoje;
Que volveré las espaldas,
Dejándole, si son necios,
A cuestas con la fantasma.

CARRASCA.

Señor sacristan Rodrigo,
Perdone vuseñoranza,
Para que Dios le perdone;
Porque si mos desampara,
Somos perdidos.

RODRIGO.

Está
Muy bien; dése agora traza
De cómo hemos de embestirle.

ZALAMEA.

Con el guisopo y el agua
Ha de ir delante de todos,
Cuando toquemos al arma,
El Sacristan, y nosotros
Guardándole las espaldas.

RODRIGO.

Y esta fantasma, en efeto,
¿Qué hora tiene señalada
Para venir?

ZALAMEA.

A las doce
Y media, poco mas, baja
De aquella ermita á la villa,
Y poco á poco á la praza
Por aquestas cuatro calles.
Esto ha dicho Blas de Olalla,
Que la vió, oyendo el ruido,
Pasar desde su ventana,
Y estuvo sin habla un dia.

CARRASCA.

Antona está con tercianas
De haberla visto una noche
Desde léjos.

ZALAMEA.

La Polanca
Malparió un hijo.

CARRASCA.

Anton Crespo,
De escuchar desde su cama
El ruido, habrá tres dias,
Y serán cuatro mañana,
Que no come y que se sale,
Como tinaja quebrada.

RODRIGO.

Pasará gran pesadumbre,
Si de esa suerte lo pasa.
Y ¿en qué figura, en efeto,
Aparece esta fantasma?
Porque estemos prevenidos.

ZALAMEA.

Todos cuantos della hablan,
Diferencian en el modo:
Unos dicen que es muy blanca,
Y tan alta, que pasea
Los tejados con la cara;
Otros que es un bulto negro,
Otros que es como una vaca,
Con tres cabezas, echando
Por todas tres humo y llamas;
Mas ninguno se conforma
Con el otro.

RODRIGO.

¡Enigma extraña!
Esta noche lo verémos.
Alerta; no se nos vaya
De las manos.

ZALAMEA.

Si ella viene
Esta noche á Cantillana,
Le mando mala ventura.

CARRASCA.

Yo prometo desollarla,
Y á la puerta de la iglesia
Colgarla, llena de paja,
Adonde todos la vean.

RODRIGO.

¡Oh, qué graciosa alcaldada!
¿Que es espíritu no veis?

CARRASCA.

Porque no lo sea.

RODRIGO.

¡Extraña
Simplicidad!

(*Suena dentro ruido de cadenas.*)

ZALAMEA.

Imagino,
Si mi vejez no me engaña,
Que han sonado unas cadenas.

CARRASCA.

Y han vuelto á sonar.

RODRIGO.

Mal haya
Quien no tiene muy gran miedo.

(*Suenan gemidos dentro.*)

ZALAMEA.

Parece que un toro brama.

RODRIGO.

Y aun un infierno de toros.
A todos tiembla la barba.

(*Vuelven á sonar gemidos.*)

Otra; vive Dios, que está
El Diablo en Cantillana.

CARRASCA.

Sacristan, esto se acerca
Salgamos tocando al arma,
Y comenzad el conjuro.

TODOS. (*A voces.*)

¡Conjuradla, conjuradla!

Conjúrela

CARRASCA.

Ya llega.

ZALAMEA.

¡Santa Leocadia,
Santa Tecla, santa Eufemia,
Santa Agueda, santa Engracia!

RODRIGO.

Exi foras, abernuncio.

ZALAMEA.

Todos los santos me valgan.

CARRASCA.

No hay ánimo que la espere.
Huyamos.

RODRIGO.

De buena gana.

(*Van á entrarse, y encuentran con el Rey.*)

Con ella hemos dado agora
Por estotra parte. Aparta;
No hay duda sino que está
El Diablo en Cantillana.

(*Vanse.*)

Salen DON GARCÍA Y EL REY.

DON GARCÍA.

Por fantasma te han tenido.

REY.

Desta manera se engañan
Los que dicen que la han visto.

DON GARCÍA.

¡Qué propia gente villana!

REY.

Con notable miedo corren,
Y viene á ser de importancia
A mi amor, pues desta suerte
La calle nos desamparan,
Y sin testigos podrémos
Conquistar la hermosa causa
Que adoro.

DON GARCÍA.

Ya, al parecer,
Va siendo menos ingrata,
Pues esta noche me ha dado,
De que te ha de hablar, palabra,
Arrepentida, Señor,
Con razon de las pasadas.

REY.

Tira una piedra, García.

DON GARCÍA. (*Tira una piedra.*)

Ya va.

REY.

Y con ella á mis ansias,
Que pudieran, don García,
Con mas razon despertarla.

DON GARCÍA.

Y dices bien; que parece
Que se ha dormido.

REY.

Pues vaya
Otra piedra, y piedra á piedra
Llame donde amor no basta.

DON GARCÍA. (*Vuelve á tirar otra piedra.*)

Ya la he tirado, y parece
Que han abierto una ventana.

Abren una ventana, y está en ella PERAFAN, *viejo.*

REY.

Pues retírate, García.
Si no es sueño que me engaña...

(*Vase don García.*)

PERAFAN.

Un hombre á este balcon pienso
Que se acerca.

REY.

¿Es Esperanza?
Es mi bien?

PERAFAN. (*Ap.*)

Esto está bueno;
Las piedras no me engañaban.

REY.

¿No respondeis?

PERAFAN.

Caballero
Cortesano ú de la casa
Del Rey, hacedme favor
Desta que veis respetarla;
Que es de un noble caballero,
Que su honor y sangre guarda,
Y estamos en una aldea,
Adonde con poca causa
Desacreditarse puede
Entre malicias villanas;
Y no es bien hacer terrero
A costa de opinion tanta,
Ni que deis, por hacer señas,
En mi honor tantas pedradas,
Que descalabreis mi vida
Y desperteis mi venganza.
Si pretendeis casamiento
Y sois noble, las ventanas
No soliciteis con piedras;
Que puertas tiene mi casa. (*Éntrase.*)

REY.

Entróse; por Dios, que el viejo
Que tiene prudencia rara
Y valor. ¿Iréme? No;
Que él se habrá vuelto á la cama,
Y ella saldrá, porque el sol
Primero que el alba salga.
¡Oh amor, al inconveniente
Qué de pensiones que pagas!
Aunque vencedor de todo,
El mundo tiembla tus armas.
Lisonjea, amor, mis penas,
Pues me estás debiendo tantas,
Con hacer que todos duerman,
Y solo vele Esperanza.
Mas, vive el cielo, que agora
Sale un hombre de su casa;
U he de matarle, por Dios,
O conocerle.

Sale PERAFAN, *con espada y broquel.*

PERAFAN.

Pues causan
En vos tan poco respeto,
Caballero, las palabras,
Y me obligais, vive Dios,
Que con las obras os haga
Conocer que sois grosero,
Y os he de echar con la espada,
Pues no puedo con razones,
De la calle á cuchilladas,
Veréis quién soy, aunque viejo;
Porque el valor nunca falta
Donde hay sangre noble.

(*Vase el Rey sin hacer caso de él.*)

Fuése
Sin responderme palabra,
Y vive Dios, que parece
Que es el Rey, si no me engaña
El crujido de las piernas.
Pesaráme que Esperanza
Dé al Rey ocasion ninguna,
Siendo de don Juan hermana
Y de aquesta sangre hija.

DON JUAN. (*Dentro.*)

Ten de aqueste estribo y llama.

PERAFAN.

Mi hijo es este, sin duda,
Que ha llegado; bien se acaban
Los recelos de esta noche
Con nuevas tan deseadas. (*Vase.*)

Salen DOÑA ESPERANZA Y DON LOPE.

DOÑA ESPERANZA.

Ya, dueño del alma mia,
Vuestra remision culpaba,
Y me ha debido por vos
Muchas lágrimas el alba.

DON LOPE.

Mi bien, no ha podido ser
Menos, puesto que está el alma
Siempre con vos.

PERAFAN. (*Dentro.*)

Entra, Juan;
Despertarás á tu hermana.

DON JUAN. (*Dentro.*)

Un hombre está allí con ella,
Si las sombras no me engañan.

PERAFAN. (*Dentro.*)

¿Un hombre? Mátale.

DOÑA ESPERANZA.

¡Ay cielo!
Si puedes, mi bien, te escapa;
Que son mi padre y hermano.

DON LOPE.

No te alborotes, aparta,
Y no temas mientras vieres
En este brazo esta espada.

Salen PERAFAN Y DON JUAN, *con espadas desnudas.*

PERAFAN.

¿Quién eres, hombre?

DON LOPE.

Don Lope,
Dueño de doña Esperanza.

DON JUAN.

¿Quién? Di.

DON LOPE.

Don Lope Sotelo.

PERAFAN.

¿Don Lope?

DON LOPE.

¿De qué te espantas?

PERAFAN.

De verte en mi casa ansí.

DON LOPE.

Para ese seguro guarda
Doña Esperanza una firma
De mi mano, en que declara
Que es mi esposa. Reportáos;
Que podrá ser de importancia
El haberme hallado aquí
A todos, con la llegada
Del señor don Juan; que el cielo
Para mi bien esto traza.
Volved, con esto, los dos
Las espadas á las vainas,
Pues sabeis quién soy.

PERAFAN.

Entremos.

DON JUAN.

¡Notable aventura!

PERAFAN.

Extraña.

(*Éntranse.*)

Sale EL REY, *vistiéndose, y* ACOMPAÑAMIENTO.

REY.

¡Pesadas noches!

DON GARCÍA.

Ningunas
Tiene mas cortas el año.

REY.

Hácenlas mas importunas
De un dulce amoroso engaño
Tantas contrarias fortunas;
Que en las sabrosas porfías
De las esperanzas mias,
Que tan poco bien me ofrecen,
Siglos las horas parecen,
Y eternidades los dias.

Sale DOÑA MARÍA, *y toma la toalla.*

Dadme la toalla.

DOÑA MARÍA.

Aquí,
Para servírosla, estoy.

REY.

¿Vos tanta merced á mí?

DOÑA MARÍA.

Sí; sois mi rey.

REY.

Vuestro soy.

DOÑA MARÍA.

Quiero ver, Señor, si ansí
Puedo granjearos mas,
Pues nunca alcancé jamás
A gozar de vos un hora.

REY.

Siempre habeis de estar, Señora,
Con celos.

DOÑA MARÍA.

Ya es por demás
El poder vivir sin ellos,
Pues siempre tengo ocasion
De pedillos y tenellos.

REY.

Vanas ilusiones son.
Mas valor fuera vencellos;
Que por los hermosos ojos,
Soles vuestros celestiales,
Que son quimeras y antojos.

DOÑA MARÍA.

Siendo ciertas las señales,
¿No lo han de ser los enojos?

REY.

¿Ciertas? ¿Cómo?

DOÑA MARÍA.

Tomáos vos
Cuenta á vos mismo, y veréis
Si en vano os culpo.

REY.

Por Dios,
Que os engañais, pues sabeis
Que un alma somos los dos,
Y es de quien sois desigual
Que hableis en cosa tan vil.

DOÑA MARÍA.

Si amais, no os parezca mal;
Que aunque es materia civil,
Es de causa criminal.

REY.

Sí; pero á tales personas
Los celos nunca han llegado,
Que son líneas de otras zonas,
Porque siempre han respetado
Los cetros y las coronas;
Y cuando atrevidos fuesen,
Fuera bien que se venciesen.

DOÑA MARÍA.

Vos en salud os sangrasteis;
Que á don Lope desterrasteis
Porque no se os atreviesen.

REY.

Ya es eso, por Dios, pasar
De celosa á maliciosa.

DOÑA MARÍA.

Siempre lo debe de estar
La que llega á estar celosa;
Que celos es sospechar.

REY.

Desa suerte no es certeza.

DOÑA MARÍA.

Con vuestra alteza no arguyo;
Porque á ser sofista empieza.

DON GARCÍA.

Perafan y un hijo suyo,
Para entrar á vuestra alteza,
Piden que puerta les dén.

DOÑA MARÍA.

No falta sino que venga
Doña Esperanza tambien.
La audiencia no se detenga
Por mí, esperando no estén;
Honradlos, pues, en efeto,
A hacerlo estáis obligado
En público y en secreto;
Porque á un suegro y á un cuñado
Se les debe ese respeto. (*Vase.*)

REY.

Todo desta vez lo dijo.
¡Notable es doña María!
Pero ¿para qué me aflijo?—
Haced entrar, don García,
A Perafan y á su hijo.
Agora corre este humor,
Y ha de perdonar si en mí
Viere causa á su rigor.

DON GARCÍA.

Ya está Perafan aquí.

Salen PERAFAN Y DON JUAN.

PERAFAN.

Danos tus plantas, Señor.

REY.

Dios os guarde, Perafan
De Ribera, — y seais vos
Muy bien venido, don Juan.

DON JUAN.

Mil años os guarde Dios,
Y del helado aleman
Al etíope abrasado
Dilate vuestro valor
Con vuestro nombre.

REY.

¿En qué estado
Queda la guerra?

DON JUAN.

Señor,
Estas treguas fin le han dado.
Pide partido Archidona
Para ser de la corona
De Castilla, y á este efeto,
Aunque sin gusto, os prometo
De que falte mi persona.
Con este pliego me envia
Enrique.

REY.

¿Queda mi hermano
Con salud?

DON JUAN.

Salud tenia
Cuando partí, aunque el verano
Ha durado la porfía
De la guerra.

REY.

Yo deseo
Haceros merced, don Juan,
Porque vuestro valor veo
Y el que tiene Perafan,
Y acudir quiero al empleo
De doña Esperanza.

PERAFAN.

Agora
Hay ocasion.

REY.

¿De qué suerte?

PERAFAN.

Don Lope Sotelo adora
Sus partes, y aunque divierte
Tras la espada vencedora
De Enrique, en esta jornada,
Con las armas el amor,
Esta cédula firmada
Del nombre suyo, Señor,
(*Dale al Rey la cédula.*)
A doña Esperanza dada,
Como es razon reconoce,
Y determina cumplilla;
Que obligaciones conoce
Del hospedaje. Castilla
Ansí mil años os goce,
Que nos honreis, si hay lugar,
Dando á don Lope licencia
Para venirse á casar;
Porque puede con su ausencia
Riesgo nuestro honor pasar.
Esto don Juan, por merced,
Que pediros ha traido;
Lo que interesamos ved,
Y á lo que él os ha servido
Aquesta merced haced,
O á lo que mi padre y yo
A vuestro padre y abuelo.

REY. (*Rompe la cédula.*)

Desta suerte.

PERAFAN.

¿Quién premió
Jamás tan heróico celo,
Que la obligacion rompió?
Vive Dios, que no habeis hecho
Lo que debeis al valor
Desta sangre y deste pecho.

DON JUAN.

Si con nuestro deshonor
Quereis quedar satisfecho
Del enojo que teneis
Con don Lope, vive Dios,
Que pagar no pretendeis
Lo que debeis á los dos,
Y que á los dos obligueis...

PERAFAN.

A un desatino.

REY. (*Entrándose, vuelve á ellos.*)

¿Qué es esto?

PERAFAN.

Señor, yo...

DON JUAN.

Yo...

REY.

Basta ya. (*Vase.*)

DON JUAN.

Echó la fortuna el resto.
¡Que nos despreciase ansí!

PERAFAN.

Otro secreto hay aquí;
Mas que sabemos los dos,
Que lo sospeché, por Dios

Y anoche le descubrí,
Aunque te lo deslumbré
Cuando llegaste, don Juan.

DON JUAN.

¿Cómo?

PERAFAN.

Presumo que fué
El Rey.

Sale DON GARCÍA.

DON GARCÍA.

Señor Perafan,
Hoy vuestro valor se ve.
A vos y á don Juan su alteza
Manda que así como estáis,
Que, pena de la cabeza,
De Cantillana salgais
Luego.

PERAFAN.

Bien su alteza empieza
A premiarnos.

DON GARCÍA.

Perdonadme,
Y como es justo, los dos
De las nuevas disculpadme. (*Vase.*)

DON JUAN.

Moros hay, y vive Dios...

PERAFAN.

Calla, Juan.

DON JUAN.

Padre, dejadme;
Que de cólera reviento.

PERAFAN.

Obedezcamos al Rey;
Que ha de haber mas sufrimiento
En mas valor.

DON JUAN.

Esta es ley
De un injusto pensamiento.

PERAFAN.

Esto debe de importar.
Vamos donde van sus leyes;
Que en todo hemos de pensar,
Don Juan, que aciertan los reyes,
Y obedecer y callar.
Esto es justicia y razon,
Lo demás es desatino;
Porque Dios, en conclusion,
Es, en lo humano y divino,
La postrera apelacion.
(*Vanse.*)

Salen DOÑA ESPERANZA, RODRIGO Y LEONOR.

DOÑA ESPERANZA.

¡Rodrigo!

RODRIGO.

A pedirte vengo
La mano y la bendicion,
Porque determinacion
De irme con don Lope tengo.
Pruebo mal en el oficio,
Si puede llamarse ansí,
De sacristan, porque aquí
No es de ningun beneficio;
Que de almorzar no se gana
Apenas, y es destruirse,
Porque han dado en no morirse
Cuantos hay en Cantillana;
Que el médico está enojado
Con el cura, y descompuesto
El boticario, y por esto
Los responsos ha colgado,
Y han jurado el boticario
Y el médico que han de estar
Seis veranos sin matar,
Como suele de ordinario.
Esta es la causa, Señora,
Que con don Lope me lleva,
Si la guerra no me prueba
Tambien.

DOÑA ESPERANZA.

No intentes agora
Hacer mudanza ninguna.
Quédate, Rodrigo, en casa
Mientras de don Lope pasa
Y de mi amor la fortuna;
Que será muy brevemente.
Aquestas nuevas te doy.

RODRIGO.

Tu esclavo, Señora, soy
Y lo seré eternamente.
Vivas mas años que un censo
Perpétuo, que una muralla,
Que la manta de Cazalla;
Porque, con tu ayuda, pienso
Ser de Leonor, á pesar
Del tiempo, dueño.

LEONOR.

Eso no,
Miguel de Vargas; que yo
Mejor me pienso emplear,
Cuando haga ese disparate.

RODRIGO.

Pues ¿qué? ¿Aun no somos amigos?

LEONOR.

Vienes oliendo á bodigos.

RODRIGO.

¡Pluguiera á Dios!...

DOÑA ESPERANZA.

No se trate
De pesadumbres agora.

LEONOR.

No entendí verte jamás
Alegre, y pienso que estás
De mejor humor, Señora,
Si no me engaño. Imagino
Que hace algun efecto el Rey;
Porque un rey á toda ley...

DOÑA ESPERANZA.

Mi padre pienso que vino
Y mi hermano.

RODRIGO.

Pues ¿está
El señor don Juan aquí?

DOÑA ESPERANZA.

Desde anoche llegó.

RODRIGO.

Ansí
De don Lope nos dará
Famosas nuevas.

DOÑA ESPERANZA.

Rodrigo,
Lo que te he dicho es lo cierto.

RODRIGO.

Plegue á Dios que al dulce puerto
Llegue don Lope contigo,
Tras tantas olas de ausencia,
De celos y de temor.
Yo quiero dar al señor
Don Juan hoy, con tu licencia,
La bienvenida.

Salen PERAFAN Y DON JUAN.

PERAFAN.

Aquí está
Esperanza.

RODRIGO.

Bien venido
Vuesamerced haya sido,
Que era deseado ya
De todos sus servidores.

(*Habla doña Esperanza con su padre en secreto.*)

¿Vuesamerced viene bueno?

DON JUAN.

Perdonad; que soy ajeno
De quién sois.

RODRIGO.

Estos señores
Siempre me han hecho merced,
Y les estoy obligado.

DOÑA ESPERANZA.

Es de don Lope criado
Rodrigo.

RODRIGO.

Vuesamerced
Desde hoy por suyo me tenga.

DON JUAN.

Guárdeos Dios.

PERAFAN.

Esto ha pasado:
El Rey nos ha desterrado;
Que desta suerte se venga
De sus celos y de tí.

DOÑA ESPERANZA.

En casa os habeis de estar,
Sin que salgais del lugar,
Y dejadme hacer á mí;
Que el Rey quiere ser llevado
Por bien.

PERAFAN.

Tu hermano ha venido,
Esperanza, sin sentido.

DOÑA ESPERANZA.

Venid, y perded cuidado;
Que no hay del Rey qué temer
Mientras mi industria os ampare,
Y si yo no le engañare,
No me llamaré mujer.

(*Vanse doña Esperanza, su padre y hermano.*)

RODRIGO.

¡Ah doncella!

LEONOR.

¿Qué nos manda?

RODRIGO.

Que procure componerme
Donde duerma.

LEONOR.

Luego ¿duerme?

RODRIGO.

Y mas si es la cama blanda.

LEONOR.

¿No le desvela el amor?

RODRIGO.

El suyo en toda mi vida

LEONOR.

Luego ¿hay otro?

RODRIGO.

No me pida
Tanta cuenta.

LEONOR.

¡Qué rigor!

RODRIGO.

He dado en esto.

LEONOR.

¡Oh, qué bueno!

RODRIGO.

Yo me voy; mire que esté

De mano de su mercé
La cama.

LEONOR.

Picaño, lleno
De mas vino que de amor,
¿Él se hace grave conmigo?

RODRIGO.

¡Oh! por vida de Rodrigo,
Que está donosa Leonor.

LEONOR.

¿Qué tanto? Que me das gusto.

RODRIGO.

Di á tu galan que me vea,
Si ser dichoso desea;
Que haceros merced es justo.

LEONOR.

Bergante.

RODRIGO.

Basta. (*Vase.*)

LEONOR.

No hay cosa
Que cause tanto pesar
En el mundo, como estar
De un despicado celosa. (*Vase.*)

Sale DON LOPE, *de noche.*

DON LOPE.

Noche, en cuyo atrevimiento
Mis recelos se confian,
Mis esperanzas se fian,
Y alienta mi pensamiento;
Vos seais tan bien venida
Como fuisteis deseada
Del alma mas abrasada
Que se vió de amor perdida.
Vuestra ciega oscuridad
Ampare mi loco amor,
Y mi celoso temor
Vuestra obscura majestad;
Que, sin poder resistirme,
Vengo en tan dichoso empleo
A gozar lo que poseo,
Siempre amante, siempre firme;
Y antes de la deseada
Hora en que á Esperanza veo,
Me trae loco el deseo,
Con la vida aventurada.
Dadme, dichosas paredes,
Las nuevas de mi bien ya,
Pues en vosotras está
Al sol haciendo mercedes.
Permitid, paredes mias,
Mi dicha al Rey responded,
Porque de tan gran merced
Haga amor las alegrías.
Gente parece que ha entrado
En la calle, y debe de ser
Cortesana, al parecer,
Que el alma no me ha engañado.
El Rey es. Volverme quiero;
Que en la ordinaria señal
Le he conocido: que mal
Hago en esperar, si espero
Ningun bien, pues ha venido
A la ordinaria porfía
De la esperanza que es mia.
Perdiendo voy el sentido. (*Vase.*)

Salen EL REY, DON GARCÍA, DON ÁLVARO Y DON SANCHO, *de noche todos.*

REY.

Un hombre atraviesa allí,
Que me da que sospechar;
O le tengo de matar,
O reconocerle. Aquí
Os quedad por breve espacio
Los dos, y venga García
Haciéndome compañía
Solamente, y á palacio
Ninguno vuelva hasta tanto
Que todos vuelvan conmigo.

DON GARCÍA.

Como tu sombra te sigo.
(*Vanse don García y el Rey.*)

Sale DOÑA MARÍA, *en hábito de hombre.*

DOÑA MARÍA.

Noche, en cuyo obscuro manto
Se amparan tantos secretos
Y se ven tantas verdades,
Lince de curiosidades,
De tu muda sombra efetos,
A descubrir vengo en ti,
Por perdida centinela,
El mal que el alma recela;
Gente parada hay allí.

DON SANCHO.

¿Si es el Rey?

DON ÁLVARO.

¿Es don García?

DOÑA MARÍA.

Los criados del Rey son.

DON SANCHO.

¿Es vuestra alteza?

DOÑA MARÍA. (*Ap.*)

Ocasion
Me da la sospecha mia
Para conseguir mi intento,
Pues con ellos no está el Rey;
A tanto obliga la ley
De un celoso pensamiento;
Quiero fingir que el Rey soy,
Que los debió de dejar
Entre tanto que él fué á hablar
A quien tantos triunfos doy.

DON SANCHO.

¿No responde?

DON ÁLVARO.

¿Quién es?

DOÑA MARÍA.

Yo;
Seguidme.

DON ÁLVARO.

El Rey es.

DOÑA MARÍA.

¡Ah celos!
¿Qué mal han hecho los cielos,
Que á vuestro infierno igualó?
(*Vanse.*)

Salen EL REY Y DON GARCÍA.

REY.

Ilusion debió de ser,
O le dió mi pensamiento
Alas con que venció al viento.

DON GARCÍA.

No tienes ya que temer,
Que Esperanza está rendida;
Que ha podido tu rigor
Engendrar en ella amor.

REY.

Con eso guarda la vida
De su padre y de su hermano.

DON GARCÍA.

Y aguarda en ese balcon,
Si no es imaginacion.

DOÑA ESPERANZA. (*Al balcon.*)

¿Ce?

DON GARCÍA.

No he imaginado en vano;
Que te ha hecho señas agora
Para que llegues.

REY.

García,
A tu puesto te desvía,
Y á las aves del aurora
Apenas deja pasar.

DON GARCÍA.

Lo que me mandas haré. (*Vase.*)

REY.

Vino este bien que esperé,
Tuvo mi dicha lugar
En gloria tan soberana.

DOÑA ESPERANZA.

Para tu esclava nací.

REY.

Ya no dirá amor por mí:
¡Ay larga esperanza vana!
Que tras el bien en que doy
Tantos alcances al cielo,
¡Cuántas noches há que vuelo,
Cuántos dias há que voy?

DOÑA ESPERANZA.

Siempre venció la porfía
La mas imposible empresa,
Si de hacer guerra no cesa,
Con un dia y otro dia,
Porque la que es mas tirana
Se rinde, como lo estoy,
Engañando al dia de hoy,
Y esperando el de mañana.

REY.

Para estimar tanto bien,
Habeis hallado, Esperanza,
Sin caudal la confianza,
Y el pensamiento tambien;
Ya no vive el albedrío
Con leyes de embajador,
Que despues que tengo amor,
Es muy mas vuestro que mio;
Haced, deshaced, mandad,
Dad vidas, alzad destierros,
Y de mis celos los hierros,
Como locos, perdonad,
Con tal que la causa dellos
No vuelva á veros jamás.

DOÑA ESPERANZA.

Eso es lo que estimo en mas.

REY.

Vuestros negros ojos bellos
Son dueños del alma mia.
(*Suena ruido de cadenas dentro.*)
Pero ¿qué es esto?

DOÑA ESPERANZA.

¡Ay de mí!

REY.

¿Qué es lo que teneis? Decí,
Luz del sol y sol del dia.
(*Vuelven á sonar.*)

DOÑA ESPERANZA.

¿No escuchais, Señor?

REY.

Ya escucho
Unas cadenas; ¿qué importa?

DOÑA ESPERANZA.

Vuestro valor os reporta.

REY.

Aquí no es menester mucho.
(*Quéjanse dentro.*)

DOÑA ESPERANZA.

¿Los gemidos no escuchais?

REY.

Pues ¿de quién son los gemidos?

DOÑA ESPERANZA.

¿No ha llegado á los oidos

Vuestros, el tiempo que está is
En Cantillana, esta fiera
Fantasma?

REY.

Es burla, por Dios.

DOÑA ESPERANZA.

El cielo quede con vos;
Que el alma el temor me altera,
Y perdonadme. *(Vase.)*

REY.

Cerró
La ventana; ¡miedo extraño!
Llegándose va, ó me engaño,
El ruido; ¿iréme? No;
Ya la voz otra vez suena,
Tristemente dilatado;
Agora en la calle ha entrado,
Arrastrando una cadena,
Un bulto blanco, tan fiero,
Que me ha causado temor,
Con tener tanto valor.

Sale LA FANTASMA.

Llegarme y hablarle quiero;
Mas él se viene hácia mí.
Vive Dios que he de mostrar
Animo, sin recelar;
Que esto debo á quien soy.—Di
Quién eres y qué me quieres,
Si es que vienes buscando
Encargarme, deseando,
Alguna cosa; ¿quién eres?
¿Eres Blanca, que de esposa
Solo me diste la mano?
Eres Fadrique, mi hermano?
Eres don Juan de Inestrosa?
Eres mi madre? Responde,
Si algo de mí has menester;
Que yo te prometo hacer
Cuanto pidas, aquí ú donde
Te fuere mas importante
A tu descargo y descuento;
Que para escucharte atento,
Animo tengo bastante.
¿No respondes ni haces nada?
Pues hacerte hablar procuro,
Ya que no sé otro conjuro
Que el acero de mi espada.

(Cae el bulto y la cadena, y queda Lope con cota y broquel, espada, media mascarilla y montera.)

REY.

El bulto en el suelo dió,
Y con espada y broquel,
De su portento cruel
Otro prodigio quedó;
Hoy de mi valor me alabo.—
Hombre, fantasma ó difunto,
No temo al infierno junto,
Porque soy don Pedro el Bravo.

(Éntrase retirando don Lope, y el Rey acuchillándole.)

Sale por una puerta DON GARCÍA, *y por otra* DON ÁLVARO, DON SANCHO Y DOÑA MARÍA.

DON SANCHO.

Repórtese vuestra alteza,
Porque es irritar al Rey.

DOÑA MARÍA.

Amor nunca guarda ley
Cuando á ser celoso empieza.

DON GARCÍA.

Caballeros, si es posible,
Vuélvanse por cortesía.

DOÑA MARÍA.

De guarda está don García;
Esta vez es imposible
Dejar de pasar delante,
Aunque vos al paso estáis.

DON SANCHO.

¿Otro imposible intentais?

DOÑA MARÍA.

Seré á vencerle bastante.

DON GARCÍA.

¿Quién es?

DOÑA MARÍA.

La Reina.

DON GARCÍA.

Señora,
¿Vos desta manera?

DOÑA MARÍA.

Ansí
Vengo buscando sin mí
A quien vos buscais agora,
Por ver este desengaño.

DOÑA ESPERANZA. *(Dentro.)*

¡Que matan al Rey!

DOÑA MARÍA.

¡Ah cielo!
Mayor desdicha recelo;
Venid, venid.

DON GARCÍA.

¡Caso extraño!
(Vanse.)

Salen acuchillándose EL REY Y LOPE.

LOPE.

Suspenda la invicta espada;
No me mate vuestra alteza.

REY.

¿Quién eres?

LOPE. *(De rodillas.)*

Un desdichado,
Que amor...

REY.

¿Por amor comienzas?
Disculpa tienes bastante;
Levanta del suelo.

LOPE.

Deja
Que en él humilde te pida
Primero perdon.

REY.

¿Qué esperas?
Ya te he perdonado, alza.

LOPE.

Con esa palabra, es fuerza
Que sin máscara te bese
Los piés, y decirte pueda
Quién soy.

REY.

¿Quién eres?

LOPE.

Don Lope
Sotelo.

REY.

Pues ¿desta manera?

LOPE.

Fuerza de amor pudo tanto;
Que desde la noche mesma
Que me pediste á Esperanza
Para dejarme sin ella;
Porque imaginé, Señor,
Que en teniendo algunas muestras
De mi voluntad, hablas
De condenarme á su ausencia;
Por prevenirlo, tracé
Esta fantasma; que intenta
Amor imposibles cosas
Contra el poder y la fuerza.
Cuando dejar me mandaste,
De Archidona por la guerra,
A Cantillana, Señor,
No estuve una legua apenas
Ausente del bien que adoro,
Y la misma estratagema
Usando todas las noches,
Entraba á gozarla y verla;
Hallóme don Juan, su hermano,
Y Perafan de Ribera
Con ella, y queriendo darme
Muerte los dos por la ofensa
Hecha á su casa y honor,
Enseñó Esperanza bella
Una firma de mi mano;
Fueron á hablarte con ella;
Vine á saber el suceso,
Encontróme vuestra alteza;
A su invencible valor
No bastó mi estratagema;
Esta es mi historia, mi culpa,
Mis celos y vuestra ofensa.
Si no me disculpa amor,
Aquí teneis mi cabeza.

Salen PERAFAN, DON JUAN, DOÑA ESPERANZA, LEONOR Y RODRIGO, *por una puerta, y por la otra*, DOÑA MARÍA, DON GARCÍA, DON ÁLVARO Y DON SANCHO.

PERAFAN.

No importa que el Rey agravie
Para que la sangre nuestra
Vertamos por él.

DOÑA MARÍA.

Llegad.

DON GARCÍA.

Señora, aquí está su alteza.

DON ÁLVARO.

El Rey está aquí.

DOÑA MARÍA.

¿Señor?

REY.

Señora, ¿qué es esto?

DOÑA MARÍA.

Fuerza
De mis celos, imposibles
De vencer de otra manera.

DOÑA ESPERANZA.

Cielos, aquí está don Lope;
¿Qué novedad es aquesta?

PERAFAN.

Vuestra alteza nos perdone;
Que, puesto que vuestra alteza
Nos mandó de Cantillana
Salir esta tarde mesma,
Y no lo habemos cumplido,
Las voces que en esa reja
Dió Esperanza nos obliga,
Sin reparar en la pena
Que nos fué puesta, Señor,
A ofrecer á vuestra alteza
Nuestras haciendas y vidas.

REY.

Que ese amor os agradezca,
Perafan, es justa cosa;
Don Lope Sotelo sea
De doña Esperanza esposo.

LOPE.

Mas años que el sol te veas
Rey de Castilla y Leon.

REY.

Con la mayor encomienda
De Castilla, que es lo menos
Que debo á vuestra nobleza.

PERAFAN.

Guárdeos el cielo.

REY.

De un tercio
Doy á don Juan de Ribera,
Pues es tan grande soldado,
Porque me sirva en la guerra.

DON JUAN.

Sobre vuestros hombros ponga
Su imperio el sol.

REY.

Y á vos, reina
De Castilla y de mi alma,
Que es de vuestro sol esfera,
Palabra de nunca daros
Celos, porque sé que llegan
A perderos el respeto.

DOÑA MARÍA.

Guárdeos el cielo, que es deuda
De mi amor.

DOÑA ESPERANZA.

Estoy confusa
Y no creyendo yo mesma
Lo que estoy viendo.

LOPE.

Despues
Sabréis, Esperanza bella,
Grandes cosas.

RODRIGO.

A Rodrigo,
Que los piés te bese deja,
Pues fué sacristan por tí
Mas de una semana y media.

LOPE.

Guárdete Dios.

LEONOR.

Dame á mí
Tus manos tambien.

RODRIGO.

No quieras;
Que estaba agora fregando,
Y no es mucho al ámbar huelan.

REY.

A palacio.

RODRIGO.

Dando aquí,
Porque á sus casas se vuelvan,
De *El Diablo está en Cantillana*,
Senado, fin la comedia.

COMEDIA FAMOSA

TITULADA

LA LUNA DE LA SIERRA,

DE LUIS VELEZ DE GUEVARA.

PERSONAS.

PASCUALA.	GIL DEL RÁBANO.	DON GUTIERRE.	ORTUN.
ANTON.	CURA.	GUZMAN.	CRIADOS.
MENGO.	EL PRÍNCIPE DON JUAN.	LA REINA DOÑA ISABEL.	GENTE.
BARTOLA	EL MAESTRE.	EL REY DON FERNANDO.	ACOMPAÑAMIENTO.

JORNADA PRIMERA.

Salen EL MAESTRE DE CALATRAVA, *de camino*, Y DON GUTIERRE, *dándole unas cartas, y* CRIADOS.

DON GUTIERRE.

Cartas de la Reina son.

MAESTRE.

Por esa causa me apeo,
Porque las trata el deseo
Con esta veneracion.

DON GUTIERRE.

Yo pensé en Sierra Morena
Hasta Córdoba encontrarte;
Hoy á la conquista parte,
De alientos heróicos llena,
La Católica Isabel,
Que contra el moro andaluz
Lleva la corte á Adamuz;
Porque hasta mirarse de él
Vencedora, no ha de dar
Vuelta á Castilla. Fernando
En Aragon, sosegando
Un tumulto popular,
Asiste por alma en ella;
Que Castilla no ha tenido
Reina, entre tantas que han sido,
Mas heróica ni mas bella.
Con el príncipe don Juan
(Cuya vida guarde el cielo,
Con el nombre de su abuelo)
Cazando viene; que dan
A Sierra-Morena honor;
Ella divina Diana,
Y él, bello, en mas soberana
Deidad, Adónis mejor;
Y pienso que ha de venir
A hacer noche ó á hacer dia
A esta aldea.

MAESTRE.

Andalucía
Podrá, á su sombra, rendir
Con el Africa á Granada,
Y mas si en esta ocasion
Deja una mano al baston
Y otra remite á la espada;
Que, Pálas nueva española,
En ausencia de Fernando,
La estoy armada esperando
De las grevas á la gola;
Y ruego á Dios que á sus piés
Goce Granada, rendida,
Como el fénix, mejor vida
Y muchos triunfos despues.
Dadme licencia, señor
Don Gutierre, sin que sea
Grosero, que el pliego lea.

DON GUTIERRE.

Eso es recibir favor,
Maestre, de vuecelencia
En tan dichosa ocasion,
Pues echais de ver que son
Logros de mi diligencia.

MAESTRE.

(*Lee.*) «Ilustre maestre de Calatrava, »primo nuestro: El Rey parte á Aragon »á sosegar algunos alborotos que hay »en aquel reino, causados de su au»sencia; y yo es fuerza, entre tanto, »que vaya á Andalucía, como lo hago, »y hacer á Adamuz plaza de armas pa»ra la empresa de Granada, en com»pañía del serenísimo príncipe don »Juan, nuestro muy caro y muy amado »hijo. A don Gutierre, nuestro criado, »hemos encargado la diligencia de este »pliego, para que os le dé en la parte »que de Andalucía os encontrare, dán»dome por muy bien servida en esta »ocasion que os veais conmigo en Ada»muz, porque he menester vuestra »persona con la brevedad posible.— »Guárdeos Dios. De Ciudad-Real, etc. »—*Isabel.*»

Mil siglos su nombre viva
En Castilla y en Leon,
Y dichosa sucesion
De don Juan goce. ¡Qué altiva,
Qué heróica, qué soberana
Mujer! que, mas que en ciudades
Ni reinos, en voluntades
Reina con deidad humana;
Dueño es de los corazones
De sus vasallos, y el mio
Es mas suyo, que confio,
Con victoriosos blasones,
En su nombre conquistar
Las dos Africas, despues
Que deje puesta á sus piés
A Granada; que alentar
Pueden tan nobles favores,
Tan soberanos alientos,
Para mas árduos intentos,
Para conquistas mayores;
Que no puede ser ninguna
Dificultosa, alentada
De su valor y esta espada.

DON GUTIERRE.

Dicha fué de mi fortuna,
Cuando del Andalucía
En la raya puse el pié,
Encontraros.

MAESTRE.

Mas lo fué,
Señor don Gutierre, mia;
Vaca una encomienda está,
De que os habeis de servir
Por el porte.

DON GUTIERRE.

Recibir
De vos mercedes es ya
Conocido en el valor
De la sangre que teneis.
Por la mucha que me haceis
La mano os beso.

MAESTRE.

Señor
Don Gutierre, yo recibo
De vos merced; porque honrar
Tan gran caballero es dar
Nuevas honras al altivo,

Glorioso, antiguo blason
De la cruz de Calatrava.

DON GUTIERRE.

Quien vuestro valor no alaba,
Deshace su estimacion;
Que es empresa concedida
Á ninguno.

MAESTRE.

Guárdeos Dios;
Que está mi sangre de vos
Pagada y agradecida.

VOCES. (*Dentro.*)

Parad; que se apea aquí
Su alteza.

DON GUTIERRE.

El Príncipe creo
Que llega solo.

MAESTRE.

El deseo
Que para servirle en mí
Vive por alma, no entiendo
Que tanta dicha me niegue.

Sale EL PRÍNCIPE DON JUAN, *mozo, de camino, y* GENTE.

PRÍNCIPE.

Hasta que mi madre llegue,
Pasar de aquí no pretendo.

DON GUTIERRE.

El Príncipe es; llegad pues,
Maestre, besad su mano.

MAESTRE.

Dadme, señor soberano
De Castilla, vuestros piés.

DON GUTIERRE.

Fernan Gomez, el maestre
De Calatrava, Señor.

PRÍNCIPE.

Maestre, á vuestro valor
El pecho es justo que os muestre,
Con los brazos.

MAESTRE.

Guarde el cielo
Esa prudencia temprana,
Esa dichosa mañana
Que en el castellano suelo
Nos empieza á amanecer,
Muchos años.

PRÍNCIPE.

Guárdeos Dios,
Maestre, pues que con vos
Del africano poder
Queda Castilla triunfante.
¿Cómo venis?

MAESTRE.

Con deseos
De daros nuevos trofeos
Del sarracino arrogante.
¿Cómo viene vuestra alteza?

PRÍNCIPE.

Con gusto de ver el dia
En que del Andalucía
He de gozar la belleza.

MAESTRE.

Justamente os enamora
Su fama.

PRÍNCIPE.

Grande la tiene
En mi opinion.

MAESTRE.

¿Cómo viene
La Reina, nuestra señora?

PRÍNCIPE.

Trae salud, gracias al cielo;
Que para bien de Aragon
De Castilla y de Leon
La goce.

MAESTRE.

Viva en el suelo
Español edades mil,
Logrando en nuevas esferas
De imperios las primaveras
De vuestro dichoso abril.

PRÍNCIPE.

En un jabalí cebada,
De la sierra en la espesura,
Imitarse á sí procura,
Nunca de nadie imitada;
Que, mientras que de la guerra
No llega el original,
Con valor á nadie igual
Su imágen busca en la sierra;
Pero ya sobre un caballo,
Que parece que ha nacido
En él el manto florido
De quien es abril vasallo,
Pisa con aire gentil,
Siendo del sol maravilla;
Que, como es reina en Castilla,
Es potentado en abril.
Bien merece su deidad
Estos requiebros de un hijo
Tan galan suyo.

MAESTRE.

No dijo
Vuestra alteza á majestad
Tan gloriosa cosa alguna
Que pueda llegar á ser
Extremo, pues su poder,
Su valor, de la fortuna
Tambien vasallaje alcanza,
Siempre el efecto juntando
Al ser heróico, formando
Los lances de la esperanza.

Sale LA REINA DOÑA ISABEL, *con baquero, sombrero y venablo, y* CRIADOS *con ella.*

DOÑA ISABEL.

Pasead ese caballo
Mientras tomo la litera,
Pues aquí el Príncipe espera.

MAESTRE.

Y con su alteza un vasallo,
Que á besar los piés os llega,
Haciendo en vuestro servicio
De su pecho sacrificio.

DOÑA ISABEL.

Maestre, jamás os niega
Mi amor á tanta verdad
Los brazos. ¿Cómo venis?

MAESTRE.

Cuando entiendo que os servis
En mí desta voluntad,
Es forzoso que la vida
Y que la salud me sobre.

DOÑA ISABEL.

Don Gutierre albricias cobre
Hoy de vuestra bienvenida,
Pues tuvo tanta ventura,
Que os encontró con mi pliego
En el camino.

MAESTRE.

No le niego
Que debeis á la fe pura
Con que deseo serviros,
Esa fineza.

DOÑA ISABEL.

Maestre,
Que menores os las muestre,
Es no honrarme y desluciros.

MAESTRE.

Con vuestra grandeza sola,
Juvenil y soberana,
Nueva Pálas castellana,
Semíramis española,
Mayor empresa pudiera
Tener el fin deseado.

DOÑA ISABEL.

Bien mi valor ha dejado
Experiencias en la fiera
Que acabo de dar agora
Muerte.

PRÍNCIPE.

Vuestra majestad
Cansó á todos.

DOÑA ISABEL.

Es verdad,
Pero salí vencedora;
Que del espumoso diente
Dos veces acometida,
Rindió en despojos la vida,
Y la sangre á la corriente
De una sierpe de cristal,
Que, fugitivo arroyuelo,
Cuando dejó de ser hielo,
Fué lisonja de coral.

PRÍNCIPE.

Permitidme, gran Señora,
Pues tanta ocasion me obliga,
Que fuisteis de Adónis, diga,
Y de Vénus vencedora.

(*Vase, y vuelve á salir luego.*)

DOÑA ISABEL.

Guárdeos Dios, Juan, y al Maestre
Agasajad.

MAESTRE.

Yo he quedado
Solo con veros pagado.

DOÑA ISABEL.

Por la cenefa silvestre
De este arroyuelo de plata
Baja huyendo, al parecer,
Una mujer.

PRÍNCIPE.

Y mujer
Que parece que retrata
El vestido al arrebol
Del dia.

MAESTRE.

Sí, y el cabello,
Esparcido por el cuello,
Parte rayos con el sol.

DOÑA ISABEL.

De pocos años parece
Y de beldad soberana.

MAESTRE.

No obliga así la mañana
Las aves, cuando amanece,
A que la canten amores,
Como en ardiente fatiga
La serraneja se obliga
De las aguas y las flores.

PRÍNCIPE.

Ya llega desalentada
A tus plantas; que imagino
Que por fin de su camino
Las busca.

DOÑA ISABEL.

Vendrá agraviada.

Sale PASCUALA, *serrana, en cabello*

PASCUALA.

¿Está aquí la Reina?

DOÑA ISABEL.

Sí.

PASCUALA

¿Adónde?

DOÑA ISABEL.

Serrana hermosa,
Yo soy la Reina.

PASCUALA.

¡Oh gloriosa
Reina de Castilla! Así
Vivais los años del sol;
Así con eternos mayos
Troqueis imperios, que á rayos
Añadais al español;
Así con divina hazaña
Del moro andaluz triunfeis,
Y de ganar acabeis,
Rindiendo á Granada, á España;
Así enlaceis hiedra hermosa
A Fernando eternamente,
Volviendo á gozarle ausente
Como dama y como esposa;
Así mil siglos goceis
Los claros nombres que os dan,
Y del príncipe don Juan
Dulces bisnietos mireis;
Así...

DOÑA ISABEL.

Repórtate, espera;
¿Qué traes? Qué tienes?

PASCUALA.

Señora,
Escuchadme atenta agora;
Sabréis el mal que me altera.
Aquel pajizo asombro,
Que no parece aldea,
Sino peñasco duro
De esta Morena-Sierra;
Aquel, mas que edificio,
Serrana competencia
A nubes que intentaron
Nevarle la cabeza;
Es, Isabel dichosa,
De dos-Castillas reina,
Mi desdichada patria
O mi extranjera tierra.
Amor, alma del mundo,
A quien por rey veneran,
Natural ó tirano,
Sentidos y potencias,
Desde que en mí pudieron
Dar las primeras señas
De tener albedrío,
Sin tener resistencia,
Me empeñó en un serrano
De tan divinas prendas,
Que confesó la envidia
Que fué eleccion discreta;
Tan galan á mis ojos,
Que ninguno en la aldea
(De muchos que hay) no trajo,
Los domingos y fiestas,
Gaban mas aliñado,
Cabeza con mas trenzas,
Zapatos con mas lazos,
Polaina mas bien hecha.
En el solar del pueblo,
Si baila ó zapatea,
A todos aventaja,
Y aun ellos lo confiesan;
Cuando á la barra tira,
Ninguno se le llega,
Y á la carrera y lucha
No hay quien con él se atreva.
En fin, ¡Anton, Anton!
Que es nombre que me suena
Mucho mejor que cuantas
Aves al sol despiertan,
Contento me pagaba
Con serranas finezas;
Y yo, de agradecida,
Almas tener quisiera,
Mas que no pensamientos,
Con que pagar aquella
Que me dió y que guardaba
Con tan grande firmeza.
No sé si por hermosa,
O mudable en las vueltas
De mi fortuna varia,
Ya menguante, ya llena,
Toda esta serranía,
Que da á Sierra-Morena
Aldeas, dió en llamarme
La Luna de la Sierra.
Sin duda adivinaron
Las mudanzas que hoy prueba
Mi suerte desdichada,
Que no fué la belleza;
Y si lo fué, tampoco
Puedo librarme de ella;
Que es sombra la desdicha
De la hermosura, eterna.
Pues cuando estaba yo
Mas segura y contenta,
Librando en esperanzas
Venturas tan inciertas,
Como era el ser su esposa,
Que es la alegre cosecha
Que amor, despues de tantas
Lluvias de ansias, espera,
Obligó á mi serrano
Una precisa ausencia
El mártes, á apartarse
Léjos de aquí diez leguas.
Al fin, se fué, partióse;
Y yo, sin su presencia,
Con la mitad del alma
Quedé viviendo á medias,
Que esotra media parte
Mi Anton se llevó en prendas,
Para ser de la suya
O guarda ó centinela.
Comenzaron las horas
A ser en el aldea,
Para mis esperanzas,
Siglos de plomo y piedra.
Mi hermano en este tiempo,
O mi veneno, ordena,
Por intereses propios
Y desdichas ajenas,
Casarse con Bartola,
Una serrana necia,
Del color de su gusto,
Que son de una librea,
Hermana del alcalde
De nuestra misma aldea:
Tronco con vida de hombre,
Necio con mucha hacienda;
Con este, sin mi gusto,
De casarme concierta,
Sin ver que estaba el alma
En otro dueño atenta;
Hoy lo trató conmigo,
Y con tanta aspereza
Me obligó á que la mano
Al villano le diera,
Que, viendo en mí tan grande,
No vista resistencia,
Dentro en un aposento
Con la llave me encierra,
Para que de este modo
Acabara por fuerza
Comigo lo que el mundo,
Con vida, no pudiera.
Desesperada y loca,
Busqué á mis ansias fieras
Salvedad, si á desdichas
Hay quien hallarla pueda;
Y por una ventana,
Que da al campo, resuelta
A morir ó escaparme
De tantas inclemencias,
Me descuelgo, animada
Del amor que me alienta,
Del furor que me incita,
Del mal que me despecha;
Y apenas estampando
En la grama, en la arena
Del márgen de este arroyo,
Que es parto de estas peñas,
Las fugitivas plantas,
A mi muerte ligeras,
O al bien que no aguardaba,
Encontré con las nuevas,
Católica Monarca,
De tu venida, y cerca
Del bien, estuve á pique
De ver rendida y muerta
Al desaliento mio
La esperanza, deshecha
A tanto mar de agravios
Y viento de tormentas;
Pero, á tus piés llegando,
Ningun recelo llega
A darme sobresalto,
Siendo tú mi defensa.
Reina eres la mas alta
Que conoce la tierra;
Que has de hacerme justicia
Mi agravio de tí espera.
Así vivas los años
Que el mundo te desea,
Pues debes, por amante,
Por ausente y por reina,
Satisfacer mi injuria,
Porque la vida deba
Al Sol de España hermoso
La Luna de la Sierra. (*De rodillas.*)

DOÑA ISABEL.

Levanta; que no es justo
Que esté, serrana, en tierra
Quien se parece tanto
Al cielo en la belleza;
Que el nombre que os han dado
De *Luna de la Sierra*
Pienso que viene corto
A la hermosura vuestra.
Yo haré que no eclipse
Ninguna humana fuerza
Nube que á vuestros gustos
Se opone con violencia.
Tomad esta palabra
De mí.

PASCUALA.

Veas, eterna
En Leon y en Castilla,
Eternas primaveras.

DOÑA ISABEL.

¿Cómo os llamais?

PASCUALA.

Pascuala.

DOÑA ISABEL.

Es vuestra cara buena,
Las pascuas dais á todos.
¡Qué gracia! Qué belleza!
Llegad, besad la mano
Al Príncipe.

PASCUALA.

A su alteza
Los piés besaré y todo.

PRÍNCIPE.

Alzad, serrana bella;
Que á fe, que sois muy linda.

PASCUALA.

Yo soy esclava vuestra.

MAESTRE. (*Ap.*)

¡No vi mayor encanto
En humana belleza!
Loca me tiene el alma
La hermosa serraneja.

PRÍNCIPE.

¿Qué os parece, Maestre,
La serrana?

MAESTRE.

No es fea;

Razonable hermosura,
En fin, para la sierra.

PRÍNCIPE.

Pues no me ha parecido,
Por vida de la Reina,
Maestre, otra en mi vida
Tan hermosa como esta.

MAESTRE.

Espántame, viniendo
De mirar vuestra alteza
La beldad toledana,
Narciso de su vega.
Este es un tronco duro,
Sin alma y con corteza.

PRÍNCIPE.

Antes es alma toda;
No sé, la serraneja
Me ha ganado la dicha,
Y si lícito fuera
A un príncipe de España...
No sé lo que me hiciera.

MAESTRE. (*Ap.*)

No puedo divertirle,
Pero la diligencia
Ganará por la mano
Al Príncipe la empresa;
Aunque no es cuidadosa
En él la competencia;
Que son amores niños,
Y el viento se los lleva.

DOÑA ISABEL.

Vamos, Príncipe.

PRÍNCIPE.

¡Hola!
La litera.

MAESTRE.

¿No piensa
Vuestra alteza á su madre
Acompañarla en ella?

PRÍNCIPE.

No, Maestre; á caballo
Los dos irémos.

DON GUTIERRE.

Llega,
Con otro del Maestre,
Un caballo á su alteza.

DOÑA ISABEL.

Pascuala.

PASCUALA.

¡Gran Señora!

DOÑA ISABEL.

Fiad de mi grandeza;
Que os he de hacer justicia.

PASCUALA.

Así mi fe lo espera,
Así mi amor lo aguarda
De tan heróica reina.

DOÑA ISABEL.

Id conmigo, y venios
Cerca de mi litera.

MAESTRE. (*Ap.*)

Volved por mí, sentidos;
Porque voy con sospechas
Que ha de volverme loco
La Luna de la Sierra.

(*Vanse.*)

Salen GIL DEL RÁBANO, *alcalde*, Y BARTOLA, *villana graciosa, por una parte, y por la otra* MENGO, *villano gracioso.*

GIL.

No tien, Mengo, de pasar
De hoy las dos bodas; Bartola,
Por no ser novia tan sola,
Ayudará á bien casar,
Como á bien morir pescuda,
A Pascuala, porque está
Diz que algo cerril.

MENGO.

Ya
Bien podeis llamar al Cura,
Alcalde, porque Pascuala
Ha de casarse con vos,
Aunque le pese par ños
Norabuena ó noramala;
Que no ha de volverse atrás
El concierto que hemos hecho.
Las coces son sin provecho
Y los brincos por demás;
Que no ha de ir con su intento
Delante; sufra molestias,
Que la mujer y las bestias
Sientan el paso despues.
Debajo queda encerrada
De esta llave en mi aposento,
Y hasta her el casamiento,
No ha de aprovecharle nada;
Porque no ha de ser Anton,
Su primero pretendiente,
Que está del lugar ausente,
Lo que el pensó.

GIL.

Con razon;
Que sós su mayor hermano,
Y corre por vuestra cuenta
El casarla, aunque ella intenta
Herlo por su propia mano.
Dadla hacienda á toda ley;
Que lo demás es morir.

MENGO.

Por el Cura podeis ir;
Que aunque lo estorbara el Rey,
Pascuala no ha de dejar
De ser vuestra, brinque ó salte,
Llore ó sospire.

GIL.

No falte
Por mí, yo le vó á llamar.
Si posible es, abrandalda;
Bartola queda con vos,
Y pues para en uno sós,
Entre tanto descozalda,
Porque salga de los piés.
Mejor, Mengo, que el hablalla
Servirá de pasealla,
Para corrella despues. (*Vase.*)

MENGO.

Bartola, ¿has quedado aquí?

BARTOLA.

Sí, por la gracia de Dios.

MENGO.

Solos estamos los dos;
Llégate mas háncia mí.

BARTOLA.

No puedo; que estó pegada
Con la tierra, de virgüenza.

MENGO.

A hacer la prueba comienza;
Que no puedes perder nada.

BARTOLA.

Mengo, ¿no es mas fácil cosa
Que tú te llegues?

MENGO.

Sí, á fe.

BARTOLA.

Mas guárdate no alce el pié;
Que soy algo relijosa.

MENGO.

Rijosa querrás decir;
Y eso es de burras no mas.

BARTOLA.

Mengo, burras hallarás,
Si lo quieres advertir,
Tambien en dos piés, y yo,
Cuando tanto se atropella,
Só burra, pues só doncella.

MENGO.

Pues burra doncella, jo;
Que parece que trotais.

BARTOLA.

Mengo, el dimoño me aburra
Si pienso ser vuestra burra.

MENGO.

Sí haréis, Bartola; que estáis
Viendo cerca el alcacel.

BARTOLA.

Contentaréme, enojada,
Con mi paja y mi cebada.

MENGO.

Bartola, el desden cruel
Deja, pues estás aquí.
No dés en nuevos antojos;
Que me muero por tus ojos
Desde el punto que te vi.
Y tanto tanto en tu cara
Todo mi calletre obrigo,
Que por casarme contigo,
De ser obispo dejara.

BARTOLA.

Mengo, en no siendo sencillo,
Cuando en malicioso deis,
Por novio comenzaréis,
Y acabaréis en novillo.

MENGO.

Guarda huera, aqueso no;
Trabas os pondré á los piés.

BARTOLA.

Dejaldo para dempues;
Que el Cura, Mengo, llegó.

Salen EL CURA Y GIL DEL RÁBANO, *alcalde.*

CURA.

Dicen que la Reina pasa,
Alcalde, por el lugar,
A Adamuz.

MENGO.

Podrá posar
Del Escribano en la casa,
Que es la mijor de la aldea
En anchura y edificio,
Que herle aqueste servicio
Todas las veces desea
Que ellos pasan por aquí;
Aunque vien la Reina sola
Con el Príncipe.

CURA.

Bartola,
Guárdeos Dios.

BARTOLA.

Ya estó sin mí,
Acercando poco á poco.

GIL.

¿Cómo os fué, Mengo?

MENGO.

Estó loco,
Porque es Bartola un dimoño;
Coz tira, que no hay llegalla
A comenzar á domar.

GIL.

Ella se vendrá á amansar
En llegando á enalbardalla;
Dejad que os eche á los dos
El Cura el yugo, y verés
Qué mansos estáis dempues.

CURA.

Como unos bueyes de Dios.

Pueden mucho las palabras
Del matrimonio sagrado.

MENGO.

A vos os toca el cuidado,
Cura, de meter las cabras
A Pascuala en el corral;
Que está de mal parecer,
Y es mujer.

CURA.

Por ser mujer
Lo ha de hacer mejor; ¿qué mal
Le puede estar á Pascuala
El Alcalde, hombre tan rico
Y honrado?

GIL.

Yo só un borrico
En la condicion.

CURA.

La mala
De Mengo la trae así;
Que Anton es cosa de viento.

MENGO.

Yo só, Cura, otro jumento
Como el Alcalde, y no hui
Con Pascuala prohidiado
Si no es en cosa que ya,
Como veis, tan bien le está;
Que este nombre que la han dado
De Luna ó siete cabrillas
Desvanecida la tiene,
Sin ver lo que le conviene.

CURA.

Yo pretendo persuadilla
Y metella por camino;
Que es en efeto muchacha.

MENGO.

Y Anton la tiene borracha.

CURA.

Ser esta vez determino
El cura y casamentero,
Y ha de ser, de mí vencida,
Alcalde, vuestra, por vida
Del bachiller Borreguero.

MENGO.

Decilde algunas razones
De la Sagrada Escretura,
Pues sois bachiller y cura,
Contra maridos Antones;
Y lo de la Antona ahí,
¡Qué á propósito vendrá!

Sale ANTON, *galan, de serrano, con espada ceñida.*

ANTON.

¿Dónde, villanos, está
Pascuala?

GIL.

Anton está aquí.

ANTON.

¿Cómo, villanos, consiente
El cielo; cómo, villanos,
El mundo sufre, sin dar
Uno abismos, otro rayos,
Que en un ángel, que en el sol,
Vuestras sacrílegas manos
Se atrevan á hacer ofensa
Con notables desacatos?
¿Qué ley humana permite
Que obliguéis á un pecho humano
Con tan tierna edad, y siendo
Del cielo y del sol milagro,
A que se case por fuerza
Con un tronco mal formado,
Con un prodigio vestido,
Con un desnudo peñasco,
Con menos alma que aquellos
Que en esta sierra están dando
El ejemplo á la dureza
Como al pasajero espanto
Cuando de noche los mira,
Perdido y sombras soñando?
Y tú, Mengo...

MENGO. (*Ap.*)

Aquí só muerto.

ANTON.

¿Cómo es posible que tanto
Puedas atreverte al cielo,
Que aquellos hermosos años
Pasen á la hermana tuya,
Aunque parece contrario
A su divina hermosura,
A su entendimiento raro,
Que sea su hermano un mónstruo
Como tú, un bruto inhumano;
Oses, cuando así lo seas,
Del sol á tiranizallos
En un obscuro aposento,
Para que de los agravios
Al peso la cerviz midan,
En su gusto encaminados,
O desesperados mueran,
A la mayor beldad dando
Fin que los humanos ojos
Han visto en ángel humano?
¿Esta es, Alcalde, justicia?

GIL. (*Ap.*)

Temblando estoy.

ANTON.

¿Es buen trato
Para vuestra profesion
Esto, Cura? ¿Manda acaso
El cielo que los que son
Dél en la tierra nombrados
Para vicarios del cielo,
En lugar de apaciguallos,
Seais cómplice en forzar
Voluntades?

CURA.

Temerario
Venís, Anton.

MENGO.

Por los ojos
Basiliscos está echando.

BARTOLA.

Aquí espero un mal suceso.

GIL.

Aquí una tragedia aguardo.

ANTON.

El temerario sois vos,
Pues sabiendo que en los casos
De los matrimonios es,
Mas que todo, necesario,
Cura, la conformidad
De las partes, no mirando
Vuestra obligacion, quereis
Juntar dos almas, que tanto
Se diferencian las dos,
Lo que hay del bien á los daños,
Lo que hay del sol á la noche,
De la gloria á los trabajos,
Del puerto al golfo, del cielo
A la tierra, del tirano
Al amigo, de la muerte
A la vida, del descanso
Al infierno, de los celos
Al amor, aunque andan ambos
Siempre en un sugeto juntos;
Que todos estos contrarios
Viven en los dos mayores;
Pero, vive Dios, que estando
Vivo Anton, no han de eclipsarse,
Villanos viles, los rayos
De la Luna de la Sierra;
Que, en el camino informado
De este agravio, y que en mi ausencia,
Que fué de mi vida ocaso,
Os quisisteis atrever,
Como murciélagos vanos,
A luces del sol ausente;
Sobre las alas volando
De mis firmes pensamientos,
Llegué al lugar, y abrasado,
A los umbrales de Mengo,
Donde á los cómplices hallo
Conjurados en la ofensa
De Pascuala y de mi agravio.
Mas agora veréis todos
Del modo que satisfago,
En el castigo el delito,
Abriendo y descerrajando
Cuantas puertas, cuantas sombras
Tiene esta casa, este encanto
Del sol, hasta dar con él
A Pascuala. (*Vase.*)

CURA.

Extraordinario
Furor lleva.

BARTOLA.

Desa suerte
No pienso casarme; vamos,
Hermano Alcalde, de aquí.

MENGO.

Haciendo notable estrago
Va.

GIL.

No hay quien lo resista.

BARTOLA.

No fué Roberto el Diablo
Tan ladino y mordedor
Como él va.

CURA.

Pareceis mármol,
Alcalde; entrad á prenderle,
Pues veis que está quebrantando
Una casa, y es delito,
No solo para ahorcallo,
Sino para mas; prendedle.

GIL.

Préndale Poncio Pilato.

MENGO.

No le dejeis que se lleve
A Pascuala.

GIL.

Yo me abraso
De celos, pero de miedo
Estó, Bartola, temblando.

BARTOLA.

Terciana debe de ser.

CURA.

Ya sale solo y turbado,
Al parecer.

Sale ANTON.

ANTON.

¿Dónde habeis
Puesto á Pascuala, villanos,
Que no está en toda la casa,
Por mas que la he examinado?
Vén acá, Mengo.

MENGO. (*Ap.*)

Aquí hué
Mi fin.

ANTON.

Mengo, hablemos claros.
¿Dónde has llevado á Pascuala?
Dónde tienes el milagro
De estos montes escondido?

BARTOLA.

De Anton estoy recelando
Me tiene de ahorcar el novio.

MENGO.

Digo, Anton, que la he dejado
Encerrada en este mismo
Aposento, que con tanto
Furor abriste el postrero.

ANTON.
¿Cómo no está allí, villano?

MENGO.
Hidalgo, yo no lo sé;
Debe de haberse á los campos,
Por la ventana, escorrido.

ANTON.
Muerto soy si lo ha intentado.
Traidor, dime dónde está. (*Arrójale.*)

MENGO.
Pues ¿ sélo yo por acaso?
Yo no la vide arrojar.

ANTON.
Basta que lo haya intentado,
Para que se haya quizá
O muerto ó despedazado
Entre esas peñas.

CURA.
No habrá;
Que es mujer, y son al gato
Semejantes en las vidas.

ANTON.
¿Burlas cuando estoy rabiando?
Vive el cielo, que no deje
En las que teneis, ingratos,
Una apenas, ni en el mundo
La que me falta buscando.
¿Dónde te escondes, Pascuala?
¿Qué nube de tus dorados
Rayos, Luna de la Sierra,
Sombra es tirana? Si acaso
Escuchas, mira que soy
Anton, que la vuelta he dado
De la amarga ausencia que hice
De tus ojos soberanos;
Anton, que viene á perder
Por tí mil vidas; tus brazos
No me niegues, Luna hermosa,
Cuando, por recien llegado
No sea, porque primero
Que muera pueda gozallos.—
Paredes que un tiempo fuisteis
Orientes, y agora ocasos,
Del sol que adoré por mio,
Dadme á Pascuala; peñascos,
Que de la Sierra-Morena
Sois antiguos muros y altos
Contra las guerras del tiempo,
Contra inclemencias del marzo,
¿Dónde encubris vuestra Luna?
¿Qué triste menguante ó cuarto
Fué aqueste, que contra mí
Flechan los cielos, de llantos
Y suspiros? ¡Loco estoy!

MENGO.
En la trampa habemos dado.

ANTON.
No he de dejar, vive Dios,
En esta casa, villanos,
Un ladrillo sin que vuele
Por el aire hecho pedazos,
Hasta que me deis la Luna
Del espejo en que retrato
El alma que tengo suya.
Roldan soy enamorado
Y celoso juntamente;
Morid todos á mis manos.
(*Da tras ellos.*)

GIL.
Anton, tenéos; que só
El alcalde.

ANTON.
Yo no guardo
Respetos á quien no quiso,
Justicia representando,
Guardarme justicia á mí.

BARTOLA.
Bercebú se ha desatado;
Conjuradle, Cura.

CURA.
Vade
Arredro.

ANTON.
¡Que me abraso!

MENGO.
Al gallinero, Bartola.

BARTOLA.
En el humero me zampo,
Mengo.

GIL.
Y en el pozo yo.

ANTON.
Dadme á Pascuala, villanos.
Aguardad.

MENGO.
Aguárdete
El demonio.

ANTON.
Hoy se ha cifrado
Todo un infierno en mi pecho.
Dadme á Pascuala, villanos.
(*Éntranse huyendo, y Anton tras ellos á cuchilladas.*)

Sale LA REINA DOÑA ISABEL, EL PRÍNCIPE, EL MAESTRE, DON GUTIERRE *y* CRIADOS, *y la Reina puesta la mano en la cabeza de* PASCUALA.

PASCUALA.
Esta en efeto, Señora,
Es la casa de mi hermano.

DOÑA ISABEL.
Por eso en ella me apeo.—
¿Qué rumor es este?

Salen todos, como entraron, huyendo, y ANTON *tras ellos.*

TODOS.
Huigamos.

DON GUTIERRE.
¡Hola! mirad que está aquí
Su majestad.

MENGO.
Por sagrado
Nos valga contra este loco.

ANTON.
A esa voz, si fuera rayo,
Me detuviera en mi propio
Furor. Mas ¿qué estoy mirando?
¿No es Pascuala la que veo?—
Pascuala, dame los brazos

PASCUALA.
Detente, Anton; que ya es este
Otro tiempo.

ANTON.
¡Extraño caso!
¿Otro tiempo puede haber
En nuestro amor?

PASCUALA.
¿No está claro,
Si tú te ausentaste, Anton,
Y yo soy mujer?

ANTON.
¡Qué aguardo
Para morir!

PASCUALA.
Ten paciencia;
Que me casa de su mano
La Reina, nuestra señora.

ANTON.
No hay paciencia en tales casos.
¿Tú has de casarte con otro?
¡Qué bien Luna te llamaron
Por las mudanzas, cruel!

PASCUALA.
No hagas extremos; que estamos
Delante su majestad.

ANTON.
Sin seso estoy.

PASCUALA.
Pues cobrallo.

ANTON.
Mataréme.

PASCUALA.
¡Disparate!

ANTON.
¡Ah fiera!

PASCUALA.
Quéjaste en vano.

ANTON.
Daré voces.

PASCUALA.
No hay remedio.

ANTON.
Pues ¿cuál será?

PASCUALA.
El excusallo.

ANTON.
¿Por qué te vas?

PASCUALA.
Por no oirte.

ANTON.
¡Ay, que muero!

PASCUALA.
Eso no, estando
Viva yo, querido Anton,
Que para tu vida guardo
La vida que tengo tuya.

ANTON.
Cielos, ¿qué es esto? ¿En qué cáos
De confusiones estoy
Muriendo y resucitando?

PASCUALA.
Ya está, Señora, aquí Anton,
Que es con quien estuve hablando.

DOÑA ISABEL.
Está bien, Pascuala.

ANTON.
El cielo
No me niegue el bien que aguardo.

DOÑA ISABEL.
¿Quién es el alcalde aquí?

GIL.
Yo soy, Señora.

MENGO.
¡Hay mas raro
Suceso!

DOÑA ISABEL.
¿Cómo os llamais?

GIL.
Con perdon vuestro, me llamo
Gil del Rábano, Señora.

DOÑA ISABEL.
Seréis indigesto.

GIL.
Y harto.

DOÑA ISABEL.
Y ¿quién es Mengo?

MENGO. (*Ap.*)
Esto es hecho;
Lo que debo, esta vez pago.
Lindamente de la fuerza
Mi carilla se ha vengado.

DOÑA ISABEL.

¿Con qué conciencia, decid,
Siendo de Pascuala hermano,
Mengo, se la dais á Gil
Del Rábano, hombre tan basto
Y tan contrario á su gusto?

MENGO.

Señora, acá los serranos
No casamos las mujeres,
Como en la corte, buscando
Ellas ninfos los maridos;
Porque acá se los buscamos.
Gil del Rábano es alcalde
Del lugar, rico y cristiano
Viejo de cuarenta agüelos,
Mozo de piés y de manos
Sano, gloria á Dios; y pienso
Que esto basta para darnos
Bastante para un marido,
Sin andar escudriñando
Si es ancho, alto ó pequeño,
Si es derecho ó corcovado;
Que, si esto importara, hubiera
Para semejantes casos
Albéitares de maridos,
Como los hay de caballos.
A mas desto, por concierto
Yo con Bartola me caso,
Y como si fueran frenos,
Los dos hermanas trocamos;
Pero si no sós servida
De que quedemos casados
De esta suerte, aquí está el Cura
Sin habernos despachado,
Y se volverá á su casa
Las tres ánades cantando,
En ayunas de las bodas,
Sin alcanzar un bocado.

DOÑA ISABEL.

No hubiera en balde venido,
Si un cierto Anton, que esperamos,
Hubiera de las jornadas
Vuelto al lugar.

ANTON.

Si en mi daño
No se muda la fortuna,
Aquí está Anton, deseando
Besar tus reales plantas,
Como esta dicha...

DOÑA ISABEL.

La mano
Le dad á Pascuala, Anton,
Pues á tiempo habeis llegado
Para los dos tan dichoso;
Que yo de haceros me encargo
Merced. El Príncipe y yo,
Vuestra boda apadrinando,
Os honrarémos, haciendo
Que el Cura no haya ocupado
El tiempo que ha estado aquí
En balde.

ANTON.

O estoy soñando,
O me miente mi deseo
Lo que miro á lo que paso.

PASCUALA.

Verdades son, Anton mio;
Dame la mano y los brazos.

ANTON.

Ya no puedo darte el alma,
Pascuala, pues te la he dado.
Loco estoy; si no me mata
La dicha, poder es flaco
El de la muerte con ella.

PRÍNCIPE.

Confieso que me ha pesado
De habella visto, Maestre,
Dar los brazos y la mano
A un rústico labrador.

MAESTRE.

Son en calidad entrambos
Iguales.

PRÍNCIPE.

Con la hermosura
No hay sangre que iguale.

DOÑA ISABEL.

Vamos,
Para que tenga la boda
Efeto.

ANTON.

Vivas mas años,
Inclita Isabel, que el sol.

DOÑA ISABEL.

Anton, vos sois muy gallardo,
Y mereceis solamente
A Pascuala.

ANTON.

Soy esclavo
De tus piés, y á tu grandeza
Hoy debo la vida.

DOÑA ISABEL.

Alzáos.

ANTON.

¡Cielos, posible es que es mia
Pascuala! Fértiles prados
De Sierra-Morena, montes
Coronados de peñascos,
Arroyos que los cristales
Vais por ella despeñando,
Aves que llamais al dia,
Galanes céfiros mansos
De la noche, que, en lentiscos
Y romeros retozando,
Despertais mas presto al sol,
Pedidme albricias; que salgo
Con ser dueño de Pascuala
Despues de recelos tantos.

MENGO.

Señora, no quede yo,
Ya que soy de Anton cuñado,
Sin casarme con Bartola,
Porque parezca, acabando
Con entrambos casamientos,
Fin de comedia; aunque estamos
Tan al principio de aquesta,
Que la estoy viendo y soñando.

DOÑA ISABEL.

Mengo, en buen hora.

MENGO.

Bartola,
Llega á besarle la mano
A su majestad por esta
Merced.

BARTOLA.

Si no es que me empacho,
Allá vó.—Su rabanencia
Me dé á besar los zapatos,
Porque me casa con Mengo,
O por su merced me caso;
Que será como abrazar
El verdugo al ahorcado.

DOÑA ISABEL.

Alzad, Bartola; que yo
A los dos tendré cuidado
De hacer merced.

MENGO.

Guarde Dios
A su señoría el prazo
De un tramposo, que es eterno.

GIL.

Y á mí, que me habeis dejado
De nones, ¿qué pensais herme?

DOÑA ISABEL.

Alcalde perpétuo os hago
Del lugar.

GIL.

Guárdeos el cielo.

DOÑA ISABEL.

Bien podeis desayunaros,
Cura, en los dos casamientos.

CURA.

Quisiera, para acaballos,
Ser en aquesta ocasion,
Que á todos quereis honrarnos,
Arzobispo de Sevilla.

DOÑA ISABEL.

Bien lo creo, Licenciado.—
Venid, Príncipe.

PRÍNCIPE. (*Ap.*)

¡No he visto
Mayor donaire! ¡Qué falso
Anda conmigo el deseo!

MAESTRE. (*Ap.*)

Loco me llevas, serrano,
De envidia de ver la luna
Que tu esperanza ha gozado.

ANTON.

Dame la mano, Pascuala.

MENGO.

Bartola, dame la mano.

GIL.

Praza.

MAESTRE. (*Ap.*)

¡Ay Luna de la Sierra!
De tu luz voy recelando
Que me ha de faltar por siglos
Y me ha de matar por cuartos.

JORNADA SEGUNDA.

Salen ANTON *y* PASCUALA.

PASCUALA.

Al fin, Anton, ¿te vas?

ANTON.

Voyme, Pascuala,
Para sacar el trigo de las eras,
Que de la parva que á ese monte iguala,
Colmar, gracias á Dios, la troj esperas.

PASCUALA.

Aun madrugando el sol, mira tu gala.

ANTON.

Tú madrugas á abril las primaveras.
Dichoso yo, que al lado tuyo espero
Que me despierte el gallo y el lucero.
¡Cuán bienaventurado el casamiento
De dos conformes almas, como el mio,
Donde es cualquiera un mismo pensa- [miento,
Es una voluntad y un albedrío;
No hay reinar como el bien de estar con- [tento;
Sin gusto es todo humano desvarío;
Que al César, al monarca mas augusto,
Todo le falta si le falta el gusto.
Guarde Dios á Isabel, Pascuala hermo- [sa,
Que nos dió de comer en nuestra aldea,
En la mediana suerte venturosa
Que el ambicioso rico no desea.
Busque en el mar el hambre codiciosa
Del mercader, que tanta ciencia em- [plea,
Logros á su esperanza de otra suerte,
Tres dedos apartado de la muerte.
Préciese el poderoso, rodeado
Del escuadron hambriento de escude- [ros,
De la sangre real, del alto estado,
Que le repiten tantos lisonjeros;
Que yo, Pascuala, á tu dichoso lado,

O mirando dormidos tus luceros,
O amaneciendo de mi vida al polo,
Solo me envidio, que te gozo solo.

PASCUALA.

Amado Anton, galan y esposo mio,
Pues cuando al campo vas, y tu Pascua-
No sabe si es mujer ó si es rocio, [la
Que, de tí ausente, el alba no la iguala,
Como amante, ¡qué loco desvarío!
Pienso que te entretiene otra zagala
[da,
Mas hermosa que yo, mas bien prendi-
Y entre temor y amor pierdo la vida.
[do!
¡Oh, qué presto que Mengo se ha vesti-
Anton, dame los brazos, y en las eras
Acuérdate de mí, pues yo me olvido;
[ras.
Que esto es, Anton amado, amar de ve-
¡Qué flojo abrazo! Aprieta mas, queri-
Ausente de mis ojos; mas. [do,

ANTON.

¿Qué esperas?

PASCUALA.

Juntarme tanto á tí, que eternamente
Estar pudiese de tu pecho ausente.

ANTON.

Vamos, Mengo.

Salen MENGO Y BARTOLA.

MENGO.

Bartola.

BARTOLA.

Mengo mio.

MENGO.

A las eras me voy.

BARTOLA.

Véte en buen hora.

MENGO.

Bartola, ¿sientes mucho este desvio?

BARTOLA.

Sintiéralo si fuera para una hora;
Mas con tanto marido, en el estío,
Una alma se abochorna labradora,
Que al lado tuyo paso los trabajos
De un purgatorio de cebollas y ajos.
Deja que me dé el aire, si es posible,
Por lo menos un mes.

MENGO.

Amor me tienes,
No lo puedes negar.

BARTOLA.

Amor terrible,
Y, Mengo, mucho mas cuando no vie-

MENGO. [nes.

Tú me pagas, Bartola, en lo posible,
El poco que mis ansias entretienes; [ro,
Que juro á Dios, que cuando verte espe-
Quisiera ver á Bercebú primero. [de,
Pero no puedo mas; quien mas no pue-
Con su mujer se acuesta de ordinario;
Anton se va, contigo el cielo quede.

BARTOLA.

Como no vuelvas, vé con Dios.

MENGO.

¡Qué vario
Es, Bartola, tu amor!

BARTOLA.

Al tuyo excede;
Eres un almirez de boticario
Para los ojos mios.

MENGO.

Tú, Bartola,
Una burra con saya.

ANTON.

Vamos, hola.

MENGO.

Oleadme despacio, Anton hermano;
Que eso es muy de cuñados.

BARTOLA.

¡Oh! Pruguiera
Al que las vidas hace de su mano,
Que aqueso de olearos verdad fuera.

MENGO.

Agradezco el deseo.

PASCUALA.

Adios, serrano
Del alma mia.

ANTON.

Puesto el sol, me espera.

PASCUALA.

Eso fuera volver, Anton, mas presto;
Que, volviendo tú el rostro, el sol se ha

BARTOLA. [puesto.

No llores: ¿vase á Flándes? ¡qué zagala
Tan tierna de Carona, niña en suma,
Que la terneza con la edad iguala!
Como puchero chico haceis espuma;
Cebolla sois, Anton, para Pascuala;
Andad con Dios.

ANTON.

¡Quién fuera veloz pluma
[ces,
Del pensamiento que en tu amor ofre-
Para volver á verte muchas veces!

MENGO.

Vamos, Anton.

ANTON.

Adios; voy sin sentido.
(*Vase.*)

BARTOLA.

De nácar las mejillas se arrebola.

MENGO.

Bartola, ya me voy.

BARTOLA.

Pues ¿no te has ido?

MENGO.

Esa esperanza es mas que amor, Barto-

BARTOLA. [la.

Galápago eres, Mengo, no marido.

MENGO.

¿Cómo quedas?

BARTOLA.

Gozosa en quedar sola.

MENGO.

Adios.

BARTOLA.

Adios.

MENGO.

Y advierte, por mas gozo,
Que á la noche me aguardes en un pozo.
(*Vase.*)

BARTOLA.

En él caigas, prega á Dios,
Porque no vuelvas acá.

PASCUALA.

Pocos recelos os da
Amor, Bartola, á los dos.

BARTOLA.

Siempre fué amor necedad,
Pascuala, entre los casados,
Porque los gustos gozados
Menguan de la voluntad.

PASCUALA.

Antes los gustos, que son
Los que al amor siempre alientan,
Se afirman mas y acrecientan,
Bartola, en la posesion.
¿No has visto, Bartola, el fuego,
Que mientras mas leña abrasa,
Mas llama el aire embaraza,
Y en faltando mengua luego?
Pues así es la voluntad,
Que mientras goza lo que ama,
Siempre levanta mas llama.

BARTOLA.

No sé, Pascuala, en tu edad,
Cómo has alcanzado tanto.

PASCUALA.

Bartola, con la experiencia
No hay imposible en la ciencia
De amor.

BARTOLA.

De tu amor me espanto.

PASCUALA.

Anton me ha enseñado á amar;
Que en este quinto elemento
De amor el entendimiento
Sabe no mas navegar.
Sin él no hay, Bartola, amor.

BARTOLA.

Debe de faltarme á mí
Y á Mengo; que nunca vi,
Hermano siendo mayor,
Que en eso te pareciese
Menos, ni en nada.

PASCUALA.

Bartola,
El alma parece sola
Al cielo.

BARTOLA.

Si te pudiese,
Pascuala, con gusto hablar,
Pues solas hemos quedado,
Lo que tanto has alcanzado
De amor y saber amar,
Alguna cosa, Pascuala,
Que te importa te diria.

PASCUALA.

¿A mí de amor?

BARTOLA.

Ser podria.

PASCUALA.

Si es de Anton, que se señala
En alguna traicion nueva
Contra mí, dándome celos,
Así, Bartola, los cielos
Le guarden, que aunque la prueb
Sea costosa, me lo digas;
Que querer saber su mal,
Tambien es de amor señal,
Y verás cuánto me obligas.
¿Es mujer de nuestra aldea,
Doncella, casada, sola?
Dime la verdad, Bartola,
Si la habla ó la pasea.
¿Dala músicas? ¿Regala
Sus amigas, sus vecinas?
¿Pónese por las esquinas?

BARTOLA.

No es nada de eso, Pascuala.

PASCUALA.

Pues ¿qué es, Bartola?

BARTOLA.

Tu brava
Condicion, dura y silvestre.

PASCUALA.

Háblame claro.

BARTOLA.

El maestre
De la cruz de Calatrava,
Aquel galan caballero
Que con la Reina venia,
Y con la insignia cubria
Roja el pecho...

PASCUALA.

Al caso espero
Que vamos, Bartola.

BARTOLA.

Aquel
Que brancas prumas tremolá
En el sombrero...

PASCUALA.

Bartola,
¿Qué es lo que me cuentas dél?
En efeto, que ya estoy
Informada de quién es
El Maestre.

BARTOLA.

Aquese, pues...

PASCUALA.

Vamos al hecho.

BARTOLA.

Ya voy.

PASCUALA.

Di.

BARTOLA.

Como es rico y discreto
Y caballero galan,
Y en esta sierra te dan...

PASCUALA.

Vamos, Bartola, al efeto.

BARTOLA.

De Luna, por tu hermosura
O por otras causas, nombre,
Y él es rico y gentilhombre,
Pascuala, habrarte procura.
A mí me cogió en la huente
Ante de ayer, y me dijo
Que era tu desden prolijo,
Y pudieras fácilmente
Dejarte galantear;
Que él te puede enriquecer,
Y herte, Pascuala, mujer.
No le faltó son llorar
A estas últimas razones;
Y esta cadena me dió
Para tí, y á mí me echó
Una almuerza de doblones
En la falda del sayuelo,
Que en oro al sol desafian,
Y un mármol abrandarian.
Díjome que era su abuelo
Un rey, su padre un infante,
Y que su persona sola
Era...

PASCUALA.

Bartola, Bartola,
No pases mas adelante;
Que no soy de las mujeres
A quien has de hablar así,
Ni suelen hallarse aquí
De tan viles pareceres
Como tú; que estoy corrida
Que con mi hermano casada
Estés, ni que mi cuñada
Seas. Bien es que en la vida,
Aunque labrando quimeras,
Para el interés que dieron,
Siempre las cuñadas fueron
Amigas de ser terceras.
¡Oh parentesco tirano,
Nunca bienquisto jamás!
Que el de la suegra no mas
Puede ser mas inhumano.
Guarda esa cadena allá,
Ese encanto impertinente,
Que me parece serpiente
Que echando veneno está;
Y di al Maestre que yo,
Cuando mi Anton no adorara,
Al pundonor no faltara
Que mi inclinacion me dió;
Que le suplico que ahorre
De su loca pretension,
Porque la vida de Anton
Y honor por mi cuenta corre;
Porque, obligada de ver
Que prosigue en su porfía,
Haré un desatino un dia;
Que, agraviada, soy mujer;
Y que procure no hacerme
Mal casada, ni afrentar
Mi opinion en el lugar,
Con despertar á quien duerme.
Que cuando Isabel no quiera
Corregille y castigalle,
Sabré yo hacello y matalle;
Y á tí, si otra vez, tercera
Del Maestre, me trujeras
Recado sin enmendarte,
¡Vive Dios, que he de cortarte
La lengua con que lo hicieras! (*Vase.*)

BARTOLA.

¡Tirte ahuera! Un carretero
Mas gordo no pudo echar
El «vive Dios»; no hay que habrar,
Mal negocia el caballero,
No hay quien vueso amor le meta.
Paciencia, Maestre hermano;
Que ha tenido mala mano
Bartola para alcahueta. (*Vase.*)

Salen LA REINA DOÑA ISABEL Y EL PRÍNCIPE.

DOÑA ISABEL.

¿Vos melancólico, Juan?
¿Vos, Príncipe, con tristezas?
Vos, en esos verdes años,
Con suspensiones tan nuevas?
Mirad, Juan, qué es vuestro gusto,
No me tengais con sospechas
Tan varias; que os quiero bien,
Y me causais mucha pena
De veros así.

PRÍNCIPE.

Señora,
Guárdeos el cielo, y eternas
En Castilla y en Leon
Vuestras alabanzas sean;
Que con vos en Adamuz
Y en la parte mas desierta
Del mundo mejor me hallara
Que en las delicias hibleas
De los jardines de Chipre,
En los pensiles de Persia,
En los elíseos de España
Y en los asombros de Grecia.
Adusta sangre ocasiona
Muchas veces estas muestras,
Sin que tenga acá en mi pecho
Mas ocasion la tristeza.
Hoy, con vuestra permision,
Salir á caza quisiera;
Que por lo que tiene el campo
De esperanza en la librea,
Contra los efetos es
Melancólicos.

DOÑA ISABEL.

No fuera
Para mí de menor gusto
El ir con vos; mas la priesa,
Príncipe, de los negocios
No me quiere dar licencia.
Vaya en vuestra compañía
Sirviendo, como desea,
El maestre Fernan Gomez,
Con que á la persona vuestra
No le hará falta la mia.

PRÍNCIPE.

El Maestre tiene prendas
Tan grandes, que mas en eso
Que en todo me lisonjea
Vuestra majestad.

Salen EL MAESTRE Y GUZMAN.

MAESTRE. (*Ap. á Guzman.*)

Guzman,
Con esta traza he de verla,
Y licencia de Isabel,
Hoy, si es posible, en su aldea.
Fingiré que voy á caza;
Que el Alcalde nos apresta
Vestidos de labradores
A la usanza de la sierra.

GUZMAN.

Todo el oro lo atropella.

MAESTRE.

Aquí está la Reina; aguarda.

DOÑA ISABEL.

Maestre.

MAESTRE.

Las plantas vuestras
Beso, Señor.

PRÍNCIPE.

Guárdeos Dios.

DOÑA ISABEL.

Maestre, el Príncipe ordena
Salir hoy con vos al campo,
Porque pretende en la sierra,
Matando algun jabalí,
Divertirse; tened cuenta
Con su persona, y servidle,
Como de vuestra nobleza
Confío.

MAESTRE.

(*Ap.* ¡Extraña ocasion
Se pone en medio á mi empresa!
Replicar es grosería.)
Señora, cuando su alteza
Toda esa merced me haga,
La debe á las experiencias
De mis deseos.

PRÍNCIPE.

Bien sé,
Maestre, todas las deudas
Que os tengo.

DOÑA ISABEL.

No aguardeis mas.
Pongan los coches y vengan
Los monteros, y alegrad
Al Príncipe, que es la prenda,
Maestre, que quiero mas,
Como á Fernando no sea. (*Vase.*)

PRÍNCIPE.

Maestre, mi amigo sois,
Y de vos solo me es fuerza
Fiar una inclinacion
Que me detiene suspensa
El alma en tantos discursos,
Que estoy sin mí.

MAESTRE.

Vuestra alteza,
Como de sí, de mí puede
Confiar.

PRÍNCIPE.

Así dan muestras
De vuestras obligaciones,
Maestre, todas las señas.
Yo estoy loco desde el dia
Que vi aquella serraneja
Que con aquel labrador,
En esa vecina aldea,
Casó mi madre.

MAESTRE.

¿Pascuala,
Que la Luna de la Sierra
La llaman por otro nombre?

PRÍNCIPE.

Maestre, sí; y de manera
Su beldad me tiene loco,
Me tiene triste su ausencia,

Que, aunque no saben la causa,
Por lo menos la tristeza
Han echado de ver todos.
Yo con vos tengo de vella
Esta noche en su lugar.
Buscad traza con que sea,
Para que os deba el ser mio,
Para que la vida os deba;
Que la ocasion de la caza
Ha de ser la estratagema
Deste pensamiento.

MAESTRE.

(*Ap.* ¡Cielos!
Para quien ama la mesma
Causa, ¿hay suceso ú caso
Mas apretado? De veras
Tomó el príncipe don Juan
La empresa.) No es esta empresa
Para obligaros á tanto;
Una villana grosera
Con un príncipe de España
Hace grande diferencia.

PRÍNCIPE.

La villana es para mí
Mas alta que las estrellas;
Que la muerte y el amor,
De esta manera se precian
De igualar todas las cosas.

MAESTRE. (*Ap.*)

No miro traza ni senda
De hacelle dar paso atrás.
¡Qué notable competencia!

PRÍNCIPE.

Maestre, vamos de aquí,
Que el amor y el sol me llevan
Los rayos, á ver los ojos
De la Luna de la Sierra.

MAESTRE.

Vamos, Señor. (*Ap.* Vive Dios,
Que ha sido en mas baja esfera
Mis esperanzas la Luna,
Pues cuando ha de crecer mengua.)
(*Vanse.*)

Sale PASCUALA.

PASCUALA.

Ya comienza á anochecer,
Y no acaba de llegar
Anton. ¡Qué necio pesar
Embaraza mi placer!
¿Qué ocasion podrá tener
En las parvas tan groseras
Con mis ansias lisonjeras,
Buscando á mi muerte modos,
Cuando van volviendo todos
Los zagales de las eras?
¿Qué tendrá mi labrador?
¿Quién en ellas le entretiene,
Cuando parece que tiene
Acabada la labor?
¡Ay sobresaltos de amor!
No ofenda vuestro poder
Mi quietud; que en el saber
Su amor nada me acobarda,
Y pues en el campo tarda,
Mas le queda á Anton que hacer.
Claro está que si no fuera
Así, cuando el plazo pasa,
A mis brazos y á su casa,
Como los demás, volviera;
Que ya la estrellada esfera
No ocupa lumbre ninguna;
Ya resplandece la luna,
Y la de la Sierra en tanto,
Sin Anton, convierte en llanto
Su luz, si ha tenido alguna.
De la puerta del lugar,
Con esta nueva ocasion,
Hasta que venga mi Anton
No me pienso levantar.
Aquí le pienso esperar,
Sentada; que podrá ser
Que tenga tanto poder
El deseo que le aguarda,
Que abrevie el siglo que tarda
Desde el pesar al placer.
Envidiaré desde aquí,
De mis vecinas casadas,
No estar mejor empleadas,
Pues yo tan dichosa fui;
Sino el mirar ¡ay de mí!
Que tan venturosas son
En esta mesma ocasion
De mis ausentes sentidos,
Que han llegado sus maridos,
Y que no llega mi Anton.

BARTOLA. (*Canta dentro.*)

Estábase la aldeana
A la puerta de su aldea,
Viendo venir por la tarde
Los zagales de las eras.

PASCUALA.

Bartola es esta que canta,
Y parece que la letra
Que con mi tristeza dice;
Escuchalla quiero atenta.

BARTOLA. (*Canta dentro.*)

Cargados los altos carros
De espigas doradas llevan,
Y á sus rústicos cantares
Van ayudando las ruedas.
El zagal de Inés venia,
El de Casilda y Lorenza.
Como son vecinas suyas,
Crece su envidia y su pena.

PASCUALA.

Con lágrimas ha de ser
La creciente. ¡Qué discreta
Y qué enamorada copla
Y suspension de mi ausencia!

BARTOLA. (*Canta dentro.*)

En esta imaginacion
Salieron luna y estrellas
A ver tan léjos del alba
La suya llorando perlas.
Cuando vió que ya tañian
La campana de la queda
A recoger los zagales,
Dijo, mirando á la puerta:
«Toca la queda, mi amor no viene;
Algo tiene en el campo que le detiene.»

PASCUALA.

No cantes, Bartola,
Mas, si te parece,
Necias profecías
De mi amor ausente.
Deja, si es posible,
Si no es que es adrede,
De darme pesares,
Dándome placeres.
Los primeros versos
Que cantaste alegre
Para divertirte,
Y á mí me entretienen,
A las ánsias mias
Tan medidos vienen,
Que se vistió el alma
De ellos dulcemente;
Mas cuando llegastes
Por ofensa hacerme
A mezclar en ellos
Sospechas crueles,
Que una alma adivina,
Que un pecho padece,
Que una ausente llora,
Que una firme tiene,
Toda la lisonja
Que me hiciste pierdes;
Que son con pensiones
Tiranas mercedes.
Mas ¡ay! que sin duda
Puede ser que fuesen
Avisos que al alma
De mi ausente vienen;
Que cuando al aldea
Todos los ausentes
Zagales casados
De las eras vuelven,
Y él solo se tarda,
Y ocasiona, ausente,
Que al salir la luna
La suya le espere,
Algo tiene en el campo
Que le detiene.

BARTOLA.

Tú vives, Pascuala,
Presurosamente;
Querer tan aprisa,
A olvidar me huele.
Véte mas despacio;
Que luz que da siempre
Tantas llamaradas,
Apagar se quiere.
Tambien Mengo es hombre,
Y tambien no viene;
En mis confianzas
Tus prisas se enseñen.
Bueno es que te mates
Por cosas que tienen
Remedio tan fácil,
Como el de que esperes.
Vive mas al uso,
Ten frema, y entiende
Que somos mentiras
Hombres y mujeres.

PASCUALA.

¡Ay Bartola! aparta,
Deja que me queje;
Que amor que no es firme,
Ni cela ni siente.
Aunque Anton me olvide,
Pretendo querelle,
Con estos extremos,
Desde aquí á la muerte.
No juzgues por una
Todas las mujeres,
Pues ves que yo adoro,
Como tú aborreces.
Déjame que tema,
Déjame que piense,
Pues Mengo no asoma
Y Anton no parece;
Que algo tiene en el campo
Que le detiene.

Salen EL PRÍNCIPE Y EL MAESTRE, DON GUTIERRE Y GUZMAN.

PRÍNCIPE.

Maestre, llegad á hablarla,
Y decidla que me tiene
Tan sin mí, que me ha obligado
A que venga de esta suerte
A ver sus hermosos ojos;
Decid que amor no consiente
En las esperanzas largas.

MAESTRE.

¡Notable lance!

PRÍNCIPE.

Maestre,
Mirad que adoro á Pascuala.

MAESTRE.

Yo voy; vuestra alteza deje
Su pretension á mi cargo.

Sale MENGO.

MENGO.

¡Pascuala!

PASCUALA.
¡Mengo!
MENGO.
Ya viene
Anton, que se ha detenido
En recoger unos bueyes
Y en her vesita á unas cabras,
Que están rebosando leche.
PASCUALA.
¿No me pidieras albricias?
MENGO.
Dámelas tú, si quisieres.
PASCUALA.
Un cabezon te prometo
Para el San Miguel que viene,
Que no le tenga mejor
Anton.
MENGO.
El cielo prospere,
Pascuala hermosa, tu dicha.
PRÍNCIPE. (*Ap. al Maestre.*)
Maestre, el marido es ese.
MAESTRE. (*Ap. al Príncipe.*)
No es sino Mengo, el hermano
MENGO.
¡Bartola!
BARTOLA.
¿Qué es lo que quieres?
MENGO.
Vamos á cenar, Bartola;
Que vengo para comerme
Todas las ollas de Egipto,
Y al Cura.
BARTOLA.
Con hambre vienes.
PRÍNCIPE.
No esperes, Maestre, á mas.
MAESTRE.
Ya voy, Señor. Dilataba,
Porque su Anton no viniese,
El llegar.
PRÍNCIPE.
Llega; que estoy,
De puro amante, impaciente.
MAESTRE.
Ya voy.
GUZMAN. (*Ap. al Maestre.*)
¿Qué dices, Señor?
MAESTRE. (*Ap. á Guzman.*)
Que estoy sin seso de verme
A cuestas con este estorbo.
PASCUALA.
Bartola, mi Anton es este.—
Dame los brazos, Anton. (*Abrázale.*)
¡Ay de mí, cielos! ¿Quién eres?
MAESTRE.
Yo soy, que, con este traje,
Vengo á adorarte y á verte;
El Maestre soy.
PASCUALA.
Desvia.
MAESTRE.
Yo te adoro; tus desdenes
No marchiten los abriles
De mis esperanzas verdes.
Tuyo soy.
BARTOLA.
¡Anton! Pascuala.
PASCUALA.
¡Perdida soy!
BARTOLA.
No te alteres;
Que las mujeres se culpan
Turbándose.
MAESTRE.
En lance fuerte
Llegó Anton; yo me retiro.

Sale ANTON, *vale á abrazar Pascuala, y detiénela.*

PASCUALA.
¡Anton!
ANTON.
Pascuala, detente.
PRÍNCIPE. (*Ap. á don Gutierre.*)
Gutierre, el marido vino.
PASCUALA.
¿No me abrazas?
ANTON.
¿Qué hombre es este
Que estaba contigo hablando?
PASCUALA.
Un labrador solamente,
A quien por tí preguntaba;
Que tambien dice que viene
De las eras, y pensando
Que eras tú, Anton, neciamente
Los brazos le daba. Tanto
Los deseos desvanecen
A los amantes y engañan,
Cuando firmemente quieren.
ANTON.
¡Labrador!
PASCUALA.
Pues ¿no le ves?—
¡Labrador, Anton!
ANTON.
No huele
Este á labrador. (*Ap.* Sospechas
Villanas, guerras aleves
De las paces del amor,
No me rompais las alegres
Que goza el alma; que soy
Marido.)
PASCUALA.
¿Qué te suspende?
ANTON.
Vamos, Pascuala, de aquí.
PASCUALA.
Vamos.
ANTON. (*Ap.*)
Sombras del oriente
De mi honor y confianza,
No me espanteis locamente;
Que amor y honra tengo yo,
Y cada cual por sí puede
Hacer efetos mutables
En quien menos alma tiene. (*Vase.*)
PASCUALA.
Sin mí voy; mal haya, amén,
La venida del Maestre. (*Vase.*)
PRÍNCIPE.
En mala ocasion llegó
El Anton.
MAESTRE.
¿Qué le parece
A vuestra alteza que hagamos?
PRÍNCIPE.
Que, pues los músicos vienen,
La llamemos, como al sol,
A las dichosas paredes
Que son oriente del suyo;
Porque quiero de esta suerte,
Antes de irme, enamoralla.
MAESTRE.
Bien dices.
PRÍNCIPE.
Vamos, Maestre.
(*Vanse.*)

Salen ANTON *y* PASCUALA, *en casa*

PASCUALA.
Mi bien, mi esposo, mi Anton,
Vos, que mi amor conoceis,
Mis pensamientos sabeis,
Pues teneis mi corazon;
Preguntalde en ocasion
Que podais estar sin mí,
Si es posible, amando así,
Si no sois vos, Anton mio,
Mas dueño de mi albedrío
Que yo, que con él nací.
Desde que tuve experiencias
De amaros, bien sabe Dios
Que no he quitado de vos
Ni sentidos ni potencias;
Que, en presencias y en ausencias,
Os quiero tan igualmente,
Que cuando estáis de mí ausente,
Tanto en vos estoy sin mí,
Que estáis mas presente aquí
Que si estuvierais presente.
Parece que dijo el cielo,
Cuando al darme se señala,
Sea para Anton Pascuala
En teniendo mortal velo;
Que antes que viniese al suelo,
Para vos me formó Dios,
Poniendo un alma en los dos,
Con tanto amor, tanta fe,
Que solamente podré
Querer á Dios mas que á vos.
ANTON.
Pascuala, ¿con qué ocasion
De satisfacciones tantas
Hoy conmigo te has valido
Mas que otras veces, Pascuala?
¿He menester yo de tí
Que con tantas muestras y ansias,
Con desconfianzas tuyas,
Pascuala, me satisfagas?
He menester que de nuevo
Las obras de tus palabras
Lo que te debo me enseñen,
Y digan lo que me pagas?
¿No sé yo quién eres tú
Y de la suerte que tratas,
En mi presencia y ausencia,
La vida de Anton y el alma,
Y que es tu amor el mayor
Que, despues que tiene aljabas,
Arco, flecha, venda y plumas,
Ha visto el nieto del agua?
Por vida tuya y por vida
De tu beldad soberana,
Que me tienes ofendido
De verte desconfiada.
Yo he estado necio contigo;
El cuidado de la parva
Tan divertido me tiene,
Hasta que se encierre en casa
Todo aquel trigo, que estoy
Sin mí, y contigo, Pascuala,
Usando mil groserías.
Dame esos brazos, y guarda
Esas lágrimas hermosas
Para que las beba el alba.
Cenemos, por vida tuya;
Que Bartola y Mengo tratan
De dormir, y no es razon
Que les envidiemos nada.
PASCUALA.
Todo está, Anton, prevenido:
Siéntate, Anton de mi alma,
En esta silla, entre tanto
Que te pone tu Pascuala
La mesa, que á fe que puede
La nieve menos pisada
Excusar la competencia
Con los manteles; al arca

Vienen oliendo, por vida
Tuya; que en la ropa blanca
Arrojé un mayo de rosas
La primavera pasada.
Huele, huele.

ANTON.

A tí me huelen;
Que de tu boca retratan,
Para el campo y para el dia,
Olor el abril y el ámbar.
De tí aprendieron las rosas
A competir con él nácar.

PASCUALA.

Este es el pan y el cuchillo
Y el salero...

ANTON.

Saca, saca
La olla

PASCUALA.

Ya voy por ella;
Que á fe que está sazonada
Lindamente; que la eché,
Con la salpresa de vaca,
Un ganso y una paloma
Y una lonja jaspeada
De tocino de la sierra,
Que puede comerla el Papa.
¡Oh, cómo saltan, Anton,
Los garbanzos!

ANTON.

No se iguala
Con esta dicha otra alguna.

PASCUALA.

Mientras que con la cuchara
Gobierno las escudillas,
Corta pan.

ANTON.

¿Qué rey alcanza
Esta quietud, esta paz,
Para el cuerpo y para el alma?
O no hay verdad en la tierra,
O sola es verdad Pascuala.

(*Comienza Anton á cortar pan, y Pascuala á sacar la olla, y cantan dentro, y suspéndese Anton á medio cortar.*)

MÚSICOS.

La Luna de la Sierra
Linda es y morena.

PASCUALA.

¿No cortas el pan, Anton?
Mira que tengo sacada
La olla, y voy á sentarme
Contigo á cenar.

ANTON.

¿Qué cantan,
Pascuala, en la calle?

PASCUALA.

Apenas
Les entendí una palabra.
Zagales deben de ser,
Que tomando el fresco se andar
Por el lugar.

ANTON.

Imagino
Que á cantar vuelven. Aguarda.

MÚSICOS. (*Cantan.*)

La Luna de la Sierra
Linda es y morena.

ANTON.

A tí, Pascuala, parece
La cancion.

PASCUALA.

A las zagalas
Del lugar siempre les hacen
Coplas los mozos que cantan,
Y ya sabes que ninguna,
Anton, de aquesto se escapa.—
Cena, cena.

ANTON.

Bien podrian
Perdonar á las casadas:
Que ya sé que á las doncellas
Les hacen versos y enraman
Las puertas.

PASCUALA.

Tienes razon,
Y ellos mas, si lo excusaran;
Mas la libertad soltera
Incurre en mayores faltas.
Cena y déjalos; que ya
Han pasado. ¡Malas pascuas
Y mal San Juan les dé Dios!

ANTON.

Amén, amén.

PASCUALA.

A Dios gracias,
Que con tu cara no puede
Competir el sol.

ANTON.

Pascuala,
Cenemos.

(*Vuelven á cantar.*)

PASCUALA. (*Ap.*)

Mal haya, amén,
El Maestre; á Calatrava
Muerto esta noche le lleven
Antes que amanezca el alba.

MÚSICOS.

Luna, que reluces,
Toda la noche me alumbres.

ANTON.

¡Otra luna! Vive Dios,
Que tanta luna me cansa.

PASCUALA.

Cena, Anton, por vida tuya.

ANTON.

No quiero cenar, Pascuala.

PASCUALA.

¿He de pagar, Anton, yo
El enfado que te causan
Esos villanos?

ANTON.

No sé.
Pascuala, de cenar trata;
Que yo cenaré despues.

PASCUALA.

Yo he nacido desdichada.

ANTON.

Esos no son labradores,
No son guitarras serranas
Estas, ni aldeanos versos
Aquellos; sombras me espantan
Aquí.

PASCUALA.

¡Loca estoy! ¿Qué haré?
¿Llamaré á Mengo?

ANTON.

No; basta
El desvelo del honor,
Que mas adelante pasa.
¡Oh pese á mí! ¡Tanta luna
Sobre mi honra! ¡Mal haya
El hombre que con mujer
De nombre famoso casa.

PASCUALA.

Anton, vuelve en tí; pues eres
Cuerdo, repórtate, aguarda;
Que ya que tienes de mí
Satisfacciones tan altas,
No es justo, Anton, te moleste
Lo que por la calle pasa.

ANTON.

Dices bien, tienes razon.
Loco de cólera estaba
De ver que, sabiendo todos
Los brios que tengo, no hayan
Mas, Pascuala, esos mancebos
Respetado nuestra casa.
Novedad me ha parecido;
Mas la mocedad gallarda
Les disculpa.

PASCUALA.

A cenar vuelve

ANTON.

Norabuena.

PASCUALA.

Y noramala
Para quien, contra mi gusto,
Los gustos me sobresalta.
(*Ap.* Prudente y cuerdo anda Anton.)

ANTON.

No comes, Pascuala, nada,
Y está como de tu mano
La olla.

PASCUALA.

Todo te haga
Muy buen provecho; que á mí
Me sustenta...

(*Dan con una piedra en la ventana.*)

ANTON.

¿Fué pedrada?

PASCUALA.

No sé, Anton; mas me parece
Antojo.

ANTON.

Antojo, Pascuala,
Debió de ser. Yo no ceno
Mas; perdóname y levanta
La mesa en cenando tú.

PASCUALA. (*Ap.*)

Toda esta noche es borrasca.
Cielos, ¿en qué os ofendí,
Que desta suerte me agravia
Vuestro rigor?

ANTON. (*Ap.*)

Piedras tiran,
Anton, los que os amenazan
En el honor; si es de vidrio,
Haceros gran daño aguardan.
¡Que estos daños me sucedan
Por Pascuala! Mas Pascuala
Me tiene amor, y aunque tiene
Tan poca edad, tiene canas
En la cordura; mas es
Hermosa y solicitada
De algun señor de la corte,
Que trajo, por mi desgracia,
La Católica Isabel
A Adamuz; que siempre pasa
Por aquí desde Castilla;
Puede ser. Sospechas, basta;
Que me matais.

PASCUALA.

Anton mio,
¿Qué suerte ha sido, contraria,
La que nuestras paces rompe,
La que nuestros gustos agua?

ANTON.

Pascuala, yo estoy sin él;
Déjame agora.

PASCUALA.

¡Qué extrañas
Desdichas!

ANTON.

Esto ha de ser.

PASCUALA.

¿Dónde vas, Anton?

ANTON.

Pascuala,
Luego doy la vuelta.

PASCUALA.

Espera,
Oye, escúchame.

ANTON.

¡Mal haya
El hombre que con mujer
De mucha hermosura casa! (*Vase.*)

PASCUALA.

Al aposento de Mengo
Camina, y ya entró.—¡Oh villana
Bartola!—¡Fiero Maestre!
Ruego al cielo que una lanza
Te parta la cruz del pecho
En la vega de Granada.
¡Nunca las desdichas mias
Con Isabel se encontraran!
¡Nunca...

Sale BARTOLA.

BARTOLA.

¡Pascuala!

PASCUALA.

Bartola,
¿Qué hay?

BARTOLA.

A Mengo de la cama
Le sacó Anton, y le está
Armando; no sé la causa.

PASCUALA.

Tú lo has sido.

BARTOLA.

¿Yo?

PASCUALA.

Tú, siendo
Como las demás cuñadas.

BARTOLA.

¿Dónde vas?

PASCUALA.

Si me siguieres
Con menos aleves plantas,
Verás el valor que encierran
Estos años.

BARTOLA.

La Serrana
De la Vera, en el que muestras,
No te excede ni te iguala.
Hija de un rayo pareces;
Que á la mujer que se escapa
De cien eslabones de oro,
No puede vencerla nada.
(*Vanse.*)

Salen EL PRÍNCIPE, EL MAESTRE, DON GUTIERRE Y GUZMAN, *con ferreruelos de labradores, y* MÚSICOS, *cantando*, Y EL ALCALDE GIL DEL RÁBANO *con ellos.*

MÚSICOS. (*Cantan.*)

*En los olivares de junto á Osuna
Púsoseme el Sol, salióme la Luna.*

PRÍNCIPE.

A mí se me ha puesto el sol,
Y la luna que esperaba
No quiere salir tampoco.

DON GUTIERRE.

A estas horas gozarála
Su dichoso Endimion.

PRÍNCIPE.

Pese al villano, que tanta
Dicha ha de tener.—Volved
A cantar, y hacedle rajas
Esa ventana con piedras.

MAESTRE. (*Ap.*)

Vino á espantarnos la caza
El Príncipe solamente.

PRÍNCIPE.

La postrera letra vaya.

MÚSICOS. (*Cantan.*)

En los olivares de junto á Osuna, etc.

PRÍNCIPE.

La puerta han abierto ahora,
En lugar de la ventana,
Y dos hombres han salido.

MAESTRE.

Será Anton, de camarada
Con su cuñadillo Mengo;
Que se pica de la ampa
El villanchon.

Salen ANTON, *embozado, con capa y espada*, Y MENGO, *armado á lo gracioso.*

PRÍNCIPE.

Salí, Alcalde,
Y despejadlos.

GIL.

¿Qué manda
Su alteza? Que no he entendido,
Con todas mis alcaldadas,
Este modo de her justicia.

MAESTRE.

Despejar es hacer plaza,
Que es echar á Anton de aquí.

GIL.

Habrara para mañana.
Allá vó, como un hereje.
¡Miren de qué suerte habrar
Los príncipes! Finco á Dios,
Que son gente endimoñada.

MENGO.

Pienso que á guardar me llevas
Un molimiento.

ANTON.

Si guardas
El de mi honor, Mengo, no es
El de menos importancia.

MENGO.

¿Qué órden me das?

ANTON.

La que vieres
Ejecutar á mi espada.

MENGO.

¿Sabes tú que tengo yo
Pergeño para estas danzas?

ANTON.

A pocos, oyendo el son
De los aceros, les falta.

MENGO.

Yo soy, Anton, uno de ellos.

ANTON.

Esta es gente cortesana...
¡Vive Dios! Las sombras fueron
Verdades, y no fantasmas.

MENGO.

Un hombre como una torre,
Del un lado, y á esta banda
Otros dos ó tres ó ciento,
Que vienen con buena gracia
Remedando la justicia.

ANTON.

¿Es el Alcalde?

GIL.

¿No basta
Lo que he dicho para serlo,
Y ver dos palmos de vara
Alcololando la luna?

Salen PASCUALA Y BARTOLA, *embozadas, con sombreros, capa y espada.*

PRÍNCIPE.

Otros dos vienen de guarda.

MAESTRE.

Serán amigos de Anton.

GIL.

No hay que replicar palabra;
Despiojar es lo que importa.

ANTON.

¿Vos venis haciendo espaldas,
Alcalde, á los que pretenden
Desacreditar mi casa?
Vive Dios, que á vos y á ellos...

GIL.

No hay que replicar palabra;
Despiojar es lo que importa.

MENGO.

Anton, el Alcalde rabia
Porque á espulgar nos entremos

PASCUALA.

Hoy me verás, si Anton saca
La espada, hacer maravillas,
Bartola.

BARTOLA.

Buen humor gastas
Para mí, que, aunque esté Mengo
Sin tripas y sin entrañas,
Her no tengo cosa alguna.

ANTON.

Antes que de aquí me parta
He de conocer, Alcalde,
La gente que os acompaña.

GIL.

Si pensais her resistencia,
Os saldrá, Anton, á la cara;
Que hay mas de lo que pensais
Allí.

ANTON.

Por la misma causa
Lo he de hacer, sí, pese al mundo.
(*Mete mano.*)

GIL.

Tené, no saqueis la espada.

ANTON.

Mengo, ahora es tiempo.

MENGO.

Ahora
Se me han caido las bragas;
¡Notable desgracia ha sido!

MAESTRE.

Entrémonos, si tú mandas;
Que no es bien aventurarte
Entre esta gente villana:
Y déjame á mí con ellos,
Verás como á cuchilladas
No dejo hombre en el aldea.

PRÍNCIPE.

No me aconsejeis que haga
Lo que no hiciérais, Maestre,
Viendo empuñar las espadas;
Que los hombres como yo
No han de volver las espaldas.

PASCUALA.

Esta es ocasion, Bartola,
Para una gloriosa hazaña.

ANTON.

Vive Dios, que á todos juntos
Os haga pedazos.

PRÍNCIPE.

Basta,
Villano; no mas, detente.

ANTON.
Parece que esas palabras
Han puesto respeto en mí.

GIL.
El Príncipe es. ¡Noramala
Para vos y para Mengo!

ANTON.
Señor, ¿vuestra alteza estaba
En este rústico traje?
¿Una deidad soberana
Humanais con esa jerga?

PRÍNCIPE.
Desaciertos de la caza
Me derrotaron, Anton,
Con Fernan Gomez de Lara,
El Maestre, á vuestra aldea,
Y en este traje gustaba
Rondar y tomar el fresco.
Esta noche en vuestra casa
He de pasarla, y despues
Volver á Adamuz al alba.

ANTON.
Señor, mi casa es estrecha
Para grandeza tan alta;
La del Alcalde y el Cura
Y escribano son mas anchas.
Si no excede mis deseos,
Vuestra alteza podrá honrallas;
Que la mia es corta esfera
A luces tan soberanas.

PRÍNCIPE.
El cielo, Anton, de tu Luna
Ser no puede esfera escasa
Ni aun para el sol.

ANTON.
Vos lo sois
Del cielo hermoso de España.
(*Ap.* ¡Maldiga el cielo esta Luna,
Su hermosura y mi desgracia!)

PRÍNCIPE.
Entrad.

ANTON. (*Ap.*)
¿Qué es aquesto, cielos?

MAESTRE. (*Ap. á Guzman.*)
Guzman, el Príncipe trata
De darme muerte.

PASCUALA.
¡Ay Bartola!
Mas desdichas me amenazan.

PRÍNCIPE.
Vamos.

GIL.
El Príncipe quiere
Tambien cebarse en Pascuala.
¡De buena me escapó Dios!

MENGO.
Mucho me huele mi hermana
A principesa de alquimia,
Que despues nos saldrá falsa.

BARTOLA.
Tambien puede ser que sea
Maestra de Calatrava.

MENGO.
Guarde Dios mi pertinencia.

ANTON.
Loco voy. ¡Cielos, mal haya
El hombre que con mujer
De mucha hermosura casa!

JORNADA TERCERA.

Salen EL PRÍNCIPE DON JUAN, *de camino;* EL MAESTRE, DON GUTIERRE, GUZMAN, ANTON Y PASCUALA.

PRÍNCIPE.
¿Pascuala?

PASCUALA.
¿Señor?

ANTON. (*Ap.*)
Si ya
Acabase de irse, cielos,
Tanta ocasion de mis celos...

PASCUALA. (*Ap.*)
Anton en brasas está.

PRÍNCIPE.
Pues hasta salir el sol,
Y la vuelta del lugar,
No hemos podido gozar
De vuestro hermoso arrebol,
Pues como si hubiérais sido
De otro hemisferio haceis,
Y siendo Luna, os habeis
Toda la noche escondido;
Siquiera á la despedida
De tan ingrato hospedaje,
Para darnos buen viaje,
Rayos á abril, cielo y vida,
Alzad, Pascuala, los ojos.

PASCUALA.
Mejor, Señor, van así;
Que, como no están en mí,
Sino en Anton, por despojos
Los tengo en los piés de Anton;
Y este es todo mi interés,
Que son mis ojos sus piés,
Y sus piés mis ojos son;
Porque, para no ser mios
Ni suyos en dulces calmas,
Anton y yo con las almas
Trocamos los albedríos,
Porque el amor nos iguala
Con una misma atencion;
Que los mios son de Anton,
Y los de Anton, de Pascuala;
Y así, en lo que me mandais
No es posible obedeceros,
Si es fuerza que para veros
A Anton mis ojos pidais.

PRÍNCIPE.
¡Qué notable villaneja!

MAESTRE.
Con su belleza tambien
De un parto nació el desden.

DON GUTIERRE.
Un momento no la deja
Del lado el patan.

PRÍNCIPE.
No he visto
Villano mas malicioso.

MAESTRE.
Por eso mismo es celoso.

PRÍNCIPE.
Gutierre, un mármol conquisto,
Su dureza podrá usar
Un yunque. Luego, el villano
Siempre al lado, ha sido en vano
Poder á Pascuala hablar,
Y ha de ser.

DON GUTIERRE.
Decid...

MAESTRE.
Llamallo,
Aunque esté mas advertido,
Llevándole entretenido
Hasta ponerse á caballo;
Que entre tanto yo podré
Hablar á Pascuala.

PRÍNCIPE.
A todo
Por Pascuala me acomodo;
¿Cuándo vencida veré
Mi amorosa pretension?

MAESTRE.
Presto, si puedo.—Ya es tarde;
Pascuala, adios.

PASCUALA.
Dios os guarde.

PRÍNCIPE.
Quedáos vos conmigo, Anton.

ANTON.
¿Señor?

PRÍNCIPE.
Decid...

ANTON.
¿Qué mandais?

PRÍNCIPE.
Pasá adelante.

ANTON.
Ya voy,
Aunque con el alma estoy
En Pascuala.

PRÍNCIPE.
Pues pisais
Estos montes cada dia,
¿Dónde hay mas caza?

ANTON.
Señor,
Si buscais caza mayor
De la que esta tierra cria,
No podeis matarla aquí,
Porque no aguarda el ojeo
Jamás de ningun deseo;
Aunque allá en los bosques, sí,
De la corte, porque están
Mas fáciles á la mano.

PRÍNCIPE. (*Ap.*)
¡Qué entendido es el villano!

MAESTRE. (*Ap.*)
¡Qué malicioso patan!

PRÍNCIPE.
Adios, Pascuala.

ANTON. (*Ap.*)
¿Otra vez?

PASCUALA.
A la Reina, mi señora,
Beso los piés.

PRÍNCIPE.
En buen hora.
(*Ap.* No vi mas dulce esquivez.)

ANTON.
Mirad que es muy tarde ya,
Y podrá el sol ofenderos.

PRÍNCIPE.
Mas me abrasan los luceros
Que se me ponen.

Sale el alcalde GIL DEL RÁBANO

GIL.
Ya está
El camino despiojando,
Y que entra el sol advertid.

PRÍNCIPE.
Vamos, Alcalde.—Venid,
Anton, que voy procurando
El informarme de vos,
Como plático en la tierra,

De la mas caza que encierra.—
¿Pascuala?

ANTON. (*Ap.*)

¿Otra vez?

PRÍNCIPE.

Adios.

PASCUALA.

Lléveos Dios con bien.

GIL. (*Ap.*)

Yo digo
Que el Príncipe es lindo gallo.

PRÍNCIPE.

Hasta ponerme á caballo
Quiero que vengais conmigo.

ANTON.

Ya os voy sirviendo.

PRÍNCIPE.

Y yo voy
Sin mí.

GIL.

Praza.

(*Vanse todos, menos Pascuala y el Maestre.*)

PASCUALA.

Ya se han ido,
Gracias á Dios.

MAESTRE. (*Ap.*)

Sin sentido
De ver al Príncipe estoy,
De Pascuala enamorado;
Pero perdone el respeto,
Que amor es ciego.

PASCUALA.

¿A qué efeto
El Maestre se ha quedado?

MAESTRE.

A adorarte y persuadirte
Lo que me debes, Pascuala;
A mi amor ninguno iguala.
Pues no eres roca ni sirte,
Sino mujer, y á tus piés
Tienes un hombre rendido,
Que tanto alarbe ha vencido,
Mas dura á mi amor no estés;
El Príncipe es niño, al fin,
Y sin sentido pretende
Tus favores, que no entiende
De amor el principio y fin;
Yo con el alma te adoro,
Y sabré darte, Pascuala,
Aunque á tu beldad no iguala,
Por ser poco, un monte de oro;
Llevaréte á Calatrava,
Donde te verás servida
Como la Reina, por vida
De tus dos soles; aljaba
De las flechas de los cielos
Y de los rayos de amor,
Trueca un rudo labrador,
Que te está matando á celos,
Por un maestre.

PASCUALA.

Maestre,
Mas estimo para mí
Aquel labrador, que á ti
Te parece tan silvestre;
Mas estimo aquel sayal
Que cubre como corteza
En aquella rustiqueza
Un alma á ninguna igual,
Mirándole satisfecho
Del firme amor que en mí alaba,
Que la cruz de Calatrava
Que te está abrasando el pecho.
Mejor Anton me parece
Con la montera y el sayo
Abigarrado, que el mayo
Cuando galan amanece
A los campos andaluces;
Mas el disanto me agrada
Su polaina pespunteada,
Mas salir entre dos luces
Al campo con su gaban
Y la espada me enamora,
Que lo puede estar la aurora
Viendo al sol menos galan;
Mejor me suena al oido
Su voz, viéndole llegar
A Anton del campo al lugar,
Oliendo á trébol florido,
A lentisco y á romero,
Que la música mejor,
Ni del ámbar el olor
Cortesano y lisonjero;
Y aunque tan tonto y silvestre
Anton te parezca á ti,
Es mayo, es sol para mí,
Príncipe, rey y maestre;
Su amor, sus celos adoro,
Que es de mis ojos Narciso
Mi Anton, y en esto que piso
No estimo tus montes de oro.
Bien puede en esta ocasion
Tu tema desengañarte;
Que no volviera á mirarte
Si te volvieras Anton.

MAESTRE.

Eres rústica en efeto.

PASCUALA.

Quiero bien.

MAESTRE.

Eliges mal.

PASCUALA.

Anton, Maestre, es mi igual.

MAESTRE.

A tus desdenes sujeto,
Un disparate he de hacer,
Porque estoy loco.

PASCUALA.

Arre allá;
No os llegueis tanto, y mirá
Que, agraviada, soy mujer,
Y aunque me veis con tan poca
Edad, sabré hacer con vos,
Maestre, que...

MAESTRE.

¡Vive Dios,
Que en el ámbar de tu boca
Mis labios he de sellarte!

PASCUALA.

Ya veréis cuál es mas fuerte.

MAESTRE.

¿De qué modo?

PASCUALA.

Desta suerte;
Que soy Luna, si eres Marte.

(*Sácale la espada.*)

Sale ANTON.

ANTON.

Maestre, el Príncipe...; mas
¿Qué es esto?

MAESTRE.

Son bizarrías
De Pascuala.

ANTON.

Y dichas mias,
Que no he de olvidar jamás;
Que hallar con espada así
A Pascuala, me señala
Que está volviendo Pascuala
Por el honor que le di;
Y veros á vos sin ella,
Maestre, es tambien señal
De que está con armas mal
Quien honra ajena atropella;
Que, como os habeis quedado
A deshoras con mi honor,
De su justicia el rigor
Las armas os ha quitado;
Que á quien quedarse procura,
Así es bien que le suceda,
Pues no hay despues de la queda
Ninguna espada segura.

PASCUALA.

No puedes estar ausente
Donde estoy presente, Anton.

ANTON.

En esa satisfaccion,
Ausente yo, estoy presente;
Dame, Pascuala, la espada.

PASCUALA.

Toma.

ANTON.

Y vos, señor Maestre,
Antes que roja se muestre
De vergüenza, no manchada
En la sangre granadina,
Mirándose en el poder
De una atrevida mujer
Que á guardar su honor se inclina,
Volvedla á honrar en el vuestro
Con valor á Marte igual,
Pues es su acero inmortal
Amparo y escudo nuestro;
No piense el moro andaluz
Que libre de vos se ve;
Que parece mal que esté
Esa cruz sin esta cruz.
Perdonad la mano necia
Que toca, siendo villano,
Acero que en vuestra mano
Los rayos del sol desprecia,
Y á Pascuala perdonad;
Que bien merecen perdon
Atrevimientos que son
Hijos de tan tierna edad.
Volvedla á ceñir, segundo
Cid, de quien sois satisfecho,
Aunque con la cruz del pecho
Podeis dar espanto al mundo;
Y pues con mano no escasa
Hacernos merced podeis,
Os suplico que olvideis
Vos y el Príncipe esta casa,
Si pagarme deseais
Haber vuestro huésped sido;
Que dirán que por marido
De hermosa mujer me honrais;
Que es la aldeana simpleza
Tan maliciosa y tan mala,
Que la luna de Pascuala
Me pondrán en la cabeza.

MAESTRE.

Anton, el Príncipe y yo
Os deseamos honrar.

ANTON.

Menos no es justo esperar
De los dos, pues tanto os dió
El cielo que repartir
A los demás, que nacimos
Humildes, y dar pudimos
Lo que hemos de recibir;
Pues de unos mismos primeros
Padres, por diversos modos,
Maestre, venimos todos,
Villanos y caballeros;
Que solamente el poder
Nos pudo diferenciar,
Y quien honra sabe dar,
Mayor la viene á tener;
Que averiguado está ya
Que cuando tanto conviene,
Quien la quita, no la tiene,
Y quien la tiene, la da.

MAESTRE. (*Ap.*)
Perdiendo estoy el sentido;
No he visto mayor valor
En mujer ni en labrador.

ANTON.
Mirad que el Príncipe es ido.

MAESTRE.
¡Qué invencible resistencia!
Qué celos tan cuerdos!

Sale DON GUTIERRE.

DON GUTIERRE.
Ya,
Maestre, esperando está
El Príncipe á vuecelencia.

MAESTRE.
Vamos, don Gutierre.

DON GUTIERRE.
¿Cómo
Con la serraneja os fué?

MAESTRE.
Es un peñasco; no ve
Diamante el sol, en el plomo
De aquel sayal engarzado,
Mas hermoso ni mas duro,
Y yo voy menos seguro,
Mas loco y mas abrasado.
(*Vanse los dos.*)

ANTON.
¿Fuése en efeto?

PASCUALA.
Allá vayas
Y no tornes, ruego á Dios.

ANTON.
Pascuala, tú y yo á otros dos;
Que parece que te ensayas,
Con el acero en la mano,
Para serrana amazona.

PASCUALA.
Como estimo tu persona
Y mi honor, Anton, en vano
Todo el rigor de los cielos
Puede venir contra mí.

ANTON.
Ya en el puerto calmar vi
La tormenta de mis celos.

Sale BARTOLA, *huyendo*, Y MENGO, *detrás de ella, con una tranca en la mano.*

MENGO.
Bartola, espérate, pues
Que presto hiciste negocio.

ANTON.
¿Qué es esto, Bartola? ¿Es ocio
De estar holgando?

MENGO.
No es
Sino el mismo Barrabás,
Que tengo en el corazon.
Dejadme llegar, Anton,
Con esta tranca no mas.

BARTOLA.
Tenedle, cuñado.

ANTON.
Mengo,
Ved que estoy por medio yo.

MENGO.
No os espante, Anton; que só
Marido y quillotros tengo.

PASCUALA.
¿Qué son quillotros?

MENGO.
Diabros;
Que este nombre les conviene.

BARTOLA.
Bien se ve, Anton, que los tiene,
Pues usa de esos vocabros.

MENGO.
Sí los debo de tener.
Dejádmela espachurrar.

ANTON.
¿Por qué la quereis matar?

MENGO.
No mas de porque es mujer,
Que basta para delito.

BARTOLA.
Malos años para vos.

PASCUALA.
Sin sentido estáis los dos.

MENGO.
Y yo mas, pues no le quito
La luenga.

BARTOLA.
La luenga á mí,
Siendo mujer, no podrés;
Antes los ojos.

MENGO.
Dempues
Lo veréis; cuando de aquí
Pascuala y Anton se vayan
Yo os asentaré la mano.

BARTOLA.
Gil del Rábano es mi hermano,
Y es alcalde; cuando os trayan
Vuestras cóleras á tanto,
Que me querais maltratar,
El os sabrá enquillotrar.

MENGO.
De nada de eso me espanto.
Ya le sabré apostar yo
Las cuentas. Mas no ha podido;
Que, siendo vueso marido,
Só mas que alcalde.

BARTOLA.
Eso no;
Que el Alcalde, á toda ley,
Es sobre todo.

MENGO.
Mentis;
Que no es sobre mí.

BARTOLA.
Argois
Mal; que el Alcalde es el rey.

MENGO.
Ni aun su zapato.

BARTOLA.
¿El Alcalde
Su zapato?

MENGO.
Del Rey sí,
Y puede serlo el Sofí.

BARTOLA.
No os han de salir en balde,
Mengo, tantas herejías
Como contra el Rey habrais.

MENGO.
Yo os haré que no gruñais.

BARTOLA.
No en mis dias.

MENGO.
Sí en mis dias.

PASCUALA.
¿Hay tan graciosas porfías?

ANTON.
Mengo demasiado andais.

MENGO.
Dejadme.

BARTOLA.
¿Qué percurais?

MENGO.
Enviudar hoy.

BARTOLA.
No en mis dias.

MENGO.
En los mios ha de ser,
Si puedo.—Dejadme, Anton;
Veréisme de un coscorron
Soldemente, sin mujer.

BARTOLA.
Primero yo sin marido,
Y oiga Dios mis oraciones.

ANTON.
Segun todas las razones,
Celos parece que han sido;
Yo pretendo averiguallo.

MENGO.
¿Gruñis?

BARTOLA.
Sí; ¿qué me querédes?

MENGO.
Iránse pues los güespédes,
Y comerémos el gallo.

BARTOLA.
El gallo que heis de comer,
Mengo, no pienso ser yo.

MENGO.
¿Habrais?

BARTOLA.
¿Quién me lo quitó?
Yo he de habrar hasta caer.

PASCUALA.
Basta, Bartola; que estáis
Con Mengo demasiada.

BARTOLA.
Sós su hermana y mi cuñada;
Y así, en su favor habrais.

PASCUALA.
Bartola, de la razon
Siempre mas pariente he sido;
Quien no estima su marido
No hace de sí estimacion.

ANTON.
Tambien, Pascuala, anda Mengo
Extremado con Bartola;
Que poner una vez sola
Manos en su mujer, tengo
Por acertado el marido
Cuando averiguó su ofensa,
Y no cada vez que piensa
Lo que él quiere que haya sido.

MENGO.
Si vos le hubierais hallado,
Decidme, en una ocasion
A vuestra mujer, Anton,
Lo que no le hubierais dado,
Y mas cuando es tan costosa
Prenda como esta cadena,
¿Qué hicierais? Juzgá en la ajena
Vuestra causa.

ANTON. (*Ap.*)
No reposa
El pensamiento un instante
Desde el temor al recelo.
¿Qué cadena es esta, cielo?
Bartola no tiene amante
Que la pueda dar presea
Que tenga tanto valor,
Porque no mereció amor
Mujer necia, sobre fea.
Tercera debe de ser
De la que el alma me abrasa;

Que no sirve en una casa
De otra cosa una mujer.

PASCUALA.

¿Sobre qué, Bartola, ha sido
Esa pendencia?

BARTOLA.

No sé;
Pienso que me descuidé,
Y que ha dado mi marido,
Pascuala, con la cadena
Que me dió ¡triste de mí!
El Maestre para tí.

PASCUALA.

Pague, Bartola, esa pena
La culpa de haber osado
Recibilla tú primero.

BARTOLA.

Obligóme el caballero.

ANTON.

¿No le habeis, Mengo, sacado
Quién se la dió?

MENGO.

No he tenido
Frema para tanto yo;
Demás, que ¿quién preguntó
A mujer, siendo marido,
Cosa con que contestase
Verdad?

ANTON.

Pues eso es así,
Dejadme con ella á mí,
Que podrá ser que alcanzase
Mas que vos con ella yo;
Y fiad de mí que os diga
La verdad.

MENGO.

Eso me obriga.

ANTON.

Dadme esa cadena.

MENGO.

Hoy dió
Bartola fin si me ha sido
Traidora; tomad, Anton.

ANTON.

¡En qué nueva confusion
Vuelvo á poner el sentido!
¡Ah cadena, vil prision
De las honras! Ah cadena,
Muda de metal sirena,
Que das sueño á la razon!
Ah víbora disfrazada!
Ah villano embajador,
Que traes en oro al honor
Veneno por embajada!
Ah causa de tantos males,
Bienes que tanto costais!
Ah eslabones que sacais
Fuego de los pedernales!
Ah rayo de la opinion,
Y ay oro, al fin lisonjero!
¡Mal haya el hombre primero
Que te dió la estimacion!

PASCUALA.

Mengo le dió la cadena,
Y Anton, de color perdido,
Con ella se ha suspendido;
Apenas se da una pena
Treguas á esotra. ¡Ay Bartola!
Dios te lo perdone, amén.

BARTOLA.

Y yo ¿he negociado bien?

PASCUALA.

Tú has sido la causa sola
De mi daño.

ANTON.

Cuerdo espero
Desta manera poner
El remedio; esto ha de ser.—
Bartola, á solas te quiero
Hablar.

PASCUALA.

La verdad le di;
No le niegues nada á Anton,
Pues le importa á mi opinion.

BARTOLA.

¡Ay desdichada de mí!
¿Cómo le he de confesar
Que tu alcahueta he querido
Ser?

PASCUALA.

Di que engañada has sido.

ANTON.

Vénme entre tanto á ensillar,
Mengo, la yegua; que quiero
Llegar á Adamuz.

MENGO.

Ya voy.

ANTON.

¿Pascuala?

BARTOLA.

Tembrando estoy.

PASCUALA.

¿Qué mandas?

ANTON.

Porque no espero
Quizá esta noche volver,
Echame para el camino
Unas lonjas de tocino,
Y magras, si puede ser;
Unas nueces, queso y pan;
Que al cuidado que sustento
Bástale para alimento.

PASCUALA.

¿Dónde tus intentos van?

ANTON.

Tú sabrás despues el fin;
Queda segura y quieta,
Y sácame la escopeta;
Que es Sierra-Morena al fin.

PASCUALA.

Váyase Mengo contigo.

ANTON.

No importa, Pascuala mia;
Mejor voy sin compañía.—
Bartola, vénte conmigo;
Que quiero hablarte primero,
Como he dicho; no te alteres.

BARTOLA.

Mal conoces las mujeres;
Desbucharte, Anton, espero
Cuanto tengo en las entrañas,
Sin que quede cosa acá.

ANTON.

Temiéndolo el alma está.

PASCUALA.

En confusiones extrañas
Me deja Anton.

ANTON.

¡Vil metal,
Hoy veréis, no estando loco
Ni siendo César tampoco,
En qué os estima el sayal!

(*Vanse.*)

Salen LA REINA DOÑA ISABEL, EL PRÍNCIPE Y EL MAESTRE.

DOÑA ISABEL.

Vos seais tan bien venido
Como mi amor os desea;
Que habeis hecho de una noche
Un siglo con vuestra ausencia.
¿Dónde la pasasteis, Juan?

PRÍNCIPE.

Señora, en aquesa aldea
Donde casastes á Anton
Y á Pascuala; que en su mesma
Casa nos aposentamos
El Maestre y yo.

DOÑA ISABEL.

¿Está buena
La serraneja?

PRÍNCIPE.

Notable
Y esquiva sobre manera,
Despues de casada.

DOÑA ISABEL.

Anton
Será celoso; que es bella,
Y se casó por amores.

MAESTRE.

Algo el villano se muestra
Cuidadoso.

DOÑA ISABEL.

No me espanto;
Que de su naturaleza
Lo llevan los de su sangre.

PRÍNCIPE.

Pidióme al partir que os diera
Un recaudo de su parte.

DOÑA ISABEL.

¿Cómo os fué, Juan, en la sierra?

PRÍNCIPE.

Divertíme con la caza
Notablemente; la vuelta
Muchas veces he de dar
Por allá; que la tristeza
Melancólica no tiene
Otro antídoto.

MAESTRE. (*Ap.*)

¡Qué nuevas
Para Anton y para mí!

PRÍNCIPE.

Al Maestre le agradezca
Vuestra majestad, Señora,
Lo que debo á las finezas
De darme gusto.

MAESTRE.

Yo soy
Esclavo de vuestra alteza,
Y lo deseo mostrar
En mayores experiencias.

DOÑA ISABEL.

El Maestre es Fernan Gomez
De Lara, y de sus finezas
Siempre me prometo, Juan,
En la paz como en la guerra,
Como de tan gran vasallo,
Servicios que le parezcan.

MAESTRE.

Vuestra majestad, Señora,
Me honra siempre, y su grandeza
Mis deseos acredita
Y mis servicios alienta.
(*Ap.* Y este es el mejor que puedo
Hacer contra mí, en ofensa
De mi amor. ¡Ay Luna hermosa
Los peñascos de tu tierra,
Mas que parto de tus montes,
Hijos son de tu dureza!
¡Qué abrasado que me envian
Los desdenes y asperezas
Tuyas!)

PRÍNCIPE.

¿Maestre?

MAESTRE.

Señor.

PRÍNCIPE.

En la misma resistencia
De Pascuala á mi amor nacen
Alas.

DD. C. DE L.-II. 13

MAESTRE.

No serán de cera,
Siendo vuestras, ni sus rayos
Del sol, aunque luna sea;
Príncipe sois de Castilla,
Y habeis de rendir por fuerza
O por grado una villana.
(*Ap.* Del Príncipe la presencia
Con Anton y con Pascuala
Me ha de servir á mi empresa.)

PRÍNCIPE.

Mañana hemos de volver
A la aldea; que la aldea
Es mi cielo, Fernan Gomez,
Con la Luna de la Sierra.

MAESTRE.

Cuando vuestra alteza mande;
Que siempre tiene dispuesta
Mi persona en su servicio.

DOÑA ISABEL.

Ya sabeis, Juan, que se acerca
De vuestro padre á Castilla
La venida.

PRÍNCIPE.

Buenas nuevas
Os dé Dios.

DOÑA ISABEL.

Ya de Aragon,
Gracias al cielo, por letras
Suyas, sé que se ha partido.

MAESTRE.

A su majestad conceda
El cielo tan buen viaje
Como sus reinos desean
Y han menester.

DOÑA ISABEL.

Guárdeos Dios,
Maestre; que ser espera
Del valor vuestro, testigo,
En la granadina empresa;
Y así, es fuerza dilatarla.

Sale ORTUN.

ORTUN.

De una mal peinada yegua,
Corta de cola y de brío,
Ave sin plumas, se apea
Un serrano labrador,
Que sube las escaleras
De palacio, preguntando
Por el Príncipe, la Reina
Y el Maestre.

MAESTRE. (*Ap. al Príncipe.*)

¿Si es Anton?

DOÑA ISABEL.

A notable tiempo llega,
Que nos halla á los tres juntos.
Ortun, éntre; que mi audiencia
A nadie negué jamás;
Porque han de tener abiertas
Siempre para los vasallos
Las voluntades y puertas
Los reyes.

Sale ANTON.

ORTUN.

Ya entró.

MAESTRE. (*Ap. al Príncipe.*)

Anton es.
¿Qué novedad de la aldea
Le trae á Adamuz, buscando
A la Reina, á vuestra alteza
Y á mí?

ANTON.

Vuestra majestad
Me dé sus piés.

DOÑA ISABEL.

Anton, ¿era
Tiempo de vernos?

ANTON.

Señora,
Las aves nocturnas vuelan
En las tiniebias no mas;
Nunca á los rayos se acercan
Del sol.

DOÑA ISABEL.

Vos, con vuestra Luna,
No quereis mas sol ni estrellas.

ANTON.

Señora, una labradora
No es luna, ni sombra apenas
De las sombras de la noche;
Sabe Dios lo que me pesa
Que ese nombre le hayan dado
Los villanos de mi tierra.
Vos sois luna y vos sois sol;
Pascuala, una esclava vuestra,
Que vive siempre obligada,
Con Anton, hasta que muera,
A la merced que de vos
Recibimos.

DOÑA ISABEL.

¿Cómo queda?

ANTON.

Buena, Señora, á Dios gracias,
Y humilde los piés os besa.

DOÑA ISABEL.

¿Estará hermosa?

ANTON.

Señora,
La hermosura de la sierra
Es tambien como sus flores,
Que las marchitan y secan
Cada dia el sol y el aire.

DOÑA ISABEL.

¿Hay esperanzas ó muestras
De hijos?

ANTON.

Moza es Pascuala;
Tiempo, Señora, la queda,
Si vive; descanse agora.

DOÑA ISABEL.

El Príncipe os honra, y cuenta
Que anoche le aposentasteis.

ANTON.

Hácenos merced su alteza,
Aunque es mi casa una choza
Tan humilde y tan estrecha,
Que puede, para otras veces
Que salga á caza, tenella
Por excusada.

PRÍNCIPE.

Es Anton
Tan cumplido, que quisiera
Haber tenido un palacio
Para mí.

ANTON.

A quien os desea
Servir debeis hacer siempre
Merced y honras; que esto á cuenta
De los príncipes está.

MAESTRE. (*Ap.*)

No puede encubrir las muestras
De sus celos el villano.

DOÑA ISABEL.

¿A qué ha sido vuestra buena
Venida, Anton, en efeto,
Buscando príncipe, reina
Y maestre?

ANTON.

Lo primero,
Señora, á besar la tierra
De vuestras plantas reales,
Y á traer esta cadena
Que al maestre Fernan Gomez,
Gloria de la cruz bermeja
De la antigua Calatrava,
Anoche en mi casa mesma
Se le debió de caer
U olvidar, y ha sido fuerza,
Hallándosela Bartola,
Mujer de Mengo, traella,
Que la ocultó hasta despues;
Siendo al fin la vez primera
Que una mujer ha callado
Una hora estando sin lengua.
Suplicoos que se la deis
De vuestra mano, y de vuestra
Parte tambien le digais,
Señora, que favorezca
Los vasallos y ahijados
Vuestros; que aunque á su grandeza
No podemos igualarnos,
Tenemos honra en la sierra,
Como en las grandes ciudades
Y en las cortes; y si lleva
Al Príncipe soberano,
Dueño nuestro, á caza, sepa
Que no ha de ser para hacernos,
A la sombra suya, afrentas
A nuestras mujeres propias
Con pensamientos apenas,
Cuanto y mas alborotando
Con músicas las aldeas
Y tirando de la calle
A nuestras ventanas piedras;
Que las malicias dormidas,
Con facilidad despiertan.
Que ¡vive Dios, que despues
De Fernando y de su alteza
(Que son dueños naturales
De las vidas y honras nuestras),
Que intentar deshonra mia
A otro alguno no consienta
En el mundo, aunque la vida
Mil veces arriesgue y pierda!
Y al Príncipe, mi señor,
Le mandaréis que no sea
El amparo de mi agravio
Con ninguno que merezca
Llamarse vasallo suyo;
Que yo sé que á su grandeza
Esto y mas le han de deber
Sus vasallos; así vea
A sus piés dos mundos juntos.
Y si fué sembrar cadenas,
El dejársela perdida
El Maestre, porque intenta
De agravios de labradores
Coger fertiles cosechas
Por la mano de Bartola,
Engáñase; que no llegan
De abriles tan mentirosos
Las locas vanas promesas.
Con esto cumplo conmigo;
Esta es la cadena, y esta
La causa de preguntar
Por el Príncipe y la Reina
Y el Maestre. Guárdeos Dios;
Que doy, con vuestra licencia,
Vuelta á mi casa, y dejé
En el umbral de la puerta
De palacio un mozo ocioso,
De los que la corte engendra,
Mal seguro de fianzas,
Con la yegua y la escopeta. (*Vase.*)

PRÍNCIPE.

No se cuenta del Villano
Del Danubio mas discreta
Ni retórica oracion.

DOÑA ISABEL.

Ortun, dad esa cadena
Al Maestre, y pues el Rey
Es fuerza que á Adamuz venga
Por la posta, cuando llegue

A Toledo, su grandeza
Ostente en ir desde aquí
A recibille, y no tenga
Ocioso el valor, que es causa
De mocedades, y advierta
Que se debe recelar
De no hacer á nadie ofensa
Quien puede honrar; que hay villano
Que al demonio, con la afrenta,
Excede en la obstinacion,
Porque el demonio venera
La cruz y en viéndola huye,
Y ellos cruces no respetan.
Y el Príncipe no imagine
Que porque es príncipe y vea
En mí señales de amor,
Tanto ha de soltar las riendas,
Que me altere con agravios
Los vasallos, para ofensas
Suyas haciendo á ninguno
Espaldas, puesto que sea
De Castilla el primer hombre
En sangre y en preeminencias;
Porque ¡por vida del Rey!
Si los ofenden y alteran
Yendo contra la justicia,
Que es de los reinos defensa,
Mas que el poder y las armas,
Que nadie segura tenga,
Ni príncipe ni vasallo,
En los hombros la cabeza. (*Vase.*)

ORTUN.

¿Quién es hombre, y viendo airada
Tanta majestad, no tiembla?

PRÍNCIPE.

Sin mí me dejó su enojo.

MAESTRE.

Mudo su valor me deja.
(*Vanse.*)

Salen PASCUALA Y BARTOLA.

BARTOLA.

Confeséle la verdad
De plano á plano en efeto,
Y como Anton es discreto,
Estima tu honestidad.
Disculpé la necedad
De la cadena en segundo
Lugar; que todas me fundo
Que prontas para esto están;
Que lo aprendimos de Adan
En el principio del mundo.
Sosegó á Mengo de haber
ranqueza en mi imaginado,
Y con pecho de soldado,
Sospecho que se fué á ver
Con el Maestre, hasta her
Segura su pertinencia,
Porque quede la violencia
De su voluntad ayuna,
De lunadas de la luna,
A la luna de Valencia.
No hay burlas con el Anton;
Lindamente se mosquea
Del que picalle desea.

PASCUALA.

Yo temo en esta ocasion,
Bartola, su condicion.

BARTOLA.

Lo que á mí me da mas pena
Es que vuelva la cadena,
Porque á nadie, en caso igual,
A que vuelva la señal
La ley comun le condena.

PASCUALA.

A Dios, Bartola, pluguiera
Que las palabras y todo,
Las vistas del mismo modo,
Volverlas Anton pudiera,
Porque con el oro fuera
Cuanto mi honor desdoró.

BARTOLA.

Lo mismo me hiciera yo;
Volviérales por sus listas
Las palabras y las vistas;
Pero la cadena, no.

PASCUALA.

Temiendo estoy si daria
Vuelta esta noche al lugar.

BARTOLA.

Tú has querido sola estar,
Pues á Mengo, que podia
Hernos aquí compañía,
Ir tras Anton obligaste...

PASCUALA.

Poco, Bartola, alcanzaste
Del temor que el amor cria;
Quien amó siempre temió,
Y nunca en la cosa amada,
Por mas que esté confiada,
De nada se aseguró;
Que, á tener licencia yo
De ir tras él, como fué Mengo,
Mas seguro le prevengo
Escudo en toda ocasion;
Que para ofensas de Anton,
Por alma un diamante tengo.

BARTOLA.

No has sido poco campestre
Diamante duro y helado,
Pues labrar no te has dejado
De un príncipe y un maestre.

PASCUALA.

No hay poder á quien yo muestre
Inclinado corazon.

BARTOLA.

Anton con justa razon
Pagará tu amor y fe.

PASCUALA.

Herraduras escuché;
¿Si llegó, Bartola, Anton?

Sale MENGO.

MENGO.

Sosiégate; que no ha sido,
Pascuala, Anton, sino Mengo.

PASCUALA.

Di, Mengo: pues ¿dónde queda
Anton?

MENGO.

No menos que preso.

PASCUALA.

¡Preso! ¡Ay de mí!

MENGO.

No te alteres,
Y contaréte el suceso;
Que un poco de viento ha sido
La causa de quedar preso.

PASCUALA.

¿Por qué ha sido la prision,
Al fin?

MENGO.

Al salir del puebro,
Porque llevaba cargada
La escopeta le prendieron,
Y mandóme te avisase.

PASCUALA.

¿Que es todo un poco de viento?

MENGO.

No es la causa para belle
Ningun daño, y mas teniendo
El padre alcalde en la corte,
Que está la Reina en efeto.
Yo fuí, como me mandaste,
En el rocin del barbero;
Que nunca he visto animal
Tan alto de pensamientos;
Y dando conmigo á cada
Paso en la estrella de Vénus,
Y otras veces en los mismos
Retretes de los infiernos,
Llegué á Adamuz; que parece
Que entré, entrando por el pueblo,
En una jaula de locos;
Todos son temas diversos,
Unos habrando entre sí,
Otros trocando dineros,
Estos engañando á estotros,
Y otros engañando á aquellos;
Unas fantasmas, tapadas
Con mas mantos, me dijeron
Que eran mujeres, y yo
Lo tuve por embeleco.
Iban unos á caballo,
Y otros á pié, mas dispuestos,
Que á los caballos servian,
Y no al dueño, de escuderos.
Andaban hombres ociosos
Cosas extrañas vendiendo,
Hácia abajo y hácia arriba,
Que yo no puedo entendellos.
Mas de cincuenta alguaciles,
Con escribanos engertos,
Oliendo por las esquinas
Delitos como podencos.
Una bendicion de sastres,
En cada portal cosiendo
A largo hilvan los vestidos,
Y á puñaladas los dueños.
Paréme y dije: ¿Esta es
La corte? Gracias al cielo,
Que, libre de tantos sastres,
Alguaciles, caballeros,
Embustes, mentiras, trampas,
Polvo y lodo, vive Mengo
En su lugar y en su arado,
Mas seguro y mas quieto.»
Llegué con esto á palacio,
Y á Anton encontré subiendo
En la yegua, y los dos juntos
Nos volvíamos contentos
Al lugar, cuando el diabro,
Que nunca baraja encuentros,
Con un alguacil nos topa,
Júdas de barba y cabello,
Tan poco en cosa ninguna
Desmentidor de su pelo,
Que, porque llevaba Anton
Cargada y dos balas dentro
La escopeta, dió con él
En la cárcel, y poniendo
Embargada en un meson
La yegua, dió cuenta de ello,
A un alcalde, de cuarenta
Que debe de haber sospecho,
Y yo al Maestre, con gana
Que se lo dijese luego
A la Reina, que se estaba
Botas y espuelas poniendo,
Para salir por la posta
A recibir á Toledo
Al Rey, que diz que tambien
Viene la posta corriendo,
Y se encarga de acaballo;
Y Anton, por si acaso el tiempo
Se dilatase, me envia
A que te dé parte de ello,
Porque no estéis con cuidado,
Y á que me vuelva al momento.
Y sospecho que esta noche,
Antes del libro de acuerdo,
Será imposible soltallo,
Si antes, por her algun fresco,
No está ventosa la sala
Y sueltan algunos presos.

PASCUALA.

Irme pretendo contigo,
Mengo, á Adamuz.

MENGO.

Lo primero
Que me encargó Anton, Pascuala,
Es que no salieses de estos
Umbrales, porque es su causa
Fácil.

PASCUALA.

Pues obedeciendo,
Yo te quiero despachar
Con camisas y dineros.

MENGO.

Eso sí, porque en la corte
Todo se acabó con ellos.

(*Vanse todos, menos Bartola.*)

BARTOLA.

Dos cortesanos he visto,
Si ño me engaño, en el puebro
Por esta calle que sale
Al campo, y el uno de ellos
Del Maestre me da el aire;
Como el sol se va poniendo,
No se divisan los rostros,
Si acaso antojos no hueron.

Salen EL MAESTRE Y GUZMAN, *de camino.*

MAESTRE.

Nunca, Guzman, la ocasion
Me dió mejor los cabellos,
Ni amor con gusto jamás
Ayudó mas mis deseos;
Que salir á recibir
A Fernando, y quedar preso
Anton, parece que han sido
En mi ventura portentos.
Perdone Isabel, perdonen
Del Príncipe los respetos,
Los desdenes de Pascuala
Y del villano los celos.
¿Qué órden les diste, Guzman,
A los demás caballeros
Y criados que conmigo,
Oro y diamantes vertiendo,
Hoy de Adamuz han salido?

GUZMAN.

Que en ese lugar primero,
Que es La Conquista, te aguarden.

MAESTRE.

Fué como tuyo el acuerdo.
Estas las paredes son
Que adoro.

BARTOLA.

El Maestre creo
Sin duda es.

MAESTRE.

¿Es Bartola?

BARTOLA.

Bartola, á servicio vuestro.
Pergeño tengo notabre;
Luego os conocí.

MAESTRE.

No es tiempo
De que en palabras, Bartola,
Este poco que hay gastemos.
Preso queda en Adamuz
Anton.

BARTOLA.

Ya sé que está preso,
Y que no podrá venir
Esta noche; que estáis muerto
Por amores de Pascuala;
Que son vuestros pensamientos
De gozar esta ocasion,
Y los mios son de beros
Toda la merced, Maestre,
Que yo pueda; porque os tengo
Lástima.

MAESTRE.

Daréte toda
Mi hacienda y mi vida.

BARTOLA.

Menos
Os ha de costar Bartola.
Yo os meteré en su aposento
Esta noche; procurad
Her vos lo demás, que entiendo
Que hay pocas Lucrecias ya
Mano á mano y cuerpo á cuerpo.

MAESTRE.

Seré tu esclavo, Bartola.

BARTOLA.

Dejadme mirar si á Mengo
Le ha despachado Pascuala
Para Adamuz, y con esto,
Pues la noche nos ayuda,
A abriros la puerta vuelvo. (*Vase.*)

MAESTRE.

Guzman, de gusto estoy loco;
¿Es posible que del cielo
De Pascuala he de gozar
Esta noche? ¿Que me veo
Tan cerca del bien que estaba,
A mi parecer, tan léjos?
De albricias de mi alborozo,
La primera te prometo
Encomienda que vacare.

GUZMAN.

Mil veces los piés te beso.

Sale ANTON, *con escopeta*, Y MENGO.

MENGO.

Dicha fué encontrarte. ¿Al fin
La Reina supo el exceso,
Y mandó luego soltarte
Libre y sin costas?

ANTON.

No debo
Poco á la grandeza suya.
¿Estaria Pascuala haciendo
Extremos con mi prision?

MENGO.

Lo mas que pude la tengo
Conhortada.

ANTON.

Por mas que hice,
No pude llegar al pueblo
Antes de ponerse el sol.
Mete en el establo, Mengo,
La yegua y ese rocin,
Mientras yo á los brazos llego
De Pascuala.

Sale BARTOLA.

BARTOLA.

Entrad.

MAESTRE.

Guzman,
Sigue mis pasos.

ANTON.

¿Qué es esto?
Dos hombres á los umbrales
De mi casa juntos veo,
Y parecen cortesanos;
Las puertas les han abierto,
Y á entrarse dentro caminan.

MENGO.

¡Brava llaneza!

ANTON.

¡Esto, cielos,
A mis recelos faltaba!

MAESTRE.

Loco voy.

ANTON.

¡Ah caballeros!

MAESTRE.

¿Quién llama?

ANTON.

Dos hombres solos,
Que son de esa casa dueños
Y en ella quieren entrar;
Si acaso sois pasajeros
Y buscais posada, no es
Meson este, aunque esté abierto
A estas horas; que será
Descuido de los de dentro,
O esperarnos á nosotros
Volver de Adamuz.

MAESTRE.

Recelo
Que Anton es ese, Guzman...
Pero no; quedaba preso.

GUZMAN.

Parece imaginacion.

ANTON.

Estos son sin duda, Mengo,
El Príncipe y el Maestre,
Que, con ocasion de vernos
En Adamuz, preso á mí,
Y á ti conmigo, esto han hecho.

MAESTRE.

Guzman, ¿no pudiera ser
Que fuesen galanes estos
De Pascuala, y que, en ausencia
De Anton, nos estén fingiendo
Que son Mengo y él?

MENGO.

Postigo
Tiene, Anton, la casa; entremos
Por él, si el Príncipe son
Y el Maestre, pues con ellos
No hay burlas, son desviarse.

ANTON.

Nadie en mi casa es mas dueño
Que yo.—¡Hidalgos!—No parece
Sino que los dos se han hecho
De mármol, que ni responden
Ni se van.

MENGO.

Notable miedo
Tengo en los güesos metido.

ANTON.

Y para estos casos tengo
Este amigo con dos balas,
Que son almas de este cuerpo,
Y cuentas de sacar almas,
Y se harán guardar respeto
Si aprieto el gatillo; aquí
No hay mas joyas ni dineros.
Si vuesas mercedes son
De la profesion que pienso,
Que el mucho honor que guardamos
Cosa de poco provecho
Para gente tan honrada,
Apártense, ó vive el cielo,
Que el pedernal no se haga
De rogar.

MAESTRE.

Él es resuelto
Villano y tiene razon,
Y no pudiera ser menos
Este valor que ha mostrado
Que de marido; tratemos
Por ahora de dejar
La empresa, pues vino á tiempo
Tan notable.

MENGO.

Ya se van.
No hay cosa como hablar récio.

ANTON.

Vive Dios, Mengo, que estoy
Por hacer lo que no he hecho,
Y llevarme uno de bola.

MENGO.

Con eso acabas el juego.

ANTON.

Pero la imaginacion
De que un principe heredero
De Castilla viene allí
Me hiela el alma en el pecho.
¡Oh respetos inhumanos
De honor, de lealtad, de celos,
De poder, de mujer propia,
Dejadme ó matadme á un tiempo;
Que no hay mayor tormento
Que no poder morir y estar muriendo.

(*Vanse.*)

Tocan un clarin, y sale LA REINA DOÑA ISABEL, EL ALCALDE *y* ACOMPAÑAMIENTO

GIL.

Siempre vuestra majestad
Desprevenidos nos coge,
Y no hay son porque se enoje
Cuando nuesa voluntad
Lo que codicia no muestre,
Así en todos como en mí.
Ayer pasó por aquí
Grande gente del Maestre,
Que al mismo efecto decian
Que iban de Adamuz con él.

DOÑA ISABEL.

De aquí, Alcalde, á Coramuel
Me parece que podian
Al Rey haber encontrado,
Porque avisos he tenido
Que en La Conquista ha dormido
Esta noche

GIL.

Habrá pasado
Su alteza con mucha prisa,
Como sois vos quien le espera.

VOCES. (*Dentro.*)

Plaza, plaza; fuera, fuera.

DOÑA ISABEL.

Este ruido me avisa
De la llegada del Rey;
Que á su rey, por varios modos,
Es el aplauso de todos
Natural y justa ley.

Tocan un clarin, y salen EL REY DON FERNANDO, EL PRINCIPE, EL MAESTRE *y* TODO EL ACOMPAÑAMIENTO *en cuerpo.*

DOÑA ISABEL.

Seais, gloria de Castilla,
Muy bien venido.

DON FERNANDO.

Blason
De Castilla y Aragon,
Y del mundo maravilla,
Muy bien hallada seais.

DOÑA ISABEL.

¿Cómo venis?

DON FERNANDO.

Vida tengo
Cuando á vuestros brazos vengo.

DOÑA ISABEL.

Lo que me debeis pagais.

Salen ANTON, PASCUALA, MENGO Y BARTOLA.

ANTON.

Católico rey Fernando,
Inclita Isabel, adonde
De la justicia y las armas
Ve el sol á un tiempo dos soles,
De cuyos divinos rayos
Nace á España fénix noble,
Juan, para visagra ilustre
De Castillas y Aragones;
Perdonad si un labrador
Groseramente interrompe
Los abrazos de la vid
Mas hermosa y mas conforme
Y del olmo mas amante
Que Castilla reconoce
Ni en silvestres casamientos
Han celebrado los bosques;
Que, como de par en par,
Divinos imitadores
De los cielos, teneis siempre
Las puertas y corazones
Para escuchar los vasallos,
Como ellos humanas voces,
Que orejas son las estrellas
Por donde los cielos oyen,
No os ofenderéis de oir
A un vasallo, que estos montes
Rústicamente abortaron
Por acebuche ó por roble,
Pero con alma tan grande,
Que vino á ser desconforme
La sangre y el nacimiento
A mas altos pundonores.
Isabel (que el cielo guarde),
Cuando pasó con la corte
A Adamuz, merced me hizo
De casarme, y darme dote,
Con Pascuala, esta serrana,
Que, obligada á mis amores,
Contra el rigor de su hermano,
De su piedad se socorre.
Por su hermosura y mi agravio
Le dió, entre sus labradores,
De *La Luna de la Sierra*
La Sierra-Morena nombre;
Que belleza que por fama
De gran nombre se conoce,
Solo entre tantos gentiles
Merece veneraciones.
Fernan Gomez, el Maestre,
Que con gloriosos blasones
Midió la vega á Granada
Hasta sus bermejas torres,
Valiéndose del favor
Del Príncipe, en ella pone
Los ojos; nunca los suyos
Vieran tan altos señores;
Que, aunque en Pascuala los mios
No han visto demostraciones,
En sombras ni en pensamientos,
Para villanos temores,
¿Qué garza humilde en el aire
Riesgos de muerte no corre,
Acometida de dos
Tan generosos halcones?
Acudí á pedir ayuda,
Como murciélago torpe,
A la reina de las aves,
Aguila que al sol se opone;
Volví de sus reales piés
Lleno de nuevos favores;
Y estorbándome la entrada,
Hallé á mi puerta dos hombres,
Y es posible que no fuesen
Ni el maestre Fernan Gomez,
Ni el príncipe de Castilla;
Sombras fueron de la noche,
Y de mis locos recelos
Vanas imaginaciones,
Que, al aire desvanecidas,
Se deshicieron entonces.
Loco de amor, imagino
Verdaderas ilusiones,
Y como el que espera presto
Morir, tropieza en horrores,
Esta enfermedad del alma
Mas remedio no conoce
Que el de la muerte y ausencia,
Y por mas fácil escoge
El segundo mi desdicha.
La guerra ó el mar estorben
Tantos soñados agravios,
Tantos celosos rigores.
Vos, Isabel, me casasteis;
A vuestros piés vencedores
A Pascuala os restituyo,
Con la misma hacienda y dote
Que me disteis; que mas quiero,
Humilde soldado y pobre,
Que el mar me anegue, y morir
Al veloz rayo del bronce
De alarbe lanza jineta,
De corvo acero de corte,
De una mina que me vuele,
De un peñasco que me arrojen,
Que guardar propia mujer
Hermosa, peligro al doble,
Veneno del dueño mismo,
Aspid cubierto de flores,
Espada en mano de loco,
Poder en cobarde, azote
En tirano, y vidrio, al fin,
Que con el aire se rompe.

DON FERNANDO.

¡Notable villano!

DOÑA ISABEL.

¡Extraño! —
Vuestro furor se reporte,
Anton, y pues conoceis,
Y vuestro lugar conoce,
Lo que teneis en Pascuala,
Para que el honor os sobre,
Lo demás dejá á mi cuenta.

PASCUALA.

Siglos Castilla te goce,
Amparo de las mujeres
Y milagro de los hombres.

BARTOLA.

Todas dirémos lo mismo.

MENGO.

Vos, Bartola, sós de gonces
A cada viento que pasa.

ANTON.

El cielo tu vida logre
Para que te mire dueño
De dos polos, de dos orbes.

GIL.

Praza á sus dos jamestades.

MENGO.

Y aquí se da fin, señores,
Sin tragedia ni desgracia,
Ni casamiento á la postre,
A *La Luna de la Sierra*.

PASCUALA.

Vuestras mercedes perdonen.

COMEDIA FAMOSA

TITULADA

AUN DE NOCHE ALUMBRA EL SOL,

DEL DOCTOR FELIPE GODINEZ.

PERSONAS.

EL REY DON SANCHO, *barba*.
EL PRINCIPE DON CARLOS, *su hijo*.
DON JAIME DE ARAGON, *galan*.
DON JUAN DE ZÚÑIGA, *id*.
NEBLÍ, *gracioso*.
DOÑA SOL ABARCA, *dama*.
DOÑA COSTANZA, *dama*.
INÉS, *esclava*.
Dos CRIADOS.

JORNADA PRIMERA.

Salen DON JUAN DE ZÚÑIGA Y NEBLÍ.

DON JUAN.

Seas, Neblí, bien venido.

NEBLÍ.

Ea, don Juan, ya me tienes
En Pamplona.

DON JUAN.

Galan vienes.

NEBLÍ.

Eso siempre yo lo he sido.

DON JUAN.

¿Cómo en la Francia te ha ido?

NEBLÍ.

Bella ciudad es Paris.

DON JUAN.

Ojalá su Flor de Lis
Dé á España dichoso fruto.

NEBLÍ.

Por tu ausencia visten luto
Las damas de aquel país.
¿Cómo te va con Costanza?

DON JUAN.

Ya no puedo querer yo
A Costanza.

NEBLÍ.

¿Por qué no?

DON JUAN.

Porque, con feliz mudanza
De don Jaime, esa esperanza,
Que logra siempre conmigo,
La dejo, ya no la sigo,
Y adoro á un sol, no te asombre;
Sol digo y Sol es su nombre,
Ya me declaro contigo.
Mucho tengo que contarte:
Casado estoy en secreto.

NEBLÍ.

¡Jesus! ¿tú eres el discreto?
Tú el valiente como un Marte?
Tú el navarro Durandarte,
A quien vi en Francia llamar
El Non de España y no-Par?
Aunque digo neciamente;
Ahora eres mas valiente,
Pues te atreviste á casar.
Y ¿quién es de tantos modos
Tan pesada compañía,
Que si es fea, es solo mia,
Y si es hermosa, es de todos?
¿Yo metido hasta los codos
En empeños y cuidados?
Mas tente allá tus enfados;
Que yo, aunque me hables en ello,
No pienso decirte aquello
De suegros y de cuñados.

DON JUAN.

Calla, hasta saber despues
La mujer que yo elegí;
Lo que he pasado, Neblí,
De penas en solo un mes;
Mas razon es, razon es,
Que cueste dificultades
Bien de tantas calidades;
Sol que sale, luna llena,
Y cielo en noche serena,
¿No son tres grandes beldades?
Pues mayor es la que adoro.
El sol es un rey tan bello,
Que de su mismo cabello
Hace su corona de oro;
Mas depone su decoro
En su ocaso, y se introducen
Astros que de noche lucen;
Si otras damas son estrellas,
Mi sol siempre luce, y ellas
Siempre con él se deslucen.
La luna, luz plateada
Del cielo, hermosa es sin duda,
Pero hermosa que se muda,
Porque es su beldad prestada;
Ya está llena, ya menguada;
Mas mi esposa celestial,
Astro que está siempre igual,
Es con luz propia, no ajena,
Luna que está siempre llena
De su beldad natural.
Hermoso es todo ese velo
Estrellado, mas no vive;
Ser mas perfecto recibe
Cualquier viviente del suelo;
Mi esposa tambien es cielo,
Mas tan viva en cada accion,
Que alma todas ellas son;
Y así, es, con gloriosa palma,
Supuesto que toda es alma,
Cielo sin imperfeccion.
Luego tal belleza alcanza,
Que es cielo y cielo viviente,
Sol, y sol sin occidente,
Luna, y luna sin mudanza;
Logróse pues mi esperanza,
Y gozo sin duda alguna
Tres hermosuras en una,
Tan sin defecto y tan bella,
Que se han enmendado en ella
El cielo, el sol y la luna.

NEBLÍ.

Por Dios, que lo has dicho bien,
Hayas hecho mal ó no;
Mas voy al caso, que yo
Sé hablar de veras tambien;
¿Qué sol es este con quien
Casado, don Juan, te hallo?

DON JUAN.

No sin causa te lo callo;
Pero, en fin, ya estás aquí,
Y aunque es tan secreto, á tí
Y á don Jaime he de fiallo.
Aquí vendrá, aquí le espero;
Que á eso he venido á palacio.
A don Jaime pues de espacio
Contar esta historia quiero;
Y así, no te la refiero,
Porque tú la oirás con él.

NEBLÍ.

Don Jaime es tu amigo fiel;
Mas él y Costanza vienen.

Sale DOÑA COSTANZA, *con manto,*
Y DON JAIME.

DON JAIME.

¡Ay Costanza! igualdad tienen
En ti lo hermoso y cruel.

DOÑA COSTANZA.

Don Jaime, vos sois galan,
Y os estimo de manera,
Que á vos sin duda os quisiera,
Si no adorara á don Juan;
Todos los gustos están
Contrarios; que él me aborrece
Al paso que mi amor crece;
Pero á vos os satisfaga
Que quien vuestro amor no paga,
A lo menos lo agradece.
Con esto, dadme licencia;
Que ver al Rey solo espero.
Allí está don Juan, no quiero
Hablarle en vuestra presencia,
No porque habrá competencia,
Que eso puede asegurar
Amistad tan singular,
Sino porque de mi gusto
Tendréis vos celos, y es justo
No daros este pesar.

DON JAIME.

¿Podréis lograr el intento
De hablarle al Rey?

DOÑA COSTANZA.

Yo tendré
Orden de verle, aunque sé
Su perpétuo encerramiento,
Y que vuestro valimiento
Podrá introducirme; adios. (*Vase.*)

DON JUAN.

Jaime, yo os espero á vos;
Mas no llego cuando os veo
Con Costanza; que deseo
No estorbaros á los dos.

DON JAIME.

Don Juan, yo lo creo así.
Al Rey quiere hablar ahora,
Quizá de vos, que os adora
Tan ciega como hasta aquí.

DON JUAN.

No tengais celos de mí;
Que, si ella en cruel ha dado,
Yo os tengo ya asegurado.

DON JAIME.

Ya sé, don Juan, lo que os debo.
Decidme lo que hay de nuevo;
Que me teneis con cuidado.

DON JUAN.

Escuchadme pues; que es deuda
A obligaciones pasadas,
En el peligro presente
Hablaros con confianza:
Yo suelo amar tan secreto,
Que esa fineza ordinaria
De no decirselo á nadie,
Porque otros tambien lo usaban,
Me pareció vil, y á solas
Andaba yo dando traza
Cómo poder esconderlo
De la mitad de mi alma;
Y hallé el modo; que un amante
Que como yo se recata,
Ni aun á vos su amor os dijo,
No porque de vos se guarda,
Sino por poder preciarse
Que el secreto de su dama,
Si á la media alma lo fia,
A la otra media lo calla.
Casado estoy en secreto:
Con esta primer palabra
Os digo que ya sin duda
Seréis dueño de Costanza.
No penseis que me he casado
Secretamente por falta
De méritos en mi esposa,
Que mas urgente es la causa;
Ni por ser tan desvalido,
Que he visto apenas la cara
Al rey don Sancho, que hoy reina,
Siendo yo Zúñiga, rama
De Iñigo Arista, y pudiendo
En mi capilla y mis armas
Ver, por número de estrellas,
Tantas lunas otomanas;
Bien que al Rey, por su retiro,
Castilla, Aragon y Francia
Ya comunmente don Sancho
El Encerrado le llaman;
Y así, don Cárlos, su hijo,
Con libertad mas bizarra,
Ya casi dueño gobierna
La corona aun no heredada.
Yo, don Jaime de Aragon,
Miré á doña Sol Abarca,
A quien sabeis que dió sangre
La casa real de Navarra;
Vila, y fuéronse tras ella
Los ojos, que la miraban,
Tras los ojos los afectos,
Tras los afectos las ánsias,
Tras las ánsias los suspiros,
Tras los suspiros el alma,
Y tras el alma un deseo
De tener muchas que darla.
Sol, con ser sol de mi estrella,
Quizá igualmente inclinada
Con un precepto inviolable,
Me dió licencia de hablarla,
Porque me mandó imperiosa,
Aunque cuerda y recatada,
Que por forzosos respectos,
Que á nuestro amor importaban,
Ni aun á vos os lo dijese.
Era el caso de importancia,
Y yo juré la obediencia;
Si fué culpa, perdonadla.
Hablábame pues, y viendo
La nota y la vigilancia
De unas vecinas curiosas,
Quizá mal intencionadas
(Que hay en las guerras de amor
Quien sin trabajo y sin paga
Se estará toda una noche
Siendo posta á una ventana),
Dejó de hablarme en la calle,
Y por una puerta falsa
Me entró un amor verdadero
A clausura tan sagrada.
Es la ocasion entre amantes
Aspid que muerde y halaga,
Hiena que mata y que llora,
Sirena que duerme y canta.
Yo amante y favorecido,
Ella fina y obligada,
Yo importuno á los favores,
Ella á las porfías blanda;
La resolucion postrera
No es menester declararla;
Que hay sucesos que se dicen
Con lo mismo que se callan.
Ya pues ambas voluntades
Ultimamente empeñadas
Con favores, que á los fines
Groseras dichas alcanzan,
Supe que el Príncipe (¡ay triste!)
Tan loco á Sol adoraba,
Que, habiendo de ser su esposa
La serenísima infanta
De Aragon, con quien están
Sus bodas capituladas,
A pesar del Rey, su padre,
Ni lo atiende, ni se casa
Su alteza, pues que de noche
La misma calle rondaba,
Porfiado amante y ciega
Mariposa de su llama.
Supo mi amor; que una noche
Me vió salir de su casa
De mi Sol, y conocióme,
Pues luego con voz turbada
Me dijo: «Don Juan, tenéos;
El Príncipe es quien os habla.
Hijo soy de vuestro rey;
Yo, yo adoro á Sol ingrata,
Yo no puedo mas, yo muero;
Si alguna dicha os dió entrada,
Icaro de tanto rayo,
El mismo Príncipe os manda
Que no volvais mas á verla;
Pues yo la adoro, olvidadla.»
Aquí, Jaime, quedé muerto,
Helóseme en la garganta
La voz, y en la tierra inmobles
Fueron de mármol las plantas;
Mas ya en fin, cuando en el pecho
Respiró la vital aura,
Y usó de sus facultades,
Con el calor desatadas,
Empecé á hablar, y atajóme,
Diciéndome: «Don Juan, basta;
Esto ha de ser sin respuesta,
Aunque mas razones haya.»
Fuése, y yo quedé sintiendo
Violencia tan temeraria,
Como deudor tan forzoso
De obligacion tan honrada.
Díjele á Sol el suceso,
Y temerosa, dió traza
En secreto á nuestras bodas,
Por quedar asegurada;
Yo, por el Príncipe, quise
Excusarme y excusarla,
Temiendo quizá las quejas
Aun mas que las amenazas;
Mas lágrimas de mujer,
Sol con justicia tan llana,
Yo convencido, y la deuda
A honor de sangre tan alta;
Caséme con tal secreto,
Que sola Inés, una esclava,
De Sol confidente, sabe
Que está conmigo casada;
Adorámonos los dos,
Y aunque son muy limitadas
Mi hacienda y la suya, Jaime,
Entre unas pobres alhajas,
Estoy tan rico con ella,
Que, si es la mujer honrada
Corona de su marido,
No invidio al mayor monarca;
Y vive Dios, que á Castilla
Dispusiera una jornada
Por ver á un deudo de Sol,
Si no temiera dejarla;
Y si no me voy, porfía
Su alteza con tal instancia,
Que en celos averiguados
Temo iras ejecutadas
Y aun otros futuros males.
Figurad entre las ramas
Que forman en una selva
Verdes techos de esmeralda,
Dos pajarillos amantes,
Que con unas pobres pajas
Van fabricando su nido
A los polluelos que aguardan,
Y que un cazador astuto,
Cuando todo el nido saca,
Quita á los padres que vivan,
Y á los hijos que á luz salgan;
Pues veis aquí mi retrato
En las verdes esperanzas
De un matrimonio secreto;
Deseo yo entre las alas
O los rayos de mi sol
Ver felizmente abrigada

Sucesion dichosa, cuando
A estas prendas esperadas
Conformemente, aunque pobres,
Fabricamos nido ó casa,
Siguiendo al padre y queriendo
Con ocultas asechanzas
Coger la madre en el nido,
Consorte amorosa y casta;
El Príncipe, que, cruel,
Todo de una vez lo acaba,
Hará á los padres que mueran,
Y á los hijos que no nazcan.
Yo vengo pues á pediros,
Pues sois toda la privanza
Del Príncipe, que si acaso
Llega á saber lo que pasa,
Que yo sé que está celoso,
Nuestra antigua amistad haga
Su oficio en las ocasiones;
Pues esta es tan apretada.
Tened lástima, don Jaime,
Si no de mí, que me agravian,
De una hermosura inocente,
De una virtud soberana.
Un desdichado dichoso,
Que con tantas veras ama,
Y con tanto amor padece,
Os ruega y de vos se ampara,
Cuando ya ampararme es deuda,
Porque la nobleza hidalga
Debe al ruego de justicia
Lo que á la piedad de gracia.

DON JAIME.

Don Juan, yo os buscaré luego;
Idos, que ahora á esta sala
El Rey y el Príncipe salen,
Y porque se persuada
Que vos no me habeis hablado,
Conviene á la misma causa
El que conmigo no os vea.

DON JUAN.

Adios pues, hasta mañana.—
Vén, Neblí.

NEBLÍ.

Vamos; que quiero
Besar los piés á mi ama,
Que si es Abarca y es Sol,
Pienso que cuando levanta
Ese mismo sol del suelo
Dos átomos con que anda,
Abarcas de luz se ajusta
Y rayos de oro se calza.
(Vanse Neblí y don Juan.)

Salen EL REY Y EL PRÍNCIPE.

PRÍNCIPE.

Vuestra majestad, Señor,
No me apure; que me cansa
Todo lo que no es matarme.

REY.

Toda esta vida es batalla.—
Don Jaime, ¿qué decis de esto?

DON JAIME.

Digo, Señor, que me espanta
En un príncipe tan sábio
Tristezas tan ordinarias.

REY.

Cárlos, yo os tengo casado
Con doña Violante, hermana
De don Pedro el Cuarto, fénix
De Zaragoza y de España;
Y rey y padre, pues tengo
Valor juntamente y canas,
Tendré entre consejos cuerdos
Resoluciones gallardas.

PRÍNCIPE.

Yo la tengo de morir.

REY.

Don Jaime, doña Costanza
Me refirió todo el caso,
Y que doña Sol Abarca,
Que ama en secreto á don Juan,
Con quien de casarse trata
La misma Costanza, inquieta
Al Príncipe muy humana.

PRÍNCIPE.

Hable vuestra majestad
De ese sol con mas templanza;
Que no es mas puro el del cielo,
Aunque á mí su luz me abrasa.

REY. *(Ap.)*

¡Qué bien parece entre el régio
Esplendor esta bizarra
Generosidad! Que el hombre
Que con sus celos infama
La mujer que quiere, y mas
Cuando no piensa dejarla,
O no tiene entendimiento,
O buena sangre le falta.

DON JAIME. *(Ap.)*

Don Juan está en gran peligro.

REY.

A caza saldréis mañana;
Que quiero que os divirtais.

PRÍNCIPE.

Veré allí representada
En las fieras mayor fiera;
Mas me entristece la caza.

REY.

Id á la Casa del Campo.

PRÍNCIPE.

Digo que iré donde manda
Vuestra majestad, Señor.

REY.

No me volvais las espaldas;
Que os quiero mas que á mi vida.
Escribid, porque se parta
El correo á Zaragoza;
Que eso solo es lo que aguarda.

PRÍNCIPE.

Váyase sin cartas mias.

REY.

¿Cómo ha de ir sin vuestras cartas?

PRÍNCIPE.

Porque muero.

REY.

Dios os guarde.

PRÍNCIPE.

Vuestra majestad se vaya,
O yo me iré.

REY.

Bueno está;
Que arguye poca constancia
Rendirse á pasion tan necia,
Que por serlo es porfiada.
Casáos pues, y obedecedme
Con el rigor y observancia
Que debeis á un rey y padre,
Que mas que á sí mismo os ama;
O por el siglo dichoso
De la Reina, que, elevada
A mejor corona, pisa
Zafir del supremo alcázar,
Que, á pesar de vuestro afecto,
Que así la razon arrastra,
Os castigue riguroso,
Si no en vos, en quien lo causa. *(Vase.)*

DON JAIME.

Señor, ved que vuestro padre...

PRÍNCIPE.

Jaime, no me digas nada;
Yo estoy resuelto. Don Juan
De Zúñiga ha entrado en casa
Del Sol que adoro, despues
Que con paciencia excusada
Le avisé que la olvidase,
Pues que yo no la olvidaba.
Traidor fué, pues volvió á verla;
Su muerte es justa venganza
De mis celos; ya es de noche,
Id luego y ejecutadla.

DON JAIME.

Señor, Príncipe, sois justo,
Y á vos don Juan no os agravia,
Porque yo sé...

PRÍNCIPE.

No sabeis
Cosa que importe á mis ánsias
Ni á mis celos; vive Dios,
Que ha de morir.

DON JAIME.

Si se igualan
La piedad y la justicia
En las deidades humanas,
Como á tal...

PRÍNCIPE.

Esta es sentencia
Que pasó en cosa juzgada;
No ha lugar la apelacion.

DON JAIME.

Sí; mas hay, cuando es contraria,
Suplica á vos de vos mismo.

PRÍNCIPE.

¡Jaime!

DON JAIME.

Señor, vinculada
Os tengo á vos mi obediencia.

PRÍNCIPE.

Pues no repliqueis palabra;
Acabad su vida, ó dad
La vuestra por acabada.

DON JAIME.

Sí daré si se la quito,
Pues en la suya están ambas.

Salen DOÑA SOL É INÉS, *esclava.*

INÉS.

¿Qué es lo que escribe Costanza
En este papel?

DOÑA SOL.

Ignora
Mi casamiento, en que ahora
Ni de ella haré confianza;
Y así, me escribe que quiere
Ser mi huéspeda unos dias.

INÉS.

Tú ¿qué respuesta le envias?

DOÑA SOL.

Inés, bien claro se infiere;
¿Cómo he de tenerla en casa,
Siendo ya don Juan mi esposo,
Y el secreto tan forzoso?

INÉS.

¿Tú no sabes lo que pasa?
Don Juan la quiso muy bien,
Y pienso, si á casa viene,
Que es de celos que de él tiene.

DOÑA SOL.

Yo lo presumí tambien;
Mas don Juan me satisface
Tan leal, que mis recelos
Aun no han llegado á ser celos;
Con todo, si don Juan hace
A Castilla su jornada,
Traeré á Costanza conmigo,
Aunque ignora, como digo,
Que con él estoy casada.
Temo al Príncipe, en efeto;
Que no dudo, Inés, que acabe
La vida á don Juan si sabe
Que es mi marido en secreto,
Pues dirá que se casó
A pesar suyo don Juan.

INÉS.
¡Ay señora, qué galan
Vi ayer al Príncipe yo!
Él suele decirme á mí
Sus penas, y yo le digo
Que pierde el tiempo contigo.

DOÑA SOL.
No, Inés, no ha de ser así.

INÉS.
Luego ¿gustas que le dé
Alguna esperanza?

DOÑA SOL.
Necia,
En mí tuviera Lucrecia
Menor flaqueza y mas fe.

INÉS.
A quejas muy repetidas
Le despido yo; ¿qué quieres?

DOÑA SOL.
Inés, si al Príncipe vieres,
No quiero que le despidas,
Porque esto es llegarlo á oir,
Sino que huyendo, te vengas
Tan apriesa, que no tengas
A quien poder despedir.

INÉS. (*Ap.*)
En vano á su honor resisto.
Sufra el Príncipe el desden;
Que no puedo mas.

Salen DON JUAN Y NEBLÍ.

DON JUAN.
Mi bien,
Un siglo há que no te he visto;
Habla á Neblí sin recelo,
Que es un antiguo criado,
De quien siempre me he fiado.

NEBLÍ.
Neblí soy, pues al sol vuelo.

DOÑA SOL.
Por leal á tu señor,
Te estimaré.

NEBLÍ.
Ahora sí
Puedo llamarme Neblí,
Con alas de este favor.

INÉS.
¿Neblí se llama, galan?

NEBLÍ.
Y con hambre eterna estoy
Templado siempre; que soy
Neblí pollo de don Juan.

INÉS.
¿Neblí pollo es todavía?
Pensé que mudado de aire.

NEBLÍ.
La esclava tiene donaire,
Y es docta en volatería.—
Dime tú tu nombre á mí.

INÉS.
Inés me llamo.

NEBLÍ.
Alto pues;
Garza parece la Inés,
Que ha de volar al Neblí.

INÉS.
Luego ¿es consecuencia clara
Que algo quieres darme?

NEBLÍ.
Niego
La consecuencia y el luego.

INÉS.
¿No tiene Sol buena cara?

NEBLÍ.
De limiste.

INÉS.
Ella es mujer
De buena vida y costumbres,
Mas solo da pesadumbres.

NEBLÍ.
Muy pobre debe de ser.

INÉS.
No serlo, pues es tan bella;
¿Date á tí mucho don Juan?

NEBLÍ.
Ya los señores no dan;
Son muy pobres él y ella.

DOÑA SOL.
Don Juan, ¿no es aquel don Jaime?

Sale DON JAIME.

DON JAIME.
¡Qué desdichada hermosura! —
Señora Sol, Dios os guarde.—
Don Juan, mal se disimula
El sentimiento en los ojos.

DON JUAN.
Gran mal su tristeza anuncia.

DON JAIME.
Retírense esos criados.

DON JUAN.
Salíos allá.

NEBLÍ.
No me gusta
La prevencion.—Inés, vamos.
(*Vanse.*)

DOÑA SOL.
Don Juan, pues aquí te busca
Don Jaime, que soy tu esposa
Le habrás ya dicho sin duda,
Y si no, yo se lo digo;
Porque menos se aventura
En revelar el secreto,
Que en juzgar él, si lo juzga,
Que pudo hallarte en mi casa,
No siendo yo esposa tuya.

DON JUAN.
Sol, ya don Jaime lo sabe;
Pero su tristeza es mucha,
Pues á los ojos se viene.

DON JAIME.
No sé, don Juan, cómo cumpla
Con tantos respectos juntos,
Entre penas tan confusas.
Su alteza manda que os mate,
Y aunque, entre miedos y dudas,
A tanta resolucion
Hice réplicas algunas,
Quiso tomarlo á su cuenta,
Cuando ve que, si lo rehusa,
Se lo encargarán á otro,
Que fácilmente concluya
Con mi vida y con la vuestra;
Que ninguna está segura
Si peligra la del otro,
Pues es de ambos cada una.
El Príncipe es el juez
Que esta sentencia pronuncia,
Y el delito es vuestro amor
(¡Vive Dios, que es feliz culpa!),
Y pienso que mi desdicha
Es el fiscal que os acusa,
Pues me han hecho á mí el verdugo
Que la sentencia ejecuta.
Este es el caso; yo vengo
Sin resolucion ninguna
A ponerle en vuestras manos;
Vos callais y Sol se turba.
Don Juan, muchas vidas tengo;
Que ya la vuestra y la suya
Tengo por proprias, y ya
No es mi desdicha tan suma,
Que no quereis que sean mas;
Que, porque será ventura
Tener yo muchas que daros,
Dejaré de tener muchas.

DON JUAN.
Yo no sé, por Dios, don Jaime,
Con qué palabras reduzca
A brevedad tantas penas;
Y así, vuestra amistad supla
Lo que falta á mi discurso;
Que, aunque la accion es injusta,
Si vos para ejecutalla
No buscasteis coyuntura,
Correis peligro, y si dais
Noticia al Rey, se disgusta
Con vos el Príncipe, y veo
Que el morir vos no se excusa.
Vos mirad por vos, don Jaime,
Viendo tambien esta lluvia
Que tiene al sol tan nublado,
Esas perlas de alba pura,
Que en azucenas y rosas
Ni el mismo sol las enjuga;
No me pesa á mí por mí
Esta virtud que se encumbra
Sobre sí misma, y tan alta
Pisa fueros de fortuna;
Siento no mas que si muero,
Como tórtola viuda,
Que ahora con su consorte
Tan dulcemente se arrulla,
No posará en ramo verde,
Y entre las selvas oscuras
Pedirá endechas prestadas
A las aves mas nocturnas,
Maldiciendo entre sus ánsias,
Entre sus penas y angustias,
Los arroyos que lo rien,
Las fuentes que lo murmuran.
Esto quiero que os lastime;
A mí, sin nuevas consultas,
Dadme á fieras que me coman
O á llamas que me consuman,
O echadme al mar, donde el sol
Cada noche se sepulta,
Y cada mañana, en quien
De lo mortal se desnuda,
Fénix del agua renace
De entre las ondas profundas;
Que allí á mi bien la fe viva,
Si la esperanza difunta,
En todo aquel alabastro,
De infaustas cenizas urna,
Consagrará monumentos
A las edades futuras.

DOÑA SOL.
Señor don Jaime, en los ojos,
Donde la elocuencia es muda,
Mucho mejor que en los labios,
Oran dos almas ocultas;
Sobre la gloria de darse,
Una por otra la usurpa,
Cada cual tan ambiciosa
De hacer la fineza suya,
Que en la misma resistencia
Con que están luchando á una,
Vienen á injuriarse al tiempo
Que obligarse mas procuran;
Mas no luchan desconformes,
Porque, si á luchar se juntan,
No se juntan por luchar,
Que antes por juntarse luchan;
Porque hay no sé qué linaje
De paz en la misma lucha,
Pues los mismos que pelean
Se abrazan cuando se injurian;
No las despartais, don Jaime,
Antes una misma punta
Saque ambas almas la fuerza
De la mano mas robusta;
De una vez rompa ambos pechos,

Y si esto se dificulta,
Y morir de un golpe solo
No pueden dos vidas juntas,
Os ruega una desdichada,
Pues la crueldad y la astucia
Quizá contra lo inocente—
Lo inexorable vinculan,
Que cuando ya en ambos cuellos
Déis dos heridas tan duras,
Me déis á mí la primera,
Y á mi don Juan la segunda.

DON JAIME.

Don Juan, bien podrá en vos mismo
Mataros quien lo procura;
Pero no en Sol, vuestra esposa,
Que estáis en su alma, en cuya
Inmortalidad teneis
Otra vida, no caduca,
Que, á par de la eternidad,
Mayor que los siglos dura.
Salid de Pamplona luego;
Que yo daré por disculpa
Que érades ido á Castilla;
A los riesgos que resultan
Me expongo yo.

DON JUAN.

¿Vos sabeis
Por qué el Príncipe promulga
Ley contra mí tan severa?
Pues ¿cómo quereis que huya
Y deje en peligro á Sol?
Si el cielo de piedad usa,
Dad lugar á que la lleve.

DON JAIME.

Dadle vos á que discurra
La razon y á que obre el tiempo,
Pues poneis en aventura,
Si llevais á Sol ahora,
Nuestras vidas y la suya.

DOÑA SOL.

Pues don Juan no ha de ir sin mí;
Que quiero que nos conduzca
A un fin una misma vida
O una misma sepultura.
Figurad casa movible
Del mar, á quien aseguran
Los cabos que la apuntalan,
Las áncoras que la fundan,
Edificio tan viviente
Sobre la salada espuma,
Que impulso proprio le alienta
Y aura vital le estimula;
Que ave de pino con alas,
Bajel del viento sin plumas,
Por regiones de agua vuela,
Y piélagos de aire surca;
Tan movible albergue, cuando
De lino y leños se ayuda,
Que va caminando siempre
Con los mismos que la ocupan,
Porque es á sus moradores
Casa siempre tan conjunta,
Que ellos no pueden mudarse
Si ella tambien no se muda;
Tan leal siempre y tan firme,
Sin desampararlos nunca,
Que hasta hundirse ó deshacerse
No hay peligro que no sufra.
Pues don Jaime, yo y don Juan,
En dos almas, que son una,
Somos nave y marinero
Que en tanto golfo fluctúa;
Yo soy la casa portátil
En que él vive y en que él triunfa
De tantas suertes de miedos,
De tantas olas de injurias;
En la tierra es ya mi llanto
Océano que la inunda,
Y adonde fuere yo, ha de ir;
La embarcacion no se excusa,
Y es fuerza que con él vaya
Su pobrecilla chalupa,
Contra quien tanto elemento
En tanto mar se conjura.
Mas no importa, él vive en mí,
Y yo soy casa tan suya,
Que tengo de ir donde él fuere,
A pesar de mayor furia;
Porque no le he de dejar
Hasta que, en igual fortuna,
Las rocas me hagan pedazos
O los abismos me hundan.

DON JAIME.

Ved, Señora, que á quedaros
Os obliga la cordura;
Que si os vais los dos, es fuerza
Que os sigan y que os descubran,
Y que don Juan muera entonces.

DON JUAN.

Don Jaime, nadie presuma
Que el deseo de la vida
Tan engañoso me adula,
Que yo me vaya sin ella,
Y deje mi honor en duda.

DOÑA SOL.

¿Cómo en duda? Luego ¿en mí
Son posibles las calumnias?
Luego ¿este sol tendrá eclipses
Por mudanzas de la luna?
Luego ¿escuadrones formados,
Que vibrado fresno empuñan,
Que ciñen luciente alfanje
Y visten morisca aljuba;
Etna que incendios aborte,
Nube que rayos escupa,
Con truenos que al firmamento
Estremezcan las columnas,
Osarán á mi constancia?
Véte, y verás cuán segura
Armadas huestes desprecia
Y fuerzas de reyes burla.
Yo quedo conmigo misma.
Véte, digo, y no atribuyas
Este aliento á confianza
Ni este valor á locura.

DON JUAN.

Muy bien dices; pero advierte...

DON JAIME.

Don Juan, sin tardanza alguna
Os habeis de ir.

DON JUAN.

Yo iré donde
Por unos dias me encubra,
Con que vos os encargueis
De mi bien.

DON JAIME.

Don Jaime os jura
Ser guarda de su recato,
De atenta, tan importuna,
Que, siendo ella sol, y yo
Aguila, que no se ofusca,
Examinarán mis ojos
A rayos de Sol tan pura.

DON JUAN.

Pues yo buscaré, luz mia,
Ocasion mas oportuna
Para llevarte conmigo;
Tú verás qué poco dura
La ausencia. Abrázame ahora.

DOÑA SOL.

¡Ay, don Juan, que el sol se anubla!

DON JAIME.

Porque vuestra ausencia crean,
Pudiera Sol, con industria,
Traer consigo á Costanza.

DOÑA SOL.

Sí la traeré; que ella gusta
De estar conmigo unos dias.

DON JAIME.

Pues don Juan se vaya.

DOÑA SOL.

Suban
Hasta el cielo mis suspiros.
Justicia, amor; que me hurtan
El mejor tiempo á mi vida.

DON JUAN.

En habiendo coyuntura,
Vendré á verte. Adios, mi bien.

DOÑA SOL.

Mira que á mi centro acudas.

DON JUAN.

Tú eres un sol que me abrasas.

DOÑA SOL.

Tú un astro que al sol ilustras.

DON JUAN.

Tú la causa de mis dichas.

DOÑA SOL.

Tú el dueño de mis venturas.

DON JUAN.

Yo soy tu esposo y tu amante.

DOÑA SOL.

Yo esposa y esclava tuya.

JORNADA SEGUNDA.

Salen INÉS Y DOÑA COSTANZA.

DOÑA COSTANZA.

Diréte, Inés, lo que sabes;
Porque mientras lo repito,
Parece que lo acredito.

INÉS.

Pues empieza, porque acabes;
Que decirme lo que sé
Es darme encono.

DOÑA COSTANZA.

En efeto
Se fué don Juan con secreto,
Y yo, despues que se fué,
Huéspeda de Sol estoy
Aquí en su casa.

INÉS.

Adelante.

DOÑA COSTANZA.

Temo que es don Juan su amante.

INÉS. (*Ap.*)

Leal, aunque esclava, soy;
No he de decir lo que sé,
Pues no digo que es su esposo;
Mas basta hacer un engaño
Al Príncipe, tan extraño.

DOÑA COSTANZA.

Quiso el Príncipe, celoso,
Matarle. Don Jaime á mí
Me ha dado de todo cuenta;
Por eso don Juan se ausenta,
Pero está cerca de aquí.
Yo pues, que con tal porfía
Casarme con él pretendo,
No sé si, necia, defiendo
En su persona la mia;
Y como para aplacar
Al Príncipe el medio era
Que Sol le hablara y quisiera,
Y ella, en fin, no le ha de hablar;
Porque él piense, aunque engañado,
Que tiene á Sol reducida,
Y así don Juan tenga vida,
Que este solo es mi cuidado,
Hurtándole á Sol el nombre,

A hablarle de noche vengo
Al jardin, y le entretengo,
Como ya ves. No te asombre
Que, hablándome, haya creido
Que soy Sol; porque, demás
Que no ha hablado á Sol jamás,
Sino de paso, yo he sido
Tan sagaz, que, por poder
Engañarle mas segura,
Busco noche tan obscura,
Que ni el bulto pueda ver.
Yo pues junto desta fuente
Hablo al Príncipe y le digo
Que soy Sol. Tú eres testigo,
Que siempre te hallas presente,
Que no falto á mi decoro;
Que si mi honor peligrara,
No, Inés, no lo aventurara
Por don Juan, porque le adoro.
Él, en efecto, que entiende
Que le habla Sol, ya no extraña
Los favores, y se engaña
Con lo mismo que aprehende;
Que en sola la aprehension,
No en sí mismo, está el contento.
Gozo es decir humo y viento;
O nada ó mentira son
Los bienes de amor, Inés,
Pues, engañada la idea,
No está el gusto en que lo sea,
Sino en pensar que lo es.

INÉS.

Costanza, todo lo advierto.
¿Queda mas?

DOÑA COSTANZA.

Su alteza, en fin,
Me ha hablado en este jardin
Tres noches, y está muy cierto
Que hablando con Sol está;
De modo que así ha tenido
La dicha de haber creido
Que Sol favores le da.
Con que, en ardid tan extraño,
Lograrémos yo y su alteza,
Él su engaño en mi fineza,
Yo mi fineza en su engaño.

Sale DON JAIME.

DON JAIME.

Sin que me sientan he entrado.
Todo la industria lo pudo;
Mientras el silencio mudo
Recatos presta al cuidado;
Que, guardando ajeno honor,
Si es ajeno el de mi amigo,
Las sombras del miedo sigo
Con los pasos del temor,
Adonde el ardid se atreve,
Fiado á noche tan ciega;
Que el sol hay noches que niega
La luz que á los astros bebe;
Porque há tres que, á mi pesar,
Al Príncipe, aun no lo creo,
Argos desdichado, veo
En este jardin entrar.
Ojalá averigüe aquí
Si es firme Sol como bella;
Que no ha habido culpa en ella,
Como no hay descuido en mí.

Sale EL PRÍNCIPE.

PRÍNCIPE.

Gran dicha fué hallar abierta
La puerta; gócese el fin
De mi dicha en el jardin,
Que me dió franca la puerta.
Sol mia, ahora veré
La verdad que tu amor tiene.

INÉS.

Costanza, el Príncipe viene.

DOÑA COSTANZA.

Pues no te vayas.

INÉS.

No haré.

PRÍNCIPE.

Gente hay aquí. ¿Es doña Sol?

DOÑA COSTANZA.

Sol soy. Habla sin recelo.

DON JAIME. (*Ap.*)

Sol dice que es. Vive el cielo,
Si es natural arrebol
La vergüenza en una dama,
Sin luz ni arrebol está
Este cielo; que no hay ya
Fe ni verdad en quien ama.

PRÍNCIPE.

Pues determinado vengo.
Al salir de tu jardin,
Vi anoche un bulto, y en fin,
Hablo claro, celos tengo.
Temo que es don Juan, á quien
No habló don Jaime, ó no quiso;
Que ambos andan sobre aviso,
Pues que se guardan tan bien.
Vengo pues determinado
A no perder la ocasion;
Que esto es dar satisfaccion
De una vez á mi cuidado.

DOÑA COSTANZA.

No tengais celos; que os quiero
Mas que á mí, y es temor vano
Que un príncipe soberano
Los tenga de un escudero.
Vos sois mucho mas galan
Que todos, y yo, Señor,
No tengo á don Juan amor;
Que no os compite don Juan.

DON JAIME. (*Ap.*)

El daño es cierto. ¡Ay, amigo,
Qué buena cuenta que dí
De tu honor!

PRÍNCIPE.

Sol, si hasta aquí
He sido cortés contigo,
Ya, sin el último empeño,
No creeré que á mí me quieres.
Dueño de tí misma eres;
Hazme de tí misma dueño.

DOÑA COSTANZA.

(*Ap.* Válgame aquí la cautela.)
Señor, quien de veras ama,
Mas los riesgos de la dama
Que los del honor recela.
Costanza pues es ahora
Mi huéspeda; yo os prometo
Que está cerca, y el secreto
De mi amor y el vuestro ignora.
Apenas por el oriente
Saldrá el sol cuando se vaya;
Podrá ser que ocasion haya
Mejor la noche siguiente.
Venid entonces, pues es
Honor de quien os adora.
(*Ap.* Remédiese el daño ahora;
Que otro ardid habrá despues.)

PRÍNCIPE.

Oye, la noche que viene
Quiero lograr mi ventura;
Tanto mi amor te asegura.

DON JAIME.

Atajar esto conviene
Con prudencia y discrecion;
Que, aunque en Sol el vil intento
Pasa ya de pensamiento,
Aun no llega á ejecucion.

PRÍNCIPE.

Cerca me has dicho que está
Costanza. Adios; que, en efeto,
A tí te importa el secreto. (*Vase.*)

DON JAIME.

El Príncipe se fué ya.
Estoy, vive Dios, aquí
Por tomar de Sol venganza;
Mas ha dicho que Costanza
Estaba cerca de allí.
Voyme; que quizá darán
Los cielos traza mejor
Para preservar su honor
Y defender á don Juan. (*Vase.*)

INÉS.

Costanza, ¿qué estáis pensando?

DOÑA COSTANZA.

Inés, otro nuevo ardid
Para quietar á su alteza.
Téngole pues de escribir,
Firmándome *doña Sol*,
Pues ya ser ella fingí,
Que Costanza no se ha ido
Que no tiene que venir.

INÉS.

Bien puedes; que él no conoce
(Yo sé bien que esto es así)
Ni tu letra ni la suya.

DOÑA COSTANZA.

Todo es temer y fingir.

Sale DOÑA SOL.

DOÑA SOL.

Mientras don Juan me desvela,
No sé qué rumor sentí,
Si quien sus ausencias siente,
Puede otra cosa sentir.
Vientos, si fuisteis suspiros,
Y acaso á saber venís
Si me acuerdo de mi esposo,
Volved, decidle que sí.

DOÑA COSTANZA.

Sol es esta.—Sol, ¿qué buscas?

DOÑA SOL.

Costanza, ¿tú estás aquí?

DOÑA COSTANZA.

¡Ay, amiga! Parecióme
(*Ap.* Aquí es forzoso mentir)
Que escuché á don Juan, y vine,
Por no despertarte á tí,
Con Inés, á ver quién era.

DOÑA SOL.

¿Qué dices? ¿En mi jardin
Don Juan de noche? (*Ap.* Ello es fuerza
Disimular y sufrir.)

DOÑA COSTANZA.

Pensé que á mí me buscaba.
¿Quieres recogerte?

DOÑA SOL.

Sí;
Mas no, ya me he desvelado.
Tú sola te puedes ir;
Que yo con Inés me quedo.

DOÑA COSTANZA. (*Ap.*)

Bien de ambos riesgos salí. (*Vase.*)

INÉS.

¡Ay, Sol, pasos he sentido!

DON JUAN y NEBLÍ, *como que saltaron.*

NEBLÍ.

Ya estamos en el jardin.
¿Qué habemos de hacer ahora?

DON JUAN.

No dejará Inés de abrir,
Si llamas á aquella reja,
Que está enramando un jazmin.

DOÑA SOL.

Inés, ¿qué haré? Yo estoy muerta,
Ni acierto á hablar ni á huir.—
¿Qué es esto? ¿Quién va?

DON JUAN.

¡Luz mia!

DOÑA SOL.

¡Mi don Juan!

NEBLÍ.

¡Inés!

INÉS.

¡Neblí!

NEBLÍ.

¡Señora!

DOÑA SOL.

Yo estoy turbada
Desta novedad. Decid,
¿Cómo habeis venido?

DON JUAN.

Sol,
Yo vengo á verte y vivir,
Pues me tienes acá el alma.
Tú ¿cómo estabas aquí?

DOÑA SOL.

Esta fuente, estos arroyos
Te darán nuevas de mí,
Pues tienen lengua las aguas.—
Arroyuelos, que reis,
Alegres de mi ventura;
Fuente, que á aquel alhelí
Das aljófar, murmurando
Entre dientes de marfil;
Don Juan, quizá cuidadoso,
Verdades viene á inquirir.
Aguas, pues que sois tan claras,
¿Por qué no se lo decís?

DON JUAN.

Yo en troncos de un bosque escritos
Textos tengo mas de mil,
Verdades dejo que crezcan,
Por eso las escribí
En troncos, cuya alma misma,
Con impulsos de sentir,
Vivientes lágrimas abre
Vegetativo buril.
Escrito está de mi letra
En la corteza infeliz
De un álamo negro: «Yo
Tengo el corazon así;»
Y en la de un olmo, con quien
Está casada una vid:
«Maldiga el cielo la mano
Que os quisiere dividir.»
¿Cómo no me dices nada
De don Jaime?

DOÑA SOL.

Ayer le vi,
Y me miró muy severo.
Debióse de arrepentir
De haber sido tan piadoso;
Mas no me espanto; que, en fin,
Tiene al Príncipe enojado.

DON JUAN.

¿Eso puedes presumir
De don Jaime? Él me dió vida,
Y piensa que se la dí.

DOÑA SOL.

Mejor es que yo me engañe;
Pero lo erraste en venir
Esta noche, que Costanza
Es mi huéspeda; y así,
Te has de volver.

DON JUAN.

No, bien mio;
Que en el celestial zafir
Es ya el alba precursora
Del mas hermoso rubí.

DOÑA SOL.

Mira el riesgo á que te pones.

DON JUAN.

Muy bien me podré encubrir
Por un dia de Costanza,
Oculto en tu camarin,
Por verte á hurto algun rato.

NEBLÍ.

Sol, ya don Juan no se ha de ir;
Que él sabe ser tan secreto,
Que todo cuanto le oí
Suspirar en esta ausencia,
Lo ha suspirado en latin,
Bien que haciendo ambos un duo,
Como el agua en el anís;
Que dejé mi amor en cierne
Tambien yo cuando me fuí.
Yo maestro de un cuquillo,
Y él de un jilguero aprendiz,
Don Juan cantaba por Sol,
Y yo entonaba por Mi.

DOÑA SOL.

Digo, don Juan, que te quedes;
Ya no quiero resistir.
Por si han sentido rumor,
Llegue en público Neblí,
Como que busca á Costanza.
Tú á mí me puedes seguir.

DON JUAN.

(*Ap.* ¡Que esté Sol tan á deshoras,
Con Inés, en el jardin,
Y que resista el quedarme!
¡Oh, cómo suele ser vil
La imaginacion humana.)
Bellísimo serafin,
Un primer ímpetu ha sido;
Perdona, si te ofendí.

(*Vanse doña Sol y don Juan.*)

INÉS.

Neblí, ¿no me dices nada?

NEBLÍ.

Inés, quiero irme á dormir;
Que he andado toda la noche
En un tejado ó rocin,
Consultado en caballero.

INÉS.

Apenas te conocí,
Cuando te fuiste á aventuras,
Escudero de Amadís;
¿A qué ha venido tu amo?

NEBLÍ.

Hace frio, aunque es abril,
Y viene á buscar el sol.
Si hay acaso por ahí
Algun planeta traido,
Que á mí me pueda servir,
Tambien me parió mi madre,
Como la suya al Sofí.

INÉS.

¿Has cenado?

NEBLÍ.

No, por Dios,
Si verdad he de decir.
Yo tengo sed, hambre y frio.
¿Tienes algo de pernil,
Como un trago de lo caro?
Porque esto de san Martin,
Segun lo que abriga, siempre
Tiene capa que partir.

INÉS.

¿Pásaslo muy mal?

NEBLÍ.

Muy mal.

INÉS.

Lástima tengo de tí.
Vamos; que te quiero dar
Los blancos de una perdiz
Y lo tinto de una bota.

NEBLÍ.

¿Quién te regala?

INÉS.

Neblí,
El Príncipe, mi señor.

NEBLÍ.

¡Válgame el señor san Gil!
¡Pésia mi abuela, qué vida
Se rompe en este país!
Sol habrá dado en el chiste,
Su alteza gasta gentil;
Inesilla, como boba,
Querrá comer y vestir,
Y don Juan anda arrastrado,
Como otro fray Juan Guarín,
Marido muy criminal,
Contra el intento civil.
Bien haya cuerdos de ahora;
Que lo que en tiempo del Cid
Se llevaban las terceras,
Toman ellos para sí.

Salen EL REY Y DON JAIME, *en palacio.*

DON JAIME.

Señor, doña Sol se fia
De mí y de vos. Justa ley
Es que la defienda un rey
De un príncipe que porfía;
Y así, á avisaros envia,
Tan honrada como bella,
Que esta noche quiere vella
Su alteza determinado.
(*Ap.* Con este ardid he mirado
Por don Juan, por mí y por ella.)

REY.

Sol tiene gran calidad;
En fin, ¿defiende su honor
Del Príncipe?

DON JAIME.

Sí, Señor.
(*Ap.* ¡Ojalá fuera verdad!)

REY.

¡Qué ciega es la voluntad,
Pues crece en la resistencia!

DON JAIME. (*Ap.*)

Diciendo al Rey que es violencia,
Le obligo á que lo repare,
Y si él no lo remediare,
Yo haré mayor diligencia.

REY.

Don Jaime, el Príncipe viene.
Idos; advertido quedo. (*Vase.*)

Sale EL PRÍNCIPE.

PRÍNCIPE.

Noche, que prestas al miedo
Las sombras que tu horror tiene...
Mi padre está aquí; conviene
Disimular mi esperanza.

REY.

En fin, ¿no hay en vos mudanza?

PRÍNCIPE. (*Ap.*)

Sol, hermosura del dia,
Esta noche serás mia,
Sin que lo impida Costanza.

REY.

Una carta he recibido
De la Infanta, vuestra esposa,
Y está de vos tan quejosa,
Como yo por vos corrido.
Amigo vuestro, os lo pido,
Si, rey y padre, os lo mando;

Que es mandar y estar rogando,
Aunque es accion mal segura
Poner en cerviz tan dura
Yugo de imperio tan blando.
Y si Sol no os da ocasion,
Y llega á tal vuestro exceso,
Que la preferis por eso
A una infanta de Aragon,
Tomaré resolucion
Con vos y con ella.

PRÍNCIPE.

¿Quién
Habla de mi amor tan bien,
Que esto os ha dicho?

REY.

Parece
Que, en vez de acabarse, crece
Vuestro amor con el desden.

PRÍNCIPE.

Pues si crece á mas esfera
Con los desdenes, no useis
De ellos con Sol, si quereis,
Señor, que menos la quiera.
Quien la ofende en vano espera
Que yo me mude jamás;
Mas volverá un rio atrás
De lo que hasta allí ha corrido
Cuando agua le han añadido,
Con que es fuerza correr mas.
Sed pues con Sol mas clemente;
Quizá cesando el rigor,
Quitaréis fuerza al amor
Y raudal á la corriente;
Rio es mi amor, si no es fuente,
Que no puede atrás volver.
Una de dos ha de ser:
Yo dejo á vuestro albedrío
Que quiteis el agua al rio,
O que le dejeis correr.

REY.

Cárlos, las fuentes porfian,
Manando siempre; á la mar
Van los rios sin parar;
No así los gustos se guian.
Muchos que ahora querian,
Sequedad despues mostraron,
Y de amar se retiraron;
Luego, aun amando, no fueron
Rios, pues atrás volvieron,
Ni fuentes, pues se secaron.
Segun esto, ¿qué será
Amor? Un arroyo breve,
Que correrá mientras llueve,
Y luego se acabará.
Tal vez, cristal puro, va
Corriendo del monte al llano,
Y es, aunque presuma ufano
Que su caudal será eterno,
Censo que impuso el invierno
Y lo redimió el verano.
Ahora, que por ventura
No tengo sed, corre aprisa
Amor, y entre falsa risa,
Me va ofreciendo agua pura,
Mientras el invierno dura;
Mas vendrá el estío luego,
Y hallaré, si á beber llego,
Donde agua el invierno vi,
Guijas secas, que de sí
Estén arrojando fuego.
Sol no os quiere, yo lo sé;
No vais esta noche allá;
Que hacerla fuerza será
Infame accion.

PRÍNCIPE.

Bien se ve
Que hay quien avisos os dé;
Mas si ya á saber se pasa
Que el sol de noche me abrasa,
La relacion no fué cierta:
Que primero me dió puerta
En sus ojos que en su casa.

REY.

¿Eso es así?

PRÍNCIPE.

Sí, Señor.
La pasion perdió el respeto
Al decoro y al secreto.

REY.

(*Ap.* Sin duda la tiene amor
Don Jaime, y de ajeno honor
Hace capa á proprios celos.)
Cárlos, escuchad recelos
De quien ser su esposo espera;
Porque un celoso se altera
De ver azules los cielos. (*Vase.*)

Sale NEBLÍ, *con un papel en la mano.*

NEBLÍ.

Dije á Costanza que vine
A saber de ella. Creyólo,
Y me fió este papel;
Pues no es de Sol, yo me arrojo,
Y se le doy á su alteza.—
Señor, si fuere amoroso
El billetillo y de gusto,
Ese es el porte que cobro.
Su dueño dirá la firma.

PRÍNCIPE. (*Ap.*)

La firma es de Sol.

NEBLÍ.

El rostro
Ha demudado. ¿Hay tramoya?

PRÍNCIPE.

Dice el papel de este modo:

(*Lee.*) «Señor: Costanza no ha querido »irse, y yo, por disimular, no he mos»trado gusto de que se vaya; y así, »hasta que yo le avise, no venga al jar»din vuestra alteza, á quien me guarde »Dios, como deseo.-*Doña Sol Abarca.*»

Esta es traicion, vive el cielo;
Sin duda ha vuelto celoso
Don Juan en secreto, y yo
Por él la ocasion no logro.—
¿Quién eres?

NEBLÍ.

Señor, un loco,
Que suele hablar en juicio;
Don Neblí me llamo, y poso
En casa de Sol.

PRÍNCIPE.

Pues habla
En seso conmigo un poco.
¿Has visto toda la casa
De Sol? Que, aunque hoy son escollos
Tanto jaspe y alabastro
Del edificio ya roto,
Hay reliquias de haber sido
Palacio de reyes godos.

NEBLÍ.

Señor, hoy la anduve toda;
Y tanta grandeza, el oro,
No ya enterrado cadáver,
Sino convertido en polvo;
Cuanto pórfido labrado
Y cuanto arteson con oro
Hace en su misma ruina
Derribado mauseolo.
¡Cuántos torreones altos,
Que barrenaban el globo
De las estrellas, ahora
Son nuestro ejemplo y asombro,
Pues con trémula vejez,
En unos puntales toscos,
Como en báculos, se tienen
Tan caducos promontorios!
¡Qué traidores son los años!
¡Con qué silencio engañoso
Hurtan los pasos al miedo
Y las crueldades al robo!
Clama quien fué á la memoria,
Y en vez de oir los sollozos
Del lamento, en huellas mudas
Dejan monumentos sordos.
Ya pues el mayor concepto
De la arquitectura, el mónstruo
Que de la ciencia fué parto,
De la fortuna es aborto;
Quizá porque á tanto olimpo
Como era pasto glorioso,
La tierra fué poco Atlante
Para sostenerle en hombros;
Siendo propriedad del cielo
Tan miserable destrozo,
Desengaño al presumido
Y escarmiento al ambicioso.

PRÍNCIPE.

Bien sabes hablar de veras.

NEBLÍ.

Soy poeta y hombre docto.
Voy al caso: vi su estrado,
Su retrete, su oratorio,
Su camarin y aun su cama;
Que cuando yo me abochorno
De curiosidad, no suelo
Dejar roso ni belloso.

PRÍNCIPE.

Y ¿en qué cuarto está don Juan
De Zúñiga?

NEBLÍ.

No conozco
Ningun Juan yo. (*Ap.* ¿Si Costanza
Le dió en el papel el soplo?)

PRÍNCIPE.

En este papel me avisan
Que Sol le esconde, y que todo
Me lo dirá el portador.

NEBLÍ.

Señor (gran peligro corro),
Puede ser que este don Juan
Esté allí; mas yo soy corto
De vista, y no le vería.

PRÍNCIPE.

Si tuviste buenos ojos
Para ver toda la casa,
¿Cómo te faltaron solo
Para no ver á don Juan?

NEBLÍ.

Oyeme un cuento famoso;
—Era un cura gran tahur,
Pero tan poco devoto,
Que por jugar no rezaba.
El Obispo, escrupuloso,
Supo el caso, llamó al cura,
Y díjole con enojo:
«¿Qué es esto? ¿Cómo no reza?»
Y el cura, sin alboroto,
Respondió: «Señor ilustre,
Ya he probado con anteojos,
Y no veo.» Aquí el Obispo
Replicó luego: «Pues ¿cómo
Ve á jugar, y no á rezar?»
Y él respondió presuroso:
«Hágame á mí cada letra,
Usía, como el as de oros,
Y leeré el libro del rezo
Como el de cuarenta y ocho.»—
El cuento se está aplicado,
Sin andar por circunloquios.
Vi la casa, y no á don Juan;
Pues lo que el cura respondo:
Haga á don Juan vuestra alteza,
Aunque no tiene mal tono,

Tan grande como una casa,
Y veréle, aunque veo poco.

PRÍNCIPE.

Di que me diste el papel,
Y vete.

NEBLÍ.

Yo me recojo
Con sol, como las gallinas,
Porque ellas y yo lo somos. (*Vase.*)

PRÍNCIPE.

¿Qué haré para averiguar
Si Sol me engaña? Ya tomo
Resolucion: esta noche
He de buscar cauteloso
A don Juan dentro en su casa,
Diciendo que un amor loco
El sello rompió al secreto,
Sacrílego á tantos votos.
Perdone la cortesía;
Mi padre está rigoroso,
Sol me entretiene ó me burla,
Costanza me pone estorbos,
Don Juan me ofende, don Jaime
Es confidente alevoso.
Amor, piedad; que, aunque debo
Resistir con pecho heróico,
Há tanto que estoy sitiado
De enemigos poderosos,
Que es fuerza entregar la plaza,
Si no me entrare el socorro.

Salen DOÑA SOL Y NEBLÍ.

DOÑA SOL.

¿Qué le dijiste á Costanza,
Que se entró tan de repente?

NEBLÍ.

Tú has estado hoy impaciente,
Ella notó la mudanza
De tu rostro, y fuése en fin;
¡Qué hiciera á haber sospechado
Que está todo hoy encerrado
Don Juan en tu camarin!

DOÑA SOL.

A mi inquietud lo atribuyo;
Lo mismo que tú colijo.

NEBLÍ.

Por Dios, que al irse me dijo
Que aquel papel no era suyo.
(*Ap.* Si don Juan sabe el aprieto
En que me vi con su alteza,
Me ha de romper la cabeza;
No hay cosa como el secreto.)

DOÑA SOL.

Ya puedo á don Juan llamar.—
Mi bien, bien puedes salir.

Abre la puerta, y sale DON JUAN.

DON JUAN.

¡Qué malos son de sufrir
Los plazos del esperar!
Como pajarillo amante
En la prision todo el dia,
Sentí tus pasos, Sol mia,
Y canté alegre al instante
Que te anunció un arrebol
Que por la puerta vi ahora;
Y así, saludé al aurora
Por mensajera del sol;
Pero cuando vi que estaba
Costanza contigo hablando,
Tambien lloré, imaginando
Que mi sol se me nublaba.

DOÑA SOL.

Pues no llores, dueño mio;
Que este sol, querido esposo,
Sale á beber caloroso
En tus ojos el rocío,
Con que se ha refrigerado.
Ya vuelvo á decir que llores;
Que á estos líquidos amores
En el pecho enamorado
Aposento les he hecho;
Porque lágrimas que son
Pedazos del corazon,
Bien estarán en el pecho.

Sale INÉS.

INÉS.

Sol, escóndase don Juan.
Yo iba ahora á abrir la puerta,
Y viendo que estaba abierta,
Menos cortés que galan,
El Príncipe se entró en casa.

DOÑA SOL.

Luego sabrémos qué es esto.—
Mi bien, escóndete presto.

DON JUAN.

Ya de los límites pasa
La violencia; cerca estoy
Para acudir, si importare.

NEBLÍ.

Rogando á Dios que en bien pare,
Mientras no pára, me voy.
(*Vanse Neblí é Inés.*)

Sale EL PRÍNCIPE.

PRÍNCIPE.

Sol, sin tu licencia vengo;
Mas si tú al amor la niegas,
¿Cuándo esperaron los celos
A que les diesen licencia?
En un papel me avisaste
Que esta noche no viniera,
Porque Costanza era estorbo
Para cumplir tu promesa.
Rompí el secreto jurado.
No te pongas tan suspensa,
Que parece que me escuchas
Como quien se hace de nuevas.

DOÑA SOL.

Yo advertí á Inés que cerrase,
Y mandé que á nadie abriera.

PRÍNCIPE.

Celoso estoy, no te admires
Que contra tu gusto venga;
Porque dicen unos celos
Lo que callan mil finezas.

DON JUAN. (*Ap.*)

No tengo honor, pues no muero.
¿Esperaré la respuesta,
O tomaré, antes de darla,
Satisfaccion de mi ofensa?

DOÑA SOL.

Si á algun villano de Astúrias,
A quien jamás la tijera
Llegó á emendar con el arte
La desmelenada greña,
Hubiera, Señor, oido
Una injuria tan violenta,
Un desafuero tan torpe,
Una atrocidad tan nueva,
Pensara que no era en ambos
Comun la naturaleza;
Porque hay hombres de quien dudo
Si son hombres ó son fieras.
Mas en un príncipe, en vos,
En cuyas heróicas venas
Tantos diferentes reyes
Tan convenidos se mezclan,
Es miedo, es error, es pasmo,
Es asombro, es inclemencia,
Es injusticia, es infamia,
Es tiranía, es afrenta,
Es temeridad, es ira,
Es impiedad, es violencia,
Es alevosía, es furia,
Es escándalo, es vileza,
Es rabia, es furor; mas ¿cómo
Podré reducir á cuenta
Todo lo que es, pues no hay
Indignidad que no sea?
¿Yo promesa? Yo papel?
¿Quién tan loco á la alta esfera
Del sol levantara el vuelo,
U osara á tanto planeta
Ver en su eclíptica errante,
Que abrasado no cayera,
Icaro altivo ó Faeton
Despeñado de sus ruedas?
Yo soy doña Sol Abarca.
El príncipe es vuestra alteza;
Confesad que es ficcion todo
Cuanto habeis dicho en mi ofensa;
Que, con ser la traicion tal,
Y yo ser yo, que en materia
De honor no es posible que haya
Mas que ser que ser yo mesma,
Por ser vos el que lo dice,
Yo misma no sé si crea
Mas haberla dicho vos
Que ser yo incapaz de hacerla.

DON JUAN. (*Ap.*)

Confiada ha respondido;
O es conocida inocencia,
O es que me parece que es
Lo que me holgara que fuera.

PRÍNCIPE.

De oirte estoy tan confuso,
Que sé responderte apenas;
Tú misma ¿no me dijiste
En el jardin que te viera
Esta noche? Y esta tarde
¿No me escribiste tú mesma
Que no viniera hasta tanto
Que tú otro aviso me dieras?
Pues ¿cómo así me respondes?

DON JUAN. (*Ap.*)

Ea, mi desdicha es cierta.
Yo ¿no la hallé en el jardin?
¿No me persuadió la vuelta?
No me resistió el quedarme?
No me habló mal de la ausencia
De don Jaime? Pues ¿qué aguardo?

DOÑA SOL.

La admiracion no la deja
Articular á la voz
Ni el uso libre á la lengua.
¿Yo os he hablado en el jardin?
Yo os he escrito?

PRÍNCIPE.

Espera, espera,
No prosigas. Vive Dios,
Que son ciertas las sospechas
De mis celos, y que tengo
De averiguarlos; que es fuerza
Que te esté escuchando alguno,
Pues hablas de esa manera.

DON JUAN. (*Ap.*)

Por eso lo está negando;
Vive Dios, que es evidencia,
Pues sabe que yo la escucho.
Vil mujer, ¿á qué me fuerzas
A que te mate y me maten?
¡Oh, lo que siento que mueras!
Su alteza, que no se ha ido,
Cuando mi honor me da priesa,
Te da esto poco de vida;
No sé si se lo agradezca.

PRÍNCIPE.

Entremos á ver tu casa;
Ven conmigo.

DOÑA SOL.

(*Ap.* ¡Ay, Dios, que si entra,

Y ve á Juan, ha de matarle!)
¿Dónde vais?

PRÍNCIPE.

Toda he de verla,
Vive Dios.

DON JUAN. (*Ap.*)

Necio respeto
Me detiene.

DON JAIME. (*Da golpes dentro.*)

Abran las puertas,
O las echaré en el suelo.

DON JUAN. (*Ap.*)

Voz de don Jaime es aquella.

DON JAIME.

¡Abran aquí!

PRÍNCIPE.

¿Quién dá voces?

Sale DON JAIME.

DON JAIME.

¡Qué graciosa resistencia!
Yo puedo allanar la casa;
Que traigo órden de su alteza.—
Señor, ¿vos estáis aquí?

DON JUAN.

¡Oh amigo, á qué tiempo llegas!

PRÍNCIPE.

¿Qué es esto? ¿A qué habeis venido?

DON JAIME.

(*Ap.* Aquí ha de entrar la cautela.)
Señor, como soy tan vuestro,
Y dicen que teneis queja
Porque no maté á don Juan,
Vengo á hacer la diligencia
Con diez valientes soldados,
Porque una espía secreta
Me dijo que estaba aquí.
(*Ap.* Buen amigo soy; que mientras
Don Juan está allá seguro,
Yo le excuso acá su afrenta.)

DON JUAN. (*Ap.*)

Luego ¿Sol no le engañaba?
¡Hay tal traicion!

DOÑA SOL. (*Ap.*)

Luego ¿eran
Verdad mis miedos?

PRÍNCIPE.

Don Jaime,
Allanad la casa y vedla;
Entremos juntos.

DOÑA SOL.

¿Qué es esto?
¿Así en Navarra respetan
La casa de doña Sol?
Yo iré, y cerraré la puerta
Por de dentro.

Hace que cierra la puerta, y ábrela con ímpetu, y sale DON JUAN.

DON JUAN.

Aparta, enemiga;
Yo la abriré y saldré fuera,
Si con todos los candados
Del mismo infierno las cierras.
Don Juan de Zúñiga soy.

PRÍNCIPE.

¡Hay semejante insolencia!

DON JUAN.

¡Vive Dios, que estaba aquí!

DON JAIME.

¡Notable desdicha es esta!

DON JUAN.

Verdad os dijo la espía,
Don Jaime, aquí estoy.

DON JAIME. (*Ap.*)

Él piensa
Que soy desleal amigo;
Mas, como yo no lo sea,
Piénselo ahora, no importa.

PRÍNCIPE.

Tanto el enojo me ciega,
Que he enmudecido.—Matadle.

DON JUAN.

Mataráme vuestra alteza
Despues que yo mate á Sol.

DOÑA SOL.

Mi bien, esposo (¡estoy muerta!),
No me espanto, si has oido
Al Príncipe, que te tengan
Temeroso sus palabras,
Por no decir sus quimeras;
Pero mátame, bien haces,
O me mataré yo mesma,
No porque yo te he ofendido,
Sino porque tú lo piensas.—
Señor, don Juan es mi esposo;
Ya lo digo, que ya es fuerza.

DON JUAN.

¡Oh cruel! Antes ahora
Callarlo era mas prudencia,
Por no revelar la infamia
Cuando el secreto revelas.
Mas ya, en efecto, lo has dicho;
Y así, mi venganza vea
Quien ha sabido mi agravio.

DON JAIME.

Tenéos, don Juan.

DON JUAN.

Solo resta
Que un falso amigo me estorbe.

PRÍNCIPE.

Mucho debo á mi paciencia
O á mi admiracion.—Don Jaime,
Haced que al punto le prendan.—
Don Juan, yo os dije una noche,
Testigos son sus estrellas,
Que no hablásedes á Sol;
Pues ¿cómo, sin mi licencia,
Os casasteis en secreto?
No quiero esperar respuesta.—
¿Qué gente teneis, don Jaime?

DON JAIME.

Diez de la guarda.

PRÍNCIPE.

Pues ea,
Vayan con don Juan los ocho;
Que los otros dos se quedan
Con doña Sol, porque quiero
Que en su casa quede presa.

DOÑA SOL.

¿Por qué me prendes á mí?

PRÍNCIPE.

¿Por qué? Porque, siendo deuda
De mi casa, te casaste
Antes que yo lo supiera.

DON JUAN.

Aquí me han de hacer pedazos
Primero que lo consienta.
Sol ha de venir conmigo.

PRÍNCIPE.

A no estar en su presencia,
Yo mismo os diera la muerte.

DOÑA SOL.

Déjate prender, no temas;
Que tiempo habrá que te vengues,
Cuando mi verdad no creas;
Y rey hay, aunque le llaman,
Por la omision con que reina,
El Encerrado don Sancho.
A pesar pues de apariencias,
Vé seguro de mi honor;
Que, si ofendido te hubiera,
Supuesto que me importaba,
La culpa ya descubierta,
Tener quien me defendiese,
Claro está que no quisiera,
Por satisfacerte á tí,
Desobligar á su alteza.

DON JAIME.

Don Juan, ved que esto es forzoso.

DON JUAN.

Apelo á Dios de la fuerza.
Rey tenemos en Navarra.

DOÑA SOL.

Yo daré de esto al Rey cuenta.
Tú da treguas á la duda;
Que, no dando mas que treguas,
Si no te están bien las paces,
Volverás luego á la guerra.

PRÍNCIPE.

Prevenir quiero el peligro.—
¡Don Jaime!

DON JAIME.

¡Señor!

PRÍNCIPE.

No sepa
Mi padre que están casados,
Si es que el vivir no os da pena.
Quédense con Sol dos guardas,
Que salir no la consientan,
Porque no avise á mi padre.

DON JAIME.

Vamos, don Juan. (*Ap.* No es prudencia
Decirle culpas de Sol
Hasta ver si se remedian.)

DOÑA SOL.

¡Ay, qué amor tan desdichado!

PRÍNCIPE.

¡Ay, qué ingratitud tan bella!

DON JAIME.

¡Ay, quién os mostrara el alma!

DON JUAN.

¡Ay, que á un tiempo me hacen guerra
Un rey que de nada cuida,
Un príncipe que gobierna,
Una mujer que me agravia
Y un amigo que me niega!

JORNADA TERCERA.

Salen DON JUAN Y NEBLÍ.

NEBLÍ.

Don Juan, quéjate de quedo;
Preso desde anoche estás,
Y tales suspiros das,
Que á las guardas pones miedo;
Y dicen, muy vigilantes,
Que sus pesadumbres son,
A fuer de descomunion,
Que son de participantes.
Jaime habló al Rey, y quizá
Por órden suya, en un coche
Llevó á doña Sol anoche
A su quinta, adonde está;
Que dió al Rey tanto cuidado
El caso de mi señora,
Que le han de llamar ahora
Don Sancho el Desencerrado.

DON JUAN.

Déjame, por Dios, Neblí.

NEBLÍ.

Calla; que quizá no es cierto.
Hoy vi las flores del huerto,

Y dije, cuando las vi,
Que respecto de tu esposa,
Que está de virtudes llena,
No hay pureza en la azucena
Ni honestidad en la rosa.
Hoy vi al sol entre nublados,
Que en mi presencia llovieron
Unos cristales, que fueron,
Del corazon desatados,
Aljófares derretidos,
O por lo menos serian
Lágrimas las que corrian,
Y perlas los detenidos.

DON JUAN.

¿No es aquel don Jaime?

NEBLÍ.

Él es.

DON JUAN.

Pues véte.

NEBLÍ.

Voyme á la quinta,
A ver la presa y la pinta;
Que allá está tambien Inés. (*Vase.*)

Sale DON JAIME.

DON JAIME.

Don Juan, el Rey os espera,
Que os quiere hablar muy espacio;
Libre estáis, id á palacio.

DON JUAN.

¿El Rey á mí?

DON JAIME.

¿Qué os altera?
Cuanto desde anoche pasa
He dicho al Rey; y así, vengo
Con órden suya, y la tengo,
De que os vais á vuestra casa;
Bien que, aunque hubiera importado
Decir toda la verdad,
No he dicho á su majestad
Que con Sol estáis casado,
Porque así me lo previno
El Príncipe, y no conviene
Irritar tanto á quien tiene
Por ley su proprio destino.
Ya, en fin, sin dificultades
Estáis vos libre, y yo quiero
Hablaros de mí primero
Que os diga otras novedades.
Pensaréis que, arrepentido
De daros vida, os busqué
En vuestra casa, y no fué,
Don Juan, todo aquel ruido
Lo que pensais, vive Dios;
Diligencia fué forzosa,
Por guardar á vuestra esposa,
No por mataros á vos;
Yo os hallé para prenderos,
Mas ni hubo secreta espía,
Ni yo presumir podia
Que entonces pudiera veros;
Que si venistes, y á mí
No me enviastes á avisar,
¿Cómo pude yo pensar
Que estábades vos allí?
Vos sí en esto me agraviasteis,
Yo en ir á buscaros no,
Porque á vos os hallé yo
Porque vos sin mí os hallasteis;
Supuesto pues que no fuera
Buen discurso haber creido
Que hubiérades vos venido
Y que yo no lo supiera,
Claro está que no mataros
Ni prenderos intentaba,
Pues es cierto que os buscaba
Cuando no pensaba hallaros.

DON JUAN.

Don Jaime, si os debo mucho,
Todo pienso que os lo pago,
Pues de vos me satisfago
Con solo lo que os escucho;
Supuesto pues, ya lo advierto,
Que por matarme no fuistes,
Algo sin duda supistes
De mí y de Sol, y si es cierto,
Y sois verdadero amigo,
¿Cómo me callais mi afrenta?
Cómo lo mismo no intenta
Mi honor con vos que conmigo?
Si fuimos uno hasta aquí,
Y un amigo en otro está,
¿Cómo otro yo no sois ya,
Y no obró en vos como en mí?
Don Jaime, en vos hay mudanza;
No estoy ya en vos, vive Dios,
Pues estoy en mí, y no en vos,
Tratando de mi venganza.

DON JAIME.

(*Ap.* ¿Qué haré, que hasta ahora en fin
Su agravio efeto no tiene?
Sin novedad, no conviene
Decirle lo del jardin.)
Por Dios, don Juan, que me espanto
En que discurrais tan poco;
El Príncipe, de amor loco,
Anoche lo estuvo tanto,
Que entró en vuestra casa, y yo,
Que guardarla prometí,
Con aquella industria fuí
Solo por saber que entró;
Vos sois muy gran caballero,
No puede en accion ninguna
Correr vuestro honor fortuna.

DON JUAN.

Jaime, el honor verdadero,
Sé, en buena filosofía,
Que de la virtud procede,
Y que la virtud no puede
Ser en mí sin accion mia;
Mas el mundo desordena
Tan ciego esta rectitud,
Que hay honor que no es virtud,
Pues pende de accion ajena;
Y siendo dicha en rigor,
Y no honor, lo que no adquiere
Por sí mismo el que lo quiere,
Dice el mundo que es honor;
Y llega algun virtuoso
A tan infeliz estado,
Que es virtuoso, y no honrado,
Solo porque no es dichoso.

DON JAIME.

Pues eso no os toca á vos.
Vamos á lo que hay de nuevo;
Que no sé cómo me atrevo
A decíroslo, por Dios.
El Rey habló en mi presencia
Al Príncipe, y él le dijo:
«Señor, yo soy vuestro hijo,
Y sé que os debo obediencia;
Mas ya con resolucion
Os quiero desengañar:
No, no me pienso casar
Con la infanta de Aragon,
Antes lo he de hacer de suerte,
Que á Sol pueda dar la mano.»
Conforme á lo cual, es llano
Que piensa daros la muerte
Para casarse con ella.

DON JUAN.

¿Qué decis?

DON JAIME.

Que á él le está bien
Ser dueño de un sol con quien
El del cielo aun no es estrella;
El Rey pues, muy ofendido
De que por Sol no se case,
Me mandó que la llevase
A mi quinta sin ruido,
Donde ella está cuidadosa,
Porque desde anoche intenta
Dar al Rey de todo cuenta,
Y decir que es vuestra esposa;
Mas no la han dado lugar,
Y como he dicho, tambien
Callé yo, porque no es bien
Dar á su alteza pesar.
Vos veréis al Rey ahora;
Habladle claro, no sea
Que algun grave mal se vea,
Porque el casamiento ignora.

DON JUAN.

Fuerza es ir do el Rey me llama,
Pero conviene al suceso
Verme con Sol antes de eso.

DON JAIME.

¿Qué pretendeis?

DON JUAN.

Ya la fama
Habrá dicho su prision;
No sepa que soy casado
El Rey, que no es acertado,
Don Jaime, en esta ocasion;
Antes veré á Sol, y de ella
Sabré por qué el Rey la prende.

DON JAIME.

Si ya el Príncipe pretende,
Don Juan, casarse con ella,
Muy fácil es de saber.

DON JUAN. (*Ap.*)

Puede ser que el Rey me impida
Que yo quite á Sol la vida,
Si la ve que es mi mujer;
Despues de muerta, sabrá
Mi justicia y mi venganza
A un mismo tiempo.

DON JAIME.

Costanza
Pienso que á la quinta va
A ver á Sol, como amiga,
Bien que tampoco ha sabido
Que ya sois de Sol marido,
Ni es bien que yo se lo diga,
Por no ver su sentimiento;
Vos, por mi voto, al instante
Ved al Rey; yo voy delante
Por saber bien el intento
Del Príncipe; que ya es tarde,
Y temo algun accidente.

DON JUAN.

Yo veré muy brevemente
Al Rey y á Sol; Dios os guarde.

(*Vase don Jaime.*)

Antes que á Sol llegue á ver,
Consultad, honor, conmigo
A qué voy y á qué me obligo,
Qué debo decir y hacer;
Que, ó Sol lo dejó de ser,
O en nube densa, luz rara
De virtud no se declara;
Que tal vez la verdad pura,
Para el que la ve está oscura,
Pero en sí siempre está clara.
Dice Jaime que su alteza
Pretende, quizá no en vano,
Matarme, y darle la mano;
¿Qué diré de esta fineza?
Diré, ojalá con certeza,
Que es consecuencia forzosa,
Pues tan ciega mariposa
Arde el Príncipe en su llama,
Que ella no quiere ser dama,
Pues él la pretende esposa.
Él dos veces afirmó
Lo del jardin y el papel,
Y ella, confiada, á él
Otras dos se lo negó.

Sí, pero oyéndolo yo,
Negar, fué miedo al castigo;
Si, pero como ella, digo,
Si asegurarse quisiera,
Que mas segura estuviera
Con su alteza que conmigo;
Pues ¿cómo á mí me obligaba,
Y no al Príncipe, con quien,
Si ambos se querian bien,
Libre á mi pesar quedaba?
Mas la culpa, que es esclava,
Tiene esa vil sujecion,
Porque, de su propria accion
Naturalmente forzado,
Está cobarde el pecado
Delante de la razon.
Yo vi á Sol en el jardin,
Y si estuvo en él su alteza,
La ocasion... Mas no hay flaqueza
Humana en un serafin.
¡Ay, que la ocasion, en fin,
Rinde la virtud mayor,
Y de su mismo valor
Es escrúpulo forzoso
Que aun antes de ser su esposo,
La debí imperios de honor!
Grosero argumento ha sido;
Mas ninguna mujer cuerda
A sí el respeto se pierda
Con quien no es ya su marido;
Que al que serlo ha prometido,
No es obligarle, antes es
Desde allí para despues
Dejarle desobligado,
De proceder confiado,
Y de presumir cortés.
Yo voy, haya ó no evidencia,
Que aquí el rigor no es exceso,
A fulminar el proceso
Y á ejecutar la sentencia;
Venga Sol á la presencia
Del juez, como delincuente,
Y sea eterno su occidente,
Si han sido ciertos mis celos;
Pero ¡defendedla, cielos,
Si es verdad que está inocente!

Salen DOÑA SOL, DOÑA COSTANZA É INÉS.

DOÑA SOL.
Seas, Costanza, bien venida.

DOÑA COSTANZA.
Sol, aunque anoche me fuí,
Porque todo ayer te vi
U cansada ú desabrida,
Hoy supe que hubo en tu casa
Anoche un grande ruido,
Pero no lo que habia sido,
Y vengo á ver lo que pasa,
Y por qué causa estás presa
En esta quinta.

DOÑA SOL.
Costanza,
Ya haré de tí confianza,
Si es que de mi mal te pesa;
El Príncipe...

DOÑA COSTANZA. (*Ap.*)
Mi papel
Entra aquí.

DOÑA SOL.
A don Juan halló
Anoche en mi casa. (*Ap.* Y yo,
Que estoy casada con él,
Quiero decirlo.) Halló, digo,
A don Juan, que muy secreto
Vino á mi casa.

DOÑA COSTANZA.
¿En efeto
Don Juan estaba contigo?
(*Ap.* ¡Ah falsa amiga! Cierta es
Mi sospecha, en fin.

DOÑA SOL. (*Ap.*)
Adora
Más ciega á don Juan ahora;
Callar quiero hasta despues.

DOÑA COSTANZA.
Pues Sol, yo adoro á don Juan,
Y si me agraviais los dos,
Le he de decir, vive Dios,
Que el Príncipe es tu galan,
Y quien no falta quien diga
Que le hablaste en el jardin
Estas noches; que si, en fin,
Eres tú traidora amiga,
Yo lo dispondré de modo,
Que tu marido no sea,
Si él ingrato lo desea.

DOÑA SOL.
(*Ap.* Fuerza es remediarlo todo;
Que confirmará el engaño
Don Juan si tal le dijere;
Yo finjo pues que él la quiere.)
Costanza, no es ese daño
Que temo yo; él supo que eras
Huéspeda mia; y así,
Te buscó en mi casa á tí.

DOÑA COSTANZA.
¿Qué dices? ¿Hablas de veras?
¿A mí me buscaba?

DOÑA SOL. (*Ap.*)
¡Ay cielos!
No me dés mas ocasion.

DOÑA COSTANZA.
Perdóname, Sol; que son
Muy vengativos los celos,
Y no saben tener ley.
Contigo pienso quedarme
Esta noche, hasta enterarme
Por qué te tiene aquí el Rey.

Sale NEBLÍ.

NEBLÍ. (*Ap.*)
Costanza está aquí; yo callo,
Y disimulo.

DOÑA COSTANZA.
Neblí,
¿Qué buscas? ¿A Sol?

NEBLÍ.
A tí
Te busco, donde te hallo;
A verte, desde la torre
Don Juan me envia, aunque preso.

DOÑA COSTANZA.
¿Cómo está?

NEBLÍ.
Perdiendo el seso;
Muy mal viento es el que corre.
Figura un bruto en la plaza,
Cuando, irritado una tarde,
De tanto vulgo cobarde,
Feroz se desembaraza,
Y súbitamente asido
Un alano de la oreja,
En la repetida queja
Del impaciente bramido,
Siente con ansia mayor
Hallarse entre su pujanza,
Presto para la venganza,
Que herido para el dolor;
Así con igual afan...

DOÑA SOL.
Necio, excusa el proseguir;
Porque no te he de sufrir
Que lo apliques á don Juan.

NEBLÍ. (*Ap.*)
Inés, ¿no es don Juan su esposo?
Pues á tiempo me ha dejado,
Que, al animal comparado,
Era aquí muy peligroso.

DOÑA COSTANZA.
¡Qué largo es este jardin!
Forman una selva oscura
Las plantas, cuya espesura,
Que se dilata hasta el fin,
Quizá con mas sombras hoy,
Retrato el miedo dispone.

DOÑA SOL.
¡Ay Costanza! el sol se pone,
Temiendo la noche estoy.

DOÑA COSTANZA.
Sol, con Jaime viene allí
Su alteza; yo me retiro. (*Vase.*)

Salen EL PRÍNCIPE Y DON JAIME.

PRÍNCIPE.
Don Jaime, con esto miro
Por doña Sol y por mí.

DON JAIME.
Pienso que su majestad
A don Juan llamó, y entiendo
Que ambos os vienen siguiendo.

DOÑA SOL.
¡Oh, cómo es falsa amistad
La de don Jaime! ¿Qué harémos?

PRÍNCIPE.
Sol, no te vayas, espera.—
Salíos los dos allá fuera.

INÉS.
Vamos, Neblí, y escuchemos.
(*Escóndense.*)

PRÍNCIPE.
Yo vengo aquí (no te alteres)
A ofrecerte en mi persona
Derecho á la real corona,
El modo ya tú lo infieres;
Que dar la muerte á don Juan
No es rigor, sino justicia,
Pues le avisé, y con malicia
Pasó á esposo, de galan.
Muera pues don Juan, y luego
Serás mi esposa.

DOÑA SOL.
Señor,
¿Cómo es ciego vuestro amor,
Pues en mí es lince, no ciego?
Imaginad, si no pierde
Quizá por muy repetida
La comparacion, asida
A un olmo una hiedra verde,
Que en recíproca amistad
Se unen los dos de tal modo,
Que en las partes de este todo
No hay union, sino unidad;
Pues cuando á entrambos los liga
Tan estrecho abrazo, adonde
Ella se tiene, él se esconde,
Ella le guarda, él se abriga;
Demos que un ingenio duro
El olmo cortar espera,
Y llevar la hiedra entera
Para que sirva en un muro;
Entera, inténtalo en vano;
No, Señor, no puede ser,
Limitóse aquí el poder;
Porque esa robusta mano
Puede en la union que deshace,
Cortar el olmo, y no puede
Hacer que la hiedra quede
Para que al muro se enlace,
Porque ella entre el rigor fiero
Se ciñe al olmo tan fiel,
Que ningun golpe da en él,
Sin que dé en ella primero.

PRÍNCIPE.
No sé á cuál de mis agravios
Te responda; ¿qué rigor
De hechizo oculto ha añadido
Mudanza á tu condicion?
Mirar quiero por tu vida;
El Rey, mi padre, mandó
A don Jaime que sacase
A don Juan de la prision;
Él vendrá á la quinta, y temo,
Por lo que anoche pasó,
Que muy honrado te mate.
Deudos de satisfaccion
Tienes en Castilla y ricos;
Véte con Jaime, que yo
Os seguiré cuando importe;
Que ahora tambien no voy,
Porque pago á mi fineza
Lo que debo á mi opinion.

DOÑA SOL.
Bueno es, Señor, que en presencia
De mi esposo digais vos
Culpas, de que en mí no ha habido
Primera imaginacion,
Y que me obligueis ahora,
Defendiéndome; yo os doy
Todas las gracias que os debo;
M s, supuesto que nació
La obligacion de la culpa,
Claro está que era mayor
Obligacion excusarme,
Que os tuviera obligacion.
Yo he de esperar á mi esposo;
Que en mi inocencia hay valor
Para mas riesgo.

PRÍNCIPE.
¡A mí mismo
Me negará que me habló
En el jardin!

DON JAIME.
Yo confieso
Que no sin admiracion
Lo estoy viendo y escuchando.

PRÍNCIPE.
Por convencerla mejor,
Tengo guardado un papel
De su letra.

INÉS. (*Ap.*)
Aquí entro yo,
Por lo que ayudé al enredo.

DOÑA SOL.
¿Papel de mi letra vos?
Ved que os escucha don Jaime,
Tened lástima á mi honor.

NEBLÍ. (*Ap.*)
¿Si era de Sol el billete?
Pues si era suyo, por Dios,
Que he de aplicar á mi amo
Toda la comparacion.

PRÍNCIPE.
Sol, yo vine aquí resuelto;
O lo consientas ó no,
Yo he de matar á don Juan.

INÉS.
A hablar á Costanza voy,
Y á decirle el gran peligro
Que don Juan tiene; mas no,
Que con Sol está casado. (*Vase.*)

DOÑA SOL.
Vos haréis como quien sois;
Dadme licencia.

PRÍNCIPE.
No has de irte...
Mas véte, yo te la doy;
Que debo mucho al decoro,
Y tu desden da ocasion
A mi paciencia y tu agravio.

DOÑA SOL.
Vos de vos sois vencedor;
Pero para entreteneros
Sabrá Costanza mejor;
Yo la enviaré á que os asista. (*Vase.*)

Sale NEBLÍ.

NEBLÍ.
No es mal entretenedor
Para un príncipe un Neblí.

PRÍNCIPE.
¿No eres tú quien me llevó
Un papel?

NEBLÍ.
(*Ap.* Esto es muy malo.)
Éralo, mas no lo soy.

PRÍNCIPE.
Pues ¿por qué no lo eres ya?

NEBLÍ.
Porque el tiempo es muy veloz,
Y cuantas cosas han sido,
O son otras ó no son.

PRÍNCIPE.
¿Sirves á Sol?

NEBLÍ.
Soy sirviente
De don Juan y servidor
De vuestra alteza; ya sé
Que es muy gran regalador,
Y que Inés come perdices.

PRÍNCIPE.
Luego ¿Inés te reveló
El secreto, y tú á don Juan?

NEBLÍ.
Yo soy un gran hablador;
Nada he dicho.

PRÍNCIPE.
Si hablas tanto,
En tu misma confesion
Dices que lo has dicho todo.

NEBLÍ.
¡Hay tal argumentador!
¿Es esto lo de haber visto
La casa, y á don Juan no?
Pues juro á Dios, que en mi vida
He sido saludador,
Ni fuelle ni sacabuche,
Ni Júdas ni Galalon;
Desde que os di el billetillo,
Que á mi Costanza me dió,
No he respirado.

PRÍNCIPE.
¿Costanza
Te dió el papel?

NEBLÍ.
Sí, Señor;
Bien que me dijo despues
Que era ajeno.

DON JAIME.
¿Si es traicion
De Costanza? Ella sin duda
El papel os escribió.

PRÍNCIPE.
Don Jaime, la que me hablaba
En el jardin ¿no era Sol?
Pues tambien me escribió ella.

DON JAIME.
Decis bien.

PRÍNCIPE.
Ella temió
Sin duda á don Juan, su esposo,
Y con tan justo temor,
Fió á Costanza el secreto.

DON JAIME.
Costanza viene.

NEBLÍ.
Chiton,
Señor Neblí; que esto creo
Que va de mal en peor. (*Vase.*)

Sale DOÑA COSTANZA.

DOÑA COSTANZA. (*Ap.*)
Díjome Inés que su alteza
Quiere matar con rigor
A don Juan, y si él me quiere,
Resuelta otra vez estoy,
Que el Príncipe es muy cortés;
Y pues no es casada Sol,
Y así en hablarle ella misma
No perdiera mucho honor,
Y hablarle yo en nombre de ella
Es fineza, y no traicion,
Pues doy la vida á don Juan,
Mi intento ayude el amor;
Que tengo de hacer que viva,
O tengo de morir yo.

PRÍNCIPE.
Costanza, á buen tiempo llegas.

DOÑA COSTANZA.
Sí, porque Sol me envió
Para que yo en nombre suyo
Os dé una satisfaccion.
Dice que anoche la hablastes
Donde don Juan os oyó,
Y aquí, oyéndolo don Jaime;
Y así, con afectacion
Lo negó todo ambas veces;
Mas yo, como sé que vos
De Jaime os fiais, os hablo
Delante de él sin temor.
Es Sol el recato mismo;
Y así, el papel que os llevó
Neblí pasó por mi mano,
Y como somos las dos
Desde entonces muy amigas,
Pide que os esconda yo
En el jardin; que esta noche
Os quiere hablar en su amor.

PRÍNCIPE.
¿Qué dices, Costanza?

DOÑA COSTANZA.
Digo
Que vengais sin dilacion
Adonde espereis oculto.

PRÍNCIPE.
Vamos; que con tu favor
Quiero, aunque muera abrasado,
Ser mariposa del Sol.
(*Vanse.*)

DON JAIME.
¡Vióse maldad semejante?
Vive Dios, que es ya forzoso
Dar cuenta de esto á su esposo;
Que ya no hay ardid bastante
Para preservar su honor,
Y mostrar mi buena ley;
Mas él viene con el Rey.

Salen EL REY *y* DON JUAN.

REY.
Don Jaime está aquí.

DON JAIME.
Señor,
¿Vos en mi quinta?

REY.
¿Está en ella
El Príncipe?

DON JAIME.
Señor, sí;
Léjos le llevó de aquí
Costanza.

DON JUAN.

¿Y Sol no es aquella
Que allí retirada miro?
Sola con Inés está.

REY.

Don Jaime, yo dejé ya,
Como vos veis, mi retiro,
Y el Príncipe hará que deje
El rey de Aragon su tierra,
Y que, infestada con guerra,
Toda Navarra se queje;
Pues cuando no hay otro modo
De curar un cuerpo, el arte
Suele cortar una parte,
Porque no perezca el todo.
Yo llamé á don Juan, porque él
Diese de Sol mas noticia;
Que quiero ser con justicia
Cruel, si he de ser cruel;
Y aunque creí que los dos
No aprobárades mi intento,
Él es quien me pone aliento.
Ahora os consulto á vos:
En tan divina hermosura,
Sin mas culpa que querer
A mi hijo, ¿he de poder
Eclipsar con sombra oscura
Dos soles de beldad, llenos
De honestidad y decoro?
¡Oh, con qué afecto lo lloro!
Pero no puede ser menos.

DON JUAN.

Jaime, con el Rey he hablado
Con tal ardid y cautela,
Que de mí no se recela.

REY.

Supuesto lo que ha intentado
El Príncipe, á mi pesar,
Cuando importa al bien del Rey
Y de todo el reino, es ley
Que muera el particular;
Y así, pues deja á una infanta
De Aragon Cárlos, y espera
Casarse con Sol, Sol muera;
Que, aunque el tiempo crueldad tanta
Guarde en viviente alabastro,
No há mucho que en Portugal
Otro ejemplo en todo igual
Nos dió doña Inés de Castro;
Bien veo que Sol es bella,
Pero sé que favorece
Al Príncipe, y que padece
El reino todo por ella.

DON JUAN.

En fin, ¿sabeis que ella á él
Le ha favorecido?

REY.

Sí.

DON JUAN.

Pues dejadme el caso á mí;
Que ninguno mas cruel
Le dará la muerte luego.

DON JAIME.

Con esto se vengará
Don Juan sin riesgo, pues ya
Obra el Príncipe tan ciego;
Fuerza á un mismo tiempo ha sido
Y razon, don Juan la mate.

REY.

Pues, don Juan, no se dilate.

DON JUAN.

Don Jaime, ¿qué habeis sabido?
¿Cómo hablais ya de otro modo?

Salen DOÑA SOL É INÉS.

DOÑA SOL.

Si el Rey está aquí, bien puedo,
Inés, hablarle sin miedo,
Y darle cuenta de todo.

REY.

El jardin es dilatado;
Llevadla, en caso de duda,
Donde, aunque el Príncipe acuda,
Ya esté el caso ejecutado.

INÉS. (*Ap.*)

¡Ay Dios! don Juan es aquel;
Sol tiene riesgo preciso,
Si yo á don Jaime no aviso
Para que la saque de él.

DON JAIME.

Esta es Sol. Costanza habló
Por ella al Príncipe; en fin,
Él la espera en el jardin;
De aquí me llevaré yo
A Inés ahora, y la suerte
Favorable con vos anda.
El mismo Rey os lo manda;
Dadle á doña Sol la muerte.

DON JUAN.

Idos con Dios.

DON JAIME.

Inés, vamos.
(*Vanse.*)

DON JUAN.

Sol, si, porque ya es de noche,
No me ves, yo soy tu esposo,
Y su noble acero es este.

DOÑA SOL.

Don Juan, Señor, oye, aguarda;
Mira, bien mio, que vienes
Engañado todavía,
Y que al mayor delincuente
Le guarda el juez un oido.

DON JUAN.

Yo puedo seguramente
Matarte, que el Rey lo manda;
Pero no digas que mueres
Sin haberte oido; dime,
Mujer falsa, esposa aleve,
¿No dijo ahora Costanza
Al Príncipe que se viese
Aquí contigo?

DOÑA SOL.

¿Qué dices?

DON JUAN.

Don Jaime estaba presente,
Que lo oyó todo.

DOÑA SOL.

Don Jaime
Es traidor.

DON JUAN.

¿Y qué le mueve
Al Rey, que tambien me dice
Que al Príncipe favoreces?

DOÑA SOL.

El Rey se ha engañado.

DON JUAN.

El Rey
Es deidad, mentir no puede.

DOÑA SOL.

El estar mal informados
Es desdicha de los reyes.

DON JUAN.

¿No te dijo en mi presencia
El Príncipe claramente
Que te habló en el jardin?

DOÑA SOL.

Sí.

DON JUAN.

¿Y que escribiste un billete?

DOÑA SOL.

Tambien lo dijo.

DON JUAN.

¿Es verdad
Uno y otro? No lo niegues.

DOÑA SOL.

Todo es falso.

DON JUAN.

¿Y yo á deshora
No te hallé junto á una fuente
En tu jardin?

DOÑA SOL.

Sí me hallaste.

DON JUAN.

¿Qué hacias sin recogerte,
Con Inés sola, tan tarde?

DOÑA SOL.

Sentí rumor, levantéme,
Hallé á Costanza.

DON JUAN.

Don Jaime
¿A qué fué anoche?

DOÑA SOL.

A prenderte,
Por dar al Príncipe gusto.

DON JUAN.

Pues ¿y qué testigos fieles
Presentas contra su alteza?

DOÑA SOL.

Mi amor, mi fe.

DON JUAN.

No presentes
Testigos tan falsos.

DOÑA SOL.

¿Falsos?
Pues si estos no te convencen,
No tengo otros, ni en mí hay culpa;
Mátame luego, bien puedes.

DON JUAN.

¿Tan huérfana es tu verdad?
¿Es posible que no tienes
Un testigo que te abone,
Una presuncion que alegues?
¿No hay lugar para que digas
Al Príncipe que te muestre
El papel? Ya hemos llegado
Adonde las ramas crecen
Sombra á la noche, repara,
Si acaso sin culpa mueres,
Que por el Rey y por mí
Debo matarte dos veces.
(*Levanta la daga.*)

Salen DOÑA COSTANZA Y EL PRÍNCIPE, Y DON JUAN *tiene el brazo suspenso y temblando.*

PRÍNCIPE.

¿Siempre me has de ver á oscuras?
Mal Sol te llamas, Sol mia.

DON JUAN.

¿Quién nombró á Sol?

PRÍNCIPE.

Y así es dia,
Si el sol da luces tan puras...

DON JUAN.

Sol dijo otra vez, ¿qué es esto?

PRÍNCIPE.

Quiero pues, deidad hermosa,
Pues fuiste en secreto esposa
De don Juan (dígolo presto),
Darle á él la muerte, y á tí
La mano de esposo fiel.

DOÑA COSTANZA.

Luego ¿casada con él
Está Sol?

PRÍNCIPE.

¿Tú misma á mí
Me preguntas si lo estás?

DOÑA SOL.

Su alteza y Costanza son;
Aquí sin duda hay traicion.

DON JUAN.

Oigamos, oigamos mas.

DOÑA SOL.

¡Si está en mi nombre el engaño!
¡Oh, si con mas claridad
Al cielo de la verdad
Diese el sol del desengaño!
Luz del primer arrebol
Exhala quien al sol nombra,
Vea, á pesar de la sombra,
Que *Aun de noche alumbra el Sol.*

PRÍNCIPE.

Sol, si te quise galan...

DOÑA COSTANZA. (*Ap.*)

Finezas estoy perdiendo;
Ya ¿por qué á don Juan defiendo,
Si ya es ajeno don Juan,
Pues con Sol está casado?

DOÑA SOL.

¡Ay, don Juan! Dios manifiesta
La verdad.

Salen EL REY, DON JAIME, NEBLÍ, *y* DOS CRIADOS *con hachas.*

PRÍNCIPE.

¿Qué luz es esta?

REY.

Tarde me habeis avisado.

DON JAIME.

Tarde Inés ha descubierto
Todo el engaño.

PRÍNCIPE.

Costanza,
¿Contigo estoy?

DOÑA COSTANZA.

La esperanza
De ser de don Juan (no acierto
A decirlo), á mí y á Inés
Nos hizo engañaros; yo
Os hablé siempre, Sol no.

REY.

Cárlos, ¿qué es esto?

PRÍNCIPE.

El Rey es.

DON JAIME.

Sol con don Juan está aquí,
A tiempo que dan los cielos
Tal desengaño á sus celos.

PRÍNCIPE.

Pues ¿Sol no me escribió á mí?

DOÑA COSTANZA.

No, Señor.

DOÑA SOL.

Esta es piedad
De mas alta providencia.

REY.

¿Don Juan?

DON JUAN.

Si me da licencia,
Señor, vuestra majestad
Para quietarme, es forzoso
Aun otro exámen mayor;
Que el que es verdadero honor,
Siempre es muy escrupuloso.—
Costanza, no seas testigo
Contra la verdad, advierte
Que si doy á Sol la muerte,
Podré casarme contigo;
Dime, en fin, sin que la alteres,
Toda la verdad desnuda;
Que á tí te importa.

DOÑA COSTANZA.

Sin duda
Probar mi nobleza quieres,
Pues ocasion tan forzosa
Me estás dando ahora aquí
Para levantar por tí
Un testimonio á tu esposa;
Mas no, no lo quiera el cielo.
Yo hablé al Príncipe, el papel
Le escribí yo, mas con él
Puedes salir de recelo.

DON JAIME.

Señor, esta es la verdad.

NEBLÍ.

Costanza el papel me dió,
Y al Príncipe le dí yo.

PRÍNCIPE.

Aquí está el papel, mirad
Si la letra conoceis.

DON JUAN.

Esta letra es de Costanza.

PRÍNCIPE.

Aquí resta mi venganza.

DON JUAN.

Ahora, aunque me mateis,
Pues ya todos sin contienda
Saldrémos de tanto abismo,
Y quiere Dios que lo mismo
Que me ofendió me defienda;
Que si allí Costanza engaña,
Siendo Sol, Sol es aquí,
Que desengaña; y así,
Lo que engaña desengaña.

PRÍNCIPE.

Y á mí el primer arrebol
Del desengaño me alcanza,
Pues hablando con Costanza
Como si fuera con Sol,
Veo que tambien en ella
Es fantástico el placer,
Pues lo mismo viene á ser
Imaginarla ó tenella;
Voy á casarme á Aragon.—
Dale á Costanza la mano,
Don Jaime.

DON JAIME.

Yo soy quien gano.

REY.

Pues ea, pedid perdon
Al Senado.

PRÍNCIPE.

Eso os prometa
Quien suplir defectos sabe,
Porque la comedia acabe
Agradecido el poeta.

COMEDIA FAMOSA

TITULADA

LOS MÉDICIS DE FLORENCIA,

DE DON DIEGO XIMENEZ DE ENCISO

PERSONAS.

EL DUQUE ALEJANDRO.
COSME DE MÉDICIS.
LAURENCIO DE MÉDICIS
ISABELA, *dama.*
CEFIO, *su padre.*
LEONORA, *criada.*
JULIO, *lacayo.*
CLAUDIO.
OCTAVIO. — ACOMPAÑAMIENTO.

JORNADA PRIMERA.

(*Suena dentro música y atabales y voladores, fingiendo gran fiesta.*)

Salen CEFIO, *muy viejo, medio desnudo, con la espada en la mano, é* ISABELA, *su hija, del mismo modo, deteniéndole, y* LEONORA.

CEFIO.

Deja, Isabela hermosa,
Que al inocente pueblo, fatigado
De servidumbre ociosa,
Anime el yugo á sacudir osado;
No me cierres la puerta,
A tantos daños por mi mal abierta.
Deja, hija querida,
Si quieres excusar de infame muerte
Mi ya caduca vida,
Que muera honrado y burle de mi suer-
Pues quedarán vencidos [te,
Los males que me tienen prevenidos.
Aunque falta en la mano
Del juvenil ardor la sangre ardiente,
El tiempo intenta en vano
Robar del alma el ánimo valiente.
Abreme, ó daré voces,
O al suelo rendiré la puerta á coces.

ISABELA.

Padre y señor, ¿qué es esto?
Qué cólera os levanta de la cama
Armado y descompuesto?
Qué pueblo, qué valor, envidia ó fama,
O qué forzoso hado
Os lleva á tanto mal precipitado?
¿La noche en que Florencia,
Celebrando las bodas de su dueño,
Hace al sol competencia,
Dejais el lecho y despertais del sueño
La espada ya dormida,
De orin, de olvido y de valor vestida?

CEFIO.

¡Ah inocente Isabela!
Esa grita, esa fiesta ocasionada
Me pone el alma en vela.

ISABELA.

¿Por qué, Señor, la fiesta no os agrada?

CEFIO.

¿Por qué? Porque ha perdido
Su libertad mi patria. ¡Estoy corrido!
Abre la puerta, y muera.

ISABELA.

No lo permita Dios. Dejad tal hecho,
No salgais allá fuera,
O abriréis vos la puerta y yo mi pecho,
Si la mar de mis ojos
Se atreven á pasar tantos enojos.
Si ese tronco desnudo
De la villana muerte es derribado,
¿Quién servirá de escudo
En la prolija guerra de mi hado?
Vuelva al clavo la espada, [da.
O en mi pecho, Señor, quede envaina-

CEFIO.

¡Oh amor, qué no has podido!...—
No llores, hija, mas, suspende el llan-
Que me has enternecido. [to;
¡Tanto puede el amor y el amor tanto!

ISABELA.

Dame, padre, las manos.

CEFIO.

¡Oh Médicis! Oh patria! Oh ciudada-

ISABELA. [nos!

Descansa aquí conmigo.
¿Qué nuevo mal ahora te desvela?

CEFIO.

¡Ah Alejandro enemigo!—
Ah, si fueras varon, hija Isabela!

ISABELA.

De varon tengo el pecho.

CEFIO.

Oye mi mal.

ISABELA.

Ya, padre, lo sospecho.

CEFIO.

Guillermo de los Opazos,
Tu abuelo, amada Isabela,
De la casa de los Pazos
Lustre y honor y cabeza,
Casó con nieta de Cosme
De Médicis, que en Florencia
Llaman padre de la patria,
Padrastro mejor dijeran.
Murió con este renombre,
Y por sus grandes riquezas,
Sus dos hijos, Cosme y Pedro,
Su nombre y lugar heredan.
La humildad, que encubre faltas,
Fué causa de que pudieran,
Siendo los piés de su patria,
Ser de su patria cabezas.
Casaron ilustremente,
Y destos dos, en Florencia
Quedaron Laurencio y Julio,
Gente liviana y soberbia;
Los cuales, desvanecidos
Con sus oficios y rentas,
Desestimaron mi sangre,
Que es la mejor de sus venas.
Agraviaron á mis deudos
En el honor y en la hacienda,
Sin ver que la sangre noble
No sufre ninguna afrenta.
Determinaron los Pazos
De matarlos, aunque fuera
Solos, sin armas, durmiendo,
En el Senado ó la Iglesia;
Y juntando sus amigos
Y hasta mil hombres de guerra,
Quisieron vengar su agravio
Y libertar á su tierra.
Y un domingo, de mañana,
En Reparata la bella,
Donde ellos iban á misa,
Aguardaron á la puerta,
Y entrando los dos hermanos,
Pagó Julio su soberbia,
Y se les libró Laurencio,
Sin que matarlo pudieran.
La gente vulgar y noble,
Atrevida, loca y necia,
Viendo á Julio ya sin vida,
Dijeron: «¡Los Pazos mueran!»
Turbáronse mis parientes
Cuando vieron la inclemencia
Del pueblo ingrato, atrevido,

Y murieron sin defensa.
No quedó Pazo en Italia,
Reliquia antigua de Grecia,
Sino fuí yo, que por niño
Me libré de su fiereza.
Crecí, y conmigo el enojo,
Y aunque solo y sin hacienda,
Por Italia y por el mundo
Resucité mi nobleza.
Hízome la Señoría
Dictador, por ser quien era,
Pensando aplacar mi furia
Sin otras tantas cabezas.
Entonces Cárlos Octavo
Pasó á Italia á hacer guerra,
Y ganando á Luca y Pisa,
Llegó á cercar á Florencia;
Al cual fué con embajada
Pedro de Médicis, que era
Hijo del difunto Julio,
Desgraciado por herencia.
Tratóle medios de paz,
Y quiso mi suerte buena
Que le engañase el francés
Y nos dejase sin fuerzas.
Dióle á Pisa y á Liorna,
Petra-Santa y Cerecena,
Que son las llaves de Italia,
Con que abrió á su mal las puertas.
Volvió contento al Senado;
Mas cuando entendió Florencia
El concierto de las paces,
Rabiaba de enojo y pena.
Echóle la Señoría
Afrentosamente fuera,
De donde tomé ocasion
Para humillar su soberbia;
Y si no vengué mi agravio
En quien me hizo la ofensa,
En fin me vine á vengar
En toda su descendencia,
Pues por lo que hizo Pedro
Los desterré de Florencia,
Publicando por traidores
Los que fueron padres della.
Saqueáronles las casas,
Y de sus soberbias puertas
Hice borrar los escudos,
Honrados de armas ajenas;
De las calles y las plazas
Quité sus estatuas bellas,
Que las temí, por ser tantas,
Aunque eran bultos de piedra.
Quise hacer derribar
Las suntuosas iglesias
Que hizo Cosme el Primero,
Porque su nombre muriera;
Pero por santas y muchas,
No ejecuté mi sentencia,
Olvidando yo su agravio,
Y los Médicis su tierra;
Hasta que, por mi desgracia,
Cárlos Quinto, de quien cuentan
Que ha de sujetar al mundo,
Y otros mil mundos que hubiera,
Quiso vengar este agravio,
Haciéndonos cruda guerra
Por contemplacion del Papa,
Sangre desta gente fiera.
Sujetónos, como sabes,
Y es tal mi fortuna adversa,
Que dió á Alejandro de Médicis
El estado de Florencia;
Y por atarnos las manos,
Y que nadie no le ofenda,
Le casa con Margarita,
Hija natural del César;
Que sin duda quiere Cárlos
Levantar á las estrellas
Esta casa, pues la funda
Sobre tan preciosa piedra.
Mañana ha de entrar triunfando
Con Margarita en Florencia,
Dejando asolada Italia
Con tantos gastos y fiestas.
Ya perdió la libertad
Mi amada patria, mi tierra;
Ya los Pazos se acabaron,
Ya los Médicis comienzan.
Palacios vive Alejandro,
Yo una casilla pequeña;
En humilde lecho duermo,
Él duerme en cama de seda;
En su mesa sobra todo,
Todo me falta en mi mesa;
Él viste brocados ricos,
Yo visto una pobre jerga;
Él manda todo un ducado,
Yo no le tengo de renta;
Con hija del Rey se casa,
A tí un villano te espera;
A él le sirven, yo me sirvo;
De mí huyen, á él se allegan;
Él es señor, yo vasallo.
¿Tengo razon, mi Isabela?
¿No es esta bastante causa
De mi enojo y de mi pena,
De ver que, cuando yo rabio,
La ciudad les hace fiestas?
¿Para qué quiero yo vida,
Si ya murió mi nobleza?
Para qué son estas canas, *(Mésase.)*
Si el pueblo no las respeta?
Para qué alcancé mis armas,
Si no he de vengar mi afrenta?
Toma allá la vil espada, *(Arrójala.)*
Dame, Isabela, una rueca;
Yo me rindo á la fortuna,
Pues lo ha querido mi estrella.
Mas ¿quién ha de ser valiente
Con tanta edad y pobreza?
¡Ah, mi Isabela querida!
Si valiente jóven fueras,
Libertaras á tu patria
Y tu nombre engrandecieras;
Mas, ya que no quiso el cielo
Sino hacerte flaca y hembra,
Persíguelos con las armas
Que te dió naturaleza.
Maldice al duque Alejandro;
Di, como yo, mi Isabela,
Que de su estado no goce
Y que mal logrado muera;
Que su mayor enemigo
Sea gran duque de Florencia,
Y le mate á puñaladas
El amigo que mas quiera.
Más te quisiera decir;
Que estoy rabiando de pena,
Y pues me faltan las manos,
Quisiera tener mil lenguas. *(Vase.)*

LEONORA.

Fuése llorando.

ISABELA.

Leonora,
Muy viejo está; cada dia
Por cualquiera cosa llora.

LEONORA.

Graciosa melancolía
Es en la que ha dado ahora.

ISABELA.

Son reliquias del valor
De aquel pechazo famoso;
Mas ¿qué importa, si el rigor
De hado mas poderoso
Sujeta esfuerzo mayor?
Este enojo envejecido
Con los Médicis me tiene
Sin hacienda y sin marido;
Y así, Leonora, conviene
Que cobremos lo perdido.
Uno dellos ha de ser
Mi esposo.

LEONORA.

¿Casarte quieres?
¿Estás loca?

ISABELA.

¿Qué he de hacer?
Las que son nobles mujeres
Algun dueño han de tener.
Mi padre se va acabando,
Quiero quedar con marido.

LEONORA.

¿No ves que te está adorando
El Duque?

ISABELA.

Si está perdido,
Yo tambien.

LEONORA.

¿Estás soñando?

ISABELA.

Bien despierta estoy, Leonora.
Esto ha de ser; el consejo
No se hizo para ahora.

LEONORA.

¿La vida de un padre viejo
Has de aventurar, Señora?

ISABELA.

Pues ¿yo la aventuro?

LEONORA.

Sí;
Que el Duque lo ha de matar,
Si te casas.

ISABELA.

¿Cómo? Di.

LEONORA.

Porque en él se ha de vengar
Del casamiento y de tí;
Que los enojos pasados
De hijos, padres y abuelos,
Por tu amor disimulados,
Por tu desden y sus celos
Han de quedar castigados.

ISABELA.

El Duque es un gran señor;
No hará una cosa tan fea.

LEONORA.

A mayor poder, mayor
Peligro; y cuando no sea,
Soltera estarás mejor.
Yo, Isabel, no me casara,
Y lo que tú no recibes
Del Duque, yo lo tomara;
Que eres muy necia, pues vives
Pobre con tan buena cara.

ISABELA.

Yo no me he de obligar;
Que el menos valiente amor
Vence al mas bravo interés,
Cuanto mas que tengo honor,
Y el Duque casado es.
No se ha de casar conmigo,
Aunque nobleza me sobre;
Y así, mi Leonora, digo
Que quiero marido pobre,
Y no poderoso amigo.
Cosme de Médicis fué
La inquietud de mi sosiego,
Y á quien doy la mano y fe.

LEONORA.

Bien pintan al amor ciego,
Pues tantos daños no ve.
Cosme, un hombre aborrecido
Del Duque, y tan desgraciado,
Tan pobre y tan abatido,
¿Pudo ocupar tu cuidado,
Y mano y fe le has rendido?

¿No fuera mucho mejor
Que con Laurencio casaras,
Pues tambien te tiene amor,
Y manda al Duque, y mandaras
A Italia con su favor?
Y cuando esto no se hiciera,
¿No era materia de estado
Que el Duque amara y que diera,
Y entretenerle picado,
Sin que á tu honor ofendiera?
¿Es bueno que á su disgusto
Te cases con Cosme?

ISABELA.

Sí;
Que en amor no hay caso injusto.
Cuanto mas, ¿qué me va á mí
En su gusto ó su disgusto?
Si dices que es enemigo
De Cosme el Duque cruel,
Y que no priva, yo digo
Que, como prive conmigo,
Mas que no prive con él.
Si te parece mejor
Laurencio, es vana locura;
Que el Duque ignora su amor,
Y ha de deshacer su hechura
Si sabe que le es traidor.
Pues querer entretener
Un señor es peligroso;
Que el vulgo no ha de creer
Que un hombre tan poderoso
Se pase con pretender.
Pues tener mi honor perdido,
Aunque mueran padre ó madre,
Es locura; y si, ofendido,
Matare el Duque á mi padre,
Guarde Dios á mi marido.
(*Dale un papel.*)
Lleva á Cosme este papel.

LEONORA.

Sí haré, pues la razon duerme;
Mas di: ¿qué escribes en él?

ISABELA.

Que venga á las doce á verme.

LEONORA.

¡Oh hazaña de amor cruel!
Mira que te has olvidado
De poner el sobre-escrito.

ISABELA.

Basta que vaya firmado
De mi nombre mi delito.

LEONORA.

Y ¿adónde hablarle has pensado?

ISABELA.

Por el jardin le he de hablar.

LEONORA.

Buena estás. Tu padre llama.

ISABELA.

Pues yo le voy á acostar. (*Vase.*)

LEONORA.

Amor, aplaca mi llama;
No ha de ser todo penar.
Yo tengo puestos los ojos
En Laurencio. ¿Qué he de hacer
Para aplacar mis enojos,
Pues no puedo merecer
Que triunfe de mis despojos?
Allí vive despreciado,
Y aquí tan amado vive,
Que yo misma me he olvidado.
Amor, tu brazo apercibe,
Iguala al cetro y arado.
Dame alguna traza, amor,
Pues tu porfía promete
Vencer mas alto rigor;
Pero con este billete
Puedo aplacar tanto ardor.
Isabela escribe en él
A Cosme que venga á casa;
Yo quiero dar el papel
A Laurencio, pues se abrasa
En el hielo de Isabel.
Vendrá á verla, y yo, vestida
Con sus ropas, ayudada
De la noche, tendré vida,
Pues que vendré á ser gozada
De quien jamás fui querida.
Alto, yo me determino.
Mas ¡ay Dios! Cosme se ha entrado
En casa, y viene mohino;
Mas ¿quién licencia le ha dado
Para tan gran desatino?
Pero si dueño ha de ser
De todo, bien puede entrar.
Él es, quiérome esconder;
Que si me ve, le he de dar
El papel que no ha de ver. (*Vase.*)

Entran COSME *y* CLAUDIO, *criado.*

COSME.

Déjame, Claudio, no me dés consejo;
Que quiero bien y estoy determinado.
Déjame entrar, y muera.

CLAUDIO.

Ya te dejo.
En casa de Isabela te has entrado,
Sin respetar á Celio, tu enemigo,
Al necio vulgo ni aun al Duque airado.
¿Qué pretendes aquí?

COSME.

Que seas testigo
De la lealtad de mi hidalgo pecho;
Verásme batallar á mí conmigo, [cho,
Verásme, en fuego y lágrimas deshe-
Vencerme á mí, que es la mayor vitoria.

CLAUDIO.

No pongas el valor en tanto estrecho,
Véncete ahora en no emprender tal glo-
No veas á Isabel, no intentes tanto; [ria,
Harto harás de vencer á la memoria.
(*Vase.*)

COSME.

Véte; que sale á sosegar mi llanto
Mi querida Isabel.

Sale ISABELA.

ISABELA.

Cosme, ¿qué es esto?
Con justa causa me has movido á pena.
No te escribí que en público y tan pres-
Me vinieras á ver. [to

COSME.

Estoy perdido.

ISABELA.

Si te vieron entrar, si, mal dispuesto
Mi padre, no estuviera recogido,
Fuera hoy tu fin.

COSME.

Pluguiera á Dios, Señora;
Que mayor mal mi hado ha prevenido.
Ni tuve papel tuyo, ni esta es hora
De sospechar, aunque es la de mi muer-

ISABELA. [te.

Yo acabo de escribirte con Leonora,
Y no te hubo de hallar; pero ¿qué suerte
Tan adversa te obliga á inmenso llanto?

COSME.

¿Qué mayor mal (¡ah cielo!) que per-

ISABELA. [derte?

¿Perderme á mí? ¿Qué causa puede

COSME. [tanto?

Mi desdicha, que puede lo imposible,
Y hecho á tantos males, no me espanto;
No te merezco yo.

ISABELA.

Ya estás terrible,
Ya tu rabioso enojo has declarado;
Advierte que al amor todo es posible.
Sin duda, dueño mio, te has cansado
De pretenderme, viendo mi dureza,
Y estás ya de esperar desesperado.
Si mi papel leyeras, tu aspereza
Trocaras en favor, y te juzgaras
Por digno dueño de mayor belleza.
Las glorias del amor siempre son caras;
Ya se acabó el rigor, ya soy tu esposa.

COSME. [caras,

¡Oh, qué bien que te pintan con dos
Fortuna vil, ahora tan piadosa,
Cuando es fuerza perder el dueño mio!
Ya llegas tarde, mi Isabela hermosa.
Yo, que aumento con lágrimas el rio;
Yo, que ablandé esos montes suspi-
[rando;
Yo, que viví muriendo, ardiendo en
[frío;
Yo, que gasté diez años deseando;
Yo, que fuí ejemplo á firmes amadores;
Y yo, que te he vencido porfiando,
No te puedo gozar. ¡Tristes amores!
¿Que no he de ser tu esposo? No lo creo.
Y ¿que he de malograr tantos favores?
Que he de huir cuando rendido veo
El mármol que ablandé? ¡Pierdo el sen-
Oye, Isabel, el fin de mi deseo. [tido!

ISABELA.

Cosme, ¿estás loco?

COSME.

Sí; que te he perdido.
(*A todo este romance ha de estar Isabela atentísima á Cosme, haciendo grande sentimiento al fin de él.*)
Ya sabes, bella Isabela,
Y escúchame, aunque lo sabes,
Cómo me dejó muy pobre
Juan de Médicis, mi padre,
Aquel capitan famoso
Que, entre mil hechos notables,
Dió la vida por la Iglesia;
Mas ¿quién por Dios es cobarde?
Por lo cual mi madre triste,
María de Salviatis,
Se fué á Trebia, y yo, bien niño,
Fuí acompañando á mi madre
Desde Florencia, mi patria,
Cuando persiguió mi sangre.
Mandó al capitan Oton
Que nos prendiese ó matase;
Mas Oton, compadecido
De una inocente y un ángel,
No ejecutó la sentencia;
Tiempo habrá en que yo le pague.
Allí estuve hasta que el Papa,
Mi tio, mandó llevarme
A Roma con Alejandro,
El gran duque, que Dios guarde.
Allí fui tan estimado
Y me hice tan amable,
Que fuera señor de Italia,
A no ser noble mi sangre.
Serví al Duque, aficionóme
Su condicion siempre afable,
Su gala y entendimiento,
Su valor, grandeza y talle;
Y al paso que me incliné,
Por mi estrella y por sus partes,
A amarle, me aborreció
Tanto como llegué á amarle.
Fué la causa un lisonjero,
Gran inventor de maldades;
Su gran privado Laurencio,
Infamia de mi linaje.
Con lisonjas, con mentiras,
Con juegos, con liviandades,

Con festines y con versos,
Con ser su tercero infame,
Le ganó la voluntad.
Yo, con decirle verdades,
Con darle buenos consejos
Y estorbarle muchos males;
Con pretender toda Italia
En Florencia coronarme,
Quise ser mas que gran duque,
Ser del Duque amigo grande.
Con librarle de la muerte,
En el campo y en la calle,
Dos veces, que dos traidores
¡Ay Dios! quisieron matarle,
Me aborreció con extremo;
Y tanto Laurencio vale,
Que él vive soberbio y rico,
Y yo pobre y miserable.
En fin, así pasé en Roma,
Hasta que guerras y paces
Hicieron duque á Alejandro.
¡Plega á Dios que el mundo mande!
Venímonos á Florencia,
Donde para tantos males,
Mi Isabela, te vi un dia,
Y muchos rondé tu calle.
Sirvióte el Duque tambien,
Y quiere amor que no basten,
Para rendirte á su ruego,
Interés, fuerza ni arte;
Y que pueda mi pobreza,
Premio de un dichoso amante,
Y mi verdad ó mi ruego
O mi ventura ablandarte.
Díjole mi amor Laurencio,
Y que era maldad notable
Que yo sirviese á su dama;
Y tú, mi Isabel, bien sabes
Que no le ofendí jamás.
Díjole que me matase,
O me echase de Florencia,
Para que á su amor te ablandes.
Parecióle bien al Duque;
En fin, me llamó esta tarde,
Y encerrado en su aposento,
Con bien airado semblante,
Me dijo aquestas palabras:
«Cosme, los que son mi sangre
Jamás hicieron traicion,
Y las vuestras son tan grandes,
Que os destierran de Florencia.
Partíos luego, y esto baste.»
Yo le pregunté la causa,
Y él, aunque prudente y grave,
La dijo; porque los celos
No guardan secreto á nadie.
Neguéle nuestros amores,
Dije que estaba ignorante
De los suyos; supliquéle
Que en Florencia me dejase.
Representé mis servicios
Y el deudo de nuestros padres;
Dijo que no. Repliquéle,
Y ya enojado y afable,
Dijo: «Cosme, partíos luego;
Lo que pedís no es tan fácil,
Que no me importe la vida,
Pues sois causa de mis males.
Isabela os quiere bien;
Yo la adoro, y sus crueldades,
Sus desdenes, sus rigores,
Del amor que os tiene nacen.
Yo estoy rabiando de celos,
Y aunque me poneis delante
Mis grandes obligaciones,
Mis tormentos son mas grandes.
Cosme, primo, amigo, muero;
Que una pasion tan notable
No es amor. Dios me castiga,
Pues me da la muerte un ángel.
Si es verdadera amistad
La vuestra, si sois mi sangre,
Lástima os dé ver que muero,
Dad remedio á mis pesares;
Ahora, ahora es el tiempo
Que, con prudencia admirable,
Ganeis el primer lugar
De los amigos leales.
Vencéos vos, que yo no puedo;
Primo, amigo, remediadme.
Dejad, dejad á Isabela;
Partíos al punto, ó matadme.»
Dijo; y echado á mis piés,
Siendo sus ojos dos mares,
Él quedó mudo, yo loco
Entre mil ansias mortales.
La amistad que tengo al Duque,
Y tu amor, contrarios grandes,
Empezaron la batalla,
Y el amor vencido sale.
Bien sé, Isabela querida,
Que la vida ha de costarme:
Pero al Duque he prometido
No verte jamás ni hablarte.
Muera yo, y el Duque viva,
Pues con morir y dejarte,
Seré ejemplo de amistad
Y ejemplo seré de amantes.
Mira si tengo razon
De sentir tantos pesares,
Pues me destierran de Italia
Cuando pudiera gozarte.
Quédate, Isabela, á Dios,
Pues son tantos mis pesares;
Que tuve el bien solamente
Porque sienta mas dejarte.

ISABELA.

¡Cosme, Cosme! Apenas puedo
Hablar. ¿Cómo? ¿Que te partes?
¡Turbada estoy! ¡Muerta estoy!
¿Qué es esto? No puedo hablarte.
¿La causa tu primo el Duque?
¿Tú partirte? Tú dejarme?
¡Cosme, que muero de amor!

COSME.

Ahora, ahora, pesares,
Ahora, ahora es el tiempo
De embestirme y de matarme.
Ea, que Isabela llora;
Ea, memoria, acordadme
De tantos perdidos bienes,
De tantos ganados males.
Amor, que pierdo á Isabela;
Desden, que llegó á rogarme;
Celos, que pretende el Duque,
Y es enemigo muy grande.
Tiempo, la ocasion se pierde,
Rigor, que he dejado un angel;
Olvido, que ya me ausento;
Ahora, ahora, pesares.

ISABELA.

Cosme, si el amor (¡ay cielos!),
Si la lealtad, si la sangre,
A una mujer... ¡Ay, no puedo!
Ay, Cosme, no puedo hablarte!
¿Que me olvidas? Que me dejas?
¿Tú partirte? Tú olvidarme?
¿Para qué quiero yo vida?
¡Loca estoy!

COSME.

Soy de diamante.
Mal haya la boca, amén,
Mal haya la lengua infame
Con que prometí á mi primo,
Querida Isabel, dejarte;
Mal haya la vil estrella
Que fué causa de inclinarme
A quererle mas que á mí;
Mal haya el traidor cobarde
Que dijo nuestros amores,
Causa de todos mis males;
Mal haya...

ISABELA.

Detente, Cosme,
No dés palabras al aire.
Yo sola tengo la culpa,
Yo no me quejo de nadie,
Yo ocasioné mi desprecio;
Porque, llegando á rogarte,
Diste principio á mi olvido,
Propia condicion de amantes.
¿Para qué vanos discursos?
Para qué extremos tan grandes?
Para qué lágrimas falsas?
Que no podrás engañarme.
¡Oh falso, oh ingrato, oh cruel!
¿Qué amistad, lealtad ó sangre
Obliga á un amante noble
A una hazaña tan infame?
¡Venganza, cielos, venganza!

COSME.

¡Venganza, cielos, matadme!

ISABELA.

¿Yo no soy tambien tu prima?
Yo no dejo por amante
A un gran duque de Florencia,
Señor de mil voluntades?
Y cuando tú me repliques
Que no pudiera casarme
Con el Duque, Cosme mio,
Cosme del alma, ¿tú sabes
Que Laurencio, su privado,
Conmigo quiere casarse?

COSME.

¿Qué dices?

ISABELA.

Lo que me debes,
Lo que dije; no te espantes.
Pregúntalo á mis criadas,
A las rejas de esa calle,
A esos muros de mi casa,
De mi duro pecho imágen.
Mas rico que tú es Laurencio,
Él priva y nunca privaste,
Él me busca y tú me dejas,
Él es firme y tú eres fácil;
Y con todo, á ti te adoro,
Tu pobreza me es amable,
Tu desprecio es el que estimo,
(*Vase á arrojar.*)
A tus piés quiero arrojarme.

COSME. (*Tiénela.*)

¡Prima!...

ISABELA.

Aquí he de dar la vida,
O la palabra has de darme
Y la mano de mi esposo.

COSME.

¡Señora!...

ISABELA.

¡Qué! ¿Estás cobarde?
¿Quién tiene imperio en las almas?

COSME.

¿Qué he de hacer yo contra un ángel?
Qué es esto? Cuando á Laurencio
Da el Duque tantos lugares,
Sin tener yo en toda Italia
Ni aun tierra para enterrarme;
Cuando le lleva á palacio,
Y á mí manda desterrarme
De Florencia; ¿él, un traidor,
Y yo, ejemplo de leales?
Su misma dama pretende;
Cuando yo, por no enojarle,
Mi dama dejo y mi vida.
¡Ah monarcas miserables,
Los que elegís mal privado!
Callen los romanos, callen
Los griegos, y no celebren
Tantas nobles amistades;

Que la mia es la mayor.
¡Que á un príncipe tan amable
Le ofenda un mayor amigo!
Vive Dios, que he de matarle.
¡Al Duque ha de hacer ofensa,
Viviendo yo? ¡Que esto pase!
(Quiere irse.)
Voy á matar á Laurencio;
No es bien que ahora repare
En si el Duque me ha obligado.
Es mi amigo, y esto baste.

ISABELA.

Cosme, mi bien, ¿que me dejas?

COSME.

Sí; porque es fuerza dejarte,
Isabela, y ruego á Dios
Que mi enemigo me mate
Sin que dé venganza al Duque,
Y que muera como infame,
Si no eres dueño del alma;
Y ya que no puedo darte
Palabra de casamiento,
Te la doy de no casarme
Sin que me dés tú licencia.
Obligacion es mas grande
La del honor que del gusto;
Yo he cumplido con dejarte,
Y cumpliré, mi Isabela,
Con nuestro amor con matarme.

ISABELA.

En fin, ¿no tiene remedio?
Daré voces á mi padre.—
¡Padre, Señor!...

COSME.

¿Qué das voces?
¡Si tú quieres que me maten!...
Antes me mataré yo.
(Va á sacar la espada.)

ISABELA.

Tente, Cosme, y no me acabes;
Vuelve la punta á mi pecho,
Y acabarás tantos males.
¡Ay, Cosme! ¿qué haré sin tí?
Véte en paz y no te cases,
Será menor mi tormento.

COSME.

¿Que he de pasar tus umbrales?
¿No hay un rayo para un triste?

ISABELA.

No, mi Cosme; Dios te guarde.

COSME.

Y á tí, Isabel, mas que á mí.
¡Qué! ¿Te quedas?

ISABELA.

¡Qué! ¿Te partes?
(Vanse.)

Salen LAURENCIO, *de noche*, *muy galan*, Y JULIO, *su criado*, *con linterna.*

JULIO.

Loco estás, Laurencio, espera.

LAURENCIO.

Loco estoy; que, á no estar loco,
Mi gusto tuviera en poco
Y á tanto amor ofendiera.
Loco me tiene el contento
De ver la ventura mia,
Pues paga amor en un dia
Tantos siglos de tormento.
¿Que es posible que Leonora,
Julio, te dió este papel?
Que es posible que Isabel
Me llama, busca y adora?
Que rendí aquel imposible,
Tan difícil de vencer?
¡Oh amor! grande es tu poder,
Todo á tu imperio es posible.
Vuélveme, Julio, á alumbrar;
Que pienso que estoy soñando.

JULIO.

Laurencio, estás deseando,
Y eso te hace dudar.
El papel es de Isabel,
Y me lo dió su criada;
No es tu ventura soñada.

LAURENCIO.

Oye, mi Julio, el papel.
(Lee.) «Pudo el tiempo y el amor
»Dar fin á tantos enojos;
»Vos me rendis mil despojos,
»Yo os confieso vencedor;
»Esta noche de mi amor
»Triunfaréis en mi jardin;
»Ved primero que es el fin
»El casamiento tratado;
»Mirad que hay árbol vedado,
»Y es mi honor el serafin.»

JULIO.

¿Creerás que ya estás despierto?
¿Creerás que Isabel te adora?

LAURENCIO.

Creeré que pudo Leonora
Darme vida, estando muerto.

JULIO.

¿Y no creerás que has perdido
El juicio?

LAURENCIO.

Si lo creo;
Mas ¿quién cumplió tal deseo,
Que le quedase sentido?
¿Yo tu esposo? El seso es poco;
Loco estoy; ¡que he de gozarte!

JULIO.

Bien haces, si has de casarte,
En haberte vuelto loco;
Que así disculpa tendrás
De hacer tan grande locura.
¿Casarte llamas ventura?
Adelante lo verás;
Dime, ¿cómo no reparas
En que el Duque, mi señor,
La tiene á Isabel amor?
¿Ya se nace con dos caras?
No lo aprendiste de mí;
Jamás requebré tu dama;
No hay gusto como la fama,
Muy á lo viejo nací.
Mira que aventuras mucho,
Y que al Duque debes mas.

LAURENCIO.

Vive Dios, que loco estás,
Y aun yo lo estoy, pues te escucho;
Mas me debo á mí que á él,
No quiero morir de amor,
Y mas quiero ser traidor
Que perder á mi Isabel.

JULIO.

Es resolucion de amante,
Pero no de caballero.

LAURENCIO.

Calla, y mira, majadero,
Que viene gente.

JULIO.

Un gigante
Mas largo que una esperanza
De corte me ha parecido;
Paga de tramposo ha sido,
Concertadme esta mudanza.
Temblando estoy de temor,
Y vengo acá por valiente.

Salen CLAUDIO Y COSME.

CLAUDIO.

Sin duda que es esta gente.

COSME.

Dos son.

CLAUDIO.

Tanto que peor.

COSME.

Ellos son.

JULIO.

Mírenlo bien;
No nos dén por dar á otros.

LAURENCIO.

¿Qué es esto? ¿Quién sois vosotros?

COSME.

Escuchad, Laurencio.

LAURENCIO.

¿A quién?

COSME.

Cosme, vuestro primo, soy.

LAURENCIO.

¿Qué quereis?

COSME.

Vengo á buscaros,
Y aparte quisiera hablaros.

LAURENCIO.

Empezad; que ya lo estoy.

COSME.

Estoy, Laurencio, ofendido
De vos.

LAURENCIO.

¿De mí?

COSME.

De vos, sí.

LAURENCIO.

Pues ya me teneis aquí.

COSME.

Desterrado y perseguido,
Por vos, salgo de Florencia,
En el campo os quiero hablar;
Que allá os he de preguntar
Si os dió Alejandro licencia
Para pretender su dama.

LAURENCIO.

¿Sois su tutor?

COSME.

Soy su amigo.

LAURENCIO.

Pues desde aquí, Cosme, os digo
Que tanto el Duque me ama,
Que os quitó á Isabel á vos
Solo por dármela á mí;
¿Quereis mas?

COSME.

No es para aquí.

LAURENCIO.

Es mi mujer, vive Dios.

COSME. *(Enojado.)*

Salíos, en siendo mas tarde,
A Miraflor, gran traidor.

LAURENCIO.

Yo os aguardo en Miraflor.

COSME.

Adios pues.

LAURENCIO.

El cielo os guarde.
(Vanse Cosme y Claudio.)

JULIO.

¿Qué es esto?

LAURENCIO.

Obra de pariente;

No quiere mas de matarme,
Y paró en desafiarme.

JULIO.

¿Y qué has de hacer? Que es valiente.

LAURENCIO.

¿Qué? Gozar á mi Isabel
Mientras él está al sereno.

JULIO.

Como hidalgo, que andas bueno.

LAURENCIO.

Así he de vengarme dél;
Porque yo he de publicar
Que salí y él no salió.

JULIO.

Lo mismo me hiciera yo,
Mas bien tienes que pensar.
Considerar que Isabel
Te llama para casarte,
Tu primo para matarte,
No sé cuál es mas cruel;
Elige el riesgo menor,
O salir desafiado,
O muerto, ó salir casado;
Que no sé cuál es peor.

LAURENCIO.

Gracioso estás, oye un poco;
Que han abierto aquel postigo
De Isabel.

JULIO.

Dios sea conmigo.

LAURENCIO.

¡Ay mi Julio, que estoy loco!

JULIO.

Por Dios, que es bien menester.

Sale LEONORA.

LEONORA.

¿Es Laurencio?

LAURENCIO.

El mismo soy;
Rato há que aguardando estoy.

LEONORA.

¿Sabeis lo que habeis de hacer?
La puerta se quede abierta,
Porque podais fácilmente
Salir, si mi padre os siente,
Sin que oiga que abris la puerta;
¿Traeis criado?

LAURENCIO.

Y muy fiel.

LEONORA.

Pues quédese aquí aguardando,
Y entrad, y os iré guiando;
Que está oscuro.

LAURENCIO.

Mi Isabel,
¿Cuándo he de poder pagar
Tanto amor?

LEONORA. (*Ap.*)

Bien lo he engañado.

LAURENCIO.

Guarda, Julio, con cuidado
Esta puerta.

(*Vanse.*)

JULIO.

Hombre á la mar.
Entróse, pero yo quedo
Con notable riesgo aquí;
Pero ¿qué se me da á mí?
Animo, que todo es miedo.
Luego veinte han de venir;
Pero ¿no bastarán dos?
¿Qué digo dos? Vive Dios,
Que de uno pienso huir.
Parece que viene gente;
Miedo les quiero poner.
Pues ellos no han de saber
Si soy gallina ó valiente;
Pongo la capa á lo bravo,
Y sueno espada y broquel.

Sale EL DUQUE, *muy galan*, Y OCTAVIO, *su criado, de noche.*

DUQUE.

Aquí vive mi Isabel.

JULIO.

Bueno va, la industria alabo.

DUQUE.

Aquí vive la belleza
Que adoro, y yo muero aquí.—
Octavio, yo me perdí.

OCTAVIO.

Mucho quiere vuestra alteza.

DUQUE.

Resístese y es hermosa.

OCTAVIO.

Escribirla.

DUQUE.

No me escribe.

OCTAVIO.

Regalarla.

DUQUE.

No recibe.

OCTAVIO.

¿No es pobre?

DUQUE.

No es codiciosa.

OCTAVIO.

¿No es mujer?

DUQUE.

Y necio vos.

OCTAVIO.

Olvidarla.

DUQUE.

Es fuerte el gusto.

OCTAVIO.

Forzarla.

DUQUE.

No será justo.

OCTAVIO.

Pues encomendarse á Dios.

DUQUE.

Octavio, no hallo medio
Para remediar mi suerte,
Y entre la vida y la muerte,
El morir es mi remedio;
Cada noche vengo aquí,
Y aun no me ha querido hablar.

OCTAVIO.

Fuerte cosa es porfiar
En lo imposible.

DUQUE.

¡Ay de mí!

OCTAVIO.

Muy bueno está vuestra alteza
Para tratar de casarse.

DUQUE.

Mujer que puede mudarse
Es mi mal.

OCTAVIO.

Brava dureza.

DUQUE.

Vamos; que estoy con disgusto.

OCTAVIO.

¿Falta Laurencio?

DUQUE.

No es eso;
Aunque yo, Octavio, confieso
Que sin él no tengo gusto;
Débole grande amistad,
Y estímole mas que á mí;
Pero ¿no está un hombre allí?

JULIO. (*Ap.*)

Ya me vieron.

DUQUE.

Esperad;
Que me cuesta ya cuidado,
Porque no alcanzo á qué fin
En la puerta del jardin
De Isabel está parado;
Mucho holgara conocelle.

OCTAVIO.

Buen talle tiene.

JULIO. (*Ap.*)

Aquí es ello;
Colgado estoy de un cabello.

DUQUE.

Llegad á reconocelle.

JULIO. (*Ap.*)

Acabóse la maraña;
El diablo me trujo aquí.

OCTAVIO.

¿Caballero?

JULIO.

¿Dice á mí?

OCTAVIO.

Sí.

JULIO.

Pues pienso que se engaña,
Porque no soy caballero.

OCTAVIO.

¿No es caballero?

JULIO.

No, á fe.

OCTAVIO.

Pues ¿quién es?

JULIO.

Yo no lo sé.

OCTAVIO.

Será algun gran majadero.

JULIO.

Por Dios, que me conoció;
Pero aunque es gran barbarismo
No conocerse á sí mismo,
No soy el primero yo.

OCTAVIO.

Él es loco.

JULIO.

Dice bien;
Pues sirvo sin ser premiado.

DUQUE.

Octavio, ¿quién es?

OCTAVIO.

Ha dado
El hombre en no decir quién,
Y parece hombre de humor,
Que acaso se paró allí.

JULIO. (*Ap.*)

No va muy malo hasta aquí,
Si saliera mi señor.

OCTAVIO.

Dice que es un majadero,
Y dice verdad el hombre.

DUQUE.

Haced que diga su nombre.

(*Vuelve Octavio á Julio.*)

OCTAVIO.

Majadero ó caballero,

Que todo lo puede ser,
Suplícoos que me digais
Quién sois ó cómo os llamais,
Porque lo quiero saber,
Y excusaréis un enfado.

JULIO.

Jesus, de muy buena gana;
Que por cosa tan liviana
Cualquiera enojo es pesado.
Yo soy, para entre los dos,
Poeta y sastre; mirad
Si os puedo decir verdad.

OCTAVIO.

Pues diréismela, por Dios.

JULIO.

Sí haré, escuchad un poco;
Que, aunque es mi oficio mentir,
Por fuerza lo he de decir,
Por lo que tengo de loco.

OCTAVIO.

Pues decid el nombre.

JULIO.

¿El nombre?
Mas, por Dios, que lo he olvidado;
No debo estar bautizado.

OCTAVIO.

¿Quieres que te mate, hombre?

JULIO.

No por cierto.

OCTAVIO.

El nombre di.

JULIO.

Vive Dios, que va de veras;
¿Quién me ha metido en quimeras?
Yo me llamo don Piali.

OCTAVIO.

¿Nombre de moro y con don?

JULIO.

Hay dones en Berbería.

OCTAVIO.

Este es loco y desvaria.

JULIO.

Todos los hombres lo son,
Cada uno por su camino.

DUQUE.

¿Díjote quién era?

OCTAVIO.

Sí;
El poeta don Piali.

DUQUE.

¡Qué notable desatino!
Yo estoy de muy buen humor
Para locuras; echadlo
De aquesa puerta ó matadlo;
Que es todo celos amor.

OCTAVIO.

Pues, hombre, sastre ó poeta,
O dejad la calle al punto,
O la vida.

JULIO.

Todo junto.
Oiga, señor estafeta,
Que en gran confusion estoy,
Sin saber lo que he de hacer;
Mas, pues me dan á escoger,
Responda que ya me voy. (*Vase.*)

OCTAVIO.

Ya se fué.

DUQUE.

Ya me ha pesado,
Octavio, que se haya ido
Sin haberle conocido;
Estoy con grande cuidado.
Corred al punto tras él,
O matadlo ó traedlo aquí.

OCTAVIO.

Yo voy.

DUQUE.

Yo no estoy en mí,
¡Oh celos de amor cruel!
¿Si era galan de Isabela,
Mas venturoso que yo?
¿Si fingió ser loco ó no?
Mas sí; que amor es cautela.
Quiero llegarme al postigo,
Quizá podré averiguar
Mis celos; que mi pesar
Hoy ha de acabar conmigo.
Vive el cielo, que está abierto,
Cierta mi sospecha ha sido;
¡Que no hubiera conocido
A quien de celos me ha muerto!
Que haya quien goce el favor
Que no pude merecer!
Mas fué eleccion de mujer,
Que apetecen lo peor.
Ardiendo estoy y temblando; [sigo?
¿Qué haré? ¿á quién busco? á quién
Mas ¿cómo, abierto el postigo,
En la calle estaba hablando?
Gran mal hay; ¡viven los cielos,
Que tiene dentro el galan!
¿Los dos gozándose están,
Cuando yo muero de celos?
Este guardaba la puerta,
Y yo no quiero aguardar
Que me acabe aquí el pesar,
Pues que la he hallado abierta;
Vive Dios, que he de saber,
Entrando allá, quién ha sido
El hombre que ha merecido
Gozar tan bella mujer. (*Vase.*)

JORNADA SEGUNDA.

Sale LAURENCIO, *de la misma suerte que entró en el jardin, de noche, y* LEONORA.

LEONORA.

Mi Laurencio, tarde es ya.

LAURENCIO.

No es tarde, aguardad un poco,
Mi Isabela; que estoy loco.
¡Cuán presto el tiempo se va!
En mi vida no os he hablado,
Y ya que os hablo, no os veo,
Y apenas el bien poseo,
Cuando el tiempo se ha pasado.
¡Oh, si nunca amaneciera!—
Oh Apolo, deten tu coche,
Y haz eterna aquesta noche,
Así en mas feliz carrera
Alcances la fugitiva
Dafne, no en laurel frondoso,
Sino en medio cuerpo hermoso,
Menos ligera y esquiva.

LEONORA.

¿Quién mas que yo deseara,
Laurencio, que fuera así?

LAURENCIO.

Mas ¿cómo me he de ir de aquí
Sin ver vuestra hermosa cara?
Sin luz del sol he gozado,
Y entre tan grande ventura,
Siendo sol vuestra hermosura,
A escuras me habeis dejado;
Tened, mi bien, encendida
Luz, y estad muy confiada;
Que pareceréis gozada
Lo mismo que pretendida.

LEONORA.

Será el milagro mayor
Que ha hecho amor.

LAURENCIO.

Es verdad;
Pero en tan grande beldad
No es el milagro de amor,
Sino de vuestra hermosura.

LEONORA.

Dejad eso; que ya es tarde.
Señor, así Dios os guarde,
Que será gran desventura
Si acaso mi padre os siente;
Lleváos la llave con vos,
Y cerrad, y guárdeos Dios,
Y venid mañana.

LAURENCIO.

Ausente
De vos, ¿cómo tendré vida?
¿Cuándo he de poder gozaros
Sin miedo? Quiero abrazaros,
Del alma hermosa homicida.

LEONORA.

Adios, mi Laurencio.

LAURENCIO.

Adios.

LEONORA. (*Ap.*)

Yo le he engañado muy bien. (*Vase.*)

LAURENCIO.

¡Oh, mal haya el tiempo, amén,
Que nos divide á los dos!
Adios, plantas, adios, fuentes,
Que con el agua y el viento
Celebrasteis mi contento;
Pero ¿qué es esto? Allí hay gente.

Sale EL DUQUE, *muy despacio, del modo que entró en el jardin; Laurencio se aparta, embozado, entre unos ramos.*

DUQUE.

Por todo el jardin he andado,
Y no he visto á nadie en él.
Perdona, casta Isabel,
Este celoso cuidado;
Yo ofendí tus generosos
Pensamientos soberanos,
Mas son los celos villanos;
Y así, son muy maliciosos.
¡Oh cuán venturoso fuera
Si en este jardin gozara
Mi Isabel, si se ablandara!
Mas es diamante y yo cera.—
Plantas, decídselo vos,
Así el viento bullicioso
Siempre con soplo amoroso
Os regale; mas ¡ay Dios!
(*Mira á Laurencio.*)
¿No está allí un hombre encubierto?
¡Ah ingrata! ¡perdon te pido,
Cuando el galan escondido
Gozas, habiéndome muerto?
Sin duda que este es el hombre
A quien el otro aguardaba.
Cielos, gozándola estaba;
Sabré, vive Dios, su nombre;
Pero ¿el honor de Isabela?
¿Qué honor cuando estoy rabiando?

LAURENCIO.

Acá se viene llegando,
Gran mal el alma recela;
¿Si es Celio, que me ha sentido?
Mas no; que si Celio fuera,
Con mas cólera viniera
A cobrar su honor perdido.
Sin duda que es escudero

De casa, ó es mi criado,
Que por burlarme se ha entrado
En el jardin.

DUQUE.

¿Caballero?

LAURENCIO. (*Ap.*)

No es su voz, y ya se abrasa
El alma; ¿quién puede ser?
La voz quiero conocer;
Mas hombre fuera de casa,
Estando Julio á la puerta,
No es posible; mas ¡ay cielos!
Que ha dado vida á mis celos
Una fe que juzgo muerta.
¿Si es otro galan que ha muerto
A Julio y ha entrado en casa?

DUQUE.

¿Qué es esto que por mí pasa?
No sé si yerro ni acierto;
Si doy á este hombre la muerte,
Es forzoso que al ruido
Despierten, y soy perdido;
Que no es bien que desta suerte
Ande un duque de Florencia,
Que ha de casarse mañana
Con la beldad soberana,
Hija del César; paciencia,
Paciencia, celos y amor;
Mas, si se acierta á saber,
¿Qué dirá el mundo, si el ser
Le debo al Emperador?
Y mas con hija de un hombre
Que á Italia revolverá
Por vengarse.

LAURENCIO. (*Ap.*)

¿Quién será?

DUQUE.

Ahora bien, yo sabré el nombre;
Quiero sacarle á la calle
O al campo, esto es lo mejor.

LAURENCIO. (*Ap.*)

¿Si es el Duque, mi señor?
Que es su voz, su andar, su talle.

DUQUE.

¿Ah hidalgo?

LAURENCIO. (*Ap.*)

Quiero fingir
La voz, que el Duque es sin duda;
Hoy la fortuna se muda.
¿Qué he de hacer? Qué he de decir?

DUQUE.

A mí me importa saber
Quién sois y qué haceis aquí.

LAURENCIO. (*Ap.*)

Si lo ha sabido (¡ay de mí!),
¿Qué tengo de responder?
¿Si conoció mi criado
A la puerta? Si avisó
Cosme al Duque? Pero no;
Que, aunque enemigo, es honrado.

DUQUE.

¿Sois sordo? ¿Qué haceis aquí?

LAURENCIO. (*Ap.*)

Animo.

DUQUE.

Decidme el nombre.

LAURENCIO.

¿Quién me lo pregunta?

DUQUE.

Un hombre.

LAURENCIO.

Jamás á un hombre temí;
Si sois deudo ó pretendiente
De mi Isabela, yo soy
Su primo, y casado estoy
Con ella. Si sois prudente,
No alborotemos la casa;
Que estoy casado en secreto,
Y es bien que tengais respeto
A Isabela.

DUQUE.

¿Aquesto pasa?
De celos no estoy en mí.—
Yo gusto de respetar,
Por su honor, este lugar;
Mas salgámonos de aquí;
Que en el campo ó en la calle
Sabréis que no puede ser
Isabel vuestra mujer.

LAURENCIO.

(*Ap.* Gran traza, yo he de engañarle.)
En el campo es lo mejor.

DUQUE.

Pues señalad el lugar.

LAURENCIO.

(*Ap.* De Cosme me he de vengar.)
Al valle de Miraflor.

DUQUE.

Pues seguidme.

LAURENCIO.

Ya yo os sigo,
Pero no por esta calle.
(*Ap.* A Cosme hallará en el valle;
Hoy morirá mi enemigo.
En gran peligro me vi,
Pero muy bien me he librado;
Cosme me ha desafiado,
Y el Duque sale por mí.)

(*Vanse.*)

Sale COSME, *como salió en la primera jornada.*

COSME.

Cansado ya de esperar
Mi contrario en Miraflor,
Sale á campaña mi amor,
Con él he de pelear;
Si llego á considerar
Que por el Duque cruel
Dejo á mi amada Isabel,
Peno, dudo, rabio y digo
Que yo soy un fiel amigo,
Pero no un amante fiel;
¡Qué haré, fuerza de mi estrella,
Que amar al Duque me inclina?
Rara influencia divina,
Que tanto gusto atropella.—
Perdóname, Isabel bella,
Que te dejo y no te olvido;
Y pues al campo he salido,
Ya pienso vencer así,
Porque, en venciéndome á mí,
Lo demás doy por vencido.

Sale EL DUQUE, *despacio.*

Allí viene un caballero,
¿Si es acaso mi enemigo?
El es; esta vez castigo
La traicion de un lisonjero.

DUQUE.

Un grande rato há que espero
A mi contrario en el valle;
Gran necedad fué dejalle,
Sin darle en el jardin fin,
Pues al salir del jardin
Se me fué por otra calle.
Agradézcalo á Isabela
Y al César, que su temor
Pudo obligar á mi amor
A sufrir esta cautela;
Pero en vano se desvela
Quien jamás tuvo ventura.
No vi noche mas oscura,
Yo mismo á mí no me veo.
Que no halle á quien deseo
La misma noche procura;
Apenas sé dónde estoy.
¡Oh noche! Un bulto está allí,
Sabré si es él.—¿Sois vos?

COSME.

Sí;
Meted mano, que yo soy;
Yo soy, acabad; que estoy
Cansado ya de esperar.

DUQUE.

Tambien lo debeis de estar
De vivir.

COSME.

Y muy cansado,
Y como desesperado,
He de morir ó matar.

DUQUE.

Pues yo os vi con menos fieros
No há mucho, y con mas paciencia,
Y antes que os mate, licencia
Me dad para conoceros.

COSME.

No salen los caballeros
Al campo á burlarse así.

DUQUE.

Decid quién sois.

COSME.

Yo.

DUQUE.

¿Vos?

COSME.

Sí.
Loco de cólera estoy;
Villano, ¿ignoras que soy
Cosme, tu primo?

DUQUE.

¡Ay de mí!

COSME.

Cosme soy, el desdichado
A quien tanto has perseguido;
Cosme, del mundo temido,
Y Cosme, del mundo amado;
Soy quien tres veces le ha dado
La vida al Duque cruel,
Y soy su amigo mas fiel,
Quien le acudió en su pobreza,
Quien le sirvió en su riqueza
Y quien le ha dado á Isabel;
Soy á quien mas ha debido
Y á quien peor ha pagado;
Soy quien sale desterrado...

DUQUE. (*Ap.*)

El traidor me ha conocido.

COSME.

Por lo bien que le he servido,
Y soy quien tan pobre estoy,
Pudiendo ser duque hoy
De Florencia.

DUQUE. (*Ap.*)

¡Hay cosa igual!

COSME.

Y matando á un desleal,
Sabrás, Laurencio, quién soy.

DUQUE.

Basta, Cosme, ya lo sé.

COSME.

¿Qué es esto? (¡Válgame Dios!)

DUQUE.

Fuerza es que fuérades vos
Quien tan alevoso fué.
¿Esta es la palabra y fe
Que me disteis? Mas, en fin,
Sois hombre bajo y ruin;
Bien cumplis el juramento,
Prometerlo en mi aposento,
Y gozarla en el jardin.

Decid que no os he hallado
Dentro dél, y que es traicion
De Laurencio, ó ilusion,
Todo cuanto me ha pasado;
Vos mismo habeis confesado
Que de Isabel sois marido,
De vos mismo lo he sabido;
¿Soy tirano? soy cruel?
¿Vos el amigo mas fiel?
¿Págoos mal lo bien servido?

COSME. (*Turbado.*)

Señor, ¿yo jardin? yo amor?
¿Yo casamiento? ¿Tú aquí?
Laurencio... No te ofendí.

DUQUE.

¿Turbado estás? (¡ah traidor!)
Al valle de Miraflor
Salimos desafiados;
Ya estamos bien apartados,
Defiéndete; que, por Dios,
Que con uno de los dos
Se han de acabar mis cuidados.
Tú no me puedes negar
Lo que yo acabo de ver;
Si Isabel es tu mujer,
Yo soy quien te ha de matar;
Vivo yo, no has de gozar
El bien que por ti he perdido.

COSME.

Ni mi palabra he rompido,
Ni yo te he desafiado,
Ni en el jardin me has hallado,
Ni soy de Isabel marido.

DUQUE.

Ya, traidor, no han de valer
Tus fingidas humildades.

COSME.

Si no has de escuchar verdades,
Dame, gran señor, la muerte.
(*Arroja la espada.*)

DUQUE.

Sí haré, porque desta suerte
Fenecerá mi dolor;
Toma la espada, traidor,
O te mataré sin ella.
(*El Duque le va tirando de estocadas, y Cosme con la daga ó el broquel se defiende, y éntranse.*)

COSME.

¡Hay mas desdichada estrella!
Tente, aguarda, oye, Señor.

Salen LAURENCIO Y JULIO.

JULIO.

No le dejé el postigo por cobarde,
Sino porque Alejandro no me viera;
Que, á no ser nuestro Duque (Dios le [guarde),
Ni entrara en el jardin ni yo me fuera.

LAURENCIO.

No en vano hagas de tu pecho alarde;
Deja eso ahora, porque el alma espera
Saber qué dice Cefio al papel mio.

JULIO.

De su arrogancia y su vejez me rio.

LAURENCIO.

¿En fin?

JULIO.

Llegué á su casa.

LAURENCIO.

Di adelante.

JULIO.

Por Cefio pregunté; salió el buen viejo,
Si bien caduco, altivo y arrogante,
Casi en los hombros de Isabel fué es- [pejo,
A su cielo, Señor, sirvió de Atlante;
Dile el papel, leyó, tomó consejo
Consigo, pidió el báculo, y despacio
Y bien confuso llega ya á palacio.

LAURENCIO.

¡Oh si llegara ya!

JULIO.

Ya estará en casa.

LAURENCIO.

¿Viste á Isabela?

JULIO.

No, mas vi á Leonora;
Es hembra altiva y de favor escasa,
No me valió decirle sol ni aurora,
Ni aquello que me hiela y que me abra- [sa.

LAURENCIO.

¿Qué dijo de Isabel?

JULIO.

¡Oh! que te adora.

LAURENCIO.

¿Qué mas te preguntó?

JULIO.

Fiestas y entrada
Del César; que por ti no han visto na- [da.

LAURENCIO.

¿Por mí?

JULIO.

Por no enojarte no han salido.

LAURENCIO.

¡Oh venturoso yo con tal esposa!

JULIO.

No hay ventura, Señor, sobre marido.
Gasté lindo almacen y culta prosa,
No me quedó ni talle ni vestido,
Galan ó desairado, fea ó hermosa,
Aderezos de calles y caballos,
Que, por ser viejo, dejo de pintallos;
La salida del César á la empresa
De Lutero, y sus falsas herejías,
Sus partes, el valor de la Duquesa,
Lugares, ceremonias, cortesías,
Familia, ostentacion, comedia, mesa,
Juegos, fiestas, saraos, alegrías,
Y por sentir á Cefio en tu aposento,
No digo en un romance todo el cuento.

LAURENCIO.

A recibirle voy; que es sangre mia.

Sale CEFIO.

CEFIO.

Laurencio, Dios os guarde.

LAURENCIO.

¡Ah Cefio, tio!
¿Cuándo mi casa mereció este dia?

CEFIO.

Cuando el tiempo burló mi antiguo [brio;
Que á ser cuando fortuna obedecía,
Por fuerza, no por gracia, el brazo mio,
(*Llora.*)
No pisaran mis piés estos umbrales,
Presagio triste de mayores males.

LAURENCIO.

No hagais menos mi gusto con la pena,
Que causa aquese llanto, esos enojos.

CEFIO.

El alma, como está de males llena,
Revienta por la boca y por los ojos;
No os admireis, que el hado me condena
A que rinda á su imperio estos despo- [jos;
Mas, dejando esto aparte, este criado
Me dió vuestro papel y gran cuidado;
Decísme que os aguarde en mi posada,
Porque teneis que hablarme.

LAURENCIO.

Así lo digo.

CEFIO.

Así pues, aunque ya no ciño espada,
No aguardo dentro en casa á mi ene- [migo,
No luenga edad la sangre tiene helada;
Que este brazo, que un tiempo fué cas- [tigo
De los tiranos Médicis, ahora
Restaurará su patria vencedora;
¿Qué me quereis y adónde? Qué á esto [vengo;
Las armas y hora señalad, que es tarde.

LAURENCIO.

¡Ah Cefio! ah padre! ah tio! ¿en qué [detengo
La atada lengua, en la razon cobarde?
No os desafío yo, mi patria vengo;
Que es caso feo que Florencia aguarde
Dueño tirano, esclavitud pesada,
Teniendo ese consejo y esta espada;
Si los Médicis fueron sangre mia,
Sangre mia tambien los Pazos fueron;
Ya todos con rigor y tiranía
Se vengaron, si necios se ofendieron;
Acábense los bandos, llegue el dia
Tan deseado, que mis ojos vieron,
Que olvideis vuestro enojo y seais mi [padre;
(*Alborótase Cefio.*)
Dadme á Isabel y libertad mi madre.
Haced, Señor, mi suerte venturosa,
Merezca, si es posible, ser marido,
Padre y señor, de mi Isabel hermosa,
Pues el sí de su boca he merecido;
Haced tambien mi patria venturosa,
Que toda Italia ayuda me ha ofrecido;
Hay armas, ocasion, gente y dinero,
Y solo el sí de vuestra boca espero.

CEFIO.

¡Hay tal maldad! hay tal atrevimiento!
¡Cuán vana siempre fué la vil riqueza!
¿Que quepa en tu arrojado pensamiento
Igualar tu caudal con mi nobleza?
¿Mi hija me has pedido en casamiento,
Cuando por mi linaje y su nobleza
El mismo César me parece poco?
¡Soberbio presumir, oh jóven loco!
¿Tan bien salieron los ilustres Pazo
De otra vez que casaron en tu casa?
¿A mí te atreves, que te haré pedazos,
Y aun polvos, con el fuego que me abra- [sa?
¿La mano á mi Isabel? ¿Cuándo mis bra- [zos,
Aunque Alejandro con el sol se casa,
Han de eclipsar los Médicis tiranos?
¿La mano á mi Isabel, teniendo manos?
Quédate, vano, rapacillo, loco,
La mano á mi Isabel?

LAURENCIO.

Cielos, ¿qué es esto?
Tio, Señor, escucha, espera un poco;
Considera mas bien lo que he propues- [to.

CEFIO.

A nueva furia mi rigor provoco.

LAURENCIO.

Mira, Señor, que el cielo lo ha dispuesto;
Advierte que he gozado á mi Isabela.

CEFIO.

¿Es verdad lo que dices, ó es cautela?
¡Válgame Dios!

LAURENCIO.

Señor, yo la he gozado;
Del alma y del jardin tengo las llaves;
Sin tu gusto con ella estoy casado,
Mi calidad y hacienda ya lo sabes;
Considéralo menos enojado;
No determina bien los casos graves
La cólera; si en esto te he ofendido,
Perdon mil veces á tus piés te pido.

CEFIO.

Cielos, ¡qué escucho! ¿para tanta afren- [ta

Guardasteis este viejo tantos años?
¿Cómo es posible que mi honor con- [sienta
Deste traidor tan viles desengaños?
La misma honestidad mi casa afrenta;
¿Isabela gozada por engaños?
No puede ser, es virtuosa, es sábia;
Mas, si es mujer, ¿qué dudo? Ella me [agravia.
¿Qué haré, cielos, qué haré? Dadme [consejo,
Pues que me habeis dejado sin sentido.

LAURENCIO.

Señor, lo que conviene te aconsejo,
Mira que soy tu sangre y su marido.

CEFIO.

Calla, villano, calla; que, aunque viejo,
Sabré cobrar mi honor, si está perdido;
A Italia he de alterar y al mundo.
(*Vase.*)

LAURENCIO.

Padre,
Oye á Florencia, pues la llamas madre;
Su libertad ofrezco; aguarda, espera.
¡Hay furia igual! hay condicion mas [vana!
¿Que me niegue á Isabel, cuando pu- [diera
Ser duque de Florencia y de Toscana?
¡Hay mas triste suceso! A Dios pluguiera
Que la mano mas vil, mas inhumana
Te quitara, Alejandro, estado y vida,
Pues por tí pierdo mi Isabel querida;
¿Qué haré, si ha de matarla? ¡Estoy
Mal haya el Duque, amén. [sin seso!

Sale JULIO.

JULIO.

¡Favor notable!
No se ha visto de amor tan grande ex- [ceso;
El gran Duque, y con serlo, mas afable,
Te visita en tu cuarto.

LAURENCIO.

¡Hay tal suceso!

JULIO.

En la antesala está; ¿no es variable
La fortuna, Señor?

LAURENCIO.

¿Vió á Cefio acaso?

JULIO.

No lo ha visto ninguno.

LAURENCIO.

¡Extraño caso!

Entra EL DUQUE, *muy galan, y* ACOMPAÑAMIENTO.

DUQUE.

¿Laurencio, primo?

LAURENCIO.

¡Gran señor! ¿qué es esto?
¿Tan grande exceso ha hecho vuestra [alteza
Con un criado suyo, el mas humilde?

DUQUE.

Como me habeis faltado algunas noches
A tan grandes festines de palacio
(*En secreto.*)
Y en tan grandes pesares de allá fuera,
Y me escribisteis que os faltaba el gusto
Y la salud, he estado con cuidado,
Y vengo á visitaros por enfermo;
¿Cómo os hallais?

LAURENCIO.

Confuso y aun corrido
De la merced que vuestra alteza hace
A esta humilde hechura de sus manos,
Las cuales beso por merced tan alta;
Ya estoy bueno, Señor.

DUQUE.

Ea, estad bueno;
Que he menester, Laurencio, vuestra [vida;
Y por si os dura, primo, la tristeza,
Villacayan es vuestra, cuyos prados,
Montes y sierras, rios y jardines
Han obligado á olvido á los antiguos;
Que fueron maravilla de los hombres,
Y no es mucho que haga maravillas
Por daros gusto, pues que no le tengo
Si os falta á vos.

LAURENCIO.

Los piés de vuestra alteza
He de besar, porque, poniendo en ellos
(*Hincase de rodillas.*)
La boca, signifique en las acciones
Lo que calla la lengua, de turbada.

DUQUE.

Los brazos tengo yo para mis deudos,
A quien estimo tanto; alzad, Laurencio.
Déjennos solos; que quisiera hablaros.

LAURENCIO.

Despéjennos la sala, caballeros.—
(*Vanse.*) [teza?
Ya se han ido; ¿qué manda vuestra al-

DUQUE.

Quisiera de un traidor una cabeza;
Muy enojado estoy.

LAURENCIO.

Señor, ¿conmigo?

DUQUE.

No, Laurencio; ¿con vos? Andad, pa-

LAURENCIO. [riente.

Mil vueltas habia dado el pensamiento,
Imaginando, gran señor, la causa,
Y no la hallaba.

DUQUE.

Claro está, Laurencio.

LAURENCIO. [alteza?

¿Quién, Señor, ha enojado á vuestra

DUQUE. [me,

¿Quién pudiera atreverse sino es Cos-
Confiado en el César, que le estima
Por la fama que tiene en toda Italia?
Cubríos, Laurencio.

LAURENCIO.

Gran señor.

DUQUE.

Cubríos.
Ya os conté que la noche desdichada,
Víspera de mis bodas venturosas,
Que no me acompañasteis, fuí á la calle
De mi Isabel, adonde hallé aquel hom- [bre
Arrimado al postigo, á quien Octavio
Nunca pudo alcanzar.

LAURENCIO.

Ya lo he escuchado,
Y cómo en el jardin estaba Cosme,
Y llevó á Miraflor á vuestra alteza.
Como si allí estuviera lo sé todo.

DUQUE.

Quise matarle, y arrojó la espada;
Mas no por eso se aplacó mi enojo.

LAURENCIO.

¿Hirióle vuestra alteza?

DUQUE.

Bien quisiera,
Pero no me aguardó; yo estoy celoso.
Muera Cosme, Laurencio.

LAURENCIO.

Cosme muera.

DUQUE.

Temo que en Trebia vivirá escondido,
Y Trebia está muy cerca de Florencia;
Sóbrame amor, y fáltame paciencia.

LAURENCIO.

Poder te sobra, si te falta dicha.

DUQUE.

Pues venza mi poder á mi fortuna;
A este hipócrita adora toda Italia,
Los foragidos le apellidan Duque;
Y en fin, ama á Isabel, que es mas de- [lito,
Y en su muerte, Laurencio, está mi vida,
La quietud de mi estado y es mi gusto.

LAURENCIO. [to.

Que te obedezca todo el mundo es jus-

DUQUE.

Llámenlo por edictos y pregones,
Y en tanto que el proceso se fulmina,
El poder y el amor, invictos jueces,
Me mandan que yo goce á mi Isabela
O por fuerza ó por gusto.

LAURENCIO.

(*Ap.* ¡Extraño caso!)
¿De qué suerte, Señor?

DUQUE.

A la Duquesa
Le he dicho que Isabela es prima mia,
Muy pobre y muy hermosa, y que no [es justo
Aventurar la fama de mi sangre,
Permitiendo que viva con un viejo
Tan pobre como Cefio y tan caduco;
Que la traigamos luego á mi palacio
Por dama de su alteza, donde pienso,
Gozándola, acabar con mis pasiones,
Y con Cosme, y con cuantos intentaren
Quitarme el bien que yo no he mere- [cido.
No puedo mas, Laurencio; estoy ce- [loso,
Rabiando estoy, estoy desesperado.

LAURENCIO. (*Ap.*)

El cielo contra mí se ha conjurado.
¿Podré estorbar resolucion tan grande?

DUQUE.

¿Qué dices?

LAURENCIO.

Que advierta vuestra alteza
Que aventura su estado y su persona
Si goza de Isabela sin su gusto.

DUQUE.

¿Por qué? Hablad.

LAURENCIO.

Quisiera no enojarte.

DUQUE.

Decid, Laurencio.

LAURENCIO.

Es belicoso el padre,
La ofensa grande, tiene muchos deu-
Y los Médicis somos tan odiosos, [dos,
Que con pequeña causa nuestra patria
Se ha de alterar y sacudir el yugo,
Que tan pesado les parece á todos. [ble,
La libertad, Señor, siempre fué ama-
Y el señorío que adquirió la fuerza
Está sujeto á fáciles mudanzas.
Mire bien vuestra alteza lo que intenta.

DUQUE.

No os he visto jamás mas elocuente
En persuadirme cosas de mi gusto;
La prudencia ¿no evita el mayor daño?

LAURENCIO.

Sí, Señor.

DUQUE.

Pues ¿qué haré? ¿Temeré en duda
La súbita mudanza de mi estado,
O estorbar de mi muerte el fin preciso?
Si no gozo á Isabela, yo soy muerto,
Y si gozo a Isabela, tendré vida;
Y vivo yo, verémos quién se atreve
A mi estado y persona.

LAURENCIO.

Mejor fuera
Que no hiciera mudanza de su casa;
Que si viene á palacio, mi señora
Es fuerza que descubra este secreto,
Y que el César lo entienda por sus car- [tas.

DUQUE.

¿Será muy gran delito contra el César?
Será bien que, dejándola en su casa,
La goce Cosme á su placer las noches,
Muriendo yo las noches y los dias?
Basta, no me canseis.

LAURENCIO. (*Ap.*)

¡Ay, prendas mias!
Cielos, ¿qué haré? ¿Diréle mi secreto?
Pero de suerte está que ha de matar- [me.

DUQUE.

Haced poner, Laurencio, la carroza,
Y vamos á la casa de Isabela,
Donde seréis testigo de la suerte
Que se ablandará Ceño, mi enemigo.

LAURENCIO. (*Ap.*)

De mi deshonra habré de ser testigo.

DUQUE.

Id vos delante, y avisad á Ceño
Que me aguarde en su casa.

LAURENCIO. (*Ap.*)

Estoy sin alma;
Mal haya la privanza, hacienda y vida,
Que me cierran los labios. Mataréle;
Que yo no he de sufrir tan grande agra- [vio.

DUQUE.

¿Qué decis? Qué teneis?

LAURENCIO.

Estoy sin gusto
De ver que vuestra alteza persevere
En tal resolucion. Temo un gran daño.

DUQUE.

No teme amor ni admite desengaño.

(*Vanse.*)

Sale ISABELA, *muy bizarra.*

ISABELA.

Si vivo en vos en este apartamiento,
¿Cómo estoy viva, ausente de mi vida?
Y si dejé el vivir con la partida,
¿Cómo es posible que este daño siento?
Si siento, ¿cómo del humano aliento
No me priva una pena tan crecida?
O ¿es que la pena está en el alma asida,
Que imita en lo inmortal á mi tormento?
Mas ¿cómo el alma se quedó conmi- [go,
Y no partió, mi Cosme, á acompañaros,
Siendo de vuestro cuerpo el mas amigo?
Bien quisiera partir allá á gozaros;
Mas yo, que solo el bien de amaros sigo,
No la dejé por no dejar de amaros.

Sale LEONORA, *alborotada.*

LEONORA.

¡Señora, señora mia!
Dadme albricias de un gran gusto.
Cosme...

ISABELA.

¡Ay, Dios! ¡Qué bien empiezas!
Prosigue, prosigue, ¡presto!

LEONORA.

No puedo mas; que estoy muerta,
Porque de solos dos saltos
Subí toda la escalera.
A Cosme he visto en la calle.

ISABELA.

¿En la calle?

LEONORA.

Y en tu puerta.

ISABELA.

¿Qué dices?

LEONORA.

Que está en tu sala.

ISABELA.

¡Loca estoy! ¿Quién tal creyera?
¿Daré voces? Pero no.
Contento, tened paciencia,
Que importa disimularos;
Que amor huye de quien ruega.
Pruebe Cosme mis desdenes;
Que el que no sabe de penas
No sabe estimar los gustos,
Y lo fácil se desprecia.

Sale COSME.

COSME.

¡Isabela!

ISABELA.

¡Cosme!

COSME.

Bueno.
Haz que se salga allá fuera
Leonora.

ISABELA.

¿Leonora?

COSME.

Sí.

ISABELA.

¿Qué quieres?

COSME.

Morir quisiera.

ISABELA.

Bueno es, Cosme, tener vida,
Y para que no la pierdas,
Podrás irte de mi casa;
Que si lo sabe su alteza,
Castigará justamente
Que hayas vuelto á entrar en ella;
Que quien es tan fiel amigo,
Quien hace tantas finezas,
Que deja su misma dama
Casi entre sus brazos muerta,
Es lástima que amancille
Con una hazaña tan fea
La bien divulgada fama,
Que borró la suya Grecia.
Si aquel ardor invencible,
Con que intentó tu soberbia
El desprecio de mi amor,
No le aviva tu nobleza,
¿Qué hará de tantas estatuas
Con que ha intentado Florencia
Celebrar tan grande hazaña,
Haciendo tu fama eterna?
¿Esta es palabra de noble?
Esta es, Cosme, la promesa
Que al Duque y á Dios hiciste?
¡Qué presto diste la vuelta!
Ahora bien, véte con Dios;
Que, aunque es de mujer mi lengua,
Por lo bien que te he querido,
Yo callaré esta flaqueza.—
Mira, Leonora, la calle,
No pase alguien que le vea,
Y en saliendo, cierra luego,
Que temo que se nos vuelva;
Y con tanto, Dios te guarde.

(*Hace una reverencia y como que se va, y detiénela Cosme.*)

COSME.

Aguarda, aguarda, Isabela;
Que yo no vengo a rogarte
Ni á hacer al gran Duque ofensa.
Vuelve, y no, vana, presumas
Que con desprecio me venza
Ni tu discrecion valiente
Ni tu hermosura discreta.
A tu casa he vuelto ahora
Solo por saber quién sea
Quien mereció en tu jardin
Mas que un duque de Florencia;
Quién entra por el postigo
A gozar la primavera
Que en tus mejillas de rosas
Vinculó naturaleza;
Quién fué el galan venturoso...

ISABELA. (*Se enoja y da un golpe en la manga para soltarse.*)

Detente, Cosme, no quieras
Disculparte con mi infamia.—
La puerta, Leonora, cierra,
Y echa de casa ese loco.

COSME.

La puerta, Leonora, cierra,
Y abre á la noche el postigo
Del jardin para mi afrenta.—
Vive Dios, que has de escucharme.

ISABELA.

Habla mas paso.

COSME.

Sí hiciera,
A no estar loco y rabiando.
Afuera, locas promesas,
Hechas á un tirano dueño,
Que solo lisonjas premia.
Afuera, valor soberbio;
Que no hay valor que se atreva
A resistir en el alma
Ejércitos de belleza. (*Todo á las gentes.*)
Celoso estoy y rendido;
Si hay algun hombre que tenga
De nieve ú de bronce el pecho,
Intente accion como aquesta.

(*Mira á Isabela.*)

Celoso vengo á saber
Quién en tus jardines entra
A gozar el dulce fruto
Que sembraron mis ternezas;
Quién es á quien das la mano
De esposa, para que sea
Tirano de mi ventura,
Salteador de mis finezas;
A quién rindes los favores,
Que hacer dichoso pudieran
Al mismo amor, si atrevido
Osara á tan alta empresa;
A quién en solos dos dias
Abres, Isabel, la puerta,
Si en tantos años no pudo
Hallarla mi dicha abierta.
Porque prometí no verte,
Mal haya tan vil promesa,
Te entregaste á ajeno dueño;
Baja venganza, Isabela.
¿No dieras tiempo á mi agravio,
Pues diste tanto á mis penas?
¡Qué fácilmente castigas,
Y qué fácilmente premias!
¿Son estos, di, los extremos,
Las lágrimas, las ternezas,
Los desmayos, los suspiros
Con que sentiste mi ausencia?
¿No respondes? ¿Qué me dices,
Que siquiera no lo niegas?

Callando me das tormento,
Y tú el delito confiesas.
Ahora bien, yo te he perdido,
Y es muy justo que te pierda
Quien dejó por su enemigo
La mas estimada prenda;
Mas si es verdad que los ruegos,
En la muerte ó en la ausencia,
De los que bien se quisieron
Suelen tener mayor fuerza,
Yo, que estoy mortal, te ruego
Que saber de tí merezca
Si has escogido á Laurencio
Por dueño de tu belleza;
Que con verdad que me digas,
Partirá el alma contenta,
Y celebrarán tus bodas
Mis funerales exequias.

ISABELA.

Primero llegue mi muerte.
¡Ay, mi bien! ¿hablas de veras?
Que entendí que tus disculpas
Buscabas entre tus quejas.
¿Yo bodas, y con Laurencio?
¿Yo jardin? Yo amor? Yo puerta?—
Leonora, ¿qué enredo es este?

LEONORA. (*Ap.*)

Quiero disculpar su ofensa,
Fingiendo otro nuevo agravio.

ISABELA. (*Ponga á Leonora á la puerta, y éntrese.*)

Será disculpa muy necia.—
Yo, Cosme, no soy mujer
De quien presumir pudieras
Bajas venganzas de amor;
Que es doctrina de otra escuela.
Revuelve toda la historia
De tu amor y mi firmeza,
Y verás en mil ejemplos
Cuánto te quiere Isabela.
Laurencio, el Duque y el mundo,
Igualado á tu pobreza,
Los estimo en lo que piso,
Y esto te doy por respuesta.
¿Quiéres mas?

COSME.

Viven los cielos,
Que fué tan cierta mi ofensa
Como yo soy desdichado;
Mira si hay cosa mas cierta.
Laurencio en tu misma calle,
Queriéndole yo echar della,
Me juró que era tu esposo;
Y por tu honor, Isabela...

ISABELA.

¡Quedo corrida!

COSME.

Y yo muerto.
Y con mi lealtad muy necia
Le llamé traidor al Duque;
Y él, entre risa y soberbia,
Me dijo, entre mil agravios:
«Yo no pretendo á Isabela
Para el Duque, el Duque sí
Para mí; y porque ella
Me favorezca y te olvide,
Te destierra de Florencia.»
No le creí, y por vengarme,
Le repliqué que se fuera
Al valle de Miraflor,
Donde entendí que mi ofensa
O mi vida dieran fin;
Pero son ambas eternas.
Allí le esperé hasta el alba,
Que entonces, en vez de perlas,
Salió sembrando desdichas,
Cogiendo yo el fruto dellas.
Vi venir un caballero,
Y el deseo, no las señas,
Me persuadió ser Laurencio;
Quise matarle, y pudiera,
Si al descubrirse no viese
Al gran duque de Florencia.
Quedé atónito y suspenso,
Todas las acciones muertas;
Y el Duque, muy enojado,
Entre bien injustas quejas,
Me dijo que en tu jardin
(Atada tengo la lengua)
Vió entre sus plantas un hombre;
Y preguntando quién era,
Le dijo que era tu esposo,
Y pensando que esta ofensa
O esta ventura era mia,
Me quiso matar por ella.
¡Pluguiera á Dios! Pero, en fin,
Mi lealtad y mi nobleza
Huyeron del Duque airado;
Que aun la natural defensa
Entendí que le ofendia,
Y por desusadas sendas
Vengo, Isabela, á tu casa.
Mira tú ahora, Isabela,
Si yo no entré en tu jardin,
Quién en tus jardines entra.

ISABELA.

Esa es invencion del Duque.
Si tus celos no te ciegan,
Te sacarán de tu engaño
Las razones de mi ofensa.
Si dices que me pretende
El Duque para que sea
Esposa de su criado,
¿Qué mucho que el Duque quiera,

(*Esté atento Cosme á la disculpa de Isabela.*)

Infamándome, obligarte
A que dejes á Isabela?
Desafías en tu nombre
A Laurencio, y cuando esperas
En el campo tu enemigo,
Sale á matarte su alteza.
Claro está que si Laurencio
Al Duque no lo dijera,
Que no lo supiera el Duque
Y que al valle no saliera.
Ese es concierto de entrambos;
Y cuando mi esposo fuera
Laurencio, ¿para qué fin
Una mujer de mis prendas
Entretuviera á su primo?
Calla, Cosme; que es vergüenza
Sufrir tu necia lealtad
Ni hablar en estas materias.
Véte luego de mi casa,
Ni me escribas ni me veas;
Véte presto.

COSME.

Aguarda, escucha,
Vuelve, por Dios, Isabela,
A referir lo que has dicho;
Que va el desengaño apriesa
Alumbrando mis sentidos;
Mas ¿quién del Duque creyera
Que, para darla á Laurencio,
Me quitara á mí mi prenda?
De un grave sueño despierto.
Afuera, celos, afuera;
Que Isabela es mi mujer.

ISABELA.

Eso es si quiere Isabela.

COSME.

Sí querrá; que injustos celos
No fueron jamás ofensa
Que no merezca perdon;
Pero ¿qué loco creyera
Que los señores engañan,
Que los señores no premian?
¡Ah gran duque! Ah primo mio!
Ah Alejandro! ¿Así se dejan
Servicios de tantos años?
Así el honor se atropella
De una mujer principal?
Mas ¿qué importa que así sea,
Si yo estoy desengañado?
Basta ya, locas quimeras.

ISABELA.

En fin, ¿he de perdonarte?

COSME.

Sí; que es deidad la belleza.

ISABELA.

Ahora, Cosme, yo te adoro,
No hagamos las burlas veras;
Tuya soy.

COSME.

Dame los brazos.

ISABELA.

Sí daré, porque lo creas.
¿Por el Duque me dejabas?

COSME.

Isabel, no lo refieras;
Que, aunque fué el delito grave,
Bastó el dejarte por pena.
Pongamos remedio en todo.

ISABELA.

Lo que importa es que me quieras,
Que fies mas del amor,
Que á tu enemigo no creas,
Que ha de ser dueño tirano;
Que te salgas de Florencia,
Que á mí me lleves contigo;
Que le demos cuenta al César,
Para que escriba á mi padre
Y remedie tu pobreza.

COSME.

Yo, mi bien, quiero lo mismo.

ISABELA.

Fácilmente se conciertan
Amantes que bien se quieren.

COSME.

Baste estas paces por fuerza,
Que yo merezca tus brazos.

ISABELA.

Yo los doy, porque me creas.

Sale LEONORA, *muy apriesa.*

LEONORA.

¡Señora, grande desdicha!

ISABELA.

¿Qué hay, Leonora? Diló apriesa.

LEONORA.

Tu padre casi difunto,
La barba toda revuelta,
Los ojos llenos de llanto,
Con gran cólera y gran priesa
Por la escalera se sube,
Y ya le siento aquí fuera.

ISABELA.

¡Válgame Dios! ¡Qué desgracia!
Si te vió entrar, yo soy muerta.

COSME.

No es posible que me viese;
Ten aliento.

ISABELA.

Abre la puerta
Deste tocador, Leonora.—
Escóndete, Cosme, y cierra.

(*Escóndese Cosme en el tocador.*)

Sale CEFIO, *muy alborotado.*

CEFIO.

¿Está en casa Isabela?

ISABELA.
Isabela está en casa á tu servicio.

CEFIO. (*Ap.*)
¿Si es verdad? Si es cautela?
Jamas de liviandad me ha dado indicio,
Y fué buena su madre,
Honra y favor contra el amor de padre.

ISABELA.
¿Qué mandas?

CEFIO.
¿Estás sola?

ISABELA.
Leonora está en la sala.

CEFIO.
Salte afuera.
(*Ap.* En una y otra ola
Fluctúa mi honor en mar de afrenta fie-
¿Oyenos aquí alguno? [ra.)

ISABELA.
(*Ap.* ¡Qué viejo está mi padre, qué im-
Nadie nos oye. [portuno!)

CEFIO.
Infame,
Afrenta vil de mis honradas canas,
Que así es bien que te llame,
Pues que las aras del honor profanas;
Vil mujercilla loca,
Fiero cuchillo de mi vida poca,
Mancha de aquel brocado
Que tejieron los griegos y latinos,
Incendio que ha abrasado
Los homenajes de mi honor divinos;
¿Cómo, si el ser me debes,
Te casas sin mi gusto? ¿A mí te atreves?
A mí...

ISABELA.
¡Señor! ..

COSME. (*Ap.*)
¿Qué es esto?

CEFIO.
De cuyo nombre se estremece el orbe?

COSME. (*Ap.*)
Echó fortuna el resto.

CEFIO.
No tengo brazo que mi afrenta estorbe.

ISABELA.
Señor, escucha un poco.

COSME. (*Ap.*)
Cefio lo sabe todo; yo estoy loco.
¿Si matará á Isabela?

CEFIO.
¿Qué tengo de escucharte?

ISABELA.
Mi disculpa.

CEFIO.
Será alguna cautela.

ISABELA.
No te engañé jamás, ni hallo culpa
En mi inocente pecho.
Padre, ¿quién te ha enojado? ¿Qué te
Qué puerta, qué ventana, [he hecho?
Qué fiestas, qué vestidos, qué paseos,
O qué amiga liviana,
Qué vanos pensamientos, qué deseos
En mí jamás has visto?

CEFIO.
De nueva furia el ánimo revisto.
Tu vana hipocresía
No ha de librarte de mis fieras manos,
Pues que la sangre mia
Mezclaste con los Médicis tiranos,
Y al mas infame dellos
Le diste la ocasion por los cabellos.
¿Tú dentro de mi casa
Gozas de tu galan ó tu marido?

ISABELA. (*Ap.*)
Él sabe lo que pasa.

COSME. (*Ap.*)
Si la quiere matar, yo soy perdido;
Que el honor y la vida
He de arriesgar por Isabel querida.

CEFIO.
Tú elegiste, en efeto,
Como mujer, y yo con estos brazos
Estorbaré que un nieto
Junte otra vez los Médicis y Pazos.
(*Quiere darla.*)

ISABELA.
¡Señor!...

COSME. (*Ap.*)
¿Saldré? ¿Qué espero?

ISABELA.
Padre, escúchame y muera.

COSME. (*Ap.*)
Yo primero...

CEFIO.
¿Qué tengo de escucharte,
Si Laurencio de Médicis...

COSME. (*Ap.*)
¡Ah cielo!

CEFIO.
Ha llegado á gozarte?

ISABELA.
¿Laurencio á mí?

COSME. (*Ap.*)
¿Qué oí? Rabio de celos.

CEFIO.
Por el jardin ha entrado
Laurencio y te ha gozado, y te has casa-
Yo lo sé de su boca. [do.

ISABELA.
¿Posible es que á Laurencio no conoces?
Él miente. (*Ap.* ¡Yo estoy loca!
Cosme lo escucha todo.)

COSME. (*Ap.*)
Daré voces,
Porque mi pena es tanta,
Que no cabe del pecho á la garganta.
Engañóme Isabela.

ISABELA.
Laurencio te ha engañado.

COSME. (*Ap.*)
Tú me engañas.

ISABELA.
¡Ay, padre, que es cautela!

COSME. (*Ap.*) [ñas!
¡Ay, que muriendo, amor, me desenga-

ISABELA.
Llama á Laurencio luego,
Y apercibe el cuchillo, el lazo, el fuego,
Si en mi presencia osado
Que me gozó, ni aun que me habló, di-
Con mi infamia ha intentado [jere;
Que me case con él ó desespere.
Pues ¿tal de mi has creido?

CEFIO.
Siendo mujer, en poco te he ofendido;
Mas si con tanta infamia
Laurencio ha pretendido el casamien-
Si fueras Laida ó Lamia [to,
(Siendo mi hija), á tanto atrevimiento
Diera castigo tanto,
Que fuera Italia mar de sangre y llanto.
Dejaréte encerrada,
Y yo iré por Laurencio, aguarda un
Y si no estás casada, [poco;
Deste soberbio mancebillo loco
Tú verás el castigo;
Y si lo estás, yo moriré contigo.
(*Vase, y cierra la puerta.*)

ISABELA.
Aquí, Señor, te espero.

COSME.
¿Cerró la puerta?

ISABELA.
Sí

COSME.
¿Cerró la puerta?
Procura abrir; que muero.
¡Oh, quién tuviera la del alma abierta,
Y quedara en tal calma,
Que, pues murió mi amor, muera mi
¿De qué sirvió, Isabela, [alma!
Si es verdad que Laurencio te ha goza-
Dar con tan vil cautela [do,
Vida y ventura á un muerto, á un desdi-
Dejárasme en mi suerte, [chado?
No sintiera otra vez desdicha y muerte.
Sin seso estoy, yo rabio;
Abreme, si es posible; que no cabe
En tu casa mi agravio.—
Cielos, ¿qué es esto?

ISABELA.
Escucha; que no hay llave.

COSME.
¿Qué pregunto á los cielos?
¿Esto es amor?

ISABELA.
¡Mi Cosme!...

COSME.
¡Estos son celos!

ISABELA.
Si acabo de decirte
Que Laurencio pretende mi deshonra,
¿Por qué has de persuadirte
A que dice verdad?

COSME.
Porque á tu honra
Ninguno se atreviera,
Ni á tu padre Laurencio lo dijera,
A no ser tu marido.
Abreme ya, ó la puerta haré pedazos.

ISABELA.
Mi bien, mi padre es ido
Por Laurencio; yo quiero que tus bra-
Me dén muerte afrentosa [zos
Si dijere el traidor que soy su esposa.

COSME.
¿Hay mujer semejante?
Abre, Isabel, no intentes nuevo engaño;
Si la puerta es diamante,
No aguardaré tan fiero desengaño.

ISABELA.
Pues aguardar no quieres,
Muera de amor por quien de celos mue-
Acábeme tu espada. [res.

COSME.
¿Qué intentas, Isabel?

ISABELA.
Morir contigo.

COSME.
Detente.

ISABELA.
Soy honrada;
Quiero acabar, pues triunfa mi enemi-
Del bien que yo tenia. [go

COSME.
¿Quién vió tal confusion como la mia?
Suelta; que yo te creo. [do?
Pues ¿quieres que no oiga lo que he oi-

ISABELA.
Ya te he dicho verdad, no es mi marido;
Aguarda el desengaño.

COSME.

No aguardo por lo menos menor daño.
Y vive Dios, si es cierto
Que se atrevió Laurencio á tu deshonra,
Que aquí ha de quedar muerto,
Yo con vida y sin celos, tú con honra.

ISABELA.

Escóndete; que vienen.

COSME.

¡Oh, cuán gran fuerza las mujeres tienen!
(*Vase.*)

Sale CEFIO.

CEFIO.

Apenas pisé la calle,
Cuando encontré con Laurencio
En un coche, tan apriesa,
Tan turbado y tan suspenso,
Que apenas me conocía;
Paró, y díjele, en efeto,
Con cuántas veras negabas
Tu infelice casamiento.
«Yo he dicho verdad, responde;
Gran mal hay. Vámonos presto
A casa; que ha de ir el Duque
A ver á mi prima luego.»
Yo, extrañando la visita,
Medio loco, y él sin seso,
Llego con Laurenció á casa.

ISABELA.

Pues dile que entre á Laurencio.

Entra LAURENCIO.

LAURENCIO.

Ya, Isabela, estoy aquí;
Ni sé si vivo ó si muero.
Escucha á lo que he venido.

ISABELA.

Mejor será que primero
Averigüemos verdades.

COSME. (*Ap.*)

Aflojad un poco, celos.

ISABELA.

¿Sabes, Laurencio, quién soy?

COSME. (*Ap.*)

Bien empieza.

LAURENCIO.

Bueno es eso
Para quien esta sin vida.
Si lo haces por respeto
De las canas de tu padre,
Sé, Isabel, que eres mi dueño.

ISABELA.

Si dices que me has gozado
Y casádote en secreto
Conmigo, digo que mientes
Como infame caballero;
Y si á mi honor te atreviste
Por ver á mi padre viejo,
Para vengar mi deshonra
Valor y nobleza tengo.
Confiesa cómo has mentido;
Y si no, viven los cielos,
Que he de ahogarte entre mis brazos,
Porque seas escarmiento
De alabanzas fabulosas
De galanes destos tiempos.

LAURENCIO.

Parece que hablas de veras;
Si supieras qué hay de nuevo,
No negaras lo que pasa.

ISABELA.

¿Qué pasa, traidor Laurencio?

LAURENCIO.

¿Niegas que eres mi mujer?

CEFIO.

Di la verdad.

ISABELA.

Sí, lo niego.

COSME. (*Ap.*)

¿Qué importa, si él lo confiesa?

LAURENCIO.

Si por el miedo lo has hecho
De tu padre, advierte, prima,
Que ya es diferente tiempo.
El Duque viene á tu casa,
Cansado de los desprecios
De pocos años de amante;
Que el poder se cansa presto.
Quiere llevarte á palacio,
Y ya por fuerza ó por ruego
Me dice que ha de gozarte;
Que ignora mi casamiento.
Mira, Isabel, si es razon
Que á tu padre le neguemos
Que estás casada conmigo,
Y que pongamos remedio
En tu deshonra y la mia,
O que yo rabie de celos.

CEFIO.

¿Quedan mas males, fortuna?

COSME. (*Ap.*)

¿Quedan mas desdichas, cielos?

CEFIO.

¿El Duque te pretendia?

COSME. (*Ap.*)

Engañado me ha Laurencio;
No sabe el Duque su amor.

ISABELA. (*Ap.*)

No vió igual desdicha el tiempo.
¿Qué haré, que Cosme lo escucha?
Pues que no he perdido el seso
Cuando estoy perdiendo á Cosme,
No es posible que le tengo.

CEFIO.

¿Qué respondes, Isabel?

ISABELA.

Respondo que es otro enredo.
Padre, Alejandro pretende
Que me case con Laurencio,
Y si me lleva á palacio,
Será porque tenga efecto;
Que el Duque lo sabe todo.

LAURENCIO.

No lo sabe, vive el cielo.
(*Ap.* ¿Hay mudanza tan notable?)
Mira no presuma desto
Que tienes piedad del Duque.

CEFIO.

(*Ap.* Cordura es mudar consejo.)
Isabel, dime verdad,
Pierde el temor y el respeto;
Que yo quiero perdonarte,
Y como tú quieras, quiero
Que te cases con tu primo,
Y los dos me deis un nieto,
Con que olvidemos agravios.

ISABELA.

¿Qué es casarme? Plega al cielo
Que si tal cosa ha pasado
Jamás por mi pensamiento,
Que aquí me trague la tierra.

COSME. (*Ap.*)

¿Tiene mas pena el infierno?

LAURENCIO.

Isabel, ¿estás en tí?
Si los cipreses funestos,
Si las hiedras amorosas,
Que envidiaron mis requiebros;
Si las estatuas hablaran,
Si las fuentes, que tuvieron
Mudas entonces las lenguas,
Por dar buen ejemplo al viento,
Contaran nuestros amores,
No los negaras tan presto.
Isabel, en fin mujer,
¿Posible es que, cuando vengo
Casi sin alma á tu casa,
Procuras que salga muerto?—
Cefio, ¿no es esta la llave
De tu jardin? Dime, Cefio,
¿Esta es letra de Isabel?
(*Dale el papel que le dió Leonora.*)
Lee el billete.

CEFIO.

Ya lo leo.

LAURENCIO.

¿No me llama? No me da
Palabra de casamiento?
No me señala el jardin
Por tálamo, y el silencio
De la noche por la hora
Del mas felice suceso?

CEFIO.

Esta es, Isabel, tu letra.

ISABELA. (*Ap.*)

Cielos, ¿qué es esto que veo?
¡El papel que escribí á Cosme
Está en poder de Laurencio!

COSME. (*Ap.*)

Aquí se acabó mi vida;
¡Calló Isabel!

LAURENCIO.

Di que miento.

ISABELA.

Digo que mientes mil veces.
¡Loca estoy!

CEFIO.

Del mal el menos.
Isabel, deja locuras;
Mas quiero que sea mi yerno
Laurencio que tu galan
Alejandro. Ya esto es hecho.

ISABELA.

Mira que no estoy casada.

CEFIO.

Pues si no lo estás, yo quiero
Que con Laurencio te cases.
Dale la mano.

LAURENCIO.

¿Qué es esto?
Qué intentas, si te he gozado?

COSME. (*Ap.*)

¡Que esto escucho! Que esto veo!

ISABELA.

Padre, yo no he de casarme,
Porque ni quiero ni puedo;
Que estoy casada con otro,
Con quien te diré á su tiempo.
Si liviandad te parece,
Pon tú la espada, yo el cuello,
Y quitándome la vida,
No me culpará mi dueño.

CEFIO.

¿Hay tan grande desvergüenza?

COSME. (*Ap.*)

Conjuráronse los cielos
Con mi desdicha este dia.

CEFIO.

Mataréla.

LAURENCIO.

Tente, Cefio;
Que al Duque siento en la calle.
Yo averiguaré el misterio
Desta mudanza, y en tanto

Pongamos los dos remedio
En nuestra afrenta.

CEFIO.

Sobrino,
No temas, yo soy tu suegro,
Ya olvidé nuestros enojos;
Que la humildad y el respeto
Con que me buscaste padre,
Me obligaron y rindieron.

LAURENCIO.

Tus piés besaré mil veces.

CEFIO.

Levanta, hijo, del suelo,
Defiende á Isabel del Duque;
Que de Isabela yo espero
Que hará lo que la mandare.

LAURENCIO.

No sé, padre; no lo entiendo.

(*Vanse.*)

Sale COSME.

COSME.

¿Fuéronse ya? Abre, Isabel,
Por donde salir; que temo
Que he de acabar hoy con todo;
Échame de casa presto,
O vive Dios, de dar voces;
Que me abraso, ¡fuego, fuego!

ISABELA.

Oye, Cosme, mi disculpa,
Y quedarás satisfecho.

COSME.

No tienes que disculparte,
Isabela, yo te creo.
Tu no escribiste el papel,
Tú no llamaste á Laurencio,
Tú no le diste la llave
Del jardin, ni le halló dentro
El Duque, ni estás casada,
Ni lo que decir no puedo;
Porque quiere mi desdicha
Que no me acaben mis celos.
Ábreme. ó diré que estoy
Encerrado en tu aposento,
Para que me mate el Duque.—
(*Da voces.*)
¡Laurencio! —¡Alejandro!—¡Cefio!

ISABELA.

Mi bien, mi señor, mi Cosme,
Que te pierdes y me pierdo;
Calla, y á cualquiera parte
Do la fortuna y el tiempo
Me arrojare, vé á buscarme;
Que este papel de Laurencio
A ti lo escribí, mi Cosme,
Y hay notable engaño en esto.
Con Leonora lo envié;
Pregúntale tú el suceso,
Si acaso el Duque me lleva;
Que yo, Cosme, bien me acuerdo
Que el dia que te partias
Te pregunté si te dieron
Este papel, y olvidéme
De pedirle y de rompello.
Esto es verdad, ten cordura;
Que algun dia querrá el cielo
Que vivas desengañado.

COSME.

Déjame, Isabel; que muero.

ISABELA.

No dés voces.

COSME.

¡Vive Dios!

Entra LEONORA.

LEONORA.

El Duque, Laurencio y Cefio
Aguardan en la antesala.

ISABELA.

¡Ay Cosme! enciérrate presto;
Que yo salgo á recibirlos.—
Tú, Leonora, avisa, luego
Que se vaya el Duque, á Cosme,
Y cuéntale, mientras vuelvo,
A quién diste mi papel.
Mira, Leonora, que temo
Gran traicion en este caso.—
Y si este tirano fiero
Me llevare á su palacio,
Haz, Cosme, lo que te ruego. (*Vase.*)

LEONORA.

Véte con Dios, no aventures
Mil vidas por unos celos.—
Yo vuelvo en yéndose el Duque.

COSME.

Dime, Leonora, primero
La historia deste papel.

LEONORA.

Luego; que ahora no puedo. (*Vase.*)

COSME.

¡Ah Leonora! espera, aguarda.—
Fuése. ¡Otro engaño, otro enredo!
De concierto están las dos.
¡Ah Isabel, cuán tarde veo
Que te has burlado de mí!
Pues desta vez querra el cielo
Cuelgue la roja cadena
En el soberano templo
Del divino desengaño,
Pues con tal rigor me has hecho
Testigo de mis desdichas;
Que ya no las llamo celos.

JORNADA TERCERA.

Salen ISABELA Y LEONORA, *con capotillos y sombreros de camino*, Y COSME, *con gaban y una cayadilla, muy galan.*

ISABELA.

No admires, Cosme ingrato,
El verme en Trebia en traje peregrino;
Que amor abre el camino,
Vence dificultades;
Admira mi firmeza,
Soberbia vencedora de su alteza.
Dejásteme en las manos
De poderoso amante,
Que á la flaqueza mia
Opuso su poder y bizarría,
Ejércitos formando
Contra mi gran pobreza
De ambicion y riqueza;
Y viéneste, filósofo,
A ver sábias abejas
Entre rudos pastores,
Componer escuadron contra las flores.
Cuando mis ojos tristes,
Excediendo los mares,
Lágrimas vierten, que llamabas perlas
Y con tus labios ibas á cogerlas,
Te vienes muy de espacio
A ver nativas fuentes,
Alabas sus resurtes diferentes,
Que, lazos de cristal, riegan del cielo
En diluvios de aljófar á este suelo.
Del jabalí cerdoso
Al conejo medroso,
Del simple pajarillo
Al águila real, que es su caudillo,
Hasta el pez inocente,
Con red, perros y anzuelos
Les haces cruda guerra,
En el aire, en el agua y en la tierra;
Y no ves, descuidado,
Mayores asechanzas
De un duque despreciado,
Que con menos sosiego,
En aire, en agua, en tierra, si no en fuego,
Con celos te hace guerra,
De que tiembla ya el aire, el agua y tierra.
El desdichado dia
Que en mi retrete te dejé escondido
Me llevó á su palacio
Ese duque tirano;
Allí mi padre anciano,
No como flaco viejo,
A mi defensa remitió el consejo;
Prendióle, y por vengarme
Le conté á la Duquesa
El intento amoroso
De su traidor esposo;
Soltó á mi padre luego,
Y llevóme á mi casa;
Llamé á Leonora al punto,
Y enojada, pregunté Cosme,
Qué es de un papel que, siendo para
Se le entregó á Laurencio,
Y quién de mi jardin le dió la llave.
Niega que no lo sabe;
Despídola de casa,
Y con rigor promete
Descubrir el enredo del billete;
Quise dejarlo todo
Sin darte mas disculpa;
Que no se debe dar donde no hay culpa.
Viendo tu infame trato,
Tu duro corazon, tu pecho ingrato,
Cuando con mil pregones
En las públicas plazas
Con libelos y edictos,
Dicen ya libremente
Que contra el Duque conjuraste gente,
Y tienes prevenidos
Los mas de los rebeldes foragidos.
Oféndese Florencia,
Adonde eras amado;
Que siempre fué bienquisto el desdichado.
El pueblo se amotina,
Matan los pregoneros
Y rasgan los editos,
Y en alabanzas cambian tus delitos;
Y el Duque, mas prudente,
Con perdonarte, apaciguó la gente;
Mas temen que en secreto
No te quite la vida; que es discreto.
Con este pensamiento,
Cuya voz se derrama por Florencia,
Pido al viejo licencia,
Y á Trebia parto al punto
Con solos dos criados,
Secretos y obligados,
Fingiendo que venia
En santa romería
A esta vecina iglesia
De la Vírgen del Huerto,
Que es mar, nave, farol, estrella y puerto.
Aquí, Cosme, he llegado,
Aunque ofendida, á verte;
Por excusar tu muerte
Vengo á desengañarte,
Si es que quieren los cielos;
De tus injustos celos;
Vengo á ofrecerte osada,
Si temes tu enemigo,
Un corazon que siempre está contigo.
De mi pequeña casa,
Por si ausentarte quieres,
Traigo en joyas y en oro

Y en rica voluntad pobre tesoro.
Dispon de todo ahora,
Y examina á Leonora
Y busca al desengaño;
Prueben tambien tu daño,
Que yo á ofrecerte vengo
Un alma que no tengo,
Una mujer rendida,
Un pobre caudalillo y esta vida

COSME.

Yo confieso, Isabela,
Que, en Trebia retirado,
Quise vivir del todo descuidado;
Dieron mis ignorancias juveniles
A cortes y á ciudades treinta abriles,
De donde, si no aumento,
Saqué desengañado un pensamiento.
Pensé que mi pobreza
Me sirviera de muro; [seguro;
Que el pobre en cualquier parte está
Y víneme á esta aldea,
Donde en dulce reposo
Vivia, ni envidiado ni envidioso;
Ni del Duque me acuerdo,
Ni en nada soy culpado,
Sino en ser desdichado;
Ni he visto foragidos,
Ni conjurado gente,
Pero siempre padece el inocente.
Aquí, como los dias
Permanecen eternos,
Revuelve la memoria
Nuestra amorosa historia.
Aunque procuro ciego
El buscarte disculpa,
No la hallo, Isabel, todo te culpa;
Pues que un papel y llave,
Que, aunque calla Leonora, bien lo sa-
Mandaste que me diga [be,
A quien dió tu billete;
Déjasme en tu retrete,
Y despues de una hora
Viene por mí Leonora,
Sacame de tu casa
Sin decir lo que pasa
Ni contarme el suceso;
Vengo, perdiendo el seso,
A retirarme á Trebia,
Y cúlpasme de espacio
Que con el Duque te dejé en palacio.
Señor desta alquería,
Entre pastores rústicos suspendo
El alma en armonía.
Déjame aquí, Isabela, yo me entiendo;
Déjame entre estas fuentes,
Murmurando de estados diferentes,
Y que entre peñas viva,
Fatigando la caza fugitiva
O admirando el misterio [perio;
Del prudente escuadron del dulce im-
Que de la vil fortuna
No temo cosa alguna,
Pues en su fácil rueda
No ha quedado ya mal que me suceda.
Ni yo ausentarme quiero; [tranjero.
Que el pobre en cualquier parte es ex-
Venga el Duque á mi aldea,
Que no suele morir quien lo desea,
Y tú vuelve á Florencia
A entregarle á Laurencio
El corazon y vida,
Y el oro que has traido;
Que el oro mas precioso
Es no vivir de nadie temeroso.

LEONORA.

No respondas, Señora;
Viva tu honor, y muera ya Leonora;
Que si hasta aquí he callado,
Fué malicia, fué miedo, fué cuidado.
Yo quiero bien á Julio,
Criado de Laurencio;
Del alma y del jardin le di la llave,
Delito fué de amor, si bien fué grave.
Encontréle la noche
Que me mandó Isabela
Que le diese el billete,
De tantas desventuras alcahuete.
Detúveme con Julio,
Y por hacerse tarde,
Le rogué que á tu casa
Te lo llevase luego,
Y con su engaño, dilatado fuego;
Porque el traidor, ingrato,
Con bien doblado trato
Se lo entregó á Laurencio,
Y aun le entregó la llave,
Con que ha dado colores
A fingidos favores;
Y porque no se case,
A costa de su fama,
Publica que Isabel le adora y ama;
Que en su jardin ha entrado,
Que le ha escrito el papel y se ha ca-
Si no fuera mentira, [sado.
No negara Isabel el casamiento,
Pues su padre gustaba;
Y baste por disculpa,
Aunque en esto no hay culpa,
Conocer á Laurencio.

COSME.

No digas mas, Leonora;
Que yo te he perdonado,
Y tu me has satisfecho. — [cho;
Perdóname, Isabel, lo que yo he he-
Que aunque sufrir quería,
Por los ojos brotaba el alegria.
Tejamos mil abrazos
Con amorosos lazos,
Celebren mis pastores
Nuestros dulces amores. —
Prados, ya llegó el dia
En que Isabel es mia;
Cantadle la vitoria
Al santo desengaño,
Divino triunfador del ciego engaño.

ISABELA.

Deja, Cosme querido,
Extremos y recelos,
Y guárdame un favor para otros celos;
Lo que ahora conviene
Es, que partas á Roma,
Aunque pierdas tu hacienda
Y no goces tu prenda,
A ampararte del Papa,
Y á este tirano arrójale la capa.
Mira que está celoso,
Y es cordura temer al poderoso;
Teme tu injusta muerte,
Y despues no te quejes de tu suerte;
Que en torno de la luna [na.
Los mas son los que se hacen su fortu-

COSME.

Dices bien, Isabela;
Huya aquí la verdad de la cautela. —
Claudio, ensilla caballos.

ISABELA.

¡Ay Dios! ¿qué gente es esta?

Sale EL DUQUE, *con* CRIADOS *con pistolas.*

DUQUE.

Dadles con las pistolas la respuesta;
Ese es Cosme, matadle.

COSME.

¡Valgame Dios!

ISABELA.

Huyamos, que es el Duque.

COSME.

Huye, Isabela, al coche. (*Vase.*)

DUQUE.

Cielos, ¿qué es lo que escucho?
Qué es lo que miro, cielos?
¡Vengo á matar y muérome de celos! —
Oye, Isabela, espera. —
Tened esa mujer y Cosme muera. —
Aguardame; que rabio,
Que averiguo mi agravio;
Yo mismo fui testigo
Del bien de mi enemigo. —
Muera Cosme, criados,
Pues mueren mis deseos malogrados.
Tened la ligereza
De esa mujer ó mónstruo de belleza;
Y tú, monte gigante,
Si te duele mi mal, ponte delante,
O en tan fiera huida
En duro mármol quede convertida;
¡Oh esquiva desdeñosa, [sal
Pues que huyes del sol, vírgen frondo-
(*Vase el Duque por la parte donde fué Isabel.*)

Sale COSME, *huyendo, sin espada.*

COSME.

Altas montañas de Trebia,
Cuyos empinados riscos
Con las estrellas se miden,
A competencia de Olimpo,
Amparad a un desdichado,
Cuyos llantos y suspiros
Robustas piedras ablandan,
Triste aumento de los mios.
Temblando estoy y turbado.
¡Válgame Dios! ¿qué habrá sido
De Isabel y de Leonora?

JULIO. (*Dentro.*)

Hola, abu.

COSME.

Voces he oido,
¿Si vuelve el Duque á matarme?
Pero sin razon me aflijo.
Un hombre es solo y a pié;
Animo, corazon mio.

Sale JULIO, *de camino, vestido graciosamente.*

JULIO.

Hola, abu; ¿que no haya un alma?
¿En qué comedia se ha visto
Que falte un pastor á un hombre
Que se perdió en un camino?
¿Adónde estará esta ermita
Donde Isabela ha venido?
Estoy por romper las cartas;
Yo he dado en gentil oficio.
(*Quítale la espada á Cosme.*)

COSME.

Suelta la espada, villano.

JULIO.

Ladrones dieron conmigo;
(*Vase desnudando apriesa.*)
Señor, hasta la camisa,
Hasta quedar, como indio,
En el puro cordoban,
Está todo á tu servicio.

COSME.

¿No eres Julio?

JULIO.

Julio soy,
Mas del miedo estoy tan frio,
Que mas parezco Diciembre.

COSME.

Julio, ¿no me has conocido?

JULIO.

Muy peor está que estaba;
Que no me mates te pido.—
No quede el mundo sin Julio;
Que se quejará el estío,
Médicos y sacristanes.

COSME.

¡Notable ventura ha sido!
Deste sabré si Leonora
Verdad ó mentira dijo.—
¿Encontraste al Duque acaso?

JULIO.

Aunque de léjos, le he visto
Que se volvia á Florencia.

COSME.

¿Cómo has errado el camino?

JULIO.

Perdíme en esa montaña,
Y por no serte prolijo,
Dame licencia y tu mano.

COSME.

Hay mucho que hablar contigo;
¿Adónde vas?

JULIO.

(*Ap.* Aquí es Troya,
Cogióme, pescóme vivo.)
Voy, Señor, con un despacho
Del Pontífice, tu tio.

COSME.

Pues ¿has estado tú en Roma?

JULIO.

Casi un mes, y ayer venimos
Laurencio y yo por la posta.

COSME.

Muéstrame el despacho, amigo.

JULIO.

¿El qué, Señor?

COSME.

El despacho.

JULIO.

¡Ay señores! ¿quién tal dijo?
¿Pues un empacho del Papa?

COSME.

Haz, Julio, lo que te digo,
O darte he mil puñaladas.

JULIO.

(*Ap.* Luego me dará poquito.)
¿A mí? Toma enhorabuena;
Y por el porte te pido
Que me dejes ir; que es tarde.

COSME.

Yo te enseñaré el camino;
¿Conoces una criada
De Isabela?

JULIO.

He conocido
A Leonora y otras muchas.

COSME.

¿Sí, Julio? Leonora digo,
¿Hazla gozado?

JULIO.

¿Gozado?
¡Qué mal conoces sus bríos!

COSME.

Por lo menos tienes llave
De su jardin.

JULIO.

¿Quién lo ha dicho?

COSME.

¿Quién? Leonora.

JULIO.

Di que miente;
Que la llave del postigo
Ella se la dió á Laurencio.

COSME.

Luego ¿tú no la has tenido?

JULIO.

¿Yo, Señor? ¿Para qué efecto?

COSME. (*Ap.*)

Celos, donde no hay resquicios
Para el sol entrais vosotros;
Sutiles sois y atrevidos.

JULIO. (*Ap.*)

Leonora de Barrabás,
¿Qué es esto? ¿en qué me has metido?

COSME.

¿No te dió un papel Leonora,
Que me dieses?

JULIO.

Yo no he visto
Mas que uno para mi amo;
¿Quiéres que pierda el juicio?
¡Qué notable testimonio!

COSME.

Y dime, Julio, ¿has sabido
Si á Isabel gozó Laurencio?
No lo digas.

JULIO.

No lo digo.

COSME.

(*Ap.* Engañádome ha Isabela;
¿Quién vió tan nuevo martirio?
¿Celos en taza penada?
Para morir resucito.)
¿Es de Laurencio esta carta?
Di la verdad.

JULIO.

Aunque sirvo,
En mi vida fui alcahuete.

COSME.

Presto veré si has mentido.

(*Lee el sobrescrito.*)

«A la Señora Isabela,
Que Dios guarde.»

JULIO.

¿Cómo dijo?

COSME.

¿A Isabela escribe el Papa?

JULIO.

Vendrá errado el sobrescrito.

COSME.

Temblando rompo la nema.

JULIO.

(*Ap.* Abrióla; yo soy perdido.)
¡Ay Señor, qué mal ha hecho!

COSME.

Ya estoy muerto, ya estoy vivo.

(*Lee Cosme, y va mirando á Julio de cuando en cuando, y hace muchas acciones de miedo.*)

«Mi bien, yo he llegado bueno
»De Roma y á tu servicio,
»Con tus cartas y regalos
»Alegre y favorecido;
»¿Prométesme que en Florencia
»Me dirás con qué motivo
»Negaste á Celio, tu padre,
»Que estás casada conmigo?
»Sabe Dios que lo deseo,
»Y si á verte no he partido,
»Es porque me manda el Duque
»Que no salga á recibirlo;
»Vénte, y deja las novenas,
»Y no pongas en olvido
»Hacer favores á Cosme;
»Y escribirásme si ha dicho
»En palacio que es tu esposo,
»Para que el Duque, mi primo,
»Haga quitarle la vida.
»Dios te guarde.—*Tu marido.*»
Cielos, ¿qué es esto que veo?

JULIO. (*Ap.*)

No doy por mi vida un higo.

COSME.

¿Para matarme, Isabela,
Me das favores fingidos?
Amor, ¿qué ofensa te he hecho?
Cuando apenas he subido
Con mi esperanza á la cumbre,
Me derribas al abismo?
Sisifo soy de tu infierno.

JULIO. (*Ap.*)

Yo tengo gentil aliño,
Probóme el alcahuetazgo.

COSME.

Vive Dios, que, pues has sido
Tercero de mis desdichas,
Que has de llevar el castigo.

(*Va Cosme á quererle ahogar, y cáesele á Julio otra carta.*)

JULIO.

Señor, mira que me ahogas;
Que me valgan, te suplico,
Las leyes de embajador.

COSME.

Otra carta se ha caido;
Alza esa carta, villano;
Muestra.

JULIO.

San Blas sea conmigo,
Válgate el diablo por hombre.

COSME.

Así dice el sobrescrito:
«A Bartolomé Valorio.»
¿No es aqueste un foragido
Enemigo de Alejandro?
¡Notable mal imagino!
(*Lee.*) «Yo vengo ahora de Roma,
»Y dejo ya prevenidos
»Para libertar la patria
»Los soldados que os he escrito;
»Venios á Florencia al punto,
»Y aquí sabréis el designio
»De todos los conjurados;
»Y porque me importa, amigo,
»Matad luego al portador,
»Que es Julio, un criado mio.—
»*Laurencio.*»

JULIO.

¿Qué es lo que dices?
¿Esto llevaba conmigo?
¡Hay tan gran bellaquería!
Buen pago de mis servicios;
¡Ay señores, qué mal hombre!—
Cosme, tengo de decillo,
Es un traidor, vive Dios;
¡Jesus! á no dar contigo,
Me hubiera muerto Valorio.

COSME.

¡Con cada letra me admiro!
¿Libertar quiere á Florencia
Laurencio?

JULIO.

Estoy sin sentido.

COSME.

Dime, Julio, ¿qué hay en esto?

JULIO.

Quiere matar á tu primo.

COSME.

¿Al Duque?

JULIO.

Al Duque.

COSME.

¿Es posible?
¿Al Duque? ¡Extraño delito!
Di, Julio, ¿cómo lo sabes?

JULIO.

Porque lo trató conmigo,
Pretendiendo con regalos
Obligarme al homicidio;
Mas yo, que toda mi vida
No ofendí á Dios en el quinto,
Le dije que no mil veces;
Y así, no anduvo advertido
En fiarme este secreto.
Aunque tarde, lo previno
Con el porte del despacho.

COSME.

Amor y agravios olvido
En tocándome en la vida
Del amigo mas querido;
Carácter fué tu amistad,
Pues del alma no han podido
Sacarte tantos agravios.—
Julio, yo me determino
A que vamos á Florencia;
Sepa el Duque los delitos
Deste traidor.

JULIO.

¿Estás loco?
¡Qué espantoso desatino!
Tú no sabes lo que pasa;
¿No es mejor que entre estos riscos
Aprendamos á ermitaños,
Que en esta edad es oficio?
Yo apostaré que á estas horas
Dentro en Florencia ha metido
Laurencio cuatro mil hombres,
Y mas, que son infinitos
Los linajes conjurados;
Que, como Alejandro ha sido
Muy tirano, están quejosos
Y afrentados los vecinos.
No vamos allá, Señor.

COSME.

¿Que en tan notable peligro
Está el gran duque Alejandro?
¡Cuántas veces, señor mio,
Te previne esta desdicha!
Mares son, que no son rios,
Mis ojos.—Julio, ¿qué haré?
¿Con qué industria, con qué arbitrio
Podré dar la vida al Duque?
Pero ¿para qué me aflijo?
Yo voy á entrarme en Florencia,
Y con la espada que ciño
Te defenderé del mundo,
Y al son de mis tristes gritos
Moveré á piedad las piedras,
Si faltaren mis amigos.
Ya voy, ya voy, Alejandro;
No temas, que yo estoy vivo,
Y si yo llegare tarde,
Al fin moriré contigo.—
Camina á Florencia, Julio.

JULIO.

Vive Dios, que vas perdido. *(Vase.)*

Salen LAURENCIO *y* LEONORA.

LAURENCIO.

[dabas,
Perdona, que aunque supe que aguar-
No he podido salir; vengo de Roma
De visitar al Papa, nuestro tio,
Que está muy malo.

LEONORA.

¿Y tú no vienes bueno?

LAURENCIO.

Yo vengo, mi Leonora, á tu servicio;
¿Cómo está mi Isabel?

LEONORA.

Con gran cuidado.

LAURENCIO.

¿Dióle mis cartas Julio, mi criado?

LEONORA. [nuevo?

De espacio estás; ¿no sabes qué hay de
Como en tus cartas á Isabel le mandas
Que favorezca á Cosme, fué á la ermita
De la Vírgen del Huerto, junto á Trebia,
Y sabiendo que el Duque andaba á caza,
Casi á sus ojos se arrojó en la quinta
De Cosme, donde el Duque los ha visto,
Y por poco perdiéramos las vidas.

LAURENCIO.

No pude desear mejor suceso, [seso.
Ya el Duque me lo ha dicho; pierdo el
Él fué á matar á Cosme por su mano,
Viendo el favor que tiene ese villano;
Libróse á su pesar, y viene loco.

LEONORA.

Segun era su gente, no fué poco;
Metióse Cosme en el frondoso monte,
Y del Duque temblaba el horizonte;
Isabela en el coche que tenia
Volaba á par del viento, no corria; [do,
Mas pienso que este Cosme es tan ama-
Que los mismos soldados le han librado.

LAURENCIO. [deroso.

No importa, no; que el Duque es po-
Él le vendrá á matar; que está celoso.

LEONORA.

Dejemos esto, y vamos á otra cosa:
Un recaudo te traigo de tu esposa;
Como negó á su padre el casamiento
En tu presencia, y por estar ausente,
No te ha dicho la causa, está afligida.

LAURENCIO.

En tu boca, Leonor, está mi vida;
Dime, ¿por qué lo hizo mi Isabela?
Que no en vano admiraba su mudanza;
La industria de mujer todo lo alcanza.

LEONORA.

Porque su padre la matara luego
Si confesara que eras su marido;
Que el gusto que mostraba era fingido.
No se atrevió á decirlo por sus cartas,
Ni aun de sus manos se atrevió á escri-
[birte;
Yo fuí la secretaria en esta ausencia;
Teme que ha de matarla.

LAURENCIO.

¡Extraño viejo!

LEONORA.

Pero Isabel te adora de tal suerte,
Que vida le será por tí la muerte;
Quiere esta noche hacerte una visita
En tu cuarto.

LAURENCIO.

¿Qué dices?

LEONORA.

Lo que pasa,
Porque ya no es posible ir á su casa;
Levantó las paredes, y el postigo
Lo tapió de tal suerte, que es ventura
Que aun el sol halle paso á la abertura.

LAURENCIO.

Leonora, ó tú me engañas, ó yo sueño;
¿Isabela en mi casa y yo su dueño?

LEONORA.

Sí, mas con tal melindre y condiciones,
Que te has de reir mucho; estáme aten-
[to.
Lo primero, que no ha de haber persona
Dentro en tu cuarto.

LAURENCIO.

Claro está, Leonora.

LEONORA.

Pues que no ha de estar claro es el
[segundo;
No quiere que haya luz, tiene vergüen-
[za.

LAURENCIO.

No te espantes, Leonora, ni te rias;
Dila que noches he de hacer los dias.
Ni habrá gente ni luz; pide otra cosa.

LEONORA.

Que de tu cuarto me has de dar la llave,
Porque, si acaso sales con el Duque,
No estemos en la calle.

LAURENCIO.

Bien previene;
Mas, como el Duque y yo somos amigos,
El Duque tiene llave de mi cuarto,
Y del cuarto del Duque yo la tengo,
Y son llaves maestras del palacio,
Y temo, como es tanta la privanza,
No quiera visitarme.

LEONORA.

Pues ¿qué importa? [te?
¿Habrá mas de esconderse en tu retre-

LAURENCIO.

Dices bien, ¿Isabela vendrá sola?

LEONORA.

Yo me vendré con ella, pero al punto
Me volveré por si llamare el viejo.

LAURENCIO.

Esta es la llave, y esta una cadena
En albricias del gusto que me has dado;
Dila á Isabel... Mas no la digas nada;
Di que el contento me ha dejado mudo.

LEONORA.

Mujer que quiso bien, todo lo pudo.

LAURENCIO.

El Duque sale; vé con Dios, Leonora.

LEONORA.

No verá la cadena mi señora. *(Vase.)*

Sale EL DUQUE.

DUQUE.

¿Laurencio?

LAURENCIO.

¿Gran señor?

DUQUE.

Partíos al punto,
Y decidle á Isabel (que ya ha venido
De Trebia, segun dijo el Secretario)
Que esta noche en su casa ó en la mia
La he de gozar, ó que he de dar la muer-
A su padre y á Cosme, su marido, [te
Por quien ya mis justicias han partido;
Esto ya no es amor, sino porfía.

LAURENCIO. *(Ap.)*

Fortuna y celos, ya ha llegado el dia;
Muera el Duque esta noche, muera el
[Duque;
Notable traza el cielo me ha ofrecido

DUQUE.

¿No vais, Laurencio?

LAURENCIO.

Haz cuenta que he venido. *(Vase.)*

Sale OCTAVIO.

OCTAVIO.

No sé, Señor, si lo diga;
Cosme te pide licencia
Para hablarte.

DUQUE.

No hay paciencia;
¿Posible es que no castiga
El cielo este atrevimiento?
Mátele luego la guarda.

OCTAVIO.

Muera Cosme.

Sale COSME.

COSME.

Espera, aguarda;
Que no merece mi intento
Tan riguroso castigo.

DUQUE.

¿Quiéres matarme, traidor?
¿Qué quieres aquí?

COSME.

Señor,
Déjenme á solas contigo;
Que importa.

DUQUE.

¿Conmigo á tí?

COSME.

Sí; que bien seguro estás.

DUQUE.

Aunque quieras, no podrás
Matarme. — Salíos de aquí. —
(*Vase Octavio.*)
¿Qué quieres, que solo estoy?
¿Qué intentas?

COSME.

Desengañarte;
Laurencio quiere matarte.

DUQUE.

¿A mí? Mientes, no te doy
Crédito, no he de ofender
Solo con el pensamiento
A Laurencio; mas tu intento
Bien claro se deja ver.
¿No hallaste otra traicion
Con que disculpar las tuyas?

COSME.

Las traiciones son las suyas,
Las lealtades mias son.
Lee estas cartas, y despues
Me puedes mandar matar.

DUQUE.

No has de poderme engañar.

COSME.

Lee, y tú verás quién es;
Libertar quiere á Florencia.

DUQUE.

Mira, Cosme, que es mi amigo
Laurencio, y que es tu enemigo;
Repórtate, y con prudencia
Trata negocio tan grave;
No me hables, Cosme, así
De quien quiero mas que á mí;
Advierte que nadie sabe
Lo que se siente el dolor
Que está lidiando conmigo;
Que la ofensa del amigo
Es el agravio mayor.
Estoy, Cosme, por romper
Las cartas; que mi aficion (*Arrójalas.*)
Es tal, que tan gran traicion
Yo no la quiero creer.

COSME.

Es la enfermedad mayor
La rendida voluntad;
Sana de tu enfermedad,
Pasa la purga, Señor.

DUQUE.

(*Lee.*) «Mi bien, yo he llegado bueno.»
¿Qué es esto, Cosme?

COSME.

Lee mas.

DUQUE.

¿Purga de celos me das?
No es medicina, es veneno.

COSME.

Lee, y sabrás la ocasion
De tus rabiosos recelos.
Porque me maten tus celos,
Fingió Isabel mi aficion;
Porque la vieses conmigo,
Sabiendo que ibas á caza,
Fué á visitarme, y fué traza
De Laurencio, mi enemigo.
Quien en su jardin hallaste
Fué á ese traidor, que no á mí;
Julio me lo dijo así.
Mira de quién te fiaste.

DUQUE.

No está esta carta firmada.

COSME.

¿Disculpas buscas á amor?
Lee la otra carta, Señor,
Donde verás confirmada
La mayor alevosía
Que cupo en pecho cristiano;
Tu amigo, tu primo hermano
Contrasta tu monarquía;
El pueblo y los foragidos
Contra tí están conjurados;
Mas de cuatro mil soldados
Armados y prevenidos
Tiene dentro de Florencia;
Abre los ojos, Señor.

DUQUE.

Basta, muera este traidor,
Pues la amistad, la clemencia...
¿Dónde está Julio?

COSME.

Aquí está. —
Llega, Julio.

Sale JULIO.

JULIO.

Estoy turbado.

DUQUE.

Julio, seais bien llegado.

JULIO.

Beso tus piés.

DUQUE.

¿Quién podrá
Resistir tanto dolor?
Alzad del suelo, y creed,
Julio, que os haré merced;
¿Qué hay en esto?

JULIO.

Gran señor,
Verdad es cuanto ha contado
Cosme, y yo buen testigo
De lo que trató conmigo,
Y de haberme despachado
Con los pliegos que has leido.
Perdíme, á Cosme encontré,
Leyó las cartas, y á pié
A darte cuenta ha venido,
Sin que reparase en nada;
Que es notable su lealtad.

DUQUE.

Ejemplo de la amistad,
Gloria de la edad dorada,
Dadme, Cosme, mil abrazos.
Engañóme este traidor;
Yo me vengaré.

COSME.

Señor,
Yo no merezco tus brazos,
Déjame besar tus piés.

DUQUE.

Vos veréis lo que os estimo;
Sois mi amigo, y sois mi primo.

JULIO.

Laurencio, Señor.

COSME.

Él es.

DUQUE.

Bajáos, Cosme, al cenador
Del jardin, porque el criado
No me escuche.

COSME.

Ten cuidado
No te mate este traidor.
(*Vanse Cosme y Julio.*)

Sale LAURENCIO.

LAURENCIO.

Déme albricias vuestra alteza.

DUQUE. (*Ap.*)

Saltos me da el corazon,
¿Qué haré?

LAURENCIO.

Señor, ¿qué ocasion
Causa tan grande tristeza?

DUQUE.

¿Venís solo?

LAURENCIO.

Solo vengo.

DUQUE.

Cerrad la puerta.

LAURENCIO.

¿La puerta?

DUQUE.

Sí.

LAURENCIO. (*Ap.*)

¿Qué es esto? ¿Si fué cierta
Mi sospecha? Ya prevengo
Mi disculpa.

DUQUE. (*Ap.*)

¿Que es posible
Que Laurencio sea traidor?

LAURENCIO.

¿Tú lágrimas, gran Señor?
Tú, á quien nada es imposible?

DUQUE.

Yo lloro, Laurencio, sí;
Que disculpa en mi valor
Estar en mi pecho amor,
Y es niño, y llora por mí;
Lloro, y pretende mi llanto
Mi ignorancia disculpar;
Que es muy fácil de engañar
Un hombre que llora tanto.
Como la fortuna he sido,
Pues con mi necio favor
He dado el lugar mejor
A quien no lo ha merecido.
Muro soy, quise enlazar
La hiedra entre piedra y piedra,
Y viene á ser esta hiedra
Quien me quiere derribar.

LAURENCIO.

No te entiendo; solo digo
Que, aunque en callar tu secreto
Ganas nombre de discreto,
No lo ganarás de amigo.

DUQUE.

¡Ah Laurencio, á Dios pluguiera
No lo fuéramos los dos!

LAURENCIO.

¡Oh gran Señor! ruego á Dios,
Primero Laurencio muera.

DUQUE.

Cuando intentasteis quebrar
Las estatuas que tenia
Roma, y el pueblo os queria
Con justa causa matar,
¿No os libre? no os defendí?
Y cuando me dió este estado
El César, ¿qué no os he dado?
Dueño sois dél y de mí.

Pues ¿por qué con tal rigor
(Leed, Laurencio) habeis querido
El nombre de agradecido
Trocar por el de traidor?
¿No sois mi dueño y amigo?
¿Por qué me quereis matar?
Por qué os quereis conjurar
Con Valorio, mi enemigo?
¿Tanta gente prevenida
Para matarme á traicion?
¿No basta esta sinrazon
Para quitarme la vida?
Que estáis quejoso sospecho.
Solos estamos los dos;
Por mí os suplico y por Dios
Que me digais qué os he hecho.
Si son celos, ¿á qué fin,
Si amais á Isabela, amigo,
No os declarasteis conmigo
Cuando os hallé en el jardin?
No á una mujer, todo el mundo
Os diera, segun os quiero,
Porque á Alejandro el primero
No ha de exceder al segundo.
Si es envidia de mi estado,
¿Qué envidiais lo que teneis?
Decidme lo que quereis
Y de qué estáis enojado.
Bien os podeis declarar;
Que aquí estamos sin testigos.
Laurencio, seamos amigos;
Que yo os quiero perdonar.

LAURENCIO.

¡Ah señor! si vuestra alteza
Tal ha llegado á creer,
Solo puedo responder
Que me corte la cabeza.
Es verdad que yo escribí
Á Valorio, y procurado
Ver quién está conjurado
En Florencia contra tí.
Con todos hice amistad
Por saber sus intenciones,
Y tratando estas traiciones,
Hice mayor mi lealtad.
Mil veces te he descubierto
Muchos traidores así,
Y si no fuera por mí,
Quizá ya te hubieran muerto.
Juntar ahora queria
Tus contrarios en Florencia,
Para que sin resistencia
Los mataras en un dia.
Y si no te lo he contado,
Fué hasta tenerlo hecho,
Pensando que de mi pecho
Estuvieras confiado.
A Julio quise matar,
Porque dicen que trataba
Matarte, y se lo pagaba
Cosme, que quiere reinar;
Y ellos dos, sin duda han sido
Quien estas cartas te han dado;
¿Un enemigo, un criado,
Son los hombres que has creido?
Esta carta de Isabela
Es falsa, no es de mi mano
Ni trae firma; este villano
Habrá hecho esta cautela.
Pregunta si tengo amor
A Isabela, mi señora;
Ella vendrá á verte ahora,
Y sabrás si fui traidor.
Sabe, Señor, de tu dama,
Si es verdad que te he ofendido,
Que si fuera su marido,
No la trajera á tu cama:
Y en tanto dame licencia,
Si no me quieres matar,
Porque yo no pienso estar
En palacio ni en Florencia.

DUQUE.

¿Qué me dices? Que Isabela
Á mi gusto está rendida?
Vuestra es, Laurencio, mi vida;
Traicion, engaño, cautela
Fué cuanto me habian contado,
Y por haberlo creido,
Perdon mil veces os pido;
No estéis, Laurencio, enojado.
¿Qué os respondió la belleza
Que adoro? ¿Mostró disgusto?

LAURENCIO.

Solo en cosas de su gusto
Me hace merced vuestra alteza.
Fui, llegué, hablé y vencí;
Temió Isabel tu crueldad,
Rindióse, y por su beldad
Todo tu estado ofrecí;
No pidió mas de una cosa.

DUQUE.

¿Qué fué, Laurencio?

LAURENCIO.

El secreto.

DUQUE.

Mil veces se lo prometo;
Es discreta cuanto hermosa.

LAURENCIO.

Dijo que no has de tener
En todo tu cuarto guarda.

DUQUE.

Quien á un serafin aguarda,
¿Qué guardas ha menester?
Ni habrá guardas ni criados,
Yo solo en mi cuarto espero;
Amigo, mirad que muero
A manos de mis cuidados.
Id presto por Isabel,
Presto, presto; que estoy loco.
Rendida Isabel, es poco
Mis estados.

LAURENCIO.

¿Ya soy fiel?

DUQUE.

Dame, Laurencio, los brazos.

LAURENCIO.

Mira, Señor, no te mate.

DUQUE.

Dejad ese disparate;
Poned redes, armad lazos
Contra nuestros enemigos;
Que á fe que he cogido dos,
Que me han de pagar, por Dios,
El revolver dos amigos.

LAURENCIO.

¿Quién son?

DUQUE.

No se ha de saber
Hasta que venga Isabela.

LAURENCIO.

Voy por ella. (*Ap.* Esta cautela
Ser duque me ha de valer.) (*Vase.*)

DUQUE.

¿Octavio?

OCTAVIO.

¿Señor?

DUQUE.

Mandad
Que no haya en mi cuarto gente,
Publicad que estoy ausente,
Y luego al punto bajad
Por Julio y Cosme al jardin,
Y en el cuarto de Laurencio
Con secreto y con silencio
Los entrad; ya tendrá fin
El ídolo de Florencia,
Y acabarán mis enojos;
Cubrid á los dos los ojos,
Y prendedlos con prudencia,
Sin que pueda haber testigos.

OCTAVIO.

Laurencio se habrá de holgar.

DUQUE.

En albricias le he de dar
Presos á sus enemigos.
Si los prendo en otra parte,
Se ha de alborotar Florencia.

OCTAVIO.

Digo, Señor, que es prudencia;
Venza á la fortuna el arte.
Dame la llave, Señor.

DUQUE.

Solo mi quietud procuro.

OCTAVIO. (*Ap.*)

No hay hombre que esté seguro
Del pecho de este traidor. (*Vase.*)

DUQUE.

Quiero entrarme á desnudar;
¡Válgame el cielo, que he oido
Un espantoso gemido!
Apenas acierto á andar.
Temblando de espanto estoy;
Allí una mujer me llama,
¿Quién puede ser? ¿Si es mi dama?—
Aguárdame, que ya voy.—
¿Es aquel Laurencio? Sí.—
Laurencio, ¿tanto rigor?—
Que me mata este traidor;
Hola, gente.—¿Estoy en mí?
¡Extraña melancolía!
Loco estoy, voyme á acostar;
¡Cuán juntos suelen andar
El pesar y la alegría! (*Vase.*)

Salen COSME Y JULIO, *quitándose las ligas de los ojos.*

COSME.

Aguarda, aguarda, no cierres,
Octavio, y verás cuán presto
Acabo, como Sanson,
Con la vida y con el templo.

JULIO.

Esta es gran bellaquería,
No pudiera haberla hecho
Un zurdo ni un cejijunto.
¿Ves algo? Que yo no veo.

COSME.

Solo veo mi desdicha;
Buen pago, Julio, buen premio
De mi lealtad; ¿dónde estamos?

JULIO.

No lo sé, que vine ciego;
Mas, segun la escuridad,
Estarémos en los versos
De algun poeta muy culto;
¿Estamos ahora buenos?
¡Oh lealtad de Berzebú!
Si hubiera en aqueste tiempo
Danés Urgel el Leal,
Fuera mas traidor que un cuervo.

COSME.

Yo temo que ha de matarme.

JULIO.

Desto has de estar muy contento,
Porque dentro de cien años
Estarán los libros llenos
De tu nobleza y lealtad.

(*Como que abren la puerta.*)

COSME.

Escucha, Julio; que pienso
Que abren la puerta.

JULIO.
Mal año.
COSME.
¡Oh qué terrible, oh qué feo
Es el rostro de la muerte!
Sin espada estoy, y ¿qué harémos?
JULIO.
Morir, pues somos leales.
COSME.
¿Abrieron, Julio?
JULIO.
Ya abrieron.

Sale LEONORA.

LEONORA.
¡Oh escura, apacible noche,
Siempre piadosa á los ruegos
De venturosos amantes,
En tus sombras me encomiendo;
Favorece mi osadía.—
Laurencio, señor Laurencio
COSME.
Julio, voz es de mujer;
Si es de Isabela, yo muero.
En piedra me he convertido
JULIO.
Para marido eras bueno.
LEONORA.
Laurencio, Isabela soy.
COSME.
Ay, Julio, rabio de celos;
Isabela ha preguntado
Por Laurencio, este aposento
Es de Laurencio sin duda.
JULIO.
Fingirme Laurencio quiero.—
Cé, Isabela, habla mas paso;
Que debe de estar despierto
El Duque.
LEONORA.
¿Hácia dónde estás?
JULIO.
Conmigo mismo no acierto.
LEONORA.
¿Estás solo?
JULIO.
Solo estoy,
Bien puedes darme dos besos.
LEONORA.
¿Hase sabido de Cosme?
JULIO.
Sí, Isabela, ya está preso.
LEONORA.
Dale gracias á mi industria;
Sabe Dios lo que me huelgo.
JULIO.
Dios te dé mucha salud.
LEONORA.
¡Cuántas veces perdí el sueño
Deseando esta ocasion,
Para decirte el intento
Con que le negué á mi padre
El amor que te confieso!
Aborrécete de suerte,
Que, en sabiendo el casamiento,
Me diera mil puñaladas.
JULIO.
Muchas son; bastaban menos.
LEONORA.
Con la llave que enviaste
He venido á tu aposento,
Vergonzosa y afrentada
De mi amor y mis deseos.
Huélgome que estés á escuras,
Y en este mudo silencio
Piensa el remedio de todo,
Pues sabes que eres mi dueño.
COSME.
El que has pensado, enemiga,
Será...
LEONORA.
Detente; ¿qué es esto?
COSME.
Dar venganza á tanto agravio.
LEONORA.
¿Laurencio?
COSME.
No soy Laurencio;
Cosme soy.
LEONORA.
¡Válgame Dios!
Cosme, Señor, ¿qué te he hecho?
Advierte que soy Leonora.
COSME.
¿Quién?
LEONORA.
Leonora.
JULIO.
Lindo cuento.
LEONORA.
No me mates, oye un poco;
Que, pues hoy mueren tus celos,
Bien puedes darme la vida.
COSME.
Loco me tiene el contento.—
Leonora, pues ¿cómo entraste
En el cuarto de Laurencio,
Tomando el nombre á Isabela,
Sin haber en su aposento
Luz, amante ni criado?
LEONORA.
Es peregrino el suceso:
Por engaño me ha gozado
Laurencio, siempre fingiendo
Que soy Isabel.
COSME.
¿Qué dices?
LEONORA.
La verdad, Cosme, te cuento;
Conmigo estuvo en su casa
En el jardin.
COSME.
¡Santos cielos!
¿Cuándo merecí este dia?
Darte mil abrazos quiero.
¡Oh dichoso desengaño,
Dulce fin de tantos celos!—
¿Cómo os librasteis del Duque?
LEONORA.
Corrió la posta el cochero
Para llegar á mi muerte
Y á descubrir este enredo;
La llave, el papel, las cartas,
Todo es traza de mi ingenio;
Que Isabel no tiene culpa.
COSME.
Leonora, todo lo creo;
Que para mi desengaño
Bastaba hallarte aquí dentro.—
¡Ah, mi Isabela ofendida!
Tuyo soy, si quiere el cielo;
Celebrad todos mi gusto.
JULIO.
¿No será mejor primero
Buscar por dónde escaparnos?
Que yo he estado mas atento
A aquella palabra *llave*
Que á tu amor ni á tu embeleco.—
Dame la llave, Leonora.
COSME.
No temas ni tengas miedo;
Que yo te doy la palabra,
Como noble caballero,
De ampararte.
LEONORA.
Dios te guarde;
Con eso he cobrado aliento.
Vamos y abriré la puerta.
COSME.
Tente, aguarda.
JULIO.
A lindo tiempo.
COSME.
Parece que oigo ruido,
Y entre el confuso silencio
De la noche tristes voces.
JULIO.
¡Válgame Dios! ¿qué es aquesto?
COSME.
Escucha, Julio.
JULIO.
Sí escucho.
(*Ruido como que se queja el Duque.*)
COSME.
¿Si será en el aposento
Del Duque, que está aquí cerca?
¡Ay Julio, gran mal sospecho!
El Duque es muerto sin duda.
JULIO.
¿Qué me dices?
COSME.
Lo que temo.
Solo esta vez me he turbado,
Todo me ha cubierto un hielo;
Julio, ¿escuchaste otros golpes?
No hay duda, Alejandro es muerto,
Y yo he de vengar su muerte.
JULIO.
¿Otras lealtades tenemos?
COSME.
Para ahora es el valor;
Mi Julio, avisa al momento
Justicias y capitanes,
Y á mis amigos y deudos
Diles todo lo que pasa,
Y cómo tiene Laurencio
En Florencia foragidos;
Toca al arma, cierra presto
Las puertas de la ciudad,
Convoca en mi ayuda el pueblo,
Que me tiene grande amor;
Llamen á Isabel y á Celio,
Y prendan los conjurados.—
Tú, Leonor, despierta luego,
Si quieres vida, el palacio.—
Ea, valiente mancebo,
Ea, Leonora gallarda,
Que con la daga que tengo
He de dar muerte al traidor,
O tengo de quedar muerto.
(*Vanse.*)

Sale EL DUQUE, *desnudo, con un candelero en la mano, una vela, un escabelillo, muy herido y ensangrentado*, Y LAURENCIO *tras de él, con una daga en la mano.*

DUQUE.
¿Tú me matas?
LAURENCIO.
Yo te mato.

DUQUE.
Hola, criados, favor.

LAURENCIO.
Muerte, tirano.

DUQUE.
¡Oh traidor!
¡Qué bien me pagas, ingrato!
¿Qué te he hecho?

LAURENCIO.
Darme celos.

DUQUE.
Ya yo te ofrecí mi dama.

LAURENCIO.
Quiero reinar, quiero fama.

DUQUE.
¡Valedme, piadosos cielos!
¡Ah Cosme, amigo fiel,
Por mi mal no te creí,
Y hoy me vengo á ver así!
Ya yo estoy muerto; cruel,
Déjame.

LAURENCIO.
Acaba, tirano.

DUQUE.
Pero hoy morirás conmigo.

LAURENCIO.
Suelta, Alejandro, enemigo;
¡Ay! el pulgar de la mano
Me ha arrancado con los dientes;
¡Ay, que rabio de dolor!
¿Qué es esto, infame, traidor?
Corazon, ¿esto consientes?—
El Duque cayó en la cama,
Quiero correr las cortinas.—
Alma, ¿qué es lo que adivinas?
Qué temes ó quién te llama?
Qué haré? En extraña ocasion
Vino á palacio Isabela.
Apagado se ha la vela,
Notable es mi confusion;
A Isabel quiero avisar
Y á Ceño; yo estoy turbado.
¿Si daré aviso al Senado?
Libertad, quiero gritar,
Libertad. Yo tengo atada
La lengua; ¡notable miedo!
¡Libertad! Hablar no puedo.

COSME. (*Dentro.*)
La puerta tiene cerrada;
¡Qué maldad! Echadla al suelo.

LAURENCIO.
¿Qué es esto? Dios sea conmigo;
¿No es la voz de mi enemigo?
Castigo ha sido del cielo.

COSME.
Dictador, soldados, pueblo,
Muerto es el duque Alejandro
En su cama á puñaladas.

OCTAVIO.
¿Aquí Laurencio encerrado?

COSME.
¡Ah traidor! que has muerto al Duque.

LAURENCIO.
¡Socorredme, cielos santos!

COSME.
No han de valerte los piés.

CEÑO.
Fortuna, ¡tantos trabajos!

LEONORA.
¡Gran lástima! Del balcon
A la calle se ha arrojado
Laurencio, y Cosme tras él.

ISABELA.
¡Ay Dios! ¡si se han muerto entrambos!

JULIO.
Yo voy tambien á arrojarme;
¡Vive Dios, que está muy alto!

TODOS. (*Dentro.*)
Muera el traidor, muera, muera.

COSME. (*Dentro.*)
Dejadme con él, soldados.

CEÑO.
Sin duda Laurencio es muerto.
Hoy dará fin de los Pazos
El nuevo enemigo mio.
Mirad desde aquí el palacio
Todo cubierto de gente;
Mirá el popular aplauso
Que todos hacen á Cosme.
¡Gran maldad! Los conjurados,
Los rebeldes foragidos
«Viva Cosme muchos años»
Apellidan, «Cosme viva»
Repiten desde el villano
Al mas noble de Florencia;
Los viejos y los muchachos
Van diciendo «Viva Cosme»;
Hoy el prudente Senado
Le levanta por gran duque.

VOCES. (*Gritan dentro.*)
¡Viva Cosme muchos años!

CEÑO.
Cumplióse mi maldicion:
Murió el infausto Alejandro
A las manos de su amigo;
Duque es su mayor contrario.

JULIO.
Salto y brinco de placer.

Sale COSME *y* LOS DEMÁS.

COSME.
Murió el traidor á mis manos;
Mil puñaladas le di,
El corazon le he sacado,
Bebí su alevosa sangre,
Y en el mirador mas alto
He hecho poner su cuerpo
Para escarmiento de tantos.—
Mostradle, para que teman
(*Muestran á Laurencio muerto.*)
Rebeldes y conjurados.—
Este es Laurencio, Florencia.
Escarmentad, ciudadanos;
Que aun no he vengado la muerte
Del malogrado Alejandro.

ISABELA.
Si acabará de vengarse
Vuestra alteza, cuyo estado
Dure mas que el mismo tiempo.
Señor, á mi padre anciano
Manda derribar del cuello
Su cabeza; que aquí estamos,
Él para sufrir la muerte,
Yo para morir llorando.

COSME.
Yo responderé á su tiempo,
Isabela, y entre tanto
Hago dictador perpétuo
A Oton, porque así le pago
Haberme dado la vida,
Y á Octavio mi secretario,
Y á Leonora entraré monja,
Pues me encargué de su amparo.
Y á ti, Julio valeroso,
Por premiarte no te caso;
Yo te daré...

JULIO.
No dés nada;
Que con eso estoy pagado.

COSME.
Con todo, toma una villa
La mejor de mis estados,
Y aquí verás cómo es buena
La lealtad.

JULIO.
¡Gentil despacho!
(*Ap.* Agradécelo á la llave
De Leonora.)

COSME.
¿Estoy soñando?
Cielos, ¿que ha llegado el dia?
Isabela, yo te he dado
Palabra de no casarme
Sin tu gusto, y hoy me caso;
Mira si me das licencia.

ISABELA.
Señor, no estaba obligado
Un gran duque de Florencia
A cumplir lo que ha jurado
Cosme de Médicis.

COSME.
Bien,
Pero siempre estimo tanto
La palabra que dió Cosme,
Que hoy te da el Duque la mano;
Pide licencia á tu padre.

CEÑO.
A tus piés arrodillado
Pido perdon de mis culpas.

COSME.
Dadme, gran Ceño, los brazos,
Que de esta suerte os castigo;
Lo pasado sea pasado.

ISABELA.
Déjame besar tus piés.

COSME.
No quieren eso mis brazos.
Vamos á ver la Duquesa,
Que, desmayada en su cuarto,
Aguardará al duque nuevo,
Y á dar entierro á Alejandro;
Cuya verdadera historia,
Como se ha representado,
La escriben muchos autores.

JULIO.
No has de llamarlos Senado.

COSME.
Pues con esto dará fin
La tragedia de Alejandro.

COMEDIA FAMOSA

TITULADA

DEL CIELO VIENE EL BUEN REY,

COMPUESTA

POR DON RODRIGO DE HERRERA.

PERSONAS.

EL REY FEDERICO DE SICILIA.
ÁNGEL.
EL DUQUE.
LISANDRO.
MOSCON, *gracioso.*
BATO, *villano.*
LAURA, *su hija.*
LA REINA.
UN PASTORCILLO.
Músicos.

JORNADA PRIMERA.

Sale EL REY FEDERICO, *alborotado, mirando al vestuario.*

REY.

Sueño pesado y fuerte,
Imágen fea de la misma muerte;
¿Cómo te has atrevido
Al blason de mi nombre esclarecido?
Cómo tu obscura llama
Podrá eclipsar las luces de mi fama?
¿Tú con ciegos enojos
Piensas turbar los rayos de mis ojos?
¿No ves que, si me irrito,
Aun esa gloria al cielo no permito?
En vano á mi persona
Quitarás de Sicilia la corona;
Que aunque el presagio triste
Siempre en los medios de mi dicha asiste,
Tambien sabrán mis huellas
Dominar en los cielos las estrellas,
Y aun sus sagrados muros
De mi noble valor no están seguros;
Pues con ligeras alas
Sabré poner al firmamento escalas.—
Hola, criados mios,
Escuchad, atended; ¡qué desvarios!

Salen LISANDRO, MOSCON Y EL DUQUE.

LISANDRO.

¿Qué pena...

MOSCON.

¿Qué desastre...

DUQUE.

¿Qué cuidado...

LISANDRO.

Te aflige?

MOSCON.

Te obligó?

DUQUE.

Te ha despertado?

REY.

Lisandro, Moscon, Duque (¡estoy perdido!),
Una ilusion no mas fué del sentido.

LISANDRO.

Pues ¿cómo, gran señor?

DUQUE.

Dinos la causa.

MOSCON.

Y en contar la ilusion no pongas pausa;
Que tambien en palacio á los bufones
Nos toca examinar las ilusiones.

REY.

Referiré á los tres lo que ha pasado,
Y no por dar alivio á mi cuidado,
Sino por hacer burla desta suerte
Del sueño, del temor y de la muerte.
A ese jardin de palacio
Esta mañana, contento,
Como acostumbro otras veces,
Salí á escuchar los parleros
Ruiseñores, que, trinando
Dulces y amantes requiebros,
Rémoras son de las aguas
Y sirena de los vientos;
Y contemplando en los cuadros,
De varias flores cubiertos,
Vi que galan el favonio,
Blandamente lisonjero,
A las mas recien nacidas
Iba arrullando y meciendo
En sus verdes cunas, donde
Prisiones breves tuvieron.
Y acercándome á la fuente
Que de Cupido y de Vénus
Brotan dos estátuas vivas
De alabastro tan perfecto,
Que puede naturaleza
Rendir al arte su ingenio;
La imaginacion llevada
De las caricias del sueño,
En un éxtasis suspensa
Dejó el alma, recogiendo
Mis potencias y sentidos
En las prisiones del cuerpo;
Cuando la idea confusa
En aquel mortal beleño
Me representó á la vista
Lo que diré, estadme atentos.
Parecióme que bajaba
De lo mas alto del cielo
Un pájaro hermoso, en quien
Eran tantos los reflejos
Despedidos de sus alas,
Que creí que estaba viendo
El iris, que en las tormentas
Muestra colores diversos
Y en giros tornasolados
Da la paz al hemisferio;
Y haciendo puntas y tornos
Sobre mi corona, abriendo
El pico tenaz, entonces
Dijo en humanos acentos
Estas razones: «Tirano
Rey de Sicilia, á quien dieron
Hircanas tigres, sin duda,
La substancia de sus pechos,
¿Cómo, di, cruel, te atreves,
Desvanecido y soberbio,
A profanar el decoro
De los divinos preceptos?
Cómo no guardas justicia,
Permitiendo que en tu reino
Descubierto el rigor ande
Y esté el buen celo encubierto;
Que el pobre padezca injurias,
Que el rico logre trofeos,
Perdon el facineroso,
Y el obediente desprecios?
¿No adviertes que tu grandeza
Es frágil arista al viento,
Torre á la furia del rayo,
Flor á las iras del cierzo?
¿Cómo dices de constante
Cómo blasonas de eterno,

Seca arista, frágil torre,
Si á los primeros encuentros
Has de ser burla del aire,
Y de la tierra escarmiento?
Si eres águila caudal,
¿Cómo abates tanto el vuelo,
Cómo remontas tan poco
Tus altivos pensamientos?
En lo noble de mis puntas
Toma generoso ejemplo,
Pues constante, cara á cara,
Al sol los rayos le bebo.
No pierdas, no, por bastardo,
Tu legítimo derecho;
Y pues ciego en las porfías
Deslustras tu nacimiento,
De la corona real
De la púrpura y el cetro
Pienso despojarte ahora.»
Y con el pico sangriento
La corona me llevó
De la cabeza, tan presto,
Que, aunque defenderla quise,
No pude estorbar su intento;
Y con vuelo arrebatado
Cortó las nubes ligero,
Siendo en el golfo del aire
Viva imitacion del leño,
Que, sacudido del Noto,
Que, castigado del Euro,
Abollando montes de agua,
Vuela con alas de lienzo:
Hasta que en un laberinto
De nubes quedó encubierto,
Sin que pudiesen mis ojos
Volver otra vez á verlo,
Por mas que del laberinto
Procuraron ser Teseos.
De la vision asustado,
Despertó mi pensamiento,
Y llamando á los sentidos,
Sobre el caso discurrieron;
Pero, como á la razon
Se debe lugar primero,
La razon me ha aconsejado
Que no le niegue á mi esfuerzo
Hacer caso de ilusiones;
Pues, cuando fuera decreto
Celestial este que he oido
(Lo que en un sueño no apruebo),
Es tanta la bizarría
De mi corazon, que pienso
Que contra el decreto mismo
Se opusieran mis alientos.
¿A mí funestas visiones?
¿A mí presagios funestos?
¡Vivo yo, que estoy corrido,
Aunque no hago caso dellos!
(*Ap.* Por burlas de sus amagos,
Saber de los tres deseo
Si en lo que he visto haber puede
Encubierto algun misterio.)
A tí, Lisandro, te toca,
Por la experiencia de viejo,
Aconsejarme.—A tí, Duque,
Por mi privado y mi deudo.—
Tú, Moscon, por lo jocoso,
Siempre murmuras grosero
Las acciones de palacio;
Y así, que digas pretendo
En esta ocasion tambien
Tu burlesco sentimiento,
Para que á un tiempo los cuatro
Del presagio nos burlemos;
Para que la envidia vea,
Para que conozca el tiempo
Que no temo á las desdichas,
Ni á sus amagos no temo;
Y que, á pesar de amenazas,
Reinar en Sicilia espero,
Sin presagios, sin asombros,
Sin ilusiones, sin miedos,
Sin azares, sin temores,
Sin prodigios, sin portentos;
Porque de mi gran valor,
De mi majestad é imperio,
No puede temerse mas
Ni puede esperarse menos.

DUQUE. (*Ap.*)

¡Gran soberbia!

LISANDRO. (*Ap.*)

¡Presuncion
Extraña!

REY. (*Ap.*)

Saber pretendo
De los tres las intenciones.

LISANDRO.

Responda el Duque primero
A la propuesta.

DUQUE. (*Ap.*)

Si digo
Que este presagio es severo,
Será fuerza que se enoje,
Y desterrándome, temo
Perder á Laura, á quien amo;
Esta vez de lisonjero
Me he de vestir.

REY.

Decid, Duque.

MOSCON. (*Ap.*)

¡Qué brava la estoy urdiendo!

DUQUE.

Claro se advierte, Señor,
Que el pájaro que ligero
Te arrebató la corona,
Es la fama, cuyo vuelo,
Tal vez licenciosa, llega
A lo mas alto y supremo
De las esferas; y es claro
El ser la fama, supuesto
Que, siendo tambien deidad,
Envidiosa de tus hechos,
Te quiere usurpar la gloria.
Y en subir al cielo luego
Tu corona, dió á entender
Que solo merece el cielo
Guardar joya tan sagrada,
Porque sean sus luceros
El esmalte que la adorne.
Este es el feliz portento,
Si no me engaño, que has visto,
Donde claramente vemos
Cuánto a los cielos agrada
La constancia de tu reino,
Pues gustan que se coloque
Entre los astros mas bellos.

REY.

Bien discurre.

MOSCON.

(*Ap.* Quiero al Rey
Pagalle con la de rengo;
Que, si no lisonjeamos
En palacio, no comemos.)
Yo digo que el pajarote
Es el amor, que, aunque ciego,
Tambien le pintan con alas
Los antiguos y modernos.
Este, viendo que, amoroso,
Como atrevido y severo,
A un tiempo eres fiel amante
Y eres valeroso á un tiempo,
Conociendo que le usurpas
El ser valiente y ser tierno,
A quitarte la corona
Vino en forma de mochuelo,
Quizá para dedicarla
A Vulcano, que, aunque herrero,
Es en efecto su padre;
Porque es propio de los necios
Querer ostentar linajes,
Aunque en las malvas nacieron;
Si no es que se la llevó
Para coronar á Vénus
En los jardines de Chipre
Por reina de tus deseos.

REY.

El que discurre tan bien
Merece, aunque es corto premio,
Esta cadena. (*Dale una cadena.*)

MOSCON.

Será
Rico blason de mi cuello.
¿Es toda de oro?

REY.

¿Quién duda?

MOSCON.

Vivas mas años que un cuervo.
(*Ap.* ¡Lo que vale la lisonja!
Aprended, mirones, desto.)

REY.

Di, Lisandro, si has mirado
Con tu discurso y prudencia
Deste sueño la sentencia
Y deste engaño el cuidado;
Que para que con verdad
Burle la deidad mas alta,
Solo tu consejo falta,
Solo falta tu piedad.

LISANDRO.

Si hay conocimiento en tí
De la verdad, gran señor,
Podrás saberla mejor
De tí propio que de mí.
No pide otro documento
O la verdad ó el engaño,
Sino un propio desengaño
Y un propio conocimiento;
Y así, entiendo que, aunque han dado
Su parecer los demás,
Al fin, Señor, quedarás
Por tí mas desengañado.

REY.

¿Te excusas de responder
A mi gusto?

LISANDRO.

Sí me excuso;
Que estoy dudoso y confuso
Si agradarte he de saber;
Pues proponiendo tu gusto,
Y no sola la verdad,
No me deja libertad
De responder lo que es justo.
(*Ap.* Ya la discordancia siento
Que mis voces han de hacer,
Llegándose á entremeter
Entre las deste instrumento;
Y aunque el alma las celebre
Y alabe la suavidad,
No ha de haber dificultad
En que la cuerda se quiebre.)

(*Habla con el Rey.*)

Jamás pretendí con arte,
Oh gran monarca, decirte
Lo que puede divertirte,
Mas solo desengañarte;
Y ahora mas, cuando es cierto
Algun venidero daño,
Advierto tu desengaño,
Y tu gran peligro advierto.
El sol tus años numere
Con los dias de su vida,
Y el ave propia homicida,
Que vive al punto que muere;
Tus hazañas solemnicen
Las mas remotas regiones,
Y tus insignes blasones
Los mármoles eternicen.
No juzgues que es ilusion
El sueño, oh Rey, que profanas;
Antes por lisonjas vanas

Conoce las que lo son;
Que hay una deidad suprema,
Digna que la adore el hombre,
Que por su justicia asombre
Y por su poder se tema.
Juzga los tiempos pasados,
Quita la máscara al vicio;
Verás el gran desperdicio
De los años mal gastados.
Acuérdate que hay Deidad,
Que á tus acciones asiste,
A quien ni engañar pudiste
Ni negarle la verdad;
Que vive y que está presente;
Disimula, espera, aguarda;
Con que parece que tarda,
Y parece que consiente.
A Baltasar la inclemencia
Sufre el cielo y no prohibe,
Hasta que una mano escribe
De su muerte la sentencia.
Aquel rayo que vestia
El iris de plumas bellas,
Que arrojaban las estrellas
O que el fuego despedia;
Aquel ave que, rompiendo
Lo que ocupa el aire vano,
Robó el laurel soberano
Mientras estabas durmiendo,
Es el aviso divino,
Que á tu grande obstinacion,
O el castigo ó el perdon,
Como piadosa, previno.
Amenaza es de quitarte
El reino; no quiera el cielo
Que se cumpla mi recelo,
Pues creo que has de emendarte.

REY.

Calla.

MOSCON.

No podrá callar.

REY.

Sin duda debe estar loco.

MOSCON.

Pocas veces vi hablar poco
Quien se ha excusado de hablar.

LISANDRO.

Y así, Señor...

REY.

Basta ya;
¿Qué brazo tan fuerte habria,
Que á mi ofenderme podria,
Y á quitarme el reino va?
Viva yo, que por escalas
Del aire, de cielo en cielo,
Llegue al empíreo mi vuelo,
Llegue á las etéreas salas,
Donde, si hay deidad que asombra,
Y que á un rey soberbio humilla,
El sol ha de ser mi silla,
La luna ha de ser mi alfombra.

MOSCON.

Y allí le harás á Moscon
Algun sino extraordinario,
No siendo el Aries ni Acuario,
Ni el Cáncer ni el Escorpion;
La Libra, vaya con Dios,
Por lo que enseña á hurtar;
Y el Can, porque en adular
Nos parecemos los dos.

REY. (*A Lisandro.*)

No estés mas en mi presencia,
Véte luego de Palermo;
Predica á peñas de un yermo,
Y dénte fieras audiencia.

LISANDRO.

No por traidor me destierras,
No por culpas me castigas;
Por verdades, sí, me obligas
Al albergue de unas sierras,
A la rústica campaña
De unos brutos, de unas fieras,
Que, por no ser lisonjeras,
Menos su amistad me daña.

REY.

No tan léjos has de estar
De la corte; que he advertido,
Que, viendo lo que has perdido,
Te causará mas pesar.
La aldea que junto al baño
Adonde á bañarme voy
Está, por cárcel te doy
A tu fiero desengaño.

LISANDRO. (*Ap.*)

Al piadoso cielo ruego
Que mitigue sus enojos.

REY.

¡Que no te maten mis ojos!
¡Que no te abrase mi fuego!
Véte.

LISANDRO.

Con gusto me voy,
Pues es el tuyo la ley.

REY.

Sabes que siempre soy rey.

LISANDRO.

Tú, que fiel vasallo soy. (*Vase.*)

DUQUE.

Señor...

REY.

No hay que replicar.
(*Ap.* Que, pues no miré al decoro
De su hija, á quien adoro,
No me queda que mirar.)
(*Hablando con Moscon aparte.*)
Hanme dado algun cuidado
De mi Laura los enojos.

MOSCON.

Mas bien gozarás sus ojos
No estando el padre á su lado.

DUQUE.

Y yo en perpétuo disgusto
Podré mas presto acabar,
Si es forzoso renunciar
En un tirano mi gusto.

REY.

Los cazadores prevén;
Que con los halcones quiero
Olvidar á ese grosero.

MOSCON.

Harás, gran señor, muy bien;
Y de camino podrás
Gozar del baño templado;
Que el calor es extremado.

REY.

Prevenido lo tendrás.

MOSCON.

A ponerlo por efeto
Mi voluntad se sujeta.

REY.

Aquel pájaro me inquieta.

MOSCON.

No á mí, que soy con respeto,
Cuando mis gracias ensayo,
Al pájaro semejante
En lo picudo y rapante;
Mas de donde diere el rayo. (*Vase.*)

Salen LA REINA *y* LAURA, *dama.*

REINA.

Mejor que yo alcanzarás,
Laura, su perdon ahora.

LAURA.

Ya conocerás, señora,
Que de mi segura estás.

REINA.

Vivas los años, Señor,
Que quien es tuya desea.

REY.

Y esos mismos años vea,
Reina y señora, tu amor.

REINA.

(*Ap.* ¡Que disimule mis celos,
Temiendo una tirania,
Cuando en una dama mia
Conozco en el Rey desvelos!)
A tus piés, Señor, te ruego
Vuelva Lisandro á la corte.

REY.

Es el castigo mi norte,
La venganza es mi sosiego.

REINA.

Mira bien que su advertencia
Se ajusta con la razon,
Porque estos amagos son
Del cielo.

REY.

Ha sido imprudencia,
Y la debo castigar.

REINA.

Antes fué consejo fiel.

REY.

¿Venisme á rogar por él,
O venisme á predicar?

REINA.

Llega tú, Laura, y suplica
Para tu padre el perdon.

LAURA.

Aunque es mucha mi razon,
Eso á la razon implica.

DUQUE. (*Ap.*)

Perdóneme la lealtad
Que á un rey se debe tener,
Pues no tiene que perder
Quien pierde la libertad.

REINA.

Llega tú, Laura.

REY. (*Ap.*)

Por verla
Solo pedirme y rogarme,
Me parece que he acertado
En desterrar á su padre.

LAURA.

Los servicios que en tu casa,
Siempre leal y constante,
Lisandro, Señor, te ha hecho,
Referirlos es cansarte;
Mas cuando nace el olvido
De ignorancia, no de achaque,
Si de venganza ó de enojo,
El decirlos no es culpable;
Pues es de razon tan fuerte,
Cuando la forman verdades,
Que, á pesar de los enojos,
Causa recuerdos bastantes.
Apenas hubo en Sicilia,
Cuando victorioso entraste
Por las puertas de Palermo
(A pesar del vulgo infame),
Quien aclamase tu nombre;
Porque fué el temor bastante
Hacer que todos temiesen
Y tu poder recelasen;
Cuando la espada en su diestra,
El enojo en su semblante,
La razon en lo prudente,
Y los premios en lo afable,
Volvió en amor los temores,
Lo aborrecible en lo amable,
Dejando en todo tu reino
Llanas las dificultades.
El de Nápoles, vencido,
Quiso el pasaje estorbarte

Por el mar, con treinta velas,
Del cerúleo golfo ultraje;
Y cuando faltó en tu reino
Quien rompiese, quien cortase,
Vengativo y animoso,
Esos montes inconstantes,
Con solos cuatro navíos,
Que, opugnando tempestades,
Si no fueron del mar peces,
Eran de sus ondas aves;
Echó á pique diez bajeles,
Hizo estremecer los mares,
Y haciendo en todos su presa,
Obligó á su rey besase
La tierra donde sus plantas
Procuraban humillarte.
Treinta heridas ennoblecen
Aquel pecho de diamante,
Y adornan por él tu alcázar
Cincuenta y cuatro estandartes.
¿Quién te ha servido mas firme?
¿Quién te asistió mas constante?
¿Quién te aconsejó mas sábio
Ni te sirvió menos fácil?
Y hoy, cuando esperaba el premio
De trabajos tan leales,
¿Quieres pagarle en desprecios,
¿Quieres en destierro darle
El premio de sus victorias
Y el precio de sus verdades?
Mira, Señor, que si intentas
De esta suerte castigarle,
Mas le premias que castigas,
Si el mundo la causa sabe;
Pues los mas remotos reinos,
Del suceso no ignorantes,
Dirán que le has castigado
Porque no quiso adularte.
Si esta razon no te obliga,
Si estas causas no te valen
A que, piadoso, revoques
La sentencia que firmaste,
Dame licencia, Señor,
Que su destierro acompañe,
Para que estorbe mi ausencia
Que digan lenguas mordaces
Lo que á tu deidad desdice,
Lo que en tu pecho no cabe.
Demás de que es menos fuerte
Una bala, un baluarte,
Que á pretensiones mi pecho;
Pues soy, si mujer, bastante
Para resistir promesas,
Para no oir libertades,
Para defender honores
Y para ilustrar linajes.
Esto te he dicho, Señor,
Para que el vulgo inconstante,
O los que en palacio asisten,
De tí con recato hablen;
Que eres mi rey, en efecto,
Y á los vasallos leales
Siempre los reyes han sido
En las tormentas la nave,
En los peligros el puerto,
En la pérdida el rescate,
En los daños el remedio,
En las penas el Acátes,
En los riesgos el asilo,
Y todo el bien en los males.

REINA. (*Ap.*)

¿Si es fingido?

DUQUE. (*Ap.*)

¿Si pretende
Divertirme?

REINA. (*Ap.*)

¿Si engañarme
Quiere de nuevo? ¡Ah traidora!

REY. (*Ap.*)

¡Con qué gloriosos esmaltes
Doró el hierro de mi amor!

DUQUE. (*Ap.*)

No es tiempo ahora, verdades.

REY.

Basta, Laura, no haya mas.
(*Ap.* Por quien soy, que tus enojos
Me llevan tras tí los ojos.)

LAURA.

¿La licencia no me das?

REINA.

Lo que Laura me ha pedido,
Es solo que la conceda
Que dejar la corte pueda,
Y esto a vuestra alteza pido;
Y así, en querer ausentarse,
Por ver á su padre ausente,
Muestra que, estando presente,
Ha de gustar de quedarse.

REY.

Lo que tu ruego no alcanza,
Por imposible ó injusto,
No conseguirá otro gusto
Ni gozará otra esperanza.
(*Ap.* Perdona, Laura, el desvío
Con que tus soles me ven;
Dígale amor que el desden
Es fingido, que no es mio.)
(*Hablando con ella.*)
Volverá Lisandro presto
Del destierro á que le obligo;
Que es siempre Lisandro amigo
Y en quien mi defensa he puesto.

LAURA.

Beso tus piés, confiada
En tu palabra.

REY.

Perdona;
Que el ave que mi corona
Llevó, avarienta y osada,
Me desvela, hasta que pueda
Darla entre los aires muerte.

REINA.

Espero, volviendo á verte,
Saber que sin vida queda.

REY.

Laura, cesen los enojos;
Que el perdon no será tarde.

LAURA.

El cielo tu vida guarde.

REY.

Para gozar de tus ojos.
(*Ap.* Bien á la Reina he engañado.)

REINA. (*Ap.*)

¿Si Laura me ha divertido?

DUQUE. (*Ap.*)

Sin pulsos llevo el sentido.

REINA. (*Ap.*)

Celos, con mayor cuidado,
Pues que sufro su rigor,
Andemos de aquí adelante.

DUQUE.

Ya que soy de Laura amante,
Sabré si es firme su amor.

(*Vanse.*)

Ha de haber una enramada con unos escalones, por donde baje EL ÁNGEL, *ricamente vestido, al son de música de chirimías.*

ÁNGEL.

Ya llegó, Sicilia, el dia
Donde en consuelos presentes
Se muden penas pasadas,
A pesar de un rey que tienes.
Ya llegó, pueblo oprimido,
A ese mónstruo que te ofende,
O la piedad si se enmienda,
O el castigo si es rebelde.
Aquella deidad suprema,
Cuyo *fiat* obedecen,
El bruto, aunque no discurre,
Y la planta, aunque no siente,
A mí, que soy su ministro,
La licencia me concede
Para derribar la estatua
Que á las estrellas se atreve;
Pues de la suerte que cuando
Parece que se estremecen
Los mas levantados montes
O se desunen los ejes
Del cielo, porque en las nubes
Rompe el aire, que le ofende,
Sale el fuego, que le oprime,
Suena el trueno, que le hiere,
Cuando perece el ganado,
Cuando el ave no parece,
Y se humillan por el suelo
Los alcázares mas fuertes;
Si despues de la tormenta
El dia claro amanece,
Ahuyenta el sol negras nubes,
Y en su esplendor las convierte;
Así de justicia el sol
Saldrá al mundo tan alegre,
Que, á pesar de tanta noche
Y de tempestad tan fuerte,
Pise los montes mas altos,
Los valles humildes huelle
Entre al soberano alcázar,
Y goce el rústico albergue.
Vuestro rey seré entre tanto,
Y corrigiendo las leyes
De este tirano, que el gusto
En lugar de la ley tiene,
Gobernaré vuestro reino,
Dando lugar á que aliente.
Hoy, que ha de entrar en el baño,
Cuando el real vestido deje,
Tomaré su forma y traje,
Y perderá él la que tiene:
Quedando en rostro y facciones
Tan otro, tan diferente,
Que ninguno le conozca,
Siendo fábula á las gentes,
De los varones desprecio
Y de los niños juguete.
Un gaban rústico y pobre
Traeré del pajizo albergue
De un villano de esa quinta;
Que, aunque tanto á Dios ofende
El pecador, nunca Dios
Deja de acordarse siempre
De su abrigo; pero ya
Hácia el baño con su gente
El Rey camina, despues
De fatigar los celestes
Distritos con los neblíes,
Que licenciosos se atreven
A penetrar las esferas
Con espíritu valiente,
Hasta que á la altiva garza
El coral líquido beben;
Porque es tanta su crueldad,
Y su codicia tan fuerte,
Que, despues de haber quitado
Honras y haciendas, pretende
Tambien que las simples aves
Su misma sangre le pechen.
Mas hoy, dichosa Palermo,
Verán tus campos alegres
Deshecho todo el encanto
De esta venenosa sierpe,
De este falso cocodrilo,
De esta fiera hiena, de este
Centro de toda maldad,
Golfo de todo deleite.
Yo soy el pájaro altivo
Que le usurpé de las sienes

La corona, porque en ellas
Descansaba injustamente.
¡Albricias, Sicilia, albricias!
Que estar muy contenta puedes,
Pues ya se acaban tus males
Y se principian tus bienes.—
Y tú, Federico ingrato,
Rubricada en las paredes
(*Vase al son de la música.*)
De tu palacio verás
La sentencia de tu muerte,
Si la piel no renovares,
Como la sábia serpiente.

JORNADA SEGUNDA.

Salen LA REINA *y* LAURA.

REINA.

Sígueme, Laura; que intento
En este jardin florido
Divertir vanas memorias,
Que me afligen los sentidos.

LAURA. (*Ap.*)

Fortuna, ¿qué suspensiones
Son las que en la Reina miro?

REINA. (*Ap.*)

Diréla mi pensamiento,
Pues la máscara me quito.

LAURA.

Mil novedades, Señora,
Despues que el Rey se ha partido
A caza, veo en tu rostro;
¿De qué, Señora, ha nacido
Que, mas que otras veces, hoy
Arrojas tantos suspiros,
Dando á entender que tu pecho
Es de penas un abismo,
Un piélago de tormentos
Y de pesares un rio?
Si puedes manifestarlos,
Comunícalos conmigo;
Que males comunicados
Siempre menores han sido,
Y de mi lealtad bien sabes
Que es de lealtades prodigio.

REINA.

Antes no tendré sosiego,
Si no te los comunico.
¡Ay, Laura!

LAURA.

Tanto favor
Pienso que te he merecido.

REINA.

Escucha; que, pues estamos
Entre flores, que narcisos
Son del cristal de esa fuente,
Mas me darán el motivo
Para declarar mis penas.
(*Ap.* Mis celos hubiera dicho
Mejor, pero no conviene
Confesar tal desatino;
Que las personas reales
No los tienen del sol mismo.)

LAURA. (*Ap.*)

Responderé con enojo
Si se declara conmigo,
Atropellando recatos
De mi honor por solo indicios.

REINA.

Discurriendo por el prado
De líquida plata un hilo,
Una trenza de cristal,
Una culebra de vidrio,
Hace en detrimento suyo
Provechosos desperdicios,
Porque presuma la selva
Que es fineza lo que oficio;
Y así, á pagar se dispone
El humor que ha recibido,
Dando en cada planta un mayo,
Y en todas un paraíso,
Para ofrecerle al arroyo
La amenidad de su sitio;
Que hasta la floresta quiere
Satisfacer un cariño,
Siendo cítara de pluma
Un músico pajarillo,
Y hace en la copa frondosa
De un chopo, sauce ó aliso,
Desde donde escucha tierno
Si su amante da un quejido,
Para pagarle en motetes
Lo que ha cobrado en suspiros;
Que hasta un pájaro sonoro
Sabe ser agradecido.
En la falda de un peñasco
Tiene la hiedra principio,
Y como ve que ella sola
Está exenta del dominio
Del tiempo, se desvanece
Para enamorar al risco.
Sube á abrazarle amorosa;
Y él, amante agradecido,
Correspondiendo al favor,
No mirando al desvarío,
En pago de sus finezas,
Le ofrece cortés arrimo;
Que usar de correspondencia
Hasta una peña ha sabido.
Laura, si el agradecer
Es fuero de amor preciso,
De quien no se escapa el ave,
La selva ni el edificio,
No es mucho que esté dudosa
Si amor ha hecho lo mismo
En tu pecho (¡estoy mortal!);
Perdóname si lo digo,
Pues son tantos los ahogos
Que en mi pecho reprimidos
Estuvieron hasta ahora,
Que ya, sin poder sufrirlos,
Es fuerza que al labio salgan
Todos los afectos mios.
Yo no digo que eres, Laura,
La causa de estos principios,
Aunque por tantos efectos
Bien pudiera colegirlo;
Solo advierto que, despues
Que á palacio te han traido,
Veo muy poco gustoso
A mi esposo Federico,
Olvidando las finezas
Y abrazando los desvíos,
En tus pensamientos, Laura,
Solamente enternecido.
No ignoro, Laura, no ignoro
Que es tu honor mas claro y limpio
Que aquel que Febo luciente
Ostenta en dorados giros,
Y que á las olas de amor
Has sido constante risco.
No te pongo á ti la culpa,
Que fuera en mí desvarío;
Solo pretendo que adviertas
Que, teniéndote conmigo,
Es aplicarme yo propia
A mi garganta el cuchillo.
Quitar, Laura, la ocasion
El mejor remedio ha sido,
Así en los fueros humanos
Como en los fueros divinos.
Solas estamos las dos,
Atiende á lo que te digo,
Advirtiendo que mi intento
A tu bien va dirigido.
A ti te festeja el Duque
Con el casto y noble estilo
Que en los palacios reales
Justamente es permitido;
Que á las deidades mas puras
Hace amor sus sacrificios.
Del duque Alejandro sabes
La casa y solar antiguo,
Lo acendrado de su sangre,
De sus estados lo rico;
Mas, como esto es tan notorio,
Ello por sí se está dicho.
Tú has de ser su esposa, Laura;
El modo deja á mi arbitrio;
Que yo haré que el Rey le honre
Con nuevos cargos y oficios,
Y que del destierro venga
Tu padre, á quien tanto estimo.
No como reina te mando,
Como amiga te suplico
Que tengas de mí piedad,
Pues mientras el casto hechizo
De tus ojos viere el Rey,
No ha de olvidar sus designios.
Laura mia, hermosa Laura,
Perdona mis desvaríos,
Y advierte que el darte al Duque
Es lisonja, y no castigo.
Así se midan tus años
Con lo eterno de los siglos,
Y tengas, Laura, en tus bodas
Mas dichas que yo he tenido;
Sáqueme tu lealtad
De tan ciego laberinto.

LAURA.

A la primera propuesta
No responder es preciso,
Cuando vuestra alteza sabe,
Cuando todo el mundo ha visto
Lo constante de mi honor,
Y de mi lealtad lo invicto;
Mas solamente diré
Que cuando el rey Federico,
Con los fueros de tirano,
Intentara algun delirio
(Perdóneme que le dé
De tirano el apellido,
Pues sabe que en todo el orbe
Lo dice la fama á gritos);
Vuelvo á decir que si hiciera
Algun desaire conmigo,
Y obligado de mis ojos,
Como vuestra alteza dijo,
Pensando algun desacato,
Se atreviera al honor mio,
Que me sacara los ojos
Yo misma.

REINA.

¡Qué heróicos brios!

LAURA.

Yo misma, porque no fueran
Causa de su precipicio;
Y aun hiciera... Pero no
En mas empeños me afirmo;
Que es mi rey, y aunque es cruel,
A deslealtades no aspiro.
A lo segundo respondo...

REINA. (*Ap.*)

Mi vida pende de un hilo.

LAURA.

Que en darme, Señora, al Duque
La mayor merced recibo,
Pues mi nobleza no hallara
Mas á su gusto marido.

REINA. (*Ap.*)

Albricias, vanos recelos;
Que el encanto se deshizo.

LAURA.

Pero como la obediencia
Es tan precisa en los hijos,
Daréle cuenta á mi padre;

Que no es mio mi albedrío,
Si su licencia me falta.

REINA.

(*Ap.* ¡Cielos, si se ha arrepentido!)

(*Estos versos apriesa, con turbacion alegre.*)

Eso no te dé cuidado;
Verás cómo facilito
Que venga luego á la corte,
Donde lo que propusimos
Efecto dichoso tenga.

LAURA.

En tu gusto me resigno,
Como lo quiera mi padre.

REINA.

Yo, Laura, á ello me obligo.

LAURA.

¿Estás contenta?

REINA.

A mis brazos
Llega, no visto prodigio
Del honor y la lealtad.

LAURA.

A vuestras plantas me humillo.

REINA.

¿Cumplirásme la palabra?

LAURA.

¿Quién lo duda?

REINA.

Mucho estimo,
Laura, tan noble fineza.

LAURA. (*Ap.*)

¿Hay mas extraño capricho?

REINA.

Parece que viene gente.
Volvamos á mi retiro;
Que no quisiera que alguna
Dama nos hubiera oido,
Y le diera desto parte
A mi esposo Federico.
Vamos apriesa, y advierte
Que en tu palabra confío.

LAURA.

Como mi padre lo quiera,
Señora, lo dicho dicho.

REINA. (*Ap.*)

Amor, vencí.

LAURA. (*Ap.*)

Tantas dudas
Ya parecen desvaríos.

(*Vanse.*)

Digan adentro EL REY, EL DUQUE y MOSCON, *antes de salir al tablado.*

REY.

Soltadle á los neblíes las pihuelas;
Que el recelo á la garza pone espuelas.

MOSCON.

En columbrando el Rey al pajarote,
Quitadle luego al sacre el capirote.

(*Salen ahora.*)

REY.

Diversas aves se han volado.

DUQUE.

Extrañas.
Las grutas de estas ásperas montañas,
En vez de fieras, estas aves crian,
Que hasta las nubes penetrar porfian.

REY.

Aquel ave ó prodigio se me esconde,
Sin que sepa el lugar, sin saber dónde
Sus polluelos sustenta, el nido tiene,
Ni en qué parte del aire se entretiene.

MOSCON

Sin duda que amenaza tu desastre
El pájaro á quien Plinio llama sastre;
Si no fuera cernícalo ó milano,
Debió de ser el pájaro escribano,
Que con su pluma vuela por los aires;
Y si acaso te enfadan mis donaires,
Diré que ha sido un pájaro casero,
Que llaman en palacio despensero.

REY.

Cansado estoy de la volatería.

MOSCON.

Y yo del tropezon del haca mia,
Que quien corre la tierra y mira al cielo,
Es milagro no ruede por el suelo.

DUQUE.

Al baño, gran señor, hemos llegado.

MOSCON.

Es el baño del Cisne muy nombrado.

REY.

Entrad conmigo, Duque, á desnudarme;
Que intento divertirme con bañarme.

(*Vanse el Rey y el Duque.*)

Sale EL ÁNGEL, *y quédase al paño.*

ÁNGEL.

La hora llegó ya de su castigo,
O de la justa emienda á que le obligo;
A mudarle la forma voy mandado
Del que es quien es, y nunca se ha mudado.

(*Vase.*)

MOSCON.

Pues que tan solo, en efeto,
Os dejan, señor Moscon,
Vos teneis linda ocasion
Para decir un soneto;
Mas si esta heróica poesía
No es de ingenio tan grosero,
Murmurar un rato quiero
Del Rey, pues me da osadía
El ser yo del Rey criado.
Lograr pienso la ocasion;
Mas quedo, señor Moscon;
Que anda el mar alborotado,
Y es infamia el murmurar.
Lengua mia, callar puedes;
Que, aunque no hay aquí paredes
Que te puedan escuchar,
Nunca el silencio dió enojos,
Y para darte congojas,
Tienen los árboles hojas,
Que tal vez les sirven de ojos.
Los plebeyos no han de ser
Registro á las majestades;
Mas saben bien las verdades,
Y las sabrán defender.
De ser leal se destierra
Aquel que al rey no perdona,
Pues no pulen la corona
Los buriles de la tierra;
Y si mi rey no previene
Honor á las justas leyes,
Para enseñar á los reyes
Ministros el cielo tiene.

Sale EL DUQUE.

DUQUE.

Ya el Rey se queda bañando,
Y manda que aquí le aguarde
Hasta que avise.

MOSCON.

La tarde
Está á bañar convidando.

DUQUE.

¿Qué hará Lisandro, Moscon,
En esta cercana aldea?

MOSCON.

A quien soledad desea,
Palacios los campos son;
Demás que el sábio, el prudente,
Nunca mas acompañado
Que cuando está retirado
Del comercio de la gente.

DUQUE.

Dices bien; que aquellas flores
Aun no fingen lisonjeras,
Colores son verdaderas
Sus naturales colores.
Aquí las aves cantar
Suelen al amanecer,
Solo por entretener,
Y no por lisonjear.
Cuando los arroyos bellos
Son despeñados Faetontes,
Besan los piés á los montes,
Pero no murmuran dellos.

MOSCON.

En tanto que el Rey se baña,
Entretengamos el tiempo.

DUQUE.

Dices bien. ¿Tienes amor?

MOSCON.

No le he tenido ni tengo.

DUQUE.

Eso ¿cómo puede ser,
Siendo galan y mancebo?

MOSCON.

Has preguntado muy bien;
Escucha mi pensamiento:
Yo, segun mi natural,
Amar quisiera, esto es cierto;
Pero el amar se me acaba
Al punto que considero
Que, como mula sin tacha,
No hallo mujer sin defecto;
Mas esto se ha de entender
Hablando de lo plebeyo,
No de hermosuras que tocan
En lo noble y lo supremo.

DUQUE.

Muy bien has hecho la salva.
(*Ap.* Oirle con gusto pienso;
Que, si vá á decir verdad,
Aun tiene gracia en lo necio.)
Prosigue, Moscon, prosigue;
Que me holgaré.

MOSCON.

Oye atento:
Si es moza, se hace de pencas,
Diciendo: «No trato de eso.»
Si es pasante, busca unciones
Con que teñirse el cabello,
Y si se repara bien,
No es ámbar fino su aliento.
Si es flaca, ¿quién puede haber
Que enamore un esqueleto?
Si es gorda, sin ser verano,
Abochorna y quita el sueño;
Si es alta, parece azul,
Como la miren de léjos;
Si es enana, es menester
Humillarse por el suelo,
O ponerse de cuclillas,
Para decirla un secreto.
Pues si tiene buenas manos,
Dios nos libre del exceso
Con que á puras manotadas
Acicala y pule un cuento;
Si buenos dientes, los labios
Arregaza haciendo un gesto,
Y á cualquiera chanza trae
La risa por los cabellos;
Si es discreta, ya se sabe
Que no la falta lo feo;

Si hermosa, el ser una tonta
Le compete de derecho;
Mas todo lo referido,
En mi opinion, es lo menos;
Que estos son, si bien se mira,
Particulares defectos,
Que no á todas comprehenden,
Pues muchas se hallan sin ellos.
Vamos á las generales
Trazas, tramoyas y enredos
De las mujeres. ¿Quién hay
Que sufra los embelecos
De rizos, guedejas, moños,
Que están diciendo *memento*,
Calva, que ayer fuiste raso,
Aunque hoy eres tercio-pelo?
Quién habrá, digo otra vez,
Que lleve con sufrimiento
Las infusiones, las mudas,
Los badulaques y ungüentos
Que hacen algunas mujeres
Para pintarse de nuevo?
Pocas son las que se lavan
Con agua clara de enero;
Todo es soliman y todo
Arrebol, claras de huevos,
Albayalde, piedra-lumbre,
Babolas, miel y espejuelos,
Y otras seis mil porquerías,
Que duran en sus pellejos
Lo que al sudor se le antoja
O lo que permite el lienzo.
Si bajamos pues abajo,
Muy entablillado vemos
Al talle, como si fuera
Brazo con un desconcierto,
Que si en un brazo le dan,
Resuena el carton á hueco.
Luego están los guarda-infantes,
Los faldellines, los ruedos,
Las enaguas, las polleras,
Que, garlitos del infierno,
Engañan á un hombre honrado
Con el cebo que está dentro.
Pero lo esencial olvido,
De lo mejor no me acuerdo;
¿Qué mujer hay que no pida?
¿Quién no ha de quedarse muerto
A un «dame» desvergonzado,
A un «envíame» grosero?
No, mi Duque; ¿yo querer?
Yo enamorar? ni por pienso,
Cuando en muchas de las hembras
Tantos excesos contemplo,
Condiciones depravadas,
Tantas maulas y embelecos,
Y que sobre todo, piden,
Con que pienso que eché el resto.

DUQUE.

Muy bien me has entretenido;
(*Dale una sortija.*)
Toma esta sortija en premio.

MOSCON.

Matusalen de los duques
Te vean mis herederos.

DUQUE.

Pienso que su majestad
Sale del baño, y no sé
Cómo tan presto; sabré
Si hay alguna novedad.

Sale EL ÁNGEL, *con el mesmo vestido del Rey ó con otro parecido.*

ÁNGEL.

Vamos; que ya me he bañado.

DUQUE.

Señor, ¿qué razon ha habido
De haberte á solas vestido,
Sin que nos hayas llamado?

ÁNGEL.

Yo propio quise vestirme;
Que, para bien acertar
A gobernar y mandar,
Tal vez conviene el servirme;
Que, aunque rey tan recto me hallo,
Porque el pueblo no se queje,
No es justicia que le deje
Toda la carga al vasallo.

MOSCON. (*Ap.*)

A fe, que es esta razon
Nueva en un rey tan tirano.

DUQUE.

Aun todavía es temprano,
Que apenas las cuatro son.

ÁNGEL.

No importa, á Palermo vamos;
Que entonces no será vicio
Todo el honesto ejercicio,
Cuando bien le moderamos.

DUQUE.

¡Gran prudencia!

MOSCON.

¡Gran mudanza!
Él ha trocado el pellejo;
Que no es suyo este consejo
Ni tampoco esta alabanza.

ÁNGEL. (*Ap.*)

De Dios es bien que veais
El poder, rey atrevido,
Donde vos, desconocido
De todos, os conozcais.
Es de Dios órden y ley
Que de este que le enemista
Tome forma y traje vista,
Con traje y forma del Rey.
Saldrá del baño desnudo,
Y no hallando su vestido,
Se vestirá mal sufrido
(*Señala entre las ramas, adonde ha de estar, no muy encubierto, un sayo pulido de labrador.*)
Aquel, que es de un pastor rudo;
Con que vestidos los dos,
En la soberbia en que está,
El tino conocerá
Lo que puede y sabe Dios.

DUQUE. (*Ap.*)

Sospecho que se ha quedado
El Rey, Moscon, divertido.

ÁNGEL.

Vamos pues. (*Vase.*)

DUQUE.

Él ha salido
Del baño en otro trocado.
¿Si es de algun sueño ilusion?
De nuevo admirarme quiero. (*Vase.*)

MOSCON.

Él ha salido cordero,
Habiendo entrado leon.
Si la vista no me miente,
Y no es del deseo engaño,
Sin duda dejó en el baño
El pellejo de serpiente. (*Vase.*)

Sale EL REY *del baño, á medio vestir, y dice antes de salir.*

REY.

¡Duque! — ¡Criados! — ¡Moscon! —
¡Compañeros, hola, hola!
¿Mi persona dejais sola,
Y mas en esta ocasion?
¿No me venís á vestir?
¿Qué es esto? ¿Nadie responde?
¿Dónde estáis, villanos, dónde?
¡Qué! ¿No me quereis oir? —
¡Hola, Duque! por quien soy,
Que á todos mande matar,
Y aun no se podrá templar
El enojo con que estoy.
Un Monjibelo es mi pecho,
Que me enciende y que me abrasa;
¿Si esto acaso en sueños pasa?
Que ha sido ilusion sospecho;
Que sueño no puede ser,
Pues que estoy despierto; veo
Ser engaño, y traicion creo
De quien me quiso ofender.
Esta es la puerta del baño,
Este es campo, y monte aquel,
Este arroyo, aquel vergel;
Luego no es del sueño engaño.
Mas sin duda que estoy loco,
O la memoria he perdido,
Pues en sombras del olvido,
Dudas piso, incendios toco.
El vestido me han llevado;
¡Que esto sufro, pésia al cielo!
Que no pueda yo de un vuelo
Llegar al cielo estrellado,
Y en lugar de la escarlata
Que mi persona ha lucido,
Cortar ahora un vestido
De sus estrellas de plata!
Al mismo Dios me opondré,
Y si quisiere estorbarme,
Con él pretendo igualarme.

PASTORCILLO. (*Dentro.*)

Calla, blasfemo, sin fe.

REY.

¿Qué voz entre aquestas ramas
A mi decoro se atreve?
A mas cólera me mueve;
Abrasaré con mis llamas
Todo el monte; pero no,
Registraré su maleza. —
¿Quién se atreve á mi grandeza?
Quién la ha profanado?

Sale ahora EL PASTORCILLO, *pulidamente vestido, guarnecido el vaquero de armiños.*

PASTORCILLO.

Yo.

REY.

Dime, ¿quién eres?

PASTORCILLO.

Un niño,
Con el valor de gigante.

REY.

¡No vi rapaz semejante!
Vestido de blanco armiño,
Al alba envidia le da
Y al mismo sol desafia.
¿Cómo has tenido osadía?
Cómo un átomo podrá
Oponerse á todo el sol?
O no debes de saber
Que soy el Rey.

PASTORCILLO.

Podrá ser;
Pero ningun arreból
De su grandeza en tí veo.
El Rey en palacio está,
Yo le dejo ahora allá.

REY.

¡No lo creo, no lo creo!

PASTORCILLO.

Si tú la fe no conoces,
¿Cómo puedes tener fe?
Bien esta duda escuché
De lo altivo de sus voces
Y de su soberbia vana,

De su loca fantasía;
Que la gloria de este dia
Será un infierno mañana.
No ofendas al cielo mas,
Trata de enmendarte pio;
Que la vida humana es rio,
Que volver no puede atrás.
Acuérdese su merced
De Goliat el gigante,
Que un pastorcillo ignorante
Le puso en el cuello el pié.
¿Cómo el temor no le incita
La estatua de aquel Nabuco,
Pues, cual si fuera un trabuco,
La derribó una chinita?

REY.

Niño sábio, disfrazado
Con el traje de pastor,
No conoces mi valor,
Pues sin temor me has hablado;
El rey Federico soy,
Aunque desnudo me ves;
Arrodillate á mis piés.

PASTORCILLO.

Mejor levantado estoy;
No le haré tal ceremonia,
Aunque me haga mas cariños;
Que soy uno de los niños
Del horno de Babilonia.

REY.

¿Cómo de Escritura sabes,
Si la experiencia te falta?

PASTORCILLO.

En la Alemania más alta
Aprendí cosas muy graves,
Y de modo concebí
Las ciencias, sin estudiar,
Que es imposible olvidar
Lo que una vez aprendí.

REY.

Sin duda que es hechicero.—
Véte al momento, rapaz.

PASTORCILLO.

Tengamos la fiesta en paz,
Serenado caballero.

REY.

Mataréte. (*Va á acometerle.*)

PASTORCILLO.

No podrá.

REY.

Mas ¡qué grave suspension
Me acobarda el corazon!
Temblando en mi pecho está.

PASTORCILLO.

Aunque me ve rapaz tierno,
A otro pastor muy rehecho
Le hice yo rodar el trecho
Que hay desde el cielo al infierno;
Y aun ahora, si se sube
A mayores, con un pié
Tan alto le arrojaré,
Que le clave en una nube.

REY.

Véte ya de mi presencia;
Que no sé qué miro en tí,
Que de mis culpas aquí
Hoy me acusa tu inocencia.

PASTORCILLO.

Ahora sí que me voy,
Pues me empieza á tener miedo.

REY.

Mover las plantas no puedo;
Sin duda hechizado estoy.

PASTORCILLO.

Voyme, pues de mí se espanta,
Diciendo aquesta letrilla:
«Dios levanta al que se humilla,
Y humilla al que se levanta.» (*Vase.*)

REY.

Esto que por mí ha pasado,
A nadie habrá sucedido.
¿Que no tenga yo un vestido
Ni venga ningun criado?
(*Va hácia una enramada, donde estará un sayo pulido de labrador.*)
Pero un rústico vaquero
Piadosa me da la tierra,
Cuando el cielo me hace guerra,
Porque hacerle guerra espero.
(*Vase vistiendo el vaquero.*)
Quiero abrigarme con él,
Pues mi mal lo quiere así;
Y no porque me honre á mí,
Mas por darle honor á él.

BATO. (*Dentro.*)

Pues se fué á Palermo el Rey,
Cantando me daré priesa
A buscar por la dehesa
El novillejo y el buey.

UN MÚSICO. (*Dentro.*)

Novillejo perdido,
Quizá por engañado,
¿Cómo dejas el prado,
De flores guarnecido,
Y por fragosas breñas
Buscas el vil sustento entre las peñas?

OTRO MÚSICO.

Amado novillejo,
Y mil veces amado,
Como al fin te he criado,
Perdido no te dejo.
Vuélvete á la querencia;
Que, como buen pastor, siento tu ausencia.

REY.

Con las voces que he oido
De estos pastores, siento
No sé qué movimiento,
Apenas entendido;
Que soy fiera perdida,
Y oigo un pastor que dió por mí la vida.

MÚSICO 2.°

¡Cómo te engalanara
De flores, si te viera!

MÚSICO 3.°

Yo en tu rescate diera
El alhaja mas cara.

REY.

Alabaré tu nombre;
Mas esto es conocer que yo soy hombre.—
¿Ah, pastor?

Sale BATO, *segundo gracioso.*

BATO.

¿Quién llama?

REY.

Yo.

BATO.

¿Habeis acaso sabido
De un novillejo perdido?

REY.

¿Tú no sabes quién soy?

BATO.

No.

REY.

¿No me conoces, villano?
El Rey soy.

BATO.

¡Linda fegura!

REY.

Humillarte á mí procura.

BATO.

¿Yo humillarme? Será en vano.
¿Quién eres?

REY.

El Rey.

BATO.

¡Mamola!
¡Lindo rey mos ha venido!
El loco es entretenido.

REY.

Por Dios que te mate.

BATO.

Hola,
(*Saca la honda.*)
Si dos ripios arrebato,
Le he de abollar la mollera.
¡Qué ridícula quimera!

REY.

Yo soy el Rey.

BATO.

Yo soy Bato.
Poco el ser rey se le encaja,
Aunque yo le he visto ogaño
Lindo como flor de antaño.

REY.

¿Adónde?

BATO.

En una baraja.

REY.

¡A qué furias me provoco!

BATO.

Mas ¡ay! ¿No es este el vaquero
Que me faltó, dominguero?
Sin duda le hurtó este loco;
Él es.—Sois lindo ladron,
El vaquero habeis de dar,
O entended que hemos de andar
Entrambos al mojicon.
(*Quiere quitarle el vaquero.*)

REY.

¿Criados, Duque?

BATO.

¿Llamais
Otros tales como vos?
Soltá el vaquero, ó por Dios,
Que mis manos conozcais.

Sale LISANDRO, *vestido de color.*

LISANDRO.

Aparta. ¿Qué es esto, Bato?
Qué te ha hecho este pastor?

BATO.

Se finge loco, Señor,
Y es mayor ladron que un gato;
Dice que es el Rey, y el sayo
Que trae puesto me le hurtó.

REY.

Lisandro, ¿el Rey no soy yo?

BATO.

¡Oh qué linda fror de mayo!

LISANDRO.

¿Tú eres el Rey?

REY.

¿No me ves?

LISANDRO.

Porque te veo lo digo.

REY.

¿Tambien tú eres mi enemigo?
Si no lo soy yo, ¿quién es?

LISANDRO.

El que yo ahora encontré
Hácia Palermo.

REY.

¿Es posible?
¿Vióse golpe mas terrible?
Dime, ¿no te desterré?

BATO.
¡Miren qué lindos regalos!
Si fuera Lisandro yo,
Porque el tal le desterró
Le diera cuatro mil palos.
Lindo loco hemos hallado,
Fiesta ha de haber en la aldea;
Venga mi vaquero, y sea
Rey ó loco.

REY.
¡Ah cielo airado!

LISANDRO.
Déjale; que, aunque no es
Rey, por lo que representa
No se le ha de hacer afrenta.

BATO.
Yo le cobraré despues.

LISANDRO.
Yo os daré otro vaquero.

BATO.
Con aquesto, callaré.

REY.
Pues, Lisandro, ¿esa es la fe
De vasallo y caballero?
¿Así á tu rey desconoces?

LISANDRO.
No eres al Rey parecido
En el rostro ni el vestido.

REY.
Mientes; que bien me conoces.

BATO.
¿Qué le trujo por aquí,
Señor mueso amo?

LISANDRO.
Buscar
En qué poder olvidar
Los enojos que hay en mí.
Quise ver esos sembrados,
Como está cerca la aldea.

BATO.
Si ir á palacio desea,
Señor Rey, aquí hay criados.

REY.
Ir á Palermo deseo,
Y veréis el desengaño.

BATO.
El Duque, si no me engaño,
Viene, la posta corriendo.

REY.
Huélgome de su venida,
Porque mi verdad veréis.

Sale EL DUQUE.

DUQUE.
Lisandro, en buen hora estéis.

LISANDRO.
Guarde el cielo vuestra vida.

DUQUE.
De léjos os conocí,
Y así el camino he torcido;
En albricias, solo os pido
Los brazos.

LISANDRO.
Veislos aquí.
(*Abrázanse.*)

DUQUE.
El Rey os alza el destierro,
Y que á Palermo vengais
Manda.

LISANDRO.
Donde vos estáis,
Que haya mas privado es yerro.

DUQUE.
Tened, Lisandro, por llano
Su favor, porque hoy le vemos
Tan trocado, que tenemos
Rey santo por rey tirano.
En Palermo entrar no quiso
Sin que os viniese á llamar.

LISANDRO.
Le habrá querido trocar
Del cielo aquel santo aviso.

REY.
¿Qué rey á Lisandro llama,
Si yo soy el Rey? — ¿No veis
Que aquí vuestro rey teneis,
Que os defiende, quiere y ama?
Así el Duque lo dirá.

DUQUE.
¿Hay tan raro frenesí?

REY.
¿Cómo os partisteis sin mí?

LISANDRO.
En esa locura da.

REY.
No estoy loco; que es engaño.
¿No os acordais que esta tarde...

BATO. (*Ap.*)
El cielo mi juicio guarde.

REY.
Conmigo fuistes al baño?

DUQUE.
Es verdad que al baño fuí
Con mi rey y mi señor;
Pero, loco labrador,
Yo no te conozco á tí.

REY.
¡Que este negarme procura!

LISANDRO.
Llevarte al Rey bien será.

DUQUE.
Y es cierto que gustará
De su graciosa locura.

BATO.
Él quiere, pues no replica;
No vaya, Rey, muy despacio,
Pues con él habrá en palacio
De todo, como en botica.

REY.
Lisandro, si de vasallo
Os preciais, ahora es bien
Que de los vuestros me dén
Al punto el mejor caballo.

LISANDRO.
Otra vez le vuelve el mal.

REY.
Hágase luego mi gusto,
Que ir á la corte no es justo
A pié mi grandeza real;
Que allá pretende mi brio
Al rey que el nombre me ha hurtado
Retarle á caballo armado,
Y matarle en desafío.

BATO.
Mal la maraña penetra,
Señor rey de paramento,
Porque esta jornada intento
Que vaya al pié de la letra.

LISANDRO.
Antes, por el pundonor,
Un caballo le he dar.

BATO.
Yo le pienso acompañar.

DUQUE.
¡Qué lástima!

LISANDRO.
¡Qué dolor!

BATO.
Señor Rey, téngase á buenas,
No haga locos desatinos;
Que hay en la corte pepinos,
Naranjas y berenjenas.

DUQUE.
Vamos, porque el Rey espera.

LISANDRO.
Vamos, Duque.
(*Vanse Lisandro y Bato.*)

DUQUE. (*Ap.*)
Esta ocasion,
Para lograr mi aficion,
Mas viva ser no pudiera;
A Laura le pediré,
Pues el Rey tan otro está.
Amor, vuela, pues que ya
Te lo merece mi fe. (*Vase.*)

REY.
Mentido rey, allá voy;
Espérame, reino ingrato;
Que no te saldrá barato
El creer que loco estoy;
Porque mi brazo, recelo
Que ha de ser en dura guerra
Escándalo de la tierra
Y asombro de todo el cielo. (*Vase.*)

JORNADA TERCERA.

Sale EL DUQUE, *vestido ricamente, con banda y sombrero de plumas.*

DUQUE.
Mientras que el rey Federico
Con Lisandro dando está
Audiencia, y Moscon me avisa
Que ya quiere comenzar
La fiesta, adonde Palermo
Hoy confirma su lealtad;
Pues que Laura me ha avisado
Que en un balcon estará
De los que caen al terrero,
Contento quiero llegar;
Que no profana el decoro,
No, de palacio un galan
Cuando, como yo, pretende,
Sin esperanza, obligar.
Demás, que al rey Federico
Veo tan trocado ya,
Que él y la Reina sin duda
De Lisandro alcanzarán
El sí que esperando estoy.
Permite, oh ciego rapaz,
Que llegue el dichoso dia
De tanta felicidad.

Sale LAURA *á una ventana.*

LAURA.
Al Duque avisé viniese
Al terrero, que culpar
Le intento de que en dos dias
No me haya visto; mas ya
Mira al balcon cuidadoso
Y se pasea galan.
La seña haré.
(*Hace señas con un pañuelo.*)

DUQUE.
Laura es;
Bien lo muestra la señal
De aquel ondeado lienzo,
Que es mi bandera de paz. —
(*Llega al balcon.*)
¡Cuándo mereció mi afecto,
Aunque siempre fué leal,

Cuidadosas asistencias
De tan suprema beldad?
¡Por la tarde de un balcon
Haceis oriente? Será
Por equivocar al mundo
De Febo el curso solar.
Ved que dos soles á un tiempo
El mundo abrasar podrán,
Si bien uno, de corrido,
Ya se va corriendo al mar.

LAURA.

Duque, ¿sin verme dos dias?
Si mientras de mí te alejas,
Que soy tu vida, y me dejas
Muriendo, ¿cómo vivias?
O ausente, en mi amor ardias,
Fénix, cuyo fuego soy,
Que, como me exhalas, voy
Llegando á mi fin, y cuando
La vida me estés quitando,
Vida con morir te doy.
Contémplome aquella fuente,
Cuya desatada plata,
Si viva á una antorcha mata
En su golfo trasparente,
Muera por el consiguiente,
La enciende tierno y esquivo
Fuego, y como te percibo
En mí, y en tí me convierto,
Vives de achaque de muerto,
Mueres de achaque de vivo.
Mas yo, Duque, te imagino
Fuente del sol, que es un hielo,
Cuando la mitad del cielo
Borda su esplendor divino;
Y en saliendo el vespertino
Lucero, á sus orbes rojos
Tributa ardientes despojos;
Así es fuego tu violencia
A la noche de mi ausencia,
Y nieve al sol de mis ojos.
Amar es un desear,
Que el dorado arpon esmalta,
Con que si el deseo falta,
El amor ha de faltar;
Y así, te puede culpar
Mi fe, pues faltar arguyes;
Si de tu vista la excluyes,
No ocasiones su querella,
Porque cuanto huyeres della,
Tanto de quien eres huyes.

DUQUE.

Si deseo el amor fuera,
En cumpliéndose cesara,
Porque nadie deseara
Lo mismo que poseyera;
Desea el bien quien le espera,
Y no quien le ha conseguido,
Amando correspondido,
Y así, nació destinado,
Al deseo lo esperado,
Y al amor lo poseido.
Luego mi feliz trofeo
No arguye contradiccion,
Pues la misma posesion
Que áun no poseeis poseo;
Y en el desearla veo
Que jamás estar ocioso
Puede el afecto amoroso,
Pues siendo el acto inconstante,
Implica que viva amante
Quien no vive deseoso.

Sale MOSCON, *y quédase al paño.*

MOSCON.

Aunque es tiempo de avisarle,
No le pretendo avisar,
Pues tan fino en el terrero
Hablando con Laura está.
Lo que le toca á mi oficio
Es ver si puedo escuchar
Los requiebros que la dice,
Y los que ella le dirá,
Por ver si algo se me pega
De amor; mas es por demás.

DUQUE.

¿Quién solicita y procura
Que me hagais tanto favor?

LAURA.

Amor.

DUQUE.

Y á empresa tan superior
¿Quién me alienta y apresura?

LAURA.

Ventura.

DUQUE.

¿Y cuál será en tal altura
El premio de mi ardimiento?

LAURA.

Contento.

DUQUE.

Ya pues con mayor aumento
De mi fineza os obligo;
Pues en serviros consigo
Amor, ventura y contento.

LAURA.

Si fué cruel mi hermosura,
¿Quién incita vuestro ardor?

DUQUE.

Amor.

LAURA.

Cuando él despida el rigor,
Vuestra fe ¿qué me asegura?

DUQUE.

Ventura.

LAURA.

¿Y si en mí el afecto dura
Igual con el rendimiento?

DUQUE.

Contento.

LAURA.

Pues yo con mayor aliento
Aumento mi amor, por ver
Qué tengo ahora en tener
Amor, ventura y contento.

DUQUE.

Tiene un amante en tener
Amor crecido y robusto,
Gusto;
Faltando el desden injusto,
Se le acrecienta el querer
Placer;
Y el verse corresponder,
Va adquiriendo cada dia
Alegría.
Dejad pues la cobardía,
Y amor juntos frecuentemos,
Porque con esto tendrémos
Gusto, placer y alegría.

LAURA.

Confieso que habrá en querer,
Sin género de disgusto,
Gusto;
Y que tener será justo,
Viéndose corresponder,
Placer;
Pero está tan al perder
A cualquiera niñería
La alegría,
Que yo, en tan necia porfía
Llegando á considerar,
No quiero con tanto azar
Gusto, placer ni alegría.
(*Tocan clarines dentro.*)

DUQUE.

Este belicoso acento
Me avisa que es tiempo ya
De ir á la fiesta. ¿Quién vió
Que una fiesta dé un pesar?
Adios, mi Laura.

LAURA. (*Arrójale una banda verde-mar*).
Esa banda
En mi nombre llevarás,
Y no extrañes el color,
Que en el color verde-mar
Hay esperanzas, que en ondas
Te ofrece tranquilidad. (*Vase.*)

DUQUE.

De buena esperanza el puerto
Sin duda habré de tocar
Con tal favor.

MOSCON.

Vuecelencia
No enamore un punto mas;
Que ya los duques y condes,
Marqueses otro que tal,
Para correr las sortijas
Juntos en la plaza están
De palacio, aunque me han dicho
Que el Rey no se quiere hallar
En la tal fiesta; no entiendo
Deste rey el natural:
Ayer aturdia el mundo,
Y hoy en aturdirse da.

DUQUE.

Vamos apriesa.

MOSCON.

Sin duda
Con favor tan singular,
Que has de llevar de codillo
Los premios á los demás.
(*Vanse.*)

Salen EL REY Y BATO.

BATO.

Que acompañe á aqueste loco
Me ha sopricado mi amo.
¡No es mala la comezon!
(*Está pensativo el Rey.*)
No podria hacer el diabro
Vestido de tan buen gusto
Como es un loco aforrado
De lo mismo; porque yo
Diz que tengo lindos cascos.
Frio debo ser sin duda,
Pues me aforran de verano.

REY.

No es natural, no es posible
Lo que está por mí pasando;
Superior causa sin duda
Es causa de mis agravios.

BATO. (*Ap.*)

¡Qué figuras que está haciendo!
Atento lo estó mirando;
A la he, que si se emperra,
No dó por mi vida un cuarto.

REY.

Si creyera que era el cielo
Origen de tantos daños,
No estuviera, no, seguro
El mas luciente topacio
Que en su cámara de estrellas
Guarda el firmamento avaro.
Poco es esto, el mismo Dios
No lo estuviera.

BATO.

¡San Pabro!
A hereje este rey de locos
Va por sus pasos contados.

REY.

Vén acá. ¿No es esto así?

BATO.

Señor, yo só mal cristiano,
Mas buen católico, y creo

Que solo de Dios el brazo
Es el todopoderoso;
Y en esa fe confiado,
Le dejo para quien es,
Aunque me dé mas trabajos.

REY.

En fin, eres de la tierra
El mas humilde gusano;
Estaba por arrojarte
Desde ese balcon abajo,
Y si no, en aquel estanque,
Foso que guarda á palacio.

BATO.

¿Soy yo Leandro? Só Flor,
De quien me dijon angaño,
Y afirman los fabuleros,
Que, como huevos entrambos,
Ella se murió en tortilla
Y él fué por agua pasado?
¿En estanco echarme á mí?
¿Soy yo por dicha tabaco?
¿Arrojarme de un balcon?
¿Soy yo basura?

REY.

Villano,
Véte al momento.

BATO. (*Ap.*)

¡San Lésmes!

REY.

¿Aun te detienes?

BATO. (*Ap.*)

¡San Mauro!

REY.

¿Eres sordo?

BATO. (*Ap.*)

¡San Panuncio!

REY.

¿No respondes?

BATO. (*Ap.*)

¡San Macario!

REY.

¿No te vas?

BATO.

(*Ap.* ¡Válgame el Credo!
Excepto el Poncio Pilato.)
Ya se irán; que no son bestias;
Y aun se irán por todos cabos,
Sin que sea menester;
Mas adviértole entre tanto
Que se ha de estar cepos quedos,
Mi rey, porque un soldado
Tudesco, como un gigante,
Está esa puerta guardando;
Que es un frasco con bigotes,
Y con guarda-infante un jarro.

REY.

A una legion de demonios
No temo, ¿y quieres, villano,
Que tema solo á un tudesco,
Que es fuerza que esté borracho?

BATO.

Tal me sucediera á mí;
Mas aconséjole, hermano,
Que no se llegue á la puerta,
Porque le ha de hacer, y es craro,
Muy vecino de Moguer,
Que está cerquita de Palos.

REY.

Véte, grosero, de aquí;
Que ¡vivo yo...

BATO.

Estó tembrando.

REY.

Que de un puntapié te arroje
Mas allá del otro cabo
Del mundo! y muy poco he dicho.

BATO.

Él tien pulsos temerarios;
Corriendo vó, y á este loco
Que le guarden dos mil diabros.
(*Vase.*)

REY.

Ahora, ahora, discursos;
Ahora, ahora, cuidados;
Razon, entremos en cuenta,
Pues que solo me han dejado.
Cuando al campo salí ayer,
Me hizo Palermo el aplauso
Que á su rey natural debe;
Y cuando estuve en el campo,
Me respetaron por rey
Cazadores y criados.
Entré en el baño; ojalá
No hubiera en el baño entrado,
Pues fué golfo de veneno,
Si no de ponzoña lago,
Adonde nueva Medea
Introdujo sus encantos.
Rey Federico entré en él,
Pues todos lo confirmaron;
Pero cuando dél salí,
A mis criados llamando,
No pareció mi vestido
Ni tampoco mis criados.
Doy voces, nadie responde,
Irritéme, blasfemando
Del mismo Dios; cuando un niño,
Que salió de entre unos ramos,
Me reprehende severo.
Pero ¿para qué me canso
En traer á la memoria
Los desprecios de Lisandro,
Las sinrazones del Duque,
Las necedades de Bato,
Afirmando que soy loco,
Siendo su rey soberano?
En fin, yo entré por las puertas
De Palermo, en un caballo,
Sin que nobles y plebeyos
Me hiciesen el agasajo
Y cortés acatamiento
Que á su rey debe un vasallo.
Llego á palacio, y sabiendo
La Reina cómo he llegado,
No me sale á recibir,
Ni Laura, aquel dueño ingrato;
Que de todas mis desdichas
Ninguna he sentido tanto.
Pues cuando la mujer propia
Desprecia á su esposo, y cuando
La dama tributa olvidos
A su mismo rey, son casos,
Que, á no afirmar que estoy loco
Despues que salí del baño,
Dijera bien que ellos solos
La locura me han causado.
Mandar luego que no entre,
Aunque lo intente, en mi cuarto,
Cerrarme todos las puertas,
Dejarme por guarda á Bato,
Un rústico labrador,
Todos son indicios claros
De que, ya cansado el cielo,
Me ha dejado de su mano,
Y que aquel prolijo sueño
Fué verdadero, y no falso;
Si bien yo no he de creerlo
Hasta que Dios, mas templado
Conmigo, lo manifieste
En un prodigio ó milagro;
Aunque su verdad, sin duda,
Me dice en avisos tantos.
Pero, con todo, yo mismo
He de ver mi desengaño.
Aquí ha de estar un espejo
De armar, cristalino y claro,
Donde me vi muchas veces;
Miraré si estoy trocado
Mi rostro en él, si mi talle
No es tan perfecto y bizarro
Como solia, siquiera
Por desmentir tantos labios
Venenosos, que me están
El decoro inficionando;
Porque solo esta experiencia
A mis dudas le ha faltado;
Mas antes que, sumiller,
De su cristal y sus marcos
Llegue á correr la cortina,
Le he de informar de mi agravio.
Y pues verdad siempre dice,
De lisonjas no me valgo
En esta ocasion, aunque
Tanto de ellas me he pagado;
Porque á quien verdad observa,
La lisonja es desacato.
Solo al cristal pediré,
En sus verdades fundado,
En sus rectitudes cierto,
Que antes que pronuncie el fallo
De mi muerte ó de mi vida,
Mire con piedad mis años,
Con decoro mi corona,
Con atencion este caso;
Porque acabe de creer
Mis dudosos embarazos,
Que no soy ya Federico
Y que estoy de juicio falto.

(*Vase llegando al espejo; antes de correr la cortina, el Rey dice este soneto.*)

Lámina breve, en quien mi pecho intenta
Ver la sentencia de mi vida ó muerte;
Golfo dudoso, adonde, si se advierte,
He de hallar mi bonanza ó mi tormenta.
Cristalina verdad, que representa
Al hombre en el teatro de la suerte
Una y otra fortuna, y se convierte
Toda en el hombre, de lisonja exenta.
Tengo aliento y temor y extraño espanto,
Pues ver mi mal ó bien en ti es preciso,
Por descifrar las dudas de un engaño.
Manifiéstale ya tu claro aviso,
Y sea mas piadoso el desengaño
Que el que en otro cristal lloró Narciso.

(*Corre la cortina.*)

Pero ¿qué es esto, cielos inhumanos?
No han sido ¡ay triste! mis recelos vanos.
¿Qué rostro es el que veo,
Pálido, flaco, macilento y feo?
¡Qué horrible ceño! ¡qué vision extraña!
Ya digo que Palermo no se engaña;
Ya disculpo; ¡ay de mí! los que decian
Que á mi rostro y mi voz no conocian.
En bruto trasformado
Me tiene mi desdicha ó mi pecado;
Iba á decirlo, mas callarlo quiero,
Que no es bien que lo crea, aunque lo infiero.—
Cristal que la verdad á todos dices,
Esta vez, por mi mal, te contradices;
Yo soy el rey, el mundo bien lo sabe;
Pues ¿cómo ahora de mi aspecto grave
Las facciones desmientes?
Cómo la verdad callas? Mientes, mientes.
¿Así intentas que yo tu verdad crea?
Dispon que en ella á mi contrario vea;
Si no, diré, si aquí no te provoco,
Que soy el cuerdo yo, y tú eres el loco.

Sale EL ÁNGEL, *con el vestido parecido al que el Rey dejó en el baño, con corona y cetro, y quédase al paño, y el Rey le está mirando absorto en el espejo.*

ÁNGEL.

[cuánto,
¡Oh cuánto un pecador le cuesta, oh
A Dios piadoso, justiciero y santo!
Pues el cristal contempla divertido,
Y en él se ha visto ya desconocido;
Con insignias de rey pretendo ahora
Que así se vea en mí, ya que se ignora;
En el cristal intento estar visible,
Pero en las demás partes invisible.

REY.

¿Quién es el robador de mi corona,
Sustituto civil de mi persona,
A quien Palermo aclama,
Usurpándome el nombre, honor y fama?
(*Pónese el Angel detras del Rey, y le ve en el espejo.*)

ÁNGEL. (*Ap.*)

Ahora le verás, que paso á paso
Cerca de tí me voy.

REY.

¡Terrible caso!
Mas ¡ay cielo! ¿qué miro?
¡Ya su retrato en el cristal admiro!
Ahora sí, cristal, puedo llamarte
Verdadero. (*Retírase el Angel.*)

ÁNGEL.

Retírome á esta parte.

REY. (*Dice esto no mirándose al espejo.*)

Mi forma me usurpó, ¡qué tropelía!
Vuelvo á mirarle. Poco la alegría
En mi pecho ha durado;
(*Vuelve á mirarse al espejo.*) [do;
Sin duda que este espejo está encanta-
Ya no parece en él, ni en esta sala
Hay mas que yo; ¡qué desventura iguala
A la mia! volver á verlo intento,
(*Cuando acabe este verso, ha de volver el Angel á ponerse junto al Rey.*)
Sabré si fué ilusion del pensamiento.
Pero segunda vez vuelvo á miralle
Con mi rostro, corona, brio y talle.—
Encantador tirano, espera un poco.—
No hay duda; ¡cielos, yo me vuelvo lo-
(*Estáse quedo el Angel.*) [co!
¡Oh, quién pudiera unirse con sus bra-
[zos,
Y hacerle entre los mios mil pedazos!
¡Que fortuna me dé, siempre envidiosa,
Desdicha real, la dicha mentirosa!
Mas, pues constante, no hace movi-
Desafiarle intento; [miento,
Porque, aunque en sombra veo mi con-
Nunca será juicio temerario [trario,
Que yo le rete aquí, pues mi desvelo
Cumple con esto con la ley del duelo,
Supuesto que á mi agravio de esta suer-
[te
No puedo hallarle para darle muerte.
(*Vuelve á mirarse el Rey al espejo.*)
Pues me usurpaste la corona y brio,
Hoy te reto y te llamo á desafío;
Mentido Rey, responde si le aceptas,
Pues tanto me fatigas y me inquietas;
(*Hace la señal el Angel con la cabeza.*)
Que sí con la cabeza has respondido;
¿Cumplirás lo que aquí me has prome-
[tido?
(*Vuelve con la cabeza á decir que sí.*)
Ya tambien con la seña lo asegura.
Pues véte ahora, y defender procura
Tu corona de mí.—Ya no parece;
(*Apártase el Angel.*)
Al paso de la duda el temor crece.
Una joya en el pecho me ha quedado,
Que de tantas fortunas me han dejado;
Sobre ella haré me preste algun vasallo
Espada y banda, armas y caballo.—
Ulises burlador, espera, espera
Que baje un rayo de la quinta esfera,
Y si tu brazo Dios no mueve, en vano
Te escaparás de mi invencible mano;
Pues ya conozco que si Dios te ampara,
Aun no podré mirarte cara á cara.
(*Vase.*)

ÁNGEL.

Ya parece que tratas de enmendarte.
Tenga yo, cielos, en su enmienda parte.
Al desafío he de salir; que infiero
Que ha de ser este el medio verdadero
Para que reconozca su pecado
Cuando á mis piés se vea derribado;
Y si el perdon aclama arrepentido,
Quedará vencedor, siendo vencido.
(*Dentro música de trompetas y atabalillos, como que están en la fiesta.*)

ÁNGEL.

Esta música me advierte
Que ya esta fiesta acabaron;
Pasaré desde esta cuadra
Al salon grande, y dejando
Estas insignias de rey,
Les podré salir al paso. (*Vase.*)
(*Tocan trompetas y chirimías.*)

LISANDRO. (*Dentro.*)

¡Viva Federico!

MOSCON. (*Dentro.*)

¡Viva!

LISANDRO. (*Dentro.*)

Viva el rey de sicilianos,
Pues, cual Fénix, entre aromas
Las plumas ha renovado.

REINA. (*Dentro.*)

Decid que viva mi esposo
Felices y largos años.

Sale EL ÁNGEL, *mirando al vestuario.*

ÁNGEL.

Leales vasallos mios,
Mucho agradezco el aplauso
Que me haceis, mucho el festejo;
Yo os prometo de premiaros;
Pero si de mi gobierno
Estáis satisfechos tanto,
Cuanto de mis sinrazones
Estuvisteis agraviados,
Désele al cielo la gloria,
Mas no á mí, fieles vasallos,
Pues un rey agradecido
Supo hacer de un rey ingrato.

Sale LA REINA.

REINA.

Esposo, Señor, ¿qué es esto?
¿Ahora tan retirado,
Cuando Palermo os aclama
En festivos aparatos?

Sale LAURA.

LAURA.

Federico invicto, ahora
Que os está el pueblo aclamando
Salomon de nuestros tiempos,
¿Os estáis en vuestro cuarto?

Salen LISANDRO *y* MOSCON.

LISANDRO.

Señor, ¿tan grande retiro?

MOSCON.

Señor, ¿desprecio tan raro?

REINA.

No oculteis vuestra persona.

LAURA.

No ostenteis tanto recato.

LISANDRO.

No malogreis sus designios.

MOSCON.

No ofendais sus agasajos.

REINA.

Ved que un rey agradecido
Es del pueblo espejo claro.

LAURA.

Ved que un rey es sol que ilustra
Todo un reino con sus rayos.

LISANDRO.

El sol de Sicilia sois,
Y alma de todos sus campos.

MOSCON.

Ved que á su reino es un rey
Lo que á un paje hambriento un plato,
Lo que á una dueña un monjil,
Y á un poeta muchos cuartos.

ÁNGEL.

Esposa, reina y señora,
Laura, Lisandro, admiraros
No es justo de mi retiro,
Porque aunque juzgais que he estado
Ausente, siempre presente,
Vuestros afectos mirando
Estoy, y de todo el reino,
Sin que me cause embarazo
La distancia; que el amor
Que dentro en mi pecho guardo
A las ciencias que aprendí,
Eso me han facilitado;
Ya sé, Laura, que esta tarde
Al Duque estuviste hablando
Desde un balcon del terrero,
Y que la Reina y Lisandro
Tratan de tu casamiento
Con el Duque, y no me espanto,
Si hoy será su esposa Laura;
Porque ya en mí se acabaron
Todas aquellas finezas,
Que viste en tiempos pasados.

LAURA.

¡Señor! (*Ap.* ¿Quién se lo habrá dicho?)

ÁNGEL.

No, no teneis que asustaros.—
Esposa, Lisandro amigo,
Hoy dará Laura la mano
Al Duque.

LISANDRO.

Tus plantas beso.

REINA.

Merezca, esposo, tus brazos.

ÁNGEL.

Vuestro soy y lo he de ser;
Que el amor que me enseñaron
Es en carácter impreso;
Y así, no puedo borrarlo.

LISANDRO.

Si el buen rey del cielo viene,
Este del cielo ha bajado.

LAURA.

De un ángel sin duda es todo
Cuanto ha dicho y cuanto ha hablado.

MOSCON. (*Ap*)

Hoy se ha vuelto zahorí

El que ayer fué topo malo;
Yo apostaré que las tripas,
Hígado, bofes y bazo
(*Va llegando á él, y el Angel le mira mucho.*)
Me está penetrando ahora;
Pero ¿qué temo? qué aguardo?
Hablarle intento.

ÁNGEL.

¿Moscon?

MOSCON.

Gran señor, muy olvidado
Vuestra majestad me tiene,
Pues ya en los nidos de hogaño
No hay pájaros; ¿qué se han hecho,
Señor, tantos favorazos
Como solias hacerme?

ÁNGEL.

Ya estoy en otro trocado.

MOSCON.

¿A mí, que al juego del hombre
Siempre te seguí de ganso,
Me tratas de esa manera?

ÁNGEL.

De bufones no me pago.

MOSCON.

Yo, que fuí perro ventor
De amor en la caza y galgo,
Que las perdices y liebres
Te las traia á la mano,
¿Es posible que merezca
Esos desvíos?

ÁNGEL.

Bellaco,
Calla los errores mios,
Pues que yo los tuyos callo.—
Dénle una racion, y aprenda
Algun oficio entre tanto;
Pero, si no le aprendiere,
Vaya á galeras.

MOSCON.

(*Ap.* San Franco
De Sena sea conmigo,
Pues el comer me han quitado.)
Aprended, flores, de mí;
Bufones, con todos hablo.
(*Toca dentro la música, y disparan algunos arcabuzazos.*)

Sale EL DUQUE.

DUQUE.

Federico generoso,
Nunca he entendido hasta aquí,
Viendo triunfo tan glorioso,
Lo que es el ser rey; y así,
Hoy te juzgo el mas dichoso,
Hoy con exceso se abona
Lo grande de tu corona;
Desde hoy temerán tu espada
Desde la Alemania helada
Hasta la Tórrida Zona;
El oro, á quien avarienta
Guarda en sus cofres la tierra,
Siendo de sí misma afrenta,
Por no hacer al mundo guerra,
Hoy á tus piés se presenta;
Los diamantes, que centellas
Son ó pedazos de estrellas,
Hijos bizarros del sol,
Por ilustrar su arrebol,
Hoy son alfombra á tus huellas;
Lo que mas llegué á admirar
Fué tanto monte de abeto
Que en sus hombros sufre el mar,
Y á quien tienen tan sujeto,
Que aun no se puede quejar;
Caballos son de madera,
Pues cada cual (si se altera
Neptuno, que en ondas crece)
Domado bruto parece
Castigado en la carrera;
Y aunque del Euro y el Noto
Se ven tal vez oprimidos,
Despreciado el alboroto,
Siempre guardan entendidos
Las ideas del piloto;
Las galeras, que suaves
Son á las ondas mas graves,
Tan veloces discurrian,
Que á la vista parecian
Del mar voladoras aves;
Los pintados gallardetes,
Que eran del viento copetes,
Formaban entre arreboles
Fatigados tornasoles,
Volátiles ramilletes;
Asustaba de manera
El estruendo de los tiros,
Que asombraba la ribera;
El fuego en ardientes giros
Asaltó la cuarta esfera;
Los príncipes y señores
De Sicilia, los mayores
Que en la sortija se hallaron,
En la destreza mostraron
De su sangre los primores;
El que mas diestro lució,
De toda jactancia falto,
Y los premios se llevó,
Fué el gran duque de Montalto,
Príncipe de Paternó;
Sobre el sombrero llevaba
Toda una selva de plumas,
Que al viento lisonjeaba,
En un bruto que nadaba
Por el mar de sus espumas;
Y el caballo, cuya piel
La de un tigre parecía,
En lo brioso y lo fiel
Parece que conocia
Quién iba montado en él;
Pues castigado del arte,
Tanto el freno le sujeta,
Tanto lo diestro reparte,
Que es un monte si se quieta,
Y es un rayo cuando parte;
Como se templa y se irrita,
Equivocado parece,
En la destreza que imita,
Que la espuela le entorpece
Y el bocado le agilita;
Pues tan á compás corvetas
Formaba el bruto al estruendo
De las cajas y trompetas,
Que me pareció que haciendo
Iba en el aire floretas;
Con tal destreza blandia
Su heróica mano la lanza,
Que della un círculo hacia,
Dando el pueblo en su alabanza
Mil vítores de alegría;
Su hijo, Adónis galan,
Que es conde de Cartagena,
Á quien el lauro le dan,
Salió airoso á la jineta
En un tostado alazan;
Era el bruto ardiente rayo,
Parto del Andalucía,
En la firmeza Moncayo,
Y su frente parecia
De plumajes todo un mayo.
Tan atento discurrió
El Conde, que con verdad
Muy bien puedo decir yo
Que mas de una voluntad
Con la sortija llevó;
Quedaron absortos todos
De ver en tan pocos años
Todo el valor de los godos;
Y así, los propios y extraños
Le aclaman por varios modos,
No hay príncipe mas lucido,
Mas afable, mas querido,
Mas liberal y cortés;
Que en efecto en todo es
Á su padre parecido;
El de Terranova vi,
Bizarro, fuerte español,
En un bayo, que creí
Que, á ser codicioso el sol,
Le quisiera para sí;
Pero anduvo desgraciado,
Porque al pasar la carrera,
El caballo, alborotado,
Hizo que á la breve esfera
No tocase el fresno herrado;
De Castilla el almirante,
Señor de Módica, fué
El que lucido y triunfante
Mostró la lealtad y fe
Que á su rey tiene constante;
En un picazo, que al viento
Parece que desafía,
Entró bizarro y contento
El bruto, porque tenia
El nombre de pensamiento;
Lo demás, por no cansarte,
En silencio dejaré;
Solo digo en esta parte
Que cada cual dellos fué
Hijo de Pálas y Marte:
Callarlo es consejo sábio,
Porque no les hago agravio,
Pues puede su relacion
Caber en la admiracion,
Mas no caber en el labio.
De vestidos y bordados
No te alabo los primores,
Pues advierten mis cuidados
Que en ser de tales señores,
Ellos se están alabados;
En fin, bien puedes tener
En tu reino confianza
Desde ahora, pues el ver
En tí, Señor, tal mudanza,
Su mudanza viene á ser.

ÁNGEL.

Estimo la relacion,
Y Palermo no se admire
Que á su aplauso me retire,
Y mas en esta ocasion;
Porque de un buen rey arguyo,
En el pesar ó el placer,
Para todos ha de ser,
Pero nunca ha de ser suyo;
Nadie tiene menos parte
En sí que un rey.

DUQUE.

Es así.

ÁNGEL.

Pues todo fuera de sí,
Sin saber de sí se parte;
Por lo cual alabo yo
Á una entendida persona
Que, viendo la real corona
En el suelo, no la alzó,
Diciendo: «Aquel te levante
Que tu peso no conoce.»

REINA.

Tal príncipe el reino goce
Por tiempo que al tiempo espante.

MOSCON.

No entiendo el estilo avaro
Del Rey, aunque lo procuro:
Con los demás habla oscuro,
Pero conmigo muy claro;
Y no es este desatino,
Pues que pretende quitarme

El comer, y esto es hablarme
Pan por pan, vino por vino.

(*Tocan dentro trompetas y cajas hácia la parte por donde entrará despues el Rey, armado y á caballo.*)

UNOS. (*Dentro.*)
Guarda el loco.

OTROS. (*Dentro.*)
Al desafío.

VOCES. (*Dentro.*)
Guarda el loco, que va al duelo.

REINA.
Mas ¿qué es esto? Qué rumor
Es el que embaraza el viento
En el patio de palacio?

LISANDRO.
A saberlo voy.

ÁNGEL.
Tenéos;
Que la causa ya la sé.

MOSCON. (*Ap.*)
¡Que ya la sabe tan presto!
Aunque este rey me ha entendido,
Por Cristo, que no le entiendo.

ÁNGEL.
Tiéneme desafiado
Cierto príncipe encubierto.

MOSCON.
Yo apostaré que es el loco
Que de la aldea trajeron.
¡Linda fiesta!

ÁNGEL.
Y me es forzoso
Cumplir con la ley del duelo;
Que, aunque afirman que está loco,
Me quiere quitar el reino.—
Dame un peto y espaldar,
Que en esa cuadra de adentro
Le hallaréis.

DUQUE.
Ya voy por él.

REINA.
Esposo, Señor, ¿qué es esto?
¿Vos batalla con un loco?
No discurria de vos eso.

LAURA.
¿Qué es esto? ¿Vos desafío?

ÁNGEL.
No temo, Laura, los riesgos.

LISANDRO.
Por vos saldré á la batalla.

MOSCON.
¿Qué batalla ó qué embeleco?
Que es un pobre mal trapillo.

ÁNGEL.
Eso no es de caballeros,
Pues fuera gran cobardía
El no reñir por mí mesmo.

Sale EL DUQUE, *con las armas.*

DUQUE.
Aquí están, Señor, las armas;
Mas siento que á tanto empeño
Pueda obligaros un loco.

ÁNGEL.
Duque, no puede ser menos;
La causa sabrás despues.

(*Vase armando, y tocan dentro.*)

Armadme, Duque, y sea presto;
Que el rumor se va acercando.

REINA.
¿Es posible que no puedo
Disuadiros?

ÁNGEL.
No es posible
Que yo pueda obedeceros;
Que hay en este desafío
Oculto un grande misterio.

LAURA.
Federico es todo enigmas.

LISANDRO.
Que no le alcanzo confieso.

ÁNGEL.
Desde esa ventana baja,
Que está cercana al terrero,
Veréis, Señora, con Laura,
Desta batalla el suceso,
Que será feliz sin duda.

REINA.
Así del cielo lo espero.—
Vamos, Laura.

LAURA.
Ya te sigo;
Alguna desdicha temo.

(*Vanse.*)

DUQUE. (*Ap.*)
¡Que haya venido este loco
A estorbar mi casamiento!

LISANDRO.
Algun prodigio se aguarda.

DUQUE. (*Ap.*)
Sin duda no la merezco.

LISANDRO.
Si gusta tu majestad,
Los dos padrinos serémos.

ÁNGEL.
No he menester mas padrinos
Que la justicia que tengo.
Entrad; que por esta puerta
Salimos luego al terrero.

(*Éntranse por una puerta, y salen luego por la otra.*)

LA REINA y LAURA *se asoman á una reja baja que ha de haber, y salen* EL ÁNGEL, EL DUQUE y LISANDRO.

ÁNGEL.
Palermo está alborotado,
Y ya á mi contrario veo,
Que hácia nosotros se viene;
Hoy se ha de ver un portento.

(*Tocan.*)

REINA.
Ya descubro en la palestra
A mi esposo.

(*Vuelven á tocar.*)

LAURA.
Y todo el pueblo
Ha concurrido, admirado
De ver tan nuevo suceso.

DUQUE.
Ya llega.

LISANDRO.
Bizarro viene.

ÁNGEL. (*Ap.*)
Permitid, Autor supremo,
Que este Luzbel atrevido
Pida perdon de sus yerros.

Salga, al son de trompetas y cajas, EL REY, *á caballo, armado de todas armas, pero no saque calada la visera, porque pueda representar mejor, y* BATO, *vestido de lacayo ridículamente, que le viene acompañando; y estando no léjos del tablado, diga.*

REY.
Rey intruso, rey fantasma,
Que te precias de hechicero,
Pues tu persona no he visto
Sino es en sombras ó en sueños;
Tirano de mis acciones,
Ladron de mis pensamientos,
Usurpador de mi honra
Y escándalo de mi reino;
Tú, que, gerifalte altivo,
Siendo gavilan ratero,
Mi corona arrebataste
Con rapantes instrumentos,
Oye mi verdad ahora,
Y advierte que no pretendo
Declararte con palabras,
Sino con obras, mis hechos;
Ya sabes que en la palestra
Cristalina de un espejo,
Breve campaña de luces,
Corto espacio de reflejos,
Te llamé noble y valiente,
Y te persuadí severo
A este campal desafío,
Como se ve, cuerpo á cuerpo;
Por señas el sí me diste,
Y ya veo que fué cierto,
Pues con tan bizarros brios
En la palestra te veo;
Confieso que desde ahora
Mayor envidia te tengo,
Pues muy bien ser rey merece
Quien sabe cumplir un duelo;
Previénete á la batalla,
Pues que ya permite el tiempo
Que se descubran engaños
De fingidos devaneos,
En cuyo circo sin duda
Entrambos á dos verémos,
Yo, si es mio tu valor,
Tú, si el mio es tuyo mesmo;
Segunda vez te provoco
Y con verdad te prometo,
Que al ver real tu persona,
He tenido algun recelo;
Y á ser capaz de temor
Mi siempre invencible pecho,
Dijera en esta ocasion
Que me has infundido miedo.
Y por Dios, á quien parece
Que ya humilde reverencio,
Despues que un cuerpo te admiro,
Que enfrenara mis intentos,
Si no creyera que el mundo,
Si no viera que mi reino
Me ha de imputar de cobarde
Despues de tantos trofeos;
Y fuera gran cobardía,
Si con valeroso esfuerzo
Lo confirmara mi lengua,
No lo afirmara mi acero.

ÁNGEL.
Desmonta ya del caballo;
Que, aunque tu estilo agradezco,
Tambien veo que te importa
Que este duelo no dejemos.

REY.
Tenme el caballo.

BATO.
Sin duda
Que este loco es del infierno,

Ya que estas abigarradas
Me han matado, y no me han muerto.
(*Apéase el Rey.*)

DUQUE.
Veloz desmonta.

LISANDRO.
Su brio
No es, no, de humilde sugeto.

REINA.
Mi vida de un hilo pende.

LAURA.
Y la mia de un cabello.

MOSCON.
Gran cortesía ha mostrado.
Yo por loco no le tengo;
Que alabar al enemigo,
Parece malo y es bueno.

ÁNGEL.
Pues en la estacada estamos,
Suene el bélico instrumento.
(*Tocan de cuando en cuando.*)

REY.
Saca la espada, que ya
La mia tambien prevengo,
Y guárdate de mi furia.

ÁNGEL.
Eso á tí te lo aconsejo.

REY.
¡Gran pulso! (*Riñendo.*)

ÁNGEL.
¡Valiente brazo!

REY.
En vano herirle pretendo.

LISANDRO.
¡Airosamente batallan!

MOSCON.
¡Qué bien riñen!
(*Riñen.*)

DUQUE.
¡Por extremo!

LAURA.
Valor el loco ha mostrado.

REINA.
¡Ay, Laura! á mi esposo temo.

ÁNGEL.
Herirme intentas en vano.

REY.
¡Qué será, que, aunque lo intento,
No puede hallarle mi espada,
Y solo acuchillo el viento? (*Cae.*)
Mas ¡ay de mí, que he caido!
(*Pónele el Angel el pié sobre el pescuezo, y tiene levantada la espada.*)

ÁNGEL.
Para que sea tu cuello
El alfombra de mis piés,
«¿Quién como Dios?» di, soberbio.

REY.
Piedad, campeon valiente,
Piedad, heróico mancebo;
Porque no sé qué en tí admiro,
No sé qué en tu espada advierto,
Que rayos ardientes vibra
Contra mí.

ÁNGEL.
¿Qué sientes de eso?

REY.
Siento que el brazo de Dios,
A quien, perjuro y blasfemo,
Negué tantas veces, es
El que me castigó; y siento
Que eres tú ministro suyo.

ÁNGEL.
Pídele perdon, que es cierto;
Que pues te ha sufrido malo,
Tambien sabrá hacerte bueno.

REY.
Si hasta aquí no le adoré,
Ahora le adoro y creo,
Y en su defensa y verdad
Perderé mi vida y reino.
Sus preceptos guardaré,
Reedificaré sus templos,
Que por mi culpa han estado
Profanados y deshechos.

ÁNGEL.
¿Así lo prometes?

REY.
Sí.

ÁNGEL.
(*Ap.* Y yo, que lince penetro
Su corazon, reconozco
Que es verdadero su efecto.)
Levanta ahora á mis brazos. —
Sicilianos, caballeros,
Príncipes, grandes, señores,
Senadores y plebeyos,
El arcángel Miguel soy,
Que, por divino decreto
Del que es Motor soberano,
Bajé á ejercer el gobierno
De Sicilia, lastimado
Su amor de ver los excesos,
Las injusticias, los daños
De Federico soberbio.
Mudé su forma en el baño,
La suya tomé, queriendo
Dios mostrarle de esta suerte
De su gran poder lo inmenso.
Lo que ha pasado habeis visto,
Ahora admirad de nuevo
Lo que veréis; á su forma
Ya segunda vez le he vuelto;
Quitadle ahora las armas.
(*Quitanle la celada.*)

DUQUE.
¡Gran prodigio!

LISANDRO.
¡Gran portento!

ÁNGEL.
Este es vuestro rey, y este
Gobernará el reino vuestro,
Tan otro de aquí adelante,
Que á los demás sea ejemplo.
Besadle todos la mano,
Y reconoced atentos
Que en los mayores conflictos
El buen rey viene del cielo.

REINA.
Esposo.

REY.
Reina y señora,
Vasallos y compañeros.

LISANDRO.
Ya todos te veneramos.

DUQUE.
Ya todos te obedecemos.

BATO.
Yo pienso que estó dormido.

MOSCON.
Yo que estoy soñando pienso.

ÁNGEL.
Quedad en paz, sicilianos;
Porque al alcázar supremo
Me vuelvo del Trino y Uno;
Y aunque me voy, no me ausento;
Que con vos siempre estaré,
Porque veais en mi ejemplo
Que el buen rey del cielo viene.
(*Vase.*)

TODOS.
Así todos lo creemos.

BATO.
Como un pájaro voló.

LAURA.
Ya surca el golfo del viento

LISANDRO.
¡Gran dia!

DUQUE.
¡Felice suerte!

REINA.
Sepa el mundo este suceso.

REY.
Laura, tu esposo es el Duque.

LAURA.
Soy tu esclava.

DUQUE.
Tus piés beso.

REY.
Mi camarero mayor,
Levantad.

MOSCON.
¡Qué lindo es esto!

REY.
Y á mi privado Lisandro
Yo le daré muchos premios.

REINA.
Laura, por mi cuenta corren
De hoy mas tus muchos aumentos.

BATO.
Yo me voy á mi alquería
A colgar estos greguescos,
Para que sirvan á Júdas
Los juéves del prendimiento.

MOSCON.
Yo me voy á meter fraile;
Que en fin allí comerémos

REINA.
Decid que mi esposo viva.

TODOS.
Viva por siglos eternos.

DUQUE.
Teniendo aquí fin dichoso
Este caso verdadero.

COMEDIA FAMOSA

TITULADA

DUELO DE HONOR Y AMISTAD,

POR DON JACINTO DE HERRERA.

PERSONAS.

DON GARCÍA.	LA REINA.	LEONOR.
DON RAMON.	DON SANCHO.	HERNANDO.
EL REY.	TERESA.	SOLDADOS. — CRIADOS.

ACTO PRIMERO.

Salen LEONOR Y TERESA.

LEONOR.

No sé, hermana, lo que siento
De no enojarte conmigo,
Cuando tan claro te digo
Que te falta entendimiento.
O tan necia eres en todo,
Que aun no sabes enojarte,
O tan sábia en esta parte,
Que de saber buscas modo,
Sabiendo en tí conocer
Culpas de ingenio tan graves;
Porque saber que no sabes,
Ya es principio de saber.

TERESA.

Yo no sé filosofías,
Pero sé callar. En fin,
¿A qué has venido al jardin?

LEONOR.

Teresa, de mí te fias
Como de hermana mayor;
Y así, buscando el remedio
De las dos, he hallado un medio
Que ha de lograr nuestro amor.
A la reina, mi señora,
De Aragon, he yo servido
De dama; y tú, que has venido
A la misma plaza agora,
Mientras don Sancho de Lara,
Nuestro padre, está sirviendo
En la guerra al Rey, entiendo
Que ya, por tu buena cara,
Tienes buen nombre en palacio;
Que la hermosura, Teresa,
Suele acreditarse apriesa,
Y la discrecion despacio.

TERESA.

Leonor, dime este argumento.
¿Téngole yo de verdad
A don Ramon voluntad?

LEONOR.

Este á la letra es el cuento
De un galan que se curaba
De la vista, y al dotor
Preguntó: «¿Veo mejor?»

TERESA.

Quiérole, que es cosa brava.

LEONOR.

¿Quisiérasle para esposo?

TERESA.

Y ¡cómo que le quisiera!

LEONOR.

¿Y si él no quiere?

TERESA.

Que quiera.

LEONOR.

¡Qué ingenio tan lastimoso!

TERESA.

¿No es don Ramon de la casa
Del conde de Barcelona?
No tiene gentil persona?
Pues si conmigo se casa,
Nuestros hijos ¿no serán
Deste linaje tambien?

LEONOR.

En fin, tú le quieres bien,
Y él es discreto y galan.
Mas ¿quién quieres que lo sea
De tu ingenio?

TERESA.

¿Por qué no?
Pero si soy boba yo,
Tú eres peor, que eres fea.

LEONOR.

Fea soy, pero ansí vivo
Discreta, no digo nada;
Pero soy desconfiada,
Que es el acto positivo
Que prueba mas la nobleza
De la discrecion; no quiero
Disputar cuál es primero:
El ingenio ó la belleza.

TERESA.

Leonor, á mí no me agravia
Que lo pongas en disputa;
La raposa es muy astuta
Y la gallina no es sábia;
Y tras eso, pienso yo
Que cualquier hombre se inclina
A comer de la gallina,
Y de la raposa no.

LEONOR.

Déjate de esa locura;
Sabes cuánto desconfío
De mi ingenio, por ser mio
Y por faltarme hermosura;
Que á don García de Haro,
Su amigo de don Ramon,
Miré con inclinacion,
Y hoy le escribí, hablemos claro,
De letra mia un papel,
Diciéndole que le llama
A este jardin una dama,
Sin haberle dicho en él
Mi nombre; porque he temido,
Si viéndome no le agrado,
O que no venga llamado,
O que no vuelva escogido.

TERESA.

Pues ¿qué pretendes?

LEONOR.

Hablar
De noche aquí á don García;
Y en efecto, si de dia
(Sin poderlo yo excusar,
Aunque lo he de resistir)
Quisiere verme, imagino
Un ardid ó un desatino.

TERESA.

Acábalo de decir;
Que siempre los que revientan
De discretos son pesados.

LEONOR.

Di que los desconfiados
Dudan todo lo que intentan.
Digo que ha de verte á tí
Si quiere verme.

TERESA.

¿Y qué hará
Con eso?

LEONOR.

A tí te verá
De dia, y de noche á mí.

TERESA.

Luego ¿enamoralle quieres
Con tu ingenio y mi hermosura?
Dios te dé buena ventura;
Haz de mí lo que quisieres.

LEONOR.

Teresa, pagarte espero;
Porque don Ramon admire
Tu ignorancia y se retire,
Hablarle de noche quiero
Con nombre tuyo, ingeniosa,
Porque te temo excluida
A tí por poco entendida,
Como á mí por poco hermosa.

TERESA.

Lindamente lo acomodas.
¡Oh qué bien! ¿Que yo de dia
Vea á Ramon y á García
Muy de léjos, y que todas
Las noches, ya con el uno,
Ya con el otro, te estés
Tú muy de cerca, y despues
Me quede yo sin ninguno?
Eso, Leonor, es mascar
A dos carrillos.

LEONOR.

Testigo
Serás de todo conmigo;
Y así, no hay que recelar.

TERESA.

Yo no temo ningun daño.
Casaréme acreditada
De discreta, y ya casada,
Llámese Ramon á engaño.
Mas ¿hablaréle de dia?

LEONOR.

No, que te conocerán;
Y así, solo te verán
Don Ramon y don García.

TERESA.

En fin, ¿he de hacer de modo
Que no me conozcan?

LEONOR.

Sí.

TERESA.

Ya viene. ¿He de estar aquí?

LEONOR.

Como yo has de estar á todo.

TERESA.

Parécete gentil hombre
García á tí, á mí Ramon.

Salen DON GARCÍA y HERNANDO.

DON GARCÍA.

Yo he de lograr la ocasion.

HERNANDO.

Jardin y dama sin nombre,
O es cómo ó es aventura.

DON GARCÍA.

La burla temo.

LEONOR.

¿Quién va?
¿Es don García?

DON GARCÍA.

(*Ap.* Aquí está;
Mas la noche es tan oscura,
Que no la he de ver la cara.)
Yo he sido tan obediente,
Que pienso que aquella fuente
Lo está murmurando clara,
Pues sin haber conocido
Por quién vengo á este jardin...

LEONOR.

Vos habeis venido en fin,
Pues seais muy bien venido.

DON GARCÍA.

¿Quién está con vos aquí?

LEONOR.

Una criada tan bella
Y tan otra yo, que á ella
La habeis de tener por mí.
(*Ap.* No te descubras, Teresa.)
¿Y con vos?

HERNANDO.

Un camarada,
Que podrá con la criada
Comer en segunda mesa.

TERESA.

No hay cosa mucha ni poca
Que comer.

HERNANDO.

¡Qué bien responde!
¿No hay manjar del alma?

TERESA.

¿Adónde
Tienen las almas la boca?

HERNANDO.

En la nariz.

TERESA.

Puede ser;
Por eso el buen olor suele
Alentar; que cuando huele,
Debe un alma de comer.

HERNANDO.

Por Dios, que sois entendida,
El ingenio sois primero.

TERESA.

Vos el primer majadero
Que me lo ha dicho en mi vida.
¿Conoces á don Ramon?

HERNANDO.

Es muy galan caballero.

TERESA.

Leonor dice que le quiero,
Debe de tener razon.

HERNANDO.

¿Una mondonga se inclina
A quien de señor se precia?

TERESA.

Hágolo por no ser necia;
Que todo el mundo imagina
Que lo soy, y ello es verdad;
Mas, aunque por serlo calle,
Por lo menos en amalle
No muestro mi necedad.

LEONOR.

La duda puede hacer pausa
En ese punto: en efeto,
Yo os he llamado en secreto;
Si quereis saber la causa,
Yo os vi. no hay mas que saber;
Ved vos allí, don García,
Si el veros fué culpa mia,
O vuestra el dejaros ver.
Yo, confesando lo mal
Que á mí mesma me resisto,
Quise ver, habiéndoos visto,
Si sois á vos mismo igual;
Y veo que ingenio y gala
Son iguales de tal modo,
Que en cada parte halla un todo
Quien las mira y las iguala.
Pues si cada una en vos
Tiene extremo tan igual,
No sabrá el amor á cuál
Se ha de volver de los dos.
Porque el alma, suspendida
En entrambas perfecciones,
Con sus mismas suspensiones
O se embaraza ó se olvida.
Quiérelas ambas, y entre una
Y otra tan partida espera,
Que ninguna deja entera
Por no dejar á ninguna.

DON GARCÍA.

Elevada la razon
Mientras os oye, repara
Si podrá ser vuestra cara
Como vuestra discrecion;
Que, como el alma inmortal
Es todo espíritu, temo
Que alcance menor extremo
La hermosura material;
Pero si el alma perfeta
Perfectos órganos pide,
Ya el ser hermosa se mide
En vos con el ser discreta;
Y así, cuando la luz dé
Lugar á tanta ventura,
Quiero ver vuestra hermosura,
Que agora adoro por fe.
Que es fuerza, despues de oiros,
Desear veros, Señora;
Que mientras os oigo agora,
En la gloria del oiros
Ninguna cosa deseo;
Porque, aunque espero ver mucho,
No hace falta lo que escucho
A todo lo que no veo.

LEONOR.

Mal me estará que me vea
Quien me hace tanto favor;
Dicen que es ciego el amor,
Pésame que no lo sea.

DON GARCÍA.

Bien dicen, ciego es quien ama.

LEONOR.

No es ciego, pues quiere ver.

DON GARCÍA.

Con las demás lo ha de ser
El que ya ha visto á su dama;
Que, habiéndola visto á ella,
Si para esotras no es ciego,
Podrá encontrar otra luego
Que le parezca mas bella,
Y venir á amarla mas;
Pero yo averiguo aquí
Que esto es imposible en mí,
Si es fácil en los demás.
Los demás esperan ver,
Y en otros ojos mas bellos;
Yo no; y así, cieguen ellos;
Que yo lince pienso ser;
Porque, viendo la belleza
Que á ese ingenio corresponde
Cuánta perfeccion esconde
Toda la naturaleza,
En otras damas ver quiero,
No porque podré dejaros
Por otra, que es fuerza amaros
Habiéndoos visto primero;
Sino porque accion forzosa
El verlas á todas es,
Para averiguar despues
Que sois vos la mas hermosa.

LEONOR.

Si inclinais la voluntad
A la belleza exterior,
No me tendréis mucho amor,
Porque fué necesidad,
No virtud, veros de noche.

DON GARCÍA.

¡Ojalá el señor del dia,
Que en otro hemisferio guía
Los caballos de su coche,
Deshaga aquí sombras tantas!
¡Ojalá los de la aurora

Pasen con mas furia agora,
Y quebrando entre sus plantas
Los mas hermosos luceros
De alguna deshecha estrella,
Un rayo caiga ó centella,
Que me dé luz para veros!

LEONOR.

¡Ojalá, despues que os vi,
Pudiera con mis enojos
Sacarle al cielo los ojos!
Porque, celosos de mí,
Se visten de azul los cielos;
Y si ven que os amo firme,
Temo que han de deslucirme
Con sus luces ó sus celos.

DON GARCÍA.

Ya me debeis mucho amor;
Y así, por fuerza he de veros.

LEONOR.

Basta hablaros y quereros.

DON GARCÍA.

Mataráme ese rigor.

LEONOR.

¿Que en fin quereis verme?

DON GARCÍA.

Sí.

LEONOR.

(*Ap.* Ya me empeñé en esta empresa;
Verá la cara á Teresa,
Pues me vió el ingenio á mí.)
Pues, don García, la dama
Que hoy sacare en el tocado
Flores de liston dorado,
Esa os quiere y esa os llama.
(*Ap.* Gran ardid se me ha ofrecido.)

DON GARCÍA.

En fin, ¿la dama á quien viere
Flores doradas me quiere?
El color mismo ha tenido
Proporcion, gala y decoro,
Porque, despues de nublado,
Parezca el sol coronado
Con flores ó rayos de oro.

LEONOR.

Pues ya es hora, don García,
De recogernos.

DON GARCÍA.

Adios. (*Vase.*)

HERNANDO.

Mas que mondonga sois vos;
No sé si esa bobería
Es engaño.

TERESA.

Toma allá
Ese diamante.

HERNANDO.

Ya sé
Que sois muy boba.

TERESA.

¿Por qué?

HERNANDO.

Porque es muy bobo el que da. (*Vase.*)

TERESA.

Leonor, ¿qué hay de nuevo? ¿Has dado
Buen principio á tus amores?

LEONOR.

Vén, y daréte unas flores
Que hice ayer para el tocado;
Porque has de salir con ellas
Hoy entre las demás damas
De la Reina.

TERESA.

Entre tus llamas
Faltan no sé qué centellas,
En que arder yo misma quiero.
Escríbele otro papel
A don Ramon, y di en él
Que en las rejas del terrero
Le puedo esta noche hablar;
Hablarásle tú por mí;
Y yo, que, asistiendo allí,
Tengo de oir y callar,
Por ser necia, habré de ser,
Segun lo que agora infiero,
Como tahur sin dinero,
Que mira á mas no poder.

LEONOR.

Pues sea ó no sea locura,
Con esta experiencia intento
Saber si el entendimiento
Puede mas que la hermosura.
(*Vanse.*)

Salen EL REY Y DON RAMON.

REY.

Mientras don Sancho de Lara
Está de los infieles
Defendiendo mi corona,
Truje á palacio en dos veces
A sus hijas, Leonor
Y Teresa, en cuya nieve,
Que fuego interior anima,
Que espíritu blando enciende,
Entre afectos encontrados
Y entre afectos diferentes,
Hallé un hielo que me abrase
Y un incendio que me hiele.
Yo, en fin, adoro á Teresa.
¿De qué estás triste? ¿Parece
Que te ha pesado de oirme?

DON RAMON.

Señor, aunque á mí me pese,
¿Qué importa, si sois mi rey?

REY.

Luego, Ramon, ¿tambien tienes
Amor, como yo, á Teresa?

DON RAMON.

Confieso que de repente
Al corazon, por los ojos,
Entró un veneno tan fuerte,
Que cupo en la primer vista;
Mas mi lealtad, si conviene,
Será antídoto que cure
Aun mayores accidentes.

REY.

Pues, Ramon, porque averigüen
Experiencias lo que debes
A mi confianza, quiero
Que, sin que la Reina llegue
A entender este cuidado,
Solicites diligente
Que me hable á solas Teresa.
Tú le has de dar mis papeles,
Y procurarme los suyos;
Ya advierto el inconveniente,
Ya sé el riesgo á que te expones;
Pero, demás de que excedes
En entendimiento á todos,
Esta accion mia merece
Que con fe igual me compitas,
Para que seamos siempre,
Yo el cuerdo mas confiado,
Tú el mas leal confidente.

DON RAMON.

Aquí dió fin mi esperanza;
Dejad que los piés os bese,
Dudoso á cuál debo mas
De dos afectos valientes:
O á la confianza en vos,
Que ningun peligro teme,
O á la fe en mí, que asegura
Que os confiais cuerdamente.

REY.

Hablemos pues de Teresa.

Salen DON GARCÍA Y HERNANDO.

HERNANDO.

¡Jesus, lo que me encareces
La discrecion de esa dama!
Si todas las noches duermes
Así, presto serás loco.

DON GARCÍA.

Avísame cuando vieres
Flores de liston dorado
En un sol, á cuyo oriente
Serán hoy entre las flores
Mis pensamientos alegres,
Invisibles pajarillos
Que le canten mil motetes,

HERNANDO.

Esos conceptos de flores,
Esos vivos ramilletes
Que en la cabeza, entre rosas,
Como en facistol viviente,
Cantan la solfa del alba,
Ser sus prisioneros pueden
En la jaula de la mano.

DON GARCÍA.

Calla; que está el Rey presente,
Y muy valido con él
Don Ramon, á cuyas sienes
Dan la virtud y la sangre
Tan merecidos laureles.

DON RAMON.

Don García; vuestra alteza
Le dé licencia que llegue
A don García de Haro.

DON GARCÍA.

Tendrá el lugar que merece
Don Ramon, si con vos priva.

REY.

Deseo favorecerle;
¿En fin, sois grandes amigos?

DON GARCÍA.

Señor, Piládes y Oréstes,
Niso y Eurialo, Acátes
Y Enéas, y finalmente,
Efestion y Alejandro,
Cuando todos se cotejen
Con nosotros dos, apenas
Nombres de amigos merecen.

REY.

Bien sabeis encarecerlo.

DON RAMON.

Señor, vuestra alteza piense
Que los dos somos tan uno,
Que porque un mónstruo no fuese
De dos cuerpos, se han unido
Las dos almas solamente.

REY.

Bien podeis terciar, García.—
Ramon, por entretenerme,
Me hablaba en doña Teresa.

DON GARCÍA.

Materia al hablar se ofrece,
Por recien venida agora.

DON RAMON.

No sé si su ingenio puede
Ser igual á su hermosura.

REY.

Punto, don Ramon, es ese
En que yo he pensado á solas.
Figuremos dos mujeres,
Una fea y entendida,
Otra que, al contrario, fuese
Muy hermosa, pero necia;
¿Cuál eligieras?

DON RAMON.

Parece,
Señor, que á la mas hermosa;
Porque á los ojos se viene
La misma hermosura, y entra
Por ellos mismos á hacerse
Dulce tirano del alma,
Tan buscada, aun cuando ofende,
Tan amada, aunque castigue,
Tan servida, aunque no premie,
Que, sin haber corazon
Que en fin no se le sujete,
En la misma tiranía
Es dueño de cuanto quiere.
La hermosa, si es necia, calle,
Y en el silencio se muestre
Mas señoril hermosura,
Mas serena y mas decente.
Venga un hombre fatigado
De sus pretensiones; entre
A mediodía en su casa,
Salga á recibirle alegre
Una mujer muy hermosa,
No hay fatiga que no cese.
Y si dicen que el ingenio,
Que es todo espíritu, excede
A la corporal belleza,
Digo que mientras dependen
De los órganos del cuerpo
Las almas inteligentes,
Como todas sus acciones
De los sentidos se mueven,
Lo espiritual olvidan
Y lo sensible apetecen;
Y así, vemos que las gracias
Suelen causar mas deleite,
Aunque son tan materiales,
Que con la risa se sienten,
Y que el mas sutil discurso,
Porque es espíritu, suele,
O tener menos aplausos,
O cansar á los oyentes.

REY.

Yo soy de opinion contraria,
Don Ramon; porque no siempre
Hay luz para la hermosura,
Hay velos que nos la nieguen,
Hay mantos que nos la tapen,
Hay distancias que la alejen,
Hay paredes que la escondan,
Y hasta las mismas paredes
Dicen que tienen oidos,
Porque todo lo penetren
Las acciones del ingenio.
Él pasa á ver los ausentes
En el mas remoto clima,
No hay estorbos que le cerquen,
No hay mares que le detengan,
No busca rayos lucientes,
No huye sombras oscuras,
Que, como él á sí se tiene,
No necesita de nadie
Para que le manifieste.
No es tan noble la hermosura;
Que antes claro se convence
Que busca favor prestado,
Mendigando ajenos bienes;
Que distante no se alcanza,
Cubierta no se concede,
Encerrada no se goza,
Y sin luz no puede verse.

DON GARCÍA.

Añada mas vuestra alteza:
Que se acaba ó se envejece
La hermosura con los años,
Y el ingenio es como el fénix,
Que renace de sí mismo,
Y mejor, que el fénix muere
Para nacer, y el ingenio
Se mejora inmortal siempre;
Por eso vemos que el tiempo,
Quizá, ó porque nos parece,
A vista de nuestro engaño,
Que va al paso de los bueyes,
Con surcos de arrugas ara,
Si bien en campo viviente
De la esquilmada hermosura,
Tierra ya flaca y estéril;
Y el ingenio, cuanto mas
Frutificado, mas fértil
Le labran los mismos años;
Da frutos permanecientes
De noticias y discursos,
Con tal sazon, que en sus mieses
Es todo grano pesado,
Sin mezcla de paja leve.
De aquí es tambien que en los viejos
La sabiduría crece,
Que suele ser en los mozos
Como fuego en leño verde,
Donde, aunque se ven las llamas,
Como es materia rebelde,
O se apagan ellas mismas
O el humo las oscurece;
Pues, por mucho que arda el fuego
Hasta que el leño se seque,
Si entre el humo á veces luce,
Se esconde entre el humo á veces.
Tal es la sabiduría:
En los verdes años prende
El fuego en ellos; mas, como
Hay pasiones que se mezclen
Entre estas oscuridades,
Si en una accion resplandece,
En otra se ofusca, dando
Humo que los ojos ciegue;
Pero en la edad seca luce
La sabiduría, y vense
Arder las llamas mas puras,
Que, como no se detiene
Su accion en la resistencia
De la mocedad, parece
Que quedan libres del humo
Que causar el verdor suele;
De modo que á la hermosura
La sabiduría vence,
Pues esta triunfa del tiempo,
Y aquella con él perece.

HERNANDO.

Señor, vuestra majestad
Se sirva de conocerme
Por algebrista de amor,
O por humor, que pretende
Tener lugar con los grandes.

REY.

Cubríos pues.

HERNANDO.

¿Qué mas tiene
Un grande que yo? Cubrirse,
Pensando que lo merece;
Cúbrome, y pienso lo mismo.
¿Qué hay ya que nos diferencie?
Que las cosas deste mundo
Son comedia larga ó breve;
Porque no son como son,
Sino como se aprenden.

REY.

Filósofo estás.

HERNANDO.

Señor,
Entre tantos pareceres,
Quiero dar tambien el mio.
A mi hermosura me fecit;
Bien que las almas son almas
Que allá discurren y entienden;
Mas mientras en cuerpos viven,
Con los cuerpos se entretienen.
Eso de sabiduría,
Esa razon ó esos entes
Con tantas formalidades,
Son muy buenos para el vientre
De una idea de Platon.
A mí una moza, que peque
De gorda antes que de flaca,
Ni tan circular que ruede,
Ni tan buida que pique;
Que oro por cabellos peine,
Que del colodrillo al moño,
Sobre limpias trenzas, siembre
Flores al mayo, con perlas
Que el alba misma le llueve;
Una frente por lo blanco,
De mosquetas ó mosquetes,
Donde están los buenos gustos,
Como en campo, frente á frente;
Unas cejas ó unos arcos
Con que el amor atraviese
Al corazon su flechita;
Unos ojos tan alegres,
Que con donaire sus niñas
Parlen cuanto al alma vieren;
Tan vivos, que no se duerman,
Y tan castos, que degüellen
Con una vista Judit
A un pensamiento Holoférnes;
Unas pestañas archeras
Que á estos ojos, como á reyes
De los sentidos, los guarden;
Unas mejillas que viertan
Líquida á partes la grana,
Cuajada á partes la leche;
Una nariz no muy grande,
Ni chica extremadamente,
Ni roma ni borromea,
Sino nariz de que aprende
Dulces perfiles Timántes,
Derechas líneas Apéles;
Una boca compasada,
Adonde el ámbar aliente,
Adonde el alba se rie
Con dos labios ó claveles,
Custodia de una muralla
De jazmines ú de dientes;
Una barba, en cuyo hoyo
Muertas mil almas se entierren;
Porque matar cuerpos solos
Ya son muy civiles muertes.
Esta es la que elijo yo
Mientras carne se comiere;
Que esotra dama doctora
Será buena para un viérnes.

REY.

La Reina viene.

Salen LA REINA, Y TERESA, *con flores doradas en el tocado*, *y* OTRAS DAMAS.

REINA.

¿Es posible
Que tanto tiempo me deje
Vuestra alteza? ¿En qué lo pasa?
Que yo sin oirle y verle
Confieso que apenas vivo.

REY.

(*Ap*. La Reina sin duda entiende
Mi amor.) Vuestra alteza sabe
Que yo la pago igualmente.

DON GARCÍA. (*Ap*.)

Hernando, doña Teresa,
La recien venida, tiene
Flores de liston dorado.
Su entendimiento excelente
Admiré anoche, y agora
Su hermosura me suspende.

REINA.

(*Ap*. ¡Qué atento la mira el Rey!
Causa mis sospechas tienen.)
Buena ha venido Teresa.
¡Gran lástima que quisiese
Naturaleza extremarse,

Animando desta suerte
Un cuerpo que es tan gallardo
Con alma tan diferente.
Hannos dicho que es muy necia.

REY.

Esto es pasion, bien se infiere.

DON GARCÍA.

Vive Dios, que si es posible
Que en reinas envidia reine,
Que la Reina está envidiosa;
Que á competirla se atreve
La emulacion misma apenas.

Sale LEONOR, *con flores doradas tambien.*

LEONOR. (*Ap.*)

Quiero que dudoso quede
Viendo las flores doradas
En mí y Teresa.

DON GARCÍA.

Detente,
Detente, Hernando; ¿qué es esto?
Tambien el cabello teje
Leonor con las mismas flores.

HERNANDO.

Pues, don García, echar suertes.

DON RAMON.

Señora, doña Teresa
¿No es entendida?

REINA.

Creedme,
Que dice mil necedades.

DON RAMON.

Sin duda, pues lo consiente,
Que es necia, pero es hermosa.

REY.

Ella lo escucha, y no vuelve
Por sí; muy necia es, pues calla.

TERESA.

Leonor, en bien se me acuerde,
¿No dijiste que no hablase
Porque no me conociesen?

LEONOR.

Sí, Teresa.

TERESA.

Segun eso,
Ya puedo hablar libremente,
Porque ya me han conocido.

LEONOR.

No hables palabra, antes piensen
Que de modesta has callado.

HERNANDO.

Señor, el discurso es este:
Ambas sacaron las flores;
Teresa es necia, y infieres
Que es Leonor la del jardin,
La cual, cuando Dios quisiere,
Vendrá á ser el leño seco
Que, como sábia, gobierne
En Constantinopla al turco,
En Argel á Muley Jeque,
Bien que á la verdad no es fea.
Y así, no te desconsueles,
Porque una mujer á escuras
Es mujer aunque sea sierpe.

DON GARCÍA.

¿Solo porque calla es necia?
¿No puede ser que desprecie
Con el silencio la injuria?
La deidad mas eminente
¿Túrbase luego, aunque el hombre
Atrevido la blasfemie?
No por cierto, antes callando,
Y sufriendo al que la ofende,
Da indicios de ser verdad
En que luego no se vengue.

HERNANDO.

Digo que es deidad Teresa.

LEONOR.

(*Ap.* Aquí el ingenio se esfuerce
Para ayudar el engaño.)
Don García, ¿no es prudente
Doña Teresa? Mi hermana
Sufriendo está estos desdenes
Por los celos de la Reina.

DON GARCÍA.

Luego, Leonor, ¿el Rey quiere
A Teresa?

LEONOR.

Sí, García.

DON GARCÍA.

¡Quién, sino mujer tan fuerte,
Vencerá su ingenio mismo?
Hernando, ¿qué te parece?
¿Soy buen intérprete?

HERNANDO.

Digo
Que desde luego te pueden
Añadir á los setenta.

LEONOR.

Teresa, ¿qué aguardas? Véte.

TERESA.

¿Escribiste aquel papel?

LEONOR.

Tú puedes ir y traerle;
Que, escrito de letra mia,
Le dejé sobre el bufete
Del estrado.

TERESA.

Yo haré luego
Que se le dé ó se le lleve
El criado de García.
Leonor, y cuando estuvieres
Con Ramon, ¿no podré hablarle?

LEONOR.

Verémos lo que conviene.
Véte agora.

TERESA.

Y si te pide
Que le abraces y requiebres,
¿Podré requebrarle yo
Y abrazarle?

LEONOR.

¡Qué inocente!

TERESA.

Voy por el papel. (*Vase.*)

DON GARCÍA.

Hernando,
Fuése aquel ángel, y fuése
Tras ella mi pensamiento.

DON RAMON.

Por seguirla, en impacientes
Suspiros exhalo el alma.

LEONOR.

Ciego amor, fuerza es que yerre
Si la razon no me guia.
Voyme de aquí. (*Vase.*)

HERNANDO.

¿Qué resuelves?

DON GARCÍA.

Pedirle señas mas ciertas,
Y que diga claramente
Su nombre.

HERNANDO.

Y á san Antonio,
Que hace hallar lo que se pierde,
Que te depare tu juicio.

(*Vanse.*)

REINA.

¿Vuestra alteza se divierte?
No está aquí.

REY.

Seguí á Teresa.

REINA. (*Ap.*)

El mismo mal se remedie
A sí mismo. Háblela el Rey;
Que, si su ignorancia advierte,
Él dejará de quererla.
Paciencia, celos crueles;
Que, aunque en sí las majestades
Efectos comunes sienten,
Es bien disimulen reinas
Lo que sintieron mujeres.

REY.

¿Viene vuestra alteza?

REINA.

Vamos.

Sale HERNANDO, *y da un papel á don Ramon, y mírale el Rey.*

HERNANDO.

Este mandó que te diese
Teresa.

REY.

(*Ap.* Un papel le ha dado.)
Vaya vuestra alteza, y déme
Licencia para quedarme.

DON RAMON.

Tal soy, que no he de leerle
Hasta que el Rey lo haya visto.

REY.

Ramon, ¿cúyo es el billete?
¿Parece que te has turbado?
Tú mismo sin responderme
Te has entregado á tí mismo;
Que hay sangre tan delincuente,
Que, por no manifestarse
Y andar recatada siempre,
En el corazon se esconde;
Pero, como tambien suele
Robar el color al rostro,
Al tiempo del esconderse,
En el mismo robo entonces
La conocen y la prenden.

DON RAMON.

Antes si el color se roba,
Señal de que se enflaquece
El corazon y la sangre
Acude por socorrerle;
Indicios da de tan buena,
Que al corazon favorece
Para alentarle á que haga
Quizá mas de lo que puede.
Este es papel de Teresa.

HERNANDO.

Segun esto, el papel debe
De ser para el Rey; mi amo,
Que por Teresa se muere,
Echó buen lance, y yo he sido,
Sin saberlo, el alcahuete.
Voy á decírselo todo. (*Vase.*)

REY.

En fin, ¿Teresa te quiere?

DON RAMON.

No sé lo que el papel dice.

REY.

Dice el papel de esta suerte.
(*Lee.*) «Don Ramon, no es culpa mia
»Que, habiéndoos visto, os quisiese;
»Deseo esta noche hablaros;
»Pagadme esta deuda y vedme
»En las rejas del terrero,
»Porque sus yerros acierte.»
¿Quien así te escribe es necia?
No he visto papel mas breve,
Ni con mas buen aire escrito.

DON RAMON.

¡Que ella me llame y me ruegue,

Y que es fuerza ser yo ingrato?
Valedme, cielos, valedme.

REY.

Ramon, yo estoy sospechoso;
Esos suspiros ardientes,
Ese semblante tan triste
Me han dicho cómo procedes.

DON RAMON.

Señor, que á Teresa adore
El alma, y que no la altere
Este papel, no es posible;
Exhalóse un vapor leve,
Subió hasta media region,
Turbó el aire de repente
Y enmarañóse una nube;
Permitid, Señor, que truene
Al tiempo que aborta el rayo,
Que se sacuda y se quiebre,
Hasta que se haya deshecho
Por los ojos que la llueven.
Dad tiempo á la tempestad;
Que, despues que se serene
El cielo, nublado agora,
Y que la tormenta cese,
Mi lealtad, que es sol, á quien
Turbar vapores no pueden,
Se aparecerá mas clara
A pesar de inconvenientes.

REY.

Don Ramon, habla á Teresa;
Que yo quiero estar presente,
Y averiguar si es tan necia
Como la Reina encarece.

DON RAMON.

Digo que debe ser mudo
Y ciego el que es obediente.

REY.

Juntos irémos á hablarla,
Y ambos serémos jueces
De su entendimiento.

DON RAMON.

Amor,
Dame paciencia ó la muerte.

REY.

Ruégale á Dios que sea necia,
Si quieres que te la deje.
(*Vanse.*)

JORNADA SEGUNDA.

Sale EL REY Y DON RAMON.

DON RAMON.

Señor, confieso que ha sido
Vuestra heróica confianza
Favor tan alto, que alcanza
Al cielo donde he subido;
Mas esta merced os pido,
Porque os importa á vos esta.
Teresa el vivir me cuesta,
Y hablarla yo, de amor ciego,
Es como aplicar al fuego
Una materia dispuesta.
Vos venís á examinar
Si es necia ó si es entendida;
Muy á costa de mi vida
Lo quereis averiguar.
Mas mandarme estar y hablar
En amorosa contienda
Con dama que así se prenda,
Y que yo amara tan firme,
Parece que es persuadirme
Vos mismo á que yo os ofenda.
En fin, vuestro amor me obliga
Que, estando juntos los dos,
Yo solo, oyéndolo vos,
Fingidos amores diga.
Temo que no se consiga
El fruto de estas quimeras;
Que entre burlas lisonjeras
Creeréis vos que estoy fingiendo,
Y yo, que lo estoy sintiendo,
Quizá lo diré de veras.
Ved pues que es peligro extraño
Lo que vuestro amor me manda;
Que el amor es peste blanda,
Es apetecible engaño;
Cierra los ojos al daño
Tal vez un suave olvido,
Con que se aduerme el sentido,
Y en los brazos de ese sueño
Pasa á obligacion de empeño
La burla de haber fingido.

REY.

Ramon, el peligro sé;
Pero aunque á Teresa amais,
Tambien sé que acrisolais
En el riesgo vuestra fe;
Demás de que le hablaré
De ese modo, y de otro no,
Pues ella á vos os llamó.
Vos sois quien sois, y en efeto
Me habeis de tener respeto,
Estando presente yo.
En fin, vos habeis de hablalla,
Y ver, sin que ella me vea,
Si es necia.

DON RAMON.

Ojalá lo sea;
Pues, siéndolo, podré amalla.

Salen TERESA Y LEONOR *á la reja.*

LEONOR.

Déjame hacer; oye y calla.

TERESA.

¿Diz que el Rey quererme espera?
No le querré aunque se muera.

LEONOR.

Yo lo dispondré de modo
Que lo remediemos todo,
Y que don Ramon te quiera.

REY.

Ya la ventana han abierto.
Llega, Ramon; que yo aquí
Estaré junto de tí.

LEONOR.

¿Quién es?

DON RAMON.

Un vivo y un muerto.

LEONOR.

Don Ramon, si es eso cierto,
Tendréis en mí buen lugar,
Porque os vengo á desear
Vivo para quien os ama,
Y muerto para otra dama
Que celos la puede dar.
Tendréis por atrevimiento
Llamaros en un papel,
Y habréis conocido en él
Ya mi poco entendimiento.
No sé si os diga que siento
Ver lo mal que se interpreta
La accion quizá mas perfeta;
Porque no hay mas discrecion
Que saber en la ocasion
Despreciar el ser discreta.
(*Ap.* Mucho importa proseguir
Aquella cautela mia
Con que engañé á don García.)
Todo os lo quiero decir.
En fin, yo vine á sentir
A la Reina con los celos,
Y tanto, viven los cielos,
Mi fe de leal se precia,
Que antes pareceré necia
Que dar á su alteza celos.

REY.

Vive Dios, que á tí te adora,
Y que á mí me ha despedido;
Pero ¿qué te ha parecido?

DON RAMON.

Que es muy necia, y veo agora
Que la Reina, mi señora,
Tiene razon.

REY.

Antes ves
Que habló discreta y cortés.

DON RAMON.

Vuestra alteza no se queje;
Que es necia porque la deje,
Pero no porque lo es.

REY.

Basta, tú tienes razon;
De lo pasado me pesa,
Que hacerte hablar á Teresa
Es ponerte en ocasion;
Despídete, don Ramon,
Mas no te vayas de aquí;
Que habré de irme tras tí,
Y es tan discreta, que entiendo
Que la estaré siempre oyendo,
Aun hablando contra mí.

LEONOR.

¿Parece que estáis suspenso?

DON RAMON.

Pensando debo de estar;
Que pienso que hay que pensar
Contra un amor tan inmenso.

TERESA.

¿Fué pulla aquello del pienso,
Leonor? Que, como soy ruda,
Por mí lo dijo sin duda.

LEONOR.

¡Hay bestia igual!

TERESA.

¡Qué molestia!
En eso sí que soy bestia,
Pues he de estar siempre muda.

DON RAMON.

¿No estáis sola?

LEONOR.

Deste empleo
Es testigo una criada.

DON RAMON.

Todo no ha de importar nada.

LEONOR.

Muy poco alentado os veo.

DON RAMON.

Las alas corté al deseo;
Y así, me voy por lo llano,
Y aun así temo no en vano
Tropezar en la llaneza,
Si no me tiene su alteza,
O vos no me dais la mano.

TERESA.

La mano ha pedido; yo
Se la daré por detrás,
Como que tú se la das.

LEONOR.

¿Mano quereis?

TERESA.

¿Por qué no?
Claro está, pues la pidió.

DON RAMON.

¿De mí os burlais vos tambien?

LEONOR.

Yo para tener á quien
Va á caer no valgo nada;

Déos la mano esta criada,
Porque ella os tendrá mas bien.

TERESA.

Veisla aquí, que es una pella
De nieve.

DON RAMON.

Graciosa estáis.

TERESA.

Veisla aquí, ¿no la tomais?
Pues quedaréme con ella.

DON RAMON.

¿Sabeis lo que he imaginado?
Que esperabais al señor,
Pues previno vuestro amor
Criada para el criado.

LEONOR.

¿Celitos del Rey, mi rey?

DON RAMON.

Eso no, no estoy celoso;
Porque en mí es lo mas forzoso
Cumplir con la buena ley.

LEONOR.

¿Que tanto amais á Teresa?
Habeis de decirlo presto.

DON RAMON.

Mas que á mí.

REY.

Ramon, ¿qué es esto?

DON RAMON.

Un error dicho de priesa,
Que no ha sido en mí, aunque es mio;
Porque en tanta brevedad,
Fué accion de la voluntad,
Pero no del albedrío.

LEONOR.

La verdad, ¿sabréis querer?

DON RAMON.

¿Librase de amor alguno?

LEONOR.

¿Y quereis ser para en uno
Con Teresa?

DON RAMON.

Puede ser.

LEONOR.

¿Puede ser? Gentil respuesta.
Cuando esperé, y era justo,
Mil hipérboles del gusto
Y mil gustos de la fiesta,
¿Respondeis al casamiento
Con tan flemático amor?

DON RAMON.

Ya que estáis de buen humor,
Responderé con un cuento.
Dijéronle á un caballero
La murmuracion que habia
De lo mucho que mentia,
Y él dijo á un paje: «Yo quiero
Enmendarme; á tí te encargo
Que te estés siempre conmigo,
Y si algunos cuentos digo,
Cuando vieres que me alargo
En lo que voy á decir,
Tirame, estando allí junto,
De la capa al mismo punto,
Y no me dejes mentir.»
Esperó el paje ocasion,
Y su amo en la primera
De mentir, que en fin ya era
Aquella su inclinacion,
Dijo: «En una casa mia
Tengo sala de mil pasos
De largo, y no son escasos.—
¿Y cuántos de ancho tenia?»
Preguntó luego un oyente;
A que el paje le tiró
De la capa, y respondió:
«Seis pasos tasadamente.»
Replicaron los demás:
«Pues ¿cómo así lo trazastes,
Que á sala tan larga echastes
Seis pasos de ancho no mas?»
Y á los que le preguntaron
Respondia él al pasar:
«Mas le quisiera yo echar,
Sino que no me dejaron.»

REY.

Yo me aparto, y fingiré
Que llego agora.

DON RAMON.

Paciencia
Me dé amor; mas gente viene,
Voyme.

LEONOR.

¿Por qué tan apriesa?

REY.

¿Quién va?

DON RAMON.

¿Quién es?

REY.

El Rey soy.

DON RAMON.

Yo don Ramon; que á Teresa,
Que aquí gozaba del fresco,
Hablé de paso.

REY.

No os vean
Aquí otra vez; idos luego.

LEONOR.

Ramon se va, el Rey se queda.
Yo me retiro, habla tú,
Y finge que eres tú mesma
La que has hablado hasta agora. (*Vase.*)

TERESA.

Dicen que, como yo aprenda
A hablar bien y tenga ingenio,
Podré parecer discreta.

REY.

Teresa hermosa, aquí está
Un rey que os pide licencia
Para decir que os adora.
¿No respondeis?

TERESA.

Linda tela
Era el raso azul del cielo,
Si no se manchara apriesa.

REY.

Antes nunca hay accidente
Que deslustre su limpieza.

TERESA.

Pues las nubes ¿no son manchas?

REY.

(*Ap.* Vive Dios, que se hace necia
Agora, que habla conmigo.)
Teresa, hablemos de veras;
Ya sé que eres entendida.

TERESA.

No hay que sacar consecuencias;
Que á don Ramon quiero bien,
Y él no querrá que yo os quiera.

REY.

¿Qué te ha dicho don Ramon?

TERESA.

(*Ap.* Yo oí decir á un poeta
Que el amar todo es embustes)
Díjome que no os quisiera,
Porque soy una inocente,
Y es un Heródes la Reina.

REY.

Luego ¿don Ramon me vende?

TERESA.

Poco importa que él os venda,
Si yo no os quiero comprar.

REY.

Bien arguye su cautela
El cuento del mentiroso;
Yo castigaré mi ofensa,
Por vida de mi corona.

TERESA.

No le hagais mal. (*Ap.* Ya me pesa
De haber dicho esta mentira.)

Salen DON GARCÍA Y HERNANDO.

DON GARCÍA.

Hernando, si galantea,
Segun lo que me dijiste,
El Rey á Teresa, y ella
Le escribe, no hay que dudar;
Porque, conforme á esta cuenta,
Leonor es la del jardin.

HERNANDO.

Pardios, que Leonor no es fea,
Aunque se infame ella misma;
Porque, de puro discreta,
Dió en ser muy desconfiada.

DON GARCÍA.

Si en una ventana destas
La hallase acaso, no pienso
Contentarme ya con señas,
Sino con que me hable claro.

HERNANDO.

Probemos ventura, espera;
Que allí está un bulto, que tiene
De altor mas de dos mil leguas;
¡Jesus, qué cosa tan alta!

DON GARCÍA.

Calla, gallina, no temas;
Que un hombre es como los otros.

HERNANDO.

Dios, por su santa clemencia,
Me libre de horas menguadas
Y de fantasmas que crezcan.

REY.

Mira que hablas con un rey.

HERNANDO.

Vive Cristo, que el Rey era;
Mira tú si era bien alto,
Pues era la misma alteza.

REY.

Teresa, tu sangre ofendes
Con ese estilo.

DON GARCÍA. (*Ap.*)

Teresa
Es la que está con el Rey.

TERESA.

Diga el Rey lo que dijera
Una discreta, y diréló;
Será el sacristan su alteza,
Y yo seré la campana,
Que, como al niño en la escuela
Lleva el maestro la mano,
A ella le lleva la lengua
El sacristan que la tañe.

DON GARCÍA.

¡Hay tan notable respuesta!
Bien me lo dijo Leonor;
Por no agraviar á la Reina
Se finge necia sin duda.

HERNANDO.

Y ¿qué dirémos si fuera
Verdad que Teresa es boba?

DON GARCÍA.

Verás con qué diferencia
Discurre hablándome á mí.

REY.

Cansado de tus quimeras,
Quiero dejarte. (*Vase.*)

HERNANDO.

Él se va.
García, ¿qué aguardas? Llega.

Sale LEONOR *á la reja.*

LEONOR.

Recógete; que es muy tarde.

TERESA.

Adios, que voy muy depriesa;
Que me estoy durmiendo toda. (*Vase.*)

DON GARCÍA.

¿Podrá llegar quien desea
Sacar fruto de unas flores,
Teresa hermosa, á estas rejas?

LEONOR.

¿Es don García?

DON GARCÍA.

Es un alma
Rendida á vuestra belleza,
Que, por culpa de unas flores,
Es esta noche alma en pena.

LEONOR.

¿Eran las flores doradas?

DON GARCÍA.

Quizá estuvo en la materia
La culpa, y el caso hizo
Un mónstruo de dos cabezas;
Que, ó las unió algun error,
O las mueve un alma mesma.

LEONOR.

Bien supiera responderos
Que aun en los mónstruos no yerra
La intencion de quien los hace;
Que así pienso que lo enseña
La mejor filosofía.

DON GARCÍA.

¿Adviertes de qué manera
Discurre agora?

LEONOR.

Hablar sé,
Aunque celos de la Reina
Me han hecho necia.

HERNANDO.

Ha sido
Necedad que lo parezca
Quien es Séneca con moño.

DON GARCÍA.

¿En fin, sois doña Teresa?
En fin, sois la mas hermosa?

LEONOR.

En fin, soy quien es mas vuestra.

DON GARCÍA.

¿El Rey estaba con vos?

LEONOR.

¿Teneis celos?

DON GARCÍA.

Será fuerza,
Si dais vos misma la causa,
Que quien tenga amor los tenga.

LEONOR.

Yo sí los tendré, vos no;
Porque quizá en vuestra idea
Habrá mudanzas de objetos.

DON GARCÍA.

Tan superior á la rueda
De la fortuna es mi fe,
Que aprenden de su firmeza
A ser firme el firmamento
Y á ser fijas las estrellas;
¿Qué amago de otra hermosura,
Qué impulso de deidad nueva,
Violará el culto á estas aras?
Hoy que á mi fe verdadera
La apostasía de amor,
Primer ímpetu, se atreva
Con voluntario deseo,
Accion de apetito apenas;
¿Qué pasion mal corregida,
Qué inclinacion lisonjera
Querrá turbar sol tan claro,
Que en vapor no se resuelva,
Que en humo no se deshaga
O en aire se desvanezca?
¿Vistes marinos embates,
Que en márgen de opuesta arena
Quebrados se desvanecen,
Desvanecidos se quiebran;
Tan deshechos en sí mismos,
Que, aunque locos no escarmientan,
Espumas vuelven humildes
Las que olas vienen soberbias?
Pues sea un mar inconstante
La condicion inquieta
De la variedad humana,
Entre embates y violencias;
Haya pensamientos, olas
Que, amenazando firmezas,
Lleguen, como á opuesta playa,
Donde mi amor las espera;
Que, como allí al dar el golpe
Es tanta la resistencia,
Con su mismo ímpetu todas
Suelen quebrarse en sí mesmas.
La arena soy, tornen luego
Porfiadamente necias;
Que, ya que no escarmentadas,
Yo las volveré deshechas.

LEONOR.

¿Veis todos esos favores?
Veis todas esas finezas?
Me está pesando de oirlas.

DON GARCÍA.

¿Por qué?

LEONOR.

Porque es cosa cierta
Que me las decís á mí
Pensando en otra mas bella.

DON GARCÍA.

No digais tal.

HERNANDO.

Ahora bien,
Yo desparzo esa pendencia
Con una pregunta breve:
Aquella criada, aquella
Mondonga que da diamantes,
¿Querrá un rato de conversa?

LEONOR.

No está aquí.

HERNANDO.

Con ser tan tonta,
Dice algunas agudezas
Cuando habla de don Ramon.

LEONOR.

Aunque de Ramon me cuentan
Que es muy grande amigo vuestro,
La ley en que no dispensa
Un amante es el secreto;
Ni don Ramon ni el Rey sepan
Que me hablais vos, porque importa;
Y advertid mas: que el Rey piensa
Que yo quiero á don Ramon.

DON GARCÍA.

Luego ¿el Rey tiene sospecha
De don Ramon?

LEONOR.

Sí, García.

DON GARCÍA.

Como á don Ramon no ofenda,
Silencio eterno os prometo.

LEONOR.

Pues cumplidme esa promesa.

DON GARCÍA.

Pondré un candado á mis labios.

HERNANDO.

Y ya en mi boca está puesta
La chapa y la cerradura,
Aunque para tales puertas
Los de mi cámara suelen
Tener sus llaves maestras.

LEONOR.

Adios; que encargo el secreto,
Y no es razon que amanezca,
Y nos descubra el aurora.

HERNANDO.

Adios; que ya las tinieblas
Van apriesa á recogerse.

DON GARCÍA.

Y el alba viene tan cerca,
Que con blanco pié á la noche
Le pisa la falda negra.

(*Vanse.*)

Sale DON RAMON Y LA REINA.

REINA.

Esta noche, don Ramon,
Sé que con vos salió el Rey;
Y advierto la buena ley,
No me deis satisfaccion,
Que debeis ser obediente
A cuanto el Rey os mandare,
Aunque el afecto repare
En algun inconveniente;
Que claro está que su alteza
No empeña su voluntad
Adonde la necedad
Es pension de la belleza.

DON RAMON.

Don Sancho de Lara agora
Ha vencido una batalla,
Con que hoy Aragon se halla
Libre de la seta mora;
Y cuando al fin desta empresa
Le esperamos vencedor,
Le honrará el rey mi señor.
(*Ap.* Celosa está de Teresa.)
Fuera de que, es mas que todos,
Que vuestra alteza lo quiere,
Y si de Teresa infiere,
Viéndola hablar de aquel modo,
O callar, que es ignorante,
Vuestra alteza esté advertida
Que es con extremo entendida,
Y que quizá es importante
Fingirse necia.

REINA.

¿Por qué?

DON RAMON.

Porque yo la adoro, y ella,
Tan ingrata como bella,
Tan mal me paga esta fe,
Que, deseando que yo
Venga en amarla á cansarme,
Procura desagradarme;
Por eso en ser necia dió,
O en parecerlo.

REINA.

Ramon,
Vos me engañais.

DON RAMON.

Esto es cierto.

REINA.

¿Sabeis lo que agora advierto?
Que tiene al Rey aficion,
Pues á vos no os quiere bien,
Que pudierais ser su esposo,
Y que, viendo al Rey celoso,
Os trata á vos con desden;
O por engañarme á mí,
Quizá ser necia ha fingido.

DON RAMON.
Vuestra alteza ha discurrido
En mi favor.

REINA.
Es así.
(*Ap.* Pero yo os quitaré á vos
Del lado del Rey.)

DON RAMON.
Deseo
Ser muy leal.

REINA.
Ya lo veo.
Ahora bien, idos con Dios;
Que el Rey viene.

Sale EL REY.

REY.
Salios fuera.—
Don Ramon, no os vais.

DON RAMON.
Con ira
Parece que el Rey me mira. (*Vase.*)

REY.
Mas idos; que allí os espera
Don García, vuestro amigo.

REINA.
Vuestra alteza está enojado.
(*Ap.* Debe de haber escuchado
Lo que habló Ramon conmigo;
Diré que me dijo aquí
Ramon que quiere á Teresa,
Por ver si así lo confiesa.)

REY.
¿Qué dijo Ramon de mí?

REINA.
Díjome que estaba agora
Muy valida una discreta,
Que, porque á mí me respeta,
Finge que todo lo ignora.
No son vanos mis recelos;
Que me dicen que se precia
De ingeniosa, y se hace necia
Para desmentir mis celos.

REY.
(*Ap.* Culpas á culpas añade;
Don Ramon quiere en efeto
A Teresa, y en secreto
A la Reina persuade
Que con sus celos impida
Mi intento; luego los dos
Competimos. Vive Dios,
Que le ha de costar la vida.)
Don Ramon es desleal;
Vuestra alteza ha declarado
O su amor ó su cuidado;
Y Teresa, aunque hace mal,
Visto el engaño despues,
Que vuestra alteza lo siente,
Por mostrar que está inocente
Ha fingido que lo es.

REINA.
Ella es necia, por lo menos,
En haberlo parecido.

Sale HERNANDO.

HERNANDO.
Muchas veces han perdido
Los buenos por ser tan buenos.
Despues que el secreto oyó
A Teresa, está rabiando
Por decirlo el buen Hernando,
Y el buen Hernando soy yo.

REINA.
Vuestra alteza y don Ramon
Convienen en que haber sido
Teresa necia es fingido.

HERNANDO.
Yo llego á linda ocasion;
A decillo me resuelvo.

REY.
Pienso que de dar audiencia
Es hora ya; con licencia
De vuestra alteza, me vuelvo. (*Vase.*)

HERNANDO.
Dé vuestra alteza la mano
A un criado tan discreto,
Que nunca guardó secreto;
Y llamen á un escribano,
Diré mi dicho.

REINA.
¿No es
Vuestro señor don García?

HERNANDO.
Yo asisto á su señoría.
Declare el testigo pues
Con toda solemnidad;
El cual, despues de haber hecho
La cruz conforme á derecho,
Prometió decir verdad.
(*Ap.* Yo les doy con la del mártes.)

REINA.
Decid, y ved que ha jurado
El testigo.

HERNANDO.
Preguntado
Que si conoce á las partes
Y de aquesta causa tiene
Noticia, dijo que sí.
Preguntado si es así
Que es embustera solemne
Teresa, dijo que es cosa
Notoria que se recata
Y se finge mentecata
Porque la Reina es celosa.
Preguntado si Teresa
Quiere al Rey, aunque lo esconde,
Este testigo responde
Que la garatusa es esa;
Y que este testigo dió
A don Ramon un papel,
Que ella le escribió, no á él,
Si al Rey, porque él le leyó.
Preguntado si es amigo
El dicho Rey de la dicha
Doña Teresa, ó por dicha
Lo pretende, este testigo
Dijo que en su alteza cabe
Ser dueño de todas juntas;
Pero á las demás preguntas
Responde que no las sabe;
Que otros que por interés
Dicen, siempre se descocan,
Y dijo que no le tocan
Las generales, y que es
De un año, si bien se inclina
Que en el segundo va entrando;
Y lo firmó, don Fernando
Fernandez de Fernandina.
Pero todo lo que aquí,
Con descuido ó con cuidado,
Dijo del Rey va testado,
Non vala, que no es así.

REINA.
Bien, yo te doy en tu dicho
Por ratificado ya.

HERNANDO.
Pues, Señora, si ello está
Dicho ya, lo dicho dicho.

REINA.
Toma, y dime cuanto oyeres
Deste amor.

HERNANDO.
Seré estafeta
De toda nueva secreta;
Reina de las reinas eres.

Salen TERESA y LEONOR.

TERESA.
Di lo que quieres decirme.

LEONOR.
La Reina está agora aquí;
Véte.

TERESA.
¿Comeráme á mí
La Reina? No quiero irme.

REINA.
¿Teresa?

TERESA.
Señora mia.

REINA.
¿Cómo te va en Zaragoza?

TERESA.
Dicen que soy buena moza;
¿Qué importa la bobería?

REINA.
Muda de lenguaje ya;
Que es eso que fingir quieres,
Indignidad en quien eres.

TERESA.
Leonor, mi hermana, dirá,
Que sabe hablarme á mi modo,
Lo que eso quiere decir

REINA.
A tu padre he de escribir,
Dándole cuenta de todo,
Si no me dices por qué
Esta locura has fingido;
Dime verdad, ¿por qué ha sido?

TERESA.
¡Qué brava historia que sé!
Murmuraban del leon
Que tenia mal aliento
De boca, y él, descontento
De tener esta opinion,
Como es rey este animal,
Mandó que todos le oliesen
La boca, y luego dijesen
Si le olia bien ó mal.
El que llegaba, decia:
«Mal le huele á vuestra alteza;»
Y él, con enojo y braveza,
Le mataba y le mordia.
Fué la zorra, y preguntada:
«Huéleme mal?» respondió:
Tengo romadizo yo,
«Y no he podido oler nada.»

REINA.
Y tú la fábula dices,
De astuta y de maliciosa.

TERESA.
Debió de hablar la raposa,
Como yo, por las narices,
Por fingir con propiedad.

HERNANDO.
Lo mismo quiere ella hacer.

LEONOR. (*Ap.*)
Esta ha de echarme á perder.

TERESA.
Oigan la moralidad.

REINA.
Ya pasa de necia á loca.

TERESA.
El Rey me parece á mí
Que pide mucho, y que así,
Le huele muy mal la boca.
Es como el leon bizarro,
Y en pedir no comedido,
Pues en oliendo que pide,
Ser zorra y tener catarro.

REINA.
¿Tú sufres esto á tu hermana?

TERESA.
Hablando en la discrecion,
Diré otra comparacion
De la zorra, harto galana.

LEONOR.
¿Posible es que no te corras?

HERNANDO.
¿Bebeis vino?

TERESA.
¿Yo? En mi vida.

HERNANDO.
Pues ¿cómo sois tan leida
En la historia de las zorras?

REINA.
No hallo remedio que cuadre,
Todo es duda y confusion;
Pero esta reportacion
Debo á don Sancho, su padre.

LEONOR.
(*Ap.* Temiendo estoy algun daño.)
Don Ramon me dijo á mí...

REINA.
Ya sé que quieres...

TERESA.
¿A quién?
¿A don Ramon? Hago bien.

REINA.
Todo es cautela y engaño;
Don Ramon me dijo á mí
Que Teresa le aborrece;
Forzoso el rigor parece.
Teresa, mira por tí;
Que haré una demonstracion.
Ya sé que fingir te quieres
Ignorante, y no lo eres.

TERESA.
¿Dijoos eso don Ramon?
Pues sabed que aunque ya sea
Mi discrecion tan famosa,
Que yo soy necia y hermosa,
Y Leonor discreta y fea.

REINA.
Si me hablas mas de ese modo,
Te he de castigar, Teresa.

TERESA.
Leonor, ¿mas que me echan presa,
Y que me pones de lodo?—
Yo os quiero hablar al oido.

LEONOR. (*Ap.*)
Si lo dice y no lo niego,
Se sabrá el engaño luego;
Ya el remedio he prevenido.
Yo quiero decir tambien
Que es fingida su ignorancia.

TERESA.
Alto, lo digo en sustancia:
A don Ramon quiero bien,
Y si discreta me halló,
Es porque Leonor le ha hablado
De noche, y ha publicado
Que quien le hablaba era yo.

REINA.
Leonor, ¿es esto verdad?

LEONOR.
¿Cómo verdad? Yo ¿qué puedo
Decir, sino que es enredo,
Como lo es la necedad?

TERESA.
Señora, ella sí se precia
De enredadora.

LEONOR.
Confieso
Que decis verdad en eso,
Como en decir que eres necia.

REINA.
Ahora bien, dejadlo ahora;
Que yo lo averiguaré.

LEONOR.
Claro el embuste se ve.

REINA.
Idos con Dios.

LEONOR.
¡Ah traidora!
¿Qué has hecho?

TERESA.
Decir quien eres.

LEONOR.
Yo te daré mil enojos.

TERESA.
Leonor, ya he abierto los ojos;
Agora haz lo que quisieres.
(*Vanse Teresa y Leonor.*)

Sale EL REY.

REY.
Mal reposa quien bien ama;
Necio es amor, pues porfía.—
Hernando, llama á García.

REINA.
He de ver para qué llama
A García el Rey.

HERNANDO.
Él viene;
El lobo está en la conseja.

REY.
Solos á los dos nos deja.

REINA.
Oir á los dos conviene.
(*Vase Hernando, y pónese la Reina detrás del paño.*)

Sale DON GARCÍA.

REY.
García, seais bien venido,
A solas os quiero hablar;
Yo soy rey y vos vasallo,
Ya veis á qué os obligais.
Yo quiero bien á Teresa,
Yo hice en mi voluntad
A don Ramon mi tercero;
Y él, como yo, á mi pesar,
Tambien la quiere; ¿qué es esto?
¿Tambien como él os turbais?
Bien haceis; que una traicion
Debe aun oida alterar.
El fué el mas leal criado,
Y tan desleal es ya,
Que mi amor dijo á la Reina.
Vos pues me habeis de vengar;
Muera, muera don Ramon.
No importa que vos seais
Tan leal amigo suyo;
Que antes así será igual
A la injuria la venganza;
Porque es sin duda igual,
Pues el mas leal ofende,
Que le mate el mas leal.

REINA. (*Ap.*)
Yà este amor está sabido;
Escuchemos lo demás.

REY.
¿Parece que estáis confuso?
Obedeced y callad.

DON GARCÍA.
Por fuerza he de obedeceros,
Que os han informado mal;
Porque la fe en don Ramon
Es, como el cielo, incapaz
De impresiones peregrinas.
Si al número celestial
Astro añadido parece
Un cometa, ha de juzgar,
Quien lo ve, que no en el cielo,
Sino que en el aire está;
Porque el cielo incorruptible
No admite en sí novedad.
Los mismos ojos se engañan,
Y los oidos están
Sujetos á oir traidores.
Señor, engañado estáis;
No os alteren apariencias;
Sábio sois, diferenciad
De los cometas los astros.
Doy que es forzoso dudar
Si fué desleal Ramon
O si vos os engañais;
Doy que en uno y otro hay dudas.
El sábio, cuando las hay,
No ha de pensar lo mas fácil;
Pues mas fácil es pensar
Que vos estáis engañado
Que no que él fué desleal.

REY.
Mal discurris, don García;
¿Cómo me puedo engañar,
Si á mí la misma Teresa
Me dijo con libertad
Que queria á don Ramon,
Y que él arbitrios la da
Para que á mí no me quiera?
Hoy le habeis de matar.

DON GARCÍA.
(*Ap.* Ya Teresa me previno
Que el Rey, aunque es falsedad,
Piensa que ella á Ramon quiere.
Pues si á él la vida va,
Aunque yo arriesgue la mia,
Bien me puede perdonar
El secreto de Teresa,
Que he de decir la verdad.)
Señor, no á don Ramon solo,
Aunque esto pudo bastar;
A vos, á mí y á Dios debo
Lo que ya diré, escuchad;
Que aunque frágil leño entregue
A tantos golpes de mar,
No es bien, por salvar la vida,
Que peligre la amistad.
Teresa, que tan astuta
Como fina sabe amar,
Por mas fe, por mas secreto
O por mas seguridad,
Dijo que á Ramon queria.
Pues, Señor, no lo creais,
No á Ramon, á mí me quiere;
Yo, yo adoro su beldad.
Si hay culpa, en mí está la culpa,
No en Ramon, que es un cristal
La firme fe de su pecho,
Que no se puede quebrar;
Porque, si el cristal se quiebra,
En los pedazos podrán
Parecerse muchas caras,
Y él una tiene no mas.
Yo pues, por su discrecion,
Aun mas que por su beldad,
Amo á Teresa, y á ella,
Aunque vos me la quitais,
Se le van tras mí los ojos.
¡Oh, cómo es gran necedad
Fiarse de ojos humanos,
Que son ojos que se van!
Mucho sentiré perderla;
Vos no admireis, pues amais,
Que á la causa del dolor
Sea el sentimiento igual;
Sino que en una razon,
Donde no hay capacidad
Para una pena tan grande,
Tenga la vida lugar.

Mas si en el mismo alentarme,
El aliento he de gastar,
Por fuerza he de vivir menos
Cuanto me alcanzare mas.

REINA. (*Ap.*)

La enredadora es Teresa.
¿Aquí que hay que averiguar,
Pues confiesa don García
Que le tiene voluntad
A él, y no á don Ramon;
Y ella ha dado en publicar
Que es don Ramon á quien quiere?
Leonor me ha dicho verdad.
A su padre he de escribir
Que si quiere remediar
A Teresa, á Zaragoza
Se venga con brevedad. (*Vase.*)

REY.

Bien puede ser, don García,
Que ella no quiera pagar
A Ramon, y á vos os quiera;
Mas él, vendiendo lealtad,
Me dijo que la adoraba.

DON GARCÍA.

Si vos, Señor, lo afirmais.
¿Qué puedo yo replicaros?

REY.

Vos supisteis excusar
La muerte á Ramon; que agora
Veo que hay facilidad
En que Teresa me engañe.
(*Ap.* García quiere mostrar
Que es amigo de Ramon;
Hasta que con claridad
Lo haya averiguado todo,
Tengo de disimular.)
Yo me voy desengañando,
Y á Teresa he de olvidar;
Vos es forzoso que á ella
O que á don Ramon perdais;
Ved cuál elegis, García.

DON GARCÍA.

No es fácil decir á cuál:
A ella le he dado el alma,
A él tambien se la di ya;
Ambos lo merecen todo,
Pónganos el cielo en paz;
Que en todo el duelo hay ninguno
Tan difícil de ajustar
Como entre dama y amigo,
Duelo de honor y amistad.

(*Vanse.*)

JORNADA TERCERA.

Sale LA REINA Y LEONOR.

REINA.

Leonor, tu ingenio no mas
Pudo, con ardid extraño,
Lograr basta aquí el engaño
Que aquí confesando estás;
Que, aunque primero tu hermana
Lo declaró, tú de modo
Sabes persuadirlo todo,
Que, en oyéndote, era llana
Verdad cuanto me decias;
Y así, hasta haberme enterado,
Ni al Rey he desengañado,
Ni hablo mas en quejas mias;
Porque ya olvido á Teresa.
La pasion hizo en efeto
Que yo escribiese en secreto
A tu padre, y ya me pesa.
Hoy pienso que llegará;
Porque al punto se partió.
No temas; que aquí estoy yo,
Tan desenojada ya,
Que, pues de mí se confia
Tu desconfiado amor,
Te doy palabra, Leonor,
De casarte con García.

LEONOR.

Esa merced es igual,
Señora, á vuestra grandeza;
Pero advierta vuestra alteza
Que ha de recibillo mal
García si de repente
Sabe que me hablaba á mí,
Y no á Teresa.

REINA.

Es así;
Discurres como prudente.
Con ardid y á pausas sea,
Leonor, el desengañallo.

LEONOR.

Una diferencia hallo
Entre la necia y la fea;
Que la necia puede ser
Menos necia con el arte,
Que entre el estudio se parte
Y entre el ingenio el saber;
Y así, Teresa no es ya
Tan necia como solia;
Yo soy fea todavía,
Y lo seré, claro está;
Porque la exterior belleza
Del afeite, antes es vicio,
No estriba en el artificio,
Sino en la naturaleza.

Sale EL REY.

REY.

Con cautela he persuadido
A la Reina que no quiero
A Teresa, aunque ya espero
Cobrarme; que estoy perdido.
Tal con los celos me hallo,
Porque á uno de dos adora,
Bien que he sufrido hasta agora,
Sin poder averiguallo.
Don Sancho tarda por puntos;
Por ver cuál la quiere, intento
Proponer el casamiento
A entrambos amigos juntos.

(*Tocan cajas.*)

REINA.

Oye, que suena ruido
De cajas; tu padre viene.

LEONOR.

Y el Rey la noticia tiene,
Pues para verle ha salido,
Con despojos que ya entrega
A la corona real.

REY.

Leonor, el nuevo Anibal,
Don Sancho, tu padre, llega.

(*Tocan cajas.*)

Salen DON SANCHO *y* SOLDADOS.

DON SANCHO.

Antes de merecer los piés reales,
Que pido vencedor y humilde adoro,
Si no vitorias al deseo iguales,
Triunfos diré medidos al decoro;
Escribidlos en láminas fatales,
Vos para fama, para ejemplo el moro;
Porque la eternidad, que en bronce imprime,
Con vivientes carácteres lo anime.
Echa á rodar la poderosa mano,
Que á toda accion su término limita,
Esa bola del templo por el plano
De la espaciosa eternidad que habita;
Él rueda á su destino soberano.
Ella en sí misma durará infinita.
Triunfad dél tambien vos; que Dios se llama
Inmortal en el ser, vos en la fama.
Por vencer á Jofar, rey de Valencia,
Que en medio de sus huestes parecia
Centro de la mayor circunferencia
Que líneas terminó en la fantasía,
Con no sé qué linaje de impaciencia
Vuestro ejército insigne esperó el dia;
Porque, como el vencer era preciso,
Dar la batalla prevenida quiso.
Quísola dar, y dióla, y venció en ella
Tan presto, que la misma verdad halla
Que primero que el dalla fué el vencella,
Porque quiso vencella antes de dalla;
Pues si al fin la vitoria está en querella,
No venció la batalla en la batalla.
Vencióla por haberlo antes querido;
Y así, antes de vencer, ya habia vencido.
En un instante la que el aire cierra
Inmensa copia y presumió segura
Medir al cielo su ámbito, ya en tierra
Se está midiendo á sí su sepultura.
Jamás tan gran matanza oyó la guerra;
Si la curiosidad sumar procura
Cuántos murieron, dudo si el guarismo
Faltará á los curiosos ó á sí mismo.
El que contara las arenas, creo
Que las cabezas moras no sumara;
Pero excediólas tanto mi deseo,
Que multitud menosprecié tan rara,
Pues, aunque otro dejara en tal trofeo
De sumarlas, Señor, porque no hallara
Número igual á las moriscas rocas,
Yo las dejé por parecerme pocas.
Huyó Jofar, seguile diligente
Hasta el Grao de Valencia, en cuyo puerto
Un bergantin previno cuerdamente,
Présago el corazon de mal tan cierto;
Llegué pues á la orilla, y de repente,
Tendido el lienzo todo en campo abierto,
Vi que volaba el bergantin alado,
En su cáñamo mismo amortajado.
¿Quién vió en marina playa veloz nave,
Que animado bajel, delfin con plumas,
Volar en agua, en aire nadar sabe,
Batiendo á un mismo tiempo alas y espumas?
«Bien es, le dije, oh fugitiva nave,
Que de marino pájaro presumas,
Pues batiendo las alas de tus velas,
Nadas el aire y por el agua vuelas.»
Quise alcanzarle en hombros de aire leve,
Y á mí un aviso me alcanzó, que agora
Duda la causa que al efecto debe
La confusion ó el modo que la ignora.
Leí la carta misteriosa y breve,
En que dice la Reina, mi señora:
«Conviene que caseis luego á Teresa;
Ya vendréis vencedor, venid apriesa,
Y á su alteza diréis que yo os lo mando.»
Señor, el rey sois vos, la Reina escribe;
No sé si, mientras yo fe le estoy dando,
Me quita á mí el honor quien le recibe;
Mas si no llega la desdicha cuando
Tarde el remedio al daño se apercibe,
Ya anticipé el marido y la obediencia,
Bien que ha de preceder vuestra licencia.
A don Juan Pimentel traigo conmigo,
El jóven mas galan, el mas valiente,
Tantas veces horror del enemigo,
Cuantas su acero fulminó luciente.
A mí, á mi hija, á mi familia obligo;
Tal yerno, tal esposo, tal pariente
Elegir supe con igual fineza.
Déme los piés agora vuestra alteza

REY.

Los brazos daré á quien viene
Tan digno destos abrazos,
Aunque no ha menester brazos
El que como vos los tiene.
La Reina podrá deciros
Que está ya muy satisfecha
De un escrúpulo ó sospecha,
Que fué causa de escribiros;
Y aunque don Juan Pimentel
De Teresa es digno esposo,
Gustaré, si no es forzoso,
Que no la caseis con él;
Porque la quiero empleada
(Aunque en la eleccion reparo)
En don García de Haro
O en don Ramon de Moncada.

REINA.

Don Sancho, yo os escribí
Informada con engaño;
Yo os llamé, yo os desengaño.

DON SANCHO.

Señora, ya estoy aquí;
Ya, con tal satisfacion,
Culparé á Teresa en vano,
Y mas si le da la mano
Don García ú don Ramon;
Que cualquiera dellos es
Deudo de la casa real,
Y el vencedor mas leal
En tan glorioso interés
Premio aventajado tiene. —
Dadme licencia, Señor,
Que agora abrace á Leonor.

REINA.

Y á Teresa, que ya viene.

LEONOR.

Seais, padre y señor mio,
Tantas veces bien llegado
Cuantas fuistes deseado.

DON SANCHO.

Todo de tu amor lo fio.

Sale TERESA.

TERESA.

Yace en un tronco con idea obscura
Una forma escondida, un ser oculto,
Que saca el arte del madero oculto,
Que rompe, corta, labra, pule, apura;
Hasta que poco á poco se figura,
Y se parece en fin sagrado bulto,
Capaz de adoracion, digno de culto;
¡Tanto puede en un leño la escultura!
Al arte, á la labor, al pulimento
Debe el rubí, el diamante y el topacio
Su lustre, su esplendor, su lucimiento;
Labróme igual estudio, aunque de [espacio,
Y recibió otro ser mi entendimiento;
¡Tanto puede el estilo de palacio!

DON SANCHO.

Llega, Teresa.

TERESA.

Seais,
Padre y señor, bien venido;
La mano y los piés os pido
Cuando los brazos me dais.

DON SANCHO.

Teresa, guárdete Dios;
¿Cómo estas?

TERESA.

Agora buena;
Porque no puede haber pena
Habiendo venido vos.

REY.

Bien se ve que era fingida
La necedad; ¡qué bien sabe
Mezclar lo alegre y lo grave!

DON SANCHO.

Ya Teresa es entendida;
Su modo de hablar extraño.

REY.

A García y á Ramon
Reconozco obligacion
Cuando llegó el desengaño:
Con entrambos juntos quiero
Hablar á solas, y ver
De cuál Teresa ha de ser.

REINA.

Leonor, con cuidado espero,
Hasta ver lo que responde
Don García.

TERESA.

Mas que mio,
Es de Ramon mi albedrío,
Y él á este amor corresponde.

LEONOR.

Siempre cuando juzga amor,
Tuvo en la primer noticia
El ingenio la justicia
Y la hermosura el favor.

(*Vanse.*)

DON SANCHO.

Señor, segun he inferido,
Don Ramon y don García,
Quizá con igual porfía,
A Teresa han pretendido;
Pues si resueltos acaso
De tal manera no están,
Que yo responda á don Juan
Pimentel que no la caso
Con él por tenerla vos
Casada, haré al momento
Con don Juan el casamiento.
Agora hablad á los dos. (*Vase.*)

Salen DON GARCÍA Y DON RAMON.

DON RAMON.

Claro está que á vos os debo
La gracia del Rey; y así,
Despues que le hablaste, vi
En su alteza un rostro nuevo,
Pues convirtió los enojos
En agrados de semblante.

DON GARCÍA.

Por vos gracia semejante
Suelo yo hallar en sus ojos.

REY.

Ramon, García, aquí estoy
Esperando que llegueis.

DON GARCÍA.

Aquí dos vidas teneis,
Y aun puedo decir que os doy
Dos juntas en cada uno;
Porque están ya tan unidas
Las almas, que sin dos vidas
No podrá vivir ninguno.

DON RAMON.

Y es bien así; que mostraros
Ninguno su amor pudiera,
Si, dividido, tuviera
Solo una vida que daros.

REY.

Cuando las vidas juntais
Con esa union, aun no creo
Que llegó con el deseo
Donde con obras llegais;
Que en fin sois dos, y me pesa
Que ni el favor ni el poder
Se extienda á mas que ofrecer
Solo á uno vida en Teresa.
Yo he hablado á su padre, y él,
Si no la doy luego esposo,
Dice que será forzoso
Darla á don Juan Pimentel;
Y que así, conviene luego
Tomar la resolucion.
Don García, don Ramon,
Vuestra justicia os entrego;
El uno de los dos puede
Ser su esposo: ¿qué he de hacer
Si es fuerza, habiendo de ser,
Que el otro sin ella quede?
Yo os tengo igual voluntad,
Y de otra igual obligado,
Igualmente he deseado
No hacer la desigualdad,
Cuando os hizo iguales Dios
En honra, hacienda y fortuna.
Dos sois, y Teresa es una;
Allá os convenid los dos.
(*Ap.* Con esto averiguaré
(*Yéndose prosigue.*)
Cuál de ellos es el querido;
Entrambos se han suspendido,
Igual en ambos se ve
Una pasion manifiesta.)
Ois, ¡yo no estoy en mí!
Ved que he de volver aquí
Yo mismo por la respuesta. (*Vase.*)

DON GARCÍA. (*Ap.*)

¿Puede caber en una alma
Mas suspensiones?

DON RAMON. (*Ap.*)

¡No sé
Si á un tiempo mismo en un pecho
Mas dudas pueden caber!

DON GARCÍA.

Don Ramon, dadme lugar
A que discurra, y despues
Que obedezcan en un peso
Las balanzas al fiel,
Despues que á su quietud pueda
Naturalmente volver
La razon, que violentada
Fuera del centro se ve,
Podré quizá preguntaros
Lo que ya llego á temer;
¿A temer dije? Mal dije;
Perdonad el descortés
Lenguaje, amigo del alma;
Porque, ¿qué cosa ha de haber
Que á mí me pueda estar mal,
Si á vos os ha estado bien?
Ya pienso que el Rey olvida,
Tan cuerdo como cortés,
La mas bella ingratitud,
El mas hermoso desden.
¿Qué os toca á vos deste caso?
Yo para hablar me alenté;
Hablad vos, que para otros
Quiero alentarme tambien.

DON RAMON.

Estrecho viene á la pena
El corazon; fuerza es
Que reviente por la boca
Lo que no ha cabido en él.
Ya es tiempo que os comunique
Una gallarda altivez,
Del ánimo un noble osar,
Un generoso emprender;
Pues ya, si no por sí mismo,
Quizá por satisfacer
A los celos de la Reina,
Corrigió su afecto el Rey.
Yo vi á Teresa, y al punto,
Como en tribunal, miré
Las tres potencias del alma,
Que, unánimes todas tres,
Sentenciaron que la amase;
García, sentencia fué,
Porque tres votos conformes
Sentencia suelen hacer.
Yo la elegí por esposa,
Porque, en recíproca fe,

Ser corona del marido
Suele la buena mujer;
Y así, en virtud deste amor,
Si es Dafne, Apolo seré,
Porque la sigo beldad,
Para alcanzarla laurel.
Resta, García, que agora
Digais vos si la quereis,
Aunque, pues no lo he sabido,
No la debeis de querer.
Pero no, mal argumento;
Que yo la quise tambien,
Y os callé mi amor; de donde
Vos, García, inferiréis
Que callarle al buen amigo
No es contra la buena ley
De la amistad; claro está,
Pues yo á vos os le callé.
Que yo, habiendo vos callado,
Infiero que puede ser
Que, como callé y la quise,
La querais vos y calleis.

DON GARCÍA.

Don Ramon, ya en el jardin,
Ya en las ventanas, la hablé
A Teresa algunas noches,
Donde advertí su saber,
Donde penetré su ingenio;
Bien que de dia admiré
El abril en sus mejillas,
Entre azucena y clavel.
Dejo el gusto de Teresa;
Porque ni tratamos dél,
Ni es tan nuestra su opinion,
Que podamos disponer
Della ninguno de entrambos;
Y así, solo dudaré
En lo que á su alteza agora
Habemos de responder.
Tal pues la quise, que dudo
Quién es parecido á quien,
Si fué Adónis como yo,
O si yo soy como él.
No os dije este amor á vos,
Porque quise obedecer
Al precepto de callarlo;
Pero, á pesar del cruel
Rigor de este imperio suyo,
Yo me acuerdo que una vez
Que importó á nuestra amistad,
El secreto quebranté;
Mas muera yo, y vivid vos;
Que eso importa. Casáos, pues,
Con Teresa, pues la amais;
Y ruego á Dios la goceis
Más años ó más edades
Que en esa extendida piel
De los cielos letras de oro
Suelen los siglos leer.
Ruego á Dios que logreis juntos,
En regalada vejez,
Tantos hijos, tantos nietos,
Que apénas vos los conteis,
Ni su madre, en vuestra mesa;
Y ruego á Dios otra vez
Que cuantos hijos os diere,
Que nietos con gozo os dén;
Tantos nuevos mundos crie
Para ellos, sólo porque
A cada hijo el imperio
De un mundo entero le deis;
Y que yo los mismos años
Viva con vos, para ver
Esas dichas, que en la idea
Dulcemente imaginé.
Diréis que os hablo turbado,
Aunque lo digo; diréis
Que en fin lo siento; y respondo
Que, á despecho de mi fe,
Con el primer movimiento
El apetito, infiel
Vasallo de la razon,
Rebelde un instante fué;
Pero ya está corregido,
Y vive Dios, que, á poder,
Con la boca, con los dientes,
Con las manos, con los piés
Le hollara y despedazara,
Corrido que pueda haber
En corazon que os rendí,
O en alma que os entregué,
Un primer ímpetu deste,
O una accion sola de aquel,
Que falte á nuestra amistad
Y atienda al propio interés.

DON RAMON.

Ya no quiero yo casarme,
Don García; vos podeis
Dar á Teresa la mano.

DON GARCÍA.

Si mudais de parecer,
Don Ramon, porque pensais
Que quizá Teresa fué
Liviana en accion mas leve.
¡Vive Dios!...

DON RAMON.

Paso, tened;
Que os estais precipitando.
Luego que os vi proponer
Que me casase con ella,
Del todo me aseguré:
Pues cuando escrúpulo alguno
Pudiera el caso tener,
No me aconsejarais vos
Lo que no me estaba bien.

DON GARCÍA.

Pues casáos.

DON RAMON.

Eso no;
Lo que vos habeis de hacer,
García, es casaros luego;
Que, si á don Juan Pimentel
Quiso dársela don Sancho,
Querrá luego responder
Que no puede porque á vos
Os la tiene dada el Rey.
Padezca yo, que no importa,
Y cuantos, amigo fiel,
Bienes á mí me rogastes
Se logren en vos amén.

DON GARCÍA.

¿Sois vos mas amigo mio
Que yo vuestro? ¿No podré
Oponerme á vuestro amor,
Como al mio os oponeis?
Ramon, dama tan discreta
A vos os querrá escoger.
Digámosle al Rey que vos
Con Teresa os casaréis.

DON RAMON.

Mucho replicais, García,
Atended, pues, atended;
No lo hagais ya por vos mismo,
Ni porque la mereceis,
Ni porque, en fin, estuvisteis
Más léjos de su desden,
Sino porque yo lo quiero.
¿Ya no me replicaréis?

DON GARCÍA.

Vos sois tan amigo mio,
Que yo sé que no quereis
Lo que yo no quiero: yo
Porque á vos no os está bien,
Ni quiero que lo querais;
Luego ya no la quereis;
Y así, no la quiero, cuando
La dejeis vos de querer.

DON RAMON.

Tiempo perdeis y ocasion;
Ved que á don Juan Pimentel
La dará luego don Sancho,
Pues ya es ajena, haced
Que sea vuestra, y no de otro

DON GARCÍA.

Don Ramon, no me apreteis:
Por fuerza habeis de sentirlo,
Forzoso en vos ha de ser
El pesar de no gozarla;
Pues si la habeis de tener,
Don Juan os la dé, no yo;
Que puesto en razon no es
Que el mas extraño os le excuse;
Y el mas amigo os le dé;
Y añadid mas, que yo quiero
Que vos mismo lo juzgueis.
¿Será amistad verdadera
Que cuando mi amigo esté
Llorando aquí el bien perdido,
Que ve en ajeno poder,
Esté yo entre mis placeres
Gozando este mismo bien?
No, vive Dios; que ser debe
El pesar, como el placer,
Comun entre los amigos,
Y si acaso respondeis,
Porque es otro yo mi amigo,
Que vos, sujeto á esta ley,
En cualquier bien que yo tenga,
Parte como yo tendréis;
Eso, Ramon, mucho ménos,
Porque en cuanto á la mujer,
No ha de ser tan otro yo,
Que tenga parte tambien.

DON RAMON.

Esas razones militan
Tambien por mí; pedid pues
Mas término aquí á su alteza.

DON GARCÍA.

Término le pediré,
Mas ya podrá convenirnos
Esta razon; que despues
Que sé que á Teresa amais
(La causa oculta no sé;
Quizá por estar más léjos
De poderos ofender),
Vive Dios, que su hermosura
Me parece menos bien.

DON RAMON.

Pues despues que yo he sabido
Que vos amarla sabeis,
Me parece á mí mejor;
O porque la miro en fe
De que ha de ser vuestra esposa,
O porque así venga á hacer
Algo mas cuando la dejo
Por amigo tan fiel.

DON GARCÍA.

Yo no la quiero.

DON RAMON.

Yo sí.

Sale HERNANDO, *con dos papeles.*

HERNANDO.

Señor, señor, ¿llegaré?

DON GARCÍA.

¿Qué quieres, Hernando

HERNANDO.

Hablarte;
Ciego estás, pues que no ves,
Ni por resquicios el gusto,
Ni por brújula el papel:
Mandóme que te le diese
Leonor, mas dióme á entender
Que es de Teresa, su hermana.—
Don Ramon, como me dés
El porte, aquí tienes otro;

La misma Teresa fué
Quien me le dió por su mano.

DON GARCÍA.

Yo leeré el mio, leed
El vuestro vos.

DON RAMON.

Ya le leo.

HERNANDO.

Tormentas suelen correr
Estas damas de alto bordo,
Naves que cuando se ven
En gran piélago engolfadas,
El mas diestro timonel,
Resistiendo olas de celos,
Está de mar en través,
U da en bajíos que, como
Para nadar este pez
Pide mucha agua, por grande,
Allí se puede perder.
¡Oh bien haya una fragata,
Acomodado bajel,
Que en las costas de la mar
Tan poca agua ha menester,
Que en cualquiera parte nada!

DON GARCÍA.

Ramon, al jardin iré;
Que allá me llama Teresa.

DON RAMON.

A mí me llama tambien.

DON GARCÍA.

Yo, porque á vos os elija,
Voy allá.

DON RAMON.

Yo, porque os dé
A vos la mano de esposa.

HERNANDO.

Ambos servís á Raquel
En Teresa, pues Leonor,
Cuando al uno se la dén,
No es Lia la engañosa.

Sale EL REY.

REY.

Confuso vuelvo á saber
La respuesta; obligaciones
Tengo á don Sancho, ¿qué haré?
Templar mi afecto.—García,
Ramon, ¿en qué os resolveis?

DON GARCÍA.

Que de término pedimos
De aquí á mañana.

(*Vanse.*)

REY.

Está bien;
Idos con Dios.—No te vayas,
Hernando.

HERNANDO.

Yo esperaré
La merced que ya adivino.

REY.

Ven acá, yo soy el Rey;
¿Cuál de los amigos quiere
A Teresa?

HERNANDO.

¿Hasme de hacer
Merced si lo digo?

REY.

Sí.

HERNANDO.

Pues, Señor, don Ramon es
El que se muere por ella.

REY.

¿Y don García?

HERNANDO.

Tambien.

REY.

Teresa ¿á cuál quiere?

HERNANDO.

A entrambos.

REY.

Ahora bien, yo mandare
Que venga potro y verdugo.

HERNANDO.

No, Señor; esa merced
No es la que yo he adivinado.

REY.

Pues di la verdad.

HERNANDO.

En Fez
La hubiera creido un moro;
Teresa escribió un papel
A Ramon, otro á García.
Forme agora un bachiller
En artes el silogismo,
O *sic argumentor*, quien
Escribe á dos quiere á dos;
Pues á dos, como se ve,
Escribe Teresa, ¿luego
A dos debe de querer?
Júzguelo, y si no dijere
El artista mas soez
Que es buena la consecuencia,
Que me ahorquen por un pié.

REY.

¿Qué les dice en los papeles?

HERNANDO.

Que en el jardin se han de ver
Esta noche.

REY.

Pues, Hernando,
No digas que yo lo sé.

HERNANDO.

A mi secreto apostemos:
Que callar no he de poder.
(*Ap.* A la Reina he de decirlo.)

REY.

Pues apostemos tambien
Que te cuelgan de una almena.

HERNANDO.

Vaya de cuento: una vez
Llegó á pedir cierto pobre,
Salió á darle una mujer
De buen talle la limosna;
Miróla el pobre, y pardiez
Que la requebró alentado;
Que entonces debia de haber
Amor tambien para pobres,
Que habia menos interés.
Oyóle el marido, y dijo:
«Ah, señor pobre de bien,
¿Quiere apostar que le doy
Mil palos?» Respondió él:
«Señor, no quiero apostar;
Dios guarde á vuesamerced.»

REY.

Pues calla, si no es que quieres
Ver tu cuello en un cordel.

HERNANDO.

Vaya con Dios vuestra alteza;
Que yo nunca apostaré.

(*Vanse.*)

Salen LEONOR Y DON GARCÍA.

DON GARCÍA.

Teresa, un ángel humano
Admiré en vos, mas confieso
Que preferí con exceso
Vuestro ingenio soberano.
Yo pensé daros la mano;
Pero el tiempo descubrió
Que Ramon os mereció:
Y así, á dejaros me obligo;
Porque, amándoos tal amigo,
Os ame dos veces yo.
El tiempo todo lo acaba,
Mas vengo á quejarme dél,
Porque reveló infiel
Lo que tan secreto estaba.
El mar, que la arena lava,
Suele en ondas dilatarse,
Que vienen solo á quebrarse;
A tu misma imitacion
Los bienes del tiempo son
Que llegan para acabarse.
Nadie pues podrá sentir
Aun entre bienes placer,
Pues todos vienen á ser
Efimejas del vivir.
El agosto ha de venir,
Que caduca pompa abrasa,
Y en fin, si con mano escasa
Un pasatiempo da el tiempo,
Ese mismo pasatiempo
Nos dice que el tiempo pasa.
Solo no teme estos daños
El campo en invierno triste;
Pues pasa el tiempo, y le viste
De nuevo todos los años.
De sus mismos desengaños
Le despoja, aunque le muda;
Mas hasta en esto es sin duda
Que caduca el tiempo anciano,
Pues viste el campo en verano,
Y en invierno le desnuda.

LEONOR.

García, pródigo estás
De mi favor; ¿quién te dijo
Que yo á don Ramon elijo,
Si á tí te adoro no mas?
Pero, en fin, gusto me das,
Pues prefieres con fineza
El ingenio á la belleza.
Habla á la Reina, García;
Que toda esta causa mia
Ya está en manos de su alteza.

DON GARCÍA.

No es posible que Ramon
Me haya engañado; yo sé
Que si os adora por fe,
Le quereis por eleccion.

LEONOR.

Ya ha llegado la ocasion
De que en esta diferencia
Dé la Reina la sentencia.

Salen en otra parte DON RAMON Y TERESA.

DON RAMON.

Teresa mia, García
Es tu dueño, y dije mia,
Perdona la inadvertencia.
Yo vine obediente aquí;
Di lo que mandas, que á él
Le llamaste en un papel,
Teresa, y en otro á mí.
La voz he extrañado en tí,
Bien que mudarla solias
Cuando necia te fingias;
Y así, tampoco la extraño.

TERESA.

Saldrá el sol del desengaño,
Y deshará sombras frias.

Sale EL REY.

REY.

Confuso, triste y dudoso
Vengo á este jardin confuso,
Porque á don Sancho no excuso
La razon de estar quejoso.

Triste, porque ya es forzoso
Este dolor que en mí asiste,
Dudoso de quien resiste
A mi amor; ¡cielos! ¿qué hará
Quien tan justamente está
Dudoso, confuso y triste?

DON RAMON.

¡Teresa hermosa!

REY.

Ramon,
Habla con Teresa. ¡Cielos!
Luego ¿Ramon me da celos?

DON GARCÍA.

Teresa, imposibles son
Mi amistad y mi aficion.

REY.

Teresa dijo tambien
García á otra parte; ¿á quién
Está hablando? Vive Dios,
Que se ha dividido en dos
Por querer á entrambos bien.

Salen LA REINA, DON SANCHO Y HERNANDO.

REINA.

Calla, no temas, Hernando.

HERNANDO.

Déjeme ir á confesar
Vuestra alteza, yo lo dije,
Fué yerro, fué necedad,
Fué mengua mia, y el Rey
De vuestra alteza dirá
Que Menga le ha dado celos
Sin ser cosquilloso Bras.
Ello habrá cordel y almena.

REINA.

Conviene disimular
Que el Rey á Teresa quiere;
Porque su padre, que está
Dudoso, no lo confirme.

DON SANCHO.

Señora, ¿qué me mandais
En el jardin? ¿A qué efecto
Me traeis á este lugar
Y antes de eso, en mi presencia
A dos criados mandais
Vengan aquí con dos hachas?

REINA.

Yo he venido á remediar
A vuestras hijas, don Sancho;
Sé que en el jardin están
Con Ramon y con García;
Y habémoslas de casar
Ambas juntas de una vez;
Que el Rey, mi señor, quizá
Busca en el jardin lo mismo.

HERNANDO.

Lo que dije no es verdad,
Yo hablé por boca de ganso.
¡Que quise en fin apostar!
Que en fin hube de decillo!
¿Mas que los palos me dan,
Que no le dieron al pobre?

LEONOR.

García, si eres leal,
Dame la mano de esposo.

TERESA.

Ramon, si sabes amar,
Yo soy tuya, y tú eres mio.

DON RAMON.

Teresa, nadie es igual
En méritos á García.

REY.

Sin duda debe de estar
En una parte Teresa,
Y en otra el eco.

REINA.

Aquí está
El Rey, y las hachas vienen.

HERNANDO.

Digo otra vez que no hay tal;
Yo miento y tataramiento.

LEONOR.

Esta mano me has de dar,
De que has de ser mio.

Salen CRIADOS *con hachas.*

DON GARCÍA.

Cielos,
¿Qué luz es esta?

REINA.

Llegad.

DON GARCÍA.

¿Qué es esto? ¿con quién estoy?

REINA.

Don García, agora estáis
Con quien siempre habeis estado;
Su alteza os vino á buscar,
Por saber que en el jardin
De noche á Leonor hablais,
Como á Teresa Ramon.
Don Sancho quiso vengar
Con las armas esta injuria;
Pero si os cansa la paz,
Ociosa es aquí la guerra,
Y aunque el Rey tenga pesar
De hallaros aquí, es tan sábio,
Tan cuerdo, tan liberal
En dar perdones de ofensas,
Que por mí os le ha dado ya.

HERNANDO.

El Rey me mira. ¿Qué dice
Agora su majestad?
Pues le toca, y nos tocó,
No haga sino callar.

REY.

(*Ap.* La Reina es prudente, y pudo
Con tanta facilidad
Moderar mi enojo.) El vuestro
Podeis, don Sancho, templar.—
Don Ramon, dadle la mano
A Teresa.

DON SANCHO.

Si gustais
Vos, Señor, yo no replico;
Pues responderé á don Juan
Pimentel que vos lo hicisteis.

REINA.

Don Ramon, ¿á qué aguardais?

DON RAMON.

¿Qué respondeis, don García?

DON GARCÍA.

Que aunque estimé la beldad,
Preferí siempre el ingenio;
Que el suceso pudo hallar
Medio para convenirnos,
Pues vemos con claridad
Que miramos á Teresa,
Y que Leonor suele hablar;
De modo que hay dos en una,
Tan perfecta cada cual
En su esfera, que es un todo;
Y fué invencion singular
Que, pues los dos somos uno
Con tanta conformidad;
Sean ellas una tambien;
Porque así con lazo igual
Se casen dos que son uno
Con dos que es una no mas.

DON RAMON.

Pues doy la mano á Teresa.

DON GARCÍA.

Yo á Leonor.

DON RAMON.

Y perdonad
Las faltas, Senado ilustre;
Que entre uno y otro galan,
Llamó á este caso el poeta
Duelo de honor y amistad.

COMEDIA FAMOSA

TITULADA

GALAN TRAMPOSO Y POBRE,

DE ALONSO JERONIMO DE SALAS BARBADILLO.

PERSONAS.

DON LOPE, *galan tramposo.*
MONDEGO, *su criado.*
DON GARCÍA, *caballero leonés.*
DON DIEGO, *hermano de don García.*
DON FERNANDO, *caballero sevillano.*
DON RODRIGO, *caballero navarro.*
DOÑA ISABEL, *viuda.*
DOÑA INÉS, *su hija.*
MARINA, *esclava.*
FELICIO, *criado de don García.*
TRES EMBOZADOS.

JORNADA PRIMERA.

DON LOPE Y MONDEGO.

MONDEGO.

Digo, Señor, que tu primo
Ha llegado de Leon.

DON LOPE.

Calificada opinion
Goza, y por ella le estimo.
Este hombre es don García,
Y por escrito emprimé
Con él; ¡qué bien que corté
Ingenio y pluma aquel dia!

MONDEGO.

Por Dios que es notable treta.

DON LOPE.

¿De eso vives admirado?
Muchos primos he ganado
En virtud de la estafeta.

MONDEGO.

¡Qué graciosos desatinos!

DON LOPE.

Aun para mas te prevengo;
¿Qué te espantas? primos tengo
Isleños y ultramarinos.
Pues solo para emprimar
Con algun hombre afamado,
Con mis cartas he pasado
De la otra parte del mar.
Suelo yo con gracia extraña
(Accion que nadie me veda)
Pasearme por la arboleda
De los linajes de España;
De donde con osadía,
Conforme el ingenio vuela,
Tal vez desgajo una abuela,
Y tal arranco una tia.
Mil abuelos prevenidos
Tengo de quien me amparar,
Porque yo suelo mudar
Mas abuelos que vestidos.

MONDEGO.

Considerado tu humor,
Tienes...

DON LOPE.

Dime lo que sientes.

MONDEGO.

Recámara de parientes,
No de vestidos, Señor;
No he visto mayor frescura
De condicion.

DON LOPE.

Como voy
Por esta arboleda, estoy
Amenísimo.

MONDEGO.

Procura
Mejorarte de accidentes,
Porque esos árboles son
Muy secos, y no es razon
Que de sombras te contentes.
Campaña es poco segura
La selva por donde vas,
Que las mas veces podrás
Perderte por su espesura.
Busca fruto con astuto
Ingenio, y mas no te ultrajes;
Que arboledas de linajes
Dan flor mucha y poco fruto.
Deja las vanas ficciones
De esa arboleda molesta;
Que no hay mas bella floresta
Que un talegon de doblones.
Que el oro se considera,
Y en justa razon se funda,
De el hombre sangre segunda,
Que ennoblece á la primera;
Y así, cualquiera mortal
Tiene en su sangre tesoro,
Porque la segunda es oro,
Y la primera coral.

DON LOPE.

Oye, que á los entendidos
Se debe satisfacer;
Por Dios, que les he de hacer
Gran banquete á tus oídos.
Si otros á la vanidad
Consagran este deseo,
Yo solamente le empleo
En fértil utilidad.
De estos deudos adquiridos
Con arte, y ya confirmados,
Saco yo premios honrados,
Logro frutos muy lucidos;
Y así, huésped me he de hacer
Del que á ser mi huésped viene.

MONDEGO.

Grande aparato previene
Tu ingenio.

DON LOPE.

Pues ha de ser.

MONDEGO.

Tu atrevimiento me agrada;
Bizarría singular.

DON LOPE.

Por Dios, que he de emparentar
Con él hasta en la posada.

MONDEGO.

Parece que siento ruido.

DON LOPE.

Dices verdad, ya llegó.

MONDEGO.

Y no al puerto que él pensó.

DON LOPE.

En el puerto se ha perdido.

MONDEGO.

Subir la escalera siento.

DON LOPE.

Tambien la sube el que va
A la horca.

MONDEGO.

No será
Este menor escarmiento.

DON LOPE.

Escucha, por vida mia.

MONDEGO.

Como un mármol pienso estar.

DON LOPE.

Oye; que quiero soltar
Toda la volatería. (*Habla alto.*)
El juicio tengo perdido.

Salen DON GARCÍA Y FELICIO, *y apártanse á un lado.*

FELICIO.

Parece que está enojado.

DON GARCÍA.

Aun en mí no ha reparado,
De el enojo divertido.
Retirémonos aquí,
Y su indignacion sabrémos.

(*Retíranse mas.*)

MONDEGO.

Señor, templa tus extremos.

DON LOPE.

No cabe templanza en mí.
¿Esta casa me alquilabas,
Si en ella un hombre murió
De peste? ¿Quién te engañó?

MONDEGO.

Tú, que tu engaño buscabas,
Dándome tan grande prisa,
Que busqué, mas no elegí.

DON LOPE.

No son buenas para aquí
Ni aun apariencias de risa.
Responde mas mesurado.

MONDEGO.

Como el mal año, murió
De una seca que le dió
Este huésped desdichado.
Tus furores no se alteren,
No te admires, no te asombres;
¿Es mucho morir los hombres
De lo que los años mueren?

DON GARCÍA.

Riñe con mucha razon.

FELICIO.

¿Que á ser su huésped venias,
Y en camino te ponias
De la barca de Aqueron?

DON LOPE.

Busca luego una posada
Y ropa, porque en la mia
Hay malicia desde el dia
Que estuvo en casa apestada.

MONDEGO.

¡Oh edad ciega y alevosa,
Triste yo, que en tí nací,
Pues hasta la ropa en ti
Se sabe hacer maliciosa!
Mas compétele á esta edad
La malicia con justicia;
Que mal faltará malicia
A quien sobra necedad.

DON LOPE.

¿Gracias dices, ignorante?
Vive el cielo...

MONDEGO.

Siempre vive,
Y no servicio recibe
De memoria semejante,
Pues siempre te veo acordar
De el cielo en los juramentos.

DON GARCÍA.

No deis mas seña á los vientos,
Templad el justo pesar.
Mirad que soy don García.

DON LOPE.

Agora con mas razon
Crecerá la indignacion
Que en mi pecho se encendia.
Dime, ¿dónde hospedaré
A mi primo, dime dónde?

MONDEGO.

Mi turbacion te responde
Con humildad que no sé.
Pues hay deudo y amistad,
Perdone, y su estrella siga;
Que una casa seca obliga
A tan grande sequedad.
Esto no admite disputa,
Antes es opinion llana,
La casa mas seca es sana,
Y esta es seca, aunque no enjuta.
Si por tal huésped enojos
El verla seca te da,
Llora, y húmeda estará
Con el agua de tus ojos.
Tu llanto el remedio gaste;
Que si el bien nace de allí,
Le podrás decir así
Que en los ojos le hospedaste;
Mas contra la sequedad
Medio mas fácil intenta;
En el pozo le aposenta,
Y sobraràle humedad.

DON LOPE.

A la muerte le condeno;
Será hospedalle traicion
En la casa donde son
Aun las paredes veneno.
Pues despues que entró tan fuerte
La muerte á verter sus iras,
Estas paredes que miras
Están cebadas en muerte.

MONDEGO.

Pocas en Madrid verás
Que no estén por su camino
De uno y otro desatino
Apestadas mucho mas.
La casa mas noble peca
De seca, bien claro está,
Pues que en ninguna se da;
Mira si hay cosa mas seca.
Yo no pido por temer
Algun suceso bien malo;
Si algo dan, es con un palo,
Y aun este seco ha de ser;
Que hoy la sequedad, Señor,
Tan extendida á estar viene,
Que aun tal vil dádiva tiene
Sequedad, y no verdor.
Seco está el mundo y no crece
Sino en ser grosero y vil;
Que solo el pródigo abril
Dádivas verdes ofrece.

DON LOPE.

Mas injuria me propones
Con la excusa que me das,
Puesto que apestado estás
Aun en las mismas razones.

DON GARCÍA.

Mis criados han buscado
Para sí cierta posada
Tan compuesta y aliñada,
Que excede á su humilde estado.
Desde aquí buscar podrémos
Con nuestra comodidad
Mas pompa y autoridad,
Pues en muchas la hallarémos.

DON LOPE.

¿Yo, que os habia de hospedar,
Vuestro huésped he de ser?

DON GARCÍA.

Hoy teneis de obedecer.

DON LOPE.

Vuestra luz me ha de guiar.

DON GARCÍA.

Adios, que en casa apestada
Ya es mucha conversacion
Esta.

(*Vanse don García y Felicio.*)

DON LOPE.

Salió la invencion
Tan sutil como acertada.
Bellísimo embuste.

MONDEGO.

Airoso
Mientes con tal desenfado,
Que en tí el mentir ha ganado
Un distrito prodigioso.
Gran provincia es el mentir,
Despues que leguas le aumentas
Y distancias le acrecientas;
Al fin ¿irás?

DON LOPE.

¿No he de ir?
Ya tenemos asentado
Que á comodidad aspiro,
Y que á las leyes no miro
De un ingenio recatado.

MONDEGO.

Bien haces en no tratar
Con el honor melindroso,
Que es un enfermo achacoso,
Que siempre se ha de guardar.
Cualquiera soplo le hiere
De la fama; ¿á quién no enfada
Cosa que es tan delicada,
Que de un vientecillo muere?
Envidio tu desenfado,
Con tu despejo me ajusto,
De las escuelas de el gusto
Debes de ser licenciado
Y aun retor; que el proceder
Tuyo me deja advertido
Que de el gusto mal regido
Digno retor puedes ser.

DON LOPE.

Soy de los gustos buscon.

MONDEGO.

¡Qué dulce tendrás la vida!

Sale FELICIO.

FELICIO.

Ya os espera prevenida
Posada y buena intencion,
Porque enmiende la segunda
Lo que falta á la primera.

DON LOPE.

Nuestra amistad verdadera
Sobre la intencion se funda.
Hoy don García me ha preso
Con nuevas obligaciones,
Aumento á su amor blasones,
En él gloria y en mí exceso.
Decilde que ya ha venido
La noche, y que he de ir primero
A ver de cierto lucero
Los rayos que me han herido.
Yo procuraré abreviar,
Reciba por vos mi excusa;
Que aun aquí el alma me acusa
Que no le voy á buscar.

(*Vase Felicio.*)

MONDEGO.
¡Jesus, qué buen caballero
Es el monsiur leonés!
¡Qué blando y fácil! ¿No ves
Que el leon se hace cordero?
Juzgará en su fantasía
El hidalgote enfadoso
Que es acto caballeroso
Este de la hospedería;
Y por ser muy caballero,
No de su bolsa sin daño,
Tendrá en Madrid todo el año
Oficio de mesonero.
¿Dónde, ó pésia á mi linaje...

DON LOPE.
Calla.

MONDEGO.
Tu voz no me impida;
Verá su hacienda comida
Del cáncer del hospedaje.

DON LOPE.
Vén á ver la bizarría
De una y otra hermosa dama,
Dulce aumento de la fama
Y émulo hermoso del dia.

MONDEGO.
Espera; que tengo aquí
De esas damas dos papeles,
Que á tus intentos infieles
Gustan de premiar así.
Este es de doña Isabel,
Que, con ser madre, parece
Que ayer nació, y este ofrece,
Mas niña, aunque no mas fiel,
Su hija doña Inés.

DON LOPE.
Pudieras
Haber albricias pedido.

MONDEGO.
Tú eres tan bien entendido,
Que con manos lisonjeras
Darás lo que no pedí;
Que hace el mérito mayor
No haber pedido, Señor,
Lo mismo que merecí.
Dame, Señor; que es gran mengua
De tu hidalgo entendimiento
Que pague el merecimiento
Los descuidos de la lengua.

DON LOPE.
El decoro maternal
A doña Isabel la quiero
Guardar, leyendo primero
Este papel magistral.
No tendrá cuatro razones;
Que es la madre muy sucinta.

MONDEGO.
Y ¿serán de buena tinta?
Todas serán conclusiones.

DON LOPE.
(*Lee.*) «En la puerta de el jardin de »mi casa, que sale al campo, os espe- »ro esta noche entre doce y una; mi »voluntad os llama, y mucho mas la »soledad del sitio. — Dios os guarde.»
El papel no me mintió.

MONDEGO.
Bien muestra en su brevedad
Ingenio y autoridad.

DON LOPE.
Su gran belleza negó.

MONDEGO.
El de la graciosa Inés,
Hija suya y tan perfeta,
Que la iguala en ser discreta,
Este es, Señor.

DON LOPE.
¿Este es?
Pues tambien será pulido;
Que es la Inés gran papelista.
Aun apenas tengo vista.

MONDEGO.
Pienso que está el sol dormido.
Pero al fin le podrás leer;
Que un escrúpulo ha quedado
De luz, confuso y turbado.

DON LOPE.
Sí; que breve viene á ser.
(*Lee.*) «Entre doce y una os espero »esta noche en la puerta de el jardin »de mi casa, que mira al campo; el »sitio es solo, y la hora le hace mucho »mas. — Dios os guarde.»

MONDEGO.
¡Qué poco habladoras son
Estas damas por escrito!
Bien escriben de poquito,
No forman tercer ringlon.
Pero en tan pocas razones
Tu perdicion te han pedido.

DON LOPE.
Es mi ingenio mas lucido
En las fuertes ocasiones.

MONDEGO.
¿Contra dos puedes pelear?

DON LOPE.
Puedo pelear y vencer.

MONDEGO.
¡Oh prodigioso poder!

DON LOPE.
Ofendesme con dudar.
Los ingenios femeninos
Son como álamos hojosos,
Sin fruto vanagloriosos
Entre arroyos cristalinos.

MONDEGO.
Pues ¿no es fácil de quitar
Tanta hoja?

DON LOPE.
Yo podré;
Que cierzo airado seré,
Que las sabré desnudar.

MONDEGO.
¿Cierzo dices? No quisiera
Verte imitar los cuidados
De el cómitre de los prados,
Que les dice: «Ropa fuera.»

DON LOPE.
¡Oh, qué ingenio tan verdoso!
Hácia los prados te vas;
Vamos.

MONDEGO.
Voy muerto.

DON LOPE.
Serás
Testigo de un caso honroso;
Pues engañar dos mujeres,
Vengando á los demás hombres,
Merece inmortales nombres.

MONDEGO.
¿Que tan grande empresa esperes?
Pues cuando Eva importuna
Comió lo que no debia,
No pensó el diablo que hacia
Poco en engañar á una.
Desde entonces viene á ser
Gran tragona esta canalla,
Pues buscó, para engañalla,
Cosa que era de comer.

DON LOPE.
Vén, y mi ingenio verás
Vencedor, nunca vencido.

MONDEGO.
Quedará el diablo corrido,
Un protodiablo serás.
Si tú engañas sus extraños
Engaños con rostro tierno,
Podrán llevarte al infierno
A leer cátedra de engaños.
(*Vanse.*)

Salen DOÑA ISABEL y DOÑA INÉS.

DOÑA ISABEL.
¿No te quieres acostar?

DOÑA INÉS.
Es noche para gozada,
Que es hermosa.

DOÑA ISABEL.
Y tú pesada.

DOÑA INÉS.
Título es que me ha de honrar;
Que el ser liviana es delito,
En calidad cual la mia.

DOÑA ISABEL.
¡Qué vana bachillería!
Con vergüenza te permito
Que ocupes este lugar.
(*Ap.* Cómo la engañe no sé.)

DOÑA INÉS. (*Ap.*)
Grande mi desdicha fué;
¿Cómo la podré engañar?
Que á mi madre, que jamás
A este lugar salió,
Antojo y parto le dió
Tan sin tiempo.

DOÑA ISABEL.
Necia estás,
Y si es que tu inadvertencia
En su obstinacion se está,
Mi chapin castigará
Descuidos de tu obediencia.

Salen DON LOPE y MONDEGO.

MONDEGO.
Ya te aguardan en el puesto;
Tu estrago tengo de ver.

DON LOPE.
Antes mi gloria; en vencer
O morir la gloria he puesto.

DOÑA ISABEL. (*Ap.*)
¿Que esta no se quiso entrar?
Don Lope es, y tengo miedo
Que se vuelva.

DOÑA INÉS. (*Ap.*)
Apenas puedo
Mi espíritu sosegar.
Mi madre será ocasion
De que don Lope retire
Sus pasos, porque suspire
Fuego eterno el corazon.

DON LOPE.
Mi paso determinado
Alaba.

MONDEGO.
Tras el suceso
Que antes, Señor, te confieso
Que me dejas lastimado.
Mas que no hazaña, locura
Es empresa semejante;
¡Oh buen caballero andante,
El cielo te dé ventura!
(*Llégase don Lope embozado.*)

DON LOPE.
Jamás entendí que diera
La noche luces tan claras
Entre sus sombras avaras,
Liberal y lisonjera;

Que en la ilustre claridad
Que vuestra belleza envia,
Renace fénix el dia,
Y muere la escuridad.

DOÑA INÉS.

¡Jesus! huigamos.

DOÑA ISABEL.

Huigamos.

DON LOPE.

Pues ¿de quién? Don Lope soy,
Que hecho en este campo estoy
Ave de sus verdes ramos.

MONDEGO.

Dices bien.

DON LOPE.

¿Cómo?

MONDEGO.

Me aplico
A que eres ave, Señor;
Que quien es tan hablador,
Es fuerza que tenga pico.

DOÑA ISABEL.

El veros tan escondido
En la capa haciendo fieros
A la misma noche, y veros
Acometer atrevido,
Miedo nos pudo poner.

DOÑA INÉS.

A mí me le puso tanto,
Que de el recebido espanto
Purgarme habré menester.

DON LOPE.

Melindre, pero gracioso.

MONDEGO.

No lo es, porque se aplica
A concepto de botica,
Purgativo y revoltoso.

DON LOPE.

¿No anduvo graciosa y grave?

MONDEGO.

Si hablas de la purga, no,
Por Dios; que el aire dejo
Oliendo todo á jarabe.
Concepto no solenices,
Cuyo efeto dividido,
Si es bueno para el oido,
Hace ofensa á las narices.

DOÑA ISABEL. (*Ap.*)

Bien con mi hija cumplí;
Mi turbacion la agradó.

DOÑA INÉS. (*Ap.*)

De mi espanto se creyó
Mi madre; yo la vencí.

DON LOPE.

Pésame de haber turbado
Vuestro seguro reposo,
Salteador poco dichoso,
Cuanto pude afortunado;
Y así, pues debeis de estar
En silencio tan sereno,
Dando al verde campo ameno
Mas colores que imitar,
Poco dije discurriendo,
Con altas contemplaciones,
Las celestes estaciones
Que los signos van haciendo.
Pues esta noche tan bellas
Luces el cielo sacó,
Que en este campo intentó
Ver estrellas contra estrellas,
Yo me voy por no impediros,
Aunque aquí pierdan los ojos
Los siempre bellos despojos
Que se compran con suspiros.

MONDEGO.

¡El oro terso y la plata
Compran los suspiros? No,
Porque, á ser moneda, yo
Me hiciera luego beata,
Que es la mas copiosa gente
De moneda suspirona,
Tan astuta y socarrona,
Que entre el suspirar ardiente,
Con un modo no entendido
Suelen dormir y roncar,
Pretendiéndonos pasar
Por suspiro el que es ronquido.
Y yo sé de cierto bobo
(Engaño á fe no pequeño),
Que cabezadas de sueño
Las pasa en cuenta de arrobo.

DON LOPE.

Boca tienes de serpiente,
Que aun la virtud no perdona.

DOÑA ISABEL.

Hónrenos vuestra persona,
Pues cesó el inconveniente.

DON LOPE.

Con un engaño las dos
Se burlan; calla, y verás
Que las he de engañar mas.

MONDEGO.

Hazlo y páguetelo Dios.

DON LOPE.

¡Oh noche mas bien vestida
Que fué el dia precedente,
Pues mas sol está presente
Todo luz y todo vida!
A larga ausencia de Febo
Sepulta su claridad,
Pues tanta serenidad
A tu silencio le debo.

MONDEGO.

A la noche deja, y muda
De intento por otro modo;
Que, por hablártelo todo,
Gustas de hablar á una muda.
Tanto hablas, que conviene
Que ella mude sus sentidos,
Convirtiéndose en oidos
Todo lo que en ojos tiene.

DON LOPE.

Dime si te recogieras
De buena gana á dormir.

MONDEGO.

Primero tengo de oir
Del sol las aves parleras.
Veré en rosas florecientes
A la aurora, que en naciendo,
Muy falsa se está riyendo
Por mostrar los buenos dientes.
Veréla bordar, Señor,
El campo, con gran placer
De haber visto una mujer
Que madruga á hacer labor.
Y aun mas estoy advirtiendo
De esta doncella lozana,
Que labra de buena gana,
Pues siempre se está riyendo.
Pero he llegado á temer
Que es necia.

DON LOPE.

¿Quién te lo avisa?

MONDEGO.

Blanca y rubia y toda risa,
Por fuerza necia ha de ser.
Con que, siendo esto verdad,
Que bien ser verdad parece,
Lo primero que amanece
En el mundo es necedad.

DON LOPE.

¡Qué buena noche he pasado!
Muchas como esta quisiera,
Aunque yo á mayor esfera
Me juzgaba destinado;
Porque en ella concerté
Hablar cierta hermosa dama,
Por cuya luciente llama
Rayos del sol desprecié;
Y cuando fuí por hablalla,
Hallé persona con ella,
Que me impidió proponella
Cuanto me gozo en amalla.

DOÑA ISABEL. (*Ap.*)

Esto lo ha dicho por mí.

DOÑA INÉS. (*Ap.*)

Sin duda por mí lo dice.

DON LOPE. (*Ap.*)

Bien á las dos satisface.

MONDEGO.

Pienso que aun yo te creí.

DON LOPE.

Una parienta cercana
De la dama me impidió.

DOÑA ISABEL. (*Ap.*)

¡Oh, qué bien se declaró!
Alma tiene cortesana.
¿Qué mas cercana parienta
Que la hija que parí?

DOÑA INÉS. (*Ap.*)

Su grande ingenio advertí,
A que le adore me alienta.
¿Hay parienta mas cercana
Que mi madre? El que es discreto
¡Qué bien dice su conceto!

DON LOPE.

Lloro mi muerte inhumana.
Aunque no debo llorar;
Que, si aquel bien me faltó,
Otro el cielo me ofreció,
Bien digno de celebrar.

DOÑA ISABEL.

Si aquí la dama estuviera...
Persuádase á que lo está,
Y hable con ella.

MONDEGO.

Será
Desterralle.

DOÑA ISABEL.

Escucha.

MONDEGO.

Espera.
Engáñalas, y verás
Cómo á todos te prefieres;
Que quieren mas las mujeres
A quien las engaña mas.

DON LOPE.

Dijera: «Señora mia,
En cuyos ojos amor,
Para salir vencedor,
Tiene luciente armería,
A ofreceros he venido
Un alma donde reineis;
Que sola vos mereceis
Un imperio tan lucido.
En esta alma vuestra y mia
Ejercitad majestades;
Que asegura eternidades
Tan constante monarquía;
Que á no ser prenda inmortal,
Señora, no os la ofreciera;
Que de daros me ofendiera
Un imperio temporal.»

DOÑA ISABEL.

A ser yo esa dama hermosa,
Estuviera agradecida.

DOÑA INÉS.

Y yo tan reconocida
Como bien vanagloriosa.

MONDEGO.
¡Qué bien te han favorecido!
DON LOPE.
De las dos voy obligado,
Tan felizmente premiado,
Que restauré lo perdido.
DOÑA INÉS. (*Ap. á doña Isabel.*)
¡Qué vano que está, qué grave!
DOÑA ISABEL. (*Ap. á doña Inés.*)
Presto se desvaneció.
DOÑA INÉS. (*Ap.*)
Mi madre no me entendió.
DOÑA ISABEL. (*Ap.*)
Engañéla; poco sabe.
DOÑA INÉS. (*Ap.*)
¡Oh grande amor!
DON LOPE.
Y tan fuerte,
Que muero á manos de amor.
MONDEGO.
Por morirse sin dotor,
Será dichosa tal muerte.
Mas quiero morir de amores,
Con ser tan necio morir,
Que no llegarme á rendir
A consultas de dotores.
Su grande malicia ved,
Pues dan con mano pesada
Una muerte consultada,
Como si fuera merced;
Pues cuando saber codicio
De mi salud mal perdida,
Está en consulta mi vida
Como si fuera un oficio.
Sus consultas, sus recatos,
¿A quién no turban y alteran?
Nuestras vidas consideran
Garnachas ó vireinatos.
DON LOPE.
Gente he sentido.
MONDEGO.
¿Por Dios?
DON LOPE.
Vamos, Mondego, camina;
Que aquella frontera esquina
Descubre un hombre.
MONDEGO.
Y aun dos.
DOÑA ISABEL.
Aunque es campo, no alborote
El barrio, váyase luego.
DOÑA INÉS.
No inquiete nuestro sosiego,
Ni dé causa que se note.
DON LOPE.
Muy bien se pueden entrar
Vuestras mercedes seguras.
MONDEGO.
No habrá marciales locuras;
Que no me inclino á matar,
Sino es á la mal regida
Hambre, con quien estoy mal;
Hambre matante y mortal,
De quien yo soy hambricida.
DOÑA ISABEL.
Notable empresa.
MONDEGO.
Creed
Que en esto soy temerario,
Aunque yo mas de ordinario
Me acuchillo con la sed.
Con dos hebras de tocino
La suelo resucitar,
Para volverla á matar
Con el estoque del vino.
Nace con tocino y deja
Su vida al vino; advertir
Quiere en nacer y en morir
Que es mi sed cristiana vieja.
DON LOPE.
Vámonos; que sin comer
Puedes la sed provocar,
Porque para tanto hablar
Bien has menester beber.
DOÑA INÉS.
Adios, y vaya ocupado
En esa dama.
DON LOPE.
Sí haré.
DOÑA ISABEL.
No la olvide.
DON LOPE.
No podré,
Que es alma de mi cuidado.
DOÑA INÉS. (*Ap.*)
Mi madre ruega por mí.
DOÑA ISABEL. (*Ap.*)
Mi hija por mí rogó.
DOÑA INÉS. (*Ap.*)
Amor, tu industria venció.
DOÑA ISABEL. (*Ap.*)
Amor, venciste y vencí.
(*Vanse las dos.*)
MONDEGO.
¡Oh prodigioso pintor,
Cuyos ilustres colores
Dan al aire tantas flores,
Tantas plumas al amor!
¿Quién era el hombre que viste?
Porque yo, aunque dije dos,
A ninguno vi, por Dios.
DON LOPE.
Oye, pues no me entendiste:
Yo, que la incomodidad
Menor siempre la condeno,
Por excusar de el sereno
La molesta calidad,
La plática concluí
Con aparente invencion.
MONDEGO.
Declárame tu intencion.
DON LOPE.
Pregunta.
MONDEGO.
¿Pregunto así?
DON LOPE.
Preguntar puedes sin miedo.
MONDEGO.
¿Soy yo tonto ó gran señor,
Que preguntan sin temor?
DON LOPE.
Lo primero te concedo.
MONDEGO.
Di, ¿por qué causa enamoras
A madre y hija?
DON LOPE.
Has andado
Curioso y determinado.
MONDEGO.
Dime, entre estas dos señoras,
Aunque es la madre muy bella,
¿No era la hija mejor?
DON LOPE.
Yo no soy preso de amor,
Tengo interesable estrella;
La hija tiene de renta...
MONDEGO.
¿Cuánto?
DON LOPE.
Hasta tres mil ducados.
MONDEGO.
¿Son fieles?
DON LOPE.
Tan bien contados,
Que no resbalé en la cuenta.
MONDEGO.
¿Tres mil todos efetivos
Y que se pueden palpar?
DON LOPE.
¿Dudas?
MONDEGO.
Pues ¿no he de dudar,
Si suelen ser fugitivos?
El que hoy conquistar pretende
Al dinero loco va,
Pues en un castillo está,
Donde un leon le defiende.
Sus armas he contemplado,
Y hallar dinero no espero,
Porque sé que está el dinero
En un castillo encantado.
DON LOPE.
Oye, si no es que esta gloria
Me la quieres divertir.
MONDEGO.
Muy bien puedes proseguir
Con tu adinerada historia.
DON LOPE.
¿Al fin la historia te agrada?
MONDEGO.
Dala el oro tal valor,
Que esta es la historia, Señor,
Mas digna de ser contada.
DON LOPE.
La madre con un hermano
De este señor don García,
Que á ser mi huésped venia,
Trae un pleito; es caso llano
Que con él ha de salir,
Porque tiene en su favor
Dos sentencias.
MONDEGO.
Y, Señor...
DON LOPE.
Di, bien puedes proseguir.
MONDEGO.
¿Cuánto el mayorazgo vale?
DON LOPE.
Siete mil escudos; yo,
A quien nunca amor hirió,
Por mas que el golpe señale,
Voy con dos fines, y son,
Que si la madre es postrada
En el pleito, aunque entregada
Mi alma juzga á su aficion,
La desmentiré la traza,
Y de la hija seré;
Mas si vence, entregaré
Toda el alma á la madraza.
MONDEGO.
¡Siete mil! ¿Tanto dinero
A una hembra se le concede?
Hacienda es que suplir puede
Las faltas de un majadero.
¿Son todos en oro puro?
DON LOPE.
¿Habia de ser aguado?
MONDEGO.
De ese modo me le han dado
Siempre.
DON LOPE.
¿Por Dios?
MONDEGO.
Por él juro.
Cuando á uno dan un tesoro,
Y el oro que en él le dan

Es á precio de su afan,
A este tal le aguan el oro;
Y así, pobre la imagino
Entre tantas vanidades;
Que yo busco puridades
En el oro y en el vino.

DON LOPE.

El gusto mas lisonjero,
Poco ó mucho viene aguado.

MONDEGO.

De la fortuna he pensado
Mil veces que es tabernero,
Y aun grande borracha y tal.

DON LOPE.

¿Qué dices?

MONDEGO.

Probar lo quiero.
Cuando á uno le dan dinero
Es vino de Ciudad-Real;
Mas cuando suelta el corriente
De las penas, digo yo
Que entonces se emborrachó
De el vinazo de Torrente.

DON LOPE.

Docto en los vinos estás.

MONDEGO.

En sus nombres, no en sus obras.

DON LOPE.

Fama de vinoso cobras.

MONDEGO.

Calla; que otros lo son mas.
Di, ¿viene con don García
Su hermano?

DON LOPE.

Viene don Diego
Esta noche, y trae, Mondego,
Fuego á la esperanza mia.

MONDEGO.

¡Cómo! ¿Don Diego se llama?

DON LOPE.

Don Diego, un mozo valiente,
Sagaz, cortés y prudente,
Buena dicha y mejor fama.
Este trata de casarse
Con ella, para excusar
El pleito y asegurar
Los peligros de anegarse;
Y por rendilla mejor,
Con su hermano, que es muy rico,
Trata ¡qué mal significo
(Si no muero) mi dolor!
De casar á su hija bella,
Con que ellos gozan de estado
Seguro, y yo, desdichado,
Quedo á remar con mi estrella.
Luego á esta calle vendrán
Los dos.

MONDEGO.

¿Sin duda?

DON LOPE.

Es muy cierto;
Yo vengo tan encubierto,
Que no me conocerán.

MONDEGO.

Dos hombres vienen allí.

DON LOPE.

Escucha.

Salen DON GARCÍA Y DON DIEGO, *embozado.*

DON GARCÍA.

Entrar no podemos,
Siendo tan tarde.

DON DIEGO.

Verémos
Las rejas.

DON LOPE.

Oyes.

MONDEGO.

¿Yo?

DON LOPE.

Sí.

(*Embózanse don Lope y Mondego.*)

MONDEGO.

Bien conocí á don García.

DON LOPE.

Y yo al otro, que es don Diego;
Estos con tirano fuego
Afrentan la gloria mia.

DON DIEGO.

A las puertas del jardin
Dos hombres, hermano, veo,
Y mi curioso deseo
Saber quisiera á qué fin.

MONDEGO.

Yo pienso que estos intentan
Reconocernos.

DON LOPE.

Mi engaño
Les previene un grave daño,
Tal, que en él su sangre afrentan.
Llámame tú señoría,
Y déjame hacer á mí;
Alza la voz y di así:
«Señor, ¿dónde va vusía?»
Que la respuesta veloz
Yo la daré prontamente,
Acertada y conveniente,
Mudando el tono y la voz.

MONDEGO.

¿Dónde va vusía?

DON LOPE.

Vamos;
¿En este campo qué hacemos,
Pues de este jardin tenemos
El fruto que deseamos?

(*Vanse don Lope y Mondego.*)

DON DIEGO.

Sigámoslos, don García.

DON GARCÍA.

¡Ya, don Diego, para qué,
Si entre estas sombras hallé
Aun mas luz que pretendia?
Que con soberbia osadía
Dijese, porque perdamos
El juicio, si honor gozamos:
«¿En este campo qué hacemos,
Pues de este jardin tenemos
El fruto que deseamos?»
¿Qué es esto, hermano? Un veneno
Por mis venas ha corrido,
Negras nubes ha vestido
El cielo de amor sereno;
Cayó el rayo sin el trueno,
Y sin prevencion, fué tanto
El horror, que, helado el llanto,
Aun no ha podido correr;
Que aquí menos vino á ser
El golpe que no el espanto.

DON DIEGO.

Arrebátanme furores,
Todo soy congoja y luto
De ver que estos gozan fruto
Donde nos niegan las flores;
Han pensado mis temores
Si es que este nos conoció,
Y con arte se valió
De lenguaje malicioso.
¿Quién seria tan curioso,
Pues que agora llegué yo?
Decid, generoso acero,
Resplandeciente y lucido,
¿Qué sueño os ha suspendido,
Perezoso y lisonjero?
Dad el límite postrero
A mi vida; no es rigor
Este sangriento furor,
Pues dais con igual efeto
Paz eterna á mi sugeto,
Y escarmiento con su horror.

DON GARCÍA.

Cuando los pasados dias
En este gran mar entré
De la corte, las miré
Triunfar de dos señorías,
Pero que á sus bizarrías
Despreciaban fué opinion;
Mas yo ausente, la ocasion
(Tal no pronuncian los labios)
Abrió puerta en mis agravios
Con llaves de la traicion.
Dirás tú que porfiado
A tu infamia te he traido;
Véngate en mí, aunque no he sido
En tal bajeza culpado;
Porque yo desesperado,
Mucho mas, mientras me advierte
Mas razon, amo la muerte,
Y aun yo propio me matara,
Porque aun en esto quedara
Desobligado á la suerte.
Recelo que por allí
Viene una luz, y será
La justicia, y hácia acá
Se llegan.

DON DIEGO.

Pienso que sí;
Vamos, ¿qué hacemos aquí?
No demos nueva ocasion
Para nuestra perdicion,
Cayendo en mas triste estado;
Basta que me han desarmado
Los celos al corazon.

(*Vanse.*)

Salen, con una linterna, DON RODRIGO Y DON FERNANDO.

DON FERNANDO.

Este alguacil vuestro amigo
Haber venido pudiera,
Y esta gente no se fuera
Sin reconocella.

DON RODRIGO.

Digo
Que teneis mucha razon;
Mas otra noche podrémos
Buscar otro, y gozarémos
Mas á tiempo la ocasion.

DON FERNANDO.

Ser fino amigo mostrais;
Vuestro amor es infinito,
Pues me ayudais á un delito
Sin que la razon sepais.
Mas escuchad.

DON RODRIGO.

Vuestro gusto
Me sirve á mí de razon.

DON FERNANDO.

Juzgue vuestro corazon
Si debe llamarse justo.
Sevilla es mi patria ilustre,
Que el mar y el sol lisonjean,
Aquel engendrando el oro,
Y este en traerlo á sus puertas;
Que solo por adulalla,
Preñadas de oro navegan
Por desiertos cristalinos
Naves ricas y soberbias.—
Ciudad, cuyo alcázar noble,
Confiesa mayor defensa
A la sombra de un Guzman
Que á las torres que le cercan;

Guzman, generoso Alcides,
Que el hombro aplica y sustenta,
Con el invencible Atlante
Español, tantas esferas;
A quien por su patrocinio
Deben igual reverencia
En su palestra las armas
Y en su academia las letras.
En esta ciudad, que, siendo
Fértil campo de riquezas,
Los que animosos las buscan,
Generosos las desprecian,
Tengo una hermana lucida,
Floreciente competencia
De el aurora y de el abril,
Con mas flores y mas perlas,
Cuyos ilustres tesoros
Cela el manto porque sea
De lo que prodigó el cielo
La honestidad avarienta.
Nació en una aldea á quien
El Bétis viste de amena
Emulacion á su rostro,
Si no es que copiar le intenta.
Allí se crió, rendida
Tanto á fatigar las selvas,
Que en su venablo llevaba
Su postrer paso á las fieras.
Con la sangre de los brutos
Hizo florecer la yerba,
Fiscal de sus tiranías,
Aunque se vengaba en ellas.
Pero apenas vió su edad
Diez y siete primaveras,
Siendo á su rostro retratos
Las que su edad años cuenta,
Cuando mis padres la llaman
A Sevilla, mas con fuerza
Que voluntad, despreciando
Vanamente su opulencia,
Tan divertida se hallaba
En la caza y satisfecha,
Que la debieron suspiros
Sus bárbaras asperezas.
En la ciudad halló aplauso
Tanto, que se dijo en ella
Que ejercitaba su oficio
En mas ilustre materia;
Que si allá cazaba brutos,
Acá con mayores fuerzas
Almas y deseos libres
Ve rendidos en sus quejas.
Al fin pasaron mis padres
A la ciudad que se asienta
Sobre luceros y signos,
No menos firme que bella.
Mi hermana solicitaron
Dos hombres de ilustres prendas,
Uno rico y presuntuoso,
Y otro con pobres finezas.
En la eleccion se detuvo,
Consultándose á sí mesma,
Porque entre intereses grandes
Amor dudoso se muestra.
Verdad es que al menos rico
La inclinaba la grandeza
De su ánimo y sus virtudes,
Que bien generosas eran.
Cuando llegó allí un don Lope,
Un hombre que no se precia
De mas valor que su aumento,
Corta espada y larga lengua.
Intentó tambien casarse
Con ella, y halló la empresa,
Cuanto atrevida, burlada
Por codiciosa y no cuerda.
Él, por conseguir su intento,
Falsamente al mundo cuenta
Vanos mentidos favores,
Que aun nombrallos es torpeza.
Ausentóse persuadido
A que nuestra diligencia
Le buscara para dalle
Bien por el mal que nos deja.
Consultó conmigo el caso
Mi hermana cuando las rejas
De un convento fueron cárcel
De aquella infeliz belleza.
Dejéla depositada,
Y partí con fieles nuevas
De que en esta corte asiste,
Siendo la fábula en ella.
Supe que aquí en esta casa,
Cuyos balcones y rejas,
Siendo jueces de este campo,
Coronan sus alamedas,
Con arrogante osadía
A ciertas damas requiebra,
Bien livianas si le escuchan,
Perdidas si le desprecian.
Y fiado en la amistad
Que entre los dos se profesa,
Vínculo fiel y seguro
Lazo de correspondencia,
Te truje en mi compañía,
Para que mi amparo fueras,
Por si acaso mayor daño
Prevenian las estrellas;
Y para reconocer
A don Lope esta linterna,
Porque no se errara el golpe,
Que entonces en mi alma diera.
Mas, porque sin la justicia
Nadie á reconocer llega
A otro, que á ella tan solo
Se concede esta licencia,
Esperaba ese alguacil,
Y para que tambien fuera
Testigo de mi venganza,
Aunque en pesadas cadenas
Me entregara á la prision,
Porque así lograra en ella
El no haber quedado en duda,
El vengador de mi afrenta.

DON RODRIGO.

¿Cómo se llama la bella
Causa de vuestra jornada?

DON FERNANDO.

Leonor.

DON RODRIGO.

¿Leonor?

DON FERNANDO.

Celebrada
Tanto Sevilla por ella,
Que ella es todo su ornamento.
Este retrato os dirá
Si es que igualalla podrá
Cuanto ilustra el firmamento.
Y alabaréis igualmente
Con espíritu elegante
Tanto de bello al semblante
Cuanto al pincel de valiente.

DON RODRIGO.

Llegalde á la vecindad
De esta luz, rara belleza,
En quien la naturaleza
Juntó gracia y majestad.
De espacio le quiero ver,
Yo os le volveré mañana.

DON FERNANDO.

Advertid que es de mi hermana.

DON RODRIGO.

Lo que debo sabré hacer;
Es por ver en competencia
Este y otro de otra dama
Que allá celebra la fama.

DON FERNANDO.

Habrá mucha diferencia.
Temed esos resplandores,
Si no es que acaso quereis
El retrato que traeis,
Abrasarle en sus colores.
Este retrato podrá
Ser de esotro incendio ciego;
Que uno tabla y otro fuego,
Fácil el remedio está.

DON RODRIGO.

Mas sois amante que hermano.

DON FERNANDO.

Es un cielo mi Leonor;
Todo el imperio de amor
Se ha reducido á su mano.
Los elementos mejores
La imitan (feliz destino),
El agua en lo cristalino,
Y el fuego en los resplandores.
Demos fin á esta venganza;
Que en Sevilla la veréis.

DON RODRIGO.

Con ese favor haceis
Lisonjas á mi esperanza;
Mas dudo de mis estrellas
Tan singular maravilla,
Porque vella, y en Sevilla,
Es ver dos cosas muy bellas.

JORNADA SEGUNDA.

MARINA, DON LOPE Y MONDEGO.

MARINA.

Mis señores me mandaron
Que á vuesamerced dijese
Que á la Trinidad se fuese
A misa, y que no esperaron
Porque habian de oir primero
Un sermon docto.

DON LOPE.

Está bien,
Bella esclava, en quien se ven
Hierros de un bárbaro fiero.
El mas impío fué del suelo,
Pues sacrílego y tirano,
Errar quiso con su mano
Un grande acierto del cielo.
Prodigiosas muestras daba
De sacrílega osadía,
Pues quiso errar á porfía
En lo que el cielo acertaba.
Y en campo tan descubierto
Quedó, por su deshonor,
Mas conocido el error,
Y sin ofensa el acierto.

MONDEGO.

Con dama tan berberisca
Requiebros no has de perder,
Que pienso que ha de tener
Ciertos resabios de arisca;
¡Qué amores tan singulares
Por lo ardiente y lo emperrado!
Dirás que estás abrasado
De amores caniculares;
Si no es que ya por las bellas
Luces que ofrece en despojos,
Digas que ves en sus ojos
Los canes que son estrellas.
De este amor can no hay dudar
Será fiel, y no cobarde;
Tendrás amor que te guarde,
Y no de quien te guardar.
Por esto su noble trato
Celebro, estimo y venero,
Que en Madrid es el primero
Que ha dejado de ser gato.
Amores perros me alientan,
Porque otros con sus excesos
Dejan á un hombre en los huesos,
Y á estos, huesos los sustentan.

MARINA.

Bien bufoniza el sirviente.

MONDEGO.

¡Qué presto que me mordió!
Al primer golpe arrojó
Las tenazadas del diente.

MARINA.

Sin duda sois gran señor.
Pues con vos habeis traido
Siervo que es entretenido
Con lenguaje moledor.
Los señores singulares
En todo venis á ser;
Gente llamais de placer
A los que dicen pesares. (*Vase.*)

MONDEGO.

No vi galga mas hidalga;
¡Qué veloz!

DON LOPE.

¿Veloz?

MONDEGO.

Tal siento;
Si me alcanzó el pensamiento,
¿No es velocísima galga?

DON LOPE.

Sabe que esta es de su dueño,
Privanza que le gobierna;
Y yo con esta accion tierna
En un negocio la empeño
Que mucho me ha de valer;
Que yo sin particular
Fin no supiera gastar
Tanta prosa.

MONDEGO.

Así ha de ser,
Y es justo al negocio acuda.

DON LOPE.

Gran dificultad encierra.

MONDEGO.

Pues si ayuda bien la perra,
Será tu perra de ayuda.

DON LOPE.

Ella le ha de disuadir
A su amo el casamiento.

MONDEGO.

Escucha, que pasos siento;
Temo que vuelve á venir.

DON LOPE.

¡Qué notable desatino!
A mil errores te ofreces.

MONDEGO.

Siempre los perros dos veces
Suelen andar el camino.

Salen DON DIEGO *y* DON GARCÍA.

DON DIEGO.

Docto sermon.

DON GARCÍA.

Este orador sagrado
De erudicion cristiana y de elocuencia
Rica y feliz es campo cultivado,
Donde el ornato es flor, fruto la ciencia;
Este es el prodigioso Hortensio (1), ar-
[mado
Espíritu de luz, que sin violencia
Alumbra, mas no abrasa; que al mas
[ciego
Reparte luz, sin castigar con fuego.

DON LOPE.

¡Oh señores! ¿tan presto habeis oido
Misa y sermon?

DON GARCÍA.

La misa hemos dejado
Para despues; que estoy ciego y herido
De un fuego todo sombra en mi cuida-
—Don Diego, escucha. [do.
(*Habla al oido á don Diego.*)

DON LOPE. (*Ap. á Mondego.*)

El caso sucedido
Anoche entre los cuatro ha levantado,
Mondego, estas borrascas de recelos;
Que son nublado de el amor los celos.

DON GARCÍA.

Don Lope, solo os quiero.

MONDEGO.

Tú entendiste
Muy bien su pecho.

DON LOPE.

Véte, y vuelve luego.—
García, vuestro rostro grave y triste [go;
Me ha empeñado en un gran desasosie-
Decidme vuestro mal en qué consiste.

DON GARCÍA.

¿Estamos solos?

DON LOPE.

Ya se fué Mondego.

DON DIEGO.

Y yo cerré la puerta, don García.

DON GARCÍA.

Exequias hago á la esperanza mia.
Don Lope, bien sabeis mi fe, mi ardiente
Voluntad para vos.

DON LOPE.

¿Quereis agora
Diferir con un término imprudente
Vuestro intento? Ya sé que sois aurora
Que amaneció mis dichas, y el oriente
Donde con nuevos rayos se colora,
[tos.
Vertiendo en mi bien prósperos aumen-

DON GARCÍA.

No vengo yo á pediros cumplimientos.
Vamos al caso.

DON LOPE.

Vamos norabuena.

DON GARCÍA.

¿Bien sabeis que mi hermano y yo trata-
Bodas con ciertas damas? [mos

DON LOPE.

La cadena
Conozco que os ha preso.

DON GARCÍA.

Prosigamos;
Apenas aquí ayer, con la serena
[camos
Noche mi hermano entró, cuando bus-
La calle destas damas (¡caso fuerte!).

DON LOPE.

Vamos á la ocasion que así os advierte.

DON GARCÍA. [mos
Dos hombres allí hallamos, y entendi-
Que eran señores tan confusamente,
Que por írsenos luego no pudimos
Aun percibir sus señas; diligente
Cualquiera de nosotros, emprendimos
Seguillos, pero pudo aquel presente
Dolor atarnos con la misma pena,
Porque es la adversidad fuerte cadena.
Tú, que eres tan antiguo cortesano,
Di quién son estos dos.

DON LOPE.

Contra mujeres,
Y principales, es vil, es villano [res
Quien no enfrena la lengua ó parece-
Del vulgo vario. (*Ap.* Aquí es cuando me
[gano,
Fortuna, si me ayudas, si tú quieres.)

DON DIEGO.

No os receleis de amigos tan leales.

DON LOPE.

¿He de hablar mal de damas principa-
¿Que pudiese caber en la pureza [les?
De unas mujeres nobles tal exceso?

DON DIEGO.

Habla mas claro, rompe la pereza
De tu discurso, ó mal lograr el seso
De tus primos verás.

DON LOPE.

Con la estrecheza
De el deudo, que me obligas te confieso
A no cumplir con el silencio justo [to.
Que se debe á su honor, por darte gus-
El marqués Fanto, el conde Pinabelo
Pasearon por su calle algunos dias,
Pero nunca me dijo mi recelo
Que aquellas fuesen mas que bizarrías;
Mas la fama vulgar cubrió de un velo
Su honor con sospechosas fantasías;
Que hubo vecino (engáñanse los tales)
Que dice que pasaron sus umbrales.
Sus umbrales, y en tiempo sospechoso,
Y aun dicen que el Marqués decir solia
(No lo creo por Dios), muy jactancioso,
Que el uno y otro dellas poseia
Aun mas que procuraron; yo, celoso
En vuestro nombre, el golpe recebia,
Injuriado á las luces de los cielos; [los.
Que el polvorin de amor labran los ce-

DON DIEGO.

No mas, don Lope; estoy desengañado
Tanto, que aunque está en duda mi
[justicia,
Proseguir quiero el pleito, provocado
Deste bárbaro error, desta malicia.
Violentas guerras me propone el hado;
Mas yo, despreciador de esta codicia,
No quiero viles paces; que me llama
La ambicion de vivir sobre la fama.
De no pasear su calle juramento
Hago, para lo que es enamorallas.

DON GARCÍA.

Y yo lo mismo juro.

DON LOPE. (*Ap.*)

Con mi intento
Salí; proseguiré con engañallas.

DON DIEGO.

¿Qué decis?

DON LOPE.

Que celebro el sentimiento
Justo, y que así se debe castigallas.
[miedo
(*Ap.* ¡Oh qué empeñado estoy! ya tengo
A los últimos ñudos de este enredo.)

DON DIEGO.

Y esos señores ¿siguen obstinados
La pretension de gustos tan injustos?

DON LOPE.

Tal vez si de ellas son importunados,
Porque ya los divierten otros gustos.
(*Ap.* La verdad es que fueron despre-
[ciados
Y que los desterraron los disgustos
De los desdenes de las damas bellas;
Mas yo sigo el error de mis estrellas.)
Yo voy á misa, volveré á buscaros.
¡Cuánto me pesa haberos referido
Vuestra desdicha, y no poder libraros
De tan grave dolor! (*Vase.*)

DON DIEGO.

Yo estoy corrido.

DON GARCÍA.

Y yo desesperado.

DON DIEGO.

¡Oh cuán avaros

(1) El maestro Hortensio Félix Paravicino, celebrado escritor y predicador de la época.

Los hados nuestro bien han uivertido!
Busquemos estos hombres; que quisie- [ra
Despicarme en su sangre, si pudiera.
No es bien que dos señores italianos
Se burlen de la nuestra, que en Castilla
Tantos blasones goza soberanos,
De la fama constante maravilla;
Rayo será de insultos tan tiranos,
A los vientos desnuda, mi cuchilla.
Saber quiero la casa.

DON GARCÍA.

Escucha, advierte.

DON DIEGO.

Sus umbrales serán lecho en su muerte.

DON GARCÍA.

No, porque de este modo se escurece
Nuestra venganza; que esta á los um- [brales
Ha de ser de ellas mismas.

DON DIEGO.

Me parece
Que te iluminan rayos celestiales;
Pero solo una duda se me ofrece.

DON GARCÍA.

Yo quiero que la duda me señales.

DON DIEGO.

El no pasar su calle haber jurado.

DON GARCÍA.

Yo te puedo absolver de ese cuidado.

DON DIEGO.

¿Cómo?

DON GARCÍA.

Condicional el juramento
Hicimos, solo en cuanto á enamorallas;
Y así, como llevamos otro intento, [llas
No se quiebra aunque vamos á ronda-
La puerta.

DON DIEGO.

Dices bien, y yo consiento
Castigallas; pretendo con vengallas,
Pues hago así su error mas conocido,
Que aun estoy mas furioso que ofendi- [do.

Salen DON RODRIGO Y DON FERNANDO.

DON RODRIGO.

Perdonad el entrarnos sin licencia;
¿Está en casa el señor don Lope?

DON GARCÍA.

Agora
Hizo, llevado de la misa, ausencia,
Y á eso vamos los dos porque ya es hora.
¿Habeisle de esperar?

DON RODRIGO.

Es diligencia [ra.
Que con cualquier tardanza se empeo-

DON GARCÍA.

Entrad donde os senteis.

DON FERNANDO.

Estos umbrales
Bastan.

DON GARCÍA.

No á los que son tan principales.

DON FERNANDO.

Andad con Dios; que es dia de precepto,
Y pienso que es muy tarde.

DON DIEGO.

Solamente
Nos llevara la misa.

(*Vanse don García y don Diego.*)

DON FERNANDO.

¡Qué discreto
Y qué cortés!

DON RODRIGO.

Cualquiera es bien prudente.

DON FERNANDO.

Que ha sido diligencia, te prometo,
Muy grande el descubrir tan brevemen- [te
La casa del autor destas injurias,
Con que ya empiezo á sosegar mis fu- [rias;
Que el ver que la venganza se avecina
Suspende y entretiene los furores.

DON RODRIGO.

Mientras él llega á ver la postrer ruina
De sus años, que habrán de darse en [flores
A la sangrienta parca, si te inclina
La piedad y suspendes los rigores,
En breve relacion diré.

DON FERNANDO.

Ya espero.

DON RODRIGO.

Como vivo de aquello por quien muero.
Pasando del mar las ondas,
Que sacrílego y soberbio
A los cielos desafía
En la campaña del viento,
Cuando, arrebatando arenas
De lo profundo del centro,
Quiere manchar la hermosura
De tanto dorado espejo,
A Méjico he navegado
Tres veces, mas con deseos
De ambicion que de codicia,
Honrado sí, no avariento;
Porque, siendo yo en Navarra,
Mi patria, de los mas buenos
(Que en lo que es tan conocido
Ser mi coronista puedo),
Le quiero obligar al Rey
A que me haga, como intento,
Merced de la roja insignia,
Portada de ilustres pechos,
Testimonio de la sangre
Leal, y lucido premio,
Que aun despues de muerto sirve
De pompa al mármol desierto.
Viniendo pues en la flota
Ultima con buen suceso,
No dado del mar acaso,
Debido á piadosos ruegos,
Puse los piés en Sevilla,
Gran madre y copioso pueblo
De admiraciones constantes
En edificios soberbios.
Vi á Leonor, tu hermosa hermana,
Cuyo poderoso incendio,
Sin perdonar lo sagrado,
Pidió al alma rendimiento.
Con imperioso desden
Estragos hizo y desprecios,
O por blasonar victorias,
O para dar escarmientos.
Sabiendo su calidad,
Celebrar quise himeneos
Con ella, y hacer dichosos
Mis años con tal acierto;
Cuando el Consejo, que rige
Tantos distantes imperios,
Adonde el sol y la luna
Se hacen tributarios nuestros,
Al tiempo que me propuse,
Con blando y cortés ingenio,
A intercesores felices
De tan alto casamiento,
Para el servicio del Rey
Me llama, dándome en esto
Ocupacion mas ilustre,
Bien que opuesta á mi amor tierno.
Fué la obediencia forzosa;
Que en los nobles el precepto
De superiores tan sábios
Tiene gran parte de cielo.
Supe que un pintor tenia
Un retrato de ella, extremo
De imitaciones, y amable
Robo por ser tan perfeto.
Pedísele con el oro,
Y resistióse, ofreciendo
Copiarle tan fiel, que pueda
Ser distinto y ser el mesmo.
Juntos los miré en mis manos,
Como aquí agora los veo,
Y turbada la eleccion,
Ocioso tuvo su efeto.
Al fin partí con el uno,
Que es este, á quien diferencio
Por la cinta verde, hermosa
Adulacion de el deseo.
Seis meses há que en Madrid
Estoy de amores tan ciego,
Que aunque muchos cortesanos
Me califican por necio,
La calle Mayor y el Prado,
Teatros tan lisonjeros,
Que halla el rey de los sentidos
Dulce suspension en ellos,
Con diligencias extrañas
Huyo, excuso y aborrezco,
De su tráfago ofendido,
De su pompa descontento.
Luego que á Madrid llegaste
Te vi, y el oculto fuego
Que en la sangre está encendido
Puso en tu amor sus extremos.
Sin saber por qué, ofrecíme
A servirte con esfuerzos
Tan grandes como tú sabes,
Tan fieles como yo siento.
Mas cuando en esta pasada
Noche retrato tan bello
Vi en tus manos, conocí
La causa de estos efetos.
Quise llevarle á mi casa,
Y entre dudas y recelos
Junté los dos, y conformes
Ser uno me respondieron.
Fernando, á Leonor adoro;
De mi hacienda y nacimiento
Podrá informarte la corte,
En quien tengo ilustres deudos.
Dámela por cara esposa;
Que altivo me la prometo,
Si no ultrajaren desdichas
Lo que abonaren los méritos.

DON FERNANDO.

Aunque tu relacion con cualquier parte
Me pudiera causar admiraciones,
La mano del sutil pintor venero,
Que pudo, siendo fiel, ser lisonjero.

(*Tómale los retratos.*)

Déjamelos ver juntos; ¡oh prodigio,
Adonde viene breve la alabanza
De la mas elocuente confianza!

DON RODRIGO.

No alabes al pintor, responde luego
A mi importuno amor; á Leonor pido,
Dame á Leonor, ó pediré á los cielos
Que flechen contra tí rayos de ira,
Hijos del fuego que mi pecho espira.
Dame á Leonor; que sin Leonor despre- [cio
Altivas y gloriosas ambiciones;
Merézcala el amor que en mí se enseña,
Y advierta tu poder á quién desdeña;
Mira que soy amor, no soy Rodrigo.

DON FERNANDO.

En los casos tan graves mas despacio
Consulto á la razon; espera y ama,
Y no dés mas aumentos á tu llama.
Mucho tienen las bodas de infelices
Cuando sin eleccion se hacen por gusto.

Con pasos caminemos soñolientos,
Y no serémos juego de los vientos.

DON RODRIGO.

Pues vuélveme el retrato.

DON FERNANDO.

¿Cuál?

DON RODRIGO.

El mio,
Que con la cinta verde se señala.

DON FERNANDO.

No pidas tanto.

DON RODRIGO.

Pido lo que es justo;
Que estas no son violencias de mi gusto

DON FERNANDO.

Pues advierte, Rodrigo. En la dichosa
Patria donde naciste tengo un tio,
Que en la virtud y sangre resplandece,
Decoro al tiempo y majestad al mundo,
De quien desesperó tener segundo.
Con su hijo, y mi primo, hemos tratado
Las bodas de Leonor, que han de seguirse
Despues de esta venganza generosa,
Si los hados la ofrecen venturosa.
Y no es bien que mi hermana allá casada
El bello robo de su rostro enseñes;
Que en las tierras pequeñas aun los buenos
Escándalo y horror hallan en menos.
Si fuera en esta corte ó en Sevilla,
Con tu casto deleite dispensara,
Pues jamás ofendieron los pinceles
La honestidad de las mujeres fieles.

DON RODRIGO.

Escúchame, por Dios.

DON FERNANDO.

No habrá razones
Con que puedas vencerme; en casa espero.

DON RODRIGO.

Oye, detente.

DON FERNANDO.

Estoy algo ofendido.

DON RODRIGO.

¿De quién?

DON FERNANDO.

De aquel pintor que, licencioso,
Roba el valiente rostro de mi hermana,
Pues le profana su avaricia necia,
Que poniéndole en precio, le desprecia.
(*Vase.*)

DON RODRIGO.

¡Ay de mí, cuán vanamente
Esparcí mi confianza,
Pues peligro en la bonanza
Por un pequeño accidente!
Desdicha ha sido la mia
Tan singular, que no hubiera
Quien su daño previniera,
Porque no se conocia;
Que ya mi infelicidad
Tanto en mí mal se entretiene,
Que á mis desdichas previene
Invencion y novedad;
Porque es tanta la aspereza
Que en mi estrella conocí,
Que aun ha mudado por mí
Su estilo naturaleza.
Mas ya que aquí me quedé
Con mi espada valerosa,
Hoy en la sangre alevosa
Deste hombre me vengaré.
Pero el no haberle jamás
Visto me puede traer
Daño.

Salen DON DIEGO y DON GARCÍA.

DON GARCÍA.

Déjase entender
Ya por lo menos lo mas.
Yo desde hoy he renunciado
Aun el mirar sus umbrales;
Que con desengaños tales
No puedo amar obstinado.

DON DIEGO.

¿Aun se está aquí el forastero
Que busca á don Lope?

DON GARCÍA.

Sí.

DON DIEGO.

Y aun me ha parecido á mí,
Por lo que en él considero,
Que este hombre no está gustoso,
Y que el negocio que tiene
Es de gran peso.

DON GARCÍA.

Conviene
Que le hables artificioso.

DON DIEGO.

Déjame solo, y sabrás
Despues el suceso todo.

DON GARCÍA.

Fio del prudente modo
Tuyo que le vencerás;
Y conviene penetralle
El alma, porque no sienta
Don Lope aun sombra de afrenta
En casa que ha de amparalle.

DON DIEGO.

Soy del mismo parecer;
Déjame solo.

DON GARCÍA.

De modo
Me voy, que me quedo todo
Contigo. (*Vase.*)

DON DIEGO.

No es menester.—
Caballero, ¿á quién buscais?

DON RODRIGO.

Ya cuando á misa os partistes,
Señor, de mí lo entendistes.

DON DIEGO.

Por don Lope preguntais;
¿Conoceisle?

DON RODRIGO.

No, Señor;
Pero el hombre que venia
Haciéndome compañía,
Que es persona de valor,
A lo que de él entendí,
Le conoce.

DON DIEGO.

No creais
Tal.

DON RODRIGO.

Pues ¿por qué lo dudais
Tanto?

DON DIEGO.

Porque no es así.

DON RODRIGO.

¿Qué certidumbre teneis
De que se engañó?

DON DIEGO.

Si él fuera
Hombre que me conociera,
Viéndome como me veis,
Ya me hubiera conocido.

DON RODRIGO.

Luego ¿vos sois?

DON DIEGO.

Sí, yo soy;
¿Qué me quereis? Aquí estoy
Para todo prevenido;
Que entonces, porque partí
A cumplir con tanta prisa
La obligacion de la misa,
A conocer no me dí.

DON RODRIGO.

¿Posible es que pudo errarse
En vuestro conocimiento
Un hombre de entendimiento?

DON DIEGO.

Es fácil el engañarse.
Yo soy, ved qué me quereis,
Porque, si me lo ocultais,
Justas sospechas me dais
De que otros fines teneis.
Hablad con resolucion;
Que ya no saldréis de aquí
Sin que de vos para mí
Yo conozca la intencion.

DON RODRIGO.

Voy al caso.

DON DIEGO.

Al caso id.

DON RODRIGO.

¿En Sevilla no estuvistes
Algun tiempo, y de allá distes
Despues la vuelta á Madrid?

DON DIEGO.

No lo niego.

DON RODRIGO.

¿Festejastes
A doña Leonor, que es dama
Que dió ocasion á la fama
(Con lo que vos la infamastes)
De espanto y admiracion?

DON DIEGO.

(*Ap.* Tal mujer no conocí,
Pero diréle que sí.)
Adoré su perfecion,
Fué su beldad peregrina,
Y aun hoy la memoria adoro
De aquel honesto tesoro,
De aquella beldad divina.
(*Ap.* Bien le excuso por aquí
A don Lope algun disgusto.)

DON RODRIGO.

Vuestro proceder injusto
Me trae por ella y sin mí.

DON DIEGO.

Decidme, ¿cómo entendeis,
Señor, de mi vida tanto?

DON RODRIGO.

¿De esto recebis espanto?
Sé mucho mas.

DON DIEGO.

¿Qué sabeis?
Decildo, por vida mia.
(*Ap.* Ya en esto soy mas curioso
De lo que importa.)

DON RODRIGO.

Es forzoso
Cumplir con la cortesía.
Haré lo que me mandais:
Sé que aquí á doña Isabel
Y á doña Inés con infiel
Trato á un tiempo enamorais,
Las que viven en la calle
De el Rio, las dos que son
Madre y hija.

DON DIEGO.

(*Ap.* Otra ocasion
Hallé por examinalle,
De la misma que buscaba
Diferente, y para mí
Mas importante.) Es así,

Sabeis lo que aun yo ignoraba;
Mas vamos á vuestro intento.

DON RODRIGO.

Yo vengo á desafiaros;
Que en el campo he de mostraros
Que es vil vuestro pensamiento,
Pues á la ilustre belleza
De aquella dama ofendistes.

DON DIEGO.

¡Qué vana jornada hicistes
Con arrogante fiereza!
Enfrenar quiero el violento
Golpe de mi noble espada,
Porque esta casa alterada
No se oponga á nuestro intento;
Que yo, cuyo corazon
Está enseñado á vencer,
Huyo siempre de tener
Pendencias de ostentacion.
En el campo con recato
Reñiréis y sin cuadrilla;
Que acuchillarse en la villa
Es batalla de aparato.
Allí vence aun el que muere,
Con virtud jamás postrada,
Y aquí desnuda la espada
Mas resplandece que hiere.
Enviad mañana un criado
Con un papel, y el lugar
Donde me habeis de esperar
Me advertid.

DON RODRIGO.

Voy avisado.

DON DIEGO.

Proceded con gran secreto.

DON RODRIGO.

Tan recatado y prudente,
Que me llamen justamente
Amigo fiel y discreto. (*Vase.*)

Sale DON GARCÍA.

DON GARCÍA.

¿Qué hay, hermano?

DON DIEGO.

Admiracion,
Y no poca, para mí.

DON GARCÍA.

¿Cómo se ha entregado en tí
Tan violenta turbacion?

DON DIEGO.

Este don Lope ¿es pariente
Nuestro?

DON GARCÍA.

Él que sí porfia;
Yo de su genealogía
No anduve tan diligente,
Que lo haya averiguado;
Mas por la correspondencia
De cartas y diligencia
Que en mis causas ha mostrado;
El querer que me hospedara
En su casa, que lo hiciera
Si una desgracia no hubiera,
Que el intento le estorbara;
Verle andar con principal
Gente y en traje decente,
Me hace pensar que es pariente
Mio.

DON DIEGO.

No es mala señal;
Pero, con vuestra licencia,
He de averiguar su vida,
Que pienso que anda vestida
De infame y vil apariencia.

DON GARCÍA.

Templa, hermano, los verdores
De tu ardiente lozanía,
Mira que se llega el dia
De dar fruto entre esas flores;
Que ese indicio cauteloso,
Quizá en el viento fundado,
Puede llevarte arriscado
A un precipicio furioso.
Navegar mares inciertos
Desmiente prosperidades,
Porque á las temeridades
Se deben pocos aciertos.—
¿Qué es lo que quieres, Marina?

Sale MARINA.

MARINA.

Vuestras primas han enviado
Un bien gracioso recado.

DON GARCÍA.

Pasa adelante, camina.

MARINA.

Dicen con gran bizarría
Que, pues que no vais á vellas,
A veros vienen hoy ellas.

DON GARCÍA.

Diráslas que don García,
Por no esperarlas, se fué
De casa.

DON DIEGO.

Mas cortésmente
Responded.

DON GARCÍA.

Como lo siente
El alma, lo pronuncié. (*Vase.*)

MARINA.

¿Cómo se fué tan furioso?

DON DIEGO. (*Ap.*)

Si lo que yo sé supiera,
Menos furioso se fuera;
¡Qué huésped tan alevoso!
Mas yo quiero moderallas
La embajada de tal modo,
Que ni me despida en todo,
Ni me empeñe en esperallas,
Por quedar indiferente
Para lo que resultare
De lo que hoy examinare
De este fingido pariente;
Que es tal, que despues que oí
Su artificioso rodeo,
Traigo hecho espada el deseo
Contra él y contra mí.
¿Y querrá que no resista
Mi hermano á tanta vileza,
Juzgando que es gran nobleza
Dar crédito á un quimerista?
Que siendo tan bien nacido
(Aunque en ese hablo por mí),
Es desconocerse á sí
El no haberle conocido.

MARINA.

De tu parte ¿qué diré?

DON DIEGO.

(*Ap.* Responder cuerdo querria,
Sin arrogante osadía
¿Cómo templarme podré?)
Diráslas que nos llamó
Un ministro de los graves
Para un dicho, y que no sabes
El gran secreto, y que yo
Fuí del respeto llevado,
Y tambien porque vinieron
Dos alguaciles, que hicieron
Volver el gusto en cuidado.
¿Oyes?

MARINA.

Señor.

DON DIEGO.

Dilo así.

MARINA.

De ese modo lo diré.

DON DIEGO.

Engaño, yo os seguiré
Tanto, que acabeis en mí.
A los filos moriréis
De la razon que en mí está,
Aunque mas fácil será
Que vos á mí me acabeis. (*Vase.*)

MARINA.

Porque estas bodas divierta
Don Lope, ofrece copioso
Dinero, tan poderoso,
Que á la traicion me despierta.
El órden pienso guardar
Que me dejó don García,
Y á estas damas su osadía
Bárbara representar.
Olvidaré de don Diego
La prudencia con que habló,
Cuando modesto intentó
Templar de su hermano el fuego;
Que así pretendo irritar
Sus pechos, y con veneno
De tantas malicias lleno,
Celosa guerra sembrar.
Mas en el arte y el modo
De atencion me he de valer,
Que no me quiero perder
Por aventurarlo todo;
Que es digno de eternos daños,
Casi infierno merecía,
El que mal logró en un dia
Estudio de muchos años.
Parece que ya paró
Un coche, no me engañé;
Este la trompeta fué
Que á batalla me llamó.
En mis engaños sutiles
Fácilmente han de perderse;
Que un esclavo ha de valerse
Aun de las fuerzas mas viles.

Salen DOÑA ISABEL Y DOÑA INÉS.

DOÑA ISABEL.

¿No están mis primos acá?

MARINA.

No están acá, mis señoras;
¿Quién son las bellas auroras?
Duplicado el sol está.
¿Tales primas en el suelo
Mis dueños han conseguido?
Parentesco han contraido
Con los luceros del cielo.

DOÑA INÉS.

¿Qué alentada lozanía
De su natural salió?
Dime, amiga, ¿quién llevó
Lisonjas á Berbería?
Tierra que palmas produce
¿Cómo lisonjas consiente,
Si en ellas tan diferente
Fin se reconoce y luce?
Antes las palmas severas
Virtudes solian premiar,
Mas ya saben adular,
Como viles lisonjeras.

MARINA.

Apostaré que es doncella.

DOÑA INÉS.

Dime, ¿de qué lo inferiste?

MARINA.

Por lo que en la palma diste,
Vendráste á quedar con ella.

DOÑA INÉS.

La palma tuve ocasion,
Y por eso la tomé.

MARINA.

De tu virgen sangre fué
Justísima pretension.

DOÑA INÉS.

¡Qué ladina! qué discreta!
No tiene precio.

MARINA.

Sí tengo,
Porque á ser vendible vengo,
Y no hay cosa tan perfeta,
Que, en llegando á ser vendible,
No tenga precio y desprecio;
Que todo está en darse aprecio.

DOÑA INÉS.

Es su donaire increible.

MARINA.

¡Con qué terneza que os miro!
Bendigo mi esclavitud,
Pues por ella la virtud
De vuestras almas admiro.
¡Ay, suspiro descuidado!
Mas no, cuidadoso fué.

DOÑA ISABEL.

Como cautivo se ve,
Suspira el pecho abrasado.

MARINA.

No se empeñó mi suspiro
En mi triste cautiverio;
Causas de mayor misterio
Son, que al silencio retiro.
En vuestro amor se engendró
Este suspiro violento,
Y por eso atrevimiento
Tan licencioso tomó;
Porque si en mí se engendrara,
Sordo de el alma saliera,
O entre los labios muriera
Sin que el viento le gozara.
¿Cómo tú puedes tener
Años cincuenta de edad,
Y tan perfeta beldad
En ellos resplandecer?

DOÑA ISABEL.

¿Quién lo dice?

MARINA.

Don García,
Mi señor.

DOÑA ISABEL.

¿Mi primo?

MARINA.

Sí,
En quien mil señales vi
De traidora alevosía.
Señora, aunque te dé pena,
Te dice esto quien te ama:
Cuando te nombra te llama
La prima Matusalena;
Y hoy, levantando yo un plato,
Notando tu ancianidad,
Dijo que tenias edad
Para cualquier vireinato;
Mas yo, que miro esos dientes,
Que, á las de el aurora iguales,
Sobre esos rojos corales
Son perlas resplandecientes,
Presumo que se burlaba.

DOÑA ISABEL.

Necias burlas son, Marina.

MARINA.

Mia ha de ser la mohína,
Pues que contra mí fundaba
El engaño que aquí veo
Con mis ojos desmentido.

DOÑA INÉS.

De mí ¿qué te han referido?
Porque saberlo deseo.

MARINA.

Dijeron de tí estos dias,
Y hoy, si no estoy engañada,
Que eres mujer tan delgada,
Que ser concepto podias,
Y aun pluma para escribir
En escuelas, aunque en suma
Está con pelo esta pluma,
Porque sabes maldecir.
Don Diego dijo: «Es la niña
Toda melindres y enfados,
Y un duende de los estrados,
Que anda con ropa y basquiña;»
Y concluyó (que el decoro
Tanto te ha perdido, Inés)
Que eres zancarron con piés,
Envuelto en seda y en oro.

DOÑA INÉS.

Bien ves que te han engañado;
Descúbrese la quimera,
Pues si yo zancarron fuera,
Tú me hubieras adorado.

MARINA.

Ved con qué gentil despejo
Con el zancarron me dió.

DOÑA ISABEL.

El gracejo te pagó
En moneda de gracejo.

MARINA.

Pues mas piedad pienso fuera
Dejar las burlas suaves,
Y hablaros en veras graves,
Aunque su golpe os doliera.

DOÑA ISABEL.

Habla, Marina, di quién
Te impide, verdades quiero.

MARINA. (*Ap.*)

Al fin desnudo el acero.

DOÑA INÉS.

La muerte nos está bien.

MARINA.

Apercebid la paciencia;
Que es tal la descortesía
De mi señor don García,
Que con loca inadvertencia
Dijo á voces que se fué
Por no esperaros; su hermano,
Aunque anduvo mas humano...

DOÑA INÉS.

¿Por qué te turbas?

MARINA.

No sé,
Aunque sí sé; porque vi
Poco menor sequedad
En él, y esta libertad
Se funda, á lo que entendí,
En que traen los pensamientos
En otra parte ocupados,
Divertidos y entregados
Al arbitrio de los vientos,
Y hacen tan loca fineza
Por damas, que están las tales
Léjos de seros iguales
En calidad y en belleza.

DOÑA ISABEL.

Bien puede amor cegar cualquier deseo
Y triunfar de un espíritu constante,
Que se opone arrogante
A sus violentas leyes,
Temidas y adoradas de los reyes.
Que esté en otras memorias ocupado
Y contra la razon tiranizado
Mi primo, ni lo dudo ni me ofendo;
Acto de amor jamás le reprehendo,
Que es libre el albedrío,
Y busca novedades licencioso,
Que en la inquietud pretende su reposo;
Mas al ejercitarse
En descortés desprecio,
En vez de amante, nos le ofrece necio.
Pudiera ser despojos de otra dama,
Y ser cortés conmigo;
Mas yo ya le prevengo tal castigo,
Que en mi satisfaccion, como en su afrenta,
Traiga fuerza violenta.

MARINA.

Tanto vuestro decoro han ofendido,
Que hablan de vuestro casto honor con saña,
Y el uno al otro cauteloso engaña,
Diciendo con espíritu atrevido
Lo que yo aun no lo fio de los labios,
Que no han de pronunciar vuestros agravios.

DOÑA ISABEL.

Cielos, de las virtudes protectores,
Fidelísimo amparo
De la honesta esperanza,
Castigad esta ofensa;
Que tanto atrevimiento
Injuria al sol y le apadrina el viento.
No es bien que tantos bárbaros errores
Manchen de nuestro honor las castas flores;
Dime, querida Inés, ¿cómo á los cielos
Presentas tus agravios?

DOÑA INÉS.

Llama es la que fué púrpura en mis labios,
Y el que antes pecho fué, volcan de celos;
Mas yo tengo la espada prevenida,
Que con noble venganza,
Vida de mi esperanza
Será y fin de su vida;
Que el esposo que tengo yo elegido
No reconoce igual en todo el suelo.

DOÑA ISABEL.

El mio prenda fué dada del cielo.

DOÑA INÉS.

No puede hacer al mio competencia.

DOÑA ISABEL. (*Ap.*)

¡Ay Dios, cuánto estimara
Poder hablar agora libremente,
Y pasar á los labios desde el pecho
El nombre de don Lope, el desengaño
De esta que competirme ha pretendido
En la eleccion dichosa de marido.

DOÑA INÉS.

(*Ap.* Amor, á no ser larga esta licencia,
Publicara aquel último secreto
Que en mí depositaste,
Viera mi madre el venturoso efeto,
Pues conociendo que á don Lope adoro,
La pusiera ambicion tanto tesoro.)
Mas ¿qué hacemos aquí tan divertidas
En nuestra propia injuria?
Espire el corazon llamas y furia.

DOÑA ISABEL.

Administre venganza,
Crezca fuerzas al daño,
Que en este desengaño
Disculpa llevó para mi mudanza.

DOÑA INÉS.

Yo pediré sus armas á los cielos.

DOÑA ISABEL.

Bástanme á mí las que me dan los celos.

(*Vanse doña Isabel y doña Inés.*)

MARINA.

Arded, arded las dos; que así conviene
A aquel que en esforzar estos engaños
Puesta su dicha tiene,
Pero yo, al escapar de tantos daños,
¿Cómo sin daño puedo?
Mas, ay ¡qué tarde me ha llegado el miedo!
¿De qué efeto será llegando tarde?
Animáos pues, espíritu cobarde,
Sigamos nuestra suerte,
Pues es accion gloriosa,

O sacudir la esclavitud odiosa,
O entregarse á los filos de la muerte;
Que despues del sangriento y negro oca-
De sus trágicos pálidos horrores [so
Amanece la fama en resplandores,
Ilustre asunto me provoca y llama,
Morir infame y renacer en fama.

Vase, y al tiempo que vuelve las espaldas, sale MONDEGO *y llámala.*

MONDEGO.

¡Ah señora! to, to, to,
¿Quién la dijo sal ahí,
Que se nos sale de aquí?
Diga, ¿por qué no ladró
Cuando me sintió que entraba?

MARINA.

¡Oh finísimo picaño!
Así me dieran el paño.

MONDEGO.

Por Dios, bellísima esclava.
Bravos ojazos; si aguzas
Sus rayos, yo me perdí;
Por Dios, que en sus niñas vi
Dos valientes moros Muzas.
Cautivan almas, despojos
De que á poblar los veniste;
Que el Argel donde naciste
Te trujiste acá en los ojos.

MARINA.

Pregúntote, por mi vida,
¿Qué tabernero te dió
Vino tan cortés? Que yo
Debo estarle agradecida.
¿Cuándo yo te he merecido
Favor que es tan singular,
Que aquí vienes á gastar
La alegría que has bebido?

MONDEGO.

¿Desprecias requiebros mios?

MARINA.

Antes los juzgo amorosos;
Que requiebros tan vinosos
No serán requiebros frios.

MONDEGO.

Ojos tiernos, tu belleza
Cuando la miro me debe...

MARINA.

Ojos tiernos en quien bebe
Son achaque, y no fineza.

MONDEGO.

Tus dos mejillas, Señora,
Se cortaron...

MARINA.

No soy vana.

MONDEGO.

De las mantillas de grana
En que envuelven á la aurora;
De tus dientes excelentes
No hablo nada.

MARINA.

¿Cómo así?

MONDEGO.

Porque es pulla para tí
Hablarte, Marina, en dientes.
¿Tenemos algo de nuevo
En aquel punto?

MARINA.

Sí, vén;
Que quiero que sepas bien
El suceso.

MONDEGO.

Ya le aprueba.
Vé delante.

MARINA.

¿Por qué atajos
Buscas?

MONDEGO.

Tus dientes temí;
Quiérolos librar así
De peligro á mis zancajos.

MARINA.

Delante has de caminar
Esta vez, y no te alteres,
Porque si acaso cayeres,
Te pueda yo levantar.

MONDEGO.

Voy delante.

MARINA.

Y yo te sigo;
Líbrete Dios que te corra.

MONDEGO.

¿Por qué?

MARINA.

Soy perra, y tú zorra.

MONDEGO.

Al fin voy con mi enemigo.

(*Vanse.*)

JORNADA TERCERA.

DON LOPE, MONDEGO Y MARINA.

DON LOPE.

¿Ya de mi estos ignorantes
Se recelan?

MARINA.

Sí, Señor.

MONDEGO.

Mira si entienden la flor
Estos leones amantes.
Pocas burlas con leones,
Que á la primer manotada
Te dejarán desollada
La piel de tus invenciones.
Y en quitándote (¡oh gran daño!)
Esta piel de caballero,
Quedas (decir te lo quiero)
Hecho un cadáver picaño.

DON LOPE.

No los temo.

MONDEGO.

¿La razon?

DON LOPE.

Pinta Isopo á la raposa
Siempre engañando ingeniosa
La fiereza del leon. (*Háblale al oido.*)
Llega el oido y aplica
El entendimiento en él.

MARINA.

El caballero novel
Tiene inventiva tan rica,
Que con diversa tramoya
El juicio les volverá
A mis dueños, y será
Segundo Sinon en Troya.

MONDEGO.

¡Oh qué ingenioso procedes!
Sutilísima invencion;
Si aciertas la ejecucion,
Darte parabienes puedes.
¿Cómo hallas tan varias tretas
Para mentir? Yo he pensado
Que es tu consejo de Estado
De sastres y de poetas.

DON LOPE.

Por Dios, peregrina union;
¿Cómo se pueden unir?

MONDEGO.

En el hurtar y el mentir
Una misma cosa son.

MARINA.

Los poetas á los sastres
Bien pueden ser comparados,
Pues, segun son desgraciados,
Todos ellos son desastres.

MONDEGO.

Ya no, gracias al Mecénas,
Cuyas fértiles olivas
Ofrecen luces tan vivas
A nuestras musas amenas.

MARINA.

¡Oye! que mis dueños vienen.

DON LOPE.

¡Qué presto que los oyó!

MONDEGO.

No los oyó, los sacó
Por el olfato; que tienen
Narigudo natural
Los perros, que á su señor
Conocen por el olor.

Salen DON GARCÍA Y DON DIEGO.

DON LOPE.

No hablas bien si no hablas mal.
Ya va de juego, ten cuenta;
¡Jesus, Jesus! (*Cae don Lope.*)

MONDEGO.

Él cayó.

DON GARCÍA.

¿No es don Lope? ¿Qué le dió?

MONDEGO.

La triste pasion violenta
Que se le suele cargar
Sobre el corazon.—Marina,
Quitémosle esta pretina;
Tambien me ayuda á quitar
Los botones.

MARINA.

¿Qué mas quieres?

MONDEGO.

Estas vueltas le aflojemos
De los brazos; no valemos
Los hombres, sin las mujeres,
Nada en una enfermedad;
Por Dios, que es gente piadosa.

MARINA.

Llevarle á la cama es cosa
Mas segura.

MONDEGO.

Gran piedad.
Seguir tu consejo quiero;
Vamos, que yo he de ayudarte.
(*Levántanle del suelo entre todos, y cáesele un papel del pecho á don Lope.*)
¿Hasta en esto has de mostrarte?
Cantar tu piedad espero.

DON DIEGO.

¡Qué dichoso es el marido
Que tiene mujer suave
En dolencia larga y grave,
De su agrado socorrido!
¡Qué bien le sabe servir!
¡Qué apacible le entretiene!

MONDEGO.

Es por el gusto que tiene
En pensar se ha de morir.
Si es que le asiste á curar,
No es por lo bien que le ama,
Mas por cobrar buena fama,
Para volverse á casar.
Fines lleva no entendidos
En aquellas obras mudas;
Que hay mujer mano de Júdas,
Que es toda mata-maridos.
(*Entrase Mondego, con don Lope en los brazos.*)

DON DIEGO.

Este papel se cayó
A don Lope, que en el pecho
Le traia, y satisfecho
Quedaré con verle yo.

DON GARCÍA.

Eso no, por vida mia;
Que se le hemos de volver
Sin leerle; que viene á ser
Género de alevosía
Leerle sin su voluntad.

DON DIEGO.

Leerle con la mia quiero.

DON GARCÍA.

No es accion de caballero,
Sino mucha liviandad.

DON DIEGO.

Yo para esto degradarme
Quiero de la fantasía
De tanta caballería;
Por Dios, que he de aventurarme.

DON GARCÍA.

Mirad que le romperé.

DON DIEGO.

No romperéis, vive...

DON GARCÍA.

Hermano,
No jureis.

DON DIEGO.

Quitad la mano,
Si así no excusais que os dé
Luz de tantas invenciones;
Que yo del papel confio
Que no vendrá muy vacío
De engaños y de traiciones.
No beber el desengaño
Quereis; pues ello ha de ser,
Prevenios á beber
La muerte de vuestro engaño.
Leo.

DON GARCÍA.

Estoy tan persuadido
De vos, que diré que sí
Para vos, no, para mí.

DON DIEGO. (*Abre el papel y léelo.*)

Tambien me daréis oido.
Firma *el conde Pinabelo;*
¿Veis cómo hay mucho que ver?

DON GARCÍA.

Presto; que puede volver
Mondego.

DON DIEGO.

Justo recelo.

(*Lee.*) «Habiéndoos pedido por un »papel, de mi parte y de la del marqués Fabio, advirtiésedes á vuestros »huéspedes excusasen el acudir de no»che á la calle de aquellas damas ma»dre y hija, por excusar el aventura»llos y el aventurarnos, dijistes al »criado de palabra que esos caballe»ros eran vuestros huéspedes y deu»dos, y que á tan libre peticion respon»deríades mejor con la espada que »con la pluma; advertidme con el por»tador dónde me quereis dar esa res»puesta, y sea luego. Dios os guarde. »— *El conde Pinabelo.*»

DON GARCÍA.

Suspenso os habeis quedado,
Vuestra injuria habeis leido;
Por don Lope ha respondido
El cielo, en él agraviado.
Con el fuego de amor fiel,
Que en este papel esconde,
Gallardamente responde
Por nosotros y por él.
No seais ingrato, por Dios,
De hoy mas; que, en la opinion mia,
Cuanto por vos respondia
Os está acusando á vos.
¿Quién tal caso no admiró,
Pues él os dió y vos le distes,
Él bien que no merecistes,
Vos mal que no mereció?
¿Al fin callais?

DON DIEGO.

Os confieso
Que me da bien que pensar
El suceso, y por pagar
Lo que debo á este suceso,
Y tambien satisfacer
Unas dudas que hay en mí,
Que fácil las admití,
Y no las puedo vencer,
Al alférez he de hablar
Don Martin, que há muchos años
Que á don Lope trata.

DON GARCÍA.

Extraños
Caminos quereis buscar.

DON DIEGO.

Voyme, porque ya anochece,
Y esta hora señalé
De verme con él. (*Vase.*)

DON GARCÍA.

Diré
Que jamás os amanece.—
De esta ofensa á mí me alcanza
Aun mas que mi hermano piensa;
Que es en mí mayor la ofensa
Que en él la desconfianza.—
¿Qué hace el enfermo, Marina?

Salen MARINA y MONDEGO.

MARINA.

Siéntese mas aliviado.

DON GARCÍA.

Gracias doy á tu cuidado.

MONDEGO.

Es enfermera divina.

DON GARCÍA.

Como á mi propia persona
Le regala; no he tratado
Caballero mas honrado.

MONDEGO.

Señor, tu virtud le abona.

DON GARCÍA.

La virtud que asiste en él
Le ilustra y le califica,
Que es joya preciosa y rica,
Digna de su pecho fiel.

MONDEGO.

Vos le honrais.

DON GARCÍA.

Bien justamente;
Que á un varon tan valeroso
Mas le amo por virtuoso
Que por mi deudo y pariente. (*Vase.*)

Sale DON LOPE.

DON LOPE.

¡Qué bien hizo su papel
El papel!

MONDEGO.

Tú has negociado
Barato, pues no ha costado
Matar fuego tan cruel
Mas que solamente un pliego
De papel (hazaña brava).
No pensé que se mataba
Jamás con papel el fuego,
Y mas fuegos semejantes
Al que aquí vimos arder,
Porque el papel suele ser
La leña de los amantes,
Principalmente de aquellos
Que son, con necias lisonjas,
Trasgos de tornos de monjas,
Que el papel habla por ellos.

DON LOPE.

Razon será que confieses
A mi ingenio este blason.

MARINA.

Poco papelistas son
Estos amantes leoneses.
Mal ser fulleros mostraron;
Que amor quiere penetrarse.

MONDEGO.

No supieron descartarse,
Y encartados se quedaron.

DON LOPE.

Esta vuelta de cadena
Recibe, Marina mia,
Y espera de mí, confía.

MONDEGO.

Oye, señora morena,
Mire que no espere nada
Mas que lo mismo que ve;
Que el espera siempre fué
Dádiva desesperada;
Y así, yo tan solo creo
En lo que miro presente;
Que el espera es propiamente
Dádiva para un hebreo.
Solo en la esperanza como
De Dios, porque esta es efeto.

DON LOPE.

Por eso dijo un discreto
Que es Dios lindo mayordomo.

MONDEGO.

Verdad es que experimento
Con mas verdad cada dia.

DON LOPE.

El que la dijo tenia
Claro ingenio y nacimiento. (*Vase.*)

MONDEGO.

Buena cadenilla, y tal,
Que en tí cobra mas tesoro,
Porque se realza el oro
En tus manos de cristal.

MARINA.

¿Cristal yo? Quita, desvia;
Caro requiebro.

MONDEGO.

¿Por qué?

MARINA.

Porque si es de cristal, fué
Comprado en la platería.

MONDEGO.

Por jazmines las celebro.

MARINA.

Mal requiebro.

MONDEGO.

¿Por qué mal?

MARINA.

Es requiebro temporal,
Pasa junio y no hay requiebro;
Esa alabanza florida
Casi á ser injuria viene,
Porque es tan mortal, que tiene
Solos dos meses de vida.
Oir requiebros quisiera
Nuevos á la poesía,
Sin ir á la platería
Ni esperar la primavera.

(*Vanse.*)

Sale DON RODRIGO, *solo.*

DON RODRIGO.

Caminando voy, sin ver
Dónde me llevan las plantas,
Veloces mas que felices;
Que traen las desdichas alas.
¡Oh imperio duro de amor,
Con cuánto dolor del alma
La sombra del sol perdí,
Que fué luz de mi esperanza!
Perdí una tabla en el tiempo
Que con las ondas airadas
Peleaba de mi fortuna,
Y anegaréme sin tabla.
Este es el campo, y aquellas
Son las puertas de la casa,
En quien don Lope fabrica
Torres á sus esperanzas.
Aquí es donde don Fernando
Y yo la noche pasada
Quisimos hacer su sangre
Triunfo de nuestras espadas.

Sale DON FERNANDO.

DON FERNANDO.

A don Rodrigo parece
Aquel que en acciones varias
Gran divertimiento muestra
Por culpa de mi ignorancia.
Quitéle el retrato al tiempo
Cuando en él pude á mi hermana
Dejar resguardo á sus bodas,
Por si las primeras faltan.
Vana presuncion de el hombre.
¡Qué fácilmente se engaña
Aquel que alargar se deja
De su altiva confianza!
Qué mal consejo fué el mio,
Pues la persona bizarra
De don Rodrigo pregona
De él virtudes soberanas!
Qué airoso que se pasea
Con gentileza bizarra!
La espada empuña; ¿si busca
De mis desprecios venganza?
De tanta cólera ciego,
No me ha visto, y como se halla
En este campo tan solo,
Habla airado en voces altas.

DON RODRIGO.

Mataréle, vive Dios.

DON FERNANDO.

Matar dijo, gran palabra;
Parece que estos son fieros
Con que á mi vida amenaza.

DON RODRIGO.

Pagaráme la osadía.

DON FERNANDO.

Si acaso osadía llama
El quitarle yo el retrato,
Será soberbia arrogancia.
Desatemos estas dudas;
Que hablándonos cara á cara,
El romperá su silencio,
Yo venceré mi inorancia.—
¿Qué haceis, señor don Rodrigo?
¿Quién os turba y sobresalta?

DON RODRIGO.

Oye, Fernando, y sabrás
De tantas iras la causa.
Despues que sin el retrato
Me dejaste entre las llamas
De mis altivos deseos,
Tributarios de la parca,
En casa de don García,
Donde tú conmigo estabas,
Entró ese don Lope, aquel
Que fué nube de tu fama.
Hablóme, y recebí espanto,
Porque, habiendo tú su cara
Visto, le desconociste,
Mas son del tiempo mudanzas.
Quedamos desafiados,
Y que yo le señalara
Por un papel, fué concierto,
El campo, el dia y las armas.
Mas apenas me partí
Para disponer la traza,
De que dí cuenta á un amigo
Digno desta confianza,
Cuando él, que bien le conoce
Há dias, me dijo tantas
Vilezas de sus costumbres,
Que me ofendí en escuchallas,
Pues por lo menos le habian
En el rostro y las espaldas
Hecho afrentas vergonzosas
Sin defendello su espada.
Yo sé bien que de este campo
Noche alguna apenas falta,
Con ofensa de estas rejas,
A quien dice que idolatra.
Verteré su sangre vil,
Y si aquí, por mi desgracia,
No viene antes que amanezca,
Le he de matar en su cama.
Tan lleno de este furor
En mi pensamiento estaba,
Que dije á solas conmigo,
Vertiendo veneno el alma:
«Mataréle, vive Dios,»
Y despues con mayor saña:
«Pagaráme la osadía,»
Como si con él hablara.
Yo cumpliré la promesa,
Mostrando en fineza tanta
Que soy tu mayor amigo,
Y muy galan de tu hermana.

DON FERNANDO. (*Ap.*)

Engañóse mi discurso.
¡Oh presuncion necia y bárbara,
Pues lo que fué en mi defensa,
Yo por mi ofensa juzgaba!
Sin duda que es don Rodrigo
Gran caballero en España;
Que este valor generoso
Nace de valiente causa.
A mi hermana darle quiero,
Pues que mi primo dilata
Estas bodas, fiel indicio
De que no sabe estimallas.

DON RODRIGO.

Daréle muerte esta noche;
Porque yo larga distancia
Tengo de estar de Madrid
Mañana al nacer del alba.

DON FERNANDO.

¿Cómo, don Rodrigo? ¿Dónde
Te partes?

DON RODRIGO.

Voy á Navarra,
Que desde allá de mi padre
He recebido una carta
En que el venerable viejo
Dice que le sobresaltan
De la mas comun y cierta
Aquellas últimas ansias.
Solo ocasion tan forzosa,
Solo tan urgente causa
Pudiera llevarme; ¡ay cielos!
Que en las últimas palabras
Dice que lo que le obliga
Mas á verme antes que salga
De este mundo, es darme el órden
(Aquí el ánimo me falta)
Que he de tener en casarme,
Porque ha elegido la dama.

DON FERNANDO.

¿Casar te quieres, Rodrigo?

DON RODRIGO.

Yo no quiero, él me lo manda.
Mira la carta.

DON FERNANDO.

Obedezco.

DON RODRIGO.

Al fin con mis propias plantas
Pasos doy hácia la muerte,
Y será ventura hallarla.
¿Hasla visto?

DON FERNANDO.

Sí, la firma
Quiero ver, ver y besalla;
¿Don Diego de Beamonte
Es tu padre?

DON RODRIGO.

¿Qué te espantas?

DON FERNANDO.

Porque es tu padre mi tio,
Pero di, ¿cómo te llamas
Mendoza?

DON RODRIGO.

Porque el hacienda
Muda el apellido y casa.

DON FERNANDO.

De esto ha nacido el engaño;
De tan forzosa inorancia
Se apadrina mi disculpa.
Toma los brazos y el alma:
Primo, tu esposa es Leonor.

DON RODRIGO.

En las mayores borrascas
Se pacifican las ondas,
Los vientos su fuerza amansan.

DON FERNANDO.

Sabe, primo, que ella es
La dama que te señala
Por esposa, y podrás verlo
De cartas que me acompañan.
Pero antes que consigas
Su mano hermosa, con manchas
De la sangre de don Lope
Tengo de lavar mi fama.
La noche llega, y escura,
Tanto, que pienso que traza
La muerte de este alevoso
Que de sus sombras se ampara.
Muera el aleve.

DON RODRIGO.

No dudes,
Mas oye una industria extraña,
Y es, que si acaso justicia,
Como en el lugar hay tanta,
Al mismo tiempo llegare
De la ocasion, por templalla
Y hacella que nos respete,
Hemos de usar de esta traza:
Tú has de llamarme el Marqués,
Yo á tí el Conde, y será causa
De que si nos retiramos,
Si no es grande la desgracia,
Elijan el no seguirnos.

DON FERNANDO.

Con tal prudencia lo trazas,
Que me obligas á entregarte
Un gran tesoro del alma.
Los dos retratos recibe;
Que es bien digna confianza,
Si has de ser dichoso dueño
De el original que aguardas.

DON RODRIGO. (*Habla con los dos retratos.*)

¡Oh vosotros, del sol copias mas bellas,
Donde tanto se esfuerzan los colores,
Que ambiciosas os buscan las estrellas

Por robaros robados resplandores!
¿Cómo pudo el pincel copiar centellas,
Mentir acciones y fingir ardores?
Suprema fué de el arte valentía
En fe de la verdad que aquí mentia.
Retratos de Leonor os miro, y tales,
Que, viendo perfecion tan ingeniosa,
Os juzgo ser, como ella, originales,
Viva verdad, no sombra mentirosa;
Porque su luz, que en rayos inmortales
Suave nace, y crece prodigiosa,
Os ha tan igualmente conmutado,
Que sois conmutacion, y no traslado.
Cualquiera de vosotros me parece
Unico, aunque sois dos (suma grande- [za),
Duplicados el número os ofrece,
Y únicos os propone la belleza;
Eterno oriente sois, que permanece,
Sin que decline el sol de la fineza
De aquel nativo resplandor primero,
Jamás occidental, siempre lucero.
A vosotros consagra por trofeos
Mi vista sus espíritus sutiles,
Porque aquí ve excedidos los hibleos,
Y halla mas ilustrados los pensiles;
Canora voz de espíritus orfeos,
O sacra emulacion de los abriles
Mas fértiles os cante; que yo en tanto
Aprisiono la voz y espero el canto.

DON FERNANDO.

Vuelve á pedir el alma á los pinceles,
Mira que te la llevan fugitiva; [fieles,
Que no es bien dar á sombras, aunque
Lo que se debe á la belleza viva;
En esta imitacion no te desveles,
Pues te aguarda virtud mas atractiva;
Mira que viene gente, escucha, espera.

DON RODRIGO.

Vengar la injuria de este sol quisiera.

Salen DON GARCÍA Y DON DIEGO.

DON DIEGO.

Supe que este don Lope es embustero,
Y que en la corte pasa introducido
A la gran dignidad de caballero;
Al fin es caballero permitido.
Compróle con lenguaje lisonjero
Y con temeridades de atrevido;
Que aquí tal vez se premian osadías
Y son las libertades bizarrías.
El marqués Fabio, el conde Pinabelo
Fueron fantasmas que formó su enga- [ño,
Con que injuriando á la verdad del cie- [lo,
Manchó esta casa y fabricó su daño;
Mintió culpas el vil, con que su celo,
Que fué tan atrevido como extraño,
Dando veneno en la fingida afrenta,
Irritar nuestros ánimos intenta.
De vuestra liviandad estoy corrido,
Que abraceis por legítimo pariente,
Sin haber gran exámen precedido,
Al que trofeos y blasones miente.

DON GARCÍA.

¿Testigo fiel no hicistes vuestro oid
Aquella noche, y vistes libremente
Hablar aquellos hombres embozados?

DON DIEGO.

No hay secreto constante en los criados;
Porque el suyo ha contado cómo fueron
Los dos de aquella fábula inventores,
Y aquellos dos señores se fingieron,
Ostentando mentidos resplandores;
Que á la fortuna así imitar quisieron,
Que tal vez pasar suele á los honores
Mas altos los mas viles velozmente,
Sin aplauso y con queja de la gente.

DON GARCÍA.

Pues yo aun sigo las sombras de mi en- [gaño,
Y en esta calle hasta el brillar del dia
Tengo de estar, pidiendo al desengaño
Mas luz que el rayo de el oriente envia;
Al Conde y al Marqués busco y con daño
Castigo justo y fiel de su osadía,
Verter su sangre en este campo espero,
Dando insignias de púrpura al acero.

DON FERNANDO.

¿Si este don Lope es?

DON RODRIGO.

No lo paréce.

DON FERNANDO.

Sus pasos seguiré.

DON RODRIGO.

Los tuyos sigo.

DON DIEGO.

Hácia acá viene gente.

DON GARCÍA.

El ruido crece;
Don Diego, acometamos, vén conmigo.

DON RODRIGO.

Pienso que la pendencia nos ofrece
Esta gente.

DON FERNANDO.

Si no es nuestro enemigo,
¿Habemos de reñir?

DON RODRIGO.

Yo reñiria,
Porque huir la ocasion es cobardía.

DON FERNANDO.

Yo siempre lo he tenido por prudencia.

DON RODRIGO.

Cuando no está á los ojos; mas llegada,
En cualquier hombre noble es indecen- [cia
Negalla el rostro y retirar la espada.

DON GARCÍA.

Desocupad la calle.

(*Ponen mano.*)

DON RODRIGO.

Esa violencia
La veréis en los dos ejecutada.

DON DIEGO.

¡Oh loco cuanto vano atrevimiento!

DON FERNANDO.

¡Oh aleves! vuestro fin será violento.

DON GARCÍA.

Defiéndense los dos con gallardía.

Salen TRES EMBOZADOS, *con una linterna.*

DON FERNANDO.

Por allí pasa luz y viene gente.
Retírese, Marqués, vueseñoría;
Que es la justicia.

DON RODRIGO.

Sí; que es indecente,
Conde, que aquí nos halle.

(*Vanse don Fernando y don Rodrigo.*)

DON GARCÍA.

Al claro dia
Iguala tanta luz.

DON DIEGO.

Vamos.

DON GARCÍA.

Detente;
Que no son la justicia, y cuando sea,
¿Qué importa que nos halle y que nos [vea?
Ya se fueron.

DON DIEGO.

Quisiera haber reñido
Antes con estos por el libre modo
Con que nuestros semblantes han he- [rido
Con su luz.

DON GARCÍA.

En Madrid se sufre todo.

DON DIEGO.

Yo en todas partes soy muy mal sufrido.

DON GARCÍA.

Yo en la corte á su estilo me acomodo;
Que no me toca á mí fabricar leyes
A los ojos sagrados de los reyes
Ya el vil nombre no darás
A don Lope de embustero;
Que á tan noble caballero
Mas reverencia tendrás.
Ya al Marqués y al Conde oiste.

DON DIEGO.

Sí, pero aun queda mi pecho
De este hombre mal satisfecho.

DON GARCÍA.

¿Dudas lo mismo que viste?
De los hombres principales
Habla con estimacion;
Que es igual obligacion
Hablar bien de los iguales.
Con fácil credulidad
A sus émulos creiste,
Error con que desmentiste
Nuestra antigua calidad.
¿Quién duda que te hallarias
En un corrillo de aquellos
Que peinan barba y cabellos
Y adulteran damerías?
Y admirando sus valientes
Brios vanos, tal te hiciste,
Que el veneno recebiste
De estos Narcisos serpientes.
Si es que te quieres casar
Y dispensar liviandades,
Sin ofender calidades
e otros, te puedes manchar
Que, vive el cielo, que estoy.
El lo sabe.

DON DIEGO.

Hermano, espera
Y el respeto considera
Que por anciano te doy.
Suspende tan vanas furias,
Corrige vanas pasiones,
Y de las reprehensiones
No hagas parte las injurias.
¿Cómo me das casamiento
Tan desigual y engañoso,
Cuando ves que estoy celoso
Aun de los pasos del viento?
Yo no niego lo que vi,
Que fuera temeridad,
Mas tambien haré verdad
Lo que de don Lope oí.

DON GARCÍA.

¿Adónde?

DON DIEGO.

En este lugar
Mismo; porque quien espera,
Aun mas de lo que quisiera
Tal vez suele averiguar.

DON GARCÍA.

Yo estoy del sueño vencido.

DON DIEGO.

Lo mismo es que de el engaño;
Mal verás al desengaño
Cuando de él te hallas rendido
Alienta las luces muertas
De tus ojos, mal vencidas;
Que diligencias dormidas
No hallan verdades despiertas.
Noble y perfeta hermandad
Te obliga á asistir conmigo;
De tu verdad fuí testigo,
Seráslo de mi verdad;

Y si es que acaso engañoso
Fuere el discurso en que espero,
Serás solo el verdadero,
Y yo el vano y sospechoso.

DON GARCÍA.

Escucha; que por allí
Viene gente, y recelosa.

DON DIEGO.

Por si llega cuidadosa,
Retirémonos aquí.

Salen DON LOPE Y MONDEGO.

MONDEGO.

¿Al fin das en proseguir
Este engaño?

DON LOPE.

No es engaño
Si de mi pobreza el daño
Quiero con alas huir.
He vivido de artificio
Tanto tiempo, que no sé
Ya qué tretas usaré
En tan peligroso oficio.

MONDEGO.

¡Oh poltron, que al floreciente
Ingenio dejas rendir!
¿En el campo de el mentir
Te estrechas tan cortamente?
No eres lucido oficial;
Con serte poca tarea,
Breve invencion, flaca idea,
Desconténtame el caudal.
Tus engaños por mas daños
Los veniste á recebir,
Pues te dieron el mentir
Tasado hasta ciertos años.
Admiracion grave siento,
Y es su fundamento fuerte
Que no mienta hasta la muerte
Quien miente de nacimiento.

DON LOPE.

Tambien se acaba el fingir,
Digo el sutil y curioso.

MONDEGO.

Miente menos ingenioso.

DON LOPE.

Es insolente mentir.
En un rico casamiento
Y que tenga calidad
Pongo mi felicidad,
Bien honrado pensamiento;
Y este le he de conseguir
Buscando aun los viles medios;
Que no ha de excusar remedios
Quien no se quiere morir.
Salióme mal en Sevilla
Este intento; aquí no sé
Cómo de el caso saldré.

MONDEGO.

Tu empresa me maravilla.

DON LOPE.

Llama á la ventana.

DON DIEGO. (*Ap.*)

Ya
Se acercan á la ventana.

DON GARCÍA. (*Ap.*)

Empresa necia, y ¡qué vana
Aun la intencion les saldrá!

DON DIEGO. (*Ap.*)

Deja que llamen primero,
Y espera el suceso.

DON GARCÍA. (*Ap.*)

¿Quién
Con sangre de hombre de bien
No desnudara el acero?

DON LOPE.

Mondego, llama tan récio,
Que las hagas despertar.

MONDEGO.

¿Quieres que hasta en el llamar
Haga el exámen de necio?

DON LOPE.

Tú no has menester exámen,
Bastante aprobacion tienes.

MONDEGO.

Parece que á dar me vienes
Un prevenido vejámen,
Y al tiempo de amanecer
Será como el tiempo frio.

DON LOPE.

Llama.

MONDEGO.

Será desvarío
Tan dulce sueño romper.
Como en el sueño me empeño
Siempre con tal voluntad,
Trato con gran caridad
De mis prójimos al sueño;
Porque el sueño, si se advierte,
Es, con virtud conocida,
Parte mayor de la vida,
Aunque imágen de la muerte.

DON LOPE.

Deja de filosofar.

MONDEGO.

Hágolo muy pocas veces.

DON LOPE.

Y esas desprecio mereces,
Porque llegas á cansar.

DON DIEGO. (*Ap.*)

Don Lope es este; salí
Con mi intento. He conocido
Talle y voz.

DON GARCÍA. (*Ap.*)

Estoy corrido
De que jamás lo creí.

MONDEGO.

¿Oyes?

DON LOPE.

¿Qué?

MONDEGO.

Las cinco dan,
Y el alba empieza á reir
De que nos ve sin dormir
Cuando ellas durmiendo están.
En la esquina de allí enfrente
Pienso que gente he sentido.

DON LOPE.

Yo tambien, y he prevenido...

MONDEGO.

Di lo que tu ingenio siente.

DON LOPE.

El irnos pues con el dia.
Aquí es imposible hablar;
Que despues en mi lugar
Vendrá la africana espía.

MONDEGO.

¡Oh! la Marina es princesa
De berberiscas esclavas;
Solo con menear las habas
Hace jardin de una artesa.
Suele el infierno cercar
Con sacrílegos conjuros,
Y pues le cerca los muros,
Sin duda le quiere entrar.
Siempre mormura entre sí,
Y es que trae allá consigo
Algun familiar amigo,
Con quien razona.

DON LOPE.

¡Ay de tí!

MONDEGO.

Ay de ella es lo verdadero,
Mas ¡ay de mí, que podria
Tener aquí por espía
Algun duende gran parlero!

(*Vanse los dos.*)

DON DIEGO.

Yo conseguí la vitoria.

DON GARCÍA.

Con la luz que el alba da
Todo lo he visto.

DON DIEGO.

Él se va
Con nuestra pena y su gloria.
Vive el cielo, que quisiera
Haberle aquí castigado,
Porque donde fué culpado
Ejemplar pena tuviera;
Que si aquí los instrumentos
De mis aceros bañara,
A estas piedras les dejara
Sangre suya y escarmientos.
¡Ah hermano! yo la nobleza
Alabo de tu bondad,
Mas tanta credulidad
Fué liviandad y flaqueza;
Que hombre tan ceremonioso
En las acciones que hacia
Mas atentas descubria
Un ánimo cauteloso;
Y te prometo...

DON GARCÍA.

No mas,
Hermano; que es dar veneno
Al pecho, que tengo lleno
De un volcan.

DON DIEGO.

Rendido estás.

DON GARCÍA.

Tan rendido y tan furioso,
Que por poderme vengar
Mas presto vengo á estimar
El estar de mí quejoso.
¿Qué esta liviandad se vea
En mujeres principales,
Y que yo de amigos tale
Tanto crédito posea?
¡Oh corte, toda aparato,
Fábula y ostentacion,
Prevenida en la invencion
Y cautelosa en el trato!
Dos dias no pienso estar
En Madrid.

DON DIEGO.

Que no es culpado
Madrid; tú sí, que has dejado
Tus esperanzas burlar.
Que á ningun lugar debemos
Mas, si somos ingeniosos,
Pues contra los cautelosos
De ellos mismos aprendemos;
Con que así en los mismos daños
Los remedios nos previene,
Porque en sus engaños tiene
Escuela de desengaños.
La corte es la verdadera
Clase, ilustra entendimientos;
Los demás son rudimentos,
Esta es la línea postrera.

DON GARCÍA.

Sea ilustre y generosa;
Que yo hallo mas ganancia
En mi sincera ignorancia
Que en su malicia ingeniosa.
Al fin me quiero partir
A una amena soledad,
Donde sonora verdad
Pienso á las aves oir.
Pues como fieles amantes,
Sin artificios traidores,
Cuando cantan sus amores
Dicen verdades constantes.
Pero antes he de hablar

A estas mujeres; que intento
Castigar su atrevimiento.

DON DIEGO.

¿Si te quieres despeñar?

DON GARCÍA.

Dime, ¿qué mas despeñado?

DON DIEGO.

¿Llamas? Estarán durmiendo.

DON GARCÍA.

Las ventanas van abriendo.

DON DIEGO.

Pues ¿para qué han madrugado?

DON GARCÍA.

Ayer supe yo que habian
De ir Atocha esta mañana,
Que á esta empresa soberana
Devotas se prevenian;
Que aunque en vida libertada
Viven con desasosiego,
Cenizas tienen del fuego
De esta devocion sagrada.

DON DIEGO.

Ya ellas salen.

DON GARCÍA.

Bien sabia
Yo que habia prevencion.

DON DIEGO.

Madrugó la devocion;
¡Qué temprana romería!

Salen DOÑA ISABEL y DOÑA INÉS.

DON GARCÍA.

No llegues; que desde aquí
Mas atentos las verémos;
Aunque no, llegar podemos.
¿Qué te parece?

DON DIEGO.

Que sí.

DON GARCÍA.

¿Adónde tan de mañana?

DOÑA ISABEL.

Respuesta dar no debia
A vuestra descortesía.

DON GARCÍA.

Sí haréis; que sois cortesana,
Y estáis en el proceder
De la corte puntual.

DON DIEGO.

En el campo estamos mal.

DOÑA ISABEL.

Visita no me ha de hacer
En mi casa el que se huyó
De la suya cuando en ella
Puse los piés.

DON GARCÍA.

Merecella
Aun por eso pienso yo;
Que despues que al Pinabelo
Y al Fabio marqués y conde
Vuestro gusto corresponde
Sin el honrado recelo,
Tendréis por muy buen partido
Que no os vea el que pudiera
Impedirlo.

DOÑA ISABEL.

No creyera
Que érades tan atrevido,
A no ver el licencioso
Lenguaje que agora usais,
Plática en que ya mostrais
Ser mas libre que curioso.
Las mujeres no podemos,
Aun las de mas altos nombres,
Excusarles á los hombres
Sus extremados extremos.
Las vanas galanterías
Que el Conde y Marqués tuvieron,
Si como fuego nacieron,
Fueron humo en breves dias,
Pues cuanto ellos arriscados
Siguieron su liviandad,
Con igual velocidad
Volvieron desengañados.
Mas ¿para qué cuenta os doy
A quien ni debo ni es justo?

DON GARCÍA.

De este proceder injusto,
Señora, admirado estoy.
¿Que esto se sufre en Madrid?

DOÑA INÉS.

Esto siempre lo veréis.

DON DIEGO.

¿Por qué el discurso rompeis?

DON GARCÍA.

Escuchad las dos, oid.
Si la noche que mi hermano
En Madrid puso los piés,
Que há tan poco tiempo, que es
Aun moderno cortesano,
Los dos la puerta paseaban,
Y en altas voces decian
Que de este jardin tenian
El fruto que deseaban,
¿Cómo con tanto furor
Lo que es tan cierto negais,
Y dar sombras procurais
A tan claro resplandor?

DOÑA ISABEL.

Pues si apenas há diez dias
Que aquí tu hermano llegó.

DON DIEGO.

Tantos há que vine yo.

DOÑA ISABEL.

Si es así, ¿cómo podias
Ver á los que están ausentes
Há cuatro meses y mas?
¿Que en ser quimerista das?
¿Que tan sin vergüenza mientes?
¿Cuándo esos hombres tuvieron
Favores, aun de las vanas
Vistas que dan las ventanas,
Que para ellos no se abrieron?
A toda la vecindad
Examina, y sabrás de ella
Si es resplandeciente estrella
La de nuestra castidad.

DON GARCÍA.

¿Esto niegas?

DOÑA ISABEL.

¿Esto afirmas?
Ni eres noble ni pariente
Mio, pues tan libremente
En tu opinion te confirmas.

DON DIEGO.

Esto no es para tratado
En el campo; aquí entrarémos
En tu jardin, y podrémos
Hablar con menos cuidado,
Ya que allá dentro no quieres
Darnos lugar.

DON GARCÍA.

Aun aquí
Estamos mas bien.

DOÑA ISABEL.

Sea así;
Di todo lo que supieres.

DON DIEGO.

Yo digo: ¿negar podeis
Que aquí un don Lope os pasea?

DOÑA ISABEL.

Eso no, y quiero que sea
Mi esposo, porque pagueis
Vuestro desprecio y locura.

DON DIEGO.

Por cierto que es el empleo
Igual con vuestro deseo.
Estimad vuestra ventura.

DOÑA ISABEL.

Haré tanta estimacion
Por mi gusto y vuestro daño,
Que antes que se cumpla el año
Tendrá premio su intencion.
Sin duda será mi esposo.

DOÑA INÉS.

Eso no lo puede ser;
Que yo he de ser su mujer;
Mi casamiento es forzoso.

DOÑA ISABEL.

¿Qué dices?

DOÑA INÉS.

Que tengo aquí
La cédula que él me dió,
Y otra que le hice yo
Tiene él mia.

DOÑA ISABEL.

¿Él te dió á tí
Cédula? Por vida mia,
Que el embuste bueno fuera
Si igual burla nos hiciera.

DOÑA INÉS.

Presto mostrar la podia.

DOÑA ISABEL.

Veamos.

DOÑA INÉS.

Toma.

DOÑA ISABEL.

Esta es
Su letra, y su firma es esta.

DON DIEGO.

¿Qué me dices de esta fiesta?
Es bien que engañado estés?
Qué dices?

DON GARCÍA.

Tan alevoso
Hombre en mi vida no vi.

DOÑA ISABEL.

¿Que don Lope encierra en sí
Un trato tan cauteloso?
Dice las mismas razones
Tu cédula que la mia.

DOÑA INÉS.

Pues su intencion ¿qué seria?

DOÑA ISABEL.

No entiendo sus intenciones.

Sale MARINA.

DON GARCÍA.

¿Tú en esta casa, Marina?

MARINA.

Triste de mí, yo soy muerta,
Disciplina tengo cierta.

DON DIEGO.

Diga, ¿por qué el rostro inclina?
A solas la he visto hablar
Con don Lope el embustero,
Y ella no menos; si infiero
Mal, ¿podránme castigar?
(*Saca la daga.*)

MARINA.

Señor.

DON DIEGO.

Déjate vencer;
Habla claro ó morirás.

MARINA.

Quita la daga, y sabrás
Cuanto pretendes saber.
Vuestro huésped, que procura

Fortuna á fuerza de engaños,
Intentando un casamiento
Noble, aunque por medios bajos,
A estas señoras engaña
A un tiempo, solicitando
Casarse con la mas rica
Siempre que llegare el caso.
A ninguna quiere bien,
Porque es tan interesado,
Que lo que le está mejor
Prefiere á lo justo y santo.
Solo quiere acomodarse
Por este modo, faltando
De el amistad á las leyes,
Enemigo del buen trato.
Pues á vosotros, señores,
Hizo una noche un engaño
Para echaros de esta puerta

DON DIEGO.

Verdad dices.

MARINA.

Verdad trato·
Porque su criado y él
Dos señores titulados
Se fingieron, y el don Lope
Dijo así, la voz mudando:
«¿En este campo qué hacemos,
Pues de este jardin llevamos...

DON GARCÍA.

Calla, escucha, no prosigas.

DOÑA ISABEL.

¡Oh vil!

DOÑA INÉS.

¡Oh infame!

DON GARCÍA.

¡Oh villano!

MARINA.

Era su intento con esto
Divertiros, y apartaros
De estas damas, y que yo
Ayudase al trato falso.
Confieso que así lo hice,
El ánimo arrebatado
De promesas y intereses,
Que me habrán de salir vanos.

DON DIEGO.

La confesion de tu culpa
Te absuelve. ¡Oh suceso raro!
Oh amigo falso! Quisiera
Dar castigo á tanto agravio.
Retírate allá, Marina;
Que nunca de los esclavos
Me espanto que sean traidores;
De los amigos me espanto.

Salen DON FERNANDO Y DON RODRIGO.

DON RODRIGO.

Señor don Lope, acá fuera
Una palabra.

DON DIEGO.

Engañado
Fuistes; que no soy don Lope,
Y en engaño que fué tanto
Me disculpa el ser su amigo,
Porque pretendí librarlo
De vuestro valiente acero,
Temeroso de su daño;
Mas ya que traiciones tantas
Sé de su vida, entregaros
Juro la persona misma,
Y con mi espada y mi brazo,
Para la satisfaccion
Vuestra, prometo ayudaros,
Y tomar á costa mia
Venganza de vuestro agravio.
¿Cuál es?

DON RODRIGO.

Intentó en Sevilla,
Insolente, y no bizarro,
Bodas con Leonor hermosa,
Hermana de don Fernando;
Y porque la disfamó,
Pretendimos, con matarlo,
Satisfacer nuestra injuria.

DON DIEGO.

Lograránse vuestros pasos.

DON RODRIGO.

Anoche aquí nos fingimos
Dos señores titulados
En este campo, queriendo
Sin riesgo nuestro matarlo;
Mas estorbólo una luz.

DON DIEGO.

¿Qué os parece de esto, hermano?
De aquí nació el confirmarse
El engaño en los dos tanto.

DON RODRIGO.

Él ha de venir agora
Aquí, que de su criado
Lo tenemos entendido;
Que no fué poco engañarlo.

DON GARCÍA.

Haced una cosa todos.

DON RODRIGO.

¿Qué?

DON GARCÍA.

Dejad puesto en mis manos
El castigo de este hombre.

DON RODRIGO.

Todos en tí le dejamos.

DON GARCÍA.

Pues para principio dél,
Es bien nos halle casados;
Dame la mano, Señora.

DOÑA INÉS.

El alma doy y la mano.

DOÑA ISABEL.

Y yo tambien á mi primo
Don Diego.

DON RODRIGO.

Aquí celebramos
Todos nuestro casamiento.—
Primo, tus brazos aguardo.

DON FERNANDO.

Yo te doy la mano, primo,
Por Leonor.

DON RODRIGO.

Yo el alma y brazos.
Llegué al puerto de mis glorias.

DON DIEGO.

Caso admirable y extraño.
Suspension; don Lope viene.

DON RODRIGO.

Muera.

Salen DON LOPE Y MONDEGO.

DON LOPE.

De veros me espanto
Tan conformes; gran desdicha.
¡Jesus, Jesus!

DOÑA ISABEL.

¡Oh villano!
Tus injurias, tus vilezas,
Que aun son veneno en los labios,
Todas tus culpas se saben.

DON DIEGO.

Marina de tus engaños
Ha dado larga noticia.

MONDEGO.

En la trampa habemos dado.
Vive Dios, que nos espera
Gentil borrasca de palos.

DON RODRIGO.

Vive Dios, que ha de morir.

DON GARCÍA.

Ya tenemos asentado
Que yo he de darle el castigo.

DON RODRIGO.

Por lo que hicieres pasamos.

DON GARCÍA.

¿Qué haces, Marina?

MARINA.

Aquí estoy.

DON GARCÍA.

Marina, desde hoy te hago
Libre, y te doy por esposo
A don Lope, y yo te mando,
Don Lope, no lo rehuses;
Porque, por el cielo santo,
Que te pasemos el pecho
Todos cuantos aquí estamos.

DON LOPE.

Obedezco á mi desdicha.

DON GARCÍA.

Así quedas castigado.

DON LOPE.

Dime, ¿por qué deste modo,
Morir pudiendo en tus brazos?

DON GARCÍA.

Tu culpa fué pretender
Casamiento rico y alto;
Y así, yo te doy la pena
Con el mas pobre y mas bajo.

MONDEGO.

Venga la gata de casa.

DON RODRIGO.

¿Para qué?

MONDEGO.

Porque está llano
Que, si á mi amo dan la perra,
Yo con la gata me caso.

DON LOPE.

Mi fábrica dió en el suelo.
Perdonad, varones sábios,
Al *Galan tramposo y pobre*,
Si hay perdon en yerros tantos.

COMEDIA FAMOSA

TITULADA

EL MAYORAZGO FIGURA,

DE DON ALONSO DE CASTILLO SOLORZANO.

PERSONAS.

DON DIEGO.
DON JUAN.
DON PEDRO, *anciano*.
MARINO, *lacayo*.
FELICIANO, *criado*.
DOÑA LEONOR, *dama*.
LUISA, *su criada*.
DOÑA ELENA, *dama*.
INÉS, *su criada*.
HERMENEGILDO, *criado*.
URBINA, *escudero*.
Dos CRIADOS.

ACTO PRIMERO.

Salen DON DIEGO Y FELICIANO.

FELICIANO.
Extraña pasion de amor.

DON DIEGO.
No pudo mas, Feliciano;
No está el sosiego en mi mano
Mientras dura su rigor.
Determina doña Elena
Dar dilacion á mi mal,
Aunque ve que es tan mortal.

FELICIANO.
Poco le duele tu pena;
Tus finezas, tus desvelos
Muy poco la han obligado,
Pues dilata tu cuidado.

DON DIEGO.
Testigos hago á los cielos
Que en firmeza, en aficion,
En servir y en adorar
Nadie me llega á igualar
De cuantos nacidos son.
Manifesté mi deseo,
Y ha sido della admitido,
Viendo que va dirigido
Al dulce y casto himeneo;
Y aunque muestra voluntad
Con estima de mi fe,
Quiere que dudoso esté
Del premio de mi lealtad,
Pues nunca estoy mejorado
De dicha, y de dia en dia
Corre la esperanza mia
Por término dilatado.
Ayer la representé,
Por si mi dicha mejora,
Cuánto la obliga deudora,
Y á persuadirla llegué
Que me honre con su mano
Por dar fin á mis pasiones.

FELICIANO.
¿Y prosigue en dilaciones
Su tema?

DON DIEGO.
Sí, Feliciano,
Hasta tener yo en la flota
Cartas.

FELICIANO.
Ver quiere primero
Certezas que tu dinero
No ha peligrado en derrota;
Y hallo que es un vil cuidado
Dar, la que trata de amar,
A interés primer lugar.

Sale MARINO, *de camino, con fieltro.*

MARINO.
Gracias á Dios, que he llegado.

DON DIEGO.
Marino, seas bienvenido.

MARINO.
Esos piés permite darme.

DON DIEGO.
Alza, Marino, á abrazarme.
¿Cómo en Sevilla te ha ido?

MARINO.
Bien, pues fuí por un socorro,
Y traigo toda una herencia.

FELICIANO.
No es nada la diferencia.

DON DIEGO.
¿Cómo?

MARINO.
Salto, brinco, corro,
Estoy loco de contento.

DON DIEGO.
Sosiega; ¡qué loco estás!

MARINO.
Señor, si albricias no das
De tu dicha, de tu aumento,
No esperes saber de mí
La nueva que estoy callando.
Albricias.

DON DIEGO.
Yo te las mando.

MARINO.
¿Buenas?

DON DIEGO.
Buenas.

MARINO.
¿Cierto?

DON DIEGO.
Sí.

MARINO.
Pues digo en breves razones
Que tu tio se murió,
Y su hacienda te mandó,
Que en barras y patacones
Son doscientos mil ducados,
Que con esta flota vienen,
Y en Sevilla te los tienen
Seguros ya y registrados;
Honrado tio has tenido.

DON DIEGO.
Téngale Dios en el cielo.

MARINO.
Y á nosotros en el suelo
Nos dé contento cumplido
Con herencia tan honrada.—
¿No digo bien, Feliciano?

FELICIANO.
Y aun rebien.

MARINO.
¿A qué cristiano
El heredar no le agrada?
Sea consuelo de tu pena
Tanta barra y patacon.

DON DIEGO.
Ya se llegó la ocasion
En que será doña Elena,
A quien estimo y adoro,
Dueño desta cantidad.
(*Ap.* Aunque es poco á su beldad
Darla de Creso el tesoro.)

MARINO.
Este pliego es de tu agente;
En él aviso te da
De lo que has sabido ya
De mí, aunque mas latamente.
Ahí viene el testamento
De tu tio, que verás;
Y si licencia me das,

Porque con hambre me siento,
Me apropincuo á la cocina
A ver si hallo un bocado
Que me deje consolado
De un hambre fiera y canina. (*Vase.*)

DON DIEGO.

Véte muy enhorabuena.—
Haz regalar á ese loco.—
Todo cuanto tengo es poco
Para tí, querida Elena.

(*Vanse.*)

Salen DOÑA LEONOR Y LUISA, *con mantos.*

LUISA.

Señora, ¿no me dirás,
Por mi amor y por tu vida,
Dónde con esta salida
Tan secretamente vas?
Tú has dejado al escudero,
Prevenida y recatada,
Con embozo y disfrazada;
Aunque es término grosero
Una criada saber
Lo que tú querrás negar,
Perdona; que el preguntar
Es tentacion de mujer.
¿Puedo saber de tu intento
La causa? Dila, Señora,
A quien tu designio ignora.
¿Es amor el fundamento?

DOÑA LEONOR.

Acertaste, Luisa mia;
Con este disfraz, amor
Quiere que sufra un rigor
Con que ofenderme porfia.

LUISA.

¿Y merécelo el sugeto?

DOÑA LEONOR.

Pues, si no lo mereciera,
¿Saliera desta manera?

LUISA.

Que es dichoso te prometo.

DOÑA LEONOR.

Antes su dicha no sabe,
Si es dicha quererle yo
Con tanto amor.

LUISA.

¿Cómo no?
Abra el secreto tu llave,
Y revélame tu pena,
Si de consuelo carece,
Y mi amor te lo merece;
Que estoy de tu empleo ajena.

DOÑA LEONOR.

Como há tan poco que estás
En mi servicio, no sabes
Mi tormento y penas graves;
Pues escucha y las sabrás.
En aquel dia festivo
De aquella antorcha divina,
Prodigio de santidad,
Del gran precursor Baptista,
De aquel sagrado profeta
Que en general solemnizan,
Con aplausos y alabanzas,
La cristiandad, la morisma;
Para celebrarle alegres,
En el abril de una quinta
A una opulenta merienda
Nos juntamos seis amigas.
Yace este ameno jardin
Tan cerca de las orillas
Del humilde Manzanares,
Que sus plantas fertiliza.
Rompiendo fué la carroza
Sus vidrieras cristalinas,
Hasta llegar al lugar
Que gustos me prevenia.
Despues de haber dél gozado
Las rosas, las minutisas,
Los jazmines, los claveles,
Las jaspeadas clavellinas,
El alhelí variado,
El adónis, la siringa,
El narciso, la retama
Y flor de la maravilla;
Despues que en los surtidores
Aumentó el contento risa,
Los descuidos castigados
Con las burlas prevenidas;
Cansadas de travesear
Por los cuadros que matizan
Hermosas flores que el alba
Guarnece de argentería,
Nos retiramos gustosas
A la casa, donde habia
Hermosas y alegres cuadras,
Debiendo á la pulicia
Del dueño un compuesto adorno
De escritorios, mesas, sillas
Y pinturas excelentes,
Recreo para la vista.
Haciase la merienda
En una estrecha cocina,
Debajo de aqueste cuarto,
Y para darse con prisa
Solícito el cocinero,
No vió saltar una chispa
Desde la lumbre á unas pajas;
Obró la materia viva
Tan prestamente, que el fuego
Prendiéndose en las vigas
Del techo, comenzó á arder
Con llamas tan excesivas,
Que sitiaba nuestra estancia,
Impidiendo la salida
Con su poderosa fuerza;
Mas temiendo una desdicha
Mis cinco amigas, salieron
Animosas y atrevidas,
Dejándome dentro sola,
Del humo desvanecida;
Donde en tal conflicto puesta,
Mirando cómo peligra
Mi persona, en tanto riesgo
De favor destituida,
Con llanto y piadosos ruegos
Al jardinero pedia
Que del riesgo me librase;
Mas él no se determina.
En esta afliccion estaba,
Cuando se apea en la quinta
De su coche un caballero,
Que el ruido que en ella oia
Le trujo á saber la causa;
Y informado que corria
Peligro, entre el humo y fuego,
Mi vida, puesta á las iras
De su furor, al momento
La capa del hombro quita,
La espada y la daga arroja
Con talabarte y pretina.
Y sin mirar al peligro
De las llamas excesivas,
Que abrasaban ya las puertas,
Los techos y cuanto habia,
Con un ánimo increible
Entró por mí á toda prisa,
Temiendo haber hecho el fuego
Todo mi cuerpo ceniza.
Y hallándome desmayada,
Con el susto y agonía
De verme en peligro tal,
Del fatal riesgo me libra.
Sacóme en brazos afuera,
Alegrando con mi vista,
Viéndome libre del daño,
A mis llorosas amigas,
Con el aire que me dió,
Volvieron á cobrar vida
Mis sentidos, que hasta entonces
Enajenados tenia.
Vuelta ya en todo mi acuerdo,
La accion generosa y pia
Del caballero estimé
Con muestras de agradecida.
Puse en él la vista atenta;
¡Nunca la pusiera, Luisa!
Pues me cuesta desde entonces
Verme del amor vencida.
Lo airoso de su persona,
Su talle, su bizarría
Y mi obligacion, que es mas,
Dieron con fuerzas crecidas
Con mi libertad en tierra,
Que en lo severa y altiva
Jamás le rendí al amor
El feudo que solicita.
Acompañóme hasta casa,
Adonde con mas caricias,
Mas gusto y mas agasajo,
Por la merced recibida,
Le rendí de nuevo gracias,
Todas ellas dirigidas
A que de mi nuevo amor
Llevase de allí premisas.
No lo debió de entender,
Pues cuando su cortesía
Me prometió visitarme,
Nunca llegó esta visita
Ni pisó mas mis umbrales,
Como si en toda su vida
Me hubiera visto ni hablado;
Cuatro meses há que lidian
Mis penas con mis desvelos,
Y la memoria enemiga
Me está acordando sus partes,
Porque con esto me aflija.
Procuré con resistencias
Reparar las baterías
Que el amor me estaba dando;
Híceme fuerza á mí misma,
Mas á la fuerza de amor,
De quien muy pocos se libran,
Resistirla es abrazarla,
Repararla es admitirla.
Viviera con esta pena
Hasta acabar con mi vida,
Que á tanto obliga el recato,
Si ayer, que al Cármen fuí á misa,
En su iglesia no mirara
Que este galan asistia
Al lado de una embozada,
Donde, puestos de rodillas,
Hablaron cosa de un hora.
Los celos, centellas vivas
Del amor, pudieron darme
Tal pasion y tal fatiga,
Que, á ser lícito, estorbara
La conversacion, perdida
Con la pasion de los celos;
A tanta cólera obligan.
Desde entonces no sosiego,
Porque los celos me irritan,
Que son en pechos de amantes
Los que en ellos siembran cismas.
Para remediar mi daño
Hoy mi intento determina
Buscar á este caballero
Dentro en su posada misma,
Y saber dél con certeza
Si tiene dama que sirva,
Si tiene dueño que adore,
Si tiene empleo á que asista;
Si le tiene, el desengaño
Vendrá á ser la medicina
De mi pasion amorosa,
Y harán pausa mis porfías.
Si vive libre, sabré
Con halagos, con caricias,
Agasajos y ternezas,

Que á los mas libres obligan,
Obligarle, enamorarle,
Hasta que en festivo dia,
En una junte la iglesia
Dos voluntades distintas.

LUISA.

Cuerdamente lo has trazado
Porque en confusion no vivas,
Amando con tal silencio;
¿Ya tendrás larga noticia
De la calidad y partes
De ese caballero?

DOÑA LEONOR.

Amiga,
Ya he sabido que se llama
Don Diego de Acuña.

LUISA.

Mira
Que la corte és todo engaños.

DOÑA LEONOR.

Su solar está en Galicia;
Y afirmanme que desciende
De noble prosapia y limpia.

LUISA.

¿De su hacienda no has sabido?

DOÑA LEONOR.

Sé que tiene un tio en Indias,
Y él aqui sus pretensiones
Las esfuerza y solicita.

LUISA.

Será rico.

DOÑA LEONOR.

No reparo
En hacienda.

LUISA.

Tú eres rica,
Y tienes para los dos.

DOÑA LEONOR.

Yo tengo en seguras fincas
Seis mil ducados de renta,
Sin la moneda efectiva
Que me ahorra mi tutor,
Que en su poder deposita.

LUISA.

Ya le juzgo el mas dichoso
Del orbe, si es que su dicha
Merece alcanzar tu mano.

DOÑA LEONOR.

¡Plegue á Dios que lo consiga!
Mas no seré tan dichosa.

LUISA. (*Hace que repara.*)

Al revolver desa esquina
Parece que vi á don Juan.

DOÑA LEONOR.

Nunca me faltan desdichas.
¿Si me ha conocido acaso?

LUISA.

Tú vas tan desconocida,
Que lo dudo.

DOÑA LEONOR.

Que no haya
Hora y punto en todo el dia
Que este hombre no me canse.
Camina, Luisa, camina.

LUISA.

Apresuremos el paso.

DOÑA LEONOR.

Poca ventura es la mia,
Pues no hallo gusto sin pena
Ni contento sin desdicha.

(*Vanse.*)

Salen DOÑA ELENA *á* INÉS, *criada.*

DOÑA ELENA.

¿Diste el papel á don Diego
De Acuña?

INÉS.

Señora, sí;
En su casa se le dí.

DOÑA ELENA.

¿Sabes si le llegó el pliego
Del agente de Sevilla?

INÉS.

No sé que le haya llegado.

DOÑA ELENA.

¿Ni tú se lo has preguntado?

INÉS.

Exceder de la cartilla
Que le toca á una criada
Ya peca en bachillería.

DOÑA ELENA.

Dirás que es descortesía.

INÉS.

Es tenerme por cansada.
Lo que dél puedo decir,
Es que siente en su pasion
Ver en ti poca aficion,
Cuando se alienta á servir,
A amar, querer y estimar
A tu hermosura.

DOÑA ELENA.

Está bien;
No morirá del desden
Ni tampoco de esperar.

INÉS.

¿No iguala á tu calidad?

DOÑA ELENA.

Sí.

INÉS.

¿No puede ser tu esposo,
Si con tu mano es dichoso?

DOÑA ELENA.

Hay una dificultad,
Que esa ejecucion dilata.

INÉS.

¿Cuál es?

DOÑA ELENA.

No aprietes, Inés,
En querer saber cuál es.

INÉS.

Eres á su amor ingrata.

Salen con priesa DOÑA LEONOR *y* LUISA, *embozadas.*

DOÑA LEONOR.

Si favor quereis hacerme,
En esta ocasion le espero;
Seguida de un caballero
Que pretende conocerme,
¿Adónde podré esconderme?

DOÑA ELENA.

Sosegáos.

DOÑA LEONOR.

Estoy mortal;
Que es mi pena desigual.

DOÑA ELENA.

No teneis de qué temer;
Que no ha de osarse atrever
En casa tan principal.

DOÑA LEONOR.

Aquí viene; estoy perdida.

DOÑA ELENA.

Perded, perded el temor.

Sale DON JUAN.

DON JUAN.

Señora doña Leonor,
Ya estáis de mí conocida,
Y aunque no sea esta salida
En mi favor (pues escasa
La fortuna veloz pasa
Por mis dichas con porfía),
Por singular, este dia
Es justo meterle en casa.
Prestadme un rato atencion
En la ocasion que se ofrece,
Si es que esta dicha os merece
Tanto tiempo de aficion.

DOÑA ELENA.

Aquí no será razon
Que á esta dama disgusteis
Ni nuevo susto la deis;
Dejalda, Señor, por Dios.

DON JUAN.

¡Qué mal tercio que hallo en vos!
Qué poca piedad teneis!

DOÑA ELENA.

Escuchalde un rato os pido.

DOÑA LEONOR.

No teneis qué persuadirme;
Que cuanto puede decirme
Ya yo lo tengo entendido.
Dirá que, de amor perdido,
Dos años ha que me adora,
Que me sirve y enamora,
Dando de mi olvido quejas
A los hierros de mis rejas
Desde la noche á la aurora;
Dirá que siempre el cuidado
Fué aumento de su firmeza;
Diráme que á su fineza
Ningun amante ha igualado;
Que porfia mal pagado,
Y que ha de perseverar
En querer servir y amar,
Aunque admitirle no quiera;
Que esta es la mas verdadera
Fineza para obligar;
Dirá que sin intencion
Del premio que nunca alcanza,
Ama, que es sin esperanza
De llegar á posesion;
Y aunque veo su aficion,
Como objeto nunca ha sido
De mi gusto, perdon pido,
Respondo sin obligarme
Que lo que gasta en amarme
Es todo tiempo perdido.
Ya con este desengaño
Cesará vuestra porfía.

DON JUAN.

Con todo, por cortesía,
Aunque conozca mi daño,
Y aunque yo os parezca extraño
De vuestro gusto, me oid.

DOÑA LEONOR.

Pesado estáis.

DON JUAN.

Advertid...

DOÑA LEONOR.

No teneis que me cansar,
Que no os tengo de escuchar;
Porfiad ó persuadid,
Que ya os tengo respondido.

DON JUAN.

Leonor hermosa.

DOÑA LEONOR.

Cansado
Sois; ¿esto ha de ser forzado?

DON JUAN.

Mi bien.

DOÑA LEONOR.

No seais atrevido.

DON JUAN.

Leonor.

Sale DON DIEGO, *al paño.*

DOÑA ELENA. (*Ap.*)
Don Diego ha venido;
Pésame de su venida.

DON JUAN.
Ingrata, fiera, homicida,

DOÑA LEONOR.
Ya os he dicho que os cansais.

DOÑA ELENA.
Lo que os suplico es que os vais

DON JUAN.
Iré sin alma y sin vida,
Mas logrando mi porfía;
Porque os he de ser molesto,
Y habeis de oirme.

Sale del todo DON DIEGO.

DON DIEGO.
¿Qué es esto?

DOÑA ELENA.
Una pesada osadía.
A esta dama, que venia
De embozo y bien descuidada,
Y tambien á su criada,
Las siguió este caballero,
Algo pesado y grosero;
Y ella, de verle asustada,
De mi casa se valió,
Y alteroso y porfiado,
Hasta esta cuadra se ha entrado,
Y licencia la pidió
Para hablarla, estando yo
Delante; mas no ha querido
Dar á sus quejas oido,
Antes, atajando el daño,
Con un claro desengaño
Severa le ha despedido;
Y aunque su severidad
Ha visto, hablarla porfía.

DON DIEGO.
Con damas no es cortesía
Ir contra su voluntad.

DON JUAN.
Vive ajena de piedad
Con quien debe obligaciones.

DON DIEGO.
Las amantes aficiones,
Que en guerra de amor se alistan,
No con fuerza se conquistan
Cuando persuaden razones.

DON JUAN.
Esas no me quiere oir.

DON DIEGO.
Pues no es justo porfiar
Con quien no quiere escuchar.
(*Tómale de una mano.*)
Conmigo habeis de venir;
Fino amar es persuadir.

DON JUAN.
Mal se apagará mi llama,
Si he visto que no me ama.

DON DIEGO.
Pues yo, que servir os quiero,
He de ser vuestro tercero
En persuadir á esta dama.
(*Vanse los dos.*)

DOÑA ELENA.
Gracias á Dios, que se fué.

DOÑA LEONOR. (*Ap.*)
Ya estoy con desasosiego
De haber visto aquí á don Diego;
Si esta es su dama sabré.

DOÑA ELENA.
Ya que no hay de quien temer,
Bien os podeis descubrir.

DOÑA LEONOR.
En poco os pienso servir,
Que es malo lo que hay que ver;
Pero, por no ser ingrata
Adonde favor hallé,
Obedezco.
(*Descúbrense las dos.*)

DOÑA ELENA.
Bien se ve
Que el cielo el favor dilata
Con vos con tan franca mano,
Que esa belleza disculpa
De vuestro amante la culpa,
Aunque es su desvelo en vano.

DOÑA LEONOR.
Suplícoos no lisonjeeis
A quien piensa desde agora
Ser muy vuestra servidora.

DOÑA ELENA.
Sobrado favor me haceis;
Mas de vos quedo agraviada
De que me hagais lisonjera,
Cuando con verdad sincera,
Sin mostrarme doble en nada,
Alabo vuestra hermosura.

DOÑA LEONOR.
Ese excesivo favor
Ofrece pagar mi amor
Con fe de amiga segura.

DOÑA ELENA.
Yo muy vuestra lo he de ser.

DOÑA LEONOR.
Tendrá mi aficion aumento.

DOÑA ELENA.
Tomad por un rato asiento.

DOÑA LEONOR.
Siempre os he de obedecer.
(*Siéntense en sillas ó almohadas, y las criadas en el suelo.*)

DOÑA ELENA.
¿Vuestro nombre no sabré?

DOÑA LEONOR.
Doña Leonor de Guzman
Me llamo, y vivo á San Juan.

DOÑA ELENA.
En lo mismo os pagaré;
Yo me llamo doña Elena
De Leiva y Sotomayor.

DOÑA LEONOR.
(*Ap.* ¡Oh, si pudiese mi amor
Hallar alivio en su pena,
Y salir de mi cuidado
Si es cosa suya don Diego!
Que no puedo hallar sosiego
Hasta haberlo averiguado.)
Confieso que agradecida
A vuestro hermano le estoy,
Y que deudora le soy
Mientras Dios me diere vida;
Porque aliviarme de un susto
Y sacarme de un cuidado
Ha sido favor sobrado,
Que al fin me excusó un disgusto.

DOÑA ELENA.
Don Diego es tal caballero,
Que me holgara, aquesto es llano,
De tenerle por hermano,
Segun le estimo y le quiero.

DOÑA LEONOR.
(*Ap.* Eso es malo.) Yo entendí
Que vuestro hermano seria.
¿Es vuestro amante?

DOÑA ELENA.
Porfía
Hallar aficion en mí;
Mas yo, aunque le doy entrada,
No es con fina voluntad.

DOÑA LEONOR.
¡Qué! ¿Fáltale calidad?

DOÑA ELENA.
No; que la tiene sobrada.

DOÑA LEONOR.
Pues ¿por qué no le mostrais
Amor?

DOÑA ELENA.
Reparo prudente
En no casar pobremente.

DOÑA LEONOR.
¡Oh, qué cuerda en eso andais!
(*Ap.* Albricias, corazon mio;
Que aun inclinacion no es
La que mira en interés.)

DOÑA ELENA.
Díceme que tiene un tio
En Indias, con quien ha estado,
Y afirma que en plata y oro
Tiene un inmenso tesoro;
Así me lo ha ponderado,
Y de lo que aquí le envia
Aquesta verdad se infiere.

DOÑA LEONOR.
Si esposo os estima y quiere,
No estéis á su amor tan fria.

DOÑA ELENA.
Yo estimo en mucho á don Diego;
Mas aquesta estimacion
No llega á ser aficion
Que me dé desasosiego.
Sé que tiene calidad,
Sé que su amor y cuidado
Los quilates han mostrado
De una fina voluntad,
Y que su excesivo amor,
Su fe y su mucha asistencia
Merecen correspondencia
De voluntad y favor:
Mas yo, que á mi estimacion
He de observar con recato,
Con dilaciones le trato;
Que es primero mi opinion.
Don Diego no tiene hacienda,
Sino aquella que le da
El tio, que en Quito está,
Mientras que por él pretenda;
Si yo con él me casase
Sin mirar esto primero,
Y las barras ó el dinero
De su tio le faltase,
¿No será gran necedad,
Guiados por aficiones,
Aumentar obligaciones
Al estado y calidad,
Sin tener, Leonor, con qué,
Siendo atlante de mi estado
Un dote muy moderado,
Que de mi padre heredé?
Su tio puede morirse,
La hacienda puede entramparse,
O el tio puede mudarse,
Y de darla arrepentirse.
Y como está en condicion
De haber en esto mudanza,
No me fundo en la esperanza.

DOÑA LEONOR.
Mas vale la posesion.

DOÑA ELENA.
Mi amor no ha llegado á ser
En mi cosa de cuidado;
Si don Diego lo ha pensado,
Mi fingir fué entretener.
Al que la mano le diere
Con amor y voluntad,
Ha de tener cantidad

De hacienda, porque se infiere
Que con ella he de portarme,
Leonor, conforme á quien soy,
Y en la corte, donde estoy,
Pocas han de aventajarme.
Antes que la mano dé,
Don Diego tenga paciencia;
Que aquí ha de obrar la evidencia,
Sin hacer papel la fe.

DOÑA LEONOR. (*Ap.*)

Con esto me he asegurado
Del daño que imaginé;
Solo me falta que esté
Don Diego desengañado;
Que será fácil de hacer
Si le hallo en su posada.
¿Dama tan interesada
Habia de pretender
Para esposa?

DOÑA ELENA.

¿Qué decis?

DOÑA LEONOR.

Que si todas como vos
Lo miraran, mas de dos
El daño que aquí advertís
Excusaran.

DOÑA ELENA.

No mirando
Mas que á lograr su deseo,
Comienza en gusto el empleo,
Y prosíguese llorando.

DOÑA LEONOR.

Yo voy de vos instruida
Para hacerme recatada,
Pues viviré asegurada
Con preceptos de advertida;
Y porque de exceso pasa
Mi enfado, quiero dejaros.
(*Levántese.*)

DOÑA ELENA.

Yo iré, amiga, á visitaros.

DOÑA LEONOR.

Será para honrar mi casa,
Que hará de su dicha alarde
Si halla ese favor en vos.

DOÑA ELENA.

Yo he de recibirle.

DOÑA LEONOR.

Adios,
Doña Elena.

DOÑA ELENA.

El cielo os guarde.
(*Vanse las dos.*)

INÉS.

Amiga tuya he de ser;
Que te he cobrado aficion.

LUISA.

Si amigas las amas son,
Las criadas ¿qué han de hacer?

INÉS.

Pues visita han concertado,
En tu casa nos verémos.

LUISA.

Será para que nos demos
Seis toques de razonado.
(*Vanse.*)

Salen DON DIEGO Y FELICIANO, *su criado.*

DON DIEGO.

Lo que digo me ha pasado.

FELICIANO.

Ha sido extremado cuento.

DON DIEGO.

En harto trabajo hallé
Al penado caballero;
Porque era tal su porfía
(Despues de ver su desprecio,
Queriendo hablar con la dama)
Por decir su pensamiento,
Que tuve mucho que hacer
Con persuasiones y ruegos
En despejarle de allí,
Que estaba muy récio y terco.

FELICIANO.

Sin confrontacion de estrellas
Jamás se ha logrado empleo.

DON DIEGO.

Opuesta debe de ser
La de aqueste amante tierno
A la de su dama ingrata,
Pues no premia sus deseos
Aunque conoce su amor.

Sale MARINO.

MARINO.

Dos damas de lindo aseo,
De gentil garbo y prendido
Y de rumboso despejo
Dicen que quieren hablarte.

DON DIEGO.

Entren, Marino, al momento.

MARINO.

Ya teneis franca la entrada.

Salen DOÑA LEONOR Y LUISA, *embozadas.*

DOÑA LEONOR.

¿Podré hablaros en secreto?

DON DIEGO.

Podréis, tomando una silla.

DOÑA LEONOR.

Aunque sea por poco tiempo,
Por daros gusto, la ocupo.

DON DIEGO.

Hola, despejad.

MARINO.

Dejemos
Este par de rebanadas
Acompañando al torrezno
De mi amo, que las pringue;
Que sabrá muy bien hacerlo.
(*Vanse los dos criados.*)

DOÑA LEONOR.

Cierta dama principal,
Que muestra buenos deseos,
Don Diego, que vuestras dichas
Siempre vayan en aumento,
Me ha mandado que os pregunte
Si en Madrid teneis empeños
De amor con alguna dama
Para fin de casamiento;
Y que me digais verdad,
Fiándoos de su silencio,
Que os promete de tenerle.
Mirad que os importa hacerlo.

DON DIEGO.

(*Ap.* Exquisita es la embajada,
Y de embozo cuando menos.)
Sin ver á quién me descubro,
Nunca secretos revelo.
Si os descubris, os diré
La verdad.

DOÑA LEONOR.

Yo lo prometo.

DON DIEGO.

Jurad que lo cumpliréis.

DOÑA LEONOR.

Por todos los juramentos
Que pueden jurarse, digo
Que lo haré. ¿Estáis satisfecho?

DON DIEGO.

Pues digo, hablando verdad,
Que es de mi amor el objeto
Una dama desta corte.

DOÑA LEONOR.

¿Y es el nombre?

DON DIEGO.

¿Tambien tengo
De decirle?

DOÑA LEONOR.

No se excusa.

DON DIEGO.

Poneisme en notable aprieto.
Llámase pues doña Elena
De Leiva, á quien con extremo
Quiero y adoro.

DOÑA LEONOR.

¿Y os paga?

DON DIEGO.

Muchas esperanzas tengo,
Porque lo afirma su amor,
Que en dulce y casto himeneo
He de merecer su mano.

DOÑA LEONOR

¿Cierto?

DON DIEGO.

Téngolo por cierto.

DOÑA LEONOR.

Pues de aquesas certidumbres
Salen contrarios sucesos,
Como podréis esperar.

DON DIEGO.

Pues ¿en qué ofendida os tengo,
Que eso me pronostiqueis?

DOÑA LEONOR.

En nada; solo os advierto,
Porque deseo serviros,
Que en doña Elena hay pretexto,
Hasta veros heredado,
No dar su consentimiento
En daros su blanca mano;
Y sé bien la causa desto,
Que es el desear portarse
Con fausto y con lucimiento,
Con la hacienda que esperais;
Su amor nunca llegó á serlo,
Sus cariños son fingidos,
Todo es mentido y supuesto,
Y al fin, padeceis engaño.

DON DIEGO.

¡Válgame el piadoso cielo!
¿Puédeme aquella hermosura,
Puédeme aquel ángel bello
Engañar? No; aquí hay malicia
De algun envidioso pecho,
Que quiere estorbar la union
De dos corazones tiernos
Con maliciosos embustes.
Dama que entre negros velos
Derramando estáis ponzoña
Contra mí, deciros puedo,
Que, al paso que me digais,
Ponderando, encareciendo,
Los engaños de mi dama,
La estimo, la adoro y quiero.
Mujer que el rostro se encubre,
Es claro y es manifiesto
Que viene solo á engañar.

DOÑA LEONOR.

Pues porque vivais ajeno
De esa mala presuncion,
Yo me descubro. Ya tengo
Mas autoridad con vos, (*Descúbrese.*)
Si de mi conocimiento
Teneis acaso memoria.

DON DIEGO.
Yo os he visto, y no me acuerdo
Adónde.

DOÑA LEONOR.
De vuestra idea,
Fuerza de mayor sugeto
Os ha borrado mi imágen.
¿No os acordais ya del fuego
En que á una dama librástes?

DON DIEGO.
Y aunque anduve tan grosero,
Que no os volví mas á ver...

DOÑA LEONOR.
Quien vive por gusto ajeno
Está en todo disculpado;
Que lo mas priva á lo menos.
Mas los empeños de amor
En los que son caballeros
No estorban la cortesía
Con las damas.

DON DIEGO.
Yo os confieso
Que me conozco culpado;
Enmendaréme del yerro.

DOÑA LEONOR.
Tarde habeis dado en la cuenta,
Y aun tambien en la que os veo
Incrédulo y persuadido
A que os aman con exceso.
Pues, don Diego, abrid los ojos;
Que yo, que de casa vengo
De doña Elena, que soy
La que hice aquel desprecio
De don Juan de Bracamonte,
Galan porfiado y necio,
Supe de boca de Elena
Cuanto os he dicho, y os vengo
A dar aviso de todo;
Perdonad mi atrevimiento.
Y á la dama que me envia
Le daréis la culpa desto,
Que está de vos lastimada
Porque malograis desvelos;
Que os tiene un poco de amor,
Y si no llega á su aumento,
Es porque Elena lo estorba,
Que es de vuestro amor el centro.
Puede muy bien competirla
En beldad, entendimiento,
En lo airoso y bien prendido,
Y en hacienda, pues es cierto
Que tiene seis mil ducados
De renta en juros y censos,
Que ya ha heredado su casa;
Mas ¿por qué canso y molesto
A quien está enamorado
Con relaciones y cuentos?
Quedáos con Dios, advertido
De que experiencias ha hecho
A muchos escarmentados,
Y que vos lo estéis deseo.
Adios.

DON DIEGO.
Esperad, Señora.
Oidme, oidme.

DOÑA LEONOR.
No puedo;
Que hago gran falta en mi casa.

DON DIEGO.
El nombre saber pretendo
De esa dama que decis.

DOÑA LEONOR.
Solicitaldo primero;
Que será facilidad
El deciroslo tan presto.

DON DIEGO.
Yo lo sabré en vuestra casa.

DOÑA LEONOR.
Si la acertais, porque temo
Que ya se os habrá olvidado
Con vuestros divertimientos.

(*Vanse doña Leonor y Luisa.*)

DON DIEGO.
Hola, Marino.

Salen MARINO Y FELICIANO.

MARINO.
Señor.

DON DIEGO.
Feliciano.

FELICIANO.
El garbo es bueno
De una de las embozadas,
Y parece de buen pelo.

DON DIEGO.
Solo ha venido á advertirme
Que Elena me está fingiendo
Amor y soy engañado.

FELICIANO.
Ella está en mi pensamiento.

MARINO.
Pues ¿de embozadas te crees?

DON DIEGO.
Con el rostro descubierto,
Feliciano, me ha advertido
Que esta es la dama del fuego
Que yo libré de la quinta,
Y la que á aquel caballero
Despreció en casa de Elena.

FELICIANO.
Es un ángel de los cielos,
Excédela en hermosura
A doña Elena, pidiendo
Perdon á tu amor, Señor.

DON DIEGO.
Yo lo conozco y confieso.

FELICIANO.
Harto mejor te estuviera
Que mudaras galanteo
Con esta, porque he sabido
Que posee, aquesto es cierto,
Seis mil ducados de renta.

MARINO.
¿Cuando menos?

FELICIANO.
Cuando menos.

DON DIEGO.
Con esto tengo entendido
De la dama el pensamiento,
Que por sí misma me hablaba.

FELICIANO.
¿De qué modo?

DON DIEGO.
Es lindo cuento.
Coronista de sí misma
Se hizo, y con fundamento,
Pues dijo en todo verdad.
Ella ha mostrado deseos
Y gusto de que la sirva,
Poniendo en otro sugeto
Sus méritos y sus partes.

MARINO.
Pues, Señor, manos y á ello.

FELICIANO.
Que doña Elena te engaña,
Há dias que lo sospecho;
Y aun los dos lo conferimos,
Si te acuerdas.

DON DIEGO.
No lo creo;
La experiencia te dará
Entera noticia desto.

FELICIANO.
Hacerla; que la verdad
No tuvo el rostro encubierto.

MARINO.
Doña Elena te repudie,
Y para poder hacerlo
Sin nota de grosería,
Oye una traza que tengo
Pensada, con que sabrás
Si te tiene amor perfeto
A tu persona ó hacienda.
Yo he de fingirme heredero
De tu tio, ser tu primo,
Y que de las Indias vengo
Rico, ufano y heredado
Por manda del testamento;
Que será fácil fingirle,
Con la noticia que tengo
De todos sus requisitos.
Diráselo á Elena luego
Con sentimiento fingido,
Y de mí podrá creerlo
Despues, porque la he de ver;
Y puedo bien hacer esto,
Porque aquí nunca me ha visto.
Lo demás que advertirémos
Dejo para mas despacio.
Con esta experiencia intento
Saber si te quiere á tí
O si quiere á tu dinero.
Vénte conmigo á trazarlo.

DON DIEGO.
Alabo tu pensamiento.
Póngase en ejecucion;
Que salir de engaños quiero,
Y no vivir engañado
Con pena y desasosiego.

MARINO.
Mujeres, alerta, alerta;
Que todos os entendemos.
Para una, hay otra tramoya,
Para un enredo, otro enredo.

ACTO SEGUNDO.

Salen DON DIEGO, DOÑA ELENA É INÉS.

DOÑA ELENA.
Yo he llegado á conocer,
Don Diego, vuestra tristeza.

DON DIEGO.
Presente vuestra belleza,
¿Cómo la puedo tener?

DOÑA ELENA.
Dejad el lisonjear;
Que á mil pasos se os conoce,
Por mas que el valor la emboce.
¿Hase perdido en el mar
La flota?

DON DIEGO.
No se ha perdido;
Que ya á Sevilla ha llegado.

DOÑA ELENA.
Pues ¿qué os puede dar cuidado?
(*Ap.* Malas nuevas ha tenido.)
¿Haos venido el pliego?

DON DIEGO.
Sí,
Y en esa carta veréis
Lo que saber pretendeis,
Y yo en mi ausencia temí.

(*Dale una carta.*)

DOÑA ELENA. (*Lee en alto.*)
«El señor don Pedro de Acuña,

»vuestro tio, murió luego que partió la flota del Pirú, el año pasado. »Testó de docientos mil pesos ensayados, con que funda un mayorazgo, haciendo heredero dél al señor don Payo, vuestro primo, que es »el que lleva esta, con cargo de daros »en cada un año trecientos ducados »de alimentos; he sentido mucho ver »trocada la voluntad de vuestro tio, y »que por estar vos ausente, no considerase vuestros méritos. Dios os consuele y guarde muchos años.—*Jorge* »*Grimaldo.*»

DOÑA ELENA.

Con razon habeis sentido
Del tio el torcido intento;
Y así, deste sentimiento
Mucha parte me ha cabido.
Vos perdeis por obediente
Lo que un mal considerado,
De la razon olvidado,
Dió solo al que vió presente.

DON DIEGO.

Esa es mi pena mayor.

DOÑA ELENA.

Para no darla á entender,
Don Diego, os han de valer
Vuestra prudencia y valor.
Pues en estas partes dos,
De que os vemos adornado,
Os hizo tan consumado
La franca mano de Dios.
Es á un hombre principal
Poco accidente una herencia,
Cuando en ingenio y prudencia
Funda su mayor caudal.
Esto os sirva de consuelo
Ver que en vos juntas estén,
Cuando en muy pocos se ven,
Las riquezas que os dió el cielo.

DON DIEGO.

Mil siglos, hermosa Elena,
Te dé vida el alto cielo,
Que has sido con tu consuelo
Epíctima de mi pena.
¿Cómo podré en tu servicio
Dar equivalente paga
Que á tal favor satisfaga?
Solo ofrezco en sacrificio
Una alma, que tuya es
Desde que te conocí,
Aunque será para tí
Prenda de corto interés.
Y aunque yo no sea el dichoso
Que heredó tanta riqueza,
El mérito de firmeza
Me puede hacer venturoso.

DOÑA ELENA.

Esa es la que he de tener
En mas estima.

DON DIEGO.

(*Ap.* ¡Ah malicia!
¿Que acusasen de codicia
A aquesta firme mujer?)
¿Cuándo, mi Elena, gustais
Que, agradecido y ufano,
Merezca yo vuestra mano,
Que tanto me dilatais?
Trecientos escudos son
Los que me dan de alimentos,
Y yo tengo cuatrocientos
De mi renta en conclusion.
Quien ama vuestra beldad
Y aspira á dicha tan alta,
Lo que de hacienda le falta
Suplirá su voluntad.

DOÑA ELENA.

Don Diego, atajar un daño
Que os espera ya es clemencia,
Si abraza vuestra prudencia
Un desnudo desengaño.
Mi opinion es lo primero
Que ha de mirar el cuidado
Y al aumento de mi estado,
Que á mi aficion le prefiero.
Vuestra renta es moderada
Para vivir con el porte
Que yo deseo en la corte;
Que he de vivir ajustada
A un limitado vestir
Y á un moderado comer,
Y desto no hay exceder
Si en descanso he de vivir;
Que el poco tener impide
Cualquiera desman ó exceso,
Pues vivir medida á un peso
Con mi gusto no se mide.
Andar en coche prestado
Quien de suyo no le tiene,
No es cosa que les conviene
A mi calidad y estado.
Querer que salga de aquí
Para vivir en Galicia,
Ni el deseo lo codicia
Ni eso pasará por mí.
Pues damas de cortos dotes
Lo han excusado casadas,
Por no vivir disgustadas
Entre abarcas y capotes.
Mi dote es tan moderado,
Que aun á mi gasto no alcanza,
Y es mas rica mi esperanza
Que lo que habeis heredado.
Yo sin dote, y pobre vos,
Vivirémos con despecho;
Esto es mirar al provecho
Que nos importa á los dos.

DON DIEGO.

No el desengaño y consejo
Con que enfriais mi aficion
Me han causado admiracion,
Sino vuestro gran despejo.
Que tengo por cosa rara,
Sabiendo la aficion mia,
Decirme vuestra osadía
Los pesares cara á cara.
Que causara menor daño
Quien mis acciones abona
Que por tercera persona
Me enviara el desengaño.
En mí no juzgueis disgusto,
Queja alguna ó sentimiento;
Que vuestro procedimiento
No me ha cogido de susto.
De vuestro amor fui avisado
Que á interés se ha reducido,
Y pues que me halla advertido,
Ya estaba desengañado.
Que tenga vuestra opinion
El primer lugar es justo,
Cuando á la hacienda, y no al gusto,
Os lleva la inclinacion.
Busque vuestra bizarría
Dueño muy á su provecho,
Ya que su aficion ha hecho
Trato de mercaduría.
Y su esperanza pretenda
No descaer de su estado,
Halle marido hacendado;
Que amor carece de hacienda.
Haga á mi primo favor
Y déle el lugar primero,
Si en virtud de su dinero
Ha de engendrarse su amor.

DOÑA ELENA.

El consejo he de tomar.

DON DIEGO.

Veráse en varios aprietos
Si ha de sufrir sus defetos.

DOÑA ELENA.

Yo se los sabré enmendar,
Como él me tenga aficion.

DON DIEGO.

Dudo verle reducido;
Que es un potro mal sufrido.

DOÑA ELENA.

Mucho finge la pasion.

Sale URBINA, *escudero.*

URBINA.

Don Payo de Cacabelos,
Caballero galiciano,
Quiere besar vuestra mano.

DON DIEGO. (*Ap.*)

Aquí me vengan los cielos
Desta ingrata fementida,
Que en amarme ha sido avara.

URBINA.

Es la figura mas rara
Que he visto en toda mi vida.
¿Daisle, Señora, licencia?

DOÑA ELENA.

Sí, porque verle deseo.

DON DIEGO. (*Ap.*)

Hará muy gentil empleo.

Sale MARINO, *vestido á lo antiguo, con follados, y* HERMENEGILDO, *criado.*

DOÑA ELENA.

Entre luego en mi presencia.

MARINO.

Conducido de un sirviente,
Que mis gustos amplifica
Y mis penas modifica,
A vuestra mansion algente,
Serafínica señora,
Vengo á adorar el fulgor
Que supera en esplendor
A la en que habita la aurora.

DOÑA ELENA.

Seais, Señor, bien venido.

MARINO.

Verifico que lo soy,
Si próximo á vos estoy.

DOÑA ELENA.

Tal favor no he merecido.
(*Ap.* Extraña y rara figura,
Inés amiga.)

INÉS.

Admirable,
Aunque el talle es razonable.

DON DIEGO. (*Ap.*)

Mi venganza se asegura.

MARINO. (*Reparando en don Diego.*)

Admiro en mi señor primo
El aquilino valor,
Pues no le ciega un ardor
Tan esplendente y opimo.
¡Oh qué heróico os ostentais
En el brillar y el arder!
Inmortal debeis de ser,
Pues que no periclitais.

DON DIEGO.

No me envidieis venturoso.

MARINO.

Arguye calamidad
Que delante esta beldad
Estéis poco leticioso.

DON DIEGO.

No estoy bueno.

MARINO.

¿En tal distrito?
Pero sin duda será
Porque lo visible está
De tantas luces ahíto.

DON DIEGO.

Yo os dejo, bien empleada
Elena; dadme licencia
Que deje vuestra presencia.

DOÑA ELENA.

El cielo os guarde.

DON DIEGO. (*Ap.*)

Burlada
Mi esperanza con mi amor
Quedan, cese ya el desvelo:
Mas de aqueste agravio apelo
A los ojos de Leonor. (*Vase.*)

DOÑA ELENA.

Tomad silla en que sentaros.

MARINO.

Como el réquies apetezco,
Sin replicona obedezco.
(*Siéntense los dos.*)

URBINA.

Es el mismo conde Claros.

MARINO.

Con la duplicada lumbre
Hacen los soles visivos
Delictos ejecutivos,
Si es en vos, fénix, costumbre.
Con júbilo aparatoso
El alma fiestas publica,
Porque esta dicha me indica
Premisas de felicioso;
Y como al sol me apropincuo,
Inquieto en su claridad,
Que me tiene opacidad
Y estirpe derelincuo.
Válgame su pulcritud,
Si no lo impide el recato,
Que yo no me quede abstrato
De mirar tal celsitud.

DOÑA ELENA.

Aunque tan crespo lenguaje
Dude el llegarle á entender,
Para poder responder,
Porque lisonjas ataje
(Que yo por tales las tengo),
Digo que, si no lo son,
Dellas hago estimacion.

MARINO.

De tal absurdo me abstengo,
Y á tanto golfo me entrego
De luz fulgente y brillante,
Que me temo naufragante.

DOÑA ELENA.

El primer galan que en fuego
Anegarse significa
Sois vos, Señor.

MARINO.

Es verdad,
Mas es tal su potestad,
Que el alma me clarifica;
Que esa beldad luminosa
Mi alma abrasa y enciende.

DOÑA ELENA.

¿Mucho?

MARINO.

Sí, porque la prende
La parte garabatosa.

DOÑA ELENA.

Lo exquisito del lenguaje
Me agrada, y mas su aficion.

MARINO.

Suplico preservacion
De vilipendio y ultraje;
Que amor rapaz y gigante
Quiere que de vos arguya
Ser la perfecta aleluya
Para un corazon amante;
No ha de zozobrar mi vida,
Si vos la dais esperanza.

DOÑA ELENA.

Ya muestro de la alabanza
Los colores de corrida.

MARINO.

¡Oh! Quién tuviera facundia
Docta, erudita y locuaz,
Para alabar de esa faz
Matices de verecundia;
Con sus rosas y sus flores
Callen abriles y mayos,
Que pueden ser los lacayos
De esos célicos primores.
Si afecta acaso orfandad
De empleo, en que se acredita
Esa gran beldad, admita
Mi encendida voluntad.
Esto hablando vulgarmente,
Porque lo culto no ofenda;
Que temo que no se entienda.

DOÑA ELENA.

¿Y si ofendeis al paciente?

MARINO.

Hasta saberlo seria
Ignorancia, y no traicion;
Pero si hay prosecucion,
Ya es tacaña tiranía;
Beldad tan miraculosa
Tiranizarse no es bien.

DOÑA ELENA.

Irritóse de un desden.

MARINO.

¿Desden? Accion injuriosa.

DOÑA ELENA.

Él mostró la fugitiva,
Y al fin mudó parecer.

MARINO.

Debió en vos de conocer
Condicion vindicativa.
Mas, volviendo á nuestro ensayo
De amor, ¿vos no me diréis,
Así mil siglos goceis,
Qué os parece de don Payo?

DOÑA ELENA.

Que sois gentil caballero.

MARINO.

Solo y en vos idolatro,
No trampeo ni enmohatro,
No miento y traigo dinero;
¿Quereisme con esto?

DOÑA ELENA.

Sí;
Que es opuesta esa opinion
A las que del siglo son.

MARINO.

Lo que seré siempre fuí.

DOÑA ELENA.

De vuestra herencia querria
Saber cómo se mudó
Vuestro tio, y os dejó
Su hacienda.

MARINO.

Fué dicha mia.

DOÑA ELENA.

Ya espero la relacion
Con lo que de Indias traeis,
Como en culto no me hableis.

MARINO.

Impreco vuestra atencion.
Don Pedro de Acuña y Castro
De Andrade, mi señor tio,
Que en el reino de Galicia
Tiene su solar antiguo,
Hermano fué de mi madre
Y del padre de mi primo;
De suerte que en parentesco
Gozamos de un grado mismo.
Sirvió en Flándes cuarenta años,
Y mereció el premio digno
De su valor, pues le dieron,
Perpétuo, un gobierno en Quito.
Pasó al Pirú, donde pudo
Hacer un consorcio rico
De casi cien mil ducados,
Pero gozóle sin hijos.
Granjeó por su persona
(Sin la manda que le hizo
Su esposa cuando murió)
Otros cien mil pesos, cinco
Mas ó menos, que en la cuenta,
Como coronista fino,
Nunca me quisiese errar,
Que me parece delicto;
Humanado se ha el lenguaje.
¿Qué os parece?

DOÑA ELENA.

Que habeis sido
Galan en serme obediente.

MARINO.

Ya por vuestro gusto vivo.
Viéndose pues divicioso
Don Pedro, graso y fornido
De patacones y barras,
Enviar á la corte quiso
A don Diego, conociendo
Que, ambulante como activo,
Haria en su pretension
Carabanas de solícito.
Pretendia introducirse
En el rojo lagartismo
Del patron de las Españas;
Un hábito...

DOÑA ELENA.

Ya he entendido.

MARINO.

Mi primo, en vez de acudir
A solicitar ministros
Y á cortejar presidentes,
Dábase gentiles filos
De venéreas locuciones,
Y el deseo cupidíneo
No dejaba malograr,
Que no es en esto remiso.
Viendo mi tio la mora
En su despacho, y el hipo
De su sobrino (avisado
Que cursaba el tusonismo),
Fué tal la melancolía
Que desto le sobrevino,
Que dominando en su alma,
Amenazó á su individuo.
Hallándose ya *in extremis*,
Y que en término sucinto
Le dan vida limitada,
Para testar se previno.
De sus bienes una parte
Dió á su alma, y del resíduo
A mí me constituyó
Por su heredero inquilino,
Con gravámen pensionario,
Que tenga desto mi primo
Cóngrua y alimentacion;
Que no tuvo dél olvido.
Esto dispuesto, su mal
Le hizo rendir el espíritu
Con el último resuello.

DOÑA ELENA.

¿Resuello?

MARINO.

¡Qué! ¿está mal dicho?

DOÑA ELENA.
Es muy baja voz, don Payo.
Y hablais por términos ínfimos.

MARINO.
(*Ap.* Bajé la clavija tanto
Del dialecto primitivo,
Que curso los arrabales
Del plebeyo Calepino.)
Yo heredé al tio (no os admire,
Que es todo para serviros)
Docientos mil pesos.

DOÑA ELENA.
¿Tanto?

MARINO.
¿No es verdad, Hermenegildo?

HERMENEGILDO.
Y ciento y catorce mas.

MARINO.
Como no sé bien guarismo,
No estoy muy cierto en la cuenta;
Este es contador único.

HERMENEGILDO.
Y de eso le sirvo en casa.

MARINO.
Viendo ya el viaje propincuo
Para España, me embosqué,
Ocupando un gran navío
Con sola mi ropa y plata;
Y en el Bétis, claro rio,
Surgió con toda la flota
Libre de susto y peligro,
Sin que el holandés pirata
Pudiese darla pellizco.
En plata y oro traeré
Los ciento y cuarenta y cinco
Mil pesos.

DOÑA ELENA.
Gentil hacienda.

MARINO.
¿No es verdad, Hermenegildo?

HERMENEGILDO.
Sí, Señor.

MARINO.
La pedrería
De diamantes, y ¡qué ricos!
Viene tripartita en cajas;
Traigo un carbunclo tan fino,
Tan clarífico y fondoso,
Con tan esplendentes visos,
Que alumbra mas que una antorcha.—
¿No es verdad, Hermenegildo?

HERMENEGILDO.
Es cierto.

INÉS. (*Ap.*)
Mucho se alarga
Este hidalgo.

DOÑA ELENA.
Yo he creido
Todo cuanto aquí refiere,
Porque en el Pirú su tio
Fué un hombre muy poderoso.

MARINO.
Fué de Guachambo, un sóbrino
De Atabaliba, esta piedra,
Y del cacique Acholimbo
La hubo el señor don Pedro.
Es un portento, un prodigio;
Vale treinta mil ducados.—
¿No es verdad, Hermenegildo?

HERMENEGILDO.
Como en ello se contiene.

MARINO.
Traigo un guapil de zafiros.

DOÑA ELENA.
¿Qué es guapil?

MARINO.
Un escritorio.

URBINA.
Estos nombres de los indios
Chilindrinas me parecen:
Guapil, Guachambo, Acholimbo,
El demonio los pronuncie.

MARINO.
Item, traigo en un tabicho
Cien topacios.— ¿No es verdad?

HERMENEGILDO.
Sí, Señor, con un jacinto.

MARINO.
Del jacinto no me acuerdo;
De memoria le he perdido.

HERMENEGILDO.
Ni yo de los cien topacios.

MARINO.
El criado de corrido,
De que el jacinto olvidé,
Negar la partida quiso
De todos los cien topacios.

DOÑA ELENA.
Es honrado.

MARINO.
Y fidedigno.
¿Engullis bien chocolate?

DOÑA ELENA.
En Madrid se ha introducido
Tanto, que todos le toman,
Hombres, mujeres y niños.

MARINO.
Hacen bien los madrileños;
Yo traigo en catorce lios
Cosa de ochocientas cajas.—
¿No es verdad, Hermenegildo?

HERMENEGILDO.
Y otro lio, donde vienen
Jícaras y molinillos,
Y cuatrocientas toallas
Indias.

URBINA.
Por Dios, que nos vino
A medida del deseo
De mi señora, que ha sido
Tahura de chocolate,
Y aun lo es.

DOÑA ELENA.
A él me inclino.

MARINO.
Item, traigo un papagayo
Tan bien plumado y jarifo,
Tan pulquérrimo y jovial,
Tan faceto y tan festivo,
Que es solo la perfecion
De todos los que hay en Quito.

DOÑA ELENA.
¿Habla bien?

MARINO.
Eso le falta;
Pero en él he conocido
Una habilidad tan rara,
Que, si no me miente, afirmo
Que dentro de breve tiempo
Hable como un descosido.

INÉS.
Lindo humor tiene el don Payo.

DOÑA ELENA.
Apostaré que es prodigio
De pájaros el que trae.

INÉS.
¿Él parla mucho?

MARINO.
Infinito,
Aunque habla de alimentos,
Porque su padre aun es vivo,
Y no ha heredado su habla.—
¿No es verdad, Hermenegildo?

HERMENEGILDO.
Sí, Señor.

MARINO.
Merezca, Elena,
Que vuestro clavel diviso
Pronuncie un sí, que me haga
De vos vuestro esposo digno;
Que en cuanto á mi calidad,
Cacabelos, mi epiciclo,
Publicará en ululatos,
Confesará en altos gritos,
Que de un Panfilio en un Payo,
Y de un Payo en un Panfilio,
Se deriva mi progenie
Hasta mí, que me apellido
Don Payo de Cacabelos,
Noble en el reino galicio.

DOÑA ELENA.
No os respondo por ahora,
Si bien, don Payo, me inclino
A vos.

MARINO.
(*Ap.* Mejor á la hacienda,
En que á lo largo he mentido.)
¿Quedo, Elena, en vuestra gracia?

DOÑA ELENA.
Quedais.

MARINO.
¿Qué tanto?

DOÑA ELENA.
No os digo
De presente cuánto sea.

MARINO.
¿Para ser favorecido
Basta?

DOÑA ELENA.
Basta.

MARINO.
A riveder,
Bello objeto querubínico,
Arcangélico, seráfico.
Balbuciente me despido,
Las locuciones me faltan,
Efecto de amantes finos.
Adios, adios.

DOÑA ELENA.
Él os guarde.

MARINO.
Para ser vuestro manípulo
Con bendicion de la Iglesia.
(*Ap.* Los pulmones llevo fritos.)
(*Vanse Marino y Hermenegildo.*)

INÉS.
¿Que este á don Diego le gane
La dicha?

DOÑA ELENA.
Sí; que ha venido
Con runfla de muchos pesos,
Y yo el dinero codicio.

INÉS.
Pues ¿un marido figura
De los tiempos de Rodrigo
De Vivar quieres tener?

DOÑA ELENA.
En casándose conmigo,
Yo le mudaré el pellejo,
Si es menester; que al marido
Tonto la sábia mujer
Le hace cuerdo y entendido.

INÉS.
Si eso emprendes, mucho harás
De un loco que muestra bríos.

DOÑA ELENA.
Yo he de hacer de un loco un cuerdo
En breve.

INÉS.

No te replico.

(*Vanse.*)

URBINA.

Ea, háganse estas bodas,
Quizá medraré un vestido;
Que despues que dí en poeta,
Ni tengo un cuarto ni visto. (*Vase*)

Salen DON PEDRO, *viejo*, Y DON JUAN.

DON JUAN.

Como os digo, mi cuidado
Nace de tenerla amor;
Pero siempre hallo en Leonor
Contra mi su rostro airado.
Significola en mis quejas
Una firmeza segura,
Y á mi terneza es mas dura
Que los hierros de sus rejas.
Hasta agora mi paciencia
Su rigor ha tolerado;
Mas creciendo mi cuidado,
Mengua en ella la clemencia.
Viéndome pues afligido,
Y que en su gracia no medro,
Mi pasion, señor don Pedro,
Por su alivio os ha elegido;
Persuadid á la belleza
De vuestra sobrina amada
A que se muestre obligada
De mi amor y mi firmeza,
Para que en casto himeneo
Goce con dulces prisiones
El logro de mis pasiones,
La dicha de aqueste empleo.

DON PEDRO.

Señor don Juan, advertido
Me deja vuestro cuidado
De las penas que ha pasado,
Las ansias que ha padecido.
Sé que os aflige el desden
Que hallais en Leonor hermosa,
Y que el alma no reposa
Hasta tener este bien;
Y así, me ofrezco á serviros,
Como dirá la experiencia,
Y de que tengais paciencia
No he menester advertiros;
Que he de elegir ocasion
En que á Leonor pueda hablar;
Que empleos se han de tratar
Con gusto, tiempo y sazon.
En todo seréis servido.
Vivid de hoy mas alentado,
Pues de lo que habeis pasado
Me dejais compadecido.
Con el desden y crueldad
Los firmes no desfallecen;
Que las muy damas carecen
Desto que llaman piedad.
Y de lances semejantes,
Hallo que las mas hermosas
Con acciones rigurosas
Acrisolan sus amantes.
Yo llevo firme esperanza
De persuadir á Leonor.
El premio esperad de amor;
Que quien no espera no alcanza.

DON JUAN.

Los piés quisiera besaros
Por el bien que me ofreceis.

DON PEDRO.

Presto, don Juan, os veréis
Con mayor dicha envidiaros.

DON JUAN.

Mi esperanza estriba en vos.

DON PEDRO.

Haré que el premio no tarde.
Yo me voy.

DON JUAN.

El cielo os guarde
Mil años.

DON PEDRO.

Don Juan, adios.

(*Vanse.*)

Salen DOÑA LEONOR Y LUISA, *criada.*

DOÑA LEONOR.

Vuélveme, Luisa, á decir
Eso.

LUISA.

Daráte mas pena.

DOÑA LEONOR.

¿Don Diego en casa de Elena?

LUISA.

Yo le vi entrar y subir
La escalera, que, advertida
De la calle, lo miré,
Donde un hora le aguardé
Que saliese.

DOÑA LEONOR.

Estoy perdida
De celos.

LUISA.

En vano das
En querer á quien no te ama,
Sabiendo que tiene dama;
Engañada y ciega estás.

Sale DON DIEGO.

DON DIEGO.

Conocido ya el engaño
En el proceder de Elena,
He ofrecido la cadena
Al templo del desengaño.
Confieso que en tanto daño,
Que mi sufrimiento apura,
Desconfiado en la cura,
Rindiera el alma en despojos,
A no hallar en vuestros ojos
Medicina en su hermosura.
Estimo el ser avisado
De vuestra cuerda advertencia,
Para que con la experiencia
Hiciese pausa el cuidado.
Y así, aunque no escarmentado
De amar con seguridad
A esa divina beldad,
Hermosísima Leonor,
Con mayor caudal de amor
Mudo en vos mi voluntad.
En vos amaré á la dama
De quien fuí favorecido,
Sin que el tiempo ni el olvido
Apaguen mi ardiente llama.
Aventajaré á quien ama
Con mas fe, con mas firmeza,
Y si hallo en vuestra belleza
Que á esos ojos soy propicio,
Dar mi alma en sacrificio
Será la menor fineza.

(*Vase Luisa.*)

DOÑA LEONOR.

Estimo en vuestra mudanza
Efectos de la experiencia,
Donde pudo la evidencia
Dar muerte á vuestra esperanza,
Perdida la confianza
En ojos de engaños llenos.
¿Amais los mios por buenos?
¡Oh, qué mal gusto teneis!
Don Diego, pues pretendeis
El venir de mas á menos!

DON DIEGO.

Si antes amé ciegamente,
De la pasion olvidado,
Ya miro desengañado
El bien que tengo presente;
Y lo que mi alma siente
Viene en mi accion á explicarse,
Y no debe condenarse
Su intento, bella Leonor,
Cuando pretende mi amor
Mudarse por mejorarse.

DOÑA LEONOR.

Yo sé que vuestra memoria
No se olvidará de Elena.

DON DIEGO.

Nunca se vuelve á la pena
El que se goza en la gloria.

DOÑA LEONOR.

A beldad que es tan notoria,
Conocido agravio es
El que la haceis descortés.

DON DIEGO.

La vuestra no me concede
Que ame donde precede
Al amor el interés.
Como el tahur que jugando
Ha su dinero perdido,
Y con caudal mas crecido
Le emplea, el juego mudando;
Así yo, que estaba amando
A Elena, perdiendo allí,
Mi desgracia conocí,
Y con mas caudal de amor
Me mudo á juego mayor;
Que espero ganar aquí.

DOÑA LEONOR.

Emplead todo el caudal
A ese juego, y no se mude,
Aunque el tahur siempre acude
Adonde le tratan mal.

DON DIEGO.

No es siempre fortuna igual;
En el juego del querer
Correspondencia ha de haber.

DOÑA LEONOR.

No faltará entre los dos.

DON DIEGO.

Pues si esa tengo de vos,
¿Cómo podré yo perder?

DOÑA LEONOR.

¿Cómo supistes de Elena
Su simulada ambicion?

DON DIEGO.

Con una nueva invencion,
Que fué alivio de mi pena.
La flota de barras llena
Esperaba, y que la orilla
Rompiese su errada quilla,
Y que en ella yo tocase
La plata que me llegase
En salvamento á Sevilla.
El aviso me llegó,
Que trujeron dos criados,
Con docientos mil ducados,
Que mi tio me mandó.

DOÑA LEONOR.

¿Viviendo?

DON DIEGO.

No; que murió.

DOÑA LEONOR.

Muchos años los goceis.

DON DIEGO.

Dueño de todo seréis.
De todo aqueste dinero
Finjo á un lacayo heredero.

DOÑA LEONOR.

Bueno.

DON DIEGO.
La intencion sabréis.
A visitarla ha acudido,
Muy preciado de la herencia,
Y hale dado Elena audiencia,
Y aun favores prometido.
Pretende por lo marido
Enternecer su hermosura,
Del favor ya se asegura.

DOÑA LEONOR.
¡Oh fuerza de la ambicion!

DON DIEGO.
Ciega pues de la razon,
Querrá un marido figura.

Sale LUISA.

LUISA.
A visitarte ha venido...

DOÑA LEONOR.
¿Quién?

LUISA.
Doña Elena de Torres.

DON DIEGO.
¡A qué mal tiempo que llega,
Que mis dichas interrompe!

DOÑA LEONOR.
Importa, señor don Diego,
Porque conmigo no os tope,
Que en mi camarin estéis
Escondido.

DON DIEGO.
Como importe
A vuestro gusto, obedezco,
Aunque el mio se malogre.

DOÑA LEONOR.
Aquí os habeis de esconder.
Perdonad, y no os enoje
Mi recato; que mi fama
No es bien que ande en opiniones.

DON DIEGO.
En todo he de obedeceros,
Aunque mi placer se estorbe. (*Vase.*)

Salen DOÑA ELENA, INÉS Y URBINA.

DOÑA ELENA.
Leonor bella.

DOÑA LEONOR.
Elena hermosa.

DOÑA ELENA.
Mi fineza os corresponde.

DOÑA LEONOR.
Seais, amiga, bien venida;
Que estimo aquestos favores.—
(*Abrázanse.*)
Traed sillas.

LUISA.
Aquí están.
(*Siéntanse.*)

DOÑA ELENA.
Forzosas ocupaciones
Han estorbado al deseo,
Hermosa Leonor, que goce
La dicha de visitaros.

DOÑA LEONOR.
El no acusar dilaciones
Entre amigas es llaneza
De amor; ya sé que la corte,
Con varios divertimientos,
Multiplica ocupaciones;
Tendriaislas muy precisas.
¿Cómo estáis? Mas si es conforme
A la muestra la salud,
Con su beldad corresponde.

DOÑA ELENA.
Yo estoy muy para serviros,
Aunque falten los primores
Que de mi rostro fingís;
El vuestro sí que en el orbe
Le admiran por un prodigio
De belleza y perfecciones.

DOÑA LEONOR.
Y esa ¿no es adulacion?

DOÑA ELENA.
No; que estas verdades oyen,
Leonor, vuestros oidos,
Ajenas de adulaciones.

Sale LUISA.

LUISA.
El señor don Pedro sube
A verte.
(*Altérase Elena.*)

DOÑA LEONOR.
No os alborote,
Doña Elena, su venida,
Si pensais que es algun jóven,
Porque don Pedro es anciano,
Y mi tio.

URBINA.
Recatóse,
Porque pase por melindre
Entre estudiadas acciones.

Sale DON PEDRO.

DOÑA LEONOR.
Seais, Señor, bien venido.

DON PEDRO.
Sobrina mia, en quien pone
Tantos primores el cielo.

DOÑA LEONOR.
Haceisme siempre favores.

DON PEDRO.
¿Quién es, Leonor, esta dama?
(*Hácela cortesía.*)

DOÑA LEONOR.
Es doña Elena de Torres,
Señora y amiga mia,
Dama principal y noble.

DON PEDRO.
Pues quiero, con su licencia,
Que me escucheis dos razones,
Que os importan, en secreto.

DOÑA ELENA.
El que me trateis, señores,
Con llaneza es lo que estimo.—
Oid todo cuanto importe,
Leonor, al señor don Pedro.

DOÑA LEONOR.
Merezca de vos perdones
Esta primera llaneza.

DOÑA ELENA.
Sed á su mandato dócil.
(*Vanse doña Leonor, don Pedro y Luisa.*)

INÉS.
Hermosa sala.

DOÑA ELENA.
Extremada.

URBINA.
Todo en ella está conforme,
Y en igual correspondencia
Bufetes y contadores.

DOÑA ELENA.
¿No celebrais las pinturas?

URBINA.
En esta amenaza á Adónis
El cerdoso jabalí
Por dejarle á buenas noches;
Aquí Europa surca el mar,
Combatida de temores,
En la taurífera piel
En que se disfraza Jove.

DOÑA ELENA.
Historia entendeis, Urbina.

URBINA.
Desto de trasformaciones
Sé mucho.

INÉS.
Pues haceis mal
En no hacer una qué importe.

URBINA.
¿Y es?

INÉS.
Que de viejo caduco
Os volvais en fuerte jóven.

URBINA.
Pegómela la taimada.

DOÑA ELENA.
Este camarin responde
A esta sala; en él se ven
(*Mira adentro*)
Paises, medallas, flores,
Y algunos buenos retratos
De los pinceles mejores
Desta corte. Mas ¿qué es esto?
Inés, ¿quién es aquel hombre
Que allí procura esconderse?

INÉS.
No será bien que lo ignores;
Don Diego de Acuña es.

DOÑA ELENA.
¿Don Diego?

INÉS.
Si las facciones
No me engañan, él es cierto.

DOÑA ELENA.
¡Oh tramoyas de la corte!
Nunca entendí que Leonor
Diera á venéreas pasiones
Lugar. ¿Don Diego en su casa?

INÉS.
Si en la tuya no le acoges,
Él busca donde le admiten;
Tus curiosas atenciones
Este daño han descubierto.
No te ofendas ni te enojes.
¿Pésate que esté don Diego
Aquí?

DOÑA ELENA.
Sí.

INÉS.
Bien se conoce
En tí cuán celosa estás;
Pero si en don Payo pones
Tu aficion y aun tu codicia,
No es justo que te congoje
Aquello que has despedido.

DOÑA ELENA.
Son mis vanas presunciones
Tan remontadas, Inés,
Que en verle libre á aqueste hombre
De mi dominio me abraso.

INÉS.
Despreciástele y mudóse.

Salen DOÑA LEONOR Y LUISA.

DOÑA LEONOR.
Perdóname, hermosa Elena.

DOÑA ELENA.
(*Ap.* De gentil humor me coge,
Cuando de verla me ofendo.)
¿Y tu tio?

DOÑA LEONOR.
Despidióse,
Y fuése por otra puerta.

DOÑA ELENA.

Leonor, tantas diversiones
He hallado en aquesta sala,
Que, advirtiendo en los primores
De estas valientes pinturas,
Me han causado admiraciones.

DOÑA LEONOR.

Razonables son algunas.

DOÑA ELENA.

Entre las que reconoce
Por mas célebres tu gusto,
Que muestra mas perfecciones,
Hay una en tu camarin.

INÉS. (*Ap.*)

Con la pasion, declaróse.

DOÑA LEONOR.

(*Ap.* ¡Ay Dios! ¡Si ha visto á don Diego!
Ya estoy llena de temores.)
¿Es retrato ó es país?

DOÑA ELENA.

Es el retrato de un hombre
Que un tiempo adornó mi sala;
Parecióme bien entonces,
Pero deshíceme dél.

DOÑA LEONOR.

Contra el gusto no hay razones;
Yo apetecí esa pintura,
Informada de pintores
Que era de pincel valiente,
Y á su alabanza es conforme.

DOÑA ELENA.

¿Al fin la estimas en mucho?

DOÑA LEONOR.

Tanto, que cuanto compone
Este camarin y sala,
Y los tesoros mayores,
Su valor no igualaran
A mi estima.

DOÑA ELENA.

No conoces
Lo que es pintura, Leonor.

DOÑA LEONOR.

Tú menos, pues los valores
Del pincel mas natural
No permites que te honren.

DOÑA ELENA.

Ya me ofende tu osadía.

DOÑA LEONOR.

Como al retrato no toques,
Porque no se ofenda el dueño,
Sufriré tus sinrazones.
Yo no juzgo que sea agravio
Que lo que defectos pones,
Desestimas y desprecias,
Yo le estime y yo le compre.

DOÑA ELENA.

Pobre pintura has comprado.

DOÑA LEONOR.

Sin marco parece pobre,
Mas yo se le haré muy rico.

DOÑA ELENA.

Del metal de los doblones
Será bueno.

DOÑA LEONOR.

¡Qué! ¿te burlas?

DOÑA ELENA.

No, porque sé que en tus cofres
Hay materia para hacerle.
Quédate con Dios, y goces
El retrato muchos años.

DOÑA LEONOR.

A costa de tus pasiones
Me estará muy bien gozarle.

DOÑA ELENA.

Adios.

DOÑA LEONOR.

Él tus dichas logre.

(*Vanse doña Elena y Urbina.*)

INÉS.

Mi ama va mas picada
Que puede estarlo un jigote.

LUISA.

Y la mia habrá comido
Pimientos ó mostachones.

(*Vanse.*)

Sale DON DIEGO.

DON DIEGO.

Cuando el suelo que pisais
Yo le respete y adore,
Aun no pago lo que os debo.

DOÑA LEONOR.

Habeis andado algo torpe
En no cerrar esa puerta;
Que huir de censuradores
En amantes es cordura.

DON DIEGO.

Pues cuando Elena se enoje,
Los pesares la atormenten
Y los suspiros la ahoguen,
Nada me puede importar;
Que amor, que preceptos pone,
Solo me manda quereros
Y que olvide otros amores.

DOÑA LEONOR.

Yo os lo agradezco, don Diego.
Temo que mi tio torne;
Y así, Señor, os suplico
Que, excusándome temores,
Os vais, porque aquí no os halle.

DON DIEGO.

Harto lo siento, mas voyme.
¿Cuándo os he de ver?

DOÑA LEONOR.

Mañana.

DON DIEGO.

¿Sin falta?

DOÑA LEONOR.

No hay dilaciones
Donde el amor hace esfuerzos.

DON DIEGO.

Si el tiempo veloz no corre,
Tendré mil siglos de ausencia
Hasta que esa dicha goce.

DOÑA LEONOR.

Adios. (*Vase.*)

DON DIEGO.

Adios, mi Leonor.
Tiempo, apresura la noche;
Que los mas breves instantes
Son siglos entre amadores.

ACTO TERCERO.

Salen DON JUAN Y DON PEDRO.

DON JUAN.

Ya de vuestra boca espero,
Señor don Pedro Narvaez,
Una respuesta que sea
El alivio en mis pesares.
¿Qué ha respondido Leonor?
No pretendais dilatarme
El gozo que el alma espera
Con tanto afecto.

DON PEDRO.

Escuchadme.
Yo hallé á Leonor de visita,
Ocupada con un ángel;
Tal me pareció una dama,
Que me dijo apellidarse
Doña Elena; es muy hermosa,
Y con su licencia, aparte
La hablé en vuestra pretension.
Referila vuestras partes,
Vuestra constancia y amor,
Que no las ignora nadie.

DON JUAN.

¿Qué os respondió?

DON PEDRO.

Que conoce,
Señor, vuestras calidades,
Pero que no tiene intento
Por ahora de casarse;
Que es muy moza para verse
Con los cuidados que trae
El matrimonio, que son
A veces intolerables.
Dios sabe, señor don Juan,
Cuánto lo siento no darle
A vuestro amor la respuesta
Que merecen sus quilates.
Forzarla á que se os incline,
Aun no es empresa de un padre,
Cuanto mas de mí, que soy
Su tio.

DON JUAN.

Mi amor constante
Pierde méritos con ella;
Aquesto sin duda nace
De que en otro amor se obliga
Leonor.

DON PEDRO.

Es gran disparate
Que tal cosa os digan de ella;
Su recogimiento es grande,
Y nunca ha dado al amor
Ni feudo ni vasallaje.
Aquesto debeis creerme;
Y porque se me hace tarde
Para hacer una visita
Que es de cumplimiento, dadme
Licencia, y quedad con Dios,
Señor don Juan. (*Vase.*)

DON JUAN.

Él os guarde.—
Desde hoy, Leonor, me despido
De tu amor, pues que no valen
Para contigo finezas
Que obligaran voluntades.
En tus helados desdenes
Vino mi fuego á apagarse,
Que antes pudiera su fuerza
Dar llamas por cien volcanes.
A doña Elena de Torres,
Dama hermosa y de buen talle,
La he hablado algunas veces,
Despues que no quiso darle
Audiencia doña Leonor
A mi amor firme y constante.
Es bizarra con extremo,
A esta pretendo inclinarme,
Y aun pedirla por esposa;
Y quien podrá hacer mis partes
Será don Diego de Acuña,
Que me afirman con verdades
Que es mucho suyo, y aun deudo;
Por su medio será fácil
Conseguir mi nuevo intento.
Pero mi dicha le trae
En esta ocasion aquí.

Sale DON DIEGO, *con hábito de Santiago.*

DON DIEGO.

¿Don Juan?

DON JUAN.

¿Don Diego? Esta tarde
He sabido que esa cruz
Al noble pecho dió esmalte.
Gocéisla por largos siglos,
Con la encomienda mas grande
De su órden militar.

DON DIEGO.

Los cielos, amigo, os guarden.
Antes de ayer recibí
De mano del Condestable
El hábito.

DON JUAN.

Gran señor.

DON DIEGO.

A todos mil honras hace.
¿Hay en qué serviros pueda?

DON JUAN.

Hoy se me ofrece en qué os canse.

DON DIEGO.

Mi descanso es el serviros.
Comenzad pues á mandarme;
Sepa, don Juan, vuestro intento.

DON JUAN.

Con la noticia bastante
Que teneis de que Leonor,
Esquiva, severa y grave,
Menosprecia mis finezas
Sin permitir obligarse,
He mudado ya de intento.

DON DIEGO.

Pues ¡qué! ¿amais en otra parte?

DON JUAN.

Sí, don Diego; á doña Elena
De Torres; que despicarme
He querido del desden.

DON DIEGO.

Cuerdamente lo mirastes.

DON JUAN.

Sé que teneis en su casa
Mucha entrada, y sé que os hace
Mil honras y mil favores,
Nunca admitiendo de nadie
Consejo sino de vos;
Y así, para que yo alcance
La dicha de merecerla,
Que será para mí grande,
Os elijo intercesor
Para con Elena; dadme
Este honor, con persuadirla,
Refiriéndola mis partes,
Me dé la mano de esposa,
Si gusta con ella honrarme.

DON DIEGO.

(*Ap.* O este ha ignorado el amor
Que á Elena he tenido grande,
Pues me descubre su intento,
O quiere certificarse
Si la estoy queriendo ahora;
Yo haré que se desengañe.)
Señor don Juan, vuestro intento
Ha andado bien en mudarse;
Que es Elena un serafin
En la beldad, y es notable
Su divino entendimiento,
Que á muchos ventajas hace.
Lo que yo haré por serviros
Con Elena, será darle
Parte de vuestra intencion
Y de vuestras calidades.
Solo os digo que desea
De un bruto, de un ignorante,
De un primo que Dios me dió
(Y esto porque hacienda trae
De las Indias) ser su esposa;
Pero yo, aunque sea mi sangre,
Como aborrezco este empleo,
Estorbaré que se case
Con él, y os admita á vos.

DON JUAN.

En todo sabréis honrarme.
¿Cuándo os veréis con Elena?

DON DIEGO.

Presto, don Juan; esta tarde.

DON JUAN.

Fiando en vuestra amistad,
No será justo que os canse
Mas; quedad con Dios, don Diego.
(*Vase.*)

DON DIEGO.

La vida el cielo os alargue. —
Ya vuelto casamentero
El que ha sido galan antes,
Va á solicitar á Elena
Que se emplee y que se case
Con don Juan; hoy he de verla,
Aunque sea contra el gravámen
Que Leonor me tiene puesto,
Que ni la vea ni hable.
Si se enojare, podré
A mi salvo disculparme;
Mas los enojos no duran
Entre los firmes amantes. (*Vase.*)

Salen INÉS, Y MARINO *tras ella.*

MARINO.

Inés bella, Inés gentil,
Del amor ardiente rayo,
Que le haces la mueca al mayo
Y la mamona al abril,
No se esquive tu persona
Contra mi cariño así,
Porque será hacerme á mí
La mueca y aun la mamona.
Póngase á tu fuga tregua,
Porque con aquesto solo,
Ni yo vendré á ser Apolo,
Ni tú Dafne de la legua.
Escúchale á un caballero
Cuatro razones de amor,
Familiarísmo esplendor;
Espera, espera.

INÉS.

Ya espero.

MARINO.

De la planta á la nariz,
Y desde allí hasta el cabello,
Es todo tu bulto bello.
¡Quién hacerte genitriz
Pudiera de un bello infante!

INÉS.

Heme venido á enojar
Que me requiebre en vulgar.
¿Piensa que soy ignorante?

MARINO.

Por el ínclito abolorio
De mi prosapia en Galicia,
Que en mí no ha habido pigricia;
Que entendí que el auditorio
Era de estofa mediana
Y que cualquiera parlado
Le pudiera ser de agrado.

INÉS.

¿Juzgástesme chabacana
O con ingenio bisoño?
Pues mas de dos entendidas
No me igualan presumidas
Con enaguas y con moño.

MARINO.

Ya afecto credulidad,
Y pues esa perfecion
Pide culta locucion,
Oiga mi verbosidad.
Nise, que cubicularia
Eres de Elena, y ultrajas,
Haciéndole mil ventajas,
A la tropa famularia,
Cosquillosamente intima
Tu fulgoroso esplendor,
Rayos á un flamante amor,
Que fué embrion y se anima.
Y pues domina imperiosa
En mí tu luz, Nise bella,
Sea venérea centella,
Y no chispa fulgurosa.
Conoce afectos anejos
Al amor que has visto en mí,
Para que goce de tí
El premio con mil amplejos.
Halle mi pesar leticia
En tu fámula beldad,
Y de socarronidad
Expele toda nequicia.

INÉS.

Si á la mentida aficion
En que os fingís con empeño
Premiara amando, á mi dueño
Fuera hacerle gran traicion.
Y así, disculpa, Señor,
Esta cortedad aquí,
Que no os puedo dar por mí
Esperanza de favor.
Perdonad, señor don Payo.

MARINO.

Poco, Elena, os obligó,
Pues para amplejarla yo
Me estáis negando el ensayo.

INÉS.

No querais por lo indirecto
Dar estímulo al cuidado.

MARINO.

Por Dios, que se os ha pegado
La roña de mi dialecto;
Con un brazo y otro brazo,
Nise, podeis iniciar
Aquesto del abrazar,
Dejando el culto embarazo.

INÉS. (*Ap.*)

Es de don Payo el humor
Tal, que, si noble no fuera,
Por mi galan le admitiera,
Porque le he cobrado amor.

MARINO.

No impetra la persuasiva,
Aunque hable á lo gongorío,
Que circuya el bello emporio;
Ea, sed ejecutiva.

INÉS.

Tanto dais en porfiar,
Que, por no ser enfadosa,
Os abrazo.

MARINO.

Linda cosa.

Sale URBINA, *y los ve abrazados.*

URBINA.

Esto se llama abrazar.
Bueno va, por Jesucristo;
Que en los tres años que he amado
A tal dicha no he llegado.

INÉS. (*Reparando en el viejo.*)
El escudero me ha visto;
¿Qué importa?

URBINA.

Esto es negociar
Con brevedad, no morir
Con esperar y servir.

INÉS.

Llegalde, don Payo, á hablar.

MARINO.

Seais, Urbina, bien venido.

URBINA.
Lo contrario habia pensado.
MARINO.
¿Cómo?
URBINA.
Ser muy mal llegado.
MARINO.
(*Ap.* Socarron me ha respondido.)
¿Dónde está mi Elena hermosa?
URBINA.
En visita la dejé.
MARINO.
¿Con...?
URBINA.
Con una dama.
MARINO.
¿A fe?
URBINA.
Que enfrente de casa posa.
MARINO.
¿Y cuánto se tardará
En venir?
URBINA.
Ya voy por ella.
MARINO.
No os detengais.
URBINA. (*Ap.*)
La centella
De celos me abrasa ya.
¡Con qué priesa me despide
Para acrecentarme enojos!
MARINO.
¿Teneis nubes en los ojos?
URBINA.
Una, pero no me impide
El ver sin dificultad,
Aunque sea dar un abrazo.
INÉS. (*Ap.*)
Malicias tiene el pelmazo.
MARINO.
Hablando aquí en puridad,
¿Visteisme abrazar á Inés?
URBINA.
Y deso estoy muy celoso,
Pues no he sido tan dichoso,
Aunque la sirvo años tres.
MARINO.
Y eso ¿es para casamiento?
URBINA.
Pues ¿para qué habia de ser?
Ámola para mujer.
MARINO.
¿Y es con su consentimiento?
URBINA.
Si he de deciros verdad,
Ella siempre me desdeña,
Muy esquiva y zahareña.
INÉS.
No le tengo voluntad.
URBINA.
Llámola en versos constantes;
Que me precio en la poesía...
MARINO.
Me gusta, por vida mia.
URBINA.
Despeño de los amantes,
Roca, mármol, risco helado,
Peña altiva y fuerte acero.
INÉS.
Todo es porque no le quiero.
URBINA.
Págame mal mi cuidado;
Unos versos la hice ayer,
Que dedico á su rigor.
MARINO.
Oigámoslos, por mi amor.
¿Son cultos?
URBINA.
No los sé hacer.
MARINO.
Vaya de versos.
URBINA.
No son,
Señor, de los realzados,
Pero son acomodados
Para decir mi intencion.—
Si gusta Inesarda que sufra y que calle,
Amando, queriendo, sufriendo y velando,
¿Cómo lo podré, si he estado mirando
Tomarla apretada medida á su talle?
Cuando ella me aburre, yo dalle que dalle,
Querer, mas querer, sentir y llorar,
Hasta que vea que no hay que esperar,
Y que me pone de piés en la calle.
MARINO.
Repente composicion,
Y al suceso del abrazo.
URBINA.
Con tal prontitud los trazo.
MARINO.
Muy á lo de Mena son.
INÉS.
Así los compone Urbina.
URBINA.
Otros me veréis hacer
A vos, que tomais placer
Con esposa y concubina. (*Vase.*)
MARINO.
Huyendo se fué el vejete,
En diciendo la malicia.—
Inés, no tengas tristicia.
INÉS.
Es un soplon.
MARINO.
Y un pobrete.
La hoja quedó doblada;
Volvamos á nuestra historia.
INÉS.
No se verá en esa gloria.
MARINO.
Inés mia, Inés amada,
Inés con hombres cortés.
INÉS.
Repórtese; que está loco.
MARINO.
En la materia que toco,
Un poco te quiero, Inés.
INÉS.
Poco y tan poco será,
Que casi á ser nada venga;
Otra de amor le mantenga,
Pues que tan hambriento está.
MARINO.
Oyeme, niña, pues es
Mi amor festivo y solene...,
Mas, porque tu ama viene,
Yo te lo diré despues.

Salen DOÑA ELENA, y URBINA, *que la trae del brazo.*

DOÑA ELENA.
¡Qué calurosa que vengo!
Quitame, Inés, ese manto;
Que en el tiempo del estío
Aun el sopliillo es pesado.
URBINA.
Apretóle el tejedor.
DOÑA ELENA.
¿Aquí está el señor don Payo?
MARINO.
Aquí me tiene Cupido,
A fuer de rito judáico,
Intruso en la espectacion,
Mas fijo que lo está un mármol.
DOÑA ELENA.
¿No estaba con vos Inés?
MARINO.
Aquí entretuvo el cuidado.
URBINA. (*Ap.*)
Y aun el gusto.
INÉS.
Calla, viejo.
URBINA.
Solo por mi honra callo.
DOÑA ELENA.
¿Teneis cartas de Sevilla?
MARINO.
Sí, Elena; Jorge Grimaldo,
Mi agente, me ha remitido
Cosa de diez mil ducados
En plata doble, y me tiene
Lleno de tedio y espanto
Ver la poca cantidad
De dinero que ha labrado
La casa de la moneda.
DOÑA ELENA.
Deben de labrarla tantos,
Que para todos no habrá.
MARINO.
Ya dice que á otro ordinario
Me enviará mas cantidad,
Con lo que allá me he dejado
De plata, perlas y piedras.
DOÑA ELENA.
Ya con lo que os ha enviado
Les podemos dar principio
A nuestras bodas.
MARINO. (*Ap.*)
Andallo;
Sal quiere el huevo; diez mil
Es el principio del gasto;
¿Qué vendrán á ser los medios
Y los fines? Batacazo
Puede temer cualquier bolsa
Que le viniere á las manos.
DOÑA ELENA.
Tracemos, pues, los vestidos.
MARINO.
Auséntense los criados,
Que siento no hablar cultoso;
Que es lenguaje desairado
El vulgar, y en estas cosas
El culto no he de gastarlo.
DOÑA ELENA.
Decis muy bien.—Vos, Urbina
Y Inés, despejad entrambos,
Y dejadnos aquí á solas.
INÉS.
Por mí, yo obedezco.
URBINA.
Vamos.
(*Vanse los criados.*)
DOÑA ELENA.
Tomad silla.
MARINO.
Ya me siento.
(*Siéntanse.*)
DOÑA ELENA.
De aquestos diez mil ducados,

Con los demás que se esperan,
Vestidos y joyas trazo,
Colgaduras, coches, silla,
La familia de criados
Desde la escalera arriba
Y de la escalera abajo.

MARINO.

Muy bien está.

DOÑA ELENA.

Lo primero...

MARINO. (*Ap.*)

Con buen pié en la boda entramos.

DOÑA ELENA.

Sacaré doce vestidos,
A doce meses del año
Ofrecidos. ¿Qué colores?
Uno ha de ser cabellado,
De tela riza, color
Que ahora se usa.

MARINO.

Y los calvos
El cabellado desean,
Pero no en tela ni en raso.

DOÑA ELENA.

Otro de nácar.

MARINO.

No es cosa
De mi gusto.

DOÑA ELENA.

Andais errado.

MARINO.

Es muy malo ese color.

DOÑA ELENA.

¿La causa?

MARINO.

Porque he juzgado
A la que de nácar viste,
Que ha venido por el Rastro,
Y la hicieron los rastreros
El vestido de livianos.

DOÑA ELENA.

Ello ha de ser.

MARINO.

Vaya pues,
Aunque brindeis los milanos,
Cernícalos y alfaneques,
Que comen este guisado.
¿No elegis el verdegay?

DOÑA ELENA.

No he jurado en papagayo.

MARINO.

Pues es color muy honesto;
Allá en las Indias le usamos.

DOÑA ELENA.

Maldiga Dios tan mal uso.
Otro elijo noguerado.

MARINO.

¿Del color de la nogada?

DOÑA ELENA.

¡Qué lindo humor vais gastando!
¿Burlais?

MARINO.

No me burlo á fe,
Sino que soy mentecato,
Y no entiendo de colores.

DOÑA ELENA.

Pues yo muy de veras hablo.

MARINO.

Yo tambien.

DOÑA ELENA.

Otro he de hacer...

MARINO.

¿Cómo?

DOÑA ELENA.

Azul.

MARINO.

¿Oscuro ó claro?
¿Célico ó celoso?

DOÑA ELENA.

Azul.

MARINO.

¿De aqueste azul ordinario?

DOÑA ELENA.

Sí.

MARINO.

Los negros lo apetecen.

DOÑA ELENA.

Será de lama, y bordado
De negro.

MARINO.

Bueno, me gusta;
El buen capricho os alabo.
¿No trazais otro pajizo?

DOÑA ELENA.

En los tiempos de Pelayo
Fué valido ese color.

MARINO.

Teneis el gusto extremado;
Que dama que de pajizo
Se viste está en él penando,
Como alma del purgatorio,
Con llamas por todos lados.

DOÑA ELENA.

Otro vestido haré verde.

MARINO.

La esperanza de los asnos
Se acabará con mirarle
Cuando le estén deseando.

DOÑA ELENA.

Será de lama de flores.

MARINO. (*Ap.*)

De arbolan lo habrá tomado,
Verde y flores que prometen
Un verde y florido mayo.

DOÑA ELENA.

Parece que estáis de fisga.

MARINO.

Soy tan generoso y franco,
Que siento que me deis cuenta
De tan misérrimos gastos;
Gastad á vuestra eleccion.

DOÑA ELENA.

Coche y silla haré.

MARINO.

Yo esclavos
Os compraré.

DOÑA ELENA.

No sean negros.

MARINO.

No serán, porque, mirando
Llevar á una dama negros,
Juzgarán pechos cristianos,
Y mas si sale de noche,
Que va en poder de los diablos

DOÑA ELENA

Una cosa, mi señor,
Es la que he de suplicaros,
En que me habeis de dar gusto.

MARINO.

Siempre á dárosle me allano.

DOÑA ELENA.

Que habeis de olvidar lo antiguo
Y vestir lo cortesano;
Al uso quiero ese talle,
Que es de muchos envidiado.

MARINO.

¿Cortesano he de vestirme?

DOÑA ELENA.

Sí, mi señor.

MARINO.

¿Repudiando
De don Olfos y don Bueso
La escarcela y los follados?

DOÑA ELENA.

Eso mismo es lo que pido.

MARINO.

Oid un cuento en el caso.
En dulce barraganía
Dos amantes engarzados
Estuvieron largo tiempo;
Mas llególe el desengaño
A la dama, y á su dueño
Le dijo (el rostro bañado
En lágrimas) que queria
Ser monja, y dejar el trato
Lascivo de su amistad,
Pidiéndole para el santo
Intento dote y ajuar,
Con todo lo necesario.
No sintió el galan la fuga
De su compañía tanto
Como el pedirle aquel dote;
Que díjola mesurado:
«Señora del alma mia,
De amiga á monja es gran salto;
Quedarse en beata puede,
El intento minorando.»
De follados á calzones
Tan de repente no paso;
En calzas me quedaré.

DOÑA ELENA.

Bien está el cuento aplicado.

Sale URBINA.

URBINA.

Don Diego de Acuña quiere
Besar, Señora, las manos
A vuesancé.

MARINO.

Yo me voy.

DOÑA ELENA.

¿Por qué?

MARINO.

Porque me ha cansado
Que con mis proprios papeles
Haya pretendido un hábito,
Y que le tenga en los pechos.

DOÑA ELENA.

¿Hábito?

MARINO.

Y de Santiago.

DOÑA ELENA.

Ha sido término ruin.

MARINO.

Superchérico, tacaño,
Y trecientas cosas mas;
Por otra parte me escapo.

DOÑA ELENA.

Decid que suba don Diego.
(*Vase Urbina.*)

MARINO.

Adios, mi bien; mas despacio
Trazad lo que conviniere. (*Vase.*)

DOÑA ELENA.

El cielo os guarde mil años.

Sale DON DIEGO.

DON DIEGO.

Aunque á novedad juzgueis
Mi venida, habiendo tanto
Tiempo que no vengo á veros,
Como embajador he osado
Llegar á vuestra presencia.

DOÑA ELENA.
De ese militar ornato
Recibid mi norabuena.

DON DIEGO.
Yo la admito muy ufano,
Y este y los demás aumentos
Que tuviere, los consagro,
Señora, á vuestro servicio.

DOÑA ELENA.
Tengo por milagro raro
Que aquí os permita venir
Aquel serafin humano
Que os gobierna el albedrío.

DON DIEGO.
No os entiendo.

DOÑA ELENA.
No me espanto,
Que hablo oscuro ó en griego;
La bella Leonor, el pasmo
De la beldad, el prodigio
Del orbe.

DON DIEGO.
Pues decid, ¿cuándo
Tiene aquese imperio en mí?

DOÑA ELENA.
Gracia teneis en negarlo.
Yo he visto un retrato vuestro
En su camarin.

DON DIEGO.
¿Retrato?

DOÑA ELENA.
Miento; que fué original.

DON DIEGO.
Fué de los ojos engaño.

DOÑA ELENA.
Nunca me engaño en la vista.

DON DIEGO.
Dicha fuera haber llegado
A tanto bien.

DOÑA ELENA.
¿Disimulos
Cuando yo lo he visto y cuando
Todos saben que la amais?
Mas en efeto, ¿por cuánto
Tiempo os ha dado licencia
Que estéis aquí?

DON DIEGO.
Por un año
Y por mil; porque Leonor
No me veda (hablando claro,
Como sabe que la adoro)
Que hable con vos, cuando he dado
En olvidar vuestro nombre.

DOÑA ELENA.
(*Ap.* De pesar y celos rabio.)
Decidme á lo que venis.

DON DIEGO.
El tiempo que lo dilato
Viene á ser muy contra mí.

DOÑA ELENA.
Créolo; vamos al caso.

DON DIEGO.
¿Bien conoceis á don Juan
De Bracamonte?

DOÑA ELENA.
Ese hidalgo
¿No era amante de Leonor?

DON DIEGO.
Sí, mas su amor ha mudado
En vos; es noble y es rico,
Desea que vuestra mano
Honre la suya y su casa.
Por tercero me ha enviado
Para tratar deste empleo,
Y es que se engañó, juzgando
Que soy muy vuestro valido,
Y que podria yo tanto
En esto, que él consiguiese
Su intento; ved con espacio
Si os conviene, porque pueda
Darle á quien la está esperando
De vos alegre respuesta.

DOÑA ELENA.
¿Tan léjos son vuestros barrios,
Que ignorais que á vuestro primo
Estimo y quiero?

DON DIEGO.
¿A don Payo?

DOÑA ELENA.
Al mismo.

DON DIEGO.
¿Hablaisme de veras?

DOÑA ELENA.
De veras, don Diego, os hablo.

DON DIEGO.
¿Para esposo?

DOÑA ELENA.
Para esposo.

DON DIEGO.
Pienso que os estáis burlando.

DOÑA ELENA.
No me burlo.

DON DIEGO.
Pues á un hombre
Loco, desigual, menguado,
¿Habeis de elegir esposo,
Cuando es llamado de cuantos
Le conocen en Madrid,
Por necio y por mentecato,
El mayorazgo Figura?

DOÑA ELENA.
Don Diego, con él me caso.

DON DIEGO.
Mucho os anima el dinero;
Que la persona y el trato
De tan menguado sugeto
No han hecho en vos tal milagro.

DOÑA ELENA.
No desprecieis vuestra sangre.

DON DIEGO.
Aunque no trato de amaros,
Siento que hagais tal empleo,
Y si puedo, he de estorbarlo.

DOÑA ELENA.
Estorbarlo no podréis.

DON DIEGO.
Sí haré, que yo tengo mano
Con personas muy de arriba;
Que no he de ver malograros,
Casada con tal figura.

DOÑA ELENA.
¿Sois vos mi tutor acaso?
Pues porque no lo intenteis,
Sin el debido aparato
Que á mi calidad se debe,
Con el vestido que traigo
He de casarme mañana,
Sin aguardar á mas plazos.

DON DIEGO.
(*Ap.* Eso es lo que deseo.)
Pues con lo poco que valgo
Habeis de ver si lo estorbo.

DOÑA ELENA.
Será término villano.
Dejad luego mi presencia;
Que, de mi desden picado,
Os quereis vengar.

DON DIEGO.
¿Yo?

DOÑA ELENA.
Sí.

DON DIEGO.
¿No veis que me he despicado
Con Leonor, y mi Leonor
Es portento soberano
De la beldad, que aventaja
A todas, como el sol claro
A las lucientes estrellas?

DOÑA ELENA.
Quedáos para mentecato. (*Vase.*

DON DIEGO.
Perdida va, de celosa;
Llegarásele su plazo,
Y entonces conocerá
Lo que cuesta un desengaño. (*Vase.*)

Salen á una reja LUISA Y DOÑA LEONOR.

LUISA.
Fresca noche.

DOÑA LEONOR.
Será buena
Si don Diego presto viene,
Y estorbo no le detiene.

LUISA.
Ya no será doña Elena.

DOÑA LEONOR.
De eso vivo bien segura;
Que estoy cierta de su amor.

LUISA.
Apeló de su rigor
A tu divina hermosura.

DOÑA LEONOR.
Lisonjera, Luisa, estás.

LUISA.
No es lisonja, te prometo;
Que don Diego fué discreto
En ir de menos á mas.

DOÑA LEONOR.
Mucho es Elena.

LUISA.
Sí es;
Mas donde Leonor está,
Cualquiera la dejará
Por tan hermoso interés.

Sale MARINO, *de noche.*

MARINO.
Noche, amparo de mochuelos,
De lechuzas y de buhos,
Que sin herencias de muertos
Te vistes de negro luto,
¿Adónde hallaré á mi amo,
Que le busco á somormujo,
Cubierto á lo envergonzante,
Huyendo de los concursos,
Para que no me conozcan?

DOÑA LEONOR.
Allí he divisado un bulto
Que por esta calle baja.

LUISA.
¿Si es don Diego?

DOÑA LEONOR.
Yo lo dudo;
Que le es inferior en talle.

LUISA.
Hombre parece de vulgo.

MARINO.
Dos damas honran los hierros
Desta reja; con mil gustos
Me apropincuo donde hay fembras.—
Guarde el cielo los coluros (*Llégase.*)

De esas dos brillantes faces,
Con quien el sol es mendrugo
De luz, mendigando rayos.

LUISA.

El hombre llega con humos
De gracejar.

DOÑA LEONOR.

Gracejemos
Con él, que tiene buen gusto.

LUISA.

Ya se llega con despejo.

MARINO.

Damas que el farol nocturno
Aguardais en esa reja
Para darle muchos sustos,
Viendo que teneis mas luz,
Un galan abejaruco,
Que solitúdines busca,
Anhelante y vagabundo,
Pide que vuestra beldad
Le favorezca un minuto
De tiempo, si lo permite
Ese candor verecundio.

LUISA.

Señora, este es el galan
De Elena.

DOÑA LEONOR.

¿El lacayo? Dudo
Que sea él.

LUISA.

Yo le conozco;
Porque un grande amigo suyo
Me le mostró en una calle,
Y en ser él no dificulto,
Viendo que habla deste modo.

MARINO.

Si hemos de hablar á lo mudo,
Soy muy torpe en hacer señas,
Y quedaré aquí muy burdo.

DOÑA LEONOR.

Para saber con quién se habla
Es bien que se mire mucho.
¿Quién sois?

MARINO.

Soy un caballero
Que me llamo don Gerundio
De Vitoque.

DOÑA LEONOR.

¿De Vitoque?

MARINO.

Sí, que nací en el Maluco,
Y los Vitoques de allá
Son ilustres en el mundo.

DOÑA LEONOR.

Llegáos mas, y descubrid
La cara.

MARINO.

Si la descubro,
Verán un rostro de carne.

DOÑA LEONOR.

No será fuera del uso.

MARINO.

Por Dios, que es moza gentil,
Y yo mas que un boquirubio
Me prendó por su belleza.

DOÑA LEONOR.

¿Qué decis?

MARINO.

Que sois un sumo
Portento de la beldad,
Y que cuantos atributos
Se os dieren, merece mas
Ese bello plenilunio.

DOÑA LEONOR.

Astrólogamente hablais.

MARINO.

He profesado el estudio
De esa ciencia.

DOÑA LEONOR.

Así parece.

MARINO.

Si quereis, con vuestro indúlgeo,
Que me llegue un poco mas,
Aunque sea darle un susto
Al alma, que ya os adora,
Recto llego y sin condumio.

DOÑA LEONOR.

Llegad.

(*Lléguese Marino mas.*)

MARINO.

La reja me indica
(Huyendo de lo menudo
Sus hierros) que por lo raro
Puedo algun favor futuro
Esperar, y el optativo
Está con muchos impulsos
De hacer una rara prueba,
Por si acaso halla conducto
Para apropincuarme allá.

LUISA.

Señora, aunque sea disgusto
Para el penante lacayo,
Tú verás cómo le burlo:
Haz que ejecute en la reja
Su deseo, y en el punto
Que con la prueba se salga...

DOÑA LEONOR.

Ya te entiendo.

LUISA.

Pues yo acudo
A llamar á dos criados. (*Éntrese.*)

MARINO.

Tanto á ese sol me vinculo,
Esclavo de esa beldad,
Que con mas valor que un Mucio
Pruebo allegarme mas cerca.

(*Entre la cabeza por la reja, y cójale doña Leonor por las orejas, y téngale asido.*)

San Pascasio, san Pannuncio,
San Lésmes, san Romualdo,
San Pantaleon, san Bruno,
Las auriculares formas
De mi semblante rotundo
Me las desquician del casco.

Salen DOS CRIADOS, *de figuras, con máscaras.*

CRIADO 1.°

Guatizambo.

CRIADO 2.°

Califurnio.

CRIADO 1.°

Aroga, aroga; que es tiempo.

CRIADO 2.°

Desnuda.

(*Vanle quitando los follados y ropilla, y quede en calzoncillos.*)

CRIADO 1.°

Ya le desnudo.

MARINO.

¿Qué haceis, hombres mascarosos?

CRIADO 1.°

Probamos con un conjuro
A despojarle la ropa,
Para que en el mes de julio
No le dé tanto calor.

MARINO.

Del pensamiento abrenuncio;
Las coces me han de valer.

(*Tírales coces.*)

CRIADO 2.°

No harán, señor macho rucio;
Que en nuestro poder está
La ropa.

CRIADO 1.°

Vaya al profundo.

(*Vanse con la ropa.*)

MARINO.

Soltadme vos, doña Urganda.

DOÑA LEONOR.

Vade retro.

MARINO.

Lindo gusto;
Lo que yo la he de decir
Me lo ha dicho, yo me escabullo;

(*Éntrase doña Leonor.*)

Por Dios que he quedado bueno,
Ellos me han dejado in puribus
Solo con paños menores;
El término ha sido sucio,
Pero mas sucio estoy yo;

(*Échase la mano atrás.*)

¿Que esta gente sufra el mundo?

Sale DON DIEGO, *de noche.*

DON DIEGO.

Pienso que vengo algo tarde,
Y en Leonor no dificulto
Que á esta hora esté despierta,
Viendo que he tardado mucho;
No pensé que era tan tarde.

MARINO.

San Barlaban, san Mercurio
Me saquen de aqueste aprieto;
Que diez hombres de consuno
Vienen á embestir conmigo;
Ya, de miedo, estoy sin pulsos.

DON DIEGO.

Un bulto diviso blanco.—
¿Quién va?

MARINO.

Todo el apatusco
Del pelear me acomete.

DON DIEGO.

¿Quién va, digo?

MARINO.

Un garipundio,
Un pelagallo, una liebre.

DON DIEGO.

Este es Marino.

MARINO.

San Junco
Y el cirio pascual me libren.

DON DIEGO.

Diga, pues se lo pregunto,
¿Quién es?

MARINO.

Una ánima en pena,
Que viene del otro mundo.

DON DIEGO.

¿Qué pide el ánima?

MARINO.

Paso
Para topar lo que busco.

DON DIEGO.

¿Y qué busca?

MARINO.

Unos calzones;
Que aquestos no están enjutos.

DON DIEGO.

Este es el paso que doy,
Anima ó cuerpo.

(*Dale de espaldarazos.*)

DD. C. DE L.—II.

MARINO.

Un diluvio
De demonios se ha soltado.

DON DIEGO.

¿Es Marino?

MARINO.

Soy un puto,
Pesar de quien me parió.

DON DIEGO.

Perdona si el filo agudo
Te pudo hacer algun daño.

MARINO.

No me le ha hecho, aunque pudo;
Pero con espaldarazos
Me has dado lindo pan duro.

DON DIEGO.

¿Cómo estás de esa manera?

MARINO.

En empresas poco ducho,
Una me ha salido mal,
Con que me hallo desnudo.

DON DIEGO.

¿Cómo?

MARINO.

Vámonos á casa,
Si quieres que por menudo
Te lo cuente; que deseo
Que te rias con buen gusto.

DON DIEGO.

Vamos; que Leonor hermosa
Estará, á lo que presumo,
Acostada; esta es su casa.

MARINO.

¿Su casa? Casa de brujos
Se puede llamar mejor.

DON DIEGO.

¿Por qué?

MARINO.

Tardaréme mucho
En contar lo que ha pasado;
Allá, que estaré seguro,
Lo sabrás, y que he de ser
Novio mañana del rubio
Serafin de doña Elena.

DON DIEGO.

En eso hay que decir mucho.

MARINO.

Desde hoy escarmiento en ser
Curioso; que los magullos
De la espada de mi amo
Me han pautado todo el bulto.

(*Vanse.*)

Sale DOÑA ELENA, *muy bizarra, é* INÉS.

DOÑA ELENA.

¿Pusiste aquel pomo, Inés?

INÉS.

Ya queda puesto en la sala,
Y con el calor exhala
Olor á estas piezas tres.

DOÑA ELENA.

¿Estoy bien tocada?

INÉS.

Sí.

DOÑA ELENA.

¿Qué te parece el vestido?

INÉS.

Que es muy bizarro y lucido,
Y todo está airoso en tí;
No está mas galan el mayo.
(*Ap.* Con poca fuerza se miente.)

DOÑA ELENA.

¿Si me habrá sido obediente
En el vestirse don Payo?

INÉS.

Es de tan extraño humor,
Que en su tema extraordinaria,
Temo una gala contraria
Al uso de mas primor.

DOÑA ELENA.

Leonor estaba avisada,
Y se tarda ya en venir.

INÉS.

Querrá en tus bodas lucir,
Bien prendida y bien tocada,
Y en eso se tardará.

DOÑA ELENA.

Tocarse á lo de palacio
Requiere, Inés, mucho espacio.

INÉS.

En casa la tienes ya.

Salen DOÑA LEONOR, *con otro vestido*, Y LUISA, *con mantos.*

DOÑA LEONOR.

Amiga, ¿habrásme culpado
Mi tardanza?

DOÑA ELENA.

A tu hermosura
La adorna tal compostura,
Que no es mucho haber tardado.

DOÑA LEONOR.

La tuya puedo decir
Que está con primor tan raro,
Que aventajas al sol claro
En el brillar y lucir.

LUISA. (*Ap.*)

Muy para ser novia estás,
Inés mia, te prometo.

INÉS. (*Ap.*)

Adulas á lo discreto.

LUISA. (*Ap.*)

Te engañas si en eso das.

Sale URBINA.

URBINA.

El señor don Payo y toda
La nobleza que le asiste
Suben la escalera.

DOÑA LEONOR. (*Ap.*)

Triste
Fin pronostico á esta boda.

Salen MARINO, *con calzas y nueva gala ridícula;* DON DIEGO, DON JUAN, DON PEDRO *y* CRIADOS.

MARINO.

A objetos tan luminosos,
Que espelen luces difusas,
¿Qué vigor resistirá,
Próximo á su esfera ebúrnea?
Tremulante la osadía,
Mil deliquios la circundan,
Y afecta retrocedencias
Cuando piensa que conculca.

DOÑA LEONOR.

Notable modo de hablar.

DOÑA ELENA.

Del esposo que me ilustra,
Menos encarecimientos
Harán su fe mas segura.

MARINO.

Doméstico y nada sério
Este amante se vincula
A que del casto himeneo
Le pongan yugo y coyundas.

DOÑA ELENA.

Yo estimo vuestra humildad
Y conozco mi ventura.

DON PEDRO.

¿A qué se aguarda, señores?

URBINA.

A que solo venga el cura.

DON DIEGO.

Antes que el párroco llegue,
Y el casamiento concluya,
Propongo un impedimento.

DOÑA ELENA.

Don Diego, no pongais dudas;
Que yo tengo de casarme,
Y será osadía mucha
Querer estorbar mi empleo,
Que nadie en él dificulta;
Don Payo ha de ser mi esposo.

MARINO.

Pluguiera á la excelsa y pura
Majestad del gran Jehová
Que celebrara estas nupcias;
Pero no puedo, Señora.

DOÑA ELENA.

¿Quién lo estorba?

MARINO.

La fortuna,
Que no me quiso hacer noble.

DOÑA ELENA.

¿Cómo no?

MARINO.

La maña ástuta
De mi amo me vistió
A lo de Nuño Rasura,
Porque en el juego de amor
Os diese una garatusa.
Yo no me llamo don Payo
Ni soy de la noble alcurnia
De la antigua Cacabelos;
Que es mi patria la Coruña.
Lacayo soy de don Diego,
Que el mandil y almohaza usa,
Y es mi nombre Anton Marino;
Aquesta es la verdad pura.

DOÑA ELENA.

¿Este hombre dice verdad,
O miente?

DOÑA LEONOR.

Así lo asegura
Don Diego.

DON DIEGO.

En todo la dice;
Porque, viendo en vos la mucha
Codicia y el poco amor
Que á mis penas, mis angustias,
Que á mis ansias y desvelos
Mostrabais, porque la duda
De si me amabais ó no
Se viese en verdad desnuda,
Fingí á Marino heredero
De la cantidad y suma
Que de mi tio heredé;
Presentóse á esa hermosura,
Y vos, sin advertimiento
De verle decir locuras,
Codiciosa de su hacienda,
Sin la razon que os alumbra,
Le haciades vuestro esposo;
Estorbarlo fué cordura.

DOÑA ELENA.

¿Que esto se usase conmigo,
Y que no tenga ninguna
Persona que mi venganza
Solicite?

DOÑA LEONOR.

No le turban
Amenazas á don Diego,
Que es Andrade y es Acuña.

DOÑA ELENA.

Señor don Juan, esta mano
Será vuestra si procura
Vuestro valor mi venganza.

DON JUAN.

En mí fuera dicha suma,
Pero ya estoy desposado.

DOÑA ELENA.

¿Con quién?

DON JUAN.

Una prima suya
Me ha prometido don Diego.

DOÑA ELENA.

¿Fáltanme mas desventuras?

DON DIEGO.

Porque no quede sin boda
Esta tan ilustre junta,
Doña Leonor es mi esposa.

DOÑA LEONOR.

Y esta es mi mano.

MARINO.

Aleluya.

DON PEDRO.

Goceisos por largos años.

DOÑA ELENA.

Yo me voy triste y confusa;
Que estoy rabiando de celos.
(*Hace que se va, y deliénela don Diego.*)

DON DIEGO.

Grosería fuera mucha
Apuraros mas, Elena;
Que mi venganza no apura.
Acompañad á mis bodas
Con otras, que las procura
Don Juan, que no está casado,
Como ha dicho.

DON JUAN.

Si es que gusta
Mi señora doña Elena
Darme su mano, en la culpa
Del mentir pido perdon.

DOÑA ELENA.

Aunque agraviada me turban
Tantos pesares, la doy;
Que no he de olvidarlos nunca,
Aunque perdone á don Diego.

MARINO.

Escudero de aventuras,
Lacayo por otro nombre,
Inés y Luisa me juzgan;
De las dos ¿hay quien me quiera?

INÉS.

Yo no, porque no me arguyan
Que halló en mi facilidad.

LUISA.

Ni yo tampoco; que nunca
Tuvo pláticas conmigo.

MARINO.

Pues á reveder, mis chulas;
Que celibato me quedo.

DON DIEGO.

Démosle fin, si os disgusta,
Al interés castigado
Y al *Mayorazgo Figura*

COMEDIA FAMOSA

TITULADA

EL MARQUÉS DEL CIGARRAL,

DE DON ALONSO DEL CASTILLO SOLORZANO.

PERSONAS.

DON ANTONIO, *caballero.*
FABIO, *su criado.*
DON COSME.
FUENCARRAL, *lacayo.*
TORIBIO, LLORENTE, ALCALDE, *villanos.*
LEONOR, *dama.*
MARINA, *villana.*
EL PRIOR DE SAN JUAN.
UN CABALLERO *de este.*
DON IÑIGO, *caballero.*
LUPERCIO, *criado.*
LORENZO, *villano.*
UNA DUEÑA.
MÚSICOS.
CRIADOS.
ACOMPAÑAMIENTO.

JORNADA PRIMERA.

Salen DON ANTONIO, *de estudiante,* Y FABIO, *criado.*

FABIO.

Extraña resolucion.

DON ANTONIO.

Es este mi gusto, Fabio.

FABIO.

Haces á tu sangre agravio,
Fundado en ciega pasion.
Cuando presume tu madre
Que á Sevilla hemos llegado,
Y que en su hermano has hallado
Tio, suegro y nuevo padre;
Cuando su indiano tesoro
Le juzga ya en tu poder,
Y á ti rico en poseer
Barras y cabellos de oro;
Y cuando en tu boda espera
Hasta el mas triste lacayo
Verse mas galan que mayo
Por la verde primavera;
Tú, con alma enamorada,
Olvidas tanto interés
Por una villana, que es
Rémora de tu jornada.
Cese, por Dios, tu deseo,
Tan dañoso á tu pasion,
Cuando te aguarda ocasion
De mas venturoso empleo.

DON ANTONIO.

Fabio amigo, yo confieso
Que te sobra la razon,
Mas es tanta mi aficion,
Que me obliga á tal exceso.
Amo aquesta labradora,
Siendo su rara beldad
Prision de mi libertad,
Centro en quien mi alma mora.
Della estoy favorecido,
Y espero veré premiado
Este amoroso cuidado,
Mal fundado y bien perdido.
Gozada esta fiera ingrata,
Será luego mi partida;
Que un villano amor se olvida
Al paso que mas se trata.

FABIO.

Si dura su resistencia,
Y tú el fin pretendes ver,
Bien pienso que es menester,
Para esperarle, paciencia;
Mas plegue al cielo que al fin,
Resistiendo tu deseo,
No te deje sin empleo
El villano serafin;
Mas no es traza la que has dado,
Herido de amor rapaz,
Para encubrirte en Orgaz,
Que sirvamos á un cuitado
Que es figura de figuras.

DON ANTONIO.

¿Quién? ¿Este recien venido?

FABIO.

Sí, que así se lo he oido
Por todas las comisuras;
Tal nos refirió un lacayo
Que ha traido de su tierra.
Aquí tu eleccion lo yerra.

DON ANTONIO.

¿No es caballero?

FABIO.

Al soslayo,
Un villano es bien nacido,
Que, loco de una desgracia,
Ha dado en decir por gracia
Que es ilustre, y procedido
Del patriarca Noé,
Mas noble y mas excelente
Que todo humano viviente.
¿No es locura?

DON ANTONIO.

Bien se ve.

FABIO.

Pasó, á casarse á Sevilla,
El César por su lugar,
Y salióle á visitar
Con capa, gorra y plumilla.
Llamóle el César pariente,
Y vista su presuncion,
O por loco ó por bufon,
Le da silla en que se siente;
Y siguiéndole el humor
Siempre en sus acciones todas,
Porque alegrase sus bodas,
Le llevó el Emperador
Consigo aquella jornada,
Donde en Sevilla se halló
Tan valido, que se vió
Su persona mejorada.
Por la locura que ostenta,
Sin descaer de su estado,
Se sabe que ha granjeado
Dos mil ducados de renta.
Vinose á aqueste lugar
Por ser, por lo presumido,
Del suyo mal recibido.

DON ANTONIO.

Será un hombre singular.

FABIO.

Mira si gustas servir
A un orate confirmado.

DON ANTONIO.

Mientras dura mi cuidado,
Así me pienso encubrir;
Que con lo que me refieres
Me ha dado mayor deseo.

FABIO.

Harémos muy buen empleo.

DON ANTONIO.

Fabio, no te desesperes.

FABIO.

¿No me he de desesperar?

DON ANTONIO.

No, pues no me desespero.

FABIO.

A costa de mi dinero
Te puedes aventurar;
Que con él has de suplir
Las faltas de la razon;
Porque ayunar no es razon,
Y ya lo empiezo á sentir;
Mas advierte que aquí sale,
Y el Alcalde le acompaña.

DON ANTONIO.

Es una figura extraña.

FABIO.

No hay ninguno que le iguale.

DON ANTONIO.

Vámonos; que no es mi intento
Que por ahora me vea.

FABIO.

Como tú quisieres sea.
Vamos; un loco hace ciento
(*Vanse.*)

Salen DON COSME, *ridículamente vestido de luto;* EL ALCALDE Y FUENCARRAL.

DON COSME.

Yo soy don Cosme de Armenia
(Alcalde y fratelo mio),
Desde el arca del diluvio
Derivado y procedido;
Que, como afectó mansion
Aquel nadante edificio
En los escollos de Armenia,
Donde tomé mi apellido,
Noé, mi señor abuelo,
Dió cuidado al tercer hijo
Que á mi estirpe generosa
Le diese honroso principio;
Y así, de lo mas selecto,
Puro, substancial y primo
De su sangre me engendró
Para honra de estos siglos;
Tanto, que, en su parangon
Con lo terso y con lo limpio,
Son escoria los cristales,
Son basura los armiños.
Yo, que estaba descuidado,
Retirado y recogido
En mi patria de este sol
Corto, y estrecho epiciclo,
Acertó á pasar por ella
El famoso Cárlos Quinto,
Que iba á casarse á Sevilla
Con la hija del invicto
Don Manuel de Portugal.
Vile, vióme, y conocido
Por su cercano pariente,
Quiso llevarme consigo;
Que, si no lo ha por enojo,
Yo y el César somos primos
Por la línea de Jafet;
Esto lo saben los niños.
Y si no me engaña el árbol
Que curiosos han escrito,
Está nuestro parentesco
A grados seis mil y cinco.
Dos soles vieron á un tiempo
En el bético distrito,
Veraniego el de don Cosme,
Y el de Cárlos invernizo.
Él, viendo cuán mal se avienen
Dos luminosos abismos
De esplendor en corto espacio
(Escarmentado en el hijo
Del planeta Barbarroja,
Que, atropellando los signos,
En la etiope sarten
Dejó á sus patriotas fritos),
No quiso que allí asistiese,
Y con rigor expulsivo,
Me retrocedió á Almodóvar,
Mi solar y centro antiguo.
No sé yo si el buen Alcalde
Mi periodo habrá entendido;
Que le juzgo, en la fachada,
Que es poco metafórico.
Diga la verdad.

ALCALDE.

Señor,
Aunque tengo aqueste oficio,
No me le dieron por letras,
Sí por hombre bien nacido;
Que, si por letras se diera,
Juro por el pan bendito
Que de toda la cartilla
Nunca he pasado del *Christus*.

DON COSME.

Segun eso, ¿estará ayuno
Del discurso narrativo,
Sin entenderme palabra?

ALCALDE.

Es así como lo ha dicho.
Habrarme de esa manera
Es meterme en leborrintios;
Por acá solo se habra
Pan por pan, vino por vino.

DON COSME.

Digo (pues que el buen Alcalde
Es tanto del plebeismo)
Que el Emperador, mi deudo,
Ha gustado y fué servido
Que con dos mil escudejos
De renta hiciese retiro
A Almodóvar, mi solar;
Esto, haciéndome marido
De la hermosa Zacateca,
Hija del cacique Urriquio,
Nacidos en Chuquizaque
Y á España recien venidos;
Con la cual y con mi suegro,
Y el aparato debido
A nuestras autoridades,
A Almodóvar nos volvimos;
Donde, de comer los dos
Ensaladas de pepinos,
Pagando la postrer deuda,
Se pasaron á otro siglo.
Murió al fin mi cara esposa,
Murió mi suegro querido,
Sin haber visto del dote
Ni un papagayo ni un mico.
Quedé con dos mil de renta,
Corta hacienda al fausto altivo
De mi garbo, porque soy
De España grande legítimo.

ALCALDE.

¿Qué es grande?

DON COSME.

Forrar meollo
Con fieltro y tafetan liso
Delante el Emperador.

ALCALDE.

Cobijarse, ya he entendido.

DON COSME.

El Emperador, mi deudo,
Cubrirme cien veces hizo,
Con que soy cien veces grande.

ALCALDE.

¿Tantas? Nunca tal he oido.

DON COSME.

Parecióme el lugarejo
De Almodóvar corto sitio
Para ostentar mi grandeza,
Y sus villanos malignos.
Quise venirme á Toledo,
Mas, por un mal de zollipo
Que tengo, temí sus calles;
Y este lugar he escogido,
Que me dicen que es su temple
Sano, apacible y benigno,
Igual á mi complexion.
Vengo un poco deslucido
De criados de mi casa;
Que de Almodóvar los hijos
No se quieren destetar
De los paternos bodigos;
Y así, le rogué al Alcalde,
Dándome el recien venido,
Que me inquiriese sirvientes,
Advirtiendo que me sirvo
Con puntualísimo afecto,
Y que el criado que elijo,
Han de concurrir en él
Lo noble, discreto y limpio.

ALCALDE.

Señor, de lo mas granado
Del pueblo os traigo escogido
Lo mijor.

DON COSME.

Yo he menester
Cosa de seis pajecillos.

FUENCARRAL.

Para llenarse de sarna,
En entrando, de improviso,
O para lamer los platos,
Si no los hallan lamidos.

DON COSME.

Un prudente mayordomo,
Un camarero solícito,
Un maestresala severo
Con fondo en caballerizo;
Sobre todo, un secretario,
Que, como tan mal escribo
(Propio de hombres de mi porte),
Me desbágo, me destrizo
En escribir de mi mano.

ALCALDE.

En todo seréis servido;
Todos esperan afuera.

DON COSME.

A remunerar me obligo
El cuidado del Alcalde;
Que soy muy agradecido.

ALCALDE.

Al punto entrarán aquí. (*Vase.*)

DON COSME.

Mas hombre de bien no he visto
Que el Alcalde.—Fuencarral,
¿Qué te has hecho?

FUENCARRAL.

Andar perdido
En busca de aqueste alcalde.

DON COSME.

Pues ¿en lugar tan sucinto
Te pierdes?

FUENCARRAL.

Para otra vez
He menester, como á niño,
Traer puesto en las espaldas
Rótulo de pergamino.

DON COSME.

¡Qué vulgar gracioso eres
Cuando no pecas en frio!

FUENCARRAL.

He jurado en cantimplora,
Y así tengo helados dichos.

Salen EL ALCALDE, *con* TORIBIO, LLORENTE Y DON ANTONIO, *de estudiante.*

ALCALDE.

Aquí tienes los sirvientes.

DON COSME.

¿Cómo os llamais?

TORIBIO.
¿Yo? Toribio
De Poncil.

DON COSME.
Toribio Ponce
Desde este dia os confirmo;
Vos seréis mi camarero.
¿Teneis capricho en vestiros?

TORIBIO.
Hasta ahora no le tuve,
Mas no faltará capricho.

DON COSME.
Decidme vos vuestro nombre.

LLORENTE.
Llorente Berros me digo.

DON COSME.
Don Llorente de Barrasa
Sea hoy mas vuestro apellido,
Mi maestresala seréis.

LLORENTE.
¿Qué es maestresala?

FUENCARRAL.
Esto es lindo;
Jugar, Señor, á dos manos
El azote y los cuchillos
Con los pajes y en la mesa.

LLORENTE.
A maestresala me inclino,
Por dar tajos y reveses
En lo asado y lo cocido.

DON COSME.
Me gusta, á fe de quien soy;
Es bueno el despejo y brio.
¿El nombre?

FABIO.
Pascual me llamo
Zapatero.

DON COSME.
No lo admito.
¿Zapatero? No me gusta.

FABIO.
Es sobrenombre, no oficio.

DON COSME.
Llamáos don Pascual Zapata;
De Zapatero derivo
El Zapata.

FUENCARRAL.
Así lo harán
Muchos figuras del siglo.

DON COSME.
Mi mayordomo mayor
Os hago.

FABIO.
Si en eso os sirvo,
En ese oficio me empleo.

DON COSME.
Sí; que en vos he conocido,
Si el fisionómico objeto
No engaña los ojos mios,
Que para tomar mohatras
Sois especial, sois único.—
Vos ¿cómo os llamais, mancebo?

DON ANTONIO.
Yo me llamo don Domingo
De Zurdacaci.

FUENCARRAL.
¿De qué?

DON ANTONIO.
De Zurdacaci.

FUENCARRAL.
Maldigo
El apellido cien veces.
¿Debeis de ser vizcaíno?

DON ANTONIO.
Sí, Señor.

FUENCARRAL.
Yo lo jurara.

DON COSME.
Parece que han merecido
Solo la pluma esta gente;
Raer el don es preciso
Si os hago mi secretario.

DON ANTONIO.
Dalde, Señor, por raido.

DON COSME.
Y aun el vestido repudio.

DON ANTONIO.
Por causa de un beneficio
Que tengo, ando desta suerte.

DON COSME.
Traelde, mientras le pido
Al Papa un caballerato,
Para que podais vestiros
De seglar, y gozar dél.

DON ANTONIO.
Yo, señor don Cosme, escribo
Francés, redondo, bastardo,
Gótico, asentado, grifo,
Procesado, y en seis lenguas.

FUENCARRAL.
Sabeis mas que Calepino

DON ANTONIO.
Escribiré en todas ellas
A un conde, á un duque, á un obispo,
A un príncipe, á un potentado,
Aunque sea el Palatino;
A un rey, á un emperador,
Y al que se pone el anillo
Y tiara de san Pedro.

DON COSME.
Hombre, ¿de dónde has caido,
Tan nacido para mí?
¿Tuvo mas dicha un judío?

DON ANTONIO.
Hago mis pocos de versos,
Y en culto tambien escribo.

DON COSME.
¡En culto! ¿qué mas deseo?

FUENCARRAL.
¡Vive Dios, que le ha venido
La horma de su zapato!
Topó Sancho á su rocino.

DON COSME.
Solo contador me falta.

DON ANTONIO.
De castellano y guarismo
Sé tambien sus reglas todas.

DON COSME.
Tambien haréis ese oficio.

ALCALDE.
Los pajes traeré mañana.

DON COSME.
Al secretario remito
La eleccion de todos ellos.

DON ANTONIO.
Es favor muy excesivo.

DON COSME.
Zardacaz, mi secretario,
Asentaréis en mis libros
A don Pascual, don Llorente,
A vos y al buen don Toribio.

(*Vanse.*)

Salen LEONOR Y MARINA, *de villanas.*

LEONOR.
En este prado, que Flora
Esmalta de bellas flores,
Donde en su espacio atesora,
Entre lucidos colores,
Su aljófar blanco la aurora;
Aquí, donde ve Amaltea
Su bella copia esparcida,
Y en los cuadros que hermosea
La república florida,
Con aromas nos recrea;
Vengo para no encontrarme
Con Lauro, que, amando firme,
Pasa á necio y á cansarme;
Que aquí podré divertirme,
Y sin su vista alegrarme.

MARINA.
Tanta es tu rigoridad
Como su mucha paciencia.

LEONOR.
Si te he de decir verdad,
Cuanta mas es su asistencia
Es menos mi voluntad.

MARINA.
Notable es tu rebeldía.

LEONOR.
Quiérole mal.

MARINA.
No es razon.

LEONOR.
Da ocasion con su porfía;
Que amar con tanta pasion,
Si á otra enciende, á mí me enfria.

MARINA.
¿No es igual para tu esposo?
Si lo quiere vuestro padre,
¿Obedecer no es forzoso?

LEONOR.
Quien con mi gusto no cuadre,
Está de serlo dudoso.

MARINA.
Tu esquiveza vitupero.

LEONOR.
No es de mi gusto, Marina.

MARINA.
¿Sabes, hermana, qué infiero?

LEONOR.
¿Qué?

MARINA.
Que á otra parte se inclina
Tu amor.

LEONOR.
Dónde?

MARINA.
Al forastero.

LEONOR.
Prométote que me agrada
Su término y cortesía.

MARINA.
¿Confesaráste obligada?

LEONOR.
¿Tan presto? No, hermana mia.
Júzgame mas recatada.
Yo gozo mi libertad,
Mas cuando inclinarme hubiera,
Servida con igualdad,
Te aseguro que pusiera
En Celio la voluntad.

MARINA.
No porque sirva cortés,
Debes de Celio agradarte;
Que en Lauro hay mas interés.

LEONOR.
Dél puedes aficionarte,
Pues tan de tu gusto es;
Que, si yo hubiera de amar,
A Celio diera lugar
Para ser de mí admitido.

MARINA.

¿Sin ser de tí conocido?

LEONOR.

No me pueden engañar
Partes que tiene exteriores
(Aunque yo ignore quién sea),
Dignas de alcanzar favor.

MARINA.

Los tuyos sé que desea.

LEONOR.

Antes verá mis rigores.

Sale DON ANTONIO.

DON ANTONIO.

Menos rutilante dora
El campo el mayor farol,
Pues á la deidad del sol
Afrentas con dos, Leonora.
Mas ufana mira Flora
Esta alfombra que hermosea
Tu pié, divina Amaltea,
Pues con mas vivos colores
La belleza de las flores
Nuestra vista lisonjea.
La república vistosa
Que aromas tributa al prado
Le debe á este pié abreviado
Fecundidad mas copiosa.
Menos lozana la rosa,
Asistir se viera aquí
Con lo blanco y carmesí;
Pues si tiene presunciones,
Es ya por las perfecciones
Que ha recibido de tí.
Armonía ofrecen grata
Estas cristalinas fuentes,
Siendo en líquidas vertientes
Cítaras de undosa plata.
Alegre canto dilata
Turba alada que te espera
Con música lisonjera,
Pues entre piras de flores,
Varios pájaros cantores
Te aclaman su primavera.
¿Qué mucho, Leonor gentil,
Que al sol le causes desmayos,
Cuando le usurpas sus rayos
Para afrenta del abril?
Un alma tengo, y si mil,
Hermosa Leonor, tuviera,
Con ella las ofreciera
A tu divina beldad;
Accion de una voluntad
Que en amarte persevera.

LEONOR.

Celio, aunque de vos infiero
Que amais, á sentir me allano
Que, si sois muy cortesano,
Teneis mas de lisonjero.
Como esto en vos considero,
Y lo llego á conocer,
No me atreveré á creer
Ser vuestra aficion perfeta,
Porque pareceis poeta
En esto de encarecer.
La mas fina voluntad
En su dueño exagerada,
De hipérboles apoyada,
Es sospechosa verdad;
Mas pierde la autoridad
Cuanto mas la pondereis.

DON ANTONIO.

Agravio á mi amor le haceis
Si crédito no le dais.

LEONOR.

Será exceso lo que amais,
Si es como lo encareceis.

DON ANTONIO.

No acuseis á mi rudeza
Faltas de que no os alabe;
Que es tan torpe, que no sabe
Ponderar tanta belleza;
Mas, si en vos naturaleza
Puso, con tal perfeccion,
Partes tan grandes, que son
Alientos de mi esperanza,
Lo que faltó en la alabanza
Sobró en la contemplacion.

MARINA.

No perderá la fineza
Por lo mal significada;
Lo encarecido me agrada.

DON ANTONIO.

No llega á tanta belleza.

LEONOR.

No os creo.

DON ANTONIO.

¡Hay tal entereza!

LEONOR.

¿No sois hombre?

DON ANTONIO.

Y con amor.

LEONOR.

¿Cuál le tiene?

DON ANTONIO.

¡Qué rigor!
Yo le tengo.

LEONOR.

El tiempo quiero
Que me asegure primero.

DON ANTONIO.

Pues él será mi fiador.

Salen EL ALCALDE, FUENCARRAL Y DON COSME.

DON COSME.

No me desagrada el casco
Del lugar.

ALCALDE.

¿Lugar? Es villa,
De este reino de Toledo
La mas principal y antigua.

DON COSME.

¿Tiene équites generosos?

ALCALDE.

No entiendo.

DON COSME.

A la plebeísma
Está templado el Alcalde.
¿No entiende de prosa crítica?

FUENCARRAL.

¿Si hay caballeros aquí?

ALCALDE.

De eso hallará carestía;
Hidalgos de buena data,
De alcurnias bien engreidas.

DON COSME.

¿Qué cantidad?

ALCALDE.

Hasta dos.

DON COSME.

Propónganse sus familias.

ALCALDE.

Nada quedan á deber
A cualquiera que los sirva.

DON COSME.

Adefesios responsion.

FUENCARRAL.

Dice que si multiplican
Hidalgos de su linaje.

ALCALDE.

¡Oh! Solo Pero Botija
Tien diez hijos, todos machos,
Y otros tantos Juan Parrilla.

DON COSME.

Me agrada, á fe de quien soy;
Fecundante genitricia.
¿Hay diversion?

ALCALDE.

¿Conversion?
¿De quién?

FUENCARRAL.

Casa entretenida
De juego, quiere decir.

ALCALDE.

Temporadas se ejercita.

DON COSME.

¿A qué juegos?

ALCALDE.

Al rentoy,
Y tambien á la malilla.

DON COSME.

¿Con la lengua ó con los naipes?

ALCALDE.

Con todo, si se emberrinchan

DON COSME.

¿No usan tal vez la carteta,
Y con encaje las pintas?

ALCALDE.

No, Señor.

DON COSME.

Mal gusto tienen.
Yo pasaré triste vida
En el corto lugarejo.
¿Y de la esfera feminea
Hay faces de buena data?

ALCALDE.

No entiendo á su señoría.

DON COSME.

Si del femenino sexo
Hay perfecta simetría.

ALCALDE.

Menos lo llego á entender.

FUENCARRAL.

Dice si en Orgaz hay niñas
De buena cara.

ALCALDE.

Eso sí;
Cuatro tengo yo muy lindas,
Que es para alabar á Dios.
Hizo por santa Lucía
Nueve años la mayor dellas;
Hila como una perdida.

FUENCARRAL.

De mas edad las desea.

ALCALDE.

Así yo no lo entendia;
Hay aquí muy buenas mozas.

DON COSME.

¡Pésia á tal!

ALCALDE.

Toda Castilla
No las tiene como Orgaz,
De hermosas.

DON COSME.

¿Hermosísimas?

ALCALDE.

Verásias un dia de fiesta,
En la igreja oyendo misa,
Mas frescas que una albahaca,
Mas que una espetera limpias.
Un labrador tiene aquí
A dos doncellas por hijas,
La flor de toda la tierra:
Tal son Leonor y Marina.

Mas ¿qué me canso en loarlas,
Si ya las tiene á la vista?
Que han salido á ver el prado.

FUENCARRAL. (*Ap.*)
Y por Dios, que se le arrima
El secretario á la una.
¡Oh, que de cerca la mira!
No es muy bobo ni muy lerdo.

DON ANTONIO.
Adios, mi Leonor querida;
Que no puedo aquí esperar.
De tus ojos me desvia
La gente que al prado viene
A estorbar, con su venida,
Que no goce deste bien.

LEONOR.
Adios.

DON ANTONIO.
Adios, prenda mia.
(*Vase hácia don Cosme.*)

DON COSME.
Gústame, á fe de quien soy,
La mozuela; es muy jarifa.
¿Aquesto produce Orgaz?

ALCALDE.
Sí, Señor.

DON COSME.
Me refocila.—
Zurdanay, secretario,
¿Quién es la labradorcilla
Con quien hablabais?

DON ANTONIO.
Señor,
De Lorenzo de la Encina,
Un honrado labrador,
Es hija mayor.

DON COSME.
Se inclina
Mi gusto á confabular
Con ella; dalde noticia
De quien soy y del deseo.

DON ANTONIO.
Yo os serviré. (*Ap.* ¡Qué desdicha,
Que aquí hubiese de venir!)

FUENCARRAL.
¡Por Dios, que no es tuerta ó bizca!
La hermaneja me contenta;
En viéndola entretenida
A la mayor, yo me llego
A ella.

DON ANTONIO.
Leonor mia,
Don Cosme de Armenia ¡ay Dios!
Quiere hablarte, y yo querria
Que lo mas presto que puedas
Le hables, y te despidas.
Señoría has de llamarle.

LEONOR.
Figura entre señorías
Puede ser el tal don Cosme.

DON COSME.
Lleguemos; que se apropincua.—
Dios guarde la labradora.

LEONOR.
Y á vos, Señor.

DON COSME.
Por mi vida,
Que teneis rebuena cara.
¡Orgaz estos rostros cria!
¿Cómo es el nombre?

LEONOR.
Leonor.

DON COSME.
Por el siglo de mi prima,
Que me habeis aleluyado
Cuanto de requiem traia;
Que ese garbo y ese brio
Es túmulo de amicicia,
Y el recreo de los ojos
Mi cuerpo desintestinan

LEONOR.
¿Venís, Señor, á burlaros?

DON COSME.
¿Cómo á burlar? Por la línea
Del patriarca mi abuelo,
Que, olvidando chilindrinas,
Son cuantas digo verdades:
Que aturde, encanta y hechiza
Ese simétrico palmo,
Esa beldad serafina.
¿Es labrador vuestro padre?

LEONOR.
Sí, Señor.

DON COSME.
¡Qué corta dicha
Tengo en que no fuese conde!

LEONOR.
¿Por qué causa?

DON COSME.
Porque habia
De honraros como á mi esposa;
Mas, pues no me facilita
El villano estirpe el serlo,
Humanaos á concubina
Del mas noble caballero
Que las historias antiguas
Celebran en prosa y verso.

LEONOR.
Suplico á vueseñoría
Me trate con mas respeto;
Que, aunque en humildad nacida,
Me precio de ser honrada.
Haga de mí mas estima;
Que si, villana, no igualo
A la noble jerarquía,
Mis pensamientos la exceden.

DON COSME.
¡Altivez remontativa!

DON ANTONIO.
Ya estoy con menos temores;
Que Leonor es entendida,
Y ha de despreciar de un loco
Los amores y caricias.
(*Llégase Fuencarral á Marina.*)

FUENCARRAL.
Vuesamerced, mi señora,
Vuelva el rostro, si se digna
De hablar con este sirviente,
Que ya apetece su vista.

MARINA.
¿Qué manda vuesamerced?

FUENCARRAL.
¡Oh cuerpo de mí, qué linda!
¡Qué lindaza y qué lindona
Es vuesarced! ¿No sabria
Cómo se llama, mi reina?
Por mi fe, que me lo diga.

MARINA.
Pues ¿qué le importa saberlo?

FUENCARRAL.
Mucho, porque la codicia...

MARINA.
¿Quién?

FUENCARRAL.
Mi alma, cuando menos.
¿Cómo se llama?

MARINA.
Marina.

FUENCARRAL. (*Llegándose.*)
¡Ay Marina de mi alma!

MARINA.
Apártese allá.

FUENCARRAL.
Cherisca,
Cheribayo.

MARINA.
¿Qué?

FUENCARRAL.
Un favor.

MARINA. (*Dándole un bofeton.*)
Tome, si dél necesita.

DON ANTONIO.
¿Qué ha sido?

FUENCARRAL.
No ha sido nada;
Fué tomarle la medida
Al tamaño de este rostro.
¡Por Dios, que es la moza arisca!

Salen LORENZO, *villano viejo*, Y UN CABALLERO *del prior de San Juan.*

LORENZO.
Aquí está el señor Alcalde.

ALCALDE.
¿Qué hay, Lorenzo?

LORENZO.
Todo el dia
Os andamos á buscar.

ALCALDE.
Tengo la condicion misma
Del Rey, que donde no está
No le hallan.

CABALLERO.
Aquí os traia
Del gran Prior esta carta.

ALCALDE.
¿Del gran prior de Castilla,
Don Fernando de Toledo?

CABALLERO.
Del mismo; tomad.

ALCALDE.
¡Qué dicha!

CABALLERO.
Él habia de venir;
Mas un achaque le obliga
A hacer cama y á quedarse;
Y así, en su lugar me envia.

ALCALDE.
Pues yo no la sé leer;
Léala su señoría
Por mí.

DON COSME.
Mostrad; que me place.
Así dice la misiva:
(*Lee.*) «Luego que el Alcalde reciba
»esta, se vea con Lorenzo de la Enci-
»na, un labrador de ese lugar, que
»tiene, en nombre de hija suya, á doña
»Leonor de Toledo, mi sobrina, hija
»de un caballero de la casa de Alba.
»Yo habia de ir por ella; mas, por estar
»indispuesto, va en mi lugar don Die-
»go de Toledo, mi deudo; lleva vesti-
»dos, carrozas y gente que la acompa-
»ñe hasta Consuegra, donde la espero.
»Hágame merced que la partida sea
»luego, con el decoro que se debe;
»que lo agradeceré.—*El gran Prior.*»

ALCALDE.
¡Juro á mí, Lorenzo hermano,
Que me huelgo que esa niña
Sea hija de tales padres!

LORENZO.
Encubierta la tenia
Hasta ahora, como veis,
Con el nombre de mi hija,
Desde que la traje á Orgaz.

ALCALDE.

No hay hombre en toda la villa
Que haya pensado otra cosa.

LORENZO.

Una tarde que venia
De la ciudad de Toledo,
De un cigarral que en la cima
De ese ribazo hace asiento,
Y al hermoso Tajo mira,
Oigo que me están llamando
A voces con mucha prisa.
Vuelvo del camino, llego,
Y atando allí la pollina,
Subo á ver quién me llamaba.
Por una escalera arriba.
Hallo en la primera sala,
Con manto y tocas tendidas,
Una venerable dueña,
Que me pregunta dónde iba.
Yo se lo dije, y sacando,
Envuelta en ricas mantillas,
Una niña, me la da,
Diciendo que importaria
Que en mi lugar se criase;
Y ofrecióme, por primicias
De la paga, una cadena,
Que pesa mas de una libra
De oro, que tengo guardada.
Yo, tomando mi chiquilla,
Traté de criarla en casa,
Porque acertó á estar parida
Mi mujer de esotra moza.
Desde aquel dia me libran
Cada pascua cien ducados,
Y galas con que se vista
Leonor á la usanza nuestra.
Yo, haciendo buena mochila
Deste dinero, he comprado
Olivares, casas, viñas,
Y estoy rico, gloria á Dios.

ALCALDE.

Es la historia peregrina.

MARINA.

¿Qué es esto, Leonor hermosa?

LEONOR.

¡Haberme dado esta dicha
Los cielos, naciendo noble,
De prosapia ilustre y limpia!

MARINA.

¿Llevarásme allá contigo?

LEONOR.

Tendréte en mi compañía,
Como hasta aqui, como hermana.

MARINA.

¿Seré allá doña Marina?

LEONOR.

Claro está.

MARINA.

Estaráme bien.

LORENZO.

Dadme vuestros brazos, hijas;
Mal dije, doña Leonor.

LEONOR.

Amor de padre me obliga
Tenerte siempre respeto
Mientras yo tuviere vida.

DON COSME.

No se ponen mal los bolos
Con la moderna noticia
De que ya es noble Leonor;
Ya empreudo aquesta conquista.
Aspiremos á himeneo
Con festejarla y servirla;
Ya olvido el concubinarme,
Aun pensarlo es grosería.—
Decid, Señor, al Prior
Cómo ha leido su epístola
El gran don Cosme de Armenia,
Y á no estar con las insignias
Funestas de su viudez,
Era la ocasion precisa
Para ir acompañando
La beldad de su sobrina;
Que le doy mil norabuenas,
Y que, pasados diez dias,
En que el año viudal
Cumplo, le haré una visita
Con expulsion de bayetas;
Que no es bien que mi tristicia
Asome por sus umbrales
Cuando es tiempo de alegría.

CABALLERO.

Yo se lo diré al Prior.

DON ANTONIO.

No va mal, bien se encamina
Mi pretension deste modo;
Estaráme bien que asista
Don Cosme, amante en Consuegra
De esta beldad peregrina;
Que allí le diré quién soy.

DON COSME.

Venid, señora sobrina;
Que ya por la casa de Alba
Somos todos de una pinta,
Y yo muy cercano deudo.

LEONOR.

De tal favor soy indigna.

DON COSME.

El brazo tomad.

LEONOR.

¡Señor!

DON COSME.

Esto ha de ser, no resista
Vueseñoría; que ya
Bien merece señoría. (*Dale la mano.*)
(*Ap.* Flechas de amor son sus ojos,
Penetrantes, punzativas;
¡Los pulmones me ha abrasado!)
¡Hola! los coches, aprisa.

JORNADA SEGUNDA.

Salen EL GRAN PRIOR DE SAN JUAN Y DON ÍÑIGO, *caballero.*

PRIOR.

Seais, primo y señor, muy bien venido.

DON ÍÑIGO.

Vos, primo, gran Prior, muy bien halla- [do;
Que no exagero el gusto que he tenido
De veros en Consuegra descansado.

PRIOR.

No es nuevo el ser de vos favorecido,
Y todo lo debeis á mi cuidado;
Que siempre he deseado con afecto
Ver de vuestros aumentos el efecto.

DON ÍÑIGO.

La nueva del empleo de mi hermano,
Que supe habrá muy poco en Lombar- [día,
Del servicio del César soberano
Y del Duque, mi tio, me desvia.

PRIOR.

¿Cómo dejais al gran monarca hispano?

DON ÍÑIGO.

De nuevo le dejé sobre Pavía.

PRIOR.

¡Gran valor!

DON ÍÑIGO.

Por sus hechos se le debe
El décimo lugar entre los nueve.

PRIOR.

Mi padre ¿queda bueno?

DON ÍÑIGO.

Está gallardo.
Como es Alba de un César generoso,
Alumbra siempre aquel país lombar- [do,
Precursora del sol tan luminoso;
Mas sus cartas (que en dar he sido tar- [do)
Os dejarán, leyéndolas, gustoso,
Y las nuevas que os doy, acreditadas.

PRIOR.

Han sido con afecto deseadas.
Sabed, primo y señor, que me acompa- [ña
Una dama en mi casa, y decir puedo
Que es su hermosura la mayor de Espa- [ña,
Y como á tal el labio le concedo.

DON ÍÑIGO.

¿Quién es?

PRIOR.

Venida por ventura extraña,
Hija de don García de Toledo,
Embajador en Roma.

DON ÍÑIGO.

¿Dónde estaba?

PRIOR.

En Orgaz encubierta se criaba;
Su madre, retirada en un convento,
Espera de mi primo la venida,
Y él me escribió de Roma que al mo- [mento
A Consuegra su hija sea traida.
Al punto obedecí su mandamiento.
Aquí la tengo, y es de mí servida
En cuanto de su gusto se le ofrece;
Mas no hago nada, que ella lo merece.
Un don Cosme de Armenia (humor [gracioso),
Que á Sevilla llevó el César consigo,
Con quien su majestad se halló gusto- [so...

DON ÍÑIGO.

Conózcole muy bien, y soy su amigo.

PRIOR.

Este, para vivir con mas reposo,
Se vino á Orgaz, y en la ocasion que digo
Que traje á mi sobrina, me ha enviado
Con el que fué por ella un gran recado.

DON ÍÑIGO.

¡Que don Cosme de Armenia en Orgaz [viva!
Tengo de verle.

PRIOR.

Dice, afirma y jura
Que de Noé su estirpe se deriva
Por línea recta.

DON ÍÑIGO.

¡Es célebre figura!
El tema nada tiene de inventiva,
Pues que desciende dél toda criatura.

PRIOR.

Lo que de nuevo aqueste tema tiene
Es el decir que él solo de allí viene.
Ayer se cumplió el plazo prometido
En que ha señalado su venida.

DON ÍÑIGO.

Y si con vos le traeis entretenido,
Pasaréis en Consuegra alegre vida;
Siendo de vos honrado y aplaudido
Su persona tendréis desvanecida,
Agasajando á un gran truhan de fama,
Que entre los suyos príncipe se llama.

Sale FUENCARRAL, *con fieltro de camino.*

FUENCARRAL.

¡Gracias á Dios, que he topado
Con palacio!

DON ÍÑIGO.

¡Fuencarral!

FUENCARRAL.
Señor, ¿hay ventura igual
A la mia? ¿Aquí has llegado?
DON ÍÑIGO.
Todos estamos acá;
Besa la mano al Prior.
FUENCARRAL.
Los dos piés será mejor,
Si con gusto me los da.
PRIOR.
¿Quién es, primo?
FUENCARRAL.
Es un lacayo
De don Cosme, hombre importante,
Que no nació semejante
Desde un mayo hasta otro mayo;
Viénete á ver, gran Prior,
Don Cosme, y le ha parecido
Hacerte desto advertido,
Siendo yo su precursor.
PRIOR.
Humor tiene.
DON ÍÑIGO.
Es extremado.
FUENCARRAL.
Es razon; y así, conviene
Que, cuando el amo es solene,
Sea media fiesta el criado.
PRIOR.
Estimaré, como es justo,
De don Cosme la llegada;
Porque ha sido deseada
Con afecto y sumo gusto.
DON ÍÑIGO.
¡Que haya venido aquí
El gran don Cosme!
FUENCARRAL.
Es su intento
Vivir en Orgaz de asiento.
DON ÍÑIGO.
Y eso ¿es cierto?
FUENCARRAL.
Señor, sí;
Debe de haber veinte dias
Que á Orgaz habemos llegado,
Que á su patria han tripulado
Sus leves sienes vacías;
Allí vino de Sevilla.
DON ÍÑIGO.
¿Con aquella hermosa indiana,
Con quien se casó en Triana?
FUENCARRAL.
Con quien le dieron papilla.
De achaque de resfriados
Ella y su padre cayeron
Enfermos, y se murieron,
Con que alivió sus cuidados.
Dos Galenos homicidas
Les dieron fin; ¡gran poder!
Que un suegro y una mujer
Tienen mas de treinta vidas.
De suegro y mujer viúdo
Hizo sentimiento poco;
Que quien llora á un suegro es loco,
Y quien le canta, sesudo.
Agridulce se obstentó
Al pueblo, y fué, á mi entender,
Tras de perder la mujer,
Por lo que el César le dió.
Viéndose pues hacendado,
Vano, presumido y necio,
Daba en tratar con desprecio
Al mas rico y estirado.
Revelado el villanaje
Contra su altivez al fin,
Como suelen al mastin
Hacer los gozques ultraje,
Tal se halló mi presumido
De villanos acosado,
Con que á su patria ha dejado,
Y á Orgaz, Señor, se ha venido.
DON ÍÑIGO.
¿Cómo le va de locura?
FUENCARRAL.
Gracias á nuestro Señor,
Cada dia está peor,
Siempre su tema le dura;
Ha dado ahora en pensar
Que si en España tuviera
Un lugar, que dél pudiera
Nuevo título tomar,
Y ser grande hecho y derecho;
Porque tal se juzga ya...
DON ÍÑIGO.
Si en eso no mas está,
Dalo, Fuencarral, por hecho;
Que yo tengo un cigarral,
Que está cerca de Toledo,
De donde decirle puedo
Que es marqués.
PRIOR.
No decis mal;
Mas, pues él os ha de ver,
Decirle mejor seria
Que este título le envia
Con vos el César.
DON ÍÑIGO.
Placer
Me habeis en la trasa dado.
FUENCARRAL.
No dudo yo que logreis
La burla, que le dejeis
De juicio ya rematado;
Mas él debe de venir.
PRIOR.
Ya nos lo dice el rumor
De la gente.
DON ÍÑIGO.
Gran Prior,
Salgámosle á recibir.

Salen DON COSME, *galan de figura*, ACOMPAÑAMIENTO Y DON ANTONIO, *galan, vestido de seglar.*

PRIOR.
Sea vuestra señoría
Muy bien venido á su casa.
DON COSME.
Para recibir merced
De vusía es mi llegada.
PRIOR.
¿Cómo viene vuecelencia?
DON COSME.
(*Ap.* Eso sí, pésia á mis barbas,
Quien excelencia quisiere,
Anticípese á llamarla.)
Para servir á su leneia;
Esta tierra de la Sagra
Es tan estéril de coches,
Que raras veces se hallan,
Aunque dén por uno solo
Los dos ojos de la cara;
Y así, he venido de Orgaz
En una tordilla haca,
Que, á tener vuelo, de tordo
Pudiera bien estimarla;
Mas es de tan realzado
Troto, que traigo las ancas,
Con la gran trotonería,
Mas que bayeta frisada.
PRIOR.
A saber yo su venida,
Mi carroza le enviara.
DON COSME.
Hiciéraisme gran merced.
DON ÍÑIGO.
¡Don Cosme!
DON COSME.
¡Ventura tanta!
¿Vos, don Íñigo, en Consuegra?
DON ÍÑIGO.
Llegué aquí de vuestra patria,
Adonde á buscaros fuí.
DON COSME.
Pues ¿hay algo de importancia
En que yo pueda serviros?
DON ÍÑIGO.
Al partirme para España,
Me mandó el César que os viese,
Y que os trajese una carta
Y un título de marqués.
DON COSME.
¡Al fin primo y al fin Austria!
DON ÍÑIGO.
Fuí á Almodóvar, donde supe,
Don Cosme, vuestra mudanza;
A Orgaz partí en vuestra busca...
PRIOR.
Y habrá como dos semanas
Que yo aquí le he tenido,
Convaleciendo en mi casa
De unos achaques del mar.
DON COSME.
Es de la salud madrastra.—
¿Cómo dejais en Milan
A mi tio, el duque de Alba?
DON ÍÑIGO.
Con buena salud le dejo.
DON COSME.
¿Qué hay de guerra?
DON ÍÑIGO.
El César trata
De darle asalto á Pavía.
DON COSME.
A gobernar sus escuadras,
Yo se la diera en las uñas
En dos horas de tardanza.
PRIOR.
¿Quién tiene vuestro valor?
DON COSME.
Eso se pierde quien anda
A elegir por oficiales,
No soldados, sino mándrias,
Exceptando al duque albano,
Que ese es soldado de fama.
PRIOR.
A estar allá vuecelencia,
Allanara toda Italia
El César en poco tiempo.
(*Ap.* Es la figura mas rara
Que pienso ver en mi vida.)
A ese brazo y á esa espada
¿Quién la iguala en todo el orbe?
DON COSME.
Ninguno, Prior, la iguala;
Mas, volviendo á lo del título...
FUENCARRAL. (*Ap.*)
Lo del título le escarba,
Y muere ya por saberlo.
DON COSME.
¿Es, Señor, de buena data?
DON ÍÑIGO.
Marqués sois del Cigarral.
FUENCARRAL.
No nos faltarán cigarras.

DON COSME.
Calla, necio.—¿Dónde cae
Ese lugar?
DON ÍÑIGO.
En la falda
De ese monte de Toledo.
PRIOR.
Media legua hay de distancia
Desde la ciudad á él.
DON COSME.
¿Vecinos?
DON ÍÑIGO.
Quinientas casas.
DON COSME.
¿Qué iglesias?
DON ÍÑIGO.
Seis.
FUENCARRAL.
La mayor
Se llama Santa Leocadia,
Su abogada.
DON COSME.
¿Tú qué sabes?
FUENCARRAL.
Estuve una temporada
En el Cigarral, Señor.
DON ÍÑIGO.
Es excelente su fábrica.
DON COSME.
¿Qué naves?
FUENCARRAL.
Cuarenta y cinco.
DON COSME.
Sin duda el seso te falta.
FUENCARRAL.
Las cuarenta le añadí;
Cinco tiene.
DON COSME.
He de ampliarla.
Podemos pedirla obispo;
Que me escribo con el Papa.
PRIOR.
Si eso es cierto, yo no dudo
De que catedral la haga.
DON ÍÑIGO.
Deslucirála Toledo,
Con quien ninguna se iguala.
FUENCARRAL.
Y será ver de pareja
Una pulga y una abada.
DON COSME.
¿Cuántos monasterios tiene?
DON ÍÑIGO.
Franciscos de la observancia,
Dominicos y agustinos.
FUENCARRAL.
Y hermanos de la capacha.
DON COSME.
¿Tiene lonja?
FUENCARRAL.
De tocino
No faltará en cualquier casa.
¡Lonja! Pues ¿esto es Valencia,
Sevilla ó Leon de Francia?
DON COSME.
¿Tiene corral de comedias?
DON ÍÑIGO.
No, Señor; tambien le falta.
DON COSME.
Harémosle un coliseo
De arquitectura romana,
Adonde se represente.
FUENCARRAL.
Y adonde por fiesta salgan
Onzas, tigres y leones,
Grifos, dragones, tarascas,
Que lidien con caperuzas.
DON COSME.
¡Qué á lo largo disparatas!
PRIOR.
Precioso está su lacayo.
DON ÍÑIGO.
Muy al tiempo con él anda.
PRIOR.
Es un gentil socarron.
DON ÍÑIGO.
Y aun el que arrimado calla,
No me parece que es menos.
PRIOR.
Así lo muestra en su traza.
DON COSME.
Cogeisme tan empeñado,
Don Íñigo, que me falta
Cadena, cintillo, broche,
Pasador ó sortijaza
De diamante, como el puño,
Que daros; mas, sin ser paga
(Que dejo para su tiempo),
Os daré una perra braca,
La mejor de todo el orbe.
FUENCARRAL.
Si no estuviera con sarna.
DON ÍÑIGO.
Estimaréla por vuestra.
DON COSME.[1]
Muy bien podeis estimarla;
Que baila con gran primor
La capona y zarabanda.
PRIOR.
¿No me preguntais, Marqués,
Por mi sobrina?
DON COSME.
Gran falta
Fué perderla de memoria.
Este título lo causa;
Que me pone su alborozo
Olvido en las importancias.
Dad licencia que la bese
Las manos.
FUENCARRAL.
Por la tardanza
Pensé que se iba á un carrillo,
De dos que tiene en la cara.
PRIOR.
Decid á doña Leonor
Cómo don Cosme la aguarda
Para hacerla una visita;
Que aquí puede en esta sala
Salir para recibirla.
(*Vase el criado.*)
DON COSME.
Por Dios, que teneis bizarra
Sobrina, señor Prior;
Que es toda la flor, la nata
De la perfeccion; ¡es linda!
A tener licencia ámplia
Del Emperador, mi deudo,
Os prometo que gustara
De juntarme en himeneo
Con su beldad soberana.
PRIOR.
En eso yo gano mucho,
Y si es que de veras habla
Vuecelencia, yo me obligo
Ganar del César la gracia.
DON COSME.
Haréisme mucha merced;
Que está tan conglutinada
Mi alma á su perfeccion,
Que ya no es mia mi alma.

Salen LEONOR *y* MARINA, *y* ACOMPAÑAMIENTO.

PRIOR.
Aquí viene mi sobrina.
DON COSME.
¡Oh, qué bien la están las galas!
Me gusta, á fe de marqués;
¡Por Dios, que viene bizarra!—
Vueseñoría le dé
A besar sus manos blancas
Al marqués del Cigarral,
Y aqueste favor le haga.
LEONOR.
Vueseñoría, Señor,
Honre siglos esta casa
Con esa heróica presencia.
PRIOR.
Sillas, ¡hola!
DON COSME.
Sillas traigan;
Que quien tan de asiento tiene
Una aficion asentada,
Sentido del sentimiento
Que los sentidos me encanta,
Que se siente está asentado.
FUENCARRAL.
Y pues en Tajo le aguardan,
Sentido al sentar se sienta
Con las antífonas malas.
DON ANTONIO.
Cielos, ¿qué es esto que veo?
¡Qué gloria que siente el alma
Con la vista de Leonor!
Sus bellas luces me abrasan.
¡Qué nuevo ser que le da
El vestirse como dama!
Bien pueden en lo prendido
Ceuerle todas ventaja.
¡Ay Leonora de mi vida,
Causa hermosa de mis ansias,
Dueño de mi libertad
Y objeto de mi esperanza,
Quién pudiera hablarte á solas!
DON COSME.
Ya me ha dado la palabra
El Prior, Leonor hermosa,
Que seréis mi esposa cara,
Pidiendo licencia al César;
Y será dicha muy rara
El serlo de un caballero
De la mas noble prosapia
Que hay del diluvio hasta ahora.
PRIOR.
A lo menos es bien rancia.
Señas hago á mi sobrina
Que conceda con su plática,
Porque á don Cosme enamore.
LEONOR.
Si es que mi tio lo trata,
Concediendo con su gusto,
A él estoy subordinada.
DON COSME.
¡Que esos vivientes claveles,
Custódias de aquesa caja,
Locuaz centro de deseos,
Pronuncien esas palabras!
Que ese anhélito vital,
De quien se produce el ámbar,
Organizado hecho voz,
Tantos favores me haga!
¡De contento pierdo el seso!
FUENCARRAL.
La ponderacion es baja;

Que quien le tiene perdido,
Será la pérdida nada.

DON COSME.

Diera aquí dos cabriolas
De placer, hermosa dama,
Si no me pusiera estorbo
El bataneo del haca.

LEONOR.

El sentimiento del gozo
Solo le exagera el alma.

DON COSME.

Y el cuerpo tambien, Señora;
Que es su funda, que es su jaula.

FUENCARRAL. (*Llégase á Marina.*)

¡Ah mi señora Marina!
¿Podrá llegar á la playa
De amor un sirviente al trote,
Que pasa grande borrasca?

MARINA.

No, Señor.

FUENCARRAL.

¡Tanto rigor!
Despues que mudo la cáscara,
¿Se estima en tanto la fruta?
Mas viste de seda, y basta.—
¿Qué me dice? Qué responde?

MARINA.

Las señoras no se tratan,
Por no perder de su estima,
Con la familia lacaya.

FUENCARRAL.

Despues que se introdujeron
Las comedias en España,
Pueden servir los lacayos
A los estrados y salas,
Y aun hablar con las señoras
De jerarquías mas altas
Que la seora Marina,
Pues son princesas ó infantas.

MARINA.

Conmigo no corre el uso.

FUENCARRAL.

Suplico á vuestra arrogancia...

MARINA.

No me suplique el que ejerce
El mandil y la almohaza.

FUENCARRAL.

Toco á jarrete con esto.
Fuencarral, las esperanzas,
Mas verdes que unas acelgas,
Se os han convertido en gualdas;
Empeñóse aquesta hembra
Con el corcho y con la plata,
Y las galas la han borrado
Las memorias de villana;
Querrá servirse á lo culto,
A fuer de las reales casas,
Con meditados papeles,
Razones azucaradas,
Donde en juegos del vocablo,
Garitero amor se haga,
Y en las glosas de los motes
Se obstenten las elegancias.
Abrenuncio del amor,
Que siempre en chapines anda;
Bien haya amor de tres suelas,
Que es amor á pata llana.

PRIOR.

Bien será que descanseis,
Señor Marqués.

DON COSME.

Ya descansa,
Prior, quien está en su centro.

PRIOR.

¡Hola! en la sala dorada
Tenga aposento el Marqués.

CRIADO.

Ya prevenida le aguarda.

PRIOR.

Vamos, primo.

DON COSME.

Adios, Leonor.

LEONOR.

Adios.

DON COSME.

Lo vulgar se calla
De aquello: «Aunque voy, me quedo;»
Que al buen entendedor pocas pala- [bras.

(*Vanse todos, menos Leonor y Marina.*)

LEONOR.

¿Qué me dices deste amante?

MARINA.

Que es una figura extraña,
La mas célebre de España,
Para entretener bastante.

LEONOR.

Ver qué vano, qué arrogante
De lo vulgar se desvía,
Y en lo señor se confía,
Me causa risa, y no poca.

MARINA.

Él funda en su tema loca
El título y señoría;
El marqués del Cigarral
Se intitula.

LEONOR.

Hale venido
Este título nacido
A lo tonto y perenal.

MARINA.

¿Viste á Celio?

LEONOR.

Y por mi mal.

MARINA.

Galan viene.

LEONOR.

Mi cuidado
Con su vista se ha aumentado;
¿Qué es esto, amor? ¿En qué andais?
¿Tanto apretar? ¿No mirais
A mi mudanza de estado?
Quise á Celio en igualdad
De estado, sin entender
Él que llegase á tener
Inclinada voluntad.
Hoy, que á mas autoridad
Ha subido mi balanza,
Pierda Celio la esperanza;
Mas quien ama con fineza,
En pecho donde hay firmeza,
Poco importa la mudanza.
Déjame, Marina, aquí
Sola.

MARINA.

Quiero obedecerte. (*Vase.*)

LEONOR.

¿Qué es esto, amor? (¡Trance fuerte!)
¿Tanto rigor contra mí?
¿Cómo, si noble nací,
Pierdo de mi inclinacion
Con esta loca aficion,
Pues soy noble á mi despecho?
Salga Celio de mi pecho,
Si en él tuvo posesion.

Sale DON ANTONIO.

DON ANTONIO.

Si la memoria ha dejado
En el estado presente
Vivo acuerdo de un ausente,
Que por vos vive en cuidado,
Licencia el amor me ha dado
Para deciros, Leonora,
Cuando fortuna os mejora
De estado y de calidad,
Que mi fina voluntad
Mas os quiere y os adora.
Perdonad si, inadvertido,
Me he puesto en vuestra presencia;
Que del amor la violencia
Muy pocos la han resistido.
Saber de vos he querido,
Con la dicha que gozais,
En la esfera que os hallais
(Que por mil años goceis),
Cuando ya señora os veis,
Si de Celio os acordais.

LEONOR.

Puesta, Celio, en este estado,
Olvido, y no acuerdo, os muestro;
Que es el mio con el vuestro
Desigual en sumo grado;
Ya os dejo desengañado,
Haced pausa en la porfía.

DON ANTONIO.

Mi voluntad ya no es mia,
Viva en su perseverancia;
Que de una opuesta asonancia
Hace el amor armonía.

LEONOR.

Es loca temeridad
El seguir un imposible.

DON ANTONIO.

¡Qué rigor!

LEONOR.

Mucho.

DON ANTONIO.

¡Terrible!

LEONOR.

No hay remedio.

DON ANTONIO.

¿Ni piedad?

LEONOR.

Adonde hay desigualdad,
Vive la aficion violenta.

DON ANTONIO.

Ya que el desden me atormenta,
Pues desengañado estoy,
Os he de decir quién soy;
Estadme, Leonor, atenta.
Aquella célebre villa,
Ilustre, famosa, insigne,
Que los montes carpetanos
Le dan á su nombre origen,
Es, bella Leonor, mi patria,
Y mi generosa estirpe,
Por realce de mi sangre,
De los Vargas y Ramirez;
A cuyo blason aplaude
La fama con voces libres,
Por todo cuanto circunda
El imperio de Anfitrite,
Desde aquel famoso alcaide
Que, siendo en la fe tan firme,
Las dos vírgenes gargantas
Cortó con filos sutiles.
De esta célebre prosapia,
Ser hijo de don Fadrique
De Ramirez y de Vargas,
Tengo por honroso timbre.
Murió mi padre muy mozo,
Dejándome en años quince
Debajo de la tutela
De doña Constanza Enriquez,
Mi madre, que aun vive ahora.
Vime jóven, solo; vine,
Y comencé á dar al tiempo
Travesuras juveniles
Con mancebos de mi edad,

Del lugar nocturnos linces;
Dado á la libre soltura,
De la virtud distraíme.
¡Oh, cuánto le importa al noble
(Si las acciones no mide
Con la prudencia y recato)
Ver los amigos que elige.
Acompañéme de bravos,
Matantes espadachines,
Sanguijuelas de la hacienda
De aquellos que los admiten.
Empeñóme su osadía
(Que mal con lo noble dice)
En resistirme mil veces
Contra alcaldes y alguaciles;
Accion que á la sangre ilustre
Le desmiente y contradice,
Pues por perderle el respeto,
Es de España el mayor crimen.
Hasta los veinte y seis años
Tuve esta vida insufrible,
Poco dado á lo de Adónis,
Por ser mucho á lo de Aquiles.
Llegó á este tiempo á Sevilla,
Puerto célebre, que admite
Flotas preñadas del oro
De los indianos países,
Un hermano de mi madre,
Que por peligrosas sirtes
Navegó á la Nueva-España
En verdes años pueriles.
Este, en Méjico casado
Con la hija de un cacique,
Tuvo de este matrimonio
A la divina Matilde.
Muerta su esposa, en España
Condujo sus bienes libres,
Que serán cien mil ducados,
Y al punto á mi madre escribe
Que para darme esta dama
Luego á Sevilla me envie;
Y porque vaya mas presto,
Entre sus cartas remite
La copia de la beldad
Que á ser mi esposa apercibe.
Partí de Madrid con prisa,
Llegué á Orgaz, adonde fuiste
El dulce, el hermoso estorbo
Que el curso veloz impides.
Vite, Leonor, en el prado,
El cabello suelto y libre,
De quien el rapaz amor
Forma las redes sutiles.
Vi tus dos soles hermosos,
Que de negro esmalte visten,
Por quien el mayor planeta
Padece de envidia eclipses.
Vi tus perfectas mejillas,
Que el nácar y nieve imprimen;
De quien la purpúrea rosa
El bello color codicie.
Vi el primoroso clavel,
Que hablando en dos le divides;
Custodia hermosa, que guarda
Perlas que engastan rubíes;
Y con esto, vi tu gracia,
Tan excelente y sublime,
Que al darla ponderaciones,
La mayor le viene humilde.
De la fuerza de su hechizo,
Sin imitar al de Circe,
Con mas finezas de amante
Llegué á ser rendido Ulises.
Tu belleza, tu hermosura
Hacen que á mi prima olvide,
Y que en traje de estudiante
Asista por encubrirme;
Ocultando desde entonces
Del patron de España insigne
De la ropilla y la capa
Las dos cruces carmesíes.
Así mi pena y cuidado
Llegaste, Leonor, á oirme
Varias veces, pero en todas
Tu silencio me despide.
Llegué, asistiendo en Orgaz,
A gozar de dos abriles,
De dos verdes primaveras
Las rosas y los jazmines;
Y porque el lugar notaba
El verme hablarte y seguirte,
Por vivir en él con causa,
A don Cosme entré á servirle.
Quiso la varia fortuna
Mostrarte el rostro apacible,
Y descubrir á este tiempo
Tu calificado origen.
Esforzóse mi esperanza
Para mas seguros fines,
Pues calidades iguales
Hacen el amor mas firme.
En este estado que gozas,
Considerándome humilde,
Mientras mas me explico amante,
Con el desden me despides.
Obligóme el desengaño
Que me has dado á descubrirme.
Esto es verdad, mi Leonor;
Mia te llamé, mal dije.
Don Antonio soy, no Celio;
Si mi voluntad no admites,
Cuando pierdo el ofrecerla
A los ojos de Matilde,
Iré á morir donde nadie
Sepa mi muerte infelice,
Porque no te culpe, ingrata,
El mal pago que me diste.

LEONOR.

Generoso don Antonio,
Si el disfraz os ocultaba,
Siempre vuestro ser me daba
De quien erais testimonio.
No es el mayor patrimonio
En la mujer la beldad,
La riqueza en cantidad;
Que el de mayor interés
Es averiguado que es
La modesta honestidad.
Supuesto lo cual, si fui
Sorda siempre á las querellas
Vuestras, pues á todas ellas
Jamas atencion les dí,
Fué porque el hábito os vi
Que del pecho habeis quitado,
Siendo á Orgaz recien llegado,
Y en calidad desigual,
Empleos me estaban mal;
Que era el daño declarado.
Sabe el mismo niño amor
Que de vos siempre estimé
Desvelos, firmeza y fe
En su debido valor;
Y que si mostré rigor,
Era fuerza que le hacia
Al alma, que ya os queria;
Y así, oculta la piedad,
No expliqué mi voluntad,
Que era mas vuestra que mia.
Agora, que mi ventura
Quién yo sea ha declarado,
Burlar quise del cuidado
En que os puso mi hermosura;
Pero ya que me asegura
Vuestra cierta relacion
Las prendas de estimacion
Vuestras, tanto á amarlas llego,
Don Antonio, que os entrego
Alma y vida; vuestras son.

DON ANTONIO.

Confirme esa blanca mano
Ese favor que me haceis.

LEONOR.

El alma (que es mas) teneis,
Contenta del bien que gano.

DON ANTONIO.

Niño amor, dios soberano,
Pon les pausa á tus rigores,
Multiplica estos favores,
Fomenta tu ardiente llama,
Porque me ponga la fama
Entre firmes amadores.
Marfil animado, en quien
Puso el cielo liberal
Flechas de amor que hagan mal,
Gracias que parezcan bien;
No es mucho que á vos se os dén
Lauros que en tantas memorias
Acuerden triunfos y glorias.
Si amor, de sí descuidado,
De vos ¡oh mano! ha fiado
Sus mas célebres vitorias,
De un retiro de ámbar puro
Sacar el rapaz Cupido
Cristal de primor vestido,
Prodigio de amor desnudo.
¿Qué arnés trazado, qué escudo
Podrá haceros resistencia,
Dulce hechizo sin violencia,
Si tantas almas rendís,
Cuando eficaz persuadís
Beldad con mucha elocuencia?
Esa bella perfeccion,
Objeto de gracias varias,
Tiene partes tan contrarias,
Que implica contradicion.
Ocasionais confusion
Al que dais desasosiego,
Pues duda, si amante ciego,
Cómo á conservarse atreve
Tanto fuego en tanta nieve,
Tanta nieve en tanto fuego.

(Bésale la mano.)

Salen DON COSME Y FUENCARRAL.

DON COSME.

¡Vos empañar el cristal
Con esa boca asquerosa,
Cuando menos de la esposa
Del marqués del Cigarral!
¡Hay atrevimiento igual!
Por la fe de caballero,
Soez, vil, bajo escudero,
De ruin trato y proceder,
Que hoy habeis de echar de ver
Del modo que os impropero!
¡Vos el flueco del bigote,
Que tanto humedece Baco,
Y vuelve pardo el tabaco,
Al marfil dais mazacote?
Por el santísimo bote
De la Magdalena santa,
Que, por osadía tanta,
Ha de costar el besugo
Que os ha de dar el verdugo
Un apreton de garganta.

DON ANTONIO.

Señor.

DON COSME.

No hay que señorear;
¡El disimulo me alegra!
Si no hay verdugo en Consuegra,
Yo os tengo de homicidar.

DON ANTONIO.

Oid.

DON COSME.

No hay que replicar;
¡La mano habeis besucado,
Y su cristal profanado?
¡Estoy que rabio de enojo!

¿Donde yo besara flojo,
Besais vos tan apretado?

DON ANTONIO.

Escuchadme.

DON COSME.

¡Hay tal locura!
¿A la mano os atrevisteis?
Yo apostaré que le disteis
El beso con lamedura.
¡Ya mi paciencia se apura!

LEONOR.

Oidme os ruego, Señor.

DON COSME.

Para tal besucader
Os será remedio sano,
Leonor, poner á la mano,
Como á niño, un babador.

LEONOR.

Suplico á vuestra señoría
Oiga, y á su secretario
No acuse tan temerario;
Su causa tomo por mia.
A suplicarme venia
Que os enviase un favor;
Yo, sabiendo vuestro amor,
Y viendo que porfiaba,
Aquesta banda le daba;
Esta es la verdad, Señor.
Él, con el favor ufano,
Como criado leal,
Bien nacido y principal,
Llegó á besarme la mano;
Esto es cierto y esto es llano,
Valgan mis satisfacciones
Para excusar presunciones.

DON COSME.

Si esa beldad me agasaja,
Ya el enojo se me baja,
Mi señora, á los talones.—
Secretario, yo os culpé
Con enojo y sin razon,
Tanto, que á degollacion
En mi mente os condené;
Mas, conociendo esa fe,
Un vestido os quiere dar;
Aqueste podréis tomar.

FUENCARRAL.

No es cosa que le conviene,
Por la gran costa que tiene
En haberle de expulgar.

DON ANTONIO.

Beso á vuestra señoría
La mano.

DON COSME.

Eso sí besad;
Para eso hay facultad.

LEONOR.

Y mayor para la mia;
Tomad la banda.

DON COSME.

Este dia
Mi voluntad se acrisola.

LEONOR.

Vamos.

DON COSME.

Secretario, hola.

DON ANTONIO.

Señor.

DON COSME.

Advertid, hermano,
Que aquesta que llevo es mano.

DON ANTONIO.

Sí, Señor.

DON COSME.

Y no es estola.

(*Vanse.*)

JORNADA TERCERA.

Salen EL PRIOR, DON ÍÑIGO, LUPERCIO *y* OTRO CRIADO.

DON ÍÑIGO.

Escríbeme mi prima en esta carta
Que á Madrid, donde está, luego me [parta;
Que espera mi venida.

LUPERCIO.

Es lástima de verla qué afligida
Sin don Antonio vive.

DON ÍÑIGO.

Admirado me tiene lo que escribe;
Que desde que á Sevilla hubo partido,
Nueva ninguna dél no le ha venido.

PRIOR.

Presumo que se ha muerto.

LUPERCIO.

Eso tenemos todos por muy cierto.

DON ÍÑIGO.

Como Sevilla ampara varias gentes
Y abunda de valientes,
Habrá encontrado alguno,
Antes de haberse visto con su tio,
Que, con la vida, le quitase el brio;
De allá ¿qué escriben?

LUPERCIO.

El señor don Diego
Está desto con gran desasosiego,
Temiendo que al pasar Sierra-Morena,
Que nunca de ladrones está ajena,
Le han quitado la vida.

DON ÍÑIGO.

Es presuncion que deja ser creida.

PRIOR.

Descansad, y por estos cuatro dias
Podréis tener paciencia;
Que importa de mi primo la asistencia.

LUPERCIO.

Hágase vuestro gusto.

PRIOR.

Haced que le regalen, que es muy justo;
Dejad, primo, la pena y el enfado.

(*Vanse los criados.*)

DON ÍÑIGO.

Pienso que don Antonio con cuidado
En Sevilla está oculto, y de su esposa
Examina si es cuerda y virtuosa.

PRIOR.

Decis muy bien, Señor.

DON ÍÑIGO.

El cielo quiera
No sea trofeo de la Parca fiera.

PRIOR.

Sabed, Señor, que para haceros fiestas
Toros he prevenido,
Y al Marqués mi sobrina le ha pedido
(Fingiéndose del tal enamorada) [da.
Que en la plaza se obstente á dar lanza-

DON ÍÑIGO.

¿Don Cosme piensa hacello?

PRIOR.

Al principio dudó, ya viene en ello;
El socarron lacayo le amonesta
Que no dé risa y cause mayor fiesta,
Si no está ejercitado;
Mas él, muy presumido y confiado,
Viendo que ya sus dudas son pesadas,
Afirma que ha de dar cuatro lanzadas.

DON ÍÑIGO.

Será fiesta solemne.

PRIOR.

Así lo espero.

DON ÍÑIGO.

Rodarán el caballo y caballero;
¿Cuándo serán los toros?

PRIOR.

Yo quisiera
Que mañana en la tarde los hubiera;
Mas esta noche tengo prevenida
Una burla al Marqués, y por mi vida,
Que habemos de reir.

DON ÍÑIGO.

Si es ya precisa,
Desde luego, Prior, prevengo risa.

PRIOR.

A mi sobrina tengo dado aviso,
Que ser el todo en esta burla quiso.

DON ÍÑIGO.

Decid la burla.

PRIOR.

Ahora en ningun modo.
Venid conmigo, allá lo sabréis todo.

(*Vanse.*)

Salen, de noche, DON COSME Y FUENCARRAL.

DON COSME.

No se ha visto, Fuencarral,
En todo el ancho hemisferio
Hombre mas feliz que yo.

FUENCARRAL.

Ereslo con grande extremo.

DON COSME.

¿Que, de dos dias venido,
Este rostro y este cuerpo
Hiciesen tal batería
En aquel divino pecho
De aquel ángel?

FUENCARRAL.

No me espanto

DON COSME.

Eso puede lo perfeto.

FUENCARRAL.

Erésio mucho, Marqués.

DON COSME.

Todos me lo dicen, y yo me lo veo;
Al fin me avisa Leonor
Que saldrá á hablarme, y aun pienso
Que he de tener ocasion
Para entrar.

FUENCARRAL.

Dalo por hecho.

DON COSME.

Perdida estará por mí.

FUENCARRAL.

Sí, Señor; sal quiere el huevo.

DON COSME.

Fuencarral, yo la disculpo,
Teniendo en mí tal objeto.

FUENCARRAL. (*Ap.*)

¡Qué confiado está el tonto
De lindo! Él verá muy presto
La burla con que le aguarda
La que le llama al terrero.

DON COSME.

Noche, refugio y amparo
De los humanos deseos,
Que te pones por los hombros
El capuz de paño negro;
Capa de cualquier engaño,
Manto de cualquier enredo,
Asilo de toda maula,
Sombra de todo martelo;
No dejes lucerna viva

Del taller del firmamento;
Embótales su luz pura
Con tapabocas de velos.
Halle en ti el señor Apolo
Un capote tan severo,
Que se retire de dar,
Por luz de estrellas, bostezos.
Seas, noche, finalmente,
Mas lóbrega con tu ceño
Que son las obras de un culto,
Que habla chino y suena armenio;
Que te ofrezco, si me amparas,
Por víctimas á tu templo,
Una lechuza, dos bubos,
Tres zorras y seis mochuelos.

Sale EL PRIOR, DON ÍÑIGO *y* CRIADOS, *con lanterna y luz cubierta.*

PRIOR.
Ya don Cosme está en la calle.

DON ÍÑIGO.
Vámosle, Prior, siguiendo;
Que ha de ser linda la burla,
Si llega á tener efeto.

PRIOR.
Paróse.

DON COSME.
Este es el balcon.

FUENCARRAL.
Míralo bien.

DON COSME.
El tercero
Me dijo Leonor; la seña
Para que salga prevengo. (*Silba.*)

DON ÍÑIGO.
Ya silba, la seña hace.

Sale LEONOR *á un balcon.*

LEONOR.
Es el Marqués?

DON COSME.
Sí, mi bien.

LEONOR.
Habeis venido á mal tiempo.

DON COSME.
¿Cómo?

LEONOR.
Porque está el Prior
Aun todavía despierto.

DON COSME.
Pues aqueste cuarto ¿es suyo?

LEONOR.
Sí, Señor; que el mio tengo
Detrás dél, y no hay ventana
Por adonde poder vernos.

DON COSME.
Por Dios, que me da cuidado.

LEONOR.
No tengais, Marqués, recelo;
Que, si se duerme el Prior,
No se diferencia un muerto.

DON COSME.
Pues ¿qué me mandais que haga?

LEONOR.
Por si le viniere el sueño,
Quiero que estéis acá arriba,
Porque la ocasion gocemos.

DON COSME.
¿Cómo?

LEONOR.
Echándoos una escala.

DON COSME.
Ya viniese.

LEONOR.
Ya va al suelo.
(*Arroja la escala.*)

DON COSME.
¡Hay dicha como la mia!—
Fuencarral, ¿qué dices desto?

FUENCARRAL.
Que eres, Señor, como el César:
Venir, ver y vencer luego.

DON COSME.
En estando yo allá arriba,
Véte luego al punto.
(*Sube por la escala.*)

FUENCARRAL.
Harélo.

PRIOR.
Él sube con lindo brio.

DON ÍÑIGO.
Tal piensa que le va en ello.
(*Está don Cosme en lo alto, y Fuencarral vase.*)

LEONOR.
Importa aguardar aquí,
Si no temeis el sereno.

DON COSME.
Que no hay sereno que ofenda,
Cuando hay calor en el pecho.

LEONOR.
Lo que os encargo, Marqués,
Es que espereis con silencio,
Sin moveros de un lugar,
Mientras que dejo en sosiego
Al Prior; porque, si os siente,
Hay peligro.

DON COSME.
Ya lo veo;
Que es un César el Prior,
Y yo muy poco Pompeyo
Para resistirme aquí.

LEONOR.
Adios; que al momento vuelvo.
(*Hace que cierra y vase.*)

DON COSME.
¡Lindo, por Dios, me ha dejado!
Botijon de agua parezco,
Que le ponen á enfriar.
¡Oh amor! oh rapaz! oh ciego!
¡En cuántos peligros pones
A los bravos caballeros
Como yo!

PRIOR.
De burla vaya.

DON ÍÑIGO.
El habla á mudar comienzo.
(*Llégase al balcon.*)

DON COSME.
¿Quién me llama?

DON ÍÑIGO.
Atienda, escuche:
Si se ha subido á ese puesto
Para darle algun araño
A la ropa ó al dinero
Del gran prior de San Juan,
Cuatro guijarros, que tengo
A propósito escogidos,
Le harán tortilla los sesos,
Si no me arroja la capa,
Espada y daga al momento,
El sombrero y la valona;
Y esto sin tardanza.

DON COSME. (*Ap.*)
¡Bueno!
¡A lindo tiempo ha venido
Este nublado pedrero!
Si esto le sucede á un grande,
¿Qué ha de esperar un pigmeo?
No sé qué me he de decir
En el caso; por lo menos
Este me rompe los cascos,
Y si el tiro sale incierto,
Despertará la pedrada
Al Prior. ¡Hay tal aprieto!

DON ÍÑIGO.
¿Qué determina?

DON COSME.
(*Ap.* ¡Aun porfía!)
Oiga, señor caballero;
Excúselo, si es posible,
Darme este desabrimiento;
Que no soy ladron, por Dios.

DON ÍÑIGO.
Por el diablo querrá serlo.

DON COSME.
Por quien vuesarced mandare;
Soy amante.

DON ÍÑIGO.
No lo creo.

DON COSME.
Créalo por Jesucristo.

DON ÍÑIGO.
Déme lo que pido luego,
O aquesta piedra le hará
Saltar el ojo derecho.

DON COSME.
Tente, hombre del demonio;
Que puedes dejarme tuerto,
Y en un grande es fealdad.

PRIOR. (*Ap.*)
Apenas tenerme puedo
De risa.

DON COSME.
¡El cielo me ayude!

DON ÍÑIGO.
¿Tiro?

DON COSME.
Un monazo parezco,
Perseguido de muchachos;
¡Válgame todo el Salterio!

DON ÍÑIGO.
De esta vaya.

DON COSME.
Tente, tente,
Y taratente; ¿qué es esto?
¿Yo he de sufrir dos pedradas?
Para una no hay celebro.
¡Ay amor! ¿cómo consientes
Que hagan este vilipendio
De un amante, fondo en grande?
Gozar la posesion quiero
Del marqués del Cigarral.
¡Oh quién el libro del duelo
Y una luz tuviera aquí,
Para saber lo que debo
Hacer en esta ocasion!
Mas, pues no acerté á traerle,
Paciencia.

DON ÍÑIGO.
¿Qué me responde?
Qué me dice?

DON COSME.
Que te entrego
Todo lo que me has pedido.
(*Arroja la espada, valona y sombrero.*)

DON ÍÑIGO.
Pues aun no quedo contento;
Déme ropilla y calzones.

DON COSME.
Son calzas.

DON ÍÑIGO.
No importa serlo;
Ea, déme lo que pido.

DON COSME.
¿Cuando menos?

DON ÍÑIGO.

Cuando menos,
O la piedra le disparo.

DON COSME.

Demonio de los infiernos,
¿No basta lo que te he dado?

DON ÍÑIGO.

¿Cómo basta? Venga presto.

DON COSME.

A trueque de no inquietar
Al Prior, á quien mas temo,
Me habré de quedar desnudo;
De darle las calzas huelgo,
Que han de tener que limpiar;
Que las ha mojado el miedo.
(*Arrójale ropilla y calzas; cójalo don Íñigo.*)

DON ÍÑIGO.

Ladron amante, ó lo que es,
Aviseme, se lo ruego,
A qué hora sale el alba
A los balcones del cielo.
(*Vanse don Íñigo y el Prior.*)

DON COSME.

A la hora que te dén
Mas de mil y cuatrocientos
Azotes en las costillas.

Sale UNA DUEÑA *á la ventana á vaciar una bacinica; ha de estar mas arriba.*

DUEÑA.

¡Obscura noche, en extremo!
Agua va. (*Éntrase.*)

DON COSME.

¿Qué es esto? ¡Ay Dios!
¿Agua va? ¡Lindo consuelo!
¡Vive Dios, que son orines
Hediondos! Oh, reniego
De la maldita dueñaza,
Vestigio del hondo centro,
Ataud de huesos vivos
Y paladion de embelecos.
¡No orines mas en tu vida!
Arrojar la escala quiero.
Yendo desnudo á acostarme. (*Baja.*)
¡Hay mas desgracias á un tiempo!

PRIOR.

Ya baja el pobre desnudo;
Salid todos al encuentro.

Salen LOS CRIADOS.

CRIADO 2.°

¿Quién va?

DON COSME.

¡Aquesto me faltaba!
Quién lo pregunta, le ruego.

CRIADO 1.°

La justicia.

DON COSME.

¿La justicia?
Pues yo decírla no quiero
Quién va; que no me está bien.

CRIADO 2.°

Pues vaya á la cárcel luego.

DON COSME.

¿A la cárcel? ¡Vive Dios,
Corchetes, viles plebeyos,
Que mientras hubiere piedras,
No he de tener sufrimiento
Para dejarme prender!

CRIADO 1.°

Favor al Rey.

DON COSME.

Es mi deudo,
Y es favorecerme á mí
(*Llegan el Prior y don Íñigo.*)

PRIOR.

Apartad todos; ¿qué es esto?

CRIADO 1.°

Este hombre se nos defiende,
Y su nombre le ha encubierto.

PRIOR.

¿Quién es? Mostrad esa luz.
(*Saca luz.*)

DON COSME.

Es gran descomedimiento
Que traten así un marqués.
(*Dice á los criados.*)

PRIOR.

¡Señor don Cosme! tenéos;
¿A estas horas de esa suerte?

DON COSME.

A nadar, gran Prior, vengo.

PRIOR.

¿A nadar por Navidad?

DON COSME.

Hay gran calor en mi pecho.

PRIOR.

A mucho os poneis, Señor.

DON COSME.

Nada, Prior, en su tiempo;
No es nada, aquesto es lo fino.

PRIOR.

Para la salud no es bueno.

DON ÍÑIGO.

Cuando hay calma de bochorno
De amor (perdone Galeno),
Es un baño saludable.

PRIOR.

Pues lo decis, yo lo apruebo.

DON ÍÑIGO.

Pues ¿sin vestido os venís
Por las calles?

DON COSME.

Como tengo
Tanto fuego, á lo desnudo
No le ofende el agua ó viento;
Menos ropa trajo Adan
En el campo damasceno.
(*Ap.* Como no han visto la escala,
Valgome del embeleco.)

PRIOR.

Venios, Señor, acostar;
Que si sabe aqueste exceso
Mi sobrina, ha de pesarle.

DON COSME.

Mucha voluntad la debo.

Llega UN CRIADO *con un vestido.*

CRIADO.

Este vestido llevaba
Un ladroncillo, y corriendo
Le alcanzé.

PRIOR.

Mostrad; parece
Mucho, gran don Cosme, al vuestro.

DON COSME.

Yo le dejé en esa esquina,
Por irme con menos peso
A bañar.

DON ÍÑIGO. (*Ap.*)

Bien disimula.

DON COSME.

Que le hayan hallado huelgo;
¿Al fin no quereis que nade?

PRIOR.

No, Señor, porque os queremos
Apto para dar lanzada.

DON COSME.

Entraré á darla mas fresco.

PRIOR.

Venid, y os acostaréis.

DON COSME.

Amor, desde hoy mas no pienso
Andar contigo en tramoya;
A pié quedo galanteo.
(*Vanse.*)

Sale DON ANTONIO Y FABIO.

DON ANTONIO.

¿Es posible, Fabio amigo,
Que Lupercio aquí ha llegado?

FABIO.

Sí, Señor.

DON ANTONIO.

Ten gran cuidado
Con que no encuentre contigo.

FABIO.

Ha sido gran maravilla
Verle y no verme, Señor;
Venia con el Prior
Paseándose por la villa,
Y como le vi primero,
Luego que le conocí,
De su vista me escondí.

DON ANTONIO.

Eso mismo hacer espero;
A Fuencarral le diré
Me sepa á lo que ha venido.

FABIO.

Que á don Íñigo ha traido
Carta de tu madre sé.

DON ANTONIO.

Estará afligida y triste
Por mí.

FABIO.

Ha sido gran delito
No haberla, Señor, escrito
Desde que de allá partiste.
Debe á compasion moverte
En su vejez tu cuidado;
Que es cierto el haber pensado
Que riudes feudo á la muerte.

DON ANTONIO.

Este amor, Fabio, me tiene
Sin seso y fuera de mí.

FABIO.

Pues don Íñigo está aquí,
Declárate.

DON ANTONIO.

No conviene
Por ahora; que Leonor
Ocasion quiere aguardar
Mejor, por no disgustar
A su tio, el gran Prior.

FABIO.

Es fuerza, mientras está
Lupercio aquí, de escondernos,
Para que no pueda vernos.

DON ANTONIO.

Traza para todo habrá.

FABIO.

Con cuidado te regala.

DON ANTONIO.

A nuestro loco marqués,
Con los regalos que ves
Le han dado una noche mala,
Con una burla penosa.

FABIO.

¿Cómo?

DON ANTONIO.

Con su traza pudo

Dejarle el Prior desnudo
A don Cosme.

FABIO.

¡Extraña cosa!

DON ANTONIO.

Leonor, que finge aficion
A don Cosme y le regala,
Prevenida de una escala,
Le hizo subir á un balcon,
Donde le dejó al sereno;
Y don Íñigo despues
Le hizo arrojar al Marqués
Todos sus vestidos.

FABIO.

¡Bueno!
Quedaria sazonado
Al sereno y sin vestido,
De los vientos combatido.

DON ANTONIO.

Muy mala noche ha pasado;
Mas aquí sale.

FABIO.

Y con él
Don Íñigo.

Sale vistiéndose DON COSME, DON ÍÑIGO y FUENCARRAL.

DON COSME.

Estoy atento.

DON ÍÑIGO.

El primer advertimiento
Al que en lanzada es novel,
Es, que en un caballo seguro,
No inquieto ni revoltoso,
Ha de ostentar en el coso;
El que llevais es un muro
En firmeza.

DON COSME.

¿Y en lealtad?

DON ÍÑIGO.

Es de los del gran Prior
El mas leal y mejor
Caballo, al fin de bondad.

DON COSME.

¿Cómo se llama?

DON ÍÑIGO.

El Rodado.

DON COSME.

Ya el nombre me hace temer;
Que si dél vengo á caer,
Seré en básura rodado.

DON ÍÑIGO.

Saldréis con calzas y cuera,
Con gorra y capa terciada,
Ancha y cortadora espada,
Que al sol deslumbre en su esfera;
Sacaréis cuatro lacayos
Osados y toreadores,
Con tan lucidos colores,
Que parezcan cuatro mayos;
Esto delante, el caballo,
Que entonces irá sin vista,
Porque cuando el toro embista,
Pueda mejor esperallo,
Daréis vuelta por la plaza,
Ofreciendo liberal
Salutacion general,
Que lo cortés no embaraza;
Y despues que con lozana
Presencia veros dejeis,
El puesto que tomaréis
Será junto á la ventana
Donde esté doña Leonor,
Con la lanza prevenida,
Aguardando la salida
Del toro de mas furor;
Saldrá el toro, y contra vos
Se vendrá luego derecho;
Entonces con firme pecho,
Encomendándoos á Dios,
Fuerte sobre los estribos,
Y con la lanza en la mano,
Del fiero bruto inhumano
Rendiréis los incentivos;
Advirtiendo que la lanza
Vaya siempre su cuchilla
Apuntando á la espaldilla.

DON COSME.

¿No es mas seguro á la panza?

DON ÍÑIGO.

Sí es, mas no está en el uso.

DON COSME.

¿Que hasta en esto del matar
Al uso habemos de andar?
¡Reniego de tal abuso!
Y si acaso el golpe errase,
Porque el torillo le huyese,
Y á mi caballo embistiese,
¿Qué he de hacer?

DON ÍÑIGO.

Si á eso llegase,
Sacar entonces la espada
Es precisa obligacion,
Y pegarle de antubion
Una y otra cuchillada.

DON COSME.

¿Y si el toro, mas ligero,
Viendo que el golpe se ha errado,
Contra mi caballo, osado,
Quisiese ser mondonguero,
Y dándole con ventajas
Cornadas con su fiereza,
Me hiciese con mi cabeza
Alzar del suelo las pajas?

DON ÍÑIGO.

Entonces con mas valor
Iréis contra el toro fiero
A reñir el blanco acero.

DON COSME.

Paréceme que es horror;
Y será mas acertado,
Entre tanta tabaola,
Buscar de una cabriola
El seguro de un tablado.

DON ÍÑIGO.

Huir con tal prontitud
Parecerá mal, Señor.

DON COSME.

Pues ¿no pareceré peor
Echado en un ataud?

DON ÍÑIGO.

Fea es la vida sin fama,
Y al fin afrentoso empleo.

DON COSME.

Muerto, ¿no estaré mas feo
A los ojos de mi dama?

DON ÍÑIGO.

Bien sé que os estáis burlando,
Pues fio de ese valor
Que lo habeis de hacer mejor
Cuanto mas lo estéis dudando;
Y porque el Prior me espera,
Adios, Señor.

DON COSME.

Él os guarde.

DON ÍÑIGO.

Daréis envidia esta tarde
Al mismo sol en su esfera. (*Vase.*)

DON COSME.

No os pondero, secretario,
En lo que me aguarda hoy;
En grande peligro voy.

DON ANTONIO.

Ya veo que es temerario,
Mas ese esfuerzo sabrá
Desempeñarse de todo.

FUENCARRAL.

Si no le pone de lodo
Algun toro; que sí hará.

DON COSME.

¡Quién, oh Leonor soberana,
Esta accion dejar pudiera!
¡A malas lanzadas muera,
Si la doy de buena gana!
(*Vanse.*)

Sale LEONOR, *sola.*

LEONOR.

Amor niño, dios vendado,
Poderoso entre los dioses,
Pues no se libró ninguno
Destos dorados arpones;
Así del arco que ejerces
Todos los tiros se logren,
Sin que al arco de tus flechas
Se opongan pechos de bronce,
Que en castísimo himeneo
Dejes, amor, que se gocen,
Para ejemplo de firmeza,
Dos amantes corazones.

Sale DON ANTONIO.

DON ANTONIO.

Tan á buena ocasion llego,
Leonor hermosa, que os oyen
Mis venturosos oidos.

LEONOR.

Que os hago siempre favores.

Sale DON ÍÑIGO.

DON ÍÑIGO.

En busca del gran Prior
He venido, y no sé dónde
Pueda estar; ¡aquí Leonor,
Retirada con un hombre!
Aqueste presumo que es
Secretario de don Cosme;
Desde aquí podré escucharles,
Pues este paño me esconde.
(*Arrímase.*)

LEONOR.

Rogando estaba á aquel dios
Que tiene en Chipre su corte,
Que liberal me entregase...

DON ANTONIO.

¿A quién?

LEONOR.

A ti, á quien escoge
Siempre el alma por su dueño,
Pues otro no le conoce.

DON ÍÑIGO.

¡Qué es esto, cielos, que escucho!
¡Oh Leonor, mal correspondes
Con la sangre que heredaste!
¿Es justo que te enamores
De un hombre no conocido,
De un hombre de bajo porte,
Que son servicios á un loco
Sus calidades mayores?

DON ANTONIO.

¡Ay Leonora de mi vida!
En un cáos de confusiones
Me veo.

LEONOR.

¿Cómo, mi bien?

DON ANTONIO.

Siguiendo el dichoso norte
De tu beldad, he pasado

Entre toscos labradores
Un año entero en Orgaz;
Y ahora, que mis temores,
Con calidades iguales,
Aguardaban posesiones,
Veo que temes, Leonor,
Que el gran Prior no se enoje,
Si esta aficion le declaras,
Dudosa en resoluciones;
Y así, te vengo á decir...
Ay Dios, mi bien, ¿qué temores
Me enmudecen?

LEONOR.

¿Qué, mi dueño?

DON ANTONIO.

Que hay ocasion que me estorbe
El estar aquí en Consuegra.

LEONOR.

¿Qué puede haber, que te importe
Hacer, mi bien, tal mudanza?
Mas sois mudables los hombres.

DON ÍÑIGO.

De la plática que escucho
No sé qué concepto forme,
Porque oyéndola, me veo
En notables confusiones.

LEONOR.

Don Antonio, yo presumo
Que el sevillano horizonte
Os debe de estar llamando,
Y los celestes primores
De esa dama, prima vuestra,
A quien tantas sinrazones
Habeis hecho en no ir á verla;
Partíos en buen hora adonde
Halleis, Señor, mas riquezas,
Si no agasajos mayores;
En cuanto á llegar á amares,
Nadie me iguala en el orbe;
Solo siento que este pecho,
Obediente como dócil,
Le desconozcais, ingrato.

DON ANTONIO.

Indignas acusaciones,
No debidas á mi fe,
Son, Leonor, las que me pones,
Cuando puedo ser ejemplo
De leales amadores;
No memorias de mi prima,
No sus grandes perfecciones,
Piedras, oro, perlas, plata,
Que me da su padre en dote,
Hacen, hermosa Leonor,
Que el gusto me desazonen;
Que ese no puede perderse
En tanto que yo te adore;
Lo que me obliga á ausentarme
De la beldad de esos soles,
Es ver que un criado mio,
Que aquí llegó y me conoce,
Trae de mi madre cartas
Para que en breve negocien
La partida de mi tio
A Madrid, y él la dispone,
Para ir á darla consuelo
En sus penas y aflicciones;
Este criado que digo,
Se ha detenido, con órden
Del Prior, por cuatro dias,
En que por fiesta le corren
Toros, sortija, y le alegran
Con mil varias diversiones;
Lo que el criado asistiere
Aquí, porque no me tope
Y me descubra, es forzoso
Que otro lugar nos aloje
A mí y á Fabio.

DON ÍÑIGO. (*Ap.*)

¡Qué escucho!
Sin buscarle, por su informe,
He hallado aquí á mi sobrino,
Que hace el amor que se emboce.

LEONOR.

Mi bien, de lo que temeis
Yo os quitaré los temores
Con que os escondais el tiempo
Que estuviere aquí ese hombre.
Fingíos, Señor, enfermo;
Aqueste medio se tome.

DON ANTONIO.

Decís bien, yo os obedezco;
Mas, si piedad no socorre,
Doblaréisme las pasiones.

LEONOR.

Yo lo prometo, mi bien.

DON ANTONIO.

Honradle con brazos dobles
A este cuello.

LEONOR.

Adios, mi bien.

DON ANTONIO.

A enfermar voy.

LEONOR.

Sea de amores.

(*Vanse Leonor y don Antonio.*)

DON ÍÑIGO.

Sin dar lugar á la traza
En que van los dos conformes,
Daré cuenta al gran Prior
De aquestas dos aficiones,
Y haré que á Leonor la case,
Porque don Antonio logre,
Con la beldad que desea,
Sus amantes pretensiones.

Sale EL PRIOR *y* UN CRIADO.

PRIOR.

¿Primo?

DON ÍÑIGO.

Señor.

PRIOR.

De buscaros
Vengo.

DON ÍÑIGO.

Este lugar me esconde,
Donde he sabido un secreto.

PRIOR.

¿Podré saberle?

DON ÍÑIGO.

Disponen
Dos personas de esta casa
Casarse.

PRIOR.

Algun gentil hombre
Será y alguna criada.

DON ÍÑIGO.

Gente es de mas alto nombre.

PRIOR.

¿Quién? (*Altérese.*)

DON ÍÑIGO.

Cuando menos Leonor;
Vuecelencia se reporte;
Que si le digo el galan,
Podrá ser no se alborote.

PRIOR.

¿Es don Cosme?

DON ÍÑIGO.

¡Eso es muy bueno!

PRIOR.

¿Quién es?

DON ÍÑIGO.

Es de mayor porte
Que don Cosme, aunque es marqués.

PRIOR.

Sacadme de confusiones,
O decidme si os burlais.

DON ÍÑIGO.

Perdonad, Prior, los temores;
Que don Antonio Ramirez,
Noble y alentado jóven,
Secretario del Marqués,
Es el que se desconoce
En aquel humilde traje.
Vió á Leonor, enamoróse,
Yendo á casarse á Sevilla,
Y entre aquellos labradores
De Orgaz se quedó á servirla.

PRIOR.

¿Qué me decís?

DON ÍÑIGO.

Lo que ois.

PRIOR.

Si eso es cierto, como creo,
Y los dos están conformes,
Quiero que al punto se casen.

DON ÍÑIGO.

No hay cosa que mas importe.

PRIOR.

Yo ofreceré á mi sobrina
Diez mil ducados de dote,
Sin la hacienda de su padre.

DON ÍÑIGO.

Sea con mil bendiciones;
La venida de Lupercio
Dió á mi sobrino temores
De que fuese conocido,
Y á su dama cuenta dióle
De esto, y han concertado
Que él se haga doliente.

PRIOR.

¡Vióse
Traza mas bien ordenada!

DON ÍÑIGO.

¿Cuándo faltan invenciones
Entre dos que bien se quieren?

PRIOR.

Hoy quiero que se desposen;
Que mi sobrina granjea
En vuestro sobrino un hombre
Entendido y principal.

DON ÍÑIGO.

En vos tiene quien le honre.—
(*Ruido suena dentro.*)
¿Qué ruido es este?

PRIOR.

Sin duda
Que ocasionan estas voces
Los toros.

DON ÍÑIGO.

¿Cómo?

PRIOR.

Los prueban,
Y eligen los toreadores
Cuáles se pueden correr.
(*Suena otra vez ruido.*)

DON ÍÑIGO.

Otra vez el ruido se oye.

Sale FUENCARRAL, *admirándose.*

FUENCARRAL.

¡Válgate Dios por Marqués!

PRIOR.

¿Qué hay, Fuencarral?

FUENCARRAL.

¡Ay señores!
Al Marqués le ha sucedido...

DON ÍÑIGO.

¿Qué?

FUENCARRAL.

¡Válgame san Onofre!
Una desgracia muy grande
En el encierro.

DON ÍÑIGO.

¿Cogióle
El toro?

(*Esté hablando el Prior con su criado.*)

FUENCARRAL.

Peor.

DON ÍÑIGO.

¿Qué ha sido?

FUENCARRAL.

¿No me dejaréis que tome
Aliento?

DON ÍÑIGO.

Di.

FUENCARRAL.

De esta va.—
Musas, bien es que os invoque.

PRIOR.

La brevedad os encargo.

CRIADO.

A servirte se dispone
Mi obediencia.

PRIOR.

Salgan luego,
Porque luego se desposen.

(*Vase el criado.*)

FUENCARRAL.

Para salir don Cosme á dar lanzada,
Accion á tu sobrina prometida,
Por ser novel en ella muy dudada,
Y despues de dudada, bien temida,
Quiso acertarla, haciéndola ensayada,
Y hallando que el encierro le convida,
Púsose en su caballo de hierro,
Y ostentóse con lanza en el encierro.
Ocupa el coso con la lanza al lado,
Y en pálido color el suyo muda, [do
Cuando el toril despide un bruto arma-
De doble punta, fuerte como aguda.
Dos veces le emprendió, y acobardado,
Huyó dél, y el Marqués, viendo que
[duda,
Dícele en altas voces con mohína:
«Voto á Dios, que el torillo es un galli-
[na.»
La falta enmienda el vulgo novelero,
Dando al pasado toro sustituto,
Que al coso cabriolas dé ligero
Con faz sañuda y con impulso bruto;
Fuera yo coronista muy grosero,
Si el describir su forma no ejecuto,
Y aunque no me valdré de la cultura,
Atencion, que me embarco en la pintu-
[ra.
Cuello de fuelle, frente de proceso,
De caractéres crespos enlazada,
Adonde la armazon, el doble hueso,
Efectos hace de la Parca airada;
Cerdas enriza por el lomo grueso,
En piés cortos, barriga dilatada,
Los ojos arrojando fuego vivo,
Y el todo, aun sin ofensa, vengativo;
Negro el color, sin ser de Monicongo,
Humo despide sin tomar tabaco, [go,
Y uniéndose á la tierra mas que el hon-
Procura á cualquier panza darle saco;
Cada cual pone en cobro su mondongo,
Depósito de Céres y de Baco; [nas
Que echan de ver que el toro tiene ga-
Que haya para su fiesta mas ventanas.
Esta copia feroz del dios Tonante,
Bufando truenos, despidiendo rayos,
Salió al coso con arma penetrante,
A caza de librea de lacayos; [gante,
Vibra el corvo instrumento, que, arro-
Fuera fin de tordillos y de bayos.
Viendo pues su fiereza los peones,
Con cuidado refuerzan sus calzones.
Sin hacer, escarbando, cortesía
(Tan propio de los brutos de su raza),
De don Cosme anteviό la valentía,
Haciéndole que mida la ancha plaza
De segundo rebote su porfía;
Las fajas de las calzas desenlaza,
Quedando el gran jinete, del suceso,
Dándole el sol donde le dió á don Bue-
[so.
En hombros de peones le han traido,
Y de los topes casi derrengado.

PRIOR.

Pésame del suceso que ha tenido;
Harémos regalarle con cuidado.

Sale DON ANTONIO, LEONOR *y* CRIADOS.

DON ANTONIO.

Esos piés, gran Prior, humilde pido.

PRIOR.

Seais, señor don Antonio, bien hallado;
Que nos viene con vuestro desembozo
A mi sobrina dicha y á mí gozo.

DON ÍÑIGO.

Abrazadme, sobrino, y estad cierto
Que de vuestro recato fui la espía
Que al Prior vuestro amor ha descu-
[bierto.

DON ANTONIO.

Ha sido todo para dicha mia.

FUENCARRAL.

Sin don Cosme se hace este concierto;
A decírselo voy. (*Vase.*)

LEONOR.

Ya llegó el dia
De mí tan deseado.

PRIOR.

Dad la mano
A don Antonio.

DON ANTONIO.

Aquí yo solo gano.

LEONOR.

Tomad

PRIOR.

El cielo os haga muy dichoso;
Estimad en Leonor tan buen empleo.

DON ANTONIO.

Acciones de ese pecho generoso,
Darme el bien á medida del deseo.

PRIOR.

De este consorcio aguardo temeroso
La furia del Marqués.

DON ÍÑIGO.

Queda muy feo,
Pues á doña Leonor halla casada
Cuando está su persona estropeada.

Sale DON COSME, *armado ridiculamente con un chuzo y una rodela, y* FUENCARRAL.

DON COSME.

Si no mirara, Prior,
Falso, atrevido, perjuro,
Que el ejercer crueldades
Es propio de los verdugos;
Si no mirara que soy
Primo de un César Augusto,
Y que deben mis acciones
Dar admiracion al mundo,
No dudara en este lance
Ensartaros uno á uno,
Como si fuérades cuentas,
Con el hierro de este chuzo.
¿Qué es ensartar? Poco he
No dudo, Prior, no dudo
Que os hiciera pepitoria,
Así como os hallo juntos.
¿Pepitoria dije? Es nada;
Un jigote muy menudo
Con esta espada os hiciera,
Para comérmele al punto;
O derribando esta casa,
Os diera el último susto,
A no temer, cual Sanson,
Quedar con todos difunto;
Que la perfeta venganza
(Así el duelo lo dispuso)
Ha de ser que el ofensor
No ha de sacar ni un rasguño.
¿Es bien que mientras me pongo
Cara á cara con un bruto,
Con mas valor que lo hicieran
Ciceron ni Quinto Curcio,
Donde siendo estropeado,
Por desgracia, y no descuido,
Librándose mis caderas
De no admitir dos tarugos,
Deis á la bella Leonor
A un doméstico, á un alumno
De mi casa, por esposa,
Sin prevenir mi disgusto?
¿A un hombre de quien se sabe
Que funda el aumento suyo
En los puntos de una pluma,
Para subirse de punto?
¿Olvidando en mi persona,
Claro estirpe y valor sumo,
Que le heredé, cuando menos,
Desde el general diluvio;
Reconocidos de cuantos
Se agregaron de consuno
En las bodas del gran Cárlos
Al márgen del Bétis puro?
¿Un hombrecillo trivial
Ha de profanar el culto
De la deidad mas hermosa
Que mira el planeta rubio?
¿Qué me podeis responder
Al delito que os acuso,
Decid, ingrato Prior,
Sino callar como un mudo?

PRIOR.

Refrenad, señor Marqués,
Los coléricos impulsos,
Y hoy de mis satisfaciones
Veréis cuán bien me disculpo.
El que de vuesos papeles
Hasta ahora cargo tuvo,
Es don Antonio Ramirez,
Que ha estado en Orgaz oculto,
En el traje que le hallastes,
Vasallo de amor desnudo,
Y en el fuego de sus aras
Un acrisolado Mucio;
Sirvió á la bella Leonor
Desde un agosto hasta un julio,
Pasando por su beldad
Mil amantes infortunios;
Conformes las voluntades,
Don Íñigo (con su gusto)
Ha hecho este casamiento,
En que vienen los dos juntos;
Esto se hizo porque el César
Me avisa en un pliego suyo
(Que esta noche me ha traido
Un apresurado nuncio)
Que allá pretende casaros
Con una infanta del Cuzco,
Que ha venido de su tierra
A que el Pontífice Sumo
La dé el agua del bautismo.

DON ÍÑIGO.

Y en diamantes, en carbuncios,

Esmeraldas, oro y plata
Trae casi un millon de escudos.

PRIOR.

Dos mil tengo prevenidos
Para que partais al punto
Con el órden que me envia;
Ved si es casamiento á gusto.

DON COSME.

Si eso es así, gran Prior,
Vuestra sobrina tripulo;
Llévela mi secretario,
Gócense los dos en uno.
La empresa quiero dejar,
Donde está cierto el escrúpulo,
La empanada que comiera
No ha de faltarle repulgo.
Veamos el órden del César;
Con la Infanta me vinculo
En apacible himeneo.

FUENCARRAL.

Vamos, y echemos de rumbo;
¿Qué has de hacer á Fuencarral?

DON COSME.

Vizconde.

FUENCARRAL.

¡Viz qué? ¡Abrenuncio
El vizcondado! No quiero
Ser bizco ni cejijunto.

DON COSME.

Serás lo que tú quisieres.

FUENCARRAL.

Alto pues; desta vez subo
A oficio de mas valor,
Si no se me vuelve en humo.

DON COSME.

De vuestras bodas, Señora,
Teneis padrino seguro
En mí.

LEONOR.

Haceisme merced.

DON COSME.

Es lance que no le excuso,
Deseando, gran Senado,
Que haya sido vuestro gusto
El marqués del Cigarral.
Perdonad sus yerros muchos.

COMEDIA FAMOSA

TITULADA

EL DIABLO PREDICADOR,

Y MAYOR CONTRARIO AMIGO,

DE LUIS DE BELMONTE BERMUDEZ.

PERSONAS.

FELICIANO, *galan*.
EL GUARDIAN DE SAN FRANCISCO.
EL GOBERNADOR DE LUCA.
LUZBEL.
OCTAVIA, *dama*.
JUANA, *criada*.
TEODORA.
LUDOVICO.
SAN MIGUEL.
ASMODEO.
FRAY ANTOLIN.
FRAY PEDRO.
FRAY NICOLÁS.
ALBERTO, } *criados*.
CELIO, } *criados*.
UN NIÑO JESUS.
NUESTRA SEÑORA.
TRES POBRES.—CRIADOS.

JORNADA PRIMERA.

Baja LUZBEL, *en un dragon.*

LUZBEL.

¡Ah del oscuro reino del espanto,
Estancia del dolor, mansion del llanto;
Donde ya de otro daño sin recelo,
La desesperacion es el consuelo!
Abrid; y tú, de quien mi rabia fia
De esa noble y eterna monarquía
El gobierno en mi ausencia,
Vén á mi voz.

Sale ASMODEO *por un escotillon.*

ASMODEO.

Ya estoy en tu presencia;
Pero ¿qué te ha obligado
A que me llames?

LUZBEL.

¿No lo has penetrado?

ASMODEO.

No, Príncipe, si bien creo que es mucha
La causa.

LUZBEL.

Y la mayor.

ASMODEO.

Pues dila.

LUZBEL.

Escucha.
Sobre este helado vestiglo,
En cuya forma triforme
Di espanto en su *Apocalipsi*
Al mas venturoso jóven,
Para saber los que el yugo
De mi imperio reconocen,
En término de dos dias
He dado la vuelta al orbe,
Y de diez partes, las nueve,
Por las justas permisiones
Del Criador eterno, yacen
A mi obediencia conformes.
Los bárbaros, sacrificios
Me ofrecen, y adoraciones
En las mentidas estatuas
De barro, de hierro y bronce.
La morisma en su vil secta,
Y tambien otras naciones,
Que en una verdad disfrazan
Mil diferentes errores,
Sin que á ninguna de tantas
Sus distantes horizontes
La disculpe de que al Dios
Que todo lo hizo ignore,
Pues no hubo en toda la tierra
Clima tan ignoto, donde
No llegasen, explicadas
Por alguno de los doce
Discípulos, las verdades
De los cuatro historiadores;
Ni parte donde el cruzado
Leño, ya en llano ó ya en monte,
No quedara por testigo
De su pertinacia torpe.
Solamente algunas partes
De la Europa se me oponen,
Adorando al Uno y Trino,
Y al Verbo por Dios y Hombre;
Pero, aunque en ellas hay muchos
Jardines de religiones,
Cuya agradable fragancia
De sus penitentes flores
Penetra el eterno alcázar,
Para que á Dios desenoje
De lo mucho que le ofenden
Los mismos que le conocen,
Los que me dan mas tormento
Son (¡oh! mi rabia me ahogue)
Esos hijos (sin nombrarle
Será fuerza que le nombre)
De aquel, por menor mas grande,
De aquel, mas rico por pobre,
De aquel retrato de Dios
Humanado tan conforme,
Que si en un pesebre Cristo
Nació, Francisco, por órden
Tambien divina, un pesebre
Para oriente suyo escoge.
Si tuvo, como maestro,
Doce discípulos, doce
Fueron los que de Francisco
Siguieron tambien el norte.
Si el uno murió suspenso
De un árbol, no hay quien ignore
Que otro de los de Francisco
Murió pendiente de un roble.
Si de Jesus el sagrado
Culto, la lluvia de azotes
Le trasformó en laberintos
De sangrientos tornasoles;
De la sangre de Francisco,
Todas las habitaciones
Que tuvo parecen jaspes,
Salpicadas de sus golpes.
Si á Cristo la infame turba
Le tejieron de cambrones
Impía y régia diadema,
Que le hiera y le corone,
Francisco, en róbusta zarza,
Solo en los paños menores,
Castigando pensamientos,
Inculpable por veloces,
Revolcado entre sus puntas,
Logró la zarza verdores
De laurel, que coronaron
Penitencias tan feroces.
Si cinco puntas abrieron
En aquel árbol triforme,
Al cielo en su Autor divino,
Siempre abiertas para el hombre,
No fué su retrato en ella
Francisco, aunque yo lo llore,
Sino original traslado,
Pues en una union acorde

De manos, piés y costado,
Con increibles favores
De Dios, mereció Francisco
En una, cinco impresiones
De penetrantes heridas,
Que al recibirlas entonces
La dicha de su contacto
Le lisonjeó los dolores.
Hasta otro Tomás curioso
Tuvo, que incrédulo toque
La herida de su costado,
A cuyo cruel informe,
Un éxtasis doloroso
Le dejó á Francisco inmóvil;
De suerte que le juzgaron
Por tránsito sus menores.
Los hijos pues deste humilde
Portento de perfecciones,
Con el fruto de su ejemplo,
Son mis contrarios mayores.
Que el Hacedor soberano
Castigara oposiciones
De quien, siendo su criatura,
Pretendió de Criador nombre,
Vaya, que aun no fué el castigo
A mi delito conforme,
Y no solo no me ofende,
Pero me añade blasones;
Qué su sacrosanta Madre
Pusiera en mi cuello indócil
La planta, cuyo coturno
De serafines compone,
No me irrita; que si es reina,
Por infinitas razones,
De las nueve órdenes bellas,
Tronos y dominaciones,
Puesto que perder no puedo
Mi ser angélico noble,
Mi reina es, y no me ultraja
Que su pié mi cerviz dome.
Solo tengo por injuria
Que á tantas persecuciones
Estos míseros descalzos
Tantos vencimientos logren;
Que el ser tan flacos contrarios
Los que á mi poder se oponen,
De mi altivez acrecientan
Mas las desesperaciones.
Ellos al cielo conducen
Mas almas que ese salobre
Piélago produce arenas;
Mas que cuantas plumas torpes
De tantos heresiarcas
Han conducido legiones
De espíritus al infierno.
Y no, Asmodeo, te asombre;
Que si este mal no se ataja,
Muy presto no ha de haber donde
Los remendados mendigos
La bandera no enarbolen
De aquel que, por su valiente
Humildad, mereció el nombre
De gran alférez de Cristo;
Y que aquella silla goce
Que perdí, cuando intentaron
Mis soberbias presunciones
Fijarla en el sólio trino,
Poniendo en arma su corte.
Para esta empresa te llamo;
No fácil te la propone
Mi ciencia, porque despues
De la del celeste monte,
A ninguna tan difícil
Se arrojaron mis rencores;
Porque la regla que guardan,
Como sabes, estos hombres,
Es la apostólica vida,
Y no por inspiraciones
Solamente instituida,
Porque Dios mismo esta órden
Dictó á boca, que Francisco
Fué su secretario entonces;
El cual le dijo, piadoso
Para con sus posteriores:
«¿Quién, Señor, guardará regla
Tan cruel, que se compone
De veinte y cinco preceptos
Sin glosa ni explicaciones,
Con pena de mortal culpa,
Siendo humano?» Y respondióle:
«Yo criaré quien la guarde,
Francisco, no te congojes.»
Mas no le dijo que todos,
Uniformemente acordes,
La guardarian; que fueran
Vanas nuestras pretensiones.
Parte á España, y en Toledo,
Que es hoy de sus poblaciones
La mayor, siembra impiedades
En los de mediano porte
Y en los gremios, que estos son
Los que á estos frailes socorren,
Estorbando que en sus pechos
La devocion fuerzas cobre;
Que son, en lo que aprenden,
Tenaces los españoles.
No en los ricos te embaraces;
Que mas que tus persuasiones
Hará la ambicion en ellos;
Y aunque vean dos mil pobres,
No harán reparo ninguno;
Que, como nunca estos hombres
Ven de la necesidad
La cara, no la conocen;
Esto en general, que en todas
Las reglas hay excepciones.
Yo en esta ciudad de Luca
Me quedo, donde disponen
Mis cautelas que estos frailes
La conservacion no logren
De un convento que han fundado,
Haciendo en sus moradores
Que las limosnas conviertan
En vergonzosos baldones;
Que ya casi persuadidos
Los tengo á que son mejores
Limosnas las que se hacen
A quien con obligaciones
Lo pasan miseramente
Que á los que vienen con nombre
De religiosos mendigos,
Sin que á la ciudad importe.
Entre los demás que tengo
Para que mi engaño apoyen,
Hay aquí un rico avariento,
Con quien fuera el que supone
La parábola, piadoso
Y liberal, cuyo nombre
Es Ludovico, y ya llega
De Florencia su consorte,
Tan infeliz como hermosa
Y cuerda, pues antepone
A su pasion la obediencia
Del padre, que, siendo noble,
Con este ambicioso bruto
La casó por verse pobre.
Pero es devota de aquella
De todos los pecadores
Abogada, que la libra
De estas imaginaciones.
Pero ya llega á su casa;
Parte á España, que aunque invoquen
En su ayuda estos mendigos
Las divinas protecciones,
He de hacer que esta segunda
Nave de la Iglesia choque
En los escollos de impíos
Y rebeldes corazones,
Negándoles el sustento,
O que en los bajíos toque
De la natural flaqueza,
Con que por lo menos logre
Que en su poca confianza,
Sin que el piloto lo estorbe,
Zozobre, si no se pierde,
O encalle, si no se rompe.

ASMODEO.

Príncipe de las tinieblas,
A tus preceptos responde
Obedeciendo Asmodeo.
Desde hoy estén á tu órden
Los espíritus impuros
Del español horizonte;
Presto verás los del tosco
Sayal con fuerzas menores,
Si Dios mismo en favor suyo
Su autoridad no interpone.

(*Sube Asmodeo en el mismo dragon que bajó Luzbel.*)

LUZBEL.

Estos frailes dejarán
Desamparado el convento,
Por la falta del sustento,
Si hoy limosna no les dan;
Que con solo un pan ayer,
Que un pasajero les dió,
Todo el convento comió;
Mas hoy no le han de tener,
Que aunque el Guardian ha salido,
Viendo su necesidad,
A pedir por la ciudad,
Ninguno le ha socorrido.
Mas esta la casa es
De Ludovico, y por ella
Va entrando su esposa bella;
Pero llorará despues
El haberse reducido
De su padre á la obediencia;
Que su amante, de Florencia
Desesperado ha venido,
Siguiéndola.

Salen LUDOVICO, *de camino*, *y* CRIADOS; *y por otra puerta* OCTAVIA Y JUANA.

LUDOVICO.

Conoció
Sin duda las ansias mias
Vuestro padre, pues dos dias
La dicha me anticipó;
Aunque tambien he sentido
El que no me haya avisado,
Para que hubiera logrado
El haberos recibido,
Con la ostentacion forzosa,
Diez millas de la ciudad.

OCTAVIA.

No quiero mas vanidad,
Señor, que ser vuestra esposa;
Y así, no os quise obligar
A una fineza excusada.

JUANA. (*Ap.*)

Es que ya viene informada
De lo que siente el gastar.

LUDOVICO.

Muy bien habeis respondido.

JUANA. (*Ap.*)

¡Qué presto se ha conformado!

OCTAVIA. (*Ap.*)

Horror el verle me ha dado.
¡Qué desdichada he nacido!

JUANA.

¿Qué te parece?

OCTAVIA.

No sé.
Déjame; que estoy sin vida.

LUZBEL. (*Ap.*)

La mujer está afligida;
Pero bien tiene de qué,
Porque es el hombre peor

De todos cuantos encierra
El ámbito de la tierra.

LUDOVICO.

Tan ufano está mi amor
De poderos llamar mia,
Que aun viéndolo no lo creo.

OCTAVIA.

Pues creed que mi deseo
No esperó ver este dia.

Sale UN CRIADO.

CRIADO.

Un florentin caballero,
Que Feliciano se llama,
Te quiere hablar.

LUDOVICO.

¿Feliciano
En Luca? Mucho me espanta.

JUANA. (*Ap.*)

Él te ha venido siguiendo.

OCTAVIA. (*Ap.*)

Esto solo me faltaba.

LUDOVICO.

Pues ¿qué espera?

CRIADO.

Tu licencia.

LUDOVICO.

¿Quién es dueño de mi casa
Y de mí pide licencia?

Sale FELICIANO.

FELICIANO.

Prevencion fuera excusada
El pedirla; pero supe
Que ahora de llegar acaba
Vuestra esposa, y mi visita
Juzgué que os embarazara.

LUDOVICO.

Señor Feliciano, fuera
De ser nuestra amistad tanta,
Caballeros tan ilustres
Honran siempre, no embarazan,
Y yo pienso que es mi esposa
Vuestra deuda.

FELICIANO.

Y muy cercana;
Mas, como el padre la tuvo
De todos tan recatada,
Nunca llegué á conocerla;
Que hasta que la vi casada
Siempre la tuve por otra.

LUDOVICO.

Pues es cosa bien extraña.

OCTAVIA.

La condicion de mi padre,
Como sabeis, fué la causa.

FELICIANO.

Y vuestra mucha obediencia.—
Gozeis, Ludovico, á Octavia
Los años que yo deseo.

JUANA. (*Ap.*)

Pues moriráse mañana.

LUZBEL. (*Ap.*)

Tú harás que la goce poco,
Si María no la ampara.

LUDOVICO.

¿Y á qué ha sido la venida
Á Luca? Que me alegrara
De que fuera muy despacio.

FELICIANO.

Amigo, Luca es mi patria;
Pero solamente vengo
A vender de mi mediana
Hacienda lo que ha quedado,
Y salir luego de Italia,
Porque mi intento es servir
Al gran César de Alemania,
Pues ya de mis pretensiones
Murieron las esperanzas.
De veinte años en Florencia
Entré, donde pleiteaba
De por vida un mayorazgo,
Con asistencia del alma.
Vióse el pleito sin citarme,
Y aunque mi abogado estaba
Presente, en quien yo tenia
Neciamente confianza,
Nada en mi defensa dijo,
Porque la parte contraria
Selló con oro sus labios;
Que con solo una palabra,
En que el hecho consistia,
Vieran mi justicia clara.
En fin, perdí el pleito.

LUDOVICO.

Amigo,
Todo el oro lo contrasta,
No hay cosa que lo resista.

LUZBEL. (*Ap.*)

Yo he de hacer, cuando no caiga,
Que tropiece en la sospecha.

FELICIANO.

Que esa es verdad asentada
Se ha visto bien, Ludovico,
En vos y en mi prima Octavia,
Pues por hombre poderoso
Gozais la fénix de Italia.

LUDOVICO.

Decís bien.

OCTAVIA.

Aunque el ser vos
Parte tan apasionada
Me aseguren de que son
Lisonjas vuestras palabras,
Si en la intencion no me ofenden,
En lo que suenan me agravian.
Yo me casé por poderes
Sin ver con quién me casaba;
Claro está que no gustosa,
Pero tampoco forzada;
Que no tienen albedrío
Mujeres nobles y honradas.
Pero si yo fuera mia,
Ni todo el oro de Arabia,
Creed, señor Feliciano,
Que á casarme me obligara
Con Ludovico, y decirle
Que fué su hacienda la causa,
Cuando fuera verdad, fuera
Verdad poco cortesana.

FELICIANO.

Yo le he dicho lo que siento
Con llaneza, en confianza
De la amistad.

LUDOVICO.

Yo sintiera
Que de otra suerte me hablaras.

LUZBEL. (*Acercándose á Ludovico.*)

Mas de Octavia la respuesta,
Si bien se mostró enojada,
Parece que es disculparse.

LUDOVICO. (*Ap.*)

Sin duda que quiso Octavia
Disculparse con su deudo,
Por ser su nobleza tanta,
Que se casó con un hombre
Que en la sangre no la iguala,
Pues le dijo que, á ser suya,
Conmigo no se casara;
Aunque tambien ser pudiera...
Pero es ilusion.

Salen EL GUARDIAN Y FRAY ANTOLIN, *que es lego.*

GUARDIAN.

Deo gratias.

FRAY ANTOLIN.

Por siempre, pues callan todos.

LUDOVICO.

¿Cómo se entran en mi casa
Sin llamar? Con estos frailes
Tengo oposicion extraña.

GUARDIAN.

Abierta estaba la puerta.

LUZBEL. (*Ap.*)

Con este no hago yo falta;
Voy adonde mas importe. (*Vase.*)

JUANA.

Buen lance ha echado mi ama.

LUDOVICO.

Pues ¿á qué entraron?

GUARDIAN.

Entramos...

FRAY ANTOLIN.

Por voto mio no entrara.

GUARDIAN.

A darte el parabien...

LUDOVICO.

Bueno.

GUARDIAN.

A tí y á tu esposa Octavia,
Y á pedirte que hoy siquiera
(Porque el sustento nos falta)
Mandes que nos dén limosna.

LUDOVICO.

Hoy está muy ocupada
Toda mi familia, padres;
Váyanse, que me embarazan.

GUARDIAN.

Pues en el dia que tomas
Posesion tan deseada
De tí, sobre ser tan rico
Como el que mas en Italia,
¿No le dás á Dios algo,
O en hacimiento de gracias,
O en albricias, cuando sabes
Que nuestros hermanos pasan
Necesidad tan extrema,
Que aun nos ha faltado el agua?

LUDOVICO.

Yo he menester lo que tengo;
Y si el sustento les falta,
¿Por qué la ciudad no dejan?

GUARDIAN.

No es tan poca la constancia
De los hijos de Francisco;
Dios volverá por su causa,
Moviendo los corazones
Y serenando borrascas,
Que ha levantado el infierno
En tí y en toda tu patria.

LUDOVICO.

Salgan de mi casa luego,
O saldrán por las ventanas,
Viven los cielos.

FELICIANO.

Tenéos.

FRAY ANTOLIN.

Vámonos, padre.

LUDOVICO.

¿Qué aguardan?
Váyanse presto.

JUANA.

¡Ay, Señora!
¿Con este has de vivir?

OCTAVIA.

Juana,
Morir será lo mas cierto,
Pues nací tan desdichada.

LUDOVICO.

Trabajen para el sustento,
O esperen que se le traiga
El que instituyó la regla.

GUARDIAN.

El demonio por tí habla.

FRAY ANTOLIN.

No tal; que él no ha menester
Al demonio para nada.

LUDOVICO.

¡Hay mayor atrevimiento!

FELICIANO.

Padres, por Dios que se vayan.

LUDOVICO.

Matad esos vagamundos.

FELICIANO.

¿Qué decís?

OCTAVIA.

Esposo, basta.

FRAY ANTOLIN.

Por mi padre san Francisco,
Que le ha de servir de vaina
El que llegue, á este cuchillo.

GUARDIAN.

Hermano...

FRAY ANTOLIN.

Dios no me manda
Que me deje matar.

GUARDIAN.

Vamos,
Y tengamos confianza;
Que Dios dijo á nuestro padre
Que jamás á su sagrada
Religion le faltaria
El sustento.

FRAY ANTOLIN.

Pues ya tarda,
Padre mio.

GUARDIAN.

Tenga, hermano
Antolin, fe y esperanza.

FRAY ANTOLIN.

Fe y esperanza me sobran;
La caridad me hace falta.
(*Vanse los dos.*)

LUDOVICO.

No volvieran al convento
Si presentes no os hallarais
Vos, por vida de mi esposa.

JUANA.

Este no es cristiano.

OCTAVIA.

Calla.

FELICIANO.

En lástima se convierte
Ya de mis celos la rabia.

Sale UN CRIADO.

CRIADO.

Ya las mesas están puestas,
Y los músicos aguardan.

LUDOVICO.

Entrad, porque honreis mi mesa.

FELICIANO.

(*Ap.* Por si puedo hablar á Octavia
Lo acepto.) Yo soy quien puede
Honrarse con merced tanta.
Vamos.

OCTAVIA. (*Ap.*)

Que se quede siento.

LUDOVICO. (*Ap.*)

No creí que lo aceptara.

OCTAVIA. (*Ap.*)

¡Ay Feliciano! ¡Qué presto
De mí has tomado venganza!
(*Vanse.*)

Salen EL GUARDIAN, Y FRAY ANTOLIN, *con piedras en las manos.*

GUARDIAN.

Deje las piedras.

FRAY ANTOLIN.

¿Cómo que las deje?
Y si sale un criado de este hereje
Tras nosotros, verá con la presteza
Que un par dellas le escondo en la cabeza.

GUARDIAN.

La crueldad y la ira,
Fray Antolin, deste hombre no me admira
En tan protervo como impío pecho:
Solo me admira el huracan deshecho
Que el demonio en seis dias solamente
Ha levantado en la piadosa gente
Que limosna nos daba;
Que, en fin, aunque no mucha, nos bastaba.

FRAY ANTOLIN.

Padre Guardian, mientras queda el aviso
A nuestro general, será preciso
Los cálices vender.

GUARDIAN.

No querrá el cielo
Que llegue á tan notable desconsuelo
Nuestra necesidad.

FRAY ANTOLIN.

¡Qué gentil flema!
Pues ¿á qué ha de llegar si ya es la extrema?
Mas estas piedras que convierta espero
En pan un cierto amigo tabernero,
Que hace su fe milagros cada dia.

GUARDIAN.

Sin duda, con el hambre, desvaría.

FRAY ANTOLIN.

Que hará pan de las piedras imagino,
Quien sabe convertir el agua en vino.

GUARDIAN.

Aquí vive Teodora; llame, hermano,
A su puerta.

Llama, y sale LUZBEL.

LUZBEL. (*Ap.*)

Esta vez llamará en vano.

TEODORA. (*Dentro, como enfadada.*)

¿Quién es?

FRAY ANTOLIN.

No tiene traza la Teodora
De dar nada.

GUARDIAN.

Dos frailes son, Señora,
Franciscos.

Sale TEODORA.

LUZBEL. (*Ap. á Teodora.*)

Tienes hijos, y estás pobre.

TEODORA.

Padres, pidan limosna á quien le sobre;
Que yo tengo en mi casa
Muchos que sustentar, y es muy escasa
Mi hacienda.

GUARDIAN.

Sí será, mas ni un bocado
De pan en toda la ciudad me han dado;
Dánosle tú, por Dios; que en él espero
Que le pague.

TEODORA.

Mis hijos son primero.
Perdonen.
(*Vase.*)

FRAY ANTOLIN.

La razon es concluyente.

GUARDIAN.

¡Oh lo que sabe la infernal serpiente!

LUZBEL. (*Ap.*)

De poco os admirais; mas ya, inspirado
De mí el Gobernador, viene irritado;
Hácia esta parte conducirle espero.

FRAY ANTOLIN.

De la serpiente querellarme quiero.

GUARDIAN.

¿A quién?

FRAY ANTOLIN.

A Dios; que es mucho atrevimiento
El hacer que nos quiten el sustento.
Las demás tentaciones,
Silicios, disciplinas y oraciones,
Puedo vencer; mas no es para sufrida
Tentacion que nos quite la comida;
Que el natural derecho es lo primero.
Ayer nos dejó un pan un pasajero,
Y antes que le soltara de las manos,
Todos á él nos fuimos como alanos;
Y el buen hombre, asustado y afligido,
Viéndose de los frailes embestido,
Juzgó su muerte cierta;
Y sacando los piés hácia la puerta,
Decia: «Yo no he hecho mal ninguno,
Padres, ténganse allá; ¿tantos á uno?»

GUARDIAN.

Padre, pues Dios lo permite,
Que esto nos conviene crea.

FRAY ANTOLIN.

Yo lo creo, en cuanto al alma;
Pero una hambre tan fiera,
Padre Guardian, mucho dudo
Que á mi cuerpo le convenga;
Y si el demonio me embiste,
Quien no come no pelea.

GUARDIAN.

Seráfico padre mio,
¿Qué es esto? En tan opulenta
Ciudad, tan cristiana y noble,
¿Permitís vos que convierta
Contra vos, en vuestros hijos,
Del demonio la cautela
Tantos blandos corazones
En duras rebeldes piedras? —
Bárbara gente, mirad
Que vuestros sentidos ciega
El enemigo de toda
La humana naturaleza.
Dad limosna á san Francisco;
Que no hay empleo que tenga
Tan segura la ganancia,
Pues todo el cielo granjea.
Dadle á Dios algo; que el pobre
Es su semejanza mesma.
No le cerreis, ciudadanos,
A la piedad las orejas.

FRAY ANTOLIN.

¿Mas que en vez de pan volvemos,
Padre, cargados de leña,
Si no calla?

Salen EL GOBERNADOR *y* CRIADOS, Y LUZBEL *detrás de él.*

LUZBEL. (*Ap.*)

No permitas
Que ciudad que tú gobiernas
Alboroten estos frailes,
Que ser humildes profesan.

GOBERNADOR.

¿Qué voces son estas, padres?
¿Por qué la ciudad alteran?

GUARDIAN.

Gobernador generoso,
Doy voces porque nos niegan
La acostumbrada limosna,
Con que el perecer es fuerza;
Que mi religion ni tiene
Ni puede tener hacienda;
Solo la piedad cristiana
Es quien la ampara y sustenta;
Pero está en segura finca,
Ya que esta es la vez primera
Que faltó á frailes franciscos,
Ni en la villa mas pequeña,
El sustento.

LUZBEL. (*Ap.*)

Si les falta,
¿Por qué la ciudad no dejan?

GOBERNADOR.

Pues si esta ciudad es, padre,
Tan mala, que solo en ella
Les ha faltado el sustento,
El irse donde le tengan
Será el mas prudente medio
Y el mas fácil.

GUARDIAN.

Quien gobierna
Ciudad tan ilustre y quien
La ley de Cristo profesa,
¿Eso responde? ¿Qué mas
Un alarbe respondiera?

LUZBEL. (*Ap.*)

¿Esto sufres?

GOBERNADOR.

Pues ¿conmigo
Habla con tal desvergüenza?
Bastantes pobres tenemos,
Naturales de esta tierra,
Que ya trabajar no pueden,
Y es la obligacion primera
De la ciudad sustentarlos,
Y es limosna mas acepta
Que en ellos. Váyanse luego,
Quítense de mi presencia;
Que, vive Dios...

GUARDIAN.

Los infieles
El pobre sayal respetan
De mi padre san Francisco;
Y pues que tú le desprecias,
Siendo cristiano, sin duda
Mueve el demonio tu lengua.

GOBERNADOR.

No mueve sino la tuya,
Porque justamente pueda
Castigar tu atrevimiento.—
Pregonad luego que, pena
De perdimiento de bienes,
Nadie en la ciudad se atreva
A dar limosna á estos hombres.

(*Vase, y los criados.*)

FRAY ANTOLIN.

Esta es gente tan perversa,
Que está de mas pregonarlo.

GUARDIAN.

¡Que tan bárbara fiereza
Quepa en un pecho cristiano!
¿Qué mas Diocleciano hiciera?

GOBERNADOR. (*Dentro.*)

Echadlos de aquí ó matadlos.

FRAY ANTOLIN.

Buena la hemos hecho.

VOCES. (*Dentro.*)

¡Mueran!

LUZBEL. (*Ap.*)

No es eso lo que pretendo.

FRAY ANTOLIN.

Por Dios, que nos apedrean;
Huyamos, padre, al convento,
Pues que le tenemos cerca.

GUARDIAN.

Gente sin fe, detenéos.

FRAY ANTOLIN.

Corra; que en la diligencia
Consiste salvar las vidas.

VOCES. (*Dentro.*)

¡Mueran estos frailes! ¡Mueran!

FRAY ANTOLIN.

Aprisa, padre.

GUARDIAN.

Dios mio,
¿Qué persecucion es esta?

(*Vanse los dos.*)

LUZBEL.

Logré, á pesar de Francisco,
Mi intento; ya será fuerza
Que el convento desamparen;
Pero ¿qué resplandor ciega
Mi vista?

Aparecen el NIÑO JESUS, *cubierto el rostro con un velo*, Y SAN MIGUEL.

SAN MIGUEL.

Infernal serpiente,
Yo humillaré tu soberbia.

LUZBEL.

¡Miguel!

SAN MIGUEL.

¿Cómo imaginaste,
No ignorando la promesa
Que hizo el Criador á Francisco,
Quitarle el sustento puedan
De tu envidia los engaños?

LUZBEL.

Ninguno con mas certeza
Que yo sabe que no puede
Faltar su palabra inmensa;
Mas faltar su confianza
Puede, y ya su gran fineza,
Que ya, si aun no les falta,
Indecisa titubea;
Pero mi triunfo no estriba
En que estos hombres no tengan
El alimento préciso,
Sino en los que se le niegan.

SAN MIGUEL.

Pues tú mismo lo que has hecho
Deshaz, para que obedezca
Ludovico la ley santa.

LUZBEL.

¿Yo contra mí mismo? ¡Pésia
Mi desdicha!

SAN MIGUEL.

Y fabricar
Otro convento, en que tenga,
A pesar tuyo, Francisco
Mas hijos de su obediencia.

LUZBEL.

Pues yo, ¿cómo?

SAN MIGUEL.

No repliques;
Lo mismo has de hacer que hiciera
Francisco. Vé á su convento,
Y á sus frailes con prudencia
El querer desampararle
Reprehende, y por tu cuenta
Corre desde hoy su alimento,
Y ha de ser para que puedan
Sustentar algunos pobres,
Como lo manda la regla,
Que Dios dictó; parte luego,
Y hasta tener órden nueva,
Lo que te mando ejecuta,
Sin que en nada retrocedas,
Porque otra vez á Francisco
En sus frailes no te atrevas.

(*Va subiendo la apariencia poco á poco, mientras Luzbel dice estos versos.*)

LUZBEL.

Preciso es; mas permitidme
Que de tan cruel sentencia
Mis sentimientos apelen
Al alivio de la queja.
Vos ¿no le disteis al hombre,
Porque á lo mejor atienda,
Dejando aparte los cinco
Sentidos, las tres potencias?
¿A la voluntad no basta
Su entendimiento por rienda?
Tambien al entendimiento
¿Su memoria no le acuerda
La brevedad de la vida,
Que hay muerte, que hay gloria y pe-
Si esto no basta, ¿no tiene [na?
Celestial inteligencia,
Que le auxilia por instantes?
Bien ventajoso pelea,
Pues yo no tengo mas armas
Que su natural flaqueza.
Si estas vuestra soberana
Absoluta Omnipotencia,
No solamente me quita
Tantas veces que use de ellas,
Sino hoy me manda que yo
Contra mí mismo las vuelva,
¿Para qué son permisiones?
Sálvense todos, no tenga
El hombre voluntad propria;
Solo se cumpla la vuestra;
Pero ¿para qué me canso,
Si el ejecutarlo es fuerza?
Porque, á mi pesar, los hombres
A obedeceros aprendan.

A un tiempo se cubre la apariencia, vase Luzbel, y salen EL GUARDIAN, FRAY ANTOLIN, FRAY PEDRO Y FRAY NICOLÁS.

FRAY ANTOLIN.

A tanto extremo ha llegado.

GUARDIAN.

Padre, ¿eso ha sucedido?

FRAY ANTOLIN.

Milagro patente ha sido
El haber vivos llegado.

FRAY NICOLÁS.

Jamás en tan grande aprieto
Convento nuestro se vió.

GUARDIAN.

Limosna tal vez faltó;
Mas perderles el respeto
Con extremo semejante,
Tan á cara descubierta,
No se ha visto.

FRAY ANTOLIN.

Hasta la puerta
Llegó el escuadron volante
De muchachos, disparando
Piedras, y uno dijo: «Esta
Vaya del lego á la testa.»
Pero no se fué alabando
El mancebo, voto á tal,
Del intento, aunque fué vano;
Que yo llevaba en la mano
Como un puño un pedernal,
Y á darle las gracias fué.

GUARDIAN.
Pero ¿le hizo algun mal?

FRAY ANTOLIN.
No;
Las narices le aplastó.

GUARDIAN.
¿Qué dice, hermano?

FRAY ANTOLIN.
Sí, á fe.

GUARDIAN.
Pero ¿le hizo sangre?

FRAY ANTOLIN.
Risa
Me da; pues ¿no era forzoso?

GUARDIAN.
¡Jesus! ¡Sangre en un religioso!

FRAY ANTOLIN.
A bien que no soy de misa.

FRAY PEDRO.
Padre Guardian, ya nos vemos
Con tan gran necesidad,
Que salir de esta ciudad
Luego es fuerza; no esperemos
A que despues no podamos.

FRAY NICOLÁS.
El esperar á mañana,
Padre, es esperanza vana,
Y de la suerte que estamos,
Otro dia mas pudiera
Con las vidas acabar.

GUARDIAN.
A poderlo remediar
Con la mia, la perdiera
Gustoso en esta ocasion,
Por lo que se ha de decir,
Y porque lo ha de sentir
Toda nuestra religion.

FRAY ANTOLIN.
Solo por la fe la vida,
Padre, se debe perder;
Mas morir de no comer
Es necedad conocida,
Que al derecho natural
Ningun precepto prefiere;
Y el primero que yo viere
Con pan, por bien ó por mal,
Conmigo habrá de partir,
Aunque un obispo le traiga,
Y si no, caiga el que caiga.

GUARDIAN.
¿Eso un fraile ha de decir?

FRAY ANTOLIN.
Y lo haré.

FRAY NICOLÁS.
Padre Guardian,
Nuestro padre san Francisco
Manda que, si no quisieren
En algun pueblo admitirnos,
Pasemos donde seamos
Con caridad recibidos;
Sin que prevenir pudiera
Que donde la ley de Cristo
Profesan nos maltrataran,
Ni que hubiera tan impío
Gobernador, que mandara,
Pena de bienes perdidos,
Que nadie nos dé limosna.

GUARDIAN.
Padres, ya estoy convencido;
En su custodia llevemos
El Sacramento divino
Descubierto hasta salir
De la ciudad, que no fio
De esta gente; las reliquias
Llevar tambien es preciso,
Repartidas entre todos.

FRAY ANTOLIN.
Y el hermano Jumentillo
Las casullas y ornamentos
Llevará, si es que está vivo;
Porque ayer le hallé comiendo
De su refectorio mismo
La mesa.

GUARDIAN.
Vamos.

Sale LUZBEL, *vestido de fraile.*

LUZBEL.
Deo gratias,
Hermanos. (*Ap.* ¡Fiero castigo!)

GUARDIAN.
¡Válgame Dios! ¿Quién es, padre?
Que de verle aquí me admiro.

FRAY ANTOLIN.
¿Por dónde ha entrado este fraile?

FRAY NICOLÁS.
Por la puerta no ha podido;
Que yo la cerré.

LUZBEL.
No hay puerta
Cerrada al poder divino.
Él es quien (sin que pudiera
Excusarme) me ha traido
Desde tan ignoto clima,
Que el puesto donde yo asisto,
En mi vocacion constante,
El sol, general registro,
O le perdonó por pobre,
O dejó por escondido.

GUARDIAN.
Dígame, ¿qué nombre tiene?

LUZBEL.
Mi nombre es y mi apellido
Fray Obediente Forzado,
De antes Querub...

FRAY ANTOLIN.
Vizcaino
Debe de ser el tal fraile.

GUARDIAN.
Parece varon divino.

FRAY ANTOLIN.
Bien su palidez lo muestra.

LUZBEL.
Pues jamás tan encendido
Tuve el espíritu.

GUARDIAN.
Padre,
Díganos pues á qué vino;
Que nos tienen recelosos
Sus palabras y el prodigio
De entrar cerradas las puertas.
Algun engaño imagino
De nuestro comun contrario;
¡Temblando estoy!

FRAY ANTOLIN.
Yo apercibo
Hisopo y agua bendita,
Por si acaso es el maligno.

LUZBEL.
No teman y esténme atentos:
Orden traigo de Dios mismo
A boca de reprehenderles
La poca fe que han tenido.
Los que siguen la bandera
Del gran alférez de Cristo,
¿La plaza que les entrega
Desamparan fugitivos?
No há dos dias naturales
Que puso el contrario el sitio;
¿Cómo desmaya tan presto
De vuestra esperanza el brio?
Los que debieran ser rocas,
De corazones impíos
A los embates, ¿qué oponen,
Siendo culpa lo indeciso,
A riesgos amenazados,
Temores ejecutivos?
Sabiendo que á nuestro padre
Prometió Dios que á sus hijos
No faltaria el sustento,
¿Incurren en un delito
Tan grande como el pensar
Que pueda lo que Dios dijo
Faltar? (*Ap.* ¡Que yo tal pronuncie!)
Crean (*Ap.* ¡Volcanes respiro!)
Que cuando de todo el orbe
Cerraran á un tiempo mismo
Los vivientes racionales
A la piedad los oidos,
Los ángeles les trajeran
El sustento prometido
De su Criador, ó el demonio,
Porque fuese mas prodigio.

FRAY ANTOLIN.
Con el fervor echa llama
Por los ojos.

GUARDIAN.
Padre mio,
Bien se ve que es enviado
De Dios, pues tanto han podido
Sus palabras, que mil vidas
Diera primero á los filos
De la hambre, que dejar
De mi padre san Francisco
La casa.

FRAY PEDRO.
No habrá ninguno
De sus verdaderos hijos
Que no dé por Dios la vida.

FRAY NICOLÁS.
Y estarán todos corridos,
Padre, de haber intentado
Volver la espalda al peligro.

LUZBEL. (*Ap.*)
Lo que fué natural miedo,
En mérito han convertido;
¡Qué presto á lo mejor vuelven
Los que de Dios asistidos
Están!

FRAY ANTOLIN.
Padre, esta es pregunta:
Estándome yo quedito,
Sin buscar algo que coma,
¿Será padecer martirio
Por Dios el morir de hambre?

LUZBEL.
Juzgo que no; mas le afirmo
Que coma muy presto.

FRAY ANTOLIN.
Luego
Fuera mejor, padre mio;
Que ya se cierra el gaznate.

LUZBEL.
Hermanos, con sacrificios
Satisfagan la amorosa
Queja del Autor divino;
De su alimento me encargo
Desde luego, haciendo oficio
De limosnero.

FRAY ANTOLIN.
¿Limosnas
En está ciudad? Me rio.

LUZBEL.
Presto saldrá de este engaño;
Que el hermano ha de ir conmigo.

FRAY ANTOLIN.
Yo no me atrevo.

LUZBEL.
No tema,
Fray Antolin.

FRAY ANTOLIN.
¿Quién le dijo
Mi nombre?

LUZBEL.
Yo le conozco.—
Padre Guardian, no dé indicio
De temor; abra esas puertas.

GUARDIAN.
Este es ángel; no replico.

FRAY ANTOLIN.
Alguna sarna se cura
El padre; que el olorcillo
Es de azufre.

GUARDIAN. (*Ap.*)
Mas ya el cielo
Me da de quién es aviso.
¡Válgame Dios!

LUZBEL.
A los frailes
Anime; que están rendidos.

GUARDIAN. (*Ap.*)
Encubrir este portento
Por los frailes es preciso.

LUZBEL. (*Ap.*)
Váyanse al coro, y no teman;
Que, mientras yo les asisto,
Seguro estará de lobos
Este redil de Francisco.

GUARDIAN.
Sí, pues ya Dios en triaca
El veneno ha convertido.

(*Vanse el Guardian, fray Pedro y fray Nicolás, y quedan solos fray Antolin y Luzbel.*)

LUZBEL.
Tome las arguenas, padre,
Porque traiga lo preciso
Esta noche; que mañana
Se llevará el jumentillo.

FRAY ANTOLIN.
Yo creo que volverémos
Al convento con lo mismo
Que llevamos.

LUZBEL.
Tan cargado
Ha de volver, sin pedirlo,
Que ha de llegar al convento
Muy cansado.

FRAY ANTOLIN.
Y aun molido,
Si me encuentran los muchachos.

LUZBEL.
No tema, pues va conmigo;
Que mientras les asistiere,
No hay que recelar peligros.

FRAY ANTOLIN.
Pues ¿por qué?

LUZBEL.
Porque ya tiene
Su mayor contrario amigo.

JORNADA SEGUNDA.

Salen EL GUARDIAN, FRAY PEDRO Y FRAY NICOLÁS.

FRAY PEDRO.
Él es varon prodigioso,
Padre Guardian; sus portentos
El ser humano desmienten.

GUARDIAN.
De muchos santos leemos,
Padre, portentos tan grandes,
Y eran humanos.

FRAY NICOLÁS.
Es cierto,
Y que podia Dios en este
Obrar lo que en aquellos,
Y mas, si fuere servido.

FRAY PEDRO.
Claro está; pero no es eso
Lo que nos tiene confusos,
Sino ignorar en qué reino
O en qué provincia este santo
Tomó el hábito; porque esto
Ni él ha querido decirlo,
Ni hemos podido saberlo;
Con que juzgo que no es fraile.

GUARDIAN. (*Ap.*)
Ni aun quisiera parecerlo.

FRAY NICOLÁS.
Yo he pensado que es Elías,
Porque manda con imperio
Notable y con aspereza.

GUARDIAN. (*Ap.*)
No asistia en tan ameno
País.

FRAY PEDRO.
Yo creo que es ángel.

GUARDIAN. (*Ap.*)
Puede ser; pero no bueno.

FRAY PEDRO.
Porque sufrir cada dia
Un trabajo tan inmenso
Como andar la ciudad toda
Y asistir en el convento,
Que labra con tanta priesa,
Trabajando y disponiendo,
Y hallarse presente en casa
Cuando importa, siendo cuerpo
Humano, fuera imposible,
Sin que tal vez por lo menos
El cansancio le rindiera.

GUARDIAN.
Solo asegurarle puedo,
Padre, que Dios le ha enviado;
No examinen sus misterios.
A fray Forzado obedezcan
En todo, pues cuanto ha hecho
Y cuanto ha mandado es justo;
Que yo tambien le obedezco,
Y soy su guardian.

Sale FRAY ANTOLIN.

FRAY ANTOLIN.
No hay parte
Segura de este hechicero;
Dos gazapos me ha sacado
Que escondí en un agujero,
Con una vara de hondo;
Por mi mal vino al convento,
Él ha dado en perseguirme.

GUARDIAN.
Fray Antolin, pues ¿tan presto
Se vuelve á casa?

FRAY ANTOLIN.
Sí, padre;
Que dos veces el jumento
Y yo venimos cargados,
Y es fuerza volverme luego;
Que quedan muchas limosnas
Por traer.

GUARDIAN.
Gracias al cielo;
¿Dónde queda fray Forzado?

FRAY ANTOLIN.
No sé; que solo le veo
Cuando él quiere que le vea.
En la obra del convento
Que labra está todo el dia;
Pero no deja por eso
De entrar en mas de mil casas.
Él camina mas que el viento,
Y trabaja por cien hombres;
En la fábrica un madero
No le pudieron subir
Veinte hombres; llegó á este tiempo,
Y asiéndole por el cabo,
A no agacharse tan presto
Los que arriba le esperaban,
Los birla, y vienen al suelo.

GUARDIAN.
Esa bien se ve que es fuerza
Sobrenatural.

FRAY ANTOLIN.
A tiempos
Está, que parece un ángel,
Y otras veces en el cielo
Pone los ojos, y brama
Como un toro, y yo sospecho
Que, aunque él disimula, tiene
Muchos males encubiertos,
Y sin duda que son llagas;
Que huele muy mal el siervo
De Dios.

GUARDIAN.
Calle; que ya viene.

Sale LUZBEL.

LUZBEL.
Deo gratias.

GUARDIAN.
En la tierra y cielo
Se las dén ángeles y hombres.

FRAY ANTOLIN.
Temor me causa y respeto.

FRAY PEDRO.
Y á todos.

GUARDIAN.
Sea bien venido
Su caridad.

LUZBEL.
Vaya luego,
Fray Antolin, á la casa
De don César; que allá dejo
Seis aves y unas conservas.
Tráigalas, y al enfermero
Las entregue.

FRAY ANTOLIN.
Voy volando.—
Venga conmigo, fray Pedro. (*Vase.*)

GUARDIAN.
¿En qué estado tiene, padre
Fray Obediente, el convento
Que labra?

LUZBEL.
Ya está acabado.

GUARDIAN.
¿De todo punto?

LUZBEL.
El blanqueo
Le falta.

GUARDIAN.
Que me ha admirado
La brevedad le confieso.

LUZBEL.
Pues habiendo cinco meses
Que se abrieron los cimientos,
Me han parecido cien años;
Mas de mi parte no he puesto
Sino el hallarme presente
A todos, buscar dinero
Y trazar la arquitectura;
Pero, si el Autor eterno

Me lo hubiera permitido,
En cinco dias, y en menos,
Hiciera mas que cien hombres
En cinco meses han hecho.

GUARDIAN.

(*Ap.* No darme por entendido
Será mejor.) Bien lo creo;
Pero Dios no hace milagros
Sin necesidad de hacerlos.

LUZBEL.

El milagro yo le hiciera;
Que bastante poder tengo,
Si Dios no me lo coartara.

GUARDIAN.

Ya de quién es estoy cierto;
No ha menester explicarse.

LUZBEL.

No lo ignoro. (*Con falsedad.*)

GUARDIAN.

Y de que es menos
Su poder que el de mi padre
San Francisco.

LUZBEL.

El valimiento,
Padre Guardian, que su padre
Tiene con el Rey eterno,
Es su poder, y que es grande
Por esa parte confieso;
Mas no es poder el poder
Que necesita del ruego.

GUARDIAN.

Pues ¿qué poder no procede
Del de Dios?

LUZBEL.

No argumentemos,
Tenga humildad; que conmigo
El que sabe mas es lego.

GUARDIAN.

Eso nunca lo he dudado;
Mas no pudo por lo menos,
Con cuanto puede y alcanza,
Lograr su mayor deseo.

LUZBEL.

¿No? Pues diga, padre, ¿en mí
Qué castiga Dios?

GUARDIAN.

Su intento.

LUZBEL.

Él es muy buen religioso,
Padre Guardian, pero necio.
Cuando yo llegué, ¿no estaban
Cobardemente resueltos
A dejar él y sus frailes
Desamparado el convento?
Luego ya de parte suya
Logré mi intencion, supuesto
Que, por mirarlos vencidos,
Se puso el Criador en medio.
Déle gracias del prodigio
Que mira; pero creyendo
Que, á ser su constancia mas,
Fuera mi castigo menos.

GUARDIAN. (*Ap.*)

Muy bien me ha mortificado.

LUZBEL.

Es preciso hacer lo mesmo
Que, vivo, hiciera Francisco;
Mire si pesar tan fiero
Será mortificacion
Mayor, sobre el vituperio
De que el sayal de Francisco
Me disfrace, aunque supuesto.

GUARDIAN.

Nunca se vió tan honrado
Desde que cayó del cielo.

LUZBEL.

La memoria le ha faltado,
Con el desvanecimiento
Que le ha dado, pues se olvida
De que su origen primero
Procede de polvo ó barro.

GUARDIAN.

No me olvido; bien me acuerdo
De que Dios al primer hombre
De aquel barro damasceno
Hizo con sus propias manos;
Y el ángel le costó menos
Cuidado, pues con un *fiat*...

LUZBEL.

Esa materia dejemos,
Que ni es de aquí ni él la sabe;
Además de que no tengo
Permision de responderle.
¿Cuándo quiere que empecemos,
Padre, la fundacion nueva?

GUARDIAN.

Si le parece, sea luego.

LUZBEL.

A mí me importa; ¿qué frailes
La han de empezar?

GUARDIAN.

Yo no puedo
Nombrarlos; á cargo suyo
Está elegir los sugetos
Y el número; por mi cuenta
Corre solo el cumplimiento
De todo lo que ordenare.

LUZBEL.

¡Qué falso está! Pero el tiempo
Llegará presto en que pase
Otra vez de extremo á extremo.

GUARDIAN.

Dios querrá que tus astucias
Nos dén mas merecimiento.

LUZBEL.

Si Dios lo ha de hacer, no dudo
Que será fácil; mas ellos
Ya sé yo cómo pelean.

GUARDIAN.

Que soy de barro confieso.

LUZBEL.

Mire que ya sus ovejas
Entran á pacer, y pienso
Que al pastor esperan; vaya
Y cuide de que, en comiendo,
No se esparzan, porque puede
Perderse alguna.

GUARDIAN.

Yo creo
Que es ociosa diligencia;
Mas él las guarde, si hay riesgo,
Pues Dios le ha traido á ser
De sus ovejas el perro. (*Vase.*)

LUZBEL.

Fuerza será, pues rabiando,
Morder á ninguna puedo;
Mas de otra suerte algun dia
Yo y el pastor nos verémos. (*Vase.*)

Salen FELICIANO Y JUANA.

FELICIANO.

¿Salió Ludovico ya?

JUANA.

Sí, mas te cansas en vano;
Que á no verte, Feliciano,
Resuelta mi ama está.

FELICIANO.

¡Tanto rigor!

JUANA.

No es rigor;
Que antes me ha dado á entender...

FELICIANO.

¿Qué?

JUANA.

Que el no quererte ver
Nace de tenerte amor;
Que es virtuosa y honrada,
Y dice que aun el mas leve
Pensamiento excusar debe,
Pues ya en fin está casada.
Su padre anduvo cruel.

FELICIANO.

Al fin ella fué vencida.

JUANA.

Y mire á quién; mejor vida
Pasáramos en Argel.
No se ha visto hombre tan fiero.
Si algun pobre se le llega,
Y mas mientras mas le ruega.
Solo un fraile limosnero
De san Francisco porfía,
Y le trae desesperado;
Nunca limosna le ha dado,
Pero él viene cada dia,
Y le ha querido matar;
Pero solo con que el santo
Le mire, le pone espanto,
Y no se atreve á llegar.
A un pobre ayer un criado
Un poco de pan le dió,
Y al punto le despidió,
Despues de muy maltratado.
Mi señora no ha tenido
Moneda de plata ó cobre
Con que dar limosna á un pobre,
Ni él lo hubiera consentido.
De esto está tan afligida
Mi ama y con tal temor,
Que el verle la causa horror.

FELICIANO.

Juana, aunque doy por perdida
Mi esperanza, le he de hablar
Esta vez, quiera ó no quiera;
Pero será la postrera.

JUANA.

Pues si lo quieres lograr,
A esa cuadra te retira;
Que sale, y se ha de volver
Luego que te llegue á ver.

FELICIANO.

Bien dices. (*Entrase.*)

Sale OCTAVIA.

OCTAVIA.

¡Qué mal lo mira
El padre que, solamente
En su codicia fundado,
A su hija la da estado!
Que la mujer mas prudente,
Si á su esposo aborreciendo
Está, y á otro tiene amor,
Bien podrá guardar su honor,
Pero vivirá muriendo.—
¡Juana!...

JUANA.

¿Que siempre has de estar
Hablando contigo?

OCTAVIA.

Sí.

JUANA.

Feliciano ha estado aquí.

OCTAVIA.

No le vuelvas á nombrar,
Si algun gusto quieres darme,
Mientras yo presente esté.

JUANA.

De aquí adelante lo haré.

Sale FELICIANO.

FELICIANO.

¡Qué! ¿Ya te ofende el nombrarme?

OCTAVIA.

Sí, Feliciano, y el verte
Mucho mas; véte al instante,
O iréme yo.

FELICIANO.

Tente.

OCTAVIA.

Suelta.

FELICIANO.

Vive Dios, que has de escucharme
Sola esta vez; que en mi vida
Volveré á verte ni hablarte.

OCTAVIA.

Di pues, y verás que en tí
No hay razon para culparme.

FELICIANO.

Pues ¿cómo negarme puedes
Que mas de un mes me ocultaste
El intento, que sabias,
De tu interesado padre?
Si amenazas ni violencias
Fueran disculpa bastante,
Aun eso no tienes, puesto
Que no intentó violentarte.
¿Qué disculpa tener puede
Una mujer de tu sangre
De haber rompido palabra
Que tantas veces firmaste?
No solo no replicaron
Tus labios ni tu semblante,
Mas fué menester mentir
Para que te desposasen,
Pues dijiste que jamás
Palabra le diste á nadie,
Y en este papel postrero
Que eras mia confesaste.
Certificaciones tuyas
Son estas, con que pagastes
Diez años que, en guerra viva
De amor, seguí su estandarte,
Haciendo mi fe la posta
Todo este tiempo constante.
Las noches en tus ventanas,
Los dias en tus umbrales.
Mujeres tan nobles...

OCTAVIA.

Tente;
Que, aunque á mi decoro falte,
Has de saber que tú fuiste
La causa de mis pesares.
Algunas sospechas tuve
De que intentaba casarme
Mi padre, mas no certezas
De que pudiese avisarte;
Pero si mi padre mismo,
Como á primo de mi madre,
Te dió parte de mi empleo,
Y en él presente te hallaste,
¿Por qué dices que aquel dia
Se vió el pleito sin citarte,
Ni que le perdiste, puesto
Que no quisiste ganarle?
¿Para qué con tantos ruegos,
Si no habian de importarte,
Me pediste, Feliciano,
Que mis papeles firmase?
¿No te escribí ese papel
Postrero tres dias antes
De aquel infelice dia?
Pues si tú estabas delante,
Y era sobrado instrumento
Para que lo embarazases,
Pues digo en él que soy tuya,
¿Por qué no lo presentaste?
Primero que el sí le diera
De mi desdicha á mi padre,
Delante de tanta gente,
Dije, volviendo á mirarte:
«Ya llegó el lance forzoso.»
¿Por qué entonces no llegaste?
¿Fuera justo, Feliciano,
Callando tú, que yo hablase?
¿Qué importó que me sirvieras,
Hecho estatua de mi calle,
Soldado de amor, diez años,
Si en la ocasion me faltaste?
(*Quítale el papel.*)
Este papel dice (suelta):
«No hay de qué sobresaltarte;
Que esposa tuya es Octavia.»
¿Quién es quien puede quejarse?
A voluntad tuya puse
El plazo; ¿quién fuera parte,
Confesando yo ser mio,
Para dejar de cobrarle?
Yo hice, en fin, Feliciano,
Cuanto pude de mi parte;
Arbitrio en tu pleito fuiste,
Contra mí le sentenciaste;
Por ti padezco la pena
De cautiverio tan grande
Y pesado, que mi vida
Será el precio del rescate;
Y puesto que la ofendida
Soy, y tú quien te vengaste,
Véte, y no vuelvas á verme;
(*Rasga el papel.*)
Porque si en estos umbrales
Pones las plantas, haré,
Vive el cielo, que te mate
Ludovico, á quien tú proprio
Me vendiste, no mi padre,
Supuesto que los dos fuimos,
Yo infeliz y tú cobarde. (*Vase.*)

LUDOVICO. (*Al paño.*)

¿Qué escucho? ¡Válgame el cielo!

FELICIANO.

¿Que á tu decoro mirase
Entonces culpas, Octavia?

JUANA.

Gentil disculpa; ¿pensaste
Que era pleito de revista?

FELICIANO.

¡Sin mí estoy!

JUANA.

Véte; que es tarde,
Y vendrá su esposo.

LUDOVICO. (*Dentro.*)

¡Hola!

JUANA.

Mejor será que te halle
Solo; adios. (*Vase.*)

FELICIANO.

Véte; que yo
Tengo disculpa bastante.

Sale LUDOVICO.

LUDOVICO.

¡Loco estoy! «Que los dos fuimos,
Yo infeliz y tú cobarde.»

FELICIANO.

¿Ludovico?

LUDOVICO.

¿Feliciano?

FELICIANO.

A veros en este instante
Entré; mas ya me volvia.

LUDOVICO.

Ved si teneis qué mandarme.

FELICIANO.

La hacienda mia de campo
Quisiera que vós compraseis;
Pero esto se ha de tratar
Muy despacio, y ahora es tarde.

LUDOVICO.

Yo iré á buscaros.

FELICIANO.

Adios. (*Vase.*)

LUDOVICO.

Vuestra vida el cielo guarde
(*Ap.* Para que yo te la quite);
Pero mi peligro es grande,
Porque son muchos sus deudos,
Y son los mas principales
De la ciudad, con que es fuerza,
Cuando con la vida escape,
El perder toda mi hacienda.
Y si él primero fué amante
De Octavia, y es ella el pleito
Que perdió, no es tan culpable
En Feliciano mi ofensa.
Este papel al entrarse
Octavia rompió. ¡Qué ciego
Es amor! Pero el juntarle
Para que leerle pueda,
Sin mucho espacio no es fácil.
Letra es de mujer, sin duda
Es de Octavia; en esta parte
Dice: «Feliciano mio.»
¡Respirando estoy volcanes!
Ya declinó mi fortuna;
En esta dice: «asustarte;»
Y en esta: «tuya es Octavia.»
Primero verás, infame,
Tu muerte, viven los cielos.
(*Vuelve á arrojar los pedazos.*)

JUANA. (*Al paño.*)

¿Que los pedazos dejase?
Mas no ha reparado en ellos;
No sé cómo los levante.

Sale JUANA.

LUDOVICO.

¿Qué quiéres?

JUANA.

Ando buscando
Pedazos de papel.

LUDOVICO.

(*Ap.* Tarde
Lo previno.) ¿Para qué?

JUANA.

Estoy con un mal de madre,
Y el humo de los papeles
Me le quita.

LUDOVICO.

No es tan fácil
Para tu mal el remedio.

JUANA.

Este no es mal; que es achaque.

LUDOVICO.

Así lo entiendo; ¿qué esperas?
Véte de aquí.

JUANA.

Que me place.
(*Ap.* ¡Jesus qué cara! del mundo
Me fuera por no mirarle.) (*Vase.*)

LUDOVICO.

No me toca á mí matar
A Feliciano en rigor;
A Octavia entregué mi honor,
Y della le he de cobrar
Primero que á ejecutar
Llegue su vil hermosura
Mi afrenta, porque es locura
El creer que, enamorada
Y á su disgusto casada,
Puede haber mujer segura.
Mis manos en su garganta

Podrán impedir que acudan
A sus voces las criadas,
Y ahogada... Pero ya culpa
Mi cólera la tardanza.

Al irse, sale LUZBEL *por la misma puerta y le detiene.*

LUZBEL.

Dale á san Francisco alguna
Limosna. (*Ap.* ¡Que yo impidiera
De Octavia la muerte injusta!
Mas Dios lo manda.)

LUDOVICO.

No sé
Cómo no temes mi furia,
Fraile, fantasma ó demonio;
Sin duda tu muerte buscas.
¿Qué me persigues, si sabes
Ya por experiencias muchas,
Qué en mí no ha de hallar limosna
Tu religion ni ninguna?
¿Qué me quiéres?

LUZBEL.

Reducirte;
Que la Omnipotencia suma
Me lo manda, y es forzoso
Que con sus órdenes cumpla.
Y puesto que le obedece
Quien de los filos y puntas
De la invencible guadaña
No puede temer la furia,
Obedece tú, no esperes
Que el término de tus culpas
Llegue, que está ya muy cerca.
Dale, Ludovico, alguna
Parte á Dios, de las riquezas
Que en esas arcas ocultas,
Para que por ese medio
Puedas aplacar su justa
Indignacion, y piadoso,
Sus auxilios te reduzgan
A restituir.

LUDOVICO.

Detente;
Que me admiro de que sufra,
Viven los cielos, mi rabia
Tus descompuestas locuras.
¿Yo limosna? Véte luego;
Que mi hacienda, poca ó mucha,
Mi fortuna me la ha dado.

LUZBEL.

Ludovico, no hay fortuna,
Ni es la que tu hacienda llamas,
Absolutamente tuya.
Y no solo la adquirida
Con viles cambios y usuras
Oro es toda de quien la goza,
Sino la del que madruga
Para el trabajo á la aurora,
Comiendo de lo que suda.
Todos los que en esos campos,
Tal vez con piadosa lluvia,
De la tierra, comun madre,
Rompen las entrañas duras,
Y en sus senos animosos,
Por depósito, sepultan
Del antecedente agosto
La rica miés grana y rubia,
Despues de muchos afanes
Y esperanzas mal seguras,
Como á dueño de la tierra,
Su diezmo á Dios le tributan;
Y él lo entrega á sus ministros,
Con órden de que consuman
En sí solo lo que basta,
Conforme el puesto que ocupan;
Y como sus mayordomos,
En los pobres distribuyan
Lo demás, que Dios en ellos
Todas sus rentas vincula
Cuantos adquieren riquezas
Con lo que al pobre le usurpan,
No verán de Dios la cara,
Si no es que la restituyan
Como les fuere posible;
Y esto ninguno lo duda.
Pues ¿cómo tú de la hacienda
Dueño absoluto te juzgas,
Siendo corneja, vestida
De tantas ajenas plumas?
Imprudente almendro, advierte
Que, segun mis conjeturas,
Será de infinitas plantas
Escarmiento tu locura.

LUDOVICO.

En tu vida he de vengar,
Hipócrita, mis injurias.

LUZBEL.

No te muevas, que no sabes
Quién soy; atento me escucha.
Mira que en tí solamente
No hay resquicio ni disculpa,
Porque el comun enemigo
De todos tu bien procura,
No solo por oprimido,
Mas tambien porque sin duda
Le ha de quitar muchas almas
El ejemplo de la tuya.
Goza ocasion tan dichosa;
Ni tus potencias perturba
Ningun espíritu impuro,
Ni tus sentidos ofusca.
Justicia y misericordia
De Dios en su muerte luchan;
Déle á la misericordia
Tu arrepentimiento, ayuda.
Mira que de su justicia
La divina espada empuña,
Y que su inmensa paciencia,
Que es la vaina que la oculta,
Se ha cansado ya; ¿qué aguardas?
Mira que ya la desnuda,
Mira que el brazo levanta,
Mira que el golpe ejecuta.

LUDOVICO.

Ya me arrepiento.

LUZBEL.

(*Ap.* ¡Oh, pese
Al infierno!) Pues ¿qué dudas?
La caridad es la puerta
Del perdon, por ella busca
La entrada; dame limosna.

LUDOVICO.

Eso no.

LUZBEL.

Vil criatura,
Peor que Luzbel te juzgo,
Pues si él pudiera, sin duda
Fuera su arrepentimiento
Tan grande como su culpa,
Y tú, pudiendo, no quieres.

LUDOVICO.

Pues esta vez, aunque huyas,
Te he de matar.

LUZBEL.

No te acerques,
Porque haré que se reduzga
Tu forma á menos que á tierra;
Que aun eso no has de ser nunca.

LUDOVICO.

¡Hola, Alberto, Celio! este hombre
Me atemoriza y asusta.

Salen ALBERTO, CELIO, OCTAVIA *y* JUANA.

CELIO.

Señor, ¿qué mandas?

OCTAVIA.

¿Qué es esto?

ALBERTO.

¿Por qué das voces?

JUANA.

Sin duda
Que ha sido el fraile la causa.

LUDOVICO.

¡Que en mi casa no se cumpla
Lo que mando! ¿No os he dicho
Que no dejeis entrar nunca
A este fraile?

CELIO.

Por la puerta
No ha entrado.

ALBERTO.

Es cierto.

JUANA.

Sin duda
Que es santo.

OCTAVIA.

Padre, por Dios,
Que excuse una desventura.

LUZBEL.

A estorbar la vuestra vine.

OCTAVIA.

¿La mia?

LUZBEL.

Sí.

OCTAVIA.

Fuera injusta.

LUZBEL.

Ya sé que estás inocente,
Mas los indicios os culpan.

OCTAVIA.

Pues ¿qué haré?

LUZBEL.

Yo nada os puedo
Aconsejar; que la fuga
Es confesaros culpada.

OCTAVIA.

Yo espero en la siempre pura
Madre de Dios, que me ampare.

LUDOVICO.

Hombre, véte, y no presumas
Que mi firme intento muden
Tus palabras importunas;
Que aunque fueran mis riquezas
Las de Creso y Midas juntas,
No hallarás en mí limosna.

LUZBEL.

No hemos menester la tuya;
Tú necesitas de darla,
Que á mis frailes sobran muchas,
Pues que con ellas sustentan
Trescientos pobres en Luca.
Ya te dejo; pero mira
No añadas culpas á culpas;
Que está inocente quien piensas
Que tu deshonor procura.
(*Ap.* ¡Que mi soberbia impaciente
En tan infame coyunda
Oprima el Criador eterno!
¡Oh nunca, Francisco, oh nunca
A humildad tan poderosa
Se opusieran mis astucias!) (*Vase.*

LUDOVICO.

Este sabe ya mi afrenta;
En la quinta, mas oculta
Podrá estar su muerte, en tanto
Que pueda salir de Luca,
Poniendo en salvo mi hacienda.

JUANA.

Lo mejor será que huyas.

OCTAVIA.

¿Eso dices, necia?

LUDOVICO.

Octavia,
Este fraile me disgusta
Tanto, que por unos dias,
Por ver si en ella me busca,
Nos hemos de ir á la quinta.
¿Qué dices?

OCTAVIA.

¿Eso preguntas?
¿Qué puedo decir, si sabes
Que mi voluntad es tuya?

LUDOVICO.

Celio, haz poner la carroza.—
Tú, Alberto, para que suplas
En los negocios mi ausencia,
Te quedarás.

ALBERTO.

Pues tú gustas,
Yo lo haré

LUDOVICO.

Vamos, Octavia.

SUANA. (Ap.)

Mira que este disimula
Su enojo para matarte.

OCTAVIA. (Ap.)

Mi inocencia me asegura.

LUDOVICO. (Ap.)

Primero verás, infame,
Tu castigo que mi injuria.
(Vanse.)

Sale FRAY ANTOLIN.

FRAY ANTOLIN.

El jumentillo mi maña
Envió con el donado,
Y salgo, desafiado
De mi hambre, á la campaña;
Y esta vez la he de matar,
Sin que la persecucion
De aqueste fraile Neron
De mí la pueda librar.
Cuanto yo escondo me quita,
Porque otro no puede ser,
Sin que me pueda valer
La parte mas exquisita.
Ningun regalo consigo,
Que en manos suyas no caiga,
Y me ha obligado á que traiga
Todos mis bienes conmigo.
Las mangas traigo rellenas;
El peso, con la costumbre,
No me dará pesadumbre,
Y servirán de alacenas.
Mucho es que este fray Forzado
Con tal trabajo no enferme;
Porque ni come ni duerme,
Que es espíritu he pensado.
Porque lo que mas asombra,
Yendo juntos por la calle,
Es cuando vuelvo á miralle,
Que su cuerpo no hace sombra.
Otro convento fundando
Está ya, con prisa tanta,
Que todo el lugar se espanta:
Pero siempre regañando.
Dentro del pecho presumo
Que toma tabaco de hoja,
Porque el aliento que arroja
Por las narices es humo.
Él me ha dado en perseguir
Y en no dejarme comer;
Mas hoy no le ha de valer,
Porque él ha de presumir
Que ya estoy en el convento,
Y merendaré seguro.
Ya estoy muy léjos del muro;
En este altillo me siento,
Que todo lo señorea,
Porque si alguno pasare,
Primero que en mí repare,
Es fuerza que yo le vea.
Polla, empanada y pernil
Traigo; que es bueno imagino
El pan; mas lo que es el vino,
Puede arder en un candil.
A Heliogábalo me igualo,
Y nunca el comer condeno
Si lo que se come es bueno,
Porque todo es de regalo.
Yo, en fin, no tengo otro gozo,
Mi estómago es un abismo,
Y cuanto como, es lo mismo
Que si cayera en un pozo.
No ha de estar de manifiesto
Todo; conforme comiere
Saldrá, porque si viniere
Alguno, lo esconda presto;
Salga el pernil.

Sale LUZBEL.

LUZBEL.

¡Qué cruel,
Señor, os mostrais conmigo!
¿Yo amigo de mi enemigo?
¿Sirviendo al hombre Luzbel?
¡Oh, pese á la pena mia!
¿De Francisco sostituto
Es ¡oh poder absoluto!
Quien quiso dar luz al dia?
Basta tan fiero tormento.
Y cuanto me habeis mandado,
Señor, está ejecutado;
Que de este rico avariento
La proterva obstinacion
Solo la podrá vencer
Vuestro absoluto poder.
A estorbar la ejecucion
De dar muerte á su mujer
Voy. (Ap. Ya el lego se ha sentado
A comer lo que ha ocultado
De mí; mas no ha de comer
Nada de lo que ha traido.
De esta suerte haré que crea
Que no le he visto, y me vea.)

FRAY ANTOLIN.

Pardiez, que no le ha valido
A fray... ¡Válgame san Pablo!
¿Cómo este fraile llegó
Tan cerca, sin verle yo?
Santo es; mas no es sino diablo.
No me ha visto.
(*Guarda lo que estaba comiendo.*)

LUZBEL. (Ap.)

Ya guardó
Lo que á comer empezaba.

FRAY ANTOLIN.

Pues que no puedo escaparme,
Preciso es llegar.— *Deo gratias.*

LUZBEL.

¿Fray Antolin?

FRAY ANTOLIN.

Padre mio,
¿Dónde va?

LUZBEL.

Voy á la granja
O quinta de Ludovico,
A impedir una desgracia;
Mas él ¿á qué vino al campo?

FRAY ANTOLIN.

Es que el médico me manda
Que ande todo lo que pueda,
Y sea por tierra llana,
Porque tengo humores gruesos.

LUZBEL.

Si en el comer se templara,
Los humores consumiera;
Seis frailes se sustentaran
Con lo que el padre Antolin
Come.

FRAY ANTOLIN.

No tengo otra falta.

LUZBEL.

De esa se originan muchas,
Porque la regla relaja
De su padre san Francisco,
Y la devocion estraga
Tambien de sus bienhechores,
Viéndole por las mañanas,
Y aun por las tardes, tomar
Chocolate en veinte casas.

FRAY ANTOLIN.

Padre, lo que me dan tomo,
Y esto mi regla lo manda.

LUZBEL.

Mas esto se entiende cuando
Con necesidad se halla.

FRAY ANTOLIN.

Muchas veces he querido
Vencer de mi hambre el ansia;
Mas no he podido, que luego,
Con los regalos que sacan,
Me engaña el demonio.

LUZBEL.

Miente;
Su flaqueza es quien le engaña.
¿Hale propuesto el demonio
Alguna vez, entre tantas,
Que la gula no es pecado?

FRAY ANTOLIN.

No, pero gula se llama
Comer sin gana, y á mí
Jamás me faltó la gana.

LUZBEL.

Su hambre y la sed que tienen
Los hidrópicos son falsas.

FRAY ANTOLIN.

No tal; que cuanto yo como
Es salida por entrada.

LUZBEL.

¿No come en el refectorio,
De pan, como de vianda,
La racion suya y la mia?

FRAY ANTOLIN.

Sí, Padre.

LUZBEL.

Pues ¿no le bastan?

FRAY ANTOLIN.

Dos raciones son, hermano,
Para mí dos avellanas.

LUZBEL.

Que no reviente me admira.

FRAY ANTOLIN.

Gracia ha tenido.

LUZBEL.

Se engaña;
Que, á tener gracia, no hubiera
Perdido, hermano, mi patria.

FRAY ANTOLIN.

¿Su patria perdió por eso?

LUZBEL.

Sí, porque perdí la gracia
De mi rey, y fué preciso,
Aunque á mi pesar, dejarla.

FRAY ANTOLIN.

¿Qué reino es ese?

LUZBEL.

Está en clima
Tan remoto, que argonauta
Ninguno le ha descubierto,
Y será noticia vana.

FRAY ANTOLIN.
Pues, si no le han descubierto,
¿Quién le trajo al Padre?
LUZBEL.
¿Cuántas
Veces he dicho á los padres
Que Dios?
FRAY ANTOLIN.
La boca me tapa.
Allí vienen unos pobres.
LUZBEL.
¿Ah, hermanos?
FRAY ANTOLIN.
¿Por qué los llama?
Déjelos; que andan buscando
Sitio para su matanza.
LUZBEL.
Lleguen, hermanos.
FRAY ANTOLIN.
Si aquí
No podemos darles nada,
¿Qué les quiere?
LUZBEL.
Si tuvieran
Necesidad, no faltara.

Salen TRES POBRES.

POBRE 1.°
Nuestro santo limosnero
Es.
POBRE 2.°
Padre mio.
POBRE 3.°
Bien haya
Quien por nuestro bien le trajo
A Luca.
LUZBEL. (*Ap.*)
Y por mi desgracia.
¿Comieron en el convento?
POBRE 1.°
Llegamos tarde.
FRAY ANTOLIN.
Esa es trampa;
Que á los tres, y yo presente,
Les dieron hoy su pitanza.
POBRE 1.°
Pero tengo seis chiquillos,
Y á mi mujer en la cama.
FRAY ANTOLIN.
Si de esa suerte procrea,
¿Quién á sustentarlos basta?
POBRE 2.°
Pues yo tengo nueve, y nunca
Sale mi mujer de casa,
Porque es manca y es tullida.
FRAY ANTOLIN.
Nueve ha parido, ¿y es manca?
Váyanse con sus mujeres
A una isla despoblada;
Que en poco tiempo pondrán
Un ejército en campaña.
POBRE 3.°
Yo no tengo hijo ninguno;
Mas tengo un padre, que pasa
De noventa años.
FRAY ANTOLIN.
En vano
Refieren aquí sus plagas;
Vayan despues al convento.
LUZBEL.
Mucho siento que no traiga,
Hermano, algun regalillo
Para la que está en la cama
Enferma; mírelo bien.
FRAY ANTOLIN.
¿Qué he de mirar? ¿Es matraca?
LUZBEL.
Pues yo los llamé, y es fuerza
Que lleven algo.
FRAY ANTOLIN.
Pues haga
Que una docena de cuervos
En los picos se lo traigan;
Que aquí no hay otro remedio.
LUZBEL.
Si habrá, tenga confianza,
Y á sus mangas eche, hermano,
La bendicion.
FRAY ANTOLIN. (*Ap.*)
No hay humanas
Diligencias contra este hombre;
El me vió comer.
LUZBEL.
¿Qué aguarda?
FRAY ANTOLIN.
Mejor será que eche el padre
La bendicion á sus mangas,
Y deje las manganetas.
LUZBEL.
No me replique palabra;
Porque haré...
FRAY ANTOLIN.
Ya le obedezco;
Pero de tan mala gana,
Que no será de provecho.
LUZBEL.
La bendicion ya está echada;
Mire ahora lo que el cielo
Envia.
FRAY ANTOLIN.
No envia nada;
Hüero salió este milagro.
LUZBEL.
No gaste conmigo chanzas;
Saque de la manga izquierda
Medio pernil, que ese basta
Para ese pobre y su padre.
FRAY ANTOLIN.
Aquí no hay remedio.
POBRE 2.°
¡Extrema
Maravilla!
POBRE 3.°
Sí por cierto.
LUZBEL.
Cocido está.
POBRE 1.°
¡Cosa rara!
FRAY ANTOLIN.
Y aun digerido estuviera,
Si un instante se tardara
El padre.
LUZBEL.
Déle á ese pobre.
FRAY ANTOLIN.
Mejor es que le reparta
Entre los tres.
LUZBEL.
No le pido
Consejo; déle á Dios gracias,
Y tenga fe.
FRAY ANTOLIN.
Los milagros
Como este se obran con maña.
LUZBEL.
Désele pues.
POBRE 2.°
Venga.
FRAY ANTOLIN.
Tome,
Y mal provecho le haga.
LUZBEL.
Para este pobre, que tiene
A su mujer en la cama,
Saque una polla.
FRAY ANTOLIN.
Si hay polla,
Que quede repuesta basta.
LUZBEL.
Ya le he dicho...
FRAY ANTOLIN.
No se enoje.
(*Ap.* Los diablos lleven tu alma.)
Aquí está ya, tome.
POBRE 1.°
Y viene
Cocida y salpimentada.
FRAY ANTOLIN.
La salpimienta se vuelva
Soliman.
LUZBEL.
Una empanada,
Que tiene dentro un gazapo,
Y está en la derecha manga,
Saque al momento.
FRAY ANTOLIN.
Laus Deo.
Tome.
POBRE 3.°
Quién con Dios alcanza
Tanto, eternamente viva.
LUZBEL.
(*Ap.* Esa es mi mayor desgracia.)
Saque un pan.
POBRE 1.°
Un pan es poco.
FRAY ANTOLIN.
No hay mas.
POBRE 1.°
Habrá sido mala
La cosecha, pues no envian
Mas de un pan.
POBRE 2.°
Pan no nos falta.
POBRE 3.°
Mucho nos dan, porque este año
Le abarató la abundancia.
FRAY ANTOLIN.
Pues tierras hay, que aunque fuera
Un pan cada gota de agua,
Lloviendo á pedir de boca,
El pan no se abaratara.
POBRE 1.°
Padre, ¿habrá un trago de vino?
FRAY ANTOLIN.
¿Vino tambien? ¡Calabaza!
LUZBEL.
Pues saque una.
FRAY ANTOLIN.
Padre mio,
Advierta que es cargo de alma.
Déjele para las misas;
Que es vino del cielo.
LUZBEL.
En casa
Tienen de ese propio vino;
¿Qué espera? La calabaza
Les dé.
FRAY ANTOLIN.
Tomen; que mejor
Les diera calabazadas.

LUZBEL.
Ya se pueden ir

POBRE 2.°
Primero
Nos deje besar sus plantas.

LUZBEL.
Apártense allá.

POBRE 3.°
No quiere
Que le agradezcamos nada.

LUZBEL.
Váyanse.

POBRE 2.°
Adios, padre mio.
(*Ap.* ¡No vi aspereza tan santa!)
(*Vanse.*)

LUZBEL.
Diga, ¿parécele justo
Hacer despensas las mangas
De un hábito tan sagrado?

FRAY ANTOLIN.
Padre...

LUZBEL.
No me diga nada.

FRAY ANTOLIN.
Por amor de Dios le pido
Que de esto no sepa nada
Ningun religioso, y déme
Su caridad mil patadas.

LUZBEL.
No lo sabrán, pero haré,
Si de enmendarse no trata,
Que el padre Guardian le envie
Sin el hábito á su casa
O choza, donde comia,
Despues de estar con la azada
Trabajando todo el dia,
Unos tasajos de cabra.
En el refectorio coma
Cuanto le pidiere el ansia
De su vil naturaleza;
Que hasta que la satisfaga
Le traerán lo que pidiere;
Mas no ha de tomar ni aun agua
En otra parte; y advierta
Que no se me esconde nada.

FRAY ANTOLIN.
Digo, padre fray Forzado,
Que haré todo lo que manda.

LUZBEL.
Ya va llegando á la quinta
Ludovico con Octavia.

FRAY ANTOLIN.
¿Desde aquí los ve?

LUZBEL.
Mi vista
Mucho mas léjos alcanza;
Camine, Antolin, que allá
Le aguardo.

FRAY ANTOLIN.
¿Que allá me aguarda?
Pues ¿no irémos juntos?

LUZBEL.
No;
Que cuando del coche salgan
Es fuerza hallarme presente.

FRAY ANTOLIN.
Pues si hay una legua larga,
¿Cómo ha de llegar á tiempo?

LUZBEL.
A mí un instante me basta. (*Vase.*)

FRAY ANTOLIN.
¡Jesus mil veces! El viento
Le llevó; ya no me espanta
Que, sin haberle yo visto,
Tan cerca de mí llegara,
Ni que por extenso viera
Cuanto traia en las mangas;
Mas pasarme todo un dia
Comiendo una vez es chanza;
Y supuesto que no hay parte
De su vista reservada,
Como me lo fueren dando
Lo esconderé en mis entrañas. (*Vase.*)

Salen FELICIANO Y CELIO.

CELIO.
Si dices que te ha avisado
Juana de que receloso
Está ese hombre, ¿no es forzoso
Creer lo que ha recelado,
Si en su quinta estás primero
Que él llegue?

FELICIANO.
O es cierto ó no
Lo que Juana me avisó;
Si es cierto, por caballero,
Por primo suyo y amante,
A Octavia debo librar.

CELIO.
¿Y quién te ha de asegurar
De si es cierto?

FELICIANO.
Su semblante;
Que si es cierto que ha sabido
Con verdad lo que ha pasado,
Yo soy el que le ha agraviado;
Que Octavia no le ha ofendido.
Y viéndome solo aquí,
Puesto que tiene valor,
O yo lograré mi amor,
O él se vengará de mí.
Con los caballos espera,
De esos robles encubierto.

CELIO.
¿Por qué, si quedó Roberto
Con ellos?

FELICIANO.
Porque pudiera,
Si estamos dos, encubrir
Su intencion, si es que la tiene.
Mas ya la carroza viene;
Sin duda quieren salir
De ella, porque se ha parado
Véte.

CELIO.
Acechando estaré,
Y si importase, saldré;
Pero ten mucho cuidado,
Que es fiero.

FELICIANO.
Él lo da á entender;
Pero de esto mismo infiero
Lo contrario, que no es fiero
Quien lo quiere parecer;
Mas ganaré por la mano,
Si al verme muda el color.

CELIO.
El plomo lo hará mejor.

Sale LUZBEL.

LUZBEL.
¿Adónde vais, Feliciano?

FELICIANO.
Padre...

CELIO.
¿Por dónde ha venido
El Santo?

FELICIANO.
(*Ap.* Admirado estoy
Y turbado.) Padre, voy...

LUZBEL.
Ya sé lo que os ha traido;
Y no es justo que me espante
Querer en esta ocasion
Cumplir con la obligacion
De caballero y amante;
Pero no paseis de aquí,
Volvéos por la arboleda,
Sin que Ludovico pueda
Veros, y dejadme á mí;
Que vos podréis en rigor,
Si os ayudare la suerte,
De Octavia excusar la muerte,
Mas no quitándole el honor;
Pues quien aquí me ha enviado,
Vida y honor le dará,
Y á su espóso templará;
Bien podeis ir confiado.

FELICIANO.
Advierta su caridad
Que este hombre le ha de perder
El respeto, y puede ser
Que le arroje su maldad
A otro mayor desvarío.

LUZBEL.
Trayendo yo, Feliciano,
Orden de Dios, no hay humano
Poder que resista el mio.

CELIO.
Presto; que el coche han dejado.

FELICIANO.
Ya le obedezco gustoso,
Varon santo.

CELIO.
Prodigioso;
En fin, de Dios enviado.
(*Vanse.*)

LUZBEL.
Señor, si por tantos modos
Podeis vos librar del riesgo
A esta mujer, y tambien
Reducir á ese protervo,
Rebelde, avariento, mónstruo,
Solo con el querer vuestro,
Pues redujo la codicia
Del publicano Mateo,
¿Por qué á mí me lo mandais,
Sabiendo vos que no puedo?
Pero ya los dos se acercan,
Y Octavia, aunque con recelo,
Viene animosa, fiada
Del justo devoto afecto
Que á la siempre Vírgen pura
Tiene; que la ampare creo,
Que inocencia y fe aseguran;
Que es ya divino el empleo.
Mas ya llegan.

Salen LUDOVICO Y OCTAVIA.

OCTAVIA.
¿Para qué,
Cuando tan cerca tenemos
La quinta, el coche dejamos?

LUDOVICO.
Por eso mismo le dejo.

LUZBEL. (*Ap.*)
Por causarle mas espanto,
Hasta que quiera su intento
Ejecutar, nó ha de verme,
Y entonces me pondré en medio.

LUDOVICO.
Que solo te traje, Octavia,
Para dejar satisfecho
Mi agravio en tu infame vida.

OCTAVIA.
Tú te agravias en creerlo,
Porque yo no te he ofendido

Ni aun con solo el pensamiento;
Que si le hubiera tenido,
Bastante lugar y tiempo
Tuve de ponerme en salvo;
Pues de tu falso recelo
Me envió el cielo el aviso
Con el padre limosnero
De san Francisco.

LUDOVICO.

Pues ya
Ni ese mágico ni el cielo,
De mí han de poder librarte.

OCTAVIA.

Escucha.

LUZBEL.

Tente, blasfemo;
Que si permision tuviera
De quien por fuerza obedezco,
Yo solo te convirtiera
En cenizas con mi aliento.

LUDOVICO.

Tus descompuestas palabras
Confirman que tus portentos
Son en virtud del demonio;
Pero lograré mi intento,
A tu pesar, con su muerte.

LUZBEL.

La tuya verás muy presto,
Si no le pides perdon
A Dios, y repartes luego
En los pobres tus tesoros,
Pues tienen mas parte en ellos
Que tú.

LUDOVICO.

¡De cólera rabio!—
Encantador, embustero,
¿Dónde te escondes?

OCTAVIA.

¡Señora,
Pues vos sabeis que no tengo
Culpa, libradme deste hombre!

LUZBEL.

Advierte, pecador ciego,
Que está tu fin muy cercano.

LUDOVICO.

Sombra ó fantástico cuerpo,
Si amenazas, ¿por qué huyes?
Mas vengaré por lo menos
En esta mujer mi agravio.

LUZBEL.

Detente.

OCTAVIA.

Sin culpa muero.—
¡Vírgen, dadme vuestro amparo!
(*Cae como muerta.*)

LUDOVICO.

Muere, infame. (*Vase.*)

LUZBEL.

Pues, éterno
Señor, ¿cómo me impedis
Que con impulso violento
Guarde de Octavia la vida,
Pues de otra suerte no puedo?
Ya dejándola por muerta,
Vuelve á la carroza el fiero
Homicida.

Sale FRAY ANTOLIN.

FRAY ANTOLIN.

Padre mio,
¿Qué ha sucedido, que huyendo
Va Ludovico?

LUZBEL.

Su vista
Le informará del suceso.
¿No ve á Octavia en ese campo?

FRAY ANTOLIN.

¡Jesus! Pues ¿no llegó á tiempo
De impedirlo?

LUZBEL.

A tiempo vine,
Mas sin duda fué decreto
Soberano.

FRAY ANTOLIN.

¿No la absuelve?

LUZBEL.

Ya espiró; pero ¿qué es esto?

FRAY ANTOLIN.

¿De qué se ha quedado absorto?

LUZBEL.

Confuso estoy.

FRAY ANTOLIN.

Vamos presto,
Y llevémosla á la quinta.

LUZBEL. (*Ap.*)

Algunos de sus portentos
Quiere obrar Dios con Octavia.

FRAY ANTOLIN.

¿A qué aguarda? Vamos presto.

LUZBEL. (*Ap.*)

Que ni al infierno ha bajado
El alma, ni subió al cielo,
Ni ha entrado en el purgatorio,
Y naturalmente ha muerto.

FRAY ANTOLIN.

Pues hace tantos prodigios
Por cosas que importan menos,
A esta dama resucite,
Pues á sus ojos la han muerto;
Que es milagro obligatorio.
(*Ap.* Ahora sabré de cierto
Si este es santo ó es demonio;
Mas orando está.)

(*Baja en la tramoya que mejor parezca, una niña que haga la Vírgen, acompañada de ángeles, y llega hasta Octavia y tócala con las manos.*)

LUZBEL. (*Ap.*)

Ya veo
De mi duda el desengaño;
Que, haciendo la tierra cielo,
Cercada de querubines,
Baja la Madre del Verbo,
La ocasion de mi delito,
La causa de mi destierro;
¿Que sola una devocion
Que os tiene (¡de mí blasfemo!)
A tanto extremo os obligue?
Pues ¿quién no es devoto vuestro
De cuantos á Dios conocen,
Sino es yo, porque no puedo?

FRAY ANTOLIN. (*Ap.*)

Con Dios sin duda está hablando;
Que hace visajes y gestos,
Como suelen las beatas.

LUZBEL. (*Ap.*)

¡Oh, reniego de mí mesmo!
Postraréme á pesar mio, (*Póstrase.*)
Pues á la opresion que tengo
Me añade el Criador que sea
Testigo de mi tormento.

FRAY ANTOLIN.

Padre, padre, ¿con quién habla?
¡Jesus mil veces! El fuego
Que arroja me ha chamuscado;
Si acaso no es diablo, es cierto
Que es alma del purgatorio.

LUZBEL.

(*Ap.* Ya llega al cadáver yerto,
Ya con sus divinas manos
Le toca, y á un mismo tiempo
El alma á su mortal cárcel
Vuelve, y el vital aliento;
Ya vuelve á ocupar su trono,
Y ya su guardia, tendiendo
Las cuchillas de las alas,
(*Tocan, y vuelve á subir en la misma tramoya.*)
Cortan con su Reina el viento.)
Levante del suelo á Octavia,
Hermano.

FRAY ANTOLIN.

Solo no puedo;
Que pesa mucho un difunto.

LUZBEL.

Viva está.

FRAY ANTOLIN.

Como mi abuelo.

LUZBEL.

Haga lo que yo le digo,
Sin replicar.

FRAY ANTOLIN.

Mas ¡qué veo!
Voto á tal, que se revuelve.

Salen FELICIANO Y CELIO.

FELICIANO.

Si tú le viste corriendo
Y solo, muerta es Octavia;
Pero, aunque la oculte el centro
De la tierra...

LUZBEL.

Feliciano,
Reportáos.

FELICIANO.

De vos me quejo
Mas que del vil Ludovico.

OCTAVIA.

¡Qué soberano consuelo!
Mas ¿qué es lo que estoy mirando?

FRAY ANTOLIN.

Pues aquí no hay embeleco,
Santo es á macha-martillo.

FELICIANO.

¿Octavia mia?

LUZBEL.

Tenéos,
Feliciano.

OCTAVIA.

Padre mio,
Déjeme que bese el suelo
Que pisa.

LUZBEL.

Apartad, Señora;
Que la que es Reina del cielo
Os dió la vida.

OCTAVIA.

Y tambien
Su intercesion.

LUZBEL. (*Ap.*)

Esto siento
Mas que todas mis desdichas.

OCTAVIA.

Que salgais de Luca os ruego,
Feliciano.

FELICIANO.

Y aun de Italia
Toda salir os prometo,
Si os volveis con vuestro padre.

LUZBEL.

Hay mucho que hacer primero
Que de su ausencia se trate;
Quede este caso secreto
Por dos dias, que conviene.
Vos, Feliciano, volvéos
A la ciudad; que yo á Octavia
Pondré donde esté sin riesgo.

FELICIANO.

Preciso es que obedezca;

Pero ¿no sabré primero
Lo que ha pasado?

LUZBEL.

Mañana
Que lo sepais os prometo.
Idos, y llevad sabido
Que ha importado este suceso
Mucho á vuestro amor.

FELICIANO.

Alegre
Con esta esperanza vuelvo. *(Vase.)*

LUZBEL.

Venid conmigo, Señora;
Que esta noche por lo menos
En casa de una devota
Nuestra quedaréis; que luego
Dispondrá lo que gustare.

OCTAVIA.

Yo, padre mio, no tengo
Que disponer; mi albedrío
A la eleccion suya dejo.

LUZBEL.

Vamos; que por el camino
Sabrá quién del suyo es dueño.

OCTAVIA.

Vamos *(Vase.)*

LUZBEL.

Antolin, camine.

FRAY ANTOLIN.

Padre, de hambre no veo;
Por pan me llego á la quinta.

LUZBEL.

Camine; que en el convento
Comerá.

FRAY ANTOLIN.

Padre, una legua
Es para mi mucho trecho,
Y el estómago se ahila.

LUZBEL.

Pues para que coma luego,
Yo haré que solo de un salto
A la puerta del convento
Se ponga.

FRAY ANTOLIN.

Téngase, padre.

LUZBEL.

Mire si quiere...

FRAY ANTOLIN.

No quiero;
Ya se me quitó la hambre.

LUZBEL.

Pues ande, y tenga por cierto
Que es mi poder mas que humano.

FRAY ANTOLIN.

Pues ¿por qué me advierte de esto?

LUZBEL.

Porque me ha de hallar muy cerca
Cuando me juzgue muy léjos.
Camine.

FRAY ANTOLIN.

Vuelvo á mi duda,
Porque no hay santo soberbio.
(Vanse.)

JORNADA TERCERA.

Salen OCTAVIA y JUANA.

JUANA.

Admirada estoy, Señora,
De tu suceso.

OCTAVIA.

Mi muerte,
Como te he dicho, fué un sueño
Tan gustoso, que no puede,
Juana, explicarte mi lengua
Tal gloria, siendo tan breve;
Pero el santo limosnero,
Que á todo se halló presente
Por inspiracion divina,
Me informó de que la siempre
Vírgen y madre, cercada
De [illegible]aninfos celestes,
[illegible] mi cuerpo, ya cadáver,
Vió clara y distintamente
[illegible]zer sus sagradas manos.

Sale FELICIANO.

FELICIANO.

Y á mí de la misma suerte
Me lo ha dicho.

OCTAVIA.

Pues ¿qué es esto?
¿Cómo á entrar aquí te atreves?

FELICIANO.

¿Cómo? El dueño de esta casa
Me dió licencia de verte,
Por tu deudo.

OCTAVIA.

Mas no sabe
Que tú, Feliciano, eres
Quien me has puesto en el estado
Que estoy, y si no te vuelves,
Dejaré luego esta casa.

FELICIANO.

Ya cesó el inconveniente
Que tuvo el poder hablarte,
Puesto que esposo no tienes.

OCTAVIA.

Aunque el padre fray Forzado
Me asegura que la muerte
Dirimió ya el casamiento,
Y á dejarme se prefiere
Libre sin estorbo alguno,
No quiero yo que lo intente;
Que, aunque tanto le aborrezco,
Como satisfecho quede
De mi inocencia y su engaño
Ludovico, he de volverme
Con él á vivir muriendo.

FELICIANO.

¿Qué es volver?

JUANA.

¡Jesus mil veces!
Pues ¿con hombre tan sin alma
Y tan sin Dios, que no tiene
Seña alguna de cristiano,
Volverte, Señora, quieres?

OCTAVIA.

Esto es forzoso. Ya voy.

FELICIANO.

Primero que tú lo intentes
Le he de quemar en su casa.

JUANA.

Bien pudiera, por hereje.

FELICIANO.

Con un hombre que la vida
Te quitó sin ofenderle;
Vive Dios...

OCTAVIA.

Indicios tuvo
Para juzgar evidente
Su agravio; mas, suponiendo
Que ya con él no volviese,
Nada conseguir pudieras
Con eso, porque aunque quede
De mi voluntad el dueño,
Y casarme resolviese
Contigo, ya no es posible.

FELICIANO.

Pues ¿quién impedirlo puede?

OCTAVIA.

Tú, pues ocasion has dado
De que con razon sospeche
Toda la ciudad que tuvo
Causa para darme muerte
Mi esposo, puesto que es fuerza
Que yo en el pleito confiese
Toda la verdad del caso,
Y que, aunque estoy inocente,
Pudo juzgarme culpada
Ludovico, sin que fuese
Temeridad el creerlo.

FELICIANO.

Y ¿cómo desmentir quieres
Esa sospecha?

OCTAVIA.

Con solo
No ser tuya se desmiente.

JUANA.

Señora, una vez creido,
Maldito el remedio tiene.

OCTAVIA.

Sí tendrá.

FELICIANO.

Cualquiera es vano,
Porque, si preciso fuese,
Bien sabes que, si rompiste
Un papel, me quedan veinte,
Y que están todos firmados.

OCTAVIA.

Y cuando no lo estuviesen,
No los negara; mas ya
De nada servirte puede
Presentarlos, pues es cierto
Que todos esos papeles
Prescribieron desde el dia
Que, hallándote tú presente,
Mi infelice casamiento
Consentiste, pues no tienes
Que alegar causa ninguna
Que impedírtelo pudiese.

FELICIANO.

Causa tuve, y la mas justa.

OCTAVIA.

Cuando infinitas tuvieses,
No te valiera ninguna
Ya en el estado presente.
Porque, cuando el juez el pleito
En favor tuyo sentencie,
Apelaré á un monasterio,
Porque satisfecho quede
Ludovico de que nunca
Tuve intencion de ofenderle.

FELICIANO.

Oye, espera.

OCTAVIA.

No me obligues
A que dé voces; que el verte
Me causa horror.

JUANA.

Es mentira.

FELICIANO.

No dudo que me aborreces.

OCTAVIA.

Necio fueras en dudarlo,
Pues tantas causas me mueven.

FELICIANO.

Escucha.

OCTAVIA.

Suelta.

Sale TEODORA.

TEODORA.
¿Qué es esto?

OCTAVIA.
No es nada; pero no dejes
Entrar aquí á Feliciano.

TEODORA.
¿Por qué, siendo tu pariente
Y á quien le toca tu amparo?

OCTAVIA.
Ni de él puedo yo valerme,
Ni quiero.

TEODORA.
Pues ¿de quién pudo
Saber en tiempo tan breve
Mi casa y que en ella estabas?
Qu yo juzgué que viniese
Llamado de tí por Juana.

Sale FRAY ANTOLIN, *alborotado.*

FRAY ANTOLIN.
Mucho ha sido defenderme
De tantos.

JUANA.
¿Qué es eso, padre
Fray Antolin?

TEODORA.
¿De qué viene
Tan alborotado?

FRAY ANTOLIN.
Hermana,
Ha dado en pensar la gente
Que soy santo desde el punto
Que fray Forzado, mi jefe,
Hizo un milagro á mi costa,
Y he menester esconderme
Por unos dias; ahora,
Cogiéndome de repente,
Con cuchillos y tijeras
Me embistieron mas de veinte.
El hábito me quisieron
Cortar, y por defenderle,
En muslos, piernas y brazos
He sacado seis piquetes
De la refriega.

FELICIANO.
Pues ¿cómo,
Con prodigios tan patentes,
No se le llegan al padre
Fray Forzado?

FRAY ANTOLIN.
No se atreven,
Porque los atemoriza
Con la vista solamente,
Tanto, que todos se apartan;
No ha habido santo como este;
Solo porque no le toquen,
No permite que le besen
La manga; pero yo creo
Que el hábito es aparente,
Y aun el cuerpo.

OCTAVIA.
¿Y hoy le ha visto?

FRAY ANTOLIN.
No quisiera que él me viese.

FELICIANO.
Él fué, Octavia, quien me dijo
Adonde estabas.

OCTAVIA.
No puede
Fray Forzado haberte dicho
Que es justo hablarme ni verme;
Que haberte dicho la casa,
Seria porque supieses,
Como tu intencion ignora,
Que estoy en parte decente,
No para que en ella entraras.

FELICIANO.
Confieso que razon tienes;
Pero ya entré, y has de oirme.

JUANA.
Poco en escucharle pierdes.

OCTAVIA.
Di; pero en vano te cansas.
(*Hablan los dos.*)

JUANA.
No digas lo que no sientes.

TEODORA.
Y el padre fray Antolin,
De nuestro santo ¿qué siente?

FRAY ANTOLIN.
Que me tasa la comida,
Que aunque, sin otros relieves,
Mi racion como y la suya,
Porque él ni come ni bebe,
Me quedo como en ayunas,
Que mi estómago no enciende
Lumbre para dos raciones;
Y cierto que es cosa fuerte
Quitarle á un hombre el sustento.
Y no debo obedecerle
Contra el natural derecho,
Porque yo corporalmente
Por veinte frailes trabajo,
Y es fuerza comer por veinte.

TEODORA.
Pues un pollo le he guardado
Grandecito, con que almuerce,
Salpimentado, y un bollo,
Que yo amasé con aceite,
Como de libra, y tambien
Media azumbre de clarete.

FRAY ANTOLIN.
Yo necesidad tenia,
Y bien grande ciertamente;
Pero este santo es demonio.

TEODORA.
Pues aquí no hay que temerle;
Que yo cerraré la puerta.

FRAY ANTOLIN.
Aunque la calafatee,
No estoy seguro de este hombre;
Mas los vahidos me tienen
Sin vista; tráigalo, hermana,
Y venga lo que viniere.
(*Vase Teodora.*)
Que un pollo, con un bollito
De una libra, no me puede
Dañar, y es parva materia.
Léjos quedó; cuando llegue
Ya me habré desayunado.

OCTAVIA.
Un imposible pretendes.

FELICIANO.
Esa es venganza.

OCTAVIA.
Te engañas.

Salen TEODORA Y LUZBEL.

TEODORA.
Aquí está, tome.

LUZBEL. (*Ap.*)
No puede
Este lego reprimirse;
Pero yo haré que escarmiente.

FRAY ANTOLIN.
Ya era mancebito el pollo
En verdad.

TEODORA.
De cuatro meses;
Para gallo lo guardaba.

FRAY ANTOLIN.
Pues si gallinas no tiene,
¿Para qué gallo queria?

TEODORA.
Para que en casa le hubiese.

FRAY ANTOLIN.
Crie gallinas; que gallo
No le faltará, si quiere.

TEODORA.
Deje las chanzas y coma,
Por si acaso...

FRAY ANTOLIN.
Yo soy breve;
En cuatro ó cinco bocados
Despacharé.

LUZBEL. (*Ap.*)
Si pudieres.
(*Asele de los gaznates.*)

FRAY ANTOLIN.
Que me ahogo, que me ahogo.

TEODORA.
¿Qué es eso, hermano?

FELICIANO.
¿Qué tiene.
Fray Antolin?

OCTAVIA.
¿Qué le ha dado?

FRAY ANTOLIN.
Que me mata; suelte, suelte.

FELICIANO.
¿Quién le ha de soltar?

LUZBEL.
Deo gratias;
¿Qué es esto?

TEODORA.
A buen tiempo viene
Su caridad, porque al padre
Le ha dado un mal de repente.

LUZBEL.
Apártense; que no es nada.

FRAY ANTOLIN.
¡Qué disimulado viene!
¿Este es santo? Lleve el diablo
El alma que lo creyere.

LUZBEL.
¿Qué ha sido?

FRAY ANTOLIN.
Buena pregunta;
Que con dos hierros ardientes
Me apretaron los gaznates.

LUZBEL.
Pues yo presumí que fuese,
Padre, alguna apoplejía;
Mas para despues se quede.—
Señor Feliciano, ¿vos
En esta casa?

OCTAVIA.
Pretende
Que todo el lugar confirme
Lo que es fuerza que sospeche

LUZBEL.
Bien excusarlo pudierais;
Pero, de cualquiera suerte,
No quedará en vuestro honor
El escrúpulo mas leve.—
Idos, señor Feliciano;
Que por ahora conviene
No darle disgusto á Octavia.

FELICIANO.
En todo he de obedecerle,
Padre, por muchas razones;
Mas mire que solamente
Por hoy le dí la palabra
De que estar seguro puede
Ese hombre.

LUZBEL.

Sí; que mañana
No habrá para qué se arriesgue.

FELICIANO.

¿Cómo?

LUZBEL.

Nada me pregunte,
Puesto que el plazo es tan breve.

FELICIANO.

Adios, Octavia.

OCTAVIA.

Él te guarde.

FELICIANO.

Siendo tuyo.

OCTAVIA.

No lo esperes.

JUANA.

Ella es quien mas lo desea.

LUZBEL. (*A Feliciano.*)

Id seguro; que no puede
Dejar de ser vuestra Octavia.

FELICIANO.

Vida mi esperanza tiene,
Padre, en confianza suya.
(*Ap.* Prodigioso santo es este.) (*Vase.*)

LUZBEL.

(*Ap.* ¡Que estos por santo me tengan!
A mayor rabia me mueve
Que la opresion que padezco.)
Ya, señora Octavia, puede
Disponer de su persona
Como mejor le estuviere.

OCTAVIA.

Pues, padre, el intento mio,
Aunque á mi pasion le pese,
Es padecer, mientras viva,
Con Ludovico, si él quiere.

JUANA.

En notable tema has dado.

LUZBEL.

Pues, Octavia, ¿qué la mueve,
Pudiendo vivir gustosa
Con quien ha querido y quiere?
¿Volver quiere con el hombre
Peor que la Europa tiene?

JUANA. (*Ap.*)

Tambien tiene nuestro padre
Su poquito de alcahuete.

OCTAVIA.

Pagar en algo lo mucho
Que debo á Dios y á la siempre
Vírgen.

LUZBEL.

Basta, no prosigas.
(*Ap.* Auxilio sin duda es este
Que la guarda, que la asiste,
Y aconseja que lo intente,
Solo para que merezca,
Sin que á ejecutarlo llegue,
Puesto que ya Ludovico
Su fin tan cercano tiene.
Quitarla el merecimiento
Que en solicitarlo adquiere,
Fácil fuera; mas no puedo,
Pues por tormento mas fuerte,
Lo mismo he de hacer que hiciera
Francisco.)

OCTAVIA.

¿Qué se suspende?
Si su caridad acaso
Juzga que no me conviene,
Yo haré lo que me mandare.

LUZBEL.

El propósito que tiene,
Siento que debo aprobarla;
Y tambien que le fomente,
Y puesto que está resuelta,
Vamos; que el tiempo se pierde.

OCTAVIA.

Pues ¿quién le ha de hablar?

LUZBEL.

Vos misma.

OCTAVIA.

¿Yo, Padre?

LUZBEL.

Nada recele;
Que cuida Dios mucho, Octavia,
Del que sus pasiones vence;
Solo al desprecio se arriesga
De ese hombre; mas le conviene
Para su merecimiento
Que le perdone y le ruegue,
Que otra vez la dé la mano;
Que si ofenderla quisiere,
Órden tengo de que impida
Su impulso violentamente.

OCTAVIA.

Yo he de obedecerle en todo
Cuanto me mande.

LUZBEL.

Bien puede
Por ahora.

JUANA.

Iráste sola.

LUZBEL.

Segura va, no la deje.

JUANA.

Vamos; pero si te quedas
Con él, adios para siempre;
Que yo á Florencia me vuelvo.

OCTAVIA.

Poco sentirá el perderte
Quien deja lo que mas quiso
Por lo que mas aborrece.—
Danos los mantos, Teodora.

TEODORA.

Notable corazon tienes.

(*Vanse las tres.*)

FRAY ANTOLIN.

Ahora entra el diablo y dice...

LUZBEL.

¿Cómo, si experiencias tiene
De que nada se me oculta,
No hay órden de que se enmiende,
Habiéndole yo mandado
Por obediencia mil veces
Que en el refectorio coma
Y beba cuanto quisiere,
Y no en otra parte alguna?
No es fraile quien no obedece;
Mas yo haré que, como á bruto,
El castigo le sujete,
Y en una celda encerrado,
A comer poco se enseñe.

FRAY ANTOLIN.

Padre, como desde anoche
Ni aun tripas mi cuerpo tiene,
Con vahidos y desmayos,
Dando por esas paredes,
Entré aquí á desayunarme.

LUZBEL.

¿Desayuno le parece,
Padre, un bollo de una libra
Y un pollo de cuatro meses?
Por eso gasta palabras
Ociosas, como indecentes;
Que si un áspero silicio
Sobre sus carnes trajese,
Y comiera lo bastante
Para vivir solamente,
No estuviera para chanzas;
Sígame.

FRAY ANTOLIN.

¿Dónde me quiere
Llevar?

LUZBEL.

Donde inobediencias
Purgue.

FRAY ANTOLIN.

Yo me haré dos fuentes,
Padre; por amor de Dios
Le pido que no me encierre,
Y por aquella que puso
Sobre la infernal serpiente...

LUZBEL.

Yo lo haré; calle.

FRAY ANTOLIN.

Ya callo.

LUZBEL.

Pero advierta que no puede
Quedarse sin penitencia;
Dígame, ¿cuál le parece
Que cumplirá?

FRAY ANTOLIN.

Cien azotes,
Como otro no me los pegue.

LUZBEL.

Otra penitencia quiero
Darle yo mucho mas leve;
Venga conmigo á la casa,
Hermano, de ese rebelde
Ludovico.

FRAY ANTOLIN.

¿Que aun porfía
En pensar que ha de poderle
Reducir?

LUZBEL.

Sí; pero sepa
Que el postrero dia es este,
Y hemos de hacer el esfuerzo
Mayor que posible fuere.

FRAY ANTOLIN.

¿Y hemos de ir, padre?

LUZBEL.

Sí;
Que puede ser que aprovechen
Mas cuatro palabras suyas
Que cuanto yo le dijere;
Y esta penitencia sola
Le doy.

FRAY ANTOLIN.

Yo lo haré; mas déme
Licencia de que un cuchillo
De monte en la manga lleve
De tres palmos.

LUZBEL.

¿Eso dice?

FRAY ANTOLIN.

Pues ¿con qué he de defenderme,
Si me embiste con palabras
Malas y nada corteses?

LUZBEL.

Yo, hermano, le sostituyo
Mi poder; de mí se queje
Si al instante que le diga
Que se tenga, se moviere,
Aunque esté muy irritado.

FRAY ANTOLIN.

Pues vamos; que de esa suerte
Yo le pondré como un trapo.
(*Ap.* Por si este engañarme quiere,
Me prevendré de guijarros.)
¡Ah, padre!

LUZBEL.

¿Qué dices?

FRAY ANTOLIN.

Que entre
En la penitencia todo,
Y por esta vez dispense,

Para que me dé osadía,
En dos tragos de clarete.

LUZBEL.

Vaya.

FRAY ANTOLIN.

No quedará gota. (*Vase.*)

LUZBEL.

¡Que en esto Luzbel se emplee!
En buen estado, Criador
De cielo y tierra, me tienen
Miguel, vuestro capitan,
Y Francisco, vuestro alférez. (*Vase.*)

Salen LUDOVICO, CELIO, ALBERTO *y* CRIADOS.

LUDOVICO.

¿Que el cuerpo no habeis hallado
De esta mujer?

ALBERTO.

No, Señor.

LUDOVICO.

Ese fraile encantador,
De secreto la ha enterrado.

ALBERTO.

Claro está, pues se halló allí,
Que luego la llevaria,
Y sepulcro la daria,
Y te ha estado bien á tí;
Porque ya en Luca estuviera
Público, y teniendo aviso,
A prenderte era preciso
Que el Gobernador viniera,
Aunque es tu amigo el mayor.

LUDOVICO.

Ya yo le tengo avisado,
Y de la causa informado.

ALBERTO.

¡Qué gentil gobernador!

LUDOVICO.

De esta y cualquier pretension
De mi parte tengo al juez,
Y me pesa que otra vez
No pueda mi indignacion
Matarla; pero esta mano
Me acabará de vengar,
Porque no me he de ausentar
Sin dar muerte á Feliciano.
Ni aun despues pienso ausentarme;
Que en estando averiguada
Mi razon, muy poco ó nada
Me ha de costar el librarme.
Solo retirarme quiero,
Por no ver á este embaidor,
Hechicero, estafador,
Con capa de limosnero.

ALBERTO.

Llamando están.

LUDOVICO.

Vé advertido
De que no dejes entrar
Sino al que á comprar viniere
Los géneros que no hubiere
En Luca, que han de pagar,
Sobre la falta, el deseo,
O los buscarán en vano;
Que si la mitad no gano,
¿Para qué mi hacienda empleo?

ALBERTO. (*Ap.*)

Lo mismo hace con el trigo.

LUDOVICO.

Avísame de quién es
Antes que entrada le dés.

ALBERTO.

Claro está. (*Vase.*)

CELIO. (*Ap.*)

Grande castigo
Le ha de dar á este hombre el cielo;
No hay seña en él de cristiano.

LUDOVICO. (*Ap.*)

El matar á Feliciano
Me causa mucho desvelo,
Que por ahora ha de andar
Con cuidado y prevencion.

Sale ALBERTO.

ALBERTO.

Señor, dos mujeres son
Las que te quieren hablar;
Y la una, aunque tapada,
De bizarro parecer.

LUDOVICO.

No me vendrán á traer.

CELIO.

Tampoco á pedirte nada
Vendrán.

LUDOVICO.

Pues ¿de qué lo infieres?

CELIO.

De que ya desengañados
Están, y aun escarmentados,
Los pobres y las mujeres.

LUDOVICO.

Entren pues, y cierra luego.

ALBERTO.

Buscar quiero á quién servir.
(*Yéndose.*)

CELIO.

Hoy me pienso despedir.

LUDOVICO.

Con grande desasosiego
Estoy.

CELIO.

No hay en la ciudad
Quien, en oyendo su nombre,
No diga que tan mal hombre
No le tiene el mundo entero.

Vuelven á salir EL CRIADO, OCTAVIA Y JUANA, *tapadas, y detrás* LUZBEL Y FRAY ANTOLIN.

ALBERTO.

Entrad.

JUANA.

Yo estoy temblando de miedo.

OCTAVIA.

Mi arrojo ha sido terrible.

FRAY ANTOLIN.

Sin duda estoy invisible;
¡Qué linda cosa!

LUZBEL.

Hable quedo.

LUDOVICO.

¿Qué me teneis que mandar?

OCTAVIA. (*Ap.*)

Turbada estoy (¡ay de mí!);
¿Si entró fray Forzado?

LUZBEL.

Sí.

OCTAVIA.

A solas os quiero hablar.
(*Ap.* Ya mas animosa estoy.)

LUDOVICO.

Idos.—Ya decir podeis
(*Vanse los criados.*)
Quién sois y lo que quereis,
Pues ya estoy solo.

OCTAVIA.

Yo soy.
(*Descúbrese.*)

LUDOVICO.

¿Qué miro? Sombra, ¿yo? ¡Válgame el
Fantástica vision. [cielo!

OCTAVIA.

Pierde el recelo;
No soy vision, no temas.

LUDOVICO.

Susto ha sido;
Que ni medroso estoy ni arrepentido
De verte muerta. Si á pedir me vienes
Que haga bien por tu alma, padre tie-
[nes,
A él le toca, y tambien al falso amigo
Que en mi agravio fué cómplice contigo.

OCTAVIA.

Viva estoy, no te vengo á pedir nada;
Que aunque la vida me quitó tu espada,
Me la volvió la Virgen siempre pura,
En cuya confianza fui segura
Contigo ayer, por la inocencia mia,
Y á quien me encomendé cuando mo-
Clara y distintamente [ria.
Afirma que lo vió fray Obediente
Forzado, á quien confieso, agradecida,
Que por su intercesion me dió la vida.
La crueldad te perdono,
Por la sospecha tuya; y para abono
De que no te ofendia
Ni aun la imaginacion de parte mia,
Aunque ya el nudo fuerte
Que ató la Iglesia desató la muerte,
Otra vez...

LUDOVICO.

Cierra los labios
Y vuelve al pecho la voz;
Que aun antes de pronunciada
Me enfurece tu intencion.
Contigo murió mi afrenta,
Y mi enemigo mayor,
Solo para que viviera,
Por tu vida intercedió;
¿Qué disculpa puedes darme,
Si escucharon tu traicion
De tu boca mis oidos;
Si en el papel que rompió,
La queja que de tu amante
Tenias, en un renglon
Partido vieron mis ojos,
Firmado mi deshonor?
¿Cómo, vil mujer, te atreves
(¡Ciego de cólera estoy!)
A pronunciar que otra vez
Vuelva á ser tu esposo yo?
Véte, ó tomará mi agravio
Otra vez satisfaccion,
Y en esa infame criada,
Que ayer de mí se escapó,
Por testigo de mi agravio.

OCTAVIA.

Tu necia imaginacion
Te ha mentido.

JUANA.

No mintiera,
Si hubiera podido yo.

LUDOVICO.

Quítate de mi presencia;
Y si estás libre, tu amor
Logre su infame deseo
Con quien primero que yo
Te tuvo en sus brazos.

OCTAVIA.

Miente
Tu infame lengua; que el sol
No llegó á tocar la mano
Que mi desdicha te dió;
Y aunque á ser mia otra vez
He vuelto en esta ocasion,
Casarme con Feliciano
No le está bien á mi honor.

LUDOVICO.

Ni al mio que vuelvas viva.

LUZBEL.

No tema.

FRAY ANTOLIN.

El caso llegó.

LUDOVICO.

Que no ha de poder Francisco,
Porque de su religion
Soy contrario, conseguir
Que viva sin honra yo;
Que á su pesar...

JUANA.

¿Celio, Alberto?

FRAY ANTOLIN.

¿Llegó?

LUZBEL.

Sí.

(*Al querer sacar la daga, se pone en medio fray Antolin.*)

FRAY ANTOLIN.

Téngase á Dios,
Que es justicia de justicias.

JUANA.

Como un mármol se quedó.

LUZBEL.

En esa iglesia me espere;
Que ya con todo cumplió.

JUANA.

Presto.

LUZBEL.

No hay que apresurarse.

JUANA.

Lindamente sucedió.

OCTAVIA.

Jamás me vi tan gustosa.
(*Vanse las dos.*)

FRAY ANTOLIN.

¿Qué mira? Ya se atufó.

LUDOVICO.

Pues ¿cómo tú...

FRAY ANTOLIN.

Como, sí.

LUDOVICO. (*Como embelesado.*)

No has temido?

FRAY ANTOLIN.

Como no;
Que el poder que fray Forzado
Tiene, en mi sostituyó.
Estése quedito, y oiga
Con paciencia y atencion
Mis elocuentes palabras.
(*Ap.* Este lo mismo que yo
Sabe de letras sagradas.)

LUDOVICO.

Soñando sin duda estoy.

FRAY ANTOLIN.

Dé limosna á san Francisco,
Cíñase con su cordon,
Que él le meterá en cintura
Su estomagado rencor;
Si no, con su escapulario,
Que como estomaticon
Le desbalague ó componga,
Como dijo Agamenon.
Mire que son sus doblones
Los cabellos de Absalon,
Y que el demonio por ellos
Le ha de asir; deje que el sol
Los vea, pues son sus hijos.
Dé limosnas á trompon
Para los pobres que él hizo,
Funde un hospital ú dos,
Y case veinte doncellas,
Que ya por él no lo son;
Haga todo lo que digo
Luego al punto; que, si no,
Se irá tan derecho al cielo
Como el que de allá cayó;
Y se lo ahorrará de misas,
De sepultura y clamor;
Que, segun su santa vida
Y buena disposicion,
No tendrá sobre su entierro
La parroquia un sí ni un no.

LUDOVICO.

¡Lego vil!

FRAY ANTOLIN.

Téngase, digo;
Que soy yo mucho peor
Que fray Forzado.

LUDOVICO.

Mi rabia
Es ya desesperacion.

FRAY ANTOLIN.

Vomíte todos los yerros
Que su avestruz ambicion
Se ha tragado, y descalabre
Con ellos á un confesor;
Con un guijarro como este
(*Saca de la manga un guijarro.*)
(No es mala la prevencion,
Por si me embiste de golpe)
El gran cardenal doctor
Se sacudia los huesos,
Porque la carne voló;
Como el cútis ó pellejo,
Que el desierto le dejó
Pergamino, aunque arrugado,
Sonaba como un tambor.

LUZBEL.

No diga mas desatinos,
Aparte.

LUDOVICO.

Un frio sudor
Se ha esparcido por mis venas.

FRAY ANTOLIN.

¿Por qué no me le dejó?

LUZBEL.

Calle, que es un loco; vaya,
Y diga al Guardian que yo
En esta casa le espero;
No se detenga.

FRAY ANTOLIN.

Ya voy;
Mas su caridad advierta
Que es mia la conversion
Deste hombre, que ya le dejo
Mas blando que un algodon. (*Vase.*)

LUDOVICO.

Mágico, demonio ó santo
(Que en mi determinacion
Todo es uno), ¿qué te importa
Que yo me condene ó no?

LUZBEL.

Siendo santo, me importara
Mucho dar un alma á Dios;
Mas siendo demonio, nada,
Que ni tu condenacion
Me está mejor; el salvarte
Me pudiera estar peor.
Muchas veces, Ludovico,
Sin poderlo excusar yo,
Te he dicho que te enmendases,
Y que advirtiese tu error
Que el término de tus culpas
Se acercaba; ya llegó.
Suplica de la sentencia,
Pide espera.

LUDOVICO.

El corazon
Se quiere salir del pecho.

LUZBEL.

¿Qué aguardas? Pídele á Dios
Con ansias que te dé tiempo.

LUDOVICO.

No pueden tener perdon
Mis culpas.

LUZBEL.

No desconfies;
Que esa es la culpa mayor
Que cometen los mortales;
Ponle por intercesor
A Francisco, y porque empiece
A ser tu amigo desde hoy,
Y en su amparo te reciba,
Dale limosna.

LUDOVICO.

Eso no.

LUZBEL.

Mira que despues de aquella
Poderosa intercesion
De la siempre Vírgen Madre,
No hay otra alguna mayor
Para el Juez divino; mira
Que, por ser su opuesto yo,
Me ha dado el mayor castigo
Que caber pudo en quien soy;
Pídele pues que interceda
Por ti, que puede con Dios
Tanto, que es de sus devotos
Raro el que se condenó;
Él hará que te dé tiempo,
Pídele su proteccion,
Y á granjearle comienza;
Dale limosna.

LUDOVICO.

Eso no;
En llegando á dar limosna
A Francisco, olvido á Dios.

LUZBEL.

Pues mira que solo tienes...

LUDOVICO.

No has de causarme temor.

LUZBEL.

Un breve instante de vida.

LUDOVICO.

Eso acredita que son
Engaños tus persuasiones;
Jamás me sentí mejor.

LUZBEL.

Señor, ¿es ya tiempo?

SAN MIGUEL. (*Dentro.*)

Sí.

LUZBEL.

Rebelde, vil pecador, (*Llegándose.*)
Racional, fiero retrato
Mio, por opuesto á Dios,
Tu castigo llegó; baja
Adonde en llama feroz,
Que ni fulmina ni alumbra,
Seas eterno carbon.

LUDOVICO.

¡Ay de mí! (*Húndese.*)

LUZBEL.

¡Y ay de cuántos
Son ricos con el sudor
De los pobres! Ya Luzbel
Vuestras órdenes cumplió,
Criador de cielo y tierra;
Ya tiene la fundacion
Principio de ese convento,
Que mi obediencia labró;
Ya es en Luca con extremo
General la devocion
Con estos frailes; ¿qué falta
Para que deje, Señor,
Este sayal, que aborrezco
Tanto como le amais vos?

Baja en una tramoya SAN MIGUEL.

SAN MIGUEL.

Luzbel, para que sacudas
El yugo de tu opresion,
Falta que á los pobres vuelvas
Lo que á los pobres quitó
Ese miserable bruto.

LUZBEL.

Pues ¿cómo he de poder yo?

SAN MIGUEL.

No repliques, que bien puedes,
Pues Dios te da permision;
Y mira que solamente
Persigas la religion
De Francisco en lo que á todas;
Pero en su alimento no. (*Vuela.*)

LUZBEL.

En lo que mas les importa
Podré vengarme.—Astarot,
Del infeliz Ludovico
Toma luego forma y voz,
Para ejecutar el órden
Que tengo del Hacedor
Eterno.

Vuelve á subir por donde se hundió el mismo LUDOVICO.

LUDOVICO.

Ya obedecido
Estás.

LUZBEL.

Miguel me ordenó
Que, primero que sacuda
El yugo de mi opresion,
Vuelva á los pobres de Luca
Todo cuanto les quitó
El mísero Ludovico;
Y porque el Gobernador
No lo impida...

LUDOVICO.

Ya te entiendo;
Vamos á la ejecucion.

LUZBEL.

Pues por la ciudad á un tiempo
Lo publique una legion
De las muchas de quien eres
Capitan, porque á tu voz
Acuda el pueblo.

LUDOVICO.

Bien dices.

LUZBEL.

Entra, y desde ese balcon
Llámalos.
(*Éntrase Ludovico.*)

LUDOVICO.

Pueblo de Luca,
Ya mi crueldad se trocó
En lástima; venid todos,
Pobres, llegad, que otro soy.

Salen ALBERTO y CELIO.

LUZBEL.

Ya se juntan.

ALBERTO.

Padre mio,
¿Qué es aquesto?

LUZBEL.

Obra de Dios;
Quiere repartir su hacienda.

CELIO.

Pues advierta que á los dos
Nos debe muchas raciones.

LUZBEL.

Yo os daré satisfacion. (*Vase.*)

ALBERTO.

Todo el pueblo se ha juntado.

CELIO.

Ya viene el Gobernador.

Salen EL GOBERNADOR *y* CRIADOS.

GOBERNADOR.

¿Qué es esto? ¿Quién ha causado
Tan grande alboroto?

LUDOVICO.

Yo.

GOBERNADOR.

Pues ¿qué intentais?

LUDOVICO.

Que á los pobres
Vuelva lo que mi rigor
Les ha usurpado.

GOBERNADOR.

Mas ¿cómo
Entre tanta confusion
De gente será posible?

LUDOVICO.

¿No lo veis?

GOBERNADOR. (*Mira dentro.*)

¡Válgame Dios!
Fray Forzado lo reparte
Solo.

LUDOVICO. (*Ap.*)

Con una legion
De espíritus que le asiste.

Salen EL GUARDIAN y FRAY ANTOLIN.

FRAY ANTOLIN.

Yo fuí quien le convirtió.

GUARDIAN.

Calle; que no es Ludovico
El que mira.

FRAY ANTOLIN.

¿Cómo no?
Pues ¿estoy yo ciego, Padre?

GOBERNADOR.

¡Oh padre Guardian!

GUARDIAN.

Señor.

GOBERNADOR.

¿Qué dice de una mudanza
Tan rara?

Salen LUZBEL, FELICIANO, OCTAVIA y JUANA.

FELICIANO.

¡Sin vida estoy!

LUZBEL.

No tema; que Octavia es suya.

GOBERNADOR.

Señora, á buena ocasion
Venis.

OCTAVIA. (*Ap.*)

La desdicha mia
Esta mudanza causó.

LUZBEL.

Ya tengo, padre Guardian,
(*Llegándose á él.*)
De dejarlos permision.

GUARDIAN.

Pues di quién eres, y véte,
Sin que les causes horror;
Que á todo el pueblo mañana
Referiré el caso yo.

GOBERNADOR.

Ludovico, mi señora
Octavia...

LUZBEL.

Gobernador,
No prosigas; que ni es este
Ludovico, ni soy yo
El que habeis pensado.

GOBERNADOR.

¿Cómo?

LUZBEL.

Aunque está sin bendicion,
(*Quítase el hábito.*)
Quitarme el hábito es fuerza,
Que de disfraz me sirvió,
Primero que os desengañe.
Escuchadme sin temor:
Al infeliz Ludovico
Vivo la tierra tragó,
Y porque tú no pudieras
Impedir la ejecucion
De restituir su hacienda,
Su misma forma tomó,
Con órden mia, este impuro
Espíritu. Luzbel soy;
De limosnero he servido,
Por mandamiento de Dios,
A los hijos de Francisco,
En pena de que fuí yo
De negarles el sustento
Esta ciudad, el autor.
El Guardian, que está presente,
A quien Dios le reveló,
A todo el pueblo mañana
Referirá en su sermon
El suceso mas despacio;
Ya entre tus hijos y yo,
Francisco, cesó la tregua;
Ya vuelvo á ser tu mayor
Contrario; mira por ellos,
Que si en su alimento no,
En perturbar su virtud
Se ha de vengar mi rencor.
(*Húndese.*)

GOBERNADOR.

¡Raro prodigio!

FELICIANO.

Espantos.

GUARDIAN.

De todo testigo soy.

OCTAVIA.

No estoy en mí, de asustada.

JUANA.

¡Buen santo!

FRAY ANTOLIN.

¿Que fuése yo
Compañero del demonio?

GUARDIAN.

Sí, mas como santo obró.

FELICIANO.

Ya no hay estorbo que impida,
Octavia, mi pretension.

OCTAVIA.

Deja que pierda primero
Desta desdicha el horror;
Que en fin fué mi esposo.

GOBERNADOR.

Es justo.

FELICIANO.

No puedo negarlo yo.

FRAY ANTOLIN.

En las jornadas del cielo
Hallará sin distincion
Este caso el que lo dude;
Merezca, si os agradó,
Por extraño y verdadero,
Ya que no aplauso, perdon.

COMEDIA FAMOSA

TITULADA

LA RENEGADA DE VALLADOLID,

DE LUIS DE BELMONTE BERMUDEZ.

PERSONAS.

EL CAPITAN DON LOPE.	MELCHOR DE ACEVEDO.	GARCÍA, *criado.*	DOS HOMBRES.
DOÑA ISABEL.	NARANJO, *su criado.*	ZULEMA, } *moros.*	DOS MUJERES.
BEATRIZ, *criada.*	UN SARGENTO.	CEILAN, }	MOROS.—MORAS.

JORNADA PRIMERA.

Salen DOÑA ISABEL Y BEATRIZ, *y arroja aquella un libro.*

DOÑA ISABEL.

¿Qué dices, necia? No quede
En casa libro devoto,
Yo no he de cumplir el voto
De religion; tanto puede
En mí una ciega pasion,
Donde estoy tan bien perdida,
Que juzgo que tengo vida
Despues que tengo aficion.
¡Monja, en eterna clausura,
Detrás de una reja, cielos!
De mi propia tengo celos,
Viendo mi corta ventura.
¿El alma no es mia? Sí,
¿No es su dueño mi albedrío?
Pues ¿cómo á otro señorío
Se rinde, viviendo en mí?
Cubren al balcon los ojos
Porque despues mas atento
Suba, penetrando el viento,
Tras de los blancos despojos
De la garza, que se humilla
En la defensa que intenta,
Por mas que veloz se ausenta
Y las nubes acuchilla.
Pues si en la alcandara estoy
Halcon de otra voluntad,
La garza es mi libertad,
Que ya buscándola voy;
Porque en la esfera de amor
A quien ya obedece el mio,
Halle pasto mi albedrío,
Sin volver al cazador;
Demás, que es mi amor tan grave
Y tan honesto, que he sido
Dichosa en buscar marido,
Con quien mi estado aseguro.

BEATRIZ.

¿No miras...

DOÑA ISABEL.

¿Qué he de mirar?

BEATRIZ.

Que esperamos á tu hermano
De Salamanca, y es vano
Tu intento, y habrás de dar
Ocasion escandalosa
Para aventurar tu honor,
Tan ciega en tu loco amor?

DOÑA ISABEL.

Cansada estás y enfadosa,
Beatriz; no me fuerza el cielo,
Y ¿tendrá el poder humano
Aliento y rigor tirano?
Necio será su desvelo
Contra un resuelto albedrío;
Llegue mi hermano.

BEATRIZ.

Ya tarda.

DOÑA ISABEL.

Llegue; que no se acobarda
Amor que llega á ser mio.
Don Lope Ramirez es.

BEATRIZ.

¿No es el Capitan, Señora?

DOÑA ISABEL.

¿Eso tu simpleza ignora?

BEATRIZ.

No lo ignoro; mas despues
Llorarás verte casada
Con quien tan presto se irá,
Y sola te dejará,
Aunque casada, burlada.
En Valladolid, ya sabes
Que forma una compañía;
Él se ha de ir, llegando el dia
Que llores tus penas graves.
Pues si vas con él, por ser
Tan ciego tu loco amor,
Ofendes el claro honor
De una tan noble mujer,
Sin que restaurallo puedas
Con tan deslucida accion,
Arriesgando tu opinion
Si te vas y si te quedas;
No hagas tan errado empleo.

DOÑA ISABEL.

¿Tú te atreves á pensar
Que puedes aconsejar
A tan resuelto deseo?
Tres dias há que no me ha visto
Don Lope, y le he de escribir
Solo por dalle á sentir
Penas, que en vano resisto.

BEATRIZ.

Pues determinada estás,
Y el riesgo no consideras,
Siendo notorio el que esperas,
Luego escribille podrás. (*Vase.*)

DOÑA ISABEL.

Tan perdidamente quiero,
Tan ciegamente me arrojo,
Que tiemblo mi mismo enojo
Con los desaires que espero.
Si puedo tener templanza,
Cuando he llegado á temer
Que su ausencia me ha de ser,
Aun mas que ausencia, mudanza.
Muestra.

BEATRIZ. (*Saca recado de escribir, y siéntase doña Isabel.*)
Tu criada soy,
Tan humilde, que, sabiendo
Los riesgos que voy temiendo,
Sirviéndote en ellos voy.

(*Escribe doña Isabel.*)

La primer criada he sido
Que siente (habléla mas cuerda)
De que su ama se pierda;
Pues si hasta ahora no ha habido,
Aunque la anden á buscar,
Quien lo sienta, bien lo fundo,
Es bien que me llame el mundo
La criada singular.
Mi miedo es impertinente;
Que siempre la mas segura,

Aunque siente que murmura,
Murmura, pero no siente.

DOÑA ISABEL.

Ya está escrito.

BEATRIZ.

Pues ¿qué mandas?

DOÑA ISABEL.

Que tú se le lleves luego
A su casa.

BEATRIZ.

¿Tienen casa
Los soldados forasteros?

DOÑA ISABEL.

Dile...

BEATRIZ.

El papel lo dirá.
(*Ruido dentro.*)
¡Tu hermano!...

DOÑA ISABEL. (*Guarda el papel en la manga.*)
¡Válgame el cielo!

Salen MELCHOR DE ACEVEDO Y NARANJO, *de estudiantes.*

MELCHOR. (*Ap.*)

Mi hermana escribe papel;
Que encubre de mí respeto;
¿Si hay novedad en la ausencia
De mi padre?

DOÑA ISABEL.

¡Qué á buen tiempo
Llegas á tu casa, hermano!
Que la prisa que le dieron
Los pleitos á nuestro padre
Fué causa, por no perdellos,
De que solo te avisara,
Sin esperarte.

MELCHOR.

No puedo
Ir á servílle á Madrid;
Que fuera peligro nuevo
Dejarte sola.

DOÑA ISABEL.

Tú seas
Muy bien venido; el deseo
Colmaste á mis esperanzas
Con tu vista.

MELCHOR.

Este mancebo
No viene por mi criado.

NARANJO.

Por mal estudiante vengo;
Que son las letras muy duras,
Y no las muele mi ingenio.
Trájome á Valladolid
Para ver si en ella puedo
Acomodar cinco arrobas,
Que esas me han dicho que peso;
Y así, quisiera servir
A un honrado arriero,
Sin pagar siete del bulto,
Y mas cuando entre el invierno

MELCHOR.

A caballo mal podréis
Ir sirviendo á vuestro dueño

NARANJO.

¿Es un cuero mas honrado
Que yo, pues nunca le vemos
Ir á pié? Si así gustare,
Y si no, vuélvame el trueco;
Que yo buscaré otro oficio
Holgon y de mas provecho.

MELCHOR.

Mientras le buscais, tendréis
Esta casa,

NARANJO.

No me atrevo
A tenella toda, basta
Que sustente un aposento;
Que tengo flacos puntales,
Y me echaré con el peso.
Vuesasted me dé licencia;
Que voy, por no perder tiempo,
A repasar los oficios;
Mas haga cuenta que tengo
El reloj de mediodía
Tan ajustado en mi pecho,
Que no daré un cuarto mas,
Para que no me echen menos. (*Vase.*)

BEATRIZ.

¿Hay tal humor de gorron?

MELCHOR.

(*Ap.* Indicios, disimulemos
Hasta acrisolar verdades;
Que no es justo que en mi pecho
Tenga crédito mayor
La sospecha del concepto
Que la virtud de mi hermana.)
Isabel, de los deseos
Que has tenido siempre doy
Mil alabanzas al cielo,
Pues eliges el estado
Mas seguro, con tan cuerdo
Discurso, que no les dejas
Que merecer á mis ruegos;
Pues viendo lo que te importa,
Con tu claro entendimiento
Llegaste á desvanecer
Los cuidados al remedio.
Nobles, Isabel, nacimos;
Las memorias guarda el tiempo
En las montañas de Búrgos,
Con peñas por privilegios;
Pero si nacimos pobres,
¿De qué servirán trofeos,
Si en el polvo de los siglos
Se van manchando ellos mesmos?
Que la nobleza en el pobre,
Con abatido silencio,
Es á los ojos del mundo,
Mas que blason, escarmiento;
Y así, como lo conoces,
Te vales en tanto riesgo,
Como si fuera delito,
Del sagrado de un convento.
Mil parabienes te doy;
Dame los brazos por ellos,
Porque el alma los reciba,
Como por amor, por premio.
(*Abrázala.*)

DOÑA ISABEL.

(*Ap.* Muerta estoy.) ¡Qué bien parece,
Hermano, que de tu ingenio
Copié tan justa eleccion,
Siendo tu voz el espejo
En que ejecutadas miro
Las dichas que no merezco!
A tu cargo está mi vida,
Mi estado en tus manos dejo;
Que por hermano te estimo,
Por padre te reverencio
Y por estrella dichosa,
Que con lucientes reflejos
En las borrascas del siglo
Me vas conduciendo al puerto.

MELCHOR. (*Ap.*)

Cielos, ¿hubo mayor dicha
En los humanos deseos?

DOÑA ISABEL. (*Ap.*)

Veneno fueron sus voces,
Áspides sus labios fueron.

MELCHOR. (*Ap.*)

¿Si se engañaron los ojos?

DOÑA ISABEL. (*Ap.*)

Amor, vamos al remedio.

MELCHOR. (*Ap.*)

Su obediencia los desmiente.

DOÑA ISABEL. (*Ap.*)

Este es el último riesgo.

MELCHOR. (*Ap.*)

Si escribió, no fué delito,
Aunque llegó á parecerlo
En encubrirse de mí
Con tan recatados miedos.

DOÑA ISABEL. (*Ap.*)

¿Qué mujer en el peligro
No excede el mayor ingenio?

MELCHOR. (*Ap.*)

Dudosas sospechas mias,
No os confirmo ni os condeno.

DOÑA ISABEL. (*Ap.*)

Bajel de mis esperanzas,
Al mar, aunque peligremos.

MELCHOR.

Y ¿cuándo, Isabel, dispones
Que tengan dichoso efecto
Tus deseos y los míos?

DOÑA ISABEL.

Yo por mí, muy tarde es luego.
(*Ap.* Así su pecho aseguro.)

MELCHOR.

(*Ap.* Ya está asegurado el pecho.)
Dispondré que sea mañana.

DOÑA ISABEL.

Con bien sea. (*Ap.* En menos tiempo
Se puede abrasar el mundo,
Si yo le aplico mi fuego.)
(*Tocan una caja.*)

Sale NARANJO.

NARANJO.

Ya tengo valiente oficio.

MELCHOR.

De todo tu bien me alegro;
Y ¿cuál es?

NARANJO.

El de soldado,
Que hace dos luces á un tiempo:
Bien ejercitado es honra,
Y mal usado es provecho;
Pero yo, mirado bien,
A lo segundo me atengo.

MELCHOR.

Bien presto te acomodaste.

NARANJO.

¿No han escuchado los ecos
De aquella caja sin llave?
Pues sepan que tiene dentro
El tesoro de la India;
Cada golpe es un misterio,
Pues en tocándola vienen
Bailando los mesoneros
A pedir lo que no cobran;
Búrlense con el Sargento,
A otro sonecito llueven,
Entre suspiros y ruegos,
Colchones de las posadas,
Que nunca vuelven enteros;
Pero si á un pobre soldado
Tan poca lana le vemos,
¿Es mas hidalgo un colchon?
Vengan mas y vuelvan menos.
De otro barrio se ha venido
Una bandera, y entiendo
Que la plantan en la calle.

DOÑA ISABEL. (*Ap.*)

¿Si me burla mi deseo?

MELCHOR.

Y ¿quién es el capitan?

NARANJO.
De todo informado vengo,
Porque he de sentar la plaza.
Don Lope Ramirez.

DOÑA ISABEL. (*Ap.*)
Cielos,
¿Si tantas dichas me engañan?

MELCHOR.
Llena de marcial estruendo
Está España. Cárlos Quinto,
Que su fama vence al tiempo,
Ganó á Bujía; y ahora,
Juzgándolo á menosprecio
El Turco, dice que junta,
En bien reforzados leños,
Una poderosa armada,
Que entre marciales trofeos
Entregó á Ceflan, bajá
Valiente como soberbio,
Porque la casa otomana,
De quien viene, le da alientos
Para dalle al mar despojos,
Despues de barrer sus puertos
Con las tronadoras balas,
En los pendones sangrientos,
Coseletes abollados
Y despedazados fresnos;
Y así, Filipo Segundo,
Nuestro rey, que guarde el cielo,
Para reforzar la plaza
Junta el socorro que vemos.
¡Oh, quién trocara las letras
Por las armas!

NARANJO.
Yo las trueco,
Y sin haberlas probádo.

MELCHOR.
Isabel, al punto vuelvo;
Que voy á dar unas cartas,
Que me importan.

DOÑA ISABEL.
Yo te espero
Con gusto, obediente.

MELCHOR.
Adios.
(*Ap.* Desvanecí los recelos.)

DOÑA ISABEL. (*Ap.*)
¡Oh, nunca hubieras venido!

MELCHOR.
¡Qué falsos fueron los miedos
Donde experiencias seguras
Hallan recatos honestos! (*Vase.*)

DOÑA ISABEL.
Yo misma daré el papel
A don Lope, pues granjeo
Su vista; que en ella sola
Libro dichosos remedios,
Logro pensamientos libres
Y excuso evidentes riesgos. (*Vase.*)

NARANJO. (*Al irse Beatriz la detiene.*)
Doncella, aprende callando.

BEATRIZ.
Basta que sea palabrero.

NARANJO.
Pues oiga veinte razones,
Que tienen veinte provechos,
Si me las concede todas.

BEATRIZ.
Busque una moza de asiento,
Que escuche sus desatinos.

NARANJO.
Oigame solo el primero,
Y si le parece bien,
Serán dos: yo me resuelvo
A echalla á perder, si gusta;
¿Qué responde?

BEATRIZ.
Que no quiero.

NARANJO.
Esa es tacha de doncella,
Y está remediada presto;
Yo la llevaré á Bujía,
Y será mi candelero,
Alojándose conmigo,
Porque me han de dar un tercio,
Que llevarémos á cuestas
Los dos, y en llegando al pueblo,
No nos faltará un pajar.

BEATRIZ.
Sepa que yo no me duermo
En las pajas.

NARANJO.
Sea en los trigos,
Muchacha; que para el tiempo
No hay mejor cama de campo.
Lo que me mueve es el celo
De remediarte; que yo
Con cualquiera me contento.

BEATRIZ.
Pues vaya á sentar la plaza;
Porque en casa hay cierto pleito,
Y si salimos con él,
Le podré escuchar de nuevo. (*Vase.*)

NARANJO.
Yo se lo dije una vez,
Y el diablo cuatro, y aun pienso
Que me ha de echar rogadores,
Si no lo remedia el cielo.

(*Tocan la caja.*)

Ya estoy de piés en la calle,
Tomo esta esquina, y espero
Que la bandera se plante
Con todo aquel parlamento
Con que se entrega la posta.
¡Oh, qué bizarro mancebo
Es el Capitan! Por Dios,
Que merece su respeto
Que yo le pida un vestido;
Ya viene con el Sargento,
Que me parece tambien
Buen soldado y lindo cuesco.

Salen EL CAPITAN DON LOPE Y EL SARGENTO.

CAPITAN.
Como es primero el honor,
Las ocupaciones mias
Me han ausentado tres dias,
Para abrasarme de amor.
¿Qué disculpa, que lo sea,
Daré á Isabel?

SARGENTO.
¿No es bastante
El trazar, tan fino amante,
Que de su balcon te vea?
Discreta eleccion ha sido
La tuya; que así podrás,
Pues que tan vecino estás,
Poner tu pena en olvido;
Y ella es fuerza que agradezca
La fineza de venir
Donde la puedas servir.

CAPITAN.
No hay amor que la merezca.

NARANJO. (*Llega haciendo reverencias.*)
Yo, mi señor Capitan,
Si el traje no le embaraza,
Quisiera sentar la plaza,
Aunque fuera en la del pan.

CAPITAN.
Pues ¿cómo, siendo estudiante,
Muda intento?

NARANJO.
Porque sí;
Porque las letras en mí
Están de sede vacante.

SARGENTO.
Muy rubio es para soldado.

NARANJO.
Y él ¿monda barbas?

SARGENTO.
Señor,
Parece muy hablador.

NARANJO.
Por la mano me ha ganado.

SARGENTO.
¿Qué dices?

NARANJO.
Que no se meta
Donde nadie le convida:
Porque no ha de hablar la brida
Cuando yo hablo á la jineta.

CAPITAN.
¿Quiere sentar plaza?

NARANJO.
Intento
Servir al Rey en Bujía;
Pero iré en la compañía,
Como no vaya el Sargento.

CAPITAN.
Pues ¿cómo se ha de quedar?

NARANJO.
Vusté lo puede decir:
Que yo me vaya á servir,
Y que él se vaya á estudiar.

SARGENTO.
Buen humor, por vida mia.

CAPITAN.
Y muestra tener aliento.—
Plaza teneis.

NARANJO.
Seó Sargento,
Vamos á la ropería.

SARGENTO.
¿Qué ha de comprar?

NARANJO.
Un vestido.

SARGENTO.
¿Qué dinero lleva?

NARANJO.
El suyo;
Que yo en el aire concluyo.

CAPITAN.
Por Dios, que lo ha merecido
El despejo.

NARANJO.
Y aun dos pares
Merezco; que soy muy hombre.

CAPITAN.
¿Cómo se llama?

NARANJO.
Mi nombre
Tiene cuatro mil azares;
Naranjo, aunque estoy ahora
Sin hoja.

SARGENTO.
Mas no sin flor.

CAPITAN.
Déle un vestido.

SARGENTO.
¡Señor!

NARANJO.
¿Es suyo, que así lo llora?
Nunca he podido tragar
Sargentos que recatean;
Para hombres que pelean
Se ha de vender y empeñar.

SARGENTO.

Si pelea, yo lo ignoro.

NARANJO.

Pues bien se puede guardar;
Que un moro le ha de matar,
Y yo he de matar al moro.

CAPITAN.

Acabe, déle un vestido.

SARGENTO.

Seó mata-moros, entremos.

NARANJO.

Sargento, no nos burlemos;
Que soy hombre mal sufrido,
Y en vistiéndome, sabré
Irme de la compañía.

(*Vanse el Sargento y Naranjo.*)

CAPITAN.

¿Cuándo ha de llegar el dia
Que tenga premio mi fe?

Sale DOÑA ISABEL *al balcon.*

DOÑA ISABEL.

Solo esta es buena ocasion,
Aunque me dejan turbada
Miedos de mi hermano, que
Ya por instantes le aguardan
Mis desdichas.

CAPITAN.

Ya en sus ojos
Se van templando mis ansias.

DOÑA ISABEL.

Don Lope, en ese papel
Podeis conocer las causas
Que me obligan á escribiros.

(*Arroja el papel y vase.*)

CAPITAN.

¡Cielos, cerró la ventana!
Sin flechas quedó el amor,
Y yo he quedado sin alma.

(*Alza el papel.*

¿Qué puede escribir? Sus letras
Son basiliscos que matan;
Que, pues la vista me niega,
En el papel se disfrazan.

(*Lee.*) «No hay paga para la ingra-
»titud como el olvido...»
Para que yo desespere,
Sin disculpas que me valgan.
¿Qué mas pruebas que mi agravio?
Pero, si admiten venganzas
No merecidas injurias,
No esperen á duplicarlas
Con proseguir lo que escribe,
Tan propio de su mudanza. (*Rómpele.*)
Muera yo pues de infeliz,
Pues con ofensas se pagan
Finezas de amor tan puro.

Sale NARANJO, *de soldado.*

NARANJO.

Mande usted tocar al arma;
Que vengo de arremetida,
Y he de llevarme una casa.
¿No conoce lo que viste?
(*Ap.* Él me está mirando á pausas,
Y luego á un papel rompido,
Y despues á la ventana,
Donde yo soy recien huésped.
Aquí hay alguna trapaza,
Por vida de mi conciencia.)
¡Señor!

CAPITAN.

Déjame.

NARANJO.

Si gastas
Humor amante, descubre
Lo que de las señas falta;
Y si ese roto papel
Te ha caido en desgracia,
Por algun desden escrito,
Que voló de esa ventana,
Yo soy de quien vive dentro,
Si puede ser de importancia,
Familiar, sin ser sortija.

CAPITAN.

¿Qué dices?

NARANJO.

Que esta mañana...

CAPITAN.

Prosigue.

NARANJO.

Digo y prosigo
Que entramos por Salamanca
Yo y un Melchor de Acevedo,
Que es el dueño desta casa,
Con una hermana tan prima
En el donaire y las gracias...

CAPITAN.

Detente.

NARANJO.

Ya me detengo.

CAPITAN.

Amigo, en mi amparo hallas
Cuantos favores deseas.

NARANJO.

No trato de mis ventajas
Hasta que servicios mios,
Vidriados en España,
Pasen á la Berberia;
Pero mira lo que mandas
Aquí y en el otro mundo;
Que, si Naranjo se planta,
No hay cólera que no corte,
Porque llueve Dios naranjas.

CAPITAN.

Pues en fe de tu valor,
Y que entras en esta casa,
Te fio mis pensamientos.

NARANJO.

Yo pagaré la fianza.

CAPITAN.

Alza ese papel.

NARANJO.

¿Qué dice?

CAPITAN.

A la primera palabra,
Despechado, le rompí.

NARANJO.

Pues ¿por qué?

CAPITAN.

Porque la ingrata,
Dueño suyo, sin oirme,
Me mató con amenazas.

NARANJO.

Pues ¿no le leyeras todo?

CAPITAN.

¿Qué humano aliento bastara
A proseguir el veneno?

NARANJO.

¿No puede haber la triaca
En la receta postrera?
Junta y prosigue.

CAPITAN.

Me cansas.

NARANJO.

Pues descánsete el ejemplo
De dos piedras, ya que tardas
En juntar dos papelillos,
Porque el uno te amenaza. —
Pleiteaban ciertos curas
De San Miguel y Santa Ana,
Probando el uno y el otro
La antigüedad de su casa;
Y el de San Miguel un dia,
Que acaso se paseaba
Por el corral de su iglesia,
Descubrió mohosa y parda
Una losa y ciertas letras,
Que gastó tiempo en limpiarlas;
Dicen: *Por aquí Selim*...
Partió como un rayo á casa
Del Obispo, y dijo á voces:
«Mi justicia está muy llana,
Ilustrísimo señor;
Esta piedra era la entrada
De alguna cueva, por donde
El moro Selin entraba
Para guardar los despojos
En la pérdida de España.»
Quedó confuso el Obispo;
Pero el cura de Santa Ana,
Que estaba presente, dijo:
«Vamos á ver dónde estaba
Esa piedra tan morisca,
Que tan castellano habla.»
Fuéronse los dos, y entrando
A la misma parte, hallan
Rompida otra media losa,
Y que juntándolas ambas,
Dicen: *Por aquí se limpian*
Las letrinas de esta casa.
Junta ahora los papeles,
Y verás cómo te engañas.

CAPITAN.

Sin fruto sigo tu humor.

NARANJO.

Tarde olvida quien bien ama.

CAPITAN.

(*Lee.*) «No hay paga para la ingra-
»titud como el olvido; mas, como no
»caben venganzas en un rendido cora-
»zon, os suplico tengais piedad de la
»mujer mas infeliz que ha habido en
»el mundo, viniendo á socorrer mis
»ansias con vuestra vista.»
¡Albricias, amor, albricias!—
Tú mi sosiego restauras.

NARANJO.

Vive Dios, que merecias
Estar dos ó tres semanas
En la cueva de Selin.

CAPITAN.

Pues que las dichas me llaman,
No pierdan, por no admitidas,
Lo que merecen gozadas. (*Vase.*)

NARANJO.

Arremetió, como un César,
Con resolucion bizarra;
Vamos á dalle socorro,
Para que rinda la plaza.

(*Vase.*)

Sale DOÑA ISABEL.

DOÑA ISABEL.

Si don Lope vió el papel,
¿Cómo mi riesgo no advierte?
En mí viene á ser ya muerte
Lo que fué tardanza en él.
Si se niega á la verdad
De mis mortales desvelos,
Ya no solicito, cielos,
Su amor, sino su piedad.

Sale EL CAPITAN.

CAPITAN.

Perdonadme, Isabel mia;
Que el no haberos visto ha sido...

DOÑA ISABEL.

La flor perdona el olvido
Al sol en volviendo el dia;
Que, aunque entre sombras se ignora,
Viéndose despues tan bella,
Viene á pensar que no es ella
La que por su ausencia llora;
Y pues la vida en la flor
Dura cuanto vive el dia,
No turbe la sombra fria
Tan caduco resplandor.
Logre la luz que recibe,
Si en ella gozarse quiere;
Que hay mucha sombra en que muere,
Y hay poca luz en que vive.

CAPITAN.

¿Qué sombra ha de haber ingrata
Que causaros pueda enojos,
Siendo al verme vuestros ojos
El rayo que la desata?

DOÑA ISABEL.

Pues mi voz el riesgo os muestra,
No sea mi esperanza vana.

CAPITAN.

Vuestro soy.

DOÑA ISABEL.

Pues yo mañana
Quizá no podré ser vuestra.
Hoy llegó mi hermano, y tengo
De vida el plazo de hoy,
Y tan sin remedio estoy,
Que muero si lo prevengo.
La antorcha, que el humo advierte,
Luto de la luz respira,
Que cuando acaba y se mira,
Luce su vida en su muerte.
La fuente el cristal perdiendo
Que anhela á subir, mirando
Que la despeña bajando
El que la anima subiendo,
Una y otra se introduce
En mi amor con tanto extremo,
Que sube el cristal que temo,
Y temo el ardor que luce.

CAPITAN.

Pues mi amor ha de advertir
Que imposibles pudo hallar;
El cristal no ha de bajar
Ni la luz ha de morir.

DOÑA ISABEL.

Pues dispongamos el modo.

Salen á la puerta NARANJO *y* BEATRIZ.

NARANJO.

Si se acomoda tu ama,
Dale una higa á tu fama.

BEATRIZ.

Digo que ya me acomodo.

NARANJO.

Pues escucha, Beatricilla;
Que, aunque tu amor nada ignora,
Pretendo que tu señora
Te repase la cartilla.

BEATRIZ.

Ya escucho para aprender
La leccion que he de estudiar.

CAPITAN.

Peligro hay en aguardar.

DOÑA ISABEL.

Pues esta noche ha de ser;
Que aunque se pinte mi hermano
Argos de su honor y el mio,
En otra llave me fio,
Mas que en el silencio vano;
Yo saldré.

NARANJO.

Nuño ha salido
Tambien, mi seo Capitan;
Si no he comido su pan,
Me comeré su vestido;
Y así, le debo asistir
En el peligro mayor;
Yo escuché entero su amor,
Y estriba solo en partir;
Y mas esta noche, pues
Noche de San Juan bendito.
Que hay bulla para un delito,
Sin presumir que lo es;
Mas, por si alguien se desvela
En viéndonos ir en tropa,
Tú el Júpiter desta Europa,
Yo el Caco desta mozuela,
Es bien que las esperemos
Donde seguras estén.

CAPITAN.

Naranjo ha dicho muy bien;
Sea en los verdes extremos
De Pisuerga, que retrata
Los álamos de su orilla,
Que besándola se humilla,
Peinándola se dilata.

NARANJO.

Allí entre coros distintos,
La granuja del lugar
Sale esta noche á formar
Bodegas y laberintos.

DOÑA ISABEL.

Entre mi pena y mi amor,
¿Cómo os he de conocer?

NARANJO.

Cantando yo, que he de ser
Un barbado ruiseñor.

DOÑA ISABEL.

Si veniste con mi hermano,
Mas fe me debes guardar,
Porque te sabré premiar.

NARANJO.

Este premio es el que gano.

DOÑA ISABEL.

¿Queda así, don Lope?

CAPITAN.

Así
Me premie el amor.

Sale MELCHOR.

MELCHOR.

¿Qué es esto,
Airados cielos?

DOÑA ISABEL.

¡Qué presto
Mis esperanzas perdí! (*Vase.*)

NARANJO.

Lo dicho dicho, aunque truene
Y se hielen los naranjos. (*Vase.*)

MELCHOR.

¿Cómo se atreve á mi casa
Ni el mismo sol?

CAPITAN.

Sosegáos,
Si aguardais satisfaccion.

MELCHOR.

Ni la pido ni la aguardo,
Cuando evidencias publican
Delitos contra el recato,
Contra el honor y el decoro
Destas paredes, que tanto
Los escrúpulos ignoran
De agravios imaginados.

CAPITAN.

Pues tan resuelto os negais
Á la disculpa, y tan vano,
Que de apariencias mentidas
Cuerdo formais el engaño,
Decid lo que pretendeis;
Que os veo sin armas, si acaso
Estragais la cortesía.

MELCHOR.

Aquí no puedo mostraros
Que sabré estorbar intentos
Y podré impedir los pasos;
Porque voces descompuestas,
Tocando al honor sagrado,
Por mas que blasone limpio,
Basta su aliento á mancharlos;
Y así, pues sois caballero,
Pues os preciais de soldado,
Os pido que señaleis,
Pues en la sangre os igualo,
El lugar donde yo pueda
Satisfacerme.

CAPITAN.

En el campo.

MELCHOR.

Yo os lo estimo y agradezco.
(*Ap.* ¡Oh vil mujer! Tú has dejado,
Con el papel que escribiste,
Tan manifiesto el agravio,
Que aun no mereces las dudas
De llegar á sospecharlo.)

CAPITAN.

¿Dónde quereis que os espere?

MELCHOR.

Señalad vos sitio y plazo.

CAPITAN.

(*Ap.* ¿Qué haré, si Isabel me aguarda,
Y hay lances tan apretados
De amor y honor? El remedio
Es prevenirlos entrambos
A un mismo tiempo.) Pues veo
Que de escrúpulos tan vanos
Teneis recelo, y del viento
No os atreveis á fiaros,
Sea en la parte mas oculta
Donde sus márgenes pardos
Baña con silencio el rio.

MELCHOR.

El valor acreditaron
La soledad y las sombras.

CAPITAN.

Ya se vienen despeñando.

MELCHOR.

Yo con mi ofensa las busco.

CAPITAN.

Yo con mi razon las llamo.

MELCHOR.

Siglo es el menor instante.

CAPITAN. (*Ap.*)

Y eterno el menor espacio
Para el fuego que me anima.

MELCHOR.

Yo os espero.

CAPITAN.

Y yo os aguardo. (*Vase.*)

Sale BEATRIZ.

MELCHOR.

¿Beatriz?

BEATRIZ.

Señor, ¿qué me mandas?

MELCHOR.

¿Quién te estaba ahora hablando?

BEATRIZ.

Un criado de tu padre,
Que de Madrid ha llegado
Ahora.

MELCHOR.

¿Es García?

BEATRIZ.

Sí.

MELCHOR.

Di que aguarde.

BEATRIZ.

Voy volando. (*Vase.*)

MELCHOR.

¡Que forme mi propia vista
Dos opuestos tan contrarios,
Libertad en su clausura,
Y delito en su recato!
Pierdo el sentido; mas bien
Los indicios confirmaron
La culpa; tomar don Lope
Posada en la calle, acaso
Pudo ser, pero ¿no pudo
Haber sin intento entrado
En mi casa, si el papel
Oculto pudo llamarlo?

Está DOÑA ISABEL *á la puerta.*

DOÑA ISABEL.

Despida el alma el temor;
Que á deseos obstinados
Las amenazas sirvieron
De espuelas para animarlos.

MELCHOR.

Mientras prevengo el remedio,
Mis intentos le disfrazo
Para asegurar su pecho;
Pero soy tan desdichado,
Que, dejando el riesgo en casa,
Voy fuera della á buscarlo. (*Vase.*)

DOÑA ISABEL.

¡Oh sombras del sol ausente!
Mas que á la luz de sus rayos,
Debe mi amor al silencio,
Con que bajais coronando
Cuantos horizontes miden
Vuestros oscuros espacios.

Sale BEATRIZ, *con una luz.*

BEATRIZ.

¿Señora?

DOÑA ISABEL.

Beatriz, ¿qué dices?

BEATRIZ.

Que salió fuera tu hermano.

DOÑA ISABEL.

¿Y fué el criado con él?

BEATRIZ.

Luego salió.

DOÑA ISABEL.

Pues llegaron
Mis buenas dichas.

BEATRIZ.

Espera,
Que está en lo que falta el daño;
Porque me pidió la llave
De tu cuarto.

DOÑA ISABEL.

¡Intento vano!
¿Cerró por defuera?

BEATRIZ.

Sí.

DOÑA ISABEL.

Con esto irá descuidado
De que otra llave será
Quien rompa los duros lazos
De obediencias mal sufridas
Y respetos mal guardados.
Disfrazadas hemos de ir,
Para que quede burlado
El mas atento peligro,
Aunque nos siga los pasos;
Pero ¿qué atenciones miro,
Cuando libre imperio alcanzo?
Estrella dichosa sigo,
Y el bien que me ofrece aguardo.
(*Vanse.*)

—

Decoracion de campo.

Dentro ruido de sonajas y guitarras, y salen DOS HOMBRES *y* DOS MUJERES *con mantellinas.*

HOMBRE 2.°

Aquí está bueno.

HOMBRE 1.°

Pues vaya
De música á toda broza.

HOMBRE 2.°

Muy bien ha dicho esa moza;
Que lo merece la playa.

HOMBRE 1.°

Gente se acerca.

HOMBRE 2.°

Escuchad.

Salen por otra parte EL SARGENTO Y NARANJO, *con capas.*

SARGENTO.

¿Dónde me traes?

NARANJO.

¡Qué porfía!
Gobierno la compañía,
Pero no la soledad;
El Capitan me mandó
Que le espere donde estamos;
Tráigole porque aguardamos
Brava ropa.

SARGENTO.

Aquí estoy yo.

NARANJO.

Dos fardos son, y si veo
Que don Lope el suyo empieza,
De Holanda tiene una pieza
En tocando yo el angeo.

SARGENTO.

Pues yo me siento.

HOMBRE 1.°

Va un tono
Entre pandero y sonaja.

NARANJO.

Allí suena gente baja;
Si canta, no la perdono,
Porque mi seña ha de ser.

HOMBRE 1.°

Cante Alonso un tono grave.

NARANJO.

No cante si no lo sabe.

HOMBRE 1.°

¿Quién le mete en responder
Al pollo crudo?

NARANJO.

Podré,
Porque es noche de San Juan,
Y tú el que inventó el refran
«Desta agua no beberé».

HOMBRE 1.°

¿Ah, seo estropajo?

NARANJO.

¿Ah, fregona?

HOMBRE 1.°

¿Ah, seo mosto?

HOMBRE 2.°

Esa es la uva.

HOMBRE 1.°

Sahagun.

NARANJO.

Esa es la cuba.

HOMBRE 1.°

Tetuan.

NARANJO.

Esa es la mona.
(*Canta el músico.*)

HOMBRE 1.°

Ensílleme el potro rucio.

NARANJO.

El verdugo tiene otro.

HOMBRE 1.°

Suba el puerco en ese potro.

NARANJO.

¿Por qué no habla limpio el sucio?

HOMBRE 1.°

Si voy á tí...

NARANJO.

No lo creas.

HOMBRE 1.°

Déjame cantar.

NARANJO.

No quiero;
Que canto yo.

HOMBRE 1.°

Como un cuero.

NARANJO.

De tí salen las correas.

HOMBRE 1.°

Pues ¿qué has de cantar, chicharra?

NARANJO.

En jácara la prision
De un estudiante gorron.

HOMBRE 1.°

No te ha de faltar guitarra;
Que tienes buen gusto.

HOMBRE 2.°

Vamos
A ver si sabe cantar.

NARANJO.

Veréis cómo hago temblar
Playas, cristales y ramos.
(*Vanse donde está Naranjo, y danle la guitarra, y canta.*)
A la ciudad de la cárcel,
Donde hay tiniebla comun,
Que aunque entra la luz del cielo,
No tiene del cielo luz,
Trajeron mi noble cuerpo,
No en sepulcro ni ataud,
Como en espacioso entierro,
Porque vine en un Jesus;
Pidiéronme la patente...

HOMBRE 1.°

¿Quién la pidió?

NARANJO.

Calla tú.

HOMBRE 1.°

Pues ¿qué respondiste?

NARANJO.

«Hidalgos,
Quisiera venir de Ormuz
Para que en perlas preciosas
Pagara mi esclavitud.»
Calé mi horma de azúcar,
Pensando á lo de Dragut,
Asomar el almadraba,
Mas convertíme en atun;
Pero apenas me pescaron,
Cuando, por huir del flux,
Resbalé en una secreta,
¡Miren en qué plenitud!

Hasta el cañon de la barba
Sentí el mohino betun;
Que á subir mas, no se oyeran
Las voces de mi laud;
Llegaron todos á verme,
Como si fuera avestruz,
Pero en llegando á la orilla
Pasaban diciendo puf.

HOMBRE 1.°

Esa historia mas parece
Que la has cantado en Esgueva.

NARANJO.

Para que tú la limpiaras
La canté donde la oyeras.

Salen con sereneros DOÑA ISABEL *y* BEATRIZ.

DOÑA ISABEL.

Lleguemos; que allí cantaron.

BEATRIZ.

Y parece nuestra seña.

HOMBRE 1.°

Mal puerto es este; corramos
Otro poco la ribera.

(*Vanse.*)

NARANJO.

Tan ligeras galeotas
No se volverán sin presa.

DOÑA ISABEL.

Llega, Beatriz.

BEATRIZ.

¿Es Naranjo?

NARANJO.

¿Posible es que no me huelas?
¿Y tu señora?

BEATRIZ.

Aquí está.

NARANJO.

Pues toda la rosca fuera;
Que ya hay Santelmo en la gavia
Y van en popa las velas.

Sale EL CAPITAN, *con capa.*

CAPITAN.

Hácia allí escucho la voz.

DOÑA ISABEL.

Mucho tarda.

NARANJO.

Quien espera
Se queja contando siglos,
Y son minutos las quejas.

Sale MELCHOR, *con espada y broquel,* Y GARCÍA.

MELCHOR.

Necio, si te dejo en casa,
¿Con qué intencion te desvelas
En seguirme?

GARCÍA.

Por si acaso
Servirte, Señor, pudiera,
Como hay ocasiones tantas
Esta noche.

MELCHOR.

No se arriesgan
Los que se precian de cuerdos;
Véte luego.

GARCÍA.

Que obedezca
Es justo. (*Ap.* No he de dejarle
Un punto, por si le empeña
Alguna ocasion.) (*Vase.*)

SARGENTO.

Yo iré
A buscarle.

DOÑA ISABEL.

Haréis que os deba
Cuanta dicha espera el alma.

SARGENTO.

En mí viene á ser ya deuda. (*Vase.*)

CAPITAN.

Veré si entre aquellas sombras
Luce la luz que me niegan.

MELCHOR.

Quiero ver si á aquella parte
Está quien mi agravio intenta.

CAPITAN.

¿Quién está aquí?

NARANJO.

Quien te aguarda;
Aquí está tu amada prenda.

CAPITAN.

Isabel, cierta es mi dicha.

DOÑA ISABEL.

Don Lope, ya desespera
Tu tardanza el sufrimiento.

MELCHOR.

¿Si acaso el sentido sueña?
No; que Isabel y don Lope
Sus voces me representan;
Pero ¿cómo puede ser
Cuando una llave la encierra?
Pero cosas tan posibles
¿Por qué el discurso las niega,
Si el oido lo averigua
Y el agravio lo confiesa?
Mas apuremos la duda.

DOÑA ISABEL.

Pues conoceis cuánto arriesga
Mi honor por vos...

CAPITAN.

Mucho os debo.

DOÑA ISABEL.

Porque vuestro amor no pierda
Los quilates de tan firme
Acrisolado á finezas,
Y puedan lograrse á un tiempo
Mis venturas en la vuestra,
Es bien que los breves dias,
Mientras la gente se apresta
Que habeis de llevar, que yo
Esté donde el sol no pueda
Descubrirme, aunque mi hermano
Martirice el aire á quejas,
Consulte al honor venganzas
Y libre su injuria en piedras.

MELCHOR. (*Ap.*)

Saldrán sus intentos vanos,
Como mis venganzas ciertas.

CAPITAN.

Segura estaréis adonde
La imaginacion se pierda,
Aunque discursos mendiguen
El indicio y la sospecha.

DOÑA ISABEL.

Vamos pues.

CAPITAN.

Importa hablar
A un hombre, que ya me espera
Sin duda entre aquellos olmos.

MELCHOR.

Donde está viva la afrenta,
Es el lugar mas oculto.

(*Sacan las espadas.*)

CAPITAN.

Pagasteis mi diligencia.

DOÑA ISABEL.

Mi hermano es este (¡ay de mí!).

NARANJO.

Beatricilla, esta es la muestra;
Apela á las herraduras,
Que yo uso de las soletas.

(*Vanse.*)

DOÑA ISABEL.

¡Bastaba un peligro, cielos,
Para que imitar pudiera
Las raices destos troncos!
Mármol el temor me deja.

MELCHOR.

¡Bravo aliento, vive Dios!

CAPITAN.

¡Qué bien por su honor pelea!

(*Riñen.*)

Sale GARCÍA.

GARCÍA.

Señor, á tu lado estoy.

MELCHOR.

¡Ah villano! no te atrevas
A ponerme en ocasion
Tan infame, con sospechas
De una ventaja alevosa.
Junto á ese tronco me espera,
Que te he menester al punto
Que me vengue desta afrenta.

GARCÍA.

La ventaja de los dos
Para un hombre fuera ofensa. (*Vase.*)

CAPITAN. (*Ap.*)

Por el riesgo de su hermana,
Si entre las sombras la encuentra,
Procuro apartallo adonde
Menor su peligro sea.

MELCHOR.

Poco valor es el mio,
Viendo tan clara mi afrenta.

(*Métense riñendo, y dicen.*)

HOMBRE 1.°

La justicia, la justicia.

DOÑA ISABEL.

Si tantos riesgos me cercan,
¿Qué aguardo, siendo el mayor
El que mi temor desvela?
¿Es don Lope?

Al tiempo que se quiere entrar doña Isabel, sale por la misma parte MELCHOR, *y cógela del brazo.*

MELCHOR.

Esta es la causa
De mi agravio, aunque le templa
La dicha de haberla hallado.

DOÑA ISABEL.

Ya no hay remedio á mis penas.

Sale por otra parte EL CAPITAN.

CAPITAN.

El bien que á las sombras debo,
Ellas mismas me le niegan;
¿Adónde estará Isabel,
Para que libralla pueda?

MELCHOR.

Mi criado es este, bien supo
Granjearme su obediencia.—
García, aquesta mujer,
Ya que tu valor se arriesga,
Has de llevar á mi casa.

(*Entrégasela al Capitan.*)

CAPITAN.

¿Quién ha de haber que se atreva,
Si la llevo yo? El engaño
Me dió lo que no pudiera
El valor.

MELCHOR.

A mi enemigo
Volveré á buscar.

CAPITAN.

No temas,
Señora; don Lope soy.

DOÑA ISABEL.

Porque milagros merezca
Mi amor.

MELCHOR.

Del mayor peligro
Libré el honor, aunque pierda
En el segundo la vida.

CAPITAN.

La noche el amparo sea
De tan dichosa fortuna,
Para dar luego la vuelta,
Pues amor y honor me obligan.

DOÑA ISABEL.

Felizmente nos empeña.

MELCHOR.

Honra del que nace noble,
¡Qué de peligros me cuestas!

DOÑA ISABEL.

Amor despeñado, en vano
Te culpan y te aconsejan.
(*Vanse cada uno por su puerta.*)

JORNADA SEGUNDA.

Tocan á rebato, y salen DOÑA ISABEL, *con capotillo y sombrero de camino.*

DOÑA ISABEL.

¡Oh noche oscura, imágen de mi suerte!
¿Donde entre las zozobras de mi muer- [te,
Sola, triste y perdida me conduces?
Cuando al alba el socorro la desluces,
El empinado monte aun no divisa,
Dando mi llanto veces á su risa;
Perdida voy, sin senda ni camino,
Al arbitrio cruel de mi destino; [gaña!
¡Oh cómo el pensamiento siempre en-
Dejé mi patria amada, dejé á España,
Y de mi amor siguiendo la osadía,
Con don Lope há que vivo yo en Bujía
Tanto tiempo, ó á mí me lo parece,
Segun mi estrella las desdichas crece,
Que de padres y hermanos no me acuer- [do,
Cuando amparo y honor en ellos pierdo;
Y por un hombre, que le llamo esposo
Por honestar horror tan afrentoso,
Que el voto que hice á Dios de religiosa
Me lo impide con fuerza poderosa;
Y él engañoso, cuando no lo hiciera,
Ni trato ni palabra me cumpliera.
En odio va trocando mi deseo
La fealdad del delito en que me veo;
Mas ¿qué importa ¡tirano, ay! como im- [pida
Este afrentoso modo de mi vida?
Dejada vivo del favor del cielo,
Evidencia es precisa, no recelo;
Pues saliendo á esta quinta de Bujía
Ayer á divertir la pena mia,
Al volver esta noche, hallamos antes
Cubierto todo el campo de turbantes,
De una armada que el turco ha condu- [cido:
Entra el presidio, al riesgo inadvertido,
Y al huir su violencia, apresurados,
Perdió don Lope á todos los criados.
¿Qué haré? que si enmudezco, no los [sigo,
Y si doy voces, llamo al enemigo;
Mas ¿cómo me han de hallar, sin saber [dónde?—
¿Beatriz, don Lope?—Nadie me respon- [de.—
¿Señor, mi esposo?— Mas mi labio [miente;
¿Qué haré?— Esconderme entre esos [montes broncos,
Sepultaré mi vida entre sus troncos;
Por aquí... mas ¡ay Dios! senda no sigo
Que al paso no me siga el enemigo.
(*Tocan á rebato, y retírase doña Isabel.*)

Sale NARANJO, *asustado.*

NARANJO.

¡Gran mal! Como cien mil toros,
Cien mil moros flechas llueven;
Cien mil demonios le lleven
Al alma que inventó moros.
Con la noche han parecido
Sin duda aquí por encanto;
Mas, Señor, ¿de dónde tanto
Moro nocturno ha venido?
De miedo, sin alma salgo;
¿Que aquí no haya quién celebre
Que viniese yo á ser liebre
A tierra de tanto galgo?
Yo me voy de cerro en cerro;
Mas, si me pescan el hato,
Virgen, ¿qué hará un pobre gato
Cercado de tanto perro?
Pues cuáles son no lo ignoro,
Porque viéndolos estuve;
Turbante hay como una nube,
Miren cómo será el moro;
Miedo mio, ¿dónde estoy?
Guia, pues delante vas,
Porque, si no es hácia atrás,
Yo no sé dónde me voy;
Cuantos piso, moros son;
Aqueste sí que andar es
De ceca en meca. ¡Ay mis piés!
Topé con el zancarron. (*Tropieza.*)

DOÑA ISABEL.

Cielos, mi muerte sospecho,
Gente llegar siento aquí.

NARANJO.

Jesus, ¡qué bulto!

DOÑA ISABEL.

¡Ay de mí!

NARANJO.

Este es moro hecho y derecho.

DOÑA ISABEL.

¿Quién es?

NARANJO.

Un pobre gallego,
Que, aunque de cristiano lloro,
De veros, si es que sois moro,
Me desbautizaré luego.

DOÑA ISABEL.

¡Ay cielos! ¿eres cristiano?

NARANJO.

Sí soy, pero no me mate;
Porque perderá el rescate
De un duque napolitano.

DOÑA ISABEL.

¿Qué dices?

NARANJO.

Merced me haced;
Que aunque Italia, si por Dios,
Me dé excelencia, de vos
No quiero sino es merced.

DOÑA ISABEL.

Cielos, ya menos esquivo
Esta dicha os debo á vos.—
¿No es Naranjo?

NARANJO.

Voto á Dios,
Que si no hablas, te cautivo.

DOÑA ISABEL.

¿Y don Lope?

NARANJO.

Mi ansia es esa,
Porque todos los perdí
Por perderme mas á mí;
Solo por Beatriz me pesa,
Que se quedó entre esos cerros;
Y ella es tal, que he imaginado,
Si los moros la han topado,
Que ahora se está dando á perros.

DOÑA ISABEL.

¿Qué hemos de hacer?

NARANJO.

¿Corres bien?

DOÑA ISABEL.

¿Por qué?

NARANJO.

Para que arranquemos
De carrera, y no paremos
Desde aquí á Jerusalen.

DOÑA ISABEL.

Tente; que el recelo teme,
O es tropel de gente (¡ay triste!).

NARANJO.

¿Tropel? Tú que tal dijiste;
De muerte soy, desahucieme.

Sale BEATRIZ, *y topa con Naranjo.*

BEATRIZ.

Muriendo voy de congojas;
¿Adónde me iré?

NARANJO.

¿Tú enojos?

BEATRIZ.

¿Es Naranjo de mis ojos?

NARANJO.

Sí, naranja de mis hojas.

BEATRIZ.

Perdidos somos.

DOÑA ISABEL.

¿Qué dices?

BEATRIZ.

Que de Bujía, Señora,
Saliste ayer en mal hora,
Pues somos tan infelices,
Que á don Lope un escuadron
De moros allí han cercado,
Y ya á Bujía han tomado,
Segun es su aclamacion;
Escucha sus voces ya,
Que se acercan tras la mia.

VOCES. (*Dentro.*)

Por el Gran Señor Bujía;
Vitoria, vitoria, Alá.

NARANJO.

¿Tú estás libre?

BEATRIZ.

Menguado,
¿No me ves?

NARANJO.

Aun no creia
Que hayan tomado á Bujía,
Y á ti no te hayan tomado.

DOÑA ISABEL.

El cielo mi obstinacion

astiga sin duda aquí;
ue de mi padre (¡ay de mí!)
e alcanza la maldicion,
aquí nuestra muerte viene.
Suena ruido dentro de cuchilladas.)

Sale EL CAPITAN DON LOPE.

CAPITAN.

ibrarnos es imposible.

DOÑA ISABEL.

'on Lope es, ¡pena terrible!

NARANJO.

'írgen, ¡qué mala voz tiene!
Ay don Lope desdichado!
'ras él va la turba impía;
Cómo han ganado á Bujía,
lechos perros de ganado!

DOÑA ISABEL.

'é tú á ayudarle.

NARANJO.

¿Yo ayuda?
}ue se la dé un boticario.

DOÑA ISABEL.

ıcude á tanto contrario.

NARANJO.

ı su agüela que le acuda.

BEATRIZ.

No le has de favorecer?
iaca la espada.

NARANJO.

Es cansar;
Para qué la he de sacar,
i yo no la he de meter?

BEATRIZ.

'illano, cobarde, calla;
En ti este amparo tenemos?

NARANJO.

ieñora, no nos cansemos;
}ue no he de entrar en batalla.

DOÑA ISABEL.

'ues ¿qué harémos?

NARANJO.

Entregarnós;
}ue si se traba pendencia,
.uego por la resistencia
ı galeras han de echarnos,

DOÑA ISABEL.

'a se acercan.

NARANJO.

¡Fuego!

BEATRIZ.

Espera.

NARANJO.

Ii puesto es la retaguarda;
Iagan ustedes mas guarda,
'ues llevan la delantera.

DOÑA ISABEL.

Cielos, ¿qué haré en tal conflicto?
}ue en culpas tan declaradas,
.as plantas siento gravadas,
' el peso de mi delito;
)e un mármol es mi tibieza.
Oh fortuna cautelosa!
Cómo es tan pesada cosa,
}ue la obró mi ligereza?
Cuando á inmóvil me condenas,
'o hay donde ir, sino á perderme;
}ue apenas puedo moverme,
' si me muevo, es á penas;
Rendida yo á mi temor,
Soy mi mayor enemigo;
Que es la mitad del castigo
Reconocer el error;
'egun vano es mi desvelo,
Cuando mi riesgo aseguro,
Parece que huir procuro
Con el intento del cielo.—
¿Beatriz?

BEATRIZ.

¿Qué dices, Señora?

DOÑA ISABEL.

Presto á seguirme disponte,
Escóndanos deste monte
La inculta maleza ahora. (*Vase.*)

BEATRIZ.

Vén, Naranjo.

NARANJO.

Es degollarme.

BEATRIZ.

Pues no vienes, ¿dónde has de ir?

NARANJO.

Yo no estoy para venir,
Porque no puedo menearme.

BEATRIZ.

¿A esta ocasion tienes miedo?
Haz corazon, y Santiago.

NARANJO.

Ya yo de las tripas hago,
Pero corazon no puedo.

BEATRIZ.

Si es que mi amor te obligó,
Vén á defenderme aquí.

NARANJO.

Vén tú á defenderme á mí;
Que mas lo he menester yo.

BEATRIZ.

Sácame deste conflito,
Aunque te mueras de miedo,
Si eres hombre.

NARANJO.

Pues no puedo,
Porque soy hermoflodito.

BEATRIZ.

¡Que así me pagues!

NARANJO.

Hermana,
¿Quiéres que te libre?

BEATRIZ.

Sí.

NARANJO.

Pues deja enterrarte aquí;
Vendré á sacarte mañana.

BEATRIZ.

Llévame, por Dios, á parte
Que no me halle ni me esconda.

NARANJO.

Yo te enterraré bien honda,
Porque no puedan hallarte;
Mas ellos, Beatriz, por Dios,
Los dejes dar sobre tí
Mientras yo me escondo aquí.

BEATRIZ.

Espera, vamos los dos.
(*Escóndense donde no los vea la gente.*)

Sale ZULEMA, *moro.*

ZULEMA.

Alá nuestra dicha traza,
Pues se ha rendido Bujía
Al amanecer el dia.

NARANJO.

¡Ay Beatriz! Moro en la plaza.

ZULEMA.

Gente habló aquí; si es rendida,
Es mia; ¿dónde estará?

NARANJO.

Aquí no hay nadie; hácia allá
Hay mucha gente escondida.

ZULEMA.

¿Dónde hablaron? Mas Ceilan
Viene peleando animoso,
Y un soldado valeroso
Acude á su capitan.

Sale CEILAN *y* OTROS MOROS, *acuchillando al* CAPITAN *y al* SARGENTO.

CEILAN.

¿Qué intentais, bárbara gente,
Contra tan ciertos peligros?

CAPITAN.

Solo porque me mateis
Os provoco, aunque rendido.

SARGENTO.

Ya es resistirnos en vano.

CAPITAN.

Antes morir solicito,
Pues he perdido á Isabel.
Matadme; pero ya el brío
Tenerme en pié es imposible,
Causado, infeliz y herido.

CEILAN.

No le ofendais, deteneós;
Que en mi nobleza es indigno
Dar á un rendido la muerte.

NARANJO.

¡Ay Beatriz! ya están cautivos;
Como un azafran se ha puesto
El Sargento, de amarillo.

BEATRIZ.

Calla tú; que estoy rezando.

CAPITAN.

Si estos son hados precisos,
¿Qué importa mi resistencia?
Ya en mí te da, moro invicto,
Un esclavo la fortuna.
A tus piés mi acero rindo,
En sangre africana pago,
Y no con ella te irrito;
Que aunque el daño de los suyos
Sienta un pecho bien nacido,
Entre soldados valientes,
Aun á costa de sí mismos,
Es estimado el valor
De los propios enemigos.

CEILAN.

Bien tu nobleza se infiere
Del modo con que te rindo.

VOCES. (*Dentro.*)

Seguidla todos.

DOÑA ISABEL. (*Dentro.*)

¡Don Lope!

CEILAN.

¿Qué es eso?

ZULEMA.

Al propio peligro
Viene huyendo una cristiana
De nuestros soldados mismos.

CAPITAN.

Cielos, Isabel es esta,
¡Y ya la espada he rendido,
A pesar de la fortuna!

CEILAN.

A una mujer es delito;
Nadie la ofenda, soldados.

Al salir DOÑA ISABEL, *tópa con Ceilan al paño, y abrázase con él.*

DOÑA ISABEL.

Socórreme, esposo mio,

CEILAN.
Sí haré, aunque tu nombre ignoro.
DOÑA ISABEL.
¡Válgame el cielo! ¿qué miro?
¿Yo la libertad perdida?
Don Lope (¡ay triste!) rendido,
¿Y á un moro nombre de esposo
Abrazo? ¡qué triste indicio!
Mas quien despreció obstinada
Al que yo tuve elegido,
Por seguir la ligereza
De mi inconstante albedrío,
Bien merece en su lugar
A un infiel; que así ha querido
Ponerme el cielo á los ojos
Lo grave de mi delito,
Pues dándome el que merezco
En desprecio del que elijo,
A vista del mal que he hallado,
Me dice el bien que he perdido.
CEILAN.
No vi mujer tan bizarra.—
Di quién eres; que tu brio,
Aunque de tu pena ajado,
De tu nobleza es indicio.
CAPITAN. (*Ap.*)
Echó mi fortuna el resto.
DOÑA ISABEL.
Si esto del cielo es castigo,
¿Qué me detengo? qué espero?
Qué aguardo ya, que no rindo
La libertad y la vida
A este cautiverio esquivo?
Fuera adorno; que ya es tiempo
De ultrajes, y no de aliños;
Una esclava vuestra soy,
Que de mi infeliz destino
Solo estas señas infiero;
Y aunque otras puedo deciros,
No las querais saber ya;
Que en el estado que miro,
Si no enmiendo lo que soy,
¿De qué sirve lo que he sido?
CEILAN.
Si de mí tienes noticia,
Tu temor desacredito,
Pues hallas en mi nobleza
Amparo mas que dominio.
Del bajá Ceilan el nombre
Saben los remotos indios;
Di quién eres, y asegura
Con mi valor tu peligro.
DOÑA ISABEL.
Tras ser tu esclava, no tengo
Que darte de mí otro indicio,
Que una humilde mujer soy,
Que en un derrotado pino
Del riesgo del mar airado
Sale á riesgo mas preciso.
Sola en ese bosque estaba;
Que en mi pena no he tenido
Mas amparo que esos troncos,
Mas albergue que esos riscos.
No es mi calidad mas que esta,
Aunque es el ultraje mio;
Calla su afrenta mi pecho;
Porque si quien soy testigo,
Es fuerza decir mi infamia,
Y es mas odioso delito
Decirla que cometerla,
Pues entonces sin sentido
La emprendió la ceguedad,
Y la refiere el aviso.
CAPITAN. (*Ap.*)
El corazon me ha pasado,
Negándome, aunque es preciso.
CEILAN.
Pues ¿á quién llamaste esposo,
Si nadie estaba contigo?
DOÑA ISABEL.
(*Ap.* Disfrazar importa el yerro
De mi labio inadvertido.)
Las religiosas cristianas,
No ignoras que sin delito
Llaman esposo á su Dios;
Y como yo mi albedrío
Con voto me obligué á serlo,
Valiéndome deste alivio,
Le invocaba en mi congoja.
¡Oh violencia del destino!
¡Cómo en esto se conoce
Que el cielo así mi castigo
Con providencia dispone,
Pues en el suceso mismo,
Con la alusion del discurso
A ser forzoso ha venido,
Pare disfrazar mi error,
Que confiese mi delito!
CEILAN.
¡Bella mujer, por Alá!
Cuando hoy no hubiera tenido
La victoria de Bujía,
Que há tanto que solicito
Con asaltos y interpresas,
Esta hermosura que admito
Bastara para corona
Del triunfo que me apercibo.—
Toquen á marchar al punto:
Que pues ya el sol á estos riscos
Corona de oro les ciñe,
Yo ahora, por deslucirlos,
Con esta estrella, en Bujía
Triunfante entrar determino.
ZULEMA.
Toca á marchar á Bujía.
NARANJO. (*Ap.*)
Beatriz, que no nos han visto.
Juro á Dios, que están borrachos.
BEATRIZ.
¡Que se los llevan, Dios mio!—
¡Señor, dejen á mi ama,
Por amor de Jesucristo!
CEILAN.
¿Qué es aquesto?
ZULEMA.
Una cristiana.
CEILAN.
Traedla tambien.
ZULEMA.
En un brinco;
Que es mia la presa.
NARANJO.
¡Ay Dios!
Presa el perro en Beatriz hizo.—
Ciégale tú, san Anton.
ZULEMA.
Venga, pues dichosa ha sido.
BEATRIZ.
¡Ay, desdichada de mí!
¿Quién diablos hablar me hizo?
NARANJO.
Pues por eso he hecho bien;
Que he estado aquí callandito.
ZULEMA.
Otro cristiano está allí.
CEILAN.
Prendedle pues.
NARANJO.
¡San Cirilo!
ZULEMA.
Salga.
NARANJO.
Déjenme, señores;
Por la Virgen se lo pido,
ZULEMA.
¿Qué es dejar? Venga.
NARANJO.
No quiero.
ZULEMA.
¿Cómo no?
NARANJO.
Como lo digo.
CEILAN.
Matadle si se resiste.
NARANJO.
No hagan tal; que ya me rindo.
Señor moro mayor, cierto
Que usté, salvo esos morillos,
Tiene un modo que cautiva.
Mas ¿por qué á mí me han prendido?
CEILAN.
Buena duda.
NARANJO.
Si soy turco,
Claro es que es buena.
CEILAN.
¿Qué has dicho?
¿Tú eres turco?
NARANJO.
Sí, Señor.
CAPITAN.
Traidor, villano, atrevido,
¿De miedo niegas la fe?
NARANJO.
Torco estar, é hablar torquilo,
E comer é beber sempre
Pasilias é datesilios,
Sangullo, alcuzcuz, corcules,
Hambacocha, melhormigo,
El gelip, el tut, el gen,
E soy torco, juro á Cristo.
CEILAN.
Pues ¿cómo aquí entre cristianos
Te hallo con ese vestido?
NARANJO.
Este es disfraz para entrar
En España sin peligro.
CEILAN.
¿A España? ¿A qué?
NARANJO.
A predicar.
CEILAN.
Pues ¿qué predicas?
NARANJO.
Predico
La gran geta de Mahoma,
Y convertí á los principios
Cien cristianos.
CEILAN.
¿Qué se hicieron?
NARANJO.
Como estaban convertidos,
Todos se metieron frailes.
CEILAN.
¿Frailes moros? No lo he visto.
NARANJO.
Yo fundé un convento dellos.
CEILAN.
Pues si en Turquía has nacido,
¿En qué parte fué?
NARANJO.
En Madrid.
CEILAN.
¿En Madrid?
NARANJO.
Sí, á San Francisco,
Que es la Morería vieja.
CEILAN.
¿Y cómo es tu nombre?

NARANJO.
El mio
Es Belerbey Naranjo.
Pero, si no me has creido,
Pregúntame de la geta;
Verás, en turco y morisco,
Si no la sé como el Credo.

CEILAN.
Ya lo que eres no averiguo;
Basta confesar mi ley;
Cuidarás de mis cautivos,
En premio de confesarla.

BEATRIZ.
¡Cielos, que me haya tenido
Engañada este perrazo!

NARANJO.
Señor, miedo es cuanto he dicho;
Sacadme presto de moro,
Aunque sea para indio.

CEILAN.
Un sol llevo en la cristiana.—
Vamos, tomad el camino,
Y empiece la aclamacion,
Pues ya va el triunfo conmigo.

CAPITAN.
Vamos á morir, desdichas.

DOÑA ISABEL.
Vamos á llorar, delitos.

CAPITAN.
Padezca el que es infeliz.

DOÑA ISABEL.
Muera quien tan mala ha sido.

CAPITAN.
Hoy acabó mi fortuna.

DOÑA ISABEL.
Hoy empezó mi castigo.

TODOS.
¡Ceilan, nuestro bajá, viva!

NARANJO.
¡Viva el Basan! ¡Ah morillo!
¡No eche el ojo á la cautiva,
Que le pondré como un Cristo!

VOCES. (*Dentro.*)
¡Tierra, tierra! La nave va perdida.
(*Vanse.*)

Sale MELCHOR DE ACEVEDO, *por medio del tablado, como arrojado del mar.*

MELCHOR.
¡Cielos, valedme! ¡Ya solo la vida
Salvar intento en tanto desconsuelo!
¡Terrible tempestad, válgame el cielo!
Salí en la tabla á tierra venturosa.
Salve, salve otra vez, Madre piadosa,
De naufragio infeliz, que firmes lazos
Siempre grata recibes con abrazos;
La vida me restauras, ya perdida,
¡Oh fortuna, en mi desconocida! [to,
Del hombre mas piadoso al justo inten-
Solo á mi viejo padre, y sin aliento,
Le quedaba el consuelo que interesa
De ver como cumplida mi promesa
Volvia yo de Roma, ya logrado
De sacerdote el título sagrado;
Que era el último gozo, tras la pena
De aquella hermana infiel, falsa sirena,
Que nos robó el honor, sin saber dónde,
O mar ó tierra, su maldad esconde,
Para que ya, juzgándola perdida,
De riesgo tan cruel llore la vida.
¿Dónde me habrá arrojado mi fortuna?
¿Qué tierra es esta, que de leño alguna
No lo puedo inferir? Allí elevado
Se corona de estrellas un collado,
Y allí diviso, para alegres señas,
Una cruz en lo inculto de sus peñas.
Por este lado la ribera corre
Un bosque espeso, que con una torre
Remata en un castillo; mas ¿qué veo?
O á mis temores el recelo creo,
O (segun en las señas que le noto,
Que al venir por aquí dijo el piloto)
Aqueste es el presidio de Bujía,
A quien el turco ya tomado habia.
Tierra es de moros, que la cruz oculta
Pudo quedarse, por ser parte inculta,
Donde sus plantas aun no habrán llega-
[do.
Perdido soy; que aquí no habrá queda-
Albergue de cristianos, si la guerra [do
Há tantos dias que le dió esta tierra.
Mas, cielos, un rumor de gente siento;
¿Quién será? Ya ocultarme es vano in-
[tento.
Perdí la libertad, hallé la muerte,
Mi vida dejo en manos del que acierte.

CEILAN. (*Dentro.*)
Con las redes cercad esta espesura,
Que es el sitio mejor.

MELCHOR.
¡Qué desventura!
Moros son; ¿qué he de hacer? ¡Ay hado
[esquivo!
Ya aquí habré de quedar muerto ó cau-
[tivo.

Salen ZULEMA *y* CEILAN, *moros.*

ZULEMA.
Este sitio á la caza he prevenido,
Que es mejor por lo inculto y escondido.

CEILAN.
Ya no queda festejo ni trofeo
Con que no haya obligado mi deseo,
Rendido de su brio y bizarría,
A esta cristiana, de quien yo en Bujía,
Con ser el vitorioso, fui el cautivo;
Su rostro miro ya menos esquivo.

ZULEMA.
Hoy á la caza, á tu deseo atenta,
Sale en un palafren, que al sol afrenta.

CEILAN.
Prevenid pues su vista á mi deseo;
Que al paso he de salir. Pero ¿qué veo?

MELCHOR. (*Ap.*)
Confirmó mi desdicha el cielo airado.

ZULEMA.
Cristiano es el que ves.

MELCHOR.
Y un desdichado,
Que á vuestros piés se vale, en su triste-
De la hidalga piedad de la nobleza. [za,

CEILAN.
¿Quién eres?

MELCHOR.
Un cristiano, que la suerte
Me sacó de los brazos de la muerte
A ponerme en tus manos.

CEILAN.
¿De qué modo?

MELCHOR.
Siendo preciso referirlo todo,
Saber no quieras mi suceso triste.

CEILAN.
Pues ¿cómo estás aquí, y á qué viniste?

MELCHOR.
Traido del destino.

CEILAN.
¿De qué suerte?

MELCHOR.
Aunque sé que á piedad ha de moverte,
No quiero ser prolijo en referirlo,

CEILAN.
La extrañeza de verte obliga á oirlo.
Dilo, pues.

MELCHOR.
Mira que es el escucharme...

CEILAN.
¿Qué puede ser?

MELCHOR.
Empeño de ampararme.

CEILAN.
Noble soy.

MELCHOR.
Eso anima lo que emprendo.

CEILAN.
Prosigue pues.

MELCHOR.
Escucha.

CEILAN.
Ya te atiendo.

MELCHOR.
De mi heróica patria, España,
Valiente africano, á cuyas
Nobles piedades veneran
Las sombras de mi fortuna,
Buscando un fiero enemigo,
Salí en vano, pues se ocultan
Para durar en mi pecho
Providencias de mi injuria.
Robóme una hermana aleve,
Engañada de su industria,
Si el amor no roba al alma
La parte que mas la ilustra.
Siguiendo esperanzas vanas
De mi venganza en su fuga,
A romper del mar soberbio
Llegué las ondas profundas,
Y viendo de mis afrentas
Tan parcial á la fortuna,
Para tomar un estado
Que honrosamente la supla,
Fuí á aquella ciudad insigne
Que de siete montes junta
Los altos robustos cuellos
A su imperiosa coyunda,
Y del Pontífice Sumo
Recibí con pompa augusta
La mas sagrada corona
Que hace deidad absoluta;
Con cuyo poder, del pan
Trasformé la especie pura
Con cinco palabras solas,
En todas las glorias juntas.
Con tan alta dignidad,
Por llevar de sus angustias
A un padre anciano este alivio,
Que en su deshonra las lluvias
De sus ya eclipsados ojos
Desmoronaban difusas
Por la viviente muralla
La barbacana caduca,
A repetir del mar fiero
Volví las sendas incultas;
Y cuando aliento me daban
Sus tranquilas ondas surtas,
Comenzando á tibios soplos
De un asta la horrenda furia,
Convocó gigantes olas
Contra las estrellas puras.
Salió alterado nocturno
A la campaña cerúlea,
Y para asaltar al cielo
Se armó de torres de espuma.
La igual superficie undosa
Se abrió en cavernosas grutas;
El viento en ellas bramaba,
Deshecho en ráfagas turbias;
Y la nave, entre el horror
De la batalla confusa,
Naciendo y muriendo al riesgo,

Ya era sepulcro, ya cuna;
Ya entre ellas la gavia toca,
Ya arenas la quilla surca,
Y del sol y el mar á un tiempo
Se vió elevada y profunda.
Encendida y apagada
En los rayos, en la espuma,
Turbó el temor los alientos,
Creció el peligro la duda.
La ambicion despreció el oro,
Y aun no obligó á la fortuna,
Porque el furor de las oias,
Cifrando el ímpetu en una,
Le dió la nave á un escollo,
Cuyas irritadas puntas,
De verse della azotadas,
Se la volvieron agudas
A la cara, hecha pedazos,
En venganza de su injuria.
Cubrióse el mar de despojos,
La gente entre ellos fluctúa,
Cuál á una tabla se abraza,
Y cuál en vano la busca,
Cuál cierra al horror los ojos,
Abriendo el pecho á la angustia,
Cuál á la media palabra
La voz y el alma pronuncia,
Y cuál por valerse de otro,
Ambos la muerte apresuran;
Que donde es tanto el conflicto,
Que el mismo remedio turba,
Mas mueren en su defensa
Que del daño que rehusan.
Yo de entre tantos naufragios,
Por altas causas ocultas,
En una tabla á esta playa
Salí á la clemencia tuya,
Contra la furia del viento,
Que, segun violencias suyas,
Vencí; librarme en tus manos
Tiene providencia alguna.
Esta mi desdicha ha sido,
Esta su crueldad injusta;
Pero si en tí hallo socorro,
Si en tu rigor piedad usas,
Si su inconstancia desmientes,
Si de un rendido no triunfas,
Contento harás de mi pena,
De mi desdicha ventura,
Bonanza de mi tormenta,
Y contra mi estrella dura,
Porque cuando el mundo todo
Rinde á su fiera coyunda,
De mas que hombre se acredita
Quien revoca la fortuna.

CEILAN.

Suspenso, español, escucho,
Mas tu temor asegura;
Que en mí...

VOCES. (*Dentro.*)

El bruto se despeña;
Desbocado va sin duda.

ZULEMA.

Señor, ¡extraño peligro!
Por las malezas incultas
De aquel monte, la cristiana
Va con indómita furia
Precipitando el caballo.

CEILAN.

¿Qué dices? Todos acudan
A socorrerla al instante;
Mi vida el bruto aventura.
Seguidme todos, seguidme.

(*Vanse.*)

MELCHOR.

¿Qué es esto, cielos? Qué dudas,
Qué zozobras, qué peligros
Tan extraños me atribulan?
Solo he quedado; ¿qué haré?
Sin duda el cielo procura
Mi libertad desta suerte.
Aquí de ramas confusas,
Que apenas el sol penetra,
Miro una larga espesura;
En ella encubrirme quiero;
Que si es esto piedad suya,
Del mar llegará entre tanto
Quien me socorra y la cumpla. (*Vase.*)

Salen EL CAPITAN Y EL SARGENTO, *de cautivos, y* BEATRIZ, *y cae por enmedio del tablado* DOÑA ISABEL, *abrazada con una cruz quebrada.*

CAPITAN.

Ya en vano es nuestro desvelo.

BEATRIZ.

Id todos á remediallo.

SARGENTO.

Precipitado el caballo.

BEATRIZ.

¡Gran dolor!

DOÑA ISABEL.

¡Válgame el cielo!

CAPITAN.

Llegad todos.

DOÑA ISABEL.

¡Ay de mí!

CAPITAN.

Albricias, cielos; ¿qué he oido?

DOÑA ISABEL.

No os turbeis; que aunque el sentido
Con la violencia perdí,
De aquel repecho advertida,
Deste palo me valí,
Que aunque le arranqué tras mí,
Hizo menos la caida.
Mas ¡ay Dios!

CAPITAN.

¿Qué has extrañado?

DOÑA ISABEL.

Una cruz es, que fijó
La piedad cristiana; yo,
Rompiéndola, la he quitado.
¡Ay de mí, que fiel testigo
De mi culpa viene á ser!

CAPITAN.

¿Qué miras en ella?

DOÑA ISABEL.

El ver
Mas señas de mi castigo;
¿Yo, cuando me precipito,
Rompo esta cruz escondida?
¿No acaso los de mi vida
Agravo en este delito?
¿Yo á Dios un triunfo le quito,
Estando en estado tal?
Cielos, indicio es fatal;
Que aunque, por ser nuestra luz,
Es buena señal la cruz,
Romperla es mala señal.
Palabra de esposo dí
A Cristo, y se la quebré;
La cruz el tálamo fué
Que á este triunfo apercebí.
Yo la he rompido ¡ay de mí!
Con este caso horroroso.
Accidente es misterioso;
Que es propio que á su despecho
Deje el tálamo deshecho
Quien ha ofendido á su esposo.
Yo le ofendí, y me embarqué,
Ciega, en el mar de mi horror,
Y en las velas del amor
Herir el viento dejé.
Pues ¿cómo agora saldré
Del golfo en que estoy metida,
Aunque, de la fe advertida,
Al punto la nave acierte,
Si por quedarme en la muerte
Rompí el árbol de la vida?
Esta era la última seña
Que aquella peña guardó
De la fe; la borro yo,
Mas dura que aquella peña.
¿Qué será de mí, si empeña
El cielo mi culpa así?
Qué espero, si lo que allí
Se reservó, aunque crueles,
De tanta turba de infieles,
No se reserva de mí?

CAPITAN.

¡Que así viniese yo á verte
Una vez que llego á hablarte,
Cuando há tanto que aun mirarte
No me ha dejado mi suerte!
Bella Isabel, ¡qué rigor!
¿Tú de mi amor olvidada?
Tú de un infiel festejada
Y tan atenta á su amor?
Tú ¿en qué te puedes rendir,
Empeñando su poder,
Y yo pudiéndole ver,
Sin que lo pueda impedir?
¿Qué fineza no has debido
A mi afecto desdichado?
Qué culpa ó qué desagrado
Tu mudanza ha merecido?
Y si no, agora, que hablarte
He podido sin recelo,
Da á mi desdicha un consuelo,
Lógrame el bien de mirarte;
De tu labio...

DOÑA ISABEL.

No prosigas,
Causa de todos mis males;
Tú me has puesto en trances tales;
Déjame pues, no me sigas.
Que por tí lloro, por tí
A Dios y á padres dejé,
Mi sangre y casa afrenté,
Mi patria y honra perdí.
En tu rostro miro escrito
Mi error, mirarme no intentes;
Véte, no me representes
La fealdad de mi delito.

CAPITAN.

Detente, espera, Isabel.

BEATRIZ.

¡Ay triste! Don Lope, advierte
Que viene Ceilan, y á verte
Pueden llegar.

CAPITAN.

¡Qué cruel!
¿Así te vas?

DOÑA ISABEL.

Me retiro
De ese error.

CAPITAN.

¡Qué dicha fiera!

DOÑA ISABEL.

No me detengas.

CAPITAN.

Espera.

Sale CEILAN *y* ALGUNOS MOROS, *y ven al Capitan, que, porfiando, tiene de la mano á doña Isabel.*

CEILAN.

Aquí está. Pero ¿qué miro?

CAPITAN. (*Ap.*)

¡Ay cielos! ¡Fuerte ocasion!

CEILAN.

Pues dime, ¿con qué intencion,
Cristiano, te hallo así?

CAPITAN.
Señor... (*Ap.* En vano ¡ay de mí!
Resisto la turbacion.)

CEILAN.
¿Qué dices?

CAPITAN.
Su intercesion
Con el favor procurando,
Así la estaba rogando
Que me templase el rigor
Del trabajo y la prision
Tan rigurosa y tan dura,
Pues á tu amor su hermosura
Merece mas atencion.
Y queriéndose excusar,
Me obligó en mi afecto triste
A hacer la instancia que viste
La fuerza de mi pesar.

CEILAN.
Pues, vil cristiano, atrevido,
¿Tú á tocar osas su mano,
Cuando yo lo intento en vano,
De su decoro vencido?
Tú con tanto atrevimiento
Remedio á tus males das?
Pues á mis plantas tendrás
Alivio de tu tormento.

CAPITAN.
Mis pesares considera.

CEILAN.
Selle la tierra tu labio,
Vengue este ultraje el agravio
De tu ignorancia grosera.—
Llevadle.

CAPITAN.
¡Rigor esquivo!

CEILAN.
Y ponedle desta suerte
En una cadena.

CAPITAN.
Advierte
Que soy noble, aunque cautivo.

CEILAN.
Llevadle.

CAPITAN.
Tu intercesion,
Señora, me ha de valer.

DOÑA ISABEL.
¿Qué intercesion te he de hacer,
Estando yo en la prision?

CEILAN.
¿Qué te detienes, villano?—
Apartadle á mi furor.

CAPITAN.
Ya te obedezco, Señor.
¡Oh rigor fiero, inhumano!
¿Tal ingratitud se vió?
Mas, siendo mujer instable,
Mas que en ser ella mudable,
Yerro en admirarme yo.

(*Llévanle á empellones.*)

DOÑA ISABEL.
Sufra rigor tan cruel,
Y en una dura cadena
Vengue su afrenta mi pena,
Pues la padezco por él.

CEILAN.
Ahora, cristiana bella,
Da albricias á mi deseo,
Pues ya sin riesgo te veo;
Y si el rigor de mi estrella
Las finezas de mi amor
Con accidentes impide,
Tú con mis afectos mide
La dicha de tu favor.
El festejo prevenido
A divertirtu pesar
Te le ha venido á aumentar.

DOÑA ISABEL.
Señor, ¿con qué ha merecido
Una humilde esclava tuya
Favor que pagar no puedo?

CEILAN.
Debiendo finezas quedo
A mi amor, violencia es suya;
Y si tu pecho obligado
Corresponde á lo que quiero,
Una corona hoy espero,
Que el gran Señor me ha mandado.
Solo este triunfo deseo,
Porque si vengo tu enojo,
Sea á tu planta despojo
Lo que á mi afrenta trofeo.
Si aspiras á la riqueza,
Consagraré, aunque te agravia,
Todo el tesoro de Arabia
Al cuello de tu belleza.
Cuanto del indio crisol,
Haciendo al mundo la salva,
Congela en conchas el alba,
Grana en arenas el sol;
Y porque logres mas medras,
Al mismo sol te daré,
Pues en tu mano pondré
Todas sus luces en piedras.
El rubí, que en tí vencido,
Mas fino le harás agravio,
Pues, de afrentado, en tu labio
Se pondrá mas encendido;
Y lo que mas es, un rey,
Que esposa suya te llame,
No mas de que se le aclame
Tu amor, dejando tu ley.

DOÑA ISABEL.
¿Yo mi ley? ¡Cielo divino!
¿Qué superior persuasion
Tiene una infeliz razon,
Que á ella forzada me inclino?
¿Yo de tan indigno amor
A las finezas me obligo?
¡Oh pensamiento enemigo!
Miente tu ciego furor.
Pero quien tantos errores
Cometió en sola una accion,
¿Qué duda en este, si son
Aquellos casi mayores?
Cielos, yo me precipito;
Porque no está, aunque se ofusca,
Léjos de hacerle quien busca
Disculpas á su delito.
Mas si yo le cometiera,
Ya ¿qué pudiera perder,
Si lo mas perdí en hacer?
¡Ay de mí! ¡Desdicha fiera!
Dudé; ya esto es otorgar
En parte; que al discurrir,
La mitad del consentir
Se supone en el dudar.
De las tres potencias, dos
Ya de su parte ver llego,
El entendimiento ciego
Y la memoria sin Dios.
Pues sola la voluntad
¿Qué resistencia ha de hacer,
Cuando della en la mujer
Nace la facilidad?
Sin mí estoy; ¡oh pensamiento!
Déjame déjame ya.

CEILAN.
¿Qué dices?

DOÑA ISABEL.
¡Ay triste! Está,
Señor, con un sentimiento
Tan confusa mi memoria,
Que en mí no puedo volver.

CEILAN.
¿No ha de bastar mi poder
Para tan poca victoria?—
Llamad mis músicos todos,
Resuenen sus instrumentos,
Y la caja á los acentos
Alegren por varios modos.

ZULEMA.
Ya, de tus damas seguidos,
Un vistoso alarde haciendo,
Llegan aquí, suspendiendo
Los ojos y los oidos.

Salen, cantando y bailando, TODAS LAS DAMAS, *de moras*, Y NARANJO *delante, tambien de moro.*

DAMAS. (*Cantan.*)
Mambra niña, goza ya Torquí,
A la niña roya velatorirí.

NARANJO.
Zac, Melec. Si esto alguna
Gracia ha tenido, Señor,
Yo he sido el compositor
Desta música perruna;
Que me ha costado mil guerras
De ensayar á cada mora
Este tonillo, y agora
Le cantan como unas perras.

CEILAN.
Suplen, pues, hoy tus acentos
Del clarin la prevencion
Para la caza, pues son
Alegre iman de los vientos.

NARANJO.
Pues no espereis mas aquí;
Que hácia las redes he oido
Entre las ramas un ruido,
Y es sin duda un jabalí,
Que le he olido por tocino
En la sarten del deseo.

CEILAN.
Yo ya en el rumor le veo;
Alegrarte así imagino,
La flecha y el arco toma.

DOÑA ISABEL.
Precepto tu gusto es.

NARANJO.
Muera el cochino, pues es
Enemigo de Mahoma.

CEILAN.
Seguid su brio gentil;
Que yo aquí le he de esperar.

NARANJO.
Si le mato, he de colgar
En la mezquita un pernil.

DOÑA ISABEL.
Aunque aquesta traza es vana,
Por obedecerte iré.

(*Vanse los cristianos.*)

CEILAN.
A suerte feliz tendré
Que le mate la cristiana.

ZULEMA.
Ya le van haciendo el cerco;
El verle será ventura,
Por ser tanta la espesura.

NARANJO. (*Dentro.*)
Hácia aquí, pues, anda el puerco.
Tiradle; que entre las hojas
Se encubre de aquellos olmos.

DOÑA ISABEL.
Ya le he tirado.

CEILAN.
Sin duda
Le acertó; que hácia nosotros
Se viene arrojando, herido.

Sale MELCHOR DE ACEVEDO, *herido con una flecha, y cae á los piés de Ceilan.*

MELCHOR.

¡Valedme, cielos piadosos!

CEILAN.

¿Qué es lo que miro?

MELCHOR.

¡Ay de mí!

CEILAN.

Hombre ó bruto, habla.

MELCHOR.

Si logro
Vuestro socorro, sí haré.

CEILAN.

¿No eres tú...

MELCHOR.

¿Quién de vosotros,
Queriendo librar (¡ay triste!
Con el alma el habla arrojo)
La libertad, ha perdido
La vida de aqueste modo?
Secréto suyo es, mas ya
Falta el aliento forzoso.
La mucha sangre que pierdo,
Pluguiera al cielo, que invoco,
Que, ya que muero entre infieles,
Fuera por la fe que adoro.

CEILAN.

¡Extraño caso! el cristiano
Que hoy vi en la playa solo
Es este. — Llevadle luego,
Procurad los medios todos
Para remediar su vida,
Aunque ya en él caben pocos.

MELCHOR.

Si él lo quiere, será en vano,
Si no es del cielo el socorro.
(*Llévanle.*)

Salen LOS CRISTIANOS.

NARANJO.

Aquí sin duda cayó.

DOÑA ISABEL.

¿Dónde está?

CEILAN.

Vuelve los ojos;
Verás la fiera que has muerto,
Que allí le llevan en hombros.
Un sacerdote cristiano,
Que, escondido entre esos troncos
Por extraño acaso estaba,
Has herido deste modo.
Mira quién son, pues por fiera
Este muere entre nosotros.

NARANJO.

¡Que lo dije!

DOÑA ISABEL.

¡Ay de mí triste!
¿Qué has hecho, brazo alevoso?
¿Yo á un sacerdote sagrado
Sacrílega flecha arrojo?
¿Yo á Cristo, en vez de una fiera,
Bárbaramente me opongo?
¿Qué es esto, cielos? qué es esto?
Yo en cuantas acciones obro,
Contra Dios son los efectos;
Si los dudo y si los noto,
Iras suyas son sin duda,
Y yo, cayendo en su oprobio,
Dejada estoy de su mano.
¡Ay de mí! en vano lo lloro;
Yo le dejé, y él me deja.
Precisos indicios toco
De mi desesperacion;
Dejadme, dejadme todos,
O dadme la muerte.

CEILAN.

Espera.

DOÑA ISABEL.

A tus piés, Señor, me postro;
Como esclava vil me trata,
Sienta el ultraje afrentoso
Del cautiverio mi vida,
Maltráteme á mí del modo,
Pues lo merezco mejor,
Que lloran siempre los otros;
Pise tu planta mi boca,
Fíjense al suelo los ojos,
Sufra mi pecho el castigo,
Y no más brazos el ocio.
Véngale al cielo, pues te hizo
Instrumento de sí propio,
Para tomar por tu mano
Su venganza en mis oprobios.

CEILAN.

Levanta; que en vano intentas
Con tu despecho mi enojo;
Si á mi amor mas piedad haces
Con esos mismos ahogos,
Mas me enamoras.

DOÑA ISABEL.

¿Qué dices?

CEILAN.

Que mas rendido te adoro.

DOÑA ISABEL.

¿Que no has de lograr mi ruego?

CEILAN.

Con afectos amorosos.

DOÑA ISABEL.

¿Que has de proseguir tu empeño?

CEILAN.

Pasará de amor á asombro.

DOÑA ISABEL.

¿No es posible que le olvides?

CEILAN.

Sin término lo conozco.

DOÑA ISABEL.

Pues, cielos, ya yo he perdido
La esperanza con vosotros.
Esa me pudo enfrenar;
Mas ya que á fuerza de todos
Mis delitos no la alcanzo,
No he de ser de tantos modos,
Ya que soy ingrata al cielo,
Al bien que en ti reconozco.

CEILAN.

Pues ¿qué intentas?

DOÑA ISABEL.

Resolverme...

CEILAN.

¿A qué?

DOÑA ISABEL.

A ser tu esposa.

CEILAN.

¿Cómo?

DOÑA ISABEL.

Dejando á Dios.

CEILAN.

¿Eso afirmas?

DOÑA ISABEL.

Ya no espero su socorro.

CEILAN.

¿Qué dices?

DOÑA ISABEL.

Que haciendo aquí
Testigos para su abono
Al cielo, al mar y á la tierra,
Hombres, fieras, montes, troncos,
Digo que, ciega y osada,
A Cristo y á su fe olvido,
De la verdad me despido,
Precita y desesperada;
Y pues ya estoy condenada,
Sacra Justicia, por vos,
Bórrese de entre los dos
De mi gloria la memoria,
Guárdese el cielo su gloria,
Y quédese Dios adios.

CEILAN.

Ahora llega á mis brazos.

BEATRIZ.

¡Cielos, qué errores!

NARANJO.

¡Qué asombros!
Aturdido estoy de oirla.

DOÑA ISABEL.

Ya soy tuya.

CEILAN.

Ya te adoro.

DOÑA ISABEL.

Celima soy, no Isabel.

CEILAN.

Al mundo tendré envidioso;
Alabad todos mi dicha.

DOÑA ISABEL.

Publicad mis voces todos.

CEILAN.

Pues vamos donde celebren
Mis triunfos por venturosos.

DOÑA ISABEL.

Vamos donde en alegrías
Se truequen tantos ahogos.

CEILAN.

Gané al mundo.

DOÑA ISABEL.

Perdí el cielo;
Pregone el clarin sonoro
De la fama que desde hoy
La renegada me nombro
De Valladolid, que á Dios
Perdí el temor y el decoro.
(*Vanse.*)

JORNADA TERCERA.

Sale NARANJO, *solo.*

NARANJO.

Siendo mal cristiano, puedo
Ser moro al menor vaiven,
Pues, Naranjo, asirte bien
A las aldabas del Credo.
Si reniego y me aventuro
A volver á España, allí
No harán comedia de mí,
Pero auto, yo lo aseguro.
Entre tanto familiar,
¿Qué será, si se repara,
Ver á Naranjo con cara
De sentenciado á quemar?
Verme aquí ya encorozado,
Y en dia claro, es forzoso,
Pues, segun es de dichoso,
Nunca le llueve á un quemado.
Habrá aquel dia en mi alarde
Turroneras y limeros,
Mucha gente y seis cocheros
Descalabrados; ¡gran tarde!
No se verá el diablo en eso;
El sambenito y la llama
Quédense para mi ama,
Que es renegada profesa.
¡Qué bien le probó Bujía!
Como yo soy bachiller
Por Huesca, ella viene á ser
Probada por Berbería.

Notable ha sido su estrella,
Pues teniendo el órden ya
Del gran señor el Bajá,
Hoy se corona con ella.
Unas coplas de su historia
Compuse, y he de tratar,
Para podellas cantar,
De tomarlas de memoria;
Y si me doy buena maña,
Y voy imprimiendo pliegos,
He de comer con los ciegos
Cuando Dios me lleve á España;
Pues ya el viaje prevengo,
Llevándome al Capitan,
Si engaño bien á Ceilan
Con el hábito que tengo.
Que parezca por mejor
Me otorgo al ruego primero
El motilon, compañero
De aquel padre redentor.
Naranjo, bien disimulas.
(*Tocan.*)
Mas ya festivas señales
Dan trompetas y atabales,
Pues por Dios que no son bulas.

Tocan trompetas y atabales, y por una parte EL CAPITAN DON LOPE *y los que pudieren, de esclavos, con almohadas, que pondrán sobre el trono algo levantado, y por la otra,* MOROS DE ACOMPAÑAMIENTO, Y DOÑA ISABEL, *en traje de mora.*

CEILAN.

Pues con tantas evidencias,
Para crédito mejor,
Han confirmado tu amor
El tiempo y las experiencias,
Esta corona que gano
Te ofrezco, aunque hubiera sido
La que Arabia ha producido
Para el turbante otomano.

DOÑA ISABEL.

Ya que amor nos proporciona,
Mereciendo que igualmente
Alumbre mi humilde frente
Los rayos de esta corona,
A tal dicha agradecida,
Treguas con mi pena haré.

CEILAN.

¿Qué pena habrá, que no esté
Entre los dos repartida?

DOÑA ISABEL.

Parte en el pesar no alcanza
Quien es mi esposo y mi dueño.

CAPITAN.

¿Es esto verdad, ó sueño?
¿En tal amor tal mudanza?
Pero de ver no me asombro
Rota la fe de los dos,
Pues mujer que niega á Dios,
No es mucho que olvide á un hombre.

CEILAN.

No quede en prision alguna
Nadie que tu esclavo sea,
Que no salga donde vea
El triunfo de tu fortuna.
Dejen los mas olvidados
Su habitacion tenebrosa,
Y alégrete el ser dichosa
Entre tantos desdichados.
Cuantos hoy tu suerte espera
Sean aplausos felices,
Siendo á tus plantas matices
Que bordó la primavera.—
Cubrid el suelo, cristianos,
Celebrad su dicha así.

DOÑA ISABEL.

Son áspides para mí
Flores que cortan sus manos.

NARANJO.

¡Qué zarazas tan bien dadas!
Lléveme el diablo con bien
A España, aunque allá tambien
No hay falta de renegadas.
Pues cualquiera dejará
Por otro el galan que tiene,
Y todas con el que viene
Reniegan del que se va.
Mas obre mi diligencia,
Porque mi embuste se acierte.

DOÑA ISABEL.

Vosotros turbais mi suerte,
No estéis mas en mi presencia;
Que con airados enojos,
Despues que en nuestra eleccion
Opuestas las leyes son,
Os aborrecen mis ojos.

CAPITAN. (*Ap.*)

¡Ah, cómo el Juez infinito
Quiere que el castigo dé
La misma causa que fué
Instrumento del delito!
Pero mi noble osadía
Vengar con su muerte piensa,
En primer lugar la ofensa
Del cielo, y despues la mia.

(*Vanse los cautivos.*)

DOÑA ISABEL.

En ciertos estorbos vanos
La imaginacion tropieza;
Causan mi nueva tristeza
Esos esclavos cristianos.
Y aunque pequeño y leve el fundamento,
Turba mis glorias, borra tus empresas,
Cuando nos teme aquel y este elemento,
Cuando sigo la ley que tú profesas,
Cuando por mi cuidado y por tu aliento,
Siendo reliquias de cristianas presas,
Barados pueblan la morisca playa
Los pinos de los montes de Vizcaya.
De aquella gruta en cuyo obscuro olvido
Algun mísero esclavo preso asiste,
Suele arrancarse un racional gemido,
Por mas que el duro centro lo resiste,
Pues trabajosamente conducido,
Busca para salir el eco triste,
Por alguna rotura ó quiebra poca,
Pasaje en las entrañas de la roca.
Su querella, en mi oide resonando,
Al paso que me irrita, me conmueve,
Me recuerda, si apelo al sueño blando,
Si alegre estoy, á mi placer se atreve,
Si canto de mi amor las dichas, cuando
La noche calla, el aire no se mueve,
Y quieto el mar con suspension serena,
Descanso en el regazo del arena;
Al medir con la voz el instrumento,
Aquella pena repetida en vano
Es lazo articulado de mi acento,
Y estorbo entre las cuerdas y la mano,
Y dilatada en la region del viento,
Sea pavor ó sea afecto humano,
Poco á poco parece que se aleja
De mi atencion la perezosa queja.
¿Qué me persigues? si en mi nuevo estado
Ya has el nombre cristiano aborrecido,
La suerte en este ser me ha transformado,
Del otro aun las memorias he perdido,
De un padre y de un hermano aun no ha dejado
Señas el tiempo en mí, la patria olvido,
Que si me deshereda ó sí me infama,
Hija adoptiva me llamó la fama.
Pues no busquen piedades halagüeñas
En mis oidos, siendo imitadores
De los pasos que escudan á esas peñas.
Crespos de piel, manchados de colores;
Y porque goce originales señas,
Ya que la copia soy de sus rigores,
Este clamor feroz, como á leona,
Parece que me aplica la corona.

CEILAN.

Pues vén al regio sitial,
Ya que tu suerte lo quiso;
Pero ¿cómo esos cristianos
(Tan gran descuido es delito),
Para que pueda subir
A su asiento, no han traido
La prevencion necesaria?
Sirvan de alfombra ellos mismos,
Por pena á su inadvertencia. —
De tantos como han salido
De esas grutas, un esclavo
Traed.

Llégese ZULEMA *al paño, y saque del brazo á* MELCHOR, *miserablemente vestido de esclavo, con cadena.*

ZULEMA.

Entre los que miro,
El que está mas cerca es este.

CEILAN.

Pues así te facilito
La subida.—Derribad
Ese animado edificio,
Para que ponga las plantas
Con imperioso dominio
Celima sobre sus hombros.

(*Derríbanle en el suelo.*)

MELCHOR.

¡Que despues que preso vivo
Tantos años há, este ultraje
Sea mi primer alivio!

CEILAN.

¿No te acuerdas de la caza,
En que equivocaste el tiro?
Pues este es el sacerdote
Que hirió tu flecha, y yo mismo,
Segun le ha trocado el tiempo,
Desconocerle he querido;
Pisa su cerviz, ¿qué aguardas?

DOÑA ISABEL.

Harélo, ya que me has dicho
Quien es, por desprecio suyo.
Mas, cielos, ¿cómo retiro
Mis pasos? Parece que hallo
Mas difícil el camino;
¿Si hace repugnancia en mí
La dignidad de su oficio?
Con la ley perdí el respeto;
Vanidad y aplauso mio,
El pisar su frente á aqueste
Por segundo triunfo elijo;
Mas tropecé en mis intentos.

(*Téngale Ceilan.*)

CEILAN.

Lograrlos será preciso.

DOÑA ISABEL.

No se logren de esa suerte.—
Alza del suelo, cautivo;
¡Qué bien digo yo, cristianos,
Que con vuestra vista impido
Mis dichas! No ofenden tanto
Los ojos del basilisco.

MELCHOR.

No pisa, no, huella humana
Sobre carácter divino,
Que es mi autoridad sagrada,
Y soy, cuando lo ejercito,
Entre Dios y el hombre un medio,
Pues ni yo por su ministro

Me igualo con Dios, ni el hombre
Puede igualarse conmigo.

DOÑA ISABEL.

Pues así batir tu estado
Quiero.—Señor, yo te pido
Dilates hasta mañana
Mi aclamacion; que, en castigo
Deste soberbio, pretendo
Lograr heróicos designios.

CEILAN.

Todo á tu voz se sujeta.

DOÑA ISABEL.

Pues en mas público sitio,
Para mayor vituperio
Suyo, domar solicito
Esta cristiana altivez;
Y por mas afrenta, él mismo
Ha de ir llevando el caballo
En que yo imite el estilo
De aquellos triunfales carros
De romanos y de egipcios.

MELCHOR.

¿Mas rigores buscais, cuando
Há tanto tiempo que habito
Ese obscuro centro, adonde
Arrastro el peso prolijo
Destos hierros, no ignorando
Metal del discurso mio?

DOÑA ISABEL.

Agradece á tu fortuna
Que la luz del dia has visto.

MELCHOR.

Ese, que es consuelo en todos,
Me sirve á mí de peligro;
Que viene á ser en aquel
Que entre sombras ha vivido,
Para ciega diligencia
Ver del sol los rayos limpios,
Pues, de puro noble, pasa
A ser daño el beneficio.
¡Ay infelice de mí!

DOÑA ISABEL.

Y esas deben de haber sido
Las que escuché; hasta sus quejas
Tienen imperio conmigo.

MELCHOR. (*Ap.*)

¡Que un padre mismo engendrase
Dos extremos en dos hijos!
De mi pecho la obediencia,
De aquella hermana el delito.

DOÑA ISABEL.

¿Qué es lo que entre tí pronuncias?

MELCHOR.

Aun te ofende el referirlo.

DOÑA ISABEL.

Dilo, esclavo.

MELCHOR.

Pues haz cuenta
Que así lo callo y lo digo.
Regó fecunda campaña
Denso vapor, que propicio,
Con providencia del mayo,
Dio abundancias al estío.
Fué una propia y útil boda
La lluvia, mas no el distrito
O la heredad, mas los frutos
Variamente producidos
Y desconformes brotaron
De una influencia y de un sitio;
El uno en granadas mieses
Puntual y agradecido,
Y en abrojos y malezas,
Otro obstinado y remiso.
Este creció provechoso,
Y aquel, aunque en su principio
Dió fértiles esperanzas,
Mal inclinado, previno
Amarga inútil cosecha;
Que, olvidando el beneficio
De la nube contra el aire,
Tan favorable y propicio,
Arrojó viciosas puntas,
Que ingrata y estéril quiso
Pagarle al cielo en espinas
La deuda de haber nacido.

DOÑA ISABEL. (*Ap.*)

O es frenesí de su pena,
O enigma que no descifro.

CEILAN.

¡Qué suspensa está, llevada
De sus discursos prolijos!

DOÑA ISABEL.

Mónstruo de paciencia raro...—
Parece que ha enmudecido.—
Hombre...—A mi voz no responde.—
Esclavo...—En vano le animo.

CEILAN.

¿Cristiano?

MELCHOR.

Señor.

DOÑA ISABEL.

Al nombre
De cristiano has respondido,
Y al de hombre, mónstruo y esclavo
Tu labio estuvo remiso.

MELCHOR.

De hombre, esclavo y mónstruo tres
Nombres me ha dado mi suerte;
Dicen que el término es muerte,
Y el de cristiano aun despues
De morir; yo muerto estoy,
Segun los indicios doy
En lo que sufro; y así,
Me olvido de lo que fuí,
Y respondo á lo que soy.
De aquel naufragio violento
Libré ningun bien humano,
Solo el nombre de cristiano
Del mar saqué á salvamento.
Y esta en el fiero elemento
Deuda fué, que piedad no;
Pues, por mas que me arrojó
De todo pobre desnudo,
Quitarme ella no pudo
Lo que ella misma me dió.

DOÑA ISABEL.

¿Tanto estimas ese nombre?

MELCHOR.

El guardarle aquí es preciso
Prenda que entregó la fe;
Fuera mayor el delito
Si en Africa se perdiera.

DOÑA ISABEL. (*Ap.*)

¡Ay de quien calla! Que avisos
Parecen, y no los quiero
Y ni vanamente oirlos,
Pues cada acento en su labio
Es una flecha en mi oido.

MELCHOR.

Mira...

CEILAN.

Postrado has de darla
Tu disculpa.

MELCHOR.

Ya me humillo
A sus piés.

CEILAN.

Besa la tierra
Que pisan.

MELCHOR.

No es permitido
En mí adorar planta humana.

CEILAN.

La corona que apercibo
Para su frente la ilustra.

MELCHOR.

Yo poseo, por mi oficio,
Otra corona, que goza
Menos temporal dominio.

CEILAN.

Vil esclavo, ¿contradices
Mi gusto?

MELCHOR.

Inventa martirios;
Que yo solo el pié venero
Del gran vicario de Cristo.

CEILAN.

Desta suerte. (*Arrójale.*)

DOÑA ISABEL.

No le ofendas.

CEILAN.

Pues ¿tú estorbas su castigo?

DOÑA ISABEL.

Cualquier miserable estado,
Piadosamente atractivo,
Tiene virtud de llamar
El favor hácia sí mismo.

CEILAN.

Pues volvedle á su prision.

MELCHOR. (*Ap.*)

Será su rigor alivio,
Si el cielo quiere que tenga
Puerto en los naufragios míos.

CEILAN.

Y tú de aquestos jardines
Pisa los cuadros floridos,
Mientras yo sigo tus pasos.

DOÑA ISABEL. (*Ap.*)

¡Cielos! saber determino
Por qué confusa me dejas.

CEILAN.

Guardas, haced vuestro oficio.
(*Vanse llevando á Melchor á empujones, y queda sola doña Isabel, paseándose por el tablado.*)

DOÑA ISABEL.

A este sitio gigante de la playa,
Aunque sin voz, marítima atalaya,
Fundó en las peñas, que sepultan vivos,
Siendo albergue de míseros cautivos,
Salgo á ver siempre el mar, ya en feroz
[guerra,
O ya sereno espejo de la tierra.
¡Ah mónstruo ajeno de firmeza alguna,
Qué de rostros mudaste á la fortuna!
Ceilan, con experiencia
De las distancias que midió la ciencia,
Hácia la parte donde muere el dia
Me advierte que está España, patria
[mia;
Dije mal, que el que fué infeliz, infiero
Que en su naturaleza es extranjero.
La dicha es patria del que á hablarla vie-
[ne,
Cualquiera nace allá donde la tiene;
Mi esposo es de la gran casa otomana,
Con que logró un principio venturoso;
[so...
Pues, cielos, si no tengo el fin dicho-

MELCHOR. (*Debajo del tablado, haciendo ruido de cadenas.*)

¡Ay de mí!

DOÑA ISABEL.

Ya me turba el triste acento,
Parece que entendió mi pensamiento;
Mas quejas de un cautivo escucho vano,
Vuelva el discurso á proseguir ufano.
Pues, cielos, si al presente bien no aña-
Ver felices los fines de mi estado, [do
Me quejaré de vuestras luces bellas,
Pues son segundas causas las estrellas;
Pero será, pues sus efectos guia,
Norte para acertar...

MELCHOR.
¡Virgen María!

DOÑA ISABEL.
Segun atenta he notado,
Parece que ha respondido
La voz con otro sentido,
Bien léjos de mi cuidado.
De aquel que injuria la suerte
Esta es la estancia escondida,
En donde pasa una vida
Tan parecida á la muerte;
Diera por examinar
Deste esclavo el sentimiento...
Pero un descuido á mi intento
Ayuda, y se ha de lograr;
Que el que las tareas lleva
Y el remo á estos desdichados,
No echó los fieros candados
Al postigo desta cueva.

(Abre ella misma un escotillon del tablado.)

¡Ah del centro adonde el puro
Rayo del sol llega en vano!

MELCHOR.
¿Quién llama?

DOÑA ISABEL.
Infeliz cristiano,
Sal de aquese albergue obscuro.—
Ya sube mas alentado
Por la escala que la peña
Cavada en sí misma enseña.

Sale MELCHOR *por el escotillon, sin cadena.*

MELCHOR.
Ya á tu presencia he llegado.

DOÑA ISABEL.
No temas.

MELCHOR.
Mi mal recelo.

DOÑA ISABEL.
¿Por qué, cuando he sido yo
Quien la cadena mandó
Quitarte?

MELCHOR.
Páguelo el cielo.

DOÑA ISABEL.
¿Tú solo aquí has habitado?

MELCHOR.
Otro hay abajo, que suele,
Cuando el duro esparto muele,
Cantando aliviar su estado.

DOÑA ISABEL.
En la mayor aspereza
Cualquier cautivo consiente
Alivio; tú solamente
No le hallas en tu tristeza.

MELCHOR.
La esclavitud no ha causado
Mi dolor.

DOÑA ISABEL.
¿Este no ha sido
Tu mal?

MELCHOR.
No es el padecido.

DOÑA ISABEL.
Pues ¿cuál?

MELCHOR.
El imaginado.
Que vive el alma no ignores,
Cuando en ella están librados,
Mas sensible en sus cuidados
Que no el cuerpo en sus dolores.
Pertenece al sentimiento
El daño actual que ves,
Y el que imaginado es,
Le toca al entendimiento.
Los hierros con que el rigor
Tiene un esclavo oprimido
Se quejan, y el ser oido
Sirve de alivio al dolor;
Y así, mas estoy sintiendo
En el Argel de una pena
La imaginada cadena
Que se arrastra sin estruendo.

DOÑA ISABEL.
Dolor de tal calidad,
Gran causa es bien se aperciba.

MELCHOR.
Tan grande es, que en ella estriba
El perder mi libertad;
Y mi patria, dulce nombre,
Segunda madre, pues ya
Que no le engendra, le da
Ley y costumbres al hombre.

DOÑA ISABEL.
De muy poco afecto fué
Esa utilidad en mí;
Las costumbres las perdí,
Y la ley no la guardé.
Nadie, aunque mude de estado,
Pone su patria en olvido.

MELCHOR.
Ya es consuelo haber perdido
La mia, pues he notado
Que el cielo no me volvió
Adonde ya se sabia
(¡Ay triste!) la afrenta mia.

DOÑA ISABEL.
¿Y á tí solo te tocó?

MELCHOR.
Antes á ser mancha llega
De muchos; que una deshonra,
Como es cáncer de la honra,
Por el contagio se pega.

DOÑA ISABEL. *(Ap.)*
¡Su deshonra en su tormento!
¿Cuál seria la que yo
Causé en mi saugre?

MELCHOR.
El que dió
Mas muestras de sentimiento
Fué mi padre; digna accion
De pensamientos altivos,
Y aunque há tantos años, vivos
Represento en mi atencion
Su pesar, su desconsuelo,
Aquella vejez llorosa,
Aquella inquietud honrosa,
Aquel mirar siempre al cielo.
Pues ya, como anciano estaba,
Sintió el honor que perdia,
Aun mas que yo, porque habia
Mas tiempo que le guardaba;
Rendido al dolor impío,
Murió; mi suerte lo ordena.

DOÑA ISABEL.
(Ap. Si mata á un padre una pena,
Lástima tengo del mio.)
¿Y quién la causa previno
De afectos que tanto obraron?

MELCHOR.
Un extremo, que engendraron
La imprudencia y el destino;
Una... pero aquí es preciso
No infamarla, que es mujer,
Y segun llego á entender,
Parece que darlas quiso
Decoro naturaleza,
Ya que las dió imperfeccion,
Pues con nuestra estimacion
Desagravia su flaqueza.

DOÑA ISABEL. *(Ap.)*
A sentir su mal me obligo;
Memorias, no me turbeis.

MELCHOR. *(Ap.)*
Pesares, no os renoveis.

DOÑA ISABEL.
¿No prosigues?

MELCHOR.
Ya prosigo.

(Cantan abajo la copla que se sigue, y los dos empiecen á llorar, mirándose el uno al otro.)

VOZ. *(Canta.)*
En Valladolid vivia
Una dama muy hermosa,
Que ofrecido á Dios se habia,
Y su padre la tenia
Para monja religiosa.

DOÑA ISABEL.
Este llanto no he entendido;
¿Cómo tu labio enmudece?

MELCHOR.
Y á tí ¿por qué te enternece
El acento que has oido?

DOÑA ISABEL.
Lo que publica sonoro
Causa el efecto que ves.

MELCHOR.
Y yo; que como esta es
La tragedia que yo lloro.

DOÑA ISABEL.
Pues tú aumentas mi desvelo.

MELCHOR.
¿Qué escucho?

DOÑA ISABEL.
Esta sin ventura
Que á religiosa clausura
Se ofreció...

MELCHOR.
¡Válgame el cielo!

DOÑA ISABEL.
Le dió una palabra vana
A Dios.

MELCHOR.
Pues yo vengo á ser
Hermano de esa mujer.

DOÑA ISABEL.
Y yo su infeliz hermana.

MELCHOR.
¿Qué dices?

DOÑA ISABEL.
Verdades son.
¿Tú esclavo? El alma lo siente.

MELCHOR.
¿Y tú en traje que desmiente
La cristiana religion?
¿Qué es esto?

DOÑA ISABEL.
Agraviar la fe.

MELCHOR.
¿Y tu ley?

DOÑA ISABEL.
Ya la perdí.

MELCHOR.
¿Y el cielo?

DOÑA ISABEL.
No le temí.

MELCHOR.
¿Y tu ofensa?

DOÑA ISABEL.
La olvidé.

MELCHOR.
¿Y el precepto?

DOÑA ISABEL.
Le quebré.

MELCHOR.

¿Y Dios?

DOÑA ISABEL.

Renegué profana.

MELCHOR.

Pues no te fingas mi hermana,
Que ella el bautismo logró;
Y aquí, mujer, te hallo yo
Sin las señas de cristiana.
Cuando con solo temor
Hallarte sin honra creo,
¿Sin ella y sin Dios te veo?
Ya es la pérdida mayor.
Mas si huyó de tí el honor,
Viento de humanos antojos,
Dios no, aunque le das enojos,
Que es luz de infinito ser;
Ya la volverás á ver,
En volviendo á abrir los ojos.
Llora, que así en razon cabe,
Pues fuentes los ojos son,
Y es el arca el corazon,
Que tenga el dolor la llave.
¿Lloras callando?

DOÑA ISABEL.

Es que sabe
El llanto á Dios obligar.
Las lágrimas han de hablar,
La lengua no ha de sentir,
Que es indigna de pedir
Lo que se atrevió á negar.
Mas blasfema ofendí á Dios,
Rompiendo la presa luego
De su piedad; yo me anego.
María, asiréme á vos.
Corramos juntos los dos,
Sed la tabla fiadora
Que me salve, porque agora,
Con las turbias avenidas,
De mi error van muy crecidas
Las iras de Dios. ¡Señora!
Lo que os ofrecí no olvido;
Llevadme vos donde pueda
Ponerlo en ejecucion,
Yo os cumpliré la promesa;
Déme el cielo un gran dolor.
Y tú, pues tienes las señas
De divino por tu sacra
Sacerdotal preeminencia,
Substituye el tribunal
De la justicia suprema,
Para que, siendo tú el juez,
Yo quien sus culpas confiesa,
Tú asegurando perdones,
Yo ofreciendo penitencias,
Tú admitiéndome á la gracia,
Yo postrada por la tierra,
Tú piadoso, yo vertiendo
A tus piés lágrimas tiernas,
Tú representes á Cristo,
Y yo imite á Magdalena.

MELCHOR.

Agora sí el amoroso
Nombre de hermana granjeas,
Con lo que siente tu llanto,
Con lo que dice tu lengua;
Llega á mis brazos.

DOÑA ISABEL.

Mas justo
Es que á tus plantas tal deuda
Reconozca; pues quien hace
Que yo á ser cristiana vuelva,
No es hermano, sino padre,
Que mi nueva vida engendra.

DON LOPE, *al paño.*

CAPITAN.

¡Cristiana dijo! ¿Qué escucho?
Cuando mi valor intenta
La venganza, ¿quiere el cielo
Que la ejecucion suspenda?
Dos cosas á un tiempo admiro;
Pues ser su hermano confiesa
Aquel cautivo, saldré
De confusiones tan nuevas.

Sale EL CAPITAN.

DOÑA ISABEL.

A buen tiempo te ha traido
El cielo, para que sepas
Que el que ves...

CAPITAN.

Ya esa noticia
Tarde á mis oidos llega;
Que es tu hermano me ha informado
Tu voz.

DOÑA ISABEL.

Pues la Providencia
Divina traerle quiso
Adonde por él merezca
La nueva luz que me alumbra.
Y tú, que fuiste primera
Causa de tantos errores,
Dejando pasiones ciegas,
Pues ya fueran para mí,
No lisonjas, sino ofensas,
Testigo has de ser ahora
De la mas cristiana prueba,
De la accion mas prodigiosa.

CAPITAN.

¿Quién tal suceso creyera,
Que en Africa una fortuna
A los tres juntar pudiera?

MELCHOR.

Pero aunque el haber oido
Quien soy mi agravio me acuerda,
Por el estado en que estoy,
Y el que profeso con muestras
De piedades, perdonara
Otras mayores ofensas.

CAPITAN.

De hoy mas reine una hermandad
En los tres.

MELCHOR.

Di lo que intentas.

DOÑA ISABEL.

Yo (si Dios mis pasos guia)
He de besar las arenas
Que á la romana tiara
Dan religiosa obediencia,
Sacando de esclavitud
Cuantos cautivos...

CAPITAN.

Resuelta,
Imposibles facilitas.

MELCHOR.

¿A qué embarcacion apelas,
Que hasta las cristianas playas
A salvamento nos vuelva?

DOÑA ISABEL.

Con un fingido rigor
Haré aprestar la galera
Mas veloz de los cautivos,
Que ésas tarazanas pueblan,
Y los dos saldréis conmigo,
Llevando para defensa
Los de mas satisfacion.

MELCHOR.

Del puerto las centinelas
Nos conocerán.

CAPITAN.

Y el ir
Sin armas es loca empresa.

DOÑA ISABEL.

Mañana es dia festivo,
En que honrarme Celian piensa
De la corona de Fez,
Con que Amurátes le premia.
¡Pluguiera al cielo divino
Que la del martirio fuera!
Y como á este fin, traidos
De poblaciones diversas,
En la ciudad cada dia
Moros extranjeros entran,
Creerán que sois destos mesmos;
Que á mi cargo el daros queda
Trajes que á todos disfracen,
Y armas para que os defiendan.

CAPITAN.

Bien lo disponeis.

MELCHOR.

¿Y cuándo
Ha de ser?

DOÑA ISABEL.

En lo que resta
Del dia las prevenciones
Dispondré sagaz y atenta,
Y entre el dormido silencio...
Mas recatarnos es fuerza;
Despues lo sabréis.

MELCHOR.

El cielo
Esos discursos alienta.

DOÑA ISABEL.

Pues aguardadme apartados,
Por no despertar sospechas,
Los dos, hasta que os avise.

CAPITAN.

Tu fama ha de ser eterna.

MELCHOR.

Tu nombre guardará el bronce.

DOÑA ISABEL.

Ea pues, mi celo os deba
Que me ayudeis hasta el fin.

CAPITAN.

Y hasta la ciudad suprema,
Que á siete montes las frentes
Pisa...

MELCHOR.

Y hasta que te veas
Postrada al gran Pio Quinto,
Sacro pastor de la Iglesia.

DOÑA ISABEL.

Pues advertid que el suceso
En la dilacion se arriesga.

CAPITAN.

Yo estaré atento á tu aviso.

MELCHOR.

Yo cumpliré lo que ordenas.

CAPITAN.

Eres voz que nos conduce.

MELCHOR.

Y norte que nos gobierna.

DOÑA ISABEL.

Volved.

MELCHOR.

¿Qué advertencia falta?

DOÑA ISABEL.

¿Qué aventuramos en esta
Resolucion?

CAPITAN.

Ser sentidos.

DOÑA ISABEL.

¿A qué riesgos nos condena
Ese estorbo?

MELCHOR.

Al de la muerte.

DOÑA ISABEL.

¿Rehusarás tú padecerla
Por la fe?

CAPITAN.
Alientos mostrara.
DOÑA ISABEL.
¿Y tú?
MELCHOR.
Mil vidas perdiera.
DOÑA ISABEL.
¿Jurais aquesta cristiana
Confederacion?
MELCHOR.
Por ella
Moriré.
CAPITAN.
Lo mismo digo.
DOÑA ISABEL.
Pues yo seré la primera
Al cuchillo.
MELCHOR.
Ese es valor.
CAPITAN.
Esa es razon.
MELCHOR.
Esa es deuda.
CAPITAN.
Es triunfo.
MELCHOR.
Es ser redentora
De cautivos.
DOÑA ISABEL.
Dios lo quiera,
Para que cuelgue en sus templos
Por trofeos las cadenas.
(*Vanse cada uno por su parte.*)

Sale BEATRIZ Y NARANJO.

BEATRIZ.
Ya que el Bajá te ha mandado
De la mazmorra sacar,
Y que estás á bien librar
En galeras consultado;
Por si el remo en ti se emplea,
Que si hará, mediante Dios,
Despidámonos los dos,
Sin que Zulema lo vea.

NARANJO.
¿Hasta la playa á ese efecto
Me traes? No son medios vanos;
Que aunque, á falta de cristianos,
Es un moro tu respeto,
Por mi antigüedad contigo,
Voz y voto he de tener.
DOÑA ISABEL. (*Dentro.*)
Ningun cristiano ha de ser
Reservado del castigo.
BEATRIZ.
Algun nuevo daño advierto,
Naranjo.
NARANJO.
¿Con qué motivos
Aquel tropel de cautivos
Le irán llevando hácia el puerto?
BEATRIZ.
Estos vendrán informados,
Y sabrémos la ocasion.

Salen ZULEMA *y* LOS DEMÁS MOROS, Y DOÑA ISABEL, *con bengala y espada ceñida.*

DOÑA ISABEL.
Así pago la aficion
Que debo al Bajá, soldados.
(*Ap.* Cielos, yo os quiero pedir
Que, pues me volveis á dar
Vista para no cegar,
Me deis voz para fingir.)
Ya sabeis que el diligente
Afan de las centinelas
Descubrió cristianas velas
Hácia este mar del poniente;
Y yo con desvelo atento
En sus gavias levantadas
Vi las flámulas cruzadas,
Que tremolaban al viento.
Y como el cristiano ha dado
Sospechsa para poder
Desde allí reconocer;
De mi esfuerzo aconsejado
Ceilan, con poder supremo
A todos esos cautivos,
Que intentaban fugitivos
Librarse, los echa al remo;
Que así, para examinar
Si el enemigo se enoja,
Dos galeotas arroja
Sobre la espalda del mar.
ZULEMA.
¿Y desta sarta no es cuenta
Naranjo por lo cuadrado?
Tambien es acomodado
Para galeote; ¿qué intenta?
¡Qué holgazan y vagamundo
Con estos cuartos está!
NARANJO.
Conservarlos, porque ya
No se halla un cuarto en el mundo.
DOÑA ISABEL.
Corra una misma fortuna;
Y pues ya con ciego espanto
La noche tiende su manto
Sobre el rostro de la luna,
Llevadlo.
NARANJO.
Siento el dejar
Esclava á Beatriz, por ver
Que tú la podrás vender,
Y ella se sabrá alquilar.
BEATRIZ.
¿Tú galeote?
ZULEMA.
¿Qué te alteras?
Yo me casaré despues
Contigo.
NARANJO.
Lo mismo es
Casarse que ir á galeras.
(*Llevan á Naranjo los moros.*)
ZULEMA.
Vaya al remo.
DOÑA ISABEL.
(*Ap.* Estos parecen
Rigores y son piedades.)
Tú, Beatriz...
BEATRIZ.
¿Qué es lo que ordenas?
DOÑA ISABEL.
Que retirada me aguardes
Junto á esas ramas.
BEATRIZ. (*Ap.*)
¿Qué intenta,
Que del silencio se vale?
DOÑA ISABEL.
Ya de avisarlos es tiempo,
Pues los tengo hácia esta parte,
Encubiertos con la noche,
Disfrazados con los trajes.—
Salid á la playa, amigos.

Lléguense al paño MELCHOR DE ACEVEDO, EL CAPITAN Y EL SARGENTO, *en trajes de moros, con espadas y broqueles.*

MELCHOR.
Ya esta voz nos satisface.
DOÑA ISABEL.
Ea, cristianos, ó al viento
El pardo lino desate
Nuestra industria, ó á la fe
Estas vidas se consagren.
MELCHOR.
Cristiano valor esconden
Los moriscos almaizares.
CAPITAN.
De tan buen soldado fio
Resoluciones mas grandes.
SARGENTO.
A vuestro lado, don Lope,
¿Quién ha de morir cobarde?
DOÑA ISABEL.
Venid siguiendo mis pasos.
MELCHOR.
La noche ha cubierto el aire,
Y con sus mudos horrores
Se oyen del mar los embates.
CAPITAN.
Pisemos con tal silencio,
Que entre las obscuridades
De nuestros mismos oidos
Nuestras huellas se recaten.
MELCHOR.
Para que las atalayas
Que sobre los baluartes
Están no puedan sentirnos,
Cuidemos que al aprestarse
La galera, lentamente
Las áncoras se levanten,
Que mudo el timon se mueva,
Que al dar órden de que zarpen,
De banco á banco á la proa
Sorda la palabra pase;
Y que bogando á cuarteles
Cada remo en golpes graves,
Templadamente castigue
Las ondas para que callen.
CAPITAN.
¿Aseguraste á Ceilan?
DOÑA ISABEL.
Ya no hay prevencion que falte.

Salen por otra parte CEILAN Y ZULEMA.

CEILAN.
Como nuestras costas corren
Cristianas velas, me trae
Receloso este cuidado.
CAPITAN.
Gente viene.
DOÑA ISABEL.
¡Qué notable
Riesgo! ¿Si nos han sentido?
CEILAN.
¿Qué tropa es la que tan tarde
Pisa la playa?
ZULEMA.
Será
La escuadra que á rondar sale
El puerto.
DOÑA ISABEL.
Pues á embarcarnos,
Aunque sigan nuestro alcance.
CAPITAN.
Bien nos anima.

MELCHOR.

Resuelta
Vencerás dificultades.

DOÑA ISABEL.

¿Qué estorbo humano ha de haber,
Cuando llevo á Dios delante?

(*Vanse.*)

CEILAN.

Si es la ronda del presidio,
¿Cómo con descuido fácil
Se fué sin reconocernos?

ZULEMA.

Si no es que al oido engañen,
Del mar, que azota esas peñas,
Siento romper los cristales
Sordos remos, que sus ondas
Repetidamente baten.

CEILAN.

Para saber lo que ha sido,
La luz nos dan los celajes
Del dia, que ya amanece;
Mas, cielos, ¿qué bajel sale
Del puerto, dejando rotas
Las amarras y los cables?

MELCHOR. (*Dentro.*)

Bogad con brio, españoles.

DOÑA ISABEL. (*Dentro.*)

¡Virgen, valedme, ayudadme,
Pues sois mi amparo y la luz
De mi salvacion!

CEILAN.

¡Notable
Cosa! La voz de Celima
Es la que oigo. De coraje
Ardo en iras; ¿qué es aquesto?
Zulema, al punto, al instante
Dos galeras apercibe.

TODOS.

¡Iza, boga, buen viaje!

Tocan clarines y cajas; llega hasta la mitad del patio la galera, donde irán DOÑA ISABEL, MELCHOR, EL CAPITAN, NARANJO Y BEATRIZ.

DOÑA ISABEL.

Ya, Ceilan, el cielo quiere,
A mi intento favorable,
Que aquel sacrílego error
Con esta accion se restaure.
Yo protesto en tu presencia,
Ya que la negué inconstante,
Que confieso el del bautismo
Nunca borrado carácter.
Y el no quedarme resuelta
Donde con mi propia sangre
Vuestros crueles martirios
Ilustres memorias labren,
Es porque aquestos cautivos
Libertad feliz alcancen.
Y los demás que se embarcan
Sobre esotro leño errante,
Que ya entre rizas espumas
Tiende las velas al aire;
Y aunque hollar quieras las ondas
Con tus proas en mi alcance,
Tremolo en señal de guerra
Este sagrado estandarte,
A un tiempo defensa y norte,
Para que no me acobarden,
Ni las flechas, ni las balas,
Ni los vientos, ni los mares.

CEILAN.

Toca á embarcar; ya te sigo.

CAPITAN.

Valor habrá que te aguarde.

MELCHOR.

Cristiano esfuerzo tenemos.

NARANJO.

Beatricilla va por lastre,
Señor.—Zulema.

ZULEMA.

De tí,
Si te alcanzo, he de vengarme.

MELCHOR.

El cielo nos encamine.

(*Tocan cajas.*)

TODOS.

¡Buen viaje, buen viaje!

CEILAN.

Y aquí esta humilde pluma
Piadosa disculpa alcance.

COMEDIA FAMOSA

TITULADA

OFENDER CON LAS FINEZAS,

DEL LICENCIADO DON JERONIMO DE VILLAIZAN.

PERSONAS.

EL CONDE DE BARCELONA.
ENRIQUE, *galan*.
OCTAVIO, *galan*.
BLANCA, *dama*.
ELVIRA, *su prima*.
DOROTEA, *criada*.
DON GARCÍA, *padre de Blanca*.
DESVAN, *criado*.
FABIO, *criado*.

JORNADA PRIMERA.

Salen BLANCA Y ELVIRA.

BLANCA.
No me aconsejes, Elvira.
ELVIRA.
Pues, Blanca, si en tu congoja
Mi modo de hablar te enoja,
Tu modo de amar me admira.
BLANCA.
Amor que firme suspira,
Que reconocido adora,
Blando ruega y triste llora,
¿No es amor?
ELVIRA.
No, Blanca.
BLANCA.
Pues,
Si no es amor, dime, ¿qué es
Esto que se ve y se ignora?
ELVIRA.
Yo, que sé amar y vivir
A la luz de un solo ardor,
Sabré que eso no es amor,
Lo que es no sabré decir;
Porque amar á uno y oir
A otro, ni es amor ni olvido;
Y asi, un pecho divertido
Entre ternuras y antojos
Olvidará por los ojos
Lo que amó por el oido.
Yo adoro á Octavio, y constante,
A solo adorarle atiendo,
Y tú, cuando estás queriendo,
Aunque tan firme y amante,
Le haces tambien buen semblante
Al Conde, y con mudas señas,
Cuando le escuchas, le empeñas;
Luego culpada te hallas
En lo que á Enrique le callas
Y en lo que al Conde le enseñas.
En una fe prevenida
Cualquier descuido es bajeza,
Amar cobarde es flaqueza,
Y culpa engañar, querida;
Y asi, un alma repartida
Ni podrá amar ni temer,
Porque, si se ha de querer
Con decoro y con primor,
La vida de un solo amor
Toda un alma ha menester.
BLANCA.
Oye, Elvira, que primero
Daré la vida contenta,
Que permita, que consienta
Culpa en mi amor verdadero.
Solo á Enrique estimo y quiero;
Que, aunque al Conde le he sufrido
Y escuchado, no he temido,
No, que salga vencedor
De un amor firme otro amor,
Ni he estimado ni creido.
¿No se ve el Etna eminente
Ser, y mostrarse en un bulto,
Vivo Mongibelo oculto
Y helada sierra aparente?
¿Qué mucho, pues, que yo intente
Ser Etna mejor adonde
Con Enrique y con el Conde
Soy una breve mentira,
De nieve en lo que se mira,
De fuego en lo que se esconde?
Y ¿qué importa que me explique
Su fe el Conde, si en rigor
Él me está hablando en su amor,
Y yo pensando en Enrique?
Y asi, porque no me aplique
Luz que despues me acobarde,
Hago del incendio alarde,
Porque en un duelo reñido
Aprende para vencido
El que se teme cobarde.
Quien habla en si ha de olvidar
No está muy firme en su amor,
Ni está bien con su valor
Quien no le sabe empeñar.
¿Qué hiciera yo en adorar
A Enrique sin resistencia
De otro amor, de otra violencia?
Luego á mas mérito nace,
Porque hay glorias que las hace
Mayores la competencia.
ELVIRA.
Confieso que quiso mas
La que mas supo vencer;
Pero ¿dejará de ser
Mas firme la que jamás
Dió ese agrado que tú das
A otro amor? Nadie lo ignora;
Luego tu fe se desdora,
Pues esa atencion fingida
Que das á lo que se olvida,
Quitas á lo que se adora.
Y esto es solo discurrir
En un buen duelo de amar,
Donde no se han de buscar
Conveniencias de vivir;
Porque en llegando á advertir
Que es absoluto señor
El Conde, que tiene amor,
Que Enrique es noble, tú hermosa,
La ocasion muy peligrosa,
Muy delicado el honor,
El vulgo muy atrevido,
Tu padre muy alentado,
El peligro muy hallado,
El remedio mal sabido;
Que no ha de ser tu marido
El Conde, que lo ha de ser
Enrique, y vais á perder,
Él la vida y tú la fama;
Que eres mucho para dama,
Y poco para mujer;
Que el Conde te quiere á tí,
Y finge que á mí me quiere;
Que Octavio, mi amante, muere
De celos que no le di;
Y que entrando el Conde aquí
Con Enrique, puede ser
Que cada uno llegue á ver
Su agravio en particular;
Que entrambos se han de enojar,
Y que en fin se han de saber;
Que el Conde no ha de sufrir
Desaire en su autoridad;
Que Enrique, aun siendo verdad,
Disculpas no ha de admitir,

Ni tú has de poder cumplir
Con todo; peligros son,
Prima, en cuya confusion,
Contra tu estado y el mio,
Crece el daño, falta el brio
Y enmudece la razon.

BLANCA.

No es nuevo en mi discurrir
¡Ay Elvira! en mi pesar,
Mas ni me atrevo á olvidar
A Enrique ni á resistir
Al Conde, y no puedo huir
Un mal y otro repetido,
Y de los dos, he tenido
Por medio mas acertado
Tener al Conde engañado
Que aventurarle ofendido.

ELVIRA.

Doy que pueda ser cordura
Esa atenta prevencion.
A la verdad, ¿no es traicion
O fineza mal segura,
Cuando Enrique con fe pura
Toda el alma te mostró,
Encubrirle que te amó
El Conde, y aventurar
A que él se pueda enojar,
Pues se lo callaste?

BLANCA.

No;
Porque, estando en mi seguro
El decoro de mi amante,
Mientras yo con fe constante
Dilatarle un mal procuro;
Aunque hoy su enojo aventuro
Si sus celos no le digo,
Pues con callarlos le obligo,
Como mi intencion sea buena,
Y yo le excuse una pena,
Mas que se enoje conmigo.
Demás de que es conveniencia,
Decente al suyo y mi honor,
Callarle á Enrique otro amor,
Porque, viendo otra asistencia,
Temiera de su violencia
Lo que tú temiendo estás,
Y aunque él se esforzara mas,
En algun temor cayera
Quizá, de que no pudiera
Satisfacerse jamás.
Y entre un cuidado celoso
Y un descuido asegurado,
Mas le quiero sin cuidado
A Enrique que cuidadoso;
Sin ser querido es dichoso,
No turbe su dicha ahora
Una sospecha traidora,
Porque aun mentida la ofensa,
Hace infame al que la piensa
Y dichoso al que la ignora.
Finalmente, si le diera
Cuenta á Enrique de otro amor,
Viendo empeñado su honor
Con el Conde, ser pudiera
No verme mas, y esto fuera
Para mí el mayor pesar.
Luego es fineza el callar,
Pues aunque los riesgos toco,
No le quiero yo tan poco,
Que le quiera aventurar.

ELVIRA.

A todo me has satisfecho.

BLANCA.

Bien sabes lo que he vencido
Con el Conde, y que he querido
Sacarle el amor del pecho;
Mas, no siendo de provecho
Mostrarme con él severa,
He dispuesto, la primera
Noche que me venga á ver,
Declararme, y ha de ser,
Escucha, de esta manera.
(*Hablan las dos.*)

Salen ENRIQUE, DESVAN Y DOROTEA.

ENRIQUE.

¿Qué hace Blanca?

DOROTEA.

Con su prima
La dejé haciendo labor.

ENRIQUE.

¿Podré hablarla?

DOROTEA.

Sí, Señor;
Porque sé yo lo que estima
Tu persona, y se holgará
De saber que estás aquí;
Mas las dos vienen allí.

BLANCA.

Enrique ha venido ya;
Disimula, no le dés,
Elvira, qué sospechar.

ELVIRA.

Mucho tenemos que hablar.

BLANCA.

Pues déjalo hasta despues.

ENRIQUE. (*Llegándose.*)

¿Blanca?

BLANCA.

¿Enrique? (*Ap.* Amor, anima
El fuego que en los dos arde.)

ENRIQUE.

Díjome el Conde esta tarde
Que vendrá á ver á tu prima;
Que, como sabes, la adora
Cortés, galan y discreto,
Confiando este secreto
De mi lealtad; yo, Señora,
Como tanto el verte estimo,
Que vivo mas, segun creo,
A cuenta de lo que veo
Que á cuenta de lo que animo;
Queriendo, con la ocasion
De avisar á Elvira, hablarte
Este rato, y acordarte
Mi siempre firme aficion,
Me vine un poco delante;
Si mucha licencia ha sido,
No estima, no, ser querido
Quien no es solícito amante.

BLANCA.

Está tan léjos en ti
De ser culpa esa licencia,
Que en tu amor fué diligencia,
Y agradecimiento en mí.
Juzga, pues, si enamorada,
Cortés, atenta y gustosa,
Podrá tenerme quejosa
Lo que me tiene obligada.

ENRIQUE.

¡Ay, Blanca, lo que te debo!

BLANCA.

¡Ay, Enrique, esto es amar!

ENRIQUE.

Déjeme el cielo pagar
Fe tan firme, amor tan nuevo.

BLANCA.

¿Hablaste á mi padre?

ENRIQUE.

Sí,
Blanca.

BLANCA.

¿Y qué respondió?

ENRIQUE.

Como lo esperaba yo.

BLANCA.

Habló su piedad por mí;
¡Que estos ratos nos impida,
Por querer á Elvira, el Conde!

ENRIQUE.

Mal á nuestro amor responde
Su piedad encarecida.

BLANCA.

Esfuerza mi engaño, Elvira,
Hablando á Enrique.

ELVIRA.

Sí haré.
(*Ap.* ¡Que así se engañe una fe
Que á ser inmortal aspira!)

ENRIQUE. (*Ap.*)

¡Que el Conde me esté estorbando
Lo que amor me está ofreciendo!

BLANCA.

¡Que cuando le estoy queriendo
A Enrique, le esté engañando!

ENRIQUE.

Mas, si á buena luz se mira,
Mayor la desdicha fuera
Si el Conde á Blanca quisiera
Mas vale que quiera á Elvira.

BLANCA.

Mas, si por haberle amado,
Pude llorarle perdido.
Como en mi no esté ofendido,
No importa que esté engañado.

DESVAN.

¿Dorotea?

DOROTEA.

¿Qué hay, Desvan?

DESVAN.

Mil requiebros atrasados,
Que, de puro estar guardados,
Sentidos pienso que están.

DOROTEA.

¿Con eso sales ahora?

DESVAN.

Pues ¿con qué quieres que salga
Que menos cueste y mas valga?
Está Enrique á tu señora
Hablando en cosas de amor,
Y desde que los oí,
Me emportuguesé, y sentí
Tiernísimo.

DOROTEA.

¿Eso es furor
O arrendajo?

DESVAN.

Soy perdido
Por hacer cuanto veo hacer;
Y así, como vi querer,
Quiero como un descosido.
Finalmente, no hay accion,
Buena ó mala, que si veo
Hacerla, no la deseo;
Y puede aquesta pasion
Tanto en mí, que como un dia
Que á un hombre iban azotando,
Se le quedasen mirando
Todos, fué la rabia mia
Tal, que en el asno subí,
Y pedí que me azotasen,
Porque á él no le mirasen,
Y me mirasen á mí.

DOROTEA.

Desvan, muy malo es sufrir,
Y á mucha costa y trabajo.

DESVAN.

En esto del arrendajo

lo me puedo reprimir;
si como estoy en pié
tan mal acomodado,
stuviera bien sentado,
'ieras milagros, sí á fe.

DOROTEA.

'ues si por eso lo dejas,
esa cuadra nos saldrémos
habrá donde nos sentemos.

DESVAN.

lindamente me aconsejas.

(*Vase.*)

ELVIRA.

Confieso el riesgo en que estoy,
Enrique, y aunque procuro,
Por la opinion que aventuro
Y los disgustos que os doy,
Divertir el galanteo
Del Conde, no me he atrevido
A aventurarle ofendido,
Cuando empeñado le veo.

BLANCA.

Prima, ese es lance forzoso,
Y de mí digo que hiciera
Yo lo mismo, si me viera
Querida de un poderoso.

ENRIQUE.

Mal hicieras, Blanca, estando
En el empeño en que estás,
Pues siempre se obliga mas
Despidiendo que engañando.

BLANCA.

¡De qué sirve despedir
A quien no se ha de apartar?

ENRIQUE.

De saber asegurar
A quien lo puede sentir.

ELVIRA.

Si mi amante no fiara
De mí su honor, me ofendiera.

ENRIQUE.

Si mi dama entretuviera
A otro amante, la dejara.

BLANCA.

Siendo amante y poderoso,
No es bueno para ofendido.

ENRIQUE.

Peor es para marido
El que fué galan celoso.

ELVIRA.

Eso es ya mucho apretar.

ENRIQUE.

Y eso es mucho permitir.

BLANCA.

Yo me dejara morir.

ENRIQUE.

Yo me supiera matar.

BLANCA.

Basta, Enrique; considera
Que no es bien que me amenaces.

ENRIQUE.

Yo no digo lo que haces,
Mas digo lo que yo hiciera.

BLANCA.

Elvira, ¿qué dices?

ELVIRA.

Digo
Que el mismo temor me dan
El Conde para galan
Que Enrique para marido;
Mas pienso que viene gente.

BLANCA.

¿Si es el Conde?

ENRIQUE.

Puede ser;
Y pues le ha de entretener
Elvira, cuando se siente
El Conde, Blanca, procura
Dejar la conversacion
Y salir, pues la ocasion
De hablarnos es tan segura.
¿Qué dices?

BLANCA.

(*Ap.* Esto es peor.)
Que me holgara de poderle
Dejar al Conde, y hacerle
Este gusto á nuestro amor;
Pero dejar sola á Elvira
Con el Conde, y dar lugar
A que se canse en hablar,
No es justo: tras esto, mira
Lo que quieres, que eso haré.

ENRIQUE.

Tienes razon; yo pedí
Como amante.

BLANCA. (*Ap.*)

Bien salí
Del peligro en que me hallé.

ELVIRA.

El Conde.

ENRIQUE.

Pues, Blanca, adios.

Hace que se va, y sale EL CONDE.

CONDE.

¿Enrique?

ENRIQUE.

¿Señor?

CONDE.

¿Qué hacias?

ENRIQUE.

Avisarlas que venias
A Elvira y Blanca, y las dos
Te esperan.

CONDE.

Pues ten cuidado,
Por si viene don García.

ENRIQUE.

En la diligencia mia
Queda el riesgo asegurado.
(*Ap.* ¡Hay linaje de desdicha
Como la que veo, cielos,
Que, sin darme el Conde celos,
Me estorbe el Conde la dicha! (*Vase.*)

BLANCA.

¿Se fué Enrique?

ELVIRA.

Ya se fué,
Y entró el Conde.

BLANCA.

Pues, Elvira,
A esa cuadra te retira,
Déjame con él.

ELVIRA.

Sí haré,
Blanca; mas saber deseo
Qué intentas.

BLANCA.

Desengañar
Al Conde, y asegurar
El peligro en que me veo,
Si se sabe su aficion,
Porque ha de ser mi marido
Enrique, y porque he temido
Su resuelta condicion.

ELVIRA.

Cuerdamente lo has pensado.

BLANCA.

Pues adios, Elvira.

ELVIRA.

Adios.
(*Ap.* En tanto que hablan los dos,
Me ocupará mi cuidado;
A escribirle un papel voy
A Octavio, que, como es primo
Del Conde, aunque yo lo estimo,
Ha dado en pensar que soy
La dama que el Conde ama;
Y temiendo su disgusto,
Por no faltar á su gusto
Quiere faltar á su dama.
Y aunque Blanca me encargó
Este secreto, perdone
Blanca y su temor me abone,
Porque soy primero yo.) (*Vase.*)

CONDE. (*Ap.*)

Dudo qué misterios son
Quedar Blanca y irse Elvira;
No sin novedad me admira
En Blanca esta permision.

BLANCA. (*Ap.*)

Mucho mi opinion desdigo
En quedar sola, pues voy
Siempre á perder; mas no estoy
Sola cuando estoy conmigo.

CONDE. (*Ap.*)

Pero sin duda que trata
De premiar mi amor quejoso.

BLANCA. (*Ap.*)

Cuando el remedio es dudoso,
Le pierde el que le dilata.

CONDE. (*Ap.*)

Pues ¿qué dudo, que no llego
A lograr tanta ventura?

BLANCA. (*Ap.*)

Pues ¿qué aguarda mi cordura,
Que no atiende á mi sosiego?

CONDE. (*Ap.*)

Lógrese mi amor constante.

BLANCA. (*Ap.*)

Quede mi fe encarecida.

CONDE. (*Ap.*)

Sin Blanca no quiero vida.

BLANCA. (*Ap.*)

Viva la fe de mi amante.

CONDE.

¿Blanca?

BLANCA.

¿Señor?

CONDE.

No creí
Hallarte á solas un dia.

BLANCA.

Diligencia ha sido mia.

CONDE.

¿Aun eso mas?

BLANCA.

Señor, sí.

CONDE.

La mano por la fineza.

BLANCA.

No porque os halleis conmigo
A solas...

CONDE.

¿Qué decis?

BLANCA.

Digo
Que me escuche vuestra alteza.
Dos años há que me mira
Vuestra alteza, Dios le guarde
Para blason generoso
De sus nobles catalanes;
Dos años há que me mira
Cortés, secreto y amante,
Tan atento á mi decoro,
Tan sufrido en sus pesares,
Que, sin publicar el fuego

Que en mudas cenizas arde,
Guardó el calor en el pecho
Sin dar la llama al semblante.
¿Parécele á vuestra alteza
Que fué mucho el ocultarse,
El vencerse, el resistirse?
Mucho fué, pero repare
En que yo, siendo mujer,
En vez, sí, de hacer alarde
Del ser querida, pudiendo
Desvanecerme sus partes
Generosas, me negué
A estos aplausos vulgares.
En este tiempo, Señor,
Vos asistente, yo afable;
Vos puntual, yo cortés;
Vos siempre fino en guardarme
Del vulgo, yo siempre atenta
A que al honor de mi sangre
Ni con sospechas se injurie
Ni con indicios se manche,
Convinimos en que Elvira
Diese á entender... Mas si sabe
Vuestra alteza, claro está,
Tan por menor estos lances,
¿¡De qué sirve referirlos
Segunda vez, ni acordarse
Que es príncipe, yo mujer,
Vasallo leal mi padre,
Mi estado el mas peligroso
Y el vulgo mas vigilante?
Pasemos á lo que importa;
Escúcheme, y no se canse;
Que le he menester ahora
Mejor príncipe que amante.

CONDE.

No es posible divertirme,
Porque de tus ojos salen...
¡Ay Blanca!

BLANCA.

¡Pese á mis ojos!
Cuando mi honor persuade
Vivamente mi peligro,
¿Ellos con violencia fácil
Le divierten, ó le informan
Menos seguras verdades?
Vuestra alteza no lo crea,
Gran Señor, mientras yo hable;
Haga esto por mí, ó si no,
Vive Dios, que me los saque.

CONDE.

Bueno está, Blanca.

BLANCA.

Señor,
Ni os enoje ni os espante,
Cuando mis ojos me ofenden,
Que airada los amenace;
Porque si la tiranía
De unos ojos puede y hace,
Ocasionando un deseo,
Que se deshonre un linaje,
Aunque ciegue mi hermosura,
Mucho mas vendrá á importarme
Un rigor que me asegure
Que unos ojos que me infamen.

CONDE. (*Ap.*)

¡Notable mujer!

BLANCA. (*Ap.*)

Enrique,
Esto es quererte y honrarte;
Mucho me debe tu amor,
Plegue á Dios que me lo pagues.

CONDE.

Prosigue, Blanca; que ya,
Sin divertirme á mirarte,
Te escucho atento; prosigue.

BLANCA.

Digo pues, Señor, que aparte
Vuestra alteza su razon
De su albedrío, y repare
Qué fin pretende en su amor;
Porque en las dificultades,
Quien no previene los fines,
Bien merece que le falten
Los sucesos. Vuestra alteza,
Claro está, no ha de casarse
Conmigo; pues, aunque es cierto
Que apurando calidades,
Doña Blanca de Cardona
No cede á ninguno en sangre,
Es conde de Barcelona
Vuestra alteza, y es mi padre
Vasallo suyo; y en fin,
No es posible que me engañe
Yo á mi misma de manera,
Que, en fuerza de ser mi amante,
Crea que su amor le obligue
A que conmigo se case.
Pues pensar que á las lisonjas,
Que á los ruegos, que al exámen
De su amor, he de ser rosa
Cuya púrpura fragante
El que la buscó posible
La solicitó cadáver,
No, Señor, porque si tiene
La rosa beldad que atrae,
Tambien para su defensa
Tiene espinas que la guarden.
¿Para quién es el vencerse,
Sino para un hombre grande,
Que, dueño de su fortuna,
Dentro de sí mismo cabe?
Válgame con vuestra alteza
Lo que me ha querido; alcance,
Como adorada lisonjas,
Como afligida piedades
Y como mujer consuelos,
Porque á los dos nos alaben
De que ha sabido vencerse
Y yo he sabido rogarle.

CONDE.

(*Ap.* Mudo he quedado, y no tengo
¡Ay de mí! qué replicarle.)
Blanca, jamás de mi amor
Esperé, el cielo lo sabe,
Ni mas premio que tenerle
Ni mas dicha que adorarle;
Vivir y amar solo quiero,
Déjame que viva y ame.

BLANCA.

¿Y mi honor?

CONDE.

¿No se asegura
En mi fe muda y constante
El secreto, pues ha estado
Mi amor en la noble cárcel
Del pecho, sin que á los ojos,
Por indicios, por señales,
Salga jamás?

BLANCA.

No hay secreto,
No, que pueda asegurarse
Del tiempo, de la fortuna,
Del amor, de sus pesares,
De las sospechas del vulgo,
De los desvelos de un padre.
Y aun se esfuerza este peligro,
Despues que Enrique, á quien trae
Consigo, á mi padre habló
Para que con él me case,
Y los dos se han convenido,
Y ya para efectuarse
Esperan su gusto, y este
No hay razon por qué les falte.
Enrique está disculpado,
Porque piensa que es amante
De Elvira; yo, no es posible
Que la respuesta dilate
Sin hacerme sospechosa.
Vos no sufriréis desaires,
Ni Enrique es hombre con quien
Podré segura casarme,
Oyendo otro amor. Juntad
Aquestas dificultades,
Y hallaréis que una fineza
Sola, aunque muy importante,
Os queda que hacer por mí,
Que es venceros, y dejarme
Libre, para que yo pueda...

CONDE.

Oye, espera; ¿qué es dejarte?
Qué es sufrir que otro te quiera,
Y yo de celos me abrase?
¿Ves cuántos inconvenientes
Me has propuesto? Pues mas fácil
Es atropellarlos todos
Que vencerme ni olvidarte.
Pues cuando todos se junten
Contra mí, si no bastaren
Las ternuras, las finezas,
Con rigores, con crueldades...

BLANCA.

No prosiga vuestra alteza
Con la razon, ni la acabe
Tan en descrédito mio,
Que despues, cuando se halle
Quieto el ánimo, le pese
Que su voz la pronunciase.
Yo le he propuesto mis dudas;
Tome, pues, tiempo bastante
Para responderme á ellas,
Porque es mi razon tan grande,
Que la ha de reconocer
Mayor cuanto mas pensare
En ella; y pues me encarece
Tanto sus cuidados, pase
La dilacion por fineza;
Que por lo menos es darle
Ocasion para que vuelva
Otra vez á visitarme.

CONDE.

Admito, Blanca, el consejo,
Pero me lo das en balde;
Porque he de responder siempre
Esto mismo.

BLANCA.

Por instantes
Muda empeños el arbitrio
En las personas reales.

CONDE.

El que elige lo mejor
Se obliga á no ser mudable.

BLANCA.

Lo mejor es lo mas justo
En un príncipe constante;
Y ahora déme licencia
Vuestra alteza, porque es tarde.

CONDE. (*Ap.*)

¡Ay de mí! ¡Cuán imposible
Está el remedio á mis males!

BLANCA. (*Ap.*)

Quiera Dios que mis desdichas
O se enmienden ó se acaben.

CONDE. (*Ap.*)

Un volcan llevo en el pecho.

BLANCA.

(*Ap.* El cielo libre á mi amante.)
¿No os vais, Señor?

CONDE.

Ya me voy.

BLANCA.

Vivid felices edades.

CONDE.

Mas vale, si he de perderos...

BLANCA.

¿Qué decís?

CONDE.
Que el cielo os guarde.
(*Vanse.*)

Salen OCTAVIO Y DOROTEA, *con manto, y trae un papel en la mano* Y DESVAN *al paño.*

DOROTEA.
Siguiéndote he venido
Desde tu casa, pero no he podido [ra.
Alcanzarte hasta ahora; este es de Elvi-
OCTAVIO.
¿De Elvira?
DOROTEA.
Sí, Señor.
OCTAVIO.
Mucho me admira.
DOROTEA.
¿Por qué?
OCTAVIO.
Porque juzgaba
Yo que en mejor esfera se abrasaba
El sol de su hermosura.
DOROTEA.
No ofendas su lealtad y tu cordura; [ra,
Porque Elvira, Señor, que amante espe-
Se abrasa en tí, que es su mejor esfera.
DESVAN. (*Ap.*)
Por mas que disfrazárseme ha querido
La criada de Blanca, no ha podido;
Y vive Dios, que el traje me señala
Que ha salido de mala,
O de buena ha salido,
Porque pienso que á mala se ha metido.
DOROTEA.
Mira que estás haciéndote este agravio.
DESVAN.
¿La criada de Blanca con Octavio?
DOROTEA.
Esto no es para aquí; lee y responde
Al amor con que Elvira corresponde.
OCTAVIO. [dos.
Leo, aunque burle Elvira mis cuida-
(*Lee el papel aparte.*)
DESVAN.
¿Papelito? ¿Esto mas? ¿Celos firmados
Cuando mi amor entrarse ha pretendi-
En la órden estrecha de marido? [do
Pues no ha de profesar, por Dios eterno,
Cruel esta festilla del infierno; [ra,
Que si amante de Blanca y su hermosu-
Pensó votar clausura,
Sabiendo esta insolencia,
No votará clausura ni paciencia.
OCTAVIO.
Yo he leido, y me manda tu señora
Que la vea esta noche; vuelve ahora,
Y di que haré su gusto.
DOROTEA.
Eres cortés. (*Vase.*)
OCTAVIO.
Obedecerla es justo.—
¡Qué me podrá querer ahora Elvira,
Cuando sé que la mira
El Conde, aunque de mí se ha recatado,
Y mas de alguna noche le he encontrado
Con Enrique á su puerta? [cierta
Mas ¡qué importa, qué importa que sea
Mi duda, si es Elvira quien me llama,
Su honor quien ruega, mi temor quien
Y ciegos de llorar los ojos mios, [ama,
Aman su engaño y temen sus desvíos?
DESVAN.
Blanca, Octavio, papel? Lindo reclamo;
Ya rabio por decírselo á mi amo.
Pero bien puede ser, verdades curso,
[so,
Aunque á estas tablas se le altere el cur-
Que á los lacayos *quoque* les es dado
El soliloquio y el paloteado.
Bien puede ser que sea
Elvira á quien Octavio galantea,
Y no Blanca, es verdad; pero si el Conde
[de.
Ama á Elvira, que á Octavio correspon-
Diréle al Conde que los dos le infaman,
Aunque me meta en lo que no me lla-
Pero el Conde sale aquí, [man.
Y viene Enrique con él.
OCTAVIO.
El Conde sale; ¡ah cruel!
Véngueme el amor de tí.

Salen EL CONDE, DON GARCÍA Y ENRIQUE.

DON GARCÍA.
Digo, Señor, que he casado
A Blanca, y que solo espero
Vuestra licencia.
CONDE.
(*Ap.* Yo muero.)
Bien está.
DON GARCÍA.
Sé que la he dado
Marido su igual; que Enrique
Es tan bueno como yo,
Y mi nobleza buscó
Quien su estimacion publique.
CONDE.
Tambien fuera bien, García,
Que vuestra eleccion supiera
Yo primero, porque fuera
Primera eleccion la mia;
Pero vos lo habeis mirado
Mejor.
DON GARCÍA.
Vuestro gusto...
CONDE.
Primo,
¿Qué hay de nuevo? (*Ap.* Mal reprimo
Este ardor disimulado.)
ENRIQUE. (*Ap.*)
Parece que á don García
Le habló con desabrimiento
El Conde en mi casamiento,
Y recelo...
CONDE. (*Ap.*)
¡Ay Blanca mia!
ENRIQUE. (*Ap.*)
Con mil pensamientos lucha
Mi amor.
CONDE. (*Ap.*)
Esto me conviene.
OCTAVIO.
Disgustado el Conde viene.
CONDE.
¿Enrique?
ENRIQUE.
¿Señor?
CONDE.
Escucha.
OCTAVIO, (*Ap.*)
Su desatencion me admira,
Y de ella me he de valer,
Porque no me estorbe el ver
Esta noche á doña Elvira. (*Vase.*)
DON GARCÍA.
El Conde se ha puesto á hablar
Con don Enrique, y infiero
Que hablan de su vida; quiero
Darles á los dos lugar. (*Vase.*)
DESVAN.
Paréceme que me quedo
Con mi mala nueva; pues
Yo se la daré despues
A Enrique, si ahora no puedo.
Dejémosle que sosiegue;
Que una mala nueva, es llano
Que llega siempre temprano,
Por tardísimo que llegue. (*Vase.*)
CONDE.
Digo pues que un caballero
Rico y noble se ha amparado
De mi favor y prendado,
Para que yo sea tercero
Con Blanca en su casamiento;
Por eso, cuando lo oí
A don García, respondí
Con aquel desabrimiento,
Pesándome de que hubiese
Tratádolo antes contigo.
ENRIQUE.
A saber yo...
CONDE.
No lo digo,
Enrique, porque me pese
De la fortuna en que estás,
Sino por darte á entender
La causa que tuve, y ver
Quién tiene adquirido mas;
Y así, pues es tan discreta
Blanca, y habrá declarado
Ya á su prima su cuidado,
Porque no hay cosa secreta
Entre las dos, hoy veré,
Enrique, á mi Elvira bella,
Yendo tú conmigo, y de ella
Sin embarazos sabré
De Blanca la inclinacion,
Porque, siendo preferido
El que ella hubiere elegido,
Mude el otro de aficion.
Yo no falte á lo que es justo,
Obre bien la intencion mia,
Quede honrado don García
Y case Blanca á su gusto.
ENRIQUE.
Pues si espera vuestra alteza
A que ella elija, yo sé
Que en su estimacion tendré...
(*Ap.* Pero en mí será bajeza
La presuncion.)
CONDE.
¿Qué decias?
(*Ap.* Yo muero si él me respondo.)
ENRIQUE. (*Ap.*)
Mucho me examina el Conde;
Despacio, sospechas mias.
CONDE.
(*Ap.* Pero aquí está Enrique, y tanto
Me llevó fuera de mí
Mi pena, que me rendí;
De mi descuido me espanto.)
Enrique, esto queda así;
Esta noche irás conmigo.
ENRIQUE.
Tu esclavo soy.
CONDE.
Yo tu amigo.
ENRIQUE.
¿Irás esta noche?
CONDE.
Sí.
ENRIQUE.
Pues yo te aguardo.
CONDE.
Adios.

ENRIQUE. (*Ap.*)

Cielos
(¡Ah Blanca!), quiera el amor,
Que se engañe mi temor
En sus dudas y mis celos. (*Vase.*)

CONDE.

Cuando mas pienso mis males,
Me parecen mas, y menos
Mios son, porque están llenos
De peligros desiguales;
Yo no he de poder conmigo
No querer á Blanca; pues
Ser con ella descortés
Tampoco, porque desdigo
Al decoro y la piedad
De un príncipe generoso;
Verle á mi costa dichoso
A Enrique es mucha bondad;
Echarle de Barcelona
Es escándalo mayor,
Manifestarle mi amor
Es no estimar mi persona
Y confesar que le temo;
No temerle es imposible,
Llevarle es pena terrible,
No llevarle es loco extremo;
Porque haberme acompañado
Siempre, y excusarme ahora,
Es decirle lo que ignora,
Y hacerle andar con cuidado;
Ver á Blanca es obligarme
A responderla; excusar
Este lance es intentar
Consumirme y acabarme;
Pues ¿qué medio he de eligir,
Con que á Enrique no le ofenda
En el honor, Blanca entienda
Mi fe, y yo pueda vivir? (*Vase.*)

Sale BLANCA.

BLANCA.

Ya que mis mudos agravios
Fueron de mi amor despojos,
Mis enojos
Salgan del pecho á los labios,
Y del silencio á los ojos;
Que no es mucho que oprimidas
Mis penas calificadas,
Por guardadas,
Me consuelen referidas,
Pues me afligieron calladas;
Yo amo á Enrique y tengo honor,
Y cuando su fe acredito,
Otra permito
Para que en mí sea favor
Y en su sospecha delito;
Si el Conde en su amor prosigue,
Y Enrique le está asistiendo,
Y yo sufriendo,
¿Qué importa que yo le obligue,
Si él piensa que yo le ofendo?
Buena me ha puesto el amor,
Pues aunque lleve adelante
El ser constante,
A riesgo tengo mi honor
En las dudas de mi amante;
Y aventurada su vida
En la indignada grandeza
De su alteza,
Mi fe no ha de ser creida,
Y lo ha de ser mi flaqueza;
¿Quién le hará creer á Enrique
Que el encubrirle otro amor
Fué favor,
Por mas que lo califique
Su peligro y mi temor?
Teniendo á Enrique engañado,
Ofendo su calidad,
Es verdad;
Pero haberle confesado
Fuera costosa lealtad.
Resistir el galanteo
Del Conde fuera indignarle,
Engañarle
No fué reprimirle, y creo
Que no ha de ser reportarle,
Pues aunque intente mi amor
Al Conde desengañar,
Y asegurar
Sus sospechas y mi honor,
No nos da el Conde lugar;
Con que no hay razon ni hay medio
Para aclarar desengaños
Tan extraños.
¡Oh lo que huye el remedio!
¡Oh lo que alcanzan los daños!
En fin, no es posible huir
La muerte, la infamia, el llanto.
¡Cielo santo,
Si el padecer es morir,
No dure mi vida tanto!

Salen ELVIRA *y* DOROTEA.

ELVIRA.

En fin, ¿dijo que vendria
Esta noche?

DOROTEA.

Sí, Señora.

ELVIRA.

¡Ay dueño del alma mia!
Hoy verás que quien te adora
Engañarte no podia.—
Ten cuenta pues, Dorotea,
Por si viene.

DOROTEA.

Bien está. (*Vase.*)

ELVIRA.

Por el patio me hallará,
Y cuando alguno me vea,
Por el jardin se saldrá.

BLANCA.

¿Elvira?

ELVIRA.

Blanca, ¿qué hacias?

BLANCA.

Conmigo á solas estaba,
Pensando las penas mias.

ELVIRA.

Todo con morir se acaba.

BLANCA.

Estas crecen con los dias.

ELVIRA.

¿Hablastes al Conde?

BLANCA.

Sí.

ELVIRA.

¿Y te respondió?

BLANCA.

Que no.

ELVIRA.

Pues ¿qué temes?

BLANCA.

¡Ay de mí!

ELVIRA.

Harto mas padezco yo,
Y sin causa.

BLANCA.

¿Cómo así?

ELVIRA.

Como tú á Enrique le callas
Que el Conde te tiene amor,
Y en tí el callar es mejor,
Porque empeñada te hallas
En sus deudas y en tu honor;
Pero yo, que en el amor
Del Conde no tengo parte,
Y tengo, por obligarte,
Aventurado mi honor,
Mejor me podré quejar,
Blanca, pues me llego á ver
En un preciso pesar,
Donde es forzoso perder,
Y nunca puedo ganar.

BLANCA.

No pierdas el beneficio,
Encareciéndolo, Elvira;
Que el que es liberal de oficio,
El don en sus manos mira,
Mas no en su boca el indicio.

ELVIRA.

Prima, no te has de enojar
De que, viéndote afligir,
Te quiera yo consolar
Con traer y conferir
Junto al tuyo mi pesar;
Porque, á la verdad, nací
Tan tu amiga, que haré mas
Por tu gusto que por mí.

BLANCA.

Eres mi amiga, y jamás
Esperé menos de tí.

Salen EL CONDE, ENRIQUE *y* DOROTEA.

DOROTEA.

Nunca para vuestra alteza
Hay puerta cerrada.

CONDE.

¿Enrique?

ENRIQUE.

¿Gran señor?

CONDE.

De mi fineza
Puedes fiar que ella aplique
El remedio á tu tristeza.

BLANCA.

El Conde.

ELVIRA.

Sin duda viene
A responderte.

ENRIQUE.

Señor,
Quien en sus tristezas tiene
Tan discreto valedor,
Gran fortuna se previene. (*Vase.*)

ELVIRA.

Blanca, adios.

BLANCA.

¡Ay prima! ya
Saber el alma desea
La respuesta que me da.

DOROTEA.

¿Señora?

ELVIRA.

¿Qué hay, Dorotea?

DOROTEA.

Octavio en el patio está.

ELVIRA.

Pues vamos; porque has de abrir
Luego del jardin la puerta,
Porque si acierta á venir
Mi tio, hallándola abierta,
Se pueda Octavio salir.

(*Vanse Elvira y Dorotea.*)

CONDE. (*Ap.*)

Hasta que llegué á mirar
A Blanca me parecia
No me habian de faltar
Razones, y que tenia
Mil respuestas que la dar;
Pero luego que la vi
Me turbé y enmudecí;

Ni sé hablar ni aun mirar sé,
Porque en su vista olvidé
Cuanto á solas discurrí.

BLANCA. (*Ap.*)

El Conde es tan gran señor,
Que no ha de querer usar
Violencias contra mi honor.

CONDE.

(*Ap.* Ya no lo puedo excusar.)
¿Blanca?

BLANCA.

¿Señor?

CONDE.

Ya mi amor,
Mi obediencia ó mi locura,
Ó todo, pues llegó á ser
La fuerza de tu hermosura
Tal, me trae á responder
Á tus cargos...

BLANCA.

Bien segura
En vuestra gracia y valor
Está mi vida, Señor.

CONDE.

Digo pues... (*Ap.* Pierdo el sentido.)
Digo, Blanca... (*Ap.* Estoy perdido.)

BLANCA.

¿Qué decis?

CONDE.

Que tengo amor.

BLANCA.

Ya lo sé; pero advertid...

CONDE.

¿Qué he de advertir, si conoces...

DON GARCÍA. (*Dentro.*)

Hidalgo, esperad, oid.

CONDE.

¿Es tu padre el que da voces?

BLANCA.

No está en casa; proseguid.

ENRIQUE. (*Al paño.*)

El Conde está con Elvira,
Y á don García le he oido
Dar voces; quiero avisarlos;
Pero ¡ay Dios! ¿qué es lo que miro?
¡Blanca con el Conde á solas,
El Conde tan divertido,
Ella (¡ay de mí!) tan hallada,
Elvira sin asistirlos,
Don García alborotado,
Mi amor ciego, y yo muy fino?
¡Válgame Dios, qué de cosas
He pensado y he sentido! (*Sale.*)

CONDE.

¿Enrique?

ENRIQUE.

¿Señor?

CONDE.

¿Qué es esto?

ENRIQUE.

Que á don García he sentido
Dos veces, que entré á avisarte
(¡Ah mudable!), y que imagino
Que nos vió á los dos entrar.

CONDE.

¡Fuerte lance!

BLANCA.

¡Gran peligro!
(*Ap.* Y para mí el mas costoso,
Pues averiguados miro
En el semblante de Enrique
Sus celos.)

CONDE. (*Ap.*)

Mal ofendido
Tengo á Enrique, y me ha pesado
De que á solas me haya visto
Con Blanca; ¿qué haré?

ENRIQUE. (*Ap.*)

¿Eran estos
Los embarazos precisos
De hablarme?

BLANCA.

(*Ap.* Aquí de mi amor;
Que para el riesgo se hizo
El ingenio y la presteza,
Pues con el estorbo mismo
Con que él pudiera alargar
Su casamiento conmigo,
He de adelantarle yo.)
Señor, mi padre ha sabido
Que hay gente aquí dentro; es cierto
Que no ha de dejar retiro
Que no vea, y pues no es justo
Que os halle á solas conmigo
En mi cuarto y á estas horas,
En este aposento mio
Os entrad, quedando Enrique
Por dueño de sus indicios;
Que, pues los dos han tratado
Que sea Enrique mi marido,
Es menor inconveniente
Achacarle, en tal peligro,
A su amor esta fineza
Que á mi honor este delito.

ENRIQUE.

Vuestra alteza no se esconda,
Gran señor; que yo no he dicho...

BLANCA.

Enrique, ahora no estamos
Para andar en mas arbitrios;
El mejor es el mas breve.

CONDE.

Yo, Blanca, á nada replico,
Por tu honor y por tu padre. (*Vase.*)

ENRIQUE.

Yo he de perder el juicio.

DON GARCÍA. (*Dentro.*)

Suelta, Elvira, ó vive Dios,
Que haga un extremo contigo;
Saca una luz á este cuarto.

Salen DON GARCÍA, ELVIRA y DOROTEA, *con luz.*

ELVIRA.

Espera, Señor.

DON GARCÍA.

Yo he visto
Entrar un hombre aquí dentro,
Y aunque viejo, tengo brios
Para...—Señor don Enrique,
¿En mi casa? (*Ap.* Mal resisto
El enojo y la venganza.)
¿Cuando yo, reconocido
A vuestra sangre, os ofrezco
A mi hija y facilito
La intercesion con el Conde,
Vos con medios tan indignos
Y escándalos tan costosos
Al honor de Blanca, al mio
Y al vuestro tambien, usais
Tan mal de todo?

BLANCA. (*Ap.*)

Corrido
Está Enrique, y yo mortal.

ELVIRA.

(*Ap.* Notable ventura ha sido
Poderse escapar Octavio
Sin que le viese mi tio.)
Cierra el jardin, Dorotea.

DON GARCÍA. (*Ap.*)

Mucho á Enrique le he reñido.

ENRIQUE.

(*Ap.* ¿Qué he de hacer, pues si declaro,
Para abonar mis designios,
Que no soy yo el hombre á quien
Entra buscando, le obligo
A que mire el cuarto y halle
Al Conde, que está escondido?
Finalmente, vengo á ser
Reo y actor de un delito,
Que si le niego me agravio,
Y me ofendo si le digo;
Pues conceder la sospecha,
Y obligarme á ser marido
De Blanca, cuando en mis celos
Tantos riesgos examino,
Es resolucion culpable;
Pero entre tantos peligros,
Sáquele yo libre al Conde
De un desaire tan indigno;
Que despues nadie en mi afrenta
Ha de forzar mi albedrío.)
Señor don García, tanto
Vuestro disgusto he sentido,
Que quisiera (sí por Dios)
No haber entrado ni visto
A Blanca, porque quien tanto
Como yo desea serviros,
Por no daros un pesar,
No se buscara un alivio;
Vine á veros para daros
Cuenta de que ya, advertido
El Conde en nuestro concierto,
Obligado á los servicios
De mi casa y de la vuestra
(Que los príncipes invictos
Nunca mas lo son que cuando
Honran á los suyos), vino
En mi casamiento; estaba
Sola Blanca, y yo muy fino,
La ocasion muy á la mano,
El riesgo no prevenido,
Vos ausente, ciego amor;
Juzgad si con lo que he dicho,
Queriendo bien á una dama,
Hiciérades vos lo mismo.

DON GARCÍA.

Aunque debiera ofenderme,
Enrique, de que atrevido
Profanásedes en Blanca
Lo sagrado de este sitio,
Como á hijo os reprendo,
Y os perdono como á hijo;
Y si hasta aquí vos y yo,
A fuer de nobles, quisimos,
Con intervencion del Conde,
Y no por otro camino,
Disponer nuestros conciertos,
Ya es forzoso, ya es preciso...
Pero esto no es para aquí;
Enrique, veníos conmigo.

ENRIQUE. (*Ap.*)

Esto es peor, porque el Conde
Queda acá dentro escondido,
Y Blanca... Mienten mis celos,
Y miento yo si imagino
Que en su opinion...

DON GARCÍA.

¿No venís,
Enrique?

ENRIQUE. (*Ap.*)

¡Cielos divinos,
Solo contra mí indignados,
Nunca para mí propicios!
¡Ay Blanca, ay Conde, ay amor,
Ay celos, ay honor mio!
A buen tiempo mi vida habeis traido,
Pues hallo el daño huyendo del peligro.

BLANCA.

Llorando se entró, y me deja
El corazon afligido.

(*Vanse don García y Enrique.*)

Sale EL CONDE.

CONDE.

Ahora, que puede el alma
De tus engaños fingidos
Quejarse, culpando...

BLANCA.

Espere
Vuestra alteza, y advertido
De mi honor y de mi esposo,
No ofenda al blason antiguo
De Cardonas y Moncadas;
Ya es Enrique mi marido.
Si hasta ahora, temerosa
De su poder, he admitido
Con lisonjas aparentes
Galanteos permitidos,
Ya son ajenos mis ojos,
Ya tengo dueño, á quien rindo
El alma, ya no he de dar
A otra atencion mis sentidos;
Y asi, no hay medio, Señor,
Ni le siento ni le admito,
Entre morir ó casarme.

CONDE.

Oye, mi bien, dueño mio.

BLANCA.

Perdóneme vuestra alteza
Si grosera me desvio
Sin responderle, aunque pienso
Que con desaires le obligo;
Porque celoso y amante,
Poderoso y despedido,
Es fuerza, viendome ajena,
Que entre quejas y suspiros
Tuerza su decoro el llanto
Y aje su semblante el brio
O el despecho ó el enojo;
Y pues ya, con lo que ha visto,
Fuera culpa el estimarlo,
Será lisonja el no oirlo.—
Elvira, acompaña al Conde. (*Vase.*)

CONDE.

Si va mi dolor conmigo,
Yo basto para mis males. (*Vase.*)

ELVIRA.

Gracias á Dios, que han salido
Libres mi vida y honor
De tan ciego laberinto.

JORNADA SEGUNDA.

Salen BLANCA Y DOROTEA.

BLANCA.

Dime otra vez, Dorotea,
Y otras muchas, lo que pasa.

DOROTEA.

Que busqué á Enrique en su casa
Tercera vez.

BLANCA.

¿Quién desea
Volver á excusar su mal
Sino yo? Y dime, ¿te habló
Desvan?

DOROTEA.

Y me lo negó.

BLANCA.

¿Que en fin viste á Enrique?

DOROTEA.

¡Hay tal
Porfiar! Digo, Señora,
Que antes de llamar le oí,
Y que se escondió de mí.

BLANCA.

¡Que así ofenda á quien le adora!

DOROTEA.

Y agradéceme que callo
Cosas, que si las supieras,
U olvidaras ó murieras.

BLANCA.

Pues dilas, porque me hallo
A tiempo que pasaré
Los desaires que hace Enrique
Conmigo, porque no aplique
Mas diligencias mi fe;
Y cuéntamelo de modo,
Que me ofenda mas y crezca
El pesar, y lo padezca
El alma, y me aflija todo.

DOROTEA.

Digo que le oí, y despues,
Para llamar mas segura,
Le vi por la cerradura
De la llave; llamé pues;
Negáronme á Enrique, y vi
Su espada, capa y sombrero
Puesto en una silla; quiero
Entrarle á buscar, y allí
Fué el turbarse los criados
Y el enfurecerme yo;
Pero nada me valió;
Y en fin, dejando apurados
Todos los indicios, viendo
Que en vano era mi porfía,
Le dije que yo sabia
Que Enrique me estaba oyendo;
Y así, pensaba contarte
Cuanto habia visto, y Desvan,
Con un burlesco ademan,
Dijo: «Deja de cansarte;
Porque no te ha de servir
Que te oiga, si es mi señor
De los sordos el peor;
Digo, el que no quiere oir.»
Supe tambien que no ha vuelto
Enrique á palacio mas,
Y que á no volver jamás
A su alteza se ha resuelto;
De donde puedo inferir
Que es verdad cuanto has pensado,
Y que el Conde le ha mandado
Apartarse y desistir
De su amor. Este es, Señora,
El fin que tienen tus dichas.

BLANCA.

¡Ahora, ahora, desdichas!
Pesares, ahora, ahora;
Mas ¡ay, que llego á advertir
Que un pesar y otro pesar
Ninguno basta á matar,
Y todos saben herir!
¿Vióse traicion semejante
En un hombre bien nacido?
¿Enrique ingrato y querido,
Y yo ofendida y constante?
¿El á aborrecer y huir,
Y yo á rogar y querer?
¡Oh mal haya la mujer
Que su amor llegó á decir
Jamás, porque el mas rendido
Amante, el mas lisonjero,
Tarda en ofender grosero
Lo que en juzgarse querido!
Pues no ha de alabarse el Conde,
Ni Enrique, ni la fortuna,
Ni el amor, que en su importuna
Accion mi lealtad se esconde;
Porque para las porfías
Del Conde tengo mi honor,
Para el grosero temor
De Enrique, las ansias mias;
Para la fortuna tengo
El no tener que perder,
Y para el amor, el ser
Yo quien de mi amor me vengo;
Llore pues, pero no tanto,
Que elija el llorar remedio
Para arder; dése al remedio
Lo que se ha de dar al llanto.—
Dorotea, yo he llegado
Al estado que has sabido;
Sin ser culpada he creido
Que el Conde se ha declarado
Con Enrique.

DOROTEA.

Ser podia;
Mas ¿qué intentas?

BLANCA.

Dorotea,
Parezca delito, y sea
Fineza la verdad mia;
Ocasion he de buscar
De ver al Conde, y si fué
Muda hasta ahora mi fe,
Pues sé morir, sabré hablar.
La voz sola me quedó;
Piérdase, pues me perdí,
Porque no ha de haber en mí
Nada que sea mas que yo.

Salen OCTAVIO Y ELVIRA.

OCTAVIO.

Segun esto, yo me holgara
Que el Conde y Blanca se vieran,
Porque los dos dispusieran
Cómo Enrique se aquietara.

ELVIRA.

Blanca está aquí.

OCTAVIO.

Pues, Señora,
¿Será bien hablar con ella
Del Conde?

ELVIRA.

Sí, y ofrecella
Tu favor puedes ahora.

DOROTEA.

Disimula.

BLANCA.

Mal podré.

ELVIRA.

¿Blanca?

BLANCA.

¿Elvira?

ELVIRA.

Disgustada
Parece que estás.

BLANCA.

No es nada.

OCTAVIO.

Si de mí os guardais, me iré,
Blanca; mas quiero advertiros
Que sé vuestro mal, y espero
Que yo he de ser el primero
De quien habeis de serviros,
Si le quereis remediar.

ELVIRA.

Prima, en vano es recatarnos
De Octavio, que ha de ayudarnos,
Y es por quien ha de pasar
Cualquier medio que hoy se intente
Para aquietar el cuidado
De Enrique, pues le ha contado
Su ausencia el Conde, y la siente
Por el riesgo de tu honor,
Tanto, que te ofrece aquí
Su persona.

BLANCA.

¿El Conde?

OCTAVIO.

Sí,

lanca.

BLANCA.

Luego ¿no es su amor,
n persona, su crueldad,
ns celos y su violencia
ausa de la injusta ausencia
e Enrique?

OCTAVIO.

Blanca, mirad
ue no os merece esa ofensa
a atencion con que procura
l Conde dejar segura
uestra opinion, cuando piensa
omo príncipe vencer
u pasion, asegurar
Enrique, y aun procurar
ue, siendo vos su mujer,
uedeis seguros los dos.

BLANCA.

Yo sé que se ha declarado
Con Enrique, y él, de honrado,
Se retira.

OCTAVIO.

No, por Dios;
Antes, viéndoos lastimada,
Y á Enrique mal ofendido,
Desea, compadecido
De vuestra fortuna airada,
Poner él propio el remedio,
Pues en él se ocasionó
La sospecha, y juzgo yo
Que era el mas seguro medio
Veros con el Conde.

BLANCA.

¿Quién,
Cuándo, para qué ó adónde
Me he de ver yo con el Conde?

ELVIRA.

Prima, repara...

BLANCA.

¿Tan bien
Con sus visitas me ha ido,
Que le quiera ocasionar
Á mi opinion un pesar
Cuando de otro aun no he salido?
No, Elvira; ya, por mi mal,
Que soy desdichada sé;
Ya me perdí, ya enojé
A Enrique, ya, desleal
Al decoro de mi fama,
Me aborrece; ya no espero
Satisfacerle, ya muero
De su hielo y de mi llama;
Ya sé que el Conde es señor
Y que me puede amparar;
Pero si me ha de costar
Este remedio el temor
De verle al Conde en mi casa,
Y que lo llegue á saber
Enrique, mas quiero arder
En el fuego que me abrasa.

ELVIRA.

Forzoso es que te replique
Y advierta que no es buen medio
No valerte de un remedio
Que ha de hacer dichoso á Enrique;
Tú no le has de aborrécer,
Tu honor te ha de asegurar,
Él, ó no se ha de casar,
O se ha de satisfacer;
Tú le niegas, él se esconde,
Y el remedio de este error
Es satisfacer su amor;
Pues ¿quién podrá sino el Conde?
Porque á ti no te ha de oir,
A mí no me ha de creer,
Octavio no ha de poder
Su sospecha disuadir;
El tiempo ha de hacer mayor
Cada dia este pesar,
Y tú no has de declarar
A tu padre tu temor;
Y así, el mas preciso modo
De abonar tu honor es ver
Luego al Conde, y disponer
Medios que lo abracen todo.

OCTAVIO.

Paréceme que procura
Vuestro honor Elvira.

DOROTEA.

Ahora
¿En qué reparas, Señora,
Y mas cuando estás segura
De que Enrique venga á verte,
Cuando aun buscado se esconde?

BLANCA.

Octavio, bien sé que el Conde,
Si atiende á quién es, y advierte
Que por su ocasion estoy
Lastimada y ofendida,
Su honor, su estado y su vida
Debe arriesgar; mas no soy
Tan vana, que me lo crea,
Tan fácil, que me asegure,
Ni tan necia, que procure
No pensar si lo desea;
Y si ha llegado á creer,
¿Qué es creer? á sospechar,
Á fingir ó á imaginar
Que el verle yo pudo ser
Sombra, indicio ó presuncion
De algun agrado...

OCTAVIO.

Señora,
Solo atiende el Conde ahora
A abonar nuestra opinion;
Que esto es lo que debe hacer
El que se precia de honrado
Cuando tiene aventurado
El honor de una mujer.

BLANCA.

Pues, Octavio, ya que advierte
El riesgo en que estoy el Conde,
Ya que á quien es corresponde,
En un peligro tan fuerte
Me valdré de su valor
Contra mi desdicha; pues,
Por amante, por cortés,
Por galan y por señor,
Debe ampararme, y de vos
Lo fio.

OCTAVIO.

Creed tambien
Que procuro vuestro bien
Y el de Enrique.

ELVIRA.

Octavio, adios. (*Vase.*)

OCTAVIO.

Él os guarde. (*Vase.*)

BLANCA.

Dorotea,
Ten cuenta, porque vendrá
El Conde.

DOROTEA.

Pues entrará
Sin que ninguno lo vea. (*Vase.*)

BLANCA.

Digo mi mal, mi pena no se entiende;
Vivo sin alma, adoro sin ventura;
Celoso el Conde, mi quietud procura;
Amado Enrique, mi lealtad ofende.
Mi ardor me hiela, su temor me en-
[ciende,
En mí es fineza lo que en él locura,
Todo mi presuncion me lo asegura,
Y nada mi ventura comprehende.
Amor, pues muerta con llorar te obli-
[go;
Cielos, pues fiel vuestra piedad imploro;
Penas, pues vuestras iras no mitigo,
Lograd las ansias con que á Enrique
[lloro,
Persuadid la verdad con que le sigo
O quitadme la fe con que le adoro.
(*Vase.*)

Salen ENRIQUE *y* DESVAN, *de noche.*

DESVAN.

En fin, ¿te has determinado
A verte con don García?

ENRIQUE.

Sí, porque era cobardía,
Despues de haberme negado,
Enviándome hoy á pedir
Don García, en un papel,
Que venga á verme con él
Á su casa, no venir.

DESVAN.

Y ¿cómo piensas hablarle?
¿De yerne cabizcaido
O de amante despedido?
Pues, si llegas á quitarle
El *mi señor*, me parece
Que enfurecido te habla,
Que se endemonia, se endiabla,
Se ensayona ó se ensuegrece.

ENRIQUE.

¡Qué ignorancia! Entra á avisar
Que estoy aquí á don García.

DESVAN.

Voy; pero saber queria
En esto de ver y hablar
A Blanca, si hay ocasion,
Cómo te va.

ENRIQUE.

Bien, porque
Ya en mi vida la veré.

DESVAN.

¡Notable resolucion!
Pero no se compadece
Proponer no verla mas
Con estar adonde estás
Ahora; antes me parece
Que hablaras récio al entrar,
Y por si te llegó á oir,
Saldrás de espacio al salir,
Y entonces te ha de pesar
Cada pié un quintal.

ENRIQUE.

¡Qué poco
Sabes de honor!

DESVAN.

Es verdad;
Pero tú de voluntad
Sabes menos.

ENRIQUE.

Cuanto toco
Me afrenta en mis celos, cuando
Tan á mi costa estoy viendo
Que el Conde me está ofendiendo,
Que Blanca me está engañando;
Y fingiendo que ama á Elvira
El Conde, la tiene amor
A Blanca, y cuando mi honor
Confiando se retira
A sentir el no poder
Estar con ella, creyendo
Que lo mismo está sintiendo
Blanca (¡ay de mí!), llegué á ver
Su culpa tan evidente,
Que con fácil persuasion
Me niega á mí la ocasion,
Y al Conde se la consiente.
Para mí se hizo el temer,

El huir, el recelar,
Y para el Conde el hablar,
El permitir, el querer.
Tan desiguales extremos
Caben en un alma y puede
Amar, que Blanca se quede
A solas; pero dejemos
De darle á un pecho afligido
Esto mas que padecer,
Pues cuando es culpa el querer,
Es pena el haber querido;
Y así, no me acuerdes mas
La causa de mi mal: deja
De renovarme una queja,
De que no espero jamás
Consuelo ó satisfaccion.
Blanca es mujer y me olvida,
Soy noble, y está ofendida,
Y aumenta mi indignacion
Si me acuerdan su desden;
Esta es accion natural,
Y no quiero pensar mal
De lo que he querido bien.

DESVAN.

Vive Dios, que lo has tomado
Muy de veras.

ENRIQUE.

Si está lleno
El corazon del veneno
Que el Conde y Blanca me han dado,
¿Es mucho que por los ojos
Y por la boca se salga,
Sin que la medida valga
A reprimir los enojos?
No, Desvan.

DESVAN.

Tienes razon;
Mas ¿cómo, estando compuesto
De amor tu pecho, tan presto
Se ha llenado el corazon
De sospechas? ¿No podian
Resistir, si lo intentaban,
Las finezas que se estaban
A los celos que venian?

ENRIQUE.

Y aun por ser mucho el amor
Que tuve á Blanca, este olvido,
Nuevamente introducido,
Es tanto, porque al favor,
A la fineza, al agrado
Sucediendo la sospecha,
Quedó aquella fe deshecha,
Aquel sol tiranizado;
Y como el que un vaso tiene
Lleno de un licor sabroso,
Si echan de otro venenoso
Cantidad menor, se viene
A apoderar el veneno
De todo el licor, de modo
Que el vaso es veneno todo,
Y está de ponzoña lleno;
Así el pecho, aunque se vió
Lleno de amor, alimento
Dulce de mi pensamiento,
Luego que en él se mezcló
El veneno de los celos,
Creciendo su tiranía,
Cuanto fué dulce alegría
Volvió en amargos desvelos.

DESVAN.

Al discurso me acomodo,
Y aunque hasta aquí le dudé,
Le admito, y le esforzaré
Con un símil á mi modo.
¿Comiste acaso avellanas,
Y al gustar de su comida,
No has partido una podrida,
Despues de cuarenta sanas,
Y aquel mal sabor es tal,
Que te hace arrojar tambien
Las que te supieron bien,
Porque una te supo mal?
Pues aplica á tus recelos,
Si es que el efecto has sentido,
Aunque yo nunca he creido
Que sean verdad tus celos.
Cuanto al Conde, antes me ajusto
A que Blanca corresponde
A Octavio, y que trata el Conde
Su casamiento y su gusto;
Porque darle la criada
De Blanca un papel, y luego
Por la noche, entrando ciego
A dejar averiguada
Su sospecha don García,
Haberle visto primero
En el patio hacer terrero
A una reja, donde habia
Gente, y dando yo á la calle
La vuelta, verle salir
Por el jardin, y encubrir
De mí su rostro y su talle,
Bastantes indicios son
Para pensar que es Octavio,
Y no el Conde, el que á tu agravio
O á tus celos da ocasion.

ENRIQUE.

Mas de una vez he dudado,
Sí, que pueda ser el Conde
A quien Blanca corresponde;
Porque desde que enojado
De aquesta casa salí,
Y al Conde con Blanca hallé,
Como en palacio no entré
Ni á ver á Blanca volví,
De esta calle no he faltado
Noche ninguna, y no ha habido
Sombra que pueda haber sido
Ocasion de algun cuidado,
En cuyos mudos desvelos
Blanca empeñada se vea;
Mas doy que el Conde no sea
Dueño fatal de mis celos;
Doy que sea Octavio el galan
De Blanca; ¿será por eso
Menos culpable suceso,
Y en mi engaño? No, Desvan.
Ya quise á Blanca, y creí
Que era firme su belleza;
Ya me dió celos su alteza,
Ya en las dudas consentí.
Neguéme á Blanca, á su padre
Y al Conde: á Blanca, por ver
Que en mi honor no puede haber
Satisfaccion que me cuadre;
A su padre, porque ya
Celoso y honrado intento
Estorbar yo el casamiento
Que él facilitando está;
Al Conde, porque es mi dueño,
Y no le he de ocasionar
A su amor otro pesar
Y á mi lealtad otro empeño;
Y pues se niega mi fama
A una beldad que me ciega,
A un amigo que me ruega,
A un príncipe que me infama,
Y finalmente, al poder
De mi propia voluntad,
Que no es la dificultad
Donde hay menos que vencer,
En el lance peligroso
Donde empeñado me ves,
Me disculparé cortés,
No me casaré celoso.
Entra pues, y á don García
Di que aguardándole estoy.

DESVAN.

Voy.

ENRIQUE.

Espera.

DESVAN.

Ya no voy.

ENRIQUE.

Un hombre sale, desvía.

Sale DON GARCÍA.

DON GARCÍA.

Ya tarda Enrique, y creí
Que anduviera mas cortés.

DESVAN.

Llega, ¿qué dudas? Él es.

ENRIQUE.

Señor don García, aquí
Me teneis.

DON GARCÍA.

Enrique, seais
Bien venido, y ya colijo
Que es verdad que sois mi hijo.

ENRIQUE.

¿En qué?

DON GARCÍA.

En lo que me costais;
Pues desde la noche cuando
Con Blanca os hallé, jamás,
Enrique, os he visto mas
En mi casa; y preguntando
Por vos en palacio, oí
Decir que no habeis entrado
A ver al Conde; he pensado
Si hay algun pesar; y así,
Cuatro veces os busqué
Para ofreceros mi casa
Y mi persona, y si pasa
La pena adelante, fué
Corta mi dicha en no hallaros,
Y por eso os escribí.
Mas no estamos bien aquí;
Entrad, que tengo que hablaros
Muchas cosas.

ENRIQUE. (*Ap.*)

Esto ahora
Faltaba (¡ah suerte enemiga!);
Con mas finezas me obliga
Don García cuando ignora
Su desdicha y mi temor.

DON GARCÍA.

¿Qué decís?

ENRIQUE.

Que esa amistad
Os sabré estimar.

DON GARCÍA.

Entrad. (*Vase.*)

ENRIQUE.

¡Ah cielos! Ah Blanca! Ah honor!
¡Quién, quién me dijera á mí
Que habian de sentir mis males
El pisar estos umbrales,
Que aun besar no merecí? (*Vase.*)

DESVAN.

Los dos se entraron; ¿qué haré,
Sino dormir ó cantar,
O tener miedo ó pensar
Mis pecados? No lo sé.

Salen DOROTEA, EL CONDE Y OCTAVIO, *de noche.*

Con dos hombres mas, por Dios,
Viene sola una mujer;
Muy firme debe de ser,
Que no tiene mas de dos.
Y pues el rato me truecan,
Y yo no me le he buscado,
Ya yo sé lo que he pecado;
Quiero ver lo que ellos pecan.

DOROTEA.

Bien puede entrar vuestra alteza;
Que Blanca le aguarda.

DESVAN.

¿Cómo

CONDE.

¡Octavio!

OCTAVIO.

¡Gran señor!

DESVAN.

Tomo
Que me rompan la cabeza
De bien á bien; estos dos
Me han visto.

OCTAVIO.

¿Te he de aguardar?

CONDE.

Sí.

OCTAVIO.

Pues yo bajo á esperar
En el patio.

CONDE.

Adios.

OCTAVIO.

Adios.

(Vanse el Conde y Octavio, cada uno por su lado.)

DESVAN.

¡Oh, qué bueno!

DOROTEA.

Allí está un hombre
Solo, que me da cuidado
Conocerle.

DESVAN. *(Ap.)*

Y ¡qué pagado
Quiere Enrique que me asombre
Que por la calle no pasa
Una sombra ni un azar!
Pues ¿qué sombras ha de hallar,
Si entran los cuerpos en casa?

DOROTEA.

¿Quién está aquí?

DESVAN. *(Ap.)*

Aquesta es
Dorotea, y es partido
No darme por entendido
De lo que he visto.

DOROTEA.

Hable pues.

DESVAN.

De espacio; baste el rigor,
Ronda fatal del fregado.

DOROTEA.

¿Qué es esto?

DESVAN.

Que se ha bajado
El desvan al corredor.

DOROTEA. *(Ap.)*

¡Válgame Dios! ¿Si le ha visto
Desvan á su alteza?

DESVAN. *(Ap.)*

¡Hoy muero!

DOROTEA. *(Ap.)*

A Octavio y al Conde quiero
Avisarles.

DESVAN. *(Ap.)*

Mal resisto
Mi temor.

DOROTEA.

¿Qué hacías, Desvan?

DESVAN.

Está Enrique, mi señor,
Con tu amo...

DOROTEA. *(Ap.)*

Esto es peor.

DESVAN.

Y cansado del zaguan,
Al corredor me subí.

DOROTEA.

Aunque quiera hablar, no puedo,
Desvan; porque tengo miedo
De que nos hallen aquí.

DESVAN.

Adios.

DOROTEA. *(Ap.)*

Prevendréle á Octavio
De que Desvan le vió entrar,
Por si puede deslumbrar
Su sospecha, cuerdo y sábio;
Y diréle lo que pasa,
De camino, á mi señora,
Que está con el Conde ahora,
Y Enrique dentro de casa. *(Vase.)*

DESVAN.

Esto se va disponiendo
Todo lo peor que puede.
Plegue á Dios que yo no quede
Por las costas; y así, entiendo
Es cuerda resolucion
Coger la de Villa-Diego
Antes que se encienda el fuego
Y haya mayor confusion. *(Vase.)*

Salen EL CONDE Y BLANCA.

CONDE.

Prosigue, Blanca, en tu intento.

BLANCA.

Vuestra alteza, gran señor,
Me escuche.

CONDE.

Siempre mi amor
Vive á tu opinion atento

BLANCA.

Acordarle, Señor, á vuestra alteza
Lo que debe á su sangre, á su nobleza,
A su amorosa llama,
A mi padre, á mi esposo y á mi fama,
Es pensar que ha podido
Entregarlo al olvido;
Y pues no es acertado
(Suponiéndole príncipe olvidado)
Infamar su decoro
Para abonar las penas que yo lloro;
El tiempo es breve, el lance peligroso,
El lugar sospechoso,
Yo mujer, vos galan, mi padre honrado,
Mal seguro mi estado,
Comun el daño, el riesgo conocido;
Oiga pues, y sabrá á lo que ha venido.
Enrique no me ha visto desde el dia
Que, airado, quiso la desdicha mia
Que solos nos hallase;
No es mucho que temiese y se ausentase;
Porque encontrar quien ama
A solas á su dama
Hablando con un hombre
De nobles partes y de ilustre nombre,
Y no ver mas sus ojos
Por no templar en ellos sus enojos,
No es desaire, es valor; no es grosería,
Fineza es noble; porque no sería
Sino infamia y bajeza
Tener que ponderarle á la belleza.
Vos sois la causa, vos el instrumento
De las penas que siento,
De los daños que lloro;
De vos me valgo, vuestro es mi decoro,
Y mi opinion es vuestra;
Haced alarde, haced bizarra muestra,
Príncipe esclarecido,
Del valor adquirido,
Del honor heredado,
Por mas que, lastimado
En tanto empeño, vuestro mal replique.
Satisfágase Enrique,
Cáseme yo, remédiese mi fama;
Una mujer compadecida os llama
Para que la ampareis, y solamente
Quiero que hagais en la ocasion presente,
No lo que debe hacer un noble amante
O un príncipe constante,
Sino lo que un hidalgo caballero,
Cualquier particular. Solo esto quiero;
Pues, por mujer, de nadie me amparara,
Que á su costa mi honor no procurara.
Esta es, Señor, mi pena y mi fatiga;
Si á piedad os obliga,
Para que la sepais os he llamado;
Ved lo que os toca hacer á ley de honrado.

CONDE.

Respondiendo á los cargos que me has hecho,
Digo, Blanca *(Ap. Un volcan tengo en el pecho;
Porque la adora el alma y ser intenta
Tercera de su amor y de mi afrenta)*;
Digo pues que no he visto
A Enrique. *(Ap. Mal resisto
Este ardor.)*

BLANCA.

¡Qué! ¿Os turbais?

CONDE.

A la memoria
Blandas lisonjas de mi antigua gloria
(¡Ay Blanca!) me acordaron.

BLANCA.

Mirad...

CONDE.

No os enojeis, ya se pasaron;
Y pues me habeis llamado para hacerme
Dueño de vuestra pena, he de vencerme,
Procurando de Enrique el casamiento;
Y advertid que no es poco lo que intento,
Porque os amo de suerte,
Que lo que no pudiera, no, la muerte,
Que era encubrir mi amor, vuestro decoro
Lo ha podido (¡ay de mí!); porque os adoro
Tan firme, tan constante,
Que, á ser posible...

BLANCA.

No pase adelante
Vuestra alteza; repare que no es medio
Ese de procurarme á mí el remedio,
Y la opinion á Enrique.

CONDE.

Razon tienes,
Blanca, en las culpas que á mi amor previenes;
Pero estando contigo,
Aunque á callar me obligo,
Publican mis enojos
Las lenguas de los ojos;
Si no puedes contigo no enojarte,
Yo no puedo conmigo no mirarte.

BLANCA.

Pues por quitar la causa, me iré.

CONDE.

Espera,
Blanca; no hagas mi culpa mas grosera;
Ya me voy.

BLANCA.

Dios os guarde. *(Vase.)*

CONDE.

De mí fia
Que asegure tu honor la atencion mia.
¿Quién habrá (¡ay cielos! ay amor!) que crea
Que pueda tanto contra mí, que sea
En mi opinion forzoso

Rogar amante y padecer celoso?
Pero tanto podrá quien tanto adora.

Salen al paño DON GARCÍA *y* ENRIQUE.

DON GARCÍA.

Por no dar qué decir, no salgo ahora,
Enrique, á acompañaros.

ENRIQUE.

Aquí habeis de quedaros.

DON GARCÍA.

Adios, hasta mañana; y estad cierto
Que no baste á estorbar nuestro con-
El Conde. [cierto
(Vase.)

CONDE.

Un hombre sale; ¿si es su padre
De Blanca?

ENRIQUE.

No hay consuelo que me cuadre,
Cuando adoro... Mas ¡ay de mí! ¿Qué
O lo finge el deseo, [veo?
O del cuarto de Blanca...(¡Qué recelos!)
Vamos de espacio, celos.

(Se va el Conde encubriendo, y Enrique le va siguiendo.)

Salen al paño BLANCA *y* DOROTEA.

BLANCA.

¿Enrique con mi padre?

DOROTEA.

Sí, Señora;
Desvan lo dijo ahora.

BLANCA.

No es posible que el Conde haya salido;
Quiero avisarle, para que, advertido,
Se recate de Enrique.

DOROTEA.

Haslo pensado
Muy bien.

CONDE.

Algun criado
Debe de ser; y cuando no, no quiero
Que llegue á conocerme. *(Vase.)*

ENRIQUE.

Rabio, muero
De celos; ¿á estas horas
(¡Ah sospechas traidoras!) [bio!
En el cuarto de Blanca un hombre? ¡Ra-
Pero en su sangre vengaré mi agravio;
Mas no, porque está en casa don Gar-
[cía,
Y es publicar su infamia con la mia.
Seguirle quiero hasta la calle, adonde,
Si me niega quién es...

(Llega Blanca á detener á Enrique, creyendo que es el Conde.)

BLANCA.

(Ap. Este es el Conde.)
Vuestra alteza, Señor...

ENRIQUE. *(Ap.)*

¿Qué es lo que escucho?
Con nuevos daños lucho.
¡Ah proceder ingrato!

BLANCA.

Procure con recato
Salir, y no publique
Mi error, porque está Enrique
Con mi padre, y no es justo que lo vea.

ENRIQUE.

Dime despues que tus mentiras crea,
Fácil, ingrata, aleve...

BLANCA.

¡Ay Dios! ¿Qué es esto?
¿Es Enrique?

ENRIQUE.

No soy sino un compuesto
De desdicha y de agravios.

BLANCA.

Saliérase mi vida por los labios
Antes que en tu creido desengaño
Oyeras á tu costa y en mi daño,
Con señales tan ciertas,
Deshonras vivas y verdades muertas.

ENRIQUE.

Dime ahora, injusto dueño
De mi infamia; dime ahora,
Despues de agravios creidos,
Mal estudiadas lisonjas.
¿Era el Conde (¡oh rabia! oh celos!),
Muerte del honor, ponzoña
Del alma, desasosiego
Buscado de la memoria?
¿A estas horas de tu cuarto
Sale el Conde? Y ¿á estas horas
Yo sintiendo mi desdicha,
Tú buscando mi deshonra?
Que no perdone mi vida
Quien á su honor no perdona;
Si me olvidas, ¿para qué
Me buscas? Y si le adoras,
¿Para qué le engañas? ¿Tanto
Tu facilidad te informa,
O te divierte, ó te inclina,
O te persuade, ó te postra,
Que aun no obras con disculpa
La eleccion? Siendo una sola,
Fueras ingrata á mis penas
Y agradecida á las otras.
A mí en mi casa me ruegas,
Y en la tuya me deshonras;
Tú á entrambos nos ofendes,
Y con ninguno te abonas.
Mátame pues, vence, triunfa
De los dos; y pues no importan
Prevenidas advertencias
Contra vanidades locas,
Añade culpas á culpas
Y celos á celos; goza
Del Conde...

BLANCA.

Bueno está, Enrique;
Bastan los cargos, reporta
El alivio que en tus quejas
Buscan tus ansias celosas
Tan á mi costa, y repara
En que, si sufrí hasta ahora
Desesperaciones tuyas,
Fué porque atendió tu boca
A tu queja, y no á mi agravio,
Que es muy diferente cosa.

ENRIQUE.

Dices bien, tienes razon:
Yo te ofendo, tú me adoras;
Yo me engaño, tú me obligas;
El Conde no viene á cosa
De mi agravio, ni él ha estado
Aquí, ni salias ahora
A que de mí se guardase.
Sueño fué, mentira y sombra
Mi temor; cuando le hallé
Hablando contigo á solas,
Trataba mi casamiento,
Y él quiere á Elvira, y no es otra
La ocasion de su cuidado.
¿Hay mas que decir?

BLANCA.

Reporta,
Enrique, el pesar ardiente
De las penas que te ahogan,
Y repara...

ENRIQUE.

Vive Dios,
Blanca, si el salir me estorbas,
Que por este corredor
Me arroje, porque conozcas
De mi amor desesperado
La barbaridad mas loca.
Déjame, y no dés lugar
A que tu padre nos oiga;
Quede entre los dos secreta
Tu culpa, y fia, Señora,
Que te la sabré callar,
Pues soy á quien mas le importa
Tu honor, tu persona y vida;
Y ya tan sola una cosa
Te pido, y es, que me dejes
Morir de mi pena propia;
Que adores al Conde es justo
En apacible concordia;
Blandas lisonjas le animen,
Pues tiernos lazos le adornan;
Que padezca yo vencido,
Que vivas tú vencedora,
Pero sin verme jamás;
Porque, siendo ya forzosa
En mi muerte mi desdicha,
O mi infamia en tus lisonjas,
Curando penas con penas,
Hoy me conviene, hoy me importa,
Pues no he de excusar mi muerte,
Elegir la mas dichosa,
Muriendo de mi desdicha
Antes que de tu deshonra. *(Vase.)*

BLANCA.

Enrique, Señor, mi bien
(¡Oh desdicha rigurosa!),
¿Así te vas? Oye, escucha:
Si mi vida, si mis obras
Han pensado contra tí
Leve culpa, fácil sombra...
¡Ay de mí, cuán en mi daño!
Ay de mí, cuán á tu costa
Te han salido mis finezas,
Pues crece tu agravio en todas!
Si encubro el amor del Conde
Con prevencion amorosa,
Por no avivar tus sospechas,
Resulta en culpa notoria
De mi verdad el secreto;
Si hablo con el Conde á solas
Para estorbar su cuidado,
Con resolucion heróica
Confirma Enrique sus celos;
Y si salgo cuidadosa
A prevenir su recato,
El primero con quien topa
Mi desdicha es con mi amante.
¿En qué, cielos, os enoja
La verdad, que los luceros
Contra quien la dice informan?
Llore la mayor desdicha,
Pues es la mayor de todas
Ofender con las finezas
Y agraviar con las lisonjas.

JORNADA TERCERA.

Salen EL CONDE *y* OCTAVIO *por una puerta, y* ENRIQUE *por la otra.*

OCTAVIO.

Enrique ha venido ya. *(Vase.)*

CONDE.

Déjame á solas con él.

ENRIQUE.

¡Ay de mí! ¿Qué me querrá
El Conde?

CONDE. *(Ap.)*

¡Ah pena cruel!

Conjurado el cielo está
Contra mi amor, pues me obliga
Blanca, por mí y por su honor,
A que yo á Enrique le diga
Mi muerte. Paciencia, amor;
Que ya es fuerza que prosiga.

ENRIQUE. (*Ap.*)

El Conde anoche (¡ay de mí!)
Con Blanca, y llamarme ahora;
Ver yo lo que pasó allí,
Saber que su amor la adora;
Estar con Octavio aquí;
Volverse Octavio, y quedar
A solas con mis recelos;
Amor, ¿en qué han de parar
Unos celos y otros celos,
Un pesar y otro pesar?

CONDE.

Dos quejas tengo de vos,
Enrique.

ENRIQUE.

Aunque yo no sé
Que sean ciertas, no, por Dios,
Decidlas; procuraré
Satisfacer á las dos.

CONDE.

Seis dias há que no me veis,
Enrique, y no lo acertais;
Pues cuando en mi amor teneis
Buen lugar, le aventurais
Con los retiros que haceis.
Quien os vió ayer á mi lado,
Y hoy vuestra ausencia ha sabido,
¿No es cierto que habrá pensado
Que os he desfavorecido
O que me habeis enojado?
Luego es error, cuando aquí
En la amistad de los dos
Lugar en mi pecho os dí,
Haceros culpado á vos,
O hacerme mudable á mí.

ENRIQUE.

Gran señor, si yo creyera...
(*Ap.* ¡Válgame Dios! ¿Quién pensara
Que tales quejas me diera
El Conde?) Si imaginara,
Gran señor, que os ofendiera
Con no veros...

CONDE.

Esta queja,
Enrique, toca á mi amor
No mas; él os aconseja,
Que no os culpa. Mi valor
Me admira: y así, la deja
Sin oir satisfaccion.
(*Ap.* Amor, callad y sufrid.)
Mayores los cargos son
En la segunda.

ENRIQUE.

Decid.
(*Ap.* ¡Qué notable confusion!)

CONDE.

¿Por qué causa dilatais
El cumplir con don García,
Casándoos? No respondais:
Que en la dilacion de un dia
Mil riesgos ocasionais,
En que peligra el honor
De Blanca, la calidad
De su padre, vuestro amor
Y aun mi propia autoridad.

ENRIQUE.

¿Qué es lo que escucho, Señor?

CONDE.

Diréisme que ha procedido
Vuestra dilacion de mí,
Pues visteis cuán desabrido
A su padre respondí
De Blanca, y vos, advertido,
Recatado, leal y atento,
Creyendo que era mi intento
Darle otro dueño, templasteis
Vuestro amor, y dilatasteis
Hasta ahora el casamiento.
Pues no, Enrique; no ha de ser
Causa de agravios mi gusto;
Blanca es ya vuestra mujer,
Lo contrario no era justo;
Y así, no se debe hacer.
Don García es la persona
A cuya pluma y espada
Le debe mas Barcelona,
Vos sois honor de Moncada,
Blanca es honor de Cardona.
Don García se querella
De mí, y no hay medio que cuadre
Sin casaros. Blanca es bella;
Y así, cumplid con su padre,
Con vos, conmigo y con ella;
Y así, Enrique, efectuad
Vuestra boda, y excusad
La queja de don García,
La de su hija y la mia,
Pues todos dicen verdad.
Quedará Blanca obligada,
Su padre reconocido,
Barcelona asegurada,
Vos dichoso, yo servido,
Y mi intencion bien lograda.

ENRIQUE. (*Ap.*)

¿Qué escucho? ¡Oh pena! Oh rigor!
Pero ¿qué duda el valor,
Que al Conde...

CONDE.

¿No respondeis,
Enrique? Pero quereis
Lograr (claro está) el amor
De Blanca, y sacarme á mí
Del escrúpulo en que estoy.
(*Hace que se va.*)

ENRIQUE.

Espera, Señor; si fuí
Ciego amante, noble soy,
Vuelva mi opinion por mí.
Cuando sabe vuestra alteza
Mi calidad, mi nobleza,
Mi valor y mi lealtad,
No es menester...

CONDE.

Esperad;
¿Hácia dónde se endereza
Prevencion tan excusada
Como acordárme el valor
De vuestra sangre heredada?

ENRIQUE.

Para advertiros, Señor,
Que en vos... Pero aquí no es nada,
Señor... (*Ap.* De espacio, recelos,
No os asomeis á los labios,
Pues si os pronuncian mis celos,
Serán en mi rostro agravios
Los que en el alma desvelos.
No os halle la voz jamás;
Si el Conde me aprieta mas,
Temo...)

CONDE.

(*Ap.* Él se ha declarado;
Pero yo estoy ya empeñado,
Y no he de volver atrás.)
Si acaso son prevenciones
Para no os casar, Enrique...

ENRIQUE.

No son sino presunciones
De honor, para que no aplique
Violentadas intenciones
Vuestra alteza.

CONDE.

Bueno está,
Enrique.

ENRIQUE.

Si os ofendia
Mi sangre, vertedla ya;
Porque manchada no es mia,
Y vertida lo será;
Y pues nunca os ofendí,
No será mucha fineza
Verterla una vez por mí,
De cuantas por vuestra alteza
En el campo la vertí.

CONDE.

¿Qué decis?

ENRIQUE.

Que desde el dia
Que mi amor os declaré,
Y os dió cuenta don García
De mi boda, como hallé
Que vuestra alteza tenia
Otro intento, desistí
Del mio. (*Ap.* Excusarme quiero
Sin riesgo de Blanca, si
Falté á mi dolor, pues muero,
Pero no me falte á mí.)
Y así, Señor, vuestra alteza
No se empeñe en procurar
Esta boda por fineza
De Blanca, ó procure dar
Otro dueño á su belleza.

CONDE.

(*Ap.* Enrique está receloso
De mí, yo estoy empeñado,
Blanca tiene peligroso
Su honor, Enrique es honrado,
Don García está quejoso;
Si aprieto á Enrique, le aumento
Sus sospechas; si me voy,
No logra Blanca su intento;
Y si le logra, le doy
A mi amor otro tormento.
Pues ¿qué he de hacer? Qué? Morir
Primero que consentir
Que por mí llegue á perder
Su honor Blanca; esto ha de ser,
A todo le he de salir.)
Enrique, Blanca ha llegado
A quejarse de que he sido
Yo quien su boda ha estorbado,
Y piensa que yo os impido
El que no estéis ya casado;
Y pues yo no os lo impedí,
Y ella cuerdamente aquí
Mira el riesgo de los dos,
Ni yo he de perder por vos,
Ni ella ha de perder por mí;
Y pues vos se la pedisteis
A su padre, y admitió
Vuestra persona, y me disteis
Parte á mí, y él publicó
La eleccion que vos hicisteis,
Y es tan bueno don García
Como vos, y es sangre mia
Blanca, y ya se ha publicado
Que en su casa habeis entrado
Como galan, y seria
Culpa grave en su opinion
Dejar sin satisfaccion
Este escándalo, que está
Hoy pendiente, y lo será,
Si ven cuán sin ocasion
No os casais, y han de creer
Los que han llegado á pensar
Que es Blanca vuestra mujer,
Que en mí hallasteis qué temer,
O en ella qué remediar.
Blanca se vale de mí,
Su padre es noble; y así,
Pues somos uno los dos,
No os hagais ingrato á vos

Ni me hagais tirano á mí.
Yo debo hacerle favores
A don García, y si vos
Heredais, serán mayores,
Claro está, pues sois los dos
Mis dos vasallos mejores.
Casáos, pues; pero si ciego
Dejais de cumplir conmigo,
Obrará mi enojo luego,
Siendo mayor el castigo
En los desaires del fuego;
Y justamente indignado
De veros escrupuloso,
Cuando os dejo asegurado,
Quien no me atendió piadoso,
Me habrá merecido airado. (*Vase.*)

ENRIQUE.

¿Qué es esto, honor? ¡Ay de mí!
Sentidos... Mas yo me engaño,
Porque despreciarme así
El Conde, es yerro, es engaño,
Es ilusion; yo mentí.
No puede ser, mis oidos
Me engañan, y cuando no,
Mi honor viva, pues le echó
Esta culpa á mis sentidos,
Pero á mi príncipe no.
¿Salir el Conde á deshora
Del cuarto de Blanca, y cuando
Sé que la sirve y la adora,
Y de mí se están guardando,
Casarme con ella ahora?
¡Oh violencia! Oh tiranía
Del poder! no te empeñaras
A menos costa, y sería
Piedad tu airada porfía,
Si la vida me quitaras
Solamente, y no el honor;
Pero ¿qué importa el rigor,
El ruego y la tiranía,
La violencia ó la porfía
Del Conde? Muestre el valor
Rostro esquivo á los rigores,
Pecho firme á las violencias,
Y entre agravios y favores,
Prefiera mis conveniencias
El duelo de mis amores.

Sale DESVAN.

DESVAN.

¡Señor, ah, Señor! ¿estás
Solo?

ENRIQUE.

Desvan, ¿qué me quieres?

DESVAN.

No puedo decirte mas,
Mientras no me respondieres
Si estás solo; ¿así te vas?

ENRIQUE.

Suelta.

DESVAN.

Señor, como hacías
Visajes y tropelías,
Y vi que á solas hablabas,
Que allá te lo preguntabas
Y allá te lo respondías,
Que hablabas á alguien creí.

ENRIQUE.

Aparta, necio; ¡ay de mí!

DESVAN.

Oye, escucha: la criada
De Blanca...

ENRIQUE.

¿Qué dices?

DESVAN.

Nada.

ENRIQUE.

Pero si ya la perdí,
¿Qué pregunto?

DESVAN.

Con Octavio
La vi ahora.

ENRIQUE.

Cierra el labio,
Infame; pero, Desvan,
¿De veras? ¿Adónde están?
¡Oh lo que sufre un agravio!

DESVAN.

Junto á palacio les vi.

ENRIQUE.

¿Qué dices?

DESVAN.

Verdad, por Dios.

ENRIQUE.

Pues sígueme.

DESVAN.

Voy tras tí.

ENRIQUE.

¡Ay ingrata! (*Vase.*)

DESVAN.

Plegue á Dios,
Señor, que me saque á mí
De loco, y á tí de amante;
Porque estoy, segun infiero
De nuestra vida inconstante,
Trocado ya en escudero
De algun caballero andante. (*Vase.*)

Salen OCTAVIO Y DOROTEA.

DOROTEA.

Lo que te he dicho pasó
Anoche.

OCTAVIO.

¡Notable azar!

DOROTEA.

Por excusarle un pesar
A Enrique, se le aumentó.

OCTAVIO.

¿Y Blanca?

DOROTEA.

Pierde el sentido,
Padece, suspira y llora,
Porque tiene honor, adora
A Enrique y le ve ofendido;
En fin...

OCTAVIO.

Aquí están los dos.

Salen ENRIQUE Y DESVAN *por la misma puerta.*

DOROTEA.

Me encargó que este papel
Le diese al Conde.

ENRIQUE. (*Ap.*)

¡Ah cruel!

(*Saca Dorotea un papel de la manga.*)

DESVAN.

Ya escampa.

ENRIQUE.

Pues, vive Dios,
Que he de averiguar por mí
Quién es dueño de este agravio;
Aqueste papel, Octavio,
No es para vos.

(*Llega Enrique por detrás, y le quitará á Dorotea de la mano el papel que va á dar á Octavio.*)

OCTAVIO.

¿Cómo?

DESVAN.

Aquí
De los truenos y los rayos,
Ello bien me pueden dar;
Mas, por Dios, que he de sacar
De vergüenza á los lacayos.

OCTAVIO. (*Ap.*)

Para el Conde era el papel,
Y ha de confirmar su agravio
Enrique, si le ve.

ENRIQUE.

Octavio,
Escuchad.

DOROTEA. (*Ap.*)

¡Lance cruel!

OCTAVIO.

Sin el papel, nada puedo
Escuchar.

DESVAN.

Desvan, ¿qué esperas?
Vive Dios, que va de veras
Casi casi tengo miedo.

DOROTEA.

Nada á Blanca le aprovecha.

(*Hacé Desvan que va á meter mano á la espada, y detiénele Enrique.*)

DESVAN.

Mas ¿qué miedo hay que me asombre?
¿Luego le han de dar á un hombre
Por la tetilla derecha?

ENRIQUE.

Octavio, ó este papel
Es de Blanca ó es de Elvira.
Si es de Blanca, ¿qué os admira
El verme empeñar por él,
Sabiendo que es dueño mio,
Y que en recíproco empleo
Vive feliz mi deseo
A cuenta de su albedrío?
Si es de Elvira, es para el Conde
El papel, no para vos;
Pues si es de una de las dos,
Y ninguna os corresponde,
Fidelidad es, no error,
Aquesta temeridad,
Pues si es de Elvira, es lealtad,
Y si es de Blanca, es amor.

OCTAVIO.

Enrique, sea el papel
De cualquiera de las dos,
Viene para mí, y ni vos
Ni el Conde sois dueño de él.

ENRIQUE.

Pues, Octavio, yo lo tengo
Ya en mi poder, y sabré
Defenderle, y le tomé
A todo riesgo, pues vengo
Con esta resolucion;
De ella no, no he de apartarme,
Basten ó no á disculparme
Mi lealtad ó mi aficion.
Ya me llegué á resolver;
Soy noble, estoy empeñado,
Y no os le hubiera tomado,
Si os le hubiera de volver.

OCTAVIO.

Pues, Enrique, aunque el lugar
Me obligue á veneracion,
Tomaré satisfaccion
Donde se me hace el pesar;
Y pues me le haceis aquí,
Aquí he de vengar mi agravio.

(*Sacan las espadas Octavio y Enrique.*)

Sale DON GARCÍA.

DESVAN.

Cierra España.

DON GARCÍA.

Enrique, Octavio,
¿Qué es esto? (*Ap.* Mas ¡ay de mí!
¿Si es Dorotea ¡ay honor!
Aquella mujer?)

OCTAVIO. (*Ap.*)
Corrido
Estoy.
DOROTEA.
Si me ha conocido,
Soy perdida. (*Vase.*)
ENRIQUE. (*Ap.*)
Esto es peor;
Pues si entiende don García
La ocasion de este pesar,
La culpa ha de resultar
En su afrenta y en la mia.
(*Vuelven á envainar las espadas.*)
DESVAN.
El diablo sin duda fué
Quien á don García ha enviado,
Porque me ha desbaratado
La mejor cólera que
Había tenido jamás.
DON GARCÍA. (*Ap.*)
Turbados están los dos.
DESVAN.
Ello, en no estando de Dios,
Ser valiente es por demás.
DON GARCÍA.
Caballeros, ¿no sabré
Yo la ocasion del disgusto,
Si no hay enojo tan justo
Que mayor cuidado os dé,
Ni hay agravio que por sí
Pida mas satisfaccion?
Declaradme la ocasion,
Para que se acabe aquí.
ENRIQUE.
No es mas de lo que habeis visto.
OCTAVIO. (*Ap.*)
Para mejor ocasion
Dejo mi satisfaccion.
DON GARCÍA. (*Ap.*)
Mal mis sospechas resisto.
ENRIQUE. (*Ap.*)
Mayor la desdicha fuera
A saberlo don García.
OCTAVIO.
(*Ap.* A su honor ofenderia
De Blanca si lo dijera.)
Si estáis de por medio vos,
Claro está, no será nada.
ENRIQUE.
Vuestro es mi honor y mi espada.
DON GARCÍA.
Dios os guarde.
OCTAVIO.
Adios. (*Vase.*)
ENRIQUE.
Adios. (*Vase.*)
DON GARCÍA.
Cierta mi sospecha es;
Pero cumplirá mi honor
Ahora con el valor,
Y con las dudas despues. (*Vase.*)

Sale DOROTEA, *como asustada.*

DOROTEA.
Desvan, ¿qué ha habido? Que allí
De mi amo me he encubierto.
DESVAN.
Si nos hubiéramos muerto
Cuatro hombres de bien aquí
Como unos cochinos...
DOROTEA.
Voy
A contarle á mi señora
Lo que pasa.
DESVAN.
Escucha.
DOROTEA.
¿Ahora
Estás colérico?
DESVAN.
Soy
Sanguino en dos grados.
DOROTEA.
Pues
Sángrate, y por si te ves,
Desvan, en otro trabajo,
Y la cólera despues
La sangre enciende á destajo,
Con dos azumbres ó tres
Echa la cólera abajo,
Y veréte de revés
Lo que has reñir de tajo.
(*Vanse.*)

Salen BLANCA Y ELVIRA.

ELVIRA.
Templa esa pena importuna,
Dales vado á tus enojos,
Blanca, y no paguen tus ojos
Los yerros de tu fortuna.
Llora, mas sea con alguna
Templanza; porque, rendida
A esa pena repetida,
Que el corazon te enajena,
Primero que con tu pena
Has de acabar con tu vida.
Desdichas, cuyo ser nace
De alguna causa secreta,
Quien las huye las respeta,
Y quien las llora las hace.
¿Qué importa que te amenace
Amor con introducir
Sombras, que se han de fingir,
Si es tan fácil su poder,
Que el comenzar á nacer
Es acabar de morir?
Cumple tú con adorar
A Enrique, cumpla tu amor
Con tu lealtad y tu honor,
Y déjale al cielo obrar.
El sol se deja ignorar
De una nube, y no se deja
Vencer; pues si él te aconseja
Su riesgo y tu confianza,
¿Qué mas tiene esta esperanza
En su duda que en tu queja?
BLANCA.
¡Ay Elvira! cuando es ya
Mi pena infelice, pues
Sabiendo que el daño lo es,
No sé si el bien lo será,
Confie el sol, porque está
Enseñado á amanecer;
Mas, si es que teme el perder
Sus rayos para vivir,
Siempre que se ve morir,
No sabe si ha de nacer.
No siento el verle ofendido
A Enrique, al Conde empeñado,
Mentida mi fe, burlado
Mi amor, y mi honor perdido;
Solo (¡ay Elvira!) he sentido
Ver en mi contraria suerte
Que para que yo no acierte
Al remedio ni á la herida,
Ni sé buscarme la vida,
Ni sabe hallarme la muerte.
Fineza fué el no querer
Al Conde, y el tolerar
Su amor, y el desengañar
Su asistencia, y el temer
Su indignacion, y encender
Sus ansias con mis tibiezas;
Mas, pues tras tantas firmezas
Le tengo mas indignado,
Muera yo, pues he llegado
A ofender con las finezas.
ELVIRA.
Pues ¿qué has de hacer?
BLANCA.
¿Qué sé yo,
Si todo se yerra en mí?
Con Dorotea le escribí
Al Conde lo que pasó
Despues que anoche salió,
Porque no le niegue nada
A Enrique, y porque, avisada
Su cordura, obre mejor,
Y quede, si no el amor,
La opinion asegurada.

Sale DOROTEA, *como asustada, con manto.*

DOROTEA.
¿Señora?
BLANCA.
¿Qué hay, Dorotea?
DOROTEA.
Enrique, Octavio...
BLANCA.
¿Qué ha sido?
DOROTEA.
Mi señor...
BLANCA.
¿Qué?
DOROTEA.
Me ha seguido.
ELVIRA.
Él viene.
DOROTEA.
Pues no me vea. (*Vase.*)

Sale DON GARCÍA.

DON GARCÍA.
¿Quién á Dorotea ha enviado
Fuera de casa?
BLANCA.
Señor...
(*Ap.* Aun será el daño mayor
Si mi padre la ha encontrado;
Eso sí, yérrenlo todo
Mis amantes prevenciones.)
DON GARCÍA.
Salgamos de confusiones,
Blanca, y si puede haber modo
Para prevenir los daños
De que me informe el temor,
Que amenazan á tu honor,
A mi vida y á mis años,
Dímelo antes que vea
Preciso mi agravio, pues
Ahora es tiempo, y despues
Ninguno habrá que lo sea.
Hoy, queriendo averiguar
Tantos riesgos en mi honor,
Yendo á palacio á buscar
A Enrique para ajustar
Con él el medio mejor
De abreviar su casamiento,
Tan empeñado le vi
Con Octavio, que temí
El fin del suceso. (*Ap.* Intento
Saber de los dos cuál sea
La causa.) Víles negar,
Y dióme mas que pensar
Si era acaso Dorotea
Una mujer que de mí
Se escondió; volví á buscarla,
Pero no pude alcanzarla
Despues, aunque la seguí,

BLANCA.

Señor, cuanto has presumido
Por indicios y apariencias
Son verdades y evidencias;
El responder desabrido
El Conde, y el no casarse
Enrique, el reñir Octavio,
Y el encubrirte su agravio,
Y lo demás que pensarse
Puede en tu daño y el mio,
Todo tiene fundamento;
Mas no es culpado el intento
De su alteza, ni el desvío
De Enrique, ni el galanteo
De Octavio, ni la opinion
De Elvira, ni tu atencion,
Ni mi amor, ni mi deseo.

DON GARCÍA.

Luego ¿soy yo el ofendido,
No siendo nadie el culpado?

BLANCA.

Si, porque al que es desdichado
Le sobra lo perseguido;
Mas si á mí Enrique me oyera,
Y el Conde se declarara,
Yo sé que yo me abonara,
Y que Enrique me creyera.

DON GARCÍA.

Luego ¿puede hacer el Conde
Algo que importe al sosiego
De mi honor?

BLANCA.

Sí, Señor.

DON GARCÍA.

Luego
Os venid conmigo adonde
Esto tiene de acabarse;
Que no quiero (¡qué dolor!)
Que se halle expuesto mi honor.
(*Vase.*)

ELVIRA.

No han podido remediarse
Mejor tus cosas.

BLANCA.

Vén, prima;
Que hoy ha de ver Barcelona
Que Enrique, que su persona,
Que su honor, que quien le estima...
Pero si allá lo has de oir,
Te lo quiero aquí callar.

ELVIRA.

Si despues lo has de contar,
No lo tienes que decir.
(*Vanse.*)

Sale ENRIQUE, *con un papel en la mano*, Y DESVAN.

ENRIQUE.

Ahora sí que á mi suerte
Le está el alma agradecida.

DESVAN.

¿Qué tienes?

ENRIQUE.

Hallé la vida
Cuando buscaba la muerte.
(*Lee.*) «Señor, habiendo yo entendido que en los retiros de Enrique tenia parte vuestra alteza, le advertí dos veces que ninguna humana diligencia bastaria á que no fuese yo de Enrique.»

DESVAN.

¿Eso dice?

ENRIQUE.

Sí, Desvan;
Cuando la estaba ofendiendo
Mi desconfianza, creyendo
Que era el Conde su galan,
Era Blanca mas constante.
(*Lee.*) «Anoche, habiéndome ofrecido vuestra alteza efectuar mi casamiento, supe estaba Enrique con mi padre, y saliendo á advertirlo á vuestra alteza, hablé por yerro con él.»

DESVAN.

Luego ¿de eso procedió
El hablar el Conde?

ENRIQUE.

Sí,
Desvan, y yo presumí
Desprecios, que él no pensó.
(*Lee.*) «Y así, suplico á vuestra alteza temple á mi padre, y no hable á Enrique, por no aventurar su verdad, que por lo que á mí toca, ya que he errado, los sucesos podrán haberme hecho desdichada con él, pero no mudable.—Guarde Dios á vuestra alteza.—*Doña Blanca de Cardona.*»

DESVAN.

¿Y firma?

ENRIQUE.

Sí.

DESVAN.

Confirmó
Su amor, su fe y su porfía,
Porque no hay bellaquería
En papel que se firmó;
Y no solo se ve ya
Que el Conde no te hace agravio,
Mas se echa de ver que Octavio
No ama á Blanca.

ENRIQUE.

Claro está;
Porque si Octavio la amara,
Y Blanca le despidiera,
¿No es cierto que Octavio fuera
De quien mas se recatara?
Octavio es amigo mio,
Y no tengo que creer
Que en los dos pudo caber
Tan tirano desvarío;
Fuera de que no pudieron
Asentar ni prevenir
Que yo habia de salir
A aquel tiempo, ni creyeron
Que yo me habia de arrojar
Tan ciego sobre el papel,
Sufriendo el quedar sin él
Octavio, ni que á excusar
El fin de empeño tan grave
Se ofreciese don García;
Y porque la opinion mia
De satisfacer se acabe,
Pues la sospecha nació
De que iba á Octavio el papel,
Para que al dársele á él
Llegase á tomarle yo.
Seguro estoy de este agravio,
Pues no es posible que un hombre
De tal sangre y de tal nombre
Y tal valor como Octavio,
Se estime tan poco á sí,
Que dejase concertado
El quedar él desairado
Por asegurarme á mí.

DESVAN.

¿Quién, sino tú, discurriera
Tan noble y tan alentado?

ENRIQUE.

Nunca piensa el que es honrado
Que otro hará lo que él no hiciera;
Y aunque tengo disgustada
A Blanca, á Octavio ofendido
Y al Conde tan desabrido,
Como yo deje apurada
La verdad de este papel,
Repita Blanca rigores,
Use el Conde disfavores
E intente Octavio cruel
Cualquiera demostracion;
Que, como esté defendida
Mi fe, no vale mi vida
Mas que mi satisfaccion.

DESVAN.

¡Lindamente ha sucedido!
Porque cuando mucho, Octavio
Vengará en los dos su agravio;
Blanca, por no haber creido
Sus finezas, te enviará
Noramala; el Conde airado,
Sabiendo que le has tomado
Ese papel, mandará
Que sin pompa ni aderezo
(Conveniente á tu persona)
Te saquen de Barcelona
Con un papel al pescuezo.
Pero el Conde sale aquí.

Sale EL CONDE.

CONDE.

¿Enrique?

ENRIQUE.

¿Señor?

CONDE.

¿Vendréis
A responderme, y habeis
Meditado bien que fuí
Yo quien la propuesta os hice,
Blanca á quien se hace el pesar,
Y vos quien le ha de excusar?
Pues yo por mí satisfice
En la forma que debí
Al empeño de los dos,
Vuelvo á que os pagueis á vos
Lo que me debeis á mí.
¿Qué respondeis?

ENRIQUE.

Gran señor,
Aunque os debí responder
Antes, me importa saber
Ahora... Mas ¿qué rumor
Es ese?

CONDE.

Fabio, ¿qué es eso?

Sale FABIO.

FABIO.

Es don García, que espera
En esa cuadra de afuera
Con Blanca y Elvira.

CONDE.

(*Ap.* ¡Exceso
Notable!) Enrique, mirad
Lo que habeis de responder,
Porque no os ha de valer
Para injurias mi amistad.

Salen DON GARCÍA, BLANCA Y ELVIRA, *con mantos.*

DON GARCÍA.

Si culpare vuestra alteza
Tan nueva demostracion,
A tanto obliga el blason
De mi sangre y mi nobleza;
Y aunque valerse debieran
De vos, ó para vengar
Su agravio, ó para enmendar
Cuantas desdichas me alteran,
Solo vengo á que seais
Testigo de que en mi honor
Y el de Blanca no hay error;
Y así, os pido la asistais
Ahora, porque, apurada
De indicios, en que la hacia

Cómplice la atencion mia,
Dice que no está infamada
En ella mi calidad,
El decoro de los dos
Ni el de Enrique, y que sois vos
Testigo de esta verdad.

CONDE.

Cuando mi sangre no fuera
La misma en vos, cosa es clara
Que por mujer la amparara.—
Salios todos allá fuera.

BLANCA.

No os vais, Enrique.—Señor,
La causa de entrar yo aquí
Es don Enrique; y así,
Que me oiga importa á mi honor,
Porque, ó yo me he de volver,
O no os habeis de quedar,
O Enrique me ha de escuchar.

CONDE.

¿Qué dices?

BLANCA.

Lo que ha de hacer.

DESVAN. (*Ap. á Enrique.*)

¿Qué dices de esto?

ENRIQUE. (*Ap. á Desvan.*)

Desvan,
Que vuelve Blanca por mí,
Y los celos que temí
Desvaneciéndose van.

BLANCA.

Ahora os suplico yo
(Que importa á la opinion mia)
Digais lo que contenia
Un papel que Octavio os dió.

CONDE.

¿Cuándo?

BLANCA.

Hoy.

ENRIQUE.

Escucha.

BLANCA.

Y en él
Os doy cuenta del estado
De estas cosas.

CONDE.

No ha llegado
A mis manos tal papel.

BLANCA. (*Ap.*)

¡Aun esto no hubo de ser
Como lo esperaba yo!

ENRIQUE. (*Ap.*)

Sola esta vez se acertó
Mi amor á satisfacer.

BLANCA.

Bien me holgara que el papel
Hablara ahora por mí;
Pero, pues ya le escribí,
Y es verdad cuanto hay en él,
Y os le ha de mostrar Octavio,
Y me oye Enrique, y pretendo
Su honor, y me estáis oyendo
Vos, y yo lloro mi agravio,
Mi padre mi casamiento,
Y de uno y otro pesar
Os vengo ahora á informar
En público, estadme atento.
Ya sabeis que era Enrique mi marido,
Que os dió cuenta mi padre de este in-[tento,
Y vos le respondisteis desabrido;
Que Enrique dilató mi casamiento;
Que me valí de vos; que mi fe ha sido
Roca firme en el mar, torre en el viento;
Que, á pesar de peligros y enterezas,
Aposté á mis desdichas mis finezas.
Vióme Enrique en fin, ardió en mi fue-[go;
Tuvo celos, es noble, temió el daño;
Desistióse, es amante, estuvo ciego;
Busquéle, soy mujer, creció su engaño;
Lloré, soy firme, embarazóme el ruego;
Volví á vos, perdí el bien, vió el desenga-[ño,
Quedando á tanta pena repetida
Vos culpado, él celoso, yo ofendida.
Salió, pues, de mi cuarto vuestra alte-[za,
Y viendo el riesgo en que mi honor que-[daba,
Empeñó en mi decoro su nobleza;
Supe que Enrique con mi padre estaba,
Y por no ocasionarme una bajeza,
Si viera Enrique que en mi casa estaba,
Os salí á prevenir, y ciego el labio,
La que nació fineza murió agravio.
Blanca es de Enrique; mas si no lo fue-[re,
Cisne seré que á llanto se apercibe,
O para festejarse lo que muere,
O para aborrecerse lo que vive;
Sabrá así Barcelona, cuando viere
Que no hay temor que deadorar me pri-[ve,
Que quien fiel ruega y ofendida adora
Mantendrá siempre lo que dice ahora.
Si vuestro honor con ruegos me obliga-[ra,
Si Enrique con desprecios me ofendie-[ra,
Si mi amor con recelos me estorbara,
Si mi padre con miedos me afligiera,
Si el cielo con rigores me forzara,
Si el infierno con sombras me oprimie-[ra,
Llegando á declararme de este modo,
Mi honor es antes, y despues es todo.
Mas si viere (¡ay de mí!) que en sus ti-[biezas
Llega con novedad la pesadumbre,
Deberánle á sus dudas mis firmezas
Lo que debe el dolor á la costumbre;
Sabré que le ofendí con las finezas,
Que no hay abono que un error deslum-[bre,
Que cumplí con mi honor, y que hemos [sido
Yo infeliz, él ingrato y vos sufrido.

DON GARCÍA.

¿Qué respondeis, gran señor?

CONDE.

Lo primero, Blanca bella,
Es, que Octavio no me ha dado
Vuestro papel.

ENRIQUE. (*Ap.*)

Si os le diera,
No estuviera mi esperanza
Con la alegría que muestra.

Sale OCTAVIO.

OCTAVIO.

Despues de buscar á Enrique,
Para dejar satisfecha
A aquella ingrata, y á Blanca
Luego, para darla cuenta
Del suceso del papel,
Como encontrarlos no pueda,
Le vengo á avisar al Conde
Del caso, aunque con vergüenza
De que á lograr bizarrías
Conmigo Enrique se atreva.
Pero aquí están Blanca, Elvira
Y Enrique; pienso que llega
Sin tiempo mi prevencion.

CONDE.

Octavio, ¿qué aguardas? Muestra
El papel que escribió Blanca;
Habla.

DESVAN. (*Ap.*)

Ahora nos destierran.

OCTAVIO.

Señor, antes que llegase
A mis manos, loca y ciega
La temeridad de Enrique
Se le quitó á Dorotea.
Llegó entonces don García,
Y yo, porque no entendiera
Culpas contra Blanca, entonces
Disimulé; mas no quedan
En los hombres como yo...

CONDE.

Basta, Octavio; que esa queja
Ya no es tuya, sino mia.

DESVAN. (*Ap.*)

Ahora nos zamarrean.

CONDE.

Enrique, ¿vos teneis brios...

ENRIQUE.

Escúcheme vuestra alteza:
Cuando os di cuenta, Señor,
De este amor, vuestra respuesta
Avivó recelos mios;
Neguéme á cuantas finezas
Manifestó Blanca; ahora
Resultaban mis sospechas
Contra vos y contra Octavio,
Y al tiempo que Dorotea
Le estaba dando un papel,
Previno mi amor la empresa;
Llegó primero á mis manos,
No presumí entonces que era
Vuestro, leíle, y hallé
En él vivas experiencias
De la inocencia de Blanca.
Si vuestros cuidados eran
Satisfacerme, este ha sido
Mejor medio, y no lo fuera
Otro ninguno; el papel (*Sácale.*)
Es este, y porque se vea
Que es mas mi honor que mi vida,
Logrando dichas y penas,
Ofrezco á Blanca mi mano,
Y á vuestros piés mi cabeza;
Quedará Octavio vengado,
Prevenida vuestra ofensa,
Satisfecho don García,
Feliz yo, y Blanca contenta.

CONDE.

Blanca, por lo que á mí toca,
Como estéis vos satisfecha
Y esté Enrique asegurado,
No hay temor que serlo pueda.
Yo tomo por cuenta mia
La queja de Octavio, y de ella
La satisfaccion remito
A Octavio; y porque se vuelvan
En ventura los agravios,
Dad la mano á Elvira bella.

OCTAVIO.

Vuestro soy.

ELVIRA.

Esta es mi mano.

BLANCA.

Y aquí acaba la comedia,
A quien su autor intitula:
Ofender con las finezas.

COMEDIA FAMOSA

TITULADA

SUFRIR MAS POR QUERER MAS,

DEL LICENCIADO DON JERONIMO DE VILLAIZAN

PERSONAS.

DOÑA LEONOR.
DOÑA ANA.
INÉS, *criada.*
DON JUAN.
DON GARCÍA FAJARDO.
DON DIEGO, *su hermano.*
LIRON, *criado de don Juan.*
DON PEDRO, *padre de Leonor.*
JULIO, *criado de don García.*
UN CASERO.

JORNADA PRIMERA.

Salen DOÑA LEONOR *é* INÉS, *su criada, y trae Inés un papel cerrado en la mano.*

DOÑA LEONOR.

¿Qué puede quererme ahora
Doña Ana?

INÉS.

Este me dejó
Su criada.

DOÑA LEONOR.

Y ¿no esperó
La respuesta?

INÉS.

No, Señora;
Porque temió que la viera
Tu padre. Abre el papel,
Y verás qué dice en él.

DOÑA LEONOR.

Dice de aquesta manera:

(*Lee.*) «Amiga, el estado en que están las cosas por los antiguos encuentros de mis parientes y los de don Diego, no me consiente hablarle en mi casa, ni el enojo de tu padre, por la muerte de tu hermano, me permite visitarte como solia; á mí me importa hablar á don Diego, y en ninguna parte puedo sin riesgo como en tu casa, haciendo que esté tu coche á la puerta de la iglesia mayor mañana por la tarde, y que salgan en él dos criadas tuyas, para que, quedándose la una en la iglesia, y entrando yo en su lugar, pueda seguramente entrar en tu casa. Grande es el peligro; pero con decirte que me importa, que eres mi amiga, te lo digo todo. Dios te guarde. — *Doña Ana.*»

INÉS.

¡Notable peligro!

DOÑA LEONOR.

Inés,
Si es consejo, por tu vida,
Que hasta que yo te le pida,
En tu vida me le dés;
Yo te confieso es muy grave
El riesgo á que nos ponemos
Doña Ana y yo, si nos vemos,
Y si mi padre lo sabe;
Mas si ella el riesgo atropella,
Y con rogarme me obliga,
¿En qué muestro ser su amiga,
Si no hago nada por ella?
Don Juan vive en un jardin,
Cuyo dueño, como sabes,
No está en Valencia, y las llaves
Dejó á mi padre; yo, en fin,
Por poderle acudir mas,
Cuando en mas peligro estaba
Don Juan, como no bajaba
Mi padre al jardin jamás,
De un criado, á quien dejó
La vivienda, me fié;
Con dádivas le obligué,
Y él de don Juan se encargó,
Como yo se lo pedí,
Donde mas seguro está,
Pues ninguno pensará
Que vive don Juan allí.

INÉS.

¿No basta que ahora estés
Tan empeñada en tus penas
Propias, sin que en las ajenas
Te empeñes de nuevo?

DOÑA LEONOR.

Inés,
Cuando yo no la debiera
Esta y otras amistades,
Por ver las dificultades
Que tiene en su amor, lo hiciera,
O porque amor me lastima,
Siendo su amiga en su afan,
O por hacerle á don Juan
Esta lisonja en su prima;
O lo mas cierto, por ser
Tan parecido el pesar
En las dos, que, en suspirar,
En sufrir y en padecer,
Sin diferencia ninguna,
De penas y de rigores
Las dos en nuestros amores
Corremos una fortuna.

INÉS.

No tengo qué replicar.

DOÑA LEONOR.

Eres discreta; y así,
Como lo demás, de tí
Esto y todo he de fiar.
Haz, por tu vida, de suerte
Que mañana á punto esté
El coche.

INÉS.

Procuraré
Servirte y obedecerte.

DOÑA LEONOR.

Tú le has de llevar, y luego
Cuidarás de que esté abierta
De esotra calle la puerta,
Porque pueda entrar don Diego;
Que, aunque mañana creí
Ver á don Juan donde está
Escondido, porque há ya
Dos dias que no le vi,
Y tengo mucho que hablarle
De su pena y de la mia,
Mañana iré, ó otro dia,
Al jardin á visitarle.

INÉS.

¿Al fin tengo de llevar
El coche? Pues he de ir,
Yo me voy á prevenir
Todo picaresco ajuar;
Quiero decir, las chinelas,
La ropa de chamelote,
Juboncico de picote,
Con manto de cuatro suelas
Y saya de picardía,
Que juntos vienen á ser

Instrumentos de caer
En toda alcagüetería. (*Vase.*)

DOÑA LEONOR.

Mucho á mi amor le debí,
Pues el peligro mayor
Que á todos diera temor,
Me da una fineza á mí;
Sola una vez me rendí,
Las demás he de vencer,
Por vivir y por tener
Con jurisdicion alguna
Mas derecho á la fortuna,
Pues tengo mas que perder.

Sale DON PEDRO.

DON PEDRO.

¡Leonor!

DOÑA LEONOR.

Señor, ¿dónde vas?

DON PEDRO.

A morir.

DOÑA LEONOR.

¿Qué dices?

DON PEDRO.

Digo
Que hasta hallar á mi enemigo
No he de responderte mas.
Despues que á Pedro perdí,
De suerte, Leonor, estoy
Muerto en el alma, que soy
Quien menos sabe de sí,
Hasta que del homicida
Que dió á tu hermano la muerte,
Y enemigo de mi suerte,
Mató en la suya mi vida,
Me deje el cielo vengar.

DOÑA LEONOR. (*Ap.*)

¡Ay don Juan del alma mia!

DON PEDRO.

¿Qué es lo que dices?

DOÑA LEONOR.

Decia
Que no te has de apasionar
Tanto. (*Ap.* Amor me dé elocuencia
Para poder persuadir
A mi padre, y divertir
Su venganza y su violencia.)
Señor, ya Pedro murió,
Y ausente don Juan está;
Ya el cielo lo quiso, y ya
La desdicha sucedió.
Busquemos para tus daños
Remedios que bien te estén,
Porque no les están bien
Esos odios á esos años;
Ya don Diego y don García
Fajardo, por enemigos
De don Juan, son tus amigos;
Falte al rigor la porfía;
Porque, si es torpe el poder
Para poder destruir,
Dos veces peca en vivir
Quien vive para ofender.
Homicida fué, tirano,
Don Juan, y el matarle fuera
Venganza; mas, porque él muera,
No vuelve á vivir mi hermano.
Hoy está compadecida
Valencia de tu valor;
No eche á perder tu rigor
Tanta piedad bien nacida.
Perdona; que, aunque serán
Los consejos de mujer,
Soy hija, y temo perder
Tu vida y la de don Juan.

DON PEDRO.

Poco te debe, Leonor,
Tu sangre, pues ahora en mí
La desprecias; siempre fuí
Enemigo del rigor,
Mas no es rigor la crueldad
Que tan justa viene á ser;
Y aunque á tí, por ser mujer,
Te toca el tener piedad;
No imaginé que estaria
Aquella sangre inocente
En mi vejez tan caliente
Y en tu mocedad tan fria.
Noble soy, y aunque estoy viejo
En los años, no en los brios,
Y pensando ver los mios
En tu edad como en espejo,
Yo, que vengarme deseo,
Hallo, despues que te vi,
Que no me parezco á mí
Cuando en tus ojos me veo.

DOÑA LEONOR.

Antes me atrevo á creer,
Por lo que me has referido,
Que espejo á tu enojo he sido,
Y á tu piedad lo he de ser;
Que como un hombre enojado
Que á un espejo se llegó,
Luego que en él se miró,
Sosegó el semblante airado,
Lo mismo te ha sucedido;
Que, aunque enojado llegaste,
Despues que en mí te miraste,
Todo el enojo has perdido;
Y así, recibe el consejo
Que en el cristal te has hallado;
Que no has de volver airado,
Si te has mirado al espejo.

DON PEDRO.

Aunque pudieras, Leonor,
Hacer ese efeto en mí,
Debes, mirándome en tí,
Hacer mi enojo mayor;
Que, como en los miradores
Hay, por gustos de sus dueños,
Unos espejos pequeños,
Que hacen los rostros mayores,
Destos, Leonor, has de ser;
Que, cuando llegue á mirarme,
El enojo ha de aumentarme
La falta que te ha de hacer
Tu hermano, ó habré pensado
Que no es el cristal fiel
Donde me busqué cruel,
Y me hallé mas reportado;
Y así, por cumplir conmigo,
Con tu sangre y con tu amor,
O infama por mi dolor,
O calla por mi enemigo;
Porque no es justo que entiendan
Mis oidos de tus labios
Que no ofendan los agravios,
Y las venganzas ofendan. (*Vase.*)

DOÑA LEONOR.

Nada su enojo reporta,
Creciendo su riesgo van;
Mas si está vivo don Juan,
Y yo vivo en él, ¿qué importa?
Doña Ana es amiga mia,
Su primo don Juan mi amante,
Él desvalido y constante,
Sus contrarios cada dia
Mas poderosos; mas ciego
Don García, mas terrible
Mi padre, y mas imposible
Mi voluntad, no lo niego;
Mas, si el amor ha de ser
Quien lo ha de facilitar,
Él darme qué aventurar
Es darme mas que vencer.
Vengan pues por varios modos
Peligros; que, si el amor
Se ha de vencer con amor,
Amor tengo para todos.

Salen DON JUAN, LIRON É INÉS *deteniendo á don Juan.*

INÉS.

¿Es posible que te atreves
A entrar aquí?

DON JUAN.

No hay temor
Que lo impida.

INÉS.

Aparta.

DOÑA LEONOR.

Cielos,
¿Qué miro? ¿Don Juan?

DON JUAN.

Yo soy.
Si se te hiciere de nuevo
Verme en tu casa, Leonor,
Mas de nuevo se me hace
El vivir sin verte yo.

DOÑA LEONOR.

¿Qué es esto, don Juan, mi bien?
¿Tú en mi casa? ¡Muerta soy!
¿Tú en un peligro tan grande?
Habla; ¿qué es esto, Señor?

DON JUAN.

Esto es despedirse un rayo
De la violencia del sol,
Salir del arco una flecha,
Subir al cielo un vapor,
Romper el aire un cometa,
Quebrar los polos su union,
Surcar el golfo una nave,
Reventar fuego un cañon,
Abrir la tierra una fuente,
Herir el viento una voz;
Esto el rigor de una ausencia,
De unos celos un temor,
Y esto el no verte en dos dias,
Que es la violencia mayor.

LIRON.

Y tú, Inés, ¿no me preguntas
Lo que es esto?

INÉS.

¿Yo, Liron?
¿A qué efeto?

LIRON.

Pues no importa
Para decírtelo yo:
Soy el trueno de aquel rayo
Y la sombra de aquel sol,
La pluma de aquella flecha,
El humo de aquel vapor,
La cola de aquel cometa,
El nudo de aquella union,
La vela de aquella nave,
Pólvora de aquel cañon,
El agua de aquella fuente,
El eco de aquella voz;
Y para decirlo todo
De una vez, ambos á dos
Somos un *orate fratres*,
Pero soy el *fratres* yo.

DOÑA LEONOR.

(*Ap.* Muerta soy, apenas mueve
Las alas el corazon,
No puedo hablar, porque el miedo
Que de repente ocupó
Toda el alma, me ha impedido
En la garganta la voz,
En el cuerpo el sentimiento,
En los sentidos la accion;
Y entre el peligro y la vida,
Entre el alma y el temor,
No vivo de lo que fuí
Ni muero de lo que soy.
¡Si vuelve mi padre? ¡ay cielos!
¡Si le verá? Si le vió?

Pero agora es menester
La cordura y el valor.)
Que os volvais, don Juan, os ruego.

DON JUAN.

Ya sé el peligro en que estoy;
Pero escuchad.

DOÑA LEONOR.

No es posible.

DON JUAN.

No temais, volved en vos.

DOÑA LEONOR.

Déjame estar temerosa,
Don Juan, pues os dejo yo
Estar tan ocasionado.

DON JUAN.

Oye, sabrás la ocasion.

DOÑA LEONOR.

Temo que mi padre vuelva.

DON JUAN.

No temas, mi bien, Leonor;
Ya con la seguridad
Que la noche me ofreció,
Vine seguro hasta aquí
Desde el jardin donde estoy
Escondido, por la muerte
De tu hermano; ya pasó
El peligro, ya entré dentro,
Ya tu padre no me vió,
Y ya te veo, que estaba
Ausente de tí mi amor,
Como al vencerse la noche
Con el dia aquella flor,
Que para vivir espera
El rayo tibio del sol.

DOÑA LEONOR.

Señor don Juan, yo no entiendo
Este linaje de amor;
Vos siempre á darme pesares,
Y á tomarlos siempre yo.
Apenas libre me veo
De un peligro, de un error,
Cuando del que ha de venir
Me avisa el que ya pasó,
Y todo por culpa vuestra,
Todos por vuestra ocasion;
Cabed dentro de vos mismo,
Venced vuestra condicion,
Corregid vuestro albedrío,
Moderad vuestro furor,
No os deis todo á cualquier pena,
Que esa es desesperacion
De una afliccion obstinada;
Y si es cierta la aficion,
Mirad por ella y por mí.
Basta, basta que por vos
Aventure yo mi vida,
Sin que aventure mi honor;
Si es fuerza el atropellar
Imposibles, si es valor
Entrarse por un peligro
A costa de otro mayor,
Yo no quiero las finezas
Tan á costa de los dos.

DON JUAN.

Aunque para haber venido
A tu casa era ocasion
Bastante el haber dos dias
Que no nos vemos los dos,
Otro tormento, otra pena,
Otra muerte, otro dolor,
Ahoga el llanto en los ojos,
Los suspiros en la voz,
Y despreciando la vida,
Por los peligros me entró.

DOÑA LEONOR.

¿Otro tormento, otra pena
Mas que no verme?

DON JUAN.

Mayor.

DOÑA LEONOR.

¿Ha ya sabido mi padre
Que nos queremos los dos?

DON JUAN.

Cuando lo sepa, ¿qué importa,
Si no sabe dónde estoy?

DOÑA LEONOR.

¿Te ha buscado la justicia?

DON JUAN.

Esa desdicha, Leonor,
Solo á mi vida amenaza,
Y en quien ama y tiene honor,
Pena que pára en morir
No es la pena mas atroz.

DOÑA LEONOR.

¿Mayor pena que la muerte?

DON JUAN.

Mayor mal, sí, Leonor;
¿No son mayor mal los celos?

DOÑA LEONOR.

Mayor mal los celos son;
Pero repara primero
Que lo pronuncie la voz.—
Inés, ten cuenta si vuelve
Mi padre.

INÉS.

Advertida estoy.

DOÑA LEONOR.

Digo, don Juan, que repares
Primero con atencion
Si los tienes ó los finges;
Que en mujeres como yo
Los recelos son delitos,
Porque ha de ser fe el amor
Que no les deje á los ojos
Ni á los oidos su accion;
Porque, si se empieza á alzar
Con las dudas el honor,
El escrúpulo no mas
De si creyó ó no creyó
Pone á peligro mi fama
Allá entre imaginacion;
Y si has de ser mi marido,
No le basta á mi opinion
El ser buena para mí,
Si para tí no lo soy.

DON JUAN.

Mas cortés es mi delito,
Menos grosero mi error;
No son celos, son temores
De no merecerte, son
Cuidados de un imposible;
No infiel, suspenso estoy
Entre el dolor y la queja,
Entre el recelo y la voz;
Pues ni falto al sentimiento,
Por no faltar á mi amor,
Ni consiento en la sospecha,
Por no infamar tu opinion.

DOÑA LEONOR.

Si es rendimiento esa queja,
Descansa y dila, y te doy
Palabra de asegurarte
Del escrúpulo menor.
Yo el consuelo te daré;
Haz, sin que lo sepa yo,
De tí adentro que el consuelo
Pase por satisfacion.

DON JUAN.

Supe ayer (no has de enojarte)
Que tu padre...

DOÑA LEONOR.

Acaba.

DON JUAN.

¡Ay Dios!...

DOÑA LEONOR.

Mira que es tarde, don Juan.

DON JUAN.

Para tener ocasion
Mas fácil á su venganza,
Ha tratado (¡qué rigor!)
Casarte con la cabeza
De los Fajardos, que son
Mis enemigos mayores.
Yo lo supe, y me dejó
La nueva terrible como
Queda en el soto el pastor
Que de repente del rayo
Vió la luz y el trueno oyó,
Que no le bastó á matar
El incendio tronador,
Y no le deja vivir
El estallido, y quedó
Entre el incendio y la llama,
Entre la vida y la voz,
Sin morir ni respirar,
Un compuesto de los dos;
Y así, he venido á saber
Si esto es verdad ó no;
Si es tu esposo don García,
Ejecute su rigor
El fuego del rayo en mí,
Haga cenizas mi amor,
Y muera yo de una vez;
Mas para que muera yo
No es menester el incendio,
La llama, el fuego, el ardor
Del rayo; que el estallido
Para matarme bastó.

DOÑA LEONOR.

Mucho me holgara, don Juan,
De contarte por menor
La verdad, mas no es posible;
Solo por respuesta doy
A tus dudas y á tus quejas
Que soy tuya y tengo honor.
En eso de don García
No tengo parte; los dos
Nos verémos en tu casa;
Que yo buscaré ocasion
Para verte en el jardin.
Vuélvete ahora, Señor,
Antes que mi padre vuelva.

DON JUAN.

Espera.

DOÑA LEONOR.

Acaba, por Dios;
Que eso es darme pesadumbre.

DON JUAN.

No es sino morir de amor.

DOÑA LEONOR.

¿Quiéreste volver, don Juan?

DON JUAN.

Sí, Señora; ya me voy.

DOÑA LEONOR.

¿Mas que ha de venir mi padre?

DON JUAN.

No volverá...

INÉS.

¡Mi señor!

DOÑA LEONOR.

¿Es burla ó verdad, Inés?

INÉS.

¡Que sube!

DOÑA LEONOR.

Temblando estoy.

DON JUAN.

Dame á besar una mano.

DOÑA LEONOR.

Toma, y vuélvete.

DON JUAN.

Leonor,
¿Irás á verme mañana
Al jardin?

DOÑA LEONOR.

Sí.

DON JUAN.

Adios.

DOÑA LEONOR.

Adios. (*Vase.*)

INÉS.

Lindamente la han tragado
Los señores.

LIRON.

Luego ¿no
Viene el viejo?

INÉS.

Venirá.
Mamóla el señor Liron.
(*Vanse.*)

Salen DON DIEGO Y DON GARCÍA.

DON DIEGO.

Aunque intentes, hermano don García,
Encubrirle esa pena al alma mia,
En tu desasosiego
Conozco tu disgusto.

DON GARCÍA.

Oye, don Diego:
Ya sabes que mató don Juan Centellas
A don Pedro de Luna, y las querellas
Sabes con que su padre, airado, intenta
Vengar su muerte y redimir su afrenta.

DON DIEGO.

Todo lo sé, y tambien que su esperan-
Para facilitar esta venganza, [za,
Por verse viejo, solo y desvalido,
Se valió de nosotros, que hemos sido
Opuestos á don Juan. (*Ap.* A Dios plu-
Que nuestro amigo fuera, [guiera
Porque á su prima adoro,
Y el fin que ha de tener mi amor ignoro.)
Sé tambien que es su intento
Ofrecerte á su hija en casamiento;
Sé que lo has acetado, y sé que es mucha
Su virtud y nobleza.

DON GARCÍA.

Pues escucha:
Hácia el campo esta tarde me salia
A estar conmigo y con la pena mia,
Y al tiempo que pasaba
Por la iglesia mayor, parado estaba
El coche de Leonor; y yo, pensando
Verla ó hablarla, me detuve, cuando
Dos tapadas se entraron
En el coche, y de mí se recataron
Tanto, que su cuidado avisó el mio;
Seguílas, y porfío,
Celoso y recatado, en conocerlas.

DON DIEGO.

¿Qué dices?

DON GARCÍA.

Porque el verlas,
Las cortinas cerradas,
Las calles discurrir mas excusadas,
Celos me añadió á celos.
Dos veces me llegué al estribo...

DON DIEGO.

(*Ap.* ¡Ay cielos!
Que era doña Ana la que en él venia,
Y si la conoció, perdió en un dia
Nuestro amor el secreto, yo su mano;
Ella enojó á su primo, yo á mi hermano,
Pues si llega á saberse nuestro intento,
Ninguno ha de admitir el casamiento;
Y aunque con esta doña Ana no venia,
¡Notable azar!) Prosigue, don García.

DON GARCÍA.

Dos veces pues por el estribo llego.

DON DIEGO.

¿Y al fin las conociste?

DON GARCÍA.

No, don Diego;
Mas para las sospechas que he traido
Basta que una criada he conocido
De Leonor, y saber me falta ahora
Si acaso era Leonora
La dama que de mí se encubrió tanto
El rostro con el manto.
Ya paró el coche, y he de ver, don Die-
Si son ciertas mis dichas. [go,

DON DIEGO.

¿Estás ciego?
Advierte, don García,
Que no pase el cuidado á grosería,
El recelo á bajeza,
La sospecha á delito, la fineza
A desprecio, el engaño
A evidencia, y la duda á desengaño;
Que hay hombre en su sospecha tan
[constante,
Que, por llevar sus celos adelante,
Dará á entender, segun la ofensa apura,
Que le importa el agravio ó le procura,
Y que le está peor á su cuidado
El quedar satisfecho que agraviado.

DON GARCÍA.

Don Diego, mis recelos
Desde que fueron dudas fueron celos;
Que si el indicio fuera [ra,
Tan grande, que disculpas no admitie-
El alma por la boca y por los labios,
A riesgo abierto, los llamara agravios.

DON DIEGO.

(*Ap.* Si sabe don García
Que es prima de don Juan la que venia
En casa de Leonor, y á verla ha entrado,
Le ha de dar mas cuidado [ne;
Saber por qué se encubre y á qué vie-
Y si mas en la calle se detiene, [ta,
Me embaraza el entrar por la otra puer-
Que ya para este efeto estará abierta.
¡Hay modos de desdicha mas extraños?
¿Que nazcan de un descuido tantos da-
[ños?)
Volvámonos, hermano, y no prosigas
A apurar mas disgustos.

DON GARCÍA.

Mas me obligas
Con fingidos consuelos,
Si en apurar mis celos
Mis dudas me empeñaron...

DON DIEGO.

Pues ya no has de poder, porque se en-
[traron.

DON GARCÍA.

Por tu culpa, don Diego,
No llegué á conocerlas.

DON DIEGO.

¿Estás ciego?
¿Excusarte un error le llamas culpa?
Pero el estar celoso te disculpa.
Volvámonos; repara
Que apenas es de noche, y si te hallara
A su puerta parado
Su padre de Leonor, es tan honrado,
Que de tí se ofendiera.

DON GARCÍA.

Con celos no hay cordura; aquí me es-
[pera.

DON DIEGO.

A ser locura tu recelo pasa.

DON GARCÍA.

Ya no hay consejo que á mis celos cua-
Que he de entrar en su casa. [dre;

DON DIEGO.

Pues repórtate, y mira que su padre
De Leonor nos ha visto; no le demos
A entender la ocasion de tus extremos.

Sale DON PEDRO.

DON PEDRO.

Ah señor don García,
¿A pié y en esta calle? (*Ap.* ¡Ay [illegible]
No acierto á hablar.) Yo vengo [mia
A besaros las manos.

DON GARCÍA.

Y yo tengo
Mucho que hablar con vos, y os he en-
A buen tiempo. [contrado

DON DIEGO. (*Ap.*)

A don Pedro le ha pesado
De encontrarle á su puerta;
Todo en abono mio se concierta.

DON GARCÍA.

Esto es forzoso; perdonad, don Diego.

DON DIEGO. (*Ap.*)

Daré la vuelta á esotra calle, y luego
Vendré á ver á doña Ana; que la puerta,
Pues ya entraron en casa, estará abier-
[ta. (*Vase.*)

DON PEDRO.

Ya sabeis que la fama
Es, señor don García, en una dama
La hermosura mayor; yo os he ofrecido
A Leonor por esposa, y he sentido,
Cuando están nuestros deudos empe-
En mayores cuidados, [ñados
Que no mireis por vos, por mí y por ella.
Vos muy galan, muy bella
Leonor, muerto su hermano,
Y yo muy viejo, el vulgo muy tirano,
Público en el lugar vuestro deseo,
Repetido en mi calle el galanteo,
El honor melindroso,
La envidia atenta, el tiempo peligroso;
Alguno que lo mira,
Que parece que calla y que suspira;
Luego temer pudiera
Que crean todos lo que yo creyera;
Y así, no permitais que yo me queje
De Leonor, ni que á vos os aconseje
Segunda vez; remédiense estos daños;
Que, aunque es el galanteo en vuestros
Escándalo decente, [años
Pensarán que mi hija lo consiente,
Y yo lo callo, que es error mas grave,
Pues ni le admito yo, ni ella lo sabe;
Y así, seguid mejor vuestras acciones,
Porque en las opiniones
Que una vez toma el vulgo por su cues-
El escándalo pasa por afrenta. [ta,

DON GARCÍA.

Digo, señor don Pedro, que me ajusto
A vuestra correccion y á vuestro gusto.

DON PEDRO.

No, señor don García; antes me quejo
Que llameis correccion lo que es conse-
Decoro es de los dos; y así, procuro [jo;
Que esté mi amor y el vuestro mas se-
[guro;
Y porque es tarde, vamos, don García;
Que os he de acompañar.

DON GARCÍA.

Eso seria
Escándalo mayor.

DON PEDRO.

No hay que excusaros,
Dentro de vuestra casa he de dejaros;
Esto ha de ser, ahora he de tomarme
Con vos esta licencia.

DON GARCÍA.

Si es echarme
Por fuerza de la calle...

DON PEDRO.

Eso seria
En entrambos costosa grosería;
Y así, primero que salgais, os digo
Que os he sacado y os salis conmigo;
Con que está vuestra duda satisfecha.

DON GARCÍA.

Al fin me voy dejando mi sospecha
Mayor. ¿Qué fin espera mi cuidado
De un amor cuya vida he reparado? [los
Que han permitido, por mi mal, los cie-
Que empiece en una muerte y unos ce-
[los. (*Vase.*)

Salen DOÑA ANA É INÉS, *con mantos.*

DOÑA ANA.

Esto nos ha sucedido
Con don García, Leonor:
Desde la iglesia mayor
Nos vió salir, y ha seguido
El coche.

DOÑA LEONOR.

¡Notable azar!—
¡Ay, Inés, si os conoció!

INÉS.

No; porque el cochero echó
Por defuera del lugar,
Y luego se cansaria
De seguirnos; no lo dudo.

DOÑA ANA.

Pierde el temor, que no pudo
Conocernos don García;
Mas di: ¿cómo estás con manto,
Leonor? ¿Ibas fuera?

DOÑA LEONOR.

Sí,
Tenia qué hacer, y creí,
Como te tardabas tanto,
Que no vinieras; mas ya
Dilataré el ver, doña Ana,
A tu primo hasta mañana.

DOÑA ANA.

Pues ¿sabes tú dónde está?

INÉS.

Por su puerta hemos pasado.

DOÑA LEONOR.

Y ¿vió el coche?

INÉS.

No, Señora.

DOÑA LEONOR.

Solo me faltaba agora
Por mi alivio ese cuidado,
Despues de no verle hoy,
Como lo habia pedido.

INÉS.

Ruido á la puerta he sentido.

DOÑA ANA.

¿Si es don Diego?

INÉS.

A verlo voy. (*Vase.*)

DOÑA LEONOR.

Si fuere, déjalo entrar,
Y no te quites, Inés,
El manto, porque despues
A doña Ana has de llevar.

DOÑA ANA.

¿Es verdad que ibas á ver
A mi primo?

DOÑA LEONOR.

Sí, doña Ana,
Y habré de verle mañana,
Ya que hoy no ha podido ser;
Porque de suerte lo pasa
Sin mí, que temer podria
Que él se viniese á la mia,
Si yo no voy á su casa.

DOÑA ANA.

Pues si le vieres, Leonor,
No digas que yo he venido,
Ni que tu casa he elegido
Por sagrado de mi honor;
Pues, aunque tu pensamiento
Es dueño de su albedrío,
Ya sabes cómo mi tio
Trató nuestro casamiento.
Y aunque él se excusó por tí,
Y yo por otro galan,
No es bien que entienda don Juan
Esta liviandad en mí.
Y mas, siendo la ocasion
Don Diego Fajardo, pues
Su mayor contrario es;
Ya sé que por mi aficion
Don Diego ha de procurar
Estas paces, y no es bien,
Hasta que amigos estén,
Que lo llegue á sospechar.
Yo vengo á tratar el modo
Cómo tu padre y su hermano
Le dén á don Juan la mano,
Con que se apacigüe todo;
Y así, que guardes te ruego
Este secreto, advertida
De que nos va en él la vida,
La suya y la de don Diego.
Pues aunque hoy dudosa esté,
Quizá el cielo dispondrá
Una dicha que será
Por un delito que fué.

DOÑA LEONOR.

Cuando á mí no me importara
Que don Juan no lo supiera,
Y por tí no lo encubriera,
Por mi gusto lo callara;
Que, aunque mujer he nacido,
Jamás en esto lo fuí,
Pues tan parecido en mí
Es el secreto al olvido,
Que, como jamás le halla
La voz, está persuadida
A que el silencio la olvida,
Y no es sino que la calla.

Sale DON DIEGO.

DON DIEGO.

Aunque falte á la amistad
De don Pedro, pues pudiera
Enojarse si supiera
Que al respeto y calidad
De su casa ofendo aquí,
¿Qué importa que muy fiel
Mi amistad me culpe en él,
Si amor me disculpa á mí?
Aquí están las dos.

DOÑA ANA.

¿Don Diego?

DON DIEGO.

¿Doña Ana?

DOÑA ANA.

Seas bien venido.

DON DIEGO.

Si alegre y favorecido
A besar tus manos llego,
Decir podré con verdad,
Ufano con tal favor,
Que, á no haber muerto de amor,
Muriera de vanidad;
Y aun no queda encarecida
Mi voluntad verdadera,
Pues cuando á tus ojos muera,
Quedo á deber una vida.
Y solamente he sentido
No poder, firme y constante,
Morir una vez de amante
Y otra de favorecido.

DOÑA ANA.

Hable, don Diego, por mí
Esta fineza no mas,
Que por ella inferirás
Lo que puedo hacer por tí
En peligros semejantes;
Porque en llegando á querer,
Las finezas han de ser
La lengua de los amantes.
Pero dejemos ahora
Hipérboles, y á Leonor
Le agradece este favor.

DON DIEGO.

Perdonad, bella Señora,
A mi amor, pues divertido
En tan apacible calma,
Por hacer dichosa un alma,
Hice grosero un sentido.

DOÑA LEONOR.

No habeis sido descortés,
Que en presencia de la dama,
Descortesía se llama
Ser con otra mas cortés.
Agradecelde, don Diego,
A doña Ana tanto amor,
Y si yo en este favor
Tengo alguna parte, os ruego
Que os acordeis algun dia
(Si me valiere de vos),
De lo que hago por los dos
Ahora, pues ser podria
Que os hubiere menester.

DON DIEGO.

Para aventurar mi honor
Y vida, basta, Leonor,
Ser yo noble y vos mujer.

DOÑA LEONOR.

El valor todo lo allana.

Sale INÉS, *alborotada.*

Mas ¿qué ruido es este, Inés?

INÉS.

Vengo muerta.

DOÑA LEONOR.

Dilo pues.

INÉS.

Haz que se esconda doña Ana
Y que se vaya don Diego;
Que es don Juan, y hoy vió pasar
El coche y le ha visto entrar,
Y viele celoso y ciego.

DON DIEGO.

¿Qué importa? Di que entre acá;
Que nadie se ha de esconder.

DOÑA LEONOR.

Eso es echarme á perder.

DOÑA ANA.

Aun peor que estaba está.

DOÑA LEONOR.

Por esa puerta, que sale
Al patio, os salid, Señor; —
Y tú, amiga...

DOÑA ANA.

¿Qué temor?

DOÑA LEONOR.

De ese camarin te vale.

DON DIEGO.

Advertid.

DOÑA LEONOR.

No hay que advertir;
Sed mas cuerdo y mas cortés.

DON DIEGO.

Yo me voy.

(*Vanse doña Ana y don Diego.*)

DOÑA LEONOR.

Agora, Inés,
A don Juan puedes abrir.

Sale DON JUAN.

DON JUAN.

No vengo, tirano dueño
De mi amor y mis suspiros,
Amante á contar mis quejas,
Firme á obligar tus desvíos,
Quejoso á decir mis ansias,
Triste á procurar mi alivio,
Blando á enternecer tu amor,
Y muerto á llorar tu olvido;
No vengo, Leonor, á ser,
A fuerza de incendios vivos
En el fuego de tus ojos,
Fénix mejor de mí mismo;
A ser escándalo vengo
De mi agravio, á ser testigo
De mi infamia, y escarmiento
De los dos engaños mios,
A librarme de una vez
De ese mentiroso hechizo
De tu amor, y á dar venganza
A tu padre y á mi amigo.

DOÑA LEONOR.

Si buscas satisfaccion,
Sabe que mi honor estimo
Mas que tus celos, don Juan;
Acaba, descansa, dilos;
No ande el duelo en opiniones,
Hagan las quejas registro
Del agravio, informe el alma
La verdad á los sentidos.

DON JUAN.

Porque te adoro me ofende
Tu rigor, porque te sirvo
Me desprecias, y me matas
Porque la vida no estimo.
Cuando yo, por no apartarme
De tus ojos, solicito
Mi muerte, pues de Valencia
Por tu ocasion no he salido;
Cuando la nueva no mas
De que ayer tu padre quiso
Casarte con don García,
Desesperado y perdido
Me trujo á verte, y me hallé
Tan bizarro en el peligro,
Que me festejó buscado
Lo que me asustó temido;
Cuando porque me volviere,
Por soborno ó por alivio,
Dijiste que me verias
En el jardin, donde ha sido,
A imitacion de las flores,
Mi amor su retrato mismo,
Al nacer el alba adorno,
Al morir el sol delito,
Y cuando yo te esperaba
Para descansar contigo
De las penas en que muero
Y de la ausencia en que vivo,
¡Con qué pena lo declaro!
Con qué dolor lo publico!
Tu coche, ¡ay Leonor! tu coche
Pasar por el jardin miro;
A don García detrás,
Sentada Inés al estribo.
Celoso tomo la espada,
Enojado el coche sigo;
Traigo conmigo un criado,
Encárgole ser registro;
Veo apear dos mujeres,
Quiero llegar atrevido;
¡Topo á tu padre á tu puerta,
Al rostro la capa aplico;
Vuelvo la calle cobarde,
A esotra puerta me arrimo;
Llega un hombre arrebozado,
Oigo á Inés que baja á abrirlo;
Dejo el criado á la puerta,
Que tenga cuenta le aviso;
Pretendo subir á verte,
Defiéndelo Inés con brios,
Detiénenme tres criadas;
Avísante que he venido,
Oigo cerrar una puerta,
Siento en esotra ruido;
Hallo que vienes de fuera,
Puesto el manto sin aliño,
La voz sin palabras hechas
Y el rostro sin color fino;
Mira si para un agravio
Son menester mas indicios.

DOÑA LEONOR.

(*Ap.* ¿Es verdad ó es ilusion
Lo que por mí ha sucedido?)
Don Juan, advierte, repara
Que soy tuya y que lo he sido.
Pero haces de suerte el cargo,
Que parece que es preciso
Tu agravio; no acierto á hablar,
Disculpado estás conmigo.
Pero imagino, Señor
(¿Qué sé yo lo que imagino?),
Que debe de ser verdad,
Don Juan, todo lo que has dicho
Y que ha pasado por mí;
Pero yo no lo he sabido.

DON JUAN.

Mal me asegura tu engaño.

DOÑA LEONOR.

Habla quedo, no dés gritos;
Mira no venga mi padre.

DON JUAN.

Su venganza solicito;
Viva ó muera, que no siempre
Se han de temer los peligros;
Un vivir amenazado,
Ni le logro, ni le estimo;
Pues viviendo, lo que temo,
Temo aun mas de lo que vivo;
Y así, acaben de una vez
Mis ansias y mis suspiros.
Dime quién es el dichoso
Que tan presto ha merecido
Esas finezas.

DOÑA LEONOR.

Don Juan,
Ya te he dicho, ya te he dicho
Que se vayan poco á poco
Tus sinrazones conmigo;
Quizá pueden ser finezas
Las que sospechas delitos.
Bien puede ser que sean ciertos
Los recelos que has tenido;
Que los cargos sean verdad
Y que no lo sea el delito.
Sin intencion no hay agravio,
Ni hay ofensa sin indicio;
De la ejecucion del brazo
Es el amago el principio;
Aun la violencia del rayo
Se templa en lo ejecutivo,
Que del estruendo y la llama
Es el relámpago aviso.
Primero que el sol corone
De luz y esplendor los riscos,
Planeta menor el alba,
Los dora con rayos tibios.
Piedad ó costumbre sea
De lo airado ó lo benigno,
Lo mismo que al sol el alba
Es al rayo el estallido.
Pues si guarda un elemento
Sus fueros de obras precisos,
Y no me has dado ocasion
De ser ingrata, y he sido
Constante á fuerza de penas,
Firme á pesar de peligros,
No te informe á ti tu agravio
Mientras yo ignorare el mio.

DON JUAN.

Estos, Leonor, no son celos;
Agravios son conocidos.

DOÑA LEONOR.

¿Conocidos?

DON JUAN.

Y evidentes;
Yo lo he visto.

DOÑA LEONOR.

¿Tú lo has visto?

DON JUAN.

Y tengo de conocer
Al hombre que se ha escondido.

DOÑA LEONOR.

¿En mi casa?

DON JUAN.

Sí, en tu casa.

DOÑA LEONOR.

(*Ap.* ¿Qué he de hacer? Pues si le digo
Que la que pasó en el coche
Era doña Ana, y que vino
A verse aquí con don Diego,
Ofendo el decoro mio,
Aventuro que no crea
La verdad, pongo á peligro
A doña Ana, y embarazo
Las paces, que, á ruego mio,
Ha de tratar con mi padre
Don Diego; pues yo prosigo
En negarlo aunque se enoje
Don Juan.) Tú estas persuadido
A tu agravio, y no hay agravio;
A mi olvido, y no hay olvido;
A tus celos, y no hay celos;
¿Ha de poder mas contigo
Una duda en un instante
Que una fe de muchos siglos?
En ti han podido engañarte
Los ojos y los oidos;
Pero en mí te informa el alma,
Que no puede haber mentido;
Y así, me has de creer,
Y no á ellos lo que han dicho.
Pues no será justo que
Tenga crédito mas fijo
Un sentido para un alma
Que un alma para un sentido.

DON JUAN.

No trates de asegurarme,
No, porque el afecto mismo
Con que me estorbas la entrada,
Aumentas los celos mios.

DOÑA LEONOR.

No es verdad lo que me quieres,
No hagas con ingrato estilo
Agravio de la fineza
Y queja del beneficio;
Que esto es amor.

DON JUAN.

¿Es amor?

DOÑA LEONOR.

¿Quieres verlo? Tú has querido
Averiguar unos celos,
Que imaginados ó vistos
Dan muerte; yo te aseguro
La vida, el gusto, el alivio;
Tú quieres mirar de el sol,
Rayo á rayo, el fuego activo,
Que te abrase y que te ciegue;
Yo con nublados mitigo

En tus dudas y en tus celos,
Ya las llamas, ya los visos;
Tú el basilisco de amor,
Que son los celos, precito
Quieres mirar, yo le cierro
Los ojos al basilisco;
Tú quieres pisar el áspid,
Yo los pasos te resisto;
Tú te aventuras al daño,
Yo te defiendo el peligro;
Tú te empeñas, yo te guardo;
Tú te pierdes, yo te libro;
Pues si tú buscas el daño,
Y yo el remedio te aplico,
Tú eres quien te quieres menos,
Y yo quien mas te ha querido:
Y así, pues que no has de entrar,
Porque, como ya te he dicho,
A tí y á mí nos importa,
Y soy noble, y no me olvido
De que soy tuya, y si vuelve
Mi padre, que está ofendido,
Temo un daño, y no has de usar
Descortesías conmigo,
Y no se puede creer
De mí que tenga escondido
Hombre de tan bajas prendas,
Que cuando á voces publico
Que soy tuya, lo esté oyendo,
Y no salga á resistirlo,
Vuélvete al jardin, don Juan.

DON JUAN.

Mejor dirás á un martirio
De mi imaginar sospechas
Y de tormentos fingidos.
Al fin me vuelvo, Leonor,
Desesperado y corrido.

DOÑA LEONOR.

Contento y asegurado
Dirás mejor.

DON JUAN.

Hoy perdimos,
Yo la prision de tus ojos,
Y tú el imperio en los mios.

DOÑA LEONOR.

Yo sabré satisfacerlos.

DON JUAN.

Y yo sabré no admitirlos;
Y así, entre caducas flores
Voy, celoso y ofendido,
A morir de muchas veces.
¡Qué mal hizo, qué mal hizo
Quien se guardó para el rayo,
Y no murió del aviso! (*Vase.*)

DOÑA LEONOR.

Llorando va, mas no importa;
Tenga celos, tema olvidos,
Cuente quejas, finja agravios,
Sufra enojos, dé suspiros,
Llore dudas y haga extremos
De celoso; que yo admito
La sospecha que hoy me infama,
Por los daños que hoy le impido;
Yo sabré satisfacerle,
Pues enojarle he sabido.

JORNADA SEGUNDA.

Salen LIRON Y DON JUAN.

LIRON.

Esperé, como mandaste,
A la puerta de Leonor,
Y á poco rato, Señor,
De como en su casa entraste,
Salir dos mujeres vi,
Que hácia la casa guiaron
De doña Ana; ellas se entraron,
Tardábanse y me volví;
Y cuando hallarte pensé
Alegre y desengañado,
Bien herido y mal curado
De tus sospechas te hallé.
¿Qué tienes, que á todas horas,
Que con tu mal te aconsejas,
Hablas como que te quejas
Y miras como que lloras?
Acaba ya de perder
A tus males el cariño,
Vaya el amor para niño
Y Leonor para mujer;
Que si ponderar tus daños
Tan eficaz lo porfías,
No hay don Juan para dos dias,
Y hay celos para mil años.
Vuelve en tí, dale al amor
El pago que á tí te dan.
¿Hablas? ¿Respondes, don Juan?
A esotra puerta, Señor.

DON JUAN.

¿Qué furia, qué veneno es este, cielos?
¿Así muere un amor de tantos años?
¿Que no baste á advertirme los engaños
Quien pudo ocasionarme los desvelos?
Cuando menos pensaba en mis recelos,
Y menos sospeché los desengaños,
Tanto el indicio apresuró los daños,
Que aun no tuve lugar de tener celos.
¿A quién jamás, á quién le ha sucedido
Sentir sin alma y no rogar quejoso?
Solo á mí, que á mis penas he nacido.
Pues ni sabe mi amor huir celoso,
Ni yo puedo esperar correspondido,
Ni me deja el agravio estar dudoso.

LIRON.

Ya escampa; ¿hay tal suspension?
El hombre trae la veleta
Como cascos de poeta
En noche de colacion.
Mira, Señor, que es vulgar
Error, justo de reñir,
Que tú te dejes morir
Por quien te dejas matar.

DON JUAN.

¡Ay Liron! que no has sabido
Querer mucho, pues tan presto
Tienes el gusto dispuesto
A olvidar lo que has querido.

LIRON.

Dicen los que mas se alaban
De finos enamorados
Que en celos averiguados
Las amistades se acaban.
Esto dicen todos, yo
Ni quito ni doy consuelos;
Juzga tú si están tus celos
Averiguados ó no.

DON JUAN.

Vén acá; solos estamos,
Habla á mi pena.

LIRON.

Sí haré.

DON JUAN.

No digamos lo que fué,
Lo que pudo ser digamos.
¿No pudo ser que viniendo
A verme Leonor, la viera
Don García, y que siguiera
El coche, y ella, temiendo
Que aquí la viesen entrar,
Lo quisiese desmentir,
Dándome á mí qué sentir,
Y no á él qué sospechar?
Porque si á hablarle en su amor
A don García saliera,
Pensar que á que yo la viera
Pasó por aquí, es error.
Pudo ser que el embozado
No entrase á ofenderme á mí;
Que la puerta que yo vi
Cerrar, fuese sin cuidado;
Que el recelo y turbacion
De Leonor, el estorbarme
La entrada y el obligarme,
Con razon ó sin razon,
A no averiguar por mí
Mi amor y mis celos, fuera
Temor de que no viniera
Su padre, y me hallara allí.
Pues si esto pudo ser,
Y pudieron engañarse
Los ojos, y á declararse
Allega así una mujer
Conmigo, y es principal;
Y viéndome desvalido,
Me ha alentado y me ha querido
Con una fe tan igual,
Que jamás temí este daño,
¿Por qué he de creer aquí
Que Leonor me engaña á mí,
Y no soy yo quien me engaño?

LIRON.

Un coche á la deshilada,
Una cortina corrida,
Una dama muy salida,
Y una puerta muy cerrada,
Y lo demás que se ofrece
Al discurso que señalo,
Ello no puede ser malo,
Mas por Dios que lo parece.
Pero, pues lo abonas ya,
Y en seguir tu humor obligo,
Si tú lo acabas contigo,
Conmigo acabado está;
Que harta compasion merece
Quien á tal tiempo ha venido,
Que se hace desentendido
Del daño que le padece.

DON JUAN.

Dices bien; miente el amor
En los ojos y los labios,
Y no mienten los agravios
Y en las dudas el honor.
¿No me dijo que vendria
A verme Leonor y á hablarme,
Y solo vino á matarme
De celos con don García?
¿Yo no vi que bajó á abrir
Inés, que estaba arrimado
Un hombre, que entró embozado;
Que en mí quiso resistir
La entrada, que se turbó
Leonor cuando le avisaron,
Que dos puertas se cerraron,
Y que al fin no me dejó
Que entrase á desengañarme
De los celos que traia?
Pues ¿qué ignorancia porfia
Vanamente á consolarme?
Fineza no pudo ser
Para obligarme á salir,
Pues menos que en resistir
Tardara en satisfacer;
Y era fineza mayor
Darme en pena tan crecida
Un rigor mas á la vida
Que una sospecha al honor.
Luego no puede quererme
Quien de un lance tan dudoso
Me dejó venir celoso,
Pudiendo satisfacerme.

LIRON.

Eso sí, cuerpo de Dios;
Acaba de ser galan
Recluso, que nos tendrán

Por cartujos á los dos.
Doña Leonor nos afrenta,
Y su padre de doña Ana
Nos ruega, y con mucha gana;
Toma tu paz por su cuenta,
Con que á su hija le dés
La mano y te cases luego;
Esto importa á tu sosiego,
Sé con tu prima cortés.

DON JUAN.

La vida me ha de costar,
Pero no me he de vencer;
Yo no me pude valer
De violencias para entrar.
Resistiéndolo Leonor,
Esperar á que viniera
Su padre, y allí me viera,
Era otro daño mayor;
Pues su afrenta publicaba
La de Leonor y la mia,
Y á mi honor no le valia
Lo que á los dos infamaba;
Y así, pues no he de pedir
Que Leonor me satisfaga,
Y cuando por sí lo haga,
Ya no lo puedo admitir.
Despues de aquel desengaño,
Hoy á doña Ana veré;
Quizá así divertiré
Este amor con este engaño.
Y por lo menos verá
Leonor, si viniere aquí,
Que de los celos que vi,
Huigo las disculpas yo.

Salen DOÑA LEONOR É INÉS, *con mantos*, Y EL CASERO *con ellas*.

DOÑA LEONOR.

¿Qué hace don Juan?

CASERO.

Aunque ha estado
Hoy mas triste que otros dias,
Luego que á verle venias
Le juzgué mas consolado.
Háblale y dile, Leonor,
Que, pues jamás viene aquí
Tu padre, y fias de mí
Tú su vida y él tu amor,
Y nadie puede saber
Que vive aquí retirado,
Se aliente, pues le ha postrado
Tanto el pesar desde ayer,
Que temo un daño mayor. (*Vase.*)

DOÑA LEONOR.

¡Ay don Juan! quieran los cielos
Que se reduzgan sus celos
Á la verdad de mi amor.

LIRON.

Inés y Leonor.

DON JUAN.

¿Qué dices?

LIRON.

Que son ellas, ó estoy ciego.

DOÑA LEONOR.

¡Ay Inés! temblando llego.

INÉS.

Llega, y no te atemorices.

DOÑA LEONOR.

Porque no pienses, don Juan,
En mi agravio y á mi costa,
Que te ha arrojado del pecho
Quien de su casa te arroja;
Aunque mi estado me excusa,
Aunque mi sangre me abona,
Aunque mi amor me asegura
Y aunque mi honor me reporta,
Y algunas finezas mias,
Pienso que ya serán pocas,
Porque despues de unos celos
Es tan flaco de memoria
El amor, que si una duda
A ser agravio se asoma,
Finezas de muchos siglos
Se olvidan en pocas horas;
Finalmente, aunque pudiera
Prometerme que yo sola
Valiera, don Juan, contigo
Mas que tus sospechas todas,
No quiero de sus recelos
Que adelantes las lisonjas;
Que no estragues las finezas
Quiero solamente ahora;
Y así, por satisfacerte...

DON JUAN.

Si eso solo te apasiona,
Leonor, yo estoy satisfecho,
Si no lo estaba hasta ahora,
De que fué flor mi esperanza,
De que fué mi vida sombra,
De que fué mi dicha engaño,
De que fué mi amor lisonja,
De que fué mi gloria sueño,
Y tu amor... Pero ¿qué importa
Que amor, que vida, que dicha,
Que esperanzas y que gloria,
Al cabo no fué mentira,
Flor, engaño, sueño y sombra?

DOÑA LEONOR.

Anoche entraste en mi casa.
Parece que unas á otras
Se llamaban las desdichas;
Pero ¿cuándo vienen solas?
Vi en un peligro tu vida,
En otro mayor mi honra,
Y en mas sospechas mi amor;
Y yo, entre tantas congojas,
Por morir de cada una,
No quise morir de todas;
No hallaba el alma en el cuerpo,
Las palabras en la boca,
Ni en el pecho el corazon;
Pues ya en tu vida medrosa,
Ya en mi amor desconfiada,
Y ya en tus celos absorta,
Embarazada en sí misma
Con el susto la memoria,
Quedé muda, y procurando
Que la atencion reconozca
La verdad, quedé tan bulto,
Que anduve á buscar mi sombra.
Tuviste razon, no culpa;
Tus dudas fueron forzosas,
Tus celos fueron precisos,
Tus sospechas fueron propias;
Solo culpo mis desdichas,
Y casi no culpo á todas;
Que hay desdichas que se vienen
Sucedidas ellas propias.
En fin, yo vengo, don Juan,
A satisfacerte agora;
Que tus celos...

DON JUAN.

No, Leonor;—
Difícil empresa tomas,
Si yo vi anoche en tu casa
Apariencias tan notorias,
Que para una muerte bastan
Y para un agravio sobran...

DOÑA LEONOR.

¿No pudo ser una dama
La que se escondió medrosa
Anoche en el camarin?

DON JUAN.

Sí, Leonor, y ¿quién te estorba
Que digas que fué mi prima
Doña Ana?

DOÑA LEONOR.

Pues ¿fuera cosa
Muy imposible?

DON JUAN.

A lo menos
Seria imposible cosa
Que ella propria lo confiese,
Si las dos mujeres solas
Que anoche á su casa fueron
Iban á eso; ¿qué te asombras?
Esto es verdad.

DOÑA LEONOR.

Mis desdichas
Pretenden volverme loca.

DON JUAN.

Bastan, Leonor, los engaños,
Que no consuelan y enojan
Para una ofensa temida;
Guarda una fiereza heróica
Y un consuelo adelantado
Para una fe escrupulosa;
Mas para unos celos vivos,
Donde el agravio se toca,
Lastiman de nuevo el alma
Las satisfacciones cortas,
Porque acuerdan el agravio
Y no excusan la deshonra.
Ya es tarde para disculpas.

DOÑA LEONOR.

Don Juan, si amado blasonas
Y favorecido huyes,
Los desaires no enamoran;
Si desvanecido piensas
Que el venir á verte agora
Es amor, y no es honor,
Será confianza loca.
Haz tú que yo no padezca
Por tus celos en mi honra,
Que aunque padezca en el gusto,
Perdiendo mi amor, no importa.
Y pues me has dado á entender
Claramente que te enojan
Las satisfacciones mias,
Yo no quiero que las oigas
Ni las creas; solo quiero
Que, cortés con mi persona,
Me remitas esta injuria,
Pues te excuso esta lisonja.

DON JUAN.

Haz que no haya temido,
Y harás que no crea agora;
Mas ya confirmé el agravio
Cuando le temí; perdona,
Que en el duelo del honor
A veces se ofrecen cosas
Que alborotan prevenidas,
Y apuradas no alborotan.
Y como el amor es miedo,
Que hace mayores las sombras,
Aunque vistas no importaran,
Porque no se ven importan.
Una fineza me queda,
¡Ay Leonor! harto costosa,
Que hacer por tu honor y el mio,
Que es no escuchar de tu boca
Satisfaccion.

DOÑA LEONOR.

¿Y eso puede
Ser fineza?

DON JUAN.

Sí, Señora;
Que hay verdades desdichadas
Y hay mentiras venturosas.
Y si por satisfacerme
Vienes á decirme ahora
Verdades, no he de creerlas,
Porque mis celos informan
En mi agravio, y lo he creido;
Luego el no oirte me abona;
Y si es mentira, te excuso

Esta culpa mas; de forma
Que el no oir satisfacciones
A tí y á mí nos importa.

DOÑA LEONOR.

¿De qué sirve la cordura?
Salgan del pecho á la boca
Las palabras, los suspiros,
El ñudo el silencio rompa.
Primero soy yo que nadie.

DON JUAN.

Mira que á riesgo no pongas
Tu verdad.

DOÑA LEONOR.

Si no bastaren
Palabras afectuosas,
Bastarán lágrimas vivas.

DON JUAN.

Suspende el menudo aljófar;
Que no he de esperar, Leonor,
Yo su violencia amorosa;
Que es el llanto en la mujer
Que persuade y que llora,
Veneno de la razon,
Que la mata y que la postra;
Ya se vió, arando la tierra
La víbora ponzoñosa,
Que el veneno que en sí guarda,
La sustenta y la conforta;
Y al verse oprimida della,
Descansa cuando la arroja,
Pero adonde la derrama,
Turba, mata y inficiona;
Pues el mismo efecto hacen
Esas lágrimas, que todas
Son consuelo de tu pena
Y alivio de tu congoja;
Pero en mí serán veneno
De la razon, si me tocan,
Pues por beber su ternura
Consentiré mi deshonra.

DOÑA LEONOR.

¿Al fin, don Juan, te resuelves
A no oirme?

DON JUAN.

Esto le importa
A mi honor.

DOÑA LEONOR.

¿Y mis finezas?

DON JUAN.

Con mis agravios se borran.

DOÑA LEONOR.

Pues no porque el llanto mio
Con lágrimas amorosas,
Persuadiendo mis verdades,
Fundaran tus vanaglorias;
Bien así como el arroyo
Cuya corriente sonora
Solo afeitaba las flores
De su márgen arenosa,
La nieguen al llanto mio
Tus seguridades locas,
Como al licor lo que riego,
Como á piedad lo que informa;
Ni por el aire templado
De mis quejas lastimosas
Gima, pensando que suena,
Ruegue, pensando que sopla;
Bien así como el almendro
Halagüeñamente ronda
Suave el viento, oreando
Sus recien nacidas hojas;
A mis piadosos suspiros
Se hagan tus piedades sordas,
Porque estas lágrimas mias,
Que como el arroyo adornan,
Allí márgenes y flores,
Y aquí mejillas y rosas,
Si las desprecias ingrato,
Crecerá su llanto en ondas,
Para que anegue la espuma
Cuanto floreció el aljófar;
Y mis amantes suspiros,
Que como el viento pregonan
Dicha á tu amor en mis ruegos,
Vida al almendro en sus hojas;
Si usare mal de la dicha
Tu desvanecida pompa,
Morirá para escarmiento,
Naciendo para lisonja.
Vén, Inés; que voy mortal.

INÉS.

No te apasiones, Señora.

DON JUAN.

Vén, Liron; que esto es tomar
Mis venganzas á mi costa.
Hoy he de ver á mi prima.

LIRON.

Con linda prisa lo tomas.

DOÑA LEONOR.

A doña Ana has de llevar
Luego un papel, que me importa.

DON JUAN.

Enternecido me dejan
El corazon tus congojas;
Pero he de morir primero
Que consentir mi deshonra. (*Vase.*)

DOÑA LEONOR.

¡Que desta suerte me deje
Ir don Juan! Mas ¿qué me asombra
Que tomen celos tan claros
Venganzas tan rigurosas!

(*Vanse.*)

Salen DOÑA ANA y DON DIEGO.

DOÑA ANA.

Por no ponerte, don Diego,
En el peligro que ayer
Con mi primo, ni perder
Por descuido mi sosiego,
Aunque no es riesgo menor,
Sabiendo tú lo que pasa,
Hallarte un padre en su casa,
Que un primo en la de Leonor,
Te he llamado, porque quiero
Que tu voluntad me deba
Otra fineza mas nueva.

DON DIEGO.

Mucho de tu pecho espero,
Y á todas piensa mi amor
Que satisface por mí
En aventurar por tí
De nuevo vida y honor.

DOÑA ANA.

Menos se ha de aventurar
Y mas se ha de conseguir,
Si lo que vienes á oir
Lo vas luego á ejecutar;
Ya sabes cómo trató
Mi padre mi casamiento
Con mi primo, y que el intento
A su amor lo rehusó
Por Leonor, y yo por tí;
Tambien don Diego ha sabido
Que se dió por ofendido
Mi padre.

DON DIEGO.

Señora, sí;
Y que dió muerte don Juan
A un hermano de Leonor;
Que ella está firme en su amor,
Aunque á mi hermano la dan
Por marido; diligencia
Que su padre ha procurado,
Y mi hermano lo ha acatado,
Y que está oculto en Valencia
Tu primo don Juan; ¿hay mas
Que saber? Sácame luego
De cuidado.

DOÑA ANA.

Mi don Diego,
Escúchame, lo sabrás.
Viendo á don Juan perseguido,
Mi padre se ha lastimado
Tan de veras, que ha olvidado
Cuantas quejas ha tenido,
Y toma por cuenta suya
Hasta el disgusto menor
De don Juan, porque su amor
De su nobleza se arguya;
No es esto, don Diego, no,
Lo que á mí me da cuidado,
Solamente me lo ha dado
Ver que mi padre trató
Conmigo su intento, y es
Obligarle deste modo,
Y en sosegándolo todo,
Casarme con él despues;
Que en los conciertos vendrá
Don Pedro es cosa sabida,
Porque nada que le pida
Mi padre le negará;
Los encuentros de tu hermano,
Que por esta causa duran,
Cesarán si se aseguran
Que le dé Leonor la mano;
Don Juan, por verse contento,
Aunque atropelle su amor,
Ha de olvidar á Leonor
Y admitir mi casamiento;
Y Leonor, que resistia
De tu hermano la esperanza
Por don Juan, con su mudanza,
Casará con don García;
Y quedarémos así,
Despues de tanto disgusto,
Yo casada sin mi gusto,
Y tú, don Diego, sin mí;
Pues pensar que yo he de hacer,
Por huir este rigor,
Cosa que falte á mi honor,
No, don Diego, no ha de ser;
Porque si mi voluntad
Se adelanta á una bajeza,
Hoy la tendrás por fineza,
Y despues por liviandad;
Y es error introducido
Por necia razon de estado
El tenerte ocasionado
Y esperarte comedido;
Y así, templo con valor,
Si nuestra dicha lo alcanza,
En don Pedro la venganza,
Y en don García el amor;
Porque, al paso que don Juan
Menos enemigos tenga,
Aunque otro amor le prevenga,
Mas sus firmezas serán;
Esto me ha tocado á mí,
Que es imaginar los medios,
Y el aplicar los remedios
Te toca, don Diego, á tí.

DON DIEGO.

Pues si con eso se allana
El fin que mi amor tenia,
Yo tomo por cuenta mia
Esas dos cosas, doña Ana;
Y si importare tambien
Ser amigo de don Juan,
Sabrás que á mi cargo están
Sus paces, pues le están bien
A él, á Leonor y á los dos.

DOÑA ANA.

Bien has dicho.

DON DIEGO.

Pues, doña Ana,
Con lo que hubiere, mañana
Te avisaré.

DOÑA ANA.
Adios.
DON DIEGO.
Adios. (*Vase.*)
DOÑA ANA.
Eso queda bien así,
Para no quedar quejosa,
Que, pudiendo ser dichosa,
Por descuido lo perdí;
Yo he de hacer por mis cuidados
Cuanto se puede decir;
Mas, si no se puede huir
La violencia de los hados,
Y si me viere la luna
Besar de su rueda el pié,
Esto le tocó á mi fe,
Lo demás á la fortuna.

Salen DON JUAN Y LIRON.

LIRON.
Entra con el pié derecho,
Y di tres veces: «Doña Ana;»
Y la una carabana
De olvidar habrémos hecho;
Y encomendándolo á Dios,
Que nos acuerde con bien
Del agravio y del desden,
Habrémos hecho las dos.
DON JUAN.
¿Siempre has de estar de un humor?
LIRON.
Paciencia; que peor fuera
Que de muchos estuviera;
Pero repara, Señor,
En que está tu prima aquí.
DON JUAN.
Pues volvámonos.
LIRON.
Ya no;
Que puede ser que nos vió.
DOÑA ANA. (*Ap.*)
Cielos, ¿no es mi primo? Sí;
Él es, bien lo recelaba
El alma, cuando temia
Que el daño que prevenía
Los remedios dilataba;
Ya con la seguridad
Que mi padre le ha ofrecido,
Viene á verme, y se ha atrevido
A salir por la ciudad.
LIRON.
Ya te ha visto, vuelve en tí;
No dés con la turbacion
Muestra del pesar.
DON JUAN.
Liron,
Disculpa es turbarme aquí;
¿No es la turbacion efeto
De amor?
LIRON.
Sí.
DON JUAN.
Pues si me he hallado
La disculpa de turbado,
Que arguye amor y respeto,
Y á fingir amor entré
Cuando quiero en otra parte,
Déjame que supla el arte
Lo que no suple la fe;
Y cuente esta turbacion
Por lisonja otra belleza,
Pues ganaré la fineza
Sin costarme la traicion.
LIRON.
Pues Dios te turbe con bien,
Y por si no te turbare,
Avisa; que, si importare,
Yo me turbaré tambien.
DON JUAN. (*Ap.*)
Fuerza ha de ser ya hablar
A mi prima, aunque no quiera.
DOÑA ANA. (*Ap.*)
No hablarle á don Juan quisiera,
Mas no lo puedo excusar.
DON JUAN.
Quien por quitar mis enojos,
Prima y señora, me advierte
Que me aparte de la muerte,
Y me acerca á vuestros ojos,
Hoy hallará en mis sentidos
Que es muerte mas dilatada
Una belleza buscada
Que mil contrarios temidos.
DOÑA ANA.
Si tuvieran tal poder
Mis ojos para rendir,
Y pudieran elegir
Las muertes que habian de hacer,
A las vidas fementidas
De vuestros contrarios fuertes
Les diera yo muchas muertes,
Por daros á vos sus vidas.
DON JUAN.
Bien vale una voluntad
La fineza.
DOÑA ANA.
Yo quisiera
Que á mí un amor me valiera,
Y á vos una libertad.
DON JUAN.
Yo vengo cautivo aquí
De los ojos por quien muero,
Y mas libertad no quiero.
DOÑA ANA.
¿Cautivo y con gusto?
DON JUAN.
Sí,
Doña Ana; con gusto vivo
En la prision donde estoy.
DOÑA ANA.
Tambien yo, aunque libre estoy,
Tengo el corazon cautivo.
(*Ap.* Razones sin alma son;
Amor, la fe las revoca;
Que las pronuncia la boca
Sin saberlo el corazon.
DON JUAN. (*Ap.*)
A vos las lisonjas labra;
Leonor, no te ofendas, mira
Que hay palabra que es mentira
Primero que fué palabra.

Sale INÉS.

INÉS.
Mi señora me mandó
Que aqueste papel te diera
En tu mano, y que volviera
La respuesta me encargó;
Mas ¿cómo, señor don Juan,
Vos en esta casa?
DON JUAN.
Pues
¿De qué te admiras, Inés?
INÉS.
Buen amante y buen galan.
DON JUAN. (*Ap.*)
Pésame que me haya hallado
Aquí Inés.
LIRON. (*Ap.*)
En el garlito
Nos cogieron.
INÉS. (*Ap.*)
Y el bendito
Del lacayo, el mesurado,
¡Qué socarron, qué fruncido
Me mira! ¡Fuego de Dios,
Que los abrase á los dos!
DOÑA ANA. (*Ap.*)
Turbado y descolorido
Está don Juan.
DON JUAN.
(*Ap.* No quisiera
Que me hubiera visto Inés,
Pues dirá Leonor despues
Que eran mis celos grosera
Disculpa, y que en mis cuidados
Tuvieron ya consentida
La venganza prevenida
Y los celos deseados.
¡Qué mal se enmienda un error!
Mas diré que vine á ver
A mi tio, esto ha de ser.)
Don Alonso, mi señor,
¿Está en casa?
DOÑA ANA.
Don Juan, sí,
Y no hay puerta para vos
Cerrada; entrad.
DON JUAN.
Guárdeos Dios.
(*Ap.* ¿Qué extremos son estos? Di,
Amor, ¿qué desigualdades
Causan en mí tus fierezas?
Ausente, lloro tristezas;
Muerto, no admito verdades;
Vivo, siento sinrazones,
Buscando, temo mi olvido,
Y celoso y ofendido,
No escucho satisfacciones;
Baste la desigualdad,
Amor; que es rigor violento
Que pague el entendimiento
Culpas de la voluntad.)
LIRON.
¿Dónde vas, Señora?
DON JUAN.
A ver
A mi tio.
LIRON.
¿He de esperar?
DON JUAN.
Sí, que no me he de quedar;
Al jardin he de volver. (*Vase*
DOÑA ANA.
Ya se fué don Juan, ahora
Muestra, Inés, ese papel.
INÉS.
Que respondas luego á él
Te suplica mi señora. (*Dale el papel.*)
DOÑA ANA.
(*Lee.*) «Por hacerte, amiga, un gusto, ofreciéndote mi casa, me he hecho á mí un pesar, y he puesto á don Juan en un cuidado muy contra mi reputacion; dame licencia para que yo le satisfaga, contándole la verdad del caso, porque no es justo que pague mi opinion culpas de tu inadvertencia. Dios te guarde.—*Doña Leonor.*»
¿Qué tengo de responder?
Entra, Inés, y llevarás
Respuesta; no vi jamás
Tanto secreto en mujer. (*Vase.*)
INÉS.
¿Quiéresme decir, Liron,
Por qué se salió don Juan
Fuera del jardin?
LIRON.
Están,
Inés, de otra condicion
Las cosas; hase firmado

Con doña Ana el casamiento
De don Juan, y él muy contento
Lo ha admitido y lo ha estimado;
Porque en esta casa, Inés,
Se vive de par en par,
Y no topará el azar
Un hombre, aunque entre en el mes
De mayo; jamás el coche
Va tapadas las cortinas
De medio ojo; en las esquinas
No hay embozados de noche,
Y están las puertas abiertas;
Aquí no hay casas adonde
Para un galan que se esconda
Cierra una dama dos puertas;
Esto es amor, Inés mia,
Porque hay uno solo, Inés;
Que habiendo muchos, no es
Amor, sino cofradía;
Y en tan ciega confusion
Hay cofrade que entra ciego
Por la bocamanga, y luego
Sale por el cabezon.

INÉS.

Pícaro, ¿de esa manera
Hablas conmigo? Ya tarda
Mi cólera; pero aguarda,
Que te he de matar siquiera.
(*Vanse.*)

Salen DON PEDRO Y DON GARCÍA.

DON GARCÍA.

Ahora llegué, y he sabido
Que á buscarme dos veces habeis ido,
Señor don Pedro, y vengo
A ver qué me mandais.

DON PEDRO.

A favor tengo
Esta visita.

DON GARCÍA.

Vuestro fué el cuidado.

DON PEDRO.

Es verdad que esta tarde os he buscado,
Porque un negocio de los dos tenia
Que resolver con vos; oid, García.
Partida tengo el alma en dos cuidados;
Que en mis brios cansados
Y en mis años prolijos [hijos.
Dos penas me dió el cielo en mis dos
Cualquiera es grande, y la mayor cual-
Pues porque no prefiera [quiera,
Ninguna en la mayor, en tierra calma
Me ocupó toda el alma;
Y cuando luego funda
Quejas del sentimiento, la segunda,
Porque no me doy todo á sus desvelos,
Que hasta las penas saben tener celos,
Piadoso, si sabido,
En mi dolor la vengo de mi agravio;
Tanto, que si una sola me importuna,
Toda el alma la doy á cada una;
Y si en entrambas la pasion me ciega,
Es la mayor la que primero llega;
La muerte de mi hijo
Fué de mis años un dolor prolijo;
Yo os confieso que, ciego en mi vengan-
[za,
Se burló de mis canas mi esperanza;
Pero tambien confieso [seso,
Que lo que erró el dolor, enmienda el
Pues viendo yo que aquella sangre fria
El sentimiento solo padecia,
Y que en mi hija su opinion padece,
Pues al paso que crece
En mí el descuido, en vos el galanteo
Y en ella la hermosura, crecer veo
En el vulgo, que atento lo mormura,
La desdicha comun de la hermosura.
Me resolví, porque mi honor me llama,
A faltar á mi pena, y no á su fama;
Y así, pues que don Juan huyó mi furia,
Y la muerte de Pedro no es injuria,
Ni su venganza alivio de mis años,
Y mi vida se huye de mis daños,
Y á mi nobleza y su virtud atento,
Deseais de Leonor el casamiento,
Y á vuestra voluntad reconocido,
Su mano os he ofrecido,
Y ha de ser vuestra esposa
Leonor, me ha parecido justa cosa,
Pues ha de ser mañana ó otro dia,
Que sea luego, y con eso, á vos, García,
Que os hago la mayor lisonja creo,
Pues que os acorto siglos al deseo,
Doy á Leonor estado,
Satisfacion al vulgo, á mi cuidado
Quietud, á vuestros deudos alegría,
A Valencia un buen dia,
Y Leonor, vos y yo tendrémos luego,
Leonor dicha, vos gusto, y yo sosiego.

DON GARCÍA. (*Ap.*)

Cuando de celos muero, es mi desdicha
Tal, que el amor me mata con la dicha,
Pues posible la veo,
Y me estorba lo mismo que deseo;
Pero hasta asegurarme de que han sido
Engaños los recelos que he tenido,
No la he de dar la mano
A Leonor, pues mi hermano
Me lo aconseja; intento
Dilatar por ahora el casamiento.

DON PEDRO.

Admirado, confuso y aun corrido
Me tiene que hayais enmudecido
Tanto, cuanto creia
Que una lisonja á vuestro amor hacia;
¿Qué teneis? ¿Qué dudais? ¿Os ha pesado
De que haya el casamiento apresurado?

DON GARCÍA.

(*Ap.* Esto ha de ser, ahora me conviene
El dilatar mi boda; nunca tiene
A disgusto un amante
Que el fin á su esperanza se adelante,
Y mas cuando es la prenda [da
Tan superior; no quiero que se entien-
De mí tal grosería.)
Hízome novedad la dicha mia,
Como no la esperaba,
Y lo mismo que dudo, celebraba
El corazon amante;
Peligro en los informes del semblante.
Por Leonor la lisonja os he estimado,
Y pagárosla quiero de contado.

DON PEDRO.

Luego habeis de casaros.

DON GARCÍA.

¿Cuándo?

DON PEDRO.

Luego,
Esta noche.

DON GARCÍA.

No os ruego,
Señor don Pedro, que tambien quisiera
Yo que esta noche fuera;
Pero han de prevenirse algunas cosas
Que para un casamiento son forzosas.

DON PEDRO.

Eso no os dé cuidado, don García;
Que, pues vos la quereis, y es hija mia,
Leonor hará mi gusto;
Prevenidas están las voluntades
Que bastan, excusemos vanidades;
Entrad, visitaréis á vuestra esposa.

DON GARCÍA.

Señor don Pedro, oid; no es justa cosa
Que estos lances se traten
Con tanta prisa; haced que se dilaten
Hasta que llegue el tiempo convenible,
Porque casarme ahora es imposible.

DON PEDRO.

Mucho decis en eso, don García;
Y pues nunca negó la sangre mia,
Ni yo os he de rogar, sabré, aunque
Remitir á violencias el consejo, [viejo,
Y serán, castigando demasías,
Espadas blancas estas canas mias.

DON GARCÍA.

Discurrid como sábio,
No hagais agravio lo que no es agravio.

DON PEDRO.

Yo sé lo que es honor y lo he sabido;
Estoy de vuestras cosas ofendido.

DON GARCÍA.

¿Qué cosas?

DON PEDRO.

Los paseos,
Rondas y galanteos
De mi casa, que han dado
Escándalo al lugar; pero vengado
Le dejaré primero que se entienda
Que pudo haber quien á mi sangre ofen-

DON GARCÍA. [da.

Basta, señor don Pedro; que no he sido
Quizá el mayor escándalo que ha habido
En vuestra casa.

DON PEDRO.

¿Qué decis?

DON GARCÍA.

Que siento
Que, á vuestro honor atento,
El vulgo le murmura, y que se crea
El escándalo y sea
Verdad, y esté yo cierto que no he sido
La causa del escándalo creido. (*Vase.*)

DON PEDRO. [¡Ay cielos!

García, oid, no os vais.—¿Qué es esto?
¿No bastaban cuidados sin recelos?
Pero calle la queja, hable el agravio,
No entre el sentimiento con el labio,
La voz con los enojos
Ni el dolor á la parte con los ojos;
Mi honor padece, y el peligro es tanto,
Y así prefiera la atencion al llanto,
El remedio á la queja, Leonor salga
De los ojos del vulgo, y no la valga
Por disculpa mi sangre y su inocencia;
Parte secreta tengo yo en Valencia,
Donde ella viva y mueran mis enojos,
Quitándosela al vulgo de los ojos;
Esto ha de ser, yo voy á que al momento
Ponga en ejecucion mi pensamiento.
Pero ella viene aquí.—Leonor, tú vie-
A buen tiempo. [ues

Sale DOÑA LEONOR.

DOÑA LEONOR.

¿Qué tienes?
Que el disgusto en los ojos te he leido.

DON PEDRO.

A tu honor y á mis canas se ha atrevido,
Infame, una sospecha.

DOÑA LEONOR.

(*Ap.* ¡Ay Dios, si sabe
Mi amor y el de don Juan! ¡Desdicha gra-
¿A mi honor? [ve!)

DON PEDRO.

A tu honor; no lo he creido,
Leonor, porque si hubiera presumido
Que tus ojos han dado
Ocasion al delito que he escuchado,
Yo propio le vengara,
Con las manos los ojos te sacara;
Pero yo sé que está mi honor seguro,
Solamente procuro

Satisfacer al vulgo; y así, quiero
Quitarte de sus ojos, y al cochero
Manda que ponga el coche
Y te lleve al jardin, porque esta noche
Has de dormir en él; yo voy delante.

DOÑA LEONOR.

¿Tan de prisa, Señor? Aguarda, espera;
¿No bastará mañana? (*Ap.* ¡Ah, quién [pudiera
Avisar á don Juan!)

DON PEDRO.

Pues ¿tú rehusas
Venir conmigo?

DOÑA LEONOR.

Aquestas son excusas
Por tu comodidad.

DON PEDRO.

Nada te impida;
Mi honor es antes, y despues mi vida,
Y esto ha de ser, Leonor.

DOÑA LEONOR.

Haré tu gusto.—
Mi padre va al jardin, y descuidado
Don Juan, mi amor culpado,
Mi padre cuidadoso,
Notada mi opinion, mi amor quejoso,
Yo con desaires y don Juan con celos,
¿Hay mas desdichas, cielos?
Basten, basten los daños,
Acábese mi vida con los años,
Y no dure el dolor mas que la herida,
O bien se lleve de una vez la vida,
Cielos, vuestro rigor y mi tormento,
O de una vez me lleve el sentimiento;
¡Quién pudiera avisarle lo que pasa
A don Juan! Que está Inés fuera de casa
Agora. ¡Oh quién pudiera
Hacer que se saliera!
Que aunque vive quejoso,
De su pena celoso,
Que mi crédito infama,
Nunca olvida quien ama,
Ni vive ni sosiega
El alma en el cuidado
De mi amante adorado;
Que, viendo las desdichas á los ojos,
Hasta los riesgos duran los enojos.

Sale INÉS.

INÉS.

Señora, ¿qué das voces?

DOÑA LEONOR.

Inés, seas bien venida; pues conoces
El genio de mi padre, un grave daño
Procura remediar.

INÉS.

Suceso extraño;
Habla, di ya, Señora.

DOÑA LEONOR.

Que va mi padre hácia el jardin ahora,
Donde vive don Juan, corre al instante,
Avísale que huya.

INÉS.

No es tu amante
Tan descuidado, que temer se pueda
Que esa ni otra desdicha le suceda.

DOÑA LEONOR.

Mira, Inés, que se va mi padre ahora.

INÉS.

Poco importa, Señora.

DOÑA LEONOR.

Háblame claro, Inés.—¡Ay pena mia!

INÉS.

No está ya en el jardin, como solia,
Don Juan.

DOÑA LEONOR.

Valedme, cielos.—
Pues ¿dónde está?

INÉS.

Vengando está tus celos.

DOÑA LEONOR.

¿Qué dices?

INÉS.

Que le dejo con su prima,
Que con ella se casa, que la estima,
Y tu amor atropella;
Llevé el papel que me mandaste, y ella
Respondió que contigo se veria.
Grande es la pena, pero no seria
Piedad el encubrírtela; repara,
Ya que el cielo en desdichas se declara,
Que es tu honor... Mas perdona; que á [los ojos
El eco me salió de tus enojos,
Y como en ellos tengo tanta parte,
Por no afligirte mas, quiero dejarte.
(*Vase.*)

DOÑA LEONOR.

De espacio, penas, de espacio;
No os deis tanta priesa, enojos;
A tiempo llegais, desdichas;
Celos, vamos poco á poco;
Y si venis á matarme,
Dáos lugar unos á otros,
Logre cada cual su muerte,
Que vida habrá para todos;
Para todos habrá vida,
No porque mi esfuerzo solo
Basta para tantos males,
Ni porque el menos penoso
No sobre para una vida,
Ni porque yo les estorbo
Su poder á las desdichas;
Mas porque dellos conozco
Que ni pretenden mi muerte
Ni buscan mi desahogo,
Pues sin que mate ninguna,
Afligen todas de un modo,
Y así me doblan la pena,
Matándome poco á poco,
De suerte, que no es piedad
El no matarme, ni ahorro
El no morir, que le importe
Al dolor que mis enojos
Dilaten lo ejecutivo,
Si aumentan lo riguroso.
¿A quién le habrán sucedido
Las desdichas que yo lloro,
Sin que lastimada pierda
La vida y el juicio todo?
¿El vulgo á mi honor se atreve?
Argos siendo de mis ojos
Mi padre, vengar procura
En don Juan agravios propios;
Mi amor divierte en sus canas,
Ya la venganza, ya el odio;
Yo, constante en los peligros,
O los venzo ó los reporto;
Doña Ana de mí se vale
Para intentos amorosos,
Y cuando por obligarla,
Viniendo don Juan celoso,
Y debiendo asegurarse,
Los desengaños le estorbo,
Y á mi decoro me pierdo
Por no perdella el decoro;
Viendo ya por su ocasion
Mi honor á riesgo notorio,
Ni á don Juan le desengaño,
Ni mis finezas apoyo,
Ni sus secretos descubro,
Ni las verdades pregono;
Antes contra mí se vale
De la fineza y el modo;
Mas ¿qué me admira el suceso,
Si yo misma me deshonro,
Y por los respetos suyos
Falto á mis respetos proprios?
Pues fué la fineza oculta,
Siendo público el oprobio,
Y aquello no lo vió nadie,
Y esotro lo vieron todos;
Y don Juan, cuando me debe
Tanto amor... Mas yo me corro
De acordar finezas mias
Cuando mis agravios toco;
Porque le amaba las hice,
De haberlas hecho blasono,
Y ahora, que las olvida,
Porque las pierdo las lloro.
¿Qué he de hacer? Pues si á don Juan
De mi inocencia le informo
Y la verdad le refiero,
No ha de creerla, y me pongo
A peligro de un desaire
Mas grosero y mas costoso;
Hacerla cargo á doña Ana
De la obligacion, tampoco,
Pues supo no agradecerla,
Y negarla sabrá, y todo;
Que quien no excusa lo ingrato,
No excusa lo mentiroso;
Dar la mano á don García,
No es venganza; hacer notorios
A mi padre mis agravios,
Es solicitar su enojo,
Aventurando la vida
De don Juan; cielos, ¿no hay modo
De consuelo á mis desdichas?
¿A un delito se hace sordo
Vuestro rigor? A unas quejas
Mostrais indignado el rostro?
¿Para cuándo son los rayos
De la esfera luminosos,
Si ahora en mudas piedades
Duerme el aire? Pero ¿cómo
Pido al cielo mas venganzas,
Cuando los agravios proprios
Me vengan de quien los hace?
Que á un ingrato, á un alevoso,
Condenarle á ser ingrato
Es castigo y es ahorro,
Pues se le dobla la pena,
Sin que cueste el alboroto;
Y así, pues me dice el tiempo
Que en sucesos amorosos,
Ni son méritos las penas,
Ni las finezas soborno,
Sufrir penas no es desdicha,
Hacer finezas no es logro,
Lograr venturas no es tarde,
Vencer peligros no es poco,
Llorar dichas no es alivio,
Pedir rayos es asombro,
Dejarse morir es culpa,
Y el morir matando es odio.
Solo entre tantos pesares
Y entre tantos daños, solo
Sufrir mas por querer mas
Será venganza de todos.

JORNADA TERCERA.

Salen DON DIEGO y DON GARCÍA.

DON GARCÍA.

Esto ayer me sucedió
Con don Pedro, y me ha pesado
De haber á Leonor culpado;
Mas de suerte me apretó
Con fieros y con porfías,
Que para abonar mi honor,
Eché la culpa á Leonor
De las dilaciones mias.

DON DIEGO.

Aunque anduviste pesado
Por ella, el caso no fué

Para menos, ya se vé,
Porque hacerle á un hombre honrado
Casar, estando celoso,
Y que atropelle su fama
Por no ofender una dama,
Es lance bien riguroso.
Y aunque no pudiste hablar
Con la certeza que yo,
En los celos que te dió
Leonor, cuando haya lugar,
Y importe dar á entender
Que son tus celos verdad,
Yo con mas seguridad
Que nadie lo puedo hacer.

DON GARCÍA.

¿Qué dices?

DON DIEGO.

Que yo me allano
A volver por su opinion.
(*Ap.* Ahora es buena ocasion
De divertir á mi hermano
Del intento que tenia,
Pues cumplo así con su honor,
Con don Juan y con Leonor,
Y con doña Ana.) García,
Mil dias há que deseo
Hablar á solas contigo,
Como hermano y como amigo,
Porque empeñado te veo
De suerte contra don Juan,
Por su padre de Leonor,
Que hablan mal de tu valor
Cuantos en Valencia están.
Si es don Juan nuestro enemigo,
Yo á la venganza me allano,
Pero sea por vuestra mano
La venganza y el castigo;
Porque el ir de compañía
A tomar satisfaccion,
O es linaje de traicion,
O es parte de cobardía.
Cuando viven encontradas
Dos casas, como hoy lo están
La nuestra y la de don Juan,
No se llega á las espadas;
Porque en el que mas blasona
De bizarro, es la porfía
De sangre á sangre, García,
No de persona á persona.
Y aunque estas oposiciones
Tarde entre nobles se olviden,
Por lo menos nunca piden
Sangrientas ejecuciones.
Perseguir á un desvalido
Es delito de valor,
Adelantar un rigor
Es declararse ofendido,
Y ofrecerte una beldad
El que vengarse procura,
Es venderte una hermosura
Y comprarte una crueldad.
Y habeis de quedar, García,
Si la venganza se alcanza,
Don Pedro con su venganza
Y tú con su alevosía.
Y cuando tu amor procura
Que honrado y dichoso salga,
No es bien que á Leonor le valga
Una traicion su hermosura.
Si casándote evitaras
Casos atroces y injustos,
Iras, muertes y disgustos,
A Dios y al mundo obligaras;
Pero ejecutar rigores,
Dar venganzas y verter
Sangre, y que este haya de ser
El precio de tus amores,
O es prevenirte al castigo
Tú proprio, ó es avisar
A la muerte, ó desear
Al cielo por enemigo.

DON GARCÍA.

Aunque es de hermano menor
El consejo, le admitiera
Si yo fuera libre, y fuera
Capaz de consejo amor.
Pero ¿quién, si amor porfía,
No intenta temeridades?

DON DIEGO.

García, hablemos verdades;
Basten engaños, García;
Que no es disculpa el amor,
Aunque con él te disculpas,
Cuando en el amor hay culpas
Que se atreven al honor.

DON GARCÍA.

Si lo dices por mis celos,
No tienes que encarecer
Indicios, que pueden ser
Engaños, y no recelos.

DON DIEGO.

Mira que te vas buscando
El mayor agravio á tí,
Pues por engañarme á mí,
Te estás tú propio engañando.

DON GARCÍA.

Don Diego, yo no te pido
Parecer; baste, por Dios,
El consejo.

DON DIEGO.

Entre los dos
Cualquier agravio es partido,
Y el tuyo te he de quitar
Por lo que me toca á mí.
(*Ap.* Mas ciego está que creí,
Y cierto que le he de hablar
Mas claro.)

DON GARCÍA.

Don Diego, ayer
No dí la mano á Leonor
Porque de cierto temor
Me quise satisfacer.
Fácil será de apurar,
Mas luego le he de pedir;
Que es noble, y no ha de mentir,
Y yo me puedo engañar.

DON DIEGO.

Cuando en lances tan costosos
Crecen los inconvenientes
A daños tan evidentes,
Remedios son peligrosos.
(*Ap.* Con otro intento venia.
Pero perdona, Leonor,
Porque primero es mi honor
Y el de mi hermano García.)
Ya que á verte ciego llego,
Decir verdades no dudo,
Porque no he de estar yo mudo
Cuando tu amor está ciego.
Mientras puede hallarse medio
Al mal que se va aumentando,
No es justo aguardar á cuando
Esté el daño sin remedio.
Mucha pena te ha de dar
Lo que ahora me has de oir;
Mas hoy lo puedo decir,
Mañana lo he de callar.

DON GARCÍA.

Declárate mas.

DON DIEGO.

Sí haré,
Pues no me entiendes así.
Leonor quiere, y no es á tí.

DON GARCÍA.

¿Sábeslo tú?

DON DIEGO.

Yo lo sé.

DON GARCÍA.

Pues ¿cómo, si lo has sabido
Primero, no lo has vengado?

DON DIEGO.

Porque no estás agraviado
De que á otro haya querido,
Si, porque le vió primero,
Lo amó primero que á tí.

DON GARCÍA.

¿Conoces al hombre?

DON DIEGO.

Sí,
García, y es caballero
De los nobles del lugar.

DON GARCÍA.

Di quien es, ó habré creido,
Don Diego, que te ha movido
Otro fin particular
Para darme este disgusto,
No estando bien informado.

DON DIEGO.

Tan al revés has pensado,
Que estoy faltando á mi amor
Por no faltar á mi honor.
Desto hablarémos despues
Los dos; sabe ahora que es
Don Juan galan de Leonor.

DON GARCÍA.

¿Cómo puede ser, si está
Ausente?

DON DIEGO.

Hoy se ha declarado;
No está sino retirado
En un jardin, Leonor va
A verle, bien lo sé yo;
El jardin es de un pariente
De su padre, que está ausente,
Y las llaves le dejó.
De todo estoy informado,
Y aunque lo pensé callar,
Tu honor me hace atropellar
Secretos que me han fiado.
Este es honor, cuerdo eres;
Y si en los lances de amor
El vencerle es mas valor,
Repara.—Pero ¿qué quieres,
Julio?

Sale JULIO, *criado.*

JULIO.

Don Pedro de Luna
Quiere hablarte.

DON DIEGO.

Esto es peor.

DON GARCÍA.

Vendrá á volver por su honor
Don Pedro sin duda alguna.—
Di que entre.

(*Vase el criado.*)

DON DIEGO.

¿De qué modo
Piensas hablarle?

DON GARCÍA.

Don Diego,
Veré lo que quiere, y luego
Será mi honor sobre todo.

Sale DON PEDRO.

DON PEDRO.

Solo os habré menester,
Señor don García, á vos;
Mas no importa que á los dos
Os halle juntos; ayer
Me respondistes, García,
Llegando yo muy contento
A abreviar el casamiento

De Leonor (porque queria
Casarla luego por dalle
Tan buen marido á Leonor),
Que no érades el mayor
Escándalo de mi calle.
Entonces no respondí,
Y ahora vengo á saber
Qué escándalo puede haber
Que toque á Leonor y á mí.
Si fuere cierto, García,
La advertencia os deberé;
Si no, en vos castigaré,
Vive Dios, la demasía.

DON DIEGO.

Repórtale, y no le digas
Que Leonor quiere á don Juan.

DON GARCÍA.

(*Ap.* Cuando en tal estado están
Las cosas, poco me obligas
En encargarme el secreto.)
Señor don Pedro, yo soy
Vuestro amigo; y así, doy
Cuenta del daño, y prometo
De cumplir cuanto ofrecí,
Hasta dejaros vengado;
Mas, decidme, ¿os han dejado
Las llaves de un jardin?

DON PEDRO.

Sí.

DON GARCÍA.

Pues quien os ofende á vos,
Y me da celos á mí,
Vive retirado allí.

DON PEDRO.

¿Qué dices?

DON GARCÍA.

Que de los dos
Temiendo quizá el castigo,
Quien puede haberlo mandado
Lo oculta, haciendo sagrado
La casa de su enemigo.

DON PEDRO.

(*Ap.* Aun por eso resistia
Leonor que me adelantase,
Y que al jardin la llevase;
Muerto voy.) Adios, García.

DON GARCÍA.

¿Dónde vais?

DON PEDRO.

Voy á tomar
Venganza de mi enemigo. (*Vase.*)

DON GARCÍA.

Pues para cumplir conmigo
Os tengo de acompañar;
Que no será bien contado
De nuestra amistad estrecha
Que, dejándoos con sospecha,
Me aparte de vuestro lado. (*Vase.*)

DON DIEGO.

Con celos va y con amor;
Pero en lance tan forzoso
Mas vale que esté celoso
Que casado sin honor.
Y pues al jardin se van
Los dos, los he de seguir,
Por si le puedo advertir
De su peligro á don Juan;
Que una cosa es en mi fama,
Viendo mi agravio tan llano,
Ser amigo de mi hermano,
Y otra amante de mi hermana. (*Vase.*)

Salen DON JUAN Y LIRON.

LIRON.

Con grande prisa nos fuimos
Del jardin, haciendo extremos
De los celos que sentimos;
Mas, por Dios, que nos volvemos
Con mas prisa que salimos.

DON JUAN.

Yo confieso que salí
Triste y celoso de aquí;
Pero confieso tambien
Que salí queriendo bien,
No hice mucho si volví.
En este jardin vivia,
Aquí de Leonor gozaba,
Y cuando ella no venia,
Su hermosura me acordaba
Cada rosa que salia.
Yo vi una vez un jazmin
Teñir en sangre su flor;
Dudé, reparé, y en fin,
No fué sino que Leonor
Entraba por el jardin.
Y como á las luces bellas
Del sol y sus rayos rojos
Son las vislumbres centellas,
Y así, en virtud de sus ojos,
Eran las flores estrellas.

LIRON.

Pues, si es tan bella Leonor,
Y hace estrellas de las flores,
¿Cómo puede ser, Señor,
Oir lágrimas y amores
Sin piedad y con amor?

DON JUAN.

Yo vi á Leonor, ya lo sé;
Tuve celos, ya los vi;
En este jardin la hallé;
Lloró, no me enternecí,
Rogóme, y la desprecié;
Porque amor es niño y tiene
Desigualdades, y ya
Su modo de obrar previene
Que ni ofende aunque se va,
Ni obliga cuando se viene.

LIRON.

Y pues ¿qué tiene que ver
Ser niño amor con tener
Celos de Leonor, que llora,
Con venirla á ver ahora
Y con despreciarla ayer?

DON JUAN.

Aquel llorarla perdida
Y no quererla rogada,
Irse, y pensar que la olvida,
Volver, y estar confiada,
Y buscarla despedida,
Todo es amor; que amor es
Como un niño en todo, pues
Si algo le quitan, se enoja;
Llora, dánselo, y lo arroja
Colérico, mas despues
Que se fué quien lo enojó,
Luego que solo se vió
Y el llanto empezó á enjugar,
El propio vuelve á buscar
Lo mismo que despreció.
Así á un amante le quitan
Con los celos el amor,
Los celos al llanto incitan,
Y cuando con el favor
Acallarle solicitan,
Celoso, enojado y ciego,
Desprecia el llanto y el ruego;
Pero ¿qué viene á importar
El huir y el despreciar
Si vuelve rogando luego?

LIRON.

Por Dios, que lo has descurrido
Bueno y rebueno, y tan bueno,
Que es de lo bueno que he oido;
Ya ni el volverte condeno,
Ni culpo haberte salido.

DON JUAN.

Pues abre el jardin.

LIRON.

¿Yo?

DON JUAN.

Sí.

LIRON.

¿Tan presto te has olvidado
De que ayer, cuando salí,
Dejé tu cuarto cerrado
Y las llaves te volví?

DON JUAN.

Dices bien, no me acordaba
De que las guardé, Liron;
Toma y abre. (*Dale unas llaves.*)

LIRON.

Aquí se acaba
De confirmar tu pasion;
Que eso solo te faltaba.
Llego y abro.

DON JUAN.

Liron, di
Al casero que volví.

(*Entran los dos por una puerta, y al salir por la otra, se corre un paño del vestuario, y se descubre un jardin con dos rejas cubiertas de hiedra, y junto á ellas unos asientos.*)

LIRON.

Voy; por allí va el casero
Junto á aquel cuadro primero.
¿Quieres que le llame?

DON JUAN.

Sí;
Pero él nos ha visto y llega.

Sale EL CASERO.

Fabio, ya te vuelvo á ver.

CASERO.

¿Posible es, Señor, que os ciega
Tanto el amor, que á perder
La vida os entrais así?

DON JUAN.

¿Qué es lo que dices?

CASERO.

Don Juan,
Mirad por vos y por mí.

DON JUAN.

Pues ¿qué hay de nuevo?

CASERO.

Que está
Leonor y su padre aquí
Desde anoche, y que se viene
Don Pedro á vivir de asiento
Al jardin.

DON JUAN.

Misterio tiene
Su mudanza.

CASERO.

No es mi intento
Daros pena, antes previene
Vuestros peligros mi amor.

DON JUAN.

Pues ¿qué ocasion le ha movido
A traer aquí á Leonor?

CASERO.

Con don García ha tenido
Un disgusto mi señor;
Y á lo que anoche entendí,
Su padre la trajo aquí
Para que nadie la vea.

DON JUAN.

(*Ap.* Nada escucho que no sea
Otra pena para mí.)
¿Don Pedro está en casa?

CASERO.

No;
Esta mañana salió.

DON JUAN.
¿Y Leonor?

CASERO.
Pierde el sentido
En pensar que os habeis ido.

DON JUAN.
¿Qué hace ahora?

CASERO.
Pienso yo
Que á doña Ana está aguardando.

DON JUAN.
¿A mi prima?

CASERO.
Sí, Señor.

DON JUAN.
¡Válgame el cielo! ¿A Leonor
Retira su padre, dando
Causa al retiro el amor
De García, y á enojarse
Tanto los dos han venido,
Que la obliga á retirarse?
¿Qué vió en Leonor, que ha tenido
Por remedio el ocultarse?
Pero sin duda que vió
Algo de lo que vi yo,
Mas yo no he de verlo mas.

CASERO.
¿Sin ver á Leonor te vas?
¿Quieres que la llame?

DON JUAN.
No;
Sin hablarla me he de ir,
Pues solo me ha de servir
De mas pena y mas cuidado.

CASERO.
Espera; un coche ha parado,
Y ya no puedes salir,
Si no quieres que te vea
Tu prima, porque ella es
La que del coche se apea.

DON JUAN.
Pues no he de ser descortés,
Ya que ingrato á su amor sea;
Ni ella me ha de ver aquí,
Ni á Leonor tengo de hablar.

LIRON.
¿Qué delito cometí,
Cielo, que me hacen andar
Escondido aquí y allí?—
Para encubrirte mejor,
En ese aposento, adonde
Solias vivir, te esconde,
Pues tienes llave, Señor,
Y al jardin salen las rejas:
Que en hallando la ocasion
Te saldrás.

DON JUAN.
Bien me aconsejas.
Abre esa puerta Liron.

LIRON.
Maldiciones son de viejas;
Entra, pues.

DON JUAN.
Bien se ha trazado.—
Vén, Liron. (*Vase.*)

LIRON.
Pierde el cuidado.

CASERO.
¿Por qué?

LIRON.
Porque me congojo
En hallándome cerrado.

(*Vanse.*)

Salen DOÑA LEONOR Y DOÑA ANA.

DOÑA LEONOR.
Luego que el coche sentí
Bajó á buscarte mi amor.

DOÑA ANA.
Porque no tengas, Leonor,
Mayores quejas de mí,
Te vengo á satisfacer
De que muy tu amiga soy.

DOÑA LEONOR.
Para la pena en que estoy,
Todo será menester.
Sube á sentarte.

DOÑA ANA.
No, amiga;
Ahora espacio no tengo,
Porque á venir como vengo
Solo tu pena me obliga.

DOÑA LEONOR.
Pues, si no quieres subir,
Aquí te puedes sentar.
(*Siéntanse las dos en uno de los bancos.*)

DOÑA ANA.
Dices bien.

DOÑA LEONOR.
Pues á escuchar
Empieza.

DOÑA ANA.
Empieza á decir,
Y no tienes que afligirte,
Pues en llegando á escucharte,
Tardaré en asegurarte
Lo que tardaré en oirte.
(*Pasa don Juan á la otra ventana.*)

DON JUAN. (*Ap.*)
Creí que se habian entrado
Doña Leonor y doña Ana,
Y junto á esotra ventana,
A hablar las dos se han sentado;
Y pues no saben que aquí
Las oigo escondido, quiero
Saber si el mal de que muero
Es mayor que le temí.

DOÑA LEONOR.
Lo primero he de saber
Si está don Juan en tu casa;
Porque el alma me traspasa
Pensar que se salió ayer
Para no verme jamás.

DOÑA ANA.
Ayer estuvo conmigo
Don Juan, la verdad te digo;
Pero no lo he visto mas.

DON JUAN. (*Ap.*)
Seguras las dos están
De que las escucho.

DOÑA LEONOR.
¡Cielos!
Ya no me bastaban celos,
Sino ausencia de don Juan.

DOÑA ANA.
Prosigue, Leonor; mas di,
¿Hay quien nos escuche?

DOÑA LEONOR.
No;
Porque don Juan se llevó
La llave al salir de aquí.
Y mi padre piensa que
Su dueño dejó cerrado
Este cuarto, y ha mandado
Que no se abra; dicha fué,
Para que no viera aquí
Su cama.

DON JUAN. (*Ap.*)
Leonor ignora
Que entré dentro.

DOÑA LEONOR.
Y así ahora
Puedes escucharme.

DOÑA ANA.
Di.

DOÑA LEONOR.
Tú me escribiste un papel
(Aquí doña Ana le tengo),
Diciendo que le importaba
A tu amor y á tu sosiego
El hablar sin embarazos
En mi casa con don Diego
Fajardo.

DON JUAN.
¡Cielos! ¿qué escucho?

DOÑA LEONOR.
Y para entrar con secreto
En mi casa me pediste
El coche, porque sin riesgo
Tú por la una puerta entrases,
Y luego en anocheciendo
Don Diego por la otra puerta.
Envié el coche.

DOÑA ANA.
Ya me acuerdo,
Leonor; y así, no refieras
Tan pormenor el suceso,
Pues ni olvido la fineza
Ni la obligacion te niego.

DOÑA LEONOR.
No, doña Ana; muy de espacio
Te he decir lo que he hecho
Por tí, con las circunstancias
Que se fueren ofreciendo;
Porque sepas lo que olvidas,
Y sepa yo lo que pierdo.
Vióte don García entrar
En el coche, y presumiendo
Que era yo la que en él iba,
Siguió el coche desde léjos,
Y para encubrirse dél
Torció el camino el cochero;
En fin, acertó á pasar
Por este jardin á tiempo
Que me esperaba don Juan.

DON JUAN. (*Ap.*)
Sentidos, estadme atentos
A una verdad; que os importa
Vida y honor cuando menos.

DOÑA LEONOR.
Vió pasar de largo el coche,
A Inés al estribo, y luego
A don García detrás;
No hizo mucho en tener celos.
Y mas cuando vió en la calle
Que entró embozado don Diego
Y le resistí la entrada;
De suerte que entró con miedo
Y salió con desengaños
Tan claros como groseros;
Y don García, que está
Receloso por lo mesmo,
Llegando mi padre ayer
A hablarle en mi casamiento,
Perdió á mi honor el decoro
Y á sus canas el respeto;
De forma que por hacerle
Un gusto á tu amor, le he hecho
A mi opinion un pesar,
Un agravio manifiesto
A mi padre, una injuria
A mi amor y á mis deseos,
Y á mi amante, que es lo mas,
Un disgusto y un desprecio.
Esto me debes, doña Ana,
Y en pago desto te debo,
Que tratas, segun me han dicho,
Con don Juan tu casamiento.
No lo he creido, doña Ana,

No, por Dios, porque, á creerlo,
Ni tú, ni don Juan, ni el mundo,
Ni la muerte... Mas no quiero,
Por si hubiere de ser rayo,
Avisar con el estruendo;
Lo que importa es procurar
A este daño algun remedio,
Con que don Juan se asegure
Y mi honor quede bien puesto;
Porque, en llegando mi fama
A que la murmure el pueblo,
Y á que mi padre y don Juan
La culpen, yo soy primero;
Y no estoy tan mal conmigo,
Doña Ana, que, si no veo
Que tu te empeñas por mí,
Como yo por tí me empeño,
Me deje morir callando;
Y así, te digo que en viendo
Que faltas al beneficio,
Te he de faltar al secreto.

DON JUAN. (*Ap.*)

Hallando voy esperanzas
Entre los peligros, cielos;
Si con tu nueva ventura
No estoy loco, no estoy cuerdo.

DOÑA ANA.

Sin reportarte, Leonor,
A la amenaza y los fieros,
Porque donde no hay delito
Son las disculpas sin tiempo,
Yo no he de negar temosa
Lo que obligada agradezco,
Porque, á lo que yo imagino,
Sobre ser ingrato, es necio
El que es ingrato, por dar
A entender que puede serlo;
Ni he de querer á don Juan
Ni he de olvidar á don Diego;
Y así, piensa qué finezas
Hacer en tu abono puedo;
Que, sin rehusar ninguna,
Desde ahora las ofrezco.
Hablarle claro á mi primo
Y decir que no le quiero,
Es poca fineza, pues
Hacerle á un hombre un desprecio
Es vanidad de una dama,
Aunque sea con otro intento;
Y yo no he de hacer por tí
Finezas en cuyo riesgo
Me quede de mas á mas
La vanidad por consuelo.
Declararme con mi padre
Es tan poco, que es lo menos;
Pues, siendo suya mi fama,
Ha de procurarla atento.
Y aunque al decirle mi amor
Me salgan colores, tengo
Para su cólera un llanto
Y para su enojo un ruego.
Lo que es mas, será perderme
Tanto á mí misma el respeto,
Que le declare á tu padre
Todo el caso, y le haga dueño
De mi honor, pues si le digo
Que no consienten mis deudos,
Cuando él persigue á mi primo,
Que case yo con don Diego;
Y echada á sus piés, le pido
La vida de don Juan, creo
Que me ha de escuchar piadoso
Y ampararme caballero.
Y don Juan, viendo que he sido
Yo la ocasion de sus celos,
Pues los confieso yo propria,
Será tuyo, y dejarémos
Castigado á don García,
Agradecido á don Diego,
Desenojado á tu padre,
A mi primo satisfecho,
Dichosa nuestra amistad
Y desengañado el pueblo.

DON JUAN. (*Ap.*)

Declaróse la fortuna
En favor de mis deseos;
Sola esta satisfacion
Pudo haber para mis celos.

DOÑA LEONOR.

Mucho me obligas, doña Ana.

(*Levántanse de donde están sentadas.*)

DOÑA ANA.

Yo pensé volverme luego,
Leonor; mas no he de salir
De aquí sin hablar primero
A tu padre.

DOÑA LEONOR.

Bien has dicho.

DOÑA ANA.

Y por si dudare en ello,
A don Diego he de escribirle
La resolucion que emprendo
Para que se halle delante.

DOÑA LEONOR.

Inés está en mi aposento,
Y ella te dará recado
De escribir.

DOÑA ANA.

Voy al momento.

Sale DON JUAN, *y está escuchando.*

DOÑA LEONOR.

Busco remedios al daño,
No porque los pienso hallar,
Mas por ver si con hablar
En ellos la pena engaño;
Pero, si no hay desengaño
Tal que á don Juan le despene,
Aunque ya piadoso ordene
Poner en salvo su vida,
En vano cura la herida
Quien dentro la flecha tiene.
¡Qué siendo su agravio incierto,
Sea cierto mi deshonor!
Que no le baste á mi amor
Ser firme para ser cierto!
Mi verdad han encubierto
Sus ojos y sus oidos,
Mas con fueros permitidos
Contra el humano poder,
Que aun les haya menester
La verdad á los sentidos.
¡Que esté yo amando á don Juan
Cuando él piensa que le ofendo!
¡Yo adorando y él creyendo
Celos, que á matarle van!
¡Que aun dejarle no podrán
Mis lágrimas satisfecho!
¡Y que nada es de provecho!
No; pero, en tan triste calma,
Verdades, salid del alma,
Suspiros, dejad el pecho.
Alentad, corazon mio,
Ojos, llorad una fe,
Perdido un bien que adoré,
Un malogrado albedrío;
Sea vuestro llanto un rio
De penas, sin que jamás
Vuelva su corriente atrás,
Porque mis ojos se alaben
De firmes y de que saben
Sufrir mas por querer mas.—

(*Llega don Juan á hablarla.*)

¡Ay don Juan del alma mia!

DON JUAN.

Deja, mi bien, de afligirte;
Que aunque yo pierda el oirte,
No ha de ser mi amor porfía,
Porque fuera grosería,
Y usar mal del llanto en mí,
Si despues que hallé y que vi
Tan clara satisfacion,
Sosegado el corazon,
Cupiera dentro de sí.
Temiendo un peligro entré,
Y hallé una seguridad;
Mis celos la hacen verdad,
Porque al descuido lo fué;
Creila porque la hallé
Desnuda y no procurada;
Porque una verdad buscada,
Cuidadosa y prevenida,
Comenzó á no ser creida
Desde que nació adornada.

DOÑA LEONOR.

Estoy tan hecha á morir,
Que apenas el alma advierte
Si el morir fué para verte,
O el verte para vivir.
Mas, pues no sé distinguir
Esta gloria ni aquel daño,
Dilátese el desengaño,
Dure esta gloria fingida,
Porque me dure la vida
Lo que durare el engaño.
Hállote desenojado
Cuando te lloré perdido;
Sentí que te hubieras ido,
Ya siento que hayas llegado
A peligro de que, airado
Mi padre, te dé la muerte.
Y aunque es dicha grande el verte,
No enviarte es desvarío;
Porque ahora, que eres mio,
Será mas pena el perderte.

DON JUAN.

Déjame que logre el pecho
El bien de oirte, Leonor,
Sin que ofendido tu amor
Quede en lágrimas deshecho.

DOÑA LEONOR.

Luego ¿estás ya satisfecho?

DON JUAN.

Sí, Leonor, y asegurado.

DOÑA LEONOR.

Bien haya lo que he llorado,
Pues cobré mi honor perdido.

DON JUAN.

Mal haya lo que he temido,
Pues tuve al sol enojado.
Vi en tus lágrimas mi fuego,
Y á mi desengaño en ellas,
Vi que tus mejillas bellas
La formaban perlas luego;
Y aunque entre celoso y ciego,
De sospechas y de enojos,
Mis celos rendí en despojos,
Porque se lleve la palma
De los temores de un alma
Una perla de tus ojos.

DOÑA LEONOR.

¿Todo ese valor les dan
A mis lágrimas ahora
Tus finezas?

DON JUAN.

Sí, Señora,
Y siempre el mismo tendrán.

DOÑA LEONOR.

Pues yo me acuerdo, don Juan,
Cuando, de piedad ajeno,
De amor y de agravios lleno,
Sin escuchar mis enojos,
Cada lágrima en mis ojos
Era en tu boca un veneno.

DON JUAN.

No me refieras mi error
Cuando yo tu amor refiero,

i haciéndome mas grosero,
e hagas mas firme, Leonor.
i allí pudo mas tu amor,
i pudo menos aquí;
orque á nuestro amor allí
ubes de celos cubrieron.

DOÑA LEONOR.

mis lágrimas salieron
lenos claras que hoy las vi.
Viste la concha del mar,
ue bebiendo el sudor frio
)el alba, de aquel rocío
a perla empieza á formar;
' si acierta el dia á estar
sin sombra, nube ó vapor,
las clara y de mas valor
Aquella perla se cria,
Pero si está pardo el dia,
Pierde el precio y el color;
Causando esta variedad,
No el alba que el sudor llueve,
Ni la concha que le bebe
En corta capacidad;
Sino en la desigualdad
Del cielo claro y cubierto
De nubes, de quien es cierto
Que esta mudanza procede?
Pues lo mismo le sucede
A cuantas lágrimas vierto.
Que cuando al cielo de amor
Nubes de celos cubrieron,
Entre sus sombras perdieron
Mis lágrimas el valor;
Mas, pasado aquel temer,
Vale, en fe de que te adoro,
Cada lágrima un tesoro;
Porque se deba este acierto,
No á la fe con que las vierto,
Sino al tiempo en que las lloro.

DON JUAN.

Porque logres tus lisonjas,
Mis disculpas te agradezco.

DOÑA LEONOR. (*Ap.*)

¡Oh qué bien tras un enojo
Escucha el amor un ruego!

DON JUAN. (*Ap.*)

¡Con qué gusto hacen las paces
Dos amantes que riñeron!

DOÑA LEONOR.

¿Estimas mucho el quedar
De tus dudas satisfecho?

DON JUAN.

Tanto, Leonor, que volviera
A estar celoso de nuevo,
Si pensara hallar despues
Un desengaño tan cierto.

DOÑA LEONOR.

Aunque es tan bueno, don Juan,
Este rato, no mas celos;
Que no se halla á cada paso
Satisfaccion para ellos.
(*Hacen ruido dentro.*)
Mas ¡ay de mí! ¿no es la voz
De mi padre la que siento?
El cielo libre tu vida.

DON JUAN.

Alguna desdicha temo.

Sale INÉS.

DOÑA LEONOR.

Inés, ¿dónde vas?

INÉS.

Señora,
Bajé á llamar al casero
Para que un papel llevase
Que doña Ana está escribiendo,
Y hallé á Liron, que me dijo
Que estaba don Juan dentro;
Quise verle, mas tu padre,
Con don García y don Diego,
Entraban por el jardin.

DON JUAN.

¿Qué dices?

DOÑA LEONOR.

Valedme, cielos.—
Don Juan, mi bien.

DON JUAN.

No me pidan
Que huya, porque primero
Me han de hacer mil pedazos.

DOÑA LEONOR.

Eso es perderme y perderos,
Mi bien, don Juan.

DON JUAN.

O han sabido
Que estoy aquí, y se han dispuesto
A tomar venganza, ó vienen
A firmar tu casamiento.

DOÑA LEONOR.

Yo no digo que os salgais
Del jardin, pero os advierto
(Muerta estoy) que puede ser
Que vengan con otro intento.
Escondéos en esta cuadra,
Y cerrad vos por de dentro,
Y si viéredes mi vida
O la vuestra en algun riesgo,
Salid entonces, don Juan.

DON JUAN.

De esa manera, yo acepto (*Escóndese.*)
El esconderme, Leonor.

LIRON. (*Dentro.*)

Poco á poco, caballeros.

Salen DON PEDRO, DON GARCÍA *y* DON DIEGO, *y traen asido á* LIRON.

DOÑA LEONOR.

Cierra por defuera, Inés.

INÉS.

Bien has dicho.

DOÑA LEONOR.

Bien se ha hecho.

DON GARCÍA.

Señor don Pedro, este es
Criado suyo, y es cierto
Que está en el jardin don Juan.

LIRON.

Ni es mi amo, ni ha de serlo,
Ni lo fué, ni lo será,
Y todos los demás tiempos
De pretérito y futuro,
Perfecto y pluscuamperfecto.

DON PEDRO.

Yo dejaré de una vez
Mis agravios satisfechos;
¿Qué haces tú aquí?

DOÑA LEONOR.

¿Yo, Señor?
(*Túrbase.*)
Por tu gusto... Mas primero...
Pero yo no he visto á nadie.

DON PEDRO.

Bien está, ciérrenme luego
El jardin. ¡Ay honor mio!

DOÑA LEONOR.

Escuchad, señor don Diego.

DON DIEGO.

¿Qué mandais?

DOÑA LEONOR.

Mi vida está
En grande peligro, y pienso
Que os he de haber menester,
Si os acordais.

DON DIEGO.

Ya me acuerdo,
Y cumpliré mi palabra.

DOÑA LEONOR.

¿Entendeisme?

DON DIEGO.

Ya os entiendo.

DON GARCÍA.

Cuidado muestra Leonor.

DON PEDRO.

La llave de ese aposento
¿Quién la tiene?

DOÑA LEONOR.

Hase perdido.

DON PEDRO.

Rompan las puertas.

DOÑA LEONOR.

Primero,
Señor, que adelante pases...

Sale DOÑA ANA.

DOÑA ANA.

¿Qué alboroto es este, cielos?

DON PEDRO.

Aparta.

DOÑA LEONOR.

Señor, escucha.

DON GARCÍA.

La puerta abren por de dentro.

DON JUAN. (*Dentro.*)

Abre la puerta, Leonor.

DOÑA LEONOR. (*Ap.*)

Echó la fortuna el resto.

DON PEDRO.

La voz es de mi enemigo.

DOÑA LEONOR.

Padre, señor.

DON PEDRO.

Vive el cielo,
Infame, si me replicas.

DON DIEGO.

Esperad, señor don Pedro,
Que es vuestra hija Leonor;
Sepamos quién es, primero,
El que se esconde, y obrad
Como noble y como cuerdo.—
Abre esa puerta, Leonor;
Ya que encubrirlo no puedo,
Lo imposible del peligro
Facilitará el remedio.
(*Abre Leonor y sale don Juan.*)

DON JUAN.

Si para tantos agravios
Basta una vida que tengo,
A precio de mucha sangre
Se ha de vender.

DON PEDRO.

¿El respeto
Se pierde desta manera
A mi casa?

DON GARCÍA.

De mis celos
Y de tu ofensa, en su vida
Vengaré el agravio nuestro.

DOÑA LEONOR.

Padre, señor.

DOÑA ANA.

Primo.

DON DIEGO.

Hermano.
(*Tercia don Pedro la capa y empuña la espada, y Leonor se le echa á los piés, y con la mano le coge la espada; detiene don Diego á don García, y doña Ana á don Juan.*)

LIRON.

Detenme, Inés, porque estemos
Detenidos dos á dos.

INÉS.

Detenido estás y bueno.

DON PEDRO.

Suelta, infame, ó, vive Dios,
Que en tu vida.

DOÑA LEONOR.

Eso te ruego,
Señor: que vengues tu agravio,
Mi delito y tu desprecio,
En mi vida, y no en mi honor,
Aunque en el honor te ofendo;
No he de soltar de tus piés
Mis brazos, sin que primero
Dés á mi voz los oidos.
Escúchame ahora, y luego,
Sin resistir tu venganza,
Daré la vida á tu acero;
Que me escucheis solamente
Pido, García, don Diego,
Si mis ojos y mi vida,
Si mi llanto, si mi ruego...

DON DIEGO.

Poco se pierde en oir
A Leonor, señor don Pedro;
Quizá puede haber disculpa.

DON PEDRO.

A agravios tan manifiestos
¿Puede haber disculpas?

DOÑA LEONOR.

Sí.

DON PEDRO.

¿Cuáles son?

DOÑA LEONOR.

Estadme atento.
Ya sabes que á mi hermano... Mas no
Acordarte el disgusto [es justo
Cuando el perdon te pido.
Hallóse de mi hermano desmentido
Don Juan, es caballero,
Su desagravio remitió al acero.
Este, en suma, fué el caso;
Que son las leyes del honor tan graves,
Como ya tú lo sabes,
Aunque estás lastimado,
Porque eres noble; y pues naciste honra-
Que lo juzgues, te pido, [do,
Como honrado, mas no como ofendido.
Amaba yo á don Juan; tampoco quiero,
Cuando estás tan severo,
Irritar tus enojos,
Diciéndote mi amor, porque los ojos
A la piedad le ciega
El que acuerda delitos cuando ruega.
Solo diré, Señor, que, receloso
De tu agravio penoso
Don Juan, quiso ausentarse;
Esto sí muy de espacio ha de contarse,
Porque el verse temido
Es el rato mejor del ofendido.
Quedamos, pues, con sola aquella heri-
Mi hermano sin la vida, [da,
Tú con tu enojo, y yo sin esperanza,
Don Juan con el temor de tu venganza,
Y entre un tormento y otro repetido,
Ni tú matas, ni él muere, ni yo olvido;
Antes viendo su vida amenazada,
Quedé mas empeñada,
Y opuesta á tus rigores,
Mejoré en sus desdichas los favores,
Cuando es accion mas fuerte
Ayudar á una vida que á una muerte.
Piedad fué, si parece inobediencia,
Oponerme al rigor de tu violencia,
Pues mi vida á la suya defendia,
Que, como yo le amaba, en él vivia;
Y si tú le mataras,
Sin mí, como sin Pedro, te quedaras.
Aquí, pues, retirado y escondido
Hasta ahora ha vivido,
Y ahora le has hallado,
Siendo cómplice yo deste cuidado,
Donde á un tiempo te llama
En mi hermano tu pena, en mí tu fama.
Primero es mi opinion, nadie lo ignora;
Y así, démosle ahora,
Yo la voz á los labios, tú al oido
La razon, los enojos al olvido,
A la piedad las culpas,
Lugar al ruego, y al amor disculpas;
Si vengativo, si cruel le dieras
Dura muerte á don Juan, porque le vie-
En parte diferente, [ras
Llorara yo su vida solamente;
Pero si aquí su sangre se derrama,
Él perderá la vida, yo la fama.
Dueño eres de mi honor, repara, ad-
Que si en darle la muerte [vierte
Tu venganza porfía,
Haces precisa la deshonra mia, [do,
Y dirán, pues le hallaste aquí escondi-
Que estaba ya el delito cometido.
No es noble, no, quien contra el ruego
Como padre le atiende, [ofende;
Segunda vez te deberé la vida;
Y pues borra la ofensa el que la olvida,
Triunfemos de la ofensa y las crueldа-
[des.
Yo con los ruegos, tú con las piedades;
O si me has de matar, mátame luego,
Sin escuchar las lágrimas y el ruego;
Que si vas dilatando el castigarme,
Temo que no halles vida que quitarme,
Pues desatada en lágrimas y enojos,
Se habrá salido el alma por los ojos.
Esto quise decirte, porque atento
Midas con lo advertido lo sangriento.
Si mi ruego te obliga,
Mi honor enmienda y tu rigor mitiga;
Mas si el perdon no alcanza,
Empieza por mí muerte la venganza.

DON JUAN.

Ahora que Leonor te ha declarado
Mi amor y su cuidado,
Y á tus plantas rendida
Muere animosa, ruega convencida,
Si no ha de enternecerte,
Prosiga tu venganza con mi muerte.
Si á don Pedro maté con mano airada,
Agravios de mi honor vengó mi espada,
Porque como á Leonor, que en mí vivia,
Miraba entonces para esposa mia,
Y en el honor me hirieron, fué forzoso
Quedar honrado para ser su esposo.
Hasta ahora mi vida aseguraba
Porque mi amor callaba;
Mas, ya que lo has sabido,
Ni huyo tu venganza ni la impido, [
Aunque el peligro de Leonor me advie
Que publicas su infamia con mi muerte
A un tiempo ofrezco, por lograr tu fu
O prevenir tu injuria,
La vida al riesgo ó á Leonor la ma
Obra piadoso ó mátame tirano;
Que, pues dos almas tiene amor unida,
Basta una muerte para entrambas vi-
[das

DON DIEGO.

Advertid, señor don Pedro...

DON PEDRO.

Señor don Diego, esperad;
Que yo en lances de mi honor
Sé lo que mejor me está.
Por vengar mi honor he sido
Enemigo de don Juan
Hasta ahora, y por lo mismo
He de ser su amigo ya.
Mas me debe la opinion
De una hija por casar
Que el dolor de un hijo muerto.—
La mano á Leonor le dad,
Don Juan.

DON JUAN.

A tus piés primero,
Padre, la vida, que ya
Es tuya.

DON PEDRO.

Señor García,
De aquesto no os ofendais;
Que, no pudiendo ser vuestra,
Porque salieron verdad
Vuestros celos, vos y yo
Nos venimos á obligar,
Yo en buscarla otro marido,
Y vos en no lo estorbar.

DON GARCÍA.

No lo estorbo ni lo ofendo;
Antes digo que será
Don Juan mi mayor amigo,
Si gusta de mi amistad.

DON JUAN.

Sí lo estimo y lo agradezco,
Don García, y en señal
De su firmeza, ha de ser
Parentesco desde hoy mas,
Dando la mano á mi prima
Don Diego, y le he de pagar
Lo que á su nobleza debo
(Que todo lo supe ya)
Con alcanzar de su padre
El casamiento.

DON DIEGO.

Harás
Un esclavo de un amigo.

DOÑA ANA.

Tuya mi vida será.

LIRON.

Inés, vámonos de aquí,
Porque tocan á casar.

INÉS.

Eso no; libre me llamo,
Y acoto mi libertad.
Y aquí tiene fin dichoso
Sufrir mas por querer mas;
Agradeced los deseos,
Y las faltas perdonad.

TRAGEDIA MAS LASTIMOSA DE AMOR,

TITULADA

EL CONDE DE SEX,

ó

DAR LA VIDA POR SU DAMA

DE DON ANTONIO COELLO.

(Atribuida al rey don Felipe IV.

PERSONAS

DUQUE DE ALANSON.
CONDE DE SEX.
SENESCAL.
COSME, *gracioso.*
BLANCA, *dama.*
LA REINA ISABELA.
FLORA, *criada.*
ALCAIDE.
ROBERTO.
UNA DAMA.
CRIADOS.
SOLDADOS.

ORNADA PRIMERA.

Disparan dentro un arcabuz, y dice ROBERTO.

ROBERTO.
Muere, tirana.

REINA.
¡Ah traidores!

ROBERTO.
Así vengo los agravios
Que has hecho á mi sangre.

REINA.
¡Ay cielo!

ROBERTO.
Esta espada, por si acaso
Mintió el golpe de la bala,
Tiña tu pecho.

CONDE.
Ah villanos,
Eso no; yo la defiendo.

ROBERTO.
¿Qué intentas, hombre?

Sale COSME.

CONDE.
Mataros.

COSME.
¡Ruido de armas en la quinta,
Y dentro el Conde! ¿Qué aguardo,
Que no voy á socorrerle?
Qué aguardo? ¡Lindo recado!
Aguardo á que quiera el miedo
Dejarme entrar. Pues yo gasto
Linda flema. Si á eso espero,
Bien socorreré á mi amo.

CONDE.
No huyais, cobardes traidores.

COSME.
Aqueste es el Conde.

ROBERTO.
Huyamos;
Que se alborota la quinta.

Salen ROBERTO *y* OTRO, *con máscaras.*

COSME.
¿Quién va?

ROBERTO.
Nadie impida el paso;
Que le meteré dos balas.

COSME.
Con mucho menos hay harto.

OTRO.
¿Quedó muerta?

ROBERTO.
No lo sé;
¡Qué ocasion se ha malogrado!
(*Vanse.*)

Salen EL CONDE DE SEX Y LA REINA ISABELA, *ella en enaguas y cotilla, á medio vestir y con mascarilla.*

CONDE.
Huyeron.—¿Estáis herida?

REINA.
No, buena me siento; erraron
El golpe.

CONDE.
Pues yo los sigo.

REINA.
No, no los sigais; dejaldos.

CONDE.
¿Por qué?

REINA.
Temo vuestro riesgo.

CONDE.
Mucho os debo.

REINA.
Mucho os pago
Ahora; mas otro dia...

CONDE.
¿Qué?

REINA.
No puedo declararos
Mas agora, porque temo
Que de la Reina en el cuarto
Se haya sentido ruido,
Y hallarme será gran daño
Aquí en tal traje. Idos presto.

CONDE.
Yo os obedezco.

REINA.
Esperáos;
¿Es sangre? ¡Qué! ¿Estáis herido?

CONDE.
Herido estoy en la mano,
Aunque poco.

REINA.
Pues tomad
Aquesta banda; apretáos
La herida.

CONDE.
Es gran favor.

REINA.
No es favor, pero pensadlo

Si os está bien que lo sea;
Que en lance tan apretado
La necesidad dispensa
Lo que prohibió el recato.
(*Ap.* En todo parece al Conde;
Mas ¿cómo, si no ha llegado
De la guerra? Amor le ofrece
A la vista antojos vanos.)

CONDE.

¿Conoceisme?

REINA.

Aquesa banda
Señal para hacer buscaros
Será, y adios; que yo estoy
En grande riesgo, si acaso
Sabe la Reina este exceso;
Y así, el secreto os encargo
De todo.

CONDE.

Yo os le prometo.

REINA. (*Ap.*)

¿Si me ha conocido acaso?
Mas ¿quién dirá que yo estoy
En hábito tan humano? (*Vase.*)

CONDE.

¿Hay confusion mas extraña?

COSME.

¿Qué es esto?

CONDE.

¿Quién es?

COSME.

El diablo;
Cosme, que ha tenido miedo
Qué puede valer por cuatro.

CONDE.

Cosme, ¿viste salir tú
Dos hombres enmascarados
Por aquí?

COSME.

Escuchen la flema;
Pues de aqueso es mi trabajo;
Pero dime: ¿qué mujer
Es esta que hemos soñado
Entre los dos?

CONDE.

No lo sé.

COSME.

Pues ¿qué has visto?

CONDE.

Todo cuanto
He visto ha sido un enigma.

COSME.

Y los hombres que pasaron
Por aquí ¿quién son?

CONDE.

No sé.

COSME.

Pues ¿qué infieres desto?

CONDE.

Un rato
Escucha, y yo te diré
Lo que he sabido del caso:
Ya sabes cómo venimos
De la guerra, y que llegando
Los dos esta tarde á Lóndres,
Supimos que este verano
La Reina por unos dias,
Para divertir cuidados
Del gobierno, se ha venido
A aquesta casa de campo,
Que está dos leguas de Lóndres,
Y es de Blanca, sol bizarro
Y blanco de mis finezas,
Y yo lo soy de sus rayos.

COSME.

Ya sé que tú, por cumplir
Las leyes de enamorado,
Veniste á ver encubierto
A Blanca hermosa, fiado
En la llave desta puerta,
Quien otro tiempo dió paso
Mil veces á tus deseos,
Cuando esta quinta teatro
Fué de tan finos amores,
Antes que entrase en Palacio
Blanca á servir á la Reina.
Sé que te quedé esperando,
Sé que te entraste allá dentro,
Que hubo arcabuz y embozados;
Sé que tuve todo el miedo
Que tener puede un cristiano,
Y esto es lo que sé mas bien,
Porque lo estoy estudiando
Desde el dia en que nací;
Y pues esto no es del caso,
Dime lo demás.

CONDE.

Pues oye,
Cosme, lo que has ignorado:
Entré en la quinta, cuya oculta puerta
Al mas pequeño impulso la hallé abier- [ta;
La novedad admiro,
Empiezo á caminar por el retiro
De una verde esperanza,
Que hasta venir la noche me asegura.
Pasa por esta quinta conducido
Un descuido del Támesis florido,
Líquido desperdicio ó vena breve,
Por donde el rio se sangró de nieve;
Descaminada plata,
Que en senda cristalina se desata,
O fugitivo aljófar transparente,
Que callado se huyó de la corriente.
Este pues, valla undosa,
Divide el sitio ameno,
Tan denso é intricado,
Que la greña frondosa
De su crespo cabello enmarañado,
Soplando airado ó lento,
Con gran dificultad la peina el viento;
Por este, pues, camino,
Siéndome siempre el rio cristalino,
Cuando el tino se pierde,
Hilo de plata en laberinto verde.
A pocos pasos advertido siento
En el agua ruido,
Hago el exámen, árbitro el oido;
Nada averiguo así, por mas que atento
En informarme insista.
Recojo la atencion para la vista;
Ella penetra ramas, y yo veo
(Escucha lo que vi, que aun no lo creo)
Una mujer divina,
Reclinada en la márgen cristalina,
Quitarse, descuidada,
Azul cendal y media nacarada,
Negros despues coturnos al pié breve,
Que, primavera errante, flores llueve;
Las dos colunas bellas
Metió dentro del rio, y como al vellas
Vi cristal en el rio desatado,
Y vi cristal en ellas condensado,
No supe si las aguas que se vian
Eran sus piés, que líquidos corrian;
Así sus dos colunas se formaban
De las aguas que allí se congelaban.
El hermoso cabello, suelto al viento,
En quien con manso aliento
El céfiro lascivo se abrigaba,
El agua licenciosa salpicaba,
O fué lisonjearla el cristal frio,
O envidiosas las ninfas de aquel rio,
Pensando que estuviera menos bello,
La encanecieron parte del cabello;
Y como mas atento amor miraba,
Quise ver si su rostro conformaba
Con lo demás, y cuando verle piensa
Mi curiosa atencion, hallo defensa
Que, de negro cendal, pudo encubrilla
El medio rostro media mascarilla,
Dejando libre, con beldad no poca,
Lo que hay desde la barba hasta la boc
Advertido recato,
Que, aunque pensó que nadie la miraba,
Quiso al agua encubrir el rostro, el m
Que se juzgó indecente,
Porque no lo parlara la corriente.
Yo, que al principio vi, ciego y turbado,
A una parte nevado,
Y en otra negro el rostro,
Juzgué, mirando tan divino mostro,
Que la naturaleza cuidadosa,
Desigualdad uniendo tan hermosa,
Quiso hacer por asombro ó por ultraje
De azabache y marfil un maridaje.
Tan hermosa en efeto parecia
Con la nube que el rostro le cubria,
Que, como la miró desde su esfera,
Por imitarle en algo, si pudiera,
Antes de despeñar al mar su coche,
El sol se cubrió el rostro con la noche
Quiso probar acaso
El agua, y fueron cristalino vaso
Sus manos, acercólas á los labios,
Y entonces el arroyo lloró agravios;
Y como tanto, en fin, se parecia
A sus manos aquello que bebia,
Temí con sobresalto, y no fué en vano,
Que se bebiera parte de la mano.
Llegó la noche en fin, salió del rio,
Y delgado cambray chupó el rocío
De las dos azucenas;
Envidian á las flores las arenas,
Viendo que ha de pisarlas;
Y luego, en acabando de enjugarlas,
A cubrir empezó sus dos colunas
Con dos nubes de nácar importunas;
Adorno suele ser, pero ¿quién duda
Que era mayor adorno estar desnuda?
En esto ruido siento,
Oigo una voz decir: «Muera, tirana.»
Dispara un arcabuz su bala al viento,
Túrbome yo de ver que la profana;
Ella cae á las flores de repente;
Y todo fué tan indistintamente, [mismo
Que empezaron á obrar á un tiempo
Ruido, voz, bala, susto y parasismo.
Dos hombres, dos traidores,
El rostro infame cada cual cubierto,
Por si ha salido el arcabuz incierto,
Sacaron los aceros vengadores
Contra su pecho; entonces yo ligero
Llego y hágome blanco de su acero,
Riño con ellos, huyen recatados
De mi valor, ó su traicion turbados.
Yo los sigo; ella, en sí restituida,
Teme en seguir los riesgos de mi vida.
Con recelo me habló, ya tú lo oiste;
Esta banda me dió, ya tú lo viste.
Fuése; no sé quién es; solo he sabido
Que esta mujer, que enigma ha pare- [cido,
Quizá en mi corazon hubiera entrado;
Mas, como á tanto amor le viene estre- [cho,
No consiente otro huésped en el pecho.

COSME.

Notable suceso ha sido.

CONDE.

Vén acá.

COSME.

¿Qué?

CONDE.

Discurramos
Quién será aquesta mujer.

COSME.

La mujer del hortelano,
Que se lavaba las piernas.

CONDE.

Necio, de veras te hablo.

COSME.
Pues yo de veras lo digo.
CONDE.
Dos hombres enmascarados
Tener llave de la quinta,
Atreverse á entrar estando
La Reina en ella, no es
De poca importancia el caso.
COSME.
Pues será alguna mondonga,
Con algun honrado hermano,
Que venga á vengar su honor.
CONDE.
Mira que estás muy cansado.
COSME.
Pues ¿quién quieres tú que sea?
¿Por fuerza ha de ser milagro?
¿Viste tú mas que unas piernas
Y un rostro muy bien tapado?
Detrás de una mascarilla
Pudo estar Arias Gonzalo,
La Monja alférez, Elvira
Y la moza de Pilatos.
CONDE.
Necio, el arte y el aseo,
El modo de hablar, el garbo
Arguyen nobleza en ella.
COSME.
Pues, ya que notaste tanto,
¿No podiste conocerla
En la voz?
CONDE.
No, porque hablando
Con turbacion no es posible;
Fuera de que, es necio engaño
Pensar que, entre tantas damas
Como tienen en palacio
La Reina, en la voz se pueda
Conocer aquesta.
COSME.
Es llano,
Y mas quien ha estado ausente.
CONDE.
Ya es muy tarde; Cosme, vamos.
COSME.
¿No has de entrar á ver á Blanca?
CONDE.
No; que estará con cuidado,
Si acaso oyeron el ruido,
Y no es bien que sin recato,
Si me ven, eche á perder
Un amor de tantos años.
COSME.
Vamos pues.
CONDE.
¡Ah Blanca mia!
Perdona si me ha estorbado
De hablarte esta noche y verte
Un suceso tan extraño;
Que mañana irá mi amor,
Ciego á tus divinos rayos,
A ser salamandra ardiente
En tus ojos soberanos.
(*Vanse.*)

Salen FLORA, *criada*, Y EL DUQUE DE ALANSON.

DUQUE.
¿Qué hace Blanca?
FLORA.
Está vistiendo
A la Reina.
DUQUE.
Yo he venido
A su cuarto, conducido
Deste mal que estoy sintiendo,
Para hablarte en mi cuidado,
Pues eres tú la tercera
De mi amor.
FLORA.
En vano espera
Vuestra alteza ser pagado.
DUQUE.
Pues ¿qué dice, cuando amante
Por ella el pecho suspira?
FLORA.
Como ella á casarse aspira,
Vuestra alteza no se espante
Que, habiendo tanta distancia,
Tema poner su aficion
En un duque de Alanson,
Hermano del rey de Francia;
Y así, ingrata corresponde;
Que, aunque es de tan alta esfera,
Vos sois mas. (*Ap.* ¡Quién le dijera
Que es porque ella quiere al Conde?)
DUQUE.
Yo vine, como sabrás,
Con color de una embajada,
A Lóndres, y mi jornada
No fué á las paces; que mas
Fué á tratar mi casamiento
Con la Reina; y tanto gano,
Que á Lóndres el Rey, mi hermano,
Me envió para este intento;
Y aunque esto está en buen estado
Con los grandes y la Reina,
Blanca, que en mi pecho reina
Hoy, me da mayor cuidado.
Este papel le has de dar,
Pero yo tengo de ver
(Este gusto me has de hacer)...
FLORA.
En todo puedes mandar.
DUQUE.
Lo que, al leerle, responde.
FLORA.
¿Cómo?
DUQUE.
Ocultándome aquí.
FLORA.
Mire tu alteza...
DUQUE.
Por mí
Has de hacer aquesto; ¿dónde
Me entraré? Pues soy cautivo
De la causa de mi pena,
Quítame tú esta cadena.
FLORA.
¡Qué lindo madurativo
Ablandaré! ¿Hay tal porfía?
Pues lo quiere vuestra alteza,
Entrese en aquesta pieza,
Que sale á una galería.
(*Escóndese el Duque.*)

Salen BLANCA Y COSME.

BLANCA.
Vuélveme á dar mil abrazos.
COSME.
Bástame besar tus piés
A mí, Señora, y despues
Merezca el Conde tus brazos;
Porque no te diese susto
El verle entrar de repente,
Porque inopinadamente
Suele dar la muerte un gusto,
Yo me adelanto, y él llega.
FLORA.
(*Ap.* El Conde viene (¡ay de mí!),
Y como el Duque está aquí,
Ha de escuchar (¡estoy ciega!)
Cuanto pasa en sus amores;
Quiérolo así remediar.)
Tu alteza se puede entrar
Un rato á ver los primores
Que esa hermosa galería
En tantas pinturas tiene,
Porque una visita viene
A ver á Blanca, y seria
Cansancio estaros aquí;
En yéndose, avisaré
A tu alteza.

Sale EL CONDE.

DUQUE.
Así lo haré. (*Vase.*)
FLORA.
Pues adios; bien está así.
CONDE.
Nunca creí que llegara
Esta dicha.
BLANCA.
Dueño mio,
Solemnicen hoy mis brazos
La dicha de haberte visto;
¿Vienes bueno?
CONDE.
Ya lo estoy;
Que hasta aquí solo he vivido
A cuenta de la esperanza
De ver tus ojos divinos.
BLANCA.
¡Ay, Conde, lo que me cuestas!
CONDE.
¿Sabes, Blanca, lo que digo?
Que le agradezco á la ausencia
El haberme suspendido
La gloria de estarte viendo,
Porque agora mas la estimo.
Bien haya la ausencia, Blanca;
Bien haya, amén, pues me hizo,
Solo con darme el tormento,
Mas despierto en el alivio.
BLANCA.
Yo, Conde, solo con verte,
Como siempre; mas ¡qué digo?
Infórmate tú del pecho,
Pues en él has asistido,
Y no limite la lengua
Un amor que es infinito,
Ni las finezas de un alma
Eche á perder un sentido.
CONDE.
¿Qué hiciera yo por pagarte?
BLANCA.
Si eso, Conde, has pretendido,
Ya tengo con qué me pagues.
CONDE.
Pues ¿qué dudas, Blanca? Dilo.
BLANCA.
Una merced has de hacerme.
CONDE.
¿Merced, Blanca? ¿En qué te sirvo?
BLANCA.
Mira que te fio el alma.
CONDE.
Ya, Señora, estoy corrido.
BLANCA.
¿Eres mi dueño?
CONDE.
Tu esclavo.
BLANCA.
¿Soy tu esposa?
CONDE.
Eres bien mio.
BLANCA.
¿Quiéresme mucho?

CONDE.

Te adoro.

BLANCA.

Pues, en fe de eso que has dicho,—
Salíos los dos allá fuera,—
(*Vanse Flora y Cosme.*)
Y escucha tú.

CONDE.

Ya se han ido.
(*Ap.* ¿Qué querrá Blanca?)

BLANCA.

Ya sabes
(Oh conde de Sex invicto)
Que me serviste tres años,
Y que al fin mi pecho esquivo
Labrar se dejó, aunque bronce,
Al buril de tus suspiros,
Pues que, con la fe y palabra
Que me diste de marido,
Te hice dueño de mi honor,
Y que no nos atrevimos
A casarnos por mi padre
Y mi hermano, que enemigos
Fueron siempre de tu casa.

CONDE.

Todo, Blanca, lo he sabido,
Y que ya, despues de muertos
Tu hermano y padre, quisimos,
Dándole cuenta á la Reina,
Casarnos, cuando Filipo
Segundo, español monarca,
Contra Ingalaterra hizo
La armada mayor que nunca
Con pesadumbre de pino
La espalda oprimió salobre
De aquese mónstruo de vidrio;
Y que á mí la Reina entonces
Me envió con sus navíos
A procurar resistir
Tan poderoso enemigo.
Por esto no pude entonces
Casarme; agora he venido
De la empresa, y á la Reina
Pediré, á sus piés rendido,
Que me case.

BLANCA.

Pues supuesto
Que es verdad lo que me has dicho,
Y que mis males te tocan
Ya como los tuyos mismos,
Bien podré seguramente
Revelarte intentos mios,
Como á galan, como á dueño,
Como á esposo y como amigo.
La reina de Ingalaterra,
Isabela, que ha tenido
Siempre suspensa la Europa
Con fuerza ó con artificio,
Prendió á María Estuarda,
Reina de Escocia y archivo
De virtudes y bellezas,
Por unos falsos indicios.
Creyó Isabela, ó creyeron
De Isabela los validos,
Que María fomentaba
En secreto los desinios
De rebeldes conjurados
(¡Qué engaño para creido!).
Llamó Isabela á la Reina
A su corte, y ella vino,
Bien como al traidor reclamo
Suele incauto pajarillo
Venir improvisamente,
Festejando su peligro,
A ser despojo sangriento
Del cazador enemigo.
Mi padre, que muchos años
Estuvo en los tiernos mios
Con la embajada en Escocia,
Siempre se inclinó al servicio
De María y de aquel reino;
Y yo, con el amor mismo,
Cuando nací, me crié
Con la Reina, y le ha debido
Mi amor muchos agasajos
Y no pocos beneficios.
Con esto, á mi viejo padre
Y á mi hermano Ludovico,
Por cómplices y traidores,
Los meten en un castillo,
Solo porque la inocencia
De la Reina no han querido
Perseguir, como los otros;
Solo porque el hecho indigno
No apoyaron, como nobles;
Solo porque, siendo amigos
De la virtud é inocencia,
Ser parciales no han fingido
De la malicia. ¡Oh, mal haya
Mil veces, mal haya el siglo
En que para conservarse,
Porque es monarca el delito,
Ha menester la virtud
Ser hipócrita del vicio!
En fin, Conde; en fin, Señor
(¡Con qué lástima lo digo!),
Teñiendo en sangre la Reina
Aquel infame cuchillo,
Noble víctima, inocente,
Fué de injusto sacrificio;
Bella flor, que de la noche
Se defendió en su capillo,
De ignorancias del arado
Probó los groseros filos;
De atrevimiento villano
El antojo inadvertido
Violar pudo honesta rosa,
Que aun se recató al rocío;
Falleció blanca azucena,
De quien se copió el armiño,
A los hielos del enero
O á los rayos del estío;
Dejóse ajar de una mano,
Deshojado clavel fino,
Y pisar de errante huella,
Destroncado hermoso lirio;
Porque, muriendo la Reina
Al arado, al pié, al cuchillo,
Al antojo, hielo y mano,
Murieron en el suplicio
Juntos flor, víctima, rosa,
Clavel, azucena y lirio;
Tambien mi padre y mi hermano,
Por no estar bien convencidos,
Murieron de la prision
Al lento y sordo martirio;
Pero, en fin, como traidores,
Quedaron destituidos
De su hacienda y de su estado,
Y hasta Roberto, mi primo,
Por pariente de mi padre,
Que no por otro delito,
Huyó el riesgo, y sin estado
Vive en Escocia escondido.
Yo, en venganza de la Reina,
Del hermano y padre mio,
Irritada y persuadida
(Que tambien está ofendido)
Del noble conde Roberto,
Mi primo, me determino
A dar la muerte á esta fiera,
Y quizá por su destino,
O por justicia del cielo,
Venirse ella misma quiso
A mi quinta algunos dias.
Yo, en fin, á Roberto escribo
Que venga en secreto á darla
La muerte; que el tiempo, el sitio,
El asistirla yo siempre,
Y estar desapercebidos,
Daban ocasion bastante
Para lograr sus desinios.
Vino, y esperó ocasion
Unos dias escondido;
Y ayer, bajando Isabela
Sola á los jardines, dijo
Que no hubiese nadie en ellos,
Y yo á Roberto le aviso;
Entonces, dejando abierto
De la quinta el un postigo,
Él la tiró una pistola
Al tiempo que de unos mirtos
Salió un hombre á socorrerla;
Y él, por no ser conocido
Si al ruido acudiese gente,
Se fué, dejando perdidos
A un tiempo ocasion, venganza,
Esperanzas y desinios.
Yo, el corazon lleno de ira,
En rabia el pecho encendido,
Ardiendo en venganza el alma
Y en cólera el rostro tinto,
Pues son tuyos mis agravios,
Y tuyos aun mas que mios,
Como á esposo, como á dueño,
Como á señor y marido,
Hoy á tu valor apelo,
Mi venganza á ti te fio;
Venga tus propios agravios,
Pues los mios te prohijo.
Muera esta tirana, Conde;
Escribe al Conde, mi primo;
Junta mis amigos todos,
Pues todos son tus amigos.
Sin riesgo puedes matarla;
Porque es tan aborrecido
El nombre desta tirana,
Que, en vez de darte castigo,
Lauros le dará tu patria
A tu valor peregrino;
Y si no, viven los cielos,
Que, si leal ó remiso,
O dudas ó no te atreves
A hacer esto que te pido,
Yo misma, yo misma, Conde,
Cuando faltara en mi primo
El valor ó la ocasion,
Apelando á aquestos brios,
Con los dientes, con las manos,
O con mis propios suspiros,
Cuando faltara instrumento
A mi afeto vengativo,
He de hacerla mas pedazos
Que ese mónstruo cristalino
Hunde cruel en su centro,
Que es vecindad del abismo.

CONDE. (*Ap.*)

¿Hay tal traicion? Vive el cielo,
Que de amarla estoy corrido.
Blanca, que es mi dulce dueño;
Blanca, á quien quiero y estimo,
¿Me propone tal traicion?
¿Qué haré? Porque si ofendido,
Respondiendo como es justo,
Contra su traicion me irrito,
No por eso he de evitar
Su resuelto desatino;
Pues darle cuenta á la Reina
Es imposible, pues quiso
Mi suerte que tenga parte
Blanca en aqueste delito;
Pues si procuro con ruegos
Disuadirla, es desvarío;
Que es una mujer resuelta
Animal tan vengativo,
Que no se dobla á los ruegos,
Antes con afecto impío
En el mismo rendimiento
Suelen aguzar los filos;
Y quizá desesperada
De mi enojo ó mi desvío,
Se declarará con otro,
Menos leal ó mas fino,

Que quizá por ella intente
Lo que yo hacer no he querido;
Demás que el inconveniente
Del vil Roberto, su primo,
Tampoco cesa, y ¿quién duda
Que él, por traidores ó amigos,
Tenga muchos conspirados,
Que fomenten sus motivos?
Pues yo tengo de librar
A la Reina del peligro;
Vive Dios, que he de barrer
Aquestos fieros prodigios
De traicion de Ingalaterra;
Todos juntos conducidos
En un dia con mi industria,
Se han de venir al cuchillo;
Que despues á Blanca sola,
Sin persuasion de su primo,
Con ruego ó con amenazas
Atajaré sus desinios.

BLANCA.

Si estás consultando, Conde,
Allá dentro de ti mismo
Lo que has de hacer, no me quieres;
Ya el dudarlo fué delito.
Vive Dios, que eres ingrato.

CONDE.

En esto me determino.

BLANCA.

¿Qué respondes?

CONDE.

Ya te doy
La respuesta por escrito.

Pónese á escribir el Conde sobre un bufete, y asómese EL DUQUE.

DUQUE. (*Ap.*)

Como tarda tanto Flora
Curioso á ver he salido
Qué visita es la que á Blanca
Tanto entretiene. ¿Qué miro?
¿El conde de Sex con Blanca?
Pues ¿cómo? ¿El Conde ha venido
De la guerra?

CONDE.

La respuesta
Nunca dudar se ha podido
De mi afecto, siendo ya
Tan grandes agravios mios.
Pártase Cosme, y á Escocia
Lleve esta carta, en que digo
A Roberto que se venga
Él y todos sus amigos
A la deshilada á Lóndres;
Que con la gente que rijo,
Que me seguirá, y el pueblo,
De quien estoy tan bienquisto,
Daré la muerte á la Reina.

DUQUE. (*Ap.*)

¿Qué escucho?

CONDE.

En corrientes rios
De su infame sangre pienso
Anegar su cuarto mismo.
(*Ap.* En viniendo, todos juntos
Morirán en el suplicio.)
¡Muera esta tirana! ¡Muera!
Arranque mi brazo invicto...

DUQUE. (*Ap.*)

¿Hay tal traicion?

CONDE.

Deste reino
Y del mundo este prodigio;
Que, á pesar de Ingalaterra,
Si una vez la espada esgrimo,
He de beber de su sangre.

Sale EL DUQUE.

DUQUE.

No podréis mientras yo vivo.

CONDE. (*Ap.*)

¡Válgame el cielo!

BLANCA. (*Ap.*)

¡Ay de mí!

CONDE.

¿Qué es esto, Blanca?

BLANCA.

¿Qué miro?
¿Cómo vuestra alteza, el Conde...
Toda soy un hielo frio.

CONDE.

Pues ¿cómo, Blanca, en tu cuarto
El Duque?

BLANCA.

¿Quién le ha metido
En mi cuarto á vuestra alteza?

DUQUE.

Nádie, Blanca; que yo mismo
Me entré acá, quizá guiado
De algun impulso divino,
Para estorbar tal maldad.

BLANCA.

Pues ¿cuándo tu alteza ha visto
En mí ocasion para hacer...

DUQUE.

Esperad; ¡qué desatino!
Por vida del Rey, mi hermano,
Y por la que mas estimo
De la Reina, mi señora,
Y por... Pero yo lo digo;
Que en mí es el mayor empeño
De la verdad el decirlo:
Que no tiene Blanca parte
De estar yo aquí; que yo mismo
Me entré, hallando abierto, á ver
Esos cuadros, divertido,
Que tiene esta galería;
Y estad muy agradecido
A Blanca de que yo os dé,
No satisfacion, aviso
Desta verdad; porque á vos,
Hombre como yo...

CONDE.

Imagino
Que no me conoceis bien.

DUQUE.

No os habia conocido
Hasta aquí; mas ya os conozco,
Pues yo tan otro os he visto,
Que os reconozco traidor.

CONDE.

Quien dijere...

DUQUE.

Yo lo digo;
No pronuncieis algo, Conde,
Que yo no pueda sufriros.

CONDE.

Cualquier cosa que yo intente...

DUQUE.

Mirad que estoy persuadido
Que hace la traicion cobardes;
Y así, cuando os he cogido
En un lance que me da
De que sois cobarde indicios,
No he de aprovecharme desto;
Y así, os perdona mi brio
Este rato que teneis
El valor disminuido;
Que, á estar todo vos entero,
Supiera daros castigo.

CONDE.

Yo soy el conde de Sex,
Y nadie se me ha atrevido
Sino el hermano del rey
De Francia.

DUQUE.

Yo tengo brios
Para que, sin ser quien soy,
Pueda mi valor invicto
Castigar, no digo yo
Solo á vos, mas á vos mismo,
Siendo leal, que es lo mas,
Con que queda encarecido;
Y pues sois tan gran soldado,
No echeis á perder, os pido,
Tantas heróicas hazañas
Con un hecho tan indigno.
¿Qué os ha hecho á vos la Reina?
¿Por qué su privanza os hizo?
¿Qué desinios son aquestos?
Ea, Conde, corregildos.
Solo yo sabré este caso;
Pero mal dije, yo mismo
No lo sabré; que, en saliendo
De aquesta cuadra que piso,
Si agora he sabido aquesto,
Despues no lo habré sabido.
Yo quedaré muy ufano
Que me debais este aviso;
Que yo sé muy bien que Blanca,
Si yo no hubiera salido
Primero á vuestros intentos,
Conforme el blason antiguo
De su sangre y de la vuestra,
Os hubiera respondido.
Ya habréis mudado de intento;
Y si no, estad advertido
Que á quien se atreve á tener
El mas oculto desinio
Contra la Reina, yo entonces,
Que la guardo, que la asisto,
Que la estimo, que la quiero,
Que la defiendo y la libro,
Atalaya á sus pisadas,
Argos á su sol divino,
Sabré ser lince que os vea
Los mas ocultos motivos.
Y sabré daros mil muertes;
Que, si aquesta espada esgrimo,
Todo un mundo de traidores
Son pocos al valor mio.
Miraldo mejor, dejad
Un intento tan indigno,
Corresponded á quien sois;
Y si no bastan avisos,
Mirad que hay verdugo en Lóndres,
Y en vos cabeza; harto os digo. (*Vase.*)

CONDE.

Corrido y confuso estoy;
¿Vióse lance como el mio?
Pero piense ahora el Duque
Mal de la fe con que sirvo
A la Reina; que despues,
Con la hazaña que imagino,
Él verá que soy leal.—
Lleven la carta á tu primo. (*A Blanca.*)
(*Ap.* No he de responder al Duque
Hasta que el suceso mismo
Muestre cómo fueron falsos
De mi traicion los indicios,
Y que soy mas leal cuando
Mas traidor he parecido.)

BLANCA.

¿Hubo desdicha mas grande?
Y aun mayor hubiera sido
Si no acierta á ser el Duque
El que escuchó los desinios
Del Conde. ¡Válgame el cielo!
¡Qué desdichada he nacido!

Salen EL SENESCAL Y LA REINA.

REINA.

Senescal, esto que os digo
Me sucedió.

SENESCAL.

El cielo santo
Nos defendió vuestra vida.

REINA.

Haced pues que los soldados
De mi guarda estén á trechos
Aquesta quinta guardando
Hasta que me vuelva á Lóndres.

SENESCAL.

¿No será mejor buscarlos
A los viles agresores?

REINA.

¿Cómo?

SENESCAL.

Yo haré echar un bando,
Que ofrezca grandes mercedes,
El delito publicando,
A quien diere el agresor,
Y que será perdonado,
Si es cómplice, el que le entregue;
Y pues son los dos culpados,
Podrá ser que alguno dellos
Entregue al otro; que es llano
Que será traidor amigo
Quien fué desleal vasallo.

REINA.

No lo apruebo, Senescal,
Que así se publique el caso,
Y no quiero yo que sepan
Que hubo quien se atreva á tanto,
Que intente darme la muerte
Dos leguas de mi palacio;
Que quizá despertarémos
De algunos que están callando
La traicion con este ejemplo;
Que es gran materia de estado
Dar á entender que los reyes
Están en sí tan guardados,
Que, aunque la traicion los busque,
Nunca ha de poder hallarlos;
Y así, el secreto averigüe
Inormes delitos cuando,
Mas que el castigo escarmientos,
Da ejemplares el pecado.

Sale UN CRIADO.

CRIADO.

El de Sex pide licencia
Para entrar.

REINA.

Pues ¿ha llegado?
Mucho me temo... Decid
Que espere; mas no, dejaldo.
Entre.

Sale EL CONDE.

CONDE.

Si acaso merezco
Besar sus piés...

REINA.

Levantáos,
Columna de Ingalaterra;
Que ya solo con miraros
Sé el suceso de la guerra.
(*Ap.* Locos pensamientos vanos,
Dejadme; ¿qué me quereis?)

CONDE.

Yo mismo he querido daros
La nueva.

REINA.

¿Qué hay de mi armada?

CONDE.

Libre está el reino, dejamos
De los españoles leños
Limpio nuestro mar britano.

REINA.

¡Feliz suceso!

SENESCAL.

¡Gran nueva!

CONDE.

Desta suerte fué...

REINA.

Esperáos;
No quiero oir el suceso
Hasta teneros premiado.—
Senescal, haced al punto
La cédula en que le hago
De Ingalaterra almirante
Al Conde.

CONDE.

Besar tu mano
Será de tan grandes premios
El mayor.

(*Llega el Conde á besar la mano á la Reina, y ella repara en la banda.*)

REINA.

Debo pagaros...
(*Ap.* ¿Qué miro?) Porque á servicios...
(*Ap.* ¿No es esta mi banda?) tantos
Mi reino... ¿Cuándo llegasteis?

CONDE.

(*Ap.* En la banda ha reparado.)
Agora.

REINA.

¿En aqueste punto
Os apeais?

CONDE. (*Ap.*)

¿Qué mas claro
Indicio que fué la Reina,
Aun cuando hubiera faltado
Lo que dijo Blanca?

REINA.

¿Ahora?
No lo creo; ¿algun cuidado
No habíades de tener
Que de amante ó cortesano
Anoche os hiciese un poco
Adelantar? Confesaldo;
Yo os perdono el haber sido
Menos puntual vasallo
Que amante, por vida mia.
(*Ap.* Él lo niega.)

CONDE.

A empeño tanto,
¿Quién lo negará, aunque importe
La vida?

REINA.

¿Es favor acaso
La banda, ó estáis herido?

CONDE.

Siempre he vivido ignorado
De amor; mas ya dulcemente
La banda ha lisonjeado
Los dolores desta herida,
Que me dieron en la mano
Por serviros.

REINA.

Yo lo creo.
(*Ap.* ¿No bastaba, amor tirano,
Una inclinacion tan fuerte,
Sin que te hayas ayudado
Del deberle yo la vida?)
¿Quereis mucho? ¿Sois pagado
De la dama de la banda?

CONDE.

Es el sugeto tan alto,
Que aun no podrán mis suspiros
Alcanzar allá volando.

REINA.

(*Ap.* ¿Si anoche me conoció?
Mas esto es hablar á caso.)
Y ella ¿sabe vuestro amor?

CONDE.

Aunque en batallas y asaltos
Tan atrevido y valiente
Me mostré, no lo soy tanto,
Que ose decirla mi amor,
Porque aun de mí le recato.

REINA.

Pues si no se lo habeis dicho,
No teneis de qué quejaros.

CONDE.

Ni aun á quejarme me atrevo.

REINA. (*Ap.*)

¿Diréle al Conde (¿qué aguardo?)
Que soy á quien dió la vida?
Mas ¡oh necia lengua! paso.
¿Será bien que sepa el Conde
Que soy la que sin recato
Vió anoche como mujer,
Cuando deidad me ha juzgado?
Créame deidad el Conde;
Que lo que tienen de humanos
No han de revelar los reyes
A los ojos del vasallo.

CONDE. (*Ap.*)

¿Qué es esto, locura mia?
¿Atreveréme (mal hago)
A presumir que la Reina...
Pero no; ¡qué necio engaño,

REINA.

(*Ap.* El Conde me dió la vida;
Confieso que me ha pesado.
¡Oh infame agradecimiento,
Que engendró mi amor bastardo;
Hijo de padre traidor,
Yo te atajaré los pasos.
Ea, cordura, ¿esto sufres?)
¡Conde!

CONDE.

¡Señora!

REINA.

(*Ap.* Venzamos...)
¿Cómo no os vais (*Ap.* ¡Estoy loca.)
A descansar?

CONDE.

Solo aguardo
Licencia.

REINA.

Pues idos luego.

CONDE.

Ya os obedezco.

REINA.

Esperáos.
(*Ap.* ¡Qué es esto?) Esperad un poco,
Y os llevaréis el despacho
Desta merced que os he hecho.
(*Ap.* ¿Que así me rinda un cuidado?
Esta es la primera vez
Que tener el pecho ingrato
Fuera en mí menos bajeza.)

Sale EL SENESCAL, *con escribano.*

CONDE.

Confusa estoy; ya le aguardo.

SENESCAL.

Esta es la cédula; firme
Vuestra alteza.

REINA.

Ya he firmado.—
Tomad la cédula, Conde,
De aquesta merced que os hago;
Yo misma el despacho os doy,
Solo por no dilataros
La merced, porque no quiero,
Cuando me servis y os pago,
Echar á perder el premio
Con hacer que os cueste pasos.

CONDE.

El mayor premio es serviros.
(*Ap.* ¿Si es tanto favor acaso?)

REINA. (*Ap.*)
Amor loco!...
CONDE. (*Ap.*)
¡Necio amor!...
REINA. (*Ap.*)
Que ciego...
CONDE. (*Ap.*)
Que temerario...
REINA. (*Ap.*)
Me abates á tal bajeza...
CONDE. (*Ap.*)
Me quieres subir tan alto...
REINA. (*Ap.*)
Advierte que soy la Reina.
CONDE. (*Ap.*)
Advierte que soy vasallo.
REINA. (*Ap.*)
Pues me humillas al abismo...
CONDE. (*Ap.*)
Pues me acercas á los rayos...
REINA. (*Ap.*)
Sin reparar mi grandeza...
CONDE. (*Ap.*)
Sin mirar mi humilde estado...
REINA. (*Ap.*)
Ya que te admito acá dentro...
CONDE. (*Ap.*)
Ya que en mí te vas entrando...
REINA. (*Ap.*)
Muere entre el pecho y la voz.
CONDE. (*Ap.*)
No te asomes á los labios.
REINA.
¿Oísme, Conde?
CONDE.
¡Señora!
REINA.
Vedme despues.
CONDE.
Soy tu esclavo.
(*Ap.* ¡Necio engaño, no me subas,
Para caer de mas alto!)

JORNADA SEGUNDA.

Salen COSME Y EL CONDE DE SEX

COSME.
Agora á Lóndres llegamos,
Y ¿ya á palacio venimos?
CONDE.
Los que á reyes asistimos
Nunca, Cosme, descansamos.
Agora la Reina llega
Desde la quinta á palacio,
Y como es mas breve espacio,
Ni la privanza sosiega
Ni el amor; cada esperanza
Me lleva, como se ve,
A ver á Blanca, mi fe,
Y á la Reina, mi privanza.
COSME.
Gran desdicha es el privar,
Pues hace á los mas amigos
Ser hácia dentro enemigos.
CONDE.
Mas trabajo es envidiar,
Cosme, que ser envidiado.
COSME.
Esa es mas desdicha sola.

CONDE.
¿No trujiste la pistola?
COSME.
Vesla aquí, y hasta grabado
Tu nombre en ella; mas di:
¿Por qué la mandas traer?
CONDE.
Como habemos de volver,
Cosme, tan tarde de aquí,
No es mucho que me prevenga;
Que la privanza ocasiona
Envidias.
COSME.
En tu persona
No me espanto que la tenga.
CONDE.
No ha sido con otro fin.
(*Ap.* Del Duque estoy receloso,
Porque está muy sospechoso;
Pero no, que es noble al fin.)
COSME.
Ya la hemos traido, y pues
¿Dónde iré á guardarla agora?
CONDE.
Al cuarto de Blanca; Flora
Té la guardará, y despues,
Pues de Blanca me despido,
Al irme la pedirás.
COSME.
Eso es lo que apruebo mas;
Porque yo siempre he temido
Azar, si saber lo quieres,
Con ese instrumento atroz;
Que sin pensar tiran coz
Arcabuces y mujeres.
¿Por qué te quitas la banda?
CONDE.
Porque á ver á Blanca paso,
Y si ella la viese acaso,
Que siempre en recelos anda,
Puede ser que me la pida,
Como curiosa y mujer,
Y me pesara, por ser
De la dama á quien di vida.
COSME.
¡Que nunca hayamos sabido
Si era dama ó si era dueña!
¿No dió esa banda por seña?
CONDE.
Sí.
COSME.
Pues ¿alguna no ha habido
Que en ella haya reparado?
CONDE.
No, Cosme.
COSME.
Este dedo diera
Solo por saber quién era;
¡Que no hayamos alcanzado
Quién fuese, por mas que yo
Me desvelo y te desvelas!
De algun libro de novelas
Presumo que se soltó;
Ella era una gentil tronga.
CONDE.
No digas tal, majadero.
COSME.
A pagar de mi dinero,
Que era dueña ó vil mondonga;
Pues que esta banda presea
Es que cualquiera la tiene,
Sin ser... Pero Blanca viene;
Escóndela, no la vea.
(*Toma la banda en la mano.*)

Salen BLANCA Y FLORA.

BLANCA.
¿Adónde... (*Ap.* No sé qué ha ocultado
De mi Cosme.)
CONDE.
Blanca hermosa...
BLANCA. (*Ap.*)
¿Qué será? Que estoy dudosa.
CONDE.
¿Dónde vas?
BLANCA.
Hame llamado
La Reina. Vénte conmigo,
Iré bien acompañada.
CONDE. (*Ap á Cosme.*)
Mira que no digas nada
A Blanca de...—Ya te sigo.
(*Vanse Blanca y el Conde.*)
COSME.
(*Ap.* Con esto á perder lo echó;
Porque yo no me acordaba
De decirlo, y lo callaba,
Y como me lo encargó,
Ya por decirlo reviento;
Que tengo tal propiedad,
Que en un hora ó la mitad
Se me hace postema un cuento.)
Guarda, Flora, esta pistola
Hasta irse el Conde despues;
Mira no te dé un revés,
Y te pegue golpe en bola.
FLORA.
Pues en el cuarto la meto
De mi señora.
COSME.
(*Ap.* ¿Habrá ya
Treinta y seis horas (sí habrá)
Que estoy callando el secreto?
Allá va.) Flora... Mas no;
(*Vase Flora.*)
Sea persona mas grave.
No es bien que Flora se alabe
Que el cuento me desfloró.
Dos cosas juntas (¿qué haré?)
Me están matando: una ha sido
Saber lo que no he sabido,
Y otra decir lo que sé.
Por saber quién fué, me muero,
La dama con mascarilla,
Y esta tambien por decirla
Tan solo saberla quiero.
Muy bien el Conde negocia.

Sale BLANCA.

BLANCA.
Cosme, ¿cómo tan despacio
Te estás agora en palacio,
Si te has de partir á Escocia?
COSME.
Al alba, aunque yo trasnoche,
Mandó el Conde que me parta.
BLANCA.
Ves aquí, Cosme, la carta;
Pártete luego esta noche,
No aguardes á mas.
COSME.
Sí haré.
BLANCA.
¿Qué escondes aquí?
COSME.
(*Ap.* Maldito
Es esto; si otro poquito
Me aprieta, se lo diré.)
No es nada. (*Ap.* Jesus mil veces,
Ya se me viene á la boca
La purga.)

BLANCA.

Eso me provoca.

COSME. (*Ap.*)

¡Qué regüeldos tan soeces
Me vienen! ¡Terrible aprieto!

BLANCA.

Dilo pues.

COSME. (*Ap.*)

Asco me da.

BLANCA.

Majadero, acaba ya.

COSME. (*Ap.*)

¡Qué asqueroso es un secreto!

BLANCA.

Haz de mi paciencia prueba.

COSME.

Aguarda, reventaré;
Quiero decirlo, porque
Mi estómago no lo lleva.
Protesto qu'es gran trabajo;
Meto los dedos.

BLANCA.

Di ya.

COSME.

Ea pues, secreto va,
Como agua fuera de abajo:
Aquesto que traigo es banda,
Y de tí la encubrí yo;
El Conde me lo mandó,
Que en estos enredos anda.
A él se la dió una mujer
Encubierta y disfrazada,
Que libró de una estocada;
No supe quién pudo ser.
El Conde, aleve é indiscreto,
Perjuro, falso, cruel,
Pisaverde, cascabel,
Toma la banda en efeto;
Y aquí la historia dió fin.
Y pues la purga he trocado,
Y el secreto vomitado
Desde el principio hasta el fin,
Y sin dejar cosa alguna,
Tal asco me dió el decillo,
Voy á probar de un membrillo
O á morder de una aceituna. (*Vase.*)

BLANCA.

De lo que á Cosme he escuchado,
Aunque mal, he colegido
Que el Conde anda divertido;
Y aunque crédito no he dado,
Es hombre en fin. ¡Ay de aquella
Que á un hombre fió su honor,
Siendo tan malo el mejor!
Mas, pues lo quiso mi estrella,
He de apretar al momento
Que nos casemos los dos.
¿Quién será? ¡Válgame Dios!
¿Si tiene algun fundamento
La banda? La Reina viene.—

Sale LA REINA ISABELA.

¿No fué al jardin vuestra alteza?

REINA.

Todo cansa; ¡qué tristeza!
Nada, Blanca, me entretiene.

BLANCA.

¿Quiere vuestra majestad
Que llame á las damas?

REINA.

No,
Déjame sola; que yo
Gusto de la soledad.
Haced que cante allá fuera
Irene: ¡gran desconsuelo!

BLANCA.

Guarde vuestra vida el cielo
Tanto como yo quisiera. (*Vase.*)

Sale EL CONDE.

CONDE.

Loco pensamiento mio,
Que á un imposible desvelo
Tan réciamente me encubres
De ambicioso ó de soberbio,
Abate, abate las alas,
No subas tanto; busquemos
Mas proporcionada esfera
A tan limitado vuelo.
Blanca me quiere, y á Blanca
Adoro yo, ya es mi dueño;
Pues ¿cómo de amor tan noble
Por una ambicion me alejo?
No conveniencia bastarda
Venza un legítimo afecto;
No hagamos razon de estado
Del gusto ni del deseo;
Congruencia, venza amor.

REINA. (*Ap.*)

Este es el Conde; ya tiemblo.
¡Qué efeto tan poderoso!

CONDE. (*Ap.*)

¡La Reina! Volverme intento,
No me arrastre la locura.

REINA. (*Ap.*)

Ciega estoy, mas irme quiero;
Venza la razon al gusto.

CONDE. (*Ap.*)

Mas yo vuelvo.

REINA. (*Ap.*)

Mas yo vuelvo.

CONDE. (*Ap.*)

¿Y Blanca?

REINA. (*Ap.*)

¿Y la majestad?

CONDE. (*Ap.*)

Mas, oh fortuna, probemos;
Que pesa mas que el amor
Una hermosura y un reino.

REINA. (*Ap.*)

Mas, oh cuidado, volvamos;
Que amor, cuidado y deseo
Son muy fuertes enemigos,
Y es uno solo el respeto.

CONDE. (*Ap.*)

¿Hablaréla?

REINA. (*Ap.*)

Quiero hablarle.

CONDE. (*Ap.*)

Yo quiero llegar.

REINA. (*Ap.*)

Yo llego.

CONDE.

¡Señora!

REINA.

¡Conde! (*Ap.* Estoy loca.)

CONDE.

(*Ap.* Cobarde estoy.) Aquí vengo,
Girasol de vuestros rayos,
A beber su luz atento.

REINA.

¿Cómo vos en vuestra idea,
Aunque vasallo? ¿Qué es esto?

(*Suene instrumento.*)

CONDE.

Quieren cantar.

REINA.

Es Irene,
Y se lo mandé. (*Ap.* Agradezco
Que atajase una locura
A mi voz un instrumento.)

VOZ. (*Canta.*)

Si acaso mis desvaríos
Llegaren á tus umbrales,
La lástima de ser males
Quite el horror de ser míos.

REINA.

¡Qué bien dice! Es extremada
La redondilla.

CONDE.

En extremo.

REINA.

Confieso que me ha agradado,
Por ser de amor, el conceto.

CONDE.

Anda agora muy valida.

REINA.

Con razon.

CONDE.

(*Ap.* Ea, amor ciego,
Con una industria á la Reina
Decirla mi amor pretendo.)
Pues si á vuestra alteza tanto
Le han agradado estos versos,
Yo los habia glosado
A mi imposible deseo;
Y si vuestra alteza gusta,
Los diré.

REINA.

Mucho me huelgo.
Repetid primero el mote,
Y diréis la glosa luego.

CONDE.

Así dice el mote, que,
Por ser de mi amor, me acuerdo:
Si acaso mis desvaríos
Llegaren á tus umbrales,
La lástima de ser males
Quite el horror de ser míos.

REINA.

Ese es el mote; decid
Lo que habeis glosado.

CONDE.

Empiezo.
Aunque el dolor me provoca,
Decir mis quejas no puedo;
Que es mi osadía tan poca,
Que entre el respeto y el miedo
Se me mueren en la boca;
Y así, no llegan tan míos
Mis males á tus orejas,
Perdiendo en la voz los bríos;
Si acaso digo mis quejas,
Si acaso mis desvaríos.
El ser tan mal explicados
Sea su mayor indicio;
Que, trocando en mis cuidados
El silencio y voz su oficio,
Quedarán mas ponderados;
Desde hoy por estas señales
Sean de tí conocidos,
Que sin duda son mis males,
Si algunos mal repetidos
Llegaren á tus umbrales.
Mas ¡ay Dios! que mis cuidados,
De tu crueldad conocidos,
Aunque mas acreditados,
Serán menos admitidos;
Que, con los otros mezclados,
Porque no sabiendo á cuáles
Mas tu ingratitud se deba,
Viéndolos todos iguales,
Fuerza es que en comun te mueva
La lástima de ser males.
En mí este efeto violento
Tu hermoso desden le causa;
Tuyo y mio es mi tormento:
Tuyo, porque eres la causa;
Mio, porque yo le siento.
Sepan, Laura, tus desvíos
Que mis males son tan suyos,
Y en mis cuerdos desvaríos
Esto que tienen de tuyos
Quite el horror de ser míos.

REINA.
¡Buen conceto, lindo estilo
Y bien ponderado efeto!
¿Laura es en fin?

CONDE.
No, Señora;
Que aqueste nombre es supuesto.

REINA.
¿Si es por mí? Cobarde amante...

CONDE.
No cobarde, sino cuerdo.

REINA.
Pues revienta de cordura,
O quiere poco.

CONDE.
El mas tierno
Vasallo soy que el amor
Tuvo entre tantos trofeos.

REINA.
No puede haber grande amor
Sin ser pagado; y por eso
Fingió allá la antigüedad
Que hasta que creciese Anteros,
Que es el recíproco, nunca
Crecia Cupido; luego,
Si no decis vuestro amor,
Nunca lo sabrá el sugeto;
Sin saberlo, no os tendrá
Recíproco amor, es cierto;
Si ella no os lo tiene á vos,
No podrá crecer el vuestro;
Luego no puede ser grande
Vuestro amor, pues que vos mesmo
Le quitais el beneficio
De hacer que vaya creciendo.

CONDE.
Aunque está bien discurrido,
Es sofístico argumento;
Que el mas verdadero amor
Es el que en sí mismo quieto
Descansa, sin atender
A mas paga, á mas intento;
La correspondencia es paga,
Y tener por blanco el precio
Es querer por granjería;
Luego es amor imperfecto,
Pues le estraga la codicia,
Y sirve á cuenta del premio.

REINA.
Eso es cuanto á conformarse
Con el favor ó desprecio,
Segun gustare la dama;
Pero no cuando el silencio
Puede ser mucho cuidado,
Que cabe dentro de un pecho,
Sin rebosar por los labios.
(*Ap.* Sí; que por mi mal lo veo.)

CONDE.
No ocupa lugar amor,
Que es espíritu, y no cuerpo;
Fuera de que, si él porfía
Salirse fuera á despecho
De la cordura, el temor
Le hace cejar hácia dentro.

REINA.
Temor de qué?

CONDE.
De decirlo;
Que ser pagado no puedo.

REINA.
Pues ¿qué dama quereis vos,
Que no os quiera?

CONDE.
La que quiero.
Ap. ¿Si me entenderá la Reina?)

REINA.
(*Ap.* ¿Si soy yo quien le desvelo?)
Pues si estáis vos persuadido
Que es imposible quereros,
¿Qué conveniencia es callar?

CONDE.
Callo porque tengo miedo
De aventurar cierta dicha,
Que si la digo, la pierdo.

REINA.
¿Dicha?

CONDE.
Sí, solo callando.

REINA.
¿Qué dicha, si estáis diciendo
Sabeis que no admitiria
Vuestro amor?

CONDE.
Por eso mesmo.

REINA.
¿Porque no os quisieran?

CONDE.
Sí.

REINA.
¿En qué lo fundais?

CONDE.
En esto:
Dentro está del silencio y del respeto
Mi amor; y así, mi dicha está segura,
Presumiendo tal luz (dulce locura)
Que es admitido del mayor sugeto.
Dejándome engañar deste conceto,
Dura mi bien, porque mi engaño dura;
Necia será la lengua si aventura
Un bien que está seguro en el secreto.
No á los labios se asome licencioso
Mi amor, que perderá, desengañado,
Gloria que puede presumir dudoso.
No averigüe su mal, viva engañado;
Que es feliz quien, no siendo venturoso,
Nunca llega á saber que es desdichado.

REINA.
Pues oid lo que os respondo
Con vuestro propio argumento:
Quien callando de miedo ó de respeto
Gloria que se fingió juzga segura,
Solo aquello es feliz que á su locura
Con procurado olvido está sujeto.
Si él se juzga infeliz ya en su conceto,
Y sabe que de necio el bien le dura,
¿Qué bienes declarándose aventura,
O qué males se excusa en el secreto?
Diga pues su cuidado licencioso,
Nada arriesga en quedar desengañado,
Pues que lo está tambien cuando du-
[doso;
Que, si de solo miedo está engañado,
Quizá hablando será mas venturoso,
Y callando no es menos desdichado.

CONDE.
Pues, supuesta la opinion
De vuestra alteza, yo quiero
Atreverme. (*Ap.* Ea, cuidado...)

REINA. (*Ap.*)
Cordura, mucho le aliento.

CONDE.
Por no morir el mal cuando
Puedo morir del remedio...
Digo pues... (*Ap.* Ea, osadía,
Ella me alentó; ¿qué temo?)
Que será bien que tu alteza...

Sale BLANCA, *con la banda puesta.*

BLANCA.
Señora, el Duque...

CONDE. (*Ap.*)
A mal tiempo
Vino Blanca.

BLANCA.
Está aguardando
En la antecámara...

REINA. (*Ap.*)
¡Ay cielos!...

BLANCA.
Para entrar...

REINA. (*Ap.*)
¿Qué es lo que miro?

BLANCA.
Licencia.

REINA.
Decid... (*Ap.* ¿Qué veo?)
Decid que espere. (*Ap.* ¡Estoy loca!)
Decid... andad.

BLANCA.
Ya obedezco.

REINA.
Vení acá, volved.

BLANCA.
¿Qué manda
Vuestra alteza?

REINA.
(*Ap.* El daño es cierto.)
Decidle... (*Ap.* No hay que dudar.)
Entretenedle un momento...
(*Ap.* ¡Ay de mí!) mientras yo salgo,
Y dejadme.

BLANCA.
(*Ap.* ¿Qué es aquesto?)
Yo voy. (*Vase.*)

CONDE.
Ya Blanca se fué;
Quiero pues volver.

REINA. (*Ap.*)
¡Ah celos!

CONDE. (*Ap.*)
A declararme atrevido,
Pues si me atrevo, me atrevo
En fe de sus persuasiones.

REINA. (*Ap.*)
¡Prenda mia en otro cuello!
Vive Dios; pero es vergüenza
Què pueda tanto un afecto
En mí.

CONDE.
Segun lo que dijo
Vuestra alteza aquí, supuesto
Que cuesta cara la dicha
Que se compra con el miedo,
Quiero morir noblemente.

REINA.
¿Por qué lo decis?

CONDE.
(*Ap.* ¿Qué espero?
Si á vuestra alteza... (*Ap.* ¿Qué dudo?)
Le declarase su afecto
Algun aman...

REINA.
¿Qué decis?
¿A mí? ¿Cómo? Loco, necio,
¿Conoceisme? ¿Quién soy yo?
Decid quién soy; que sospecho
Que se os huyó la memoria.
¿Sabeis que no admite el cielo
Peregrinas impresiones
De humanos atrevimientos?
¿Cuándo, si al Olimpo, altivo,
Subir pretendió soberbio,
En la mitad del camino
No quedó cansado el cierzo?
Cuándo vapor contra el sol
Se entregó nube en el viento,
Que no quedase á sus rayos
Menudos átomos hecho?
Suban pues al sol y Olimpo,
Ya altivos y ya groseros,

Soplando viento en suspiros,
Tejiendo nube de afectos,
Y del Olimpo y del sol
A lo ardiente y á lo excelso
Quedará el viento cansado,
Quedará el vapor deshecho.

CONDE.

¡Señora!... (*Ap.* ¡Perdido estoy!
Atrevido pensamiento,
Que neciamente fiaste
Poca cera á mucho incendio.
La Reina, que habló sin duda
Sin intencion...)

REINA.

Idos luego,
No estéis en palacio mas.

CONDE.

Ya obedezco. (*Ap.* ¿Estáis contento,
Loco pensamiento mio?
Ea pues, escarmentemos;
Buscad vuestro centro en Blanca.)

REINA.

¿No os vais? (*Ap.* Mucho valor tengo.)

CONDE.

Ya me voy.

REINA.

No, no os movais,
Y agradecedme que os dejo
Cabeza en que se engendraron
Tan livianos pensamientos.
(*Ap.* ¡Ay recato! Aunque esto digo,
Sabe Dios lo que le quiero.) (*Vase.*)

CONDE.

Adios, ambicion. ¡Ah Blanca!
¡Qué arrepentido que vuelvo
Del tiempo que me apartaba,
De ambicioso ó de soberbio,
Del empeño de tus ojos,
Que son el mayor imperio! (*Vase.*)

Salen EL DUQUE DE ALANSON Y BLANCA.

DUQUE.

No prosigas, Blanca, mas;
Ya el desengaño he entendido,
Yo me doy por advertido
Del aviso que me das.
Cuando partido un cuidado
Entre ti y la Reina vi,
Y era solo amor en ti
Lo que allá razon de estado,
¿Dices que tienes amor
Al Conde, y que es tan forzoso,
Que le has menester esposo
Si quieres tener honor,
Y que de honrada y constante,
No es mucho haber preferido
El que tú buscas marido
A el que á tí te busca amante?
Dices bien; pero recelo
Que otro tuviera por culpa
La que tú das por disculpa,
Y admito yo por consuelo.
Curar quisiste, homicida,
Y fué tan cruel el medio,
Que morirme del remedio
Pude aun mas que de la herida;
Mas yo bebí tan templado,
O de tibio ó de cortés,
El veneno, que despues
Conozco que me ha sanado.
Antes, con pasion trocada,
Te he de pagar generoso
El dejarme tú celoso
Con dejarte yo á tí honrada.
Si dices que en el honor
Eres del Conde acreedora,
Yo hablaré á la Reina agora,
Aunque me lo riña amor;
Yo la pediré, si viene,
Que te case, Blanca bella,
Y tú le dirás á ella
La deuda que el Conde tiene.
Esto mi fe te aconseja;
Y aunque se me queja amor,
No importa, que mi valor
Sabrá acallarle la queja;
Esto ha de ser, aunque lucho
Conmigo y con mi pasion.

BLANCA.

Cuando una resolucion
Tan de vuestra alteza escucho,
¿Qué tengo que responder,
Sino que á su aviso debo
Cobrar el honor de nuevo,
Que perdí como mujer?
A tus plantas...

DUQUE.

Blanca, espera;
No me agradezcas así
El hacer por tí y por mí
Lo que por mí solo hiciera.

Sale LA REINA.

BLANCA.

¡La Reina!

REINA. (*Ap.*)

Cuidado mio,
Búscame alguna disculpa;
Quizá no tuvo la culpa
El Conde. ¡Qué desvarío!
¿No le vi la banda yo?
No pudo ser que otra fuese,
O que á su poder viniese
Sin que el Conde... Pero, no;
¿Cómo pudo...

DUQUE.

(*Ap.* Divertida
La Reina está; ¡gran tristeza!)
Un esclavo vuestra alteza
Tiene en mí.

REINA.

Guarden la vida
De vuestra alteza los cielos.

DUQUE.

Yo he venido á suplicar
Una merced.

REINA.

A mandar,
Diga su alteza. (*Ap.* Desvelos,
Dejadme ya.)

DUQUE.

Blanca y yo
Pedimos una merced
Misma á tu alteza.

REINA.

Pues ved.
Blanca, qué es lo que mandó
El Duque, ó me pedis vos.

DUQUE.

Pues por mí tu alteza hará
Lo que Blanca le dirá
Estando á solas las dos. (*Vase.*)

REINA.

¿Qué será? Confusa estoy.—
Decid pues.

BLANCA.

(*Ap.* Ya estoy resuelta.
No á la voluntad mudable
De un hombre esté yo sujeta;
Que, aunque no sé que me olvide,
Es necedad que yo quiera
Dejar á su cortesía
Lo que puede hacer la fuerza.)
Gran Isabela, escuchadme;
Y al escucharme tu alteza,
Ponga, aun mas que la atencion,
La piedad en las orejas.
Isabela os he llamado
En esta ocasion, no reina;
Que, cuando vengo á deciros,
Por mi mal, una flaqueza
Que he hecho como mujer,
Porque menos os parezca,
No reina, mujer os busco,
Solo mujer os quisiera.

REINA.

¿Tú flaqueza?

BLANCA.

Yo, Señora.

REINA. (*Ap.*)

No sé qué el alma recela.

BLANCA.

Pues requiebros y suspiros,
Amores, ansias, finezas,
Y lágrimas sobre todo,
Son, aunque el honor no quiera,
Lima sorda del secreto
En la mujer mas honesta.
¡Oh, cuán á mi costa supe
Desta verdad la experiencia!
Porque el Conde...

REINA.

¿El Conde?

BLANCA.

El mismo.

REINA. (*Ap.*)

¿Qué escucho?

BLANCA.

Con sus ternezas
De amor...

REINA.

¿El conde de Sex?

BLANCA.

Sí, Señora.

REINA.

(*Ap.* Yo estoy muerta.)
Pasa adelante.

BLANCA.

¡Ay de mí!
Que, como juzgo á tu alteza
Tan léjos destos cuidados...

REINA. (*Ap.*)

Pluguiera á Dios lo estuviera.

BLANCA.

No me atrevo á referirle
Desnudamente mis penas.

REINA.

Pues ¿qué importa? Dilas ya;
Mujer soy tambien, no temas
(Ciega estoy). Dirás que el Conde,
Claro está, amó tu belleza;
Que hubo recados, no es nuevo;
Papeles, ya es cosa vieja;
Que le hablaste, no me espanto;
Que te encareció sus penas;
Si haria, yo te lo creo;
Que hiciste tú resistencia,
Que eres noble, claro está;
Que dió lágrimas y quejas;
Es hombre en fin, bien sabria;
Y que tú, un poco mas tierna,
Eres mujer, no es milagro,
Admitiste sus finezas,
Te pagaste de su llanto,
Y que despues, loca y ciega,
Que incendio crece en un punto,
Amor que empezó en pavesa...
Eres mónstruo, eres prodigio
De voluntad, de firmeza,
De suspiros, de cuidados;
Y él, con recíprocas penas,
Te adora, sirve y estima,
Girasol de tu belleza.
¿Es esto lo que pasó?
¿Mas que fué desta manera?

BLANCA.
Así fué todo.

REINA. (*Ap.*)
¡Ay de mí!

BLANCA.
Pero pasa á mas mi pena,
Pero es mayor mi desdicha.

REINA.
¿Qué dices, mujer? Pues ea,
Dilo todo.

BLANCA.
Porque estando
En aquella quinta mesma
En que estuviste estos dias,
Como de mi padre era
Tan gran enemigo el Conde,
Antes que yo á vuestra alteza
Entrase á servir, Señora,
No se atrevió mi firmeza
A que en público á mi padre
Me pidiese; y yo, resuelta,
Que á veces duerme el recato
Si está la aficion despierta,
Le llamé una noche escura...

REINA.
Y ¿vino á verte?

BLANCA.
¡Pluguiera
A Dios que no fuera tanta
Mi desdicha y su fineza!
Vino mas galan que nunca;
Y yo, que dos veces ciega
Por mirarle estaba entonces,
Del amor y las tinieblas...

REINA.
Pasa adelante.

BLANCA.
No puedo;
Que embarga aquí la vergüenza
La voz.

REINA.
Di pues, mujer;
Dilo, acaba. (*Ap.* Porque beba
De una vez todo el veneno.)

BLANCA.
En fin, yo, rendida y necia,
Muy sin huir el recato,
Muy oyendo sus promesas,
En la ocasion, que es lo mas,
Que hay pocas veces que pueda
Estarse firme el decoro
Cuando en la ocasion tropieza;
Dándome palabra y mano
De esposo...

REINA.
Mujer, espera;
Véte poco á poco; yo
No quiero morir depriesa.

BLANCA.
Me sucedió lo que á todas,
Si en tal lance se pusieran.

REINA.
(*Ap.* Ya bebí todo el veneno.)
¿Qué dices, mujer?

BLANCA.
Tu alteza
Lo colija allá consigo;
Que de ocasion como aquesta
Sacó qué llorar mi honor,
Y no qué decir mi lengua.

REINA. (*Ap.*)
Adios, esperanza mia;
Adios, que ya el viento os lleva.

BLANCA.
Lo que á vuestra alteza pido,
Es que, pues sabe la deuda
Que me tiene el Conde, haga
Que me cumpla la promesa.

REINA. (*Ap.*)
¡Estamos buenos, amor!
¡Oh, quién fingir se pudiera
Alguna duda!

BLANCA.
Esto es justo;
Y pues por deuda tan cierta,
En fin, el Conde es mi esposo...

REINA.
¿Cómo vuestro esposo? (*Ap.* Estoy
Ciega.)

BLANCA.
Como esposo mio.

REINA.
¿Qué escucho? Liviana, necia,
Fácil...

BLANCA.
¡Señora!

REINA.
Que á un hombre,
Olvidada de vos mesma,
A un hombre, á un traidor, á un falso...

BLANCA. (*Ap.*)
¿Qué confusiones son estas?

REINA.
Necia, vuestro honor rendistes.
¿Cómo os atreveis, resuelta,
A decir que amais al Conde?

BLANCA.
Pues ¿cómo así vuestra alteza...
¿Por qué al Conde...

REINA.
(*Ap.* Loca estoy;
El afecto me despeña.)
Este es celo, Blanca.

BLANCA.
¿Celo?
(*Ap.* Añadiéndole una letra.)

REINA.
¿Qué decis?

BLANCA.
Señora, que,
Si acaso posible fuera,
A no ser vos la que dice
Esas palabras, dijera
Que de celos...

REINA.
¿Qué son celos?
No son celos; es ofensa
Que me estáis haciendo vos.
Supongamos que yo quiera
Al Conde en esta ocasion;
Pues si yo al Conde quisiera,
Y alguna atrevida loca,
Presumida, descompuesta,
Le quisiera, ¿qué es querer?
Le mirara, que le viera,
¿Qué es verle? No sé qué diga,
No hay cosa que menos sea;
Con las manos, con los dientes,
Con la vista, con las quejas,
Con la intencion, con el ceño
O con las palabras mesmas,
¿No la quitara la vida,
La sangre no le bebiera,
Los ojos no la sacara,
Y el corazon, hecho piezas,
No la abrasara? (*Ap.* Mas ¿cómo
Hablo yo tan descompuesta?
Los celos, aunque fingidos,
Me arrebataron la lengua
Y despertaron mi enojo.
¡Jesus! ¿yo tan sin modestia?
¡Qué necedad! Qué locura!)
Pero vos estad atenta,
Estaréis desto advertida,
Para cuando se os ofrezca,
Aunque os importe el honor
(Que vuestro honor nada pesa);
Estando yo de por medio,
Que no habeis de hacerme ofensa
De mirar á quien yo mire,
De querer á quien yo quiera.
Mirad que no me deis celos;
Que si, fingido, se altera
Tanto mi enojo, ved vos,
Si fueran verdad, qué hicieran.
Pues en ello os va la vida,
Aunque vuestro amor se pierda,
Escarmentad en las burlas,
No me deis celos de veras. (*Vase.*)

BLANCA.
¡Quedamos buenos, honor!
Honra, decid, ¿quedais buena?
¿Qué ocasion busca la vida,
Si no acaba en esta afrenta?
Mi sangre ofendida clama
Contra el rigor de la Reina;
Burlado mi amor del Conde,
De su ingratitud se queja:
Los celos, siempre mas vivos,
Con mi muerte se alimentan;
Mi llanto celebra el daño
Como alivio ó como queja;
Suspiros mi pecho abrasan
O por indicio ó por pena:
Y entre celos, ansia, llanto,
Rigor, suspiros y ofensas,
Todo el honor lo padece,
Y nada el llanto remedia:
Pues, si no es remedio el llanto,
Sino solo estratagema,
Apelemos, honor mio,
A la venganza; ¿qué esperas?
La Reina ofendió mi sangre,
La Reina, tirana y fiera,
Hermano y padre me quita,
Y sin estados me deja;
La Reina manchó el cuchillo
De María en la inocencia,
La Reina me quita al Conde,
Y me amenaza soberbia
Con equívocas palabras
Que no le mire ni quiera;
La Reina al Conde le obliga,
Ya amorosa ó ya severa,
A que él me niegue, perjuro,
Mi honor; pues la Reina muera.
Ea pues, celos valientes,
No fieis á mano ajena,
Como hasta aquí, la venganza.
Yo misma, yo, pues me alienta
El honor y la ocasion,
He de dar muerte á esta fiera:
Agora entrará á acostarse,
Y pues que sola se queda
En su cuadra, y yo la asisto,
Loca atrevida y resuelta
(Que quien está sin honor,
Desesperada, ¿qué arriesga?),
He de hacerla mil pedazos,
Bien como irritada fiera,
Que, echando menos los hijos,
Sacude al cielo la arena
Y atruena el monte á bramidos,
Hasta que al ladron encuentra;
Hijo es del alma el honor,
Tigre soy y me le llevan,
Y á cobrarle voy furiosa,
Sin que mi peligro tema;
Que al que aborrece la vida
El peligro le festeja.—
Mi enojo va contra tí,
Guárdate de mí, Isabela;
Que soy tigre irritada, y voy resuelta
Hasta cobrar el hijo que me llevas.

Salen EL SENESCAL, LA REINA Y UNA DAMA, *con una luz.*

REINA.

Poned aquesas consultas,
Senescal, sobre un bufete;
Que, aunque ya es tarde, es forzoso
Verlas antes que me acueste.

BLANCA.

Mi enemiga viene aquí,
Sola es fuerza que se quede;
Voy á trazar mi venganza,
Pues tal ocasion se ofrece. (*Vase.*)

SENESCAL.

Guarden los cielos la vida
De tu alteza, como pueden,
Para bien de Ingalaterra,
Pues tan vigilante atiende
A su reino y sus vasallos.

REINA.

Esto es fuerza mientras fuere
Reina; id con Dios, Senescal.

SENESCAL.

Prodigio es la Reina siempre
De prudencia y de valor. (*Vase.*)

REINA. (*Siéntase en una silla, haya un bufete delante della con papeles.*)
¡Qué dificultosamente
El querer bien y el reinar
En un sugeto se avienen!
Déjame un rato, cuidado;
Por cuidado mas decente
Aquestos papeles miro.
Aquí dice: «El conde Félix...»
Conde hubo de ser por fuerza
Con el primero que encuentre;
Conde en fin. ¡Válgame Dios!
¿Si querrá mucho? Si quiere
El Conde á Blanca? ¿Quién duda
(¡Ah traidor!) que la tuviese
En sus brazos? Oh cuidado,
No me aflijas neciamente.
¡Válgame Dios! ¡Qué desvelos!
Haga treguas, mientras viene
La muerte á trazar mis males,
El hermano de la muerte. (*Duérmese.*)

Sale BLANCA, *con la pistola.*

BLANCA.

Guiadme, pasos cobardes;
Que, si el temor os detiene,
Plumas os da mi venganza;
Sola está la Reina, y duerme
Quizá su postrero sueño;
¡Buena ocasion se me ofrece!

Sale EL CONDE.

CONDE.

Fuí á ver á Blanca á su cuarto,
Y no está en él; y así, viene,
Dudoso mi amor, á ver
Si por ventura está en este
De la Reina. Aquí está Blanca.

BLANCA.

Ea, venganza, ¿qué temes?
Esta pistola del Conde,
Que hallé en mi cuarto, á su muerte
Será instrumento.

CONDE.

¿Qué miro?

REINA. (*Entre sueños.*)
Blanca me mata.

BLANCA.

¿Qué temes,
Corazon?

REINA.

De celos, Conde,
Me mata Blanca.

BLANCA.

Bien puedes
Decirlo, porque te mato
De celos con esta...
(*Echa la pistola contra la Reina, y llega el Conde y le ase de la pistola, y Blanca se turba.*)

CONDE.

¡Ah aleve!
¿Qué intentas?

BLANCA.

Déjame, Conde...

CONDE.

Eso no.

BLANCA.

Darle la muerte.

CONDE.

Suelta, Blanca.

BLANCA.

¡Ah infame! suelta.

CONDE.

Pues ¿tú matas...

BLANCA.

¿Tú defiendes...

CONDE.

¿Tú á la Reina?

BLANCA.

¡Ah traidor!

CONDE.

Traidora eres.

Forcejando los dos, se dispara la pistola, despierta la Reina, dentro EL SENESCAL, *y salen* TODOS.

REINA.

¿Qué miro?

SENESCAL.

Acudamos todos.
¿Qué arcabuz, qué ruido es este
En el cuarto de la Reina?
Qué es aquesto?

CONDE. (*Ap.*)

¡Lance fuerte!

REINA.

¿Qué es esto, Conde?

CONDE. (*Ap.*)

¿Qué haré?

REINA.

Blanca, ¿qué es esto?

BLANCA. (*Ap.*)

Mi muerte
Llegó.

CONDE. (*Ap.*)

¿Hay mayor confusion?

SENESCAL.

¿Traidor el Conde?

CONDE. (*Ap.*)

¿Quién puede
Salir de aprieto tan grande?
Porque si callo, se infiere
De mí el delito, y si digo
La verdad, infamemente
Echo la culpa á mi dama,
A Blanca, á Blanca, á quien tiene
Por centro el alma; ¿qué haré?
¿Hubo confusion mas fuerte?

REINA.

Conde, ¿vos traidor? — ¿Vos, Blanca?
El juicio está indiferente;
¿Cuál me libra? Cuál me mata?
Conde, Blanca, respondedme.
«¿Tú á la Reina? Tú á la Reina?»
Oí, aunque confusamente.
«¡Ah traidora!» dijo el Conde.
Blanca dijo: «Traidor eres.»
Estas razones de entrambos
A entrambas cosas convienen.
Uno de los dos me libra,
Otro de los dos me ofende.
Conde, ¿cuál me daba vida?
Blanca, ¿cuál me daba muerte?
Decidme; mas no digais,
Que neutral, mi valor quiere,
Por no saber el traidor,
No saber el inocente.
Mejor es quedar confusa,
En duda mi juicio quede;
Porque cuando mire al uno,
Y de la traicion me acuerde,
Al pensar que es el traidor,
Que es el leal tambien piense.
(*Ap.* Yo le agradeciera á Blanca
Que ella la traidora fuese,
Solo á trueco de que el Conde
Fuera el que estaba inocente.)

SENESCAL.

Señora, aunque vuestra alteza
Averiguarlo no quiere,
A mí, por gran senescal,
Delito tan insolente
Me toca saber de oficio,
Y mas cuando es tan urgente
El indicio contra el Conde,
Pues él en las manos tiene
La pistola.

REINA.

Decis bien;
Averiguarlo conviene.
Decid...

CONDE.

¡Señora!

REINA.

Decid
La verdad, saberla teme
Mi amor; ¿fué Blanca...

BLANCA.

¡Ay de mí!

REINA.

La que intentaba mi muerte?

CONDE.

No, Señora; no fué Blanca.

REINA.

Luego ¿sois vos?

CONDE.

(*Ap.* ¡Lance fuerte!)
No lo sé.

REINA.

¿No lo sabeis?
Pues ¿cómo está aquese aleve
Instrumento en vuestra mano?

CONDE.

(*Ap.* Cielos, ¿qué he de responderle?)
Como yo soy desdichado...

REINA.

No, sino yo.

CONDE. (*Ap.*)

¿Qué me quieres,
Fortuna?

REINA.

Prended al Conde.

SENESCAL.

¿Dónde mandais que le lleve?

REINA.

A la torre de palacio.

CONDE. (*Ap.*)

Fortuna, ya te estremeces.

REINA.

Presa esté Blanca en su cuarto
Hasta que otra cosa ordene,
Y esto mejor se averigüe.

BLANCA. (*Ap.*)
Muda estoy, no sé qué intente.
REINA.
Llevaldos pues.
CONDE. (*Ap.*)
Muerto voy.
REINA. (*Ap.*)
¡Ah Conde, mucho me ofendes!
BLANCA. (*Ap.*)
¡Ah Conde, mucho me obligas!
CONDE. (*Ap.*)
¡Ah Blanca, mucho me debes!
Ruego al cielo que el amarte
La cabeza no me cueste.

JORNADA TERCERA.

Sale LA REINA ISABELA.

REINA.
Preso está el Conde alevoso
Por indicios de traidor,
Y tambien le acusa amor
Por ingrato y engañoso;
De su ingratitud quejoso
Está amor, de su traicion
La justicia y la razon,
Y ambos, luchando entre sí,
Me sacan fuera de mí,
Y estoy sola en mi pasion.
Ea, ya es tiempo, cuidado;
A estar contigo he salido,
Disculpas me has prometido,
A ver si alguna has hallado.
El Conde aleve ha intentado
Darme muerte; ¿cómo pudo?
Supongamos que lo dudo.
El Conde con Blanca ¡ay triste!
Me ofende; ¿qué respondiste
A este cargo? Que estoy mudo.
¿Mudo estás? ¿Si lo estuviera
El fiscal, que es el rigor?
Ingenioso eres, amor;
Búscame alguna quimera.
¡Oh si no saber pudiera
Aquello mismo que sé!
Discurra amor, pues no ve.
Ea pues, ciegos extremos,
Lo que pudo ser pensemos,
No pensemos lo que fué.
¿No pudo ser que no fuera
El Conde quien me mataba,
Sino Blanca, que allí estaba,
Pues yo, celosa y severa,
La dí ocasion de que hiciera
Tan cruel venganza? Sí,
Bien digo; porque yo oí
Razones, que á la disculpa
Igualmente y á la culpa
Las puedo aplicar aquí.
Si el uno me defendia
Cuando el otro me mataba,
El Conde es quien me libraba,
Blanca fué quien me ofendia.
Bien te engaño, pena mia;
Esto es cuanto á los recelos
De la traicion; mas ¡ay cielos!
Dos males el alma llora;
Busquemos disculpa agora
A la ofensa de los celos.
¿No pudo ser que mintiera
Blanca en lo que me contó
De gozarla el Conde? No;
Que Blanca no lo fingiera.
Pues cuando esto verdad fuera,
¿No pudo haberla gozado
Sin estar enamorado?
Y cuando tierno y rendido
Entonces la haya querido,
¿No puede haberla olvidado?
¿No le vieron mis antojos,
Entre encogimientos sábios,
Muy callado con los labios,
Muy bachiller en los ojos,
Cuando al decir sus enojos
Yo su despecho reñí?
Luego ¿á mí me quiere? Sí,
Esto es verdad; y si no,
Amor, no lo sepa yo,
O sépalo yo sin mí.
¡Oh discurso escrupuloso,
Que con réplicas precisas
De un nuevo indicio me avisas!
¿No vi yo al Conde engañoso
El instrumento alevoso
En su mano? Cosa es clara.
¿No pudo ser que llegara
Él á estorbar su traicion,
Y Blanca con turbacion
En su mano le dejara?
Pues él ¿cómo, cuando muere
Su inocencia, no disculpa,
Por no echar á sí la culpa,
A Blanca? Claro se infiere;
Luego el Conde á Blanca quiere,
Pues la libra con su honor.
¿Cómo, si de su rigor
Blanca misma se quejaba?
Luego ¿el Conde me mataba,
Si á Blanca no tiene amor?
¡Oh mal haya la agudeza,
Con que á mi pesar me aviso!
Siempre mi daño es preciso;
Si uno acaba, el otro empieza;
Si busco en su amor firmeza,
Hallo en su lealtad recelos,
Y si quieren mis desvelos
Diferenciar de pasion,
Convalezco á la traicion
Para enfermar de los celos.
¡Oh, si el Conde traidor fuera,
Para que á Blanca no amara!
Oh, si el Conde la adorara,
Para que no me ofendiera!
Oh, quién sin amor le viera,
Por no verle sin honor!
¡Quién hallara en él amor,
Aunque hallara algun vil trato!
¡Oh, quién le tuviera ingrato,
Por no tenerle traidor!

Salen EL DUQUE DE ALANSON Y EL SENESCAL.

DUQUE.
De la fama que el suceso
Divulgó confusamente
Por todo el palacio, supe
Vuestro riesgo, y cuando viene
Mi amor con susto á informarse,
Quieren los cielos que encuentre
Al Senescal, que me ha dicho
Que estáis sin peligro; aumente
La vida de vuestra alteza
El cielo, y la libre siempre
De traiciones.
SENESCAL.
Porque vea
Vuestra alteza si haber puede
Duda en la traicion del Conde,
La misma pistola tiene
Escrito el nombre del Conde;
Que es lisonja que hacer suelen
Los artífices al dueño.
Leerlo tu alteza puede.
REINA.
(*Lee.*) «Soy para el conde de Sex.»
SENESCAL.
Este indicio es evidente
De que es el Conde traidor.

Sacan DOS CRIADOS *á* COSME *asido*

CRIADO 1.°
Entre, acabe.
COSME.
¿Qué me quieren?
CRIADO 2.°
No se resista; ¿qué intenta?
COSME.
Ya no dejo que me lleven
Como un cordero, si agora
Achacarme pretendiesen
Resistencia.
CRIADO 1.°
Avisa tú
Al gran Senescal que aqueste
Es cómplice con el Conde.
SENESCAL.
¿Qué es esto, Fabio? Qué quieres
CRIADO 1.°
Señor, en casa del Conde
Hallamos de aquesta suerte
Aqueste criado suyo,
Que sin duda parte tiene
En la traicion de su amo,
Pues sabiendo que le prenden,
Se ausentaba.
SENESCAL.
¿Cómo entrais
Acá dentro? Haced que espere;
Que está aquí su majestad.
REINA.
No importa; decidle que entre.
(*Ap.* ¡Oh, si disculpase al Conde!)
CRIADO 1.°
Llegad pues.
COSME.
¿Tiene juanetes
El gran Senescal?
CRIADO 1.°
¿Por qué?
COSME.
Déjame que se los bese,
Por captarle la piedad.
SENESCAL.
Cómplice sin duda eres;
Porque ¿cómo te ausentabas,
Si parte en esto no tienes,
En sabiendo que prendieron
A tu amo?
COSME.
Nadie puede
Decir que yo lo sabia;
Que hasta que aquestos crueles
Me agarraron esta noche,
Ignorante estuve siempre
Del suceso; que esta tarde,
Dejándole en el retrete,
Me fuí, y no le he visto mas.
SENESCAL.
Pues ¿dónde ibas desta suerte?
COSME.
Acabara ya; si es eso
Lo que saber se pretende,
Diréle con mucho gusto,
Que á mí nadie ha de vencerme
En cortesía. Yo iba
A Escocia, como un cohete,
Con esta carta del Conde
A otro conde, su pariente.
SENESCAL.
¿Qué es de la carta?

COSME.

Esta es.

SENESCAL.

Muestra.

COSME.

Muestro; ¿qué mas quieren?
Miren si soy porfiado.

REINA.

Temblando estoy; ¡oh, si fuese
En su favor!

SENESCAL.

A Roberto...
Es la carta.

REINA.

Abrirla puedes.

SENESCAL.

Así dice: (*Lee.*) «Conde amigo,
»Informado estoy que tienes
»Grandes quejas de la Reina,
»Y que intentas justamente
»Matarla; yo lo deseo...

REINA.

¡Válgame el cielo! Mostrad;
Su letra y su firma tiene.
No hay que dudar, muerta soy.

SENESCAL.

(*Lee.*) »Para que mas fácilmente
»Nuestro intento se disponga,
»Venirte en secreto puedes,
»Con todos los conjurados,
»A Lóndres; que desta suerte,
»Con el pueblo que me sigue,
»Será fácil darla muerte...

COSME.

¿Hay tan gran bellaquería?

SENESCAL.

(*Lee:*) »Y responde brevemente
»Con ese criado mio,
»Que es hombre muy confidente.»

COSME.

¿Qué escucho? Señores mios,
Dos mil demonios me lleven
Si yo confidente soy,
Si lo he sido ó si lo fuere,
Ni tengo intencion de serlo.

SENESCAL.

Preso le llevad.

COSME.

Esperen;
¿No es grandísima injusticia,
Señor, que preso me lleven
Por confidente, sin serlo?

CRIADO 2.°

Venga ya.

COSME.

Vuesas mercedes
Aguarden; ¿hay tal desdicha?
¡Por confidente! Aun si fuese
Por otro cualquier delito,
Llevara bien el prenderme;
Mas ¿por confidente á mí?
¿Hay mas desdichada suerte?

CRIADO 1.°

Acabe ya.

COSME.

¿Tengo yo
Cara de ser confidente?
Yo no sé qué ha visto en mí
Mi amo para tenerme
En esta opinion, y á fe,
Que me holgara de que fuese
Cosa de mas importancia
Un secretillo muy leve
Que sé suyo, por decirlo;
Que es que el Conde á Blanca quiere,
Que están casados los dos
En secreto; y con ser este
Un cuento de dos de queso,
Que no hay para untar los dientes,
Con algun chisme cartujo
Siempre que se me ofreciere
Lo he de decir, juro á Dios,
Por ver si soy confidente.

REINA.

¿Casados el Conde y Blanca?

COSME.

Recasados.

REINA.

¡Trance fuerte!
(*Ap.* Malas nuevas te dé Dios.)
¿Y se quieren?

COSME.

Se requieren.

REINA.

Idos de aquí.

SENESCAL.

Despejad.

DUQUE.

Pues ¿cómo tanto lo siente?
Si fuera mujer la Reina,
Segun lo que al Conde quiere,
Recelara... Mas no es justo.

COSME.

¡Oh, qué diferente tienen
La cara que no el vasallo,
Si se mesuran, los reyes!
(*Vanse Cosme y los criados.*)

SENESCAL.

Si vuestra alteza dudaba
La traicion del Conde aleve,
Ya la habrá visto bien clara.

DUQUE.

Pues ya que ocasion se ofrece,
No será ser yo fiscal
Si una verdad os dijese,
Y mas cuando vuestra vida
Padeció el riesgo presente
Por no haberos yo avisado;
Yo sé indubitablemente
Tambien que el Conde es traidor;
Porque él, con otros aleves,
Que por cartas conspiraba,
Pretendia dar la muerte
A tu alteza; yo lo supe,
Quísele matar, templéme,
Y por ser tan gran soldado,
Pensando que aquesto fuese
Algun leve enojo, entonces
Yo con palabras corteses
Le procuro disuadir,
Y el secreto le promete
Mi voz, pensando que ya
De su traicion se arrepiente;
Pero, supuesto que el Conde
Porfía, sin que se enmiende
En su traicion, y su alteza
Por tal delito le prende,
Quise darle esta noticia,
Porque si acaso sintiese
Verse amenazar sin causa
Desta traicion, la consuele
Que tiene cabeza el Conde,
Y hay verdugo que la vengue.

SENESCAL.

Y cuando tan gran traicion
Disimular pretendiese
Vuestra alteza, el reino entonces
Castigará á quien la ofende.
(*Vanse todos, menos la Reina.*)

REINA.

Ea, amor, ya el daño es cierto;
Morid ya, cuidado loco,
Pues que no os dejan siquiera
El consuelo de dudoso.
Ya no hay duda que os consuele,
Ya el discurso escrupuloso
La experiencia de mi daño
Me hizo beber por los ojos;
Ya no hay mentira que finjas,
Ya no hay engaño ni abono
Que mientas, ya no hay siquiera
Un quizá; que cierto es todo.
El Conde traidor dos veces
Me ofende, siendo uno solo,
Como á mujer en el gusto,
Como á Reina en el decoro.
El Conde quiere matarme,
El Conde, de Blanca esposo,
Ofende mi amor; el Conde
En amor me causa oprobios,
En traicion me busca muertes,
En cuidados me da enojos,
En deslealtades peligros,
Y en celos me causa asombros;
Mas ¡oh sentimiento! espera,
No confundas presuroso
Dos males que son distintos;
Vámonos mas poco á poco.
Cada cual te busca entero,
Siente el uno, y luego el otro;
Que si de una vez los sientes,
Quizá dirán, sospechosos,
Que es ardid de la flaqueza,
Y no prisa del enojo.
El Conde, adorando á Blanca,
Habiendo entrado engañoso
Tan dentro de mí, ¿se burla
De la fe con que le adoro?
¿Adoro dije? Sí dije;
No pienses que me equivoco.
Honor, duérmase el recato,
Esta vez ahóguese sordo;
Que confunde el sentimiento
La atencion con el ahogo.
El Conde, mi dulce dueño,
Que ya en mi pecho amoroso
Idolo fué, á quien el alma
Consagró en culto devoto
Verdad en tiernas finezas,
Víctima en duros enojos,
Agua en lágrimas distintas,
Y fuego en suspiros roncos,
¿Con otra mujer me ofende?
¿Con otra mujer? Pues ¿cómo?
¿Es Blanca mejor que yo?
¿Tiene valor mas heróico?
¿Tiene mas amables partes?
Y lo que encarezco solo,
¿Quiérete mas, Conde? ¿Debes
A su fe extremos mas locos,
Mas verdad á sus finezas,
A su favor mas soborno,
Mas suspiros á su pecho,
Mas lágrimas á sus ojos?
¿Quiérete mas? Mas ¿qu'es esto?
¿Yo ternuras? Yo sollozos?
Yo, á pesar de mi grandeza,
Con infame llanto mojo
La púrpura real, que viste
La majestad por adorno?
Yo, en rayos que arroja el pecho
Por indicio ó desahogo,
Hago el decoro cenizas
Y el valor deshago en polvos?
Enjugue pues mi venganza,
O bébase lo que lloro;
Cierre la razon valiente
La boca, por donde arrojo
Suspiros que me disfaman,
Porque, cegando los propios,
O me ahoguen ó se vuelvan
A la esfera en que los formo.
¿Cuidado un traidor me debe,
Suspiros un alevoso,
Memorias un desleal,
Y un fementido sollozos?
¿Por un hombre que, infiel,
Estando á las voces sordo

Con que en el rey mudámente
Habla lo majestuoso,
Pretendió darme la muerte,
Siento, gimo, peno, lloro,
Padezco, suspiro y muero?
¡Oh, qué afecto tan impropio!
¡Muera el Conde! Muera el Conde!
Bien repito; que es forzoso
Que muera el Conde dos veces,
Pues dos delitos le noto.
Duplíquese pues su vida;
Muera una vez por asombro
De traicion, por mal vasallo,
Y muera tambien el propio
Otra vez por mal amante,
Y entrambas por alevoso.
Contra el Conde, infiel vasallo,
Hoy, como reina, me opongo;
Contra el Conde, falso amante,
Como mujer, me apasiono.
Busque pues, mujer, venganza;
Reina, legales oprobios;
Justificada, castigos;
Mal correspondida, modos;
Escarmientos, justiciera;
Y en fin, ofendida, asombros,
Para que, muriendo el Conde
Por ingrato y alevoso,
Por castigo y por venganza
Le dén un delito y otro,
El castigo la justicia,
Como la venganza el odio. (*Vase.*)

Salen EL CONDE DE SEX, EL ALCAIDE, COSME, *y luego*, EL SENESCAL.

ALCAIDE.

Aquí está el gran Senescal.

CONDE.

¡Oh Señor!

SENESCAL.

Conde, yo vengo
Por el gusto de la Reina,
Por lo que á mi oficio debo,
Solo á ver si vuecelencia,
Aunque todo el Parlamento
Le ha dado ya por culpado,
Por los indicios de nuevo
Quiere dar algun descargo.

CONDE.

Solo el descargo que tengo
Es el estar inocente.

SENESCAL.

Aunque yo quiera creerlo,
No me dejan los indicios;
Y advertid que ya no es tiempo
De dilacion, que mañana
Habeis de morir.

CONDE.

Yo muero
Inocente.

SENESCAL.

Pues decid:
¿No escribistes á Roberto
Esta carta? Aquesta firma
¿No es la vuestra?

CONDE.

No lo niego.

SENESCAL.

El gran duque de Alanson
¿No os oyó, en el aposento
De Blanca, trazar la muerte
De la Reina?

CONDE.

Aqueso es cierto.

SENESCAL.

Cuando despertó la Reina,
¿No os halló, Conde, á vos mesmo
Con la pistola?

CONDE.

Es verdad.

SENESCAL.

Y la pistola, pues vemos
Vuestro nombre allí grabado,
¿No es vuestra?

CONDE.

Yo os lo concedo.

SENESCAL.

Luego ¿vos estáis culpado?

CONDE.

Eso solamente niego.

SENESCAL.

Pues ¿cómo escribiste, Conde,
La carta al traidor Roberto?

CONDE.

No lo sé.

SENESCAL.

Pues ¿cómo el Duque,
Que escuchó vuestros intentos,
Os convence en la traicion?

CONDE.

Porque así lo quiso el cielo.

SENESCAL.

¿Cómo, hallado en vuestra mano,
Os culpa el vil instrumento?

CONDE.

Porque tengo poca dicha.
(*Ap.* O por decir lo mas cierto,
Porque tengo mucho amor,
Y á Blanca culpar no quiero.)

SENESCAL.

Pues, sabed que si es desdicha,
Y no culpa, en tanto aprieto
Os pone vuestra fortuna,
Conde amigo, que, supuesto
Que no dais otro descargo
En fe de indicios tan ciertos,
Mañana vuestra cabeza
Ha de pagar...

COSME.

Malo es esto.

SENESCAL.

Culpas de vuestra desdicha.

CONDE.

¿No hay remedio?

SENESCAL.

No hay remedio.

CONDE.

Pues, ya que es fuerza el morir...
(*Ap.* ¡Ay mi Blanca, cómo temo
Que tu traicion en mi muerte
No ha de escarmentar! Yo quiero
Hablarla, por persuadirla
Que desista de su intento.)
Pues, ya que muero sin duda,
Y no hay piedad ni remedio,
Hacedme un bien.

SENESCAL.

¿Qué mandais?

CONDE.

Antes que muera (esto os ruego)
Dejadme hablar á mi esposa,
A mi Blanca; porque tengo
Un negocio que encargarle.

SENESCAL.

Yo soy juez, Conde; no puedo.
Mañana habeis de morir,
Y ha de ser con tal secreto,
Que nadie en todo el palacio
Lo sabe ni ha de saberlo;
Porque, como se presume
Que entre nobles y plebeyos
Teneis muchos conjurados,
Porque no se altere el pueblo,
El secreto se procura;
Y así, Conde, esto supuesto,
No es bien que lo sepa Blanca,
Si se procura el secreto.

COSME.

¿Sabe vusted si á mí me ahorcan?

ALCAIDE.

No; que el Conde, vuestro dueño,
En todo os ha disculpado.

COSME.

Déjeme darle dos besos.
Albricias, señor gaznate;
Que, en albricias de que os veo
Libre de tan fuerte trago,
Deshollinaros pretendo
Con otro trago tambien,
Pero ha de ser de Alahejos.

SENESCAL.

Vos, Alcaide, con las guardas
Todas, cerrando primero
La torre, os venid conmigo,
Porque os dé la Reina luego
Orden para ejecutar
Esta muerte.

ALCAIDE.

Yo obedezco.

SENESCAL.

Así lo mandó la Reina.—
Y vos, Conde, disponéos
A morir como quien sois;
Que aquí la sentencia llevo
A que la Reina la firme,
Aunque mas sienta el perderos.

(*Vase el Alcaide.*)

CONDE.

Ea, valor, no me dejes;
Hoy te he menester, esfuerzo;
No eche á perder el temor,
Cuando animoso y resuelto,
Noble, amante y valeroso,
Por librar á Blanca muero,
La hazaña mayor que nunca
Entre romanos y griegos
Con letras de bronce escribe
La corónica del tiempo.
Viva Blanca, aunque yo muera.
¿Fuera bueno, fuera bueno,
Por conservar, temeroso,
La vida que ya aborrezco,
Echar la culpa á mi dama?
¿Qué dijeran de tal hecho
Los que á vista de mi vida
Están á mi fama atentos,
Sino que el conde de Sex,
Con tan vil infame medio,
Como todos los demás,
A la muerte tuvo miedo?
Si por mí temo el morir,
Por mí el vivir tambien temo;
Piérdame yo á mí por mí,
Mas valgo yo que yo mesmo.—
Tráeme una luz.

COSME.

Voy por ella. (*Vase.*)

CONDE.

Ya que á Blanca hablar no puedo,
Para disuadirla, amante,
De su traicion, cuando pierdo
La vida porque ella viva,
Sirva un papel de tercero
Para la fineza (¡ay Dios!)

(*Saca la luz Cosme, y pónela en un bufete.*)

Ultima que hacer espero
Por quien quise mas que á mí;
Bien dije, mas bien lo muestro;
Solo en mí de cuantos aman
No ha sido encarecimiento,
Pues es verdad cierta en mí

Lo que en los otros requiebro.—
Tú, amigo, aqueste papel...

COSME.

Muriéndome estoy de sueño.

CONDE.

Darás en su mano á Blanca;
A Blanca, mi dulce dueño,
En habiendo muerto yo.

COSME.

Así lo haré. Yo me entro
A dormir mientras escribe;
Porque estoy hecho dos cueros,
Si otros están hechos uno,
Con el vino y con el sueño. (*Vase.*)

Sale LA REINA, *con una luz y de la suerte que salió al principio de la comedia, con máscara y enaguas.*

REINA.

Sola está la torre y mudo
El palacio; que por eso,
Por órden del Senescal,
Al Alcalde y guarda tengo
En la antecámara (¡ay triste!),
Esperando el órden fiero
Para la muerte del Conde,
A quien yo misma sentencio.
El Conde me dió la vida;
Y así, obligada me veo.
El Conde me daba muerte;
Y así, ofendida me quejo.
Pues ya que con la sentencia
Esta parte he satisfecho,
Pues cumplí con la justicia,
Con el amor cumplir quiero.

CONDE.

Así está bien; este aviso
Me debe Blanca.

REINA.

Escribiendo
Está el Conde; será á Blanca.
Pues ¿qué importa? Ya no es tiempo
Destas cosas. Triste estado
Es cuando, estando en un pecho
Tan vivo el amor, no tiene
Para los celos aliento.
¡Ay honor, mucho me debes!
Depongamos lo severo,
Algo me deba el amor,
Y tenga tambien mi afecto
En mí de mí alguna parte;
Llévame, piedad; yo llego.—
¡Conde!

CONDE.

¿Qué miro?

REINA.

No es sombra,
Verdad es la que estáis viendo.
Imaginad que es posible,
Porque tiempo no gastemos
Inútilmente en la duda,
Y haciéndoos fuerza el creerlo;
Escuchad el fin que traigo,
Sin averiguar los medios:
Yo soy (si no os acordais,
Por las señas os lo acuerdo)
Una mujer que librastes
De la muerte.

CONDE. (*Ap.*)

¿Qué misterio
Tendrá la Reina en tal traje?

REINA.

En fin, Conde, yo, queriendo
Pagaros con vuestra vida
La misma vida que os debo
(Bien digo, la misma, ¡ay triste!);
Sabiendo agora, sabiendo
Que la Reina, justiciera,
Os da muerte, y sin remedio
Habeis de morir mañana,
Habiendo tenido medio
De tomar aquesta llave
De la torre, que instrumento
Ha de ser de vuestra vida,
Y lo fué de entrar á veros,
No me pregunteis el modo,
A daros la vida vengo.
Tomad la llave, y despues
En la mitad del silencio
De la noche os escapad
Por un postigo pequeño
Que tiene la torre al parque,
Y vivid, Conde; que es cierto
Que si vos moris, sin duda
En mi vida... Pero aquesto
No es del caso. Esta es la llave;
Tomad pues, porque no quiero
Que estos instantes usurpen
Las palabras al remedio.

CONDE.

Ingeniosa mi fortuna
Halló en la dicha mas nuevo
Modo de hacerme infeliz,
Pues cuando dichoso veo
Que me libra quien me mata,
Tambien desdichado advierto
Que me mata quien me libra;
Que estoy, Señora, tan léjos
De ser dichoso, que ahora,
En este favor que os debo,
Se valió de la desdicha
Esta dicha para serlo;
Mas, pues sois tan de mi parte,
Y el tomar aqueste empeño
De librarme solo ha sido
Por pagarme aquel primero
Que me debe vuestra vida,
Yo me doy por satisfecho
Solo con que me troqueis
Un favor de tanto riesgo
A otro mas fácil.

REINA.

Decid.

CONDE.

Para que muera contento,
Antes de morir (que yo
Sé bien que podeis hacerlo)
Merezca yo ver el rostro
De la Reina. Aquesto os ruego
Por la vida que os he dado;
Que solo para este intento
No es bajeza hacer alarde
En mi generoso pecho
Del beneficio que os hice.

REINA.

Nada con la Reina puedo;
Que, aunque estoy muy cerca della,
Tambien della estoy muy léjos;
Pero, si ella está ofendida
De vuestro alevoso intento,
¿Qué consuelo hallar procura
Vuestra traicion, vuestro yerro
De una reina en la justicia,
De una ofendida en el ceño?

CONDE.

¿Yo ofensa?

REINA.

Pues ¿qué descargo
Teneis? Hablad.

CONDE.

Solo tengo
La inocencia.

REINA.

¿Qué disculpa?

CONDE.

(*Ap.* ¡Ay Blanca!) La del silencio.

REINA.

Pues si no hay otro, morir
Es el último remedio,
Y el mas cierto el desta llave.

CONDE.

Ver la Reina es el mas cierto.

REINA.

Pues, aunque para el perdon
Será ocioso aqueste medio,
Yo voy, Conde, á procurarlo
Con ella para el consuelo.

CONDE.

¿Dónde vais?

REINA.

A esto que os digo,
Aunque de la Reina temo
Que no habeis de verla el rostro.

CONDE.

Pues esperad; yo sospecho
Que sois tan una las dos,
Que lo mismo que deseo
De consuelo viendo el suyo,
Conseguiré viendo el vuestro;
Y así, yo quiero excusaros
Que os aventureis en esto,
Pidiendo aquesto que os digo
Cuando vos podeis hacerlo.
Yo os ruego que os descubrais;
Que, si ver la Reina quiero,
Viéndoos á vos, que sois una,
Pienso que será lo mesmo.
(*Ap.* Sepa que la he conocido;
Quizá hará lo que le ruego.)

REINA.

(*Ap.* Pues me conoce tan claro
Forzoso es mudar de intento;
Quizá en viéndome dará
Las disculpas que deseo.)
Yo he de hacer lo que decis;
Pero primero os advierto
Que quizá os está mejor
Que tenga el rostro cubierto;
Que tanto mi ser transforma
Esta máscara que tengo,
Que os espantaréis de ver
Cuánto así me diferencio.

CONDE.

No excuseis tanto mi dicha.

REINA.

Pues si esto ha de ser, primero
Tomad, Conde, aquesta llave;
Que si ha de ser instrumento
De vuestra vida, quizá
Tan otra, quitado el velo,
Seré, que no pueda entonces
Hacer lo que ahora puedo;
Y como á daros la vida
Me empeñé por lo que os debo,
Por si no puedo despues,
Desta suerte me prevengo.
(*Dale la llave.*)

CONDE.

Yo os agradezco el aviso,
Y agora solo deseo
Ver el rostro de mi dicha
En el de la Reina y vuestro.

REINA.

Aunque siempre es uno mismo,
Este que ahora estáis viendo,
Conde, es solamente mio;
Y aqueste que ahora os muestro
Es de la Reina, no ya
De quien os habló primero.
(*Descúbrese.*

CONDE.

Ya moriré consolado;
Aunque si por privilegio,
En viendo la cara al Rey,

Queda perdonado el reo,
Ya deste indulto, Señora,
Vida por ley me prometo;
Esto es en comun, pues es
Lo que á todos da el derecho;
Pero si en particular
Merecer el perdon puedo,
Oid, veréis que me ayuda
Mayor indulto en mis hechos:
Mis hazañas...

REINA.

Ya las sé,
No penseis que no me acuerdo;
Dellas estoy obligada,
Y aunque ya pagado os tengo,
Nunca quisiera otra vez
La grandeza de mi pecho
Escuchar vuestros servicios
Sin daros algo de nuevo;
Y como ahora es forzoso
Que sea inútil recuerdo,
Conde, el de vuestras hazañas,
Pues perdonaros no puedo,
No quiero oirlas, calladas;
Que si soy la Reina y veo
Que de vos estoy servida,
Tambien soy la misma y siento
Qué ofendida estoy de vos,
Y á mi pesar, considero
Que borra la ofensa cuanto
Los servicios habian hecho;
Y así, solo servirá
Decirlas, cuando no os premio,
En mí de vergüenza mucha,
Y en vos de poco provecho.

CONDE.

En fin, ¿la Reina no puede
Usar de piedad?

REINA.

No puedo.

CONDE.

Pues si no puede la Reina
Doblarse al llanto y al ruego,
Una mujer, á quien yo
Di la vida por lo menos,
No dejará de mostrarse,
Pagándome con lo mesmo,
Agradecida.

REINA.

A la Reina
De aquese agradecimiento
No le toca nada, Conde.

CONDE.

Luego ingrato es vuestro pecho.

REINA.

Si la ofendida os castiga
Por cumplir con lo severo,
Tambien la obligada os libra
Por cumplir con el empeño.

CONDE.

¿Cómo?

REINA.

Ya sabeis el modo.

CONDE.

¿No hay otro?

REINA.

No.

CONDE.

No le apruebo,
Es infame.

REINA.

Es el mejor.

CONDE.

¿Me aconsejais?

REINA.

No aconsejo
Lo que es contra mi justicia;
Que antes, si os halla, en saliendo,
Mi rigor, haré mataros.

CONDE.

Y ¿es ese agradecimiento
De quien me debe la vida?

REINA.

No soy yo; pero, supuesto
Que fuese, ya yo cumplí,
Pagando con lo que os debo.

CONDE.

¿Solo con darme esta llave?

REINA.

Sí, Conde, solo con eso.

CONDE.

Luego esta, que si camino
Abriera á mi vida abriendo,
Tambien le abrirá á mi infamia;
Luego esta, que es instrumento
De mi libertad, tambien
Lo habrá de ser de mi miedo;
Esta, que solo me sirve
De huir, es el desempeño
De reinos que os he ganado,
De servicios que os he hecho,
Y en fin, de esa vida, de esa
Que teneis hoy por mi esfuerzo.
¿En esta se cifra tanto?
Pues, vive Dios (estoy ciego),
Que he de hacer que, si quereis
Tener agradecimiento
Y darme la vida, sea
Por otro mas noble medio;
Y si no, que pueda á voces
Quejarme al mundo, diciendo
Que no pagais beneficios;
Que de los reales pechos
Es la mas indigna accion.

REINA.

¿Dónde vais?

CONDE.

Vil instrumento
De mi vida y de mi infamia,
Por esta reja cayendo
Del parque, que bate el rio,
Entre sus cristales quiero,
Si sois mi esperanza, hundiros;
Caed al húmedo centro,
Donde el Támesis sepulte
Mi esperanza y mi remedio;
No quiero huyendo vivir.
(*Arroja la llave.*)

REINA.

¡Ay de mí! Mal habeis hecho.

CONDE.

Sed agora agradecida;
Ya os he quitado este medio
De agradecerme y librarme.
Agora, agora os acuerdo
Servicios y obligaciones;
Que es forzoso, no teniendo
Aquel que me estaba mal,
Buscar otro medio nuevo
De librarme ó ser ingrata.

REINA.

Ser ingrata escoger quiero
(Sin vida estoy); que ese modo
Solo, á pesar del respeto,
Os supo hallar mi piedad.

CONDE.

Luego ¿he de morir?

REINA.

Es cierto.
Yo hice por vos cuanto pude,
A pesar de lo severo:
Como mujer, os libraba;
Como Reina, no me atrevo.
Mañana habeis de morir,
Mañana, mañana es luego.
(*Ap.* ¡Oh llanto! no me publiques
Humana; que cuando dejo
De serlo en tener piedad,
No lo sea en los efetos.)
Adios, Conde.

CONDE.

¿En fin, sois bronce?

REINA.

Pluguiera á Dios fuera cierto;
Mas soy...

CONDE.

¿Qué sois?

REINA.

Ya es ocioso.
Soy quien pondrá en escarmiento
Con vuestra cabeza al mundo.

CONDE.

Por vos inocente muero.
¿Quién me dijera algun dia...

REINA.

Vos teneis la culpa deso;
Que algun dia pensé yo...
Mas tan poca dicha tengo,
Que os doy la muerte yo misma.
(*Ap.* Apenas el llanto enfreno.
¡Ay honor, maldito seas!)

CONDE. (*Ap.*)

¡Ay amor, cómo me has muerto!

REINA. (*Ap.*)

En él moriré aunque viva.

CONDE. (*Ap.*)

En Blanca vivo aunque muero.

REINA. (*Ap.*)

¡Ah, si fueras leal!

CONDE. (*Ap.*)

¡Ah, si
A Blanca quisiera menos!
(*Vanse.*)

Sale COSME, *con una carta en la mano.*

COSME.

A morir llevan al Conde,
Y él me encargó que le diera
Aqueste papel á Blanca,
En muriendo, y será fuerza
Servirle, pues fui criado;
Mas por esta causa mesma
Hay razon para no hacerlo;
Que si es mi amo, la regla
General de los criados
Me excluye desta obediencia.
¿Qué será aqueste papel?
¿Testamento? No, almoneda.
¿Excomunion? No, palabra
De esposo; mas tarde llega.
Mas ya sé lo que es sin duda;
¿Es aquesta la sentencia?
Mas no la inviara así,
La inviara... Que, si es fuerza
Que enviude en muriendo él,
Él, por darla buenas nuevas,
Se la debe de enviar
A que se huelgue con ella.
Mi curiosidad es mucha,
Y no es justo que la tenga
Con cuatro dedos de moho,
Sin decentarla siquiera,
Desde que, por no saber
Lo que llevaba en sus letras
Aquella carta del Conde,
Estuve á pique y muy cerca
De morir por confidente;
¡Maldigo la confidencia!
Esto es escarmiento, astucia,
Recelo, honor, providencia,
Y no deslealtad, señores;
Y hago primero protesta
A los lacayos fieles
Que se usan en las comedias

Que solo aquesto me mueve;
Veamos si es macho ó hembra.
(*Abre la carta.*)
Violéla, ya no hay remedio;
Mas ¿qué es esto, Santa Tecla?
¿Este secreto escondías,
Papel? Voy apriesa, apriesa,
Por si tenerle es delito,
A hacer el silencio piezas,
A hacer el secreto astillas
Y hacerme muchas la lengua;
No me han de coger de susto.
Pero aquí viene la Reina;
Apartado esperaré.

Salen LA REINA Y EL SENESCAL, *y apártase Cosme.*

REINA.

Ejecutad la sentencia.

SENESCAL.

¿Dónde morirá?

REINA.

En palacio;
Porque es fuerza que se tema
Que quizá el pueblo, alterado,
Se conspire en su defensa.
Para escarmiento le mato;
Mas no quiero que lo sepan
Hasta que el tronco cadáver
Le sirva de muda lengua;
Y así, al salon de palacio
Haréis que, llamados, vengan
Los grandes y los milores,
Y para que allí le vean,
Debajo de una cortina
Haréis poner la cabeza,
Con el sangriento cuchillo,
Que amenace, junto á ella,
Por símbolo de justicia,
Costumbre de Ingalaterra;
Y en estando todos juntos,
Mostrándome justiciera,
Exhortándolos primero
Con amor á la obediencia,
Les mostraréis luego al Conde,
Para que todos entiendan
Que en mí hay valor que los rinda,
Si hay piedad que los atreva.

SENESCAL.

Yo voy. Tragedia espantosa
Hoy aqueste reino espera. (*Vase.*)

COSME.

Aguardando estuve á solas
Para hablar con vuestra alteza.

REINA.

¿Qué quereis?

COSME.

Señora, el Conde
Que dé este papel me ordena
A Blanca, en muriendo él;
Yo, por no sé qué quimera,
Le abrí, y hallando en él cosas
Dignas de que tú las sepas,
Le traigo aquí, por si acaso
Al Conde en algo aprovecha.

REINA.

¿A Blanca el papel? Mostrad;
Del Conde es aquesta letra.
(*Lee.*) «Blanca, en el último trance,
»Porque hablarte no me dejan,
»He de escribirte un consejo
»Y tambien una advertencia:
»La advertencia es, que yo nunca
»Fui traidor, que la promesa
»De ayudarte en lo que sabes
»Fué por servir á la Reina,
»Cogiendo á Roberto en Lóndres
»Y á los que seguirle intentan;
»Para aquesto fué la carta.
»Esto he querido que sepas
»Porque adviertas el prodigio
»De mi amor, que así se deja
»Morir por guardar tu vida;
»Harta ha sido la advertencia.
»¡Válgame Dios! El consejo
»Es que desistas la empresa
»A que Roberto te incita;
»Mira que sin mí te quedas,
»Y no ha de haber cada dia
»Quien, por mucho que te quiera,
»Por conservarte la vida,
»Por traidor la suya pierda.»
Hombre, ¿qué trujiste aquí?

COSME.

¿Tenemos mas confidencia?

REINA.

Anda, avisa al Senescal
Al punto, no te detengas...
(*Ap.* ¡Ay Conde, que eres leal!)
Que la ejecucion suspendan.
(*Ap.* No en vano el alma dudaba
Su traicion; ¡alegres nuevas!
¡Viva el Conde, y viva yo!)
¡Hola, guardas! (*Ap.* ¡Qué refrena
Mi alborozo?) Al Conde al punto
Le traed á mi presencia.

Sale EL ALCAIDE.

ALCAIDE.

¿Qué mandas?

REINA.

¿Dónde está el Conde?

ALCAIDE.

Aquí está ya.

REINA.

Pues ¿qué esperas?
Qué es dél?

ALCAIDE.

Aquí está del modo
Que lo mandó vuestra alteza.
(*Descubre al Conde degollado.*)

REINA.

¡Válgame Dios! Llegó tarde.
¡Ah traidores, y qué presta,
Qué veloz esta vez sola
Anduvo vuestra obediencia!
Juro por la misma sangre,
Que, á pesar de mi paciencia,
Que esmalta el cuchillo en grana
Y el suelo en corales riega;
Por esas lumbres del cielo,
Que son mariposas bellas
Que en el luminar del mundo
Trémulamente se queman;
Por ese espejo del dia,
De quien las hachas eternas
Con que se alumbra la noche
Son pedazos que se quiebran;
Que he de dar la muerte á Blanca,
Si en el centro, si en la esfera
Se ocultase; y entre tanto
Que aquesta mudanza llega,
Cubrid aquese cadaver,
No mire yo tal tragedia
Hasta que, matando á Blanca,
Y vengado al Conde, tenga
Fin su traicion con su muerte;
Y del Senado merezca
El perdon de nuestras faltas,
Pues en serviros se emplea.

COMEDIA FAMOSA

TITULADA

EL MARIDO HACE MUJER

Y EL TRATO MUDA COSTUMBRE,

DE DON ANTONIO HURTADO DE MENDOZA.

PERSONAS.

DON JUAN.
DON SANCHO.
DON FERNANDO.
DON DIEGO.
MORON, *gracioso*.
DOÑA JUANA.
DOÑA LEONOR.
INÉS, *criada*.
GENTE.

JORNADA PRIMERA.

Salen MORON *é* INÉS, *criados, muy alegres.*

MORON.
A pares andan las bodas;
Albricias.

INÉS.
¿De qué, picaño?

MORON.
Que hay muchos necios ogaño,
Y habrá novios para todas.

INÉS.
Tu amo perderá el sentido
En ver que ya mi señora
Se casa.

MORON.
Inés, hasta ahora
Quien se pierde es el marido.

INÉS.
De presto desenvainó
El vil conceto.

MORON.
Hable bien;
Que soy muy hombre de bien,
Y no hablo concetos yo.

INÉS.
Pues ¿es delito el conceto?

MORON.
Y aun es pecado importuno,
Y juro á Dios, que á ninguno
Le absolvieron de discreto;
Que son los siempre entendidos
Copas penadas; yo muero
Por hablar leve, que quiero
Descansados los oidos,
Siempre frescor y buen aire;
Por Dios, que es la discrecion
Apretada religion,
Y bravo empeño el donaire.

INÉS.
Los hombres que gracejean
(Vil cosa) que lo casado
Es insufrible y pesado,
Merece que se lo crean;
Que no hay contento tan justo,
Ni puede haber mas contento,
Que hallar en un casamiento
Estimacion, paz y gusto.

MORON.
Ya salen.

INÉS.
Y ¡qué agarrados
De las manos!

MORON.
Bien les viene;
Que tan temprano conviene
Poner paz entre casados.

Salen los desposados de la mano, DON SANCHO *de la de* DOÑA JUANA, *y* DON JUAN *de la de* DOÑA LEONOR, *y con ellos* GENTE *y* DON FERNANDO, *tio de los novios.*

DON FERNANDO.
Para bien, Señora, sea
El ver hoy en cuatro esposos,
Sin necedad dos dichosos,
Y dos venturas sin fea.
Muchos años este bien
Goceis, de mil bienes llenos.

MORON.
No dijo muchos y buenos,
Quejaráse el parabien.
¿Hay cosa, si bien la miras,
En que se digan sin tiento
Necedades ciento á ciento,
Y mil á mil las mentiras,
Que en un pláceme inocente
Y en un pésame ignorante,
Donde hasta el mismo semblante
Es el primero que miente?

INÉS.
Esa es forzosa costumbre,
Y el dicho nunca se excusa.

MORON.
Hasta en saber que se usa
Conozco que es pesadumbre.

INÉS.
Pues ¿cómo quieres decirlo?
De tu simpleza me asombro.

MORON.
El pésame con el hombro,
Y el parabien con gestillo.
Hable todo; que es gran mengua,
Pues hay tantas novedades,
Que todas las necedades
A cargo estén de la lengua.

DON FERNANDO.
Ea, galantes y leves
Los parabienes, señores,
Los mas grandes son mejores,
Pero mejor los mas breves.
Sobrinos, con advertencias
Prolijas no he de cansarme,
Aunque pudiera tomarme
De padre muchas licencias.
Daros aquí de casados
Ahora muchos precetos,
Bien pudieran ser discretos,
Mas tambien fueran pesados.
En la obligacion partido
Llegais el campo á tener;
Cuerda basta la mujer,
Sábio aun no basta el marido.
Suyas son las dos, y nuestras
Las dichas; muchas tened.
Suyas sois en fin, pues ved
Que ya en nada quedais vuestras.
Y vos, don Sancho y don Juan,
Estad cada uno advertido
Que el entrar á ser marido
No es salir de ser galan.
Sufrir todos es el modo
Mas cuerdo y de mas disculpas;

Ellos todo, si no es culpas,
Y ellas las culpas y todo.
Con esto, el dejaros es
El mas cuerdo advertimiento;
Que fué siempre el cumplimiento
Majadero muy cortés.
Adios, adios.

(*Quítase el sombrero, y vase aprisa, y detiénenle.*)

DON SANCHO.

Aguardad.

DON FERNANDO.

Esta fué prevencion mia;
El casarse es compañía,
Yo os doy esta soledad.

DOÑA JUANA.

Id con él, seguidle aprisa,
Y haced que vuelva.

DON JUAN.

Es en vano.—
Vén, don Sancho.

DON SANCHO.

Vén, hermano.

MORON.

Envidia me ha dado y risa
El viejo, que en la costumbre
De embarazo tan atento,
Le ha quitado al casamiento
Gran trozo de pesadumbre;
Que la noche de la boda
Darle á un triste desposado
Con un comedion malvado
Y la parentela toda;
Luego una cena pesada,
Donde ostenta el gran cuidado
La torta su verdugado
Y su moño la empanada;
Y de uno y otro muy lleno,
Quedar el novio maldito,
Entre galan y entre ahito,
Ni para suyo ni ajeno;
Es de las simples crueldades
Que ha inventado el cumplimiento,
Guarnecido el casamiento
De mayores necedades.

INÉS.

Ya anochece; á tu amo lleva
Este aviso.

MORON.

Hacerlo quiero;
Que soy hombre bajo, y muero
Por dar una mala nueva.

(*Vanse todos, menos doña Juana y doña Leonor.*)

DOÑA JUANA.

Ya, hermana, estamos casadas,
Y aunque parezcan tempranos
Los preceptos que en mi tio,
Siendo pocos, fueron tantos,
Advierte que en tan ceñida
Religion ahora entramos,
Que, á no prevenirla el gusto,
La estremeciera el espanto.
Ved la observancia en que humilde
Compiten siempre á milagros,
Retiros lo recoleto,
Y estrecheces lo descalzo,
La modestia capuchina,
El silencio cartujano,
Cuyo encierro á campo abierto
Mudas puertas abre al campo;
Los grandes anacoretas,
Y los eremitas varios,
Las Tebaidas, los desiertos
Poblados de asombros tantos;
Pues todo, todo aun no es
Un movimiento, un amago,
Una imágen, una sombra,
Una línea, un punto, un rasgo
De la religion en que entra
Una mujer, profesando
En la ley de un matrimonio
Las clausuras de un recato.
La religion mas estrecha
Tiene, hermana, noviciado,
En que el arrepentimiento
Mude el rumbo ó vuelva el paso.
Pues cuando (que no lo temo)
Las dos nos arrepintamos,
Romper podrémos á quejas
Los cielos, mas no los lazos;
Que un matrimonio á disgusto
Es guerra, es sitio, es asalto,
Donde, basta que ~~xenea~~ el uno,
Crudamente mueran ambos.
Ya con voluntad ajena
Vivimos, y ya es vasallo
El albedrío, que sufre
De ajeno imperio los brazos.
Eso que nos permitieren
Solo será nuestro, armando,
No de flechas la obediencia,
Sino el respeto de aplausos.
Pero si libres y altivas
Exenciones profesamos,
Y osadas obedecemos
Peligros y antojos vanos,
No habrá tormento ni afrenta
Que las dos no padezcamos,
Dando gemidos sin voz,
Diciendo injurias sin labios.
Sin paz estará la vida,
Sin lástima los trabajos,
Los pesares sin socorro,
Sin enmienda los engaños,
Sin oidos todo el cielo,
Sin remedios todo el daño,
Sin paciencia el sufrimiento,
Y la venganza sin manos.

DOÑA LEONOR.

¡Jesus, hermana! ¡Ay Jesus!
Deja respirar, ~~si acaso~~
Lo permiten los señores
Crespos maridos de ogaño.
No veo en tu prevenido
Sermon, tenebroso y largo,
Ni aquí paz ni despues gloria;
Todo es guerra, todo es llanto.
Solo te faltó sacarme
(Y era poco) entre dos palos
Crucificado un marido,
Y te juro que lo aguardo.
Mientras respondo de veras,
Quiero, aunque están olvidados,
Decirte un chiste, que cuento
Le llamaban los ancianos.
Daba el hábito á un novicio
Un prior, y en acabando
La ceremonia, le dijo,
Muy sesudo y mesurado:
«Hijo, de la religion
Los afanes, los cansancios,
Los aprietos, los rigores,
Todo es, hijo, el primer año;
Que adelante, con la ayuda
De Dios y la mia, hermano,
Quisieras no haber nacido;
Tanto espere el que hace tanto.»
Paréceme que el ejemplo
No es menester aplicarlo,
Y que sientes que olvidaste
Otro consuelo tan falso.
Hermana, en lo misterioso,
En lo austero, en lo afectado,
Queriendo hacerlos decentes,
Se hacen necios los recatos.
Ya que tú del matrimonio
Las montañas me has pintado,
Los despeños, los horrores,
Los asombros, los peñascos;
La pobre doncellería
Sí que observa esos enfados,
De una madre en la clausura,
Y en la religion de un manto;
Pero las casadas, oye,
Que de las muy cuerdas hablo
En quien con lo entretenido
No se embaraza lo santo.
¿No has visto en Madrid el rio,
Donde es tan dulce tacaño
Y mozo de tan buen aire
El pícaro del verano,
Las embozadas meriendas,
Sus verdes traviesos baños,
Blanca injuria de las ondas,
Fresca envidia de los ramos?
Pues todo, todo lo gozan
Casadas nobles, llevando
La vista y la confianza
De un marido atento y sábio.
¿Qué holgura lícita y cuerda
Se les niega, desfrutando
El jardin mas escondido,
El mas público teatro
Sus repetidas visitas?
Que en nuevas y en juicios varios
Son trompetas las señoras,
Son gacetas los estrados;
Que entre permisiones tantas,
Lo ceñido, lo templado,
Aunque todo deuda sea,
Todo merece un milagro.
Y si soltase la vista
A lo diferente y flaco,
En quien los mozos señores
Todos los condes tan claros,
Nada de lo diferente
He de perder; paso llano
Quiero no mas, que primores
Son discretos desdichados.
Nada sufro que me apriete:
Vestido y marido holgado,
Alegre semblante y vida,
Alto cuello y chapin bajo.
Taz á taz voy con mi esposo,
Yo cuerda si él avisado,
Yo enamorada si él tierno,
Yo apacible si él humano,
Yo fiera si él imperioso,
Yo enemiga si él contrario,
Yo rebelde si él terrible,
Yo temeraria si él bravo;
Que no es ley, honor ni deuda
Sufrir un dueño, un tirano,
Muy soberbio de dichoso,
Muy presumido de ingrato.

DOÑA JUANA.

Hermana...

DOÑA LEONOR.

Lo dicho dicho.

DOÑA JUANA.

Pues lo esperado esperado.

DOÑA LEONOR.

Pues ánimo, á la batalla.

DOÑA JUANA.

Pues vencerán los cristianos.

(*Vanse.*)

Salen DON SANCHO y DON JUAN.

DON SANCHO.

Yo vengo resuelto en esto.

DON JUAN.

¿Venis loco?

DON SANCHO.

Vengo honrado.

DON JUAN.

Nunca es honra lo excusado.

DON SANCHO.

Lo forzoso nunca es presto.

DON JUAN.

Dejadme, que aun no es mi tio
Tan extraño como vos;
Que si él hizo con los dos
Aquel fresco desvarío,
Fué á lo menos cortesana
Y airosa la novedad,
Mas la vuestra es necedad
Tan peregrina y temprana,
Que la noche de casado,
En vez de estar un esposo
Entretenido, amoroso,
Si no alegre y sazonado,
Vos con rigores no pocos
Pensando estáis en poner
A vuestra noble mujer
Leyes y preceptos locos.
¡Ahora, cuando era justo
Hacer, en ansia amorosa,
Con vuestra gallarda esposa
Tantos aplausos al gusto,
Darla quereis instrucciones
Severas, desconfiadas,
Pudiendo ser desdichadas
Noticias las prevenciones?
¿Y quereis que vuestra esposa
Piense de vos, desdichado,
Que teneros por menguado
Será censura piadosa?
Vos no quereis entenderlo;
Que es decir á una mujer
Todo lo que no ha de hacer,
Decirla que puede hacerlo.

DON SANCHO.

¿Habeis dicho?

DON JUAN.

He dicho, y poco;
Que es fiera y desapacible,
La cosa menos sufrible,
La mala razon de un loco.

DON SANCHO.

Muy de lo hermano mayor
Os portais, y es caso fuerte,
Y aun injuria, lo que advierte
El imperio, y no el amor.
Oidme, pero sin pena
Y sin furia; que, si estoy
Necio ahora, no lo soy
En cosa ni en casa ajena.
Vos teneis por prisa vana
Que á mi esposa en paz amiga
Esta noche yo le diga
Lo que no ha de hacer mañana.
Si luego esta noche trato
De advertirla, verá en eso
Que no es culpa de su seso,
Sino ley de mi recato;
Y si en otro cualquier dia
Lo advirtiera, fácilmente
Pensara que fué accidente,
Y que no es condicion mia.
Y atenta doctrina es
Que no ignore, si lo ignora,
Que hombre que lo advierte ahora
No lo sufrirá despues.

DON JUAN.

¡Hay tan nueva prevencion!
Reirme, hermano, dejad;
Que aun mas que la necedad
Es necia en vos la razon.
¿Antes, en fin, de acostado
Habeis de hablarla?

DON SANCHO.

Señor,
Muy antes.

DON JUAN.

¿No era mejor
Para despues lo cansado?
Ya que abris tan fresca llaga,
¿Quién os ha hecho temer
Que hiciera vuestra mujer
Lo que no quereis que haga?
Y prevencion corta ha sido,
Y no de ánimo sincero,
No prevenirla primero
De que erais tan prevenido.
Y ved, hermano, por Dios,
Que la ofendeis, pues ansí,
Lo que ella hiciera por sí
Creeréis que lo hará por vos.
Quitaisle en tan flaca muestra
Una gloria, en que os arguya
Que á lo que es decencia suya
Llamaréis prevencion vuestra.

DON SANCHO.

Si esta noche, en fin, procuro
Poner con ley rigurosa,
Leyes, grillos á mi esposa,
¿A qué riesgo me aventuro?

DON JUAN.

Que os tengan...

DON SANCHO.

Paso, no quiero
Oirlo de vos; será
Que por necio me tendrá,
Por villano, por grosero,
Por torpe, por desabrido,
Por cruel, por insufrible,
Por extraño, por terrible,
Por loco, por atrevido.
Pues perdone mi mujer,
Y cuantos se cansen dello;
Que todo eso quiero sello,
Y no lo que puedo ser.

DON JUAN.

Pues eso y esotro y todo
Lo seréis; que en un extraño
Discurso fabrica el daño,
Mas que la sustancia, el modo.
Ya que sois novio importuno,
Haced lo que pruebo yo:
Lo que el mas necio, mas no
Lo que no hiciera ninguno.
¿Vos, con nuevo desatino
Y descaminado empeño,
No atinais á que es despeño
Lo que pensais que es camino?
La mujer que mas se muestra
Flaca, cuando va á perderse,
Firme suele mantenerse
En la confianza nuestra;
Mas si con desconfianza
La tratamos, vengativa,
Todo lo arrastra y derriba,
Hasta la misma esperanza.
Tenga, pues, si se acomoda
Vuestra quietud á tenella,
Todas las virtudes ella,
Vos la confianza toda.
No os la quiteis; que si indicio
Dais en ocasion alguna
De que os falta esta coluna,
Mucho temo el edificio.
Y tanto á temerle llego,
Que lo que ignorante y rudo
Os errais por no ser mudo,
Lo pagaréis por ser ciego.

DON SANCHO.

¿En fin, os parece error,
Y no lo aprobais?

DON JUAN.

¡Que sea
Tan necio un necio!

DON SANCHO.

Pues ea,
Discretísimo señor,
Seguid vos lo confiado,
Yo lo temido, y verémos
Quién hace de ambos extremos
El suyo mas desdichado.

DON JUAN.

El vuestro ya lo habeis hecho;
Que locuras tan pesadas,
Primero que pronunciadas,
Infaman dentro del pecho.
Y dejemos tan cansado
Coloquio; que, vive Dios,
Que, aun dichoso, vos con vos
Siempre seréis desdichado.

Salen DON DIEGO Y MORON, *y hablan aparte los dos hermanos.*

DON DIEGO.

¿Que tú lo viste? Que es cierto
Que se desposó Leonor?
O en el mundo, ó en amor
¿Cuándo se duerme despierto?
En tan injustos enojos,
Solo en mi daño creidos,
De escucharlo los oidos,
Están temblando los ojos.
Desposarse porque fué
Conveniencia, no pudiera
Hallar mas vil, mas grosera,
Baja disculpa la fe.

MORON.

De toda doncella infiero,
Crecidita, que arde y muere
Por matrimonio, y que quiere,
No el mejor, sino el primero.

DON DIEGO.

¿Si estarán ya recogidos?

MORON.

Si cumplen con lo casados,
Hora es de estar acostados,
Pero no de estar dormidos.
¡Qué curiosidad tan vana!
Partid la envidia tambien;
Tú esta noche se la ten,
Y él á tí por la mañana.

DON DIEGO.

¡Qué vil pena, y qué bien lidia
Con ella mi fe inmortal,
Pues llego á tener un mal,
Que le consuela una envidia!
¿Qué haré ya sin esperanza?

MORON.

Irte, y si á acostarte vas
Solo, de ambos tomarás
Honradísima venganza.

DON DIEGO.

Mira si parece Inés.

MORON.

Inés no; pero los dos
Novios.

DON DIEGO.

¿Qué dices?

MORON.

Por Dios,
Que son ambos.

DON JUAN.

Ello es
Desdicha; hacedlo en buen hora,
Que es peor, y ansí lo espero.

DON SANCHO.

Tarde es, cenemos primero;
Pero dos hombres ahora
En casa ¿qué buscarán?

DON JUAN.

Pues si hay dos bodas en ella,
Y en sazon tan dulce y bella
Todo marido es galan,
Esos mozos, en quien brilla
La edad, habrán entendido
Que comedia hemos tenido,
Y alegres vendrán á oilla;
Y si acertaren á ser

Dados á la devocion,
Vendrán á oir el sermon
Que haceis á vuestra mujer.

DON SANCHO.

¿Donaires ahora?

DON JUAN.

Son
Vuestras cosas de tal aire,
Que aun haciéndolas donaire,
Se hacen desesperacion.

MORON.

Atiende; que el un casado
Mira de marido nuevo.

DON SANCHO.

Con poca paciencia llevo
Lo embarazoso y lo hallado.—
Hidalgos desadvertidos,
¿Qué buscan, y tan despacio?
Que esta casa no es palacio,
Que consiente entremetidos.

(*Pónese delante don Juan.*)

DON JUAN.

Paso, don Sancho. ¿Qué modos
Son los vuestros? No penseis,
Cuerpo de Dios, que os habeis
Casado ahora con todos.—
Caballeros, yo creia
Que pensasteis que aquí hubiera
Alguna fiesta que fuera
Digna de vuestra alegría,
Y solo para poderos
Entretener lo estimara,
Y que todo festejara
A tan nobles caballeros.

MORON.

Vos nos habeis conocido
Cabalmente; la María
De Riquelme en compañía,
La mujer de su marido,
Que venia á entreteneros
Creimos.

DON DIEGO.

Y bien lograda
Es al menos la jornada,
Que he llegado á conoceros,
Porque vuestra cortesía...

DON SANCHO.

No es ninguna; ¿cumplimientos
A estas horas?

DON JUAN.

Sentimientos
Dais á la modestia mia;
Ya verán vuestros engaños
Que si un hora no he podido
Sufriros yo tan marido,
¿Qué hará Juana tantos años?
Venid, hermano; que es tarde.

DON SANCHO.

¿Sin irse aquellos?

DON JUAN.

Primero
Nosotros.

DON SANCHO.

¿Qué?

DON JUAN.

Caballero,
¿Mandais mas?

DON DIEGO.

El cielo os guarde.

DON SANCHO.

Vive Dios, pues, que he de ver...

MORON.

¡Hay tal temple de casado!

(*Vanse don Sancho y don Juan.*)

Lástima es que haya topado
Este hombre aquella mujer.

DON DIEGO.

Aunque es tan inexpugnable
La suya, seguirla espero;
Pero deste majadero
Nada puede ser amable.

MORON.

¿Y Leonor?

DON DIEGO.

Hame ofendido
Toda el alma; ¡oh, quién pudiera
Querer la hermana! Que fuera
Grande ayuda su marido.

MORON.

¡Qué distintos dos hermanos!

DON DIEGO.

De hoy mas responderle espero,
A el don Juan con el sombrero,
Y al don Sancho con las manos.

MORON.

No hay que aguzar los aceros;
Si el simplon lo entremetido
Nos vistió, el otro entendido
Nos forró de caballeros.
Inés sale.

Sale INÉS.

INÉS.

¡Con qué gusto
Salgo!

DON DIEGO.

¡Inés mia!

INÉS.

¡Señor!

DON DIEGO.

¿Qué imposible?

INÉS.

Ni en tu amor
Me hables ni en tu disgusto,
Y lee este papel y espera;
Pero, adios.

MORON.

¿Cómo? Eso nones;
Que me has de oir mil razones.

INÉS.

A no ser pocas, lo hiciera;
Decentar la voz no quiero
En esa migaja.

MORON.

Inés,
Dime ahora, y no despues,
De tus amos.

INÉS.

Lo primero
Es, que ya cenando están,
Mi amo don Juan mas gustoso,
Mas alegre, mas chistoso
Que la noche de San Juan;
Pero su hermano don Sancho
Con la visera calada.

MORON.

Él es novio de lanzada,
Cerviguillo corto y ancho.
¡Qué fiero y hosco es el hombre,
Derrengada vista y ceja,
Y sin anomio en la oreja,
No se puede oir su nombre!
¿Están con mucho alborozo
Las hembras?

INÉS.

Mi ama no;
Pero no le fiaré yo
Viejo amor ni nuevo mozo.
En dos airosos manteos,
Blanco y nácar descolladas,
Y en mesuras colocadas,
Envainados los deseos,
Aguardan con bizarría
Su permitida licencia,
De una justa violencia
La forzosa demasía;
Y porque ya habrán cenado,
Y recogerse es razon,
Y la noche y la ocasion
Pide silencio al Senado,
Adios; que despues sabrás
De los nuevos desposados. (*Vase.*)

MORON.

Inés, ¿ya no están casados?
Sepa el turco lo demás.

DON DIEGO.

Cuanto mas leo el papel,
Mas falsedad me parece;
Que este crédito merece
Verdad que empezó sin él.
Tarde me persuadirás
A mas fe y á menos ira;
Que es proprio de una mentira
Socorrerse de otra mas.

MORON.

A la escasa lumbrecilla
Que ofrece en esta ocasion,
En vez del grave blandon,
La picaña lamparilla,
Que se apensó mi amo, veo,
Rumiando las tristes hojas
De aquel papel.

DON DIEGO.

Mas congojas
Y engaños que letras leo.

MORON.

¿Qué tenemos? ¿Son disculpas
De forzóme aquel Neron?

DON DIEGO.

Oye; que hasta en la razon
Hallan peligro las culpas.
(*Lee.*) «Sin fe una injusta violencia
»Me casó, cuando vivia
»Bien hallada en tí la mia;
»Mi muerte fué mi obediencia.
»Una flaca resistencia
»Ninguna victoria alcanza;
»Ya es mi pena tu venganza,
»Y advierte que en la ocasion
»Dentro de la posesion
»Tambien cabe una esperanza.»
Moron, di, ¿qué es esto?

MORON.

¿Qué?
¿Quieres que el alma le saque
En décima, en badulaque,
De la esperanza y la fe?

DON DIEGO.

¿Esperanza?

MORON.

El entendello
Dejemos, si no te enoja,
A la providencia floja,
Que llaman dormir sobre ello.

DON DIEGO.

Yo bien lo entiendo.

MORON.

Que es chanza;
Que en promesa tan vacía,
Engaño y bellaquería
Caben, pero no esperanza.
Deja ya desta cruel,
Como dicen los menguados,
En el jubon los cuidados.

DON DIEGO.

Moron, los que están en él.
¿Inés fuése?

MORON.

Luego al punto
Que el Sancho...

DON DIEGO.
¿Sancho se llama?
Pero es dueño de su ama.
MORON.
Es marido de por junto
El Sancho.
DON DIEGO.
El Sancho nació
De su condicion esclavo.
MORON.
El Sancho es don Sancho el Bravo,
Y manso le espero yo.
(*Vanse.*)

Salen DON SANCHO Y DOÑA JUANA.

DON SANCHO.
No os acosteis, doña Juana;
Oid antes, de honor llena,
Una plática; y si es buena,
Nunca os parezca temprana.
Doña Juana, es un cuidado
Que, si no se da, se tiene;
Quien dice lo que conviene,
Aunque canse, no es cansado.
No aviso en lo que os prevengo
Nada; y si justo no viene
Con el humor que otro tiene,
Será con el que yo tengo.
DOÑA JUANA. (*Ap.*)
Admirada espero y muda.
¿Dónde va á parar este hombre?
Pero, aunque todo me asombre,
Solo hace miedo la duda.
DON SANCHO.
Desde la primera hora
De esposo hacer he querido
Esta accion; perdon os pido
De dilatarlo hasta ahora.
De la manera que al cielo,
Que sus influjos reparte,
Se le sufre en cada parte
El ardor, el aire, el hielo;
Así es forzoso y debido
Que, ya en pesar ó en placer,
Sufra una honrada mujer
El temple de su marido.
DOÑA JUANA.
Esta es razon tan forzosa,
Que le sobra lo advertido.
DON SANCHO.
En la mujer lo sufrido
Es la parte mas hermosa;
¿Esperaréis reprenhensiones
Pulidas y bachilleras?
DOÑA JUANA.
No espero tal.
DON SANCHO.
No á mis veras
Razon, pero si razones.
Vos habeis de andar, ó yo,
Con el tiempo; que en extremos
Distintos cada hora vemos
Un vario, un nuevo Madrid.
Si el poderoso gobierno
El Prado y calle Mayor
Prohiben en un error,
Es un melindre moderno.
A todo habeis de ir adonde
Todos van; mi madre fué,
No temo lo que se ve
Ni apruebo lo que se esconde.
En estaciones excuso
Hablaros, y si ha de ser,
Haced lo que habeis de hacer
Por devocion, no por uso.
Amigas, no sé qué os diga;
Mas si sé: la que eligiera
Vuestra atencion para nuera,
Esa escoged para amiga.
Los trajes, que en varios modos
Son un desvelo importuno,
No habeis de inventar ninguno,
Mas podréis entrar en todos.
Otros misterios que os ruego,
Que ignorais, no, no os lo digo;
Que es presto, y no soy amigo
De decirlo todo luego.
Con esto, acostáos en tanto
Que yo decirlo no quiero.
DOÑA JUANA. (*Ap.*)
No sé cuál ponga primero,
La obediencia ó el espanto.
DON SANCHO.
¿Qué respondeis?
DOÑA JUANA. (*Ap.*)
¡Qué desdichas!
DON SANCHO.
¿Qué deciades ahora?
DOÑA JUANA.
Que mi obediencia os adora.
(*Ap.* Necedades tan bien dichas.
Mas es mi esposo; aunque muera
Respetaré su rigor;
Que desear, al mejor,
Pero sufrir, á cualquiera.) (*Vase.*)
DON SANCHO.
Aun satisfecho no quedo
De que dije lo bastante;
Marido anduve y amante,
Quiero cumplir con el miedo.
Para la noche primera
Algo dije, y mas hablara,
Si otro mal no me llamara,
¡Y quién si ya no lo fuera!
¿En hora tan sospechosa
Dos hombres? Tiemblo de oirlo;
No tengo para sufrirlo
La condicion tan dichosa.
Toda la casa he de ver,
Y toda la he de cerrar;
Con dudar, no hay que dudar;
Con temer, no hay que temer.
A oscuras la casa está,
Pasos voy sintiendo.
(*Anda todas las puertas.*)

Sale DON JUAN.

DON JUAN.
Un daño,
Que recelo, y que no extraño
Que sea de todos ya,
Me ha inquietado ahora, y temo
Una fiera pesadumbre
En mi hermano, que acostumbre
Aun caminando su extremo.
DON SANCHO.
El rumor siento hácia aquí,
Mataré á quien fuere; un hombre
Siento allí.

Sale DOÑA JUANA.

DOÑA JUANA.
No sé qué nombre
A lo que pasa por mí
Pueda darle mi marido.
Aun antes de serlo en todo,
Instrucciones, y en tal modo
Despertar de no dormido
No sé lo que puede ser;
Negarse luego á la cama,
Cuando á caricias de dama
Esperaba á su mujer,
¿Qué será, cielos?
DON SANCHO.
¿Quién va?
Hombres digo que he sentido.
DOÑA JUANA.
Voz escuché.
DON JUAN.
Este ruido
De un gran mal indicios da;
Que hácia el cuarto de mi hermano
Lo siento.
DON SANCHO.
Diga quién es.
DOÑA JUANA.
¡Ay Jesus!
DON JUAN.
Yo tomo, pues,
Aquella luz; que no en vano
Pienso que temo. (*Vase.*)
DON SANCHO.
La vida
Perderá si no habla presto.

Sale DON JUAN, *con luz.*

DOÑA JUANA.
Señor, esposo.
DON JUAN.
¿Qué es esto,
Don Sancho, hermano?
DOÑA LEONOR.
Perdida
Salgo de ver que mi esposo
Con espada y con broquel...
Mas ¡cielo!
DON JUAN.
¡Caso cruel!
Hombre fiero y lastimoso.
DOÑA LEONOR.
Hermana.
DON SANCHO.
Perded el susto;
En casa ruido sentí,
Salí, y mi esposa tras mí,
(*Ap.* Pero ¿á qué? Temerlo es justo.)
La oscuridad y el rumor
Que cerca de mí sentia...

Sale DOÑA LEONOR.

DOÑA LEONOR.
¿Qué ha sido esto, hermana mia?
DOÑA JUANA.
(*Ap.* Por su honor y mi valor,
Lo callaré.) Unos ladrones
Sintió, yo salí, y á oscuras,
Pensando...
DON JUAN.
Vuestras locuras,
Que no ya imaginaciones,
Nos han de traer á estado...
DON SANCHO.
Siento ruido, un bulto veo,
Sin luz salgo.
DON JUAN.
A todo creo
Que saldréis deslumbrado;
¡Vos sois noble, vive Dios!
DON SANCHO.
Si reñis, y no en secreto,
No he de guardaros respeto.
DON JUAN.
Pues yo sí el decoro á vos.—
Aun no estaba recogido
Don Sancho, que al punto oyó
El ruido, y le estimo yo
Que aun no estuviese dormido.
Ya huyeron, volvamos pues
A recogernos.
DOÑA LEONOR.
Ay Juana,
¿Qué hombre es este?

DON JUAN.

Un hombre, hermana,
Tan despierto como ves.

DOÑA JUANA.

Amigas, mientras volvemos
A mirar la casa, entrad,
Y de la noche lograd
Lo que falta.

DOÑA LEONOR.

A tus extremos
Pienso, hermana, que has medido
El esposo que has topado.

DOÑA JUANA.

Siempre deberá el cuidado
Mucho mas á lo marido.

DOÑA LEONOR.

¡Qué honrada y qué mentecata
Respuesta!

DOÑA JUANA.

¿Cómo ese nombre
Le das?

DOÑA LEONOR.

Galan para el hombre,
Y para mujer lo ingrata.

DON JUAN.

Don Sancho, esto va en secreto;
Alabáos que habeis llegado
A que lo desconfiado
No puede en vos ser discreto.
Mirad, hermano, por Dios,
Que desdicha sin morir
Ella se sabe venir;
No la ayudeis tanto vos;
Que os juro...

DON SANCHO.

No jureis nada;
Eternamente he de hacer
Lo mismo.

DON JUAN.

Habeis menester
Mas sufrimiento que espada.
En fin, ¿no hay remedio?

DON SANCHO.

No.

DON JUAN.

Vivid con vos, esto os digo.

DON SANCHO.

Si para vivir conmigo
Ya sé que me basto yo.
¡Oh qué hermano tan sin brio!

DON JUAN.

¡Oh qué mujer, de honor llena!

DOÑA JUANA.

¡Oh qué suerte, para ajena!

DOÑA LEONOR.

¡Oh qué hombre, para ser mio!

JORNADA SEGUNDA.

Sale MORON, *andando aprisa, mirando hácia atrás, receIándose que le siguen y buscando dónde esconderse, y sale* DON SANCHO *tras él.*

MORON.

El Sancho con criminales
Pasos me sigue y molesta,
Y es hombre para una fiesta
De los fieros animales.
Esto de sierpe lernea
Es corto requiebro.

DON SANCHO.

Él es.

MORON.

El Sancho es hombre de piés.

DON SANCHO.

¿Ah hidalgo?

MORON.

¿Quién me hidalguea?
¡Oh mi señor!

DON SANCHO.

Escudero,
¿Qué buscais?

MORON.

¡Oh mi señor!
Cierto amigo que un doctor...

DON SANCHO.

No os turbeis; mostrad primero
El papel.

MORON.

¿Yo?

DON SANCHO.

Vive Dios,
Infame.

MORON.

¡Terrible aprieto!

DON SANCHO.

Suelta ya.

MORON.

Oid un secreto;
El papel no es para vos.

DON SANCHO.

Claro es que no es para mí,
Pero será... Mal nacido,
La vida ó el papel pido.

MORON.

No es igual el trueque.

DON SANCHO.

Aquí
Has de morir, hablador.

MORON.

¡Que me matan!

DON SANCHO.

¡Oh villano!

Sale DON JUAN.

DON JUAN.

Voces son.—¿Qué es esto, hermano?

DON SANCHO.

Este villano traidor,
Que trae un papel.

DON JUAN.

¿Qué importa?

DON SANCHO.

¿Qué importa, si le ha traido
A mi esposa?

DON JUAN.

Hombre atrevido,
La injusta lengua reporta;
Que es imposible, aunque veo
Otro mayor, que es oirlo,
Y otro mas vil, que es decirlo.

MORON.

Todo es falso.

DON JUAN.

Yo lo creo.

DON SANCHO.

Picaño.

DON JUAN.

Aparta.—El papel
Me dad á mí.

MORON.

(*Ap.* Esto es peor.)
Volverme será mejor.—

DON JUAN.

Luego volveréis por él;
Mostrad.

MORON.

Ved que os le doy sano.

DON SANCHO.

Yo le quiero ver primero.

DON JUAN.

¿Primero? Ni aun despues quiero,
Y de que seais mi hermano
Mil veces me ofendo; ¿en qué
Vuestra mujer, en efeto,
Os desmerece el respeto,
La confianza y la fe?
Pues cuando (aunque no hay disculpa
En ello) un error hiciera,
Gran culpa digo que fuera,
Mas decirlo es mayor culpa.
(*Ap.* ¿Qué cosa? ¿Para mi hermana
Papel? Quiero hacer recuerdo
Deste hombre... Sí, ya me acuerdo.)

DON SANCHO.

¡Qué seguridad tan vana!

DON JUAN.

Doña Juana es un espanto,
Es un prodigio de honor,
Y despues de mi Leonor,
De ninguna creo tanto. (*Abre el papel.*)
Será una cosa de risa
Y donaire.

DON SANCHO.

Vedle presto.

DON JUAN. (*Ap.*)

¡Válgame el cielo! ¿qué es esto?
¡Qué no esperado, qué aprisa
Un veneno de ansias lleno
Por mi pecho se dilata,
Que es mil muertes, y no mata
Por mas partes de veneno!
¡Jesus, qué extraña locura
Y qué diferente cosa!
¿Papel para vuestra esposa?
¡Quién la hallara tan segura!

DON SANCHO. (*Ap.*)

Turbado está. Otra vez digo
Que es para mi esposa, y muere
Por deslumbrarme; eso quiere,
Bien lo acabará conmigo.

DON JUAN.

(*Ap.* La injuria, que aun no temia
En mi hermana ni en ajena
Mujer (¡qué rabia! qué pena!),
Toda ha llegado á ser mia.
Este papel se escribió
A Leonor, á mi mujer;
La desdicha puede ser,
Mas no el merecerla yo.)
Estoy furioso y corrido
De que vos á una inocente
Tan virtuosa y prudente
La hayais, don Sancho, ofendido.
(*Ap.* Con inútil piedad vengo
A curar, porque mas pene,
La herida que otro no tiene,
Callando la que yo tengo.)

DON SANCHO.

Todo el papel me ha callado,
Y es la causa toda mia;
Con razon me lo encubria
El pícaro del criado.

DON JUAN.

(*Ap.* El borrador y el papel,
Descuido, que aun da cuidado,
Vienen juntos, bien pensado
El agravio que está en él.
El un papel vuelvo aquí,
Cumpliendo y disimulando
Con un necio hermano, cuando
Me he menester para mí.)
Mancebo desacordado,

Volved á vuestro ejercicio;
Baste ser ruin el oficio,
No le hagais vos desdichado.
Llevad, y con mas recato,
Ese papel á quien va;
No erreis mas, que no os saldrá
Quizá otra vez tan barato.
Andad, andad; que os prometo
Que aun dijera...

MORON.

Vuesasted
Me hiciera mucha merced.
(*Ap.* Gran menguado ó gran discreto
Es este hombre, que el billete
No le ignora; voyme y callo.
¿Dónde estáis, que nunca os hallo,
Venturillas de alcahuete?
¡Quién le diera con un bolo!
Que mira.)

DON SANCHO. (*Ap.*)

¡Qué bien sospecho!

MORON. (*Ap.*)

Vive Dios, que es muy mal hecho
Que le dejen andar solo. (*Vase.*)

DON JUAN.

¿Dónde vais?

DON SANCHO.

Yo voy adonde
Me importa.

DON JUAN.

Gracioso extremo.

DON SANCHO.

Sabré quién es; que me temo
Que es criado de algun conde.

DON JUAN.

Tened; ¿es posible, hermano,
Que imaginases aquel
Desvarío? Sois cruel,
Sois injusto, sois tirano.
¿Vuestra desdichada esposa
Tiene, por mas desdichada,
Con vos dicha deshonrada,
Que aun no basta la hermosa?

DON SANCHO.

¿Pensais que estoy satisfecho?

DON JUAN.

¿Yo pensar tal desatino?

DON SANCHO.

Yo creo lo que imagino.

DON JUAN.

Que os haga muy buen provecho;
Que contra vos viene á ser
Pensar tantas liviandades.

DON SANCHO.

Yo pienso y digo verdades,
Que vos quereis esconder.

DON JUAN.

Ni eso es verdad, ni se entiende
Que debais decirlo vos.

DON SANCHO.

Don Juan, la verdad es Dios;
Quien no la dice la ofende.

DON JUAN.

Justamente se retira
Si á la decencia es contraria;
Verdad que no es necesaria,
Bien merece ser mentira.
Mas para vos no hay tormento
Como vos.

DON SANCHO.

Si esto es gran mengua,
Sed vos cuerdo de la lengua
Y yo del entendimiento. (*Vase.*)

DON JUAN.

A solas conmigo quedo,
Sin atreverme á mi mal;
Que en mal tan nuevo y mortal,
Hasta el valor hace miedo.
Mas la cara al enemigo
Volvamos á ver; leamos
Si este mónstruo que esperamos
Es amenaza ó castigo.
(*Lee.*) «Leonor, tus satisfaciones
»De brazos de ajeno dueño,
»Sin aplauso las escucho,
»Templadamente las creo.
»Si estás descontenta, el trato
»Es mañoso amigo y cuerdo;
»Don Juan milagros le fia
»A la ocasion de un discreto.»
Aquí está borrado, «ingrata»
(Vulgar cosa), aquí, «no quiero
Mas disculpa,» y aquí dice:
«Para engaños sobra el tiempo.
»No respondí á tus papeles
»Ni recados, porque hubieron
»Menester, Leonor, entonces
»Todo yo mis sentimientos.»
¿Satisfaciones? ¿papeles?
¿Recados? ¿Qué busco y temo
Ya mas testigos, y en culpa
Que aun sospechada es lo mesmo?
Mi seguridad, mi fe,
Mi caricia, mi respeto,
Mi confianza, hasta llegar
Al peligro de su extremo;
Con otro empeño á mis brazos,
Y proseguir fiera en ellos
Pláticas, que aun de pensarlas
Se estremece el sufrimiento.
¿Será lo mas valeroso,
Lo mas bizarro, entrar luego
Con saña, con furia y rabia,
Feroz, turbado y soberbio,
A herir de una mujer flaca
El vil descuidado pecho,
A ensangrentar noble mano
En rendido infame cuello?
¿Quién dirá que es bizarría
Ni valor? ¿Puede ser esto?
Que no resistido y fácil,
Venganza será, y no esfuerzo.
En ella culpas y en mí
Agravios, que no se han hecho:
Pero ¿he de guardar ¡ay triste!
A que se hagan, si el fuero
Del honor rayos fulmina
A escondidos pensamientos?
Sea el castigo, en buen hora,
Sañudo, airado y resuelto;
Que honrado será, no airoso,
Y hará mas ruido que ejemplo.
Pero, aunque no hay otra cosa,
Probemos otra, en que veo
Mas constancia, mas valor;
¡Ay, si fuese mas acierto!
Leonor está aventurada,
Perdida no, pues en medio
De la libertad de moza,
Solo entregada á su imperio.
Sus licencias moderando,
Se permitió á un galanteo,
Sobornada de las dulces
Lisonjas de amante tierno.
Y aficionada y servida
Y obligada, puso freno
A la ocasion, y al decoro
Atados tuvo los riesgos.
Veamos si con el arte
Y el cuidado recogemos
Esta barquilla, entregada
A un aire de tantos vientos;
Que si la prudencia y maña
Por advertido y secreto
Camino ayudase poco,
Y el cuidado obrase menos,
Entonces sí llegaría
A tiempo el desnudo acero,
Mas piadoso en lo mas bravo,
Mas limpio en lo mas sangriento.
Mi hermano y yo caminamos
A un mismo errante despeño
Por sendas varias; que tiene
Muchos caminos lo necio.
Honor, estas dilaciones
Te sacrifico, y ofrezco
Mis ceguedades vendadas
Por lámparas á tu templo;
Que á los que ahora me acusan,
Templado, celoso, espero
Poblar de espantos, de asombros,
De horrores y de escarmientos.
Verá Leonor, verá el hombre,
Verá el mundo, verá el cielo
Que no tiene menos furia
La espada en manos de un cuerdo.

Sale DOÑA LEONOR.

DOÑA LEONOR.

Paréceme que he sentido
Hablar con voces y extremos
A don Juan.

DON JUAN.

Leonor es esta.
Yo os vengaré, sufrimiento.

DOÑA LEONOR.

Esposo, don Juan, amigo,
¿Qué teneis?

DON JUAN.

(*Ap.* ¡Oh lisonjero
Agravio!) ¿Qué he de tener?
Una batalla, un infierno,
Un hermano que, furioso
Porque traia un mancebo
Un papel, y recatado
Se lo escondió, de ira lleno,
Y mas de infamia y locura,
Matarle quiso, diciendo
Que era el papel (¡qué bajeza!)
Para su esposa; yo llego,
Libro al hombre, el papel tomo,
Y hallo en él (¡oh viles celos!)
Otra cosa; ¡qué distante!
¡Qué extraña! En pensarlo tiemblo.
En fin, tan distinta y nueva,
Mi Leonor, que te prometo
Que te admirara. El criado
Despido, el papel le vuelvo,
Y á mi hermano (estáme atenta)
Con desden, enfado y ceño
Le digo: «Señor don Sancho,
El término indigno vuestro
Miente á vuestra sangre misma,
Mas no á vuestro entendimiento.
Por mujer teneis un ángel,
Que es muchos en el ingenio,
En la gracia, en la pureza,
En lo apacible, en lo bello.
Advertencias y regalos
Se mezclen siempre, encubriendo
Que es propia herida, y en todo
Muestre un reposo despierto.
Confiadla, divertidla,
Entretenedla, pues vemos
Que, obligada, hasta una fiera
Hace caricias al dueño.
Y cuando ella advierta y mire
Que sin castigos ni fieros,
El marido, en vez de lanzas,
Empuña avisos modestos,
¿Quién duda que, cuerda y sábia
En sus límites estrechos
Se recoja, y luego sean
Los escándalos ejemplos?
Que si medios tan suaves
No bastasen, hierro á hierro,
A fuego y sangre, y sin que
Ni aun cenizas deje el fuego,
Yo mismo, yo le llevara

La mano, y con el denuedo
Que á Leonor, si, á Leonor digo,
En igual trance y aprieto,
Le pasara el pecho, el alma;
Pero ¡ay mi Leonor, cuán léjos
Del daño estoy! Pero en sombras
Asombraran mis recelos;
Miedos tengo que don Sancho,
Con su extraño desacuerdo,
Fué á inquietarla. Voy volando;
Quédate, Leonor, temiendo. (*Vase.*)

DOÑA LEONOR.

En desdicha tan cruel
¿Hay dicha como la mia?
Que este papel me traia
Moron sin duda, y con él
Topó el otro, que ha pensado
Que era para su mujer;
¿Y que un necio sepa hacer
Buenas obras de cuñado?
Todo es como yo pudiera
Pintarlo. Siga lo honroso
Mi hermana; que un falso esposo
Lo paga desta manera.—
¿Inés?

Sale INÉS.

INÉS.

¿Señora?

DOÑA LEONOR.

Trae luego
Los mantos.

INÉS.

¿Adónde vas?

DOÑA LEONOR.

Inés, despues lo sabrás;
En suma, ver á don Diego
Me importa el vivir.

INÉS.

Y en suma
¿Estás resuelta?

DOÑA LEONOR.

Infinito.

INÉS.

Pues vuelo; que el chapinito
Ya no es corcho, sino pluma. (*Vase.*)

DOÑA LEONOR.

¡Si don Diego en el papel
Me nombró! Pero no haria;
Que, mas que culpa, seria
Moderna ignorancia en él.
Quiero, aunque esté mesurado,
Deste suceso avisarle;
Que fácil será toparle,
Pues calle Mayor ó el Prado
No puede ningun ocioso
Negarlo á estas horas.

Sale INÉS.

INÉS.

Ya
Tienes aquí el manto.

DOÑA LEONOR.

¿Está
Descogido?

INÉS.

Ten; ¡qué airoso
Es el traje y qué de hazañas
Ha hecho un ojo tapado,
En un cendal emboscado
Un escuadron de pestañas!
Vamos presto; no nos vea
La hermana ó la madre Juana.

Sale DOÑA JUANA, *al querer irse doña Leonor é Inés.*

DOÑA JUANA.

¿Dónde con mantos, hermana?

INÉS.

La Sancha con todos sea.

DOÑA LEONOR.

Tengo una cosa forzosa
Que hacer.

DOÑA JUANA.

No has de salir.

DOÑA LEONOR.

¿No?
Pues ¿quién lo embaraza?

DOÑA JUANA.

Yo.

DOÑA LEONOR.

¿Conmigo tan imperiosa?
¿Eres mi madre?

DOÑA JUANA.

Soy mas;
Que te conozco, á fe mia.

INÉS.

Ferma, ferma.

DOÑA JUANA.

Hermana mia,
No te canses, no saldrás.

DOÑA LEONOR.

Que saldré, mil veces digo,
Aunque te pese; que estoy
Ya determinada, y soy...

DOÑA JUANA.

Pues yo he de salir contigo;
Que si el negocio es decente,
No estorbo yo, y no lo siendo,
No hay que salir.

DOÑA LEONOR.

Bien te entiendo;
Que hacer de lo impertinente
Virtud, ya es maña traidora
De la mala condicion.

DOÑA JUANA.

Leonor, tú tendrás razon,
Mas no ha de valerte ahora;
Que has de quedarte, ó contigo
He de salir.

INÉS.

Vén en ello;
Que un trascanton ha de hacello.

DOÑA LEONOR.

Quiero que vaya conmigo;
Que para hacer yo mi gusto
No me estorba nadie.—Vé,
Trae el manto.

DOÑA JUANA.

Aunque yo sé
Que harás siempre lo que es justo,
Mientras tus esparcimientos
Llevas, llevarás mis pasos.

DOÑA LEONOR.

Las leyes mas que los casos
En ti sola...

DOÑA JUANA.

Tus intentos,
Leonor, no han menester pocas;
Pónme el manto; ¿adónde has de ir?

DOÑA LEONOR.

No te lo quiero decir.

Salen DON JUAN Y DON SANCHO.

DON JUAN.

No me refieras tan locas
Diligencias.

DON SANCHO.

Por los piés
Se me escapó.

DOÑA LEONOR.

Vén, tapada.

DON JUAN.

Yo no he de hablaros en nada.

DON SANCHO.

Hola, ¿dónde van las tres?

DON JUAN.

¿Qué os alborota? (¡ay de mí!)
Irán donde fuere justo.

DON SANCHO.

Doña Juana, yo no gusto
Que salgais vos.

DON JUAN.

Mi Leonor sí;
Yo quiero que vayais donde
Gustareis, y que lleveis
El coche.

DON SANCHO.

En él no saldréis;
Que á mí nada se me esconde.

DON JUAN.

No hagas caso desto, hermana;
¿Qué dudas? ¿Por qué no vas?

DON SANCHO.

¿Mi mujer salir ya mas
Ni asomarse á la ventana?

DON JUAN.

Vé, Leonor.

DON SANCHO.

No salgais vos.

DON JUAN.

Vé tú sola, y véte al Prado.

DON SANCHO.

Haced lo que os he mandado,
Doña Juana.

DON JUAN.

Vive Dios,
Que han de ir entrambas y cuantas
Hay en casa.

DON SANCHO.

Mi mujer,
Lo que yo quiero ha de hacer.

DON JUAN.

Cuando sin bajezas tantas
Procedais mas atinado.
Malo á mi tio tenemos;
Venid, pues, y á verle irémos.

DON SANCHO.

No me apreteis demasiado;
Que antes en casa encerrada
Mi mujer ha de quedar.

DON JUAN.

Harto mas pudiera estar
Esa locura encerrada.

DON SANCHO.

No he de sufriros de hoy mas;
Que excedeis...

DON JUAN.

Los desabridos,
Preciados de mal sufridos,
Se obligan á sufrir mas;
Que aunque os pese, han de ir las dos.

DON SANCHO.

Doña Juana, todo el dia
A la labor.

DON JUAN.

Leonor mia,
Al Prado, á todo, y adios.
(*Vanse don Juan y don Sancho.*)

INÉS.

Frente á frente ahora están
Dos opuestos escuadrones.

DOÑA JUANA.

¿A mí tan nuevas razones?

DOÑA LEONOR.

¿Yo marido tan galan?

DOÑA JUANA.
¿A mí preceptos tempranos?
DOÑA LEONOR.
¿A mí dueño tan cortés?
DOÑA JUANA.
¿A mí grillos á mis piés?
DOÑA LEONOR.
¿Para mí todo en mis manos?
DOÑA JUANA.
¿Que esté yo sin libertad?
DOÑA LEONOR.
¿Que esté todo en mi albedrío?
DOÑA JUANA.
¿Que escarmiente el honor mio?
DOÑA LEONOR.
¿Que temple mi liviandad?
DOÑA JUANA.
¿Que muestre tanta aspereza?
DOÑA LEONOR.
¿Que tenga tal confianza?
DOÑA JUANA.
Todo merece venganza.
DOÑA LEONOR.
Todo merece firmeza.
DOÑA JUANA.
Todo desobliga así.
DOÑA LEONOR.
Mucho obliga un trato amigo.
DOÑA JUANA.
Honor, yo sea contigo;
Que ya todo es contra mí. —
¿Qué piensas hacer, Leonor?
DOÑA LEONOR.
Ya lo tengo bien pensado.
DOÑA JUANA.
¿La calle Mayor ó el Prado?
DOÑA LEONOR.
Algo he pensado mejor.
DOÑA JUANA.
Tú sola tienes licencia
De tu esposo; vé en buen hora.
DOÑA LEONOR.
No pienso salir ahora,
Juana; que es todo obediencia
Una libertad prudente.
DOÑA JUANA.
¡Qué duras son, qué pesadas
Las acciones recatadas!
INÉS.
(*Ap.* En compás bien diferente
Llevan, y en vario semblante,
Las tortolillas de un nido,
Una bajos de marido,
Y otra contraltos de amante.
Gran descanso es ser mirona
En tal garito.) En fin, ¿cejas?
¿Ya no sales?
DOÑA JUANA.
En fin, ¿déjas
De salir?
DOÑA LEONOR.
Así corona
De aciertos la confianza
A un bizarro hidalgo pecho.
DOÑA JUANA.
Y en mí aquella injuria ha hecho
Movimiento, no mudanza;
Que hay mucho en mí que perder;
Pero, por ser ley divina
El mostrarle que camina
Erradamente, he de hacer
Lo que jamás no llegó
A mi honrado pensamiento;
Dé muestras mi sentimiento,
Solo me perdone yo.
Bueno es querer que por sí
Sea yo á mi honor fiel,
Si ha de ser, mas que por él,
Por lo que me debo á mí.
Tener quiero entre excelentes
Partes, á mi sangre iguales,
Perfecciones naturales,
No virtudes obedientes.
Bajísimo natural,
Ser bueno por complacer,
Y con afectos de ser
Lisonjero espiritual.
Yo salgo, si tú no quieres,
Aunque nada aventurando;
Tengan freno, pero blando,
Las generosas mujeres.
Y ~~por fineza~~ lo cuento
El no haberle obedecido;
Que desta vez advertido
En tan pequeño escarmiento;
Que á hombre tan poco avisado
Avisarle no es injusto
Que quien no sufre lo justo,
Que sufra lo demasiado.
DOÑA LEONOR.
Yo, hermana, no te aconsejo;
Que en hacer lo que prohibe,
He visto siempre que vive
Muy diligente el consejo.
Mas vé, Juana; que haces bien,
Y ambas guardemos justicia,
Yo en pagar una caricia,
Y tú en vengar un desden.
DOÑA JUANA.
Pues oye primero, hermana;
Don Sancho ¿no lo merece?
~~INÉS.~~
Y algo mas.
DOÑA JUANA.
¿Qué te parece?
DOÑA LEONOR.
Que en todo eres muy temprana.—
Entra, Inés.
INÉS.
Voy con temor.
¿Qué, hermana Leonor, tenemos?
DOÑA LEONOR.
Yo sé, Inés...
INÉS.
¡Cuerdos extremos!
Leonor, no sois vos Leonor.
DOÑA LEONOR.
Paguemos en noble trato
Y advertida cortesía;
Que á una fe una villanía,
Ya es ser hereje lo ingrato.
DOÑA JUANA.
Inés, vén conmigo.
INÉS.
Voy.
¿Dónde te lleva el capricho?
DOÑA JUANA.
A no hacer lo que me han dicho.
INÉS.
Del mismo trabajo soy.
DOÑA JUANA.
Honor, no estéis vos quejoso;
Que en resolucion tan nueva,
Yo no voy, porque me lleva
La necedad de mi esposo.
(*Vanse.*)

Sale MORON, *como que huye*, Y DON DIEGO *detrás*.

MORON.
Déjame andar huyendo todavía,
Y no pienses que hacerlo es cobardía;
Que huir de tonto es el valor perfeto,
Ciencia del fuerte y armas del discreto,
¡Oh bendito don Juan! Juan de buen al-
[ma,
Que marido de paz, holgado y ancho,
Como contraveneno es contra Sancho.
DON DIEGO. [ha visto
El don Sancho, es frialdad; que en fin te
MORON.
No me preguntes mas; que, vive Cristo,
Que aun aquí del don Sancho estoy tem-
DON DIEGO. [blando.
¿Que tan noble, cortés, piadoso y blan-
[do,
En tan duro suceso, el mismo esposo
Topó y volvió el papel? Discreto quiso
Callar su afrenta, pero no mi aviso.
Vive Dios, que me afrento de ofenderle,
Y quiero antes vencerme que vencerle.
MORON.
Haces hidalgamente, ¡y qué hidalga
Mujer! Que esta será la vez primera
Que á un cristiano galan correspondi-
[do,
Al mundo haceis los dos ejemplo nuevo,
De tibio amante y de celoso manso;
Que el don Juan, que no rifa como potro,
Es marido de teta con el otro.
DON DIEGO. [ociosa,
Gran tentacion me ha dado, y no está
De galantear la hermana, ilustre, her-
[mosa,
Pues, aunque honesta, en fin se ve ayu-
[dada
De aquella tempestad desconfiada
De su esposo; que están sus inquietudes
De escarmiento poblando las virtudes,
Y débame el marido impertinente
El darle la razon de lo que siente.
MORON. [bo,
Dos mozas, que llamamos de buen gar-
Que ya caduco está lo de buen aire,
Y vulgar el desaire,
Desembarcan de un coche.
DON DIEGO.
Bien se huellan;
Gallardos brios, generosos talles.
MORON.
No hay mejores caballos de las calles.

Salen DOÑA JUANA É INÉS, *tapadas*.

DOÑA JUANA.
Villana servidumbre, y mas villana
La injusta mano que oprimir intenta
Una alma noble, que, naciendo exenta,
Bate el erguido cuello; ¡ah ley tirana!
¡Oh arrogante, oh cruel soberbia hu-
[mana,
Aun de exceder tus márgenes sedienta,
Que libre, que atrevida, que violenta,
Jurisdiccion presume soberana!
Yo, en paz criada, en resplandor nacida,
Sin conocer mis pasos el denuedo,
Al decoro, al honor viví rendida;
Mas ya es justo poder lo que no puedo;
Que no es decente á generosa vida [do.
Que lo que obra el valor se deba al mie-
INÉS.
¿Sabes dónde estás?
DOÑA JUANA.
Inés,

Por nueva en estos antojos,
Todo lo ignoran mis ojos,
Todo lo dudan mis piés.
¿Qué calle es esta?

INÉS.

¡Ay qué Juana!
¿No ves tanto señor mozo,
Bizarro galan destrozo
De tanta quietud humana?
Es la Mayor.

DOÑA JUANA.

Bien dudé;
Que eternamente la vi.

INÉS.

A Moron he visto allí.

MORON.

Si aun lo mismo que se ve
No engaña, á Inés veo ahora
Y á Leonor.

DON DIEGO.

¡Qué injusto nombre!

DOÑA JUANA.

Este es don Diego.

INÉS.

¿No es hombre
De buen arte? (*Ap.* La traidora
Bien le conoce.) ¿Qué hacemos?
¿No hablamos?

DOÑA JUANA.

¡Qué novedad!
¿Hablar yo?

INÉS.

La ociosidad
Es gran pecado; troquemos
Aquello que travesura
Se llama.

DOÑA JUANA.

Inés, ¿yo tan vana?
Mas veamos si mi hermana
Disculpa bien su locura.
Tápate mas; no te vea
Ninguno.

INÉS.

Un manto, Señora,
Anochece á cualquier hora.—
¿Cé, galan?

MORON.

¡Qué bien se emplea
En mí ese nombre!

INÉS.

Simplon.
¿Conóceme?

MORON.

¡Qué! ¿tú eres,
Maldita entre las mujeres?

INÉS.

Moderado socarron,
Llama á tu amo, y con recato
Di que llegue, y que no es
Leonor esta.

MORON.

¿Cómo, Inés?

INÉS.

Como es otra, mentecato.

MORON.

¡Gran razon!

INÉS.

Tenle advertido
Que hable de lo muy perfeto;
Que he dicho que es muy discreto.

MORON.

Sabe decir « desvalido,
Atencion, galantería,
Tal vez desaire, atinado,
Lo cierto es, pesar, cuidado,
Presumido, grosería»...

INÉS.

¡Ay qué discreto!—Señor,
Tiento en hablar; que es la hermana.

DON DIEGO.

¿Estos pasos, doña Juana?
Enredos son de Leonor.

MORON.

¿Es Leonor el turco? Llega,
Desmesúrate.

DON DIEGO.

Es en vano.

INÉS.

Fíate un poco á lo humano,
Suelta el mujer.

DOÑA JUANA.

Soy tan lega
En el arte, que no sé
Ni aun el camino; yo llego.—
¿Sois vos el señor don Diego?

DON DIEGO.

Lo que ha negado la fe,
Bien se pregunta.

DOÑA JUANA.

Merece
Gran atencion la respuesta;
Buena debe de ser esta,
Pero no me lo parece.
Otra oigamos; que por dicha,
Como bisoña, no entiendo
Lo mejor.

DON DIEGO.

Yo no pretendo
Hacer de la fe desdicha;
Bien con mi mal quedo así.

DOÑA JUANA.

¿Esto ha querido mi hermana?
Ya, de honrada, no estoy vana,
Ni me debo tanto á mí.—
Cé, Francisca, llega luego.

INÉS.

Pues bien, ¿qué te ha parecido?

DOÑA JUANA.

Ni sabroso para oido,
Ni lindo para don Diego.

INÉS.

¿Qué te ha dicho?

DOÑA JUANA.

De la fe
Grandes trabajos.

INÉS.

Leonor
Creyó que era.

DON DIEGO.

¡Oh ciego error!
No es mi enemiga, ni sé
Qué será, todo se esconde;
Pero, cualquiera que sea,
Con gran ventaja pelea,
Porque escucha y no responde.

MORON.

¿Decir quién es la tapada
No hay remedio?

INÉS.

No, Moron.

MORON.

¡Oh mantos de humo, que son
Criados, que no encubren nada!

INÉS.

Es una mujer de bien.

MORON.

¡Gran cosa! pero infinitas
Conozco yo...

Sale DON SANCHO

DON SANCHO.

No hay visitas
Como cuidar mucho y bien
De mi casa. De mi hermano
Huyendo vengo, por ver
Si osó salir mi mujer;
Cuerpo á cuerpo, y mano á mano
Están, aunque divididos,
Cuatro allí (ved lo que pasa).
Déjenlas salir de casa,
Que esto verán los maridos.
¿Qué miro? Que son los dos
De quien tanto me recelo;
¿Y ellas quién? ¡ay santo cielo!
Inés, Leonor; vive Dios,
Que son ellas. ¡Bien temí!
¡Qué maldad! qué infamia! Aquel
Es el traidor del papel.
¿Qué haré? ¿Mataréles? Sí.
Mi hermano muy cortesano
Miré, y con rabia me rio.

Sale DON JUAN.

DON JUAN.

¡Que antes de ver á mi tio
Se me escapase mi hermano!
¡Terrible hombre! Él se volvió
A casa.

DON SANCHO.

¿Don Juan?

DON JUAN.

¿Qué es esto,
Don Sancho?

DON SANCHO.

Yo digo presto
Todo lo que siento yo.
Vuestro dictámen holgado,
Tan galante y esparcido,
Tan discreto lo marido,
Lo galan tan demasiado,
Ved, don Juan, ved dónde pára.

DON JUAN.

¿Qué quereis darme á entender?

DON SANCHO.

Que aquella es vuestra mujer.

DON JUAN.

Cien mil veces cara á cara
Mentís, y en vuestro desvelo
Pensad con baja porfía
En la vuestra, no en la mia;
Que os mataré, vive el cielo.
Ni partais entre los dos
Vuestras locas vanidades;
Todas vuestras necedades
Son menester para vos.
(*Ap.* Ellas son, y los dos hombres
Son aquellos, ¡ay de mí!)

DON SANCHO.

Andad primoroso aquí,
Y aunque les deis falsos nombres,
Mis recatos os dirán
Que es cosa mas atinada
Que esté una mujer cerrada
Que hablando con su galan.

DON JUAN.

Si eso verdad fuera, á vos,
Por vil pariente y amigo,
Y á ellas y á todos, digo,
Os matara, vive Dios;
Y aun castigo mas tirano
Merecia el que tan fiero,
La injuria que vió primero
La guardó para un hermano.
(*Ap.* Cierto es mi daño, y el medio
Blando ¡qué inútil salió!
¡Oh mal grande, que enfermó
Nuevamente del remedio!)

MORON.
Pléguete Dios.
INÉS.
¿Qué hay ahora?
Qué tienes, que estás turbado?
MORON.
No es nada; el Sancho me ha dado...
INÉS.
Es mal de todos.—Señora,
Tu marido...
DOÑA JUANA.
Aunque le espero
Sin temor, don Diego, al punto
Os retirad.
DON DIEGO.
No pregunto
La causa, y serviros quiero
En lo que menos quisiera.—
Vamos, Moron.
MORON.
¿Qué has hallado?
DON DIEGO.
Un tahur muy recatado,
Que no envida á la primera.
MORON.
La mesurada es sin duda.
DON DIEGO.
¿En qué lo has visto?
MORON.
En que anda
Tras ella el novio de Irlanda,
Que es su marido de ayuda.
DON DIEGO.
Dejarla solo es injusto.
MORON.
El perro es muy ladrador.
(*Vanse don Diego y Moron.*)
INÉS.
¿Y don Juan?
DOÑA JUANA.
Algo mejor;
Mas tengo espacioso el gusto.
DON JUAN.
¿Seguiréla? No, no venza
Tanto el dolor; que vengar
Esto en público es sacar
Una honra á la vergüenza.
Voy á casa á prevenir;
Mas ¡oh enemiga! ¿qué, qué
Prevengo en tan falsa fe,
Mas que matar y morir?
A buen tiempo mis enojos
Tomaron, fieros, tiranos,
Venganza de propias manos,
Pero no de ajenos ojos. (*Vase.*)
DON SANCHO.
Vive Dios, que estoy corrido
De ver tan afeminado
Un hermano, y mi cuñado;
He de pasarlo á marido.
Mujer loca y atrevida,
Bachillera y licenciosa,
Si fuerais (¿qué es ser?) mi esposa,
Aquí os quitara la vida,
Y holgara que mi mujer
Fuerais; que en mal tan violento...
DOÑA JUANA.
Quiero darle este contento
No mas.
INÉS.
¿Qué quieres hacer?
DOÑA JUANA.
Descubrirme aquí.
INÉS.
Eso no.
DOÑA JUANA.
Responderle.
INÉS.
Eso será
Conocerte.
DOÑA JUANA.
No podrá;
Que soy mal sufrida yo.
DON SANCHO.
¡Qué bien teneis escondido
El rostro en accion tan fea,
Tan baja, porque no os vea
Vuestro ignorante marido!
Sois una mujer liviana,
Sois una...
DOÑA JUANA.
Inés, dejamé;
Dos venganzas tomaré,
La mia y la de mi hermana.
INÉS.
Que no te descubras digo;
Que yo os vengaré á las dos.
DON SANCHO.
Y vos ruin.
INÉS.
Menos de vos;
Con mi ama ni conmigo
No se meta vuesasted;
A su mujer, presumida,
Recatada y recogida,
Puede hacerla esa merced.
¡Hay locuras semejantes!
¿Querer en toda ocasion
Ser, como descomunion,
Novio de participantes?
Que ni á su propio marido
Le sufriera esta señora
Eso que le ha dicho ahora.
DON SANCHO.
Él es tan necio y sufrido,
Que merece, y no es injusto,
Cuanto le sucede aquí.
DOÑA JUANA.
En mi vida, Inés, le oí
Requiebro de tan buen gusto.
DON SANCHO.
Yo sí que tomé buen medio,
Que á mi mujer le estorbé
El salir.
DOÑA JUANA.
Cierto que fué
Muy como suyo el remedio.
DON SANCHO.
Pero vos teneis disculpa;
Que al marido que alcanzais
Qualquier ofensa que hagais
Suya es, no vuestra, la culpa.
DOÑA JUANA.
¡Ay Inés, que estoy corrida!
Que contentándome va.
DON SANCHO.
Este mal ejemplo hará
Que, estrechándole la vida
A mi mujer, á su hermana
La encierre mas cada hora.
INÉS.
Hará siempre lo que ahora
Mi señora doña Juana.
DON SANCHO.
Eso le importa deberme
Su honor, porque mi recelo...
DOÑA JUANA.
Déjame hablar con el cielo;
Que dél no puedo esconderme.
Cielos, ¿que presuma este hombre
Que él es quien buena me hace?
DON SANCHO.
Cualquiera, no como nace,
Como vive, tiene el nombre;
La sangre es tiempo perdido;
El marido hace mujer.
DOÑA JUANA.
Pues esta vez no ha de ser;
La mujer hará al marido.
INÉS.
¿Cómo?
DOÑA JUANA.
Con ser cada dia
Batalla lo que fué amor.
INÉS.
Nunca es bueno el ser peor.
DON SANCHO.
¡Qué mujer para ser mia!
Buen marido á toda ley.
DOÑA JUANA.
¡Hay tal bruto!
INÉS.
Es toro fiero,
Y remedio no le espero,
Sino que le tire el Rey.

JORNADA TERCERA.

Sale DOÑA LEONOR.

DOÑA LEONOR.
Si la nieve erizada
En hombros del enero
Se muestra el cierzo fiero
De crespo horror armada,
Apacible se templa al blando rayo
De los sonoros céfiros de mayo.
Si el mar con rizas huellas
Pisa el sol las plumas,
Y en escollos de espumas
Peligran las estrellas,
Luego se humillan las hinchadas olas
A tiernas calmas y á caricias solas;
Si el poderoso airado,
De la fortuna dueño,
Saca su altivo ceño,
De asombros coronado, [tante,
Glorioso á un rendimiento en breve ins-
La tempestad serena del semblante;
Yo, que nieve no he sido,
Fuego ni mar furioso,
Ni airado poderoso,
Ni bruto embravecido,
Mas bien mejor me rendiré constante
A un marido galan que á un loco amante.
Sale DON JUAN.
DON JUAN.
Por el aire quisiera, en tanto fuego,
Haber llegado ya, que vuelvo ardiente;
De mi infamia la luz me lleva ciego,
Negado á la noticia de la gente.
Verá Leonor, verá si tarde llego
A la venganza, y que sangrientamente,
Sin hacer del silencio servidumbre,
Sé sufrir por valor, no por costumbre.
Aquí está mi cuñada; ¡oh generosa
Envidia noble de mi honor perdido!
Oh valiente mujer! Oh paz gloriosa
De la injusta inquietud de tu marido! [sa!
Oh á mas rigor mas furia! Oh falsa espo-
Mas libre á mas amor, de amor vencido, [tida,
¡Qué en vano te obligué cuando, adver-
Mas récio que mi voz te habló mi vida! [diente
¡Qué apacible, qué amable, qué obe-
A tu dueño! Yo solo el ignorante.

¡Oh Juana! Dulce amiga honestamente,
Aun le adoras las culpas del semblante.
Y qué osada Leonor y qué insolente,
Atenta á las lisonjas de su amante;
¡Oh cómo tarda! Oh si llegase, y luego!
Pero ¿á qué nueva luz estoy mas ciego?
¿Leonor aquí?

DOÑA LEONOR.

Don Juan, mi bien, mi amigo.

DON JUAN. (*Ap.*)

¡Válgame Dios! ¿Es cierto? Es mas engaño?
¿Llegó primero, ó yo tardé conmigo,
Con el peso y dolor de tanto daño?

DOÑA LEONOR.

Mi señor, ¿qué teneis?

DON JUAN. (*Ap.*)

Aun no me obligo,
Con tanto desengaño, al desengaño.
Yo vi á Inés, yo la vi; que en ver enojos
Pesados, verdaderos son los ojos.
¡Ellas eran, no hay duda, cielo santo!

DOÑA LEONOR.

¿Mi bien, esposo?

DON JUAN. (*Ap.*)

Quede el honor mio
Vengado y muera.

Salen DOÑA JUANA *é* INÉS, *con mantos.*

DOÑA JUANA.

Inés, quita este manto.

DON JUAN.

Inés, Juana; ¿qué veo? ¿Es desvarío?

DOÑA JUANA.

¡Qué léjos! No pensé cansarme tanto.

DON JUAN.

Como es bien, á los ojos no le fio.
Respirad, corazon; perdona, esposa,
Que en tu hermana te miro mas hermosa.

INÉS.

Tu cuñado está aquí.

DOÑA JUANA.

No temo nada.
Entre, que solo á mí temerme puedo;
Que es furia una mujer desobligada,
Que al miedo tiene ya perdido el miedo.
(*Vanse doña Juana é Inés.*)

DON JUAN.

(*Ap.* En mi advertencia envainaré mi espada,
Pues satisfecho y recatado quedo
Que lo que mas se oye y que se mira
No tiene mas verdad que ser mentira.)
Leonor.

DOÑA LEONOR.

Don Juan, Señor; hablad, bien mio,
¿Qué cuidados traeis?

DON JUAN.

Turbado ahora
Llego, Leonor, de ver á nuestro tio,
Que no los males desta casa ignora.
De don Sancho ha sabido el desvarío,
Y tan caducamente á Juana adora,
Que temo en tal ruina, en tantos daños,
El anciano edificio de los años.
(*Ap.* Quiérola divertir en Juana ahora;
Piense, y no en mi turbado pensamiento;
Que una desconfianza es mas traidora
Cuando no la merece un sentimiento.)
Leonor, dichosa el alma que te adora
Y á tus divinas partes vive atento;
Que á tí, nunca ofendida ni quejosa,
Aun lo entendida te confiesa hermosa.
Voy á estorbar que el viejo apresurado
No intente aquel remedio tan ruidoso,
Para necesidad tan desdichado,
Para la estimacion tan peligroso.
¡Dichoso nuestro amor, feliz estado
El nuestro, y cien mil veces yo dichoso,
Que en tu amable, en tu hermosa compañía,
Envidia todo el sol la estrella mia!
(*Vase.*)

Salen INÉS, *con manto*, *y* DOÑA JUANA.

DOÑA JUANA.

Inés, ya me entiendes.

INÉS.

Tanto,
Que voy luego, y á mis piés
Madrid chico golfo es
Cuando me embarco en mi manto.
La caridad deste oficio
Es grande; que ellas primero
Toman hierro en vez de acero,
Y yo hago el ejercicio. (*Vase.*)

DOÑA LEONOR.

Hermana, ¿cómo has tardado
Tanto?

DOÑA JUANA.

Te lo ha parecido.

DOÑA LEONOR.

¿Si lo sabe tu marido?

DOÑA JUANA.

Leonor, llámale cuñado,
Y no hables mucho conmigo.

DOÑA LEONOR.

¿Qué es no hablar mucho? ¿Es razon,
Sabiendo la condicion
De tu esposo?

DOÑA JUANA.

Ya te digo
Que le llames tu cuñado,
Y no mas.

DOÑA LEONOR.

¿Súpote bien
La calle Mayor, en quien
El primer paso que has dado
Tuviste entera una tarde?
¿Es bueno, es justo, es decente
Que al escuadron floreciente
Y al tierno bizarro alarde
De tanto libre mancebo
Fuese tu retiro airoso,
Lo mirado por lo hermoso,
Lo buscado por lo nuevo?
De bien acondicionado
Un hombre opinion tenia,
Pero su mujer decia:
«Sí, sí: por lo enladrillado.»
Y así, tú, encogida y bella,
Sin la ocasion cuerda has sido,
Pero en una que has tenido
Luego tropezaste en ella;
Y en fin, si has hundido el mundo
No mas de por un enfado,
¡Ay triste del mi cuñado,
Juana, al enojo segundo!

DOÑA JUANA.

¿Cómo, cómo tú ese modo?
¿Quién te ha hecho en lo que excedes
Tan virtuosa, que puedes,
Leonor, murmurar de todo?
¿Quién vió jamás, quién, tan potro
Lo santo, santo menguado,
Que todo lo reformado
Quiere empezar por el otro?
Si la reprehension por tí
Empieza, tan ocupada
Estará, Leonor, que nada
Ha de sobrar para mí.
La virtud tendrá segura,
Aunque mas tarde comience,
En el vicio quien le vence,
Pero no quien le murmura.
¡Oh virtud mal entendida,
Ya del alma falsa estrella,
Que todos hacen con ella
Conveniencias de la vida!
Nunca vi al mundo tan lleno
De maldad, que aun es mayor
Que ser malo, y ser peor
Disputar tanto el ser bueno.
A ofender no me acomodo
A ninguno, es fuerza aquí;
Pero hoy predico de tí,
Y así te lo digo todo.

DOÑA LEONOR.

Juana, correrte no quiero;
Deja, no hagas mas estrago;
Si digo lo que no hago,
De tí lo aprendí primero.

DOÑA JUANA.

Solo un error esto encierra.

DOÑA LEONOR.

¿Y es, Juana?

DOÑA JUANA.

Que siendo aquí
Tú la enferma, yo me fuí
A los aires de tu tierra.
(*Vase Leonor.*)
Soberana virtud, sencilla y pura,
De nuestra vida estimacion primera,
Mi alma con rendido amor venera
La gloriosa verdad de tu hermosura.
Mas de tí, ¡oh vergüenza, oh mal segura
Virtud bastarda, fementida y fiera!
Con destrozo fatal hallar quisiera
La preciada traicion de tu locura.
Con ira noble miraré un tirano
Esposo vil, que en ciego barbarismo
Mi quietud alteró turbada en vano.
Cielos, de mí ¿qué fuera en tanto abismo,
Si, como mi desdicha está en su mano,
No estuviera tambien mi valor mismo?

Sale DON SANCHO.

DON SANCHO.

¡Que me detuviesen tanto
Aquellos hombres, que no
Pude seguirlas! Que yo
Tal sufrí! De mí me espanto.

DOÑA JUANA.

El cuñado de mi hermana
Viene aquí; ¿si habrá traido
Otro primor de marido?

DON SANCHO.

Mas aquí está doña Juana.

DOÑA JUANA.

Veamos si me agradece
Que no salí con Leonor.

DON SANCHO.

Buen cuidado, grande amor
Toda esta casa os merece;
Que con tanta libertad
Salir á Leonor dejasteis,
Que en consentirlo tomasteis
Parte de la liviandad.

DOÑA JUANA.

(*Ap.* Fortuna cruel, grosero
Marido, si esto es querer
Que yo sea vil mujer,
¿Qué importa, si yo no quiero?)
Si obedeció á su marido,
¿Qué le pides?

DON SANCHO.

Buen acuerdo;
¿Qué importa? Que solo el cuerdo
Ha de ser obedecido.

DOÑA JUANA.
¿De suerte que será culpa?

DON SANCHO.
Grande, obedecer á un loco.

DOÑA JUANA. (*Ap.*)
Aunque no me ayudas poco,
No me bastas por disculpa.
Mas ¿quién dudó quién así
Merece una villanía?
¡Ah, la venganza mia
Se pudiera hacer sin mí!

DON SANCHO.
¿Habeisle ya preguntado
Qué coche, dama ó señor
Topó en la calle Mayor,
Florido arrabal del Prado?
¿Procurasteis que informada
Os trujese relacion
De su ociosa ocupacion
Y de tanto no hacer nada,
Y la espaciosa porfía
Con que en calma tanto coche
Cuentan por fiesta á la noche,
El haber perdido el dia;
El concierto, el gusto, el nombre,
Y en la carroza insolente
Admitir, no solamente
La plática, sino el hombre?
¿Todo eso quereis saber?
¡Qué honrado trato, qué honesto!

DOÑA JUANA.
¡Válgame Dios! ¿Que todo esto
Puede hacer una mujer?
Y cuando eso hubiera sido,
Que no será, ¿no es peor
Que hable en la calle Mayor
Y lo vea mi marido?

DON SANCHO.
(*Ap.* Vive Dios, que lo ha contado,
Y que iban juntas las tres;
Todo lo sabré de Inés.)
Cuando un marido es menguado,
Todo es fácil que se vea,
Y quien no estorba á una hermana
Lo atrevida y lo liviana,
Es forzoso que lo sea.

DOÑA JUANA.
¡Don Sancho!

DON SANCHO.
Hablad; que aun me enfada
En vos silencio tan loco.

DOÑA JUANA.
No puedo deciros poco;
Y así, no os respondo nada.
(*Ap.* Mucho me llego á temer
Defienda el cielo mi honor;
Que aunque estoy en mi valor,
Vivo dentro de mujer.)

DON SANCHO.
No os vais. No andeis prevenida;
Que he de saber lo que fué. (*Vase.*)

DOÑA JUANA.
Aun desdichada una fe
No la quiero arrepentida.
Cuanto mas camino á ella,
Mas tardo en mi perdicion;
Que tengo mucha razon,
Y no me atrevo á perderla.
Mas en vano defenderla
Intento, en vano porfío;
Que aunque es vano el albedrío,
Tan poco pude con él,
Que en no tener parte en él,
Conozco solo que es mio.
Espere mas poderosa
Con el rigor la obediencia,
Pero sabe una paciencia
Ser mas cuerda que dichosa.
Mas que obligada, quejosa
De mi sufrimiento quedo;
Que á la razon que no puedo
Ni valerla ni ayudarla,
No hallo en qué aprovecharla,
Si no es en tenerla miedo.
Pero sea la postrera
Resolucion; que si dura
En don Sancho esta locura,
Puede ser que yo no muera.
Y que la venganza quiera
Vivir, pero ¿yo temello?
Caiga, caiga y rinda el cuello
Mi furor; mas cuando calle
Y no pueda perdonalle,
¿Qué me hace pensar en ello?

Salen INÉS *y* MORON, *muy recatados.*

INÉS.
Entra, y no temas, cuitado.

MORON.
¿Qué no es temer? No entraré
Si no me traen una fe
De que está el don Sancho atado.
¿Escribirme no pudiera
Leonor un billete, pues
Sabe hacerlo, y yo no?

DOÑA JUANA.
Inés,
¿Viene ese hombre?

MORON.
Guarda fuera.
Por Cristo, que es la marida
Del Sancho. ¡Oh perra traidora!

INÉS.
Quítale el miedo, Señora;
Que es un pollo de por vida.

DOÑA JUANA.
Señor Moron, ¿tanto miedo?

MORON.
Aun queda mas.

DOÑA JUANA.
Lo gustoso
Hace alarde de medroso.

MORON.
Siempre hago yo lo que puedo.

DOÑA JUANA.
Llamarle yo habrá tenido
Por gran novedad, y es
Gusto y ocasion.

MORON.
Inés,
No desaten al marido;
Que me iré sin responder.

DOÑA JUANA.
¿Qué teme? Qué tiene ahora?

MORON.
Que vuesamerced, Señora,
En cuanto hombre es su mujer,
Y en solo verla me espanto.

DOÑA JUANA.
Quiero fiarle un secreto;
Que sé que es hombre discreto.

MORON.
No pensé que sabia tanto
Doña Juana, mi señora.

DOÑA JUANA.
A don Diego he menester
Hablar al anochecer
Puntualmente, que es la hora
Que luces no se habrán puesto,
Y sin luz estar conviene,
Por si alguna gente viene.

MORON.
Es un chiste muy honesto;
Gran favor, mas no lucido,
Quererle á oscuras.

DOÑA JUANA.
Inés,
Advierte que hasta despues
Que haya bien oscurecido
No ha de entrar.

INÉS.
¿Ni te ha de ver?

DOÑA JUANA.
No, hermana; que importa así.—
¿Yo engaños? Mas por aquí
Empezaré á ser mujer. (*Vase.*)

MORON.
Sin luz dice que le quiere,
Que será caso cruel;
Sin duda quiere con él
Rezar algun miserere.
Ella es sol, pero con nieblas.

INÉS.
Es muy santa, ¿qué te espanta?

MORON.
Es santa y semana santa,
Con ayuno y con tinieblas.

INÉS.
Tiene caprichos bizarros.

MORON.
Pues contigo se aconseja,
No, Inés, no ignora, no deja
El camino de los carros.
Eres, Inés, general,
Para diluvio te guarda;
Que eres, con maña gallarda,
Alcahueta universal.

INÉS.
De lo alcahuetado, en fin,
Se ha de fiar el veneno,
Para encubrirlo al mas bueno,
Para alentarlo al mas ruin.

MORON.
El Sancho ya sabe hacer
Algo bueno.

INÉS.
¿Qué, Moron?

MORON.
Vaya dicho con perdon:
Hacer mala á su mujer.

INÉS.
¿Eso es bueno?

MORON.
Yo no quiero
Que sea mala ninguna,
Pero si ha de serlo alguna,
Sea la de un majadero.
Si ella del novio enemigo
Se venga, Inesita amiga,
Yo la absuelvo, como diga:
«Don Sancho sea conmigo.»
Vamos.

INÉS.
Escucha, ¿y no llevas
Algo que darme?

MORON.
De nada
Me asusto; piensa, cuitada,
Civilidades mas nuevas;
Que darte dos de á ocho, quiero,
Segovianos de buen talle;
Que no he visto, sino el dalle,
Cosa hidalga en el dinero.
(*Vanse.*)

Sale DON JUAN.

DON JUAN.
Esta noche muy temprano,

Que en su posada me espera
Mi tio avisa, y quisiera
Hablar antes con mi hermano;
Que veo resuelto al viejo
A remediar su celosa
Condicion escandalosa;
Que, desdeñando el consejo,
Y de su paz enemigo,
No es tan necio y desigual
En estar con todo mal
Como en estar bien consigo.

Sale DON SANCHO, *ceñudo*.

DON SANCHO.

Hermano, ¿habeis encontrado
Al viejo?

DON JUAN.

¿Qué le quereis?

DON SANCHO.

Ya creo que lo sabeis.
Vengo, don Juan, muy cansado;
Que me han dicho que mi tio
Se mete y habla furioso
En si soy terrible esposo;
Este imperio todo es mio.
Hacer puedo y deshacer,
Si á gobernarme se inclina;
Es tio de su sobrina,
Pero no de mi mujer;
Que es justicia destemplada,
Y muy indigna de ser
De varon grande, el creer
De uno todo, y de otro nada.

DON JUAN.

(*Ap.* Con su ofensa misteriosa
¡Qué falso está el mentecato!
Mas responderle no trato;
Que por mas bizarra cosa
Tengo y por mas conveniencia,
Por mas hazaña y mas gloria,
Ofrecerle la victoria
Que admitir la competencia.)
Vos sois en todo acertado,
Todo en vos es singular,
Nada en vos hay que enmendar.

DON SANCHO.

Vos seréis mas atinado,
Y con desvelo y valor,
Mas gallo de vuestra casa,
Mas fénix de vuestra brasa,
Mas lince de vuestro honor.
Que penetrais las mujeres
Con la vista tan sencilla,
Cual si un manto de Sevilla
Fuera muralla de Ambéres.

DON JUAN.

Aunque pueda responderos,
No he de enojarme ya mas
Con vos, porque se hace mas
En sufriros que en venceros.
Pero vos, ¿qué habeis pensado
Que sois?

DON SANCHO.

Yo cuerdo, advertido,
Recatado, prevenido,
Discreto, prudente, honrado.
En mí la honra nació
Nunca de agravios manchada;
Y en fin, ni es hombre ni es nada
Quien no fuere como yo.

DON JUAN.

No porfiarémos jamás;
Como yo no sea ahora
Lo que vos sois, en buen hora
Sea todo lo demás.

(*Vanse.*)

Salen INÉS Y DOÑA JUANA.

INÉS.

Estas injurias me dijo,
Y entre amenazas furiosas,
En la daga la una mano,
Y al cuello asida la otra,
No menos que tus traiciones
Me pregunta, y en su boca
Es lo enemiga, lo infame,
La mas válida lisonja;
Y viendo que no respondo...

DOÑA JUANA.

Calla, Inés; no quieras que oiga
Afrentas, no, sino furias,
Ya en mi pecho rayos todas.
Véte, Inés, véte, no ayudes

(*Vase Inés.*)

Mi enojo.—¡Estrellas piadosas,
A muchos siempre tan blandas,
Y á mí tantas veces sordas!
¿De qué abismos prodigiosos,
De qué Libias arenosas,
Desierto ó leve poblado
De tanta infernal ponzoña,
Salió este mónstruo, que intenta
Alterar la paz dichosa
De mis sentidos, que al arma
A tantas desdichas toca?
La sequedad, la tibieza,
En los maridos tan propia,
No hace á la fe menos fuerte,
Mas hácela mas costosa;
Pero la ruindad, la infamia,
La desconfianza sola,
Desquiciará de los orbes
La estable firmeza hermosa.
La fábrica de mi honor,
Tronco firme, inmóvil roca,
Constancias bate, y la injuria
Bajas flaquezas tremola.
Ya para una débil caña,
Cuya entereza es tan corta,
No soy ejemplo, y ser pude
Crédito, para ser Troya.
Sea maldad, traicion sea,
Tempestad soy, que en la forma
Que en los desatados cielos,
Que sus esferas trastornan
Los impacientes arroyos,
Arrebatados destrozan
Mieses, plantas, frutos, flores,
Yerbas, ramas, troncos y hojas;
Avenida soy de agravios,
Tras mí llevo, ciega y loca,
Recatos, obligaciones,
Alma, gusto, vida y honra.
Vean los fieros maridos
Que es necedad peligrosa,
A la fe pintarla léjos,
Y al honor fingirle sombras.
Si las honradas me acusan,
Si las sufridas me notan,
Si me admiran las cobardes,
Si me infaman las dichosas,
Si me condenan las fuertes,
Si las cuerdas me acongojan,
Mis culpas les encomiendo
A las desdichadas solas.

Salen DON DIEGO É INÉS.

DON DIEGO.

No ha podido ser mejor
El tiro.

INÉS.

Habla paso; ¿es cosa
Nueva un engaño?

DON DIEGO.

Fingirse
Juana y ser Leonor.

INÉS.

No pongas
Culpa al temor de que huyeras
De su nombre, cuando lloras
Su olvido.

DON DIEGO.

¡Qué claro engaño
Y qué oscuridad!

INÉS.

Forzosa,
Porque ninguno te vea.

DOÑA JUANA.

A Inés escucho.

INÉS.

Señora,
Don Diego.

DOÑA JUANA.

¿Advertiste aquello?

INÉS.

No me tengas por bisoña;
Engañar nunca se olvida.
¡Qué presto se desenoja
Quien ama!—Llega, don Diego.

Sale DON JUAN.

DON JUAN.

Siempre no espantan sombras.
Un hombre ha entrado embozado,
Y en el aire y la persona
Me pareció aquel; ¡oh vanas
Imaginaciones locas!
Mas ¿qué oscuridad es esta?
Qué confusion? No se borran
Fácilmente unas noticias
Cuando se encuentran con otras.
No siento á nadie, aunque allí
Me parece...

DON DIEGO.

No son pocas
Las ocasiones, Leonor.

DON JUAN.

¿Leonor? ¡Ah cielos! Dudosa
Está el alma; que en los ojos
Y en los oidos se forman
Nubes, que se desvanecen
A cualquier luz que las toca.
Mas á sufrirlo ni á creerlo
Me atrevo; que vitoriosa
He visto á mi fe, y conmigo
Están falsas mis memorias.

DON DIEGO.

Aquí engañado he venido,
Leonor.

DON JUAN.

¡Desdicha espantosa!
Matarélos; mas no escucho
La voz de Leonor, que informa
Aun mas que el nombre.

DON DIEGO.

Al instante
Que te vi, Leonor, esposa
De don Juan, cuya nobleza,
Cuyo valor, cuya gloria
Tiene opinion tan lucida,
Propuse, y tú no lo ignoras,
Que tuviese mi respeto
Su espada, y sospecha ociosa.
Mi amor honrado y cortés,
Que navegó esta derrota,
Anegóse, y con suspiros
Hizo salva á sus victorias.
Vive en los dichosos brazos
De don Juan, mil siglos goza
Tal bien; que te estimo honrada
Mas que te adoraba hermosa.

DON JUAN.

¡Qué dicha! No para dichas,
Mas no se quitan las olas

De mi temor y mi pena;
Que en el modo y en la hora
Toda es misterios la duda.

DON DIEGO.

Leonor, aunque no respondas,
Te he de preguntar por qué
En forma tan sospechosa
Me has llamado con el nombre
De tu hermana, cuya historia
A los honrados lastima
Y á los cuerdos enamora;
Que desobligada...

DOÑA JUANA.

Espera,
Toda su opinion le torna
A Leonor; con doña Juana
Estás hablando.

DON DIEGO.

Señora,
Cuanto es mayor la ventura,
La extraño mas.

DOÑA JUANA.

Yo, yo propia
Te llamé.

DON JUAN. (*Ap.*)

¡Oh preñadas penas,
Cuántos mónstruos se os antojan!
¡Qué dichosos desengaños!
Mas en dudas tan costosas,
Por no haberlos menester,
Yo los perdonara ahora.

DOÑA JUANA.

Turbada estoy; si han llamado
A la ocasion poderosa,
Tan contra mi una venganza,
Mi desdicha la perdona.
Llamé á este hombre, mas no
Riesgo y no acierto medrosa
A perderme, ni me atrevo
A que salgan vencedoras
De mis purezas mis iras;
La falsa fe, la alevosa
Condicion del enemigo,
De un tirano la traidora
Desconfianza, el severo
Rigor, todo me ocasiona,
Todo me arrastra y despeña,
Y á mi perdicion me arroja;
Pero en vano, que es todo aire,
Con quedar una fe airosa.

Sale DON SANCHO.

DON SANCHO.

¿Cómo á estas horas á escuras
Está mi casa?

DOÑA JUANA.

Don Diego,
Ruido siento; que os vais luego
Os suplico.

DON DIEGO.

¡Qué locuras!
Pues ¿no he saber primero
Para qué llamado he sido?

DOÑA JUANA.

Ya vos lo habeis referido;
Saberlo quise, y no quiero
Saber mas.

DON DIEGO.

Ved que es error
Que en peligro os deje aquí.

DOÑA JUANA.

Temedme en todos así.

DON DIEGO.

¡Mujer rara!

DON SANCHO.

Aquí hay rumor;
Gran traicion á temer llego.

DON DIEGO.

Si para esto me ha llamado,
Yo vine deslumbrado
A no mas que á volver ciego. (*Vase.*)

MORON.

Mucho reza esta mujer;
Dejóme aquí la Inés fiera
Tan solo, como si fuera
Algun dichoso de ayer,
Y aunque es gracia vieja el miedo,
Hoy no es gracia.

DON SANCHO.

Allí he sentido
Una voz.

DON JUAN.

¿Si habrá venido
Mi tio?

DOÑA JUANA.

¿No os vais? Ya quedo
Con vos cansada, y conmigo
Se que á esta casa teneis
El respeto que debeis;
Y segunda vez os digo
Que os llamé á desengañaros,
Con la fineza y valor
De don Juan y de Leonor.

DON JUAN.

Ya no os quisiera tan claros,
Desengaños merecidos;
Que aunque ya os debo el vivir,
A gran pesar del oir
Descansaron los oidos.

DON SANCHO.

La voz escucho de un hombre,
Y de una mujer la afrenta;
Nunca hay sospecha que mienta.

MORON.

No hay ladrillo que no asombre
En esta casa.

DON SANCHO.

¡Ah traidora!
Hácia allí sus pasos siento.

MORON.

Del tenebroso aposento
La devocion temo ahora.

DON SANCHO.

¡Ah ingrata!

MORON.

¡Oh si fuese lumbre!—
Inés de mis ojos, ¿quién
Anda aquí?

DON SANCHO.

¡Ah infame!

MORON.

¡Qué bien
Pronuncia una pesadumbre!
El Sancho es.

DON SANCHO.

Llamas arrojan
Mis ojos

MORON.

Huyendo salgo;
¿Que falte á este pobre hidalgo
Parientes que le recojan?

DON SANCHO.

¡Ah falsa mujer! Aquí
Morirás.

MORON.

¡Qué! ¿mujer yo,
Y del Sancho? ¿Quién guardó
Tal desdicha para mí?

DON SANCHO.

Traidor, ¿di quién eres?

MORON.

Trate
Usté bien á su mujer.

DOÑA JUANA.

Eso es quererme perder.

DON SANCHO.

Vive Cristo, que te mate.

MORON.

Témolo, y que no me goce.

DOÑA JUANA.

¿Quereis que me hallen á oscuras
Con vos?

DON JUAN.

Luces son seguras,
Estar con quien os conoce.

DON SANCHO.

¿Soltarte quieres, bergante?

MORON.

En esta casa, ni adrede,
Ningun hombre honrado puede
Ser mujer un solo instante;
Y así, perdone vusted,
Que me suelto.

DON SANCHO.

¡Oh perro! en vano
Piensas huir de mi mano.—
Hola, criados, traed
Luces, que el peligro es mucho;
Que hay traidores y aun traidora.

DOÑA JUANA.

¡Ay de mí!

DON JUAN.

No estéis, Señora,
Con pena.

DOÑA JUANA.

Otra voz escucho.

DON FERNANDO. (*Dentro.*)

¿Está encantada esta casa?
¿No hay luz en ella, ni quien
Responda?

DON JUAN.

Mi tio es este.
Salir quisiera por él;
Mas no me atrevo á dejar
Sola á Juana.

DON SANCHO.

Yo he de ver
Mi afrenta antes de vengarla;
Mas vengaréla despues,
Hartando de gusto y sangre
A mis ojos.

Salen el viejo DON FERNANDO, *y* GENTE *con luces.*

DON FERNANDO.

De tropel
Entrad todos.—¡Oh villano!
¿Tú con espada?

DON SANCHO.

Y tambien
Con razon.

Salen DOÑA LEONOR *é* INÉS.

DOÑA LEONOR.

Inés, ¿qué es esto?

INÉS.

¡Ay, Señora! No lo sé;
Pero sospecho gran mal.

DOÑA JUANA.

¡Ay, don Juan! ¿Tú aquí?

DON JUAN.

No estés
Confusa; que tus virtudes
A todas luces se ven.

DON FERNANDO.

Cuanto me han dicho es verdad,
Traidor, ingrato, sin ley.

DON SANCHO.

¡A qué buen tiempo venisteis!
Que ahora, tio, veréis
Si mis celos son injustos,
Si es mi condicion cruel.
Aquí vuestra vil sobrina,
No ya mi aleve mujer,
Encerrada con un hombre
Y á solas está; y si es
Tan terrible la ocasion,
Tan injusto el proceder,
Tan público su delito,
Tan convencida su fe,
Tan forzosa mi venganza,
Sin que vos lo perdoneis,
Mueran entrambos, y vivan
Mi honor y mi nombre.

DON FERNANDO.

Ten,
Villano; que cien mil veces
Mentirás, antes que ser
Verdad lo que has dicho ahora.

DON SANCHO.

¿Mentir yo? Apartad, ¿no veis
Juntos allí los traidores?
Mi mujer es una infiel,
Doña Juana es una infame.

DOÑA JUANA.

Miente mil veces, y quien
Lo creyere miente mas.

DON SANCHO.

¡Oh adúltera!

DON FERNANDO.

Lucifer,
Hereje, ¿á tu hermano mismo?
Aquí la verdad veréis
Deste bellaco.

DOÑA JUANA.

¿Estáis loco?
Estáis...

DON FERNANDO.

Fuera, dejenmé;
Que yo, con solo este palo,
Tomaré venganza dél.

DON SANCHO.

¡Ah encubridor, vil hermano!

DOÑA JUANA.

Mentis mas.

Salen DON DIEGO Y MORON, *con espadas desnudas.*

DON DIEGO.

Ea, entrad pues;
Que espadas siento.

MORON.

En las veras
Con la zurda, y sin broquel
A los Sanchos.

DON SANCHO.

¡Oh enemigos!
Estos son.

DON FERNANDO.

Falso, esta vez
A buena luz se descubren
Tus infamias.

MORON.

Tenganlé;
Que está enmaridado.

DON DIEGO.

El ruido
De las espadas, y el ser
En casa tan noble obliga...

DON FERNANDO.

Habeis entrado muy bien. —
Sobrina, no hay que esperar;
Al punto se ha de poner
Todo el remedio, y ahora
Conmigo te llevaré;
Que para apartaros luego
Vicario no es menester.
Si un disgusto solo aparta
Todos cuantos puede haber,
Es un marido ignorante,
Peligroso y descortés.
Yo los aparto, yo solo,
Y el que quisiere despues
Saber en lo que ha parado
La maraña, esperesé
A que la segunda parte
Se escriba, y podrá saber
Qué hará el Vicario en el caso;
Que yo disuelvo sin él.

DOÑA JUANA.

Señor, sepamos primero...

DON FERNANDO.

No hay que querer ni saber;
Juana hará lo que yo mando.

DOÑA JUANA.

Señor, aunque siempre haré
Tu gusto, á breves razones
Todos atentos me estén.
Ser mala yo es imposible,
Ni ser buena su mujer,
Y estas dos cosas no pueden
Ni estar juntas ni estar bien.
Su suerte cada marido
Labra con su proceder;
Todo lo estraga el soberbio,
Todo lo triunfa el cortés;
El cuerdo obliga á ventura,
El necio manda cruel,
Ruega el honrado; y en fin,
El marido hace mujer.

DOÑA LEONOR.

Nadie como yo lo sabe.

MORON.

Ea, degrademoslé
De marido.

DON SANCHO.

Yo conozco
Mi horror, mi engaño; mas ser
Marido en paz no es posible;
Siempre haré lo mismo.

MORON.

Él
Es Sancho *à nativitate;*
Yo apostaré, y sin perder,
Que mas de treinta mujeres
Le apetecen.

INÉS.

¿Para qué?

MORON.

Para vengarse, y hacernos
A todos esta merced.

DON DIEGO.

Señor don Juan.

DON JUAN.

Esta casa
Os conoce, y que sabeis
Ser honrado caballero.—
¿Mi Leonor?

DOÑA LEONOR.

Don Juan, mi bien.

DON JUAN.

¡Qué acierto es quererte tanto!

DOÑA LEONOR.

¡Qué gloria es amarte!

DON FERNANDO.

Vén,
Sobrina; quede el ingrato
Solo consigo.

DON JUAN.

No estéis,
Hermano, triste; que presto
Se ha de remediar.

DON SANCHO.

Haré
Ostentacion que habeis sido
Mas cuerdo, pero...

DOÑA JUANA.

Ofendeis
Mi verdad.

DON SANCHO.

Yo soy el necio.

MORON.

Por siempre jamás amén,
Aunque otra vez se haya dicho.

INÉS.

Eso es nuevo cada vez.

MORON.

Él acabó santamente,
Rueguen á Júdas por él;
Así sea mi salud
Como queda bien usted.

DON SANCHO.

Pícaro.

MORON.

Y sin ser marido.

INÉS.

Moron, ¿no hay un poco de
Casamiento?

MORON.

Esta comedia,
De las buenas al revés,
Tiene vicario, y no cura;
Pero no le negaréis,
Pues acaba en descasarse,
Que esta farsa acaba bien.

COMEDIA FAMOSA

TITULADA

LOS EMPEÑOS DEL MENTIR,

DE DON ANTONIO HURTADO DE MENDOZA.

PERSONAS.

TEODORO.
MARCELO.
DON DIEGO.
DON LUIS.
DOÑA ANA.
ELVIRA.
TERESA.
Tres bravos.
Criados.

JORNADA PRIMERA.

Salen TEODORO y MARCELO, *de camino, con botas y sin espuelas.*

MARCELO.

En fin, ¿que este es Madrid?

TEODORO.

Esta es la villa,
Que el nombre de ciudad ha despreciado;
No salve, sino admire, ¡oh coronado
Pueblo de majestades, cuya planta
Besa tanta corona y region tanta!
Siempre apacible y claro, y siempre hermoso;
¿A quién no alegra, oh grande, oh generoso,
Noble Madrid, tu vista y tus reflejos?

MARCELO.

Poca persona tiene desde léjos.

TEODORO.

Esta es la puerta de Alcalá, que el nombre
Le da á esa calle. ¡Qué explayada y bella!

MARCELO.

¡Qué ancha que es de caderas! tiene talle
Tambien de traer enaguas esta calle.

TEODORO.

¡Qué bizarros, qué ilustres edificios!
¡Qué gigantes de cal en alto vuelo!
Son batallas de piedra con el cielo;
Destos dirás ahora maravillas.

MARCELO.

Muchas casas columbro yo en cuclillas.

TEODORO.

Mira estos campos, mira estos jardines,
Que le son á Madrid, en aires puros,
Roja atalaya en florecientes muros,
En quien hallan los cónsules mas graves,
Aplaudidos tambien de flores y aves,
Paz al cuidado y tregua á los deseos.

MARCELO.

Sí, sí, jardines son, pero no hibleos.

TEODORO.

¿Qué dirás deste Prado airoso y limpio?

MARCELO.

Que en dos hileras de álamos y sauces,
Con las llagas que le hacen tantas fuentes,
Es verde procesion de penitentes.

TEODORO.

Deste escuadron de coches ¿qué me dices?

MARCELO.

Nada, nada, otra vez nada en efeto;
Que los quiero guardar tambien secreto.

TEODORO.

Si murmurante vienes á la corte,
Granjearás caudal poco en esos tratos;
Que andan los maldicientes muy baratos.

MARCELO.

Lo murmurante hoy, estado es donde
Todo lo que no es, aun no se esconde;
Nada me hagas hablar, pregunto solo
Si es mas que esto Madrid.

TEODORO.

Madrid es tanto,
Que en la soplada fábrica de un manto,
Y de un breve chapin en el distrito,
La Ménfis, vanidad, pompa de Egito,
La Babilonia del asirio asombro,
La que al romano imperio arrimó al hombro,
Le son corta medida á competencia;
Que, si no en multitud ni en opulencia,
En sazon, en belleza, en alegría,
Desde las blancas márgenes del dia
A los negros umbrales del ocaso,
Cuanto huella del sol el rojo paso,
En gusto, en majestad, en ornamento,
Madrid, con tu buen aire, todo es viento.

MARCELO.

Y el oso de sus armas ¿es airoso?

TEODORO.

Siendo, en fin, de Madrid tambien el oso.

MARCELO.

Que sea; mas ¿qué fábrica eminente,
De los muros del sol guerra luciente,
Es esta, que, ceñida á un templo anciano,
Es justa vanidad del aire vano,
Que la venero aun antes que la miro?

TEODORO.

Este es el celebrado Buen-Retiro,
Ocio sin él de un celo desvelado,
Templo que á la templanza ha levantado
Una modestia, del favor despierto,
Que poblado de luz, forma un desierto;
Bien que, de águilas ya glorioso nido,
El que de un cisne fué lecho escondido,
Alcázar se descubre á un sol ahora
En las primeras líneas del aurora;
En cuyo lucimiento y compostura,
La riqueza, el aseo, la hermosura;
Asisten, con jamás vista extrañeza,
A ser número mas que á ser grandeza;
En lustre tan real, tan grande en modo,
Que, si no es la ambicion, le cabe todo.

MARCELO.

¿Este es palacio nuevo? ¡Oh bien segundo,
Atencion general de tanto mundo,
Donde Felipe, tantas veces grande,
Seguido siempre y competido nunca
De la grandeza castellana toda,
Rico de admiracion es el espanto,
En tanta varia fiesta, en triunfo tanto,
A todo, en el valor, destreza y nombre,
Mas que pudiera en rey, lo excede en hombre.

TEODORO.

Aquí de su grandeza y de su aliento
(Que á su buen aire sí, que todo es viento)
Altas señas ha dado; que en su diestra,
En la festiva pública palestra,
El agravio español, pesado y leve,
Con tanto honor y espíritu le mueve,
Que tiemblan los bastones en campaña
De los amagos solos de una hazaña.
Aquí, gallardo hermano y tierno esposo,
De la reina de Hungría el parto hermoso
Celebró con mil fiestas, siendo en ellas,

Oh gloriosa Isabel, tus luces bellas
Alma de sus acciones, pues no en vano
Tu mérito y tu nombre soberano
Le hicieran majestad, á no ser tuya;
Que es grandeza, que pide iguales mo-
[dos
Ser galan tuyo, como rey de todos.
Aquí del generoso ilustre alcaide,
Que en lo bizarro, sin lisonja alguna,
Le pudiera ser deuda la fortuna;
A los reyes y damas juntamente,
Tan cortés, tan galan, fino y decente,
Los festeja, que muestra que ha segui-
Afinado, modesto, esclarecido, [do,
Con antigua razon y luz temprana,
De palacio la senda soberana;
Que es en las damas y es en las meninas
Aun agraviado el nombre de divinas.

MARCELO.

Ya que en Madrid estamos, ¿qué ejer-
Tomarémos los dos? [cicio

TEODORO.

Sea un oficio
Entre noble y mecánico.

MARCELO.

¿Qué? Escuderos.

TEODORO.

Ese es muy ocupado; ea, embusteros
Ha de ser.

MARCELO.

Es oficio peligroso.

TEODORO.

Siempre le he visto culpas de dichoso.

MARCELO.

Vengo en él, y el primer embuste sea
Que, habiendo á pura pata, que llama-
[mos,
Venido tantas leguas, nos calzamos
Las espuelas; que estoy escrupuloso
De hacer divorcio de las júdas botas,
Que descalzarlas es gran desatino,
Si no hay tambien vicarios del camino.
(*Quítanse las espuelas de las pretinas, y cálzanlas.*)
Ya estamos espolados y en la corte;
Los rumbos me descubre deste norte.

TEODORO.

[mos
Conviene ¡oh mi Marcelo! que siga-
La senda que nos lleva, entretenida,
Mas que no á buen vivir, á buena vida;
Siempre estarás conforme, siempre
A cuanto yo dijere; [atento
Jurarás cuantas cosas yo mintiere.

MARCELO.

Si la misma mentira ella en persona
Fuera de sastre en sastre
(Vulgaricéme), nunca un compañero
Le hallara mas cabal ni caballero;
Haré verdad las cosas que tú sueñas,
Y mentiré por señas;
Y si quieres mentir mas descansado,
Y conocer quién soy, déjame ahora
Mil mentiras en blanco, que yo tenga
Para llenar despues cuando convenga.

TEODORO.

Abrázame, oh Marcelo; que yo fio
Que ha de ser este pueblo tuyo y mio.

MARCELO.

¡Bravo es el cadenon!

TEODORO.

Y este ¿no es nada?

MARCELO.

Falso puede jurar de camarada;
Pero ¿qué sale aquí?

TEODORO.

Nada te admire;
Que en la corte, entre tantas necedades,
Lo menos nuevo son las novedades.

Salga DON DIEGO, *empuñando la espada y terciando la capa, y* TRES HOMBRES *hablando con él á modo de bravos.*

DON DIEGO.

Ha sido mucha traicion
Llamarme, y sin susto vengo;
Que para peligros tengo
Aun mas mio el corazon.
De un papel de desafío
Llamado salgo, y si es ya
Mas traicion vuestra, será
Mas valor y empeño el mio.

BRAVO 1.º

Usté es persona muy cuerda,
Reportada y de importancia,
Y quien anda de ganancia
No es bien que en nada se pierda.
Del labrador que el tributo
Cultiva en futuro pan,
Es solo suyo el afan,
Y es para todos el fruto.
La comparacion se aplica:
Usted, que tantas sembró
Pintas, y el naipe le dió
Una cosecha tan rica,
Desabroche ya esa mano
Con los amigos, pues sabe
Que en el peor año le cabe
A cada hormiga su grano.
Usted nos cierre estas bocas;
Que es justo que pague usté
Buenas intenciones, que
Valen mucho y hay muy pocas.

DON DIEGO.

Madrid no ha visto jamás
Término tan descortés,
Si ya una dicha no es
Ganar un peligro mas;
Comparacion, gusto, intento
Pagara yo luego allí,
Si lo pidieran, y aquí
Pagaré el atrevimiento.
Pícaros estafadores.

(*Mete mano, y todos.*)

BRAVO 1.º

¿Miserablito y brioso?
Buen badulaque.

BRAVO 2.º

Famoso.

MARCELO.

¿A uno tres? Serán traidores,
Y es afrenta de los dos,
Teodoro, no acometellos;
Que el ser mas ruines que ellos
No es posible, vive Dios.

TEODORO.

Dices bien.—Trinca insolente,
¿Tres á solo un caballero?

(*Meten mano, y huyen los valientes.*)

BRAVO 2.º

Huyamos.

BRAVO 1.º

Y yo el primero.

MARCELO.

Muchos no hacen un valiente;
¡Qué bien huyen!

DON DIEGO.

¡Y qué bien
Que yo agradeceros debo
La vida, noble mancebo!

MARCELO.

Agradecedla tambien
Al camarada, que es hombre
De valor.

DON DIEGO.

Bien le mostró;
Y sepa, señores, yo
La suerte, la patria, el nombre
De dos ya tan dueños mios.

TEODORO.

Primero es bien que de vos
Sepamos á quién los dos
Obligamos; que esos brios
No esconden vuestra fortuna.
Decid, con vuestra licencia,
¿Quién sois? ¿Qué fué la pendencia?

DON DIEGO.

La causa es, no haber ninguna.
Yo soy un antiguo hidalgo;
Que con mi sangre, á lo menos
Ninguno se perdonara,
Si no es yo, lo caballero.
No de la suerte olvidado
Nací en hacienda y en deudo,
Ni á ser pobre en lo envidioso,
Ni á ser rico en lo soberbio.
Criéme en Madrid, al temple
Destos aires, que en venenos
Floridos, son verdes lazos
De los dulces años tiernos.
Buena opinion, leve gusto,
Amigos pocos y cuerdos,
Alguno en la confianza,
Y todos en el sombrero.
Algo de amor, lo bastante
Para ser templado medio
Entre peligros de loco
Y entre corduras de necio.
Derramado en cortesías
Mas que en costumbres, no temo
Que de mi lengua y mi trato
Me acuse nada el silencio.
De airosa pluma indiciado,
Horas entregué á los versos;
Traje, si no el mas lucido,
El mas galan el ingenio.
Mis ejercicios de mozo
Y mis entretenimientos,
Ociosidades sin queja
Y descuidos sin desprecio.
La comedia, el Prado, el río,
Y tal vez con poco riesgo
De ocasion, no de codicia,
Surcar los golfos del juego.
De aquí nació la pendencia
Que estos tres hombres, fingiendo
Un papel de desafío,
Firmado de nombre ajeno,
Al campo (¡qué gran bajeza
Es decirlo!) con su enredo
Me sacan, y en él me piden,
Retóricos y molestos,
Que tributario les sea
De mis ganancias; y viendo
La desvergüenza elocuente
Y elegante atrevimiento,
Metí mano; mas no es justo
Referiros el suceso
En que vuestra espada sola
Fué mi escudo y fué mi templo;
Y así, pasaré á informaros
De la obligacion que tengo
A nobles correspondencias
Y á generosos aciertos.
Mis padres fueron ilustres,
Y siguieron mis abuelos
Las dos sendas vinculadas
A la gran sangre del reino:
Palacio y la guerra, en donde
Ganaron crianza y premios;
Pajes del Rey y soldados,
Alta escuela de aquel tiempo.
En una y otra alcanzaron

Por amparo y por maestro
Aquel gran duque, no Alba,
Sino sol de los Toledos,
Postrera fecunda línea
De los grandes, de los diestros
Capitanes, que dió á España
A tanta abundancia el cielo;
Formados todos á sombra
De los siempre heróicos hechos
Del gran Gonzalo Fernandez,
A mas siglos menos muerto.
Vino á la corte mi padre,
De heridas y honores lleno,
Y el segundo rey Felipo,
Él solo muchos consejos,
Sin consulta de ninguno,
Le dió un hábito; gran precio,
Tremolar blasones tantos
La roja señal de un pecho.
Dos hijos dejó varones,
A mí y á don Pedro Tello,
Que ahora murió en la Alsacia,
Cuyo nombre y cuyo acero
Fué gran parte en las victorias
Del Feria, que, César nuevo,
Llegó y venció, y en Felipe
Vez cuarta estribó el imperio.

MARCELO.

(*Ap.* Toca á embestir; que cayó
La mentirilla en el cuento,
Como la sopa en la miel;
Civil lo dije, ya es hecho.)
¿Don Pedro Tello murió?
Don Pedro? ¡Válgame el cielo!

TEODORO.

¡Quiero, ó válgame yo, y todo!
¿Que murió el señor don Pedro?

DON DIEGO.

¿Le conocisteis, amigo?

MARCELO.

¿Eso decís?

TEODORO. (*Ap.*)

Darme quiero
Prisa, porque en la maraña
Se quiere encajar Marcelo.

MARCELO.

¡Qué dura, qué triste nueva!
¿Qué mas desdichas espero,
Pues la mayor parte mia
Murió?

DON DIEGO.

Vuestro sentimiento
Me restituye su vida;
¿Fuisteis su amigo?

MARCELO.

En extremo;
Lloradme muerto con él.

TEODORO. (*Ap.*)

Voto á Dios, que no lo entiendo;
Por todas sus coyunturas
Está brotando embelecos.

DON DIEGO.

Dejó mi padre una hija,
Y quiso piadoso el cielo
Darle en virtud y hermosura
El dote del casamiento.
Doña Elvira de Guzman
Se llama, porque mi abuelo,
Por Guzman y valeroso,
Se llamó dos veces Bueno.

MARCELO.

Tengo noticia de todo;
Que el malogrado mancebo
Ni me reservó cuidado
No me recató secreto.

DON DIEGO.

Muchos nobles la han pedido
Por la virtud y el ingenio,
Si es caudal honrado nombre,
Si es dicha merecimiento.
Parece que te entristeces.

TEODORO.

De un casamiento me acuerdo.

MARCELO.

¿Nada has de callar, Teodoro?
(*Ap.* Él se da prisa.)

DON DIEGO.

En efecto,
Reconociendo sus partes
Mis parientes, siempre atentos,
No despreciando á ninguno,
Los tiene á todos suspensos;
Porque don Pedro, mi hermano,
Trató mas con gusto nuestro
En Nápoles de casarla
Con un don Luis de Vivero.
Pidió un retrato de Elvira,
Y enviámosle pequeño
En una carta...

MARCELO.

No pases
Adelante; que no debo
Acallar esas memorias,
Divertir este tormento.
(*Ap.* Aquí me marido yo,
En este don Luis me vuelvo.)
Estrecha viene una vida
A tan mortales recuerdos;
¡Cómo tarda el corazon,
Desatado de sí mesmo!
Don Luis de Vivero (¡ay triste!)
Soy; mas no soy, que no tengo
Sin don Pedro ser ni vida;
Téngale Dios en el cielo.

TEODORO. (*Ap.*)

Téngate Dios en su gloria.

MARCELO. (*Ap.*)

Esto es mentir á dos tengos.

TEODORO. (*Ap.*)

Por mentiroso de ayuda
Me trae, por Dios, cual á perro;
¡Oh mentiras venturosas,
Qué dicha es mentir mas presto!

DON DIEGO.

¿Vos sois don Luis?

MARCELO.

Mis desdichas
¿Cómo pueden ni pudieron
Ser de otro?

DON DIEGO.

¿Y dudarlo yo,
Señor don Luis, cómo puedo?
Que menos que á vuestra mano,
Que reconocido beso,
Ni yo le debiera tanto,
Ni tuviera tanto esfuerzo.

MARCELO.

Ya no es tiempo de encubrirme.—
Teodoro, saca al momento
El retrato.

TEODORO. (*Ap.*)

¿Qué retrato?

MARCELO. (*Ap.*)

Harásme que pierda el seso.

TEODORO. (*Ap.*)

Miente como has de mentir.

MARCELO. (*Ap.*)

No me vayas al enredo,
Como á la mano.

TEODORO.

Señor...

MARCELO.

Saca el retrato, grosero;
¿Encomendéte otra cosa?
¿Trájete para otro efecto?
¿Sacó otra joya de Italia
Ni otra reliquia mi pecho?
Sácale luego.

TEODORO.

Señor...

DON DIEGO.

Él le ha perdido, y yo veo
Maravillas y milagros.

MARCELO.

Dame aquí el retrato luego.
(*Anda tras él, y Teodoro se esconda en don Diego.*)

TEODORO.

(*Ap.* Cazadores pretendientes,
Indianos casamenteros,
Vuestra infinita mentira
Se me revista en el cuerpo.)
Con las joyas y los dijes
De balajes, y el espejo
De topacios, y el carbunclo
Al tope y los camafeos,
El retrato me quitaron;
Una vida sola tengo,
Una muerte debo á Dios,
Y á tí lo demás te debo.

MARCELO.

¿El retrato? Vive Dios,
Que despues que te haya muerto,
Aun tendrá sed de venganzas
Mi ardiente amable deseo.

DON DIEGO.

Descuido ha sido notable;
Por haberme hallado en medio,
Que os reporteis os suplico.

MARCELO.

De las joyas no me acuerdo;
Pues murió don Pedro, solo
Perder el retrato siento.

DON DIEGO.

Huésped seréis esta noche
De su original, y creo
Hallaréis agradecida
A la casa y á los dueños.

MARCELO.

Teodoro, vuélvete á Italia;
Que en ver tu sombra me muero.
Fiel eres, pero aciago;
Bien nacido, pero necio.

TEODORO.

Diez años há que te sirvo,
¿Y salgo con este premio?

DON DIEGO.

Por hacerme á mí merced,
Y por su bizarro aliento
En la pendencia pasada,
Se ha de quedar.

MARCELO.

Nada niego
A cosas de doña Elvira
Ni á la sangre de don Tello.
Quedáos adios, y dejadme
Volver, peregrino y ciego,
A no volver ya conmigo,
A no saber de mí mesmo.
Las cartas que á la partida
Me dió para mis conciertos,
Para vos y vuestra hermana,
Reconocido os lo dejo.—
Saca, Teodoro, esas cartas.

TEODORO.

(*Ap.* Que está endemoniado pienso;
Quiero mentir á su trote.)
Tambien me hurtaron el pliego.

MARCELO.

¿Eso mas?

DON DIEGO.

No hay que hacer caso

De lo escrito; que ya irémos
Adonde mas que papeles
Harán sentir ojos bellos;
Venid y descansaréis.

MARCELO.

¿Qué descansar? Ya habrán hecho
Mi aposento mis criados;
Que quise entrar encubierto.

DON DIEGO.

Mi casa está prevenida.

MARCELO.

No ha de ser.

TEODORO.

¿Tan nobles ruegos
Desprecias?

MARCELO.

Bergante, ¿vos
¿Tambien entremetidejo?
(*Ap.* Este hombre es la misma Filis,
Que anda en el primer concierto
Tan blando.)

TEODORO. (*Ap.*)

Sin duda tuvo
En la pendencia gran miedo.

MARCELO. (*Ap.*)

Miente mas largo, Teodoro.

TEODORO. (*Ap.*)

Miente mas corto, Marcelo.

MARCELO. (*Ap.*)

Para cosas de honra y punto
No vales.

TEODORO. (*Ap.*)

Proto-embustero,
Mentir para otro es mentira,
Y solo es justo y honesto
El mentir para sí mesmo.

MARCELO.

Poltron, descuidado, fiero,
No has de comer mas mi pan.

TEODORO. (*Ap.*)

Basta á los dos el ajeno.
(*Vanse, haciendo muchas hazañerías.*)

Salen ELVIRA y DOÑA ANA.

DOÑA ANA.

Elvira, los pocos años
Mucho no pueden saber,
Y moza y linda mujer
¿Cuál de esto hará desengaños?
Celebrada una hermosura,
Siempre estará peligrosa,
Y no siempre está en lo hermosa
Mal hallada una ventura.
Mil galanes de mil modos
Te son festejo importuno,
Y mientras no lo es ninguno,
Piensan que huelgas con todos.
¿Qué temes, Elvira? ¿Quién
Te puede á tí ser ingrato?
Que aunque ya murió el buen trato,
Aun es vivo el querer bien.
Yo sé un hombre que te quiere
Con tan fina ley y amor,
Que no es su tierno dolor
De lo blando, que se muere.
De verdad muere por tí,
Y solamente ha fiado
Su bien nacido cuidado
De amor, del alma y de mí.
No es de aquellos que en antojos
Ceban todo el pensamiento,
Siendo en sus pasos intento
Cualquier noticia en sus ojos.
Tan recatado y ceñido
Vive, que en nuevo secreto
Gasta todo lo discreto
Solo en no ser entendido.
Si quieres saber el nombre,
Pues somos primas y amigas,
Sabe que es...

ELVIRA.

No me lo digas,
Basta saber que es un hombre.
Conocer al enemigo
Es menos riesgo, mas no
Me aseguro en eso yo,
Sino en que yo estoy conmigo.
Nada temer mi denuedo
Me hace; que en lo esparcido
Para todo lo atrevido
Solo de mí tengo miedo.
Inclinacion pensé yo
Que era amar, y yo imagino
Que se ha de amar por destino,
Pero por consejo no.
Medios todos son injustos,
Querer por intercesion,
Poca entereza, que son
Muy licenciados los gustos.
Poco tiene merecido
Ningun hombre para mí,
Porque te parezca á tí
Muy bueno para querido;
Y á no hacer tiro á mi hermano,
Que le amaras te pidiera,
Porque el hombre no tuviera
Tan buenas partes en vano.
No ajustaste bien los modos
De culpar, no amar yo á alguno,
Que por el querer á uno,
Se pasa á quererlos todos.
Mi condicion me disculpa
Con oir extremos tantos;
Que están los necios espantos
Muy vecinos de la culpa.
Tú, con tantas bizarrías,
Sufrir puedes ocasiones,
Pues aun con tus perfecciones
Temiera yo en siendo mias.

DOÑA ANA.

Perdona; que todo ha sido
Arma falsa, que segura
Sé que guarda tu clausura
La víspera de marido.
Quise ver si, ya entregada
A nuevas matronerías,
Misteriosa respondias
Tus necedades de honrada;
Y tu primor nada ignora,
Aunque muy nuevo á ser viene;
Que hablar libre y mal se tiene
Por grande virtud ahora.

ELVIRA.

Esa virtuosa insolencia,
Aun diciendo verdad, miente;
Que en nada será decente
Quien habla con indecencia.
Aun de lo que errare, no
A nadie culpar espero;
Que para buena, no quiero
Hacer mas que serlo yo.
De don Diego, y no es temprano,
Estos dias he entendido
Que pasar quiere á un marido
Todo el cuidado de hermano.
Con un don Luis de Vivero,
Que en Nápoles está ahora,
Me han dicho, y que cada hora
Se espera este caballero;
Y acuérdome que un retrato
Pidió mio, y le envió
Don Diego, aunque me encubrió
La causa con gran recato.
Pues tú con él tanto puedes,
Sabe lo que hay; que ver siento
La libertad en el viento,
Y junto al alma las redes.
Que aunque no ha de ser porfía
Mi voluntad nunca en nada,
Quiero tenerla informada,
Ya que no la tengo mia;
Pues, aunque mujer nací,
Parece mucho albedrío,
Esto que ha de ser tan mio,
Disponerlo tan sin mí.

DOÑA ANA.

Elvira, no dudes dello,
Y que lo dejó efectuado,
Que aun es mas que concertado,
Tu hermano don Pedro Tello;
Y de don Luis he entendido
Que es persona señalada
Por el arte y por la espada.

ELVIRA.

No es harto para marido.

DOÑA ANA.

¿Qué le falta?

ELVIRA.

¿Eso preguntas?
Noble, entendido y tambien,
Sobre todo, hombre de bien,
Que es todas las partes juntas.

DOÑA ANA.

Lo noble lo dice el nombre,
Pero dejaste olvidada
La hacienda.

ELVIRA.

Buena es hallada,
Mas la mayor es el hombre.

Sale DON DIEGO, *muy alborozado, y quédanse á la puerta, de modo que puedan ser vistos, Marcelo y Teodoro.*

DON DIEGO.

Que aquí os detengais os ruego;
No asustemos á mi hermana,
Y esta dicha... Mas ¿doña Ana
En casa?

DOÑA ANA.

Señor don Diego,
¿De qué tan grande alegría?

DON DIEGO.

De verte pudiera ser,
Pero todo este placer
Es dicha de Elvira y mia;
Lo afinado y lo galante
Perdona: que hoy es forzoso
Que aun hasta el nombre de esposo
Sea embarazo de amante.
Hermana, Elvira, no pido
Albricias, pero merezco...

ELVIRA.

Nada hasta ahora te ofrezco;
¿Qué me traes?

DON DIEGO.

A tu marido,
En un mancebo gallardo
Por su valor.

ELVIRA.

¡Qué asustada
Lo escucho!

DON DIEGO.

Y debo á su espada...

ELVIRA.

¡Triste y dudosa lo aguardo!

DOÑA ANA.

Mil parabienes te doy;
Que he oido, si es el Vivero,
Que es bizarro caballero.

ELVIRA.

¡Ay prima! esperando estoy
Entre alborozo y enojos.
Quiera Dios, pues lo ha querido,

Que de tanto que has oido
Quede algo para los ojos.

DON DIEGO.

Sóbrate la compostura
Natural, no hay que adrezarse
Mas bien; que ha de examinarse
A descuido la hermosura.
Siempre estás bizarra.

Sale TERESA.

TERESA.

¿Ois,
Mozuelas? Buen aire sopla
De repente, como copla,
El novio.

DON DIEGO.

Señor don Luis,
Entrad, honrad.
(*Entran Marcelo y Teodoro poco á poco y á la par, y Marcelo muy de figura.*)

ELVIRA.

¿Cuál será?

DOÑA ANA.

Eso es menester decillo.

TERESA.

¡Ay, si fuese el hombrecillo!

DOÑA ANA.

Aun yo estoy con susto ya;
Pero Elvira se alboroza.

TERESA.

Ya llegan.

MARCELO. (*Ap.*)

De esposo embisto.

TEODORO. (*Ap.*)

Ata la chanza.

MARCELO. (*Ap.*)

Por Cristo,
Que es de lo caro la moza;
Para entrar muy caballero,
¿Cómo he de hacer?

TEODORO. (*Ap.*)

Lo enfadoso
Fuera bien, pero entra airoso.

MARCELO.

Todo un don Luis de Vivero
Teneis, Elvira dichosa,
De par en par.

ELVIRA. (*Ap.*)

¡Qué desdicha!

DOÑA ANA. (*Ap.*)

La necedad ya está dicha;
El novio es, él es.

MARCELO.

¡Qué hermosa!

TERESA.

¡Ay señores, qué mal dejo
Que tuvo la reverencia,
Y aforrada en mi conciencia,
En malvado oficialejo!

MARCELO.

¿Qué dijera Paulo Jovio,
Teodoro, desta española
Bizarría y deidad sola?

DOÑA ANA. (*Ap.*)

Mintió el demonio del novio.

TEODORO. (*Ap.*)

¡Por Dios, que es bella la Elvira!
¡Que este fruto haya sacado
No mas que el haber plantado
Mas temprano una mentira!

TERESA.

Mal haya yo vez y media,
Si (por vida desta cara)
Al tal hombre le tomara
Por mio en una comedia.

MARCELO.

¡Ah, don Pedro malogrado!
¡Cuánto, por dicha tan mia,
Deseabas tú este dia!
No te merecí cuñado.
Es la cabeza cortada,
Mi señora doña Elvira,
Del Pedro, y no es, no, mentira
El retratejo.

(*Túrbase Elvira.*)

DON DIEGO.

Turbada,
Señor don Luis, es decencia
Que no se excusa.

MARCELO.

A no sello,
Tuviera yo celos dello.

ELVIRA.

(*Ap.* ¡Qué vil será la obediencia,
Que con suerte tan cruel
Se ajuste! Mio es el sí,
Y no puede ser sin mí
Ser desdichada con él.)
Amiga, pues ya fué dicha
En tal hora hallarte aquí,
Ayuda, ayuda á que en mí
Se dilate esta desdicha.
¿Qué hombre es este, que no hay parte
En él que obligue á querido?
¡Qué hallado, qué entremetido,
Qué mal porte, qué ruin arte!
Que no sea gentilhombre
¿Qué importa? Y sufrirle quiero
Mal aire de caballero,
Mas no mala traza de hombre.
Que esto agradase, me espanto,
A mi hermano; ¿este mi dueño?
Súfrase algo de pequeño,
Mas de hombre bajo no tanto.

DOÑA ANA.

Ni aun lo pequeño es sufrible;
¡Qué civil, qué desaisado!
Aun el pobre del criado
Es trato mas apacible.

MARCELO.

Teodoro.

TEODORO.

¿Qué mandais?

MARCELO.

Hola,
¿Cómo, necio y descuidado,
Has de parecer criado,
Si dejas la criada sola?
En reverencias no estás
Perito, mal las encajas.

TEODORO.

¿Cómo he de hacerlas?

MARCELO.

Mas bajas,
Cuando las fingieres mas.

(*Pásase Teodoro con la criada.*)

TEODORO.

Descuido ha sido; traeráse
La recámara al momento.

DON DIEGO.

Quisiera que el casamiento
Esta noche se efectuase;
Pero no es tarde mañana.

DOÑA ANA.

¡Qué en ello que está don Diego!

ELVIRA.

Mi hermano en todo está ciego.

DON DIEGO.

Dichosa ha sido mi hermana
Elvira, lo agradecida
Tambien lo muestra á su mano;
Que ya no solo es hermano,
Sino padre, pues la vida
Sabrás despues de qué suerte
Me la dió, y se la he debido
Segunda vez.

ELVIRA. (*Ap.*)

¿Y has querido
Pagársela con mi muerte?

TEODORO.

Mi señora, yo me llamo...

TERESA.

No quiero saber su nombre;
Mas usted, seo gentilhombre,
Tiene mas talle de amo.
Dígame, por vida mia,
Vuesasted, si lo perdona,
¿Y trae esta ruin persona
El señor don Luis cada dia?

TEODORO.

Viene hoy de embozo.

TERESA.

Es donaire.

TEODORO.

Es de la gala el crisol.

TERESA.

Nubes habrá para el sol,
Mas no hay sombras para el aire.

TEODORO.

En Italia, entre diez mil
Infantes, en cualquier calle
Era el príncipe su talle.

TERESA.

¿Y llamábanle el gentil
Español?

TEODORO.

¿Cómo? Y el bello.

TERESA.

¿Son camaradas?

TEODORO.

Mal año;
Es mi amo entero.

TERESA.

Es engaño,
Ya hubiera dicho mal dél;
¿Trae vestidos muy galanos
De Italia?

TEODORO.

Y los da tambien.

TERESA.

Que los sabrá coser bien,
Me lo han parlado sus manos;
¿Era sastre ó capitan,
Señor don Luis, en Napóles?

TEODORO.

La flor de los españoles
Le llamaban en Milan.

TERESA.

Despues de á casarse, el bello
Garzon, ¿á que es su jornada?
¿Qué es lo que pretende?

TEODORO.

Nada.

TERESA.

Saldrá su merced con ello.

TEODORO.

¿Cómo te llamas?

TERESA.

En cuanto
Al nombre, nada hay civil;
Teresa.

TEODORO. (*Ap.*)

Y Teresa Gil
En el perseguirnos tanto.

DON DIEGO.

Señor don Luis, esta noche

Descansad; venid, que aquí
Es vuestro cuarto.

DOÑA ANA.
Y á mí
Me está ya esperando el coche.

DON DIEGO.
Iré á acompañaros yo,
Prima, á vuestra casa.

MARCELO.
Y todos,
Aunque hiciera muchos lodos.

DOÑA ANA.
¿Finezas por mí? Eso no,
Temo algun engaño; ultraje
Natural, no era el primero,
Mal talle y buen caballero;
Mas lo indigno del lenguaje
No se dispensa; haz por tí
Lo que puedas.

ELVIRA.
¡Ay doña Ana!

DOÑA ANA.
El no tambien le hay mañana.

ELVIRA.
Y mas siendo el novio así.

DON DIEGO.
Quedáos, hermano.—Y tú, Elvira,
Mientras con doña Ana bella
Voy, entretenle.

DOÑA ANA.
En creella
Conozco mas que es mentira.

(*Vanse don Diego y doña Ana; toma una silla Marcelo, y pide otra para Elvira.*)

MARCELO.
Querida esposa.

ELVIRA.
No quiero
Lo esposo ni lo querida.

MARCELO.
Sentáos; oiréis de mi vida;
Pero estas botas primero
(La llaneza es admirable)
Quitarme quiero.

(*Arrímase mucho á la silla de doña Elvira, y llega Teodoro á las botas, y ambos están de buena gracia.*)

TEODORO.
(*Ap.* Él está
Casadazo entero ya.)
Quita.

ELVIRA.
¡Hallamiento notable!

TEODORO.
Picaron, hombre endiablado,
¿Lo amo tan de par en par?

MARCELO.
¿Qué me he de arromadizar?
Excuso, excuso; es criado
Que puede servir al Rey
En una galera.—Andad,
La recámara cuidad.—
¡Gran cosa un criado de ley!

TEODORO.
Solo con la moza, oh loco,
No lograrás lo traidor.

MARCELO.
La doncella á la labor.

TERESA.
¿Tanto marido en tan poco?

ELVIRA.
Véte; que si algun intento
Aquí mostrase, en mi fiera
Venganza y su sangre viera
Bañado su atrevimiento.

TEODORO.
Vén, Teresilla.

TERESA.
Al reclamo,
Ni me alborozo ni ajusto,
Si el mancebo tan mal gusto
Tiene en moza como en amo.

(*Vanse los dos.*)

MARCELO.
No estéis triste, Elvira hermosa;
Que os traigo en quince baules,
Verdes, morados y azules...

ELVIRA.
¿Desdichada y codiciosa
Tambien?

MARCELO.
Muerta por sabello
Estáis, y á serviros tanto
Despejé á Italia de cuanto
Es raro, es precioso y bello.
De un gran camelote de aguas
De Persia, que se hace allá,
Mil varas traigo, en que habrá
Casi para unas enaguas;
De tela rica y luciente
Cien piezas, que compré en Luca,
Donde el nubarron caduca
Y lo alcachofado miente;
Cuya pulida y extraña
Labor, galante y hermosa,
Sirve de hacer mas costosa
A la necedad de España.

ELVIRA.
(*Ap.* Este es loco y es grosero.)
¿Y mi hermano?

Sale TEODORO.

TEODORO.
¿Qué vestido
Mañana...

MARCELO.
¡Qué prevenido,
Cuidadoso majadero!

TEODORO.
Te has de poner?

MARCELO.
¿Cuántos hay
Nuevos?

TEODORO.
Solos quince aquí.

MARCELO.
Tenme el pajizo turquí,
Y ponte tú el verdegay.

TEODORO.
Tilde olvidar no querria
De todo. (*Vase.*)

ELVIRA.
Fuera atenderle
Tan necio como quererle.

MARCELO.
Dejé á Italia, esposa mia,
Tan exhausta, que recelo
Que en ella solo hallarán
Suspiros de tafetan
Y quejas de terciopelo;
Abanicos, brava cosa,
De lo que culto se llama
Travesura en cualquier dama,
Y en todas codicia airosa,
A entretener vuestra mano
Cerca de tres mil vendrán,
Que, aunque pocos, bastarán
Para pasto de un verano;
De diamantones brillantes
Suma y riqueza espantosa,
Y en vez de cadena y rosa,
Un coliflor de diamantes.

ELVIRA. (*Ap.*)
¡Que mi hermano tanto engaño
Ignore!

Vuelve á salir TEODORO *como antes, y levántase tras él Marcelo.*

TEODORO.
¿Qué haca mañana,
La tigre ó la porcelana?

MARCELO.
¡Oh qué gracioso picaño!
Teodoro, nunca estás ducho;
Que te he dicho muy despacio,
Si has de atinar en palacio,
Que sirvas bien, y no mucho.

TEODORO.
Que era un majadero en modo
Dijeras, y andas conmigo.

MARCELO.
Si dijera, y si lo digo,
Servir es sufrirlo todo.—
Tráigoos, Señora, en efeto...

(*Quiere tomarla una mano y levántase Elvira enfadada.*)

ELVIRA.
Lo que quisiera, por Dios,
Que no os trajerais á vos,
Y trajerais mas respeto.

TERESA.
Mi señor viene.

Sale TERESA, *y parte á esconderse.*

MARCELO.
Eso temo;
¿Adónde me esconderé?

ELVIRA.
¿Esconderos? ¿para qué?

MARCELO.
Soy recatado en extremo.

TEODORO.
¿Qué haces?

MARCELO.
Salir me ha culpado.

Sale DON DIEGO.

DON DIEGO.
¡Qué perdonado habrá sido
El tardar!

ELVIRA.
Veo que ha venido
El señor don Luis cansado,
Y recogerle...

DON DIEGO.
¡Qué igual
Eres á mi amor!

MARCELO.
Cenemos.

DON DIEGO.
Al punto.

TEODORO.
Con mil extremos.
Cenar carne le hace mal
A don Luis, mi señor.

MARCELO.
¿Cómo?
Es mentira, juro á Dios;
¿Quién os ha subido á vos
De lacayo á mayordomo?
No sé yo cómo este pudo
Mentirme tan delicado,
Sino que estoy enseñado
A cenar siempre menudo.

DON DIEGO.
¡Qué gustoso y esparcido!

Bizarrías de soldado
Galantes tiene.

ELVIRA. (*Ap.*)

En menguado
Le pago lo agradecido; [hombre,
¿Qué ha hecho por mi hermano este
Que el ser tan necio le cuesta?

TERESA.

¿Qué novio y figura es esta?

ELVIRA.

Dale la mitad del nombre.

DON DIEGO.

Vén, Elvira.

ELVIRA. (*Ap.*)

¡Qué medrosa
Que voy!

DON DIEGO.

Que temas es justo
Que no hay cosa de peor gusto
Que la dicha de una hermosa.

ELVIRA.

¡Que esto sufra! Que esto calle!
Ruines fortunas vi yo
En otras; pero ¿quién vió
Desdicha de tan mal talle?

(*Vanse Elvira y Teresa, y don Diego está desde la puerta como llamando á los dos.*)

TEODORO.

Muy majadero has estado,
Y muy sin arte insolente;
Que en nada menos se miente
Que en un mentir demasiado;
Y tras esto, es muy injusto
Partido, y gran tiranía,
De ambos la bellaquería,
Y tuyo no mas el gusto.

MARCELO.

¿Vos, atrevido, hablais récio?
Vos pretendeis parte en nada?
Muy puesto en lo camarada,
Muy entremetido y necio,
¿Os dais tambien al nivel?

TEODORO.

Luego ¿soy tu criado yo?

MARCELO.

Luego ¿no?

TEODORO.

¿Qué es luego no?

MARCELO.

En mi llaneza con él
Se ha destruido.

TEODORO.

¿Hay picaño
Mas gracioso?

MARCELO.

Criado, no;
Ajustáos, que aquí acabó
La farsa de vuestro engaño.

TEODORO.

A voces quien eres digo.

MARCELO.

Sois criado, y sois quejoso
Dos veces. Andá, enfadoso;
No valeis para testigo.

(*Entranse, haciendo mucho estruendo, todos, y don Diego aplacándolos.*)

JORNADA SEGUNDA.

Salen MARCELO Y TEODORO.

TEODORO.

Vive Dios, que he de dar voces;
Ya vengo resuelto en esto.

MARCELO.

Paso, Teodoro.

TEODORO.

No hay paso.

MARCELO.

Advierte que nos perdemos.

TEODORO.

No hay que advertir, pese al diablo;
¿No le basta ya á un enredo
Dos dias de venturoso?
No le sobra á un sufrimiento
Un instante de ofendido?
¿Y qué del engaño espero?
Le lleven iguales hombros,
Le sufran iguales miedos,
Y que la maldad que entrambos
Igualmente cometemos,
Tú triunfas, y yo la lloro,
Tú la gozas, yo la pierdo;
Tú duermes en cama ilustre,
Y en generoso aposento
Reposas, y en casa todos,
Mas que huésped, te hacen dueño,
Y en mesa abundante y rica
Comes con Elvira, haciendo
Competencia los regalos,
Platos dulces y ojos bellos;
La familia aduladora,
De tu semblante pendiendo,
Despues de cabal marido,
No te sufrieran mas necio;
Y por esforzar tu engaño,
Tan amo estás, que sospecho
Que eres señor, pues me olvidas;
Que soy criado, pues me quejo.
En fin, no mas que el embuste
Conmigo has partido, haciendo
De la amistad tiranía,
Y de la igualdad imperio.
¡Cuerpo de Dios! haya gustos
Para todos, y campemos
Todos de bravos, de ricos,
De nobles y de discretos.
Yo he derramado por casa
Con tal arte y tal ingenio...

MARCELO.

¿Qué has derramado?

TEODORO.

Que soy ..

MARCELO.

¿Quién?

TEODORO.

Don Luis de Vivero.

MARCELO.

¿Qué dices, hombre?

TEODORO.

Esto digo.

MARCELO.

Eso es mentira.

TEODORO.

Esto es cierto;
Yo he de ser don Luis.

MARCELO.

Demonio,
¿Mi don Luis me quitas?

TEODORO.

Quedo;
Que yo lo soy.

MARCELO.

Vive Cristo,
Que nos matemos sobre eso.

TEODORO.

Ya es por demás; habla paso,
No repliques y oye atento.
Yo entre sombras de palabras,
Que hacen noticia y no empeño,
He vertido diestramente
Que oyendo á don Pedro Tello,
De su hermana tan divinos
Altos encarecimientos,
De que por testigo daba
Un retrato, y que el espejo
Y el pincel han sido siempre
Dos lisonjas del silencio;
No fiándome á la fama
Ni á las pinturas, intento
Examinar con los ojos
Dudas que formó el deseo;
Y que ya que tan de cerca
He visto el valor inmenso,
La soberana hermosura,
El divino entendimiento,
Me descubro y desembozo,
Corriéndole el falso velo
Al engaño, en paz sabrosa
De mis dulces pensamientos;
Señas, noticias y cuanto
Puede ayudar á este nuevo
Engaño de los criados,
Tengo acopiado en el pecho;
Traigo embuste grátis-dato,
Y hoy á reto y campo abierto
Que soy don Luis digo; tenga
Mejor invencion mas precio.
Si tú estás enamorado,
Yo tambien lo estoy, Marcelo;
Es rica, y tengo codicia,
Es hermosa, y alma tengo.
Concede con el embuste;
Que, si no, desato luego
La maraña, y digo á voces
Las traiciones, los desvelos,
Las costumbres, las maldades,
Con que, embustero profeso,
Eres el horror del mundo
Y el escándalo del pueblo;
Que no es razon, ni es decente,
Ni es justicia, ni ha de serlo,
Que tú ahora medres mas,
Si yo no sé mentir menos.

MARCELO.

Embustero del demonio;
Jesus, maldito embustero,
Galan pelmazo, que aforras
Un enredo en otro enredo;
Pues ¿cómo han de persuadirse
A este segundo embeleco,
Menguado, loco, bellaco,
Fondo en simple y cabos negros?

TEODORO.

¡Ah, enredador de la cuerda,
No de la lengua misterios!
¿Tiene coto la mentira?
La necedad ¿tiene medio?
¿Qué dudas de lo segundo,
Si han creido lo primero?
Que á los fraudes apacibles
Pocos ojos hay despiertos;
La duda que en esto hubiera,
Es que estos son escuderos,
Y á mentiras de alta guisa
No estarán sus gustos hechos;
Que, á ser orejas mas grandes,
¡Qué seguro, qué sin riesgo
Llegara el embuste en rabia,
En celo y amor envuelto!
Embusteros de sí mismos
Son todos, moral me vuelvo,

¿Qué no engaña aun en nosotros
Dentro de nosotros mesmos?
¿Quién no se miente á sí mismo
Sangre, discrecion y esfuerzo?
Y ¿qué es mentir á los otros,
Si yo á mi propio me miento?
Cuantos en Madrid profesan
En ejercicios diversos,
Mientras semblantes y nombres,
Hablo flojo y callo récio;
Ya la tela está empezada,
Ser menos señor te ofrezco.
No me murmures; que estoy
Tan amo, que ya me temo.

MARCELO.

Animo, que ya me rindo;
Teodoro, embuste y á ello.

TEODORO.

Embuste, y él á nosotros
Es camino mas derecho.
Paso, que la Elvira sale;
Retiro, y volvamos luego
Con la invencion tan guisada,
Que pueda cenarla un muerto.

MARCELO.

Invencion la de la clin,
Que en sortijas y torneos,
Entre muchas, sola una,
Una sola lleva el premio.
(*Vanse.*)

Sale ELVIRA.

ELVIRA.

Blanda, risueña, cristalina fuente,
Que al hermoso explayar de sus albores,
Si las selvas le dan cunas de flores,
Márgen los campos son á su corriente;
Si festiva, sonora, airosamente
Los céfiros la van diciendo amores,
Si requiebros los dulces ruiseñores,
Si el sol, fino galan, quejas de ausentes;
¡Qué presto en hondo valle, aunque mas bella,
De turbio arroyo vil desmerecida,
En vano gime, en vano se querella!
¡Oh yo, mil veces yo, mas ofendida;
Que en ella aun hasta el ser murió con ella.
Y en mí, viviendo el ser, pierdo la vida.

Sale TERESA, *apresurada.*

TERESA.

Escucha atenta, Señora;
Que hay gran novedad.

ELVIRA.

¿Y es?

TERESA.

No te lo diré despues,
Sino ahora y muy ahora.
¿Sabes qué hemos entendido
En casa?

ELVIRA.

Di mas apriesa.

TERESA.

Que este don Luis...

ELVIRA.

¿Qué, Teresa?

TERESA.

Es mentiroso, es fingido.

ELVIRA.

¿Es cierto ó es sospechado?

TERESA.

Sospechado; pero oirás,
Que hay otra sospecha mas.

ELVIRA.

¿Qué sospecha?

TERESA.

Que el criado
Es el don Luis verdadero.

ELVIRA.

Que todo embuste á ser viene,
No lo dudo, pero él tiene
Mas arte de caballero;
Mas ¿qué testigos, qué señas
Te lo obligan á decir?

TERESA.

Muchas, grandes.

ELVIRA.

¡Oh mentir,
En cuánta mentira empeñas!
Nada verdad me parece;
Que son casos imposibles,
Necedades apacibles,
Que la comedia agradece.
Dime lo que has entendido;
Pero véte, que despues
Lo dirás todo; ya es
Dicha dudado un marido.

Salen MARCELO Y TEODORO, *y Marcelo descubierto.*

TERESA.

Los dos vienen.

ELVIRA.

El semblante
Me ha de informar lo primero.

TEODORO.

Lleva quitado el sombrero,
Y en viéndonos, al instante...

MARCELO.

Ya te entiendo.

TEODORO.

Ansí lo creo.

MARCELO.

¿En fin te has enamorado?
(*En viendo que los mira Elvira, descúbrase Teodoro y cúbrase Marcelo.*)

ELVIRA. (*Ap.*)

El sombrero entró quitado
El otro, y porque los veo,
Se ha vuelto á cubrir el que es
Hasta ahora don Luis.

TEODORO.

No hay Nápoles, no hay Paris,
Sino Madrid, donde ves
Una deidad como Elvira.

ELVIRA. (*Ap.*)

En mí hablan, y empezar
Quiero ahora á desatar
Los nudos desta mentira.

TEODORO.

Con novedad admirado...

MARCELO.

Terrible ha sido tu intento.

ELVIRA.

(*Ap.* Aquel modo y hablamiento
No es respeto de criado.
Llamo al descuido, á ver cuál
Responde.) ¡Ah don Luis!

TEODORO.

Señora.—
¿Ves que te llama?

ELVIRA.

(*Ap.* Hasta ahora
Esto no sale muy mal;
Pero corta prueba es.)
¡Ah Teodoro!

TEODORO.

Ama mia.

ELVIRA.

(*Ap.* Si hace fe la bizarría,
Mas galan y mas cortès
Es este.) Un negocio tengo
Contigo.

TEODORO.

Divina ventura
Grande mia; ¡qué hermosura!
A ser muy dichoso vengo
Si en qué servirte se ofrece.

ELVIRA.

De tu buen gusto lo fio,
A pesar de mi albedrío,
Que á otros mal le parece.
Aprieta mi casamiento
Tu amo don Luis de modo
Que, de ver que es mio todo,
Me hace lástima el tormento;
Que entre suspiros y llantos
Es desperdicio el mayor,
Que en mí se gaste un dolor,
Que puede ser para tantos;
El porfia, y yo no puedo
Resistirme sin tu ayuda;
Que el morir, aun de la duda,
Es lo mas bajo del miedo;
Haz siquiera por un dia
Que mi alma no le vea,
Y como suya no sea,
Yo la perdono el ser mia;
Y esta lisonja recibe:
Que te deba yo el vivir,
Muera yo de mi morir,
Mas no de lo que otro vive.

TEODORO.

Siento, Señora, de suerte
Tu congoja, que ofrecer
El morir por tí es hacer
Gran precio á tan flaca muerte;
¿Quedarás agradecida
De que yo á don Luis persuada
Que no te embarace en nada?

ELVIRA.

Mas te debo que la vida;
Perpétuo agradecimiento
En mí, Teodoro, hallarás.

TEODORO.

¿Y no te obligarás mas
De que deje el casamiento
El mismo don Luis, por darte
Mas gusto, y no quiera verte,
Y que muera de ofenderte
Tan presto como de amarte?

ELVIRA.

Digo mil veces que holgara
Que á don Luis se lo debiera.

TEODORO.

Bellísima Elvira, espera.

MARCELO. (*Ap.*)

Aquí todo se declara.

TEODORO. (*Hincase de rodillas, y levántase.*)

Aquí tienes, aquí está
A tus piés don Luis; que en vano
Impulso tan soberano
Puede resistirse ya.
Yo soy don Luis, que, obligado
De tu retrato y la hermosa
Relacion, ¡qué tierna cosa!
¡Ah mancebo malogrado!
Encubierto quise verte,
Para ver si á la pintura
Tu generosa hermosura
Igualaba en alta suerte;
Y ya que tan soberanos
Testigos hacen las paces,
No hay embozos, no hay disfraces,
Hasta el alma está en tus manos;
Si te canso, harás que vuelva,
Y que al instante me vaya,
No á los deleites del Haya,

Sino al rigor de la Elba,
Que ni en su florido seno
Pusilipo ni Puzol,
Verde caricia del sol,
Lisonja del mar Tirreno,
Me acojan, sino el Levante,
Las galeras, en que armado,
Sea de un dolor soldado,
Y de un imposible amante.—
Llega, Teodoro, habla, di
A voces claras quién soy.

MARCELO.

Señora, si erré, aquí estoy,
A mi dueño obedecí;
La gente llana y honrada,
Fingir gran tiempo, Señora,
No sabe, cual la traidora,
Hácia sí misma envainada;
Perdona el engaño.

ELVIRA.

(*Ap.* ¿Es sueño
Esto que escucho? Este daño
Tiene un recibido engaño,
Que recata el mas pequeño;
Y este tan grave parece,
Que no me atrevo á juzgar,
A decir ni imaginar
Todo el temor que merece
En lo que no engaña este hombre;
Ya por lo menos ha sido
El mas galan y entendido;
La duda queda en el nombre;
Pero, en fin, entendimiento
Y talle no desagrada;
Dudemos algo, que nada
Con prevencion da escarmiento.)
(*A él.* Don Luis, no extrañeis la duda,
Ni la suspension.)

TEODORO.

Señora,
Todo lo yerra y lo ignora
Novedad que no se duda;
Dudar es prudencia.

Salen DON DIEGO Y TERESA.

DON DIEGO.

En fin,
¿Que esa plática anda en casa?

TERESA.

Esto que te digo pasa.

DON DIEGO.

Disfrazado y sin jardin
Se fué á averiguar, primero
Que casarse, la belleza
De Elvira, el dote y nobleza.
No se asuste lo Vivero,
Que todo es mas; ¿que es Teodoro
Don Luis?

TERESA.

Ansí lo he entendido.

DON DIEGO.

Dime cómo lo has sabido;
Que la primer seña ignoro.

TERESA.

Él ha dejado caer
Entre criados y criadas
Sus palabras tropezadas,
Y en secreto á verle ayer
Vino un hidalgo y aun dos,
Y en gran puridad hablaron,
Y ambos don Luis le llamaron.

DON DIEGO.

No lo dudo, vive Dios;
Que aunque uno y otro mancebo
Es gallardo, este lo es mas.

ELVIRA.

(*Ap.* Mi hermano viene.) Hallarás
Un huésped y amigo nuevo,
Hermano.

DON DIEGO.

¿Nuevo y amigo?
¿Cómo? ¿Mas si fuese cierto?

TEODORO.

Amigo y señor, no acierto;
¡Con qué vergüenza lo digo!
Dadme los brazos mil veces,
Y perdonad el embozo
De un amor viejo, que mozo
Caduca en estas niñeces;
Dad á don Luis vuestros piés.

DON DIEGO.

Señor don Luis, difrazado
Empezó en desconfiado
Lo que hoy acaba en cortés.
(*Ap.* Aquella prisa molesta
Que el otro á casarse daba,
Sin duda que examinaba
Delgadeces de la honesta.)
Don Luis, no dudeis de nada.

TEODORO.

¡Qué bien lo habeis entendido!

MARCELO.

Criado soy.

DON DIEGO.

Y bien lucido.

TEODORO.

Criado no, camarada.
Teodoro es deudo. (*Ap.* ¡Qué sientes?)
Hombre de brio y de fe,
Criado antiguo de los que
Llamamos despues parientes.

DON DIEGO.

¿Cómo os habeis detenido
Tanto en Italia?

TEODORO. (*Ap.*)

Espantosas
Mentiras y extrañas cosas
Conmigo; que poco os pido,
A no ser la causa mucha.

MARCELO. (*Ap.*)

Mezcla verdades.

DON DIEGO.

Yo quiero
Saberla.

MARCELO. (*Ap.*)

Del majadero
Estoy temblando, él escucha.

TEODORO.

Despues que Gustavo Adolfo,
Del Norte ardiente cometa,
No contentándose rayo,
Se desvaneció centella;
Ya que muerto el Duque alabe,
Arrogante y baja alteza,
A despeños levantada,
Y á mas fábricas deshecha;
Viendo los dos soles de Austria,
Que aun el balcon de Noruega
En tanta imperial garzota
Baña las garras sangrientas;
Dos águilas de dos nidos
Tiernos desatan, que sueltas,
Las campañas de los siglos
Vendrán á su vuelo estrechas;
Y el grande Cuarto Filipo,
Que es tantas veces su diestra
Muro de plata al imperio,
Columna de oro á la Iglesia,
Manda partir desta corte,
Pacífico Marte en ella,
Al marqués de Leganés,
Que por camaradas lleva
Los mas bizarros soldados,
Que en San Felipe reniegan
Pretensiones, aun las breves,
Mal sufridas de sus piedras;
El marqués de los Balbases
Le sigue, y tan presto llega
A Milan, que, ó no las hubo,
O le ignoraron las lenguas;
Donde el claro invicto Infante,
Mas esperanzas que espuelas
Calzadas, que ya en su aurora
Le amanece en tanta estrella,
La gente entriega al bizarro
Don D. go, y él parte, y deja
En desierto á Lombardía,
De amor poblado y de ausencia;
Y entonces yo, aunque esperaba
Guerra mayor, sus banderas
Sigo, que un ángel las guia
Y un español las gobierna;
Con este glorioso anuncio,
¿Qué mucho que España tenga
Victorias, y que sus armas
Libertad de Europa sean?
Juntándoseles el conde
Cervellon, parten la vuelta
De Ratisbona, que solo
A la fama ya no incierta
De este ejército se rinde
Al rey de Hungría, que empieza
Mas con triunfos que con años
A formar edad tan tierna;
Visita el claro Fernando
En Pasao su hermana bella,
María, que en las virtudes
No menos que en todo es reina,
Y en Rotemberg, ajustando
Que las católicas fuerzas
Se junten, marcha el Infante,
Y el Rey asalta y saquea
A Bonabert, y al de Grana
Le envia, dándole cuenta
Del aprieto de Norlinguen,
Y que ha entrado á socorrerla
Pólvora y gente, y que en vano
Esta expugnacion se intenta,
Si el ejército español
No acude á todo; y apenas
Oye el Infante el aviso,
Cuando cajas y trompetas
Y alborozos que ha llegado
Publican, y en altas muestras
De amor y en lucidas tropas
De una cortés competencia,
Sale á recibirle el Rey,
Su primo, y en una esfera,
En poca luz muchos soles,
Del austro á las dos estrellas.
Las caricias, los aplausos
Igualan, y las finezas
Del Rey, sin pasar de justas,
Llegaron todas á inmensas;
Comen juntos, viendo entrambos
Ejércitos, que despliegan
Estandartes de humo al aire,
Y orbes de fuego á la tierra;
Beimar y Horns, arrogantes,
Con insolentes promesas,
El socorrerla aseguran;
Mas con militar cautela,
Haciendo punta á Norlinguen,
Se abriga de las almenas
De unos bosques; y el Mejía,
Diestro y sábio, que penetra
Su intento, y que con ventaja
Pelear quiere, en serena
Frente y sosiego animoso,
Todo valor y prudencia,
Las órdenes y los puestos
Reparte; que mas pelea
Que el tropel de muchas manos,
La quietud de una cabeza;
El teniente general
Galazo dispone y piensa
Lo mismo, en que la victoria

Antes de empezar comienza;
El marqués de los Balbases,
Con el duque de Nochera,
El Cervellon, el Galazo,
Con el Teri de la Reina,
Del gran don Diego advertidos,
Resuelven que una eminencia
Y el bosque se ocupe, y salen
(Honra española y tudesca)
Cuatrocientos mosqueteros,
Y de imperiales cornetas
Tres mil caballos, y al punto
Le ocupan, y aunque le alientan
Con sumo valor, los carga
Tanta sajonia y sueca
Tempestad, que se retiran,
Quedando en esta refriega
Preso el sargento mayor,
Y gloriosa desta empresa
La nacion toda española;
El sajon, que no se acuerda
Del Albis, en que su abuelo,
Mas escarmientos que arenas
Pisando, Luzbel segundo,
Pagó á gemidos soberbias;
Desamparado aquel bosque,
Leganés, que considera
Que avanzar á la colina
(¡Oh gran hombre en la experiencia!)
La victoria estriba, manda
Que los tercios acometan
De Bolmeser y Toralto,
Y el padre Camasa en ella
Fortifique lo que diere
Lugar la noche, y que sea
El conde Juan Cervellon
A quien todos obedezcan;
Ansí se ejecuta, y luego
El gran duque de Lorena,
De la católica liga
General, por el Baviera,
El Rey, el Infante y todos
En el consejo concuerdan
Que el llegar á la batalla
Conviene mas que la empresa
De Norlinguen, y que el puesto
Que llaman la Montaneta
Se sustente, y al instante
Los alemanes refuerzan
Con el tercio del Idiasquez.
Sin que los tudescos quieran
Ceder; el gran guipuzcuano
Se huye á las competencias
De la vanguardia, queriendo
Con valerosa modestia
Que, por ganar la victoria,
Todo el pundonor se pierda;
Frente á frente los dos campos
La batalla se presentan,
Quinola en que la fortuna
No menos que un mundo juega.
Los dos invictos Fernandos,
Gloria de España y Bohemia,
Que antes que el temprano bozo
Dorados laureles peinan,
En dos truenos andaluces,
Tan fuego, que en las riberas
Del Bétis, paciendo rayos,
Centellas mintió la yerba,
Los primeros al peligro
Se ponen, sin mas defensa
Que el respeto de las balas,
Poco seguro, aunque es deuda,
Con suma paz el semblante,
Gran presagio en quien gobierna;
El gran Leganés, que mira
Que una bala no respeta
Lo mas real, pues al lado
Del Infante á matar llega
A un coronel, y á don Pedro
Giron le tronche una pierna,
Les suplica se retiren,
Y ambos le responden: «Ea,
Si aquí llegan pocas balas,
Ir á encontrarlas mas cerca.»
Rompe el ímpetu enemigo
Del tudesco la firmeza,
Y al punto los españoles
Cobran el puesto que dejan;
Dos veces se le restauran,
Y los españoles quedan
De vanguardia, y el Marqués
Con los dos tercios los ceba
Del conde Paniguerola
Y Cárlos Guasco, y que tengan
Al Cardenal valeroso
A las espaldas, y ordena
Al valiente don Enrique
De Aragon que cierre, y cierra
Santiago, y cuatrocientos
Mosqueteros, y en la mesma
Furia el borgoñon alberga;
Y con saña tan resuelta,
Tras el Sansibier famoso
Leonato el marques, y en nueva,
Aunque antigua bizarría,
Picolomini calienta
Con sus ardientes corazas
La batalla, y con las nuestras
Embiste el de los Balbases,
Y en ardiente fortaleza,
Gambacurta desagravia
Tanta sangre en tanta ajena;
Yo y don Pedro Santaula
La escaramuza tremenda
Trabamos con los dragones,
Que ni con valor sosiegan
Ni con las manos descansan;
Y en tan reñida pelea
Los bizarros enemigos,
Que en heróica ni en inmensa
Valentía quince veces
Rendir, despejar intentan
Del puesto á los españoles,
Que en fuerte, en suma entereza,
Constancia, los quince asaltos
Resisten y los desprecian,
Como las inmobles rocas
Del mar á las hondas fieras,
Que en espumas se deshacen,
Y en su porfía se quiebran;
Ya cansados y rendidos,
La esperanza y campo dejan
Los suecos, y en fugas viles
Cambian arrogancias necias.
«Victoria, España y Hungría,»
Gritan todos, y del César
Y de Felipe los nombres
A eternidades se cuentan.
El Rey y el Infante siguen
La victoria, y tan sangrienta,
Que veinte mil fuertes vidas
A sus plantas quedan muertas.
Ganóse la artillería
Y estandartes y banderas
Trecientas; todo el bagaje,
La gloria, que la primera
Se debe á Dios, á Felipe,
A tres Fernandos, y eterna
Al Marqués y á todos; tanto
Vence en Dios quien en Dios reina.
Cuantas casacas azules
Fueron celosa contienda
De Marte, en su sangre roja,
Ya son lástima, y no afrenta;
Hacen los croatos fieros
Su agosto, que sin clemencia,
En racionales espigas,
Cuantas topan, tantas siegan;
Herido y preso el Beimar,
Libre y prisionero queda
Gustavo Horns del gran duque
Lorenés, y con nobleza
Enemiga y grave asombro
El sueco dice: «¡Oh cuán cierta
Es vuestra fama, españoles!
Que hoy leones en fiereza,
Hombres no, sino prodigios,
Habeis sido de la guerra.»
Norlinguen se rinde, y ciñen
Las sienes (siempre severas)
Del triunfo los dos Fernandos;
Despáchanme con las nuevas
Al Rey, y el mar con portentos,
Y con asombros la tierra
Me detienen, pero en vano;
Que piratas y sirenas,
Bandoleros y peligros,
Mas que me asustan, me tiemblan.
Ya en presurosas jornadas,
Antes á vuestra presencia
Que á Madrid llego, y primero
A esta dicha que á sus puertas;
Lo demás lo habeis sabido,
Mis amorosas licencias
Perdonando; que amor tiene
Mayor luz en las mas ciegas;
Que en la muerte de don Pedro,
En mis lástimas y endechas,
En mis daños y fatigas,
En mis ansias y finezas,
Como al sol la nieve cruda,
Como al campo la alta sierra,
Como al jebeche las ondas,
Como al céfiro las selvas,
Como al aurora las flores,
Como al rocío las yerbas,
A los ojos de mi Elvira
Todos mis males se templan.

MARCELO.

(*Ap.* Válgate el diablo mil veces,
¡Qué gran mentira!) Una línea
Ni una tilde le ha quitado
A la verdad; ¡Jesus!

ELVIRA.

Llena
De admiracion y cuidado
Me dejais.

TERESA.

¿Y ha sido cierta
La resolucion que tuvo
El bandolero?

MARCELO.

¡Hay tal mengua!
¡Que me echase los azotes
(Dios se lo pague) en galeras!

TERESA.

Que no era criado el otro,
Luego lo vi.

MARCELO.

¿En qué, Teresa?

TERESA.

En que no me dijo amores,
Siendo criada, y no lega.

MARCELO.

Lo mismo pienso hacer yo.

ELVIRA.

En relaciones, en piezas
Se refiere esta batalla,
Y bien pudo hallarse en ella,
Que es bizarro; ahora bien,
Ya la mentira primera
Les creimos, y es castigo,
Empeño y venganza cuerda,
Que quien creyó una mentira,
Que todas juntas las crea.

DON DIEGO.

Este sí que es español
De los que cualquier princesa
Extraña puede prendarse,
Sin pecado de comedia.

TEODORO.

Parece, Señora mia,
Que habeis quedado suspensa.

ELVIRA.

Vuestros peligros me asustan
Aun todavía.

MARCELO.

La hembra
No está muy en la maraña,
Pues socarrona y discreta...

TEODORO.

Quien quiere acertar, Señora,
Con amaros nada yerra.

DON DIEGO.

Mejor don Luis tiene Elvira.

ELVIRA.

¿No es el arte y la presencia
Ruin testigo?

TEODORO.

(*Ap.* ¡Ah gran embuste,
Y cuán pocos te escarmientan!)
Marcelo, ¿qué dices?

MARCELO.

Digo
Que cuanto quisieres mientas
En tí, pero en mí no quiero;
Que con extraña inclemencia
Me has arrastrado, y al punto
Me ahorcaste, y despues destas
Justicias, así quisiste
Azotarme, y solo resta
Que luego en otro romance
Me saques á la vergüenza.

TEODORO.

Algo se ha de fingir.

MARCELO.

Solo
Se te olvidó (si te acuerdas)...

TEODORO.

¿Qué?

MARCELO.

Que todo lo venciste,
Que por Dios que te lo crean.
(*Vanse los dos.*)

DON DIEGO.

Gran soldado y caballero,
Hermana; luego lo vi,
Que en nada me engaña á mí,
Que era el don Luis de Vivero
Este, y no el otro, y ¡qué bien
En todo se conoció!
Y ansí di la traza yo
De tu desposorio.

ELVIRA.

Y ¿tambien
Estás en que este segundo
Es don Luis?

DON DIEGO.

Pues ¿no se ve?
En mi vida me engañé.

ELVIRA.

(*Ap.* No es menos necio en el mundo
Un confiado; en efeto,
Verdadero ó mentiroso,
Él es hombre bien garboso,
Bien galan y bien discreto;
Si aun fueran breves antojos
Decir que inclinada estoy,
Por lo menos ya no doy
Por agraviados mis ojos.)
¿Qué determinas, hermano?

DON DIEGO.

Que has de desposarte luego.

ELVIRA.

Ser luego, eso no, don Diego.

DON DIEGO.

El replicarme es en vano

ELVIRA.

¡Qué colérica y dudosa
Es mi suerte!

DON DIEGO.

Ten paciencia;
Que á pedir voy la licencia.

Sale DOÑA ANA.

Mas ¿qué buen encuentro, hermosa
Doña Ana?

DOÑA ANA.

Tan presuroso
Primero, ¿adónde?

DON DIEGO.

Hemos sabido
(*Ap.* ¡Qué picon tan entendido!)
Que es el don Luis y el esposo
De Elvira...

DOÑA ANA.

¿Quién?

DON DIEGO.

El criado
Del que lo fingió primero.

DOÑA ANA.

¿Prima?

ELVIRA.

En segundo Vivero,
Sí, mejor anda embozado
Mi peligro, y tan aprisa
Como ves, mi hermano intenta
El desposarme.

DOÑA ANA.

¡Qué afrenta!
Muchos un engaño avisa.

ELVIRA.

Verdad es que es gentil hombre,
En traza y modo no miente
Ni engaña, mas no es decente...

DOÑA ANA.

¿Qué hechizos tiene este hombre
Con tu hermano?

ELVIRA.

Juntos quiero
Dejaros, porque mejor
Le dés á entender su error;
Ser él y ser caballero,
Sí será, pero es mas justo
El asegurarnos mas.

DOÑA ANA.

Inclinada y cuerda estás,
Mucho puedes con tu gusto;
Véte.

TERESA.

Si al fin es costumbre
¡Ay señora! que molesta
Todo marido, ya es esta
Mas honrada pesadumbre.
(*Vanse Teresa y Elvira.*)

DOÑA ANA.

Aunque pudiera ofenderme
De tu tibieza, primero
Quejarme, don Diego, quiero
(Tanto llegas á deberme)
De lo que yerras contigo
Que de lo que en mí no aciertas;
Que mancebo te diviertas,
Que te entretengas amigo,
No es culpa; que á Madrid veo
Tan acomodado ahora
(Oigolo así), que se ignora
Una queja de un deseo;
Mas que en tema vergonzosa
Pongas en tanta aventura
Una hermana, peor segura
En lo mujer que en lo hermosa,
¿Dónde está tu entendimiento?
¿No sabes, mozo ignorante,
Que en Madrid á cada instante
Se pisa en un escarmiento?
Lo que pide mayor modo
Es una atenta cordura;
No creer nada es locura,
Necedad creerlo todo;
¿Qué noticias ó qué prendas
Tienes de que cierto ha sido
Lo que otra vez te ha mentido?

DON DIEGO.

Paso, doña Ana, no ofendas
Mi obligacion ni mi trato;
Que antes me pondré ofendido
A mil riesgos de mentido
Que no á un peligro de ingrato:
Tú no te has visto informada
De sus partes; que si oyeras
Su discrecion ó si vieras
Solo en su mano una espada,
Celos tuviera yo ahora
De decirlo; ¿qué mas fe
Que él mismo? Que en él se ve
Cuando se duda ó se ignora.

DOÑA ANA.

¿Que es tan valiente?

DON DIEGO.

Es espanto.

DOÑA ANA.

En la ocasion pensar puedo
Que tuviste mucho miedo,
Pues ahora dices tanto.

DON DIEGO.

¿Miedo es pagar...

DOÑA ANA.

Ya te digo
Que sea lo que quisieres,
Que llego á temer que quieres
Casarle tambien conmigo;
No he visto en ansia amorosa
Ley mas tierna y mas liviana;
Que si yo fuera tu hermana,
Ya me tuvieras celosa.

DON DIEGO.

Decir lo que yo te adoro
En todo el tiempo aun no cabe,
Y pues tu experiencia sabe
Que yo tus partes no ignoro,
No te quejes.

DOÑA ANA.

¿Yo quejosa?
¡Qué bajo indigno blason!
Que puedo en la presuncion
Ser vanidad de una hermosa.

DON DIEGO.

¡Ah qué falsa estás conmigo!

DOÑA ANA.

¡Oh qué vano estás de tí!

DON DIEGO.

¡Oh qué cierta estás de mí!

DOÑA ANA.

¡Oh qué necio estás contigo!
(*Vanse.*)

Sale ELVIRA, *sola.*

ELVIRA.

Amor, ¡qué medrosa llego
A tu nombre! ¡Oh nunca, amigo,
No seas traidor conmigo!
Basta loco y sobra ciego;
A perdonarte me entriego,
Si me pierdo bien en tí,
Algo de la dicha sí,
Mas de la disculpa no;
Sea lo que amare yo
Cuerdo en él y digno en mí.
¿Un hombre que vino errante

Ha de obligar á querido?
Si ruin, le huyo marido,
Si noble, le temo amante;
Pero siempre estoy constante
En que no he de sufrir yo
Corto empleo; y si nació
Sin favor mi suerte alguna,
Sea baja su fortuna,
Pero con bajeza no.
Menos ofendida quedo,
Si es mi amor aborrecido
Del que debe ser querido.
Dulce amor, todo eres miedo,
Y yo toda soy recato;
Que ha llegado el falso trato
A que todo sea fingido,
Y el mas disculpado pido,
Pues todo ha de ser ingrato.
A las experiencias demos
Parte de lo que ignoramos,
Los sentidos recojamos,
Todo el hombre averigüemos.
Pero aquí vienen; fiemos
Luz tan nueva y escondida
A escucharlos. ¡Oh perdida
Razon! Si hay solo un nacer,
Un vivir, ¿por qué ha de ser
Tantas muertes una vida?

Salen TEODORO Y MARCELO.

TEODORO.
Marcelo, ¿en qué ha de parar
Tanto enredar y fingir,
Tanto anhelar y embustir?

MARCELO.
¿Viste los remos del mar
Vagando en tremenda hilera,
Y que encierra en conclusion
Tanta perla de ladron
La concha de una galera?
Pues de nuestro falso trato
Lo mismo imagina ahora,
Y yo se lo doy (Señora
Comparacion) de barato.
(*Escucha Elvira desde la puerta.*)

ELVIRA. (*Ap.*)
Bien los oiré desde aquí.

TEODORO.
Ella, entre dulce y terrible,
Es rebelion apacible.

MARCELO.
¡Ay miedo! Así afato á mí.

ELVIRA. (*Ap.*)
Atencion; que algo se mira.

MARCELO.
Señor Vivero fingido,
¿Qué hemos de hacer?

ELVIRA. (*Ap.*)
Mas oido.

MARCELO.
Con la hermosura de Elvira,
¿Qué pillamos? Qué Vivero,
Qué don Luis y qué soldado
Es este que hemos tomado?

TEODORO.
No lo sé; de amores muero.

ELVIRA. (*Ap.*)
¡Ah enemigos!

MARCELO.
¿Qué mentira
Ha sido esta en que se ve
Nuestro empeño?

TEODORO.
Nada sé;
Solo sé que adoro á Elvira.

ELVIRA. (*Ap.*)
Ya es tiempo.

MARCELO.
Estamos sitiados.

ELVIRA.
Embusteros, ah traidores,
Ah infames, ah enredadores.—
¡Hermano, hermano, criados!

TEODORO.
¿Qué tienes?

ELVIRA.
Ladrones son.

TEODORO.
Perdidos somos, Marcelo.

MARCELO.
Al grátis-dato yo apelo.

TEODORO.
Traicion, señores, traicion.

ELVIRA.
Da voces.

MARCELO.
Sí, yo tambien
Daré voces, daré gritos
Fieros, grandes, infinitos;
¿Cómo parecerá bien
Que, siendo tú el conde Fabio,
Hijo del noble marqués
De Bitoldo, que este lo es...

TEODORO. (*Ap.*)
¡Conde, marqués!

MARCELO.
¿Tanto agravio
Se haya hecho, ó que por solo
Que allá don Pedro, tu hermano
(Dios se lo perdone), un vano
Retrato, injuria de Apolo,
Le enseñó, viene muy necio,
Enamorado y perdido
A intentar ser tu marido?
Pero yo hablaré mas récio.—
Pues á casar te has venido
Con la hija del Regente,
Todo amor es vano y miente,
Serás, traidor, su marido;
Iréme al Rey, iré al Conde.
(*Saca la daga, va tras él Teodoro, y detiénele Elvira.*)

TEODORO.
Perro, calla, ¿este secreto
Descubres?

ELVIRA.
Tened.

TEODORO.
¡Qué aprieto!
Si en el centro se me esconde,
Le hé de matar.

ELVIRA.
Tenéos.

MARCELO.
De Italia iré al presidente;
¿A la hija del Regente
Quieres burlar?

TEODORO.
¿Mis deseos
Tan hermosos y tan justos
Me estorbas, traidor, villano?
Solo á Elvira doy la mano.

ELVIRA.
Templad, Señor, los disgustos.

MARCELO.
No hay que temblar, conde Fabio;
Ya acabaron los disfraces,
Sépalo el mundo.

ELVIRA. (*Ap.*)
¿Qué haces,
Pensamiento? ¿Haréte agravio
En creer que esto es verdad?
¿Dudarélo? Sí, ¡oh cuán fea
Cosa que, si verdad sea,
Lo ayude mi voluntad!

TERESA.
Ea, Señora, ¿qué dudas?
Sé condesa, pues que puedes,
Porque hoy andan las mercedes
O revoltosas ó mudas;
Las salas luego se truequen,
Zampa el dosel, y en tus faldas
La silla vuelta de espaldas.

ELVIRA.
Por temer no la desflequen;
Muy en ello estás.

TERESA.
¡Qué tarde
Que lo tomas! Date priesa,
Señora; que no hay condesa
Que su víspera no guarde.

ELVIRA.
¿Hay tan simples alegrías?

TERESA.
¿Condesa y marquesa junto?
Dila que te llame al punto
Vuestro par de señorías,
Y aun presumo en mi conciencia
Que es poco, y que son agravios;
Que anda entre los mismos labios
Tropezando la excelencia.

TEODORO.
Llámote proto-embustero.
¡Qué bien salimos! Ten cuenta
Si averiguan la regenta.

MARCELO.
Otro embuste mas no quiero.
Con la hija del Regente
Al momento has de casarte;
Voy...
(*Detiénele Teodoro.*)

TEODORO.
¿Procuras escaparte?

MARCELO. (*Ap.*)
Pluguiera á Dios.

ELVIRA.
Oyes, tente,
No dés voces, el secreto
Os guardaré. (*Ap.* Y no me lleva
Atencion para la prueba;
Este es camino discreto.)

MARCELO.
No hay secreto, lindo espacio;
Con la lengua el falso vino
A engañar, porque menino
Fué desde niño en palacio;
Yo no he de callar.

TEODORO.
Traidor,
Que me destruyes.

ELVIRA.
Espera,
Calla dos dias siquiera.

MARCELO.
¿Dos dias á un hablador?
¡Buen regalo! un siglo encierra
Un instante; pero haréto.

TEODORO. (*Ap.*)
De aquí bien veré gran cielo.

ELVIRA.
(*Ap.* De aquí descubro gran tierra.)
Conde, don Luis ó Teodoro
(Que estos tres nombres te sé),
No digo que te querré,
Que aun ese efecto me ignoro;
Cualquiera que seas, si eres
Hombre principal y honrado,
En las costumbres sobrado,
Tienes lo que no tuvieres;

Para mí no hay cosa alguna
Mas indigna, mas vulgar,
Mas injusta, que tasar
Los hombres por su fortuna;
Seas laurel ó seas roble,
No dudes que en esta parte
Solo no he de perdonarte
Ser hombre de bien y noble.

TEODORO.
Menos que al alma ilustrara
No supiera amarte á tí,
Y tu sol, que vive en mí,
Hasta la sangre hace clara;
Mi amor es todo español.

MARCELO.
¿Las lágrimas de tu madre
Y el Regente?

TEODORO.
¡Qué! No hay padre;
Elvira es hija del sol.
Teodoro, el merced arrima,
Y di cuál menos agravia,
La Condesa, Elvira ó Fabia.

MARCELO.
El socorrillo de prima
Fuera gran cosa.

TEODORO.
Locura;
Condesa entera le queda.

MARCELO.
Llámese, mientras que hereda,
Condesa de la Futura.

TERESA.
Pregunto al hombre de bien,
¿Las criadas de condesas
Son señoras?

MARCELO.
Si profesas,
Has preguntado muy bien,
Muy rebien; si no lo son,
Podrán ser cuentas benditas;
Que yo he llamado infinitas
Con harta menos razon.

TERESA.
Qué, ¿estamos desahuciadas
De señora?

MARCELO.
Eso no.

TERESA.
Por cierto que pensé yo
Que bastaba vizcriadas.

TEODORO.
Una joya de valor,
Luego que llegue, le dés,
La recámara.

TERESA.
Los piés
Beso al Conde, mi señor.

TEODORO.
Malvado, ¿qué le respondes?

MARCELO.
Pillaro, este giorno afuera,
Si de responder hubiera,
Pobrecitos de los condes.—
El patron, filiola mia,
¿Es noble?

TERESA.
Y cristiano viejo.

MARCELO.
Buen vino en cualquier pellejo.

TERESA.
¿Y es rico su señoría?

MARCELO.
Cien mil carlines contados
De renta.

TERESA.
¿Y es un carlin...

MARCELO.
Cuarenta escudos.

TERESA.
En fin,
Mas son de tres mil ducados.

TEODORO.
¿Condesa hermosa?

ELVIRA. (*Ap.*)
Tened;
Mas cuerda soy hasta ahora.

TERESA.
¡Qué triste estás! ¡Ay señora!
¿Hante llamado merced?

ELVIRA. (*Ap.*)
Dudas, yo he de averiguaros.

TERESA.
¿Qué os parece estas venturas?

MARCELO. (*Ap.*)
Que hemos de quedar á oscuras
En siendo condes mas claros.

JORNADA TERCERA.

Salen DON DIEGO Y ELVIRA.

DON DIEGO.
Dime otra vez y otras ciento,
Hermana, tan nuevo caso,
Que si á la pena le paso,
Tendré quejoso al contento;
En fin, dices...

ELVIRA.
Que esta nueva
Novedad hay mas, y en suma,
Destos pájaros la pluma
Tantas veces se renueva,
Que el dudarlo y el creello
En tu prudencia no mas
Consiste, y cuerdo verás...

DON DIEGO.
No pienso dudar en ello,
Aunque no haré novedad
Mientras la noticia es corta;
Mas servirle, es lo que importa,
Con mayor autoridad;
El duplicar el cochero
Es forzoso, que á no nada
Es víspera titulada;
Y ahora acordarme quiero
Que mil veces me escribió
Que un señor napolitano
Era su amigo, mi hermano,
Y si tu retrato vió,
No dudes que enamorado
Te busca.

ELVIRA. (*Ap.*)
¡Hay facilidad
Mayor! Hay tal necedad!
¿En qué olvido se ha bañado
Su razon, que en tanto abismo
La pone? Y si algun encanto
Hay en esto, aunque no tanto,
Yo peligro ya en el mismo.
¡Oh qué necio se despeña
Hombre, si merece el nombre
Quien á estar creyendo á un hombre
Con obstinacion se empeña!

DON DIEGO.
¿Qué estás discurriendo, Elvira?
Que es conde y será marqués;
¿Qué mucho?

ELVIRA. (*Ap.*)
¡Qué antigua es
La dicha de una mentira!

DON DIEGO.
Su presencia corresponde
A dignidad tan lucida,
Y no he visto yo en mi vida
Mejor tamaño de conde.

ELVIRA.
¿A quién donaire no hiciera
Esta liviandad?

DON DIEGO.
Hermana,
Yo no he visto esta mañana
Al Conde, y buscarle...

ELVIRA.
Espera,
Que es razon comunicarle,
Y ahora vendrá doña Ana.

DON DIEGO.
¡Qué prudencia tan anciana!
No vendrá mas que á dudarlo
Todo, y con sus bizarrías
A ofender tambien.

ELVIRA.
Don Diego,
Mira que el ver...

Entran DOÑA ANA Y TERESA.

TERESA.
Entra luego,
Zampando las señorías.

DOÑA ANA.
(*Ap.* Tan loca criada está
Como ellos.) ¿Primo?

DON DIEGO.
¿Señora?

DOÑA ANA.
Que es mar nuevo cada hora
El dia; contadme ya
Lo que no pudo Teresa
Con su alborozo.

DON DIEGO.
Esto es
Que el señor conde y marqués
De Bitoldo...

ELVIRA.
Lo Marquesa
Estoy temblando.

DON DIEGO.
Un retrato
Vió de Elvira, enamoróse
En Italia, y resolvióse
Con este embozo y recato
A venirse, y sin saberlo
Su padre...

DOÑA ANA.
Fineza ha sido;
Mas ¿qué certeza ha traido
De que es él?

DON DIEGO.
Tropezó en ello
Si no es conde ó son engaños
Disputarlo ya no espero
Contigo.

DOÑA ANA.
Ni yo lo quiero;
Dios os conde muchos años,
Dios nos libre que en enredos
Se cebe una voluntad;
Que llegará la verdad,
Antes que en pasos, en miedos. —
Y tú, ¿por ventura estás
Tan necia?

ELVIRA.
Llego á dudarlo,
Y en llegar á desearlo,
No tan necia, pero mas.

TERESA.
(*Ap.* De envidia y rabia le pesa;

Ved con lo que ahora viene.)
Pues ¿mi señora no tiene
Harto bulto de condesa?
Y á fe que todos los dias
A mil pobres, desta salsa,
Pienso por la puerta falsa
Dar sopa de señorías.

DOÑA ANA.

¿Conde? (*Ap.* Endiablados están
Todos.)

ELVIRA.

Hermano, lleguemos
A su aposento, y verémos
Si algunas señas nos da,
Papeles, en que se funda
La verdad.

DON DIEGO.

Tu parecer
Sigo, aunque no es menester.

ELVIRA.

En esta pieza segunda
Está un bufete, y en él
Muchos papeles.
(*Estén en un bufete muchos legajos de papeles.*)

DON DIEGO.

Veamos
Si mas testigos hallamos.

ELVIRA.

Dice el primero papel:
«Soneto en lengua italiana,
»Al ritrato dil signora
»Elvireta.»

DON DIEGO.

¿Desto ahora
Qué dices? Yo apuesto, hermana,
Que es gran soneto.

DOÑA ANA.

Si es suyo,
Compondrá bien cualquier cosa.

ELVIRA. (*Ap.*)

No escondió lo maliciosa.

TERESA.

Soneto al retrato tuyo,
¿Es cosa mala?

ELVIRA.

Aquí trata
De negocios: «Memoriali
»De servichi principali,
»Y calità de casata
»Bitolda.»

DOÑA ANA.

¿Es mucha familia?

DON DIEGO.

Pese á tal, ha emparentado
Con lo mas noble y granado
De Nápoles y Sicilia.

DOÑA ANA.

Teméndome estoy de loca
Tambien; ¿cómo, buen hermano,
Te has informado temprano?

ELVIRA.

Del conde de la Bicoca,
Del marqués de la Garulla
Y del duque de los Codos
Cartas.

DOÑA ANA.

Sus estados todos
Pienso que caen en la Pulla.

DON DIEGO.

Esa es provincia famosa
En Nápoles.

ELVIRA.

Retirado
Está aquí un pliego y cerrado.

DOÑA ANA.

Abrirle.

DON DIEGO.

¿Dama, y curiosa?
Dios nos guarde.

ELVIRA.

«Al marqués, conde
»De Bitoldo, mi señor,»
Dice.

DON DIEGO.

Todo en su favor
Habla, concierta y responde.

ELVIRA.

En español es la carta,
Y dice así: (*Lee.*) «Aunque son tantos
»De una verdad los peligros
»Y de una fe los agravios,
»La que á tu servicio tengo,
»Como antiguo y fiel criado,
»Y que recibí en tu casa,
»La obligacion de los años
»Me obliga, fuerza y compele,
»Gran señor, que abanderando
»Mis riesgos, te dé noticia
»Que tu hijo, el conde Fabio,
»Sin mirar á la grandeza
»De tu casa, al nombre claro
»De sus mayores (¡qué injuria!),
»Persuadido de un retrato
»(*Ap.* Dios nos ayude), casarse
»Intenta, y está casado
»Con una dama española,
»Que aunque de buen gesto y garbo,
»No es mas que una honrada hidalga.»
(*Ap.* No es corta alhaja lo hidalgo,
Con licencia de lo conde.)

DON DIEGO.

En el fuero castellano
No hay mas blason que hidalguía;
Prosigue.

ELVIRA.

(*Lee.*) «Y tantos engaños
»Ha hecho, que se ha fingido
»(¡Qué indecencia!) un moderado
»Particular caballero,
»Que ella aguardaba, y él, falso,
»Ciego de amor, claramente
»Quien es ha dicho, entregando
»A nubes tan escuderas
»Del sol los bitoldos rayos,
»Y aun pienso que ofrecer quiere,
»En trueque indigno, á su hermano
»A tu hija, la señora
»Doña Quiteria Fracaso.»

DON DIEGO.

Eso no me lo habia dicho.

ELVIRA.

Teníalo reservado
Para albricias.

DOÑA ANA.

Yo os ofrezco
De no acusaros de ingratos.

ELVIRA.

(*Lee.*) «De la hija de tu deudo
»Ni se acuerda ni hace caso,
»Doctor, mi señor; al hombre
»No hay metérselo en los cascos,
»Porque he querido dar cuenta
»Al Rey; lo que llaman palos
»En Castilla es la amenaza
»Mas barata de sus manos;
»Este es el fingido viaje
»De Alemania, este el bizarro
»Aliento, en que prometia,
»Pompeyo napolitano,
»Que era César un belitre,
»Y un belleguin Alejandro;
»Este el báculo, el arrimo,
»El bien, el gusto, el descanso
»De tu vejez.»

DON DIEGO.

Ea, no leas
Ya mas. ¿Qué mas declarados
Indicios? ¿Qué mas testigos?
Yo perdono al secretario,
Siendo Guzman, lo escudero,
Aunque ignora que los altos
Linajes, como este y otros,
No sufren medios muy bajos.
Si tienen mentido el nombre,
Están lucidos y claros,
Si le tienen verdadero,
Que en cualquier sitio y estado
Son mejores que otros muchos
De otras clases, ya el acaso
Del casarse los guarnezca,
O los corone de aplausos;
A sacar cuatro doseles
Voy, y tambien otras cuatro
Colgaduras; pues ya es tiempo
De prevenir los dos cuartos;
Vuelve el pliego, y diestramente
Le deja oculto y cerrado
Adonde estaba escondido,
Y adios.

TERESA.

¡Ay miedo, si entrambos
Fuesen marqueses!

DOÑA ANA.

Elvira,
Si es falso ó si es fino el trato,
No lo juzgo; mas, ya sea
Engaño ó verdad, el diablo
No puede disponer mas bien
Un embuste y un engaño;
Casi me voy persuadiendo;
Pero véte muy despacio;
Que inclinacion y codicia
Dan mucha priesa á tus pasos.

TERESA.

¡Qué linda predicadora
Tenemos! Y si al reclamo
Le viniera él ser condesa,
Lo hiciera ella más barato.

ELVIRA.

No me temas fácil nunca;
Que no digo yo dudando,
Sino en altas evidencias
Y en intentos soberanos;
Como es no mas que un dudoso
Caballero, acompañado
De honores, qué los veneto
En cualquiera que los hallo;
Tuviera cuantas grandezas
Esconde en senos avaros
El sol, ó cuantas ahora
El nuevo hermoso palacio
Contiene, que en el desvelo
De un siempre atento cuidado,
O son triunfo de su dueño,
O son desden de su mano;
Tarde mi paz turbarian,
Prima; que tengo muy mansos
Los deseos, y con ellos
Los pensamientos muy bravos.

(*Vanse.*)

Salen TEODORO *y* MARCELO.

MARCELO.

No es menos lo que refiero.

TEODORO.

¡Suceso extraño!

MARCELO.

Seguí
La tropa, luego que ví
Era don Luis de Vivero.

TEODORO.

¿Don Luis?

MARCELO.

Don Luis, y al postigo
De San Martin, en posada
Bien puesta y autorizada
Se apea.

TEODORO.

No estoy conmigo,
De asustado.

MARCELO.

En fin, la gente,
Que trae mucha y bien lucida,
Mientras la cena ó comida
Se dispone diligente,
De un baulete pequeño
Y unas maletas desata
Curiosa y bastante plata,
Al noble gusto del dueño;
Vestidos verdes y rojos,
Y negros muchos, y en suma
(Aquí atencion, que sin pluma
Saqué la copia en los ojos),
Cinco joyas muy lucidas
De varia hechura, pequeñas
Las dos, mas ningunas señas
Se quedaron escondidas;
El tal Vivero á un vecino
Por la casa preguntaba
De don Diego, y si llegaba
La otra ropa, que imagino
Que viene la impertinente
Telaza y el majadero
Oropel, que es lo primero
En que á las novias se miente;
Ahora, Teodoro, mira
Qué hemos de hacer, que en los huesos
Está con estos sucesos
Nuestra bien gorda mentira;
Si ha de haber fuga forzosa
Al punto; que no creia
Que hasta la bellaquería
Ha menester ser dichosa.

TEODORO.

¿Qué dices, cuitado? Calla,
Ten ánimo, ten aliento;
Que aun á nuestro vencimiento
Le queda mucha batalla.
Mira el bufete, si acaso
En el lacillo han caido
Del papelaje.

MARCELO.

Habrá sido,
Como dicen, bravo paso;
Revueltos están, y el pliego
De la verdadera historia
Le han abierto.

TEODORO.

Ten memoria
De los joyones, y luego
Atiéndeme á la maraña,
Que aun tiene vida.

MARCELO.

La Elvira,
Y lo demás.

TEODORO.

La mentira
Ya es traje, y á nadie engaña.

MARCELO.

¿No era mas corto rodeo
El fingir? Que á esta doncella,
Yo no hallo el ser tan bella.

TEODORO.

¿Qué importa, si yo lo veo?
Que en la sabrosa batalla
De la hermosura, á ser viene
Belleza la que se tiene,
Pero mas la que se halla.

Salen ELVIRA, DOÑA ANA *y* TERESA.

TERESA.

Ya está el Conde, mi señor,
En casa; ¡qué alegre cosa
Un señorazo!

TEODORO.

Hoy, esposa,
Queja tendréis de mi amor;
Que en no permitidos ocios,
Me embarazan cada instante
Varias cosas, que en lo amante
Son groseros los negocios,
Y es la ocupacion ahora
Mas justamente ofrecida
A importancias de la vida,
El morir por vos, Señora;
Sé que es locura adoraros
Sin mas méritos que el mio,
Y siendo este el desvarío,
No hay mas acierto que amaros.

ELVIRA.

Si los recatos y enojos
Se hallaran mas persuadidos,
Ni le estorban mis oidos,
Ni desayudan mis ojos;
Hablad á mi prima.

TEODORO.

Prima,
Aunque es nombre sospechoso
Para todo grande esposo,
Haré el aprecio y la estima
Que debo de su merced.

DOÑA ANA.

¡Que ni en tanta italianía
Me quepa una señoría!
Estrella tengo en merced.

MARCELO.

Usía no esté encogida;
Que ya...

DOÑA ANA.

No estés deshallada;
Que señoría llamada
Es persona agradecida.

ELVIRA.

¡Qué poco me desvanece
Nada! Mas guerras que el nombre
Es el hombre, y en el hombre
No hay mas de lo que merece;
¡Oh si los grandes señores
Fuesen merced! que ir guardando
El soto, ¿qué importa, cuando
Las guardas son cazadores?

MARCELO.

¿Hay fantástica aficion?

TERESA.

¿No le he dicho que al cuitado
Le tengo mas desdeñado
Que á los Martines el don?

MARCELO.

¡Bravo rumbo!

TERESA.

¿Qué te quejas?
Del volúmen no te asombres;
Que tambien traen los hombres
Guarda-infante en las guedejas;
Solo á preguntarte vengo,
Por hablar al uso bien,
Si eres tú Conde tambien?

MARCELO.

Alguna amenaza tengo,
Y no hay vivir ni hay paciencia;
Que está el mundo en vil porfía,
Pesado por señoría
Y necio por excelencia;
Vuestra merced, ¿qué mancilla
Me haceis? ¡Que hoy se llegue á
Ofensa la que fué ayer
Honra de un rey de Castilla!

TERESA.

No te pierdas, ignorante,
No prediques. *(Vase.)*

MARCELO.

Calla, loca;
Que en estas fiestas me toca
Mi púlpito en consonante.

Entre muy apresurado DON DIEGO.

DON DIEGO.

Ya quedan de raso de oro
Los tres doseles liados;
Que usándose tres estrados...
Pero ¿aquí el Conde y Teodoro?—
Hermano, vueseñoría
Me dé la mano.

TEODORO.

La mano
Te doy, y otra mas de hermano.

DON DIEGO.

(*Ap.* Cierto es aquello.) La mia,
En serviros ocupada,
No ha estado a un tiempo breve
A vuestros piés, como debe.

MARCELO.

¡Qué introducida y cansada
Esta necedad cortés
Anda! que es lo cortesano,
O «yo beso vuestra mano»,
O «yo beso vuestros piés».

Sale TERESA.

TERESA.

Un criado de palacio
Busca al Conde, mi señor. *(Vase.)*

MARCELO.

¡Hay embeleco mayor!

TEODORO.

¡Hola!

MARCELO.

Querrán muy de espacio
Que entres en las fiestas.

TEODORO.

Que
Entre el criado.

Entra UN CRIADO.

CRIADO.

¿Vueseoría?

TEODORO.

(*Ap.* No le oiré, por vida mia.)
Sillas; pero estoy en pié.

CRIADO.

Mi señora la Condesa,
Duquesa, á vueseoría.

TEODORO.

¡Qué grandeza y cortesía!

CRIADO.

Y á mi seora la Marquesa
Suplica vayan á honrar
Las fiestas que en Buen-Retiro...

TEODORO.

¡Qué justamente me admiro!
¿Y es digno de celebrar
Destos tan grandes señores,
Que, en servir siempre ocupados,
Partan tan altos cuidados
En tan diversos favores
Y tan baratos? Ninguna
Modestia á la suya alcanza;
Quieren ser en alabanza
Como son en la fortuna.

A su excelencia dirá
Vuesacé que, si pudiere,
La Condesa, ó si quisiere,
Irá á servirla.

MARCELO.

Y podrá
Añadir el mensajero
Que si al Conde, mi señor,
A tiempo, en tanto favor,
Le llegaren, como espero,
Dos frisones de Toscana,
Toreando á lo español,
Dará envidia á todo el sol,
Y á todo lo Cantillana.

TEODORO.

¿Qué fiestas hay?

CRIADO.

Las mayores
De á caballo, y despues dellas,
Dos comedias.

TEODORO.

Iré á vellas,
Que huelgo de sus primores.
¿Cúyas son?

CRIADO.

Es peregrina
La primera, de un lucido
Ingenio grande, escondido
En lo Tirso de Molina.

MARCELO.

La otra será mediana;
Que es de un fidalgo que en ellas
Nada hace bien sino hacellas
Muy tarde y de mala gana.

TEODORO.

¿Qué es la historia?

CRIADO.

La tragedia
(Bien que con lazos severos)
De dos grandes embusteros.

TEODORO.

Gran mundo es esa comedia;
Será cosa entretenida.
Vuesacé vaya en buen hora,
Y á la excelente señora
Beso la mano.

MARCELO.

Pulida
Guarnicion.

DON DIEGO.

Muy gran favor
Destos señores ha sido.

TEODORO.

¿Quién mucho no ha recibido
De su grandeza?

Sale TERESA Y UN CRIADO.

TERESA.

Señor,
De parte del Almirante
Un recado. (*Vase.*)

TEODORO.

Este es cuadrilla.

CRIADO.

El Almirante.

TEODORO.

En Castilla
Gran cosa; pase adelante.

CRIADO.

Suplica á vueseñoría
Luzga su cuadrilla, entrando
Con él.

MARCELO.

Lo estaba temblando.

TEODORO.

Atended, esposa mia;
Dígale que ya en linaje
Soy Guzman.

DOÑA ANA.

Y buen galan.

TEODORO.

Aunque Enriquez y Guzman
Es antiguo maridaje,
Que de mí no determino
Sin saberlo.

(*Vase el Criado.*)

DOÑA ANA.

¡Qué primores!
Los tres Guzmanes mayores.

MARCELO.

El haber sido menino
En aprieto semejante
Te pone; ha sido galano
Este nuevo pasamano.

TEODORO.

Ya respondí al Almirante.

DON DIEGO.

¡Qué honradazos pensamientos
Tiene, hermana! ¿Qué respondes?

ELVIRA.

Que parecen bien los condes
A su obligacion atentos.

Sale TERESA.

TERESA.

De un don Luis de Vivero,
Que de Italia hoy ha llegado,
Está á la puerta un criado.

TEODORO.

Conocí á ese caballero,
Dios le perdone.

MARCELO.

¿Qué haces,
Teodoro?

TEODORO.

Yo estoy despierto.

DON DIEGO.

¿Don Luis? ¿Quién duda que es muerto?

DOÑA ANA.

¿Don Luis? ¿Si hay nuevos disfraces?

TEODORO.

Ea, ¿por qué no decis
Que entre?

ELVIRA.

En mas nuevo cuidado
Entro. ¡Buen talle!

Sale DON LUIS.

DOÑA ANA.

Extremado.

MARCELO. (*Ap.*)

Teodoro, el propio don Luis
Es, por Dios.

TEODORO.

¿Cómo? ¿Qué es esto?
¿Hay deshuello tan patente?
¿Hay maldad tan insolente?

DON DIEGO.

¿Qué es esto?

TEODORO.

Agarradle presto;
Que este el bandolero es
Que nos robó en Cataluña,
¿Y el traidor la espada empuña?

DON DIEGO.

¡Oh perro!

ELVIRA.

¡Ay triste!

DON LUIS.

Despues
De deciros que mentis
Mil veces, no el bandolero,
Sino don Luis de Vivero,
Soy.

TEODORO.

Criado y don Luis
Juntamente; ya verán
Si el que una vez ha mentido
Puede nunca ser creido;
Y el bellaco el capitan
Es por lo menos, y aquel
Que el retrato me tomó.

DON DIEGO.

Mintiendo en efecto entró;
No hay creelle.

MARCELO.

Vamos tras él;
Que se escapará.

TEODORO.

Eso temo,
Que es ladron; echadle mano.

DON LUIS.

Tú mientes, como un villano.

TERESA.

¿Mentís á un conde? ¡Oh blasfemo!

ELVIRA.

¡Hay tan nuevas confusiones!

DON DIEGO.

Matarle, si se resiste.

DOÑA ANA.

Harto bizarro es el triste.

TERESA.

¡Qué lindos son los ladrones
En Cataluña!

DON LUIS.

¡Esto escucho!

MARCELO.

Si las joyas trae consigo
Vedle, que todas me obligo
A decirlas; y ¿qué mucho,
Si á mi cargo tantos años
Las tuve?

(*Escudríñanle.*)

DON DIEGO.

El retrato bello
Que yo envié á don Pedro Tello
Es este.

TEODORO.

¡Qué dicha!

DON LUIS. (*Ap.*)

Engaños
Es cuanto en Madrid se topa.

MARCELO.

Cinco joyas el malvado
Nos quitó.

DON DIEGO.

Cinco he topado.

MARCELO.

La primera es una Europa
De rubís, bufando el toro
De ver que mueve sus faldas
Un céfiro de esmeraldas.

TEODORO.

Costó á mi padre un tesoro
En la almoneda de Urbino.

DON DIEGO.

¡Hay tal ladron! Seor Marqués,
La misma, la misma es.

MARCELO.

Un abujon peregrino
Es la otra.

DON LUIS. (*Ap.*)
¿Qué demonio
Dárselo pudo á entender?
MARCELO.
¿Las otras?
DON DIEGO.
No es menester
Mas señas, mas testimonio
Del salteo; un alguacil
Llamemos; que esta prision...
TEODORO.
Eso no; que aunque es ladron,
Tan cortés y tan gentil
Anduvo, que el buen pasaje
No le excusó.
DON LUIS. (*Ap.*)
¡Hay tal suceso!
Hay tal maldad! y ¡qué exceso
Venirme yo sin un paje!
DOÑA ANA.
Ni su talle ni su cara
Le culpan.
TEODORO.
Yo le seré
Alcalde, y le basto, aunque
Fuese Ladron de Guevara.
ELVIRA.
¿Cárcel mi casa?
MARCELO.
No hay trena
Sin grillos.
TEODORO.
Dáos á prision.
DON LUIS.
¿Yo ladron? ¿A mí ladron?
DON DIEGO.
Vaya, échele una cadena.
MARCELO.
¡Oh bautizada garduña!
DON LUIS.
¿Tratar así á un caballero?
MARCELO.
¿Tratóme el ruin bandolero
Mejor á mí en Cataluña?
(*Llévanle á empellones, y quedan doña Ana, Elvira y Teresa.*)
DOÑA ANA.
Aguarda, prima; y ¿tú estás
En que es ladron?
ELVIRA.
Si es ladron
O no, ya en mi confusion
No cabe, no cabe mas;
A resolverme no acierto,
Ni á discurrir; que ha traido
Las señas de un foragido
Y las noticias de un muerto;
Y aunque su talle le abona,
Al paso que todo va,
Mas que por la barba ya,
Se miente por la persona.
DOÑA ANA.
O ladron sea ó Vivero,
Mira cuánto yo me agravio;
Yo te doy tu conde Fabio,
Y me tomo el bandolero.
ELVIRA.
Lastimada estás del caso;
¿Y mi hermano?
DOÑA ANA.
Él se mejora;
Que ahí le queda, Señora,
Doña Vitoria Fracaso.
(*Vanse.*)

Sale DON LUIS.

DON LUIS.
A mí preguntarme quiero,
Si es que yo lo sé, qué ha sido
Esto que me ha sucedido.
¿Yo muerto? Yo bandolero?
Yo ladron, y preso yo?
Y cuando buscaba aquí
Prisiones de amante sí,
Pero de culpado no,
Quise, á lo galan anciano,
Ver escondida á mi esposa,
Y quedo á su vista hermosa
En los grillos de otra mano;
Este conde y cuanto hallé
En esta casa turbó
Mi paz toda, y solo no
Quedó turbada mi fe;
El original ingrato,
Que sin reparar en ello
Vió mi estrago, y en lo bello
Solo no mintió el retrato.
Criado ni criada se ve.
TERESA. (*Aprisa.*)
¿Qué intentará mi señora?
DON LUIS.
Por allí va.—Ce.
TERESA.
A deshora,
¡Qué mala letra es la ce!
DON LUIS.
Ce, ¿á quién digo?
TERESA.
¿Quién cecea?
DON LUIS.
Llegad; don Luis de Vivero.
TERESA.
Gato por el mes de enero,
Aun sin tejado saltea,
Mal año.
(*Huye, y cógela don Luis.*)
DON LUIS.
En vano á los piés
Pedis socorro.
TERESA.
¡Ay señores!
Si hubo tantos salteadores,
Señor Vivero montés,
Yo le pido...
DON LUIS.
El salteamiento
Forzado de vos ha sido.
TERESA.
¡Ay triste! ¿quién me ha traido
Ahora á aqueste aposento?
DON LUIS.
No temais, doncella hermosa.
TERESA.
De ese lado nada temo.
DON LUIS.
Basta de linda el extremo,
No le tengais de medrosa.
TERESA.
¿Requebrador tambien es?
DON LUIS.
Solo de vos saber quiero
Qué hombre es este ó caballero.
TERESA.
Un infinito marqués,
Que se casa con mi ama,
Y antes era... Pero siento
Entrar gente al aposento,
Y no espero mas. (*Vase corriendo.*)

DON LUIS.
¡Hay llama
De volcan que fuego tanto
Despida? Hay rayo veloz
Que abrase mas que esta voz?

Salen ELVIRA Y DOÑA ANA.

DOÑA ANA.
De tu cordura me espanto;
¿Aquí vienes?
ELVIRA.
Prima mia,
Ser una mujer piadosa
En el puesto es baja cosa;
Pero es alta bizarria
La piedad en la piedad,
Y despues de haberte oido,
Tampoco me he persuadido
Que es ladron.
DOÑA ANA.
La oscuridad,
Si hay cosa que quede oscura,
Nos vale.
ELVIRA.
De lo mejor
Se aprovecha un salteador;
Pero en mí yo voy segura.
Quédate aquí; que yo quiero
Llegar.
DON LUIS.
Que hay gente imagino
Otra vez.
ELVIRA.
Yo determino
La experiencia.— Caballero,
O quien sois, ved que ha llegado
La justicia, que ha sabido
Que aquí está un preso escondido
Y estéis ó no estéis culpado,
Yo me resuelvo á valeros
Y á escaparos; esa puerta
Salid, os la dejo abierta;
Salid, ¿qué aguardais?
DON LUIS.
Deberos
Tanto, sin deberos nada,
Es merced muy ofendida;
Que antes dejaré la vida
A un cuchillo, que dudada
Mi verdad.
DOÑA ANA.
Que viene gente.
ELVIRA.
Vamos.
DON LUIS.
Señora, esperad.
DOÑA ANA.
¿Qué has hallado?
ELVIRA.
Una verdad,
Que si engaña, todo miente.
(*Vanse Elvira y doña Ana.*)
DON LUIS.
¿Qué prision, qué causa es esta?
Qué confusiones, qué encantos,
Que no hiciera asombros tantos
Una encantada floresta?

Sale TEODORO.

TEODORO.
Esta vez, si entiende alguna
De engaños, pues que ya saben
Ser sospechadas de todos
Y no entendidas de nadie,
Valed, este ya postrero
Embuste; que nunca saben
Tener queja las mentiras,
Ser dichosas las verdades;

No seré yo, no, el primero
Que de mentiras fatales
Me componga, y victoriosos
Tremole sus estandartes.—
Salteador ó caballero,
Que en este aposento yaces
Preso en tan nueva ofendida
Cortés peligrosa cárcel,
Yo soy, yo, don Diego Tello
De Guzman; que los Guzmanes
Ser buenos como en el nombre,
Es mayorazgo en la sangre;
Que viendo que te has valido
De la memoria agradable
De aquel don Luis que en mi amor
Siempre morirá mas tarde,
Resuelto á una gentileza
Vengo, aunque tanto se agravie
Mi cuñado, tu ofendido,
Generoso, ilustre alcaide.
Casé con él á mi hermana,
No por necias vanidades
De títulos (que en el mundo
Es mejor quien mejor nace),
Sino por ver que, ya muerto
Don Luis, no puede guardarle
La fe y palabra del hombre,
Coyunda y lazo el mas grande;
Y aunque á tanta ofensa mia
El nombre suyo tomaste,
Este sagrado te valga,
Defiéndate ese homenaje;
Las puertas tienes abiertas,
Véte y lleva lo que hurtaste
O adquiriste en esos cinco
Delincuentes de diamante.
(*Pone un lienzo envuelto en el bufete.*)
Todas las joyas te vuelvo,
Gímalo el Conde ó lo brame
Elvira y criados, deudos
Con necios nombres me ultrajen;
Deste cuarto, que es el mio,
Una escalera á la calle
Te guie, tu norte sea
En tan borrascosos mares.
Huye luego, véte luego;
Que el Conde, á quien agraviaste,
Fué á prevenir la justicia,
Y cuando nunca engañases,
Y el mismo Vivero fueses,
¿A cuántas indignidades
Te expones? Si hallas casada
A mi Elvira, y tantas partes
Son las de su claro dueño
En rico, lustroso y grave,
Que arrepentirse no puede;
Si no alguaciles y alcaldes,
Huye desprecios, afrentas,
Desvíos, desigualdades,
Descortesías, desdenes,
Que no digo ya desaires;
Que ser yo prision ni grillos,
Ni lo admiten mis umbrales,
Ni lo consiente mi fama,
Ni lo sufre mi linaje.

DON LUIS.

Justamente á tan oscura
Tiniebla el bajo semblante
Mostrais, y intentais conmigo
Bizarrías tan infames,
Que á tener aquí una espada,
Sin presuncion arrogante,
Os pagara el necio aviso
De tan indignas piedades;
¿Yo fuga ni yo valerme
De mas que mi nombre? En balde
Excedeis de cortesano
La falsa engañosa márgen;
Casada ó no vuestra hermana,
Por testigo he de quedarme
De vuestro enemigo trato,
De vuestro aleve hospedaje;
Mi resolucion es esta,
O sus mudanzas me abrasen,
O vuestras culpas me injurien,
O mis desdichas me maten. (*Vase.*)

TEODORO.

Mal me ha salido la traza,
Y barquilla fluctuante
En olas tantas bien cruje,
Mas no desmaya la nave;
Creí que desesperado
Se fuera, y que en ese trance
Se resolvieran don Diego
Y Elvira; Marcelo sale
Con triste rostro al encuentro.

Sale MARCELO, *corriendo.*

MARCELO.

Si no es, Teodoro, el escape,
No hay ahora otro discurso;
De Italia dos capitanes,
Y tres criados del Vivero
En casa están.

TEODORO.

Baste, baste,
Ya lo entiendo, y no hago mucho;
Ellos vienen á buscarle.
¿Qué harémos?

MARCELO.

Desta maraña
Ofrecer segunda parte;—
Que acabarse no es posible,
Senado.

TEODORO.

Quita, aun nos cabe
Mas esperanzas; ea, vamos,
Que á pensar voy.

MARCELO.

Si pillaste
Las joyas, bien vamos.

TEODORO.

Deja
Codicias civilidades;
Que en su proceder se cuentan
Los hombres, y son capaces
Todos de todo; que todos
Tienen la suerte por madre.
(*Vanse.*)

Salen DON DIEGO, ELVIRA, DOÑA ANA, TERESA *y* LOS CRIADOS *de don Luis.*

CRIADO 1.°

A esta casa vino solo
Don Luis, mi señor, y un paje
Traer no quiso; ¿dos dias
Negarle?

DON DIEGO.

¿Cómo negarle?
Cuando don Luis fuera vivo,
El que ayer vino á buscarme
Es un ladron bandolero
Que robó al Conde.

CRIADO 1.°

A un alcalde
Darémos cuenta.

ELVIRA.

Don Diego,
Salga este ladron, veránle
Estos hidalgos, saldrémos
Desta confusion.

DON DIEGO.

Llamadle
Venga.

Sale DON LUIS.

TERESA.

Salid, ladronazo.

CRIADO 2.°

Señor, ¿tú ladron?

DON LUIS.

La cárcel
Es ya deuda, y pues lo ajeno
Vengo á buscar...

DON DIEGO.

Perdonadme,
Señor don Luis; que aun lo espero.
[illegible], ¿quién, si se sabe,
Mas decid [illegible]ués de Bitoldo
Es el marq[illegible]
En Nápoles?

DON LUIS.

[illegible]me
Quien se [illegible]
Tal título en todo el reino
No se hallará.

DOÑA ANA.

¡Qué desastre!
Doña Vitoria Fracaso
Ha fracasado.

DON DIEGO.

Al instante
Busquemos estos ladrones,
Que, despues de engaños tales,
Se llevan las joyas; nunca
Me engañaron los bergantes.

Salen TEODORO Y MARCELO

TEODORO.

Caballeros, damas, todos
Los que oyen, si el no admirarse
De nada es precepto antiguo,
Y en lo tierno y en lo amante
Aun brillan hoy las estrellas;
Dulces amorosos fraudes,
Y hurtos y engaños pasaron
A blasones celestiales;
Atencion, que nada vive
Sin mentir; ¿no miente el aire,
Miente el dia, miente el año?
Todo miente, y en el naipe
Del mundo, figura es todo,
Y todos representantes
En su teatro ya muchos,
Y á nosotros bien galantes
Nos ha durado tres dias,
Como comedia del arte;
El señor don Luis, en buen hora
Con dulces fecundas paces
Goce en la gloriosa Elvira
En una tantas beldades;
Vuesas mercedes perdonen,
Que el buen gusto no hay negarle;
Y si hay venganza, sabrémos
Morir, y no de cobardes.

TERESA.

Este sí que es discretazo,
Que no dijo miente el ángel,
Siendo el que mintió el primero.

ELVIRA.

Quien tal creyó que tal pague.

DON LUIS.

Aunque yo ignoro el suceso,
No he de consentir que nadie
Los ofenda.

DON DIEGO.

Ni yo puedo
A una obligacion negarme;
De las joyas de mi hermano,
La que mas os agradare
Tomad, y volved las otras.

DON LUIS.

Yo las tengo, ¿y tú?

TEODORO.

Ese lance
Se averiguará mañana.

MARCELO.

Luego ¿las joyas dejastes?
¡Oh simple honrado!

TEODORO.

Y aun pienso,
Dejando estas necedades,
Curar delitos y humores
Con las píldoras de Flándes.

MARCELO. (*Ap.*)

Gran escuela, si hay maestros.

DON LUIS.

Bellísima Elvira, dadme
La mano.

ELVIRA.

De lo ladron,
Y que en mí no lo negastes,
No os quiero decir concepto.

DON DIEGO.

Si están ya tus falsedades
Envainadas, ya tu mano
Pido.

DOÑA ANA.

Que te desengañes
Puedes tomar por victorias,
Y por fracaso el casarte.

TERESA.

Vueseñorías son gente
Barata, que lo mas fácil
Se han tomado unas cuitadas
Señorías vergonzantes,
Y hoy se lastima cualquiera
Merced mal hallada; pasen
A embestir hácia otros necios,
Y metiendo aquí el montante,
Dejo de cansar al Conde.

MARCELO.

¿No te casas?

TERESA.

¿Yo casarme?
No hay lacayito en la historia,
Huérfana quedo.

MARCELO.

Admirable
Auditorio, esto de embustes
Es una gala, es un traje
Que, aunque se rompe muy presto,
Anda siempre con buen aire;
Los empeños del mentir
Son estos; quien se entregare
A creerlos y á seguirlos
Escarmentará mas tarde.

COMEDIA FAMOSA

TITULADA

CADA LOCO CON SU TEMA,

ó

EL MONTAÑÉS INDIANO,

DE DON ANTONIO HURTADO DE MENDOZA.

PERSONAS.

HERNAN PEREZ, *viejo.*	DON JUAN, *galan.*	EL MONTAÑÉS.	LUISA, *criada.*
DOÑA LEONOR.	BERNARDO, *su amigo.*	UN CRIADO SUYO.	UN ESCUDERO VIEJO.
DOÑA ISABEL, *dama.*	DON LUIS DE PERALTA, *galan.*	DON JULIAN.	Dos MÚSICOS.
DOÑA ALDONZA, *tia.*		UN CRIADO SUYO.	

JORNADA PRIMERA.

Salen HERNAN PEREZ, DOÑA ISABEL Y DOÑA LEONOR, *huyendo dél,* Y DOÑA ALDONZA, *tia, deteniéndole, que les quiere dar con el báculo.*

HERNAN.

Esto ha de ser, vive el cielo.

DOÑA ALDONZA.

Tenéos; que es desatino.

HERNAN.

Bástale ser mi sobrino,
Y ser mi padre su abuelo;
¿Tan gran desvergüenza pasa?
¿Despreciar con tal rigor
A mi sobrino, al señor
Del solar de nuestra casa?
Ha de casarse con él
Una dellas, y aun las dos,
Si pudieran, vive Dios.

DOÑA ISABEL.

¡Terrible padre!

DOÑA LEONOR.

Cruel.

DOÑA ALDONZA.

Mirad que es mucha crueldad
Darles marido á disgusto.

DOÑA ISABEL.

Yo lo quiero de mi gusto.

DOÑA LEONOR.

Yo de mi comodidad.

HERNAN.

Hijas, ¿las dos, enemigas,
Sois ocasion de mis daños?
¡Qué descanso de mis años!
Qué fruto de mis fatigas!
Pobre á las Indias pasé,
Y en ellas, por mi nobleza,
Con gran dote de riqueza
Y de virtud me casé
Con su madre, que me dió
Esas prendas afrentosas,
Hijas suyas en lo hermosas,
Pero en las costumbres no;
Que, á ser viva, bien segura
Corrigiera su bondad
Esa peligrosa edad,
Esa ignorante hermosura.
Faltó vuestra hermana, y luego
A España volví, y querria
Dar un verde á la edad mia
En los campos del sosiego.
Traigo mucho que me sobre,
Y aunque mas lo multiplico,
Tengo tesoros de rico,
Mas no descansos de pobre.
Quisiera ser rico honrado;
Que la hacienda peligrosa
Vive en los cofres ociosa
Y anda inquieta en el cuidado.
No quiero de indiano el nombre;
Que su riqueza mezquina
Es hacienda en la picina,
Que le viene á faltar hombre.
Murió mi hermano mayor,
Dejó un hijo solo, lleno
Deste ordinario veneno,
Poca hacienda y mucho honor.
Quiero casarle con una
Destas, y que mi riqueza
Plante en su naturaleza
Los frutos de mi fortuna;
Y cuando á sus pensamientos
Salgo á proponer los mios,
Una piensa desvaríos
Y otra dice atrevimientos.

DOÑA ALDONZA.

Sosegáos, hermano, un poco;
Que ellas serán obedientes.

HERNAN.

¡Qué terribles! qué insolentes!

DOÑA LEONOR.

No quiero.

DOÑA ISABEL.

Ni yo tampoco.

HERNAN.

¿Estas injurias resisto?
Perderánme con perdelle.

DOÑA LEONOR.

Yo no le quiero, sin velle.

DOÑA ISABEL.

Ni yo, cuando le haya visto.

DOÑA ALDONZA.

Pues antes verle desean,
Ya tienen razon en algo.

HERNAN.

¿Cómo? ¿A un hidalgo, á un hidalgo
Es menester que le vean?

DOÑA ISABEL.

Hidalgo, ¡qué triste nombre!
Que aun no dijo caballero;
Solo hidalgo es mal agüero.

HERNAN.

¿No es galan? no es gentilhombre?
Quien le ha visto ¿no me advierte
Que es de su padre traslado,
Que es dispuesto, que es trabado,
Robusto, animoso y fuerte?

DOÑA ISABEL.

Trabado y fuerte en efeto;

Será tirador de barra.
¡Qué persona tan bizarra,
Que aun no le pintó discreto,
Que aun no dijo tierno, amable,
Cortés, gallardo, amoroso,
Gentil, despejado, airoso,
Apacible ni agradable!
Pero ¿qué talle ó qué gusto
Tendrá un moceton muy récio,
Entre linajudo y necio,
Entre pesado y robusto,
Vestido de paño azul,
Que el negro, aunque menos vale,
No mas de las pascuas sale
De la cárcel del baul;
Que con su halcon y su perro
Vive en el monte, y no en casa,
Y á la noche vuelve y pasa
Todo el libro del becerro,
Creyendo de sí despues
Que aun es mas claro que Apolo,
Dando á Dios gracias de solo
Que le hizo montañés;
Y en la iglesia muy profundo,
Y en las bodas placentero,
Querer sentarse el primero,
Y no beber el segundo?
Muy puesto en que su montaña
Vale mas que mil tesoros,
Y pensando que es de moros
Todo lo demás de España.

HERNAN.

¿Hay tal maldad? ¡qué consuelo
De mi vejez!

DOÑA ISABEL.

Calle, padre;
Que él decia á nuestra madre
Esto mismo de su abuelo.

DOÑA LEONOR..

Tiene razon: muchos dias
Sobre mesa lo contaba.

HERNAN.

Quien bien de comer acaba,
¿Cuándo refiere hidalguías?
Esta es ya resolucion.
A mi sobrino he llamado,
Y aun á Roma he despachado
Ya por la dispensacion.
Los retratos le envié;
Que quiero que suya sea
La que mas le agrade, y crea
A la vista, no á la fe.

DOÑA ISABEL.

Mentid, pinceles ingratos,
Ninguno sea cortés;
Que es el primer montañés
Que se casa por retratos.

DOÑA ALDONZA.

Dejadlas con sus engaños;
Yo guiaré con mas paciencia
A la luz de la obediencia
La ceguedad de sus años.

HERNAN.

Eso importa, eso ha de ser;
De vos lo quiero fiar;
Que á mi sobrino he de dar
Hacienda, sangre y mujer. (*Vase.*)

DOÑA ISABEL.

¿Fuése?

DOÑA LEONOR.

Ya se fué.

DOÑA ALDONZA.

Sobrinas,
Rebelion; vayan sus años
A una corte de castaños
Y Babilonia de encinas.
No faltaba mas, despues
Que España nos dió acogida,
Que traducir nuestra vida,
De cacique, en montañés.—
Isabel, ya mis intentos
Te descubrí, ya verias
En estas cenizas frias
Encendidos pensamientos;
No haya mas necesidad
De advertirte.

DOÑA ISABEL.

Ya sé, tia,
Que la inquieta tódavía
Esa pobre humanidad.

DOÑA ALDONZA.

Hijas, en Madrid vivimos.
No hay parentesco mejor
Que el del gusto; que en amor
Hasta los rubios son primos.
No doy á vuestros antojos
Mas licencia, que, esparcidos,
Es dar gusto á los oidos
Y municion á los ojos.
Demasías, ni aun por costumbre;
Que el papel, requiebro y trato,
Si no lo sufre el recato,
Ya lo admite la costumbre.
Y que tienen, advertid,
Otro saber diferente
De otro clima y de otra gente
Estos aires de Madrid.
No hallaréis lugar segundo
Para vuestro alegre humor;
Que para achaques de amor
Es la botica del mundo. (*Vase.*)

DOÑA LEONOR.

¡Qué bien lo ha dicho mi tia!
Esta sí que es nuestra madre;
Váyase con Dios mi padre
Con su cansada hidalguía.
Yo vengo de buena gana,
Y esto el mundo lo confiesa,
Que la sangre montañesa;
Mas la vida castellana...

DOÑA ISABEL.

Ay amigo corazon,
No mas me faltaba á mí
Que un hidalgo jabalí
De los montes de Leon.—
Hermana, á lindo lugar,
A Madrid, hemos llegado,
Que es la region del agrado
Y la provincia de amar.
¡Qué talles, qué entendimientos
No hay aquí! Que aun los antojos
Pasan mas allá los ojos
De los mismos pensamientos.
Cuando yo á don Luis queria
En las Indias, no pensaba
Que en Madrid amor armaba
Mayor lazo al alma mia.
Leonor, ¿qué te ha parecido
De don Juan, deste mancebo,
No Fénix ni Adónis nuevo,
Sino galan y entendido?
Que no soy de las pesadas,
Que buscan narciserías,
Sino verdes gallardías,
Con buen aire descuidadas.
Dime dél mil perfecciones,
Mil gracias encarecidas,
Dejando en él presumidas
Las mismas admiraciones;
Que en su talle bien se ve
Lo infinito que merece.
¿Qué dices? Qué te parece?

DOÑA LEONOR.

Bonico, mas anda á pié.

DOÑA ISABEL.

Luego ¿andar á pié es bajeza?
Los nobles quedaran buenos
Si una bestia mas ó menos
Fuera en el mundo nobleza.
Pues advierte, hermana mia,
Que en el ejército ya
Del mundo, marchando va
A pié la caballería.

DOÑA LEONOR.

Y dime, Isabel, te ruego,
¿Y el primo de allende el mar?

DOÑA ISABEL.

Era muy fácil templar
Tanto mar tan poco fuego.

DOÑA LEONOR.

¡Ay necia y varia Isabel!
Yo sí gran dueño escogí;
Cuéntame envidias de tí,
Dime perfecciones dél.
Muérome por alaballo;
¿No es mucho lo que merece?
¿Qué dices? Qué te parece?

DOÑA ISABEL.

Necio, y aun anda á caballo.

DOÑA LEONOR.

Pues ¿yo admitiera despojos
De hombre de á pié, de un mancebo
Pisa-barroso? No debo
Cosa tan vieja á mis ojos,
Cuando miro en esa calle
A pié un triste gentilhombre,
Asco me da ver el hombre,
Que lastima ver el talle;
Pues en la calle Mayor,
¿Qué es miralle embarazado
Entre el coche del letrado
Y el caballo del señor?
Allí da una sofrenada,
Pasar quiere, y luego fiero
Alza el azote el cochero,
Y el bravo empuña la espada,
Y porque no le permite
Su fortuna que se vea
En coche, rabia, desea
Pragmática que los quite;
Mas si tal vez desempiedra
La calle en vano, sospecho
Que querría quedar hecho
Coche mármol como piedra.

DOÑA ISABEL.

Y ese tu galan cansado,
O cochista ó rocinista,
Majadero á letra vista,
Del pueblo mal acetado,
¿No es cofrade de los lodos?

DOÑA LEONOR.

No; que cuando llueve y topa
Coche ajeno, le dan popa
Y mano derecha todos.

DOÑA ISABEL.

¿Que es caballero popero?
¡Oh pobre gente y molesta!
Lo que á un pícaro le cuesta
Guisarse de caballero.
Vanidad, ¡oh ley estrecha!
Que esta gente vana y grave
Solo de los otros sabe
Cuál es su mano derecha.
¿Yo habia de dar cuidado
De que mi calle registre
Hombre de brazo en el ristre
Y de dolor de costado?
Yo habia de estar sujeta
De que mis favores pida
Una ventura á la brida
Y un oficio á la jineta?
Esto, Leonor, te convenza,
Aunque vano el mundo esté;
Que nunca á ninguno á pié
Sacaron á la vergüenza.
Vaya un señor por la calle,
Y lleve la vista mia
Atada á su bizarría

Y suspendida en su talle.
Salga en un caballo hermoso
Con bizarro desenfado,
Cortés con mucho cuidado,
Y con gran descuido airoso;
Lleve lucida detrás
Su familia y su valor,
Le hagan parecer señor,
Y él lo sea mucho mas;
Que sin soberbia ninguna,
De lo que el mundo blasona,
Le alivien por su persona
Aun mas que por su fortuna;
Y en su inclinacion constante,
Sea fino y bueno en todo;
Que si no, es joya de lodo
Puesta en caja de diamante.

DOÑA LEONOR.

¡Oh, qué vulgares intentos!
¡Qué lástima! qué locura,
Que tenga tal hermosura
Tan descalzos pensamientos!
Pues ¿cómo á un señor lucido
No escoges?

DOÑA ISABEL.

Fuera importante
Si hubiera de ser amante
Esto que ha de ser marido.

DOÑA LEONOR.

Yo, Isabel, soy mas prudente;
No quiero en la escuela tuya,
Ni grande que me destruya,
Ni pequeño que me afrente.
El antojo me acompaña
Solo de un gran caballero
Del solar de su dinero,
Que es el mas noble de España.

DOÑA ISABEL.

Pues yo solo un hombre quiero
De ingenio, de honra y valor,
Sin bostezos de señor
Ni escrúpulos de escudero;
Que solo tenga por mengua
Mentir, engañar y ser
Descomedido, y tener
Fama indigna y mala lengua.
Que si á la comedia llega,
Y no halla banco, se siente
En una grada, y se afrente
Quien por él madruga y ruega.
Que á pié se baje hasta el Prado,
Y diga, en viendo á las dos:
«Aquí, por gracia de Dios,
No viene rocin prestado.»
Y en fin, necia hermana mia,
La vana ambicion destierra;
Que en el amor y la guerra,
Española infantería.

(*Vanse.*)

Salen DON JUAN *y* BERNARDO, *de galanes.*

BERNARDO.

No lo haré, vive Dios, si me asaetean.

DON JUAN.

Bernardo amigo...

BERNARDO.

No hay Bernardo amigo;
¿Está mi mocedad descomulgada?
¿Apedreé yo las mozas por ventura?
¿Fué mi padre traidor á la hermosura?
No lo haré, vive Cristo, aunque me ma- [tes.

DON JUAN.

Mira que estás diciendo disparates,
Mira que en tu amistad mi amor se fia,
Mira que eres mitad del alma mia,
Mira que mi bien solo está en tu mano.

BERNARDO.

Mira tú que soy mozo y soy cristiano,
Mira que tengo el gusto bien nacido;
¿Yo afrentar desa suerte mi linaje?
Yo hacer bajeza? yo bellaquería?
Yo querer á una tia? yo á una tia?
Arredro vayas, pensamiento injusto;
Dios mire por la honra de mi gusto.

DON JUAN.

¡Qué loco estás! ¿Que, en fin, en siendo [tia,
No es mujer? ¡Qué opinion tan enfado- [sa!

BERNARDO.

En llegando á ser tia es otra cosa.
No hables en eso mas; que tengo hecho
Voto de castidad de tia y suegra,
De madre y de parienta cuarentona,
Y no quiero por tí ni tus engaños
Meterme por la pica de los años.

DON JUAN.

Mira que doña Aldonza es rica y noble.

BERNARDO.

¿Eso mas? ¡Doña Aldonza! Rematólo;
Tendrá ducientos años como un dia;
Pequé en Matusalen si vivo en tia.

DON JUAN.

¿Ducientos años? Solos veinte y nueve
Cumple por mayo.

BERNARDO.

Quien reinaba entonces
Seria por ventura don Pelayo; [yo.
Porque tambien se usaba el mes de ma-
¿De la edad de mujeres no has oido
Que es un pique á los cientos?

DON JUAN.

¡Qué ignorancia!
Qué extraña novedad!

BERNARDO.

En sus engaños,
Oye el esfuerzo inútil de los años,
Veinte y tres, veinte y cuatro, veinte y [cinco,
Veinte y seis, veinte y siete, veinte y [ocho,
Veinte y ocho, veinte y ocho, veinte y [nueve,
Mas veinte y nueve mas, y en esta cuen- [ta,
En no pudiendo mentir mas, sesenta.

DON JUAN.

Tienes razon, por Dios; pero ¿qué im-
Si casado con ella... [porta,

BERNARDO.

¿Qué es casado?
¡Hay traicion! hay engaño semejante!
Tirábasme de llano con lo amante,
Y ahora ¡oh falso, oh vil, oh fementido,
De corte me tirais con lo marido! [bre!
¡Oh, qué susto me ha dado solo el nom-

DON JUAN.

¿Hay cosa como ser casado un hombre,
Y con mujer de bien, que es mas que [hermosa?
No hay mas bien, no hay mas dicha; que
El matrimonio es santo. [en efecto

BERNARDO.

Y santo oficio,
Porque en entrando en él cualquier ca- [sado,
Por fuerza ha de salir penitenciado.
Cásese un apacible, un sordo, un ciego,
Que afinando su rico mayorazgo,
Con manco privilegio en lo caido
Dé el almojarifazgo de marido.

DON JUAN.

Vive Dios, que me corro y que me afren- [to,
Que, siendo tú mi amigo y hombre hon- [rado,
Sigas el vil error de quien infama
La honrosa vida y la segura fama!
¿Hay cosa tan vulgar, tan baja y fea,
Como hablar de mujeres y maridos,
Y aun de otras peligrosas novedades,
A la lengua de España, cosa extraña,
Hacer de ajeno mal enferma á España?
Honremos nuestra patria generosa,
Que por tantas hazañas y blasones
Es la envidia comun de las naciones;
Muchos hombres de bien Madrid en- [cierra,
Muchas Lucrecias hoy en Madrid vemos
Que se revisten con valor divino
Al rey Clinero y al poder Tarquino;
Y si habias de premiar merecimientos,
Que tantas veces dieron escarmientos
A la virtud y letras, ¿en qué edades
Se vincularon mas las dignidades?
Escucha un argumento, en que conozcas
Que está España en virtudes floreciente,
Que pocas veces Dios á indignos reinos
Dió bueno y santo rey de favor tanto;
¿Qué mas aprobacion si el nuestro es [santo,
Y de su tronco esclarecido vemos
Ramas tan generosas y felices?

BERNARDO.

Espántome tambien cómo no dices
Que no se tira ya por recobezo,
Sino cierto á ventana señalada.

DON JUAN.

A pluma tan sutil, aguda espada.

BERNARDO.

Ea, don Juan, yo quiero obedecerte,
Y tanto en no hablar mal mortificarme,
Sin tocar la provincia de enfadosos,
Que aun pienso decir bien de los dicho-
Solo esto de la tia... [sos;

DON JUAN.

Vive el cielo,
Que no he hablarte mas.

BERNARDO.

¿Ferrion conmigo?

DON JUAN.

No sabes hacer bien ni ser amigo;
¿Pídote yo por dicha que la adores,
Sino que la entretengas ó la engañes,
Para que á su sobrina...

BERNARDO.

Ya te entiendo;
Vuelve, que tuyo soy, *tia me fecit;*
Con liga de vejez por tí me pescan
Ancianas redes y caducos lazos.

DON JUAN.

¡Oh fénix socarron, dame esos brazos!

BERNARDO.

¡Oh mundo, mundo, quién de tí se fia!
Ayer era hombre honrado, y ya soy tia.

Sale LUISA, *con manto.*

LUISA.

Ce, ¿qué digo?

BERNARDO.

¿Quién nos llama?

LUISA.

Ce, galan.

DON JUAN.

¿Quién puede ser?

BERNARDO.

Una chispa de mujer,
Una centella de dama
Veo no mas.

LUISA.

Caballero

BERNARDO.

No es á mí; que soy hidalgo
Solamente.

DON JUAN.

¿Quereis algo?

LUISA.

Mucho, pues á vos os quiero.

DON JUAN.

Luisica?

BERNARDO.

No aprendió tarde
El oficio.

LUISA.

Mi señora
Me dió con gran prisa ahora
Este papel.

DON JUAN.

Dios te guarde.

LUISA.

A la Trinidad á misa
Va con su tia y su hermana.

BERNARDO.

¡Qué habilidad tan temprana!

DON JUAN.

Espera.

LUISA.

Vengo de prisa.

DON JUAN.

Bernardo.

BERNARDO.

Alegre te escucho.

DON JUAN.

¿Traes un doblon por ventura?

BERNARDO.

Es hoy mártes.

DON JUAN.

¡Qué locura!
Pues ¿qué importa?

BERNARDO.

Importa mucho,
Saberlo mil veces quiero;
Que ha de ser aciago el dia
En que he de amar á una tia
Y he de prestar mi dinero.

DON JUAN.

Dale el doblon á la niña;
Que aun cien mil le diera.

BERNARDO.

¡Oh fuego,
Que valga dinero luego
El traer una basquiña!—
Oiga.

LUISA.

¿Qué dice, galan?

BERNARDO.

Que presto gran cruz tuviera,
Si el ser alcahueta fuera
El hábito de San Juan.
Reciba, pues, el tributo
Destos villanos de amor,
Que, siendo alcahueta en flor,
Lo ha venido á ser en fruto.

LUISA.

Muestre.

BERNARDO.

¿Y lo toma?

LUISA.

Y lo tomo.

BERNARDO.

Yo la guardaré el dinero.

LUISA.

No he menester tesorero,
(*Quitéselo á él.*)
Contador ni mayordomo.

BERNARDO.

¡Hay tal ave de rapiña!
Toma, pide y da recado;
¡Vive Dios, que han enseñado,
Linda labor á la niña!

LUISA.

¿No ve que soy de un criollo
Engendrada á lo moderno?

BERNARDO.

¡Qué perla para el infierno!

LUISA.

¡Qué arracada para el rollo!

BERNARDO.

¿Sabe persignarse? Digo
Si sabe hacer esto.

LUISA.

Escuche;
Con los dedos de un estuche
En la cara de un amigo. (*Vase.*)

BERNARDO.

¡Oh perra, cara de endrina!
Vive Dios, que es la rapaza,
No menos que de mostaza,
Un grano de Celestina.

DON JUAN.

Bernardo, Bernardo.

BERNARDO.

¡Ay susto!
Quitó el doblon.

DON JUAN.

¡Qué rigor!
¡Oh lo que se precia amor
De hacerle tiros al gusto!
Oye, escucha este papel.

BERNARDO.

Mudaráse; que es hermosa.

DON JUAN.

Entre una dicha dichosa
Viene mi desdicha en él.
(*Lee.*) «En dar mi padre porfía
»A su sobrino mujer;
»Temo que yo lo he de ser,
»Que es mas la desdicha mia.
»Si ganamos á mi tia
»Con tu amigo, decir puedo
»Ser tuya; aguardando quedo
»A que logres esta dicha.
»Don Juan, vence á la desdicha,
»Pues que yo he vencido al miedo.»

BERNARDO.

¡Pésia con la suerte mia!
¿Qué mas lamentos hicieras
Si tú de pasar hubieras
Por el golfo de la tia?
¡Hay tonto mas temerario!
Muchacha tan rica y bella,
Péscala, y demos con ella
En la isla del Vicario.

DON JUAN.

¿Estás loco? ¿Yo en mi vida
Casarme con vicariada?
¿Yo con boda cedulada,
Hecha mal y bien mentida?
Yo pleito matrimonial,
Atento á que me consuma
La flaca hacienda una pluma,
La paciencia un tribunal?
Yo sufrir «Venga el proceso»,
Y entre muda bolsa y labios
De entre citado de agravios
Y dilaciones de preso?
Yo pleitear, Bernardo amigo,
Con un rico perulero,
Que medirá su dinero
Las palabras de un testigo?
Si la engañé, si fingí
Grandezas que no he tenido,
Si pasé desvanecido
De los términos de mí;
Si atento á cautelas viles,
Cubrieron mis acciones
Fantásticas relaciones,
Miserias escuderiles,
Y siendo yo mas honrado,
Me vea solo y fallido,
De un anciano perseguido
Y de un rico despeñado,
Dios guarde mi voluntad
De perder tan sin razon,
Si me vencen, la opinion,
Si venzo, la libertad.

BERNARDO.

Pues, mal haya tu cordura,
¿En qué se funda ó que espera?

DON JUAN.

A que su padre se muera.

BERNARDO.

¡Jesus, qué extraña locura!
Ya por menguado te dejo.
¿Mas fácil no viene á ser
Que se mude una mujer
Que no que se muera un viejo?
Pues ¿en qué tu amor se fia?
¿Para qué intentas, cobarde,
Que las espaldas te guarde
A la esquina de una tia?

DON JUAN.

No sé; solo estoy constante
En que me veré afligido
Con cuidados de marido
Y sin deseos de amante;
Y si el amor siempre dura,
¿Qué corazon no traspasa
El tener en pobre casa
Mal servida una hermosura?
Del Vicario con licencia
A casarme me condeno,
Mas no con sentencia.

BERNARDO.

Bueno,
¿Y el casarse no es sentencia?

DON JUAN.

Que digas mal te permito
Del que, atrevido y violento,
Quiere entrar al casamiento
Por la puerta de un delito.

BERNARDO.

Los dos teneis linda flema.

DON JUAN.

Ni soy de á pié ni á caballo
Sin gusto del padre.

BERNARDO.

Andallo;
Cada loco con su tema.

Salen DON JULIAN, *galan gracioso y* SU CRIADO.

DON JULIAN.

¿Ansí el cuidado se pierde
De lo que mando? ¿Qué es esto?
¿No haber al caballo puesto,
Picaño, la cinta verde?
No me obedeceis jamás.

DON JUAN.

¿Quién es este?

BERNARDO.

Un buen sugeto,
Un don Julian, en efeto,
Un don Julian, y no mas,
Caballero testamento
Todo, ítem mas, desta gente
Que ogaño le dió accidente
De un poco de crecimiento.

De que oiga misa me avisa
Siempre.

DON JUAN.

La causa deseo.

BERNARDO.

Cuando á caballo le veo,
Sé que es fiesta, y voy á misa.

DON JUAN.

Es grandísimo galan
De doña Leonor.

BERNARDO.

¿Qué dices?

DON JUAN.

Vén, y no te escandalices,
Que aun le quiere bien.

DON JULIAN.

¿Don Juan
Se llama?

CRIADO.

Sí, llega á hablarle;
Que es buena persona.

DON JULIAN.

¿Qué?
¿Yo hablar á quien anda á pié?

DON JUAN.

No es muy trabajoso el talle.

BERNARDO.

¿Que en fin quiere á este animal?
¡Qué baja, qué infame cosa!
¿No es doña Leonor hermosa?
No sé cómo escoge mal.

DON JUAN.

Bien se trata y se sustenta,
Y anda bien acompañado.

BERNARDO.

Don Juan, siempre le he topado
Empanado en una afrenta;
Que un lacayo muy corito
Adelante, y luego atrás
Un paje andrajoso, mas
Que familia, es sambenito.

(*Vanse don Juan y Bernardo.*)

DON JULIAN.

¿Fuése el don Juan?

CRIADO.

Ya se fué.

DON JULIAN.

Y el otro ¿quién es?

CRIADO.

Un mozo
De gracejo y desembozo,
Tambien ministro de á pié.

DON JULIAN.

Y el hidalguete peinado
¿Tiene sazon?

CRIADO.

Si lo es
Ser noble, cuerdo y cortés,
Es hombre muy sazonado.

DON JULIAN.

Dios le saque, si es así,
Del purgatorio de hidalgo;
¿Qué hay de nuevo? Contad algo;
¿Qué dice el pueblo de mí?
Qué dicen esos podridos?
Decid, que no siento nada;
¡Oh que vida tan holgada
Gozamos los presumidos!
La verdad, que no me espanto
Ni me desdeño de oilla.

CRIADO.

Que no hay tal necio en Castilla.

DON JULIAN.

Por eso me quiero tanto.
¿Qué mas?

CRIADO.

Que cansas.

DON JULIAN.

Es justo,
Si á todos les doy cuidado.

CRIADO.

Que te quieres demasiado.

DON JULIAN.

Hago bien, tengo buen gusto.
¿Qué mas?

CRIADO.

Que eres mal nacido.

DON JULIAN.

Buen parto tuvo mi madre.

CRIADO.

Que no te conocen padre.

DON JULIAN.

Fué muy poco entremetido.
¿Qué mas?

CRIADO.

Que eres rico y loco.

DON JULIAN.

Rico, tacha acomodada.
¿Qué mas?

CRIADO.

Que á nadie das nada.

DON JULIAN.

Bien, ni lo ofrezco tampoco.

CRIADO.

Que eres hombre bajo.

DON JULIAN.

Alguno
Es mas alto ó mas entero.

CRIADO.

Que no quitas el sombrero.

DON JULIAN.

No quito nada á ninguno.
¿Qué mas?

CRIADO.

Que es cosa pesada,
Que siendo ayer nada, admira...

DON JULIAN.

Si en esto de ayer se mira,
Todos, todos fuimos nada.
¿Qué mas?

CRIADO.

Que de muchos modos
Mientes.

DON JULIAN.

Ese es grande error;
¡Qué cosa para mi humor
Hacer yo lo que hacen todos!

CRIADO.

Dicen de estas, mil verdades.

DON JULIAN.

¿De eso, amigo, te fastidias?
Pasen ellos las envidias,
Y yo las comodidades.

Entran DON JUAN Y BERNARDO *por un lado, y al otro* DOÑA ISABEL, DOÑA LEONOR, DOÑA ALDONZA Y UN ESCUDERO, *los unos á una parte, y en medio ellas, y los otros á la otra parte.*

DON JUAN.

Hallarlos aquí es mejor.

BERNARDO.

Ya prevengo á su lindura
Bonetada y miradura,
Que es el barato de amor.

DOÑA ALDONZA.

Isabel amiga...

DOÑA ISABEL.

Quedo,
Tia, menos presurosas;
¡Cómo se ve que á estas cosas
Les tiene perdido el miedo!
Ah tia, y este enfadoso (*Por don Julian.*)
¿No la tiene embarazada?

DOÑA ALDONZA.

Nunca miro al que me enfada.

DOÑA LEONOR.

¿No es gallardo? no es airoso?

(*Por el mismo.*)

¡Qué gravedad le acompaña!
Tan gentil mozo no he visto.

BERNARDO.

Ea, con la tia embisto;
Santiago, cierra España.

DON JUAN.

Tente; que estás en la calle.

BERNARDO.

Pues en la calle y de dia
Se ha de mostrar valentía.

DOÑA ISABEL.

¡Qué mal hombre!—¡Qué buen talle!

(*A don Julian y á don Juan.*)

Necios los hados están,
Que dieron sin ley ninguna
Tan desairada fortuna
A mancebo tan galan.

CRIADO.

Cualquiera es linda y honrosa.

DON JULIAN.

Yo enamoro á lo marido
Solo á un dote bien nacido
Y á una hacienda bien hermosa.

ESCUDERO.

¿Qué buscan estos mocitos
Jarameños de bigotes?
A lo dulce de los dotes
¡Cómo acuden los mosquitos!
Ellas son tan inquietas,
Que darán, siendo casadas,
Veneno en copas doradas,
Como dicen los poetas.

DOÑA LEONOR.

Isabel, advierte ahora
En aquella gentileza.

ESCUDERO.

Es muy grande su riqueza;
Seis mil ducados, Señora,
Tiene de renta, y es ya
De la gente mas lucida.

DOÑA LEONOR.

¿Seis mil tiene, por tu vida?

DOÑA ISABEL.

Es muy necio, sí tendrá.

DOÑA LEONOR.

Y tu don Juan, que está allí,
Isabel, ¿qué es lo que tiene?

DOÑA ISABEL.

Merécelo todo, y viene
A tenerlo todo en mí.
¿Quién no tendrá voluntad,
Si se va por lo mejor,
A lo bizarro el amor,
A lo pobre la piedad?

DOÑA LEONOR.

¿Cómo haré que llegue aquí?

DOÑA ISABEL.

Dejando caer un guante,
Porque acuda y le levante,
Y á un necio hablarás así.

(*Deja doña Leonor caer un guante.*)

¿Qué se te cayó?

DOÑA LEONOR.
No es nada.
DON JULIAN.
Ce, criados, hola, un guante
Se ha caido, ce, levante;
¿Qué digo? Ce, camarada.
BERNARDO.
Él y su ánima podrá
Levantarle, majadero;
Que á ser de la que yo quiero
Ahora encajo la tia),
Ya estuviera el guante ahora
Colocada su fortuna
En la mano de la luna,
Que es la tia de la aurora.
DOÑA ALDONZA.
Por mí lo dijo, sobrina.
DON JULIAN.
Nunca yo me bajo á nada.
(*Levántele don Juan y désele á doña Leonor, y enójase doña Isabel.*)
DOÑA ISABEL.
Déjame; que estás pesada.
DOÑA LEONOR.
Aunque el alma no se inclina
A esta gente, es tan galan
Don Juan, que muy suya quedo,
Y negarte no te puedo
Que sea muy cortés don Juan;
Cierto, hermana, que lo es.
DOÑA ISABEL.
De linda cosa se precia,
No tiene cosa mas necia
Ya como ser muy cortés;
¡Qué presuroso! Qué hallado
Mostró su galan desvelo,
Que antes que bajase al suelo
Cayó sobre su cuidado!
Qué fino y loco diria,
Con su loca brevedad,
Que llegó la voluntad
Antes que la cortesía!
Pues en cuidados tan vanos
Descubrieron mis enojos,
Que le alzaba con los ojos
Primero que con las manos.
DOÑA ALDONZA.
Yo voy muy agradecida
Y muy vuestra.
BERNARDO.
¡Qué lenguaje!
Dale al alma buen pasaje,
Que es vuestra como la vida;
Seré vuestro eternamente,
Siempre os tengo de servir,
Solo me cuesta el mentir
Quereria muy fácilmente.
DOÑA LEONOR.
Cansado me ha don Julian;
Pensó que era, el ignorante,
De desafío aquel guante;
Mas apacible es don Juan,
¡Quién le diera otra fortuna!
CRIADO.
Doña Leonor te ha mirado
Con enojo y con enfado.
DON JULIAN.
No me duele cosa alguna;
Lo que no le daña á un hombre
Nunca es daño, majadero.
BERNARDO.
Esas calzas, caballero,
Y perdone erralle el nombre.
DON JULIAN.
Desenvaine esa malicia.
BERNARDO.
Ya que no puede torcellas
Ni doblallas, haga de ellas
Una vara de justicia.
CRIADO.
¿Esto sufres? Pésia á tal.
DON JULIAN.
¿Por qué no, si es ya costumbre
Que no me dé pesadumbre
Cosa que no me hace mal?
(*Vanse don Julian y su criado.*)
DON JUAN.
Mi bien, ya me dió el papel
Lucía, y en mi posada;
¿Qué es esto? ¿Tú mesurada?
Amor es, doña Isabel
Amiga.
DOÑA ISABEL.
¡Gracioso humor!
¿Y con el guante, en efeto,
No se dijo algun conceto
De la limosna de amor?
Mucho aquella mano os debe,
Y no le iria muy mal
De lisonjas de cristal
Y necedades de nieve;
¿No os dió mi hermana el hallazgo?
Servidla, que es la mayor;
Pero no penseis, Señor,
Que es la hacienda mayorazgo.
(*Vase.*)
BERNARDO.
Mosca lleva; ¿qué tenemos?
DON JUAN.
De un amante desventuras,
Y de una mujer locuras,
Y de una venganza extremos.
BERNARDO.
¡Qué cansada niñería!
¿A quién no cela y desmaya
Cosa tan niña? ¡oh bien haya
La prudencia de una tia!
Sirve, don Juan, á su hermana;
Que, aunque Isabel es mejor,
Yo tomara que Leonor
Fuera tia una semana.
DON JUAN.
Deja, no seas cruel;
Que de un triste que le adora,
Toda el alma ocupa ahora
Solo el nombre de Isabel.
BERNARDO.
Vamos siguiendo este dote.
DON JUAN.
¡Qué desaliñado estás!
Vén, y á la tia hablarás.
BERNARDO.
Yo mandaré que la azote,
Yo mandaré que la riña.
DON JUAN.
¡Ay, cómo ha de hacer, quejosa,
Desatinos de celosa
Y desacuerdos de niña!
BERNARDO.
Un mundo puso á sus piés
Un Cortés; si el mundo fuera
Isabel, no le venciera
El mismo Fernan Cortés.
(*Vanse.*)

Salen HERNAN PEREZ Y UN CRIADO *del Montañés, vestido graciosamente.*

HERNAN.
¿Que al fin llegará esta tarde?
CRIADO.
Ayer salió de Buitrago.
HERNAN.
Traerá famoso cuartago.
CRIADO.
Lindo, Señor, Dios le guarde.
HERNAN.
¿Viene bueno?
CRIADO.
Como un roble.
HERNAN.
¿Es bien dispuesto?
CRIADO.
Es terrible.
HERNAN.
¿Es gustoso? Es apacible?
CRIADO.
El mismo Rey no es mas noble.
HERNAN.
Eso á las mil maravillas;
¿Es bien acondicionado?
Pregunto si tiene agrado.
CRIADO.
Eso, no sufre cosquillas.
HERNAN.
¿Cómo? ¿Es soberbio?
CRIADO.
Es un Cid,
Enojado.
HERNAN.
Eso me agrada;
Pero, si no sufre nada,
No es bueno para Madrid;
Tómense con el sobrino.—
Lucía, regálenme
A este criado, que á fe
Que él sea hidalgo muy fino.
CRIADO.
Eso, ninguno es mejor;
No, par Dios.
LUCÍA.
El tal criado
Solemnemente es barbado;
¡Ay si es así su señor!
HERNAN.
Esté todo prevenido,
Y avisa si viene luego.
LUCÍA.
¡Oh mal haya el solariego,
Y qué presto que ha venido!
(*Vanse Lucía y el Criado.*)
HERNAN.
¡Oh, qué buen yerno que espero
Para casar á mis hijas!
No quiero arengas prolijas
De extraño casamentero;
Son estos aduladores,
En conciertos bien mentidos,
Antojos de los oidos,
Que hacen las cosas mayores;
Ninguno es tan confiado,
Que de sí mienta insolente
Lo que el otro engaña y miente.

Sale EL ESCUDERO.

ESCUDERO.
Dadme albricias; que ha llegado
Vuestro sobrino dichoso,
Tan hermoso como el sol.
HERNAN.
Basta, bizarro español;
Vaya en buen hora lo hermoso.
ESCUDERO.
Es mas galan que Narciso.
HERNAN.
Y como que lo será.

Sale **DON LUIS DE PERALTA**, *de camino, galan, y vále á abrazar Hernan, y se suspende.*

DON LUIS.

¡Oh, gracias á Dios, que ya
Tierra de mi cielo piso!

ESCUDERO.

Ya llega.

HERNAN.

¿Sobrino mio?

DON LUIS.

¿Tio y señor?

HERNAN.

Mas ¡ay cielo!
¿No eres don Luis?

DON LUIS.

¿Qué recelo
Es este? ¿No sois mi tio?

ESCUDERO.

Don Luis dijo; á mi señora
Le voy albricias pidiendo. (*Vase.*)

HERNAN.

De las Indias vengo huyendo
De tí, y ¿en Madrid ahora
Aun no me dejas? ¿Qué espías
Previenes á mi quietud?
Qué lazos á mi salud?
Qué peligros á mis dias?
Isabel ya está casada,
Y con hombre que has de ver
La cara de su mujer
Por la punta de su espada. (*Vase.*)

DON LUIS.

¿Este es el recibimiento,
Cielos, despues de pasar
Tantas montañas de mar
Y tantos golfos de viento?
¿A solo dar escarmiento
A tristes y á desvalidos
Y á ser queja de ofendidos
Nace ya llena de antojos,
La prosperidad sin ojos,
Y la hacienda sin oidos?
¿Así la sangre se engaña?
Así falta la nobleza?
Así muda la riqueza
A los hombres en España?
¿Tanto el ser dichoso daña?
La abundancia es ya locura;
¿Quién pensara, ¡oh suerte dura!
Quién creyera, ¡oh falsa gloria!
Que era contra la memoria
La yerba de la ventura?
¿Casada Isabel se ve,
Cuando imaginaba yo
Que, si de su padre no,
Fuera huésped de su fe?
En deudo y mujer fié,
Vil pariente y loco amante;
¡Ah, cómo soy ignorante,
Pues necio hallar he querido
Rico deudo agradecido
Y ausente mujer constante!

Sale DOÑA ISABEL *por una puerta, y* EL MONTAÑÉS *por otra, y va Isabel á abrazar al Montañés, y se suspende.*

DOÑA ISABEL.

¿Que don Luis vino de Lima?
¡Con qué gusto á verle salgo!

MONTAÑÉS.

Es la casa, á fe de hidalgo.

DOÑA ISABEL.

¿Primo de mi vida?

MONTAÑÉS.

Prima
Querida.

DOÑA ISABEL.

¡Jesus! ¿qué hombron
Es este? ¡Ay triste! ¡qué miedo
Me ha dado! (*Vase.*)

MONTAÑÉS.

Confuso quedo.

DON LUIS.

¿Prima, Isabel?

MONTAÑÉS.

¿Estos son
Los parentescos de acá?
Juro á Dios que un galgo mio
Precio mas que de mi tio
Todos los doblones ya;
¿Esto el ser ricos encierra?
Deben de ser muy peinados
Y úsanse muy delicados
Los primos en esta tierra;
¿Qué piensan los bachilleres?
Que yo algun hombre seria
Destos que la corte cria
Consultados en mujeres?
¿Hombron á mí, la tacaña?
Sepa, aunque me ponga nombres,
Que á los hombres, para hombres
Los engendra la Montaña.

DON LUIS. (*Ap.*)

¿Quién será este moceton?

MONTAÑÉS. (*Ap.*)

¿Quién será este apocado?

DON LUIS. (*Ap.*)

¡Qué hosco, fiero y airado!

MONTAÑÉS. (*Ap.*)

¡Qué galano y fanfarron
Con sus botas y plumillas!

DON LUIS. (*Ap.*)

Tal hombre en mi vida vi.

MONTAÑÉS.

¿Pensaban que yo era así,
Compuesto de mantequillas?

DON LUIS. (*Mira adentro.*)

Quiero escuchar lo que pasa;
¡Qué grandes voces que dan!

MONTAÑÉS.

¿Qué le dicen? ¡Ah galan!
Nadie escucha en esta casa.

DON LUIS.

¿Quién os mete en eso á vos?

MONTAÑÉS.

Yo, que en el campo al instante
Lo haré bueno.

DON LUIS.

Al de Agramante.
He llegado, vive Dios;
Un reto y otro; en buen hora
Venid.

MONTAÑÉS.

Por aquí saldré;
Venid trasmí.

DON LUIS.

Yo llegué
Sobre el cerco de Zamora;
Bien me ha hospedado mi tio,
Que en él hallé una venganza,
En su hija una mudanza,
Y á su puerta un desafío.

JORNADA SEGUNDA.

Salen EL MONTAÑÉS, Y DON LUIS *detrás, mirando á una parte y á otra, como que no saben las calles.*

DON LUIS.

No quiero pasar de aquí;
Que este modo de sacar
Al campo y desafiar
Todo es nuevo para mí;
Si al campo ofreceis la espada,
Y anochece ya, dejad
La confusa variedad
De tanta calle ignorada;
Que pienso que esta es la parte
Donde nos vimos los dos,
Y aquí todos, vive Dios,
Falsedad, mentira y arte;
Que estos recelos consiente,
Y aun esa sospecha mia,
Quien sin causa desafía
Y quien riñe fácilmente;
Este engaño que se encierra
En vos, disculparle puedo,
Si os dan recatado miedo
Las costumbres desta tierra;
Y no hay segura campaña
Ni se ve pendencia honrosa,
Cosa indigna y afrentosa
Del claro blason de España.

MONTAÑÉS.

Caballero, yo os confieso
Que ha sido este desafío
Demasías de mi brio,
Y de mis años exceso;
Platícase en la Montaña
Poco lo lindo y lo airoso,
Y mucho lo escrupuloso
Del antiguo honor de España;
Y así, aunque fué culpa mia
Esta ardiente mocedad,
No quiero á la necedad
Añadir la cobardía.
Ya no es bien que mas aguarde,
Que el reñir á lo prudente,
Antes, lo excusa el valiente,
Pero despues, el cobarde.
Meted mano.

(*Meten mano.*)

Salen DON JUAN Y BERNARDO.

DON LUIS.

Aguárdeos Dios,
Que así me habeis despenado.

DON JUAN.

Dos son.

BERNARDO.

¿Qué te da cuidado?
Deja, péguense los dos;
¿No has oido aquel conceto,
Y mas de noche tambien,
Que entre dos que riñen bien
Nadie se puso discreto?

DON JUAN.

Paz, caballeros.

BERNARDO.

Paz digo.

Salen DON JULIAN Y SU CRIADO.

CRIADO.

Cuchilladas hay aquí;
Mete mano.

DON JULIAN.

¿Estás en tí?
Con quien no riñe conmigo,
Nunca yo me metí en nada
Que no me tocase. (*Vase.*)

BERNARDO.

Acuda,
Don Julian.—Fuése sin duda;
Que trae con calzas la espada.

DON JUAN.

Ténganse fuera: ¿qué es esto?

BERNARDO.

¡Oh qué traviesas espadas!

ESCUDERO. (*A la ventana.*)
¿En mi puerta cuchilladas?
Venga una hacha de presto.

BERNARDO.
Toscon, acuchillador,
Detente.

Salen HERNAN PEREZ Y EL CRIADO *del Montañés.*

HERNAN.
Llega, no tardes,
Llega esa luz.

CRIADO.
¡Ah cobardes!
Afuera, que es mi señor;
Dales, que estoy á tu lado.

HERNAN.
Espera.

CRIADO.
Buen desatino,
Si es mi señor.

HERNAN.
¿Mi sobrino?

CRIADO.
Tu sobrino.

HERNAN.
¡Ah cielo airado!
¿Y hanle herido?

MONTAÑÉS.
Este es mi tio.

CRIADO.
Llega, y dale mil abrazos.

MONTAÑÉS.
Mi señor, dadme los brazos.

HERNAN.
Amado sobrino mio,
Norabuena yo te vea;
¿Tú con la espada desnuda?

MONTAÑÉS.
Presto saldréis desta duda.

HERNAN.
¡Qué mas mi vida desea!

BERNARDO.
¡Qué bien riñe, pésia tal!

DON JUAN.
¿Hanse herido?

BERNARDO.
Siempre vi
Que riñen bien para sí
Estos que no se hacen mal.

DON LUIS.
¡Qué imaginacion, qué sueño
Pasa por mí? ¿Que este ha sido
El llamado, el escogido,
Para injuria y para dueño
De mi querida Isabel?
Será en tronco hermosa hiedra,
Y en tosco muro de piedra
Un racimo de clavel.

DON JUAN.
¿Es este aquel venturoso
Que ha llegado á ser ahora
Noche de mi blanca aurora,
Sombra de mi sol hermoso?
No será en él Isabel,
Aunque mas deudo y mas noble,
En seco tronco de roble
Verde ramo de laurel.

BERNARDO.
Este hombre es el Montañés;
¡Qué pulido y agraciado!
Será en blandura y agrado
Un seron de portugués.
El mozo es bravo y valiente,
Y en él el viejo ha traido
Gran cantidad de marido
Y gran bulto de pariente.

HERNAN.
¿Cuál destos es?

MONTAÑÉS.
El vestido
De camino.

HERNAN.
¡Hay tal maldad!
Este de envidia y crueldad
A matarle habrá salido;
¡Ah traidor!

MONTAÑÉS.
¿Cómo traidor?

HERNAN.
Entra á descansar en casa;
Que allá sabrás lo que pasa.

DON JUAN.
¡Qué locura!

DON LUIS.
¡Qué rigor!

HERNAN.
Vén, que te esperan los brazos
De mas donaire y mas brio;
Mil caricias en un tio,
Y en dos primas mil abrazos.
(*Vanse Hernan, el Montañés y su criado.*)

DON JUAN.
Fuése sin hacerse amigo.

BERNARDO.
No se enojará con él,
Por lo cortés, Isabel,
Como se enojó contigo.

DON JUAN.
Bonete de pedernal
El señor novio ha traido.

BERNARDO.
Sin duda fué concebido
En sombrero original.

DON LUIS.
¿Posible es que aquella dicha
Y esta sinrazon consiento?
¿Tanto puede un sufrimiento,
Tanto rinde una desdicha,
Tirano viejo ambicioso,
Que te desvela y engaña?
¿Solo es noble la Montaña,
Solo es deudo el que es dichoso?
Con ocasion tan segura
A ver á tus hijas vengo,
Que la misma sangre tengo,
Mas no la misma ventura.

BERNARDO.
Y el pulidete, á fe mia,
Que es brioso.

DON JUAN.
Bueno fuera
Que desayudar pudiera
La gala á la valentía;
Yo le estoy aficionado,
Sepamos quién es tambien.

BERNARDO.
Será muy hombre de bien;
Que parece desdichado.

DON JUAN.
Por parecer forastero,
Porque en vos he conocido
Mil señas de ofendido
Y muchas de caballero,
Os he cobrado aficion;
Decidme quién sois; que os juro
Que hallaréis en mí seguro
Un hidalgo corazon.

DON LUIS.
Vuestra bizarra presencia
Os abona; oid, Señor,
Las desdichas de un amor
Y los daños de una ausencia,
Lo que lloro y lo que siento,
Quién soy y á lo que he venido.

BERNARDO.
Vive Dios, que es entendido;
Que no dijo: «Estáme atento.»

DON LUIS.
Yo soy don Luis de Peralta,
Caballero descendiente
De los que á un mundo pusieron
Duro freno y blandas leyes;
Nací en la ciudad de Lima,
Donde los vireyes tienen
La bien respetada silla
Del imperio de occidente;
No pasé mi edad primera
En ocio ignorante siempre,
Vil tirano y falso amigo
De los años florecientes;
Sino con libros discretos,
Amigos los mas fieles,
Y consejeros mas duros
De la edad florida verde,
Pues con su ejemplo despiertan
Los varones excelentes,
Afrenta de los que ahora
En tanta ignorancia duermen;
Que las historias y hazañas
En divino ardor encienden
Los ánimos generosos,
Los espíritus valientes.
Versos tal vez escribia
Cuerda y atinadamente,
Ni pesados en las burlas,
Ni en las veras descorteses,
Sin hacer ofensa á nadie,
Aunque el vulgo los celebre,
Que no es donaire el que agravia,
Ni agudeza la que ofende;
Resistíme á los antojos
De mozo, mas no de suerte,
Que entre pesadas corduras
Viviese de amor ausente;
Que pocos años, preciados
De severos y prudentes,
Hacen necios los afectos
Cuando piensan que los vencen.
Son el ocio y el amor
Cazadores diferentes;
Uno los campos saquea,
Otro los vientos suspende;
El ocio por tierra llana
Rinde la cobarde liebre,
Pero el amor junto al cielo
La garza animosa emprende,
Que de vista, y no de fe,
Entre los aires se pierde;
A los mismos pensamientos
Su velocidad emprende,
Y aun á la misma esperanza
Se esconde infinitas veces;
Remóntase por los aires,
Y al derribarla, parece,
O que una nube se rompe,
O baja un rayo de nieve;
Ella vuela y él la sigue,
Crece la porfía y crece
El gusto; que amor desprecia
Lo que alcanza fácilmente.
Esta inclinacion fué causa
De que los ojos pusiese
En altas dificultades,
Y no en vulgares deleites;
Una prima hermana mia,
Hija dese viejo aleve,
Lisonjero y falso amigo,
Ingrato, y si vil, pariente
En doña Isabel, en años
Y en cordura la mas breve,
Y la mas grande en mudanza,
En belleza, y no en desdenes,
Ella niña y yo mancebo,

¿Qué llama pudo encenderse?
Mas fácil y mas fiel alma
Bien elige y mejor siente;
Pasábamos los amores
Entre finezas alegres,
Entre pendencias sabrosas,
Entre experiencias corteses;
Era yo tan rico entonces,
Que el padre quisiera verme
Al estrecho parentesco
Añadir lazos mas fuertes;
Pero sucedió en mi hacienda
Un espantoso accidente;
Que buscan lo mas lucido
Las injurias de la suerte.
Un volcan tiene Arequipa,
Que, de fuego armado, suele
En las convecinas tierras
Hacer estragos ardientes;
Este reventó, y en montes
De humo y ceniza convierte
Los que tantos años fueron
Campos de doradas mieses.
Quedó mi hacienda abrasada,
Luego el viejo se arrepiente;
Que no hay fe ni amistades vivas
Cuando las venturas mueren.
Quiso apartarme de casa;
Pero, como no pudiese,
Porque el amor resistido
Peligros y engaños vence,
Quejóse de mí al Virey,
Que en las Indias tanto puede,
Que aun las imaginaciones
Se adoran y se obedecen;
Grandeza del rey de España,
Que en otro mundo respeten
Tantas tierras, tantos mares
Una sombra de los reyes.
Pensó desterrarme á Chile,
Que aun hoy está mas rebelde
Que en tiempo de sus Lautaros,
Cincoyas y Tucapeles;
Mas no pudiendo, enojado,
Hijas y hacienda previene,
Con todo á España se embarca,
Salió pobre y rico vuelve;
Yo perdido, loco sigo,
No su hacienda, aunque él lo piense,
Sino del alma ofendida
Tantos ya perdidos bienes;
Y cuando llego á Madrid,
Despues de traer diez meses
Pisando mi ausente vida
Los confines de la muerte,
Hallo un mónstruo que me agravie,
Un serafin que me deje,
Un necio que me acuchille,
Un deudo que me desdeñe,
Una envidia que me mate,
Una pena que me anegue,
Un triste que lo padezca
Y un discreto á quien lo cuente.

DON JUAN.

Señor don Luis, vuestra pena,
En tan justo sentimiento,
Ya como propia la siento.
(*Ap.* Y como que no es ajena.)
En mi amistad ofrecida
Tendréis segura y honrada,
A vuestro lado una espada,
Y para todo una vida.

BERNARDO.

Aunque es don Juan solamente
El discreto, aquí tambien
Tendréis un hombre de bien,
No quiero decir valiente.

DON LUIS.

Guárdeos Dios, que en vos se mira
Aun mas que decís; no sé,
Don Juan, cómo contaré
Una ignorancia, una ira
Simple y loca, sin reirme.
No podré contarlo; oid.

BERNARDO.

El mentecato á Madrid
Viene á buscar mujer firme;
¿En tantos meses de ausencia
Hay mudanza que le espante,
Si acá basta alzar un guante
Y hacer una reverencia?
Aquella cordura extraña
Y perfeccion en criarse,
En Indias debe de usarse,
Porque aun no ha pasado á España.
¡Qué metro de argentería
Para contar su aficion!
Basta, que el vicio es lebron,
Y el amor volatería;
Yo liebre quiero á mi dama,
Y no garza á lo discreto;
Que las liebres en efeto
Son gente que tienen cama.

DON LUIS.

Por esto al campo salimos,
Y en las calles ofuscados,
Dando pasos engañados,
Al mismo lugar volvimos.

DON JUAN.

¡Oh qué estrecha condicion
Debe el hombre de tener!
Si aquí vive, ha menester
Mas holgado corazon;
¿Solo por eso acuchilla?
¡Qué desconfianza! ¿Piensa
Que está clavada la ofensa
En las puertas de Castilla?
En Madrid hay tanto honor,
Que en él cien mil casas veo,
Que ni las sabe el deseo,
Ni las penetra el amor.
A la posada venid;
Que he de ir con vos.

DON LUIS.

Es en vano,
Yo he de ir con vos.

BERNARDO.

¡Pobre indiano,
Qué alhaja para Madrid!

DON LUIS.

Todos aquí sois corteses.

BERNARDO.

Pobres sin caudal en nada,
Es cosa muy desairada
Indianos y ginoveses.—
Don Juan, ¿qué dices? qué sientes?

DON JUAN.

Que vino á linda ocasion
Este primo.

BERNARDO.

Ricas son;
Hallarán dos mil parientes.

DON JUAN.

Mi remedio haré que sea.

BERNARDO.

Tantos primos se le ofrecen,
Que estas hidalgas parecen
Montañesas de Guinea.

(*Vanse.*)

Salen HERNAN PEREZ, EL MONTAÑÉS Y EL ESCUDERO, *y á la puerta, escuchando,* DOÑA ISABEL, DOÑA LEONOR Y DOÑA ALDONZA.

DOÑA LEONOR.

Desde aquí le escucharémos.

DOÑA ISABEL.

Temo que ha de ser muy malo.

ESCUDERO.

El buen viejo Arias Gonzalo,
Que viene haciendo de extremos.

HERNAN.

Es hijo de mi cuñado,
Como digo, y reprehendo
Sus travesuras.

MONTAÑÉS.

Ya entiendo.

HERNAN. (*Ap.*)

Parece desconfiado;
Lo demás quiero encubrir.

MONTAÑÉS.

¿Querer matarme? ¡Ah traidor!
No es tierra para mi humor
Donde hay tanto que sufrir.

HERNAN.

Ea, deja que te abrace
Otras mil veces.

DOÑA LEONOR.

¿Cuál es?

DOÑA ISABEL.

Ay hermana, ¿no le ves
Con el cuello de «aquí yace»?

DOÑA ALDONZA.

Isabel, ¿si es este el hombre
Que decias?

DOÑA ISABEL.

El que vi
Es este hombron.

HERNAN. (*Ap.*)

Este sí
Que es bravo, que es gentil hombre;
¡Qué bizarro! qué membrudo!

DOÑA LEONOR.

Si estas del sobrino amado
Son galas de desposado,
¿Cuál serán las de viudo?

HERNAN.

Algo parece á su madre;
Pero no, mas á mi hermano,
Que en lo robusto y lozano
Es retrato de su padre;
Quitadle aquí las espuelas,
Venga una ropa godoy.

ESCUDERO.

Temblando, por Dios, estoy
De la montera y chinelas.

DOÑA LEONOR.

¿Ropa, Isabel? Cosa extraña.

DOÑA ISABEL.

Calla, Leonor; que imagino
Que quiere que eche el sobrino
La loa de la Montaña.

MONTAÑÉS.

No soy tan acomodado;
Paso, que no soy, Señor,
Ni récipe de dotor,
Ni párrafo de letrado;
¿Ropa quiere que me dén?
Si esta le parece mala,
En mi tierra no hay mas gala
Que ser muy hombre de bien.

HERNAN.

Si compitiendo no están
Entre la envidia y el gusto,
Mis hijas tendrán mal gusto.

DOÑA ALDONZA.

Y como que le tendrán.—
Loco está el viejo, Isabel.

ESCUDERO.

De las hijas me lastimo,
Que les ha de hurtar el primo
Y se ha de casar con él.

DOÑA LEONOR.
¿Si es la gala del baul
Esta?
DOÑA ISABEL.
Al cuello has de mirar,
Que ha jurado de no entrar
Por las puertas del azul.
DOÑA LEONOR.
Da gracias desto á los cielos.
DOÑA ISABEL.
Leonor, decir has querido
Desto de azul y marido
Algun concepto de celos.
HERNAN.
¡Qué brioso! qué alentado!
Él es moceton de chapa;
Llegue á quitarle la capa
Un pulido almidonado;
Mártir de nuevas cuchillas,
Que en hondas azules va
Pasando su rostro ya
Un golfo de lechuguillas;
Llamad, de gozo estoy lleno,
A mis hijas y á su tia.
MONTAÑÉS.
¿Qué tia?
HERNAN.
Cuñada mia.
MONTAÑÉS.
Cuñada en casa no es bueno.
ESCUDERO.
Yo voy.
DOÑA ISABEL.
Tia de mi vida,
Medrosa estoy.
ESCUDERO.
Desposadas
Vengan, porque son llamadas.
DOÑA ISABEL.
¡Ay triste de la escogida!
ESCUDERO.
Ya vienen.
HERNAN.
¿Tal mozo aguarda,
Y ellas tan discretas son?
MONTAÑÉS.
Esta es la que dijo *hombron*,
Y aunque es loquilla, es gallarda;
Si son así las costumbres,
No hay querer ni pedir mas;
Pero hablo mal, y jamás
Me enamoran pesadumbres.
DOÑA LEONOR.
Hermana, apercibe el sí;
Suya serás, que es muy justo.
DOÑA ISABEL.
El hombre tendrá buen gusto,
Y vendrá á escogerte á tí.
DOÑA ALDONZA.
¡Qué quedo se está! ¡Hay tal cosa!
DOÑA ISABEL.
Tia, debe de esperar
Que le vamos á abrazar.
MONTAÑÉS.
¿Quién no perdona á una hermosa?
Mil veces, primas, os beso
Las manos.
DOÑA ISABEL.
¡Triste de mí!
Acabemos; que temí
Que se quedaba en el beso.
DOÑA LEONOR.
Seais, Señor, bien venido.
DOÑA ISABEL.
Como fuisteis deseado.
HERNAN.
¡Qué cortésmente que ha entrado!
DOÑA ALDONZA.
De todas seréis servido.
DOÑA LEONOR.
¿Venis bueno?
DOÑA ISABEL.
Aun es avaro
De palabras.
MONTAÑÉS.
Salud tengo,
Y á vuestro servicio vengo.
DOÑA ISABEL.
¡Ay hermana! que habla claro.
DOÑA LEONOR.
¿Qué pensabas? ¡Oh, cuál es
Esa ignorancia!
DOÑA ISABEL.
Imagino
Que al fin, como vizcaino,
Hay vascuence montañés.
HERNAN.
¿Cuál te parece mejor?
Escoge luego.
MONTAÑÉS.
No es justo
De repente escoja el gusto,
Sino despacio el honor.
HERNAN.
Cualquiera es muy virtuosa;
Lindo entendimiento enseña.
MONTAÑÉS.
Paréceme la pequeña
Bachillera y mas hermosa;
Esotra es mas mesurada,
Y en mi mujer me contento
Con mediano entendimiento
Y hermosura acomodada.
Yo me declaro, Señor,
Ya tengo esposa.
HERNAN.
¿Cuál quieres?
MONTAÑÉS.
Tio, en esto de mujeres
La mas poca es lo mejor;
A la mas niña.
HERNAN.
¡Oh qué bien!—
¿Isabel?
DOÑA ISABEL.
¿Señor?
HERNAN.
Marido
Tienes; albricias te pido,
Y te doy un parabien.
DOÑA ISABEL.
¿Marido?
HERNAN.
Tu primo hermano,
Cuando menos.
DOÑA ISABEL.
¿No es mejor
Leonor?
HERNAN.
No quiere á Leonor;
Dale, rapaza, la mano.
DOÑA ISABEL.
Pesadamente le quieres.
HERNAN.
Esa palabra me enoja.
DOÑA ISABEL.
¿Dónde se sufre que escoja
Un hombre, y no dos mujeres?
Vengan mas primos, darás
En qué escoger (¡ay de mí!);
Mas si todos son así,
Yo perdono los demás.
DOÑA LEONOR.
¡Oh, cómo es bien entendido!
Cien mil años goces dél.
DOÑA ISABEL.
¡Jesus!
DOÑA ALDONZA.
¿Qué te dió, Isabel?
DOÑA ISABEL.
Aquí un dolor de marido.
HERNAN.
No hay remedio, esto ha de ser.
DOÑA ISABEL.
Aun resistillo no puedo;
Si prima le tengo miedo,
¿Qué será cuando mujer?
HERNAN.
Abrázala, ten mas brio,
Llega de presto.
DOÑA ISABEL.
¡Ah cruel!
Sí, que es garifo el doncel;
¡Ay mi bien, ay don Juan mio!
MONTAÑÉS.
No me parece razon
Sin dispensacion llegar.
HERNAN.
Llega; que para abrazar
Basta mi dispensacion.
(*Llega á abrazarla.*)

Salen DON JUAN Y BERNARDO, *alborotados.*

DON JUAN.
Entra; que bien lo he trazado.
BERNARDO.
¿Sin llamar? ¿Estás en tí?
DON JUAN.
¡Cómo estáis, pobre de mí,
Tan sin pena y sin cuidado,
Quedando herido tan mal
Don Luis de Peralta?
DOÑA ALDONZA.
¿Quién?
BERNARDO.
Muy sosegados estén;
¿Hay flema en el mundo igual?
DON JUAN. (*Ap.*)
Saber si el otro es querido,
Y que este en casa no quede,
Solo esta industria lo puede.
MONTAÑÉS.
¿Don Luis queda tan herido?
BERNARDO.
Tiene tanta cuchillada,
Y que es peligrosa dicen;
Unos el brazo maldicen,
Y otros alaban la espada.
HERNAN.
¿Gran cuchillada, mancebo?
BERNARDO.
¡Oh pésia quien me parió!
Parece que se la dió
El caballero del Febo;
No la sintió hasta despues,
Y entrando en casa un barbero,
Llegó un alcalde.
HERNAN.
¿Qué espero?
¿Llegó un alcalde?
BERNARDO.
Y aun tres;
La confesion le han tomado,
Y aunque él se ha estado en sus trece...

DON JUAN.
Demasiado lo encarece.
BERNARDO.
Ya está todo averiguado.
No estáis seguro, Señor;
Que queda el buen caballero...
HERNAN.
Sobrino, esto es lo primero,
Iglesia ó embajador.—
Vos, caballero, informadle
De quién soy, y á toda ley
Fuga; que es mayor el Rey
En la vara de un alcalde.
MONTAÑÉS.
¿A esto á Madrid he venido?
HERNAN.
No te detengas, acaba,
Que vendrán; ya me espantaba
De que no le hubiese herido.
DON JUAN. (*Ap.*)
No han caido en la malicia.
MONTAÑÉS.
A quedarme es bien que pruebe;
Mas no, que el mas noble debe
Mas respeto á la justicia.
(*Vanse el Montañés y Hernan Perez.*)
BERNARDO.
¡Oh qué buena va la gente!
DOÑA ALDONZA.
¿Mi sobrino el ofendido?
DOÑA ISABEL.
¿Mi primo don Luis herido?
DON JUAN. (*Ap.*)
Vive el cielo, que lo siente.
DOÑA ALDONZA.
¿Tan gran herida el traidor
Le dió?
DOÑA ISABEL.
¿Perderá la vida?
DON JUAN.
No; muy pequeña es la herida,
Pero es grande aquel dolor.
BERNARDO.
Sin duda que algun gigante
Le prestó aquel chirlo.
DOÑA ISABEL.
Enredo
Me parece; muerta quedo,
Vos pagaréis lo del guante.
DON JUAN.
Ah don Luis, tuya es la palma;
Que pena tan bien sentida,
Mas que deudo de la vida,
Es parentesco del alma.
DOÑA ISABEL.
¿Tan tristes nuevas escucho?
DOÑA LEONOR.
¡Ay, cómo en todo eres loca!
DON JUAN.
Sin duda la herida es poca,
Y aquel sentimiento es mucho.
DOÑA ALDONZA.
Vuelto me habeis el sentido.
DOÑA ISABEL.
Bernardo, yo he de perder
El juicio.
BERNARDO.
Poco hay que hacer,
Ya es don Juan el mal herido;
¡Oh qué extremadas niñeces!
No con don Luis firme estés;
Que, por Dios, que es mas cortés
Que don Juan, cuarenta veces.
DON JUAN.
¿Qué dices?
BERNARDO.
Que es bravo el potro;
Cantó lindamente en él.
DON JUAN.
¿Qué has sentido de Isabel?
BERNARDO.
Que dará cédula al otro.
DON JUAN.
No la ha mudado la ausencia;
Siempre se quieren los dos.
BERNARDO.
Ea, encomiéndalo á Dios,
Y á la primer reverencia.
DON JUAN.
Mira qué extremos aquellos;
¡Piedad, cielos soberanos,
Que muero celoso á manos
De sentimientos tan bellos!
BERNARDO.
Déjala ya; que es mancilla,
Que sigas á quien te ofende.
Esta es garza, bien lo entiende;
Mas parece tortolilla.
DON JUAN.
¡Qué desatinos! qué engaños!
Seguir con tales porfías,
Una firmeza sin dias
Y una hermosura sin años.
DOÑA LEONOR.
Procura disimular
Que á don Juan haces la guerra.
DOÑA ISABEL.
Él vino á descubrir tierra,
Y ha de anegarse en la mar.—
¿La espada de aquel cruel
Herir á don Luis?
DOÑA ALDONZA.
No es nada.
DOÑA ISABEL.
Mas atinara la espada
Si el estrago hiciera en él.
DON JUAN.
No ha de quedar su mudanza
Sin tomar venganza mia;
Que es muy dulce villanía
Lo civil de la venganza.—
¡Hermosa doña Leonor!
DOÑA LEONOR.
¿Señor don Juan?
DOÑA ISABEL.
El cuitado
¡Qué á lo antiguo se ha vengado!
Pasó de farsa y amor,
Pero fué gran desvarío,
Con mi hermana.
DOÑA LEONOR.
Él es gallardo.
DOÑA ALDONZA.
¿Así os retirais, Bernardo?
BERNARDO.
Muchísimo dueño mio,
¿Qué es retirarme? ¿quién hay
Mas firme en esta demanda?
Aunque esas tocas de Holanda
Son castillo de Cambray.
DOÑA ALDONZA.
Temo que ha de ser fingido,
Y engastado en pedernal.
BERNARDO.
¡Jesus! ¿Yo bajeza igual?
DOÑA ISABEL.
Bien parece mal nacido
El amor, pues cuando ve
Que le ofenden quiere mas.
DON JUAN.
No supe ofender jamás.
DOÑA LEONOR.
(*Ap.* ¡Oh si no anduviera á pié!)
Esta noche, aunque mas tarde,
Holgaré de hablar con vos.
DOÑA ISABEL.
¡Qué falsos están los dos!
DON JUAN.
Haréis que de noche aguarde
Todo el sol. (*Ap.* Tambien lo siente.
Ahora vengo á entender
Que á un mismo tiempo hay mujer
Que dice verdad y miente.)
DOÑA ALDONZA.
Tiene Isabel cada dia
Mil pareceres.
BERNARDO.
Cansado
Está don Juan y enfadado
De tanta rapacería;
Por eso es cuerdo mi amor,
Que busca infinita edad.
DOÑA ALDONZA.
Linda lisonja en verdad.
BERNARDO.
Dios manda amar al mayor;
Y así, nunca me desvela
Quien mi nieta puede ser;
Que es mas respeto querer
A quien puede ser mi abuela.
DOÑA ALDONZA.
Socarron me ha parecido;
Pero sea socarron,
No quiero amante lloron,
Sino alegre y esparcido.
DOÑA LEONOR.
Tanto Isabel se acobarda
Despues que ha sido escogida,
Que ni obedece entendida,
Ni se resiste gallarda.
DON JUAN.
¡Qué buena está mi locura
Envidiando, y con razon,
Del un primo la eleccion,
Y del otro la ventura!
DOÑA ISABEL.
¡Que esto sufro y que esto callo!
¡Que Leonor celos me dé!
¡Qué presto con el de á pié
Que cayó de su caballo!

Entre DON LUIS, *y repare á la puerta.*

DON LUIS.
Aunque la vida me cueste,
Lo he de ver; que mal reposa
Quien tiene el alma celosa.
Pero ¿qué silencio es este?
¿Si podré ver á mi tia?
BERNARDO.
(*Ap.* Este es don Luis; mas ¿qué aguardo,
Si hay embustes de resguardo?)
¿Cómo has tenido osadía
De venir aquí? ¿Estás loco?
DON LUIS.
Amigo, ¿qué ha sucedido?
BERNARDO.
Está el Montañés herido,
Y no es tu peligro poco;
La justicia como un rayo
Anda ya, y es junto al pecho.
Véte; que esta vez sospecho
Que se descuidó el soslayo.
Vine á ver...
DON LUIS.
¡Extraña cosa!

BERNARDO.

Si nos culpan.

DON LUIS.

¿Quién no admira
Mi desdicha? (*Vase.*)

BERNARDO.

¡Qué mentira
No es en crédito dichosa?
Creyólo.

DOÑA ALDONZA.

¿Quién era?

BERNARDO.

Un paje
Mio; ¿qué digo? Un criado.

DOÑA ALDONZA.

No te veo acompañado.

BERNARDO.

Hago siempre buen pasaje
A la familia.

DOÑA ALDONZA.

¡Qué buenos
Seréis los dos!

BERNARDO.

No me canso
En reñir; que es gran descanso
Tener un pícaro menos.

DOÑA ISABEL.

¡Que una cosa no se ofrezca
En que vengarme!

Sale DON JULIAN.

DON JULIAN.

El ruido
Quiero saber de qué ha sido,
Aunque mas tarde parezca.

DOÑA ISABEL.

Don Julian, linda venida.

DON JULIAN.

¿Doña Isabel, mi señora?

DOÑA ISABEL.

Don Julian, venga en buen hora.

DON JULIAN.

(*Ap.* Agradéla, es entendida.)
He de hacerla una fineza
Esta noche.

DOÑA ISABEL.

Gran favor
Me haréis.

DON JULIAN.

Llevará primor,
Tendrá garbo y extrañeza.

DOÑA ISABEL.

Bien le merece mi fe;
Y la vuestra ¿es verdadera?

DON JULIAN.

Como yo.

DOÑA ISABEL. (*Ap.*)

No te quisiera,
Aunque anduvieras á pié.

DON JUAN.

Tan viles celos me dan,
Que no los puedo sufrir.

BERNARDO.

A fe que no ha de morir
Tan bajamente don Juan;
Mire usarced por su vida,
Que es muy bien mirar por ella.

DON JULIAN.

No tengo que defendella
Si la veo acometida.

(*Pónese Bernardo en medio de don Julian y doña Isabel.*)

BERNARDO.

Que aquí ha de haber cuchilladas,
Y es tan honesto vusté,
Que de mala gana ve
En carnes á las espadas.

DON JULIAN.

¿Qué merecerá, galan,
El que viene muy hallado
A ser necio y ser cansado?

BERNARDO.

Que le llamen don Julian.

DON JULIAN.

Destos hago yo desprecios,
Que parece en bajo cobre
Un discretillo muy pobre.

BERNARDO.

Tan mal como rico un necio.

DON JUAN.

Que ha de haber pendencia aguardo;
Llego á quitar la ocasion.

DOÑA ISABEL.

Don Julian tuvo razon.

DOÑA LEONOR.

Mas razon tuvo Bernardo.

DOÑA ISABEL.

Mira, Leonor, que te engañas;
Que es de á pié, como don Juan.

BERNARDO.

Por solo este don Julian
Se han de perder quince Españas.
(*Ap.* Dije el concepto; paciencia.)

DOÑA LEONOR.

¿Y á don Julian no conoces,
Que es de á caballo?

DOÑA ALDONZA.

Estas voces
Han de parar en pendencia;
Hermanas, entráos adentro,
Y si ha de haber valentía,
En el campo.

BERNARDO.

¡Oh cruda tia!

DON JULIAN.

Es muy pequeño este encuentro
Para mí; yo me recojo.
Quédense, que yo me fundo
En que no hay cosa en el mundo
Que me merezca un enojo. (*Vase.*)

DON JUAN.

¿Esto ha podido sufrir?
¡Oh optimista de la honra,
Que piensa que no hay deshonra,
Ni mas vivir que vivir!

DOÑA ISABEL.

De nuevo mi amor empieza;
Que la traicion enemiga
La voluntad desobliga,
Mas no vence á la firmeza. (*Vase.*)

DOÑA LEONOR.

Algo confusa me siento;
Que me lleva en mi aficion,
Al uno la inclinacion,
Y al otro el conocimiento. (*Vase.*)

DOÑA ALDONZA.

Mi Bernardo, adios. (*Vase.*)

BERNARDO.

Yo estimo
Ese desengaño, ah cielos,
¿No me da á mí tambien celos
Con su poquito de primo?

DON JUAN.

No estoy en muy mal estado,
Cielos.

BERNARDO.

Pues, don Juan, ¿qué ha sido?
¿Aun don Julian te ha vencido?
¡Qué de buen aire has quedado!

DON JUAN.

Isabel, si yo te pierdo,
Loco moriré sin ti:
Que no tomaré de mí
Loca venganza de cuerdo.
Tantos extremos haré,
Que en mirándote perdida,
Daré, con perder la vida,
Satisfaccion á la fe.

BERNARDO.

Tomarás cédula ahora,
Y cásaste de antubion.

DON JUAN.

¿Burlas en esta ocasion?

BERNARDO.

Tomarásla, ¿quién lo ignora?

DON JUAN.

Cuando sin honra ninguna
Viviera, y fuera ofendida
Una experiencia mi vida
De agravios de la fortuna;
Cuando para mi ventura
Descubriera en su belleza
Nuevos mundos de riqueza,
Nuevos cielos de hermosura;
Cuando mi amor invencible
Solo ese remedio hallara,
Y esta ocasion le aumentara
Nuevos lazos de imposible;
Cuando (quiero hacer la salva
A nuestro adagio español)
Fuera, despreciando al sol,
Hija al fin del duque de Alba,
No me casara, Bernardo,
Con ella, si he de tener
Mi legítima mujer
Por camino tan bastardo.

BERNARDO.

¿Tú de amor haces alarde?
Don Juan, tu tibieza miente;
Que ostentacion de prudente
Es disculpa de cobarde;
¡Oh qué honrada bobería!
Pues mira lo que en mi humor
Puede una ley, un amor
Y una honrada cortesía;
Cuando aquel dulce anascote
Naciera sin soles ni albas
En las, no digo en las malvas,
Sino en las Indias sin dote;
Cuando en su frente y su cuello,
Sin ser ofensas tempranas
De la batalla de Canas,
No se escapara un cabello;
¡Oh bien haya la fe mia!
Si ella me quisiera á mí,
Juro á Dios, como el Sofí,
Me casara con la tia.

(*Vanse.*)

Salen DON JULIAN Y EL CRIADO, *y* DOS MÚSICOS.

DON JULIAN.

No tienes maña, no tienes
Felicidad en servir.

CRIADO.

Si no han querido venir.

DON JULIAN.

¿Con dos músicos te vienes?
Rogarías; anda, véte,
Necio; al testigo rogado,
Pero al músico pagado
La presea, el doblencete;
¿No trujiste chirimías
Y el órgano que advertí?

CRIADO.

¿Son vísperas?

DON JULIAN.

Para mí,
De tantas venturas mias;
Y las hachas que he mandado,
¿Qué es dellas?

CRIADO.

¿No consideras
Que á dar música vinieras
Con luz muy deslumbrado?

DON JULIAN.

Lleguen los músicos, hola;
¿Qué letras?

MÚSICO.

De los floridos
Claros ingenios lucidos
De nuestra lengua española,
Que muchos puedo nombrarte.

DON JULIAN.

Pulidamente se escribe
Entre gente ilustre, y vive
Culto el metro y crespo el arte;
Hase escondido el Parnaso,
Y corre ya tan obscuro,
Que, por claro, terso y puro,
No se entiende á Garcilaso;
A un ingenio el mas divino
Imitan cien majaderos,
Y han venido á ser romeros
Por donde él es peregrino;
¿Cantais algo de marcial?

MÚSICO.

No es conocido tal hombre,
Ni es pastoril ese nombre.

DON JULIAN.

Al fin músico legal;
¿Qué tonos?

MÚSICO.

Cosa bizarra
De Juan Blas.

DON JULIAN.

Es muy solene;
Vengan de Alvaro, que tiene
Gran sabor en la guitarra;
Templad diez veces y aun ciento,
Y cruda música espere
Quien bravo aguardar no quiere
Que se guise el instrumento;
Va de Isabel, por mi amor,
Cosa gloriosa y novel.

MÚSICOS. (*Cantan.*)

La reina doña Isabel,
Viendo venir vencedor...

DON JULIAN.

Quedo, ignorantes, parad.

MÚSICOS.

¿No es de gloriosa memoria
Esta Isabel?

DON JULIAN.

Quiero historia
De gloriosa voluntad;
¿No hay de Isabel ó Belilla,
O Belisa, pastoril,
Alguna letra gentil?

MÚSICO.

Nueva y famosa letrilla.

MÚSICOS. (*Cantan.*)

Pastores de Manzanares,
Yo muero por Isabel,
Cuya beldad solo admite
Competencias de mi fé.

EL ESCUDERO, *en la ventana.*

ESCUDERO.

¿Musiquita? ¡Oh, cómo suena!
Oh, cómo que dan placer
A las doce una guitarra,
Y á las once un almirez!

DON JULIAN.

Cogióme el aire el poeta,
Y en la ventana se ve
Que la florece y ocupa
Aquel ángel de clavel.

ESCUDERO.

Oir cantar solamente
Lo habian de merecer
El amante y el discreto,
Y con cédula del Rey.

DON JULIAN.

¿Ce, mi señora?

ESCUDERO.

Borracho,
Amante de Lucifer...
(*Ap.* Mas quiero fingir un poco.)

DON JULIAN.

¿Hermosísima Isabel?

ESCUDERO.

¿Tontísimo don Julian?
Conocíle.

DON JULIAN.

Grande fué
El favor de aquesta noche,
Para la primera vez.

ESCUDERO.

Es una sierpe mi tia,
Mi hermano es un no sé qué,
Mi primo un desatinado,
Mi padre un Neron cruel,
Don Julian un mentecato,
Mas don Julian es quien es.

Salen DON JUAN Y BERNARDO.

DON JUAN.

Digo que hiciste muy mal,
Y si entrarais con él...

BERNARDO.

Vieras deshecho su enredo,
Y en doña Isabel despues
El requiebro y el abrazo,
Y el «mi primo» y el «mi bien»,
Y el Bercebú que te lleve.

DON JUAN.

Todo lo quisiera ver;
Ofendiérame una envidia
O matárame un desden;
Viera mi gloria en sus manos,
Y mi ventura á sus piés,
Y con don Luis no mintieras,
Que como amigo le hablé,
Y los mas leves engaños
Infaman la buena ley;
Que por cuanto el mundo tiene
Dos cosas no las haré:
Ni hacer traicion al amigo,
Ni decir mal de mujer.

BERNARDO.

Hipócrita del amor,
Di que eres noble y fiel,
Generoso y entendido,
Cuerdo y bizarro tambien;
Mas no digas, ni lo pienses,
Que tienes amor; que en él,
Ni es el alma tan sufrida,
Ni es la envidia tan cortés.

DON JUAN.

Yo soy así, no me mates.
Guitarras? ¿Qué puede ser?

BERNARDO.

¿Guitarras no mas? Un hombre,
A lo requiebro lebrel,
De la reja del balcon,
Don Juan, asido se ve.

DON JUAN.

¡Hay mas penas que me acaben!
¡Hay mas celos que me dén!
¿Quién será?

BERNARDO.

Será otro primo.

DON JUAN.

¿Si es don Julian?

BERNARDO.

No; yo sé
Que ahora, para mañana,
Tratando está de poner
Listones verdes á un bayo,
Esqueleto cordobés.

DON JUAN.

De celos muero.

BERNARDO.

La tia,
¿Qué hará ahora?

DON JUAN.

¿Que has de ser
Pesado siempre conmigo?

BERNARDO.

Que está dando, apostaré,
En ansias de mocedad
Dos filos á la vejez.

DON JULIAN.

¡Ay dulce Isabel!

ESCUDERO.

Mi dueño,
La mano os doy, y daré
Una cédula.

BERNARDO.

Ella tiene
Una mano de papel.
Este sí que es hombre al uso;
Agarróla.

DON JUAN.

Dejamé
Matar á este venturoso,
Que tiraniza mi bien.

BERNARDO.

¿Estás en tí?

DON JUAN.

Oh pocos años,
¡Qué desatinos haceis!

DON JULIAN.

Isabel, de vuestros ojos
Ya las cortinas corred;
Que está nublado ese cielo.

ESCUDERO.

Tanto, que empieza á llover,
Y á cántaros por lo menos. (*Echa agua.*)

BERNARDO.

Don Julian, don Julian es.

DON JUAN.

Los celos se han vuelto en risa.

ESCUDERO.

Perdóneme vuesarced
El haberle bautizado.

BERNARDO.

Será la primera vez.

Sale EL MONTAÑÉS.

MONTAÑÉS.

Todo cuanto hay en la corte
Es, como lo imaginé,
Poca verdad, mucho engaño,
Trato doble y mala ley.
Sospecha tengo que ha sido
Embuste cuanto escuché,
Y que estas primas son falsas
Y fáciles de romper.
Del Embajador la casa
Con mil recelos dejé;
Que del viejo me ha cansado
Tanta anciana sencillez.
¿Quién puede vivir en tierra
Donde hay tanto que temer?

Que solamente en la mia
Tememos á Dios y al Rey.
Gente hay aquí; ¿si es justicia?
Mas ladrones podrán ser.
Allí hay dos, y aquí son cuatro;
Pícaros, ¿no bastan seis?—
¿Puédese pasar, hidalgos?

BERNARDO.

Podrá quien tuviere piés.

MONTAÑÉS.

Mejor quien tuviere manos.

(*Tocan las guitarras.*)

DON JULIAN.

Cantad mas; que me engañé.

MONTAÑÉS.

¿Aquí guitarras? ¡Qué presto
Señas del cuidado hallé!

DON JULIAN.

Lo de Isabel proseguid.

MONTAÑÉS.

Eso no proseguiréis,
Hidalgos; que en esta casa
Nadie se suele atrever
De su fama al generoso
Verde sagrado laurel.
Esas músicas son buenas
Donde no pueden tener,
Ni mas que perder la fama
Ni que aventurar la fe.

DON JULIAN.

¿Hay nuevo oficio en la corte
De quita-músicas? ¿Quién
Os mete en cosas ajenas?—
¡Hola! Cantad.

MONTAÑÉS.

No canteis,
Y á quien aquí se atreviere
A cantar le romperé
El instrumento en los cascos.—
Y vos sois un descortés,
Un necio y un atrevido.

BERNARDO.

Por siempre jamás, amén.

DON JULIAN.

Vos sois un hombre arrojado;
Yo soy quien soy, y seré
Lo que quisiere, y no mas.

MONTAÑÉS.

Muy sufrido pareceis.

DON JULIAN.

Soy muy grande cortesano.

MÚSICO.

¿Esto se sufre? No estés
Tan cobarde.

DON JULIAN.

¡Oh buen cantor!

MÚSICO.

Aunque no traigo broquel,
¿Quieres que yo le acuchille?

DON JULIAN.

Haréisme mucha merced;
Que es un gallina.

MONTAÑÉS.

Villanos,
¡Oh, qué mal me conoceis!

(*Meten mano todos, sino don Julian.*)

BERNARDO.

Don Julian perece ahora;
Que el Montañés es aquel,
Y entiende poco de Filis.

DON JUAN.

Yo le quiero socorrer.

(*Saca una linterna.*)

DON JULIAN.

¡La justicia!

MÚSICO.

Guarda fuera.

DON JUAN.

Desviense.

BERNARDO.

Tenganse.
Del solar del mismo infierno
Es un rayo el Montañés.

(*Vanse.*)

JORNADA TERCERA.

Salen HERNAN PEREZ Y EL MONTAÑÉS, *con vestido negro y el mismo cuello*, Y EL ESCUDERO, *en un azafate, trae uno de muchos anchos y algunas cadenillas, y vestido negro de seda.*

HERNAN.

El dinero es fuerte muro,
Nada cuidado te dé;
Que siempre el dinero fué
El sagrado mas seguro.
Aquí estarás escondido;
Muda de traje.

MONTAÑÉS.

Apartad;
Que no está mi autoridad
Pendiente de mi vestido;
No gusto de cadenillas,
Ni de esos cuellos me dén,
Que en otro estará mas bien
Un bosque de lechuguillas.

HERNAN.

Ya estoy temiendo algun daño.

ESCUDERO.

¿Hay tan peregrino extremo?

MONTAÑÉS.

Llevadlo; que en todo temo
Que ha de haber algun engaño.

HERNAN.

Uno temo, y otro dudo;
¿Qué tienes?

ESCUDERO.

El majadero
Se precia de verdadero,
Y quiere andarse desnudo.

HERNAN.

Sobrino, ¿tú deste modo?

MONTAÑÉS.

Hablar claro determino.

HERNAN.

Parece que estás mohino.

MONTAÑÉS.

Vos teneis culpa de todo.

HERNAN.

¿Ya das tan presto esa muestra?
¡Qué ingratitud! ¿Yo culpado?

MONTAÑÉS.

Tio, yo he sido engañado;
Pena es mia, culpa es vuestra.
Yo pienso que la justicia
Y el aviso (perdonad)
Es prevenida piedad
De alguna prima.

HERNAN.

¿Hay malicia,
Hay sinrazon semejante?

MONTAÑÉS.

Yo de vos llamado he sido
Solo para ser marido,
Que no para ser amante.
En hija rica y hermosa
Me ofreció vuestra cordura
Una posesion segura,
Y no esperanza dudosa;
Y he menester con la espada
Ganarla, y vengo á pensar
Que me he venido á casar
A la vega de Granada.
Son cosas poco fieles
Que no estén (¡oh primas locas!),
Ni estas ventanas sin tocas
Ni esta calle sin broqueles;
Ni lo culpo ni lo apruebo,
Mas que teneis, averiguo,
Vos la verdad á lo antiguo,
Y ellas la vida á lo nuevo.

HERNAN.

Eres un descomedido,
De malicioso estás ciego;
¡Que un desconfiado luego
Se convierta en atrevido!
No ha de dar un hombre honrado
A un engaño tan violento
Lugar en el pensamiento,
Cuanto mas en el cuidado.
¿Cuándo ha sido sospechoso
Ningun hombre bien nacido?
¿Quién ha entrado á ser marido
Por las puertas de celoso?
Los daños siempre los ve
Con prevencion cuerda el sábio,
Y el necio, atento á su agravio,
Siempre los mira con fe.
Si no hay cosa en que dispenses,
Y del engaño haces gala,
¿Qué mujer no será mala,
Si basta que tú lo pienses?

MONTAÑÉS.

Yo no sé filosofías;
Solo sé que no dan muestras
Ellas de ser hijas vuestras
Ni de ser parientas mias.
¿Quereis que yo sufra y calle
Que en vuestra hija, Señor,
Me deis un pesquisidor
De mi cara y de mi talle?
Que yo soy tan bien nacido,
Que, aunque mas presume y siente,
La excedo para pariente,
Y sobro para marido.

HERNAN.

¡Oh, qué soberbio que estás!
Advierte, Luzbel segundo,
Que ser hidalgo, en el mundo
Es ser hidalgo, y no mas.

MONTAÑÉS.

De Aragon reinó en la silla
Un hidalgo que eligieron,
Y de un hidalgo se hicieron
Los mas grandes de Castilla

HERNAN.

En eso no, no te engañas;
Pero crecer los verías,
No con necias hidalguías,
Sino con fuertes hazañas.
Vienes en traje, que puedo
Preguntarte si entendías
Que á desposarte venias
A las Astúrias de Oviedo;
Y de suerte, que no dudo
Que pensaste, á lo infanzon,
Que Madrid era Leon,
Corte de Ordoño ó Bermudo.
Ya no es el tiempo del Cid;
Que ahora mas ricos son
Que los grandes de Leon
Los chapines de Madrid.

MONTAÑÉS.

Si esto os causaba desvelos,
¿Cómo no me socorristeis?

Y qué, ¿mas galan salisteis
De casa de mis abuelos?
Mas de un rico nadie aguarde
Bien ninguno; que esta gente,
Por no hacer bien solamente,
Viven mucho y mueren tarde.

HERNAN.

¡Qué! ¿Ya te parezco eterno?
¡Ah enemigo! bien está;
Aun no soy tu suegro, y ¿ya
Tienes achaques de yerno?
Si allá tan ricos no están,
Pudieras haber venido
En las finezas lucido
Y en las palabras galan.
Si antes de estar desposado
No haces caricias y amores,
¿Qué sequedades mayores
Te quedan para casado?
Isabel toma venganza
De ver tu poca aficion;
¿Qué será en la posesion
Un soberbio en la esperanza?

MONTAÑÉS.

Ya he dicho que no venia
A enamorar.

HERNAN.

¡Qué rigor!
Ya que infamas el amor,
No agravies la cortesía.

MONTAÑÉS.

No la caseis á disgusto;
Si para mí la forzais,
El honor aventurais
Con las violencias del gusto;
Que yo, no porque soy vano,
Sino libre de interés,
Un mundo pondré á mis piés
Por no torcer una mano.

HERNAN.

¿Qué es forzar? Ella te adora.
Ya salen, no seas loco;
Sobrino, véncete un poco;
Dile requiebros ahora,
Muéstrale agrado y blandura,
Caricia, humildad y amor;
Que no hay victoria mayor
Que rendirse á la hermosura.

Sale DOÑA ISABEL.

DOÑA ISABEL.

Corderilla amorosa,
Que, triste y extranjera,
Pierdes á mano fiera
La dulce vida hermosa,
Cuando era entre el ganado
La blanca admiracion del verde prado;
Lucida flor, bañada
De púrpura y de nieve,
Que fué de mano aleve
Oprimida y cortada,
Cuando en verdor temprano
Gozaba los umbrales del verano;
Fuentecilla risueña,
Desprecio del rocío,
Que en mas violento rio
Vida y cristal despeña,
Cuando eran en amores
Aplauso lisonjero de las flores;
Avecilla sonora,
De envidia y mano incierta
O perseguida ó muerta
En su primera aurora,
Cuando era su armonía
Clarin del alba y suspension del dia;
Flor, corderilla y fuente,
Avecilla quejosa,
Muerte mas lastimosa
Mi vida espera y siente;
Que es mas para sentida
Forzar el alma que perder la vida.

HERNAN.

Llega, mira que te espera;
Que aguardar, siendo tan linda,
A que una mujer se rinda
Es victoria muy grosera.

DOÑA ISABEL.

¡Ay triste! huyendo del mal,
He venido á dar en él.

HERNAN.

¡Oh, qué hermosa está Isabel!
Es su talle celestial.

MONTAÑÉS.

Dejadnos solos; por vos
Y por ella pienso hablarla.

HERNAN.

Eso es modo de agradarla;
¡Qué finos veré á los dos!
Dila que has sido dichoso,
Tierno la pide una mano;
Dila: «Dueño soberano,
Cielo mio, sol hermoso.»
No digas que es una dea,
Que no es al uso, y repara
Que tiene su hermosa cara
Entendimiento de fea.
(*Ap.* Desde aquí escucharlos quiero.)
(*Escóndese.*)

MONTAÑÉS.

Yo quedo bien advertido;
Por bárbaro me ha tenido.

DOÑA ISABEL.

De amores y penas muero.
(*Siéntense en dos sillas, y apártenlas los dos, y cuando dice el verso las junten.*)

MONTAÑÉS. (*Ap.*)

Piensa que yo he de rogarla
Por su dote; si yo valgo...

HERNAN. (*Ap.*)

Solo sabe ser hidalgo.
Él no acierta á enamorarla;
Pienso que la desafía.

MONTAÑÉS. (*Ap.*)

Pues á fe, prima enfadosa,
Que algun dia...

DOÑA ISABEL. (*Ap.*)

¡Linda cosa!
Castigos en profecía.

MONTAÑÉS. (*Ap.*)

Hablarla será forzoso,
Pues lo ofrecí, duramente.

DOÑA ISABEL. (*Ap.*)

Él será honrado pariente,
Pero desairado esposo.
¡Que don Juan me olvide ya,
Y este se me acerque tanto!

MONTAÑÉS. (*Llégase.*)

Prima, infinito me espanto...

DOÑA ISABEL. (*Desvíase.*)

Espántese mas allá.

MONTAÑÉS. (*Levántase furioso.*)

¿Esto se consiente aquí?

Sale HERNAN PEREZ.

HERNAN.

Hija, dime lo que ha sido.

DOÑA ISABEL.

No mas de que no he querido
Que se espante junto á mí.

MONTAÑÉS.

Es una muy mal criada.

HERNAN.

Quedo; que no ha de ofender
A la mas baja mujer
Ni la lengua ni la espada.
Un hombre con otro puede
Ser soberbio en el disgusto;
Pero una mujer, es justo
Que siempre bizarra quede.

MONTAÑÉS.

El ser cuerda y amorosa
En mi prima apetecia,
No su loca demasía
De ser rica y ser hermosa.

HERNAN.

¿Qué mas ternura y firmeza?
Demasiado favorece,
Pues de quien no la merece
Se deja amar la belleza.
Tierno, y no bravo, el amante;
¿Qué mas testarudo fuera,
Qué mas fiero, si viniera
A enamorar á un gigante?

MONTAÑÉS.

Mucho mas cuerda es Leonor,
Mas me agrada que su hermana;
No quiero esta filigrana
Ni este melindre de amor.
Adore á su primo indiano,
Que ya es historia sabida,
Y que debe mas la herida
A sus ojos que á mi mano.
Yo soy poco temporal,
Desden pago con desden;
Que en mi vida quise bien
A quien me quisiese mal. (*Vase.*)

HERNAN.

¡Qué condicion tan extraña!
Consigo querrá casarse.

DOÑA ISABEL.

Padre, no deben de usarse
Requiebros en la Montaña;
Huélgome que le conoce,
Y que saldrá del engaño.

HERNAN.

No quiero, no, que un extraño
Mi hacienda y mi sangre goce,
Ni es bien que heredarme acierte
Quien ni aun con piedad fingida
Sufrir no sepa su vida
Dilaciones de mi muerte;
Y la muerte misma aguarde,
Aunque parezca rodeo,
A pasar por su deseo
Para llegar menos tarde;
Y así, que me herede quiero
Quien templará mansamente
En la sangre de pariente
La codicia de heredero. (*Vase.*)

DOÑA ISABEL.

¡Qué ceguedad! ¡Qué engaño! ¡Qué locura!
Este agrado comun de ser hermosa,
Adulacion del cielo peligrosa
Y antigua enemistad de la ventura,
Suerte agraviada, dicha mal segura,
Daño apacible, ofensa generosa;
Que en difícil region de ser dichosa
Nació para escarmiento la hermosura.
¡Qué buen gusto que tiene la desdicha,
Pues elige el mayor merecimiento,
Sin darse á la ignorancia en parte alguna!
¿Qué agravios hizo el mérito á la dicha,
Que siempre la verdad y entendimiento
Los tiene por delitos la fortuna?

Sale DON JUAN.

DON JUAN.

Aunque me encuentren aquí
Tu padre y tu primo ahora,
No hay mas peligros, Señora,

Que vivir y estar sin ti.
Hermosísima Isabel,
Mi bien, mi cielo, mi vida,
¿Yo agraviado? ¿Tú ofendida?
¿Yo quejoso y tú cruel?
¿Qué causa, amores, te di
Para llamarme enemigo?
Que el alma no está conmigo,
Por saber que estoy sin ti.
Vuelve, y no tengas en calma
A quien te ruega y te adora,
Pues tu amor, dulce señora,
Sabe el camino del alma.

DOÑA ISABEL.

(*Ap.* Así lo dice el Señor,
Mi primo tal viene á ser,
Que precia mas la mujer
La venganza que el amor.)
Don Juan, ya me ves casada;
Que no hay daño que no intente
La resolucion valiente
De una mujer agraviada.
Nunca agravies en presencia;
Mira que son mal sufridos
Los ojos; que los oidos
Son gente de mas paciencia.

DON JUAN.

Primera luz de mi vida,
Del alma temprano dueño
Y de mis floridos años
Prision dulce en lazos tiernos,
¿Qué agravios, qué sinrazones
Mis tristes ojos te han hecho,
Que solo de tu hermosura
Dan seña mis pensamientos?
No me mates, que soy tuyo;
Que si vi tus ojos bellos,
Para quitarme la vida
Llegan tarde los tormentos.
Si quieres satisfacciones,
A tus piés, Señora, vengo
Bañando en lágrimas tiernas
Tantos arrepentimientos.

DOÑA ISABEL.

¡Qué bien pareces quejoso!
Los hombres así están buenos;
Que viven los confiados
En jurisdicion de necios.
¿Qué he de hacer? Tengo marido,
Él me adora y bien le quiero,
Y como no empieza el gusto,
Aun no llega el escarmiento.

DON JUAN.

¿Ayer vino, y hoy te casas?
Solo en mis males pudieron
Caber siglos de desdichas
En solo instantes de tiempo.
No lo digas; aunque en mí
Los imposibles son ciertos,
Quizá podrá ser que viva
En tanto que no lo creo;
¿Por qué, mi bien, me has dejado?

DOÑA ISABEL.

Don Juan, que han de ser, te advierto,
En lo que aun no importa, finos
Amores que son discretos. (*Vase.*)

DON JUAN.

¡Ah fácil! como tu amor
Era niño y lisonjero,
Vivia en flacas prisiones,
Mal pendiente de sí mesmo.
¿Tan poco duran los bienes?
¿Tanto engañan los deseos?
Tan presto de tanta gloria
Señas y esperanzas pierdo?
De los grandes edificios,
En quien mostraron soberbios
Su jurisdicion los años,
Su monarquía los tiempos,
En las ya mudas ruinas
Perlas reliquias vemos,
Para despertar descuidos,
Para avisar escarmientos;
En sus violentas hazañas
Perdona siempre el incendio
A bronces para testigos,
A mármoles para ejemplos;
De las fábricas de nieve
Que, ayudadas de los vientos,
Sobre los montes levantan
Ambiciones del invierno,
Aun deja el verano ardiente
Contra la ley de su fuego,
Contra el poder de su llama
Blancas memorias de hielo;
Pues de amor al edificio,
Con obligacion de eterno,
Que, á pesar del mundo, apuesta
Duraciones con el cielo,
¿Cómo han faltado cenizas
Que digan en su silencio:
«Aquí hay luces de un amor
Que fué mas y duró menos»?

Sale DOÑA ISABEL.

DOÑA ISABEL.

Ya no me puedo sufrir;
¡Qué bien quedan satisfechos
Mis mal fingidos rigores
Con tan dulces sentimientos!
Generoso dueño mio,
¿Dejar de ser tuya puedo?
¿Tan necia soy yo, mi vida?
Tan mal gusto, mi bien, tengo?
¿Cómo es posible olvidarse
Amor que, siempre venciendo,
Vive en lo mejor del alma
Atado al entendimiento?
Don Juan, el peligro es mucho,
Mi padre constante y viejo,
Mi primo altivo y dichoso,
Yo desdichada y tú cuerdo.
Llévame luego contigo;
Mira, mi señor, que temo
Llorar desventuras mias
En duros bronces ajenos.
Si eres pobre, yo te adoro;
No podré advertir en ello,
Que en las descomedidades
Tiene amor ojos mas ciegos;
Y no pienses que es flaqueza,
Que jamás culpadas fueron
Gallardas resoluciones.
Quise tomar por remedio...
Parece que te mesuras;
¿No me respondes? ¿Qué es esto?
¡Ah, como siempre, sois todos
En las venturas soberbios!

DON JUAN.

Oye, mi señora, escucha.

DOÑA ISABEL.

¿Qué he de escuchar? ¿Esto espero?
¿Conmigo traiciones tantas?
¿Para mí tantos desprecios?
¿Tú quieres bien? Tú eres noble,
Tú galan, tú caballero?

Entra BERNARDO.

BERNARDO.

¡Tia y primo se me antoja
Cuanto en esta casa veo!
¿Si ha venido aquí don Juan?

DOÑA ISABEL.

¿Despreciar mi casamiento?

BERNARDO.

¿Casamiento? Aquí fué Troya;
Dénse batalla de celos.

DOÑA ISABEL.

Dejar de ser mi marido
Cuando en tus manos me entrego,
No hay disculpa, eres un loco;
A ser de mi primo vuelvo.
Moriré por no rogarte;
Que la bajeza del ruego
Profana de la hermosura
Los altos merecimientos. (*Vase.*)

BERNARDO.

Pues bien, Príncipe (¡qué cascos!),
Este es paso lindo y tierno
Para que te vuelvas loco.
Vaya de furia y de extremos;
Don Juan, arroja la capa;
Ea, derriba el sombrero;
Di «¡cielo airado!», y pregunt
Por el alma, y niegue el cuerpo;
Vaya lo de la memoria
Y razon, y todo aquello
Que está obligado en comedias
A decir quien pierde el seso.
Don Juan, para ser poeta
(Que los buenos son discretos),
No he visto jamás en nadie
Tan desmentido el ingenio;
Que el hacer coplas ¿quién duda
Que es el pedazo mas bello
Del entendimiento humano,
Hechas con entendimiento?

DON JUAN.

¿Hay hombre mas desdichado?

BERNARDO.

¿Hay hombre que sepa menos?
¿Desdichas llamas las culpas
Y antiguos engaños nuestros?
Desdichado es quien gobierna
Prudente, acertado y cuerdo
Sus cosas, y luego salen
Ofendidas del suceso;
Pero á Isabel tú la pierdes
Por solo un capricho, siendo
Un serafin de doblones
Y un fénix de amores nuevo.
Si aguardas á que se muera
Su viejo padre, te advierto
Que el desearles la muerte
Es el Jordan de los viejos.

DON JUAN.

Ni me disculpo ni aguardo,
Mas que á morir; que ni espéro
Mas riqueza que adoraria,
Mi mas bien que el mal que tengo.
Bernardo, yo nací pobre;
Nobleza y valor me dieron
Mis padres, y quietamente
Se casaron mis abuelos.
No quiero pleito y mujer;
Que á un rico es atrevimiento
Ganarle por enemigo
Sobre costumbres de suegro.
Soy hombre de bien, y aunque es
Mayorazgo tan pequeño,
No he de deslucirlo á manos
De dorados menosprecios;
Y en fin, ¿cómo he de encargarme
De un sol, de un ángel, teniendo
Posesion en pobre casa
Y esperanza en rico pleito? (*Vase.*)

BERNARDO.

¿Hay menguado semejante?
En toda mi vida vi
Cuerdo tan fuera de sí
Y tan encogido amante.

Sale LUISA.

LUISA.

¿Si es don Juan? No, ya se ha ido;
Vuelvo á decir que ha quedado
El picaron.

BERNARDO.
Por un lado
Conversa, y favor la pido
A mi señora donada
Deste convento.

LUISA.
Ah señor
Motilonazo de amor...

BERNARDO.
¿Podrémos, de camarada,
Entretenernos un rato?

LUISA.
Aun no he llegado á ser tia;
Que para él, por vida mia,
Que se está niño este plato.

BERNARDO.
Probarle un tantico deja;
Que de todo un poco entiendo.

LUISA.
¿Cómo no le queman, siendo
Amante de la ley vieja?

BERNARDO.
¿Hay tal agravio y deshonra?

LUISA.
Diga, y ¿no la tiene miedo?

BERNARDO.
De la tia decir puedo
Que me ha llevado mi honra;
Mudo-plática parece,
O medrado tomajon.

LUISA.
Siempre le duele el doblon,
Cuitadillo me parece.

BERNARDO.
¿Cómo se llamaba?

LUISA.
El hombre
Quiere hablar mal de Luisica;
¿Ya no sabe que Marica?

BERNARDO.
Pues diga, y ¿con ese nombre
Se atreve á ser fea?

LUISA.
Y diga,
¿Es mas grande la beldad
De la grave ancianidad
De la tia?

BERNARDO.
Quedo amiga;
Victor tu niñez y agrado.

LUISA.
No es muy malo el bellacon.

Sale DOÑA ALDONZA.

DOÑA ALDONZA. (*Ap.*)
Luisica y Bernardo son;
¿Qué tratarán?

BERNARDO.
Hasme dado
Hácia contento y solaz.

DOÑA ALDONZA. (*Ap.*)
¿Tal cosa mis ojos ven?

LUISA.
La tia es todo su bien.

BERNARDO.
Tengo el gusto mas rapaz;
¿Yo en la tia mis deseos?

LUISA.
De la tia es gran compadre.

BERNARDO.
Soy muy devoto del padre
De los santos Macabeos.

DOÑA ALDONZA. (*Ap.*)
¿Hay tales bellaquerías?

LUISA.
Eso no lo entiendo yo;
¿Por qué?

BERNARDO.
Porque se llamó
No menos que Matatías.

DOÑA ALDONZA.
¿Cómo se llamó?—Picaña,
Entráos adentro, y no mas.

LUISA. (*Ap.*)
La tia es un Barrabás. (*Vase.*)

BERNARDO. (*Ap.*)
Disimulo, y cierra, España.

DOÑA ALDONZA.
¿Matatías?

BERNARDO.
¿Por ventura
El sér yo docto te aflige?
Vive Dios, que es lo que dije
De la Sagrada Escritura,
Y que hablar cosa en contrario
Es caso de Inquisicion.

DOÑA ALDONZA.
Dignísimo socarron,
Fingido, inconstante y vario,
¿Con una niña un mancebo
Tan sesudo? ¡Qué dolor!

BERNARDO.
Junto en un cuerpo de amor
Testamento Viejo y Nuevo.

DOÑA ALDONZA.
Bueno ha estado el desengaño.

BERNARDO.
¿Yo engañarte, madre mia?
¿Ya no sabes que una tia
Es yerba contra el engaño?

DOÑA ALDONZA.
Por antojos presumidos
No tengo lo que ya espero.

BERNARDO.
Han dado en llegar primero
Los años que los maridos.

DOÑA ALDONZA.
Si me quieres, veré yo
Ahora...

BERNARDO.
¿En qué cosa?

DOÑA ALDONZA.
Amigo,
En que te cases conmigo.

BERNARDO.
¿Agraviarte yo? Eso no.

DOÑA ALDONZA.
¿Agravio?

BERNARDO.
Y traicion tambien;
Digo que traicion se llama
El casarse con la dama
Que se está queriendo bien.

DOÑA ALDONZA.
¿Traicion casarse con ella?

BERNARDO.
Sí, traicion se ha de llamar
El casarse, que es tomar
Remedio de aborrecerla;
Y tan fino soy, que digo
Que he de amarte hasta la muerte;
Y así, por no aborrecerte,
No he de casarme contigo.

DOÑA ALDONZA.
Ya no mas palabras locas;
No entraréis, pues esto pasa,
Vos ni don Juan en mi casa.

BERNARDO.
¿Esas canas y esas tocas
Y esa noble autoridad
Enojarse? ¡Qué indecencia!

DOÑA ALDONZA.
Ya sé tu libre insolencia
Y tu ciega libertad;
Ya sé que no eres fiel,
Que aun la herida de don Luis
Mentistes, y que fingís
Por el dote de Isabel;
Pues en vano se os antoja
Mentir á vuestra codicia.
(*Ap.* Ni me ruega ni acaricia,
Ni el traidor me desenoja.)
No lograréis los engaños;
Sola es vieja la pobreza;
Que hay madres con gran belleza
Y tias con pocos años.
Otros mejores que tú
Me ruegan, y ansí me vengo,
Que por cara y edad tengo
Doce barras del Perú. (*Vase.*)

BERNARDO.
¡Quién fuera bien entendido
Para volverse aquí loco!
¡Ah cielos! ¿cómo sé poco,
Pues tan gran dote he perdido?
Luego fuera caballero;
Que cualquier persona rica
Caballero se fabrica
Del polvo de su dinero.
¡Doce barras! ¡Qué desden!
Mas para mi voluntad
Son muchos siglos de edad
En pocos años de argen...

Sale DOÑA LEONOR.

DOÑA LEONOR.
Contenta de hallarte aquí
Vengo, porque he deseado
Darte de cierto cuidado
Alguna cuenta de mí.
Bernardo, la cortesía
En los hombres siempre ha sido
De nuestro agrado y sentido
Una blanda tiranía.
Si anduvo don Juan conmigo
Tan cortés, que pudo hacer
Que yo pudiese vencer
Otra inclinacion, amigo,
Dime, y dime la verdad:
Andar á pié (¡qué disgusto!)
¿Es necesidad ó es gusto?

BERNARDO.
Es gusto y necesidad.

DOÑA LEONOR.
¡Qué mal caso!

BERNARDO.
Él es un hombre
Que de nada, que no es culpa,
Ni se corre ni disculpa;
Y es tan bienquisto su nombre,
Que, si engolfarse quisiera
En lo que llaman prestado,
En calle Mayor ó en Prado
Potro caballero fuera.
El duque de Alba Fernando
A un sastre le preguntó:
«¿Cómo os llamais?» Respondió:
«Señor, Toledo.» Temblando
El sastrecillo de miedo,
De las orejas le asió
Mohino el Duque; decia:
«Toledano, y no Toledo.»
A muchos que veo yo
A caballo hiciera ansí;
Necio encaballado sí,
Pero caballero no.
Mas, pues eres tan notable
Mujer en el desear,

Llévete Dios á gozar
La jineta perdurable.

DOÑA LEONOR.
Si rico le hiciera yo,
¿A caballo no andaria?

BERNARDO.
Por comodidad si haria,
Pero por soberbia no;
Que pienso que la igualdad
Seria su mayor gloria,
Aunque es falta de memoria
Siempre la prosperidad;
Mas no recibas enojo;
Él no es bueno para tí.

DOÑA LEONOR.
¿Que no es bueno para mí?

BERNARDO.
Tienes príncipe el antojo;
Si hay ventolera...

DOÑA LEONOR.
Mal sabes
Mi eleccion, y á los señores,
Por mas buenos, por mejores,
Por mas ilustres, mas graves,
Y porque á todos exceden
En grandeza, los estimo
Con respeto, y me lastimo
Que son mucho, y nada pueden.

BERNARDO.
Bien has entendido el modo
Vives, Leonor, engañada;
¿Cómo que no pueden nada?
¿No ves que lo mandan todo?
Un señor es de temer,
Que manda, y no es importuno;
Que nunca falta á ninguno
Mil doblones que ofrecer.

Sale DON JULIAN.

DON JULIAN.
Ya en efecto, como yerno,
Entro sin llamar.

BERNARDO.
Leonor,
Tu saborido.

DOÑA LEONOR.
Mejor
Dirás mi cansancio eterno;
Es un cansado ignorante.

BERNARDO.
Yo pienso que él y don Juan,
Como si fuera en Adan,
Pecaron en aquel guante.
Nada le da pesadumbre;
¡Qué felicidad!

DOÑA LEONOR.
Ha hecho
¡Oh, qué afrentoso provecho!
Del sufrimiento costumbre.

BERNARDO.
Dale unos celos de á pié
Conmigo.

DOÑA LEONOR.
Es un majadero;
No tendrá celos.

DON JULIAN.
Ver quiero
Dónde está Isabel.

BERNARDO.
Yo sé
Que ha de rabiar; que en amor
Siempre hay celos.—Don Julian,
Favorecidos están
De Isabel y de Leonor
Dos hombres en esta casa,
Diciéndose los traidores
Mil requiebros, mil amores.

DON JULIAN.
¿Eso es verdad?

BERNARDO.
Esto pasa.

DON JULIAN.
Tienen celestial agrado;
¡Oh mujeres de los cielos!

BERNARDO.
Ten celos, bestia; ten celos,
Majaderon confiado.

DOÑA LEONOR.
Deja, no hagas caso dél.

BERNARDO.
¿Que nada quiere sentir?

DON JULIAN.
De nada me he de podrir,
No, por vida de Isabel.

Sale EL MONTAÑÉS.

MONTAÑÉS.
Leonor es mas recogida,
Mas retirada y honesta,
Y aun es... Mas ¿qué gente es esta?

DOÑA LEONOR. (*Ap.*)
Mi primo; ¡yo soy perdida!

BERNARDO.
¿Qué temes?

DOÑA LEONOR.
Sus atrevidos
Sospechosos ardimientos;
Que, como cuento de cuentos,
Es marido de maridos. (*Vase.*)

MONTAÑÉS.
¿Tambien Leonor? Bien están
Criadas estas doncellas;
¿De qué sirve ser tan bellas,
Si no...

BERNARDO.
¡Al arma, don Julian!

DON JULIAN.
No es bien ayudar en nada
A la muerte; que al morir
Harto le ayuda el vivir. (*Vase.*)

BERNARDO.
Mi alma con vuestra espada.

MONTAÑÉS.
Este es el uno. Es mal hecho
Que á las casas principales
Se atreva á personas tales,
Sin virtud y sin provecho;
Entrar aquí de ese modo,
Diga, ¿quién se lo mandó?

BERNARDO.
Soy muy comedido yo,
Nunca me lo mandan todo.

MONTAÑÉS.
Yo soy muy poco apacible
Para donaires; ¿qué aguarda?

BERNARDO.
Hombre, que pareces guarda
De la puente de Mantible,
¿Qué has visto?

Sale DON LUIS.

DON LUIS.
Resuelto sigo
Este error, aunque me prendan;
Que es mayor mal que me ofendan
Tantas dudas.

MONTAÑÉS.
Ya le digo
Que si aquí vuelve otro dia...

BERNARDO.
Suplico ajuste.

MONTAÑÉS.
Hablador,
Vaya con Dios.

BERNARDO.
¿Yo temor?
¡Pésia tanta valentía! (*Mete mano.*)

MONTAÑÉS.
¡Pésia tanto hablar!

DON LUIS.
¿Qué escucho?

BERNARDO.
Bien haya la poca honra
Del Julian, que la deshonra
Mira por la vida mucho.
Voyme; que gran gente acude. (*Vase.*)

DON LUIS.
¿Qué veo?

MONTAÑÉS.
¿Qué estoy mirando?

DON LUIS.
El caso me está obligando
A que lo crea y lo dude.

MONTAÑÉS.
¿No eres don Luis?

DON LUIS.
Don Luis soy,
Y ¿tú el Montañés?

MONTAÑÉS.
¿No estás
Herido?

DON LUIS.
No vi jamás
Tal engaño, no lo estoy;
Y ¿tú no quedaste herido?

MONTAÑÉS.
¿Herido yo? ¿Hay tal maldad?

DON LUIS.
Ya es fácil hacer verdad
Lo que de ambos han mentido.

Sale DOÑA ISABEL.

DOÑA ISABEL.
¡Oh, qué invencion tan extraña
He pensado! Mas ¿qué miro?
Ya lo dudo y ya lo admiro.

DON LUIS.
Esta es la amistad de España.

MONTAÑÉS.
Don Luis, la espada suspende
No es justo ser enemigos;
Que hace seguros amigos
Pendencia que nada ofende.
Desta casa á entrambos toca
Este engaño y falsedad;
¡Qué primas! ¡Qué autoridad!
Una es necia y otra es loca.
Ya sé, primo, que has venido
De Isabel enamorado,
Y en mirarte desdichado
Pienso que la has merecido;
Mi nobleza te asegura,
Su esposo, don Luis, serás;
Porque hoy ha de poder mas
Tu razon que mi ventura.

DON LUIS. (*Ap.*)
¿Si acaso saber intenta
Mi pecho? Mas no; que ha sido,
A Madrid recien venido,
Y aun no es posible que mienta.

DOÑA ISABEL.
¿Hay tal liberalidad?
Aun no tiene en mi albedrío
Parte don Luis.

DON LUIS.

Yo me fio
De vuestra noble amistad;
Volved por un ofendido,
De amparo y de vida ajeno,
Y siempre ha de estar el bueno
De parte del desvalido.
No hay hombre en el mundo fuerte
En la dicha que declina;
Que todo vive y camina
Al semblante de la suerte;
Mas vos, de ayer cortesano,
Poco desto entenderéis;
Que para que os enmendeis
De hombre de bien es temprano.
Haréis una rica hazaña,
Liberal, nueva y piadosa,
Y una prueba generosa
Del valor de la Montaña.

(*Vanse todos, menos doña Isabel.*)

DOÑA ISABEL.

Corazon, de primo en primo;
Pues esta vez no ha de ser,
Yo he de morir ó vencer.

Sale HERNAN PEREZ.

HERNAN.

¡Oh, cuánto la nueva estimo!
Isabel, ¿cómo no miras
Mi alegría? Que ha llegado
La dispensacion.

DOÑA ISABEL.

¡Qué enfado!
¡Ay triste!

HERNAN.

¿De qué suspiras?
¿Qué sientes?

DOÑA ISABEL.

¡Ay desdichada!

HERNAN.

¿Qué tienes? Qué ha sucedido?

DOÑA ISABEL.

¡Nunca yo hubiera nacido!
Temo...

HERNAN.

¿Qué? No temas nada.

DOÑA ISABEL. (*Ap.*)

¡Qué bien finjo!

HERNAN.

Está segura,
Descubre el alma conmigo;
Tu padre soy y tu amigo.

DOÑA ISABEL.

¡Qué afrenta! Qué desventura!

HERNAN.

¡Ay! Dios te dé buena dicha;
Declárate, amiga, hermana.

DOÑA ISABEL.

Oye, en vida mas temprana,
La mas antigua desdicha.
Noble padre mio,
¡Oh, qué dulce nombre!
Que es padre dos veces
Ser padre y ser noble;
Don Juan de Guevara,
Un gallardo jóven,
Flor de los mancebos,
Fénix de los hombres,
Puso en mí los ojos,
Fabricando entonces
Solamente un alma
De dos corazones.
Quise de don Luis
Romper las prisiones,
Y en mas fuertes lazos
Las hallé mayores;
Con blandos suspiros,
Con tiernas razones,
Con nuevas finezas,
Con dulces amores,
Halló en mi desdicha
Muchas ocasiones,
Y en mis pocos años
Resistencias pobres.
Con blanda violencia
Robó (no te asombres)
Del mayor cuidado
Las tempranas flores.
Son fáciles selvas,
Son plumas veloces,
Las que fueran antes
Imposibles montes.
Siempre en el amor
Tienen los errores,
No solo disculpas,
Pero adulaciones.
De mi esposo ¡ay tristes!
Ay hombres traidores!
Me dió la palabra,
Que atrevido rompe;
Y teniendo en poco
Mi sangre y mi dote,
Que ya son ofensas
Las obligaciones,
Me deja burlada.
Padre, pues conoces
Tu antigua nobleza,
Tus claros blasones,
Señor, no consientas
Que el desprecio logre,
Y Guevaras sean
De tu honor ladrones;
Que yo de mi vida
Cobraré en rigores
Deudas que un ingrato
Niega y desconoce;
Cansando, afligida,
Si no me socorres,
Al mundo con quejas,
Al cielo con voces.

HERNAN.

¿Qué es burlar? Qué te desvela?
Casaráse, aunque le pese,
Cuando su Guevara fuese
El mismo conde don Vela.
Si es Guevara, tanta gloria
Encierra la sangre mia.

DOÑA ISABEL (*Ap.*)

Herile por la hidalguía;
Amor, ¡victoria, victoria!
Ciego con su calidad,
Que es su mayor desatino,
Ni se acordó del sobrino,
Ni culpó mi libertad.

Salen EL MONTAÑÉS Y DON LUIS.

MONTAÑÉS.

Yo reduciré á mi tio.

DON LUIS.

Temo la cólera suya.

MONTAÑÉS.

Isabel ha de ser tuya.

HERNAN.

Bizarro sobrino mio,
Ahora de tu valor...

MONTAÑÉS.

Mira que está aquí don Luis.

HERNAN.

Pues juntos los dos venis,
Juntos volved por mi honor.

MONTAÑÉS.

¡Tio!

DON LUIS.

Mi señor, ¿qué furia
Es esta?

HERNAN.

Venid conmigo
A cobrar de un enemigo
Una deuda y una injuria.
No da espacio la desdicha;
Allá la causa os diré.

MONTAÑÉS.

Confuso voy.

DON LUIS.

Yo seré
Aun desdichado en la dicha.

(*Vanse todos, menos doña Isabel.*)

Salen DON JUAN Y BERNARDO.

BERNARDO.

Don Juan, ¿aquí me vuelves? ¿No te he [dicho
Que este Cid montañés, que en su tizona
Envaina la que á nadie no perdona,
Ya que no en lo retórico, en lo fiero
Fué segundo villano del Danubio,
Celoso universal como diluvio?

DON JUAN.

Con este enredo que te digo estorbo
El casamiento de Isabel, poniendo
Demanda ante el Vicario.

BERNARDO.

¿En nombre tuyo?

DON JUAN.

Dios me libre. De parte de un don Cár- [los
Del primer apellido Campanoso,
Diciendo que Isabel le ha dado cédula;
Que la mentira es madre de los pleitos,
Pues ha engendrado con error profun- [do
El engaño los pleitos en el mundo;
Que si miro á Isabel en otro dueño,
Será, con alma tierna y afligida,
Lo menos del morir perder la vida.

BERNARDO.

¿Cuándo se huelgan los que juegan ca- [ñas?
Mirando su cansancio y su fatiga,
Preguntaba á un jinete su criado;
Y así, yo quiero preguntarte ahora,
Viendo tu amor, tu pena y tu cuidado,
¿Cuándo se huelga un triste enamora- [do?

DOÑA ISABEL.

¡Qué bien trazada cosa!

BERNARDO.

Alerta, digo;
Mira un ángel de perlas.

DON JUAN.

Ay amores,
¡Qué linda está!

BERNARDO.

Si á fe, como unas flores.
¡Oh simple, que, siguiendo una locura
César dejas de ser de su hermosura!

DON JUAN.

Sin duda que Isabel me quiere menos.

BERNARDO.

¿En qué lo echas de ver? ¡Notable cosa!

DON JUAN.

En que me ha parecido mas hermosa.

DOÑA ISABEL.

(*Ap.* Burlarme quiero; estoy de tan buen [aire,
Que lo que fué dolor será donaire.)
Don Juan, ¿vuelves por mí? Mi bien, mis [ojos,
¿Qué aguardas? Tuya soy, llévame lue- [go.

DON JUAN.

De abundancia de luz estoy tan ciego...

BERNARDO.

Rueguen al angelito.

DON JUAN.

Es todo en vano.

BERNARDO.

¡Oh barbada ventura de cristiano!
Ea, don Juan, que yo pienso algun dia
Adular toda el alma de alegría.—
Sin duda espera el tonto que le fuer-
[cen.—
Señá doña Isabel, tenga paciencia;
Que á mi señora doña Juana ahora
Le quitaré el melindre y el empacho.
¡Que un hombre, de templado, esté
[borracho!

Salen TODOS, *con espadas desnudas.*

HERNAN.

Aquí ha venido; matadle,
Si se resiste ó lo niega.

BERNARDO.

¡Jesus! este ha sido encanto
De la tia.

HERNAN.

El traidor muera,
Si al momento no se casa.

DON JUAN.

Tened la mano y la lengua;
Que no me habeis conocido

HERNAN.

Has de casarte por fuerza.
Aunque te pese.

DON LUIS.

Mi espada
Ayuda mi muerte mesma.

DON JUAN.

Ved que soy un caballero,
Que no tengo mas hacienda
Que el ser noble.

MONTAÑÉS.

Eso te basta,
Si usas bien de la nobleza.

BERNARDO.

Santo Dios, ¿hay tal suceso?
Vive Cristo, que le ruegan
Los dos maridos y el padre.

DON JUAN.

Yo soy la misma pobreza;
¿Qué os engaña?

MONTAÑÉS.

Ya eres rico,
Si te has de casar con ella;
Si pobre, tambien, pues eres
Tan noble, que lo confiesas.

BERNARDO.

Cásate con todos juntos
(*Ap.* ¿Hay tal honra? Hay tal simpleza?)
Hasta con la misma tia.

Salen DOÑA ALDONZA Y DOÑA LEONOR.

DOÑA ALDONZA.

¿Qué desventuras son estas?
¿A Isabel y á don Juan juntos
Hallaron?

DOÑA LEONOR.

De no ser cuerda
Ahora verá los daños;
Mataránlos.

HERNAN.

¿A qué esperas?
Dale la mano,

DOÑA ISABEL.

Cobarde
Pecador, ¿qué temes? Llega;
Que á mí me lo debes todo.

DON JUAN.

Mi mano y mi vida es esta,
Que el alma ya está contigo;
Pero ¿qué embuste y quimera
Es este?

DOÑA LEONOR.

Admirada quedo.

DOÑA ALDONZA.

Estoy confusa y suspensa.

HERNAN.

No has de salir con la tuya;
¡Qué bien me vengo!—Así queda,
Don Juan, vengado el honor
De ilustres casas anejas;
Ya me entiendes.

DON JUAN.

No os entiendo;
Dicha es mia y gloria es vuestra.

MONTAÑÉS.

¡Qué liviandad!

DON LUIS.

¡Qué ventura!

HERNAN.

Ya sé que mas te contenta
Leonor, sobrino.

DOÑA LEONOR.

¿Qué importa?

HERNAN.

¿Tenemos historia nueva?

DOÑA LEONOR.

Yo, Señor...

HERNAN.

¿Hay mas don Juanes?
¿Qué aguardas? Que tanta renta
Le pondré, que ande á caballo.

DOÑA LEONOR.

Eso me anima y me alegra.

MONTAÑÉS. (*Ap.*)

En mi poder, yo sé bien
Que será honrada y honesta.

DOÑA LEONOR.

A caballo, eso me basta.

MONTAÑÉS.

Mi fe con vos será eterna.

DON JUAN.

Ahora un enamorado
Se huelga, Bernardo.

BERNARDO.

Tenga,
Con su mujer se lo coma;
Que un casado no se huelga.

Salen DON JULIAN Y SU ESCUDERO.

DON JULIAN.

A lindo tiempo he llegado,
Mi suegro y señor; la bella
Doña Isabel me dió anoche
Palabra firme y expresa
De ser mi esposa; y así,
Vengo á casarme con ella.

HERNAN.

Isabel, ¿tantos maridos?

DOÑA ISABEL.

Si es don Julian, ¿qué te alteras?
Que luego os diré la causa
De liviandad tan discreta.

ESCUDERO.

Yo, mi señor don Julian,
Soy la malvada doncella
Que os dió anoche la palabra,
Con cristiana diligencia,
Que os bauticé; vuestra soy.

DON JUAN.

De la divina belleza
De Isabel yo soy el dueño.

DON JULIAN.

Sedlo muy enhorabuena;
Pero tener por marido
Hombre de á pié, ¡qué vergüenza!

DOÑA ISABEL.

«No hay hombre cuerdo á caballo,»
Se dijo por esta bestia.

MONTAÑÉS.

¿Quién es este?

BERNARDO.

Un ordinario
Filósofo desta tierra,
Que las descomodidades
Tiene solo por afrenta.

HERNAN.

Don Luis, ya que no has podido
Ser mi yerno, de mi hacienda
Tendrás lo que tú quisieres;
Que al fin eres sangre nuestra.

DON LUIS.

Ni vuestra riqueza estimo
Ni vuestra sangre; que en ella
Gustos buscaba, y no pobre
Y mal nacida riqueza.
No quiero en la corte nada,
Donde es tan vil, tan incierta
La amistad, y donde vive
La ventura tan soberbia.

DON JUAN.

Don Luis, yo soy vuestro amigo.

DON LUIS.

No quiere amor que lo crea;
Mas yo lo quiero ser vuestro.
(*Danse las manos.*)

DOÑA ALDONZA.

Bernardo, ¿que no te alientas
Para casarte conmigo?

BERNARDO.

¿Está en su seso? A la iglesia
Tiene gana de ir por novia,
Cuando era justo por muerta;
Pero déme acá esa mano.

DOÑA ALDONZA. (*Dale la mano.*)

¿Es de burlas ó de veras?

BERNARDO.

Sí, sí; la mano, pues ¿no?

DOÑA ALDONZA.

¿Recíbesme?

BERNARDO.

Por mi suegra.

DOÑA ALDONZA.

Maldito seas, amén.
Ya mis deseos se enfrenan;
Que los años y sucesos
Lo mas rebelde escarmientan.

DON JUAN.

Todo es temas en el mundo;
Que en él vive y en él medra,
Cada cuerdo con su agravio,
Cada loco con su tema.

COMEDIA FAMOSA

TITULADA

NO HAY VIDA COMO LA HONRA,

DEL DOCTOR JUAN PEREZ DE MONTALVAN

PERSONAS.

DON CÁRLOS OSORIO.	DON PEDRO, *viejo.*	ESTELA.	TEODORO, } *criados.*
DON FERNANDO CENTELLAS.	EL VIREY.	LAURA.	CLAUDIO, } *criados.*
TRISTAN, *gracioso.*	UN SECRETARIO.	EL CONDE ASTOLFO.	OTROS CRIADOS.
	DOÑA LEONOR.	INÉS, *criada.*	

JORNADA PRIMERA.

Salen DON CÁRLOS OSORIO, *con grillos*, Y TRISTAN, *su criado.*

DON CÁRLOS.

¿Qué dices de mi fortuna?

TRISTAN.

Que aun así estás muy galan.

DON CÁRLOS.

Esto es ser pobre, Tristan;
Desde mi primera cuna
Nací con aquesta estrella.

TRISTAN.

No es muy mala, pues Leonor
Te muestra tener amor.

DON CÁRLOS.

Pues, si no fuera por ella,
¿Qué hubiera sido de mí?

TRISTAN.

¿Y esos grillos?

DON CÁRLOS.

Ya se trata
De reducirlos á plata;
Y entre tanto estaré así,
Pues no me quiere escuchar
El Virey.

TRISTAN.

Es un...

DON CÁRLOS.

Detente,
No te arrojes neciamente;
Que en todo caso el honrar
Á la justicia es justicia.

TRISTAN.

Dices bien; pero no cuando
Trae la justicia arrastrando
La pasion y la malicia;
Que quien justicia no hace,
No es justicia para un hombre.

DON CÁRLOS.

Basta tener solo el nombre,
Aunque tal vez se disfrace.
¿No has visto un hombre mirar
Con risa alguna pintura
Tan grosera y tan obscura,
Que le obliga á murmurar?
Mas si el mismo que la ofende,
Por las letras que á los piés
Tiene, ve que imágen es,
Aunque el pincel reprehende,
Humilde y con el sombrero
Quitado, ¿no reverencia
Su retrato? Es evidencia.
Pues de la justicia infiero
Lo mismo: bien puede ser
Que esté tan mal retratada,
Que no se parezca en nada
Á quien debe parecer;
Mas la vara es un renglon,
Que dice: «Yo soy justicia;»
Y no obstante su malicia,
Se le debe adoracion;
Que, aunque sea, siendo ingrata
Á su nombre soberano,
Pintura de mala mano,
En efecto, á Dios retrata;
Y no es justo que los dos
Intentemos ofender
Á quien puede responder
Que es un traslado de Dios.

Salen DON FERNANDO, *galan, de camino, con grillos*, Y TEODORO, *criado.*

TEODORO.

¡Hay tan extraño suceso?

DON FERNANDO.

Teodoro, lo porvenir
¿Quién lo puede prevenir?

TEODORO.

¿Tú desta suerte? Tú preso?

DON FERNANDO.

Trató mi padre casarme
Con doña Leonor de Ibarra,
Mi prima, mujer bizarra,
Y que pudo enamorarme
Antes de verla, porque es,
Segun dicen, bella moza;
Llego aquí de Zaragoza,
Y antes de entrar, ya lo ves,
Sobre salpicar á un hombre,
Acaso sin culpa mia,
Me dijo tal demasía,
Hombre al fin de bajo nombre,
Que á apearme me obligó
Y á darle de cintarazos,
Sin esperar á otros plazos.
Llegó la justicia, y dió
En que el hombre estaba herido
(Costumbre ó codicia antigua);
Y así, mientras se averigua,
Adonde ves me han traido,
Y adonde yo, por no hacer
Con mi tio y con mi esposa
Mi cordura sospechosa,
No me he querido valer
En esto de su favor,
Puesto que con veinte escudos,
Que harán hablar á los mudos,
Me dice el procurador
Que de aquí me sacará.

TEODORO.

Eso es negociar callando.

TRISTAN.

Ese es aquel don Fernando
Que te dije.

DON FERNANDO.

Oye, allí está,
Y aun mirando con cuidado,
Aquel hidalgo, de quien
Dicen todos tanto bien.

DON CÁRLOS.

Qué brioso y qué alentado

DON FERNANDO.

Hablarle quiero.

DON CÁRLOS.

Acá viene.

TRISTAN. (*Ap.*)

Ya se miran, ya se llegan,
Ya se abrazan, ya se ruegan.

DON FERNANDO.

Toda esta licencia tiene
La cárcel. (*Ap.* ¡Gentil presencia!)

DON CÁRLOS.

Vos me honrais.

TRISTAN. (*Ap.*)
¿Quién tal pensara?
Por un ojo de la cara
No harán una reverencia.
¡Qué tales están los dos
Para danzar un torneo!

DON CÁRLOS.
Si por la cárcel granjeo
Un amigo como vos,
En deuda soy á los grillos,
Pues han sido los terceros.

DON FERNANDO.
¿Qué harémos?

DON CÁRLOS.
Entreténeros;
Naipes hay, y mis librillos
He traido; escoged, ea,
Y sentáos.

DON FERNANDO.
Mejor será,
Pues tiempo nos sobrará,
Hablar en algo que sea
De mas gusto; y así, os ruego,
Porque os he cobrado amor
Desde que os vi, que el valor
Rinde y aficiona luego,
Vuestra prision me digais;
Que por esas escaleras
La cantan de mil maneras.

DON CÁRLOS.
Puesto que tanto me honrais,
Oid, si os hago servicio.

TEODORO.
Ya están asidos los dos.

TRISTAN.
Pues juntémonos los dos
A rezar en este oficio.

(*Saca Tristan una baraja de naipes, y vanse los dos criados.*)

DON CÁRLOS.
Ya os habrá dicho esa gente
Que soy don Cárlos Osorio,
Caballero de Valencia,
Mas noble que venturoso.
Nací hidalgo como el Rey,
Mas tan pobre, que me corro,
Vive Dios, de haber nacido
Para ser blanco afrentoso
De los buenos y los malos,
De los unos y los otros;
Que es la pobreza un lunar
Tan feo, que en cualquier rostro
Sirve de escalon obscuro,
Adonde tropiezan todos.
Viéndome, en fin, desvalido
De la fortuna y el oro,
Patrimonio que da el cielo
Al formar al hombre á soplos,
Estudié de humanidad,
Que es lo que llaman los doctos
Buenas letras, lo que basta
A un cortesano curioso.
Danzo tambien, corro, esgrimo,
Y cuando se ofrece, toco,
Sin melindre, una vihuela
En su metro numeroso;
Y sobre todo, hago versos,
Sin decir mal de los otros,
Que, para el siglo que corre,
Os prometo que no es poco.
Determinéme á no amar,
Porque fuera lance impropio,
Siendo pobre, divertirme
En empleos amorosos;
Que amar sin tener qué dar,
O es preciarse de muy loco,
O tener hecha la cara
Al desaire de andar corto.
Mas viendo á Casandra un dia
(No es este su nombre propio,
Mas cállole por modestia),
Quedé mudo, quedé absorto,
Y quedé mas pobre que antes,
Pues liberal á mi modo,
Hasta sin alma quedé,
Porque la ferié á sus ojos.
Amábanla Feliciano,
Floro, Alberto, Lucidoro
Y el conde Astolfo, si bien
Con mas licencia que todos
El dicho Conde, por ser
Mas noble ó mas poderoso.
Antojósele (¡qué dicha!)
Bajar una tarde al Soto
A enamorar á sus ninfas
O á dar nieve á sus arroyos;
Y viniendo por el rio
En su coche, y tras él Floro,
El Conde, Alberto y Ricardo,
Y yo tambien, que iba solo,
Como carta que en el juego,
Donde el amor pide oros,
Es figura, y no ganancia,
Y así, la descartan todos,
Sucedió que los caballos,
Atentos á un alboroto
Que mas adelante hacia
El placer de algunos mozos,
Se alteraron de manera,
Que, sin atender, fogosos,
A los preceptos del freno,
Rompiendo el cristal sonoro,
Se abalanzaron al rio
Con tal furia, que el piloto
De aquella encerrada barca
Probó el agua y midió el golfo.
Ya lo veis; Casandra entonces,
Sacando el turbado rostro
Por el canal del estribo,
Con acentos lastimosos,
Piedad al cielo pedia
Y á sus amantes socorro;
Mas ellos (¿quién tal pensara?),
Como peñas, como troncos
Inmóviles, al remedio
Y á su voz estaban sordos.
Llego yo entonces, y ciego
De ver su tibieza, arrojo
El vestido, aunque era tal,
Que me hiciera poco estorbo;
Salto al agua, esgrimo el brazo,
Hiero el aire, el cristal rompo,
Y al coche voy, que, parado,
Parecia verde escollo,
Cercado de plata falsa
Y de sucesivo plomo.
Entré dentro, y ella, ansiada
Con el susto y el asombro,
Al cuello me echó los brazos,
Y en los mios la acomodo
Sin aliño; que la priesa
Dió licencia á tan forzosos
Favores, que aun el recato
Que hasta allí fué melindroso,
Dicen que enseñó al cristal,
Por no decir á mis ojos,
De la coluna de seda
No sé qué seda con oro.
Iba Casandra sin pulsos,
Y caia sobre el hombro
Izquierdo mio su cara;
Y como el golpe furioso
Del agua, con mis vaivenes,
Me combatia, ella y todo
Mudaba sitio á la cara,
Tanto, que sus labios rojos
Vi tal vez, como de paso,
Con los mios venturosos
Encontrarse sin querer;
Porque entre su cielo hermoso
Y entre mi rostro no habia
Mas tabique que su rostro.
En esto ya sus amantes,
O corridos ó envidiosos,
Se habian escondido. En fin,
Casandra, de aquel asombro
Cobrada, con un suspiro,
Que el aire guardó con otros,
Corriendo las dos pestañas,
Fué sumiller de sus ojos;
Y apenas volvió en su acuerdo,
Cuando, salpicando á trozos
Con viva sangre la nieve,
«Señor don Cárlos Osorio,
Mé dijo, para quereros
Bastaba solo el abono
De ser quien sois, y saber
Que os debo, no, no lo ignoro,
Dos años de voluntad;
Pero ahora, que conozco
Que os debo tambien la vida,
Creed que á mi cuenta tomo
La paga, y creed tambien
(Esto cubriéndose el rostro)
Que os tengo amor y algo mas.»
Con esto quedé tan loco,
Fernando, que aun no creí,
Por ser mio, tanto gozo;
Que es en un hombre abatido
El favor tan sospechoso,
Que volví á mirar al campo
Por ver si hablaba con otro.
Estaba cerca un molino,
Y para con mas decoro
Poder secarme y vestirme,
A su sagrado me acojo.
Allí estuve hasta la noche;
Y al volver, entre unos olmos
Me pareció que habia gente,
Y con mas atencion, oigo
Hablar seis hombres tan cerca,
Que casi con ellos topo;
Y con la luz que la luna
Daba pródiga, conozco
Que era el Conde y sus criados,
Que, como á una fiera, á un toro,
Me acosan y me retiran;
Mas yo, diestro y orgulloso,
Al primero que encontré,
Que fué acaso el conde Astolfo,
En la mano de la espada
Alcancé un mandoble, y roto
De una vena el primer velo,
Bañó de púrpura el pomo.
Llegó entonces la justicia
De la Hermandad, que el contorno
De aquel campo visitaba,
Y sin oir en mi abono
Mis disculpas, al Virey
Me llevan, que, rigoroso
Solo conmigo, quizá
Porque vió que estaba roto,
Maniatado hizo traerme
A este obscuro calabozo,
Donde, á pesar de la envidia,
Vivo el hombre mas dichoso
Que tiene el mundo. Aquí estoy
De aquella deidad que invoco
Regalado cada dia;
Aquí me escribe, y respondo
Lo menos de lo que siento,
Y lo mas de lo que ignoro.
Esta es, Fernando, mi historia,
Esta la luz que enamoro,
Esta la aurora que sigo,
Esta la dicha que gozo,
Esta la vida que paso,
Esta la suerte que logro,
Esta la gloria que espero
Y esta la gloria que adoro.

DON FERNANDO.
¡Notable historia por cierto,

Y digna de eterna fama!
Con razon Casandra os ama.

DON CÁRLOS.

Pues de camino os advierto
Que es lo mejor de Valencia;
Rica, hermosa y celebrada.

Salen TRISTAN y TEODORO.

TRISTAN.

Oye...

TEODORO.

Escucha...

TRISTAN.

Una embajada,
Aloque en la diferencia
De color, alegre y triste,
Magra, gorda, mala, buena,
Parte gusto, parte pena,
Ansia, gloria, susto y chiste
Te traigo.

DON CÁRLOS.

Pues di primero
La buena.

TRISTAN.

Pues ¿no es mejor
Saber antes la peor,
Porque el bocado postrero
Te cure de aquella mala?

DON CÁRLOS.

No, Tristan; que puede ser,
Si entrambas se han de saber,
Que la mala sea tan mala
Y de tanto rigor llena,
Que no me deje en el pecho
A la vida de provecho
Para que sepa la buena;
Y la buena puede ser
Tan dulce en el regalar,
Que no le deje al pesar
Rastro para acometer;
Y así, diestro maestresala,
La buena es bien que me dés;
Que harto tiempo habrá despues
Para trinchar de la mala.
Empieza, acaba, di presto.

TRISTAN.

Pues digo que libre estás.
Esta es la buena.

DON CÁRLOS.

¿No mas?

TRISTAN.

No mas; pues ¿es barro esto?

DON CÁRLOS.

¿Levantóse el Conde?

TRISTAN.

Sí;
Y el Virey está informado
Del caso, y órden ha dado
Para que salgas de aquí.

DON CÁRLOS.

Di ahora la mala.

TRISTAN.

Digo
Que el siervo de don Fernando...

DON CÁRLOS.

¡Ya escucha el alma temblando!

TRISTAN.

Ha estado hablando conmigo,
Y dice que su señor
Es de Leonor...

DON CÁRLOS.

¿Qué?

TRISTAN.

Pariente;
Y que su padre...

DON CÁRLOS.

Detente.

TRISTAN.

Viendo en estado á Leonor,
Ya me entiendes, moza y bella,
Le envia á casar...

DON CÁRLOS.

¿Pues bien?

TRISTAN.

No conmigo.

DON CÁRLOS.

Pues ¿con quién?

TRISTAN.

Dice el siervo que con ella.

DON CÁRLOS.

¿Con Leonor?

TRISTAN.

Sí, con Leonor.

DON CÁRLOS.

¿Dícelo de veras?

TRISTAN.

Sí.

DON CÁRLOS.

Todo el cielo sobre mí
Se ha caido. ¡Ay triste amor!
Ya no puede la fortuna
Ni dar mas ni quitar mas.

TRISTAN.

En efecto libre estás.

DON CÁRLOS.

El oro negoció presto;
Y viene á ser lo peor
Que la historia de Leonor,
Aunque con nombre supuesto,
Le he contado.

DON FERNANDO.

Pues, amigo,
¿No me dais el parabien?
Libre estoy.

DON CÁRLOS.

Y yo tambien.

DON FERNANDO.

¿Vos tambien?

DON CÁRLOS.

(*Ap.* ¡Ay enemigo!)
Sí, Fernando...

DON FERNANDO.

¿Iréis ahora
A ver á vuestra Casandra?

DON CÁRLOS.

Aunque ciega salamandra
Soy de su fuego, y la adora
Toda el alma, hasta las dos
De la noche no podré.
(*Ap.* Tristan, ¿qué diré? Qué haré?)

TRISTAN. (*Ap. á don Cárlos.*)

Disimular.

DON FERNANDO.

Pues de vos,
Puesto que lugar habrá,
Me he de amparar.

DON CÁRLOS.

No seais corto;
Aquí estoy, si acaso importo.

DON FERNANDO.

Yo soy nuevo en el lugar,
No sé las calles, y quiero
Que á una casa me lleveis,
Que acaso conoceréis...

DON CÁRLOS.

(*Ap.* ¿Eso mas? Cielos, ¿qué espero?)
Y es...

DON FERNANDO.

De don Pedro de Ibarra.

DON CÁRLOS.

Es muy grande señor mio.
(*Ap.* ¿Hay tal suceso?)

DON FERNANDO.

Es mi tio.

DON CÁRLOS.

Una hija, muy bizarra,
Si acaso yo no me engaño,
Ha de tener. (*Ap.* ¡Ay amor!)

DON FERNANDO.

¿Llámase doña Leonor?

DON CÁRLOS. (*Ap.*)

Por mi mal y por mi daño.

DON FERNANDO.

Discreto sois; y pues vos
El alma me habeis fiado,
Sabed que vengo casado
Con ella.

DON CÁRLOS. (*Ap.*)

¡Mal te haga Dios!

DON FERNANDO.

¿Qué dices?

DON CÁRLOS.

(*Ap.* ¡Ay triste!) Digo
Que es muy hermosa mujer.
(*Ap.* ¿Esto es morir ó querer?)

DON FERNANDO.

Mirad que venis conmigo
Hasta ponerme en su casa.

DON CÁRLOS. (*Ap.*)

Esto ¿en qué fabula cabe?

TRISTAN.

Medianamente la sabe.

DON CÁRLOS. (*Ap.*)

Lo que ahora por mí pasa,
Tal estoy, que no lo creo.

DON FERNANDO.

Venid, porque verla pueda.

DON CÁRLOS.

(*Ap.* ¡Muerto voy!) Todo os suceda..

DON FERNANDO.

¿Cómo?

DON CÁRLOS.

Como yo deseo.
(*Vanse.*)

Salen ALGUNOS CRIADOS y EL CONDE *con banda, acompañando á* DOÑA LEONOR É INÉS, *con mantos.*

DOÑA LEONOR.

Vueseñoría de aquí
No ha de pasar.

CONDE.

Quien se abrasa
Por todo pasa.

DOÑA LEONOR.

Mi casa
No es iglesia.

CONDE.

¿Para mí
Siempre cruel?

DOÑA LEONOR.

Soy quien fuí.

CONDE.

Pues tomar agua bendita
De un hombre, ¿qué da ni quita?

DOÑA LEONOR.

No da ni quita, Señor;
Mas tengo al agua temor,
Aunque sea agua bendita.
Aquella pila, aunque breve
(Tanto puede el temor mio),
La imagino un grande rio,

Que á sus márgenes se atreve;
Y vuelta la grana en nieve,
Temo su furia cruel;
Porque, si tropiezo en él,
Es fuerza. Señor, llamaros,
Y no quiero aventuraros
A que os arrojeis á él.

CONDE.

Ya os entiendo; mas responde
Mi amor que la voluntad
En una publicidad
Tal vez el amor esconde.

DOÑA LEONOR.

Es engaño, señor Conde;
Que el hombre que se ve á su dama
Con peligro en vida ó fama,
Y la salva no aventura,
O revienta de cordura,
O es muy poco lo que ama.
Mandadme, Señor, en cosa
Que pueda serviros yo,
Mas en cosas de agua no,
Que es para mí peligrosa.
Y si es ocasion forzosa,
Gusto, tema ó interés,
Yo entraré al agua cortés,
Mas con condicion...

CONDE.

Decí.

DOÑA LEONOR.

Que esté don Cárlos allí,
Por si peligro despues...
Aunque no, no quiero tal;
Porque, si al agua se atreve,
Y hollando la riza nieve,
Me socorre liberal,
Podrá ser que le esté mal,
Y que, envidiando su suerte,
A la noche se concierte,
En disimulado alarde,
Algun nadador cobarde,
Que salga á darle la muerte.

CONDE.

A tan necio responder
La mejor satisfacion
Será quitar la ocasion,
Y dejaros por mujer;
Que despues yo sabré hacer..

DOÑA LEONOR.

¿Qué ha de hacer vueseñoría?

CONDE.

Vengar esa grosería.

DOÑA LEONOR.

¿Cómo?

CONDE.

Matando, pues puedo...

DOÑA LEONOR.

¿A quién?

CONDE.

A don Cárlos.

DOÑA LEONOR.

Quedo.
(*Ap.* ¡Ay Cárlos del alma mia!)

CONDE.

Vos veréis...

DOÑA LEONOR.

Es rigor fiero.

CONDE.

A quien mereció esos brazos...

DOÑA LEONOR.

¿Cómo, Conde?

CONDE.

Hecho pedazos.

DOÑA LEONOR.

Pues ¿yo digo que le quiero?

CONDE.

No; mas tengo por agüero
Que compitamos los dos.

DOÑA LEONOR.

¡Señor conde Astolfo!

CONDE.

Adios.

INÉS.

¿Qué has hecho?

CONDE.

Voy á trazar
La muerte que le he de dar
Para vengarme de vos.

DOÑA LEONOR.

Matar á Cárlos mi enemigo quiere
Para que yo le quiera agradecida;
Muerta debo de ser, muerta ó herida,
Pues en Cárlos me hiere si le hiere.
Que yo viva sin Cárlos no lo espere,
Porque tengo á su vida el alma asida,
Y es descomedimiento de la vida [re.
Que viva el cuerpo cuando el alma mue-
Conde cruel, si, por mirarme esqui-
Solicitas de Cárlos la venganza, [va,
A ti te está mejor que Cárlos viva;
Que, aunque por él mi desamor te al-
Si vive, vivo yo, y estando viva, [canza,
Tal vez podrá engañarte la esperanza.
(*Vanse.*)

Salen DON CÁRLOS, DON FERNANDO Y TRISTAN.

DON FERNANDO.

¿Llegamos ya?

DON CÁRLOS.

Ya llegamos.

DON FERNANDO.

Vive Dios, que está una legua
De la cárcel esta casa.
¡Válgate Dios por Valencia!
Hecho pedazos estoy.

TRISTAN.

Señor, ¿dónde vas? ¿Qué intentas?

DON CÁRLOS.

No sé, Tristan.

TRISTAN.

Yo lo creo;
Pues dime, ¿con qué conciencia
Traes á este hombre arrastrando
Por calles y callejuelas
Dos horas há sin parar,
Dando vueltas y mas vueltas?

DON CÁRLOS.

Mira, en pensar que le llevo
¡Ay Tristan! á que la vea,
A que la adore, y quizá
A que se case con ella;
Pues llegar á ver sus ojos
Y adorar sus luces bellas,
Aunque parecen dos cosas,
Para mí son una mesma,
Me pierdo, tanto, que tuve
La mano en la espada puesta
Para darle de estocadas.

TRISTAN.

Y eso ¿díceslo de veras?
¡Jesus! ¡Qué mal pensamiento!
Reza muchos credos, reza,
Porque Dios te guarde el juicio.

DON CÁRLOS.

Menos tendré cuando veas
Que doy voces como amante.

TRISTAN.

Y aun como loco pudieras.

DON FERNANDO.

Tristan, tu señor ¿qué tiene,
Que, ya estirando las cejas,
Ya los ojos en el cielo,
Y ya el semblante en la tierra,
Va hablando consigo mesmo?

TRISTAN.

Señor, mi amo es poeta,
Y los tales, cuando escriben,
Mudan mas de cuatrocientas
Caras en una hora sola;
Porque, si es de cosa tierna,
Se retozan ellos mismos,
Se miran y se gorjean;
Si de guerras, se ensayonan,
Se encolerizan y emperran
De manera, que tal vez,
Llevados de aquella idea,
Encasquetando el sombrero,
Al primero con que encuentran,
Como si fuera de Holanda,
De Francia ó Inglaterra,
Diciendo: «¡Santiago, á ellos!
¡Cierra, España! ¡Todos mueran!»
Le dan dos ó tres puñadas
O le quiebran la cabeza.
Ahora, que abrió los brazos,
Y dando al sesgo una vuelta,
Se puso en *orate fratres*,
Escribe sin duda quejas.

DON CÁRLOS.

Este loco siempre está,
Aunque el mundo se revuelva,
De gracia; lo cierto es,
Y bien la color lo muestra,
Que al volver por esa esquina
Encontré al Conde, y la fuerza
Del enojo y de los celos
Me ha puesto desta manera.
(*Ap.* Ello ha de ser: pues ¿qué aguardo?
¡Dénme los cielos paciencia!)
Esta es, Fernando, la casa.—
Llama, Tristan, á esa puerta;
Mas tente, que desde aquí,
Con mediana diligencia,
Puedes verla antes de hablarla,
Porque ella y su prima Estela,
Cantando á las almohadillas,
Para entretener la fiesta,
Han hecho jardin al patio.

DON FERNANDO.

Y Estela ¿vive con ella?

DON CÁRLOS.

No vive; pero el amor
Que la tiene es de manera,
Que se juntan cada dia.

Descúbrese un estrado, en que están haciendo labor DOÑA LEONOR, ESTELA Y LAURA.

TRISTAN.

Si chirimías hubiera,
Fuera tramoya á pié quedo;
Mas escucha, que ya suena.

LAURA. (*Canta.*)

De su querido Vireno
La bella Olimpa se queja,
Mas porque le lleva el alma
Que porque el honor le lleva.
¡Ay! dios, triste, quejosa...

DOÑA LEONOR.

No trates, Laura, de quejas;
Que parece que es ponerme
Miedo, y estoy muy resuelta.—
¡Ay preso del alma mia!

DON CÁRLOS.

La de la mano derecha...

TRISTAN.
Acábalo de parir.
DON CÁRLOS.
Es Leon...
ESTELA.
Buena cabeza,
Bien tocada estás.
DOÑA LEONOR.
¡Ay prima!
Si de un deseo dijeras,
No pienso que te engañaras.
DON CÁRLOS.
La otra es su prima Estela,
Que para estrella la faltan,
Quizá por yerro, dos letras,
Y le sobran para sol
Muchas.
DON FERNANDO.
Por cierto que es bella;
Mas Leonor...
DON CÁRLOS.
¿Qué te parece?
DON FERNANDO.
¿Qué me parece? Que es flecha
Del mismo amor, que es un rayo
Del sol, que es sol, y que della,
Para aprender á lucir,
Pueden bajar las estrellas
Desde su cielo.
TRISTAN.
No pueden;
Que están de aquí muchas leguas,
Y bajarán despeadas.
DON CÁRLOS. (*Ap.*)
¿Hay tal cosa? ¡Que consienta
Esto un hombre! Vive Dios...
DON FERNANDO.
Cielos, ¿qué cólera es esa?
TRISTAN.
Ahora escribe batallas.
DON CÁRLOS.
En viendo que alguno llega
A gozar con libertad
Lo que quiere ó lo que intenta,
Me acuerdo de aquel tirano,
Que así mi ventura inquieta;
Y sin poder resistirme,
Como si aquí le tuviera,
Me alboroto.
TRISTAN.
Es muy sanguino.
(*Ap.* ¿Mas que das con todo en tierra?)
ESTELA.
Digo que es aquel don Cárlos.
DOÑA LEONOR.
Dices bien; ¡ay prima! deja,
Deja la almohadilla ahora,
Y pues mi padre está fuera,
Dile que entre, y de camino
Echa la aldaba á la puerta;
Vosotras desde el balcon...
Ya me entendeis, tened cuenta.
DON FERNANDO.
Ya nos han visto, yo llego.
DON CÁRLOS.
Primero, con tu licencia,
He de ganar las albricias,
Porque Leonor por las nuevas
Hable á Casandra mañana.
DON FERNANDO.
Muy enhorabuena sea;
Tu amigo soy, aquí aguardo.
DOÑA LEONOR.
Mi bien...
DON CÁRLOS.
Señora.

DOÑA LEONOR.
¿Así llegas
Despues de tanta prision?
¿A quién miras ó qué piensas?
DON CÁRLOS.
Nada, Señora.
DOÑA LEONOR.
¿Qué dices?
¿De qué calle me haces señas?
DON CÁRLOS.
Tente, por Dios, que te pierdes,
Y está la causa muy cerca.
DOÑA LEONOR.
¿Qué dices? Habla mas claro.
DON CÁRLOS.
Ese hidalgo que allí queda
Es don Fernando, tu primo,
Es don Fernando Centellas;
Viene á casarse contigo,
Es muy galan, tú su deuda,
La parte el juez de esta causa,
Yo el que espero la sentencia,
Mi verdugo el desengaño,
Este patio la escalera;
Ya me quieren arrojar,
Harto he dicho, adios te queda.
DOÑA LEONOR.
Mi bien, mi esposo, señor,
Oye, escucha, advierte, espera.
DON CÁRLOS.
¿Qué quieres?
DOÑA LEONOR.
Que te reportes.
¡Qué lástima y qué vergüenza!
Cierto que cuando te vi
Llegar, turbada la lengua,
Ya mordiéndote los labios,
Ya desquiciando sin cuenta
De su lugar las palabras,
Y ya escupiendo centellas
Por los ojos, que pensé
Que el cielo sobre la tierra
Se caia, ó que el Virey,
Con ocasion ó sin ella,
Te desterraba del reino,
O que, por vengar su ofensa,
El Conde andaba pagando
A quien la muerte te diera
(Que ya las muertes se pagan,
Como el paño en una tienda);
Y confiésote que estuve
Escuchándote mas muerta
Que viva; mas ya que sé
Que es la ocasion tan diversa,
Vuelvo en mí. ¡Jesus, qué susto!
No te perdono la pena
Que me has dado.
DON CÁRLOS.
¿Agora burlas,
Viéndome morir de veras?
DOÑA LEONOR.
Cárlos, sí; que nada importa
Que mi primo vaya ó venga;
Nadie se casa dos veces
En la católica Iglesia,
Antes de haber enviudado;
Yo, conforme á mi conciencia,
Há dias que me casé;
Estás vivo, yo contenta,
Soy cristiana, temo á Dios;
Harto he dicho, el mundo venga.
Llama agora á don Fernando;
¿Quieres mas?
DON CÁRLOS.
Solo quisiera
Poder besarte los piés.
DOÑA LEONOR.
Las manos están mas cerca;
¿Y he de abrazar al tal primo?

DON CÁRLOS.
Eso es fuerza.
DOÑA LEONOR.
Pues, si es fuerza,
Ponte detrás, y al descuido
Te daré la mano izquierda.
Llámale.
DON CÁRLOS.
Venció el amor.
DOÑA LEONOR.
Esto es, prima, estar resuelta.
DON FERNANDO.
En fin, ¡qué bien negociaste!
DON CÁRLOS.
Está loca, de contenta.
DON FERNANDO.
Mucho me huelgo.
TRISTAN.
Tragóla
El señor novio.
ESTELA.
Ya llegan.
DON FERNANDO.
Ya os habrá dicho don Cárlos...
DOÑA LEONOR.
Los brazos son la respuesta
De lo que Cárlos me ha dicho;
Vengais muy enhorabuena.
(*Llégase por detrás Cárlos, y besa la mano.*)
TRISTAN.
Como una cordera está
Aguardando; llega y besa.
DON FERNANDO.
¿Este abrazo fué por prima?
DOÑA LEONOR.
Y este por esclava vuestra.
TRISTAN.
No aguarda que se lo rueguen.
DOÑA LEONOR.
Mirad que mi prima espera
Para besaros las manos.
DON FERNANDO.
Perdonad, señora Estela;
Que Leonor tuvo la culpa.
DOÑA LEONOR.
Y mi tio ¿cómo queda?
DON FERNANDO.
Con salud, aunque la gota
Algunas veces le aprieta.
ESTELA.
¿No es muy galan nuestro primo?
DOÑA LEONOR.
Parece que le requiebras;
¿Quieres que diga que sí?
Que lo haré porque tú quieras,
Mas no porque lo he mirado.
Dame el pulso; ¿estás enferma?
¿Sientes algo en ese pecho?
¿Duélete ya la cabeza?
¡Jesus, qué calenturon!
ESTELA.
Por tu vida, que estoy buena;
Que no me muero, Leonor.
Tan apriesa como piensas.
TRISTAN.
Con la cabeza te dice
Que te vayas y que vuelvas.
DON CÁRLOS.
Pues voyme.—Fernando, adios;
Dadme hasta despues licencia.

DON FERNANDO.

Cárlos, esta es vuestra casa;
Mandad, disponed en ella.

DOÑA LEONOR.

Al señor don Cárlos, primo,
Por obligacion y deuda,
Debemos servirle todos.

DON CÁRLOS.

Tristan, ¿si ahora le cuenta
Lo del rio?

TRISTAN.

Pues ¿por qué
No le avisaste?

DON CÁRLOS.

¡Qué pena!
Yo, Señora...

DOÑA LEONOR.

¿Ves, Fernando,
A Cárlos, qué tan de nuevas
Se hace? Pues yo le debo...

DON CÁRLOS.

Sí, porque mi padre era
Gran servidor de esta casa.
(*Ap.* ¡Ay, Tristan, si me entendiera!)

DOÑA LEONOR.

Aun no me acordaba de eso.

DON CÁRLOS.

Si es porque, estando en la iglesia
El otro dia, á un hidalgo
Que habló mal en su ausencia
Le dije lo que sentia,
Fué respeto á vuestras prendas.

TRISTAN.

No entiende mas que una burra.

DOÑA LEONOR.

¡Qué propio es de la nobleza
Disimular los favores
Y encubrir las gentilezas!
Esto digo...

DON CÁRLOS. (*Ap.*)

¡Muerto estoy!

DOÑA LEONOR.

Porque, si por él no fuera,
Ya no tuviérades prima...

DON FERNANDO. (*Ap.*)

Cárlos se turba y altera,
Y Leonor dice que debe
Tanto á Cárlos. ¿Mas que fuera
Que Leonor fuese Casandra?

DON CÁRLOS.

Dejadlo, por vida vuestra.

DOÑA LEONOR.

Pues ¿no es mejor que mi primo
Sepa y conozca la deuda
En que mi vida os está?

DON FERNANDO.

Sí, prima, porque agradezca
El beneficio tan grande.

TRISTAN.

Vive Cristo, que revienta
Por desbuchar el secreto,
Como si una purga fuera.

DOÑA LEONOR.

Digo pues...

DON FERNANDO.

Decid, decid.

DOÑA LEONOR.

Que por la verde cenefa
Iba del rio, una tarde,
En mi coche, bien ajena
Del daño...

DON FERNANDO.

Ya sé la historia.

TRISTAN.

Metió los dedos; ya es fuerza
Echar hasta las entrañas,

DON FERNANDO.

Y sé que el coche sin rienda,
Se entró por el agua, y luego...

DON CÁRLOS. (*Ap.*)

¿Hay desdicha como aquesta?
¡Que no la avisase antes!

DON FERNANDO.

En los brazos, casi muerta,
Al prado restituyó
Su florida primavera.
Todo lo sé; que las cosas
Que tocan en gentileza
Antes de hacerse se saben;
Y así, por tan gran fineza
Dadme los brazos, no os vais
(*Ap.* De cólera el alma tiembla);
Porque he menester mataros.

DON CÁRLOS.

¿Matarme?

DON FERNANDO.

Sí.

DON CÁRLOS.

No lo creas,
Porque vive mucho un pobre
Cuando de vivir le pesa.

DOÑA LEONOR.

Venid, primo, á descansar.—
No sé qué me piense, Estela,
Deste abrazo.

ESTELA.

Que no es bueno.

DOÑA LEONOR.

Pues échate esa antepuerta
Y véte; que quiero ver
Si fué cierta mi sospecha.

ESTELA.

Bien me ha parecido el primo;
Plegue á Dios que por bien sea.

(*Vase Estela y escóndese Leonor.*)

DON FERNANDO.

¿Fuéronse ya?

DON CÁRLOS.

Ya se fueron.

DON FERNANDO.

Con los hombres de mis prendas
No se usan en la honra
Tan viles estratagemas.

DON CÁRLOS.

Yo soy don Cárlos Osorio.

DON FERNANDO.

Yo don Fernando Centellas.

DON CÁRLOS.

Este patio no es campaña,
Ni esa calle es alameda.

DON FERNANDO.

Pues por eso quiero yo
Ir á parte donde pueda
Hablar con menos testigos.

DON CÁRLOS.

Pues seguidme.

Sale DOÑA LEONOR.

DOÑA LEONOR.

(*Ap.* Ahora entra
Mi papel.) ¿Dónde bueno?

DON FERNANDO.

Como soy nuevo en Valencia,
A don Cárlos le rogaba
Me llevase donde viera
Alguna cosa.

DOÑA LEONOR.

Es temprano;
Porque aun estáis con espuelas.

DON FERNANDO.

Fáciles son de quitar.

DOÑA LEONOR.

Es tarde; mi padre cierra
En anocheciendo Dios.

DON FERNANDO.

Pues despues...

DOÑA LEONOR.

¡Qué linda flema!
Al punto habeis de acostaros.—
Cárlos, aquella es la puerta
De la calle,—y por aquí
Se va á vuestro cuarto.—Ea,
Idos vos,—y quedáos vos;
En mi casa estáis, paciencia.

DON FERNANDO.

Mañana...

DON CÁRLOS.

Ya entiendo.

DON FERNANDO.

Adios.—
¿Es por aquí la escalera?

DOÑA LEONOR.

Sí, primo.

DON FERNANDO.

Pues voy delante.

DOÑA LEONOR.

Y yo tras vos.—Cárlos, llega.

DON CÁRLOS.

¿Fuése?

DOÑA LEONOR.

Sí; despues te aguarde.

TRISTAN.

Aténgome á esta pendencia.

DOÑA LEONOR.

Ahora no puedo mas;
Dios te guarde.

DON CÁRLOS.

¡Noche, vuela!
(*Vanse.*)

JORNADA SEGUNDA.

Salen ESTELA á INÉS.

ESTELA.

Inés, déjame conmigo
De mí misma murmurar;
Déjame á solas llorar
Esta locura que sigo.
¡Ay Inés!

INÉS.

Pues ¿en qué estado
Tienes, Señora, tu amor?

ESTELA.

En que Cárlos con Leonor
De palabra está casado;
Mi primo, aunque receloso,
Como este secreto ignora,
A Leonor sirve y adora;
Mi tio, mas riguroso,
Sin prudencia ni razon,
La quiere casar con él.
Leonor le teme cruel
Por su fuerte condicion.
Cárlos duda se la dén,
Aunque á su padre la pida;
Que es la pobreza encogida,
Y mas en hombres de bien.
Y yo ¡triste! por no hablar
Con peligro de Leonor,
Muerta de envidia y de amor,
De celos y de pesar,
Amo, adoro, busco y quiero,
Solicito, llamo, sigo

A un traidor, á un enemigo,
Por quien vivo y por quien muero.

INÉS.

Pues di: sabiendo Fernando
Todo el suceso del rio,
¿Pretender no es desvarío
Lo que está Cárlos gozando?

ESTELA.

Él no sabe que la goza,
Y ya sobre esto riñeron,
Y allá se satisficieron;
Nunca (¡ay Dios!) de Zaragoza
Viniera aquese traidor!

INÉS.

Sí: pero si mi señora
A Cárlos quiere y adora,
Por fuerza tu honesto amor
Ha de venir á lograrse.

ESTELA.

¿Qué importa, si don Fernando
En Leonor está adorando?

INÉS.

Todo cesa con casarse.

ESTELA.

¡Ay Inés! Pluguiera al cielo,
Aunque despues me costara
La vida; pero repara
En que en aquel entresuelo
Siento ruido.

INÉS.

¡Muerta soy!

ESTELA.

Válgame Dios, ¿qué será?

INÉS.

Dos hombres vienen acá.

Salen DON CÁRLOS Y TRISTAN, *alborotados.*

ESTELA.

Turbada y medrosa estoy.

DON CÁRLOS.

Tristan, Estela está aquí.

TRISTAN.

Di que nos esconda presto;
Que ya tirito.

ESTELA.

¿Qué es esto?

DON CÁRLOS.

No lo sé, ni sé de mí;
Solo sé que estando hablando
Con mi esposa, ¡ay Dios! llegó
Su padre.

ESTELA.

¿Vióte?

DON CÁRLOS.

No vió;
Porque, corriendo, volando,
A otro cuarto me pasé,
Y una escalera que vi
En dos saltos la subí,
Y la mayor suerte fué
Llegar aquí; mas, por Dios,
Que aun no estoy seguro aquí;
Que los dos vienen allí.

ESTELA.

Pues entrad aquí los dos.
(*Escóndense.*)

Salen DOÑA LEONOR Y DON PEDRO, *su padre.*

DON PEDRO.

Aparte quiero hablarte.

DOÑA LEONOR. (*Ap.*)

Muerta vengo.
Color apenas en el rostro tengo;
¿Si vió mi padre á Cárlos cuando huia?
¡Ay esposo! ay amor! ay triste dia!
¿Si estará ya en la calle?

ESTELA.

¿Prima?

DOÑA LEONOR.

Acaba.

DON PEDRO.

Retírate allá un poco.

ESTELA.

Soy tu esclava.

DOÑA LEONOR.

Señor, aquí me tienes.

DON PEDRO.

Pues escucha.

DOÑA LEONOR.

Mi turbacion con mi peligro lucha.

DON CÁRLOS. (*Ap.*)

¡Ah, quién lo oyera!

DON PEDRO.

Ya yo estoy cansado,
Colérico, mohino y enfadado,
Leonor, de vuestras cosas.

DOÑA LEONOR.

Si te han dicho...

DON PEDRO.

¿Qué han menester decirme, si á esta [puerta
(*Ap.* Así mi noble honor se desconcierta)
Hay espadas, hay sangre y hay heridas,
Quizá por vuestra causa recibidas?
Y aunque entonces estéis vos en la cama,
Espadas á la puerta de una dama
Son como tiro de arcabuz valiente,
Que el efecto que hace no se siente
Donde dispara, sino donde pára; [ra.
Ya me entendeis, la consecuencia es cla-
Yo he venido á entender, y aun me lo [han dicho
(Quizá fué presuncion ó fué capricho),
Que Cárlos os festeja para esposa.

DOÑA LEONOR.

Señor...

DON PEDRO.

No lo he creido, porque es cosa
Que no lleva camino; que, á ser cierta,
No digo emparedada, sino muerta
Os habia de ver este mozuelo,
Antes de que lograra su desvelo. [do!
Con un pobre, ¡por Dios, gentil mari-

DOÑA LEONOR.

¿Quién lo dijo, Señor?

DON PEDRO.

No lo he creido,
No me satisfagais; pero ¿quién duda
Que pensaréis, Leonor, que estas razo- [nes
Se encaminan á hacer que de Fernando
Se concluya el tratado casamiento?
Pues no, Leonor; que mas dichoso au- [mento
El cielo os ha buscado.

DON CÁRLOS. (*Ap.*)

¿De qué tratan?

ESTELA. (*Ap.*)

¿Quién duda que será de vuestra muer- [te?
Mas nada puede oirse.

TRISTAN. (*Ap.*)

Reconciliado está.

DON CÁRLOS. (*Ap.*)

Y yo estoy loco.

TRISTAN. (*Ap.*)

¿Tú no lo oyes?

DON CÁRLOS. (*Ap.*)

No.

TRISTAN. (*Ap.*)

Pues yo tampoco.

DON PEDRO.

Hija, mirad; Astolfo, Astolfo, digo,
El conde de Belflor...

DOÑA LEONOR. (*Ap.*)

Y mi enemigo.

DON PEDRO.

Esta mañana me llamó.

DOÑA LEONOR.

¿A qué efeto?

DON PEDRO.

A efeto de casarse.

DOÑA LEONOR.

Es muy discreto.
¿Y con quién quiere el Conde?

DON PEDRO.

Con vos quiere.

DOÑA LEONOR. (*Ap.*)

Aquí del todo mi esperanza muere.

DON PEDRO.

Así lo dijo.

DOÑA LEONOR.

Y vos ¿qué respondistes?
(*Ap.* ¡Ay trágica hermosura! ay ojos tris- [tes!)

DON PEDRO.

¿Qué habia de responder, sino que es- [taba
Llano todo á su gusto, y que ganaba
Mi calidad en ello, pues queria
Pasarla de merced á señoría?
Verdad es que Fernando ha de sentirse,
Agraviarse, correrse y desabrirse;
Pero no importa, no; que mi provecho
Es primero que todo.

DOÑA LEONOR. (*Ap.*)

Aquesto es hecho.

DON PEDRO.

¿Qué dices? qué respondes? qué mor- [muras?

DOÑA LEONOR.

Señor, confusa estoy. (*Ap.* Si aquí con- [fieso
¡Ay dulce bien! que pierdo por tí el [seso,
Mas que obligarte, viene á ser perderte,
Siendo instrumento de mi triste muer- [te;
Pues consentir en la palabra dada,
Es tomar contra mí tambien la espada;
Mejor es, mejor es, yo me resuelvo
A decir, aunque mienta, que á mi primo
Quiero, adoro, respeto, amo y estimo,
Y así podré excusarme, sin perderme,
Y mas honestamente defenderme.)
Digo, Señor...

DON PEDRO.

¿Qué dices?

DOÑA LEONOR.

Que no puedo,
Aunque á tus amenazas tengo miedo,
Dejarme de ofender de tus razones,
Pues á mi costa la palabra pones.

ESTELA. (*Ap.*)

Ahora habla Leonor.

DON CÁRLOS. (*Ap.*)

Y de manera,
Que el eco puede oirse.

DON PEDRO.

Ya me altera
La disculpa.

DOÑA LEONOR.

Pues oye la disculpa;
Y verás que mi amor no tiene culpa.
En cuanto á lo de Cárlos...

ESTELA. (*Ap.*)

«Cárlos,» dice

DOÑA LEONOR.
Me corro de que pienses que mi brio,
Mi gala, mi valor y mi albedrío
A un hombre se rindiese, que no vale,
Aunque su ser con su pobreza iguale,
Para ser escudero de tu casa.

ESTELA. (*Ap.*)
¿Oyes aquello?

DON CÁRLOS. (*Ap.*)
El alma se me abrasa.

DOÑA LEONOR.
(*Ap.* Perdona, Cárlos mio, estos agravios,
Que aunque á la posta pasan por los labios,
El amor, que en escrúpulos repara,
Que miento está diciéndome á la cara.)
En cuanto al casamiento que me dices,
No es bien, padre y señor, te escandalices
De que á mi primo quiera bien; que el trato
Siempre con el amor comió en un plato.
Tú me dijiste que á Fernando amase,
Porque un lazo de amor nos enlazase;
Miréle bien, y consentí en el lazo.

TRISTAN. (*Ap.*)
Por allá viene ahora el ramalazo.

DOÑA LEONOR.
Yo le adoro en efecto, yo le adoro;
Perdona si á tu ser pierdo el decoro;
Porque el amor, cuando en locura toca,
Es calentura y sálese á la boca.

ESTELA. (*Ap.*)
Cielos, yo soy la muerta y la agráviada.

TRISTAN. (*Ap.*)
Y mi amo ¿quedóse en la posada?

DON PEDRO.
En fin, Leonor, ¿á don Fernando quieres?

DOÑA LEONOR.
Tú lo mandaste.

DON PEDRO.
¡Qué obediente que eres!

DOÑA LEONOR.
Soy hija tuya. (*Ap.* En fin, valióme el arte.)

DON PEDRO.
Pues no, Leonor, no tengo de forzarte;
Pero, pues dices que á Fernando adoras,
Puesto que nada con su amor mejoras,
Luego te has de casar.

DOÑA LEONOR.
Pues ¿por qué luego?

DON PEDRO.
Porque me cansan tantas dilaciones,
Y es andar la opinion en opiniones;
Fuera desto, Leonor, viéndoos casada,
Cumplo tambien con la palabra dada;
Pues con decir que á mi pesar se ha hecho,
Queda el Conde seguro y satisfecho,
Contento mi sobrino, yo sin susto,
Y vos, hija, casada á vuestro gusto.

DOÑA LEONOR. (*Ap.*)
Tal tenga la salud quien mal me quiere;
Ya no hay remedio que mi mal espere.

ESTELA. (*Ap.*)
Cárlos, difunta estoy.

DON CÁRLOS. (*Ap.*)
Y yo sin vida.

DON PEDRO.
Por don Fernando voy.

DOÑA LEONOR. (*Ap.*)
¡Ay homicida!

DON PEDRO.
¿Parece que os turbais?

DOÑA LEONOR.
Hasta engañado;
Que solo tu respeto me ha turbado.

DON PEDRO.
Vén, sobrina, conmigo, porque quiero
Informarme de tí.

DON CÁRLOS.
¡Cielos, hoy muero!

ESTELA.
Sin alma voy.—¿Y Cárlos, prima mia?

DOÑA LEONOR.
En mi alma se está como solia.

ESTELA.
Mira que soy mujer, y que te he oido,
Y aun Cárlos.

DOÑA LEONOR.
¿Cómo Cárlos?

ESTELA.
Desta suerte.

DOÑA LEONOR.
¿Si escuchó la sentencia de su muerte?

ESTELA.
¿Cómo escuchar? El alma se le abrasa.

DON CÁRLOS.
Ya rabio por salir de aquesta casa.

ESTELA.
Cárlos, adios.

DON PEDRO.
¿No vienes?

ESTELA.
Ya te sigo.

DOÑA LEONOR.
Ciérrate, de camino, ese postigo,
Y tú ponte á la puerta.

TRISTAN.
Inés, ¿es hora?

INÉS.
Ya pienso que se fué; salid agora.

(*Salen de donde estaban.*)

DON CÁRLOS.
Muerto salgo.

DOÑA LEONOR.
¿Pues, Señor?

TRISTAN.
No hay señor. ¡Lindo entremés!

DOÑA LEONOR.
Claro está que habréis oido
Mis locuras; mas tambien
Sabréis el fin que me mueve.

DON CÁRLOS.
Sí, Leonor, todo lo sé.
¿Fuése ya el señor don Pedro?

DOÑA LEONOR.
Seguro estáis; ya se fué.

DON CÁRLOS.
Pues perdonad, porque tengo
Cierto negocio que hacer,
Y no puedo detenerme.—
Vén, Tristan.

TRISTAN.
Aparta, Inés.

DOÑA LEONOR.
¿Tan deprisa es el negocio?

DON CÁRLOS.
Es fuerza hablar al Virey
Sobre pretensiones mias.

DOÑA LEONOR.
Bien estoy con que le hableis;
Pero no yéndoos así.

DON CÁRLOS.
Pues ¿cómo, cómo ha de ser?

DOÑA LEONOR.
Diciéndome «dueño mio,
Leonor, esposa, mujer»,
O aquellas cosas que, amando
Los hombres decir sabeis.
«Yo tengo una ocupacion,
Luego, luego volveré;»
Y eso no tan mensurado,
Con los ojos en los piés,
El rostro descolorido,
Necio, de puro cortés,
Cortés, de puro enojado,
Y enojado, de cruel.

TRISTAN.
Tiene razon que le sobra.

DOÑA LEONOR.
Pues ¿en qué, Tristan, en qué?

DON CÁRLOS.
En nada.—Vamos de aquí.

DOÑA LEONOR.
No harás tal; que he de saber
Primero por qué te vas.

DON CÁRLOS.
¿Por qué me voy? Por querer.

DOÑA LEONOR.
Eso no; que, si es culpada
Mi voluntad y mi fe,
Por aborrecer será;
Pero yo sabré el por qué,
Aunque me cueste dar voces.

DON CÁRLOS.
Pues, para que no las dés,
Por vida...

DOÑA LEONOR.
No jures mas.

DON CÁRLOS.
Tuya, Leonor, que esta vez
No he de ser tan ignorante,
Que mi infamia y tu desden
Llegue á contarte yo mismo.

DOÑA LEONOR.
Pues aparta, aparta, Inés.—
Agora prueba á salir.

DON CÁRLOS.
Aunque te pese, saldré.

DOÑA LEONOR.
Pues, por vida de los dos,
Que por aquí no ha de ser.

DON CÁRLOS.
Deja, déjame salir.

DOÑA LEONOR.
Desenojado, sí haré.

DON CÁRLOS.
¿No ves que juré tu vida?

DOÑA LEONOR.
¿No vés que las dos juré?

DON CÁRLOS.
¿No ves que juré primero?

DOÑA LEONOR.
Y eso ¿qué importa?

TRISTAN.
Tened;
Que yo quiero concertaros.
¿Qué es lo que juraste?

DON CÁRLOS.
¿Qué?
De no decírselo á ella.

TRISTAN.
Pues vuélvete á la pared,
Y cuéntalo á esos damascos,
A tí mismo, á mí ó á Inés,
Como si fuera á Leonor,
Y tú, en oyendo el papel,
Danos pan y callejuela.

DON CÁRLOS.
¿Y así no vendré á romper
El juramento?

TRISTAN.
No digo...

DON CÁRLOS.
Pues oyeme tú, cruel, (*A Tristan.*)
Traidora, fácil, mudable,
Si en efecto te adoré...

TRISTAN.
Mucho fué, con esta cara.

DON CÁRLOS.
Y si sabes que después...

TRISTAN.
Esto huele á chamusquina.

DON CÁRLOS.
De tu hermosura gocé.

TRISTAN.
Seria lampiño entonces.

DON CÁRLOS.
¿Cómo, ingrata...

TRISTAN.
Inés, Inés,
Ponte aquí; que, vive Dios,
Que, aunque esto de burla es,
Estoy rabiando por verme
Arrimado á la pared;
Porque temo que mi amo,
Segun está portugués,
Se engañe con mil demonios,
Puesto que claros estén,
En los ceros de la cuenta,
Y me requiebre sin ver
Que soy Sibila barbada
Y tan macho como él.

INÉS.
Pues ponte tú en mi lugar.

TRISTAN.
Y cómo que me pondré.

DOÑA LEONOR.
Pasa, Cárlos, adelante.
(*Múdanse.*)

TRISTAN.
Eso sí; por allá dé
El rayo.

INÉS.
Yo ya te escucho.

DON CÁRLOS.
Digo pues, fácil mujer...

DOÑA LEONOR.
Sabe Dios que no es verdad.

DON CÁRLOS.
¿Cómo no, si te escuché
Decir de mí mil afrentas?

DOÑA LEONOR.
Amor fué, que no desden.

DON CÁRLOS.
Y decir que á mi enemigo
Amabas, ¿qué pudo ser?

DOÑA LEONOR.
Entretener á mi padre.

DON CÁRLOS.
¿Y esperar á que con él
Vuelva para que te cases?

DOÑA LEONOR.
Resolucion suya fué.

DON CÁRLOS.
Y decirle tú que sí... (*Vuelve á ella.*)

DOÑA LEONOR.
Fué respeto de querer.

DON CÁRLOS.
¿Y quieres que aguarde yo
A que vuelva, y tú despues,
Entre obediente y turbada,
Ya azucena, ya clavel,
Dés la mano á don Fernando?
Que eso de darla sin fe,
Es consuelo del agravio,
Pero, en fin, agravio es.
Llegará tu padre airado,
Y don Fernando con él;
«Aquí está vuestro marido,»
Te dirá con altivez.
Y tú, torciendo las manos,
Vuelto en nieve el rosicler,
Muda, torpe y encogida,
Aunque adorándome estés,
Por haberle dicho ya
Que á tu primo quieres bien,
Ni responderás turbada,
Ni tendrás qué responder.
Quedándote como arroyo,
A quien el hielo tal vez
Embargó toda la aljófar,
Haciendo á medio correr
Que fuese plata labrada
Y detenido papel
Lo que fué vidro con voz
Y carámbano con piés.
O por fuerza ó por halago,
Claro está, vendrá á vencer
Tu padre, que es padre en fin,
Y yo desde aquel cancel,
Muerto, celoso y confuso,
La sentencia escucharé
De mi muerte, pues mi muerte
Está en llegarlo á saber;
Y sin apelar (¡ay Dios!)
Desta rigurosa ley,
De este golpe inexcusable,
Desta pena descortés,
A tribunal mas piadoso,
A mas favorable juez,
Que mi propio corazon,
Como el que abrasarse ve
En las llamas del afecto,
A mi corazon diré:
«Arded, corazon, arded;
Que yo no os puedo valer.»

DOÑA LEONOR.
Ahora escucha.

TRISTAN. (*Ap.*)
¡Gran mal!

DOÑA LEONOR.
¿Cómo?

TRISTAN.
Como viene...

DON CÁRLOS.
¿Quién?

TRISTAN.
Nuestro suegro.

DON CÁRLOS.
¿Estás contenta?

DOÑA LEONOR.
Pues yo ¿qué he podido hacer?

TRISTAN.
Ya atraviesa el corredor.

DOÑA LEONOR.
Vuelve, vuélvete á esconder.

DON CÁRLOS.
¿Qué es esconder? Vive el cielo...

DOÑA LEONOR.
Eso es echarme á perder,
Y aun perderme para siempre.

TRISTAN.
Ya pasa como un lebrel
A esotro cuarto.

DOÑA LEONOR.
¡Bien mio!

TRISTAN.
Ya el sombrero se le ve;
Apriesa, cuerpo de Cristo.

DON CÁRLOS.
No, Leonor.

TRISTAN.
Ya se apropincua.

INÉS.
Tu temor te da á entender
Que viene.

DOÑA LEONOR.
Luego ¿no viene?

INÉS.
No; pero tu primo y él
Están hablando.

TRISTAN.
Es verdad;
Pero ya, á mi parecer,
O al parecer de mi miedo,
Llega como un Lucifer;
Ya nos ve, ya nos degüella,
¡Qué buen pulso! de un revés;
Ya pedimos confesion,
Ya llaman á fray Miguel,
A fray Juan ó fray Gerundio,
Ya doy el postrer vaiven,
Ya me llevan entre dos,
Y de camino tambien
Me espulgan las faltriqueras,
Por si hay algo que barrer;
Ya me desnuda una vieja,
Y con estopas y pez
Calafatea el postigo
Que nunca el sol pudo ver.
Ya me hilvana con antojos,
Ya me tiran de los piés,
Ya me zampan como un galgo
En la tumba de alquiler.
Ya la cruz de la parroquia
Viene protestando; que
No ha de esperar un instante,
Aunque se lo mande el Rey;
Ya los clérigos empiezan
El «No me lo recordeis»;
Ya me levantan en hombros,
Ya encienden, si hay qué encender,
Ya dan conmigo en la iglesia,
Ya deslian el fardel,
Ya me bajan á lo fresco,
Ya me machucan la sien,
Ya los amigos se van
Porque es hora de comer;
Ya no hay Tristan en el mundo;
Y así, por guardar la piel,
Porque no me dejen solo
Ni dar que llorar á Inés,
Dejándola en mi lugar
Y posteando al revés,
Me zambullo de gazapo
Por siempre jamás, amén.
(*Escóndese, haciendo figuras.*)

INÉS.
Señora, ya se despiden.

TRISTAN.
Amo del demonio, vén. (*Vase.*)

DOÑA LEONOR.
Cárlos, por amor de mí...

DON CÁRLOS.
Por tí, Leonor, ¿qué no haré?

DOÑA LEONOR.
Tú veras que te lo pago
Con el alma.

DON CÁRLOS.
Yo entraré.
Pues tú quieres, á morir,
A callar y padecer,
A sufrir y á reventar,
Y á decir, Leonor, tambien

A los ojos, que lo saben,
Y al corazon, que lo ve:
«Arded, corazon, arded;
Que yo no os puedo valer.»
(*Escóndese.*)

Sale DON PEDRO.

DON PEDRO.
¿Hija?

DOÑA LEONOR.
¿Señor?

DON PEDRO.
Ya tu primo
Se viste.

DOÑA LEONOR.
Pues ¿para qué?

DON PEDRO.
Para que le dés la mano.

DOÑA LEONOR.
Ya estoy de otro parecer.

DON PEDRO.
¿Qué dices?

DOÑA LEONOR.
No te apasiones.
(*Ap.* Dulce amor, ayudamé.)
Yo lo he mirado mejor,
Y aunque parezca mujer,
Esto de ser señoría
Tiene, tiene no sé qué,
Que me ha brindado el deseo,
Por ser tu gusto y por ser
Aumento de nuestra casa...

DON PEDRO.
Así como quiera es;
Veinte mil ducados tiene
De renta.

DOÑA LEONOR.
Luego ¿hago bien?

DON PEDRO.
Con los brazos te respondo;
Loco estoy, abrazamé,
Abrázame muchas veces.

DON CÁRLOS. (*Ap.*)
¡Qué presto cayó en la red!

TRISTAN. (*Ap.*)
Como á indio, le ha engañado
Con figura de oropel.

DON PEDRO.
Hija, yo le voy á hablar.

DOÑA LEONOR.
Sí, pero esto ha de ser
Con prudencia y con espacio;
No piense que el interés
Nos obliga solamente.

DON PEDRO.
Ya te entiendo; dices bien.

DOÑA LEONOR.
Cueste, cuéstele cuidado.

DON PEDRO.
Yo sé que responderé
A tu gusto.

DOÑA LEONOR.
Dios te guarde.

DON PEDRO.
Y á vueseñoría dé
La salud que yo deseo.

DOÑA LEONOR.
¿Señoría? Presto es.

DON PEDRO.
En profecía te llamo
Lo que despues has de ser.
Loco de contento estoy.

DOÑA LEONOR. (*Ap.*)
¡Oh codiciosa vejez!

DON PEDRO.
Y dime: por ser tu padre,
¿No me han de llamar tambien
Señoría?

DOÑA LEONOR.
Claro está.

DON PEDRO.
Pues adios, hasta despues. (*Vase.*)

Salen DON CÁRLOS Y TRISTAN.

DOÑA LEONOR.
Ya pasó del corredor.

TRISTAN.
Desalcobémonos pues;
Que ya estoy abochornado.

DON CÁRLOS.
Dame, Señora, los piés.

DOÑA LEONOR.
¿Estás ahora contento?

DON CÁRLOS.
Estoy como quien se ve
Resucitar de la muerte.

DOÑA LEONOR.
¿No hice muy bien mi papel?

DON CÁRLOS.
Es ingenioso el amor.

DOÑA LEONOR.
No hay saber como querer.

DON CÁRLOS.
No hay querer como obligar.

DOÑA LEONOR.
Pues esta es mi mano; vé,
Vé de presto, y tráeme aquí
Licencia para poder
Desposarnos de secreto;
Que antes de una hora has de ser...

DON CÁRLOS.
¿Qué, Leonor?

DOÑA LEONOR.
¿Qué? Mi marido.

DON CÁRLOS.
Esclavo tuyo seré,
Pues pobre quieres quererme,
Pudiendo ser...

DOÑA LEONOR.
Cárlos, vén
Y no pases adelante.

DON CÁRLOS.
Solo es esto agradecer.

DOÑA LEONOR.
Con voluntad todo sobra,
Porque es muy rico el placer.

DON CÁRLOS.
¿Y sin ella?

DOÑA LEONOR.
Todo falta.

DON CÁRLOS.
Vivas mil años, amén.
(*Vanse.*)

Salen DON FERNANDO Y ESTELA.

DON FERNANDO.
Estela, así Dios te guarde,
Que no puedo mas conmigo.

ESTELA.
Rosa del sol soy contigo.

DON FERNANDO.
Sí, pero saliste tarde.

ESTELA.
Todo al amor es posible.

DON FERNANDO.
Yo te quisiera querer;
Pero ya no puede ser,
Que es mi pasion invencible.

ESTELA.
Fernando, yo no te pido
Que me quieras.

DON FERNANDO.
Pues ¿qué quieres?

ESTELA.
Que procures, si pudieres,
Porque te importa su olvido,
Olvidarte de Leonor.

DON FERNANDO.
¿Cómo puedo?

ESTELA.
Imaginando
Imperfecciones; que cuando
Llega á pensar el amor
Fealdades, ya está vecino
A no ser amor; y así,
Por agradarte de mí,
Puedes tambien de camino
Pensar que soy la mujer
Mas bella del mundo; mira,
Alaba, encarece, admira,
Aunque sea sin querer,
La hermosura de mi boca;
Piensa que en distancia breve
Es cifra de grana y nieve,
La frente cristal de roca,
Ramillete las mejillas,
De azahar y nácar mezclados,
Las cejas arcos pintados,
Y las manos maravillas;
Los ojos claros espejos,
Donde el amor se retrata;
La garganta tersa plata,
De cuyos blancos reflejos
Tiene envidia el sol; y así,
Podrá, Fernando, tu amor,
Lo que quitare á Leonor,
Darme de barato á mí.

DON FERNANDO.
Alto pues, yo quiero hacello,
Desde aquí doy en amante;
Mírote parte por parte.

ESTELA.
¿Qué dices deste cabello?

DON FERNANDO.
Bueno está; pero Leonor,
Cuándo hace trenzas del pelo,
¿No se toca por el cielo?

ESTELA.
¿Y eso es olvidar, traidor?

DON FERNANDO.
Así yo me enmendaré.
De buena mano está el rizo;
¿Es postizo?

ESTELA.
¿Qué es postizo?

DON FERNANDO.
Perdonad; que ya pensé
Que eran trenzas levadizas;
Que, aunque muchas las excusan,
He sabido que se usan
Hasta las barbas postizas.
Buenas manos.

ESTELA.
El jabon
Y el pan de almendras lo hacen.

DON FERNANDO.
Ellas hermosas se nacen.
Pues ¡la hechura!

ESTELA.
Manos son;

El guante las arrebola
Y las conserva el color.

DON FERNANDO.

Prométote que Leonor
(Y aquesto con agua sola)
Tiene las mejores manos...

ESTELA.

Basta ya; que ya me has muerto.

DON FERNANDO.

No me acordé del concierto.

ESTELA.

Mis pensamientos son vanos;
Mas, viven, traidor, los cielos,
Que, pues en celos me abraso,
Que has de pasar lo que paso
Y he de abrasarte de celos.
Vive Dios, que has de saber
(Leonor, perdone tu honor)
Que Cárlos goza á Leonor.

DON FERNANDO.

No es gozar de una mujer,
Hacer de su amor empleo,
Y amar lo que muchos aman
Cortésmente; que esto llaman
En la corte galanteo.

ESTELA.

Yo no sé la propriedad
De este vocablo discreto;
Pero solo te prometo,
Y esto con toda verdad,
Que Cárlos...

DON FERNANDO.

Di lo demás.

ESTELA.

Suele hablar (escucha atento)
Con Leonor en su aposento,
Y de noche. *(Hace que se va.)*

DON FERNANDO.

¿Dónde vas?

ESTELA.

A preguntar á Leonor,
Porque saberlo deseo,
Si es aquesto galanteo.

DON FERNANDO.

No es sino infamia y rigor.

ESTELA.

Pues mira con mas nobleza,
Fernando, cómo te casas;
Porque hay cosas en las casas
Que salen á la cabeza.

DON FERNANDO.

Mírase herido un hombre, y porque
La herida mas oculta y diligente, [sea
Un paño blanco pone á la corriente,
Para que en él se empape y no se vea;
Pero la sangre, que salir desea,
Lo viene á descubrir mas claramente,
Porque el color, secreto no consiente,
Y la sangre lo blanco señorea.
Viendo que estoy herido de desvelos,
Para tapar Estela tanto daño,
Desengaños les pone á mis recelos;
Pero decidle, cielos, que es engaño:
Que si es la herida amor, y el paño celos,
Mas se ha de ver la sangre con el paño.

(Vanse.)

Salen DON CÁRLOS Y TRISTAN, *de noche.*

DON CÁRLOS.

Muy presto habemos venido.

TRISTAN.

De tu amor tu priesa nace.

DON CÁRLOS.

No importa; que oscuro hace.

TRISTAN.

Ya estarás arrepentido
De haberle dado á Leonor
Aquel disgusto.

DON CÁRLOS.

Tristan,
Licencia los celos dan;
Que es colérico el amor;
Mas ya cesó mi sospecha,
Pues el estar desposados
Me quita de esos cuidados.
Haz la seña.

TRISTAN.

Ya está hecha,
Y en la ventana está Inés.

Salen DOÑA LEONOR É INÉS *á la ventana.*

DON CÁRLOS.

Pues pregunta si hay lugar
De entrar.

TRISTAN.

Voylo á preguntar.

INÉS.

¿Es Tristan?

TRISTAN.

El mismo es.

INÉS.

¿Y tu señor?

TRISTAN.

Allí aguarda.

¿Y tu señora?

INÉS.

Ya viene;
Que en cuidado se lo tiene.

DOÑA LEONOR.

La voluntad nunca tarda.
Dile á tu señor que venga;
Que ya su esclava está aquí.

DON CÁRLOS.

¿Es mi esposa?

DOÑA LEONOR.

Cárlos, sí;
Que es bien que este nombre tenga
Quien á tanto se ha atrevido.

DON CÁRLOS.

¿Es hora?

DOÑA LEONOR.

Temprano es,
Mas no importa. Vé tú, Inés,
Y mira si se ha dormido
Mi padre.

INÉS.

Yo lo sabré. *(Vase.)*

DOÑA LEONOR.

Tú, Señor, espera abajo;
Que ya voy. *(Vase.)*

DON CÁRLOS.

Ese trabajo
Pondré á cuenta de mi fe.
Como si fuera, Tristan,
Aquesta vez la primera
Que sus brazos mereciera,
Estoy loco.

Sale EL CONDE, *al paño.*

CONDE.

Por galan
Y marido, á rondar vengo
A Leonor, digo á mi esposa;
Ella es noble y es hermosa,
Bastante disculpa tengo;
Y fuera de aquesto, ha sido
Mas que amor, tema y enfado,
Pues basta haberlo intentado
Para haberlo conseguido.

DON CÁRLOS.

¿Qué dices?

TRISTAN.

Que siento gente.

DON CÁRLOS.

¡Válgame Dios! ¿Quién será?
¿Si es la justicia, que va
Buscando algun delincuente?
Si es Fernando, que por dicha
No se habia recogido?

TRISTAN.

Hácia aquella parte hay ruido.

DON CÁRLOS.

Esto ha sido mi desdicha;
Mas, en todo caso, es bien
Que no nos topen aquí.

TRISTAN.

Pues ¿qué harémos?

DON CÁRLOS.

Vén tras mí,
Hasta esotra calle vén;
Darémos lugar con esto
Para que adelante pase
Quien fuere.

TRISTAN.

Y si se quedase,
¿Qué remedio?

DON CÁRLOS.

Volver presto.

(Vanse.)

Salen EL CONDE, Y DOÑA LEONOR *baja á la puerta, y llega* UN CRIADO.

CRIADO.

Por Dios, que lo han hecho bien.

CONDE.

¿Cómo así?

CRIADO.

Como se fueron.

CONDE.

Gentil gallina comieron.

DOÑA LEONOR.

Bien podeis entrar, mi bien;
Ya la casa está segura.

CRIADO.

¿Oyes aquello?

CONDE.

Por Dios,
Que esperaban á los dos:
¡Linda ocasion, gran ventura!
Que yo soy, quiero fingir,
El llamado.

CRIADO.

Bien harás,
Y así el misterio sabrás.

CONDE.

Pues mientras vuelvo á salir,
Retira toda la gente,
Y desde léjos podrás
Esperarme.

CRIADO.

Bueno vas.

CONDE.

La ocasion me hace valiente.

(Entrase el Conde, y vanse los criados.)

Salen DON CÁRLOS Y TRISTAN.

TRISTAN.

Buenas nuevas.

DON CÁRLOS.

¿Cómo así?

TRISTAN.

O se fueron ó pasaron,
Porque la casa dejaron.

DON CÁRLOS.

Bien hice de irme de aquí.

TRISTAN.

A la puerta hay ruido. ¿Llamo?
¿Qué digo? ¡Moza, hola, Inés!

INÉS.

Diga su nombre, ¿quién es?

TRISTAN.

Tristan soy.

INÉS.

Pues ¿con tu amo
No pudiste entrar ahora?

TRISTAN.

No pude; que mi señor
Aun no ha entrado.

INÉS.

Buen humor
Gastas tú; con mi señora
Va Cárlos por la escalera.

TRISTAN.

Engaño ó desdicha fué.

DON CÁRLOS.

Mujer, ¿qué me dices?

INÉS.

No sé.

DON CÁRLOS.

¿Qué te alborota y altera?

INÉS.

Señor, gran mal.

DON CÁRLOS.

¡Ay de mí!

INÉS.

Un hombre...

DON CÁRLOS.

Acaba.

INÉS.

Llegó
Cuando mi señora abrió.

DON CÁRLOS.

¿Y entró dentro?

INÉS.

Señor, sí.

DON CÁRLOS.

Pues ¿qué aguardo? Muerto estoy.

INÉS.

Advierte...

DON CÁRLOS.

Nadie me hable.

TRISTAN.

¡Brava desdicha!

INÉS.

Notable.

DON CÁRLOS.

Sígueme. ¡Sin alma voy!
(Vanse.)

Sale DOÑA LEONOR, *sin chapines, trae de la mano al* CONDE, *y cierran la puerta.*

DOÑA LEONOR.

Ya, Cárlos mio, podeis
Descansar y descubriros;
Ya no es posible sentiros;
Mi padre, como sabeis,
Queda acostado; mi primo
Tambien en su cuarto está.
Nadie ofenderos podrá;
Y fuera de esto, yo estimo
Tanto, Señor, vuestra vida,
Que la mirara y guardara
Con los ojos de mi cara
Antes que verla ofendida;
Una palabra siquiera
No habeis hablado, Señor;
Pues ¿por qué tanto rigor,
Siendo yo la que debiera
Estar quejosa? Mis ojos,
No trateis, no, de agraviarme,
O por mi fe, de enojarme.
(Llaman.)
Mas ¡cielos! ó son antojos,
O siento ruido en la puerta.
(Deliénela el Conde.)

CONDE.

Deten el paso veloz.

DON CÁRLOS. *(Dentro.)*

Abre, Leonor.

DOÑA LEONOR.

(Ap. Esta voz
Es de Cárlos, ¡yo soy muerta!)
Hombre, ¿quién eres? ¿qué has hecho?

DON CÁRLOS. *(Dentro.)*

Cárlos soy, tu esposo soy.
¿Qué aguardas?

DOÑA LEONOR.

¡Difunta estoy!

DON CÁRLOS.

Abre, ó pasaréme el pecho;
¿Qué te detiene?

DOÑA LEONOR.

¿Qué haré?

DON CÁRLOS.

Abre, ó en tantos enojos,
Con el fuego de mis ojos
La madera abrasaré.

DOÑA LEONOR.

Hombre, déjame.

CONDE.

Eso no.

DOÑA LEONOR.

Cárlos, no puedo, aunque quiera.

DON CÁRLOS.

Pues será desta manera.
(Derriba la puerta, y Cárlos encima, lleno de polvo, con la espada desnuda.)

CONDE.

El postigo derribó.
En gran peligro me veo.

DOÑA LEONOR.

Señor...

DON CÁRLOS.

¿Quién es aqueste hombre?

DOÑA LEONOR.

Escúchame, y no te asombre;
Que estoy mortal.

DON CÁRLOS.

Yo lo creo.

DOÑA LEONOR.

Bajé, Señor; bajé, querido esposo,
Si bien con pié medroso,
Con el alma turbada,
Llevándome la luz esa criada
Del balcon á la puerta; [muerta!
¡Antes pluguiera á Dios me hallara
Llegó al umbral, y con silencio grave,
El hueco de la llave,
Si bien esfera angosta,
Busca la osada mano por la posta,
Y en la prisa se ofusca;
En fin halla la mano lo que busca.
La llave aplico entre las ondas pardas,
Toco el muelle y las guardas,
Tiro hácia mí la puerta,
Para tí, mi Señor, para tí abierta;
Y aquel hombre embozado [do,
(¡Qué atrevimiento!) se me pone al la-
Y yo, con noble amor, con fe inocente,
Con alma diligente,
Con afecto vencido,
Con ansía viva y con siniestro oído,
Y con silencio atento,
Blanda le halago, tímida le tiento.
El, con engaño falsamente mudo,
Hecha la capa escudo,
El sombrero en la frente
Y arrojada la vista al occidente,
Callando me acaricia,
Que le quitó la lengua otra codicia.
Con ambas manos las basquiñas prende
Por no hacer tanto estruendo; [do,
Que el ruido de las sayas, aunque blan-
Cuando van sin chapines arrastrando,
Parece que al crujir la bordadura,
O publica el delito ó lo murmura.
Llegó á mi cuarto tropezando, y luego
Dejó el fingido fuego,
La luz apartó á un lado;
Que no busca la luz amor hurtado;
Y segura del hecho,
A sus brazos me arrimo, no á su pecho.
Milagro fué, Señor, yo lo confieso,
No hacer algun exceso,
Pasando, como loca,
Siquiera de los brazos á la boca;
Que, no habiendo embarazos,
Nunca el amor se contentó con brazos.
Pero viéndole (¡ay cielos!), en mi men-
No despegar la lengua, [gua,
Presumiendo, cobarde,
Que aun duraban los celos desta tarde,
Culpando tus enojos,
Guardé los brazos y teñí los ojos.
Estando, pues, mis inculpables labios
Feriando desagravios,
Por amorosos truecos,
Escucho de tu voz los tiernos ecos,
Tan tiernos, que á los bronces
Vestir pudieran de dolor entonces.
En tanta confusion, en pena tanta,
Un ñudo á la garganta
El fracaso me puso,
Y toda me corté; que no está en uso
En tales ocasiones
Consentir á los miembros sus acciones.
Los piés turbados, á la tierra asidos,
Los labios descaidos,
Fatigado el aliento,
Ajado el nácar y encogido el tiento,
A la primer pregunta,
Plaza pasé conmigo de difunta.
Como suele la oveja, á quien el lobo,
Por trato doble ó robo,
Prendió en sangrienta lucha,
Cuando los silbos del pastor escucha;
Y así, yo, que te oia,
Lloraba por seguirte y no podia.
Asido de mis manos temerosas,
Siendo tu esposa, esposas
Con las suyas me pone;
Tanto su ciego amor le descompone;
Hasta que tú, resuelto, [to.
La puerta arrancas, en tu polvo envuel-
Esto es, Señor, lo que hasta aquí ha pa-
Si asomos de pecado, [sado;
Si escrúpulos de culpa,
Si rastro de delito en mi disculpa
Hallas, rómpeme el pecho,
Si ya con el dolor no está deshecho.
Basta, Señor, de púrpura caliente
Este pecho inocente,
Y esta vida que aspira,
Rompe, acomete, pasa, hiere, tira;
Ya mi marido eres,
O me castiga, ó haz lo que quisieres.

DON CÁRLOS.

Levanta, Leonor, del suelo.—
Y tú, cualquiera que seas,

Que en mi deshonor te empleas,
En fe de ese ferreruelo,
Pide al cielo que del cielo
Bajen helados querubes,
Que te lleven por las nubes
Hasta el undécimo muro;
Que de mí no estás seguro
Si á los cielos no te subes.
Habla, ó si no, sin saber
Tu calidad, de tu vida
Seré bárbaro homicida.

CONDE.

(*Ap.* Ya es forzoso responder,
Mas con industria ha de ser.)
No es, Cárlos, tener amor
Aventurar el honor
De la dama.

DON CÁRLOS.

Así lo entiendo;
Mas ¿qué pretendes?

CONDE.

Pretendo
Que no le pierda Leonor.
Con cualquier suceso aquí
Es cierto que se aventura;
No siendo aquí está segura.

DOÑA LEONOR. (*Ap.*)

Este es el Conde, ¡ay de mí!

DON CÁRLOS.

Dices bien.

CONDE.

Pues vén tras mí.
(*Ap.* Que mis criados están
Allá fuera y te darán
La muerte.)

DOÑA LEONOR.

Cárlos, advierte
Que está mi vida y mi muerte
En tus manos.

DON CÁRLOS.

Tú, Tristan,
Con Leonor puedes quedarte.

TRISTAN.

Yo no he de quedar aquí,
Morir tengo junto á tí;
El triunfo salió de Marte.

CONDE.

¿Vienes?

DON CÁRLOS.

Ya voy á matarte.

DOÑA LEONOR.

Esposo, Señor, amigo.

DON CÁRLOS.

¿Tú defiendes mi enemigo?

DOÑA LEONOR.

No, sino tu vida, ¡ay cielos!

DON CÁRLOS.

No temas; porque mis celos
Son muchos y van conmigo.

JORNADA TERCERA.

Salen DON CÁRLOS *y* TRISTAN, *con escopetas.*

DON CÁRLOS.

Vuelvo otra vez á abrazarte.
Pues, Tristan, ¿cómo te ha ido?

TRISTAN.

Muy bien, aunque mal comido.

DON CÁRLOS.

Solo tu amor fuera parte
Para darme tan buen dia.

TRISTAN.

Bien malos los tuve allá.

DON CÁRLOS.

Dime, dime, ¿cómo está
Mi Leonor, el alma mia,
Mi esposa y todo mi bien?

TRISTAN.

Con salud, aunque muy triste.

DON CÁRLOS.

¿Que la hablaste? Que la viste?

TRISTAN.

Con los ojos.

DON CÁRLOS.

¡Qué mas bien!
Véndeme, Tristan, los ojos;
Pues con ellos la miraste,
Dame la luz que gozaste.

TRISTAN.

Favores me dió á manojos;
Así de comer me diera,
Que vengo medio difunto.

DON CÁRLOS.

Cuéntame punto por punto
Cómo llegaste á su esfera.

TRISTAN.

Pues escucha. Yo llegué
A Valencia...

DON CÁRLOS.

¡Qué valor!

TRISTAN.

Aunque con harto temor,
Al momento me informé
De tu pleito y de tu estado,
Y supe cómo el Virey
A pregones te ha llamado,
Y seis mil ducados de oro
Promete (¡qué disparate!)
A quien te prenda ó te mate.

DON CÁRLOS.

¿Por qué?

TRISTAN.

Porque sin decoro,
Con ventaja y á traicion
Mataste al Conde.

DON CÁRLOS.

Es mentira;
Que, mas que mi propia ira,
Le mató su sinrazon.
Mas dime, ¿cómo se sabe
Tan cierto que le maté,
Si nadie lo vió?

TRISTAN.

No sé;
Pero, como es hombre grave,
Hay testigo, yo le vi,
Que, en favor del muerto Conde,
Dice cómo, cuándo y dónde,
Y lo vió como el Sofí.

DON CÁRLOS.

Y di, ¿su hermano Rugier
Aprieta?

TRISTAN.

¡Linda receta!
Quien hereda nunca aprieta,
Sino por bien parecer.
Pero, volviendo á tu esposa,
Que es materia de mi gusto,
Va de cuento y va de susto.

DON CÁRLOS.

Ya escucha el alma gozosa.

TRISTAN.

Llegué de noche y llamé.

DON CÁRLOS.

Y dime (¡sospecha fuerte!),
¿Abrieron sin conocerte?

TRISTAN.

Media hora porfié,
A pique de algun desastre,
Y al cabo no merecí
Siquiera un «¿quién está ahí?»
Que suele decirse á un sastre.

DON CÁRLOS.

Pues ¿qué desastre temias?

TRISTAN.

Ciertos mozos cascabeles,
Que, sonando los broqueles,
Llamando á sus celosías,
Daban vueltas á la puerta
Con gran música y rumor.

DON CÁRLOS.

¿Y asomábase Leonor?

TRISTAN.

Como si estuviera muerta.

DON CÁRLOS.

Dios te lo pague, Tristan;
Que me has vuelto el cuerpo al alma.

TRISTAN.

Los dos mereceis la palma
De lo fino y lo galan.
En fin, tantos golpes dí,
Que Inés un postigo abrió,
Y en la voz me conoció;
Bajó, abrióme, entré y subí;
Y Leonor, alborotada,
Arrojando la labor,
Bajó al primer corredor,
Preguntándome turbada
Por tu salud, á quien yo
Respondí que bueno estabas,
Y en este monte quedabas;
Calló, suspiró y lloró,
Y contóme que habia muerto
Su padre.

DON CÁRLOS.

Desdicha ha sido;
Que, en ausencia de un marido,
Donde es el riesgo tan cierto,
Sirve de marido un padre.

TRISTAN.

Leonor no lo ha menester:
Que, aunque es mujer, no es mujer
Sino para la comadre.

DON CÁRLOS.

¿Está pobre?

TRISTAN.

¿Aqueso dices
Sabiendo que pleitos tiene,
Y que quien los tiene, viene
A vender muebles raíces,
Plata, hacienda, ropa y trastos
Para gastos de justicia?
Que, aunque es virtud, su malicia
Ha llegado á tener gastos,
No le ha quedado una joya,
Y en lo que yo confirmé
Su grande pobreza, fué
(Que con aquesto se apoya)
En que, saliéndome un rato
Anteanoche á pasear,
Inés me bajó á alumbrar
Con candil de garabato,
Que es una alhaja tan vil
En una casa de honor,
Que no sé cuál es peor,
Una suegra ó un candil.
Pues en lo que toca á dieta,
Sin duda debe de haber
Precepto de no comer
En aquella casa escueta,
Porque á nadie vi tratar
De pedir manducacion,
Y tanto, que un sabañon,
Que me solia abrasar,

Tan cortés y honrado fué
En ayunar como yo,
Que aun en burlas no comió
Mientras allí tuve el pié.
No es burla; un frison grosero,
Solo de estar, por su mal,
Dos horas en el portal,
Salió caballo ligero.
Y un mastin entró (esto es mas)
Pesado como un hidalgo,
Y otro dia salió galgo.

DON CÁRLOS.

Siempre de burlas estás.

TRISTAN.

En fin, yo me despedí,
Y esta me dió, en que te avisa
Que te vayas muy aprisa
A Castilla, porque así,
Mientras el pleito se enfria,
Seguro puedes estar,
Y mañana he de llevar
La respuesta.

DON CÁRLOS.

¡Ay honra mia!
Mucho tienes que argüir
Sobre mis vanos recelos,
Mis dudas y desconsuelos.
Pues ¿cómo yo he de partir
Sin ver primero á Leonor
Y examinar con los ojos
Mis celos ó mis antojos?
Eso no, civil temor.
Casta Leonor y mujer,
Sola, hermosa y celebrada,
Querida y necesitada,
Bien puede, bien puede ser;
Mas yo he de verlo, aunque sea
Mi fiscal y mi homicida.

TRISTAN.

¿Qué dices?

DON CÁRLOS.

Que está mi vida
En que con Leonor me vea
Antes que otra cosa intente.

TRISTAN.

Señor...

DON CÁRLOS.

Aquesto es amor;
Yo he de verme con Leonor,
Por ver si tu lengua miente
En lo que de ella asegura.

TRISTAN.

Advierte...

DON CÁRLOS.

¿Tú no dijiste
Que fuiste? Pues si tu fuiste
Por hacer la noche escura,
Tambien yo podré.

TRISTAN.

No puedes,
Porque te buscan á tí,
Y no á mí.

DON CÁRLOS.

Yo iré sin mí.

TRISTAN.

Lengua tienen las paredes.

DON CÁRLOS.

Luego ¿han de topar conmigo?
Luego ¿me han de conocer?
Y luego ¿me han de prender?

TRISTAN.

Sí; que es fuerte tu enemigo.

DON CÁRLOS.

Vamos; que todos son pocos.

TRISTAN.

Pues ¿dónde desta manera?

DON CÁRLOS.

A mi casa.

TRISTAN.

Mejor fuera
A la casa de los locos.

(*Vanse.*)

Salen DOÑA LEONOR É INÉS.

DOÑA LEONOR.

Vuelve á esperar á Tristan;
Que yo entre tanto á estas flores,
A quien del sol los rigores
La luz usurpando van,
Quiero reñir su locura,
Pues tanto se me parecen
En las mudanzas que ofrecen.

INÉS.

Dios te guarde; ¡qué hermosura!

(*Vase.*)

DOÑA LEONOR.

¿De qué sirve, decid, hacer alarde,
Flores, de vuestros vanos resplandores,
Si cuando el sol recuerda, naceis flores,
Y no os halla la sombra de la tarde?
Ayer aquella flor, menos cobarde,
En copia de rubíes bebió albores,
Y ya son de vergüenza sus colores,
Caduca presto, aunque nacida tarde.
Hoy muere, en fin, aun antes de nacida,
Y ayer del campo fué púrpura estrella,
Y en sus nácares mismos encendida.
Ayer se vió adorar, y hoy se atropella;
Flores, la dicha es flor, y flor la vida:
Miradme á mí, ó escarmentad en ella.

Sale INÉS.

INÉS.

Si no lo tienes por pena,
Estela y Fernando á verte
Entran ya.

DOÑA LEONOR.

¡Qué mayor suerte!
Vengan muy enhorabuena,
Que les debo mil favores
En ocasion tan urgente.

INÉS.

Luego ¿y á Fernando?

DOÑA LEONOR.

Tente,
Tente, Inés, si no es que ignores
Que ya para mí ha trocado
La voluntad en desden,
Y que á Estela quiere bien,
De su hermosura obligado,
Y de verme con marido,
Que es la mas fuerte razon.

Salen DON FERNANDO Y ESTELA.

INÉS.

Él cumplió su obligacion,
Y Estela lo ha merecido.

ESTELA.

Solo ha merecido Estela
Que pagueis su grande amor.

DOÑA LEONOR.

Prima, Fernando...

DON FERNANDO.

Leonor...

DOÑA LEONOR.

Algo tiene de cautela
Cogerme desprevenida.

ESTELA.

Yo perdono la merienda.

DOÑA LEONOR.

¿Cómo te va con la prenda?

ESTELA.

Como quien la halló perdida.
¿Qué hay de Cárlos?

DOÑA LEONOR.

Salud tiene.

DON FERNANDO.

¿Y de pleitos?

DOÑA LEONOR.

Tiene amigos,
Aunque hay algunos testigos;
Así el oro á vencer viene,
Que juran lo que no vieron,
Porque sola yo lo vi.

DON FERNANDO.

A no renovar en tí
Desdichas que procedieron
De aquella noche infelice,
Te rogara la contaras.

DOÑA LEONOR.

Y mandándolo me honraras;
Que aunque el dolor que se dice
Renueva, ofende y altera
La llaga, tambien sé yo
Que mueve á quien le escuchó.
Esto fué desta manera.
Como celoso toro, que en el prado,
Verde palestra, de coral ceñida,
Al adúltero silba enamorado,
Peinando el suelo con la mano hendida,
Y en viéndoles, parece que arriscado
Le bebe la mas parte de la vida,
Metiendo mano cada cual valiente
A las dos medias lunas de la frente;
Cárlos, así de su valor vestido,
Cárlos, así de su furor armado,
Cárlos, así de su nobleza herido,
Cárlos, así de su pasion buscado,
Cárlos, así celoso y ofendido,
Contra el Conde se vuelve tan airado,
Que le pronosticó su eterno sueño,
Antes que con la espada, con el ceño.
Saca el Conde la suya, y Cárlos fuerte,
Tanto con él intrépido se junta,
Que por el pecho le escondió la muerte,
Y por la espalda le asomó la punta.
El alma, luego que el suceso advierte,
Desampara la forma ya difunta,
Que como al tiempo de mudar de puesto,
Halló dos puertas mas, salió mas presto.
Allegan los criados, y cual rayo,
De las nubes aborto mal parido,
Encubierto los sigue, y á un lacayo
Quita el caballo, al Conde prevenido;
Era el fuerte animal de color bayo,
Y de manos y piés tan sacudido,
Que cuando con la cólera relincha,
Mide lo que hay del suelo hasta la cincha.
Sube gallardo en él, y á mí se viene,
Diciendo: «Mi Leonor, mi luz, mi vida,
Hoy mi adversa forma, porque tiene
Tanto de adversa ¡ay Dios! como de mia,
Loca, mudable, bárbara y perene,
Me aparta de tu dulce compañía,»
Y «adios, Leonor», mil veces repitiendo,
Flecha de plumas pareció corriendo.
Con dos remos por banda la galera,
Del fogoso animal tan alta sube,
Que pareció codicia de otra esfera,
O antojo de beber de alguna nube;
Porque la tierra olvida de manera,
O me lo pareció, segun estuve,
Que, á ser visible el aire, mas de un clayo
Se viera impreso en el cenit octavo.
Como suele quedar la flor doncella,
Hija de Adónis, cuando el viento airado
Con diáfano acero la degüella,
Por la garganta de su pié delgado;

O cual mustio clavel, que se querella
Del sol, que las entrañas le ha abrasa- [do,
Y agonizando con la fiebre loco,
Viene á morir, quizá de beber poco.
Así quedé llorando lo que ahora
Con lágrimas repito dilatadas,
No como alguna, que el melindre llora,
Aun enjutas primero que lloradas.
A la noche, á la tarde y al aurora,
Aquellas glorias, por mi mal pasadas,
Lloran mis ojos con eterno llanto; [to;
Que tanto ha de llorar quien pierde tan-
Porque, llegando, ¡ay Dios! á mi despe- [cho,
A imaginar, cuando la noche calma,
Que ha de sobrarme la mitad del lecho
Y ha de faltarme la mitad del alma, [cho,
A no acordarme de que Dios lo ha he-
Y á no temer la perdicion del alma,
Yo misma, para ejemplo de las gentes, [tes.
Me hubiera hecho pedazos con los dien-
Mas esperando que mi suerte esquiva
Saque una vez en mi favor la espada,
Sola, necesitada, muerta, viva,
Melancólica, triste y desdichada,
Afligida, llorosa, compasiva,
Pobre, constante, huérfana y honrada,
Guardo la vida, porque Cárlos tenga
Con quien partir la suya cuando venga.

ESTELA.

Vivas, Leonor, muchos años;
Que con la vida se alcanza
Todo.

DOÑA LEONOR.

Sola esa esperanza
Es alivio de mis daños.
Mas ya el sereno nos dice
Que á la sala nos entremos.

DON FERNANDO.

Todos tu luz seguirémos.

DOÑA LEONOR.

Fuera de eso, aunque infelice,
Espero cierto galan.

ESTELA.

¿Galan?

DOÑA LEONOR.

Sí, por vida mia.

ESTELA.

¿Es Cárlos?

DOÑA LEONOR.

¿Cómo podia?

ESTELA.

Pues ¿quién, por mi amor?

DOÑA LEONOR.

Tristan,
Que, como no es conocido,
La otra noche estuvo aquí.

DON FERNANDO.

¿Y espérasle ahora?

DOÑA LEONOR.

Sí.

DON FERNANDO.

Huélgome de haber venido
En tan gustosa ocasion.

DOÑA LEONOR.

Pues entrad y cenaréis,
Con tal que me perdoneis.

ESTELA.

Buenos tus cuidados son.

DOÑA LEONOR.

Antes no os convido á nada;
Que si doy lo que me enviais,
Vosotros sois quien me honrais,
Y yo soy la convidada.

ESTELA.

¡Qué discreta!

DON FERNANDO.

¡Qué cortés!

ESTELA.

No hay, Fernando, dicha hermosa.

DON FERNANDO.

Ser hermosa es ser dichosa.

DOÑA LEONOR.

Adelántate tú, Inés.
(*Vanse.*)

Salen DON CÁRLOS Y TRISTAN.

TRISTAN.

Advierte...

DON CÁRLOS.

Ya es por demás.

TRISTAN.

La soga llevas tras tí.

DON CÁRLOS.

A Valencia he de ir así.

TRISTAN.

Mira que á tu muerte vas.
A quien te mate ó te prenda
Da el Virey seis mil ducados,
Con que infinitos soldados,
Destos que toda su hacienda
Llevará una hormiga en peso,
Andan locos á buscarte,
Por prenderte ó por matarte.

DON CÁRLOS.

Y confieso que es exceso;
Pero aquí tengo de ver
Si hace un milagro el amor.

TRISTAN.

¿Milagro pides? ¡Qué error!

DON CÁRLOS.

¿Por qué?

TRISTAN.

Porque puede ser
Que pare en tu detrimento.

DON CÁRLOS.

Mi mal no puede, aunque quiera,
Ser mas.

TRISTAN.

Sí puede.

DON CÁRLOS.

Es quimera,
Porque esto es hablar al viento.

TRISTAN.

Enfermó un hombre de un ojo,
Y tanto su mal creció,
Que de aquel ojo cegó,
Si no lo habeis por enojo.
Con el ojo que de nones
Le vino á quedar, pasaba,
Y veia lo que bastaba,
Sin curas, agua ni unciones.
Mas, como uno le dijese
Que si es que vista desea,
Al Cristo de Zalamea
Devoto y contrito fuese,
Donde por diversos modos,
El cojo, el ciego, el mezquino,
Con el aceite divino
De todo mal sanan todos,
Él al punto se partió,
Con fin de desentuertar,
Al soberano lugar;
Y apenas en él entró,
Cuando á la lámpara parte,
Y tanto el aceite agota,
Que entrambos ojos se frota
Por una y por otra parte.
El ojo que bueno estaba,
Con el contrario licor,
Sintió tan fuerte dolor,
Que del casco le saltaba.
Y en fin, sin remedio alguno,
Hubo de venir á estado,
Que de allí á una hora el cuitado
Ya no via de ninguno.
Al Cristo entonces se fué
Atentando como pudo,
Y á sus piés muy á menudo,
Con mas cólera que fe,
A grandes voces decia:
«Señor, á quien me consagro,
Ya no quiero mas milagro,
Sino el que yo me traia.»
Cesó el dolor, y al momento,
Contento de hallar su ojo,
Se volvió sin mas antojo
De milagro. Aplica el cuento.

DON CÁRLOS.

¿Qué importa, si me traspasa
El alma aun con mas dolor
Que la muerte...

TRISTAN.

¿Qué, Señor?

DON CÁRLOS.

¿Qué? Las cosas de mi casa.

TRISTAN.

Mi señora es tan honrada,
Que mas no lo puede ser.

DON CÁRLOS.

Sí; pero en fin es mujer,
Y mujer necesitada.

TRISTAN.

Muchas en el mundo ha habido
A quien nombre el tiempo da
De firmes.

DON CÁRLOS.

Eso será,
Siendo dichoso el marido.

TRISTAN.

La que es buena, por sí es buena,
Sin otra solicitud;
Porque la propia virtud
No estriba en la dicha ajena.

DON CÁRLOS.

Estando en el arco asida,
¿Por qué una cuerda se parte?

TRISTAN.

Porque tirando sin arte,
Si pasan de la medida
Adonde llega la cuerda,
Por fuerza se ha de romper.

DON CÁRLOS.

Eso vendrá á suceder
Con Leonor. Leonor es cuerda;
Pero viéndose apretada
De tanto necio galan,
Y sobre todo, Tristan,
Estando necesitada,
Rendida á injustos abrazos,
Podrá decir: «Cuerda fuí;
Tiraron mucho; y así,
Fué fuerza hacerme pedazos.»

TRISTAN.

Y cuando fuese verdad,
Tú ¿qué has de hacer?

DON CÁRLOS.

¿Qué? Matarla,
Consumirla y abrasarla.

TRISTAN.

No estando tú en la ciudad,
Y siendo Leonor discreta,
¿Cómo has de poder saber
Si te pudo ó no ofender?

DON CÁRLOS.

No hay cosa, Tristan, secreta,

TRISTAN.
Quien ama y honrada fué,
Aun no se fia de sí.

DON CÁRLOS.
¿No tiene vecinos?

TRISTAN.
Sí.

DON CÁRLOS.
Pues yo sé que lo sabré;
Que hay hombre que se entretiene
En ser perpétuo veedor,
Y para hacerlo mejor,
Su libro de caja tiene,
Donde el que quisiere saber
Si el vecino entró ó salió,
Si la música se dió,
Si se asomó la mujer,
Lo verá tan puntual
Como fué la presuncion,
Y con su cuenta y razon,
Fojas tantas, noche tal.

TRISTAN.
Vendrá á ser ese vecino,
Si lo cursa dos inviernos,
Cronista de los infiernos.

Salen TEODORO Y CLAUDIO, *con hachas*, Y ESTELA Y DON FERNANDO, *con* DOÑA LEONOR.

DON FERNANDO.
En fin, ¿el galan no vino?

ESTELA.
Por llevarte mas presente,
He consentido. Leonor,
Que pases del corredor.

TRISTAN.
Esta es la calle; mas tente,
Que hay dos hachas á la puerta.

DON CÁRLOS.
¿Dos hachas? Agüero ha sido.

TRISTAN.
¿Qué puede haber sucedido?

DON CÁRLOS.
Estará ya mi honor muerto
De enfermedad de algun yerro,
Y enterrarle en oro y cobre,
Porque á la puerta de un pobre
Nunca hay hachas sin entierro.

TRISTAN.
¿Qué entierro ó qué frenesí?
¿No ves á Estela y Fernando
Estar con Leonor hablando?

DON CÁRLOS.
Pues escucha desde aquí.

CLAUDIO.
Cárlos ha sido dichoso
En topar con tal mujer.

TEODORO.
Como no venga á caer;
Porque, aunque adore á su esposo,
Como son los pareceres
Varios, puede su belleza
Cansarse de su pobreza;
Que hay, Claudio, muchas mujeres
Que son, á mas no poder,
Haciendo una liviandad,
Malas por necesidad,
Y no por quererlo ser.

TRISTAN.
¿Oyes eso?

DON CÁRLOS.
Muerto soy.

TEODORO.
Advierte, Señor, que es tarde.

DON FERNANDO.
Pues adios.

DOÑA LEONOR.
El cielo os guarde.

DON FERNANDO.
¡Hola! El coche.—Vuestro soy. (*Vase.*)

DON CÁRLOS.
¿Qué te parece, Tristan?

TRISTAN.
Que ha sido tu flema mucha.

DON CÁRLOS.
Di mi pasion; mas escucha,
Que allí una música dan.

TRISTAN.
Pues ¿qué importa que la dén?
¿No será mejor llamar,
Ver á Leonor y cenar?

DON CÁRLOS.
No es mejor ni me está bien.

VOCES. (*Cantan.*)
¡Ay necesidad infame!
¡A cuántos honrados fuerzas
A que, por amor de tí,
Hagan mil cosas mal hechas!

DON CÁRLOS.
¡Ay honor, y cómo creo
Que habeis de volverme loco!
Cuanto miro, cuanto toco,
Cuanto escucho y cuanto veo,
Parece que en profecía,
Como si me conociera,
Me anuncia con voz severa
La dicha tristeza mia.
¿Yo por mi mujer infame?
¡Oh mal haya el inventor
Deste género de honor,
Si honor es bien que se llame
Cosa que no está en mi mano,
Y estriba en ajena culpa!
Pero dará por disculpa
Algun político humano
Que, como por sacramento
Son el hombre y la mujer
Una carne, un alma, un ser,
Una vida y un aliento,
El agravio se reparte
Segun es la cantidad,
Y como por vecindad,
Le alcanza al hombre su parte.
Pues ¿cómo mi honor manchado,
Y pudiéndolo impedir?
No, Leonor, yo he de morir,
Y he de morir por honrado.
¡Vive Dios, Leonor hermosa,
Que no has de ofender tu honor
Por ser pobre, y que mi amor
Ha de hacer por tí una cosa,
Que á poner venga en olvido
Cuantos triunfos generosos,
Por afectos amorosos,
Hayan los hombres tenido!
Adios, Tristan.

TRISTAN.
¿Dónde vas?

DON CÁRLOS.
Esto en el honor es ley,
A verme con el Virey.

TRISTAN.
¡Jesus, qué perdido estás!
¿Al Virey? Escupe luego.

DON CÁRLOS.
Quédate, y dila á Leonor
Que voy á morir de amor,
Como fénix en el fuego,
Y en mi nombre la darás
Este abrazo.

TRISTAN.
Escucha, espera.

DON CÁRLOS.
No soy hombre; que soy fiera.

TRISTAN.
Pues dime, ya que te vas,
¿A qué vas? Para que entienda
El extremo de tu amor.

DON CÁRLOS.
A dejar rica á Leonor,
Porque despues no me ofenda.
(*Vanse.*)

Salen ALGUNOS CRIADOS, *y detrás* EL VIREY, *firmando cartas*, Y UN SECRETARIO.

SECRETARIO.
Esta que firmaste ahora
Es para su majestad.

VIREY.
Pues luego la trasladad.

SECRETARIO.
Cerrada está.

VIREY.
¿Quién ignora
Que vida con v se escribe?
No, Secretario, con b.

SECRETARIO.
Yerro de la pluma fué;
Que no mio.

VIREY.
Quien recibe
Una carta mal escrita
No sabe si fué ignorancia,
Y aunque, en fin, no es de importancia
Y al dueño desacredita,
Es una cosa tan justa
Hablar siempre con verdad
En todo á su majestad,
Que aun el alma se disgusta
De esa breve niñería;
Y así, volved á escribir,
Porque no se ha de mentir
Al Rey ni en la ortografía.

SECRETARIO.
Para el Marqués, tu sobrino,
Es esta.

VIREY.
¿Hay mas que firmar?

SECRETARIO.
Bien te puedes acostar.

CRIADO. (*Dentro.*)
¡Hay tan grande desatino!
Sin duda que loco viene.

VIREY.
¿Qué es eso?

CRIADO.
Un hombre que ha dado
En que, aunque estés acostado,
Te ha de hablar.

VIREY.
¿Qué traza tiene?

CRIADO.
Aun no le he visto la cara.

VIREY.
Pues decilde que entre.

CRIADO.
Entrad.

Sale DON CÁRLOS.

DON CÁRLOS.
Ello es gran temeridad,
Pero el amor no repara
En nada.

VIREY.

Decid que hable,
Pues está ya en mi presencia.

DON CÁRLOS.

Solo quiero á vuecelencia.

VIREY.

¿Solo? ¡Suceso notable!
Mas un hombre como yo,
Que jamás conoció el miedo,
¿De qué duda? Solo quedo —
Idos todos.

(*Vanse todos, menos el Virey y don Cárlos.*)

DON CÁRLOS. (*Ap.*)

Ya cerró.

VIREY.

Ya está cerrada la puerta
Y á solas estás conmigo;
¿Qué dices agora?

DON CÁRLOS.

Digo
Que mi muerte se concierta.
¿Has de darme, gran Señor,
Palabra, sin agraviarme,
Sea quien fuere, de escucharme?

VIREY.

Sí doy; hablad.

DON CÁRLOS.

(*Ap.* ¡Qué valor!)
Yo soy don Cárlos Osorio.

VIREY.

¿Qué decís?

DON CÁRLOS.

Escucha agora,
Ilustre Señor, la accion
Mas nueva y mas prodigiosa
Que en los anales del tiempo
Han escrito sus historias.
Yo maté al Conde, es verdad,
Mas fué porque con mi esposa
Le hallé una noche, fingiendo,
En la voz y en la persona,
Que era yo, para gozar,
Fiado en sus negras sombras,
Si no el todo, alguna parte
Del aliento de su boca.
Y cuando fuera mi dama,
Viéndole con ella á solas,
Hiciera tambien lo mismo;
Que en mi opinion no se forma
El duelo de aqueste agravio
Porque la mujer se nombra
Propia, sino porque, siendo
Dueño suyo el que la goza,
Atreverse á enamorarla
Es despreciar su persona,
Y no tenerle respeto,
Sea ó no la mujer propia;
Que en las ofensas del gusto
Tambien al alma le tocan.
Temeroso de las varas,
Que en cualquiera parte sobran,
Dejé animoso a Valencia,
Y huyendo de mil pistolas,
Me fuí á un monte tan preñado
De los pinares que aborta,
Que sus torcidas raíces,
Que por la tierra se asoman,
Aun riñendo sobre el sitio,
Se pisan unas á otras.
Allí, empedrados los riscos
De cantuesos y amapolas,
Tan cerca habitan del cielo,
Que los llantos de la aurora
En vasos de nácar beben
Primero que el mundo una hora.
Por este verde edificio
Discurriendo en mis congojas,
Entre dos peñas hallé
Formada una parda alcoba,
Que, á mi parecer, seria,
Si el desaliño se nota,
U de algun sátiro albergue,
U de algunos brutos choza.
Entramos yo y un criado,
Que en mis aflicciones todas
Me ha acompañado leal,
Y mirando á la redonda
Aquel hospedaje oscuro,
Mil aberturas y bocas
Descubrimos tan confusas,
Que en su fábrica arenosa
Aun yo no me hallaba á mí
Muchas veces sin antorcha.
Con este me aseguré
En la modestia enojosa
Que mis temores me daban.
Y puesto en la celda angosta
De uno de aquellos nichos
De árboles, pellejos y hojas,
Hice cama, donde estuve
Cercado de peñas toscas
Diez meses y mas tres dias,
Con el fuego y con la honda
Matando para comer,
Ya la liebre corredora
Y ya el tímido gazapo,
Que entre las matas se emboscan.
Y estando mirando un dia
Recrearse una paloma
Que a su consorte marido,
Cuando el sol los campos dora,
Con mil géneros de arrullos
El pico daba amorosa,
Vi que un gabilan hambriento
Con agudas alas corta
El aire desde una encina,
Y estando mas cerca, roba
De los dos al triste esposo,
Llevándole entre las corvas
Uñas al árbol primero,
Donde con furia rabiosa
Se lo comió sin trincharle,
Llena de plumas la boca;
Y volviendo á la viuda,
Vi que afligida y llorosa,
Dando vueltas y escarbando
Con los piés la verde alfombra,
Parece que á la fortuna
Se queja de afectuosa;
Que en el mas torpe animal
Tiene el dolor ceremonias.
Era entre todas, Señor,
Si bien de una especie todas,
Esta mas blanca de pluma
Y mas jarifa de pompa;
Por lo cual otros amantes,
Contentos de verla sola,
En vez de pésame y luto,
La cercan y la enamoran;
Cuál una pluma le quita,
Cuál la halaga y la retoza,
Cuál galan se cantonea,
Cuál la arrulla y cuál la ronda,
Y cuál los granos de trigo
Le lleva para que coma;
Que hay tambien aves discretas,
Y saben que el dar importa.
En fin, aunque se defiende
Y aunque la pena le ahoga,
La necesidad le obliga,
Tanto este mónstruo ocasiona,
A que el tálamo de pajas
Pise, de otro amante novia.
Esto vi, Señor, un dia,
Y revolviendo en mis cosas,
Confuso y turbado dije
A mi cobarde memoria:
«Leonor es mujer y pobre,
Muy querida y muy hermosa,
El mundo fuerte enemigo,
Ausente yo, y ella sola.
Pues ¿qué sé yo si Leonor
Hace como la paloma,
Y da lugar en el nido
A quien el trigo le arroja?»
Con aquestos pensamientos
El alma traje tan loca,
Que tirar piedras podia
A los sentidos que informa.
Despacho luego un criado
A Valencia por la posta,
El cual me refiere ¡ay cielos!
De mi Leonor, de mi esposa,
Necesidades tan grandes
Y finezas tan honrosas,
Que al paso que me regalan,
El corazon me apasionan.
Y despues de mil discursos,
Viendo que la tenebrosa
Noche me ayuda, en el traje
Que miras, entro á deshora,
Resuelto á satisfacer,
Aunque á morir me disponga,
De mis dudas y recelos
La conciencia escrupulosa;
Y estando en mi calle un rato,
Por ver si alguno alborota
Mi casa, cuanto escuché
Fué anunciarme mi deshonra
Y encarecer á Leonor,
Añadiendo que, aunque agora
Es una peña, un diamante,
Un risco, un monte, una roca,
La venceré, andando el tiempo
(Si bien de fuerte blasona),
La necesidad infame,
Que no hay virtud que no rompa.
Y así, viendo que mi vida
Ni me sirve ni me importa,
Que no es vida, bien mirado,
Vida con tantas zozobras;
Y acordándome que tú
A quien me mate ó me coja
Ofreces seis mil ducados,
Intento ¡notable cosa!
Entregarme yo á mí mismo,
Para ganar desta forma,
A costa de una garganta,
Lo que Valencia pregona;
Y porque Leonor, siquiera
Con esta ayuda de costa,
Se libre de los peligros
Que en profecía la acosan.
Mira, Señor, si el amor
Que me anima y me provoca
Es bien nacido, y merece
Bronce y mármol, pues se arroja,
Como gentil, á la muerte,
Que ya me espera por horas.
Yo me prendo, yo me mato,
Yo me sirvo de ponzoña,
Yo me traigo al sacrificio,
Yo doy la leña y la aroma,
Yo me vendo como esclavo,
Yo pongo al cuello la soga,
Yo soy mi verdugo, yo,
Que cuando el honor le arroja,
Contra sí mismo se vuelve,
Como arrojada pelota.
Cúbrame los piés de hierro
La cárcel, sus lanzas rompa
La justicia, que, enojada,
Contra mí se muestra sorda.
Brote fiscales el oro,
Que mi inocencia pospongan;
Salga de madre el poder,
Dé voces la envidia ronca,
Y escríbanse contra mí
Mas delitos y mas hojas
Que tiene ese mar salado
De arenas, peces y conchas;
Que aunque sé que desta suerte
Voy muriendo por la posta,

Y ha de matar á Leonor
Tragedia tan lastimosa,
Mas quiero morir que oir
Su pobreza y mi deshonra,
Su riesgo y mis amenazas,
Sus dichas y mis congojas;
Que para un hombre de bien,
Que hace estimacion heróica
De la honra que profesa,
No hay vida como la honra.

VIREY.

Envidioso me has dejado,
Porque en fábulas ni historias
No he visto resolucion
Tan honrada y tan briosa.

DON CÁRLOS.

¿Qué responde vuecelencia?

VIREY.

Que soy Sandoval y Rojas,
Y sé estimar la nobleza;
Espera un poco.—¡Hola, hola!

Salen EL SECRETARIO, DON FERNANDO Y DOÑA LEONOR.

SECRETARIO.

¿Señor?

DON FERNANDO.

¿Qué es aquesto?

VIREY.

Entrad.

DOÑA LEONOR.

Daré voces como loca.

DON CÁRLOS.

¿Mi Leonor?

DOÑA LEONOR.

Pues ¿cómo, ingrato?
¿Es posible que malogras
Una vida que es tan mia,
Por una accion tan impropia
Del ser humano? ¿Qué tigre,
Manchado á trechos, qué onza,
Pintada de moscas negras
Y de color parda y roja,
Hubiera sido conmigo
Tan fiera y tan rigurosa?
¿Qué me importa la riqueza
Que con tu muerte me compras,
Si no puede aprovecharme?
Porque apenas en la losa
Tu cabeza destroncada
Verá el alma que te adora,
Cuando con el mismo acero,
Aunque parezca lisonja,
Me abriré el pecho yo misma,
Y de su esfera amorosa
Tan vivo te sacaré
En brazos de mi memoria,
Que pueda otra vez prenderte
La justicia cavilosa.
¿Es posible que me matas?

DON CÁRLOS.

¡Ay Leonor! Ay dulce esposa!
Con eso muero contento;
Llega, pide, admite, cobra
En mis brazos la disculpa.

VIREY.

Hoy, aunque en palabras pocas,
Verá el mundo que compite
Con la faccion animosa
De Cárlos mi gran piedad.
Escuchad todos ahora.

DON CÁRLOS.

Leonor, oye.

DOÑA LEONOR.

¡Trance fuerte!

VIREY.

Cárlos, por ser tan notoria
La muerte del conde Astolfo,
Porque le halló con su esposa,
Confiesa que le mató.

DON CÁRLOS.

Es así.

TRISTAN.

¡Notable cosa!

VIREY.

Mas, supuesto que el que mata
Sin odio ni vanagloria,
Solo por guardar la vida
O la hacienda, siendo propia,
Aun para con Dios no peca,
Y la honra es una joya
Mas que la vida estimable
Y que la hacienda preciosa;
Que, como Cárlos lo dice,
No hay vida como la honra;
Digo que á Cárlos perdono,
Porque en accion tan heróica
No ha de enojarse un virey
De lo que Dios no se enoja.
Y porque yo prometí
Seis mil ducados, sin otras
Mercedes, al que trajere
Muerta ó presa su persona,
Pues él mismo se ha traido
Sin grillos y sin esposas,
Lo prometido le doblo.

DON CÁRLOS.

Como Dios haces ahora:
Siendo nada, el ser me has dado.

DOÑA LEONOR.

A tus plantas generosas
Ofrezco lo que me das,
Que es la vida.

TRISTAN.

Aquí hay tres bodas;
Aquesto por abreviar
Cumplimientos y tramoyas.
Estos señores se casan,
Estotros dos se desposan,
Yo me arrugo con Inés,
Y aquí tiene fin la historia
Del marido mas honrado.

DOÑA LEONOR.

No se llama de esa forma.

DON FERNANDO.

Pues ¿cómo?

DON CÁRLOS.

Yo lo diré:
No hay vida como la honra.

COMEDIA FAMOSA

TITULADA

LA MAS CONSTANTE MUJER,

DEL DOCTOR JUAN PEREZ DE MONTALVAN.

PERSONAS.

CÁRLOS, *galan*.
EL DUQUE DE MILAN.
EL CONDE DE PUZOL.
ISABEL, *dama*.
ROSAURA, *dama*.
FLORA, *criada*.
LAURA, *criada*.
SERON, *lacayo*.
ACOMPAÑAMIENTO.

JORNADA PRIMERA.

Salen ISABEL, FLORA Y SERON, *deteniendo á* CÁRLOS.

ISABEL.

No has de salir, vive el cielo,
Sin decirme la ocasion
Primero de aquesta ausencia.

CÁRLOS.

Déjame, Isabel, por Dios.

ISABEL.

¿Qué es dejarte?—Tenle, Flora.

FLORA.

Pues ayúdame, Seron.

SERON.

Ya te ayudo.

CÁRLOS.

Mataréte.

SERON.

Ya no te ayudo.

ISABEL.

Señor,
Si valen algo contigo
Mi fe, mi humildad, mi amor,
Ya que te vas, como quien
Se huye de la prision,
Dime, ¿adónde vas así?

CÁRLOS.

A morir.

ISABEL.

¿Por qué ocasion?

CÁRLOS.

Porque nací desdichado,
Porque he de perderte hoy,
Porque te casa tu padre
Con el conde de Puzol,
Y porque no quiero verlo;
Mira si tengo razon
Para dejar á Milan.

ISABEL.

No la tienes.

CÁRLOS.

¿Por qué no?

ISABEL.

Porque soy yo la que casan,
Y no he de casarme yo
Con otro, viviendo tú,
Y queriéndonos los dos.

CÁRLOS.

Pues ¿qué he de hacer, si tu padre,
Que siempre me aborreció,
De casarte, aunque te pese,
Tiene ya resolucion?

ISABEL.

¿Qué has de hacer? Llegarte á mí,
Y con mucha turbacion,
Destroncadas las palabras,
El semblante sin color,
Coléricas las acciones,
Sin pulsos el corazon,
Muerto el brio, vivo el daño,
Sordo el bien, torpe la voz;
Y en fin, todos los sentidos
Con el ansia y el dolor
Barajados, como casa
De príncipe que murió;
Decirme, Cárlos, decirme
Con blandura ó con rigor:
«Mi bien, señora, ó mujer
A secas (que la pasion
No repara en ceremonias),
En aqueste estado estoy.
Tu padre quiere casarte,
Y con mi competidor;
Mira qué habemos de hacer;»
Que entonces te diré yo
Mi sentimiento; y si fuere
Muy á tu satisfaccion,
Te quedarás en Milan,
Como hasta ahora; y si no,
Para dejarme tendrás,
Si no disculpa, ocasion,
Sin que tú partas cobarde,
Ni ofendida quede yo;
Porque irse un galan, no habiendo
Hecho la dama traicion,
Si en ella es mucha desdicha,
En él es poco valor.

CÁRLOS.

¿Qué importa, si aun para hablarte,
Segun desgraciado soy,
Ocasion apenas tengo,
Despues que el Conde te amó?

ISABEL.

¿No hay un papel?

CÁRLOS.

No hay papel,
Si no es el del corazon,
Que baste á las penas mias;
Porque un papel, en rigor,
Pódrá llevar las razones,
Pero las lágrimas no;
Que, como ellas y el papel
Son de una misma color,
Aunque le sirvan de tinta
Al alma que las vertió,
En enjugándose, dejan
De ser aquello que son,
Y solo queda en papel
Lo que fué papel y amor.

ISABEL.

Pues dime aquí lo que pasa,
Que cuando el daño llegó
A ser tanto como das
A entender, no es discrecion
Malograr tiempo ninguno;
Y así, en tanto que los dos
Hablamos, los dos podréis,
Desde aquese corredor,
Avisar si alguien saliere.

SERON.

De todo advertido estoy.

FLORA.

Yo tambien; que en esta ciencia
Puedo leer de oposicion.

SERON.

Así supieras el credo.

FLORA.

Mirar y callar, Seron.

(*Vanse Flora y Seron.*)

ISABEL.

Ya puedes hablar: di ahora
Lo que tu pecho sintió.

CÁRLOS.

Pues digo que, como sabes,
De tus rayos girasol,
Mariposa de tu fuego,
Aguila de tu candor,
Y abeja dulce, que á cuenta
De tus claveles vivió,
Há seis años que te adoro,
Y sabes (¡mortal estoy!)
Tambien que desde los bandos
Que Estéfano Cervellon
Introdujo en Lombardía,
Cuando Milan se asoló,
Esforcias y Borromeos
Se miran con tal rencor,
Que si tu padre llegara
A entender nuestra aficion,
El quitarte á tí la vida
Fuera el castigo menor.
Aquesto supuesto, digo
Que el Duque ayer me contó,
Como á su amigo y privado,
Que tu padre le pidió
Licencia para casarte,
Y el Duque le respondió...

ISABEL.

¡Muerta escucho!

CÁRLOS.

Que fiase
De su cuidado y amor
El casarte de su mano.
Tu padre le replicó:
«Como no la deis esposo
(Que fuera gran disfavor
Para mí) de los Esforcias,
A todo obediente estoy.»

ISABEL.

Y el Duque, ¿qué dijo á eso?

CÁRLOS.

¿Qué dijo? Le aseguró
De que Esforcia no seria,
Y á esa pena le añadió
La de saber que Rosaura,
Que es del Duque, mi señor,
Hermana, tiene ofrecido,
Porque de ella se valió
Tu padre, hablar por el Conde.
Mira, en tanta confusion,
Si puede haber mas desdichas
Que me cerquen; pues si doy
Licencia á mi voluntad,
Hago agravio á tu opinion,
Pues no habiendo de ser mia,
Es aventurar tu honor.
Si hablo al Duque, está empeñado
En responderme que no;
Si á Rosaura, está obligada
Por estotra intercesion;
Si á tu padre, le ocasiono
A mas ira y mas furor;
Si callo, pierdo mi gusto;
Y si quiero hablar, los dos
Nos perdemos, pues quedamos,
Yo, Isabel, sin galardon,
Y tú con la fama en duda
Para con el vulgo atroz.
Pensar vencer á tu padre
Es vana imaginacion;
Hablar al Duque, locura;
No darle cuenta, traicion;
Sufrir á otro amante, infamia;
Estorbarlo, indiscrecion;
Aborrecerte, imposible;
Casarme con otra, error;
Y en efecto, verte ajena,
Mortal desesperacion
Para el alma. Mira ahora
Si hago bien en irme yo
A morirme de mi agravio,
Que es la enfermedad mayor
Para quien amando llega
A perder lo que adoró.

ISABEL. (*Ap.*)

De suerte he quedado (¡ay cielos!),
Que apenas puede la voz
En el pecho articularse;
Pero, aunque la pena (¡ay Dios!)
Me tiene fuera de mí,
Aquí importa mi valor
Para detener á Cárlos,
Porque es de mi corazon
La mitad; ¿la mitad dije?
Erré, la lengua mintió;
Que si fuera la mitad,
Con la media que quedó
Pudiera, aunque se ausentara
De mis ojos Cárlos hoy,
Tener como media vida;
Pero si tan suya soy,
Que vivir sin él no puedo,
Como el alba sin el sol,
No es Cárlos, no, la mitad,
Sino todo el corazon;
Que en el imperio del gusto,
Cuando el amor es amor,
Ni en la vida hay diferencia,
Ni en el alma hay division.

CÁRLOS.

¿Estás ya desengañada
De que no es, no, desamor
Irme, habiendo de perderte,
Sino muy cuerda eleccion
Para no ver...

ISABEL.

Bueno está;
Basta, Cárlos, que el blason
Con esos miedos desdoras
De tu heróico pundonor.
Cuando yo contra los hados
Y su vil conjuracion,
Soy monte, soy edificio,
Soy muralla y roca soy,
Que á las espumas del mar
Tantas veces rebatió,
¿Tú te rindes, tú te cansas,
Y como de azahar la flor,
Que es pastilla que se quema
En el brasero del sol,
Espiras al primer aire,
Mueres al primer ardor?
Yo te doy que el Duque quiera,
Como absoluto señor,
Darme esposo de su mano;
Que muestre su indignacion
Mi padre, como hasta aquí;
Que interponga su favor
Mi señora por el Conde;
Y en fin, que contra los dos
Todo el mundo se conjure;
Cuando llegue la ocasion
De casarme, di, ¿no es fuerza
Que diga primero yo
Que sí? Pues no tengas pena
Que lo diga, aunque el rigor
De una daga me lo mande,
Pues cuando en su ejecucion,
Forzada la voz, dijera
De sí por decir de no,
Colérica la verdad
Saliera de su prision,
Y dijera que mentia
Con los afectos, que son
Los modos que tiene el alma
Para desmentir la voz,
Cuando dice con la boca
Lo que niega el corazon.
Cárlos, ya estás empeñado,
Y tambien lo está mi amor;
Dejarme, es ingratitud,
Afligirme, compasion;
Volver atrás, cobardía,
Y no verme, sinrazon;
Que no nacieron de un parto
La voluntad y el temor.
No es constante quien no espera,
Mas quiso quien mas sufrió,
A un pesar sigue un placer,
Tras la noche sale el sol,
La fortuna es mercería,
La verdad siempre venció,
Su edad tiene la desdicha,
Todo el tiempo lo mudó,
Con amor no hay imposible
Ni ventura sin pasion;
Y en fin, para todo halla
Remedio quien le buscó;
Y cuando el remedio falte,
Y usen de todo rigor
Las estrellas, sabrá el mundo
Que pudo mi estimacion
Vivir sin gozarte, sí,
Pero sin quererte no;
Porque aquello es fortuna, y esto amor,
Y no está mi fortuna en mi eleccion.

Salen SERON y FLORA.

SERON.

Mi señor.

FLORA.

Rosaura.

SERON.

El Duque.

FLORA.

Tu padre y el de Puzol.

SERON.

Acabad, cuerpo de Cristo.

FLORA.

Presto; que llegan los dos.

ISABEL.

Pues adios; hasta despues.

CÁRLOS.

Mil años te guarde Dios.

ISABEL.

Cárlos, siempre he de ser tuya.

CÁRLOS.

Yo lo he de ser y lo soy.

ISABEL.

Amor, volved á animaros.

CÁRLOS.

Volved á vivir, amor.

(*Apártanse los dos.*)

Salen EL CONDE DE PUZOL, ROSAURA, EL DUQUE DE MILAN y LAURA.

CONDE.

Esto vuelvo á suplicar
A vuecelencia.

ROSAURA.

Yo haré
Cuanto pueda, ya que sé,
Por mi mal, lo que es amar.
(*Ap.* Pues despues que á Cárlos quiero,
Aunque lo callo y reprimo,
De cualquiera me lastimo
Que muere del mal que muero.)

DUQUE.

Buena Isabel ha venido.

ROSAURA.

Si algo vale mi favor,
El Conde la tiene amor;
Y así, á vuestra alteza pido
Premie su amor y asistencia,
Y á sus méritos tambien.

DUQUE.
¡Ay loco amor! Está bien;
Mas déjelo vuecelencia
Para mejor ocasion,
Y entonces podrá mandarme.
(*Ap.* Mucho ha sido reportarme.)

ROSAURA.
Yo cumplí mi obligacion.

CÁRLOS. (*Ap.*)
Y yo, pues morir me veo,
Si dentro de mí estuviera
El Duque, no respondiera
Mas conforme á mi deseo.

ISABEL. (*Ap.*)
Parece, segun responde
El Duque, que ha consultado
Mi deseo y mi cuidado.

CONDE.
Señor...

DUQUE.
Es cansaros, Conde.

CONDE.
¿Por qué, si el dármela á mí
Hoy en vuestra mano está?

DUQUE.
Porque nadie, Conde, da
Lo que quiere para sí.

CONDE.
Ya le entendí á vuestra alteza.
(*Ap.* ¡Ay de mí!)

DUQUE.
Pues sed discreto,
Y guardad, Conde, secreto,
O guardad vuestra cabeza.

CONDE. (*Ap.*)
Aquí dió fin mi aficion.

DUQUE.
(*Ap.* Mas vale hablar que morir;
Y pues que no puedo huir
De que sepan mi pasion,
De Cárlos me he de valer
Para que á Isabel la cuente
Lo que el alma sufre y siente.)
Vén, Cárlos, que es menester
Mas que nunca tu cuidado;
Salud los cielos os dén.

ROSAURA.
Y á vuestra alteza tambien.

DUQUE.
Esto es lo mas acertado.

CONDE.
Esclavo soy de tus piés.

DUQUE.
Di, amigo, y el mas amigo,
Pues quiero... Mas vén conmigo,
Y dirételo despues.
(*Vanse el Duque, el Conde y Cárlos.*)

ROSAURA.
Basta, Isabel, que su alteza,
Como dueño soberano,
Quiere darte de su mano
Esposo, que tu belleza
Merezca y tu entendimiento.

ISABEL.
Siempre el Duque, mi señor,
Hizo á mi casa favor;
Si bien, aunque callo, siento
Que quiera darme marido,
Porque á su gusto me ajusto
Sin mi eleccion y mi gusto.

ROSAURA.
Presumo que te he entendido.
¿Querias al Conde? Di
La verdad, que te hablo yo.

ISABEL.
Al Conde, Señora, no.

ROSAURA.
¿Y á otro sin el Conde?

ISABEL.
Sí.

ROSAURA.
Muy aprisa has respondido.

ISABEL.
Es que la pasion estaba,
Mientras no se declaraba,
A la puerta del sentido,
Como quien quiere salir
Y con la puerta no acierta;
Pero viendo que la puerta
La manda el amor abrir,
Apénas vió claridad,
Cuando, sin mirar su mengua,
Salió del pecho á la lengua,
Y te dijo la verdad.

ROSAURA.
¿Y él, dime, sabe tu amor?

ISABEL.
Claro está, pues puedo hablarle.

ROSAURA.
Dichosa tú, que fiarle
Puedes tu pena y dolor.
(*Ap.* Y triste de quien suspira
Tan sin premio en lo que emprende,
Que llama á quien no la entiende
Y busca á quien no la mira,
Porque sin remedio muera.)

ISABEL.
Si alguna melancolía,
Como nube en claro dia
Y como mancha en vidriera,
Eclipsa tu luz, advierte
Que es ofender mi amistad
El encubrir la verdad.

ROSAURA.
¡Ay Isabel! que es de muerte
La causa que así me olvida
De mi ser y de mi honor.

ISABEL.
Mayor será mi valor
Para ofrecerte la vida
Contra el fracaso ó el daño
Que te espera suceder.

ROSAURA.
(*Ap.* Ahora bien; yo soy mujer,
Y como tal, es engaño
Pensar que puedo callar
Estando de esta manera.)
Flora, Laura, idos afuera.
(*Vanse Flora y Laura.*)

ISABEL.
Ya se han ido; desahogar
Puedes el pecho conmigo,
Y de mi lealtad creer
Que haré cuanto pueda hacer.

ROSAURA. (*Ap.*)
Pues ¿qué dudo, que no digo,
Si he de aliviar mi tormento,
Lo que sufro y lo que lloro,
Lo que temo y lo que adoro,
Lo que callo y lo que siento?
Por ver si con ese ingrato
Hay modos, sin declararme,
Que le obliguen á mirarme.

ISABEL.
No te aflijas.

ROSAURA.
Pues un rato
Me escucha con atencion,
Puesto que flaqueza fué,
Y mi pena te diré
Con una comparacion.
¿Viste un águila valiente,
Que cenicienta de pluma
Y rizada como espuma
Desde la cola á la frente,
El cuello largo, el pié chico,
Mas por ira que por gala,
Derecho el corte del ala,
Y con el ramo del pico
Mira al sol desde su asiento
Con atencion tan devota,
Que parece que le agota
Cuando le bebe el aliento;
Y en medio de esta deidad,
De esta pompa, de este honor,
De esta luz y de este ardor,
Y en fin, de esta majestad,
Con que el nido de ladrillo
Hace que á planeta anhele?
¿No has visto tambien que suele
Ver pasar un pajarillo,
Y que sin dársela nada
Del planeta que la asiste,
Con el pajarillo embiste,
Y en acosarle empeñada
(Aunque es de las aves reina,
Y su altivez la reporta),
Con el pico el aire corta
Y con el ala le peina,
Hasta que al centro abatida
Por una presa tan vil,
La cuchilla de marfil
Esgrime contra su vida;
Y abriendo la boca oscura,
Se le come sin mascar,
Tan aprisa, que, á encontrar
En el estómago anchura,
Volar pudiera y vivir,
Pues tan vivo le tragó,
Que allá en el buche acabó
El pájaro de morir?
Pues así yo, que nací
Tan alentada, que puedo
Ponerme á mí misma miedo,
Si me imagino sin mí,
Cuando altiva y arrogante
Desde mi solio divino
Miraba al duque de Ursino,
Que es el que ha de ser mi amante,
Un hombre vi tan perfecto
(¡Ah, nunca le viera yo!),
Que el alma me arrebató
Tan á pesar del respeto,
Que dejé contra mi estado,
Y sin poder resistillo,
El sol por el pajarillo,
Como el águila en el prado;
Mas con una diferencia,
Que el águila le venció,
Mas yo no; pues antes yo
Quedé muerta en su presencia.
El águila fué mi amor,
El Duque el sol que dejé,
Y el pájaro Cárlos fué,
A quien rendí mi valor;
Mira si es causa (¡ay de mí!)
Para que muera, hasta tanto
Que diga mi pena el llanto,
O tú la digas por mí.

ISABEL.
Vuelve á decirme quién era
(*Ap.* ¡Ay amor! ay pena triste!)
El pajarillo que viste
Cuando volaste ligera.

ROSAURA.
Cárlos Esforcia.

ISABEL. (*Ap.*)
Esto es hecho.

ROSAURA.
¿No fué discreta eleccion?

ISABEL.

(*Ap.* Por enmedio el corazon
Se me ha quebrado en el pecho.)
Sí, pero muy desigual
Y muy ajena de tí.

ROSAURA.

Por eso digo que fuí
Como el águila real.

ISABEL.

En ella su arrojamiento
Fué ignorancia, y no desden.

ROSAURA.

En llegando á querer bien,
Nadie tiene entendimiento.

ISABEL.

Siempre le tiene el valor
Cuando se atiende y se escucha.

ROSAURA.

Tambien si la gala es mucha,
Tiene disculpa un error.

ISABEL.

Para galan, basta gala,
Pero no para marido.

ROSAURA.

Cárlos es tan bien nacido,
Que en sangre á mi sangre iguala.

ISABEL.

Sí, mas si el Duque te quiere,
Poco su sangre importó.

ROSAURA.

Cáseme á mi gusto yo,
Y venga lo que viniere.

ISABEL.

¿Cómo, estando de por medio
Quien lo puede resistir?

ROSAURA.

Yo no te vengo á pedir
Parecer, sino remedio;
Y así, supuesto, Isabel,
Que no es capaz de razon
Esta mi loca pasion,
Esta mi pena cruel,
Este mi ardiente deseo,
Este mi amante delito,
Este mi ciego apetito
Y este mi bárbaro empleo;
No me repliques á nada,
Porque para no lo hacer,
Tengo amor y soy mujer,
Y vengo determinada;
Que es decirte por buen modo
Que, en lugar de aconsejarme,
Trates solo de ayudarme,
Aunque se aventure todo.

ISABEL.

(*Ap.* ¡Hay fortuna mas cruel!)
Si eso en mi mano estuviera...

ROSAURA.

Sí estará.

ISABEL.

¿De qué manera,
Estando en su gusto de él?

ROSAURA.

Mira, yo le tengo amor,
Pero dársele á entender
Yo misma, fuera perder
El respeto á mi valor;
Y así...

ISABEL.

Tente, que ya sé
Que quieres (*Ap.* ¡Suerte enemiga!)
Que á Cárlos hable y le diga
Tu amor, tu pena y tu fe,
Y desde aquí te prometo
Con mucho gusto servir.
(*Ap.* Porque deseo morir;
Y para que tenga efecto,
Y muera sin hacer cama,
Es atajo que yo llegue,
Y al mismo que adoro ruegue
Que quiera bien á otra dama;
Porque es una peticion,
Que quien pediria concierta
Y al punto no se cae muerta,
No cumple su obligacion.)

ROSAURA.

Ya, segun eres discreta,
Mi ventura considero.

ISABEL. (*Ap.*)

Si he de morirme primero,
¿Qué importa que lo prometa?
Pero, cielos, si el sentido
Acaso no me ha faltado,
¿Cómo... (¡ay de mí!)

ROSAURA.

¿Qué te ha dado,
Que así el color has perdido?

ISABEL.

Nada, sino el ver que así
Tu opinion se amancilló.

ROSAURA.

Pues que no me aflijo yo,
No te dé cuidado á tí.

ISABEL.

(*Ap.* ¿Yo por otra (¡ay hado injusto!)
Á Cárlos he de rogar?)
No es posible...

ROSAURA.

¿Qué?

ISABEL.

Dejar
De hacer, Señora, tu gusto.

ROSAURA. (*Ap.*)

¡Qué ventura!

ISABEL. (*Ap.*)

¡Qué impiedad!

ROSAURA. (*Ap.*)

¡Qué dicha!

ISABEL. (*Ap.*)

¡Qué desaliento!

ROSAURA. (*Ap.*)

¡Qué esperanza!

ISABEL. (*Ap.*)

¡Qué tormento!

ROSAURA. (*Ap.*)

¡Qué fineza!

ISABEL. (*Ap.*)

¡Qué crueldad!

ROSAURA. (*Ap.*)

Hoy á vivir empecé.

ISABEL. (*Ap.*)

Hoy mi esperanza perdí.

ROSAURA. (*Ap.*)

Hoy el silencio rompí.

ISABEL. (*Ap.*)

Hoy la vida me quité.

ROSAURA.

Vamos, porque mi dolor
Sosiegue con tu cordura.

ISABEL. (*Ap.*)

Pues nacimos sin ventura,
Vamos á morir, amor.

(*Vanse.*)

Salen CÁRLOS *y* SERON.

CÁRLOS.

Si no hallares á Isabel,
Búscame á Flora siquiera,
Para que de mi desdicha
Lleve á su dueño las nuevas.

SERON.

Ni la una ni la otra
Es posible que parezcan;
Porque no he dejado en casa
Desvan, tejado, azotea,
Sala, cuarto, corredor,
Recibimiento, escalera,
Camarin, retrete, estrado,
Reja, aposento, gatera,
Patio, jardin, galería,
Sótano, alcoba, despensa,
Portal, cochera, guardilla,
Tránsito, esconce, tronera,
Estera, suelo, rincon,
Caballeriza y bodega,
Que no haya visto, y por Dios,
Que no puedo dar con ellas.
Solo me dijo endenantes,
Encontrándome una dueña...
Por señas, que era tan larga,
Tan difusa y tan extensa
De la cabeza á los piés,
Que si alguien se resolviera
Á caminarla, sería
Necesario que saliera
De los piés muy de mañana,
Como quien anda diez leguas,
Para llegar á la noche
Á cenar á la cabeza.

CÁRLOS.

¿Qué te dijo? Dilo aprisa;
Que no es ocasion aquesta
Para donaires, Seron.

SERON.

Que estaban con su excelencia,
Y que ya se despedia.

CÁRLOS.

¡Oh qué mal rato la espera,
Y qué de penas le aguardan,
Si la tengo de dar cuenta
De los intentos del Duque!

SERON.

En fin, ¿la quiere su alteza?

CÁRLOS.

No solamente la quiere,
Sino quiere que yo sea
Quien sus intentos la diga
Y sus penas la encarezca.

SERON.

Y tú, ¿qué dijiste á eso?

CÁRLOS.

Conociendo la extrañeza
De su natural esquivo
Y su condicion severa,
¿Qué le habia de decir?

SERON.

Tu amor decirle pudieras,
Confiado en su amistad.

CÁRLOS.

Fuera confianza necia;
Que un señor diera una espada,
Un caballo, una cadena,
Una joya, una pintura,
Y otras semejantes prendas;
Mas la dama no es posible,
Y mas queriendo de veras;
Que si Alejandro la dió,
Fué despues de gozar de ella;
Y así, no fue bizarría
Sino solo en la apariencia;
Que el dar ajada una flor
Y pisada una azucena,
Mas viene ser para un hombre
Comodidad que fineza.
El Duque me quiere bien,
Porque ve que en paz y en guerra

Le he servido, hasta ponerle,
Con la sangre de mis venas,
El cetro de oro en las manos
Y el laurel en la cabeza.
Pero temiendo su enojo
(Ya conocés mi modestia),
Soy cierto, no me atreví.

SERON.

Buen remedio, no lo seas;
Que aun Dios quiere que le pidan,
Con ser Dios, á boca llena.
No peques, Señor, de corto;
Habla claro, y escarmienta
En los dedos de las manos,
Pues todos al plato llegan,
Y con cuanto el hombre come
Se untan y se refriegan,
Y solo el dedo meñique,
Ni come jamás ni cena,
Por estar siempre encogido
Y subido en talanquera;
Que hasta un dedo ha menester
Perder tal vez la vergüenza
Para alcanzar, como todos,
Un bocado de la mesa.

CÁRLOS.

Basta; que siempre has de estar
De buen gusto, aunque me veas
Cercado de mil desdichas.

SERON.

Mira; desdichas ajenas
Nunca me dan pesadumbre;
Pero repara que es ella,
Si no yerro.

CÁRLOS.

No te engañas;
Ella es, y ya me pesa
De verla; que aunque la busco,
Como es para entretenerla,
Tengo á desdicha el hallarla;
Que es mi congoja tan nueva,
Que estando en verla mi vida,
Viene á pesarme de verla.

Sale ISABEL.

ISABEL. (*Ap.*)

¡Oh qué bien que se conoce
De Cárlos la adversa estrella,
Pues tan luego le he encontrado!
Que, á un triste luego le encuentra
Quien va á decirle un pesar
O á darle una mala nueva.

Asómase EL DUQUE *al paño.*

SERON.

El Duque.

DUQUE.

¿Cárlos?

CÁRLOS.

¿Señor?

DUQUE.

Quien bien ama mal sosiega;
Ahora vi que salia
Isabel por esa puerta.
Llega, y haz lo que te he dicho.

CÁRLOS.

La respuesta es mi obediencia.

DUQUE.

Pues en esta galería
Te aguardo con la respuesta.
Dios te guarde. (*Vase.*)

CÁRLOS.

Soy tu esclavo.
(*Ap.* ¡Habrá desdicha como esta!)

Asómase ROSAURA *al paño.*

ROSAURA.

¿Isabel?

ISABEL.

Señora mia,
¿Qué me manda vuecelencia?

ROSAURA.

Decirte cómo sin duda
El cielo mi dicha ordena,
Porque Cárlos está solo.
Ya me has entendido, llega,
Llega y háblale; advirtiendo
Que estriba en tu diligencia
Que tenga vida Rosaura.

ISABEL.

Por muchos años la tenga
(Aunque muera yo); y así,
Retírese á esotra pieza
Vuecelencia, y hablaréle.

ROSAURA.

Mira, ha de ser de manera
Que se logre mi deseo.

ISABEL.

Cuanto yo alcance y entienda
Le diré.

ROSAURA.

Pues eso basta,
Si le escucha; adios te queda. (*Vase.*)

CÁRLOS. (*Ap.*)

¡Que haya de llevar un hombre,
Que de ser quien es se precia,
Recados de otro galan
A la dama que festeja!

SERON.

Consuélense los maridos
Que á sus mujeres los llevan.

ISABEL. (*Ap.*)

Que una mujer de discurso
Y que profesa nobleza
(¡No sé cómo me lo diga!),
Al galan que la desea...
Pero no quiero decirlo,
Que si en fin, aunque no quiera,
He de decirlo despues
Cuando la ocasion se ofrezca,
Basta que despues lo diga,
Sin que ahora lo refiera,
Porque no es para dos veces
El repetir una afrenta.

CÁRLOS. (*Ap.*)

Pero si ha de ser, ¿qué dudo?

ISABEL.

(*Ap.* Pero ¿qué dudo si es fuerza?)
¿Cárlos?

CÁRLOS.

¿Isabel?

ISABEL.

¿Qué tienes,
Que los ojos de la tierra
Apenas apartas? Dilo,
Dilo, Cárlos, y no temas
Que haya cosa que me aflija;
Porque es tan grande la pena
Que tengo dentro del alma,
Que aunque otras ahora vengan,
Para haberlas de sentir,
Segun aquesta me aprieta,
O es fuerza que esperen mucho,
Como los que tarde llegan,
O que vivan de alimentos
Del sentimiento de aquesta.

CÁRLOS.

Pues digo que te he perdido;
Mira si hay pena que pueda
Igualar á esta desdicha.

ISABEL.

La mia, porque es la mesma,
Y tiene causa mayor.

CÁRLOS.

¿Mayor causa? ¡Ay Isabela!
¡Oh qué engañada que vives,
Puesto que culpa no tengas!
Y si no, cuéntame tú
La causa de tu tristeza,
Y yo te diré la mia,
Y verás la diferencia.

ISABEL.

Pues dígote que Rosaura
Quiere que su esposo seas,
Y que yo, que te idolatro,
Sea de los dos tercera;
Ya lo dije, Dios te guarde.

CÁRLOS.

Ya lo escuché; mas espera,
Y verás (¡ay dueño mio!)
Lo que vale, lo que pesa
Mas mi pena que la tuya.

ISABEL.

Pues ¿qué mayor puede haberla,
Si ella te quiere?

CÁRLOS.

¿Qué importa,
Si su hermano la concierta
Con el de Ursino casar,
Para que cese la guerra?
Y cuando aqueste embarazo
De por medio no estuviera,
Sus diligencias, en fin,
Fueran solo diligencias;
Mas no hay violencias injustas;
Que una mujer de sus prendas
No puede hacer mas que amar;
Pero si yo te dijera
Que Federico, que el duque
De Milan, cuya grandeza
Compite con el poder,
El poder con la soberbia,
La soberbia con el gusto
Y el gusto con la entereza,
Te adora, Isabel, y dice
Que, aunque el mundo se revuelva,
Te ha de gozar, ¿qué dirias
De una desdicha tan cierta?

ISABEL.

Que es mayor esta desdicha
(Ya mi valor no aprovecha),
Y que junta con esotra,
De suerte la vida anega,
De manera arrastra el alma
Y de modo me atraviesa
El pecho de parte á parte
(Porque estás en él me pesa),
Que cuando... Pero no puedo
Hablar ni mover la lengua;
Que la pena en la garganta,
Como si de esparto fuera,
Me está sirviendo de soga;
Y así, en tanto que me suelta,
Perdona, que estoy mortal;
En mis lágrimas deshecha,
De esta manera diré (*Saca un pañuelo.*)
Lo que de otra no pudiera.

CÁRLOS.

Hermosa Isabel, ya veo
Que es bastante la materia
Que he dado á tu corazon
Para cualquiera tragedia.
Pero, supuesto que el daño
Ni se alivia ni remedia
Con el dolor solamente,
Deja el sentimiento y deja
De martirizarte el alma.

ISABEL.

Si verme viva deseas,

Déjame, Cárlos, que llore,
Déjame, Cárlos, que sienta.

CÁRLOS.

¿Cómo, si asi te consumes?

ISABEL.

Si un hombre, Cárlos, enferma
Por abundancia de humor,
¿No es cierto que apenas llega
El médico que le cura,
Cuando á toda prisa ordena
Que de ambos brazos le sangren,
Que es la primer diligencia
Para que el daño de adentro
Le estorbe, saliendo fuera?
Pues así, viendo mi amor,
Que el alma toda está llena
De pesares y disgustos,
De imposibles y de ofensas,
De congojas y de agravios,
De celos y de tristezas,
Manda romper de los ojos
Las dos cristalinas venas,
Para que alivien del pecho
Las ansias que le atormentan;
Que las lágrimas de un triste
Son, si se repara en ellas,
Sangrías que hace el amor
Cuando toda el alma enferma.

CÁRLOS.

Pues ¿cómo, dime, hasta hoy,
Con ser tanta tu dolencia,
No te has dejado sangrar,
Y ahora la fortaleza
Rindes de tu heróico brio
Con tan declaradas muestras?

ISABEL.

Escúchame la razon.
De un hombre, Cárlos, se cuenta
Que, habiendo nacido mudo,
Sin que en veinte años pudiera
Formar el menor acento,
Ni pasaba de una letra;
Viendo matar una noche
A su padre en su presencia,
De repente habló; que fué
Tanta del dolor la fuerza,
Que, apoderado del alma,
Venció la naturaleza,
Y vino á hacer el dolor
Lo que no pudo hacer ella.
Así yo, que hasta este punto,
Gallarda, advertida y cuerda,
He sido muda, callando
Tantos suspiros y quejas,
Viendo que matan mi amor
Y que cae difunto en tierra,
A voces lloro su muerte
Y atropello mi prudencia;
Que cuando el dolor es tanto,
La misma naturaleza,
Para dejarse vencer,
Parece que da licencia.

CÁRLOS.

¿Muerto tu amor?

ISABEL.

Claro está,
Pues con trazas y cautelas
Rosaura, el Duque, mi padre,
Tu temor y mi impaciencia
Le están haciendo pedazos
Y quebrantando en dos piedras;
Y así, resuélvete, Cárlos,
Antes que yo me resuelva,
O á no verme, ó á llevarme
Donde libre el alma pueda
Decir que te quiero á voces.

CÁRLOS.

Luego ¿irás donde yo quiera?

ISABEL.

¿Eso me preguntas, Cárlos,
Conociendo mi firmeza?
Al cabo del mundo iré.

CÁRLOS.

Pues, Isabel, ya que llega
La desdicha á ser tan grande,
Que el Duque gozarte intenta,
Y á mí su hermana me quiere,
Antes que en entrambos crezca
La llama que los anima
Y el fuego que los alienta,
El mejor camino es irnos
A Francia ó á Inglaterra,
O á una villa de las mias,
Y entre tanto con inciertas
Esperanzas divertirlos;
Que aunque mal hecho parezca
En mi lealtad, con amor
No hay cosa, Isabel, mal hecha.

ISABEL.

Eso sí, Cárlos, el brio
De tu noble sangre muestra.

CÁRLOS.

Sin tí no quiero fortuna.

ISABEL.

Sin tí no quiero grandeza.

CÁRLOS.

Contigo nada me aflige.

ISABEL.

Contigo todo me alegra.

CÁRLOS.

Mi gusto es mi señorío.

ISABEL.

Y mi voluntad mi alteza.

CÁRLOS.

Pues adios, hasta despues.

ISABEL.

Vivas edades eternas.

CÁRLOS.

Como sea siendo tuyo.

ISABEL.

Y aunque de Rosaura seas.

CÁRLOS.

Máteme Dios, si tal fuere.

ISABEL.

Dios te guarde.

CÁRLOS.

Adios te queda.

SERON.

Gracias á Dios, que acabaron
De quebrarnos la cabeza.

(*Vanse.*)

JORNADA SEGUNDA.

Salen SERON Y FLORA.

FLORA.

Si va á decir la verdad,
Yo, Seron, vengo temblando.

SERON.

Yo y todo, aunque disimulo.

FLORA.

Si nos sienten en palacio,
Aquí llegó nuestra hora.

SERON.

Ya eso es hacer mucho agravio,
Flora, á quien está contigo;
Ten buen ánimo, que cuando
Suceda todo tan mal
Como lo has imaginado,
Por eso á tu lado viene
Un hombre, que es tan bizarro,
Tan colérico, tan loco,
Tan amante y alentado,
Que no hablará una palabra
Aunque le maten á palos
Y á tí te muelan á azotes;
Y así, no hay que dar cuidado,
Sino mostrar lindo brio.

FLORA.

Por cierto, gentil amparo.

SERON.

Esto ha sido hablar de chanza;
Que si á las veras llegamos,
Lo haré mejor que lo digo;
Pero, dejando esto á un lado,
Notable resolucion
Han tomado nuestros amos.

FLORA.

Segun las cosas están,
El medio mas acertado
Es huir el cuerpo á todo.

SERON.

De manera que casados
Amanecerán mañana
En el lugar mas cercano,
Saliendo de aquí esta noche.

FLORA.

Y si tú quisieras...

SERON.

Paso,
Basta, basta, quedo, tente,
Abrenuncio, guarda, Pablo;
Que no me quiero nupciar.

FLORA.

Eres necio, sobre falso.

SERON.

Ya sé que dice el refran:
«Si quieres un lindo rato,
Bebe frio; si una hora,
Come en tu casa temprano;
Si un buen dia, hazte la barba;
Si una semana, vé al baño;
Si un buen mes, mata un lechon;
Y si quieres un buen año,
Cásate con mujer limpia.»
Ya lo sé; mas no me hallo
Con ánimo de sufrir
Despues de esto mil enfados;
El ordinario de ver
Cada mes el ordinario,
Con cartas para la Holanda
Y billetes para el rastro.
Si no pare la mujer,
Dicen que ella es mari-macho,
O el marido es para poco.
Si le sucede al contrario.
¿Quién hay que sufra en el mundo,
Si no es jurando de santo,
De una preñada el antojo
O de una parida el asco?
Luego el haber de tragar,
Aunque no quiera, un muchacho,
Que es suyo porque lo dicen,
No porque esté averiguado;
Si llora, es hijo de padre
En lo sonoro del canto,
Aunque el niño llore en tiple
Y su padre en contrabajo.
Luego las impertinencias
De una ama, y andar comprando
Los dijes para Juanico,
Las mantillas y zapatos.
Luego el recordar de noche,
Diciendo muy asustado:
«Llama al ama, mece al niño,
Que se está haciendo pedazos.»
Luego ver entrar la moza
Con su esportillo en el brazo,
Pidiendo para carbon,

Y esto sin tener un cuarto,
Que es cosa para morirse
Solo en pensarlo un cristiano.
Y no saber, finalmente,
De cierto el mas confiado
Si es sombrero el que se pone
De lana sobre los cascos,
O caperuza de hueso,
Como el atril de san Márcos.
Y así, huyendo de uno y otro,
En lugar de estos trabajos,
Rondo, paseo, enamoro,
Galanteo, triunfo, gasto,
Bebo, como, calzo, visto,
Corro, brinco, salto y bailo,
Sin andar pidiendo al cielo,
Muy devoto y mojigato,
La gracia del enviudar,
Que es la gracia del casado.
Quam mihi et vobis nos dé
A cuantos juntos estamos;
Que yo sé que habrá muy pocos
Que le pidan lo contrario.

FLORA.

¿Y mi amor?

SERON.

¿Y mi cabeza?
Mas déjalo; que mi amo
Sale ya con tu señora.

Salen CÁRLOS É ISABEL.

ISABEL.

Yendo, Señor, á tu lado,
No hay cosa que me acobarde.

CÁRLOS.

¿Sacó Julio los caballos?

SERON.

Ya está aguardando con ellos
A la puerta de palacio.

CÁRLOS.

Pues alto, vamos de aquí.

ISABEL.

Mi vida pongo en tus manos;
Mas salga Flora primero,
Para que pueda avisarnos
De la novedad que hubiere.

SERON.

Lindo explorador llevamos.

CÁRLOS.

Bien has dicho.—Vé delante.

FLORA.

Pisad mas quedo y de espacio;
Que ya voy á abrir la puerta.
(*Llaman.*)
Mas ¡ay Dios!

CÁRLOS.

Flora, ¿llamaron?

FLORA.

Sí, Señor.

CÁRLOS.

Pues ¿á estas horas?

ISABEL.

No te dé, mi bien, cuidado;
Que algun recado será
De Rosaura; y así, en tanto
Que me informo, escóndete.
(*Llaman.*)

SERON.

De importancia es el recado,
Porque llaman muy aprisa.

ISABEL.

Ten paciencia por un rato.

CÁRLOS.

¡Ah Isabel, lo que me cuestas
De azares y sobresaltos! —
Entra, Seron.

SERON.

Solo ahora
(*Escóndense.*)
Quisiera serlo de esparto,
Para esconderme en mí mismo.

ISABEL.

¿Entráronse?

FLORA.

Ya se entraron.

ISABEL.

Pues abre ahora esa puerta.

FLORA.

Pues que tú lo mandas, abro.—
¿Quién es?

Sale EL DUQUE DE MILAN.

DUQUE.

Yo soy.

FLORA.

¡Señor mio!
(*Ap.* Mal lance habemos echado.)

ISABEL.

¿Cómo?

FLORA.

Es el Duque.

ISABEL. (*Ap.*)

¡Ay de mí!
Muerta soy, si ha visto á Cárlos.

FLORA.

No ha visto; que si eso fuera,
No entrara tan reportado.

ISABEL.

¿Señor?

DUQUE.

¿Isabel?

ISABEL.

Pues ¿cómo...
(*Ap.* Difunta estoy!)

DUQUE.

Sosegáos.

CÁRLOS. (*Ap.*)

Vive el cielo, que es el Duque.

FLORA.

Habla quedo.

SERON.

Aquesto es malo.

ISABEL.

Si vuestra alteza imagina
Que es el extrañarme tanto,
Desprecio ó poca atencion
A su persona, es engaño;
Honor es (*Ap.* ¡Ay Cárlos mio!),
Honor es, no desagrado;
Porque quien viere á estas horas
A vuestra alteza en mi cuarto
Podrá decir...

DUQUE.

No podrá.
Escucha, Isabel, un rato.
Yo te adoro, ya lo sabes,
Porque te lo dijo Cárlos,
Y te lo han dicho mis ojos,
Aunque lo has disimulado
Por tu honor, como tú dices,
O por tu desden bizarro;
Pero, viendo que contigo
Ruegos, finezas, regalos,
Rendimientos, persuasiones,
Quejas, lágrimas y llantos
No bastan, ni yo conmigo
Tampoco á olvidarte basto,
Me he resuelto... Pero aquí
Lo podrás ver mas de espacio;
Toma este papel y advierte,
(*Dale un papel.*)
Porque lo estimes en algo,
Que he sido yo quien le ha escrito,
Y tu honor quien le ha notado.

ISABEL.

Yo lo veré.

DUQUE.

Pues adios. (*Vase.*)

ISABEL.

Guárdete el cielo mil años.—
Cierra la puerta en saliendo.

CÁRLOS.

¿Puedo salir?

FLORA.

Ya he cerrado.

ISABEL.

Sí, Señor.

SERON.

Gracias á Dios.
(*Salen.*)

ISABEL.

Muerta estuve.

CÁRLOS.

Yo lo salgo.
Dame el papel.

ISABEL.

Vesle aquí,
Tómale y hazle pedazos.

CÁRLOS.

Eso no, porque en efecto,
Aunque es su dueño tirano
De tu gusto, es dueño mio,
Y este papel es un rasgo
Que substituye su nombre;
Y en los leales vasallos
Tiene tal fuerza la ley,
Y obliga la sangre á tanto,
Que basta sola la sombra
Del príncipe soberano
Para infundir reverencia
En medio de los agravios.
Y así, si como galan,
Celoso y enamorado,
Divido su blanca nema,
Como vasallo, en los labios
Pongo su firma, y le leo
Con el sombrero en la mano;
Dos renglones tiene solos.

ISABEL. (*Ap.*)

Ya los escucho temblando.

CÁRLOS.

(*Lee.*) «Mañana seré tu esposo.
»Dios te guarde muchos años.—
»*El Duque.*»

FLORA.

¡Grande palabra!

SERON.

Cogióla todos los pasos.

CÁRLOS.

Toma, Señora, el papel. (*Dáselo.*)

ISABEL.

Parece que te ha pesado.

CÁRLOS.

Quiérote bien, no te espantes.

ISABEL.

Antes por eso me espanto,
Pues conociendo mi amor
Y sabiendo...

CÁRLOS.

Isabel, paso;
Que ya son esos favores,
Como dicen, excusados.

ISABEL.

¿Por qué razon, Cárlos mio?

CÁRLOS.

(*Ap.* Llegó de mi vida el plazo.)
Escúchame la razon;

Solos, Isabel, estamos;
Llégate mas (¡ay de mí!),
Llégate mas, por si acaso
Es esta la vez postrera.
El Duque te quiere tanto,
Que su esposa quiere hacerte,
Y lo firma de su mano;
Cosa que nunca esperé
De su natural ingrato.
Yo te quiero bien, y tengo
Obligacion, como honrado,
A procurar tu fortuna,
Como en efecto lo hago.
(*Ap.* Si es con rigor de mi vida,
Tú verás el desengaño.)
Yo soy, aunque bien nacido
(Que esto no puedo negarlo),
Cárlos Esforcia no mas;
El Duque... pero es en vano
Pintarte la diferencia
Que hay de mi estado á su estado,
Siendo yo nada con él.
Isabel, hablemos claro:
Quiere al Duque, yo lo digo;
Quiere al Duque, que es gallardo,
Y digna aquesta fineza
De tu amor y tu agasajo.
Esto ha de ser, no te aflijas,
Yo me doy por bien pagado
Solo con saber que has hecho
Tu deber en este caso.
No hay cosa en tí como tú,
Y primero que mi daño,
Es tu provecho, Isabel,
Porque lo será de entrambos.
Mude tu amor á otra casa,
Que, por verle mejorado,
Todos lo tendrán á bien;
Mas vale el Duque que Cárlos.
Ocupe el Duque tu pecho,
Y á mí, como mal criado,
Échame de él con violencia,
Con desprecio y con enfado;
Que para haber de salir
Todo será necesario.
Y en fin, cásate con él,
Aunque, si en ello reparo,
Ya has dicho que sí, pues viendo
Que descubierto te hablo,
No me has mandado cubrir,
Como quien dice callando
Que ya es deuda este respeto;
Y así, obediente y postrado,
(*Arrodíllase.*)
Mudando estilo y lenguaje
(No me detengas los brazos),
A vuestra alteza la pido
Que me dé á besar la mano,
No como á galan ni amante,
Sino como á su vasallo;
Y con ella (¡ay Dios!), licencia
Para que, desesperado,
Me vaya á buscar la muerte.

ISABEL.

¡Basta, Señor; basta, Cárlos;
No me enternezcas el alma,
Basta lo que yo me paso.
Cúbrete y álzate ¡ay triste!
Y no me desprecies tanto,
Que juzgues que soy mujer,
En el modo y en el trato,
Como las demás mujeres;
Y para que asegurado
Quedes de aquesta verdad,
Mira ahora cómo rasgo (*Rásgale.*)
La letra y firma del Duque.

CÁRLOS.

¿Qué has hecho?

ISABEL.

Hacerle pedazos,
Para que veas que estimo
Mas un rincon á tu lado
Que todo el poder del mundo;
(*Llaman dentro.*)
Mas segunda vez llamaron.

CÁRLOS.

Este es el Duque, que vuelve.

FLORA.

Señora...

ISABEL.

Ya lo he escuchado.

CÁRLOS.

Pues mira: si estás resuelta
A ser mia, no hay atajo
Como que el Duque me vea.

ISABEL.

¿Qué importa, si malogramos
El intento de salir
Esta noche de palacio?

CÁRLOS.

Pues ¿qué he de hacer?

ISABEL.

Esconderte.

CÁRLOS.

Es ofender mi bizarro
Corazon.

ISABEL.

Esposo mio,
Si aqueste favor no alcanzo
De tí, mira que me pierdes.
(*Llaman.*)

FLORA.

Aprisa; que están llamando.

SERON.

Señor, que te echas á puertas.

ISABEL.

¿Qué dices?

CÁRLOS.

Que ya lo hago,
Aunque me lo riña el brio
De mi espíritu alentado.

ISABEL.

No hayas miedo que responda
Cosa, Señor, en tu daño.—
Abre, Flora.

SERON.

Pues chiton,
Y estemos como unos santos.
(*Escóndense.*)

Sale EL DUQUE.

ISABEL.

¿Duque, mi señor?

DUQUE.

¿Esposa?

ISABEL. (*Ap.*)

Eso no, viviendo Cárlos.

DUQUE.

El papel era tan breve,
Que por eso me he animado
A volver por la respuesta.

ISABEL.

Yo le he visto muy de espacio;
Y aunque conozco, Señor,
Lo mucho que en esto gano,
Os ruego que lo mireis
Menos desapasionado,
Porque despues con el tiempo...

DUQUE.

Ya lo tengo bien mirado.

ISABEL.

Pues dame, Señor, licencia,
Ya que honrarme quereis tanto,
Para dar cuenta á mi padre.

DUQUE.

Sí, pero dame una mano
En tanto que se la das.

ISABEL. (*Ap.*)

¡Hay lance mas apretado!

DUQUE.

¿Qué dices?

ISABEL. (*Ap.*)

Sin alma estoy.

CÁRLOS. (*Ap.*)

¡Qué esto sufra un hombre honrado!

ISABEL.

Que hasta ahora no soy vuestra,
Y no es bien desazonaros
Con mi liviandad el gusto,
Que os espera mas barato;
Porque muchos hombres hay
Que despues de estar casados,
Les pesa de haber tenido
Favores adelantados;
Porque imaginan celosos,
Y presumen temerarios,
Que quien antes de casarse
Aventuró su recato,
Despues de casada, puede
Hacer tambien otro tanto.

DUQUE.

Sabiendo que es gusto mio,
Regatear una mano,
Mas que valor, es melindre,
Mas que decoro, es agravio;
Y así, la fuerza...

ISABEL.

Detente.
(*Ap.* Descolorido está Cárlos.)

SERON.

¿Salir quieres? ¿Estás loco?

CÁRLOS.

Cuanto he podido he callado;
Pero ya no puedo mas.

ISABEL.

Señor...

DUQUE.

Defiéndeste en vano;
Que esto ha de ser, vive Dios,
Ya que en esto me he empeñado.

Salen CÁRLOS *y* SERON.

CÁRLOS.

Si no me matas primero,
Por imposible lo hallo.

ISABEL.

¿Qué has hecho?

CÁRLOS.

Lo que he debido.

DUQUE.

Pues ¿cómo es esto? Villano,
¿Qué haces aquí?

ISABEL.

Cárlos, tente.—
Y tú, señor soberano,
Escucha en breves razones.

SERON.

Aquí nos cuelgan á entrambos.

CÁRLOS.

Cumpla yo mi obligacion,
Y hágame despues pedazos.

DUQUE.

Por saber mejor tu culpa,
Te doy de vida este rato.

ISABEL.

De Cárlos ya conoces la ascendencia,
De mi sangre ya miras la arrogancia,
De ambas casas ya ves la competencia,
Y de tu ser al nuestro la distancia;

De todo tienes ciencia y experiencia,
Solo ignoras mi amor y su constancia,
Solo tu pena sabes y mi olvido;
Pues sabe ahora lo que no has sabido.
Yace en el Apenino hermoso un prado,
Tan vestido de murta y espadaña, [do
Que mas de algun arroyo ha murmura-
Que se quiere casar con la montaña;
Pasa un rio por él, no sin cuidado, [ña,
Porque como es galan y está en campa-
Parezca en él aquel cristal deshecho,
Tahalí de plata que le cruza el pecho.
Aquí llegué á cazar, y el primer tiro
Apenas con la vista concertaba,
¡Ay Dios! cuando á mi lado un oso miro,
Que un olmo con los brazos desgajaba,
Y que viendo mi pena en mi retiro,
El olmo deja que trinchando estaba,
Como quien dice, hambriento y deno-
[dado:
«Mejor árbol es este que el pasado.»
Llegó entonces acaso al mismo puesto
Cárlos Esforcia, y viéndome difunta,
La espada arroja y á morir dispuesto,
Abre los brazos y con él se junta;
Y sacando la daga tan de presto,
Por entre el pecho le asomó la punta,
Que la congoja de morir postrera
Aun no le dió lugar que la sintiera. [to
¿Viste un verde boton que medio abier-
Se abriga con la noche en su vestido,
Y el capillo de nácar descubierto
Queda entre macilento y encogido,
Y que en saliendo el sol, ya menos muer-
La copa de clavel tiende atrevido, [to,
Y asomando las perlas al cogollo,
Despierta rosa y se acostó pimpollo?
Pues así mi hermosura, así mi vida,
Puesto que altiva, valerosa y fuerte,
Quedó, si no postrada, suspendida,
Como que no era vida ni era muerte;
Mas llegando la fama esclarecida
De Cárlos, y trocándose la suerte,
Como encontré en el alma sus amores,
Volví á vivir con nuevos resplandores.
Desde entonces Señor, desde aquel
[dia,
Aquel ser que me dió volví á entregalle;
Pero, si á su valor se lo debia,
Mas fué restituirle que no dalle;
Y así, viendo que el alma no era mia,
De bien á bien se la ofrecí á su talle,
Porque poco importara el defendella,
Si me pudiera ejecutar por ella. [mio!
En este tiempo, ¡oh Duque, oh señor
De tu amor me dijeron el estado,
Y yo, por mas respeto que desvío,
No di lugar alguno á tu cuidado;
Porque si mi galan en mi albedrío
Era ley que tuviese mejor lado,
No quise aventurarte á que estuvieses
Donde menos que duque merecieses.
Cuando llegaste tú, ya el alma estaba
(Puesto que nuestra sangre lo impedia)
Con Cárlos divertida, ya le amaba,
Y como al mismo cielo le queria;
Y así, si quieres que á diversa aljaba
Rinda la libertad, que ya no es mia,
Sácame, sí, del alma esta centella,
Y admitiré tu amor en lugar de ella;
Y aun no sé si podré, pues de la suerte
Que si una estampa en la pared fijada,
Quitarla quieren con violencia fuerte,
Rompida quedará, no despegada; [te
Así aunque quieras con su misma muer-
Arrancar esta estampa idolatrada,
Se han de quedar á fuerza de tus brazos
Al corazon asidos mil pedazos.
Y así, disculpa, anima, galardona,
Sigue, maltrata, descompon, enciende,
Acredita, concede, premia, abona,
Hiere, castiga, atemoriza, ofende,
Suple, permite, véncete, perdona,
Busca, anhela, consigue, mata, prende,
Porque, que ya llore ó ria, viva ó muera,
Siempre hallarás mi amor de una ma-
[nera.

CÁRLOS. (*Ap.*)

¡Valiente resolucion!

DUQUE. (*Ap.*)

Solamente mi cuidado
Compite con su traicion.

SERON.

Si has de morir arrastrado,
Ya traes contigo el seron.

FLORA.

No sé, Señora, si has hecho
Bien en declarar tu pecho
Con tan libre desengaño.

ISABEL.

Tal estoy, que ni en mi daño
Reparo, ni en mi provecho.

DUQUE.

¿Quién duda que has de entender,
Siendo la ocasion tan fuerte
En que á Cárlos llego á ver,
Que entre mi enojo y su muerte
Diferencia no ha de haber?
Pues no, no ha de ser así,
Porque si lo mato aquí
En venganza de su olvido,
Logra el gusto que ha tenido
De verse morir por tí.
Porque quien tan cauteloso,
Como amante se escondió,
Y salió como tu esposo,
Dicho se está que salió
De su muerte deseoso;
Y quiero yo que se vea
Que le aborrezco en mi idea
Con odio tan singular,
Que no le quiero matar,
Porque sé que lo desea.
Pero, porque no es razon
Que queden sin castigar
Tu desden y tu traicion,
De los dos he de tomar
A un tiempo satisfaccion.
De tí solo con quererte,
Con visitarte, con verte,
A tu pesar; — y de tí
Con que vivas, porque así
Tú propio te dés la muerte;
Porque, siendo ella mujer,
Y sabiendo que la veo,
Es fuerza que has de temer
Que la obligue mi deseo
O la venza mi poder.
Y solo este pensamiento,
Aunque sea fingimiento
De una esperanza perdida,
Basta á quitarte la vida,
Si tienes entendimiento.
Y así, véte libremente,—
Y tú tambien te retira
Antes que otra cosa intente.

CÁRLOS.

Considera...

ISABEL.

Advierte...

CÁRLOS.

Mira...

DUQUE.

¿No te has ido?

SERON.

¡Qué impaciente!

ISABEL.

Ya te dejo.

CÁRLOS.

Ya me voy.

DUQUE. (*Ap.*)

De celos rabiando estoy.

ISABEL.

Por la otra puerta saldré;
Aguárdame allá.

CÁRLOS.

Sí haré.

ISABEL.

Dios te guarde.

CÁRLOS.

Tuyo soy.

(*Vanse todos, menos el Duque y Seron.*)

SERON.

Eso sí, vamos de aquí.

DUQUE.

¿Hola, Seron?

SERON. (*Ap.*)

¡Ay de mí!
Mas conmigo no hablará;
Que otros Serones habrá.

DUQUE.

¿Hola?

SERON.

¿Es á mí?

DUQUE.

Seron, sí.

SERON.

Con esto ha echado ya el sello
Mi desdicha.

DUQUE. (*Ap.*)

De este modo
Será mas fácil sabello.

SERON.

¿Mas que yo lo pago todo,
Sin comello ni bebello?

DUQUE.

¿Ha entrado, di, aquí otra vez
Cárlos? Mira que soy juez,
Di la verdad; ó el acero
O el potro...

SERON. (*Ap.*)

¡Jesus! yo muero
Hoy como esclavo de Fez.

DUQUE.

¿Qué dices?

SERON.

Que es excusado
Aquí lo uno y lo otro;
Porque, aunque soy muy honrado,
¿Para qué es menester potro,
Sabiendo que soy criado?
Mas tu hermana...

DUQUE.

Calla ahora.

Sale ROSAURA.

ROSAURA.

¿Señor?

DUQUE.

¿Hermana y señora?

ROSAURA.

Laura ahora me contó
Que entrar en mi cuarto os vió,
Y como extrañé la hora,
Vine á saber si á tu alteza
En algo puedo servir.

DUQUE.

Cuando es tanta mi tristeza,
Solo dejarme morir
Será la mayor fineza.
Mas, porque, siendo mi hermana,
Es forzoso desear
Saber mi pena inhumana,
La diré, sin aguardar
A que la sepas mañana.
Yo vi á Isabel y la amé,

Y de Cárlos me fié,
Porque mi amor la dijera,
Y su amante Cárlos era,
Contra mi amor y mi fe.
Halléle ahora escondido,
Y ella muerta y él corrido,
Me dijeron la verdad;
Mira con qué brevedad
Mi pena te he referido.

ROSAURA.

(*Ap.* Tal estoy, que apenas sé
Si lo que he escuchado es cierto;
Mas no, que pues lo escuché,
Y la pena no me ha muerto,
Engaño sin duda fué;
Porque, á ser de otra manera,
Desaire del alma fuera
Si á imaginarlo llegara,
Que á vivir se acomodara
Y á creerlo se opusiera.)
Siendo tal la enemistad
De ambos linajes, confieso
Que me hace dificultad.

DUQUE.

A mí tambien, y por eso
Dudé de su voluntad.
Mas si, despues de engañarme,
Él traidor y ella cruel,
Para mas atormentarme,
Lo confiesan ella y él,
¿Qué duda puede quedarme?

ROSAURA.

¿De suerte que cierto fué?

DUQUE.

Como yo tu hermano soy.

ROSAURA. (*Ap.*)

Pues ¿cómo vivo y lo sé?
Mas no vivo, muerta estoy,
Aunque hablando ahora esté;
Que, como el alma es su centro,
Salió el dolor al encuentro,
Hablando perdió el sentido;
Que hay muertes que no hacen ruido,
Porque matan hácia dentro.
¡Perdida estoy!

DUQUE.

¡Oh qué bien
Se ha conocido el amor
Que me tienes, pues tan bien
Sientes, como yo, el dolor
De este mi perdido bien!

ROSAURA.

Es, hermano, de manera,
Que, si yo tu amor tuviera,
Y estuviera como estás,
Ni pudiera sentir mas
Ni ofenderme mas pudiera;
Y así, lo que se ha de hacer
Para estorbar tanto daño
(Si el consejo de mujer
Contra un cierto desengaño
De provecho puede ser),
Es, que yo de aquí adelante
Sea guarda vigilante
De Isabel (¡ah ingrata fiera!),
Porque no pueda, aunque quiera,
Hablar con su loco amante.
Y tú, con otra ocasion,
Como dueño poderoso,
Hagas poner en prision
A Cárlos, por alevoso
Y de ingrato corazon;
Que si ella por él te olvida,
Ingrata, necia y cruel,
Soberbia y desconocida,
No se ha de casar con él
O la he de quitar la vida.

DUQUE.

Parece que te has vestido
De mi afecto en mi fortuna,
Segun lo que lo has sentido.

ROSAURA.

Cuando la sangre es tan una,
Siempre la pena lo ha sido;
Y es esto tanta verdad
En mi amor y mi lealtad,
Que pienso, viven los cielos,
Que tengo los mismos celos
Que tiene tu voluntad.
Y así, vamos y confia
De la diligencia mia
Cualquiera feliz suceso,
Como Cárlos esté preso
Antes que amanezca el dia.

DUQUE.

Si eso importa, antes de una hora
Su prision has de saber,
Como su intencion traidora.

ROSAURA.

Pues haz cuenta que á nacer
Vuelve tu esperanza ahora.

DUQUE.

La vida te deberé.

ROSAURA. (*Ap.*)

Mi propio negocio haré.

DUQUE.

Yo vengaré mi desprecio.

ROSAURA. (*Ap.*)

Y yo de un amante necio
El desden castigaré.

DUQUE.

Ya no vale la cordura.

ROSAURA.

Ya no aprovecha el valor.

DUQUE.

Ya el sufrimiento es locura.

ROSAURA.

Ya es descrédito el temor.

DUQUE.

Ya ofende la compostura.

ROSAURA.

El amor no sufre agravio.

DUQUE.

Con celos no hay hombre sábio.

ROSAURA.

Ni con ofensa hay amigo.

DUQUE.

Pues ¿cómo con su castigo
El alma no desagravio? —
Vén, infame, y me dirás (*A Seron.*)
Lo demás.

SERON.

Terrible estás.

DUQUE.

No gozará Cárlos de ella.

ROSAURA.

Mil pedazos he de hacella,
O no le ha de ver jamás.
(*Vanse.*)

Salen ISABEL, CÁRLOS Y FLORA, *de camino.*

CÁRLOS.

Ya no hay, mi bien, qué temer,
Pues libres del Duque vamos,
Y desposados estamos.

ISABEL.

Gran ventura fué poder
Salir tan secretamente,
Y ser tan corta esta aldea,
Que apenas hay quien nos vea,
Porque apenas tiene gente.

CÁRLOS.

Solo falta que Seron
Acabe ya de venir
Para podernos partir;
Y así, con toda atencion
Mira, Flora, si ha venido,
Y vamos luego de aquí.

FLORA.

Para servirte nací. (*Vase.*)

CÁRLOS.

Y entre tanto divertido
Con tu hermosura estaré,
Pintando mi grande amor.

ISABEL.

¿Es muy grande?

CÁRLOS.

Es el mayor
Que puede ser.

ISABEL.

No lo sé.

CÁRLOS.

¿Por qué, si, como á porfía,
Va creciendo á cada instante?

ISABEL.

Porque está mi amor delante.

CÁRLOS.

Pues oye, por vida mia,
Y verás que por mi parte
Mi amor se lleva la palma.

ISABEL.

Si me tienes toda el alma,
Claro está que he de escucharte.

CÁRLOS.

Es tan grande, Isabel, el amor mio,
Que contigo compite solamente,
Y aun él, si se imagina diferente,
Parece que es mayor que su albedrío;
Pensar que ha de crecer, es desvarío,
Porque ha llegado á estar tan eminente,
Que aun no le basta el pecho á lo que siente,
Y paga muchas penas de vacío.
En efecto, es el alma de mi vida,
Porque mi vida de su amor se infiere,
Cual vida de su aliento procedida;
Y así, supuesto qué si olvida muere,
Y que el alma de sí nunca se olvida,
Nunca podrá morir, pues siempre quiere.

ISABEL.

Harto encarecido queda;
Mas oye mi pensamiento;
Podrá ser, si estás atento,
Que satisfacerte pueda.
Si contigo mi amor no ha competido,
Será porque contigo es tan discreto
Y se sabe guardar tanto respeto,
Que aun no se quiere ver de sí vencido.
No puede ser mayor de lo que ha sido;
Pero puede en su sér, ser tan perfecto,
Que crezca en el valor, no en el efecto,
Si no mas dilatado, mas sentido.
Alma es mi amor, mas no de vida humana,
Sino de otra inmortal; porque si es cierta
La muerte de la vida mas lozana,
Cierra, muriendo, á nuestro amor la puerta;
Y yo estoy con el mio tan ufana,
Que aun le quiero tener despues de muerta.

CÁRLOS.

Yo me rindo desde aquí,
Si no, Isabel, á tu amor,
A tu ingenio superior.
Pero ¿qué ruido hay allí?

Salen SERON Y FLORA.

FLORA.

Ya, Señor, llegó...

SERON.

Detente

Pues, porque vengo mortal.

CÁRLOS.

¿Qué hay de nuevo?

SERON.

Mucho mal:
Mas óyeme atentamente,
Y sabrás lo que ha pasado
Despues que de allá saliste.

CÁRLOS.

Dilo aprisa, no estés triste.

ISABEL.

El corazon se me ha helado.

SERON.

Apenas con el Duque me dejaste,
Y por la puerta del jardin bajaste,
Cuando Rosaura, del suceso ajena,
Vino á saber la causa de su pena;
A quien el Duque, casi descompuesto,
Hizo de todo relacion tan presto,
Que veria y repetir los accidentes
Pudieron ser dos cosas diferentes;
Pero no pudo ser que se supiera
Cuál de las dos en él fué la primera.
Quedó Rosaura... Pero no habrá pluma,
Por mucho que presuma
De atenta y delicada,
Que pinte la pasion disimulada
Con que calló y sufrió su afecto interno.
¿No habeis visto un arroyo en el invier- [no,
Que siendo por defuera armiño helado,
Cristal macizo y algodon cuajado,
Es por de dentro espejo derretido
Y va corriendo con secreto ruido,
Cual tiorba de plata fugitiva,
Sirviéndole el aljófar que está arriba
(Para que no le saquen por el rastro)
De pabellon ó toldo de alabastro?
Pues de este mismo modo, aunque el [semblante
Severo estaba, rígido y constante,
Suspension afectando entre la risa,
Por de dentro corria tan aprisa
El dolor á escondidas de la cara,
Que si con atenciones se repara,
Por encima del velo de azucenas
Se le pudieran escuchar las penas.
Mas desmintiendo su dolor tirano,
Con que era el sentimiento por su her- [mano,
Le aconsejó que al punto te prendiese,
Que de Isabel, para que no te viese,
Ella seria guarda cuidadosa;
Invencion en efecto de celosa;
Y así, sin remitirlo á la mañana
(Que es impaciente la pasion humana),
Os fueron á buscar, y yo con ellos,
Deseosos de asir por los cabellos
La ocasion de tomar venganza fiera
Del amor que en entrambos reverbera.
Pero, en llegando á ver que no os halla- [ban,
Y que, segun las señas que se daban,
Vuestra huida era cierta, fueron tales
Sus impaciencias y ansias desiguales,
Así en la desazon como el denuedo,
Que aun ellos mismos se tuvieron mie- [do;
Mirad qué haria yo, que los oia
Y que mi parte en la traicion tenia.
Como toro vencido en la pelea
Del que con más ventura galantea
La vaca hermosa á quien rindió la vida,
Que con la mano hendida,
Escribiendo sus celos en la arena
(Socorrido papel para una pena),
Se presenta en el prado,
Corto de piés, de manos apartado,
De las orejas erizado el vello,
Encarrujada la cerviz del cuello,
Negra la tez, la frente alborotada,
Y traviesa la cola dilatada,
Que tal vez barre de las flores bellas
El humor que sudaron las estrellas;
Y mientras satisface sus enojos,
Los párpados cerrando de los ojos
Y embistiendo á los troncos impaciente,
La media luna esgrime de la frente
Hasta que rinde el cuello á tierra poca,
Rumiando la venganza entre la boca;
Así el Duque quedó (ya le conoces),
Diciendo casi á voces: [bos,
«Cárlos traidor, que mi paciencia prue-
Mátalo todo, pues el bien me llevas.»
Rosaura entonces ya desatinando,
Y al descuido arrojando
Del alma mil piadosos pensamientos,
Que salian á título de alientos
Y de respiraciones mesuradas,
Que pesadumbres eran confirmadas,
Tales cosas le dijo, que, irritado,
Juró desesperado,
No sin duros asombros, [bros,
Que el cuello ha de quitarte de los hom-
Sin mas informacion que su sospecha,
Por la traicion en el palacio hecha,
Despachando por partes diferentes
Ministros para el caso confidentes,
Y prometiendo á quien te diere preso,
Favores y mercedes con exceso.
Esto es, Señor, lo que en la corte pasa,
Y lo que me dijeron en tu casa
Que te dijese, habiéndome escapado
Del Duque, que, en sus celos ocupado,
Me dió lugar para poder venirme,
Y de sus fuertes garras desasirme.
Ahora tú consulta con tu pecho,
Supuesto lo que has hecho,
Lo que has de hacer, y elija tu albedrío,
Pues que conoces el afecto mio,
Que en buen ó mal suceso,
Rico, pobre, cautivo, libre ó preso,
En aire, en mar ó en tierra,
En campo, villa ó corte, en paz ó guerra,
Has de hallarme á tu lado; [rado,
Porque, aunque soy plebeyo, soy hon-
Y en llegando á saber lo que hacer quie- [res,
Quiérote bien, y haré lo que quisieres.

ISABEL.

Tal he quedado, Cárlos de mi vida,
Que el alma apenas de dolor vencida,
Animo tiene (yo te lo confieso)
Para buscar remedio en tal suceso.

CÁRLOS.

Ya el remedio, Isabel, está buscado,
Pues nací por mi mal tan desdichado.

ISABEL.

¿Y cuál es?

CÁRLOS.

El postrero;
Esperaré que venga el mundo entero,
Y con honrado brío,
Como causado del aliento mio,
Morir matando, pues mi esposa eres.

ISABEL.

¡Ah Señor, y qué poco que me quieres,
Pues así malbaratas una vida
Que está en dos corazones dividida!

CÁRLOS.

[derme?
Pues ¿qué he de hacer, si llegan á pren-
¿Quieres que muera, di, sin defender-

ISABEL.

[me?
No, Cárlos; pero puedes excusarte [te.
De que á prenderte lleguen ó alcanzar-

CÁRLOS.

¿De qué manera?

ISABEL.

Escucha
(Mi turbacion con mi peligro lucha):
Yendo contigo yo, no puedes...

CÁRLOS.

Tente;
Que si vas á decirme que me ausente
Y te deje, es afrenta
Para mi amor heróico tan violenta,
Que primero, atrevido, loco y ciego,
Por las bocas de fuego,
Por las picas, espadas y alabardas,
De que amante me guardas, [cia,
Me entraré, vive el cielo, en tu presen-
Que permitir tan bárbara inclemencia
A mi valiente pecho.

ISABEL.

¿Y de qué fruto, di, de qué provecho
Será que yo te vea entre mis brazos,
Hecho, Señor, pedazos,
Y que, si no el acero, el dolor mismo,
Al mirar tu postrero parasismo,
El corazon me pase [se?
Porque una muerte nuestras almas ca-
Que ver morir lo que se está adorando,
Y no morir su aliento acompañando,
Si no es descortesía de la vida,
Es una flojedad introducida [mueren
De las que no se acuerdan que ellas
[ren.
Cuando la muerte ven de lo que quie-

CÁRLOS.

[ga
Pues ¿he de consentir que el mundo di-
Que por librarme yo (¡suerte enemiga!)
En peligro te dejé?

ISABEL.

Pues ¿qué importa,
Si la espada del Duque en mí no corta?
A tí te busca el Duque con intento
De quitarte la vida, tan sangriento,
Que es lo mismo prenderte que matarte;
Nas no, Cárlos, á mí; que en esta parte
Yo no tengo peligro de importancia;
Y así, véte tú á Francia,
Desde donde podrás, con tus parientes,
Amigos y señores confidentes,
La gracia negociar del Duque ingrato,
Que, de su misma cólera retrato,
Tu destruccion desea;
Que yo en aquesta aldea
Me quedaré hasta tanto
Que mis ansias, mis penas y mi llanto
Enternezcan del cielo los rigores,
Y se logren tan cándidos amores.

(*Echase á sus piés.*)

[ojos!)
Esto has de hacer (¡ay Cárlos de mis
Si quieres estorbar tantos enojos,
Por vida de mi vida, si merece
Estimacion quien á tus piés la ofrece,
Por ir siempre contigo.
Cárlos, mi bien, esposo de mi vida,
Hazme este bien, ú de tus piés asida,
No me he de levantar menos que muer-
¿Qué dices Cárlos? [ta.

CÁRLOS.

Que mi muerte es cierta.

ISABEL.

Pues tambien lo será de quien te adora.
¿No te vas?

CÁRLOS.

Sí, Señora;
Levántate, Isabel (¡oh triste empleo!).

ISABEL.

Ahora sí que tus finezas creo.—
Seron, trae el caballo,—y sube aprisa,

(*Vase Seron.*)

Porque la brevedad es tan precisa
Como el dolor. Adios.

CÁRLOS.

Dame los brazos.

ISABEL.

El pecho se me está haciendo pedazos.

CÁRLOS.

¡Ay glorias aun no vistas y pasadas!

ISABEL.

«¡Ay dulces prendas por mi mal halladas!»

CÁRLOS.

¡Oh, quién encareciera en tal partida!

ISABEL.

No me encarezcas nada, por tu vida,
Si no quieres... Mas mira que ha venido
Seron.

Sale SERON.

SERON.

Ya está el caballo prevenido.

ISABEL.

A Dios (¡ay Cárlos mio!), que te guarde,
Y mira... Pero véte, que es muy tarde,
Y no reviento por hartarme (¡ay cielos!)
De sentir y llorar mis desconsuelos.

CÁRLOS.

A Dios, Isabel mia,
Que me vuelva á tu dulce compañía.

ISABEL.

Esto es morir, viviendo en la apariencia.

CÁRLOS.

No hay mas muerte en la vida que la ausencia.

ISABEL.

Sin mirarle me voy, por no volverme.

CÁRLOS.

Sin hablarla me voy, por no perderme.

FLORA.

Sin oirte me voy, por no escucharte.

SERON.

Sin mirarte me voy, por no mirarte.

JORNADA TERCERA.

Salen TODAS LAS CRIADAS, *y detrás* ROSAURA *con* ISABEL, *y retíranse* LAS DEMÁS.

ROSAURA.

En fin, ¿que ni sabes de él,
Ni aquella noche le viste,
Ni la puerta falsa abriste,
Ni te saliste con él?

ISABEL.

No, Señora.

ROSAURA.

Pues, cruel,
¿Cómo saliste y faltó?

ISABEL.

Como él entonces temió
Lo que yo, visto el suceso;
Mas no se colige de eso
Que con él me fuese yo.

ROSAURA.

Ahora bien, ya tú estás presa,
Y supuesto que lo estás,
Y que, en fin, es por demás
Salir bien de aquesta empresa,
Lo que pasa me confiesa,
Pues puede ser, aunque ahora
El alma á Cárlos adora,
Que le olvide, conociendo
Que á mi honor y al tuyo ofendo.

ISABEL.

Pues si eso ha de ser, Señora,
En breves razones digo
Que Cárlos me vió y le vi,
Que yo sus pasos seguí,
Que él se desposó conmigo,
Que, temiendo su castigo,
A mis ruegos se ausentó,
Que mi padre le buscó,
Que el Duque á prenderme fué,
Que al principio lo excusé,
Que en efecto me prendió,
Que vine sin alma aquí,
Que tengo ausente la vida,
Que es el Duque mi homicida,
Que lloro lo que perdí,
Que siempre soy lo que fuí
Y lo que siempre he de ser;
Esto es lo mas que saber
De mi voluntad podrás.

ROSAURA.

Y con eso sabré mas
De lo que era menester.
En fin, ¿es cierto (¡ah traidora!)
Que al momento que faltó,
Contigo se desposó?
(*Ap.* ¡Mortal estoy!)

ISABEL.

Sí, Señora.

ROSAURA.

¿Imaginarás tú ahora
Que con eso que te oí
He mejorado?

ISABEL.

Es así.

ROSAURA.

¿Es así? Pues es error,
Porque estoy mucho peor
De lo que he estado hasta aquí.

ISABEL.

Pues ¿cómo no te detiene
El ver que tu amor te afrenta?

ROSAURA.

Si uno, di, que se calienta,
Mojadas las manos tiene,
¿No es cosa cierta que viene
A sentir mayor dolor?

ISABEL.

Sí, porque frio y calor
Se oponen, y al encontrarse,
El dolor ha de aumentarse.

ROSAURA.

Pues eso pasa en mi amor.
Yo tengo penas y engaños,
Lágrimas y desconsuelos,
Desengáñasme con celos,
Cúrasme con desengaños,
Y así se aumentan los daños
Y el dolor lleva la palma,
Porque en tan confusa calma,
Claro está que he de empeorar
Si me llego á calentar
Teniendo mojada el alma.
Y así, mira, si no quieres
Honor y vida perder,
Y despues de todo, ser
Vil ejemplo de mujeres,
Olvida, pues cuerda eres,
Ese intento.

ISABEL.

No podré.

ROSAURA.

Pues yo te atormentaré
De suerte, que te retrates.

ISABEL.

No haré tal, aunque me mates.

ROSAURA.

¿Por qué?

ISABEL.

Yo te lo diré.
La mujer que dan tormento,
En llegando á estar desnuda,
Noble, firme, honrada y muda,
Siempre sale con su intento;
Decir yo mi pensamiento,
Estando tu amor delante,
Fué el tormento mas gigante;
Y pues ya me desnudé,
Y la verdad te conté,
No hay tormento que me espante.

ROSAURA.

Sí, mas el Duque ha venido;
Despues te responderé.

ISABEL.

¡Que viva quien esto ve!

Salen EL DUQUE DE MILAN, EL CONDE DE PUZOL *y* ACOMPAÑAMIENTO.

DUQUE.

Aunque á vista de tu olvido
Mi amor se da por vencido,
A vista de mi cuidado
Vuelve á nacer mas osado,
Cual suele la luz del dia
Despues de la noche fria
O de algun negro nublado.

ISABEL.

Tambien es luz que remeda
A la de tu amor mi amor;
Llega el soplo de un rigor
Y hace que lucir no pueda;
Pero, como siempre queda
Humo, aunque deje de arder,
Y Cárlos luz viene á ser
Que alienta lo que consumo,
Con la luz y con el humo
Se vuelve luego á encender.

ROSAURA.

Mas vale decir (¡ay triste!),
Porque el tiempo no se gaste,
Que con él te desposaste
Cuando de Milan te fuiste.

ISABEL. (*Ap.*)

¿Qué has dicho?

ROSAURA. (*Ap.*)

Lo que tú hiciste.
Yo me vengaré.

ISABEL. (*Ap.*)

¡Ah cruel!

DUQUE.

¿Y es esto cierto, Isabel?

ISABEL.

Sí, Señor; todo es así.

DUQUE.

¿Que con él te fuiste?

ISABEL.

Sí,
Y me desposé con él.
Lo mas es amar á un hombre
Y llegarlo á confesar,
Y lo menos arriesgar
Vida, fama, hacienda y nombre;
Y así, aquesto no os asombre,
Porque peor pareciera
Que á un mal príncipe quisiera,
O á algun hombre me inclinara
Que por otra me dejara,
Aunque mi criada fuera.

DUQUE.

¡En efecto, á mi disgusto
Eres de Cárlos mujer?

ISABEL.

El gusto venció al poder;
Que no hay poder como el gusto.

DUQUE.

Pues al gusto, aunque sea injusto,
Vencerá la tiranía.

ISABEL.

Con mi valor no hay porfía.

DUQUE.

Ni con mi amor resistencia.

ISABEL.

No es crédito la violencia.

DUQUE.

Ni el desprecio es bizarría.

ISABEL.

Yo quiero á Cárlos.

DUQUE.

Yo á tí.

ISABEL.

Es en mí su amor mas fuerte.

DUQUE.

¿Hay mas de darle la muerte?

ISABEL.

Está muy léjos de aquí.

DUQUE.

Lograré mi amor así.

ISABEL.

¿Cómo puedes, si no muero?

DUQUE.

Yo puedo cuanto yo quiero.

ISABEL.

No habrá cosa que me tuerza.

DUQUE.

Gozaréte yo por fuerza.

ISABEL.

Mataréte yo primero.

DUQUE.

Yo soy rayo de otra esfera.

ISABEL.

Yo laurel que se le atreve.

DUQUE.

Yo soy fuego.

ISABEL.

Yo soy nieve.

DUQUE.

Yo soy duque.

ISABEL.

Yo soy fiera.

DUQUE.

Yo terrible.

ISABEL.

Yo severa.

DUQUE.

Yo rendido.

ISABEL.

Yo triunfante.

DUQUE.

Yo soberbio.

ISABEL.

Yo arrogante.

DUQUE.

Yo firme.

ISABEL.

Yo sin cuidado.

DUQUE.

Yo el hombre mas porfiado.

ISABEL.

Yo *la mujer mas constante.*

(Suenan cajas.)

DUQUE.

Pero ¿qué cajas son estas,
Que tan impensadas oigo?

ROSAURA. *(Ap.)*

Alguna desdicha temo.

ISABEL. *(Ap.)*

Apenas en pecho y rostro
Me ha dejado el susto sangre;
Que para quien receloso
Tiene el ánimo, un puñal
Viene á ser cada alboroto.

DUQUE.

Véte tú, y sabe la causa
De este ruido.

(Vase el Conde.)

ROSAURA. *(Ap.)*

Mal reporto
La inquietud del corazon.

ISABEL.

Todo es azares y asombros
Cuanto miro.

ROSAURA.

Todo es miedos
Y disgustos cuanto toco.

CÁRLOS. *(Dentro.)*

Dejadme, ó viven los cielos,
Que os quite la vida á todos.

ISABEL. *(Ap.)*

Aquí de las ansias mias,
Que esta voz es de mi esposo;
Y por no morir sin verle,
No digo que la conozco.

Sale EL CONDE.

DUQUE.

¿Qué es eso?

CONDE.

Un hombre que rompe
La guarda, y lleno de polvo,
Hasta tu cuarto se ha entrado.

Sale CÁRLOS, *lleno de polvo, la espada desnuda, pónela á los piés del Duque, y él se arrodilla.*

CÁRLOS.

Yo soy, Señor, que me postro
A tus piés, porque me mates,
Con que primero piadoso
Me escuches.

ROSAURA. *(Ap.)*

¡Valgame el cielo!

ISABEL. *(Ap.)*

¡Ya como muerto le lloro!

CONDE. *(Ap.)*

¡Extraña resolucion!

FLORA. *(Ap.)*

¡Y suceso prodigioso!

DUQUE.

Ya te escucho, porque pueda
Hacer lo uno y lo otro.

CÁRLOS.

Porque antes de que me afrentes
(¡Oh príncipe generoso!)
Sepas el hombre á quien quitas
La vida y honor heróico,
Te acordaré lo que he sido,
Sin círculos ni episodios,
Si, como me ofendes mucho,
Quieres atenderme un poco.
Yo soy, invicto Señor,
Cárlos Esforcia, aquel mónstruo
De valor, como lo dicen
Cimbrios, lombardos y godos,
Esguízaros y alemanes;
Que, aunque parece que rompo
Las leyes de la modestia,
Hay lances en que es forzoso
Que con este arrojamiento
Hable un hombre de sí propio.
El cielo apenas me habia
A los años diez y ocho
Dibujado liberal
Un hilo negro por bozo,
Que son las flores del sexo
Que arroja la edad al rostro,
Cuando en el cerco me hallé
De Savillan, territorio
Y frontera del francés,
Y la gran ciudad de Como
Defendí del placentino
Con cuatro mil hombres solos.
Al estado de Varés
Metí una noche socorro,
Y con el resto al Casal
Me fuí alargando brioso,
Donde fué tanta la hambre
Que padeció el campo todo,
Por cercarnos quince mil
Venecianos en contorno,
Que, despues de haber comido
Caballos, yeguas y potros,
Sin reservar animal,
Por inmundo ni asqueroso,
Comimos gamon y grama
En vez de carne y bizcocho;
Y aun hubo hombre que, siendo
Bárbaramente piadoso
Consigo, se cortó un brazo,
Y dividiéndole en trozos,
Para conservar la vida,
Se le comió poco á poco;
Plato en que él mismo á ser vino
Alimento de sí propio.
Pasando desde el Casal
Al Pirineo, aquel toldo
De los valles y las selvas,
Aquel pirámide bronco,
Aquella torre de ramos,
Aquel sobrecejo hermoso
De la Francia, aquel castillo
De frenos, aquel escollo
De jazmines y esmeraldas,
Aquel verde promontorio,
Primer escalon del cielo
Y último cuarto del globo,
Dijo un francés mal de tí;
Y yo, sacando animoso
La cuchilla, de un revés
Le cercené tan del todo
La cabeza, que cayendo
Junto al ribete de un olmo,
Como estábamos en cuesta,
Rodó hasta el valle; de modo
Que la postrera palabra
La empezó presuntuoso
En el monte, y la acabó
Bien distante de nosotros.
En fin, no tienes ciudad
Ni tierra que con mis hombros
En peso no haya tenido,
Con mas trabajos que arroyos
Cuaja el Apenino en perlas,
Disimula el Alpe en copos,
El Po desata en cristales,
Y el mar Ligústico en golfos.
Permíteme ¡oh Duque excelso!
Ahora, que reconozco
De nuevo tantos servicios
Como en el tuyo supongo,
Que les pregunte á las leyes
Por qué, siendo tan odioso
El delito del ingrato,
No se prende por él como
Por homicida ó ladron;
Mas yo por ellas respondo
Que hay delitos tan indignos,
Tan viles y vergonzosos,
Que no les halla el derecho
Pena que iguale á su oprobio,
Y por esto no la pone;
O porque es caso notorio
Que son tantos los ingratos,

Que no hubiera calabozos,
Si se hubieran de prender,
En el mundo para todos;
Y así, es mejor que anden libres;
Que no es, no, castigo poco
Que ellos sepan que lo son,
Y lo sepamos nosotros.
Dirás que fué culpa grave
Llevarme, sin ser su esposo,
Conmigo á Isabel, y digo
Que yo tambien la conozco;
Mas, supuesto que aun el cielo
Permite un daño si estorbo
Ha de ser de otro mayor,
En proceder yo tan loco
Mas te obligué que ofendí,
Pues te excusé que furioso,
De tu honor y el de Isabel
Profanases el decoro;
Y es menor inconveniente,
Cuando hay dos daños notorios,
Ser un vasallo liviano
Que un principe escandaloso;
Apenas, pues, de Milan
Huyo, salgo, y me desposo
Con Isabel, y á su ruego,
Difunto la posta corro,
Cuando dentro de diez dias
Desde el camino me torno,
Y me informo que en palacio
La tienes, porque tú propio
Fuiste á robar su hermosura,
Como á la cordera el lobo.
¡Oh, quién en esta ocasion
Tuviera ó hallara modo
Para ponderar las ansias,
Las penas y los ahogos
Con que se halló embarazado
Entonces mi pecho heróico,
Con la infamia hasta la boca
Y el dolor hasta los ojos!
¿Viste, gran señor, un tigre,
Que en lo galan y lo hermoso,
Siendo pavor de las fieras,
Es ramillete del soto;
Que entrando en la verde cueva,
Adonde dejó el cachorro
Chupando el jugo á un cordero,
Le echa menos, y fogoso
Como saeta arrojada,
Parte al monte, y los cogollos
Va oliendo de los tomillos,
Planta á planta y tronco á tronco,
Parece que va pidiendo
Su dicha á los cinamomos,
Porque juren la verdad
En su robado tesoro?
Así yo llego á la aldea,
Busco á Isabel, no la topo,
Digo amores como amante,
Hago extremos como loco,
Examino los pastores,
Refiérenme lo que ignoro,
Parto á Milan afligido,
Hablo con mis deudos todos,
Cuento al padre de Isabel
Tu amor y mi desposorio,
Fia su honor de mi aliento,
Su honor á mi cargo tomo;
Llego al muro, llora el pueblo,
Toco el puente, paso el Domo,
Veme Curcio, va á prenderme,
Trae la guarda, cala el plomo,
Y yo al riesgo agradecido,
Por picas y balas rompo,
Hasta llegar á pedirte,
Como por justicia, el robo
Que hiciste al alma de tantos
Idolatrados despojos.
Duque, príncipe, señor,
Ante cuyos piés me postro,
O amigo un tiempo del alma,
Que es nombre mas amoroso,
Ya estoy aquí, si me buscas;
Ya me ofrezco, ya me pongo
En tus manos, aunque sea
Solicitar mi destrozo;
Mas si acaso (¡ay dueño mio!)
(Perdona si me apasiono,
Atento á las referidas
Finezas de que te informo)
Me quisieres pagar cuanto
Hizo mi brazo en tu abono,
Dame en Isabel la vida,
Que me usurpas ciego y sordo,
Si no de compadecido,
Siquiera de generoso;
Mírame, y verásme el alma
Desatada en dos arroyos,
Que corren líquido fuego
Por la márgen de mi rostro;
Mírame, digo otra vez,
Porque estoy tan lastimoso,
Que es imposible, segun
Tristes me anegan sollozos,
Que si tus ojos me miran,
Me persigan mas tus ojos;
Pero si verme ni darme
El bien que por tí malogro
No quieres, saca la espada,
Y desde la punta al pomo
Pásame el pecho, y despues
De su círculo amoroso
Arráncame el corazon,
En cuyo espejo lustroso
Verás á Isabel tan viva
(Puesto que muerta la lloro),
Que pueda segunda vez
Darla palabra de esposo;
Ea, mátame de presto,
Salpique tu sacro solio
Mi sangre, y á puñaladas,
Con intrépido alborozo,
Hazme, ofendido, pedazos,
Que aunque el vulgo afectuoso
Lo atribuya á pesadumbre,
Yo lo tendré por soborno,
Que con esto cesarán
En mi pecho doloroso
Las angustias, las pasiones,
Los miedos, los alborotos,
Las desdichas, las afrentas,
Los suspiros, los antojos,
Las ansias, las desventuras
Y los celos rigurosos,
Que sufro, contemplo, paso,
Advierto, murmuro, noto,
Callo, siento, disimulo,
Colijo, penetro y toco;
Pues todo, viviendo, dura,
Y cesa, muriendo, todo.

ROSAURA. (*Ap.*)
Mas que su amor atrevido,
Su resolucion me admira.

ISABEL. (*Ap.*)
¿Cómo ha de vivir quien mira
Un riesgo tan conocido?

CÁRLOS.
Ya que mirarme no quieres,
¿Qué respondes?

DUQUE.
Lo bastante:
Que eres, Cárlos, buen amante,
Pero mal vasallo eres.

CÁRLOS.
Cuanto á tí, yo lo colijo,
Mas no cuanto á mi lealtad,
Y no te dijo verdad
Quien otra cosa te dijo.

DUQUE.
Yo solo por mí me muevo;
Vén conmigo.

CÁRLOS.
Ya te sigo.

DUQUE.
Y tú llévate contigo
A Isabel.

ROSAURA.
Ya me la llevo.

CÁRLOS.
Mas si á morir voy, espera
Que de Isabel me despida.

ISABEL.
Si han de quitarle la vida,
Déjame hablarle siquiera.

DUQUE.
No puede ser por ahora.

ROSAURA.
Cánsaste, Isabel, en vano.

DUQUE.
¿Vuelves á verla, villano?

ROSAURA.
¿Vuelves á verle, traidora?

CÁRLOS.
Injustos son tus enojos.

ISABEL.
Sin causa estás ofendida.

DUQUE.
Yo te quitaré la vida.

ROSAURA.
Yo te sacaré los ojos.

CÁRLOS.
Sin Isabel, no la aguardo.

ISABEL.
Sin Cárlos, no los estimo.

DUQUE.
¿Cómo tanto me reprimo?

ROSAURA.
¿Cómo tanto me acobarde?
Vén, ó traedla por fuerza,
Porque esté menos rebelde.

DUQUE.
Vén, ó por fuerza traedle,
Porque de su gusto tuerza.

CRIADO.
No te resistas briosa.

CONDE.
Aqueste lance es forzoso.

ISABEL.
Déjame ver á mi esposo.

CÁRLOS.
Déjame ver á mi esposa.

ROSAURA.
Acaba.

DUQUE.
¿No entrais los dos?

CÁRLOS.
¡Adios, esposa querida!

ISABEL.
¡Adios, Cárlos de mi vida!
Que no puedo mas.

CÁRLOS.
¡Adios!

(*Méterlos á cada uno por su puerta.*)

Salen, acechando, SERON Y FLORA.

SERON.
Ya se van todos.

FLORA.
¿Quién es?

SERON.
¿Quién ha de ser? ¡Ay de mí!
Llega, llégate hácia aquí.

FLORA.

¿Es Seron?

SERON.

Pues ¿no lo ves?

FLORA.

Seas, Seron, bien venido.

SERON.

¿No mas?

FLORA.

¿Te parece poco?

SERON.

Sí, para quien viene loco,
Y halla en tu amor tanto olvido.

FLORA.

Bien sabes lo que mereces.

SERON.

¿Es porque no me casé?

FLORA.

Desde que sin fe te hallé,
A los diablos me pareces.

SERON.

No importa; que el tiempo hará
Que se ablande tu rigor,
Y retoñe nuestro amor.

FLORA.

Dificultoso será,
Porque estoy muy asombrada
De aqueste estruendo pasado.

SERON.

Pues, por Dios, que si me enfado,
Que no ha de dárseme nada;
Porque, si quiero, yo haré
Que, aunque no quieras, me quieras.

FLORA.

¿Hablas acaso de veras?

SERON.

Y muy de veras, á fe;
Porque sé un secreto grande
Para que la mas severa,
No solo á su amante quiera,
Sino que tras él se ande,
Como dicen, por ahí.

FLORA.

Tras él ¿cómo puede ser?

SERON.

Eso, Flora, es el saber.

FLORA.

¿Aunque no le quiera?

SERON.

Sí.

FLORA.

¿Qué importa, si es invencion?

SERON.

No, sino un punto curioso,
Y que el mas escrupuloso
Dirá que tengo razon;
Pues solo con que el amante
A quien la dama desama,
Sepa dónde va la dama,
Y él vaya un poco delante,
La dama que detrás va,
Aunque sea mas cruel,
Mientras va donde va él,
Siempre tras él se andará;
Y así, tú, que mal me quieres,
Te vendrás á andar tras mí,
Yendo delante de tí,
Adonde quiera que fueres.

FLORA.

Linda friolera por cierto;
Mas, volviendo á tu señor,
Él ha hecho un grande error.

SERON.

Es un hombre sin concierto.

FLORA.

Y tú ahora ¿qué has de hacer
Para tener libertad?

SERON.

Apelar á tu piedad,
Rogándote que esconder
Me dejes en tu aposento
Mientras pasa esta tormenta.

FLORA.

No, hermano, no me contenta,
Porque hay mucho detrimento
En palacio, en mí y en ti:
En palacio, si te ven;
En mí, si te quiero bien,
Y en tí, si sales de aquí;
Porque podrás allá fuera
Blasonar muy satisfecho
Quizá de lo que no has hecho.

SERON.

Eso fuera si yo fuera,
Flora, como unos garzones
Que, misterios afectando
Y el rostro desvencijando,
Dicen algunas razones,
Y no con malicia poca,
Tan confusas y mascadas,
Que están, de puro preñadas,
Con la barriga á la boca,
Para engañar á la gente
Con los ajenos favores,
Porque en versos y en amores
Se miente muy fácilmente;
Porque si yo... Mas Rosaura
Vuelve otra vez.

FLORA.

Pues chiton,
Y retírate, Seron.

(*Retíranse.*)

Salen ROSAURA *é* ISABEL.

ROSAURA.

Ya queda á la puerta Laura,
Por si mi hermano viniere,
Que es lo que temer podemos.

ISABEL. (*Ap.*)

Mi vida, en tales extremos,
No sé si vive ó si muere.

ROSAURA.

Y así, escúchame, y verás
La mayor resolucion
Que pudo humana pasion
Haber pensado jamás.

ISABEL.

Pasa adelante, pues ves,
Si bien mi dolor es mucho,
Con cuántas almas te escucho;
¡Difunta estoy!

ROSAURA.

Digo, pues,
Que apenas salí de aquí,
Y dejándote encerrada,
De mi hermano (aunque turbada)
Los pasos siguiendo fuí,
Cuando escuché que concierta
Dar á Cárlos (¡triste suerte!)
Aquesta noche la muerte,
Entrando por esa puerta
El Conde con otros tres;
Que él mismo le señaló
Sentencia, que el alma oyó,
Como quien de Cárlos es.
¿Quién duda que ya te admira
El ver en mi voluntad
Ahora tanta piedad,
Y antes de ahora tal ira?
Mas no hará, que eres mujer,
Y sabes lo que es llegar
A ver morir ó matar
Lo que se llega á querer;
Vuelta, pues, á lastimar,
Aunque en un tiempo infelice,
Aqueste argumento hice
Brevemente á mi pesar:
«Excusar el casamiento
Del de Ursino, que me adora,
Es dar que decir ahora
A cualquiera pensamiento;
Ser de Cárlos homicida,
Confesándome inclinada,
Es dar yo misma la espada
Para quitarme la vida;
Consentir que le atropelle
Mi hermano es tambien rigor;
Que no estorbar un error
Es poco menos que hacelle;
Matar á Isabel es cosa
Que profana mi poder,
Y yo siempre he de valer
Mas que mi pena amorosa;
Dividirlos á los dos,
Y obligarlo á que sea mio,
Es forzar un albedrío,
Cosa que aun no la hace Dios;
Pues quererle, siendo esposo
De Isabel, cuando yo fuera
Mujer comun, no lo hiciera,
Siquiera por mi reposo;
Porque no hay tan desdichado
Delito como querer
A quien ha de amanecer
Con otra mujer al lado;
Pues si yo me he de casar,
Cárlos tiene ya mujer,
Isabel le ha de querer,
Y el Duque le ha de matar;
Cárlos viva, y mis enojos
Se templen con mi fortuna;
Viva Cárlos, porque alguna
Vida les quede á mis ojos.»
Dije; y volviéndome al cielo,
Que es la exclamacion primera
De una vida que no espera
Hallar consuelo en el suelo,
Vine, Isabel, á buscarte,
Triste, afligida, llorosa,
Resuelta, firme y piadosa,
Para que tú, como parte,
Noble, valerosa y fuerte,
Por Cárlos, por tí y por mí
Vayas, y excuses así
Tu mal, mi pena y su muerte.
Yo sé el cuarto donde está;
Esta llave hace á la puerta;
Su muerte á la noche es cierta,
Y el dia se pasa ya;
Y así, pues en todo eres
Osada, como entendida,
Vé presto, y sin ser sentida,
Líbrale como pudieres;
Pues haciendo lo que digo,
Cumplirémos, Isabel,
Tú con tu amor y con él,
Y yo con él y conmigo;
Pues tú la vida le das
Por lo que sabes de mí,
Y yo te la dejo á tí,
Que viene á ser mucho mas.

ISABEL.

Placer á un tiempo y pesar
Me has dado con lo que has hecho:
Placer, viendo que tu pecho
A Cárlos me quiere dar;
Pesar, viendo que no puedo,
Por ser de Cárlos esposa,
Dártele yo, generosa,
Con que ingrata á tu amor quedo;
Y para quien noble nace
Es tan terrible pesar

Ver que no puede pagar
Aquel bien que se le hace,
Que entre perder á mi esposo,
Siendo el Duque su homicida,
Y el ser desagradecida
A un afecto tan piadoso,
Afligida el alma, duda
Cuál pena peor la trata,
Si el haber de ser ingrata,
O el haber de quedar viuda;
Mas, porque el tiempo (¡ay de mí!),
Si ahora me detuviera,
Hacerme falta pudiera,
No te digo mas; y así,
Dame esa llave, y verás
Lo mas, sí, que una mujer
Por un hombre puede hacer,
Si el morir ella es mas;
Porque á vista de los tres,
Cuando su intencion traidora...
Mas dame la llave ahora,
Que tú lo sabrás despues.

(Dala Rosaura una llave.)

ROSAURA.

Pues toma, y á Laura di
Que aquellas armas te dé
Que hice buscar.

ISABEL.

¿Para qué?

ROSAURA.

Para que Cárlos aquí
Las lleve, sin que se entienda,
Y con eso prevenida,
No solo le dés la vida,
Sino con qué la defienda;
Y ahora véte, que es tarde.

ISABEL.

Con razon Milan te adora.

ROSAURA.

Esto ha sido ser señora;
Adios.

ISABEL.

El cielo te guarde.

(Vanse.)

Salen EL DUQUE, EL CONDE *y* OTROS TRES.

DUQUE.

Entrad y haced lo que os digo,
Sea justo ó no sea justo.

CONDE.

No es traidor el que hace el gusto
De su rey. Venid conmigo;
Que si es justicia ó rigor,
No les toca á los criados.

DUQUE.

Si no vengo mis enfados,
¿Para qué soy yo señor?
Muera Cárlos, porque muera
Quien me quita lo que quiero.

CONDE.

Ya salgo yo.

DUQUE.

Y yo te espero
En esta sala primera.

(Vanse.)

Salen SERON Y FLORA.

FLORA.

Véte, Seron, si te has de ir;
Que anda muy revuelto todo.

SERON.

Sí, mas dime de qué modo
Y por dónde he de salir;
Porque en esa puerta está,
Cual guarda de monumento,
Una dueña, que al momento
Que lo vea lo dirá;
Porque á no callar se enseña
La dueña desde que nace,
Y dueña que no lo hace
No sabe lo que es ser dueña.
Fuera desto, aunque callara,
Es tan fiera, es tan dragon,
Que por no ver su vision,
Al verdugo me entregara;
Porque es tan carifruncida,
Tan estéril, tan enjuta,
Tan flaca, tan langaruta,
Tan buida y desbuida,
Que, vista con atencion,
Parece, en lo penitente,
Chorizo convaleciente
O lenguado en oracion;

(Ruido de espadas.)

Mas allí suenan espadas.

FLORA.

Yo estoy temblando, Seron.

ISABEL. *(Dentro.)*

Primero que el corazon
Tal consienta, á cuchilladas
Pedazos os he de hacer.

Salen EL CONDE *y* OTROS, *retirándose de Isabel, que les sale acuchillando.*

FLORA.

¡Ay Seron, que es mi señora!
Ponte á su lado.

SERON.

Aun ahora
No lo ha habido menester.

CONDE.

Advierte...

ISABEL.

No hay qué advertir,
Sino huid, que es lo mejor;
Que á una mujer con amor
Mal se puede resistir.

DUQUE. *(Dentro.)*

¿Astolfo?

ROSAURA. *(Dentro.)*

¿Isabel?

CONDE.

Espera;
Que ya su alteza ha venido.

ISABEL.

Mal mi intento he conseguido.

Salen EL DUQUE, ISABEL *y* ACOMPAÑAMIENTO.

DUQUE.

¿Quién mis palacios altera?

ISABEL.

Yo soy.

DUQUE.

Pues di, ¿cómo estás
En este cuarto y así?

(Pone la espada á los piés del Duque, y arrímase á una puerta cerrada.)

ISABEL.

No hay espada para tí,
Escúchame y lo sabrás:
Referirte que Cárlos es mi esposo,
Que de él estás celoso,
Que su nombre idolatro,
Que el mundo de sus glorias es teatro,
Que su vida te enoja,
Que él á su muerte intrépido se arroja,
Que le aborreces tú, que yo le adoro,
Que ofendes mi decoro
Y que yo te resisto,
Es cansarte, supuesto que lo has visto.
Y pues lo sabes todo,
Paso adelante, y digo de este modo.
En mi prision apenas recogida
Quedé, cuando, advertida
Del riesgo de mi esposo,
El rostro entre amarillo y pavoroso,
El pecho quebrantado,
Y el libro del valor descuadernado,
Que quien le tiene en trance semejante,
O aprende para risco ó es diamante;
Me vi morir, y tanto fué el contento
Que tuvo el pensamiento,
Mirando tanta pena fenecida,
Que me pudo volver á dar la vida,
En gloria tan incierta,
Solo el placer de imaginarme muerta.
Cobrada pues del súbito desmayo,
Como animado rayo,
La puerta por el suelo,
Tomo estas armas, á mi industria apelo,
Recojo las basquiñas,
De los ojos enjugo las dos niñas,
Salgo del cuarto, danme cierta llave,
Y osadamente grave,
Arrestando la vida,
Hollando el miedo, la razon perdida,
Tierno el amor y el ánimo brioso,
En la puerta me planto de mi esposo;
Pero apenas probar la llave intento,
Cuando los pasos siento
De esa gente arrogante,
Que buscan á mi esposo; yo, constante,
Sin algun embarazo,
La espada tomo y el escudo embrazo;
Supliquéles primero que me hicieran
Favor de que se fueran,
Ya que tarde vinieron;
Pero viéronse cuatro, no quisieron;
Y viendo su mal modo,
Carguéme de razon y entré por todo.
Como el cielo por marzo, si se enoja,
Copos de nieve arroja
O granizo cuajado,
Así de mi furor arrebatado,
Sobre las cuatro espadas
Granizaba mi brazo cuchilladas,
Tanto, que no fué en ellos cobardía
Temer la furia mia,
Pues tiraba de suerte,
Que en cada cuchillada iba una muerte,
Y ninguno tan poco se estimara,
Que viéndola venir, no se apartara.
Cualquiera pensará que esta osadía
En mí fué valentía
O aliento generoso;
Pues no fué tal, sino temor forzoso
De una muerte impensada
U de una vida en muerte trasformada,
Porque, como sabia (aquesto es cierto)
Que en viendo á Cárlos muerto,
Yo tambien lo quedaba,
De miedo de morirme peleaba
Con tan fuerte denuedo,
Que pasó por valor lo que era miedo.
Esto pasaba cuando tú veniste;
Escúchame ahora (¡ay triste yo!),
Ya que tú en acabarle
Estás resuelto, como yo en amarle,
Solo un advertimiento;
Aquí, Señor, te he menester atento.
Cárlos está aquí dentro, tú pretendes
Su muerte, pues le ofendes;
El mundo sabe el caso;
Para entrar allá dentro este es el paso;
Yo le tengo cogido,
Y en fin, ó por amante ó por marido,
El corazon le adora;
Sácame tú la consecuencia ahora.
Si mas espadas que en el campo hay flores,
En el cielo fulgores,
En el abismo penas,
Y en ese mar arenas y sirenas,

A un tiempo me cercaran,
Del puesto donde estoy no me apartaran,
Porque tan arraigada, tan asida
A la puerta he de estar y tan unida,
Que, de léjos mirada,
Ó parezca que en ella estoy pintada,
O que en espacio breve
El amor me ha tallado de relieve.
Si has de matar á Cárlos, el camino
Mas llano y mas vecino,
Mas cierto y mas derecho,
Es irte entrando por aqueste pecho,
Que es el primer portillo
Para haber de batir este castillo.
Esta es resolucion, viven los cielos;
Que, pues yo de tus celos
Soy la ocasion primera,
Antes que Cárlos á tus manos muera,
Han de correr aquestas piedras frias
Golfos de sangre de las venas mias.
Y así, tu amor consulta ó tu fiereza,
Tu enojo ó tu nobleza,
Tu piedad ó tu enfado,
Y de tantos afanes lastimado,
Por mujer afligida,
U dame el alma, ó quítame la vida.

DUQUE.

A un amor tan generoso,
A un afecto tan cortés,
A una fineza tan grande,
A una voluntad tan fiel,
A un riesgo tan conocido,
Y lo que mas viene á ser,
A un empeño tan bizarro,
¿Qué te puedo responder,
Sino que viva y te goce
Quien siempre te quiso bien?
Yo procuré, como todos
Los que me escuchais sabeis,
A Esforcias y Borromeos
Desterrar, ó componer
Sus bandos y enemistades,
Y no pude; pero, pues
El amor y la hermosura
Hacen lo que no pensé,
En lugar de estar quejoso,
A Isabel agradecer
Debo aquesta accion; y así,
Suyo es Cárlos, id por él;
Mas soy yo que mi pasion.

(*Vanse los criados por Cárlos.*)

ROSAURA.

Accion como tuya es.

ISABEL.

Los piés te beso mil veces.

DUQUE.

Esto es amor, Isabel.

CONDE.

A Cárlos tienes presente.

Sale CÁRLOS.

CÁRLOS.

Deja, Señor, que los piés
Te bese por lo que oí.

DUQUE.

A mis brazos, Cárlos, vén,
Y disculpa mi pasion,
Pues sabes lo que es querer;
A Isabel debes la vida.

CÁRLOS.

Con los brazos pagaré
Parte alguna de su amor.

ISABEL.

Despues, Cárlos, te diré
Quien te ha dado generosa
La vida, el honor y el ser.

ROSAURA.

Yo cumplí con mi nobleza,
Aunque envidiosa quedé.

DUQUE.

El de Ursino, segun dicen,
Está cerca de Varés,
Y en viniendo, entrambas bodas
A un tiempo celebraré.

FLORA

Y ahora ¿qué falta?

SERON.

Solo
Saber lo que se ha de hace
De Seron.

DUQUE.

Darle un oficio,
Porque es criado de ley,
Y que se case con Flora.

SERON.

Está bien, mas ha de ser
Con condicion que no pára,
Por la duda de despues.

FLORA.

Cáseme yo una por una;
Que, si fuere menester,
La procesion de las amas
He de parir de una vez.

TODOS.

Y aquí tiene fin, señores,
La mas constante mujer,
Escrita sin competencia,
Sino solo por querer
Serviros; si os pareciere
Algo de lo escrito bien,
Decir vítor al deseo
De quien vuestro esclavo es.

COMEDIA FAMOSA

TITULADA

LA TOQUERA VIZCAINA,

DEL DOCTOR JUAN PEREZ DE MONTALVAN

PERSONAS.

DON DIEGO, *galan*.	FABIO, *criado de don Diego*.	FINEO.	FLORA, *dama*.
DON JUAN, *galan*.	LUQUETE, *criado de don Juan*.	DOÑA ELENA.	JUANA, *criada*.
LISARDO, *caballero*.	FELICIANO, *viejo*.	BEATRIZ, *criada de doña Elena*.	ISABEL, *criada*.
OCTAVIO, *su amigo*.			MAGDALENA.

JORNADA PRIMERA.

Salen DON DIEGO, *galan*, FABIO, *criado*, Y DOÑA ELENA Y BEATRIZ, *con mantos y tapadas*.

DON DIEGO.

¿Hemos de pasar de aquí?
Por señas decis que no;
Quedaréme solo yo. —
Apártate, Fabio, allí. —
Ya estamos solos los dos,
Y en el campo me teneis;
Decid qué es lo que quereis.

DOÑA ELENA. (*Ap.*)

Toda soy de hielo, ¡ay Dios!

DON DIEGO.

El recato que mostrais,
El temor con que venis,
El silencio que fingis
Y los suspiros que dais,
Son testigos verdaderos
De que venis afligida;
Y si es que puede mi vida
En algo favoreceros,
Sin salir de la ciudad,
Fuérades servida en todo,
Por el talle y por el modo.
Ea, descubrid, tirad
Aqueste oscuro nublado,
Que ya sin paciencia estoy.

DOÑA ELENA.

Pues tenedla, porque soy
Doña Elena de Alvarado.

DON DIEGO.

Señora, mi bien...

DOÑA ELENA.

Oid.

DON DIEGO.

¿Tanto favor?

DOÑA ELENA.

No es favor,
Sino miedo á vuestro amor.

DON DIEGO.

La causa ignoro; decid.

DOÑA ELENA.

El salir de la ciudad
Y venir yo como vengo,
Es respeto que me tengo,
No, don Diego, voluntad.
Vos me quereis, es verdad;
Mas, supuesto que el quererme
Es solo para ofenderme,
Que no me querais es justo,
Pues quererme sin mi gusto
Mas parece aborrecerme.
Sin atender á mi fama,
Me rondais tan atrevido,
Que aun yo misma me he tenido
A veces por vuestra dama.
Y esto, Señor, no se llama
Galanteo ni aficion,
Sino necia obstinacion,
Que el honor abrasa y quema;
Que hay hombres que aman por tema,
Como otros por eleccion.
Si voy á la iglesia, os hallo
Junto á mí; si hablo de noche,
Lo mismo; y si salgo en coche,
Me vais siguiendo á caballo;
Y aunque disimulo y callo,
Es cosa fuerte, por Dios,
Que sin querernos los dos,
Ni vos importarme nada,
Haya de estar encerrada
Para haber de estar sin vos.
Huélgase cualquiera dama
De ser querida; mas esto
Ha de ser con presupuesto
Que no se ofenda su fama
Ni su gusto; que si ama,
Y acaso es mujer de bien,
No hay disgusto que le dén
De mas pena y mas dolor,
Que tratarla de otro amor
Cuando está queriendo bien.
Esto es decir que estorbais,
Que para un discreto sobra;
Y pesadumbre me dais.
Viendo, pues, que porfiais,
Y que no aprovecha nada
Lo que os dijo esa criada,
Si por vuestra dama no,
Haced lo que os digo yo
Por muy vuestra aficionada.

DON DIEGO.

Vos me mandais una cosa
Muy fácil, al parecer,
Y en cuanto á mí, ha de ser...

DOÑA ELENA.

¿Qué ha de ser?

DON DIEGO.

Dificultosa.

DOÑA ELENA.

Pues ¿por qué, si desdeñosa,
Con claridad os confieso
Que á otro quiero bien?

DON DIEGO.

Por eso;
Porque dar gusto no es bien
A quien con tanto desden
Me quiere quitar el seso.
Esos celos, bella Elena,
Solo sirven de incitarme;
Que es errar la cura, darme
Para curarme mas pena.

DOÑA ELENA.

Pues decid, ¿qué ley ordena
Que haya por fuerza de veros,
De admitiros y quereros?

DON DIEGO.

¿Y qué ley manda tampoco
Que vos me tengais en poco,
Y haya yo de obedeceros?

DOÑA ELENA.

Yo pido lo que es muy justo.

DON DIEGO.
¿Qué mas justo que mi amor?
DOÑA ELENA.
Eso es quitarme el honor.
DON DIEGO.
Y esotro quitarme el gusto.
DOÑA ELENA.
Tiene mi galan disgusto.
DON DIEGO.
Yo tambien; que estoy celoso.
DOÑA ELENA.
Él pretende ser mi esposo.
DON DIEGO.
Yo tambien lo he pretendido.
DOÑA ELENA.
Por eso el otro ha vencido.
DON DIEGO.
Por eso estoy invidioso.
DOÑA ELENA.
Pues si soy suya, en efeto,
¿Qué es lo que pensais hacer?
DON DIEGO.
Solamente conocer
Quién es galan tan secreto,
Porque, ya que mi respeto
Con vos me tiene encogido,
Quiero vengarme atrevido
En quien mi dicha interrompe,
Como quien los naipes rompe
Con que ha jugado y perdido.

Salen DON JUAN Y LUQUETE, *por una puerta.*

DOÑA ELENA.
Él es hombre que sabrá...
(*Ap.* Pero ya no sabrá nada.)
BEATRIZ.
¿Qué tienes?
DOÑA ELENA.
Estoy turbada,
Porque allí don Juan está.
DON DIEGO.
Gente viene, y no será
Razon que os hallen aquí.
DON JUAN.
¿No es aquel don Diego?
LUQUETE.
Sí.
DON JUAN.
Bien nos dijo don Fernando.
LUQUETE.
Con una dama está hablando.
DOÑA ELENA.
Haced aquesto por mí.
DON DIEGO.
Yo me iré; mas advirtiendo
(Aunque sea descortés)
Que he de conocer quién es
Vuestro amante.
DOÑA ELENA.
Ya os entiendo.
DON JUAN.
Finalmente, yo pretendo
Decirle que Elena es mia,
Y castigar su osadía.
LUQUETE.
Ya se despiden los dos.
DON DIEGO.
Pues adios, Elena. (*Vase.*)
DOÑA ELENA.
Adios.
(*Ap.* ¡Muerta estoy!)
LUQUETE.
Ya se desvia;
Mas espera que se aparte
Destas ninfas algun trecho.
DOÑA ELENA.
Tápate.
BEATRIZ.
Muy bien se ha hecho.
DOÑA ELENA.
Y vén por esotra parte.
(*Quiérense ir por la puerta de enmedio.*)
Mas ¡ay!
BEATRIZ.
No hay que recelarte.
DOÑA ELENA.
Sí hay, Beatriz, porque en la accion
De don Juan, ¡qué turbacion!
Parece que va tras él.
LUQUETE.
Ya yo estoy como un papel.
DON JUAN.
Ahora es buena ocasion;
Vén, Luquete.
DOÑA ELENA.
Una mujer
Tiene un negocio con vos.
LUQUETE.
Va á matar aquellos dos,
Y que ahora no puede ser
Estad cierta; que á poder,
Tuviera á dicha el mandarme.

Al irse don Juan, vuelve á salir DOÑA ELENA, *y detiénele.*

DOÑA ELENA.
Ahora habeis de escucharme,
Por la vida...
DON JUAN.
No jureis.
DOÑA ELENA.
De la dama que quereis.
DON JUAN.
¡Hay tal modo de forzarme!
DOÑA ELENA.
Mirad que importa á su honor.
DON JUAN.
Antes con esto la obligo,
Pues matando á su enemigo,
Será venganza y amor.
DOÑA ELENA.
No será sino rigor,
Porque en iguales balanzas
Su amor, sus desconfianzas
Y sus penas estarán;
Que con riesgo del galan,
Ninguna quiere venganzas.
DON JUAN.
Dejadme.
DOÑA ELENA.
Ya estáis cruel.
LUQUETE.
Y basta; ¿por qué no viene,
Me reporta y me detiene?
BEATRIZ.
¿Por qué se detiene él?
DON JUAN.
Luquete, vé tú tras él,
Y dile...
DOÑA ELENA.
Tenle, Beatriz.
DON JUAN.
¿Beatriz?
LUQUETE.
¡Oh suerte infeliz!
DON JUAN.
Luego vos...
DOÑA ELENA.
La lengua erró;
Soy esclava vuestra.
DON JUAN.
Y yo
El hombre mas infeliz.
¡Cielos! ¿qué es lo que estoy viendo?
DOÑA ELENA.
Una mujer, que tu vida
Asegura enternecida,
Y está tu riesgo temiendo.
DON JUAN.
No está sino previniendo,
Para mas presto acabarme,
La muerte que intenta darme;
Porque tan ciertos desvelos,
Detenerme y darme celos,
Es lo mismo que matarme
¿Tú hablando con mi enemigo?
¿Tú en el campo? ¿Tú tapada?
Ténte, no me digas nada,
Basta lo que yo me digo;
Pues cuando mi amor contigo
Mas piadoso quiere ser,
Es fuerza haber de creer
(Segun lo que viendo estoy)
Que lo que es hablarse hoy
Fué diligencia de ayer.
¡Mal haya yo, que creí
Lágrimas que perlas fueron,
Pero falsas me salieron,
Porque ya se usan así!
Mil veces llorar te vi,
Mas esto no te acredita,
Pues de suerte se ejercita
El llorar entre vosotras,
Que de ver llorar á otras,
Llorais en una visita.
Viendo tanto suspirar,
Dí crédito á tu desdèn;
Que siempre un hombre de bien
Fué muy fácil de engañar;
Mas de aquí vengo á sacar,
Pues con ofensas tan claras
Dama de dos te declaras,
Que si el mudarse es deleite,
La condicion, no el afeite,
Os hace tener dos caras.
¿Qué no vence la porfía?
Claro está, tú te rendiste;
Mujer como todas fuiste,
Pues le hablaste siendo mia.
Dirás que fué en cortesía;
Mas yo lo entiendo al revés,
Porque ya en las damas es
Razon de estado admirable,
Para encubrir lo mudable,
Valerse de lo cortés.
Mas yo la culpa he tenido,
Pues solo atento á tu honor,
He consentido su amor,
Y mi agravio he consentido;
Mil locuras he sufrido
Solo por hacer alarde
De mi amor; mas ya, aunque tarde
Conozco, por lo que peno,
Que aun cuando importa, no es bueno
Andar un hombre cobarde.
Mas yo volveré por mí.
DOÑA ELENA.
¿Puedo hablar ahora yo?
DON JUAN.
¿Querrás detenerme?
DOÑA ELENA.
No.
DON JUAN.
¿Querrás disculparte?

DOÑA ELENA.
Sí.
DON JUAN.
No hay disculpa á lo que vi.
DOÑA ELENA.
Hartas el amor me ofrecé.
DON JUAN.
Quien escucha no aborrece.
DOÑA ELENA.
Sí; mas ¿quién oye y no escucha?
DON JUAN.
Pues ¿hay diferencia?
DOÑA ELENA.
Mucha,
Aunque no te lo parece:
Oir es una pasion
En que todos convenimos,
Sin tener en lo que oimos,
Ni albedrío ni eleccion;
Mas escuchar dice accion
En gusto proprio; y así,
Yo, que vine aquí sin mí,
Aunque con don Diego hablé,
Le oí, mas no le escuché,
Porque sin gusto le oí.
DON JUAN.
Con eso te condenaste,
Porque si á verle saliste,
No fué que acaso le oiste,
Sino que tú le buscaste.
DOÑA ELENA.
Sí, pero el fin ignoraste
Que, si á buscarle salí,
Fué para pedirle aquí
Que me dejase; de suerte
Que aun lo que pudo ofenderte,
Vino á ser fineza en mí.
DON JUAN.
Elena, cierra los labios,
Que es reventar de mujer
El quererme hacer creer
Por finezas los agravios;
Y así, los medios mas sábios
Para vengarme han de ser
Dejarte sin atender
Ni á mi amor ni á tu mudanza;
Porque no hay mayor venganza
Que dejar á una mujer.
Que á don Diego...
DOÑA ELENA.
¿Dónde vas?
DON JUAN.
A matarle.
DOÑA ELENA.
Oye primero.
DON JUAN.
¿Qué he de oir?
DOÑA ELENA.
Lo que te quiero.
DON JUAN.
Ya lo he visto.
DOÑA ELENA.
Necio estás.
DON JUAN.
Déjame.
DOÑA ELENA.
No puedo mas.
DON JUAN.
¿Qué quieres?
DOÑA ELENA.
Satisfacerte.
DON JUAN.
¿Cómo puede ser?
DOÑA ELENA.
Advierte...
DON JUAN.
Suelta la capa.
DOÑA ELENA.
Es en vano.
DON JUAN.
¡Ah, desleal!
DOÑA ELENA.
¡Ah, tirano!
DON JUAN.
Esto es matarme.
DOÑA ELENA.
Es quererte.
DON JUAN.
No me has de engañar.
DOÑA ELENA.
Ni quiero.
DON JUAN.
No me has de ver.
DOÑA ELENA.
Eso sí.
DON JUAN.
Adiós.
DOÑA ELENA.
Iréme tras tí.
DON JUAN.
¿Dónde?
DOÑA ELENA.
Donde vivo y muero.
DON JUAN.
¿Y don Diego?
DOÑA ELENA.
¡Que esto espero!
DON JUAN.
Tú le hablaste.
DOÑA ELENA.
No fué amor.
DON JUAN.
¿Quién lo dice?
DOÑA ELENA.
Mi dolor.
DON JUAN.
Déjame, pues yo le vi.
DOÑA ELENA.
Amor, vuelve tú por mí.
DON JUAN.
Quítame la vida, honor.
(*Vanse.*)

Salen LISARDO, *caballero*, Y OCTAVIO, *su amigo*.

OCTAVIO.
¿A mí me encubres el pecho?
LISARDO.
Gusto, Octavio, mal humor.
OCTAVIO.
Pues mi lealtad ¿qué os ha hecho?
Qué os ha debido mi amor?
LISARDO.
Tengo el pecho muy estrecho.
(*Ap.* ¡Ay Flora! ay mujer! ay fiera!)
¡Pluguiera al cielo, pluguiera
A Dios que cuando te ví
Muriera para que así
Conmigo mi amor muriera!
OCTAVIO.
¡Notable melancolía!
LISARDO.
Antes casi á pensar vengo,
Segun crece cada día,
Que es tristeza la que tengo,
Causada de culpa mia.
El melancólico ignora,
Puesto que suspira y llora,
La causa por qué suspira;
Mas no el triste que la mira
Como yo la miro ahora.
OCTAVIO.
Pues ¿qué sentís?
LISARDO.
Un dolor,
Una ansia, una voluntad
Y un melancólico amor,
Que cuando es enfermedad,
Es la enfermedad mayor.
La mas fuerte calentura,
Con su contrario se cura,
Y tiene principio y medio;
Mas ¡ay de aquel que el remedio
En su mismo mal procura!
Pues que sintiéndome arder
De haber visto una mujer,
Para haberme de templar,
O me tengo de matar,
O la he de hablar ó ver.
OCTAVIO.
Todo el dinero lo acaba.
LISARDO.
Antes el alma sospecha
Que no aprovecha esa aljaba.
OCTAVIO.
¿En Madrid, y no aprovecha
El dinero? ¡Cosa rara!
LISARDO.
Pues escuchad y veréis,
Para que no lo extrañeis,
Lo que me pasa en Madrid
Despues que vine.
OCTAVIO.
Decid.
LISARDO.
Avisad cuando os canseis.
Luego que por Madrid dejé á Zamora,
Pasando acaso por su plaza, en ella,
Al salir el aurora, vi una aurora,
Con quien el sol aun era poca estrella;
Porque iba entonces tan gallarda Flora,
Que solo ella competia con ella;
Y si por dicha no la aventajaba,
Era porque respeto le guardaba.
Amanece en provincia cada dia,
Puesto un jardin de diferentes flores,
A quien los coches hacen armonía,
Que son deste jardin los ruiseñores;
Tiene una fuente, que, sonora y fria,
De las flores murmura y sus colores,
Y tal vez de otras cosas á su modo,
Que bien tiene de qué, si lo ve todo.
Aquí llegó esta dama, y yo gozoso
Llegué tambien por verla y conocerla,
Porque iba tan de sol su rostro hermoso,
Que hubo pimpollo que se abrió de verla;
Escogió el ramillete mas curioso,
Que fué en su mano como nieve en perla;
Y entonces murmuró la fuente fria
De ver comprar lo mismo que tenia.
Seguíla hasta su casa con prudencia,
Y de su estado me informé en secreto;
Que no es fineza, no, la diligencia,
Cuando pasa las leyes del respeto;
Un año, y mas, sufrí su resistencia,
Que es mucho en este tiempo, y en efeto,
Cansada ó lastimada de mi muerte,
Una noche me dijo de esta suerte:
«Escarmientos, Señor, de amigas mias,
Que del amor se quejan mal pagadas,
Y de los hombres lloran tiranías,
Mas en mudanza que en razon fundadas,
Tan cobarde me tienen estos dias,
Temiendo ser (¡ay Dios!) de las burladas,
Que me he resuelto, aunque mi edad se asombre,

A no querer jamás á ningun hombre;
Mas, porque no penseis que soy ingra-[ta
A tanto amor como mostrais tenerme,
Mi honor dispensa, determina y trata
Que dentro de mi casa podais verme;
Pero, porque mi pecho se recata
De querer aunque lleguen á quererme,
Ha de ser condicion para obligarme
Que en materia de amor no habeis de [hablarme.
Yo tengo por verdad acreditada
(Bien puede ser engaño) que no hay [hombre
Que trate á una mujer verdad en nada,
Porque para mentir les basta el nom-[bre;
Y mientras yo no esté desengañada,
Cosa no he de escuchar que amor se [nombre;
Y si desta manera pensais verme,
Lo mismo será verme que perderme.»
Yo entonces, viendo lo que puede el tra-[to,
Consiento en el partido; en fin, la veo,
Si bien con tal silencio y tal recato,
Que parece que ya no la deseo;
Mudo á mi pena y á mi amor ingrato,
Por no enojarla, con mi amor peleo,
Y callo amando, si hay galan que pueda,
Teniendo amor, tener la lengua queda.
Las razones tal vez articuladas
Retiro atrás, y su sentido trueco,
Aunque salen algunas tan formadas,
Que casi entre los dientes se oye el eco;
Mas como en aire quedan trasformadas,
Y el aire viene á ser húmedo y seco,
A su esfera se va, que son los ojos,
Y las que voces fueron, son enojos.
Mira si es harta causa de tristeza
Amar á un mármol, á una nieve, á un [hielo,
A un peñasco, á un diamante, á una be-[lleza,
Que nació para bien y mal del suelo;
Penando está en su cielo mi firmeza;
Que aunque implica penar y ver el cielo,
Bien fácil esta enigma se declara
Con probar su rigor y ver su cara.

OCTAVIO.

¡Por Dios, que es mujer notable!

LISARDO.

Y mas para quien la adora,
Siendo una fiera intratable,
Pues me abrasa y me enamora,
Sin permitirme que hable.
Mas ella sale; á este lado
Podeis estar retirado;
Que yo sé que si la veis,
Mi voluntad disculpeis.

(*Apártanse á un lado.*)

Salen ISABEL Y JUANA, *criadas*, *y detrás* FLORA, *muy bizarra.*

JUANA.

Sin causa te has enojado.

FLORA.

No me teneis que pedir,
Laura no me ha de servir;
Que no quiero yo criada
Que haya estado enamorada.
Hoy de casa ha de salir.

JUANA.

Por eso ya no lo está,
Despues que está en tu poder.

FLORA.

Mira: quien amó amará,
Y basta poder querer
Para que me canse ya.
Quien ha de vivir conmigo,
A los hombres (yo lo digo)
Ha de tratar tan severa,
Como si cualquiera fuera
Su capital enemigo.

ISABEL.

Eso se debe entender
Solo con algunos hombres
Que hay de tan ruin proceder,
Que murmuran nuestros nombres
Y deshacen nuestro ser.

FLORA.

Y con todos, porque está
Tan mal con ellos mi pecho,
Que á todos castigará:
Al malo porque lo ha hecho,
Y al bueno porque lo hará.

OCTAVIO.

¡Por cierto, bizarra dama!

LISARDO.

Sí, mas su rigor la infama.

FLORA.

¿Tú estabas aquí, Lisardo?

LISARDO.

Solo en verte me acobardo;
Que teme mucho quien ama.
¿Y cómo te va de amor;
Quiero decir, de olvidar
A los que te quieren bien?

FLORA.

Siempre es uno mi desden.

LISARDO.

(*Ap.* Y uno tambien mi pesar.)
No sé si tienes razon.

FLORA.

¿Por qué no, si todos mienten?

LISARDO.

Eso es solo presuncion.

FLORA.

Si lo que dicen no sienten,
¿Qué mejor informacion?
Hoy he hallado en estas rejas
Seis papeles arrojados,
Llenos de amores y quejas;
Que, ya que no mis criados,
Tienen mis rejas orejas;
Y mas por curiosidad
Que por tener voluntad,
Los seis papeles pasé,
Y en todos ellos no hallé...

LISARDO.

¿Qué no hallaste?

FLORA.

Una verdad;
Y si no, veislos aquí,
Que ellos hablarán por mí.

(*Dale unos papeles.*)

LISARDO.

Con ellos vencerte espero.
Este es el papel primero.

FLORA.

Ya lo escucho.

LISARDO.

Dice así:
(*Lee.*) «Despues que vi tu hermosura,
»Despues que fui sus despojos,
»Despues que amé sin ventura,
»Y despues que de tus ojos
»Adoré la lumbre pura,
»Estoy tan muerto...»

FLORA.

Detente,
Y no pases adelante,
Porque ya ese amante miente,
Porque, á estar muerto ese amante,
No sintiera como siente.

LISARDO.

Dícese, Flora, morir
Aquel penar y afligirse
Un hombre dentro de sí.

FLORA.

Dícese, mas no es así;
Luego es mentira decirse.
Pasa al segundo.

LISARDO.

(*Ap.* ¡Ah, tirana!)
(*Lee.*) «Yo os vi ayer á una ventana,
»Y hoy por vos me veo arder.»

FLORA.

Ya no le queda que hacer
A ese tal para mañana.

LISARDO.

Luego ¿no suelen juntarse
Las estrellas y mirarse
De trino en galan y dama?

FLORA.

Eso inclinarse se llama;
No, Lisardo, enamorarse.
Basta el ver para tener
Solamente inclinacion;
Mas para haber de querer
Con fundamento y razon,
Más es menester que ver;
Porque el trato, la cordura,
La condicion, la blandura,
El donaire y el hablar
Suele á un hombre enamorar
Mas que la misma hermosura.
Y supuesto que ha faltado
Trato, gusto, amor y agrado,
Tambien aqueste ha mentido,
Pues dice que me ha querido
Antes de haberme tratado.
Aquesto no es ser cruel,
Sino querer acertar,
Y serme á mí misma fiel.

LISARDO.

Es condicion singular.

FLORA.

Vaya el tercero papel.

LISARDO.

(*Lee.*) «Si de vuestro sol divino
»Matan los rayos...»

FLORA.

¿Tan presto
Con el sol á topar vino?

LISARDO.

¿Tambien es mentira aquesto?

FLORA.

Es muy grande desatino.

LISARDO.

¿Por qué?

FLORA.

Porque es cosa clara
Que si yo como el sol fuera,
Pues él al sol me compara,
No hubiera quien me quisiera
Ni á la cara me mirara.
Fuera de ser un favor
Tan comun como el amor,
Dime, ¿qué tiene que ver
Con el sol una mujer?

LISARDO

Ser la alabanza mayor.

FLORA.

No hay tal.

LISARDO.

Pues di: cuanto vemos
¿A su luz no lo debemos?
¿No nos calienta?

FLORA.

Eso es llano;

Mas, en llegando el verano,
¿De ese calor qué dirémos?

LISARDO.

No habrá cosa que no sea,
Si con tal rigor se mira,
Mentira para tu idea.

FLORA.

Pues si para mí es mentira,
¿Por qué quieres que lo crea?

LISARDO. (*Ap.*)

Buena es la ocasion que veo
Para decirla mi pena,
Sin que culpe mi deseo.

FLORA.

Vaya el cuarto.

LISARDO.

(*Ap.* Bien se ordena.
Quiero fingir lo que leo.)
(*Lee.*) «Dos años há que os obligo,
»Tan humilde y tan contento,
»Que aun lo que siento no digo,
»Porque todo lo que siento
»Se queda siempre conmigo;
»Ni por muerto me juzgué,
»Ni os amé luego que os vi,
»Ni sol tampoco os llamé,
»Y pues que nunca os mentí,
»Ya se ve lo que querré.»

FLORA.

O la memoria he perdido,
O este papel no he leido;
Pero ya la firma aguardo.

LISARDO.

La firma dice: *Lisardo.*

FLORA.

Y Lisardo el atrevido.

LISARDO.

¿Tanto atrevimiento es,
Para quien muere callando,
Leer un papel tan cortés,
Cuando estoy muriendo y cuando
Has escuchado otros tres?

FLORA.

Los otros no están aquí,
Y así tienen mas disculpa
Que tú para hablarme así;
Porque consiste la culpa
En ser delante de mí.
El escribir en quien ama,
Respeto y temor se llama;
Que aunque un papel se recibe,
No todo lo que se escribe
Puede decirse á la dama.
Mas, para que no te alteres,
Ni culpes en tu fortuna
Nuestros varios pareceres
(Que siempre lo que hace una
Pagan todas las mujeres),
Respondo que tú tambien
Estás, Lisardo, mintiendo,
Porque no es quererme bien
Hablarme en lo que me ofendo,
Conociendo mi desden.
Y pues pasas del concierto,
Aunque tengo por muy cierto
Que ni al sol me has comparado,
Ni aun un dia me has amado,
Ni te has tenido por muerto;
No quiero que mas me veas,
Porque tan libre no seas
Cuando á hablarme te dispongas,
Que á mis preceptos te opongas
Y tus papeles me leas. (*Vase.*)

LISARDO.

Oye, mira, escucha, advierte...—
Tenla, Isabel;—tenla, Juana.

ISABEL.

¡Qué desdeñosa!

JUANA.

¡Qué fuerte! (*Vase.*)

OCTAVIO.

¿Qué dices?

LISARDO.

Que esta tirana
Busca sin duda mi muerte.

OCTAVIO.

Y en fin, ¿qué piensas hacer?

LISARDO.

Sufrir, callar y querer
Hasta que el amor la inspire
Que en el espejo se mire
Y conozca que es mujer;
Porque la fiera mas fiera
Al cabo de la jornada
Se rinde, aunque nunca quiera,
Ya que no de enamorada,
De agradecida siquiera.

(*Vanse Lisardo y Octavio.*)

Salen DOÑA ELENA Y BEATRIZ.

DOÑA ELENA.

¿Qué hora será?

BEATRIZ.

Son las diez.

DOÑA ELENA.

¡Las diez, y don Juan no viene?
Las diez, y falta don Juan
Mas ahora que otras veces?
No sé qué me dice el alma.

BEATRIZ.

No te apasiones ni alteres;
Que hacer estos ferriones
Un hombre que celos tiene,
Es la cartilla de amor
Hasta que el enojo cese;
Entren buenos de por medio,
Vayan y vengan papeles,
Llueva Dios satisfacciones,
Haya pliegues y mas pliegues,
Y al cabo de cuatro dias
Alguna amiga os concierte;
Que es la postrera estacion
De todos los penitentes.

DOÑA ELENA.

Este don Diego ha de ser
Mi destrucion; él pretende
Darme la muerte sin duda,
A título de quererme;
Yo le he escrito, yo le he hablado,
Yo he avisado á sus parientes,
Yo le he llevado por mal,
Y yo he hecho, finalmente,
Todas cuantas diligencias
Pueden en el mundo hacerse,
Y no aprovechan con él
Ruegos, lágrimas, desdenes,
Persuasiones ni amenazas,
Y luego dirá la gente
Que, si porfian los hombres,
Es porque dan las mujeres
Ocasion á que porfíen.

BEATRIZ.

Conforme los hombres fueren;
Que hay amantes espantajos,
Que se estarán erre, erre,
Mareando las esquinas
Y gastando las paredes
Todo el dia en una calle,
Sin mas fruto que molerse
Y moler á cuantos pasan;
Mas tente, que me parece
Que siento ruido aquí fuera.

DOÑA ELENA.

¡Ay Dios, si mi dueño fuese!

Sale LUQUETE.

LUQUETE.

Sudando vengo, por Dios.

BEATRIZ.

No es don Juan, mas es Luquete.

LUQUETE.

¿Señora?

DOÑA ELENA.

Pues ¿cómo solo?

LUQUETE.

Como hay gran mal.

DOÑA ELENA.

¿De qué suerte?

LUQUETE.

Ya viste que mi señor...

DOÑA ELENA.

Ya vi que estuvo impaciente
Aquesta tarde.

LUQUETE.

Pues luego
Que el sol empezó á envolverse
En mantillas de oro y grana,
Y el mismo que fué á las nueve
Barba roja de las flores,
A las de la noche siete
Empezó con poca luz
A barbar castañamente;
Que, vuelto en nuestra vulgata
Todo aquesto, decir quiere
Que al anochecer se fué.

DOÑA ELENA.

Acaba, no me atormentes
Con dilaciones tan frias
Ni con pausas tan crueles.

LUQUETE.

Luego, pues, que llegó á casa,
Mirando al cielo unas veces,
Y otras mirando á la tierra,
Como jugador que pierde
Una trocada despues
De perder cuarenta suertes
Derechas, tomó recado
De escribir sobre un bufete,
Y escribió cuatro renglones,
Que fué milagro leerse,
Pues caballero, y turbado
Con este nuevo accidente,
Ya se ve qué letra haria;
Y cerrando el tal billete,
Me mandó darle á don Diego
Sin que nadie lo entendiese.
Dile, y dióme la respuesta,
Que fué compendiosa y breve;
Leyóla, y mas indignado
Que cuarenta Lucíferes,
El rostro descolorido
Y el sombrero hasta la frente,
En una mano el broquel
Y en otra la de *me fecit*,
«Yo voy á reñir, me dijo,
Con don Diego de Meneses;
No digas palabra desto
A nadie, porque si fueses
Tan necio que lo dijeras,
Aunque piedad te moviese,
Las piernas te cortaria.»
Y sin bastar á tenerle
El ponerle por delante
Que era forzoso perderte,
Mas resuelto que un cochero,
Que es cuanto decirse puede,
Echó por la calle abajo.

DOÑA ELENA.

¡Ay Beatriz, cierta es mi muerte!
Bien mi triste corazon,
Bien, aunque confusamente,
Parece que me decia

Todo lo que me sucede.—
Mas tú, di, ¿por qué no fuiste
Con él?

LUQUETE.

Ha de suponerse
Que tambien don Diego irá
A reñir únicamente.

DOÑA ELENA.

Y si en el campo le esperan
Con don Diego seis ó siete,
Desgracia que ha sucedido
En el mundo muchas veces,
¿No fuera bueno, cobarde,
Que su vida defendieses?

LUQUETE.

¿No ves que hay descomunion
Contra el hombre que saliere
Al campo desafiado?

BEATRIZ.

Mi Luquete, aunque es valiente,
Es temeroso de Dios.

DOÑA ELENA.

Ahora bien, cuando se pierde
La vida, el honor y el gusto,
No hay respetos que aprovechen.
Mi tio queda durmiendo,
Y cuando acaso despierte,
No he de ser tan desgraciada
(Aunque en todo lo soy siempre),
Que me busque; vén, Beatriz.

BEATRIZ.

¿Adónde?

DOÑA ELENA.

A ver si parecen
Por el campo ó por las calles;
Y si los hallo, á meterme
Yo misma por las espadas,
Para que de mí se venguen;
Pues yo, que la culpa he sido;
Soy quien la pena merece.

BEATRIZ.

Ya yo dejo los chapines.

DOÑA ELENA.

Así vamos bien.

LUQUETE.

Advierte
Que si sabe mi señor
Que yo lo he dicho... ya entiendes.

DOÑA ELENA.

Vé tú delante.

LUQUETE.

Ya voy.

Sale DON JUAN, *alborotado*.

DON JUAN.

Pues ¿adónde desta suerte?

LUQUETE.

Ahora á ninguna parte.

DOÑA ELENA.

Pues que no me ves, á verte,
Por no acostarme primero.
Mas tú ¡ay Dios! ¿de dónde vienes?
¿Qué has hecho? ¿Dónde has estado?

DON JUAN.

Pues estando aquí Luquete,
¿No lo sabes?

LUQUETE.

No lo sabe,
Porque no soy hombre...

DON JUAN.

Tente;
Que no vengo para gracias.

DOÑA ELENA.

Antes está tan rebelde,
Que nada quiere decirme
Porque mas me desespere.
¿Parece que estás turbado?

DON JUAN.

Bien la ocasion lo merece.

DOÑA ELENA.

¿Acaso vienes herido?

DON JUAN.

En el alma solamente.

DOÑA ELENA.

¿Desengañóte don Diego?
¿Hablástele claramente?
¿Salió solo al desafío?
¿Dió palabra de no verme?
¿Qué dices? ¿No me respondes?

LUQUETE.

Conmigo la tema tienes.

DON JUAN.

¿Y es esto no saber nada?

LUQUETE.

Por mí sí; que las mujeres,
En llegando á enamorarse,
Para saber lo que quieren
Menean muy bien las habas.

DOÑA ELENA.

El alma, Señor, á veces
Adivina los peligros
Y las desdichas previene.

DON JUAN.

Pues ¿cómo no sabe el alma
Que, aunque ahora vengo á verte,
Para siempre me has perdido?

DOÑA ELENA.

¿Qué es perderte para siempre?

DON JUAN.

No verme, Elena, en tu vida;
Escucha en palabras breves.
Yo sufrí de mi enemigo
Las porfías descorteses;
Rogásteme que callase,
Callé por obedecerte.
Pensé que se rendiria
Su porfía á tus desdenes;
Mas no debieron de ser
Los desdenes muy crueles;
Que esto de veros queridas
De manera os desvanece,
Que aun á los hombres mas viles
Agradeceis que os festejen.
Finalmente, aquesta tarde
(¡Oh, quién en lance tan fuerte,
Como el triste Belisario,
De sangre pura dos fuentes,
En lugar de ojos, tuviera,
Para cegar de repente!)
Te hallé con él en el campo;
La causa el cielo la puede
Solamente averiguar;
Lo que yo vi claramente
Es que don Diego te hablaba;
Que tú muy hermosa eres,
Que él era mozo y galan,
Que saliste á hablarle y verle,
Que estabas con él á solas,
Que la ocasion era fuerte;
Si es agravio no lo sé,
Solo sé que lo parece.
Celoso, pues, y ofendido,
Le supliqué que se viese
Conmigo ahora en el campo;
Salió, conocíle, habléle,
Dile cuenta de mi amor,
Respondióme secamente,
Desnudamos las espadas,
Y quiso, Elena, mi suerte
Que le alcanzase una punta
Y que la vida perdiese;
Que una cosa es tener dicha,
Y otra ser uno valiente.
Esto es todo lo que pasa,
Y antes que llegue á saberse
Que yo he sido el homicida,
Vengo á decir que te quedes
Sin mí para muchos años,
Y á que conozcas que tienes
La culpa desta desgracia.
Y con esto, adios; que puede
Costarme, Elena, la vida
Un instante detenerme.

DOÑA ELENA.

Y á mí ¿qué me ha de costar,
Cuando te pierdo y me pierdes
Sin mas culpa que adorarte?

LUQUETE.

Mal caso, Beatriz, es este.

BEATRIZ.

Y mas para quien te amaba.

DOÑA ELENA.

Véte, por Dios, véte, véte;
Porque aun palabras no tengo
Para poder responderte.

DON JUAN.

Tú, Luquete...

LUQUETE.

Ya te escucho.

DON JUAN.

Vé á casa, y sin detenerte
Me trae aquí dos caballos.

LUQUETE.

Partiré como un cohete.

DON JUAN.

Hoy pierdo á Valladolid.

DOÑA ELENA.

Hoy quedo á morir ausente.

LUQUETE.

Hoy comeré sin Beatriz.

BEATRIZ.

Hoy beberé sin Luquete.

JORNADA SEGUNDA.

Salen DON JUAN *y* LUQUETE.

DON JUAN.

¡Lindo lugar!

LUQUETE.

Extremado,
Aunque gozado de noche,
Y eso á caballo ú en coche.

DON JUAN.

Eso la vida me ha dado.
En Valladolid maté,
De amor y de celos ciego,
¡Lance forzoso! á don Diego;
Ya lo sabes.

LUQUETE.

Ya lo sé.

DON JUAN.

Salí de Valladolid,
Temiendo mayores males,
Y en dos dias no cabales
Nos pusimos en Madrid,
Donde encontré con Lisardo,
Que es el amigo mayor,
De mas brio y mas valor,
Mas discreto y mas gallardo
Que tuve en toda mi vida,
Y contéle lo que pasa.

LUQUETE.

Bien se ve, pues en su casa
Nos hizo tal acogida.

DON JUAN.

Pensé por Madrid andar
Sin ser de nadie notado;

Mas hémonos informado
Que hay en aqueste lugar
Muchos parientes y amigos
De don Diego de Menéses;
Y así, va para tres meses,
Por excusar enemigos,
Que de este cuarto no salgo
Sino es de noche ó en coche.

LUQUETE.

En fin, tu dia es la noche.

DON JUAN.

De su oscuridad me valgo;
Si bien, en faltando el gusto,
No hay cosa que bien parezca
Ni fiesta que se apetezca.

LUQUETE.

Ese pesar es muy justo
Si es por Elena, Señor.

DON JUAN.

Pues ¿por quién pudiera ser?
¿Hay en el mundo mujer
Como Elena?

LUQUETE.

¡Bravo amor!

DON JUAN.

¡Si tú la vieras, en tanto
Que por los caballos fuiste,
Aquella ¡ay Dios! noche triste
Que ella y yo perdimos tanto!
Díjome: «Mi bien, espera;»
Respondí: «Mi mal, no quiero;»
Y descompuesto y grosero
A tomar fuí la escalera;
Mas ella, con la congoja,
Llorosa de mi desden,
Porque hay lágrimas tambien
Que el coraje las arroja,
Dando suspiros al aire
Y cargada de razon,
Un «pésia mi corazon»
Dijo con tanto donaire,
Que á verla volví, y la dije,
Mirando hácia la pared:
«¿Qué quiere vuesamerced,
Que así me mata y aflige?»
Y como los niños suelen,
Cuando su enojo señalan,
Llorar mas si los regalan
Y de sus ansias se duelen;
Así sus divinos ojos,
Que ya estaban reventando,
En mirándome mas blando,
Declararon sus enojos;
Y por sendas de coral,
Que eran del amor vergeles,
Empezó á regar claveles
Con racimos de cristal.
Elena, en fin, de mi pena
No tuvo culpa ninguna.

LUQUETE.

Pues ¿quién?

DON JUAN.

Mi triste fortuna.

LUQUETE.

Pues yo aseguro que Elena
Aun mas que tú lo ha sentido.

DON JUAN.

¿Mas que yo? No puede ser.

LUQUETE.

Sí puede, porque es mujer,
Y dellas tengo entendido
(Aunque las desmienta el nombre;
Que en allegando á querer,
Quiere cualquiera mujer
Muchísimo mas que un hombre;
Porque, en fin, el mas amante
Ronda, visita, pasea,
Juega, mira, y aun desea,
Divertido é inconstante;
Mas una pobre señora,
Que no sale por la villa,
Y asida de una almohadilla,
Cose lo mismo que llora,
Claro está que querrá mas
Y que guardará mas ley;
¿No has visto comer á un buey,
Y que despues á compás
(Así la vida conserva)
Con un curso repetido
Vuelve á rumiar lo comido
Hasta topar otra yerba?
Así las mujeres son
Con amor, porque en amando,
Siempre están dando y tomando
En su amorosa pasion,
Hasta que llegan á ver
Lo que pudieran amar,
Y cesando de rumiar,
Vuelve el amor á comer.
Elena en un monasterio,
De su tio despreciada,
De sus deudos olvidada,
Sin humano refrigerio
Desde aquel suceso está;
Pues ¿cómo quieres que esté
Quien encerrada no ve
Mas que tu retrato allá,
Y las cartas que le escribes?

DON JUAN.

¿Y hago yo mas que leer
Las suyas?

LUQUETE.

Ella es mujer,
Y tú por lo menos vives
En Madrid, que basta el nombre,
Donde solo el ver la gente
Es consuelo suficiente;
Juegas tu poquito de hombre,
Y aun te entretienes con damas.

DON JUAN.

¿Yo con damas?

LUQUETE.

Tú con Flora,
Que hay quien dice que te adora.

DON JUAN.

Sin razon su nombre infamas,
Porque es mujer que al amor
No rinde el pecho gallardo;
Fuera de amarla Lisardo,
Que es la respuesta mejor.

LUQUETE.

Por lo menos á tu ruego,
Aquesto es cierto, permite
Que Lisardo la visite.

DON JUAN.

Meter paz no es estar ciego;
Mas aquí Lisardo viene.

Salen LISARDO Y FINEO, *criado.*

LISARDO.

¿Don Juan?

DON JUAN.

¿Amigo y señor?
Pues bien, ¿cómo va de amor?

LISARDO.

Don Juan, como quien le tiene
A quien no puede pagar,
Porque no sabe querer.
Y vos ¿qué pensais hacer?

DON JUAN.

O leer algo ó jugar.

LISARDO.

Antes quisiera llevaros
A alguna parte esta tarde.

DON JUAN.

Tiéneme el riesgo cobarde.

LISARDO.

No teneis que recelaros
Yendo en el coche y conmigo.

DON JUAN.

Vuestro soy.—Tú, con Fineo,
Vé por cartas al correo.

LISARDO.

En casa de Flora digo
Que estarémos, si os parece.

DON JUAN.

Yo no tengo voluntad;
Guiad, elegid, mandad.

LISARDO.

Al paso que me aborrece,
Adoro en esta mujer.

DON JUAN.

Pues venceréis porfiando.

LISARDO.

Porfiando y obligando.
Vamos.

LUQUETE.

¿Y la vas á ver?

DON JUAN.

No voy sino á acompañar
A quien es galan de Flora,
Porque á Elena el alma adora.

LUQUETE.

Si por mí te he de juzgar,
Elena será infeliz,
Y á Flora querrás mañana;
Porque despues que vi á Juana,
No me acuerdo de Beatriz.

DON JUAN.

No es una nuestra fortuna.

LUQUETE.

¿Por qué, si es uno el trabajo?

DON JUAN.

Porque tú eres hombre bajo,
Y yo soy don Juan de Luna.

(*Vanse.*)

Salen DOÑA ELENA, BEATRIZ Y MAGDALENA, *de toqueras vizcaínas*, Y FELICIANO, *viejo.*

MAGDALENA.

No hay sino tener cuidado
Con los precios de las tocas.

FELICIANO.

Mujeres en fin, y locas.

MAGDALENA.

No habrá casa, no habrá estrado,
Dama, rincon, calle ó plaza,
Que no registres y veas,
Sin que de ninguno seas
Notada.

DOÑA ELENA.

Discreta traza
Para lo que yo deseo,
Que es solo ver á don Juan.

FELICIANO.

Buenas tus fortunas sean;
Que aun te veo y no lo creo.

DOÑA ELENA.

El amor me tiene así.

FELICIANO.

¿Tú en Madrid, siendo quien eres?

DOÑA ELENA.

Si erramos siendo mujeres,
Ya no hay remedio.

FELICIANO.

¡Ay de mí!

Ay de mí! Pues yo lo erré
En venirte á acompañar.

DOÑA ELENA.

De tí me quise fiar.

FELICIANO.

Eso mi desdicha fué.

DOÑA ELENA.

Como juzgas, Feliciano,
Solo por el apariencia,
Culpas mi poca prudencia
Y pensamiento liviano.
Pero si yo te dijera
Que, aunque me ves en Madrid,
No sabe Valladolid
Que estoy de aquesta manera,
Ni que he salido de allá,
Aunque falto tantos dias,
¿Qué dirias? Qué dirias?

FELICIANO.

Eso imposible será.

DOÑA ELENA.

Pues para que no te admires,
Puesto que discreto eres,
Y disculpes las mujeres
Cuando con amor las mires,
Oye, y verás que mi amor
Ha juntado en un sugeto
La voluntad y el objeto,
La osadía y el honor;
Porque, aunque mi amor es mucho,
Siempre he sido lo que soy.

FELICIANO.

Confuso y atento estoy.

DOÑA ELENA.

Escucha pues.

FELICIANO.

Ya te escucho.

DOÑA ELENA.

Yo tuve amor; bien empiezo
Para contar mis tragedias,
Porque si en tener amor
Todas las penas se encierran,
Es echar por el atajo
Para decirte mis penas,
Decirte que quise bien
A don Juan de Luna y Leiva.
No nos hablábamos, no,
Por balcones ni por rejas,
Porque esto de hacer terrero
Fuera bueno si no hubiera
Malsines que lo notasen,
Vecinos y malas lenguas;
Y así, en tratando de amor,
Para quitar la sospecha,
Mas vale que entre el galan
Que no que se esté á la puerta;
Porque dentro no le ven,
Y le ven estando fuera;
Y á veces deshonra mas
Una vulgar apariencia
Que una culpa cometida,
Como con secreto sea.
Por las tapias de un jardin,
Que á otra calle da la vuelta,
Entraba don Juan á verme,
Sin tomarse mas licencia
Que la que mi honor queria,
Y le daba mi vergüenza;
Si bien, tal vez amoroso,
Que sin amor no hay ofensa,
Dejando las del jardin
Por comunes azucenas,
Apeló para otras flores,
Y puso la boca en ellas.
Dió don Diego en este tiempo
En amarme de manera,
Que, apasionado don Juan,
Sin cordura y sin prudencia
(Que no hay cordura que valga
Cuando los celos aprietan),
Le sacó una noche al campo
Y le mató (¡gran tragedia
Para quien quedó llorando
Con muchos ojos su ausencia!).
Por el amor de don Diego,
Tan público en todos era,
Y la ausencia de don Juan,
Se tuvo por cosa cierta
Ser don Juan el homicida,
Y ser tambien mi belleza,
Por quererme bien entrambos,
La causa de la pendencia;
Que somos tan desgraciadas,
Y mas en esta materia,
Que aun la cólera de un hombre,
Que por su gusto se arriesga,
Quiere el vulgo licencioso
Que corra por nuestra cuenta.
De aquesta injusta opinion,
Cuanto á mi honor tan incierta,
Hizo tal duelo mi tio
(Así la pasion le ciega),
Que empezó, sin otra causa,
A tratarme de manera,
Que, cansada de pasar
Por mil géneros de afrentas,
De su casa me salí,
Y estuve en la de una deuda
Seis dias, sin resolverme
A nada, por estar llena
De opuestas dificultades
La resolucion mas cuerda;
Porque volver con mi tio,
Era doblarme las penas;
Que enemigos y parientes
Es casi una cosa mesma.
Estarme con una amiga,
No teniendo yo mi hacienda,
Fuera bueno para un mes,
Aunque mas amiga fuera.
Ponerle pleito á mi tio
Porque réditos me diera
De cincuenta mil ducados,
Que son mi dote y mi hacienda,
No era cosa competente
A mi estado y mi nobleza.
Meterme en un monasterio
Hasta que don Juan volviera
Con libertad á mis ojos,
Fuera la accion mas honesta
Que pudiera hacer entonces
Una mujer de mis prendas;
Mas que don Juan en Madrid
Se holgara y entretuviera,
Quizá en fe de que yo estaba
Encerrada en una celda,
Era tambien fuerte caso,
Y que en Madrid era cierta;
Pues irme públicamente,
Dijeran lo que dijeran,
Con él, como con mi esposo,
Aunque sé que lo desea,
Era ponerme á peligro
De que mal le pareciera,
Y se le entibiara el gusto
Solo en verme tan resuelta;
Porque no sé qué se tiene
Esto de rendir las fuerzas,
Que á todos en general,
Aunque mas amantes sean,
Las alas del corazon
Se les caen cuando les ruegan;
De suerte que, indiferentes
Entre la duda y la pena,
Entre la muerte y la vida,
Entre el honor y la ofensa,
Estaba como arroyuelo,
Cuando al bajar por las peñas,
Siendo cítara de aljófar
Y filomena de perlas,
Topó al hielo en el camino,
Y parando la carrera,
El que era pájaro vivo,
Saltando de sierra en sierra,
Queda difunto marfil
Y clavicordio sin cuerdas.
Lo que don Juan me escribia
En todas las cartas era
Encarecerme su amor,
Su firmeza y su tristeza;
Que, como por el mentir
A nadie le sacan prendas,
En dejándose á la pluma,
A trueque de que los crean,
Dicen locuras los hombres
Y mienten á rienda suelta.
En efecto, Feliciano,
Despues de muchas quimeras,
Trazas, desvelos, engaños,
Invenciones y cautelas,
Intento ver á don Juan
En Madrid, sin que me vea,
Y sin que en Valladolid
Se presuma ni se entienda,
Dos cosas casi imposibles;
Mas oye, porque las creas.
Tiene Beatriz una hermana,
La cual, trocando en Elena
El nombre de Estefanía,
Se fué, y entrambas con ella,
A un convento, desde donde
Le escribí, dándole cuenta
A don Juan de mi clausura,
Si bien clausura supuesta;
Y luego avisé á mi tio,
Sólo para que supiera
Que estaba en parte segura,
Y no hiciese diligencia
De buscarme; y advirtiendo,
Por si alguien á verme fuera,
A la tal Estefanía
Que se fingiese indispuesta.
Nos salimos una tarde,
Y buscando una litera,
Y una mula para tí,
Sin que nadie lo entendiera,
Nos venimos, y de cuanto
Allá sucede en mi ausencia
Me da parte Estefanía,
Con una sobre-cubierta
Que dice *A tí*, por si acaso
Alguien la lista leyera,
Que conociera mi nombre,
Y el secreto descubriera;
Y las cartas que don Juan
Me escribe por la estafeta,
Me las envia tambien;
Y yo, respondiendo á ellas,
A uno que escribe la lista
Llevo luego la respuesta,
Que el oro todo lo vence;
Y con su número y señas
Entre las otras las pone;
Con que parece por fuerza
Escrita en Valladolid,
Por el tiempo y por la fecha;
De suerte que es imposible
Que nadie en Madrid lo sepa,
Ni en Valladolid tampoco,
Pues Estefanía queda
Con mi nombre en el convento,
Sin que haya quien la desmienta;
Mas viendo que he estado un mes
Sin que ver á don Juan pueda,
Ni en Prado, plaza ni calle,
Fiesta, rio ni comedia,
He llegado á imaginar
¡Plegue al cielo que no sea!
Que alguna dama en su casa,
Por mas secreto, le hospeda;
Y estando ayer platicando
Aquesto con Magdalena,
Que vive en este aposento,

Y á título de toquera
No hay dama que no visita
Ni hay casa donde no entra,
Me he determinado á andar
De esta suerte hasta que venga
A encontrar mi dulce dueño;
Mas esto con advertencia
De que soy, estando en casa,
Doña Antonia de la Cerda,
Y Luisa de Licoalde
Vendiendo tocas de seda;
Porque casi á un mismo tiempo
He de ser dama y toquera.
Esto ha sabido la industria,
Esto los celos intentan,
Esto solicita el alma,
Esto quiere la sospecha,
Esto pretende la duda,
Esto alcanza la agudeza,
Y esto ha podido el amor,
Que cuanto quiere atropella;
Porque con amor, no hay cosa
Que no se allane y se venza.

FELICIANO.

Solo pudiera tu ingenio,
Que es igual á tu belleza,
Concertar tales engaños.

DOÑA ELENA.

El amor en todo acierta.

FELICIANO.

Consolado me has en parte,
Aunque en el alma se queda
Siempre un temor.

DOÑA ELENA.

No hay temor
Andando de esta manera,
Y con Magdalena al lado.

MAGDALENA.

Siempre será Magdalena
Amiga y esclava tuya.

DOÑA ELENA.

No hayas miedo que lo pierdas
Conmigo.

BEATRIZ.

Pues ¿qué aguardamos
Que esta obra no se empieza?

DOÑA ELENA.

Que Magdalena nos guie.

MAGDALENA.

Pues mirad que tengais cuenta
Que en llamándome algun paje,
Lacayo, escudero ó dueña,
Porque no vamos tres juntas,
Se ha de quedar á la puerta
Una de las tres.

BEATRIZ.

Bien dice.

DOÑA ELENA.

Eres en todo discreta.

BEATRIZ.

Santigüémonos primero.

MAGDALENA.

Vaya en Dios y enhorabuena
Por esta calle del Prado,
Que es donde está la belleza
Como en su centro.

DOÑA ELENA.

Camina;—
Y tú, Feliciano, espera;
Que antes que se ponga el sol
Habrémos dado la vuelta.

FELICIANO.

Dios te dé buena fortuna.

MAGDALENA. (*En voz alta.*)

¿Quién quiere tocas de seda?
¿Compran tocas? ¿Quieren tocas?

BEATRIZ.

Bueno va, si no se enreda.

MAGDALENA.

Anda, Luisa.

DOÑA ELENA.

Ya te sigo.—
Dulce amor, haz que yo vea,
Si puede ser, á don Juan,
Cuando otra cosa no sea.

BEATRIZ.

¿Y si le vieras con otra?

DOÑA ELENA.

¡Ay Dios! Quedárame muerta.
(*Vanse.*)

Sale FLORA.

FLORA.

Corazon, ¿qué novedad
Es la que conmigo haceis?
¿En qué pensais? ¿Qué teneis?
Decid, decid la verdad.
Mas no la digais, callad;
Que si no soy la que fuí,
Y despues que me rendí,
Tengo otro ser y otra cara,
Como si con otra hablara,
Tengo vergüenza de mí.
Venció amor, suya es la palma;
Porque vivir sin amor,
Aunque parece valor,
Es desaliño del alma;
Estaba mi pecho en calma,
Sin bien, sin gusto y sin medra,
Y buscó muro á la hiedra
Para que no se derribe;
Que aun se cae, si no vive,
Un edificio de piedra.
Está don Juan en Madrid,
Y en Valladolid Elena,
Y parece que la pena
Le tiene en Valladolid;
Y como todo mi ardid
En no creer consistia,
Qué amante perfecto habia,
Y tanto don Juan lo fué,
Casi á un mismo tiempo amé
Lo mismo que aborrecia.
Procedia mi tibieza
De temor, no de rigor;
Mas quitóme este temor
Ver de don Juan la firmeza;
Que aunque adora mi belleza
Lisardo, solo se llama
Amante el que ausente ama,
En tiempo que es novedad
Que aun guarde un hombre lealtad
En los brazos de su dama.
Mas ¡ay Dios! ya me acobardo
En tanta dificultad;
Don Juan tiene voluntad
A Elena, y á mí Lisardo.
Yo peno, suspiro y ardo,
Pues la garganta al cuchillo
Pongo por no descubrillo;
Que una principal mujer
Puede llegar á querer,
Mas no llegar á decillo.

Salen ISABEL y JUANA.

JUANA.

Lisardo, aquel que te adora...

ISABEL.

Lisardo, aquel que porfia...

FLORA.

Decid que venga otro dia,
Que estoy indispuesta ahora.
¿Viene solo? ¿Quién lo ignora?
Y querráme marear
Con hablar y mas hablar.

FABIO.

Un don Juan viene con él.

FLORA.

Pues ya estoy buena; Isabel,
Decid que pueden entrar.

ISABEL.

A ignorar tu condicion,
Dijera que ese contento...

FLORA.

Esto es solo cumplimiento,
No, amigas, inclinacion;
Porque no fuera razon,
Cuando por galantería
Me viene á ver algun dia,
No dejarme hablar ni ver;
Que una cosa es no querer,
Y otra tener cortesía.

ISABEL.

Bien podeis entrar.

Salen DON JUAN y LISARDO.

LISARDO.

¿Señora?

FLORA.

En sentándoos hablarémos.
(*Ap.* Amor, toda soy extremos.)

DON JUAN.

¡Qué discreta!

FLORA.

Ahora, ahora
A entrambos preguntaré
Cómo estáis.

LISARDO.

Yo muy contento
Solo en veros, esto siento.

FLORA.

¿Y vos, don Juan?

DON JUAN.

No lo sé;
Que, como de mi cuidado
Es Elena el alma y vida,
Y esta ausencia desabrida
Sin Elena me ha dejado,
Aunque por horas la escribo,
Y aunque tengo el alma allá,
Hasta saber cómo está,
No sé si muero ó si vivo.
Y así, pues que solo sé
Que no sé, bien respondí,
Porque nunca sé de mí
Mientras de Elena no sé.

FLORA.

Un hombre que cada instante
Habla y ve tantas mujeres
De tan lindos pareceres,
¿Puede ser tan firme amante?

DON JUAN.

No hay quien me parezca bien.

FLORA.

(*Ap.* Buen consuelo, por mi vida,
Para quien está perdida.)
Cuanto al ser mujer de bien,
De mas virtud y decoro,
De mas recato y mas fama,
Bien creeré, sí, que esa dama
Merezca mas, no lo ignoro;
Pero cuanto á la belleza,
El talle, el brio, el andar,
No; porque estáis en lugar
Que el garbo, la gentileza,
Lo prendido y lo brillante
Tiene principio de aquí...

DON JUAN.

Yo confieso que es así,

Y que erraré como amante;
Mas si la hermosura es cosa
Que la da quien la encarece,
La que á un hombre le parece
Mejor es la mas hermosa;
Y así, aunque sea menos bella,
Tendrá Elena esa fortuna,
Porque no puede ninguna
Parecerme como ella.

FLORA.
Seréis un necio.

LISARDO. (*Ap.*)
Parece
Que está Flora con cuidado,
Y que casi se ha enfadado
Porque don Juan encarece
A Elena. Pues ¿qué será?
Vanidad debe de ser;
Que amor fuera á ser mujer,
Y es un mármol, claro está.

Sale LUQUETE, *con unas cartas.*

LUQUETE.
Albricias.

DON JUAN.
¿Hay cartas?

LUQUETE.
Sí,
De Elena es aqueste pliego.

DON JUAN.
Que me perdoneis os ruego.

FLORA. (*Ap.*)
Esto es peor, ¡ay de mí!

(*Abre el pliego don Juan, y pónese á leer, y hablan Flora y Lisardo, y Flora está mirando á don Juan.*)

LUQUETE.
¡Jesus, qué de garabatos!
Cada renglon destas planas
Es una sarta de ranas.

FLORA.
No han de ser todos ingratos.

LISARDO.
Yo por lo menos no puedo
Serlo contigo.

FLORA.
¿Por qué?

LISARDO.
Porque no tengo de qué.

DON JUAN.
Aquí dice: (*Lee.*) «Sin tí quedo.»

FLORA.
¿Qué dices?

LISARDO.
No habla contigo.

FLORA. (*Ap.*)
¡Amor no bastaba, cielos,
Sino amor, invidia y celos!

LISARDO.
Estad en esto que os digo.

FLORA. (*Ap.*)
Para quien ve lo que ve,
Es este lindo remedio.

(*Pónese entre las dos mozas Luquete muy recto.*)

LUQUETE.
La virtud consiste en medio.

JUANA.
¿Y es la virtud su mercé?

LUQUETE.
Para lo que la cumpliere.

JUANA.
¿Es casado?

LUQUETE.
Soy muy cuerdo.

JUANA.
¿Sabe de amores?

LUQUETE.
Me pierdo.

JUANA.
¿Querráme?

LUQUETE.
Sí me quisiere.

JUANA.
¡Paréceme gran figura!

LUQUETE.
Grande no, figura sí.

JUANA.
¿Sabes dar?

LUQUETE.
Soldado fuí.

JUANA.
¿Regalas?

LUQUETE.
He sido cura.

JUANA.
Pues toca.

LUQUETE.
¡Buena señal!
Tuyo soy, pésia mis males.

JUANA.
Yo gano catorce reales.

LUQUETE.
Yo racion de pan y real;
A las once te veré.

JUANA.
Ya me habré lavado entonces.

LUQUETE.
¿Hay esconce?

JUANA.
Y aun esconces.

LUQUETE.
Yo en una cuna cabré,
Porque soy un bon ami.

JUANA.
Ya yo me fino y desalmo.

LUQUETE.
Esto es amar por ensalmo;
Aprended, flores, de mí...

LISARDO.
¡Que te precies de tirana!

FLORA.
Mas con eso me provocas.

MAGDALENA. (*Dentro.*)
«¿Compran tocas? ¿Quieren tocas?»

FLORA.
Llama esa toquera, Juana.

JUANA.
¿Para qué?

FLORA.
Para excusarme
De responder á este necio,
Que, á pesar de mi desprecio,
Da en quererme y en cansarme,
Cuando está mi voluntad
Adorando á un enemigo.

JUANA.
¡Hola, toquera! ¿Qué digo?

MAGDALENA. (*Dentro.*)
Luisa, que llaman.

ISABEL.
Entrad
Por esa puerta.

Salen DOÑA ELENA Y BEATRIZ.

DOÑA ELENA.
¿Quién llama?

JUANA.
Mi señora.

LISARDO.
¡Gentil talle!

BEATRIZ.
Es por demás el buscalle.
¡Linda casa!

DOÑA ELENA.
¡Y linda dama!
Dios guarde á su señoría,
Su merced, ó lo que fuere;
¿Sois vos quien las tocas quiere?

FLORA.
Yo soy.

LISARDO.
Bien, por vida mia.

DOÑA ELENA.
Pues ya sacamos la tienda.

FLORA.
Y yo con gusto te escucho.

DOÑA ELENA.
No hay sino comprarme mucho,
Porque traigo linda hacienda
Y mucha; porque hallaréis
Tocas de reina y beatillas,
Gasas, velos y espumillas,
Y otras muchas; ¿cuál quereis?

FLORA.
¿Traes algun descanso?

DOÑA ELENA.
No;
Porque si yo le trajera,
Para mí me le quisiera;
Que tambien le busco yo.

LISARDO.
¿Cómo, siendo vizcaína,
Hablas tan bien nuestra lengua?

DOÑA ELENA.
Porque es en vizcaína mengua,
Y entre los nobles mohina,
Hablar vascuence jamás,
Sino fino castellano.

FLORA.
Bien predicas con la mano.

DOÑA ELENA.
Si yo predico, tú estás
Haciendo oficio de preste,
Revestida entre los dos.

(*Acaba don Juan de leer, y vuelve la cara, y vele doña Elena.*)

DON JUAN.
Yo he leido.

DOÑA ELENA.
Mas, ¡ay Dios!
Beatriz, ¿no es don Juan aqueste?

DON JUAN.
Diréis que grosero fuí.

LISARDO.
Disculpa tiene quien ama.

FLORA.
Largo os escribe esa dama.

DON JUAN.
No me lo parece á mí.

DOÑA ELENA.
¡Ay Beatriz! apenas puedo
Respirar, porque el dolor,
La pesadumbre, el amor,
El sobresalto y el miedo,
Como con llave, han cerrado
Todas las puertas al pecho.
¡Ah don Juan, qué mal lo has hecho!

BEATRIZ.
Pues el traidor del criado,
Que está en oracion mental
Con la otra picarona...

DOÑA ELENA.
El amo al criado abona.
BEATRIZ.
Bien dices; tal para cual.
DOÑA ELENA.
¡Mal haya el oficio, amén!
(*Rompe una toca.*)
BEATRIZ.
Que vienes loca recelo.
DOÑA ELENA.
¿De las tocas tienes duelo,
Cuando tal mis ojos ven?
(*Van recogiendo las tocas.*)
Mas esto ha de ser así;
Vamos presto, y tú allí enfrente
Espera secretamente
A ver si sale de aquí;
Y si sale, vé tras él,
Mientras yo me llego á casa,
Y vuelvo á ver lo que pasa
Con Magdalena. (*Ap.* ¡Ah cruel,
¡Bien pagas mi amor honesto!)
DON JUAN.
¿Vendeis tocas?
DOÑA ELENA.
Ya no hay tocas.
BEATRIZ.
Voyme volando.
(*Vase Beatriz, y levántanse.*)
FLORA.
¿Estáis locas?
LISARDO.
Descolorida se ha puesto.
FLORA.
¿Qué ha sido?
DOÑA ELENA.
No sé de mí.
FLORA.
Pues ¿qué sientes?
DOÑA ELENA.
Harto siento.
(*Ap.* Aquí importa el fingimiento.)
DON JUAN.
Luquete, llégate aquí.
LUQUETE.
Ya penetro lo que quieres.
DON JUAN.
¿No es Elena esta mujer?
LUQUETE.
No, mas debiéralo ser.
FLORA.
No te apasiones.
DOÑA ELENA.
¿Qué quieres,
Si en una casa que entré
Me hurtaron (¡infame casa!)
La mejor prenda de gasa?
(*Mirando á don Juan.*)
Yo ahora menos la eché,
Y voy á cobrarla (¡ay triste!)
Por la justicia ó concierto.
DON JUAN.
Si no tuviera por cierto
Que este pliego me trajiste,
Que há tres dias que está escrito,
Y que Elena está encerrada,
Dijera...
LUQUETE.
No digas nada;
Que aun el pensarlo es delito.
DON JUAN.
¿Que hasta en la voz puede ser
Que se parezcan las dos?

LUQUETE.
Parécense, juro á Dios,
Mas que el freir y el llover.
DON JUAN.
Pues si se parece á Elena,
Solo por eso he de amarla,
Servirla y solicitarla.
DOÑA ELENA.
Era la pieza muy buena.
DON JUAN.
Pues decid lo que valia;
Que yo pagártela quiero.
DOÑA ELENA.
No siento tanto el dinero
Como la bellaquería.
(*Ap.* Ya en mí los dos repararon.)
Y vive Dios, que aunque entienda
Arriesgar toda mi hacienda,
Puesto que me la robaron;
Y aunque pensara por ella
Perder, pues ya estoy perdida,
Con el hacienda la vida,
Que es echar á todo el sello,
He de vengarme de un hombre
Que estaba junto á un estrado,
Y con capa de hombre honrado
(Que tambien engaña el nombre),
Apenas volví los ojos,
Cuando me engañó el traidor;
Porque en no viendo, el mejor
Sabe hacer estos enojos;
Pero yo me vengaré
Si lo llego á averiguar.
(*Ap.* Amor, no hay de qué fiar;
Tambien don Juan hombre fué.) (*Vase.*)
DON JUAN.
Como es de Elena traslado,
Y colérica la vi,
Vive Dios, que la temí.
FLORA.
Gran sentimiento ha mostrado.
LISARDO.
Cuando es el caudal tan poco,
Siéntese cualquiera cosa.
DON JUAN.
La vizcaina es hermosa;
Vamos tras ella.
LUQUETE.
¿Estás loco?
DON JUAN.
Adios, Lisardo; adios, Flora;
Que tengo un negocio.
FLORA.
Adios.
LISARDO.
¿Quereis que vaya con vos?
DON JUAN.
Importa el ir solo ahora. (*Vase.*)
FLORA.
¿Solo se va? Pues decid,
¿Si fuese alguna pendencia?
LISARDO.
Pendencia no, diligencia
Será de Valladolid.
FLORA.
Este miedo solo nace
De ser don Juan vuestro amigo.
LISARDO.
Yo tambien lo mismo digo;
Mas mirad, quien satisface
Parece que está dudando
Él mismo de la verdad.
FLORA.
Esta es justa voluntad.

LISARDO.
Vos propria os vais despeñando,
Pues que decís que no es justa;
Mas yo, Señora, me obligo,
Pues de don Juan, por mi amigo,
Dice vuestro amor que gusta,
A venir tan prevenido,
Que traiga, por mas galan,
Siempre conmigo á don Juan,
Para ser bien recibido.
FLORA. (*Ap.*)
Lisardo, aunque se reporta,
Ha entendido mi aficion.
LISARDO.
Celoso voy con razon;
Mas es de don Juan, no importa.
(*Vanse.*)

Salen DON JUAN Y LUQUETE.

DON JUAN.
En aquesta casa entraron.
LUQUETE.
¡Válgate Dios por mujer!
¿Hay cosa tan parecida?
DON JUAN.
Luquete, tan ella es,
Que Elena propria á sí propria
No se puede parecer
Tanto como esta toquera.
LUQUETE.
¡Oh milagro del pincel
Soberano! Mas ahora
¿Qué es lo que habemos de hacer?
DON JUAN.
Aguardarla; pero no,
Porque aquí sin duda fué
Donde la hurtaron las tocas
Esta tarde, y puede ser
Que la pierdan el respeto
Si me detengo.
LUQUETE.
Pues bien,
¿Qué determinas?
DON JUAN.
Entrar,
Y aun hacérselas volver.
LUQUETE.
Eso es tener treinta y nueve
Para loco.
DON JUAN.
Llama pues.
LUQUETE.
¿Qué es llamar? ¿Estás en ti?
DON JUAN.
Pues aparta, apartaté;
Que yo llamaré.
LUQUETE.
Repara
En que es echarte á perder,
Y echarme á correr á mí.

Sale FELICIANO.

DON JUAN.
¿No hay quien responda?
FELICIANO.
¿Quién es?
DON JUAN.
Un hombre.
FELICIANO.
Pues ¿qué mandais?
DON JUAN.
Aquí ha entrado una mujer,
Que pienso que vende tocas,

Y aun rayos puede vender,
A cobrar no sé qué pieza,
Y aunque es poco el interés,
Para una mujer es mucho;
Y recibiré merced
En que hagais que se le vuelva;
Porque si no, puede ser...

LUQUETE.

Que nos volvamos á casa;
Que es mi señor muy cortés.

FELICIANO.

¿Toquera aquí vizcaína?
No os han informado bien.

DON JUAN.

Yo mismo la he visto entrar;
Mirad si me engañaré.

FELICIANO.

Aquí, Señor, hay dos puertas,
Y si acaso entró, creed
Que se salió por la otra;
Que aquesta casa no es
Casa donde se pudiera
Semejante engaño hacer.

LUQUETE.

No, Señor.

FELICIANO.

Porque aquí vive,
Habrá dos años ó tres,
Doña Antonia de la Cerda,
Mujer muy noble y mujer
Que es de don Pedro de Vargas,
Caballero de Jerez.

LUQUETE.

Aquí no hay qué replicar.

DON JUAN.

Cuanto me decis creeré;
Mas la toquera está dentro,
Y yo la tengo de ver.

FELICIANO.

Advertid que si don Pedro
Viniese...

LUQUETE.

¿Que en esto dés?

FELICIANO.

Mas ya sale mi señora.

Sale DOÑA ELENA, *de dama y con vestido diferente.*

DOÑA ELENA.

¿Quién da voces? ¿Qué quereis?
Qué descompostura es esta?
(*Reparan los dos en ella.*)

DON JUAN.

Yo buscaba una mujer...—
Mas ya, Luquete, ¿qué es esto?

LUQUETE.

¿Qué ha de ser, sino querer
Volvernos á entrambos locos,
Sin por qué ni para qué?

DOÑA ELENA. (*Ap. á Feliciano.*)

Tenme aparejado el manto;
Porque tengo de ir tras él,
Por si Beatriz se descuida.

DON JUAN.

En fin, ¿que es vuesamerced
Mi señora doña Antonia
De la Cerda?

DOÑA ELENA.

¿No lo veis?

DON JUAN.

¿Y con don Pedro de Vargas
Casada tambien?

DOÑA ELENA.

Tambien.

DON JUAN.

¿Tambien? ¿Y eso há mucho?

DOÑA ELENA.

Habrá
Como nueve años ó diez.

DON JUAN. (*Ap.*)

¿Diez años? ¡Que esto se diga!

DOÑA ELENA.

Sí, porque yo me casé
(¡Válgame Dios!), ¿qué año era?
¡Ah sí! (Dios me acuerde en bien)
El año de diez y nueve;
Mas decidme, ¿para qué
Es tan larga informacion?

DON JUAN.

¿Para qué? Para perder
El juicio.

LUQUETE.

Y cuarenta juicios,
Si los pudiera tener;
¿Aqueste es encanto ó es cómo?...

DON JUAN.

Alto, ello debe de ser
Así, pues lo dicen todos;
Perdonad si os enojé,
Que yo he venido engañado.

DOÑA ELENA.

Mas valiera ser cortés
Y usar de mejor estilo;
Porque, si amor me teneis,
Como he pensado, si acaso
Sois vos, no lo dudo, quien
Ronda de noche esta calle,
Conquistando mi desden...

DON JUAN.

¿Yo, Señora?

LUQUETE.

Esto es mejor.

DOÑA ELENA.

Aunque es hacerme merced,
No es cordura aventuraros,
Habiendo pluma y papel,
A quererme hablar por fuerza,
Donde se puede temer
El peligro de un marido;
Discreto sois, ya entendeis;
Mas voyme, que estoy turbada,
Y puede ser, puede ser
Que venga don Pedro; adios.

DON JUAN.

Y á vos larga vida os dé.

DOÑA ELENA. (*Ap.*)

Mamáronla los señores;
Lindamente lo tracé. (*Vase.*)

LUQUETE.

¡Jesus ochenta mil veces!

DON JUAN.

Tal estoy, que apenas sé
Lo que me está sucediendo,
Aunque lo acabo de ver.

LUQUETE.

Alguna vieja anda aquí,
De estas que al anochecer
Vuelan por las chimeneas.

DON JUAN.

No sé, Luquete, no sé;
Pero lo que yo he sacado
De aquesas enigmas es,
Que Elena está en un convento,
Que las cartas van á él,
Que ella me responde á todas,
Que es suya aquesta que ves;
Que la toquera de hoy
Es doña Elena tambien,
Y lo mismo doña Antonia.

LUQUETE.

De esa suerte ya son tres.

DON JUAN.

Tres son, y serán trescientas.

LUQUETE.

Pues ¿qué remedio ha de haber?

DON JUAN.

Pues perdimos la toquera,
Y lo mismo viene á ser,
Pretenderé á doña Antonia,
Pues que de su boca sé
Que hay un galan que la mira,
Y á mí me tiene por él;
Y con esto, por lo menos,
Mis penas entretendré
Hasta salir deste encanto.

LUQUETE.

Dios nos alumbre con bien.
(*Vanse.*)

JORNADA TERCERA.

Salen DOÑA ELENA Y BEATRIZ, *de damas;* MAGDALENA Y FELICIANO.

DOÑA ELENA.

En fin, ¿con él has estado?

MAGDALENA.

Y tan loco está por tí,
Que porque yo me ofrecí
Solo á darte este recado,
Despues de mil bendiciones
Y besamanos al uso
(¡Brava fineza!), me puso
En la mano seis doblones,
Que en aqueste tiempo es una
De las señales del juicio.

FELICIANO.

No es muy diablo el tal oficio;
Mas tiene buena fortuna.

MAGDALENA.

En fin, hablar prometí
En su voluntad contigo;
Porque, si verdad te digo,
Aunque dello me reí,
Fueron sus extremos tantos,
Que me lastimó don Juan.

DOÑA ELENA.

Luego los hombres dirán
Que son todos unos santos.

BEATRIZ.

¿Qué es santos? Herejes son;
Del mejor dellos reniego.

DOÑA ELENA.

¿Que estaba don Juan tan ciego?

MAGDALENA.

Digo que era compasion.

DOÑA ELENA.

Pues ¿qué mujer ha de haber
Tan loca y desatinada,
Que les dé crédito en nada,
Viendo lo que llego á ver?
Don Juan es cuerdo y galan,
Cortés, gallardo, entendido,
Puntual y bien nacido,
Y con todo eso, don Juan
A un mismo tiempo enamora
A cuatro, sin lo encubierto;
A mí como á mí, esto es cierto,
Y luego á Luisa y á Flora,
Y á doña Antonia tambien:
A Luisa, porque te avisa
Que hables de su parte á Luisa,

Señal que la quiere bien;
A Flora, porque aquel dia
Que con ella (¡ay Dios!) le vi,
En sus ojos conocí
Las ofensas que me hacia;
A doña Antonia, no hay duda,
Pues la busca, ronda y mira,
Escribe, ruega y suspira;
De suerte que el que se muda
Menos y es el mas galan,
Tres damas tiene, sin mí;
Pues si el mejor es así,
Los otros ¿cómo serán?

BEATRIZ.

¿Cómo? Teniendo hasta ciento;
Porque dicen que un topon
No ofende la inclinacion,
No siendo cosa de asiento.

DOÑA ELENA.

Pues si esa es ley general,
Consientan nuestros errores.

BEATRIZ.

Luego acotan los señores
Que una mujer principal,
Si yerra, yerra á su costa;
Y así, han de amar sin errar.

DOÑA ELENA.

Pues bien, ¿qué he de hacer?

BEATRIZ.

Estar,
Como soldado de posta,
Sufriendo noches y dias,
Solo con decir el nombre,
Las sequedades de un hombre,
Tramoyas y picardías;
Mas consuélese tu pena,
Con que la que á mí me dan
Es mayor; que á tí don Juan,
Si te ofende, es porque á Elena
En Luisa y Antonia ve;
Mas ¿veme Luquete á mí
En Juana? ¿Tengo yo allí
Talle, accion, mano ó pié,
Que imite á lo que pintó
El autor de las Beatrices?
Tengo yo aquellas narices?
¿Soy ángel trompeta yo?
Ella es blanda, y yo cruel,
Ella gruesa, yo sucinta,
Ella lantejas y tinta,
Y yo nazulas y miel;
Pues ¿cómo este desalmado
Me ofende con Juana ahora?

DOÑA ELENA.

¿Y parézcome yo á Flora?

BEATRIZ.

Eso no está averiguado.

DOÑA ELENA.

Pues yo lo he de averiguar,
Y mas, si mas puede ser.

BEATRIZ.

Pues ¿qué has de hacer?

DOÑA ELENA.

¿Qué he de hacer?
Primeramente estorbar
Cuanto intentare en mi daño,
Y pues me tiene en tan poco,
Vengaréme en traerle loco
Mientras durare el engaño.
Hoy tengo de estar con Flora,
Y he de saber, vive Dios,
Si se quieren bien los dos;
Y porque me han dicho ahora
Que es en Flora vanidad
No querer á nadie bien,
Porque dice que no hay quien
Trate á una mujer verdad;
Mudando el nombre en Leonor,
Tan fácil he de pintalle,
Que la obligue á despreciallle,
Cuando le tuviese amor.
Tú has de llevarle un papel
De otra letra, en que le avisa
Luisa que le quiere Luisa,
Y que hoy se verá con él;
Hoy llega el correo á Madrid,
Y respondiendo á su carta,
Le rogaré que se parta
Al punto á Valladolid,
Porque importa; tú, despues
Que se haya puesto la lista,
Y esté ya mi carta vista,
Has de darle, muy cortés,
De doña Antonia un recado,
Diciendo que mi marido
A Granada se ha partido,
Y que á mí se me ha antojado
Irme al Prado á entretener
Unos dias, y podrá,
Si quisiere, verme allá,
Que es empezarle á querer.
Con esto tres cosas hago:
Examino su verdad,
Conozco su voluntad,
Y tambien me satisfago
De la mohina y la pena
Que me da aqueste enemigo,
Ofendiéndome conmigo,
Pues viendo que soy de Elena,
Ya vizcaina, ya dama,
Un original tan vivo,
Admirado y pensativo,
Sin conocer á quién ama,
Todo se le va en mirarme
(Haciendo discursos vanos),
Ya á la boca, ya á las manos;
Con lo cual vengo á vengarme
Dél con él, teniendo en él
El agravio y el castigo,
Pues él me ofende conmigo,
Y yo me vengo con él.

BEATRIZ.

Vive Dios, que en enredar
Cátedra puedes leer
A un mohatrero.

DOÑA ELENA.

Una mujer,
Beatriz, en llegando á amar,
Tiene ingenio peregrino.

BEATRIZ.

Bien en el tuyo se ve.

DOÑA ELENA.

Hoy le verás cuando esté
Con Flora.

BEATRIZ.

El mejor camino
Para saber de raiz
Tus agravios ha de ser...

DOÑA ELENA.

Pues no me ha de anochecer
Sin saberlo; vén, Beatriz,
Y tú, para que te dé
El papel de la tal Luisa.

FELICIANO. (*Ap.*)

Aquesto es perderse aprisa.

MAGDALENA.

Yo sé que por él tendré
Buenos guantes y buen porte.

FELICIANO.

Y aun una mitra tendrás.

BEATRIZ.

En bravas cautelas das.

DOÑA ELENA.

Esto se aprende en la corte.

(*Vanse.*)

Salen DON JUAN Y LUQUETE.

DON JUAN.

Ni sé, Luquete, de mí,
Ni sé lo que he de creer.

LUQUETE.

Válgate Dios, por mujer,
O el diablo, para que así
Nos dejen Antonia y Luisa,
Pues son y no son Elena;
¿Y ha de venir Magdalena?

DON JUAN.

Pues ¿no?

LUQUETE.

Yo lo tengo á risa,
Porque despues de agarrar
Los seis doblones, no es cierto.

DON JUAN.

Ella cumplirá el concierto.

LUQUETE.

O el perro habrá de ladrar;
Pero aquí viene Lisardo.

Sale LISARDO.

LISARDO.

¿Don Juan?

DON JUAN.

¿Amigo?

LISARDO.

¿No entrais?

DON JUAN.

He aguardado á que vengais.

LISARDO.

¿Por qué?

DON JUAN.

Porque me acobardo
El entrar sin vos adonde
Solamente entro por vos.

LISARDO.

Mil años os guarde Dios;
Pero mi amor os responde
Que están las cosas de modo,
Que aunque yo el primero fuer
Que viniera, ser pudiera
Que os aguardara yo y todo;
Porque, aunque soy de los dos
Quien mas parte tiene aquí,
Mejor podeis vos sin mí,
Que yo puedo entrar sin vos.

DON JUAN.

Enigmas son que no entiendo.

LISARDO.

Pues yo me declararé;
Flora os quiere, y yo lo sé.

DON JUAN.

Pues adios.

LISARDO.

¿Qué haceis?

DON JUAN.

Pretendo,
Con no volver mas aquí,
Daros, Lisardo, á entender
Que siempre tengo de ser
Lo que soy y lo que fuí;
Soy y he sido vuestro amigo,
Soy y he sido principal;
Dar celos es tratar mal,
Tratar mal es de enemigo,
Ser enemigo, es injusto,
De quien mi remedio fué;
Y así, no es razon que os dé
Flora conmigo disgusto;
Y ya que os le haya de dar,
No ha de ser con mi nombre,
Sino con vos ó con hombre
Con quien me pueda matar.

LISARDO.

Yo agradezco, cuanto á mí,
Don Juan, esa gentileza,
Hija de vuestra nobleza;
Pero no ha de ser así.
Vos habeis de entrar aquí,
Siquiera porque no entienda
Flora, aunque en amor se encienda,
Que elegí tan mal amigo,
Que no le traigo conmigo
Por temor de que me ofenda.
Si en Flora es cierto quereros,
Y sin vos me viese ahora,
Es cosa cierta que Flora
Deseara, don Juan, veros;
Y entre tormentos tan fieros,
Mas quiero, don Juan, que os vea,
Porque quien ve no desea,
Mas quien no ve su cuidado,
Por ver lo que ha deseado
Hará cualquier cosa fea.
De veros tan firme amante,
Aunque era la dama Elena,
Su amor procedió y su pena;
Mas es mujer, no os espante;
Y así, para en adelante,
Sabed de su ciego error
Que tratarlas de otro amor,
Dándoles invidia en él,
Es pautarles el papel
Para que escriban mejor.
En fin, de verla inclinada
Me huelgo, aunque no sea á mí,
Pues por lo menos, así
Sabrá amar y ser amada;
Y en viéndose despreciada,
De celos y agravios llena,
Puede ser que mas serena,
Aunque de quererme huya,
Por lo que siente la suya,
Se lastime de mi pena.

Salen FLORA Y JUANA.

FLORA.

¿Doña Leonor de Peralta?

JUANA.

Ella el recado me dió.

FLORA.

No conozco tal mujer,
Ni á mi noticia llegó;
¿Y parece principal?

JUANA.

Eso, brava obstentacion;
Trae su poco de escudero,
Y detrás, como timon,
Una dueña remilgada,
Mas tiesa que un asador.

FLORA.

Digo que no la conozco;
Mas, pues ella me buscó,
Ella me conocerá;
Di que entre.

JUANA.

A decírselo voy. (*Vase.*)

LUQUETE.

Capítulo de otra cosa;
Que está aquí Flora.

FLORA.

¿Señor
Don Juan? ¿Luquete?

LUQUETE.

¿A mí y todo
Tanto honor, tanto favor?

FLORA.

No os suplico que os senteis,
Porque no es buena ocasion.

LISARDO.

¿Cómo?

FLORA.

Tengo una visita.

LISARDO.

Pues si estorbamos, adios.

FLORA.

No es visita de galan,
Porque no fuera razon,
Sino de dama; mas ella
Entra, y lo dirá mejor.

Salen DOÑA ELENA, *de dama, muy bizarra,* Y BEATRIZ, *de criada.*

DOÑA ELENA.

Volved, Otañez, por mí
Dentro de una hora ó dos.

BEATRIZ.

¿Hasle visto?

DOÑA ELENA.

Ya le he visto;
Ciertas mis sospechas son.

BEATRIZ.

Disimula.

LUQUETE.

Bien se huella,
No hiciera mas un frison;
Parece que entra á danzar.

FLORA.

No es muy malo lo exterior.

LUQUETE.

¡Lindo brio!

LISARDO.

¡Linda dama!
(*Mírala don Juan atento.*)

DON JUAN.

Anda tan ciego mi amor,
Que ninguna mujer veo,
Aunque tan distintas son,
Que á Elena no se me antoje.

LUQUETE.

Yo soy tan buen amador,
Que aunque he visto mil mujeres,
Ninguna me pareció (*Mira á Beatriz.*)
A Beatriz; mas ¿qué es aquello?
Oye; que pienso, por Dios,
Que tu mal se me ha pegado,
Como si fuera dolor;
Mira, Señor, esta dueña.

DON JUAN.

No vas fuera de razon;
Algo tiene de Beatriz.

LUQUETE.

Menos la contemplacion,
Cortada la cara es de ella.

BEATRIZ.

La tuya, por sí ó por no.

LUQUETE.

¿Qué dices?

BEATRIZ.

Estoy rezando
Por mis difuntos.

LUQUETE.

Chiton,
Y mire que estoy aquí.

BEATRIZ.

¡Oh, qué romano valor!

FLORA.

¿No os descubrís?

DOÑA ELENA.

Sola os quiero.

DON JUAN.

Luquete, las cuatro son.

LUQUETE.

¿Querrás que vaya por cartas?

FLORA.

Idos, pues.

DON JUAN.

Adios. (*Vase.*)

LISARDO.

Adios. (*Vase.*)

LUQUETE.

¡Válgate el diablo por dueña!
Puesto me has en confusion. (*Vase.*)

DOÑA ELENA.

¿Fuéronse ya?

FLORA.

Ya se fueron.

DOÑA ELENA.

Ahora os diré quién soy;
Mas, porque es el cuento largo,
Y traigo alguna pasion,
Me sentaré si gustais. (*Toma una silla.*)

FLORA.

Muy desenfadada sois.
(*Asómanse, como acechando, don Juan y Lisardo.*)

LISARDO.

Pues entre tanto que viene,
Desde aqueste corredor
Las podemos escuchar.

DON JUAN.

Por mí, Lisardo, aquí estoy.

DOÑA ELENA.

Soy muy servidora vuestra,
Y esto sin adulacion;
¿Qué mirais?

FLORA.

Que me parece
(O la idea se engañó)
Que os he visto en otra parte.

DOÑA ELENA.

(*Ap.* Disimulemos, amor.)
Podrá ser; mas va de cuento,
Escuchad con atencion.
Erase, señora Flora,
Cierta mujer de opinion,
Que por pleitos y trabajos,
Con años diez veces dos
Y una cara razonable,
En Valladolid paró.
Erase tambien un hombre,
Cuanto al talle y al valor,
Galan, discreto, valiente,
Noble y limpio como el sol;
Pero mirado hácia dentro,
De tan civil condicion,
De gusto tan salpicado,
Y tan repartido amor,
Que solo por él se pudo
Decir con mucha razon
Aquello de «tantas veo»...
Porque es aqueste señor
Amante tan prevenido
Y galan tan Galalon,
Que por si alguna le deja,
Otra le hace disfavor,
Otra se casa ó se muere
De achaque que Dios la dió,
Tiene siempre de resguardo
Hasta una docena ó dos.
A este turco de Castilla
(¡Qué mal hizo!) se inclinó
Tanto la dama que digo
(Bien lo paga y lo pagó),
Que, á pesar de su vergüenza,
Le hizo dueño de su honor,
Que fué para su desprecio
Subir mas un escalon.
Acudia el dicho amante,
Despues de la posesion,
A verla y á regalarla
Cual y cual vez (digo yo

Que de lástima seria,
No de gusto ni aficion);
Que cuando los hombres dicen
Que, por ser ellos quien son,
Visitan á las mujeres,
Ya la voluntad cesó;
Porque ser hombres de bien
Es interés de su honor;
Ver y hablar es cortesía,
Tener lástima es dolor;
Y así, no quieren entonces,
Porque, aunque tengan amor,
Es modo de aborrecer
Amar por obligacion.
En este tiempo ¡ay ingrato!
A otra señora miró
Tan hermosa, que, saliendo
Una tarde al Espolon,
Dicen que al ameno campo
Puso en dulce confusion
De saber á quién debia
Aquel dia el resplandor,
O al sol que estaba en el cielo,
O de aquesta dama al sol.
Por ella, en fin, mató un hombre,
Y temiendo su prision,
Salió de Valladolid,
Y con él tambien salió
(Como trasto manual,
Que cabe en cualquier rincon)
Aquella primera dama
De quien hicimos mencion.
Luego que vino á Madrid
(Estad conmigo, por Dios,
Porque importa mucho al caso),
Con otra dama encontró,
De su valor muy preciada,
Si es que el desden es valor;
Pero dicen malas lenguas
Que este valor se rindió,
Y sin echarlo de ver,
Poco á poco obró el calor;
Que es el amor en nosotras
Como mano de reloj,
Que solo se vió que anduvo,
Puesto que la vuelta dió,
Pero no se ve cuando anda,
Porque corre tan veloz,
Que no le alcanza la vista,
Aunque le alcanza el dolor.
Despues de haber conquistado
Esta hermosa presuncion,
Este remedo de un risco
Y este amago de Faeton,
Con una mujer casada
Estuvo en conversacion;
No será ya menester,
Conociéndole el humor,
Decir que la quiso bien,
Baste decir que la habló.
Item mas, porque una tarde
A una mujercilla vió
Vender tocas vizcaínas,
La buscó y enamoró,
Y hoy está loco por ella;
Porque es aqueste amador
La parca de las mujeres,
Que á ninguna perdonó.
Ciñéndome, finalmente,
A fuer de predicador,
Y de camino tambien
Epilogando el sermon,
Digo que el dicho galan,
De quien coronista soy,
Es don Juan de Luna y Leiva;
La dama que le siguió,
Doña Leonor de Peralta,
Y la tal dama Leonor,
Yo, que en casa de Lisardo,
Que es su amigo y el mayor,
He estado con tal secreto,
Que apenas me ha visto el sol.
La que amó despues de mí
(Y por quien tambien mató
A don Diego de Menéses,
Que era su competidor),
Doña Elena de Alvarado;
La casada que encontró,
Doña Antonia de la Cerda,
Mujer de un procurador;
La toquera vizcaína
Que vió, que siguió y habló,
Es Luisilla, una mozuela
De chinela con liston,
Que vende... no sé qué vende;
Ella lo sabrá mejor.
La desdeñosa, la esquiva
Y la brillante sois vos,
De quien él mismo se alaba
Que goza la estimacion.
Este es don Juan; ved ahora,
Siendo, Señora, quien sois,
Si quereis aventuraros
A entrar en un corazon
Donde es forzoso que estéis,
No desenfadada, no,
Sino todo lo posible
De encogida, porque son
Cinco las que estamos dentro,
Y apenas cabemos dos.

(*Levántanse.*)

FLORA.

¡Jesus mil veces, Jesus!

BEATRIZ.

¿Qué tal es la informacion?

FLORA.

(*Ap.* ¿Don Juan es de esta manera?
Corrida de amarle estoy.)
Fiad en hombres; ¡Jesus!

DOÑA ELENA.

El mejor es el peor.

DON JUAN.

Dejadme, por Dios, Lisardo.

LISARDO.

Si se ve que es invencion,
¿Para qué quereis salir?

DON JUAN.

Para saberlo mejor,
Y averiguar qué mujer
Es esta doña Leonor,
Que aun sabe lo que no he hecho.

DOÑA ELENA.

Señora, perdida soy,
Porque don Juan viene allí;
Y si acaso me escuchó,
Hará cualquier demasía
Conmigo; que es un Neron
Si se enoja.

FLORA.

Estad segura.

(*Llegan don Juan y Lisardo.*)

¿Aquí estábades los dos?

DON JUAN.

Sí, Señora, porque quiero...

FLORA.

Quedo, don Juan, eso no.
Esta dama está en sagrado,
Pues que de mí se amparó,
Fuera de decir verdades.

DON JUAN.

¿Qué verdades? Vive Dios,
Que es engaño cuanto ha dicho.

DOÑA ELENA. (*Ap.*)

Ya la da satisfacion;
Entablado estaba el juego.

FLORA.

Don Juan, aquí se acabó
Vuestro crédito conmigo
Y buena reputacion;
No entreis mas en esta casa.

DON JUAN.

Sí; pero ¿por qué ocasion?

FLORA.

Porque no os alabeis mas
De que Flora os tiene amor;
Pues, dado caso que fuera
Eso verdad, desde hoy,
Por vuestro amor inconstante,
Por vuestra falsa intencion
Y mecánico deseo,
Si no por mi pundonor,
Os aborreciera el alma.

DOÑA ELENA. (*Ap.*)

Eso es lo que quiero yo.

BEATRIZ. (*Ap.*)

Con mosca está la señora.

DOÑA ELENA. (*Ap.*)

El cuento la remató.

LISARDO.

Don Juan, si el aborreceros,
Conforme á la condicion
De Flora, solo consiste
En que tengais opinion
De falso, y aquesta dama
No es cosa que os importó,
Confesad que es verdad todo,
Y podrá ser que mi amor
Alguna esperanza tenga.

DON JUAN.

Alto; si lo quereis vos,
Desde ahora soy ingrato,
Fácil, mudable y traidor.

LISARDO.

Haréisme mucha merced.

DON JUAN.

¿Qué merced ni qué favor?
Si aquesto fuera delante
De Elena, á quien adoró
El alma aun estando ausente,
Fuera accion de estimacion;
Mas aquí no os sirvo en nada.

FLORA.

En fin, ¿qué decis los dos?

DON JUAN.

Que cuanto esta dama ha dicho
Es así como pasó.

FLORA.

Luego ¿es verdad que estos dias
Habeis requebrado á dos?
¿La casada y la toquera?

DON JUAN.

Sí, Señora.

FLORA.

Firme sois.

DOÑA ELENA.

No soy yo mujer de engaños
Ni enredos, aquesto no.

FLORA.

¿Y Elena?

DON JUAN.

Elena es del alma.

FLORA.

Y esta dama que tras vos
Se vino, y con vos está
Como en una religion,
¿Es del alma ó es del cuerpo?

DON JUAN.

Eso es mentira, por Dios;
Así, digo que es mentira
Cuanto al llamarse Leonor
La dama que está conmigo,
Mas cuanto al vivir los dos
Juntos, es mucha verdad.

DOÑA ELENA. (*Ap.*)
Ya es mi desdicha mayor;
¡Válgame Dios! ¿Cómo es esto?

FLORA. (*Ap.*)
Volved en vos, corazon,
Don Juan tambien es mudable;
Salga, pues, por donde entró.

DOÑA ELENA.
Ya estoy al cabo de todo;
Beatriz, en lo cierto doy,
Porque el estar este ingrato,
Desde que á Madrid llegó,
Tan encerrado y secreto,
No hay duda, no, procedió
De tener su dama en casa.

BEATRIZ.
No lo creas.

DOÑA ELENA.
¿Cómo no,
Cuando lo confiesa él mismo,
Que es la mas fuerte razon?
Mas yo lo tengo de ver.—
Señora, quedáos con Dios,
Y no le dejeis salir
Tan presto, y si os enojó
Mi dilacion, perdonad.

FLORA.
Antes la vida me dió.

DOÑA ELENA.
El cielo os haga dichosa.
(*Ap.* Celos y dicha ¡qué error!
Ingrato don Juan, si acaso,
Como amante engañador,
Con obras ó con palabras,
Que pasan de la intencion,
Me ofendes, viven los cielos,
Que, sin mirar á quien soy,
He de hacerte mil pedazos.)

BEATRIZ.
Atiende.

DOÑA ELENA.
No hay atencion.

BEATRIZ.
Advierte.

DOÑA ELENA.
No hay que advertir.

BEATRIZ.
Oye.

DOÑA ELENA.
Ciega y sorda estoy.

BEATRIZ.
Mira.

DOÑA ELENA.
No me digas nada.

BEATRIZ.
Escucha.

DOÑA ELENA.
Deten la voz.

BEATRIZ.
Repara.

DOÑA ELENA.
Cierra los labios.
¡Otra con él! Muerta estoy.
(*Vanse doña Elena y Beatriz.*)

LISARDO.
Ya se va.

DON JUAN.
Pues voy tras ella.

FLORA.
¿Dónde con tanto rigor?

DON JUAN.
Pues es mi dama, á seguirla.

FLORA.
Teneis, por cierto, razon;
Mas es ahora temprano.

LISARDO.
¿No ves que no es discrecion
Quitarle el gusto?

FLORA.
¿Estás loco?
¡Qué lindo procurador!
Pues ¿por qué ha de tener gusto
Con ninguna un embaidor,
Que dice que á doña Elena,
Como él mismo me contó...
(*Ap.* Elena, de tí me valgo
Para encubrir mi pasion.)

DON JUAN.
Es verdad.

FLORA.
Pues si es verdad,
Y ahora en mi casa estoy,
Entráos los dos allá dentro.
(*Ap.* Un áspid, un escorpion
Llevo en el alma.)

LISARDO.
Ya entramos.
(*Ap.* Esto es seguir el humor.)

DON JUAN.
Lleno voy de confusiones.

FLORA.
Rabiando de celos voy.
(*Vanse.*)

Salen LUQUETE y OCTAVIO, *con cartas.*

LUQUETE.
¿Ha venido mi amo?

OCTAVIO.
No ha venido.

LUQUETE.
Estragado, molido y remolido
Vengo de la estafeta.

OCTAVIO.
¿Mucha gente?

LUQUETE.
Es hablar de la mar; no hay quien lo cuente;
Porque, segun la trulla y brava entrada,
Mañana se podrá poner con grada.
A besugos helando, á pan lloviendo,
Y á nieve cuando el mundo se está ardiendo,
No hubiera tanta prisa, llanto y risa.

OCTAVIO.
En aqueste lugar á todo hay prisa.

LUQUETE.
Menos á cuatro cosas, bien has dicho.

OCTAVIO.
¿Y cuáles son?

LUQUETE.
Conforme mi capricho,
A las mujeres en llegando á viejas,
A fuelles, á bragueros y á lentejas.

OCTAVIO.
A las lentejas y á las viejas vaya,
Porque en verlas el alma se desmaya;
Mas á los fuelles...

LUQUETE.
A los fuelles menos,
Porque en cualquiera casa por lo menos
Hay dos fuelles eternos y continuos.

OCTAVIO.
¿Y cuáles son?

LUQUETE.
Octavio, los vecinos,
Que, siendo aventadores de una casa,
Soplan cuanto les pasa y no les pasa,
Y como de esto hay tanta muchedumbre,
Nadie busca mas fuelles á su lumbre.

OCTAVIO.
Y á bragueros ¿por qué no ha de haber prisa,
Siendo, como es, enfermedad precisa?

LUQUETE.
Porque en efecto es falta, y nadie quiere
Dar á entender las suyas, sea quien fuere.

OCTAVIO.
Pues di, ¿qué hace quien con ellas nace?

LUQUETE.
Él mismo se los corta y se los hace;
Y si acaso los compra de la tienda,
Porque nadie lo vea ni lo entienda,
Y despues lo murmure á troche moche,
Llega embozado, á oscuras y de noche.
(*Vanse.*)

Salen DON JUAN y LISARDO.

DON JUAN.
¡Que Flora no quisiese que la viese,
Para que yo siquiera no estuviese
Desvanecido ahora, imaginando
En qué ocasion, adónde, cómo y cuándo
Me ha visto esta mujer, que, entre mil cosas,
Que refiere supuestas y engañosas,
Dice muchas verdades, que aun apenas,
Porque pueden tocar honras ajenas,
A mis proprios deseos he fiado!

LISARDO.
Con alguna mujer habrás hablado.

DON JUAN.
Si he hablado, sí; mas no con quien pudiese,
Si no es que del demonio se valiese,
Saber por tan extenso mis deseos,
Obras, palabras, vida, y galanteos.
Lo que yo he sospechado solamente,
Si la vista, Lisardo, no me miente,
Es que Elena me habla disfrazada
Con nombre ó apariencia de casada,
Que es la dama que os digo que festejo;
Porque, si con los ojos me aconsejo,
En voz y en cara, pues la escucho y toco,
Doña Antonia es Elena, ó yo estoy loco.
Y si es ella, ella fué la de esta tarde,
En estar tan tapada y tan cobarde,
Y en saber mis fortunas y mis celos,
Ausencia, travesuras y desvelos;
Y si acaso no fué, fué la toquera,
Que tambien es su estampa verdadera;
Y si esta no, porque esta vende tocas,
Aunque en la corte la aventajan pocas
En lo hermoso, lo crespo y lo prendido,
Juro á Dios que no sé quién haya sido.

LISARDO.
Si á esas mujeres se parece tanto
Como vos afirmais...

DON JUAN.
Es un encanto.

LISARDO.
Una de ellas será.

DON JUAN.
Y es infalible,
Porque otra cosa no fuera posible;
Una de las dos es mi Elena bella.

Sale LUQUETE.

LUQUETE.
¿Señor?

DON JUAN.
¿Hay cartas?

LUQUETE.
Sí.

DON JUAN.
Pues ya no es ella.

LISARDO.
¿Por qué, don Juan?

DON JUAN.

Porque si ahora escribe,
Y en el convento donde está recibe [to,
Mis cartas, respondiéndome al momen-
Mal puede estar aquí y en el convento.

LISARDO. [puesta.

Si ella os responde á todas, no hay res-

LUQUETE.

De don Alonso, mi señor, es esta.

DON JUAN.

Todo mi pensamiento salió vano.

LISARDO. [no.

Mirad lo que os escribe vuestro herma-

DON JUAN. (*Lee.*)

«Dos novedades me deberéis este »correo : la primera, que el padre de »don Diego, persuadido de la verdad »del caso, quiere reducir la venganza »á composicion; y la segunda, que el »tio de doña Elena, aunque no la ha- »bla ni la visita, trata de casarla con un »deudo suyo que ha venido de Panamá, »porque no salga la hacienda de su ca- »sa y de su linaje. Mirad ahora lo que »determinais; que á todo me hallaréis »como hermano vuestro. — *Don Anto- »nio de Luna.*»

LUQUETE.

Ahora ¿qué dirás?

DON JUAN.

¡Qué loco estaba
Cuando de doña Elena tal pensaba!

LISARDO.

Miren qué traza para estar Elena
Disfrazada ¡Jesus! y en tierra ajena,
Cuando la está casando allá su tio.

LUQUETE.

¡Qué locura! Qué error! Qué desvarío!
Yo soy, en fin, discreto y muy machucho,
Porque, aunque Elena se parezca mucho
A estas dos picaronas que hemos visto,
Nunca pude creerlo, vive Cristo;
Y haber pensado tal desenvoltura
De su honor, su recato y su clausura,
Ha sido, vive Dios, muy mal pensado.
Esta es su carta.

DON JUAN.

Yo me habré engañado.

LUQUETE.

Que ha sido, sí, muy falso tal intento.

DON JUAN.

Esta es la carta; escucharéis atento.

(*Lee.*) «Mis desdichas han llegado á »extremo qué, despues de tratarme mi »tio como si no lo fuera, quiere ca- »sarme con un hombre que no conoz- »co; dolor tan inmenso para quien tan »firme ama, que pienso me han de cos- »tar la vida sus persuasiones. Y así, os »suplico que, vista esta, os partais al »punto con todo secreto, para que tra- »temos de desposarnos antes que la »fuerza haga lo que despues no pueda »remediarse. Dios os guarde y traiga »con bien á mis ojos lo mas presto que »ser pueda. De este convento de las »Huelgas de Valladolid, etc.—*Vuestra »esposa.*»

Con esto se remató,
Aquí no hay que hablar palabra,
Sino acudir al remedio,
Y buscar para mañana
Con toda prisa dos postas,
Que antes que amanezca el alba
De esotra parte ha de verme
La sierra de Guadarrama.

LISARDO.

¿En efecto estáis resuelto?

DON JUAN.

¿Eso decís á quien ama?
La vida me va en partirme.
¡Ay Dios, que se arranca el alma!
¡Quién pudiera volar, cielos!

LISARDO.

Pues ¿Octavio?

Sale OCTAVIO.

OCTAVIO.

¿Qué me mandas?

LISARDO. (*Ap. con Octavio.*)

Encárgate de estas postas,
Porque á su tierra se vaya,
Y se lleve de camino
Los celos con que me mata.

OCTAVIO.

Voy á obedecerte; adios.

(*Vanse.*)

Salen ISABEL Y LUQUETE.

ISABEL.

No he visto mayor enredo;
Mas tú, Luquete, sabrás
Estas cosas muy de hecho;
Cuéntamelas por tu vida.

LUQUETE.

¿Qué no alcanzara lo bello
De tu rostro, de tu talle,
De tu garbo y tu meneo?
Mucho me pides que haga,
Mas, si es forzoso el hacerlo,
Escúchame atentamente.

ISABEL.

Ya los oídos prevengo;
Mira que te quiero mucho,
No me pagues con desprecios.

LUQUETE.

¿Yo desprecios? No, mi reina;
Que estos estilos son buenos,
No para hombres como yo,
Que soy yo mas, no soy menos.
(*Ap.* Por vida de mi mujer,
De mis hijas y mis nietos,
Que no sé lo que me diga;
Mas, metido en este empeño,
No tengo de hablar verdad;
Va de embuste, va de enredo.)
Hoy las calles de la corte
Son cielos, pero estrellados
De damas; que las tapadas
Son cielos de noche, es llano;
Que una tapada de ojo
No es cielo de dia, en cuanto
Se ve solamente un sol
Puesto en la gloria de un manto;
Y muchas de estas tapadas
Sin duda van ayunando,
Pues me piden colacion
Si á enamorarlas me paro.
¡Qué vistosas colgaduras
Por las calles! Qué brocados!
Qué de fiestas! Qué de galas!
Qué de triunfos! Qué de arcos!
Qué de caballos de rúa!
Qué de jaeces bordados!
La gente anda á borbollones,
Los coches andan rodando,
Un agosto es cada dama,
Cada galan es un mayo,
Porque ellas hacen su agosto,
Y ellos con flores su gasto.
Dueñas no faltan tambien,
Que, tocadas de lo vano
De tanto placer, parecen
Contentos amortajados.
Las meninas han crecido,
Mondongas andan por alto,
Perpétuas acechadoras
De guardillas y terrados,
Y esto es, que, por ser divinas,
No son de tejas abajo.

ISABEL.

¡Jesus, cuánto disparate!
¿Yo te pregunto eso acaso?
Lo que yo pregunto es
Si sabes en esto algo
De la toquera, Leonor,
De doña Antonia, y si acaso
Tambien de una tal Luisa;
Que mi ama, reventando
Por saber aquestas cosas,
Anda con visos de trasgo.

LUQUETE.

En preguntándome eso,
Juro á Dios, descompadramos.
Mas ya llegan á este sitio.

ISABEL.

Véte noramala, galgo.

(*Vanse.*)

Salen DOÑA ELENA, *de toquera*, MAGDALENA Y BEATRIZ.

DOÑA ELENA.

Ya el papel no es de importancia;
Que hay muchas cosas de nuevo.

MAGDALENA.

¿Cómo?

DOÑA ELENA.

Como tiene en casa
Una dama.

MAGDALENA.

¿Qué me dices?

DOÑA ELENA.

Esto es cierto.

MAGDALENA.

Pues aguarda,
Porque llegue yo primero.

Salen LISARDO, DON JUAN Y LUQUETE.

LISARDO.

Saliendo de aquí mañana,
Estáis allá esotro dia.

LUQUETE.

Con dos docenas de llagas,
Molidos brazos y piernas,
Y las tripas enjugadas.

MAGDALENA.

¿Señor don Juan?

DON JUAN.

¿Magdalena?

MAGDALENA.

Vengo á cumplir mi palabra.

DON JUAN.

Y dime, ¿cómo está Luisa?

MAGDALENA.

Muy buena.

DOÑA ELENA.

Y muy su criada,
Todos estamos acá.

DON JUAN.

¿Tanto favor? ¿Merced tanta?

DOÑA ELENA.

Yo no vengo aquí por vos.

DON JUAN.

Tendrélo á mucha desgracia.

DOÑA ELENA.

Hame dicho Magdalena
Que vivis en una casa
Tan compuesta, tan jarifa
Y tan bien aderezada,
Que vengo solo por verla.

DON JUAN.

Magdalena no se engaña;
Que es Lisardo muy curioso.

DOÑA ELENA. (*Ap.*)

Ni se altera ni recata.

LISARDO.

Casa de un recienvenido
¿Qué ha de ser?

DOÑA ELENA.

Será extremada;
Allá entro, si gustais.

DON JUAN.

Id, Lisardo, á acompañarlas.

LISARDO.

Por guiaros voy delante. (*Vase.*)

BEATRIZ.

¿Y si encontramos la dama?

DOÑA ELENA.

Mataréla con mis celos. (*Vase.*)

BEATRIZ.

No hay celos como las varas.

MAGDALENA.

Yo me quedo con don Juan.

BEATRIZ.

Aquí descubro la cara
Para dejarle aturdido.

LUQUETE.

¡Jesus!

DON JUAN.

¿Qué has visto?

LUQUETE.

No es nada;
Perdido está este lugar
De hechizos y cosas malas.
Cuantas mujeres encuentro
Tienen la misma fachada
Que Beatriz; Dios sea conmigo.

MAGDALENA.

¿No es muy donosa muchacha
Luisica?

DON JUAN.

Es un serafin,
No hay en la corte tal cara.

MAGDALENA.

Pues yo os aseguro que es
De lo mejor de Vizcaya;
Un hombre la tiene así,
Que la gozó con palabra
De ser su esposo, y despues
El traidor se pasó á Francia,
Y ha parado en vender tocas.

DON JUAN. (*Ap.*)

¡Cómo los ojos se engañan!

LUQUETE.

Y la hermana compañera,
Que, segun es rubia y blanca,
Pudiera servir de aloja
A los reyes y á los papas,
¿Es tambien de allá?

MAGDALENA.

Tambien.

LUQUETE.

Y dime, ¿cómo se llama?

MAGDALENA.

Andrea de la Gotera.

LUQUETE.

Solar es que hácia mi cama
Ha caido muchas veces,
Porque duermo á teja vana.

(*Vuelven á salir los tres.*)

DOÑA ELENA.

Lisardo, no nos cansemos,
Una mujer hay en casa,
Yo lo sé de quien lo sabe.

LISARDO.

Es verdad, mas es el ama
Que nos guisa de comer.

DOÑA ELENA.

No es sino ama que ama.

DON JUAN.

¿Qué es eso?

LISARDO.

Que ha dado Luisa
En que teneis encerrada
Una dama, y no ha dejado,
Hasta hacerme abrir las arcas,
Cosa en la casa por ver.

DOÑA ELENA.

Y aun no estoy desengañada;
Que denantes se llegó
A mí una mujer tapada,
Y me lo dijo.

DON JUAN.

Y sería
Doña Leonor de Peralta,
Si viene á mano.

DOÑA ELENA.

La misma.

DON JUAN.

Vive Dios, si la encontrara...

DOÑA ELENA.

¿Qué hicieras?

DON JUAN.

Un disparate.

DOÑA ELENA.

Pues ¿por qué?

DON JUAN.

Porque se anda
Informando en todas partes
De mi buena vida ó mala,
Sin haberla jamás visto
Ni aun hablado una palabra.

DOÑA ELENA.

Es muy gran bellaquería.

Sale OCTAVIO.

OCTAVIO.

Postas hay para mañana.

DOÑA ELENA.

Lindamente se hace todo;
Pues ¿quién se va de esta casa?

LISARDO.

Don Juan.

DOÑA ELENA.

¿Don Juan? No lo creas.

DON JUAN.

Es forzosa la jornada,
Y pienso que será breve.

DOÑA ELENA.

(*Ap.* Aquí veré si me ama.)
Por tu vida y por la mia,
Si es que mi vida te agrada,
Que no salgas de Madrid,
Y dado caso que salgas,
Advierte que has de perderme.

DON JUAN.

(*Ap.* No sé qué siento en el alma,
Que sin querer me enternezco
Y me pesa de dejarla;
Mas ¿qué dudas, loco amor,
Si doña Elena te aguarda?)
Luisa, yo he de hablar claro:
Yo quise bien en mi patria,
Y quiero cierta señora,
De quien por una desgracia
He estado ausente; hame escrito
Una carta en que me manda
Que me parta; y así, es fuerza
Que te deje y que me parta;
Sabe el cielo, hermosa Luisa,
El ansia que me acompaña
Solo en pensar que te pierdo.

DOÑA ELENA.

Pues ¿de qué es, traidor, el ansia,
Si vas á ver á quien quieres?

DON JUAN.

De que eres tan viva estampa
De su rostro, que imagino
Que me falta si me faltas.

DOÑA ELENA. (*Ap.*)

Así, que ya estaba muerta;
Animo, dulce esperanza.

Sale FINEO.

FINEO.

Un hombre te quiere hablar,
Y de parte de una dama.

DOÑA ELENA.

¿Dama?

DON JUAN.

Yo no sé quién sea;
Di que entre.

FINEO.

Ya está en la sala.

Sale FELICIANO.

FELICIANO.

Mi señora doña Antonia...

DOÑA ELENA.

Adelante.

FELICIANO.

Va mañana
Al Pardo.

DOÑA ELENA.

Pues ¿qué tenemos
Con que vaya ó que no vaya?

FELICIANO.

Tenemos que si don Juan
Gusta de verla y hablarla,
Podrá, porque su marido
Va camino de Granada.

DON JUAN.

Cosas son estas que apenas
Puede un hombre imaginarlas;
Decid á esa mi señora
Que yo fuera á regalarla...

DOÑA ELENA.

Si no estuviera conmigo
Y hubiera de irse mañana
A ver cierta dama ausente,
Cuyos ojos idolatra;
¿No es así? Pues si es así,
Esto por respuesta basta.

FELICIANO.

Perdonad, que soy mandado. (*Vase.*)

LUQUETE.

Vaya con Dios, buenas barbas.

DOÑA ELENA.

¿Parécesele tambien
A la otra aquesta dama?

DON JUAN.

Pues juro á Dios y á esta cruz,
Que es tambien su semejanza
Y tuya.

LUQUETE.

Y mia, si acaso
Importara á la maraña.

OCTAVIO.
Flora ha entrado por la puerta.

LISARDO.
Ya el corazon se acobarda.

DOÑA ELENA.
¿Otra mujer?

DON JUAN.
Es mujer
A quien Lisardo regala.

DOÑA ELENA.
Y tú no, que eres un santo.

DON JUAN.
Presto lo verás si callas.

Salen FLORA y JUANA.

FLORA.
Acá está la vizcaina.
Todo ha sido verdad, Juana;
Mas yo volveré por mí.

LISARDO.
¡Qué novedad tan extraña!
Pues ¿vos aquí?

FLORA.
Sí, Lisardo;
Escuchad todos la causa.
Yo en materia de querer
Tan loca he sido y tan vana,
Que á nadie quise jamás,
Temerosa de que tratan
Engaño todos los hombres,
No pienso que me engañaba;
Vino don Juan á la corte,
En acciones y palabras
Fingiendo tanta firmeza
Con una dama que amaba,
Que me incliné, no á su talle,
Sino á su mucha constancia,
Porque en lo demás, cualquiera
Pienso yo que le aventaja.
Mas hoy, sabiendo que tiene
No menos que cuatro damas,
Y condicion juntamente
De que no desecha nada,
Le he aborrecido de suerte,
Que hasta su nombre me cansa.
Y así, pues solo Lisardo
Es en Madrid quien alcanza
El nombre de firme amante
(Que es lo que yo deseaba),
Digo que á Lisardo adoro.

LISARDO.
Cuánto me debes me pagas.

LUQUETE.
Ya hay un enemigo menos.

DON JUAN.
Ha sido cuerda venganza;
Mas advierte que yo y todo,
Aunque tengo mala fama,
Sé amar como se ha de amar,
Pues yo con sola esta carta
Dejo á Madrid.

DOÑA ELENA.
Pues ¿qué dice
Esa carta?

DON JUAN.
Que me aguarda...

DOÑA ELENA.
¿Quién?

DON JUAN.
Elena.

DOÑA ELENA.
¿Para qué?

DON JUAN.
Para verla y para hablarla.

DOÑA ELENA.
¿Y despues?

DON JUAN.
Para casarme.

DOÑA ELENA.
Pues créeme y no te vayas,
Porque no está en el convento,
Sino en Madrid y en tu casa.

DON JUAN.
¿Cómo?

DOÑA ELENA.
Como soy Elena.
¿Cómo que no?

DON JUAN.
Luisa, basta;
Que si para detenerme
Quieres usar de esta traza,
Ya no aprovecha.

DOÑA ELENA.
¿Qué dudas?
Elena soy; ¿qué te apartas?

DON JUAN.
¿Elena tú? No es posible,
Aunque lo dice la cara,
Porque me escribe mi hermano,
Y es pública voz y fama,
Que está Elena en un convento.

DOÑA ELENA.
La pública voz se engaña.

DON JUAN.
¿Y esta carta que hoy me ha escrito?

DOÑA ELENA.
Bien dices. ¿Y aquesta carta
Que hoy he recibido tuya?
Don Juan, para todo hay traza;
Yo me he venido tras tí,
Y encubierta y disfrazada,
Casi á un mismo tiempo he sido
Doña Elena de Peralta,
La Toquera vizcaina,
Doña Antonia la casada,
Y ahora soy doña Elena.

DON JUAN.
Bien el alma imaginaba.

LUQUETE.
Luego lo dije, por Dios.

DON JUAN.
Pues si ausente te adoraba
Presente ya lo verás.

DOÑA ELENA.
Tuya es la mano y el alma.

BEATRIZ.
Y yo tambien.

LUQUETE.
Tararira.

DOÑA ELENA.
Y aquí, señores, acaba
La Toquera vizcaina;
Decid vítor si os agrada.

COMEDIA FAMOSA

TITULADA

COMO PADRE Y COMO REY,

DEL DOCTOR JUAN PEREZ DE MONTALVAN.

PERSONAS.

CÁRLOS, *galan*.
EL PRÍNCIPE.
EL REY.
LUDOVICO URSINO.
CONRADO, *viejo*.
TRISTAN, *gracioso*.
VIOLANTE, *dama*.
ELVIRA.
FINEA.
OCTAVIANO.
UN SECRETARIO.
Dos SOLDADOS.—Dos CRIADOS.

JORNADA PRIMERA.

Salen CÁRLOS Y TRISTAN.

CÁRLOS.

¿No ves que la discrecion
En la novedad se ve?

TRISTAN.

Es así, mas no daré
Un real por tu salvacion.

CÁRLOS.

Yo me entiendo.

TRISTAN.

No es posible
Que se entienda, ni se entiende,
Quien ama, sirve y pretende
Á su hermana.

CÁRLOS.

Es imposible,
Bien mi amor lo considera;
Y basta, pues lo conoce,
El quitarme que la goce,
Sin quitarme que la quiera.
Ya yo conozco, Tristan,
Que es mi amor tan peregrino,
Que no va por el camino
Por donde los otros van;
Pero tiene tal poder
En mí mi estrella inhumana,
Que, con saber que es mi hermana
(Que es lo mas que puede ser),
Tan léjos de aborrecerla
Estoy, y en mi amor tan firme,
Que no puedo persuadirme
Á que es mal hecho quererla.
Y en parte tengo razon,
Pues en este galanteo,
Ni mi amor llega á deseo
Ni pasa de inclinacion;
Porque son tan cortesanos
Mis gustos, que en mis antojos
Me hicieran falta los ojos,
Pero no, Tristan, las manos.
Es Violante sangre mia.
Es su belleza excelente,
A los ojos fuego ardiente,
Al deseo sangre fria.
Es la hermosura mayor,
Es de Italia el mejor rayo,
Por rosa la tiene el mayo,
Por flecha la cuenta amor;
Y así, como á flecha y rosa
Sabré temerla y amarla,
Como hermana respetarla,
Y quererla como hermosa.
Y el discurso me aprovecha;
Que si flecha y rosa es
Cuando me mira, despues
Es mas rosa y es mas flecha;
Pues cuando en sus ojos, ciego,
De su beldad me provoco,
Por no ajarla no la toco,
Por no herirme no la llego;
Y así, ni espera ni alcanza
Mi amor, por no ser injusto,
O porque es de tan buen gusto,
Que quiere sin esperanza.

TRISTAN.

¡Extremado desatino!
Tal, que puede tu aficion
Darte sin oposicion
La cátedra de Calvino.
Vuelve en tu acuerdo, Señor,
Porque el diablo te convida
A que con vela encendida
Oigas la misa mayor,
Que es de un incesto el castigo:
Mira que hay Inquisicion,
Y si hay incesto, afufon,
Ni soy criado ni amigo;
Pues desde luego protesto
Que, en llegando á denunciarte,
Ni tengo ni tuve parte,
Ni he de tenerla en tu incesto.

CÁRLOS.

Mi padre.

Sale CONRADO.

CONRADO.

¿Cárlos?

CÁRLOS.

¿Señor?

CONRADO.

Tristan, ¿con quién son las voces?

CÁRLOS.

Ya sus locuras conoces;
Está siempre de un humor.

TRISTAN.

¿Cómo es eso, vive Dios?
Que he de proponerte el caso.

CÁRLOS.

Quita, necio.

TRISTAN.

Paso, pas
Escucha.

CÁRLOS.

Calla.

TRISTAN.

Los dos...

CÁRLOS.

¿Quiéres perderme?

TRISTAN.

Paciencia;
Que ha de saber mi señor
Si estoy siempre de un humor.

CONRADO.

¿Qué fué?

TRISTAN.

Un caso de conciencia
Cárlos afirma y defiende...

CÁRLOS. (*Ap.*)

Él lo dice; ¡muerto soy!

TRISTAN.

Lindo, como te le doy,
Cárlos; pues, y no lo entiende.

CONRADO.

¿Qué dijo?

TRISTAN.

Yo lo diré:
Que no era materia, dijo,
De confesion lo que un hijo
Hurta á su padre. Esto fué.

CONRADO.

¡Famosa duda!

CÁRLOS.
Extremada.
(*Ap.* Confieso que le temí.)

TRISTAN.
(*Ap.* Ah, Señor, ¿has vuelto en tí
De la turbacion pasada?)
Hoy, vive Dios, que ha salido
El gracejo de buen aire.

CÁRLOS.
Tienes razon, y el donaire
Te ha de valer un vestido.

TRISTAN.
¿Vestido? Vestidos tengas
En verano y en invierno
Delante del Padre eterno,
Donde de luz te matengas.—
Señor, en fin...

CÁRLOS.
Pues ya ha habido
Quien menguados nos llamó.

TRISTAN.
Y tambien lo hiciera yo
A no darme ese vestido;
Pero algunos (yo lo sé)
Lo que no tienen darán;
Que lo que tienen no dan,
Porque ya no tienen qué.
Pero cuando alguno da,
Por lo menos, de una vez,
Viene á dar mas que de diez
Un hombre de por acá.

CONRADO.
Humor tiene singular.

TRISTAN.
Dineros fuera mejor.

CONRADO.
¿Eso es pedir?

TRISTAN.
Sí, Señor.

CONRADO.
Está bien.

TRISTAN.
Y eso es no dar.

CONRADO.
Cárlos, oye.—Tristan, véte,
Y haz que te dén veinte escudos.

TRISTAN.
Hablen en tu loor los mudos,
Cada cual haga un motete
A tu liberalidad.
El Rey, con quien tanto privas,
Viva al paso que tú vivas,
Sin que haga vicio tu edad,
Ni tus años hagan vicio;
Y al fin, si vivir esperas,
Vivas tan mucho, que mueras
Un dia despues del juicio. (*Vase.*)

CONRADO.
Solos quedamos; atiende,
Cárlos, á lo que te digo,
Como padre y como amigo,
Y en fin, como quien pretende
Dilatar en tí su vida.

CÁRLOS.
Perdóneme vuecelencia,
Y primero dé licencia
A que una merced le pida.

CONRADO.
¿Cuál es?

CÁRLOS.
Ludovico Ursino,
Caballerizo mayor
Del Príncipe, mi señor,
Pretende una plaza, es dino
De mas alta pretension;
Y porque con ella salga,
Hoy con vuecelencia valga
Mi favor de intercesion;
Que es mi amigo, y le ofrecí
Solicitar su favor.

CONRADO.
Tú podrás hacer mejor
Lo que me pides á mí.
Ya comienzo á obedecer
Al Rey; hijo (*Ap.* A Dios pluguiera,
Cárlos, que tu padre fuera),
Escucha.

CÁRLOS. (*Ap.*)
¿Qué podrá ser?
Con mil sobresaltos lucho.
¿Si mi amor ha presumido?
Si le sabe ó si le ha oido?

CONRADO.
Escucha, pues.

CÁRLOS.
Ya te escucho.

CONRADO.
Su majestad, confiado
De mi amor y mi persona,
Me ha fiado la corona
Y gobierno de su estado;
Pues, á su servicio atento,
En tan alto puesto estoy,
Que yo solamente soy
Su privanza y valimiento.
Mas, como el tiempo me advierte
Y el cabello me lo avisa,
Ya la edad cansada pisa
Los umbrales de la muerte,
Y solo en tí la esperanza
De mi sucesion consiste.
Viéndome cansado y triste,
Porque quede la privanza
En mi sangre, he suplicado
(Fineza del alma fué)
A su majestad te dé
El gobierno y el cuidado
Que deste reino tenia,
Y en efecto, mi privanza;
Y tanto con él alcanza
Mi voluntad, por ser mia,
Que al punto se satisfizo,
Mi pensamiento aprobó,
Tu persona engrandeció
Y su privado te hizo;
De suerte que ya tú estás
En el puesto que yo estuve;
Mira si buen padre anduve,
Mira si puedo hacer mas.

CÁRLOS. (*Ap.*)
No en vano el alma temia,
No en vano el alma dudaba;
Desta vez mi amor acaba.
¡Ay muerta esperanza mia!
¿Yo he de faltar un instante,
En consultas ocupado,
A la fe de mi cuidado
Y á los ojos de Violante?
No es posible.

CONRADO.
¿Qué respondes?

CÁRLOS.
Digo, Señor, que agradezco
Tu eleccion; mas no merezco...

CONRADO.
Si á quien eres correspondes,
No habrá cosa que te impida
Ser buen privado.

CÁRLOS.
Es verdad;
Pero el gobierno en mi edad,
Y haber de heredarte en vida,
Me obligan que me reporte,
Y aun á decirte me mueve
Que no es bien que yo me lleve
El aplauso de la corte,
Qué dirá, viéndome á mí
En el puesto que tuviste,
No que tú el me introdujiste,
Sino que yo te eché á tí;
Pues cuando en el trono esté,
En que tu mano me puso,
No ven que aquí lo rehuso,
Y ven que allí le acepté.

CONRADO.
¿Y qué dirá el mas amigo
De que en el gobierno estuve,
Y tan para mí le tuve,
Que aun no le partí contigo?

CÁRLOS.
Si intentas que yo haga bueno
Tu gobierno, intentas bien,
Pues he de ser contra quien
El vulgo, de envidia lleno,
Su mala intencion prevenga;
Pues viéndome en tu lugar,
Tu gobierno han de alabar,
No el mio; y aunque no tenga
Culpa en los malos sucesos,
El caballero, el villano,
El señor y el cortesano
Han de culpar mis excesos;
Porque, aunque sepan que yo
Cuerdo y ajustado vivo,
Seré malo porque privo,
Y bueno el que ayer privó.
Y si el mundo nunca ha visto,
Ni el tiempo nos lo ha enseñado,
Haberse otra vez juntado
Ser privado y ser bienquisto,
No es mucho que el alma tuerza
De su gusto al parabien,
Pues aun procediendo bien
He de ser malo por fuerza.

CONRADO.
De suerte me has persuadido,
Que si en mí solo estuviera
Esta accion, la suspendiera,
De tus razones movido;
Mas ya al Rey le declaré
Mi intencion, y la admitió;
No pedirlo pude yo,
No aceptarlo no podré;
Y así, es preciso que goces
De la privanza, y advierte
Que no es posible perderte,
Porque en efecto conoces
De la envidia el pecho infiel
Con verdad y desengaño,
Y nadie previno el daño,
Que no se librase dél;
Con esto el órden cumplí
Que su majestad me dió.

CÁRLOS.
Si la dicha me turbó,
Hable el corazon por mí.

CONRADO.
Entra, y besarás la mano,
Cárlos, á su majestad.

CÁRLOS.
Si falto á mi voluntad
Solo un momento, ¿qué gano?
¿Y qué no pierdo en perder
De asistir y de mirar
A quien me pudo inclinar
Y á quien me supo vencer?
Pero es fuerza á la obediencia
Estar de un padre y de un rey,
Que en fin es ley, y tan ley,
Que no tiene resistencia.

Salen EL REY *y* EL SECRETARIO, *con unos papeles.*

SECRETARIO.
Señor, vuestra majestad
Firme estas cartas.

REY.

¿A quién?

SECRETARIO.

Ésta al Gran Duque.

REY.

Está bien;
¿Y aquesta?

SECRETARIO.

A su santidad.

REY.

Despáchese con cuidado
La del Pontífice luego.

SECRETARIO.

Al punto irán. (*Vase.*)

REY.

No sosiego
Hasta ver efectuado
Este intento, y hasta ver
A Cárlos como deseo.
Aquí está; jamás le veo
Que no me haga enternecer;
Que quise mucho á su madre,
Y no tendré regocijo
Hasta que, pues es mi hijo,
Me pueda llamar su padre.
Al Pontífice le pido
Vénia para dividir
Mis estados, y partir
Con él lo que yo he adquirido
Y por mi espada ganado,
Sin desnudarme el acero;
Tengo príncipe heredero
De Sicilia y de su estado,
Y hasta enterarme y saber
Lo que le puedo dejar,
No me quiero declarar
Por su padre; esto ha de ser,
Pues solo con este intento,
Por hijo suyo Conrado
Desde niño le ha criado.
Díceme que es su talento
Gallardo, y es su persona,
Como su sangre, real;
El afecto natural
Ni aun á los reyes perdona;
Y así, porque mas presente
Le tenga el alma consigo,
Trato de hacerle mi amigo,
Mi privado y confidente;
Que ya que á todos excedo
En lo que puedo callar,
Como rey le he de tratar,
Pues como padre no puedo.—
¿Cárlos?

CÁRLOS.

¿Señor?

REY.

¿Cómo tardas
Tanto en besarme la mano?

CÁRLOS.

Por favor tan soberano
Beso tus piés; mas si aguardas,
Señor, á que te los bese
Por lo que ahora escuché,
No sé si los besaré,
Porque es fuerza que me pese.

REY.

¿Por qué?

CÁRLOS.

Porque la advertencia
Y gobierno militar
Jamás le supo acertar
El valor sin la experiencia;
Que el soldado y el valido
En paz y en guerra acertaron,
No en fe de lo que intentaron,
Sí en fé de lo que han vivido;
Y como no fuí soldado
(Que es la materia que toco),
Ni peino canas tampoco,
Que en el alma me ha pesado,
Confieso á tu majestad,
De que haga de mí eleccion
Para negocios que son
Imposibles en mi edad.

REY.

(*Ap.* ¡Válgame Dios, y qué bien!)
Antes (oye) pienso yo
Lo contrario, y lo enseñó
Roma, pues nunca mas bien
Se vió, Cárlos, gobernada
Que cuando su autoridad
A personas de tu edad
Fió la pluma y la espada;
Porque está mas pronto á errar
Un viejo, con la privanza,
Que un mozo, porque este alcanza
Que es difícil acertar,
Si todo á su edad lo deja,
Y el viejo en nada se ofusca;
Pues si uno consejo busca,
Y el otro no se aconseja
En el privar, mas felice
Será el mozo que no el viejo,
Pues logra con el consejo
Lo que á su edad contradice;
Demás, que no corre en tí,
Cárlos, lo que en los demás,
Pues en tu padre tendrás
Buen maestro, y aun en mí.
Tu padre está ya cansado,
Que el tiempo todo lo muda,
Y es bien dejarle que acuda
A dar á tu hermana estado,
Pues podrá mas fácilmente.
No teniendo en qué ocupar
El tiempo, Cárlos, tratar
De casarla solamente.

CÁRLOS. (*Ap.*)

¿Esto mas?

REY.

¿Hate pesado?

CÁRLOS.

No me puede á mí pesar
De servirte, ni de estar
En tu servicio ocupado;
Solo á mi incapacidad,
Que tal favor no merece,
Cuerdamente le parece
Que gobierno y mocedad
No se compadecen bien.

REY.

Que han de murmurarte es llano,
Y que el plebeyo y villano,
Y el caballero tambien,
Atentos á lo que en tí
Pueda la envidia notarte,
No han de buscar qué alabarte,
Pero qué culparte sí;
Y aunque independientes son
En tí la accion y el suceso,
Tu descuido será exceso,
Y no mérito tu accion;
Pues sin diferencia alguna,
Siempre la culpa se ha echado
Del mal suceso al privado,
Y del bueno á la fortuna.

CÁRLOS.

Pues ¿por qué quieres tratarme
Tan mal, que quieras ponerme
Donde nadie ha de valerme,
Y todos han de culparme?

REY.

(*Ap.* ¡Notable es su discrecion!
¡Quién le pudiera abrazar!
Mil canas me ha de quitar.)
Yo te diré la razon:
Fuerza es, Cárlos, que haya reyes,
Y que el Rey tenga un amigo,
Un compañero, un testigo,
Con quien las comunes leyes
Y las humanas acciones,
O extrañas ó naturales,
De los bienes y los males
Comunique sus pasiones.
Dios, al principio del mundo,
Con ser su capacidad
Inmensa, y su eternidad
Sin primero ni segundo,
Parece que no se hallaba,
Y en efecto no se halló,
Hasta que comunicó
Al hombre el ser que gozaba;
Pues con piedad admirable,
Dió á entender, aunque te asombre,
Que allí comenzó á ser hombre,
Comenzando á ser sociable.
Dios de la tierra es el Rey,
Y en las pasiones que tiene
Con cualquier hombre conviene;
Pues ¿qué razon hay, qué ley,
Como político error,
El gusto mas singular
Que le da á un particular
Le prohiba un superior?
Yo, al fin, es fuerza que tenga
Un amigo de quien guste,
Que á mi condicion se ajuste
Y con mi sangre convenga.
Este, Cárlos, has de ser,
Como tu padre lo ha sido;
Y así, procura, advertido,
Si no te quieres perder,
Que halle el noble qué seguir
En tí, el vulgo qué admirar,
La envidia qué murmurar,
Y ninguno qué advertir.
Repara en cualquier accion,
Que antes tu conciencia es,
Luego mi gusto, y despues
La vulgar satisfaccion.
Si me ves ejecutando
Alguna intencion muy fuerte,
Blandamente me la advierte,
Proponiendo, no enseñando;
Que el Príncipe (y lo verás
En los demás, como en mí)
Jamás quiso junto á sí
Hombre que supiese mas.
En las materias divinas
Mira la intencion y el modo,
Dios y su ley sobre todo,
Porque si un punto declinas,
Perderé el reino por tí,
Porque siempre al suelo viene
La monarquía que tiene
A Dios, Cárlos, contra sí.
Al que pretende cobarde,
Ten mucho cuidado en esto,
Si no has de premiarle presto,
No le desengañes tarde;
No revoques las mercedes
Que hizo tu antecesor,
Goce en tu hechura su honor,
Pues pudo lo que tú puedes;
Que si tú el ejemplo diste,
No habrá nadie que en tí espere,
Pues el que te sucediere
Deshará lo que tú hiciste.
Al que fuere gran soldado
Ningun favor se le impida,
Que á quien no estima su vida,
Se ha de estimar su cuidado;
Porque á un hombre de valor
Darle un puesto honrado, advierte,
No es premio, es para la muerte
Darle cartas de favor.
Premia las letras en suma,
Y da á las armas aumentos;
Que de un reino los cimientos

Son la espada y son la pluma.
Que con esto, y no admitir
Consejo de interesados,
Se verán en tí ajustados
El acertar y el regir;
Y no te cause recelo
La envidia ni la traicion;
No yerres tú la intencion,
Que lo demás es del cielo.

CÁRLOS.

¿Quién no será buen privado,
Gran señor, y buen valido,
De tal maestro regido,
De tal rey aconsejado?
Mi obediencia es tu consejo;
Tuyo soy.

REY.

¿Qué estás dudando?
Que si como rey te mando,
Como padre te aconsejo.
(*Ap.* No cabe dentro de sí
El alma. ¡Qué alegre estoy!)
Mi mano otra vez te doy.

CÁRLOS.

¿La mano me aprietas?

REY.

Sí,
Para que del vulgo vano
El aplauso infiel no creas,
Y por estas señas veas
Que tengo fuerza en la mano.
No temas, Cárlos; que amor,
Como tan cerca te via,
Tu mano apretó, y la mia
Ternura fué, no rigor;
Por señas habló, que es mudo,
Y al decir una verdad,
Me negó la majestad
Lo que la sangre no pudo.
Vén, Cárlos.

CÁRLOS.

Servirte es ley.

REY.

No temas nada en mi amor.

CÁRLOS.

Es respeto, no es temor.

REY.

Soy tu amigo.

CÁRLOS.

Eres mi rey.
(*Vanse.*)

Salen VIOLANTE, ELVIRA, EL PRÍNCIPE, TRISTAN Y FINEA.

VIOLANTE.

Pudiera vuestra alteza
Mirar mas por mi honor y mi nobleza,
Y excusarse de hacerme una visita
Que no me da opinion y me la quita,
Y mas no estando en casa
Mi padre ni mi hermano.

PRÍNCIPE.

Quien se abrasa
En tus ojos, bellísima Violante,
Olvida lo advertido por lo amante;
Y así, culpa tus ojos,
Pues ellos causa son de tus enojos.

VIOLANTE.

Sí, mas no es maravilla que lo sienta;
Que una afrenta temida ya es afrenta,
Y es cosa natural quejarse el labio
Cuando al respeto se atrevió el agravio.

PRÍNCIPE.

Violante mia, para estar hermosa,
Está siempre enojada, está quejosa;
Mas, pues mi amor no te ha ofendido en
[nada,
Ni quejosa te muestres ni enojada;
Ruégaselo tú, Elvira;
¡Qué hermosas flechas de sus ojos tira!
Hablad todos por mí.

ELVIRA.

Pues ¿cómo, prima,
Del Príncipe el amor tu amor no estima?
Él te sigue, él te adora, él te pretende,
Y si quien ama, claro está, no ofende,
No es razon que á tratarle mal te obli-
[gue
El ver que te pretende, adora y sigue.
(*Ap.* Mas ¿qué me admira todo lo que
Si lo mismo le pasa á mi deseo [veo,
Con Cárlos, que, olvidado,
No entiende ni agradece mi cuidado,
Cuando el alma lo llora,
Su ingenio estima y su presencia adora?

FINEA.

Elvira dice bien: el rigor deja,
No pagues un amor con una queja.

TRISTAN.

Entrambas dicen bien, y yo lo digo,
Del amor de su alteza buen testigo;
Pues viéndole, Violante,
Tan fino y tan amante,
Mil veces me ha pesado
De haber sido barbado; [re
Porque, á ser yo la dama por quien mue-
(Tanto su pena el corazon me hiere),
Yo me hubiera rendido,
Como suelen decir, á buen partido,
Aunque despues, por este atrevimien-
[to,
Su padre me metiera en un convento.

VIOLANTE.

Confieso á vuestra alteza
La lisonja que hace á mi belleza;
Mas si mi padre está fuera de casa,
Y vuestra alteza por mi calle pasa,
Y á mi puerta se pára su carroza,
Pensarán que pretende y que no goza.

PRÍNCIPE.

Antes viéndome entrar públicamente,
Dirán que te visito honestamente,
Porque, á caber malicia en mi cuidado,
Entrara mas cubierto y recatado.

VIOLANTE.

¿Y cuándo tan de parte de la dama
El vulgo está, que vuelve por su fama?
No hay deshonra mas cierta [ta;
Que el coche de un señor en una puer-
Ven que en palacio está mi hermano y
[padre,
Ven que há seis años que murió mi pa-
[dre,
Ven que á caballo por mi calle pasa,
Y ven que entra en mi casa,
Porque ven la carroza,
Vuestra alteza galan, Violante moza,
El honor melindroso,
Poca mi dicha el vulgo malicioso,
Vos señor, yo mujer; ¿no es cosa clara
Que piensen todos lo que yo pensara?

PRÍNCIPE.

Si fuera yo bien visto de tus ojos,
Tú misma disculparas tus enojos;
Mas como de ellos soy aborrecido,
Temes tu honor por disfrazar tu olvido.

VIOLANTE. [ro,

Tiene razon, porque á mi hermano ado-
Si bien con el decoro
Que les debo á mi sangre y á mi estado,
Y como tengo el pecho embarazado,
A nadie quiero bien, á nadie veo;
Y así, no estimo aqueste ni otro empleo.

ELVIRA.

Ya en tu rigor parece demasía,
Violante, la porfía; [sa,
Si estás querida porque fuiste hermo-
Muestra que eres mujer en ser piadosa,
Cortés, cuando no amante,
Puedes hablar al Príncipe, Violante.

VIOLANTE.

Dame el verle disgusto,
Y tengo puesto en otra parte el gusto;
¿Y quieres, prima mia,
Que tenga yo un pesar por cortesía?

ELVIRA.

Si porque estoy delante te recatas,
Y el favor le dilatas,
A dejaros mas solos me resuelvo;
Adios, Príncipe.—Prima, luego vuelvo.
(*Vase.*)

VIOLANTE.

Prima, ¿adónde te vas? Aguarda, mira.

TRISTAN.

Es un alma de Dios la doña Elvira.

VIOLANTE.

Váyase vuestra alteza;
Que si viene mi padre...

PRÍNCIPE.

¡Qué aspereza!

VIOLANTE.

Si Cárlos viene...

PRÍNCIPE.

Deja esos cuidados
A Tristan y á Finea.

VIOLANTE.

Son criados.

TRISTAN.

Si vuestra alteza de los dos se fia,
No hay qué hablar, no diré esta boca es
FINEA. [mia.
¿Y quién mejor que yo sabrá encubrillo?
(*Ap.* Ya deseo sabello por decillo.)

TRISTAN.

Lindo oficio he tomado, dél espero
Obispar por la parte del sombrero;
Pero dime, Finea; tú, que sabes
Mucho mas destas cosas...

FINEA.

No me alabes;
Ponte un tanto, Tristan, ó calla ó véte.

TRISTAN.

¿Es esto lo que llaman alcahuete?

FINEA. [guntado?

Sí, Tristan; mas ¿por qué lo has pre-

TRISTAN.

Dícenme que es oficio aprovechado.

FINEA.

De todo tiene.

TRISTAN.

El nombre es desabrido.

FINEA.

Llámate cobertor, que es mas polido.

TRISTAN.

Si el nombre me confirmas, embustera,
Yo seré cobertor, tú cobertera.

VIOLANTE.

Mas ¡ay de mí! ¿qué dices?

TRISTAN.

Cárlos viene.

VIOLANTE.

Váyase vuestra altèza.

PRÍNCIPE.

No conviene,
Ni esconderme ni irme.

VIOLANTE.

Señor, eso es perderme y destruirme;
Si os ven aquí, yo he de tener la culpa.

PRÍNCIPE.

Déjameá mí, Violante, la disculpa.

Sale CÁRLOS.

CÁRLOS.

¿Vuestra alteza en mi casa?

PRÍNCIPE.

Sí, Cárlos; llega, pasa
Adelante, los brazos darte quiero;
Soy pretendiente, y á tu padre espero.

CÁRLOS. [cosa

¿Vuestra alteza pretende? Pues ¿hay
Á su real poder dificultosa?

PRÍNCIPE.

Viviendo el Rey, es ya razon de estado
Que pueda mas que el Príncipe el pri-
[vado;
Que el Príncipe, por mozo ú divertido,
Nunca con los despachos se ha metido;
Y aunque á su Majestad hablar pudiera,
Y sé que al punto lo que pido hiciera,
Hablar con vuestro padre es mas cordu-
Que en fin somos amigos. [ra,

CÁRLOS.

Soy tu hechura.

PRÍNCIPE.

Pretende Ludovico cierta plaza.

CÁRLOS. [fraza.)

Ya lo he sabido. (*Ap.* Bien su amor dis-

PRÍNCIPE.

Y quiero, porque á gusto le suceda,
Que Conrado haga en esto cuanto pue-

CÁRLOS. [da.

Yo mismo, y por él mesmo, en este pun-
Acabo de pedirle; mas pregunto, [to
Claro está, ¿no bastara,
Señor, que vuestra alteza lo mandara,
Sin venir en persona?

PRÍNCIPE.

De camino
Quise ver á Violante, que imagino
Que tambien su favor es de provecho.

CÁRLOS.

Dadlo, Señor, con tal favor, por hecho.

PRÍNCIPE.

Llevadme hoy á palacio la respuesta.

CÁRLOS.

Saldrá como pedís; porque, si cuesta
Ruego á una dama, á vos una visita,
¿Quién habrá que la plaza le compita?

PRÍNCIPE. [gentileza!

Violante, adios. (*Ap.* ¡Qué hermosa

VIOLANTE.

Mil años guarde Dios á vuestra alteza.

PRÍNCIPE.

Interceded conmigo,
Que es Ludovico mi mayor amigo;
Adios, Cárlos, no pases adelante.

CÁRLOS.

Nací para serviros.

PRÍNCIPE. (*Ap.*)

¡Ay Violante!
Si en ser ingrata tu deidad te empeña,
[enseña.
O aprende á amar, ó á aborrecer me
(*Vase.*)

TRISTAN.

¿No es el Príncipe necio?

CÁRLOS.

Oye, Violante.

FINEA.

No es posible ser necio y ser amante.

CÁRLOS.

Y dime con verdad lo que hay en esto.

VIOLANTE.

Descolorido, sin razon, te has puesto.

FINEA.

La gravedad con que mintió me admira.

TRISTAN.

A los dos nos quitó aquella mentira.

FINEA. [do.

Mas yo pienso que Cárlos lo ha entendi-

TRISTAN.

Es hermano con humos de marido;
Pero, si quieres, vámonos, Finea,
En tanto que, bañados en jalea
De locas fantasías,
Que llaman por allá filoterías,
Como locos orates,
Un hartazgo se dan de disparates.

FINEA.

Por eso nuestro amor es mas casero.

TRISTAN.

Y es lo seguro, á fe de caballero.

(*Vanse Finea y Tristan.*)

CÁRLOS.

Dos modos de desconsuelos,
Dos diferencias de amores,
Dos linajes de temores,
Dos maneras de desvelos
Y dos géneros de celos,
Que son de amor y de honor,
Padece á un tiempo mi amor,
Siendo los dos en su esfera
Tan mayores, que cualquiera
Pudiera ser el mayor.
En un punto, en un instante,
Como dos te considero;
Si como hermana, me muero,
Y tambien si como amante;
De suerte, hermosa Violante,
Que como va mi fortuna
No se habrá visto ninguna,
Pues quiere ó permite Dios
Que me mates como dos
Y me quieras como una.
Todo me hiela y me enciende,
Y todo, por tu hermosura,
La voluntad me aventura
Y la sangre me defiende.
El Príncipe te pretende,
Su gusto es ley en el suelo,
Y yo (¡fuerte desconsuelo!),
Ya tu amante, ya tu hermano,
Sin poderme ir á la mano,
Te idolatro como al cielo.
Porque, aunque la sangre impida
Lo que unir supo una estrella,
Luego que naciste bella
Te obligaste á ser querida;
Y si es ley establecida
Que te quiera, pues te asisto,
En vano á mi amor resisto,
Porque ya no puede ser
Vivir sin volverte á ver
Ni dejar de haberte visto.
Yo he de amar sin merecer,
Que, aunque procuro obligar,
Quiero para no alcanzar,
Que alcanzar fuera ofender;
Querer por solo querer
Es mi venturosa suerte,
Pues cuando ella nos concierte
Y la sangre nos aparte,
Ya que no puedo alcanzarte,
Sé que no puedo perderte.

VIOLANTE.

Tan tierna de haber notado
Tu amor, Cárlos, me has tenido,
Tan loca de haberte oido
Entre mí me he contemplado,
Y en fin, tan atenta he estado
A tu aficion verdadera,
Que cuando amor considera
Lo bien sentido que está,
Si no te quisiera ya,
Desde ahora te quisiera.
Cuanto al Príncipe, no sé
Mas, Cárlos, de que aquí entró;
Si su amor me declaró,
Como no decirle fué,
Pues no importa que él me dé
El alma, si el alma, absorta
En tu amor, su amor reporta;
Pero volvamos, Señor,
A tratar de nuestro amor,
Que es lo que mas nos importa.
Yo te adoro, Cárlos mio,
Con amor tan cortesano,
Que á un tiempo galan y hermano
Te imagina el albedrío;
Y si hermano te desvio
Por algun amor grosero,
Galan y hermano te quiero
Con un deseo tan puro,
Que en lo mucho que aventuro,
Digo lo poco que espero.
Amar para merecer,
Fuera querer obligar,
Y amar por saber amar,
Industria pudiera ser;
Pero querer por querer
Es virtuoso ejercicio;
Ara soy, no sacrificio;
Que es torpe solicitud
Profanar una virtud
Por adelantar un vicio.
Mi amor todo es pensamiento,
Pues soy (en razon lo fundo)
La primer mujer del mundo
Que no procura su aumento;
Y tal estoy, que aun no siento
Ver sin lograr mi cuidado,
Porque pudiera logrado
Quedarse desvanecido,
Y por no verle perdido,
No quiero verle gozado.
Cuanto permitan los ojos,
Dicha de los dos será;
Que el perfecto amor está
En la fe, no en los despojos.
Sin celos y sin enojos
Será amistad nuestro trato,
Pues no ha de dar el recato
Ocasion considerable,
A mí para ser mudable,
Ni á tí para ser ingrato.

CÁRLOS.

¿Y si el Príncipe, constante,
Asiste firme en su amor?

VIOLANTE.

Será mas firme mi honor.

CÁRLOS.

Diamante labra diamante.

VIOLANTE.

¿Celos, Cárlos?

CÁRLOS.

No, Violante;
Miedos de perderte sí.

VIOLANTE.

¿Cómo perderme?

CÁRLOS.

(*Ap.* ¡Ay de mí!)
Siendo el Príncipe tu esposo.

VIOLANTE.

Príncipe mas poderoso
Eres, Cárlos, para mí.

CÁRLOS.

Yo no te he de merecer,
Ni le puedo competir.

VIOLANTE.
Yo me sabré resistir.
CÁRLOS.
Es muy grande su poder.
VIOLANTE.
No hay poder como querer.
CÁRLOS.
¡Ay de mí, que son quimeras
Nuestras quejas verdaderas!
VIOLANTE.
¡Ay, que es mi esperanza vana!
CÁRLOS.
¡Ah, si no fueras mi hermana!
VIOLANTE.
¡Ah, si mi hermano no fueras!

JORNADA SEGUNDA.

Salen LUDOVICO URSINO, OCTAVIANO *y* DOS SOLDADOS, *dándole unos memoriales á* CÁRLOS Y TRISTAN.

LUDOVICO.
Ya sale Cárlos.
OCTAVIANO.
¡Qué bien
Oye á todos!
TRISTAN.
Plaza aquí.
SOLDADO 1.º
A su majestad serví
Desde pequeño.
CÁRLOS.
Está bien;
A mi cuenta está el honrarle,
Señor soldado.
SOLDADO 2.º
Esta vea
Vuecelencia.
CÁRLOS.
Déme, y crea
Que muy presto he de premiarle.
SOLDADO 2.º
Fabricio, alcaide que ha sido
Cuarenta años en Palermo,
Es mi padre, y está enfermo,
Viejo y pobre. Hanle pedido
A su majestad provea
Esta plaza en Ludovico;
A vuecelencia suplico
Piadoso mi causa vea,
Y pues con aprobacion
Ha servido...
CÁRLOS.
Créolo así.
SOLDADO 2.º
Suplico se me dé á mí
La futura sucesion.
CÁRLOS.
Conozco su calidad,
Y tengo alguna noticia
Del caso; de su justicia
Hablaré á su majestad.
SOLDADO 2.º
Guarde el cielo á vuecelencia
Muchos años para honor
De Sicilia. (*Ap.* ¡Qué valor,
Qué cordura y qué prudencia!)
TRISTAN.
Por si cansado te sientes,
Que es fuerza que estés cansado
De haber, Señor, escuchado
Quejas de mil pretendientes,
Cuya afectada malicia
Tanto en su abono previene,
Que nadie justicia tiene,
Y todos tienen justicia;
Toma aqueste memorial,
Y despáchale al instante.
CÁRLOS.
Pues ¿de quién es?
TRISTAN.
De Violante,
Rebujita de cristal,
Ídolo de plata y nieve,
Brinco de marfil, sudor
Del alba, almidon de flor,
Perla mucha en concha breve
De aquel bello paraíso,
Cuya fruta singular
Te es preciso el desear,
Y el no comer te es preciso;
Desta con quien te da un como
Amor, pues te pone, en suma,
A tus deseos de pluma
Impedimentos de plomo;
Deste duende que te irrita,
Que te huye y que te toca,
Pues que su sangre revoca
Lo que su belleza incita;
Desta en quien es la belleza
Disculpa de tantos yerros,
Y es echar por esos cerros
De Ubeda y de Baeza;
Desta, en fin, con quien se allana
Tu obstinado parecer,
Y la quisieras mujer,
Pues no la quieres hermana.
Desta...
CÁRLOS.
Buena la has tomado;
¿Piensas acabar?
TRISTAN.
Yo no,
Porque no he de acabar yo
Lo que tú no has empezado;
Mas toma el papel.
CÁRLOS.
Tristan,
Con él me consolaré.
TRISTAN.
Pues no le leas.
CÁRLOS.
¿Por qué?
TRISTAN.
Porque aguardándote están,
Y que nos oigan es justo.
CÁRLOS.
Acudo, pues es razon,
Ahora á la obligacion;
Que tiempo habrá para el gusto.

Sale EL REY.

REY.
Desde esta parte escondido,
Y sin que Cárlos me vea,
Salgo, por ver cómo emplea
Experiencias de valido.
Dando está audiencia; esta es
La prueba mas principal
De un político caudal,
Pues ya grave, ya cortés,
Ya enojado, ya prudente,
Ya apacible, ya severo,
Ya blando, ya justiciero,
Ya cruel y ya clemente,
Yendo por diversos modos,
Uno solo al parecer,
Muchos hombres ha de ser
Para contentar á todos;
En lo que Cárlos responde,
Veré el talento que alcanza,
Para ver si la privanza
Al mérito corresponde.

Sale LUDOVICO.

LUDOVICO.
Yo soy Ludovico Ursino,
Por quien habló vuecelencia
A su padre en la alcaidía
De Palermo; mi nobleza,
Los servicios de mi padre,
Y mi calidad es cierta;
Dos años há que Fabricio
Gajes y provechos lleva
Desta plaza, y no la sirve;
Yo la pretendo, y su alteza
Lo desea como yo;
Hoy pende de vuecelencia
Este negocio, y espero,
Pues por mí á su padre ruega,
Que por sí me haga merced;
Aquí mis servicios lea.
(*Dale un memorial.*)
CÁRLOS.
Señor Ludovico Ursino,
Yo pedí (bien se me acuerda)
Esta merced á mi padre,
Y entonces, porque saliera,
Pagara yo las albricias
A quien me diera las nuevas.
Cuando le pedí á mi padre,
No miré si era ó no era
La merced justificada
Y la pretension honesta;
Que entonces no me tocaban
A mí aquestas diligencias.
Lo que entonces me tocó
Fué el pedirle; y el que ruega,
Propone, que no resuelve;
Informa, que no sentencia.
Mas hoy, que su majestad
Asegura su conciencia
En la mia, y me remite
Sus causas, que las vea,
Debo mirar con cuidado
Los servicios que se premian,
Las mercedes que se hacen
Y las plazas que se niegan.
Nadie se queje de mí;
Juzgue ahora, si se viera,
Despues de servir al Rey
Cuarenta años en la guerra,
Que por estar impedido,
Viejo, cansado y sin fuerzas,
Del oficio que sirvió
Le quitaba el Rey la renta,
¡Qué hiciera de exclamaciones
Y qué tuviera de quejas!
Pues ¿por qué no hará Fabricio
Lo que Ludovico hiciera?
Y así, aunque pedí á mi padre
Esta merced, y á su alteza
Ofrecí tambien servirle,
Ha de advertir que allí era
Abogado, aquí soy juez,
Y con razones diversas,
Allí abonaba servicios,
Aquí examino evidencias;
Allí informo, aquí sentencio.
Juzgue, pues, la diferencia
Del amigo que le abona
Al privado que gobierna.
Y pues no tiene justicia,
Esta plaza no pretenda,
Porque no se la he de dar;
Que aunque dársela quisiera,
No me ha dado el Rey poder
Para hacer cosas mal hechas.
LUDOVICO. (*Ap.*)
Corrido voy. (*Vase.*)

REY. (*Ap.*)
¡Qué valor!
Todo cuanto dice acierta;
Notablemente está en todo;
El alma en verle se alegra. —
Dios te libre, Dios te guarde,
Cárlos, hijo, y yo te vea
Muy dichoso; mucho hago
En no salir allá fuera,
Y darle dos mil abrazos;
Mas disimular es fuerza.

Sale OCTAVIANO.

OCTAVIANO.
Temblando llego.

TRISTAN.
¡Jesus!
¿Quién pensara, quién dijera
Que quien solo tenia voto
En jaeces y libreas,
A dos dias de privanza...

CÁRLOS.
Calla.

TRISTAN.
Callo.

OCTAVIANO.
Octavio llega
A tus piés, como á sagrado
De piedad y de clemencia;
Tengo á mi hermano en la cárcel
Por una muerte bien hecha,
Si es disculpa de un delito
La venganza de una afrenta;
Y el juez tan apasionado
Está, que temer es fuerza
De su enojo y su pasion
Una terrible sentencia;
A su majestad suplico,
Primero que se resuelva
La causa, nombre otro juez
Que mas piadoso proceda;
Este memorial de todo (*Dale otro.*)
Informará á vuecelencia.

CÁRLOS.
¿De suerte, señor Octavio,
Que quitar su hermano intenta
Al juez que lo es desta causa,
El conocimiento della,
Porque dice que severo
O apasionado se muestra?
Hablar á su majestad,
Si es esto lo que desea
Su hermano, yo se lo ofrezco;
Pero primero le advierta
Que en nada tiene justicia,
Ni es posible que el Rey quiera
Al juez que una vez nombró,
Impedirle que lo sea;
Bueno es que lo haya elegido
Para que la causa vea,
Y que la jurisdiccion
Que solo á su arbitrio deja,
Y el Rey mismo le señala,
El Rey mismo la suspenda.
El juez, Octavio, ha de ser
Juez, sin tener dependencia
Mas que de Dios y de sí,
Y del Rey, que es quien la aprueba;
Y así, la sentencia aguarde
Del juez de la causa, y de ella,
Si no fuere justa, apele
A otro tribunal, y sepa
Que tengo por mas castigo,
Y aun no sé si por afrenta,
De un ministro, revocarle,
Que impedirle una sentencia;
Que el que la recusa arguye
La pasion que á todos ciega,
Y el que sus autos revoca,
De ignorante le condena.
Juzgue, pues, cuál quedará
Mas vengado de sus letras,
El que le excusa un error,
O el que despues se le enmienda.

OCTAVIANO.
Contento y desengañado
Voy en mi causa, y si en ella
Condenaren á mi hermano,
Apelaré á vuecelencia.

REY. (*Ap.*)
¡Hay ingenio tan divino!
¿Qué mas hiciera si hubiera
Toda su vida estudiado
La política experiencia?
Estoy por llamarle hijo
En pago de la respuesta.

TRISTAN.
Solos habemos quedado.

CÁRLOS.
Pues Tristan, ¿qué quieres?

TRISTAN.
Deja
Que bese tus piés mil veces,
Honra de la patria nuestra;
¿Esto encubierto tenias?
Vive Dios, que fué una bestia
El Maquiavelo contigo,
Justo Lisipo una dueña,
Casiodoro hace vainicas,
Y el Lucardino muñecas;
El gobernador cristiano
Eres, y en tu competencia,
Son coplas del Perro de Alba
Los comentarios de César;
Mas dejemos disparates,
Y suplícote que leas
El papel de mi señora.

CÁRLOS.
En aquesta faltriquera
Le puse; ya le he topado.

TRISTAN.
¡Oh lo que habrá de jaleas,
De alfeñicadas ternuras
Y amorosas panetelas!

REY. (*Ap.*)
Amor, ya no puedo mas,
Salgamos á que nos vea;
Que me reñirá mi pecho
Si no le gozo mas cerca.

Quiere leer Cárlos, y sale EL REY, *y mete el billete entre los memoriales.*

CÁRLOS.
Yo leo.

TRISTAN.
El Rey.

CÁRLOS. (*Ap.*)
Disimula.

TRISTAN.
(*Ap.* En notable ocasion llega.)
¿Ese papel escondias?
Buenas albricias me cuesta.

REY.
¿Cárlos?

CÁRLOS.
Gran Señor.

REY.
¿Qué haces?

CÁRLOS.
Acabo de dar audiencia,
Y estaba pasando ahora
Los memoriales que quedan.

TRISTAN.
Consultábalos conmigo,
Porque mi voto le diera;
Que en esto de memoriales
Tengo notable agudeza,
Y estábamos en el sexto.

CÁRLOS.
Calla.

REY.
Una silla me llega.
Véte ahora.

TRISTAN.
Ya me voy;
Mas no me voy, que me echan.
¡Válgame Dios! ¿qué querrá
El Rey á Cárlos? Paciencia,
Que no lo puedo saber,
Porque no quiso el poeta
Que en este lance el lacayo
Mezclase burlas con veras:
(*Ap.* Debe de ser este el paso
Mas fuerte de la comedia.)

REY.
Siéntate, Cárlos.

CÁRLOS.
Señor...

REY.
Siéntate y cúbrete.

CÁRLOS.
Es ley
Mi obediencia; eres mi rey.

REY.
Y yo tu amigo mayor.
¿Cómo te va de privado?
De audiencias ¿cómo te va?

CÁRLOS.
La dificultad está
En haberlas comenzado;
Lo mas ha sido emprendellas,
Porque tú me persuades,
Mas ya las dificultades
Me enseñan á salir dellas.

REY.
Dices, Cárlos, cuerdamente;
Mas dejando esto á una parte,
Yo vengo á consultarte,
Como amigo y confidente,
Un caso, en que me has de dar
Tu parecer, y dél fio
El acierto.

CÁRLOS.
El caudal mio
No es bastante á aconsejar;
Mas, aunque despues me arguya
Mi ignorancia lo que soy,
Pues tú gustas, aquí estoy.

REY.
Pues oye, por vida tuya.
Yo tengo un hijo heredero,
Que es el Príncipe, y tambien
Otro natural, á quien,
Por causas que callar quiero,
En secreto le he criado;
Yo le quiero descubrir,
Mas tambien quiero cumplir
Con los que lo han ignorado;
Con el Príncipe, que puede
Llevarlo con impaciencia,
Pues juzgó suya mi herencia,
Y halla otro mas que me herede;
Con mi amor, porque es mi hijo,
Y le quiero como á tal,
Como mi hijo natural,
Pues me atormento y me aflijo
Cuando, en cualquiera ocasion
Que se me pone delante,
Muestro de rey el semblante,
Y es de padre el corazon;
Y así, por cumplir con todo,
Con él, conmigo y con Dios,
Busquemos entre los dos
Un medio, una traza, un modo
Con que yo logre este intento,

El Príncipe esté obligado,
El pueblo desengañado,
Dios servido y él contento.

CÁRLOS.

No sé si aciertas, Señor,
En fiar esto de mí.

REY.

Pues yo te he elegido á tí,
Debes de ser el mejor;
Yo sé, Cárlos, lo que puedo
Fiar de tí; este papel
Te dirá en relacion fiel
El caso.

(*Para tomar el papel, deja los otros en el bufete.*)

CÁRLOS.

Obligado quedo
A lo que me favoreces.

REY.

Tu Rey, tu deudo y tu amigo
Soy; y si mucho te obligo,
Mucho mas, Cárlos, mereces.

CÁRLOS.

Yo leo.

REY.

Pues yo entre tanto,
Para que estemos iguales,
Pasaré estos memoriales.

CÁRLOS.

Espera, Señor. (*Ap.* ¡Oh cuánto
Erré en juntar el papel
De Violante á los demás!)

REY.

Turbado, Cárlos, estás.
¿Qué tienes?

CÁRLOS. (*Ap.*)

¡Suerte cruel!

REY.

Habla.

CÁRLOS.

(*Ap.* ¡Notable pesar!)
Señor, pues que me has fiado,
Como á tu amigo y privado,
El oir y el consultar,
No te canses en leer
Memoriales importunos,
Pues puede ser que haya algunos
(Como suele acontecer)
Poco cuerdos, y serán
Ocasion de que te enojes,
Y enojado, los arrojes,
Y de mí se quejarán,
Pues me los dieron á mí.

REY.

Partamos obligaciones;
Que en las mismas que me pones
Quiero yo ponerte á tí.
Y pues libro en tu cuidado
El peso de mi corona,
A mirar por tu persona
Estoy tambien obligado;
Lee tú mientras yo leo,
Y así podrémos saber,
Yo lo que has de responder,
Y tú lo que yo deseo.

CÁRLOS.

No te canses.

REY.

No se cansa
El Rey, Cárlos. Mal dijiste,
Porque solo cuando asiste
A sus deberes, descansa.

(*Lee.*) «Ludovico Ursino pide la plaza de alcaide de Palermo, que tiene »Fabricio, y há dos años que no la »sirve por sus achaques.»

Deste oficio le despide,
Y dile que no conviene
Quitársele á quien le tiene,
Para darle á quien le pide.

CÁRLOS.

Lo mismo le respondí
A Ludovico.

REY.

Está bien;
Y si obras, Cárlos, tan bien,
No me has menester á mí.

(*Lee.*) «Lisarda, viuda de Vicencio »Pazo, principal y pobre, tiene una »escritura contra Alejandro Cesarino, »y por ser ministro de justicia, no hay »otro que le quiera ejecutar; por ella »á vuecelencia suplica dé órden para »que no le valga la inmunidad de serlo »para no hacerla.»

Sépase quien no ha querido,
Por su oficio ó por su nombre,
Ejecutar á ese hombre;
Y en habiéndolo sabido,
Oblíguesele á pagar
La escritura; que despues
El mismo, por su interés,
La procurará cobrar.

CÁRLOS.

Será muy discreto estilo,
Y así lo dijera yo;
Mas no leas mas.

REY.

¿Por qué no?

CÁRLOS.

(*Ap.* El alma tengo en un hilo.)
Porque todos son así.
(*Ap.* Si le topa, muerto soy.)

REY.

En leyendo este me voy.

CÁRLOS. (*Ap.*)

¡Qué desdichado nací!

REY.

(*Lee.*) «Cárlos mio, mas ha podido el »amor para unir nuestras voluntades, »que la sangre para dividir nuestros »deseos; la fortuna está de buen sem»blante con los dos, pues dispone que »seas mio; y lo demás sabrás en mis »brazos, si el placer de conocer mi »dicha no me mata antes que te vea.— »*Tu Violante.*»

CÁRLOS.

¿Violante á mí desa suerte?
No sé cómo puede ser.

REY.

Pues vuélvele tú á leer,
Si quieres satisfacerte.

CÁRLOS.

¡Ay de mí! dame la muerte.

REY. (*Ap.*)

Conrado le ha descubierto
A Violante (aquesto es cierto)
Todo el suceso pasado.
Mal el secreto ha guardado,
Mal ha cumplido el concierto;
Pero sabrálo de mí
De manera que le pese.

CÁRLOS. (*Ap.*)

¡Que Violante me escribiese
En esta ocasion así!
No lo creo aunque lo vi.

REY.

(*Ap.* Él lo ha dicho (es evidencia)
Para poder (¡qué imprudencia!)
Casarlos.) ¿Cárlos?

CÁRLOS.

Señor.

REY.

(*Ap.* Aquí es menester valor,
Aquí es menester prudencia.)
¿Y por esto me impedias
Que no viese los demás?

CÁRLOS.

Yo... Si tú... Porque jamás...

REY.

No te turbes.

CÁRLOS.

Si confias...

REY.

Bien en negármelo hacias,
Pues de suerte me ha ofendido,
Que, avergonzado y corrido,
Te diera todo mi estado
Por no haberlo imaginado
Despues de haberlo leido.
¿Posible es que tus antojos,
Al pensar caso tan feo,
No dieron muerte al deseo
Entre la lengua y los ojos?
Pues di, Cárlos, ¿qué despojos
O qué esperanza te da
Tu amor, que á perderte va,
Cuando con muda tristeza
Toda la naturaleza
Murmurando te lo está?
Tu locura y tu imprudencia
Con esto me han declarado
Que no rige bien mi estado
Quien rige mal su conciencia.
De despreciar mi advertencia,
Cuando á virtud te provoco,
Nace el ser con Dios tan loco,
Que es voz que del cielo escucho;
Que no estima á Dios en mucho
Quien tiene á su rey en poco.
Juez soy desta causa aquí,
Y hallo que tan grave ha sido,
Que con ella has ofendido
A tu padre, á Dios y á mí.
Mas, pues yo no puedo en tí,
Aunque á ser juez me acomodo,
Vengar tres culpas de un modo,
Ninguna quede vengada;
Que no he de castigar nada,
Pues no lo castigo todo.
De tres culpas, tres perdones
A un tiempo tengo de darte,
Para poder enseñarte
A corregir tus pasiones.
Huye, pues, las ocasiones
De empeñar la voluntad;
Que, si en fe de mi amistad,
Mas tu obstinacion porfía,
No sé si para otro dia
Me habrá quedado piedad.
Y aunque para corregirte
Fuera razon apartarte
De mi privanza, enseñarte
Importa mas que reñirte.

CÁRLOS.

No es posible que á servirte
Acierte, Señor, jamás;
Y así, en mi casa de hoy mas...

REY.

Si teniendo ocupaciones,
Son tan tuyas tus pasiones,
No teniéndolas, ¿qué harás?
Y así, de hoy en adelante,
Pues á todas horas puedes,
Me has de asistir, sin que quedes
Desocupado un instante.

CÁRLOS.

Tu hechura soy. (*Ap.* ¡Ay Violante!)

REY.

¿Qué dices?

CÁRLOS.

Que no es castigo.

REY.

Vén conmigo.

CÁRLOS.

Ya te sigo,
Porque en mí tu gusto es ley.

REY.

Tu amigo soy y tu rey;
No me hagas tu enemigo.
(*Vanse.*)

Salen VIOLANTE Y ELVIRA.

VIOLANTE.

No estoy en mí, de placer.

ELVIRA.

En fin, ¿Cárlos no es tu hermano?

VIOLANTE.

Hoy he de darle la mano,
Hoy mi marido ha de ser.

ELVIRA.

(*Ap.* Y hoy tambien moriré yo.)
Y di, ¿cómo lo has sabido?

VIOLANTE.

El cielo, de enternecido,
Sin duda lo descubrió.
Mi padre se dejó ayer,
Por descuido (amor lo sabe),
De su escritorio la llave;
Y yo, en fin, como mujer,
El tal escritorio abrí,
Y tirando una gabeta,
Que aun era la mas secreta,
Dos cartas entre otras vi,
Cuyo cuidado y aseo
Patentes indicios daba
Del misterio que encerraba;
Abrílas con el deseo
De saber, y no fué en vano
El abrillas y el leellas,
Pues he visto, prima, en ellas
Que no es Cárlos, no, mi hermano.
No es Cárlos mi hermano, prima;
De mayor linaje viene,
Padre mas honrado tiene,
Mas noble sangre le anima;
Hijo es del Rey, yo lo fio,
Y de las cartas lo arguyo.

ELVIRA.

¿Qué dices?

VIOLANTE.

Como hijo suyo
Le ha criado el padre mio,
Y el Rey se le encomendó;
Así en las cartas lo dice.
¡Hay fortuna mas felice!
Dichosa mil veces yo.
Muchas veces, prima mia,
Decirte mi amor pensaba,
Y tantas no me dejaba
La vergüenza que tenia;
Mas, ya que están abonados
Mis imposibles empleos,
Oye, prima, mis deseos,
Sabe, prima, mis cuidados,
Celebra tú mi alegría
Y dame mil parabienes,
Pues me quieres bien, y tienes
Parte en la ventura mia.
¡Qué bien se ve en tu alborozo
Y en tu atencion la alegría,
Y aun la mia, prima mia!
Pues es tan grande mi gozo,
Que cuando haberlo sabido
No me hubiera aprovechado,
Mas que de haberlo contado,
Sobrada ventura ha sido.

ELVIRA. (*Ap.*)

Desta causa procedia
En Cárlos el no atender
A mi cuidado, y no hacer
Caso de la pena mia.
¿No me bastaban (¡ay cielos!)
Para turbar mis sentidos
Darme celos presumidos,
Sino averiguados celos?
¿Unas penas y otras penas?
Si matarme, amor, querias,
¿No bastaban penas mias,
Sino venturas ajenas?
¿Podré encubrir mis desvelos?
Podré callar mi dolor?
Que sí, responde el honor;
Y que no, dicen los celos;
Porque tal me vengo á ver,
De desesperada y loca,
Que cuando calle la boca,
Los ojos no han de poder.

VIOLANTE.

Parece que lo has dudado
O lo tienes por mentira.
¿Qué te suspendes, Elvira?

ELVIRA.

No te dé, prima, cuidado;
Quiero bien, como tú quieres,
Y como en esta jornada,
Cuando mas desesperada,
Te dice el amor que esperes,
Hallo, mirándome en tí,
Que amor tiene por mil modos
Esperanzas para todos,
Y le faltan para mí.

VIOLANTE.

¿Y yo saber no podria
A quien amas?

ELVIRA.

Sí, Violante;
Bien conocido es mi amante.

VIOLANTE.

Y ¿quien es, por vida mia?

ELVIRA.

Tu hermano.

VIOLANTE.

¿Cárlos?

ELVIRA.

Despues
Te contaré á quién elige
Mi amor, aunque ya lo dije,
Pues dije que Cárlos es. (*Vase.*)

VIOLANTE.

¿Cárlos?

Sale CÁRLOS.

CÁRLOS.

¿Violante?

VIOLANTE.

¡No mas
De Violante, y tan severo!
Bien pagas lo que te quiero,
Buenas albricias me das
De las vivas esperanzas
Que tú perdidas tuviste;
Cánsote, ya vienes triste;
¿Pésate de que hoy alcances
Lo que deseaste ayer?
¿Al cielo turbado miras
Y entre tí mismo suspiras?
Pues ¿qué fué? qué pudo ser?
¿Casarte tu padre (¡ay cielos!)
Con dama de mas quilates?
No me aflijas, no me mates.
¿Vienes malo? ¿tienes celos?
¿Hate parecido engaño
Mi papel? Habla, Señor,
Y no muera de un temor,
Pudiendo de un desengaño.

CÁRLOS.

Tan mudo estoy (¡ay de mí!),
Tan suspenso y admirado,
Que pienso que lo he soñado.
¿Yo puedo alcanzarte?

VIOLANTE.

Sí,
Sí, Cárlos; ¿qué dudas?

CÁRLOS.

¿Yo?
(*Ap.* ¡Hay mujer tan inhumana!)

VIOLANTE.

Que no soy, Cárlos, tu hermana.

CÁRLOS.

¿Que no eres mi hermana?

VIOLANTE.

No.

CÁRLOS.

Vuelve, por Dios, vuelve en tí
Del furor que te provoca.

VIOLANTE.

Cárlos, no me vuelvas loca;
Escucha, y sabráslo.

CÁRLOS.

Di.

Sale ELVIRA.

ELVIRA. (*Ap.*)

Mal sosiega quien se abrasa;
¿Quién duda que ya Violante
A su hermano ó á su amante
Habrá dicho lo que pasa?
Mas, para que sus deseos
No logren dichas mayores,
Pues no pude sus amores,
Impediré sus empleos.
Celosa estoy y ofendida,
Pero yo me vengaré,
Y á su padre le diré
Lo que importa que le impida.
El caso diré á Conrado,
Para que, pues es discreto,
Mire cuál está el secreto
Que le tiene el Rey fiado.
¡Ah, traidores! Ah, enemigos!

VIOLANTE.

Elvira, el paso deten.

ELVIRA.

Dos que se quieren tan bien
No habrán menester testigos.

Sale CONRADO.

CONRADO.

Pues, sobrina, ¿dónde vas?

ELVIRA.

A buscarte.

CONRADO.

¿Y á qué efeto?

ELVIRA.

A decirte un gran secreto;
Vén conmigo y lo sabrás.

CONRADO. (*Ap.*)

Por si acaso en algo toca
De lo que el Rey me ha reñido,
Iré á saber lo que ha sido.

ELVIRA.

Los celos me llevan loca.
(*Vanse Conrado y Elvira.*)

CÁRLOS.

¿Qué tiene Elvira, Violante,
Que va triste?

VIOLANTE.

Anda estos dias
Con ciertas melancolías.

CÁRLOS.

Debe de amar.

VIOLANTE.

No te espante

Que ame Elvira y que sea amada;
Porque vivir sin amar,
Vida se puede llamar,
Pero vida descuidada.
Mas, volviendo á nuestro amor,
¿Qué dices deste suceso?

CÁRLOS.

Que me ha de quitar el seso
El gusto. ¿Que sin temor
Llamarte mi esposa puedo,
Y lograrte?

VIOLANTE.

Cárlos, sí;
Yo por mis ojos lo vi,
Quererme puedes sin miedo;
Del Rey eres (¡qué alegría!)
Hijo. ¡Ay cielos, loca estoy!

CÁRLOS. (*Ap.*)

Sin duda que el hijo soy
Que hoy me dijo que tenia.

VIOLANTE.

Mas no por esta mudanza
Has de olvidarme, inconstante.

CÁRLOS.

Mal te olvidará, Violante,
Quien te amó sin esperanza.

VIOLANTE.

¡Qué ventura!

CÁRLOS.

¡Qué placer!
Tuyo soy, prodigio hermoso.

VIOLANTE.

¡Que al fin has de ser mi esposo!

CÁRLOS.

¡Que al fin mi esposa has de ser!

VIOLANTE.

¿Y si el Rey quiere casarte
Con otra?

CÁRLOS.

No querré yo.
¿Querrás tú al Príncipe?

VIOLANTE.

No;
Que no hay dicha sin amarte.

CÁRLOS.

¿Quién mereció tal belleza?

VIOLANTE.

¿Quién mereció tal favor?

CÁRLOS.

Albricias, cobarde amor.

VIOLANTE.

Albricias, noble firmeza.

CÁRLOS.

Ya es placer todo el pesar.

VIOLANTE.

Ya el pesar es alegría.

CÁRLOS.

¡Violante puede ser mia!

VIOLANTE.

¡A Cárlos puedo lograr!

CÁRLOS.

Pues confirme nuestros lazos
Nuestro amor.

VIOLANTE.

¡Grande ventura!

CÁRLOS.

¿Qué fe no estará segura
En el cielo de tus brazos?

VIOLANTE.

Mi padre.

Estando abrazados, sale CONRADO.

CONRADO.

Verdad ha sido...

VIOLANTE.

Perdida estoy.

CÁRLOS.

Yo turbado.

CONRADO.

Lo que Elvira me ha contado
Y lo que el Rey me ha reñido.—
¿Violante?

VIOLANTE. (*Ap.*)

No acierto á hablar.

CONRADO.

¿Cárlos?

CÁRLOS.

¿Señor?

CONRADO.

No os turbeis;
¿Qué importa que os abraceis?
Bien os podeis abrazar;
Que vuestra sangre es fianza
De cualquiera demasía;
¿Mas que el abrazo seria
De albricias de la privanza
Del Rey? (*Ap.* Yo haré que mi error
Le enmiende el cuidado mio.)

VIOLANTE. (*Ap.*)

Ya voy cobrando mas brio.

CÁRLOS. (*Ap.*)

Ya voy perdiendo el temor.

VIOLANTE. (*Ap.*)

No lo entendió.

CÁRLOS. (*Ap.*)

No lo sabe.

CONRADO.

Pues, Cárlos, ¿cómo te va?
Gran privado estarás ya.

CÁRLOS.

Vuecelencia no me alabe
A mí, sino á su deseo,
Pues por él todo el favor
Gozo del Rey, mi señor.

CONRADO.

¿Todo el favor? Yo lo creo;
Pero con razon te estima,
Y aun es fuerza en él.

CÁRLOS.

¿Por qué?

CONRADO.

Porque siempre que te ve
Se acuerda, y aun se lastima,
De unas memorias pasadas,
De quien eres impresion,
Y hoy en su imaginacion
No están del todo borradas.
Quiérete bien, no te espante.

VIOLANTE. (*Ap.*)

Y la causa yo la sé.

CARLOS. (*Ap.*)

Bien claramente se ve
Que dijo verdad, Violante.

CONRADO.

Tuviera ya de tu edad
Un hijo (¡ay triste!), que yo
Crié (tanto confió
De mi secreto y lealtad),
Cárlos tambien se llamaba;
Mucho le llegué á querer.
Yo cartas he de tener
En que me lo encomendaba,
Pues cuando se me murió
Fué mucho quedar con vida.
¡Válgame Dios, qué sentida
Y qué tierna me escribió
Otra carta! No quisiera
Acordarme de la muerte
De aquel ángel; mas la suerte
No fué del todo severa,
Cárlos, pues me deja á tí
Y á Violante. Dios os guarde;
Que, en fin, en vosotros arde
La luz que se apaga en mí.

CÁRLOS. (*Ap.*)

¡Es verdad lo que he escuchado!

VIOLANTE. (*Ap.*)

¡Es verdad lo que le he oido!

CÁRLOS. (*Ap.*)

¡Mi amor otra vez perdido!

VIOLANTE. (*Ap.*)

¡Mi amor otra vez burlado!

CONRADO. (*Ap.*)

¡Mucho lo sienten!

CÁRLOS. (*Ap.*)

Yo muero.
¡Aun no me atrevo á miralla!

VIOLANTE. (*Ap.*)

¡Qué confusion!

CÁRLOS. (*Ap.*)

¡Qué batalla!

VIOLANTE. (*Ap.*)

¡Qué pena!

CÁRLOS. (*Ap.*)

¡Qué mal tan fiero!

CONRADO.

Cárlos, el Rey ha fiado
El gobierno en tu prudencia;
Sírvele con asistencia,
Y asístele con cuidado,
Porque el favor que te hace
Le sepas tú merecer,
Y adios.—Véte á recoger,
Violante. (*Ap.* Su efecto hace
En los dos el desengaño.
Bien mi descuido enmendé;
Con esto al Rey le daré
Satisfaccion de su engaño.) (*Vase.*)

CÁRLOS.

Si pudiera quejarme (¡ay prenda mia!)
De tí, con justa causa me quejara.

VIOLANTE.

¿Quién, Cárlos, quién, Señor, no se engañara
Con la esperanza con que yo me via?

CÁRLOS.

Quien presto espera, presto desconfía.

VIOLANTE.

Si fuera dicha, amor me la ocultara.

CÁRLOS.

¡Que tan poco el engaño nos durara!

VIOLANTE.

¡Que no durara nuestro engaño un dia!

CÁRLOS.

¡Qué desdicha!

VIOLANTE.

¡Qué amor!

CÁRLOS.

¡Qué triste historia!

VIOLANTE.

Ya, Cárlos, te perdí.

CÁRLOS.

¡Qué adversa suerte!

VIOLANTE.

Venció la sangre.

CÁRLOS.

¡Qué infeliz victoria!

VIOLANTE.

Pensé lograr mi amor.

CÁRLOS.

¡Qué mal tan fuerte!

VIOLANTE.
Quise amar por amar...
CÁRLOS.
¡Qué dulce gloria!
VIOLANTE.
Y matóme el amor.
CÁRLOS.
¡Qué injusta muerte!

Sale TRISTAN.

TRISTAN.
¡Ah Cárlos, ah señor mio,
Ah mi señora Violante!
¿Estoy seguro? ¿Estáis solos?
¿Fuése el viejo? ¿Oyenos alguien?
VIOLANTE.
Déjame, por Dios, Tristan;
Que no estoy para donaires.
TRISTAN.
¿Ni tú tampoco, Señor?
CÁRLOS.
No me aflijas, no me mates;
Que, segun estoy, haré
Contigo algun disparate.
TRISTAN.
Pues yo os dejo enhorabuena;
Mas no llegueis á rogarme
Despues que os diga un secreto
De Elvira y de vuestro padre,
Que ahora se va, y os deja
Hermanos de padre y madre,
Cuando sé que no lo sois.
(*Ap.* Ahora me pongo grave.)
VIOLANTE.
Vuelve, Tristan.
TRISTAN.
Déjame;
Que no estoy para donaires.
CÁRLOS.
¿Qué dices, Tristan?
TRISTAN.
¿Qué digo?
Que me dejes, no me enfades.
VIOLANTE.
Dínoslo, Tristan, por Dios.
CÁRLOS.
Dilo presto, no te tardes.
TRISTAN.
(*Ap.* No es malo que me lo rueguen,
Cuando estoy que no me cabe
Dentro del buche el secreto,
Y reviento por contarle.
Yo se lo cuento; no sea
Que la gana se les pase;
Y que despues no lo quieran.)
Atentos un rato estadme.
En el camarin adonde
Suele Violante tocarse
Estábamos yo y Finea,
Ella sola, yo su amante;
Ella hermosa, yo galan;
Lo que haria ya se sabe.
Vió Finea que venian
Doña Elvira con tu padre
Derechos al camarin,
Y porque no me topasen,
Detrás de los escritorios,
Hecho un ovillo de carne,
Me agazapo y me acurruco;
Entran los dos al instante,
Y Elvira le cuenta al viejo
Un descuido de una llave,
Y unas cartas que sacó
De un escritorio Violante;
Y alzando despues la voz,
Le dijo: «Tio, ya saben
Los dos que no son hermanos,
Y há mucho que son amantes;
Ellos se quieren, y Cárlos
Sabe que el Rey es su padre.—
Lo mismo me ha dicho el Rey
(Dijo el viejo). Dios te guarde,
Sobrina, para que mires
Por mi lealtad y mi sangre;
Que yo enmendaré el descuido
De las cartas y la llave.»
Con esto, se salió el viejo,
Elvira tras él se sale,
Yo tras Elvira, y Finea
Tras mí; yo vengo á avisarte;
Lo que me ha tocado á mí
Es dar las nuevas, y darme
Las albricias no me toca
A mí; pero tocaráme
El tomarlas, si me das
Algo á mi estado tocante,
Pues sabes, tocante á este,
Lo que te toca ó te tañe.
CÁRLOS.
Tristan, mira lo que dices.
VIOLANTE.
Tristan, mira lo que haces.
CÁRLOS.
No nos burles.
VIOLANTE.
No nos mientas.
CÁRLOS.
No me enojes.
VIOLANTE.
No me engañes.
TRISTAN.
Yo juro á Dios y á esta cruz,
Y por vida de mi madre,
Que es verdad, así lo fueran
Las albricias que has de darme.
CÁRLOS.
Yo te las mando.
VIOLANTE.
Y yo, y todo.
TRISTAN.
Para coces, ya son pares.
CÁRLOS.
Aun no acabo de creerlo.
VIOLANTE.
No acabo de asegurarme;
¿Será verdad lo que dice
Tristan, Cárlos?
CÁRLOS.
Sí, Violante,
Esto no puede faltar;
Y para que menos falte,
Oye una traza.
VIOLANTE.
Di presto.
CÁRLOS.
Tú has de decir á tu padre
Lo que ha pasado hasta aquí
De las cartas y la llave,
Y que viendo que en los dos
No lo estorbaba la sangre,
Dueño de tu honor me hiciste,
Con palabra de casarme
Contigo; y desta manera,
Es fuerza que cuanto sabe
Diga, por cobrar su honor,
Sin guardar respeto á nadie.
Si dice que soy tu hermano,
Moriré triste y amante;
Pero si dice que no,
Serán nuestras voluntades
Eternas.
VIOLANTE.
Dices muy bien.
TRISTAN.
Linda traza.
CÁRLOS.
Pues, Violante,
No te descuides.
VIOLANTE.
No haré;
Y si como espero sale,
Serás mi esposo.
CÁRLOS.
Seré
Tu esposo, esclavo y amante.
VIOLANTE.
¿Quién te anima?
CÁRLOS.
El amor mio.
VIOLANTE.
¿Quién te acobarda?
CÁRLOS.
La sangre;
Si eres mi hermana, yo muero.
VIOLANTE.
Si lo soy, yo he de matarme.
CÁRLOS.
Vive tú.
VIOLANTE.
Para ser tuya.
CÁRLOS.
Dios lo quiera.
VIOLANTE.
Dios te guarde.

JORNADA TERCERA.

Salen CÁRLOS Y TRISTAN, *de noche.*

TRISTAN.
Digo que está en la corte tan sabido
Que eres hijo del Rey y que ha corrido
Tan público por todos el secreto,
Que el retirado, el necio y el discreto,
Y en fin, el vulgo todo
Lo dice así.
CÁRLOS.
Pues dime, ¿de qué modo
Tan presto se ha sabido y publicado?
TRISTAN.
¿No sabes cuán sujetos han estado
Del vulgo siempre á las comunes leyes
Los mayores secretos de los reyes?
CÁRLOS.
Tienes razon, pues aunque mas procu- [ren
Encubrir un secreto, y le aseguren
Con mucho estilo y con silencio grave,
Cuando menos se piensa, mas se sabe;
Mas, si verdad te digo, no me pesa,
Porque con eso nuestra duda cesa,
Y mas si acaso con su padre ha hablado
Violante, como habemos concertado.
TRISTAN.
De perlas va dispuesto todo aquesto;
Mas solo hay un error.
CÁRLOS.
Dile de presto.
TRISTAN.
Venir de noche habiendo tanto dia;
Porque, aunque soy valiente, ser podria
Que algunos, sin querer, nos encontra- [sen,
Y por pegar á otros, nos pegasen.
CÁRLOS.
Eso es miedo.

TRISTAN.
Es verdad.

CÁRLOS.
¡Gentil gallina!

TRISTAN.
¿Decir mi sentimiento te amohina?

CÁRLOS.
El miedo es cosa infame.

TRISTAN.
Quedo, quedo,
Que para el hombre se hizo el tener [miedo.
Yo tengo miedo, y el valor me enfada;
Que el tener miedo á nadie costó nada;
Y mas si en la destreza no está ducho,
Y el no haberle tenido costó mucho.

CÁRLOS.
¿Cómo de dia estás tan arrogante?

TRISTAN.
Tengo azar con las noches, no te espan- [te;
Mas basten burlas, que si se ofreciera,
Cada cristiano hará lo que pudiera;
Y dime, ¿qué queria y qué te dijo
El Príncipe?

CÁRLOS.
Muy necio y [illegible]uy prolijo
Me habló, para que hici[illegible]
De modo que Violante [illegible] quisiera.

TRISTAN.
¿Y cómo respondiste?

CÁRLOS.
Quejoso y desabrido.

TRISTAN.
Mal hiciste;
Que es ponerle en cuidado,
Y mas cuando la corte ha murmurado
Que eres hijo del Rey.

CÁRLOS.
Y aun de eso nace
La oposicion que el Príncipe me hace;
Tengo en Violante mi esperanza toda,
Y solo aguardo para hacer la boda
Que revele Conrado este secreto;
Mira tú de qué suerte ó á qué efeto,
Contra mi honor y fama,
Pudiera ser tercero de mi dama.
Y esto cayó, sobre que el Rey ha dado
(Para que, en su servicio embarazado,
A Violante no vea)
En que duerma en palacio, porque sea
Ocasion el no verla y el no hablarla,
Si no de aborrecerla, de no amarla.
Juntóse este pesar y aquel disgusto,
Y al Príncipe le hablé con poco gusto;
Mas el disgusto me templó al instante
Un papel de Violante,
En que me dice que de noche venga,
Para tratar lo que á los dos convenga.

TRISTAN.
Que lo supiese el Rey me da cuidado.

CÁRLOS.
Ya queda en su aposento retirado,
Yo le vi por mis ojos, esto es cierto;
Haz la seña. Mas oye, que han abierto
La puerta de mi casa y sale gente.
¿Quién puede ser?

TRISTAN.
Escucha atentamente.

Salen EL REY, CONRADO Y ASTOLFO, *de noche.*

REY.
Solo á ver si es verdad lo sucedido,
Sí, por vida de entrambos, he salido,
De Astolfo acompañado solamente,
Y por saber tambien si, inobediente
A mi precepto Cárlos, como amante,
Viene de noche á verse con Violante;
Vos aguardadme un poco retirado.

ASTOLFO.
Solo el obedecer toca al criado.

CONRADO.
Al momento, Señor, hice tu gusto.

TRISTAN.
Mi señor.

REY.
Excusásteme un disgusto.
Quiero casar á Cárlos de mi mano;
Y aunque el honor de vuestra hija es Ha- [no
Que á un príncipe merece por esposo,
Es ya razon de estado, y aun forzoso
En la buena política y sus leyes,
No casar en sus tierras á los reyes,
Como en todo se ve por el efeto.

CONRADO.
Eres en todo príncipe perfeto.

TRISTAN.
¿Oyes aquello? El Príncipe y Conrado
Hablan de casamiento.

CÁRLOS.
Estoy turbado;
El Príncipe, sin duda, viendo (¡ay cie- [los!)
En la respuesta que le dí, sus celos,
Resuelto se ha venido,
Y mi esposa á Conrado le ha pedido.
¿Qué haré Tristan?

TRISTAN.
Callar.

CÁRLOS.
¿Cómo es posible?

TRISTAN.
Callando.

CÁRLOS.
Estoy perdido.

TRISTAN.
Estás terrible.

CÁRLOS.
Daré voces.

TRISTAN.
Mejor lo considera;
Y pues Violante, claro está, te espera,
Demos lugar para que no te encuentre
Ninguno de los dos, que el viejo entre
Y el Príncipe se vaya.

CÁRLOS.
Solo en pensarlo el alma se desmaya;
Mas bien has dicho.

TRISTAN.
Toma mi consejo.

CÁRLOS.
Mi vida en manos de Violante dejo.
(*Vase.*)

CONRADO.
Desta suerte lo enmendé.

REY.
Anduviste muy discreto.

CONRADO.
Para mí vuestro secreto
Carácter del alma fué;
Que es noble la sangre mia.

REY.
Os aseguro, Conrado,
Que me habia dado cuidado;
Porque, como cada dia
Del Papa aguardando estoy
La vénia que le he pedido
Para Cárlos, no he querido
Decir que su padre soy
Hasta ver lo que hay en esto;
Que, aunque sin esta licencia
Pudiera, en buena conciencia,
Haberlo por obra puesto,
Debidos respetos son,
Que al Papa se han de tener;
Que un Rey justo no ha de hacer
Nada sin su permision.

CONRADO.
Vuestra majestad procede
(Aunque esta todo en su mano)
Como príncipe cristiano;
Mas ya retirarse puede,
Porque imagino que es tarde.

REY.
No me quise recoger
Hasta veniros á ver.

CONRADO.
Mil años el cielo os guarde
Por tal favor.

REY.
Sois mi amigo,
Quedáos.

CONRADO.
No me he de quedar.

REY.
Será dar que sospechar
A los que os vieren conmigo,
Pues por estar mas secreto
Y hablar con vos mas despacio
He salido de palacio.

CONRADO.
¡Qué prudente y qué discreto!

REY.
Mas tened; dos hombres vienen.

CONRADO.
Mozos serán del lugar,
Y iránse ahora acostar.

REY.
En la calle se detienen.

Salen EL PRÍNCIPE Y LUDOVICO, *de noche.*

PRÍNCIPE.
A mí me importa saber,
Ludovico, si es verdad
Lo que toda la ciudad
Murmura, pues puede ser,
No siendo Cárlos hermano
De Violante, que la adore,
La festeje y enamore,
Y que yo me canse en vano;
Que Cárlos tan desabrido
Nunca á mí me respondiera,
Al decirle que me hiciera
De su hermana su marido,
Si no hubiera aquí encubierto
Algun misterio; y por Dios,
Que hemos de saber los dos
Si lo que presumo es cierto.

LUDOVICO.
Pues di, ¿cómo puede ser,
Siendo este amor tan secreto,
Como su dueño discreto,
Qce tú lo puedes saber?

PRÍNCIPE.
Él duerme en palacio ya,
Y es llano, si la queria,
Pues ya no puede de dia,
Que de noche la verá.

LUDOVICO.
Y cuando de noche venga,
¿De qué arguyes que la quiere?

PRÍNCIPE.
Quien discurrir bien quisiere,
Tenga amor y celos tenga;
Violante le ha de esperar,
Él á verla ha de venir,

Ella la reja ha de abrir,
Y él por ella le ha de hablar;
Y así, llama tú á esa reja,
Y que soy Cárlos dirás,
Si abrieren, y lo demás
A mi cuidado lo deja.

LUDOVICO.

Si hablo me ha de conocer.

PRÍNCIPE.

Tanto estas cosas esconden;
En el modo que responden
Sabré lo que he menester.

LUDOVICO.

Yo llamo.

PRÍNCIPE.

Si le esperaban,
Ruido apenas ha de oir,
Cuando la priesa de abrir
Diga el cuidado en que estaban·
Y si Cárlos, ofendido,
La fe que mi amor merece,
Mas que el Rey le favorece,
Sabré castigarle yo.

REY.

A la puerta se ha arrimado
Un hombre, y llama; ¿será
Cárlos?

CONRADO.

No, Señor; que está
De su amor desengañado,
Pues cuando le hablé, esto es cierto,
Como muerto se quedó.

Sale FINEA.

FINEA.

¿Quién es?

LUDOVICO.

Cárlos.

REY.

No debió
De quedar Cárlos muy muerto.

CONRADO.

Yo, Señor...

FINEA.

¿Eres Tristan?

LUDOVICO.

Sí, yo soy.

FINEA.

Pues al instante
Voy á llamar á Violante.

REY.

Ellos son dama y galan.

PRÍNCIPE.

¿Qué dices de mi temor?

LUDOVICO.

Que son profetas los celos.

PRÍNCIPE.

¡Que esto se consienta, cielos,
Porque el Rey le tenga amor!
Pues vive Dios...

REY.

¿Qué aguardais?
No me está bien el hablalle;
Echadle vos de la calle.

CONRADO.

Yo lo haré, pues vos gustais.

LUDOVICO.

Un hombre á nosotros viene.

PRÍNCIPE.

Cárlos será, ¿quién lo duda?
Que es fuerza que al centro acuda.

CONRADO.

Volver por mi honor conviene;
Pues ¿cómo, Cárlos, aquí
Estáis á tal hora, cuando
Su gobierno está fiando
El Rey de vos y de mí?
¿Así habeis obedecido
Los consejos que os he dado?

PRÍNCIPE. (*Ap.*)

Vive el cielo, que es Conrado,
Y por Cárlos me ha tenido.

CONRADO.

Volvéos á palacio luego;
Mirad que si el Rey supiera
Que á estas horas estáis fuera,
Se enojara; yo os lo ruego.
Yo os lo mando; ved que duerme
Descuidado el Rey con vos;
Haced esto por los dos.

PRÍNCIPE. (*Ap.*)

Para mas satisfacerme,
Puesto que en mi agravio es,
El callar es acertado;
Que yo le daré á Conrado
Parte de mi amor despues;
Y pues no me ha conocido,
Yo me voy. (*Vase.*)

CONRADO.

¿No respondeis?
Mas de vergüenza lo haréis.

REY.

¿Qué hay, Conrado?

CONRADO.

Ya se ha ido.

REY.

Bien está; mas yo no estoy
Cierto que á palacio irá;
Seguidle, ved dónde va,
Presto.

CONRADO.

A obedecerte voy. (*Vase.*)

REY.

Cárlos, que quizá se vale
De mi amor y de los brios,
Contra los preceptos mios
A ver á Violante sola;
El desacato hecho á mí,
Como á rey, pide castigo,
Porque yo soy su enemigo,
Y no su padre; y así,
Castigarle es justa ley;
Mas ¿cómo podré severo,
Si como padre le quiero,
Castigarle como rey?
Pues consentir que le quiera,
En duda de que es su hermana,
Es voluntad tan liviana,
Que enojarse Dios pudiera
De tal género de amor;
Que aunque la verdad le ayuda,
El pecar, en fin, en duda,
Para con Dios ya es pecar,
Y lo peor es, que está
Casi todo descubierto;
Mas una reja han abierto
De las bajas; ¿quién será?

Salen VIOLANTE *y* FINEA *á la ventana.*

VIOLANTE.

¿Con Tristan hablaste?

FINEA.

Sí.

VIOLANTE.

¡Qué mal sosiega quien ama!

FINEA.

Adios.

VIOLANTE.

Si mi padre llama,
Avísame.

FINEA.

Harélo así. (*Vase.*)

VIOLANTE.

Despues que anda en opiniones
Si es Cárlos mi hermano, siento
Dentro del alma un contento
Que anima mis pretensiones;
Mas espero y menos lloro,
Mas amo y menos suspiro,
Con otros ojos le miro
Y con otra fe le adoro.
¿Si se ha ido? Pero allí
Está un hombre; ¿quién será?
Cárlos será, claro está.—
¿Ce, Cárlos?

REY.

¿Llamaron? Sí;
En la reja está Violante,
Que espera á Cárlos; yo voy
A hablarla.

VIOLANTE.

¿Sois vos?

REY.

Yo soy.

Salen CÁRLOS *y* TRISTAN.

CÁRLOS.

Llama, Tristan, al instante;
Que ya la gente pasó.

TRISTAN.

Llego y llamo; pero aguarda.

CÁRLOS.

¿Qué dudas? qué te acobarda?

TRISTAN.

La bendicion nos hurtó
Otro que llegó primero.

CÁRLOS.

¿Y habló á la reja?

TRISTAN.

Eso es llano.

VIOLANTE.

Ya no quiero amor de hermano,
Amor de Príncipe quiero;
Y así, juzgo que seréis
Mi dueño, pues vos gustais,
Como príncipe cumplais,
Como amante prometeis.

TRISTAN.

Andallo; bendiga Dios
Tanta paz, tanta ventura;
Aquí solo falta el cura,
Siendo testigos los dos.
¿Oyes aquello?

CÁRLOS.

Tristan,
Un rayo el alma me hiere;
Violante al Príncipe quiere;
Ella y el Príncipe están
Tratando su amor. ¡Ah cielos!
¡Vióse mudanza mayor!

TRISTAN.

Habla quedo.

CÁRLOS.

Tengo amor.

TRISTAN.

Calla, por Dios.

CÁRLOS.

Tengo celos.

REY.

Decirle quiero á Violante
Quién soy, y dello advertida,
Quizá olvidará corrida
Lo que no ha podido amante.

CÁRLOS.

¿Cómo es posible sufrir
Tantos celos?

TRISTAN.

Loco estás.

REY.

Ya no quiero saber mas;
Mas solo os quiero advertir
Que de hoy en adelante
No hableis sin que conozcais
Primero con quién hablais,
Porque soy el Rey, Violante.

VIOLANTE.

¿El Rey, Señor? (*Ap.* ¡Ay de mí!
¡Muerta soy! ¿qué puedo hacer?
Todo lo he echado á perder.
¡Ay Cárlos, hoy te perdí!
¡Oh noche, de sombras llena,
Qué de errores has causado!
El corazon se me ha helado.)

REY.

¿Qué dices?

VIOLANTE.

(*Ap.* ¡Terrible pena!)
Que vuestra alteza, Señor,
En la calle no está bien,
Pues los que pasan le ven,
Y irse tengo por mejor.
(*Ap.* ¡Oh, si el Rey irse quisiera!
Que anda Cárlos por la calle,
Y ha de ser fuerza encontralle.)
Sin pensar que os ofendiera,
A Cárlos quise, es así,
Y fui de Cárlos querida;
Mas ya estoy arrepentida,
Solo por vos (¡ay de mí!);
Y así, pues ya no le quiero,
Os ruego me perdoneis.

REY.

Con eso en mí ganaréis
Un amigo verdadero;
Y porque pienso que el dia
Se va acercando, me voy.
Dios os guarde.

VIOLANTE.

Vuestra soy.
(*Ap.* ¡Ay Cárlos del alma mia!
Negué al Rey mi amor, mentí;
Mas poco ó nada importó
Que al Rey se lo niegue yo,
Si te lo confieso á tí.) (*Vase.*)

CÁRLOS.

(*Ap.* Ya el callar es agraviar
Mi valor y mi nobleza.)
Deténgase vuestra alteza;
Que le he menester hablar.

TRISTAN.

Nunca tan necio te vi.

CÁRLOS.

Mejor dirás tan resuelto.

REY. (*Ap.*)

Otra vez Cárlos ha vuelto,
Pésame de hallarle aquí;
Bien Conrado le siguió,
Pues vuelve á salirme al paso,
Si no es que le dijo acaso
Que estaba en la calle yo.
Esto sin duda será,
Y él, para desenojarme,
Claro está, y acompañarme,
A buscarme volverá.

CÁRLOS.

Vuestra alteza me ha pedido
Que yo le diga á Violante
Que es de sus ojos amante.

REY. (*Ap.*)

Sin duda el juicio ha perdido.

CÁRLOS.

Y cuando esto me mandaba,
Sabe el cielo y sabe ella
Que, llevado de mi estrella,
En las suyas adoraba;
Y si entonces encubrí
Nuestro amor, secreto fué,
Porque siempre imaginé
Que era mi hermana; y así,
Hoy, que sé que no lo es mia,
Y que la puedo adorar,
Amante habré de estorbar
Lo que hermano no podia.
Si del Rey sois hijo vos...

REY. (*Ap.*)

Esto es peor.

CÁRLOS.

Reparad
Que en sangre y en calidad
Somos iguales los dos.
Vuestra alteza está tratado
De casar con Isabela,
Y es género de cautela
Contra su padre y Conrado,
Al uno inquietar su hija,
Y al otro darle disgusto
En casarse sin su gusto,
Cuando pretende que elija
A la flor de lis de Francia.
Violante me quiere á mí,
Que, si bien lo negó aquí,
No viene á ser de importancia,
Cuando de parte de adentro
Sé que, aunque el mundo lo impida,
Yo soy alma de su vida
Y ella de mi gusto centro.
En fin, ya su amante soy;
Si tiene el corazon lleno
De sangre de rey, tan bueno
Como vuestra alteza soy;
Vuestra alteza puede en esto
Resolverse á hacerme gusto,
Pues lo que pido es tan justo;
Y de no hacerlo, supuesto
Que no tengo de olvidar
A Violante, vive Dios,
Que á ser suyo, de los dos
Uno solo ha de quedar;
Y así...

REY.

Cárlos, bueno está.

CÁRLOS.

No está bueno.

REY. (*Descubriéndose.*)

Necio, loco,
¿Vos al Príncipe en tan poco?
¿Quién tanta licencia os da?

TRISTAN. (*Ap.*)

Buenas noches.

CÁRLOS.

Luego vos...

TRISTAN. (*Ap.*)

Cogiónos todo el nublado.

REY.

Yo soy quien os ha escuchado.

TRISTAN. (*Ap.*)

Hoy nos pringan á los dos.

CÁRLOS. (*Ap.*)

Con esto me rematé;
Pensando que era (¡ay de mí!)
El Príncipe, descubrí
Mi amor, mis celos, mi fe,
Nuestros tratos y contratos,
Hasta llamarme su hijo.

TRISTAN. (*Ap.*)

Por eso solo se dijo
Aquel refran de Pilatos.

REY.

Pues ¿cómo así obedeceis
Los consejos que yo os di,
Y así al Príncipe y á mí
El respeto nos perdeis?
Sois un necio, y vive Dios...
(*Ap.* Apenas le sé reñir.)
¿Vos en nada competir
Con mi hijo? ¿Quién sois vos?
¿Vos leal? vos mi vasallo?
Mentis. (*Ap.* ¡Ay hijo!)

CÁRLOS.

Señor...

REY. (*Ap.*)

Cosas busco de rigor
Que decille, y no las hallo.

CÁRLOS.

Esto ¿á quién le sucediera?

REY.

Idos, Cárlos, idos luego;
Que, á no mirar que estáis ciego,
Os matara aquí. (*Ap.* No hiciera.)

CÁRLOS.

Yo, Señor, siempre á su alteza...

REY.

Nadie al Príncipe se oponga
Si no quiere que le ponga
A sus plantas la cabeza;
Vos no habeis de acompañarme.
Idos; que aquesto conviene.

CÁRLOS. (*Ap.*)

Pues algun misterio tiene
Reñirme y no castigarme.

(*Vanse.*)

Salen ELVIRA Y FINEA.

ELVIRA.

Dime, Finea, por Dios,
Lo que hay en esto. ¿Qué dudas?
Qué temes? qué te demudas?
Solas estamos las dos.
Haciendo labor está
Violante, y su padre fuera;
Mira, advierte, considera,
Finea, lo que me va
En saber lo que pasó.
¡Ah, enemigos! Ah, tiranos!
¿Saben que no son hermanos
Cárlos y Violante?

FINEA.

No.
(*Ap.* Entretenerla queria
Mientras esconde Violante
A Cárlos.)

ELVIRA.

Pasa adelante;
Dímelo, por vida mia.

FINEA.

Pues sabe...

ELVIRA.

Di presto.

FINEA.

Espera.
¡Brava prisa!

ELVIRA.

Tengo amor.

FINEA.

Pues desta va. Mi señor...

ELVIRA.

Mas que nunca acá viniera.

Sale CONRADO.

CONRADO.

¿Elvira?

ELVIRA.

¿Señor?

CONRADO.

¿Qué hace

Violante?—Dila, Finea,
Que yo la llamo.—¡Que sea
La mujer desde que nace,
Un enigma del honor,
Que no me le pueda dar,
Y me le puede quitar!
¡Y que el Príncipe (¡qué error!)
En mi cara me dijese
Que adora á mi hija bella
Y que ha de casar con ella
Aunque á su padre le pese!
Sin duda le hace favor
Violante.

ELVIRA.

¿No vienes bueno?
(*Ap.* Arrojando está veneno
Por los ojos)

CONRADO.

¡Ay, honor!
Ay, lealtad! ay, hija bella!

ELVIRA.

Gran causa sin duda tiene.
Mira... Mas Violante viene.

CONRADO.

Déjame á solas con ella.

ELVIRA.

Guárdete el cielo. (*Vase.*)

Sale VIOLANTE.

VIOLANTE. (*Ap.*)

Escondido
Está Cárlos, y en lugar
Donde me puede escuchar.

CONRADO.

¿Violante?

CÁRLOS. (*Al paño.*)

Ventura ha sido
El entrar sin que me viera
Elvira. Socorre, amor,
Este engaño.

VIOLANTE.

Pues, Señor,
¿Qué es lo que mandas?

CONRADO.

Espera.
Mozo he sido, y no me espanta
De que dos se quieran bien,
Pues, como digo, tambien
Pasé yo por otro tanto;
Con esta salva, Violante,
Y que aunque te llegue á ver
Inclinada por mujer
O rendida por amante,
Nada has de perder conmigo,
Pues no tocando al honor,
Claro está, nunca el amor
Ha merecido castigo;
La verdad has de decir
En lo que toca al empleo
Del Príncipe y su deseo,
Sin replicar ni argüir.
Estando anoche con él
(Aunque por otro le tuve,
Y un rato engañado anduve),
Su amor me dijo.

VIOLANTE. (*Ap.*)

¡Ah cruel!

CÁRLOS. (*Ap.*)

Animo, pecho leal.

CONRADO.

¿Qué hay en aquesto? Di
La verdad.

VIOLANTE.

Jamás creí,
Señor, del Príncipe tal;
Pero bien sabe su alteza
Que nunca le han dado enojos
Por órden mia mis ojos
Ni en mi nombre mi belleza.
Si le he parecido bien,
Mientras no he dado ocasion,
No me ofende su aficion
Ni le obliga mi desden;
Y así, puedes responder
Al Príncipe, si me ama,
Que no quiero ser su dama
Ni puedo ser su mujer;
Porque en su amor y mi olvido,
Los que nos vieren dirán
Que es poco para galan
Y mucho para marido.

CÁRLOS. (*Ap.*)

¡Oh ejemplo de amor constante!

CONRADO.

Aquesto saber queria
Solamente (¡ay hija mia!).
Guárdete el cielo, Violante.

VIOLANTE.

Espera ahora, Señor,
No te vayas, oye un poco,
Y sácame de un cuidado,
Pues te he sacado de otro.

CÁRLOS. (*Ap.*)

Aquí empieza el fingimiento.

VIOLANTE.

Dame efectos, dame modo,
Amor, para levantarle
A mi honor un testimonio,
Que pueda darme la vida.

CONRADO.

Ya te escucho, aunque dudoso.

VIOLANTE.

Si conoces el imperio
Del amor, si fuiste mozo,
Pon tú el remedio, pues yo
La voz y el delito pongo.
No te admires, no te espantes
De que en lágrimas el rostro
Se bañe piadosamente;
Que el caso de que te informo,
Es tal, que para contarle
No basta un sentido solo;
Y así, le voy repartiendo
Entre la lengua y los ojos.
Cárlos (bien comienzo), Cárlos,
Que es mi hermano y es mi esposo,
Es tan galan, tan discreto,
Tan bizarro y tan airoso,
Que él solo me pareció
Unico perfecto y solo;
Que no fué poco, porque es
El primero que conozco,
Que mirado tan de cerca
Lo haya parecido todo.
Finalmente, yo inclinada,
Él rendido, y amor loco,
Pues pudimos intentar
Que no fuese en nuestro oprobio,
Creció (¡ay Dios!) la voluntad
A un paso con el estorbo,
Y la fe con el peligro,
Como un contrario con otro.
Mientras fué público, honesto
Fué el amor; pero nosotros,
Haciéndole mas secreto,
Le hicimos mas sospechoso.
Buscábamos ocasiones
De vernos y hablarnos solos;
Que iba en los dos el recato
A la parte con el gozo.
¡Cuántas veces el silencio
De la noche, mudo y sordo,
Celosos nos vió y cobardes,
Tristes nos halló y quejosos!
Hasta que al siguiente dia
Dijo la sangre, en su abono,
Que los celos no eran celos
Ni los enojos enojos.
Hasta aquí fué nuestro amor
Menos injusto y mas proprio,
Menos libre y mas honesto,
Menos bajo y mas honroso;
Pero en pasando adelante
(¡Ah si pudieran mis ojos,
Viendo que es Cárlos mi hermano,
Negar que es Cárlos mi esposo!),
Mi esposo es Cárlos, Señor.
¿Qué dudas? Escucha el modo,
Si en mis lágrimas primero
No peligro ó no zozobro.
Grave es la culpa, mas yo
No tengo la culpa en todo;
Que hay delitos que se vienen
Cometidos ellos propios.
Yo amaba á Cárlos, y un dia,
Que entre el cuidado y el ocio,
Por mi mal, vino á mis manos
La llave de tu escritorio
(El descuido, ya lo sabes,
La desdicha, ya la lloro,
La muerte, ya la pretendo,
La culpa, ya la conozco),
Hallé dos cartas que el Rey
Te remite, en que amoroso
Padre de Cárlos se llama,
Encargándote á tí solo
La crianza de su hijo,
Y el silencio sobre todo.
Estábame bien, creílo;
Contélo á Cárlos, creyólo,
Que amaba mas el engaño,
Y hubimos menester poco.
Juró de ser mi marido,
Y fué el rendirme forzoso;
Que para quien tanto amaba
Bastó cualquiera soborno.
Antes no tuvo esperanzas,
Ahora tiene despojos;
Antes pudo ser mi hermano,
Pero ahora es ya mi esposo.
Y hoy, que quiere el juramento
Cumplir, alegre y gustoso
(Que hay un hombre que ha quedado
Firme despues de dichoso),
En tus palabras (¡ay triste!)
Nuevas confusiones toco,
Nuevas enigmas descubro
Y nuevos secretos oigo.
Que es Cárlos mi hermano afirmas,
Y que aquel Cárlos fué otro,
Que, con sentimiento tuyo,
Falleció tierno pimpollo.
Si es verdad, Violante muera;
Si no, el peligro es notorio
De mi vida y de mi fama;
Mira si es mas en tu abono
El revelar un secreto
Que el infamarte á tí propio.
Juez desta causa te elijo,
Dueño de mi honor te nombro,
Sé buen padre ó buen vasallo;
Y pues en plazo tan corto
Puedes cumplir con lo uno,
Y no lo puedes ser todo,
Primero es tu honor que el Rey,
Y primero mi decoro.
Mira por él y por tí,
Pues en tus manos le pongo,
Y con él tambien la vida,
Para que tu brazo heróico,
O piadoso le conserve,
O le rompa riguroso.

CÁRLOS. (*Ap.*)

Vive Dios, que lo ha fingido
Con afecto tan extraño,
Que estoy yo viendo el engaño,
Y pienso que lo he creido.

CONRADO. (*Ap.*)

¿Qué es lo que escucho? ¡ay de mí!

¿Mi honor en tan grande aprieto?
Harto me debió el secreto,
Pues le he guardado hasta aquí.

VIOLANTE. (*Ap.*)

Mucho duda. ¡Ah pena fiera!

CÁRLOS. (*Ap.*)

Mucho calla. ¡Ah temor vano!

VIOLANTE. (*Ap.*)

¡Cosa que fuera mi hermano!

CÁRLOS. (*Ap.*)

¡Cosa que mi hermana fuera!
Mas no; que si fuera así,
Ya se hubiera declarado.

VIOLANTE. (*Ap.*)

Mas no; que mas enojado
Estuviera contra mí.

CONRADO. (*Ap.*)

No hay medio que á mi honor cuadre
Entre el hablar y el callar,
Pues no me puedo librar
De mal vasallo ó mal padre.
Mas viva mi honor.

VIOLANTE.

Señor...

CONRADO. (*Ap.*)

La verdad ha de saber;
Mas no, el Rey le ha de deber
Otra lealtad á mi honor,
Y no he de romper jamás
Este secreto hasta que
Licencia él propio me dé.

VIOLANTE.

Pues, Señor, ¿así te vas?
¿No respondes? ¿Deste modo
Me dejas triste y turbada?

CONRADO.

No he de responderte nada,
O he de responderlo todo;
Y así, viendo una verdad,
Me voy, por saber así
Cuál ha de ser mas en mí,
O tu honor ó mi lealtad. (*Vase.*)

Sale CÁRLOS.

CÁRLOS.

¿Fuése?

VIOLANTE.

Sí.

CÁRLOS.

Fina has andado.

VIOLANTE.

Parece que lo ha creido.

CÁRLOS.

De suerte lo has referido,
Que aun á mí me has engañado.

VIOLANTE.

Es gran retórico amor.

CÁRLOS.

Sí, mas no tanto, Violante.

VIOLANTE.

Dame un necio que sea amante,
Y darételé orador.
Mas ¿qué dices del aprieto
En que mi padre se vió?

CÁRLOS.

Que el secreto descubrió
Sin descubrir el secreto.

Sale FINEA.

FINEA.

Señora...

Sale TRISTAN.

TRISTAN.

Cárlos...

FINEA.

Gran mal.

CÁRLOS.

¿Como?

VIOLANTE.

Dilo.

FINEA.

Escucha.

TRISTAN.

Advierte.

CÁRLOS.

Dame de presto la muerte,

TRISTAN.

El Príncipe...

VIOLANTE. (*Ap.*)

¡Estoy mortal!

TRISTAN.

De una carroza se apea,
Y se entra sin avisar.

VIOLANTE.

(*Ap.* Aquí temo algun pesar.)
Escóndete, no te vea.

CÁRLOS.

¿Yo esconderme? Vive Dios,
Que primero he de morir
Que llegar á consentir
El agravio de los dos.

VIOLANTE.

Eso es, Cárlos, darme enojos.

FINEA.

Que llega.

VIOLANTE.

Yo soy perdida,
Por vida mia.

CÁRLOS.

Esa vida
Pondré yo sobre mis ojos,
Aunque aventure mi fama,
Que es la fineza mayor
Que hace un hombre de valor
Por la opinion de su dama.
(*Escóndese.*)

Entran EL PRÍNCIPE, LUDOVICO *y* DOS CRIADOS.

PRÍNCIPE.

No tienes que persuadirme,
Ludovico; esto ha de ser.

LUDOVICO.

Lo que hasta aquí me ha tocado,
A ley de vasallo fiel,
Es aconsejarte; ahora
Me toca el obedecer.

PRÍNCIPE.

Pues ¿tengo de consentir
Que Cárlos, porque se ve
En la gracia de mi padre,
Tan vano y tan libre esté,
Que diciéndole en secreto
Que á Violante quiero bien,
Se lo diga al Rey?

LUDOVICO.

Quizá...

PRÍNCIPE.

Pues ¿de quién lo ha de saber,
Si no lo ha dicho Conrado,
Porque no ha estado con él?
Vive Dios, que ha de pagarme
Los rigores y el desden
Con que me trató mi padre;
Sírvame de algo el poder.

LUDOVICO.

Aquí está Violante.

PRÍNCIPE.

Espera.
¿Viste lo airado que entré
Y lo cruel que venia?
Pues ya me puedo volver;
Que ha sido espejo su cara,
Donde apenas me miré,
Cuando en su cristal perdí
El enojo y altivez.

VIOLANTE.

Señor, vuestra alteza sea
Bien venido, siéntesé;
Porque estar de esa manera
Es hacerme descortés.

CÁRLOS. (*Ap.*)

Cuerdamente le reporta.

PRÍNCIPE.

Yo lo estimo, mas no es
Mi venida tan despacio;
Oye, sabrás lo que fué.
Ya sabes, Violante mia,
La voluntad y la fe
Con que he adorado á tus ojos.

VIOLANTE.

Así lo habeis dicho.

PRÍNCIPE.

Hoy, pues,
Porque tu padre y tu hermano
Se han ido á quejar al Rey,
Como si fuera agraviarlos
Hacerte yo mi mujer,
Mi padre airado conmigo,
Desapacible y cruel,
Que te olvide me ha mandado,
Cosa que no puede ser,
Porque no vivo sin tí;
Y así, me determiné
A casarme sin su gusto.
Un coche te espera; vén,
Donde, casada conmigo,
Premio á mis finezas dés.

CÁRLOS. (*Ap.*)

Primero que tal consienta,
Dos mil vidas perderé.

PRÍNCIPE.

¿Qué dudas?

VIOLANTE.

(*Ap.* ¡Lance terrible!)
Pues ¿no es forzoso temer
El rigor de vuestro padre,
Que es en efecto mi rey?
Si está muy apasionado
Vuestra alteza, aquietesé
Y repare...

PRÍNCIPE.

¿Así me pagas,
Violante, el quererte bien?
Pues lo que no pudo el ruego,
La fuerza no ha de valer.

Sale CÁRLOS.

CÁRLOS.

Ya no basta el sufrimiento
A intencion tan descortés.
Si de la fuerza se vale,
Mucha fuerza ha menester
Vuestra alteza; porque yo
Estoy para defender
La persona de Violante;
Y primero advierta que
Ya no es Violante mi hermana
Y es Violante mi mujer.

PRÍNCIPE.

Pues ¿tú conmigo?—Matadle.

CÁRLOS.

El que pudiere hará bien;
Porque primero á tus ojos...

TRISTAN.

Quedito; que viene el Rey.

PRÍNCIPE.
¿Qué dices?
LUDOVICO.
Teme su enojo.
VIOLANTE.
¡Muerta estoy!
TRISTAN.
Escondeté.
LUDOVICO.
¿Qué aguardas?
TRISTAN.
Huye, Señor.
CÁRLOS.
Ya, Tristan, no puede ser.

Sale EL REY Y CONRADO.

CONRADO.
Por tu cuenta corren ya
Mi honor y vida.
REY.
Está bien.—
¿Cárlos?—¿Príncipe?
CÁRLOS Y EL PRÍNCIPE.
Señor...
REY.
¿Desta suerte obedeceis
Mis preceptos?
VIOLANTE. (*Ap.*)
¡Qué severo!
PRÍNCIPE. (*Ap.*)
¡Qué enojado!
CÁRLOS.
(*Ap.* ¡Qué cruel!)
Vuestra majestad escuche
Mis disculpas, y despues...
REY.
Ya sé lo que me decis.
PRÍNCIPE.
Yo, Señor...
REY.
No os disculpeis.
(*Ap.* Como rey y como padre
Avenirme procuré
Con el Príncipe y con Cárlos;
Mas ya es fuerza proceder
Con entrambos como padre,
Con ninguno como rey.)
¿Hijos?
CÁRLOS.
¿Señor?
PRÍNCIPE.
¿Con quién hablas?
REY.
Con los dos, no os altereis;
Que tambien Cárlos lo es mio.
TRISTAN. (*Ap.*)
Declaróse.
VIOLANTE. (*Ap.*)
¡Qué placer!
ELVIRA. (*Ap.*)
¡Y qué pesar para mí!
REY.
Caballeros, el que habeis
Tenido por mi privado,
Es mi hijo; Cárlos es
Pedazo de mis entrañas,
Y de madre que, á tener
Vida, ahora me pudiera
Honrar con ser mi mujer.
Por ciertos inconvenientes
Hasta ahora lo callé,
Mas ya no puede ser menos.
Conrado es mi amigo fiel.
A Violante amais los dos;
Cárlos quizá por saber
Que no es su hermano, en secreto
La ha querido y quiere bien;
A vuestra alteza le aguarda
La hermosura de Isabel,
Tan aurora, que las flores
La deben su rosicler;
Y así, Cárlos, dad la mano,
Pues sabeis que la debeis,
A Violante; y vuestra alteza
Prevéngase para ser
Atlante de mejor cielo,
Que clima humano ha de ver,
Pues así estará Sicilia
Con mas defensa y poder,
El Príncipe mas ufano,
Mas bien pagada Isabel,
Y con buen fin la comedia
Como padre y como rey. —
Si os agrada, como nobles,
El deseo agradeced,
Porque el autor y el poeta
Reciban siempre merced.

COMEDIA FAMOSA

TITULADA

CUMPLIR CON SU OBLIGACION,

DEL DOCTOR JUAN PEREZ DE MONTALVAN.

PERSONAS.

CLENARDO, *duque de Florencia.*
ARNESTO, *marqués de San Telmo.*
DON JUAN, *galan.*
MENDOZA, *gracioso.*
CAMILA, *condesa.*
CELIA, *su prima.*
LEONIDA, *criada.*
LUCINDO, TEODORO, FORTUN, *criados.*

JORNADA PRIMERA.

Salen CAMILA, *condesa*, Y LEONIDA, *criada.*

LEONIDA.
En fin, ¿te casas?

CAMILA.
¡Qué espero!
Di que me casan, Leonida;
Di que me quitan la vida,
Y di que callando muero.
¡Ay, don Juan!

LEONIDA.
¿Lloras?

CAMILA.
No sé.

LEONIDA.
¿Tú llorar? Tú suspirar?

CAMILA.
No me quisiera casar.

LEONIDA.
Pues ¿á qué mujer no fué
Esto de casar gustoso?

CAMILA.
Suele serlo á una doncella,
Que no se ha casado ella;
Pero á quien tiene achacoso
El corazon, y á quien tiene
Hecha eleccion en su gusto,
¿Qué tormento, qué disgusto
Mayor, Leonida, le viene,
Que el escuchar que le dén
(Cuando en otro amor se abrasa)
Parabien de que se casa,
Y no con quien quiere bien?

LEONIDA.
¿Y no me dirás á mí
Quién te ha podido obligar?

CAMILA.
De ti me quiero fiar.

LEONIDA.
¿Es don Juan?

CAMILA.
Leonida, sí.

LEONIDA.
Toda la culpa ha tenido...

CAMILA.
¿Quién?

LEONIDA.
El Duque, mi señor.

CAMILA.
De su amor nació mi amor;
Su amistad mi muerte ha sido.
Tiénele Clenardo en casa,
A todas horas le veo,
Y el respeto á ser deseo
Algunas veces se pasa;
Y en la ocasion, la mas cuerda
Suele resistirla en vano;
Muchas me ha dado mi hermano;
Él quiere que yo me pierda.

LEONIDA.
Y en fin, ¿qué has de hacer?

CAMILA.
Morir;
Pues que me obliga el honor
A saber sentir mi amor,
Sin poder darle á sentir.

LEONIDA.
Quizá será tan galan
El esposo que ya esperas,
Que te obligue á que le quieras,
Y que olvides á don Juan.

CAMILA.
Mal podré, si ya le quiero;
Mas considera, Leonida,
Que, aunque don Juan es mi vida,
Mi gusto y mi amor primero,
No ha de saber mi tormento,
Porque aun yo misma de mí
Me avergüenzo de que así
Me rindiese un pensamiento;
Que á la mujer que tuviere
Por blanco su propio ser,
Se le permite querer,
Pero no decir que quiere:
Por lo cual, aunque me allano
A las penas que me dan,
Estaré amando á don Juan,
Y me entregaré á un tirano;
Y así, piadosa y cruel,
Huyendo de lo que sigo,
Le amaré para conmigo,
Pero no para con él.

Sale CELIA.

CELIA.
Niño amor, que há tantos años
Que el tiempo te vió desnudo,
Para mis penas tan mudo,
Que yo sola vi mis daños,
¿Cuándo ha de llegar el dia
Que sepa mi sentimiento
La causa de mi tormento
Y de la desdicha mia?
Tiéneme Clenardo amor,
Mozo, discreto y galan,
Y yo, loca por don Juan,
Pago su amor con rigor;
Mas soy mujer, no me espanto
De esta necia condicion;
Que siempre la privacion
Nos suele obligar á tanto.
Buscando á mi prima vengo,
Para divertir con ella
Este incendio, que atropella
La vida y honor que tengo.
Cuanto he podido he callado;
Pero ya no puedo mas.

LEONIDA.
Perdida, Señora, estás.

CAMILA.
No hay amor tan desgraciado.

CELIA.
Mas ella está aquí; yo quiero
Darla parte de esta pena,

Porque suele en causa ajena
Hablar mejor un tercero.
Yo llego.—¿Prima?

CAMILA.

¿Aquí estabas,
Y sin hablarme?

CELIA.

¡Ay de mí!

CAMILA.

Melancólica te vi;
¿Qué hacias? ¿En qué pensabas?
No pagas bien mi amistad,
Pues tú de mí te retiras
Y con los ojos suspiras.

CELIA.

Hoy perdí la libertad.

CAMILA.

¿Qué tienes?

CELIA.

Estoy sin mí.

CAMILA.

Pues declárate conmigo;
Dime tu mal.

CELIA.

Ya le digo;
Escúchame atenta.

CAMILA.

Di.

CELIA.

Yo tengo un desasosiego,
Que le siento y no le toco,
Y al corazon poco á poco,
Aunque me abrasa, le llego;
Tengo una alegre inquietud,
Que me entretiene y enoja;
Tengo una dulce congoja,
Que me mata y da salud;
Tengo una gustosa herida,
Que yo misma procuré;
Tengo un veneno, que fué,
Siendo mi muerte, mi vida;
Tengo un fuego, que sospecho
Que para rayo aprendió,
Pues libre el cuerpo dejó,
Y volvió ceniza el pecho;
Tengo una tierra en los ojos,
Que se los pone delante;
Tengo un niño que es gigante
En darme penas y enojos;
Tengo un mal que no me ofende,
Un bien que me trata mal,
Un antídoto mortal,
Y una frialdad que me enciende;
Tengo un dolor que busqué,
Un antojo que bebí,
Un tormento que elegí,
Y una pena que compré;
Tengo un apacible modo
De tratarme con rigor;
Y digo que tengo amor,
Que en esto lo digo todo.

CAMILA.

Sí; pero un amor pagado
Mas alabanzas merece.

CELIA.

Luego ¿el mio se agradece?

CAMILA.

Sí, prima, pierde el cuidado;
Yo sé que pagada estas;
Yo sé, prima, lo que estima
Mi hermano tu amor.

CELIA.

¡Ay prima,
Muy léjos del blanco das!
A Clenardo quiero bien,
Pero no como á galan.

CAMILA.

Pues ¿quién te obliga?

CELIA.

Don Juan;
Don Juan venció mi desden;
En su amor vine á encenderme,
De su luz soy mariposa.

CAMILA.

(*Ap.* ¡No me faltaba otra cosa
Para acabar de perderme!
Pues perdóneme mi honor;
Que si me aprietan los celos,
Daré voces á los cielos
Y diré al mundo mi amor.
Amar sin darlo á sentir
Puede la que es virtuosa;
Mas callar y estar celosa
No es cosa para sufrir;
Que echar candado á los labios
Con nombre de sufrimiento,
O no es tener sentimiento,
O es alentar los agravios.)
¿En qué estado está ese amor?
¿Hay cinta, papel ó prenda?

CELIA.

Antes quiero que le entienda
Por tu parte.

CAMILA. (*Ap.*)

Esto es peor.

CELIA.

Tu divino entendimiento
Italia alaba y estima,
Y para que pueda, prima,
Lograr este pensamiento,
Quiero que tú con mas veras
Le digas que suya soy.

CAMILA. (*Ap.*)

Si supieses cómo estoy,
De otra suerte lo dijeras.

CELIA.

Tu amor me ha de aconsejar;
Tú mi remedio has de ser.

CAMILA.

Pues oye mi parecer.
(*Ap.* Corazon, disimular.)
Segun lo que tú me has dicho,
Y lo que todos entienden,
Clenardo te tiene amor;
Tú dices que no le quieres,
Porque los ojos has puesto
En don Juan; que las mujeres
Por quien menos nos obliga
Nos perdemos las mas veces.
Ahora importa saber
Si acaso don Juan (ya entiendes)
Ha dado algunas señales,
Mirándote, de quererte.

CELIA.

Pues, si eso fuera, Camila,
O don Juan lo pretendiese,
¿Qué le faltaba á mi amor?
Verdad es que algunas veces,
Cuando me encuentra, me dice...

CAMILA.

¿Qué te dice?

CELIA.

«Esos claveles
¿A qué jardin los hurtastes?
Esa risa ¿de qué fuente
La aprendistes? Esos ojos
Pardos son, piedad prometen.»

CAMILA.

Pues ¿tan cerca se llegaba
Ese caballero á verte,
Que conoció que eran pardos?
¿Eso llamas no quererte?

CELIA.

Sí, prima; que hay muchos hombres
Que, aunque una cosa encarecen,
Es con tan gran frialdad
Y tan desabridamente,
Que parece...

CAMILA.

Ya te entiendo.
(*Ap.* Poco á poco he de perderme.)
Quisieras tú que don Juan,
Cuando contigo estuviese,
Te dijera, enternecido:
«Celia, mis ansias crueles
Ya no caben en el pecho;
Mayor esfera apetecen;»
Y quisieras que despues,
Turbado, se le cayesen
Los guantes y las palabras,
Como á quien ama acontece,
A medio empezar dejase;
Que es retórica que aprende
En su respeto quien ama;
Que siempre quien ama teme.
Así lo quisieras tú.

CELIA.

Haslo hecho lindamente;
Sin duda me has visto el alma.

CAMILA.

Pues ahora escucha, advierte.
Celia, yo te quiero bien,
Y es fuerza que te aconsejé
Lo que te ha de estar mejor,
Aunque á tu gusto le pese.
Mi hermano es duque en Florencia,
Y mi hermano te merece;
Tú ganas en este amor,
Celia; procura quererle,
Que á mujeres principales
No las casan accidentes.
Don Juan no te tiene amor,
Y cuando te le tuviese,
No es justo que sepa el tuyo;
Que aun las comunes mujeres
Regatean el decir
A un hombre su amor; que suele
Resfriarse el mas amante
En sabiendo que le quieren.
Y fuera de ello, don Juan
No es tan gallardo, que puede
Por su talle enamorarte;
A mí al menos me parece
Que no me quitara el sueño;
Y el ingenio, si lo adviertes,
Es, prima, muy moderado.

CELIA.

Si no es que pasion te ciegue,
En esa parte, perdona,
Que la verdad no consiente
Que le agravies; porque todos
Dicen...

CAMILA.

Pues ya le defiendes,
Buena estás.

CELIA.

Estoy sin juicio.
Camila, no me aconsejes;
Ya es tarde para remedios.

CAMILA.

(*Ap.* ¡Ay ciego amor! Tente, tente;
Quédate en mi noble pecho;
No hables, no te despeñes;
Pero no me espanto, amor;
Que es mucho el fuego que tienes,
Y como eres calentura,
Salir á la boca quieres.)
Mira, prima...

CELIA.

No aprovechan
Ni amenazas ni intereses;
Noble es don Juan.

CAMILA.

¿Quién lo sabe?

CELIA.

Él lo dice.

CAMILA.

¿Y si él mintiese?

CELIA.

Su talle y su cortesía
¿No lo dicen claramente?
¿Esto quién puede negarlo?
Y así, si no te resuelves
A favorecer mi amor,
De mí misma ha de saberle,
A pesar de mi vergüenza;
¿No será peor que llegue
A matarme mi silencio?

CAMILA. (*Ap.*)

Ahora venga la muerte,
Venga y máteme á pesares;
¿Qué mejor ocasion quiere?
Celosa y confusa estoy.
Si respondo ásperamente
A mi prima, y la amenazo
Con mi hermano, está de suerte,
Que á don Juan dirá su amor;
Y si él acaso la quiere,
Se han de hablar, y me destruyo.
No es cosa que me conviene;
Perdida voy por aquí.
Pues hacer que se concierten
Los dos, siendo yo tercera
De sus gustos y placeres,
Malos años para entrambos.
Mejor será si pudiese
Entretener sus deseos.

CELIA.

¿Qué dudas, prima? Qué temes?

CAMILA.

En tu negocio pensaba.

CELIA.

¿Y qué dices?

CAMILA.

Me parece
Que será mas acertado
Decirle yo, si le viese,
Que cierta dama le mira
Con amor, y no se atreve
A declararse con él,
Temerosa de que puede
Tener empeñado el pecho;
Y conforme respondiere,
Le daré parte del tuyo.

CELIA.

Con justa causa encarece
Florencia tu entendimiento.

CAMILA.

Yo diré lo que te debe
De penas y de suspiros.
(*Ap.* ¡Mal haya quien tal dijere,
Ni lo tomare en la boca!)

CELIA.

Ojos, dadme parabienes
De la gloria que os aguarda.
Bien podeis vivir alegres;
Que basta estar de por medio
Camila, para que espere
Lindo suceso de todo.

CAMILA.

(*Ap.* Fuego es amor; si no crece,
En cualquier parte se esconde;
Mas si los celos le encienden,
Por todas las puertas sale,
Sin que el negar aproveche;
Porque, aunque tapen la llama,
Por fuerza el humo ha de verse.)
Vamos, prima.

CELIA.

Ya te sigo.

CAMILA.

Todo el ingenio lo vence.

CELIA.

¿Hablarás luego á don Juan?

CAMILA.

¡Jesus y qué priesa tienes!

CELIA.

Anda el amor con espuelas.

CAMILA.

Pues procura detenerle;
Porque en picando sin freno,
Podrá ser que te despeñes.

(*Vanse.*)

Salen DON JUAN Y MENDOZA

DON JUAN.

Pensamientos atrevidos,
¿De qué me sirve teneros,
Si no he de llegar á veros
Ni logrados ni entendidos?
Fama teneis de encogidos,
Si no es que, de puro honrados,
Gustais de estar mal pagados,
Huyendo de ser dichosos,
Por no haceros sospechosos,
Pareciendo interesados.
Amar para merecer
Y obligar para gozar,
Es cierto modo de amar
Un hombre su mismo ser;
El amor no ha de tener,
Para ser hijo del pecho,
Mezcla del propio provecho;
Porque en llegando el amor
A valerse del favor,
Ya se le prueba el cohecho.
Un noble amor, pensamientos,
Tiene valor diferente;
Que es amar muy vulgarmente
Amar con atrevimientos.
Yo sé que estáis mas contentos
Que la mayor confianza;
Porque, en fin, toda esperanza
A su mudanza temió;
Pero quien nada esperó
Mal temerá su mudanza.
Mas ¿de qué os quejais, si en mí
Teneis el dueño que adoro?
En mí vive su decoro
Despues que el alma le dí,
Sombra de sus luces fuí;
Pedidme albricias, ¿qué haceis?
A Camila en mí teneis,
Y con ella os regalais;
Pues si la veis y la hablais,
Pensamientos, ¿qué quereis?
Aunque poco os durará
Este consuelo amoroso;
Porque, en viniendo su esposo,
Del alma os la sacará;
Mas diréis que no podrá,
Porque antes que hacerlo pruebe,
Os dará muerte mas breve
El ver mis celos tan ciertos;
Y estando vosotros muertos,
¿Qué importa que se la lleve?
Pero si Clenardo y yo
Somos un alma, no ha sido
Nobleza haberle ofendido;
Mas diréis que él se ofendió;
Él, pues la ocasion me dió,
Dejándola hablar y ver;
Que un amigo no ha de ser
De su honor tan enemigo,
Que ha de llevar á su amigo
Donde hay hermana ó mujer.
Mas si de mí se confía,
En pié se queda la culpa,
Que la ocasion no es disculpa
Si toca en alevosía;
Paciencia, esperanza mia,
Vuestro oriente es vuestro ocaso;
Vos moris y yo me abraso,
Sin esperar ni gozar,
Porque en queriendo esperar,
Me sale el honor al paso.

Salen EL DUQUE DE FLORENCIA Y CELIA.

DUQUE.

Eso es rigor.

CELIA.

No es rigor.

DUQUE.

Es facilidad.

CELIA.

No es;
Que eso fuera si, despues
De inclinarme á tu valor,
Favoreciera otro amor.

DUQUE.

¿No dices que quieres?

CELIA.

Sí.

DUQUE.

Luego ¿confiesas así
Que eres fácil?

CELIA.

Mal propones,
Pues niego lo que supones,
Que es haberte amado á ti.

DUQUE.

Segun eso, bien porfio
En condenar tu rigor.

CELIA.

No, primo, porque el amor
Procede del albedrío;
Libre me da Dios el mio
Para amar ó aborrecer.
Yo no te debo querer
Ni por fuerza te he de amar;
Luego no es rigor negar
Lo que no puedo deber.

DUQUE.

¿Que, en fin, quieres, y no á mí?

CELIA.

Pienso que me has entendido

DUQUE.

¿Que tan mal te he parecido?

CELIA.

No digo tal.

DUQUE.

¡Ay de mí!

CELIA.

Antes el no amarte aquí,
Que es obligarte sospecho:
Porque, si ya estaba el pecho
Ocupado en otro amor,
Fuera ignorar tu valor
Darle lugar tan estrecho.

DON JUAN.

Mendoza, nada me agrad

MENDOZA. ...oza,

¿Y aquel geme de ...eso.
No te incita?

...MILA.

...¿Qué he de hacer?
...ma tengo
..., mas soy ajena;
¡Qué gent... era, y no acierto.
...lamente me mira!
...lo! Qué discreto!
Pues habl... do! Qué celoso!
Contra m... orado! Qué tierno!
Saber qu... por declararme.
Que le in... espetos necios;
...ilencio ingrato;
Pregúnteobarde miedo;
A su herı Juan que le adoro,
Pero ¿qué intento?
Ya ¿qué ...uras son las mias?

En tan gran resolucion?
Ciertas mis desdichas son;
Venció el amor al poder.

DON JUAN.

El Duque está divertido.

MENDOZA.

¿Quieres que llegue?

DON JUAN.

Detente.

DUQUE.

¡Ay, Celia, tu nombre miente!
Cielo no, que infierno ha sido.

MENDOZA.

Hablando está con el cielo.
¡Qué amante tan buen cristiano!

DON JUAN.

¿Pues, Señor?... (*Llega.*)

DUQUE.

Amigo, hermano,
Ya es en vano mi consuelo.
Muerto me hallarás, don Juan;
Celia y un hombre me matan,
Pues que mi muerte retratan
En los celos que me dan.

DON JUAN.

Pues ¿en Florencia hay amor
Que te pueda competir?

DUQUE.

Esto he acabado de oir.

DON JUAN.

Pues dime quién es, Señor;
Que si desde el quinto cielo
Bajara en su amparo Marte,
Su poder no fuera parte
Para guardar en el suelo
La injusta vida del hombre
Que pudo atreverse á tí.

DUQUE.

¿Eres español?

DON JUAN.

Y di
Cárdenas.

DUQUE.

Bastaba el nombre.
Don Juan, yo no sé quién es
El que mi gusto ha ofendido;
Pero sé que es preferido
A mi amor; que el interés
Del estado que poseo
No ha podido aficionar
A Celia.

DON JUAN.

Quien llega á amar,
Su interés es su deseo.
Mas puedes estar seguro
De que le he de conocer
Si le quisiese esconder
La tierra en su centro oscuro;
Si Neptuno en sus cristales
Palacio undoso le diera,
Y entre sirenas viviera
Ciñendo verdes corales;
Si Mercurio en blanco toro,
Por amor, le trasformase,
Y cual Júpiter, bajase
Convertido en granos de oro;
Porque ha de hallarme á la puerta
De Celia la blanca aurora,
Cuando de contento llora
Y con media luz despierta
Del sol, cuando los rigores
Del alba á enjugar se atreve,
Y su dulce aljófar bebe
En búcaros de las flores,
Hasta saber el galan
Que estorba tus justos lazos.

DUQUE.

Y despues?

DON JUAN.

Le haré pedazos
Entre mis brazos.

DUQUE.

Don Juan,
Ya sé lo que tengo en tí;
Pero por otro camino
Mas fácil me determino
A saberlo; escucha.

DON JUAN.

Di.

DUQUE.

Yo sé que mi hermana sabe
Estas cosas; y así, quiero
De ella informarme primero;
Mas es tan compuesta y grave,
Que aun no me he determinado
Por mí; y así, tú has de ser
Quien de ella lo ha de saber,
Porque no es razon de estado,
Aunque las ansias celosas
Me pudieran disculpar,
Llegar un hombre á tratar
Con su hermana aquestas cosas;
Que el ejemplo suele dar
Licencia para otro tanto.

DON JUAN.

Presto saldrás de este encanto.

DUQUE.

Pues yo me voy á esperar
La respuesta; adios.

DON JUAN.

Adios.

DUQUE.

Advierte que voy perdido. (*Vase.*)

DON JUAN.

En sabiendo quién ha sido,
Mataréle, vive Dios.
Hoy con Camila he de estar.

MENDOZA.

Y será, si viene á mano,
Mas compuesto que un hermano
Que acaba de confesar.

DON JUAN.

¿Qué he de hacer? Quiérola bien.

MENDOZA.

Hablad claro, pésia tal,
Sin ser hablador mental
Y mentecato tambien.
Habla y ruega; que quien ama,
Mas ha de hacer que sentir;
Porque no se ha de venir
Una mujer á la cama.
Ni el quereros bien los dos,
Aunque mas amante estés,
Cosa tan devota es,
Que ha de revelarla Dios.

Salen CAMILA Y LEONIDA.

CAMILA.

Leonida, solo quisiera
Saber si don Juan me mira,
O si por Celia suspira.

DON JUAN.

Dices bien, y si la viera
Ahora...

MENDOZA.

Pues aquí están
Ella y Leonida.

DON JUAN.

¡Ay de mí!
Temí al punto que la vi.

MENDOZA.

Llega y no temas.

CAMILA.

¿Don Juan?

DON JUAN.

¿Señora mía?

CAMILA.

¿Qué haceis?

DON JUAN.

Cierto negocio traia
En que hablar á useñoría.

CAMILA.

Aquí estoy, ¿qué me quereis?

DON JUAN. (*Ap.*)

Mucho pudiera decir.

CAMILA.

Yo tambien tengo que hablaros.

DON JUAN.

Vuestro soy.

CAMILA.

A preguntaros
Vengo, para no mentir,
Si teneis amor.

DON JUAN.

¿Yo?

CAMILA.

Vos.
La verdad, ¿quién os inquieta?

MENDOZA. (*Ap.*)

Él cabe está de á paleta;
Tírale, cuerpo de Dios.

DON JUAN.

No vivo tan descuidado,
Que no tenga á quien querer.

CAMILA.

Venturosa es la mujer.

DON JUAN.

Sí, mas yo muy desgraciado.

CAMILA.

Su ventura colegí,
Porque á vos os mereció.

DON JUAN.

Y mi poca suerte yo,
Porque no la merecí.

CAMILA.

¿Conózcola yo?

DON JUAN.

Sí á fe.

CAMILA.

¿Es mi prima?

DON JUAN.

No, por Dios.

CAMILA.

¿Es hermosa?

DON JUAN.

Como vos.

CAMILA.

¿Quiéreos bien?

DON JUAN.

Eso no sé.

CAMILA.

¿Qué aguardais?

DON JUAN.

A declararme.

CAMILA.

¿No lo habeis hecho?

DON JUAN.

No puedo.

CAMILA.

¿Es falta de amor?

DON JUAN.

Es miedo.

CAMILA.

¿Qué os detiene?

DON JUAN.

El despeñarme.

CAMILA.
¿Por qué?
DON JUAN.
Porque tarde llego.
CAMILA.
¿Quiere ya bien?
DON JUAN.
¡Ay de mí!
CAMILA.
¿Qué dices?
DON JUAN.
Pienso que sí.
CAMILA.
Aborrecerla.
DON JUAN.
Estoy ciego.
CAMILA.
¿Tiene dueño?
DON JUAN.
Ya le espera.
CAMILA.
¿Es fácil?
DON JUAN.
Es principal.
CAMILA.
¿Y quién sois vos?
DON JUAN.
Soy su igual.
CAMILA.
Pues ¿qué os falta?
DON JUAN.
Que me quiera.
CAMILA.
¿Es mi amiga?
DON JUAN.
Os quiere bien.
CAMILA.
¿Suelo verla?
DON JUAN.
Cada dia.
CAMILA.
Decidme quién es.
DON JUAN.
Querria.
CAMILA.
Pues ¿qué temeis?
DON JUAN.
Su desden.
CAMILA.
¿Qué os hará?
DON JUAN.
Se ofenderá.
CAMILA.
En fin, ¿decis que hoy la vi?
DON JUAN.
En vuestro espejo.
CAMILA.
¿Yo?
DON JUAN.
Sí.
CAMILA.
Luego ¿soy yo?
DON JUAN.
Claro está.
MENDOZA.
¡Oh qué gentil letanía!
CAMILA.
Basta ya.
MENDOZA.
Lindo has andado;
Con la carga te has echado.
LEONIDA.
¿Qué hay, Señora?
CAMILA.
Mi alegría
Puedes mirar en mis ojos.
MENDOZA. (*Ap.*)
Eso sí, pique en el cebo.
DON JUAN. (*Ap.*)
A mirarla no me atrevo.
CAMILA. (*Ap.*)
Honor, finjamos enojos.
DON JUAN.
¿Qué dirá? Que estoy mortal
Y recelo su desden.
MENDOZA.
Habrále sonado bien,
Aunque lo reciba mal;
Pero aquesto te conviene.
DON JUAN.
Sabrá al fin que suyo soy.
LEONIDA.
Contenta estás.
CAMILA.
Loca estoy.
LEONIDA.
Gente sale.
CAMILA.
El Duque viene.

Salen EL DUQUE, FORTUN, TEODORO *y* CRIADOS.

FORTUN.
Aquí mi señora está.
DUQUE.
Véte, Teodoro, al momento,
Y haz que pongan la carroza.—
Tú, Fortun, al conde Celio
Avisa para que salga
Conmigo.
FORTUN.
Ya te obedezco. (*Vase.*)
DUQUE.
¿Hermana?— ¿Don Juan?
DON JUAN.
¿Señor?
CAMILA.
Pues ¿adónde tan contento,
O á lo menos tan apriesa?
DUQUE.
A pedirte albricias vengo.
CAMILA.
¿A mí albricias? Pues ¿de qué?
DUQUE.
De un gran gusto.
CAMILA.
No te entiendo.
DON JUAN. (*Ap.*)
Mendoza, temblando estoy.
DUQUE.
Digo, hermana, que este pliego
Me acaban de dar ahora.
CAMILA.
Y en suma, ¿qué dice el pliego?
DUQUE.
Que Arnesto...
CAMILA. (*Ap.*)
¡Cielos, qué escucho!
DUQUE.
Digo, el marqués de Santelmo...
DON JUAN. (*Ap.*)
Declaróse mi fortuna.
DUQUE.
Y tu esposo...
CAMILA.
¿Cómo es eso?
DUQUE.
Está dos leguas de aquí;
Y hasta la quinta me llego,
Como es justo, á recibirle.
CAMILA.
Haces muy bien. (*Ap.* Aun no puedo,
De turbada, responder.)
MENDOZA.
Disimula.
DON JUAN. (*Ap.*)
A lindo tiempo
La dije mi amor, Mendoza.

Sale FORTUN.

FORTUN.
Ya te espera el conde Celio.
DUQUE.
Vamos pues.—Hermana, adios.
CAMILA.
Mil años te guarde el cielo.
(*Ap.* Pero no para casarme.)
DUQUE.
Y así, don Juan, mientras vuelvo,
Haz aquella diligencia.
DON JUAN.
¿No dices la de tus celos?
DUQUE.
Bien me has entendido; adios. (*Vase.*)

Sale LEONIDA.

CAMILA.
¿Fuéronse ya?
LEONIDA.
Ya se fueron.
CAMILA.
¡Hay suerte mas desgraciada!
LEONIDA.
Descolorida te has puesto.
CAMILA.
Leonida, sin alma estoy;
Irme sin hablarle quiero.
MENDOZA.
¿Qué dices de esto? ¿No hablas?
¿Velas, duermes, haces gestos?
DON JUAN.
Velo, duermo, sufro, callo,
Amo, olvido, rabio, peno,
Huyo, sigo, siento, lloro,
Ardo, hielo, vivo, muero,
Y no tiene el infierno
Mas ansia, mas dolor ni mas tormento.
¡Ah! ¡Quién hubiera nacido
Sin ojos y sin deseos,
O sin valor en la sangre,
Para no tener aliento
De emprender amor tan alto!
Loco fuí, yo lo confieso;
Mas bien lo pago, Mendoza,
Bien lo dice este suceso.
CAMILA.
Turbada estoy. ¿Qué he de hacer?
Amor y lástima tengo
A don Juan, mas soy ajena;
Irme quisiera, y no acierto.
¡Qué blandamente me mira!
Qué sentido! Qué discreto!
Qué enojado! Qué celoso!
Qué enamorado! Qué tierno!
Casi estoy por declararme.
Afuera, respetos necios;
Afuera, silencio ingrato;
Afuera, cobarde miedo;
Sepa don Juan que le adoro,
Y sepa... Pero ¿qué intento?
¿Qué locuras son las mias?

Si me ha de gozar Arnesto,
Y don Juan ha de perderme,
¿Para qué puede ser bueno
Darle á entender mis flaquezas?
Mejor es; yo me resuelvo,
Aunque martirice el alma,
A decirle que me ofendo
De sus locas pretensiones;
Viva mi honor, aunque muero.—
Oye, don Juan.

DON JUAN.

¿Qué me mandas?

CAMILA.

Denantes tu atrevimiento
Ya te acuerdas que fué mucho.

DON JUAN.

Solo, Señora, me acuerdo
Que tú tuviste la culpa,
Aunque la pena padezco.

CAMILA.

¿Yo la culpa? ¿Estás en tí?

DON JUAN.

Pienso que no.

CAMILA.

Así lo creo.
Pues dime, ¿qué libertad
Has visto en mi casto pecho?
Qué ocasion te dan mis ojos?
Qué novedad ves en ellos?
Qué apariencias, qué favores,
Qué esperanzas, qué deseos,
Qué palabras, qué señales,
Para que, atrevido y necio,
A mi decoro te atrevas
Y me pierdas el respeto?
Bueno está mi honor contigo.
De tus locos pensamientos
¿Soy ocasion yo? Soy causa?

DON JUAN.

Sí, Camila; que si el seso,
La libertad, la cordura,
El alma, el entendimiento,
Las potencias y sentidos,
El gusto, la vida, el sueño
Me quitan tus bellos ojos,
Cuyas luces reverencio,
Tú y ellos teneis la culpa.
Yo los vi; ¡pluguiera al cielo
Que antes un leon de Albania,
Como á humilde conejuelo,
Me deshiciera en las uñas,
Y un tigre manchado á trechos,
Hartándose de mi sangre,
Bordara con grana el suelo!
Pero ya fué suerte mia;
No de tí, de ella me quejo;
Consiénteme aqueste amor,
Pues yo tambien te consiento
Que con Arnesto te cases;
Y si presumes que ofendo
Tu virtud con adorarte,
Aquí tienes este acero,
Toma venganza á tu gusto,
Pásame con él el pecho;
Humilde á tus piés estoy.

CAMILA.

(*Ap.* ¡Qué pecho habrá tan de hielo,
Qué diamante habrá tan duro,
Y qué mujer tan de acero,
Que le escuche y no se ablande
A las ansias ó á los ruegos!
Ya no puedo resistirme;
Perdone mi encogimiento.)
¿Don Juan?

DON JUAN.

¿Qué quieres?

CAMILA.

No sé.
Llégate mas.

DON JUAN.

Ya me llego.

CAMILA.

(*Ap.* Mil colores me han salido.)
Digo, en fin, que te agradezco
El noble amor que me tienes.
(*Ap* Pero no prosigo en esto,
Que diré mil disparates.)

DON JUAN.

Con eso me has satisfecho,
Aunque en tu vida me mires.

CAMILA.

Soy principal.

DON JUAN.

Ya lo veo.

CAMILA.

Viene Arnesto.

DON JUAN.

Ya lo sé.

CAMILA.

He de amarle.

DON JUAN.

Ya lo tiemblo.

CAMILA.

No puedo atreverme á mas;
Pero, por lo que te debo,
Para templarte la pena,
Quisiera darte un consejo:
Mira, don Juan, del amor
El mismo amor es remedio.

DON JUAN.

¿Cómo?

CAMILA.

Amando en otra parte.
Pon los altos pensamientos
En otra dama cualquiera,
Y mírala con deseo
De que te agrade, y verás
Cómo te va divirtiendo,
Y me olvidas poco á poco.

MENDOZA.

El consejo, por lo menos,
Es de dama de la villa.

CAMILA. (*Ap.*)

Mi propia desdicha intento.

MENDOZA.

¿Y cómo estamos de amor?

LEONIDA.

Que si me quiere, le quiero.

MENDOZA.

¿Y si no?

LEONIDA.

Que vaya al rollo.

MENDOZA.

Aquí sí que no hay rodeos,
Invenciones ni tramoyas,
Sino amor cristiano viejo,
Que habla con toda llaneza.

DON JUAN.

Camila, no nos cansemos.

CAMILA.

Yo procuro enamorarte.

DON JUAN.

Yo agradezco tu buen celo;
Mas no estoy para esas cosas.

CAMILA.

Doña Hipólita Vicencio
Puede aficionar al sol;
Ojos graves, cabos negros,
Y canta muy bien á un arpa.

MENDOZA.

Lo peor que tiene es eso.

CAMILA.

Luego ¿es defecto cantar?

MENDOZA.

El instrumento condeno;
Porque, fuera de ser broma,
Me parece poco honesto.

CAMILA.

En parte tienes razon.

MENDOZA.

La postura, por lo menos,
Por Dios, que es ocasionada.

CAMILA.

Lisarda tiene buen cuerpo,
Lindas manos, muchas gracias,
Y se prende por extremo.

MENDOZA.

¡Qué fea debe de ser!

CAMILA.

Aunque de color moreno,
Es doña Francisca hermosa,
Y el lunar del lado izquierdo
Le agracia mucho la cara;
Estrella, en fin, de su cielo.

MENDOZA.

Mujer morena y Francisca,
¡Mas que la estornuda el pueblo

CAMILA.

Dorotea es entendida,
Habla bien, y aun hace versos.

MENDOZA.

¡Qué poco dote tendrá!

DON JUAN.

Basta, que me das tormento;
Basta, que quieres matarme;
Ya te he dicho que si el cielo
Formara mas hermosuras
Que hay diamantes en su centro,
No he de mirar á ninguna.

CAMILA.

(*Ap.* Eso es lo que yo deseo.)
¡Ah! ¡Quién pudiera abrazarte
Por el gusto que me has hecho!
Celia tambien... pero no;
Que ya Celia tiene dueño.

DON JUAN.

Eso quisiera saber.

CAMILA.

Pues ¿impórtate el saberlo?

DON JUAN.

Es curiosidad de amor.

CAMILA.

(*Ap.* Harto mas tiene de celos,
Mas yo lo remediaré.)
A mi hermano, á lo que entiendo,
Tiene Celia algun amor.

DON JUAN.

¿Y es eso cierto?

CAMILA.

Tan cierto,
Que de ella misma lo sé;
Que aunque le habla con despego,
Es solo para probarle;
A mí me ha dicho en secreto
Que está perdida por él.

DON JUAN.

Ya sabes lo que le debo,
Notable gusto me has dado.
(*Ap.* Sin duda al Duque mintieron.)
Mas, volviendo á mi desdicha,
Ya he imaginado un remedio,
Aunque muy costoso al alma,
Para no vivir muriendo.

CAMILA.

¿Y cuál es?

DON JUAN.

El de no verte.

CAMILA.

No me parece que es bueno.

DON JUAN.

Antes sí, pues no he de estar
Viendo á mis ojos ¡ay cielos!
Mis agravios y tus gustos,
Que en estos dias primeros,
Claro está que serán grandes.

CAMILA.

Harto al revés los espero.

DON JUAN.

Yo me iré, Camila hermosa;
Yo me iré donde muy presto
Tengas nuevas de mi muerte;
Que, ya que sirvo sin premio,
No he de ser Tántalo amante
Del cristal que no merezco.
Tu esposo vendrá esta noche,
Ya parece que le veo;
Recibirásle cortés,
Mirará tus ojos bellos,
Abrasaráste de amor,
Dará priesa al casamiento,
Tratarálo con el Duque,
Firmaráse los conciertos,
Y por dicha ó por desdicha,
Seré yo testigo de ellos,
Pero no de lo demás.

CAMILA.

¡Ay de mí!

DON JUAN.

Porque al momento
He de salir de Florencia;
Bien puedo, bien, desde luego
Empezar á despedirme.

CAMILA.

(*Ap.* Otro golpe mas. ¿Qué espero?)
¿Y dices eso de veras?

DON JUAN.

¿Qué he de hacer, si te contemplo
En brazos de tu marido?

CAMILA.

En efecto, ¿estás resuelto?

DON JUAN.

Claro está.

CAMILA.

(*Ap.* Pues ya ¿qué aguardo?
Qué callo? Qué me detengo?)
Don Juan, don Juan de mis ojos,
Si las penas, si los ruegos
De una mujer que te estima
Valen en trance tan fiero,
Con lágrimas te suplico
(Pues naciste caballero)
No me acabes de matar.

DON JUAN.

¡Ay, Señora, á qué mal tiempo
Sé que te debo ese amor!

CAMILA.

Mi honor le tuvo encubierto.
¿No te quedarás?

DON JUAN.

Repara
En que entrambos nos perdemos;
Tú me quieres, yo te adoro;
Tú te casas, yo te pierdo;
Pues ¿qué hemos de hacer los dos,
Penando, amando y sufriendo?
¿No será mejor no verte?

CAMILA.

Sí, pero es fuerte remedio.
¡Ay dueño del alma mia,
En qué de penas me has puesto!
¡Buena quedaré sin tí,
Cuando pierdo por tí el seso!
Salid, lágrimas, salid;
Romped la puerta al respeto,
Y la ocasion os disculpe.

MENDOZA.

Vuelve los ojos.

DON JUAN.

Ya veo
Que llueve aljófar el sol,
Como anda el cielo revuelto.
¿Haste hecho mal en los ojos?

CAMILA.

No sé qué me tengo en ellos;
Mas ya pienso que no es nada.

MENDOZA.

¿Tú tambien haces pucheros?

DON JUAN.

Pues ¿soy de piedra, Mendoza?

CAMILA.

Por si acaso no nos vemos
En ocasion semejante,
Que pienso que será cierto,
Toma, don Juan, este abrazo. (*Dásele.*)

DON JUAN.

Con saber que es el postrero,
Me das templado el favor.

CAMILA.

Sabe Dios lo que lo siento,
Mas es fuerza. Adios.

DON JUAN.

Adios;
Mi muerte en mi ausencia llevo.
¡Ah, sí, que se me olvidaba! (*Vuelve.*)
Dame primero ese lienzo.

CAMILA.

¿Este lienzo? Pues ¿qué tiene?

DON JUAN.

Mil tesoros encubiertos.

CAMILA.

Toma con él esta joya, (*Dásela.*)
Y estímala por el precio,
No porque al cuello la traje.

DON JUAN.

Sola por tuya la beso,
Aunque el lienzo me bastaba.

MENDOZA.

A los diamantes me atengo.

DON JUAN.

Como á pobre me has tratado.

MENDOZA.

Si acaso lo son; que en esto
Suele haber bravos gatazos.

LEONIDA.

¡Oh qué gentil majadero!
Cuatro mil escudos vale.

MENDOZA.

Cuatro mil años bien hechos
Vivas.

CAMILA.

Como sea con gusto.

DON JUAN.

Señora, no te encarezco
De la manera que voy.

CAMILA.

Si es, don Juan, como yo quedo,
Milagro será que vivas.

DON JUAN.

Y dicha será si muero.

CAMILA.

¿Que te vas? Que no he de verte?

DON JUAN.

¿Que te ha de gozar Arnesto?

CAMILA.

¡Qué desdicha!

DON JUAN.

¡Qué dolor!

CAMILA.

¡Qué sinrazon!

DON JUAN.

¡Qué tormento!—
(*Disparan dentro.*)
Mendoza, ¿qué ruido es ese?

MENDOZA.

Si no me engaño, sospecho
Que es una salva que hace
Florencia al recibimiento
De tu esposo.

DON JUAN.

¡Que ya llega!

CAMILA.

Es porque no le deseo.

DON JUAN.

Aquí acabó mi fortuna.

MENDOZA.

Ya se acercan.

CAMILA.

Esto es hecho.
Adios, señor de mis ojos.

DON JUAN.

Harto me dices con ellos.

CAMILA.

Mucho tengo que llorar.

DON JUAN.

Loco voy.

CAMILA.

Sin alma quedo.

JORNADA SEGUNDA.

Salen EL MARQUÉS DE SANTELMO Y LUCINDO.

LUCINDO.

Bella ciudad es Florencia.

MARQUÉS.

No la tiene el mundo igual;
Pero vame en ella mal.

LUCINDO.

¡Qué edificios! Qué opulencia!

MARQUÉS.

Salió mi esperanza vana;
Descontento estoy conmigo.

LUCINDO.

Bien lo hace el Duque contigo.

MARQUÉS.

Así lo hiciera su hermana.

LUCINDO.

Pues qué, ¿no te mira bien?

MARQUÉS.

Parece que no le agrado.

LUCINDO.

Vergüenza será, no enfado.

MARQUÉS.

Yo presumo que es desden.

LUCINDO.

¿Y cuándo te casarás?

MARQUÉS.

Cuando Camila quisiere,
Que será cuando estuviere
Mas tratable.

LUCINDO.

¿En eso das?

MARQUÉS.

Mi padre el Marqués trató
Darme con Camila estado,
Y yo, en parte aficionado
A las nuevas que me dió
De su hermosura la fama,
Le pedí licencia; y luego,

Movido de un casto fuego,
Que honestamente me llama,
Rompiendo rizas espumas,
Al mar entregué seis naves,
Lleno de empresas suaves,
Galas, libreas y plumas.
Formé un campo tan lucido
De soldados, que cualquiera
Un mayo portátil era
Y un abril recien nacido.
Pareció verde jardin
Todo el piélago de sal,
Dejando de ser cristal
Por una tarde; y en fin,
Fueron tantos los colores,
Que pienso que el mar dudaba
Si de elemento mudaba,
Viéndose cubrir de flores.
Llegué á Florencia, y Clenardo
A recibirme salió;
Ya sabes lo que me honró.
Entré en la ciudad gallardo
En un valiente alazan
De aquellos que alienta y cria
La yerba de Andalucía,
Tan airoso, tan galan,
Tan corpulento y bizarro,
Que, al verle peinar el suelo,
Pudo codiciarle el cielo
Para el tiro de su carro.
Vi á Camila, mas hermosa
Que la Vénus que en altares
Chipre, con rosas y azahares,
Venera por madre y diosa;
Con el cabello esparcido,
Por mas gala ó mas decoro,
Pareció diamante en oro;
Allí el travieso Cupido,
Que preso en ellos vivia,
Tal vez la frente besaba,
Y con los rizos jugaba
Hasta que los deshacia.
De un ébano transparente
Su arquitectura formaban
Las cejas, que se apartaban
Por dividir cada oriente.
Negras las pestañas fueron,
Entre oscuros arreboles;
Mas ¿qué mucho, si á sus soles
Tantos años anduvieron?
En los ojos no quisiera
Hablarte, por no ofender
La majestad de su ser;
No tiene en la octava esfera
El cielo dos luminarias,
Dos antorchas, dos estrellas,
Con mas alma en sus centellas,
Si bien á mi amor contrarias.
Las manos suyas, en fin,
Sacó, entre varios diamantes,
De la cárcel de sus guantes,
Con diez hojas de jazmin;
Y tanto las admiré
Cuando su luz advertí,
Que, despues que se las vi,
De la cara me olvidé;
Miróme su cielo hermoso,
Y con ser cielo estrellado,
Para mí estuvo nublado,
Por no decir riguroso.
Llegué á abrazarla; aquí fué
Adonde mas me perdí,
Porque en sus estrellas vi
(Si no fué que me engañé)
Ciertas perlas que enjugaba;
Y como las detenian,
Ya que salir no podian,
Por lo menos se asomaban.
Luego al darme los abrazos,
Que la ocasion permitia,
Fué con tan poca alegría
Y tan caidos los brazos,
Que en sus desvíos y enojos
Conocí su sequedad;
Que una tibia voluntad
En el mirar de los ojos,
En la risa, en las acciones
Se conoce y se declara;
Que siempre ha sido la cara
Fiscal de las intenciones.
Camila, en fin, me desprecia,
La ocasion ella la sabe;
Y aunque su virtud la alabe,
¿Qué Porcia habrá, qué Lucrecia,
Qué Eurídice, qué Sulpicia
Que lo sea, y que se vea
De un hombre que no desea,
O por suerte ó por codicia,
Gozada? Casta fué Dido,
Pero no me admiro, no;
Que en efecto la obligó
El amor de su marido;
Que la mas flaca mujer,
En llegando á enamorarse,
De su ser suele olvidarse,
Y una roca suele ser;
Y al revés, la mas honrada
Y que mas honor profesa,
Si en la cama y en la mesa
Mira á un hombre que le enfada,
Ya que con la ejecucion,
Por su virtud, no le ofenda,
No hay honor que la defienda
Del deseo ó la intencion;
Y en llegando á desear
O á intentar una mujer,
Mucho honor ha menester
Para no se despeñar.

LUCINDO.

Y si te aprieta Clenardo,
¿Qué has de hacer?

MARQUÉS.

Procuraré
Entretenerle, y diré
Cómo por horas aguardo
A mi padre, que desea
Hallarse en mi casamiento:
Y entre tanto el pensamiento,
La vista, el alma y la idea
Se informarán con recato
De su pena y sus enojos.

Salen CAMILA, *muy triste*, *y* LEONIDA.

LEONIDA.

Descansa siquiera un rato;
Mira que de esa manera
Te vas echando á perder,
Porque darás á entender...

CAMILA.

¡Ay Leonida, á Dios pluguiera
Que mi dolor fuera tanto,
Que la vida me quitara,
Y su fuerza me anegara
En el cristal de mi llanto!
¿Piensas tú que yo no advierto
Que este amor ó esta locura
Ofende mi compostura,
Y que ha sido desconcierto
De mi valor natural
Que liviana me enamore,
Que ruegue, suspire y llore,
Y en efecto, que esté tal
(¡Ay Dios!), que no me ha faltado
Sino echarme un lazo al cuello?
Yo lo sé, pues que por ello
Mi triste honor ha pasado.
Ya lo he llorado, Leonida;
Pero, en tormento tan claro,
¿Qué importa hacer el reparo,
Despues de dada la herida?
Ya no hay remedio que importe;
Ya miré, ya quise bien.

LEONIDA.

Sí; pero advierte tambien
Que en mujeres de tu porte
Son culpables los extremos,
Aunque sean naturales.

CAMILA.

Las mujeres principales
¿No hablamos tambien? No vemos?
¿Somos de piedra?

MARQUÉS.

Allí está.

LUCINDO.

Qué llegues será forzoso.

MARQUÉS.

Yo voy.

LEONIDA.

Señora, tu esposo.

CAMILA.

Sabe Dios si lo será.—
Pues, Señor, ¿tanto callar?
¿No os hallais bien en Florencia?
Pero sentiréis la ausencia
De vuestra patria, y estar
Con poco regalo aquí.

MARQUÉS.

Por ahora solo siento
Veros con poco contento.

CAMILA.

Esto es condicion en mí,
Y mi falta de salud
Me tiene poco gustosa.

MARQUÉS.

Pues si estáis tan achacosa,
Aunque en tanta juventud,
No es bien teneros en pié;
Sentáos, por vida mia.

CAMILA.

Vuestra soy.

MARQUÉS.

Eso querría.

CAMILA. (*Ap.*)

Antes mi muerte veré.
¡Ah, fieras leyes de honor!

MARQUÉS.

¿No os sentais?

CAMILA. (*Siéntase.*)

Ya os obedezco.
(*Ap.* Por mil caminos padezco.)

MARQUÉS.

El no hablaros en mi amor
Nace de veros...

CAMILA.

Callad;
Que me haréis salir colores.

MARQUÉS.

Teneisme con mil temores.

CAMILA.

En cosas de voluntad
Sé tan poco... (*Ap.* Pero miento;
Harto sé, pues sé morir.)

MARQUÉS.

Mucho os tengo que decir.

CAMILA. (*Ap. á Leonida.*)

¡Ay Leonida, no hay tormento
Como el haber de escuchar
Un hombre que desagrada!

MARQUÉS.

Pienso que estáis disgustada.

CAMILA.

¿Yo? ¿Por qué? (*Ap.* No hay que tratar;
El hombre me está matando.)
Haume dado aquestos dias...

MARQUÉS.
¿Diréis que melancolías?

CAMILA.
Y suelen de cuando en cuando
Apretarme el corazon.

MARQUÉS.
Y despues que yo he venido,
Os deben de haber crecido.
(*Ap.* Ciertas mis sospechas son;
Esta condicion esquiva
Amor es; Camila quiere.)

Salen DON JUAN *y* MENDOZA.

DON JUAN.
Si tan desgraciado fuere,
Montes habrá donde viva;
Porque ver, y no gozar,
Será muerte para mí.

MENDOZA.
Y ¿no es mejor esperar
A que se duela de tí?

LEONIDA.
A don Juan puedes mirar
Como al descuido.

CAMILA.
Ya veo
La causa de mi deseo.

DON JUAN.
Con su esposo está, Mendoza.

MENDOZA.
Él llevará gentil moza;
¡Qué talle! Qué olor! Qué aseo!

DON JUAN.
¿Que esto mire, y con mis manos
No me mate?

MENDOZA.
¡Qué imprudencia!

DON JUAN.
¡Ah celos, de amor tiranos!

MENDOZA.
Pues, en Dios y en mi conciencia,
Que están como dos hermanos.

MARQUÉS.
Si acaso no os entretengo,
Iréme.

CAMILA.
Sois muy galan.

MARQUÉS.
Vuestro disgusto prevengo.

Sale CELIA.

CELIA.
Como sombra de don Juan,
Siguiendo sus pasos vengo.
Con mi prima hablaba ayer,
Y en mi amor debió de ser;
Algo tierno me ha mirado,
Sin duda se lo ha contado.
¡No hay tan dichosa mujer!—
¡Señor don Juan!

DON JUAN.
Don Juan soy,
Pero no señor don Juan.

CELIA. (*Ap.*)
¡Loca de contento estoy!
Ya como dueño y galan
Puedo tratarle desde hoy;
Él lo dice, pues me advierte
Que con menos cortesía
Le he de hablar.

CAMILA. (*Ap.*)
¡Ah triste suerte,
Si amor con celos porfía,
Vencerá el honor mas fuerte!

MARQUÉS.
Como digo...

CAMILA.
Ya os entiendo.
(*Ap.* Mil muertes estoy sufriendo;
Celia con don Juan está.)
Mi hermano en eso podrá
Disponer.

MARQUÉS.
Yo no pretendo
Cosa que vos no querais.

CAMILA.
Yo os agradezco el favor.
(*Ap.* ¡Ay amor, qué inquieto andais!)

DON JUAN.
Digo que sé vuestro amor.

CELIA.
Por mil años lo sepais.

DON JUAN.
Camila me lo ha contado;
Si miento, de ella lo sé.

CELIA.
En todo habeis acertado.
(*Ap.* Lindo camino tomé
Para lograr mi cuidado.)
Pues su nombre conoceis,
En mi nombre le llevad
Esta banda...

CAMILA. (*Ap.*)
Ojos, ¿qué veis?

CELIA.
Y en ella mi voluntad
Mas declarada veréis.
(*Dale una banda azul.*)

DON JUAN.
Como si yo hubiera sido
El dueño de este favor,
Le agradezco.

CAMILA. (*Ap.*)
¡Ay atrevido!
Ella le ha dicho su amor.

CELIA.
¡Notable suerte he tenido!

MARQUÉS.
Algun dolor os ha dado,
Si no es secreto cuidado,
Pues que tanto os divertis.

CAMILA.
Mil necedades decis.

MARQUÉS.
Pues aun no me he desposado.
Por no enojaros me voy; (*Levántase.*)
Que he calentado la silla,
Y pienso que pena os doy.

CAMILA.
Vuestro hablar me maravilla,
Sabiendo, Marqués, quién soy.

MARQUÉS.
Estáis con tanto disgusto...

CAMILA.
Ea, llamadle recato.

MARQUÉS.
Si vos tuviérades gusto...

CAMILA.
Donde no hay amor ni trato,
Nunca el recato fué injusto,
Si no es que como á mujer
Comun me quereis tratar,
Pues que vinisteis ayer,
Y ya debeis de pensar
Que os tardo mucho en querer.

MARQUÉS.
Pues miradme mas despacio...

MENDOZA. (*Ap.*)
¡Oh, qué amante tan reacio!

MARQUÉS.
Y quizá os agradaré;
Que yo entre tanto sabré
Quién os agrada en palacio. (*Vase.*)

LEONIDA.
Enojado va.

CAMILA.
¿Qué importa?

CELIA.
Triste parece que queda.

CAMILA.
¿En mi casa y á mis ojos...

LEONIDA.
Advierte...

CAMILA.
Nada me adviertas.

DON JUAN.
Lleguemos, Celia.

CAMILA.
Pues bien;
¿Qué conformidad es esa?
¿Qué haceis los dos de esta suerte?

MENDOZA.
¡Oh, qué ojazos que les echa!

DON JUAN.
No era cosa de importancia;
Estábame dando cuenta
Celia...

CAMILA.
¿De qué?

DON JUAN.
De su amor;
Y como yo...

CAMILA.
De manera
Que estarte Celia contando
Muy á lo tierno sus penas,
¿No era cosa de importancia?

DON JUAN.
Pues ¿qué importa que lo sepa,
Siendo Clenardo mi amigo?

CAMILA.
¿Hay tan grande desvergüenza?
Y esa ¿es buena amistad?

CELIA.
Pues, prima, ¿de qué te alteras?
¿No he tratado yo contigo
Estas cosas?

CAMILA.
(*Ap.* ¡Yo estoy buena!)
¡Oh, qué presto os concertasteis!

CELIA.
¿Tú no me dijistes...

CAMILA.
Necia,
Despues te responderé,
Y verás de tu imprudencia
El castigo.—Y tú, villano,
Sin honor y sin nobleza...

DON JUAN.
¿Qué es lo que dices, Señora?

CAMILA.
Si sabes que Celia es prenda
De mi hermano...

DON JUAN.
Pues ¿yo acaso
Amo ó solicito á Celia?

CAMILA.
¡Oh, qué bien, por vida mia!

DON JUAN.
Eso es probar mi paciencia.

CAMILA.
Si divertirte querias

De mi amor, ¿no hay en Florencia
Hartas mujeres, don Juan?
¿Mi casa ha de ser por fuerza
Tercera de tus deseos?
Pues si la vida me cuesta,
Me he de vengar, enemigo.

DON JUAN.

Luego ¿de Celia sospechas
En tu agravio?

CAMILA.

No sospecho;
Que quien sospecha recela,
Y quien recela está en duda,
Pues puede ser que no sea;
Mas yo lo sé claramente.
¿Ese es tu amor, tu firmeza?
Mírame, ingrato, á la cara;
¿Qué te dió denantes Celia?

DON JUAN.

¿A mí, Señora?

CAMILA.

A tí pues.

DON JUAN.

Pienso que esta banda.

CAMILA.

¿Piensas?
Como si no lo supieses.

DON JUAN.

No te entiendo.

CAMILA.

¡Qué inocencia!

DON JUAN.

Como no era para mí... (*Dásela.*)

CELIA.

Eso excusarlo pudieras;
Que no eres mi madre tú,
Para que con tanta fuerza
Te informes de mis costumbres;
Que es demasiada licencia,
Y aun parece...

CAMILA.

Celia, quedo.

CELIA.

Porque en tu casa me tengas
No me has de tratar así;
Que en efecto soy tan buena...

CAMILA.

Como yo, pero mas libre.
Pues dime, ¿tan grande ofensa
Ha sido ver esta banda?
¿No puede ser que yo quiera
Hacer otra, para dar
A Arnesto, y sacar la muestra
Del dibujo y los colores?
Por cierto, que está bien hecha;
Bien sale el oro en lo azul.

MENDOZA.

Si dama de punto fuera,
Noguerado habia de ser.

CAMILA.

Aquí parece que hay letras:
«Don Juan», dice. Bueno, á fe.

DON JUAN.

No puede ser.

CAMILA.

¿No? Pues llega,
Deletrea, por tu vida:
Una *D* y un punto, es esta
Cifra del «don»; ¿no es así?
Esta es *I*, no de las griegas,
Llámase larga en Castilla;
U pienso que es la tercera;
La cuarta es *A*; ¿vas conmigo?

DON JUAN.

¿Hay tan extraña quimera?

CAMILA.

La quinta es *N*; que todas
(Si las juntas y conciertas)
Dicen: «don Juan.» ¿Haslo visto?
¿Ahora serán quimeras
Las mias ó desengaños?

DON JUAN.

Serán engaños de Celia,
O serán desdichas mias;
Mas déjame hablar con ella,
Y tú verás...

CAMILA.

¿Qué es hablar?
Luego ¿entiendes que has de verla
En tu vida? Véte luego,
No estés en mi presencia;
Salte luego de la sala.

DON JUAN.

Si la cólera te ciega...

CAMILA.

¿No te vas?

DON JUAN.

Ya lo procuro;
Pero primero...

CAMILA.

Tú intentas
Descomponerme sin duda.

DON JUAN.

Solo, Señora, quisiera
Que Celia dijera en esto
La verdad.

CAMILA.

Ya no aprovecha.

DON JUAN.

¿Celia?

CAMILA.

¿Mas Celia tenemos?

MENDOZA.

¡Oh qué brava polvareda
Se ha levantado!

CAMILA.

Pues, necio,
Será de aquesta manera, (*Échale.*)
Ya que contigo no vale
Mi razon; véte, ¿qué esperas?

CELIA.

No le trates mal.

CAMILA.

Sí quiero.

DON JUAN.

Ya me voy, pero por fuerza.

Sale EL DUQUE.

MENDOZA.

El Duque.

DON JUAN.

¿Si nos ha visto?

MENDOZA.

¡Qué desdicha!

DON JUAN.

Amor, paciencia. (*Vase.*)

CAMILA. (*Ap.*)

¡Que hubo de venir ahora!

DUQUE.

¿Pues tú, hermana, descompuesta,
Y con don Juan?

LEONIDA.

¿Qué has de hacer?

CAMILA.

Confusa estoy y suspensa.

DUQUE.

¿Qué dudas? Habla.

CAMILA.

Señor...

CELIA.

Si con don Juan no estuvieras
Tan terrible...

CAMILA.

Ya está hecho;
Salíos todos allá fuera.

CELIA.

¿Yo tambien?

CAMILA.

Y tú tambien.

CELIA.

¿Mas que quieres darle cuenta
De que á don Juan tengo amor?

CAMILA.

Si mi honor peligra, Celia,
Habrásme de perdonar.

CELIA.

No importa, que estoy resuelta;
Di, prima, lo que quisieres.
(*Ap.* Si no estuviera tan cierta
De que Camila se casa
Con Arnesto, presumiera...
Mas quiero quedarme aquí.)
Guarde Dios á vuecelencia. (*Vase.*)

CAMILA.

Confuso tengo á mi hermano.

DUQUE.

Ya se han ido.

CAMILA.

Es tan inmensa
La pesadumbre que tengo,
Hermano y señor, que apenas
Puedo hablar.

DUQUE.

Pasa adelante.

CAMILA.

Ese don Juan, que en su tierra
Debe de ser hombre bajo...

DUQUE.

¿Qué dices? (*Ap.* Ya el alma tiembla.)

CAMILA.

Aunque sabe que tú adoras
A Celia, que, poco cuerda,
Le quiere bien...

DUQUE.

¿Cómo es eso?

CAMILA.

Es tanta su desvergüenza,
Que la solicita.

DUQUE.

¡Ah ingrato!

CAMILA.

Denantes le hallé con ella,
Y dándole aquesta banda,
Que con letras de oro y seda
Su nombre dice en mil partes;
Y ceguéme de manera,
Que como viste me hallaste.

DUQUE.

(*Ap.* Tienen algunas ofensas
Tal circunstancia, que el alma
Apenas puede creerlas;
Rabiando de enojo estoy;
¿Esto en el mundo es nobleza?
Bien me has pagado, don Juan;
¡Con qué engaños y cautelas
Me hablaba en Celia, diciendo
Que á quien á mí se atreviera
Le hiciera pedazos! Y él
(¡qué malicia! qué vileza!)
Era el secreto galan
Por quien su amor me desprecia;
Celia dijo que mi hermana
Lo sabia, pues si ella
Lo confiesa claramente,
¿Qué informaciones, qué pruebas
Puede haber mas infalibles?

¡Ah ingratitud, qué bajezas
No ha intentado tu porfía!
Fué Páris de Troya á Grecia,
Recibióle Menelao,
Dióle su casa y su mesa,
Y pagóle el hospedaje
Con robar despues á Elena;
Lo mismo me ha sucedido;
Mas con esta diferencia,
Que yo no puedo vengarme
Aunque lo pida la ofensa;
Don Juan en cierta ocasion
Me ha dado la vida, y fuera
Linaje de tiranía
Matarle; con mas prudencia
Me he de portar.) Oye, hermana:
Yo he pensado...

CAMILA. (*Ap.*)

El alma tiembla.

DUQUE.

Que hacerle matar no es cosa
Que está bien á mi grandeza.

CAMILA.

¡Jesus, Señor! ni por pienso.

DUQUE.

Mejor es que de Florencia
Salga mañana.

CAMILA.

Mejor;
(*Ap.* ¡Ay don Juan!)

DUQUE.

Y sin que entienda
La causa.

CAMILA.

Bien me parece,
Porque es venganza mas cuerda.

DUQUE.

Pues yo voy á prevenirlo;
¡Ah lo que los hombres yerran
En no examinar primero
El amigo á quien entregan
Los pensamientos y el alma!
Pero ¿quién habrá que pueda
Conocer las intenciones,
Si á solo Dios se reservan?
Y hay un género de amigos
De tan vil naturaleza,
Que matan con las entrañas
Y aseguran con la lengua. (*Vase.*)

CAMILA.

¡Triste de mí! ¿qué he de hacer?
Don Juan se va; ya me pesa,
Ya me pesa de haber sido
Instrumento de su ausencia;
Mas tambien fuera peor
Verle, si ajeno le viera;
Todo es malo. ¡Ay don Juan mio,
Qué de pesares me cuestas!
Mañana se va; yo quiero
Avisarle que me vea
Esta noche, porque ya
Que loca de amor me deja,
Se lleve á España mis celos.
Y yo quede satisfecha.
Todo lo rinde el amor;
Guárdese la mas compuesta
La mas fuerte y retirada,
De abrir una vez la puerta
A este rapaz, que despues
No aprovechan resistencias;
Porque ve por otros ojos,
Oye por otras orejas,
Gusta por otros sentidos,
Obra por otras potencias,
Y en efecto, toda el alma
Tiene en voluntad ajena. (*Vase.*)

Sale EL MARQUÉS.

MARQUÉS.

Hermosa noche, que al ligero dia,
Fénix de breves horas, va siguiendo;
Tú, sombra helada; tú, tiniebla fria;
Tú, que del mar Océano saliendo,
Túmulo tienes en sus conchas bellas,
La mitad de la vida dividiendo;
Negro bulto de cándidas centellas,
Que al risco subes de los once cielos,
Argos de tantos ojos como estrellas;
A averiguar la causa de mis celos
Sale mi noble honor, en confianza
De tus hermosos, aunque pardos velos;
Favorece piadosa esta esperanza,
Así goces del Erebo, tu esposo,
En cuanta tierra Radamanto alcanza;
Así al mayor planeta, al sol hermoso,
Que desde el polo opuesto está mirando
Tu resplandor, le tengas envidioso;
Así en tranquila paz, en ocio blando
Ejércitos de antorchas te coronen,
La dorada muralla matizando;
Y pues los astros son los que disponen
De los sucesos de la vida humana,
Y en tantas penas como ves me ponen,
Consúltalos por mí, bella Diana,
Salga yo de las dudas en que vive
Mi loco amor y mi esperanza vana;
Quiero bien á Camila, que recibe
Con poco gusto un alma que la he dado,
Y en su silencio su desden me escribe.
En la mesa, en la silla, en el estrado
Suspira si me ve, mas no suspira
Porque mi amor obligue á su cuidado;
Las quejas y las lágrimas retira,
Y bañando en clavel las azucenas,
Se vuelve al cielo y á traicion me mira;
En fin, la tienen tan secretas penas,
Que muchas veces suele estar conmigo;
¡Oh amor, lo que arrebatas y enajenas!
Y no responde á cosa que la digo,
Y cuando quiere hablar, tal vez turbada,
El nombre va á decir de mi enemigo;
Otras veces está tan desgraciada,
Que el almohadilla y el cambray arroja,
Y no la alegra ni divierte nada;
Si culpo su desden, luego se enoja,
Y si mi amor la digo, enternecido,
Le escucha desabrida y se acongoja.
Amar un hombre mal correspondido,
Y porfiar, estando despreciado,
Puede siendo galan, mas no marido;
Porque aventura solo su cuidado,
No su reputacion, que amar dudoso
Puede matar á un hombre si es honrado.
Negándome al sosiego y al reposo,
Salgo á buscar mi desengaño (¡Ah cie-
[los!),
Y no quisiera hallarle temeroso;
Lince es amor, si le acompañan celos;
Yo sabré, yo sabré, Camila ingrata,
Aunque á mi costa, quién te da desve-
[los,
Cual suele cazador (mientras dilata
El pajarillo su prision futura)
Fiarse del silencio de una mata,
Y desde allí con traza mas segura,
Haciendo de las ramas celosías,
Acechar su graciosa travesura,
Así mi amor en las desdichas mias
Esperará, no gustos, sino daños,
Y mis cuidados servirán de espías.
Yo sé que encontraré mis desengaños;
Que siempre el ciego amor anda á des-
[hora
Para poder hablar en sus engaños;
Dicen su amor las aves á la aurora,
Mas los amantes á la noche oscura,
Que no busca la luz quien ama y llora.
Mientras Camila duerme mal segura,
De sus paredes informarme espero
Quién goza de su amor y su hermosura.
En puertas, en jardin, casa y terrero
Asistiré toda la noche amante,
Hasta ver el dichoso caballero;
Y en llegando á saberlo, vigilante,
Advertido, prudente, cuerdo y sábio,
Aunque mi amor se ponga por delante,
Huiré el peligro ó vengaré mi agravio.

Salen MENDOZA Y LEONIDA, *con luz.*

LEONIDA.

Pisa con tiento, Mendoza.

MENDOZA.

Mas valiera no pisar.

LEONIDA.

Eso, á mi ver, es temblar.

MENDOZA.

En casas de toda broza
Puede un hombre entrar sin miedo;
Mas aquí...

LEONIDA.

Pues ¿qué hay aquí?

MENDOZA.

Pues ¿es barro, pésia á mí...

LEONIDA.

El pésia quiero mas quedo.

MENDOZA.

Un hermano confirmado
Y un marido en profecía?

LEONIDA.

Mucha desgracia sería
Si viniesen.

MENDOZA.

Lindo enfado;
Mal conoces mi ventura;
Si ha de parar en mi ultraje,
Vendrá todo su linaje,
¡Y qué cierto!

LEONIDA.

¡Qué locura!

MENDOZA.

Mas, dejando este temor,
Aunque él no me deja á mí,
¿A qué venimos aquí?

LEONIDA.

A despedir nuestro amor,
Que os vais mañana; confieso
Que siento perder tus prendas.

MENDOZA.

Harémos Carnestolendas
Esta noche, segun eso;
Pero don Juan ¿qué ha de hacer?

LEONIDA.

Ver, sentir y desear.

MENDOZA.

¿No dices conglutinar?

LEONIDA.

Eso imposible ha de ser.

MENDOZA.

La ocasion es cosa grande.

LEONIDA.

Tiene mi señora honor.

MENDOZA.

¿Qué importa donde hay amor?

LEONIDA.

No hayas miedo que se ablande.

MENDOZA.

¿Y si mi amo porfía?

LEONIDA.

Resistiráse enojada.

MENDOZA.

Y si hubiese Tarquinada,

¿Qué ha de hacer su señoría?
Esto no tiene respuesta.

LEONIDA.

Si no quiere, es por demás.

Salen DON JUAN Y CAMILA.

DON JUAN.

¡Qué! ¿desengañada estás?

CAMILA.

Hartas lágrimas me cuesta;
Yo misma me eché a perder.

DON JUAN.

¡Que tal dijeras de mí!

CAMILA.

En efecto te perdí;
Mañana no me has de ver.

DON JUAN.

¡Que tú me hayas desterrado!

CAMILA.

Quien habla con celos, yerra.

LEONIDA.

¿Cerraré la puerta?

CAMILA.

Cierra,
Y estad los dos con cuidado;
Tú, Señor, siéntate aquí.

LEONIDA.

La llave quito.

CAMILA.

Bien haces.

MENDOZA.

Hasta ahora todo es paces.

LEONIDA.

Siéntate tú junto á mí.

CAMILA.

La causa que te ha tenido,
Don Juan, de tu casa ausente,
Quisiera saber.

DON JUAN.

Detente,
Que ya me has enternecido;
Mas oye, porque el dolor
Disculpes, y no te admire
Que la memoria suspire.

CAMILA.

Ya escucha mi loco amor.

DON JUAN.

Mi nombre no es don Juan, ni mi apellido
De Cárdenas tampoco, si bien fuera
Gran lustre de mi sangre haber tenido
Alguna parte en su divina esfera;
Don Cárlos soy Enriquez, traza ha sido
De mis sucesos y fortuna fiera
Mudar de nombre, no sin causa alguna,
Aunque nunca he podido de fortuna;
Nací segundo, y por razon de estado,
Apenas vi la cara á veinte abriles,
Cuando, á Pálas y á Marte aficionado,
Los amores dejé, rémoras viles;
Y de mi ardiente espíritu animado,
Mas nombre merecí que el griego Aquiles,
Hasta que en pocos lances (¡cosa extraña!)
Capitan de caballos volví á España.
Llego á mi casa con aquel contento
Que ausencia de seis años merecía,
Y cuando aguardo (¡ay loco pensamiento!)
Que á abrazarme saliesen á porfía,
Con lágrimas de pena y sentimiento
El suyo cada cual decir quería,
Y la fuerza del ansia lo estorbaba;
Que en el dolor la lengua tropezaba.
Busco á mi padre, que, en piedad bañado,
Mi deshonra y su pena me declara,
Y viéndome tan hombre y tan soldado,
A sus ojos me arrima y á su cara.
¡Ay, dice enternecido el viejo honrado,
Si una hermana que tienes te faltara!
Y viendo en fin que sin color le escucho,
Vuelve á llorar, con que me dijo mucho.
¿No has visto de la sierra el verde campo
Cuando cubre la nieve su escultura,
Y un arroyuelo, cuyo aljófar blanco
Por el rizo cristal pasar procura?
Pues de esa suerte de la nieve al ampo,
Que en sus cándidas canas se figura,
Un arroyo de lágrimas cubría,
Y por la plata hasta los piés corría.
Supe en efecto que mi loca hermana,
Amando de secreto á un caballero,
A quien el brio con la edad temprana
Galan ocasionaba, aunque extranjero.
A su honor se atrevió, necia y liviana,
Sirviéndole su gusto de tercero,
Que del alma una vez franca la puerta,
Al mayor imposible se concierta.
Y viniendo mi padre (¡triste suerte!)
De palacio una tarde, vió una escala,
Que al hierro de un balcon atada y fuerte,
Los de mi hermana Estela le señala;
Y á poco rato cuidadoso advierte
Que baja un hombre, y con ardiente gala
En el último paso le detiene,
Con él se abraza y hasta el suelo viene.
Estela, que miraba el triste caso
Desde su cuarto, el pecho lastimoso,
A voces dice: «Padre y señor, paso;
Mira que ofendes mi querido esposo.»
Mi padre entonces deteniendo el paso,
Y juntamente el golpe riguroso,
Si es verdad le pregunta; y él, ufano,
«Yo gano en eso, dice; esta es mi mano.»
O fuese que la daba arrepentido,
Pension de la belleza, que gozada,
Se suele carear con el olvido,
Y de querida pasa á despreciada,
O que no la gozó para marido,
Porque, sacando la traidora espada,
Y otros con él, que al silbo respondieron,
Villanamente de mi padre huyeron.
Corre tras ellos el honrado viejo,
A pesar de sus años, tan brioso
Como pudiera yo, que soy su espejo
(Tanto obliga un agravio cauteloso);
Mas entrando las fuerzas en consejo,
Se quejan de su espíritu animoso,
Y rendido á la edad yerta y cansada,
Se vuelve haciendo báculo la espada.
Esto supe, Señora, el triste dia
Que entré en la corte; ¡mira qué laureles
Para honrar la española gallardía,
Que mereció buriles y pinceles!
Yo entonces, viendo la nobleza mia
Destinada á rigores tan crueles,
Maldije á mi valor, maldije á Pálas,
Quemé las plumas y rompí las galas.
Cual suele el íris, del terrestre velo
Cálida exhalacion, con los colores,
Llover á un tiempo y afeitar el cielo,
Siendo nube y jardin, con agua y flores;
Así, Camila, yo (¡qué desconsuelo!),
Las galas convirtiendo en pundonores,
Iris de un aposento parecía,
Pues mas lloraba cuanto mas lucía.
Examino á mi hermana, que, corrida,
Viendo tan clara su mayor deshonra,
A un monasterio retiró su vida,
Ultimo asilo en la perdida honra;
Mas ni al rigor ni al ruego persuadida,
Nunca quiso decir quién la deshonra;
Que aunque la accion colérica infamaba,
Al dueño siempre del agravio amaba.
Viendo en fin su porfía, y que mi afrenta
En corrillos de mozos, plaza y calle
Se murmura, publica, trata y cuenta,
Siendo forzoso que lo escuche y calle;
Válgome de mi honor, que altivo intenta
Pelear con mi agravio hasta vengalle;
Y en efecto, gallardo me resuelvo,
Salgo de España y á Florencia vuelvo.
Supe que era extranjero mi enemigo,
Bien dispuesto, galan y gentilhombre,
Y con aquesta luz, sin luz le sigo,
Mudando patria, calidad y nombre;
Con todos trato familiar y amigo,
Por si puedo encontrar ¡ay Dios! á un hombre,
Cuyo rostro no sé ni nacimiento;
Honrado, aunque imposible pensamiento.
Acuchillaban á tu noble hermano,
Una noche, encubiertos, seis traidores;
Defendíle la vida cortesano,
Honróme con su casa y mil favores;
Llegué á mirar tu cielo soberano,
Abrasóme tu luz, díjete amores,
Vino Arnesto, lloré mi muerte triste:
Lo demás tú lo sabes, pues lo hiciste.

(*Llaman.*)

LEONIDA.

¿Oyes, Mendoza?

MENDOZA.

Muerto estoy, Leonida.

LEONIDA.

¡Válgame Dios!

CAMILA.

¿Qué es eso?

LEONIDA.

Un golpe han dado
En la puerta.

MENDOZA.

¡Jesus!

CAMILA.

Yo soy perdida.

DON JUAN.

Sin duda que los dos habeis soñado.
Repórtate, Señora, por tu vida.

(*Vuelven á llamar.*)

MENDOZA.

Mira si escampa.

CAMILA.

Toda me he turbado.
Don Juan, ¿qué hemos de hacer?

DON JUAN.

¡Hay tal desdicha!

LEONIDA.

La puerta quiebran.

CAMILA.

Yo nací sin dicha.
Escóndete.

DON JUAN.

Quien llama ya ha sentido
Que hay hombre aquí; mata esas luces presto,
Y abre esa puerta tú.

CAMILA.

Ya crece el ruido.

DON JUAN.

Y en entrando quien fuere...

MENDOZA.

¿Qué es aquesto?

DON JUAN.

Camila y tú os saldréis.

LEONIDA.

Ya te he entendido.

DON JUAN.

Mendoza y yo, con ánimo dispuesto,
Estarémos á ver la intencion suya.

MENDOZA.
No me metas á mí, por vida tuya.
LEONIDA.
Ya la puerta está abierta.
MENDOZA.
¡Vive el cielo,
Que he de asirme á Camila!

Sale EL MARQUÉS.

MARQUÉS.
¡Ay honor mio,
Ya saldréis de sospecha y de recelo!
LEONIDA.
Sígueme.
CAMILA.
Muerta voy.
MENDOZA.
Y yo confio
Ser de la procesion.
(*Vanse los tres.*)
DON JUAN.
Ya no hay consuelo
Para mi pena, ya es ninguno el brio.
MARQUÉS.
La luz han muerto, y hácia allí se esconden.
¿Quién va?
DON JUAN.
Confuso estoy.
MARQUÉS.
¿No me responden?
DON JUAN.
La voz no es de Clenardo.
MARQUÉS.
Hará el acero
Su oficio.
DON JUAN.
Ya es forzoso defenderme.
MARQUÉS.
Hombre, ó quien eres, habla.
DON JUAN.
¡Ah rigor fiero!
MARQUÉS.
Yo te he de conocer...
DON JUAN.
¿Cómo, sin verme?
MARQUÉS.
O he de matarte.
DON JUAN.
Pues morir primero...
¡Oh si hallara la puerta!
MARQUÉS.
Esto es molerme.
DUQUE. (*Dentro.*)
Fortun, dame una espada.
DON JUAN.
Este es Clenardo.
DUQUE.
Saca un hacha, Teodoro.
DON JUAN.
Ya ¿qué aguardo?

Salen EL DUQUE, *con la espada desnuda;* FORTUN Y TEODORO, *con un hacha; don Juan encubierto á un lado, y el Marqués al otro.*

TEODORO.
Señor, por esta parte...
DUQUE.
¿Qué es aquesto?
¿Espadas en mi casa y á tal hora?
¿Es el Marqués?
MARQUÉS.
¿Señor?
DUQUE.
Pues ¿cómo, Arnesto?
DON JUAN.
¡Hay tal desdicha!
MARQUÉS.
Yo pasaba ahora
Acaso por aquí...
DUQUE.
Dilo de presto.
MARQUÉS.
Y aquel hombre, Señor, que deshonora...
DUQUE.
No pases adelante.
MARQUÉS.
Hallé cerrado
En esta sala; dióme, en fin, cuidado;
Que he de casarme, y piensan mis desvelos
Que no estaba tan solo, cuando digo...
DUQUE. (*Ap.*)
Este es don Juan.
MARQUÉS.
Y de mi honor los celos
Me obligaron.
DUQUE. (*Ap.*)
El talle es buen testigo.
¡Que un hombre se confie tanto ¡ah cielos!
En mi amistad, y que por ser amigo
Me agravie!
MARQUÉS.
¿Qué respondes?
DUQUE.
Que te vayas.
MARQUÉS.
¿Así en mi ofensa, Duque, te desmayas?
DUQUE.
No es tuya, Arnesto, y cuando tuya fuera,
Yo soy marido ahora.
MARQUÉS.
Bien infieres,
Pero yo lo he de ser.
DON JUAN.
¡Ah suerte fiera!
DUQUE.
En esta casa, Arnesto, hay mas mujeres;
Yo sé quién es el hombre (salte fuera),
Y sé que no te agravia. Pues ¿qué quieres?—
Deja una luz, Fortun.
MARQUÉS.
De tí me fio.
DUQUE.
Y despejad.
MARQUÉS.
Confuso voy.
FORTUN.
¡Qué brio!
(*Vanse.*)
DUQUE.
Descúbrete; ya se fueron,
Si no es que de estas paredes
(Como, en fin, testigos fueron)
Vergüenza tengas, y quedes
Corrido de que te vieron.
DON JUAN. (*Ap.*)
Ya echó el resto mi fortuna.
DUQUE.
Ya, don Juan, sin causa alguna
La cara encubres, honrado,
Porque no es razon de estado
Tener dos y encubrir una.
Ya te he conocido, ingrato,
Y si ahora no te mato,
Es por tomar mas venganza,
Con que sepas que se alcanza
A conocer tu mal trato;
Porque á un hombre de nobleza,
De valor y gentileza,
Pienso que basta á matarle
Solamente el acordarle
De que ha hecho una bajeza.
DON JUAN.
Ahora déjame hablar.
DUQUE.
Pues tú ¿qué puedes decir?
DON JUAN.
Si no quieres escuchar...
DUQUE.
Si es disculparte, es mentir,
Y será mejor callar.
DON JUAN.
¡Qué esto sufra! Considera...
DUQUE.
De disculpas no me trates;
Todo es traicion y quimera.
DON JUAN.
Sufriréte que me mates,
Pero no de esta manera.
DUQUE.
Yo sé que Celia te adora,
Hállante en su cuarto ahora;
Pues ¿qué puedes responder,
Que no pare en ofender
A quien su cielo enamora?
DON JUAN. (*Ap.*)
¡Hay tal modo de penar!
Que por fuerza he de callar,
Y he de confesar por fuerza
Que Celia mi amor esfuerza;
Y aunque mejor es hablar
Y decirle... Pero no;
Que se casa con Arnesto
Camila, y presumo yo
Que mas se ofendiera de esto.
Mi esperanza me engañó.
DUQUE.
Si el alma un cristal tuviera
(Como cierto dios queria),
Menos traiciones hubiera,
Pues cada cual temeria
Que su infamia se supiera.
No hubiera en el mundo engaños,
Cautelas, juicios extraños,
Traiciones, falsos testigos,
Ni con máscara de amigos
Hubiera secretos daños.
No hubiera malas ausencias
Ni encontradas voluntades
Por opuestas diferencias;
Ni hubiera en las amistades
Injustas correspondencias.
No hubiera amigos fingidos,
Que el bien ajeno les mata,
De su envidia persuadidos;
Ni hubiera mujer ingrata
A servicios recibidos.
No hubiera en hombres discretos
Malas palabras y afrentas,
Quizá por falsos concetos;
Ni hubiera muertes violentas
Por intereses secretos.
No ofreciera un gran señor
Su casa á amigo traidor;
Que aun suele el mas verdadero
Ser, por ventura, el primero
Que hace el tiro en el honor.
No hubiera libres intentos
En mujeres principales
De mas altos pensamientos;

Ni en los hombres desiguales
Cupieran atrevimientos.
Y en efecto, cada cual
Fuera cortés y leal,
Fuera amigo y noble fuera,
Porque á la lengua siquiera
Correspondiera el cristal.
Vuélvete á España, y advierte
Que, si no te doy la muerte,
Es porque te quise bien.

DON JUAN. (*Ap.*)

¡Qué mas pena, dulce bien,
Que haber de vivir sin verte!

DUQUE.

No estés mas en mi presencia;
Que, por vida de mi hermana...

DON JUAN.

Ya obedezco á vuecelencia.

DUQUE.

Que te haga matar mañana
Si no sales de Florencia.
Vé tú delante.

DON JUAN.

Señor...

DUQUE.

No es favor, sino temor.

DON JUAN.

¿De mí te recelas ya?

DUQUE.

Sí; que cualquier cosa hará
El que una vez fué traidor.
El primero has de pasar.

DON JUAN.

Nunca he tenido esa fama.

DUQUE.

Yo lo puedo sospechar,
Pues quien me quitó la dama
Tambien me sabrá matar.

JORNADA TERCERA.

Salen DON JUAN, *con capa, botas y espuelas*, Y MENDOZA.

MENDOZA.

Bueno vas de la cabeza.

DON JUAN.

¿Ataste ya los caballos?

MENDOZA.

Ya quedan los dos mordiendo
De ese alcacer á pedazos;
Y segun vienes, presumo
Que pudieras ayudarlos.

DON JUAN.

¿Tan necio soy, porque siento
Perder lo que quise tanto?
¿Es el alma algun diamante?
¿Es el corazon de mármol?
¿Heme criado entre fieras?
¿Tengo parentesco acaso
Con algun peñasco de estos?
¿No fuí hombre, y hombre amado,
Que quiero bien á Camila?
¿No me destierra Cleonardo?
¿No ha de gozarla el Marqués?
¿No he de verme sin sus brazos?
¿No salgo, en fin, de Florencia?
Pues en dia tan amargo,
¿Qué mucho que, loca el alma
(Si puede ser que la traigo),
Se queje, suspire y llore?
El aliento de soldado
No implica, no, con mi amor;
Que ya sabe el mundo cuantos
Que con la espada y la pluma
Escribieron y mataron,
Lloraron de amor mil veces.
¿Ves un escuadron armado
De lanzas y de paveses,
Pólvora, flechas y dardos?
Pues hago testigo al cielo
Que no le temiera tanto
Como á Camila estos dias.
Cuando peleo, me valgo
De la destreza ó el brio,
De las armas ó los brazos;
Mas de una mujer hermosa,
¿Qué defensa, qué resguardo
Tendrá quien la adora humilde
Y la pierde desdichado?
¿No la viste esta mañana
Cuando me dijo temblando:
«Adios, señor de mis ojos,
A España os vais; acordáos
De esta vida que fué vuestra;
Yo no me caso, mi hermano
Me fuerza, mi hermano quiere
Que yo muera»? Y de allí á un rato
¿No viste arrojar los ojos
Mil perlas, que al alabastro
Se deslizaban, y á veces,
Mas comedido algun grano,
Se paraba en el camino?
Que, como todo el espacio
Era jardin, y las flores
Con el agua crecen tanto,
Embargaban el cristal,
Y era cada perla un mayo.
Yo vi quejosa la boca,
Porque al clavel de sus labios
No le alcanzaba su parte.

MENDOZA.

Lindamente lo has pintado.

DON JUAN.

No sé, Mendoza, qué tiene
Cualquiera mujer llorando,
Que lleva el alma tras sí.

MENDOZA.

Yo he visto alguna, que el diablo
Pudiera esperarla.

DON JUAN.

¿Cómo?

MENDOZA.

Hacia gestos revesados,
Y de su lugar sacaba
La boca, y del cuarto alto
De la señora nariz
Bajaban bravos emplastos;
Traslado á un lienzo de *requiem*.

DON JUAN.

Cuando es sin concierto el llanto,
A cualquiera descompone;
Pero un llorar recatado,
Que no se declara bien,
Y que el dueño está mostrando
Risa en la boca, y los ojos
La desmienten, este alabo.
La Condesa, en fin, ¡ay Dios!
(Aun del nombre me acobardo),
Lloraba con mucho aseo.
Pues, Mendoza, si yo amo,
Con tal disculpa, bien puedo
Sentir y llorar, que el llanto
Es consuelo de las penas.

MENDOZA.

Sí; mas sintiendo y llorando
Pudiéramos caminar.

DON JUAN.

Si ves que con cada paso
Me voy dando á mí la muerte,
Déjame morir despacio;
Déjame contar mis ansias
A estas flores, á este campo,
A estas aves, á este arroyo,
Que furioso y despeñado,
Quiebra en las peñas el brio,
Que la noche tuvo atado.

MENDOZA.

Para salir en ayunas
En linda venta paramos.
¿Pedirémos de comer?

DON JUAN.

Desde aquí se ve el palacio.

MENDOZA.

¡Así fuera una hostería!
Pues ¿qué mucho, si aun no estamos
Cuatro millas de Florencia?

DON JUAN.

¿Tanto habemos caminado?

MENDOZA.

¿Esto llamas caminar?

DON JUAN.

Es volar.

MENDOZA.

Pues á este paso
Llegarémos á Madrid
De aquí á muchísimos años,
Y habrás menester teñirte.

DON JUAN.

No fuera yo tan liviano
Cuando llegara ese tiempo.

MENDOZA.

Ya es uso.

DON JUAN.

Llámale engaño.

MENDOZA.

Hombre he conocido yo
Que se acostó bueno y cano,
Y amaneció ¡Dios nos libre!
Con bigotes naranjados
Y cabello verde-mar.

DON JUAN.

Y á ese tal ¿se le quitaron
Los achaques?

MENDOZA.

No, Señor;
Mas era muy adeudado;
Y como sus acreedores
Le habian conocido bayo,
Y le miraban morcillo,
Andaban tan deslumbrados,
Que á él mismo le preguntaban:
«¿Vive aquí el señor Fulano?»
Y él respondia muy sesgo:
«Ya ese hombre se ha mudado,
Habrá un mes, á otra parroquia.»
Y así anduvo muchos años
Conservando sus trapazas,
Sin pagar á nadie un cuarto.

DON JUAN.

Trátame en Camila, y deja
Disparates; dime algo
De aquel mirar amoroso,
De aquel rostro soberano,
De aquellos negros luceros,
Que son negros y son claros.
Ahora ¿qué hará?

MENDOZA.

A mi ver,
Se estará desayunando
Con cualque polla de leche,
Y en un búcaro leonado
Pedirá de agua cocida
Dos ó tres onzas, si acaso
No viene, en lugar del agua,
Un cuartillo de lo caro;
Que ya es uso entre las damas,
Y suelen beberlo en barro,
Por amor de los mirones.

DON JUAN.
Eres, en fin, hombre bajo.
MENDOZA.
Pues ¿qué quieres? ¿Que Camila
No coma, y se esté llorando
Muy á lo tierno? ¿Apostemos
Que estáis los dos consolados
Antes de cuarenta horas?
No hay para el amor ruibarbo
Como la ausencia.
DON JUAN.
Es locura.
Yo sé, Mendoza, que traigo
Fuego para muchos dias;
Si yo la hubiera gozado,
Pudiera ser que, como hombre,
Me olvidara; pero amando
Siempre con sola esperanza,
Mal podré, y amando tanto.
MENDOZA.
Solo estuviste con ella.
DON JUAN.
Pues ¿qué importa? ¿A su recato
Querias que me atreviese?
MENDOZA.
¿Cortárate pierna ó brazo?
DON JUAN.
Enojárase, que es mas.
MENDOZA.
Harto mas se enojan cuando
Miran á un hombre alfeñique,
Todo deseo sin manos.
DON JUAN.
A las suyas me atreví,
Y pienso. si no me engaño,
Que á la boca las llevé.
MENDOZA.
Y ella ¿qué hacia entre tanto?
DON JUAN.
Reñirme el atrevimiento,
Escondiendo el alabastro,
Que pasó plaza de fuego,
Siendo cristal condensado.
MENDOZA.
En fin, las manos te dió;
Si fuera como en el rastro,
Vinieran con vientre y todo;
Mas, dejando aquesto á un lado,
¿Qué hay de Celia?
DON JUAN.
No la mientes,
Que, en fin, de todos mis daños
Es la ocasion, pues el Duque,
Pensando que yo la amo,
Me destierra de la corte.
MENDOZA.
No pienso que lloró tanto
Como Camila.
DON JUAN.
Su amor
Apenas llegó á cuidado;
Fué un modo de entretenerse
Como de dama en palacio.
MENDOZA.
Y tú, como hombre y en selva,
¿Cuándo quieres que nos vamos?
DON JUAN.
Mendoza, cuando quisieres.
MENDOZA.
¿Iré á poner los caballos?
DON JUAN.
Bien puedes.
MENDOZA.
¿Y desde dónde
He de llamarte don Cárlos?
DON JUAN.
Hasta España don Juan soy.
(*Vase Mendoza.*)
Aves que correis volando,
Si acaso vais á la corte
Y pasais por el palacio,
Decid, decid á Camila
De la manera que parto,
Llevadle allá mis suspiros.—
Y vosotros, montes altos,
Que parece que en los cielos
Pretendeis aposentaros,
Habladla en mis pensamientos,
Pues los habeis escuchado;
Y tú, travieso arroyuelo,
Que bajas, hecho pedazos,
A ser vida de las flores,
Siendo lisonja del prado;
Aunque murmurando sea,
Dile la vida que paso,
Y dile que voy sin mí.

Sale LUCINDO, *de camino.*

LUCINDO.
Ventura ha sido el hallaros,
Señor don Juan.
DON JUAN.
¿Quién me llama?
¿Es Lucindo?
LUCINDO.
Y vuestro esclavo.
DON JUAN.
¿Venis de Florencia?
LUCINDO.
Sí.
DON JUAN.
¿Adónde bueno?
LUCINDO.
A buscaros;
Este os envia el Marqués.
DON JUAN.
¿Para mí? ¡Notable caso!
¿Qué puede ser? Mas yo leo;
Dice así.
LUCINDO.
No es de cuidado.
DON JUAN.
(*Lee.*) «Vuestra partida ha sido tan »breve, que no ha dado lugar á que »me despidiese de vos, y os suplicase »deis en Madrid ese pliego, avisándo»me del recibo, y cobrando respuesta; »hacedlo por vuestra vida, que es di»ligencia que importa á mi voluntad; »y á Dios, que os guarde. De Floren»cia.—*El marqués de San Telmo.*»
LUCINDO.
Este es el pliego.
DON JUAN.
Diréis
Al Marqués que con cuidado
Haré lo que me ha mandado.
LUCINDO.
Todo ese amor le debeis.
DON JUAN.
Fuera de deberlo, es justo.
¿Ha estado en España Arnesto?
LUCINDO.
Sí, mas volvióse muy presto.
DON JUAN.
¿Cómo?
LUCINDO.
Por cierto disgusto,
Que en sangre pudo parar.
Dios os guarde.
DON JUAN.
Adios.
LUCINDO.
Adios. (*Vase.*)
DON JUAN.
Fuése Lucindo, y por Dios,
Que me ha dado qué pensar;
De cualquiera que me dice
Que ha estado ó viene de España,
Imagino (¡cosa extraña!)
Que de mi afrenta infelice
Es la causa, y el autor
De aquella infame cautela
Que tiene á mi hermana Estela
Sin quietud, gusto ni honor.
Dice Lucindo que Arnesto
Tuvo en España un pesar,
De que vino á resultar
Que se ausentase mas presto
Que quisiera. ¡Loco estoy!
Mas si este príncipe fuese
Quien ofendido me hubiese,
Y de quien huyendo voy...
Pero ¿qué dudo? Yo leo;
A la carta me remito;
Dice, pues, el sobrescrito:
(*Lee.*) «A doña Estela» (¡Qué veo!)
Alma, el dolor prevenid.
(*Lee.*) «Enriquez (¡hay caso igual!),
»En el convento real
»De los Angeles, Madrid.»
Sin alma, sin ser, sin vida
Y sin aliento he quedado:
Que ya sé quién me ha afrentado.
La sangre, que repartida
Por venas y cuerpo estaba,
En tan terrible ocasion
A amparar el corazon
Se ha venido. ¡Ah fuerza brava
Del sentimiento! La nema
(*Abre el pliego.*)
Rompo, por saber mejor
Mi desengaño. (¡Ay honor,
Qué mucho que el alma tema!)
(*Lee.*) «Despues, Estela, que quiso
»El cielo que te perdiera,
»Y que la culpa tuviera
»(¡Ah cielos!) mi poco aviso
(*Ap.* Muerto estoy, como otro Anfriso).
»Lloro las prendas perdidas,
»Que, aunque el estar divididas
»Niegue á mi amor otras palmas,
»Mientras se abrazan las almas,
»No hay ausencia entre las vidas.»
Bien desengañado estoy.
No leo mas; yo mataré
A mi enemigo, y yo haré
Que Italia sepa quién soy.
Con celos y agravios voy,
Los celos ya procuraban
Su muerte, pero no hallaban
Harta causa, y á la cuenta,
Se han valido de mi afrenta,
Viendo que ellos no bastaban.
Perdone el Duque el rigor
En que mi honor se resuelve;
Que el alma á Florencia vuelve
Solamente por su honor.
Palabra dí á su valor
De ausentarme á mi pesar;
Mas no la debo guardar,
Que en tan infeliz estado,
De dejar de ser honrado
Ninguno la puede dar.
Que pierda la vida, es bien,
Por mi honor; que, en conclusion,
Para sola una ocasion
La guarda un hombre de bien.
Quien sufre una ofensa, y quien
Su honor deja al albedrío
Del vulgo, no tiene el mio,
Ni procede como sábio;
Que dormir sobre un agravio

Es virtud, pero no brio.
Como amante y ofendido,
Mi honor y mi amor serán
Los que muerte le darán;
Mi amor celoso y corrido,
Mi honor mucho y mal sufrido;
De suerte que amor y honor
Han de juntar su valor
En la venganza que espero;
Mi honor blandiendo el acero,
Y animándole mi amor.

Sale MENDOZA.

MENDOZA.
Como tan despacio estás,
He vuelto á atar los caballos.

DON JUAN.
Pues ya puedes desatallos;
Pero la vuelta darás
A Florencia.

MENDOZA.
¡Aquesto mas!
¿Estás loco?

DON JUAN.
Antes que parta
De la corte...

MENDOZA.
¡Lo que ensarta!

DON JUAN.
He de matar á un traidor;
Arnesto ofendió mi honor.

MENDOZA.
¿Quién lo ha dicho?

DON JUAN.
Aquesta carta,
Que él propio á mi hermana escribe.

MENDOZA.
¡Bravo caso! ¿y qué has de hacer?

DON JUAN.
Entrar de noche y perder
La vida, si acaso vive
Quien tales nuevas recibe.

MENDOZA.
¿Quién las trujo?

DON JUAN.
Su criado.

MENDOZA.
¿Y á qué te has determinado?

DON JUAN.
¿Querráme tu amor seguir?

MENDOZA.
Claro está.

DON JUAN.
Pues á morir,
O á volver á España honrado.

MENDOZA.
o primero puede ser.

DON JUAN.
Y vengarme ¿por qué no?

MENDOZA.
Por ser quien es, pienso yo.

DON JUAN.
Mas es mi honor que el poder.

MENDOZA.
Pues di, ¿cómo lo has de hacer?

DON JUAN.
Mendoza, como pudiere;
Tú verás que Arnesto muere.

MENDOZA.
¿Y si hay cuchillo y prision?

DON JUAN.
Cumpla yo mi obligacion,
Y venga lo que viniere.
(*Vanse.*)

Salen CAMILA Y LEONIDA.

CAMILA.
Si bien me quieres, Leonida,
Haz por mí lo que te digo,
Usa esta piedad conmigo,
Quítame esta triste vida,
Y excúsame de tener
Otra peor que me espera,
Antes que mi suerte fiera
Mi verdugo venga á ser.
¿Don Juan ausente y yo viva?
Limitado amor ha sido;
Poco, Señor, te he querido,
Pues que la fuerza excesiva
De mi amorosa pasion
No basta, en trance tan fuerte,
A dar al cuerpo la muerte,
Pues la ha dado al corazon.
No es solo mi mal, Leonida,
Haber perdido mi bien;
Que por mi mal quise bien,
Y me ha de costar la vida;
Mas tengo que padecer,
Y mas tengo que llorar,
Pues por fuerza he de mirar
A quien no puedo querer;
A un hombre que siempre ha sido
Tan ajeno de mi gusto,
Pues quiere mi hermano injusto
Darme en Arnesto marido;
De manera que padezco
Por dos caminos, pues lloro,
Con el perder lo que adoro,
Quedar con lo que aborrezco.

LEONIDA.
Y á Celia ¿cómo le va
De amor?

CAMILA.
Ya está consolada.

LEONIDA.
Estaria algo asombrada,
No perdida.

CAMILA.
Claro está,
Pues si de veras amara,
Sintiera como sentí;
Hoy con el Duque la vi.

LEONIDA.
Su facilidad es clara;
Hay mujeres que en no viendo
Se consuelan lindamente.

CAMILA.
Ese amor es accidente;
¡Ay de mí, que estoy muriendo!
Tú verás lo que sucede
Si el Duque llega á apretarme.

LEONIDA.
Pues ¿qué has de hacer?

CAMILA.
No casarme.

LEONIDA.
¿Quién lo ha de estorbar?

CAMILA.
Quien puede.
¿No habrá espadas en Florencia?
No habrá un vaso de veneno,
Para mis desdichas bueno?
¿Piensas tú que hay diferencia
En morir de aqueste modo,
O estar despues con un hombre,
Que aun aborrezco su nombre?
Pues si en fin morir es todo,
¿Pará qué la vida guardo?
Para qué quiero vivir?

LEONIDA.
Mira que te puede oir.

CAMILA.
¿Quién?

LEONIDA.
El Marqués y Clenardo.

Salen EL DUQUE Y EL MARQUÉS.

DUQUE.
Yo vengo resuelto, Arnesto.

CAMILA. (*Ap.*)
De mi muerte tratarán.
¡Ay mi ausente! Ay mi don Juan!

MARQUÉS.
Señor...

DUQUE.
No hay que hablar en esto;
¿Tú á qué veniste?

MARQUÉS.
A casarme.

DUQUE.
¿Con quién?

MARQUÉS.
Con tu hermana.

DUQUE.
Y bien
¿Qué te ha parecido?

MARQUÉS.
Bien.

DUQUE.
¿Es tu igual?

MARQUÉS.
Y puede honrarme.

DUQUE.
¿Es discreta?

MARQUÉS.
Por extremo.

DUQUE.
¿Tiene algun defecto?

MARQUÉS.
No.

DUQUE.
Pues ¿qué aguardas?

MARQUÉS.
Pienso yo...

DUQUE.
¿Qué piensas?

MARQUÉS.
Tu enojo temo.

DUQUE.
¿Yo enojarme? Pues ¿acaso
Camila no es cuerda y casta,
Y no es mi hermana, que basta?

MARQUÉS.
Dices muy bien, pero...

DUQUE.
Paso;
Que me das que sospechar.

MARQUÉS.
Yo digo que puede ser
Virtuosa una mujer,
Y no quererse casar.

DUQUE.
¿En fin, dices (habla claro)
Que quieres á la Condesa,
Y ella...

MARQUÉS.
De verme la pesa,
Y tambien, Señor, reparo
En que la otra noche (¡ay cielos!),
Como sabes, hallé un hombre.

DUQUE.
Ya supe su estado y nombre,
Y ya aseguré tus celos.

MARQUÉS.
Dijiste, Señor, que habia
En aquel cuarto otra dama,
Y segun en casa es fama,

Nadie atreverse podia,
Sino es ella y Celia?

DUQUE.

Di,
¿No pudo ser Celia?

MARQUÉS.

No;
Que la he examinado yo,
Y ha respondido... (¡ay de mí!)

DUQUE.

¿Qué ha respondido?

MARQUÉS.

Lo niega.

DUQUE.

Ya estás necio y atrevido;
Pues di, ¿qué mujer ha habido
Tan deslumbrada y ciega,
Que en cosas de voluntad
Y que ofenden su opinion,
Sin otra averiguacion,
Haya tratado verdad?
Quererse Celia infamar
Por tu gusto fuera error,
Que en defensa de su honor
Cualquiera sabe callar;
Que es liviandad el querer,
Y la menos recatada
Quiere parecer honrada,
Ya que no lo pueda ser.
Mal conoces las mujeres;
Lo que vieres negarán,
Si acaso toca en galan.

MARQUÉS.

¿Lo que viere?

DUQUE.

Lo que vieres,
Porque todas saben ya
Que lo que se ve se niega;
Que lo que á verse no llega,
Por sí negado se está.
El hombre que viste allí,
Don Juan de Cárdenas era,
Amaba á Celia... ¡Pluguiera
A Dios que no fuera así,
Y la suerte se trocara,
Aunque pusiera el deseo
En otro mayor empleo!
Si á mi hermana se inclinara,
Vive Dios, que se la diera;
Mas no fui tan venturoso.

MARQUÉS. (*Ap.*)

Albricias, amor quejoso.

DUQUE.

¡Quién tal de don Juan creyera!

CAMILA.

¿Hermano?

DUQUE.

¿Aquí estabas?

MARQUÉS.

Hoy
Salió el sol á mis recelos.

CAMILA. (*Ap.*)

Toda soy fuegos y hielos.

DUQUE.

Contigo enojado estoy.

CAMILA.

¿Conmigo, Señor?

DUQUE.

Despues
Te reñiré, y entre tanto...

CAMILA. (*Ap.*)

Ojos, detened el llanto.

DUQUE.

Dale la mano al Marqués.

CAMILA.

Señor...

DUQUE.

No hay que replicar.

CAMILA.

Digo que sí, mas yo muero;
Oyeme aparte primero
Yo me debo de engañar
(*Ap.* Ayúdame, loco amor):
O el Marqués no tiene gusto,
Y fuera término injusto,
Y aun agraviar tu valor,
Querer por fuerza casarle;
Ello ha sido mi desdicha.
Él vino á verme y por dicha
Yo no debo de agradarle;
Y no es bien darme marido
Que aun antes de desposado
Mire mi amor con enfado.

DUQUE.

Basta ya; que estoy corrido
De que los dos me trateis
Engaños.

MARQUÉS.

Repara...

CAMILA.

Advierte...

DUQUE.

Claro está, pues de esta suerte
Mi autoridad ofendeis.
Tú dices que no te trata
Camila bien, y ella ahora
Tu desprecio siente y llora;
Tú la has culpado de ingrata,
Y ella de tibio; y por Dios...

MARQUÉS.

Yo sé que verdad traté.

CAMILA.

Yo sé que no te engañé.

DUQUE.

Pues ¿quién miente de los dos?

CAMILA. (*Ap.*)

Yo, que á mi amor he querido
Esta traicion levantar.
¡Ay Dios, quién pudiera hablar!

MARQUÉS.

¿Yo, Señora, cuándo he sido
Descortés con tu hermosura?

CAMILA. (*Ap.*)

No me está bien responder.
¡Cielos, que suya he de ser!

MARQUÉS. (*Ap.*)

¡Hay tan notable ventura!
¡Ella me debe de amar!

DUQUE.

Yo no sé quién miente, hermana;
Mas solo sé que mañana
Te has de casar.

CAMILA.

¡Qué es casar!

DUQUE.

¿Qué dices?

CAMILA.

Que humilde estoy.

DUQUE.

Y lo que me mueve, Arnesto,
A dar tanta prisa en esto,
Siendo en efecto quien soy,
Es porque el vulgo no diga,
Atrevido en esta parte,
Que, pues dudas en casarte,
Alguna causa te obliga. (*Vase.*)

MARQUÉS.

¿Haslo escuchado?

CAMILA. (*Ap.*)

Ya oí
Mi muerte.

MARQUÉS.

Pues si es verdad
Que me tienes voluntad,
Y estás quejosa de mí;
Si es verdad que me has querido,
Aunque lo has disimulado,
O por probar mi cuidado,
O por ensayar tu olvido,
¿De qué sirven los rodeos,
Si no es que gustas, airada,
De dar en taza penada
Esta gloria á mis deseos?
Gracias á Dios, que eres mia.

(*Hace que se va Camila.*)

¿Pues tú, la mano en los ojos,
Te vas? ¡Ay dulces enojos!
Ya es en balde la porfía,
Ya está conocido el juego;
O pensaré, pues me adoras,
Que de puro gusto lloras,
O encubrir quieres su fuego
Poniendo en ellos la mano;
Mas tambien ha sido error,
Que á su hermoso resplandor
No impide rebozo humano;
Y el de aquesa mano es tal,
Que no estorba, no, á los ojos,
Antes se ven sus despojos
Como flores por cristal.
Cuanto le pasa á tu cielo
Desde aquí mirando estoy.

CAMILA.

(*Ap.* Pues ¿cómo no ves que doy
Tantas lágrimas al suelo?
No sé qué he de responder.)
Escúchame, Arnesto. (¡Ay Dios!)
¿Estamos solos los dos?
(*Ap.* Yo me quiero resolver.)

MARQUÉS.

Sí estamos.

CAMILA.

Oidme, pues;
Pero advertid que primero,
Como noble caballero,
Galan, discreto y cortés,
Palabra me habeis de dar
De no decir á mi hermano
(*Ap.* Ya es la resistencia en vano)
Cierto secreto.

MARQUÉS.

A callar
Me obligaré; yo la doy,
Y os hago pleito homenaje
De ser mudo.

CAMILA.

Ese lenguaje
Es muy vuestro. (*Ap.* ¡Loca estoy!)
Pues en dos palabras solas
Se cifra todo el secreto.

MARQUÉS.

De callarlas os prometo.

CAMILA.

Solo el estar tan á solas
Me ha de poder disculpar.
Yo quiero bien, y no á vos;
Entendido sois; adios;
Mirad si os quereis casar. (*Vase.*)

MARQUÉS.

¿Qué es esto, locos antojos?
Volved, volved por mi honor,
Olvidad tan necio amor,
No consulteis á los ojos.
Camila está enamorada;
Huid, temed, replicad,
Id con tiento, voluntad;
Que quien antes de casada
Amó, tambien amará
Despues que casada esté,
Y aun mas; porque, en fin, se ve

Con menos peligro ya.
La Condesa, cosa es clara,
Tiene amor, ó le ha fingido;
Y mujer que se ha atrevido
A decírmelo en la cara,
No es para propia mujer;
Porque la falta, en efeto,
Aquel natural respeto
Que me debiera tener.
Quiera Camila en buen hora,
Mas no siendo yo su dueño.
Ya salí de aqueste empeño;
Mas para salir ahora
De la palabra que he dado
A Camila de callar,
Y al Duque de efectuar
El casamiento tratado
¿Qué he de hacer?

Sale LUCINDO.

LUCINDO.
¿Es mi señor?

MARQUÉS.
¿Qué hay, Lucindo?

LUCINDO.
César fuí.

MARQUÉS.
¿Cómo?

LUCINDO.
Vi, llegué y vencí.

MARQUÉS.
¿Llegaste á tiempo?

LUCINDO.
El mejor.

MARQUÉS.
¿Dístele el pliego?

LUCINDO.
Pues ¿no?
Y dijo que cobraria
Respuesta.

MARQUÉS.
¿Cuánto estaria
De Florencia?

LUCINDO.
Pienso yo
Que cuatro millas.

MARQUÉS.
Ya entiendo;
Vive Dios, que he imaginado
Que para ver mi cuidado
Logrado en lo que pretendo,
No hay camino mas seguro
Que irme á España con don Juan,
Y así mis cosas tendrán
Aquel fin que les procuro.
Débole á Estela su honor,
Y aunque puedo no pagar,
Le suele el cielo cobrar,
Que es el alcalde mejor.
El sin duda ha permitido
Que Camila no me estime,
Para que á pagar me anime
Deuda que tan justa ha sido.
Estela está en un convento,
Llorando mi sinrazon,
Y en belleza y discrecion,
Virtud, talle y nacimiento,
Camila no la aventaja,
Y en la voluntad Estela
La excede; pues ¿qué recela
Mi amor, cuando así se ataja
El peligro que me espera
De casar (¡ay Dios!) con quien
Sé que no me quiere bien?
Pues toda mi infamia fuera
Por esto; y porque he sabido
Que cierto hermano de Estela
En mi muerte se desvela
Y anda en Italia escondido;
A don Juan quiero alcanzar
Para irme á España con él,
Y en cualquier fortuna, de él
Puedo mi amparo fiar;
Que sé que me hará favor.—
¿Lucindo?

LUCINDO.
¿Señor?

MARQUÉS.
Mañana,
Antes que entre nieve y grana
Salga el primer resplandor,
Dos caballos me tendrás
A la puerta de Florencia
Con secreto y diligencia.

LUCINDO.
Tú mi cuidado verás.

MARQUÉS.
Esto mi remedio es.

LUCINDO.
¿Vas á caza, ó es quimera?

MARQUÉS.
Huyendo voy de una fiera;
Lo demás sabrás despues.
(*Vanse.*)

Salen DON JUAN *y* MENDOZA, *con linterna.*

DON JUAN.
No me repliques, Mendoza;
Que esto ha de ser.

MENDOZA.
No replico.

DON JUAN.
¿Hombre que nació en España
Ha de temer?

MENDOZA.
¡Oh qué lindo!
¿Qué es temer? Y aun retemer,
Y taratemer; el brio
No es para gente de á pié;
Si yo fuera de los finos
Mendozas, no me igualara
César, Alejandro ó Pirro;
Pero un Mendoza chanflon
No pasa en tales peligros...
Mas gente viene.

DON JUAN.
A esta parte
Te retira.

MENDOZA.
Hénos perdidos;
Si es el Duque, nos empala.
(*Vanse.*)

Salen TEODORO *y* FORTUN.

FORTUN.
Gran fiesta se ha prevenido.

TEODORO.
En fin, mañana han de ser
Las bodas.

FORTUN.
Así lo dijo
Clenardo al de Cápua ahora.

TEODORO.
Dicha el Marqués ha tenido.

FORTUN.
¡Bella moza!

TEODORO.
Y mejor dote.
(*Vanse.*)

Salen DON JUAN *y* MENDOZA.

DON JUAN.
Mendoza, ¿qué es lo que he oido?

MENDOZA.
Que la Condesa se casa,
Y que ha de ser su marido
El Marqués.

DON JUAN.
¿Y si primero
La vida al Marqués le quito?

MENDOZA.
Eso es hablar de la mar.

DON JUAN.
¿Cómo hablar? ¿Yo no soy hijo
De don Jerónimo Enriquez,
A quien el Asia ha temido,
Cuyo escudo es un leon
Que á los piés de dos castillos
Se muestra en campo de plata?
Pues si hubiera mas peligros
Que flores en aquel campo,
Y en este mar obeliscos
De agua que las nubes trepan,
No ha de verme España vivo
Sin vengarme del Marqués,
Si espadas, bombas y tiros
Lo defendieran de mí
Con su fuego y con sus filos.
Dame esa luz y ese rostro,
Para no ser conocido
Y poder hacer mi hecho.
¿Qué hora será?

MENDOZA.
De los signos
Entiendo poco; á las once
De la posada salimos.
Bien habrá dos horas.

DON JUAN.
Sí;
Al primer sueño rendidos
Estarán ahora todos.

MENDOZA.
Tú intentas gran desatino.

DON JUAN.
Esos son los corredores;
Al lado izquierdo imagino
Que está el cuarto del Marqués.

MENDOZA.
¿No es aqueste?

DON JUAN.
Bien has dicho.

MENDOZA.
¿Y ahora?

DON JUAN.
Abrir.

MENDOZA.
¿Con qué llave?

DON JUAN.
Con esta.

MENDOZA.
¡Gentil aliño!
¿Es maestra?

DON JUAN.
¿No lo ves?
Yo la pruebo.

MENDOZA.
Pasitico.
¿Ha entrado?

DON JUAN.
Sí.

MENDOZA.
¿Da la vuelta?

DON JUAN.
¡Oh pésia con quien la hizo!

MENDOZA.
¿Cómo?

DON JUAN.
No quiere volver.
MENDOZA.
Eso decirnos ha sido
Que nos volvamos nosotros.
DON JUAN.
¡Vive Dios, que estoy sin juicio!
En lugar de abrir, cerraba.
MENDOZA.
Turbado estás, no me admiro.
DON JUAN.
Es la cólera muy ciega.
MENDOZA.
Déjame ver si yo atino.
DON JUAN.
No es menester; ya está abierto.
Adios.
MENDOZA.
Él vaya contigo.
(*Vase don Juan.*)
MENDOZA.
¡Oh España, qué pechos crias!
Venturosa por tus hijos
Te puede llamar el mundo;
Díganlo espadas y libros.
En saliendo un extranjero
De su patria, anda encogido
Y nos mira de gazapo;
Y al revés, el gorrioncillo
Mas humilde, como España
Le haya dado el primer nido,
Se sorbe á todos, y mas
Donde es menos conocido.
¡Con qué brio, con qué aliento
Entra! Mas ya suena ruido;
Quiero sacar mi rosario.
MARQUÉS. (*Dentro.*)
Ay de mí!
DON JUAN. (*Dentro.*)
Muere, atrevido.
MARQUÉS.
¿Hola, criados?
MENDOZA.
Ya grazna;
Esto es tocar á homicidio.
Bravamente se defiende.
Por Dios que estaba vestido.—
¡Oh Marqués madrugador!
MARQUÉS.
Tristan, Astolfo, Lucindo,
Que me matan, que me ahogan.
MENDOZA.
A los brazos se han venido.

Sale EL MARQUÉS, *defendiéndose de* DON JUAN, *con una daga, y la mano ensangrentada.*

MARQUÉS.
¡Válgame el cielo!
MENDOZA.
Ya salen.
MARQUÉS.
Hombre, ilusion ó prodigio,
¿Qué intentas?
DON JUAN.
Darte la muerte.—
Ciérrame tú ese postigo,
Porque no salga ninguno.
MARQUÉS.
¿Quién eres?
DON JUAN.
Cierto enemigo
Que tienes, y no conoces.
(*Quítase la mascarilla.*)
MARQUÉS.
¡Cielos! ¿qué es esto que miro?
¿Es don Juan?
DON JUAN.
No soy don Juan.
MARQUÉS.
Pues si estás de mí ofendido
(Que lo dudo), di, cobarde,
¿No hay campo, no hay desafío
Para un hombre de valor?
DON JUAN.
Advierte que yo no riño,
Sino satisfago agravios;
Y no ha de ser el castigo
A gusto del ofensor.
MENDOZA.
¡Qué aguardas, cuerpo de Cristo!
Pégale, que pierdes tiempo.
MARQUÉS.
Vengarse con este arbitrio
Es disimular el miedo.
DON JUAN.
¡Vive Dios, que estoy corrido!
Dale esa espada, Mendoza;
No piense que le he temido.
MENDOZA.
No quiero, con tu licencia.
DON JUAN.
Mas ¡cielos! un hombre he visto.

Sale EL DUQUE.

DUQUE.
¿Ruido en palacio á estas horas?
LUCINDO. (*Dentro.*)
Baja por acá, Flaminio;
Que está cerrada la puerta.
MENDOZA.
En Cantalapiedra dimos.
DON JUAN.
Si son gallinas, son pocos.
MARQUÉS.
Astolfo, Lucindo, amigos.

Salen LUCINDO *y* CRIADOS.

LUCINDO.
Muera el traidor.
DUQUE.
¿Qué es aquesto?
MARQUÉS.
¿Es el Duque?
DUQUE.
¿Estás herido?
MARQUÉS.
Sí, Señor; pero no es nada.
MENDOZA.
Tus melindres lo han querido.
MARQUÉS.
Gracias á Dios y á un coleto.
DON JUAN.
Ya estoy resuelto. Enemigos,
Matadme.
DUQUE.
¿No es don Juan este?
MARQUÉS.
Sí, Señor, y te suplico
Que le examines primero,
Para ver qué le ha movido
A tan gran temeridad.
DON JUAN.
Mi honor, mi honor me ha traido.
MARQUÉS.
¿Qué honor?
DON JUAN.
Escucha.
DUQUE.
Prendedle.
(*Acuchíllanle, y defiéndese de todos.*)
DON JUAN.
Ahora, ahora es el brio,
Mendoza.
MENDOZA.
Las ocasiones
Hacen valientes.
DUQUE.
Yo mismo
Te he de matar.
DON JUAN.
Si pudieres.
MENDOZA.
¡Oh pecadores del quinto!
El diablo tiene en el cuerpo
Este duque.

Salen CELIA y CAMILA.

CAMILA.
¡Hermano!
CELIA.
¡Primo!
CAMILA.
¿Qué es esto?
DUQUE.
El mayor pesar
Que puede haber sucedido;
Don Juan ha herido á tu esposo.
CAMILA.
¿Qué dices?
DUQUE.
Lo que has oido.
CAMILA.
Y ¿por qué?
DUQUE.
Porque es traidor.
CELIA.
Pues ¿no estaba ausente?
DUQUE.
Vino
Sin duda esta noche.
CAMILA.
¡Ay triste!
Solo siento su peligro.
MENDOZA.
Señora, acá estamos todos.
CAMILA. (*Ap.*)
Hoy, amor, tu poderío
Se ha de ver, pues la ocasion
Me has dado que solicito.
La fiera mas enseñada
A rigores vengativos
Alberga, ampara y defiende
Al esposo y á los hijos;
Que el amor aun en las fieras
Tiene natural dominio.
Si á la cabeza amenaza
El estoque ó el cuchillo,
Sirve de broquel la mano,
Y con un secreto aviso
Se opone al golpe y la guarda.
Pues ¿qué espero? Qué porfío?
Ea, noble voluntad,
Ni sois fiera ni sois risco.
CELIA.
Haz que le escuche siquiera.
CAMILA.
Haced, alma, un silogismo:
Mia es la vida de Cárlos;
Luego, si él muere, no vivo;

Resolverme es la respuesta.
No hay parentesco tan fino
Como aquello que se ama.—
Dame esa espada, Lucindo;
Que á mí me toca el matarle.

CELIA.

Advierte que no te pido
Su vida porque le quiera,
Sino porque le he querido.

DON JUAN.

¿Tú eres tambien contra mí?

CAMILA.

De esta suerte, señor mio...
(*Pónese al lado de don Juan.*)

DON JUAN.

Di esclavo, y acertarás.

CAMILA.

A morir vengo contigo.

MENDOZA.

Pasóse acá este compadre.

DUQUE.

Mas con los celos me incito;
¡Muera este traidor!

CAMILA.

Detente...

MARQUÉS.

¡Ay cielos!

DUQUE.

¿Qué es lo que miro?

CAMILA.

Porque primero esas puntas
En mi pecho compasivo
Han de hacer paso á la muerte,
Y este suelo, en sangre tinto,
Será trágico jardin
De corales fugitivos;
Y primero, con valiente
Corazon y amor altivo,
He de mataros á todos,
Que consienta (yo lo digo)
Que nadie se atreva á Cárlos.

DUQUE.

¿Qué Cárlos? ¿Estás sin juicio?

CAMILA.

De puro amor, es verdad.
Don Cárlos es mi marido:
Quien le ofendiere, me ofende.

MENDOZA.

Eso sí, cuerpo de Cristo;
Que es de lo de á mil la onza.

DUQUE.

Que vienes loca imagino;
Este es don Juan, y tú dices
Que es Cárlos y tu marido.

CAMILA.

Todo es verdad.

DUQUE.

¡Vive Dios!

MARQUÉS.

¿Hay tal suceso?

DON JUAN.

Sí, digno
Soy que me escuches; aguarda.

DUQUE.

Alguna traicion colijo.

DON JUAN.

Yo soy don Cárlos Enriquez,
Que, mudando de apellido,
Busqué al Marqués.

DUQUE.

¿Por qué causa?

DON JUAN.

Escucha, señor invicto:
Yo tuve una hermana, á quien,
Con título de marido,
Arnesto gozó; y despues,
O descontento ó esquivo,
La dejó burlada en todo,
Y á sus estados se vino;
Accion que me cuesta estar
Sin patria, deudos ni amigos,
Y sin honor, que es lo mas;
Soy honrado y bien nacido;
Mira si es bastante causa
Para matarle. No quiso
Mi fortuna que pudiera;
Mas, si en los hondos abismos
Se escondiese, ha de pagar
Esta deuda; y cuanto he dicho
Sustentaré que es verdad
Con la espada, que esto ha sido
Cumplir con mi obligacion.

DUQUE.

¿Hay caso mas peregrino?

MARQUÉS.

¿Tú eres hermano de Estela?

MENDOZA.

¿No se ve en lo parecido?
No tiene las mismas barbas?

DUQUE.

¿Qué dices, Arnesto?

MARQUÉS.

Digo
Que soy su hermano, y mil veces
Que me perdones te pido.—
Mas sabe el cielo, don Cárlos,
Que estaba ya prevenido
A cumplir mi obligacion,
Yéndome á España contigo
Antes que saliese el alba.—
¿Es verdad esto, Lucindo?

DUQUE.

Y ¿eso no fuera traicion?

MARQUÉS.

No; porque era caso indigno
Casarme con quien sabia
Que amaba á Cárlos.

DUQUE.

¿Qué indicios
Tuviste?

CAMILA.

Decirlo yo.

DUQUE.

Pues ¿tú misma no habias dicho
Que amaba á Celia, y que Celia
Le queria?

CAMILA.

Eso fué arbitrio
Para librarme de tí.

CELIA.

¿Luego discrecion ha sido
El haberme consolado?

DON JUAN.

Y en cuanto á Celia, te afirmo
Por la vida de mi rey,
Que el cielo guarde mil siglos,
Que en mi vida la he mirado
(Camila puede decirlo)
Sino como á prenda tuya.

DUQUE.

¿Y la noche que contigo
Estaba?

DON JUAN.

Tu engaño es ese;
Porque tu hermana quiso
Honrarme...

DUQUE.

Basta.

MENDOZA.

Lo cierto,
Si valgo para testigo,
Es que Celia en este amor
Fué solo dama de anillo;
Tuvo el nombre, y no la renta.

DUQUE.

Ya está, Mendoza, entendido.

CELIA.

Baste; que me das vejámen.

DON JUAN.

Y así, Señor, os suplico,
Siquiera porque algun dia
Pudo mi espada serviros,
Perdoneis...

DUQUE.

Cárlos, levanta;
Que de todo me despico
Con saber que de tu parte
Celia es mia; y pues ha sido
Tu suerte tan venturosa,
Que vino á ser tu enemigo
Arnesto, dale la mano
A Camila, con el título
De conde de Favos.

DON JUAN.

Vivas
Mas que el pájaro de Egipto.

DUQUE.

Y á Celia, como ella quiera...

CELIA.

Mil veces quiero, y me rindo
Por prima y esclava tuya.

MENDOZA.

¿Y á Mendoza?

CAMILA.

No te olvido.

MENDOZA.

¿Mas que me dan á Leonida?

DUQUE.

Y un gobierno, ó el oficio
Que quisieres.

DON JUAN.

Con que acaba...

MENDOZA.

A mí me toca el decirlo:
Cumplir con su obligacion;
Y todos la habréis cumplido,
Si, como tan cortesanos,
Nos dais de barato un vítor,
Ya que no por el poeta,
Por el gusto de serviros.

COMEDIA FAMOSA

TITULADA

SER PRUDENTE Y SER SUFRIDO,

DEL DOCTOR JUAN PEREZ DE MONTALVAN.

PERSONAS.

EL REY.
DON FERNANDO.
BERMUDO.
MENDO.
BELTRAN, *gracioso.*
DIEGO NUÑEZ.
NUÑO.
RUY DE CASTRO.
ELVIRA, *dama.*
FLOR, *dama.*
UN ESCUDERO.
JULIO, *pintor.*
ACOMPAÑAMIENTO.

JORNADA PRIMERA.

Salen EL REY, BERMUDO Y JULIO.

BERMUDO.

Aguardando está el pintor
Que le dés, Señor, licencia.

REY.

Llegue.

BERMUDO.

Llegad.

JULIO.

Su presencia
Causa respeto y amor.
Vuestra real majestad,
Señor, llamarme ha mandado,
Y vengo con el cuidado
Que debo á servirle.

REY.

Alzad.
Oid: en el corredor
De palacio, en que poneis
Las pinturas, en que haceis
Ostentacion del primor
De vuestro pincel, conviene,
Para un intento importante,
Que pongais de aquí adelante,
Hasta que otra cosa ordene,
Una sola, y ha de ser
De mi retrato; advirtiendo
Que para el fin que pretendo,
Julio, la habeis de poner
Debajo del mirador
Que el Rey, que Dios tiene, hizo
Por dar luz al pasadizo
Y dar vista al corredor.
Y antes que el retrato mio
Pongais donde he dicho, en él
Copiaréis de este papel (*Dale un papel.*)
Las letras, y ved que fio
De vos que ha de estar secreto
Lo que os mando entre los dos;
Que estriba en callarlo vos
De mi intencion el efeto.
Vuestra lengua esté advertida,
Y no sepa nadie, no,
Que esto os he mandado yo,
Porque os costará la vida.

JULIO.

Vuestra majestad real
En mí es la mas fuerte ley;
Que yo sé que sois mi rey,
Y vos, que yo soy leal. (*Vase.*)

REY.

Bermudo.

BERMUDO.

¿Señor?

REY.

Bien sabes,
O saber debes al menos,
La obligacion de los buenos,
Y que son culpas mas graves
Las suyas, cuanto lo son
Los daños que nacen de ellas,
Y contra el Rey cometellas
Es especie de traicion.
Y si no decir verdad
Es culpa, conforme á ley,
Da, quien no la dice al Rey,
Indicios de deslealtad.
Tambien sabes de palacio
Las costumbres, y que en él
La lisonja, poco fiel,
Ocupa todo el espacio
Que hay desde el primer zaguan
Al rincon mas escondido,
De cuya causa han nacido
Las culpas que al Rey le dan
Sin razon, pues si es tan cierto
Que á la real majestad
Nunca llega la verdad
Con el rostro descubierto,
De cualquier accion errada
Merece justo perdon,
Pues con falsa informacion
No hay decision acertada.
Así, Bermudo, si estás
Deseoso de obligarme,
Tanto mas con declararme
La verdad me obligarás,
Cuanto mas della carezco;
Este tu oficio ha de ser,
Sin recelar ni temer,
Ni que el premio que te ofrezco
Te falte, ni que jamás,
Haciendo tú lo que es justo,
O podrás darme disgusto,
O de mi gracia caerás.
Guárdate no te pervierta
El odio ni la amistad,
Para que de la verdad
Hagas relacion incierta,
Ni para este fin pretendas
El secreto confiar;
Que me he de desengañar
Por donde menos lo entiendas;
Y te esperan de una suerte
Al delito ó la lealtad,
Como el premio, en la verdad,
En el engaño, la muerte.

BERMUDO.

No es menester otra ley,
Otro premio ni castigo,
Que lo que puede conmigo
Ser yo noble y tú mi rey.

REY.

De tu hidalga inclinacion
Lo presumo así, Bermudo,
Y esa confianza pudo
Obligarme á esta eleccion.
Y para que en lo que importe
Comience á informarme, di.
¿Qué dice el pueblo de mí?
Di ¿qué se trata en la corte?

BERMUDO.

Como acabas de heredar
La corona de Leon
(Que hasta el persa y el Japon
Quiera el cielo dilatar),
Repartiendo los discretos
De palacio los oficios,
Ya califican servicios,
Y ya examinan sugetos.
Y en todos la mas corriente
Plática ahora es, Señor,
De tu privanza y favor:
Que está la ciudad pendiente

De tu eleccion, divididos
Los pareceres, supuesto
Que juzgan todos en esto,
De sus pasiones movidos.

REY.

¿Segun esto, el reino abona
Como acertado el tener
Privado?

BERMUDO.

Satisfacer
Quiero á ese punto, y perdona
Si en discurso dilatado
Lo tratare, porque es cosa
En que en la escuela curiosa
Política ha trabajado,
Si es conveniente ó preciso
El tener privado ó no.

REY.

Di pues.

BERMUDO.

Cuando el cetro dió
Del mundo, en el paraíso,
Dios á Adan, dijo al instante
Que necesidad tenia
De ayuda y de compañía,
Que fuese su semejante;
Y así, le dió la mujer,
Porque con ella partiese
El peso, si no quisiese
La gloria de su poder.
Desde entonces no se ha visto
Rey alguno sin privado;
Y el prototipo sagrado,
Y Rey de los reyes, Cristo,
Prefiriendo en su favor
A san Juan, justo lo ha hecho;
Dígalo el sueño en su pecho
Y su gloria en el Tabor.
Aunque sienta diferente
Algun político osado,
Cuanto ignorante, arrojado
Contra verdad tan patente;
Que la mayor diferencia
Que en esto ha habido, es tener
O mas ó menos poder,
Menos ó mas dependencia,
Uno que otro en la privanza;
Mas quererle al Rey quitar
Que elija á quien encargar
Del peso la confianza,
Es pretender que, trocado
Su privilegio en castigo,
Tener no pueda un amigo
Con que alivie su cuidado,
Y de sus secretos hable
Contra una propia pasion
De la humana condicion,
Que es ser animal sociable.
Demás, que el sol refulgente
No dispensa á los mortales
De sus rayos celestiales
La luz inmediatamente;
Que nos fueran los rigores
De su actividad molestos,
Si elementos interpuestos
No templaran sus ardores.
Y así, pues desde el poder,
La grandeza y majestad
Del Rey, hasta la humildad
De su pueblo, viene á haber
Desigualdad y distancia
Tan grande, que los tenemos
Por dos opuestos extremos,
Es arbitrio de importancia
Que comunique primero
Su resplandor á un privado,
Elemento en quien, templado
Su poder, de medianero
Haga oficio entre los dos;
Que del modo que convino
Que por decreto divino
Mediase entre el hombre y Dios
Quien fuese Dios y hombre fuese,
Para que de esta manera,
Como Dios, con Dios pudiera,
Y como hombre padeciese;
Entre el pueblo y el Rey hallo
Que un privado debe haber,
Que rey parezca en poder,
Siendo en escuchar vasallo;
Pues con él mas libremente,
Menos medroso y turbado,
Se querella el agraviado,
Se declara el pretendiente,
Se ventila lo importante,
Se busca á la pretension
Camino; cosas que son,
No solo del negociante
Alivio en el mar mayor,
Mas premio en parte tambien;
Que es favor escuchar bien,
Y sabe á premio el favor.

REY.

Bien probaste tu intencion;
Soy del mismo parecer.
(*Ap.* Mas yo no tengo de hacer
Como piensan la eleccion.)
Entre cuantos fueren buenos,
Solo mi privanza espere
El que mas la mereciere,
Y la pretendiere menos;
Que el privar, si se ha de usar
Con justicia y sin exceso,
Es carga, es trabajo, es peso,
Que no se ha de desear;
Y así, debo pensar yo
De aquel que lo pretendiere,
Que ser poderoso quiere,
Pero buen ministro no.
Bermudo, de tu lealtad
Se ha de fiar mi eleccion;
Escucha con atencion
Y revela con verdad;
Advirtiendo que ya debo
Ser otro que fuí, Bermudo;
El hombre antiguo desnudo,
Y me formo de hombre nuevo.
Ni á Elvira me nombres mas,
Ni cosa que de su amor
Me acuerde; que mi favor
Al instante perderás.
Las juveniles pasiones
'nducen hechos injustos;
De hoy mas diviérteme gustos
Y adviérteme obligaciones. (*Vase.*)

BERMUDO.

¡Qué propios son los fervores
Y deseos de acertar
En el que empieza á mandar!
¡Y qué fácil los ardores
Del buen celo se mitigan;
Que es hombre, y en la grandeza
Sabe á su naturaleza,
Y sus pasiones le obligan!

Sale UN ESCUDERO.

ESCUDERO.

Doña Elvira, mi señora,
Y su hermana, doña Flor,
Se querellan del rigor
Con que las tratais ahora,
Que mas os han menester,
Y os piden que vais á vellas.

BERMUDO.

Decidles que sus querellas
Iré yo á satisfacer
En pudiendo, y que confio
Que bastará á asegurarlas,
Saber que es el visitarlas
Interés tan propio mio.

ESCUDERO.

Dios os guarde. (*Vase.*)

BERMUDO.

Ya sospecho
Que esta mudanza de estado,
Hermosa Flor, la ha causado
Tambien en tu esquivo pecho;
Y si es así, tambien yo,
Como tú, he de hacer mudanza,
Pues le das á mi privanza
Lo que á mis méritos no. (*Vase.*)

Salen DON FERNANDO Y BELTRAN.

BELTRAN.

Nunca vi locura igual.

DON FERNANDO.

Ya sé que amor es locura.

BELTRAN.

La medicina procura,
Pues que conoces el mal.

DON FERNANDO.

Sí procuro.

BELTRAN.

¿Cómo? Di

DON FERNANDO.

Declarando lo que peno
A doña Elvira.

BELTRAN.

¡Oh, qué bueno!
¿Y esa es medicina?

DON FERNANDO.

Sí.

BELTRAN.

Una vez metí en el lodo,
Atravesando una calle,
Un pié, y queriendo sacalle,
Metí el otro; y de este modo
Hasta la cinta me entré,
Pudiendo, si cuerdo fuera,
Y al principio atrás volviera,
No enlodar mas que el un pié.
Con este ejemplo te enseño
Que es mejor volver atrás,
Pues no es empeñarte mas,
Buen remedio de tu empeño.

DON FERNANDO.

Si tuviera yo cordura
Para seguir lo mejor,
No fuera el que tengo amor,
O amor no fuera locura;
¿Y Elvira puede. negando,
Condenarme á mas, si peno,
Que á lo que yo me condeno,
Si quiero morir callando?
¿El callar es remediarse?

BELTRAN.

Si solamente deseas
Que sepa Elvira tu llanto,
Tiempo desperdicias tanto,
Cuanto camino rodeas;
Mas si quieres obligarla
A remediar tu tormento,
Tan descalzo atrevimiento,
Claro está que ha de indignarla.

DON FERNANDO.

Ninguna ofenderse vi
De ser amada.

BELTRAN.

Señor,
Si no la ofende el amor,
El atrevimiento sí.

DON FERNANDO.

Al corredor te retira;
Que sin testigos amor
Hace sus tiros mejor.

BELTRAN.

Bien dices, sola está Elvira;
Llega, y ayúdete Dios. (*Vase.*)

Sale ELVIRA.

ELVIRA.

¿Quién está aquí?

DON FERNANDO.

¿Por qué os vais?
Ya os he visto.

ELVIRA.

¿A quién buscais,
Señor don Fernando?

DON FERNANDO.

A vos,
Bellísima doña Elvira;
Que no puede buscar quien
Os conoce, mayor bien,
Ni mas gloria quien os mira.

ELVIRA.

Ya con esto habeis cumplido
Con lo galan y cortés;
Decid ahora, ¿cuál es
La ocasion que os ha movido
A la novedad que veo?

DON FERNANDO.

Esta sola es la ocasion.

ELVIRA.

¿Cuál?

DON FERNANDO.

¿No os dice el corazon
Por los ojos su deseo?
No os dice, Señora, el ser
Tan bella, que es agraviaros,
Pensar que para buscaros,
Otra causa es menester?
No os dice mi rendimiento
Que adoro vuestra hermosura?
Bella Elvira, ¿mi locura
No os dice mi atrevimiento?

ELVIRA.

¿Qué es esto? ¿Así os declarais?
¿Quién jamás tan libre habló
A mujeres como yo?
Pero ya vos confesais
Que estáis loco, y bien ha sido
Menester para templar
Mis enojos, disculpar
Con lo loco lo atrevido.

DON FERNANDO.

Cuando el ver que me atreví
Mi locura no probara,
El saber que os ví bastara
A probar que enloquecí.
Y como milagros tales
Sabe hacer vuestra hermosura,
Aunque carecen de cura,
Os quise decir mis males:
Que pues callando mi amor
Me ha de acabar mi tormento,
Máteme el atrevimiento,
Si ha de matarme el temor;
Y así, debeis perdonarlo,
Advirtiendo que el decirlo
Es por no poder sufrirlo,
No por pensar remediarlo.
Y porque entendais que es esta
Solamente la ocasion
De deciros mi pasion,
No he de aguardar la respuesta.
(*Vase.*)

ELVIRA.

Jamás enloqueces menos,
Amor; estos desvarios
No admito, pues son los mios
Disculpa de los ajenos.
¡Ay de mí, que estoy muriendo
De un olvido! ¿Quién pensara
Que el Rey huyendo alcanzara
Lo que no alcanzó siguiendo?

Sale FLOR.

FLOR.

¿Hermana?

ELVIRA.

¡Oh Flor, si un instante
Hubieras antes llegado!

FLOR.

¿Para qué?

ELVIRA.

Hubieras gozado
Del mas repentino amante
Que has visto; sin avisar,
Hasta donde estoy entró,
Y lo primero que habló,
En viéndome, sin usar
De salvas ni prevenciones,
Fué, que penaba por mí.

FLOR.

¿Quién era el amante? Di.

ELVIRA.

¡Don Fernando de Quiñones!

FLOR.

Gran exceso en él ha sido;
Que nadie tiene en Leon
Mas asentada opinion
De cuerdo y bien entendido.
Si no le dió confianza
Su conocida nobleza,
Pues si tuviera riqueza
Como méritos alcanza,
Pudiera estimar su amor
Una infanta.

ELVIRA.

Cosa es llana;
Mas mira á qué tiempo, hermana,
Solicita mi favor;
Cuando el olvido ó mudanza
Del Rey en mí la ha causado,
Y cuando su amor pasado
Me pudo dar esperanza
De coronarme en Leon.

FLOR.

Causa tienes de estar triste;
Mas ya que cuando pudiste
No pagaste su aficion,
Si yo puedo aconsejarte,
Disimula tu mudanza,
Y no dés á su venganza
Materia con declararte.

ELVIRA.

Ya no hay remedio: ya, Flor,
No hay temor que me refrene;
Que, segun me abraso, tiene
Mucho de rabia este amor.

FLOR.

Bermudo viene á matarme;
Con él te quiero dejar.

Sale BERMUDO.

BERMUDO.

Volved; que si por mandar
De parte vuestra llamarme,
Flor hermosa, vengo á veros,
Para castigarme así,
¿Qué delito cometí,
Si es forzoso obedeceros?

FLOR.

Mi hermana tiene que hablaros,
Y quiso que yo os llamara,
Porque el venir os pagara
Con el favor de llamaros.
Ya me veis, si pretendeis
Verme, y si quereis hablarme,
Ya sé que es para contarme
Lo que por mí padeceis;
Mas, pues me lo habeis contado
Mil veces, y yo entendido,
Yo lo doy por repetido,
Dadlo vos por escuchado. (*Vase.*)

BERMUDO.

¿De qué sirve, ingrata Flor,
Repetirlo ni escucharlo,
Si, en lugar de mitigarlo,
Aumento mas tu rigor?
Y vos, Señora, ¿en qué estáis
Tan ofendida de mí,
Que para que muera aquí
Desdeñado, me llamais?

ELVIRA.

No estoy, Bermudo, ofendida,
Antes compasion me haceis;
Pero no desespereis,
Que no es peña endurecida
Flor; obligadla constante;
Que de agua una gota breve
Repitiendo al golpe leve,
Sabe cavar un diamante.
Y si importar pueden algo,
En casos de amor, terceros,
Desde aquí, para valeros,
Os ofrezco lo que valgo.

BERMUDO.

Permitid, por merced tanta,
Que besar merezca yo
La tierra que mereció
Besaros la hermosa planta;
Y mirad si en cambio de ella
En algo os puedo servir;
Que aun mas allá del morir
Pasará el agradecella.

ELVIRA.

Así de quien sois lo creo,
Y os pido sola una cosa,
Y es...

BERMUDO.

Si no es dificultosa,
Se correrá mi deseo.

ELVIRA.

(*Ap.* Con celos he de abrasar,
Si puedo, al Rey; que es bajeza,
Rogando, mostrar flaqueza,
Mientras lo pueda evitar.)
Bermudo, el Rey pretendió
(Como sabeis) mis favores,
Y aunque sintió mis rigores,
Por lo menos, me debió
El haber yo respetado,
Si no pagado, su intento,
Tanto, que mi pensamiento
Nunca admitió otro cuidado.
Mas ya que, ó la resistencia
Que en mí ha visto, ó la mudanza
De su estado, ó la venganza,
Que procura su impaciencia
Le han tenido tantos dias
Sin verme, que es bien que arguya
De su olvido que en la suya
No viven memorias mias,
Quiero, para usar, Bermudo,
De mi libre voluntad,
Que me dé su majestad
Licencia; que, aunque no dudo
Que con no haber proseguido
Sus intentos me la ha dado,
Si bien se muestra olvidado,
En tanto que despedido
No se publique, es razon
Que yo esta salva le haga,
Y con esto satisfaga
Al decoro, estimacion
Y respeto que guardar
Debo á su alteza, supuesto
Que, aunque él no la dé, con esto
Cumplo, y la puedo tomar;

Y así, Bermudo, queria
Salir de esta obligacion,
Pidiendo esta permision
Vos al Rey de parte mia.
(*Ap.* Causen celosos desvelos
Furia en su olvido mortal;
Que un amor de pedernal
Da fuego al golpe de celos.)

BERMUDO.

Señora, bien os podria
(A no ser, como decis,
La licencia que pedis,
Tan debida cortesía)
Asegurar que sin ella
Podeis de vos disponer,
Y que no se ha de ofender
El Rey de que sin tenella
Admitais otros intentos;
Porque él, no solo ha mudado,
Con la mudanza de estado,
Costumbres y pensamientos,
Mas precisa ley me ha puesto
De que nunca á la memoria
Vuestro nombre ó vuestra historia
Le traiga.

ELVIRA.

(*Ap.* ¡Ay de mí! ¿qué es esto
Que escucho? ¿Cómo podré
Tener, con esto, paciencia?).
Mirad si mi resistencia
Fué justa: mirad si fué
Antojo, y no amor. Bermudo.
El del Rey, pues fácilmente,
Por un liviano accidente,
Tan presto mudarse pudo.
Esto le diréis tambien,
Y que gran gusto me ha dado
Ver que haya justificado
Su mudanza mi desden.

BERMUDO.

En nada puedo mostraros
Cuanto serviros deseo
Como en esto, cuando veo
Que he de darle, con nombraros,
Disgusto, y que contra mí
Provoco su indignacion,
Quebrantando la instruccion
Que de sus labios oí;
Mas todo arriesgarlo quiero
Por pagaros el favor
Que de mi adorada Flor
Alcanzar por vos espero.

ELVIRA.

Bermudo, escuchad.

BERMUDO.

Elvira,
¿Qué me mandais?

ELVIRA.

(*Ap.* ¡Estoy loca!
¿Cómo ocultará la boca
Las llamas que el pecho espira?
Ya ha confesado al rigor
La verdad el pensamiento;
Pensé que mi sentimiento
No llegara á tanto amor.
Ya por escuchar y ver
Al que aborrecí primero
Entre ardientes ansias muero;
Mas ¿para qué soy mujer?)
Lo que dices me ha alegrado
De suerte, que no lo creo,
Bermudo, si no lo veo;
Y así, porque mi cuidado
Cobre mas seguridad,
Otra cosa habeis de hacer,
Y es, que me habeis de poner,
Cuando con su majestad
Trateis de esto, donde, oculta,
Lo pueda ver y escuchar.

BERMUDO.

El que pretende obligar
Nada, Elvira, dificulta;
A disponerlo me obligo.

ELVIRA.

Pues avisadme; que Flor,
Porque os pague este favor,
Irá á la ocasion conmigo.

BERMUDO.

Si ofreceis tal galardon,
Parto al punto á merecello;
Que me obligasteis con ello
A apresurar la ocasion. (*Vase.*)

ELVIRA.

Bien sé que mi propio daño
Tengo de ver si al Rey veo;
Pero quiere mi deseo
Que me mate el desengaño
Mas que sufrir el tormento;
Como, á costa de la vida,
Mata su llama encendida
El hidrópico sediento.

Salen DON FERNANDO y BELTRAN.

BELTRAN.

Gastemos alegres dias
En las cosas de palacio;
Divierte un pequeño espacio
Tus largas melancolías,
Y mira de la privanza
De Alfonso tanto ambicioso;
Mira el séquito dudoso
Lisonjear la esperanza
De este y aquel, cada cual
Como sigue el negociante
Romano, en *sede vacante*,
Al que es sujeto papal.

DON FERNANDO.

¡Qué léjos estoy de sello!

BELTRAN.

Giges, humilde villano,
Llegó á ver cetro en su mano
Y corona en su cabello.

DON FERNANDO.

Yo ni pretendo ni quiero
Mas ventura ó mas grandeza
Que conservar la nobleza
De que al nacer fui heredero;
Que lo demás es locura,
Y en el mundo yo he pensado
Que solo el desengañado
Goza firme la ventura.

BELTRAN.

Bien lo dices; pero mira,
Aunque en filósofo das,
Que en esta ocasion, que estás
Tan ciego de amor de Elvira,
Gran dicha el privar seria,
Pues con eso la alcanzaras,
Y pienso que renunciaras
Toda la filosofía;
Y habiendo tantos oficios
Hoy en palacio que dar,
Alguno puede tocar
A un hombre de tus servicios.

DON FERNANDO.

Si tuvieras los deseos
Que yo tengo, no soñaras
Mas locuras ni pensaras
Mas perdidos devaneos;
Retirados á esta parte,
Hagamos fiesta de ver
Lo que desvela el poder
Y lo que negocia el arte.
(*Retiranse Beltran y don Fernando.*)

BELTRAN.

Advierte la multitud
Que á Diego Nuñez de Lara
Acompaña; ¿no tratara
De prevenir su ataud
Con mas razon este viejo?

DON FERNANDO.

No lo consideras bien;
Si excluyes las canas, ¿quién
Ha de dar al Rey consejo?

Salen DIEGO NUÑEZ, NUÑO *y* ACOMPAÑAMIENTO.

NUÑEZ.

Si no se quedan aquí,
No he de pasar adelante...

BELTRAN. (*Ap. á don Fernando.*)
¿Veslo resistir constante?
Pues que me ahorquen á mí
Si de verse acompañar
Le amarga la cortesía.

NUÑEZ.

Señores, por vida mia...

UNO.

A eso no hay qué replicar.
(*Vase el acompañamiento.*)

BELTRAN. (*Ap.*)
¡Miren pues quién viene allí!
Mendo el mudo.

DON FERNANDO.

¡Oh, si lo fuera!

BELTRAN.

Sola una cosa quisiera
Saber ahora de tí;
Que, aunque el no saber es mengua,
Confieso que la he ignorado:
¿Por qué llaman deslenguado
Al que tiene mucha lengua?

DON FERNANDO.

O es retórica ironía,
Como habrás visto llamar
Juan Blanco al negro, ó mostrar
Que un maldiciente debia
Estar sin lengua; y confieso
Que aborrezco de manera
A Mendo, que no excediera
De la quietud que profeso
Con nadie mejor.

BELTRAN.

Y tienes,
Si le das un coscorron
No mas, de todo Leon
Seguros mil parabienes.

NUÑO.

Mendo es este.

Sale MENDO.

MENDO.

Caballeros,
¿Qué hay de nuevo?

NUÑEZ.

Vos podeis
Decirlo, si algo sabeis.

MENDO.

Yo solo sé que en poneros
Donde pide ese valor
Tarda el Rey.

NUÑEZ. (*Ap.*)
El maldiciente
Es lisonjero presente,
Y ausente es murmurador.

MENDO.

De lo que tengo temor,
Segun á los mas escucho,
Es que, tras pensarlo mucho,
Ha de escoger lo peor.

BELTRAN. (*Ap.*)
¡Ya escampa!

NUÑO.

Por la intencion
No errará su majestad.

MENDO.

Dios lo sabe. Mas mirad
Con qué falsa presuncion
Viene Ruy de Castro haciendo
Caravanas de valido,
Como si hubiera servido
En guerra ó paz; aunque entiendo
Que el mas dichoso ha de ser,
Porque lo merece menos.

NUÑEZ.

La ventura de los buenos
Es llegarla á merecer.

BELTRAN. (*Ap.*)

Item mas, otro ambicioso.

Sale RUY DE CASTRO.

RUY.

No falta del corredor
Hombre alguno de valor.

MENDO.

Cuando el nombre generoso
Que gozais os ha juzgado
Digno del lugar primero,
¿Cómo venis el postrero
Á palacio? Confiado
En los méritos, sin duda
Descuidais las diligencias.

NUÑO. (*Ap.*)

¡Qué ausencias y qué presencias!

NUÑEZ. (*Ap.*)

¡Qué fácil aspectos muda
Este falso lisonjero!

RUY.

¿Cómo puedo confiar
Por merecer alcanzar
Entre tanto caballero,
Con quien tendré á gran ventura
Si gozo el lugar segundo?

NUÑEZ.

No sin causa alaba el mundo
Vuestro valor y cordura.

(*Corren una cortina, y aparece un retrato del Rey.*)

Sale EL REY, *y se queda detrás de una celosía.*

REY. (*Ap.*)

Escuchar quiero de aquí,
Sin ser visto de ninguno,
El pecho que cada uno
Descubre hablando de mí;
Que el retrato y la inscripcion
Ocasion les ha de dar
De discurrir y mostrar
El afecto ó la pasion
Mas secreta; que este modo
Tuvo por mas conveniente
Un rey de Grecia, prudente,
Para informarse de todo.

MENDO.

¿Qué novedad es poner
Hoy sola en el corredor
Una tabla?

NUÑO.

Del pintor
Sin duda debe de ser
Lisonja, que es un traslado
De Alfonso, para mostrar
Que se debe respetar
Al Rey tanto, que aun pintado,
Tan soberano ha de ser,
Que no ocupe otra pintura
La pared que tal ventura
Ha llegado á merecer.

NUÑEZ.

Es buena interpretacion;
Mas ¿cómo dice el letrero?

NUÑO.

(*Lee.*) «Cordero soy justiciero
Y pacífico leon.»

NUÑEZ.

¡Qué fácil es el decir!

RUY.

¡Qué difícil el obrar!

NUÑO.

El tiempo lo ha de mostrar.

MENDO.

Gana me da de reir.
¡Que el pintorcillo se meta
Á hacer motes en palacio!
¡Noramala! ¿Igualó Horacio
Al pintor con el poeta
Para que, arrogante y vano
Con su autoridad, presuma
Que lo que es pincel es pluma,
Y que es ingenio la mano?

REY. (*Ap.*)

Todos estos poco amor
Y mucha pasion arguyen,
Pues mi alabanza atribuyen
A lisonja del pintor.

DON FERNANDO.

¿Qué es lo que suspende y junta
A aquella gente?

BELTRAN.

Lleguemos,
Y con verlo excusarémos
Lo grave de la pregunta.

NUÑO.

Hora es ya de dar audiencia
El Rey. (*Vase.*)

RUY.

Yo tengo de hablalle.

NUÑEZ.

A mí me importa acordalle,
Con ponerme en su presencia,
Mi pretension. (*Vase.*)

RUY.

Vamos.—Vos,
Mendo, ¿no venis?

MENDO.

¿A qué,
Si porque merezco sé
Que no he de alcanzar?

RUY.

Adios.

(*Vanse Nuño, Nuñez y Ruy.*)

BELTRAN.

Un retrato del Rey es
El que miraban. ¿Qué es eso?

DON FERNANDO. (*Quítase el sombrero al ver el retrato.*)

¿Admírate por exceso
La veneracion que ves?
Este retrato ¿no envía
Rayos del original,
Que es acá en lo temporal
Vice-Dios?

MENDO. (*Ap.*)

¡Qué hipocresía
A lo humano! Oposicion
Tengo al que es ceremoniero.

DON FERNANDO.

(*Lee.*) «Cordero soy justiciero
Y pacífico leon.»
Segun son, Alfonso, buenos
Los indicios que nos das,
De tí, siendo eso lo mas,
No se puede esperar menos
Tus altos progenitores
De nadie excedidos son;
Mas en tí espera Leon
El mayor de tus mayores.
Goces eternas edades
La corona, porque incluya
En una esfera la tuya
Del orbe las majestades.

MENDO.

(*Ap.* ¿Que hay quien sufra á un bazañero,
Caballero puntual,
Que, preciado de leal,
Viene á dar en lisonjero?
Sin duda, pues habla así,
El necio se da á entender
Que ha de llegar á saber
El Rey lo que él dice aquí,
Y que le ha de dar por ello
El gobierno de Leon;
Y apurada su intencion,
No aventurara un cabello
Por su servicio. El enfado
He de vengar que me ha hecho,
Con examinarle el pecho,
Y obligarle á que, irritado
De ver que á su presuncion
Su dicha no corresponde,
Vierta el veneno que esconde
Contra el Rey su corazon.)
¡Don Fernando de Quiñones!

DON FERNANDO.

¿Teneis en qué os sirva, Mendo?

MENDO.

He estado escuchando y viendo
Las pias declaraciones
Y devotas reverencias
Que á este retrato habeis hecho;
Y por ser (como sospecho
Que vos sabeis) preeminencias
Sólo de santos gozar,
Pintados, adoracion,
Me ha causado admiracion
Veros aquí idolatrar;
Y mas cuando estar debeis
Quejoso, y no agradecido,
Del Rey, que entierra en su olvido
Los méritos que teneis;
Si no es ya que, como vos
Vice-Dios le habeis llamado,
Os teneis por obligado
En que os trate como Dios,
Que con trabajos regala.

REY. (*Ap.*)

¡Qué maligna sutileza!

DON FERNANDO.

Si se pone en la cabeza
Una firma, que señala
El nombre solo del Rey,
Venerar esta pintura,
Que su persona figura,
¿No será mas justa ley?
¿No es ungido? No se nombra
Sacra majestad real?
Pues ¿por qué su original
No respetaré en la sombra?
Si premiado no me hallo,
¿Deja por esta razon
Él de ser rey de Leon,
O yo de ser su vasallo?
Fuera de que, todo es suyo,
Y yo en lo que le he servido
He hecho lo que he debido;
Y así, justamente arguyo
Que no es quejarme razon
Cuando premio no consiga,
Supuesto que á nadie obliga
Quien cumple su obligacion;
Y cuando á quien le ha servido

Fuera el premiarle forzoso,
Yo no puedo estar quejoso;
Porque nunca he pretendido
Mas premio, desengañado
De cuán vana es la ambicion,
Que cumplir mi obligacion
Y conservarme en mi estado.

MENDO.

(*Ap.* ¡Qué afectada hipocresía!)
Si desengañado estáis,
¿Qué os detiene, que no os vais,
Con esa filosofía,
A las montañas á ser
Solitario anacoreta?
Si usara el Rey de perfeta
Justicia, ¿era menester
Que pretendiérades vos?
Con un rey justo ¿hay pedir
Mas eficaz que servir?
Mas decís que és vice-Dios,
Y como tal, sospechais
Que asiste en todo lugar,
Y que aquí os ha de escuchar,
Y así le lisonjeais.

DON FERNANDO.

Ni esta es en mí hipocresía
Ni lisonja, ni es razon
Que con tan falsa intencion
Y tan libre demasía
Las finezas motejeis
Tan propias de mi lealtad,
Ni que de su majestad
Sintais mal, y mal hableis;
Que, vive Dios...

MENDO.

Detenéos;
Que sé muy poco sufrir.

BELTRAN. (*Ap.*)

Pienso que hoy se han de cumplir
De un golpe muchos deseos.

MENDO.

Cuando yo, mal satisfecho,
Hable de su majestad,
¿Teneis vos autoridad
De reprenderme? Sospecho
Que de mi sangre sabeis
Que es á la mejor igual.

DON FERNANDO.

Bien sé que sois principal,
Pero no lo pareceis,
Y eso mismo hace mayor
Vuestro delito; que cuanto
Nacisteis mas noble, tanto
Debeis proceder mejor.

MENDO.

Yo procedo como debo;
Y á quien se atreva á pensar
Lo contrario...

DON FERNANDO.

Este lugar
Es sagrado, y no me atrevo
A violar su estimacion.—
Beltran, retírate.

BELTRAN. (*Ap.*)

Mendo
Esta vez, segun entiendo,
Ha de dar gusto á Leon. (*Vase.*)

DON FERNANDO.

Junto á la cruz que en el valle
De los Mártires se ve,
A media noche os iré
Solo á esperar, para dalle
El castigo entre los dos
A lengua tan desleal,
Que de su rey habla mal.

MENDO.

Yo os aguardo.

DON FERNANDO.

Adios.

MENDO.

Adios.
(*Vanse.*)

REY.

Nunca el enojo inhumano
Mitigara, si no fuera
Recompensa tan entera
Lo que en don Fernando gano
De lo que en los otros pierdo;
Y así, aunque he visto mi agravio,
He de elegir como sábio
Y he de sufrir como cuerdo.

JORNADA SEGUNDA.

Salen ELVIRA Y FLOR, *con mantos*, Y BERMUDO.

BERMUDO.

Hoy en las aras de amor
Sacrificarme procuro,
Pues cuanto soy aventuro
Por alcanzar un favor.

FLOR.

Yo me confieso obligada.—
¡Ah hermana! ¿en qué ha de parar
Tu locura?

ELVIRA.

En acabar
Con vida tan desdichada.

BERMUDO.

Pues, Flor, si, menos cruel,
Merece llegar á verte
Mi amor, no temo la muerte.
Cubiertas de este cancel,
Al Rey escuchar podréis,
Que ahora aquí ha de salir;
Pero no os deis á sentir,
Si la vida no quereis
Que me cueste.

ELVIRA.

No tan mal
Debo pagar tus deseos,
Que así te arriesgue.

BERMUDO.

Escondéos;
Que su majestad real
Sale ya.

ELVIRA.

Ya temo, Flor,
Mi muerte en mi desengaño.

FLOR.

Tú buscas tu propio daño.
(*Escóndense Elvira y Flor detrás del paño.*)

BERMUDO.

¿Qué no hará quien tiene amor?

Sale EL REY.

REY.

¿Bermudo?

BERMUDO.

¿Señor?

REY.

De ti
Mi desengaño he fiado,
Y en nada has ejecutado
El oficio que te dí;
Y en un reino, yo no dudo
Que por instantes sucedan
Novedades que me puedan
Importar. Dime, Bermudo,
En mi daño ó mi favor,
Lo que has visto ó lo que has hecho,
Sin que me oculte tu pecho
La circunstancia menor.

BERMUDO.

Luego que ayer me aparté
De tu presencia, llegó
Un gentilhombre á llamarme
De parte de Elvira y Flor.

REY.

Tente, calla; ¿no te he dado
Por inviolable instruccion
Que no me nombres ni acuerdes
A ninguna de las dos?

BERMUDO.

Tambien me has mandado ahora
Que te haga relacion
De lo que he visto y he hecho,
Sin ocultar la menor
Circunstancia; y si un rey puede
Revocar lo que mandó,
A lo postrero que mandas
Debo obediencia mayor.

REY.

Bien está, di lo demás;
Que de lo demás estoy
Seguro que no podrá
Causarme perturbacion
Mayor que la que me causa
La memoria de su amor.

BERMUDO.

Obedecílas; si fué
Delito, de la aficion
Sabes el poder, y sabes
La que tengo á doña Flor.
Entré, y quedando conmigo
Sola Elvira, la ocasion
Me propuso de llamarme,
Y de esta suerte me habló:
«Bermudo, el Rey me ha querido,
Y aunque jamás mi favor
Alcanzó, como sabeis,
Por lo menos me debió
El haber yo respetado,
Si no pagado, su amor;
Tanto, que jamás mi pecho
Otro cuidado admitió.
Pero ya que á la mudanza
De su estado, ó el rigor
Que ha visto en mi resistencia
Le han dado justa ocasion
De no verme en tantos dias,
Que de pensar que murió
En la suya mi memoria
Me da cierta presuncion
Para usar de mi albedrío,
Quiero, Bermudo, que vos
De mi parte le pidais
La debida permision;
Que, si bien con olvidarme
Parece que me la dió,
En tanto que despedido
No se publique, es razon
Que yo esta salva le haga,
Pues lo que debo en rigor
Cumplo así, y podré con esto
Tomar la licencia yo.»
Estas palabras me dijo
Doña Elvira; y yo, Señor,
Le prometí que lo haría,
Porque ella me prometió,
En cambio, favorecer
Mis pensamientos con Flor.
Si algun disgusto te he hecho,
Seguro tengo el perdon,
Si es mérito la obediencia
Y si es disculpa el amor.

REY.

(*Ap.* ¡Con qué mañosos ardides
Sabe hacer el ciego dios
Sus tiros! ¡Por qué camino
En mi pecho despertó
La casi muerta centella
De mi pasada aficion!
¡Ah enemiga! ¿no te cansas
De ofenderme? ¡Loco estoy!
¿Con máscara de respeto
Me das celos? Con color
De decoro me desprecias,
Y quieres que sepa yo
Que otro merece de tí
Lo que no mi firme amor?
Lograste el intento, el tiro
Acertaste; pero no
Lograrás la gloria de él;
Que, reprimiendo el dolor,
Mostraré mentido el gusto
De que en ajena aficion
Ocupes tu pensamiento.)
Oye, Bermudo.

BERMUDO.

¿Señor?

REY.

Dile á Elvira que el permiso
Que me ha pedido le doy,
Y que tan arrepentido
Miro mi pasado error,
Que en la licencia que pide
Solamente me ofendió
La memoria de su nombre;
Y tú otra vez, vive Dios,
Que no te ha de negociar,
Si la nombras, el perdon,
Ni el mérito de obediencia
Ni la disculpa de amor.
Y esto tambien le dirás,
Porque sabiendo que estoy
Tan otro, por excusado
Te tenga en otra ocasion;
Pues aunque el intento sea
Justo respeto, la voz
De su nombre en mis oidos
Será la ofensa mayor;
Que llega el aborrecerla
Donde el amarla llegó.

ELVIRA.

Yo no puedo mas.

FLOR.

Detente.

ELVIRA.

La mina del corazon
Revienta al despecho mio.— (*Sale.*)
Alfonso falso, traidor,
Engañoso, fementido...

REY.

¿Qué es esto?

BERMUDO. (*Ap.*)

Perdido soy.

ELVIRA.

¿Estos son los sentimientos,
Estas las finezas son
Con que á vivir apostaba
Con el tiempo vuestro amor?
Estas son vuestras promesas?
¡Qué buena quedara yo
Si á crédito de palabras
Os entregara mi honor!
¿Tan fácil con el estado
Mudasteis la condicion?
¿Acaso desvanecido
Despreciais, porque rey sois,
Lo que príncipe estimasteis?
¿Tanta mudanza fué en vos
Pasar de príncipe á rey?
¿Por dicha esta sucesion
Fué no mas que continuarse
El dominio que os toco
Por justa ley, aun viviendo
El Rey, vuestro antecesor?
Pues ¿cómo tan fácilmente
Olvidais la obligacion
De palabras, que son leyes
En los hombres de valor,
Que el aborrecerme llega
Donde el amarme llegó,
Que al pediros la licencia
Solo os ofendió la voz
De mi nombre en los oidos?
Pues ¿qué delito, qué error
Fué no pagar, prevenida,
Vuestra fingida aficion,
Para castigarme así?
Antes el valor que yo
Mostré en resistir á un rey
Os causara estimacion
Si fuérades quien debeis;
Pero pudo mas en vos
Vuestra pasion y venganza
Que no vuestra obligacion,
Pues la virtud castigais.
¿Vos sois Alfonso? vos sois
Hombre? vos noble? vos rey?
¡Bien gobernará á Leon
El que tan mal se gobierna!
Vuestra majestad, Señor,
Con su prudencia perdone
Mi desenfreno; que estoy
Despreciada y soy mujer,
Y me atormenta, si no
Su desprecio, por mi amante,
Por mi rey, su indignacion.
Y así, hasta ver que, depuesta
La enojosa furia, el sol,
Cuyo claro aspecto en mí
Es la influencia mayor,
Me da rayos tan benignos
Como otro tiempo me dió,
Sombra suya, he de seguir
Sus oidos con la voz,
Con las rodillas sus plantas,
Con ruegos su obstinacion,
Su venganza con paciencia,
Y con quejas su rigor.

REY.

Levanta, Elvira, levanta;
No ofendas tu estimacion;
Que, ya que amante no sea,
Cortés á lo menos soy.
(*Ap.* ¿Qué fuerza, qué sufrimiento,
Qué constancia, qué valor
Bastarán á reprimir
El fuego del corazon?
Que al aire de ruegos, quejas
Y ternezas levantó
Tanta llama, que es incendio
Cuanto siento y cuanto soy.
Mas ¿al combate primero
Han de rendirse al amor,
De la obligacion las leyes,
Las fuerzas de la razon?
No; contra mi misma vida
He de probar, vive Dios,
A ser sufrido, á ser rey;
Y he de mostrar que, pues yo
Sé gobernarme y vencerme,
Que es la victoria mayor,
Sabré vencer mis contrarios
Y gobernar á Leon.)
Elvira, no la mudanza
Del estado me mudó
La condicion, mas indujo
En mí nueva obligacion.
Príncipe, tuve disculpa
Si permití al ciego ardor
De mis deseos la rienda;
Mas ya, Elvira, que rey soy,
Solo administrar justicia,
Causar amor y temor,
Ser á los buenos espejo
Y á los malos confusion,
Es lo que á mi estado toca;
Y el aborrecerte yo
No te aflija, que se entiende
En cuanto al lascivo amor,
No como rey á vasallo;
Que, como tal, antes doy
A tu valor alabanza
Y á tu virtud galardon.
Y así, puedes emplearte
En quien merezca tu amor,
Segura de que, no solo
No me cause indignacion,
Pero celebre tus bodas,
Siendo tu padrino yo.

ELVIRA.

No, Señor; no de esa suerte
Os vengueis de mi rigor;
Que nadie ha de merecer
Lo que no alcanzasteis vos.
Escuchad, volved el rostro;
Sed cortés, si amante no.

REY. (*Ap.*)

¡Ay de mí, que un monte muevo
En cada paso que doy!

ELVIRA.

¡Ah Señor!

REY.

Ya es tarde, Elvira.

ELVIRA.

Nunca, á ser firme tu amor,
Fuera tarde, Alfonso mio.

REY.

Déjame, que ya no soy
Quien fuí; ni tuyo, ni Alfonso.

ELVIRA.

Pues ¿quién?

REY.

El rey de Leon. (*Vase.*)

ELVIRA.

¡Ah cruel! ah fementido,
Con qué villano rigor
Te vengas y me castigas!
Loca, de corrida, estoy.

BERMUDO.

¿De quién te quejas, de quién,
Si ha sido tuyo el error?

FLOR.

Si me creyeras, ni dieras
A tu desprecio ocasion,
Ni materia á su venganza.

BERMUDO.

¡Buenos quedamos los dos
Por tu mal pensado exceso!
Tú corrida, Elvira, y yo
En la desgracia del Rey.

ELVIRA.

Dejadme; cuando el dolor
Me enloquece, cuando al aire
Fuego en vez de aliento doy,
¿Añadis los dos mas penas
A mis penas? Vive Dios,
Que me mate, porque acabe
Con mi vida mi pasion. (*Vase.*)

FLOR.

Adios, Bermudo; que el cielo
Sabe cuán sentida voy
De vuestra desdicha.

BERMUDO.

Nada
La pudiera, hermosa Flor,
Consolar, sino el hallar
Piedad de mi pena en vos.
(*Vase Elvira.*)
Mas no puede haber descuento

De haber perdido el favor
Y gracia del Rey. ¡Mal haya
Quien de mujer se fió! (*Vase.*)

Sale DON FERNANDO, *de noche.*

DON FERNANDO.

Esta noche, santo cielo,
De vuestra justicia fio
Que del noble pecho mio
Premiaréis el justo celo
Con que, resuelto á exponer
Aquí al peligro la vida,
Por dar pena merecida
A un maldiciente, y hacer,
Vengando á su majestad,
Que conozca que es la mia,
No afectada hipocresía,
Sino debida lealtad.
Este es el sitio aplazado,
Y esta tambien es la hora
Señalada, y hasta ahora
Mi enemigo no ha llegado.
Temo, aunque nóble nació,
Que el valor le ha de faltar:
Que siempre faltó en obrar
Aquel que en hablar sobró.

Salen EL REY Y BERMUDO.

BERMUDO.

(*Ap.* ¿Qué será ¡ válgame Dios!
A lo que el Rey me ha traido?
Que á tal hora haber salido
Solos al campo los dos
Me causa justo temor
De algun mal caso; y así,
Interpreto contra mí,
Viendo mi pasado error,
Todo indicio y toda accion;
Y mas habiendo notado
Que ni de mi culpa ha hablado
Ni díchome la ocasion
De esta novedad. ¿Qué haré?
Resuélvome á preguntarla;
Que en decirla ó en negarla
Su intencion conoceré.)
Señor, ¿no podré saber
Dónde vamos? Que es razon
Que sabiendo tu intencion,
Sepa yo lo que he de hacer;
Que no serán casos leves
Los que causar han podido
Tal novedad.

REY.

He querido
Mostrarte lo que me debes,
Bermudo, en lo que te fio;
Porque conozcas así
Que es justo que pueda en tí,
Mas que todo, el gusto mio.
De esta suerte el deservicio
Que hoy me hiciste sentirás;
Que á un noble castiga mas
Que la pena el beneficio.
Y en la persona real,
Mostrar que sabe el error
Es el castigo mayor
Para un vasallo leal.

BERMUDO.

Honren mi boca los piés
De un rey tan sábio y clemente.

REY.

Lo que me obliga á que intente
Esta novedad que ves,
Escucha ahora.

DON FERNANDO. (*Ap.*)

O me engaño,
O los que vienen allí
Son dos hombres; dos son, sí,
Y no será caso extraño
En un maldiciente vil
Ser cobarde. Pocos son
Los dos; que yo y mi razon
Valemos por mas de mil.

BERMUDO.

Digna es, gran señor, de tí
Una accion tan acertada.

REY.

Ya está el uno en la estacada;
Lleguemos.

DON FERNANDO.

(*Ap.* Pues hácia mí
Vienen resueltos, sin duda
Es Mendo.) Lisonja es mia
Confesar mi valentía,
Mendo, con traer ayuda.
(*Saca la espada.*)

REY.

Don Fernando de Quiñones,
Detenéos; que soy el Rey.

DON FERNANDO.

¿El Rey?

REY.

El Rey.

DON FERNANDO.

Justa ley,
(*Retira la espada.*)
Precisas obligaciones
De su nombre, mi furor
Enfrenan; que aunque resista
La oscura noche á la vista
Para informarse mejor,
Y á tal hora soledad
Tan apartada parezca
Imposible que merezca
Los piés de su majestad,
Mayor imposible entiendo
Que será que ningun hombre
Se atreva á usurpar un nombre
Tan soberano, mintiendo.
Bien es verdad que al momento
Que la voz y el nombre oí,
El dueño reconocí
En mi propio rendimiento;
Y así, á vuestros piés, Señor,
Os pido que perdoneis.

REY.

Fernando, no os disculpeis;
Que yo de vuestro valor
Y lealtad testigo soy,
Y con ella os habeis hecho
Tanto lugar en mi pecho,
Que con los brazos os doy
De él tambien la posesion,
Y en vuestros hombros con eso
Impongo desde hoy el peso
Del gobierno de Leon.

DON FERNANDO.

Señor...

REY.

No me repliqueis;
Bien sé con el desengaño
Que la vanidad y el daño
De la ambicion conoceis;
Mas eso mismo está dando
Fuerza al intento que sigo.
Yo os lo ruego como amigo,
Y como Rey os lo mando.

DON FERNANDO.

Aunque puede tanto en mí
El desengaño, la ley
De la voluntad del Rey
Es inviolable; y así,
Os obedezco, aunque dudo
Si soñando acaso estoy.

BERMUDO.

Con la enhorabuena os doy
Los brazos.

DON FERNANDO.

¿Quién es?

BERMUDO.

Bermudo.

DON FERNANDO.

Bermudo noble, un amigo
Tendréis verdadero en mí.
(*Ap.* ¡Ah Elvira! solo por tí
La privanza que consigo
Pudiera haber estimado
Mi esperanza, á no saber
Que es fuerza dejar de ser
Firme amante ó buen privado.)

REY.

Fernando, oid.

Sale MENDO.

MENDO.

Vive Dios,
Si don Fernando ha cumplido
Su obligacion, que ha traido
En su favor otros dos.
Pero cobardes alardes
No importan: que cierto es,
Pues contra uno vienen tres,
Que son todos tres cobardes.
Y cuando no, son testigos
Las historias que una espada
Basta en mi sangre heredada
A ejércitos enemigos.—
(*Saca la espada.*)
Si de los tres es alguno
Don Fernando de Quiñones,
Aunque á sus obligaciones
Falte así, pues contra uno
Vienen tres, á su enemigo
Tiene aquí: si nobles son,
Cuerpo á cuerpo la cuestion
Le dejen reñir conmigo;
Pero si no, á todos tres
Darles á entender espero
Que Mendo mueve este acero.

REY.

Detenéos, Mendo.

MENDO.

¿Quién es?

REY.

El Rey soy.

MENDO.

¡Válgame Dios!
¿A tal hora en este puesto
El Rey?

REY.

Sí, Mendo, y en esto
Veréis que soy vice-Dios,
Y como tal, puedo ver
Y asistir á todo yo,
Si con mi persona no,
Al menos con mi poder.

MENDO.

(*Ap.* Don Fernando le ha contado
Todo el caso, vive Dios.)
Yo, Señor...

REY.

Basta; con vos
Estaba, Mendo, enojado;
Pero cuando acometisteis
A tres, tal valor mostrasteis,
Que en el efecto ganasteis
Lo que en la causa perdisteis.
Dadle la mano de amigo
A don Fernando, y pensad
Que os importa su amistad
Para tenerla conmigo;
Que desde hoy ha de gozar
En mi lado mi privanza,
Porque os muestre en lo que alcanza
El premio del bien hablar.

MENDO.

¿Qué escucho? ¡Ah fortuna loca!—
Fernando, la mano os doy,

DON FERNANDO.

Vuestro amigo, Mendo, soy,
Y de hacer lo que me toca,
Como noble, os doy la mano.

REY.

Ahora á mí me la dad,
Mendo, que vuestra amistad
Estimaré.

MENDO.

¿Tan humano
Os mostrais, cuando os ofendo?

REY.

Gano mas que en el castigo,
En hacer de un enemigo
Un amigo; haced pues, Mendo,
Cómo yo vuestro lo sea,
Y mudad de condicion;
Ved que una murmuracion
Mil enemigos granjea;
Y así, vuestro pecho entienda
Que si en el peligro os veis,
Pues á todos ofendeis,
No tendréis quien os defienda.
Y el que á muchos agravió,
La pena debe esperar,
Porque no es fácil hallar
Quien perdone como yo.
Y aun puede ser que, cansado
Yo tambien, lo pagueis todo;
Que no siempre está de un modo
El sufrimiento templado. (*Vase.*)

MENDO.

Confuso quedo y corrido. (*Vase.*)

BERMUDO.

Tan sábio como clemente
Es el Rey. (*Vase.*)

DON FERNANDO.

De ser prudente
Es el toque ser sufrido. (*Vase.*)

Salen DON FERNANDO Y BELTRAN.

BELTRAN.

¡Válgate el diablo por Mendo,
Qué libre y qué maldiciente
Ha hablado públicamente!
¿Es posible que, sabiendo
Que si la murmuracion
Celebra el que no le toca,
Tiene la risa en la boca
Y el odio en el corazon?
¿De los aplausos mentidos
Se deje llevar de suerte,
Que para sola una muerte
Haga tantos ofendidos?
Cada mañana que al mundo
Vuelve el mas claro lucero,
Y despierto, es lo primero
Santiguarme; y lo segundo
Que acostumbro, es informarme
De si aquella noche á Mendo
Han muerto, y en respondiendo
Que no, vuelvo á santiguarme,
Porque es milagro de Dios;
Mas don Fernando y Bermudo
Están solos, y no dudo
Que algun negocio los dos
Conferirán de momento.
Aguardemos retirados;
Que no atreve á dos privados
Beltran su entretenimiento.

Sale BERMUDO.

BERMUDO.

El alto puesto en que os veis
De poder y de privanza,
Y el que mi ventura alcanza
Cerca del Rey, bien sabeis,
Fernando noble, que son
Blanco de envidia importuna,
Teatro de la fortuna
Y objeto de la traicion.
Y es fuerza, si divididos
Nos oponemos yo y vos,
Que el uno ó ambos á dos
Vengamos á ser vencidos.
Y para no dar venganza
A malignas intenciones,
Quiero, famoso Quiñones,
Que una amistad y alianza
Tan firme los dos hagamos,
Que del otro cada cual
Ayudado, con fe igual
A la malicia opongamos
Los pechos; pues de esta suerte
Vuestra dicha y mi ventura
Correrá libre y segura
De mudanza hasta la muerte.

DON FERNANDO.

Ni me obliga la ambicion
Ni me desvela el poder;
Ser quien sois, y merecer
De su alteza la aficion,
Es lo que en mí tanto amor
Y estimacion os granjea,
Que lo que el vuestro desea
Es mi lisonja mayor.
Y así, no correspondiente
Solo, mas agradecido
En lo que me habeis pedido,
Mi voluntad solo siente
Ver que ganado me hayais
Por la mano en declarallo,
Supuesto que en deseallo
Por ella no me ganais.
Y así, Bermudo, os la doy
Con firme palabra y fe
Que por vos arriesgaré
Cuanto valgo y cuanto soy.

BERMUDO.

Lo mismo que me ofreceis
Os prometo.

DON FERNANDO.

Yo, Bermudo,
Sé que sois noble, y no dudo
Que en todo lo mostraréis.

BERMUDO.

Solo me resta advertiros
Que importa, para poder
Conservar y defender
De los maliciosos tiros
De la envidia nuestro estado,
No solo disimular
Nuestra amistad, pero dar
Con cauteloso cuidado
Señales de ser los dos
Contrapuestos; porque así
Se descubrirán á mí
Vuestros contrarios, y á vos
Los mios, y de este modo,
Contraminando intenciones,
Con secretas prevenciones
Lo remediarémos todo.

DON FERNANDO.

Aunque es fingir y engañar
De mí tan ajeno, es justo
Que á la ley de vuestro gusto
Conceda el primer lugar.
Demás, que contra el rigor
Del que la envidia desvela,
Es lícita la cautela
Para defender mi honor.
Que es intento mas decente
Por prevenirme fingir,
Que arriesgarme por huir
De tan leve inconveniente,
A que con el Rey lograda
Una alevosa intencion,
Pierda la reputacion,
Mas que la vida estimada;
Y así, con vuestro consejo
Me conformo.

BERMUDO.

Pues adios,
Y procuremos los dos
Ser de la amistad espejo
Y de la regla excepcion,
Siendo, conformes y unidos,
Los primeros dos validos
Que firmes y amigos son. (*Vase.*)

DON FERNANDO.

La fuerza de mi destino,
Que yo no puedo evitar,
Me puso en este lugar
Por no pensado camino;
Y ya que llegué á ocupallo,
Si no por mi inclinacion,
Por conservar mi opinion,
Es forzoso conservallo;
Que es muy cierto, si le pierdo,
Que juzgue el vulgo maligno
Que le perdí por indigno,
No que le dejé por cuerdo.
Mas ¡ay de mí! que me veo
En medio deste cuidado
Tan ciego y tan abrasado
De un amoroso deseo,
Que no soy dueño de mí,
Y en lugar de refrenarme,
Me incita á precipitarme
El poder que conseguí!
Que aumentando la esperanza
De merecer y alcanzar
A Elvira, me viene á dar
Mayor guerra la privanza,
Que fuerza su obligacion
Para resistir; y así,
Se aprovecha contra mí
De mis armas mi pasion.

BELTRAN.

Señor, ¿puedo hablarte?

DON FERNANDO.

Sí.
¿Por qué no? ¿No soy el mismo
Que fuí?

BELTRAN.

Despues que privado
Tan poderoso te veo,
Como los muchachos soy,
Que admiran y tienen miedo
A un giganton, aunque saben
Que lleva un pícaro dentro.

DON FERNANDO.

¡Qué buena comparacion!
¿Eso es tenerme respeto?
Tu intencion es la mejor
Disculpa; dejemos eso,
Y dime cómo ha llevado
Esta novedad el pueblo.

BELTRAN.

Todo es admirarse, y todo
Discurrir, buscando el medio
Por donde te has levantado
A tan soberano puesto.
Y lo que mas es de ver,
Es, que solos y que feos,
Cabizbajos y encogidos
Andan ya los que primero,
Esperando ser privados,
Campeaban tan soberbios.
La condicion no has mudado
Con la fortuna, y deseo
Saber si en cuanto al amor
Te ha sucedido lo mesmo.

DON FERNANDO.

¡Ay de mí, que es la pasion

Superior al sufrimiento!
Beltran, no puedo conmigo,
No cabe en mi alma el incendio;
No son flechas, rayos son
Los que tira el amor ciego;
Que en la mayor resistencia
Obran mayores efectos.
Parte, amigo, y pide á Elvira,
Para verla con secreto,
Licencia, y dile que solo
Merecer sus ojos quiero,
Para ofrecer á sus plantas
Cuanto valgo y cuanto puedo;
Que solo por ella estimo
El lugar en que me veo.

BELTRAN.

¡Pésia tal! Pues ¿lo prudente,
Lo grave, lo circunspecto,
Lo ministro?

DON FERNANDO.

Loco estoy;
Dame ayuda, y no consejo.
Parte, si bien me deseas,
Y haz lo que digo primero
Que vuelvas á verme; y mira
Lo que va á los dos en ello;
A tí la vida, y á mí
La opinion, en el secreto. (*Vase.*)

BELTRAN.

Bueno, por Dios; el castigo
Me proponen, y no el premio;
Pero nunca el alcahuete
Al daño igualó el provecho,
Ni tuvo jamás buen fin
La dicha por malos medios. (*Vase.*)

Salen ELVIRA Y FLOR.

ELVIRA.

Esta es la ocasion que pudo
Obligarme á señalar
Una hora misma de hablar
Yo á Fernando y tú á Bermudo.
Todas son trazas de amor;
Pues burla el Rey mi esperanza,
Quiero que entienda que alcanza
Don Fernando mi favor,
Siendo Bermudo testigo;
Que es cierto que él lo dirá
Al Rey, puesto que le hará
La igual privanza enemigo
De don Fernando; y así,
O su amor despertarán
Los celos, ó me darán
Venganza, viendo que en mí
Los méritos y el amor
De un vasallo han conseguido
Lo que un rey no ha merecido.

FLOR.

Luego ¿has de hacerle favor?

ELVIRA.

Fingido.

FLOR.

¡Lo que trazar
Sabe un pecho enamorado!

ELVIRA.

Con desprecios me ha abrasado,
Con ellos le he de abrasar.

FLOR.

Bermudo viene.

ELVIRA.

Ya, Flor,
Estás en lo que has de hacer. (*Vase.*)

FLOR.

Sí, retírate. ¡Oh poder
Nunca igualado de amor,
Cuánto abrasa, cuánto ciega!

Sale BERMUDO.

BERMUDO.

Flor hermosa, obedeceros
Donde se interesa el veros,
Es tanta gloria, que niega
Los méritos al servicio.
¿Qué me mandais?

FLOR.

El cuidado
De aquel disgusto pasado,
Con que os pagó el beneficio
Doña Elvira, me ha tenido
Ansiosa por el temor
Con que os dejé, del rigor
De Alfonso; y así, he querido
Que de esta duda y tormento
Me saqueis.

BERMUDO.

Su majestad
Iguala con la piedad
La prudencia y sufrimiento.
Y cuando no, descontado
Hubiera cualquier rigor
La gloria de este favor,
Pues decís que os dió cuidado.

Sale UN ESCUDERO.

ESCUDERO.

Don Fernando de Quiñones
Está á la puerta.

FLOR.

¡Ay de mí!

BERMUDO.

¿Quién?

FLOR.

Don Fernando, y si aquí
Te ve, Bermudo, nos pones
A peligro de perder
La opinion á mí y á Elvira;
Esconderte importa; mira
Que recelo que por ser
Tú del Rey valido, crea
Que de su parte nos ves.

BERMUDO.

Flor, por mi propio interés,
Me importa que no me vea,
Porque el igual valimiento
Nos contrapone á los dos.

FLOR.

Pues retírate, por Dios;
Entrate en este aposento.

BERMUDO.

Servirte pretendo en todo.
(*Ap.* Nuestra falsa emulacion
Y fingida oposicion
Acredito de este modo.)
(*Retíranse los dos al paño.*)

Salen DON FERNANDO Y ELVIRA.

DON FERNANDO.

Solo, doña Elvira hermosa,
Vengo á ofrecer mi ventura
A los piés de tu hermosura,
Por quien la suerte dichosa
Estimo, que he conseguido;
Que con ella me tendrás,
Cuanto poderoso mas,
Mas amante y mas rendido.

ELVIRA.

Noble don Fernando, á mí
Me alegra vuestra privanza
Solamente porque alcanza
Vuestro gran valor así
El puesto que ha merecido,
No porque hayais menester
Mas méritos para ser
De mi amor favorecido,
Que ser quien sois; que con eso,
No solo digo que soy
Dichosa, pero que estoy
Desvanecida os confieso.

DON FERNANDO.

Basta ya, si no intentais
Que me dé muerte el contento;
Que no puede el sufrimiento
Con la gloria que me dais.

ELVIRA.

Nunca á lo que mereceis
Podrá igualar mi favor.

DON FERNANDO.

No merece el mismo amor
Los favores que me haceis.

ELVIRA.

Pues, don Fernando, el secreto
Importa por el lugar
Que ocupais, y para andar
Tan cauto como discreto,
Visitas me habeis de hacer
Breves y ocultas; no sea
Que quien vuestro mal desea,
Llegándolas á entender,
Dé cuenta á su majestad
Y os prive de su favor,
Dando á tan lícito amor
Título de liviandad.

DON FERNANDO.

Si merezco esa belleza,
Nada temo.

ELVIRA.

Por los dos
Temo yo sola.—Id con Dios,
No os eche menos su alteza.

DON FERNANDO.

Haceros gusto es quereros.

ELVIRA.

Fernando, no me olvideis.

DON FERNANDO.

Vos sois mi alma, y podeis
Vos á vos obedeceros.
(*Vanse don Fernando y Elvira.*)

Salen FLOR Y BERMUDO.

FLOR.

Breve la visita ha sido.

BERMUDO.

Mas que yo quisiera, Flor;
Que siglos cifra el amor,
Tan á gusto entretenido.
(*Ap.* Aunque me pesó de ser
De estos amores testigo;
Que es don Fernando mi amigo,
Y el lugar ha de perder
Que con el Rey ha alcanzado,
Si desto cuenta le doy;
Yo, como leal, estoy
A decírselo obligado.)
¡Qué penosa confusion!

FLOR.

(*Ap.* Todo lo ha visto y oido
Bermudo; bien le ha salido
A mi hermana la invencion.)
Con cuidado estoy, Bermudo,
Que aunque mi hermana se muestra
En mi amor de parte vuestra,
En esta ocasion no dudo
Que le pese de saber
Que el suyo habeis entendido;
Y así, pues no os ha sentido,
Antes que lo llegue á ver,
Importa que os vais, que es tarde.

BERMUDO.

Vuestro gusto es ley.

FLOR.
Adios.
BERMUDO.
Flor, ¿ cómo quedo con vos?
FLOR.
No quedais mal.
BERMUDO.
Dios os guarde.

JORNADA TERCERA.

Sale EL REY.

REY.
Huyo prudente lo que amante sigo,
Yo mismo soy aquel que sigo y huyo,
Y me respondo á mí cuando me arguyo,
Cuanto mas mi contrario, mas amigo.
Con lo que me defiendo me persigo,
No me dejo vencer y me concluyo;
Buscando mi provecho, me destruyo,
Y siendo en mi favor, lucho conmigo.
Hallo memoria donde olvido quiero,
Y con estar mi muerte en mi cuidado,
No dejo descuidar de lo que muero.
No tengo culpa yo, que soy llevado
De un secreto poder, tan lisonjero,
Que mi gusto mayor es ser forzado.

Sale BERMUDO.

BERMUDO.
Con una duda, Señor,
Vengo á tu ingenio divino,
Cuya solucion no alcanzo.
REY.
Di.
BERMUDO.
Ya sabes cuán amigos
Fueron Pitias y Damon;
Ambos, pues, fueron validos
Y confidentes del rey
De Siracusa, Dionisio.
Pitias cometió un error
Contra el Rey, siendo testigo
Damon; aquí entra la duda.
Si revelaba el delito
De Pitias Damon al Rey,
Faltaba á la ley de amigo;
Y callándolo, faltaba
Al ministerio debido
De confidente leal
Del Rey; en este conflicto,
Si fueras Damon, ¿qué hicieras?
REY.
Ser leal y ser amigo,
Cumpliendo mi obligacion
Con Pitias y con Dionisio.
BERMUDO.
¿Cómo?
REY.
Dijérale á Pitias
Que le confesara él mismo
Al Rey su error, ó me diera,
Para hacerlo yo, permiso.
BERMUDO.
Ingenio tan delicado
Viva al mundo largos siglos,
Pues de confusion me sacas.
REY.
¿Cómo? Vuelve.
BERMUDO.
Lo que has dicho
Que tú hicieras he de hacer;
Pues no podrás de delito
Argüirme, ejecutando
Lo que aconsejas tú mismo. (*Vase.*)
REY.
¡Notable caso! Confuso
Quedo. ¿Quién será el amigo
Por quien dudoso Bermudo
Esta pregunta me hizo?

Sale BELTRAN.

BELTRAN.
No puedo hallar á mi amo;
Mas tal es el laberinto
De palacio... Aquí está el Rey.
REY.
Vuelve, Beltran.
BELTRAN.
Aunque indigno,
A tu sacra majestad
Con el respeto debido
Beso los piés, con que espero
Ganar gracias; gracias, digo,
Que decir; porque ya sé
Que de mi pobre juicio,
Ni se han de esperar consejos,
Ni se han de estimar arbitrios.
REY.
Nada perderán por tuyos;
Que don Fernando me ha dicho
Que has estudiado, y que sabes
Mezclar donaires y avisos,
Entretenido en las burlas,
Y en las veras entendido.
BELTRAN.
Confiado, según eso,
Te diré ciertos caprichos
Curiosamente observados
Para enmienda de este siglo.
REY.
Di; por ventura mis penas
Divertiré con oirlos.
BELTRAN.
Pues el primero de todos
Ha de ser á lo divino,
Que á tí mas que á nadie toca,
Por cristiano, y porque he visto
Que de la eleccion que has hecho
En mi amo, fué el motivo
Primero ver el decoro
Y respeto con que hizo
Reverencia á tu retrato.
Y así, en consecuencia, digo
Que no es justo que se pongan
En las calles y caminos
Cruces ni imágenes santas;
Que, demás de que el mas fino
Católico, si acostumbra
A pasar sin el debido
Respeto por ellas, hallan
Los sectarios de Calvino,
Arrio y Lutero ocasion
De ejecutar sus designios,
Valiéndose de la noche
Para injuriar, atrevidos,
Con obscenos menosprecios
Lo que adoramos indignos.
Item, porque en todo importa
Que se eviten los peligros,
Y de las pendencias es
El juego tan incentivo,
Y por estar á la mano
Los candeleros, se han visto
Tantos sangrientos efectos
De sus agravios misivos,
Los candeleros se claven
En las mesas del garito.
Item, porque faltan hombres
Para el rústico ejercicio
Y militar disciplina,
Y del sexo femenino
Tanta copia vagamunda
Vive de bureos lascivos,
Por no hallar lícitos modos
Para poder adquirirlo;
Será bien que se prohiban
A los hombres los oficios
Que pueden ellas usar;
Que un barbon como un vestiglo,
Con la mano como un boj,
Con el brazo como un pino,
Que puede esgrimir la pica
Y puede regir el trillo,
¿Por qué ha de estarse al brasero,
Pernicruzado, encogido,
Como puede una doncella
Con dedal, aguja é hilo?
REY.
Basta de arbitrios, Beltran;
Yo confieso que de oirlos
He gustado.
BELTRAN.
Pues si efecto
Tan dichoso han conseguido,
Yo los tengo por premiados;
Mas si de un rey tan benigno,
Poderoso y liberal,
Tal favor he merecido,
Parecerá justamente,
Si á mas galardon no aspiro,
Que poco de su largueza
Y de mis méritos fio.
Para mi amo tenia
Un memorial prevenido;
(*Dale un memorial.*)
Mas, pues en la mar me veo,
No he de pedir agua al rio.
REY.
Muéstrale.
BELTRAN.
En él, gran Señor,
Todos mis méritos cifro;
Pocos son, mas haré muchos
Si me empleo en tu servicio.
REY. (*Mira el memorial.*)
¿Qué es aquesto? El memorial
Ha trocado.
BELTRAN.
Ayuda os pido,
Animas del purgatorio,
Negociad vuestro bien mismo;
Que si salgo con la empresa,
Cincuenta misas os digo.
REY.
Trae recado de escribir.
BELTRAN.
Presto la promesa hizo
Operacion; misas quieren
Las ánimas. (*Vase.*)
REY.
¡Qué corrido
Ha de quedar cuando sepa
Que el papel trocó, y he visto
Lo que en este se contiene!
Él al fin ha dado alivio
Este rato á mis pesares.

Sale BELTRAN, *con recado de escribir, y el Rey escribe á excusas de él, y cierra el memorial y lo sella con la sortija.*

BELTRAN.
El recado que has pedido
Está aquí. (*Ap.* Cincuenta misas,
Animas. ¡Qué breve ha escrito!
Pues el decreto está breve,
¿Quién duda que solo ha dicho:

«Hágase como lo pide»?)
Pues ¿lo cierras?

REY.

El estilo
Es este de mis decretos,
Que toca á Fernando abrirlos,
Puesto que todos con él
Primero los comunico.
Entrégasele cerrado,
Como te le doy.

BELTRAN.

Mil siglos
Viva tu real persona.

REY.

Con razon, Beltran amigo,
Me das gracias; que conforme
Al memorial, certifico;
Que no lo decretarias
Mas en tu favor tú mismo. (*Vase.*)

Salen DON FERNANDO Y BERMUDO.

BELTRAN.

¡Válgame Dios lo que puede
Un rey! ¡Que este papelillo,
Con cinco ó seis garabatos
Solos, de su mano escritos,
Pueda hacerme gran señor
O ponerme en Peralvillo?
Pero mi amo y Bermudo
Son estos; yo me retiro
A aguardar que quede solo,
Si acaso puedo sufrirlo.

DON FERNANDO.

Vuestra obligacion, Bermudo,
Como noble habeis cumplido;
Pero cumplidla tan bien
Con el Rey como conmigo;
Que delatar yo de mí
Fuera acrecentar delitos,
Que es especie de perder
El respeto no encubrirlos.
Entrad, decídselo vos;
Que yo soy tan vuestro amigo,
Que no quiero que perdais
El mérito de decirlo.

BERMUDO.

Puesto que saberlo el Rey
De mí ó de vos es lo mismo,
Mejor os está que quiebre
La primer furia conmigo.

DON FERNANDO.

Bien decis, entrad.

BERMUDO.

De mí
Confiad; que soy tan fino,
Que, ó vos quedeis perdonado,
O quede yo desvalido. (*Vase.*)

DON FERNANDO.

¡Qué fieras perturbaciones!
¡Qué combates! Qué peligros
Tienen los altos lugares!
¿Quién del estado tranquilo,
Quién de la orilla segura
Me ha engolfado en el abismo
De mares tempestuosos?
No de aceros enemigos
Temí el golpe, como el rostro
Temo del Rey ofendido.
Mas ¿qué importa, hermosa Elvira,
Si el tuyo gozo benigno?
¿Qué temo, si tú me quieres?
Si te gano, ¿qué he perdido?

BELTRAN.

¿Señor?

DON FERNANDO.

¿Qué es esto?

BELTRAN.

Señor.

DON FERNANDO.

¿Estás loco?

BELTRAN.

A toda ley
Migaja del Rey, del Rey
Decretico en mi favor.
Este memorial le di,
Y él mismo lo decretó,
Y cerrado me mandó
Que te le entregase á tí.
Abrelo, por Dios, de presto;
Que estoy rabiando, y ha sido
Gran prueba de ser sufrido
No haberlo abierto.

DON FERNANDO. (*Abre el memorial.*)
¿Qué es esto?

BELTRAN.

Dime el decreto; que quiero
Salir ya de confusion.

DON FERNANDO.

Importa á la ejecucion
Ver el memorial primero.
(*Lee.*) «Casa, diez; sola, cuarenta;
»Viu, quince; donce, dos.»

BELTRAN. (*Ap.*)

La memoria es, voto á Dios,
De mis pecados.

DON FERNANDO.

¿Qué cuenta
Es esta?

BELTRAN.

Tente; no leas,
No pases mas adelante.

DON FERNANDO.

Ahora será importante,
Beltran, que el decreto veas.

BELTRAN.

¡Mal haya quien confiare
De papeles su secreto!
¡Hay tal yerro!

DON FERNANDO.

Oye, el decreto
Dice: *Noli amplius peccari.*

BELTRAN.

¿Un consejo y en latin
Es el despacho?

DON FERNANDO.

Él te dió
Lo que el memorial pidió;
Migaja del Rey al fin. (*Vase.*)

BELTRAN.

¿Estaba borracho cuando
Troqué el papel? ¿Hay rigor,
Pena y vergüenza mayor?
¡Qué sepa el Rey y Fernando
Las culpas de mi conciencia!
Esperar puedo el perdon;
Que antes que la confesion
He hecho la penitencia. (*Vase.*)

Salen EL REY Y BERMUDO.

BERMUDO.

Señor, en ejecucion
Del oficio que has fiado
De mi verdad y cuidado,
Vengo á hacerte relacion
De un yerro, en que solamente,
En premio de mi lealtad,
Suplico á tu majestad
Que perdone al delincuente.

REY.

Tan amigo y tan leal
Te juzgo, que no pidieras
Lo que pides, si entendieras
Que hacerlo me estaba mal;
Y así, desde aquí, Bermudo,
Le perdono.

BERMUDO.

Pues con eso,
Sabrás, Señor, el exceso,
Que por ser quien soy me pudo
Poner en la confusion,
Cuyas tinieblas venciste
Con el parecer que diste
Entre Pitias y Damon.
Don Fernando, gran Señor,
Está enamorado.

REY.

Di,
Di lo demás; que hasta ahí
No es culpa tener amor.
Si excedió su obligacion
Por amar, merece pena;
Pero si amando se enfrena,
Es digno de galardon.

BERMUDO.

A deshora y disfrazado
Fué á visitar la que adora.

REY.

¿Disfrazado y á deshora?

BERMUDO.

Sí, Señor.

REY.

¿Quién te ha informado
De ello?

BERMUDO.

Yo mismo lo ví.

REY.

¿Tú lo viste? Pues ¿qué hacias,
Bermudo, tú, que lo vias,
Tambien á deshora allí?

BERMUDO.

Yo no lo pude excusar;
Fuera de que, yo no soy
Ministro; y así, no estoy
Tan obligado á guardar
Clausura; y si la tuviera,
Ni pudiera en tu servicio
Ejecutar el oficio
Que me has dado, ni supiera
Este caso.

REY.

Está bien. Di;
De don Fernando el intento
¿Es lícito? Es casamiento?

BERMUDO.

Tengo por cierto que sí.

REY.

¿Y qué fortuna, qué estado
Alcanza su pretension?

BERMUDO.

No logra mal su aficion;
Premio goza su cuidado.

REY.

¿Y quién es la dama?

BERMUDO.

A eso
No te puedo responder.

REY.

¿Cómo no?

BERMUDO.

Porque es hacer
Contra órden tuya un exceso.

REY.

Ya te entiendo; tente, calla,
Que me matas, ¡ay de mí!
Que hallarte, Bermudo, allí,
Y decir que es el nombralla
Contra órden mia, bien claras
Señas me da. Mas ¿es Flor
Por ventura?

BERMUDO.

No, Señor.

REY.

Pues, Bermudo, ¿en qué reparas?
Acábame de matar;
Que ya en mí no puede hacer
Mayor estrago el saber
Del que ha hecho el sospechar.
¿Es Elvira?

BERMUDO.

Sí, Señor.

REY.

¡Ah enemiga! ¿Qué impaciente
Veneno, qué furia ardiente
De rabia, si no de amor,
Es esta en que tu venganza
Me abrasa? Mas di, Bermudo,
¿Vióte don Fernando, ó pudo
Elvira, con esperanza
De que á mí me lo dirías,
Fingir allí lo que habló
Con él?

BERMUDO.

Yo pienso que no;
Que para saber si habias
Perdonádome, á llamar
Me envió en secreto Flor,
Que no quiso este favor
A Elvira comunicar,
Por ser el primero, acaso
Vergonzosa, y cuando entró
Don Fernando, me escondió,
Donde fui de todo el caso
Testigo oculto.

REY.

¿Qué espero?
Qué busco á tan cierto daño
Alivios en el engaño,
Si en el desengaño muero?
Bermudo, viven los cielos
Que estoy loco; ya el valor
Se rindió, y lo que no amor,
Han conquistado los celos.
¡Que con mi mayor amigo
Ofenderme Elvira pudo!
No lo sufriré, Bermudo,
Yo no puedo mas conmigo
Determinado me vi
A casarla, y de mis ojos
Ausentarla, y mis enojos
Sufriera con que de mí
Naciese el privarme de ella;
Mas naciendo de su amor,
Es agravio, y el rigor
De los celos atropella
Las fuerzas del sufrimiento.
Demás, que siendo Fernando
Con quien me ofende, y estando
A mis ojos, el tormento
No cesará de matarme;
Y así, solo este temor,
Si no el celoso furor,
Bastará á determinarme.
Esta noche la he de ver,
Mi pena quiero aliviar
Al menos con estorbar,
Ya que no pueda vencer.
Mas Fernando viene aquí,
Déjanos solos.

BERMUDO.

Señor,
Si en él es culpa el amor,
No es ofensa contra tí,
Que el tuyo ignora.

REY.

Es verdad;
La palabra que te he dado
Cumpliré.

BERMUDO.

Siempre has mostrado
Tu grandeza en tu piedad.

Sale DON FERNANDO.

REY.

¿Don Fernando?

DON FERNANDO. (*Ap.*)

¿Qué valor
Bastará en trance tan fuerte,
Si contra la misma muerte
No fuera invencible amor?

REY.

Si yo en todo he dado muestras
De mirar vuestra opinion,
¿Cómo mi reputacion
Arriesgan locuras vuestras?
¿Cómo, si yo os escogí
Por sábio, cuerdo y prudente,
Vuestra vida me desmiente,
Y de mi eleccion así
El crédito aventurais?
¿Vos, ministro, vos, privado,
A deshora y disfrazado,
Amante imprudente andais
Por las calles de Leon?
¿Vos, que en los hombros sufris
De un reino el peso, os rendis
A una liviana pasion?

Salen NUÑEZ, MENDO y BELTRAN.

NUÑEZ.

Aquí está su majestad.

MENDO.

Y don Fernando.

REY.

Si os toca
Enfrenar la furia loca
De tantas gentes, mirad,
¿Qué razon, qué atrevimiento
Tendréis para castigar,
Si errando, dais para errar
Licencia en vez de escarmiento?

NUÑEZ.

Riñéndole está.

MENDO.

Yo creo
Verle presto derribado.

REY. (*Ap.*)

Allí hay gente y me ha escuchado;
Fingiendo que no la veo,
Lo remediaré.

BELTRAN. (*Ap.*)

Por Dios,
Que la máquina ha caido.

REY.

La opinion que hemos perdido,
Si esto se sabe, los dos,
¿Qué remedio tendrá? Pues
Quedando en mi gracia, es llano
Que han de llamarme liviano
Si conservo á quien lo es;
Y si os quito brevemente
El puesto que os dí, es mostrar
Que ó soy fácil de mudar,
Ó en elegir fuí imprudente.—
¿Qué os parece? ¿Sé reñir?
¿Hago bien un enojado?

DON FERNANDO.

¿Qué es esto?

REY.

¿Os habeis turbado?
Verdad me habeis de decir.

BELTRAN.

Eso sí; que ya tenia
Pendiente el alma de un hilo.

DON FERNANDO.

Señor, tan severo estilo
¿Qué valor no turbaria?
(*Ap.* Confuso estoy.)

MENDO.

¡Qué! ¿Fingido
Era el enojo?

REY.

Dejemos
Burlas, Fernando, y entremos
A despachar. (*Ap. á Fernando.* Esto ha sido,
Porque nos han escuchado,
Mirar yo mejor que vos
Por la opinion de los dos,
A conservar obligado
Mi hechura; pero mirar
Debeis que, como reñir
Y conservar y sufrir,
Sabré tambien castigar. (*Vase.*)

DON FERNANDO.

(*Ap.* ¡Qué prudencia, qué cordura,
Y qué fuerte obligacion!
Pero nunca la razon
Puso freno á la locura;
Yo estoy loco, y la esperanza
De tu mano, Elvira hermosa,
Es en mí mas poderosa
Que el fausto de la privanza.)
Lara ilustre, Mendo amigo,
¿Quereis algo?

MENDO.

Solo hacer
Un recuerdo.

DON FERNANDO.

Es ofender
Mi amistad hacer conmigo
Diligencia; mi deseo
Lograré presto en los dos.

NUÑEZ.

Mil años os guarde Dios.

MENDO. (*Ap.*)

A mí no, si yo le creo.

BELTRAN.

¡Qué burlados han quedado!

MENDO.

¡Que ruegue yo á quien podia
Ser...

NUÑEZ.

Callad, Mendo. (*Vase.*

MENDO.

No habia
De nacer un desdichado.

BELTRAN.

¿A qué fin este picon
Te dió el Rey?

DON FERNANDO.

Porque de aviso
Me sirva, las uñas quiso,
Beltran, mostrarme el leon.

BELTRAN.

Témelas, pues las has visto.

DON FERNANDO.

¡Ay de mí, que es ciego amor,
Y no conoce el temor!
Inútilmente resisto
Al deseo con que peno;
Imposible es sujetallo,
Que voy loco en un caballo,
Con espuelas y sin freno;
Por Elvira he de perder
El alto puesto en que estoy;
Pero si de Elvira soy,
¿Qué importa dejar de ser
Rico, Beltran, ni privado?
Por ella el serlo estimé,
Y sin ella no podré
Dejar de ser desdichado.

BELTRAN.

Pues si te quieres perder,
Fuerza es que una cosa sola
Te advierta, y es, que de bola

Me has de llevar al caer;
Y mientras eres privado,
Fuera bien que yo subiese
A puesto en que me luciese
Haber sido tu criado.

DON FERNANDO.

Yo lo haré, con tal que pidas
Cosa á tu virtud igual;
Que pienso que el memorial
Que le diste al Rey olvidas.

BELTRAN.

¡Oh, pese!...

DON FERNANDO.

Pero, dejado
Eso aparte, Beltran, dí,
¿A quién has servido?

BELTRAN.

A tí.

DON FERNANDO.

Pues si á mí me has obligado,
De mi hacienda has merecido
El premio, conforme á ley;
Mas de la hacienda del Rey,
Solo el que al Rey ha servido. (*Vase.*)

BELTRAN.

Esa es doctrina, aunque tasa
Mis aumentos, verdadera;
Mas no soy bobo, quisiera
Justicia, y no por mi casa.

Salen en casa ELVIRA *y* FLOR.

ELVIRA.

Loca estoy, Flor, ya vencí;
Los efectos han mostrado
Que el arte lo puede todo,
Pues hoy con industria alcanzo
Lo que no pudo el amor.

FLOR.

¿Cómo, Elvira?

ELVIRA.

Al Rey aguardo;
Bermudo de parte suya
Vino á prevenirme; tanto
Pudieron con él los celos,
Que espero ya, con su mano,
La corona de Leon.

FLOR.

Amor sabe hacer milagros.

Sale UN ESCUDERO.

ESCUDERO.

Don Fernando de Quiñones
Tu licencia está aguardando.

ELVIRA.

¡Ay hermana! ¿qué he de hacer?
Que al Rey aguardo.

FLOR.

Hasle dado
Favores, que en tal empeño
Te han puesto, que no te hallo
Consejo.

ELVIRA.

¡Oh gustos de amor,
Siempre á pesares comprados!

FLOR.

De tu confusion te ofrece
El remedio el mismo caso;
Pues si con el Rey te encuentra
Aquí don Fernando, es llano
Que eso mismo es tu disculpa,
Y será su desengaño;
Y en el Rey aumentarás
El amor, acrecentando
Los celos, pues ellos son
Los que su pecho abrasaron.

ELVIRA.

Bien dices.—Entre.

Salen DON FERNANDO *y* BELTRAN.

FLOR.

Ni él puede
Proseguir contra tan alto
Competidor sus intentos,
Ni culpará tus agravios;
Y así, importa que no dejes
De favorecerle en tanto
Que el Rey llega, pues con eso
Disimulas el engaño,
Fingiendo que sin tu gusto
Trata el Rey de conquistarlo.

ELVIRA.

Tu consejo he de seguir.

DON FERNANDO.

No son dias, no son años,
Siglos son y eternidades,
Bella Elvira, las que he estado
Entre tinieblas oscuras,
Hasta volver á miraros.
Todo es tormento sin vos;
Y así, vengo atropellando
Montañas de inconvenientes,
Y expuesto á peligros tantos,
Cuantos deseó mi pecho
Para mostrar lo que os amo,
En lo que arriesgo por vos,
A descontar, dueño amado,
El infierno de no veros
Con la gloria de miraros.

ELVIRA.

Fernando, no á los tormentos
Que yo en vuestra ausencia paso
Debeis menores finezas.

DON FERNANDO.

Si bien cuanto puedo os pago,
Nunca podré lo que os debo,
Con cuanto puedo, pagaros.
Vos, Señora, perdonadme;
Que, deslumbrado á los rayos
De Elvira, disculpa tengo,
Si dilaté el preguntaros
Cómo estáis y el ofrecerme
A serviros.

FLOR.

Disculpado
Os deja el amor; yo estoy
Con deseo de pagaros
La parte de la ventura
Que en la de mi hermana alcanzo.

DON FERNANDO.

Pues si de mi parte estáis,
Seguro el efecto aguardo,
Si vos terciais con Elvira
Para que me dé la mano.

Salen EL REY *y* BERMUDO, *al paño.*

REY.

Detente, Bermudo, espera;
Que está aquí, si no me engaño,
Don Fernando.

BERMUDO.

Él es. ¡Ay triste!

REY.

¡Qué atrevimiento! Rabiando
Estoy, vive Dios, de enojo.

BERMUDO.

Señor, si está enamorado,
Juzgar debes sus excesos
Por los tuyos.

REY.

Calla; oigamos,
Pues que no nos han sentido,
Sus culpas y mis agravios.

ELVIRA.

Mis verdades ofendeis
Si os mostrais desconfiado;
Fernando, si el alma os dí,
¿Cómo os negaré la mano?

DON FERNANDO.

Pues ¿qué aguardais, cuando soy
Tan dichoso?

ELVIRA.

Solo aguardo
Que cumplais, como debeis,
Con la obligacion del alto
Puesto que ocupais, pidiendo
Permiso al Rey.

DON FERNANDO.

Si me ha dado
Tanto lugar en su pecho,
¿Temeis que no he de alcanzarlo?

ELVIRA.

Antes porque no lo temo
Quiero que lo hagais; que cuando
Lo temiera, no pondria
A peligro el bien que gano.

REY.

(*Ap.* Ya ¿qué tengo que esperar
Con tan claros desengaños?)
¿Fernando? (*Sale.*)

FLOR.

El Rey.

DON FERNANDO.

¡Ay de mí!

BELTRAN.

Cogido nos ha en el lazo;
En tierra dió el edificio.

REY. (*Ap. á don Fernando.*)

¿Esta es la enmienda? ¿Este caso
Haceis del favor qne os doy,
Y el rigor que os amenazo,
Pues aun no ha perdido el viento
Las palabras que mis labios
Hoy os dijeron, y ya
Vos las habeis olvidado?
¿Esta eleccion hice? ¿Vos
Sois mi hechura? ¡Qué bien salgo
Así, y qué bien me sacais
Del empeño en que me hallo,
Con haberos hecho! Solo,
Vive el cielo, no os deshago,
Por castigarme el error
De haceros, en conservaros.

DON FERNANDO.

Gran señor...

REY.

Callad, callad,
Disimulad, sosegáos;
Poned bien el ferreruelo,
Cobrad el color turbado;
Que ya que, por mi opinion,
Resuelvo no castigaros,
No me está bien que esa gente
Entienda que me he enojado.

DON FERNANDO.

Vuestra prudencia y piedad,
Gran señor, obligan tanto,
Que porque mas resplandezcan
En mi delito, no trato
De disculparme, si bien,
Volviendo á los ojos claros
De doña Elvira los vuestros,
Hallárades mi descargo.

REY.

(*Ap.* ¡Ay de mí, que esa verdad
Conozco tan en mi daño!
Mas, ya que á Elvira he perdido,
Y he visto yo mis agravios,
Virtud haré de la fuerza,
Y valor del desengaño.)
Elvira, yo os prometí
Ser vuestro padrino cuando

Hallásedes quien pudiese
Mereceros; ya ha llegado
La ocasion, pues solamente
Dilatasteis, aguardando
Mi licencia y gusto, el dar
A don Fernando la mano.
Dádsela; que yo, sabiendo
Que él venia á visitaros
Amante y favorecido,
Por lo mucho que le amó
Y os estimo, quise, Elvira,
El contento anticiparos,
Trayendo yo la licencia.

ELVIRA.

Yo, Señor...

BELTRAN.

¡Válgate el diablo
Por mujer! ¿Ya lo rehusas,
Y lo estabas deseando?

DON FERNANDO.

¿Qué dudas?

ELVIRA.

No me aseguro
(*A don Fernando.*)
De que el Rey no está enojado
Contigo, y le quiero hablar.—
(*Apártase con el Rey.*)
Señor, si acaso es vengaros
El obligarme á que sea
Esposa de don Fernando,
Advertid que los favores
Que le he hecho han sido falsos,
Por vengarme del rigor
Con que me habeis abrasado;
Que vos sois solo mi dueño.

REY.

Los favores que tus labios
Le hicieron, públicos son,
Y es secreto, si es engaño;
Y así, cuando yo te crea,
No quiero que de tirano
Me dén el nombre, diciendo
Que le quito á don Fernando
Su esposa para mi dama.

ELVIRA.

¿Para vuestra dama?

REY.

¿Acaso
Puedes aspirar á mas,
O puede un rey dar la mano
A quien se sabe que hizo
Favores á su vasallo?

ELVIRA.

Pues si la vuestra he perdido,
Porque sepais que causaron
Esperanzas de ella sola
Mis yerros, y no livianos
Pensamientos, seré esposa
De don Fernando.— Ya ha dado
Su alteza seguridad
A mi temor, y la mano
Os doy, Fernando, de esposa.

REY.

Gozadla por muchos años,
Don Fernando.

DON FERNANDO.

En vuestra gracia
No podrán ser desdichados.

REY.

Vos, Flor, porque no quedeis
Envidiosa del estado
De Elvira, pues es notorio
Que mis favores reparto
Entre Fernando y Bermudo,
Y él los vuestros ha alcanzado,
Sed su esposa.

FLOR.

(*Ap.* Los favores
Fingidos nos obligaron
Tanto, que ha podido mas
Que la verdad el engaño.)
Yo soy vuestra.

BERMUDO.

Y yo dichoso.

BELTRAN.

Y en habiendo dos casados,
Parece fin de comedia,
Y es forzoso que el lacayo
Pida mercedes al Rey
Y perdones al Senado.

COMEDIA FAMOSA

TITULADA

LA DONCELLA DE LABOR,

DEL DOCTOR JUAN PEREZ DE MONTALVAN.

PERSONAS.

DON DIEGO DE VARGAS.
DON CÉSAR.
DOÑA ISABEL DE ARELLANO.
DOÑA ELVIRA DE RIBERA.
MONZON, *criado de don Diego.*
LUCÍA, *criada de doña Elvira.*
INÉS, *criada de doña Isabel.*
TRISTAN, *criado de don César.*
JULIO, *viejo.*
UN CRIADO DE DOÑA ISABEL.

JORNADA PRIMERA.

Salen DON DIEGO Y DON CÉSAR, *con una espada desnuda en la mano.*

DON CÉSAR.

Esta hoja es un diamante,
Porque es del mejor maestro,
Mas acertado y mas diestro,
Que tuvo el Tajo.

DON DIEGO.

Adelante;
Que ya la señal lo muestra.

DON CÉSAR.

Mas pienso que es algo corta;
Y así, por si acaso importa,
Trocádmela por la vuestra,
Que me haréis un grande gusto.

DON DIEGO.

Ya sabeis mi voluntad;
Esta es mi espada, tomad. (*Se la da.*)
(*Ap.* César tiene algun disgusto.)

DON CÉSAR.

Aquesto solo queria.—
Adios.

DON DIEGO.

Escuchad primero.
Por amigo y caballero,
Ha sido obligacion mia
Daros, don César, la espada;
Mas por honrado no puedo,
Aunque la espada os concedo,
Que estará en vos tan honrada,
Dejar que de aquí salgais.
Por lo que importa á los dos,
Sin irme, César, con vos,
O saber adónde vais;
Que dejaros ir así,
Siendo tal nuestra amistad,
En vos fuera sequedad,
Y bajeza fuera en mí;
Y no tengo de querer,
Cuando sé que á reñir vais,
Que vos ingrato seais,
Ni yo de ruin proceder.

DON CÉSAR.

Despues sabréis el suceso;
Hacedme aquesta merced.

DON DIEGO.

Iréme con vos.

DON CÉSAR.

Tened,
Porque no puede ser eso.
Deciros á lo que voy
Es justo, siendo mi amigo;
Mas dejaros ir conmigo
No puedo, siendo quien soy.
Un deudo mio ha tenido
Con un hombre cierto enfado,
Y en fin, se han desafiado,
Y entre los dos convenido
Que un amigo ha de llevar
De su parte cada uno;
Si hubiera de ir otro alguno,
Yo os viniera á suplicar
Que os viniérades conmigo;
Mas ir tres donde van dos,
Ni á mí me está bien, ni á vos.
Y así, pues que sois mi amigo,
Quedad por los dos aquí;
Que ir al campo con ventaja,
En vos fuera cosa baja,
Y fuera desaire en mí;
Y no es justo que querais,
Por querer ir á mi lado,
Que yo quede desairado,
Ni vos de quien sois perdais.
Y así, que os quedeis os pido,
Pues que vamos hombre á hombre.

DON DIEGO.

César sois, ya con el nombre
Parece que habeis vencido,
Y pues que vencido habeis,
Ya desisto de ir con vos.
Dios os guarde.

DON CÉSAR.

Adios.

DON DIEGO.

Adios.

DON CÉSAR.

Presto el suceso sabréis. (*Vase.*)

Sale MONZON.

MONZON.

Yo vengo á linda ocasion,
Que ya don César se va.

DON DIEGO.

Pena, y no poca, me da
El suceso.—¿Qué hay, Monzon?

MONZON.

Aguardando que se fuera
Don César he estado una hora.

DON DIEGO.

Pues ¿qué quieres?

MONZON.

Mi señora
Doña Elvira de Ribera,
Horra de dueña y de tia,
Para gozar de la noche,
Sola, hermosa y en un coche,
Como quínola con guia,
Te está esperando en el Prado.
Pero parece que estás
Sin gusto.

DON DIEGO.

En lo cierto das,
Porque va desafiado
Don César.

MONZON.

¡Grave desdicha!

DON DIEGO.

Claro está, porque es salir
Resuelto un hombre á morir,
O, si tiene mejor dicha,
A matar á su enemigo;
Que viene á ser malo todo.

MONZON.

Malo es morir de ese modo;

Mas tambien, la verdad digo,
Que quien muere de esa suerte
Se excusa de muchas cosas
Muy cansadas y enfadosas.

DON DIEGO.

¿Qué dices?

MONZON.

Que si la muerte
Presurosa no tuviera
Para el alma detrimento,
Un hombre de bien pudiera,
Por no hacer su testamento,
Pedir en abreviatura
Su muerte; porque en llegando
A escribirse el «*Item* mando
El cuerpo á la sepultura,
El mayorazgo á mi hijo,
La tercia parte á mi esposa,
Que es honesta y virtuosa
(Aunque mienta quien lo dijo);
Item mas : á mi criado
Todo el salario corrido,
A mi amigo tal vestido,
Al doctor que me ha curado
Una taza de beber,
A mi esclavo libertad,
Por la buena voluntad
Que me ha mostrado tener;»
Verás que el amor se trueca
En ambicion descortés,
Porque, en llegando á interés,
El mas ajustado peca.
Y si el triste pide pisto,
Dicen que no es de importancia,
Y en lugar de la sustancia,
Su suegra le trae un Cristo.
Cuando ya con fuerzas pocas
Algo pregunta prolijo,
«Mayorazgo,» dice el hijo;
La mujer responde, «tocas;»
El fraile, «ya no se queja;»
El deudo, «traigan la cruz;»
El sastre, «aquí está el capuz;»
El cura, «¿qué misas deja?»
El criado, «hoy me despido;»
El médico, «taza y coma;»
El esclavo, «horro Mahoma,»
Y el amigo, «mi vestido.»
Así, por no ver aquesto
Entre el hijo y la mujer,
Que, si lloran, es por ver
Que no les despena presto,
Digo que dicha será,
Cual mártir de Berbería,
Morir por ensalmo un dia;
Pues siendo así, no verá
De la mujer la malicia,
El fruncimiento en el hijo,
Del esclavo el regocijo,
Y de todos la codicia.
Mas, si no me engaño, allí
Parece que oigo rumor.

DOÑA ISABEL. (*Dentro.*)

Llamad á vuestro señor,
O decidle que está aquí
Una afligida mujer.

DON DIEGO.

Una mujer es que está
Buscándome.

MONZON.

¿Quién será?

DON DIEGO.

Yo no he menester saber
Sino que á mí me buscó,
Y que trae algun pesar;
Di que la dejen entrar.

MONZON.

¿Para qué, si ella se entró?

Salen DOÑA ISABEL DE ARELLANO, *con manto y sin chapines, muy alborotada*, é INÉS, *con los chapines de su ama en la mano.*

DOÑA ISABEL.

Pues sois señor principal,
O el traje al menos lo dice,
Amparad una infelice,
Que, huyendo de mayor mal,
Se viene á valer de vos
Contra el rigor de un marido,
Que, celoso y ofendido,
Me viene siguiendo, ¡ay Dios!
Para quitarme la vida,
Con sus deudos y parientes,
Nobles todos y valientes.

DON DIEGO.

Ya tendréis quien se lo impida.
Mas decidme, ¿es la ocasion
Muy apretada?

DOÑA ISABEL.

Es tan fuerte,
Que solo puede mi muerte
Restaurarle la opinion;
No importa que parte os dé
De todo estando tapada,
Porque siendo yo casada,
Ciegamente me arrojé
A querer á un caballero,
Con estrella tan cruel,
Que me halló agora con él,
Aunque, saltando ligero
Por los hierros de un balcon,
Mientras iban á buscalle,
Salir pude yo á la calle,
Si bien con tal turbacion,
Que, por prisa que me dí,
Mi esposo á verme alcanzó,
Y á satisfacer bajó
Toda su cólera en mí;
Hasta que en tan triste estado,
Huyendo de él, al volver
De esa esquina, pude hacer
De vuestra casa sagrado.
Yo no sé si mi marido
Me vió entrar; que si me vió,
Mi fin sin duda llegó;
Mas si acaso ha sucedido
Que, con la noche, me errase,
Y pensando (¡muerta estoy!)
Que la calle arriba voy,
Adelante se pasase
Con sus deudos y su gente,
Hacedme tanta mercé
Que en vuestra casa me esté
Por dos horas solamente;
Que despues yo tengo donde
Estar con seguridad.

DON DIEGO.

Lo que mi noble piedad
(No os aflijais) os responde,
Es que podeis hacer cuenta
Que libre y segura estáis
De cuantos miedos podais
Recelar en vuestra afrenta,
Aunque me sepa perder.

DOÑA ISABEL.

Sois principal.

DON DIEGO.

Soy un hombre,
En la corte, de buen nombre,
Y sé lo que debo hacer;
Y así, estad con desenfado
Mientras la calle paseo;
Que si acaso en ella veo
Cosa que nos dé cuidado,
Volveré al punto, dispuesto
A hacer cuanto me mandeis,
Hasta que segura estéis.
Y si no hay nadie, supuesto
Que de estaros en mi casa
Gustais, despues volveré,
Y en todo obedeceré
Vuestro gusto.

DOÑA ISABEL.

Ya esto pasa
Aun mas allá de clemencia;
Mas, si así ha de ser, Señor,
Pues me haceis tanto favor...

DON DIEGO.

Decidlo.

DOÑA ISABEL.

Con advertencia
De que nadie me ha de ver
Ni ha de entrar donde estuviere
Fuera de vos, sea quien fuere.

DON DIEGO.

Así lo prometo hacer;
Y para que estéis mas cierta,
Y vuestra duda se acabe,
Esta es del cuarto la llave. (*Se la da.*)
Cerrad por dentro la puerta,
Y estando solas las dos,
Abriréis cuando querais.

DOÑA ISABEL.

En todo quien sois mostrais.

DON DIEGO.

Dios os guarde.

DOÑA ISABEL.

Guárdeos Dios.

MONZON.

¿La llave las dejas?

DON DIEGO.

Sí.

MONZON.

Plegue á Dios no sean de trato,
Que carguen con todo el ato
Mientras volvemos aquí;
Porque ya en Madrid ha habido
Mujer que de esa manera
Ha entrado, y red verdadera
De muchas cosas ha sido.

DON DIEGO.

Esto es ser, Monzon, cortés.

INÉS. (*Ap.*)

Es el valor como el talle.

DON DIEGO.

Vamos á mirar la calle,
Y á ver á Elvira despues.

(*Vanse.*)

DOÑA ISABEL.

¿Fuéronse ya?

INÉS.

Sí, Señora.

DOÑA ISABEL.

Dame los chapines presto.

INÉS.

Aquí están.

DOÑA ISABEL.

Bien se ha dispuesto.

INÉS.

Mas ¿no me dirás ahora,
Pues jamás de mí encubriste
Hasta el menor pensamiento,
Con qué fin ó con qué intento
A un hombre que apenas viste
Le cuentas que eres casada,
Que tu marido te halló
Con otro, que le siguió,
Desnuda la limpia espada;
Que, ligero, tu galan
Se arrojó por el balcon;
Que tú, con la turbacion,
Con el susto y el afan,
Bajaste por la escalera,

Metiéndote por el lodo,
Siendo, como sabes, todo
Mentira, engaño y quimera?
Pero tan bien ordenada,
Con tal arte y tal compás,
Que, con saber que jamás
Fuiste, Señora, casada,
Sin dolor y sin sentido,
Tus vivos afectos viendo,
Volví á la puerta, temiendo
Que viniese tu marido;
Porque quien con tal piedad
Se quejaba lastimosa,
Parece imposible cosa
Que no dijese verdad.

DOÑA ISABEL.

Porque es fuerza que te haga
Novedad mi pensamiento,
Y porque tu entendimiento
En todo se satisfaga,
Escúchame, y brevemente
Verás tú el desengaño,
De este ardid el fin extraño.

INÉS.

Ya te escucho atentamente.

DOÑA ISABEL.

Yo nací, como sabes, en Plasencia;
Sola en mi casa, y con seis mil ducados
[cia,
De renta cada un año, que es mi heren-
Que no son pocos, siendo bien pagados.
De un pleito la forzosa diligencia
Me puso, con mi casa y mis criados,
En la corte, mi padre ya difunto;
Mas esto ya lo sabes, voy al punto.
[bronco,
No es tan duro el diamante cuando
Pues rozado con otro se enternece;
No es tan áspero el mas silvestre tronco,
Pues ya por los abriles reverdece,
Ni el mar, que de dar voces está ronco,
A la vista tan rígido se ofrece,
Como mi corazon, y en un instante,
Ni fué mar ni fué tronco ni diamante.
¿No has visto descender un arroyuelo,
Sudando de luchar con un peñasco,
Cuyo alfanje de perlas y de hielo
Cruzó la cara al globo de damasco;
Y que bajando desde el monte al suelo,
A los piés detenido de un carrasco,
La cólera reporta, siendo á veces
Inmóvil vidriera de los peces?
Pues así mi desden, que allá en su esfera
De mármol al amor, y mudo á el ruego,
Cuanto encontró soberbio en la carrera
Pisó, desbarató y abrasó ciego,
De Madrid en tocando la ribera
Abrió los ojos, conoció á don Diego,
Confesóle galan, rindióle el alma,
Y como allá el arroyo, quedó en calma.
En un caballo que los piés ponia
Tan bien sobre la yerba que peinaba,
Que apenas su melindre lo sentia,
Con que del aire á veces se quejaba,
Porque usando á su modo cortesía
Con las flores del prado donde estaba,
Sin ajarles el nácar del vestido,
El polvo les limpiaba recibido;
Iba don Diego ¡ay cielo! tan brioso,
Que me obligó á pararme y á escuchalle,
Por ver si era discreto como airoso,
Que tal vez riñe el alma con el talle;
Mas anduvo tan cuerdo y generoso,
Que parece que el cielo, al bosquejalle,
Trocó las suertes y le dió el agrado
Que estaba para algun desaliñado.
Como el leon, que en la primera fiebre
Extraña aquel incendio que le aqueja,
Y cual si fuera un conejuelo ó liebre,
Remolina en el suelo la guedeja;
Así mi corazon, porque se quiebre
La ley que á ser ingrata me aconseja,
Como era nuevo aquel calor que via,
Forcejaba á estorbarle y no podia;
Mas buscando remedio al accidente,
Porque del alma el pulso le tuviera,
Di en dudar si don Diego era valiente,
Como si el ser quien es no lo dijera;
Que es mi espíritu tal, que solamente
Con que supiera que cobarde era,
Aunque con lo demás me enamorara,
En mi vida á la cara le mirara.
Y así, para salir de aquesta duda,
Con fingido ademan, con voz turbada,
Afligida, mortal, medrosa y muda,
Ciega, despavorida y alterada,
Pidiendo entré favor, socorro, ayuda,
A su sangre, á su aliento y á su espada,
Y porque yo volviese mas perdida,
Me dió el favor y me quitó la vida.

INÉS.

Notable invencion ha sido;
Mas, ya que don Diego es
Valiente como cortés
Y galan como entendido,
¿Qué falta ha de hacer aquí?

DOÑA ISABEL.

Estando de esta manera,
Lo que falta es que me quiera,
Ya que por mi bien le vi.

INÉS.

Y de César ¿qué has de hacer,
Que, como ves, te enamora,
Te sirve, obliga y adora?

DOÑA ISABEL.

Si no le puedo querer,
Lo que he de hacer, ¡pena fuerte!
Es procurar que su fuego
Se pase todo á don Diego.

INÉS.

Y mientras que vuelve á verte,
¿Qué has de hacer?

DOÑA ISABEL.

Abrir su cuarto,
Y verlo todo muy bien.

INÉS.

Plegue al cielo que con bien
Salgamos de aqueste parto.

DOÑA ISABEL.

Pues ¿qué temes?

INÉS.

Que al volver,
De Tarquino imite el nombre.

DOÑA ISABEL.

No hay fuerza, Inés, en el hombre,
Si no quiere la mujer.

(Vanse.)

Salen en el Prado DON DIEGO, DOÑA ELVIRA Y MONZON.

DON DIEGO.

Di que se aguarde el coche,
Pues que gozar del fresco de la noche
Quiere á pié doña Elvira.

MONZON.

Ya junto aquella fuente se retira.

DOÑA ELVIRA.

Bueno está el prado.

MONZON.

Bueno,
Si no hubiera catarros ni sereno.

DOÑA ELVIRA.

Cosas tienes de viejo en el regalo.

MONZON.

Años tengo, Señora, que es lo malo.
Mas dejemos aquesto,
Por triste, por cansado y por molesto;
Y decidme entre tanto que nos vamos,
Pues que solos estamos,
Cómo os va del amor y sus extremos.

DON DIEGO.

[mos
Hasta ahora, muy bien, pues nos quere-
Sin celos, sin disgustos ni pesares,
Que del fuego de amor son los azares.

MONZON.

¿Sin celos hay amor? No me conformo.

DON DIEGO.

Tú te conformarás si yo te informo.

DOÑA ELVIRA.

Solo para escucharte
Lo que vas á decir, mandé llamarte.

MONZON.

Ya espero la respuesta.

DON DIEGO.

Pues la respuesta de tu duda es esta.
A un caballero de esta corte amaba
Doña Elvira.

DOÑA ELVIRA.

Es verdad.

DON DIEGO.

Y cuando estaba
Mas vivo este cuidado...

DOÑA ELVIRA.

Dilo de presto, pues que ya es pasado.

DON DIEGO.

Enamoró á otra dama.

DOÑA ELVIRA.

Y yo, atenta á mi nombre y á mi fama,
Me resolví, celosa y ofendida,
A no velle en mi vida,
Ni consentille hablar en nuestras bodas;
Al fin salí con ello; que si todas
Aquesto mismo hicieran [ran,
Cuando su agravio ó su desprecio vie-
[ran
Yo sé bien que los hombres no agravia-
Con tanto desahogo á quien amaran.
Mas si luego á su ruego nos rendimos,
Y aun perdonamos mas de lo que vimos,
¿Qué mucho que repitan los agravios,
En fe de nuestro amor y de sus labios?
Esto es cuanto á mi amor y el de mi
Pasa agora adelante, [amante;
Y di lo que pasó despues contigo,
Que importa mas.

DON DIEGO.

Pues digo [do,
Que estando yo tambien, por mal paga-
Casi en el mismo estado
Que Elvira, pues amaba
A quien amando en otra parte estaba,
Nos juntamos los dos para quejarnos
Mientras que no pudiésemos amarnos;
Y en fin, nos convenimos,
Que con el tiempo mejorar nos vimos,
En que adelante nuestro amor pasemos,
Y nos queramos sin hacer extremos,
Escarmentando en el amor pasado,
Para no consentir otro cuidado.
Y así, huyendo comunes necedades
De vender por mentiras las verdades,
Viene á ser como esgrima el amor nues-
Donde con pulso diestro, [tro,
Con arte, ciencia y gala,
La herida solamente se señala;
Que entre los diestros leyes son sabidas
Que no han de ejecutarse las heridas;
Con lo cual ella alegre, yo gustoso,
Ni perdemos el tiempo ni el reposo.
Y si alguno le pierde en la batalla
(*Ap.* Como yo, que la adoro), sufre y ca-
Siendo nuestro cuidado, [lla,
Si no el mas fino, el mas acomodado;
[que ama,
Que es la primera vez que un hombre

Ni da ni pide celos á su dama.
Colige agora tú de estos desvelos
Si puede haber amor donde hay celos.

MONZON.

Aquese no es amor.

DOÑA ELVIRA.

Aparta ahora.

MONZON. (*Ap.*)

Colérica responde esta señora.

DOÑA ELVIRA.

Al principio es verdad que ese contrato
Hizo nuestro descuido; pero el trato
El contrato deshizo, ¡ay de mi triste!
Que con el trato nadie se resiste.
Una piedra se gasta
Si el agua muchas veces la contrasta,
Su fuerza un metal pierde
Si el buril ó cincel le pule ó muerde,
Ríndese un bronce luego
Si el martillo le busca junto al fuego,
Desmantélase un muro
Si el tiempo le persigue mal seguro,
Y hasta un monte caduca
Si el aire por el centro le trabuca
Con diáfana espada;
Pues ¿qué mucho que yo, desesperada,
Me viniese á rendir, hablando y viendo
Un hombre á todas horas, y no siendo,
Aunque mi ser mas alto se remonte,
Piedra, hierro, metal, castillo ó monte?
Esto es decir, don Diego, que te quiero,
Y que con tus frialdades desespero;
Y así, déjalas ya, por vida mia;
Que aquese tu desprecio es grosería.
Dirás que fué mandato, y yo respondo,
Con el fuego que escondo,
Y lo conoces tú, pues cuerdo eres,
Que muchas cosas mandan las mujeres,
Que viene á ser desaire para ellas,
Teniéndolas amor, obedecellas;
Porque mas es desprecio que cordura
Obedecellas contra su hermosura.
Y así, yo me resuelvo á que me quieras,
Como sueles, de veras,
Y no queriendo, desde luego puedes
De mi amor, de mi casa y mis paredes
Despedirte, don Diego;
Que aunque es mucho mi fuego,
Soy mujer, como sabes, de manera,
Que aunque morir me viera,
Primero me dejara [ra
Morir que dar licencia á que me habla-
Un galan, por mi mal, tan bien mandado
Y tan acomodado
En el amor que tiene,
Que pienso, cuando á visitarme viene,
Segun el juego de su amor entabla,
Que don Domingo de don Blas me habla.

DON DIEGO.

¿Tú enojada, mi bien? Señora mia,
Esto es hacer mayor mi grosería.

MONZON.

Tiene razon.

DON DIEGO.

Confieso [ceso;
Que en parte ha sido mi obediencia ex-
Pero si mi obediencia dióte enojos,
Pudieras despicarte con mis ojos;
Pues con ellos á voces te decia
Que sin mi voluntad te obedecia;
Porque, aunque al parecer disimulaba,
De parte allá del pecho te adoraba,
Y temiendo perderte,
Te amaba para mí por no perderte;
Pero, ya que te escucho ¡ay dueño her-
Que soy tan venturoso, [moso!
Alma, vida, potencias y sentidos
Pongo á tus piés, de tu beldad rendidos.

DOÑA ELVIRA.

Ahora sí, don Diego, que sin miedo
El alma con los brazos darte puedo.

DON DIEGO.

Yo siempre tuyo he sido,
Aunque el alma encubierto lo ha tenido.

DOÑA ELVIRA.

Así estarás pagado y yo segura.

DON DIEGO.

¡Qué dicha!

DOÑA ELVIRA.

¡Qué contento!

DON DIEGO.

¡Qué ventura!

DOÑA ELVIRA.

Esto sí que es querer, piadosos cielos.

DON DIEGO.

Esto sí que es vivir, aunque haya celos.

DOÑA ELVIRA.

Yo soy tuya, bien mio.

DON DIEGO.

Y yo esclavo tambien de tu albedrío.

(*Abrázanse.*)

MONZON.

Y yo, con bendiciones á puñados,
Digo que Dios os haga bien casados.
[che,
Mas advertid tambien que es mediano-
Y no parece en todo el Prado el coche.
¿Qué respondes, Señor?

DON DIEGO.

Que á Elvira espero.

MONZON.

¿Quieres irte?

DOÑA ELVIRA.

Primero,
Si hubiese en qué, querria
Beber, Monzon, de aquella fuente fria.

DON DIEGO.

¿Traes barro?

MONZON.

Bueno es esto.

DON DIEGO.

Pues no importa;
De aquí á mi casa la jornada es corta,
Y si por ella gustas de pasarte,
Agua y dulces habrá.

DOÑA ELVIRA.

Quiero pagarte
El gusto que me has dado
Con ir hasta tu casa.

MONZON.

(*Ap.* Él se ha olvidado
Sin duda de la dama [ma
Que de él vino á ampararse: aquí me lla-
Lo de «comí su pan».) ¿Señor?

DON DIEGO.

¿Qué quieres?

MONZON.

Bien se conoce que discreto eres
En lo de sin memoria, pues te olvidas
De las damas que dejas escondidas.

DON DIEGO. [harémos?
Vive Dios, que es verdad. Mas ya ¿qué

MONZON.

Excusarla que vaya, pues podemos.

DON DIEGO.

¿Y si acaso se queja?

MONZON.

Eso á mí me lo deja.

DOÑA ELVIRA.

¿No vamos?

MONZON.

No; que mas galantería
Es ir á la primer confitería,
Y saquearla toda.

DON DIEGO.

Bien has dicho.

MONZON.

Soy hombre en todo de gentil capricho.

DOÑA ELVIRA.

No ha dicho tal; que es bárbara locura
Pensar que estimo yo la confitura
Para beber ahora; [ra?
Dulces habrá en tu casa, ¿quién lo igno-
Y eso querrá en tu casa quien se abrasa.

MONZON.

Amargarán los dulces que hay en casa.

DOÑA ELVIRA.

Pues ¿por qué?

DON DIEGO.

Calla, necio.— [cio.
Tu gusto, Elvira, mas que mi honor pre-

DOÑA ELVIRA.

No, don Diego; algo ha sido
Lo que Monzon te murmuró á el oido.

DON DIEGO.

Es verdad, y negártelo queria
Por no asustarte; pero ya seria
Mucho peor negarlo.

DOÑA ELVIRA.

Fuera cierto.

DON DIEGO.

Por eso yo de la verdad te advierto.
Don César, aquel grande amigo mio,
Ha salido esta noche á un desafío;
Díjomelo Monzon, y yo quisiera,
Si licencia me diera
Tu amor, ir á su casa,
Para saber de cierto lo que pasa.
Esto fué, por mi vida.

DOÑA ELVIRA. (*Ap.*)

Esto es engaño;
Pero aquí menos daño
Es callar ofendida
Que darme con los dos por entendida;
Que á su tiempo yo haré lo que conven-
Para que todo á declararse venga. [ga

DON DIEGO.

¿Qué dices?

DOÑA ELVIRA.

Que en un lance que es tan justo,
Tu opinion es primero que mi gusto.
No quiero embarazarte;
Noble has nacido, parte,
Y sal de ese cuidado, [rado.
Cumpliendo en todo como amigo hon-
Véte, y nada me digas.

DON DIEGO.

A un tiempo me enamoras y me obligas.

DOÑA ELVIRA. (*Ap.*)

Llevo de sobresaltos lleno el pecho.

DON DIEGO.

Vamos, Monzon.

MONZON.

Creyólo.

DON DIEGO. (*Ap.*)

Bien se ha hecho.

MONZON.

¡Avison, femenil cazuelería,
Que mamais dos mil de estas cada dia!

Salen DOÑA ISABEL É INÉS,
en casa de don Diego.

DOÑA ISABEL.

Ya estoy celosa de ver
Lo que don Diego se tarda,

Pues sabiendo que le aguarda
En su casa una mujer,
El detenerse es indicio
De que con otra estará,
A quien perdido amará,
Para que yo pierda el juicio.

INÉS.

Mientras no sabe don Diego
Tu amor, él tiene disculpa.

DOÑA ISABEL.

Ya sé que toda la culpa
Es de mi amor loco y ciego.

INÉS.

Pues declárate, y despues
Feliz ó infeliz te llama.

DOÑA ISABEL.

Si él quiere bien á otra dama,
Mal me aconsejas, Inés,
Porque es quedar desairada.

INÉS.

Pues ¿qué has de hacer?

DOÑA ISABEL.

¿Qué? Sufrir,
Y querer hasta morir,
Celosa y desesperada,
Ya que otro alivio no tiene,
Ni otro remedio, mi amor,
Que es la desdicha mayor.
Mas, pues don Diego no viene,
Que tambien me maravilla,
Cuando mi peligro piensa,
Y se obliga á la defensa,
Véte y véme por la silla,
Y vamos de aquí.

INÉS.

Yo voy,
Si bien me aflige el pensar
Que sola te has de quedar.

DOÑA ISABEL.

No importa; segura estoy.

INÉS.

No sé si bien aconsejas,
Aunque es don Diego cortés.

DOÑA ISABEL.

No me quedo sola, Inés,
Porque conmigo me dejas.

INÉS.

Pues lo mandas, á abrir voy.

Abre una puerta, y asómase por ella DON DIEGO.

Mas ¡ay cielo!

DON DIEGO.

Esa señora
¿Qué hace?

INÉS.

Suspira y llora.

DON DIEGO.

Pues decidla que aquí estoy.

INÉS.

De buena gana; esperad.—
Señora, don Diego...

DOÑA ISABEL.

Di.

INÉS.

Quiere verte; ¿entrará?

DOÑA ISABEL.

Sí.

INÉS.

Voy á decírselo.—Entrad.
(*Ap.* Notable capricho es
Pedir licencia en su casa.)

DOÑA ISABEL.

Oye, sabe lo que pasa,
Y trae la silla despues.

DON DIEGO.

Vos seais muy bien hallada.

DOÑA ISABEL.

Y vos, Señor, bien venido.

DON DIEGO.

¿Cómo del susto os ha ido?

DOÑA ISABEL.

Como de vos amparada.

DON DIEGO.

Segura la calle está.

DOÑA ISABEL.

Basta haberla vos mirado.

DON DIEGO.

¿Qué hora es?

DOÑA ISABEL.

Las once han dado.

DON DIEGO.

Segun eso, es tarde ya.

DOÑA ISABEL.

Sí, Señor; que como vos
Estado habeis divertido,
El tiempo no habeis sentido,
Que yo siento por los dos.
Mas ¿quién duda que seria
Dama la que os divirtió?
Esto juráralo yo
Sin verlo, por vida mia;
Si no es que con gala y brio
Quereis decir que no amais,
Y que por cuerdo pagais
La voluntad de vacío;
Porque ya es visto en quien ama
Y parla por pasatiempo,
Aunque tenga seis á un tiempo,
Decir que no tiene dama.

DON DIEGO.

A importar á vuestro estado
El saber mi voluntad,
Os dijera la verdad.
Mas, dejando aquesto á un lado,
Advertid que ya es error,
Si en ello bien se repara,
Que encubra de mí la cara
Quien fia de mí su honor.

DOÑA ISABEL.

(*Ap.* Eso sí, festejemé,
Y porfíe, pues porfio.)
Antes la cara no os fio,
Porque el honor os fié.

DON DIEGO.

Pues si importa el encubrirse,
No he de ser con vos molesto.

DOÑA ISABEL.

(*Ap.* ¡Válgame Dios! ¡y qué presto
Sabe un cuerdo reducirse!)
A fe que sois reportado.

DON DIEGO.

Siempre cortesano fuí.

DOÑA ISABEL.

¡Y me habian dicho á mí
Que érades muy porfiado!
Mas ¡ay Dios! si no me engaño,
Aquel hombre que ha venido
Es deudo de mi marido.

DON DIEGO.

No importa.

DOÑA ISABEL.

(*Ap.* Suceso extraño,
Don César es.) Pues, Señor,
Considerad que mi vida
Está en no ser conocida.

DON DIEGO.

Perded, Señora, el temor,
Y allí dentro os retirad;
Porque por vos y por mí
Nadie ha de pasar de aquí.

Sale DON CÉSAR.

DON CÉSAR. (*Ap.*)

Con la poca claridad
De la luz del corredor,
Vi una mujer allá fuera,
Y á ser posible, creyera
Que era Inés, pero es error;
Porque ¿con qué intento aquí
Habia de entrar Inés?

DON DIEGO.

¿Qué dudo? Don César es.

DON CÉSAR.

¿Es don Diego?

DON DIEGO.

Amigo, sí.

DOÑA ISABEL. (*Ap.*)

¡Hay lance mas apretado!

DON DIEGO.

Y en fin, ¿cómo ha sucedido?

DON CÉSAR.

Un contrario queda herido.

DON DIEGO.

¿Y vuestro deudo?

DON CÉSAR.

En sagrado
Y con gran seguridad;
Yo me vengo á vuestra casa
Hasta saber lo que pasa;
Y así, aquí dentro...

DON DIEGO.

Esperad
Un poco, pues sois mi amigo,
Hasta que salga una dama
De calidad y de fama,
Que está allá dentro conmigo,
Y de vos se ha recatado
(*Ap.* Aquí importa una mentira);
Porque es...

DON CÉSAR.

¿Quién es?

DON DIEGO.

Doña Elvira,
Que, por hallarse en el Prado,
Aqueste favor me ha hecho.

DON CÉSAR. (*Ap.*)

Mas vale que Elvira sea,
Porque mis celos no crea,
Ya que no ablandó su pecho.

Salen DOÑA ELVIRA Y MONZON, *al paño*.

MONZON.

Digo que está recogido
En su cuarto mi señor,
Bueno y sano.

DOÑA ELVIRA.

Yo lo creo;
Mas yo he de verle, Monzon,
Porque solo este cuidado
De mi casa me sacó.

MONZON.

Pues entra, y sabrás que es cierto.
(*Ap.* Con todo al traste se dió.)
(*Hace Monzon señas á su amo tosiendo.*)

DOÑA ELVIRA.

Tose quedo.

MONZON.

Este es mi quedo.

DON CÉSAR.

Pues, don Diego, yo me voy
Allá dentro en tanto que
Doña Elvira sale.

MONZON.
Adios.
(*Al entrarse don César, se encuentra con doña Elvira.*)
DOÑA ELVIRA.
Este es don César.
DON CÉSAR.
¿Quién va?
DOÑA ELVIRA.
No os altereis; que yo soy,
Que vengo á ver á don Diego,
Que me ha tenido, por vos,
Con notable sobresalto.
DON CÉSAR.
(*Ap.* Yo tambien con él estoy,
De haberos visto.) Sin duda (*A don Diego.*)
El nombre se os olvidó
De la dama que está dentro,
Si acaso no fué invencion;
Porque está aquí doña Elvira.
DON DIEGO.
¡Otra es; callad, por Dios!
¡Muerto estoy! —¡Señora mia!
¿A tal hora? ¡Gran favor!
DOÑA ELVIRA.
Sí, don Diego; que el disgusto
De don César sentí yo,
Por el suyo y tu peligro,
De suerte que el corazon
No me cabia hasta ver
El fin de aquella cuestion.
DOÑA ISABEL. (*Entreabriendo la puerta del cuarto donde entró.*)
Amistad es asentada.
No hay sino paciencia, amor.
DON DIEGO.
Todo ha sucedido bien.
DON CÉSAR.
(*Ap.* Ya es mi sospecha mayor.
Don Diego tiene allá dentro
Una dama, y me negó
La entrada, diciendo que era
Doña Elvira la ocasion,
Y entra ahora doña Elvira,
Y al venir me pareció
Que salia Inés de aquí.
Pues ¿qué aguardo, que no voy
A ver si doña Isabel,
Aunque tema mi prision,
Está en su casa, y salir
De tan grande confusion;
Que basta estar mal pagado,
Sin tener celos y amor?)
Entre los que bien se quieren
Nunca ha sido discrecion
Estorbar; abajo espero.
Dios os guarde. (*Vase.*)
DON DIEGO.
Guárdeos Dios.
DOÑA ELVIRA.
Muy buena casa teneis.
DON DIEGO.
Casa de mozo, en rigor.
DOÑA ELVIRA.
(*Ap.* Asustado está don Diego;
Aquí sin duda hay traicion.)
¿Dormis en aquella cuadra?
MONZON. (*Ap.*)
De aquesta vez nos pescó.
DON DIEGO.
Sí, Señora; mas no entreis.
DOÑA ELVIRA.
¡Que no entre! ¿Por qué no?
DON DIEGO.
Porque hay cierto inconveniente.
DOÑA ELVIRA.
Por eso he de entrar mejor.
DON DIEGO.
No es cosa, por vida mia
Ni por vida de los dos,
De ofensa ni de importancia.
DOÑA ELVIRA.
No importa; resolucion
Traigo de ver cuanto hubiere;
Y así...
DON DIEGO.
Dejadlo, por Dios;
Porque no ha de ser posible.

Sale INÉS.

INÉS.
(*Ap.* ¿Qué dudo? Allí están los dos,
Y ya don César se fué,
Que denantes no me dió,
Cuando le vi, poco susto.)
(*Se llega á doña Elvira, pensando que es su ama.*)
Señora, las doce son,
Y ya la silla te aguarda.
MONZON. (*Ap.*)
Por Dios, que hemos dado con
Los huevos en la ceniza.
DON DIEGO. (*Ap.*)
¡Hay tan gran tribulacion!
DOÑA ELVIRA.
No viene á mí ese recado.
INÉS.
Pues ¿cómo?
DOÑA ELVIRA.
Porque no soy yo
La dama que aquí buscais.
MONZON. (*Ap.*)
Este freno se trocó.
INÉS.
Pues ¿adónde está mi ama?
DOÑA ELVIRA.
Eso lo dirá el señor
Don Diego, que está delante.
(*Ap.* De celos perdida estoy.)
Jurad ahora mi vida,
Y aseguradme; ¡ah traidor!
Que no es cosa que me ofende.
DON DIEGO.
Y es la verdad, vive Dios.
DOÑA ELVIRA.
¿Cómo, si teneis adentro
Una dama?
DON DIEGO. (*Ap.*)
¡Qué afliccion!
MONZON.
Di que es cosa de un amigo.
DON DIEGO.
Tienes, Elvira, razon;
Mas no es mia; que don Pedro,
Aquel que me hablaba hoy,
Está con ella, y por eso
No he querido...
DOÑA ISABEL. (*A la puerta del cuarto donde entró.*)
Aquí entro yo,
Y pues ya César se fué,
Y no hay riesgo en mi opinion,
Y estoy rabiando de celos
Y de cólera, por Dios,
Que todos han de rabiar
Y han de estar como yo estoy.

Sale DOÑA ISABEL, *tapada como entró, del cuarto donde estaba escondida.*

DOÑA ELVIRA.
¿De suerte que he de creer,
Y sin otra informacion,
Que esta dama está con otro,
Y que á vos no os importó?
DON DIEGO.
Esto que te digo pasa.
MONZON.
Sí, por vida de Monzon.
DOÑA ISABEL.
Ese es muy grande embeleco.
MONZON.
¡Jesus, y qué perdicion!
DOÑA ISABEL.
Porque yo no estoy con nadie,
Sino con este señor,
De cuyo amor me he valido
Para cierta pretension.
DON DIEGO.
Decid tambien lo demás,
Y del modo que pasó.
DOÑA ISABEL.
Lo demás es que este hidalgo
Es tan galan como el sol,
Y yo tan de cera en todo,
Que me ablandó su calor;
Lo demás es que le tengo
Mas que razonable amor;
Que he estado con él una hora
En buena conversacion,
Que le debo el arriesgar
Su persona por mi honor;
Que vino en esto don César;
Que esconderme me mandó;
Que llegasteis vos tras él,
Y mi criada tras vos;
Y lo demás, finalmente,
Es, que ya las doce son,
Y que ha venido la silla,
Y por ser tarde me voy
De vos muy enamorada, (*A don Diego.*)
Y muy celosa de vos; (*A doña Elvira.*)
Y porque no es para mas,
A buenas noches, adios.—
Vé, Inés.
MONZON. (*Ap.*)
Por Dios, que ha echado
Valientísimo sermon.
INÉS. (*Ap. á doña Isabel.*)
Así, Señora, la llave
Que de su cuarto nos dió
Se me ha olvidado de dar.
DOÑA ISABEL.
Pues no la dés.
INÉS.
¿Por qué no?
DOÑA ISABEL.
Por llevar algo de aquí,
Ya que el alma dejo yo.
(*Vanse doña Isabel é Inés.*)
DON DIEGO.
Señora, oid, esperad.
DOÑA ELVIRA.
Si es por mi satisfaccion,
Ya lo estoy de vuestro trato,
Y para siempre me voy. (*Vase.*)
MONZON.
Andad con todos los diablos.
DON DIEGO.
Oye, Elvira; ¡hay tal rigor!
MONZON.
¿Qué es oir? Por Jesucristo,
Que va por el corredor
Como perro con vejiga.

DON DIEGO.
Pues iré tras ella yo,
A que escuche las verdades
De mi amante corazon. (*Vase.*)

MONZON.
Si fué como, lindamente
La bellaca nos le dió. (*Vase.*)

JORNADA SEGUNDA.

Salen DOÑA ISABEL, *con vestido de estameña, manto sin puntas, chapines sin viras;* INÉS, *de fregona, con mantellina,* Y JULIO, *vejete.*

DOÑA ISABEL.
Esto ha de ser.

JULIO.
Considera...

DOÑA ISABEL.
Pues me ves determinada,
No me repliques en nada.

INÉS.
Quedo; que hay criada fuera.

Sale LUCÍA.

LUCÍA.
Ya se acabó de tocar
Mi señora; aquí podeis
Esperar.

JULIO.
Merced me haceis,
Y yo lo sabré estimar.

LUCÍA.
¿Es esta doncella á quien
Hoy recibió mi señora?

JULIO.
Es muy vuestra servidora.

LUCÍA.
Yo lo soy suya tambien,
Y por cara y por despejo
Lo merece.

DOÑA ISABEL.
Dios os guarde;
Pero, porque mas no aguarde
Mi padre, que en fin es viejo,
Hacedme gusto que sepa
Mi señora que está aquí.

LUCÍA.
Voy á decirselo así. (*Vase.*)

INÉS.
¿Es posible que en tí quepa
Tanto embuste y tan bien hecho?

DOÑA ISABEL.
Para embustes y mentiras
Cualquiera mujer que miras
Tiene ensanchas en el pecho.

JULIO.
Hasta aquí no he replicado,
Que pudiera por mi edad,
Ni de aquesta novedad
La causa te he preguntado;
Mas, ya que tan adelante
Has pasado, y que las dos,
Con poco temor de Dios,
Pues no hay miedo que os espante,
Mudando nombre y vestido,
Os disfrazais de manera,
Que Inés, firme en la carrera
De doncella, que lo ha sido,
Y tú quieres, al revés,
Con una y otra mentira
Servir en casa de Elvira
De doncella, que lo es;
Andando yo concertando
De aquí para allí á las dos,
Dime el intento, por Dios;
Porque estaré reventando
Hasta saber (ya que sé
Que en todo servirte debo)
Un embeleco tan nuevo.

DOÑA ISABEL.
Pues oye, te lo diré,
Porque sepas, Julio amigo,
La causa que así me tiene.
Siendo en sangre y en riqueza
Lo que tú sabes, atiende,
Tan aprisa me mudaron
De aquella quietud alegre
Mis penas, que ya el aviso
Llega despues de la muerte;
Que hay para los desdichados
Penas en matar tan breves,
Que vienen como que matan,
Y matan como que vienen.
Yo quiero bien (ya lo he dicho)
A un hombre que á Elvira quiere;
Mira en qué pocas palabras
Te he dicho cuanto pretendes.
No te maravilles, Julio,
Que tan luego te confiese
Mi amor, que, aunque es liviandad,
Parezca que es conveniente,
Si en poco tiempo le tuve,
Que en poco tiempo le cuente.
Sin que don Diego de Vargas,
Que este es su nombre, me viese,
Veces varias pude hablarle,
Y seguirle otras mas veces.
Informéme si era noble,
Si era cortés y valiente,
Y en efecto, lo fué todo,
Porque quise que lo fuese;
Que en haciendo amor las pruebas,
Como es parte en lo que emprende,
O se cohecha de gusto,
O de la pasion se vence;
Y así, dice, cuando informa,
Mucho mas de lo que siente.
Viendo, pues, que por Elvira
Don Diego de Vargas muere,
Porque, aunque estuvo enojada,
A verle y hablarle vuelve,
Que no hay enojo que dure
Entre dos que bien se quieren,
Habiendo ruegos que ablanden
Y terceros que aconsejen;
Viendo tambien que don César
Con mas fuerza me pretende
Que nunca, debe de ser
Porque casi alcanzó á verme
Con don Diego; que hay algunos
Hombres tan impertinentes,
Que en sabiendo que la dama
Que festejan ó pretenden
Tiene galan, en lugar
De apartarse y detenerse,
Se alientan, porque imaginan
Osada y bárbaramente
Que quien fué fácil con uno,
Con cualquiera serlo puede,
Y que á cuenta de aquel yerro
Los demás pueden hacerse.
Y así, para del don César
Poder mejor defenderme,
Y de camino estorbar,
Sin que mi opinion se arriesgue,
De don Diego y doña Elvira
Los amores y papeles,
Yéndome con una amiga
Noble, cuerda y confidente,
A quien de mis pensamientos
Di cuenta muy largamente,
Dejé mi casa, fingiendo
Que por uno ó por dos meses
Iba á cierta romería
Que ofrecí estando á la muerte;
Si bien hemos menester
Trazarlo todos de suerte,
Que mi gente no nos vea,
Que es lo que puede temerse;
Aunque venimos al Prado
Desde los Convalecientes,
Que es lo mismo que pasarse
A otro reino un delincuente;
Y así, no hay que tener pena
Que ninguno nos encuentre.
Mas, porque pueda mejor
Saber todo cuanto intente
En su voluntad don Diego,
Dispuse que Inés sirviese
Cerca de su casa, en casa
De cierto hombre de papeles,
Secretario entre dos luces,
Ni bien letrado ni agente;
La cual saliendo de casa,
Y encontrando adredemente
A Monzon, que es el criado
De este mi amante valiente,
Le ha dado ocasion bastante
Para que el tal la requiebre;
Y en fin, son ya tan amigos,
Que la cuenta y la refiere,
Para cumplir con el nombre
De criado y de alcahuete,
Cuanto imagina su amo;
Y ella volando me viene
A avisar de lo que sabe,
Para que yo lo remedie;
Con lo cual, ella mudando,
Por si álguien la conociese,
El nombre de Inés en Juana,
Que no tiene inconveniente,
Y yo el de doña Isabel
En Dorotea Gutierrez;
Ella estando, como he dicho,
Mirando cuanto sucede
En la casa de don Diego;
Tú, por lo que se ofreciere,
Tomando en esotra calle
Un aposento por meses,
Y yo en cas de doña Elvira
Estando de aquesta suerte,
Pienso hacer tales enredos...
Mas ¡ay cielos! ella viene.
Por lo que pueda importar
Que no te conozca, véte,
Véte, Inés.

INÉS.
¿Cómo me llamo?

DOÑA ISABEL.
Juana iba á decir, erréme;
Véte de presto, por Dios.

INÉS.
Él te guarde, como puede. (*Vase.*)

Salen JULIO, DOÑA ELVIRA Y LUCÍA.

DOÑA ISABEL.
Y tú, pues vienes á eso,
Sirve de padre y pondréme
De doncella de labor.

JULIO.
Extrañas sois las mujeres
En dando en alguna tema.

DOÑA ELVIRA. (*Ap. á Lucía.*)
¿Que tan buena cara tiene?

LUCÍA.
Yo sé que en viéndola harás
De modo que en casa quede.—

Ya mi señora os aguarda,
Bien podeis hablarla. (*A doña Isabel.*)

JULIO.

Déme
Vuesancé, si no las manos,
Los piés, para que los bese.

DOÑA ELVIRA.

Dios le guarde; no esté así,
Álcese.

LUCÍA.

¿Qué te parece
Del buen viejo y de su hija?

DOÑA ELVIRA.

Parécenme buena gente:
Y diga: aquesa doncella,
Cúbrase, ¿qué nombre tiene?

JULIO.

Dorotea.

DOÑA ELVIRA.

¡Dorotea!

JULIO.

Muchacha, ¿qué te detienes?
Llega, que llama señora.—
De vergonzosa enmudece:
Que es su cortedad notable,
Pero no por eso pierde.

DOÑA ELVIRA.

¿Has servido en otra parte?

(*Llega y hace una reverencia doña Isabel.*)

DOÑA ISABEL.

A mi padre solamente
He servido; pero viendo
Que está viejo, y que no tiene
Con qué poder sustentarme,
Por ser el año tan fuerte,
Una casa principal
Le he pedido que me diese
Donde servir; hame dicho
De la vuestra tantos bienes,
Que tendré á mucha ventura
Quedar con vos para siempre;
Porque esto de mudar casas
No es cosa que me conviene;
Que quizás por no mudarme
Vengo á servir de esta suerte.

JULIO.

No es porque ella está delante,
Ni porque pasion me mueve,
La muchacha es para mucho,
Porque una casa revuelve
De alto en bajo en un instante.

DOÑA ISABEL.

Y en la vuestra, si se ofrece,
Lo haré mejor que en ninguna;
Que á esto vengo solamente.

DOÑA ELVIRA.

¿Qué labor haces?

DOÑA ISABEL.

Señora,
Por labores no lo dejes;
Que si fuere menester,
Las haré tan diferentes,
Que su novedad te admire.
(*Ap.* Cuando á ver la causa llegues.)
Lo mas está en que á servir
La persona se sujete,
Que todo despues es fácil.

DOÑA ELVIRA.

¿Sabrás tocarme y prenderme?

DOÑA ISABEL.

(*Ap.* Para que parezcas mal
Haré cuanto yo pudiere.)
Es tu hermosura tan grande,
Que casi puede ofenderse
Que la busques aderezos.

DOÑA ELVIRA.

¡Qué bien habla! Y dime, ¿tienes
En Madrid quien te conozca?

DOÑA ISABEL.

Sí, Señora; unos parientes
Tenemos en Peñaranda,
Y en la calle de Valverde
Vive un sastre de mi tierra,
Que me fiará en cuanto hubiere.

DOÑA ELVIRA.

(*Ap.* Para los intentos mios
Como de molde me viene
Esta moza, que es discreta
Y parece diligente,
Para poder confiarla,
Cuando ocasion se ofreciere,
Los amores de don Diego.)
¿Hasme de servir por meses,
Ó concertada por años?

DOÑA ISABEL.

Como mi padre quisiere;
Que en esto y en la soldada
Hacer á su gusto puede.

JULIO.

Que os sirva en casa mi hija
Es salario suficiente.

DOÑA ELVIRA.

¿Tienes arca?

DOÑA ISABEL.

Sí, Señora.

DOÑA ELVIRA.

Pues tráiganla luego, y cree
Que si te hallas bien en casa,
Hasta que yo te remedie
No saldrás de ella jamás.

DOÑA ISABEL.

Bien sabe el que está presente
Que solo por remediar
La pena que el alma tiene
Vengo á tu casa á servir.

DOÑA ELVIRA.

Pues vén, para que te enseñe
Lucía lo que has de hacer.

DOÑA ISABEL.

El cielo tu vida aumente.

DOÑA ELVIRA.

Jamás recibí criada
Que tan de mi gusto fuese.

(*Vanse todos, menos doña Isabel.*)

DOÑA ISABEL.

Amor, ya estoy en el campo;
Mujer soy y deidad eres,
Ten lástima de mi vida.
Mas ¡ay Dios! don Diego es este,
Y mi cara lo dijera
Cuando yo no lo dijese.
Muerta estoy.

Sale DON DIEGO y MONZON

DON DIEGO.

Tarde venimos

MONZON.

No venimos tal; bien puedes
Entrar.

DON DIEGO.

Pues aguarda un rato;
Que yo saldré brevemente.

DOÑA ISABEL.

Téngase vuestra merced
(*Ap.* Mucho es que á hablar acierte);
Porque teniendo esta casa
Dueño, no es bien que se entre
Sin decir quién es primero,
Para que el recado pase
A mi señora.

DON DIEGO.

Pues vos,
Que salis á detenerme,
¿Quién sois?

DOÑA ISABEL.

(*Ap.* Pues ¿qué me faltara
¡Ay de mí! si lo supiese?)
Soy doncella de labor
De mi señora.

MONZON.

No tiene
Usted cara de doncella.

DOÑA ISABEL.

Tenga vergüenza, ó daréle.

MONZON.

¿Qué me dará, que no tome?

DOÑA ISABEL.

Al diablo.

MONZON.

Que se la lleve.

DON DIEGO.

Quedo, Monzon. —Vos habeis
Andado muy cuerdamente
En preguntarlo; y así,
Entrad y decid...

Sale DOÑA ELVIRA.

DOÑA ELVIRA.

Detente;
Que para verte mas pronto
He salido á responderte.

DOÑA ISABEL.

Perdonadme si yo acaso...

DOÑA ELVIRA.

Tú has hecho aquí lo que debes;
Mas sabe de aquí adelante,
Para que otra vez no yerres,
Que es dueño de aquesta casa
El galan que está presente,
Y que puede á todas horas
Entrar donde yo estuviere;
Que, aunque pariente no es,
Es mucho mas que pariente.

DOÑA ISABEL.

¡Ah sí! ahora lo he entendido.

DOÑA ELVIRA.

Ya sé que entendida eres.

DON DIEGO.

¿Has recibido esta dama?

DOÑA ELVIRA.

Sí, don Diego.

DON DIEGO.

Ella merece
Estar en tu casa, que es
Cuanto puede encarecerse;
Mas, volviendo á mi embajada,
Si es que has de venir, advierte
Que es tarde, por vida mia.

DOÑA ELVIRA.

Agora dieron las nueve,
Y ya han ido por el coche;
Y así, entre tanto que viene,
Y yo acabo de aliñarme,
Sentarte, don Diego, puedes
Aquí dentro en una silla.

DON DIEGO.

Siempre quien ama obedece.
Vé delante.

DOÑA ELVIRA.

¡Qué ventura
Es quererse de esta suerte!

(*Vanse doña Elvira y don Diego, y quedan mirándolos doña Isabel, Monzon y Julio.*)

MONZON. (*Ap.*)

Vive Dios, que es la muchacha

Como el ampo de la nieve;
En viendo ocasion, la embisto,
Y venga lo que viniere.

DOÑA ISABEL.

Fuéronse. ¡Brava llaneza!

MONZON.

El amor todo lo vence.

DOÑA ISABEL.

Luego ¿se tienen amor?

MONZON.

Sí, Señora, amor se tienen,
Mas es amor muy honesto.

DOÑA ISABEL.

¿Querrán casarse?

MONZON.

Si quieren

DOÑA ISABEL.

Y ¿será cierto?

MONZON.

Tan cierto,
Que ya les dan parabienes.

DOÑA ISABEL.

(*Ap.* Mala pascua te dé Dios,
Y la primera que llegue.)
Y ella ¿adónde sale agora?

MONZON.

A mi casa.

DOÑA ISABEL.

¡Lance fuerte!
¿A tu casa? (*Ap.* ¡Muerta estoy!)

MONZON.

Sí, porque pasan los reyes,
Que infinitísimos años
El cielo guarde y prospere,
En público esta mañana
A San Jerónimo, y quiere
Mi amo hacerla un festejo;
Pero, pues ellos se quieren
Y los criados son monos
De sus amos, ya me entiendes,
Dime, así vivas un siglo,
Y dentro de pocos meses
Te saque Dios de doncella,
Como de pecado, ¿puede
Monzon parecerte bien?

DOÑA ISABEL.

(*Ap.* ¡Oh amor, qué ingenioso eres!)
No puede.

MONZON.

¿No? ¿Por qué causa?

DOÑA ISABEL.

Porque ya me lo parece;
Mas aguarda mientras digo
A este viejo que nos deje.
(*Ap.* Quien llega á querer de veras
Notables cosas emprende.)
(*Ap. á él.* ¿Julio?)

JULIO.

Señora.

DOÑA ISABEL.

Volando,
Porque importa el ir muy breve,
Vé á Inés y dale esta llave, (*Se la da.*)
Que es del cuarto y del retrete
De don Diego, que la noche
Que fuimos las dos á verle
Me traje, y dila que al punto
Se encierre en él, y se lleve
El mejor vestido mio
De los que guardados tiene,
Y me espere allí tapada.

JULIO.

Pues con eso ¿qué pretendes?

DOÑA ISABEL.

Descomponer á don Diego
Con Elvira para siempre,
Porque Elvira va á su casa,
Y, cuando menos lo piense,
Ha de topar con Inés.

JULIO.

¿Y si acaso...

DOÑA ISABEL.

No me alegues
Dificultades ni riesgos.

JULIO.

Alto; voy á obedecerte. (*Vase.*)

DOÑA ISABEL.

Ya bien me puedes hablar,
Y pues quererme prometes,
Para que yo lo conozca
Haz de modo que le ruegue
Tu señor á mi señora...

MONZON.

¿Qué?

DOÑA ISABEL.

Que á la fiesta me lleve;
Que en mi vida he visto al Rey,
Y deseo conocerle.

MONZON.

Pues haz cuenta que allí estás
Aunque á todo el mundo pese,
Y haz cuenta que yo te quiero.

DOÑA ISABEL.

¿Mucho?

MONZON.

Tiernísimamente.

DOÑA ISABEL.

¿De veras?

MONZON.

Por esta cruz.

DOÑA ISABEL.

¿Juras? Mira no revientes.

MONZON.

¿Por qué?

DOÑA ISABEL.

Porque juras falso.

MONZON.

¿En qué?

DOÑA ISABEL.

En decir que me quieres,
Siendo hombre como todos.

MONZON.

Tú lo verás.

DOÑA ISABEL.

Y ¿no tienes
Moza ninguna?

MONZON.

Ninguna.

DOÑA ISABEL.

¿Ni una Juana que aderece
Tus valonas?

MONZON. (*Ap.*)

¿Cómo es esto?

DOÑA ISABEL.

¿Que tus camisas remiende,
Que tus pañuelos jabone
Y te cosa el zaragüelle?

MONZON.

Tengo el alma muy soltera.

DOÑA ISABEL.

Y ¿si viniese á saberse,
Y te topase con otra,
Como á muchas acontece?

MONZON.

Degollarme, como hizo...

DOÑA ISABEL.

¿Quién?

MONZON.

María de Riquelme,
Porque su galan llegó
A ofenderla enormemente.

DOÑA ISABEL.

Pues cuidado con el diez,
Mira que soy una sierpe;
Pero mi ama ha llamado,
Voy á saber lo que quiere. (*Vase.*)

MONZON.

Muy lindo debo de ser,
Pues todas por mí se mueren.

Salen DON CÉSAR Y TRISTAN, *en casa de don Diego.*

DON CÉSAR.

¿Que no está en casa don Diego?

TRISTAN.

Ahora dicen que salió.
¿Quieres irte?

DON CÉSAR.

Tristan, no;
Que es fuerza que vuelva luego,
Porque espera á doña Elvira,
Que ayer me lo dijo á mí;
Y así, en tanto desde aquí
(Pues todo tan bien se mira)
Las horas entretendrémos.

TRISTAN.

Y ¿cómo de amor te va?

DON CÉSAR.

Como quien sin alma está
Entre diversos extremos;
Porque aquesto que te digo
Con don Diego me ha pasado,
Y aunque me ha desengañado,
Y es en efecto mi amigo,
Y tanto, que entre los dos,
Si así decir se consiente,
Vive un alma solamente,
No puedo dejar, por Dios,
De estar confiado entre mí,
Sin atreverme á creer,
Entre el dudar y el temer,
Aun lo mismo que yo vi;
Porque saber yo de cierto
Que en Elvira está adorando,
Y por puntos esperando
De sus bodas el concierto;
Llegar á favorecerme,
Por el pasado disgusto,
De su casa, como es justo;
Decir que la causa es
Porque estaba dentro Elvira;
Verse luego la mentira,
Viniendo Elvira despues;
Parecerme á mí que vi,
Si no fué enojo ú error,
A Inés en el corredor,
Como te estoy viendo á ti;
Ser aquesta Inés criada
De doña Isabel, á quien,
Como sabes, quiero bien,
Aunque de mi amor se enfada;
Salirme de allí, ¡ah cruel!
Viendo que el alma se abrasa,
Para saber si en su casa
Estaba ya doña Isabel,
Y verla yo propio luego,
Y con ella su criada,
En una silla cerrada;
Volverme al punto á don Diego,
Y decirle cómo amaba
A una dama rica y bella,
Para casarme con ella,
Pero que me recelaba
De que él tambien la queria;
Y que así, merced me hiciese
Que con verdad me dijese
Todo lo que en esto habia,
Para que yo lo sirviera

Como amigo y caballero;
Y responder, lo primero,
Que no sabia quién era;
Que no le importaba nada
Ni la vió el rostro jamás,
Y decirme (esto es lo mas)
Que era una mujer casada,
Son cosas para que un hombre
El juicio venga á perder.

TRISTAN.

Y en fin, ¿qué piensas hacer
Para cumplir con el nombre
De amante y de buen amigo
De don Diego y de la dama,
Sin aventurar la fama
Que ella y él tienen contigo?

DON CÉSAR.

Esperar á que lo diga
El tiempo.

TRISTAN.

Y ella ¿qué dice?

DON CÉSAR.

Soy, Tristan, tan infelice,
Y es ella tan mi enemiga,
Que á Guadalupe se fué
Cuando estábamos en esto.

Sale INÉS, *tapada y bizarra.*

INÉS.

Hallarme Julio tan presto
Ventura sin duda fué,
Y mayor ventura ha sido
No haberme nadie encontrado;
Y así, con menos cuidado
Que el que hasta ahora he traido,
Podré hacer lo que mi ama
Me manda; mas ¡ay de mí!
Que don César está aquí.

TRISTAN.

Y ¿es Elvira aquella dama?

DON CÉSAR.

Aunque su talle gallardo
Lo promete, no lo sé.

INÉS.

¡Válgame el cielo! ¿Qué haré?
Pero ¿de qué me acobardo?
Estoy tapada, y don Diego,
Como dice mi señora,
Con Elvira queda agora
Aguardándola. Yo llego,
Porque la ocasion se pasa,
Y abro, aunque miren los dos;
Aquesto es hecho. (*Abre la puerta.*)

TRISTAN.

Por Dios,
Que es la dama muy de casa,
Pues que puede á cualquier hora
Entrar sin pedir licencia.

INÉS. (*Ap.*)

Esto toca á mi obediencia;
Haga la fortuna agora. (*Vase.*)

Salen DOÑA ELVIRA *y* DOÑA ISABEL, *tapadas, que entran por otra puerta.*

DOÑA ELVIRA.

Muy temprano hemos venido.

DOÑA ISABEL.

Quien ama anticipa el tiempo.
(*Ap.* ¡Gran cosa fuera que Inés
Llegado hubiese primero!)
Mas ¡ay! aquí está don César.

DOÑA ELVIRA.

¿Conócesle?

DOÑA ISABEL.

De escudero
Sirvió mi padre á una tia
Que tenia en Barrio-Nuevo;
De esto solo le conozco.

DOÑA ELVIRA.

Es muy cortés caballero.

DON CÉSAR.

Otras damas han venido,
Y que sobramos sospecho.

DOÑA ISABEL.

Sí sobran.

DON CÉSAR.

Pues ya nos vamos;
Que no estorba quien es cuerdo. (*Vase.*)

DOÑA ELVIRA.

¿Qué dijiste?

DOÑA ISABEL.

Que se fuesen.
Son discretos, y lo hicieron.

DOÑA ELVIRA.

Don César poco importaba,
Que es amigo de don Diego,
Y tiene de esto noticia.

DOÑA ISABEL.

Ahora bien está lo hecho;
Que, aunque sea mas amigo,
Está con encogimiento
Una mujer; y al decir
A su galan: «Yo te quiero,»
Si ve que tiene delante
Un testigo de sus yerros,
Echa á perder la fineza,
Y como arroyo de invierno,
Entre la boca y el alma,
Entre el recato y el miedo,
Se hiela, de resfriado,
En el camino el requiebro.

DOÑA ELVIRA.

Muy bien has dicho; mas dime,
¿Adónde quedó don Diego?

DOÑA ISABEL.

Hablando en esotra calle
Con dos ó tres caballeros
Se detuvo.

DOÑA ELVIRA.

No me hallo
Sin verle.

DOÑA ISABEL.

Yo te lo creo;
Que la misma condicion
Tengo yo con lo que quiero.

DOÑA ELVIRA.

No te espantes que te dé
Cuenta de mis pensamientos;
Que, aunque ha poco que me sirves,
En aqueste poco tiempo
Te he cobrado mucho amor.

DOÑA ISABEL.

Todo este amor te merezco
Por lo mucho que te estimo.
(*Ap.* Que si me vieras el pecho,
Me enviaras noramala.)
Pero volvamos al cuento
De la noche que en su cuarto
No te dejó entrar.

DOÑA ELVIRA.

No puedo,
Dorotea, proseguir;
Que cuando de esto me acuerdo,
Quisiera no haber nacido.

DOÑA ISABEL.

Y en efecto, ¿tenia dentro
Encerrada otra mujer?

DOÑA ELVIRA.

La vi yo como te veo.

DOÑA ISABEL.

Fué muy gran bellaquería.

DOÑA ELVIRA.

Solo de pensar en ello
Me corro.

DOÑA ISABEL.

Yo habia de ser
A quien hizo tal desprecio.

DOÑA ELVIRA.

¿Qué hicieras?

DOÑA ISABEL.

No le mirara,
Si me estuviera muriendo,
Mas á la cara en su vida.

DOÑA ELVIRA.

Yo tambien intenté hacerlo;
Mas afirmóme despues
Con mas de mil juramentos
Que en su vida la habia visto,
Y al fin me alenté á creerlo,
O porque me estaba bien,
O porque tanto le quiero,
Que le admití la disculpa
Para volver á mi yerro;
Pero ya don Diego vino.

DOÑA ISABEL. (*Ap.*)

Y con él siente mi pecho
El fuego de todo un mundo.

Salen DON DIEGO *y* MONZON.

DON DIEGO.

Perdonad, querido dueño,
Si he tardado; que un amigo
Al gusto le hurtó este tiempo,
No sin murmullo del alma,
Que, echando menos el cielo
De vuestros ojos, estaba
Como fuera de su centro.

DOÑA ISABEL.

¡Jesus, y qué tierna cosa!

DOÑA ELVIRA.

Eslo don Diego en extremo.

DON DIEGO.

Como cuando sale el sol,
Que es el corazon del cielo,
Y destierra los nublados
Que á su luz se le opusieron,
O por delito de oscuros,
O por culpa de groseros;
Así vuestro amor ahora,
Con aqueste favor nuevo,
Sale del pasado enojo,
Desterrando y deshaciendo
Los disgustos, los pesares
Y los celos; que los celos
Son vapores del engaño
Y nieblas del pensamiento,
Con que la malicia engaña
Lo cándido del sosiego.

DOÑA ISABEL.

¡Lindo discurso y moral!

DOÑA ELVIRA.

¿Qué dices?

DOÑA ISABEL.

Que es muy discreto.
(*Ap.* Y que si adelante pasa,
Estoy de suerte, que pienso
Que tengo de declararme.)

DOÑA ELVIRA.

Por cierto, con grande aseo
Está toda aquesta sala.

DON DIEGO.

No está; pero por lo menos
Está mejor que otras veces;
Que quien esperaba...

DOÑA ELVIRA.

Quedo;

Que ya me pesa de haberte
En ese cuidado puesto.

DON DIEGO.

No es cuidado, sino gusto;
Mas entremos allá dentro,
Y verás algunos vidrios,
Espejos, cuadros y lienzos
De buen arte y mejor gusto.

DOÑA ELVIRA.

Pues que tú gustas, entremos,
Aunque será menester
Que lo mires bien primero,
Por no ponerte en peligro
De darme á mí algunos celos.

DON DIEGO.

¡Oh, qué donaire has tenido!

DOÑA ELVIRA.

Sabe el cielo que lo temo.

DON DIEGO.

Aquel fué lance forzoso.

DOÑA ISABEL. (*Ap.*)

Yaqueste será lo mesmo,
Si Julio tuvo lugar
De avisar á Inés con tiempo.

DOÑA ELVIRA.

Agora no dudo yo
Que, siendo vos tan discreto,
No ignorando mi venida,
Desde anoche, por lo menos,
Esté la casa segura;
Mas yo sé que, á no saberlo...

DON DIEGO.

Fuera lo mismo, por Dios.—
¡Monzon!

MONZON.

¡Señor!

DON DIEGO.

Abre presto
se cuarto.

MONZON.

¿Con qué llave?

DON DIEGO.

Con la tuya.

MONZON.

¡Bueno es esto!
¿Pareció mas desde el dia
Que escondidas estuvieron,
Por tu mal, aquellas damas?...

DON DIEGO.

Así es verdad; mas yo tengo
La llave doble, y con ella
Abriré; pero ¿qué es esto?

Sale INÉS, *tapada.*

INÉS.

¿Era tiempo de venir?

MONZON.

¡Válgame san Nicodémus!

INÉS.

Mas ¿qué hace aquí tanta gente?

DON DIEGO.

Y vos ¿qué haceis allá dentro?

DOÑA ELVIRA.

Don Diego, ¿para esto habias...

DOÑA ISABEL.

¿Hay tan gran descaramiento?

DOÑA ELVIRA.

Mas yo me tengo la culpa.

DOÑA ISABEL. (*Ap.*)

Ahora comienzan los truenos,
Y aquello de ¡plegue, plegue!

DON DIEGO.

Señora, esperad.—¿Qué es esto?
Mujer, fantasma ó demonio,
¿Por dónde has entrado?

DOÑA ELVIRA.

Bueno;
Graciosa está la pregunta.—
Vén, Dorotea.

DOÑA ISABEL.

¿Hay despejo
Semejante? ¡Que tuviese
Encerrada en su aposento
Una dama, y ahora otra!

DOÑA ELVIRA. (*A doña Isabel.*)

¿Qué te parece de aquesto?

DOÑA ISABEL.

¿Qué quieres que me parezca?
Que si por el pensamiento
Te pasa hablarle ni verle,
En público ni en secreto,
No tendrás honra.

DOÑA ELVIRA.

Es verdad;
A no velle me resuelvo.

MONZON.

¿Hay tramoya semejante?

INÉS. (*Ap.*)

Si me hace seguir don Diego,
O descubrir, se descubre
Sin remedio aqueste enredo;
Y así, es mejor, pues mi ama
Por señas lo está diciendo,
Irme.

MONZON.

¿Dónde va, Señora?

INÉS.

A mi casa.

MONZON.

No hay remedio;
Que primero hemos de ver...

INÉS.

(*Ap.* Si porfía aqueste necio,
Me destruye totalmente;
Y así, es mas cuerdo consejo
Descubrirme solo á él,
Pues con él no tengo riesgo.)

(*Descúbrese á Monzon.*)

¿No echas de ver que soy Juana?
Que solo por verte vengo
De la suerte.

MONZON.

¡Jesucristo!
De esta vez el juicio pierdo.

INÉS.

¡Qué! ¿Te admiras?

MONZON.

Pues di, ¿cómo
En este traje te has puesto?

INÉS.

Es madrina aquesta tarde
Cierta amiga de un bateo,
Y andamos todas de fiesta.

MONZON.

Y ¿cómo entraste acá dentro?

INÉS.

Eso es para mas despacio;
Que fué un notable suceso.
Déjame salir ahora,
Y no digas nada de esto
A tu señor, porque importa
A los dos.

MONZON.

Véte de presto,
Mujer; que, si lo supiera
Mi amo que aqueste enredo
Le ha venido por mi parte,
No hay que hablar, fuera muy cierto
Que me diera de estocadas.

INÉS.

Pues adios, y veme luego. (*Vase.*)

DOÑA ISABEL. (*Ap.*)

Gracias á Dios, que se fué;
Que me estaba consumiendo
De ver lo que se tardaba.

MONZON.

Bravo caldo se ha revuelto.

DOÑA ELVIRA.

Yo no he menester disculpas;
Dejadme salir.

DON DIEGO.

No quiero,
Hasta que diga quién es
Aquesta dama primero.

MONZON.

Y ¿adónde está esa señora?

DON DIEGO.

¿Dónde? En aquese aposento.

MONZON.

¿Cómo, si ya se escapó?

DON DIEGO.

Pues, infame...

DOÑA ISABEL.

Haced extremos
Y enojáos con el criado,
Siendo de entrambos concierto
Que se fuese; ¿quién lo duda?

DON DIEGO.

Anda, pícaro, corriendo,
Y vé tras ella.

DOÑA ELVIRA.

Detente;
Que es cansarle sin provecho,
Porque ya Monzon lo sabe.

DOÑA ISABEL.

Aqueso verálo un ciego.

DON DIEGO.

Pues iré yo, juro á Dios.

DOÑA ISABEL.

Sois muy parte en este pleito;
Y así, aunque mi señora
Desiste ya de quereros,
Solo por curiosidad
He de ir yo sola á verlo.

DON DIEGO.

Anda muy enhorabuena.

DOÑA ISABEL.

Pues aguarda; que ya vuelvo. (*Vase.*)

DOÑA ELVIRA.

¿Para qué, si no me importa,
Y tengo de irme al momento?

DON DIEGO.

Mucho os quiere esta doncella.

DOÑA ELVIRA.

Es mi criada en efecto,
Y ha sentido, como es justo,
Lo que conmigo se ha hecho;
Pero mas necia soy yo
Que vos, ingrato y grosero,
En escucharos; y así,
Adios os quedad, don Diego,
Y en vuestra vida...

DON DIEGO.

Advertid...

DOÑA ELVIRA.

Ya el detenerme es desprecio;
Porque es querer engañarme
Segunda vez.

DON DIEGO.

Si tal quiero,
Quíteme el cielo la vida.

DOÑA ELVIRA.

Pues si sois cortés, sed cuerdo,
Y dejadme; que será
Obligarme á que el respeto
Os pierda.—Lucía, vamos.

DON DIEGO.

Por no cansaros os dejo.

DOÑA ELVIRA.

No mas don Diego en mi vida!
(*Ap.* Un volcan llevo en el pecho.)
(*Vase.*)

DON DIEGO.

Si no pierdo ahora el juicio,
No es posible que le tengo.—
Monzon, ¿qué es esto?

MONZON.

Pues yo
¿Cómo tengo de saberlo?
(*Ap.* Para el puto que dijera
Que lo sabe.)

DON DIEGO.

No lo entiendo.
Yo salí de aquí denantes
Por Elvira, y cuando vuelvo,
Hallo dentro una mujer,
Y há un año y mas que no veo
En Madrid dama ninguna
Que pueda con tal despecho
Hacer papeles conmigo.

MONZON.

Lo que yo, Señor, sospecho,
Es, que la misma que vino
Esotra noche pidiendo
Contra su esposo favor...

DON DIEGO.

Yo tambien así lo entiendo;
Mas si ella me quiere algo,
¿Con qué fin ó con qué intento
Se va sin decirme nada,
Y solo viene en viniendo
Doña Elvira, que parece
Que están las dos de concierto
Para quitarme la vida
Despues de quitarme el seso?

Sale DOÑA ISABEL

DOÑA ISABEL.

¿Está mi señora aquí?

DON DIEGO.

No, que fueron sus extremos
Tales, que aun no quiso oirme
Una razon.

DOÑA ISABEL.

Hizo en eso
Muy como mujer de bien.

DON DIEGO.

Pues di, yo ¿qué culpa tengo?
Mas si supiste quién era,
Ya que la fuiste siguiendo,
Dímelo, para que vaya,
Y la diga...

DOÑA ISABEL.

Y ¿fuera bueno
Que primero que á mi ama,
Cuando de leal me precio,
Os dijera lo que he visto?

DON DIEGO.

¿Qué importa? Yo te prometo
De no decirlo en mi vida,
Si en eso puede haber riesgo,
Y toma para una gala.

MONZON. (*Ap.*)

Si lo dice, yo me pierdo.

DOÑA ISABEL. (*Ap.*)

Ahora bien, esto se va
A mi gusto disponiendo;
Quiero parecer criada
Y tomar este dinero
Para decir persuadida
Lo mismo que yo deseo.

DON DIEGO.

¿Qué dices?

DOÑA ISABEL.

Que en tu palabra,
Como, en fin, de caballero,
Confiada, lo diré.

DON DIEGO.

Ya te escucho.

DOÑA ISABEL.

Estáme atento:
Apenas salí de aquí,
Cuando á cuatro casas veo
Que estaba un coche cercado
De pajes y de escuderos,
Y que la dama encubierta,
Que salió de este aposento,
A toda prisa se entraba
En él; mas reconociendo
Que yo siguiéndola iba,
Con rostro afable y sereno
Me dice que entre en el coche,
Que quiere hablarme en secreto;
Y apenas, aunque turbada,
Por no saber el intento,
El pié pongo en el estribo,
Y en una almohada me siento.
Cuando...

DON DIEGO.

¿Qué?

DOÑA ISABEL.

Se descubrió,
Y un rostro miré tan bello,
Que recelando el peligro,
Volví á mirar al cochero,
Temiendo nos despeñase
Cuando partiese ligero,
Porque para ser faetonte,
Siendo el sol el que iba dentro,
Me pareció, y con razon,
Que tenia lo mas hecho.

MONZON.

¿Y eso vístelo tú propia?

DOÑA ISABEL.

Pues ¿qué quieres para ello?

MONZON. (*Ap.*)

Quiero dar gracias á Dios
De que callo y no reviento.

DON DIEGO.

Dime por menor las señas.

DOÑA ISABEL.

Ella es, Señor, de mi cuerpo,
Con un alma en cada accion
Y una vida en cada acento;
Ojos, aunque no muy grandes,
Vivos, hermosos y negros;
Pelo entre negro y castaño,
Y tan bien rizado el pelo,
Que parece que la envidia,
Si no la sirvió de espejo,
La dió el fuego para el molde,
Y sopló el amor el fuego;
Era morena de cara,
Mas no era en ella defecto,
Sino fuerza; que si el sol
Hace de lo blanco negro,
Sin duda alguna de andar
Ella al de sus ojos mesmos
Desde el dia que nació,
Se le pegó lo moreno;
Y así, fué delito propio
Lo que en otras es ajeno.
Ella en efecto es un ángel,
Y trae consigo lo bueno
Tal fuerza, que aunque yo iba
A ser su fiscal, en viendo
Su hermosura me templé;
Y mas, Señor, cuando, abriendo
Una caja de rubíes,
Que era en círculo pequeño
Guarda-joyas de las perlas
Que estaban pared por medio,
Me dijo: «Si es que venis
A verme, como sospecho,
De parte de aquella dama,
Decid de que la confieso
Que yo soy la que una noche
Entré en casa de don Diego,
Porque le adoro, si bien
Aun decírselo no puedo;»
Y al ir á decir la causa
Se atravesó de por medio
En la garganta un suspiro,
Y en los dos negros luceros
Un par de aljófares vivos,
Que se arrancaron del pecho
A ser borrones de nieve,
Saliendo de arroyos negros;
Con esto me despedí,
Por mas señas, que, saliendo
Del coche, conocí un paje,
Por el cual tengo por cierto
Que es su ama una señora
Ilustre por todo extremo,
Y por todo extremo rica,
Porque tiene, á lo que pienso,
Seis mil ducados de renta
Para hacer su casamiento;
Esto es, Señor, lo que vi,
Y con esto, adios, que el tiempo
Me hace falta, y mi señora,
Viendo lo que me detengo,
Es fuerza estar con cuidado.

DON DIEGO.

¡Por Dios, que es raro suceso!

MONZON. (*Ap.*)

¡Jesus, y lo que ha ensartado
De mentiras y embelecos!
Alguna legion de sastres
Se le ha metido en el cuerpo,
Segun los enredos traza.

DOÑA ISABEL.

Que me dejes ir te ruego.

DON DIEGO.

Espera; y ¿no podré ver
A quien tantas penas cuesto,
Ya que pierdo á doña Elvira?

DOÑA ISABEL.

De eso despacio hablarémos;
Que yo buscaré ocasion
Para verte; adios.

DON DIEGO.

El cielo
Te deje lograr tus años.

DOÑA ISABEL. (*Ap.*)

Famosamente se ha hecho. (*Vase.*)

DON DIEGO.

¿Qué dices de esto, Monzon?

MONZON.

Que eres un gran majadero
En haber creido tantos
Embustes sin fundamento.

DON DIEGO.

¿Qué dices?

MONZON.

Que aunque me mates,
No puedo, Señor, no puedo
Dejar de alumbrarte el poco
Que tienes entendimiento,
Diciéndote lo que pasa;
Mas esto con tal concierto,
Que prometas perdonarme.

DON DIEGO.

Sí prometo; dilo presto.

MONZON.
Pues digo que cuanto ha dicho
Esa pícara es enredo;
Porque la mujer que estaba
No hace mucho allá dentro,
Es una pobre fregona,
Que está á la vuelta sirviendo
A un agente de negocios.
DON DIEGO.
¿Estás loco?
MONZON.
Aquesto es cierto,
Porque yo la vi la cara.
DON DIEGO.
Pues di, bárbaro, ¿á qué efecto
Hasta mi cuarto se entró
Estando cerrado?
MONZON.
Eso
Ella lo dirá despues.
DON DIEGO.
Pues ¿cómo, estando sirviendo,
Anda en traje de señora?
MONZON.
Porque ha de ir hoy á un bateo
Con otras amigas suyas,
Y los vestidos se ha puesto
De su ama; aquesto ha sido.
DON DIEGO.
Y esotra, di, ¿con qué intento
Me ha dicho tantas locuras?
MONZON.
Eso dicho se está ello:
Con intento de probarte,
Y saber tu pensamiento.
DON DIEGO.
¡Mas que he de perder el juicio
Con aquesto?
MONZON.
No hayas miedo.
DON DIEGO.
¿Por qué?
MONZON.
Porque no le tienes,
Ni es cosa de caballeros.
DON DIEGO.
¿Agora me hablas de burlas?
Mataréte, vive el cielo.
MONZON.
No harás tal, porque sabré
Tomar las de Villadiego.

JORNADA TERCERA.

Salen INÉS, *en traje de criada;* DON DIEGO Y MONZON.

MONZON.
Ya tienes delante á Juana,
Que dirá lo que hay en esto.—
Llega, hermana, llega presto.
INÉS.
Poco á poco eso de hermana.
DON DIEGO.
Dime, Juana, la verdad,
Pues ves del modo que estoy;
Que mi palabra te doy,
Aunque fué temeridad
Entrar en mi casa así,
De no enojarme de nada.
INÉS.
Pues en eso confiada,
Digo, Señor, que yo fuí
La que salí esta mañana
De tu cuarto.
MONZON.
Huélgome,
Pues verás no te engañé.
DON DIEGO.
Es verdad; mas dime, Juana,
¿Tú no abriste este aposento
Para entrar?
INÉS.
Tú lo dijiste.
DON DIEGO.
Pues ¿con qué llave le abriste,
O cuál fué tu pensamiento?
Habla, no estés temerosa.
INÉS.
Pues digo...
DON DIEGO.
Di.
INÉS.
Que una dama,
Que no sé cómo se llama,
Aunque sé que es muy hermosa,
Dándome un dia una llave,
Me ofreció cincuenta escudos,
Que hicieran hablar los mudos,
Si con paso lento y grave
Y en hábito diferente,
Muy airosa y muy galana,
Entrase aquí esta mañana,
Sin que me viera tu gente,
Hasta tu cuarto; yo entonces,
Sus lágrimas enjugando,
Que enternecieran los bronces,
Y tanto escudo mirando,
Y mas en un tiempo tal,
Que hay mujer hermosa y tierna
Que entrará en una cisterna,
Si se ofrece, por un real;
Vestíme, tapéme, entré,
Santigüéme, el cuarto abrí,
Sentéme, abriste, salí,
Y los cincuenta pesqué;
Fué allá Monzon en volandas,
Habléle con claridad,
Vine y dije la verdad;
Mira si otra cosa mandas.
DON DIEGO.
Que tomes, porque se vea
(*La da una sortija.*)
Que no estoy muy ofendido;
No hay que hablar, verdad ha sido
Cuanto dijo Dorotea.
MONZON.
Y ¿es cierto que ha de venir?
DON DIEGO.
Así me lo ha asegurado.
INÉS. (*Ap.*)
Lindamente se ha trazado.
DON DIEGO.
Monzon, yo me quiero ir.
MONZON.
Vive Dios, que eres demonio
Para cualquiera suceso.
INÉS.
Valgo yo lo que me peso
Para un falso testimonio.
Mas dime, ¿qué dama aguarda
Tu señor, y sin mentira?
MONZON.
Es una moza de Elvira.
INÉS.
Y ¿es alentada? ¿Es gallarda?
Porque no quisiera...
MONZON.
Tente;
Que contigo todo es poco,
Y fuera de eso, es un coco.

Sale DOÑA ISABEL.

DOÑA ISABEL.
Cualquiera dirá que miente,
En sabiendo que á ser vengo
Yo la mujer que ofendió.
MONZON.
Eso jurábalo yo
Por la ventura que tengo.
INÉS.
Pues ¿qué importa, reina mia,
Que mienta ó diga verdad
Un hombre con voluntad?
DOÑA ISABEL.
Importa la cortesía,
Porque, á poder importar...
Mas no es menester decir;
Que no me puedo abatir
A una presa tan vulgar.
INÉS.
Pues mire... Pero ha venido
Tu amo, y me voy por eso.
MONZON.
Trágico ha sido el suceso.
INÉS.
Linda cólera he perdido. (*Vase.*)

Sale DON DIEGO.

DON DIEGO.
¡Dorotea!
DOÑA ISABEL.
¡Señor mio!
DON DIEGO.
¿Es posible que acertaste
A esta casa? No lo creo.
DOÑA ISABEL.
Ya sé el favor que me haces;
Pero quien sirve no es libre.
DON DIEGO.
Y ¿cómo va de pesares
Por allá? ¿Quiere esa dama
Cansarse ya de matarme?
¿Hase ya desengañado
De que no es bien que me trate
Con tal rigor? ¿No respondes?
DOÑA ISABEL.
Harto he dicho con no hablarte;
No me preguntes, por Dios,
Nada, que es apasionarme
Porque, aunque es mi ama, estoy
De tus liberalidades
Tan obligada, que siento,
Perdona si me enojare,
Que tenga tan mal estilo
Con un hombre de tus partes.
DON DIEGO.
Pues ¿qué ha sido?
DOÑA ISABEL.
Ser mujer,
Y ser ella tan mudable,
Que se ha casado con otro,
O está ya para casarse.
DON DIEGO.
Difunto estoy; mal ha hecho.
DOÑA ISABEL.
¿Cómo mal? Con no importarme,
Estoy yo que pierdo el juicio;
Porque, fuera de ser fácil,
Ha dado á entender que nunca
Te quiso; que quien no sabe
Aguardar una disculpa,

Sufrir tal vez un desaire
Y perder de su derecho,
O no es verdadero amante,
O es su amor tan melindroso,
Que, por no dejar curarse,
Enferma de los recelos
Y muere de los achaques.

DON DIEGO.

Pues bien, ahora ¿qué dice?

DOÑA ISABEL.

¿Qué ha de decir? disparates;
Llamóme aquesta mañana,
Mujer en fin, no te espantes,
Y dióme aquestos papeles,
Diciendo muy al desgaire:
«Dorotea, di á ese hombre
Que los queme ó que los rasgue,
Y que en su vida me vea, *(Se los da.)*
Visite, escriba ni hable;»
Con las demás amenazas
Y protestas del romance:
«Mira Zaide que te aviso
Que no pases por mi calle.»
Esto te vengo á traer,
Y esto otro vengo á rogarte;
Mira qué quieres que diga.
(Ap. Parece que le ha hecho sangre
En el alma, mas no importa.)

DON DIEGO.

Di, si quisiere escucharte,
Que se vengó muy aprisa;
Que luego el cielo me falte
Si tuve culpa en su enojo,
Ni la he ofendido con nadie;
Y dila tambien ¡ay triste!
Que sepa, si no lo sabe,
Que me caso yo tambien.

DOÑA ISABEL.

¿Con quién, Señor?

DON DIEGO.

Con un ángel,
Y con una dama, en fin,
Si no mejor, mas constante.

DOÑA ISABEL.

Y ¿es verdad eso que dices?

DON DIEGO.

Yo siempre trato verdades.

DOÑA ISABEL.

Y ¿quién es aquesa dama?

DON DIEGO.

Aquella que me pintaste
Tan rica, hermosa y discreta,
Noble, señora y afable.

DOÑA ISABEL. *(Ap.)*

Acabara yo de hablar;
Apenas me quedó sangre
En todo el cuerpo. ¡Jesus,
Y qué susto me costaste!

DON DIEGO.

Y así, pues sabes quién es,
Dime, dímelo al instante,
Vengaréme de esa ingrata.

DOÑA ISABEL.

(Ap. Todo á mi gusto se hace.)
La casa yo no la sé
De cierto, mas por el paje,
Pienso que la acertaré.

DON DIEGO.

Pues dila, así Dios te guarde.

DOÑA ISABEL.

Bien; ¿ves la calle de Atocha,
Y en medio de ella...

DON DIEGO.

Adelante.

DOÑA ISABEL.

La Madalena?

DON DIEGO.

Ya entiendo.

DOÑA ISABEL.

Pues en esa misma calle
Vive, á cuatro ó cinco casas;
Pasa por allí esta tarde,
Que ella te quiere de modo,
Que en viéndote, hará llamarte,
Y sabrás cuanto deseas,
Para aliviar tus pesares.

DON DIEGO.

¡Ay Dorotea, si fuese
Tan linda...

DOÑA ISABEL.

No te acobardes.

DON DIEGO.

Como tú.

DOÑA ISABEL.

Donaire tienes.

DON DIEGO.

Pues ¿por qué?

DOÑA ISABEL.

Porque en donaire,
En belleza, gracia y brio,
Cara, entendimiento y talle,
Es como el cielo y la tierra,
Si bien, aunque desiguales,
En algo nos parecemos.

DON DIEGO.

Pues entonces será un ángel.

MONZON.

Luego ¿crees lo que te dice?

DOÑA ISABEL.

Piensa el ladron, y esto baste.

Sale DON CÉSAR, *al volverse doña Isabel hácia Monzon.*

DON CÉSAR.

Si habeis de salir de casa...
Mas ¿qué es lo que miro?

DOÑA ISABEL. *(Ap.)*

Al traste
Habemos dado con todo.

DON DIEGO.

¿Qué es lo que decis?

DON CÉSAR.

Dejadme
Que me espante de mi mismo.

DOÑA ISABEL. *(Ap.)*

Si agora me recatase,
Fuera aumentar la sospecha;
Y así, sin mudar semblante,
Me tengo de despedir
De los dos.

DON CÉSAR.

¡Caso notable!

DOÑA ISABEL.

Señor don Diego, yo pienso,
Fuera de ser ya muy tarde,
Que os canso; y así, me voy;
Que yo prometo de darle
Vuestro recado á mi ama
(Ap. Aunque no como mandastes);
Y advertid que si con bien
Aquel pleitecillo sale,
Que mis guantes no perdono.

DON DIEGO.

Más pienso darte que guantes.

DOÑA ISABEL.

Y con esto, adios, don Diego,
Y cuidado con la calle.
Ah, sí, que se me olvidaba
Del amigo de denantes.—
Guarde Dios á su merced.
(A don César.)

DON CÉSAR.

Y tambien á vos os guarde.

MONZON.

Y ¿no hay para mí siquiera
Un besamanos que darme?

DOÑA ISABEL.

¿Quiere cuatro manotadas?

MONZON.

No, en mi conciencia.

DOÑA ISABEL.

Pues calle.
(Ap. Grande ha de ser, si se acierta,
La tramoya de esta tarde.) *(Vase.)*

DON CÉSAR.

¿En efecto esta es criada
De Elvira?

DON DIEGO.

Sí.

DON CÉSAR.

Perdonadme;
Que, á no decírmelo vos,
No lo creyera de nadie;
Porque es de una dama mia
Retrato tan semejante,
Que no se parece tanto,
Aunque la desmienta el arte,
A sí misma esta muchacha,
En la cara y en el talle,
Como á la dama que digo.

DON DIEGO.

No fuera milagro grande.
Mas ¿sabeis lo que he pensado?

DON CÉSAR.

¿Qué?

DON DIEGO.

Que sois tan fino amante,
Que cuantas veis se os antojan
Esa dama, humilde ó grave;
Dígolo porque tambien
A verme ayer noche entrastes,
Y dijisteis que la dama
Por quien sucedió aquel lance
Era la vuestra.

DON CÉSAR.

Es verdad.

DON DIEGO.

Y me informastes denantes
Que se ha ido á Guadalupe,
Y es cierto que la que hallastes
No ha salido del lugar,
Pues he de verla esta tarde.

DON CÉSAR.

Y ¿adónde vive esa dama,
Porque mis dudas se acaben?

DON DIEGO.

Vive en la calle de Atocha.

DON CÉSAR.

Basta, yo pude engañarme;
Que esotra no está en Madrid,
Y cuando aqueso faltase,
Vive en los Convalecientes.
Cosas suceden notables;
Pero vamos á palacio
Antes que el tiempo se pase.

DON DIEGO.

Donde quisiéredes vamos.

DON CÉSAR. *(Ap.)*

Amor, ya que asegurarme
De mis celos has querido,
Tráeme al sol que me llevaste.

DON DIEGO. *(Ap.)*

Amor, ya que doña Elvira
El pico y las alas bate
Mariposa de otra hoguera,
Haz de modo que yo alcance
A saber quién es la dama

Que cuesto tantos pesares,
Porque sepa á quién los debo,
Y agradecido los pague.
(*Vanse.*)

Salen DOÑA ELVIRA Y LUCÍA.

DOÑA ELVIRA.

Esto ha de ser, ninguna me aconseje,
Si de su amor no quiere que me queje;
Ya yo sé que si admito el casamiento,
Ha de ser para mí tanto tormento,
Que solo han de igualar á mis enojos
Las lágrimas vertidas de mis ojos.
Aun esas no podrán hacer iguales
Sus fuentes á mis males;
Que las lágrimas salen finalmente,
Con que se va agotando su corriente;
Pero las penas no, que á su despecho
Se están siempre en el pecho.
Y así, en tormento tanto,
Primero que el dolor, faltará el llanto:
Porque, en fin, aunque en algo las ex-
[cedan,
Hondas raíces en el pecho quedan.
Ya yo sé que me pierdo si me caso,
Pues por don Diego, á mi pesar, me
Mas si, ingrato don Diego [abraso;
A tanta voluntad y á tanto ruego,
Me aborrece y desprecia,
¿Qué importa, si él es loco, el ser yo ne-
Él me ofende, en efeto, [cia?
Con una dama que ama de secreto;
Dorotea la ha visto y la ha seguido,
Aunque saber su casa no ha podido,
Porque al irla siguiendo diligente
Se le pudo perder entre la gente.
Pues ¿qué puedo aguardar en tal disgus-
Sino quejarme de su amor injusto? [to,
Venza el honor y cáseme forzada,
Porque es el verse una mujer vengada,
Cuando el rigor de un hombre la atro-
Tal gusto para ella [pella,
(Aunque llore despues el descontento
Que trae hecho á disgusto un casamien-
Que llevara el disgusto de casarse [to),
Por el gusto que tuvo de vengarse.
Y así, pues que don Diego me ha ofen-
Y tantas veces me ha persuadido [dido,
Mi tio que á don Pedro dé la mano,
Rico, galan, airoso y cortesano,
Hoy he de ser su esposa,
Aunque despues no sea venturosa.

Salen DOÑA ISABEL, JULIO É INÉS.

DOÑA ISABEL.

¡Esto os admira!
No solo ha de ir don Diego, sino Elvira,
Segun está trazado.
¿Tú, Julio, no has estado
Con doña Inés ahora?

JULIO.

Ya te he dicho, Señora,
Que sabe lo que pasa,
Y que te ha de prestar por hoy su casa.

DOÑA ISABEL.

¿Tú llevaste el vestido?

INÉS.

Todo está, desde ayer, apercibido.

DOÑA ISABEL.

Pues si todo está hecho,
Y lo que falta por hacer sospecho
Que no tiene ninguna
Dificultad, si ayuda la fortuna,
Haced lo que sabeis, sin que se sienta,
Y lo demás dejadlo por mi cuenta.

DOÑA ELVIRA.

¿Dorotea?

DOÑA ISABEL.

¿Señora?

DOÑA ELVIRA.

¿Vienes sola?

DOÑA ISABEL.

Al salir encontré ahora
A mi padre y hermana,
Y viénense conmigo hasta mañana,
Porque si se conciertan estas bodas,
Serémos menester todos y todas.

DOÑA ELVIRA.

¿Hablaste á aquel hidalgo?

DOÑA ISABEL.

Ya le he hablado.

DOÑA ELVIRA.

¿Y los papeles?

DOÑA ISABEL.

Ya se los he dado.

DOÑA ELVIRA.

Y ¿qué te respondió?

DOÑA ISABEL.

No lo creyera,
Si con mis mismos ojos no lo viera;
Mas es hombre, ¿qué mucho
Que hiciese como tal?

DOÑA ELVIRA.

Difunta escucho.

DOÑA ISABEL.

Llegué, llamé al criado,
Entré allá dentro, dile tu recado,
Y con él los papeles, que don Diego
Recibió con muchísimo sosiego,
Sin mudar el color ni la tonada,
Señal que se le daba poco ó nada;
Y torciendo la boca,
Cuando yo de mirarle estaba loca,
Me respondió: «Decidla á aquesa dama
Que ya no sé, y sí sé, cómo se llama;
Que se enseñe, si quiere ser dichosa,
A no ser tan cansada y melindrosa,
Porque despues, cuando mi esposa sea,
Lleve con mas cordura lo que vea;
Porque, justo ó injusto,
Siempre he de hacer lo que me diere
[gusto.»

DOÑA ELVIRA.

¿Eso dijo, con ese desenfado?

DOÑA ISABEL.

Pues aun yo lo he pulido y lo he dorado,
Porque aun peor lo dijo que lo digo.

DOÑA ELVIRA.

Pues si le vieras tú casar conmigo,
Di que el mundo me llame
La mujer mas infame,
Y mas con esto nuevo que te escucho.

DOÑA ISABEL. (*Ap.*)

Pues si yo no me holgare mas que mu-
Y mas con lo que oigo de tu boca, [cho,
Di que soy una necia y una loca.

DOÑA ELVIRA.

Y al fin ¿qué respondiste á aquese ingra-

DOÑA ISABEL. [to?

Nada, porque al reñirle su mal trato
Con mucha gallardía
La dama entró que viste el otro dia,
Y despedíme viendo que ella entraba.

DOÑA ELVIRA.

¡Bravo despejo!

DOÑA ISABEL.

¡Y desvergüenza brava!

DOÑA ELVIRA.

Pues mira: aunque hay mujeres que con
Aumentan sus desvelos, [celos
Y rinden con mas fuerza el albedrío,
Yo, en viendo mis agravios, me resfrio;
De suerte que si viera
Yo á esa mujer, y de ella en fin supiera
Su amor y el de don Diego,
A don Diego olvidara desde luego.

DOÑA ISABEL.

Pues ¿hay mas que ir á vella?

INÉS.

Bien lo adoba.

DOÑA ELVIRA.

Luego ¿sabes quién es?

DOÑA ISABEL.

Pues ¿soy yo boba?
A mi padre rogué que la esperase
Y hasta saber su casa no parase,
Y contigo se irá.

JULIO.

De buena gana.

DOÑA ELVIRA.

Pues mira, con tu hermana
Té quedarás tú en casa, y si viniere
Mi tio, le dirás que un rato espere;
Que á la calle Mayor, para estos dias,
Salí á comprar algunas niñerías;
Que yo vendré volando.

DOÑA ISABEL.

Bien has dicho.—
Juana.

INÉS.

Ya entiendo; adios.

DOÑA ISABEL.

Lo dicho, dicho.

DOÑA ELVIRA.

Pues vén, porque me vayas por un co-

DOÑA ISABEL. (*Ap.*) [che.

Gran tela se ha de urdir aquí á la noche.
(*Vanse.*)

Salen DON DIEGO Y MONZON,
en la calle.

DON DIEGO.

¿No dijo que á cinco casas?

MONZON.

Sí, Señor.

DON DIEGO.

Pues esta es.

MONZON.

Ya te he dicho que no son
Fiestas de guardar las que
Aquesta doncella dice.

DON DIEGO.

Sí; mas ¿qué puedo yo perder
En andarme paseando
Hasta dos horas ó tres
Esta tarde por aquí,
Pues que no tengo qué hacer?

MONZON.

Eso, nada; y porque el tiempo
Se pase con mas placer,
Hablemos de alguna cosa.

DON DIEGO.

No tengo, Monzon, de qué.

MONZON.

Finjamos una mentira,
Grande, estupenda, cruel,
Que decir en San Felipe,
Y en su mentidero dé
Conversacion, y verás
Que por todo aqueste mes
No se hablará de otra cosa,
Como es decir que el inglés
Degolló cien mil gallegos;
Que encubierto el dey de Argel,
Tiene meson en Illescas;
Que se murió un ginovés
De asco de un real de á ocho,
Porque no los pueden ver;

Que se ha de acabar el mundo,
A mas tardar, en un mes,
Y verás que se confiesan
Todos, á mas no poder;
O, en efecto, que esta capa,
Que tú estrenastes anteayer
Y te costó tu dinero
En casa del mercader,
No es tuya, que aunque es dislate,
Habrá mequetrefes que
Lo digan, y majaderos
Que lo lleguen á creer;
Porque el vulgo al fin es vulgo,
Y ha de hacer como quien es.

Sale UN CRIADO.

Mas de aquella casa un hombre
Sale de buen parecer
Y hácia nosotros se viene.

CRIADO. (*Ap.*)

Sin duda alguna que es él.

DON DIEGO.

¿Mandais algo, caballero?

CRIADO.

Quisiera, Señor, saber
Si sois don Diego de Vargas.

DON DIEGO.

Sí, yo soy.

CRIADO.

Pues doña Inés
De Garibay, mi señora,
Os suplica que os llegueis
A aquella casa de enfrente.

DON DIEGO.

Voy á obedecerla.—Vén.
Notable ventura ha sido.

MONZON.

Como suceda despues.

(*Vanse.*)

—

Casa.

Salen DOÑA ISABEL, *muy bizarra;* DOÑA ELVIRA, *tapada*, Y LUCÍA.

DOÑA ISABEL.

Ya he dicho que no he de hablaros
Una palabra, sin ver,
Señora, quién sois primero.

DOÑA ELVIRA.

Por eso no os enojeis. (*Se descubre.*)
Veisme aquí.

DOÑA ISABEL.

Muy mal estáis
Con vuestra hermosura, pues
Querer encubrirla ha sido
Ofender su candidez,
Y aun dar qué decir al manto,
Que, aunque lo encubre, lo ve.
¡Qué hermosura! qué cabeza!
Qué aliño! qué linda tez!
¿Qué os poneis, por vida mia,
En la cara? qué os poneis?
Que es el color por extremo.
Pero ¿de qué os suspendeis?
¿Qué tengo, que me mirais?

DOÑA ELVIRA.

Mucha hermosura teneis,
Pero sois, menos el traje,
Sí, tan parecida...

DOÑA ISABEL.

¿A quién?

DOÑA ELVIRA.

A una criada que tengo;
Que apenas posible es
Que no piense que sois ella.

DOÑA ISABEL.

Eso me ha dicho tambien
Cierto galan; pero ahora
Yo soy quien mas lo diré,
Pues hasta en el ser criada
Vuestra me pareceré.

DOÑA ELVIRA.

Yo lo he de ser y lo soy;
Mas, porque tengo que hacer,
Decidme...

DOÑA ISABEL.

En aquella silla
Os diré lo que quereis.

(*Se sientan.*)

DOÑA ELVIRA.

¡Qué cortés y qué entendida!
Pues digo ¡ay Dios! que á saber
He venido solamente
Si á don Diego conoceis
De Vargas, un caballero
De Madrid.

DOÑA ISABEL.

Quedo, tened;
Que él responderá por mí.

Salen DON DIEGO, MONZON Y UN CRIADO; *tápase con el manto doña Elvira.*

DON DIEGO.

Rendido, humilde, cortés,
Sabiendo que vos gustais...

DOÑA ISABEL.

Aguarde vuestra merced
Mientras despacho esta dama;
Que luego seré con él.

DON DIEGO.

En todo haré vuestro gusto.—
¡Notables cosas se ven,
Monzon!

MONZON.

No me digais nada,
Porque el juicio perderé.
Y ¿de dónde es esta dama?

CRIADO.

De las Indias.

MONZON.

Largo es.

(*Vanse don Diego, Monzon y el criado.*)

DOÑA ISABEL.

Con esto, sin responderos,
Que lo conozco sabréis.
Adelante.

DOÑA ELVIRA.

(*Ap.* Cuanto dijo
Dorotea verdad fué.
¡Muerta estoy!) Pues digo, en suma,
Que aqueste mismo que veis
Há un año que me enamora.

DOÑA ISABEL.

Detenéos; que ya sé
Que me quereis preguntar
Lo que ha habido entre mí y él,
Y para atajar razones,
Brevemente os lo diré.
Yo soy criolla, y en la
Ciudad de Santo Tomé
Nacida de nobles padres,
Déles Dios descanso, amén.
Por su muerte, ¡qué desdicha!
Mi primer cuna dejé,
Y con mas de cien mil pesos
Para España me embarqué.
Vine á Madrid, y don Diego
Me enamoró; yo mujer
Y el galan, dicho se está
Lo que pudo suceder.
Parecióme á los principios
Muy fino en el bien querer,
Que el año del noviciado
El amante mas infiel
Puede apostar en ternura
Con cualquiera portugués;
Pero despues me salió
¡Ay de mí! tan al revés,
Que le he visto á un mismo tiempo
Andar revuelto con diez,
Que sin jurar de gran turco
No sé cómo pueda ser,
Pero en efecto es verdad;
Si á su casa voy, tal vez
Varias mujeres encuentro,
De bueno y mal parecer,
Si bien de todas sus damas
En su casa vengo á ser
Yo, Señora, la mayor;
¿Quién duda que pregunteis
La causa por qué lo sufro?
Yo respondo que por ser
O haber sido tan liviana,
Que de mi honor le entregué
La mejor joya; y así,
Hasta cobrarla estaré
Sufriendo sus sinrazones;
Que sin duda es muy cruel,
Pues no le mueven tres hijos
Que el cielo me dió despues,
Y todos como los dedos
De la mano. Aquesta es
Mi historia; si os galantea,
Guardáos dél, y agradeced
A mi amor el desengaño,
Para no veros por él
Sin honor y con tres hijos,
Como yo me vengo á ver.

(*Se levantan.*)

DOÑA ELVIRA.

Agradézcooslo de modo,
Que eternamente estaré
Reconocida á tan grande
Y señalada merced,
Y en pago de ella, os prometo
Que por mi parte tendréis
A don Diego tan seguro,
Que en mi vida le veré.

DOÑA ISABEL. (*Ap.*)

Eso es lo que yo deseo.

DOÑA ELVIRA.

Pero, porque detener
No me puedo, Dios os guarde;
Que otro dia volveré
Mas despacio á visitaros.

DOÑA ISABEL.

Salud los cielos os dén.

DOÑA ELVIRA.

Líbreme Dios de tal hombre;
Aun no lo puedo creer.—
Vén, Lucía; ángel ha sido
Para mí esta mujer.

(*Vanse doña Elvira y Lucía.*)

Salen DON DIEGO, MONZON Y EL CRIADO.

CRIADO.

Ya está aquí este caballero.

DOÑA ISABEL.

Señor mio, ya lo veis;
Aquesta visita ha sido
Causa para no poder
Hablaros como quisiera
Ni como era menester;
Porque yo.. Mas ¡ay de mí!
Ay de mí! Señor, que aquel
Que ha entrado ahora es mi hermano.

DON DIEGO.
Pues bien, ¿qué habemos de hacer?
MONZON.
Aprisa; que tengo azar
Con hermanos.
DOÑA ISABEL.
Que os entreis
En esa cuadra entre tanto
Que os avisan, y despues
Vedme.
DON DIEGO
Sí haré, que hasta ahora
No sé lo que he de saber;
¿Cómo os llamais?
MONZON.
Dorotea.
DOÑA ISABEL.
No tal, sino doña Inés...
MONZON.
Para mí todo ello es uno.
DOÑA ISABEL.
Mas mi hermano...
MONZON.
Señor, vén.
DOÑA ISABEL.
Pues adios, don Diego.
DON DIEGO.
Adios,
Mi señora doña Inés.
DOÑA ISABEL. (*Ap.*)
Yo me voy á desnudar,
Mientras ellos á esconder.
(*Vanse doña Isabel, don Diego, Monzon y el Criado.*)

Sale INÉS, *en casa de doña Elvira.*

INÉS.
Ya es hora que mi señora
Acabara de venir;
Que solamente el reir
La burla nos falta ahora.
No hay qué hablar; gracioso lance
Habrá sido ver la dama
A mi ama con su ama,
Sin que lo entienda ni alcance,
Y lo mejor ha de ser
Que á su casa ha de tornar
A quererlo averiguar;
Mas confusa se ha de ver,
Porque cuanto doña Elvira
Dejó á mi ama encargado
Tengo hecho y acabado,
Y un alguacil á la mira
Quedó de la casa y calle,
Para en viéndola salir
Con el tal coche, embestir.
Y dicho y hecho, embargalle,
Denunciándola, porque
No es suyo el coche que lleva,
Y la premática nueva
Manda que á nadie se dé,
Y entre tanto lugar tenga
De volverse á desnudar,
Y en casa la pueda hallar
Cuando doña Elvira venga.—
Señoras, esto es querer;
Que en amando así de fino,
No hay humano desatino
Que no intente la mujer;
Bien se ve por la experiencia,
Pues mi ama, por amar,
Sirve á quien puede mandar,
Sufriendo la impertinencia,
El martirio y el rigor
De madrugar muy aprisa
A prevenir la camisa
Que está en el enjugador;
El tocar á la señora,
Que no es el menor trabajo;
El illa asentando el ajo,
Aunque sea por un hora;
El llevalla el azafate,
Con el de caza pañuelo,
Bañado en agua del cielo,
Y luego, para remate
Del uno y otro embarazo,
No ha podido excusarse
El haber de ir a sentarse
A labrar en cañamazo,
Que es la desdicha mayor
Que la sigue á una doncella;
Pero mi ama es aquella
(Con esto perdí el temor),
Que una vez acá y de noche,
No hay quien pueda averiguar
Si ha podido ó no faltar;
Mas allí ha parado el coche,
¿Si es doña Elvira? Ella es:
¡Miren si un poco tardara!
Mesuro el cuerpo y la cara
Para reirme despues.

Salen DOÑA ELVIRA Y LUCÍA, *quitándose los mantos.*

DOÑA ELVIRA.
Toma el manto; no mas coche
Prestado en toda mi vida.
INÉS. (*Ap.*)
Bien lo hizo el alguacil.
DOÑA ELVIRA.
Por lo que yo lo sentia
No era por la vejacion,
Sino porque me impedia
El verme con Dorotea,
Porque pienso que es la misma
Que hemos hablado esta tarde,
Y mi hacienda apostaria
Que no la hallando en casa,
Lo cierto, amiga, sabria;
Mas allí su hermana está.—
¿Es Juana?
INÉS.
¡Señora mia!
DOÑA ELVIRA.
¿Adónde está Dorotea?
INÉS.
Ahora allá dentro iba.
DOÑA ELVIRA.
¿Allá dentro?
INÉS.
Sí, Señora.
DOÑA ELVIRA.
Pues vé, y llamámela aprisa.
INÉS.
Voy á servirte... Mas ella
Viene.
DOÑA ELVIRA.
Extraña maravilla.

Sale DOÑA ISABEL, *en traje de doncella de labor, con unas enaguas en la mano, como que las está cosiendo.*

DOÑA ISABEL.
Por cierto que, conociendo
De tu tio las malicias,
Y que yo quedaba en brasas
Por lo que decir podria,
Que no has tenido razon
En tardarte.
DOÑA ELVIRA.
No me riñas,
Sino dime lo que has hecho.
DOÑA ISABEL.
Lo primero, en la jaulilla
Puse el pelo que me diste;
Acabéte la camisa
De Cambray, doblé los lienzos,
Y estas naguas de beatilla
De aderezar acababa.
DOÑA ELVIRA.
No te has holgado.—Lucía, (*Ap. á ella.*)
¿Mas que he de perder el juicio?
Mira aquellos ojos, mira
Aquella frente, aquel cuerpo,
Aquella boca.
LUCÍA.
Es la misma.

Salen DON DIEGO, DON CÉSAR Y MONZON.

DON CÉSAR.
Presto, don Diego, saldrémos
Vos y yo de aquesta enigma.
MONZON.
Y yo y todo, que tambien
Ando loco á letra vista.
DON CÉSAR.
¿Elvira?
DOÑA ELVIRA.
¿Señor don César?
DON CÉSAR.
No os admire esta visita;
Que, sabiendo que os casais,
Fuera accion mal parecida
No daros el parabien.
DOÑA ELVIRA.
Ya sé vuestra cortesía.
DON DIEGO.
Yo tambien.
DOÑA ELVIRA.
No hablo con vos.
MONZON.
Allí está.
DOÑA ISABEL. (*Ap.*)
Todos se admiran.
DON CÉSAR.
¿Habeis estado esta tarde
En casa?
DOÑA ELVIRA.
Pues quien tenia
Las bodas tan á la puerta,
¿Cómo dejalla podia?
DON DIEGO.
¿Y esta doncella?
DOÑA ELVIRA.
Tambien.
MONZON.
Es muy gran bellaquería;
Que la he visto yo...
DON DIEGO.
Detente.
MONZON.
Miren qué flema, por vida...
DOÑA ELVIRA.
Señor don Diego, si ha sido
Para hacerme esta visita
Ocasion del parabien,
Ya está la traza entendida;
Y así, váyase á su casa
Y cuide de su familia;
Porque un hombre con tres hijos
Y obligaciones antiguas,
No es cosa que le conviene
Andar en garzonerías;
Y porque vuestra merced,
Aunque se encoge y se admira,

Sé que me entiende muy bien,
No digo otras niñerías
De señora la mayor,
Que es la dama de las Indias;
Mas solamente le advierto,
Para que todo se diga,
Que doña Inés Garibay
Es muy grande amiga mia,
Y que si por mí está tibio
En querella y en servilla,
Que no lo deje por eso,
Porque ya mi amor le olvida,
Tanto, que, si no me engaño,
Sube la escalera arriba
Mi tio, y con él don Pedro
De Puerto-Carrero y Silva,
Para hacer las escrituras;
No se vaya, porque sirva
Con los demás de testigo
De sus celos y mis dichas;
Y con esto, adios.

DON DIEGO.

Detente,
Oye, aguarda, y dime, Elvira,
Qué tramoyas son aquestas,
Con que el sentido me quitas;
¡Yo, doña Inés! Yo tres hijos!

DOÑA ISABEL.

Sosiégate, por mi vida.

DON DIEGO.

¿Cómo puedo, si la escucho
Tantos disparates?

DOÑA ISABEL.

Mira
Que no lo ha sido del todo;
Porque hay testigo de vista,
Que la ha dicho cuanto has hecho.

DON DIEGO.

Si hoy fué la primer visita
Que hice á la dama que sabes,
¿Cómo se muestra ofendida,
Diciendo que tengo ya
Hijos, mujer y familia?

DOÑA ISABEL.

¿Pésate?

DON DIEGO.

No pesara,
Si es ella como la pintas.

DOÑA ISABEL.

Pues oye, César.

DON CÉSAR.

Ya escucho.

DOÑA ISABEL.

Si hubiese en aquesta villa
(Que puede ser) una dama
Muy amada y muy querida
De tí, que amase á don Diego,
Por servirle y por servirla,
¿Llevarías bien su amor?

DON CÉSAR.

Y aun se lo agradecería.

DON DIEGO.

¿Por qué lo dices?

DOÑA ISABEL.

Escucha;
Doña Isabel de Molina
¿Es noble?

DON CÉSAR.

Basta su nombre,
Sin que otra cosa se diga.

DOÑA ISABEL.

¿Es hermosa?

DON CÉSAR.

Como tú,
Que eres su retrato.

DOÑA ISABEL.

¿Es rica?

DON CÉSAR.

Seis mil ducados de renta
Tiene.

DOÑA ISABEL.

Pues esta es la misma
A quien hablaste esta tarde,
(*A don Diego.*)
Y á quien don César estima.

DON CÉSAR.

¿Cómo, si está en Guadalupe?

DOÑA ISABEL.

Vino de la romería.

DON CÉSAR.

¿Cómo, si vengo yo ahora
De su casa, donde afirman...

DOÑA ISABEL.

¿Qué han de afirmar, si yo soy
Doña Isabel de Molina?

DON CÉSAR.

¿Qué dices?

DOÑA ISABEL.

Que por don Diego
He servido estos dos dias
A esta dama, hasta vencer
Mis celos y mis porfías.

MONZON.

En el pico de la lengua
Lo tuve, por vida mia.

DOÑA ISABEL.

Las trazas, las invenciones,
Las quimeras, las mentiras
Que he hecho sabrás despues,
Si quieres que las repita.

DON CÉSAR.

No habiendo yo de ser tuyo,
Consiento que aquesta dicha
Sea del señor don Diego.

DON DIEGO. (*A doña Isabel.*)

El cual te ofrece alma y vida.

DOÑA ISABEL.

Mas entremos allá dentro,
Pues todo se facilita,
Y haráse en breve una boda.

INÉS.

Di dos, si Monzon se anima.

DOÑA ISABEL.

Y aquí acaba la doncella
De servir á doña Elvira,
Y la comedia tambien,
Cuyo poeta os suplica
Que os parezca tan gustosa,
Alegre y entretenida,
Que se diga que no es suya,
Aunque mienta quien lo diga.

FIN DEL TOMO SEGUNDO DE DRAMÁTICOS CONTEMPORÁNEOS DE LOPE DE VEGA.

INDICE.